


STANFORD UNIVERSITY
LIBRARIES

BIBLIOTECA

DE

UTORES ESPAÑOLES,

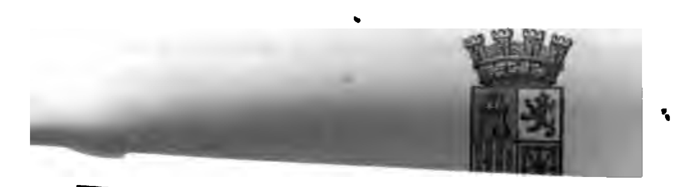
DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

OBRAS ESCOGIDAS DE FILÓSOFOS,

CON UN DISCURSO PRELIMINAR

DEL EXCELENTÍSIMO É ILUSTRÍSIMO SEÑOR DON ADOLFO DE CASTRO,

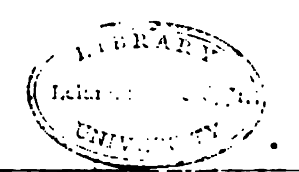
INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LAS ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA.



M. RIVA[illegible] ITOR.

ADMINISTRACION: MADERA BAJA, NÚM. 8.

1873.



IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMPAÑÍA,
sucesores de RIVADENEYRA.— Calle del Duque de Osuna, núm. 3.

DISCURSO PRELIMINAR.

No trato de escribir la historia de la filosofía en España, sino sólo de consignar algunas observaciones sobre los hombres más notables que la han cultivado: aquélla sería una empresa de las que requieren muchos años, largos estudios y una coleccion de libros muy difícil de adquirir, por lo peregrinos que se han hecho en nuestra patria: el propósito de trazar un bosquejo de los principales filósofos españoles cabe en los límites de mi posibilidad, y sobre todo, de mi confianza. No se trata por mí sino de ofrecer á los estudiosos algunos materiales para que no falte quien con más tiempo, con más experiencia y más doctrina se aventure á escribir una historia de la filosofía en España, para la gloria y demostracion, no ménos verídica que elocuente, de que las ciencias han florecido en nuestra patria, y que podemos ostentar una serie numerosísima de sabios, al par de los grandes poetas, novelistas é historiadores que tan alto renombre han conseguido.

Tal es el designio que me ha guiado al formar este Discurso, que sirve de introduccion á las *Obras escogidas de filósofos españoles.*

Lucio Anneo Séneca, nacido en la ciudad de Córdoba é hijo de Marco Anneo, el abuelo de Lucano, fué ejemplo admirable del favor y de la inconstancia de la fortuna.

Famoso en Roma por sus estudios y por su elocuencia, tuvo que huir de la envidia del malvado Calígula, porque éste anhelaba obtener entre los más insignes oradores de su siglo el renombre más preferente.

Muerto Cayo César, tornó á Roma; pero la disoluta esposa de Claudio, la meretriz Mesalina, mandó, por causas ignoradas de la historia, desterrar á Séneca á la isla de Córcega. En ella pasó el filósofo ocho años entregado á la contemplacion de las cosas naturales y á escribir en loor de las virtudes, para consuelo en las adversidades y para refrenar la codicia con la modestia de la sabiduría.

Si una mujer perversa sacó de Roma á Séneca, apartándolo del bullicio de la córte y lanzándolo á las soledades, otra no ménos inicua y ambiciosa lo volvió á Roma y con nuevos honores al palacio de los Césares. Agripina, que esperaba conseguir el imperio para su hijo Domicio Neron, alcanzó del emperador Claudio la remision del destierro y la pretura para Séneca, fiada en que éste, grato á ambos favores, contribuiria con su grande entendimiento á ayudarla en sus atrevidos designios.

No se engañó Agripina, porque la ambicion cuando se arma del poder rinde fácilmente á la virtud, flaca y vacilante por el desprecio del mundo, y la suele llevar á su lado para que le sirva de autoridad y de disculpa á sus maldades á los ojos del mundo, venerador de la sinceridad y pureza de vida sólo en el nombre.

Séneca fué el maestro de Neron: Tácito nos lo hace cómplice, consejero y defensor de sus crímenes.

Ocupó Neron el trono de Augusto, y al poco tiempo de ocuparlo manchó sus manos con la sangre de sus parientes y de algunos de sus amigos. Ciertamente Séneca no se apartó de Neron:

éste, sin duda, embriagaba á la filosofía de su maestro con los halagos de la grandeza y del poderío.

Así, para confusion y para testimonio de la flaqueza del hombre, el autor de los libros de *La divina Providencia*, de *La vida bienaventurada*, de *La tranquilidad del ánimo*, de *La constancia del sabio* y de *La brevedad de la vida*, manifestaba que el filósofo no deberia en manera alguna tener riquezas arrebatadas á otros ni teñidas en ajena sangre. Fué gran filósofo y quiso imitar á los que honraron el pórtico de Aténas, encareciendo las ventajas, así del desprecio de la riqueza como de seguir la honesta pobreza. Pero en la hora de poner en práctica las máximas que, para enseñanza de la humanidad, esparció en sus escritos con el auxilio de su vigorosa elocuencia, desaparecian de su entendimiento todas las sentencias filosóficas y todos los ejemplos que le ofrecia la historia de la sabiduría de Grecia.

El hombre que se allanaba á ser maestro de Neron cuando Neron afligia á la patria y cuando los vicios y los sobornados matadores pisaban segura y honradamente los umbrales de su palacio, no podia llamarse el Séneca autor de aquellos libros que han llegado hasta nosotros con la siempre merecida veneracion de las edades.

Litaco y Anacársis Escita, llamados por Creso para recibir hospitalidad y honores en el alcázar del más rico de los más ricos monarcas de la tierra, respondieron: «Agradecemos, oh rey, tu largueza en ofrecernos tesoros: ninguno de ellos tomarémos, pues nos basta la posesion de lo poco que sirve para nuestra vida. Irémos á verte sólo para conocer á quien es tan hospitalario.»

Olvidó Séneca estos ejemplos de filosofía, y asistió en la córte de Neron, no para regir con sabios consejos el ánimo del jóven emperador, desvanecido con el poder de Roma, sino para enriquecerse con las dignidades, bajo la sombra del trono de un príncipe alevoso.

No faltó quien en públicos parajes murmurase de la codicia de Séneca, y quien por ello mereciese castigo, acompañado de infamia. Hubo un Publio Svilio, que osó manifestar cuanto habia juntado aquel filósofo en el espacio de cuatro años, con destruccion de Italia y las provincias, lamentando la sequedad de un hombre que de vicio en vicio, infatigable y desdeñosamente caminaba. Pero no pasó mucho tiempo sin que lo acusasen ante el Senado algunos de los que en su servicio contaba Neron para vengarse de sus contrarios, ó para aniquilar á los que odiaba por capricho. Séneca, ardiendo en deseos de castigar en Svilio las reprensiones del vulgo por su desordenada vida y por su avaricia, buscó en tales hombres los instrumentos de su venganza primeramente, y en los senadores despues, ministros fáciles á servir á las tiranías y á los consejeros de los tiranos. Y así, el maldiciente Svilio salió de Roma desterrado, con perdimiento de bienes, por el delito de robador del fisco cuando en los tiempos de Claudio tuvo á su cargo la gobernacion de una provincia.

En todas las maldades que de Neron nos refiere la historia aparece el filósofo de Córdoba. Cuando Agripina escapó del naufragio que le habia dispuesto el hijo, éste, temeroso de que ella, con el crédito que alcanzaba cerca de las cohortes pretorianas, le arrebatase el imperio y la vida, llamó á sus dos consejeros Burrho y Séneca, y entre todos acordaron que un liberto diese muerte á Agripina por medio del hierro.

No satisfecho de esto el César parricida, escribió una carta al Senado participándole que su madre, despues de enviar contra él á un asesino, viendo frustrado su perverso intento, habia puesto fin á su existencia en un arrebato de desesperacion y de terror.

Todos culparon á Séneca en la maldad, y vieron en aquella carta, escrita por el filósofo á nombre del Emperador y con mal artificiosas razones, una confesion del delito.

Así vivia el sabio, olvidado de la moralidad, á que tanto exhorta en sus libros; así con sus consejos alentaba para nuevos crímenes á Neron; así con los rasgos de su ingenio pretendia encubrir las sangrientas ejecuciones de un tirano á los ojos del Senado y del pueblo.

Aunque Séneca permaneció muchos años en la cumbre de toda prosperidad, la inconstancia de Neron comenzó á mirar con desvío al cómplice de sus delitos. Las voces de la envidia y de los que se indignaban al ver el fausto y la vana ostentacion que iba siempre con el que anhelaba resucitar la secta estoica en la Roma acostumbrada á los vicios de sus emperadores y patricios, llegaron á sus oidos. El ódio con que los malos miran á los consejeros y ocultadores de sus detestables acciones se encendió en el corazon del hijo de Agripina. La hermosura de los jardines, la magnificencia de los palacios y la pompa de Séneca, superior á un hombre particular, fueron los pretextos que halló Neron para en lo público no manifestarse tan amoroso con su maestro, puesto

que el filósofo cordobés parecia como que en riquezas y lujo intentaba aventajarse al Príncipe, con riquezas adquiridas por el precio en que vendia sus favores.

SÉNECA, que sobradamente conocia la mudable y maligna condicion de su discípulo, no bien entendió el poder que en el ánimo del Emperador habia conseguido la envidia, se presentó á él y le dijo semejantes razones: «Yo he recibido de mi dueño cuanto mi dueño ha deseado concederme. Cansado estoy con el peso de los cargos públicos y con mis años. Dame licencia de retirarme de Roma y vivir modestamente en la soledad de una de mis quintas. Pues sólo quiero el sosiego del ánimo, todas las riquezas que me entregaste vuelvan á tu poder, haz que tus procuradores las administren, y con todo ello adquirirás la gloria de que por tí hago desprecio de la fortuna.»

Neron, como avezado á reprimir sus odios y á simularlos con expresivos halagos, abrazó y besó repetidas veces á SÉNECA, encareciéndole cuán necesario era para su gloria de emperador que conservase las riquezas, pues de otro modo dirian los mal contentos que la avaricia del principe, y no la modestia del filósofo, habia compelido á éste á apartarse de su posesion.

Desde este coloquio refrenó SÉNECA sus ostentaciones y vanidades, y se mantuvo sin salir á las calles y plazas por espacio de muchos dias, para dar á entender que olvidaba los negocios públicos por el estudio.

Comenzó á conformar su vida con sus escritos y á regirse por la luz de la filosofía. La adversidad, que caminaba hácia él con presurosísimos pasos, le recordó que era llegada la hora de manifestarse grande hombre en medio de la corrupcion del siglo.

Ya SÉNECA habia dicho que el vivir siempre en felicidad es no conocer una parte de la naturaleza, y que ¿de dónde consta la virtud de un varon fuerte, cuando no le ha dado la fortuna ocasion de ejercitarla?

SÉNECA en los dias de la prosperidad llamó á Caton *única imágen de las virtudes;* pero así como tuvo la suficiente grandeza de alma, segun el criterio pagano, para admirar á aquel hombre, que consideraba digno del respeto de todas las edades, apartó los ojos de su modelo miéntras se halló en la cumbre de la dichosa fortuna. Mal podia con el ánimo poseido de la virtud y entereza de Caton, mirar serenamente los males de la patria y servir de consejero á Neron en todos los pasos de su sangrienta vida.

Parece como que SÉNECA juntó preceptos para seguirlos fielmente cuando la fortuna lo entregase al furor de la demencia de su discípulo.

Lo mismo en el libro de *La divina Providencia* que en el de *La tranquilidad de ánimo* ó en el de *La constancia del sabio*, trajo siempre muy en la memoria á Caton, como el ejemplo más admirable de virtud. «Solo Caton, decia, estuvo firme contra los vicios de la república, que iba degenerando y cayéndose con el peso de su misma grandeza. Murieron juntos él y la república, pues ni Caton vivió en muriendo la libertad, ni hubo libertad en muriendo Caton.»

La ruina de SÉNECA no se cumplió hasta que á manos de su discípulo no llegó un pretexto con que colorirla á los ojos del mundo con ménos infamia del que la ordenase. Sucedió que descubierta la trama que contra la vida de Neron habia urdido Pison, uno de los conjurados dijo que de órden de éste fué en cierta ocasion á visitar á SÉNECA para significarle que se dejase ver de aquel caballero, y que el filósofo habia respondido que si bien tales pláticas á ninguno de los dos convenian, su salud ó salvacion dependia de la de Pison.

Estaba SÉNECA en una casería á cuatro millas de Roma con su esposa Pompeya Paulina y con dos amigos, cuando un tribuno cercó con soldados la morada del maestro de Neron, y entró á interrogarle con el fin de que diese respuesta clara y satisfactoria á todos los cargos que contra él resultaban del proceso. No mostró alteracion alguna SÉNECA, ántes bien manifestó que Pison le habia enviado á decir que estaba muy quejoso por no permitirle sus visitas, á lo cual habia respondido que no lo consentian sus achaques, ni ménos el deseo que tenía de reposo.

Volvió á palacio el mensajero de Neron, y Neron le preguntó si habia visto en el semblante de SÉNECA señal alguna de temer la muerte, y como el tribuno le dijese que no habia descubierto en él señas ó indicios de temor y de tristeza, le ordenó que tornase á la casería del filósofo para notificarle la mortal sentencia.

Volvió el tribuno á la morada de SÉNECA, y no atreviéndose á verlo, envió á uno de los centuriones para que le trasmitiese el precepto de Neron y para que fuese inmediatamente ejecutado.

Ninguna alteracion mostró SÉNECA al saberlo. Pidió tiempo para dictar su testamento, y como

no se le concediese, se dirigió á sus amigos y los animó con cariñosas reprensiones y con dulces consejos á que abandonasen el llanto. Abrazó á su mujer y la exhortó á la fortaleza y al consuelo; pero ella quiso morir con su esposo y exigió que le diesen la muerte. Como SÉNECA la amaba entrañablemente, temió que Pompeya Paulina quedase expuesta á los oprobios del vulgo y quizás á nuevas iras de Neron, y por eso, no sólo consintió en sus deseos, sino que le habló con estas razones: «Yo te habia mostrado los consuelos de esta vida; pero tú eliges la gloria del morir. Entre los dos sea igual la constancia en un fin tan generoso.»

Dijo, y se cortó las venas de los brazos al mismo tiempo que Pompeya Paulina. Pero su cuerpo, debilitado, así con la larga abstinencia como con la mucha edad, se negaba á despedir prestamente la sangre. Entónces rompió las venas de piernas y rodillas, y temeroso de que la vehemencia del dolor no le obligase á prorumpir en alguna muestra que turbase el ánimo de su mujer, ó de que huyese de sí la fortaleza al mirar el tormento de su infeliz consorte, la persuadió á que se apartase de su vista. Ella, cediendo á los ruegos de su esposo, se dejó llevar á otro aposento.

Como la elocuencia no se habia separado aún del ánimo de SÉNECA, mandó éste que escribiesen sus palabras acerca de la brevedad de la vida y de la inconstancia de la fortuna.

No quiso pedir misericordia á su discípulo. En ello siguió el ejemplo de Caton, que habia ensalzado en uno de sus discursos. «Tan infame hubiera sido á Caton, dijo, pedir á otros la muerte como pedirles la vida.» Y esta sentencia, que escribió cuando estaba favorecido con la privanza del Monarca, no se apartó de su memoria cuando recibió el castigo de haber educado un tirano.

La muerte de SÉNECA no era la del consejero de Neron en el parricidio: no era la del hombre que buscaba frases elegantes y razones verosímiles con que disculparlo á los ojos de un senado que sólo queria apariencias de disculpas. Era la muerte con la sublimidad que comprendia el espíritu pagano: muerte imitacion de la de Sócrates: la del filósofo moral que habia escrito para doctrina y ejemplo los libros de *La vida bienaventurada* y de *La constancia del sabio*.

Dilatóse el dolor en su pecho para que manifestase áun más constancia de ánimo. Huyendo de su cuerpo muy poco á poco la vida, tomó un veneno para apresurar su fin; pero en vano.

Sucedió en SÉNECA lo que SÉNECA habia admirado más en Caton. «Creo que no sin causa, dijo en uno de sus libros, fué la herida poco cierta y eficaz, porque los dioses necesitaban para que ofreciese grande espectáculo á sus ojos Caton, verlo por dos veces en el trance de la muerte. *No es necesario tan valeroso ánimo para intentarla como para volver á emprenderla.*»

Inútil la pérdida de la sangre para arrebatarle brevemente la vida, y cerrados todos los caminos, con el hielo de la muerte, á la violencia de la ponzoña, mandó SÉNECA que lo introdujesen en un baño de agua tibia, y con ella y su sangre roció á los que estaban presentes, diciendo que ofrecia *aquel licor á Júpiter libertador*. Luégo que rindió el postrimer aliento fué quemado sin pompa alguna, segun habia prevenido en un codicilo que ordenó hallándose rico y poderoso, pero con el cuidado de la muerte.

Su mujer le sobrevivió algunos años para honrar su memoria, pues de órden de Neron los soldados persuadieron á los libertos de SÉNECA que impidiesen la muerte de Pompeya Paulina, contra quien no tenía la menor saña. De este modo logró Paulina la fama de haber querido imitar en aquella gloria gentílica á su marido, y mostrando en su rostro y miembros descoloridos la pérdida de mucha parte de su sangre, atrajo á sí la veneracion de las gentes.

La vida de SÉNECA es la mezcla de la virtud y de los vicios en un mismo sujeto: el saber dictando leyes á la moralidad del hombre, y separándose de las máximas que presentaba al mundo para bien vivir con desprecio de la fortuna. Parece como que quiso dar ejemplos de la sinceridad de costumbres en sus escritos, y seguir en la vida los contrarios, para probar que apartándose del camino seguro de la virtud, ni la sabiduría logra firmeza en la prosperidad, ni el gran ingenio basta á detener las consecuencias de los vicios, si la sabiduría y el ingenio han sido sus esclavos.

San Lino (*In Pass. Pauli*, París, 1583) dice que SÉNECA no se hallaba sin san Pablo: tienen por evidente esta comunicacion san Agustin (ep. 14) y Tertuliano (*Apología*).

San Jerónimo lo cree tambien convertido al cristianismo, y auténticas las epístolas que se dicen de san Pablo á SÉNECA y las de SÉNECA á san Pablo. Y áun escribiendo á san Dámaso pone á SÉNECA entre los setenta y dos discípulos de Cristo. Erasmo no considera auténtica esta epístola, así como la correspondencia atribuida al Apóstol de las gentes y al filósofo estoico. Tampoco el cardenal Baronio considera auténticas estas epístolas.

¡Qué diferencia entre un san Pablo y un SÉNECA! Mirad al Apóstol de las gentes. Predicando desnudo y afligido de la sed y del hambre, ganada la comida con singular desprecio de todo, con el trabajo de sus manos y el sudor de su rostro, no temia confesar sus errores: que habia sido perseguidor de Cristo, indigno de ser llamado apóstol. Hablaba de sí, y en cosas que para él eran de gran crédito ó gloria, prudente y generoso, ó callaba ó decia con gran violencia lo ménos que podia decir, disminuyendo su importancia. Hacia poco caso de los juicios de los hombres: sólo hacia mucho del de Dios. Hé aquí su altísima filosofía.

No buscó ni quiso los títulos de honra; apreció más las afrentas y los oprobios. Sin amar á Cristo no quiere su gloria, porque para él no habia más gloria que amar á Jesucristo.

En sus epístolas nos previene que debemos mirar este mundo y usar de él como si no hubiera tal mundo ni de él hubiera uso alguno. En los mayores peligros se hallaba el primero, el primero en las más arduas empresas. «Para todo me hallo con alientos, decia, puedo todo»; pero ¿en quién? en aquel que lo confortaba, en Jesucristo, en su amor, en su doctrina.

Hizo tanto ó más por la fe cuando convertido, como ejecutó cuando perseguidor.

«He trabajado más que todos», decia: no escribió «yo he aprovechado más que todos.»

Si hubiera san Pablo preguntado á un filósofo deista: ¿Por qué no puede pecar Dios? hubiera obtenido esta respuesta: «Porque es la regla primera, por la cual todas las acciones se rigen para el acierto.» Pero san Pablo fundaba la impecabilidad de Dios en que Dios no es malo, ni en él puede caber pecado, porque, si lo hubiese, ¿cómo podria juzgar el mundo?

Se hizo Pablo para todos, de todos modelo y guía de todos para salvar á todos. En sus prisiones más parecia un rey sentado en su solio que un cautivo entre miserias.

No le bastó (como decia el Crisóstomo) ser apóstol ó doctor para enseñar, si no hubiera escrito con sangre su doctrina, si no hubiese tenido por púlpito la cruz, por librería la cárcel, por libros las cadenas y los grillos.

«Yo lleno ó suplo con mis obras lo que faltó á la pasion de Cristo», exclamaba san Pablo. Y ¿qué faltó en méritos, en dignidad, en martirio, en humildad, en paciencia, en constancia? ¿Cómo podia suplir Pablo á Cristo, como un hombre á Dios? Ésa era otra de las grandes doctrinas de la filosofía de san Pablo. Nada faltó, es cierto, á la pasion de Cristo, nada en sí; pero algo faltó para que aprovechase al mismo Pablo. Faltaba el padecimiento propio, faltaban las propias obras, faltaba el personal trabajo, porque no quiso Dios con sola su pasion perdonar nuestras culpas, sin que el hombre de su parte junte otros merecimientos. El perdon está como comenzado; queda perfecto con las obras; por eso san Pablo con las suyas suplia lo que faltaba para su cumplimiento.

De puro grande, el amor de Pablo se rinde ante una lágrima del prójimo. Dijo el Apóstol á los de Cesárea: «¿Qué haceis llorando, sino afligir y despedazar mi corazon?»

Esto escribia aquel que exclama: «¿Quién nos apartará de la caridad?» Éste era el que no hacia caso de las fuerzas de los monarcas. Pero la caridad lo unia tanto con los cristianos, que ántes hubiera sido posible dividirle que apartarlo de ellos.

En su caridad se unen todos los hombres: fué uno de los que contribuyeron á poner paz entre el pueblo judaico y el gentil, paz del espíritu, paz de la doctrina. Grandes martirios le costó el mostrar en su vida y obras la vida de Jesucristo.

Se hizo omnipotente en la conversion del mundo por su pobreza y desinteres en sus ministerios.

Corria de pueblo en pueblo, de penas en penas y de muerte en muerte, y el amor de la doctrina de Cristo era quien lo llevaba. Pasó de las tempestades del mar á las prisiones, de las manos de los verdugos á las del pueblo. Un dia servia de irrision, otro de alabanza, de convertir almas á los suplicios, de predicar como maestro á ser llevado á los tribunales como malhechor.

No era ménos sabio cuando hablaba como niño á los niños que cuando mostraba su sabiduría entre los perfectos, ni era ménos cuando se hacia enfermo con los enfermos que cuando conversaba en los cielos.

Marco Tulio decia: «Si Júpiter hubiese de hablar en griego, no usaria otro lenguaje que el de Platon.» Esto escribia para encarecer su elegancia. Cumplióse este deseo en san Pablo. Para hablar Dios á los hebreos, les habló en el lenguaje del Apóstol de las gentes: lo mismo á los romanos, lo mismo á los hebreos; porque éste habló en lengua de todas las lenguas, predicó en lengua de Dios.

Con estas diferencias entre san Pablo y SÉNECA, véase si parecen verosímiles tales cartas, de que será bien dar alguna muestra.

SÉNECA Á SAN PABLO.

«Creo, Pablo, tienes noticia de cómo ayer Lucilo y yo hablamos de tí acerca de los apócrifos y »otras cosas. Tambien con mis compañeros se hizo conversacion de tu doctrina; porque salién- »donos á pasear á los huertos Salustianos, la ocasion y el tiempo nos convidaban al reparo de »ella. De verdad quiero que entiendas que deseábamos tu presencia, porque nos entretuvimos en »leer tu librito y otras epístolas, que has enviado á otras ciudades y cabezas de provincias, con »admirable estímulo á la consideracion de la vida mortal, de las cuales sentencias juzgo que si »bien dices que no son tuyas, son de algun soberano númen que te asiste, porque es tanta la »majestad de sus conceptos, y tanta la generosidad de su adorno, que casi las tengo por inimi- »tables; en particular las de las edades de los hombres, que enseñé á todos, y de las que diré »que han podido aprovechar. Por lo que deseo, hermano, tengas salud y que te guarde Dios.»

DE SAN PABLO Á SÉNECA.

«Con mucho gusto ayer recibí tu carta, á la cual al instante respondiera si tu mensajero hu- »biese parecido. Ciertamente sabes el cuándo, por quién, en qué tiempo, el qué, á quién se deba »dar y cometer. Ruégote que no tengas á menosprecio cuando miro la calidad de tu persona, »ántes tus cartas me son de mucho contento siempre que escribes. Por feliz me considero de »haber correspondencia con varon de tanto juicio. Creo que á ninguno darás noticia de ella, »siendo maestro tan prudente de tan gran príncipe y de todos, y te repito con la misma fineza »las saludes, rogando que Dios te guarde.»

Los que han fingido lo del cristianismo de SÉNECA y los que sinceramente lo han asegurado no pararon mientes en que murió como gentil, no invocando á Jesus, sino á Hércules.

Su muerte fué teatral, pero valiente, noble y resignada; pero de ningun modo dentro de las creencias de la fe en Cristo.

Segun Nourrison (1), á pesar de lo esplendente del lenguaje de SÉNECA, para él Dios se reducia á la naturaleza, la Providencia al destino, el alma á un cuerpo de una materia sutil, pero al fin materia.

SÉNECA, como buen estoico, era indiferente á la vida y á la muerte: el suicidio, el infalible y supremo recurso contra las adversidades invencibles.

Malebranche escribia que nada existe más magnífico que la idea que del sabio nos da SÉNECA, pero que en el fondo nada hay más vano ni más imaginario. El retrato de Caton es demasiado hermoso para ser exacto: sólo sorprende y maravilla á los que ni estudian ni conocen la naturaleza.

Prosiguiendo en el estudio comparativo, ligeramente, como sólo me es posible, de san Pablo y de SÉNECA, veamos cómo entienden la libertad. «Por precio habeis sido comprados: no os hagais siervos de ningun hombre», decia el primero, para exhortarnos á la libertad de ánimo que da el tenerlo en la doctrina de Jesucristo. «Preguntas qué es libertad, enseñaba SÉNECA: no servir á cosa alguna, á ninguna necesidad, á ningun caso, y *reducir la fortuna á lo justo.*»

Discurriendo por sus obras, verémos que SÉNECA, sometido á la doctrina estoica, queria afectar independencia en sus opiniones. Así, para persuadir que no habia jurado en palabras de otro filósofo, ni seguia ajenos pareceres por sola la autoridad de los maestros, dijo en una epístola (la 45): «De nadie soy esclavo; no traigo nombre ajeno; tengo mi opinion, tengo mi voluntad propia.»

No acabó de celebrar bastantemente SÉNECA aquel dicho de Marco Antonio, al verse desamparado de la fortuna: «Sólo me ha quedado lo que dí.» El filósofo cordobes exclamaba: «¡Oh cuánto pudo tener si hubiera querido! Y si sólo le quedó lo que habria dado, claro es que si hubiera dado todo, todo le quedára.»

(1) *Tableau des progrès de la pensée humaine*, cap. XVII.

El libro de *La vida bienaventurada*, que dedicó á su hermano Galion, donde traza la apología de sus acciones contra la maledicencia de sus émulos, fué escrito á los fines de su vida, y es de los escritos mejores suyos, al sentir de Justo Lipsio y de Marco Antonio Mureto.

Al hablar del amor, dijo en una de sus tragedias (1): «La deshonestidad desenfrenada, por acreditarse, fingió que el amor era Dios, y para proceder más libremente y sin que ninguno le atajase el camino, la honró con el título de la divinidad que habia inventado.»

De SÉNECA son estas notables sentencias:

Trabajo es comenzar la vida cuando ella se acaba.

Ávida es siempre de peligros la virtud.

Argumento es de casta ser fea.

Para conocer las cosas que no mueren, se muere muy presto.

Si el padre es bueno, débese amar, y si malo, sufrir.

Buena es la mujer cuando claramente es mala.

El avariento nunca hace cosa acertada sino en la muerte.

La inconstancia de nuestro vivir hace más corta la vida.

Vende su propia libertad el que recibe ajeno beneficio.

Bueno es el dinero si lo manda la razon.

Consejo se debe tomar conforme al dia, y si fuere posible, segun la hora.

El que al afligido promete con duda la salud, ése se la niega.

Aun de males hay ambicion.

No queda que perder al que una vez el crédito perdió.

A quien fortuna favorece, para mayor trabajo lo guarda.

Malas palabras, áun ligeramente dichas, ofenden.

En el entendimiento del sabio, áun despues de sanada la llaga, queda señal.

El mayor mal que en los vicios puede haber es mudarse unos en otros.

El desdichado no cree á la prosperidad cuando viene.

La mujer no tiene medio: ó ama mucho ó aborrece mucho.

No hay cosa tan cara como la que con ruegos se compra.

Insufrible cosa es rogar por lo que ya se concedió.

Ninguno ama á su patria porque es grande, sino porque es suya.

Pocas veces el discípulo iguala al maestro.

Triste cosa es no saber morir.

No sabe tornar á casa la vergüenza que se fué.

Lo que nunca se hizo se puede hacer.

El que no quiere vivir sino entre justos, viva en desierto.

Tomada amistad créase, y ántes de tomarse júzguese.

El que aconseja que se piense en la muerte, libertad aconseja.

El Marqués de Argen decia, en su *Historia del espíritu humano*, que algunos modernos se han utilizado como propios, de varios pensamientos debidos al talento de SÉNECA. En el libro de las *Cuestiones morales* creia ver el Marqués la noticia de la circulacion de la sangre (2).

Hasta en el famoso coro de la tragedia *Medea* se ha visto una profecía del descubrimiento del Nuevo Mundo, y no somos nosotros solos, es decir, cuantos han hecho esta indicacion, los que han visto esta profecía. El mismo almirante Cristóbal Colon, en el libro en que recopiló los dichos y las sentencias, y áun las profecías del descubrimiento de las Indias y recuperacion de la Tierra Santa, cita los versos de SÉNECA con esta traduccion castellana:

«Vernán los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar Océano aflojará los atamentos de las cosas, y se abrirá una grande tierra, y un nuevo marinero, como aquel que fué guía de Jason, que ovo nombre Tiphi, descobrirá mucho mundo, y estónces non será la isla Tule la postrera de las tierras.»

En el siglo xv, y en la córte de D. Juan II, el entusiasmo por los escritos filosóficos de SÉNECA

(1) El *Hipólito*.

(2) *Corpora nostra non aliter tremunt quam si spiritum aliqua causa conturbat: cum timore contractus est et venis torpentibus marcet*, etc.

fué grande. No se olvidó de él su patria cuando empezó nuestra literatura á verse cultivada con más empeño.

El doctor Pero Diaz tradujo y dedicó al Rey los *Proverbios de Séneca, é el libro que compuso, que intitula de las costumbres é los fechos*, impresos luégo en 1482, 1500, 1512 y 1552, sin contar otras ediciones sucesivas. Fernan Perez de Guzman trasladó á la lengua castellana las *Epístolas de Séneca*, que se publicaron, con una introduccion de filosofía moral, en Zaragoza, el año de 1496.

En el siglo XVII tambien se habló mucho de SÉNECA y sus obras.

Don Alonso Nuñez de Castro, cronista general de los reinos de Castilla, publicó un libro intitulado: *Séneca, impugnado de Séneca en cuestiones políticas y morales* (Madrid, 1651).

Su propósito es, sirviéndose de opiniones contrarias del mismo SÉNECA en diversas obras suyas, defender al filósofo en aquellos pareceres que le pareeian erróneos.

Don Juan Baños de Velasco y Acevedo publicó en Madrid, el año de 1670, otro libro con este título: *L. Anneo Séneca, ilustrado en blasones políticos y morales, y su impugnador impugnado de sí mismo*; y tambien al año siguiente este otro libro: *El sabio en la pobreza, comentarios estoicos é históricos á Séneca.* Baños de Velasco lo calificaba del español más valeroso en las penalidades, del rico más prudente en sus grandezas, del ministro más entero en sus decisiones, del privado más sencillo en la soberanía de su valimiento y del maestro más perfecto de un príncipe.

Entre estas publicaciones de Nuñez de Castro y Baños de Velasco, dió á luz Fr. Gaspar Ruiz Montiano, de la órden de San Benito, el libro *Espejo de bienhechores y agradecidos, que contiene los siete libros de beneficios de Lucio Anneo Séneca* (Barcelona, 1666).

Fernandez de Navarrete habia dado á la estampa, á principios del siglo XVII, los siete libros de SÉNECA, en la traduccion que sirve de texto en el presente libro.

Que en algunas de las doctrinas filosóficas de SÉNECA hay coincidencia con las de los padres de la Iglesia, en cuanto no son peculiares del estoicismo, nadie puede poner duda, en la confianza de que se dirige á la verdad.

Muchas de las doctrinas morales de SÉNECA parecen como inspiradas por la luz del Evangelio, lo cual no es decir que el filósofo cordobés hubiese aceptado el cristianismo.

San Pablo fué citado en Acaya ante el tribunal de Galion, hermano de SÉNECA; más tarde en Roma ante el prefecto del pretorio, Burrho, amigo del filósofo. Tambien compareció ante Neron dos veces. Pudo, pues, tener SÉNECA noticia de San Pablo y áun de sus escritos, y aceptar de ellos muchas de sus doctrinas morales, sin por eso creer en Jesucristo y seguir los demas preceptos filosóficos que estaban en contradiccion abierta con el estoicismo.

Si examinamos las opiniones de SÉNECA sobre muchos puntos de moral filosófica en comparacion de los escritos de los santos padres, ¿cuántas semejanzas hallaríamos?

De aquí nació el gran crédito que en la Edad Media tuvo SÉNECA entre los sabios.

Otro español eminente en letras y filosofía fué Marco Fabio Quintiliano, nacido en Calahorra el año 42 de la era cristiana; escribió las *Instituciones oratorias*, libro de gran elocuencia. Dúdase por muchos que sean suyas várias declamaciones que corren con su nonbre, y el fundamento de este dudar procede de reputarlas inferiores al mérito de Quintiliano.

El diálogo *sobre las causas de la corrupcion de la elocuencia*, que tambien se ha considerado obra de su ingenio, se atribuye por algunos á Tácito, por otros á autores diversos, si bien consta que con ese mismo título Quintiliano escribió un libro.

No cumple á mi propósito tratar de este autor como preceptista en la oratoria; sólo sí manifestar cuán alta era su inteligencia y cuánto cultivaba la filosofía.

En sus escritos es un filósofo orador el que habla, dando los preceptos más oportunos, y profiriendo sentencias dignas de toda veneracion. Véanse algunas de ellas.

Cuando duda el que dice, presuncion es de verdad.
Por culpa nuestra es nuestra vida corta.
De los hijos, el que muere, ése es el más amado.
No te dejes caer aunque la adversidad lo quiera.
Falte la vida, pero no falte el esfuerzo.
Más eficazmente se arraiga lo peor.
Ninguna cosa pone en efecto el que siempre teme.
Las más veces se engañan los que mucho de sí confian.
Mejor es no acusar al malo que absolverlo.

La primera señal de buen juicio en los más es la memoria.
Grandes espíritus, si están ociosos, en maldad se ocupan.
No hay edad tan larga á que no falte saber.
Muchas veces por mentir se gana autoridad.
El mayor de los males es la condicion maliciosa.
Mudables son las esperanzas de los afligidos.
Libre es la aficion y no conoce señor.
Todo malo es ignorante.
Mucho siente de sí el que con ninguno se compara.
No desean sanar los enfermos de amor.
No hay fingimiento al morir.
Razon es que calle quien no ha de ser creido.
Témese de decir lo que con dificultad se ha de creer.
No moran juntos hambre y vergüenza.
La más cruel de las muertes es la que el pueblo da.
La ciencia se puede fingir, pero no la elocuencia.
Con quien la razon no puede, puede el miedo.
El que á los ignorantes se muestra sabio, á los sabios parece ignorante.
¿Qué no crió libre la naturaleza?
Lo que nunca se puede acabar de saber es tambien necesario que se sepa.
Torpeza es perder la esperanza de lo que es posible alcanzar.
Damos por hecho lo que mucho deseamos.

San Isidoro, arzobispo de Sevilla, perteneció á aquel ramo de sabios que ilustraron la monarquía visigoda, como San Leandro, San Julian, San Eugenio, San Ildefonso, San Félix y otros. Floreció á los fines del siglo VI y principios del VII.

Resumió en várias de sus obras lo más selecto de la filosofía griega y latina, en consonancia con el cristianismo, y todo de una manera sumamente clara y con superior criterio; entre ellas la más célebre es la intitulada *Etimologías*. El octavo concilio toledano lo llamó *Ecclesiæ Catholicæ novissimum decus..... et in sæculorum fine doctissimus.*

Como una muestra de la excelencia de sus doctrinas, merecen citarse las sentencias que siguen:

Incierta es la amistad en la próspera fortuna. No se sabe si se ama á la felicidad ó á la persona.

¿A qué admiras, hombre, la altura de las estrellas y la profundidad de los mares? penetra en el abismo de tu alma y admírate si puedes.

El que corrige al delincuente con ánimo soberbio ó odioso, no lo enmienda, sino lo hiere.

El príncipe justo quiere á veces dispensar los errores de los malos, no porque consienta su iniquidad, sino porque aguarda el tiempo oportuno de su correccion, cuando convenga enmendar sus vicios ó castigarlos.

Lo que de bueno hicieres con discrecion, eso es virtud; lo que sin discrecion practicares, vicio es. La virtud indiscreta, por vicio se considera.

La discrecion es próvida en juzgar las causas de las cosas y razon moderadora de las humanas inteligencias.

Se ha de preferir en la leccion, no las palabras, sino la verdad. Frecuentemente se halla la sencillez vendida y la falsedad compuesta.

El buen doctor (ó prelado) es el que con humildad guarda la disciplina, y por la disciplina no incurre en la soberbia.

Cuando alguno está constituido en superior lugar se halla en igual peligro, y cuando se encuentra en más elevado y espléndido honor, si delinque, es más pecador, más grande.

El primer estudio de la ciencia es buscar á Dios.

El colmo de la mayor culpa es saber uno lo que debe saber y no querer seguir lo que sabe.

La penitencia tiene el nombre de *pena*. La penitencia no se ha de hacer por medio de las palabras, sino por medio de obras.

Siempre en la vida del hombre se ha de buscar el fin, porque Dios no mira cuáles fuimos ántes, sino cuáles estamos cerca de nuestras postrimerías.

Quien ama las heces del mundo, quiera ó no quiera, ha de sucumbir á la pena del miedo y del dolor.

Al leer estos pensamientos, fuerza es convenir en que san Isidoro, ya se mire como conservador de las ciencias y como crítico sagaz que sabía elegir para mejor enseñar, prestó á la humanidad un servicio importante. No sé en cuál escritor español he leido un juicio de santo Tomas de Aquino, que decia estas ó parecidas palabras: «A ninguno han canonizado por ajenas obras, y si la doctrina de santo Tomas fué toda de los santos padres, si no dijo cosa propiamente suya, ¿qué maravilla pudo haber en su doctrina? ¿Es milagro, es portento acaso, valerse de los ajenos escritos? No es milagro, no, pero sí prodigio hacer de uno propio todo lo ajeno excelente sin hurtar cosa alguna á nadie. Santo Tomas hizo propia la doctrina de los santos padres, sin violencia de ningun género. ¿Y cómo fué esto? Lo explicaré por medio de este ejemplo: *Sapientia ædificat sibi domum*, Una casa labró para sí la Sabiduría. El texto sagrado no designa más materiales que siete columnas, *Exadit columnas septem*. Estas columnas fueron cortadas para perfeccion del edificio; faltaba poner cada una en su lugar correspondiente, es decir, ordenarlas. Esto hizo el Doctor Angélico. Dispuso con tan admirable arte, que es método para todos cuantos deseen entrar en la casa de la Sabiduría. Con lo mismo que los padres y los doctores dijeron, fabricó la casa de su doctrina celestial; pero la obra, ¡oh! la obra se debe toda á tan sabio artífice. Los padres lo dijeron ántes, pero santo Tomas de Aquino lo hizo despues todo. Con los materiales se erige el edificio, pero al maestro, á su criterio, á su ciencia, á su buen gusto se debe toda la disposicion, magnificencia y hermosura.»

Otro tanto se puede decir de san Isidoro en la mayor parte de sus obras filosóficas. Eligió de filósofos paganos y de padres de la Iglesia lo mejor, y formó un cuerpo de doctrina filosófica y de ciencia, no sólo estimado en España, sino en la córte de Carlo Magno. El filósofo Flavio Alvino Alcuino, maestro de este famoso monarca, ordenó unos extractos de las *Etimologías* para enseñanza.

Si examinamos las diversas colecciones de sentencias de filósofos y teólogos que se han publicado desde el siglo XVI hasta la edad presente, en todas hallarémos muchas de san Isidoro, elocuente testimonio del aprecio con que en las modernas edades se han visto y se ven sus obras, y que la veneracion de su siglo tiene más fundamentos que el afecto de los contemporáneos.

La victoriosa invasion de los árabes en España abrió en la historia un período de guerras, que duraron siete siglos, entre la cruz y la media luna.

Córdoba y Sevilla fueron los centros de la civilizacion en nuestra península; allí las ciencias eran cultivadas con gran empeño por los judíos, y especialmente los árabes, no sin que tambien muchos cristianos viniesen de distintas naciones de Europa á aprender filosofía.

El hombre más notable que hubo en esta época fué Averroes, por unos llamado Aben-Rasciad, y por otros Abulvalid-Mohamad-Ben-Ahmad-Ebn-Roschd, natural de Córdoba, doctísimo en filosofía, jurisprudencia y medicina; gran comentador del Estagirita, por lo cual mereció el renombre de *Alma* de Aristóteles.

Cuéntase como indubitable que era tan generoso para con sus contrarios, que decia: «Debe el hombre ser benéfico con los que le son hostiles, no con los amigos; con éstos no hace otra cosa que seguir las corrientes de su inclinacion, con aquéllos ejerce una virtud altísima. Distribuyo mis bienes en la misma manera que mis padres los adquirieron; entrego á la virtud lo que de la virtud tomaron; la tolerancia con que trato á mis adversarios no por eso me arrebatará á mis amigos verdaderos, y puede conquistarme el afecto de los que sin razon me odian.»

Escribió muchos tratados de lógica, de metafísica, de física, de ética, de astronomía, de política, de retórica, de teología y de medicina.

Entusiasta admirador de Aristóteles, fué en su siglo y en los inmediatamente posteriores quién más contribuyó á la veneracion de Europa en todas las escuelas.

Creia en la posibilidad de la union del alma con la Divinidad en este mundo, y tambien que habia un alma universal, de que la nuestra era parte pequeña, pero eterna, inmortal y divina, con un espíritu sensitivo y perecedero.

Los animales estaban, para Averroes, dotados de una potencia estimativa, que ciegamente los llevaba á lo útil, en tanto que el hombre conocia lo útil por la razon.

El célebre filósofo español Juan Luis Vives creia que Averroes mal podia haber comentado bien á Aristóteles, cuando no conocia el texto griego sino por malas y muy incorrectas traducciones, y no traducciones latinas siquiera, sino árabes. Agregábase á esto ser, segun Vives, el talento de Averroes muy mediano.

Y ¿cómo adquirió tal fama en las escuelas? Porque Averroes, á lo que aparece, era más sutil é ingenioso que profundo, y supo dar á sus escritos una forma singularmente atractiva para aquellos tiempos. Ese dón de deslumbrar con cierto modo agradable de poner en órden los pensamientos, ha hecho que aparezcan para su siglo eminentes muchos hombres que de otra manera jamas hubieran podido distinguirse. Así las medianías se engrandecen en ocasiones á los ojos de los contemporáneos. Pasa la edad de la veneracion, y la medianía, despojada de la imaginaria y caprichosa grandeza, queda en medianía.

Averroes, en medio de todo, sufrió graves contradicciones en su siglo. Es cierto que el califa Almanzor, de Marruecos, le entregó el gobierno de sus estados y dióle la comision de organizar los tribunales y corregir las leyes; pero tambien que sus émulos se conjuraron contra él, acusándolo de mal mahometano. Sus doctrinas filosóficas, llevando por guía las de Aristóteles, no se avenian bien con las del islamismo.

Desposeido de cargos, honras y riquezas, vióse Averroes perseguido é insultado, y en la precision de tener que estar todos los viérnes en las puertas de una mezquita con la cabeza descubierta, para experimentar los ultrajes del pueblo por sus impiedades.

Señas dió de arrepentimiento; pasó á Fez, de Fez á Córdoba; y más tarde Almanzor, persuadido de las quejas que el pueblo tenía contra la ignorancia, injusticias y violencias del sucesor de Averroes en el gobierno de Mauritania, y convencido por la opinion de algunos sabios que Averroes verdaderamente se habia arrepentido de algunas doctrinas contrarias á la ley de Mahoma, lo restituyó en sus cargos.

Averroes murió en Marruecos el año de 1225 (1).

Contra el aplauso general y la admiracion con que se miraban los libros y las doctrinas de Averroes, se levantó la inteligencia y actividad de un español, que consideraba un mal para la fe cristiana la propagacion de tantos errores. Ese hombre era Raimundo Lulio.

Fué Raimundo Lulio hijo de Ramon Lull, caballero insigne, esposo de una señora de la estirpe de los condes de Eril, que vivian en Mallorca. Entró en palacio como paje del rey don Jaime I, alcanzando el cargo de senescal y mayordomo. Ni seguia las ciencias ni las virtudes; las diversiones, y áun los vicios, eran sus ocupaciones. Tal vez se ocupaba en escribir tiernas trovas de amor ó licenciosas.

Sacarlo de sus errores procuraron sus padres con casarlo con Catalina de Lasbot, dama en quien competian lo noble del linaje con la riqueza.

Hubo en ella Raimundo Lulio dos hijos, pero ni las altas cualidades de su esposa ni el amor de éstos lograron desviarlo de la pasion que desde ántes de su matrimonio tenía con una señora casada igualmente y de quien anhelaba verse favorecido. Para mostrar lo invencible y vehemente de su amor, se cuenta que en un dia festivo, estando la señora de sus pensamientos en la iglesia á los divinos oficios, Raimundo Lulio osó entrar á caballo en el templo, para ponerse así en presencia de su amada. Avergonzado de su loca accion y del escándalo, así como de verse reprendido por todos, no dejaba por eso de seguir en su temeraria porfía para conquistar el afecto de aquella señora, la cual, con permiso de su esposo y en el deseo de que hubiesen fin aquellos devaneos, tan en daño de su tranquilidad como peligrosos á su reputacion, dió á Raimundo una cita para su propia casa. Acudió el enamorado con la alegría de quien cree llegar al término de sus esperanzas. Ella lo recibió dulcemente; alentáronse más los deseos del galan, y entónces ella descubriendo su pecho y presentando á los ojos de Raimundo Lulio el cáncer que lo devoraba, le dijo: «Contempla, Raimundo, lo que amas, desiste del afecto con que me idolatras. Pon todo ese cariño en objeto digno de la adoracion de todos. Ama á Jesucristo. Si tantas muestras de amor hubieses hecho por él, cual las hiciste por mí, ya hubieras merecido el reino de los cielos.»

Horrorizóse del cáncer, quedó conmovido ante las voces de aquella señora tan infeliz como bella y virtuosa, y se acogió al retiro de su casa vertiendo lágrimas de arrepentimiento. Quiso dejar y dejó la córte, dió, con permiso de su mujer é hijos, su hacienda á los menesterosos, y dedicóse á emplear en servicio de Dios cuanto le durase la vida.

Pasó á París en edad de cuarenta años, donde aprendió gramática, y para adquirir el conoci-

(1) En el siglo XII florecieron tambien Maimonides (Moyses ben Mayemon), judío muy celebrado, autor del libro *Guía de los extraviados*, y Salomon Ben Gabirol (Avicebron), que escribió el libro llamado *Fons vitæ* por unos, y por otros: *Librum singularem de verbo Dei agente omnia*.

miento de la lengua árabe compró un esclavo africano, en cuyo trato logró su designio. Refiérese que entendiendo este esclavo que el anhelo de su señor por aprender la lengua arábiga se dirigia á la predicacion de la doctrina de Cristo entre los moros, determinó darle muerte, lo que intentó con un cuchillo. Pero si bien hirió á RAIMUNDO gravemente, no consiguió su objeto. Los vecinos, avisados por el estruendo y las voces del que intentaba matar y del que persistia en oponer su natural resistencia, se apoderaron del esclavo y lo pusieron en manos de la justicia, el cual, en la desesperacion de haberse frustrado su propósito y temeroso de los horrores del suplicio, quiso con breve muerte, por medio de un lazo al cuello, castigar su desventura.

Tornó RAIMUNDO á su patria, y en una ermita situada en la cumbre de la montaña de Rauda se dedicó al estudio y á la penitencia por medio de solitaria vida; de aquella ermita pasaba á la de Algayde á proseguir en sus contemplaciones científicas y divinas. Allí, segun la tradicion, concibió el pensamiento de un *Arte* general para todas las ciencias. Y porque se atribuyó á inspiraciones celestiales, los seguidores de sus doctrinas dieron á RAIMUNDO LULIO el renombre de *Doctor iluminado.*

En el deseo de comunicar la ciencia que en la soledad habia creado, pasó á Mallorca y empezó á enseñarla. No alcanzó por el momento ser entendido de la mayor parte de sus discípulos. La novedad y lo complicado de sus abstracciones eran muy difíciles para los entendimientos de sus contemporáneos, y sus compatricios imaginaban que RAIMUNDO LULIO habia perdido la razon á fuerza de estudios y de oraciones. Si le preguntaban ¿Dónde vas? respondia «Al amor.» ¿Quién es tu padre? «El amor.» «El amor, solia decir, es un árbol de dulces frutos y con hojas y flores de afliccion y de trabajos.»

Nuevamente volvió á su soledad, consideró que su *Arte* para ser entendido habia menester un comento, y allí lo compuso.

Trasladóse á Roma, habló al papa Clemente V y á los más doctos cardenales; dió á examinar su doctrina, y Su Santidad le ordenó trasladarse á Francia para que la universidad de la Sorbona examinase su *Arte.* Cuarenta doctores y licenciados oyeron su doctrina y le dieron la más cumplida aprobacion.

El sutil Escoto estaba entónces en París. RAIMUNDO LULIO llegó á la puerta del aula en la que el sabio leia. Reparó Escoto en aquel ermitaño, que unas veces hacia señales de aprobacion y otras de desconformidad con las doctrinas que escuchaba, y le preguntó: ¿Qué parte de la oracion es *Señor* (Dominus). Respondió RAIMUNDO LULIO: «El Señor no es parte, es todo.» Y de aquí tomó fundamento para disertar larga y doctamente, con admiracion de Escoto y demas que lo oian. Mucho le favoreció este sabio; alcanzó para él licencia de leer públicamente su arte; dióle reputacion en Francia con el aprecio y los loores de su talento prodigioso. Los cartujos hospedaron á RAIMUNDO y le confiaron sus estudiantes.

De París se trasladó á Montpellier, ciudad donde compuso muchos de sus libros; de Montpellier pasó á Génova, donde tradujo á la lengua arábiga su *Arte;* tornó á Roma, presentó al Sumo Pontífice escritos de universidades y sabios en aprobacion de su doctrina.

Alentado por el aplauso de los unos y por la esperanza de lograr sus designios, solicitó del Papa que en todas las provincias se fundasen colegios para enseñar las ciencias y la lengua arábiga, á fin de que sus discípulos pasasen á tierras de infieles á la predicacion de la fe.

Viajó por Armenia y Chipre para alentar al pensamiento de la conquista de la Tierra Santa, predicó en Egipto y Túnez, consiguiendo la conversion de algunos, no sin haber experimentado los rigores de los enemigos de Cristo, que lo persiguieron.

De Túnez pasó á Nápoles, de Nápoles á Génova, de aquí á Mallorca, de Mallorca á París; tornó á su patria, volvió á Chipre y á Génova, despues á Roma y á Francia, enseñando por do quiera sus doctrinas y promoviendo la expedicion á Jerusalen y la defensa de los griegos, amenazados del poderío de los árabes.

Convencido que nada podia alcanzar, por las discordias mutuas de los príncipes cristianos, pasó á África á combatir el mahometismo por medio de la predicacion. Bona, los Gelves, Túnez, Bugía fueron teatro de su enseñanza é intrepidez, así como de sus sufrimientos constantes y persecuciones por amor de Cristo.

Pasó á Génova, donde recibió el hábito de hermano en la tercera órden de san Francisco. Continuó en sus peregrinaciones por diversas ciudades cristianas, hasta tornar á la de París, en donde prosiguió leyendo su *Arte* y escribiendo libros en latin, lemosin y árabe, para com-

batir las doctrinas mahometanas y las de Averroes, que entónces estaban muy en estima.

De Viena, adonde acudió al capítulo general de la órden de san Francisco, regresó á su ermita, donde vivió en el retiro tres años; de allí, inflamado más y más del vehementísimo deseo de abolir el mahometismo, pasó á Egipto, Armenia, Siria, Grecia, Polonia é Inglaterra; visitó las córtes de los reyes de España, siempre con el estímulo de persuadir á todos á la gran empresa objeto de sus afanes. De Mallorca volvió á Túnez y á Bugía, donde comenzó sus predicaciones. Pero renovada la persecucion y el ódio contra RAIMUNDO LULIO, fué encerrado en una mazmorra y oprimido con cadenas, de donde salió para morir apedreado.

Unos mercaderes genoveses pudieron tomar su cadáver, y lo llevaron á Mallorca.

El inquisidor Eymerich era adversario decidido de las doctrinas de RAIMUNDO LULIO, con especialidad, segun se cree, del libro de *La Filosofía del amor*, á más de otras obras. No sólo supuso en ellas proposiciones heréticas, sino que fingió una bula de Gregorio XI para recoger y examinar sus libros. Apremió con censuras para que los entregasen aquellos que los ocultaban con cariñoso cuidado.

Los parientes de LULIO se opusieron á esta guerra á su memoria y escritos, y apelaron al rey don Juan de Aragon. Examináronse éstos, y en Mayo de 1383 se pronunció sentencia favorable. El mismo rey don Juan, con consejo de la Inquisicion, ordenó que Eymerich fuese castigado con el destierro. Eymerich fué citado para ante la córte pontificia, donde se declaró ser falsa la bula.

En los tiempos del pontífice Paulo IV se pusieron en los índices las obras de LULIO como prohibidas, por olvido de estos sucesos, hasta que en el Concilio de Trento se revisó el asunto y se dió por aprobada la doctrina del filósofo y teólogo español.

Grandes semejanzas hay en el designio de RAIMUNDO LULIO y el que tuvo en el siglo XV en Italia el autor del *Triunfo de la Cruz*, de *La Verdad de la Fe*, de *La Sencillez cristiana* y de *La Exposicion del Miserere*, de fray Jerónimo de Ferrara, conocido por Savonarola.

Uno y otro anhelaron apartar de entre los cristianos toda doctrina gentílica, y abolir el estudio de las obras de Aristóteles.

La constancia del uno y del otro fué grande. Las obras de ambos se vieron condenadas, y luégo restituidas á su crédito. ¡Dos defensores de la pureza de la religion en las costumbres, en las ciencias y en las artes, infamados como herejes! Y sin embargo, RAIMUNDO LULIO tuvo la satisfaccion de morir á manos de infieles por ódio á Jesucristo, en tanto que el infeliz Savonarola pereció en el suplicio por manos de católicos. La Santa Sede fué, como siempre, justa con la ciencia y las virtudes de ambos; su memoria fué rehabilitada contra el ódio y la envidia.

RAIMUNDO LULIO es celebrado en la historia de la filosofía, y con razon. Entre el portentoso número de obras que se deben á su talento, se halla el *Gran Arte* ó *Arte Magno*, ingeniosísimo sistema que por medio de fórmulas abstractas, combinadas sutilmente, se dirige á la adquisicion de la ciencia universal.

Compárase el libro *Opus Magnus*, de Bacon, con el *Arte Magno*, de RAIMUNDO LULIO, en cuanto al atrevimiento y á ser la misma audacia llevada á la especulacion y á la experiencia.

Muratori decia que el *Arte* de LULIO no era otra cosa que una buena lógica, y con respecto á su autor, no dudó en calificarlo de hombre adornado verdaderamente de fervorosa piedad y de ingenio portentoso, si bien propuso su *Arte* con un poco de fanatismo.

Se ha llamado al *Arte* de RAIMUNDO *Cáos científico* y *Ciencia universal*, porque sus principios son universalísimos para todas las artes y ciencias; porque por medio de reglas infalibles desciende y se puede descender hasta lo más pequeño y oculto de aquéllas.

El célebre cardenal Jimenez de Cisneros consideraba los escritos de LULIO utilísimos.

La idea de RAIMUNDO fué combatir á los aristotélicos-averroistas, que sostenian ser sus doctrinas verdaderas en cuanto á la filosofía, y falsas en cuanto á la teología.

RAIMUNDO LULIO opinaba que no puede existir verdad filosófica que sea adversa á la teológica; que todo lo conocible es Dios y la criatura; que de Dios, como sumo é infinito sér, procede otro sér, y que el sér de la criatura se asemeja al sér divino, y que estando en Dios, como está toda perfeccion, sus criaturas deben tener igualdad con él en lo infinito y alcanzar una semejanza de sus perfecciones.

En todas las criaturas hay una escala de mayor y menor perfeccion. Lo imperfecto se encuentra sometido á lo perfecto, lo perfecto atrae á lo imperfecto, y esta atraccion anima á todas las criaturas.

La inclinacion de lo atraido á su atraente es uno de los principios y fundamentos generales de la filosofía luliana (1).

Se atribuye á RAIMUNDO LULIO la invencion de la aguja náutica, ó al ménos ser el primero que escribió sobre ella en el libro *Félix de las maravillas del orbe*, segun estas palabras: «Tambien sabrás que la calamita tiene virtud para hacer volver la aguja á la Tramontana y *al Mediodía*, y que es tan fuerte en su sequedad, que no la puede fundir el fuego.» Esto se escribia en el año de 1286. En el mismo libro decia: «En el iman ó calamita ha puesto Dios tanta simplicidad de tierra, dijo el filósofo, que el hierro tiene apetito á ella, y por esto la calamita mueve á sí el hierro, por la gran influencia de su simplicidad de tierra, á la cual se mueve el hierro naturalmente», etc.

En el libro de *Astronomía* escribia: «La virtud de la estrella septentrional con el iman atrae al hierro, y por eso la virtud del iman es el medio que tiene virtud de concordar la virtud de la estrella septentrional y la del hierro, cuya concordancia está firme por la grandeza, poder y apetito del cielo por medio de la sequedad y frialdad.»

Atribúyese á LULIO ser el primero que escribió *Arte de navegar*, así como haber manifestado que en la parte occidental de nuestro hemisferio hay continente de tierra opuesto al nuestro.

Terra et mare sunt sphæricum corpus. La tierra y el mar forman un cuerpo esférico, dijo en su libro de las *Cuestiones solubles por el arte demostrativa*.

Habla del Océano ó gran mar, y al discurrir sobre el flujo y reflujo, habla del arco de agua, que en el Poniente estriba en una tierra opuesta á las playas de África, España, Francia é Inglaterra, en las que se ve el dicho flujo y reflujo. La verdadera filosofía conoce, segun LULIO, la parte esférica del agua, y por eso comprende que el flujo y reflujo imprescindiblemente exigen dos vallas contrapuestas que enfrenen el agua y sirvan como de pedestales ó fundamentos de su arco.

En el libro del *Félix de las maravillas del orbe*, hablando del mar, dice: «Y porque es redonda se muève al rededor y en ondas ó á oleadas, segun el balance de su rotundidad, por la cual se mueven las ondas de la mar hácia la tierra *y se mueve la mar de Inglaterra, pues balanceando, se inclina en un tiempo á una parte y en otro á otra*.»

Compuso LULIO varios tratados de médicos. En su loor se dice que resolvió en su *Arte de principios y grados de la Medicina* los de su certeza, adelantándose á Zimerman en distinguir la verdadera de la falsa experiencia. En su libro de *Instrumento en Medicina* se hallan las bases de una ideología clínica. «Yo le intitularia *la lógica del médico*. Es de tanto interes, que no la recomendaré bastante», escribe don Anastasio Chinchilla (2).

Escribió muchos libros de alquimia. Manget y Boherhave lo elogiaron por sus conocimientos químicos. Se cree que LULIO fué uno de los que primero aplicaron la química á la medicina.

Boerhave asegura que fueron sesenta los libros que sobre química escribió LULIO.

En una coleccion de tratados de *Verdadera Alquimia*, publicada en un volúmen el año de 1561, en Basilea, se hallan los siguientes de LULIO:

El *Apertorio de la composicion de la verdadera piedra*.

Arte intelector de la piedra filosofal.

Práctica.

De Mercurio solo.

De Alquimia.

Repertorio ó intencion sumaria para inteligencia del Testamento, Codicilo y otros libros de Lulio.

Luis Figuier (3) dice que para RAIMUNDO LULIO la piedra filosofal tenía tal fuerza, que no sólo podia cambiar el mercurio en oro, sino tambien dar al oro formado de tal suerte la virtud de una nueva piedra filosofal.

RAIMUNDO, escribiendo al rey Eduardo de Inglaterra, le decia: «Ya habeis visto, señor, la operacion maravillosa que he hecho en Lóndres con el agua de mercurio que yo he echado en el

(1) Esto afirma el maestro don Antonio Raimundo Pascual en su libro *Descubrimiento de la aguja náutica*. — Madrid, 1789.

(2) *Anales históricos de la Medicina en general*. — Valencia, 1841.

(3) *L'Alchimie et les Alchimistes (troisième édition)*. — Paris, 1866.

cristal disuelto; he formado un diamante finísimo, que vos habeis destinado para pequeñas columnas de un tabernáculo.»

El mismo Figuier nos recuerda que RAIMUNDO LULIO, cuyo genio se ejercita en todos los ramos de los conocimientos humanos, y que expone en su *Arte Magna* todo un vasto sistema de filosofía, resumiendo todos los principios enciclopédicos de la ciencia de su tiempo, no pudo ménos de dejar á los químicos una útil herencia, perfeccionando y describiendo varios compuestos que son hoy usados, como las preparaciones del carbonato de potasa con tártaro y demas, la rectificacion del espíritu de vino, la preparacion de los aceites especiales, un método perfeccionado para la copelacion de la plata, y la preparacion del mercurio dulce.

Si pasamos á examinar los escritos de RAIMUNDO LULIO como hombre político, no podrémos ménos de maravillarnos de aquel fogoso talento, que penetraba todo.

Parece que están escritas para nuestro siglo estas palabras:

«El temor es ramo que compete al Príncipe en dos modos: el uno es el más principal, es á saber, que tema á Dios; y el otro modo es que tema á su pueblo. Temer á Dios se dice, para que no haga ofensa á su pueblo, que Dios le encargó; como las ovejas que se encargan al pastor. Dícese temer á su pueblo, para que no haga ofensa al amor que éste tiene; por cuanto el Príncipe hace gran injuria á su pueblo cuando le hace agravio ó comete engaño contra él.

»Conviene al Príncipe ser sabio y discreto, para que sepa tener conocimiento de la intencion por cuya razon es príncipe, y para que sepa gobernar. Príncipe infunde y pone temor en su consejo, en sus oficiales y en su pueblo; siendo así que la *Sabiduría* muestra y declara lo lícito y lo ilícito, y los juicios y sentencias que conviene dar á aquellos que hacen contra el Príncipe.

»No dió Dios libertad al hombre para que haga el mal, siendo así que se la dió para que haga el bien y evite el mal. Y si Dios hubiese dado libertad al hombre para que pudiese hacer el mal, habria creado libertad contra libertad, y habria creado dos poderes, uno bueno y otro malo, y dos libertades, una buena y otra mala; lo cual es imposible, y que Dios sea creador de lo malo y que una libertad en un sujeto sea contra otra; siendo estas libertades partes intelectuales, porque ya serian formas necesarias segun el curso natural. Como el fuego, que es libremente contra el agua, y el agua contra el fuego; pero en el sujeto en que están conjuntos el fuego y el agua, el uno es señor y el otro súbdito; como en el colérico, en el cual el fuego es el señor, y el agua en la calabaza es la señora. Y la razon por la cual el hombre tiene libertad para el mal, es ésta: por cuanto tiene y retiene de la naturaleza, de que es, es á saber, de el no ser (y porque es el pecado original). De adonde tiene semejante libertad para hacer el mal por razon de la naturaleza, que le fué apropriada, que es de la parte de el nada, que es su centro, al cual desciende y baja libremente con el pecado, como la piedra, que con la ponderosidad ó peso baja al centro, la cual ponderosidad realmente le apropió su centro, para poder ser su centro, y que la piedra pudiese tener en él su reposo. Y en este pasaje se da conocimiento, con el cual se pueden conocer los principios de la libertad que tienen los hombres para hacer el mal, la cual libertad es la privacion de la libertad, de que deben usar los hombres haciendo el bien y evitando el mal. Y este pasaje es muy útil y subtil y digno de que se sepa. Segun lo que se ha dicho de la libertad, conviene que el Príncipe considere la libertad, para que la sepa y ame para hacer el bien y evitar el mal, y para que aborrezca la libertad para hacer el mal; por eso no se dice que el pueblo es contra la libertad que tiene el Príncipe para hacer el bien y evitar el mal, porque de esta manera inclinarian el Príncipe á usar de la mala libertad en hacer el mal, por lo cual, aquel pueblo hace contra sí mismo, que quiere que haya en la ciudad algunas costumbres antiguas, que sean contra la justicia y contra la libertad de hacer lo bueno y evitar lo malo.»

Estos pasajes son tomados de su libro *El Árbol de la ciencia*.

Muchos de los escritos de RAIMUNDO LULIO están llenos de pasajes sumamente poéticos. Queria, sin duda, por medio de este atractivo hacer más grato el estudio de la ciencia, y sobre todo aquellas teorías abstractas y nuevas, aquellos *mirabiles ambajes* que se encuentran en sus escritos y que tanta semejanza tienen algunos con las de algunos modernos filósofos alemanes, salvo en la impiedad de las doctrinas, como ya en otra ocasion he dicho (1), despertando la aficion de los entendidos en filosofía hácia los escritos del *Doctor iluminadísimo*.

Muchos fueron los discípulos de LULIO, dentro y fuera de España, en su siglo y posteriores.

(1) *Vida de Raimundo Lulio*, publicada por mí en la revista *La América*, en 1861.

Hay uno, sin embargo, poco conocido, de gran ingenio y lozanía de imaginacion, que escribió un tratado de verdadera filosofía en forma entretenida y nueva. Hablo de fray Anselmo Turmeda, que floreció en el siglo XIV, y murió, á lo que se cree, apedreado por los moros á causa de sus predicaciones en África.

Ese tratado es sumamente peregrino, fué escrito en lengua catalana y trasladado á la española. Sólo conozco una version francesa del siglo XVI (1). He hablado de este libro en otra ocasion, y debo repetir aquí algunos de mis juicios al tratar de este filósofo.

Intitúlase *Disputa del asno con fray Anselmo Turmeda, acerca de la natura y nobleza de los animales*. En este tratado fingia el autor que yendo á una floresta para descansar del tumulto de las ciudades, fué vencido del sueño. Pero á pocos instantes la soledad se pobló de multitud de fieras, brutos, aves é insectos que acudian á prestar el juramento de obediencia á un leon, nuevo rey. Uno de los vasallos le advirtió que el fraile Turmeda defendia la opinion de que los hombres se aventajaban á los demas animales, así por las excelencias del cuerpo como por las del ánimo. El Soberano quiso oir cómo se podia sustentar semejante parecer con buenas razones, y así mandó llamar á Turmeda, ofreciéndole el seguro de su palabra real para argüir libremente y sin temor de las iras de los caballeros de su córte; y le dió para contrario de sus argumentos á un asno de ruin catadura, el peor y más despreciable de sus súbditos. La contienda es sumamente ingeniosa. Si fray Anselmo Turmeda proclama la excelencia de los sentidos del hombre, el asno prueba que los animales le exceden, no sólo en el ver los objetos en medio de las nocturnas sombras, sino en el oir los más lejanos ó pequeños rumores. Si el uno, para demostrar que los hombres se rigen por el buen consejo, castigan á los malos y guardan su manera de gobierno, el otro le responde con las ordenadas repúblicas de las abejas y hormigas, todas sujetas, no á los apetitos de la gula y del sueño, sino al trabajo y provecho de los demas de su especie. Si aquél, de lo delicado de las viandas que usa el hombre para su sustento, infiere su mejor naturaleza, éste atribuye á ellas la multitud de enfermedades á que vive afecto, y los grandes delitos que se experimentan en el mundo por la sed del oro, los dolores, las tribulaciones, batallas y empresas marítimas, donde se pierden lastimosa y tempranamente las vidas, en tanto que muchos de los animales comen los frutos que fecundan los humanos con el sudor de las frentes, así en arboledas como en jardines, y otros sitios deleitosos. Por último, el asno, para vencer á fray Turmeda, trae á la memoria que los papas, reyes, príncipes y grandes señores, á quienes no pueden mirar las gentes sin temor y respeto, son hollados en los rostros ó heridos por el aguijon de insectos, de cuyo poder con dificultad logran salvarse.

Al propio tiempo observa que los soberanos que gobiernan á los hombres más quieren las gabelas é imposiciones de sus vasallos, que practicar el bien y la justicia, la cual debe ser administrada, no por el precio de los ricos metales, convertidos en monedas, sino por el deseo de obrar con la piedad y la misericordia que tanto se admira en los reyes de las hormigas y de las langostas, cuyo cargo consiste en dirigir á todos hácia la comun felicidad, único norte de los estados (2).

Fray Anselmo da algunas noticias de sí por boca de un conejo, el cual dice, segun el texto del libro, que traduzco de la version francesa, puesto que la castellana me es desconocida y el original catalan tampoco ha venido á mis manos, ni sé quién lo haya logrado ver hasta ahora:

«Muy alto y poderoso señor, aquel hijo de Adan que está acostado á sombras de aquel árbol, es de nacion catalan y natural de la ciudad de Mallorca y tiene por nombre fray Anselmo Turmeda, el cual es hombre muy sabio en toda ciencia, y más que nada en astrología, y es oficial de la aduana de Túnez por el grande y noble Maule Brufret, rey y señor entre los hijos de Adan, y gran escudero del dicho rey.»

Esto, si no es burlerías de ingenio, concuerda con lo que algunos escritores catalanes atribuyen á Turmeda, que renegó de su fe, si bien arrepentido quiso enmendar y enmendó sus errores, predicando en Túnez el cristianismo, hasta que acabó á manos de los enemigos del cristianismo.

(1) *La Disputation de l'asne contre frere Anselme Turmeda sur la nature et noblesse des animaux, faite et ordonnée par le dit frere Anselme en la cité de Thunies, l'an* 1417, etc. *Traduicte de vulgaire Hespagnol en langue françoyse, A Lyon, par Laurens Buyson*, 1548.

(2) En los índices expurgatorios del Santo Oficio aparece prohibido siempre el libro del asno de fray Anselmo Turmeda. Debió ser esta prohibicion por siete pasajes muy licenciosos que tiene al hablar de los siete pecados capitales, aplicándolos á los religiosos de su siglo.

Sin embargo, resulta del mismo libro que á pesar de su amistad con el Rey de Túnez, seguia Turmeda siendo cristiano. Esto contradice lo de haber renegado (1).

Creo conveniente, por lo rarísimo del libro de Turmeda y por su gran espíritu filosófico, trasladar aquí algunos pasajes que he traducido.

Cómo el asno fué delegado para disputar con fray Anselmo. Habla el leon.

«Y á fin que sepais claramente que nosotros los animales somos de más grande nobleza y dignidad que vosotros, y que por razon y buen derecho nosotros debemos ser vuestros señores, y vosotros nuestros súbditos y vasallos, dejando á muchos nobles é ingeniosos animales, que en dos ó tres palabras os harian callar como un muerto, queremos que el asno roñoso sea quien os responda, disputándolo desde este instante para ello, por ser el más ruin y miserable animal que hay en nuestra córte. Y por tanto, dirigíos á él diciéndole vuestras razones y probándole lo que habeis dicho ser verdad tan en contra nuestra.» Volviendo la vista, miré á par de mí un mezquino y despreciado asno todo torcido, enfermo, roñoso y sin rabo, el cual, á lo que yo creo, no valdria diez dineros en la feria de Tarragona. Yo me tenía por burlado, conociendo claramente que ellos hacian escarnio de mí, pero todavía por vergüenza tuve que contentarme, y pacientemente sufrirlo, y al punto comencé á decir al asno roñoso.»

Aquí comienza la disputa de fray Anselmo contra el asno.

«Señor Asno, la primera prueba y razon de que nosotros los hijos de Adan somos de más nobleza y dignidad que vosotros los animales, se halla en nuestra hermosa figura y semblante, porque nosotros somos bien hechos y completos de nuestros miembros, y todos bien ordenados por bellas proporciones, correspondientes las unas á las otras, puesto que los hombres grandes tienen grandes las piernas y largos los brazos, y asimismo todos los miembros segun la altura del cuerpo, y los hombres pequeños tienen las piernas cortas y cortos los brazos, y así todo en proporcion de su estatura; y vosotros, animales, sois hechos al contrario, porque en vosotros no hay alguna proporcion de miembros, y yo os lo voy á declarar distintamente.»

De las proporciones de los animales.—«Sea primero el elefante. El elefante, segun podeis ver claramente, tiene el cuerpo muy grande, las orejas grandes y largas y los ojos pequeños; el camello gran cuerpo, largo cuello, largas piernas, pequeñas orejas y la cola corta. Los bueyes y toros gran piel, largas colas y sin dientes en la quijada delantera. Los carneros gran piel, larga cola y sin barba. Los conejos, aunque pequeños animales, tienen orejas mayores que las de los camellos, y así hallaréis muchos y casi infinitos animales todos variados, sin la justa proporcion en sus miembros, y por esta razon se deduce claramente que nosotros los hijos de Adán somos de mayor nobleza que vosotros los animales.»

La respuesta del asno.

«Fray Anselmo, vos cometeis gran pecado en menospreciar los animales, y no sois tan ignorante que no sepais que quien menosprecia alguna obra ó dice mal de ella, el menosprecio ó mal juicio recae sobre el dueño ó autor de ella.»

(1) En prueba de que fray Anselmo Turmeda era amigo del Rey de Túnez y de que éste lo estimaba por su sabiduría, sin haber renegado, el mismo Turmeda en boca de uno de los animales interlocutores pone el siguiente hecho: «Sucedió en este tiempo que el gobernador ó alcaide de dicho castillo (de Caller, en una isla llamada Bocel), nombrado el señor Allart de Mur, queriendo hallarse en la coronacion del rey de Aragon don Fernando, á quien pertenecia el señorío de dicho reino, y habiéndose embarcado para ir á Cataluña, llegó al puerto de Túnez, obligado por la fuerza de los tiempos contrarios, y no queriendo bajar á tierra, envió un su criado en demanda de refrescos y vituallas. E incontinente que el dicho criado llegó á la doyne de Túnez, fué avisado fray Anselmo cómo el dicho gobernador habia allí arribado por la fortuna y tiempo contrario, y faltándole bastimentos, habia enviado por cuanto le era necesario á sus gentes para refrescar. Luégo que el padre Anselmo oyó la relacion del criado del gobernador, habiendo hecho traer muchas vituallas, le dijo: «Tómalas y llévalas á tu señor, saludándole de parte mia, y dile que yo le suplico que acepte este pequeño servicio de mí, su humilde servidor, fray Anselmo, y devuélvele sus dineros, y si necesita alguna otra cosa, que me lo mande á decir, pues en todo cuanto quiera será servido.» Embarcándose al punto el dicho criado, llegó á la nave de su señor y le dió cuenta de lo que el padre Anselmo le habia dicho, y le devolvió sus dineros, de lo cual el gobernador habia un soberano placer y alegría, é incontinente le escribió una letra dándole las gracias y otras muestras de cortesía por el servicio que le habia prestado, sin mediar entre ambos conocimiento alguno anterior.»

De este pasaje se deduce que Turmeda no estaba como renegado en Túnez. No parece verosímil que dado el cristianismo de los caballeros de aquel siglo, ofreciese el señor Allart de Mur tantas muestras de afecto á Turmeda, como se dice más adelante en el libro, pues desde tierra de cristianos le envió á Túnez *un gran presente de muchas y gentiles cosas*. Ademas Turmeda se llamaba en Túnez *fray Anselmo*, clara señal de que seguia siendo cristiano.

El asno habla á fray Anselmo con gran audacia.

«Fray Anselmo, aunque no sois digno de que yo os responda, con todo eso, no pudiendo ir en contra de lo expresamente mandado por el muy alto y prepotente príncipe, el Rey nuestro señor, me cumple, como á un bueno y leal súbdito y criado, acatar y observar sus órdenes. Y por tanto, en el nombre de Dios, yo vengo á oir de vos al presente, una á una, las razones y pruebas que teneis, y luégo que las digais, yo os replicaré segun lo que Dios me diere á entender.»

Las cuales palabras me lastimaban tanto como si fueran golpes de lanza, viéndome despreciar por tan ruin bestia como era este cautivo asno; mas por convenir á mi intento, sabiendo segun la Escritura que quien sabe sufrir nunca es vencido, depuse todo desplacer y melancolía, y calándome mi sombrero, oí las siguientes palabras del asno.

El asno habla á fray Anselmo.

«Vos hablais mal del Criador que nos ha criado, y esto nace del débil entendimiento que en vos reside, y por tanto, no entendeis la cuestion. Sabed que Dios, nuestro Señor, ha criado muy bien y sabiamente todos los animales que habeis nombrado. Y esto testifica Moisés en el *Génesis*, diciendo que Dios vió todo lo que habia hecho, que todo era bueno. Y en contra de lo que vos decis, Dios hizo al elefante grandes las orejas para con ellas arredrár de sus ojos las moscas, así como de la boca, que siempre tiene abierta á causa de los grandes colmillos que le salen, los cuales Dios le dió para su defensa, y á lo que vos decis, que segun la proporcion de su cuerpo deberia tener grandes ojos, bien conoceréis que, aunque os parezcan pequeños, la virtud visiva que hay en ellos es tan perfecta y sutil, que puede distinguir desde cien leguas si se halla colocado sobre una alta montaña. ¿Os parece, pues, que una tan gran vista es proporcionada á un tan gran cuerpo? Contra esto nada hay que replicar. Por otra parte, bien sabeis que todos los animales del mundo que tienen grandes ojos y abultados y salientes, tienen débil y desdichada vista, y los que los tienen pequeños, la poseen muy viva y sutil.»

De la proporcion del camello.—«Al camello, por tener largas las piernas y alimentarse de las hierbas, Dios Todopoderoso ha criado con el cuello largo á fin de que pueda bajar su boca á la tierra y rascarse con sus dientes hasta las últimas partes de su cuerpo. Así y por semejante manera Dios Todopoderoso ha criado los miembros de los animales segun sus necesidades y menesteres. Por tanto, yo os declaro que en nada habeis entendido la cuestion y que vuestras falsas razones no bastan á probar que vuestro parecer erróneo sea verdadero. Por tanto, si habeis algun otro argumento, decidlo, que yo os daré la respuesta.»

Fray Anselmo dice al asno:

«Señor Asno, yo tengo otra razon para decir que somos de mayor nobleza y dignidad que vosotros, y es que Dios Todopoderoso nos ha dado los cinco sentidos corporales, que son: oir, ver, oler, gustar y palpar; y si bien os los ha dado igualmente, no tan cumplidos ni perfectos como á nosotros, porque con éstos nos ha concedido la buena memoria, por la cual nos acordamos de cosas que están por venir, de las ausentes y de las pasadas, y á vosotros sólo ha dado algunos de lo presente, y por esta razon claro ves se demuestra que somos de mayor dignidad y nobleza que vosotros.»

El asno responde y dice:

«Fray Anselmo, oyendo la fama de vuestra ciencia y sabiduría, que vuela por toda esta provincia, aunque no os conocia ni os habia oido hablar, os tenía en gran concepto; pues al presente, viendo lo contrario, os tengo en reputacion de una ruda y tosca persona. ¡Eh! hombre de Dios, ¿estais en vuestro sentido y cabal entendimiento? Un niño de cinco años no sólo no diria tales palabras, sino que tendria vergüenza tan sólo de pensarlas. Pero puesto que así habeis perdido la memoria, prosiguiendo en mis respuestas, os declararé (si os hallais capaz de comprenderme) cómo Dios Todopoderoso ha dado á nosotros los animales todos los cinco sentidos corporales más enteros y perfectos que á vosotros, y mejor memoria y retentiva. Abrid, pues, los oidos y escuchad mis palabras.»

Del primer sentido corporal.—«El primer sentido corporal es el oir. Recordad, fray Anselmo, que muchas veces alguno de los hijos de Adan, caminando sobre algun animal, sea caballo ó mulo, es obligado á apearse, especialmente en estío, por el grande calor, desciende para refrescarse y reposar á sombra de algun árbol, teniendo al dicho caballo ó mulo por la brida, y viniendo por el camino algun hombre á pié, el dicho caballo ó mulo siente sus pasos, y conociendo que su dueño no los oye, quiere hacérselo saber, y así tira del freno y levanta las orejas, mirando hácia el

sitio por donde el otro viene. Por tales actos el caballero se pone en pié y mira al lugar hácia donde lo demuestra el caballo ó mulo, y ve al hombre que está á más de un tiro de ballesta. Algunas veces siente el dicho caballo ó mulo venir algun lobo ó perro, y avisa del mismo modo al caballero hasta que conoce que lo puede ver ú oir. Considerad, pues, fray Anselmo, cuál tiene mejor ó más sutil oido, el caballo ó mulo que desde la distancia de un tiro de ballesta siente venir un hombre á pié, ó el caballero que hasta que el hombre de á pié no lo tiene delante saludándolo, no ha oido sus pasos, ni los del perro que pasa junto á él. Cien mil otras pruebas os presentaría ademas, pero á fin de no prolongar más mi discurso, paso á dar respuesta á vuestras otras pruebas y razones.»

Del segundo sentido corporal del animal, que es el ver. — «El segundo sentido corporal de los animales es el ver. ¿Qué hombre hay el dia de hoy en el mundo, fray Anselmo, de tan perfecta y clara vista, que pueda distinguir las cosas pequeñas desde una legua de distancia? El águila y el buitre ven desde más de cincuenta leguas de altura en los aires al conejo ó la perdiz, ó algun otro animal vivo ó muerto en la tierra. Y en cuanto á la perfecta vista de los animales, se muestra claramente, fray Anselmo, en las grandes tinieblas, donde los hijos de Adan nada pueden ver sin luz. Los nobles leones y otros animales generalmente, y hasta los gatos, perros y ratones, ven y miran mejor y más claramente que no los hijos de Adan en medio de un claro dia.»

El asno habla de la perfecta vista de la burra del profeta Balaam.

«Veréis la superioridad, fray Anselmo, si leeis el capítulo xxii del libro de *Los Números*, tratando de la burra del profeta Balaam, cuando el rey Balac lo envió á maldecir al pueblo de Israel. Y Dios nos envió al ángel con la espada en la mano, á fin de impedirle el paso, por lo cual se puso en medio del camino. Y viendo la burra al ángel con la espada, tuvo miedo y se paró. Y el profeta, como no veia al ángel, daba de golpes á la burra para que pasase adelante, y ella, no pudiendo sufrir las injurias que el dicho profeta le hacia, lastimándole las costillas con los golpes, dijo: «Señor, ¿por qué me maltratas así? ¿Has visto que alguna vez haya hecho cosa »semejante? Tú me hieres porque no paso, y yo no puedo pasar porque me lo impide lo que veo.» Así dice el texto, fray Anselmo, que Dios, nuestro Señor, abrió los ojos al dicho profeta, y en mirando vió al ángel, y al punto le dijo: «Perdonadme, porque yo no sabía que estuvieses aquí.» Y el ángel le dijo: «Si esa bestia no se hubiese parado, yo te hubiera muerto.» Y luégo le mandó de parte de Dios que no maldijese al pueblo de Israel, y él así lo hizo. Decidme ahora, fray Anselmo, ¿quiénes tienen mejor vista, los animales, que no tan sólo ven las cosas corporales, sino tambien las incorpóreas, como son los ángeles? Y vosotros, hijos de Adan, sólo veis las corporales. Cien mil otras pruebas os podria ofrecer, mas me contengo para dar córte á nuestra disputa, y no ocasionar fastidio á nuestro muy alto y prepotente príncipe, nuestro muy amado señor el Rey.»

Del tercer sentido corporal del animal. — «El tercer sentido corporal de los animales es el oler. ¿Qué hombre hay, fray Anselmo, que pueda sentir algun olor bueno ó malo desde la distancia de un tiro de piedra? Y los gatos y ratones huelen cualquier vianda desde un tiro de ballesta. Y áun el autor del libro de *Las Propiedades* da más testimonio en esto, pues es hijo de Adan, como vos, y dice que el buitre huele la carne muerta de cien leguas de distancia.»

De la natura del escarabajo. — «Los escarabajos están condenados á sustentarse del estiércol de los caballos, mulos y asnos; y si quereis ver cuando alguno de dichos animales va por un camino, no hay en el mundo un solo escarabajo que no salga de sus madrigueras, siendo infinitos los que acuden de todas partes. Tan sutil es su olfato, que desde diez ó doce leguas huelen su comida.»

De la natura de los lebreles y sabuesos. — «¿Habeis visto una cosa más maravillosa que los perros, todos en general, y los sabuesos en particular, cuando siguen por el husmo al conejo, la liebre ó la perdiz, corriendo por todos los sitios por donde éstos han pasado? Para estas cosas no bastan los hijos de Adan; mas, al contrario, sin los dichos perros, que son los que les muestran la caza, jamas por sí mismos la podrian hallar. Y dejo otras cosas para no prolongar nuestra disputa.»

Del cuarto sentido corporal del animal. — «El cuarto sentido corporal del animal es el gustar. Si bien lo contemplais, fray Anselmo, veréis que los caballos, mulos, bueyes, carneros y otros animales, cuando pastan entre muchas hierbas de varios gustos y sabores, toman las de bueno y dulce sabor y las comen, y dejan las otras que lo tienen malo y amargo. Y de este cuarto sen-

tido y del quinto igualmente os daria cien mil pruebas que demostrasen cómo Dios Todopoderoso nos ha dotado de más enteros y perfectos que á vosotros. Si no temiese ocasionar enojo á nuestro muy alto príncipe y á los venerables varones, á los cuales no agrada decir cosas dichas á este propósito con gran ciencia. Y en cuanto á lo que decis, que Dios Todopoderoso en los dichos cinco sentidos corporales os ha dado buena manera y mejor retentiva que á nosotros, por lo cual os acordais de las cosas pasadas, y que á lo que á nosotros ha concedido sólo es para lo que vemos de presente, yo os respondo que vuestra opinion es falsa.»

El asno declara á fray Anselmo la buena memoria de los animales.

«Porque vos mismo deberéis saber, y áun por propia experiencia, que todos los dias los mulos, asnos y bueyes que una vez ó dos han ido de la viña ó el jardin á la casa, ellos saben despues volver solos sin necesidad de guía, y vosotros iréis una vez ó dos por un camino, y en volviendo de nuevo no acertaréis con él.»

De la naturaleza de las golondrinas. — «Fray Anselmo, vos veis á las pequeñas golondrinas volar despues que son grandes, y cuando el estío ha pasado y el invierno se aproxima, como son muy delicadas y sensibles, al fin se van con sus padres á invernar á las Indias; porque cuando aquí es invierno, allá es estío. Y despues en la primavera, que es tiempo entre calor y frio, tornan aquí á nuestras torres, y las veréis venir directamente, cantando con gran alegría, á las casas ó los lugares donde están los nidos que dejaron el año pasado, y reedifican otros nidos para su reposo y para en ellos criar sus pollos; y cuando el estío es pasado, tornan otra vez á aquellas partes de la India derechamente, sin equivocarse ni olvidar jamas el camino, tanto á la ida como á la vuelta; empero en todo tiempo saben el lugar de su habitacion.»

De la naturaleza de los pájaros y otros animales. — «Semejante cosa hacen las tortolillas y las cigüeñas, y muchas otras aves, que si yo quisiese explicar cómo se gobiernan en su ida y vuelta, sería sumamente prolijo. Asimismo las grullas cuando llega el tiempo de su partida.»

De la buena retentiva de los hombres. — «No acontece así con vosotros, fray Anselmo, pues si alguno que reside en Mallorca pasa á Barcelona y es convidado á comer por un amigo en su casa, si pasado tiempo de estar otra vez en Mallorca torna á Barcelona, fácilmente olvidará la calle donde es la casa de su amigo que le habia convidado; y si no pregunta á alguno dónde está la casa, difícilmente la encontrará.

»¿Qué os parece de esto, fray Anselmo? ¿Quién tiene mejor memoria, nosotros los animales ó vosotros los hombres? Si teneis otra razon, decídmela, porque ésta no es suficiente para probar que Dios os ha dado mejor memoria que á nosotros, ántes bien todo al contrario, como os he declarado; así, no penseis cubrir el sol con una criba, porque no lo sabréis hacer.»

Fray Anselmo dice al señor Asno:

«Señor Asno, pues mis razones sobredichas no os agradan, todavía voy á probaros por otras más poderosas que los hijos de Adan somos de mayor dignidad que vosotros los animales. Basta recordar nuestra hermosa sabiduría y gran discrecion, con agudeza de entendimiento y muchas ciencias; el buen consejo y prudencia que tenemos y guardamos en nuestro gobierno, hechos, tráficos y muchos derechos que nosotros tenemos, por los cuales seguimos los caminos justos y buenos, y dejamos los falsos y malos. Y el que sigue la via de la bondad y hace excelentes obras, ese tal es galardonado y recompensado; y el que sigue la via contraria, ese tal es castigado segun sus maldades; y vosotros nada teneis de esto, sino que como bestias irracionales, que haceis todas vuestras obras bestialmente y sin que haya alguna razon en vuestras acciones.»

Responde el asno:

«Ay, ay, padre; pensar ántes de hablar es sabiduría, y vos haceis lo contrario, pues hablais ántes que discurris, lo cual es una grande y soberbia locura, con mezcla de torpeza; pues no sólo en los grandes y notables animales, sino en los más pequeños, hallaréis semejante y áun mayor saber, discrecion y agudeza de ingenio y buen consejo, con prudencia mejor que la vuestra. Nosotros tenemos tambien muchos derechos y usos, por los cuales el que hace lo que no debe es castigado, y así bien galardonado el que procede con rectitud, como os declararé (si vuestra rudeza lo puede entender), segun lo que se me alcance. Poned atencion á lo que digo.»

La naturaleza y gobierno de las abejas. — «El primero de los pequeños y sutiles animales es la abeja; si vos, fray Anselmo, las observárais veréis cómo ellas se gobiernan en sus habitaciones, bajo la conducta y obediencia de su rey, el cual mora en medio de sus gentes. Y despues en la primavera y en el verano, de dia y de noche, cuando la luna resplandece, salen todas generalmente y

vienen á extraer de las hojas y de las hierbas la cera sutilmente con los piés y las manos, y despues sacan de las hojas y de las flores, de las hierbas y de los árboles y de otras plantas la miel, y de la cera construyen sus casas y habitaciones de diversos modos, las unas redondas, las otras cuadradas, las otras triangulares, otras hechas con cinco ó seis cuartos para allí habitar, otras como almacenes y lugares para meter las viandas y provisiones para el invierno, y otras como cámaras para criar sus hijos y dormir en invierno; y despues que han llenado de miel sus almacenes para la provision del invierno, los guardan con una buena y gentil clausura de cera, á fin de que ninguna de ellas la toque hasta la llegada del invierno. Y entónces todas en general, sin propiedad alguna, comen en comun. Y despues que el invierno es pasado, á la primavera tornan á su tarea, así como ántes; y sus ordenanzas están hechas de modo que la que no viene á la hora del trabajo, no duerme luégo; la que hace mal, es castigada; algunas veces le cortan un pié ó una mano ó la cabeza, segun lo requiere ó merece el delito, poniendo los cuartos en el camino por do ellas pasan, para dar á las otras ejemplo de buen proceder y que abandonen el mal. »

De las abispas. — « Las abispas son muy semejantes, sólo que no labran miel, y sus reyes son lo mismo; de las cuales, si yo os dijese las ingeniosas obras que hacen en sus nidos para criar sus hijos, y cómo se guardan del frio y del calor por las florestas y en lugares sombrosos, sería cosa de nunca acabar. ¿Podeis negar, fray Anselmo, que las dichas abejas son sábias é ingeniosas? Lo cierto habeis oido, y no podeis defender lo contrario con razon alguna. »

De la naturaleza de las hormigas. — « Otro pequeño y sutil animal es la sapientísima y discreta hormiga, la sabiduría y experiencia de la cual viendo Salomon, uno de los hijos de Adan, el más sabio y discreto que hubo entre vosotros, os reprende en el libro por él ordenado, que se intitula *De los Proverbios*: ¡Oh perezoso! mira la hormiga y aprende de ella el seso y discrecion, y contempla el trabajo que toma para juntar su alimento, á fin de que reposando en invierno goce de placer y alegría.

» Considerad, fray Anselmo, cómo sábia y discretamente ellas edifican sus habitaciones debajo de tierra de diversas suertes y maneras, las unas anchas, las otras largas, unas para morar, otras como almacenes para guardar sus comidas y provisiones de invierno, llenándolos de trigo, cebada, lentejas, habas y otras vituallas. Y si acaso á causa de ser húmedo el lugar ó por la lluvia sus víveres se mojan, cuando ellas ven que hace buen dia y claro sol, los sacan para enjugarlos y secarlos, y cuando están secos los vuelven á sus almacenes. Y para que los dichos víveres no germinen con la humedad y el calor (que son las dos causas de la generacion), tronchan en el estío y dividen el grano del trigo en dos partes. Y de la cebada, habas y lentejas quitan el gérmen, y ellas mismas conocen por su sabiduría y discrecion que el grano del trigo dividido en dos partes, y la cebada, las habas y las lentejas con el gérmen quitado jamas pueden brotar. Ademas se levantan en el verano muy de mañana y salen de su habitacion á buscar víveres, y lo que encuentran comible, aunque tengan hambre, por nada del mundo lo probarán, ántes bien lo llevan lealmente á su casa, á fin que sea disfrutado en comun, sin propiedad alguna.

» Ademas, si alguna de dichas hormigas halla gran cantidad de víveres, se vuelve muy sabiamente á sus compañeras, llevando un grano de lo que ha encontrado para mostrarlo, y luégo todas juntas, ó la mayor parte, van con la otra á que les enseñe el sitio, y desde él conducen los víveres á su casa.

» Otras veces, si alguna encuentra gran cantidad de alimentos, tales como un poco de miel ú otra cosa semejante, viendo que ella sola nada puede hacer por el pro comun, corre incontinenti á la casa y lo avisa á las otras. Y luégo todas juntas, ó las que se hallan en ella, van al lugar donde está la vitualla, y si la pueden trasladar todas juntas, la trasladan entera; y si no, la dividen en muchas partes, y cada cual lleva la suya á la casa. Y cuando han llegado, las otras le preguntan por el lugar de la comida ó vituallas que la dicha hormiga ha hallado, y así diciéndoles las señas del camino, van una á una y se paran con la que lleva la primera cosa, y se besan así como hacen las damas catalanas cuando encuentran alguna de sus conocidas en la calle, y pidiéndole perdon, le preguntan por el camino, y las hormigas lo siguen segun las señas, hasta llegar al sitio de las vituallas, y llevan su parte á su casa como sus otras compañeras. Se gobiernan todas bajo la obediencia de su rey. Y aquella que procede mal es castigada segun el crímen, grande ó pequeño, cortándole una mano, un pié ó la cabeza; y los cuerpos de las que por justa sentencia han sido entregadas á la muerte, son arrojados al camino, lo más cerca que

puede ser de sus moradas, para dar ejemplo á las demas, á fin de que no incurran en semejantes delitos.

»Los cuerpos de las que fenecen por enfermedad se sepultan bajo tierra.»

Termina fray Anselmo su libro (1) reconociendo la excelencia del hombre por la inmortalidad del alma.

Como se ve, el libro de Turmeda está lleno de originalidad, vida, sutileza y pura filosofía.

Es uno de los que siguieron en España el camino de las ciencias, emprendido por el atrevido talento de RAIMUNDO LULIO, ese hombre eminente que tanto honra á nuestra patria.

Si escritores españoles de otros dias no han comprendido su mérito, la alta estima que han alcanzado sus obras entre los filósofos extranjeros prueba que, aparte de los errores inherentes á toda inteligencia, así como de los pasajes y doctrinas ó no entendidos ó despreciados por las preocupaciones de diversos sistemas, RAIMUNDO LULIO debe ser contado como uno de los primeros filósofos españoles (2).

Otro de los grandes cultivadores de la filosofía en España durante el siglo XIII fué el sabio rey D. Alonso X, que escribió el libro del *Tesoro*, que encierra las tres partes de la filosofía. Don Juan Manuel, nieto de san Fernando, escribió el libro del *Conde Lucanor*. En él no hizo otra cosa que darnos notabilísimos ejemplos de enseñanza de la filosofía moral.

Arnaldo de Villanova, cuya patria se disputan várias naciones, nació en el siglo XIII y murió en los principios del XIV. Créese que nació en Cataluña. Fué un médico filósofo. Hé aquí cómo describe el amor *heroico* ó *erótico*: «Es un pensamiento vehemente y contínuo sobre el objeto amado, con la esperanza de su posesion. Entristécense los amantes poco á poco; buscan las soledades. Extenúase insensiblemente su cara, amortíguanse y escóndense sus ojos, se entristecen más y más, y lloran por todo. Si se les presenta el objeto de sus amores, alégraseles el semblante y se cubre de un hermoso color rojo, y el pulso se les anima. Contrístanse en ausencia del objeto amado, y rompen en lágrimas y suspiros; pero se envanecen ó lisonjean con la esperanza de su posesion. Por último, el amor vence, sujetando el alma del amado; el corazon manda; las virtudes claudican.»

Raimundo Sebunde fué natural de Barcelona. Profesó la medicina, la filosofía y la teología en Tolosa de Francia (3). Un autor frances dice que se convirtió del judaismo á la fe católica; pero no hay testimonio auténtico que confirme este hecho, ni áun siquiera que lo dé á sospechar. Raimundo Sebunde es uno de los sabios españoles que más honran el siglo XV. Al frente de la edicion del libro de su *Theologia naturalis*, hecha en Strasburgo, en 1496, se lee: *venerable varon y profesor egregio*. El cardenal Bona, en el índice de autores que se lee al fin de sus obras, manifiesta su parecer de que el libro de la *Teología natural* de Raimundo Sebunde contiene la práctica del arte luliano, y que Adrian Turnebo afirmaba que la obra de Sebunde era la quinta esencia de

(1) El ejemplar de la version francesa me fué sustraido algunos años há. Por eso no pude acabar la traduccion castellana que habia empezado para ponerla íntegra en este tomo.

(2) Feijóo trató con menosprecio á RAIMUNDO LULIO. Esto fué una debilidad de aquel benedictino. Tambien habló mal de otros eminentes filósofos españoles. No parecia sino que él aspiraba á ser tenido ante los extranjeros, cuyo juicio atendia mucho, como el único español que verdaderamente se hubiese dedicado á la filosofía con criterio.

Como testimonio del aprecio con que RAIMUNDO LULIO ha sido considerado, véase la nota siguiente de un moderno autor extranjero:

«*Acta Sanctorum*, *Anales de San Francisco Valding*, *vida de R. Lulio*. Bouvelles, *ep. in vit. R. L. eremitæ Amicus*, 1511. Pax (Nicolao de), *Elogium Lullii*, Alcalá, 1519. Segui, *Vida de R. L.*, Mallorca, 1605. Colleret, *Vida de R. L.*, Paris, 1646. Perroquet, *Vida y martirio del Doctor Iluminado*, Vendoma, 1667. Vernon, *Historia de la santidad y de la doctrina de R. Lulio*, Paris, 1668. *Disertacion histórica del culto inmemorial del beato R. L.*, Mallorca, 1700. Loëv, *Especimen de la vida de R. L.*, Halle, 1830. Delescluze, *Vida de R. L. en la* Revista de Dos Mundos, 15 de Noviembre de 1840. *Historia literaria*, XXI. Brucher, *Historia crítica filosófica*, IV. M. Bartolomé Saint Hilaire, *Lógica de Aristóteles*. Haureau, *Historia de la Escolástica*, II. M. Renan, *Averroes y el Averroismo*. Höefer, *Historia de la Química*, t. I. Rousselot, *Historia filosófica de la Edad Media*, III, 76-141. Thery, *Historia de las opiniones literarias*, I, 239. Helffereich, *Raimundo Lulio*, Berlin, 1858, en 8.° Cf. Leibnitz, *De arte combinatoria*. Las mejores biografías de RAIMUNDO LULIO son de Bouilly, *Vita Lullii*, Paris, 1554; Perroquet, *La vie de R. Lulle*, Vendoma, 1667, y de J. M. Vernin, *La vie*, etc., Paris, 1668. Los historiadores generales de la filosofía, Brucher, Tiedemann, Ritter, etc., no han comprendido á RAIMUNDO LULIO y no han reconocido la introduccion de su sistema. Entre estas historias literarias, la de Cave merece la preferencia y da el más completo catálogo de las obras de RAIMUNDO LULIO.

(3) Mr. Maussac, citado por Bayle en su *Diccionario*,

santo Tomas. Sebunde, segun Forner (1), se formó una escala de entes para salir del más inferior al conocimiento de la Divinidad por grados intermedios. Para Sebunde la teología natural ó la ciencia de Dios y las criaturas es la principal que debe adquirir el hombre y la que el hombre más necesita. Creia que por esta ciencia se entenderian más fácilmente los santos doctores.

El mismo Forner, al hablar del otro libro que escribió Sebunde, *Diálogos de la naturaleza del hombre, de su principio y de su fin*, observa que el autor demuestra la esencia y los atributos de Dios por la idea de un ente perfectísimo que puede y debe formar el hombre; raciocinio que tanto satisfizo á Descártes, si bien la demostracion de éste es inferior, á su entender, á la de Raimundo Sebunde.

Además considera que este doctor descubrió la raíz ó el principio del derecho natural en el hombre por la obligacion que éste tiene de usar de sus potencias para lo mejor y lo más útil, y por último, que Sebunde prueba que el hombre es intelectual solamente porque existe un Dios, á quien debe conocer, pues para no conocerle no habria menester potencias intelectuales.

Las obras de Sebunde han sido muy estimadas en Europa, y especialmente en Francia. En París se publicó en 1509, y en Leon en 1541, la *Teología natural, ó Libro de las criaturas, especialmente del hombre y de su naturaleza en cuanto hombre, y de aquellas cosas que le son necesarias para conocerse y conocer á Dios*, etc.

Juan Martin tradujo y publicó en lengua francesa, el año 1551, los *Diálogos*.

El célebre Miguel de Montaigne nos da cuenta de cómo emprendió la traduccion de la *Teología natural* de Raimundo Sebunde en lengua francesa. «Pedro Brunel (2), persona de gran reputacion de saber en su tiempo, habiendo estado en Montaigne algunos dias al lado de mi padre con otros sujetos de su calidad, le hizo elogios de un libro que se intitula *Theologia naturalis*..... Y porque la lengua italiana y española eran familiares á mi padre..... se lo recomendaba como un libro muy útil y oportuno en aquella ocasion, en que comenzaban á acreditarse las doctrinas de Lutero..... Pocos dias ántes de su muerte, mi padre tuvo la fortuna de encontrar ese libro entre otros papeles olvidados, y me encargó que lo tradujese en lengua francesa.»

Montaigne, en desempeño de la palabra que dió á su padre, imprimió despues de su muerte la *Teología moral* con este título: *Le Livre des creatures* (París, 1581).

¿Cuál es el juicio del filósofo frances acerca de este libro? «Encuentro (dice) hermosos los pensamientos de este autor, y el contexto bien seguido y su designio lleno de piedad..... En fin, es atrevido y valiente, porque emprende echar los fundamentos de todos los artículos de la religion cristiana contra los ateistas, sirviéndose sólo de razones humanas y naturales..... A decir verdad, yo encuentro á Sebunde muy firme y feliz en establecer por razones naturales los artículos del cristianismo. Pienso que no puede argumentarse mejor, y creo que en esto ninguno lo ha igualado..... Sólo el talento de santo Tomas de Aquino, ornado de una erudicion infinita y de una sutileza admirable, era capaz de tales concepciones» (3).

Tal es el juicio de Montaigne acerca de Raimundo Sebunde. No puede ser más honroso para el filósofo español.

En Colonia se imprimió, el año de 1501, su *Quæstiones disputatæ, violæ animæ*, y en Lyon (de Francia), en 1568, los *Diálogos de la naturaleza del hombre*.

En éstas, que despues de todo no pasarán de ser una explanacion más de la *Teología natural*, Raimundo Sebunde nos dice: «Aquí aprenderás cuál ciencia tengas obligacion á saber mejor que otra, que es la de tu propio conocimiento.»

¿Qué es la ciencia que enseñó Sebunde? Él mismo nos lo demuestra, que prueba todas sus verdades, no con testigos extraños, ausentes ó no conocidos, sino con el mismo hombre. «Así no tiene necesidad (prosigue) esta ciencia más que del mismo hombre para testigo y prueba de su certeza, porque él es quien conoce estos medios, y no puede dejar de asentir á las verdades que de ellos se infieren.» «No te escandalice (dice el autor) ver que nuestra doctrina comienza en las cosas más ínfimas y humildes que hay criadas, porque estas cosas que te parecen bajas son las que te han de llevar á las más grandiosas que puedes imaginar; pues es cierto que miéntras más ahondares el fundamento, tanto más podrás levantar el edificio; y en efecto, los principios de este arte

(1) *Lugduni, apud Iacobum Giunta.*
(2) Bayle, en su *Diccionario*, dice se debió escribir Brunel.
(3) Montaigne, *Ensayos*, lib. II.

son cosas que se pueden ver y tocar, las cuales, miéntras más viles, tanto son más firmes para prueba de lo que en ella pretendemos enseñar. *Las demas escrituras, por santas que sean, fácilmente pueden ser torcidas de su verdadero y perfecto sentido, interpretándolas siniestra é impíamente la malicia humana; pero ningun hereje hay de secta tan detestable que pueda falsificar el libro de la naturaleza*, en el cual á cualesquiera ojos que lo vean no se les puede argüir en contrario, porque la experiencia se lo muestra claramente » (1).

Para Raimundo Sebunde hay una escala de la naturaleza : unas criaturas no tienen más que el simple sér; otras sér y vida; otras sér, vida y sentido, y otras, con el sér, vida y sentido, poseen la inteligencia; existe una simpatía entre el hombre y las demas criaturas : en él se contienen las perfecciones esenciales de los demas. Conócese á Dios por la conveniencia que entre sí tienen las criaturas; todas éstas, inferiores al hombre, se pretenden unir con él para alcanzar su fin y última perfeccion; pues en la naturaleza humana se halla unidad específica, infiérese que la hay en la divina. Así como todas las naturalezas de los tres grados inferiores á la del hombre están juntas y aunadas en la humana naturaleza, así la humana naturaleza, que es sola una en especie, está junta con cierta naturaleza superior. El hombre es infinito en potencia. Dios excluye de sí todo no sér. No puede haber más que un sér infinito. En Dios todas las cosas son Dios, porque la imaginacion humana puede con el afecto subir á lo infinito; por eso Dios, que concedió al hombre tan gran capacidad, es necesariamente infinito. Los que no creen que su alma es inmortal, no piensan mejor de sí que de los brutos.

El alma, para Raimundo Sebunde, es viva imágen de Dios vivo. Así como Dios es espíritu, lo es el alma racional. Como Dios es uno en esencia y trino en personas, así el alma es una en esencia y trina en potencias. Como las tres divinas personas se distinguen realmente entre sí, pero no se distinguen de la esencia de Dios, así las potencias del alma se distinguen realmente entre sí, pero no se distinguen de ella. Ninguna cosa tiene el hombre que pueda llamar suya si no es el amor. Dos cosas son al hombre precisamente necesarias : una ser, y perseverar y conservarse en el sér que tiene; otra que este sér para él sea un bien.

Como se ve, Raimundo Sebunde fué un gran pensador y uno de los filósofos españoles más afamados por su clarísima inteligencia.

Don Alonso Tostado floreció en el siglo XV. Nació en Madrigal y fué obispo de Avila. Por eso ha sido llamado indistintamente *don Alonso de Madrigal* por su patria, *el Tostado* por su apellido, *el Abulense* por su prelacía. Su facilidad para escribir y lo mucho que escribió han hecho proverbial el nombre del Tostado (2).

Por los años de 1404 se señala el de su nacimiento. Estudió el Tostado en Salamanca filosofía y teología, hebreo, griego y jurisprudencia civil y canónica. Obtuvo el cargo de rector del famoso colegio de San Bartolomé en aquella ciudad, y la dignidad de maestre-escuela en la catedral.

Refiérese, para dar á conocer la entereza de su carácter, que el Corregidor de Salamanca prendió á cierto estudiante, ó por escandalosos devaneos, ó por algo que fuese delito. El Tostado, alegando los fueros del colegio, pidió que el estudiante le fuese entregado para juzgarlo é imponerle la correccion merecida. El Corregidor, hombre altivo y favorecido, se resistió á la demanda. Fué excomulgado, don Alonso lo obligó á pedir absolucion vestido de sayal con soga al cuello y antorcha encendida en las manos, teniendo que recorrer así del un extremo al otro de la ciudad, hasta el sitio en que debia ser absuelto.

Ántes hubo grandes debates y empeños para vencer la resistencia del Tostado. El rey don Juan II dió dos cédulas en pro del Corregidor, cédulas no obedecidas. Llamó al Tostado á su córte y le dijo que si no obedecia sus órdenes estaba dispuesto á mandar que se le cortase la cabeza. Don Alonso de Madrigal le respondió que disponer que la del cuerpo le fuese cortada sí podria, pero no la del alma, y que alto interes sacaria de sus trabajos si mereciese morir por dar favor á la razon y á la justicia. Con tal respuesta venció la ira del Monarca.

Fué perseguido y calumniado por envidiosos. Llamado á Roma, tuvo por contrario á otro español insigne, á fray Juan de Torquemada, del órden de Santo Domingo, cardenal de San Sixto, que escribió opúsculos contra él.

(1) Sigo aquí la version del libro de los *Diálogos de la naturaleza*, version hecha por el padre fray Antonio Ares, Madrid, 1616.

(2) *Escribir más que el Tostado*, se dice para exagerar lo extenso de un documento ó libro.

En Siena, que pertenecia á la Toscana, se hallaba el papa Eugenio IV: ante él defendió dos proposiciones con admiracion de los sabios; proposiciones que fueron aprobadas. Don José de Viera y Clavijo (1) dice: «La ciencia de Torquemada tenía mucho de aquel ardor polémico que con su nervio y sequedad aterroriza: la del TOSTADO, de aquella luminosa amenidad y vária riqueza que agrada y que persuade..... Torquemada, como un docto eclesiástico, combatia por la Iglesia para triunfar por él mismo: el TOSTADO, como un sabio maestro, combatia por la razon para que ella triunfase..... Finalmente, Torquemada compuso su *Tratado* contra el TOSTADO, que quedó inédito en la Biblioteca Vaticana: el TOSTADO compuso su *Defensorio*, que vió la pública luz y corre impreso por todo el mundo.»

Asistió el TOSTADO al concilio de Basilea. Siguió el parecer de los que quisieron privar de la Santa Sede á Eugenio IV por no acudir al llamamiento del Concilio. Creia que éste era superior al Papa. DON ALONSO DE MADRIGAL se adhirió á la opinion contraria, considerando la suya errónea, y prestó obediencia al Pontífice en 1443.

El Rey, á su vuelta á España, le nombró de su Consejo, canciller mayor y abad de Valladolid. En 1449 tomó posesion del obispado de Avila. Murió á los 51 años de edad, el de 1455, en Bonilla de la Sierra, lugar á donde solia retirarse para sus estudios.

Escribió el TOSTADO los *Comentarios* sobre casi todos los libros históricos de la Biblia; otros sobre San Mateo; otros sobre los de Eusebio. Compuso libros sobre los dioses, sobre Medea, sobre las cinco paradojas figuradas, sobre la misa, sobre los casos de conciencia, el confesional, la predicacion y otros muchos.

En todos sobresale un gran criterio filosófico, una fuerza admirable de raciocinio y un espíritu analizador y libre.

Sentencia suya era ésta: *El ocioso para nadie vive.*

Como ejemplo de su mucha modestia se citan estas palabras del prefacio de los libros del *Génesis*: «Yo el menor de los doctores, que no merezco tal nombre, moveré mi lengua temiendo y temblando á cada paso y adorando las pisadas de los Padres de la Iglesia. No me pone la pluma en la mano la vana sombra de la ambicion humana, ni tampoco sacar á luz nuevas doctrinas, sino la caridad cristiana y el deseo de ser útil á mis hermanos, particularmente á los naturales de estos reinos.»

DON ALONSO DE MADRIGAL habla de cómo todos los filósofos y sabios yerran acerca de los principios de todas las cosas.

Sobre esto escribe:

«Los escriptores de los gentiles tuvieron ocasion de errar y erraron cuanto á los comienzos de la conversacion y conoscimiento de los hombres; *ni saben dar desto certidumbre*, mas afirman algunas cosas que son falsas. La causa de su error es por cuanto ellos yerran en el comienzo del mundo, ca los filósofos no saben comienzo alguno del mundo, mas afirman que siempre fué..... Presupuesto esto, paresce de razon que todas las ciencias que agora son debieran ser falladas desde siempre, pues los hombres no hobieron comienzo en ser en tiempo alguno; et otrosi la conversacion política desde siempre sería, ca no podria haber causa ni sería creible fallarse ó comenzarse agora de nuevo conversacion política, habiendo pasado tiempos infinitos en los cuales viniesen los hombres.

»Esta razon es verdadera et declara mucho quel mundo no fué desde siempre, como de cada dia veamos fallar ciencias que ántes no eran, et artes áun mecánicas, et sabemos que todas artes liberales que agora tenemos et libros de filosofia et de todas las otras ciencias agora tres mil et quinientos años no eran ni habian seydo algun autor de ellos, como no sepamos por historia cierta de los auctores de todas estas cosas.

»Para defender ó colorar su error lo que dice el mundo no haber tenido comienzo, han de decir que todas las ciencias que agora son, muchas más et la vida política fueron desde siempre, no habiendo comienzo alguno de ser, como los hombres no hobieron principio; empero puédense agora fallar, porque se perdieron, et han de afirmar et afirman que infinitas veces ó muchas fueron perdidas et infinitas veces falladas, et áun se perderán despues de este tiempo infinitas veces, por la cual manera lo que desde siempre fué torna á ser nuevo, perdiéndose et fallándose.

»Este perdimiento dicen que se face por algunas corrupciones que en el mundo cuasi generales

(1) *Elogio de don Alonso Tostado, obispo de Ávila, premiado por la Real Academia Española en 1782.*

acaecen, ansí como diluvios ó pestilencias ú otras enfermedades, en las cuales perezca casi todo la gente; et acontecia en los tales tiempos fincar sólo algunos necios que no tenian conocimiento de ciencia alguna ni de letras, por lo cual quedando el mundo en ellos, perdiéronse todos los saberes que ante eran y áun el conoscimiento de las letras y los libros: et otrosí se corrompieron, no habiendo quien entendiese en ellos; y fincaban ansí los hombres y todo el mundo sin conocimiento de letras y de saber alguno fasta que nacian algunos hombres de gran ingenio, los cuales de nuevo fallaban las letras et las ciencias como si nunca fueran en el mundo seido.

»E ansí otrosí se fallaban las artes mecánicas que son manuales, las cuales eran perdidas et no se fallaban juntamente más por grande longura de tiempo, et por esta manera responden cuando nos dicimos que fueron falladas de nuevo todas las artes et que nós conoscemos los autores, ca dicen que de esta vez postrimera en que fueron perdidas, fueron falladas por aquellos que nos afirmamos et se fallan aún de cada dia, empero dicen que otros tiempos fueron todas estas ciencias y saberes, y por ventura muy más complidamente que agora.»

Cuando se acusa de ignorante supersticion á los sabios de los siglos medios por la falsa filosofía moderna, atribuyéndoles el deseo de tener á los pueblos subyugados por medio de la enseñanza y la práctica de errores, ¡cuánto se equivoca!

Si preguntásemos á casi todos los libres pensadores de nuestros dias su opinion acerca de DON ALONSO TOSTADO, obispo de Ávila, seguramente nos dirian que fué un varon sabio para lo que se podia saber en su tiempo, pero lleno de las preocupaciones valederas en aquel siglo de supersticion y esclavitud del entendimiento.

Fácilmente puedo demostrar lo contrario. DON ALONSO TOSTADO siempre se mostró irreconciliable enemigo de los errores. Combatió con su potente inteligencia y con la libertad que cumplia á un verdadero filósofo, y filósofo cristiano, las supersticiones. ¿Hay quien lo dude? Me serviré de algunos ejemplos tomados de sus obras, para prueba de la verdad que defiende, en merecida alabanza del gran criterio de este autor, honra de España y de su siglo.

Sean los testimonios que he de alegar los siguientes, que me ofrece su libro *El Confesional* (1), al hablar del primer mandamiento, que es amar á Dios sobre todas las cosas y no tener dioses ajenos.

«Contra esto pecan (dice) los que adoran ídolos, asi como adoraban otro tiempo los gentiles; y en esto pecan los que adoran las imágines de las iglesias, ca las imágines no tienen casi virtud alguna más que las piedras del campo, como sean fechas por mano de hombres, mas son puestas por remembranza de las cosas pasadas; porque los simples que no conoscen por los libros las cosas pasadas, las conozcan por las imágines pintadas. E por ende cuando ante aquellas imágines nos humillamos y facemos oracion, no oramos á aquellas imágines, ca sabemos que son muertas y sin sentido y no pueden ver ni oir lo que decimos; mas facemos á Dios y á los santos del cielo, y por amor dellos nos humillamos. Empero aquesta reverencia hacémosla delante aquellas imágines porque nos representan á Dios y á los santos. E por ende cuando toman especial devocion más con una imágen que con otra pecan, ca ya esto es adorar ídolos, como una imágen no tenga más virtud que otra, ca ambas juntas no tienen virtud alguna, mas podemos tener más devocion en un santo del cielo que en otro y tomarlo por especial abogado. Eso mesmo podemos tener más devocion en una iglesia que en otra; y esto no por las imágines ni por las paredes de la iglesia, mas porque parece una mejor que otra en ser en mejor lugar para orar. E los hombres muévense más á devocion y bien vivir en unos lugares más que en otros. Eso mesmo porque á Dios place de mostrar sus maravillas en unos lugares más que en otros; y así guárdese todo hombre de honrar las imágines creyendo que en ellas está alguna virtud, ca no puede ser mayor pecado, y por eso pecan mucho algunos, cuando en algunas iglesias hay imágines algunas más antiguas que otras que fueron falladas desde el fundamento de la iglesia, y dicen que fueron falladas aquéllas por milagros y que aquéllas van á sacar cativos, y aquéstas ponen en lugar más alto y hónranlas más, y á ellas facen algunas oraciones y se encomiendan.

»De aquesto tal se siguen grandes pecados y errores y escándalos, y el pueblo menudo se torna

(1) *Nos autem gloriari oportet in cruce domini nostri Jesucristi, dulce lignum, dulces claves, dulcia ferens pondera.* (*Confesional del Tostado*, nuevamente enmendado y corregido.)

Acabóse la presente obra, llamada *Confessional del Tostado.* Fué impresa en Alcalá de Henares, por Arnao Guillen de Brocar, á XXIX dias de Diziembre de mil é quinientos y dezisiete años.

hereje idólatra, ca puesto que algunas imágines por revelacion de Dios fuesen falladas en peñas ó en fosaduras de tierra ó en corazones de árboles, en lo cual hay muchas mentiras y muy pocas verdades; mas fué y es lo más dello introducido por sacar el dinero de las bolsas ajenas. Empero dado que fuese así en verdad, aquella imágen no es de más virtud que las otras, ca por manos de hombres es fecha, y no de ángeles, ni ménos cayó del cielo, porque allá no hay piedras ni maderos; y dadò que fuese fecha por manos de ángeles, no podria ser fecha salvo de piedra ó de madera ó de algun metal, é así no pudo tener mayor virtud que las otras imágines de piedra ó de madera, ni más que los palos del campo; y así si honramos á aquella imágen más que á las otras, entendiendo que tiene mayor virtud, y con mayor devocion delante della nos inclinamos, pecamos en idolatría: y cuando dicen de algunas imágines que van á sacar cativos y que no las fallan en sus lugares entónces por algunos dias, y que despues que vienen mojadas, éstas son muy grandes abusiones y muy grande cargo de ánimas y de conciencia de aquellos que tal cosa levantan, y fácenlo por sacar dinero, y dicen que lloran las imágines y que echan lágrimas muy dulces, y ello es agua y miel que por detras les echan, lo cual sería asaz de consentir en el tiempo que á los ídolos adoraban: E si esos que esto levantan no hiciesen en ello otro mal sino que sacasen el dinero, aunque es cosa de mal ejemplo, empero encima dello, que es lo peor, facen á la gente idolatrar, y á los tales no solamente se debia dar gran castigo, mas la tierra no los deberia sofrir, ca la imágen ni puede ir á sacar cativos ni moverse de un lugar si no la mueven, como ella no tenga más entendimiento ni sentido que una piedra. E si decimos que Dios la lieva y la torna por milagro, esto es decir por demas, como en manera alguna aquella imágen no puede aprovechar á cosa alguna.»

Y en otro pasaje del *Confesional* escribe tambien el Tostado:

«Pues no habemos de honrar ni adorar cielos ni estrellas, ni inclinar delante ellos, salvo á un solo Dios, eso mesmo no debemos tener fe ni esperanza en sancto alguno ni en sancta, salvo en un solo Dios, ca él ha todo poder de nos facer bien ó mal y de nos lievar á paraíso ó al infierno, y los sanctos no tienen otro poder ninguno salvo de rogar á Dios por nosotros, ca ellos fueron hombres así como nosotros y vivieron en trabajo y murieron, empero porque fueron buenos están en la gloria de Dios, y pueden rogar por nos cuando á ellos nos encomendamos.»

Tal era la libertad filosófica y cristiana de don Alonso Tostado, obispo de Ávila, para combatir las supersticiones.

¿Y cuál fué en la muerte este sabio, á quien se ha tributado la honra de llamarlo *Stupor mundi*, por sus muchos escritos y por sus conocimientos en las ciencias filosóficas, en la teología, en ambos derechos y en letras?

Refiere Estanislao Osio que don Alonso Tostado preguntó por pasatiempo á un carbonero: —«¿Qué es lo que tú crees?—El carbonero respondió: El Credo.—¿Qué más crees? volvió á preguntar don Alonso.—Lo que cree la santa Iglesia Católica, replicó el carbonero.—¿Y qué es lo que ésta cree? tornó á insistir en sus preguntas el sabio.—Cree lo que yo creo, dijo el carbonero á su curioso preguntador.—¿Y tú qué crees? exclamó el Abulense, viendo á aquel rústico encerrado fuertemente dentro de sus respuestas.—Creo lo que cree la santa Iglesia Católica.»—Y por más que el gran filósofo y teólogo persistió en repetirle las mismas preguntas en diversas formas, el carbonero jamás le respondió de modo que manifestase la menor duda ó vacilacion, y sin que todo el talento y la astucia de su interlocutor pudiese sacarlo del círculo que se habia trazado. Contaba frecuentemente este suceso á familiares y amigos don Alonso Tostado, siendo proverbial entre todos.

Así fué que en la hora de sus postrimerías el eminente sabio, el argumentador insigne, el respetado por sus virtudes y por su clara inteligencia, cuando le preguntaron qué creia, ¿qué respondió? *Como el carbonero, como el carbonero.*

Fué la protestacion de fe más humilde y más maravillosa que pudo salir de los labios del Asombro del mundo (*Stupor mundi*).

Cultivábase la filosofía, especialmente la moral, en la córte de don Juan II, y con gran constancia; Séneca especialmente era el filósofo favorito: se traducian sus obras, se comentaban sus sentencias, se imitaba su estilo. El Marqués de Santillana, Alonso de Cartagena, don Lopez Barrientos, don Álvaro de Luna, don Enrique de Villena, Juan de Lucena, Pero Diaz de Toledo, Fernan Perez de Guzman y otros ilustraron con sus escritos filosóficos aquella edad.

El más notable de los autores de este género que florecieron en el siglo xv, por su importancia en Europa, fué un prelado doctísimo.

DON RODRIGO SANCHEZ DE ARÉVALO nació en Santa María de Nieva (provincia de Segovia), por los años de 1404. Su religiosidad y su ciencia fueron estimadísimas. Sucesivamente obtuvo los episcopados de Zamora, Calahorra y Palencia. Pasó á Roma, donde ejerció el cargo de gobernador del castillo de Sant Angelo. Al propio tiempo se llamaba él mismo capellan, oidor y consejero del rey Enrique IV de Castilla, y profesor en artes y ambos derechos. Murió en Roma, el año de 1470.

Está enlazada la fama que alcanzó en sus dias con la que han dado á sus obras ser éstas unos de los monumentos más notables en la historia de la bibliografía.

Con efecto, el libro intitulado *Speculum vitæ humanæ* se publicó en Roma el año de 1468 por Conrado Sweynheym y Arnoldo Pannartz; edicion rarísima.

Reimprimióse esta obra en Augsburgo, el año de 1471, edicion tan rara como la anterior (1); en París, en 1472, por Pedro César y Juan Stol; en París nuevamente, en 1475, por Martin Crantz, Udalrico Gering y Miguel Friburger, y en Lyon, por Guillermo Regis, el año de 1477.

El agustiniano y doctor en teología fray Julian Macho tradujo y publicó en lengua francesa, en Lyon, el año de 1477, este libro, con el título de *Le Miroir de la vie humaine;* el padre Farget hizo otra version francesa, el año de 1482, que tambien salió á luz pública en Lyon.

DON RODRIGO SANCHEZ DE ARÉVALO escribió igualmente una *Historia hispanica*, la cual fué impresa por Uldarico Gallo, por los años de 1470; edicion de las más peregrinas de que hay memoria.

Honrosísimo es sin duda para nuestra patria ver cómo en los primeros tiempos de la imprenta se repetian las ediciones de la obra de un sabio español que florecia en aquella misma edad, testimonio inequívoco del gran aprecio en que tenía la ciencia, así en Roma, como en Alemania y Francia.

El libro del *Espejo de la vida humana*, de SANCHEZ DE ARÉVALO, es un notabilísimo tratado de filosofía moral, en que resplandecen la mucha doctrina y el recto criterio de su autor, con que discute y examina las cosas cómodas é incómodas, dulces y amargas, los favores y los trabajos, los solaces y las miserias, las facilidades y los inconvenientes, lo próspero y lo adverso, los sosiegos y los peligros de cualquier estado y la forma de mejor vivir en este siglo. Dividido se halla el libro en dos partes: en la primera se trata de todo estado de la vida temporal, en la segunda del estado y de la vida espiritual.

La *Historia hispanica* (2) de SANCHEZ DE ARÉVALO merece especialísima mencion, pues tiene una gran importancia, la de haber su autor aplicado la filosofía á la historia, precediendo en esto á muchos doctos extranjeros. Pueden citarse como notables las descripciones de las muertes de don Pedro I de Castilla y la de don Álvaro de Luna. Para SANCHEZ DE ARÉVALO la historia no era otra cosa que un tratado práctico de filosofía, en que la parte teórica se va comprobando con las experiencias de los sucesos.

Y no eran solas las obras de este español las que se imprimian y volvian á imprimir en extrañas tierras durante los cincuenta años primeros de la invencion de la imprenta. No hablaré de las ediciones de Séneca, Quintiliano, san Isidoro y otros, sino de las obras de escritores del mismo siglo XV.

El *Scrutinium Scripturarum*, de don Pablo de Santa María, se imprimió en Alemania, sin lugar de impresion, en 1475; Pedro Schoyffer reimprimió este libro en Maguncia, el año de 1478.

En 1476 el mismo Pedro Schoyffer dió á luz, en la dicha ciudad de Maguncia, la *Expositio brevis et utilis super toto psalterio*, del cardenal don Juan de Torquemada. La *Summa Eclesiæ domini*, de este prelado, se estampó por el maestro Juan Frechsel, en Leon, en 1476.

En Milan salió á luz, en 1492, la traduccion latina de los seis libros de la *Naturaleza y conocimiento de los hombres*, obra de Pedro Montes, traduccion hecha por el célebre cordobés Gonzalo de Ayora (3).

El *Fortalium fidei contra judeos et sarracenos*, de fray Alonso de Espina, se imprimió por vez primera en Nuremberg, por Antonio Koberger, el año de 1474, y en Leon de Francia, el de 1500, por Juan de Romoys.

(1) *Augustæ vindelicorum per Ghinterum Zainer ex Rentlingen.*
(2) Se reimprimió en el primer tomo *Hispaniæ Illustratæ;* Francfort, 1603.
(3) *Petri de Montis, Opus de dignoscendis hominibus.*

En tanto era respetado de las universidades extranjeras, por sus escritos, que se comentaban por muchos filósofos, otro autor. Hablo de Pedro Hispano, que fué uno de los más grandes filósofos de nuestra patria, de la Edad Media.

Confusas son las noticias que se tienen de su vida. Hay quien dice que tuvo por patria á Lisboa. Error notable y fácil de ser desvanecido. Ese filósofo sustituyó su apellido por el de su nacion. De haber nacido en Lisboa hubiérase llamado Ulisiponense ó Lusitano. Llamóse *Pedro Hispano*, luego España fué su patria. Tal creo.

Se ha asegurado que perteneció á la Órden de Santo Domingo. Sin embargo, escritores de la misma Órden tienen duda en ello. Fúndanse en que siempre es conocido por el *maestro Pedro Hispano*, sin que en manuscritos ni en libros impresos se haya citado una vez sola como fray Pedro (1).

Pedro Ciruelo opina que hubo dos *Pedros Hispanos*: uno que fué de la Órden de Predicadores, que compuso una fácil introduccion á la gran lógica de Aristóteles, introduccion que llamó *Summulas*; el otro, filósofo y teólogo doctísimo, y ademas sacerdote, que perfeccionó el trabajo de aquél para provecho de los estudiosos (2).

Don Juan Pablo Forner, aceptando la existencia de los dos *Hispanos*, dice que el primero desenredó de la maraña de las impertinencias escolásticas el arte lógica, y que contrayéndola en pequeña suma (que por lo mismo llamó *Summula*), facilitó su breve adquisicion, é intentó el primero hacer guerra por la raíz á las sutilezas. Añade que el segundo, viendo frustrado el juicioso trabajo de su compatricio, y áun corrompido por el perverso frenesí de los comentadores, restauró el mismo trabajo y desvelo, mostrando prácticamente que el fin de la dialéctica no debia ser el entretenimiento de cuestiones de ninguna utilidad ni significacion, sino llevar por la mano al entendimiento, porque sin extravíos halle la verdad en las ciencias.

Creia el mismo Forner que los extranjeros habian visto con desden ó con ódio las *Summulas* de Pedro Hispano.

Pero en todo esto hay evidentemente equivocaciones. Pedro Hispano tuvo una gran importancia en Europa, y no en un siglo ni en dos, sino en varios. Todavía á los principios del pasado se le conocia por autor de una obra *decantada y célebre entre los lógicos, la Dialéctica ó Summulas* (3).

Juan Buridan publicó en París, el año de 1487, su libro de *Summulas*, en que analiza las cuestiones sobre dialéctica, y especialmente las opiniones de Pedro Hispano (4).

Duran Gerlier, bibliotecario de la universidad de París, rogó á cierto maestro famosísimo en lógica que enmendase el libro de la *Médula de la Dialéctica*, que habia escrito el perspicacísimo preceptor Jerónimo Pardo, resolviendo agudamente várias graves cuestiones lógicas. No habiendo hecho este trabajo cual era de desear la persona encargada, comisionó á Santiago Ortiz que lo verificase, en la confianza del acierto por la frecuente comunicacion que habia tenido con Pardo. Esta obra de un español, corregida por otro español y publicada á expensas de un hombre estudioso, salió á luz en París, el año de 1505 (5).

El aragones Juan Doltz de Castellar publicó igualmente en la ciudad de París, en 1511 y 1512, sus tratados de lógica, obra muy estimada de los doctos en aquel siglo (6).

(1) *Scriptores ordinis prædicatorum*, tomo I; Paris, 1719.

(2) Juan Alberto Fabricio en su *Biblioteca* confunde las obras de varios Hispanos, las de un médico de este nombre con las del filósofo.

(3) Véase la obra citada en la nota anterior (artículo *Petrus Hispanus*).

(4) *Vis impressoris nomen quoque hosce Johanni Carchain nomen ei est: ne pete plura. Vale.*

(5) *Medulla Dialecticis edita à perspicacissimo artium preceptore* Hyeronimo Pardo, *omnes ferme graviores difficultates logicas acutissime disolvens omnibus dialectice studiosis plurimum accommoda, de novo correcta et emendata cum tabula notabilium et propositionum disputatarum juxta materiam et ordinem foliorum et capitulorum per honorandos magistros magistrum*, Iohannem *maiõis in sacra theologia baccalarium nec non per accutissimi ingenii virum magistrum Jacobum Ortiz, qui postremo ipsam cum augmento castigabit*, etc. *Impressa Parisius, in vico divi Joannis.*

Al fin se lee que se imprimió este libro en Paris, por Guillermo Anabat, á costa del maestro Durando Gerlier, bibliotecario de la universidad, año de 1505, fólio.

(6) *Disceptationes super primum tractatum Summularum (cum nonnullis suorum terminorum intellectionibus), magistri Joan. Dolz, Aragonensis de Castellar, venundatur Parisius, in ede Hemundi le Feure, librarii*, 1512, fólio.

Termini cum principius nec non pluribus aliis ipsius dialetices difficultatibus.

Hic finem accipiunt termini cum principiis..... dum regeret Parisius pro primo cursu in fanatissimo collegio Lexoviensi.

Otra obra es *Silogismi magistri Johannis Dolz*, obra dedicada á su padre Gaspar; Paris, 1511, fólio.

Los versos dedicados á alabar sus escritos demuestran cuán en estima estaban los trabajos, así en España como en Francia, en donde ejerció Juan Dolz el profesorado.

Y no eran estos solos los españoles que en Francia adquirian renombre como filósofos en aquellos tiempos; Fernando de Encinas, natural de Valladolid, publicó en París, el año de 1526, el libro de *Composicion de la proposicion mental* (1). En 1528 un tratado de *Silogismos*, en París igualmente; obra dividida en dos partes y dedicada á fray Juan de Toledo, á quien llama celebradísimo, no ménos por el esplendor de su nobleza que por su integridad de costumbres y por su sabiduría. Este libro ya ántes habia sido impreso. Por la fama que alcanzó, vióse obligado Encinas á reimprimirlo con las enmiendas que su buen juicio y la experiencia le dictaron (2).

El valenciano Juan de Celaya dió á luz en París el libro intitulado *Magna Exponibilia* (3). Consiguió tal crédito este libro, que fué reimpreso en Toledo, en 1527, con otra obra del mismo autor, que se dice nuevamente impresa y se intitula *Insolubilia et obligationes* (4).

Estas obras, con grandes ingeniosidades en los argumentos, y siguiendo el modo llamado aristotélico de argumentar, daban á los españoles gran concepto en Europa. Y no podia suceder otra cosa. Las más de las obras de nuestros filósofos se acogian con gran aplauso en las extrañas tierras.

El cordobes Rodrigo de Cueto, varon muy erudito, publicó un tratado de *Summulas*, siguiendo el texto de Pedro Hispano (5), el año de 1528.

Y si en la universidad de Alcalá de Henares se tenian en tal estima las obras nuevas de los filósofos españoles, todavía por aquella misma edad se recordaban con aplauso los escritos del maestro Bartolomé de Castro, dedicados al famoso cardenal Jimenez de Cisneros, sobre cuestiones de lógica, sobre los predicamentos de Aristóteles, y los Cánones del triunfo de los números (6).

Alfonso de Prado, profesor de artes liberales en la universidad de Alcalá de Henares, publicó sus *Cuestiones de Dialéctica sobre los libros Perihermenias*, obra tambien muy aplaudida en aquel siglo (7).

Juan Luis Víves fué el filósofo español más renombrado del siglo xvi. La circunstancia de haber vivido casi siempre en extrañas tierras hizo que sus obras adquiriesen en ellas más pronto la fama que merecian. Nació en Valencia, por los años de 1492. En Lovaina enseñó literatura con gran aplauso y séquito. En Inglaterra, adonde pasó más adelante, obtuvo el cargo de preceptor de la princesa María, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon.

Dícese que era tenido por el Rey en tanta estima, que más de una vez fué á Oxford, con su esposa, para oir las lecciones de Víves.

Cuando Enrique VIII se divorció de Catalina de Aragon, Víves con noble independencia siguió el partido de la verdad y de la justicia, desaprobando el proceder del Rey. Éste, indignado, mandó constituirlo en prisiones, donde estuvo Víves seis meses. Recobró su libertad, volvió á España, casó en Búrgos, y guiado del amor de la ciencia y de proseguir sus constantes estudios con el trato de hombres eminentes de todas las naciones, pasó á Bruges, donde falleció, el año de 1540, á la edad de cuarenta y ocho años.

Se ha repetido mucho la frase de que Budeo, Erasmo y Víves tenian la reputacion de ser los hombres más sabios de su siglo y eran como los triunviros de la república de las letras.

A pesar de haber vivido Luis Víves muchos años en tierras donde muchos varones doctos acep-

(1) *Ferdinandi de Enzinas. Tractatus de compositione propositionis mentalis, actuum sincathego-reumaticorum naturam manifestans et ad noticias introductorius, à magistro Roberto Vrancop Scoto recognitus atque in suam integritatem restitutus;* fólio.

(2) *Tractatus sillogismorum Magistri Ferdinandi de Enzinas per ipsum secundo correcti et emendati cum modo assignandi eorum defectus, qui in omnium propositionum genere poterunt contingere, adjectis quibus promptum erit consequentiis aliquo errore infectis instare cum multis additionibus;* fólio.

(3) El ejemplar en fólio de esta edicion primera que poseo, no tiene fecha. Su portada dice así: *Magna exponibilia magistri Joannis de Celaya Valentini cum parvis ejusdem. Veneunt in bormontiana libraria, regione Collegii coqueritici ad insigne giemnarum cipparum.*

(4) Se imprimieron á costa de Miguel de Eguía; de la primera obra se dice que ha sido restituida á su integridad, y de la otra se dice que es nuevamente impresa.

(5) *Primus tractatus Summularum in textum Petri Hispani.* Obra impresa en Alcalá de Henares, fólio.

(6) Año de 1618, en Salamanca. *Quæstiones Magistri Bartoli Castrensis*, etc.

(7) *Quæstiones Dialectice supra libro Perihermenias, edita à magistro Alphonso Prato. In complutensi academia Liberalium Artium professore. Compluti, apud Michælem de Eguia, meme Augusto. Anno* 1630, fólio.

taron el protestantismo, nunca se apartó de la fe de sus mayores. VívES vivió y murió como un excelente católico.

Enemigo del escolasticismo, combatió sus errores, demostrando que la dialéctica se habia convertido en una ciencia bárbara de palabras. Otro tanto pudiera decirse del germanismo moderno. Por eso preguntaba: ¿De qué lengua es vuestra dialéctica? ¿Es francesa? ¿es española? ¿es goda? ¿es vándala? En cuanto á latina, no es de ningun modo (1). Opinaba VívES que el lógico ha de usar de palabras tales, que el que entienda el idioma en que le explica, jamás pueda tener la duda menor sobre todo lo que le quiere enseñar. Muchas cosas hay, decia, que nadie puede conocerlas sino sólo el que las hizo; otras hay tan encubiertas y enmarañadas, que como las del oráculo de Apolo, nada ménos necesitan que un intérprete de la mente divina. Todo lo que encierran es silogismos, conjunciones, disyunciones y demas enredos; no pasa de ser una de aquellas quisicosas ó adivinanzas con que las mujercillas y los niños se entretienen por diversion, dándose por confundidos (2).

Precedió LUIS VívES en un siglo á Miguel de Cervántes Saavedra en combatir la invencion y la lectura de los libros de andante caballería; y por cierto que el criterio del gran novelista es exactamente igual al del filósofo valenciano. Véanse sus palabras:

«¿Qué uso es éste, que ya no es tenida por cancion la que carece de deshonestidad? Todo esto debrian curar las leyes y fueros, si quieren los administradores de las tierras que las conciencia, estén sanas. Lo mismo debrian hacer de estos otros libros vanos, como son: en España, *Amadis, Florisandro, Tirante, Tristan de Leonis, Celestina, alcahueta*, madre de las maldades; en Francia, *Lanzarote del Lago, Páris y Viana, Ponto y Sidonia, Pedro Provenzal y Magalona, Melusina;* y en Flándes, *Flores y Blanca flor, Leonela y Cananior, Curias y Floreta, Píramo y Tisbe*. Otros hay sacados de latin en romance, como son las *Infacetísimas Facecias y Gracias Desgraciadas*, de *Pogio* florentin, *Eurialo y Nise* y las cien novelas de Juan Bocaccio, los cuales libros todos fueron escritos por hombres ociosos y desocupados, sin letras, llenos de vicios y suciedad, en los cuales yo me marvillo cómo puede haber cosa que deleite á nadie, si nuestros vicios no nos trajesen tan al retortero; porque cosa de doctrina ni de virtud, ¿cómo la darán los que jamás la vieron de sus ojos? Pues cuando se ponen á contar algo, ¿qué placer ó qué gusto puede haber adonde tan abierta, tan loca y tan descaradamente mienten? El uno mató él solo veinte hombres, el otro treinta, el otro, traspasado con seiscientas heridas y dejado por muerto, el dia siguiente se levanta sano y bueno, y cobradas sus fuerzas, si á Dios place, vuelve hacer armas con dos gigantes y matarlos, y de allí sale cargado de oro y de plata y joyas y sedas, y tantas otras cosas, que apénas las llevára una carraca de genoveses. ¡Qué locura es tomar placer de estas vanidades! junto á esto, ¿qué cosa hay de ingenio ni buen sentido, si no son algunas palabras sacadas de los más bajos escondrijos de Vénus, las cuales guardan decirlas á su tiempo para mover de quicios á la que ellos dicen que sirven, si por ventura es dura de derribar? Si para esto escriben, mucho mejor les sería hacer libros de alcahuetería, con perdon de los oyentes; porque en otras cosas, ¿qué agudeza, ó qué bien puede haber en unos escritores expertos en toda buena doctrina, que en su vida leyeron buen libro? yo por mí digo de verdad que nunca vi ni oí á hombre que dijese agradarle sus obras de esto, sino á los que nunca tocaron ni vieron libro bueno, y yo tambien he leido en ello alguna vez, mas nunca hallé rastro ninguno de buen ingeño» (3).

El criterio de JUAN LUIS VívES con respecto á bellas artes, y sobre todo á las obras dedicadas á representar á la Vírgen María, fué el mismo que más tarde vino á seguir el Concilio de Trento, prohibiendo meras imágenes vestidas con riquísimos atavíos, y decretando que se hiciesen de madera ó mármol completamente.

Decia VívES:

«A esta causa no apruebo yo la Vírgen Santa María ser pintada con vestiduras de seda é oro y

(1) *Tum Dialecticam quis non videt scientiam esse de sermone? .....iam de quo quæso sermone est ista vestra Dialectica? de Gallico ne an de Hispano? an de Gothico? an de Vandalico? nam de Latino certe non est.* (*Ludovico Vives, in pseudo dialecticos.*)

(2) *Sunt enim pleraque quæ nosse nemo potest; nisi is qui confinxit; multa quæ tamquam Apollinis Oraculo, mire contecta, et convoluta, explicatore aliquo, et interprete Divinæ mentis egent. Tunc fere quæ in sillogismis, in appositionibus, in coniunctionibus, disiunctionibus, explicationibusque enunciationum tractantur, aliud non sunt, nisi quæstiones illæ, divinandi, quas sibi invicem pueri, et mulierculæ inter lusus proponunt.*

(3) *De Institutione fœminæ Christianæ*, cap. v.

cargadas de perlas é piedras preciosas, como si ella hubiera holgado de estas cosas miéntras vivió acá en el mundo; ninguna cosa la remeda ménos que esto. Yo más querria que se pintase con simple atavío, y cual habia acostumbrado usar, porque más vivamente se nos pusiera delante de los ojos la moderacion de su ánimo; para que así haya con que los ricos sean enseñados, é consolados los pobres; á éstos crezca el ánimo y á aquéllos desfallezca ó mengue, y á entrambos á dos se les reduzca á un modo y moderacion.»

En el juicio de hechos contemporáneos véase el severísimo de nuestro filósofo acerca de la célebre doña María Pacheco, esposa del malaventurado caballero Juan de Padilla, caudillo de las comunidades.

«Mujer hubo pocos dias há en España, y por ventura es viva, que por querer mandar en lo que no le venía por herencia, puso á su marido, siendo hombre pacífico y muy buen caballero, en parte adonde perdió la vida en deservicio de su Rey, por quien todo bueno es obligado perderla; y al fin fué dicho de todo el mundo, que con razon fue él castigado del Rey, por no haberlo sido de él su mujer.»

Juan Luis Víves aconseja á las casadas el gran amor que deben tener al esposo, no posponiendo sus deberes con él por sus rezos y visitas á los templos. Dignas de memoria son sus palabras:

«Por tanto, si en la hora que él ha menester algo de tí respondes que quieres, no digo ir á bailar, y á los juegos de toros y de cañas, y á las justas ó meriendas y convites, porque ya eso es de todo punto cosa de malas mujeres, mas si le respondes que quieres ir á las iglesias y estaciones, sepas que tus pasos no son aceptos ni tus oraciones á Dios, ni le hallarás en la iglesia, si allá fueres, para que te dé lo que le pides. Quiere Dios que reces y le ruegues y des gracias, mas cuando estuvieres libre, desembargada y quitada de las ocupaciones ó negocios de tu marido; manda que visites á sus santos templos, con que tu marido no te haya menester en casa. Porque estas cosas que tocan al servicio del marido las quiere Dios más que no lo que tú quieres dar á él, sin habértelo su Majestad mandado. Quiere que vayas á sus altares, pero con tal condicion que primero hayas aplacado á tu prójimo y tornado en gracia con él, ¡cuánto más serás acepta si hubieres contentado ó amansado á tu marido, que es amigo sobre todos los amigos y deudo sobre todos los deudos! ¿Para qué andas tú con tanta solicitud visitando las iglesias, monesterios y estaciones, cuando tu marido claramente te manda otra cosa, ó secretamente te requiere que no hagas lo que quieres hacer contra su voluntad? ¿Tú buscas á Dios en la iglesia, dejando á tu marido enfermo ó hambriento en casa? Sábete, buena mujer, que al derredor de su cama hallarás todas las estaciones, y muchas devotísimas misas y vísperas, y todos los divinos oficios; allí están los altares, allí las iglesias, allí está Dios, adonde está la paz, la concordia y la caridad, y mayormente entre aquellos que estando con estas cosas unidos y ametalados, nunca se deben apartar, en especial al tiempo de la necesidad. Sed cierta que muy fácilmente serás amiga de Dios, si de tu marido lo fueres como debes. No tiene Dios necesidad de muchos servicios nuestros, ni los quiere de pelillo; no quiere sino ser amado y acatado sobre todas las cosas; todo lo otro manda que los hombres lo hagan porque vivan entre ellos unidos y conformes; misericordia dice Dios que quiere, más que sacrificio.»

Víves, al dedicar su libro de *La Mujer cristiana* á doña Catalina de Aragon, reina de Inglaterra, fué por tener muy en cuenta su mucha santidad de costumbres, su generoso y magnífico ánimo, amante de sagradas letras y de excelentes ejemplos.

Y si bien consideraba nuestro filósofo que no tenía doña Catalina de Aragon necesidad de avisos ni de estímulos para la virtud, con todo eso creyó que los preceptos encerrados en su libro podrian ser leidos á la princesa doña María (la cual luégo reinó en Inglaterra), á fin de que los siguiese y guardase.

Juan Luis Víves esperaba que la princesa fuese virtuosa y santísima por haber nacido de tales dos padres, como eran Enrique VIII y doña Catalina, *dos tan excelentes casados, que ninguno podrá alcanzar con muchos quilates las acabadas virtudes y encumbradas perfecciones que en ellos habian florecido.*

Engañóse el filósofo en lo de excelentes casados; pero no, mejor dicho, no se engañó. Hasta el dia en que escribió aquellas palabras, la santa paz cristiana reinó en aquel matrimonio. Víves juzgó de lo que veia. No era fácil que adivinase la gran caida de Enrique VIII y que su incontinencia lo llevase al repudio y á la herejía.

Evidentemente doña Catalina de Aragon debió una gran parte de su fortaleza y virtud en sus

adversidades á la doctrina aprendida en JUAN LUIS VÍVES; con esa doctrina están escritas las dulcísimas y cristianas cartas de la Reina á su esposo y á su hija en muchos de los trances de su vida, y especialmente en los dias inmediatos á su fallecimiento.

Catalina de Aragon fué la gran discípula de JUAN LUIS VÍVES, esa insigne princesa, modelo de resignacion y de dignidad cristianas y admiracion de la Europa católica.

VÍVES miraba con una reverencia y entusiasmo extraordinarios el libro de Marco Julio, el *Sueño de Escipion*. «No hay memoria entre los hombres, venía á decir, dejando siempre exceptuados los libros sacrosantos de nuestra religion, que haga uso de más arte y más elocuencia y toda especie de filosofía que el del *Sueño de Escipion*» (1). Se ha creido modernamente que JUAN LUIS VÍVES era un libre pensador, porque una vez escribió, hablando de las persecuciones que él habia sufrido en Inglaterra, las que otros sufrian en otras partes, y las turbulencias que promovian los protestantes con sus escritos por do quiera: «Vivimos en unos tiempos dificilísimos, en que no se puede hablar ni callar sin peligro.»

Pero en esto hay error, y error gravísimo. JUAN LUIS VÍVES no cedió en un solo punto de su catolicismo y del catolicismo de sus padres y de su nacion. En su libro de *Veritate fidei* exclamaba: «Yo puedo engañarme y me engaño frecuentemente; la Iglesia en estas cosas que pertenecen á la suma piedad, jamas se equivoca» (2).

Conmovido JUAN LUIS VÍVES ante los estragos que las guerras de religion habian hecho y hacian en Alemania, escribió en 1535 su librito *de communione rerum*. Parece esta obra escrita para lo que vemos en nuestros dias. Es la completa reprobacion del comunismo. «Ya esto no es secta (3), es latrocinio, exclamaba el filósofo español. Juzgad de vosotros los que conspirais para el incendio de toda la ciudad» (4).

En el comunismo hallaba VÍVES tres géneros de hombres: los facinerosos é imprudentes ladrones, que son movidos por la codicia de las riquezas; los que por desidia ó pereza ó por gustos inmoderados ú ódio al trabajo aspiran á la comunidad de bienes, ó que por hallarse en una medianía de fortuna anhelan poseer más por medio de la reparticion de caudales; y por último, los que no por perversa voluntad, sino por ignorancia y rudeza de entendimiento, creen lo que les dicen siempre que tenga novedad y halague sus pasiones ó deseos. Y porque oian decir que la ciudad vuelve todas las cosas de modo que sean comunes para los demas, como acontecia en la primitiva Iglesia, de ahí venian á inferir que la comunidad de bienes era de derecho divino.

Reputaba VÍVES á los primeros como imposibles de enmienda, cual los ladrones; á la codicia de los segundos como fácil de corregir ó enfrenar, y á los postrimeros como dignos de clemencia y de enseñanza.

Combatió nuestro filósofo el comunismo con vigorosísimos argumentos, muy merecedores de aprecio en toda edad, y más en la nuestra, en que la perturbacion de los ánimos ha resucitado con más vigor estas doctrinas.

En este punto JUAN LUIS VÍVES ha precedido á los escritores que han pugnado y á los que áun pugnan ardorosamente por la causa del órden social contra los desventurados utopistas, que tantos males estan atrayendo sobre los pueblos con doctrinas lisonjeras, imposibles y desventuradas en la práctica.

La coleccion más antigua é importante de las obras de VÍVES fué hecha en Basilea, el año de 1555, con privilegio del césar Cárlos V y del Rey de Francia. Sus tratados fueron varios, y todos de gran mérito. Ni en el ligero cuadro de la filosofía española que voy trazando cabe un largo análisis de sus escritos, ni éstos pueden ser rápida y dignamente juzgados. Bastan estas breves noticias y observaciones para apreciar en algo la importancia filosófica de VÍVES, y con cuánta razon se tiene por uno de los grandes filósofos de la nacion española.

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS ó Cassaus, obispo de Chiapa, es otro de los más afamados. Por unos se considera como un varon de valor sumo, de ardentísima caridad cristiana, apóstol de los indios, constante defensor de sus vidas contra la fiereza y codicia de los conquistadores; por otros

(1) *Nulla unquam hominum memoria scriptum esse librum, sacros nostræ religionis semper excipio, in quo plus rerum, plus artis, plus eloquentiæ sit comprehensum atque infurctum. Nulla portio cuiusquam partis aut speciei philosophiæ tantillo deest libello.*

(2) *Ego enim falli possum et fallor sæpisime. Ecclesia, in his rebus quæ ad summam pietatis pertinent, nunquam fallitur.*

(3) *Jam non secta hæc est, sed latrocinium.*

(4) *Indicate ipsi de vobis qui conspiratis in incendium totius urbis.*

como un personaje de condicion aviesa, que con aparente celo del bien calumnió á los españoles que se enseñorearon de América, atribuyéndoles horrendos crímenes. Aquéllos lo apellidan héroe de la religion y de la humanidad, y su más elocuente, intrépido é infatigable campeon; éstos, un visionario, caprichoso, arrebatado, mal español y pertinaz en sus ideas exageradas.

Nació en Sevilla por los años de 1474, estudió leyes en Salamanca, pasó á América en 1502; ocho años despues recibió las órdenes sacerdotales. Diego Velazquez, en 1511, lo llevó á Cuba. LAS CASAS asistió á Pánfilo de Narvaez, el competidor de Hernan Cortés, en su segunda expedicion á Bayamo y Camaguey. En ella adquirió el afecto de los indios por el celo que manifestó para que fuesen tratados muy humanamente, así por los soldados como por el caudillo. En la isla de Santo Domingo, adonde se trasladó luégo, predicó contra la esclavitud de los mismos indios, y en el anhelo de obtener todo bien para ellos, regresó á España para conseguir de Fernando el Católico leyes favorables. Fallecido el Rey, logró que el cardenal Jimenez de Cisneros, regente entónces, acogiese simpáticamente sus pensamientos. Volvió LAS CASAS á Santo Domingo con dos personas comisionadas para impedir la esclavitud; pero tan presto se trató de abolirla, que los colonos, bien hallados con ella, se resistieron de tal modo y tales quejas dieron á la córte, que LAS CASAS hubo de tornar á España. Se cree que por su consejo se autorizó la introduccion de esclavos negros en América (1). El célebre poeta aleman Juan Jacobo Engel pintó la muerte de FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, cuando éste, aunque seguro de la pureza de su corazon y de la inocencia de su vida, y acostumbrado á sostener la mirada de los reyes sin conmoverse, temblaba ante la santidad suprema y la justicia infinita. Hace que el postrimer sueño de LAS CASAS sea la aparicion de un ángel, que empieza á recordarle la historia de su vida. La primera lágrima de arrepentimiento habia borrado todas las faltas de su juventud. El ángel le dice que todos los dolores del inocente fueron sus propios dolores, que llenaron de celo ardiente su alma, celo que la vejez no pudo extinguir; que sostenido por la justicia de su causa, osó desafiar la venganza de los poderosos y anatematizó enérgicamente la avaricia, el fanatismo y la política que no se cuidaba de castigar los delitos; que arriesgó su vida sobre los abismos del mar, arrostrando las tempestades para llevar al trono los llantos del inocente y devolver á la inocencia el consuelo y la esperanza; que se presentó al conquistador soberbio, el primero que dominó en dos mundos, é hizo que resonase en su alma la voz que reprendia sus faltas; que lloró sobre sus esperanzas destruidas y confió sus lágrimas al cielo, acogiéndose al retiro para renunciar á todo placer y al mundo, y entregando su alma toda entera al deseo de su libertad y á los pensamientos de la vida eterna.

«Un recuerdo oprimia su corazon, dice Engel, el del funesto consejo que habia dado, en un momento de irreflexiva desesperacion, para librar á un pueblo por medio de la esclavitud de otro. Todos sus pensamientos erraban sobre las riberas del Senegal y hasta en lo interior de aquella parte del mundo, donde una guerra perenne y pérfida entrega á los bárbaros de Europa millares de hombres para encadenarlos. El ángel lee en el libro de la vida de LAS CASAS este recuerdo. El Obispo de Chiapa en aquel instante, lleno de la compasion más profunda, no piensa en sí ni en su juicio, sino en sentir la desgracia de tantos miles de hombres sus hermanos. Vió el ángel cómo aquel religioso estaba devorado de todas las serpientes de los remordimientos, anhelando poder dar el más precioso tesoro de su existencia, la inmortalidad, por impedir las consecuencias de su falta. El ángel lo vió, exclama Engel, y una lágrima se asomó á sus ojos, una voz del

(1) Arnaldo Herman Luis Heeren, en su *Manual histórico del sistema político de los estados de Europa y de sus colonias, desde el descubrimiento de las Indias*, habla de LAS CASAS con gran imparcialidad al tratar de la esclavitud de los negros. Véase el pasaje siguiente, tomado de una version francesa:

«8. Ce fut pour suffire à ces travaux des mines et du petit nombre des plantations qu'on avait entreprises, et pour ménager les Indiens, que l'on avait reconnus incapables de les supporter, que, principalement par le conseil de Las Casas, on autorisa l'importation des nègres d'Afrique et le monstrueux commerce des esclaves. A la vérité les espagnols ne le firent point eux-mêmes, mais le gouvernement afferma à des étrangers, qu'excitait l'appât du gain, l'importation d'un nombre déterminé d'esclaves.

»Le commerce des esclaves s'était introduit en Europe, par suite des découvertes et des conquêtes des portugais sur la côte d'Afrique, et avait ainsi précédé la découverte de l'Amérique. Les conseils de Las Casas engagèrent de bonne heure à transporter des nègres aux Indes Occidentales; mais ce commerce ne s'établit régulièrement qu'en 1517. Charles-Quint donna à son favori, la Bressa, le monopole du transport annuel de quatre mille esclaves; celui-ci le vendit aux Génois. Les marchands génois recevaient les esclaves des portugais, entre les mains desquels était, à proprement parler, tout le commerce des nègres, bien qu'à la fin de cette période, les anglais commençassent à s'y livrer avec empressement.»

(*M. C. Sprengel*, *Vom Ursprunge des sclavenhandels*, etc. *De l'Origine du commerce des esclaves;* par M. C. Sprengel, 1779, in-4.°)

cielo dijo al ángel con la voz dulce y afectuosa de un padre: «Destruye el libro en que está grabado.» Mas ¿ese infortunio inmenso, indecible, prolongado durante siglos?..... preguntó LAS CASAS. Ese infortunio será cambiado en bien y en plenitud de alegría, segun el pensamiento del que te ha creado, replicó el ángel; tú te has reconocido en tu debilidad, reconoce á Dios en su grandeza; Dios, que hace llegar á los hombres por los errores á la verdad, por las faltas á la virtud, y á la felicidad por los sufrimientos. «Engel nos pinta al anciano LAS CASAS ya cadáver, dormido dulcemente como un tierno infante en los brazos de su madre, y la paz de Dios sonriendo aún en su rostro en medio de las sombras de la muerte.

La religion de Santo Domingo, que lo habia admitido en su seno, lo vió más tarde nombrado obispo de Chiapa. En 1541 volvió á España, rendido á la fatiga y á los trabajos, y con el alma herida por no ver cumplidamente secundados sus designios en pro de los indios. En 1550 renunció la dignidad episcopal y se retiró al convento de su órden, llamado de San Gregorio, en Valladolid, donde, despues de escribir su *Historia general de las Indias*, que quedó inédita (1), falleció á los noventa y dos años de edad, en el de 1566.

Los apasionados detractores de LAS CASAS, para acreditarlo hasta de mal español, dicen que era de origen frances. Con tan absurdo criterio juzgan á este respetable sacerdote. Los Ponces de Leon descienden de franceses, de franceses los Duques de Medinaceli, por don Bernal de Bearne, hijo de Gaston Febo, que vino á España en servicio de Enrique II; de don Gutierrez, natural de Gascuña, los Duques de Osuna, Marqueses de Villena y Duques de Escalona. Don Pero Niño, Conde de Buelna y señor de Cigales, que tan gran caballero fué en Castilla, hubo su orígen en Juan Niño, hidalgo de la casa real de Francia. Argote de Molina, en su *Nobleza de Andalucía*, nos dice que los del apellido de Casaus, que poblaron en Sevilla, se preciaban de venir de don Guillen, vizconde de Limojes. Descendiente de éste se llamaba Guillen de las Casas, alcalde mayor de Sevilla, de quien se hace mencion en la *Crónica de don Juan II*.

Impugnó el gran doctor Juan Gines de Sepúlveda las opiniones de FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, y defendió la doctrina de que era lícito sujetar á los bárbaros indios para quitarles la idolatría y los malos ritos, y para que más fácil y libremente se pudiesen convertir á la religion cristiana.

Replicó valientemente el Obispo de Chiapa al doctor Sepúlveda. A los señores de la congregacion dijo:

«Suplico que miren este tan importante y peligroso negocio, no como mio, pues á mí no me va más de defendello como cristiano, sino como á hacienda de Dios y de su honra y de nuestra Iglesia, y el estado espiritual y temporal de los reyes de Castilla.»

. . . .

Con guerras injustas, y con henchir los montes y campos de sangre inocente humana, con infamia y blasfemia de Cristo y de su fe, no puede algun cristiano lícita ni honestamente corroborar y defender la autoridad apostólica ni el señorío del cristiano Rey. Ántes se infama y desautoriza la Sede Apostólica; deshónrase el verdadero Dios, aniquílase y piérdese (como cada prudente y cristiano fácilmente conocerá con lo que el doctor Sepúlveda inventa) el verdadero título y señorío del Rey. Este título y señorío no se funda entrando en aquellas tierras y gentes robando y matando y tiranizando con color de predicar la fe, como han hecho y entrado los tiranos que han destruido aquel orbe con tan cruel y universal matanza de tan numerosa multitud de innocentes; sino en la pacífica, dulce y amorosa evangélica predicacion, introducion, fundacion y asiento no fingido de la fe y del principado de Jesucristo. Quien otro título á los reyes nuestros señores dar quiere, para conseguir el principado supremo de aquellas Indias, gran ceguedad es la suya, ofensor es de Dios, infiel á su Rey, enemigo es de la nacion española, porque perniciosamente la engaña.»

Defendió LAS CASAS á los indios, demostrando su aptitud para las letras, para las ciencias y para las artes en ésta:

«Los indios son de tan buenos entendimientos y tan agudos de ingenio, de tanta capacidad y tan dóciles para cualquiera ciencia moral y especulativa doctrina, y tan ordenados por la mayor

(1) Una copia antigua, manuscrita, del tomo I existe en la Biblioteca Provincial de Cádiz, ejemplar procedente de la librería del excelentísimo señor don José Manuel de Vadillo.

parte, proveidos, y razonables en su policía, teniendo muchas leyes justísimas, y tanto han aprovechado en las cosas de la fe y religion cristiana y en las buenas costumbres y correccion de los vicios, donde quiera que han sido doctrinados por los religiosos y personas de buena vida, y aprovechan cada dia, cuanto nacion en el mundo se halló despues de subidos los apóstoles al cielo y hoy se hallaria. Pero de decir el admirable aprovechamiento que en ellos ha habido en las artes mecánicas y liberales, como leer y escribir y música de canto y de todos músicos instrumentos, gramática y lógica y de todo lo demas que se les ha enseñado y ellos han oido.»

¡Cuán inciertamente juzgan á FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS los que le atribuyen designio de combatir las glorias de España en la conquista del Nuevo Mundo! El Obispo de Chiapa vindica al papa Alejandro VI; en su bula sobre el descubrimiento de las Indias no dispone ni aconseja que los habitantes de ella fuesen sujetados por las armas, «pues si sabía, dice, el papa Alejandro, por relacion de los mismos reyes, que habian hallado los descubridores que á descubrir aquel orbe enviaron, que las gentes de él vivian pacíficas, ¿cómo habia el Papa de exhortar los reyes que las sujetasen primero por guerras, y aprobar lo que llamamos conquista, y despues predicarles el Evangelio?

»Y para que no se dude jamas de su yerro y engaño, véase y nótese lo que allí luégo el doctor añade, levantando á los Reyes Católicos un gran testimonio por su Majestad no sufrible, é querérselo vender por servicio (conviene á saber), que conformándose los Reyes con la intencion del sumo Pontífice, siendo áun el mismo Alejandro vivo, por su real provision diz que mandaron subjetar los indios por guerra desde el principio. Que levante el reverendo doctor á los Reyes la infame maldad susodicha; pruébase lo primero por la primera instruccion que como católicos mandaron dar al primer almirante cuando la primera vez despues que descubrió las Indias lo enviaron con labradores y gente pacífica, no á conquistar ni robar ni matar las gentes, sino á poblar y edificar é cultivar la tierra, y atraer por mansedumbre, por dulce y edificatoria conversacion, por obras de caridad y amor á aquellas gentes domésticas, humildes, mansas y pacíficas; para efecto de lo cual en el primer capítulo de la dicha primera instruccion dicen los Reyes así: Primeramente, pues á Dios nuestro señor plugo, por su santa misericordia, descubrir las dichas islas é tierra firme al Rey é á la Reina nuestros señores por industria del dicho don Cristóbal Colon, su almirante, visorey y gobernador dellas, el cual ha hecho relacion á sus altezas que las gentes que en ellas halló pobladas, conoció dellas ser gentes muy aparejadas para se convertir á nuestra santa fe católica; porque no tienen ninguna ley ni seta. De lo cual ha placido y place mucho á sus Altezas; porque en todo es razon que se tenga principalmente respeto al servicio de Dios nuestro señor y ensalzamiento de nuestra santa fe católica. Por ende sus Altezas, deseando que nuestra santa fe católica sea aumentada y acrecentada, mandan y encargan al dicho almirante, visorey é gobernador, que por todas las vias y maneras que pudiere, procure y trabaje atraer á los moradores de las dichas islas y tierra firme á que se conviertan á nuestra santa fe católica. Y para ayuda dello sus altezas envian allá al devoto padre fray Buil, juntamente con otros religiosos, que el dicho almirante consigo ha de llevar. Los cuales, por mano é industria de los indios que acá vinieron, procuren que sean bien informados de las cosas de nuestra santa fe: pues ellos sabrán y entenderán ya mucho de nuestra lengua, é procurando de los instruir en ella lo mejor que ser pueda; y porque esto mejor se pueda poner en obra, despues que en buena hora sea llegada allá el armada, procure y haga el dicho almirante que todos los que en ella van, é los que más fueren de aquí adelante, traten muy bien é amorosamente á los dichos indios, sin que les hagan enojo alguno, procurando que tengan los unos con los otros conversacion y familiaridad, haciéndose las mejores obras que ser puedan. Y asimismo el dicho almirante les dé algunas dádivas graciosamente, de las cosas de mercaduría de sus Altezas que lleva para el rescate, y los honre mucho. Y si caso fuere que alguna ó algunas personas trataren mal á los indios, en cualquiera manera que sea, el dicho Almirante, como visorey é gobernador de sus Altezas, lo castigue mucho por virtud de los poderes que para ello lleva, etc. Estas son las palabras formales de sus Altezas. Juzguen agora vuestras señorías y mercedes y paternidades si funda bien su intencion el doctor Sepúlveda..... Si teniendo relacion los Reyes que las gentes de las Indias eran pacíficas y aparejadas para se convertir, y mandando al primer almirante al principio y la primera vez y en la primera instruccion que daba, que por todas las vias y maneras que pudiesen los procurase á la fe convertir, y para provocallos mejor á ella les ofreciese y diese graciosamente de las mercaderías de su misma real hacienda..... y que honrase mucho á los indios, y que los españo-

les los tratasen muy bien y amorosamente..... diga el doctor, ¿cómo levantó á los Reyes Católicos que al principio las tiranías detestables mandaron hacer?»

Honra la memoria de Isabel la Católica el PADRE LAS CASAS, copiando la cláusula de su testamento en favor de los indios:

«Item, por cuanto al tiempo que nos fueron concedidas por la Santa Sede Apostólica las islas y tierra firme del mar Océano, descubiertas y por descubrir, nuestra principal intencion fué, al tiempo que lo suplicamos al papa sexto Alejandro, de buena memoria, que nos hizo la dicha concesion, de procurar de inducir y traer los pueblos dellas y los convertir á nuestra santa fe católica, y enviar á las dichas islas y tierra firme prelados y religiosos y clérigos y otras personas doctas y temerosas de Dios, para instruir los vecinos é moradores dellas en la fe católica, é los enseñar y dotar de buenas costumbres, é poner en ello la diligencia debida, segun más largamente en las letras de la dicha concesion se contiene: por ende suplico al Rey mi señor muy afectuosamente, y encargo y mando á la dicha Princesa mi hija é al dicho Príncipe su marido, que así lo hagan y cumplan, é que éste sea su principal fin, y que en ello pongan mucha diligencia. Y no consientan ni den lugar que los indios vecinos é moradores de las dichas Indias é tierra firme ganadas é por ganar, reciban agravio alguno en sus personas ni bienes, mas manden que sean bien y justamente tratados. Y si algun agravio han recebido, lo remedien y provean por manera que no excedan cosa alguna de lo que por las letras de la dicha concesion nos es injungido y mandado. Decilla in forma. Parece á vuestras señorías, mercedes y paternidades que se conforma mejor la serenísima Reina con la intencion del Papa y la de Dios, mandando tan afectuosamente la paz y mansedumbre y amor para convidar y atraer á la fe á los indios, que no el doctor con violencias, tiranías y guerras.»

Las teorías del Obispo de Chiapa eran que de ningun modo los indios fuesen esclavos. La via ó camino cristiano para asentar perpétuamente el señorío en aquellos países se hallaba, segun él, en los medios pacíficos y amorosos, ganando por afecto y por buenas obras los ánimos.

La congregacion de teólogos y juristas en que se trató de este asunto fué celebrada en Valladolid, de órden del emperador Cárlos V, el año de 1550. El célebre fray Domingo de Soto, de cuyos escritos hablaré más adelante, fué encargado por la congregacion para formar un sumario de la apología de LAS CASAS con el fin de poder estudiar mejor sus argumentos.

Numerosísimos fueron los escritos de FRAY BARTOLOMÉ, todos dedicados al sublime objeto de la caridad para con sus hermanos, y á defenderlos de las opresiones de los conquistadores. La historia titulada *Brevísima relacion de la destruccion de las Indias* (Sevilla, 1552) se tradujo en varios idiomas. La pasion contra los españoles en Flándes, cuando las guerras en tiempos de Felipe II, hizo que se publicase en frances dicho libro, con grabados representando acciones cruelísimas, á fin de avivar el ódio del pueblo.

La sinceridad de FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, y su santo celo en bien de los indios, que tanto sufrian, jamas pudieron imaginar que iban á servir de arma de partido contra sus compatricios, en las guerras de Europa.

Razon es decirlo: LAS CASAS no habló contra los españoles, sino contra los malos españoles; hay que tener muy presente esta diferencia para juzgar con acierto acerca de sus escritos. Quizá con alguna exageracion pintó los hechos; era FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS de la region meridional de España, por tanto de imaginacion ardiente y fácil; exprésase con viveza y apasionamiento, pero evidentemente en lo que dijo hay una grandísima parte de verdad. En la conquista del Nuevo Mundo hubo y debió haber todo lo que acontece en guerras de su género, falta de humanidad en muchos de los conquistadores, y más tratándose de gente incivilizada la que se sometia. ¿Qué nacion ha sido humanitaria en sus conquistas, y más tratándose de arrebatar á un pueblo sus costumbres? Honra es de España, seguramente, que clamára contra los abusos y las tiranías un español, honra son tambien de nuestra patria las leyes benignísimas con que se trató de cimentar la conquista.

Al principio de estar en América no reparó LAS CASAS en los estragos que se ocasionaban en los indios. Él mismo nos lo dice con noble franqueza: «En aquel tiempo no tenía yo tal cuidado ni se me dió nada por sabello.»

FRAY BARTOLOMÉ, entre los españoles y los indios, entre opresores y oprimidos, optó siempre por los segundos.

Su primer deber como filósofo cristiano era la caridad; defenderla para amparo de los infeli-

ces y para que los españoles que se apartaban por codicia de esta segura y santa via, fuesen llevados forzozamente á ella para honra de la nacion y para bien de sus almas.

Todo el gran pensamiento de la filosofía de LAS CASAS, que irresistiblemente lo impulsaba á la causa de los oprimidos, se encierra en estas palabras del libro segundo de su historia inédita (capítulo XLIII):

«¿Quién podrá sufrir, que tuviese corazon de carne y entrañas de hombre, haber tan inhumana crueldad? ¿Qué memoria debia entónces de haber de aquel precepto de la caridad, amarás á tu prójimo como á tí mismo, en aquellos que tan olvidados de ser cristianos, y áun de ser hombres, así trataban en aquellos hombres la humanidad?»

Compruébase con mil testimonios contemporáneos la verdad mucha que hay en los escritos de LAS CASAS. El licenciado Vasco de Quiroga, en relacion al emperador Cárlos V, habló en el mismo sentido que el célebre Obispo de Chiapa (1).

(1) En la Biblioteca Nacional (T 190) existe una relacion manuscrita que el licenciado Vasco de Quiroga envió á Cárlos V desde Méjico, el 24 de Julio de 1535. Son dignos de memoria los siguientes pasajes, que concuerdan con las opiniones de FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS.

«Digo con el acatamiento que debo..... que la nueva provision revocatoria de aquella santa y bendita primera, que á mi ver por gracia é inspiracion del Espíritu Santo tan justa y católicamente se habia dado y proveido allá y acá, pregonado y guardado sin querella de nadie que yo acá sepa (porque ante quien la cosa entiende *no se usan quejar* de semejante cosa, seyendo contra equidad y justicia) los que tienen minas y no tuvieren ánimas ni ánimos de poblar, la alaben, que los verdaderos pobladores, cierto soy, ven claro lo que es (la total perdicion de toda la tierra), porque aunque á aquéllos hincha las bolsas y pueble las minas, á estos verdaderos pobladores destruye, y despuebla los pueblos, y á estos miserables que por ella como rebaños de ovejas han de ser herrados, quita las vidas con las libertades. Digo á aquestos pobrecillos maceoales, que son casi toda la gente comun, que de tan buena gana entran en aquesta grand cena que en este nuevo mundo se apareja y guisa, sin se excusar ni fingir cristiandad, como sus caciques é principales (ó tiranos por ventura) lo hacen, á quien se da agora, por esta nueva provision, facultad que los vendan y hierren; lo que fuera por ventura mejor empleado que en ellos se hiciera, porque quitándoles á estos caciques é principales el sér y costumbre de tiranos que tenian, y de ser casi adorados y reverenciados por dioses (como lo eran), no creo que les haga la cena por donde esto se les quita tan buen estómago como á estos maceoales y gente comun, que juntamente con la religion cristiana y salud de las ánimas sanan, etc.

»Ahora, por la nueva provision, han de ser herrados y vendidos sin ninguna piedad, para que mueran de mala muerte en las minas, y no para ser doctrinados, como allá siniestramente se informa.»

(Hablando de que era imposible guardar justamente á los indios al cumplir aquella provision, dice:)

«.....por la condicion, manera y cobdicia desenfrenada de nuestra nacion, que en ninguna manera esto allá se podria imaginar cuanto y de la manera que sea, lo cual todo con el auxilio y favor divino iba ya cesando y la cosa se entendiendo y desentiranizando, y la gente maceoal se animando y esforzando y pidiendo su justicia y libertades (por sus libelos de pinturas, por tan buena manera y con tanto silencio, que es el culto de justicia), que esto es cosa increible á quien no lo vea y tanta consolacion y gozo del ánimo para quien en ello entiende, que no se siente el trabajo del cuerpo que se recibe, ni el quedar defraudado en las horas del comer y reposo, porque sus intenciones simplecillas y buenas no queden defraudadas en sus libertades y en la notoria justicia y derecho que en ello á mi ver tienen, pretenden y piden con tan buenos modos y maneras y medios, reposo y razonamientos que tienen en lo pedir, que cierto es, á mi ver, gran vergüenza y confusion para la soberbia nuestra.

»La desenfrenada codicia de los que acá pasan, lo causa que por captivar para echar en las minas á estos miserables..... á los ya pacíficos y asentados los levantan..... y los han de hacer levantadizos, aunque no quieran ni les pase por pensamiento, inventando que se quieren rebelar, ó haciéndoles obras para ello, y para que las piedras no los puedan sufrir.

»Las lástimas y buenas razones que dijo (un indio) y propuso, si yo las supiere aquí contar, por ventura holgára vuestra merced tanto aquí de las oir y tuviera tanta razon despues de las alabar, como el razonamiento del villano del Danubio, que una vez le vi mucho alabar yendo con la córte de camino de Búrgos á Madrid, ántes que se imprimiera, porque á la verdad, parescia mucho á él y va cuasi por aquellos términos, y para le decir no habia por ventura ménos causa ni razon.

»En cuanto á los que nunca fueron sujetos ni requeridos ni pacificados, si queremos tambien en esto estar recatados y mirar bien lo que pasa, no hay duda sino que aquéstos no nos infestan ni molestan, ni resisten á la predicacion del santo Evangelio, sino defiéndense contra las fuerzas é violencias y robos que llevan delante de sí por muestras, y por adalides los españoles de guerra, que dicen que los van á pacificar. Y éstos son los requerimientos que se les dan á entender y que ellos entienden y ven claramente, que son que los van robando ó destruyendo las personas, haciendas é vidas, casas, hijos é mujeres; porque lo ven al ojo é por obras, que es su manera de entender, mayormente en defecto de lenguas.

»Las palabras y requerimientos que les dicen los españoles, ellos no los entienden, ó no se los saben ó no se los pueden dar á entender como deben, así por falta de lenguas como de voluntades de parte de los nuestros para ello, porque no les falte el interes de esclavos para las minas, que pretenden por la resistencia, á que tienen más ojo y respeto, que no á que entiendan la predicacion ó requerimientos, y aunque lo entiendan, no ven sino que es engaño y ardid de guerra, viendo la gente en el campo tan apercibida y á punto de dar sobre ellos.

»La miserable y dura captividad en que nosotros los españoles los ponemos, no para mejor deprender la doctrina y servir en nuestra casa con que allá los malos in-

El famoso historiador de las Indias, Antonio de Herrera, siguió mucho las opiniones de Fray Bartolomé, y áun viéndose reprendido y hasta acusado por un descendiente de los conquistadores, habló con la misma libertad que Las Casas (1).

Fray Agustin Dávila Padilla, en la *Historia de la provincia de Santiago de Méjico por la órden de predicadores* (1596), concuerda en sus juicios sobre la opresion de los indios con fray Bartolomé de las Casas. «Todo se acabó y despobló (exclama) por el rigor y crueldad de *algunos capitanes* y soldados, que, *interpretando siniestramente* las justas leyes de los Reyes Católicos, llamaban promulgacion pacífica su violenta demanda de oro, y *el no* dárselo llamaban resistencia á la promulgacion del Evangelio, y con esto los destruian.»

Aparte de esto, merece gran estima fray Bartolomé como historiador filosófico, y por los retratos elocuentes que hace de algunos de los caudillos de la conquista. De Vasco Nuñez de Balboa dice: «Este Vasco Nuñez era uno de los que muchas deudas debia, vecino del postrero pueblo desta isla al occidente, llamado Salvatierra de la Cavada, donde tenía indios de repartimiento,

ormadores untan el casco é quiebran el ojo, sino para echarlos á las minas, donde muy en breve mueran malamente, y vivan muriendo y mueran viviendo como desesperados; y en lugar de deprender la doctrina, deprendan á maldecir el dia en que nacieron y la leche que mamaron.»

(1) Hay impresa una hoja que empieza así: «En el negocio del Conde de Puñonrostro con Antonio de Herrera, Coronista Mayor de la Majestad Católica de los reinos de las Indias. Sobre que de la Historia se quiten ciertas cosas contra Pedrarias de Ávila, se advierte lo siguiente.»

Es notable este documento. Concuerda en mucha parte con las opiniones de fray Bartolomé de las Casas, y ciertamente merece ser más conocido de lo que es.

«Que lo principal de la historia es referir los hechos puntual y verdaderamente, y, como dice Plutarco en la *Vida de Ciceron*, el historiador ha de ser como un excelente pintor, que hace un retrato con mucha perfeccion, y aunque tenga algun defecto no lo ha de dejar, porque no sería retrato al natural si le dejase, y no hay ley impuesta al historiador para que calle cosa ninguna en la historia. . . . .

»Viniendo al caso, en lo que se ha de insistir es si el coronista tiene fundamento para lo que escribe de Pedrarias, ó si el Conde prueba lo contrario. El Conde se queja que se dice en la historia que Pedrarias, siendo gobernador del Darien, tuvo emulacion y ódio con el adelantado Vasco Nuñez de Balboa, y que puesto que le casó con su hija, le cortó la cabeza, y que sus capitanes hicieron muchos estragos, homicidios é insultos contra los indios, por codicia de roballes el oro que tenian. Lo que no castigó, y que jugó cien esclavos de los mismos indios, y otras cosas de ménos importancia, no embargante que en otras partes de la misma historia le loa de valiente y buen caballero, como lo mostró en Orán, Bugía, Granada y tierra firme.

»Replica el Conde que era muy buen cristiano, y que despues de la muerte del Adelantado, fué conservado en el mismo gobierno, habiendo pedido licencia para venir á Castilla, y que le hicieron otras mercedes y favores, como parece por cartas y cédulas reales. Y que si hubiera lo que el cronista escribe, no fuera posible que los reyes hubieran favorecido.

»El referido suceso há casi cien años que pasó, y la averiguacion de lo cierto no puede ser por testigos que lo hayan visto, y, aunque el Conde es actor y el coronista reo, y habia de probar su intencion el actor aunque el reo no tuviera ninguna probanza, y se presumiria por él por ser coronista real..... con todo eso, para probar sus excepciones aduce tres géneros de bastantísimas probanzas.

»La primera, con los papeles y cartas que el Obispo de Chiapa y el Obispo del Darien, dos religiosos, uno dominico y otro francisco, escriben al Rey acerca de las muertes, robos é insultos de Pedrarias y otros. Y no se puede imaginar ni conjeturar que dos obispos y dos religiosos, fuera de los demas, dijesen mentira á un rey en casos tan graves y de conciencia y conforme á derecho en negocio tan antiguo, que las presunciones, aunque fueran ligeras, hacen fea y plena probanza.

»La segunda manera de probanza son las muchas historias que hablan de Pedrarias, las cuales hacen probanza plena, mayormente siendo, como son, admitidas entre los historiadores y entre otros del pueblo, y impresas con licencias, y dádoles crédito comunmente, conforme á la doctrina de Bártulo, etc. Y los historiadores Chiapa, la Pontifical, Cieza, Gomara y otros muchos dicen haber condenado apasionadamente al Adelantado, y haber el dicho Pedrarias y sus ministros destruido la tierra firme, y en particular, dice Chiapa en sus libros y cartas que escribió al Emperador, que con avaricia y tiranía asolaron más de cuatro millones de indios y robaron y destruyeron más de otros tantos de hacienda, y Lipsio, historiador auténtico, dice en el libro de *Constancia*, que ni bárbaros ni gente ninguna cruel hicieron tantos estragos y crueldades como aquellos del Darien, porque de 600.000 indios no dejaron 15.000, y no se puede entender de otros sino de Pedrarias y sus capitanes, como lo escribieron al Rey los sobredichos obispos y otros muchos, y los religiosos; *cuanto más que destas crueldades* y avaricia nadie duda en España, y está muy recibido que las hubo.

»La tercera manera de prueba son los papeles, cartas, libros y escrituras que se hallarán en los archivos de los secretarios que han sucedido en los registros y protocolos de las Indias y en el archivo del colegio de San Gregorio de Valladolid, que por mandado de la Majestad Católica se entregaron al coronista, que contienen cosas abominables y peores que las que escribe, y deja muchas de escribir por honra de la nacion castellana, por no ser públicas á las extranjeras, y las escrituras y papeles que están en el arca y archivo público hacen fe.

»No perdonan los historiadores á Carlomagno, ni al rey don Jaime de Aragon, ni el Guichardeno al Marqués de Pescara, y no por eso los Marqueses del Gasto tratan que se quite de la historia, ni tampoco dejan en silencio al Gran Capitan, al señor de Toral, ni á don Pedro Giron, ni al Rey Católico, en ser codicioso y malicioso y haber faltado á su fe y palabra, con haber sido rey excelentísimo.»

natural de Badajoz. Era mancebo de hasta treinta y cinco ó pocos más años, bien alto y dispuesto de cuerpo y buenos miembros y fuerzas y gentil gesto, hombre muy entendido y para sufrir trabajos.»

De este modo retrata al comendador mayor don fray Nicolas de Ovando:

«Este caballero era varon prudentísimo y digno de gobernar mucha gente, pero no indios, porque en su gobernacion inestimables daños les hizo, y era mediano de cuerpo y la barba muy rubia ó bermeja. Tenía y mostraba grande autoridad, amigo de justicia. Era honestísimo en su persona y en obras y palabras; de codicia y avaricia muy grande enemigo, y no pareció faltarle humildad, que es esmalte de las virtudes; y dejado que lo mostraba en todos sus actos exteriores, en el regimiento de su casa, en su comer y vestir, hablas familiares y públicas, guardando siempre su gravedad y autoridad. Mostrólo asimismo en que despues que le trajeron la encomienda mayor nunca jamas consintió que le dijese alguno *señoría*. Todas estas partes de virtud y virtudes, sin duda ninguna en él conoscimos.»

La vida de LAS CASAS fué, en verdad, un completo martirio, con el alma en tribulacion, harto de oprobios é injurias y de todos estos dolores en olvido, por la defensa de la humanidad. En el tiempo de más contrariedades, más amor por sus hermanos, y en el de más iras de parte de aquellos cuya codicia combatia, más misericordia por los oprimidos.

FRAY BARTOLOMÉ pertenece á uno de los caractéres más extraños que la historia de la filosofía nos presenta; de ánimo levantado, de vehementes sentimientos de caridad, de constancia admirable, de mucha energía, llorando con los que lloraban y sintiendo la opresion de los indios tanto ó más de lo que ellos la sentian, indicando á todos la senda de la caridad para con los prójimos, y hacer dulce una conquista por medio de la benevolencia y de la virtud.

Como quiera que sea, y juzguen más ó ménos verdaderamente á LAS CASAS algunos escritores contèmporáneos, con un mal entendido amor á las glorias patrias, siempre al Obispo de Chiapa se considerará como una de las glorias de España, y un pensador ilustre, amante de que en su patria no hubiese quien por malas pasiones cometiese abusos con los desvalidos, y que el cristianismo se practicase en toda su pureza con los pueblos conquistados, cual querian nuestros reyes y nuestros grandes y sabios y religiosos.

Con razon muchos hombres eminentes extranjeros tienen en gran reputacion á FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS (1).

Desde los libros de Rodrigo de Zamora y los de Pedro de Montes, llamado por Pellicer (2) el gran filósofo, y cuyo libro en lo filosófico *es lo mejor de España, y donde muchos magnates han bebido asuntos y tratados, y ninguno le excede*, las prensas extranjeras seguian publicando obras de sabios españoles. Por muy dignas de mencion, sobre las ya anteriormente citadas, tengo el *Scriptum aureum* sobre la metafísica de Aristóteles, por FRAY ANTONIO ANDRES, de la órden de los Menores, en la provincia de Aragon, que floreció en el siglo XV, y las *Disputas en los cuatro libros del maestro de las Sentencias*, por FRAY GUILLERMO DE RUBION, tambien minorita, y de la provincia aragonesa (3).

Y no sólo habíase empezado con empeño á cultivar la filosofía de las escuelas, sino que tambien se escribian tratados para dar á conocer, por fácil y sencillo modo, á los aficionados las principales doctrinas de los filósofos de Grecia y Roma.

Del famoso ANTONIO DE NEBRIJA se publicó en Granada, el año de 1534, un librito intitulado *In Vafre Dicta Philosophorum* (4). En él se leen las sentencias mejores de Táles, de Solon y demas filósofos griegos.

(1) Weise.—FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, en la *Gazette de Théologie historique*, de Ilgen, 1834, primer tomo.—La brevisima relacion ha sido traducida al latin, italiano, frances, inglés y aleman.

Gregoire, *Apologie* de las Casas; *Memorias del Instituto de ciencias morales y políticas*, tomo III.—*Las Casas y los Indianos*, noticia inserta en los *Annales de Philosophie chrétienne*, Marzo, 1838.—Emilio Souvestre, *Revue de Paris*, 1843.—*Retrospective Review*, tomo VI.—*Foreign quarterly Review*, Marzo, 1835.—Raynal, *Historia filosófica de las dos Indias*.—Robertson, *Historia de América*.—Llorente, *Obras completas de las Casas*.—Michel Pio, *Vie de las Casas*, Boulogne 1618, en 4.º—Moreri, *Diccionario histórico*; las obras de Washington Irving y Prescott.

(2) Don José de Pellicer y Tobar, en carta de 15 de Julio de 1679, al cronista D. Andres de Uztarroz. Recuerdo que la version que Gonzalo de Ayora hizo de la lengua española á la latina, se publicó en Milan el año de 1492. Pellicer cree que fué en 1494, pero fué error esta afirmacion.

(3) Fray Guillelmi de Rubione, *venerabilis admodum patris et teologi facili doctissimi provinciæ Aragonicæ*, fólio, 1518, Paris.

(4) Su hijo Fabian de Nebrija lo dió á luz, con varios opúsculos del padre y suyos, entre estos últimos su fá-

Hernando Diaz dió á luz en 1541 (1) la *Vida y excelentes dichos de los más sabios filósofos que uvo en este mundo* (2). Una parte del librito está tomada de la obra de Diógenes Laercio, otra de los libros de los filósofos mismos, cuyas doctrinas compendiosa y clarísimamente expone. Dedicó su libro á don Peralvarez-Osorio, hijo del Marqués de Astorga.

Su intento fué *facer un breve tratado* con tal órden, que *ántes por mucha brevedad aplaciese, que con enhastiosa prolijidad desechado*, enojase. Es un librito tan lleno de ciencia el de Hernan Diaz, y tan al alcance de todas las inteligencias, que seguramente debió ser muy estimado y de gran utilidad en aquel siglo.

De Táles dice que fué el primero que dijo las ánimas ser inmortales.

De Chilo afirma que profirió estas sentencias: que se ha de ser más honrado que temido; que la lengua no ha de andar delante del pensamiento; que á la ira se debe siempre resistir, y que no se han de desear las cosas imposibles.

De Pitágoras dice que opinaba que no sabe hablar quien no sabe callar.

Que es doctrina de Sócrates que así el mal hombre daña al que le hace bien, como al que le hace mal.

Pone en boca de Escipion Africano estas palabras, hablando de los romanos: «Es bien la verdad que hemos sido más ricos de envidia que de dineros.»

Hernan Diaz tradujo todo el Dante. No tenía sino una noticia confusa de la version del Arcediano Villégas. Al fin de su librito pone una muestra de la traslacion suya de *La Divina Comedia* (3).

Anónimo se publicó su libro en lengua castellana, en Coimbra, el año de 1555, por Juan Álvarez, con este título: *Primera parte de las Sentencias que hasta nuestros tiempos, para edificacion de buenas costumbres, están por diversos autores escritas en este tratado, summariamente referidas en su propio estilo y traducidas en el nuestro comun, conveniente licion á toda suerte y estado de gentes.*

Encierra este libro, con dos textos latino y castellano, las mejores sentencias de Plutarco, Tito Livio, Quintiliano, Séneca, Plinio (de la natural historia), Plinio el mozo, Salustio, Quinto Curcio, Valerio Máximo, Tulio, Suetonio Tranquilo, Publio Mimo, Aristóteles, Platon, Aulo Gelio, Erasmo, Virgilio, Ovidio, Horacio, Juvenal, Plauto, de diversos poetas y autores latinos y griegos, de otros de ambos derechos, de san Jerónimo, san Cipriano, san Agustin, san Ambrosio, san Bernardo, san Crisóstomo y san Gregorio.

El propósito del autor fué que la filosofía de estos grandes autores se conociese y admirase, para mejor enseñanza de los buenos ingenios. Ninguno que se ocupe en su lectura (creia el ordenador) dejará de sentir que no se haya escrito el libro por él solo. A todos conviene, á todos habla, á todos aconseja.

«Este pasar de vida, en más verdadero lenguaje es allegar á la muerte. No está la vida en vivir, mas en bien vivir. Imposible es satisfacer á todos juicios. Tan vária é inconstante es en las opiniones la naturaleza humana, que por nuestra culpa casi se ha hecho entre nosotros más natural el diferir que el conformar. Es conveniente y necesario á todos, por consejos de virtud, llegar á bien vivir. En todas artes y facultades, lo mejor, lo de más espíritu y de mayor entendimiento, se pone y dice despues. Es ménos trabajar siempre en diversas ocupaciones, que trabajar siempre en una.»

Son éstas las más notables sentencias del ordenador de las de los más célebres filósofos; libro,

bula en versos latinos *De Crepidine duorum Amantium*, leyenda de la pena de los enamorados.

(1) Sevilla, en casa de Cromberger (4.°, gótico).

(2) Hernan Diaz decia *inventador* por *inventor*, *traslacion* por *traslacion*, *aplacible*, *la África*, *la Asia*, *la arte*, *traducidor*, *velas* por *desvelos*, etc.

(3) Acerca de la version del Dante dice en el prólogo: «No creo sea fuera de propósito dar aquí cuenta cómo haya diferido por tan luengo espacio aquella dificultosa traduccion de las tres cánticas ó comedias del *Infierno* y *Purgatorio* y *Paraiso*, del divino poeta Dante, con la glosa en la cual despendia todo el tiempo que del servicio así de vuestra merced como de los señores don Juan y don Antonio Osorio en Astorga me sobraba, mayormente que venido á esta florecida universidad de Salamanca, en servicio de sus mercedes, he seido de contino importunado de algunos beneméritos varones, para que en comun utilidad la publicase.....

»Me pareció provechoso consejo para efectuarse mi deseo, dar lugar á que se publicase la primera parte del *Infierno*, que tradujó un arcediano de Búrgos, y aunque al tiempo que una vez nos comunicamos, estando la córte en Búrgos, lo cual habrá cuasi cuatro años, tuvo intencion de no publicarla, mi luenga dilacion mudó su propósito.»

como se ve, de gran importancia, y que demuestra cuán ardientemente se cultivaba el saber por los españoles del siglo XVI, facilitándose la ciencia á todo género de personas.

FRAY DOMINGO DE SOTO, amigo de fray Bartolomé de las Casas, y hermano en religion, merece ser contado entre los primeros filósofos españoles de su edad, ya como asistente cerca de la persona de Cárlos V, en Alemania, ya como teólogo en el concilio de Trento, ya como obispo renunciante de Segovia, su patria, ya como teólogo en la cátedra de Melchor Cano.

Si examinamos los libros de los historiadores de la filosofía en Europa, hallarémos que en el siglo XVI comenzó la reforma de esta ciencia; Erasmo, Faber, Vives, Nizolio, Melaucht, Scadoletti, Ramos y otros emprendieron una guerra enérgica contra el escolasticismo.

Entre los que intentaron su defensa, procurando quitar de él algunas de las faltas que sus adversarios le oponian, se encuentra FRAY DOMINGO DE SOTO. Este religioso, Francisco de Santa Victoria, Lalemandet, Lokowitz, y Suarez sobre todos, fueron los últimos campeones notables que el escolasticismo tuvo.

Bacon procuró reformar la filosofía en Inglaterra, como Descártes en Francia y como despues de uno y otro el gran Leibnitz en Alemania (1).

FRAY DOMINGO DE SOTO publicó unas *Súmulas* (1529), sus *Comentarios á la Dialéctica de Aristóteles* (1544), sus *Comentarios y cuestiones en los ocho libros de física* (1545), su libro de *La justicia y del derecho* (1556), y una multitud de libros teológicos que le dieron gran renombre.

Si no tuviera otro título para el respeto de los amantes de la filosofía FRAY DOMINGO DE SOTO, que sus escritos sobre filosofía y teología, en que se descubre un talento profundísimo, un criterio admirable y un tesoro de doctrina, bastaria á atraérselo un pasaje de su libro de *La justicia y del derecho*. Bueno es que conste, para gloria de los pensadores de nuestra patria; FRAY DOMINGO DE SOTO ha precedido á Juan Voolman y á Antonio Benezet en la defensa de la libertad de los negros; precedió á Granville Sharp, á Ramsay, á Clarkson, á Bielly, á Montesquieu, á Raynal, á Necker, al abate Genty, á Frossard y á tantos como han combatido la esclavitud de la raza africana.

En nombre de la religion cristiana y de sus preceptos de la más cariñosa filosofía para el bien de los humanos, FRAY DOMINGO DE SOTO no hallaba justicia en la esclavitud de los negros (2).

BARTOLOMÉ DE ALBORNOZ, que se llamaba estudiante de Talavera, publicó en Valencia, el año de 1573, su libro *Arte de los Contractos*, obra que por otros respetos hubo de prohibir el Santo Oficio. Su discurso contra la esclavitud de los negros va en el texto de esta coleccion. No puede ser más terminante y vigoroso su parecer adverso á la esclavitud de los negros. Seguramente ningun filósofo extranjero que ha hablado en su impugnacion ha aventajado en nobleza de pensamiento á BARTOLOMÉ DE ALBORNOZ, gloria tambien española en este asunto.

BARTOLOMÉ DE ALBORNOZ no era afecto á fray Bartolomé de las Casas, de quien habla con encono, sin nombrarlo claramente, en diversos lugares de su *Arte de los Contractos* (3).

(1) Degerando, en su *Histoire comparée des systèmes de philosophie* (París, 1804), dice que Bacon estudia la naturaleza y confia todo á la experiencia; que Descártes entra en el santuario de la meditacion y saca todo de sus propias ideas; que la influencia de Bacon se debe á sus máximas, la de Descártes al carácter de su espíritu, y la de Leibnitz á su sistema. Bacon (segun él) creia que la filosofía conduce á la física; Descártes, que la engendra, y Leibnitz, que la comenta. Bacon aprende á saber mejor, Descártes á mejor pensar y Leibnitz á mejor deducir.

(2) *Aiunt tamen apud Æliopes eundem adhuc vigere morem, quo ad eorum mercatum lusitani adnavigant, quod si libere vaeneunt non est cur mercatura illa crimine ullo denotetur. Veruntamen, si quæ iam percrebuit vera est fama, diversa est ferenda sententia. Sunt enim qui affirmant fraude et dolo calamitosam gente seduci inescarique nescio quibus localibus et astu pellici versus portum et nonnunquam compelli et sic neque prudentes, neque quid de illis fiat opinantes huc ad nos transmitti et venundari. Quae si vera es historia neque qui illos capiunt, neque qui captoribus coemunt, neque illi qui possident tutas habere unquam conscientias possunt quousque illos manumittant; etiam si praetium recuperare nequeant. Nam si quis rem alienam possidet etiam si mercatu vel alio justo titulo eam acquisierit cum primum alienam esse resciverit, tenetur cum pretii etiam dispendio domino reddere quanto magis liberum natum hominem per injuria manu captum, astringitur in suam restituere libertatem? Quod si quis id sibi pretexere cogitaverit quae praeclarè cum illis agitur dum pro servitute beneficium christianismi rependerit, injurium se noverit esse in fidem que summa est libertate docenda ac persuadenda, tantum abest ut eorum excusationem Deus admittat.* (Edicion de Salamanca, 1862, pág. 280.)

(3) No sé si á este autor alude fray Agustin Dávila Padilla, en su *Historia de la provincia de Santiago de Méjico*, cuando escribe:

«La resolucion de todas las disputas fué quedar siempre el Obispo (Casas) con victoria, como el más acertado en la doctrina, y muestra bien esto el dia de hoy el Santo Oficio de la Inquisicion, que recoge los libros del licenciado Frias de Albornoz, enemigo de la doctrina del Obispo, porque el estilo deste licenciado para predicar el Evangelio no es conforme al que el Príncipe de la Paz dejó enseñado á sus apóstoles en el mesmo evangelio.»

FRAY TOMAS MERCADO, en el mismo siglo, publicó tambien su libro *Sobre tratos y contratos*, en que vaga y temerosamente impugna asimismo la esclavitud de los negros.

DON ANTONIO DE GUEVARA, religioso franciscano, obispo de Mondoñedo y predicador del emperador Cárlos V, escribió várias obras notables, que fueron repetidamente traducidas en Francia, Inglaterra é Italia, especialmente su libro *El relox de príncipes* ó *Vida de Marco Aurelio y su mujer Faustina*, y el que se intitula *Menosprecio de la córte y alabanza de la aldea*.

Con razon GUEVARA es acusado de haber introducido en muchos de sus libros citas ideales y noticias, como verdaderas hijas de su propia fantasía. El bachiller Pedro de la Rua escribió cartas al Obispo, en que juiciosamente lo censura por tal manera de componer libros, impropia de un varon ilustre por su sangre, por el sacerdocio y por la dignidad.

Pero si atinado estuvo en sus censuras Rua, no así tales Vossio, Schoockio y otros autores críticos que severísimamente hablan del libro del *Relox de príncipes*, considerándolo como lo que quiso su autor que fuese, una novela, un libro de pura invencion. Más acertado estuvo un crítico frances (1) del siglo XVIII al hablar de este libro y de GUEVARA, manifestando ser éste uno de los escritores más célebres de sus contemporáneos de todas las naciones, y aquél una obra novelesca que encierra útiles moralidades.

¿Qué es el *Relox de príncipes* sino un libro semejante á lo que J. Fenelon hizo con el *Telémaco*, á lo que Labruyère con los *Caractéres morales de Teofrasto*, y á lo que el abate Mably con las *Conferencias de Focion?*

La Fontaine tomó para una de sus fábulas el episodio del *Villano del Danubio*, y don Juan de la Hoz y Mota el asunto para una comedia de este título (2).

Evidentemente en los libros citados de DON ANTONIO DE GUEVARA, obispo de Mondoñedo, hay muchos pensamientos filosóficos de gran mérito y novedad, muy dignos de ser celebrados. Débese dar á su autor un puesto distinguido en el número de los españoles que han cultivado con acierto y profundidad la filosofía en nuestra patria.

El doctor JUAN DE VERGARA, canónigo en la santa iglesia de Toledo, varon de gran fama y virtud y muy docto en filosofía, á cuya enseñanza estuvo dedicado algun tiempo, floreció en la primera mitad del siglo XVI, amigo de Juan Luis Vives y de otros insignes escritores. En los últimos años de su vida padeció acerbísimamente por la enfermedad que lo tuvo impedido. Consolábase con aquellas palabras de Epiteto *Abstine et sustine*, sobre las cuales compuso un distico, que repetia para fortalecerse en la vehemencia y constancia de sus dolores.

No sólo era hombre de gran talento VERGARA para la ciencia, sino tambien para la vida humana y trato de gentes (3).

Ferreras, en su *Sinopsis Histórica Cronológica* de España, dice que VERGARA fué de los primeros que conocieron y probaron la falsedad del libro atribuido á Beroso. Para Ferreras fué JUAN DE VERGARA uno de los primeros varones de su siglo en erudicion.

(1) Desessarts, en el tomo IV de la *Bibliothèque d'un homme de gout* (Paris, año 7), dice:

ANTOINE DE GUEVARA fut le premier orateur espagnol qui prit un essor élevé. Il égala les plus célèbres de ses contemporains de toutes les nations, et mérita de servir de modèle. Ses ouvrages furent traduits avec empressement dans toutes les langues.

On a de lui *l'Horloge des Princes*, où *la Vie de Marc-Aurèle, et de Faustine, sa femme*, in-8.º; ouvrage romanesque, où l'on trouve quelques utiles moralités; un *Traité du mépris de la Cour*, in-8.º, et plusieurs autres livres, dont on auroit de la peine à supporter aujourd'hui la lecture.

(2) Véase lo que Taine escribe de Cassandre y de La Fontaine. DON ANTONIO DE GUEVARA, en su libro *La Fontaine et ses fables*. Paris, 1861.

(3) Bartolomé de Albornoz nos da idea de la agudeza de ingenio de VERGARA, en su libro *Arte de los contractos*.

«Habia un capellan, dice, en el coro, que se preciaba de mucha conciencia, y cada año se presentaba en el cabildo con una bolsa y decia que, hecha la cuenta de todos los descuidos que en el coro le parecia haber tenido, y ganado injustamente las distribuciones, lo traia en aquella bolsa para restituirlo al cabildo, cuyo era. El santo cabildo, todos de conformidad, loaban su buen respeto y cristiandad y hacíanle merced del dinero que traia, y él se volvia rico y contento y con crédito de muy buen cristiano. El doctor Juan de Vergara, canónigo de aquella iglesia y de Alcalá, hombre de muy grandes partes..... en un cabildo donde este capellan vino á representar aquella comedia ordinaria..... impidió la gracia y mandó que la restitucion se aceptase..... Con este desconsuelo fué despedido el clérigo y á todos puso admiracion el voto de Vergara, porque no era hombre miserable en su hacienda, ni ejecutivo en la ajena; mas él dió razon de su voto y dijo: «Este clerigo piensa á nosotros hacernos malos »cristianos, y á sí buen cristiano, con mostrar que hace la »diligencia que otro del coro no hace, y si restituye, es de»bajo de saber que le han de hacer gracia de lo que resti»tuye. Váyase sin su dinero, y de aquí adelante tendrá cui»dado en el coro, y veréis cómo no vuelve cosa.» Y así fué, que nunca más volvió.»

Afirma que del libro que escribió con el título de las *Ocho cuestiones del templo*, dirigido al Duque del Infantado, tomó lo más para el libro XI de los *Lugares Teológicos* el célebre fray Melchor Cano, lo que tambien hicieron Luis Víves, Pereira, Gaspar Barros y otros.

Cano con honrosa franqueza declara, en su mismo libro de los *Lugares Teológicos*, lo que ha tomado del libro de JUAN DE VERGARA referente á la historia humana. Y sin embargo, prescindiendo de esta confesion nobilísima, muchos autores enemigos de Cano se atrevieron á acusarlo de plagiario, cuando tal vez, sin el dicho de Cano mismo, no hubieran conocido lo que tomó de VERGARA (1).

El famoso canónigo de Toledo se mostró ardiente defensor de sus doctrinas filosóficas respecto á ver en todos los hombres sus hermanos para tratarlos con la igualdad que merecian, cuando como él habian recibido con el bautismo la fe católica. Por eso se opuso con generoso y discreto brío al *Estatuto de limpieza* que el cardenal Silíceo, arzobispo de Toledo, propuso al cabildo para que ningun descendiente de judíos ó moros pudiera tener dignidad ó capellanía en aquella iglesia (2).

Con VERGARA fueron vencidos en votacion varios canónigos. Entónces escribió una peticion al Consejo de Castilla para que se tuviese todo por nulo.

En este importantísimo documento exclamaba VERGARA:

«Decimos, señores, que las razones que nos han movido y mueven á contradecir el dicho estatuto son: lo primero, por ser, como es..... contra derecho canónico y determinacion de Santos Padres; lo segundo, por ser contra leyes destos reinos; lo tercero, por ser contra expresas autoridades de la Sagrada Escritura; lo cuarto, por ser contra toda razon natural; lo quinto, por ser en injuria y afrenta de mucha gente noble y principal destos reinos; lo sexto, porque es contra la honra é autoridad de la dicha santa Iglesia; lo séptimo, porque es contra la paz y tranquilidad de los beneficiados y de toda la república; lo octavo, porque es contra el buen estado y gobernacion de nuestra ciudad; lo nono, porque de él resulta perpétua infamia de nuestra nacion......

»El Papa (Nicolao V), entendiendo que algunos deste reino trataban de excluir á los nuevamente convertidos y á sus hijos de dignidades, honras y oficios y otras cosas, reprende ásperamente á los tales movedores, llamándolos *sembradores de zizaña*, *corrompedores de la paz y unidad cristiana*, *renovadores de la discordia que el apóstol san Pablo habia extirpado, contradictores de las autoridades divinas*..... y finalmente, *hombres errados de la verdad de la fe católica*, determinando que los tales nuevamente convertidos y sus hijos y descendientes deben..... ser admitidos á todas las dignidades, honras y oficios así eclesiásticos como seglares.....

»Entendiendo el bienaventurado apóstol (san Pablo) que entre los cristianos que nuevamente se habian convertido en Roma, unos del pueblo gentil y otros del pueblo judaico, habia disension y diferencia sobre cuáles precederian y serian preferidos á los otros, les escribió..... reprendiendo á los unos y á los otros y reduciéndolos á concordia y unidad, diciendo á los convertidos del pueblo judaico que no tuviesen en poco á los otros, porque Dios de todos era Dios, y no de solos los judíos. Y porque los convertidos de los gentiles, por ser muchos, comenzaban á enseñorearse..... por eso el Apóstol cargó más la mano con ellos, diciéndoles que no debian menospreciar á los del pueblo judaico, porque fueron los adoptados por hijos y á ellos se dió la ley divina y las promesas.....

»Que el dicho estatuto sea contra toda razon natural parece claro, porque ninguna..... hay que permita que hombres, no sólo nobles, sino ilustres, cargados de letras y de virtudes, sin obstáculo ni impedimento canónico ninguno, sean inhabilitados para capellanes de la iglesia de Toledo; y

(1) Entre los enemigos de la buena memoria de Melchor Cano, se halla el autor de la *Corona de Predicadores* Don Estéban de Aguilar y Zúñiga (Madrid, 1636). Hablando de Cano, dice:

«Yo confieso su mucho ingenio, pero aplicóle felizmente á otros estudios, y si leyó la *Biblia*, fué para divertirse, no para ocuparse. Y así, por no gastar el tiempo en esto, trasladó al pié de la letra la mayor parte del libro II de los *Lugares teológicos*, de un libro que compuso, no ménos que en romance, Juan Vergara, canónigo de Toledo, intitulado *Ocho cuestiones*, como se puede ver cotejando los dos libros y lo afirma Benito Pereira sobre Daniel (Dan., libro II.)

(2) Los canónigos que en la hora de la votacion, ó más tarde, se opusieron al Arzobispo, se llamaban don Diego de Castilla (dean), Bernardino de Alcaraz (maestre-escuela), Bernardino Zapata (capiscol), Rodrigo Zapata (capellan mayor), el bachiller Juan Delgado, el doctor Peralta, el doctor Herrera, el doctor Juan de Vergara, Antonio de Leon, Estéban de Valera, Miguel Diaz, Juan de Salazar, Pedro Sanchez (canónigos). Véase el códice Q-85, Biblioteca Nacional.

por el contrario, hombres bajos é idiotas..... queden por hábiles para dignidades y canónigos.....

»Que sea en injuria y afrenta de mucha gente noble y principal deste reino, poca necesidad tiene de probanza; pues es notorio que por matrimonios antiguos y modernos, está mezclada mucha gente de la nobleza de España con diversidad de linajes, como en todo el mundo se hace, y siempre se hizo. Y como todos aquellos á quien esta mezcla toca por línea materna solamente, sean por leyes de estos reinos tenidos unos por hidalgos, otros por caballeros, otros por ilustres, conforme á la línea paterna; y como tales gocen pacíficamente de las honras y preeminencias..... ser por otra parte así notados é inhabilitados ellos y todos sus descendientes para siempre jamás por tal estatuto como éste, no puede ser sin gravísima afrenta y mengua de sus personas y honras.....» (1).

Esto ocurrió en 1548. El memorial de VERGARA fué desechado y el *Estatuto de limpieza* quedó vigente. Otro de los varones que, sin pertenecer al cabildo de Toledo, lo impugnaron, fué el maestro Melchor Cano. En 1566 Felipe II mandó que todos los regidores de aquella ciudad fuesen cristianos viejos, limpios, sin raza de moro ni de judío. Varios regidores se opusieron á este pensamiento, siguiendo las doctrinas del doctor VERGARA (2).

Sancho Carranza de Miranda, teólogo en la universidad de Alcalá de Henares, dedicó á JUAN DE VERGARA su opúsculo sobre *Várias anotaciones de Erasmo* (Roma, 1522), obra en que lo saluda con el epíteto de *eruditísimo*. La mente de Carranza fué que VERGARA con su gran inteligencia y sabiduría conciliase los ánimos de Santiago de Estúñiga y de Erasmo por la discordia en que se hallaban, á causa de haber impugnado éste las opiniones de aquél acerca de su defensa de la antigua traduccion del Nuevo Testamento (3). Tan acerbas fueron las recriminaciones, que Sancho de Carranza las juzgaba impropias de cristianos, de eruditos y eclesiásticos, «á los cuales es más decoroso saber para la edificacion que para la contienda» (4).

Toda la esperanza estaba puesta en el buen juicio de VERGARA y en el respeto que los sabios de dentro y fuera de España tenian á su mucha ciencia y talento.

Y es cosa que sobremanera más y más nos lisonjea contemplar el alto aprecio en que los filósofos españoles del siglo XVII habian alcanzado en Europa.

ANDRES LAGUNA, segoviano, médico del emperador Cárlos V y de los papas Paulo III y Julio tambien III, en la Academia de Colonia combatió las doctrinas de los protestantes y tradujo con comentarios el libro *Dioscórides*.

El 22 de Enero de 1545 oró por la paz en el siglo de la guerra ante la universidad de Colonia. Cubrian las paredes de una de sus salas bayetas negras. En su centro se veia un túmulo, cercado

(1) Dos copias de este curioso documento existen en la Biblioteca Nacional, códices Q-85 y R-60. Por su mucha extension no se pone íntegro en el cuerpo de este discurso.

(2) Fueron Francisco de Toledo, Juan de Herrera, Diego Hurtado, Alonso Franco, Gaspar Sanchez y Hernan Franco. En el memorial que dieron al Rey, que en copia he visto en la Biblioteca de Salazar (Academia de la Historia, L-5).

«Lo 4.°, que lo susodicho sea en injuria y ofensa de infinito número de gente principal desta cibdad, poca necesidad tiene de probanza, pues por toda la consideracion dello se ve que hasta allí puede llegar el oprobio y afrenta de los hombres, de las cualidades referidas en el capítulo ántes deste, que siendo de tales, sean así notados é inhabilitados ellos y sus descendientes para tener honras y oficios, habiéndolos visto tener á sus padres y abuelos y hermanos y deudos, y así no puede ser sin gravísima afrenta y mengua de sus personas y honras, viendo cómo de necesidad venian otros hombres de muchas ménos cualidades, hacienda y habilidad, tener los dichos oficios por solo el título y opinion de decirse dellos que son cristianos viejos.

»Lo 5.°, que lo susodicho sea contra la honra y autoridad desta cibdad es claro; pues ha de ser infamada la gente principal y rica della en todas las partes del mundo, donde della se dirá que hobo y hay en ella grandes elementos y causas por donde fuesen excluidos de la gobernacion de la cibdad, donde son naturales en los bienaventurados tiempos de vuestra Majestad, habiendo estado en posesion de la tener desde su principio, y como á los reyes y príncipes se ha dado ántes honra en favorecer y hacer merced y justicia á sus súbditos y naturales, no hay por qué se haga tan grande ignominia á los que siempre se ocupan en rogar á Dios nuestro Señor por el aumento y vida y estado de vuestra Majestad, etc.

»Lo 6.°, que lo susodicho sea contra la paz y tranquilidad de las personas del dicho ayuntamiento y de toda la república de la dicha cibdad, está claro que no tiene necesidad de probarse, pues sabe que no hay caso más odioso ni de donde se engendren mayores rencores y enemistades, y más se turbe la paz de una congregacion, que en entrar en exámen y prueba de calidades y linajes, pues el mesmo trato dello es injuria, de donde suceden infinitos males é inconvenientes, así contra los capitulantes del dicho ayuntamiento como fuera entre sus deudos y amigos, lo que se ha visto más por experiencia en esta cibdad.»

(3) *Rem amico digna facies, si Erasmo literato nostrum Stunicum itidem literatum conciliaveris ne post hac mutuo se laccessant*, etc.

(4) *Quos magis deceret sapere ad edificationem quam ad contentionem.*

de hachas negras igualmente. Príncipes, sacerdotes, magnates y caballeros habian acudido á esta solemnidad. ANDRES LAGUNA con negras vestiduras y un fúnebre capuz subió á la cátedra, y pronunció una oracion latina, diciendo que una mujer triste, pálida, llorosa, mutilada, con los ojos hundidos, con la extenuacion y la asquerosidad propias de una tísica en sus postrimeros grados, vestida de luto y sostenida en un grueso báculo, se habia acercado á él, pronunciando con desfallecida y apénas perceptible voz palabras en que le demandaba consejo para salvarse de su perdicion en tan deplorable estado.

LAGUNA dice que procuró animarla y que declare el orígen de sus desgracias. Ella responde que las debe á los príncipes cristianos.

¿Podré vivir sosegada (añade), sin mirar por doquiera otra cosa que ruinas de las más ricas y florecientes ciudades, taladas campiñas, templos destruidos, altares destrozados, prostituidas matronas, deshonradas doncellas, privada de mis hijos en edad juvenil, derramamiento de sangre, estupros, rapiñas, muertes violentas, las leyes despreciadas, el culto divino en abandono, perdido el comercio, y las fábricas entregadas al fuego y á cuanto inventó la ferocidad de Marte? Donde yo me encuentre no hablen de la pérdida de Cartago los cartagineses, ni lloren los males de Aténas los atenienses, ni los de Lacedemonia los lacedemonios..... Calle el furioso Mantuano la melancólica relacion del incendio de Troya, pues aunque sus desventuras fueron grandísimas, muy poco duraron, pues los males mios no tienen comparacion ni término.

Reprendió á los ejércitos que combatian cuando en los estandartes no habia otra diferencia que en el color de la cruz que ostentaban. Todo cuanto Dios crió está en armonía perfecta, los astros, las plantas, los metales y hasta las fieras de especie distinta no se dañan si no se ven ofendidas, si bien no pareceria contrario á la naturaleza, ajenas como son al raciocinio. El hombre, decia LAGUNA, el hombre con entendimiento, que comprende las consecuencias de sus hechos, se complace en las contiendas, en las guerras, en los homicidios y en las revoluciones, olvidan los cristianos príncipes el ejemplo de los de Cartago; no tienen en la memoria los de Esparta y Aténas, que se destruyera en las guerras civiles..... Dan al olvido las palabras de la Escritura. No hay fuerza en la desunion.

LAGUNA terminó su oracion censurando á los que, presumiendo de cristianos, no querian seguir las doctrinas del Evangelio, atrayendo con su proceder injusto las iras de Dios. «No las provoqueis, porque si la eternal bienaventuranza pende en el fiel obedecimiento de los divinos preceptos, la desdicha eternal viene al fin por su completa inobservancia (1).

Y en tanto que esto ocurria, ¿estaba acaso en su patria y en extrañas tierras sin cultivar el arte del famoso Raimundo Lulio? No, seguramente. La universidad de Mallorca, conocida por Luliana, si bien no tenía autoridad pontificia, y por eso no concedia grados, sin embargo, en sus cátedras se enseñaba teología, derecho civil y canónico y medicina.

El maestro PEDRO CIRUELO, natural de Daroca, canónigo en Salamanca, fué autor de un libro que se intitula *Reprobacion de supersticiones y hechicerías* y de unos *Comentarios á las Súmulas de Pedro Hispano* (2). Dedicóse á la filosofía y á la teología. En Salamanca publicó el año de 1538 su libro *Paradoxæ quæstiones número Decem*. Una de éstas es *Del arte de Raimundo Lulio en Metafísica*.

Siguió el método Luliano el maestro PEDRO CIRUELO, no sólo al explicar el arte de éste, sino tambien en otro de sus opúsculos sobre lógica y física.

Hácia los fines del siglo XVI Jordano Bruno, filósofo napolitano, cuyos errores impíos lo hicieron tristemente famoso en su siglo y en los posteriores, tomó y perfeccionó muchas ideas de Raimundo Lulio (3). Escribió varios tratados, entre ellos el del *Escrutinio de las especies y de la luz combinativa* de Raimundo Lulio, así como el de *La compendiosa Arquitectura y complemento del arte Luliano* (4).

(1) EUROPA EAYTH TINUPOYMENH, *hoc est miserè se discrucians suamque calamitatem deplorans. Ad Illustrissimum et Reverend. DD. Hermanum à Uveda, Archiepiscopum Coloniensem et Sacri Imperii Principem electorem Andrea Lacuna Secobiensi, Philiatro, auctore.*

(2) Salamanca, 1537.

(3) Bayle, en su *Diccionario*, dice de Bruno: «Il donna dans les idées de Raymond Lulle et les rafina.»

(4) El uno se imprimió por vez primera en Praga, el año de 1588; el otro en Paris, el año de 1582. Bayle cita una edicion de 1580. Con el libro *De specierum scrutinio* se imprimió algunas veces el tratado de *Progressu logicæ Venationis*, sacado de las obras de Raimundo Lulio.

No es cierto que el tribunal de la Inquisicion prohibiese el libro *De specierum scrutinio*.

No aprendió ciertamente Bruno sus impiedades en las obras del filósofo español, de las que se mostró tan apasionado. En otros autores aprendió á combatir algunas verdades de la fe.

El talento de Bruno para muchas de sus disquisiciones filosóficas se despertó grandemente con la práctica del arte Luliano y lo llevó á investigar con profundidad asuntos opinables.

Por todas partes en España cultivábase ardientemente la filosofía, miéntras que nuestros soldados peleaban victoriosamente en Europa y conquistaban una y otra nacion en el nuevo Mundo. No quiero pasar en silencio la noticia del libro *De oculo morali*, impreso en Logroño, el año de 1503 (1). Fray Domingo Punzon, de la órden de los Mínimos, dice en el prólogo que dirige á los dilectísimos oyentes de sus sermones en la santa iglesia de San Pablo, que deseaba abrirles los ojos espirituales á semejanza ó imitacion de los corporales, para que viesen por aquéllos á Dios (2). Con efecto, analiza el autor todas las propiedades de los ojos del cuerpo, para deducir que son las mismas que los del alma, para percibir por medio de éstos todas las verdades espirituales.

Martin Ibarra, natural de la antigua Cantabria, imprimió el año de 1526, en la ciudad de Barcelona, con comentarios latinos, los *Dísticos morales* de Miguel Vesino, hijo de Hugolino Vesino, obra en que aquél encerró los más preciados y sentenciosos dichos de los filósofos de Grecia y Roma, y muchas de las sentencias de Salomon, todo en versos latinos, no ménos fáciles que elegantes (3). Dedicó Ibarra el libro de aquel malogrado mancebo, que en edad de diez y nueve años perdió la vida (1487), á los concelleres de Barcelona. Los italianos afirman que Vesino nació en Florencia, patria de su padre, varon doctísimo y poeta, que escribió, entre otras, sobre la toma de Granada por los Reyes Católicos; pero Ibarra asegura que fué natural de Menorca (4).

El maestro Alejo de Venegas (5) impugnó aquel dístico de Miguel de Vesino en que dice que «si no hubiese mio ni tuyo en el mundo, cesarian las batallas y habria paz sin lides.» «De manera, exclama, que la comunion de las cosas fuera causa de ordinarias contiendas. De aquí parece la falsedad de una sentencia que dice, que si fuesen las cosas comunes no habria contiendas. En esta misma sentencia se engañó Miguel Vesino.»

Publicó en Salamanca Hernando de Herrera, el año de 1517, las *Ocho levadas contra Aristóteles y sus secuaces*. Francisco Sanchez el Brocense escribió sobre los errores de Porfirio y otros dialécticos, y tambien su *Minerva*. Monseñor Bouvier, en su *Historia elemental de la filosofía*, dice que este último libro sirvió de mucho para sus investigaciones filológicas á los solitarios de Port Royal.

El capitan don Jerónimo Urrea dió á luz en Venecia, el año de 1566 (6), su *Diálogo de la verdadera honra militar, que trata de cómo se ha de conformar la honra con la conciencia*. Su propósito fué combatir los desafíos, empresa atrevida y noblemente filosófica en un siglo en que se habian adulterado las leyes del honor y de la caballería á fuerza de querer exagerarlás.

Convengo en que el orgullo estaba exaltado por el fanatismo caballeresco, y más aún en España, donde por la legislacion se aconsejaba y áun prescribia el deber de la conservacion de la honra. Don Alonso el Sabio así definia lo que era el caballero: «Caballería fué llamada antiguamente la compañía de los nobles omes que fueron para defender las tierras. De una parte sean fuertes é bravos, é de otra parte mansos é omildosos. Leales conviene que sean en todas guisas los caballeros. Así como en tiempo de guerra aprenden fecho de armas por vista ó por prueba, otrosí en tiempo de paz la tomen por entendimiento.»

«El loor y el vituperio son las espuelas de los fijosdalgo, nos decia en su *Doctrinal*, instruccion del arte de la caballería, el obispo don Alonso de Cartagena.»

Don Jerónimo de Urrea, con razones verdadera y dignamente filosóficas, tuvo el valor sufi-

(1) Por Arnaldo Guillermo de Brocar (un tomo 8.°). Publicóle el maestro Eximio, profesor en sagradas letras, P. Lacepiera.

(2) No dice que el libro sea suyo, sino que llegó á sus manos.

(3) La obra de Vesino se habia impreso en Florencia, el año de 1487. Reimprimióse en Francia, y tambien traducida en verso y prosa.

(4) *Michael Vesinus, sicuti ego accepi, minorem è Balearibus habuit patria..... Nam Vesinorum quidem clara in ea insula extat familia*. Esta opinion da Pedro Alejandro de Arese y Ontiveros en su traduccion castellana de los *Dísticos morales* de Vesino, con el título de *Modo de vivir eternamente*. Madrid, 1710. El excelentísimo señor Marqués de Morante, en el Catálogo de su librería, tambien es de opinion que Miguel Vesino nació en las Baleares.

(5) Primera parte de la diferencia de libros que hay en el universo.

(6) Madrid, 1575; — Zaragoza, 1642;— Idem, 1661. Se tradujo este libro al italiano por Alonso de Ulloa (Venecia, 1566).

ciente para declararse ante Europa adversario del duelo. Y no podia ser por ménos. Él, como buen español y caballero, acataba los preceptos de la legislacion de su patria, que era cumplir con sus deberes; pero de ningun modo haciendo pender de la incertidumbre del trance de un desafío ó del acto de admitirlo el verdadero honor de la persona. Véanse algunas de sus palabras:

«Andan hoy las lenguas de los hombres tan libres y sueltas en decir mal de las cosas, que hasta en las buenas quieren poner tacha, que cierto es gran tacha dellos y causa que vienen á perder la verdadera amistad, y nacen escándalos y tales daños, que por ellos muchos hombres pierden la razon y quedan tan sin ella, cuanto con ella los justos y modestos; y empleando su tiempo en esta torpeza y falsas opiniones, rompiendo la verdad, *provocan á batalla al pariente ó amigo, injuriándole y menospreciándole, y al fin trayéndole á pasar por la desvariada y bestial costumbre del duelo.* Cosa es de gran lástima ver cómo á la infantería española está reducida la fuerza del arte militar de nuestros tiempos, y que se va cayendo y derreputando por no entender muchos della los puntos y *términos de la verdadera honra de la caballería*, ántes, sacándola de su lugar, la asientan y ponen sobre puntillos y casos flacos y de poco valor, que los traen á pasar por la injusta costumbre del duelo, y les hacen no entender *cómo ser buen soldado no consiste en injuriar al amigo y reñir con el pariente y no desafiar por cada puntillo al compañero ó conocido.* Acuérdense que los asirios, griegos, romanos y godos y nuestros antiguos y valerosos padres fueron tan valerosos soldados y codiciosos de honra como nosotros, y se preciaban mucho de sufrir las flaquezas de sus amigos cón esfuerzo y modestia, y con estas dos cosas quebrantaban las fuerzas de sus enemigos. Pues ¿por qué nosotros, que no tenemos ménos disciplina militar y esfuerzo que ellos, consentimos tener ménos gentileza de caballería y modestia con los amigos, *dando que reir á las naciones extranjeras nuestra poca paciencia y cordura, viéndonos injuriar el uno al otro y menospreciar, y por ligeras cosas salir al inhumano combate del duelo, bárbaro, sin caridad, sin ley y verdad?* Los crueles citas, los inhumanos alárabes y los fieros tártaros, que viven fuera de toda policía, ley y razon, la tienen en esto, conociendo que la costumbre del duelo no es otra cosa sino remedar y seguir la manera de los brutos animales, que se rigen por sólo su apetito. Por cierto que habemos ganado bien en pasar á Italia á ganar honra y mostrar el valor de nuestras personas, si perdemos en ella la cortesía y gentileza, que tanto nuestros honrados padres nos encomendaron. No empleen, les suplico, sus claros entendimientos y fortaleza de corazones en cosas torpes y bajas, ni en puntos sin valor y mal entendidos, viviendo por ello á parecer fieros animales gobernados por apetito de sangre; y si tal hay entre nosotros de condicion inhumana que quiera seguir las costumbres de las fieras, siga las de las más nobles y fuertes, que son los leones, los cuales vemos ser los animales del mundo que más braveza y ferocidad con sus enemigos muestran. Y porque entiendan mejor los que profesan el arte militar, la ceguedad y error en que viven con la injusta costumbre del duelo, y conozcan cuán cerca de la ofensa andan á la satisfaccion, sin tener obligacion ni necesidad de correr luégo á las armas, he compuesto este diálogo de dos soldados, los cuales tratan de la verdadera honra militar y abusos del duelo, enderezada á vuestras mercedes, donde podrán entender los puntos y términos de la verdadera honra, con un desengaño por el cual conozcan cómo la honra de uno no la puede quitar otro, y cómo un caballero puede ofender á otro, mas no le puede quitar la honra.»

. . . .

«Malamente injuria el que injuria, porque siempre injuria sin razon, y por tal queda, como dice Aristóteles, injuriado; que, si bien se mira el principio de la ofensa, no hallarán razon para que uno ofenda ó injurie á otro, que la primera causa que mueve el ánimo del que ofende es iniquidad y bellaquería, y por esto es cosa justa que se tenga por deshonrado el que injuria á otro.....

»*El hombre que injuria á otro, especialmente sin causa, es movido de inicuo y maligno ánimo, pues si éste se muestra injusto y sus obras son injustas, no es digno de honra, y no siendo digno della, con razon lo pueden desechar del campo, y las obras que hace falsamente en vuestra persona, si bien la ofenden, no la deshonran.* Lo que os deshonraria serian vuestras obras si fuesen malas, y por esto no teneis obligacion de combatir con él, mas debeis mostrar honrado sentimiento para que el mundo entienda que no dejais de combatir ni tomar sangrienta venganza por vileza de ánimo, sino por gentileza de corazon y que os contentais con la satisfaccion que os toca sin querer lo ajeno; y pues teneis entendido que nadie os puede quitar la honra, no busqueis lo que no habeis perdido.»

. . . .

«Una señora de una ciudad de Bravante decia que los flamencos y gentes de aquella region eran de más virtud y valor que los españoles, porque los alemanes y flamencos no traian espadas entre sus amigos, y los españoles sí, por lo que mostraban recatamiento y malicia, y que las traian, ó por haber injuriado á alguno ó por querelle injuriar, ó por miedo de otros, y que en la modestia y seguridad de ánimo de los alemanes se conocia su sinceridad y gentileza de corazon; pues no dejaban en la guerra de ejercitar tan bien la espada por haber acostumbrado en la paz la modestia.

«Aquel se tenga por culpado y lo sea, que hiciere la injuria, y no el que la padeciere.»

Bien merecen ser conocidos y debidamente estimados estos juicios de JERÓNIMO DE URREA, tan verdaderos y tan filosóficos, no sólo por lo que dijo de su siglo, sino por la enseñanza del presente, en que cuando en todo se hace ménos profesion del honor del caballero y se aspira á la igualdad y á los sentimientos fraternales, por un contraste absurdo y ridículo se observan en su punto las leyes del duelo, y si sólo la observáran los que han nacido caballeros, ó los que, sin haber nacido tales, lo son por sus virtudes y por la generosidad de su ánimo, áun nada me atreveria á decir; pero que hablen de honor y de duelos á veces que ninguna igualdad pueden tener en los que desafian, atendiendo sólo á la honradez, cosa por cierto es muy de maravillar y de sentir, y hasta de tener por una de las muchas locuras y contradicciones de la desgraciada edad presente.

La repeticion de las ediciones de la obra de URREA demuestra que, para muchos que deploraban la práctica del duelo, alcanzó grande estima. El URREA era caballero del hábito de Santiago y virey de la Pulla, hijo natural de don Jimeno Jimenez de Urrea, vizconde de Viota. Acreditó su valor en honra suya y de su patria sirviendo á Cárlos V en las campañas de Italia, Flándes y en Alemania. Por tanto no procedia de falta de corazon para pelear la conviccion de lo desacertado de la costumbre de los desafíos.

Don Artal de Alagon, conde de Sástago, virey y capitan general del reino de Aragon, escribió sobre el mismo asunto un tratado *elocuente y grave* (1).

No con ménos vehemencia escribió sobre la venganza de los agravios y las leyes del honor y el duelo fray Antonio Álvarez, religioso franciscano. Véanse algunas de sus notabilísimas palabras:

«Han sacado el dia de hoy los hombres la nobleza del Evangelio de Dios, y puéstola en sus pasiones. Han hecho una nobleza apasionada y contrahecha, al reves de lo que ella es, y tal que tomándola como hoy el mundo la toma, verdaderamente no es otra cosa sino una mera profesion de paganismo. Así ya es nobleza vengar injurias, satisfacer agravios, y eso cargadamente, baldonar á otro, no perdonar á éste» (2).

En otro lugar de sus escritos habla elocuentísima y atrevidamente contra el duelo en estas mismas razones:

«La ley que el mundo practica y de que no sale, es ser amigo de amigo, y enemigo de enemigo, y lo que es más grave caso aún, es ser enemigo del que no es enemigo de mi enemigo, aunque no sea su amigo» (3).

. . . .

«Este amor, beneficencia y no venganza, vista á los ojos, es una artificiosa blandura para el corazon del enemigo, y una forzosa advertencia de su pasion, que le desencona y hace que le retire de ella.»

. . . .

«El bueno perdonando no se venga por su propia mano, sino por la de Dios, que toma esto á su cuenta... Pero dirásme: No puedo perdonarle, sino sacarle la vida, á mi enemigo... Y ésta es ley del mundo... Sábete, pues, hermano mio, que si eres cristiano, ya para tí es ó ha de ser otro mundo, y no vives en el que solias... No hay cosa que en hecho de verdad levante más la dignidad y nobleza del hombre ni que más la califique que es el perdon del enemigo, el hacelle bien y pagalle injurias con beneficios... Lo que es verdadera afrenta es el no perdonar y el vengarse... La ley que pide y celebra venganzas, no sólo es ley que contradice á la fe de Dios, *mas*

(1) Así lo califica don Pedro Diego de Zayas, en los *Anales* de Aragon; Zaragoza, 1666.
(2) Primera parte de la *Silva espiritual de varias consideraciones, para entretenimiento del alma cristiana*; Valencia, 1591.
(3) Adiciones á la *Silva espiritual* y su tercera parte; Salamanca, 1595.

áun á la propia razon del hombre. Por donde el cristiano que la practica, no sólo en ello hace obra de infiel, mas áun, *dejando* de vivir por razon, la hace de bruto» (1).

Estos escritos me recuerdan los de autores extranjeros á que han precedido los españoles en combatir las leyes del desafío; un autor moderno dice que si se llama á la guerra la *última ratio* de los reyes, ¿no se podrá estigmatizar el duelo llamándolo la *última ratio* de los insensatos?

Franklin extrañaba que siendo, como somos, unas criaturas miserables, tengamos tanto orgullo que imaginemos que toda ofensa hecha á nuestro honor merezca la muerte. Estos personajes, segun él, que se creen de tan alta importancia, no dejarian de calificar de tirano al príncipe que ordenáre la muerte de alguno de ellos por algun discurso injurioso contra su persona sagrada, y sin embargo, no hay uno solo de ellos que no se erija en juez de su propia causa, que no condene al ofensor sin jurado y que no se convierta él mismo en ejecutor de la sentencia.

Y á más de los filósofos españoles ya citados que briosa y razonadamente escribieron contra el duelo, fray Bernardo de Hozes, religioso carmelita (2), manifestó sus opiniones, opuestas tambien del todo á esta costumbre, fundada en una mal entendida defensa de la honra.

Dice, pues, entre otras razones:

«El desafío, así de parte del que lo ofrece, como de parte del que lo acepta, es intrínsecamente malo, pues parece cosa de bárbaros y de gente sin razon, sólo por una aparente vanidad ponerse á peligro de quitar la vida á otro ó á perder la propia; luego no se puede honestar con título de defender la honra.»

. . . .

«Dirá alguno que la infamia consiste en la opinion de los hombres, y que éstos tienen por infamia ó ignominia el no aceptar el desafío, luego es lícito el aceptarlo por evitar esta infamia. A esto *una voce* responden los doctores que de no aceptar el desafío lo tendrán por infamia los ignorantes, mundanos y pecadores, pero no los prudentes, discretos y sabios, que conocen que en el obedecer á Dios y á su Iglesia consiste la verdadera honra y el más realzado crédito.

»Dos argumentos se oponen á la verdadera sentencia; el primero es en esta forma: Es lícito á los nobles, para evitar la ignominia de la fuga, matar al agresor; luego, *potiori titulo*, será lícito defendiendo la honra aceptar el desafío. A este argumento se responde que no tiene el caso paridad, porque, como dice el padre Tomas Sanchez *in Summa*, lib. II, cap. III, núm. 9, la fuga en el caballero se reputa por ignominiosa, lo cual no pasa en no aceptar el duelo.

»La traza de que se podrá valer el que no acepta el desafío (como lo dice Tapia, *loco citato*), es decir al que le provoca: *Apercibido estoy siempre para defenderme cuando injustamente me acometieren; pero no quiero aceptar el desafío, obrando contra las leyes divinas y humanas;* luégo prosigue diciendo: *Hoc non est fugere aggressorem, sed constanter et fortiter repellere secundum leges Dei et Ecclesiæ.*

. . . .

»Y porque no es fácil que el desafiado pueda mostrar que la no aceptacion provenga, no de cobardía, sino del temor de la gravedad del pecado, podrá responder el desafiado en la forma ya dicha, la cual se podrá pronunciar (como dicen otros) con términos más explicativos, diciendo: *Yo con esta espada me defenderé de cualquiera que injustamente me acometiere; y si aquí lo hicieren, tambien.* Pero salir á lugar pactado no es de hombre cristiano que obedece á la ley de Dios y su Iglesia. Y si esto no bastáre, no hay que hacer caso de los delirios del vulgo, pues éste tambien podrá tener por falta de valor no cometer homicidios y otros graves delitos, y no es lícito cometerlos.»

William Chillingworth ha juzgado en tiempos más modernos del mismo modo que aquel capitan y aquellos religiosos españoles la costumbre del duelo. La religion cristiana, segun observa, dice que se perdone al ofensor; pero el parecer de las gentes exclamará que pierde la reputacion, si no se venga, el ofendido. Desde entónces no hay que dar al corazon ningun reposo, hay que dejar todas las ocupaciones hasta beber la sangre del ofensor. ¡La sangre de un hombre, por una palabra apasionada, por una mirada desdeñosa! Si se quiere adquirir la reputacion de un homicida discreto y dueño de sí mismo, no hay que matar en un instante de ira ó furor, excitado

(1) El cronista Zayas nos da noticia de otro libro contra los desafíos; libro que escribió el doctor N. Lozano, doctísimo teólogo y ejemplar sacerdote.

(2) *Celo pastoral con que N. S. P. Inocencio XI ha prohibido sesenta y cinco proposiciones;* Sevilla (edicion segunda), 1687.

por la provocacion ó la ofensa. Con toda sangre fria, con gran firmeza de razon se ajustan ó conciertan los preparativos. Despues de muchos dias de espera, cuando se debe creer que la razon guia, y no el apasionamiento, se invita decorosa y cortésmente á verse en un lugar retirado, donde la sangre del uno ó del otro sirve de satisfaccion á la injuria. Invoca Chillingworth á la religion cristiana, y luégo dice: «Que si se pregunta á los paganos, responderán que no se ha aprendido de ellos la feroz costumbre del duelo; y que si tambien se interroga á los mahometanos, replicarán que son inocentes de ese crímen.

»Me dirás, exclama, que te bates por la honra; pero ¿no sería más punto de honor mostrarse cristiano y perdonar?»

Como se ve clarísimamente, los filósofos moralistas ingleses concuerdan con nuestros antiguos escritores en la manera de combatir la inhumana y absurda costumbre del duelo.

Tan elocuentemente se mostraban sus adversarios los españoles.

La filosofía era muy popular en nuestra patria, y de ello pueden dar testimonios inequívocos los muchísimos proverbios de admirable doctrina que enriquecen el patrio idioma. No me parecen indignos de ser traidos á la memoria algunos de ellos en este ligerísimo y sencillo bosquejo de nuestra historia filosófica:

«Amigo de todos y de ninguno, todo es uno.

»Antes di que digan.

»Aprende por arte, irás adelante.

»Aquel es buen orador que así persuade la razon.

»Al que mal hicieres, no lo creas.

»Artero, artero, mas no buen caballero.

»Ríete de igualdades.

»Los dedos de la mano no son iguales.

»No habria grandes si no hubiese pequeños.

»Miéntras que en mi casa me estoy, rey me soy.

»Debajo de mi manto al rey mato.

»Mucho hablar y poco saber, mucho gastar y poco tener, mucho presumir y poco valer, echan presto el hombre á perder.

»Ofrecer mucho á quien poco pide, especie es de negar.

»No es villano el de la villa, sino el que hace la villanía

»No hagas trampas en que caigas.

»No hay majadero que no muera en su oficio.

»No hay precio á la libertad.

»No hay remedio contra el malo como acortarle el poder.

»No hizo Dios á quien desampare.

»Los muertos abren los ojos á los que viven.

»De ira de señor y de alboroto de pueblo te libre Dios.»

Y al hablar de los proverbios filosóficos, me veo obligado á decir algo de lo que se ha dado en llamar ciencia, y que se conoce por *economía política*, por autores que imaginan poseer la principal de todas las sabidurías, la que, segun ellos, se dirige á hacer felices por la prosperidad á los estados como estados y á los hombres como hombres; ciencia que empezó por la ordenacion de algunos pensamientos populares, al par de algunas vulgaridades, formando de las unas y de las otras un cuerpo de doctrina.

Pregúntese si conocieron á Say y á Smith nuestros abuelos de los siglos XV y XVI, cuando decian estas verdades:

«El dinero no crece en el talego.

»El dinero va al dinero y el holgar al caballero.

»A buen adquiridor buen expendedor.

»Oro es lo que oro vale.

»Allá me deje Dios morar, donde un huevo vale un real.

»Poco vale ganar sin guardar.

»Tras el trabajo viene el dinero y el descanso.»

Y no cito más proverbios de este género, para no cansar al lector con la prolijidad de su número.

Y pues casi todos los fundamentos de la economía política se pueden leer en nuestros proverbios vulgares, en nuestros proverbios vulgares se hallará la cumplida y experimental refutacion de las otras teorías vagantes que han añadido los sectarios de la ciencia nueva:

« Deudas tienes y haces más; si no mentiste, mentirás.

» Donde no valen cuñas, aprovechan uñas.

» Dos amigos y una bolsa, el uno canta y el otro llora.

» Dos aves de rapiña no mantienen compañía.

» Quien presta no cobra; si cobra, no todo; si todo, no tal; y si tal, enemigo mortal.

» El codicioso y el tramposo presto se juntan.

» Más vale guardar que prestar y no cobrar, y más vale guardar que demandar.

» Cuando pobre franco, cuando rico avaro.

» ¿Qué haces, bobo? Bobeo. Escribo lo que me deben y borro lo que debo. »

Nadie hablaba de economía política, y sin embargo, san Bernardo decia: « El precio de las cosas está en la falta de ellas. »

La ciencia, pues, se dirige á vivir del crédito. Y ¿qué es el crédito? Casi siempre contraer deudas y más deudas, y con el abuso que da la facilidad. En los estados, para vivir al cabo en constante miseria; en los particulares, ó para la estafa ó para la ruina, salvo los tiempos de efímera prosperidad, aunque lisonjera y deslumbradora.

Así anda el mundo, y no de ahora. « Cosa imposible pide el que á la codicia pide que acabe, decia el Crisóstomo; y pobre se hace el que procura hacerse muy rico »; y tambien recuerdo haber leido en San Gregorio, « que todos los males que el avariento teme, viene al fin á padecerlos todos. »

Me parece que al oir estas citas de santos padres, exclamarán algunos: ¿qué ilusion ó qué preocupaciones son éstas de traernos á la memoria, en el siglo XIX, las doctrinas de aquellos escritores, santos, sí, y merecedores de toda veneracion, pero que escribieron con las preocupaciones de su edad, y sin tener en cuenta los posteriores progresos de la inteligencia humana y las grandes verdades científicas que hoy felizmente hemos alcanzado?

En esto indudablemente hay error, y grave.

Lo mismo en el siglo de san Ambrosio, que en el de san Crisóstomo, que en el de san Bernardo, que en el nuestro, habia sectarios de la escuela positivista, sólo que la escuela no existia. La maldad y el error para buscar por cualquier medio la conveniencia propia estaba en las almas; y como á nadie se habia ocurrido el pensamiento de fundar escuelas y ciencia del positivismo, y escribir libros sobre ella, los santos padres combatian el egoismo cruel y la avaricia, como pasiones enemigas de la sociedad y de la religion; tan enemigas hoy como lo eran ayer, ántes de venir al mundo Comte, Litré y demas filósofos positivistas.

Sé que algunos dirán: « Esos santos padres, al interes, al precio del dinero, que no pasa de ser una mercancía, llaman usura. ¡Crasísimo error en daño de la riqueza! Cada cual puede y debe utilizarse de lo suyo, y el que lo necesita absolutamente, pagar por ello lo que el dueño quiera. »

Todo eso que se diga ó que se piense, y mucho más que se podrá decir y pensar, son las modernas teorías.

Un san Ambrosio, por ejemplo, exclama: «¿Qué cosa más dura que des tu dinero al que no lo tiene y le exijas el doble? Quien no tiene lo sencillo para pagar, ¿de qué modo pagará el duplo? » — La España moderna, encargada de engrandecer ó sublimar ó admitir como legítimas y dignas todas las malas pasiones, se reirá de esta verdad, proferida por aquel varon insigne.

Si yo, siguiendo mis ejemplos, dijese á estos sabios del dia: « La usura es la extirpacion de la caridad, la extincion del amor fraterno, la fuente del egoismo, la corruptela de la verdadera amistad, orígen de los engaños, hurto doméstico, piedad engañosa, homicida de los pobres, impía para con los parientes, perniciosa para con los prójimos, destruccion de la patria, cáncer inquieto, enfermedad contagiosa y perdicion de los ánimos »; y si al proferir estas razones agregase: « No son mias, sino de san Bernardo »; me responderian con desden: « ¡Buenas son esas doctrinas, doctrinas de los tiempos bárbaros de la Edad Media! »

Pero hay una cosa superior á todo, que es el grito de la conciencia. Y aunque se vea que en la sociedad hay mucho de anticristiano, no hay duda, en las más de las ocasiones la fuerza y la elocuencia de la verdad hacen hablar á los pueblos.

« Avergüenza el nombre de usura, y no avergüenza su lucro », escribia san Ambrosio.

Y avergüenza y sigue avergonzando, porque tal vez los mismos que proclaman las doctrinas de la absoluta libertad del interes del dinero, son los que con su lengua infaman al que se entrega á la usura. « Juan es un usurero, usurero infame », es la voz del pueblo, al que las preocupaciones científicas del siglo quieren que se considere como un legítimo dueño de sacar de su dinero todo el interes que pueda.

¿Y qué diré de estos escritores positivistas que se precian de hombres muy experimentados y muy doctos, y presentando como fruto de su lectura y experiencia los mayores desatinos, para que los crean los que no se imaginan sabios si no tienen á Dios en desprecio? El famoso Augusto Comte, jefe de la escuela positivista, ¿no asegura acaso, en su ódio á la religion cristiana, que el instinto moderno reprueba con la mayor fuerza una doctrina moral que *desconoce la dignidad del trabajo, hasta el punto de hacerlo derivar de una maldicion divina?*

Ese escritor tan atrevido ignoraba que el trabajo no viene de una maldicion divina. Al contrario, si hubiera leido el *Génesis*, en él hallaria que Dios puso al hombre en el Paraíso para que lo *trabajase* y fuese su guarda ó custodio. *Possuit Deus hominem in Parádiso valuptatis ut operaretur et custodiret illum.*

Scoto, san Buenaventura, Dionisio Cartujano, san Alberto Magno, Tomas de Argentina, Durando y no sé cuántos autores más, convienen que en las palabras referidas se halla el positivo precepto del trabajo, dado á Adan, cuando al hacerlo, Dios lo hizo señor del Paraíso.

El castigo que se impuso á Adan por su desobediencia luégo, fué que habia de trabajar, no sin fatiga, sino con congoja y pena.

Las opiniones del creador de la *filosofía positiva* y de la *religion de la humanidad*, ó más bien religion atea, Augusto Comte, están victoriosamente refutadas por un español del siglo XVI. El padre maestro fray Melchor Rodriguez, comendador del monasterio de Nuestra Señora de la Merced, en Búrgos, publicó en 1603 un libro con el título de *Agricultura del alma*, en el cual, tratando del precepto divino del trabajo y de aquella cláusula del *Génesis*, dice : « No hace por entero relacion de Dios, por más que algunos quieran que sí; *porque aunque poner al hombre en la posesion de la granja que para él se labró, fué obra de Dios, el trabajar y guardar el huerto, obra habia de ser de Adan.....* Aun ménos peligroso nos saliera el extremo en que Scoto, Buenaventura, Dionisio Cartujano, Alberto Magno, Guillermo (1), Tomas de Argentina, Durando y otros que un autor moderno apunta (2), queriendo todos ellos suenen aquellas palabras referidas, de *ut operaretur et custodiret illum*, á positivo precepto de trabajar. Por manera que de aquellos tres estatutos que dicen haber ordenado Dios estando el hombre en el Paraíso, éste fué el primero, y áun á buena cuenta el primero que se intimó en el mundo. Pero áun cuando esto no nos salga tan seguro como sus fautores quieren, es por lo ménos muy cierto, segun la doctrina de un gran tropel de santos, haber querido Moisés decir allí que puso Dios á Adan en el Paraíso para que, como casero de aquella heredad, la cultivase y trabajase en ella. Verdad es que el trabajar en aquel estado (como dijo san Agustin y santo Tomas refiere) no habia de ser congojado y penoso, *como el que ahora se lleva por castigo de nuestra desobediencia;* trabajo reposado y sin fatiga sería, no ocio ni pasmo. En fin, como quiera que ello haya pasado, no puede negarse sino que corren con el hombre iguales parejas el comenzar á tener sér y el empezar á trabajar.

Tales razonamientos refutan victoriosamente la afirmacion desdichada de Augusto Comte, y dan una idea de la falta de erudicion que tenía para combatir la doctrina católica el que, fundando la filosofía positiva, queria destruir la filosofía, sustituyéndola por las ciencias matemáticas, físicas y naturales, y considerando la sociedad, los afectos y los deberes, como sencillas consecuencias del organismo y resultas ineludibles de las funciones fisiológicas, sometidas á las leyes de la química, de la física, de la mecánica, y por último, de la geometría y del cálculo.

Puede tambien decirse que el religioso de la Merced que de tal manera habló del orígen del trabajo, ha precedido en esta tarea á otros moralistas ilustres extranjeros. Recuerdo muy bien á este propósito que Roberto South escribia : « Los hombres cometen la injusticia de considerar el trabajo como una parte de la maldicion divina pronunciada contra el primer hombre. »

No fueron ménos notables algunos filósofos españoles, cordobeses y sevillanos, que ilustraron su patria en el siglo XVI.

(1) De Rubio.
(2) Pineda, libro I, *Monarquía*, capítulo IX.

Gines de Sepúlveda algo he hablado al tratar de sus cuestiones con fray Bartolomé de ...s acerca de la esclavitud de los indios; y sin embargo de que sus dictámenes eran con...s á nuestros sentimientos, no puede negarse que aquel insigne cordobes fué hombre de ...n ingenio y no ménos ciencia. Sus obras contra Casas obtuvieron de las universidades de Salamanca y Alcalá reprobacion cumplida, miéntras que las doctrinas de fray Bartolomé eran acatadas y seguidas por cuantos religiosos escucharon historias de sus órdenes respectivas en el Nuevo-Mundo, y áun algunos calificándolo de *buen prelado*, *caritativo obispo de Chiapa*, *y obispo santo* (1).

Fernan Perez de Oliva, catedrático de teología en Salamanca, durante tres años dió en Paris lecciones de filosofía y literatura antigua. Murió en 1533. Escribió un *Tratado de las potencias del alma* y un *Diálogo sobre la dignidad del hombre*, siguiendo el estilo del príncipe de la elocuencia latina, si bien la obra de Fernan Perez de Oliva estaba escrita en lengua castellana y en elegante y digno estilo. Bouterweck ha consignado justísimos elogios de este filósofo español (2).

El gran Ambrosio de Morales fué sobrino de Fernan Perez de Oliva, y en el género filosófico escribió varios discursos; uno sobre lo mucho que conviene enseñar lo bueno con dulzura de bien decir; otro sobre la diferencia grande que hay entre Platon y Aristóteles en la manera de enseñar; otro sobre dos notables ejemplos, en que se ve cómo Dios algunas veces obra en sus maravillas con sólo su poder, y otras con servirse de algunos instrumentos naturales; otro acerca de cuán diferente cosa son grande ingenio y buen ingenio; otro sobre que algunos hombres valen más que sus riquezas, y que las riquezas de algunos valen más que ellos. Los demas discursos, hasta el décimoquinto, son sobre otros asuntos morales. Federico Bouterweck opina que Ambrosio de Morales rara vez penetra en el dominio de la filosofía especulativa, y que casi siempre juzga todo dentro de la filosofía práctica. Compara á Morales con el moralista aleman Cristiano Garve, profesor en Leipzig, observando que las musas de uno y otro filósofo no son profundas, sino claras y justas.

Pedro de Valles, tambien sabio cordobes, escribió sobre el temor de la muerte, y el amor y el deseo de la vida.

Aparte de estos escritores, hay otros que se dedicaron al cultivo de la filosofía por el camino que trazó Fernan Perez de Oliva. Concluyó Cervántes de Salazar el *Diálogo de la dignidad del hombre*, que dejó aquél sin terminar, porque lo impidió la muerte; tradujo en lengua castellana, con adiciones, la *Introduccion y camino para la sabiduría*, por el célebre Juan Luis Víves, y glosó el *Apólogo de la ociosidad y el trabajo*, escrito por Luis Mejía. Dedicó Francisco Cervántes de Salazar sus obras al famoso conquistador de Méjico, Hernan Cortés, varon aficionado á las ciencias y á las letras.

(1) El padre fray Agustin Calanche, *Corónica moralizada del órden de San Agustin, en el Perú, con tablas ejemplares en esta Monografía*. Barcelona, por Pedro Lacaballería, 1638:

«Sólo llantos y lástimas de los indios se oian en las plazas y en los campos. Hiciéronse tan grandes crueldades en los indios, que por no quebrantar corazones no refiero; véalas el que quisiere admirarse, si no es que no quiera afligirse, en el libro del obispo de Chiapa, fray Bartolomé de las Casas, intitulado *Destruicion de las Indias*, y la declaracion de fray Márcos de Nise, que allí refiere; libro que se imprimió con licencia del Emperador, para memorial. En él se verá cómo la codicia arrastra á la naturaleza, pues pudo más en los nuestros el interes y la riqueza, que huir de desdorar las virtudes que han usado en las otras tres partes del mundo los españoles.»

(2) Véanse las palabras tomadas de la version francesa de su obra sobre la *Historia de la poesía y de la elocuencia en las naciones modernas*:

«Le plus célèbre de ses ouvrages est son dialogue, dans la manière de Cicéron, sur la dignité de l'homme. Il n'y faut pas chercher sans doute des idées qui eussent encore dans notre siècle l'intérêt de la nouveauté; il n'y faut pas chercher non plus un modèle du style propre au dialogue; Cicéron lui-même n'en est pas un; mais on trouve au moins dans cet ouvrage de Perez d'Oliva le premier modèle que la littérature espagnole ait offert, d'une discussion nette et bien liée dans un langage correct, élégant et noble. La forme de dialogue n'est qu'une espèce de nœud assez lâche qui sert à unir les deux parties dont l'ouvrage est composé. Deux amis se rencontrent dans une promenade. La conversation tombe sur la solitude; on recherche les raisons qui peuvent la rendre chère à l'homme, et de là on passe aux motifs qu'on peut avoir d'être mécontent du monde et de la destinée humaine. L'un des deux amis refuse toute espèce de prix à l'existence de l'homme; l'autre combat cette opinion, et un troisième ami qui survient et pris pour arbitre de la dispute. Chacun des deux antagonistes expose ses raisons à ce juge dans un discours suivi, ce qui forme dans le même ouvrage un mélange de formes didactiques, dramatiques et oratoires qui ne peut être du goût de tout le monde. Il faut convenir, cependant, que le dialogue de Perez d'Oliva, partout où il ne prend pas une tournure oratoire, est naturel et agréable. Les pensées sont développées le plus souvent avec précision et clarté, et les morceaux oratoires, surtout lorsqu'ils ne son pas déplacés, ont de la force et de la chaleur.»

ien escribió varios diálogos de filosofía moral por aquellos tiempos el cronista de Cár- caballero sevillano Pedro Mejía.

ɔɪ Espinosa, riojano, secretario del Virey de Sicilia, capitan valeroso y hombre de Esta- alcanzó la estimacion de Cárlos V, de Fernando de Austria y de Felipe II, escribió el li- ulado *Gynacepanos*, ó sea *Diálogo en laude de las mujeres*, Milan, 1580, con dedicatoria á e Austria, hija del emperador Cárlos V y esposa de Maximiliano II.

uso ademas otro libro con el tituló de *Micracanthos*, obra en que Espinosa recopiló los y las sentencias más notables de los varones eminentes. Nicolas Antonio dice que no ha- este libro. Por lo que se comprende, el propósito del autor fué demostrar á sus lectores io de la gloria, que debe seguirse, y el de la infamia, que debe evitarse.

(1) dice que Espinosa, al hablar de este libro, *Diálogo en laude de las mujeres*, se ex- n palabras llenas de buen sentido y que enseñan la diferencia que media entre las cen- las lisonjas, y la utilidad que puede sacarse de aquéllas. Véanse: «Pero contra aquellos sieren por ventura en otras cosas tacharme, dejaré por agora de hacer excusaciones ó res- lefensiva, refiriéndome á la apología que en el *Micracanthos* tengo escrita, donde sufi- ente se trata de las especies de maldicientes y detractores, y de la reprension que debe s todas las demas) aceptarse, y como obra saludable y virtuosa agradecerse. A lo cual re- ome, sólo diré agora que, sin desear contra los maldicientes y arrogantes burladores más a de aquella con que la Escritura los amenace diciendo: *Parata sunt derisoribus judicia*, y itir, por otra parte, las alabanzas engañosas de los aduladores, esperaré gratamente con humildad la correccion de los buenos y sabios varones, teniendo para ello siempre en la a aquellas divinas palabras del *Ecclesiaste*, que dicen: *Melius est à sapiente corripi, quam n adulatione decipi.*

ien Juan de Espinosa recogió seis mil proverbios vulgares, compuso alguna obra, segun o califica, no de poca importancia, de maravillosa doctrina y provecho, y muy agrada- la copiosa diversidad de las materias, *todas ellas puramente aplicadas á la virtud.*

:, que en tan grande aprecio tenía el mérito de Juan de Espinosa, no advirtió que en el *en laude de las mujeres* defiende el regicidio, ó mejor dicho, la muerte violenta del tira- astigo de sus maldades, precediendo en esto al padre Mariana en su tratado *De Rege et stitutione*. Parece como que Espinosa, al hablar de la muerte dada á un tirano por una he- e la antigüedad, no considera lícito que los súbditos maten á sus príncipes; pero al cabo e si son tales como aquel de que ha tratado, no sólo es conveniente, sino digno arreba- vida, por lo que Ciceron decia: *Nulla nobis cum tirannis societas est.* (L. iii, *offic.*)

stian Fox Morcillo, natural de Sevilla, floreció en la primera mitad del siglo xvi. Fué ofo de gran erudicion y criterio, no ménos apasionado de Platon que de Aristóteles, é ente deseoso de concordar las opiniones de ambos. A esto se dirige especialmente el libro : Morcillo escribió con este título: *De natura philosophiæ, seu de Platonis et Aristotelis con- e*, obra compuesta en un tiempo en que los platónicos y aristotélicos contendian cada cual asa de un sistema.

bió ademas un comentario á los libros *De República*, de Platon; otro al *Tinneo*, del mismo, l diálogo *Fedor*, que trata de la inmortalidad del alma; obras todas estas que vieron la luz en Basilea, el año de 1556 (2).

mente escribió un tratadito con el título *De regni regisque institutione* (3), asunto que mu- ios despues sirvió al padre Juan de Mariana para su famoso libro. Fox Morcillo se pre- esta obra examinar la conveniencia de las diferentes formas de gobierno, para dar la pri- á la monárquica bajo el poder de un soberano excelente, no como lo pintaban ó descri- antiguos filósofos en las escuelas, sino como lo desean nuestros tiempos (*sed quem nostra nt tempora*). Felipe II, que acababa de ocupar el trono de Inglaterra por su casamien-

tionnaire historique et critique.

bastiani Foxii Morzilli, hispalensis. Commenta- em Platonis libros de Republica.—Basileæ, ex of- mais Oporini, 1556.

tonis Timæum comentarii. El mismo lugar y año sion.

tonis Dialogum qui Phædo seu de animorum im- mortalitate inscribitur Commentarii. Tambien en Basilea, el año de 1556. Todas estas tres obras corren juntas en un tomo en fólio.

(3) *Sebast. Foxii Morzilli, hispalensis. De Regni Re- gisque institutione, libri* iii. *Antuerpiæ, apud Gerardum Spelmannum*, 1556.

to con la reina María, fué el objeto principal de su escrito, es decir, enseñarle el cami un gran rey, modelo de virtud é integridad, y que así pudiese educar á sus sucesores.

La prudencia, la justicia, la moderacion, la clemencia, la fortaleza del alma, la hun las demas virtudes propias de un varon excelente, ésas son, segun Fox Morcillo, absol necesarias en un rey.

Y cosa bien extraña por cierto. En ese tratado la primera cualidad que exige para un el filósofo español, es la prudencia. Así como la piedad se considera como la principa las virtudes, la prudencia mayormente es la que corresponde al Príncipe. El dictado historia á Felipe II por el juicio de sus contemporáneos, fué el de *Prudente*.

Distínguense las obras de Fox Morcillo por la elegancia de su decir y por cierta agrad reza con que están escritas. En la *De regni et regis institutione* hay notabilísimos pens que demuestran la originalidad del talento de este filósofo. Otro tanto puede decirse de escritos (1).

Melchor Cano, religioso dominico, gran teólogo, uno de los que asistieron al C Trento, obispo de Canarias, fué un varon de talento eminentísimo. Se ha juzgado con en antiguos y presentes tiempos. Alcanzó fama de alto criterio. Escribió un libro *De lo gicis* (2), que se publicó despues de su muerte por solicitud de la órden dominicana, po *útil y provechoso y de buen ejemplo y doctrina.*

El propósito de Cano se dirigió á conciliar la teología con la filosofía. Puédense tener algunas de sus razones para formar juicio verdadero del intento de su libro. Para Can logía lo primero es la autoridad, lo segundo la razon; la verdadera filosofía es la cien cosas humanas, divinas, terrestres y celestiales. No nacieron del estudio de la filosofía sino del error y de la ignorancia. No es la filosofía aquella ramera vaga y habladora, in procaz, blanda y aduladora, dispuesta á dañar las almas, sino aquella Thamar que cor casa pública para asegurar la sucesion que anhela, á fin de que el estudioso y fiel Júd dre á Fares y Zaram. No son las musas sirenas como las de Pitágoras: castas son, no n verdaderas, y no engañadoras. Los que aman las sirenas incurren en vicios. Los que ama sas no son viciosos. La historia, no sólo eclesiástica, sino pagana, es utilísima al teó tra los adversarios de la verdad. Las razones naturales y humanas, no sólo son conve teólogo, sino necesarias, y tambien hacer ostencion de ellas; la teología puede ser cl dente.

Cano acepta el principio de Ciceron: el arte es guía más cierta que la naturaleza.

Fichte ha explanado este pensamiento, diciendo que el sabio que quiere conmover con una idea y darle una forma nueva es un artista. El arte para él, en este sentido, es del sabio.

Cano considera á la filosofía como la ciencia general; Reciberti dice que no es cienc mente hablando, sino simplemente la amiga de todas las ciencias.

Compuso Melchor Cano un *Tratado de la victoria de sí mismo*, que llamó traduccio cano (3). El doctor Salas, en la dedicatoria á don Juan de Salvatierra, dice: «Desto pa confirmacion nos ha dado ejemplo el muy reverendo padre el maestro fray Melchor *sacando de la caudalosa fuente de su doctrina y elocuencia la traduccion de este tratado,* en árbol do no cayese.»

(1) Véanse algunos pensamientos tomados del libro *De Regni.*

«Respublica, ut recte Aristoteles ait, *ordo est eorum qui urbem aliquam incolunt*..... Ita fit ut quod Societatis regendæ formæ sint totidem etiam sint rerum publicarum.

»Puerilis ætas levis est, hilaris, inquieta, indomita, petulans, acris, atque prudentiæ expers: igitur puer statim magistris datus iis artibus instituatur quæ ætatem illam maxime deceant pariterque removeatur à servilorum, clientum, leviumque mulierum consortio, colloquiis pravis et turpibus spectaculis aut inhonestis picturis, à mendacio, et simulatione, à petulancia demum: propterea quod his de causis vitiorum semina, quædam eorum animis inseruntur quæ adulta postea in gravissima scelera et insanabiles animi morbos abeunt.

»Ei pietas curæ in primis sit. Quoniam en num mentibus insitæ à natura notiones quæ sunt omnesque quantumvis barbari numen lunt: necessè profecto est in rep. id primum est maxime præstans naturæque congruentis

»Legem esse aliquam summam atque divin qua ad illum ipsum finem homines instituatu id assequi nequeant.

»In principe qui universæ reip. curam hab intolerabilior imprudentia quanto ea plures Prudentia virtus animi sit rerum agendaru rationis rectæ judicio congruentem pariens.»

(2) Salamanca, 1563.

(3) Valladolid, 1550.

El mismo CANO escribe: «Me moví á tomar la fatiga de dias en escrebir este tratado, *sacando lo mejor de él de la lengua italiana*, en la cual le hallé escripto por un varon de grande espíritu y experiencia en las batallas espirituales.»

Desconócese el libro que sirvió de base ó modelo á CANO para el *Tratado de la victoria de sí mismo*, pues si bien fray Juan Bautista Cremoneme compuso uno con título semejante en 1530, y otro con el de *Victoria y conocimiento de sí mismo* Serafin de Vermo, ni el uno ni el otro se asemejan á la obrita del gran teólogo español.

Tal vez el tratado que tuvo presente CANO se publicase en Italia con título distinto, y así no haya sido fácil dar con él por los que se han dedicado á tratar de las obras de este sabio.

La general creencia es que lo más del librito pertenece al talento de MELCHOR CANO; más claro, que no es una version fiel de un libro toscano, sino una imitacion, con muchos pensamientos propios.

Otro filósofo famosísimo en el siglo XVI honró á España; hablo de ANTONIO GOMEZ PEREIRA, médico, natural, segun se presume, de Medina del Campo, hijo de Antonio Gomez y Margarita Pereira.

Su celebridad, á pesar de lo muy raras que son sus obras, y ésas escritas en lengua latina, se debe á haber tratado la cuestion de si los brutos tienen ó no alma ó inteligencia. En sentido afirmativo opinó en la antigüedad Aristóteles; Leibnitz, Reamur, Bonnetz, Pedro y Francisco Huber y Rendu han defendido esta tésis contra GOMEZ PEREIRA, contra Descártes, contra Buffon y contra Condillac.

Montaigne dejó escrito que las arañas tienen reflexion, pensamiento y conclusion. La Fontaine, en sus versos, combate las hipótesis de los filósofos, presentando los hechos que demuestran el instinto y la inteligencia de los animales.

Publicó GOMEZ PEREIRA un libro en Medina del Campo, el año de 1554, con el título de *Antoniana Margarita*, obra escrita en lengua latina, considerada por su autor como no ménos útil que necesaria á físicos, médicos y teólogos. El título de la obra se compone de los nombres de los padres de GOMEZ PEREIRA, al fin de honrarlos con la fama que sin duda esperaba alcanzar por ella.

En la *Antoniana Margarita* se combate á Aristóteles, señalando nuevos principios, opuestos *á la materia y formas sustanciales* que predominaban en las escuelas.

Entre los que han escrito acerca de esta peregrina obra, merece preferente lugar don Anastasio Chinchilla, autor de los *Anales históricos de la Medicina en general, y biográfico-bibliográficos de la española en particular* (Valencia, 1841). Lo raro de la *Antoniana Margarita* me obliga á reproducir aquí el extracto que de ella hizo aquel célebre y erudito médico:

«Al empezar la explanacion de su sistema, confiesa lo expuesto, lo difícil y áun lo imposible que era desterrar añejas preocupaciones. Tal consideraba la siguiente, que es la que se propone combatir en su obra; con este motivo dice «que corria en aquel tiempo tan válida y cierta la opi»nion de que los brutos tenian un alma racional, aunque mortal y de un órden inferior á la nuestra, »como cierto era el axioma *el todo es mayor que su parte*.» A esto añade lo siguiente: «Es tal el de»lirio y tal la obcecacion de estos sistemáticos, que están creidos firmísimamente que los brutos sien»ten y entienden de la misma manera que nosotros; y que si les fuera dado hablar, llamarian al »color blanco que ven, *album* si habláran en latin, y *blanco* si en castellano; y si tocáran, como »nosotros, llamarian *figuram quadratam* y *figura cuadrada*, segun fuese en latin ó castellano; lo »mismo de todos los sentidos» (columna 3.ª). Con este motivo ridiculiza el servilismo de aquellos escritores que, en vista de dos proposiciones, sólo adherian y defendian aquélla, áun cuando no la hubieran visto, con tal que estuviera apoyada en alguna autoridad de Aristóteles ó de Galeno, y por solo el *Magister dixit*. Prueba contra ellos que este servilismo y fatal creencia fueron siempre la causa de los pocos adelantos de la ciencia, al paso que el pensar y hablar con libertad lo habian sido de sus progresos. «¿No es un loco, añade, el que crea que el todo es mayor que su parte, sólo porque lo dijo Aristóteles?» (columnas 3.ª, 4.ª y 5.ª).

»Más adelante sienta estas proposiciones, que son los fundamentos de toda su obra, á saber:

»1.ª ¿Cuál es la diferencia ó el principio inherente y exclusivo al hombre, que lo distingue esencialmente de los brutos?

»2.ª Si los brutos sienten del mismo modo que nosotros, debe inferirse que no hay nada propio en el hombre, que no sea comun á los brutos.

»3.ª ¿Cuál es la causa de los movimientos ó acciones de los brutos, y el cómo se mueven ó ejecutan aquéllas?

»El principal argumento que nuestro médico oponia á sus contrarios, puede reducirse al siguiente silogismo: «Vosotros, dice, quereis probar que los brutos raciocinan como nosotros, por »las obras tan admirables y estupendas que en ellos observamos; es así que estas obras, léjos de »probar una inferioridad de alma, la suponen más superior, porque los hombres no son capaces »de hacerlas, luégo ó tienen un alma superior á la nuestra, lo cual no admitis, ó las obras que »éstos ejecutan, es por otra cosa diferente del alma y del discurso.»

»Define el hombre *genéricamente* un animal, y específicamente *racional;* dice que por sola esta circunstancia, esto es, por la racionalidad, se distingue de todos los demas, y la define una fuerza poderosa y propia del alma para distinguir, comparar y perfeccionar.

»PEREIRA se hace cargo de la opinion de algunos que decian que los brutos tenian un alma racional, con la que discurrian y formaban sus juicios, pero que conocian solamente las proposiciones universales, cuya facultad no era propia y exclusiva del alma racional. Contra éstos prueba que si los brutos tenian un alma y una razon, con la cual formaban sus discursos, y en su consecuencia se determinaban á la afirmativa ó negativa, debian conocer las particulares del mismo modo que el hombre las conocia. En su confirmacion, dice: «Si los brutos ejercen todos »los actos de los sentidos exteriores como el hombre, el perro y el caballo, por ejemplo, conce»birian mentalmente al ver sus dueños, lo mismo que un criado al ver el suyo; y así como éste »á la vista de su amo afirma en su entendimiento que aquél es su amo, así el perro y el caballo »deben afirmar en su mente que aquél, y no otro sujeto, es el dueño. Lo mismo debe suceder »con la negativa, porque los brutos, á vista de sus amigos ó enemigos, deben formarse mental»mente proposiciones que convenzan á su alma de ser amigos ó enemigos, para seguirlos ó huir »de ellos. Si á consecuencia de la conclusion que forman, hacen lo que su razon les dicta, es »preciso que desciendan de las universales á las particulares.» PEREIRA se vale de otro ejemplo: De ningun modo puede decirse que un cordero conoce á su madre, si no la puede distinguir y diferenciar de las demas ovejas parecidas y semejantes á ella; porque en este caso, él iria á buscar las tetas de otra para mamar su leche. Si esta determinacion y eleccion de madre es efecto del discurso mental que formó, es indispensable confesar que este cordero formó muchos juicios ó proposiciones particulares, para llegar hasta la particular afirmativa ó negativa. Si así es, este cordero recien nacido, ó tiene más razon que un niño, ó su alma es de un órden más superior que la de él.

»Los discípulos y partidarios de Aristóteles contestaron, apoyados en el *dixit* de su maestro, diciendo que no todos los que conocen y distinguen, *afirman* ó *niegan* que una cosa es ó *deja de ser;* y por consiguiente, que los brutos podian, por una *simple* aprension, conocer las cosas sensibles, sin razon afirmativa ó negativa de si ellas son ó no, cuáles son.

»PEREIRA contesta que la autoridad de Aristóteles, en que fundaban su opinion, habia sido la causa de tantos errores como habian cometido sus partidarios. En seguida responde á su argumento, y dice: «Si los brutos sienten y obran como nosotros, ¿por qué se ha de decir que nos»otros nos hemos de determinar por un juicio práctico antecedente, y ellos por una aprension »puramente sensitiva? Si el conocimiento ó apetito de una cosa que se ama y se desea conseguir, »precede al movimiento ó determinacion, es necesario que anteceda, no una simple aprension, »sino un conocimiento bien distinto de la cosa amada, con conviccion de ser ella, y del sitio en »donde está, porque de lo contrario, no sabria si efectivamente lo era ó dejaba de estar, y por »consecuencia, si debia ir ó no á ella.» Que quiere decir: *el cordero conoce al lobo presente*, sino que el cordero se forma en su mente esta proposicion: *éste que está presente es el lobo.* Así en efecto debe suceder, porque el participio de presente no se resuelve sino en el relativo *que* y en el presente indicativo del verbo *ser;* verbi gracia, esta proposicion: *el hombre conoce el enemigo presente*, se resuelve en esta otra equivalente: *el hombre conoce al enemigo que está presente.*

»Se objeta en seguida PEREIRA los principales argumentos de sus contrarios, tomados de las obras más admirables que se notan en los animales, y que al parecer prueban que obran con discurso. Entre todos los hechos alegados por los contrarios, elige como los más comprobantes los siguientes, que no dejan de ser en extremo curiosos:

»1.° Plinio, al hablar de la mutua y cruel guerra que se hacen los moluscos y crustáceos, dice: Los caracoles de mar, avaros de la carne de los pulpos, abren sus válvulas y las dejan abiertas, quedándose como adormecidos; el pulpo, tan luégo como lo nota, mete sus brazos, con el objeto de sacar alguna porcion de carne del caracol; pero éste, al momento que siente la uña del

pulpo, cierra repentinamente su concha, y no deja escapar la presa hasta que ha devorado la parte que agarró. El pulpo, para evitar esta sorpresa, interpone una piedra en las válvulas del caracol, y consigue el que no pueda cerrarlas y sacar su parte pulposa.

»2.°, tomado del mismo Plinio. El molusco, que habita las conchas llamadas pinas, va siempre acompañado de un pececillo, por cuya razon se le denomina *squilla* ó peniptero. Estos dos, puestos de concierto y en armonía, cazan del modo siguiente: el caracol separa y deja abiertas sus válvulas, los pececillos y los pulpos acuden á su carne, la squilla ó el satélite acecha cuando la cavidad de las válvulas está llena de pececillos, y entónces avisa al molusco; éste se cierra, deja prisioneros á cuantos habia, y despues se parten la caza entre el caracol y el espía.

»3.° Conociendo las serpientes que por su posicion no pueden apoderarse de los elefantes y otros cuadrúpedos muy grandes, tienen el cuidado de observar los caminos que llevan aquéllos cuando van á pacer ó á beber; sabidos, eligen un grande árbol, á cuyo tronco se cuelgan: dispuestas así, se dejan caer repentinamente al pasar los cuadrúpedos, y consiguen amarrarlos. Pero los cuadrúpedos conocen muy bien á sus enemigas y las astucias de que se valen, y procuran irse á los peñascos ó echarse al agua, con cuyos medios, ó consiguen reventar á sus enemigas ó ahogarlas.

»Pereira refiere otros muchísimos ejemplos, que por la brevedad omito, y responde á ellos: 1.° Extrañándose, y áun teniendo por ridículo, que unos naturalistas como Aristóteles y Plinio hubieran podido obcecarse con una opinion tan absurda y risible como era la que pretendian sostener en fuerza de sus ejemplos. ¿Cómo es posible que un caracol, privado de la mayor parte de los sentidos, pueda hacer un convenio y un pacto social con un pez, para en vista del cual, uno y otro poder ponerse de acuerdo para cazar juntos y repartirse la caza? ¿No es necesario para esto formalizar un juicio, deducir y examinar un gran número de proposiciones mentales sobre utilidades, sobre condiciones y sobre otras muchas cosas? Si tienen bastante juicio y razon para verificar unas acciones tan sublimes, ¿por qué no aprenden á comunicarse con los hombres, si ya no por medio de la palabra, al ménos por acciones y movimientos, como los sordo-mudos?

»Ademas, si sienten y juzgan del mismo modo que los hombres, preciso es que teman los castigos de la otra vida; porque ellos sienten el último trance de la muerte, y hacen lo mismo que el hombre para conservarla; unos pasan los mares y los desiertos, otros se sangran cuando se sienten malos, algunos se administran otros remedios, y muchos, en fin, se labran habitaciones para no sucumbir á los rigores de la estacion. Si el discurso y la razon predicen en aquellas acciones, que tan sorprendentes y bien meditadas parecen, es necesario que en otros presida la profecía, el pronóstico ó el cálculo más bien meditado, puesto que ellos pronostican con más seguridad que los astrónomos, y preven con mucha anticipacion la crudeza de un invierno, y en su consecuencia, hacen sus trasmigraciones de Norte á Mediodía. De aquí deduce que estas acciones exigen un gran discurso, y que no alcanzándole los hombres, éstos debian tener ménos discurso que dichos animales.

»Habria de ser sumamente difuso si hubiera de expresar los innumerables argumentos que Pereira propone contra la racionalidad de los brutos, y las infinitas dudas que resuelve en favor de su sistema. Despues de rebatir á sus contrarios, pasa á exponer sus ideas acerca de la causa que determina las acciones de los brutos. Dice que éstos se determinan en virtud de unos fantasmas ó cuerpecillos que emanan de todos los cuerpos orgánicos é inorgánicos, los cuales obran sobre su sensorio ó cerebro. Éstos, dice, tienen en la parte posterior de la cabeza una celdilla, *triclinium*, en la cual se depositan las imágenes de los objetos que entraron por los sentidos, y se conservan como desecados durante la ausencia de los objetos. Tambien tienen otra celdilla en la parte anterior del cerebro, *scrinium*, á la cual vienen á residir los fantasmas ó cuerpecillos que estaban conservados en el *triclinium*, cuando los objetos se presentan. Una vez depositados y conservados los fantasmas en la celdilla occipital, si el objeto que los produjo primitivamente se ofrece ante el bruto, entónces salen de la celdilla posterior los fantasmas, y depositándose en el *scrinium*, se representa la imágen del objeto ausente, y los miembros del bruto se ven obligados á moverse del mismo modo que como se produjeron por primera vez los fantasmas á la presencia del objeto.

»Ésta es la clave y fundamento del sistema de Pereira; por él explica todos los movimientos, todas las acciones, verbi-gracia, los ladridos de los perros cuando sueñan que van cazando, el huir cuando alguno les amenaza, etc.

»Tambien explica el habla de los papagayos y de otras aves, diciendo: «Que siendo el sonido »una modificacion más ó ménos fuerte del aire, que se comunica á los oidos, y no á otro sentido, »dichos órganos tienen una relacion simpática y muy íntima con las de la locucion, y las aves, á »fuerza de tiempo, llegan á hablar.»

»PEREIRA pasa en seguida á discutir la naturaleza de los fantasmas, si son sustancias corpóreas ó sólo accidentes de la materia. Defiende y prueba el que son verdaderas emanaciones de los cuerpos orgánicos ó inorgánicos, pero tan sutiles y espirituales, que podian llegar hasta las celdillas anterior y posterior del cerebro.

»Rebate y prueba con numerosos ejemplos que Gregorio Arimense se engañó cuando dijo que las imágenes se estampaban en el cerebro como en un espejo.»

Tal es el extracto clarísimo de la obra de GOMEZ PEREIRA.

Renato Descártes fué acusado por sus contemporáneos de haber dicho que las bestias no son otra cosa que máquinas, tomando del autor español el pensamiento y dándolo como propio. Los admiradores franceses de Descártes, en el siglo XVII, trataron de defenderlo. Así, pues, el autor de las *Nouvelles de la Republique des lettres* decia, en Marzo de 1648, que se habia encontrado en el siglo anterior quien osase defender aquella paradoja, en el país del mundo en donde ménos se hubiera creido que una doctrina tan nueva tuviese su nacimiento. «¿Quién hubiera jamas imaginado, decia, que en España, donde la libertad de las opiniones es ménos permitida que la del cuerpo en el imperio turco, produciria un filósofo bastante temerario para sostener que los animales no sienten?»

Expresa su parecer de que GOMEZ PEREIRA no fundó escuela, y que probablemente Descártes, que leia poco, no habia oido jamas hablar de él ni de su libro.

Esa opinion es la misma que la de Bailler, historiador de la *Vida de Descártes*. «Muchos han creido, dice, que Descártes habia tomado del libro de GOMEZ PEREIRA la famosa opinion del alma de las bestias. Mas hay una gran razon para dudar que Descártes haya jamas oido hablar de este PEREIRA; que su obra (en el dia de hoy muy rara) haya ido á parar á manos de un hombre tan poco curioso de libros y de leer como nuestro filósofo. Esto quita toda duda en el asunto, pues Descártes no vió el libro de PEREIRA hasta un año despues de la publicacion de sus *Meditaciones metafísicas*, en que habia dado á conocer su opinion acerca del alma de los brutos, opinion de más de quince ó veinte años ántes. Ademas, como ha podido notar muy bien monsieur Bayle (*Nouvelles de la Republique des lettres*), PEREIRA no habia sacado su paradoja de los verdaderos principios, y no habia podido penetrar sus consecuencias, y no habia podido impedir que Descártes no lo haya encontrado el primero. Esta doctrina no nació en PEREIRA; desde el tiempo de san Agustin era agitada por los más sabios, como una cosa que no se dejaba de sostener, á pesar de la apariencia de absurdidad que en ella el vulgo encontraba. Esta opinion era más antigua que san Agustin, que Séneca mismo, y que los Césares primeros, segun la observacion de monsieur de Rouder, que la hace subir hasta los estoicos y á los cínicos.»

Sin embargo, Bayle, en su *Diccionario histórico y crítico*, prueba extensísimamente que no hubo tal idea de ser los animales unos autómatas, entre los sabios de la antigüedad griega y latina, ni entre los Santos Padres. El sistema de GOMEZ PEREIRA fué original suyo, y ciertamente Descártes se aprovechó de él.

Tal es la opinion de muchos sabios, que en ello concuerdan con los más de los contemporáneos de Descártes. No me fundaré en la del abate Lampillas, porque no se le tache de parcial de la ilustracion de los antiguos españoles. Bordeu (1), hablando de que los críticos acusaron de haber copiado las ideas de GOMEZ PEREIRA á Descártes, dice que la imputacion era fundada, si bien Descártes tiene tanta reputacion y gloria tanta, que seguramente no hay temor de que se aminore volviendo á otro lo suyo; que es muy honroso para las ciencias médicas haber facilitado á Descártes modelos, así como caminos para sus descubrimientos; que si GOMEZ PEREIRA hubiese podido saber que un hombre como Descártes iba á adoptar su sistema, en vez de verlo con envidia ó dolor, se hubiera considerado en la cumbre de la gloria; y por último, que la doctrina de PEREIRA, autorizada por la aprobacion de Descártes, ha sido una de las causas de la revolucion que este filósofo ha hecho, así en la medicina, como en la física.

Ahora bien, ¿cuál es la causa de la excesiva rareza de la *Antoniana Margarita*? De Bure, en

(1) En las investigaciones sobre la *Historia de la Medicina*.

el último siglo, escribia (1) que la mayor parte de las causas á que se atribuia, las considera fabulosas; una de ellas, la de haber amigos y discípulos de Descártes, ante la acusacion del plagio, venido á España á adquirir ejemplares del libro y destruirlos, porque no hubiese estos testigos acusadores contra la gloria de su amo y maestro. Pero el autor frances que esto decia, no daba gran crédito á la noticia, ántes bien veia en ella toda la apariencia de una fábula. En su opinion, la obra de Gomez Pereira, ántes del siglo de Descártes, habia llamado la atencion extraordinariamente; sus ejemplares eran tambien raros.

Pero ¿de dónde ha venido tal escasez? El libro en España no fué prohibido por la Inquisicion, sus ejemplares no se recogieron por órden del Tribunal, ni ménos de la del Rey. Y sin embargo, no es creible que Gomez Pereira hiciese una edicion de poquísimos ejemplares, tratándose de un libro en que su autor cifraba grandes esperanzas para el adelantamiento de los estudios y de las ciencias.

El doctor don Antonio Hernandez de Morejon (2) y el citado don Anastasio Chinchilla, que son los españoles que más han hablado de Gomez Pereira en nuestro siglo, no hablan de las graves cuestiones que promovió la *Antoniana Margarita* en la misma España.

Miguel de Palacios, al año siguiente (es decir, en 1555), publicó en Medina del Campo un librito con el título de *Objectiones adversus nonnulla ex paradoxis Antonianæ Margaritæ nec non apologiæ ejusdem Pereyræ* (fólio).

Un año despues (1556), tambien en Medina del Campo, se publicó el *Endecálogo contra Antoniana Margarita* (8.°), librito de gran rareza, cuyo autor es desconocido.

En la misma *Antoniana Margarita* hállanse dos tratados, uno sobre las contradicciones y errores de los secuaces de Aristóteles, y otro sobre la inmortalidad del alma.

Celébrase mucho por los médicos el libro de Gomez Pereira, que imprimió en Medina del Campo, el año de 1558, contra los errores de Galeno.

Pero tiempo es de examinar la opinion que atribuye á Descártes haber tomado de la obra de Gomez Pereira el sistema de que los brutos son meras máquinas; sistema que algunos sabios, censurando á aquél, juzgan más un ingenioso pasatiempo filosófico, que la resulta de razones á propósito para convencer á un talento estudioso y pensador, en tanto que otros, llevando hasta el extremo su entusiasmo, han dicho que como ningun sér puede sufrir á ménos de no haber pecado, las bestias carecen de sentimiento, y esto han dicho tergiversando un pasaje de san Agustin.

Descártes era modesto; y á pesar de haber el primero, no sólo aplicado la álgebra á la geometría, que algunos creen de más genio que la invencion del cálculo diferencial, que constituye la gloria mayor de Leibnitz y de Newton, sino de haber hecho sublimes descubrimientos en la física, consignó aquella frase arrogante: «Nuestros nietos jamas encontrarán cosa alguna que yo no hubiera hallado tambien á haberme tomado el trabajo de buscarla.»

Esto era expresar sinceramente la confianza que tenía en la fuerza de su talento.

Y sin embargo, el libro de Gomez Pereira se conocia en Europa como las obras de los filósofos españoles; libro de novedad, tan propio para llamar la atencion de Descártes.

No creo que éste jamas hubiese tenido la franqueza de Séneca para escribir estas frases: «Cuanto hay bien dicho por otro, sea cuyo fuese, mio es: *Quidquid ab aliis bene dictum est, meum est.*»

Saisset (3), que en nuestros dias ha escrito docta y elegantemente sobre Descártes y sus precursores y discípulos, no cuenta entre los primeros sino á Bacon y á Ramos. El nombre de Gomez Pereira no aparece en su libro. Más aún, ni siquiera analiza el sistema de Descártes sobre los animales.

Pero háyase ó no Descártes apropiado el del médico español, indudablemente la gloria de éste es mucha, bien haya coincidido con sus doctrinas aquel grande hombre, bien se las haya apropiado.

Y al llegar á este punto no puedo ménos de llamar la atencion sobre otro hecho notabilísimo y no ménos honroso para el talento de los filósofos españoles del siglo XVI.

(1) *Bibliographie Instructive*, 1764.
(2) *Historia bibliográfica de la Medicina española.*
(3) *Descartes, ses précurseurs et ses disciples*, par Emile Saisset; Paris, 1862.

Se cuenta entre los títulos de gloria de Descártes haber introducido en la metafísica el método de los geómetras. El abate Delalle (1), siguiendo la opinion de Genonde (2), considera que la aplicacion del método geométrico á la metafísica no es ménos digno de admiracion y no ha de ser ménos útil al género humano que la aplicacion del álgebra á la geometría, porque por ella se prueba sólidamente la existencia de Dios, la distincion del alma y el cuerpo y la inmaterialidad del espíritu, facilitándose por este medio la concordia de la razon y de la fe.

Pues bien; FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA, monje de San Jerónimo, célebre por la historia de su órden y por la descripcion que del Escorial nos dejó en aquélla, varon doctísimo en las lenguas sábias, dejó escritas, entre várias obras que se conservan en la librería del monasterio, panteon de nuestros reyes, una intitulada *Historia del Rey de reyes y Señor de los señores; Jesus-Christus heri et hodie ipse et in sæcula.*

El primer libro es una magnífica teodicea; el segundo una sublime y filosófica pintura de la creacion del universo. Los demas libros tratan de la vida de Jesucristo.

En el primero de todos precede á Descártes en esclarecer la metafísica por medio de la geometría. No son ilusiones del amor á las glorias de mi patria, no: una parte del texto en que se halla el sistema que Descártes siguió para la metafísica, que es explicar unas ciencias por otras, la física por la geometría, la geometría por el álgebra, el álgebra por la lógica, la medicina por la anatomía, y la anatomía por la mecánica; motivos de grandes elogios para los admiradores de Descártes, entre ellos Thomas.

Cuando SIGÜENZA habla de las virtudes y poder de Dios, y de sus relaciones para con los hombres y lo demas creado, tiene que llevar por guía al raciocinio y confirmar los testimonios de la autoridad con la razon, á que apela la geometría, para salir vencedor de lo que aparecia á sus ojos imposible de aclarar. Véanse las palabras, que parecen escritas por un Descártes, un Pascal, un Mallebranche ó un Arnault, en busca de la verdad:

«Pues levantemos los ojos ahora á un espíritu que diste un intervalo infinito destos angélicos espíritus, y verémos alguna vislumbre. ¿Qué tal será su sutileza, su virtud, penetracion y poder? ¡Qué inferior se queda todo y qué comprendido lo criado de él! ¡Qué ajeno de ser asido, alcanzado ó detenido de cosa inferior! ¡Qué sin corrupcion ó desatamiento su mortalidad! Antes será la misma vida, sin tiempo ni medida y así eterna, inmortal, y con su virtud infinita y eficacidad sustentará todo lo finito, y lo penetrará no siendo penetrado ni sustentado de alguno, y ninguna cosa podrá escondérsele.

»Supongamos, para mayor claridad, lo que es en las matemáticas tan sabido, que el punto no tiene en sí partes algunas ni se puede medir con otra cosa, y que puede ser principio de infinitas medidas y salir de él infinitas líneas, y que el centro de cualquiera cosa es lo mismo que este punto... El centro ha de ser aquel punto indivisible que está en medio del círculo ó de una esfera, y lo que en cualquiera cosa criada imaginamos... siempre decimos *está en su centro* ó *fuera de su centro*. Y así consiste en un punto indivisible, sea en figuras, sea en cuerpos, sea en sustancias ú otras facultades y virtudes; todo tiene un hondo (3), un medio, un punto indivisible, y así contiene en sí, como en virtud, raíz ó potencia, todo lo que se halla en cualquiera cosa que tiene centro, y de allí sale la virtud y fuerza á todas partes, y todas ellas concurren y se afirman en el mismo centro, y allí se abrazan y adunan, y aunque entre sí estén distantes y apartadas, como se ve en las infinitas líneas que salen del centro á la circunferencia del círculo, y será forzoso que cualquiera cosa que en esta línea se haga ó se toque ó se padezca, que la sienta el centro como principio y fin de cada una.

»Tambien se ha de entender otra cosa que en sí es harto clara, que lo que divide ha de ser en respecto de lo que es dividido, indivisible. La línea se divide por puntos, y por el mismo caso el punto ha de ser indivisible. Lo mismo es en la línea, ha de ser indivisible respecto de la superficie á quien divide, y la superficie respecto del cuerpo; y por esto ni el punto se puede dividir en puntos, ni la línea en líneas, ni la superficie en superficies. Y desto tambien se infiere que lo que divide á otro penetra por todo él y no es penetrado ni puede; y por consiguiente el punto penetra por cualquiera parte de la línea, que es la menor cuantidad de todas; y éstas, unas

(1) *Cours de Philosophie chrétienne*, 1848.—Tomo I.
(2) *Raison du Christianisme.*
(3) Fondo.

son derechas y otras torcidas. Las derechas no tienen más unas que otras; lo que camina y se comunica por ellas va por el más breve camino y lo más presto que puede ser; las torcidas son de infinitas maneras, unas más que otras, sin fin en diferenciarse y apartarse más léjos ó más cerca; y *todo esto que hemos dicho en las cuantidades y en las matemáticas, hemos de poner en todas las cosas que vemos, y decir que todas tienen su centro, donde se recoge y donde nace su virtud*..... Y así podemos filosofar en cuanto hay debajo del cielo y hallar el centro de todas las cosas.

»Pues si diésemos á este centro que tuviese espíritu y ánima, sería necesario conceder que todo cuanto aconteciese á las infinitas líneas que dél salen por todo el cuerpo y circunferencia de estos centros, ó sienta ó padezca, ó nazca deste centro y en aquella virtud en que comienzan y se juntan todas, aunque entre sí parezcan diversas y distantes, por la admirable union y conveniencia que tiene en aquel centro, es forzoso ha de tener razon de espíritu en respecto de lo que no se llama centro, y su virtud y fuerza ha de ser lo más eficaz, ligero y penetrante de aquella naturaleza de que es centro. Y así en la naturaleza divina que hemos mostrado por la intrínseca razon de la suma espiritualidad, que es infinita, que no habiendo de tener más de un centro, éste ha de ser infinito como la misma naturaleza, y así la naturaleza toda será lo mismo que centro, y el centro la misma naturaleza, porque en el infinito no hay medio, que si lo hubiese no sería infinito, pues miraria el medio igualmente á los extremos, y extremos é infinito no se compadecen.

»Queda pues claro que cualquiera punto será centro, y todo ello un centro infinito que él se tiene, conserva y sustenta, y es inmóvil y en él se mueve todo, y que ni tiene figura ni remate, ni lindes de lugar ni de tiempo, sin ninguna particion ni diferencia, y que dista infinitamente de todos los extremos de las líneas que van de él á la circunferencia. Y adviértase bien que en poniendo centro, luégo se sigue naturalmente algun espacio, porque son como relativos centro y espacio; no sólo en las figuras matemáticas, mas áun en los cuerpos donde está la gravedad, el peso y la virtud de la cosa, y á los espíritus delgadísimos que están en los cuerpos, les damos este nombre, *centro*, y á los que no tienen cuerpo, ni están con ellos, áun tambien les imaginamos su centro; de adonde inferimos que aquel supremo espíritu, que ni tiene comparacion con el cuerpo ni admite ninguna composicion, decimos que es todo centro, porque en todo está igual y de una misma manera su virtud. Mas en las cosas finitas y que en alguna forma se limitan en poder ó virtud ó lugar, ha de ser el espacio finito y ha de tener límites desde el centro á la circunferencia, y espacio de la actividad y virtud; mas donde no hay principio ni fin, el espacio (si se puede llamar así) es tambien infinito y de la misma virtud que el centro, y el centro es el espacio, y el espacio centro. Y si se puede imaginar en esto alguna forma ó figura, ha de ser circular y esférica, que no tenga términos, cosa que exceda los límites de nuestra imaginacion, y *así es la naturaleza divina, un centro, un espacio y una esfera infinita*, que excede todo cuanto puede caber en raza criada de ángeles ó hombres con infinito intervalo, y todo lo demas que vemos ó imaginamos, se comprende debajo ó dentro de algunos destos términos, y se encierra en ellos como todo lo menor en lo mayor, y nunca jamas al reves. Porque si esta esfera divina es de tal condicion que siendo lo mismo que su centro y que su espacio y todo infinito, todo lo que fuera de ella se hace y se produce ha de estar por fuerza dentro della, rodeado y abrazado della, no como su centro, sino como fuera de diverso centro; de la suerte misma que dentro de un gran centro podemos poner otros muchos, no con el mismo centro que los matemáticos llaman concéntricos, sino excéntricos, de la manera que si en una bola grande de vidrio ó metal echásemos muchas bolillas mayores y menores, que, aunque están abrazadas y comprendidas en la grande, cada una tiene por sí su centro, y las líneas que saldrán del centro á la circunferencia del círculo grande, tocarán en los centros de las otras esferas y globos pequeños, porque, como son infinitas, no se escaparán ningunos, ni ningun punto de la circunferencia dellas habrá que no esté tocado y penetrado dellas y del centro de la mayor y suprema. Y así no se dará ninguna cosa en ella que no se haga y no se haya dentro de la mayor y por virtud de su centro, ni se le esconderá nada si se movieren ó mudaren en cualquier manera; si se criaren (?) ó corrompieren ó pasaren de unas en otras, todo ha de ser por virtud, noticia, conocimiento y entendimiento de la suprema. Y no será ninguna cosa destas al reves, que ninguna de las menores puede saber ni sentir lo que se hace en la mayor, sino sólo lo que estuviera dentro de la esfera y circunferencia, y así sabrá no más de lo que la tocan ó me-

nean, mas no penetrará ni conocerá lo que la da la virtud y el movimiento, y esto es lo que dijo san Pablo á los atenienses, *que vivimos y nos movemos y estamos en Dios*. . . . .

. . . .

»Tenemos, pues, concluido de toda esta doctrina y presupuestos que la naturaleza divina y esto que llamamos Dios es una cosa singularísima y por sí sola un espíritu purísimo y sin alguna mezcla ni participacion de cuerpo; que no hay ni puede haber en él multitud; único en toda grandeza de virtud y eficacia infinita, invariable, sin ninguna desigualdad ni alteracion, ni movimiento ni mudanza; que se posee á sí mismo, que lo penetra todo, todo lo llena, todo lo hincha, mueve, rige, gobierna, da vida y anima todo lo criado, á cada cosa segun su naturaleza; que ninguna desea dellas, ni de ninguna dellas tiene necesidad; todo en sí mismo, y á todo lo demas sustenta, mueve, traspasa; y aunque está en todas, con ninguna se mezcla ni mancha, ni apoca ni afea... y así como el sol, alumbrando lo visible, visitándolo é ilustrándolo todo, no desea la virtud ni fuerza ni naturaleza de cosa alguna inferior... y él se da á todos y se comunica, y segun la propiedad y fuerza de cada uno de los cuerpos, reparte con una proporcion admirable su virtud y su poder, y envuelto en su espíritu y con la virtud de su rayo, envuelve en las cosas corporales una eficacia y poder con que cada una hace sus propios oficios y obras..... así, y con infinita mayor excelencia, esta naturaleza divina hace todo esto y otros millones de cosas que no vemos, no sólo en los cuerpos y en sus espíritus, en los animales y plantas, cielo y tierra y en el mismo sol, sino dentro de los más puros espíritus, almas, ángeles, hasta los más encumbrados y ardientes serafines, y *en todos es el mismo centro suyo*, y *ninguno es concéntrico con él.*»

Así que de tan filosófico modo se expresaba FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA al tratar de Dios.

Trátase de un libro inédito; no diré que Descártes, que nació quizas el mismo año en que SIGÜENZA escribia la *Historia del Rey de reyes*, pudo haber conocido el sistema de explicar su metafísica por la geometría, ya por un traslado de aquella obra, ya por la noticia de alguno que en España se hubiese leido. Pero áun admitiendo lo más favorable y áun lo más digno para el genio de Descártes, esto es, que nada supo del sistema de FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA, y que él por una coincidencia del talento lo inventó, resulta una gloria inmensísima para aquel sabio religioso, así como para la filosofía de nuestra patria.

No es ménos honrosa la observacion que voy á hacer referente á otro caso parecidísimo. Hablo del método de Pascal para inquirir y probar la verdad, empezando porque las definiciones del nombre vayan expresas dentro del nombre mismo, cual acontece en la geometría, que no define el espacio, el tiempo, el movimiento, cantidad, igualdad, disminucion y otros semejantes y numerosos. ¿Y todo por qué? porque estos términos señalan naturalmente las cosas y son del todo inteligibles.

FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA, en la *Historia del Rey de reyes y Señor de los señores*, explica uno á uno los atributos de Dios por todas y cada una de las palabras con que es nombrado en la Escritura por medio de la lengua hebraica.

«Como los nombres (dice) que este singularísimo Dios tiene en la Escritura no son compuestos por gusto ni imaginacion de hombres ni de cosa criada, cierto es que son de grande consideracion para el conocimiento de su divino é infinito sér, pues los puso para que nosotros viésemos algo de aquel piélago infinito, digo de aquel mar sin ribera, de aquella esfera sin circunferencia y de aquel centro infinito. Lo ménos que Dios pretende en los nombres que á las cosas pone, es para llamarlas ó nombrarlas; lo principal es para significar con él la virtud, la fuerza y naturaleza de la misma cosa, y el oficio y la propia accion della, *de suerte que el nombre y la definicion es lo mismo, y en una palabra sola*, cuando está en tal maestría puesta, *declara lo que despues se dice con muchas, y así lo que no puede tener definicion por ser infinito, tampoco puede tener nombre, porque es más limitado, más corto y más ceñido.* La razon toda para acertar á poner nombres es la perfecta y cabal noticia y la penetracion de aquello á que se ponen, y cuando ésta falta, los nombres son acaso.»

Examinando SIGÜENZA los nombres que da á Dios el Antiguo Testamento en el texto hebraico, de ellos saca pruebas de la grandeza de cada uno de sus atributos para deducir la verdad de los mismos; método que fué luégo el mismo de Pascal.

Alcanzó SIGÜENZA gran eminencia en todo lo que escribió. Ciertamente si de su *Historia de la órden de San Jerónimo* se sacasen los juicios críticos que hace de las obras maestras de los

grandes artistas, podria formarse un excelente cuerpo de doctrina, juicios críticos dignos de competir con los mejores y más acertados de un Lanzi, de un Guizot, de un Rio, de un Taine, de un Viardot, de un Jameson, y en fin, de todos los que han tratado más de la filosofía del arte (1).

Doña Oliva Sabuco de Nántes Barrera fué una dama que en el siglo XVI se dedicó á la filosofía y á la medicina. Publicó en Madrid, el año de 1587, un libro con este título: *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre, no conocida ni alcanzada de los grandes filósofos antiguos, la cual mejora la vida y salud humana.*

Está dedicado á Felipe II el libro. Tras la dedicatoria publicó una carta dirigida á don Francisco Zapata, conde de Barajas, presidente de Castilla y del Consejo de Estado. Semejantes documentos, encabezados á tan altas personas, hacen inverosímil la sospecha de don Anastasio Chinchilla, referente á ser la obra escrita por algun gran médico y publicada en nombre de aquella señora (2).

Morejon manifestó que la celebridad de doña Oliva procede de su nuevo sistema fisiológico contra la opinion de los médicos antiguos y de su siglo; sistema en que establece que no es la sangre la que nutre nuestros cuerpos, sino el suco nérveo derramado del cerebro, atribuyendo á sus vicios la causa de las enfermedades. «La causa y oficina (dice) de los humores de toda enfermedad es el cerebro; allí están los afectos, pasiones y movimientos del ánima; allí el sentir ó sensacion; allí la raíz y la naturaleza que hace la vegetacion; allí la vida y anhelacion; de allí las enfermedades y de allí la muerte; allí la ánima irascible y concupiscible, pues no pueden estar sus especies (3).

(1) Sigüenza, en el libro IV de la *Historia de san Jerónimo*, hablando del Ticiano, dice:

«En el lado de la epístola está el entierro y sepultura de Nuestro Señor, tambien suyo, que quebranta el corazon á quien con atencion lo mira.

»Quisiera saber algo del arte para ponderar la valentía de estos tres cuadros; paréceme que habian de estar puestos como relicarios, que no se vieran sino á deseo y despues de quitados muchos velos, porque con la estima se ponderase la excelencia.»

De Leonardo de Vinci dice que por su viveza y por dedicarse á una cosa y otra, «quedaron pocas cosas suyas acabadas.»

Del célebre Bosco escribe:

«Están repártidas por toda la casa muchas (pinturas) de un Jerónimo Bosco, de que quiero hablar un poco más largo por algunas razones, porque lo merece su grande ingenio..... comunmente las llaman los disparates de Jerónimo Bosque, gente que repara poco en lo que mira, y porque pienso que sin razon le tienen infamado de hereje. Tengo tanto concepto..... de la piedad y celo de nuestro fundador, que si supiera era esto así, no admitiera sus pinturas dentro de su casa, de sus claustros, de su aposento, de los capítulos y de la sacristía.

»Sus pinturas no son disparates, sino unos libros de gran prudencia y artificio, y si disparates son, son los nuestros, no los suyos... Es una sátira pintada de los pecados y desvaríos de los hombres...

»Los demas procuraron á pintar al hombre cual parece por defuera, éste sólo se atrevió á pintarle cual es de dentro. . . . .

»Hombres medio leones, otros medio perros, otros medio osos, medio peces, medio lobos, símbolos todos y figura de la soberbia, de la lujuria, avaricia, ambicion, tiranía, sagacidad y brutalidad.

»Casi en todas las pinturas (alegóricas)..... siempre pone fuego y lechuza. Con lo primero nos da á entender que importa tener memoria de aquel fuego eterno, que con esto cualquier trabajo le hará fácil. Y con lo segundo dice que sus pinturas son de cuidado y estudio, y con estudio se han de mirar. La lechuza es ave nocturna, dedicada á Minerva y al estudio, símbolo de los atenienses, donde floreció tanto la filosofía que se alcanza con la quietud y el silencio de la noche.»

De Alfonso Durero habla lo que sigue:

«En lo que este hombre fué excelente es en las estampas que cortó de su misma mano en metal y en madera, con tanta destreza y maestría, que ha puesto admiracion. Mostró valer tanto en esto, que con solas líneas negras y lo blanco que dejó entre ellas, significa cuanto pudieron hacer Apéles y Timántes, y nos representa las cosas tan vivas como si tuvieran sus naturales colores. No valia ménos con la pluma y con la tinta que con el buril. Véanse aquí en esta librería, en unos libros franceses de mano, dos historias de las *Ficciones de Troya*, dibujadas de su mano, que juráran son finas estampas...»

(2) Reimprimióse el libro en 1588, en Madrid, en 1622, en Braga, y en Madrid el año de 1728.

(3) Morejon dice que el sistema de doña Oliva fué dado á luz como pacto original por los ingleses Eucio, Warton, Cole, Charleton y otros sin haber merecido la autora ser citada por ninguno de ellos. Tambien observa que el sistema de doña Oliva está conforme con el cuarto teorema de Cárlos Picon, y que ella precedió á Descártes en la opinion de constituir el cerebro por única residencia del alma racional, aunque no la circunscribió precisamente á la glándula perineal, como quiso el célebre reformador de la filosofía, sino que la extendió á toda la sustancia del órgano encefálico. Chinchilla por su parte opina de diverso modo en cuanto á las observaciones que van al principio de la nota, pues dice lo que sigue:

«Algunos escritores españoles, entre ellos don Martin Martinez y don Antonio Hernandez Morejon, nos han dicho, defendiendo el sistema de doña Oliva, que ésta inventó el sistema de los espíritus animales; pero si he de decir lo que siento, creo que ambos se han equivocado. No ha tratado nunca doña Oliva del suco ó jugo cerebral, como sinónimo de espíritus animales, conductores de las impresiones y de las sensaciones, que era la cuestion que los señores Morejon y Martinez han querido probar ser la

El libro de DOÑA OLIVA empieza con un coloquio de la naturaleza del hombre y del conocimiento de sí mismo, y en el cual hablan tres pastores filósofos en vida solitaria. Éste es un tratado de las pasiones, obra tenida en gran estima; se ha comparado esta obra con la *Fisiología de las pasiones, ó Nueva doctrina del sentimiento moral* por el famoso médico frances Juan Luis Aliberti, y es la opinion de personas muy sábias que si bien éste no tomó de DOÑA OLIVA el pensamiento de su obra, indudablemente ella le precedió en escribir primero sobre las pasiones con profundidad de ingenio y gran acierto.

El DOCTOR JUAN HUARTE DE SAN JUAN, ó Juan de Dios Huarte y Navarro, fué autor de un libro bastante conocido, en cuyo exámen se han ejercitado muchos escritores. Nació en San Juan de Pié de Puerto y estudió en la universidad de Huesca la medicina. Publicó un tratado con el título de *Exámen de ingenios para las ciencias, donde se muestra la diferencia de habilidades que hay en los hombres, y el género de letras que á cada uno responde en particular. Es obra donde el que leyere con atencion hallará la manera de su ingenio, y sabrá escoger la sciencia en que más ha de aprovechar; y si por ventura la hubiese profesado, entenderá si atinó á lo que pedia su habitual natural* (1).

Llamó esta obra muchísimo la atencion en Europa, repitiéronse sus ediciones y se tradujo á varios idiomas, por la novedad del asunto y filosófica é ingeniosa manera de tratarlo. Como libro de que tantos juicios se han formado, no cumple á mi propósito añadir uno más, y tal vez, y sin tal vez, el ménos importante. El célebre Gall cita á HUARTE, y muchos críticos consideran que la doctrina de éste acerca de que los vicios, las pasiones y las virtudes y torpezas del hombre proceden del predominio del entendimiento, de la memoria y de la imaginativa, sirvió de guía al mismo Gall para su sistema (2).

El famoso médico frances Borden (3) cree que muchos de los pensamientos de Montesquieu en el *Espíritu de las leyes* están tomados de la obra de JUAN HUARTE. Opina que el *Exámen de ingenios* es un libro lleno de reflexiones singulares, escrito con delicado gusto, y deplora que se lea tan poco y que esté falto de un largo comentario, que seguramente merece.

Jourdan Guibelet, médico de Evreux, publicó en 1631 un *Exámen del exámen de los ingenios*. Llama diferentes veces á HUARTE *alambicador de temperamentos;* pero analiza sus opiniones con erudicion y cordura, y sin designio de ofenderlo, segun afirma. Conviene con HUARTE en el gran influjo de la organizacion sobre nuestras acciones, y expone pensamientos conformes con los que hoy sustentan los frenólogos.

Don Antonio Hernandez Morejon, que ve en HUARTE un filósofo investigador, de gran ingenio y penetracion y no ménos sensato, dice, despues de analizar discretísimamente su libro, que si bien conoció algunas verdades y supo publicarlas atrevidamente en su siglo, escribió muchas paradojas, que no pasarán de ser un bello entretenimiento científico. Por lo demas, HUARTE era para él un hombre lleno de ciencia y de ideas originales y de un espíritu valiente, que arrostró las preocupaciones de su época, y trató con libertad filosófica puntos verdaderamente espinosos.

Don Anastasio Chinchilla califica el *Exámen de ingenios* con cuanto le supo inspirar el verda-

inventora ántes que los ingleses, sino bajo el aspecto de ser agente de las enfermedades, que hace en las páginas 275, 279, 283, 316, 327 y siguientes.

»Mucho más acertado sería decir que DOÑA OLIVA se adelantó á Picon en formar este sistema en su obra titulada: *De morbis à colubie serosa oriundis;* del cual no se apartaria si dijéramos en nombre de la española: *De morbis à suco cerebrali, sive nervioso oriundis.*»

(1) Los dos autores de la *Historia de la Medicina* en España, don Antonio Hernandez Morejon y don Anastasio Chinchilla, no están conformes en la cita de las ediciones que se han hecho de esta obra. El primero dice: «Se imprimió por vez primera en Baeza, por Juan Bautista Montoya, en 1575, en 8.°, y 1594; Pamplona, 1578, en 8.°, por Tomas Porras; Logroño, 1580; Bilbao, 1580; Huesca, 1581; Medina del Campo, 1603; Barcelona, 1607; Alcalá, 1640; Madrid, 1668, en 4.° Se tradujo al italiano y se imprimió en Venecia, 1582; idem, 1603; Roma, 1540 (*sic*), 1619. Tambien se trasladó al latin y se publicó en Strasburgo, 1612; en Anhalt, 1621; Lóndres, 1652; Jena, 1663. Asimismo se tradujo al frances, Leon, 1580; París, 1605, 1675, y á varios otros idiomas.»

Chinchilla escribe lo siguiente:

«En España se hicieron las ediciones siguientes: en Bilbao, 1580; en Huesca, 1581; en Medina del Campo, 1603; en Baeza, 1584; en Barcelona, 1607, y en Madrid, 1668.

»En Strasburgo, en latin, 1612; en Anhalt, 1621; en Jena, 1663; en Colonia, 1610, en 8.°; en idem, 1610, en 12.° En italiano, en Venecia, 1572; en idem, 1603; en Roma, 1540, 1619. En frances, en Lion, 1580; en París, 1605, 1675.

(2) Don Anastasio Chinchilla dice que quizás «si no hubiera existido el *Exámen de ingenios*, no hubiera sido tan famosa y encomiada la *Craneoscopia ó Craneología* de Gall.»

(3) *Investigaciones sobre la historia de la medicina.*

dero entusiasmo por la ciencia y por la gloria de España, en estas breves palabras: «La obra más filosófica, más sublime y más útil á todas las clases de la sociedad que se ha escrito ántes y despues del siglo XVI.»

El gran aplauso que tuvo en su siglo y en el posterior, dentro y fuera de la patria, confirman los juicios favorables del libro de HUARTE.

Cita Morejon, pero no analiza, dos obras de españoles que cree copias de las de HUARTE: «Los que han escrito despues (dice) sobre el mismo objeto, Pujasol y el padre Ignacio Rodriguez, de las Escuelas Pías, todo es copiado de la obra de este médico» (1). Pero no existe tal plagio del *Exámen de ingenios*, al ménos en el libro del aragones Estéban Pujasol, publicado en Barcelona, el año de 1637, con este título: *Filosofía sagaz y anatomía de ingenios*.

Confiesa el doctor Pujasol que nació en él el pensamiento del libro, recordando aquello de Aristóteles, de que «por el efecto natural de cada uno se puede argüir la causa dél, y asimesmo por la causa dél se conoce y arguye el efeto; porque la causa y el efeto *in actu simul sunt et non sunt*.»

El libro de Pujasol ciertamente es peregrino, y yo hallo en él más ideas semejantes á las de Gall, que en el mismo libro de HUARTE tan citado, cuanto aquél poco conocido. Véanse algunas muestras de la *Filosofía sagaz y anatomía de ingenios*:

«La cabeza grande y redonda de toda parte significa que el hombre será secreto, sagaz en hacer sus cosas, ingenioso y discreto, estable, leal y de grande imaginacion.

»La cabeza larga y la frente estrecha señala en el tal nacido que será algo mentecato y fatuo. La mesma razon dicta é insinúa la *grandaria ó pequeñez del colodrillo ó sumidad de la cabeza.*

»La cabeza redonda y obtusa significa en el hombre buen ingenio y entereza de ánimo, y si por suerte se levantára la tal cabeza en el vértex ó coronilla, entónces advierta que señala que este tal, ademas de lo dicho, terná grande estimativa; pero si en lo alto tuviere el vértex estrecho y apretado, entónces será algo fatuo y falto.

»La cabeza gruesa y el rostro ancho denota ser el hombre sospechoso, animoso, astuto, audaz y desvergonzado.

»Es regla general que para tener buen ingenio el hombre, han de concurrir en él muchas cosas, agora sea para el estudio de letras, agora para tratar de negocios graves y de importancia, los cuales son decente cuantidad del vaso (esto es, la cabeza), el cual procede de la grande virtud formativa, *no que sea* por superfluidad de materia, *sino que los cascos sean grandes y bien formados, la frente ancha y grande, y lo propio el vértex ó colodrillo;* todo lo cual es necesario para el estudio de las letras, que éstas ordinariamente tienen necesidad de ayuda para la fantasía y la *grandaria* de la cabeza, que ayuda á la prudencia y al arte.»

Como se infiere de estos pasajes, la moderna doctrina de la *Craneología ó Craneoscopia*, que se dirige, segun su inventor Gall, á señalar las funciones del cerebro en general y de sus diversas partes, así como á probar que se pueden conocer las diferentes disposiciones é inclinaciones por las protuberancias y las depresiones que se hallan en el cráneo, habia sido ya entrevista y publicada por el doctor Estéban Pujasol, natural de Fraga.

Convengo en que puede haber y hay mucho de arbitrario é incierto en las observaciones de Pujasol, pero ¿no lo hay igualmente en este sistema más perfeccionado en los escritos sobre frenología del doctor Gall, de su discípulo Spurzheim, de Broussais, de Vimont, de Comte, de Fossati, de Bruyères, de Debout y otros autores? ¿Sabios fisiologistas, como Flourens, Lelut y Garnier, no han combatido las doctrinas de los frenólogos, bajo el punto de vista físico, como contrarias á los hechos más notorios y á las observaciones más constantes?

Y no sólo Pujasol hace las suyas respecto al cráneo y á su forma, sino que tambien deduce las condiciones del individuo por los cabellos, por las cejas, orejas, ojos, narices, boca, barba, cuello y cerviz, brazos, manos, dedos, piés y piernas, fisonomía y color del rostro, libro lleno de agudezas fisiológicas y de originales é ingeniosísimas doctrinas, que merecen ser estudiadas, por más que muchas parezcan falaces ó inciertas.

El autor, despues de someter su libro á la correccion de la Iglesia católica *y de cualquier docto que mejor lo entendiere*, asegura que su intento fué dar avisos *y documentos para prevenirse con*

(1) Ciertamente Morejon no conoció la obra de Estéban Pujasol, pues no dedicó al autor artículo en su *Historia de la Medicina*. Chinchilla ni áun cita á Pujasol en la suya.

tiempo cada uno, resistiendo á lo malo y perjudicial, y aplicarse á lo bueno, favorable y justo; y esto, sin pasar en manera alguna á casos fortuitos y acciones humanas, las cuales dependen del libre albedrío y voluntad de cada uno, porque el juicio y conjeturas que se hacen en estas cosas, no fuerzan, compelen ni obligan, sino que advierten y avisan, todo lo cual es porque vivamos sobre aviso.

Tales palabras, escritas por un filósofo español del siglo XVII, parecen más bien de un frenologista de nuestro siglo, defendiendo de la nota de materialismo á su sistema, así como de fatalismo y de opuesto á la libertad del alma.

Pujasol, como se ve por las noticias que quedan consignadas, no sólo precedió á Gall en la parte *craneoscópica*.

La de su libro, que trata de la *fisonomía*, no puede compararse con el sistema de Lavater (compilacion de autores antiguos), que deduce las condiciones de los hombres por la semejanza de los rostros con las cabezas de los animales, para aplicar á aquéllos, segun los casos, las cualidades de éstos.

El doctor Estéban Pujasol no siguió en este punto, como Lavater, las opiniones de Aristóteles, Adamancio, Pedro Abano, Cardano, Miguel Lescot, Lachambre, Juan Bautista Porta, Camper y Lebrun.

Sus observaciones fisionómicas y una y otra deduccion que hace sobre los caractéres de las personas por los miembros del cuerpo humano, van por otro camino más original, y quizás más atinado. De su sistema puede decirse lo mismo que se ha dicho del de Lavater, que de creerse completamente exacto, puede darse ocasion á las prevenciones más falsas y más injustas.

De todo esto se deduce, ademas, que la *Filosofía sagaz y anatomía de ingenios* es un libro que nada tiene de copia del *Exámen* de HUARTE; libro que si bien se dirige á conocer los temperamentos y cualidades de los hombres, en nada se valió de la obra de este esclarecido médico, siendo una y otra originales en su género y distintas enteramente, y honrando ambas el talento español.

Hasta ahora no he hablado de sabios eminentes del siglo XVI, que sólo se dedicaron al cultivo de la filosofía cristiana. ¡Oh! la serie numerosísima y espléndida de ellos asombra; escritores, sí, de gran elocuencia y doctrina, que no hablaban sino como sentian, no sentian sino como vivian, no vivian sino como quienes eran, suspirando por los bienes del cielo y expresando en dulce estilo las verdades, porque las verdades cuanto con más suavidad se dicen, tanto más penetran nuestras almas, y con mayor poderío si son de aquellas dirigidas á explicar las más soberanas y de más ternura que jamas en la tierra se han oido.

La ciencia de nuestros escritores ascéticos era la del bien pensar, del bien decir y del bien hacer, como de hombres no ménos sabios con la voluntad que con el entendimiento, y siempre guiados del amor de la divina verdad.

Los filósofos cristianos españoles del siglo XVI, y áun de una parte del XVII, merecen ser leidos. No hay argumento de los que el siglo XVIII produjo en Francia que no esté victoriosa y anticipadamente refutado. Lo mismo puede decirse de lo que escribieron los filósofos alemanes, Eichhorn, y los teólogos naturalistas, Edelmann y Strauss, Spener, los pietistas y los iluminados, el panteismo de Lessing, la teología de Kant, queriendo poner la religion dentro de los límites de la sencilla razon; Semler, los teólogos innovadores, como Simon, Vitringa, Leclerc, Michaelis, Moro Dœderleini; la escuela sociniana, con un Schott, un Bohme, un Planck, un Tzschirner, un Zimmermann, un Nitzsch, un Krug, un Rohr, un Amonn; la teología de Fichte, con todas sus consecuencias panteistas y su filosofía religiosa; el misticismo fatalista de Schelling, la satanalogía del baron Guiraud y la rehabilitacion de Satanas en el *Fausto*, y los romances de Goethe; el espíritu revolucionario de Schiller, la teología espinosista y el sentimentalismo panteista de Schleiermacher, Herder y su evangelio primitivo, Jacobi y la filosofía sentimental, Hegel y su apoteosis de la humanidad, y tantos y tantos otros, difíciles de enumerar.

No es exageracion de mi patriotismo. En los escritores ascéticos españoles del siglo XVI y primera mitad del XVII hay algunos entre los primeros del mundo insignes, y entre los insignes grandes. Analizaron todos los evangelios, cultivaron la filosofía y escribieron con pluma bañada en el sentimiento cristiano, poseidos de los argumentos, no sólo de la autoridad, sino tambien de la razon.

En Cristo vieron la mayor maravilla; vieron que Dios se escondió en el hombre, y el puro es-

píritu en el cuerpo, y que la eternidad se ocultó en el tiempo, en la lujuria la sabiduría, en la flaqueza toda la virtud, en la miseria la gloria, en las lágrimas la consolacion y la alegría, en las persecuciones y los trabajos el merecimiento, y en la ignorancia la ciencia. Aprendieron y enseñaron que sin embargo de que el hombre dejó la compañía de Dios, para la cual le crió, vino él á acompañarlo en los trabajos á que le obligó la culpa; aprendieron y enseñaron que Cristo vive por la fe en nuestros corazones, y que si recibió la muerte de manos de sus enemigos, quiere de sus amigos recibir la vida, y espera á que le tengamos vivo en nuestras almas, para presentarse vivo á nuestros ojos.

Así escucharon y enseñaron con plumas, de donde nunca salian cosas que no fuesen dignas de ellos y de la generosidad de sus almas, proclamando á Cristo y diciéndole: «Tú eres la virtud, la omnipotencia, la sabiduría y la justicia de Dios.»

Los pensamientos de nuestros ascéticos siempre eran admirables, sus palabras siempre verdaderas, siempre graves y siempre elocuentes y siempre de Dios, poniendo ante los ojos del alma lo más invisible, y ensalzando aquella pobreza de Cristo más que rica, aquella bajeza más que sublime, aquella vileza que ennoblece, aquella muerte que vivifica á todos.

Sobre cuanto escribieron los filósofos franceses y alemanes del último y del presente siglo contra la fe de Cristo, hay aquel dicho de un antiguo español: *O no hay verdad en Dios, ó la religion cristiana lo es.*

¿Creen algunos acaso que nuestros ascéticos no dejaban muchas veces á la autoridad para convencer por medio de la razon? ¿Imaginan que cuando no hallaban argumento que satisfaciese, y satisfaciese cumplidamente apelaban á lo que Sigüenza llamaba la *santa teología de las viejas,* «*que* lo quiso Dios así, y que eso sucede *porque quiere Dios?*»

Cada libro de los excelentes filósofos cristianos españoles es un templo de gloria divina y de piedad humana.

La sentencia más poderosa y verdadera que se ha escrito contra la impiedad de los filósofos se halla en San Cirilo de Alejandría, cuando exclama:

«No saldréis con lo que intentais de que los hombres no sigan la doctrina de Cristo, por verle muerto á vuestras manos; ántes por eso se llenará de creyentes en su fe todo el orbe. Si pretendeis, crucificándole, que el mundo no le siga, el mundo le sigue porque le ve crucificado.»

¿Qué no han dicho los filósofos impíos acerca de que el *Verbo* de san Juan Evangelista es tomado del *logos* de Platon?

Un español del siglo XVI recordó aquel salmo de David: *Quia rectum est verbum Domini et omnia opera ejus in fide, diligit misericordiam et judicium*, etc. «Porque es recto el *verbo del Señor y todas sus obras son en fe y ama la misericordia y la justicia.*»

Y ¿qué podré decir más en loor merecido de nuestros grandes filósofos cristianos? Su estilo era elegante y sin afectacion, todo ingeniosa viveza, todo solidez de raciocinios, todo copia de doctrina sin confusion, todo piedad y todo sabiduría (1).

De los que aparentan dudar de la divinidad, decia uno de estos grandes autores que no deben ser creidos. El mismo Dios nos dió licencia en el Evangelio para que lo tuviésemos por men-

(1) Como muestra de la gran elocuencia de nuestros escritores ascéticos, véase esta galana pintura:

«Veréis los monteros salir á caza y comenzar á acosar una fiera, tómanle todos los puestos, atájanle todos los pasos, unos con redes, otros puestos al ojeo con vocería, los monteros con sus venablos amagándole, los perros cerrando con ella, la gente de á caballo con sus lanzas; hácese temer un poco el jabalí, eriza el ceño, encoge el cuerpo para dar el salto, afila las navajas para poner miedo; allí es donde todos tiran contra él lanzas, dardos, venablos, perros, redes, y lo que más atemoriza no es el sonido que hace el disparar de la ballesta, ni el tronido que da la escopeta, sino la palabra áspera de los cazadores, porque todos á una, alentándose á sí y á los perros, todo es decir, cierra, arremete, muerde, hiere, hiende, mata, muere.»

No es ménos bella la pintura siguiente de un volcan:

«Cuando revienta un volcan de fuego, acontece que veis una sierra alta cubierta de nieve, áspera, inaccesible, sin hierba, sin pastos, sin frutos y súbitamente (por tener algun fuego represado en las entrañas) reventar con un ímpetu y estruendo grimosísimo, disparar piedras, bombas y truenos de fuego, correr arroyos de llamas, caer los pájaros que se iban de vuelo, abrasarse los corzos y venados, sin que les valieran los piés; llover ceniza por todo el contorno, perderse los caminos con los montones de ella, oler á piedra azufre todo el mundo, salir huyendo despavoridos los pueblos, abrazados los hombres con las cruces, las mujeres con las imágenes, todos con sus rosarios en las manos clamoreando al cielo, pidiendo misericordia de sus pecados, confesándose á voces y esperando por momentos la muerte. (VALDERRAMA, *Teatro de las religiones.*)

tiroso si afirmase que no conocia á su Padre: *Ego scio eum qui misit me, et si dixero quia néscio eum vero similis vobis mendax.*

Hermosas antologías pueden formarse con las mejores sentencias de filosofía moral que han dejado escritas los sabios de Francia, Inglaterra, Alemania ó Italia.

Y aunque en ellas se ostentasen los más lucidos pensamientos de Fenelon, Bossuet, Sterne, Franklin, Fellthaın, Overbury, Browne, Harrington, Penn, Muller, Richter, Rabener, Krummacher, Wieland, Lichtenberg, Vero, Ricciardi, Gallenga, Soria, Bonamici, Tommaseo, Gazoletti y otros célebres moralistas, no quedaria seguramente inferior á la siguiente muestra de antología que he entresacado de los mejores pensamientos de los filósofos cristianos españoles del siglo XVI y primera mitad del XVII.

«Si miras á la limpieza de mis manos, mira ántes á la limpieza de tu alma, muerde la envidia calumniosa á los gigantes y da favor á las langostas; el que no puede caber en sí no abre camino á los demas; los mismos brazos que ayudan al ambicioso á subir, esos mismos lo empujan para caer. ¿Cuál es mayor guerra, la que se hace enmudeciendo ó la que se hace hablando? Si nosotros tuviéramos cuenta de nuestra vida, quizá no hubiera tantos que cuidáran de ella; infinito fuera el número de los mudos, si á todos los maldicientes Dios pusiese un freno; el que es mudo para hablar bien, es gran hablador para el vituperio; los que en lo interior son reos de maldades, siempre se hacen contra la inocencia actores; son menester testigos para que le crean las obras verdaderas, y sobran testimonios para dar crédito á las falsas; los montes que no tienen vida para sentir, la tienen para caer; la soberbia, queriendo ser sola, tiene la soledad en sí y la busca fuera; la aritmética del miedo no sabe otra cosa que multiplicar; más se habla con la fortuna que con las personas; váyase el necio por necio, y el loco por loco; en nosotros mismos tenemos las pruebas de la flaqueza de los demas y áun quizá de otras mayores; el tiempo es un maestro viejo; quéjanse de la forma los que tienen poco de espíritu y de bien en sus almas; no está lo grande en lo grande; es gran cordura no tener nunca confianza en los bienes del mundo. El rico, ó no da, y si da, da como pobre, y el pobre da como rico; los golpes del martillo no destruyen si no fijan más el clavo; ni las riquezas ni la pobreza son en sí malas, el ánimo y el uso del que las ejerce, ése las hace malas ó buenas; el atribulado piensa en la misericordia de Dios, el melancólico en la alegría del cielo; no hay que mirar por dónde, sino adónde vamos; de pagador tal como el mundo, más quiero quedar quejoso que mal satisfecho; no debes mirar á lo que tu enemigo en su persecucion pretende hacer, sino al bien que, en efecto, se hace en ella, porque te da ocasion de ejecutar el precepto más propio y particular de la cristiana filosofía, que es desear el bien á tu ofensor; el último punto de la esperanza es el primero de la incredulidad; prefiero la amistad de Dios á la de los hombres, y nada se me importa que todos me miren con malos ojos, porque ningun mal me harán si yo tengo de mi parte á Dios, lo que no me sucederá teniendo de la mia á todos ellos, y á Dios en contra; el obediente no tiene quiero ni no quiero cuando se va por el camino del cielo, ni ha de mirarle, ni áun desde léjos, el que al mundo lleva; suelen los hombres amar lo que no saben querer; la obligacion, porque lo es, se olvida; digno es de compasion el hombre tan desgraciado que procura vengar el dolor de ser ruin en las virtudes de los otros; el dar limosna es vivir; la fama del bueno es premio, la del malo castigo, reprendan todo lo que yo mismo en mí juzgo reprensible; no será honrada en resistir la que tiene con deshonra el oficio de agradar; con la misma tinta en que se escriben los puntos del duelo se borra el Evangelio de Jesucristo; reprender lo no digno de reprension, es perderse el respeto y manchar la mano en la tinta de la pluma con que se escribe; la discordia nutrida en llanto despliega al soplo de los suspiros las velas y navega sobre la sangre de sus secuaces; la muerte es el centro donde se unen todas las líneas de las pasiones del mundo; tambien honra la ruina; los casos singulares no admiten leyes comunes; las injustas pretensiones merecen ser despachadas mal y tarde; mirando las cosas que han acaecido, ¿por qué nos asombramos de las que suceden? Más hace quien desprecia lo que espera, que el que desprecia lo que posee; con las mismas letras con que se estampa lo que es digno de estamparse, se imprime tambien lo que merecia justamente no imprimirse; la pasion halla en todo probabilidad: ¡cuán léjos está del hombre el hombre! El hombre es figura de Dios en la imágen del monarca, no como las otras, que quitada ó destruida la imágen queda el valor del metal; pues como es de lodo, queda lodo; la codicia se consuela con la esperanza; el pueblo que perece á manos de su príncipe, perece en afrenta; el que á manos de enemigos, con gloria; no podemos lo que es ménos y queremos que se nos crea lo que

es más; no es amor propio, sino desatino, la envidia; tan artificiosas son las culpas, que, aunque todos las conozcan, no se sabe conocer el fin de ellas; pueblos hay que sometidos á duras leyes desquitan el vasallaje en la gloria mundana; fácil aparece á los que son sin experiencia lo que les hiciera temer á los que la tienen; nunca la fortuna levanta con la presteza que derriba; las leyes se han de meditar mejor que las batallas; en el mundo los reyes lloran y los ministros reinan; la tierra es mucho espacio para el que nació en ella; lo que desea el alma es no verse en más tierra que en la propia (el cielo); la ociosidad es el torpe éxtasis de la razon; las desdichas se vienen sin ser buscadas; el primero que hizo esclavos á los hombres cuando los venció, quedó esclavo de la gloria de vencerlos; la paciencia se inventó para la mala fortuna, y el temor para la buena; la ilícita costumbre no puede hacer ley aunque sea antigua; el mal no está en el entendimiento, sino en la memoria; en virtud verdadera no hay cruz, sino en la falsa; gran injuria hace á la virtud quien en la portada de su casa pone á la tristeza por escudo; es tan inícuo el mundo, que áun no premia á quien le sirve, ántes bien dentro de sus puertas veréis más honrado de él al que más le desestima; la verdad de quien quiera que la busque se deja hallar; suelen algunos ver en los libros, no lo que les demuestra el ingenio, sino lo que se antoja á la envidia; la soberbia y la maldad son más antiguas que el hombre, porque ántes de Adan Luzbel perturbó el cielo, y luégo buscó á Adan para perturbar la tierra; el silencio es el único refugio para las ingratitudes; la confianza rompe por las contrariedades y hasta por los imposibles; salimos al mundo llorando, salimos del mundo sintiendo, y si nos dijeran que volviéramos á él, no querriamos; no consulta en las elecciones la voluntad al entendimiento, sino el entendimiento á la voluntad; mejor es barrer las librerías que ensuciarlas con malos libros; el alma ha de buscar en la vida compañera para la muerte; padece más el que se compadece que no el mismo que se compadece; hay quien roba dando y mata con los halagos; cada uno se hace el mayor daño; la soberbia es cosa tan vil, que se halla hasta en la persona más soez; muchas veces quien se venga de los agravios se deshonra porque hace notoria la injuria que estaba oculta; los que ocupan puestos eminentes deben recelar siempre que de ellos se ha de creer cuanto se puede fingir; ningun monte se opone entre lo malo y lo bueno, y así tan presto se pasa como se quiere; el acrecentamiento del poder suele disminuir el valor; los hombres señalados en letras son como cabezas del pueblo; el que padece sólo siente su dolor; la envidia rara vez sabe guardar consecuencia; á la locura se debe la lástima, no el desprecio; nada se perdona á los niños, á los jóvenes algo, á los ancianos todo; da la hora de las penas el reloj sin que se altere la mano que la señala; la sabiduría no es imágen pintada, que se ha de medir por lo léjos; no son los bienes de esta vida más que para esperados; los golpes de la adversidad hacen más resplandeciente la corona del sabio; la humildad y el deseo de ser nacieron enemigos; ni sombras dejan los cetros; ¿se rie el brazo del dolor de la cabeza? Más se puede fiar de la ira con puñal desnudo que de la juventud los bienes de fortuna, pues aquélla puede reprimirse, y ésta dificilmente; viendo á la libertad en cadenas se arma la esclavitud; la culpa tiene más padrinos que la inocencia; las dádivas del amor no se pueden pagar sin él; para con Dios no hay igual; quiere mal el ambicioso al maldiciente, éste á la verdad, aquél al mérito; la mayor desdicha del delito es hacer ofensiva la alabanza; no se le ha de examinar la virtud al pobre, sino la necesidad; la misericordia que atiende á los méritos no es compañía á las necesidades y á los trabajos; todo pobre es benemérito; no hay mayor tormento para un enemigo que el desprecio del ofendido; las palabras de verdad corren cual la moneda de oro de buena ley; el mantener en pié ejércitos numerosos y bien asistidos para ahogar en la cuna los levantamientos, es el mayor y tambien sería el mejor de los remedios, si no estuviese luégo en el arbitrio de los generales el hacer que se volviesen las repúblicas monarquías, y en las monarquías hacerse señores; la amistad no sabe qué cosa es la soberbia; las mayores maldades se cubren con hermosas apariencias; tienen (los duelistas) por hombre infame y cobarde el que obedece á Dios; primero ha de hablar Dios en el corazon que la voz en la pluma; el empezar bien, prenda es segura de la mitad del acierto; desgracia de los presentes tiempos, querer hasta las más rateras sabandijas vivir en los palacios; con la discordia se esteriliza la tierra; poco á poco se hacen los hombres hombres, y no hay hombre que nazca grande; los hipócritas tristes infaman la virtud haciéndola horrible, como quien tiene enemistad con el contento; sepulta el olvido juntamente á valerosos y cobardes; para herir con el rayo de la verdad es precisa la luz de la ciencia; tambien se dan quejas por favores; el propio amor no se conoce si no se mira en otro; el que es verdaderamente caritativo es natural de todo el mundo;

quien hace admiraciones y extremos por su caida es soberbio y cae peor; el hombre es materia poco ménos que imposible para perfeccionar en él la imágen de la virtud; la dicha perdida no se remedia sino con el olvido; ¿quién fué el dichoso que supo agradecer? De la mendiguez nace el delito, y como si fuera fértil la culpa, de ella esperan la abundancia; más trabajos se pasan por buscar las desdichas que las felicidades; no tienen por dicha algunos lo que no viene por la desgracia ajena; la tienda de la estimacion vende desde léjos sus mercaderías; la nobleza, el poder, el ingenio, alas son con que solemos volar algunas veces, y no vamos á Dios, sino que, á más volar, huimos de Él con esas alas; no ve la envidia lo que puede lucir, sino lo que puede oscurecer; suspira el infortunado por las tinieblas y se le alejan las sombras; delante de un ciego ¿de qué sirve el llanto? El amor no miente, exagera: los amigos falsos son como la golondrina, que sólo acude en la primavera, dejándonos en el invierno; son como la sombra, que sigue el cuerpo cuando resplandece el sol; la ambicion es viento subterráneo, que cuando se manifiesta hace temblar la tierra, arruina ciudades, montañas y reinos enteros; no hay más ley que la fuerza, ni más razon que el poder, ni más justicia que lo que se defiende mejor, ni más ley que el temor; la igualdad es la mayor desigualdad; las amenazas se sienten más que los castigos; con el nombre de trabajos se explican todos los males que afligen en esta vida, y si bien se discurre, todos nacen del mismo sujeto que los padece, como del trigo sale el gorgojo que lo acaba, de la madera la carcoma, del paño la polilla, y como el mismo herrero fabrica á veces los grillos y las cadenas que lo aprisionan; sufre el ambicioso lo que no se puede sufrir y pierde todo lo que no se debe perder; el menor polvo del mundo que dé en nuestros ojos basta para hacernos llorar; nace el hombre hijo de la tierra para sólo heredar la posesion del sepulcro; ¿qué más castigo para el soberbio que la brevedad de la vida? De los cuadros, el que parece más fino es un papel que se pasa con la tinta del secreto; quien es más no puede ser en cortesía ménos; honrado queda el ofendido con el perdon de las ofensas; entre el ódio y el olvido, peor es el olvido que el ódio; el mucho quererse nunca fué quererse bien; no hay cosa más mudable que la voluntad; no hay en la vida hora que no sea otra; todos se quejan de la velocidad con que la vida corre, ninguno de la desigualdad con que la muerte camina; la misma música que canta las alabanzas de los vencedores que quedaron vivos, celebra las exequias de los que verdaderamente vencieron quedando muertos; la vida de los reyes no se cuenta por los años que viven, sino por los años que mandan; la causa de que extrañemos que algunos suban tanto, es porque no sabemos los medios con que suben; no sólo se han de llorar los sucesos lamentables, sino las mismas lágrimas cuando se han vertido sin causa; Dios es el supremo cronista de la vida de todos, así del pobre olvidado, como del príncipe prepotente; el mundo cubre grandes males con otros mayores; toda maldad es tímida, toda timidez desconfiada, toda desconfianza cruel y toda crueldad cual fuego; cetro sin nobleza es casa sin cimiento; nobleza sin valentía, rama sin tronco; valentía sin justicia es materia de maldad; ésta es más antigua que el hombre, pues ántes de Adan Luzbel perturbó el cielo, y buscó á Adan para perturbar la tierra; no basta el bien hacer si no procede del bien querer; pasa la santería por santidad, la hipocresía por mortificacion, la simpleza por simplicidad, la astucia por prudencia, la crueldad por justicia, la rabia por celo, la codicia por caridad, la villanía por gravedad, la disolucion por llaneza, la murmuracion por gracia, la ambicion por buen empleo, la bajeza por humildad, la alevosía por piedad, el maleficio por sacrificio, el último punto de la esperanza es el primero de la incredulidad; en jornada de grandísimos peligros, valentía es tenerlos; por la desesperacion del consuelo humano se adquiere la esperanza del divino.»

Tales son los tesoros de filosofía moral que se encierran en nuestros escritores ascéticos; tales son y tan llenos de viveza, ingeniosidad, profundos conceptos y oportunas y nuevas observaciones.

¿Y qué? ¿merecen estar condenados al olvido, al desden de la civilizacion moderna? No, y mil veces no.

Bien es recordar aquí que la ilustre y sublime santa Teresa de Jesus, la escritora que algunos filósofos impíos califican de la *monja histérica*, la que Dubois en su *Tratado de Patología general* considera poseida de una monomanía erótica, si bien aplicada al amor divino, era tenida en altísima estimacion por Leibnitz. En carta á Andres Morell decia el gran filósofo aleman: «En cuanto á santa Teresa, teneis razon en apreciar sus obras. Yo he encontrado un dia en ellas el hermoso pensamiento de que el alma debe concebir las cosas como si no hubiese más que Dios y

ella en el mundo. Esto, que da lugar á una importantísima meditacion en filosofía, lo he empleado útilmente en una de mis hipótesis» (1).

Hoy, que una parte de la juventud no quiere conceder su aprecio á las obras de nuestros grandes autores, y que sólo mira á los nombres de los ilustres filósofos extranjeros, no podia ménos de llamarle la atencion hácia el mérito de santa Teresa, y hácia el poder de su alto criterio y talento vehementísimo, tan estimados por un Leibnitz.

No es ménos merecedor de las observaciones del filósofo el profundo pensamiento de fray Luis de Leon, «admiracion y gloria de su edad, y hónor perpétuo de la religion de San Agustin» (2).

No existia el racionalismo aleman, y sin embargo, parece como que entrevió que pudiera existir una doctrina que no admitiese otro medio de conocer las verdades que la razon, declarando á ésta la única poderosa para ello.

Precedió fray Luis de Leon á Tholuch, á Hengstenberg, á Gueriche, á Hahn y á otros alemanes en combatir el poder absoluto é infalible de la razon. Véanse sus palabras, tomadas de la dedicatoria del segundo libro de *Los Nombres de Cristo:*

«O como les pareciera que se compadecia, ó que era posible que á la más principal de sus obras la criase la naturaleza tan inclinada al pecado, que por la mayor parte, no alcanzando su fin, viniese á extrema miseria; la que á los animales brutos, y á las plantas, y hasta las cosas más viles guia, como vemos, tan derecha y eficazmente á sus fines, que los alcanzan, ó todas, ó casi todas. Y si sería notorio desatino entregar las riendas de dos caballos desbocados y furiosos á un niño flaco y sin arte, para que los gobernase por lugares pedregosos y ásperos; y si cometerle á este mismo el gobierno de una nave, para que en mar alta y brava hiciese camino contrastando á los vientos, sería error conocido; por el mismo caso pudieran ver que no cabia en razon que la providencia sumamente sábia de Dios, en un cuerpo tan indomable y de tan malos siniestros, y en tanta tempestad de olas de viciosos deseos, como en nosotros sentimos, pusiere para su gobierno una razon tan flaca y tan desnuda de toda buena doctrina, como es la nuestra cuando nacemos. Ni pudieran decir que en esperanza de la doctrina venidera y de las fuerzas que con los años despues cobraria, encomendó Dios este gobierno á la razon, y la colocó en medio de sus enemigos sola contra tantos, y desarmada contra tan poderosos y fieros. Porque sabida cosa es que primero que despierte la razon en nosotros, viven en nosotros y se encienden los deseos bestiales de la vida sensible, que se apoderan del ánima, y haciéndola á sus mañas, la inclinan mal ántes que comience á conocerse. Y cierto es que en abriendo la razon los ojos, están como á la puerta, y como aguardando para engañarla, el vulgo ciego y las compañías malas, y el estilo de la vida llena de errores perversos, y el deleite, y la ambicion, y el oro, y las riquezas que resplandecen. Lo cual cada uno por sí es poderoso á escurecer y á vestir de tinieblas á su centella recien nacida, cuanto más todo junto, y como conjurado y hecho á una para hacer mal. Y así de hecho la engañan; y quitándole las riendas de las manos, la sujetan á los deseos del cuerpo, y la inducen á que ame y procure lo mismo que la destruye. Así que este desconcierto é inclinacion para el mal que los hombres generalmente tenemos, él solo por sí considerado bien, nos puede traer en conocimiento de la destruccion y corrupcion antigua de nuestra naturaleza. En la cual naturaleza, como en el libro pasado se dijo, habiendo sido hecho el hombre por Dios, enteramente señor de sí mismo, y del todo cabal y perfecto, en pena de que él por su grado sacó su ánima de la obediencia de Dios, los apetitos del cuerpo y sus sentidos se salieron del servicio de la razon; y rebelando contra ella, la sujetaron, escureciendo su luz y enflaqueciendo su libertad, y encendiéndola en el deseo de sus bienes dellos, y engendrando deseo en ella de lo que es más ajeno della y le es más dañoso, esto es, del desconcierto en el obrar y del pecado» (3).

(1) Exposition de la doctrine de Leibnitz sur la religion, avec un nouveau choix de pensées sur la religion et la morale, extraites des ouvrages du même auteur par M. Emery; Paris, 1819.

(2) Fray Jerónimo de San José, *Historia del venerable padre fray José de la Cruz;* Madrid, 1641.

(3) He tenido presente el texto de la edicion de Salamanca de 1583. En la edicion, tambien de Salamanca, hecha en 1587, hay algunas variantes, como se verá del texto que sigue:

«O como les pareciera que se compadecia, ó que era posible que la naturaleza, que guia, como vemos, los animales brutos, y las plantas, y hasta las cosas más viles tan derecha y eficazmente á sus fines, que los alcanzan todas ó casi todas, criase á la más principal de sus obras tan inclinada al pecado, que por la mayor parte, no alcanzando su fin, viniese á extrema miseria. Y si sería notorio desatino entregar las riendas de dos caballos desbocados y furiosos á un niño flaco y sin arte, para que los gobernase por lugares pedregosos y ásperos, y si

Tal es la manera con que juzga fray Luis de Leon la incerteza de nuestro raciocinio.

Tuvo este escritor un sobrino, religioso agustino tambien, y cual él escritor ascético igualmente: fray Basilio Ponce de Leon, que en todo género de erudicion y ciencia logró la opinion mayor en su siglo (1). En sus *discursos de cuaresma* trató del *Suicidio*.

Sobre el suicidio teníamos en España una novela ingeniosa de fines del siglo XV, intitulada *Cárcel de Amor*, que he visto traducida ademas en lengua francesa allá por los años de 1630. El autor de esta novela fué el trovador Diego de San Pedro. Termina como el Werter de Goethe y el amante de *Julia ó la Nueva Eloisa*, con el suicidio del héroe de la novela entregado á la desesperacion.

Hablando del suicidio, decia el filósofo aleman Fichte que es la demostracion más evidente del espíritu sobre la materia, porque la naturaleza nos ha dado el instinto de la conservacion, y el suicidio es diametralmente opuesto á este instinto. De aquí deduce que si es un triunfo del espíritu sobre la materia, la resolucion de vivir es un triunfo del espíritu sobre el espíritu mismo.

Fray Basilio Ponce de Leon discurre sobre la muerte para tratar de la restitucion de la vida, expresándose en estos términos:

«Y así no os lastimeis cuando viéredes la muerte de un justo; no penseis que con la vida se acaba todo, y que con lanzarlo en la huesa y cubrillo de tierra se sepultó su memoria; que dia vendrá de restitucion, en que aquellos miembros yertos, aquellos huesos desnudos de carne, desenlazados y secos, aquellas cenizas heladas cobren espíritu, calor y vida, y la muerte, que agora parece que triunfa dellos, quede vencida y rendida á sus piés. Con la esperanza de la restitucion deste dia se consolaban aquellos santos mozos Macabeos, valientes en sufrir lastimosas muertes para no desamparar sus leyes. El uno dellos, cuando le piden las manos para cortárselas, extendiéndolas, le dice al tirano: *Tu quidem scelestissime in præsenti vita nos perdis, sed rex mundi defunctos nos pro suis legibus in æternæ vitæ resurrectione suscitabit*. Tú aquí nos destruyes, mas Dios en la otra vida nos restituirá lo que nos quitas. El otro, alargando manos, lengua y piés para que se los cortasen, áun ántes que los pidiesen los verdugos, dijo: *E cœlo ista possideo, et propter Dei leges, nunc hæc ipsa despicio, quia ab ipso me recepturum spero*. No recelo que me corteis las manos y la lengua, que el cielo, que me puso en la posesion primera, será en restituírmelas; y desto mismo nacia que con tan grande confianza, en medio de sus tormentos, dijesen los mártires lo que decia san Pablo: *Si Deus pro nobis, quis contra nos?*»

Habla luégo del suicidio con razones dentro de la doctrina de que es un triunfo del espíritu sobre la materia, y en la creencia de la inmaterialidad del alma. «El otro valeroso Razias, varon amigo del bien comun de su ciudad, de buen nombre, y á quien, por el amor que les tenia, le llamaban todos, *pater judæorum*, como ya le hubiesen echado mano los soldados de Nicanor, hirióse con su propria espada, escogiendo más morir noblemente que subjectarse á gente pecadora, y ser tratado con afrentas ajenas de lo que su nobleza pedia. Mas como por la mucha priesa no hubiese acertado á herirse bien, y gran chusma de gente entrase por las puertas de su casa, acudió atrevidamente al muro, y despeñóse varonilmente sobre la misma gente, y estando ya para espirar, con ánimo de nuevo se levantó, y estando de piés sobre un peñasco, con ambas manos recogió sus entrañas y les dió con ellas en la cara, *invocans*, dice el sagrado texto, *Dominatorem vitæ ac spiritus, ut hæc illi iterum redderet*. Bien sé que san Augustin, mi padre, siente que en este caso pecó Razias, y que fué hecho temerario, el cual le cuenta la Escriptura sagrada, pero no le aprueba; refiérele, no para que se imite, sino para que se examine y juzgue por las reglas de la verdadera doctrina. Mas Nicolao de Lira sobre este lugar dice que como el hecho de Sanson, cuando se mató á sí mismo derribando el templo, fué por órden particular que tuvo para ello del divino Espíritu, así fué este de Razias; y áun el mismo texto lo da á entender cuando refiere que al tiempo de la muerte hizo oracion á Dios y le encomendó su alma, como en el mismo punto y ocasion se refiere del valeroso Sanson; fuera de que las palabras de que usa la Escritura al refe-

cometerle á este mismo en tempestad una nave para que contrastase los vientos, sería error conocido; por el mismo caso pudieran ver, no caber en razon que la providencia sumamente sábia de Dios, en un cuerpo tan indomable, y de tan malos siniestros, y en tanta tempestad de olas de viciosos deseos como en nosotros sentimos, pusiese para su gobierno una razon tan flaca y tan desnuda de toda buena doctrina, como es la nuestra cuando nacemos. Ni pudieran decir que en esperanza de la doctrina venidera, y de las fuerzas que con los años podia cobrar la razon, le encomendó Dios aqueste gobierno y la colocó en medio de sus enemigos sola.»

(1) Fray Jerónimo de San José, libro citado.

rir este caso, si bien se consideran, son en alabanza suya. Esto supuesto, que me parece más cierto, aquel ánimo denodado con que se dió de puñaladas, cosa que la naturaleza aborrece; el valor con que se arrojó del muro; el esfuerzo con que teniendo ya la alma entre los dientes se levantó otra vez y puso en pié; el arriscamiento con que sus mismas entrañas las arrojó sobre los enemigos suyos, ¿quién le puso en el pecho de Razias? no otra cosa sino la esperanza firme y cierta que tenía desta general restitucion, pues confesando esa verdad en su oracion, entrega á Dios su alma. *Tempora restitutionis.* Tiempo de restitucion, en que se les restituye la honra, que les quitaban los malos, cuyo es proprio y antiguo oficio burlar, infamar y desacreditar la virtud.»

Así discurria sobre el suicidio un filósofo cristiano.

Echo de ménos en este pasaje el recuerdo de lo que san Jerónimo escribió acerca del suicidio, no autorizándolo sino sólo en el extremo caso de peligrar la castidad (1); pasaje que un sabio prelado español moderno considera demasiado oscuro para que pueda decirse rotundamente que aquel santo doctor enseñó una máxima moral contraria á la doctrina de la Iglesia y contraria á la de su contemporáneo san Agustin. Hoy es un punto resuelto por todos los moralistas cristianos que en ningun caso es lícito suicidarse por conservar la castidad, y algunos llegan hasta á tachar de herética la doctrina contraria. Si san Jerónimo exceptuó realmente el caso de la castidad, fué sin duda, segun el doctísimo y discreto parecer que se dignó conquistarse el ilustre prelado de que hablo (2), porque la Iglesia venera como santas á algunas vírgenes cristianas que lo hicieron en ese caso por un movimiento especialísimo del Espíritu Santo, y haber manifestado Dios posteriormente de una inequívoca manera la santidad de esas personas. Si no se admitiese esta explicacion, habria que decir que esos suicidios laudables se hicieron por un error ajeno de culpa, porque cabe en cierta clase de personas ignorancia invencible respecto de este punto.

Tenía fray Basilio Ponce de Leon tan alta idea de su tio fray Luis, que lo calificaba de hombre *bastante para honrar un mundo, cuanto más una religion y un siglo.*

Otro de los filósofos cristianos de esta época, dejando, no en olvido, sino con la estimacion que merecen sus escritos por más conocidos, como los de san Juan de la Cruz, fray Luis de Granada, Juan de Ávila, fray Pedro Malon de Chaide y otros, fué FRAY JUAN DE DUEÑAS, religioso del órden de San Francisco, autor del libro intitulado *Espejo de consolacion de tristes* (1550).

¡Con qué novedad y elocuencia discurre sobre importantes cuestiones morales!

«Si una sola y verdadera virtud hace á un hombre grande, y tan grande que por ella sola tenga renombre y sea en estima tenido, ¿qué será donde todas juntas se hallen?»

Examinando las causas de ser el hombre más inclinado al mal que al bien, se expresa en estos términos:

«Comunmente aquellas causas que nos incitan al mal y para el mal, y nos inducen y atraen á él, están presentes á nosotros y á ojos vistos las vemos; mas el fin y premio de la virtud está ausente de nosotros.

»El bien no se hace sino con concurso de todas las circunstancias que son debidas para aquel bien; mas el mal, para que sea mal y obra no buena, basta y es suficiente una sola circunstancia.

»Continuamente corremos y caminamos para un principio, conviene á saber, á nonada, y á ser aniquilados, de donde trajimos orígen y principio.

»La inclinacion de pecar que nos mueve y provoca al mal y nos hace prontos y dispuestos, está dentro de nosotros mismos, mas la gloria que procuramos y hallamos está fuera de nosotros.

»Las fuerzas del ánima para amar las cosas temporales son activas; mas para aquellas cosas que son de gracia y gloria, son en alguna manera materiales y pasivas. Las virtudes no se pueden haber por manera de adquisicion, sino por modo de recibimiento, porque el mal es de nosotros mismos, y por nosotros mismos lo podemos hacer y poner por obra, mas el bien no, sino ayudándonos la gracia divina.»

Seguidamente trata del hombre para con la Divinidad, y exclama:

«Todas las cosas obedecen á Dios; solo el hombre resiste y contradice á su divina voluntad.»

(1) *Non est enim nostrum mortem arripere, sed illatam ab aliis libenter excipere. Unde et in persecutionibus non licet propria perire manu, absque eo ubi castitas periclitatur; sed percutienti colla submittere.* (Cap. I, sobre Jonás.)

(2) Es el eminentísimo señor García de la Cuesta, arzobispo de Santiago, varon de tan gran sabiduría, discrecion y virtudes.

Antes dice: «Las criaturas irracionales y sensibles obedecen á Dios, y tú, que eres racional, ¿contradices á Dios? El sol ni la luna ni las estrellas no se apartan de sus caminos y senderos...... conforme á la voluntad de Dios, los campos son hermoseados de flores, la tierra es fecundada con agua, la selva y montaña es adornada de muy espesos árboles llenos de flores y frutas. En los bosques está la avecita citarizando y cantando.»

Trata del pueblo de Israel y de que Dios quiso ser su rey y ejercer sobre él la soberanía, y concluye:

«El mismo Señor quiso ser inmediato rey de aquel pueblo, por cuya causa y razon por sí mismo le dió la ley en el monte Sinaí..... por donde quiso que los hombres que fuesen puestos por gobernadores de aquel pueblo, que fuesen como sus vicarios, y no reyes ni señores, como parece en Moisés y en Josué y en los otros jueces que despues dellos sucedieron hasta Samuel; de aquí consta y parece que los hijos de Israel en demandar rey hicieron contra la ordenacion divina, demandando hombre mortal por rey sobre sí, que los oviese de gobernar.

En los discursos de Dueñas sobre el mal hay mucho del pensamiento que más tarde explanó Bersecio cuando dijo que el mal es siempre más probable que el bien.

Como modelo de su gran talento libre y filosófico dentro de la fe, presento á fray Juan de los Ángeles, autor de los *Diálogos de la conquista del espiritual y secreto reino de Dios,* que, segun el Evangelio, *está dentro de nosotros mismos* (Madrid, 1595). Véase cómo discurre sobre su perfeccion.

«La perfeccion no está en mucho ayunar ni en abrirse las carnes con azotes, ni en altas contemplaciones, sino en ajustarse el alma con la voluntad de su Señor Dios, sin cuidado de otra cosa criada, y cuando ésta se hiciere, estar muy contento; y cierto aprovecha mucho para la perfecta abnegacion sujetarse el hombre á Dios y á los hombres, por su amor, con alegre corazon.»

Distingue de la meditacion el pensamiento y la contemplacion en estas breves y exactísimas palabras:

«El *pensar* es como el pintar desconcertadamente y sin arte; es hacer borrones y gastar tiempo en balde. El *meditar* es pintar con órden y concierto y con fin de salir con la pintura; mas el *contemplar* es eso mismo, pero con destreza, con facilidad y con gusto.»

Sobre la vanidad de los que investigan más de lo que debe ser, escribe este consejo oportunísimo:

«No gastes el tiempo en definir ni distinguir ni hacer silogismos y discursos largos, averiguando cómo es (Dios), qué figura tiene, cómo está, asentado ó levantado, de qué color, adónde moraba ántes que criase el mundo, si fué hecho, y otras impertinencias á este talle, que distraen el alma y la embarazan y privan de los gustos interiores que tendria si solamente se ocupase en la bondad deste su padre, de su sabiduría, justicia, providencia, hermosura, misericordia y largueza. ¿Por qué has tú de querer comprender al que es incomprensible, y medir con la vara corta de tu juicio al que es inmenso, y estando en el destierro saber como los que le gozan en la patria? Bástate conocer á Dios debajo de razon de bonísimo, sapientísimo, liberalísimo bienhechor y padre tuyo.»

Cifra la libertad del entendimiento en desnudarse de fantasías é imágenes de cosas criadas.

No es ménos notable el siguiente pasaje, que da lugar á más de una curiosa observacion: «Entiende que bien me quiero es un amigo fingido y enemigo disimulado de nuestro bien, porque só especie de amistad y de bien nos acarrea nuestro mal y nuestra final condenacion. Es aquel *yo* á que se hallaba muerto el Apóstol por vivir en sí Cristo; es aquella ley de miembros que contradice á la ley del espíritu y nos lleva cautivos á la ley del pecado; es aquel afecto de carne que san Pablo llamó sabiduría, que ni está sujeto á la ley de Dios ni puede estarlo.»

Aquí se ve usado el *yo* de los modernos filósofos, el *yo* tomado de san Pablo: *No vivo yo en mí, sino quien vive en mí es Jesucristo;* el *yo* alma, que tiene conciencia de sí misma y que al par es objeto y sujeto del pensamiento, de donde han nacido las doctrinas de un Bertkeley, de un Hume y de un Fichte, que defienden que nada puede conocer el hombre fuera del *yo*.

Sobre el amor del hombre para con las criaturas escribe fray Juan de los Ángeles estas oportunas razones: «En todas ellas hay órden, como sabes, y unas más y otras ménos, cada cual representa á Dios y le imita; más las que viven que las que no tienen vida, más las que sienten que las que carecen de entendimiento..... En el hombre se halla el último grado de imitar, y por consiguiente es cumplida imágen de Dios..... Esto entiende cuanto al ánima, porque siendo Dios todo espiritual é intelectual, de ninguna manera podia ser su imágen corporal, y colige de aquí,

como buen lógico, que si despues de Dios luégo se ha de amar su imágen, que su amor principalmente ha de ser espiritual, pues lo es la imágen de Dios, y general, pues que todos los hombres, en cuanto á hombres, representan á Dios y son retratos y imágenes suyas vivas, ora sean amigos, ora enemigos, ora se dañen, ora se aprovechen, porque en tanto que no dejaren de ser hombres, no pueden dejar de ser imágen de Dios, ni de amarlos si amas á Dios..... Pon los ojos en todas las criaturas que Dios crió para servicio del hombre, y verás que sin ninguna diferencia sirven á todos los hombres, á ninguno más que á otro, ni tienen más cuenta con el rey que con el plebeyo, con el pobre que con el rico, con el grande que con el pequeño; igualmente trabajan por todos.»

Preguntábase el autor de dónde nació esta generalidad é igualdad de servicios para con los hombres, y se respondia que de la ordenacion del Creador, porque como todos somos un hombre en cuanto á la naturaleza é imágen suya, quiso que los servicios fuesen todos iguales y generales.

Cuán admirablemente describe el amor propio y sus estragos y peligros, especialmente en personas que han llegado á la posesion de las virtudes.

«Amor propio, dice, es una complacencia que tiene el hombre de sí mismo, una secreta elevacion del alma, una tesura del corazon, que principalmente nace de las buenas obras y ejercicios espirituales, como la polilla del paño y la carcoma del madero. Hallarás hombres tan vanos tocados desta peste, que, encumbrando y levantando sus cosas hasta el cielo, de allí son malos, de donde todos toman ocasion para ser santos, haciendo ponzoña y veneno de los remedios y medicinas contra veneno.»

No es ménos importante por su filosofía cristiana el tratado de los *Triunfos del amor de Dios* (Medina del Campo, 1595).

Defendia la opinion de que quien tiene ciencia del amor la tiene de todo el bien y mal del hombre, de todos los vicios y virtudes, de su felicidad y perdicion, y que quien esto ignora debe darse por ignorante de todo género de bien ó mal que toque al hombre. Para fray Juan de los Angeles las letras, si no se fundan sobre el amor de Dios, espada son en manos de loco y furioso; la caridad es superior á la ciencia; dice que Luthero, Zuinglio, Bucero y otros reformistas sólo hicieron caudal de las ciencias, pero no de la caridad; define el amor animal como una inclinacion y movimiento que se levanta por la aprension del bien verdadero ó aparente, es decir, que juzga el hombre importante para su sér ó más aventajado sér; entiende que nadie llevará camino derecho ó acertado si por la pasion se rige.

Fray Antonio Alvarez, citado ya, combatió en 1591 la tiranía. «Nadie piense, pues, que hay autoridad en la tierra, por crecida que sea, que llegue á poder trocar los derechos y á desatentar la justicia de su lugar; que el imperio de la ley es sobre los príncipes y no reconoce superioridad..... Así como los príncipes no son señores de la justicia para hacer libres tiranías, así tampoco lo son para dejar de ejecutarlas en sus casos debidos.»

Asi se expresaba con toda libertad un religioso español del siglo de Felipe II.

Por este tiempo floreció un célebre jesuita (entre tantos como hubo), que se dedicó á escribir sobre el libro del *Apocalípsis* sus meditaciones de más de treinta años, el PADRE LUIS DE ALCÁZAR, sevillano, de padres, cuanto nobles, ricos. Descubrió, segun refieren memorias de su Órden, tanto ingenio en sus estudios, que sus maestros atribuian á delirios sus agudas discreciones. Un examinador les dijo: *Luis no es loco, sino que sabe más que los que se llaman sus maestros.* Doctísimo en la teología escolástica, y de sola humildad, á todos trataba como á sus superiores y del menor tomaba consejo, siendo su trato la expresion de su sencillez y de su verdad. Halló el eterno descanso que deseaba en 1613. Su obra *Vestigatio arcani sensus in Apocalipsi.* No yo, no mi amor patrio, sino Bayle en su *Diccionario,* dice que Hugo Grocio ha tomado de este libro una gran parte de sus ideas. En Leyden publicó, en 1687, Heidegger su obra *Misterium Babylonis Magnæ,* en que examina muchas de las hipótesis apocalípticas de ALCÁZAR.

En los filósofos cristianos españoles del siglo XVI se hallará la más cumplida refutacion de la vulgarísima cuanto absurda idea de que Cristo era un demócrata, y que por do quiera, en la *Sagrada Escritura,* no se halla otra cosa que la defensa de la democracia y la condenacion de todo pensamiento contrario á ella.

FRAY JUAN DE PINEDA, religioso de la órden de San Francisco, no el padre Juan de Pineda, de la Compañía de Jesus, despues de decir que el Bautista fué de ambas las dos tribus señaladas,

de la real de Judá y de la sacerdotal de Leví, dice: «Habiendo sido en tales condiciones los padres del Baptista, no es impertinente quererle honrar con la honra que sus padres merecieron mediante la nobleza de su sangre..... Añade Platon que la gloriosa fama de los padres es un magnífico tesoro y resplandor ilustre para los hijos, lo cual yo no entiendo solamente para entre los hombres; pues en el onceno libro de sus leyes dice que se goza Dios con los padres honrados, y parece ayudar mucho á este sentimiento haber dicho Dios que perdona á muchos que le ofenden por amor de su siervo David, cuyos descendientes aquéllos fueron..... En abono de la estima de la buena casta, noto aquello que Dios dijo á Abraham, y despues á su nieto Jabob, *cuando, entre muchas cosas notables, les prometió que habria reyes en su posteridad, lo cual Dios no les prometiera si no lo estimára por cosa loable;* y pues Dios lo dió en merced y lo estimó, bien es que los hombres lo estimen y aprecien, con condicion que no sea en más de lo que vale (1).

Un religioso dominico, que escribió en 1556 el *Inventario de perfecta religion*, recuerda: 1.°, que santo Tomas decia que para el gobierno de una república no es ménos peligrosa la sabiduría villana que la nobleza rica; 2.°, que en el *Deuteronòmio* Moisés escribia de su república: *Constitui ex vobis decanos et centuriones viros sapientes et nobiles;* Bien sabeis que escogí de entre vosotros varones sabios y *nobles* para caudillos; 3.°, aquel proverbio, *Beata terra cujus rex nobilis est;* Bienaventurada la tierra cuyo rey es *noble*, esto es, *noblemente* aventajado en la semejanza divina; 4.°, que Moisés se crió en un palacio real por la infanta hija del rey Faraon, para que con la sabiduría del cielo tuviese la modestia, cortesía, compostura y buena crianza que entre nobles y grandes se usa.

A más de esto, Jesucristo se presentó en el mundo como descendiente de David, es decir, de estirpe régia.

Recuerda ademas que el ángel Rafael se apellidó de la mayor nobleza que en la tierra habia para que Tobías le fiase la guarda de su hijo.

Estos argumentos ninguna fuerza tendrán para filósofos incrédulos; pero como los que quieren hacer á Cristo un demagogo empiezan á dar á entender que creen, pero creyendo á su manera; con esos testimonios se puede desvanecer el error en que están desde el último siglo, pretendiendo que la igualdad que la doctrina evangélica asienta, igualdad para todos los hombres ante el acatamiento divino y para los bienes y para el castigo, es la igualdad para el mundo, en que todos somos desiguales en el rostro, en la estatura, en la inteligencia, en las virtudes y en los vicios, y hasta en el modo de nacer y morir; pues unos hombres nacen felices y otros laboriosamente, y unos mueren en dolores agudísimos y otros sin sentimiento ó de repente, de donde se ve que la igualdad, que tan mal se entiende y se predica, es contra las leyes de la misma naturaleza, que á todos nos ha hecho y nos mantiene desiguales (2).

Otro de los grandes filósofos cristianos que nos dió la España de Cárlos V y Felipe II fué FRAY DIONISIO DE VALTANAS, religioso dominico, que llegó á gran ancianidad, pero siempre dedicado á la composicion de libros de religion y de toda enseñanza científica.

En el de la *doctrina cristiana* (3) hay notabilísimos pensamientos, expresados con admirable libertad filosófica. Véanse algunos:

«El primer efecto de la ignorancia es, que el ignorante no procura salir de ella, ni busca remedio para quitar de sí tan gran mal.

»Más caro cuesta y más trabajos pasan los malos por el infierno que los buenos por el cielo.

»Más hizo Dios para mostrarnos su amor que para mostrarnos su poder y saber, porque más es estar enclavado Dios en la cruz y crucificado por amor de los hombres, que crear todo el universo.»

Cosa es, cierto, digna de notar: ántes que nosotros fuésemos nos amó Dios.

(1) *Libro de la vida y excelencias maravillosas del glorioso san Juan Baptista;* Barcelona, 1596.

(2) Los filósofos modernos italianos, al hablar de la igualdad, dicen unos, como Gallenga, que nada hay más liberticida que ella, pues destruye el individualismo, germen de toda existencia libre, y que la barbarie odia el cultivo y las plantaciones, así como el tártaro moderno, á semejanza del antiguo scita, no quiere otra cosa que campos desnudos, donde no halle obstáculos para las carreras de sus caballos y la impetuosidad de sus acometidas. Otros, como Mamiami, afirman que la libertad es una cosa grande y hermosa; que el más sagrado derecho es la igualdad ante la ley, pero que jamas Platon ni Mazzini encontraron una república que no hiciese distincion entre las clases cuerdas y las que no lo son.

(3) *Doctrina cristiana, en que se trata de lo que debe cada uno creer, huir, tener, obrar, desear, y qué cosa es Dios*, por fray Dionisio de Valtanas; 1555.

«Dios, á ningun precepto de los que nos dió es obligado, sino al de amor solo: sólo el precepto de amar á Dios sobre todas las cosas le obliga, y tanto, que si por imposible lo quebrantase, dejaria de ser Dios.

»De Adan aprendemos los hombres á desobedecer, de Eva á ser golosos, de Cain á matar, de David á adulterar, de San Pedro á blasfemar; aprendamos de Cristo á amar. Cuales son las escuelas donde estudiamos, tales son las ciencias que aprendemos. En la escuela del mundo aprendemos á loquear y á ser vanos; en la del demonio á mentir y á aborrecer, en la de la carne á lujuriar, en la de los hombres á ser mal sufridos, en la de Cristo á ser mansos y amigos unos de otros. Sola una vez leemos que Cristo en el Evangelio dijo «temed», y en lugar de una vez que dijo «temed», dijo más de treinta «amad.»

»Quien á sí no sabe amar, ¿cómo amará á su prójimo?

»Más falta hay hoy en el mundo de devocion y de espíritu que no de pan de doctrina. Ya está hoy cumplida la profecía. Llena está la tierra de la ciencia del Señor.

»No hay cosa más cara que la que por ruegos se compra.»

Recopiló las sentencias morales de los más doctos filósofos de la antigüedad, y deseoso de ilustrar á su siglo, escribió un tratadito con el título de *Concordancias de algunos pasos difíciles de la Escritura*, de que he visto várias ediciones antiguas, siendo la primera la de Sevilla (1555, 4.º).

Notabilísimos pensamientos se encierran en este libro, y por demas atrevidos algunos y sorprendentes por la novedad. Uno de ellos es el siguiente, sobre comunidad de bienes en casos de necesidad extrema:

«Item, dice san Lúcas que alabó el Señor al mayordomo de la maldad de prudencia, porque engañó á su amo. De donde parece que algunas veces es lícito hacer de su provecho con daño del prójimo. Lo contrario manda Dios en la ley: que nadie engañe al prójimo, como cuando está en necesidad ó cuando por algun artificio sofisticase una cosa, haciéndole parecer lo que no es, como hacen los alquimistas vendiendo oro sofisticado, que no es oro, por oro verdadero. A esto se responde que no alabó el Señor el hecho del mayordomo de maldad, sino la solercia y cuidado que tuvo para proveerse. Y en ningun caso es lícito tomar lo ajeno contra la voluntad del que lo posee, salvo si uno estuviese en extrema necesidad para morirse, que no tuviese otra parte de donde socorrerse sino tomando lo ajeno; que en tal caso no es hurto tomar lo que otro tiene, que tan suyo es del que está en extrema necesidad como del que lo posee, porque en caso de extrema necesidad todas las cosas son comunes. Verdad es que si el que está en extrema necesidad halla quien le preste trigo ó dineros para con que salga de la extrema necesidad, pecaria si hurtase; y si adelante, andando el tiempo, viene á tener con qué pueda pagar lo que le prestaron cuando estaba en extrema necesidad, obligado es á pagarlo. Tambien si uno fuese cierto que otro le es en cargo de una cosa y no la puede cobrar dél, ó porque no tiene testigos, ó porque el que se la debe piensa falsamente que no se la debe, ó ya que haya testigos y probanza para cobrar, no la puede cobrar sin enojos y sin perder el amistad, y con gastar dineros de su hacienda; este tal puede lícitamente (guardado escándalo y peligro de perjurarse) entregarse en otro tanto secretamente; y si sacasen carta de excomunion sobre aquello que falta en que él se entregó, no le ligaria, porque la excomunion no se saca sino contra el que burló ó tomó lo ajeno, lo cual no hace éste.»

Precedió VALTANAS á tantos como se han dedicado á concordar la *Biblia*. Pero lo que hay digno de llamar la atencion en este religioso español del siglo XVI es que aclara uno á uno, más con argumentos de razon que de autoridad, todos aquellos lugares más importantes y difíciles de la *Sagrada Escritura*, que han servido de base á los filósofos impíos franceses del último y presente siglo, así como el racionalismo aleman para combatir el cristianismo.

En 1864 manifesté, analizando el libro de Ernesto Renan, la *Vida de Jesucristo*, que ni uno solo de sus argumentos contra su divinidad eran nuevos; todos vulgares y antiguos, por lo cual presenté los juicios anticristianos de Celso, refutados victoriosamente por Orígenes.

Y en verdad que por más entusiasmo con que se vean en nuestro siglo las obras de esos filósofos, por más cándida admiracion que presten á sus raciocinios los que de filósofos presumen, y por más que crean sus escritos producciones maravillosas de la fuerza de la imaginacion, del poder de la ciencia y de la libertad del alma, superiores á la preocupacion y al fanatismo, los que algo estamos familiarizados con la antigua historia religiosa damos y darémos y seguirémos dando poquísimo valor á esos escritos, cuya vanidad tantas veces ha sido demostrada.

Cuando contemplamos, por ejemplo, á un doctor Strauss y á tantos otros, ya citados en este discurso, podemos decir y decimos como quien ve á un antiguo conocido: En tal siglo te llamabas Simon, en tal ciudad Carporas, en tal Celso, en aquella edad Porfirio, en esotra Juliano, Nestorio, Pelagio, Ciro, y no queremos recordar más nombres y tiempos á su presencia.

En cuanto á la forma insidiosa y suave con que combaten, confundiendo la verdad con la mentira, mezclando el ultraje con la alabanza, disfrazando el desprecio con apariencias de respeto hácia la persona y excelencia de vida de Jesucristo.

Los oráculos de Apolo y Hecates, citados, ó tal vez inventados por Porfirio, son los modelos que han servido á los racionalistas alemanes y á sus imitadores los franceses. San Agustin, al tratar de la filosofía de los oráculos de Porfirio, nos dice que unas veces la religion de Cristo no es á sus ojos más que una vana supersticion, que por medio de ritos falsos y abominables se obstina en celebrar las exequias de un Dios muerto, de un Dios condenado por jueces llenos de honradez y que cumplieron con sus deberes, entregándolo públicamente al más ignominioso de los suplicios; que otras veces en el mismo escrito emprende Porfirio la alabanza de Jesucristo, olvidando las injurias que se acaban de referir, bien así como si sus dioses hubieran ultrajado á Jesus durante el sueño, y al despertarse hubieran conocido su virtud y le tributasen el homenaje merecido; que este homenaje, sin embargo, será de nuevo seguido por el insulto, si no hácia su persona, por lo ménos hácia las de sus discípulos, lo cual para el caso venía á ser lo mismo. Jesucristo, decia el sofista prestando á los oráculos su propio pensamiento, Jesucristo era un hombre piadosísimo, á quien los dioses han colocado en la posesion de la gloria celestial, honrándolo con su más lisonjero sufragio; pero al mismo tiempo denunciaba á los cristianos como manchados; infames y presos en los lazos del error. Jesucristo para Porfirio era el más religioso de los hombres, y su alma, como las de los justos eminentes, ha sido destinada á la inmortalidad; pero esta alma purificada ha venido á ser una fatalidad y error para otras almas.

Hay, pues, que abstenerse de blasfemar contra él; pero hay que lastimarse del extravío de los hombres y considerar que la pendiente en que están de adorarlo como Dios es resbaladiza y peligrosa.

Al recordar este juicio de San Agustin nos parece estar leyendo libros alemanes y franceses del último y de este siglo, en que alternativamente se befa y se alaba á Jesucristo; es que ya se le llama impostor, ya se le coloca entre los semidioses, en que se califica de idólatras á sus discípulos, y sin embargo se alegan circunstancias atenuantes para justificar esta idolatría, atendida la aureola de gloria en que se presenta ese carácter sublime en que resplandece y sobresale lo divino (1).

Reproducen los filósofos racionalistas uno á uno los argumentos de sus antecesores; argumentos que probablemente no habrán leido, pero que reproducen fidelísimamente cual si fuesen todos inspirados por el mismo espíritu y siguiendo la voz del mismo maestro que los va dictando.

«¿Quién hay tan insensato que deje de ver que tales artificios se dirigen con las alabanzas dadas á Jesus al vituperio que se hace contra los cristianos, á fin de cerrarles por este medio el camino de la salvacion eterna, en el cual no se entra sino por el cristianismo? En efecto, Satanas y sus secuaces, cuya astucia se adapta á todas las formas con tal de que el mal se cumpla, no tienen embarazo en convertirse hasta en panegiristas de Jesucristo, si es un expediente más á propósito para apartar de él á los cristianos. ¿Qué importan las alabanzas dadas á Jesus, si estas alabanzas no traen consigo la salvacion de los hombres por Jesus? Tan cierto es esto, segun el modo que tienen de alabarlo, que quien creyera en él por la pintura que quieren hacernos no sería un verdadero cristiano, sino un hereje de la escuela de Fotino, venerando en Jesucristo, no á Dios, sino al hombre, extraño, por consiguiente, al beneficio de la redencion, y de todos modos incapaz de evitar ni romper los lazos del espíritu de la mentira.»

VALTANAS supo concordar los pasos más difíciles de las escrituras, y presentarnos una serie de objeciones al sagrado texto, que resuelve con alto criterio cristiano y con la más clara y docta filosofía. Véanse algunas ligeras muestras de la verdad de mi juicio.

«Item, preciándose nuestro Redentor, y siendo tan amigo de verdad, ¿cómo maldijo á la higuera que tenía solas hojas sin fruta, y por Marzo no era tiempo de frutas? A esto dice que Cristo,

(1) Véase sobre esto el magnífico *Mandamiento sinodal* del señor Obispo de Poitiers.

con hambre verdadera, y no falsa, que de los ayunos tenía, ó con hambre voluntariamente asumta, fué adonde estaba la higuera, no para comer higos, sino para darnos á entender cuánto aborrece la hipocresía y cuánto le descontentaba el pueblo de Israel, y en todo esto ninguna falsedad hubo.

»Item, dice San Juan que no amemos el mundo. Lo contrario dice el mesmo en el Evangelio cuando dice que Dios hizo al mundo, y todo lo que Dios hizo es amable y no es pecado amarlo. A esto dice que este término *mundo* significa la vida mundana, que es la que hacen los perdidos en este mundo, dándose á vicios y á pecados, y tal mundo como éste es de huir y de aborrecer. Significa tambien la compostura y órden que tienen los elementos entre sí, y este mundo es criatura de Dios y amable.

»Item, manda Dios en su ley que demos de comer al que ha hambre. ¿Cómo dice el Apóstol que al que no trabajáre no le demos de comer? A esto se dice que cuando uno sano y recio se da al ocio y no quiere trabajar, y por esto no tiene qué comer, tanto es como el que tiene el pan en la mano y de pereza ó de antojo no lo quiere llegar á la boca, y por esto se muere de hambre; y así como al uno no somos obligados á dar de comer, tampoco al otro.

»Item, dice nuestro Redentor: Todos los que buscan me hallan. Lo contrario dice el mismo hablando con los fariseos. Buscarme heis y no me hallaréis; y de la esposa se dice en los *Cánticos* que buscó á Dios y no lo halló. A esto se dice que los que buscan á Dios para servirle lo hallan; pero los fariseos no lo hallaron, porque lo buscaban para matarlo; y lo mismo se ha de decir á Heródes, que lo buscó para matarlo, y por esto no lo halló. La esposa no lo halló porque lo buscó en su lecho; si lo buscára en la cruz y en la penitencia halláralo, y no en el regalo de la cama.

»Item, mándanos nuestro Redentor por san Mateo que amemos y no aborrezcamos á nuestros enemigos. Lo contrario se dice que hizo David, santo varon, que se parecia que aborresció á los malos, y que los aborresció con ódio perfecto. A esto se dice que en el enemigo y en el pecador tres cosas podemos considerar, conviene á saber: su naturaleza, que es hombre, lo segundo la culpa, lo tercero la pena á que se obliga por ser pecador. Si consideramos al enemigo cuanto á su natura, habémoslo de amar, y así se entiende lo que dice San Mateo. Si lo consideramos cuanto á la culpa, debémoslo aborrecer, y sería gran culpa amarlo; si lo consideramos cuanto á la pena que se le ha de dar, debemos compadecernos dél, como Cristo nuestro Dios que lloró sobre Jerusalen.»

Bastan estas muestras para dar una idea de la importancia filosófica de nuestros escritores ascéticos en aquel y en el siguiente siglo, tantos y tan notables como los ya citados, y otros tan merecedores de recuerdo y estima como el maestro Alejo de Venegas, Agustin Nuñez Delgadillo, Fonseca, Lorenzo de Zamora, fray Diego de Estella.

Resplandeció por este tiempo la sabiduría del PADRE FRANCISCO SUAREZ, jesuita granadino, llamado el *Príncipe de los escolásticos*, y tambien el *Doctor Eximio*. Escribió de metafísica, de la Trinidad, de los Angeles, del alma, de la divina gracia, de la fe, de la esperanza y de la caridad, de la verdadera inteligencia del auxilio eficaz y de su concordia con el libre arbitrio, de leyes, y de otras materias, especialmente en análisis de obras de santo Tomás de Aquino.

Sus libros todos están llenos de ingeniosas y sólidas reflexiones y de respuestas felicísimas á las dificultades contrarias. No sólo se servia de las armas de la autoridad para la defensa de su tésis. Recuerdo que hablando del misterio de la Concepcion inmaculada de María, despues de allegar cuantos argumentos de autoridad le sugirió su mucha ciencia, no hubiera quedado plenamente satisfecho de su empeño si no hubiese pasado de la autoridad á la razon para complemento de su defensa.

Aventajóse SUAREZ á sus contemporáneos en el conocimiento y la ampliacion de la *Suma teológica* de santo Tomás.

Fué ademas uno de los escritores políticos más notables de su siglo. Su tratado *De Legibus ac de Deo Legislatore* (Leon de Francia, 1619) es un tesoro de sublimes y acertados pensamientos.

Un caballero catalan, DON JOSÉ SETANTI, docto en filosofía y hombre de vivaz ingenio, escribió *Centellas de varios conceptos*, en prosa, y ademas, en versos sueltos, unos aforismos que intituló *Avisos de amigos*.

Todos se publicaron en Barcelona con los aforismos que, sacados de la historia de Tácito para la conservacion y el aumento de las monarquías, dejó ordenados en lengua castellana el célebre doctor Benito Arias Montano.

De la oportunidad de las *Centellas de varios conceptos* puede juzgarse leyéndolas en el presente libro: de los *Avisos de amigos* bastarán á dar alguna idea los siguientes:

Por el bien de tu patria vive en ella,
Y sírvela á pesar de los ingratos.

Jamas trabaja en vano el virtuoso;
Que la virtud es premio de sí mesma.

Será el gobierno público ordenado
Si pocos mandan y obedecen muchos.

Mal se ordena ciudad desordenada
Con los que fueron causa del desórden.

La utilidad comun ha de buscarse,
Aunque sea vertiendo sangre humana.

¿De qué sirve pintar un buen gobierno,
Si el tiempo airado lo despinta y borra?

Rijan los hombres ricos el dinero,
Y los prudentes el gobierno público.

Trocádose han las cosas de manera,
Que nos parece fábula la historia.

Con razon ó sin ella nos quejamos
Del presente gobierno por costumbre.

Lo que de igual á igual se dice agravio,
De mayor á menor se llama fuerza.

Son las demandas de entre amigos, ruegos,
Los ruegos de señores, mandamientos.

O vive en un desierto solo y pobre,
O sigue de los tiempos la corriente.

Al que para hacer mal te ofrece manos,
Procura dar del pié sin que lo sienta.

Lo que deseas con hervor, procura
De emprenderlo con pecho sosegado.

Por más que traiga el tiempo cosas nuevas,
Dejarás de admirarte si te acuerdas.

Corren las novedades tan apriesa,
Que se encuentran las unas con las otras.

De los que mandan como reyes teme,
Porque la real benignidad les falta.

Deja tú al que los vicios van dejando
Ya, de pura vejez, y él no los deja.

Limita los deseos de manera
Que no pueda engañarte la esperanza.

Con tan viva fe se cultivaba la filosofía en la España de fines del siglo XVI y principios del XVII.

Todas estas citas y todos estos recuerdos son pruebas irrefragables de lo que vale nuestra civilizacion, por más que muchos autores extranjeros, con ignorancia absoluta de nuestras cosas, nos arrebaten glorias. Una de ellas es la de afirmar que el famoso filántropo inglés Tomas Clarkson, promotor de la abolicion de la esclavitud de los negros en Inglaterra, *fué el primero, el primero*, entiéndase bien la frase, que, en su *Ensayo de la esclavitud y el tráfico de la especie humana*, descorrió el velo que ocultaba las inauditas barbaridades que se estaban cometiendo en el comercio de los negros. Tal afirma Virey en la *Historia natural del género humano.*

Clarkson nació en 1761, y desde 1627, en que el P. Alonso de Sandoval, natural de Toledo y jesuita, publicó en Sevilla, en lengua castellana, una obra con el título de *Instauranda ætiopum salutem*, tratado de cómo se ha de restaurar la salvacion de los negros, todos los argumentos, las observaciones todas que Clarkson dió como nuevas, todas, y algunas más muy importantes, habian sido expuestas á la caridad cristiana.

Cotéjese lo que Clarkson escribió y reprodujo Virey, con lo que el padre Sandoval habia publicado ciento cuarenta ó más años ántes. Habla primero de la manera de sacar los negros:

«Esta variedad de rescates me ha hecho reparar mucho en este negocio, y tambien el haber visto cuán inquieta traen la conciencia muchos destos armadores. Uno me dijo en toda puridad que no sabía cómo sosegar, porque tenía la conciencia inquieta acerca del modo como traia aquellos negros, por parecerle la habia en Guinea encargado en el que habia tenido en adquirirlos. Otro, que trajo al pié de trescientas piezas, me dijo otra vez casi lo mesmo, y añadió que tenía por cierto no habria entre los negros la mitad de las guerras que habia si supiesen no habian de ir los españoles á rescatarles negros. Otra vez me envió á llamar uno destos armadores, que traia algunos negros, estando enfermo, para que le resolviese cierto caso de conciencia, y ya resuelto, le pregunté qué sentia del modo del cautiverio de los negros que venian de Guinea: respondióme, dando juntamente gracias á Dios porque él no traia sino pocos, y á su entender con buena conciencia; pero que no podia dejar de sentir mal de lo que habia visto pasar en algunos navíos, y era el ver que salian algunas veces de las naves por cautivos aquellos que entraban libres; y otras veces via que aguardaba el capitan á entregarse de algunos negros, que compraba otros negros, á media noche y á escondidas, y comprados á menor precio.»

Por demas ingeniosa es la respuesta que dió el padre Sandoval á una consulta que le hizo un cargador de negros. Véase aquí:

«Digo que se llegaron una vez dos armadores de Angola á consultarme un caso, queriendo saber de mí si era lícito el modo como traian cautivos sus negros; y si la razon que daban era fuerte, porque ellos entre sí estaban desconformes, y querian asegurarse con mi parecer. Oíles y respondíles. El caso propuesto fué: Padre, yo voy por negros (pongo por ejemplo) á Angola, paso en el camino grandes trabajos, gastos y muchos peligros, al fin salgo con mi armazon, séanse los negros bien habidos, séanse mal. Pregunto: ¿satisfago yo á la justificacion deste cautiverio con el trabajo, expensas y peligro que tuve en ir y venir hasta llegar á poderlos vender en tierra de cristianos, donde lo quedan siendo, que allá quedan gentiles toda su vida? Respondíle: Vaya vuestra merced desde aquí á San Francisco, que está algo léjos, y en llegando corte el cordel de la lámpara y llévesela á su casa, y si cuando la justicia le prendiere por ladron y le quisiere ahorcar (como el otro dia ahorcó á otro que habia hurtado la de Santo Domingo), le dejáre por decirle que no hurtó la lámpara, sino que la habia tomado para satisfacer con ella el trabajo que habia pasado en ir de aquí allá por ella; si por esta razon, como digo, la justicia aprobáre la justificacion de su trabajo y no le castigáre, diré que trae con buena fe sus negros, y que la razon en que se funda es buena.»

La pintura que el padre Sandoval hace de la cargazon de los negros es exactamente igual á la de Clarkson, y quizá escrita con más vehemencia:

«Cautivos estos negros con la justicia que Dios sabe, los echan luégo en prisiones asperísimas, de donde no salen hasta llegar á este puerto de Cartagena (de Indias) ó á otras partes. Llámanlos, si son cantidad de trescientos, cuatrocientos, quinientos y áun seiscientos, y más, con que puedan llenar su navío, *armazon* y *armazones*..... y si es cargazon de pocos negros, se llama *lote*. Juntos, pues, y cautivos, si es en Angola, los suelen llevar, porque no se huyan, á la isla que dijimos de Loanda, donde están seguros hasta que se embarquen; y si son de los rios de Guinea, en lugar de la isla, aseguran sus piezas ó armazones con aprisionarlos á todos con unas cadenas muy largas que llaman corrientes, y con otras crueles invenciones de prisiones, de las cuales no salen en tierra ni en mar, hasta que se desembarquen en alguna parte adonde los llevan. Y como en la isla de Loanda pasan tanto trabajo, y en las cadenas aherrojados tanta miseria y desventura, y el mal tratamiento de comida, bebida y pasadía es tan malo, dales tanta tristeza y melancolía, juntándoseles la viva y cierta persuasion que traen de que en llegando han de sacar aceite dellos ó comérselos, que vienen á morir desto el tercio en la navegacion, que dura más de dos meses; tan apretados, tan asquerosos y tan maltratados, que me certifican los mismos que los traen que vienen de seis en seis con argollas por los cuellos en las corrientes, y estos mismos de dos en dos con grillos en los piés, de modo que de piés á cabeza vienen aprisionados; debajo de cubierta, cerrados por defuera, do no ven sol ni luna, que no hay español que se atreva á poner la cabeza al escotillon sin almadiarse, ni á perseverar dentro una hora sin riesgo de grave enfermedad. Tanta es la hediondez, apretura y miseria de aquel lugar. Y el refugio y consuelo que en él tienen es comer, de veinticuatro á veinticuatro horas, no más que una mediana escudilla de harina de maíz ó de mijo ó millo crudo, que es como el arroz entre nosotros, y con él un pequeño jarro de agua, y no otra cosa, sino mucho palo, mucho azote y malas palabras. Esto es lo que comunmente pasa con los varones, y bien pienso que algunos de los armadores los tratan con más benignidad y blandura, principalmente ya en estos tiempos. Con este regalo, pues, y buen tratamiento llegan hechos unos esqueletos; sácanlos luégo en tierra en carnes vivas, pónenlos en un gran patio ó corral, acuden luégo á él innumerables gentes, unos llevados de su codicia, otros de curiosidad, y otros de compasion, y entre ellos los de la Compañía de Jesus, para catequizar, doctrinar, bautizar y confesar á los que se vienen actualmente muriendo, dispónenlos para la Extrema Uncion, negocian se le traiga y dé. Y aunque ponen en acudir con tiempo todo su cuidado, siempre hallan algunos ya muertos sin los Santos Sacramentos, y otros que apénas los alcanzan; van cargados de paños con que cubrirlos decentemente, porque sin ellos parecerian muy mal á los ojos castos; y tambien les llevan algun dulce y regalo con que acariciarlos y aficionarlos así en órden á las cosas de Dios. Si en este lugar los sanos no enferman, todavía es de algun refrigerio la vida del tiempo que están en él, por ordenarse á engordarlos para poderlos vender con más ventajas; mas como los pobres han padecido tanto, nada basta para que no enfermen muchos en llegando; ántes la mesma abundancia, que cualquiera es grande

despues de tan larga hambre, ayuda al mal, que en breve, como si fuera peste, así se enciende por toda la armazon, que tienen bien en que ejercitar la paciencia sus amos si son pobres, porque éstos los suelen curar y regalar, y si son ricos, ó los negros de encomienda, su grande inhumanidad, entregándolos á impíos ó crueles mayordomos, á causa de sus graves negocios y ocupaciones, con lo cual la casa y armazon á pocos dias está hecha un hospital de enfermos, de donde se puebla el cementerio de muertos, acabando unos de cámaras que les dan crueles, de dolor de costado, de recias calenturas, otros de viruelas, tabardillo y sarampion, y de un mal que llaman de loanda, incurable, con que se les hincha todo el cuerpo y pudren las encías, de que suelen morir de repente, el cual mal se les engendra, parte en la isla (de que la enfermedad toma esté nombre), parte con los malos mantenimientos. Y causa gran lástima y compasion ver tanto enfermo, tan necesitados, con tan poco regalo y agasajo de sus amos, pues los dejan de ordinario por los suelos, desnudos y sin abrigo ni amparo alguno, y ahí se están y ahí miserablemente suelen perecer, sin que ni de sus cuerpos ni de sus ánimas haya quien se duela, que se duda con mucho fundamento si es la causa de su muerte su gran desamparo ó sus enfermedades. Buena prueba será desto lo que con mis ojos veia y lloraba: en algunas casas destos señores de armazones hay unos grandes aposentos, todos rodeados de tablas, donde dividiendo los hombres de las mujeres, encierran de noche para dormir á toda esta gente, apareciendo á la mañana tales cuales los habrian puesto gente tan bestial. Estos lugares, pues, tenian diputados, sin remedio alguno, para los desahuciados; allí los arrojaban, y entre aquella miseria y desventura se lamentaban, y allí finalmente, comidos de moscas, unos encima de los tablados, otros debajo de ellos, morian. Acuérdome que vi una vez, entre otras muchas, dos ya muertos, desnudos en carnes en el puro suelo como si fuesen bestias, las bocas hácia arriba, abiertas y llenas de moscas, cruzados los brazos como significando la cruz de condenacion eterna que habia venido por sus almas por haber muerto sin el santo sacramento del Bautismo, por no haber llamado quien se lo administrase; y si me admiré de verlos así muertos con tanta inhumanidad, no me la causó menor ver el modo que tuvieron en amortajarlos, que es comun en todos: buscaron la estera que más habia servido, y en ésta envolvieron y arrojaron á un rincon los cuerpos hasta que vinieron á enterrarlos: y esto hacen despues que tratan de alguna policía, que antiguamente así se los dejaban desnudos en los patios, en los corrales, en los rincones, donde les cogia la gravedad de la enfermedad, sin poderse bullir de un lugar; y así encontré una vez á otro muerto detras de la puerta de la casa, lugar bien asqueroso, y otro arrojado en medio de la calle aguardando que le llevasen á enterrar, con la mortaja que su madre le parió, cosa que á cuantos pasaban admiraba y escandalizaba. Sería nunca acabar si quisiera referir lo que cerca desto pudiera, pero no puedo dejar de rematar este punto con una cosa que me causó pasmo. Habia dias que iba disponiendo á uno destos pobres para que muriese en el Señor, y yéndole á ayudar á morir le hallé ya que habia espirado en medio de un patio donde concurria mucha gente: estaba desnudo, tendido boca abajo en el suelo, cubierto de moscas, que parecia se lo querian comer, y allí se lo dejaban, sin hacer más cuenta dél que si fuera un perro: rogué y pedí á quien tenía el cargo cubriesen aquel cuerpo y lo hiciesen poner con la decencia que á cristiandad convenia; lo que hicieron fué quitar á otro pobre que se estaba muriendo allí cerca una media esterilla que su ventura le habia deparado, y con ella cubrir el difunto, dejando al otro descubierto.

»Éstas son, pues, las armazones, ésta la necesidad destos pobres negros, éste es el empleo á que estos pocos y mal limados libros van enderezados. Plega al Señor que así como mi deseo es bueno, y en esto le pretendo agradar, así se embeba en mis palabras, para que peguen fuego y enciendan los corazones de los que los leyeren, animándose á hacer bien á pobres que tan poco socorro tienen. Y cuando para esto no sirvan, servirán de fiscal contra mí si en algun tiempo me cansáre de procurarles su salvacion, poniendo desde ahora delante de los ojos é imprimiendo en el corazon aquella verdaderísima sentencia de Salomon: *Qui mollis et dissolutus est in opere suo, frater est sua opera discipantes:* hermanos son el que deshace lo que hace y el que no hace lo que dice.»

Hasta aquí he creido conveniente consignar algunos pasajes que prueban de un modo indubitable que Clarkson no fué el primero en descorrer el velo que ocultaba las inauditas barbaridades cometidas en el tráfico de los negros. Bien es consignar igualmente que las teorías de Virey, Figuier y otros, referentes á que el negro es una degeneracion del mono, así como las de Hume Meniers acerca de la inferioridad de éstos con respecto á los blancos en cuanto á las facultades

intelectuales, no tienen en oposicion las del célebre obispo Gregorio, el doctor Beattie y Clarkson, que sostienen que el negro en nada es inferior al blanco.

El PADRE SANDOVAL habia escrito en 1627, ademas de lo que se deja trasladado, lo siguiente acerca de la capacidad intelectual de los negros:

« Y si todos estos males, que habemos dicho tienen asiento en los hombres por serlo, claro es que ternán mayor cabida en los miserables negros, cuya suerte, por ser de esclavos, dijo agudamente aquel poeta tan celebrado de los griegos, Homero: *Dimidium mentis Jupiter illis aufert, qui servituti subiecti sunt:* que parece que Dios, hablando á su estilo, habia quitado la mitad del entendimiento á los esclavos (yo áun añado, considerando el grande mal que es ser esclavo de señores de armazones, que para poderlo sufrir lo habian de tener quitado del todo), no porque se haya de creer que tienen ménos perfectas almas que los muy libres, sino porque la misma vil condicion del cuerpo embaraza el entender del alma, y entienden como si tuvieran medio entendimiento, y apetecen como si tuvieran mil apetitos. Y de aquí es que crezca su miseria, porque á quien tiene oscurecida la luz, ¿qué no le falta? sino es que digamos que en todo fué providentísima, como siempre lo es, la divina Bondad, que quiso que estos esclavos tuviesen poco entendimiento por quitarles el sentir, que se funda mucho en la delicadeza dél y del temperamento. O digamos tambien que al paso que mengua en los esclavos el entender, crece la obligacion en los señores de ser entendidos en lo que al esclavo importa, así para el bien del cuerpo, como principalmente del alma, que es otra providencia de Dios bien de ponderar, y que deben mirar mucho los señores de esclavos porque lleven de camino este aviso, y saquen de aquí que si el esclavo tiene solamente medio entendimiento, el amo ha de tener entendimiento y medio, el entero para sí, el medio con que supla la otra mitad que le falta á su esclavo.»

. . . .

« De la estima que Dios nuestro Señor, la Iglesia católica, el Papa, los Reyes de Castilla y Portugal y la Compañía de Jesus han hecho de los negros, no sólo de los de Etiopía, sino muy particularmente de los de Guinea, Congo y Filipinas, y otras partes, en órden á su conversion y salvacion, echarémos de ver que tienen la capacidad en quien todo esto cabe, pues fueran fustráneos tantos medios si ellos fueran incapaces dellos, y tiempo perdido administrarles los Sacramentos, darles noticia de la ley de Dios, si ellos no la entendieran. No es esto en manera alguna tiempo perdido, ántes el más ganado en que se puede un obrero ejercitar; y sentir lo contrario, fundándose en la incapacidad, es sin duda falta de celo de la salud y remedio de almas tan necesitadas, pues con poco que con ellas se trabaje, bastará para la obligacion que tienen de saber y entender las cosas del cielo; pues es cierto que Dios obliga conforme á la capacidad que tienen, y no es bien juzgar por incapaz al que lo es para entender lo que otro de grande entendimiento fuera obligado á saber, pues el Señor á cada uno pedirá cuenta conforme al talento que le dió. Y los que así hablan, y dicen que esta gente es bárbara y rústica, en quien dificultosamente se puede hacer fruto, sería razon que se acordasen que estos mismos que ahora llaman incapaces de la fe, eran á quienes fueron los Apóstoles á predicar, sin que entónces tuviesen más claros y agudos los entendimientos que ahora los tienen. Pues si los sagrados apóstoles y demas varones apostólicos halláran ser gente tan bárbara y tuvieran por perdido el tiempo que gastaron en predicarles, no les fueran á dar noticia del Evangelio. Y si á la obstinacion y rusticidad de los españoles hubiera de mirar el glorioso Santiago el Mayor, como acabamos de decir, nunca les viniera á predicar el Evangelio. »

En confirmacion de las acertadas observaciones del PADRE SANDOVAL, existe el recuerdo de los generales Toussaint Louverture, Cristofle y Desalins, reconocidos por los adversarios de la claridad de la inteligencia de los negros como hombres no vulgares.

Blunenbak nos ha trasmitido una lista de nombres de negros célebres por su talento y ciencia, entre ellos Santiago Captain, cuyos sermones y tratados teológicos, escritos unos en lengua latina y otros en la holandesa, son sumamente notables.

Dícese á esto por los impugnadores que tales ejemplos, por muchos y varios que sean, no pasan de excepciones; pero tambien son excepciones en la raza blanca los varones insignes en todos los ramos del saber humano, siendo la mayoría de ella sujeta á la ignorancia y escasa de grandes facultades intelectuales, no obstante los beneficios de la educacion primera, de la libertad y de la civilizacion de la sociedad en que viven.

Tal es una parte de lo que filosófica y cristianamente trató el jesuita SANDOVAL acerca los ne-

gros, con gran libertad de espíritu y no menor celo del bien, precediendo á modernos sabios extranjeros.

Y no fué solo él: tambien contra la esclavitud y la manera de adquirir los negros, y contra las guerras injustas y señorío de los reyes habló el PADRE DOCTOR LUIS DE MOLINA en su famoso libro de la *Gracia y el libre arbitrio* (1).

LUIS DE MOLINA, cuyas obras tantos adversarios tuvieron y á quien se acusó hasta de pelagiano ó semi-pelagiano, calificándose de *molinistas* á sus discípulos, no en son de alabanza, sino de vituperio, por la saña de la parcialidad opuesta, fué uno de los varones más eminentes de su siglo, y de más vigoroso entendimiento. Sus obras, tras una oposicion tenacísima de muchos autores, lograron completa aprobacion del papa Paulo V.

Inventó MOLINA un sistema para conciliar la eficacia de la gracia divina con la libertad del hombre. A este sistema llamó *la ciencia media*, presentando á nuestra limitada mente la virtud divina de la gracia bajo clarísimo aspecto. Hasta entónces, segun Cayetano de Brescia (2), no habia sido encontrada por los teólogos la manera de conciliar católicamente el libre arbitrio con ella, alejándose de los errores de Pelagio y de Lutero.

Mas ántes de dejar á nuestros escritores ascéticos, no puedo ménos de recordar al gran PEDRO DE RIBADENEYRA, jesuita insigne. Su tratado de la *Idea de un príncipe cristiano* se dirige á impugnar las ideas de tiranía que esparció Machiavelo en su libro del *Príncipe*, en que no lo guía por el camino recto al templo de la virtud y del honor, segun decia Justo Lipsio. El doctísimo y elocuente obispo portugues, Jerónimo Osorio, ya en 1536 habia impugnado á Machiavelo en su opinion que el cristianismo habia apocado los ánimos en los pueblos que lo profesaban.

Asimismo escribió RIBADENEYRA un tratado de la *Tribulacion*, que encierra tesoros de gran filosofía. Un autor frances del último siglo (Desessarts) decia, hablando de uno y otro libro, que tienen verdadera elocuencia, y que el autor se formó con la lectura de Marco Tulio Ciceron, y que es uno de los pocos que han logrado imitarlo felizmente (3).

No creo de este lugar el exámen de los escritos de Miguel Servet, que publicó tratados contra el dogma de la Trinidad. A su tiempo hablaré de él en mi *Historia de los protestantes españoles*, que de nuevo escribo. Sus libros no son conocidos, y por tanto, no pueden apreciarse bien sus razonamientos filosóficos, ni ménos la importancia que pueda tener el nombre de Servet en la historia de la filosofía española. La sábia Europa reconoce que Miguel Servet sospechó el primero el fenómeno de la circulacion de la sangre pulmonal, así como Cesalpino habia presentido la arterial.

En corroboracion de la gran inteligencia de los españoles, y de su espíritu filosófico, debo llamar la atencion sobre PEDRO DE VALENCIA, cronista que fué real, amigo grande del famoso pintor Pablo de Céspedes, y á quien éste dirigió un discurso de la comparacion de la antigua y moderna pintura y escultura. PEDRO DE VALENCIA habia hecho particulares estudios de escritores griegos y latinos.

Compuso PEDRO DE VALENCIA algunos tratados importantes; la mayor parte permanece inédita. Uno de sus escritos es un *Discurso acerca de los cuentos de las brujas* (4). Emprendió este trabajo por encargo del célebre cardenal arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, Inquisidor general y protector de Miguel de Cervántes Saavedra. La ocasion de ello fué el auto de fe celebrado en 1610 en Logroño contra la secta de los brujos.

Examina con gran criterio filosófico PEDRO DE VALENCIA el asunto: remóntase á los antiguos tiempos y enumera análogas supersticiones con gran erudicion y libertad de ánimo. En su empresa ha precedido al Conde de Résie (5), en juzgar con recta razon la secta de los brujos.

Creia PEDRO DE VALENCIA, como resúmen de sus advertencias para amparo de los inocentes acusados, «que se debe examinar lo primero si los reos están en su juicio, ó si por demoniacos ó me-

(1) «Concordia liberi arbitrii cum gratiæ donis divina præscientia, prudentia, prædestinatione et reprobatione.» Lisboa, 1588 y 1589.

(2) *Osservazioni critico-theologiche*, 1783.

(3) *Bibliothèque d'un homme de gout:*
«RIBADÉNEIRA (Pierre).—L'Espagne le compte parmi les orateurs célèbres. Ses traités philosophiques du *Prince* et des *Tribulations* sont remplis d'une véritable éloquence. On sent à chaque pas que l'auteur s'était formé à la lecture de l'orateur romain, et il est peu d'écrivains qui aient su l'imiter aussi heureusement.»

(4) MS. de la Biblioteca Nacional.

(5) «Histoire et traité des sciences occultes, ou examen des croyances populaires sur les êtres surnaturels, la magie, la sorcellerie, la divination.» Paris, 1857.

lancólicos ó desesperados han salido de él. La apostasía en tan desvariada manera, como ahora dijimos sin pretexto de verosimilitud ni engaño, parece más de locos que de herejes, y que se debe curar con azotes y palos más *que con infamias ni sambenitos.* »

Consideraba que en la secta de los brujos habia mucho de obscenidades, y que á ellas se dirigia especialmente.

Termina su discurso con este gran consejo: « Convendria que cuando los reos van á declarar aquellas sus monstruosidades de vuelos y trasformaciones y lo demas, que no sean oidos ni tenidos por confitentes, sino por negantes, que *dicen de propósito disparates increibles para encubrir la verdad y porque los dejen, y porque desde la primera es muy propio á las mujeres, y á los hombres como á ellas,* alegar por excusacion y para aligerar sus culpas *Serpens decepit me*: «El diablo me engaña, combatiéndome con tan extrañas y fuertes máquinas como las que digo, y así no es mucho que me haya rendido.» Puede ser que el pacto sea entre ellos (los brujos y las brujas) y que estén de acuerdo de confesar siempre tales cosas *ántes que lo cierto,* pues se conforman tanto; y este modo de entender no excluye los beneficios ó benéficos, ni las unciones para dormir y soñar. »

Tan acertada y despreocupadamente escribia PEDRO DE VALENCIA en 1610. En Francia é Inglaterra más severamente eran tratadas las supersticiones de los brujos. En España á nadie se quemaba por ello, sino se les imponian otros castigos, severos sí, pero no de este género de crueldad. Gauffridi fué quemado vivo el año de 1611, Urbano Grandier en 1634 (1). En Inglaterra y los Estados-Unidos, hasta mitad del siglo XVIII, se presenciaron espectáculos de quemas de brujos.

El talento de un español como PEDRO DE VALENCIA fué el que primero puso en su verdadero punto de vista lo que la secta de la brujería significaba y del modo con que debia tratarse á sus sectarios, empleando con ellos medios ménos rigorosos todavía que los que la Inquisicion de nuestra patria empleaba para castigarlos.

Si pudiera formarse un volúmen de pasajes filosóficos de nuestros numerosísimos escritores ascéticos, se veria la gran fuerza de su raciocinio y sus profundos estudios en todo género de ciencia, superiores muchas veces á los de otros hombres eminentes extranjeros. ¿Quién puede con razon poner duda en que Franklin era un talento eminentísimo? Y sin embargo, Franklin, como otros muchos sabios, se engañaba en sus juicios filosóficos, no por falta de genio y de profundidad, sino porque con el genio no podia suplir para el acierto en más de una ocasion el estudio de algo más de las ciencias exactas. Algunas veces suelen imaginar los que á ellas con más ardor se dedican, que sus raciocinios en cosas ajenas á ellas llevan consigo toda exactitud. Franklin, por ejemplo, tratando de la humildad nos dice: « *Imitad á Jesus y á Sócrates.* » Y este consejo, que es la resulta de un juicio comparativo, no puede ser más erróneo.

En cuanto á la humildad de Jesus, claro es que Franklin habló con rectitud de razon. Recuerdo á este propósito aquello de que atónito san Pablo conjura á los primeros fieles de Corinto á hacerse dignos discípulos de las doctrinas de Cristo, no por las espinas, sino por los clavos, no por la cruz, sino por la modestia de Cristo.

El apóstol san Pablo casi casi se olvidó de las demas incomparables prendas del Redentor, por lo cual, queriendo impetrar de los corintios el cumplimiento de aquellos tan difíciles consejos, los excitó á que se redujesen á la exacta observancia de ellos, no por el destierro en que vivió, no por la oficina humilde en que trabajó hasta treinta años, no por la abstinencia de cuarenta dias enteros, no por todo lo demas de su pasion, sino por aquella totalmente divina modestia y mansedumbre con las que dejó á los que lo habian de seguir un prototipo de santificar á los que los escuchasen, y de conmover á los que los viesen dedicados á la práctica de sus virtudes.

« Imitad á Jesus. » Comprendo este consejo de Franklin; pero no comprendo el de « Imitad juntamente á Jesus y á Sócrates. » Ya en cierta ocasion manifesté el error de los que comparan á Sócrates y á Jesucristo, fundándose en filosóficos argumentos, que de seguro son los mismos que en su libro *Aprovechamiento espiritual* compuso el padre Francisco Arias, de la Compañía de Jesus.

Véase una anticipada refutacion á lo que Franklin dijo de « Imitad á Jesus y á Sócrates », tratando de la humildad:

« Sócrates, dice, fué el más famoso en virtud y sabiduría moral de todos los filósofos de Grecia, á

(1) Sobre estos y otros procesos de brujos en Francia, véase la obra de Michelet, *La Sorcière.*

quien todos tenian por oráculo, y de quien dice Platon, su discípulo (*in Phaedone*), estas palabras: «Fué varon sapientísimo y justísimo, y el mejor de cuantos conocimos. Éste se mortificaba, que sufria frios, andaba descalzo por la nieve, poníase en el campo en un lugar, pensativo, y estábase quedo en él, desde una mañana á otra, sin menearse de allí: sufria hambre, sufria las mujeres que tenía, que lo deshonraban y le tiraban cosas inmundas, y lo disimulaba. Contentábase con poco, tenía el vestido viejo y roto. Alababa mucho la mortificacion, diciendo que los deleites se habian de huir y que no se habia de comer hasta hartar, ni manjares delicados, y que la bebida habia de ser la primera que el hombre hallára, sin buscar ni esperar otra. Y que los que esto hacian, que se contentasen con cosas pocas, eran muy cercanos y semejantes á los dioses.» Todo esto dice de Sócrates Platon; y Diógenes Laercio:

«Que esta mortificacion de Sócrates, por ser sin la gracia de Dios, no le sanase la naturaleza, ni le mitigase con eficacia las pasiones, ni le quitase el desórden dellas, sino que se las dejase vivas y desordenadas, vese claramente porque en otras cosas y en otros tiempos donde le faltaba el objeto de la honra humana, se mostraba muy apasionado y hacia grandes desconciertos. Si algunas veces sufria la hambre y la sed, otras muchas era destempladísimo, porque le acontecia estarse toda la noche entre las copas del vino, y estando los otros cansados y con deseos de irse á dormir, él no se cansaba, sino se estaba bebiendo. Así lo afirman autores antiguos, que sigue Teodoreto; y Platon lo confiesa en un diálogo, diciendo dél, cuando se asentaba á la mesa, si le costreñian que bebiese, bebia más vino que todos; y era (dice) cosa admirable, que con todo esto no se embriagaba. Y si algunas veces sufria los males que le hacian, otras era muy airado y furioso, y aunque cuando estaba sin enojo hablaba sabiamente, mas cuando estaba enojado hablaba torpe y desordenadamente; así lo dice Porfirio, que fué platónico, y lo confirma con el testimonio de Aristoxeno, que escribió la vida de Sócrates. Y cuando sufria, descubria que lo hacia por vanidad, porque como cuenta Diógenes Laercio, hiriéndole uno con el pié, admirábanse algunos de que sufria esto, y respondió: ¿Pues qué habia de hacer si un jumento me diera una coz? ¿Habia por esto de traer pleito con él? Dando á entender que sufria al que lo habia herido, porque lo tenía en poco. Y cuando sufria á sus mujeres, él daba la causa de que lo injuriasen, porque viendo que reñian entre sí no las ponia en paz, sino estábaselas mirando, riendo y burlando dellas, y por esto se volvian enojadas contra él. Descubrió tambien su vanidad y soberbia, porque, como cuenta Platon, él decia de sí mismo, y lo confesó delante los jueces de Aténas, que por el oráculo de Apolo habia sido juzgado por el más sabio de todos los hombres, y que así era y lo habia él probado á muchos hombres de todos estados, dándoles á entender que no sabian nada y que él sabía más que ellos, porque ellos, no sabiendo nada, pensaban y presumian que sabian, y él, aunque no sabía nada, lo entendia así; y como testifica Tulio, dijo tambien á los jueces que era merecedor de amplísimas honras. Y descubrió más su vanidad en que este Apolo, de quien se gloriaba que lo habia juzgado por el más sabio de los hombres, era un ídolo por el cual hablaba un demonio, gran engañador; y así el que Apolo juzgaba por el mejor de los hombres, muchos sabios, que refiere Laercio en su Vida y Lactancio en sus instituciones, le juzgaban por vano y soberbio. Con estas y otras costumbres que dejo de decir, porque esto basta, descubrió que con la mortificacion que hacia nunca sujetó de verdad las pasiones, sino que con una pasion vencia otra.»

Así probaba un español del siglo XVI filosóficamente la humildad de Sócrates. Júzguese del acierto de Franklin al decir que lo imitemos al par de Jesucristo.

¿Dónde está aquí la verdad, dónde el juicio más profundo? Así como en otros asuntos el talento del jesuita Arias sería inferior al genio de Franklin, en éste aventajó sobremanera al del sabio anglo-americano.

Y no me parece fuera de oportunidad discurrir aquí brevemente acerca de la opinion, tan generalizada hoy, de que en España no han existido filósofos dignos de tal nombre, y de que esta falta procede de que el Santo Oficio, persiguiendo tenaz y cruelmente á los pensadores, impidió el cultivo de las ciencias.

De que en España hubo filósofos merecedores de recordacion, el presente libro da irrecusables pruebas.

Con respecto á que la Inquisicion no consintió los adelantos científicos con la persecucion de los grandes hombres, tiempo es ya de que la crítica filosófica, recta y libre de toda preocupacion, hable por vez primera en España al tratar este asunto.

Desde 1808, para combatir al Santo Oficio se ha esgrimido todo género de armas, y especialmente la de la falsedad: no ha sido el raciocinio el que ha hablado, sino la pasion; no el sano criterio, sino la confusa idea que del famoso Tribunal han inventado el ódio y el anhelo de que quedase para siempre extinguido. No voy á hacer la apología del Tribunal, ni ménos á combatir su memoria. Creo que cuantos han escrito en pro y en contra de él, en las más de las cosas han juzgado mal á la Inquisicion. Ni fué el Santo Oficio lo que dicen, así unos como otros, ni parece justo que la España del último tercio del siglo XIX sustente errores de criterio acerca de un Tribunal cuya existencia está ligada con nuestra historia, nuestras costumbres, nuestros hechos y nuestra civilizacion, durante más de tres siglos.

Los exagerados, y áun á veces mentirosos escritos de Llorente y de Puigblanch (1), han hecho que no haya una opinion exacta de la Inquisicion, tanto en lo bueno como en lo malo que hizo ó pudo hacer. ¿Qué extraño es que con tan falaces guías y erróneo criterio, jóvenes y no jóvenes, los siguiésemos, y los siguen muchos hoy, dando absoluta fe á lo que han consignado? Por otra parte, ¡es tan noble y tan generoso clamar contra la opresion y los oprimidos, áun cuando oprimidos y opresores estén en el sepulcro!

Pero este criterio sentimental, tan engañoso é inconveniente como el criterio fanático, porque si el uno condena todo, el otro absuelve y enaltece cuanto examina, haya ó no haya razon para ello, ¿debe dominarnos hoy cuando examinamos la historia del pensamiento español con el deseo del acierto filosófico? De ningun modo.

Hay que confesar en primer término que ningun filósofo fué condenado á las hogueras de la Inquisicion, y ¿qué filósofo? ¡ningun escritor de importancia ó no importancia científica ó literaria, excepcion hecha de los huesos de Constantino de la Fuente, canónigo magistral de Sevilla, autor teólogo y cabeza del luteranismo en Andalucía durante los primeros tiempos de Felipe II.

Me replicarán que el padre maestro Juan de Avila estuvo preso unos pocos dias en la Inquisicion de Sevilla; ciertamente, y por denuncias calumniosas referentes á sus sermones. No se le dió tormento y salió absuelto. Para honrar su nombre, le ordenó el Tribunal que predicase un dia de fiesta en la iglesia que más frecuentemente solia, que era en San Salvador. Apénas apareció en el púlpito, y cuando iba á dar principio á su sermon, sonaron trompetas y chirimías en señal de regocijo por la declaracion de su inocencia.

La frase de sacar *en palmas á uno* tomada está de la Inquisicion. Cuando uno por calumnias era llevado á las cárceles del Santo Oficio y luégo recibia la declaracion de su inocencia, tal declaracion se hacia sacándolo á un auto de fe con vestidos bordados y cubiertos de alhajas, y con palma en las manos en señal de *honor* que se le daba por haber padecido á causa de testimonios falsos. Se presentaban en los autos en caballos blancos con aderezos de terciopelo y oro, y acompañados de sus padrinos (2).

Terrible era, en verdad, la completa incomunicacion de los acusados en las cárceles secretas del Tribunal, terribles las cuestiones de tormento, si bien éstas eran comunes en los tribunales civiles y áun en todos los de Europa; pero hay que advertir que el Santo Oficio, juzgado ya el reo, fué el primer tribunal que dió publicidad completa á sus actos, leyendo solemnemente las causas é imprimiendo un extracto de ellas.

Y volviendo á Juan de Avila, ninguna de sus obras fué prohibida ni enmendada por el Santo Oficio. Sufrió las consecuencias de una delacion calumniosa, como pudiera haberla tenido cualquier individuo en el país más libre y ante la autoridad del jurado más público. Trátase de uno de los más elocuentes escritores. Sus obras gozan y gozarán de fama en Europa, especialmente por la traduccion de Arnaud de Andilly.

De fray Luis de Granada, el Ciceron español, cuyas obras se han publicado en todas las principales lenguas de Europa, es cierto que aparece el nombre en los índices expurgatorios, pero no

(1) Llorente, en su *Historia de la Inquisicion*, niega que Isabel la Católica hubiese jamas manifestado amor al Santo Oficio, y sin embargo, en el testamento de esta Reina se encarga á sus sucesores que lo conserven y protejan. Samuel Usque, judío contemporáneo, dice en su *Consolaçao nas tribulaçoens de Israel* (Ferrara, 1513), que para perseguir á los de su estirpe hallaron sus enemigos *aparelho em el rey é muito mais á reinha dona Isabel* de os perseguire. Afirma Llorente que el famoso pintor Pablo de Céspedes murió en Roma huyendo de la Inquisicion. Céspedes falleció en su patria, Córdoba, sin persecucion alguna, y su sepultura se ve hoy en la catedral. Así escribia Llorente su *Historia crítica* sin crítica.

(2) Véase la relacion del auto de fe celebrado en Lima en 1639. (Madrid, 1640.)

por sus escritos. Protestantes españoles, fugitivos de su patria, quisieron introducir en ella libros de su doctrina, y como si fuesen de fray Luis de Granada imprimieron un tratado de oraciones y ejercicios. Jamas estuvo preso: sólo sí recibió una amonestacion por haber aprobado las opiniones de una monja que se fingia santa.

Tambien san Francisco de Borja vió impreso juntamente con un libro suyo otro de doctrina protestante. La Inquisicion esperó á averiguar lo que en ello habia, y el tercer general de los jesuitas no fué perseguido.

Si fray Luis de Leon padeció en las cárceles de la Inquisicion, ésta le restituyó su libertad y su buen nombre, y no por eso dejó el célebre agustino de cultivar las letras y las ciencias. Diré lo que expresé en otra ocasion. ¿Es acaso el primer ejemplo de que unos jueces tengan en prisiones á un inocente, acusado por una malicia, cuanto apasionada, discreta? Aparecen en los índices expurgatorios, prohibidos ó censurados, muchos libros; pero en casi todos habia una razon para ello, no la del capricho, no la del intento de matar la ciencia en España.

La citada *Cárcel de amor*, novela llena de liviandades, y que termina con el suicidio del héroe, fué prohibida. Y ¿en qué fundaba el Santo Oficio su prohibicion? En que el mismo autor, Diego de Prado, la reprobaba (1).

En el libro de la *República y política cristiana para reyes y príncipes, y para los que en el Gobierno tienen sus veces* (Lisboa, 1621), se mandaron tachar várias palabras. ¿Y cuáles eran éstas? Las siguientes:

«De aquí se dió principio y la mano á los pontífices para una accion tan grande como es quitar reyes y poner reyes, y lo que más es, criar nuevos emperadores y privar del imperio á los antiguos, de que hay muchos ejemplos; y lo que este pontífice hizo con aquel rey, que no tenía más que aquella potestad umbrátil y aparente, lo hicieron tambien otros pontífices con los Euricos y Federicos y otros tiranos de mucha pujanza y poder.»

El libro del padre Juan de Mariana, *De mutatione monetæ*, se prohibió; pero fué prohibicion de órden real, porque la política dictaba tambien prohibiciones, que se consignaban en las generales de los índices expurgatorios.

En tanto corrian sin tachar su *Historia de España* y su libro *De rege et regis institutione*, este último quemado en Francia por mano del verdugo, segun mandato del Parlamento.

El doctor Onofre Manescal, barcelones y catedrático de teología en la universidad de su patria, escribió un libro sobre que la llaga del costado de Cristo fué obra de nuestra redencion (2). Hubo cinco años para impedir que el libro se publicase, y entónces el autor acudió al amparo del Santo Oficio. Véase la curiosa historia que refiere:

«¡Qué cosas se hicieron para sepultar y esconder esta verdad! Mas ¿qué no se hizo para que nunca saliese á luz? Ha estado dos años y diez meses sepultado y cautivo mi libro, ¡sabe Dios el por qué! ¿por ventura se hizo con buen celo?... Adviertan, suplico, que *esto no lo hizo el Tribunal de la Santa Inquisicion; ántes bien, acordándome que en este Santo Tribunal se apuran las verdades y se descubren por tratarse los negocios con mucha sinceridad, justicia y rectitud*, acudí á los señores inquisidores y les supliqué con cuantas véras supe y pude que mandasen mirar mi libro é hiciesen anatomía de él..... *Grande alabanza del Santo Tribunal de la Inquisicion, que sin favores ni medios humanos se haga justicia y salga á luz la verdad.*»

(1) En el *Cancionero general* se leen estos versos:

Mi seso, lleno de canas,
De mi consejo engañado,
Hasta aquí con obras vanas,
Por escrituras livianas
Siempre anduvo desterrado;
Y pues carga la edad
Donde conozco mi yerro,
Afuera la liviandad,
Pues que ya mi vanidad
Ha cumplido su destierro.
Aquella *Cárcel d'amor*,
Que assí me plugo ordenar,
Qué propria para amador,
Qué dulce para sabor,
Qué sala para pecar!
Y como la obra tal
No tuvo en leerse calma,
He sentido por mi mal
Cuán enemiga mortal
Fué la lengua para el alma.
Y los yerros que ponia
En un sermon que escrebí,
Como fué el amor la guia,
La ceguedad que tenía
Me hizo que no los vi.
Y aquellas cartas de amores
Escritas de dos en dos,
¿Qué serán, decid, señores,
Sino mis acusadores
Para adelante de Dios?

(2) *Apologética disputa, donde se prueba que la llaga del costado de Cristo Nuestro Señor fué obra de nuestra redencion.* Barcelona, 1611.

En 1560, ya Lorenzo Palmireno habia elogiado al Inquisidor general porque habia sido más liberal que el Papa no prohibiendo en los Indices los *Adagios de Erasmo*.

El gran escritor y filósofo don Francisco Gomez de Quevedo y Villegas, cuyas obras ha ilustrado con tanta copia de doctrina, con felicísimo acierto, con discreta elocuencia y con perfeccion cumplida el ilustrísimo don Aureliano Fernandez-Guerra, honra de la moderna erudicion española, acudió al Santo Oficio de la Inquisicion para que prohibiese obras ajenas que corrian como suyas, lastimando su buen nombre, y quizá algunas de las que, siéndolo, lastimábanlo tambien, unas como engendradas en juveniles años y otras en edad varonil, pero con poca meditacion y con mucho de apasionado ánimo. Cinco años ántes de su muerte logró que en un Indice expurgatorio apareciese la permision de los libros que declaraba de su pluma, y la prohibicion de los que no reconocia por propios, lo cual consta que fué *por su particular peticion* (1).

Bastan estas citas para comprobar la exactitud de mis observaciones. Por otra parte, corresponde en reconocimiento de la verdad decir que la Inquisicion española dió por mil medios testimonios elocuentes de su afecto á las ciencias, á las letras y á las artes, honrando á sabios, poetas y pintores.

Se asoció á la gloria de fray Lope de Vega Carpio nombrándolo su familiar; el licenciado Rodrigo Caro, primer autor de las ruinas de Itálica y erudito insigne, fué juez ordinario y consultor del Santo Oficio; inquisidor de la Suprema el filósofo poeta Francisco de Rioja; secretario del Tribunal el historiador Estéban de Gambay, que promovió la traslacion de los mortales restos del primer Inquisidor, fray Tomás de Torquemada; Francisco Pacheco, poeta, pintor, suegro y maestro de Velazquez, autor del *Arte de la pintura*, recibió comision del Santo Oficio para vigilar que en los cuadros se tratasen con decoro los asuntos de religion; el célebre é inspirado pintor, escultor y arquitecto Alonso Cano odiaba á los que habian sido penitenciados por la Inquisicion, y cuando la de Granada trató de celebrar con grandes fiestas la beatificacion de Pedro de Arbués, pintó el martirio del Santo, obra calificada de toda excelencia y primor (2). Alonso de Tovar, el Cárlos Maratta de los discípulos de Murillo, obtuvo el título de familiar de la Inquisicion; bajo el amparo de un inquisidor publicó en 1580, Benito Caldero, su traduccion de los *Lusiadas* de Camoens; Francisco Mestre, impresor del Tribunal, en Valencia, sacó á luz en 1681 los fúnebres elogios á la memoria de don Pedro Calderon de la Barca, escritos por algunos apasionados suyos.

El abate Marchena, queriendo descubrirnos el estado de España en los siglos XVI y XVII cual él lo veia, no dudó en decir que un calificador estúpido se arrojaba á desmentir las verdades matemáticas cuando no se avenian en lo que llamaba *sandeces de la teología*.

Marchena ignoraba que siguiendo en esto los teólogos al gran santo Tomas de Aquino en las ciencias exactas, buscaban testimonios para demostrar las verdades más sublimes de la religion.

«Hizo el bienaventurado santo Tomas un gallardo símbolo de la majestad de este misterio en el libro que escribió contra los gentiles (dice fray Lorenzo de Zamora en su *Monarquía mística de la*

(1) En el Indice del Inquisidor general don fray Antonio de Sotomayor (Madrid, 1640) se lee lo siguiente: «Don Francisco de Quevedo.—*La política de Dios*, *Gobierno de Christo*, impresa en Madrid en virtud de privilegio del mismo autor, año de 1626, por la viuda de Alonso Martin, se permite, y no de otra impresion. Asimismo se permiten los libros siguientes: *La vida de Santo Tomás de Villanueva*, de cualquier impresion.—*La defensa del Patronato de Santiago*.—El libro intitulado *Juguetes de la niñez*, impreso en Madrid, por el mismo autor, año de 1629.—*La cuna y la sepultura*.—La *Traduccion de Epileto y de Phocilides*, en castellano, impresa en Madrid.—La *Traduccion del Rómulo*, del Marqués Virgilio.—La *Traduccion de la vida devota de San Francisco de Sales*.—*El conocimiento proprio*.—*Consolacion de Séneca á Galion*, en castellano.—Todos los demas libros y tratados, impresos y manuscritos, que corren en nombre de dicho autor, *se prohiben, lo cual ha pedido por su particular peticion*, *no reconociéndoles por proprios*.» Este mismo Indice se reimprimió cinco años despues con la misma nota, que desapareció en los expurgatorios de otros inquisidores.

Me llama la atencion que en el Indice de Sotomayor se halle prohibida una obra anónima de Quevedo, en defensa de Felipe IV y del Conde-Duque de Olivares, publicada en 1630. Véase la prohibicion: «El Chiton de las taravillas, *obra del Licenciado Todo lo sabe*, libro asi intitulado, sin nombre de autor ni lugar de impresion, en cuarenta hojas, *del todo prohibido*.»

Sin duda por esta prohibicion, y para eludirla, se reimprimió luégo este libro muchas veces con el título de *Tira la piedra y esconde la mano*.

(2) En la descripcion de las fiestas que hizo el Tribunal del Santo Oficio de Granada para la celebracion de la beatificacion de Pedro de Arbués, por el Maestro Agustin Martinez de Bustos (Granada, 1664), se lee lo siguiente:

«Se puso el lienzo que se pintó del martirio de nuestro Santo por el licenciado Alonso Cano, racionero desta santa iglesia de Granada, con que se dice toda la excelencia y primor desta pintura.»

Iglesia, 1604), donde, siguiendo los antiguos, puso en el símbolo suyo *el punto*. Y la razon y causa de esta pintura es lo primero, porque así como el punto es indivisible y sin partes, sino que todo su sér tiene punto y entero, así la eternidad divina toda está junta y sin partes; no tiene principio ni fin, sino un sér consistente y fijo.»

El alférez don Sebastian Fernandez de Medrano, que publicó en Bruséla, el año de 1677, unos *Rudimentos geométricos y militares*, escribió al Duque de Villahermosa manifestándole que se decia generalmente que los españoles de aquel tiempo eran poco aficionados á los estudios, pero que ya se iban promoviendo.

¿Y quién tomó la iniciativa para el cultivo de las ciencias exactas en el siglo XVII? El padre maestro José de Zaragoza, de la Compañía de Jesus, y á más á más *calificador de la Inquisicion suprema*. Él publicó un tratado de *Esfera comun celeste y terráquea*, él dió á luz tratados de geometría y trigonometría, y recibió auxilios pecuniarios para estas empresas por José del Olmo, secretario del Santo Oficio (1).

Otro calificador, aprobando uno de los libros del padre Zaragoza, afirmaba que si la sabiduría de Dios, «que resplandece en la fábrica del universo, se manifiesta y explica principalmente por el número, peso y medida, ¿quién puede dudar que el penetrar las ciencias que saben demostrar estas verdades sea participar mucho de aquella incomprensible perfeccion?»

No; la Inquisicion jamas combatió las ciencias exactas, ántes bien muchos de sus individuos procuraron cultivarlas para que sirviesen de más y más ilustracion á España.

Jamas el Santo Oficio coartó la libertad para que por todas vias el fanatismo y la supersticion vigorosamente se reprobasen dentro de las doctrinas católicas. ¿Quiérese ver un ejemplo de esta libertad? El famosísimo orador y literato fray Hortencio Félix Paravicino, del órden de la Santísima Trinidad, predicador de los reyes Felipe III y Felipe IV, profirió una oracion en la iglesia de San Salvador de Madrid, el año de 1617, ante el supremo Consejo de la Inquisicion. De esta manera se expresó contra la creencia de repetidos milagros en su tiempo:

«Pedian los judíos señales porque les pedian para el gusto, y los enemigos de la Iglesia nos andan ahora á calumniar tambien los señales y los milagros por la libertad que quieren en sus conciencias, y en verdad que, pues me hallo á los ojos de tribunal tan santo, á quien puede tocar esta materia por las consecuencias, sería bien poner gran cuidado en estos milagros nocivos que se cuentan y se pintan en estas imágenes de milagros; yo no acuso á la piedad y la devocion á la Vírgen, sino en la imitacion, en el afecto, la presumo quizás yo más que otros.

»Pero en materia tan grande, por sospechosos tengo estos milagros repentinos y poco autorizados. No se pone nombre á imágen del Buen Suceso, de la Inclusa, de los Peligros, que aquellos primeros ocho dias no se hunda la iglesia á milagros, y luégo paran, que no se verá uno por cuanto hay; pues ¿qué es esto? Si no fuesen así, dar que decir á los enemigos de la fe, que por nuestros pecados suelen venirnos aquí á los ojos á ofender la verdad de Dios y hacer agravio á los milagros que hubo en los que quieren que haya.

»La Iglesia no ha ya menester milagros, que es desacreditarla pedírselos; con esa leche se crió cuando era niña; ya come el pan del sacramento segura; los andamios sirven hasta hacer la casa; hecha ya, si no se quitan, estorban y no se puede vivir en ella.»

No sólo dijo esto fray Hortencio Félix Paravicino, con alto criterio filosófico, ante el Consejo de la suprema y general Inquisicion, sino que despues de dicho lo imprimió en sus *Oraciones evangélicas y sermones* sin obstáculo ni persecucion, y sin que el nombre de Paravicino aparezca en los *Índices expurgatorios*, ni áun para tachar una frase siquiera.

La Inquisicion no impidió ser grandes ni que grandes se mostrasen libremente al mundo un don Diego Hurtado de Mendoza, un Lope Félix de Vega Carpio, un don Pedro Calderon de la Barca, un Agustin Moreto, un Tirso de Molina, un don Francisco de Rojas, un Garcilaso, un Fernando de Herrera, un Miguel de Cervántes Saavedra, un don Diego de Saavedra Fajardo, y otros tantos escritores de todo genero. ¿Quién los persiguió? ¿Quién prohibió sus escritos?

Pero hay más: la Inquisicion es cierto que prohibió muchas obras y mandó tachar algo en otras; de aquéllas unas son obras de extranjeros completamente herejes. Ésa era una de las obligaciones del Tribunal, y para lo que se fundó y para lo que existia. Otras eran obscenas. En las

(1) Este Olmo ha tenido cierta celebridad por haber sido autor de una *Relacion del Auto de Fe famoso*, celebrado en Madrid en tiempos de Cárlos II.

que se tachaba algo mirábase á impedir la propagacion de vulgares ó no vulgares errores ó supersticiones.

Y ahora pregunto: ¿dónde está el ódio del Santo Oficio á las ciencias, y sobre todo á los grandes innovadores de ella?

He buscado en todos los *Índices* el nombre de Copérnico y no lo he hallado sino al citarse á Diego de Zúñiga y su libro *In Job Commentaria* (Toledo, 1584; y Roma, 1592); se mandó borrar en él lo que decia del movimiento de la tierra y quietud del cielo, y fundóse el Tribunal, no en dictámen suyo, sino que era doctrina de Copérnico, reprobada por decreto de la Sede Apostólica.

Tenemos, pues, á un español del siglo XVI, defensor del sistema de Copérnico en su patria y tambien en la misma Roma. Pero en tanto los libros de Copérnico corrian libremente y sin tacha alguna por España sin que la Inquisicion les pusiese su veto, los de Francisco Bacon se permitian todos en el siglo XVII, lo mismo los de Rogerio Bacon. No habia prohibicion alguna para los de Montaigne en aquella edad y en las demas; para nada aparecen en los *Índices expurgatorios* los nombres de Galileo, de Gassendi, de Ticho Brahe, de Descártes, de Pascal, de Malebranche, de Locke, de Leibnitz, de Hobbes, de Newton y hasta el de Benito Espinosa. Es decir, que el Santo Oficio no combatió á los innovadores de las ciencias; España quedó abierta del todo á sus pensamientos (1).

Y si no se declaró enemiga de las ideas de aquellos varones eminentes extranjeros, que tal revolucion hicieron en las ciencias; si no les negó la libertad de que sus escritos hiciesen prosélitos en España, ¿cómo pudo impedir ó impidió que la filosofía se cultivase por aquellos á quienes no se vedaba la lectura de los progresos humanos?

Búsquense en los *Índices expurgatorios* los nombres de nuestros grandes filósofos, los de Luis Vives, Raimundo Lulio, Melchor Cano, Gomez Pereira, Fox Morcillo, Raimundo Sebunde, Francisco Suarez, Luis de Molina, Domingo de Soto, Sigüenza, Abul, Urrea y tantos y tantos otros. El gran fray Bartolomé de las Casas mereció el respeto del Santo Oficio, y á pesar de sus muchos enemigos, enemigos apasionados despues de su muerte, las obras del venerable Obispo de Chiapa jamas merecieron reprobacion ni tacha alguna.

Sé que me replicarán que en el *Exámen de ingenios* de Huarte, despues de publicado, se mandaron suprimir ó modificar algunos pensamientos, y que así se hizo con voluntad del autor, que al aceptar las enmiendas y volver á imprimir su libro, cosa á que nadie lo compelia, reconoció la razon del Tribunal. Algunas frases de las suprimidas ciertamente no tienen explicacion en sentido católico; otras encierran caprichosos pensamientos que podrian fomentar las ideas de supersticion, entre ellos, cuanto discurria Huarte acerca de las facciones y cerebro de Jesucristo, á quien trataba de descubrir cual si lo hubiese visto. Pero no se formó proceso contra Juan Huarte de San Juan, ni el Santo Oficio en forma alguna le ocasionó persecucion ofensiva á su persona y nombre.

En el libro de doña Oliva Sabuco, muchos años despues de su muerte, se hicieron algunas supresiones por la misma causa (2), así como las del maestro Fernan Perez Oliva y Ambrosio de Morales, estas últimas casi un siglo despues de muertos los autores.

En esto se desvanece la falsa preocupacion que sostiene que el pensamiento en España estaba encadenado, y que si la filosofía no hallaba cultores, debíase únicamente á que habia un tribunal que estorbaba por medio del temor que los españoles se dedicasen libremente al raciocinio y á las ciencias.

Conste, pues, que nuestros filósofos no fueron perseguidos, y que los extranjeros que las innovaron completamente, no encontraron obstáculo alguno para la propagacion de sus doctrinas en España, con lo que queda en su punto la honra de la civilizacion en nuestra patria.

El maestro JUAN CARAMUEL LOBKOWITZ, natural de Madrid, floreció en el siglo XVII, filósofo, teólogo, matemático, retórico, historiador, legista, y publicó várias obras notables, entre ellas la intitulada *Teología y Cabalæ gramaticæ specimen*. Sus apasionados loan sobremanera la *Nueva dialéctica metafísica*, asegurando algunos que si Dios permitiese la desaparicion de todas las ciencias, bastaban las de CARAMUEL para que felizmente renaciesen.

(1) No aconteció así en las obras de los filósofos impíos del último siglo. Sus nombres constan en los índices correspondientes.

(2) El *Asno*, de fray Anselmo de Furmeda, se prohibió por siete cuentos obscenos que contenia. Tambien el *Arte de contractos de Albornoz*, fué prohibido por lo que escribió contra fray Bartolomé de las Casas, sin duda á peticion de la Órden de Santo Domingo.

Para mí la más notable de todas es la *Thanatosophia nempe mortis museum* (1).

En su parte primera llama vanidad á toda ciencia. Demuestra que las ciencias mundanas son sueños y las artes necedades, y que fuera de Dios no se halla la verdad; que son verdaderamente hipócritas los que se llaman sabios, é ignorantísimos todos los profesores de la doctrina humana. El único maestro verdadero era para CARAMUEL la muerte.

Define en otro lugar de su libro la vida diciendo que es muerte; que la muerte es necesaria á todo mortal, la medicina mortífera, mortífero el viento, dañosa el agua, la salud imposible, el vientre cárcel, el mundo camino y la muerte patíbulo.

El hombre es enemigo de sí, el arte halla los nocivos medicamentos y los mortíferos venenos, todos contra su propia vida. «Eres hombre y nacido de mujer, decia; hé aquí tu primera miseria; no pudiste nacer sin mujer y sin mujer no podrás vivir. Si no vives con ella, serás verdugo del sentimiento, y mártir si vivieres. Es cruz del apetito si estás ausente; si presente, verdadero calvario; es decir, tres cruces. ¿Cuál es la más mísera de todas las miserias? Nacer, llegar á la adolescencia, vivir, entrar en la virilidad y todo contra sí mismo.»

El hombre, en opinion de CARAMUEL, es nada; nada su inteligencia, sólo tiene la voluntad; el cuerpo es sombra de la muerte; el alma muerte de la sombra; el cuerpo sepulcro del alma. La muerte es fiel para con todos, á nadie exceptúa, de ninguna se olvida. Apetecemos la muerte y amamos el universo. La muerte es la perfeccion de todas las cosas.

No sólo la muerte es amable para el hombre, sino tambien amada. Nada se desea más que la muerte, tras la muerte se va con intenso amor. Cuando infante se anhela llegar á la niñez, cuando niño á la puericia, cuando se está en la puericia, que venga la adolescencia; cuando en la pubertad, que entremos en la juventud. Siempre se desea crecer, y esto ¿qué es? acercarse á la muerte. En el estío se apetece que venga el invierno, y en el invierno rigoroso que transcurra pronto el tiempo para lograr los dias de la primavera.

Huye siempre el apetito, y ¿qué desea? desea lo que no conoce, teme lo que invoca, pretende huir cuando llega, quiere no venir al término, y sin embargo corre (2).

El temor de la muerte es inútil, inútiles son las lágrimas en la muerte, la dulce muerte es necesaria, las lágrimas son tambien inútiles en los infortunios, y los gozos de este mundo ociosos y vanos.

Esta obra acerca de la muerte me recuerda otra notable de un obispo poeta, el maestro doctor FRAY PEDRO DE OÑA, que públicó en Madrid el año de 1603 su *Primera parte de las postrimerías del hombre*, en que trata elocuentemente de la brevedad de la vida, en que para morir bien aconseja el bien vivir, y todo escrito en dulce estilo y en excelente doctrina.

Otro de los libros notables sobre filosofía de la muerte merece recordarse aquí, sirviéndome de las palabras que proferí en una solemnidad artística.

¿Quién no se conmueve, y conmovido puede olvidar el cuadro de los obispos y caballeros muertos que pintó don Juan de Valdés Leal para la iglesia de la Caridad de Sevilla?

Ninguno creo que hasta hoy ha comprendido el orígen de ese cuadro terriblemente admirable.

En los tiempos en que áun salian las flotas de la ciudad reina del Bétis para las Indias; cuando de sus orillas partia tanta lucida armada, tanto galeon, tanto navío y tantas carabelas, pintadas las popas y las gavias, los faroles dorados, las velas nuevas, los estandartes, flámulas y gallardetes tendidos, tanto grumete, tanto marinero, tanto soldado, tanto mercader, tanta gala,

(1) *Thanato Sophia nemque mortis museum, in quo demostratur esse tota vita ab introitu ad interitum vanitas vanitatum, atque per omnia vanitas; esse mors limen veræ fœlicitatis et Mag. Joanne Caramuelio Lobkowitzio Crit. L. Theol., publico professore, lectore expensis mystice utilibus eri gebatur.*

Bruxellæ, Typis Lucæ Meerbecii, 1637.

(2) «Quid si mors (quam mente ideas horribilem, appellas inimicam, timendam personas, crudelem ingeminas; quamque odio iri affectum profiteris) demonstraretur, non solùm amabilis, sed et amata? Audeo dicere; nihil est, quod magis ambias, quam tuam mortem. *Forte* non credes! nec miror, ratio? quia cum cœcè ames, opus est, ut et ames, et quid ames ignores. Herculè, mortem prosequeris intenso amore. Demonstrem vis? obedio. Hæc sunt, hæc fuerunt, tuæ desideria vitæ, Infans desiderabas puerescere, adolescere puer, juvenis pubertatem; semper optabas crescere, ergo appropiare ad mortem. In vere tædet te temporis inconstantiæ, atque æstatem desideras: In hac æstus fervore angeris, et deprecaris hyemem; in anni frigido quadrante rigori non sufficis, et anhelas ad terminum rigentis inclementæ. An negabis in iis omnibus te tuam (quam vocas inimicam) mortem appetere? Estne possibile post hanc temporis atomon, aliam succedere, quin, et tuus exitus, per unum passum, et alium, magis, ac màgis appropinquet?»

tanta bizarría, tanta diferencia de objetos y riquezas que llevaban los senos y los costados de las naves, y con el demasiado peso gemian las maderas y salian á despreciar la braveza del mar y la furia de los vientos, ó tornaban, despues de haberlos despreciado, con centuplicadas riquezas para los mayores goces de la vida, un caballero desengañado del mundo, don Miguel de Mañara erigia un templo de la Caridad en Sevilla, adornándolo con inmortales obras de Murillo, de Roldan y de Valdés.

Escribió aquel caballero de Calatrava, aquel hermano mayor de la santa Caridad de Jesucristo, un librito titulado *El Discurso de la Verdad.*

«Es la primera verdad que ha de reinar en nuestros corazones, polvo, ceniza, corrupcion y gusanos, sepulcro y olvido.»

Así empezaba el escrito. Más adelante decia: «Mira una bóveda; entra en ella con la consideracion y ponte á mirar tus padres ó tu mujer, si la has perdido; los amigos que conocias: ¡mira qué silencio! No se oye ruido; solo el roer de las carcomas y gusanos tan solamente se apercibe. Y el estruendo de pajes y de lacayos ¿dónde está? Acá se queda todo... ¿Y la mitra, y la corona? tambien acá la dejaron.»

Valdés Leal pintó á su vez *El Discurso de la Verdad* de don Miguel de Mañara: lo trasmitió al lienzo para que los ignorantes pudiesen leerlo en la pintura. ¡Oh poder del talento del artista! Allí en el templo de la santa Caridad podeis admirarlo, para que cuando penetreis en su recinto podais meditar, para que cuando salgais considereis, y para que en toda ocasion lleveis en vosotros aquel tesoro de filosofía verdaderamente cristiana.

El Discurso de la Verdad, de don Miguel de Mañara, es una pintura de filosofía cristiana, pero escrita; la pintura de Valdés Leal es su *Discurso de la Verdad,* tratado de filosofía cristiana, pero pintado; líneas y palabras en el uno y en el otro, formadas en el idioma y en el pincel del desengaño.

En el siglo XVII dedicáronse muchos españoles al estudio de las ciencias naturales y físicas, siguiendo en esto á los sabios de Europa.

Merece especial mencion entre aquéllos el PADRE JUAN EUSEBIO NIEREMBERG, de la Compañía de Jesus, autor de varios libros, entre los cuales son *Obras y Dios*, *Manual de señores y príncipes*, *Diferencia entre lo temporal y lo eterno*, *Vida divina y camino real para la perfeccion*, *Centurias de dictámenes prudentes y reales.*

El rey Jacobo II de Inglaterra leía frecuentemente en el libro *Diferencia entre lo temporal y lo eterno*, y en él aprendió la firmeza cristiana que conservó en los trances terribles de su vida y el generoso desprendimiento de los terrenales bienes, de que tantas pruebas dió. El mismo Rey aconsejaba la lectura de esta obra á cuantos deseaban adquirir constancia en las virtudes; obra que consideraba un excelente compendio de la filosofía cristiana. El libro este fué traducido en lengua francesa por el padre Juan Brignon (1) en 1708. El padre Luis Janin lo habia abreviado ántes (Lyon, 1694) en lengua latina con el título de *Discrimen temporis et æternitatis* (2). El padre Fromage vertió á la lengua árabe esta obra.

En 1714 se publicaron unas *Máximas cristianas y espirituales,* sacadas de todas las obras del PADRE JUAN EUSEBIO NIEREMBERG (3).

(1) *Traité de la difference du temps, et de l'éternité; composé par le P. Eusebe Nieremberg, de la Compagnie de Jesus, traduit de l'espagnol par le R. P. Jean Brignon, de la même Compagnie, avec des regles pour conduire à la perfection Chrétienne, tirées du même Pere Nieremberg.* A Trevoux; et se vend à Paris, chez Jacques Estienne, rue Saint Jacques à la Vertu, 1708, in 12.

(2) Véase una muestra de la version del padre Brignon:

Nôtre Seigneur n'a pas besoin de nos œuvres: ainsi ne nous inquietons pas, si nous sommes incapables de faire de grandes choses pour lui.

N'affectez point de servir Dieu autrement qu'il ne veut être servi.

Il ne faut que se fermer la porte du Monde pour s'ouvrir celle du Ciel.

Le repentir peut quelquefois naître d'un secret mouvement d'orgueil.

Jettez les yeux sur vôtre misère, etc., sur la misericorde de Dieu, celle-ci vous donnera toûjours plus de joye que l'autre ne vous causera de affliction.

C'est rendre à Dieu un grand honneur que de lui demander pardon.

Ne nous faisons pas un Dieu different de ce qu'il est. Il est la bonté même, il est tout Père.

Si nous adorons cette Croix sainte, où *Jesus-Christ* demeura attaché un demi-jour, ne devons-nous pas avoir le même respect pour les souffrances, qui durant trente-trois ans affligèrent ce divin Sauveur?

(3) *Maximes chrétiennes et spirituelles, tirées des œuvres du P. Jean Eusèbe Niéremberg, de la Compagnie de Jésus, traduites nouvellement de l'espâgnol en françois par un père de la même Compagnie.* A Lyon, chez Antoine Besson, rue Tupin, proche le logis de l'Empereur, 1714. In 12.°

Tal era la estima que en Europa se tenía de sus escritos. NIEREMBERG dió á luz otro libro con el título de *Curiosa y oculta filosofía* (Madrid, 1643), primera y segunda parte de las *Maravillas de la naturaleza*, de que se hicieron repetidas é inmediatas ediciones; obra en que recopiló cuanto en ciencias se sabía en su siglo, con más algunas de sus ingeniosas observaciones.

Al tratar del movimiento de la tierra, sigue la opinion de los teólogos de aquella edad, si bien llega en un punto casi á tocar con las opiniones de los filósofos, procurando avenir todos los pareceres y el texto de la *Sagrada Escritura*.

«El decreto de la congregacion de los cardenales, dice, sólo condena expresamente la opinion pitagórica de la movilidad de la tierra y estabilidad del sol, *y así no iria claramente contra él quien dijese que el sol se movia y tambien la tierra, pero con movimiento solamente circular* en su mismo sitio, sin mudar otro lugar, siendo siempre el centro del mundo.»

Tal escribia NIEREMBERG despues de analizar someramente lo que en su *Filosofía nueva sobre el iman* dice Guillermo Gilbert (1).

Siguió á NIEREMBERG el PADRE FERNANDO CASTRILLO, jesuita, natural de Cádiz, quien publicó en 1649 su libro *Magia natural, Filosofía oculta*, título y asunto en que se ve que quiso imitar á Juan Bautista della Porta.

Pero el que excedió á éstos en imaginacion vehemente, anhelo de singularidad y espíritu invencionero, fué FRAY ANTONIO DE FUENTE LA PEÑA, provincial de la religion de los Capuchinos.

Los curiosos buscan hoy con mucho aprecio su libro *El Ente dilucidado, discurso único novísimo, en que se muestra hay en naturaleza animales irracionales invisibles, y cuáles sean*, Madrid, 1676.

Búrlanse de este libro los aficionados, y ¿cómo no burlarse? Su objeto fué probar hasta la evidencia y hasta por altos términos filosóficos y con gran aparato de doctrina que existen *duendes*. «Éstos, dice, se sienten en las casas, nunca hacen mal á nadie; siéntese su ruido sin percibirse de ordinario el autor de él; quitan y ponen platos, juegan á los bolos, tiran chinitas, aficiónanse á los niños más que á los grandes, y especialmente se hallan duendes que se aficionan á los caballos; para FUENTE LA PEÑA los duendes no podian ser ángeles ni buenos ni malos, pues (son sus palabras) no parece verosímil que la perversidad y malignidad de los demonios se ocupen en ejercicios tan ociosos, bobos é inútiles, como hacen los duendes.

No faltarán algunos que digan que parece impropio de la gravedad de este cuadro histórico de la filosofía española hablar de los desvaríos de este religioso, y que cuando más trato de honrar y que por todos sea honrado el buen nombre de nuestros compatricios por lo que el cultivo de las ciencias les debe, presento opiniones á la risa y al desden de los lectores. Pero pronto se desvanecerá el juicio que de mi discrecion se forme.

El libro, como recopilacion de las vulgares creencias de duendes en España, tiene respectivamente bajo este punto de vista, y aparte la mayor ó menor incredulidad de los autores, tanto mérito como las antigüedades del Norte de Webber, las colecciones de los hermanos Grimm, las obras de Büching, de Hagen, de Massmann, Schreiber y Geib sobre las creencias y ficciones populares de Alemania, las obras de Walter Scott, las tradiciones húngaras por el Conde de Mailath, las de la Servia por Schotty, y las de Dinamarca y Noruega por le Kiempe.viser de Nierup.

La tradicion vulgar de los duendes en España viene del antiguo Dios Endo en Vizcaya. El Conde de Résie, en su ya citada *Historia y tratado de las ciencias ocultas*, nos habla de que esta

(1) Ántes he hablado de don Diego de Zúñiga, que escribió sobre el movimiento de la tierra en el siglo XVI, asentando la tesis de que *Motus terræ non est contra Scripturam*. Este autor habia compuesto y publicado ántes un tratado de filosofía en que trata de *metafísica*, *lógica*, *retórica* y *física*.

Despues de dar várias razones acerca del movimiento de la tierra, dice:

«Tamen in terræ motus convenire, quibus nonnunquàm terra conquassatur. Vel potius ut significet reverentiam maximam, quam exhibet terra Deo, timoremque quo illum venerant, et jusis ejus obtemperat, ut nutu eius tota tremefiat, atque discedat. Sicut quidam de Jove dixit, nutu tremefecit Olimpum. David etiam ait, commota est, et contremuit terra, fundamenta montium conturbata sunt, et commota sunt, quoniam iratus est eis. Ita enim in monte Synai labes maxima facta fuisse narrant, cum Deus in illum, ut legem ferret, descenderet. Ut alio loco canit ipse regius vates, montes exultastis sicut arietes, et colles sicut agni ovium. A facie domini mota est terra, à facie Dei Jacob. 7, *Qui præcipit soli, et non oritur, et stellas claudit, cuasi sub signaculo*. Possumus locum hunc interpretari de illa naturæ lege, qua dies noctesque, inter se ordine sapientissimo succedunt. Id est, qui soli constituit tempus, quod eum oriri vel non oriri oportet. Stellis etiam, quovel apparere mortalibus, vel non apparere debeant. Quas clausas quasi sub signaculo dicit alludens ad rationem agendi eorum, qui sua tantum voluntate volunt aliquid vel ostendi, vel non ostendi.»

creencia en estos espíritus domésticos era comun en Inglaterra, en Francia, en Italia y en otras partes (1).

Y ¿quién era Fuente la Peña? ¿Un religioso acaso vulgar ó insensato? Nada de eso. Nicolas Antonio, en su *Biblioteca nova*, dice que escribió de este singular asunto, que adornó con muchas curiosas observaciones naturales. Ademas Fuente la Peña escribió otros libros que merecieron el aprecio de los españoles y áun de doctos franceses del último siglo, que no dudaron en asegurar que en el libro de que voy tratando hay un gran número de experiencias muy curiosas (2).

En medio de las extravagancias del asunto, hay uno que seguramente no puede ménos de sorprender al lector.

Fray Antonio Fuente la Peña en el libro del *Ente dilucidado* fué el precursor del gran Newton. No diré yo que el sabio inglés hubiese leido el libro del religioso español; lo que sí debo hacer constar es que éste vió la luz en 1676, y que el sabio inglés publicó en 1687 su obra *Philosophiæ naturalis Principia mathematica*. Todos saben que Newton estableció en ella el sistema de la *atraccion mutua* ó *universal*, principio de atraccion que ya habia sido entrevisto por Copérnico y Kepler, idea que imperfectamente habian seguido en Inglaterra Guillermo Gilbert, Francisco Bacon y Hooke; en Francia Fermat y Roberval, y en Italia Galileo Galilei y Borelli.

El sistema de la atraccion se consideró por algunos sabios como una quimera, y no fué ajeno á este parecer Leibnitz.

Fuente la Peña once años ántes que Newton comprendió perfectamente este fenómeno; no queria darle el nombre de atraccion, sino el de inclinacion mutua de unas cosas á otras; no define, como Newton, esta inclinacion usando términos geométricos, sino de un modo sencillamente filosófico. Hablando del iman se expresa así Fuente la Peña:

«Y si alguno preguntáre aquí, para inteligencia de lo dicho, en qué consiste la virtud magnética, si sea atractiva, en quién existe ó cómo se produzca, respondo que acerca de esto hay muchos modos de opinar, los cuales por la brevedad omito, y sólo digo brevemente *que lo que yo siento es* que dicha virtud no consiste adecuadamente en *atraccion*, ni está sólo en la cosa que *atrae y que llamamos iman, sino tambien en el hierro ó cosa atraida*, y así podemos definirla que *es un apetito innato que tienen las cosas en órden al sitio ó lugar conveniente que deben guardar entre sí en el universo, y el que para la mejor conservacion de éste pretende la naturaleza que guarden.* Este apetito no es otra cosa que una natural propension y inclinacion que tiene cualquiera cosa, no sólo al bien conservativo de sí misma, sino tambien al bien conservativo del universo, cuya parte es.

»Por esta razon, por esta causa y por semejante apetito, suben las cosas leves arriba, y des-

(1) «Le *Duende* des espagnols semble être absolument le même que le pucta, le hudequin et les autres esprits domestiques dont nous avons parlé: c'est un lutin tout-à-fait familier, et son nom, suivant Covarrubias, est un abrégé de *dueño de casa*, le maitre de la maison. Ce demon est doué d'un pouvoir étonnant pour changer de formes; et c'est ainsi que dans l'excellente comédie de Calderon, intitulée *La Dama Duende*, le *gracioso* ou niais soutient que le duende a apparu sous la figure d'un petit capucin.» (El Conde de Resie, libro citado.)

(2) En las *Mémoires pour l'histoire des sciences et des beaux arts* se lee lo que sigue:

«*Luz de la verdad*: En que se enseña á Lucinda, y debajo de su nombre á todas las almas, etc. Compúsole fray Antonio de Fuente la Peña, capuchino. En Madrid, en la imprenta de Lorenzo García. In 16.°, páginas 600. *C'est-à-dire, la lumière de la verité où l'on apprend à Lucinde et sous son nom à toutes les ames*, etc. *Par le R. P. Antoine de la Fuente la Peña, capucin. A Madrit, chez Laurent Garzia.* In 16.°, páginas 600.

»Le R. Pere de la Fuente, capucin, est un religieux de grande considération dans toute l'Espagne. Il est frère de Dom Emmanuel Arias, qui est pourveur de la charge du président du Conseil souverain de Castille, la première de tout le Royaume. Dailleurs ce père a déja donné au public divers ouvrages, qui en ont été très-bien reçûs; comme un livre des *perfections divines*, qui est très-estimé: un autre ouvrage de philosophie, qui renferme un grand nombre d'experiences très-curieuses, et plusieurs choses concernant l'histoire naturelle. Voicy ce qui lui a donné occasion de faire paroître celui-ci.

»Les faux mystiques de ces derniers temps, pour faire glisser en Espagne leur pernicieuse doctrine, y ont fait courir divers écrits, dans lesquels ils enseignent que les plus grands pecheurs peuvent d'abord embrasser la vie contemplative, sans avoir auparavant passé par les travaux de la penitence, et sans s'être exercé dans la pratique des vertus. Les écrits où ces maximes étoient debitées, ont été d'abord combattus par d'autres écrits, où l'on donnoit dans les excès contraires. On y soûtenoit que la contemplation est inutile, et que personne ne doit s'y addonner.

»Le R. P. Antoine de la Fuente la Peña, auteur du livre dont on donne icy l'extrait, attaque également ces deux erreurs. Il prouve d'abord que les commençans doivent longtems s'exercer dans la vie active. Il fait voir ensuite qu'on ne doit pas interdire la contemplation generalement à tout le monde: qu'il y a des personnes que Dieu y appelle.» La obra está escrita en diálogos, para que sea más inteligible.

Como se ve del juicio de un escritor frances de principios del siglo último, la obra del padre Fuente la Peña es notable por su buen criterio.

cienden abajo las pesadas; conviene á saber, porque dichos lugares les son más acomodaticios para existir con el todo, cuyas partes son, y porque así conviene al bien comun del universo.»

Como se ve, evidentísimamente ésta es la misma teoría de Newton, explicada de diversa manera y por razones sencillas y naturales.

Pero ¿qué más? ¿No se refiere que la caida de una hoja ó fruto reveló á la inteligencia el secreto de todas las leyes de la gravitacion? Pues bien, Fuente la Peña, explanando sus teorías de la inclinacion mutua y universal, dice: «Este apetito, pues, natural, no es cualidad secreta, ni cualidad segunda distinta, sino la misma sustancia, así como la gravedad de la piedra no se distingue de ella en opinion probable, ni es cualidad, *sino la misma piedra, que por sí misma tiene apetito é inclinacion á la tierra como á su centro.*»

No se elevó Fuente la Peña á las contemplaciones astronómicas como Newton, para de allí deducir todas las consecuencias de la *atraccion universal* ó *gravitacion*, sistema que complementó Laplace en su *Mecánica celeste*.

Comprendo que la gloria de los descubrimientos científicos no se da incontrovertiblemente al que los inicia, sino al que logra darles una total aplicacion ó el perfeccionamiento. Esto ya es un axioma. El religioso capuchino español tiene, sin embargo, la honra de haber alcanzado con su talento natural y sin el auxilio poderoso de las ciencias exactas, el conocimiento de una verdad, y de haberla publicado once años ántes que Newton; conocimiento á que más tarde debió una gran parte de su fama este sabio. No hay pruebas para creer que Newton tuvo presente la obra de Fuente la Peña; pero aunque la hubiese tenido, no por eso se disminuiría su gloria, por la esplendente manera con que explanó su teoría.

Ni hay que extrañar que en una obra como la de Fuente la Peña, en que existen tantas agudezas de ingenio, y áun originalísimas extravagancias, inspiradas por el deseo de arrancar secretos á la naturaleza, hallase el autor una verdad y la explicase con la claridad que la alcanzó su mente. La historia de la alquimia idealista y de sus descubrimientos verdaderos, que nacian de las alucinaciones científicas de los que la cultivaban, demuestra que no es nuevo el caso del autor del *Ente dilucidado*.

En tanto, la aficion á los estudios sobre filosofía moral eran muchos en el siglo xvii. Comentábase y seguíase á Séneca, así en la doctrina como en el estilo. Don Félix de Lucio Espinosa y Malo escribió unas *Advertencias políticas y morales* al poeta dramático don Juan de Matos Fragoso, y ademas unos *Ocios morales* (1); Salvador Jacinto Polo de Medina, poeta lírico, escribió *A Lelio, gobierno moral;* don José Prudencio Rubio y Bazan, *Lelio instruido de Jacinto Polo á Fabio, gobierno moral*; fray Juan Bautista Aguilar, *Fabio instruido de Lelio á Lauro, gobierno moral.*

El estilo de estos autores era muy conciso y sentencioso, é imitábanse unos á otros, pero siempre Séneca servía de principal modelo.

Un español, célebre por su vida galante y política, por sus persecuciones, desventuras y escritos, estos últimos en declarada guerra con su rey, el más poderoso y temido en Europa, tambien fué modelo de algunos escritores. Hablo del famoso Antonio Perez, secretario de Estado de Felipe II, cuyas adversidades han sido magistralmente descritas por el ilustre primer Marqués de Pidal, tan docto como fogoso orador, tan enérgico hombre político como literato de sumo criterio, y amante discreto de las verdaderas glorias patrias (2).

Antonio Perez publicó sus *Relaciones* en Paris: publicó en Paris sus *Cartas* (3). Éstas vieron la luz con sus *Aforismos* en 1605, y los de las *Relaciones*, que ántes no habian sido sacados.

Esto prueba que en Inglaterra y Francia, donde los escritos de Antonio Perez corrieron con la estima de ser dirigidos contra el Rey, odiado en aquellas naciones, llamaron ademas la atencion por su mérito. Querian ver al secretario de Estado como filósofo; por eso Perez, ó cediendo á consejos de sabios, ó deseando ser tenido por tal, entresacó todas las sentencias notables de sus escritos; sentencias de la más cierta filosofía, aprendida en la propia y la mas trabajosa experiencia de los favores de los reyes y de sus odios, de la constancia y olvido de los amigos, de los [illegible]es de los pueblos y de los personajes.

[illegible]nse algunas de las sentencias:

(1) [illegible], 1801.
(2) *Historia de las alteraciones de Aragon.* Madrid, 1862.
(3) La edicion de las *Relaciones* (Paris, 1598) no tiene aforismos.

«Durar en la amistad es hacerle el cargo al amigo.
»El amor, enemigo de cerimonias.
»El mayor despeñadero la confianza.
»El amor, última filosofía de la tierra y del cielo.
»Ninguna muestra descubre tanto la amistad como la confianza. Yo añadiria: ninguna mayor necedad.
»El amor iguala á todos estados.
»Gran judiciario y certero el corazon del hombre.
»Muy difícil conocer el corazon del hombre por palabras.
»Las palabras deste siglo, vidrio ordinario, que obra y rompe el viento.
»Las del amigo verdadero, de cristal de roca, que sufre el buril de acero. La prueba digo.
»Engaños de palabras no son otra cosa que colores.
»Cuán miserable sea el poder humano, que hiere, que persigue al rendido y fugitivo.
»Miserable tambien, porque el más poderoso teme á ratos al menor. Castigo de la soberbia humana y del abuso del poder soberano.
»Los galanes del alma pueden acometer lo más alto con mérito, tan léjos de atrevimiento. Y áun en buena fe los del cuerpo, porque las damas aborrecen á cobardes: atrevidos buscan, aunque sean muy inferiores. Así lo cantan allá: «Cobarde caballero, ¿de quién tenedes miedo?» La carta 66 contiene: Cuán fácil y comun sea la ciencia dese que llaman Estado.
»El medio más cierto para conservar un rey sus reinos es el poseerlos con las condiciones antiguas que los hubiere heredado. Porque la costumbre se vuelve en naturaleza, y dice el refran español: Mudar de costumbre á par de muerte.
»El uso bueno ó malo, concertado ó desconcertado, es el seguro ó el peligroso, el amable ó el aborrescible.
»La voz ó sonido del eco, advertimiento de la naturaleza para el recato del hombre en el fiarse, pues áun en la soledad se halla peligro del secreto y quien refiera lo que oye.
»El hombre es animal que no se mueve sino con la prueba.
»No se ganan los hombres con favores sin obras.
»Los favores solos son como las hojas del árbol, que no sirven más que de ornamento.
»El fruto es el que atrae á sí á las gentes. A unos las confianzas, á otros las mercedes: fruto cada uno á cada cual segun su grado y calidad.
»El pueblo, porque no todo él puede gozar de las dos cosas, tiene por liberalidad grande el oido de su príncipe á sus quejas: la carga conforme á las fuerzas.
»El gusto de complacer al amigo es diablo tentador.
»No hay cosa que los hombres no tienten para su fin hasta hacer la prueba della.
»Riesgo grande de perder un amigo, probarle mucho» (1).

Esto basta para dar una idea del estilo y del espíritu filosófico de ANTONIO PEREZ, todo novedad, todo atrevimiento (2).

Pocos imitadores tuvo el estilo de ANTONIO PEREZ. Sin embargo, hay que citar algunos, que compiten con él en la energía y brevedad de la frase y en la lucidez de los pensamientos. DON JUAN BLAZQUEZ MAYORALGO, natural de Cáceres, escribió un libro que intituló *Perfecta razon de Estado* (Méjico, 1646). Su propósito fué fundarle en los hechos de Fernando el Católico. Hé aquí una muestra de algunos de sus aforismos:

« Ensoberbecen los premios á quien se debe castigo.
» Más vale sufrir al enemigo poderoso que provocarle desesperado.
» En las pretensiones cada uno piensa que el suyo es el mejor derecho.

(1) Reimprimiéronse *Los aforismos de* ANTONIO PEREZ en Madrid, el año de 1787.

(2) Don Manuel Silvela, en el discurso preliminar de la *Biblioteca selecta de literatura española* (Burdeos, 1819), juzga á PEREZ con mucho acierto.

«Del famoso ANTONIO PEREZ (dice), tan fatal á Lanuza, tenemos, ademas de várias obras, publicadas con nombre ajeno ó con el suyo, y que refiere Nicolás Antonio, su *Coleccion de cartas á diferentes personas*, en las que este hombre grande nos manifiesta su originalidad y fuerza de carácter. Nacido para romper toda especie de prisiones, se manifiesta en ellas tan atrevido y libre en el arte de escribir como en todo lo demas, y decidido á sacudir toda especie de yugo, se creó un género propio, en lo general lleno de imágenes, energía y concision, pero más á propósito para admirado en él que para imitado por otro.»

» A la gente infame siempre parecen más graves los remedios que los delitos.

» Las estratagemas ó ardides han vencido más batallas sin armas, que las armas sin cautelas.

» Desdichada la fama del rey que se sustenta del crédito heredado.

» En tiempos desdichados, más peligro corre la honesta fama que la ruin. »

Don Francisco de Samaniego escribió en loor del libro y de don Fernando el Católico, incluyendo sentencias en el estilo de ANTONIO PEREZ, como éstas:

« Tan falibles son nuestras dichas, que llegan esquilmadas ántes de poseidas, pues al deseo de una esperanza se añade el desconsuelo de un temor.

» Querer hacer sufrir el yugo hasta el desprecio, lo mismo es que irritar la venganza con todo el poder de sus fuerzas.

» Hacer odioso al enemigo entre sus mismos vasallos es lo mismo que quitarle el reino.

» La tiranía es castigo de sí misma.

« Enójase la fortuna con posesiones adelantadas, con que por el mismo camino que las sube las precipita.

» El miedo del poderoso suele dar ánimo al vil.

» La valentía no consiste en arrojarse á los sucesos, sino en saber usar bien de la fuerza. »

Pero de todos los imitadores del estilo de ANTONIO PEREZ, el más original y el de más fuerza de ingenio y raciocinio, es el famoso PADRE BALTASAR GRACIAN, que publicó algunos de sus libros con el nombre de su hermano Lorenzo.

La importancia filosófica de este jesuita fuera de España, y la que tuvo literaria en nuestra nacion, merece que se examine. En todas partes hallaba admiracion y aplauso su talento; las hallaba, sí, en unos, en otros censuras, por lo extraño y excesivamente conciso y sorprendente de su estilo; y en algunos, así palabras de estimacion como de severa crítica, término medio de la una y de la otra (1).

GRACIAN publicó en 1642 un *Arte de ingenio, tratado de la agudeza, en que se explican todos los modos y diferencia de conceptos* (Madrid, 1642, 8.°), obra que reimprimió en Huesca (en 4.°), el año de 1648, con muchas adiciones.

El *Arte de ingenio* fué muy estimado por Felipe IV; lo mandó copiar y lo conservaba en un precioso escritorio.

GRACIAN nos dice que «lo conceptuoso es el espíritu del estilo; que el estilo natural es como el pan que nunca enfada; que Mateo Aleman, á gusto de muchos y entendidos, *es el mejor y más clásico español*, y el maestro Marquez, autor del *Gobernador cristiano*, es *benemérito de la lengua castellana*; que los versos de Bartolomé Leonardo de Argensola parecen prosa con consonancia; que el estilo aliñado tiene más de ingenio que de juicio; que Hortensio Paravicino es más admirable que imitable; que Séneca dijo que todo ingenio grande tiene un grano de demencia; que

(1) Don Antonio Capmany, en su *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española* (tomo V), elogia el *Criticon* de GRACIAN, y dice que ha merecido el primer grado en la estimacion general entre las ingeniosas invenciones, composicion sublime y delicada. Luégo añade: « En una obra como el *Criticon*, que descubre y pinta con vivísimos colores los engaños, los vicios y los abusos dominantes de su tiempo, y de paso ó de propósito los de su nacion, sin ahorrarse con clases, sexos, edades ni estados, pueden disimulársele las metáforas, poéticas en demasía, las paranomasias, los juguetes de vocablos, que lisonjeando este gusto entónces muy válido, suavizaban por este camino lo libre y duro de la sátira directa....... Si hubiese GRACIAN procedido con más sobriedad en el uso de estos juegos y conceptos, ¿cuál es el escritor de su tiempo de tantos dotes y caudal nativo para ser el más fecundo y elegante, sabiendo, como lo manifestó, en dónde estaban las delicadezas y los donaires, esto es, lo amargo, lo dulce, lo picante, lo salado de la lengua castellana? ¡Qué rara fecundidad en su natural inventiva! ¡Qué imaginacion tan vária, florida y extendida! ¡Qué prontitud y facilidad en proponer y desempeñar los reparos! ¡Qué soltura, naturalidad y variedad para manejar el idioma del diálogo! Resta sólo decir que, expurgado el *Criticon* de algunas hipérboles descompasadas, de algunas descripciones de fantasía poética, antítesis forzadas ó impertinentes, y juegos de vocablos de pueril y pedantesco artificio, quedaria una obra digna de dar honor á su siglo y á la nacion. »

Don Manuel Silvela, en el discurso preliminar de la *Biblioteca selecta de literatura española*, dice:

«Bien léjos estuvo de imitar el ejemplo de Saavedra y de preservarse de la epidemia altisonante y culta, el supuesto Lorenzo y verdadero BALTASAR GRACIAN, ántes bien podemos considerarle como dogmatizador de la secta de los Malvezzis y Paravicinos, *por haber acreditado para con los españoles*, dice Luzan, *tan depravado estilo en su agudeza y arte de ingenio*, que compara al *canocchiale aristotélico* del italiano Enmanuel Tesauro. A pesar de esto, ¡qué de elogios no se deben al autor del *Criticon*! En medio de las antítesis, paronomasias y toda la metralla culta, es una de las obras más recomendables de nuestra literatura por la felicidad de la invencion, la inagotable riqueza de imaginacion y de sales, por la viveza de sus pinturas y por la gracia, soltura y naturalidad del estilo.»

con los sonetos celebrados por *divinos* (de Fernando de Herrera), aunque les ha hecho *anatomía del alma*, jamas la pudo hallar.»

Hablando de lo conceptuoso del estilo dice que «esta eminencia ha hecho tan estimadas aquellas cartas de aquel tan favorecido de la fama, cuan perseguido de la fortuna.»

Este fué para mí el modelo que GRACIAN se propuso imitar en sus escritos de moral filosofía.

Y sin embargo de este afectado estilo, hay una obrita de GRACIAN en que se entregó todo á la ternura de su alma, obrita llena de claridad y sentimiento. Esta es la que lleva por título *Meditaciones várias para ántes y despues de la comunion*. Creo firmemente que no hay de este género un libro más hermosa y dulcemente escrito en lengua castellana, ni más á propósito para el objeto.

Escribió varios libros GRACIAN: *El Discreto*, *El Héroe*, *El Criticon*, *El político Fernando* y *El Oráculo Manual* y *Arte de Prudencia*.

Estas obras fueron sucesivamente trasladadas á la lengua francesa.

Amelot de la Houssaye, que habia traducido á Tácito y Machiavelo, publicó *L'Homme de cour*, que es la version de *El Oráculo Manual*. Calificaba de *intraducible* á GRACIAN, y sin embargo lo tradujo Amelot. Los críticos franceses consideraban que los escritos de GRACIAN eran tenidos como obras maestras en España, y que *su carácter misterioso concordaba bien con el de la nacion*. Convenian en que es un autor abstracto y oscuro, pero que el libro contenia excelentes cosas (1).

La prueba del concepto que mereció el libro de GRACIAN es que en 1702 hizo una nueva edicion Amelot de *L'Homme de cour* (2). Del *Discreto* de GRACIAN hay un análisis en las *Memorias para la historia de las ciencias y bellas artes* (1721). En ellas se dice que el autor trata todos los asuntos en libro, con una fuerza y una delicadeza de pincel, usando de una metáfora propia de su país que pocos autores lo han igualado (3). Terminábase el juicio crítico con censurar á Amelot por haber puesto el título de *L'Homme de cour* á su traduccion de GRACIAN (4).

En 1723 el padre Courbeville publicó en París *L'Homme universel* de BALTASAR GRACIAN; es la traduccion del *Discreto*. La opinion en Francia era de que GRACIAN era uno de los mejores ingenios que habia tenido España en el anterior siglo, y que así lo creian todos bajo la palabra de los literatos que se habian reservado el placer de leerlo. El elogio de GRACIAN se reducia á que es un autor muy difícil de entender, y sobre todo más difícil aún de traducir, que poseyó un talento elevado y los sentimientos nobles, carácter propio de su patria; que pensó mucho y que pensó bien, y que sus pensamientos guardan más conceptos que los que se muestran por vez primera al que los lee ó escucha; que el estilo de GRACIAN es vivo y conciso (5).

(1) En las *Memoires pour le histoire des sciences et des beaux arts* se lee:

«On ne peut guères supposer, dis-je, que les lecteurs entendent rien à ce langage. Mais le plaisir d'une énigme politique qui les amuse, supplée à celui qu'ils pourroient tirer d'une verité qu'ils concevroient.

»D'ailleurs il est vrai que même en ces occasions, à force de lire, on vient à deviner le sens de ce qu'on a lu, ou du moins à s'en douter..... Peut-être qu'un style plus net en françois auroit rendu l'espagnol plus intelligible, mais il falloit que la copie se sentît de l'obscurité de l'original.

»Toutes ces maximes de GRACIAN sont la plûpart commentées par quelques endroits des autres livres du même auteur, qui ne sont pas moins ingenieux et qui renferment quantité de traits *d'histoire choisis*.»

(2) *L'Homme de Cour*, de BALTASAR GRACIAN, traduit par le sieur Amelot de la Houssaye; nouvelle édition corrigée et augmentée. A Paris, chez Damien Beugnie, dans la grande salle du Palais au Lion d'Or, pag. 393.

(3) L'idée d'un homme qui sçait parler et se taire à propos; d'un homme retenu, judicieux, modeste, avisé, capable d'un secret. Voilà jusqu'où s'étend l'idée que nous avons d'un homme discret; mais quelque parfait qu'en soit veritablement le caractère, il s'en faut bien qu'il n'aille de pair avec un homme universel. Celui-ci rassemble en soi toutes les belles qualités qu'on peut acquerir, avec un fonds d'ailleurs le plus heureux qui se puisse recevoir de la nature. Aussi, tel est le portrait dont GRACIAN nous marque tous les traits avec une force et une delicatesse de pinceau, pour user d'une métaphore propre de son païs, que trop peu d'auteurs ont égalée.

(4) C'est à peu-pres dans ce gout que *L'Homme universel* de BALTASAR GRACIAN est composé. Cet auteur ne divise point son ouvrage en chapitres; mais en forme de discours, lesquels font au nombre de vingt-cinq. Chaque discours a pour texte une des maximes qu'on voit dans *l'Homme de Cour* de M. Amelot. Par exemple: *Le Genie et l'Esprit*, *l'Homme qui sçait attendre*, etc. Je dis au reste *l'Homme de Cour* de M. Amelot; car, je ne puis me resoudre à l'appeller *l'Homme de Cour* de GRACIAN. Si cet espagnol vivoit et qu'il sçût le françois, il se trouveroit trop deguisé sous cette figure, ou plutôt sous ce masque pour se reconnoître: comme il desavoüeroit aussi sans doute quiconque representeroit son *El Discreto*, sous une autre idée que celle de *l'Homme Universel*.

(5) «Le stile de GRACIEN répond à la manière de penser; il est vif et concis, et, si j'ose ainsi parler, en même temps brillant et obscur; c'est-à-dire, que GRACIEN pense d'une manière qui frappe d'abord l'esprit, et lui présente une infinité de choses qu'il apperçoit confusément, et que dans la suite, il découvre plus distinctement en s'y arrêtant et en y faisant réflexion.» (Mémoires, etc.)

El concepto que obtuvo el libro de *El Discreto* al aparecer en Francia fué *que no hay obra de moralidad que encierre tanta como ésta* (1).

El *Héroe* se habia ya traducido en otras lenguas (en inglés, italiano y latin). Felipe IV, despues de haberlo atentamente leido, decia que le era muy grata su lectura y que contenia grandes cosas.

GRACIAN en la palabra *héroe* comprendia á todos los ilustres personajes, los grandes hombres de la guerra, de la política, de la magistratura y los genios extraordinarios para las letras.

El padre Courbeville, que tambien lo tradujo á la lengua francesa (París, 1725), lo acompañó de notas con pasajes de autores que habian tratado los mismos asuntos que GRACIAN, como la Hoguetto, Saint Evremont, el caballero de Meré, el autor de las *Reflexiones*, La Bruyère, etc. Algunos creyeron ver hurtos literarios ó copias muy fieles del escrito del jesuita español (2).

El comento de Courbeville es honrosísimo para GRACIAN, pues prueba que muchos grandes escritores de Francia no sólo habian pensado como él, sino tambien que no se habian desdeñado de dar por propios algunos de sus pensamientos. Del célebre Saint Evremont, tan entusiasta del *Satiricon* de Petronio, refiere el padre Courbeville que el Conde de Saint Albans le pidió que en pocas palabras le escribiese cuanto un jóven de grandes esperanzas deberia saber para presentarse en la sociedad y sostenerse en ella con honra. Todo lo que le respondió Saint Evremont está tomado del primer capítulo del *Héroe* de GRACIAN (3). El padre Courbeville no puede ménos de exclamar: «No acuso de ingratitud á Mr. de Saint Evremont porque no haya citado el nombre de su bienhechor. No pretendo otra cosa qne honrar áun más el mérito de GRACIAN con la aprobacion de uno de nuestros más juiciosos y más doctos escritores.»

En 1730 vieron en París igualmente la luz pública las *Máximas de Baltasar Gracian*, libro que igualaban los aficionados con las *Reflexiones* de la Rochefoucault y con los caractéres de la Bruyère. Estas *Máximas* no eran otra cosa que una version francesa del *Oráculo Manual y arte de prudencia*, que habia traducido Amelot con el título de *L'Homme de cour*. El padre Courbeville, que por las lecturas frecuentes y meditadas de GRACIAN y por haber trasladado á su lengua otras obras del mismo, cada vez apreciaba más y más al filósofo español, decia que este sabio tenía mucha profundidad y elevacion, sutileza y fuerza de talento y buen sentido; pero que se expresaba de una manera misteriosa, concisa y enigmática, que se necesitaba adivinar y desenvolver, por lo cual su traductor debia tener una expresion única, delicada, enérgica y sencilla, á fin de que no cayese el texto en el peligro de la confusion y de la oscuridad (4).

(1) Il n'y a point d'ouvrage de morale qui renferme tant de choses que celui-ci. On y trouve des maximes, des réflexions, des caracteres, et il vaut, tout seul, mieux que quantité de traitez fort étendus. Il ne reste plus qu'à répondre à ceux qui se sont plaints de quelques expressions du traducteur: il suffit de dire qu'il ne les a employées que fort sobrement, et toûjours selon l'analogie de la langue, pour exprimer, avec plus de justesse et de force les pensées de son auteur, et en conserver le caractère. (*Mémoires*, etc.)

(2) A l'égard des sources dans lesquelles on a puisé ces remarques, elles sont connuës de presque tout le monde; et cependant elles auront peut-être l'avantage de la nouveauté: car personne que je sçache, n'avoit encore employé à cet usage les seuls auteurs dont je me sers. C'est la Hoguette, Saint-Evremont, le Chevalier de Meré, l'auteur des *Reflexions Morales*, la Bruyère, etc. Enfin, excepté un illustre ecrivain (1) anglois, dont j'ai traduit quelques endroits que je rapporte, j'emprunte tout de nos premiers auteurs, qui ont traité des sujets semblables à ceux que traite GRACIEN. Ces citations pourroient bien révéler quantité de larcins litteraires, dont les coupables ont été jusqu'à present inconnus, ou pour le moins representer quantité de copies trop fidelles à GRACIEN leur original. (*Mémoires*, etc.)

(3) «Il y a beaucoup d'adresse, dit S. Evremont, à se saisir de l'estime publique, et à faire éclater si à propos ses talens, que jamais le puisse tirer des secours dans le besoin..... Le grand art consiste à ne pas étaler tout son sçavoir en une seule fois, mais à le développer, pour ainsi dire, par pièces..... C'est précisément dans ces vûës que les grands-maîtres ne découvrent jamais le fin de leur art dans les leçons qu'il en font à leurs disciples. Par-là ils demeurent toûjours maîtres, et conservent toûjours de quoi entretenir leur réputation, etc.

»Au même endroit, continue le Père de Courbeville, on trouve comme en racourci, toutes les règles, tous les préceptes, toutes les maximes qui se voyent dans *l'Homme Universel* de notre auteur espagnol. Mais au reste, je n'accuse point ici d'ingratitude M. de S. Evremont, quoiqu'il n'ait pas cité même le nom de son bienfacteur. Je ne pretend qu'honorer encore d'avantage le mérite de GRACIEN, par l'approbation de l'un de nos plus judicieux et de nos plus forts écrivains.»

En las citadas memorias se habla de los «auteurs françois qui ont le mieux ecrit dans ce genre de caractères et de mœurs: de Montaigne, de S. Evremont, de la Bruyère, du Chevalier de Meré, de la Roquette, de l'auteur des *Reflexions Morales*, etc. On y apperçoit souvent que ces grands genies se sont fait un assez grand honneur de puiser dans GRACIEN, pour trouver bon, en ne le citant pas, qu'on leur attribue des pensées, des tours, des discours entiers qu'ils tiennent visiblement de ce profond et judicieux espagnol.»

(4) *L'homme de Cour*. Ce titre est-il juste? Convient-il au but de GRACIEN? Cet auteur n'a pour but que de por-

(1) M. Collier Evêque Anglican.

En 1730 publicóse en lengua francesa *El político Fernando*, pero con el título de *Reflexiones políticas de Baltasar Gracian sobre los más grandes príncipes, y principalmente sobre Fernando el Católico* (1). Fué esta version recibida como el ensayo de un jóven de un gran talento y de mucha lectura, un nuevo Pico de la Mirándola, así por el ardor como por la constancia en el trabajo; ensayo que se reconocia como hecho en el libro del escritor más difícil de entender y trasladar entre todos los autores españoles (2). Estimóse poco esta traduccion por la falta de inteligencia del texto.

El libro dos años (1732) despues volvió á salir en París en lengua francesa con su verdadero título, *El político don Fernando* (3). Esta version mereció más aprecio que la precedente, tributándose grandes encomios á los pensamientos de GRACIAN (4).

Y á pesar de esta gran estima, el abate Des Fontaines escribió en várias ocasiones contra los escritos de GRACIAN y contra sus traductores franceses. El principal cargo que les dirigia era de no encontrar en ellos un *solo raciocinio, y sólo extravagancias y magníficas necedades*. Pero no quedó GRACIAN sin defensa. En las *Memorias para la historia de las ciencias y bellas artes* se decia que de las trescientas máximas del *Oráculo manual*, más de ciento eran sacadas de los libros de Salomon, cuarenta ó cincuenta son del *Discreto* y del *Héroe*, y las cincuenta restantes como extractos de todas las demas obras de GRACIAN. Se preguntaba al censor si pertenecian al número de *magníficas necedades* estos títulos del libro de *Máximas*, de GRACIAN:

Templar la imaginacion.
Nunca exagerar, etc.

Por último, el defensor de GRACIAN aseguraba que decir que en sus obras no se halla un solo raciocinio, equivalia á desacreditar á muchos afamados autores que habian escrito de filosofía moral ó de política; que Montaigne, Saint Evremont, la Rochefoucault, la Bruyère, el caballero de Meré, la Hoguette, Saint Real, etc., *habian pensado como* GRACIAN, *ó* GRACIAN *habia pensado como ellos* en todos los mismos asuntos que habian tratado; que el Conde de Saint Albans, á quien envió Saint Evremont una especie de arte para enseñar á un jóven de ingenio y esperanzas las reglas que pudiesen enseñarle el modo de ser estimado del mundo, tomadas de GRACIAN, no las calificó de *extravagancias y magníficas necedades*, como Saint Evremont, al copiarlas, tampoco las consideró tales (5).

ter à la vertu, mais à la vertu éclairée et prudente. L'ouvrage regarde également un homme de la cour, un homme de guerre, un homme d'affaires, un homme d'église, etc., puisque la prudence est nécessaire dans tous les états. C'est un assemblage de maximes qui renferment, pour ainsi dire, un art de prudence; l'art de vivre d'une manière digne de l'homme, et d'être heureux dans le commerce des hommes. Si l'on rapproche ces maximes séparées, si on les réünit sous un certain jour, on y voit comment un homme doit se comporter par rapport à lui-même, par rapport aux autres hommes, et par rapport à Dieu; ce qu'il se doit à luy-même, ce qu'il doit au monde, ce qu'il doit à Dieu, pour être heureux en ce monde ci, avant de le posseder en l'autre. (*Mémoires*, etc.)

(1) *Réflexions politiques de Baltasar Gracien sur les plus grands Princes, et particulièrement sur Ferdinand le Catholique: avec des notes critiques et historiques*, par M. D. S., 1730.

(2) Véase el juicio que del libro hacia su traductor:

« Ce n'est point, dit-il, l'attrait de la nouveauté qui me seduit, mais celui de la vérité, qui ne veut point être trahie. Cet ouvrage de GRACIEN pêche par l'ordre, et par la méthode, il abonde de traits brillans, mais la transition des uns aux autres est forcée, les métaphores sont outrées, les éloges encore plus, les termes sont peu exacts, etc. Le composé est bisarre, mais il plait.»

(3) El político don Fernando el Católico..... *Le politique Dom Ferdinand le Catholique;* traduit de l'espagnol de BALTASAR GRACIEN, avec des notes. Vol. in 12. pp. 185, sans la préface, etc. A Paris, chés Rollin Fils, Quay des Augustins; à S. Athanase. 1732.

(4) « GRACIEN traite maintenant à fonds une matière importante, qui n'avoit été que comme effleurée; c'est de sçavoir si le Prince doit ou non commander en chef ses armées. De fortes raisons et des exemples considérables favorisent l'une et l'autre conduite.» (*Mémoires*, etc.)

(5) L'auteur de cette décision y a-t'il bien pensé? Parler ainsi c'est décrier plusieurs auteurs de réputation en matière de morale ou de politique. *Montaigne, Saint Evremond, la Rochefoucault, La Bruyère,* le Chevalier *de Meré, La Hoguette, Saint Réal*, etc., ont pensé comme GRACIEN, ou GRACIEN a pensé comme eux sur tous les mêmes sujets qu'ils ont traités. On a rapporté ces endroits conformes dans les remarques de plus de deux cent pages en petit caractère, ajoûtées au *Héros*. M. de *Saint Evremond* trouvoit autre chose dans GRACIEN que des *extravagances* et *de magnifiques sottises*. Le Comte de *Saint Albans*, seigneur anglois, avoit demandé à M. de *Saint Evremond* qu'il lui dit en peu de mots tout ce qui étoit nécessaire à un jeune homme de grande esperance pour entrer avec avantage dans le monde et pour s'y soutenir avec honneur. Le Comte vouloit que son ami lui *composat une espèce d'art*, dans lequel on pût trouver en racourci toutes les règles, tous les préceptes et toutes les maximes qui peuvent rendre un

Creo que bastan estas noticias para demostrar el influjo que en los filósofos moralistas franceses ejercieron las obras de GRACIAN durante el período de un siglo, siendo admirable por cierto que hombres como Saint Evremont y el caballero de la Meré, gentes dadas á los placeres y á la incesante lectura de Petronio, apreciasen en tanto la grave filosofía del jesuita español. Hay que convenir en que los más de los escritos de GRACIAN son para gentes de ingenio. En ellas hay mucho de finísima cultura en la manera de presentar sus pensamientos: la misma concision hace que se medite sobre los más de ellos despues que han sorprendido por la novedad con que se exponen. Así como las máximas de Antonio Perez fueron muy populares entre cortesanos, ó doctos ó ilustrados, así españoles como extranjeros, por aquella delicadeza especial de estilo, las del PADRE BALTASAR GRACIAN alcanzaron la misma estima por ese atildamiento en el decir; atildamiento que tenía en sí un inexplicable atractivo, y que aunque algo participaba del general culteranismo de la literatura española en aquel siglo, encerraba cierto buen gusto deslumbrador y lisonjero para el lector que se preciaba de penetrar con la fuerza de su ingenio aquellos profundísimos conceptos.

Inmenso sería el catálogo de escritores de filosofía en España, si pasase á referir uno por uno todos los que de ella han escrito en los siglos XVI y XVII, obras breves las ménos y de grandes dimensiones y en lengua latina las más, dirigidas á la enseñansa de la juventud, y todas dentro de las reglas del escolasticismo. Á este número pertenece en el siglo XVI la *Lógica*, que en castellano escribió Pedro Simon Abril, sabio traductor de la *República de Aristóteles* y de las *Comedias de Terencio*, y autor de un excelente discurso á Felipe II sobre el modo de mejorar los estudios; á tal número corresponden tambien las *Súmulas*, las *Disputadas*, la *Lógica*, la *Filosofía*, la *Generacion*, el *Ánima* y la *Metafísica*, opúsculos del célebre confesor de Cárlos II, fray Froilan Diaz de Llanos, en el idioma latino (1).

No debo pasar en olvido un libro intitulado *República cristiana y destierro de los vicios, razon de Estado y política de la virtud, la eterna salvacion* (Madrid, 1662). Fué su autor don Juan Ramirez de Arellano, clérigo profesor de divinas y humanas letras.

Encierra este tratado de filosofía moral lo mejor de los Santos Padres y de algunos gentiles, especialmente Séneca, sin embargo que en ocasiones impugna acerbamente las doctrinas estoicas.

En el siglo XVI, así como en el XVII, varones insignes hubo que con denuedo filosófico cristiano impugnaron la popular costumbre de las fiestas ó corridas de toros. Merece el primer lugar el admirable ejemplo de caridad cristiana, el padre de los pobres, santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, tan sabio como elocuente, émulo de los antiguos padres de la Iglesia. En una de sus oraciones exclama: « Omito otros vicios públicos; ciertamente ¿quién tolerará aquella bestial y diabólica costumbre de nuestra España de correr toros? ¡Qué cosa más bestial que estimular á un bruto para que desgarre á los hombres! ¡Oh fiero espectáculo! ¡Oh juego cruelísimo! Ves á un hermoso cristiano súbitamente ser desgarrado por una bestia, y no sólo ser privado de la vida del cuerpo, sino tambien de la del alma (porque comunmente mueren en pecado), y te deleitas y cautivas la voluntad? ¡Con cuánto empeño trabajaron los santos doctores antiguos, Crisóstomo, Agustin, Ambrosio y Jerónimo, porque estos espectáculos atroces y obscenos y gentílicos se quitasen de la Iglesia! Consiguióse su objeto: de toda la Iglesia desaparecieron. Sola España lo observará en daño de las almas, y no hay quien lo contradiga y prohiba..... Así, pues, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo os anuncio á los que tal haceis ó consentis, ó no prohibis

jeune homme recommandable, et faire valoir autant qu'il est possible les heureux talens qu'il a reçus de la nature. M. de *Saint Evremond* répond au Comte: Jamais demande n'a plus exclu les *extravagances* et *les magnifiques sottises*, et jamais réponse ne dut les exclure davantage. Je ferai néanmoins tous mes efforts pour vous contenter, répond M. de *Saint Evremond*. Tout cet art de conduite il le compose des traits, des principes, des règles, des maximes, qu'il tire ou qu'il traduit tout au long du Héros de GRACIEN ou de *l'Homme universel*. M. de *Saint Evremond*, si estimé par le censeur même, se seroit-il fait honneur *de pures extravagances* et *de magnifiques sottises*, en copiant GRACIEN dans tout un traité sans jamais le citer? Nôtre critique dira-t'il que dans cet art de *former un jeune homme de grande esperance*, donné par Saint Evremond, *il n'y a pas un seul raisonement?* Il l'a déja dit, mais sans le sçavoir: car enfin tout ce discours de M. de *Saint Evremond* est de GRACIEN, or dans tout GRACIEN *il n'y a pas un seul raisonnement*.

(1) Todavía en el último siglo se tenian en alguna estima los trabajos filosóficos de este autor, cual prueba la siguiente impresion:

Brevis explicatio Dialecticæ juxta mentem divi Thomæ Auctore reverendissimo patre magistro Fr. Froylano Diaz, Legionensi, filii conventus sancti Pauli V, Vallisoletani, etc. Valladolid, 1750.

cuando podeis, que no sólo incurris en pecado mortal, sino que sois homicidas y tendréis que dar cuenta á Dios de ello en el dia del juicio, y que se os exigirá por la sangre de todos los que por aquellas fieras, ya en el circo, ya en el camino, hayan sido muertos; y no sólo á vosotros, sino á los espectadores..... » (1).

Con tan elocuente vehemencia se expresaba santo Tomás de Villanueva contra las corridas de toros, fiestas que con sentimieuto presenció una vez la excelsa Isabel la Católica, y que los más de los escritores extranjeros que han viajado por España han solido reprender con iguales ó semejantes argumentos. No todos son como Teófilo Gautier, que las calificaba de *uno de los más bellos espectáculos que el hombre puede imaginar*. Otros las juzgan una diversion feroz y salvaje, propia para sostener la dureza de las costumbres, porque la vista de la sangre es malsana para el hombre y no desarrolla mas que malvados instintos y pasiones brutales (2). Campáranse estas fiestas con las escenas de pugilato de los ingleses y americanos; pero en aquellas naciones están por la ley prohibidas, sólo que la costumbre es superior á la ley, y no concurren á ellas mujeres y niños, ni hay un anfiteatro en cada poblacion, ni la autoridad las protege y preside, ni se hacen muchas veces á favor de hospicios y establecimientos religiosos (3). Tal dicen extranjeros; y ya santo Tomás de Villanueva, hablando de fiestas de toros en solemnidades de santos como el Bautista, habia exclamado: « Con estas profanas diversiones creen celebrar su fiesta, *y no la celebran, sino que la profanan.* »

Yo soy el primero en deplorar, como buen español, esta costumbre, y más ver que por la fuerza de ella se extravien los sentimientos hasta el punto de presidir estas fiestas las más nobles y delicadas señoritas, y contribuir con objetos para ellas á fin de socorrer pobres con sus productos, como si la caridad cristiana aconsejase tal desvarío, y como si las Ineses, las Fabiolas y las Paulas hubieran procurado jamas el socorro de los pobres por medio de espectáculos de sangre y de muertes, de luchas de gladiadores ó combates de fieras.

En 1614, viviendo todavía Miguel de Cervántes Saavedra, publicó el padre Pedro de Guzman, de la Compañía de Jesus, su libro de los *Bienes del honesto trabajo y daños de la ociosidad*, y en él tambien dirigió severísimas censuras á las fiestas de toros.

«Este ejercicio (escribe) desdice mucho de la piedad y mansedumbre cristiana, por ser cruel y más de bárbaros ó de antiguos gentiles que de cristianos y piadosos españoles, como dice Gregorio Lopez sobre la ley 57, título v de la primera Partida, por estas palabras: *No se puede negar que este acto es inhumano y que huele á la barbarie antigua.*

Por último, el padre fray Manuel de Guerra y Ribera, doctor teólogo y catedrático de filosofía, en su aprobacion á las comedias del doctor Pedro Calderon de la Barca, dada en 14 de Abril de 1682, dice lo siguiente á propósito de las corridas de toros:

« No hay festejo que más conserve la fiereza de aquellos antiguos arenosos circos y sangrientos espectáculos. No sé qué tiene este llamado regocijo, que pueda tenerse por divertimiento; en él padece el entendimiento, porque no tiene ocupacion el discurso. Ya entra aquí el entendimiento

(1) Omitto nunc mille alia vitia publica; certe quis toleret bestialem illam et diabolicam consuetudinem Hispaniæ nostræ de tauris exagitandis? Quid bestialius quam stimulare brutum ut homines laniet? ¡O dirum spectaculum, o lidium crudelissimum! Vides fratrem christianum subito a bestia laniari, et non solum vita corporis sed et vitæ animæ privari (nam communiter in peccato moriuntur) et delectaris et voluptatem capis? Quanto studio laboraverunt sancti doctores antiqui, Chrysostomus, Augustinus, Ambrosius, Hieronymus, ut haec spectacula atrocia et obscena et gentilica ab Ecclesia removerent! Factum est hoc, explosa sunt e tota Ecclesia; sola Hispania ritum hunc gentilicum observabit in dispendium animarum et non est qui redarguat et prohibeat. Ego autem, etsi scio quod non proderit, faciam quod debeo ut animam meam liberem: non tacebo in animæ meæ et vestrarum periculum. Itaque denuntio vobis in nomine Domini nostri Jesu Christi quod omnes qui hoc agitis vel consentitis vel non prohibetis cum possitis non solum mortaliter peccatis, sed estis homicidæ et rationem reddetis coram Deo in die judicii de hoc et a vobis exigetur sanguis omnium qui ab illa bestia sive in arena, sive in itinere trucidantur, nec solum vos sed et spectatores non sunt omnino tuti a mortali quamvis vos non audeam condemnare... O Sancte Baptista, his profanis ludis tuam se putant celebrare festivitate et non celebrant sed profanant.» (Santo Tomás de Villanueva, *In festo sancti Joannis Baptistæ, Concio secunda.*)

(2) « Pour moi c'est un amusement feroce et sauvage: c'est le spectacle d'un peuple encore barbare. Je ne le crois bon qu'à entretenir la dureté des mœurs: la vue du sang est malsaine pour l'homme: elle ne développe chez lui que de mauvais instincts et des passions brutales. Dire que ces combats sont une école de courage, c'est une phrase et rien de plus. Il ne paraît pas que la valeur espagnole ait beaucoup grandi depuis que les courses de taureaux sont si populaires, et l'ont sait ce qu'étaient devenus les Romains de l'empire quand ils couraient avec tant de fureur aux jeux du cirque.» (*Voyage en Espagne*, por monsieur Eugène Poison.)

(3) La obra francesa anteriormente citada.

muerto, los sentidos más pudieran ofenderse que deleitarse, los oidos escuchan tan desentonados clamores, que era barato, por no oirlos, irse á un desierto; la boca vive ociosa, sin tener con qué divertir la molestia de sus sentidos compañeros; los ojos sólo miran sangre y peligros. ¡Triste diversion de ojos, que ha de ser á costa de peligros ajenos!.....

»¡Ojos inhumanos, los que se deleitan con ajenas ruinas!.....

»Estas fiestas no tienen para mí pretexto que las disculpe, causa que las honeste, ni motivo que no las desvie!.....

»Más disculpa tenian en estos espectáculos sangrientos los políticos romanos, porque exponian al peligro de las fieras en los circos á los homicidas y delincuentes. Lidiaban con las fieras los que habian de perder por sentencia las vidas. Podian justificar su crueldad diciendo que conmutaban las muertes. No era festejo de sus ojos una inocente vida perdida, sino una delincuente vida aventurada. Trocaban sangrientamente el cadalso en regocijo, el cuchillo en divertimiento, y moria al golpe de una fiera el que habia de morir al golpe de una justicia.....

»Si se disculpan con que mueren pocos (en las corridas de toros), á mí me basta con que sean algunos; y aunque nunca murieran, bastaba que en leyes de prudencia humana se aventurasen bárbaramente á morir sin motivo honesto racional.—Ninguno puede negar que, aunque se mueran, se aventuran. Pues ¿cómo se toleran?»

De esta manera opinaban filósofos españoles con respecto á las corridas de toros, combatiendo las ideas vulgares de un pueblo mal acostumbrado. No necesitamos el juicio de la filosofía de los extraños para sentir que el poder antiguo no hubiese desterrado estos festejos sangrientos.

El genio de los españoles precedió, como hemos ya visto en muchas invenciones, á los extranjeros, así como en la exposicion de ideas que revelan la fuerza del pensamiento de nuestros mayores. Martin Gonzalez de Cellorigo, en un *Memorial de la política necesaria y útil restauracion de la república de España* (Valladolid, 1600), habla sobre materias económicas con tanto acierto, que parecen sus palabras dictadas por Smith, por Say ó por Mill. Véanse, sino:

«La decadencia de España procede de menospreciar las leyes naturales que nos *enseñan á trabajar*, y que de poner las riquezas en el oro y en la plata y dejar de seguir la verdadera y cierta que proviene y se adquiere por la natural y artificial industria, ha venido nuestra república á decaer de su florido estado..... La verdadera riqueza no consiste en tener labrado, acuñado ó en pasta mucho oro ó mucha plata, que con la primera consuncion se acaba; sino en aquellas cosas que, aunque con el uso se consumen en su género, se conservan por médio de la subrogacion, con que se puede sacar de las manos de los amigos y enemigos el oro y la plata..... Y es no entender lo que es el dinero quien de este fundamento se aprovecha, porque, si como dice la ley, sólo fué inventada para el uso de los contratos, no es sino causa de la permutacion, pero no el efecto della; pues sólo es para facilitarla, y no para otra cosa..... Es error tambien no entender que en buena política *la cantidad más ó ménos de dinero, no alza ni baja la riqueza de un reino;* porque no sirviendo de más que de ser instrumento de las compras y ventas, tanto efecto hace el poco dinero como el mucho, y áun mejor; pues quita el pesado uso de los tratos y comercios y le hace más fácil y ligero. Lo mismo se hace con el poco dinero que con el mucho, de que dan suficiente fe los contratos de ahora cien años; porque lo que entónces se hacia con un real, ahora no se hace con cincuenta.»

No es ménos digno de recuerdo lo que el célebre historiador aragones Diego José Dormer, en sus *Discursos históricos políticos*, dirigidos á las Córtes de Zaragoza, en 1684, habló sobre libertad de comercio, cual si se hubiese propuesto escribir un comento anticipado de la frase famosa que Adan Smith profirió un siglo despues: *Dejad hacer, dejad pasar*. No sé que haya podido decir más sobre el libre cambio monsieur Miguel Chevalier, aquel ardiente partidario de esta doctrina, que lo que aquel erudito aragones dejó trazado en estas elocuentes palabras:

«*Asentado por constante que todas las naciones comercian por permutas, por la razon que de otra suerte se consumirán luégo el dinero de cada provincia, y porque* por mar y tierra los que llevan los géneros han menester volver cargados de otros, por el mayor daño que se les seguirá en perder las conducciones ó la suma costa que tendrian si no trajesen cosas de donde han llevado otras..... *estando prohibidas las mercaderías extranjeras, se quita necesariamente la ocasion y el medio para el despacho de los frutos y cosas propias, pues el que trae lo uno lleva lo otro, por ganar en ello tambien*, consistiendo en esto el arte de mercader.

. . . .

»Últimamente, se ha de considerar que la prohibicion no sirve, como se tiene experiencia, sino para que se vendan más caras las mercaderías y de ménos provecho; porque la misma dificultad de ellas hace que no haya eleccion y se deseen y se soliciten más, y á su interes se añade el de los metedores y de los que las cubren, que todo lo recobra el mercader, y la generalidad no saca fruto, sino muchísimo daño, por cargar en otras cosas lo que excusa en esto, por ocasion de haberlo prohibido.

. . . .

»Y si se dice que observada rigorosamente la prohibicion se reconoceria el beneficio, se supone lo que no puede ser..... y así se ha de *apelar á vuestra propia industria para desterrar las mercaderías extranjeras*.»

Así el pensamiento español con tan adelantado espíritu filosófico trataba de cuestiones importantísimas para la causa de la humanidad, con un acierto y con tan claras formas, que revelan adónde llegaba y podia llegar en todas materias, igualándose no sólo á sabios extranjeros sus contemporáneos, sino á los de un siglo ó á los de dos siglos posteriores (1).

Antes de que tratemos de la filosofía española en el siglo XVIII, bien será no entregar al silencio algo referente á ella en la córte de Francia durante el anterior.

Ya en su lugar respectivo hablé del famoso Montaigne y de su version francesa de la *Teología natural*, de Raimundo Sebunde. Pues bien; la guerra que á las doctrinas de Montaigne hicieron los sabios de Port-Royal tuvo por fundamento principalísimo la *Apología* que de Sebunde habia escrito. Censurósele porque decia lo contrario de lo que aparentaba decir.

Cuando publicó, en 1569, Montaigne su traduccion de la *Teología natural*, muchos creian que era dañoso pretender apoyar por el raciocinio lo que debe ser obra de la revelacion y de la fe; otros reprendian en Sebunde que los argumentos que presentaba nada tenian de fuertes, y que jamas probaban lo que él queria.

Montaigne escribió su *Apología* de Raimundo Sebunde, para responder á unos y á otros; calificó la *Teología moral* de libro de *excelente doctrina*. «La fe, decia, viniendo á colorir é ilustrar los argumentos de Sebunde, los convierte en firmes y en sólidos.»

Juzga más perniciosos por su malicia á los segundos impugnadores, y exclama: «Creo, ciertamente, que los argumentos del pobre Sebunde son débiles y que prueban muy poco; pero ¡insensatos, infelices, frenéticos por el orgullo! *¿Cuáles son los argumentos que sean buenos y que algo prueben en semejante asunto?*..... ¿Cuáles son los raciocinios á que no puedan oponerse otros tan concluyentes?.....

Los solitarios de Port-Royal (2) vieron en la *Apología* de Sebunde una encubierta manera de

(1) Mucho pudiera decir sobre los españoles que han escrito sobre cuestiones de economía política en los siglos XVI y XVII. Mi amigo el sabio Vadillo, en su *Sumario*, nos ha dado exactas y numerosas noticias de ellos. Posteriormente el señor Colmeiro, con más copia de erudicion y con excelente criterio, ha publicado trabajos merecedores de toda estima y del mayor estudio sobre estos escritores.

(2) Saint-Beuve, en su libro *Port-Royal*, dice:

«Montaigne comence tout d'abord par se moquer de l'homme, qu'il supposse isolé et *dépourvu de la grâce et connaissance divine*: «Qui luy a persuadé (à cette misérable et chestive créature) que ce bransle admirable de »la voulte céleste, la lumière éternelle de ces flambeaux »roulants si fièrement sur sa teste, les mouvements es»poventables de cette mer infinie, soyent establis et se »continuent tant de siècles pour sa commodité et pour »son service?» Et en disant ainsi, il ne s'aperçoit pas, ou plutôt il s'aperçoit très-bien, qu'il ne fait autre chose que réfuter ce même Raimond de Sebond dont il prétexte l'apologie, et qui plaidait tout au contraire les causes finales et l'arrangement de l'univers par rapport à l'homme.»

Y luégo añade por nota:

«Sebond disait, traduit par Montaigne: «Homme, jette »hardiment ta vue bien loin autour de toi, et contemple »si de tant de membres, de tant de diverses pièces de »cette grande machine, il y en a aucune qui ne te serve. »Ce ciel, cette terre, cet air, cette mer, et tout ce qui est »en eux, est continuellement embesogné pour ton servi»ce. Ce branle divers du soleil, cette constante variété »des saisons de l'an, ne regardent que ta nécessité. Écoute »la voix de toutes les créatures, qui te crie; le ciel te dit: »Je te fournis de lumières le jour, afin que tu veilles; »d'ombres la nuit, afin que tu dormes.....» On voit que, dans l'*Apologie*, Montaigne fait juste la *palinodie*.»

Más adelante escribe Saint-Beuve:

«Il n'y a de riant que l'apparence. Montaigne, en ce chapitre et dans tout son livre, a fait comme un démon malin, un enchanteur maudit, qui, vous prenant par la main, et vous introduisant avec mille discours séduisants dans le labyrinthe des opinions, vous dit a chaque pas, à chaque marque que vous volez faire pour vous retrouver: «Tout ceci n'est qu'erreur ou doute, n'y comp»tez pas, ne regardez pas trop, en espoir de vous diriger »au retour; la seule chose sûre est cette lampe que voici; »jetez le reste: cette lampe sacrée nous suffit.» Et quand il vous a bien promené, égaré et lassé dans les mille dédales, tout d'un coup il souffle, ou d'une chiquenaude il éteint; et l'on n'entend plus qu'un petit rire.»

impugnar al filósofo español y esparcir Montaigne pensamientos anti-cristianos, especialmente los de la duda universal.

Pascal fué el llamado á impugnar en sus *Pensamientos morales* algunos de los de Montaigne, y con efecto, combatió algunos de ellos con su vigorosa elocuencia, presentando al falso apologista de Sebunde, así en este escrito como en los demas, tal cual era.

Y al citar el nombre de Pascal no puedo ménos de traer á la memoria sus *Cartas provinciales*, que tanta fama le dieron por estar dirigidas contra la Compañía de Jesus, y por el artificioso y galano modo con que las escribió (1).

No sé si leyó ó tuvo noticia de los escritos de un doctor español, don Juan del Espino, enérgico cuanto apasionado adversario de aquella Orden religiosa; pero las diez y ocho cartas provinciales se fueron sucesivamente publicando desde Enero de 1656 hasta Marzo del año de 1657, y los escritos de don Juan del Espino vieron la luz en 1642 y 1643, no sin haber combatido ántes á determinados jesuitas, once ó más años ántes.

Y hay que tener muy en cuenta esta observacion: que los argumentos de don Juan del Espino son lo mismo casi siempre que los de Pascal, no existiendo entre los escritos del uno y del otro más diferencia sino el mejor ó más delicado modo de decir y presentar los raciocinios.

Pascal no se atrevió á dar á luz con su nombre las *Cartas provinciales*, ni con ninguno por vez primera: despues las publicó juntas como obra de Luis de Montalto (2).

Un año despues, Pedro Nicole, filósofo de Port-Royal, tradujo en lengua latina las *Cartas provinciales*, y las entregó á la estampa con extensísimas anotaciones, bajo el nombre de Guillermo Wendrock.

Pero ni Nicole ni Pascal hicieron lo que Espino. Éste, para combatir á los jesuitas, no ocultó su nombre, é hizo más, empezó por dirigirse al *Venerando Tribunal y avisado Consejo de la Suprema Inquisicion de España:* «Al prudente avisado no hay que darle más avisos: espero de vuestra alta justicia (le decia) para la causa, satisfaccion á la Iglesia, piedad para este reino católico, *amparo para su católico hijo y aprobacion de esta acusacion y defensa con sus pruebas remitidas á la católica* censura y á la de los mejores y desapasionados doctores vuestros, á que me remito, para enmendar ó añadir ó quitar ó declarar, segun que vuestro católico sentir me lo mandáre. Y siguiendo siempre mi justicia, la pido desde estos montes *y la mostraré en vuestros tribunales siempre y cuando que os gustáre* (3).

Este modo de combatir á aquella Orden religiosa tuvo el mérito de la franqueza y del atrevi-

(1) Pascal decia en sus *Pensées:*

41. ¡Le sot projet que Montagne a eu de se peindre! et cela non pas en passant et contre ses maximes, comme il arrive à tout le monde de faillir; mais par ses propres maximes, et par un dessein premier et principal; car de dire des sottises par hazard et par foiblesse, c'est un mal ordinaire; mais d'en dire à dessein, c'est ce qui n'est pas supportable et d'en dire de telles que celles-là.

42. »Ceux qui sont dans le déreglement, disent à ceux qui sont dans l'ordre que ce sont eux qui s'éloignent de la nature, et ils la croyent suivre: comme ceux qui sont dans un vaisseau croyent que ceux qui sont au bord s'éloignent. Le langage est pareil de tous côtés. Il faut avoir un point fixe pour en juger. Le port règle ceux qui sont dans un vaisseau. Mais où trouverons nous ce point dans la morale?»

Más adelante se expresa así:

43. «Les defauts de Montagne sont grands. Il est plein de mots sales et deshonnêtes. Cela ne vaut rien. Ses sentiments sur l'homicide volontaire et sur la mort sont horribles. Il inspire une nonchalance du salut, sans crainte et sans repentir. Son livre n'étant point fait pour porter à la piété, il n'y étoit pas obligé; mais on est toûjours obligé de n'en pas détourner. Quoiqu'on puisse dire pour excuser ses sentimens trop libres sur plusieurs choses, on ne sauroit excuser en aucune sorte ses sentimens tout payens sur la mort; car il faut renoncer à toute piété, si on ne veut au moins mourir chrétiennement: or il ne pense qu'à mourir lâchement et mollement par tout sont livre.

. . . .

46. »Un mot de David, ou de Moyse, comme celui-ci, que *Dieu circoncira les cœurs*, fait juger de leur esprit. Que tous les autres discours soient équivoques, et qu'il soit incertain s'ils sont de philosophes, ou de chrétiens, un mot de cette nature determine tout le reste. Jusques-là l'ambiguité dure, mais non pas aux autres.

47. »De se tromper en croyant vraye la Religion Chrétienne, il n'y a pas grand'chose à perdre. Mais quel malheur de se tromper en la croyant fausse?»

(2) «Les Provinciales ou lettres écrites par Louis de Montalte à un Provincial de ses amis, au sujet du relâchement de la morale des RR. PP. Jesuites: Cologne, de la Vallée (Elzevir, 1657, in 12).» No tiene esta rarísima edicion nota alguna.

Saint Beuve, en su *Port-Royal*, dice: «Pascal ne fut pas soupçonné d'abord. Les premières lettres étaient tout à fait anonymes; le pseudonyme de Louis de Montalte ne vint que plus tard; on cherchait, dans le premier moment, quelque nom célèbre pour y ratacher ce style tout à fait nouveau.»

(3) Imprimióse en fólio la *Acusacion pública contra las doctrinas de El Elucidario, autor Joan Baptista Poza, de la Compañía de Jesus.* Tambien he visto impresa *La Apologia, por el doctor Juan del Espino.*

). El valor de don Juan del Espino era el que le daba la conviccion de sus ideas. Ni temió ompañía de Jesus, ni á su valedor en España el Conde Duque de Olivares, dueño absoluto privanza del rey Felipe IV, ni al Santo Oficio de la Inquisicion.

é semejanzas hay entre los propósitos y los escritos de Espino y Pascal? Cuantas se desean emostrar que el criterio era exactamente el mismo: atribuir á la Compañía de Jesus y hanoralmente responsable de opiniones más ó ménos extravagantes ó absurdas de varios jeflamencos y españoles, algunas de ellas hasta siniestramente interpretadas.

ino defendia la proposicion de que los padres de la Compañía habian alterado todos los conle Cristo en el Testamento Nuevo, que era hacer lo que más tarde hizo Pascal. Véanse alejemplos:

Espino.

e ser la Compañía en el Evangelio muy diferente áctica, leyes y monitos que en la doctrina esiva, y de hecho sus monitos son una pésima ion del Evangelio... Quiero daros que en tiemiguos tuvisteis algunos varones espirituales ribieron mejor que vosotros. . . . . . .

. . . .

blasfemos y enemigos del Evangelio y cruz de en la cual está puesta toda la perfeccion de su , prescrita en el Evangelio suyo! Bien mostrais de esa cruz y Evangelio, pues no es posible, de dos sentencias en Roma, haceros que en China prediqueis á Cristo crucificado, porque que no duele á la carne adorar la Cruz en Esla engrandeceis con los labios y os quereis lle esto la devocion del pueblo; pero lo penoso uz todo lo despreciais y aborreceis (1).

Pascal.

Piensas hacer mucho en favor de los jesuitas diciendo que tienen padres tan conformes con la doctrina evangélica, como otros le son contrarios; y de aquí concluyes que aquellas opiniones anchas no son de toda la Compañía. Bien lo sé, porque si esto fuese, no sufriria ella á los que son tan rígidos. Pero como tambien encierra y sufre en sí á los que son tan relajados, concluye tambien que el espíritu de la Compañía no es el de la severidad cristiana, porque si esto fuese, no sufriria á los que están tan alejados della.

. . . .

Y así tienen de todo y para todo género de personas, y responden tan ajustadamente á cuanto se les pregunta, que cuando se hallan en aquellas partes donde un Dios crucificado pasa por locura, disimulan y suprimen el escándalo de la cruz, y sólo predican Jesucristo glorioso, y no Jesucristo humilde y penando; como hicieron en las Indias y en la China, donde permitieron á los cristianos la idolatría, con esta sutil invencion; enseñando á aquellos pueblos que podian adorar los ídolos *Chacinchoun* y *Keum fucum* con tal que mentalmente refiriesen esta adoracion á una imágen de Cristo que habian de tener encubierta debajo del vestido. . . . .

De suerte que fué menester que la Congregacion de Cardenales *de propaganda Fide* hiciese particular inhibicion á los jesuitas, so pena de excomunion, de permitir de adorar los ídolos so cualquier pretexto, y de celar el misterio de la cruz á los que instruian en la fe, mandándoles expresamente de no admitir al bautismo á los que ignoraban este misterio, como tambien de poner en sus iglesias la imágen de Cristo crucificado.

sose un provincial jesuita á Espino diciendo que injuriaba á la Compañía, y que esta *infamayor mal que la muerte física y natural.* Sobre esta doctrina opinaban igualmente ambos ores, por el conocimiento de otras obras de jesuitas. Compárese la manera de expresarse los ntradictores de la Compañía:

Espino.

imito que la gravedad del delito de infamia sea mayor que el de muerte física natural corpotan grande mal la infamia como la muerte, porcontraria doctrina es muy ajena de la profesion

Pascal.

Por esta via nuestros Padres han hallado forma de permitir las violencias que se hacen por defender la honra; porque no hay más que apartar la intencion del deseo de venganza como malo y criminal, y diri-

atiepitomología.

cristiana y propia de la gentilidad soberbia, que anteponia la fama á la vida, ignorando el Evangelio y doctrina de Cristo, que puso la honra del cristiano en sufrir afrentas y desearlas por su nombre... Y casos hay entre cristianos y filósofos en que un hombre se pueda infamar, y ninguno hay en que se pueda matar. Y ningun derecho humano ni divino tiene penas iguales para el que infama y el que mata (1).

girla á la voluntad de defender su honra, pues es permitido, segun nuestros Padres. Y desta manera satisfacen con Dios y con los hombres. Porque contentan al mundo permitiendo las acciones, y cumplen con el Evangelio purificando las intenciones. Esto es lo que los antiguos no han alcanzado, y se debe esto á nuestra Compañía.

Sobre las usuras escriben ambos lo siguiente:

Espino.

Tambien me objeta, digo que con ella ya la usura no es usura, y así otros vicios. Esto es verdad probada por mí en este tribunal sobre el sétimo mandamiento y sobre los consejos, y en otras partes (2).

Pascal.

Hablemos ahora de los hombres de negocios. Bien sabes que el mayor trabajo que hay con ellos está en apartarlos de la usura, y por esta razon nuestros Padres han puesto en ello particular cuidado, porque es tanto lo que aborrecen este vicio, que Escobar dice (Tr. 3. ex. 5. n. 1.) *Que sería herejía decir que la usura no era pecado*.. . . . .

La usura casi no consiste, segun nuestros Padres, sino es en la intencion de tomar la ganancia como usuraria.

No quiero proseguir: cualquiera que se tome el trabajo de comparar los escritos del doctor Juan del Espino con las *Cartas provinciales* de Pascal, hallará unas mismas ideas y unas mismas censuras.

Espino empezó su guerra á la Compañía por la persona y obras del padre Juan Bautista Poza, á causa de haber éste hablado contra religiosos expulsos de su Orden, caso en que el doctor se hallaba. De ahí pasó á declarar la guerra á toda la Compañía de Jesus, diciendo arrogantemente: *No hay otro remedio más que ó morir ella ó morir yo.*

Sabido es que las *Cartas provinciales* se escribieron cuando se examinaban en la Sorbona los escritos del célebre Antonio Arnauld. Habia, como en el caso de Espino, rencores religiosos.

Espino estuvo preso en el Santo Oficio por querella de la Compañía, que se consideró injuriada. Más tarde, las obras del doctor Espino contra ella se prohibieron por la Inquisicion (3). En 1657 la Congregacion del Indice condenó las *Cartas*, el Parlamento de Aix las declaró difamatorias, calumniosas y perversas, disponiendo que se quemasen por el verdugo en la picota: en 1659 quemáronse del mismo modo en París, juntamente con las *Anotaciones* de Nicole (4).

Pero ni Nicole ni Pascal sufrieron personalmente ni áun una prision, como Juan del Espino.

Tampoco un verdugo redujo á cenizas los opúsculos de éste.

Las *Cartas* de Pascal han alcanzado una gran celebridad, miéntras que los escritos de Espino, con ménos atractivas formas y sin haber un partido como el de los Jansenistas que cuidase de darles á conocer repetidamente, apénas son leidos por alguno que otro erudito español.

Extrañas son las calificaciones del doctor Juan del Espino: andaluz como parece haber sido, debia haber tratado ó al ménos tenido noticia de tantos jesuitas sabios y virtuosos como en esta provincia hubo en su siglo, que las crónicas de la religion encarecen con palabras que tienen tanto de verdad como de elocuencia; un doctor José Alderete, de gran caudal en letras, profundo en el estudio de ambos derechos; un Juan de Pineda, natural de Sevilla, honor de su patria, sujeto de rara erudicion y perpétuos desvelos por ilustrar la Sagrada Escritura; un Martin de Rosa, persona doctísima, que murió lleno de dias y de merecimientos; un Diego Granado, tan sabio y tan vivo ejemplo de toda santidad, y en fin, los demas de que se guarda apreciable memoria.

(1) Libro citado.
(2) Opúsculo citado.
(3) Véase el Expurgatorio de 1707.
(4) En España no aparecen prohibidas hasta el Indice de 1747. Las obras verdaderamente filosóficas de Pascal no constan en ninguno, como ya he consignado en el texto.

Ahora bien: ¿Pascal pudo tener conocimiento de los escritos del doctor Juan del Espino? Por España corrian con el aplauso de unos y las contradicciones de otros. En lo demas de Europa, y especialmente en Francia, las obras españolas se leian mucho. Nada de extraño tiene que las de Espino llegasen á manos de los solitarios de Port-Royal, como llegaron á tantos monasterios. Tratábase de una guerra á una órden religiosa contra la que muchas abrigaban antipatías ó prevenciones. No es, pues, una version, ni un plagio, el escrito de Pascal: es una coleccion de ideas semejantes á las de Espino, y quién sabe si inspiradas por la lectura de éstas.

De cualquier modo, conste que un pensador español se anticipó á juzgar libremente las doctrinas de muchos jesuitas, al famosísimo Pascal, y que si á sus trabajos se puede con justicia tildar de apasionamiento, no merecen por cierto censura distinta las *Cartas provinciales*, así como las *Anotaciones* de Nicole.

No decayó en la primera mitad del siglo XVIII el aprecio de una parte de Europa en favor de los filósofos de nuestra patria, ántes bien se traducian algunas de sus obras y se dedicaban alabanzas á sus nombres.

Morfonace de Beaumont publicó un librito en verso, intitulado *Apología de los brutos* (1), para contradecir las doctrinas cartesianas sobre que ellos no son otra cosa que meras máquinas; doctrina fundada, segun dice, en la autoridad de un *bel sprit espagnol*. Barat, en Amsterdam (2), hablaba de Vives con mucho entusiasmo, por la gran erudicion profana de su libro sobre las causas de la corrupcion de las artes, su soberano juicio y sus excelentes lecciones de moralidad (3). El padre Touron, en su *Historia de los varones ilustres* de la órden de santo Domingo (Paris, 1746), recordaba que el cardenal Pallavicini (4) decia que Melchor Cano, en un libro todo de oro, habia tratado ántes, y mejor que los demas, de los lugares teológicos, y es el primero que enseñó á los autores de este género de libros á ser elocuentes y floridos, y lo que vale más, á combatir felizmente á los novadores y á vencerlos; elogio nada sospechoso en la pluma de uno de los jesuitas, á quienes no fué seguramente muy aficionado el sabio teólogo español. Con respecto á fray Pedro de Soto, ni hermano ni áun pariente de fray Domingo de Soto, hacia ver que un religioso tan estimado del emperador Cárlos V y del concilio de Trento no fué el inventor del *bayanismo* ó el *jansenismo*, como un autor frances aseguraba con vista de sus cartas á Ruard Tapper, canciller de la universidad de Lovayna. Todo lo más que concedia era que fray Pedro de Soto pudo establecer los principios, pero no las consecuencias que otros, contra su intencion, sacaron de ellos (5).

Celebra á Cano, porque ántes de admitir una opinion queria estar convencido, y á excepcion de las verdades reveladas, no tenía por cierto sino lo que encontraba apoyado por pruebas bastantes á persuadir su inteligencia, disipando todas las dudas (6).

Otro autor frances retrataba admirablemente el carácter de la mística escritora santa Teresa de Jesus (7).

(1) Paris, 1732.

(2) «Nouvelle Bibliothèque ou l'on fait connoitre les bons livres en divers genres de litterature, et l'usage qu'on en doit faire.» Amsterdam, 1714.

(3) «Quoique cet ouvrage de Vivés touchant la corruption des arts et des sciences ne soit plus guères depuis longtems dans le commerce ordinaire des libraires, on ne sçauroit trop en recommander la lecture à ceux qui s'appliquent aux belles-lettres. J'ose même le mettre au dessus de tout ce qu'Erasme, qui étoit son intime ami, a donné au public sur la belle litterature. Vivés fait paroitre dans ces livres, touchant la décadence des arts et des sciences, un grand fond d'érudition profane, et beaucoup de jugement. Il n'y est pas si fort appliqué à traiter des arts liberaux, qui sont le sujet de ses sept livres, qu'il n'y mêle de tems en tems d'excellentes leçons de morale, et de ce qui regarde même la religion.»

(4) *Vindiciæ Societatis Jesu.*

(5) «Un écrivain moderne, dit le père Touton, a pretendu trouver dans ses lettres à Ruard Tapper, chancelier de l'université de Louvain, *l'œuf du bayanisme et du jansenisme*, et il ajoute que son livre a été *condamné* à Rome. Le terme n'est pas exact, et on n'a point décidé que le père Duchesne, non plus que bien d'autres, n'ait pas apperçu ce qu'il avance. Il n'accuse point Pierre de Soto d'avoir soutenu une doctrine hérétique, mais d'avoir établi des principes, dont on a pu abuser contre son intention.»

(6) «Il est vrai que pour embrasser un sentiment il vouloit en être convaincu, et excepté les vérités revélées, il ne tenoit pour certain que ce qu'il trouvait appuyé sur des preuves capables de persuader son esprit, en dissipaut ses doutes. Cette disposition du jeune théologien donna quelque inquiétude à son maître; il craignit qu'il n'abusât peut être un jour de ses talents, en se livrant trop à l'ardeur de son génie.»

(7) Véase el libro intitulado *De l'institut des carmélites réformées par sainte Thérese*. Ouvrage très-utile à toutes les Communautés de filles, pour y maintenir l'esprit de prière et de recueillement. A Bar-le-Duc, chez Richard Briflot, imprimeur libraire, 1739, in-8.°, pág. 286.

El retrato que el autor hace de santa Teresa no puede ser más bello y exacto.

«Sainte Thérèse étoit issue d'une noble maison d'Es-

Al publicarse el tomo II de los *Escritores de la órden de los predicadores*, en 1721, escrito por los padres Quietif y Echard (París), los críticos trajeron á la memoria los gloriosos nombres de algunos filósofos y teólogos de nuestra patria. De Melchor Cano se decia que pocos hubo de estos últimos en su siglo que le fuesen superiores; que él mejor que ninguno conoció el carácter de la teología verdadera, y pugnó por desterrar de las escuelas la barbarie y las vanas sutilezas, y que su tratado de las fuentes de las pruebas teológicas es excelente en su género (1).

Comparaban á fray Luis de Granada con san Juan Crisóstomo, haciendo reaparecer en las cátedras cristianas la verdadera elocuencia, así como Victoria, Soto y Cano comenzaron á dar al método y al estilo de la escolástica el grado de perfeccion conveniente (2).

Los autores de la *Biblioteca* nos enseñaron que fray Bartolomé de Medina, que floreció en el siglo XVI, no cedió á ninguno de los comentadores de santo Tomás; que penetró completamente todos los arcanos de las opiniones del santo doctor y la fuerza de las pruebas en que las apoya.

Ese gran teólogo y filósofo español enseñó, mucho ántes que los jesuitas, que se podia seguir la opinion probable: *Recta et firma sententia dictat et docet; licitum esse in dubiis sequi opinionem probabilem.* Tal dijo Medina, y el padre Echard parece asegura que Medina tuvo otra idea de la opinion probable, muy distinta de la de los defensores del *probabilismo;* pero en esto se engañó evidentemente. La doctrina de Medina es exactamente igual á la que sustentaron los partidarios de la opinion probable.

Impugnando la sentencia de Franklin sobre que imitemos á Jesus y Sócrates, hablé con elogio del padre Francisco Arias, de la Compañía de Jesus, y de su libro *El Aprovechamiento espiritual.* Esta obra se habia traducido en lengua francesa, italiana y latina. En 1740 apareció en París una version de sus obras espirituales, hecha por el padre Belon, de la misma Compañía (3).

Recordáronse con tal motivo, en Francia, las virtudes esplendentes, la profunda humildad, el fervoroso é infatigable celo por la salvacion del prójimo que tuvo el padre Arias.

Se decia que para loor de sus escritos y calificar su mérito bastaba sólo el voto de san Francisco de Sales, y que este varon, tan sabio y seguro en la guia de las almas, los habia recomendado en su *Introduccion á la vida devota.*

«Ningun país, se decia, ha producido tan célebres ascéticos ni en tan grande número como España. Poco cuidadosa de cultivar las ciencias de ingenio y gusto, las bellas artes, las artes sencillamente bellas, la nacion, por su carácter dirigida ó encaminada á lo bueno, lo grande y lo sólido, ha dado los más famosos teólogos y los más hábiles maestros de la vida interior y espiritual, y el siglo XVI ha sido el más fecundo en este género de personas ilustres: santa Teresa, san Juan de la Cruz, Luis de Granada, Juan de Ávila, Luis de la Puente, Alonso Rodriguez (4).»

pagne; la nature l'enrichit de tous ses dons, et elle posséda à un point éminent toutes les belles qualités du corps et de l'esprit; elle eut même à un dégré distingué ces avantages si périlleux pour votre sexe, qui flattent tant la vanité de la plûpart des filles, qui leur attirent dans le monde des hommages, et une espèce d'empire. Mais Thérèse avoit un esprit droit et sublime; les vanités, les douceurs, les pièges du monde ne purent long-tems l'arrêter: elle eut en naissant un esprit juste et éclairé, qui tendoit toujours au vrai, au solide, et à la perfection de toutes choses, un courage bien au-dessus de son sèxe: il faut ajoûter une éloquence naturelle. Les espagnols assurent encore aujourd'hui qu'elle a possédé toutes les beautés de leur langue.

(1) «Le dechaînement de ce célèbre dominicain contre les jesuites ne nous cache point ses grandes qualités; son siècle a eu peu de théologiens qui lui fussent superieurs; il a même connu, mieux qu'aucun autre, le caractère de la vraie théologie, et travaillé à bannir des écoles la barbarie et les vaines subtilités. Son traité des sources des preuves théologiques, *De locis theologicis*, est un livre excellent en son genre. Le dessein de l'ouvrage, le choix des questions, la manière solide de les traiter, la beauté de stile, rendent cet ouvrage precieux. La meilleure édition est celle qui a paru à Padouë il y a quelques années.» (*Mémoires* ya citadas.)

(2) «Victoria, Dominique Soto, Cano ont commencé à donner à la méthode et au stile de la scholastique le degré de perfection qui leur convient. Sixte de Sienne, Forerius, Oleaster ont banni de l'interpretation de l'Ecriture les compilations sèches, les vaines allégories, les subtilites de l'école. Grénade a fait reparoître la vraie éloquence dans les chaires chrétiennes; il n'a pas tenu à Chrisostome.» (*Mémoires*, etc.)

(3) Œuvres spirituelles du père François Arias, de la Compagnie de Jésus, traduites de l'espagnol par le R. P. Belon, de la même Compagnie. A Lyon, chez la Veuve de la Roche et fils, rue Mercière, à l'Occasion. M.D.CC.XL. 2 vol. in-12. T. I, pág. 362. T. II, pág. 368.

(4) «Nul pays n'a produit de si célèbres écrivains ascétiques, ni en si grand nombre que *l'Espagne.* Peu soigneuse, ce semble, de cultiver les sciences d'esprit et de goût, les *beaux* arts, les arts simplement *beaux*, la nation, tournée par son caractère vers le *bon*, le grand, le solide, a donné les plus fameux théologiens et les plus habiles maîtres de la vie intérieure et spirituelle; et le seizième siècle a été le plus fécond en cette dernière espèce d'hommes illustres. *Sainte Thérèse*, *saint Jean de la Croix*, *Louis de Grénade*, *Jean d'Avila*, *Louis du Pont*, *Alphonse Rodriguez*, et tant d'autres que je pourois nommer, l'éclairerent par leurs instructions. comme ils l'édifierent par les exemples de la [illegible] en nom-

Llamó mucho tambien la atencion en Francia una nueva edicion que se habia hecho de la *Cartilla política y Cristiana*, obra de don Diego Felipe de Albornoz, publicada en 1665, y escrita para enseñanza del príncipe don Cárlos, que luégo fué el postrer rey de la casa de Austria.

El príncipe de Astúrias don Fernando, que reinó tras la muerte de Felipe V, siendo de diez años se aficionó á la lectura de aquel librito, que contiene muchas máximas de filosofía, de política y de religion; lo trasladó por su propia mano y lo presentó al Rey su padre para que dispusiese su impresion en mejor forma, á fin de que los infantes sus hermanos pudiesen aprovecharse de su enseñanza. Felipe V dispuso que la obra se reimprimiese con todo lujo, encomendando la empresa á don Juan Elías Gomez, obispo de Orihuela y capellan del Infante.

Aparece en primer término, como filósofo cristiano en España al empezar el siglo XVIII, el PADRE FRANCISCO GARAU, de la Compañía de Jesus. En Barcelona publicó el año de 1701 su *Monarquía del amor de Jesus en el corazon de las señoras*. Define las naturalezas del amor de Dios y del amor de las cosas mundanas; habla de la devocion, de la modestia, de la castidad, de la providencia y discrecion con tanto acierto y doctrina como Chassay en su libro de *La mujer cristiana en sus relaciones con el mundo* (1).

¡Con qué elocuencia descubre los desatinos del propio amor en la mujer, cuando se atormenta por hallar medios de presentarse más hermosa!

«¡Cuán caras compra sus riquezas la codicia, el enojo sus venganzas, la gula sus gustos, y sus ciegas complacencias la envidia! ¿Hay más martirio que haber de estar en prensa toda la noche la linda, para salir de dia á la luz? ¿No es condeñarse á ser otra hoy de la que fué ayer, á fuerza de tantas mudas? ¿Cómo se quiere á sí misma la que desagradada de su sér, tanto procura parecer la que no es? ¿Cómo se ama, si se aborrece en la que es, y sólo se complace en la que no es, y despinta y borra cada dia lo que en ella pintó la naturaleza? ¿Qué gana en la mentida adoracion de cuatro ciegos, sino que con los deseos la infamen, con la alabanza la afrenten, con las celebridades la hagan más famosa que afamada, y con el atrevido pestañeo de los ojos más que la veneren la ultrajen; y en tanto es fuerza que viva ella entre infinitas espinas que la lastiman, con cuidados que la muerden, temores que la despedazan y pesadumbres que la acaban?»

Lo más notable que escribió el PADRE GARAU con esta misma vivacísima elocuencia, fueron tres libros de *Máximas políticas y morales* (2).

En el segundo de ellos habla contra el duelo, asunto de que ya habian tratado otros filósofos españoles con felices raciocinios, cual se ha visto en este *Discurso*. Pero los argumentos que presenta contra esta bárbara é irreligiosa costumbre, son de más fuerza aún que los que consignaron los escritores que le habian precedido en tan filosófica y cristiana empresa.

La máxima IX del tomo segundo, que explana con rasgos elocuentísimos, es ésta: *La peor esclavitud es la opinion.*

Tratando de que el desafío es injusto y bárbaro, exclama:

«No puedo acabar de persuadirme que estén tan vendados tus ojos, que no veas que es injusto, impío y bárbaro el desafío en quien le empieza con propria autoridad, ó sea por vengarse de un agravio ó para purgar su crédito de alguna supuesta deshonra, ó para coronarse de aplausos entre los Quijotes temerarios, que suelen ser los fines con que se suelen provocar. ¿Puede negarse que ejecuta una injusticia contra Dios, cuyo solo es el dominio de las vidas, el que usurpándose

bre fut *François Arias*, aujour-d'hui moins connu parmi nous, faute de traducteurs qui pussent le faire goûter. Le père *Belon* n'a pas donné tous ses ouvrages, mais dans celui qui a pour titre: *Aprovechamiento spiritual*, il a choisi les traités suivans: *Du soin de notre avancement spirituel*, *De la défiance de soi même*, *De la mortification* de notre propre volonté, et de nos passions, *De la présence de Dieu*, tous destinés, suivant les vues et le plan de l'auteur, et propres à conduire les hommes par des progrès continuels dans la vertu, jusqu'à la perfection du christianisme » (*Mémoires*, etc.)

(1) La femme chrétienne dans ses rapports avec le monde, par l'abbé Frédéric.— Edoward Chassay. Seconde edition. Paris, 1851.

(2) *El sabio instruido de la naturaleza, en cuarenta máximas políticas y morales, ilustradas con todo género de erudicion sacra y humana*, por el padre Francisco Garau. Van añadidas en esta impresion, primera parte. Madrid, 1709.

El olimpo del sabio instruido de la naturaleza y segunda parte de las máximas políticas y morales. Barcelona, 1711.

Tercera parte del sabio instruido de la naturaleza, con esfuerzos de la verdad en el tribunal de la razon, alegados en cuarenta y dos máximas políticas y morales....., contra las vanas ideas de la política de Machiavelo. Madrid, 1710.

aquel dominio, como si fuera él el señor, intenta quitar la vida á su prójimo ó á sí mismo? ¿No fuera tiránica iniquidad en un príncipe, que sin más razon que su antojo, diera la muerte á quien le constára es inocente? Pues si en un príncipe, que tiene tanta autoridad de Dios, que puede mandar en su nombre quitar la vida á quien las leyes y el bien comun condenan por reo de muerte, fuera, con todo eso, delito de injusticia abusar de su poder para lo que no le permiten las leyes; en tí, á quien no asiste autoridad alguna, ¿qué ha de ser el usurparle á la Majestad Suprema el uso de aquel dominio en las vidas, que á nadie quiso conceder?»

Prueba la injusticia del provocador al duelo para consigo y para con los suyos, poniendo estos hermosos raciocinios:

«¿Y qué dirémos del derecho que tiene á la conservacion de su vida, de que cuanto es de tu parte le deturbas, al que provocas? Si hay injusticia en el mundo, ¿quién aquí la ha de negar? ¿Y qué de la caridad mutua que le debes, en cuya obligacion has nacido por hombre, y cuya profesion prometiste cuando á Dios le juraste su fe? ¿Puede serle más contraria la atrocidad de tu ódio, que desea bebelle la sangre, quitalle la vida, y con ella la posesion de todos sus bienes, y sobre esto la eterna felicidad de su alma, poniéndole en más que evidente peligro de perderse para siempre? Y estos crímenes, que en órden al provocado cometes, se duplican casi todos en tí mismo, en cuanto á tí mismo te arrojas á tanto mal. Pues á la verdad, no es ménos de Dios tu vida y tu alma, ni te debes ménos amor á tí proprio; y sin embargo, como si fuera cosa tuya, la pones en la punta de la espada, exponiéndote á perder la vida y alma por un vano punto de no sé qué. Ni son para olvidados aquí los gravísimos daños á que las más veces necesitas á ambas familias. El llanto en la orfanidad de los hijos. Las lástimas de la mujer, que se llora ántes viuda que anciana. Los gemidos y dolor de los padres, que miran cortada la flor de las esperanzas de su casa, ántes que la vieran sazonada en los frutos que aseguráran su posteridad generosa.»

Vitupera el anhelo de los que aventuran sus vidas en desafíos por ser loados de valientes y obtener el aplauso del vulgo ó de los hombres que se precian de discretos, y son tan vulgares ó más que el vulgo mismo:

«¿Qué otra cosa es salir garboso, sino que los Rodamontes y Quijotes te celebren por valiente, y no digan que anduviste cobarde, ó quedar con aquella vana satisfaccion, que te parece te debes á tí proprio, de obrar con aquella intrepidez que merezca aquel aplauso? Y, en una palabra, ¿qué es más que cumplir con el ídolo del qué dirán? Pues nota ahora que si te picáras de la honra que te debes, nada así pudiera serte sensible, como el aplauso que te dan los que te alaban así. Alábante de valiente, porque saliste á matar ó á morir, porque provocaste al otro en tu venganza, ó saliste provocado á despicarte de tu afrenta. Y ¿qué es eso sino un delito de iniquidad contra Dios, contra el Rey, contra tí mismo y los tuyos, y contra tu enemigo y los suyos de sabida y de seguro, y una perdicion de tu vida, y eterna de tu alma en contingencia? Pues de ahí que la alabanza que te dan porque saliste valiente, es celebrarte de injusto con los hombres y de impío con tu Dios, de desapiadado con los tuyos y de cruel contigo mismo y feroz. ¡Linda gloria es salir garboso, pues consiste en un gozo que, á bien ir, te ha de servir luégo de pesar, de corrimiento y vergüenza! ¡Linda gloria la que se funda en delitos! ¡Linda fama la que no se puede tener sin la infamia de delincuente delante de Dios y los cuerdos!»

Consideraba el PADRE GARAU que será más valor despreciar el qué dirán, y fúndalo, entre otros buenos raciocinios, en los excelentes que se copian:

«No te niego lo que vale y merece ser estimada la honra. Pero es bien no te olvides de lo mucho más que vale el alma, que le costó á Dios su vida, y cuánto vale más un cielo y un Dios. Y ¿quién es el que te quiere cobarde, quién sin honra? Yo valiente te quiero, no cobarde; honrado, no infame; generoso, no vil. Pero valiente con el valor verdadero, y honrado con la verdadera honra. Si unos niños, dice Tirio Máximo X, formáran su tribunal, promulgáran sus leyes, y en fuerza dellas mandáran comparecer ante sí á un hombre grave, y por haber faltado en alguna de sus rapacerías prescritas le declaráran entre sí por infame, y le descomulgáran en su compañía y su trato, ¿qué habia de hacer aquel hombre sino despreciar su desprecio y reirse de sus votos, sentencias, jueces y ley? Así, pues, el gran corazon de Sócrates, dice, se burlaba de los atenienses, cuyos pareceres mandaban morir al que ántes habia mandado morir la naturaleza misma. Ni otra cosa ha de hacer cualquier cuerdo, cuando viere que le acometen los malos, sino reirse de la risa de los necios y despreciar el desprecio de los impíos.

. . . .

»Que te tengan todos por pobre, si eres rico, ¿qué te quita? Que te tengan todos por enfermo, si estás sano, ¿qué te duele? Que á un blanco le rian los negros, ¿qué le importa? Y en que te tengan por cobarde, si eres valiente, ¿qué te va?»

Pasa el PADRE GARAU seguidamente á probar que la honra no pende de la opinion de los ciegos en sus errores; la Iglesia reprueba los duelos, las personas doctas y cuerdas los reprueban tambien:

«Entre tanto, ¿qué honra te puede dar la que no se alcanza sin el deshonor de la culpa? ¿Qué temes de unos hombres que, si hoy son, no serán mañana? ¡Qué temes de unos hombres que hoy hacen de un cuervo una paloma, y mañana de una paloma un cuervo, hoy de un Neron un Caton, y harán mañana de un Caton un Neron; y levantando mil testimonios á las virtudes, llaman valor heroico la temeridad arrojada, y la rabia ciega, valentía, y censuran por cobardía lo que es más animoso valor?»

El PADRE GARAU quiere demostrar luégo que el salir al desafío es cobardía, y que el no salir puede ser mayor valor; que al combate sólo se va por la venganza de un agravio ó por la necia vanidad y ostentacion del propio brío. Compara el desafío á la lucha de los gladiadores; y con efecto, no hay en la antigüedad griega y latina con otra cosa que compararlo, á lo ménos en pelear por la honra ó gloria de hacer gala de su fortaleza y valentía. Dice GARAU:

«Luégo no pudiendo ser el desafío por causa honesta, ni tener buen fin, no puede ser accion de valor verdadero, ni de fortaleza racional, sino una bárbara empresa de mera atrocidad y fiereza, que ha procurado el infierno substituir á la furiosa inmunidad de los gladiatores, que prohibió el gran Constantino despues que imbuyó su ánimo con la cristiana piedad. Así lo ha trazado aquella astucia diabólica, para que no le faltáran estas víctimas sacrificadas á sus llamas, en honra de su imitacion.»

Quien sirve al qué dirán, es esclavo. Tal es la máxima con cuya explanacion termina el PADRE GARAU su disertacion contra el duelo, y con estas palabras oportunísimas:

»Sepamos adónde vamos y miremos si vamos bien. No fiemos de que es trillado el camino, pues si al fin se perdieron los que le siguieron, mal podrémos lograrnos por él. Donde son los más los que se pierden, el más seguido camino debe ser el más sospechoso. No nacimos para brutos, que sin más atencion sólo cuidan de seguir á los que les van delante, no mirando por dónde se ha de ir, sino por dónde se va. Nada así nos llena de peligros, como el seguir el rumor indiscreto, mal creidos que es lo mejor lo que tiene más, que lo aprueban. Esto no es vivir segun pide la razon, sino segun la costumbre lleva. De aquí nace que se precipitan tan atropados unos sobre otros los hombres á la última ruina; ninguno cae que no arrastre otro consigo y no caiga sobre otro. Son los primeros la ruina de los que los siguen, y ninguno yerra sólo para sí, porque los unos son causa del error lastimoso de los demas. El daño está en seguir á los primeros, y miéntras cada uno quiere más seguir que averiguar y corregir, nadie se toma con exámen; todo se cree, todo se sigue; y nos hace seguir y despeñar, volteando tras los otros, aquel engaño que pasa de padre á hijo, como de mano en mano, y así nos perdemos todos por no querer dejar el camino en que se perdieron los otros. El remedio está en torcer del camino comun, y el mal está en que contra toda razon el pueblo siempre se pone de parte de su proprio daño. Sucede en esto lo que en las elecciones de la muchedumbre, donde todos admiran despues que se haya hecho aquello que ellos mismos hicieron, cuando una ciega aclamacion los movió. Lo mismo que ántes aprobamos, despues reprendemos, y éste es el éxito en todos los juicios en que se decide por más votos, y en que vence el número, y no la calidad. En puntos en que va una vida eterna, nadie me apele á la pluralidad de los votos. Nadie me diga: Así lo sienten los más; que por eso es lo peor. No está el mundo de calidad que entiendan y quieran los más lo mejor. Antes es argumento de lo más malo la multitud. Nadie, pues, se fie de que es más usado, ni esto busque, sino lo que más persuade la razon que se haga. Nadie se despeñe porque lo quieren muchos, aunque le juren todos que es acenso. Nadie tema lo que los más dicen, pues nadie debe hacer lo que los más torpemente hacen. Sígase la razon y búsquese lo que puede conducirnos con seguridad á la felicidad para que nacimos, y déjese para el vulgo lo que él más aprecia, siendo, como es, el peor intérprete de la verdad.»

En modo alguno se extrañe que tan extensamente haya transcrito algunas de las más notables máximas del PADRE GARAU sobre la costumbre de los desafíos.

Son tan originales y filosóficos sus raciocinios, que merecen cumplido nombre, con tanta ma-

yor causa, cuanto que poco ó en muy poco se diferencian de los que Juan Jacobo Rousseau escribió sobre el mismo asunto. Cuando vieron la luz pública los de GARAU, el filósofo ginebrino áun no habia nacido.

«El hombre de valor desprecia el duelo, decia Juan Jacobo, y el hombre de bien lo aborrece. Yo considero los desafíos como el último grado de la brutalidad á que pueden llegar los hombres.

»La verdadera honra, ¿depende, acaso, de los tiempos, de los lugares y de las preocupaciones? ¿Puede pasar y volver como las modas?..... ¿Qué puede importar una vana opinion de otro sobre el honor verdadero, cuyas razones se encuentran únicamente en lo más profundo del corazon?..... La honra del sabio, ¿estará á la merced del primer hombre brutal que encontrase?..... Si es la humanidad el fundamento de toda virtud, ¿qué pensar del hombre sanguinario y depravado que osa acometerla en la vida de uno de sus semejantes?

»Si el filósofo y el sabio toman por regla de su vivir los discursos insensatos de la muchedumbre, ¿de qué sirven entónces tantos estudios, sino para ser en lo más íntimo del alma un hombre vulgar? ¡No os atreveis á sacrificar al deber el sentimiento, porque no se os tache de que temeis la muerte! Pesad las cosas, y hallaréis más cobardía en el miedo de tal censura que la misma muerte. ¿Qué clase de mérito hay en aventurarse á morir por cometer un delito?

»Aunque fuese verdad que uno se convierte en sér despreciable negándose á un desafío, ¿á qué desprecio debe temerse más, al de los otros procediendo bien, ó al de uno mismo practicando el mal? Lo bueno y lo digno, ¿penden, acaso, del juicio de los hombres?

»Falso es que negándose á un duelo por virtud, se convierta uno en merecedor del general desprecio..... No se defiende la honra con el escudo ni con la espada, sino con una vida íntegra é irreprensible, y esta lid vale tanto como otra cualquiera, por lo que toca al esfuerzo del alma.»

Así pensaban en el siglo XVIII el jesuita español GARAU y el célebre Juan Jacobo Rousseau; aquél se vale de razones filosóficas humanas, y tal vez de las de la ley de Dios. El autor del *Emilio* se sirve de las mismas, aunque, en su falta de fe, para nada sirven los preceptos de la religion cristiana.

Esta identidad de miras y de conceptos por lo que respecta á la filosofía, hace aparecer con más mérito para la generacion presente al PADRE GARAU y enaltece más y más la historia de los pensadores españoles que voy trazando en este bosquejo.

Y es más todavía; Nicolas Tommaseo, uno de los caudillos de la revolucion de Venecia en nuestro siglo, y filósofo de esa escuela que pretende conciliar las aspiraciones de la libertad con las tradiciones de nuestra fe católica, hablando de la opinion pública, si no habla de los esclavos de ella, como GARAU, conviene en que es más esclava y más crédula hoy que en los siglos tan calificados de credulidad servil.

El famoso Hoffmann (de Fallersleben), hablando de la inconstancia de la opinion pública, dice que los pareceres y las disposiciones de los hombres se mueven en un círculo eterno, como la rueda de la fortuna. Se lanzan críticas amargas al que ayer se colmaba de exagerados loores, y se pisotea al que ayer se levantaba á las nubes.

Tal es el sentir de filósofos italianos y alemanes de nuestra edad, tan conformes con los del PADRE GARAU.

Cuéntase entre los filósofos españoles del siglo XVIII al PADRE DON FRAY BENITO JERÓNIMO FEIJÓO, monje benedictino, y hasta se ha comparado con Voltaire, llamándole el *Voltaire español*, como pudiera serlo un religioso y creyente (1).

Creo que FEIJÓO no merece el nombre de filósofo. Escribió de muchas materias de erudicion, en algunas con bastante acierto; pero ciertamente, en lo que para mí es ménos que mediano autor es en cuantas trató de cosas referentes á filosofía.

No hay un pensamiento original digno de memoria; no hay una sentencia que merezca repetirse, ni que sorprenda, conmueva ó halague por su novedad ó por el esplendente modo con que la haya presentado.

Dedicóse á combatir, no errores de sabios, sino errores del vulgo. Consiguientemente la trivialidad es el alma de sus discursos. Los desatinos que combate no pedian disertaciones, sino enu-

(1) Sus obras escogidas se han publicado en esta BIBLIOTECA, con un discreto cuanto erudito estudio del señor don Vicente de la Fuente, persona tan digna de respetuoso aprecio por su mucha doctrina y excelente criterio.

merarlos de pasada; que con su sencilla exposicion y alguno que otro picante calificativo bastaba para el objeto. Y voy á expresar más claro mi pensamiento. Las personas doctas ó de buen criterio para nada necesitaban las impugnaciones de esos errores del vulgo: para ellas todo lo dicho en estos casos por el PADRE FEIJÓO son lugares comunes. Las personas del vulgo que prestaban fe á aquellas simplicidades, ó no leian los libros de FEIJÓO, ó si los leian, no por eso abandonaban las preocupaciones absurdas (1).

La mayor parte de los pasajes de FEIJÓO, así del *Teatro crítico univresal, ó discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes*, como en las *Cartas eruditas y curiosas, en que por la mayor parte se continúa el designio del Teatro crítico universal, impugnando ó reduciendo á dudas várias opiniones comunes*, y otros opúsculos, no se dirigen á la enseñanza de la filosofía, sino á hablar de cuestiones médicas, históricas, astronómicas y literarias, y á defensas personales.

La filosofía que se saca de lo que escribe, sobre ser preocupaciones y no más las consejas de las cuevas de Salamanca y de Toledo, del purgatorio de san Patricio, del toro de san Márcos, de la campana de Velilla, de la virtud curativa de los lamparones atribuida á los reyes de Francia, es ninguna, y eso expresado todo en nada buen estilo y con poca noticia de lo mismo que está impugnando con más formalidad de la que los asuntos merecen para cualquier mediano criterio (2).

En lo que habla sobre el alma de las bestias, y tratando con desden á Gomez Pereira, y declarando que nada debia al filósofo español Descártes, es un extracto de lo que Bayle recopiló en su *Diccionario* (3).

(1) El juicio que de FEIJÓO hizo don José Marchena merece ser conocido: véase aquí:

«Las (disertaciones) que consagró FEIJÓO á rebatir vulgares preocupaciones son muchas veces notables por una dialéctica concluyente, por lo bien hilado de los argumentos y la lucida colocacion de las pruebas, que unas á otras se ilustran. Puesto que los errores que rebate son por lo comun tan extravagantes, que con el mero uso de una mediana razon sobra para desprenderse de ellos, que no pocas veces sustituye mentiras, que nunca asienta aquellas verdades fecundas en corolarios que las tinieblas del ánimo disipan; finalmente, que tributa acatamiento á cuanto entre la Inquisicion y el despotismo abroquelan con su férreo impenetrable escudo, todavía fué no poco provechoso el *Teatro crítico* de este autor, no tanto por las patrañas que desterró, como porque dió documento y ejemplo de exámen de proposiciones inculcadas en los ánimos por la autoridad sin estar arraigadas en el convencimiento. La perpétua seriedad de estilo de FEIJÓO, siempre puro, siempre correcto, toca á veces en uniformidad y engendra fastidio. Errores hay tan ridículos, que no merecen un acometimiento serio, y que las véras parecen de más para rebatirlos.»

Salvo en lo de que la Inquisicion fomentaba esos embustes, no pasa de ser una de las monomanías de Marchena. FEIJÓO, por ejemplo, disertó sobre que la campana de Velilla no se tocaba sola para anunciar calamidades, como el vulgo creia, y sin embargo, la Inquisicion prohibió un tiempo los *Anales* de don Martin Carrillo, cual se demuestra de carta que existe en la Biblioteca Nacional, en que aquel escritor habla de la prohibicion de su libro por haber hablado del tañimiento de dicha campana, el año de 1579.

(2) En un manuscrito que doné á la Academia Española, y que se intitula *Cartapacio, primera parte de algunas cosas notables recopiladas por don Gaspar Garcerán de Pinos y Castro, conde de Guimeran*, etc., año de 1600, habla de las *Cuevas de Salamanca*, que no eran cuevas, como FEIJÓO creia, sino *bodegas*. Hé aquí la tradicion como llegó hasta el Conde de Guimerán: La opinion del vulgo (dice) acerca de la mágica que se aprendia en las cuevas de Salamanca, de la suerte que cuentan que entraban siete y estaban siete años y no veian al maestro, y despues que no salian sino seis y que habian de hurtar la sombra á aquél y no estar otro tanto tiempo, *he oido á personas curiosas y de buen juicio refutar, y á mí parecer bien con éste*, que nunca se leyó de tal suerte, sino que decir ser *en cuevas es por ser así llamadas las bodegas en Castilla*, y que como se prohibiese leer en público esta facultad, la mala inclinacion nuestra y estar los maestros perdidos, que no tenian cómo vivir, inventó que escogian para perpetuar su mala semilla los mejores sujetos de sus estudios, y á éstos los tenian comensales en sus casas en título de oir lo que en las escuelas se permitian; y *de secreto de noche* en las bodegas les leian, y por ser á esta hora *decian no ver al maestro*, y lo que toca al quedar uno de los siete, es que de los estudiantes que á Salamanca llegan, se quedan en ella, ó casados, ó frailes, ó muertos, de siete uno, y el hurtar el cuerpo ó sombra es que los que se hicieron religiosos, los que salen se entienden por aquéllos, etc.»

Como resulta de esto, entre la gente discreta se explicaba de distinto modo, y desde más de un siglo ántes, lo de las cuevas de Salamanca, que consideraba una mentira FEIJÓO.

Cervántes tiene un entremes intitulado *Las Cuevas de Salamanca*, fundado en esta costumbre y creencia.

(3) Más justo es que FEIJÓO el abate Cárlos Jacobo María Denina en su discurso leido en la Academia de Berlin el 26 de Enero del año de 1786. Véase cómo habla de Gomez Pereira, de Descartes y del mismo FEIJÓO:

«Je suis très éloigné de faire un crime à Descartes de ce qu'il a profité des travaux de ceux qui l'avoient précédé, quoiqu'on l'accuse avec raison de n'avoir pas rendu justice à ses maîtres. Mais pouvons-nous dispenser de dire ici qu'une grande pàrtie de son système physique paroit tiré de Pereira Gomez, du fameux livre intitulé Antoniana Margarita, et des ouvrages de François Valès?

»Le savant et honnête Feixoo, qui fit l'éloge de sa nation en même temps qu'il tachoit de l'éclairer et de la

Igual ó mayor desprecio manifestó hácia los escritos del gran Raimundo Lulio y de Raimundo Sebunde. No parece sino que FEIJÓO tenia empeño en quitar importancia á los filósofos españoles, como si aspirase á ser el único filósofo español que hasta su tiempo hubiese insigne ó memorable, y deseo de restaurar las ciencias por la inmensísima variedad de sus conocimientos despues de Juan Luis Víves, cuyas opiniones algunas veces sigue, sigue y no más, pues nada pudo añadir á ellas.

En Francia é Italia llamaron algo la atencion los escritos de FEIJÓO en los primeros tiempos, y áun se hicieron en ambos países dos traducciones de ellos. Mas el aplauso fué efímero. Por el momento sorprendieron y lisonjearon las críticas de los españoles hechas por un español. Pero las versiones de los demas escritos de FEIJÓO no continuaron. Recuerdo que en Francia hubo crítico que hablando de lo que FEIJÓO escribió sobre la astrología judiciaria, consideraba que este autor habia llegado tarde; que sus argumentos contra ella hubieran sido muy oportunos allá en los siglos XV y XVI, y que tal ciencia ya no estaba de moda (1).

Escribiéronse contra FEIJÓO muchos opúsculos, unos en defensa de la medicina, otros de diversas materias (2). En apología de Raimundo Lulio, el padre fray Bartolomé Farnes y el padre don Antonio Raimundo Pascual, aquél en lengua latina y éste en castellana, probaron uno y otro á FEIJÓO que la utilidad del arte de Lulio es indudable, porque *fundándose en principios universales y trascendentes á todo lo que se puede saber, los cuales son primitivos, verdaderos y necesarios, las máximas ó proposiciones universales compuestas de la combinacion de aquellos principios, son primitivas, verdaderas y necesarias, así como la reglas universales que tienen su fundamento en los mismos.*

Decian que por este método universal, aplicado debidamente á cada cosa en particular, se pueden inquirir las verdades que de ella se busquen, pues sólo será verdadero lo que concuerda ó tiene relacion con aquellos universales principios, máximas ó reglas.

En defensa apasionada de FEIJÓO escriben el doctor Martin Martinez, que ántes habia impugnado sus opiniones contra la medicina; el padre Martin Sarmiento, el padre Isla, el padre Antonio José Rodriguez, y algunos otros sujetos más.

Con estas polémicas se entretuvo España en la primera mitad del siglo XVIII: unos siguiendo la parcialidad de FEIJÓO, y enalteciendo su mérito más, muchísimo más de lo que era: otros combatiendo muchos de sus errores é inadvertencias y algunos juicios en verdad opinables.

Pero FEIJÓO tambien no dejó abandonada su defensa propia, mezclándola con palabras de arrogancia, impropias de un filósofo, y sobre todo de un monje.

Uno de los adversarios de FEIJÓO era fray Francisco Soto de Marne, cronista de la órden de San Francisco, predicador de estilo cultísimo hasta la extravagancia (3). Sin embargo, en esta guerra científica y literaria escribió con sencillez, y en cuanto á los argumentos y á las noticias con que combatió al benedictino, hay que decir, tributando el respeto debido á la verdad, que llevaban gran fuerza de razon.

Sintióse vencido FEIJÓO, y con él sus amigos, los que sin duda despechadamente procuraron imponer silencio á fray Francisco Soto y Marne. Lograron que en una Real órden de Fernando VI se dijese al Consejo que *tuviese presente que cuando el* MAESTRO FEIJÓO *ha merecido á Su Majestad tan noble declaracion de lo que le agradan sus escritos, no debe haber quien se atreva á impugnarlos, y mucho más, que por su Consejo se permita imprimirlos.*

guerir de ses préjugés, a franchement avoué qu'elle n'avoit jamais rien fait dans la physique, et que l'Espagne n'avoit que des péripatéticiens. Dans le temps que l'Europe étoit moitié cartesienne, moitié neutonienne, Feixoo n'osoit penser que l'on pouvoit, en suivant Aristote, entrevoir de grandes vérités dans le livre de la nature, et que les péripatéticiens espagnols pouvoient fournir de bonnes lumières aux cartesiens françois.»

(1) El traductor frances del *Teatro crítico* fué monsieur de Hermilly (Paris, 1742).

En las *Mémoires pour l'histoire des sciences et des beaux arts* se dijo lo siguiente:

Cette critique vient un peu tard; elle auroit été plus raison dans le quinzième et dans le seizième siècle, où il étoit si fort entêté de l'astrologie judiciaire; mais cette science n'est plus à la mode, et l'on est aujourd'hui revenu de ces chimères.»

(2) Don Eustaquio Cervellon, don Jerónimo Zafra, don Salvador José Mañer, don Manuel Ballester, don Manuel Marin, fray Jacinto Segura, don Ignacio de Armesto y Osorio, fray Alonso Rubiños, don Nicolás de Zárate, el padre Joaquin de Aguirre, fray Francisco de Soto y Marne, el abate Vernay, don Pedro de Acuenza, don Francisco Suarez de Rivera, don Bernardo Araujo, don Ignacio García Ros, don Narciso Bonamich, y otros muchos que sería prolijo enumerar.

(3) Se cree que su *Florilojio sacro* inspiró al padre Isla el pensamiento de escribir contra los malos predicadores el *Fray Gerundio de Campazas*. No sé qué verdad habrá en ello.

Se impidió, pues, á Soto la publicacion del tomo III de sus *Impugnaciones*. No pudo llegar á más el despotismo; despotismo que se mostraba parte decisiva á favor de los escritos de un individuo y ponia fin á una polémica científica.

No procedió así la Inquisicion, pues creyendo por ciertas razones que debia prohibir un libro en que se trataba de si eran ó no lícitas las comedias, asunto que se discutia con empeño de siglo y medio á aquella parte, manifestó que no intentaba por tal prohibicion definir ni condenar alguna de las dos sentencias (1).

No enmudeció por ello fray Francisco de Soto. Con gran talento y valor dirigió al Rey tres memoriales, que corren impresos, en donde censura acerbamente los errores de FEIJÓO, y al propio tiempo la decision del Monarca, en términos decorosos cuanto corresponden á la dignidad real, y con los más discretos y oportunos raciocinios. La libertad de ánimo de fray Francisco de Soto y Marne dijo cuanto le convino decir, si bien no consiguió que cediese la pasion favorable de Fernando VI y sus ministros (2).

(1) «Ignacio Camargo.—Su libro en 4.°, cuyo título es: *Discurso teológico sobre los teatros y comedias de este siglo;* impreso en Salamanca, año 1689, por Lúcas Perez, hasta que se enmiende, sin que por la prohibicion de este libro intente el Santo Oficio definir ni condenar ninguna de las dos sentencias, sobre lo lícito ó ilícito de ver, leer, escribir ó representar comedias; y sólo abstrayendo de la probabilidad de las sentencias, por otros motivos se prohibe dicho libro.» (*Indice expurgatorio* de 1707.)

Tambien es muy notable lo que dijo el Santo Oficio al tachar algunas frases del *Dioscorides*, version de Andres Laguna, porque es una satisfaccion á los estudiosos, y da una idea del buen criterio con que procedió en el asunto:

«Andres de Laguna.—Sobre *Dioscorides*, en Salamanca, por Cornelio Bernardo, año de 1586.

»En la pág. 5, despues de el medio, línea 12, ántes del fin, bórrese *para siempre*. Y en el renglon siguiente, *perdurablemente*.

»Para lo que se sigue, así en el texto de *Dioscorides*, como en las *Anotaciones* del doctor Laguna, advierta el lector que, aunque en los autores profanos, griegos ó latinos no se nota ni expurga cosa alguna, *aunque tengan supersticiones ó hechicerías, como gente que no tuvo luz del Evangelio; como ni tampoco se quitan las agorerías y supersticiones de los sueños de Artemidoro; mas por el peligro que estas cosas pueden tener para el vulgo de los ignorantes, que las crean como verdaderas ó quieran usar de ellas, si andan en vulgar*, se deben notar y prohibir, en cualquier lengua de las vulgares que no sea su original en que fueron escritas, como aquí se hace en *Dioscorides*, vuelto en romance.»

(2) Dignas son de memoria algunas de las razones de Soto y Marne, en que con valentía manifiesta al Rey la verdad:

«... No pudo prevenir el suplicante que sus dos primeros tomos de *Reflexiones*, el tercero, que tiene presentado á vuestro Real Consejo, ni los sucesivos, que tiene proyectados en prosecucion de su propuesta idea, pudiesen merecer el Real desagrado de Vuestra Majestad, por razon de su *intento* ni por motivo de su *asunto*.

. . . .

»Lo segundo, porque no parece verosímil que sean del Real desagrado de Vuestra Majestad unos escritos cuyo *intento* y *asunto* es defender el honor de la nacion española, la prudentísima conducta de sus católicos monarcas, la gloria de sus conquistas, la sábia circunspeccion de sus universidades, el mérito de su literatura, la juiciosa penetrante elevacion de sus ingenios y la hábil disposicion de sus nacionales, como tambien la impugnacion de aquellas novedades literarias, que desacreditando la juiciosa crítica de los Santos Padres, de la comun de los escritores, y de las universidades de España, pervierten la erudicion y la comun enseñanza, desterrando como falso lo verdadero, é introduciendo como verdadero lo falso, como cierto lo dudoso, como demostrado lo incierto, y como utilísimas novedades aquellas vejeces que, como contrarias á la verdad, desterró del orbe literario la prudencia, juicio y penetracion de los filósofos antiguos.

Lo tercero, porque parece totalmente inverosímil que sea del Real desagrado de Vuestra Majestad que el suplicante procure cumplir con la obligacion que tienen todos los escritores de examinar y defender la verdad para instruccion y desengaño del público; usando aquel mismo derecho con que el maestro Feijóo ha impugnado las obras de muchos Santos Padres y de muchísimos escritores de igual y áun de superior fama, erudicion y carácter.

»Lo cuarto, porque siendo sin duda que, á excepcion de los escritores canónicos, todos los demas, inclusos los Santos Padres, han deferido al exámen de la verdad, permitiendo sus obras al crítico exámen, impugnacion y censura, no se representa razon para que el maestro Feijóo pueda pretender un privilegio que no ha gozado otro escritor hasta ahora, pues sobre no estar canonizada de infalible su doctrina, ha hecho sentir las limitaciones del entendimiento humano y las pensiones de la comun ignorancia.

. . . .

»Y á la verdad, señor, si los honores y Reales agrados con que los monarcas premian el mérito de los escritores, pusieran á cubierto de toda impugnacion sus escritos, inimpugnables correrian los de todo escritor, cuyas obras han merecido agrados, honores y premios de los monarcas; lo que, sobre ser contra la constante experiencia, seria un cierto cautivar los ingenios en manifiesto agravio de la verdad, ofensa de la justicia y detrimento de la comun enseñanza, cuyo gravísimo inconveniente ha hecho sujetar al crítico exámen, impugnacion y censura las obras de Santos Padres, de Pontífices, de Purpurados, Mitrados, Togados, y de los más caracterizados escritores que venera el orbe literario.

. . . .

»Pues señor, haga el maestro Feijóo la defensa de sus obras dando congruente satisfaccion á los cargos que en defensa de la verdad, del honor y de la justicia, y á beneficio de la enseñanza comun le opone el suplicante; pero dígnese Vuestra Majestad desestimar como inconducente

La Inquisicion no siguió el partido de FEIJÓO, ni tampoco el de sus adversarios (1). En edicto de 21 de Julio de 1750, casi un mes despues de haberse expedido la Real órden imponiendo silencio á Soto y Marne y demas contradictores, prohibió varios libros. Entre ellos aparece uno que debió ser en alabanza de FEIJÓO y vituperio de Soto (2).

El DOCTOR MARTIN MARTINEZ publicó, en 1730, su *Filosofía escéptica, extracto de la física antigua y moderna*, obra en que intentó probar que nada puede conocer el hombre físicamente, sino por medio de los sentidos; que como éstos no alcanzan el conocimiento de la esencia de las cosas físicas, en muchas ocasiones las especies que percibe no son verdaderas, y que para adquirir el de las propiedades y de la naturaleza del hombre, tiene que acudir á la observacion y á la experiencia.

La filosofía peripatética era la preferente para los estudios teológicos, en concepto de MARTINEZ; pero no para los de medicina, que debia anteponerse la corpuscular.

El más ingenioso libro filosófico que vió la luz pública en mitad del siglo XVIII, es sin alguna duda el intitulado *Prolusiones philosophicae* (3), obra del jesuita FRAY MATEO AIMERICH, autor de algunos libros teológicos y de literatura antigua romana.

Su primer discurso trata *de la moda en filosofía*, pero no con la profundidad que debiera; pues es asunto merecedor de gran estudio. Sin embargo, presenta la historia de los sistemas filosóficos, y los cambios que se han originado en el mundo con relacion á ellos. El aristotelismo ha imperado mucho tiempo, los ingleses y franceses lo han desterrado de sus naciones. Declara que los caudillos de tal empresa han sido Bacon en Inglaterra, Descártes y Gassendi en Francia. España sola, exclama, es la que ha quedado fiel á Aristóteles, y hasta lo ha defendido. Mas tal fidelidad no ha llegado al extremo de seguir á sus comentadores.

Sobre este asunto AIMERICH discurre juiciosamente, para probar que los maestros en filosofía no deben estudiar á Aristóteles en los libros de los árabes, porque éstos en tal manera lo han desfigurado, que han convertido en un sofista al príncipe de los filósofos, y en un disputador minucioso al verdadero amante de la sabiduría. Con efecto, Aristóteles jamas se ocupó en tratar de objetos inútiles, cual acontecia en las escuelas, como *del no ser, del ente de razon*, de las *segundas intenciones objetivas*, etc. Los filósofos que se dedican á estas minuciosidades se asemejan á aquel emperador que, olvidando los asuntos del gobierno, se dedicaba á coger moscas; ó á aquel otro que luchando de pasar sus huestes á Inglaterra, no se acordó de encargarle otra cosa, sino que en la orilla del mar le recogiesen conchas de todos tamaños y colores.

Tratando de lo mucho que puede hacerse y decirse, AIMERICH, despues de alabar el método dialéctico, habla de la utilidad ó inutilidad del trabajo filosófico. Discurre sobre los buenos y malos métodos, y cree que la filosofía debe ser tratada con sutileza y con ornato ó gala, porque la sutileza despierta las inteligencias, y el adorno ó la gala los hace simpáticos. Debe ser la filosofía cual una reina vestida de finísima seda ó de tisú de oro ó plata, obra de Minerva, y no de Aracne (la fábula de Ovidio); de Minerva, que da hermosura y consistencia á su labor; no de Aracne, que no fabrica sino telas ligerísimas, sin provecho ni fuerza. No queria AIMERICH para los jóvenes agudezas pueriles y sofísticas, y disputas minuciosas, que luégo pudiesen serles inconvenientes para la religion, para la amistad, para la guerra, para la magistratura, para el gobierno del Estado, para todos los asuntos de la vida humana.

Opinaba que la filosofía sería buena cuando se lograse concordar la antigua con la nueva. En

cente á la justificacion del mérito de sus obras, el recurso al sagrado de los honores y Reales agrados que Vuestra Majestad ha sido servido dispensarle. Permanezcan éstos, señor, en la respetabilísima representacion que derivan del alto principio que los comunica; pero dígnese Vuestra Majestad permitir al suplicante el uso de su natural derecho en la justa defensa de sus escritos, del honor de su religion, de las glorias y literatura de España, de la verdad ofendida y de la inocencia infamada. Pues si las obras del maestro Feijóo han merecido los Reales agrados de Vuestra Majestad, altos honores y particularísimos agrados han merecido á Monarcas, Pontífices y Concilios generales muchas insignes obras que hoy son vivamente impugnadas, y el mismo maestro Feijóo las impugna.»

(1) Jachí, en el tomo VIII de la edicion primera del *Teatro crítico*, dos números.

(2) Dice así el edicto: «Un papel que se dice impreso en Barcelona, año de 1750, intitulado *La derrota de los alanos*, ó *Discurso sobre las reflexiones crítico-apologéticas*, del reverendo padre maestro fray Francisco de Soto y Marne..... su autor el padre fray Columbo Serpiente de Santa Clara, minorita recoleto. Contiene 39 páginas, con la última de la fe de erratas. *Por ser escandaloso, denigrativo y turbativo de la paz entre diversas familias religiosas.*»

(3) *Prolusiones philosophicæ, seu veræ et germanæ philosophiæ effigies criticis aliquot orationibus et declamationibus adumbrata.* Barcelona, 1756.

este asunto, si bien el autor de las *Prolusiones* conserva algunos vicios del peripato inútil, presenta preceptos sabios y fáciles de practicar. No olvida las preocupaciones, que deben combatirse; la filosofía tiene la obligacion de enseñar lo mejor y lo más seguro, con independencia absoluta de lo que las costumbres hayan establecido. Una sábia libertad es el camino feliz en esta empresa.

El discurso sobre la envidia es admirable. En Francia, donde se conoció este libro, obtuvo el aprecio de los sabios. Uno de ellos, al tratar de las *Prolusiones*, decia que terminaban con un tratado de la buena y mala manera de imitar á los grandes hombres, y que el autor excitaba á la juventud al estudio de las letras con los ejemplos de los antiguos españoles que en ellas se habian aventajado; pasaje que calificaba de utilísimo para conocer bien la literatura de España, *país verdaderamente* fertilísimo en buenos ingenios y en hombres de mérito. La obra de AIMERICH se consideró como la de un hombre de talento (1).

Otro de los filósofos insignes que España tuvo en el siglo XVIII fué el DOCTOR DON ANDRES PIQUER Y ARRUFAT, una de las glorias de nuestra medicina. Aparte de las obras que escribió acerca de objetos de su profesion, nos dejó las siguientes: *Lógica moderna ó arte de hallar la verdad y perfeccionar la razon* (2), *Filosofía moral para la juventud española* (3), y *Discurso sobre la aplicacion de la filosofía á los asuntos de religion* (4).

Considera en la *Lógica* que el *excelente crítico* Juan Luis Víves se excedió un poco al tratar de los defectos de Aristóteles, que escribió ántes que Bacon de Verulamio sobre la corrupcion de las artes, «con la diferencia de que Víves estuvo íntimamente instruido en todas las partes de la filosofía y demas facultades, pero que Verulamio no tenía una instruccion tan fundamental, porque confunde los asuntos de una ciencia con la de otra con mucha frecuencia. Los principales argumentos, segun PIQUER, y pruebas del atraso de las artes que trae Verulamio, los puso Víves; de manera que si se cotejan estos dos escritores, se verá que Víves fué el original de Verulamio.»

PIQUER habla de Loche y de su *Ensayo filosófico sobre el entendimiento humano*. Impugna á los que ven en esta obra un tratado de lógica. «Tan léjos está de pertenecer á la lógica, que parece haberse escrito contra ella», dice el médico español.

Igualmente impugna á Loche en lo que escribió acerca del silogismo y de la religion natural. No es ménos notable la opinion que consigna sobre las leyes de Newton. Dice así:

«Newton, hombre de grande ingenio, miró como leyes generales de la naturaleza la *gravedad y la atraccion*, y todas sus operaciones las quiso reducir á estos principios. Que hay gravedad y atraccion en algunos cuerpos, no se puede dudar; mas que sean estas cosas generales en el universo, lo niegan muchos. Demos, por ahora, que lo sean; ¿por dónde se ha de probar que no hay otras muchas leyes universales en la naturaleza para producir sus obras, que ni pertenecen, ni se pueden reducir á éstas? ¿Cómo la gravedad y atraccion intervienen en la constante produccion de flores en la primavera, y en el caer de las hojas en el invierno? Las fermentaciones, cocciones, fluidez y movimientos de los cuerpos fluidos; el sueño y vigilia, los períodos, la generacion y corrupcion de los animales, y otras innumerables cosas á este modo, ¿qué conexion tienen con la gravedad y atraccion? Sé muy bien que Freind, Keil, Mead, todos tres médicos doctos, han intentado explicar estas cosas por las leyes newtonianas; pero ¿con qué violencia y extravíos?»

Merecedor de toda estima es el libro segundo de la *Lógica* de PIQUER, en que trata de los errores, ya de los que ocasionan los sentidos, ya los que la imaginacion, ya los que el ingenio y la memoria, ya los que el amor propio, ya los que el juicio.

PIQUER era muy partidario del *eclecticismo* en filosofía, y que muchos de los padres del cristianismo lo adoptaron, pero sujetándolo á la religion. Prueba de que los Santos Padres solian llamar filosofía á la religion cristiana. Dice PIQUER:

(1) Véanse las *Mémoires pour l'histoire des sciences et beaux arts*. El pasaje últimamente citado dice en el texto: «Il en reste un, qui traite de la bonne et de la mauvaise manière d'imiter les grands hommes. L'auteur prend occasion d'exciter les jeunes gens à l'étude des lettres, par l'exemple des anciens espagnols qui y ont excellé. Ce morceau est utile pour bien connoître la littérature d'Espagne; pais véritablement très-fertile en bons esprits et en hommes de mérite. Voilà tout ce que nous dirons de ce recueil, qui ne peut être, malgré ses défauts, que l'ouvrage d'un homme d'esprit.»

(2) Valencia, 1747; Madrid, 1771; Madrid, 1781.

(3) Madrid, 1785-1787.

(4) Madrid, 1787.

«La otra cosa que hay que advertir es, que por *filosofía ecléctica* se entiende un modo de filosofar, en que el entendimiento no se dedica ni se empeña en seguir á un solo filósofo, formando sistema de su secta, sino que toma de todos aquello que en cada uno de ellos le parece verdadero. Entre los gentiles hubo muchos varones insignes que filosofaron de este modo, que pueden verse largamente en Jacobo Brukero, que trata de los progresos de la filosofía ecléctica. Lactancio, que fué grande perseguidor de los filósofos, afirma que no hubo uno tan desatinado, que no hubiese dicho á lo ménos alguna verdad, y que á su parecer sería cosa buena que las que se hallasen esparcidas entre todos ellos se juntasen en un cuerpo.

. . . .

»Lo que conviene, pues, á la juventud es seguir el rumbo de los Padres, que son verdaderos maestros, y sacar de todos los filósofos las verdades que hayan escrito, para aprovecharse á sí y al público con ellas, y procurar entender con fundamento la consonancia ó disonancia que los nuevos sistemas filosóficos tengan con los principios de la religion.

. . . .

»De atar la filosofía á un solo sistema filosófico se puede seguir el gravísimo inconveniente de hacerse empeño de mantenerle en perjuicio de la verdad, porque siendo así que la preocupacion es uno de los mayores estorbos que tiene el juicio para percibir las cosas como ellas son, es sumamente difícil que el que se dedica sólo á un sistema deje de preocuparse en su favor..... Bien pudiera, en comprobacion de esto, traer los testimonios del padre Malebranche, en su obra de la *Inquisicion de la verdad*, y del abad Fleury, en su *Tratado de los estudios*, y del padre Brixia, en su *Dialéctica*, y de otros muchos escritores católicos, que declaman contra esta costumbre; pero por no multiplicar autoridades, me valdré de la de nuestro insigne español Alonso de Castro, justamente alabado de todos los que le conocen. En el libro primero, contra las herejías, capítulo VII, dice así: «Tuviera, dice, por miserabilísima servidumbre el estar de tal suerte atacado al dictámen »de un hombre, que no me fuese lícito en manera ninguna oponérmele; sujecion que hoy experi»mentan los que se sujetan á los dichos solamente, ó de santo Tomas, ó de Escoto, ó de Ocam; »de modo que toman los nombres de tomistas, escotistas y ocamistas de las sentencias de estos »patronos, las cuales parece que han hecho juramento de defender. Tambien me parece muy »mal que nuestra religion (habla de la de san Francisco), no parece sino que haya jurado defen»der á Escoto», etc.

Encómiase por los críticos la *Filosofía moral* de Pagier, y se nota que en ella están pintadas las pasiones con tanta energía y con tan hermoso colorido como en Teofrasto y La Bruyère.

Otro de los que cultivaron en España la filosofía en ese mismo siglo fué el PADRE ANTONIO CODORNIU, de la Compañía de Jesus. Escribió un *Indice de la filosofía moral cristiano-política* (1).

Trata de concordar el sistema peripatético con el estóico, y uno y otro con el cristiano. La severidad estóica, segun CODORNIU, quiere tan austero al profesor de la virtud como si fuese un anacoreta de la Tebaida.

Concede á Séneca y á toda la secta estoica la fuerza de la razon, tratando de la felicidad solitaria, virtuosa y pobre, monacal, en fin, y precisamente filosófica. Para la felicidad política ha menester seguirse la peripatética. Fundábase en que la una vive sólo para sí, y la otra para sí y para los demas: aquella independiente de los hombres y estéril para ellos: ésta dependiente, pero fecunda y útil y con necesidad de bienes como premios al hombre cristiano-político, que vive destinado al beneficio de sus semejantes.

La descripcion que CODORNIU hace de la *Avaricia oculta en la prodigalidad* merece eternizarse. Véanse algunos pasajes de esta pintura:

«Aunque son más conocidos los vicios que las virtudes, porque éstas son como forasteras, y aquéllos propios de nuestro viciado país, no es tan conocido respectivamente su linaje. ¿Quién pensára que bajo la piel de oveja se esconde un lobo rapaz? ¿Quién no creyera pródiga de caricias á la hiedra, que tanto extiende sus ramas para abrazar su apoyo? Basta, que no sólo á la sombra de la virtud, sino tambien de algun vicio se ocultan hipocresías. Es así que la prodigalidad y avaricia vulgar se contradicen; y en este sentido el pródigo dista por extremo del avaro, y el avaro ni áun el camino sabe de ser pródigo. Mas la prodigalidad, que no es vulgo, ésa comunmente abriga y fomenta á la avaricia más sutil. Hácia un lado derrama con una mano, y hácia otro ar-

(1) Segunda impresion. Gerona, 1753.

rebata ó retiene con las dos. Ni obsta la genial oposicion de la sangre entre ambos vicios, pues aunque la una excede por generosa y la otra por villana, tienen entre sí tan estrecho parentesco, que los mismos desmedidos gastos, que son hijos de la prodigalidad, son padres de la codicia.

Yo conocí á un hombre grande, bien que muy léjos de ser grande hombre, el cual por la corta suma de 80 doblones estaba resuelto á cometer una accion que se calificára de hurto infame en el plebeyo de condicion más vil. Quien desperdicia lo propio muy cerca está de apetecer lo ajeno: y á tan voraz apetito, ¿cómo le ha de resistir quien padece hambre de disipar? Abastecerá la maldad lo que agotó la ambicion. El arte y el engaño, la traza y la astucia, el disimulo y la violencia, apurarán sus arbitrios á la invencion de medios, para que la loca fantasía del pródigo gaste sin medida. Y de aquí se sigue esta tan necesaria como horrorosa consecuencia. Luego si el avaro es ladron, en cuanto retiene lo que debe dar, tambien es ladron el pródigo, en cuanto gasta lo que no puede dejar de deber.

»¿Deseas saber á quién? A sí mismo, que por querer parecer, tarde ó temprano vendrá á perecer. Porque verdadero es el proverbio: *Quien quiere más de lo que puede, pierde al fin lo que quiere y lo que tiene.* ¿A quién? A su honra, que expuesta al juicio de los advertidos, no puede librarse de esta pregunta: ¿De dónde á don Fulano tanto bizarrear, si tasadamente tiene para vivir? Si no hay para pagar las deudas, ¿de dónde saca para el juego? Si sus rentas sólo bastan para una carroza, ¿cómo mantiene dos, y tan numerosa grey de criados?»

Tengo por muy originales estos pensamientos de filosofía moral. Ni lo que escribió Sterstone al tratar del avaro que se enriquece aparentando ser pobre, y del pródigo que se empobrece aparentando ser rico, ni lo que disertó Franklin acerca de la prodigalidad, ni lo que otros varios filósofos han dicho sobre que el pródigo roba á sus herederos, y el avaro se roba á sí mismo, y que la prodigalidad restituye á la circulacion pública la riqueza que la avaricia ha detenido por cierto tiempo, me satisface tanto como lo que transcrito queda.

«Si tanto falta al avaro lo que tiene como lo que no tiene, síguese que más pobre es el avaro que el mendigo. El mendigo posee lo que le dió la piedad ó la ventura, porque lo goza. El avaro siempre tiene su gozo en esperanza, porque de cuanto le dió su codicia nunca llega á la fruicion», exclama Codorniu en otro lugar de su filosofía cristiano-política.

Por estas muestras se conocerá el gran talento de este escritor, muy digno de ser estudiado.

No merece ménos su librito intitulado *Dolencias de la crítica* (1). La define manifestando ser un recto y discretísimo juicio de los dichos, hechos y obras de los hombres: opina que no es crítica toda la que se gloría de este nombre, porque hay crítica verdadera y crítica falsa, hay crítica sólida y crítica superficial, crítica sana y crítica enferma. Nombra á cada una de las dolencias de la crítica y las va calificando con superior tino: la inapetencia, el antojo y la golosina, el capricho, la inconstancia, el tema, los adictos, la displicencia, la nuticidad, la mordacidad, la indocilidad, la temeridad, la ignorancia ridícula y la solapada envidia.

Los preceptos para que la crítica sea justa están llenos de talento, de experiencia y de excelente doctrina. Pregunta Codorniu:

«¿Qué hombre de inteligencia no confesará que la verdadera crítica es tan rara como la verdadera prudencia, mano derecha de tan elevada facultad? Luego si convenimos todos en que es muy corto el número de los prudentes, tambien debemos concluir que es muy escaso el número de los verdaderos críticos, aunque sea grande el de los verdaderos literatos: y por consiguiente, que poquísimos literatos pueden con satisfaccion ejercer el empleo de críticos. La razon es tan clara como la misma luz; porque así como para formar un buen prelado, un buen general, un buen juez y un buen médico, no bastan todas las letras si no concurren las demas circunstancias que en cada uno de ellos requiere su ministerio; así tambien, para constituir un verdadero crítico, no basta toda la literatura sin las demas partidas que se contemplan inseparables de tan delicado oficio.»

Exige Codorniu en el crítico perspicaz entendimiento, madurez de juicio, candor de ánimo, anchura y benignidad de corazon. Su objeto es combatir á los críticos que nunca se satisfacen, y que siempre echan de ménos en los libros extraños lo que no supieron poner en los suyos pro-

(1) Es librito dedicado al padre Feijóo. Gerona, 1760. El excelentísimo señor don Antonio Ferrer del Rio, persona tan docta, hizo un extracto de este opúsculo con mucho acierto, en uno de los capítulos de su *Historia de Cárlos III*.

pios. «Dan de ménos, dice, á lo bueno por ir en busca de lo mejor, y hacen lo mejor contrario de lo que es bueno.»

Los consejos filosóficos de Codorniu son tan oportunos como los de Ancillon y Leibnitz en materia de crítica alemana; como los de Francklin y Sterne, si buscamos los pensadores ingleses ó angloamericanos; como los de Raiberti y Silvio Pellico, si acudimos á los de Italia (1).

Mucho he leido acerca del egoismo, mucho y excelentemente escrito, y consideraciones muy filosóficas, descubriendo caractéres ya aquél de un hombre honrado, de noble corazon, de firme voluntad, pero que como otros muchos hombres queria amar, y que ciertamente no amaba, y que se veia acometido del pecado original del egoismo de que Richter nos habla en su *Titan*, no habiendo hallado en los mortales más que una diferencia sola: que unos son finos, razonables y tiernos, sin entusiasmo y sin pasion, y los otros son sensibles y entusiastas, pero sin delicadeza, y todos egoistas, si bien sus corazones tan pronto como están satisfechos se asemejan á la luna llena, que ocultan un poco ménos sus manchas; ya el de un hombre digno de estimacion, que así en la próspera como en la adversa fortuna no tenía más atencion que de sí, sin compartir con persona alguna sus alegrías ni sus sufrimientos, de que trata Goethe en su *Hermann y Dorotea;* ya Bersezio, diciéndonos que los egoistas tienen horror á las personas que lloran; ya Tommaso Vero, que no puede existir sociedad duradera entre hombres guiados por intereses egoistas, y que se parecen á dos cuerpos cargados de la misma electricidad, que mútuamente se rechazan; ya Callenga, que de todos los defectos humanos el más natural, el más comun y del que más tarde llegamos á conocer es el egoismo.

Por último, Francklin nos enseñará que pocas personas en los negocios públicos atienden al bien de su patria, y que muchas que lo traen efectivamente por sus hechos, no han sido directamente impulsados sino porque han visto que su interes particular dependia del triunfo del interes general; porque miéntras que cada partido sigue un propósito para todos, cada individuo tiene por mira única su interes privado.

Pero de esto y muchísimo más, leido en filósofos moralistas, nacionales y extranjeros acerca del egoismo, nada es comparable en originalidad y mérito á los siguientes pensamientos de la más vivaz ironía:

«Por esta nueva y bella voz *egoismo* entendemos la profesion que hacemos de no dar paso en toda nuestra vida que no lo dediquemos al interes y amor de nosotros mismos, sin que nos sea lícito sacrificar este interes de mí mismo al provecho comun ni de otro particular, por amigo y llegado que sea.

»Los profesores del egoismo siempre vamos consiguientes andando por nuestro camino adelante, sin volver jamas atras y sin desvariar hácia esta mano ó á la otra. Si el bien público puede ser rodeado á nuestro provecho particular, damos mucha priesa por el bien público; mas si fuese contrario, secretamente hacemos por impedirlo, aunque manifestemos amarlo.

»Estos (nuestros principios) requieren que se sacrifiquen la amistad, la honra, la buena fe para con Dios y para con el Rey, y áun la religion á la comodidad propia ó al interes y amor de sí mismo.—¿Me tiene cuenta vender á mi amigo y abusar, para perderlo, de la confianza que me hizo? Pues no debo titubear. Al que más me diere debo entregarlo, aunque le pese. Ni esto es diverso de las palabras de seguridad y de afecto que le di. Yo á la verdad le queria muchísimo, y se lo diria mil veces con juramentos y la mano sobre el pecho. Mas ¿por qué no me entendió el simple, queriendo yo decir que le queria mucho para mis usos ó para servirme de él? Hallé comprador, y lo vendí como otro mueble ó como uno de los animales que yo apreciaba. Por el mismo principio vuelvo á su amistad, siempre que otra vez lo pueda hacer mio; y así andamos consiguientes de la amistad á la traicion, y de ésta á otra igual amistad.

»Del mismo modo jugamos con este dije que se llama honra. Cuanto es dable procuramos mantener este título de hombre de honor: pretendemos ser creidos sobre palabras de honor. Mi honradez es lo primero que pronuncio cuando hablo para engañar á alguno (2); y entre mentira

(1) De Sanctis decia que los estéticos poseen sólo tres ó cuatro fórmulas para analizar una obra maestra; miéntras el hombre del pueblo tiene las lágrimas: que ellos gravemente preguntan, si en tal escena es el objetivo lo que domina al sujetivo, ó lo plástico á lo pintoresco, lo ideal á lo real, y que pensando en la idea pierden el sentimiento.

(2) Berkeley decia que ciertas personas se creen honradas porque jamas han robado: tambien es seguro que son honradas porque jamas han tenido la tentacion. Esto

y mentira, ó entre palabra y palabra resuena *mi honra*, *mi estimacion*, *mi pudor*. Mas despues de hecho el negocio no es ya el honor para mí sino una opinion, un capricho, una preocupacion gótica, que daña muchas veces á nuestro interes personal. Y entónces debo por mis leyes hollarle, y no creer en otra honra que en lograr buena ventura ó buena andanza en nuestras cosas» (1).

Sobre el regicidio hay estas no ménos felizmente irónicas que verdaderas, ó mejor dicho, desengeniadas observaciones:

«Las sentencias y dictámenes de los jurisconsultos se traen hácia este punto con más facilidad que se vuelve una hoja. Y así tengo por ridículas las cuestiones que se encienden sobre el regicidio y sobre los juramentos de fidelidad. Dos horas ántes de matar al rey don Pedro firmarian y gritarian todos sus letrados que el que intentase contra la vida ú obediencia de aquel príncipe sería un impío, sacrílego, hereje é incapaz de toda dignidad real y eclesiástica, y de allí á dos horas mata al rey don Pedro con traicion un hermano adulterino, y se apellida rey. ¿Qué dicen entónces los gravísimos togados y los venerandos teólogos? Que el regicida y el fratricida es santo y ungido de Dios, miéntras no apareció otro más atroz y fuerte que él. Tanto de esto le dicen al matador y usurpador, que se lo cree hasta la muerte, y sale de este mundo diciendo por su testamento: *Otrosí, conociendo á nuestro Señor Dios el bien é la merced que se nos fizo en nos dar victoria contra don Pedro*, QUE SE DECIA REY, *nuestro enemigo, que fué vencido é muerto en la batalla de Montiel por los sus pecados é merecimientos, etc.*»

¡Mira con qué tranquilidad de conciencia mentia en el artículo de la muerte este rey de España!! Al miserable rey don Pedro, que habia heredado la corona de sus mayores, lo representa como un alzado con el reino. Dice: «Que fué muerto en la batalla de Montiel por sus pecados ó merecimientos, cuando lo fué por la traicion, ambicion y alevosía de su camarada Beltran, que hizo el oficio de Júdas, trayendo al rey don Pedro á la muerte despues de haber contratado con él sacarlo de Montiel libre.

»Estos pecados y merecimientos de los regicidas no se habian lavado sino con la sangre del Rey, y con sólo esto quedaron tan puros, que sólo reconocian los pecados de don Pedro. ¡Tanto puede el quedar encima y el amor de sí mismo. Éste endulza los remordimientos de la conciencia; éste hace del delito merecimiento y del derecho tuerto; éste muda en un instante la virtud en vicio, y el vicio en virtud; éste puede todavía más: que aquello que es ahora verdad, de aquí á un instante sea mentira» (2).

Ciertamente nos parece, al leer este pasaje, que estamos examinando las leyes de la historia en el estudio de la humanidad; más claro, de la filosofía de la historia, que pocas veces se ha aplicado tan felizmente como en las observaciones que se han transcrito. Quedan inferiores á las de Vico, Hegel, Ballanche y Cousin en casos análogos. Mucha más certidumbre tienen que algunas de estos filósofos, en que hay tantas caprichosas é ideales.

Prosiguiendo el autor en tratar del regicidio, torna á hablar del egoismo, y exclama:

«Dios no puede hacer estas mismas cosas; pero el amor propio ó el amor de sí mismo obra muy frecuentemente estos milagros. Vé aquí cómo no hay suplicaciones en los que se mueven en todo con este amor propio, y no adoran sino el egoismo; porque para esto no hay mentira ni verdad; una misma cosa puede ser y no ser: este principio es tenido por infalible..... La misma cosa es y no es, si es de conveniencia ó lo deja de ser.»

Basta con estos rasgos para adquirir algun conocimiento del espíritu filosófico de los españoles en ese siglo.

Despertóse el amor á los que en el XVI y XVII cultivaron las ciencias en nuestra patria. El doctor Martin Martinez reimprimió las obras de doña Oliva Sabuco; don Gregorio Mayans y Ciscar, las

que el mundo llama honor innato es solamente un estómago lleno. Lope de Vega ya habia dicho en una de sus comedias:

Quien no tiene que comer
Hurta en viendo la ocasion:
Quien tiene, pone en razon
Las horas en que ha de ser.

(1) El Bachiller Gil Porras.—Sus cinco cuadro históricos y morales de la España reformada, que compuso en la isla de los genios en su viaje á Irlanda, enviado de Cárlos V. Contiene la doctrina arcana de los más profundos hombres de Estado, y conduce mucho á la instruccion pública. Los que hablan son Rodamonte y Calope. Es una finísima sátira contra el Conde de Floridablanca, sátira que corrió manuscrita, y que censura á veces muy apasionadamente á este personaje. En otras se juzga con alto y religioso criterio algunas de las acciones de este ministro, y todo con gran novedad filosófica.

(2) Véase el opúsculo citado en la nota anterior.

de Juan Luis Vives (1); un impresor de Granada, el *Exámen de ingenios de Huarte* (2); don Juan Pablo Forner, entusiasta de las patrias glorias, y animado por la lectura del discurso que el abate Denina habia leido en la Academia de Ciencias de Berlin, respondiendo á la cuestion *¿qué se debe á España?* escuchó su *Oracion apologética*, donde trata de algunos de nuestros filósofos; el abate Lampillas, respondiendo á Tiraboschi, tambien habló de los mismos en su *Ensayo histórico apologético* de nuestra literatura; igualmente el abate Andres; en su libro del *Orígen, progresos y estado actual de toda la literatura*.

Publicáronse muchos tratados originales, como *Las investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal*, del jesuita don Estéban Arteaga; *La educacion conforme á los principios de la religion cristiana y costumbres de la nacion española* (Madrid, 1787); *Dios y la naturaleza*, por don Juan Francisco Castro (Madrid, 1780 y 1781); *Principios del órden esencial de la naturaleza, establecidos por fundamentos y por prueba de la religion*, por don Antonio Javier Perez y Lopez (Madrid, 1785); *Avisos político-morales sobre puntos de agricultura y otros relativos al bien comun*, por el doctor don Domingo Ramon Palomo y Torre (Madrid, 1795); *Ensayo sobre la historia de la filosofía desde el principio del mundo hasta nuestros dias*, por el doctor don Tomás Lapeña (Búrgos, 1808). En todos estos libros hay algunos excelentes pensamientos.

Don Pablo Olavide, sujeto de peregrina historia, amigo del Conde de Aranda y de Voltaire, intendente que fué de las nuevas poblaciones de Sierra-Morena, y castigado por la Inquisicion en auto particular de fe por sus opiniones impías, huyó á Francia, donde publicó un opúsculo contra los frailes. Espantado con los horrores de la revolucion francesa, escribió un libro intitulado *El Evangelio en triunfo, obra de un filósofo desengañado*. Llamó en España extraordinariamente la atencion por ser de quien era: en poco tiempo se hicieron ocho ediciones. El Santo Oficio le levantó la condena: tornó á España y vivió retirado del mundo en Andalucía. La obra no es de gran mérito, ni por lo sublime de los pensamientos, ni por el estilo. Todavía á ancianos oia yo decir en los primeros años de mi juventud que en los argumentos de la obra de Olavide eran más fuertes los que referia de los impíos que los que presentaba para combatirlos. Dudaban, pues, de la sinceridad con que el libro se habia escrito; pero creo que en esto habia antiguas prevenciones contra Olavide. La verdad es que éste distaba mucho de ser un grande hombre. Ni como filósofo impío, ni como filósofo cristiano, pasaba de ser una medianía muy mediana. En cuanto á la sinceridad de su espíritu al escribir su libro del *Evangelio en triunfo*, no tengo la menor duda (3).

En 1795 salió á luz un librito *Sobre el honor militar, causas de su orígen, progresos y decadencia*, por don Clemente Peñalosa y Zúñiga, explanacion del que compuso Gines de Sepúlveda con el título de *Concordia de la disciplina militar con la cristiana*.

Creia Peñalosa que el *Marco Aurelio*, de Guevara, merece la atencion de los hombres sabios por sus máximas, fundadas en el honor y en la religion.

Discurre acerca del *genio militar* en esta forma:

«Entre todas la más sublime es el genio militar. Llamo *genio* aquella aptitud que el hombre ha recibido de la naturaleza para hacer con facilidad y desembarazo ciertas cosas, que sin ella serian difíciles. Un militar nacido con el genio de su profesion, es un hombre cuya conformacion orgánica está tan bien dispuesta, que ni el valor, por sus demasiados ardores, altera la serenidad del espíritu, ni esta serenidad, aunque fria y reflexiva, disminuye el fuego del valor. Pero esta aptitud natural no es sola la cualidad esencial de un soldado; es necesario el talento, sin el cual degeneraria el valor en temeridad y la prudencia en timidez.

(1) Ménos sus *Comentos de la Ciudad de Dios*, de San Agustin, por escribirlo alternando con los de Erasmo. La Inquisicion, atendiendo á las doctrinas de éste, mandó tachar algunos pasajes de la edicion primitiva. En las obras filosóficas, como ántes he dicho, nada prohibió el Santo Oficio.

(2) Edicion de 1768. Cítala el señor Martinez en su curiosa y notable edicion moderna del *Exámen de Ingenios*.

(3) Tambien el padre Jose Francisco de Isla tocó algunas cuestiones filosóficas, pero en estilo burlesco. Uno de sus opúsculos se intitula *Los Aldeanos críticos, ó cartas críticas sobre lo que se verá, dadas á luz por don Roque Antonio Cogollar, quien las dedica al Príncipe de los peripatéticos, don Aristóteles de Estagira*.

La dedicatoria es así:

«Al vetustísimo, calvísimo, arrugadísimo, tremulísimo, carcomidísimo, carraquísimo, gangosísimo y evaporadísimo señor, el señor don Aristóteles de Estagira, Príncipe de los Peripatos, Margrave de Anthiperistasis, Duque de las Formas Substanciales, Conde de Antipatías, Marqués de Accidentes, Baron de las Algaravías, Vizconde de los Plenistas, Señor de los Lugares de Tembleque, Potrilla, Villa-Vieja, Capitan General de los flatulentos ejércitos de las cualidades ocultas, y Alcalde mayor perpétuo de su Pre-Adamítico mundo.»

»Entiendo por talento un juicio sano y penetrante, con una imaginacion pronta y emprendedora. El uso libre de estas dos facultades obra prodigios: por la primera, en medio de los peligros delibera el militar, advierte y toma su partido con la misma tranquilidad que si estuviese en su tienda; por la segunda, descubre á un golpe de ojo los movimientos y fines del enemigo, calcula las probabilidades y emprende con actividad. Una y otra dan en las grandes acciones aquella libertad de espíritu y de imaginacion que constituye el carácter de los héroes.

»Querer ser un héroe militar sin este genio es lo mismo que ponerse á componer la *Odisea* sin el entusiasmo y vena de Homero. Este hombre imitaria la locura de aquel que atado de piés y manos se tirase á nadar. Tú, Hermildez, consuélate: has estudiado tu índole: has combinado tu genio con las obligaciones militares; y despues de pruebas poco equívocas te hallas apto, expedito y pronto para cumplirlas.»

No creo que valgan más los pensamientos que acerca del *genio* con relacion á las letras y á las artes nos han dejado Douglas, Ferrold, Cereseto, Pananti, Tommaseo, Mamiani, Gall, Ancillon y Hegel.

Peñalosa trata de la pasion de gloria, y señala la diferencia del amor á la estimacion, á la reputacion y á la celebridad. Sobre este asunto ha consignado pensamientos que demuestran excelente juicio y acertada novedad:

«El deseo de gloria que inflama tu pecho puede contribuir á tus mayores satisfacciones; mas si no sabes dirigirlo y moderarlo, nutrirás una pasion violenta, cuyas inquietudes serán tu desgracia. La gloria es como un resplandor vivo, que nace del fondo de la estimacion que nos tributan los demas: supone siempre acciones brillantes ó virtudes singulares. Algunas calidades de corazon dieron gloria á hechos del César; y la historia se la niega á los de Atila, porque no tuvo virtudes. . . . .

»Considera los nombres, estudia su propiedad, y distinguirás con pulso las ideas verdaderas. La estimacion es un juicio tranquilo y personal que recibimos de otros: la admiracion un movimiento rápido y á veces momentáneo, porque lo maravilloso deja de serlo por el hábito ó la reflexion; la celebridad es una reputacion más estimada ó extensa, y la gloria es la opinion unánime y sostenida por la admiracion perpétua, fundada sobre el concierto de cualidades excelentes ó extraordinarias. Esta gloria puede ser vana como la opinion que la produce.

»Como no quiero que te seduzcan el ejemplo, la edad, ó las inclinaciones del apetito, sabrás que hay dos falsas glorias: la una está fundada sobre lo maravilloso falso, porque muchas veces celebramos con admiracion las acciones de otros que merecian vituperio, porque nos engaña la adulacion ó la ignorancia. Así honramos lo que debiéramos aborrecer. La otra está fundada sobre lo maravilloso real, pero funesto y miserable.

»La gloria nacida de la admiracion funesta es más durable que la primera. Como se propaga con impresiones fuertes y con acciones que perjudican al género humano, son necesarios siglos para olvidarlas.»

Otro tanto pudiera decirse acerca del mérito de estos pensamientos, que lo que expresa al trasladar los anteriores.

Tal vez el autor, al querer buscar la perfeccion del militar, asienta ideas que no tienen exactitud: tal es la de que el amor á los placeres hace cobardes y tímidos. Si Peñalosa trató de inculcar la templanza en el ánimo de los que á la milicia se dedican, debió valerse de otros argumentos y ejemplos. Así dice:

«Cuando Catilina se enriquecia por rapiñas, y César pervertia la hermosura de Servilia, la avaricia del uno y la torpeza del otro enflaquecieron su esfuerzo militar. Empleaban en el ejercicio de esta pasion dominante toda la fuerza de su corazon; y el tiempo, cuya mano lo dulcifica todo, no pudo domar su carácter, ni dirigirlos á hechos excelentes.»

César y Catilina, sin embargo de la disipacion de sus costumbres, jamas perdieron el esfuerzo militar. Soy de la opinion de Richter, de que nunca se batieron mejor las legiones romanas que cuando estaban compuestas de hombres vendidos, de ladrones y de libertos, y de que por el incendiario é insignificante Catilina, muchos ciudadanos tan corrompidos en las costumbres como él pelearon y murieron hasta el último, pues no hubo tras la victoria del Senado, más prisioneros que los esclavos (1).

(1) El padre Codorniu habia ya dado á luz un libro semejante, con el título del *Soldado cristiano*.

Otro de los españoles de que debe conservarse la memoria es el jeronimiano FRAY FERNANDO DE CEBALLOS, autor de *La falsa filosofía, crímen de Estado*, obra en que su autor se propuso combatir entre los errores de la impiedad, los abusos del poder civil contra el eclesiástico. En los primeros tomos el PADRE CEBALLOS obtuvo el aplauso de los ministros y de sus adictos; pero desde el cuarto en adelante desapareció el encanto, comprendieron el pensamiento y vedaron la obra. Todavía el PADRE CEBALLOS, anciano ya, pasó á Lisboa, y publicó en esa ciudad el sétimo volúmen, hecho que indignó á los adversarios. Mandóse formar proceso; pero terminó con la muerte del escritor, ocurrida en 1802 (1). Su obra es á veces elocuente y siempre acertada.

El PADRE FRANCISCO ALVARADO, de la órden de Santo Domingo, escribió un libro con el título de *Cartas á Aristóteles*, en que pugna contra el eclecticismo, sosteniendo las doctrinas escolásticas. *Las cartas críticas* que dió á luz con el nombre de *El filósofo rancio*, en oposicion á las doctrinas de las Córtes de Cádiz, le dieron gran fama. En sus obras hay mucho ingenio, gran juicio, si bien los chistes que introduce en sus *Cartas* no concuerdan bien con los asuntos graves de que trata. Sin duda escribió en esta forma para cautivar la atencion del público (2).

La filosofía de la incredulidad, que tantos sectarios contaba en Francia, tuvo en España un propagador: éste fué don José Marchena. Mas para juzgar á este hombre debo traer á la memoria la noticia de algunos españoles que abandonaron el catolicismo, recuerdo muy conveniente, porque en ellos descubro una igualdad de carácter (3).

Juan de Valdés, tan favorecido de Cárlos V, aprendió en las obras de Lutero, de Bucero y de los anabaptistas sus diversas doctrinas y se dedicó á adquirir en Nápoles prosélitos.

Pero aunque pugnó por ser libre pensador, sin embargo, segun confesion de Bayle (4), no combatió á la Iglesia sino sólo en algunos puntos, y con respecto á la doctrina de la Trinidad, no estaba conforme con los protestantes ni con los católicos. Y esto ¿qué prueba? que su educacion, que sus estudios y que sus sentimientos, por más que las corrientes del siglo lo impulsasen por un mal entendido amor propio ó anhelo de igualarse á los que tenia por sabios, y contemplaba aplaudidos en Alemania, al protestantismo, la fe de sus mayores áun combatia en su alma y lo hacia vacilar. No sin razon el excelentísimo señor Marqués de Pidal dudaba que hubiese sido protestante Juan de Valdés, sino más bien un filósofo que en las cuestiones entre católicos y reformadores queria pensar y pensaba libremente.

Otro semejante fué Miguel Servet, que murió en las llamas perseguido por Calvino. Fué antitrinitario, es verdad; era panteista y luchaba contra el panteismo; aceptaba el símbolo de Nicea. Combatia la Trinidad y reconocia á Cristo. La religion cristiana, en que se habia educado predominaba en su alma, y en medio de los extravíos de su inteligencia no podia borrar completamen-

(1) El folleto del *Bachiller Gil Porras* pone en boca del Conde de Floridablanca estas palabras: «Es el escritor más taimado y más maligno que pudiéramos tener en contra. Él nos conoce á fondo, descubre en medio de la plaza nuestras más secretas intenciones, nuestros proyectos, y nos retrata al natural haciendo del bobo y que habla á otros sujetos y á otro propósito. Acudimos tarde á tapar esta boca y romper esta pluma, que tiene ya en su defensa el crédito público; y nosotros mismos lo elogiábamos furiosamente á los principios. Pero esto provino de que no lo entendimos y creimos que era de otra bandera amiga, ó á lo ménos neutral; pero ¡ah, maldito! que este disimulo lo mantuvo solamente en los primeros tomos, hasta que bien introducido en medio de nosotros, nos volvió el costado desde el cuarto tomo, y nos ha estado *batiendo en ruina*. No aprovecha decirle que sus dos primeros tomos son impertinentes; porque ahora caemos en la cuenta de cuán conducente le era entrarse á una obra tan maligna por unos tratados indiferentes, que tan léjos nos parecian llevarle de dar sobre nosotros. Pero al fin, ya no hay más medio que esparcir por todas partes veredero y corte-calles que vayan desacreditando esta obra y á su autor llamándole *ignorante*, *orgulloso*, *calumniador*, *irónico*, *que mata alabando*, y por los de su órden hacer que se le incomode y aceche en todo lugar, que no se le admita en cosa de honor, que se le cojan las cartas y escritos que se puedan enviárnoslos, como hicieron sus hermanos de Guadalupe, el Escorial y Talavera, para ver si lo podemos..... perder con algun color.

(2) Nadie extrañe que no hable de diferentes cuestiones filosóficas sustentadas en este y en los anteriores siglos por determinadas escuelas universitarias de España; asuntos tratados con gran prolijidad y sin importancia alguna para mi objeto; asuntos todos de mucha sutileza de ingenio, pero frívolos para un bosquejo de la parte más digna de ser conocida de la historia de la filosofía en nuestra patria.

(3) Hay un filósofo español impío, pero de ménos fama y mucho ménos mérito que Marchena. Llamábase don Andres María Santa Cruz, natural de Guadalajara. Fué maestro de los hijos de un príncipe aleman, y en 1790 pasó á París cuando se fundó la sociedad de los *teofilántropos* (amadores del hombre como Dios). Santa Cruz se inscribió en ella y escribió un libro intitulado *Le culte de l'humanité* (Año 5) para explicar sus doctrinas. Es una compilacion de los pensamientos de los filósofos impíos, con la novedad única de querer que se entendiese lo ininteligible, que era la religion de los *teofilántropos*. Quizá si conociese algun otro escrito suyo, pudiese aplicarle la teoría que pongo en el texto.

(4) *Dictionnaire historique et critique*.

te de ella lo que aprendió en la niñez (1). De aquí procedia esa serie de contradicciones que se advierten en sus escritos, mezcla confusa, en que el no creer se explica por el creer, y el creer por el no creer (2). Servet tenia las aspiraciones de un Spinoza, tenia las de un Hegel, ya para el racionalismo del uno, ya para el idealismo del otro; pero era cristiano aún y no podia ni sabía desatarse de todos los vínculos de la religion de sus padres. Atesoraba las condiciones que necesitaba para el error, pero jamas el completo error pudo triunfar de su doctrina. Murió con la tenacidad propia de un aragones indomable; con esa misma tenacidad declaró en su proceso que era cristiano de pura raza é hijo de padres nobles.

Uno de los caudillos de la tentativa de introducir en España el protestantismo, cuando Felipe II residia en Inglaterra con su esposa la reina María, fué el doctor Constantino Ponce de la Fuente, canónigo en la catedral de Sevilla, varon tenido por muy gran filósofo, autor de obras de elocuencia religiosa, entre ellas *La Confesion del pecador*, y sacerdote que en el púlpito cautivaba la atencion del auditorio con su lenguaje sentido y poético, lo que le atrajo los aplausos, no sólo del vulgo, sino de hombres doctísimos (3). Murió en las cárceles de la Inquisicion de Sevilla, cuando se le formaba proceso por luterano.

(1) «L'unité, l'harmonie, la consubstantialité de tous les êtres, voilà le principe qui a séduit Servet, comme il avait séduit les écoles d'Ionie et d'Élée, entraîné plus d'une fois Platon et enivré Plotin, comme il captiva depuis Sabellius et Eutychès, comme il devait égarer un jour et Bruno, et Spinoza, et Schelling, et tant d'autres grands et nobles génies. Là est l'éternelle tentation du panthéisme, l'aimant invisible par lequel il attire à soi les esprits et les ames. Ne faisons point un crime à Servet de s'être laissé gagner à ces doctrines noblement chimériques, dans un siècle surtout où la plupart des esprits en subissaient le prestige.

. . . .

»C'est donc pour maintenir la divinité du Christ, pierre angulaire du christianisme, que les conciles ont établi la distinction des deux natures. Servet n'entre pas dans cette pensée. Il ne veut pas reconnaître deux natures dans le Christ, et soutient que Jésus-Christ, comme homme, comme fils de Marie, est fils de Dieu, consubstantiel à Dieu. Sa chair est divine; son ame, son esprit, tout en lui est divin. C'est ainsi qu'il entend et qu'il accepte le fameux *Homousion* de Nicée. A ce compte, tous les êtres sont fils de Dieu; toute la nature est consubstantielle à son principe, et par là même le Christ se trouve réduit à une incarnation particulière et déterminée de Dieu: l'arrianisme et le sabellianisme se rencontrent.

»La négation de la divinité du Christ, voilà la conséquence que la logique imposait à Michel Servet. L'a-t-il résolûment acceptée? l'a-t-il nettement repoussée? Ni l'un ni l'autre. Il a essayé de l'atténuer en l'acceptant. C'est ce qui fait l'obscurité de sa christologie. La clé de toutes les difficultés qu'elle présente, c'est qu'il veut être à la fois chrétien et panthéiste. Pour résoudre ce problème insoluble, pour reconnaître dans le Christ quelque chose de plus qu'un homme, sans y voir Dieu lui-même mystérieusement uni à l'humanité, Servet imagine sa théorie d'un Christ idéal qui n'est point Dieu, qui n'est point un homme, qui est un intermédiaire entre l'homme et Dieu. C'est l'idée centrale, le type des types, l'Adam céleste, modèle de l'humanité, et par suite, de tous les êtres. Pour l'église, le Christ est Dieu; pour le panthéisme, le Christ n'est qu'un homme, une partie de la nature. Servet place entre la Divinité, sanctuaire inaccessible de l'éternité et de l'immobilité absolue, et la nature, région du mouvement, de la division et du temps, un monde intermédiaire, celui des idées, et il fait du Christ le centre du monde idéal. De la sorte, il croit concilier le christianisme et le panthéisme en les corrigeant et les tempérant l'un par l'autre. (Emile Saisset, *Michel Servet.*)

(2) A propósito de este juicio mio, creo oportuno reproducir lo que sobre el carácter de Servet decia el ya citado Saisset:

«Ici, Servet n'est plus un philosophe ni un théologien; il nous apparaît comme une manière d'alchimiste et d'illuminé, et ses spéculations bigarrées de théologie et de médecine, de physique et d'astrologie n'inspireraient qu'un profond dédain, si on ne songeait qu'au XVI.e siècle ces rêveries sont la commune infirmité des plus grands génies, si, d'ailleurs, on ne voyait briller quelques éclairs au milieu de ce chaos: tantôt des vues particulières, pleines de hardiesse et d'avenir, sur la circulation et la génération, tantôt des aperçus généraux sur l'harmonie secrète des lois de l'intelligence et des lois de la nature, et sur les analogies qui enchaînent tous les degrés de l'échelle des êtres.»

(3) «Est in hoc eruditorum numero CONSTANTINUS, nobilissimus concionator, cuius eloquentia sacris educata concionibus, quoad Hispali vixit, admirationem habuit qualemquidem Cicero in perfecto oratore dum aliquid exquisitius et divinum quæreret, inter caetera vehementer desideravi..... Sic multa communi sensu perficit, sic extra scholas et doctrinam versatur ut cum summo opere delectet auditores, putent statim è proximo medioque vulgi arrepta esse *quæ tamen intimis divinæ philosophiæ* visceribus altissimas radices egerunt..... Multum itaque CONSTANTINUS debet arti sed plus naturæ et diviti venæ quæ plura quotidie gignit quæ ars ipsa duro, pertinacique studio invenire potuisset.» (Alfonso García de Matamoros, *De Asserenda Hisp. Eruditione;* Alcalá, 1553, fólios 50 y 51.)

Para la Inquisicion pasaron desapercibidos estos elogios de Constantino; no así los de Juan Calvete de Estrella. En muchos índices expurgatorios se lee:

«IVAN CHRISTOVAL CALVETE DE ESTELLA.

»Su libro del *Viaje del Príncipe*, se corrija.

»Libro I, título *Embarcacion*, fólio 3, página 2, y fólio 7, página 2, se quite todo lo que es en alabanza de Constantino de la Fuente, autor condenado. Y en el libro IV, fólio 325, se quite todo lo que tocáre en alabanza de Constantino y de Agustin de Cazalla.»

El elogio de Constantino es el siguiente: «El doctor Constantino, muy gran filósofo y profundo teólogo y de los más señalados hombres en el púlpito y elocuencia que ha habido de grandes tiempos acá, como lo muestran bien claramente las obras que ha escrito, dignas de su ingenio.»

El otro elogio es llamar grandes predicadores al doc-

Pues bien, dias ántes de ser delatado, volvió la vista á la Compañía de Jesus, tal vez en el deseo de olvidar en el seno austero de aquella religion, en que la voluntad se resignaba enteramente, sus errores y enmendarlos con la pureza de vida y con el arrepentimiento.

Todavía Antonio Posevino (1608), en su *Aparato*, citaba á Constantino Ponce de la Fuente entre los autores católicos, cosa que mandó tachar la Inquisicion de España.

Pues bien, DON JOSÉ MARCHENA, ó el abate Marchena (1) como más comunmente suele llamársele, nació en Utrera (1768). Huyó de Sevilla amenazado por el Santo Oficio, cuando al comenzar la revolucion francesa hacia ostentacion de sus sentimientos favorables á los filósofos impíos. Pasó á París, admirador de los sabios, obtuvo recomendacion para Marat, con quien escribió en el periódico *L'Ami du peuple*. Pero cuando vió más tarde cuáles eran las verdaderas ideas de Marat sobre la revolucion y sobre los hombres, se apartó temeroso de su compañía. Pasóse al bando de los Girondinos. Brissot fué su protector y su amigo. En 31 de Mayo de 1793 arrestóse á MARCHENA en Burdeos y se le trasladó á París con Riouffé. MARCHENA estuvo gravemente enfermo, tan gravemente que se le creyó en la agonía. Un benedictino que estaba preso, trató várias veces de convencerlo para que volviese á la fe; pero todo en vano (2). Recuperó la salud MARCHENA. Cuéntase que cansado de la prision escribió á Robespierre diciéndole: *Tyran, tu m'as oublié.* ¡Tirano, me has olvidado! Otra vez le dirigió por escrito estas palabras: *Ou tue-moi ou donne-moi à manger.* O mátame ó dame de comer. No consiguió nada MARCHENA; Robespierre no lo mandó al tribunal, como en caso parecido hizo con Andres Chenier.

Muerto Robespierre, salió de la prision MARCHENA; obtuvo una plaza de escribiente en el comité de Salud Pública y escribió en el periódico *L'Ami des lois*. Cuando el bando de los Termidorianos se dividió en dos fracciones, adhirióse Marchena á la ménos importante; perdió su plaza de escribiente y hasta lo que ganaba en el periódico. Dedicóse á componer y publicar folletos contra el partido vencedor, es decir, contra Tallien, Legendre y Freron. Despues del 3 vendimiario (año 4) fué proscrito como uno de los agitadores de las secciones de París. En Junio de 1797 el Directorio le aplicó de nuevo la ley, llamada del 21 floreal, contra los extranjeros é hizo que de tránsito en tránsito se le trasladase á las fronteras. Al llegar á Suiza, cuenta un autor frances (3) que impetró la proteccion de madama Stael, la cual *filosóficamente se negó* á un hombre al que habia recibido en su sociedad cuando él gozaba de algun influjo en su partido.

No se dejó vencer por estas contradicciones MARCHENA; reclamó los derechos y cualidad de súbdito frances, y obtuvo del Cuerpo legislativo, enemigo del Directorio, permiso para volver á Francia. En tanto habia publicado algunos escritos filosóficos contra la religion.

En 1801 consiguió un empleo en la administracion de contribuciones en el ejército del Rhin, y llegó á ser secretario del general Moreau. En el ejército compuso en lengua latina un pasaje ó fragmento imitando el estilo de Petronio; dijo que lo tenía por una parte del *Satiricon* y que lo habia copiado de un antiguo manuscrito del monasterio de Saint Gall.

Ese fragmento está escrito en excelente latin; acompañólo MARCHENA con notas bastante licenciosas, y lo dió á luz en Bale. Mucho tiempo se tuvo por auténtico este fragmento, como se habian tenido otros semejantes del siglo XVII.

Quiso inventar MARCHENA otro pasaje de Catulo como hallado en las ruinas de Herculano; faltóle habilidad en esta segunda tentativa, y su primer travesura ingeniosa fué patente al punto, por el ménos acierto en imitar á un autor tan dulce, afectuoso y delicado. Adquirió desde luégo MARCHENA reputacion de gran latino. Tenía facilidad suma para aprender todo idioma y para escribir en cualquiera con el mismo brío y con la propiedad misma que si fuera el suyo nativo. Cuando cayó en desgracia Moreau, tomó una parte en ella, siguiéndolo con lealtad.

or Constantino, á fray Bernardo de Fresneda y al doctor gustin de Cazalla. «Predicador del Emperador, excentísimo teólogo y hombre de gran doctrina y elocuenia.»

(1) «Haut de trois pieds huit pouce, basané et affreux e figure», dice un autor frances que era Marchena. hiers habla así de Marchena: «Jeune espagnol qui était enu chercher la liberté en France.»

(2) Riouffé cuenta esto así: «Ce qui achéva de lui nar r le cœur (il s'agit toujours du bon benedictin) ce fut venture suivante: l'espagnol à cette opoque était à l'agonie; le moine rodait autour de lui comme autour d'une proie chérie. Ramener un espagnol au giron de l'Église, quelle béatitude! Mais l'espagnol mourant ranime ses forces et crie: Vive Ibrasehá!» (dios á cuyo culto se dedicaban algunos presos).

(3) *Biographie moderne, ou galerie historique*, París, 1816. De aquí tomó Miñano noticias de la vida de Marchena en ilustracion de la obra de Thiers, que tradujo, no, como cree monsieur Antoine de Latour, que las obtuvo de Marchena mismo en 1821.

Prendado de este proceder Murat, eligió á MARCHENA su secretario, y con él vino á España en 1808, persuadido MARCHENA que se habria olvidado su proceso. En Madrid fué preso por la Inquisicion; reclamó Murat á su secretario, le negaron la entrega, y el general francés mandó que una compañía de granaderos lo sacase de las cárceles secretas del Santo Oficio.

Así salió MARCHENA en triunfo. El rey José I lo nombró director de la Gaceta y del archivo de uno de los ministerios, y le concedió una pension para ayudar á los gastos de dar á luz algunas de sus traducciones francesas, entre ellas el *Tartufo* y el *Misántropo*, comedias que se representaban con gran aplauso en Madrid.

Cuando José I se refugió en Valencia, MARCHENA siguió á la córte; y cuando quedó vencida la causa napoleónica, pasó á Burdeos.

Volvió á España en 1820; en Madrid se le recibió con frialdad; llevaba consigo la nota de afrancesado; estuvo en Sevilla, donde recibió mejor acogimiento por las gentes más entusiastas por la libertad, á quienes, sin embargo, tachaba MARCHENA de no saber ser liberales; y al empezar el año de 1821 espiró en la pobreza y el abandono (1), á la edad de 52 años.

¿Y qué fué MARCHENA como filósofo? El que dió á conocer en España, haciéndolos populares, los nombres de Voltaire y de Rousseau.

Las *novelas* y *cuentos filosóficos* del primero, y el *Emilio* y la *Julia* ó la *Nueva Eloisa* del segundo, se tradujeron por MARCHENA en excelente estilo (2). Tambien trasladó á la lengua castellana *El orígen de los cultos* de Dupuis y las *Cartas Persianas* de Montesquieu. La juventud adquirió las doctrinas de estos libros por MARCHENA. Todavía recuerdo que á escondidas de mi familia los leia, como mis compañeros de estudios.

Pero no fué esto solo. MARCHENA publicó en Burdeos el año de 1820 sus *Lecciones de filosofía moral y elocuencia*. Es una coleccion de pasajes escogidos de los más célebres autores españoles.

Acompaña á esta obra un discurso preliminar y un exordio en que MARCHENA expone algunos de sus pensamientos filosóficos, á par del juicio crítico de los escritores.

Llega á definir á Dios al combatir la verdad de los milagros modernos, y dice:

«El Dios de los cristianos es un espíritu inextenso que llena la inmensidad del espacio; una inteligencia que abraza ambas eternidades sin que en ella haya sucesion de tiempos; que ve la inmensa cadena de todas las verdades posibles hasta sus más remotas consecuencias, sin que para ella existan premisas; ante cuyos ojos las más recónditas relaciones de todos los seres, ó existentes ó posibles, son una mera percepcion instantánea. Tan alta idea se aviene mal con una procedencia particular que interrumpe el curso de sus generales leyes por motivos mezquinos en su presencia; los únicos portentos que de ella pueden no desdecir, son los que para fundar su religion fueron indispensables, y habiendo ésta recibido su total complemento con la resurreccion del legislador y la predicacion de sus discípulos, parecen otros cualesquiera milagros no ménos incompatibles con los dogmas religiosos que indignos de la Majestad divina.»

Esto, como se ve, es convenir con la verdad del cristianismo.

En otro lugar emite el siguiente juicio crítico del maestro fray Luis de Leon.

«Lástima es que la materia de *Los nombres de Cristo* sea en sí de tan poca importancia, que es innegable que cuanto puede el ingenio dar realce á las cosas que nada valen, tanto ha dado á su asunto el maestro Leon. Mas si el platonismo convertido en religion dogmática es una inexhausta vena de sublimidad para el poeta, para el dialéctico lo es de contradicciones y sofismas, por la perpétua discordancia entre la inmensa elevacion y magnitud del edificio, y lo ruinoso y aéreo de sus cimientos. Es el platonismo una magnífica fantasmagoría; la imaginacion cierra primero todos los portillos á la luz de la razon, y figura luégo las más grandiosas, las más tremendas ó las más deliciosas escenas; mas si un rayo de luz disipa la oscuridad, al punto se deshace el encanto. El maestro Leon, precisado por la naturaleza de su obra en muchas partes á ventilar los fundamentos en que estriba esta doctrina, descubre su ninguna solidez. Verdad es que no es posible pintar con más vigor y elevacion los más altos misterios del cristianismo, y es tal la fuerza de convencimiento del autor y su extático rapto, que sus argumentos, nunca conclu-

(1) El distinguido escritor monsieur Antoine de Latour, tan aficionado á nuestra literatura, y persona de tanto ingenio como buen gusto, habla mucho de Marchena en su libro *Espagne, traditions, mœurs et litterature* (Paris, 1869). Sigue mucho los juicios críticos y las noticias de un sabio y elocuente escritor, el señor don Gaspar Bono y Serrano.

(2) Alguno que otro galicismo suele, sin embargo, hallarse en los escritos de Marchena. No podia acontecer otra cosa tratándose de una persona que tanto escribió, y por tanto tiempo, en lengua francesa.

yentes, siempre son persuasivos, y si no satisfacen el entendimiento, arrastran la voluntad.

En la forma de sus diálogos siguió este gran escritor á Ciceron; quiero decir que sus interlocutores no se preguntan y responden, ántes disertan sucesivamente, y asientan sus doctrinas. Este modo de tratar las materias filosóficas deja más campo á la elocuencia, y en el género serio me parece en todo preferible al método socrático, el cual más veces es fuente de paralogismos que medio adecuado para indagar la verdad.

Despues de este juicio nos presenta un bellísimo y filosófico paralelo de fray Luis de Granada y fray Luis de Leon. Véase aquí:

«Puesto que las similitudes que entre los grandes ingenios se descubren son siempre en extremo defectuosas, porque guiados todos ellos del impulso de su alta inteligencia, cada uno vuela por regiones distintas, todavía es cierto que entre los clásicos franceses el que más á Granada se asemeja es Bossuet, como Massillon al maestro Leon. Leon y Granada fueron ambos versadísimos en la antigua literatura eclesiástica y profana; ambos desterraron de su estilo los muelles y afeminados adornos, los retruécanos, las argucias y las sutilezas; ambos manejaron con indecible maestría el habla castellana, ambos la pulieron y perfeccionaron: Granada se deleitó más en la literatura sagrada que en la profana, la cual empero en alto grado poseia: Leon hallaba más embeleso en la imitacion de los modelos de los siglos de Augusto y de Perícles. El idioma en el maestro Leon es más terso y más candente; en fray Luis de Granada más osado y más vigoroso. En aquél hace más el buen tino y el acendrado gusto; en éste campea el alto ingenio y la vasta imaginacion. La inteligencia del primero es más valiente; la razon del segundo más fuerte, más consiguiente y más metódica. Granada arrastra con su elocuencia, cual desatado raudal sin márgenes ni vallas; Leon, semejante á un purísimo y caudaloso rio, que por amenos prados se desliza, plácidamente nos lleva adonde van sus corrientes. El robusto estilo del primero linda á veces con la aspereza; la blandura del segundo nunca degenera en afeminada molicie. La pluma del maestro Granada corria más suelta por las pinturas tremendas de las venganzas, de la justicia divina, de la fealdad del pecado, de las grandezas de Dios, de la nada del sér humano: la del maestro Leon se complacia en celebrar las misericordias de la redencion, el infatigable afan del buen Pastor, el cariño del Padre universal, la mansedumbre del Príncipe de paz, la benignidad del Rey del siglo futuro. Aquél sólo de vida cristiana y devota da reglas, éste enseña en uno las obligaciones de la civil; aquél dedicó sus escritos al monarca, éste nunca mentó á los reyes en los suyos, que para censurarlos y reprenderlos no fuese. Ambos se granjean el respeto de los lectores; pero mezclado con cierto involuntario temor el primero, con cariñoso afecto el segundo. En suma, la meditacion de los libros de ambos y su contínua lectura son acaso el estudio más provechoso para los que quisieran escribir dignamente el idioma castellano.»

Cualquiera que lea este paralelo sin saber que es de MARCHENA, no lo puede creer obra del traductor del *Emilio*, de los *Cuentos* de Voltaire y del *Origen de los cultos*, *ú origen de la religion universal*, de Dupuis.

Era muy admirador de fray Luis de Granada MARCHENA, sabio que alguna vez censura sus errores en historia natural y otros puntos, no obstante decir que *nadie más que él está persuadido del soberano mérito de este escritor* (1).

Refiérese que estando en Valencia solia concurrir á una librería donde provocaba y sostenia cuestiones religiosas, siempre con el criterio de los filósofos franceses. El librero tenía dos hijos pequeños, á quienes educaba en el catolicismo. Cuidadoso de ellos, y con el fin de evitar que se suscitasen polémicas en su casa por MARCHENA, pasó á la de éste para suplicarle que no las promoviese ó que las esquivase. ¿Cuál no fué la sorpresa al encontrarlo leyendo las obras de fray Luis de Granada en unos volúmenes con apariencias de muy usados?

«Ha más de veinte años, le dijo, que llevo conmigo esta obra, y no ha trascurrido un dia sin que yo haya leido algo en ella. Me ha acompañado durante la época del terror en los calabozos de París, en mi presurosa fuga con los Girondinos, y me ha seguido á las orillas del Rhin y en montañas de Suiza; sobre todo me acontece con este libro una cosa inexplicable para mí. no puedo leerlo ni dejarlo de leer. No puedo tranquilamente dedicarme á leerlo, porque per-le mi entendimiento y subyuga mi voluntad en tal manera que me parece que soy tan cris-.o como los frailes y misiones que van á morir por la fe católica en la China ó el Japon. No

(1) No eran simpáticos á MARCHENA los escritos de santa Teresa de Jesus.

me puedo negar á su lectura porque no conozco en nuestra lengua libro más admirable» (1).

Despues de los pasajes transcritos de las *Lecciones de filosofía moral*, el hecho qne se refiere es verosímil.

Aparte de esto, MARCHENA escribió una *oda á Cristo crucificado*, que ha obtenido celebridad merecida, y, sin embargo, MARCHENA siempre se jactaba de no ser creyente; cuando habla de la sublimidad de la poesía, recuerda su oda.

«Es la sublimidad el alma de la poesía lírica dice, y por eso ningun sistema religioso tanto como el del cristianismo con ella se aviene; de aquí el relevante mérito de los más de los salmos del maestro Leon, de las composiciones líricas de Herrera, fundadas en la religion, de muchas de la novena suma de Quevedo, y *de la oda á Cristo resucitado, de un poeta moderno.*»

Se complace en ser hijo de Andalucía, y al recordar á los grandes hombres de su patria, y al decir que la posteridad conservará sus nombres, manifiesta el anhelo de la fama póstuma, y no cree merecerla por su fragmento de *Petronio*, ni por sus escritos filosóficos, ni por su amor á la libertad y sufrimientos por ella, ni por su deseo de propagar las doctrinas de los incrédulos. Todo esto es nada para él: su merecimiento único es la *oda á Cristo crucificado;* su merecimiento grande á los propios. Hé aquí sus palabras:

«No sé si el fenómeno de que voy á hablar es debido á causas físicas ó morales; lo cierto es que los poetas líricos andaluces se han dejado siempre muy atras las demas provincias de España. Sevillanos fueron Herrera y Rioja, y sevillano es tambien Lista, que en sus odas se encumbra hasta igualarlos; Góngora, ingenio portentoso en medio de sus innumerables desaciertos, nació en Córdoba, y el maestro Leon tuvo su cuna en Andalucía. *Si la posteridad señala entre estos escritores un puesto al autor de la oda á Cristo crucificado, tambien dirá que el reino de Sevilla fué su patria.*»

Lastiman su oido las alabanzas de Chateaubriand como autor del *Genio del Cristianismo;* lo lastiman como filósofo volteriano, y osa levantarse arrogantemente contra Chateaubriand como reconociéndose superior, y exclama:

«Entre el poema de los Mártires y *la oda á Cristo crucificado* media esta diferencia: que Chateaubriand no sabe lo que cree y cree lo que no sabe, y *el autor de la oda* sabe lo que no cree y no cree lo que sabe.»

Tal es el carácter contradictorio de MARCHENA, unas veces exaltándose entre las grandezas del cristianismo, ya como poeta, ya como filósofo; otras abatiéndose en los pensamientos y en el estilo cuando quiere combatirlas.

¿De qué procedia tal fenómeno? De la lucha entre el bien y el mal que habia en su alma: la perversion de las ideas, y el falso amor propio de ser hombre grande á similitud de los impíos, y los sentimientos sublimes de la religion que no podia olvidar, y en que lo fortalecian los escritos de fray Luis de Granada y fray Luis de Leon, más poderosos en esta lid de sus pensamientos que los de Voltaire y Rousseau.

Todavia MARCHENA nos da un testimonio de este combate espiritual que fomentaba en sí. En 1820 publicó un discurso *sobre la ley de extincion de monacales y reforma de regulares*, obra muy poco ó nada conocida (2).

En ella hace estas preguntas:

«¿No pertenecen al Criador, al Conservador del universo, el hombre y sus obras todas, y la tierra que habita y el cielo que le cobija y cuantos seres animados ó inanimados en su inmenso seno la naturaleza encierra? ¿Es la morada de Jehovah el monte de Garizin? ¿Es peculio privativo suyo el templo de Júpiter Capitolino, la mezquita de la Meca ó las paredes del Vaticano? ¿No es su dominio el capullo que alberga al insecto imperceptible, como la vasta órbita que describe el más remoto planeta? «La tierra y cuantos en ella moran, el orbe entero y cuanto en él se con»tiene son del Señor.» Dicen los salmos de los hebreos: Un dón solo puede tributar el hombre al Altísimo; y ése es el único grato á sus ojos; un pecho amante de la virtud, una razon despejada de los desvaríos de la supersticion, *una vida conforme á los preceptos del Verbo*, esto es, de la *razon divina, que estableció el invariable órden de los seres, y por la razon de las necesidades físicas en-*

(1) Véase la citada obra de monsieur Antoine de Latour.

(2) No la citan los biógrafos de MARCHENA. Intitúlase así: *Discurso sobre la ley relativa á extincion de monacales y reforma de regulares, pronunciado en el dia 6 de Noviembre del presente año en la Sociedad patriótica constitucional de esta ciudad por el ciudadano don Josef Marchena, socio íntimo de la misma, é impreso por aclamacion general.* Sevilla, 1820. (Folleto de 16 páginas.)

señó á los humanos las relaciones que con Dios y con sus semejantes los estrechan... Los tiranos son los verdaderos rebeldes á la Divinidad, los enemigos de *la eterna razon increada*, los que han formado parcialidades y *coligádose contra el Señor y su Cristo, mas que el Cristo ha de quebrantar con cetro de hierro, cual vasos de frágil arcilla*» (1).

Me parece ver á Fausto anciano y moribundo acordándose de la religion por el eco de la campana de una ermita distante. Cuando más amortecida estaba la fe en el alma de MARCHENA, el recuerdo de fray Luis de Granada y de su elocuencia le llevaba la mente á Cristo y á la verdad de su doctrina.

Y así como MARCHENA evidentemente tiembla y vacila al leer *las pinturas tremendas de las venganzas de la justicia divina y de la nada del sér humano*, que trazó fray Luis de Granada, y se enternecia con la lectura de *las misericordias de la redencion y la benignidad del rey del siglo futuro*, que descubrió fray Luis de Leon, un escritor de nuestros tiempos, fanático por las reformas sociales más desatentadas y peligrosas, infatigable campeon en combatir los derechos de la propiedad y en pretender, á nombre de los pobres, la liquidacion inmediata de ella para convertirla en individual y transitoria, doctrinas que la Asamblea francesa rechazó como un atentado odioso á los principios de la moralidad pública y una excitacion á las malas pasiones; Pedró José Proudhon, en fin, para quien la fe, las costumbres, los estados, los hombres eran juguetes de su caprichosa pluma, sólo se ha conmovido en la lectura de la secuencia que empieza *Dies iræ*, y ha dicho entre otras cosas:

«Esta monotonía de las rimas y del canto produce la melodía más terrible, la más dolorosa que jamas se ha podido imaginar..... No conozco ciertamente nada en los salmos, en los latinos, en los griegos y en los franceses, que tenga tal poderío; terrible es la descripcion del juicio..... A la tercera estrofa se cree escuchar el són de la trompeta final por los sepulcros sin cadáveres. Este verso *per sepulcra regionum* es el sublime de la desolacion y de la muerte (2). En lo demas todos los dogmas principales del cristianismo se encuentran resumidos en esta oda única, que es lo que forma su extraordinario carácter; el fin del mundo, el juicio final, el infierno y la eterna bienaventuranza, la resurreccion, el temor de las penas, la misericordia infinita, la salvacion por Cristo, su vida, pasion y muerte, y la necesidad del arrepentimiento y su eficacia para con Dios.

»Ciceron y Virgilio, si resucitáran, no comprenderian pensamiento alguno por estas palabras, por esos extraños versos. Dirian: *Voces quidem latinæ, sermo autem barbarus, ignotus*. En cuanto á mí, examinándolos bajo todos conceptos, encuentro tanto arte en el *Dies irae* y el *Lauda Sion* como en las hermosas odas de Horacio» (3).

En otro pasaje censura las figuras de Cristo en las pinturas de Jesus, debidas al arte del Renacimiento, y prefiere la espiritualidad, el sentimiento de las de la Edad Media. Las vírgenes de Rafael no le parecen imágenes de María, sino de matronas griegas y romanas. Sólo encuentra en ellas algo que las defienda á sus ojos ante el criterio cristiano, y es la idea de la maternidad que expresan (4).

Se nos podrá decir que MARCHENA habló como crítico y con el entusiasmo de modelos de la elocuencia, y Proudhon como entusiasta por el arte de la Edad Media, que antepone al Renacimiento (5). Pero no: ambos escribieron así por su necesidad de decir lo que sentian: sentian la religion cristiana ó imaginaban que era el respeto á las obras del talento lo que les compelia á manifestar sus raciocinios. Lo que ya expuse, eso mismo habré de repetir ahora. La fuerza de la

(1) En este opúsculo anunciaba MARCHENA que meditaba un libro sobre la tolerancia religiosa.

(2) Decia Proudhon que habia asistido á las sangrientas jornadas del arrabal de San Antonio *para admirar el sublime horror de los cañonazos*.

(3) En el libro *Raphael et l'antiquité*, por F. A. Gruyer (Paris, 1864), se nota que en el *Dies iræ* se mezcla la cita de las profecías de David con las de las Sybilas paganas. Proudhon no habia observado esto.

(4) Bonamici opina que es irresistible el ascendiente de la belleza, y que cuando la pintura religiosa estaba en su apogeo, la Madre era lo principal y el niño Jesus el accesorio. Raiberti llamaba á Rafael el asesino moral de los pintores, y que entre Rafael y los que inmediatamente le seguian media un abismo.

Maximo D'Azeglio, tratando de las más de las pinturas modernas, dice que están faltas de sentimiento, tratadas sin estudio, concebidas sin pasion, hechas sin entusiasmo y terminadas sin emocion: obras, en fin, de la mano en que el oro es la sola recompensa. ¿Y por qué, pregunto ahora yo al leer este pensamiento D'Azeglio? Porque falta en los pintores lo primero. El sentimiento religioso, que es el que enseña á sentir para todo.

(5) *Du principe de l'art et de sa destination sociale*, par P. J. Proudhon; Paris, 1865.

verdad de las doctrinas á instantes renace en las almas más poseidas de la soberbia impía.

Yo no recuerdo, y ¿qué es no recordar? de seguro afirmo que ningun filósofo cristiano jamas ha podido entusiasmarse con pasaje alguno de escritor impío, proclamar el vigor de su pensamiento, lo terrible ó hermoso de las pinturas y lo sublime de la creencia atea, como se entusiasman á tiempos los que nacieron en la fe y hacen ostentacion de haberla abandonado. Y esto ¿por qué es? Porque hay momentos en que se ven precisados á pensar como nosotros pensamos, y á tener nuestro propio criterio en presencia de las más tremendas ó más consoladoras verdades.

Parece que se cumple aquí la observacion de que no hay escritor alguno que haya sido elocuente defendiendo el ateismo, porque el genio se encuentra en un sitio bajo, en que le falta aire bastante para extender sus alas, lo cual prueba que el alma sin Dios está fuera de su elemento.

De esto deduzco lógicamente que así como el alma sin Dios no se halla en su elemento y sin poder el genio desplegar sus plumas para remontarse, los escritores tocados de la impiedad, al punto que ven heridas sus imaginaciones por algunos raciocinios de la verdad, revestidos de elocuencia esplendorosa y sublime, ó sublimemente sencilla, se acuerdan de su patria, que es el cielo, y el genio tiende las alas para volar, porque respira el aire de su existencia; pero es sólo un corto esfuerzo, una ilusion; las alas están cortadas. ¡Infelices los que se las cortaron para siempre!

Y dejando aquí á los filósofos de la impiedad francesa en el último siglo y de su secuaz en España, pasemos á hablar algo de los alemanes, esa serie que empieza en Kant, prosigue en Fichte, se extiende en Scheling y termina en Hegel y sus sectarios.

Se sabe que para Hegel la nada y el sér son idénticos. *Sér-nada* no equivale á la nada fecunda, medio entre la nada absoluta y el sér desarrollado. En el sér-nada ó el venir á sér halla Hegel el principio de todas las cosas, como bien infinito ó como nada absoluta. Al tratar de someter á Dios infinito á la ley del progreso y convertirlo en un sér perfectible, ¿adónde se va á parar? ¿Adónde? A la nada. La existencia es una ilusion, y sólo la nada es una realidad al tenor de estas teorías (1).

Hegel, pues, ha convertido á todo sér en nada, la creacion en un no sér, el individuo en una gota del torrente del espíritu universal, el derecho del más fuerte en la ley de los tronos, y el fatalismo en la última palabra de la historia (2).

«El sér puro, por más pobre y vacío que parezca, la nada, oculta en su seno toda la plenitud del universo, que se levanta por el solo impulso del pensamiento, por la sola necesidad de la dialéctica eterna..... Esta creacion por el puro pensamiento no es Dios llevando hasta la nada la plenitud de su sér..... es ménos aún el cáos llevando virtualmente en sí las materias de todas las existencias y separándolas á la voz de un Dios que les da el órden y la inteligencia; es una creacion verdaderamente *ex nihilo*, producida por el pensamiento solo, por la sola actividad lógica. La idea absoluta concreta, el universo, el espíritu, Dios mismo naciendo de la exclusiva accion del pensamiento puro sobre el puro sér, *de la nada sobre la nada*, *del vacío sobre el vacío*.»

Tal es el juicio concreto del *Nihilismo* de Hegel, trazado por Willm en su *Historia de la filosofía alemana*. Edgar Quinet se ha burlado discretísimamente de esas locas extravagancias del sistema hegeliano (3). Lèbre lo reduce á este pensamiento. Lo finito cambia sin cesar: lo infinito en lo finito se metamorfosea incesantemente; lo que sólo existe sin mudanza ó alteracion es lo infinito miéntras que es infinito. Pero en tal sistema esto no tiene punto de realidad, no pasa de una abstraccion vana, *de una nada*..... Con su traje sacerdotal y la pompa religiosa de su palabra, este sistema no es otra cosa, como ya se le ha dicho, que un *ateismo enfático* (4).

¿Qué es al cabo la filosofía de Hegel y su nada? La *nada* del culto es *Boudha* (5).

Hoy que cuentan en España algunos prosélitos las doctrinas de aquel aleman, no parece inoportuno recordar que ántes de que Kant hubiese logrado fama, y de que Fichte, Schelling y Hegel hubiesen nacido, un docto español parece como que presintió el *Nihilismo* de este último, consecuencia de la filosofía de los anteriores.

(1) Vease á Maret, *Teodicea cristiana, ó comparacion de la nocion cristiana con la nocion racionalista de Dios.*

(2) Aussi bien, après avoir converti tout l'être en néant, comment Hegel n'eût-il pas éte impuissant à tirer du néant l'être? (Nourrisson, *Tableau des progrès de la pensée humaine*, etc.)

(3) *Alemagne et Italie.*

(4) Lèbre, *Crise de la philosophie allemande.*

(5) Véase el libro *Le Boudha et sa réligion*, par J. Barthelemi Saint Hilaire, 3.ᵉ edition; Paris, 1860 No nombra, es verdad, á Hegel; pero habla de los filósofos que profesan el *nihilismo* de la religion de Boudha.

Y ántes del docto español de que hablo, ¿cuál era el pensamiento de nuestros filósofos cristianos acerca de la *nada?*

En Dios tenemos todo, y todo sin Dios es *nada*. Santa Teresa de Jesus decia: *Señor, ¿qué se me da á mí de mí sin vos?* San Juan de la Cruz opinaba que *por la nada caminemos al todo, y que siendo Dios el todo, sin Dios todo se reduce á nada. El pobre de espíritu en las menguas está contento y alegre porque ha puesto su todo en no nada y nada, y así halla en todo anchura. Dichosa nada y dichoso escondrijo de corazon, que tiene tanto valor que lo sujeta todo, no queriendo sujetar nada para sí.*

El ya citado fray Francisco Garau, en el *Sabio instruido de la Gracia*, se expresa de esta suerte: «Dios sin *nada* más es todo, y todo lo demas sin Dios es *nada*. Paradoja parece á la ignorancia; pero es máxima verdadera, no sólo á fuerza del amor, como lo sentia aquel serafin abrasado, santa Teresa de Jesus, sino en virtud de la fe y de la verdad. Preguntóle Moisen á Dios cómo se definia, y respondióle: *Ego sum qui sum. Yo soy el que soy, y en esto me distingo de todo lo que no es* YO (1). Luego todo lo demas no es lo que es, porque á ser lo que es, fuera lo que es Dios. Luego solo Dios es el que es, y todo lo demas es *nada*.»

Aquí se ve la explicacion del nada de nuestro sér dentro de la filosofía cristiana. Por eso Hegel en su demencia decia sin duda: «Ya que el hombre por su nada no puede ser lo que es Dios, hagamos Dios al hombre para que el hombre y Dios sean iguales en la nada.»

Véase, pues, la diferencia del sentir de nuestros antiguos y eminentes filósofos con el de de los modernos innovadores alemanes.

En 1756 DON JOSÉ DEL CAMPO-RASO publicó un pequeño cuaderno con el título de *El elogio de la Nada dedicado á nadie*, obrita que se reimprimió en Madrid el año de 1786.—El texto que eligió fué uno de san Pablo, glosándolo así: *¿Qué trae el hombre cuando viene al mundo? Nada. ¿Y qué se lleva cuándo sale de él? Nada* (2).

Es un escrito lleno de excelente filosofía: burla donairosa y severa, cuanto conveniente en los donaires, todo gala de ingenio, encubriendo las profundidades de un juicio lleno de ciencia y de desengaños: es, á mi parecer, una felicísima refutacion anticipada del sistema hegeliano, de ese sistema grave por el énfasis y por lo laberíntico de la manera de exponer sus conceptos, pero absurdo por sus conceptos mismos, y risible si se presentase en llano estilo al alcance de todos.

El elogio de Nada, ya lo he indicado, es un presentimiento de la *Nada* de Hegel; pero describiendo la *Nada* dentro de nuestra fe y de la razon verdadera.

Esta es la filosófica al par que poética observacion de un sabio portugues (3), de que ántes de la creacion del mundo la *Nada* era el inexorable tirano de la naturaleza, y que debajo de su invencible dominio estaban todas las criaturas, sin ser, sin existencia, sin movimiento y sin vida, extendiéndose su quimérica monarquía en los espacios imaginarios de la soledad, y siendo perpétuas negaciones su razon de estado.

(1) Aquí se ve usado el *yo* como sustantivo, cual lo usaron despues los filósofos alemanes, agregando éstos la algarabía del *no-yo* y el *sujeto* y el *objeto* como maneras diversas de hablar del *yo* y del *no-yo*.

Convertido en sustantivo el pronombre *yo* se encuentra en los *Diálogos de la conquista del espiritual y secreto reino de Dios*, por fray Juan de los Ángeles. (Madrid, 1595.) Cuando dice: «*Es aquel yo* á que se hallaba muerto el apóstol por vivir en sí Cristo.»

Como se ve en este jemplo, el *yo* se toma por el alma. San Pablo deseaba estar desatado de la carne y estar con Cristo; es decir, el alma. Lo mismo puede decirse del *yo* de que habla Garau, aquel *yo* es el *espíritu divino*.

Sabido es que en el lenguaje de los filósofos ingleses, como Berkeley y Hume, y alemanes como Fichte y Hegel, el *yo* es el alma, que tiene conciencia de sí, y que es al par el *sujeto* y el *objeto* del pensamiento.

Lope Félix de Vega Carpio, en su comedia *El Animal de Hungría*, tambien hizo sustantivo el pronombre *yo*, pero en significacion, no de alma, sino de persona; y sin embargo, parece, cuando se leen estos versos, que tenemos á la vista un pasaje de la moderna filosofía alemana:

ROSAURA.

Que ayude el sol no lo niego;
Mas para engendrar un *yo*,
Otro yo es fuerza, que el fuego
Dará calor al que obró,
El sér que me forma luégo.
. . . .
Al sol alabo y bendigo,
Pues madre tener querria,
Por si vos os acabais,
Otro yo en mi compañía.
Decidme, ¿cómo os juntais
En ese sol y en qué dia?
Que quiero formar *un yo*
Que viva sujeto á mí.

(2) *Epístola de san Pablo á Timoteo*, cap. VI, vers. 7. La segunda edicion de *El elogio de Nada* fué hecha por don Juan Bautista de Rustant; Madrid, imprenta de Alfonso Lopez (69 págs. en 8.°).

(3) El padre Rafael Bluteau. *Sermoens panegyricos e doutrinaes*. Lisboa, 1732.

Y no ménos es cierta esta sentencia: «La Nada no tiene en el espejo del mundo una imágen que la represente.»

Hegel vino, sin embargo, á querer dar esta imágen de la *Nada* en sus teorías sobre el *nihilismo*.

La filosofía hegeliana en este punto se halla definida en aquel antiguo predicador gongorino, que intituló una coleccion de sus oraciones evangélicas, morales y panegíricas con estas palabras: *Nada con voz, y voz en ecos de nada* (1).

El ingeniosísimo y feliz *Elogio de Nada* encierra pasajes de un mérito superior, aplicables al caso presente.

Véanse algunos:

«Si primero se hace atencion á la antigüedad de *Nada*, ¿que sér, si se exceptúa al Soberano, es más antiguo que *Nada*? Aun se puede anticipar, sin temor á impiedad, que *Nada* es tan antiguo como el mismo Sér Soberano. Pues ¿qué habia ántes que los ángeles y el mundo fuesen criados? *Nada*. ¿Qué hubo en toda la eternidad con Dios? *Nada*. Todo empezó por *Nada*, y *Nada* jamas tuvo principio.

»Si se considera la excelencia de *Nada*, ella es admirable *Nada*, como tampoco la divinidad puede definirse sino por sí misma. ¿Qué es *Nada*? Es *Nada*. Como ella, *Nada* es inmensa, inconmensurable y no tiene límites. *Nada* es inmutable é indivisible. No se puede aumentar ni disminuir. Añadir *Nada* á *Nada*, esto hace siempre *Nada*. Quitar *Nada* de *Nada* siempre queda *Nada*. *Nada* viene de *Nada*, y todo lo que vemos en la naturaleza proviene de *Nada*. El sol luminoso, astros brillantes, fuentes, prados, campos, lagunas, mares, montes y minas preciosas que ocultan, todo esto se hizo de *Nada*. Los manjares sustanciosos que con tanta codicia comemos; los vinos generosos que bebemos con tanta satisfaccion, frutas y licores exquisitos de que hacemos nuestros regalos, provienen originariamente de *Nada*. Mucho más que todo lo referido: los Príncipes temidos, á quienes servimos con tanto respeto, las hermosuras que idolatramos con tanta complacencia, los amigos que estimamos con tanta estrechez, provienen en línea recta de *Nada*. ¿Qué más diré? Nuestra alma, gloriosa porcion de la Divinidad, que con tanta ventaja nos distingue de las bestias, se hizo de *Nada*. *Nada* nos parece á veces algo, y á veces algo nos parece *Nada*. *Nada* se halla en todas partes, y no reside en parte alguna. El mundo se hizo de *Nada* y volverá un dia á *Nada*. *Y no pongo duda de que millones de almas que tantos hacen hoy los vanos y soberbios, deseen algun dia verse reducidos á Nada; pero inútilmente. El Sér soberanamente poderoso, para castigarlas de su arrogancia, las negará con justicia lo que atento al estado funesto en que se verán sepultadas sería para ellas el mayor beneficio.* «MELIUS ESSET SI CONCEPTUS NON FUISSET, dijo Cristo Señor nuestro hablando de Júdas» (2).

Estas últimas palabras son el consejo más elocuente á los que se dejan llevar del sistema fantasmagórico de Hegel.

Continuaré con trasladar aquí otros pasajes del *nihilismo* de un filósofo español, para que se cotejen con las doctrinas extractadas del filósofo *nihilista* aleman:

«Todas las cosas de este mundo pasan y se reducen á *Nada*. Todos se preocupan de *Nada*. Por *Nada* disputan los mortales, se hacen la guerra y se matan. Los hombres no sacan de sus inquietudes y trabajos en la tierra más que la vergüenza de haber sido engañados de *Nada*. *Nada* es el principio, el progreso y la conclusion de nuestras vanidades. Siempre *Nada* es constante, uniforme y siempre el mismo; llena el espíritu y el corazon sin llenarlos, y los ocupa sin ocuparlos. Su esterilidad es fecunda y su fecundidad estéril. *Nada* es un gran mágico que se deja ver á los ciegos y oir á los sordos. Pues ¿qué ven los ciegos, y qué es lo que oyen los sordos? *Nada*. ¿Qué dicen los mudos, y qué huelen los que no tienen olfato? *Nada*. Un *Nada* dió muchas veces ocasion á las mayores empresas, y muchas veces los mayores proyectos se terminaron en *Nada*. ¡Cuántas veces se convocaron ilustres juntas por *Nada* y pararon en *Nada*!..... ¡Cuántas disputas y querellas cada dia por *Nada*!.....

»El poder de *Nada* es extraordinario. Un *Nada* nos hace llorar, un *Nada* nos hace reir, un *Nada* nos aflige, un *Nada* nos consuela, un *Nada* nos embaraza, un *Nada* nos da gusto, y no se necesita más que de un *Nada* para restablecer la fortuna de un hombre, y de un *Nada* para derribarla.

(1) El padre fray Diego de Madrid; Madrid, 1737.

(2) Pongo *melius* por el *bonum*, y *conceptus* por *natus*, expuestos en san Mateo, porque el *natus* no impide que haya sido, y el *no conceptus es nada*.

. . . .

»¿De qué sirven la música, la danza, la pintura, la poesía y la mayor parte de las ciencias humanas, si no se dirigen al divino obsequio? En verdad, de *Nada. Fuera de la ciencia de la salvacion, las demas son ménos que Nada.*

. . . .

»Nuestra felicidad depende muchas veces de un *Nada*. Pues ¿qué se debe desear para ser dichoso? *Nada*. Es menester reputar por *Nada* las dignidades y grandezas, y éste es el cúmulo de la sabiduría, el mirar como *Nada* todo lo que se estima y se anhela en este mundo con más ardor.

. . . .

»El poseedor de *Nada* goza de una felicidad que no está expuesta á la envidia ni á la maledicencia; porque el poseedor de *Nada* está exento de mil temores é inquietudes. El poseedor de *Nada* no teme las tasas, ni los impuestos, ni las pesquisas de los escribanos, ni codicia de los alguaciles. No teme que el fuego prenda á sus granjas, ó que la tempestad destruya sus mieses, ó que las aguas inunden sus campos. No corre peligro de que un heredero impaciente le acorte con el veneno ó de otro modo una vida que ya es en sí demasiado breve, ó que infames salteadores le pongan asechanzas para robarle. El poseedor de *Nada* camina con libertad de noche como de dia, en los montes ménos frecuentados como en los caminos donde hay más gente y tropel..... A vista de esto no se puede negar que los poseedores de *Nada*, como son todos los pueblos que llamamos salvajes, y lo son en algun modo ménos que nosotros, sean sin contradiccion los hombres más tranquilos del universo, del mismo modo que aquellos que viven contentos de *Nada*, son los más ricos y más felices, como dijo Boileau: *Quien de Nada vive contento, lo posee todo.*

. . . .

»Aquellos que ya no están buenos para *Nada*, que ya no ven *Nada*, no oyen *Nada*, y, en fin, que ya no esperan *Nada*, no lo son, á mi parecer, ménos (infelices). La suerte suya, sin duda, es el cúmulo de la miseria, y prueba bien cuán difícil es pasarse de *Nada*, y que *Nada* jamas fué inútil en la tierra, lo que está confirmado por el famoso axioma de filosofía: *Deus et natura nihil faciunt frustra. Dios y la naturaleza jamas hacen nada en vano.*»

. . . .

Por último, CAMPO-RASO, á los fines de su *Elogio de Nada* contempla la impiedad que nacia: pasa con su vista más allá de la generacion presente, y parece como que llega á distinguir á Hegel y sus partidarios, y exclama en estas sentenciosas y verídicas frases:

».....Todo el fruto que sacamos de nuestros desvelos y estudios es ménos que *Nada*, en sentir del mismo Sócrates. Este gran filósofo, que leyó, meditó y estudió toda su vida, fué juzgado el más sabio de los mortales por el oráculo de Apolo; ¿qué sabía, por confesion suya? *Nada. Hoc unum scio quod nihil scio. Yo no sé más* que una cosa (decia), la cual es que yo no sé *Nada*. Aun diré algo más fuerte: es que *Nada es Dios y diablo. Es el Dios de los espíritus fuertes y el diablo de los que no tienen Nada.*»

¡La Nada, el Dios de los espíritus fuertes! No puede ser más elocuente esta verdad contra los filósofos, que no hacen otra cosa que resucitar doctrinas de escritores paganos, presentándolas como originalísimas y como el triunfo de la moderna ciencia, pero disfrazadas con muy extraño lenguaje y envueltas en sutilezas oscurísimas. La teoría de una deidad eterna, inmensa, toda en todo, ó mejor dicho, el mismo todo, infinita y semejante á finita, segun unos, ó finita, parecida á infinita, de que trata Plinio en su *Historia natural* hablando del mundo, ¿qué otra cosa es sino el moderno panteismo? (1)

Las doctrinas de Proudhon contra el derecho de la propiedad no son más que reproduccion de las de los antiguos griegos y romanos. En mitad del siglo último publicóse en Holanda un libro con el título de *Teoría de las leyes civiles y principios fundamentales de la sociedad*, donde su autor decia que ésta tiene por fundamento el derecho de los foragidos; que su primer acto fué la usurpacion de hombres y de bienes; que redujo los hombres á la esclavitud y partió los bienes entre los cómplices de esta usurpacion, y que todo el órden de la justicia humana consiste en mantener este órden de cosas (2).

(1) Los antiguos textos de Plinio dicen: *Sacer est aeternus, immensus, totus in toto, imò verò ipse totum finitus et infinito similis.* Otros corrigen el texto diciendo que debe leerse: *Infinitus et finito similis.*

(2) *L'objet de cet écrit est d'établir que la société a pour fondement le droit des brigands, que son premier acte fut l'usurpation d'hommes et de biens, qui reduisit les hommes à l'esclavage et partagea les biens entre les com-*

Y Proudhon, ¿qué vino á decir? *La propriété c'est le vol:* «La propiedad es el robo», axioma del que escribió despues: «Dos palabras como ésa no se pronuncian en todo un siglo.» Y, sin embargo, ya estaban escritas un siglo ántes. La jactancia de Proudhon igualaba á su atrevida demencia contra la sociedad. No sé que escritor alguno, frances ó no frances, haya manifestado de dónde tomó Proudhon su pensamiento cual queda demostrado.

Cuán notables ejemplos se hallan en la historia del pensamiento español sobre haberse anticipado á célebres filósofos extranjeros; notables, sí, y muchos de ellos ya quedan consignados en este bosquejo. Pero como resúmen de todos recordaré dos de los tiempos de Fernando III, aquel rey glorioso, como santo, como guerrero, como legislador, como amante de las ciencias.

¿Cuál ha sido el anhelo de los sabios de los modernos tiempos? La igualdad ante la ley. Jacobi, el filósofo aleman, el del cristianismo sentimental, creia que el medio para que las sociedades florecieran consistia en una justicia inviolable y universal sin otro fin que ella misma. Los doce sabios que juntó san Fernando ¿qué le decian? que eligiese magistrados que «tengan la justicia *igual así al mayor como al menor*, é que non hayan pavor de castigar é facer justicia, así en el fuerte como en el flaco, así en el grande como en el pequeño, é que á todos sea balanza é peso *é medida igual*..... Et donde no hay justicia, non es ninguna seguranza buena....., QUE DEBES CREER QUE LA TIERRA IGUALADA Á JUSTICIA, LAS OTRAS COSAS IGUALADAS LAS TIENES (1).

¿Qué no habló Francklin sobre el libre cambio? Raiberti se lisonjeaba con la idea de que dos providencias económicas bastarian para alterar la faz del mundo y prevenir la vuelta periódica de las revoluciones; la libertad comercial absoluta entre todos los pueblos, y el impuesto único y progresivo sobre las rentas de todas clases.

No se remontaban á tanto los espíritus españoles en los primeros tiempos del reinado de Felipe IV; pero sí opinaban ardientemente en pro de la libertad del comercio. Al Rey se dirigió una súplica en que se asentaba esta doctrina: que *la grandeza de las monarquías..... cultivadas de labranza y crianza y frecuentadas de tratos forasteros, las mantiene y enriquece..... No conviene que se minore la libertad de los tratos..... por no permitir ser oprimidos y depender de várias voluntades, si es que (el comercio) ha de dar el fruto de sus obras, que son los que pueden ayudar á ampliar estos reinos, que abundan de todo género, lo que no puede hacer la tasa, que será parte de toda declinacion y ruina.*

Así se hablaba, y con tan libres doctrinas económicas, al rey Felipe IV, el año de 1627 (2).

Ahora bien, ¿cuál es el carácter distintivo de la filosofía española? La moralidad cristiana. Aun en muchos pensamientos de Séneca se halla, sin que el filósofo gentil se diese razon de ello.

Sobre la abstinencia, el socorro, la lisonja, la adulacion, la codicia, la amistad, el amor, el alma, la guerra, los beneficios, la compasion, la conciencia, la costumbre, la discordia, las riquezas, el dolor, la embriaguez, la liberalidad, el error, el ejemplo, la fama, el favor, la fortaleza, el gozo, la gloria, el agradecimiento, la gula, la locuacidad, el hombre, el honor, la humildad, la hipocresía, la ignorancia, la enemistad, la ingratitud, la injuria, la envidia, la cólera, la justicia, las lágrimas, la naturaleza, la lascivia, la alabanza, la libertad, la clemencia, la miseria, la misericordia, la modestia, la muerte, la mujer, la nobleza, la obstinacion, la ociosidad, el ódio, el adorno, la paciencia, la pobreza, la paz, el peligro, la filosofía, la providencia, la sociedad, la compasion, el tumulto, la esperanza, el estudio, la sospecha, la templanza, la soledad, el miedo, la tribulacion, el vicio, la virtud y la presente vida humana, hay pasajes en Sé-

plices de celle usurpation, et que tout l'ordre de la justice humaine consiste à maintenir ce fondement et cet état de choses.—Elemens de la Philosophie rurale. A la Haye, 1777.

(1) *Libro de la Nobleza.* Véanse los sermones predicados por el padre Manuel Gil en la catedral de Sevilla en 1799 y 1800.

Merece aquí citarse como defensa de la filosofía de una parte de nuestra legislacion antigua, el *Discurso sobre la honra y deshonra legal, en que se manifiesta el verdadero mérito de la nobleza de siempre, y se prueba que todos los oficios necesarios y útiles al Estado son honrados por las leyes del reino, segun las cuales sólo el delito propio disfama.* Su autor, el doctor don Antonio Javier Perez y Lopez. (Segunda edicion, Madrid, 1786.)

Tambien es notable el *Discurso en que se manifiesta que el oficio de cortador de carne es una honesta ocupacion que no infama á sus operarios, siendo la opinion que afirma lo contrario una preocupacion vulgar, contraria á los más ciertos principios de una sana filosofía, á las más constantes máximas de una buena política, sin apoyo alguno en las leyes del reino ni en el derecho canónico, y finalmente, repugnante y del todo contraria á las últimas reales órdenes con que se ha ilustrado y mejorado nuestra legislacion.* Su autor el licenciado en artes don Sebastian José Rigal. Cádiz, en la imprenta de don Vicente Lema, 1810. Un folleto en 4.º de 31 páginas.

(2) Véase la obra del licenciado Pedro Gonzalez de Salcedo, *Tratado jurídico-político del contrabando;* Madrid, 1654.

neca que pueden alternar ó competir con los de los más sublimes filósofos cristianos: con los de san Agustin, san Jerónimo, san Gregorio Magno, san Juan Crisóstomo, san Leon, san Ambrosio, san Cirilo de Alejandría, san Cipriano, san Máximo, san Hilario, san Beda, san Bernardo y otros muchos.

No busqueis las opiniones de Séneca sobre la caridad, la discrecion, la limosna, el juramento, la juventud, la ley, la malicia, la mentira, el mérito, la obediencia, la perfeccion, la piedad, la sencillez, la soberbia, la usura y la utilidad; porque no habló de estas cosas, ó si habló de ellas, no son dignas de alternar sus sentencias con las de aquellos eminentes maestros.

Valerio Valeri, patricio veneciano, llamaba á Raimundo Lulio *el padre de todas las ciencias*, porque admirado de la gran dificultad de éstas para muchos y contemplando la variedad que tenian entre sí, deploró la miseria del hombre, que errando en el camino de la sabiduría por tan largo tiempo á costa de inmenso trabajo, sólo conseguia un confuso y exiguo conocimiento de las cosas, y en el deseo de libertar de este yugo á los cultivadores de las letras, y que con brevedad aprendieran, compuso el *Arte breve* y el *Arte magna*, y despues el *Arbol de la ciencia*, porque por aquéllos, segun le enseñó la práctica, pocos llegaban al conocimiento de la ciencia misma, á causa del singular y maravilloso artificio con que estaban escritos (1).

Raimundo Lulio, por cuyo *Arte* tantos notabilisimos escritores de Europa se rigieron, áun despues del Renacimiento de las letras (2), era un ferviente católico, no ménos enemigo de la lógica pagana de Aristóteles que de la de los hebreos y los árabes.

En filosofía Raimundo Lulio ha discurrido con tanta libertad y con tan ingenioso atrevimiento, como pudieran los racionalistas alemanes; sólo con la diferencia de que jamas se salió del amplísimo círculo del criterio cristiano.

Cuando habla de la creacion y de Dios, ¿cuál es su juicio? Un autor español (3) nos lo explica en esta forma:

(1) *Aureum sane opus in quo ea omnia breviter explicantur quæ scientiarum omnium parens Raymundus Lullus, tam in scientiarum arbore quam arti generali tradit.*

Autore Valerio de Valeriis Patricio Veneto et scientiarum amatore, an. 1589.

Augustæ Vindelicorum.

(2) El consejero Real Domingo Avengochea, aprobando el libro *Generalis et admirabilis methodus ad omnes scientias facilius et citius addiscendas in qua eximiis et piisime doctoris Raymundi Lulij Ars brevis explicatur*, autor el doctor Pedro Jerónimo Sanchez de Lizarazo (1612), enumera algunos de los que siguieron el sistema Luliano:

«Unus, utputo Dei spiritu illustris inventus à nobis, non ex supradictorum ordine, sed illis minime inventione inferior; qui artem quandam meditatus est, qua omnia possent scriri et disputari. Is fuit Raimundus Lullius, qui etsi puritati sermonis non studuit, artis tamen nostræ fundamenta iecit, et in quem plures ediderunt commentaria, ut Lupertus, Lavineta, et alij. Quorum singuli quædam propria addiderunt. Fuerunt et alij quam plurimi, qui artem potius noverunt eximij Lullij, quam commentarijs illustrarunt. Et quod magis admirandum, fere impuberes hac arte freti, de omnibus rebus disserverunt, paucissimisque mensibus doctissime evaserunt. Inter quos referunt *Daguenium*, *Medoratum*, et *Iacobum Ianuarium*, tota Italia celebratos. Quorum prior, cum anno trigessimo septimo etatis, vix prima hausisset literarum elementa, sex dumtaxat mensibus huic artificio incumbens, doctissimis viris miraculo est habitus. Alter autem cùm septem peregisset lustra, à literis penitus alienus, tantum hac arte profecit, ut sicut ex eius scriptis apparet, nulli Doctorum hominum sit posponendus. Addunt his eximios fuisse eadem ætate factos
dum Cordubam hispanum, *Iacobum Fabru*
Carolum Bovilium, *Petrum*, et *Iac*
manos frisones, cum unica soror
plinæ genere disserentes. Possemus his addere *Picum Mirandulanum*, *Angelum Politianum*, uterque enim, nescio mum per hanc artem, disputare se posse de omnibus pollicebatur. Quod Picus, admiraculum usque Romæ præstitit, integro anno publicè scientiarium omnium assertiones defendendo, ut ex eius scriptis apparet. Quibus authorem istum, unde hæc mutuata sunt, videlicet *Petrum Gregorium Tholosatem* virum præstantissimum, meritò adiungere possumus, propter prodigiosum ingenij acumen, quod ejus Syntaxis artis mirabilis, et ad illam doctissima et disertissima commentaria, clarissimo testantur.»

Raimundo Lulio no es bien juzgado por el Marqués de Saint Aubin en su *Traité de l'Opinion*, como tampoco por el autor de *L'Art de penser* (la lógica de Port-Royal, sea Arnauld ó Nicole quien lo haya escrito). Aquél no halla en la lógica de Lulio método alguno real; éste dice que sólo es propia para discurrir sin juicio sobre lo que no se sabe.

Saint Aubin añade lo siguiente:

«Pierre Montuus prétend que cette logique peu sensée a été copiée sur les écrits d'un philosophe arabe nommé Abézébron, qui la proposoit comme un moyen propre à embarrasser l'Antechrist, quand il viendroit au monde. Petr. Montuus, *De unius legis veritate*, c. 55. Raimond Lulle prétendoit expliquer le mystère de la Trinité par ces mots: *potentificans, potentificatum, et potentificabile; bonificans, bonificatum, et bonificabile; sapientificans, sapientificatum, et sapientificabile. Sapientificans*, disoit-il, c'est le Père; *sapientificatum*, c'est le Fils; *sapientificabile*, c'est le Saint Esprit. Comment un auteur, qui se servoit d'un aussi impertinent jargon, est-il devenu célèbre?

(3) *Ars brevis V. M. B. Ra* ... *tertii ordinis* ... *ncisci, Doc. Illust* ... *, capitibus* ... *llis locupl* ... *m patrem* ... *Marz* ... L.

«Toda la necesidad que hubo en Dios de criar al mundo, fué consecuente á su decreto eterno, y por razon de éste solamente; porque á ninguna criatura es deudor, sino solamente á sí mismo, segun lo que tiene decretado, así en comun, como en particular, y es conforme á la identidad simplicísima de sus perfecciones divinas, que con toda uniformidad, y segun libremente quiere Dios, se comunican ordenadamente á las criaturas, conservando la diferencia en las naturalezas criadas, y haciendo ostentacion de sus misericordias en ellas, y ejercitando su altísimo poder, conforme á su querer y saber.

. . . .

y todo lo que quiere es justo y razonable; puede por consiguiente ser justo y razonable lo que ahora no lo es, porque no lo quiere; y lo sería si lo quisiese. Pudiendo, pues, Dios ahora querer todo lo que pudo querer *ab æterno;* aunque no lo pueda querer con novedad, como advierte el maestro de las sentencias, I. d. 43, y deben conceder todos, hablando de la novedad en Dios, pues en la eternidad no puede haber novedad, aunque sí en el término, no solamente real, como todos confiesan, sino tambien intencional, segun el sentir de algunos; queda siempre el poder físico y absoluto de Dios, libre en órden á todas sus criaturas, y sólo deudor á sí mismo, sin que por esta deuda se derogue algo de su poder, si se manifiesta la rectitud y summa perfeccion suya. De modo que el poder absoluto de Dios, aunque en sí prescinda del actual decreto libre, ó término de éste, no prescinde del mismo decreto virtual, ó de su entidad necesaria, por ser una misma simplicidad.

. . . .

por donde debemos entender que Dios no solamente obra lo que tiene decretado, sino que decreta lo que es más razonable y concerniente á la equidad de su voluntad divina, la cual, como sea la misma rectitud, siempre obra aquello que es conducente á la mayor equidad de la razon.»

Un no ménos docto que discreto autor contemporáneo ha dicho que debiera, para inquirir las verdades, anteponerse en España el sistema filosófico de Lulio á los de los alemanes, sistemas nada conformes á nuestro carácter, á nuestras costumbres y á nuestras tradiciones (1). Entiendo lo mismo: el arte luliano, que tan seguido fué por muchos sabios, me parece preferible, más ingenioso y más apropiado á nosotros que el de los filósofos germanos de nuestros dias. Este no puede llevar las almas sino por las tinieblas, y para encubrir stras tinieblas la filosofía cristiana; en tanto que el de Lulio, confuso en los primeros momentos, viene á ser claro y llanísimo para la adquisicion de las verdades y para fortalecerse en las doctrinas de la sublime enseñanza moral.

Y despues de Lulio, ¿en qué consiste la grandeza de todos nuestros filósofos? En la uniformidad de su doctrina, que es la doctrina verdaderamente cristiana.

Por eso fueron grandes Raimundo Segunde, el Tostado, fray Bartolomé de las Casas, Granada, Leon, santa Teresa de Jesus, san Juan de la Cruz, Fox Morcillo, Huarte, Cano, Suarez, Soto y todos los eminentes pensadores de nuestra patria.

El cristianismo es lo que constituye la gloria real de nuestra patria, en sus sabios, en sus guerreros, en sus poetas y en sus artistas, ya durante la dominacion goda, ya en su lucha de siglos con el mahometismo, ya descubriendo y conquistando para la fe las inmensas regiones de América, ya en la pluma de Calderon por medio de sus *Autos sacramentales*, ya en el sentimiento tier-

(1) *Las doctrinas del doctor iluminado Raimundo Lulio*, por don Francisco de Paula Canalejas; Madrid, 1870. Así termina este preciosísimo opúsculo:

«La teología popular del siglo XIII, que Lulio expone, es el supuesto de la teología racional hoy enseñada por las escuelas teistas y espiritualistas de la Europa docta. Seis siglos de labor constante y de meditacion asidua han sido precisos para que la ciencia razone y acepte el testimonio de la conciencia humana, que siente á Dios en su seno.

»Si para la educacion filosófica de nuestro pueblo es ó no camino más llano y fácil el de exponer á Lulio interpretándolo latísimamente en el sentido moderno, que el importar enseñanzas extranjeras, muy propias de sajones ó germanos, pero antipáticas al genio de nuestra raza y á la índole de nuestra inspiracion y de nuestra historia, es tésis que hoy no resuelvo, pero que confieso me solicita con energía, quizá por el vivo deseo que me anima de que no se borre el sello individual que prestan tintas tan originales á nuestro arte, á nuestra ciencia y á nuestra religion.

»En lo político como en lo científico las nacionalidades constituyen un organismo, necesario para que la verdad se produzca en el trascurso de una edad, bajo todas sus fases y en todas sus maneras. ¿No se atenta á esta ley histórica, cediendo al deseo de copiar y reproducir lo extraño, sin consultar lo propio? ¿No es preferible renovar y rejuvenecer, que comentar, cuando el fin se alcanza mejor de aquella manera?»

nísimo de las pinturas del divino Morales, ya en el idealismo de Murillo, ya en la austeridad admirable de los monjes de Zurbarán, ya en las imágenes conmovedoras de Martinez Montañés.

Conformes con su patria, ¿qué es lo que distingue á los filósofos españoles? Su carácter y su historia se pueden reducir á estas palabras. Tenian en poco toda la vanidad del mundo, no se ensalzaban en su soberbia, se humillaban bajo la poderosa mano de Dios. Con esa filosofía se alegraban sus corazones, desterraban todo cuidado penoso, y henchian de ricas y grandes esperanzas el alma, con tan gran sublimidad, que la ve y no la acierta á describir.

Con memorables palabras escribian de la viva y espléndida caridad, comprendian todo con sosegada y tambien viva fe, prevalecia la razon filosófica del Cristianismo sobre los deseos insanos, expresaban cuanto delicadamente sentian de las miserias del mundo, segun los fueros infalibles de la verdad; para excitar al seguimiento de la perfeccion cristiana, juzgaban que sus doctrinas excedian los límites de la naturaleza y de todo entender, pero con ellas sacaban discípulos de esclarecidas, excelentes, raras y áun heroicas virtudes; por todas partes en sus libros nos ponian claros avisos y eficaces desengaños.

Poseian el arte del bien hablar, porque atesoraban el arte del bien sentir; no aconsejaban que se detestase á los poderosos porque lo eran, sino porque no sabian serlo. Nos decian: «Si te olvidas de tí, ¿cuánto más te olvidarán los amigos despues que hayas muerto?» Tambien comprendimos en ellos que la vergüenza del malo será nuestra correccion, su pena nuestra enseñanza, su ira nuestra doctrina, cuán sin ociosidad ha de correr la vida nuestra; que ya que no tengamos incredulidad de Dios, no la tengamos de sus grandezas; que nuestras pasiones se reduzcan á sentir y agradecer, que la soberbia se confunde con sus propias obras, que no se debe errar el camino de la verdad y de la justicia, que para el mal siempre nos sobran deseos, que no sigamos siempre los dictámenes de nuestra engañada razon, que nos convenzamos de que la perfecta sabiduría consiste en un siempre querer y en un siempre no querer las cosas, segun cuales ellas son, y en tener uno por suya la felicidad del prójimo, con la firme conviccion de que la filosofía cristiana es *la ciencia del bien pensar*, *la ciencia del bien decir* y *la ciencia del bien hacer*, toda fundada en un amor tan dulce y poderoso, que en su dulzura y poder estriba la dicha, así del Criador como de la criatura. Esa filosofía no es aquella que quiere la honra sin la virtud y el premio sin el trabajo, sino la que convierte las turbulencias en alegrías y las miserias en bienandanzas.

Todas las soluciones de la ciencia, todas, sí, eran halladas por nuestros mayores dentro de la filosofía cristiana; de esa que aspira á que el hombre rodeado de carne mortal viva angélica vida, que al propio tiempo anhele morir y vivir; morir, por alcanzar las eternas venturas; vivir, para el bien de sus hermanos y hacer la voluntad de Dios; que sea no ménos honrado que abatido, no ménos sabio que sencillo, no ménos rico que pobre, no ménos fuerte que débil, así animoso como pusilánime, feroz cuanto apacible, honrado por hermano de Cristo, abatido por no amar la soberbia del mundo; sabio, porque conoce el camino del bien y de la salvacion, y sencillo, porque cree y no ve lo que cree; rico, porque en él se alberga la caridad, y pobre, porque da cuanto tiene á los menesterosos; fuerte, porque vence sus pasiones; débil, porque se rinde á las fatigas corporales; animoso, porque no teme la muerte ni los peligros, y pusilánime, porque le pesa la vida y nunca se ve seguro de sí; feroz, porque aborrece las culpas y las aborrece hasta en sí mismo, y apacible, porque desecha los pensamientos de rencor y de venganza; en las cárceles conserva la libertad, porque allí, como en todas partes, su alma es libre, y cuando se halla en libertad imagínase cautivo de ella; la alegría resplandece en su ánimo, áun en medio de las tristezas; la tristeza lo sorprende en las alegrías, en las fatigas encuentra su imaginacion descanso, y en el descanso lo afligen las fatigas; es guerrero en la paz para combatir el mal, y es pacífico en la guerra para impedir ó aminorar sus horrores.

El ideal del Cristianismo es que vivan los hombres en tanta unanimidad, cual si todos tuviesen un alma y un corazon; corazon y alma de todos en Dios, doctrina que se dirige á que sigamos su virtud y su sabiduría.

¿Dejóse de analizar lo analizable dentro del Cristianismo cuanto desearon los antiguos filósofos españoles? No; de modo alguno.

Fray Lorenzo de Zamora (1) escribió la *Apología por las letras humanas*, arguyendo á las Sa-

(1) *Monarquía mística de la Iglesia*, hecha en hieroglíficos sacados de humanas y divinas letras; 1.ª parte, Madrid, 1604.

gradas Escrituras con las Sagradas Escrituras y á Santos Padres con Santos Padres, para probar que en la filosofía se puede buscar la ciencia de Dios, ó por aquellos textos ó por los de las criaturas, fortaleciendo las verdades divinas á los ojos de nuestra flaqueza, con los argumentos de autores profanos que vengan á confirmar lo que la Iglesia enseña. Así combatió los errores de los que defendian dentro y fuera de España la opinion adversa.

Revístanse como se quieran los pensamientos; adóptense extrañas formas, hable la filosofía, lo mismo en Francia que en Inglaterra, en Alemania lo mismo que en Italia, un lenguaje nuevo.

¿Qué importa que se diga cuanto plazca, ya acerca de la emancipacion humana, ya de que la autonomía de la voluntad deslindada por Kant ha restablecido la dignidad del hombre individual, sin hacer el sacrificio del órden en las sociedades, ya de la armonía del universo y de la elevacion del alma y del genio y de la sublimidad moral y de la razon eterna, como la ciencia, como la libertad, como Dios?

Dejemos que se repita que la humanidad en nuestros dias respira en una selva de ensueños, de poesía y de oro, y que el hada que en la selva habita es la libertad, y el númen señor de ella el derecho.

Si algunos pensadores extranjeros nos refieren sus aspiraciones enérgicas al contemplar la grandeza de los tiempos, su mision consoladora y el culto de la ciencia; si sueñan con que la centella eléctrica, que en un instante hace palpitar con un mismo sentimiento los pueblos separados por el Océano y por las montañas, ha de realizar la íntima unidad social; si pretenden resolver el problema de la union del mundo interno con el mundo externo; si prefieren engañarse mil y mil veces ántes que perder una sola la confianza en la humanidad; si entienden que el sentimiento enérgico de la personalidad humana hace converger el mundo entero hácia el yo; si, en fin, se presentan las ideas con un idioma desconocido de nuestros padres, ¿en qué vienen á parar tan sorprendentes modos de decir?

Por más que la inventiva de la moderna filosofía se afane en el progreso y en la novedad y en la elevacion de las palabras más que en la de los pensamientos, ¿á cuál fin ha de dirigirse? A la enseñanza moral.

Así como no se satisface de sus hombres, y se empeña en que un san Francisco de Asís, un Colon, un Rafael de Urbino, un Miguel Angel, un Cervántes, fueron en su siglo parciales anticipados de modernas teorías, tiene que sucumbir, sin decirlo, á aceptar en un todo la filosofía moral del Cristianismo.

La filosofía abstracta, la de los sistemas, la de las hipótesis, la del idealismo, la de la manera de dirigir el raciocinio, ésa podrá tener tantos juicios cuantos sean los hombres que se dediquen á su cultivo, ya por medio de desvaríos sobre desvaríos, ya por medio de raciocinios sobre sutilezas, siempre cercados de contradicciones extrañas y hasta propias.

En llegando á tratarse de la filosofía práctica, la del hombre para consigo mismo, para con la familia y para con la sociedad, los sabios modernos se ven obligados á pensar como pensaban san Juan Crisóstomo, san Agustin y san Bernardo, acerca de la ambicion, de la avaricia, de la crueldad, de la discordia, de la fortaleza, de la limosna, de la fraternidad, del engaño, de la gloria, de la gratitud, del honor, de la hipocresía, de la envidia, de la ley, de la libertad, de la nobleza, de la prosperidad, de la pobreza, de la servidumbre, de la soberbia, de la tribulacion y de los vicios.

Tal es la fuerza, tal el poder y tal la verdad inmutable de la filosofía cristiana. Al punto que los filósofos ó pretensos filósofos moralistas modernos se apartan de ella, y contra ella levantan otras doctrinas, adonde se dirigen inevitable y horriblemente es al desvarío ó á la maldad; los trastornos de las naciones, y los sangrientos cadáveres alumbrados por las llamas de los incendios, ó el fraude y la corrupcion de todo género dominando en las sociedades, no habiendo amigo para amigo, ni honor para el honor, ni virtud para la virtud, son los pacíficos triunfos de los innovadores.

Pero ¿qué más? La pobreza es la señora de los pensamientos de los campeones de la nueva filosofía moral, como si la pobreza no fuera el más cariñoso de los objetos á que se dirige la enseñanza cristiana.

¿Qué nos dijeron nuestros filósofos? El pobre se asemeja á Dios; no se define por lo que es, sino por lo que no es; no por atributos y títulos que digan tener, sino siempre por los que hablen de siempre no tener. El *Omnis homo* del mundo es el dinero; el *Nullus homo*, el no dinero. El pobre

nació á fin de que el rico entienda para qué es rico. No puede ni debe existir contrariedad entre ambos. No juzguen los ricos que son sus mayores enemigos los pobres, ni los pobres vean lo mismo en los ricos. La justicia está de parte del pobre, y la misericordia de parte del rico, para que el rico haga lo que cumple á la misericordia, y el pobre le comunique al recibir la limosna lo que de justicia es suyo; esto es, que le admita á su derecho, que es el cielo. Los pobres representan la miseria humana y el sér del hombre en su natural, que el más rico nació desnudo; nos avisan de lo que puede acontecernos, nos enseñan lo que vale y puede dar de sí el mundo, la inconstancia de los bienes de fortuna, la falsedad de las noblezas. Más enseñanza nos ofrece un pobre acerca de las verdades divinas y humanas, que los actores en los teatros representando moralidades, ó los doctores en sus cátedras (1).

Los españoles tenemos una tradicional filosofía, cual corresponde al carácter severo de su pensamiento. Dentro del sistema católico se han anticipado á publicar ideas que un siglo ó dos despues han dicho algunos extranjeros que eran suyas propias, en tanto que otros, como Guizot, Schlegel y Viardot, no han visto en nuestra historia un solo filósofo digno de memoria.

Este incompletísimo bosquejo de la historia de la filosofía española desmiente, sin embargo, tales asertos, y los desmiente con testimonios no ménos verdaderos que gloriosos para nuestra patria (2).

A pesar de este desden de algunos sabios hácia España, todavía se lee en los escritos de sabios extranjeros el nombre de Raimundo Lulio, como enigma filosófico, deprimido por unos, ensalzado por otros; Ernesto Renan, Luis Figuier, Pablo Antonio Cap, Nourrisson y otros muchos hablan de sus escritos. Todavía se escriben libros acerca de Maimonides y de Averroes, como los de Adolfo Franck (3) y de Ernesto Renan; todavía se publica en lengua italiana la teología mo-

(1) «No examineis al pobre por amor de Dios, sobre si trabaja ó no, si está sano para ganarlo ó no, cuando no os toca por oficio y cargo de República. Aunque no tengo á mal decirles en secreto con mucho amor y caridad, con un término muy cristiano y recatado, con consideracion y advertimiento de no enojarle, que procure por amor de Dios, si puede, valerse de sus manos y trabajo, que lo haga, y deje la limosna para los imposibilitados de poderlo ganar. Yo cierto no me atreveria á ello, por parecerme no tengo talento ni habilidad para tanto; basta que venga en nombre de Dios y lo pida en nombre de Cristo.» (*Erudicion Cristiana*, por fray José Luquian; Tarragona, 1594.)

(2) Justísimo es consignar aquí que varios ilustradísimos españoles contemporáneos han procurado desvanecer este concepto, contrario á la honra patria y á los fueros de la verdad. El excelentísimo señor don Gumersindo Laverde y Ruiz, que ha publicado notables trabajos sobre filosofía española con excelente y docto criterio, dice en uno de ellos:

«No seria esto una erudita vanidad ni un trabajo de puro lujo, pues áun concediendo, lo que estamos muy léjos de conceder, que en el legado de nuestros mayores no pueda descubrirse ninguna luz nueva ni ningun olvidado gérmen del progreso, y áun admitiendo que toda su sabiduría se halle más ó ménos en las obras de los extranjeros modernos, áun así importa muchísimo abrir las fuentes patrias y beberlas en ellas, inspirándonos en el alma gigante de las generaciones que nos precedieron sobre el suelo ibérico, y reflejándola en todas nuestras producciones, para que España recobre su autonomía intelectual entre los pueblos que conducen de frente todas las ciencias.»

El señor don Luis Vidart, que ha publicado en 1866 un librito intitulado *La filosofía española, indicaciones bibliográficas*, lleno de oportunísimas noticias, ordenadas con recto juicio y nobilísimo entusiasmo patrio por nuestras glorias científicas, dice lo siguiente:

«Si nosotros tuviésemos ciencia bastante para formular un juicio sintético, quizá diríamos que las doctrinas racionalistas del *maimonismo* y del *averroismo* aparecen como una condenacion filosófica de las religiones judaica y mahometana que profesaban sus autores; que, por el contrario, todos los escritores cristianos de la Península, desde los tres santos doctores de la escuela de Sevilla, hasta Raimundo Lulio, que ha obtenido por la Iglesia el título de venerable, y desde Luis Vives, cuya sólida piedad merece los elogios de don Gregorio Mayans, hasta el padre Feijóo, tan enemigo de la supersticion como ensalzador constante de la verdad católica; todos los escritores españoles nacidos en el seno de la Iglesia, encierran sus especulaciones en el círculo trazado por el espíritu de la fe religiosa. Hasta en el mismo Miguel Servet, ya separado del catolicismo, domina de tal modo el elemento creyente, que prefirió la muerte á retractar ni una sola palabra de su profesion de fe cristiano-panteista.

»De todo lo que dejamos indicado en el curso de estos apuntes, se deduce que, en nuestro sentir, la filosofía ibérica es esencialmente dogmática.»

Por último, el ya citado señor Canalejas escribe lo siguiente, en sus curiosísimos y profundos *Estudios críticos de filosofía, política y literatura;* Madrid, 1872:

«Bastan estas ligeras indicaciones para demostrar que es hacedero tejer la historia de la filosofía española, y que si bien en sus páginas no se encontrarian nombres como los de Descártes y Leibnitz, aparecerian otros que pueden figurar al lado de filósofos muy considerados por la crítica moderna; y que si bien no se señalaria á nuestra España como cuna de una de aquellas transformaciones que llevan el nombre de Bacon, Descártes y Spinosa, se ofrecerian al hombre pensador rasgos originales, tendencias dignas de tenerse en cuenta en la historia del pensamiento humano, y preciosas indicaciones acerca de la vida y destinos de esta vigorosa nacionalidad.»

(3) «Son biographe mentione même des sermons contre Averrôes. Il paraît que ce qui révoltait surtout Raymond Lulle dans les doctrines des averrôistes de Paris, c'était la distinction de la vérité théologique et de la vé-

ral de Raimundo Sebunde, y Saint-Beuve habla de este autor al par de Montaigne; todavía Emilio Saisset escribe de Miguel Servet como filósofo y teólogo (1); el padre Bautain publica un libro basado en las doctrinas de santo Tomas y de nuestro *doctor eximio* Francisco Suarez, declarando que su *Filosofía de las leyes bajo el punto de vista cristiano* está tomada de estos dos hombres eminentes (2).

Los nombres del Tostado, de Luis Víves, de Melchor Cano, de Eusebio Nieremberg y de Suarez, se repiten con elogio por Alzog (3). El mismo Ernesto Renan trata honoríficamente á Luis Víves (4). Si Emilio Saisset y Alberto Lemoine, al hablar de Descártes, no mencionan á Gomez Pereira (5), Nourrisson sigue proclamando que en la teoría de ser los animales máquinas, precedió el filósofo español al frances (6). Washington Irving y Prescott han encomiado á fray Bartolomé de las Casas por sus ideas sublimemente humanitarias..... Pero ¿á qué seguir enumerando autores? La satisfaccion de todo buen español no puede ménos de ser cumplidísima al contemplar que áun en el mundo de los sabios se oyen los nombres de nuestros filósofos antiguos (7). Y con

rité philosophique, distinction que nous verrons relevée avec tant de chaleur par l'averröïsme italien de la Renaissance, et qui fut, depuis le XIII.ᵉ jusqu'au XVII.ᵉ siècle, le plastron de l'incrédulité. Lulle soutenait avec une décision, qui ne manquait pas de hardiesse, que si les dogmes chrétiens étaient absurdes aux yeux de la raison et impossibles à comprendre, il ne se pouvait faire qu'ils fussent vrais à un outre point de vue. Le rationalisme le plus absolu et les extravagances du mysticisme se succédaient comme un mirage dans les hallucinations dialectiques de ce cerveau troublé.» (Ernest Renan, *Averröes et le Averroïsme.*)

Véase á Luis Figuier, *L'Alchimie et les alchimistes;* Pablo Antonio Cap, *La science et lés savants au XVI.ᵉ siècle.*

Igualmente véase el libro así intitulado:

Tableau des progrès de la pensée humaine depuis Thales jusqu'à Hegel, par Nourrisson, 4.ª edicion, 1867.

«Il ne se pouvait d'ailleurs que le réalisme exagéré de Duns Scot n'appelât pas une réaction. Aussi, presque immediatement apparaissent les tentatives aventureuses de Raymond Lulle et de Roger Bacon..... Alchimiste et philosophe, Lulle a laissé un nombre prodigieux d'ouvrages, parmi lesquels on mentionne notamment le *Grand Art*, système ingenieux, mais vide, qui devait permettre, par la combinaison de formules abstraites, d'arriver à la science universelle. *L'opus Majus*, dû à Roger Bacon, ne le cède en rien au *Grand Art* pour la hardiese. C'est la même audace, transportée au champ de la spéculation dans le domaine de l'expérience par celui qui fut surnommé le Docteur admirable.....» «Il est impossible de s'y tromper, il circule dans les écrits de Raymond Lulle et de Roger Bacon un souffle précurseur des temps nouveaux. L'age d'or de la scolastique est passé: sa décadence commence.»

(1) *Philosophie et réligion;* Paris, 2.ª edicion, 1869.

(2) *Philosophie des lois au point de vue chrétien*, par M. L. Bautain, ancien Vicaire général de Paris, Vicaire général de Bourdeaux, professeur de théologie morale à la Sorbonne (troisième edition); Paris, 1863.

En el prólogo dice el autor:

«Ceux-là seuls qui, pour expliquer l'origine et la portée de la loi, se sont placés au point de vue chrétien et dans la lumière de l'Evangile, on put remonter au principe véritable de la législation, au Législateur unique, qui peut seul produire et imposer la loi, et lui donner son autorité, sa force obligatoire et sa sanction. *Saint Thomas d'Aquin et Suarez nous ont paru les plus remarquables de ces jurisconsultes, ou plutot de ces philosophes chrétiens, et c'est à eux surtout que nous avons demandé la direction et la lumière dans la voie difficile ou nous sommes entrés. Appuyé sur de tels guides, nous avons marché avec plus d'assurance.*»

En el capítulo primero escribe lo siguiente:

«Une autre chose nous soutient encore; c'est que dans ces études, nous avons de guides sûrs, *des hommes éminents*, qui marchent devant nous, *saint Thomas et Suarez.* Je préfère de beaucoup saint Thomas, je l'avoue, je le trouve plus synthétique et plus profond. *Suarez a moins de génie, mais il a encore une pénétration théologique très-remarquable; bien que la subtilité de son analyse l'entraine parfois dans la diffusion. Nous profiterons de l'élévation de l'un et de l'abondance de l'autre.*»

Hablando de las leyes civiles en el cap. XI, se expresa así:

«Je dirai très-sincèrement ma pensée, qui du reste n'est pas la mienne. Je l'ai prise tout entière dans les ouvrages de saint Thomas et *de Suarez, deux théologiens célèbres*, l'un dominicain, l'autre jésuite, et ce qui étonnera sans doute ceux qui ne connaissent ces hommes illustres que de nom, et qui les jugent peut-être sur leur robe, *ces deux grands théologiens, qui sont aussi de profonds politiques, ont posé et professé, dans le sujet qui nous occupe, des principes vraiment libéraux.*»

(3) *Historia universal de la Iglesia.*

(4) Mais ses bévues suffiraient pour prouver que le texte est toujours resté fermé pour lui (Averröes). Un de ses ennemis les plus acharnés, Louis Vives, les a curieusement relevées..... Pour comprendre l'aversion que le peripatétisme averroïste inspirait aux beaux esprits de la Renaissance, il faut avoir connu par expérience ce style érissé de mots barbares, ces discussions subtiles, cette prolixité insoutenable, qui sont les caractères de l'école averroïste. «Autrefois, dit Louis Vivès, rien n'était plus charmant que la contemplation du jardin de cet univers, mais ceux-ci, au lieu d'arbres et de fleurs, y ont dressé des croix pour torturer l'esprit humain»..... Toutes les déclamations des humanistes les plus acharnés contre la phisolophie arabe pâlissent auprés de l'énergique dithyrambe de Louis Vivès. Cette apostrophe, la plus rude, sans contredit, qui Averröes ait essuyé, n'occupe pas moins de quatre pages in folio dans le traité *De causis corruptarum artium* (aquí el pasaje). — ERNEST RENAN, *Averröes et l'Averroïsme, essai historique.* Paris, 1861 (deuxième édition).

(5) *Descartes, ses precurseurs et ses disciples*, par E. Saisset. — *L'ame et le corps, études de philosophie morale et naturale*, par Albert Lemoine.

(6) *Tableau des progrès de la pensée humaine.*

(7) En honra de la verdad hay que decir que más justos han sido y són los extranjeros con nuestros filósofos

igual satisfaccion y no menor gratitud presenciamos el espectáculo de que un patricio de tan vivísimo talento, rica imaginacion y acrisolada originalidad como el señor don Ramon de Campoamor proclamase en el seno de la Academia Española que «el famoso entimema de Descártes *Pienso, luego soy*», está copiado de este silogismo de Gomez Pereira: *Lo que conoce es: yo conozco, luego soy* (1).

He llegado al término de mi propósito, que es trazar un bosquejo de la historia de la filosofía en España hasta nuestros dias, comparada con la de los extranjeros; filosofía en que nuestros antepasados dieron muestras de su poderoso saber y de la riqueza de sus pensamientos, encaminados á dar paz y bien á las almas.

Jamas pudieron imaginar que la soberbia de los hombres aspirase á que cada progreso de la razon humana fuese la negacion de un dogma divino: en los pasajes que he trasladado se ha visto cómo el pensamiento español progresaba y progresaba, adelantándose en mucho á los filósofos extranjeros, sin que en sus meditables sentencias se hallase nada contrario al cristianismo, sino ántes bien su propagacion más feliz y acertada.

El galardon que este trabajo merece, y que sentidamente y mucho deseo, es que sirva de estímulo para que algun eminente escritor, con juicio ménos engañable que el mio, y con más conocimiento de las obras de nuestros grandes filósofos, se anime á trazar una verdadera historia de ellos, empresa gloriosísima para nuestra patria.

No están dictadas por hipocresía ni por modestia estas palabras, sino por el desengaño y por el conocimiento propio. Escribo verdades, y entre las verdades ésta debiera ser la postrimera.

El amor patrio me ha obligado á vencer la persuasion de mi imposibilidad para trazar este bosquejo: sólo me alentó la memoria de lo que habia leido y el anhelo de que no se perdiesen con mi vida estas noticias.

Entregadas á los amantes de las ciencias españolas por medio de la imprenta, el ingenio, el criterio y la sabiduría de otros harán lo que no he podido dignamente hacer.

Sírvame esto de disculpa, si alguna cabe en tan atrevida empresa, donde la memoria, el sentimiento y el deseo han hablado, y hablado enérgicamente, y donde el criterio siempre se ha considerado muy débil para juzgar tan altas cosas y tan sublimes autores.

Cádiz, Abril de 1873.

ADOLFO DE CASTRO.

que con otros hombres eminentes de España. Ortigne, en su libro *La Musique à l'Eglise* (París, 1861), no menciona á español notable alguno; Menard, en el tratado *De la Sculture antique et moderne* (2.ª edicion, París, 1866), no cita á ningun escultor de nuestra patria; Celler, en *Les origines de l'opera* (París, 1868), tampoco menciona, al tratar de las córtes de Luis XIII y XIV, la influencia que el drama lírico español pudo tener en ellas.

(1) El autor de *El personalismo, apuntes para una filosofía*, de las *Polémicas* y de *Lo absoluto*, á más de algunos preciosísimos poemas, filosóficos tambien, decia en su discurso de recepcion en la Academia: «Y si el dón de invencion es dón de forma, como dice Quintana, no le bastó á Gomez Pereira la fortuna de ser el inventor del *Pienso, luego soy*; pues la posteridad ha declarado á Descártes poseedor de buena fe *de su evidentísimo plagio*; y si Gomez Pereira tuvo la fortuna de la invencion, no tuvo la fortuna de que se le hiciese justicia.

LUCIO ANNEO SÉNECA.

JUICIOS CRÍTICOS Y CITAS NOTABLES.

I. — DE M. FABIO QUINTILIANO.

(*Instituciones oratorias*, libro x, capítulo I.)

De intento he dejado para lo último á Séneca, varon versado en todo género de elocuencia, por la falsa opinion que de mí corre respecto á que yo le repruebo y áun aborrezco; y esto me sucede en el instante en que trabajo para restituir á su severidad antigua el corrompido estilo, estragado con todos los vicios. Ademas de que, casi sólo éste ha andado en manos de los jóvenes, y no era seguramente mi propósito quitársele, sino que no podia sufrir que lo prefiriesen á otros mejores, á quienes él no habia cesado de desacreditar; porque conociendo la diferencia de su estilo, desconfiaba de poder dar gusto á quienes ellos agradaban. Amábanle, pues, más de lo que le imitaban, y tanto se apartaban de él, cuanto él se habia alejado de los antiguos; porque de otra suerte, deberian desear hacerse iguales, ó á lo ménos acercarse á aquel varon. Pero agradaba solamente por los vicios, y cada uno se dedicaba á imitar los que podia, y despues, jactándose de decir como Séneca, le infamaban.

Por otra parte, sus virtudes fueron muchas y grandes, su ingenio claro y magnífico, su estudio muchísimo, y grande el conocimiento que tuvo de todas las cosas, en que, sin embargo, á veces fué engañado por algunos, á quienes él encargaba la averiguacion de ellas. Trató tambien casi toda la materia de estudios, pues andan en manos de todos sus oraciones, sus poemas, sus cartas y sus diálogos. En la filosofía es poco exacto, pero reprehende excelentemente los vicios.

Tiene muchas é ilustres sentencias, y muchas cosas que deben leerse para el arreglo de las costumbres; pero en la elocucion, por la mayor parte, es defectuoso, y su estilo es tanto mas perjudicial, cuanto abunda de vicios halagüeños; porque se desearia que él hubiera escrito por su ingenio, pero por el juicio de otro; pues si hubiera despreciado algunas cosas, si se hubiera contentado con ménos, si no se hubiera pagado tanto de sus obras, y si no hubiera disminuido la gravedad de las cosas con conceptillos, hubiera merecido más bien la aprobacion universal de los eruditos que el amor de los muchachos.

Pero con este conocimiento pueden tambien ya dedicarse á su lectura los que ya tienen seguridad y suficiente firmeza en el estilo grave, aunque no sea más que porque puede servir para ejercicio del discurso por una parte, y por otra, porque muchas cosas se hallan en él dignas de alabanza, como he dicho, y muchas tambien dignas de admiracion, con tal que se tenga cuidado en elegir; lo que ojalá hubiera él hecho. Pues aquel natural que llevó á debido efecto todo cuanto quiso, merecia que su voluntad se hubiera inclinado á mejores cosas.

II. — DE LUCIO JUNIO MODERATO COLUMELA.

(*De Agricultura*, libro III, capítulo III.)

Pero ahora el campo de Nomento es sumamente célebre en este punto; sobre todo, las haciendas que en él posee Séneca, varon de excelente ingenio y ciencia; pues es constante que cada yugada le ha dado ordinariamente ocho cúleos de vino.

III. — DE CAYO PLINIO SEGUNDO.

(*Historia natural*, libro XIV, capítulo IV.)

Y más nuevamente Anneo Séneca, príncipe de la erudicion y autoridad... Siendo hombre que de ninguna manera se admiraba de cosas pequeñas y vanas, de tal modo se enamoró de aquella posesion (en el campo Nomentano), que no se avergonzó de darle la palma de la mejor que habia visto jamas.

IV. — DE CAYO CORNELIO TÁCITO.

(*Anales*, libro XII.)

Pero Agripina, para no ser conocida sólo por indignas acciones, consigue que se alce el destierro á Anneo Séneca, y juntamente que se le conceda el cargo de pretor, cosa agradable al pueblo, por la excelencia de sus estudios, y tambien para que su hijo saliese de la niñez bajo los consejos de un tal maestro.

(*Anales*, libro XIII.)

Afranio Burro y Anneo Séneca habian sido puestos para regir la juventud del emperador Neron... Aunque por diferentes artes y ejercicios, ambos resplandecian en el pueblo igualmente: Burro le instruia en las cosas que tocaban al ministerio militar y á la severidad de las costumbres; Séneca, en los preceptos de la elocuencia y en una cortesía y humanidad honesta.

(*Anales*, libro XIII.)

Aunque esta oracion, compuesta por Séneca, llevase mucho adorno de palabras, conforme al ingenio apacible ó ameno que tuvo aquel varon, y acomodado al gusto de aquel siglo...

V. — DE DION CASIO.

(*Historia romana*, libro LIX.)

Lucio Anneo Séneca, varon superior en sabiduría á todos los romanos de su siglo y á muchos tambien de los más antiguos

---

VI. — DE SAN AGUSTIN.

(*La Ciudad de Dios*, libro VI, capítulos X y XI.)

Pero la libertad que á éste (Varron) le faltó para reprehender al descubierto, como la otra, esta teología urbana, tan parecida á la teátrica, no faltó, aunque no del todo, en alguna parte á Anneo Séneca, que por algunos indicios hallamos que floreció en tiempo de nuestros apóstoles, porque la tuvo en la pluma y faltóle en la vida; y así, en el libro que escribió contra las supersticiones, mucho más copiosamente y con más vehemencia reprehende él esta teología civil y urbana que Varron la teátrica y fabulosa; porque tratando de los simulacros, «dedican, dice, á los dioses sagrados, inmortales é inviolables, en materia vilísima é inmoble, vistiéndolos de formas de hombres, fieras y peces, y algunos los hacen de entrambos sexos y de diferentes cuerpos, llamándolos dioses; los cuales, si tomáran espíritu y vida, y de repente los encontráran, los tomáran por monstruos.» Despues, más abajo, habiendo referido los pareceres de algunos filósofos, celebrando la teología natural, opúsose á sí una duda, y dice: «Aquí exclamará alguno: ¿He de creer yo que el cielo y la tierra son dioses, y que hay unos sobre la luna, y debajo otros? ¿He de sufrir yo á Platon ó al peripatético Estraton, que el uno hizo á Dios sin cuerpo, y el otro sin alma?» Y respondiendo á esto, pues que dice: «¿Parécense más verdaderos los sueños de Tito Tacio ó los de Rómulo ó los de Tulio Hostilio? Tito Tacio dedicó á la diosa Cluacina, Rómulo á Pico Filetino, Hostilio al Pavor

y á la Amarillez, afectos pestilenciales del hombre; que el uno es movimiento ó alteracion del ánimo espantado, y el otro del cuerpo; y áun no es enfermedad, sino color, y ¿has de creer más que éstos son los dioses, y los pondrás y venerarás en el cielo?»

Pues de los mismos ritos atroces y torpes, cuán libremente escribió! «El uno, dice, se corta las partes que tiene de hombre, y el otro los morcillos de los brazos: como ó cuando temen que los dioses están airados, así quieren tenerlos propicios. Parece que de ninguna manera se deben reverenciar los dioses, si es que tambien quieren esto. Tan grande es el furor y desvarío del juicio perturbado, que aplacan á los dioses de suerte, que ni áun los hombres bárbaros, traidos como argumentos de fábulas y tragedias atroces, se muestran más inhumanos y crueles que ellos.

»Los tiranos, aunque hicieron pedazos los miembros de algunos, á nadie mandaron que se los despedazase él á sí propio. Á algunos han castrado por órden de algunos príncipes; pero nadie puso en sí las manos, por mandado de algun señor, para no ser hombre... Vine al Capitolio. Vergüenza causará el describir la locura que el vano furor y desatino han tomado por oficio! Uno hace como que rinde y sujeta los dioses á Dios, otro se ocupa en avisar á Júpiter las horas, otro se muestra que es lictor... Hay algunas mujeres que fingen que á Juno y á Minerva están aderezando los cabellos, y estando, no sólo léjos del simulacro, sino del templo, mueven sus dedos como quien está componiendo y tocando á otro. Hay otras que tienen el espejo, otras que llaman á los dioses para que las favorezcan en sus pleitos. Hay quien les ofrece memoriales y les informa de su causa. Un excelente archimimo, ó autor de representantes viejos, ya decrépito, cada dia iba á representar al Capitolio, como si los dioses vieran, de buena gana al que los hombres ya habian dejado... Hay algunas mujeres, que están sentadas en el Capitolio, que se imaginan que Júpiter está enamorado de ellas, sin tener cuidado ni miedo de Juno, con ser, si quisiereis creer á los poetas, una diosa colérica é iracundísima.»

Esta libertad no tuvo Varron: sólo se atrevió á reprehender la teología poética, y no se atrevió á la civil, que Séneca puso en el lodo. Con todo, si atendemos á la verdad, peores son los templos, donde se hacen estas cosas, que los teatros, en donde se fingen. Y así, en estos sacramentos de la teología civil, aconseja Séneca al sabio que no los tenga religiosamente en el corazon, sino que los finja en las obras, porque dice: «Todo lo cual guardará el sabio como cosas por ley establecidas; pero no como agradables á los dioses.» Y más adelante: «Pues qué? dice, ¿no hacemos tambien casamientos de los dioses, y áun esto no pía y legítimamente, pues casamos á hermanos con hermanas? A Belona casamos con Marte, á Vénus con Vulcano, á Salacia con Neptuno, si bien á algunos dejamos solteros, como si les hubiera faltado con quién, principalmente habiendo algunas viudas... Toda esa turba plebeya de dioses, la cual en mucho tiempo amontonó una larga superstición, adoremos de manera, que nos persuadamos que su culto y veneracion pertenece más al uso...» Pero Séneca, á quien los filósofos, sus maestros, hicieron casi libre, como era ilustre senador del pueblo romano, reverenciaba lo que reprehendia, hacia lo que condenaba, lo que culpaba adoraba; porque, en efecto, la filosofía le habia enseñado una cosa grande, para que no fuese supersticioso en el mundo; pero él, por respeto á las leyes ántes, y por el uso y costumbre de las gentes, aunque no hiciese lo que el cómico, que finge en el teatro, imitábale en el templo, que es tanto más inconveniente y reprehensible, porque lo que hacia fingidamente, lo hacia de manera, que el pueblo pensaba que lo hacia de véras; y el cómico, de burlas y fingiendo, ántes deleita que engaña. Séneca, entre otras supersticiones de la civil teología, tambien reprehende los sacramentos de los judíos, y principalmente los sábados, diciendo que los hacen inútilmente, porque en los dias que interponen cada siete, estando ociosos, pierden casi la séptima parte de la vida, y se pierden muchas cosas, dejándolas de hacer al tiempo que debieran. Pero no se atrevió á hacer mencion de los cristianos, que ya entónces eran aborrecidísimos de los judíos, ni en bien ni en mal, ó por no alabarlos contra la antigua costumbre de su patria, ó por no reprehenderlos quizá contra su propia voluntad. Pero hablando de aquellos judíos, dice: «Y con todo eso, ha cundido tanto la costumbre y manera de vivir de esta maldita gente, que está ya recibida por todas las provincias de la tierra; y siendo ellos los vencidos, han dado leyes á los vencedores.»

VII. — DE SAN JERÓNIMO.

(*Libro de los claros varones.*)

Anneo Lucio Séneca, de Córdoba... fué hombre de gran continencia en el vivir, al cual yo no pusiera en el catálogo de los santos, si á ello no me movieran aquellas epístolas, que de muchos son leidas, de Paulo á Séneca, y de Séneca á Paulo (1).

VIII. — DE TERTULIANO.

(*Apología contra los gentiles*, capítulo XII.)

Somos en fuego vivo abrasados, y tambien nuestros dioses padecen en los hornos llamas desde la masa primera. Somos tambien condenados á las minas, y nuestros dioses de los metales tienen sus principios. Somos desterrados á las islas, y nuestros dioses en las islas nacen, en las islas mueren. Luego si por estos malos tratamientos se alcanza la deidad, serán consagraciones las injurias, y los tormentos divinidades. Más llanamente: que vuestros dioses no sienten las injurias de su afrentosa consagracion, así no estiman el servicio de vuestro vanísimo culto. Ya oigo que decís: «Oh voces impías! oh sacrílegas afrentas! Pero batid los dientes, arrojad espumas de coraje; que los mismos sois que aquellos que oyeron orar á Séneca, condenando esta supersticion; y si no la reprendieron entónces vuestros mayores, no hay para qué mirarme á mí con ira.»

IX. — DE FRANCISCO PETRARCA.

(*Epístola contra Galo.*)

Y con Tulio á Séneca pongo, del cual, Plutarco, gran varon y griego, juzgaba que no hubo en Grecia con quién pudiera compararlo en los asuntos de filosofía moral.

X. — DE DON ALONSO DE CARTAGENA, OBISPO DE BÚRGOS.

(En su traslacion del libro de la *Providencia de Dios*, por órden del rey don Juan II de Castilla y Leon.)

Cuán dulce es la ciencia, oh muy católico príncipe! Áun aquel lo siente que nunca aprendió. Que deleita el ver, deleita el oir, deleita á las veces los otros sentidos. Mas la otra delectacion de la ciencia, á todos sobrepuja los otros placeres... Muchas cosas hacemos contra nuestra voluntad; mas nunca nos delectamos por fuerza, y prueba cierta de bueno, es deleitarse en lo bueno; la cual reluce muy bien en vuestra virtuosa persona; que si no se delectase en las nobles doctrinas de ciencia, especialmente con aquellas que guian y fuerzan las buenas costumbres, entre tantos trabajos, y tantas y tales ocupaciones de guerra, notorias á toda Europa, y áun á gran parte de África, no se ocuparia en leer doctrinas de los antiguos. Mas el vuestro escogido ingenio y loable voluntad, vos hacen que cuanto espacio vos dan los grandes hechos que entre las manos traeis, recorrais á lectura de libros, como á un placentero y fructuoso vergel. Y aunque muchos leeis, pláceos escoger á las veces Séneca, y no sin razon; porque, como quier que muchos son los que bien hubieron hablado, pero tan cordiales amonestamientos, ni palabras que tanto hieran en el corazon, ni así traigan en menosprecio las cosas mundanas, no las vi en otro de los oradores gentiles. Y aunque á Cícero todos los latinos reconozcan el principado de la elocuencia; pero más, segun el mundo, habló en muchos lugares, y no guarneció sus libros de tan expresas doctrinas, mas siguió su larga manera de escribir y solemne, como aquel que con razon llevó el principado. Mas Séneca, tan menudas y juntas puso las reglas de la virtud, con estilo elocuente, como si bordára una ropa de argentería, bien obrada de ciencia, en el muy lindo paño de la elocuencia. Por ende, no lo debemos llamar del todo orador, porque mucho es mezclado con la moral filosofía.

(1) Hoy están consideradas como apócrifas.

(En el prólogo y la introduccion del libro de Séneca, de la *Vida bienaventurada*.)

É aunque en muchos de sus libros Séneca loe la virtud y nos atraiga á menospreciar la fortuna, pero principalmente lo hace en este libro, que llama de la *Vida bienaventurada*, donde quiere tratar cuál es nuestro bien soberano. Por ende, entre otros tratados que en nuestra lengua castellana mandasteis trasladar con muy grande razon, éste es uno. Debémosle ver, oir y leer continuamente, para el fin y propósito que la introduccion que se sigue dirá... Aristóteles, y algunos otros de grande autoridad, le pusieron nombre *felicidad*, que decimos *bienaventuranza*, porque aquella es la que juntamente contiene todos los bienes. Séneca y otros muchos tomaron mezcladamente estos vocablos, que algunas veces le llaman bien soberano, y otras nuestra bienaventuranza. No se entiende qué es dón de la fortuna, qué llamamos ventura, porque ésta no seria bastante para dar tan cumplido bien. Mas pusímosle este nombre, porque no puede nuestra lengua declararlo por otra palabra mejor, y porque no entendiésemos que en los bienes de esta vida se puede este bien tan grande hallar. Quiérenos guardar Séneca, y amonestar que no muramos en este error, por muchas y diversas razones, pulidas y hermosas palabras, demostrando que en la virtud le hallarémos, si bien lo buscamos. É la intencion principal de este libro es probar que esta bienaventuranza y soberano bien, que los hombres desean, está puesta en la virtud. É aunque en esto, como se debe entender, quien profundamente lo especulase habia mucho que decir, mas para nos desviar de los perversos deleites, y saber que no está nuestro bien verdadero en prosperidad alguna que la fortuna pueda dar, oigamos qué dice; que sin sospecha alguna y seguros, cuanto á este fin, le podemos oir.

XI. — DE DON FERNANDO COLON.

(*Historia, en la cual se halla particular y verdadera relacion de la vida y hechos del almirante don Cristóbal Colon, su padre*, capítulo VI. Version de Alfonso de Ulloa, Venecia, 1575.)

Y Séneca, en el primer libro de las *Cuestiones naturales*, juzgando nada lo que en este mundo puede saberse de lo que en la otra vida se adquiere, dice que en las postreras partes de España, hácia los indianos, en pocos dias de algun viento favorable, un bajel podria pasar. Y así podremos decir que á este propósito dijo en el coro de su tragedia *Medea*.

Venient annis sæcula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet et ingens pateat tellus
Thetisque novos detegat orbes
Nec sit terris ultima Thule.

XII. — DE MIGUEL DE MONTAIGNE.

(*Ensayos*, libro II, capítulo X, Burdeos, 1580.)

En estos autores (Plutarco y Séneca) se hallan opiniones útiles, y verdaderas las más. Su fortuna los hizo nacer casi en el mismo siglo, preceptores ambos de dos emperadores romanos, ambos venidos de pueblos extranjeros, ambos ricos y poderosos. Sus conocimientos son de la más pura filosofía, y expresados de un modo sencillo y oportuno. Plutarco es más uniforme y más constante; Séneca, más divagador y vário: el uno aspira á armar la virtud contra la fragilidad, el temor y los viciosos apetitos; el otro parece no dar tanta importancia á sus propósitos, y no se apresura á ponerse bajo su proteccion. Plutarco sigue las opiniones platónicas, dulces y acomodadas á la sociedad civil; el otro, á los estoicos y epicúreos, más apartados del uso comun, si bien, á mi ver, más comodas en particular y más seguras. Séneca parece doblegarse un poco á la tiranía de los emperadores de su siglo, porque tengo por cierto que es forzado su juicio al condenar la causa de los generosos matadores de César. Plutarco es en todo libre. Séneca está lleno de agudezas de ingenio y de sutiles sentencias. Plutarco, de pensamientos sólidos. Aquel os estimula más y os sorprende; éste os contenta y satisface mejor: el uno nos guia; el otro nos aconseja.

(Libro III, capítulo XII, Paris, 1588.)

La manera de escribir de Plutarco es más descuidada y fácil; al propio tiempo, en mi sentir, es más varonil y persuasiva. Yo creo que su espíritu tenía movimientos más seguros y regulares. El uno (Séneca), más agudo, nos estimula y hiere de sorpresa; el otro, más sólido, nos instruye, nos asegura y constantemente consuela. El uno arrebata nuestra razon; el otro la gana.

XIII. — DE TRAJANO BOCCALINI.

(*Avisos del Parnaso*, aviso LXXXIV.)

Cosa es verdaderamente digna de mucha consideracion, ver los escritos del sapientísimo Anneo Séneca, llenos de preceptos tan santos, de documentos para la vida tan excelentes, que parecen obligan á que juzguemos y estimemos á su autor por hombre de purísimas costumbres y de inculpable vida.

XIV. — DE DON ESTÉBAN DE AGUILAR Y ZÚÑIGA.

(*Corona de predicadores, ó Predicacion de san Estéban*, Madrid, 1636.)

«De manera que ó se debe proponer el sentimiento de Platon y de Aristóteles, para creerle como de fe sin dar razon de su sentencia, ó si se da, y examinada no convence, debe seguirse el parecer que más conforme esté con la razon. De estas dos cosas, la primera tiene Séneca por indigna de filósofos y propia de farsantes, que refieren de mentira lo que pensó el poeta. Llámalos á éstos, *letrados de cartapacio*, cuyas letras no pueden adelantarse á lo que la pluma trasladó.» (Epístola XXXIII.) *Cosa de gran vergüenza es al viejo ya cerca de la muerte, no saber otra cosa sino lo que él aprende de los otros, diciendo así: «Esta palabra dijo Cenon;» y el otro dice: «Esta otra Cleante.» Pues ¿hasta cuándo serás tú debajo de los otros? Di, di alguna cosa de lo tuyo, que otros retengan.*

Es largo su discurso: ruego encarecidamente á mis lectores que lo sean un rato de Séneca en esta epístola, que yo fio que no se arrepientan. Acaba así: *Ademas de esto, aquellos que de esta manera son, siguen á los otros en algunas cosas, en las cuales aquellos á quienes ellos siguen no siguieron á otros, ántes discordaron en muchas cosas, y áun los siguen en tales que se buscan y no se hallarán.* Preguntan la verdad, como Pilatos, y no quieren saberla, porque ¿cómo la han de hallar, si no la buscan? *Pues dícesme tú qué será esto? ¿No iré yo por el rastro de aquellos que fueron ántes de nosotros? Digo que sí. Yo quiero que el hombre vaya por el camino antiguo, pero el que lo puede hallar mejor ó más llano, ése, y no otro, debe seguir.* Éste era buen filósofo y buscaba de véras la verdad. *Los que ántes de nosotros hablaron, son nuestros guias, no nuestros señores. La verdad es abierta para todos, áun no está toda ocupada, mucho ha quedado de ella para los que están por venir.* No presume Séneca, con ser gentil y no instruido en la humildad evangélica, que agotase su ingenio la verdad, ántes confiesa que les quedó mucho por descubrir á los venideros; y piensan algunos que los santos y doctores escolásticos habian de tener esa presuncion. Engaño grande, con que, pensando honrarles, les agravian.

XV. — DEL DOCTOR DON PEDRO PERALTA.

(*Historia de España vindicada*, Lima, 1730.)

Por este tiempo habia llegado Lucio Anneo Séneca á la cumbre del mayor honor y la mayor fortuna que hombre extranjero alguno habia poseido. Fué este grande varon gloria insigne de España. Pasó á Roma con su padre: prueba fué que dió España á esta córte de todo lo que pudiera excederla, si tuviera todo lo que imperaba. Más fué todo lo que mandó la virtud de Séneca á Roma, que todo lo que el poder de Roma mandó á España... Instruyó á Neron en todo cuanto pudiera hacerlo el mejor de los emperadores; y así, fué peor por serlo á vista de la luz de Séneca,

que por su atrocidad... Hállase designada su vida en la historia de Dion Casio, donde se describe llena de vicios y delitos, y donde se dice que no procedia como profesaba; que sus riquezas eran efecto de su codicia, y que áun el levantamiento que hizo Bunduica en la Britania, fué por las graves usuras que Séneca cobraba de sus créditos. Pero esta obra no es tan genuina de Dion, que merezca en esta parte asenso alguno, por haberla ordenado Xifilino, que quiso derramar contra aquella luz esas tinieblas; lo cual se comprueba con la grande diferencia con que habla de este filósofo el mismo Dion antecedentemente, donde dice que excedia á todos los romanos de su tiempo, y á otros muchos precedentes, en sabiduria verdadera; juicio que se confirma con el silencio en que un genio tan libre como el de Tácito pasa en Séneca semejante número de vicios, no siendo verosímil que quien no perdonaba emperadores, y eligió escribir historia de los más perversos, por el agrado con que se oye la censura, perdonase á un particular y faltase á su carácter. Y aunque refiere lo que contra él decia Publio Svilio, hombre maldiciente, es ponderando su furor. ¿Cómo es posible imaginar que aquel grande varon, discurriendo tanta virtud, obrase tanta iniquidad, que escribiese él mismo sus acusaciones y que sentenciase su condenacion? Ya se ha visto componible el decir con el no hacer; pero no el atraer y el repeler. Y en fin, decir tanto acierto y obrar tanto error es mucho deseo de mostrar el camino y despeñarse él propio. Si él mismo reprueba una agudeza ociosa y una ciencia inútil, que á ninguno hace más fuerte, más templado ni más justo, cómo habia de hacer en sí mismo, no sólo ociosa é inutil, sino avergonzada, su filosofía? Si él mismo nota que se hubiese hecho en otros la doctrina un arte de cultivar el ingenio, y no el ánimo, y la ciencia de amar la virtud, ciencia de hablar, ¿cómo queria tan cara á cara de sí mismo condenarse? Él mismo dice, hablando de sí con su amigo Lucilio (*Quæst. natural.*, Lib. IV, *in prologo*) *que habia expuesto su cuello por la fidelidad á sus amigos; que habia tenido el ánimo invicto á las dádivas, y que en la competencia en que se habia puesto la avaricia, jamas habia entregado la mano al interes.* Pues cómo podia decir esto quien fuese tan vicioso y avaro como pondera Xifilino? Poseyó riquezas, es verdad; pero fueron merced, no anhelo. Obtuvo dignidades, es cierto; pero las mereció, no las compró. En fin, ¿cómo habia de haber quedado como plausible ejemplo, si hubiese sido condenable escándalo? Cómo lo habian de celebrar tantos famosos y defenderlo tantos doctos? Lo que solamente le condena san Agustin, es lo que toca á la religion, no á las costumbres; porque en aquella obraba contra lo que escribia; pues habiendo con tan libre invectiva discurrido, hasta pasar á la irrision, no sólo contra la teología fabulosa de los gentiles, sino contra la civil de los ritos que usaban; no sólo contra los teatros, sino contra los templos, debia no haber asistido á éstos, detestando aún el culto aparente de lo que detestaba en la verdad, pues juzgando el pueblo que creia, dañaba más, serio en la ceremonia, que si actuase fabuloso en la representacion. Pero esto arguye más su virtud en lo moral; pues si hubiera tenido otros vicios, no los hubiera disimulado el santo.

Desacredita modernamente sus obras el padre Mallebranche (*De inquirenda veritate*, libro II, capítulo IV), como producciones de una grande fuerza de imaginativa, y no de una verdadera luz de entendimiento. Quiere que la hermosura y el órden de sus cláusulas le hagan todo el costo de la sublimidad, no hallando en ella más que una viveza enmascarada de razon, y una superficie revestida de profundidad; que es falso su sabio é imaginaria su filosofía. Pero sin disputar aquí sobre su estilo, habiendo procurado mi cortedad, por registrar sus proposiciones, entrarse en sus discursos, me ha parecido, ó que no hay razon en los humanos, ó no es imaginativa la que condujo á Séneca. Nadie más que él condena á los sentidos, nadie enseña mejor á desterrar las apariencias, ninguno desprecia más las vanidades, ninguno mejor conoce los errores. La independencia de la suerte, la constancia inalterable del ánimo, que atribuye el referido Mallebranche en sus principios á soberbia, á vista de la debilidad que confiesa en sí mismo san Pablo, debe entenderse, no como superioridad de poder sobre su Júpiter, sino como libertad de los acasos y como firmeza en la paciencia. ¿Quién duda que al mismo tiempo que el Apóstol se reconocia el más débil, se mostraba el más constante de los hombres? Por otra parte, el mismo Séneca está lleno de conocimientos de la debilidad humana y de la proximidad de los términos de donde se sale y adonde se llega. La diferencia, en cuanto á esto, de estoicos á cristianos, está en la gracia, esto es, en conocer que por sí no suben los mortales adonde no les da la mano el cielo. Falta era de luz, pero no es dejar de tener ojos el estar oscuro. Aquel andar á tiento era aspirar hácia el camino, á que si no podian llegar del todo, se acercaban. Los preceptos de la moral no son para por sí lograr perfectos, sino instruidos. Son hipérboles de virtud, para que queden en honestidad. Si por esta falta de luz cristiana es falso Séneca, serán falsas las leyes que los romanos pronunciaron, y condenables grandes accio-

nes que moralmente ejecutaron. La doctrina de no ser capaz de ofensa el sabio no pretende fundarla Séneca en jactancia del ánimo, sino en superioridad de la razon; pues no pudiendo ser ofendido de otro sabio, era preciso que lo fuese del necio, y siendo éste semejante al loco, juzgó no ser capaz de hacer ofensa.

El presumir en su escuela posible la tranquilidad en los dolores y la exencion de las pasiones, pudiera ser error, si esta serenidad se juzgase practicable en todo su rigor. No quiso Séneca, ni quisieron sus estoicos, negar que el sabio esté expuesto á su ataque, sino á su victoria; que pueda padecer los primeros insultos, sino que haya de rendirse á ellos. Así lo sintió san Agustin, con el ejemplo que trae Aulo Gelio del filósofo que temió pálido en la zozobra amenazada de su nave. Y cuando se entendiese su doctrina en todo su rigor, no porque errase en el principio por donde debia moverse, y en el fin adonde debia dirigirse (esto es, en lo teológico cristiano), erró en todo lo demas moral; y áun cuando en algo de esto errase, no todo el que yerra se guia por imaginativa; pues, como el mismo Séneca advirtió, la exploracion de la verdad está muy alta, y seriamos muy felices si para subir hasta su cumbre nos llevase ella de la mano, y no fuese muchas veces la misma razon la que nos pierde.

No intenta decir Séneca que el sabio, de que pone por ejemplo á su Caton, no puede ser materialmente herido ni ofendido, como dice Mallebranche, sino que no podia serlo en el ánimo, ni eso mismo en cuanto á las primeras turbaciones; y esta virtud es el diamante de que lo reviste; doctrina que no siendo sólo de Séneca, sino de todos los estoicos, á tener la inteligencia que le da este autor, la hubiera condenado el mismo san Agustin, que ántes le aprueba, citando el verso famoso en que Virgilio junta en Enéas la constancia de la mente con la ternura de las lágrimas.

XVI. — DE MONSIEUR GIBERT.

(*Juicio de los sabios.*)

Tiempo ná que está fuera de toda duda la distincion entre Séneca el retórico y Séneca el filósofo, su hijo. Al padre debemos las *Declamaciones*, que llevan el nombre de Séneca, como se ha demostrado con razones que se hallan en las obras de Lipsio, y es inútil trasladar aquí. Basta notar de paso que la principal de estas razones se saca de la diferencia de estilo, porque el del padre es más alegre y ameno, y el del hijo más severo y grave.

XVII. — DE DON FRAY BENITO JERÓNIMO FEIJOO.

(*Teatro crítico universal*, tomo IV.)

De la filosofía moral profana, si se aparta á un lado á Aristóteles, cuanto hay estimable en el mundo está en los escritos del gran estoico cordobes Lucio Anneo Séneca. Plutarco, con ser griego, no dudó de anteponerle al mismo Aristóteles, diciendo que no produjo la Grecia hombre igual á él en materias morales. Lipsio decia que cuando leia á Séneca se imaginaba colocado en una cumbre superior á todas las cosas mortales. Y en otra parte, que le parecia que despues de las sagradas letras, no habia cosa escrita en lengua alguna mejor ni más útil que las obras de Séneca. El Padre Causino afirmaba que no hubo ingenio igual al suyo. Podria llenarse un gran libro de los elogios que dan á este filósofo varios autores insignes.

XVIII. — DE D. DIDEROT.

(*Ensayo sobre la vida de Séneca el filósofo, sobre sus escritos y sobre los reinados de Claudió y de Neron*, Paris, 1779.)

No ha podido la antigüedad legarnos un curso de moral tan grande como el suyo. Si bien algunos de sus preceptos repugnan á la naturaleza, y cuya rigorosa práctica poco puede ayudar á la flaqueza de nuestra condicion, hay un sinnúmero. con los cuales importa estar familiarizados, que

se deben guardar en la memoria, grabar en el corazon, como reglas inflexibles de conducta, so pena de faltar á los más sagrados deberes y de caer en la desgracia, término infalible de la ignorancia y maldad. Sea este filósofo leido asiduamente; expliquémosle á nuestros hijos; pero no les consintamos su lectura sino en la edad mayor, en que un trato frecuente con los grandes autores, así antiguos como modernos, nos han asegurado el gusto. Conciso es su estilo, vivo y enérgico.

Sus imitadores jamas pudieron llegar á la originalidad de sus bellezas, y sería de sentir que la juventud, halagada por los defectos seductores de este modelo, llegase á ser sólo insípida y ridícula copista.

.....De muchos grandes y hermosos pensamientos, de ingeniosas y elegantes ideas, se despojarian algunos de nuestros más célebres escritores, si hubiesen de restituir á Plutarco, á Séneca y á Montagne aquello que les han tomado sin citarlos.

No nombraré más que uno sólo, que es monsieur Rousseau. Fácil sería probar que debe á Séneca, á Plutarco, á Montagne, á Locke y á Sidney, la mayor parte de las ideas filosóficas y de los principios de moral y de política que más se han alabado en sus escritos. Al mismo Séneca debe sus sofismas y sus más extrañas paradojas..... Miéntras las lenguas latina y francesa existan, Séneca y Montagne serán leidos, estudiados y admirados por los buenos ingenios, y toda la elocuencia de monsieur Rousseau, que apropiándose frecuentemente sus pensamientos, se ha asociado, por decirlo así, á su gloria, y ha lucido con un esplendor ajeno, jamas los hará caer en el olvido.

XIX.—DEL ABATE DON JAVIER LAMPILLAS.

(*Ensayo histórico-apologético de la literatura española*, traduccion de doña Josefa Amar y Borbon, tomo II.)

Con más felicidad áun habló de las cuestiones naturales Lucio Séneca. Quizá no hubo filósofo alguno entre los antiguos que excediera al nuestro en la erudicion, amenidad, perspicacia y verosimilitud con que habla de los meteoros celestes, de los elementos, del orígen de los rios, del modo con que se forman la lluvia y la nieve y el granizo, de la causa de los terremotos, y sobre todo, de la naturaleza de los cometas, segun reconoce Tiraboschi; dejando aparte por ahora sus admirables reflexiones morales, sacadas tan oportunamente de las mismas cuestiones naturales, como por ejemplo, cuando despues de haber tratado de la formacion de la nieve, reprende el lujo de los romanos en el uso cuotidiano de los sorbetes... Procuró con el mayor empeño estimular á la díscola juventud romana, y separarla de los vanos y peligrosos entretenimientos en que vivia sumergida... Habiendo sido Séneca tan benemérito de las letras romanas por su reputacion en el estudio de la física, mucho más debió serlo por su superioridad sobre todos los griegos y romanos en la filosofía moral. Esta sola le basta para inmortalizar su nombre y formar de él una gloriosa época en los fastos literarios de Roma..... Es deudora la antigua Roma á España de la gloria que resulta de un estudio tan noble y necesario, y de contar entre sus literatos á quien mereció el nombre de verdadero filósofo.

XX.—DE DON JUAN ANDRES.

(*Origen, progreso y estado actual de toda la literatura*, tomo I, capítulo V.)

Séneca y Plinio pueden llamarse los únicos que entre los escritores romanos deben ponerse en los fastos de la filosofía. Es cierto que Séneca era secuaz de la doctrina estoica; pero la sublimidad de las sentencias, la novedad de los pensamientos y el órden de las materias son frutos del ingenio del filósofo cordobes: las sutilezas inútiles y cuestiones vanas, que se encuentran entre la gravedad y solidez de sus tratados morales, proceden de la secta griega que él profesaba. Sus *Cuestiones naturales* son el único monumento que nos manifiesta no haber sido la física un campo desconocido de los romanos.

XXI.—DE J. B. LEVEÉ.

(Teatro completo de los latinos.—SÉNECA, tomo XII, París, 1822.)

La lectura de las obras de Séneca y de las tragedias que se le atribuyen, prueba á toda persona de buena fe cuán laborioso era este sabio, y que lo más notable que hay en él es la extremada fecundidad de su talento, la pureza de su moral y la superabundante riqueza de sus expresiones y pensamientos. Escribió de los más difíciles asuntos de la filosofía, combatió fuertemente las pasiones y el error, pintó los desórdenes y males de la cólera, se mostró apologista de la virtud, y para dulcificar la ferocidad de Neron, compuso su tratado *De la clemencia;* enseñó en lo que el bien ó la tranquilidad de la vida estriba, y para indicarnos su útil empleo, nos habló de su corta duracion, y dió á sus parientes y á sus amigos en la adversidad los más gratos consuelos.

. . . .

Debo hacer aquí una observacion, que mis lectores calificarán de justa ó de inexacta. No se entregan generalmente los grandes al estudio de las letras, las ciencias y las artes para hacer sus goces más agradables, ó para llegar á mayor consideracion y estima. Pero el incentivo de los placeres, el esplendor de las grandezas, las ilusiones del poder, las inquietudes y los cuidados para su conservacion, apénas dejan vagar para dedicarse á estudios continuos y áridos. Trátase de un hombre superior á nuestra naturaleza, que lucha hasta en sus postrimerías contra el vicio prepotente, contra el crímen sostenido, fortificado, envalentonado por la perfidia, por la más servil adulacion, por las pasiones más desenfrenadas, por todo lo que la tiranía tiene de más imponente, de más horrible y monstruoso. Tal fué Séneca; y en esto debe verse el influjo de su gusto, de sus estudios, de su valor y de su posicion, en el carácter de su estilo, de sus escritos filosóficos y de las tragedias que se afirma que son suyas.

.....Séneca se hallaba en una esfera de no interrumpida actividad. Esta actividad no dejaba á su talento, á su juicio, á sus pasiones, á todas sus facultades intelectuales, instante alguno de reposo. Sus pensamientos se sucedian con una maravillosa celeridad; sentia él la necesidad, la impaciencia de expresarlos, sin tener tiempo de profundizarlos, elaborarlos y de escogerlos; se abandonaba al entusiasmo que le inspiraban, sin percebir el desórden de sus ideas, sin conocer los yerros. De aquí este lenguaje excesivo, estas figuras sin número, estos epítetos amontonados, estas imágenes presentadas en mil diferentes formas, este estilo en que prodiga las riquezas y los adornos, esta hinchazon en las expresiones, estas comparaciones atrevidas, estas frecuentísimas antítesis; estos defectos, en fin, muy exagerados por hombres que no han estudiado realmente á Séneca, ó que lo han juzgado con más severidad que Quintiliano. Sí, Séneca es un modelo que los hombres ya formados pueden seguir sin peligro, pero que los jóvenes no pueden imitar sin precaucion y guia.

XXII.—DE MONSIEUR BABINET.

(Estudios y lecturas sobre las ciencias de observacion y sus aplicaciones prácticas, tomo I, París, 1855.)

Solo y más que solo el filósofo Séneca opone su potente lógica á las supersticiosas ideas de sus contemporáneos y de los que habian vivido en los precedentes siglos. Los cometas, en su opinion, se mueven regladamente en rutas señaladas por la naturaleza. Así, pues, lanzando una mirada profética sobre otros dias, asegura que la posteridad se admirará de que su edad haya desconocido verdades tan palpables. Séneca tenía razon contra todo el género humano, lo que equivale á decir que no la tenía, y durante diez y seis siglos la cuestion no adelantó cosa alguna.

.....Para hacer que desapareciese el prodigio, faltaba conocer las leyes del movimiento de los cometas; esto es lo que Newton logró con motivo del gran cometa de 1680. Habiendo observado que despues de la ley de atraccion que habia descubierto, la marcha debia ser una curva muy prolongada, intenta, con el auxilio de Halley, su colaborador y amigo, representar matemáticamente el curso del nuevo astro, y acierta por completo en su propósito. Halley se dedica activamente á esta parte de la astronomía, y reconociendo despues que el cometa de 1682 era exactamente igual, en su carrera al rededor del sol, á los dos cometas observados en 1531 y 1607, deduce que se trataba del mismo, el cual deberia reaparecer en 1750. Por los trabajos teóricos de Newton y por los cálculos de Halley, la prediccion de Séneca se ha cumplido: los cometas, ó al

ménos algunos de ellos, siguen sus órbitas regulares. La vuelta puede ser prevista; dejan de ser tenidos por existencias accidentales, y sí por verdaderos cuerpos celestes, con curso fijo y regular. La admiracion hácia ellos ha cesado, y se tributa al talento que habia comprendido el misterio de la naturaleza; porque despues de la Potencia creadora y organizadora del mundo, el primer lugar pertenece á la inteligencia que ha penetrado el pensamiento del Creador.

XXIII.—DE MONSIEUR PABLO JANET.

(*Historia moral y política en la antigüedad y en los modernos tiempos*, tomo I, París, 1858.)

Puede, en verdad, dudarse si el estoicismo primitivo ha combatido la esclavitud. Un solo texto de Cenon no basta para afirmarlo con seguridad. Pero en los estoicos romanos no cabe la duda. Citaré dos lugares importantes: uno de Séneca y otro de Epícteto. Todos conocen aquel hermoso y célebre dicho de Séneca: «Son esclavos? Di que son hombres. Son esclavos? Lo son como tú. Aquel que llamas esclavo ha nacido de la misma simiente que tú, goza del mismo cielo, respira el aire mismo, cual tú vive y muere (1).» Epícteto es aún más enérgico. Se sirve del principio mismo de Aristóteles para volverlo contra la esclavitud. No hay más esclavo natural que el que no participa de la razon; la esclavitud es para los animales, pero no para los hombres. El asno es un esclavo destinado por la naturaleza á conducir muchos fardos, porque no tiene razon ni el uso de su voluntad; que si la tuviera, el asno legítimamente se resistiria á nuestro dominio, y sería un sér igual y semejante á nosotros. Epícteto se apoyaba en el principio de que no debemos querer para los otros hombres lo que no queremos para nosotros mismos. Nadie quiere ser esclavo; por qué servirse de otros como esclavos tambien? Tal es el modo de pensar de Epícteto y de Séneca acerca de la esclavitud. Pero por una circunstancia, que prueba áun mejor que todas estas máximas la igualdad natural de los hombres, los dos más hermosos talentos del estoicismo en Roma se encontraron en los dos extremos de las condiciones sociales. Epícteto y Marco Aurelio, el uno esclavo, emperador el otro, animados de una fe comun, eran, á no dudar, una admirable prueba de esta nueva fraternidad, dogma comun de los estoicos y de los cristianos, y por un trastorno que lo confunde todo, la Providencia habia querido que el esclavo fuera el maestro, y el emperador el discípulo.

XXIV.—DE DON ANDRES PEZZANI.

(*De los principios superiores de la moral, dirigidos á todos los hombres* (2), París, 1859.)

Examinando brevemente sus opiniones acerca de la libertad y del principio de nuestras acciones, verémos lo que Séneca piensa de Dios y de la inmortalidad como sancion de la moral.

Sobre la libertad, desde luégo parece que admite el destino, segun el defectuoso sentir de Chrisippo; es decir, como una cadena inmensa é infinita, en que todos los anillos se enlazan y siguen necesariamente, que abrazan en su circuito la eternidad, comprendiendo todas las consecutivas renovaciones de los mundos. Esta sagrada cadena, como la llama Marco Antonino, liga lo mismo á los dioses que á los hombres, y los liga invenciblemente. Es un torrente que se precipita, y que en su rápido curso, lleva consigo cuanto existe, sin excepcion alguna. Todos los dioses entran en el océano de la sustancia, de donde habian sido sacados (*confusis diis in unum*); el mundo entero es destruido; no queda ni su cuerpo ni su alma. Júpiter, que lo anima, ha sido igualmente sometido á la ley del universal destino, y sepultado, como todos los otros dioses, en las ruinas del mundo. El dios de los estoicos no es otra cosa que un resorte maquinal, más dirigido que director. A pesar de que anima el mundo, su voluntad, su accion para nada influyen en el estado de los séres.

Sin cesar habla de la libertad Séneca; pero falta saber lo que por libertad entiende. En la epístola LIV dice, al tratar de la muerte: «Te empeño mi palabra de que no temblaré un instante cuan-

(1) SÉNECA, *Ad Luc.*, 73.
(2) Obra premiada por la academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia.

do me vea en las postrimerías de la vida; estoy preparado, y no me cuido de cuándo llegue la hora. Yo nada me he propuesto por ejemplo, porque no se debe imitar ni ensalzar al que no le aflija la muerte aunque le agrade la vida. En efecto, ¿qué honra da el salir de donde uno ha sido expulsado? Se me lanza, ciertamente; pero es como si yo por mi propia voluntad saliese. Así pues, el sabio jamas es expulsado; porque esta palabra quiere decir, ser lanzado de un lugar de donde no se quiere salir. El sabio nada hace á su pesar; previene las necesidades y quiere lo que le han de obligar á querer.» De este modo la libertad del sabio no es otra cosa que la sumision voluntaria á la necesidad y á los decretos del destino. Los estoicos decian lo que más tarde vino Espinosa á expresar en esta máxima: «El hombre por el conocimiento de Dios puede salir de la esclavitud.» Significa este dicho de semejante filósofo que el hombre, al conocer á Dios, conoce la invencible necesidad de todas las cosas; sabe que todo en el mundo proviene de una corriente fatal é invencible, que es lo que Espinosa, en su lenguaje, llama salir de esclavitud. Nadie es, al parecer, más partidario de la libertad que un estoico; pero quitando de un lado el resorte de las pasiones, y del otro sometiéndose al destino, no dejan ni el mérito de las resoluciones, ni la facultad de elegir ó escoger. Como se ve, no se trata de una libertad verdadera, sino de un fantasma de libertad. Séneca sigue enteramente el principio estoico de que la virtud es el bien supremo, y que se debe seguir en todo la razon; es decir, la parte divina de nuestra alma. Séneca repite de todas maneras que el solo bien para nosotros consiste en escuchar su voz. Juzga que la razon es en todos los hombres la misma, y que éstos son todos hijos de un mismo padre, cualquiera que su categoría sea, cualesquiera que sean su condicion y su fortuna.....

Es cierto que en muchos otros lugares confunde, como los antiguos estoicos, á Dios.

La Providencia no era, en su pensamiento, otra cosa que el destino. Pero era muy difícil con tal sistema llegar á obtener una idea cierta de Dios. El principio de la corporalidad de todos los séres se opone, como hemos visto, al conocimiento de un espíritu puro con libertad y personalidad. El alma misma no era para Séneca otra cosa que un cuerpo compuesto de elementos sutiles.

Con semejante idea se comprende que deberia dudar de la inmortalidad. En su *Consolacion á Polibio* presenta dos hipótesis, sin adoptar alguna: de una parte la nada, de la otra la vida futura. A la verdad, en su *Consolacion á Helvia y á Marcia* se inclina á la segunda opinion. Pero, sobre todo, en su admirable epístola canta realmente un himno á la inmortalidad.

Despues de tal escrito, tan grande por el pensamiento como por la frase, permítasenos decir que Séneca, cuya hermosa muerte ha hecho olvidar las faltas de su vida, ha manifestado una fe, si no firme y áun persistente, gloriosa al ménos para él, acerca de nuestra inmortalidad; y cuando se considera que es el único entre los estoicos en defender semejantes ideas, esto basta para recomendar su nombre y para tenerlo en singular estimacion. Verémos en Epícteto y Marco Aurelio mostrar las mismas dudas sobre la inmortalidad; pero en vano buscarémos en sus obras un trozo que pueda compararse al de la epístola que acabamos de citar.

XXV.—DE J. P. CHARPENTIER.

(*Los escritores latinos del imperio*, capítulo XII, París, 1859.)

Tal fué Séneca: declamador, primero; filósofo, luégo; sabio en fin. Séneca ha ejercido un gran influjo en su siglo. Ha sido jefe de escuela en dos conceptos: como escritor y como filósofo. Como escritor, de él aprenden Plinio el mayor, Floro y Tácito. Tácito, segun Montaigne, no sigue mal la manera de escribir de Séneca. El mismo Quintiliano, si bien la prohibe, tiene algo de ella. Su influjo sobre estos escritores es patente; hállase en ellos la expresion brillante, el modo de decir pintoresco, los rasgos de Séneca, y tal vez su afectacion. Pero Seneca más poderosamente ha influido áun en el pensamiento que en el estilo. Si en la pluma de Tácito la historia toma un matiz filosófico, esa forma dramática, ese tono sentencioso que hieren la curiosidad y provocan la reflexion, sin duda á su talento principalmente debe atribuirse esa fisonomía nueva y profunda; pero es preciso reconocer en ella el influjo de Séneca. Ya hemos indicado aquel pensamiento de Séneca, cuando en un lugar de su tratado de los *Beneficios* se lamenta de que hombres distinguidos dejen, ó mejor dicho pierdan, su tiempo en estudiar con asiduidad y constancia, en vez de los

dones de la naturaleza, las locuras de los conquistadores, y á inmortalizar los destructores de la humanidad, cuando deberian celebrar á sus bienhechores.

¿Es otra cosa este pensamiento que el gérmen de la idea de la historia filosófica, que cuida ménos de los hechos que de sus consecuencias, y sustituye en los anales del género humano la historia de la civilizacion á la de la guerra, que, despues de todo, no significa más que la barbarie organizada? Esta manera filosófica se halla especialmente en los discursos, que en los historiadores vienen á ser la parte más moral ó política de sus escritos.

Hay otro historiador en quien, si no tan señalada, la influencia de Séneca no es ménos notable. Este historiador es Quinto Curcio.

Ignórase el tiempo cierto en que floreció; pero sin temor de equivocarse puede ser contado entre los de la escuela de Séneca. Si no tiene su estilo, tiene, sin embargo, su manera de pensar. Sus reflexiones sobre la fragilidad de las prosperidades humanas, sus simpatías por las desventuras de Dario, y hasta el discurso de los escitas; discurso en que la censura del lujo y de la corrupcion se compara, como en Tácito, con la sencillez de los bárbaros; todo claramente indica la proximidad y el influjo de la escuela de Séneca.

Séneca, si no el primero, más que otro alguno ha dado impulso al gran movimiento intelectual que ha regenerado y hecho fértil el siglo segundo de la literatura latina. Pero la gloria que á esta resulta no es suya toda. La España en este tiempo tiene en la historia de esta época un lugar importante en la historia del entendimiento humano; en la literatura y en la sociedad romana poderosamente influia. Si una nueva luz penetra en la literatura latina, si el mundo romano se abre, así como el Senado, á los pueblos y á las ideas, para quienes hasta entónces habian estado cerrados, esta tolerancia les viene de fuera, les viene de España. Se ha hablado mucho, y con razon, de la influencia de Grecia sobre el genio romano. Sobre su literatura hubo otra influencia más señalada y dichosa, y es la que desde el siglo de Augusto se ejerció por los escritores españoles y africanos. Desde aquel tiempo, en el mundo romano, y dentro de la misma Roma, se opera por el pueblo conquistado en el pueblo conquistador una revolucion insensible, pero profunda. Se esparcen las ideas de tolerancia, de unidad, de civilizacion, de paz universal y de igualdad política. Plinio el mayor va á reproducirlas, Floro las repite; son el desquite de los pueblos vencidos y la preparacion de la igualdad futura.

LOS SIETE LIBROS DE SÉNECA:

DE LA DIVINA PROVIDENCIA, DE LA VIDA BIENAVENTURADA, DE LA TRANQUILIDAD DEL ÁNIMO, DE LA CONSTANCIA DEL SABIO, DE LA BREVEDAD DE LA VIDA, DE LA CONSOLACION Y DE LA POBREZA;

TRADUCIDOS AL CASTELLANO

POR EL LICENCIADO PEDRO FERNANDEZ NAVARRETE,

canónigo de Santiago, consultor del Santo Oficio, capellan y secretario de sus majestades y de cámara del señor Cardenal-Infante.

PROLOGO DEL TRADUCTOR.

Preséntote, amado lector, traducidos en lengua castellana, los siete mejores libros que escribió Séneca. Y porque algunas personas han condenado en mí esta ocupacion por poco substancial, pues puede acudir á ella cualquiera buen latino, sin tener el adorno de otras letras mayores, quiero satisfacer con decirles que muchos insignes y eminentes varones, de que tienes entera noticia, no se desdeñaron de traer á su patria, por medio de la traduccion, los tesoros de otras naciones, á que se junta lo que dijo el doctísimo Alciato, en la prefacion de sus *Emblemas*, que las habia compuesto en las horas festivas, que otros pierden en perniciosos juegos y vanos paseos. Resta disculparme del estilo poco culto y de los descuidos que hallares en la traduccion, no habiendo atendido tanto á la colocacion de las palabras, cuanto á dar á las sentencias la fuerza que tienen en su primero idioma. Para esto me valgo de la disculpa que dió Aurelio Casiodoro, de no haber puesto el último pulimento á sus obras, que fué el hallarse cargado de las ocupaciones que tuvo en las secretarías de cinco reyes godos: *Verùm hoc mihi objicere poterit otiosus, si verbum improvida celeritate projeci; si sensum de medio sumptum non ornaverim venustate sermonum; si præcepto veterum non reddiderim propria personarum. Occupatus autem, qui rapitur diversitate causarum, cui jugiter incumbit, responsum reddere, et alteri expedienda dictare, non me adjicere poterit, qui se in talibus periclitatum esse cognoscit.* Si Casiodoro se disculpa con haber servido á cinco reyes, yo, que con menor caudal he asistido en el mismo ministerio á siete personas reales, podré valerme de la misma disculpa. Tambien te suplico adviertas que en esta traduccion he seguido unas veces el texto de los códices antiguos, y otras el corregido por Lipsio y otros autores, y tal vez me he tomado licencia á enmendar con autoridad propia (aunque con evidentes conjeturas) algunos lugares en que, sin faltar al rigor de la traduccion, se ha realzado el sentido. Y pues miéntras la salud me dió lugar te serví con otros estudios de mi propio caudal, recibe ahora éstos, cuya lectura podrá sacar á tu ánimo del peligroso golfo del mundo, colocándole en la tranquilidad de apacible puerto (1).

(1) Este es el prólogo de la version de Fernandez Navarrete, la cual se imprimió por vez primera en Madrid el año de 1627, dedicada al excelentísimo señor don Gaspar de Guzman, conde de Olivares, duque de Sanlúcar.

LIBRO PRIMERO.

DE LA DIVINA PROVIDENCIA (1).

Á LUCILO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cómo habiendo esta Providencia, suceden males á los hombres buenos.

Pregúntasme, Lúcilo, cómo se compadece que gobernándose el mundo con divina Providencia, sucedan muchos males á los hombres buenos. Daréte razon de esto con más comodidad en el contexto del libro, cuando probáre que á todas las cosas preside la Providencia divina y que nos asiste Dios. Pero porque has mostrado gusto de que se separe del todo esta parte, y que quedando entero el negocio, se decida este artículo, lo haré, por no ser cosa difícil al que hace la causa de los dioses. Será cosa superflua querer hacer ahora demostracion de que esta grande obra del mundo no puede estar sin alguna guarda, y que el curso ó discurso cierto de las estrellas no es de movimiento casual; porque lo que mueve el caso á cada paso se turba y con facilidad choca; y al contrario, esta nunca ofendida velocidad camina obligada por imperio de eterna ley, y la que trae tanta variedad de cosas en la mar y en la tierra, y tantas clarísimas lumbreras que con determinada disposicion alumbran, no pueden moverse por órden de materia errante, porque las cosas que casualmente se unen, no están dispuestas con tan grande arte como lo está el gravísimo peso de la tierra, que siendo inmóvil, mira la fuga del cielo, que en su redondez se apresura, y los mares, que, metidos en hondos valles, ablandan las tierras, sin que la entrada de los rios les cause aumento; y ve que de pequeñas semillas nacen grandes plantas, y que ni áun aquellas cosas que parecen confusas é inciertas, como son las lluvias, las nubes, los golpes de encontrados rayos y los incendios de las rompidas cumbres de los montes, los temblores de la movida tierra, con lo demas que la tumultuosa parte de las cosas gira en contorno de ella, aunque son repentinas, no se mueven sin razon; pues áun aquellas tienen sus causas no ménos que en las que en remotas tierras miramos como milagros, cuales son las aguas calientes en medio de los rios, los nuevos espacios de islas que en alto mar se descubren (2); y el que hiciere observacion que retirándose en él las aguas, dejan desnudas las riberas, y que dentro de poco tiempo vuelven á estar cubiertas, conocerá que con una cierta volubilidad se retiran y encogen dentro de sí, y que las olas vuelven otra vez á salir, buscando con veloz curso su asiento, creciendo á veces con las porciones, y bajando y subiendo en un mismo dia y en una misma hora, mostrándose ya mayores y ya menores, conforme las atrae la luna, á cuyo albedrío crece el Océano. Todo esto se reserva para su tiempo; porque aunque tú te quejas de la divina Providencia, no dudas de ella. Yo quiero ponerte en amistad con los dioses, que son buenos con los buenos, porque la naturaleza no consiente que los bienes dañen á los buenos. Entre Dios y los varones justos hay una cierta amistad unida, mediante la virtud; y cuando dije amistad, debiera decir una estrecha familiaridad y una cierta semejanza; porque el hombre bueno se diferencia de Dios en el tiempo, siendo discípulo é imitador suyo; porque aquel magnífico Padre, que no es blando exactor de virtudes, cria con más aspereza á los buenos, como lo hacen los severos padres. Por lo cual, cuando vieres que los varones justos y amados de Dios padecen trabajos y fatigas, y que caminan cuesta arriba, y que al contrario, los malos están lozanos y abundantes de deleites, persuádete á que, al modo que nos agrada la modestia de los hijos y nos deleita la licencia de los esclavos nacidos en casa, y á los primeros enfrenamos con melancólico recogimiento, y en los otros alentamos la desenvoltura, así hace lo mismo Dios, no teniendo en deleites al varon bueno, de quien hace experiencias para que se haga duro, porque le prepara para sí.

CAPÍTULO II.

¿Por qué, sucediendo muchas cosas adversas á los varones buenos, decimos que al que lo es no le puede suceder cosa mala? Las cosas contrarias no se mezclan; al modo que tantos rios y tantas lluvias y la fuerza de tantas saludables fuentes no mudan ni áun templan el desabrimiento del mar, así tampoco trastorna el ánimo del varon fuerte la avenida de las adversidades, siempre se queda en su sér, y todo lo que le sucede lo convierte en su mismo color, porque es más poderoso que todas las cosas externas. Yo no digo que no las siente; pero digo que las vence, y que estando plácido y quieto, se levanta contra las cosas que le acometen, juzgando que todas las adversas son exámen y experiencias de su valor. Pues ¿qué varon levantado á las cosas honestas no apetece el justo trabajo, estando pronto á los oficios, áun con riesgo de peligros? ¿Y á qué persona cuidadosa no es penoso el ocio? Vemos que

(1) Rodriguez de Castro, en el tomo II de su *Biblioteca española*, dice: «El libro *De Providentia* le compuso Séneca despues de la muerte de Cayo, para responder á la pregunta de su amigo Lucio, que deseaba saber por qué tenian que sufrir adversidades los que eran buenos.»

(2) Véase la *Historia natural* de Plinio, libro II, capítulos LXXXVI, LXXXVII, LXXXVIII y LXXXIX.

los luchadores, deseosos de aumentar sus fuerzas, se ponen á ellas con los más fuertes, pidiendo á los con quien se prueban para la verdadera pelea, que usen contra ellos de todo su esfuerzo; consienten ser heridos y vejados, y cuando no hallan otros que solos se les puedan oponer, ellos se oponen á muchos. Marchítase la virtud si no tiene adversario, y conócese cuán grande es, y las fuerzas que tiene, cuando el sufrimiento muestra su valor. Sábete, pues, que los varones buenos han de hacer lo mismo, sin temer lo áspero y difícil, y sin dar quejas de la fortuna. Atribuyan á bien todo lo que les sucediere; conviértanlo en bien, pues no está la monta en lo que se sufre, sino en el denuedo con que se sufre. ¿No consideras cuán diferentemente perdonan los padres que las madres? Ellos quieren que sus hijos se ejerciten en los estudios, sin consentirles ociosidad ni áun en los dias feriados, sacándoles tal vez el sudor, y tal las lágrimas; pero las madres procuran meterlos en su seno y detenerlos á la sombra, sin que jamas lloren, sin que se entristezcan y sin que trabajen. Dios tiene para con los buenos ánimo paternal, y cuando más apretadamente los ama, los fatiga, ya con obras, ya con dolores y ya con pérdidas, para que con esto cobren verdadero esfuerzo. Los que están cebados en la pereza, desmayan, no sólo con el trabajo, sino tambien con el peso, desfalleciendo con su misma carga. La felicidad, que nunca fué ofendida, no sabe sufrir golpes algunos; pero donde se ha tenido contínua pelea con las descomodidades, críanse callos con las injurias, sin rendirse á los infortunios, pues aunque el fuerte caiga, pelea de rodillas. ¿Admiraráste, por ventura, si aquel Dios, grande amador de los buenos, queriéndolos excelentísimos y escogidos, les asigna la fortuna para que se ejerciten con ella? Yo no me admiro cuando los veo tomar vigor, porque los dioses tienen por deleitoso espectáculo el ver los grandes varones luchando con las calamidades. Nosotros solemos tener por entretenimiento el ver algun mancebo de ánimo constante, que espera con el venablo á la fiera que le embiste, y sin temor aguarda al leon que le acomete; y tanto es más gustoso este espectáculo, cuanto es más noble el que le hace (1). Estas fiestas no son de las que atraen los ojos de los dioses, por ser cosas pueriles y entretenimientos de la humana liviandad. Mira otro espectáculo digno de que Dios ponga con atencion en él los ojos; mira una cosa digna de que Dios la vea; esto es, el varon fuerte, que está asido á brazos con la mala fortuna, y más cuando él mismo la desafió. Dígote de verdad que yo no veo cosa que Júpiter tenga más hermosa en la tierra para divertir el ánimo, como mirar á Caton, que, despues de rompidos diversas veces los de su parcialidad, está firme, y que levantado entre las públicas ruinas, decia: «Aunque todo el imperio haya venido á las manos de uno, y aunque las ciudades se guarden con ejércitos y los mares con flotas, y aunque los soldados cesarianos tengan cerradas las puertas, tiene Caton por donde salir; una mano hará ancho camino á nuestra libertad. Este puñal, que en las guerras civiles se ha conservado puro y sin hacer ofensa, sacará al fin á luz buenas y nobles obras, dando á Caton la libertad que él no pudo dar á su patria. Emprende, oh ánimo, la obra mucho tiempo meditada; líbrate de los sucesos humanos. Ya Petreyo y Juba se encontraron, y cayeron heridos cada uno por la mano del otro: egregia y fuerte convencion del hado, pero no decente á mi grandeza, siendo tan feo á Caton pedir á otros la muerte como pedirles la vida.» Tengo por cierto que los dioses miraban con gran gozo cuando aquel gran varon, acérrimo vengador de sí, estaba cuidando de la ajena salud y disponiendo la huida de los otros, y cuando estaba tratando sus estudios hasta la última noche, y cuando arrimó la espada en aquel santo pecho, y cuando esparciendo sus entrañas, sacó con su propia mano aquella purísima alma, indigna de ser manchada con hierro. Creo que no sin causa fué la herida poco cierta y eficaz, porque no fuera suficiente espectáculo para los dioses ver sola una vez en este trance á Caton. Retúvose, y tornó en sí la virtud para ostentarse en lo más difícil; porque no es necesario tan valeroso ánimo para intentar la muerte, como para volver á emprenderla. ¿Por qué, pues, habian los dioses de mirar con gusto á su ahijado, que con ilustre y memorable fin se escapaba? La muerte eterniza aquellos cuyo remate alaban aún los que la temen.

CAPÍTULO III.

Pero porque cuando pasemos más adelante con el discurso, te haré demostracion que no son males los que lo parecen, digo ahora que estas cosas que tú llamas ásperas y adversas y dignas de abominacion, son, en primer lugar, en favor de aquellos á quien suceden, y despues en utilidad de todos en general; que de éstos tienen los dioses mayor cuidado que de los particulares, y tras ellos, de los que quieren les sucedan males; porque á los que los rehusan los tienen por indignos. Añadiré que estas cosas las dispone el hado, y que justamente vienen á los buenos por la misma razon que son buenos. Tras esto, te persuadiré que no tengas compasion del varon bueno, porque aunque podrás llamarle desdichado, nunca él lo puede ser. Dije, lo primero, que estas cosas, de quien tememos y tenemos horror, son favorables á los mismos á quien suceden, y ésta es la más difícil de mis proposiciones. Dirásme: «¿cómo puede ser útil el ser desterrados, el venir á pobreza, el enterrar los hijos y la mujer, el padecer ignominia y el verse debilitados?» Si de esto te admiras, tambien te admirarás de que hay algunos que curan sus enfermedades con hierro y fuego, con hambre y sed. Y si te pusieres á pensar que á muchos para curarlos les raen y descubren los huesos, les abren las venas, y cortan algunos miembros, que no se podian conservar sin daño del cuerpo. Con esto, pues, concederás que he probado que hay incomodidades que resultan en beneficio de quien las recibe, y muchas cosas de las que se alaban y apetecen, se convierten en daño de aquellos que con ellas se alegran, siendo semejantes á las cru-

(1) Tambien hombres libres y caballeros romanos y jóvenes de familias ilustres solian tal vez combatir en la arena, ó por falta de medios para subsistir, ó por adulacion á los emperadores. (Véase Justo Lipsio, en sus *Saturnales*, libro II, capítulo III.)

dezas y embriagueces, y á las demas cosas que con deleite quitan la vida. Entre muchas magníficas sentencias de nuestro Demetrio, hay ésta, que es en mí fresca, porque áun resuena en mis oidos. «Para mí, decia, ninguno me parece más infeliz que aquel á quien jamas sucedió cosa adversa;» porque á este tal nunca se le permitió hacer experiencia de sí, habiéndole sucedido todas las cosas conforme á su deseo, y muchas aun ántes de desearlas. Mal concepto hicieron los dioses de éste; tuviéronle por indigno de que alguna vez pudiese vencer á la fortuna, porque ella huye de todos los flojos, diciendo: «¿Para qué he de tener yo á éste por contrario? Al punto rendirá las armas; para con él no es necesaria toda mi potencia, con sola una ligera amenaza huirá; no tiene valor para esperar mi vista; búsquese otro con quien pueda yo venir á las manos, porque me desdeño encontrarme con hombre que está pronto á dejarse vencer.» El gladiator tiene por ignominia el salir á la pelea con el que le es inferior, porque sabe no es gloria vencer al que sin peligro se vence. Lo mismo hace la fortuna, la cual busca los más fuertes y que le sean iguales; á los otros déjalos con fastidio; al más erguido y contumaz acomete, poniendo contra él toda su fuerza. En Mucio experimentó el fuego, en Fabricio la pobreza, en Rutilio el destierro, en Régulo los tormentos, en Sócrates el veneno, y en Caton la muerte. Ninguna otra cosa halla ejemplos grandes, si no es la mala fortuna. ¿Es por ventura infeliz Mucio porque con su diestra oprime el fuego de sus enemigos, castigando en sí las penas del error, y porque con la mano abrasada hace huir al Rey, á quien con ella armada no pudo? ¿Fuera por dicha más afortunado si la calentára en el seno de la amiga? ¿Y es por ventura infeliz Fabricio por cavar sus heredades el tiempo que no acudia á la república, y por haber tenido iguales guerras con las riquezas que con Pirro, y porque, sentado á su chimenea aquel viejo triunfador, cenaba las raíces de las yerbas que él mismo habia arrancado escardando sus heredades? ¿Acaso fuera más dichoso si juntára en su vientre los peces de remotas riberas y las peregrinas cazas, y si despertára la detencion del estómago, ganoso de vomitar con las ostras de entrambos mares, superior y inferior? ¿Si con mucha cantidad de manzanas rodear las fieras de la primera forma, cogidas con muerte de muchos monteros? ¿Es por ventura infeliz Rutilio porque los que le condenaron serán en todos los siglos condenados, y porque sufrió con mayor igualdad de ánimo el ser quitado á la patria que el serle alzado el destierro, y porque él solo negó alguna cosa al dictador Sula? Y siendo vuelto á llamar del del destierro, no sólo no vino, sino ántes se apartó más léjos, diciendo: «Vean esas cosas aquellos á quien en Roma tiene presos la felicidad; vean en la plaza y en el lago Servilio gran cantidad de sangre (que éste era el lugar donde en la confiscacion de Sula despojaban). Vean las cabezas de los senadores, y la muchedumbre de homicidas que á cada paso se encuentran vagantes por la ciudad; y vean muchos millares de ciudadanos romanos despedazados en un mismo lugar, despues de dada la fe, ó por decir mejor, engañados con la misma fe. Vean estas cosas los que no saben sufrir el destierro.» ¿Será más dichoso Sula porque cuando baja al tribunal le hacen plaza con las espadas, y porque consiente colgar las cabezas de los varones consulares, contándose el precio de las muertes por el tesoro y escrituras públicas, haciendo esto el mismo que promulgó la ley Cornelia (1)? Vengamos á Régulo, veamos en qué le ofendió la fortuna, habiéndole hecho ejemplar de paciencia. Hieren los clavos su pellejo, y á cualquier parte que reclina el fatigado cuerpo, le pone en la herida, teniendo condenados los ojos á perpétuo desvelo. Cuanto más tuvo de tormento, tanto más tendrá de gloria. ¿Quieres saber cuán poco se arrepintió de valuar con este precio la virtud? Pues cúrale y vuélvele al Senado, y verás que persevera en el mismo parecer. ¿Tendrás por más dichoso á Mecénas, á quien estando ansioso con los amores, y llorando cada dia los repudios de su insufrible mujer, se le procuraba el sueño con blando són de sinfonías que desde léjos resonaban? Por más que con el vino se adormezca, y por más que con el ruido de las aguas se divierta, engañando con mil deleites el afligido ánimo, se desvelará de la misma manera en blandos colchones como Régulo en los tormentos; porque á éste le sirve de consuelo el ver que sufre los trabajos por la virtud, y desde el suplicio pone los ojos en la causa; á esotro, marchito en sus deleites y fatigado con la demasiada felicidad, le aflige más la causa que los mismos tormentos que padece. No han llegado los vicios á tener tan entera posesion del género humano, que se dude si dándose eleccion de lo que cada uno quisiera ser, no hubiera más que eligieran ser Régulos que Mecénas. Y si hubiere alguno que tenga osadía á confesar que quiere ser Mecénas, y no Régulo, este tal, aunque lo disimule, sin duda quisiera más ser Terencio. ¿Juzgas á Sócrates maltratado porque no de otra manera que como medicamento, para conseguir la inmortalidad, escondió aquella bebida mezclada en público, disputando de la muerte hasta la misma muerte, y porque, apoderándose poco á poco el frio, se encogió el vigor de las venas? ¿Cuánta mayor razon hay para tener envidia de éste que de aquellos á quien se da la bebida en preciosos vasos, y á quien el mancebo desbarbado, de cortada ó ambigua virilidad, acostumbrado á sufrir, le deshace la nieve colgada del oro? Todo lo que éstos beben, lo vuelven con tristeza en vómitos, tornando á gustar su misma cólera; pero aquel alegre y gustoso beberá el veneno. En lo que toca á Caton está ya dicho mucho, y el comun sentir de los hombres confesará que tuvo felicidad, habiéndole elegido la naturaleza para quebrantar en él las cosas que suelen temerse. Las enemistades de los poderosos son pesadas; opóngase pues á un mismo tiempo á Pompeyo, César y Craso. El ser los malos preferidos en los honores es cosa dura; pues antepóngasele Vatinio. Áspera cosa es intervenir en guerras civiles: milite pues por causa tan justa en todo el orbe, tan feliz como pertinazmente. Grave cosa es poner en sí mismo las manos, póngalas. ¿Y qué ha de conseguir con esto? Que conozcan todos que no son males estos, pues yo juzgo digno de ellos á Caton.

(1) *Lex Cornelia de sicariis.*

CAPÍTULO IV.

Las cosas prósperas suceden á la plebe y á los ingenios viles; y al contrario, las calamidades y terrores, y la esclavitud de los mortales, son propios del varon grande. El vivir siempre con felicidad, y el pasar la vida sin algun remordimiento de ánimo, es ignorar una parte de la naturaleza. ¿Eres grande varon? ¿De dónde me consta, si no te ha dado la fortuna ocasion con que ostentar tu virtud? Veniste á los juegos olimpios, y en ellos no tuviste competidor; llevarás la corona olímpica, pero no la victoria. No te doy el parabien como á varon fuerte, dóytele como al que alcanzó el consulado ó el corregimiento, con que quedas acrecentado. Lo mismo puedo decir al varon bueno, si algun dificultoso caso no le dió ocasion en que poder mostrar la valentía de su ánimo. Júzgete por desgraciado si nunca lo fuiste; pasaste la vida sin tener contrario; nadie (ni áun tú mismo) conocerá hasta dónde alcanzan tus fuerzas; porque para tener noticia de sí es necesaria alguna prueba, pues nadie alcanza á conocer lo que puede, si no es probándolo. Por lo cual hubo algunos que voluntariamente se ofrecieron á los males que no les acometian, y buscaron ocasion para que la virtud, que estaba escondida, resplandeciese. Dígote que los grandes varones se alegran algunas veces con las cosas adversas, no de otra manera que los grandes soldados con el triunfo. He oido referir que en tiempo de Cayo César, quejándose un soldado de las pocas mercedes que hacian, dijo: «¡Qué linda edad se pierde! La virtud es deseosa de peligros, y pone la mira en la parte adonde camina, y no en lo que ha de padecer, porque el mismo padecer le es parte de gloria.» Los varones militares se glorian de las heridas y ostentan alegres la sangre, que por la mejor causa corre. Y aunque hagan lo mismo los que sin heridas vuelven de la batalla, con mayor atencion se ponen los ojos en el que viene estropeado. Dígote verdad que Dios hace el negocio de los que desea perfectos siempre que les da materia de sufrir fuerte y animosamente alguna cosa en que haya dificultad. Al piloto conocerás en la tormenta, y al soldado en la batalla. ¿De qué echaré de ver el ánimo con que sufres la pobreza, si estás cargado de bienes? ¿De dónde el valor y constancia que tienes para sufrir la infamia, la ignominia y el aborrecimiento popular, si te has envejecido gozando de su aplauso, siguiéndote siempre su inexpugnable favor, movido de una cierta inclinacion de los entendimientos? ¿De qué sabré que sufrirás con igualdad de ánimo las muertes de tus hijos, si gozas de todos los que engendraste? Hete oido consolando á otros, y conociera yo que te sabrás consolar á tí cuando te apartáras á tí mismo del dolor. Ruégoos que no querais espantaros de aquellas cosas que los dioses inmortales ponen como estímulos á los ánimos. La calamidad es ocasion de la virtud, y con razon dirá cada uno que son infelices los que viven entorpecidos en sobra de felicidad, donde, como en lento mar, los detiene una sosegada calma; todo lo que á éstos les sucediere les causará novedad, porque las cosas adversas atormentan más á los faltos de experiencia. Áspero se hace el sufrir el yugo á las no domadas cervices. El soldado bisoño con sólo el temor de las heridas se espanta, mas el antiguo con audacia mira su propia sangre, porque sabe que muchas veces despues de haberla derramado ha conseguido victoria. Así que Dios endurece, reconoce y ejercita á los que ama; y al contrario, á los que parece que halaga y á los que perdona, los reserva para venideros males. Por lo cual errais si os persuadis que hay algun privilegiado, pues tambien le vendrá su parte de trabajo al que ha sido mucho tiempo dichoso; porque lo que parece está olvidado, no es sino dilatado, ¿Por qué aflige Dios á cualquier bueno con enfermedades, con llantos y con descomodidades? ¿Por qué en los ejércitos se encargan las más peligrosas empresas á los más fuertes? El General siempre envia los más escogidos soldados, para que con nocturnas asechanzas inquieren á los enemigos ó exploren su camino, ó para que los desalojen; y ninguno de los que á estas facciones salen, dice que le agravió su general, ántes confiesa que hizo de él buen concepto. Digan, pues, aquellos á quien se manda que padezcan: «Para los tímidos y flojos son dignos de ser llorados los casos, no para nosotros, á quien Dios ha juzgado dignos de experimentar en nuestras fuerzas todo lo que la naturaleza humana puede padecer. Huid de los deleites y de la enervada felicidad con que se marchitan los ánimos, á quien si nunca sucede cosa adversa que les advierta de la humana suerte, están como adormidos en una perpétua embriaguez. Aquel á quien las vidrieras (1) libraron siempre del aire, y cuyos piés se calentaron con los fomentos diversas veces mudados, cuyos cenáculos templa el calor puesto por debajo ó arrimado á las paredes; á este tal, cualquier ligero viento le ofenderá, y no sin peligro, porque siendo nocivas todas las cosas que salen de modo, viene á ser peligrosísima la intemperancia en la felicidad; desvanece el cerebro y atrae la mente á várias fantasías, derramando mucho de obscuridad, que se interpone entre lo falso y verdadero. ¿Por qué, pues, no ha de ser mejor el sufrir una perpétua infelicidad, que despierte á la virtud, que el reventar con infinitos y desordenados bienes? La muerte es ménos penosa con ayuno, y más congojosa con crudezas. Los dioses siguen en los varones justos lo que los maestros en sus discípulos, que procuran trabajen más aquellos de quien tienen mayores esperanzas. ¿Persuadir á éste por ventura que los lacedemonios son aborrecedores de sus hijos, porque experimentan su valor con verlos azotar en público, y los exhortan, estando maltratados, á que con fortaleza sufran los golpes que les dan, rogándoles perseveren en recibir nuevas heridas sobre las recibidas? Siendo esto así, ¿de qué nos admiramos si Dios experimenta con aspereza los ánimos generosos? ¿Es por ventura blanda y muelle la enseñanza de la virtud? Azótanos y hiérenos la fortuna: sufrímoslo; no es crueldad, es pelea, á la cual cuantas más veces fuéremos, saldrémos más fuertes. La parte del cuerpo que con frecuente uso está ejercitada, es la más firme; conviene que seamos entregados á la fortuna, para que por su medio nos hagamos más fuertes contra ella, y para que poco á poco vengamos á ser

(1) Navarrete traduce *vidrieras* por *piedras especularias*. Los romanos no conocian el uso de los vidrios; se servian en su lugar de aquellas, que eran una especie de talco.

iguales. La continuacion de los peligros engendra desprecio de ellos; por esta razon los cuerpos de los marineros son duros para sufrir los trabajos del mar, y los labradores tienen las manos ásperas, y los brazos de los soldados son más aptos para tirar los dardos. Los correos tienen los miembros ágiles; y en cada uno es fortísima aquella parte en que se ejercita. El ánimo llega con la paciencia á despreciar el poder de los males; y si quisieres saber lo que él podia obrar en nosotros, considera las naciones donde ha puesto sus límites la paz romana; quiero decir, los alemanes y las demas gentes que andan vagantes en las riberas del Danubio, siempre los oprime un perpétuo invierno y un anublado cielo; y sustentándolos escasamente el estéril suelo, defiéndense de las lluvias en chozas cubiertas de ramas y hojas; bailan sobre las lagunas endurecidas con el hielo, y para sustentarse cazan las fieras. ¿Parécete que éstos son míseros? Pues ninguna cosa en quien la costumbre se ha convertido en naturaleza, es mísera, porque poco á poco vienen á ser deleitables las que comenzaron por necesidad. Estas naciones no tienen domicilios ni lugares de asiento más de aquellos que les da el cansancio de cada dia; su comida es vil, y la han de buscar en sus manos; y siendo terrible la inclemencia del cielo, traen desnudos los cuerpos; siendo esto que tú tienes por descomodidad, la vida de tantas gentes. ¿Por qué, pues, te admiras de que los varones buenos sean vejados, para que con la vejacion se fortifiquen? Ningun árbol está sólido y fuerte, sino el fatigado de continuos vientos, porque con el mismo combate de ellos se aprietan y fortifican las raíces; y al contrario, los que crecieron en abrigados valles son frágiles. Segun esto, en favor de los varones buenos es el ser muy versados entre cosas formidables, para que se hagan intrépidos, sufriendo con igualdad de ánimo las cosas que no son de suyo malas sino para el que sufre mal.

CAPÍTULO V.

Añade que asimismo es bueno para todos (quiero decirlo así) que cada uno milite y muestre sus obras. El intento de Dios es persuadir al varon sabio que las cosas que el vulgo apetece y las que teme, ni son bienes ni males. ¿Conoceráse el ser bienes, si no los diere sino á los varones buenos, y ser males, si no los diere sino á los malos? La ceguera fuera detestable si ninguno perdiera la vista sino aquel que mereciese le fuesen sacados los ojos. Carezcan finalmente de luz Apio y Metelo. Las riquezas no son bienes, pues téngalas Eliorufian, para que cuando los hombres consagraren su dinero en el templo, le vean tambien en el burdel. El mejor medio de que Dios usa para desacreditar las cosas deseadas, es darlas á los malos y negarlas á los buenos. Bien está eso; pero parece cosa injusta que el varon bueno sea debilitado, herido y maltratado, y que los malos anden libres y afeminados, teniendo sanos todos sus miembros. Si eso dices, tambien sería cosa inicua que los varones fuertes tomen las armas y que pasen las noches en la campaña, asistiendo en el batallon con las heridas atadas, y que en el ínterin estén sosegados y seguros en la ciudad los eunucos, que profesan deshonestidad. Y tampoco parecerá justo que las nobilísimas vírgenes se desvelen de noche para los sacrificios, cuando las mujeres de manchada opinion gozan de profundo sueño. El trabajo cita á los buenos, y el Senado suele estar todo el dia en consejo, cuando en el mismo tiempo el hombre más vil deleita su ocio en el campo, ó está encerrado en el bodegon, ó gasta el tiempo en algun liviano paseo. Lo mismo, pues, sucede en esta gran república del mundo, en que los varones buenos trabajan y se ocupan, y sin ser forzados siguen voluntariamente á la fortuna, igualando con ella los pasos, y si supieran á dónde los encaminaba, se le adelantáran. Tambien me acuerdo haber oido esta fortísima razon de Demetrio: «De sólo esto me puedo quejar, oh dioses inmortales, de que ántes de ahora no me hayais hecho notoria vuestra voluntad, para que hubiera venido primero á estas cosas á que ahora estoy pronto. ¿Quereis quitarme los hijos? Para vosotros los crié. ¿Quereis algun miembro de mi cuerpo? Tomadle; y no hago mucho en ofrecerle, habiendo de dejarlos todos muy presto. ¿Quereis la vida? ¿Por qué no la he de dar? Ninguna detencion habrá en restituiros lo que me disteis. Todo lo que pidiéredes lo recibiréis de mí, que con voluntad lo doy. Pues ¿de qué me quejo? De que quisiera darlo por voluntaria ofrenda, más que por restitucion. ¿Qué necesidad hubo de quitarme lo que podíades recibir? Pues áun con todo eso, no me habeis de quitar cosa alguna, porque no se quita sino al que la retiene. Yo en nada soy forzado y nada padezco contra mi gusto, ni en esto os hago servicio; confórmome con vuestra voluntad, conociendo que todas las cosas corren por una cierta ley, promulgada para siempre.» Los hados nos guian, y la primera hora de nuestro nacimiento dispuso lo que resta de vida á cada uno; una cosa pende de otra, y las públicas y particulares las guia un largo órden de ellas. Por lo cual conviene sufrir todos los sucesos con fortaleza, porque no todas las cosas suceden como pensamos; vienen como está dispuesto, y si desde sus principios está así ordenado, no hay de qué te alegres ni de qué llores, porque aunque parece que la vida de cada uno se diferencia con grande variedad, el paradero de ella es uno. Los mortales habemos recibido lo que es mortal; use, pues, la naturaleza de sus cuerpos como ella gustáre; y nosotros, estando alegres y fuertes en todo, pensemos que ninguna cosa de las perecederas es caudal nuestro. ¿Qué cosa es propia del varon bueno? Rendirse al hado, por ser grande consuelo el ser arrebatado con el universo. ¿Qué razon hubo para mandarnos vivir y morir así? La misma necesidad obligó á los dioses, porque un irrevocable curso lleva con igualdad las cosas humanas y las divinas. Que aquel Formador y Gobernador de todas las cosas escribió los hados, pero síguelos; una vez lo mandó, y siempre lo ejecuta. ¿Por qué, pues, siendo Dios, no fué justo en la distribucion del hado, asignando á los varones buenos pobreza, heridas y tristes entierros? El artífice no puede mudar la materia; ésta es la que padeció. Hay muchas cosas que no se pueden separar de otras, por ser individuas. Los ingenios flojos y soñolientos, cuyo desvelo parece sueño, están forjados de elementos débiles; pero para formar un varon que se deba llamar vigilante, es necesario hado más fuerte. Y éste

no hallará camino llano; necesario es vaya cuesta arriba y cuesta abajo, y que padezca tormentas, gobernando el navío en el mar alborotado; y teniendo todas sus andanzas encontradas con la fortuna, es forzoso le sucedan muchas cosas adversas, ásperas y duras, para que él las allane. El fuego apura el oro, y la calamidad á los varones fuertes. Mira el altura á donde ha de subir la virtud, y conocerás que no se llega á ella por caminos llanos (1). «La entrada del camino es ardua, y en ella, por la mañana, apénas pueden afirmar los piés los caballos, por ser altísima, en medio del cielo, de donde el mirar las tierras y el mar me causa temor, palpitando el pecho con miedo. Lo último de él es cuesta abajo y necesita de particular industria, y entónces la misma diosa Tétis, que me recibe en las sujetas ondas, suele recelar no me despeñe.» Habiendo oido estas dificultades aquel generoso mancebo, dijo: «Ese camino me agrada; subo en el carro. Es de tanta estimacion hacer este viaje al que ha de caer, que no consiente que el ánimo se acobarde con miedo. Y para que aciertes el camino sin que algun error te desvie, has de pasar por los cuernos del adversario toro y por los arcos hemonios y por la boca del violento leon.» Despues de esto le dijo: «Haz cuenta que te he entregado el carro. Con estas cosas, con que juzgas me atemorizo, me incito, porque tengo gusto de ponerme donde el mismo sol tiene miedo; que es de abatidos y flojos emprender las cosas seguras· por lo arduo camina la virtud.»

CAPÍTULO VI.

¿Por qué permite Dios que á los varones buenos se les haga algun mal? No permite tal; ántes aparta de ellos todos los males, las maldades, los deleites, los malos pensamientos, los codiciosos consejos, la ciega sensualidad y la avaricia, que anhela siempre por lo ajeno. ¿Hay, por ventura, quien pida á Dios que guarde tambien las alhajas de los buenos? Ellos le eximen de este cuidado, porque desprecian todo lo externo. Demetrio arrojó las riquezas, juzgando eran carga del entendimiento recto; pues ¿por qué te admiras, si consiente Dios que al bueno le suceda lo que el mismo bueno quiere le suceda alguna vez? Pierden sus hijos los varones buenos; ¿qué importa si alguna vez ellos mismos los matan? Son desterrados los buenos; importa poco, si ellos voluntariamente se suelen desterrar de su patria, sin intento de volver á ella. Son muertos; ¿qué importa, si tal vez ellos mismos se quitan la vida? ¿Para qué, pues, padecen algunas adversidades? Para enseñar á otros á sufrirlas, porque nacieron para ser ejemplo. Sepan, pues, que les dice Dios: «Vosotros, á quien agradan las cosas rectas, de qué os podeis quejar de mí? A otros he dado falaces bienes y unos ánimos vacíos; burléme de ellos como con un largo y engañoso sueño; adornélos de oro, plata y marfil; pero en lo interior no hay cosa buena. Éstos en quien poneis los ojos como dichosos, si los miráredes, no por la parte que se manifiestan, sino por la que se esconden, veréis que son miserables, asquerosos, torpes y feos; y finalmente, son como las paredes de sus casas, adornadas solamente por defuera. Esta felicidad no es sólida y maciza; sólo tiene la superficie, y esa muy delgada. Finalmente, miéntras les es permitido el estar en su dicha, mostrándose en la forma que ellos quieren ser vistos, resplandecen y engañan; pero cuando sucede algo que los perturbe y que los descubra, entónces se conoce cuanto de verdadera y honda fealdad encubria el ajeno resplandor. A vosotros he dado bienes seguros y permanecientes; y cuanto más los desenvolviéredes y los miráredes, los hallaréis por todas partes mayores y mejores. Heos dado valor para hacer desprecio de lo que á otros causa temor, y para tener hastío de lo que otros desean. No resplandeceis por defuera, porque vuestros bienes están encerrados dentro. De esta misma manera el orbe desprecia lo exterior, porque está contento con la vista de sí mismo; todo el bien lo encerré dentro, y vuestra felicidad consiste en no tener necesidad de la felicidad. Diréis que os suceden muchas cosas tristes, terribles y duras de sufrir. Por no reservaros de estas cosas, armé contra ellas vuestros ánimos, y en esta parte parece pasais adelante á los dioses, porque ellos no pueden padecer males, y vosotros os hallais superiores á las pasiones de ellos. Despreciad la pobreza, pues nadie vive con tanta como la que tuvo cuando nació. Despreciad el dolor, pues ó él se acabará, ó os acabará. Despreciad la fortuna, porque no le dí armas con que pudiese ofender el ánimo. Despreciad la muerte, que os acaba ó transfiere. Y ante todas cosas, hice ley que ninguno os pudiese detener forzados, habiéndoos dejado patente la salida; y si no quereis pelear, podeis huir. Y por esta causa, entre todas las cosas que quise os fuesen necesarias, ninguna hice que fuese más fácil que el morir: puse el ánima en lugar dispuesto á entregarse. Atended ahora, y veréis cuán breve y desocupado es el camino que os lleva á la libertad. No os puse tan largas dilaciones á la salida de la vida, cuantas á la entrada; porque de otra manera, si tardáredes tanto en morir como en nacer, tuviera la fortuna en vosotros un extendido imperio. En todo lugar os enseñé la facilidad que hay para renunciar á la naturaleza, volviéndole su dádiva. Aprended la muerte miéntras veis que entre los mismos altares y las solemnes ceremonias se deja la vida.» Los fuertes cuerpos de los toros caen de una pequeña herida, y á los animales de grandes fuerzas los derriba el golpe de una humana mano, y con delgado hierro se rompe la nuca de la cerviz; y cuando el nervio que traba el cuello con la cabeza se corta, cae aquel gran peso. El espíritu no está encerrado en hondo lugar, ni se ha de sacar con garabatos, ni es necesario revolver con nueva herida las entrañas; que más vecina está la muerte. No puse lugar determinado para estos golpes; por cualquiera está dispuesto á aquello que llamamos morir, que es cuando se despide el alma del cuerpo; es cosa tan breve, que no puede conocer su velocidad, hora sea apretando un nudo á la garganta, ora impidiendo el agua la respiracion, ora la dureza del suelo rompa la cabeza de los que caen, ó las comidas brasas corten el curso del espíritu que vuelve atras. Sea esto lo que fuere, todo ello corre aprisa. ¿De qué, pues, os empachais y estais tanto tiempo temiendo lo que se hace en un instante?

(1) Febo á Faeton.

LIBRO SEGUNDO.

À GALION (1).

DE LA VIDA BIENAVENTURADA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Todos, oh hermano Galion, desean vivir bienaventuradamente; pero andan á ciegas en el conocimiento de aquello que hace bienaventurada la vida; y en tanto grado no es fácil el llegar á conocer cuál lo sea, que al que más apresuradamente camináre desviándose de la verdadera senda y siguiendo la contraria, le vendrá á ser su misma diligencia causa de mayor apartamiento. Ante todas cosas, pues, hemos de proponer cuál es la que apetecemos, despues mirar por qué medios podrémos llegar con mayor presteza á conseguirla, haciendo reflexion en el mismo camino, si fuere derecho, de lo que cada dia nos vamos adelantando, y cuánto nos alejamos de aquello á que nos impele nuestro natural apetito. Todo el tiempo que andamos vagando, sin llevar otra guia más que el estruendo y vocería de los distraidos, que nos llama á diversas acciones, se consume entre errores nuestra vida, que es breve, cuando de dia y de noche se ocupa en buenas obras. Determinemos, pues, á dónde y por dónde hemos de caminar, y no vamos sin adalid que tenga noticia de la parte á que se encamina nuestro viaje; porque en esta peregrinacion no sucede lo que en otras, en que los términos y vecinos, siendo preguntados, no dejan errar el camino; pero en ésta, el más trillado y más frecuentado es el que más engaña. En ninguna cosa, pues, se ha de poner mayor cuidado que en no ir siguiendo á modo de ovejas las huellas de los que van delante, sin atender á dónde se va, sino por dónde se va; porque ninguna cosa nos enreda en mayores males que el dejarnos llevar de la opinion, juzgando por bueno lo que por consentimiento de muchos hallamos recibido, siguiendo su ejemplo, y gobernándonos, no por razon, sino por imitacion; de que resulta el irnos atropellando unos á otros, sucediendo lo que en las grandes ruinas de los pueblos, en que ninguno cae sin llevar otros muchos tras sí, siendo los primeros ocasion de la pérdida de los demas. Esto mismo verás en el discurso de la vida, donde ninguno yerra para sí sólo, sino que es autor y causa de que otros yerren, siendo dañoso arrimarse á los que van delante. Porque donde cada uno se aplica más á cautivar su juicio que á hacerle, nunca se raciocina, siempre se cree; con lo cual el error, que va pasando de mano en mano, nos trae en torno hasta despeñarnos, destruyéndonos con los ejemplos ajenos. Si nos apartáremos de la turba, cobrarémos salud, porque el pueblo es acérrimo defensor de sus errores contra la razon; sucediendo en esto lo que en las elecciones, en que los electores, cuando vuelve sobre sí el débil favor, se admiran de los jueces que ellos mismos nombraron. Lo mismo que ántes aprobamos, venimos á reprobar. Que esto fin tienen todos los negocios donde se sentencia por el mayor número de votos.

CAPÍTULO II.

Cuando se trata de la vida bienaventurada, no es justo me respondas lo que de ordinario se dice cuando se vota algun negocio: «Esto siente la mayor parte;» pues por esa razon es lo peor, porque no están las cosas de los hombres en tan buen estado, que agrade á los más lo que es mejor, ántes es indicio de ser malo el aprobarlo la turba. Busquemos lo que se hizo bien, y no lo que está más usado; lo que nos coloque en la posesion de eterna felicidad, y no lo que califica el vulgo, errado investigador de la verdad. Y llamo vulgo, no sólo á los que visten ropas vulgares, sino tambien á los que las traen preciosas, porque yo no miro las colores de que se cubren los cuerpos, ni para juzgar del hombre doy crédito á los ojos; otra luz tengo mejor y más segura, con que discernir lo falso de lo verdadero. Los bienes del ánimo sólo el ánimo los ha de hallar, y si éste estuviere libre para poder respirar y retirarse en sí mismo, oh cómo encontrará con la verdad, y atormentado de sí mismo, confesará y dirá: «Quisiera que todo lo que hasta ahora hice, estuviera por hacer, porque cuando vuelvo la memoria á todo lo que dije, me rio en muchas cosas de ello; todo lo que codicié, lo atribuyo á maldicion de mis enemigos. Todo lo que temí (¡oh dioses buenos!) fué mucho ménos riguroso de lo que yo habia pensado. Tuve amistad con muchos, y del aborrecimiento volví á la gracia (si es que la hay entre los malos), y hasta ahora no tengo amistad conmigo. Puse todo mi cuidado en

(1) Don José Rodriguez de Castro escribe en su *Biblioteca española*, tomo II: «El (libro) *De vita beata* le dedicó Séneca á su hermano Novato, cuando ya habia tomado por la adopcion los nombres de Junio Anneo Galion; y con pretexto de tratar de este asunto y dar á su hermano los consejos más saludables para tener una vida feliz y tranquila, hace por sí una bella apología contra los que sentian mal de su conducta y de que poseyese tantas riquezas; especialmente desde el capítulo XXVIII en adelante, en que de intento habla de este punto; y advirtiendo Justo Lipsio que este libro está incompleto, separó del capítulo XXVIII de él todo lo que se le habia agregado en sus ediciones, y lo publicó separadamente, como fragmento de algun otro libro, con el título *De otio aut secessu sapientis*. De este libro dice Barthio, citado por don Nicolás Antonio, «ser el más excelente que tenemos, despues de los de la sagrada Escritura, los cuales toca tan inmediatamente, que parece haberlos leido.»

Nótese, entre los juicios críticos que preceden en este tomo á las obras de Séneca, lo que el sabio obispo de Búrgos don Alonso de Cartagena escribia al rey don Juan el Segundo.

levantarme sobre la muchedumbre, haciéndome notable con alguna particular calidad, ¿y qué otra cosa fué esto, sino exponerme á las flechas de la envidia, y descubrir al ódio la parte en que me podria morder? ¿Ves tú á éstos que alaban la elocuencia, que siguen las riquezas, que lisonjean la privanza y ensalzan la potencia? Pues ó todos ellos son enemigos, ó juzgándolo con más equidad, lo podrán venir á ser, porque al paso que creciere el número de los que se admiran, ha de crecer el de los que envidian.»

CAPÍTULO III.

Ando buscando con cuidado alguna cosa que yo juzgue ser buena para el uso, y no para la ostentacion, porque éstas que se miran con cuidado y nos hacen detener, mostrándolas los unos á los otros con admiracion, aunque en lo exterior tienen resplandor, son en lo interior miserables. Busquemos algo que sea bueno, no en la apariencia, sino sólido y macizo, y en la parte interior hermoso. Alcancémoslo, que no está muy léjos, y con facilidad lo hallarás si atendieres á la parte á que has de extender la mano; porque ahora pasamos por las cosas que nos están cercanas, como los que andan á obscuras, tropezando en lo mismo que buscan. Pero para no llevarte por rodeos, dejaré las opiniones de otros, por ser cosa prolija el referirlas y refutarlas. Admite la nuestra; y cuando te digo la nuestra, no me ato á la de alguno de los principales estoicos; que tambien tengo yo libertad para hacer mi juicio. Finalmente, seguiré alguno de ellos, á otro compeleré á que divida su opinion, y por ventura despues de estar llamado y citado de todos, no reprobaré cosa alguna de lo que nuestros pasados decretaron, ni diré: «Esto siento de más;» y en el ínterin, siguiendo la opinion comun de los estoicos, me convengo con la naturaleza, por ser sabiduría el no apartarnos de ella, formándonos por sus leyes y ejemplo. Será, pues, bienaventurada la vida en lo natural, que se conformáre con su naturaleza, lo cual no se podrá conseguir si primero no está el ánimo sano y con perpétua posesion de salud. Conviene que sea vehemente, fuerte, gallardo, sufridor y que sepa ajustarse á los tiempos, siendo circunspecto en sí y en todo lo que le tocáre, pero sin demasía. Ha de ser asimismo diligente en todas las cosas que instruyen la vida, usando de los bienes de la fortuna sin causar admiracion á otros y sin ser esclavo de ella. Y aunque yo no lo añada, sabes tú que á esto se seguirá una perpétua tranquilidad y libertad, dando de mano á las cosas que nos alteran ó atemorizan, porque en lugar de los deleites, y las demas cosas que en los mismos vicios son pequeñas, frágiles y dañosas, sucederá una grande alegría incontrastable, una paz acompañada de concordia de ánimo y una grandeza adornada de mansedumbre, porque todo lo que es fiereza se origina de enfermedad.

CAPÍTULO IV.

Podrá asimismo difinirse nuestro bien de otra manera, comprehendiéndose en la misma sentencia, aunque no en las mismas palabras. Al modo que un mismo ejército unas veces se esparce con mayor latitud, y otras se estrecha y reduce á más angosto sitio; unas se pone en forma de media luna, otras se muestra en recta y descubierta frente; pero de cualquier manera que se forme, consta de las mismas fuerzas y está con el mismo intento para acudir á la parcialidad que sigue. Así la definicion del sumo bien puede unas veces extenderse, y estrecharse otras; con lo cual vendrá á ser lo mismo decir que el sumo bien es un ánimo que estando contento con la virtud, desprecia las cosas que penden de la fortuna, ó que es una invencible fortaleza de ánimo, sabidora de todas las cosas, agradable en las acciones, con humanidad y estimacion de los que le tratan. Quiero, pues, que llamemos bienaventurado al hombre que no tiene por mal ó por bien sino el tener bueno ó malo el ánimo, y al que siendo venerador de lo bueno y estando contento con la virtud, no le ensoberbecen ni abaten los bienes de la fortuna, y al que no conoce otro mayor bien que el que se pueda dar á sí mismo, y al que tiene por sumo deleite el desprecio de los deleites. Y si tuvieres gusto de esparcirte más, podrás con entera y libre potestad extender este pensamiento á diferentes haces; porque ¿cuál cosa nos puede impedir el llamar dichoso, libre, levantado, intrépido y firme al ánimo que está exento de temor y deseos, teniendo por sumo bien á la virtud y por solo mal á la culpa? Todo lo demas es una vil canalla, que ni quita ni añade á la vida bienaventurada, yendo y viniendo sin causar al sumo bien aumento ni diminucion. Forzoso es que al que está tan bien fundado (quiera ó no quiera) se le siga una contínua alegría y un supremo gozo, venido de lo alto, porque vive contento con sus bienes, sin codiciar cosa fuera de sí. ¿Por qué, pues, no ha de poner en balanza estas cosas con los pequeños, frívolos y poco perseverantes movimientos del cuerpo, siendo cierto que el mismo dia que se hallare en deleite, se hallará en dolores?

CAPÍTULO V.

¿No echas de ver en cuán mala y perniciosa esclavitud servirá aquel á quien alternadamente poseyeren ó ya los deleites ó ya los dolores, dueños inciertos y de flacas fuerzas? Conviene, pues, buscar la libertad, y ninguna otra cosa la da sino el desprecio de la fortuna, de que nace un inestimable bien, que es la quietud del ánimo, colocado en lugar seguro, y una sublimidad y un gozo inmóvil, que tiene su orígen de conocer la quietud y latitud del ánimo, de quien recibe deleites, no como bienes, sino como nacidos de su bien. Y porque he comenzado á mostrarme liberal, digo que tambien puede llamarse bienaventurado aquel que por beneficio de la razon ha llegado á no desear y á no temer; pues aunque las piedras y los animales carecen de temor y tristeza, nadie los llamó dichosos, faltándoles el conocimiento de la dicha. En el mismo número puedes contar y poner aquellos hombres á quien su ruda naturaleza y el no tener conocimiento de sí los ha reducido al estado de los brutos, sin que haya diferencia de los unos á los otros, pues si aquellos carecen de razon, estos otros la tienen mala, siendo sólo diligentes

para su propio daño. Y ninguno que estuviere apartado de la verdad se podrá llamar bienaventurado, y sólo lo será el que tuviere la vida estable y firme y en juicio cierto y recto, porque el ánimo estará entónces limpio y libre de todos males, cuando no sólo se apartáre de las heridas, sino tambien de las escaramuzas, esperando á pié quedo á defender el puesto que se le encargó, aunque se le muestre airada y contraria la suerte. Porque aunque el deleite se extienda por todas partes, y por todas las vias influya y con halagos ablande el ánimo y saque de unas caricias y otras, con que solicite todos nuestros sentidos, ¿cuál de los mortales, en quien se halle rastro de hombre, habrá quien quiera que el deleite esté de dia y de noche haciéndole cosquillas, para que desamparando el ánimo, venga á servir á las comodidades del cuerpo?

CAPÍTULO VI.

Diráme alguno que tambien el ánimo ha de tener sus deleites. Téngalos en buen hora, y siéntese á ser juez árbitro de la lujuria y los demas pasatiempos, y llénese de todo aquello que suele deleitar los sentidos; ponga despues los ojos en las cosas pasadas, y acordándose de los antiguos entretenimientos, alégrese de ellos, acérquese á los futuros, disponga sus esperanzas, y miéntras su cuerpo está enviciado en la golosina presente, ponga los pensamientos en lo que espera, que con sólo esto lo juzgo por el más desdichado, siendo frenesí abrazar los males en lugar de los bienes. Ninguno sin salud es bien afortunado, y no la tiene el que en vez de lo saludable apetece lo dañoso. Será, pues, bienaventurado el que en su juicio recto y el que se contentáre con lo que posee, teniendo amistad con su estado, y aquel á quien la razon guiáre en sus acciones. Advierte en cuán torpe lugar pusieron el sumo bien los que dijeron lo era el deleite; y con todo eso, niegan el poderlo apartar de la virtud, y dicen que ninguno que viva bien puede dejar de vivir con alegría; que el que vive en alegría, vive juntamente con bien. Yo no veo cómo se puedan unir cosas tan diversas. Decidme, ¿en qué fundais que no puede separarse la virtud del deleite? ¿Es, por ventura, porque todo principio de bien nace de la virtud? Pues tambien de sus raíces nacen las cosas que vosotros amais y apeteceis, y si no fuesen distintas, no veriamos que algunas son deleitables, y no buenas, y otras que, siendo buenas, se han de buscar por asperezas y dolores.

CAPÍTULO VII.

Añade tambien que el deleite alcanza á la más torpe vida, y la virtud no admite esta compañía, y que hay algunos que teniendo deleites son infelices, y ántes de tenerlos les nace el serlo, lo cual nos sucederia si el deleite se mezclase con la virtud, careciendo ella muchas veces de él, sin jamas necesitar de su compañía. ¿Para qué, pues, haces union de lo que no sólo no es semejante, ántes es diverso? La virtud es una cosa alta, excelsa, real é infatigable; el deleite es abatido, servil, débil y caduco, cuya morada son los burdeles y bodegones. A la virtud siempre hallarás en el templo, en los consejos, y en los ejércitos defendiendo las murallas, llena de polvo, encendida y con las manos llenas de callos. Hallarás al deleite escondiéndose y buscando las tinieblas, ya en los baños, ya en las estufas, y en los lugares donde se recela la venida del juez. Hallarásle flaco, débil y sin fuerzas, humedecido en vino y en ungüentos, descolorido, afeitado y asqueroso con medicamentos. El sumo bien es inmortal, no sabe irse si no le echan; no causa fastidio ni arrepentimiento, porque el ánimo recto jamas se altera, ni se aborrece, ni se muda, porque sigue siempre lo mejor. El deleite, cuando está dando más gusto, entónces se acaba, y como tiene poca capacidad, hínchese presto y causa fastidio, marchitándose al primer ímpetu, sin que se pueda tener seguridad de lo que está en continuo movimiento. Y así, no puede tener subsistencia lo que con tanta celeridad viene y pasa, para acabarse con el uso, terminándose donde llega, y caminando á la declinacion cuando comienza.

CAPÍTULO VIII.

Pues ¿qué dirémos si en los buenos y en los malos hay deleite, y no alegra ménos á los torpes la culpa que á los buenos la virtud? Y por esta causa nos aconsejaron los antiguos que siguiésemos la vida virtuosa, y no la deleitable; de tal modo, que el deleite no sea la guia, sino un compañero de la ajustada voluntad. La naturaleza nos ha de guiar; á ésta obedece la razon, y con ella se aconseja, segun lo cual, es lo mismo vivir bien que vivir conforme á los preceptos de la naturaleza. Yo declararé cómo ha de ser esto: si miráremos con recato y sin temor los dotes del cuerpo y las cosas ajustadas á la naturaleza, juzgándolos como bienes transitorios y dados para sólo un dia, y si no entráremos á ser sus esclavos, ni tuvieren posesion de nosotros; si los que son deleitables al cuerpo, y los que vienen de paso, los pusiéremos en el lugar en que suelen ponerse en los ejércitos los socorros y la caballería ligera. Estos bienes sirvan, y no imperen; que con esto serán útiles al ánimo. Sea el varon incorrupto, y sin dejarse vencer de las cosas externas, sea estimador de sí mismo. Sea artífice de su vida, disponiéndose á la buena y mala fortuna; no sea su confianza sin sabiduría, y sin constancia persevere en lo que una vez eligiere, sin que haya cosa que se borre en sus determinaciones. Tambien se debe entender, aunque yo no lo diga, que este varon ha de ser compuesto, concertado, magnífico y cortés; ha de tener una verdadera razon asentada en los sentidos, tomando de ella los principios, porque no hay otros en que estribar, ni donde se tome la carrera para llegar á la verdad y volver sobre sí. Porque tambien el mundo, que lo comprehende todo, y Dios, que es el gobernador del universo, camina y vuelve á las cosas exteriores. Haga nuestro ánimo lo mismo, y cuando habiendo seguido sus sentidos hubiere pasado á las cosas externas, tenga autoridad en ellas y en sí, y (para decirlo en este modo) eche prisiones al sumo bien; que de esta suerte se hará una fortaleza y una potestad concorde, de la cual nacerá una razon fija, no

desconfiada, ni dudosa en las opiniones ni en las doctrinas ni en la persuasion de sí mismo; y cuando ésta se dispone y se ajusta en sí, y (por decirlo en una palabra) cuando hiciere consonancia, habrá llegado á conseguir el sumo bien, porque entónces no le queda cosa mala ni repentina, ni en que encuentre ó con que vacile. Hará todas las cosas por su imperio, y ninguna impensadamente; lo que hiciere le saldrá bien con facilidad y sin repugnancia; porque la pereza y la duda dan indicios de pelea y de inconstancia. Por lo cual, con osadía has de defender que el sumo bien es una concordia del ánimo, y que las virtudes están donde hubiere conformidad y unidad, y que los vicios andan siempre en contínua discordia.

CAPÍTULO IX.

Dirásme que no por otra razon reverencio la virtud, sino porque de ella espero algun deleite. Lo primero, digo que aunque la virtud da deleite, no es esa la causa por que se busca; que no trabaja para darle, si bien su trabajo, aunque mira á otros fines, da tambien deleite, sucediendo lo que á los campos, que estando arados para las mieses, dan tambien algunas flores, y aunque éstas deleitan la vista, no se puso para ellas el trabajo; que otro fué el intento del labrador, y sobrevínole éste. De la misma manera el deleite no es paga ni causa de la virtud, sino una añadidura, y no agrada porque deleita, sino deleita porque agrada. El sumo bien consiste en el juicio y en el hábito de la buena intencion, que en llenando el pecho y en ciñéndose en sus términos, viene á estar en perfeccion sin desear otra cosa alguna; porque, como no hay cosa que esté fuera del fin, tampoco la hay fuera del todo; y así, yerras cuando preguntas qué cosa es aquella por quien busco la virtud, que eso sería buscar algo sobre lo supremo. Pregúntasme qué pido á la virtud? Pido la misma virtud, porque ella no tiene otra cosa que sea mejor, y es la paga de sí misma. Dirásme: ¿pues esto poco es cosa tan grande? ¿No te he dicho que el sumo bien es un vigor inquebrantable del ánimo, que es una providencia, una altura, una salud, una libertad, una concordia y un decoro? ¿Cómo, pues, quieres haya otra cosa mayor á quien éstas se refieran? ¿Por qué me nombras el deleite? que yo busco el bien del hombre, no el del vientre, pues éste le tienen mayor los ganados y las bestias.

CAPÍTULO X.

Disímulas (dice) lo que yo digo, porque niego que pueda vivir alguno con alegría si no vive juntamente con virtud; y esto no puede suceder á los animales mudos, que miden su felicidad con la comida. Clara y abiertamente testifico que esta vida que llamo alegre no puede conseguirse sin juntarle la virtud. Tras esto, ¿quién ignora que de esos vuestros deleites estén llenos los ignorantes, y que abunda la maldad en muchas cosas alegres, y que el mismo, ánimo no sólo nos pone sugestion en malos generos de deleites, sino en la muchedumbre de ellos? Cuanto á lo primero, nos pone la insolencia y la demasiada estimacion propia, la hinchazon, que nos levanta sobre los demas; el amor impróbido y ciego á nuestras cosas, las riquezas transitorias, la alegría nacida de pequeñas y pueriles causas, la dicacidad y locuacidad, la soberanía, que con ajenos vituperios se alegra; la pereza y flojedad de ánimo, dormido siempre para sí. Todas estas cosas destierra la virtud y amonesta los oidos, y ántes de admitir los deleites, los examina, y áun de los que admite hace poca estimacion, alegrándose, no con el uso, sino con la templanza de ellos. Luego si ésta disminuye los deleites, vendrá á ser injuria del sumo bien. Tú abrazas el deleite, yo le enfreno; tú le disfrutas, yo le gozo; tú le tienes por sumo bien, yo ni áun le juzgo por bien; tú haces todas las cosas en órden al deleite, yo ninguna. Y cuando digo que no hago cosa alguna en órden al deleite, hablo en persona de aquel sabio á quien sólo concedes el deleite.

CAPÍTULO XI.

Y no llamo sabio á aquel sobre quien tiene imperio cualquier cosa, cuanto más si le tiene el deleite, porque el poseido de él ¿cómo podrá resistir al trabajo, al peligro, á la pobreza y á tantas amenazas que alborotan la vida humana? ¿Cómo sufrirá la presencia de la muerte, cómo la del dolor, cómo los estruendos del mundo, y cómo resistirá á los ásperos enemigos, si se deja vencer de tan flaco contrario. Éste hará todo lo que le aconsejáre el deleite. Atiende, pues, y verás cuántas cosas le aconseja. Dirásme que no le podrá persuadir cosa torpe, por estar unido á la virtud. ¿No tornas á echar de ver las calidades del sumo bien, y las guardas de que necesita para serlo? ¿Cómo podrá la virtud gobernar al deleite si le sigue, pues el seguir es accion del que obedece, y gobernar del que impera? A las espaldas poneis al que manda? Gentil oficio dais á la virtud, haciendo que sea repartidora de deleites. Con todo eso, hemos de averiguar si en éstos que tratan tan afrentosamente á la virtud, hay alguna virtud, la cual no podrá conservar su nombre si se rindió. Miéntras hablamos de esta materia, podré mostrarte muchos que han estado sitiados de sus deleites, por haber derramado en ellos la fortuna sus dádivas, siendo forzoso me confieses fueron malos. Pon los ojos en Nomentano y Numicio, que andaban (como éstos dicen) buscando los bienes del mar y de la tierra, reconociéndose en sus mesas animales de todas las provincias del orbe; míralos que desde sus lechos están atendiendo á sus glotonerías, deleitando los oidos con músicas, los ojos con espectáculos y el paladar con guisados. Pues advierte que todo su cuerpo está desafiado de blandos y muelles fomentos, y porque las narices no estén holgando, se inficiona con varios hedores aquel lugar donde se hacen las exequias á la lujuria. Podrás decirme de éstos que viven en deleites, pero no que lo pasan bien, pues no gozan de bien.

CAPÍTULO XII.

Dirás que les irá mal porque intervienen muchas cosas que les perturban el ánimo, y las opiniones entre sí encontradas les inquietan la mente. Confieso que esto

es así; mas con todo eso, siendo ignorantes y desiguales y sujetos á los golpes del arrepentimiento, reciben grandes deleites; de suerte que es forzoso confesar, están tan léjos del disgusto cuanto del buen ánimo, sucediéndoles lo que á muchos, que pasan una alegre locura y con risa se hacen frenéticos. Pero al contrario, los entretenimientos de los sabios son detenidos y modestos, y como encarcelados y casi incomprehensibles, porque ni son llamados, ni cuando ellos se vienen son tenidos en estimacion, ni son recibidos con alegría de los que los gozan, porque los mezclan é intrometen en la vida como juego y entretenimiento en las cosas graves. Dejen, pues, de unir lo que entre sí no tiene conveniencia, y de mezclar con la virtud el deleite; que eso es lisonjear con todo género de males al vicio, con lo cual el distraido en deleites y el siempre vago y embriagado, viendo que vive con ellos, piensa que asimismo vive con virtud, por haber oido que no puede estar separado de ella el deleite, y con esto intitula á sus vicios con nombre de sabiduría, sacando á luz lo que debiera estar escondido; con lo cual frecuenta sus vicios, no impelido de la doctrina de Epicuro, sino porque, entregado á sus culpas, las quiere esconder en el seno de la filosofía, concurriendo á la parte donde oye alabar los deleites. Y tengo por cierto que no hacen estimacion del deleite de Epicuro (así lo entiendo) por ser seco y templado, sino que solamente se acogen á su amparo y buscan su patrocinio, con lo cual pierden un solo bien que tenian en sus culpas, que era la vergüenza, y así alaban aquello de que solian avergonzarse, y gloríanse del pecado, sin que á la juventud le queden fuerzas para levantarse, desde que á la torpe ociosidad se le arrimó un honroso nombre.

CAPÍTULO XIII.

Por esta razon es dañosísima la alabanza del deleite, porque los preceptos saludables están encerrados en lo interior, y lo aparente es lo que daña. Mi opinion es (diréla aunque sea contra el gusto de nuestros populares), que lo que enseñó Epicuro son cosas santas y rectas, y áun tristes si te acercares más á ellas, porque aquel deleite se reduce á pequeño y débil espacio, y la ley que nosotros ponemos á la virtud, la puso él al deleite, porque le manda que obedezca á la naturaleza, para la cual es suficiente lo que para el vicio es poco. Pues en qué consiste esto? En que aquel (séase quien se fuere) que llama felicidad al abatido ocio, y al pasar de la gula á la lujuria, busca buen autor á cosa que es de suyo mala, y miéntras se halla inducido de la blandura del nombre, sigue el deleite; pero no es el que oye, sino el que él trae, y como comienza á juzgar que sus vicios son conformes con las leyes, entrégase á ellos, no ya tímida ni paliadamente, sino en público y sin velo, y dase á la lujuria sin cubrirse la cabeza. Así que, yo no digo lo que muchos de los nuestros, que la secta de Epicuro es maestra de vicios, ántes afirmo que está desacreditada é infamada sin razon, y esto nadie lo puede saber sin ser admitido á lo interior de ella. El frontispicio da motivo á la mentira y convida á esperanzas malas. Esto es como ver un varon fuerte en traje de mujer; miéntras te durare la vergüenza, estará segura la virtud, y para ninguna deshonestidad estará desocupado tu cuerpo; en tus manos está el pandero. Elíjase, pues, un honesto título y una inscripcion que levante el ánimo á repeler aquellos vicios, que al instante que vienen le enervan las fuerzas. Cualquiera que se llega á la virtud da esperanzas de generosa inclinacion, y el que sigue el deleite descubre ser flaco y que degenera, y que ha de parar en cosas torpes si no hubiere quien le distinga los deleites, para que conozca cuáles son los que le han de tener dentro del natural deseo, y cuáles los que le han de despeñar; que siendo éstos infinitos, cuanto más se llenan, están más incapaces de llenarse. Ea, pues, vaya la virtud delante, y serán seguros todos los pasos. El deleite, si es grande, daña; pero en la virtud no hay que temer la demasía; porque en ella misma se encierra el modo, porque no es bueno aquello que con su propia grandeza padece.

CAPÍTULO XIV.

Verdaderamente os ha caido en suerte una naturaleza adornada de razon; y así, ¿qué cosa se os puede proponer mejor que ella? Si os agrada el deleite, sea añadidura de la virtud; y si teneis inclinacion de ir con acompañamiento á la vida feliz, vaya delante la virtud, vaya detras de ella el deleite, y siga como la sombra al cuerpo. Hubo algunos, que siendo la virtud cosa tan excelente, la entregaron por esclava al deleite. Al ánimo capaz no hay cosa que sea grande; sea la virtud la primera, lleve el estandarte, y con todo eso, tendrémos deleite, si siendo dueños de él le templáremos. Algo habrá que nos incite, pero nada que nos compela, y al contrario, los que dieron el primer lugar al deleite carecieron de entrambas cosas, porque pierden la virtud y no consiguen el deleite, ántes ellos son poseidos de él; con cuya falta se atormentan y con cuya abundancia se ahogan; siendo desdichados si no lo tienen, y más desdichados si los atropella; sucediéndoles lo que á los que se hallan en el mar de los Sirtes, que unas veces se ven en la arena seca, y otras fluctuando con la corriente de las ondas; y esto les acontece, ó por demasiada destemplanza ó por ciego amor de las cosas. Que al que en lugar de lo bueno codicia lo malo, el conseguirlo le viene á ser peligroso, como cuando cazamos las fieras con peligro y trabajo, y despues de cogidas, nos es cuidadosa su posesion, y tal vez despedazan al que las cazó. Así los que gozan de grandes deleites vienen á parar en grandes males, que siendo poseidos, se apoderan del poseedor, y cuanto son ellos mayores, es menor el que los goza; con que viene á ser esclavo aquel á quien el vulgo llama feliz. Quiero proseguir en esta comparacion, diciendo que al modo que el cazador anda buscando las cuevas de las fieras, haciendo grande aprecio de cogerlas en los lazos, cercando con perros los espesos bosques para hallar sus huellas, y para esto falta á cosas mas importantes y desampara sus más legítimas ocupaciones; así el que sigue los deleites lo pospone todo y desprecia su primera libertad, trocándola por el gusto del vientre; y este tal no compra los deleites, ántes él mismo es el que se vende á ellos.

CAPÍTULO XV.

Diráme alguno, ¿qué cosa prohibe que no puedan unirse la virtud y el deleite, y hacer un sumo bien, de modo que una misma cosa sea honesta y deleitable? Porque la parte de lo honesto no puede dejar de ser juntamente deleitable, ni el sumo bien puede gozar de su sinceridad, si viere en sí cosa disímil de lo mejor, y el gozo que se origina de la virtud, aunque es bueno, no es parte de bien absoluto, como no lo son la alegría y la tranquilidad, aunque nazcan de hermosísimas causas; porque éstos son bienes que siguen al sumo bien, pero no le perficionan. Y así, el que injustamente hace union del deleite y la virtud con la fragilidad de un bien, debilita el vigor del otro, y pone en servidumbre la libertad, que fuera invencible si no juzgára habia otra cosa más preciosa; porque con esto viene á necesitar de la fortuna, que es la mayor esclavitud, y luégo se le sigue una vida congojosa, sospechosa, cobarde, temerosa y pendiente de cada instante de tiempo. Tú, que haces esto, no das á la virtud fundamento inmóvil y sólido, ántes quieres que esté en lugar mudable; porque ¿qué cosa hay tan inconstante como la esperanza de lo fortuito y la variedad de las cosas que aficionan al cuerpo? ¿Cómo podrá éste obedecer á Dios y recibir con buen ánimo cualquiera suceso, sin quejarse de los hados? ¿Y cómo será benigno intérprete de los acontecimientos, si con cualesquier picaduras de los deleites se altera? ¿Cómo podrá ser buen amparador y defensor de su patria y de sus amigos, el que se inclina á los deleites? Póngase, pues, el sumo bien en lugar donde con ninguna fuerza pueda ser derribado, y donde no tengan entrada el dolor, la esperanza, el temor, ni otra alguna cosa que deteriore su derecho; porque á tan grande altura sola puede subir la virtud, y con sus pasos se ha de vencer esta cuesta; ella es la que estará fuerte y sufrirá cualesquier sucesos, no sólo admitiéndolos, sino deseándolos; conociendo que todas las dificultades de los tiempos son ley de la naturaleza, y como buen soldado, sufrirá las heridas, contará las cicatrices, y atravesado con las picas, amará, muriendo, al emperador, por cuya causa muere, teniendo en el ánimo aquel antiguo precepto, *amar á Dios*. Pero el que se queja, llora y gime, y hace forzado lo que se le manda, viene compelido á la obediencia; pues ¿qué locura es querer más ser arrastrado que seguir con voluntad? Tal, por cierto, como sería ignorancia de tu propio ser el dolerte y lamentarte de que te sucedió algun caso acerbo, ó admirarte igualmente, ó indignarte de aquellas cosas que suceden así á los buenos como á los malos, cuales son las enfermedades, las muertes y los demas accidentes que acometen de través á la vida humana. Todo lo que por ley universal se debe sufrir, se ha de recibir con gallardía de ánimo; pues el asentarnos á esta milicia, fué para sufrir todo lo mortal, sin que nos turbe aquello que el evitarlo no pende de nuestra voluntad. En reino nacimos, y el obedecer á Dios es libertad.

CAPÍTULO XVI.

Consiste, pues, la verdadera felicidad en la virtud; y qué te aconsejará ésta? Que no juzgues por bien ó por mal lo que te sucediere sin virtud ó sin culpa, y que despues de esto, seas inmóvil del bien para el mal, y que en todo lo posible imites á Dios. Y por esta pelea, ¿qué se te promete? Cosas grandes, iguales á las divinas: á nada serás forzado, de ninguna cosa tendrás necesidad; serás libre, seguro y sin ofensa; ninguna cosa intentarás en vano; en ninguna hallarás estorbo; todo saldrá conforme á tus deseos; no te sucederá cosa adversa, y ninguna contra tu opinion ó contra tu voluntad. Pues qué diremos? ¿Es por ventura la virtud perfecta y divina suficiente para vivir dichosamente? Pues ¿por qué no lo ha de ser? Ántes es superabundante, porque ninguna cosa le hace falta al que vive apartado de los deseos de ellas, porque ¿de qué puede necesitar aquel que lo juntó todo en sí? Mas, con todo eso, el que camina á la virtud, aunque se haya adelantado mucho, necesita de algun halago de la fortuna miéntras lucha con las cosas humanas y miéntras se desata el lazo de la mortalidad. Pues en qué está la diferencia? En que los unos están asidos, presos y amarrados, y el que se encaminó á lo superior, levantándose más alto, trae la cadena más larga, y aunque no está de todo punto libre, pasa la plaza de libre.

CAPÍTULO XVII.

Así que, si alguno de estos que *agavillados* ladran á la filosofía, me dijere lo que suelen: «¿Por qué hablas con mayor fortaleza de la que vives? ¿Por qué humillas tus palabras al superior? ¿Por qué juzgas por instrumento necesario el dinero? ¿Por qué te alteras con el daño? ¿Por qué lloras con las nuevas de la muerte de tu mujer ó tu amigo? ¿Por qué cuidas tanto de tu fama? Por qué te alteran las malas palabras? ¿Por qué tienes jardines con mayor adorno del que pide el natural uso? Por qué no comes con las leyes que das? Por qué tienes tan lucidas alhajas? ¿Por qué bebes vino de más años que los que tú tienes? ¿Por qué labras casas? ¿Por qué plantas arboledas para sólo hacer sombra? ¿Para qué trae tu mujer en sus orejas la hacienda de una casa rica? ¿Por qué das á tus criados tan costosas libreas? ¿Por qué has introducido que en tu casa sea ciencia el servir, haciendo que los aparadores se dispongan, no acaso, sino con arte? ¿Para qué tienes maestro de trinchar las aves?» Añade, si te parece: «¿Para qué tienes hacienda en la otra parte del mar? Para qué posees más de lo que conoces? ¿Por qué eres tan torpe ó tan descuidado, que no tienes noticia de tus pocos criados, ó vives tan desconcertadamente, que por tener tantos, no es suficiente tu memoria á conocerlos?» Yo ayudaré y esforzaré despues estos baldones que me das, y me haré otros muchos cargos más de los que tú me pones; pero por ahora te respondo, no como sabio, sino para dar pasto á tu mala voluntad, y no lo yerro: «Lo que de presente me pido á mí, no es el ser igual á los mejores, sino el ser mejor que los malos. Bástame el ir cercenando cada dia alguna parte de mis vicios y castigando mis culpas. No he llegado hasta ahora á la salud, ni llegaré tan presto; busco para la gota, ya que no remedios, á lo ménos fomentos que la disminuyan, contentándome con que

venga ménos veces y que me amenace ménos fiera; y así, comparado con la ligereza de vuestros piés, soy débil corredor.»

CAPÍTULO XVIII.

«No digo esto por mí, que me hallo en el golfo de todos los vicios, sino por el que tiene algo de bueno.» Dirásme que hablo de una manera, y vivo de otra. Esto mismo fué objetado por malísimas cabezas, y enemigas de los buenos, á Platon, á Epicuro y á Cenon, porque todos éstos hablaron, no como vivieron, sino como debieran vivir. «Yo no hablo de mí, sino de la virtud, y cuando digo injurias á los vicios, las digo en primer lugar á los mios. Cuando pudiere, viviré como convenga, y no me apartará de lo bueno esta malignidad teñida con mucho veneno, ni la ponzoña (que derramais en otros, con que os matais á vosotros mismos) me impedirá el perseverar en alabar la vida (no la que tengo, sino la que conozco debo tener), ni me hará dejar de adorar la virtud, ni de seguirla, aunque tras ella vaya arrastrando largo trecho. ¿He de esperar, por ventura, á que haya alguna cosa sin mezcla de malevolencia, de la cual no fueron reservados ni Rutilio ni Caton? ¿A quién no tendrán por demasiado rico los que tienen por poco pobre á Demetrio Cínico?» ¡Oh varon fuerte y guerreador contra todos los deseos de la naturaleza, y por esto más pobre que todos los Cínicos! Porque con haberse prohibido el poseer, se prohibió el pedir. Niegan que fué harto pobre, porque, como ves, no profesó la ciencia de la virtud, sino solamente la pobreza.

CAPÍTULO XIX.

Niegan que Diodoro, filósofo epicúreo (que en breves dias puso en su propia mano fin á su vida), hizo por doctrina de Epicuro el cortarse la garganta. Unos afirman que aquella accion fué locura, otros que temeridad; y él, entre estas opiniones, dichoso y lleno de buena conciencia, se dió á sí mismo testimonio de la vida pasada y de su loable edad, puesta ya en el puerto y echadas las áncoras, y entónces dijo lo que vosotros ois contra vuestra voluntad: «Viví, y pasé la carrera que me dió la fortuna.» Disputais vosotros de la vida de uno y de la muerte de otro, y como gozques cuando ven hombres conocidos, ladrais á la fama de algunos varones señalados por excelentes alabanzas, porque os conviene que nadie parezca bueno, como si la ajena virtud fuese baldon de vuestros vicios. Comparais, envidiosos, las cosas limpias con vuestras suciedades, sin atender con cuánto daño vuestro os atreveis. Porque, si decis que aquellos que siguen la virtud son avarientos, deshonestos y ambiciosos, ¿qué sois vosotros, que aborreceis el mismo nombre de la virtud? ¿Negais haber quien ejecute lo que dice, y que no viven al modelo de lo que hablan? ¿De qué os maravillais, si dicen cosas valientes, grandes y exentas de las humanas tormentas, procurando desasirse de las cruces en que vosotros mismos habeis fijado vuestros clavos? y cuando son llevados á la muerte, pende cada uno de sola una cruz; pero aquellos que maltratan á sí mismos están en tantas, cuantos deseos tienen; y siendo mordaces, se muestran donairosos en afrenta ajena. Diérales yo crédito, á no ver que algunos de ellos, puestos en el suplicio, escupieron á los que los miraban.

CAPÍTULO XX.

No cumplen los filósofos lo que dicen; pero, con todo eso, importa mucho lo que dicen y lo que con sana intencion conciben, porque si con los dichos igualáran los hechos, qué cosa pudiera haber para ellos más feliz? Miéntras llegan á esto, no es justo desprecies sus buenos consejos ni sus entrañas, llenas de buenos pensamientos; que el tratar de estudios saludables, premio merece, aunque no llegue á conseguirse el efecto. ¿De qué te maravillas, si no llegan á la cumbre los que emprendieron cosas arduas? Considera que aunque caigan, son, con todo, varones que, no mirando á las propias fuerzas, sino á las de la naturaleza, intentan acciones grandes, emprenden cosas altas, concibiendo en el ánimo empresas mayores de las que pueden hacer aún los que se hallan dotados de espíritu gallardo. ¿Qué persona hay que se haya propuesto á sí las razones siguientes? «Yo con el mismo rostro con que condenaré á otros á muerte, oiré la mia. Yo, fortificando el cuerpo con el ánimo, obedeceré á los trabajos, por grandes que sean. Yo con igualdad despreciaré las riquezas presentes como las ausentes; no me entristeceré de verlas en otro, ni me desvanecerá poseerlas. Yo no haré caso de que venga ó se ausente la fortuna; miraré todas las tierras como si fueran mias, y las mias como si fuesen de todos. Y finalmente, viviré como quien sabe que nació para los otros, y por esta razon daré gracias á la naturaleza, que con ningun otro medio pudo hacer mejor mi negocio, pues siendo yo uno solo, me hizo de todos, y con eso hizo que todos fuesen para mí. Todo lo que yo tuviere, ni lo guardaré con escasez, ni lo derramaré con prodigalidad, y juzgaré que ninguna cosa poseo mejor que lo que doy bien. No ponderaré los beneficios por el número ó peso, ni por otra alguna estimacion más que por la que tengo del que los recibe, y nunca juzgaré hay demasía en lo que se da al benemérito. No haré cosa alguna por la opinion; harélas todas por la conciencia. Creeré que lo que hago, viéndolo yo, lo hago siendo de ello testigo todo el pueblo. El fin de mi comida y bebida será sólo para cumplir la necesidad de la naturaleza, y no para henchir y vaciar el estómago. Seré agradable á mis amigos, suave y fácil á mis enemigos. Dejaréme vencer ántes de ser rogado, saldré al encuentro á las justificadas intercesiones. Sabré que todo el mundo es mi patria, y que los dioses presiden sobre mí, y que asisten cerca de mí para ser jueces de mis hechos y dichos; y cada y cuando que la naturaleza volviere á pedirme la vida ó la razon, la soltaré; saldré de ella, protestando que amé la buena conciencia y las buenas ocupaciones, y que á nadie disminuí su libertad, y ninguno disminuyó la mia.»

CAPÍTULO XXI.

El que propusiere, intentáre y quisiere hacer esto, hará su camino á los dioses; y si no llegáre á conseguirlo, caerá por lo ménos de intentos grandes. Pero vosotros,

que aborreceis la virtud y á los que la veneran, no haceis cosa nueva, porque los ojos enfermos siempre temen al sol, y los animales nocturnos huyen del dia claro, y entorpeciéndose con su salida, se van á encerrar en sus escondrijos, metiéndose en las aberturas de las peñas, temerosos de la luz. Gemid, ejercitad vuestra infeliz lengua en injurias de los buenos; instad y morded, que ántes os romperéis los dientes que hagais presa en ellos. Decís: «¿Por qué siendo aquel amador de la filosofía, pasa la vida tan rico? ¿Por qué nos enseña que se han de despreciar las riquezas, y las retiene, que se ha de desestimar la vida, y la conserva, que no se ha de amar la salud, y la procura con tanto cuidado, deseando la más robusta? ¿Por qué, diciendo que el destierro es un vano nombre, y que el mudar provincias no tiene cosa que sea mala, se envejece en la patria? ¿Por qué cuando juzga que no hay diferencia de la edad larga á la corta, procura (si no hay quien se lo impida) alargar la suya, viviendo contento con vejez larga?» Respóndoos que estas cosas se han de despreciar, no para no tenerlas, sino para que el tenerlas no sea con solicitud. No las desechará de sí, ántes cuando se le fueren las seguirá seguro. Porque, ¿en quién podrá depositar mejor la fortuna sus riquezas que en aquel que, cuando se las pidiere, se las volverá sin quejas? Cuando alababa Marco Caton á Curio y á Corruncano, y el siglo en que se juzgaba por crímen concerniente al censor el tener algunas pocas medallas de plata, poseia él cuatrocientos sextercios; ménos era sin duda de los que tenía Creso, pero muchos más de los que tuvo Caton censor. Y si se hace comparacion, se hallará que Marco Caton se aventajó en más cantidad á la que tuvo su abuelo, que en la que se aventajó á él Creso. Y si hubiera conseguido mayores riquezas, no las hubiera desechado; porque el sabio no se juzga indigno de cualesquier dádivas de la fortuna, y aunque admite las riquezas, no pone en ellas su amor, y no les da alojamiento en el ánimo, aunque se lo da en su casa, y despues de poseidas, si bien las desprecia, no las desecha, ántes las guarda, holgándose tener mayor materia para su virtud.

CAPÍTULO XXII.

¿Qué duda puede haber de que el varon sabio tendrá más ocasiones para mostrar su ánimo en las riquezas que en la pobreza? Porque en esta hay un solo género de virtud, que es no batirse ni rendirse. Pero las riquezas tienen un ancho campo en que poder espaciarse: en la templanza, en la liberalidad, en la diligencia, en la disposicion y en la magnificencia. El sabio, aunque sea de pequeña estatura, no hará desprecio de sí; pero, con todo eso, se holgará ser de gallardo talle, y cuando sea flaco de cuerpo y tuerto de un ojo, se tendrá por sano; pero no obstante esto, deseará tener mayor robustez. Y este deseo será con tal templanza, que aunque sabe que puede haber mayor salud, sufrirá la mala disposicion, codiciando la buena. Porque aunque hay algunas cosas que añaden poco á las sumas, y se pueden quitar sin daño del sumo bien, con todo eso, aumentan algo al perpétuo contento, que nace de la virtud. Aficionan y alegran las riquezas al sabio, al modo que al navegante el quieto y próspero viento, y el buen dia, y el lugar abrigado para las lluvias y frío. ¿Cuál de los sabios (de los nuestros hablo, para los cuales la virtud sola es el sumo bien) negará que estas cosas, que llamamos indiferentes, tienen en sí algo de estimacion, y que unas son mejores que otras? A unas de ellas se atribuye alguna parte de honor, á otras mucha. No yerres en esto, advirtiendo que las riquezas se reputan entre las cosas mejores. Dirásme: «¿Por qué, pues, te burlas de mí, si ellas tienen cerca de tí el mismo lugar que conmigo?» ¿Quieres que te desengañe de que no tienen el mismo lugar? Si á mí se me escaparen las riquezas, no me llevarán más que á sí mismas; pero si se te huyeren á tí, quedarás atónito, y juzgarás que has quedado sin tí. En mí llegarán á tener alguna estimacion, pero en tí la suprema; y finalmente, las riquezas serán mias, pero tú serás de las riquezas.

CAPÍTULO XXIII.

Deja, pues, de prohibir á los filósofos las riquezas, que nadie condenó á la sabiduría á que fuese pobre. Podrá el filósofo tener grandes riquezas; pero serán no quitadas á otros ni manchadas con sangre ajena; tendrálas, y serán adquiridas sin injuria de otros y sin ganancias suyas, y en él será igualmente buena la salida, como lo fué la entrada. Ninguno, sino el envidioso, gemirá por ellas; y por más que las exageres de que son grandes, has de confesar que son buenas; pues habiendo en ellas muchas cosas que todos deseáran fueran suyas, no se hallará alguna de que se pueda decir que lo es. El sabio no apartará de sí la benignidad de la fortuna, y no se desvanecerá ni se avergonzará con el patrimonio adquirido por medios lícitos, ántes tendrá de qué gloriarse si, haciendo patente su casa, y dando lugar á que en ella éntre toda la ciudad, pudiere pregonar que cada uno lleve lo que conociere ser suyo. ¡Oh varon grande, justamente rico, si conformaren las obras con el pregon, y si despues de haberlo pregonado, le quedaren todos los bienes que ántes tenía! Quiero decir, si con toda seguridad, habiendo admitido al pueblo al escrutinio de sus riquezas, no tuviere quien halle en su casa cosa de que poder echar mano. Este tal con osadía y publicidad podrá ser rico; y como el sabio no ha de permitir éntre por los umbrales de su casa un maravedí adquirido por malos medios, así tampoco repudiará ni desechará las grandes riquezas que fueren dádiva de la fortuna y fruto de la virtud. ¿Qué razon hay para que él mismo envidie el verlas colocadas en buen lugar? Vengan, pues, y sean admitidas; que ni hará jactancia de ellas, ni las esconderá; que lo primero es de ánimo ignorante, y lo otro de tímido y corto, como el del que tiene encerrado en el seno un gran tesoro. No conviene, pues, echarlos de su casa. Porque para hacerlo, qué les ha de decir? ¿Diráles por ventura: «Idos porque sois inútiles, ó porque me falta capacidad para usar de vosotras»? Sucederále lo que al que teniendo fuerzas para hacer su viaje á pié, holgaria más de hacerle en un coche. Así el sabio, si pudiere ser rico, holgará de serlo; pero tendrá á las riquezas como bienes ligeros y que con facilidad se vuelan, y no consentirá que para sí ni para otros sean pesadas. Qué dará? ¿Alargasteis las orejas para oirlo?

desembarazásteis el seno para recibirlo? Dará, pero será á los buenos ó á los que pudiere hacer buenos. Dará con sumo acuerdo, y para dar elegirá los más dignos, como aquel que sabe ha de dar cuenta de lo recibido y de lo gastado. Dará por causas justificadas, conociendo que las dádivas mal colocadas se cuentan entre las torpes pérdidas. Tendrá la bolsa fácil, pero no rota; de la cual saldrá mucho, sin que se caiga nada.

CAPÍTULO XXIV.

Yerra el que piensa que el dar es accion fácil; mucho tiene de dificultad el dar con juicio, y no derramar acaso y con ímpetu. Con las dádivas granjeo á éste, pago al otro; á éste socorro, de aquel me compadezco al otro adorno, haciendo que la pobreza no le destruya ni le tenga impedido. A algunos dejaré de dar aunque les falte, conociendo que por mucho que les dé, les ha de faltar; á otros les ofreceré, á otros colmaré. No podré en esto ser descuidado, porque nunca con mayor gusto hago obligaciones que cuando reparto dádivas. Dirásme pues: «¿Qué haces en eso, si das para volver á recibir, y nunca para pedir?» Aunque la dádiva se ha de poner en parte que no se haya de volver á pedir, hase de poner donde ella pueda volver. Colóquese el beneficio, como el tesoro, escondido en parte secreta, que no le saques sino es cuando la necesidad te obligáre. ¡Qué gran cosa es ver la casa de un varon rico! Cuántas ocasiones tiene de hacer bien! ¿Quién llama liberalidad la que sólo se hace con los togados? La naturaleza manda que ayudemos á los hombres; pues ¿qué importa sean esclavos ó libres, nobles ó libertinos, y que éstos lo sean ó por justa libertad ó por la dada entre amigos? Donde quiera que hay hombre, hay lugar de hacer beneficio. Podrá tambien distribuir su dinero dentro de su misma casa, y ejercitar en ella su liberalidad, la cual no se llama liberalidad porque se debe á los hombres libres, sino porque el dar sale siempre de ánimo libre; y nunca la ejercitan los sabios con personas torpes é indignas, ni jamas se halla tan agotada, que, si llegáre algun benemérito, deje de manar como si estuviera llena. No hay, pues, para qué sintais mal de lo que virtuosa, fuerte y animosamente dicen los amadores de la sabiduría. Y ante todas cosas, advertid que es diferente el ser amador de la sabiduría, ó haberla ya conseguido. El primero te dirá: «Yo hablo bien, pero hasta ahora estoy envuelto en muchos males; no me pidas que viva conforme á mi doctrina, cuando estoy formándome y levantándome para ser despues un grande dechado; si llegáre á conseguirlo, como lo he propuesto, pídeme entónces que correspondan los hechos con las palabras.» Pero el que ya llegó á conseguir la perfeccion del bien humano, tratará contigo de otra suerte, y te dirá que ante todas cosas no te tomes licencia de juzgar á los mejores que tú. Diráte asimismo: «A mí ya me ha tocado el desagradar á los malos, que es argumento de que no lo soy; pero para darte razon de cuán poca envidia tengo á ninguno de los mortales, escucha lo que te prometo y lo que á cada uno estimo. *Niego que las riquezas son bien*, porque si lo fueran, hicieran buenos, y como no se puede llamar bien el que asimismo le tienen los malos, niégoles este nombre.» Pero tras todo eso, confieso que se han de tener, y que son útiles, y que acarrean grandes comodidades á la vida.

CAPÍTULO XXV.

Pues ¿qué razon hay para no ponerlas entre los bienes? ¿y qué cosa les atribuyo más que vosotros, pues todos convenimos en que es bueno tenerlas? Oid, ponedme en una casa muy rica, y en ella mucho oro y plata para igual uso. No me estimaré por estas cosas, porque aunque están cerca de mí, están fuera de mí. Llevadme asimismo á pedir limosna á la puente de madera y apartadme entre los mendigos, que no me desestimaré por verme sentado entre los que extienden la mano al socorro. Porque al que no le falta la facultad de poder morirse, ¿qué le importa que le falte un pedazo de pan? Pues ¿qué culpa hay en desear más aquella casa rica que la miseria de la puente? Ponedme entre alhajas resplandecientes y delicadas, que no por eso, ni porque mis vestidos sean mas suaves, ni porque en mis convites se pongan *alfombras* de púrpura, me juzgaré más feliz, ni al contrario, me tendré por desdichado si reposáre mi cansada cerviz sobre un manojo de heno ó sobre lana circense, que se sale por las costuras de los viejos colchones. Pues ¿qué hay en esto? Que quiero más mostrar mi ánimo estando vestido con ropa pretexta que no con las espaldas desnudas. Para que todas las cosas me sucedan conformes á mis deseos, vengan unos parabienes tras otros; que no por eso tendré más agrado de mí. Múdese, al contrario, esta liberalidad del tiempo, y por una y otra parte sea combatido el ánimo, ya con varios acometimientos, sin que haya un instante sin quejas; que no por eso, metido entre miserias, me llamaré desdichado ni maldeciré el dia; porque yo tengo hecha prevencion para que ninguno me sea nublado. ¿Cómo ha de ser esto? Porque quiero más templar los gozos que enfrenar los dolores. Diráte Sócrates estas razones: «Hazme vencedor de todas las gentes, y desde el nacimiento del sol hasta Tébas me lleve triunfante el delicado coche de Baco; pídanme leyes los reyes de Persia; que con todo eso, cuando en todas partes me reverenciaren como á dios, conoceré que soy hombre.» Junta luégo á esta grande altura una precipitada mudanza, diciendo: «Que he de ser puesto en ajeno ataud, habiéndome de despojar de la pompa de soberbio y fiero vencedor, que no por eso iré más desconsolado, asido al ajeno coche, de lo que estuve en el mio; pero tras todo eso, deseo más vencer que ser cautivo. Yo despreciaré todo el reino de la fortuna; pero si me dieren á escoger, elegiré lo mejor de él. Todo lo que en mi poder entráre, se convertirá en bueno. Pero, con todo eso, quiero venga lo más suave y más deleitable, y lo que ha de dar menor vejacion al que lo hubiere de pasar.» No juzgues que hay alguna virtud sin trabajo, si bien hay algunas que necesitan de espuelas, y otras de frenos; al modo que el cuerpo, cuando baja algunas cuestas, se ha de ir [illegible] ndo, y cuando las sube, se ha de impeler; [illegible] tudes que bajan las

cuestas, y otras que las suben. ¿Podráse dudar que suben, forcejean y luchan, la paciencia, la fortaleza, la perseverancia, y cualquiera otra virtud de las que se oponen á las cosas ásperas y huellan á la fortuna? Y por ventura, ¿no es igualmente manifiesto que caminan cuesta abajo la liberalidad, la templanza y la mansedumbre? En éstas detenemos el ánimo para que no caiga, en las otras le exhortamos é incitamos. Arrimarémos, pues, á la pobreza las virtudes más valientes y las que acometidas son más fuertes; y á la riqueza, las más diligentes y las que, poniendo el paso deteniendo, sustentan su peso.

CAPÍTULO XXVI.

Hecha esta division, querria yo más para mí aquellas virtudes que puedo ejercitar con mayor tranquilidad que no las otras, cuyo trato es sangre y sudor. Luego yo (dirá el sabio) no vivo de diferente manera de la que hablo; vosotros sois los que entendeis lo contrario de lo que digo, porque á vuestros oidos llega solamente el sonido de las palabras, y no inquiris lo que significan. Dirásme, pues: ¿qué diferencia hay de mí, que soy ignorante, á tí, que eres sabio, si entrambos codiciamos tener mucho? Que las riquezas que tuviere el sabio estarán en esclavitud, y las que tuviere el ignorante, en imperio. El sabio no permite cosa alguna á las riquezas, y ellas os permiten á vosotros todas las cosas. Vosotros os acostumbrais y arrimais á ellas, como si hubiera alguno que os hubiera concedido su perpétua posesion. El sabio, cuando se halla en medio de las riquezas, medita más en la pobreza. El capitan general jamas confia tanto de la paz, que no se prevenga para la guerra; que si ésta no se hace, está por lo ménos intimada. A vosotros os desvanece la hermosa casa, como si no pudiera quemarse ó caerse. A vosotros os hacen insolentes las riquezas, como si estuvieran exentas de todos los peligros, y como si fueran tales, que faltáran fuerzas á la fortuna para consumirlas. Vosotros, estando ociosos, jugais con vuestras riquezas, sin prevenir los riesgos de ellas; sucediéndoos lo que á los bárbaros, que encerrados en sus murallas é ignorantes de las máquinas militares, miran perezosos el trabajo de los que los tienen sitiados, sin entender á qué se encamina lo que tan léjos se previene. Lo mismo os sucede á vosotros, que os marchitais en vuestras cosas, sin atender á los varios sucesos que de todas partes os amenazan, para llevarse muy presto los más preciosos despojos. Al sabio, cualquiera que le quitáre sus riquezas, le dejará todos sus bienes, porque vive contento con lo presente, y seguro de lo futuro. Ninguna otra cosa es la que Sócrates y los demas que tienen el mismo derecho y potestad sobre las cosas humanas dicen, sino éstas: «Heme resuelto á no sujetar las acciones de mi vida á vuestras opiniones; juntad de todas partes vuestras acostumbradas palabras; que yo no me daré por entendido que me decis injurias, sino que como niños cuitados llorais.» Esto es lo que dirá aquel á quien cupo en suerte el ser sabio, aquel á quien el ánimo libre de culpas le obliga á reprehender á los otros, *no por ódio, sino* por remedio. Diráles: «Vuestra estimacion, no en mi nombre, sino en el vuestro, es la que me mueve; porque el aborrecer y ofender á la virtud es un apartamiento de toda buena esperanza. Ninguna injuria me haceis, como no la hacen á los dioses en sus personas los que derriban sus altares, aunque muestran su mala intencion y su mal consejo donde no pueden hacer ofensa. De la misma manera sufro vuestros errores, como Júpiter óptimo máximo sufre los disparates de los poetas; uno de los cuales le puso alas, otro cuernos, otro lo introduce adúltero y trasnochador, otro lo hace cruel contra los dioses, otro injusto con los hombres, otro arrebatador y violador de nobles, hasta de sus propios parientes; otro matador de su padre y conquistador del ajeno y paterno reino. Los cuales en esto no cuidaron de otra cosa más que de quitar á los hombres la vergüenza de pecar, con creer que habian sido tales sus dioses. Mas aunque todas estas cosas no me hacen lesion, con todo eso, por lo que os toca, os amonesto que admitais la virtud; creed á los que la han seguido mucho tiempo, y dicen á voces que han seguido una cosa grande y que cada dia descubre ser mayor. Reverenciadla como á los dioses, y estimad como á prelados los profesores de ella, y siempre que hicieren mencion de letras sagradas, ayudad sus lenguas, y hasta en palabra ayudad; no digo que les deis favor, sino encomendaos en ella el silencio, para que se pueda celebrar dignamente lo sagrado, sin que haya alguna mala voz que lo interrumpa.»

CAPÍTULO XXVII.

Y esto es más necesario encargároslo, para que siempre que de aquel oráculo saliere algo, lo oyáis atentos y con silencio (1). Cuando alguno, tocando el pandero, os miente, por ser mandado; y cuando algun artífice, de herirse en las espaldas, ensangrienta con mano suspensa los brazos y los hombros; y cuando alguno, caminando de rodillas por las calles, aulla; y cuando el viejo vestido de lienzo, sacando en medio del dia el laurel y la luz, da voces, diciendo que alguno de los dioses está enojado; concurris todos y le ois, y guardando un mudo pasmo, afirmais que es varon santo. Veis aquí á Sócrates, que desde aquella cárcel (que la purgó con entrar en ella, y la hizo más honrosa que los insignes palacios) clama diciendo: «¿Qué locura es ésta? ¿qué inclinacion tan enemiga de los dioses y de los hombres es infamar las virtudes, y con malignas razones desacreditar las cosas santas? Si lo podeis acabar con vosotros, alabad á los buenos; y si no, por lo ménos dejadlos. Y si teneis intento de ejecutar esa mala inclinacion, embestíos unos á otros; porque cuando os enfureceis contra el cielo, no os digo que haceis sacrilegio, sino que perdeis el trabajo. Alguna vez dí yo á Aristófano materia de entrenimiento, y toda aquella caterva de poetas cómicos derramó contra mí sus venenosos dicterios y donaires, y mi virtud se ilustró con lo que ellos pretendieron herirla, porque le está muy á cuento el ser desafiada y tentada, y ningunos conocen cuán grande sea, como los que desafiándola, experimentaron su valentía. Nin-

(1) Ceremonias de los sacerdotes gentiles

guno conoce tan bien la dureza del pedernal como el que le hiere. Yo me entrego á vosotros, no de otra manera que un peñasco destituido y solo en bajo mar, que le están continuamente combatiendo las olas por todas partes alteradas; y no por eso le mueven de su puesto, ni con sus continuos acometimientos en tantos siglos le deshacen. Acometed y asaltad con ímpetu; que con sufriros os he de vencer. Todo aquello que se encuentra con las cosas firmes é insuperables, prueba con daño suyo sus fuerzas; y así, buscad alguna materia blanda y sujetable, en que se claven vuestras flechas. ¿Hallaisos por ventura desocupados para inquirir los males ajenos, y hacer censura de cada uno, diciendo: Por qué este filósofo tiene tan grande casa? ¿por qué come tan espléndidamente? Mirais los ajenos lobanillos, estando vosotros llenos de llagas; como el que estando atormentado de lepra, se rie de las verrugas ó lunares de los cuerpos hermosos. Objetad á Platon, que pidió dineros; á Aristóteles, que los recibió; á Demócrito, que los despreció; á Epicuro, que los gastó; y objetadme á mí las costumbres de Alcibiades y Fedro, que cuando llegáredes á imitar nuestros vicios seréis dichosos. Pero mayor inclinacion teneis á los vuestros, que por todas partes os hieren: los unos os cercan por defuera, y otros están ardiendo en vuestras entrañas. No están las cosas humanas en estado (aunque conoceis poco el vuestro) que haya tan sobrado ocio, que os dé tiempo para desplegar las lenguas con oprobrio de otros.»

CAPÍTULO XXVIII.

«Vosotros no entendeis estas cosas, y mostrais el rostro diferente de vuestra fortuna; como sucede á muchos, que estando sentados en el coso ó en el teatro, está su casa con alguna muerte, sin que haya llegado el mal á su noticia. Pero yo, mirando desde alto, veo las tempestades que amenazan, y poco despues han de romper en lluvias tan vecinas, que si se acercaren más, han de arrebatar á vosotros ó á vuestras cosas. ¿Qué dirémos de esto? ¿Por ventura, aunque sentis poco, no es un cierto torbellino el que trae en rueda vuestros ánimos, poniéndoos estorbos cuando huis, y arrebatándoos cuando buscais las mismas cosas, ya levantándoos en alto, y ya derribándoos á los abismos? ¿Por qué, pues, nos abonais los vicios con el comun consentimiento? Aunque no intentemos cosa alguna que no sea saludable, con todo eso, es conveniente el retirarse cada uno en sí mismo, pues retirados serémos mejores. ¿Por qué, pues, no ha de ser lícito allegarnos á algunos varones buenos, y elegir algun buen ejemplar, por donde encaminar nuestra vida? Entónces se podrá conseguir lo que una vez agradó, cuando no interviniere alguno, que ayudado del pueblo, tuerza la inclinacion que está débil; y entónces podrá continuar la vida, que la desmembramos con diversísimos intentos. Porque entre los demas males, es el más pésimo el andar variando de vicios, con lo cual áun nunca nos sucede perseverar en la culpa conocida. Un mal nos agrada y nos fatiga por otro, con lo cual nuestros juicios, no sólo son malos, sino mudables. Andamos siempre fluctuando y asiendo de unas cosas y de otras; dejamos lo que pretendimos, y pretendemos lo que ya dejamos, andando en contínuas mudanzas entre nuestros deseos y nuestro arrepentimiento, y esto nace de que estamos pendientes de ajenos pareceres, y tenemos por bueno aquello á que vemos hay muchos que aspiran y muchos que lo alaban, y no aquello que debiera ser pretendido y alabado, y no juzgamos si el camino que seguimos es bueno ó malo, sino por la cantidad de las huellas, sin que en ellas haya alguna de los que vuelven. Dirásme: «Qué haces, Séneca? ¿apártaste de tu profesion? — Ciertamente nuestros estoicos dicen: Nosotros hasta el último fin de la vida hemos de trabajar, sin dejar de cuidar del bien comun y de ayudar á todos, y de socorrer áun á los enemigos, y de obrar con nuestras manos. Nosotros somos los que á ninguna edad damos descanso, haciendo lo que dijo el otro varon discretísimo, que cubrimos las canas con el morrion. Nosotros somos los que hasta en la muerte no tenemos descanso; de tal manera, que si pudiere ser, áun la misma muerte no será ociosa. ¿Para qué nos dices los preceptos de Epicuro en los principios de Cenon? Respóndote que ántes tú con harta diligencia, si te arrepientes de seguir una doctrina, huyes de ella sin hacerla traicion. ¿Quieres por ventura más de que yo procure imitar á nuestros capitanes? Pues ¿qué se seguirá de esto? Que iré, no adonde me enviaren, sino adonde me guiaren.»

CAPÍTULO XXIX.

Con esto te pruebo que yo no me aparto de los preceptos de los estoicos, ni ellos se apartan de los suyos; y con todo eso, estaria excusadísimo si no siguiese su doctrina, sino sus ejemplos. Dividiré lo que digo en dos partes: lo primero, para que cada uno pueda, áun desde su primera edad, entregarse todo á la contemplacion de la virtud y buscar el camino de vivir, siguiéndolo en secreto. Despues, para que hallándose ya jubilado en la edad cansada, pueda con buen derecho hacer y pasar los ánimos de otros á otras acciones, al modo que las vírgenes vestales, las cuales, dividiendo sus años en las ocupaciones, aprenden sus cosas sagradas, y despues las enseñan.

CAPÍTULO XXX.

Haré demostracion de que estas cosas agradan tambien á los estoicos, y no será por haberme puesto ley de no haber de emprender cosa alguna contra la doctrina de Cenon ó Crisipo, sino porque la misma materia permite que yo siga su opinion; porque el que se arrima siempre á la doctrina de uno, mira más á bandos que á la vida. Ojalá se manifestasen todas las cosas, y la verdad estuviese sin velo y sin que alterásemos algo de sus decretos. Ahora andamos buscándola con los mismos que la enseñan. En esto disienten las dos grandes sectas de los epicúreos y estoicos, aunque la una y la otra encaminan al descanso por diferentes vias. Epicuro afirma que el sabio no se ha de allegar á la república, si no es con alguna ocasion forzosa; Cenon dice que se allegue, no habiendo causa precisa que se lo impida. El uno busca el descanso en el intento, y el otro en la cau-

sa. Pero la causa tiene mucha latitud, como es cuando la república está tan perdida y tan *enviciada* en males, que no puede ser socorrida; y entónces no ha de porfiar en vano el sabio, ni se ha de consumir en lo que no ha de aprovechar, faltándole autoridad ó fuerzas; ó si conociere que la república no le ha de admitir, ó si se lo impidiere su poca salud; y al modo que no echaria al mar la nave rota, ni se asentaria á la milicia faltándole fuerzas, así tampoco se arrimará á la vida á que no fuere suficiente. Aquel, pues, cuyas cosas están enteras, sin haber experimentado las tormentas, podrá hacer pié en lo firme y seguro, entregándose desde luégo á las buenas artes y procurando aquel dichoso ocio; siendo reverenciador de aquellas virtudes que pueden ser ejercitadas aún de los más retirados. Lo que se pide al hombre es, que aproveche á los hombres; si pudiere, á muchos, y si no, á pocos; y si no pudiere á pocos, que sea á sus más cercanos, y si no, á sí mismo; porque cuando se hace útil para los demas, hace el negocio comun; y cuando se hace malo, no sólo se daña á sí, sino tambien á todos aquellos á quien, siendo buenos, pudiera aprovechar. El que vive bien, con sólo eso es útil para otros, porque los encamina á lo que les ha de ser provechoso.

CAPÍTULO XXXI.

Consideremos en nuestro entendimiento dos repúblicas: una grande y verdaderamente pública, en la cual son comprehendidos los dioses y los hombres, donde no miramos á esta ó aquella parte, sino ántes medimos con el sol los términos de nuestra ciudad. La otra es aquella en que nos puso el estado de nuestro nacimiento, como es el ser ateniense ó cartaginense, ó de otra cualquier provincia que no pertenezca en comun á todos los hombres, sino á pocos en particular. Hay algunos que á un mismo tiempo sirven á entrambas repúblicas, mayor y menor; otros á sola la menor, y otros á sola la mayor, y á ésta podemos servir en el ocio, y pienso que mejor en él para poder averiguar qué cosa sea la virtud, y si es una sola ó son muchas, y si es la naturaleza ó el arte la que hace buenos á los hombres; si es uno lo que comprehende el mar y las tierras, y lo contenido en las tierras y en el mar; ó si esparció Dios muchos cuerpos de esta calidad. Si la materia de que son engendradas todas las cosas es una; si es contínua y llena, ó dividida; si lo *inane* y vacío está mezclado con lo sólido; si mira Dios sus obras sentado; si las trata y cerca por defuera, ó asiste interiormente en ellas; si el mundo es inmóvil, ó si se ha de contar entre las cosas caducas que nacieron, para tiempo limitado. El que contempla estas cosas, qué es lo que da á Dios? Dale el que tantas y tan soberanas obras, salidas de sus manos, no estén sin testigos. Solemos decir que el sumo bien es vivir segun los preceptos de la naturaleza, y ésta nos engendró para accion y contemplacion; hagamos ahora evidencia de lo que al principio propusimos.

CAPÍTULO XXXII.

¿Por ventura esto no estará suficientemente probado, si cada uno consultáre *consigo los* deseos que tiene de saber lo no conocido, moviéndose con cualesquier nuevas? Algunos navegan y sufren los trabajos de prolijas navegaciones, teniendo por premio el conocimiento de alguna cosa remota y no conocida. Este deseo es el que junta los pueblos en los espectáculos; éste, el que obliga á investigar lo más oculto, á inquirir lo más secreto, á revolver las antigüedades, á oir las costumbres de naciones bárbaras. Diónos la naturaleza un ingenio curioso, y como aquella que sabía su grande arte y hermosura, nos engendró para que asistiésemos á los varios espectáculos de las cosas, por no perder el fruto de su trabajo, ni dejar que la soledad fuese sola la que gozase de obras tan excelentes, tan sutiles, tan resplandecientes y por tan diferentes modos hermosas. Y para que conozcas que ella no sólo quiso ser mirada, sino atendida con cuidado, advierte el lugar en que nos puso, que fué en medio de sí misma, dándonos la vista de todas las cosas; y no sólo levantó derecho al hombre, sino que habiéndole criado para contemplacion y para que pudiese atender á las estrellas que desde el oriente corren al ocaso, y para que con todo el cuerpo pudiese rodear la vista, le formó la cabeza en lo alto, y se la puso en cuello flexible. Demas de esto, quiso resplandeciesen seis signos de dia y seis de noche, y ninguna cosa encubrió, para que por las que ofreció á los ojos, despertase deseos de las demas; que aunque no hemos visto tantas como hay, nuestro entendimiento se abre camino investigando, y echa fundamentos á la verdad, para que la averiguacion pase de lo conocido á lo no conocido, y entienda hay alguna cosa más antigua que el mundo, y de dónde salieron estas estrellas, y el estado qne tuvo el universo ántes que las cosas fuesen separadas á sus sitios. Cuál razon fué la que dividió las cosas sumergidas y confusas; quién fué el que les señaló sitios para que las pesadas bajasen por su propension y las ligeras subiesen; si por el mismo peso de los cuerpos hubo alguna superior fuerza que diese leyes á las cosas; si es verdadera aquella doctrina, que yo apruebo, que los hombres son una parte de espíritu divino, que como centellas de lo sagrado, bajaron á la tierra, saliendo de ajeno lugar. Nuestro pensamiento penetra los alcázares del cielo, y sin contentarse con saber lo que se alcanza con la vista, inquiere aquello que está fuera del mundo, si acaso es alguna profunda anchura, ó si está tambien encerrada en límites y términos; qué sér tienen los excluidos, si son sin forma y confusos, ó si gozan cada uno de sitio distinto, y si tambien aquellas cosas están por ventura asignadas para alguna veneracion; si están arrimadas á este mundo, ó apartadas léjos de él, revolviéndose en parte vacía. Si son individuas aquellas cosas, por las cuales se ordena todo lo nacido y todo lo que ha de nacer; si su materia es contínua ó mudable en todo, si son contrarios entre sí los elementos, ó sin hacerse repugnancia conspiran por diversas causas. El que nació para investigar estas cosas, juzgue que no ha recibido mucho tiempo, aunque lo reserve todo para sí, sin consentir que por facilidad ó negligencia se le usurpe alguna parte, conservando sus horas con toda avaricia; y aunque lo continúe hasta los últimos términos de la edad humana, sin que la fortuna le desmorone alguna parte de lo que la naturaleza le dió, con todo eso, es el hombre

con demasía mortal, para poder llegar al conocimiento de las cosas inmortales. Yo vivo segun la naturaleza si me entrego de todo punto á ella y si soy admirador y reverenciador suyo; ella me mandó que atendiese á entrambas cosas, á obrar y á estar desocupado para la contemplacion; lo uno y lo otro hago, porque la contemplacion no puede subsistir sin accion. Pero dirásme que conviene averiguar si se le arrima por causa del deleite, sin pretender de ella más que una contínua contemplacion, de la cual no se puede salir, porque es muy dulce y tiene sus halagos. A esto te respondo que importa ver el ánimo con que pasas la vida civil, si es para andar siempre inquieto, sin tomar el tiempo necesario para pasar la vista de las cosas humanas á las divinas, no siendo digno de aprobacion el apetecer las cosas sin ningun amor de las virtudes, y sacando desnudas las obras sin cultura del ingenio, porque todas estas cosas deben mezclarse y unirse. De esta misma manera es la virtud, que recostada en el ocio, es un imperfecto y flaco bien, que jamas da muestras de lo que aprendió. ¿Quién niega que debe aquel mostrar sus aprovechamientos en las obras? Y no sólo ha de meditar lo que debe hacer, sino que alguna vez ha de ejercitar las manos, reducir á ejecucion lo que meditó. Pero ¿qué dirémos cuando la dilacion no consiste en el sabio? porque muchas veces, sin que falte agente, suelen faltar las cosas en que se ha de hacer; ¿permitirásle, por ventura, estarse consigo solo? ¿Con qué ánimo se aparta el sabio al ocio, para que entienda que áun estando á solas consigo, ha de hacer tales cosas, que sean provechosas á los venideros? Nosotros somos ciertamente los que decimos que Cenon y Crisipo hicieron mayores cosas que si hubieran gobernado ejércitos, tenido honores y promulgado leyes, pues no las hicieron para una ciudad sola, sino para todo el género humano. ¿Por qué, pues, tal ocio como este no ha de ser decente al varon bueno, que dispone en él el bien de los siglos venideros, y no predica á pocos, sino á todos los hombres de cualesquier naciones? En resolucion, te pregunto si Cleántes, Crisipo y Cenon vivieron conforme á su doctrina. Responderásme, sin duda, que vivieron en la misma forma que dijeron se habia de vivir, y tras esto, ninguno de ellos gobernó la república. Tambien me dirás que esto fué porque no tuvieron aquella fortuna ó estado que suele ser admitido al manejo de las cosas públicas, pero que con todo eso, no pasaron la vida ociosa, pues hallaron camino cómo su ocio fuese á los hombres más provechoso que el trabajo y sudor de otros; segun lo cual, parece que éstos hicieron mucho, aunque no tuvieron ocupacion pública. Demas de esto, hay tres géneros de vida, entre los cuales se suele inquirir cuál sea el mejor: uno está desembarazado para el deleite, otro para la contemplacion y otro para la accion. Dejando aparte toda disputa, y el ódio que intimamos á los que seguian diversa opinion, veamos si estas cosas se ajustan al primer género con uno ó con otro título. El que aprueba el deleite no está sin contemplacion, ni el que se da á la contemplacion está sin deleite, ni el otro, cuya vida está destinada á la accion, carece de contemplacion. Dirásme que hay mucha diferencia en que una cosa sea el objeto que se propone ó añadidura de él. Grande es, por cierto, la diferencia, pero, con todo eso, no está lo uno sin el otro; porque ni aquel contempla sin accion, ni éste hace sin contemplacion, ni el otro tercero, de quien comunmente sentimos mal, prueba al deleite holgazan, sino al que con la accion hace firmes á los hombres, segun lo cual, áun esta secta de los que buscan el deleite consiste en accion. ¿Cómo no ha de consistir en accion, si el mismo Epicuro dice que tal vez se apartará del deleite y apetecerá el dolor? Y ésto será si amenazáre arrepentimiento al deleite, ó si en lugar de un grande dolor, se eligiere otro menor. Para que se vea que la contemplacion agrada á todos, unos la buscan, y nosotros la tenemos, y no como puerto. Añade que por la doctrina de Crisipo es lícito vivir en ocio; no digo que éste se padezca, sino que se elija. Dicen los nuestros que el sabio no se ha de arrimar á cualquier república; pues ¿qué diferencia habrá en que el sabio goce de ocio por no ser admitido de la república, ó porque él no la quiere, siendo ordinario faltar á muchos la república, y más continuamente á los que con ánsias la buscan? Pregunto: ¿á cuál república se allegará el sabio? ¿Será por ventura á la de los atenienses, en que fué condenado Sócrates, y por no serlo, huyó Aristóteles, y dónde la envidia oprime las virtudes? Dirás que el sabio no ha de ir á esta república. ¿Irá, pues, á la de los cartaginenses, donde es contínua la sedicion, siendo dañosa la libertad á cualquier varon bueno; donde lo útil es la suma de lo justo, donde hay para los enemigos crueldad inhumana, y enemistad con sus mismos naturales? Tambien huirá el sabio de esta república; y si una por una me pongo á contarlas todas, no hallaré alguna que admita los sabios, ni que los sabios la sufran. Pues si no se halla aquella república que nosotros fingimos, vendrá á ser á todos necesario el ocio, porque en ninguna parte se halla lo que se debe preferir á él. Cuando alguno afirma que es bueno navegar en mar donde hay tormentas, y donde las contínuas y repentinas tempestades llevan al piloto á contraria parte, pienso que este tal, miéntras me alaba la navegacion, me prohibe el desancorar la nave.

LIBRO TERCERO.

Á SERENO (1).

DE LA TRANQUILIDAD DEL ANIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Haciendo de mí exámen, en mí (¡oh amigo Sereno!) se manifestaron unos vicios tan descubiertos, que casi se podian cortar con la mano, y otros más escondidos y no continuados, sino que á ciertos intervalos volvian; y á éstos los tengo por molestísimos, porque, como enemigos vagos, asaltan en las ocasiones, sin dar lugar á estar prevenidos como en tiempo de guerra, ni descuidados como en la paz. Háliome en estado (justo es confesarte la verdad, como á médico), que ni me veo libre de estas culpas que temia y aborrecia, ni me hallo de todo punto rendido á ellas. Véome en tal disposicion, que si no es la peor, es por lo ménos lamentable y fastidiosa. Ni estoy enfermo ni tengo salud, y no quiero que me digas que los principios de todas las virtudes son tiernos, y que con el tiempo, cobran fuerzas; porque no ignoro que áun las cosas en que se trabaja por la estimacion, como son las dignidades y la fama de elocuentes, con todo lo demas que pende de parecer ajeno, se fortifica con el tiempo, y que así las cosas que tienen verdaderas fuerzas, como las que se dejan sobornar con alguna vanidad, esperan á que poco á poco las dé color la duracion. Tras esto, recelo que la misma costumbre que suele dar constancia á las cosas, no me introduzca más en lo interior los vicios. La conversacion larga, así de bienes como de males, engendra amor. Cuál sea esta enfermedad del ánimo perplejo en lo uno y en lo otro, sin ir con fortaleza á lo bueno ni á lo malo, no lo podré mostrar tan bien diciéndolo junto, cuanto dividiéndolo en partes. Diréte lo que á mí me sucede; tú puedes dar nombre á la enfermedad. Estoy poseido de un grande amor á la templanza; así lo confieso. Agrádame la cama no adornada con ambicion; no me agrada la vestidura sacada del cofre y prensada con mil tormentos, que la fuercen á hacer diferentes visos, sino la casera y comun, en que ni hubo cuidado de guardarla ni le ha de haber en ponerla. Agrádame el manjar que no costó desvelo á mis criados ni causó admiracion á los convidados, y no me agrada el prevenido de muchos dias, ni el que pasó por muchas manos, sino el ordinario y fácil de hallar, sin que en mi mesa se ponga cosa alguna de las que el precio subido atrae, sino en las que en cualquier lugar se hallan, sin ser molestas á la hacienda y al cuerpo, y sin que sean tales y tantas, que hayan de salir por la parte por donde entraron. Agrádame el criado poco culto y el tosco esclavo, y la pesada plata de mi rústico padre, sin que en ella haya considerable hechura y sin que esté grabado el nombre del artífice. Agrádame la mesa no celebrada por la variedad de colores, ni la conocida en la ciudad por diferentes sucesiones de curiosos dueños, sino aquella que baste para el uso, sin que el deleite ocupe ni la envidia encienda los ojos de los convidados. Pero despues de estar agradado de estas cosas, me aprieta el ánimo el ver en otros gran cantidad de pajes y esclavos relumbrantes con el oro de las libreas, más bizarras que las de los mios. Tambien me congoja el entrar en una casa llena de riquezas y adornada con artesones dorados, y apriétame el lisonjero pueblo, que de contínuo corteja á los que disipan sus haciendas. ¿Qué diré de las fuentes que, transparentes hasta lo hondo, se ven en los cenáculos? Qué de los manjares exquisitos, dignos de tal teatro? Lo que puedo decir es, que viniendo yo de las remotas provincias de la frugalidad, me cercó con grande esplendor la demasía, haciéndome por todas partes una dulce armonía, con que titubeó algun tanto el escuadron; pero contra él levanté con más facilidad el ánimo que los ojos, y con esto me retiré, no peor, pero más triste, no hallándome tan gustoso entre mis deslucidas alhajas, donde me acometió un tácito remordimiento, dudando si eran mejores las más costosas, y aunque ninguna de ellas me rindió, ninguna dejó de combatirme. Agrádame seguir la fuerza de los preceptos, entrándome en medio de la república, y aunque me da gusto de ponerme las insignias y honores de juez, no es por andar vestido de púrpura ni cercado de doradas varas, sino por estar más dispuesto para el socorro de mis amigos y allegados y al de todos los mortales. Puesto más cerca, sigo á Cenon, Cleántes y Crisipo, ninguno de los cuales se arrimó á la república, aunque ninguno de ellos dejó de encaminar á otros á ella, á la cual, cuando permito se acerque mi ánimo no acostumbrado, si acaso ocurre alguna cosa indigna ó poco corriente (como es ordinario en la vida humana), ó

(1) Rodriguez de Castro (*Biblioteca española*, tomo II) dice: «El (libro) *De tranquillitate animi*, que en la mayor parte de las ediciones de Séneca tiene el título *De tranquillitate vitæ*, consta de dos partes: la segunda tiene el *De constantiâ sapientis* y el de *In sapientem non cadere injuriam*. Su objeto es el mismo que el de Demócrito en la obra intitulada Εὐθυμία, que Ciceron tradujo *Tranquilidad de ánimo*. Está dedicado á Anneo Sereno, capitan de guardias del emperador Neron, y en sentir de Justo Lipsio, está escrito con nervio, sutileza y singular elocuencia.»

Segun Juan Alberto Fabricio, sobre el libro *De constantia sapientis*, formó Justo Reiffenberg unas disertaciones morales, tomadas por la mayor parte de los comentarios de Justo Lipsio, como advierte Jacobo Thomasio.

cuando las cosas á que se debe poca estimacion me piden mucho tiempo, luégo me vuelvo al ocio; y como es más veloz la carrera á los cansados ganados cuando tornan á su casa, así á mi ánimo le agrada más el encerrar la vida entre las propias paredes. Nadie, pues, me usurpe un solo dia, ya que no pueda darme recompensa equivalente á tal pérdida. El ánimo estribe en sí mismo, estímese y no se embarace en ajenas cosas, ni haga aquellas en que puede intervenir el juez. Ame la tranquilidad, que no se embaraza en cuidados públicos ni particulares; mas donde la importante leccion levantó el espíritu, y donde los nobles ejemplos pusieron espuelas, luégo se desea acudir á los tribunales para ayudar á unos con la abogacía, y á otros con el favor; y aunque parezca que éste no haya de ser de provecho, se intente que lo sea, para enfrenar la soberbia de quien sin razon se engríe por verse próspero. Yo tengo por más acertado en los estudios poner los ojos en la substancia de las cosas, y que el lenguaje se acomode á ellas, proporcionándoles las palabras de modo, que á la parte donde ellas nos guiaren, siga la oracion sin demasiado cuidado. ¿Qué necesidad hay de adornar lo que no ha de durar muchos siglos? ¿Pretendes que los venideros no te pasen en silencio? Advierte, pues, que naciste para la muerte, y que el entierro con silencio tiene ménos de molesto. Escribe alguna materia en estilo sencillo, y sea para ocupar el tiempo en beneficio tuyo, y no para ostentacion; menor trabajo basta á los que escriben para el tiempo presente. Cuando el espíritu se levanta de nuevo con la grandeza de algun pensamiento, luégo se hace altivo en las palabras; porque al modo que aspira á cosas altas, procura hablar con altivez, y entónces, olvidado de la ley y del ajustado juicio, me dejo subir en alto, hablando con labios ajenos. Y para no discurrir con singularidad en cada cosa, digo que en todas me sigue esta enfermedad del entendimiento sano, y temo caer poco á poco en ella, y lo que más cuidado me da, es el estar siempre colgado, á imitacion del que va á caer; siendo esta indisposicion mayor que la solicitud que de curarla tengo. Porque á las cosas domésticas las miramos amigablemente, siendo este favor perjudicial al juicio. Entiendo que muchos llegáran á la sabiduría, á no persuadirse que ya la habian conseguido, y si en sí mismos no hubieran disimulado muchas cosas, mirando las de los otros con ojos despabilados y atentos. No pienses que con la adulacion se destruyen solamente los negocios ajenos, y no los propios. ¿Quién hay que tenga valor para decirse verdad á sí mismo? ¿Quién es el que metido entre la multitud de aduladores, no se lisonjeó? Suplícote que si sabes algun remedio con que detener esta tormenta que padezco, me juzgues digno de que te deba la tranquilidad. Bien sé que los movimientos de mi ánimo no me son peligrosos ni me acarrean cosa de inquietud; pero para declararte con un verdadero símil aquello de que me lamento, te digo que lo que me fatiga no es tempestad, sino fastidio. Líbrame, pues, de esta indisposicion, y socorre al que padece á vista de tierra.

CAPÍTULO II.

Cuando estoy en silencio conmigo solo, me pregunto á qué cosa me parece semejante este afecto de ánimo, y con ningun ejemplo quedo más propiamente advertido que con el de aquellos que, habiendo salido de alguna grave y larga enfermedad, se ven todavía molestados de ligeros accidentes, y áun despues de haber de todo punto desechado las reliquias de la indisposicion, les inquietan sospechas, y estando ya sanos, dan el pulso á los médicos, desacreditando cualquier calor que sienten. Los cuerpos de éstos no están enfermos, sino poco acostumbrados á la salud, sucediéndoles lo que al mar y á las lagunas, que áun despues de cesar las tormentas, y estar tranquilas y sosegadas, les quedan algunas mareas. Por lo cual, es necesario uses, no de aquellos duros preceptos que hemos ya pasado, ni que te resistas en algunas ocasiones, ni que en otras te hagas eficaz instancia; basta lo último, que es el darte crédito á tí mismo, persuadiéndote á que vas camino derecho, sin dejarte llevar por las transversales huellas de muchos, que á cada paso van haciendo nuevos discursos, y estando en el camino, le yerran. Lo que deseas es una cosa grande, alta, y muy cercana á Dios, que es no mudarte. Los griegos llaman á esta firmeza de ánimo *estabilidad*, de la cual Demetrio escribió un famoso libro, y yo la llamo *tranquilidad*, porque ni tengo obligacion de imitarlos, ni de traducir las palabras á su estilo. La cosa de que se trata se ha de significar con algun término que tenga fuerza de la palabra griega, aunque no tenga la misma cara. Lo que ahora preguntamos es, de qué modo estará siempre el ánimo con igualdad y cómo caminará con próspero curso, siéndose propicio y mirando sus cosas con tal alegría, que no se interrumpa, perseverando en un estado plácido sin desvanecerse ni abatirse. Esto es *tranquilidad;* busquemos, pues, el camino por donde podemos llegar de todo punto á ella. Toma tú la parte que quisieres del remedio público, y ante todas cosas, has de poner delante todo el vicio, para que cada uno conozca lo que de él le toca, y con esto verás cuánto ménos embarazo tienes con el fastidio de tí mismo, que el que tienen aquellos que, atados á ocupaciones honrosas y trabajando bajo el yugo de magníficos títulos, los detiene en su simulacion más la vergüenza que la voluntad. En un mismo paraje están los molestados de liviandad que los fatigados del fastidio y los que viven en contínua mudanza de intentos, agradándoles más los que dejaron, como los que, hechos holgazanes, están voceando todo el dia. Añade á éstos los que, imitando á los que tienen dificultoso sueño, andan mudándose de un lado á otro, hasta que el cansancio les acarrea la quietud, formando de tal modo el estado de su vida, que paran últimamente, no en el que les puso el aborrecimiento de mudanzas, sino en el que les acarreó la vejez, inhábil para nuevas empresas. Añade tambien los que no desisten de ser livianos por dejar de ser inconstantes, sino que por ser perezosos, viven, no como desean, sino como comenzaron. Innumerables son las calidades de las culpas, y uno solo es el efecto del vicio, que es el descontentarse de sí mismo.

Y esto nace de la destemplanza de ánimo y de los cobardes ó poco prósperos deseos, que ó no se atreven á tanto como apetecen, ó no lo consiguen, y adelantándose en esperanzas, están siempre instables; accidente forzoso á los que viven pendientes del querer ajeno. Pásaseles toda la vida en industriarse á cosas poco honestas y muy dificultosas, y cuando su trabajo queda sin premio, les atormenta la infructuosa indignidad, sin que el arrepentimiento sea de haber pretendido lo malo, sino de que sus deseos quedaron frustrados; y entónces se hallan poseidos del dolor que les causa el arrepentimiento de lo comenzado, y el que tienen de lo que han de comenzar, entrando en ellos una inquietud de ánimo, que en ninguna cosa halla salida, porque ni pueden sujetar á sus deseos, ni saben obedecerlos; de que nace una irresolucion de indeterminada vida y un detenimiento de ánimo entorpecido entre determinaciones, y estas cosas les son más molestas cuando por odio de la trabajosa infelicidad se retiraron al ocio y á los estudios quietos, que no los admite el ánimo levantado á negocios civiles ni el deseoso de trabajar, por ser de natural inquieto; y así, cuando se ve careciendo del consuelo y deleites que le daban las ocupaciones, no puede sufrir su casa, su soledad y el estar metido entre paredes, doliéndose de verse dejado para sí solo; de que le nace el fastidio y desagrado y un desasosiego de ánimo poco firme. Cáusales la vergüenza interiores tormentos, y los deseos que se ven encarcelados en sitio estrecho y sin salida se ahogan; de que resulta el entristecerse y marchitarse, por estar contrastados de infinitas olas de la incierta determinacion que los aflige, en que les tienen suspensos las cosas comenzadas, y tristes las lloradas. De aquí principalmente tiene orígen el afecto de aquellos que, detestando su ocio, se quejan de que les faltan decentes ocupaciones, y de ello nace asimismo la envidia de los ajenos acrecentamientos, que se alimenta en la propia pereza; y así, los que no pudieron adelantarse desean la ruina de los otros. Y finalmente, esta aversion á las medras ajenas y la desesperacion de las propias engendran un ánimo airado contra la fortuna y querelloso de los tiempos; y el que se ve retirado en los rincones y reclinado en su misma pena, miéntras tiene cansancio de sí mismo, tiene tambien arrepentimiento. Porque el ánimo es naturalmente activo é inclinado á movimientos, siéndole materia agradable la que se le ofrece de levantarse y abstraerse; y esto es mucho más en unos talentos pésimos, que voluntariamente se dejan consumir en las ocupaciones. Diria yo que á éstos, de quien se han apoderado los deseos como llagas, teniendo por deleite el trabajo y fatiga, sucede lo que á algunas heridas, que apetecen las manos de quien han de recibir daño, y lo que á la sarna del cuerpo, que se deleita con lo que la hace más penosa. Porque muchas cosas que con un cierto dolor dan gusto á nuestros cuerpos, como es el mudarlos de una parte á otra, para refrescar el lado áun no cansado, en la forma que Homero nos pintó á Aquíles, ya puesto boca abajo, ya vuelto al cielo, mudándose en várias posturas, por ser muy propio de enfermos no durar mucho en un estado, tomando por remedio las mudanzas. De aquí nace el hacerse vagas peregrinaciones y el navegar remotos mares, haciendo, ya en el agua, y ya en la tierra, experiencia de la enemiga liviandad. Unas veces decimos que queremos ir á la provincia de Campania, y cuando nos cansa lo deleitable, pasamos á los bosques Brucios y Lucanos, y tras esto queremos que en la montaña se procure algun sitio de recreacion, en que los lascivos ojos se eximan de la prolija inmundicia de lugares hórridos, y para esto vamos á Taranto y á su celebrado puerto, y á otros sitios de cielo más templado, para pasar el invierno en las casas que fueron otro tiempo capaces y opulentas á su antigua poblacion. Luégo decimos: «Volvamos á la ciudad, porque há muchos dias que nuestras orejas carecen del estruendo y aplauso, y tenemos gusto de ver en los espectáculos derramar sangre humana, pasando de unas fiestas en otras.» Y de este modo, como dijo Lucrecio, anda cada uno huyendo de sí; pero ¿de qué le aprovecha, si nunca acaba de ejecutar la huida? Va siguiéndose á sí mismo, con que le molesta un pesado compañero. Conviene, pues, que nos desengañemos, confesando que la culpa no está en los lugares, sino en nosotros, que somos flacos para sufrir mucho tiempo el trabajo ó el deleite, nuestras cosas ó las ajenas. A muchos acarreó la muerte la mudanza de intentos, recayendo en las mismas cosas, sin dar lugar á la novedad, de que resultó causarles fastidio la vida y el mismo mundo, diciendo con rabiosa queja: «¿Hasta cuándo han de ser unos mismos los deleites?»

CAPÍTULO III.

Pregúntasme de qué remedio te has de valer contra este hastío; y segun lo opinion de Antenodoro, el mejor fuera ocuparte en las cosas públicas, en su administracion y en los oficios civiles. Porque, al modo que algunos hombres pasan los dias curtiendo sus cuerpos el sol en ocupaciones y ejercicios, y al modo que á los luchadores les es muy útil el gastar mucho tiempo en fortalecer los brazos para el ministerio á que se dedicaron; así á nosotros, que hemos de disponer los ánimos á la pelea de los negocios civiles, nos es fuera de conveniencia asistir siempre en la obra, porque con el intento de hacerse apto para ayudar á sus ciudadanos y á todos, viene á un mismo tiempo á ejercitarse, y á ser provechoso á otros, aquel que, puesto en medio de las ocupaciones, administró conforme á su caudal las cosas particulares y las públicas. Pero tras esto, dice que como en esta tan loca ambicion de los hombres son tantos los calumniadores que tuercen lo justo á la peor parte, viene á estar poco segura la sencillez, siendo más lo que impide que lo que ayuda. Conviene, pues, apartarnos de los tribunales y de los puestos públicos; que el ánimo grande tambien tiene en los retiramientos donde poder espaciarse, y como el ímpetu de los leones y de otras bestias fieras no se acobarda estando metidos en sus cuevas, así tampoco dejan de ser grandes las acciones de los hombres grandes, aunque estén apartados del concurso. De tal manera se retiran éstos, que donde quiera que esconden su quietud, lo hacen con intento de aprovechar á todos en comun y á cada uno en particular, ya con su ingenio, ya con sus

palabras, y ya con su consejo. Porque no sólo sirven á la república los que apadrinan á los pretendientes y los que defienden á los reos, y los que tienen voto en las cosas de la paz y la guerra, sino tambien aquellos que exhortan á la juventud y á los que, en tiempo que hay tanta falta de buenos preceptos, instruyen con su virtud los ánimos, y los que detienen y desvian á los que se precipitaban á las riquezas y demasías. Y si de todo punto no lo consiguen, por lo ménos los retardan. Los que esto hacen, áun estando retirados, tratan el negocio público. ¿Por ventura hace más el corregidor y juez que entre los vecinos y forasteros pronuncia las sentencias comunicadas con su asesor, que el que retirado enseña qué cosa es justicia, piedad, paciencia, fortaleza, desprecio de la muerte, conocimiento de los dioses, y finalmente, el grande bien, que consiste en tener buena conciencia? Luego si gastares el tiempo en los estudios, aunque te apartes de los oficios, no será desampararlos ni faltar á tu obligacion, pues no sólo milita el que en la campaña está defendiendo el lado derecho ó siniestro, sino tambien el que guarda las puertas y el que asiste haciendo centinela en la plaza de armas; porque, aunque este puesto es ménos peligroso, no es ménos cuidadoso; y así, aunque estos cuidados tienen ménos de sangrientos, entran á gozar de los estipendios y sueldos. Si te retirares á tus estudios y dejares todo el cansancio de la vida, no vendrás á codiciar la noche por el fastidio del dia, ni te cansarás de tí mismo, ni á otros serás enfadoso. Llegarás muchos á tu amistad, y te irán á buscar todos los hombres de bien, porque aunque la virtud esté en lugar obscuro, jamas se esconde, ántes siempre da señales de sí, y cualquiera que fuere digno de ella, la hallará por las huellas. Pero si nos apartamos de la comunicacion y renunciamos el trato de los hombres, viviendo solamente para nosotros, sucederá á esta retirada una soledad, carecedora de todo buen estudio, y una falta de ocupaciones, con que comenzarémos á plantar unos edificios y á derribar otros, á dividir el mar, á conducir sus aguas contra la dificultad de los lugares, consumiendo mal el tiempo, que nos dió la naturaleza para que le empleásemos bien. Unos usamos de él con templanza y otros con prodigalidad; unos le gastamos en tal forma que podemos dar razon, otros sin que nos queden reliquias de él; por lo cual no hay cosa más torpe que ver un viejo de mucha edad, que para probarla no tiene otro testimonio más que los años y las canas. Paréceme á mí, oh carísimo Sereno, que Artemidoro se rindió con demasía á los tiempos, y que con demasiada presteza huyó de ellos; porque yo no niego que tal vez se ha de hacer retirada, pero ha de ser á paso lento, sin que el enemigo lo entienda, conservando las banderas y la reputacion militar. Los que con las armas se entregan al enemigo, están mas seguros y estimados; lo mismo juzgo convenir á la virtud y á los amadores de ella, que si prevaleciere la fortuna y les atajáre la facultad y posibilidad de hacer bien, no huyan luégo, ni volviendo las espaldas desarmados, busquen donde esconderse, siendo cierto que no hay lugar seguro ni exento de las persecuciones de la fortuna. En tal caso, entren con mayor denuedo en los negocios de la república, buscando con buena eleccion algun ministerio en que puedan ser útiles á su ciudad. El que no puede militar, aspire á honores civiles; si ha de pasar vida privada, sea orador; si le imponen silencio, ayude á sus ciudadanos con abogacía; si tiene peligro en los tribunales, muéstrese en las casas, espectáculos y convites, buen vecino, amigo fiel y templado convidado, y en caso que le falten los ministerios de ciudadano, no le falten los de hombre; y por esta razon, teniendo gallardía de ánimo, no nos hemos encerrado en las murallas de una ciudad, ántes hemos salido al comercio de todo el orbe, juzgando por patria á todo el mundo, para dar con esto más ancho campo á la virtud. Si no has podido llegar á ser consejero, si te está prohibido el púlpito, y no te llaman á las juntas, pon los ojos en la grande latitud de provincias y pueblos, y verás que nunca se te prohibe tanta parte, que no sea mucho mayor la que se te deja. Pero advierte en que esta culpa no sea toda tuya, por no querer servir á la república si no te hacen oidor, ó uno de los cincuenta magistrados ó sacerdotes de Céres, ó supremo dictador. ¿Será bueno que no quieras militar si no te hacen general ó tribuno? Si otros están en la primera frente, y la fortuna te puso en la retaguardia, pelea desde ella con la voz, con la exhortacion, con el ejemplo y con él ánimo. El que estando á pié quedo esfuerza á los demás con vocería, hallará cómo ayudar en la guerra, áun despues de cortadas entrambas manos. Lo mismo harás tú: si la fortuna te apartáre de los primeros puestos de la república, si estuvieres firme y la ayudares con voces, y si te cerraren los labios, no descaezcas, ayúdala con silencio; que el cuidado del buen ciudadano jamas es inútil, pues siempre hace fruto, con el oido, con la vista, con el rostro, con la voluntad y con una tácita obstinacion, y hasta con los mismos pasos; porque al modo que muchas cosas salutíferas hacen provecho con sólo olerlas, sin llegar á gustarlas ni tocarlas; así la virtud esparce mil utilidades, aunque esté léjos y escondida, ora use de su derecho, ora tenga las entradas precarias, hallándose obligada á recoger las velas; ora esté ociosa y muda, ó encarcelada en angosto sitio; ora esté en público; porque en cualquier traje será provechosa. ¿Piensas tú que es de poco fruto el ejemplo del que retirado vive bien? Asegúrote que es cosa muy superior mezclar el ocio en los negocios, cuando se prohibe la vida activa, ó ya con casuales impedimentos, ó con el estado de la república. Porque nunca se cierran tan de todo punto las cosas, que no quede lugar para alguna accion honesta. ¿Podrás por ventura hallar alguna ciudad más perdida de lo que fué la de Aténas, cuando los treinta tiranos la despedazaban, habiendo muerto á mil y trescientos ciudadanos de los mejores, sin poner esto fin á la ciudad, que consigo mismo se irritaba? En esta república, donde estaba el rigurosísimo tribunal de los areopagitas, y donde se juntaban el pueblo y el senado en forma de senado, allí se juntaba tambien cada dia un colegio de homicidas y un infeliz tribunal angosto para tantos tiranos. ¿Podia, por ventura, tener alguna quietud aquella ciudad, donde los tiranos eran tantos cuantos los soldados de la guarda, sin que se pudiese ofrecer

á los ánimos esperanza alguna de libertad, y sin descubrirse camino para el remedio contra tan gran fuerza de infortunios? ¿De dónde, pues, habian de salir para el reparo de tan mísera ciudad tantos Hermodios? De que estaba Sócrates en ella, y consolaba á los senadores que lloraban, y exhortaba á los que desconfiaban de la salud de la república, y baldonaba á los ricos que temian perder las riquezas con el tardío arrepentimiento de su peligrosa avaricia, y daba á los que le querian imitar un heroico ejemplo, viéndole que andaba libre entre treinta dueños. A éste, pues, que con valor se oponia al escuadron de tiranos, mataron los atenienses, no pudiendo aquella ciudad, cuando se vió libre, sufrir la libertad; y con esto verás que en república afligida hay ocasion de que se manifieste el varon sabio, y que, al contrario, en la floreciente y bien afortunada reinan el dinero, la envidia y otros mil flacos vicios. En la forma, pues, que estuviere la república, y en la que la fortuna nos permitiere, nos hemos de desplegar ó encoger; pero siempre ha de ser nuestro movimiento sin entorpecernos, por estar atados con temor. Ántes aquel se podrá llamar varon fuerte, que, amenazado por todas partes de los peligros, y oyendo cerca el ruido de las armas y el estruendo de las cadenas, no atropelláre ni escondiere la virtud, no siendo justo hacer ofensa á la que le conserva. Entiendo que fué Curio Dentato el que decia que quisiera más ser muerto que dejar de vivir. El último de los males naturales es, el salir del número de los vivos ántes de morir; pero, con todo eso, conviene hacerlo cuando te trajere la suerte á tiempo ménos tratable para la república, para que con el ocio y las letras la ayudes más, y que, como quien se halla en alguna peligrosa navegacion, procures tomar puerto, no esperando á que te dejen los negocios, sino dejándolos tú.

CAPÍTULO IV.

Ante todas cosas, conviene pongamos los ojos en nosotros mismos, y despues en los negocios que emprendemos, por quién y con quién los emprendemos. Y lo primero que cada uno ha de hacer es, tantear su capacidad; porque muchos nos persuadimos á que tenemos fuerzas para llevar más carga de la que en efecto podemos. Hay unos que en confianza de su elocuencia se despeñan, otros gravan su hacienda más de lo que puede sufrir, otros con ocupacion laboriosa oprimen su enfermizo cuerpo. A unos impide la vergüenza para el manejo de negocios civiles, que requieren osada frente, y en otros no es conveniente para palacio su terquedad; unos saben enfrenar la ira, y á otros cualquiera indignacion los enfurece, y algunos no saben poner límite á la graciosidad ni abstenerse de peligrosas chocarrerías. A todos éstos más seguro será el ocio que la ocupacion, siendo bien que la naturaleza impaciente y feroz evite las ocasiones nocivas á su libertad.

CAPÍTULO V.

Débense, despues de esto, pesar las cosas que emprendemos, cotejándolas con nuestras fuerzas; porque siempre es conveniente sean mayores las del que lleva que las de lo que ha de ser llevado, porque si éstas son mayores, será forzoso opriman al llevador. Demas de esto, hay otros negocios, que no tienen tanto de grandes como de fecundos, porque encadenan consigo otros muchos, y éstos, de quien se originan várias y nuevas ocupaciones, son de los que debemos huir, sin entrar en parte donde no tengamos libre la salida. Sólo has de poner mano en aquellas cosas que esté en tu voluntad el hacer, ó esperar que tengan fin, dejando las que se extienden á mayor latitud, sin poder terminarse cuando propusiste.

CAPÍTULO VI.

Has de hacer, finalmente, exámen de los hombres, para ver si son dignos de que en ellos empleemos parte de nuestra vida, ó si les alcanza algo de la pérdida de nuestro tiempo. Hay algunos que nos hacen cargo de las buenas obras que voluntariamente les hicimos. Atenodoro dijo que áun no iria al convite de aquel que no se juzgase deudor en tenerle por su convidado. Persuádome que juzgarás que éste mucho ménos iria á las casas de aquellos que quieren, con dar su mesa, recompensar las amistades de sus amigos, computando por dádivas los platos, y queriendo disculpar su destemplanza, diciendo va encaminada á honor de los convidados; quita tú á éstos que no tengan testigos de sus convites, y no tendrán gusto con el regalo secreto. Tambien debes considerar si tu naturaleza es más apta al despacho de negocios ó á estudios retirados y á contemplacion, y luégo te has de encaminar á la parte donde te guia la fuerza de tu ingenio. Isócrates sacó del tribunal á un consejero, asiéndole por la mano, porque juzgó ser más apto para escribir historias y anales; que los ingenios forzados no responden bien, y si repugna la naturaleza, es bueno el trabajo.

CAPÍTULO VII.

Ninguna cosa hay que tanto deleite el ánimo como la dulce y fiel amistad, siendo gran bien estar dispuestos los pechos para que con seguridad se deposite cualquier secreto en aquel cuya conciencia temas ménos que la tuya, cuya conversacion mitigue tus cuidados, cuyo parecer aclare tus dudas, cuya alegría destierre tu tristeza, y finalmente, cuya presencia deleite tu vista. Hemos de elegir los amigos tales, que en cuanto fuere posible, estén desnudos de deseos; porque los vicios entran solapados, y despues se extienden á todo lo que hallan cercano, ofendiendo con el contacto; por lo cual conviene (como se hace en tiempos de pestilencia) que no nos sentemos junto á los cuerpos infectos y tocados de la enfermedad, porque atraerémos á nosotros los peligros, y con sola la comunicacion vendrémos á enfermar. De tal manera debemos cuidar en elegir los talentos de los amigos, que sean sin tener la menor falta, porque suele ser orígen de enfermedad mezclar lo sano con lo que no lo está. Pero en esto no es mi intento decirte que á tu amistad no atraigas otros más que al sabio; porque ¿dónde has de hallar á éste, á quien todos los siglos hemos buscado? Por

bueno has de tener al que no es muy malo; pues apénas tuvieras comodidad de hacer mejor eleccion, aunque buscáras los buenos entre los Platones y Xenofontes, y en aquella fértil cosecha de los discípulos de Sócrates, y aunque gozáras de la edad de Caton, que habiendo producido muchos hombres dignos de haber nacido en su vida, produjo otros mucho peores que en otro algun siglo, siendo maquinadores de grandes maldades; y siendo los unos y los otros necesarios para que fuese conocido Caton, convino hubiese buenos de quien fuese aprobado, y malos en quien se experimentase su valor. Pero en este tiempo, en que hay tanta falta de buenos, hágase eleccion ménos fastidiosa, y en primer lugar no se elijan hombres tristes, que todo lo lloran, sin que haya cosa alguna que no les sirva de motivo para quejas; y aunque éstos tengan fe y amor, es contrario á la tranquilidad el compañero que anda siempre inquieto y el que se lamenta de todo.

CAPÍTULO VIII.

Pasemos á la hacienda, ocasion grande de las ruinas humanas; porque si hacemos comparacion de las demas cosas que nos congojan, como son la muerte, las enfermedades, los temores, los deseos, y el padecer dolores y trabajos, con los demas daños que nuestro dinero nos acarrea, hallarás que la hacienda es la que nos pone mayor gravámen; y así, debemos ponderar cuán más ligero dolor es no tenerla, que el perderla despues de tenida, y con esto conocemos que al paso que la pobreza es menor materia de tormento, lo es de daño; porque te engañas si juzgas que los ricos sufren más animosamente las pérdidas. El dolor de las heridas es igual á los pigmeos y gigantes. Bien dijo con elegancia que el mismo dolor sentian los calvos que los guedejudos, cuando les arrancaban algun cabello. Esto mismo has de entender de los pobres y de los ricos, que sienten un mismo tormento; porque estando los unos y los otros asidos al dinero, no puede arrancárseles sin dolor; pero, como tengo dicho, más tolerable es el no adquirir que el perder; y así, verás que viven más contentos aquellos en quien jamas puso los ojos la fortuna, que los otros de quien los apartó. Bien conoció esta verdad Diógenes, varon de grande ánimo, y dispúsose á no poseer cosa que se le pudiese quitar. A ésta, que yo llamo tranquilidad, llámala tú pobreza, necesidad ó miseria, y ponle otro cualquier ignominioso nombre; que cuando hallares alguno libre de pérdidas, juzgaré que Diógenes no fué dichoso, ó yo me engaño, ó sólo el reino de la pobreza no puede ser ofendido de los avarientos, de los engañadores, de los ladrones y robadores; y si alguno duda de la felicidad de Diógenes, podrá tambien dudar de la de los dioses inmortales, pareciéndole que no viven felices, porque no tienen adornados jardines ni preciosas quintas, cultivadas de ajenos caseros, y porque no tienen grandes juros en los erarios. Tú, que con las riquezas te desvaneces, no te avergüenzas de ello? Vuelve los ojos al mundo, y verás que los dioses, que lo dan todo, están desnudos y sin poseer cosa alguna; ¿juzgarás tú por pobre ó por semejante á los dioses, al que se desnudó de todas las riquezas? ¿Tienes por más dichosos á Demetrio y Pompeyano, que no hubieron vergüenza de ser más ricos que Pompeyo, haciéndoles cada dia relacion de los criados que tenian, como la que al Emperador se hace de los soldados de su ejército, habiendo poco ántes sido las riquezas de éstos, dos esclavos, que sustituyendo servian por ellos, y un aposento algo más acomodado? Huyósele á Diógenes un solo esclavo que tenía, llamado *Manes*, y habiendo sabido dónde estaba, no hizo diligencia en recobrarle, diciendo pareceria cosa torpe que pudiendo *Manes* vivir sin *Diógenes*, no pudiese *Diógenes* vivir sin *Manes*. Paréceme que en esto dijo á la fortuna hiciese lo que quisiese, que ya no tenía que ver con él: huyóseme mi esclavo, ó por mejor decir, fuése libre; pídenme de comer y vestir mis criados, siendo forzoso dar sustento á los estómagos de tantos voraces animales, siéndolo asimismo el vestirlos y el vivir cuidadoso de sus arrebatadoras manos, siendo inexcusable el servirnos de quien siempre vive con llantos y quejas. Más dichoso es aquel que á nadie debe cosa alguna, si no es á quien con facilidad puede negar la paga, que es á sí mismo. Pero ya que no nos hallamos con suficientes fuerzas, conviene, por lo ménos, estrechar nuestros patrimonios, para estar ménos expuestos á las injurias de la fortuna. Los cuerpos pequeños, que con facilidad se pueden cubrir con las armas, estan más seguros que aquellos á quien su misma grandeza expone más descubiertos á las heridas; de la misma suerte es más seguro aquel estado que ni llega á la pobreza, ni con demasía se aparta de ella.

CAPÍTULO IX.

Agradarános esta moderacion, si nos agradáre primero la templanza, sin la cual no hay riquezas que basten, y sin ella ningunas obedecen bastantemente, estando tan en nuestra mano el remedio, pudiendo con sólo admitir la templanza, convertirse la pobreza en riqueza. Acostumbrémonos á desechar el fausto, midiendo las alhajas con la necesidad que de ellas tenemos; la comida sirva para dar satisfaccion á la hambre, la bebida para extinguir la sed, y camine el deseo por donde conviene. Aprendamos á estribar en nuestros cuerpos; compongamos nuestro comer y vestir, no dando nuevas formas, sino ajustándolo á las costumbres que nuestros pasados nos enseñaron. Aprendamos á aumentar la continencia, á enfrenar la demasía, á templar la gula, á mitigar la ira, á mirar con buenos ojos la pobreza y á reverenciar la templanza, y aunque nos cueste vergüenza el dar á nuestros deseos remedios poco costosos, aprendamos á encarcelar las desenfrenadas esperanzas, y el ánimo que se levanta á lo futuro; procuremos alcanzar las riquezas de nosotros mismos, y no de la fortuna. Digo, pues, que tanta variedad é iniquidad de sucesos no puede ser repelida, sin que haya grandes tormentos en los que han descubierto grandes aparatos. Conviene, pues, estrechar las cosas, para que las flechas no acierten el tiro. De esto resulta que muchas veces los destierros y las calamidades vienen á ser remedios, reparándose con pequeñas incomodidades otras más graves. El ánimo que

con rebeldía obedece á los preceptos, no puede ser curado con blandura; pues ¿por qué no se emienda, si de no hacerlo se le siguen pobreza, infamia y ruina en todas las cosas? Un mal se opone á otro. Acostumbrémonos á poder cenar sin asistencia de pueblo, y á servirnos de ménos criados, haciendo que los vestidos sean para el fin á que se inventaron, y reduciéndonos á vivir en casas más estrechas. Y no sólo hemos de volver atras en la carrera y en la contienda pública del coso, sino tambien lo hemos de hacer interiormente en estos términos de la vida. Hasta el trabajo de los estudios, con ser tan ingenuo, en tanto se ajusta á la razon, en cuanto se ajusta al modo. ¿De qué sirven innumerables libros y librerías, cuyo dueño apénas leyó en toda su vida los índices? La muchedumbre de libros carga, y no enseña; y así, te será más seguro entregarte á pocos autores que errar siguiendo á muchos. Cuarenta mil cuerpos de libros se abrasaron en la ciudad de Alejandría, hermoso testimonio de la opulencia real; alguno habrá que la alabe, como lo hizo Tito Livio, que la llamó obra egregia de la elegancia y cuidado de los reyes. Pero ni aquello fué elegancia, ni fué cuidado, sino una estudiosa demasía, ó por decir mejor, no fué estudiosa, porque no los juntaron para estudios, sino para sola la vista, como sucede á muchos ignorantes, áun de las letras serviles á quien los libros no les son instrumentos de estudios, sino ornato de sus salas. Téngase, pues, la suficiente cantidad de libros, sin que ninguno de ellos sirva para sola ostentacion. Responderásme que tienes por más honesto el gasto que en ellos haces que el de pinturas y vasos de Corinto. Advierte que donde quiera que hay demasía hay vicio. ¿Qué razon hay para perdonar ménos al que procura ganar nombre con juntar estatuas de mármol ó marfil que al que anda buscando las obras de autores ignotos y quizá reprobados, estando ocioso entre tantos millares de libros, agradándose solamente de las encuadernaciones y rótulos? Hallarás en poder de personas ignorantísimas todo lo que está escrito de oraciones y de historias, teniendo los estantes llenos de libros hasta los techos; porque ya áun en los baños se hacen librerías, como alhaja forzosa para las casas. Perdonáralo yo, si esto naciera de deseos de los estudios; pero ahora estas exquisitas obras de sagrados ingenios, entalladas con sus imágenes, se buscan para adorno y gala de las paredes.

CAPÍTULO X.

Si entraste acaso en alguna difícil forma de vida, y sin saberlo tú, te puso la pública ó la particular fortuna en algun lazo, que ni sabes desatarle, ni puedes romperle, considera que los presos á los principios sufren mal las cadenas y grillos, que son impedimentos de sus pasos; pero despues que se determinan á traerlos sin indignarse con ellos, la misma necesidad los anima á sufrirlos con fortaleza, y la costumbre los enseña á llevarlos con facilidad. En cualquier estado de vida hallarás anchuras, gustos y deleites, si te dispusieres primero á querer no juzgar por mala la que tienes, no haciéndola sujeta á la envidia. Con ninguna cosa nos obligó más la naturaleza, como fué (conociendo que naciamos para tantas miserias) haber inventado, para temperamento de ellas, la costumbre de sufrirlas, la cual con presteza se convierte en familiaridad. Nadie perseverára en las cosas, si la continuacion de las adversas tuviera la misma fuerza que tuvo á los primeros acometimientos. Todos estamos atados á la fortuna; pero la cadena de unos es de oro y floja, la de otros estrecha y abatida. Pero ¿de qué importancia es esta diferencia, si es una misma la cárcel en que estamos todos, estando tambien presos en ella los mismos que hicieron la prision? Si no es que asimismo juzgues que es más ligera la cadena porque te la echaron al lado izquierdo. A unos enlazan y encadenan las honras, á otros las riquezas, á otros la nobleza; á unos oprime la humildad, y hay otros que tienen sobre su cabeza ajenos imperios, y otros los suyos; á unos detiene en un lugar el destierro, á otros el sacerdocio; siendo toda la vida una continuada servidumbre. Conviene, pues, acostumbrarnos á vivir en nuestro estado sin dar de él una mínima queja, abrazando en él cualquier comodidad que tenga. No hay caso tan acerbo, en que no halle algun consuelo el ánimo ajustado: Muchas veces al arte del buen arquitecto dispone pequeños sitios para varios usos, y la buena distribucion hace habitable el sitio, aunque sea angosto. Arrima tú la razon á las dificultades, y verás cómo con ella se ablandan las cosas ásperas, se ensanchan las angostas, oprimiendo ménos las graves á los que con valor las sufren. Demas de esto, no se han de extender los deseos á cosas remotas; y ya que de todo punto no los podemos estrechar, les hemos de permitir sólo aquello que está cercano, desechando lo que, ó no puede conseguirse, ó se ha de conseguir con dificultad. Sigamos lo que está cerca y lo que se ajusta y proporciona con nuestra esperanza. Sepamos que todas las cosas son igualmente caducas, y que, aunque en lo exterior tienen diferentes visos, son en lo interior igualmente vanas. No tengamos envidia á los que ocupan encumbrados lugares, porque lo que nos parece altura es despeñadero, y al contrario, aquellos á quien la adversa suerte puso en estado de medianía, estarán más seguros si quitaren la soberbia á los ministerios que de suyo son soberbios, bajando, en cuanto les fuere posible, su fortuna á lo llano. Hay muchos que se ven forzados á estar asidos á la altura en que se hallan, por no poder bajar de ella si no es cayendo; pero por la misma razon deben testificar que la carga que tienen les es muy pesada, por haber de ser ellos pesados á otros; y confiesen tambien que no están levantados, sino amarrados, y prevengan con mansedumbre, con humildad y con mano benigna muchos socorros para los sucesos venideros, para que en esta confianza, aunque vivan pendientes, estén con mayor seguridad; y ninguna cosa los librará de las tormentas del ánimo, como el poner algun punto fijo á los acrecentamientos, sin que quede en albedrío de la fortuna el dejar de dar; exhórtense á sí mismos á parar mucho ántes de llegar á los extremos, y de esta forma, aunque habrá algunos deseos que inciten el ánimo, no se extenderán á lo incierto y á lo inmenso.

CAPÍTULO XI.

Esta mi doctrina habla con los imperfectos, con los mediocres y con los mal sanos, y no con el sabio, que ni vive temeroso, ni anda atentado; porque tiene de sí tanta confianza, que no recela salir al encuentro á la fortuna, sin jamas rendírsele y sin poseer cosa en que poder temerla; porque tiene por prestados, no sólo los esclavos, las heredades y las dignidades, sino su mismo cuerpo, sus ojos, y sus manos, y todo aquello que le puede hacer más amable la vida, viviendo como prestado á sí mismo, para sin tristeza restituirse á los que le volvieren á pedir; y no se desestima en saber que no es suyo, ántes hace todas las cosas con tan gran diligencia y circunspeccion, como el hombre religioso y santo, que guarda lo que se entregó á su fe, y cada y cuando que se lo mandaren restituir, lo hará sin dar quejas de la fortuna; ántes le dirá: «Doyte gracias por el tiempo que lo poseí. Yo estimé con veneracion tus cosas, pero ya que me las pides, te las restituyo con voluntad y agradecimiento; si gustares dejarme alguna, te la guardaré tambien; pero ya que de ello tienes gusto, te restituyo la plata labrada, la acuñada, la casa y la familia.» Si me llamáre la naturaleza, que fué la primera que me prestó á mí, le diré tambien: «Tómate mi ánimo; mejorado te lo vuelvo de lo que me le diste; no ronceo ni huyo; aprestado está por mí, que me hallo sin voluntad; recibe lo que me diste cuando no tenía sentido.» El volver á la parte de donde venimos, ¿qué tiene de molestia? Aquel vivirá mal, que ignoráre el útil de morir bien. Lo primero, pues, á que se ha de quitar la estimacion, es á la vida, contándola entre las demas cosas serviles. Dice Ciceron que aborrecemos á los gladiatores que en la pelea procuran salvar la vida, y al contrario, favorecemos á los que la desprecian. Entiende, pues, que lo mismo nos sucede á nosotros; siendo muchas veces causa de morir el esperar tímidamente á la muerte. La fortuna, que hace tambien sus regocijos y espectáculos, dice: «¿Para qué te he de reservar, animal malo y cobarde? Porque no sabes ofrecer el cuello, has de ser más herido y maltratado; y al contrario, tú, que no con cerviz forzada ni cruzadas las manos esperas el cuchillo, vivirás más tiempo, y morirás con más despejo.» El que temiere la muerte, no hará hazaña de varon vivo; mas el que conoce que al tiempo de su concepcion capituló el morir, vivirá segun lo capitulado, y juntamente con la gallardía de ánimo hará que ninguna cosa de las que en la vida suceden le sea repentina; porque teniendo por asentado que todo lo que puede venir le ha de suceder, mitigará los ímpetus de los males; que éstos nunca traen cosa de nuevo á los que estando prevenidos los esperan, y solamente son graves y pesados á los que viven con descuido, y espera solamente las cosas felices. Porque la enfermedad, la cautividad, la ruina y el incendio no me son cosas repentinas, sabiendo yo en cuán revoltoso hospedaje me encerró la naturaleza. Muchas veces sentí llantos en mi vecindad; muchas vi pasar por mi puerta entierros no sazonados, con hachas y cirios; muchas oí el estruendo de soberbios edificios que cayeron, y muchos de aquellos á quienes el tribunal, la córte y la conversacion juntaron conmigo, se los llevó una noche, dividiendo las manos unidas en amistad. ¿Tengo de admirarme de que se me hayan llegado los peligros que siempre anduvieron cerca de mí? Muchos hombres hay, que habiendo de navegar, no se acuerdan de que hay tormentas; yo no me avergüenzo en lo bueno, de tener por autor un malo. Publio, más vehemente que los ingenios trágicos y cómicos, todas las veces que dejó los disparates mímicos, y los dicterios y donaires concernientes al vulgo, entre otras muchas cosas dignas de la gravedad y escena trágica, dijo: «Á cada cual puede suceder lo que puede suceder á alguno.» El que depositáre en su corazon esta sentencia, y atendiere á los males ajenos (de que cada dia hay tanta abundancia), y conociere que tienen libre el camino para venir á él, este tal se prevendrá ántes de ser acometido. Tardamente se arma el ánimo á la paciencia de los trabajos, despues que ellos han llegado. Dirás: «No pensé que esto sucediera, ni creí que esto pudiera venirme.» Pues por qué no lo pensaste? ¿Qué riquezas hay á quien no vayan siguiendo la pobreza, la hambre y la mendicidad? ¿Qué dignidad hay, á cuya garnacha, cuyo hábito augural y cuyas insignias de nobleza no acompañen asquerosidades, destierros, descrédito, mil manchas, y últimamente el desprecio? ¿Qué reino hay á quien no esté aparejada la ruina y la caida, teniendo, ora un justo dueño, y ora un injusto tirano? Y estas cosas no están separadas con grandes intervalos, pues sólo hay un instante de distancia del verse en el trono al estar postrado ante ajenas rodillas. Persuádete, pues, que todo estado es mudable, y que lo que ves en otros, puede suceder en tí. Si te precias de rico, ¿éreslo por ventura más que Pompeyo, al cual, cuando Cayo, su antiguo pariente y huésped nuevo, abrió la casa de César para cerrar la suya, le faltó pan y agua? Y el que poseia tantos rios, que nacian y morian en su imperio, mendigó agua llovediza, muriendo de hambre y de sed dentro del palacio de su deudo, miéntras el heredero preparaba entierro público al que moria de hambre. Has tenido grandes honras? Dime si han sido tantas, tan grandes y tan no esperadas como las que tuvo Seyano. Pues advierte que el mismo dia que le acompañó el Senado, le despedazó el pueblo; y habiendo puesto en él los dioses y los hombres todo lo que se pudo juntar, no quedó cosa en que el verdugo no hiciese presa. Eres rey? pues no te enviaré á Creso, que entró mandando en la hoguera, y la vió extinguida, sobreviviendo, no sólo al reino, sino á su misma muerte. No te enviaré á Yugurta, á quien el pueblo romano vió preso dentro del año en que le habia temido. No á Tolomeo, rey de Africa, ni á Mitridates, rey de Armenia, á quienes vimos entre las guardias cayanas, siendo el uno desterrado, y deseando el otro serlo con seguridad. Si en tan gran mutabilidad de las cosas, que suben y bajan, no juzgares que te amenaza todo lo que puede sucederte, darás contra tí fuerzas á las adversidades, las cuales quebranta el que las anteve. Lo que á esto se sigue es, que ni trabajemos en lo necesario ni para ello; quiero decir, que ó no deseemos lo que no podemos conseguir, ó lo que se ha de conseguir tarde y despues de haber pasado mucha vergüenza, conozcamos

la vanidad de nuestros deseos, no poniéndolos en aquello en que ha de salir vano y sin efecto el trabajo, ó donde el efecto ha de ser indigno de lo que se trabajó; porque casi siempre se sigue tristeza si no suceden, ó si suceden, vienen á causar vergüenza.

CAPÍTULO XII.

Conviene reformar los paseos, que en muchos hombres son tan contínuos, que andan siempre vagando por las casas y teatros, ofreciéndose á los negocios ajenos, remedando á los que siempre están ocupados. Y si preguntas á alguno de éstos, cuando sale de casa, á dónde va ó en qué piensa, te responderá: «Por Dios, que no lo sé; visitaré á algunos y haré algun negocio.» Van sin determinacion, buscando ocupaciones, y sin hacer aquello que habian determinado, hacen lo que primero se les ofreció; su paseo es vano y sin consejo, como el de las hormigas, que suben por los árboles, y despues de haber llegado á la cima, bajan vacías al tronco. Muchos son los que pasan la vida semejante á éstas, pudiendo con razon llamarla una inquieta pereza. De otros tendrás compasion, como de personas que corren incendio, que atropellando á los que encuentran, se despeñan y los despeñan. Estos tales, despues de haber corrido á saludar á quien no les ha de pagar la cortesía, ó para hallarse en las honras de persona con quien no tuvieron conocimiento, ó para asistir á la vista de algun pleito del que es siempre litigante, ó á las bodas de quien muchas veces se casa, siguiendo su litera, y ayudando en muchas partes á llevarla, cuando vuelven á sus casas con un vacío cansancio, juran que ni saben á qué salieron ni dónde estuvieron, con haber de andar los mismos pasos el dia siguiente. Enderécese, pues, tu trabajo á algun fin, y mire á parte segura. A los inquietos y locos no los mueve la industria; muévenles las falsas imágenes de las cosas, porque les obliga alguna vana esperanza; convídalos la apariencia de aquello, cuya unidad no la comprende el entendimiento cautivo. Del mismo modo sucede á los que salen de casa á sólo aumentar el vulgo, llevándolos por la ciudad insubstanciales y ligeras ocasiones, y sin tener en qué trabajar, los expele de sus casas la salida del sol, y despues de haber sufrido mil encontrones por llegar á saludar á muchos, siendo mal admitidos de algunos, á ningunos hallan más dificultosamente en casa que á sí mismos. De esta ociosidad se origina el vicio de andar siempre escuchando é inquiriendo los secretos de la república, y el saber muchas cosas, que ni con seguridad se pueden contar, ni áun saberse con ella. Pienso que siguiendo esta doctrina Demócrito, comenzó diciendo: «El que quisiere vivir en tranquilidad, ni haga muchas cosas en que se singularice, ni se deje llevar con publicidad á las superfluas.» Porque de las que son necesarias, no sólo se han de hacer muchas privada y públicamente, sino innumerables; pero donde no nos llama la obligacion de algun importante ministerio, conviene enfrenar nuestras acciones.

CAPÍTULO XIII.

Porque el que se ocupa en muchas cosas, hace muchas veces entrega de sí á la fortuna, siendo más seguro hacer de ella pocas experiencias; no obstante que conviene pensar mucho en ella, sin prometerse seguridad alguna de su fe. Dirá el sabio: «Haré mi navegacion, si no hubiere algun accidente; seré oidor, si no se ofreciere algun impedimento; y mis trazas saldrán bien, si no interviene algun estorbo.» El decir esto es lo que obliga á que afirmemos que al sabio no le sucede cosa alguna contra su opinion. No le exceptuamos de los sucesos humanos, sino de los errores; ni decimos les suceden todas las cosas como deseó, sino como pensó; porque antes de emprenderlas, se persuadió podia haber algo que impidiese la ejecucion de sus deseos; y así, es forzoso que al que no se prometió seguridad en sus intentos, venga más templado el dolor de verlos defraudados.

CAPÍTULO XIV.

Debemos tambien hacernos fáciles, sin entregarnos con pertinacia á las determinaciones; pasemos á lo que nos llevâre el suceso, y no temamos las mudanzas de consejo ó de estado, con tal que no seamos poseidos de la liviandad, vicio encontradísimo con la quietud; porque es forzoso que la pertinacia sea congojosa y miserable en aquel á quien diversas veces quita alguna cosa la fortuna, y que sea más cierta la liviandad de aquel que jamas está en un ser. El ignorar hacer mudanza cuando conviene, y el no saber perseverar en cosa alguna, son cosas contrarias á la tranquilidad; conviene, pues, que apartándose el ánimo de todas las externas, se reduzca á sí, confie de sí y se alegre consigo; abrace sus cosas en cuanto fuere posible, abstrayéndose de las ajenas, y aplicándose á sí mismo, sin sentir los daños, juzgando con benignidad aún de las cosas adversas. Habiendo llegado nuevas á nuestro Cenon de que en un naufragio se habia anegado toda su hacienda, dijo: «Quiere la fortuna que yo filosofee más desembarazadamente.» Amenazaba un tirano á Teodoro filósofo con la muerte y con que no sería sepultado, y él respondió: «Tienes con qué alegrarte, pues mi sangre está en tu potestad; pero en lo que dices de la sepultura eres ignorante, si piensas que importa el podrecerme encima ó debajo de la tierra.» Canio Julio, varon grande, á cuya estimacion no daña el haber nacido en nuestro siglo, habiendo altercado mucho tiempo con Cayo, le dijo aquel Fálaris cuando se iba: «Para que no te lisonjees con vana esperanza, he mandado te lleven al suplicio;» y él le respondió: «Doyte las gracias, óptimo príncipe.» Estoy dudoso de lo que en esto quiso sentir, y ocúrrenme muchas cosas. Quísole afrentar, dándole á entender cuán grande era su crueldad, pues tenía por beneficio la muerte; ó quizá le dió en rostro con la ordinaria locura de aquellos que le daban gracias cuando les habia muerto sus hijos y quitádoles sus haciendas; ó por ventura recibió con alegría la muerte, juzgándola por libertad. Sea lo que fuere, la respuesta fué de ánimo gallardo. Dirá alguno que pudo, despues de esto, mandar Cayo que Canio viviese. No temió esto Canio, que

era conocida la estabilidad que en semejantes crueles mandatos tenía Cayo. ¿Piensas tú que sin algun fundamento pidió cinco dias de dilacion para el suplicio? No parece verosímil lo que aquel varon dijo y lo que hizo, y en la tranquilidad que estuvo. Jugando estaba al ajedrez cuando el alguacil que traia la caterva de muchos condenados á muerte, mandó que tambien le sacasen á él; y despues de haber sido llamado, contó los tantos, y dijo al que jugaba con él: «Advierte que despues de mi muerte no mientas, diciendo que me ganaste.» Y llamando al alguacil, le dijo: «Serás testigo de que le gano un tanto.» ¿Piensas tú que Canio jugaba en el tablero? lo que hacia no era jugar, sino burlarse del tirano, y viendo llorosos á sus amigos por la pérdida que hacian de tal varon, les dijo: «¿De qué estais tristes? vosotros andais investigando si las almas son inmortales, y yo lo sabré ahora.» Y hasta el último trance de su muerte no desistió de inquirir la verdad y disputar de la muerte, como lo tenía de costumbre. Íbale siguiendo un discípulo suyo, y estando ya cerca del túmulo, á donde cada dia se hacian sacrificios á César, que pretendia ser adorado por Dios, le dijo: «¿En qué piensas, Canio? qué juicio es el tuyo? Sacrifica á César.» Respóndele Canio: «Tengo propuesto averiguar si en aquel velocísimo instante de la muerte siente el alma salir del cuerpo.» Y prometió que en averiguándolo, visitaria á sus amigos y les avisaria qué estado es el de las almas. Advertid esa tranquilidad en medio de las tormentas, y ved un ánimo digno de la eternidad, que para averiguacion de la verdad llama á su muerte, y puesto en el último trance, hace preguntas al alma cuando se despedia del cuerpo, aprendiendo, no sólo hasta la muerte, sino tambien de la misma muerte. Ninguno ha habido que filosofase más tiempo; y así, la memoria de este gran varon no se borrará arrebatadamente, ántes siempre se hablará de él con estimacion. Tendrémoste en todo tiempo ¡oh clarísima cabeza! por una gran parte de la calamidad cayana.

CAPÍTULO XV.

Y no basta desechar las causas de la tristeza particular, que sin ellas nos posee muchas veces un aborrecimiento de todo el género humano, saliéndonos al encuentro la turba de tantas bien afortunadas maldades; y cuando hacemos reflexion de cuán rara es la sencillez, cuán no conocida la inocencia y cuán poco guardada la fe, si no es en aquel á quien le está bien guardarla; y cuando miramos las ganancias y los daños de la sensualidad, igualmente aborrecidos; cuando vemos que la ambicion no ajustada en sus debidos términos resplandece con su misma torpeza, escóndesele al ánimo la luz, y salen obscuras tinieblas cuando, por estar abatidas las virtudes, ni es permitido esperarlas, ni aprovecha el tenerlas. Debemos, pues, rendirnos á no tener por aborrecibles, sino por ridículos, todos los vicios del vulgo, imitando ántes á Demócrito que á Heráclito. Éste siempre que salia en público lloraba, y el otro reia. Éste juzgaba todas nuestras acciones por miserias, y aquél las tenía por locuras. Súfranse todas las cosas con suavidad de ánimo, siendo más humana accion reirnos de la vida que llorarla. Y añade que en mayor obligacion pone al género humano el que se rie de él, que no el que le llora; porque el primero deja alguna parte de esperanza, y estotro llora neciamente aquello que desconfía poder remediarse. Y bien considerado todo, mayor grandeza de ánimo es no poder enfrenar la risa, que el no poder detener las lágrimas; porque todas las cosas que nos obligan á estar alegres ó tristes, mueven el ligerísimo afecto del ánimo, sin que juzgue que en tanto aparato de cosas hay alguna que sea grande, severa ni séria. Propóngase cada uno todas aquellas cosas por las cuales venimos á estar alegres ó tristes, y sepa ser cierto lo que dijo Bion, que todos los negocios de los hombres eran semejantes en sus principios, y que la santidad y severidad de su vida no era más que unos intentos comenzados. Y así, es más cordura sufrir plácidamente las públicas costumbres y los humanos vicios, sin pasar á reirlos ó llorarlos, porque es una eterna miseria atormentarse con males ajenos, y el alegrarse de ellos es un deleite inhumano, al modo que es inútil tristeza el llorar y encapotar el rostro porque alguno entierra su hijo; pues áun en tus propios males conviene dar al dolor aquella sola parte que él pide, y no la que pide la costumbre; porque hay muchos que derraman lágrimas para que otros las vean, teniendo secos los ojos miéntras no hay quien les mire, y juzgan por cosa fea no llorar cuando los otros lo hacen; y hase introducido de tal manera este mal de estar pendientes de ajena opinion, que áun en cosas de poquísima importancia viene el dolor fingido. Síguese tras esto una parte, que no sin causa suele entristecer y poner en cuidado, cuando los remates de los buenos son malos, como son morir Sócrates en una cárcel, y vivir en destierro Rutilio, y entregar Pompeyo y Ciceron la cerviz á sus mismos paniaguados, y que el gran Caton, única imágen de las virtudes, recostado sobre la espada, dé juntamente satisfaccion de sí y de la república. Conviene, pues, el dar quejas de que la fortuna pague con tan inicuos premios; porque, ¿qué puede esperar cada uno cuando ve que los buenos padecen grandes males? Pues ¿qué hemos de hacer en tal caso? Poner los ojos en el modo con que ellos sufrieron, y si fueron fuertes, desear sus ánimos; pero si murieron mujeril y flacamente, no hay que hacer caso de la pérdida. O fueron dignos de que su virtud te agrade, ó indignos de que se imite su flaqueza; porque, ¿cuál cosa hay más torpe que aquellos á quienes los grandes varones, muriendo varonilmente, hicieron tímidos? Alabemos aquel que por tantas razones es digno de alabanza, y digamos de él: «Cuanto más fuerte fuiste, fuiste más dichoso; escapaste ya de los humanos acontecimientos y de la envidia y enfermedad; saliste de la prision tú, que no eras merecedor de mala fortuna; y los dioses te juzgarán por cosa indigna que ella tuviese en tí algun dominio.» A los que (cuando llega la muerte) rehuyen y ponen los ojos en la vida, se han de echar las manos. Yo no lloraré al que está alegre, ni lloraré al que llora; porque el primero con el alegría me quitó las lágrimas, y éste con las suyas se hizo indigno de las de otros. ¿He de llorar yo á Hércules, quemado vivo? ¿A Régulo, clavado con muchos clavos? ¿A Caton, que con fortaleza sufrió tantas

heridas? Todos éstos, con corto gasto de tiempo breve, hallaron modo de eternizarse, llegando á la inmortalidad por medio de la muerte. Es asimismo no pequeña materia de cuidado el tenerle grande de componerte, nó mostrándote sencillo; culpa en que caen muchos, cuya vida es fingida y ordenada á sola ostentacion, y esta continua diligencia los martiriza, recelando no los hallen en diferente figura de la que acostumbran; porque este cuidado jamas afloja, miéntras juzgamos que todas las veces que nos miran nos estiman, y hay muchos sucesos que contra su voluntad los desnudan de la ficcion; y dado caso que esta fingida compostura les suceda bien, no es posible que los que siempre viven con máscara tengan vida gustosa ni segura, y al contrario, la sencillez cándida y adornada de sí misma, sin echar velo á las costumbres, goza de infinitos deleites. Pero tambien esta vida tiene peligro de desprecio; porque cuando todas las cosas son patentes á todos, hay muchos que hacen desestimacion de lo que tratan más de cerca, aunque la virtud no tiene peligro de envilecerse por acercarse á los ojos, y mucho mejor es ser despreciado por sencillo que vivir atormentado con perpétua simulacion. Mas con todo esto, conviene poner en ello límite, habiendo mucha diferencia del vivir con sencillez al vivir con negligencia. Conviene mucho retirarnos en nosotros mismos, porque la conversacion que se tiene con los que no son nuestros semejantes descompone todo lo bien compuesto, y renueva los afectos y las llagas de todo aquello que en el ánimo está flaco y mal curado. Pero tambien conviene mezclar y alternar la soledad y la comunicacion, porque aquella despertará en nosotros deseos de comunicar á los hombres, y estotra de comunicarnos á nosotros mismos, siendo la una el antídoto de la otra. La soledad curará el aborrecimiento que se tiene á la turba, y la turba curará el fastidio de la soledad; que el entendimiento no ha de estar perseverante siempre con igualdad en una misma intencion, que tal vez ha de pasar á los entretenimientos. Sócrates no se avergonzaba de jugar con los niños, y Caton recreaba en convites el ánimo, fatigado de cuidados públicos. Escipion danzaba á compas con aquel su militar y triunfador cuerpo; pero no haciendo mudanzas afeminadas de las que exceden á la blandura mujeril, como las que ahora se usan, sino como las solian hacer aquellos antiguos varones, que se entretenian entre el juego y los dias festivos, danzando varonilmente, sin que pudiesen perder crédito aunque los viesen danzar sus enemigos. Darse tiene algun refrigerio á los ánimos, porque descansados, se levanten mejores y más valientes al trabajo; y como los campos fértiles, no se han de fatigar, porque el no dar alguna intermision á su fecundidad los enflaquecerá con presteza, así el trabajo contínuo quebranta los ímpetus del ánimo, que recreado, tomará más fuerzas. De la continuacion en los cuidados nace una como inhabilidad y descaecimiento de los ánimos; y el eficaz deseo de los hombres no se inclinára á tanto, si en el entretenimiento y juego no hallára un casi natural deleite, cuyo uso, siendo frecuente, quita á los ánimos todo el vigor y fuerza. Necesario es el sueño para reparar las fuerzas; pero si le continúas de dia y de noche, vendrá á ser muerte; mucha diferencia hay en aflojar ó soltar una cosa. Los legisladores instituyeron dias festivos para que los hombres se juntasen públicamente, interponiendo con alegría un casi necesario temperamento á los trabajos; y los grandes varones, como tengo dicho, se tomaban cada mes ciertos dias feriados; y otros no dejaron dia alguno sin dividirle entre los cuidados y el ocio, como lo sabemos de Polion Asinio, gran orador, á quien ningun negocio detuvo en pasando la hora décima, y despues ni áun queria leer las cartas, porque de ellas no le resultase algun cuidado, reparando en aquellas dos horas de descanso el trabajo de todo el dia. Otros dividieron el dia, reservando para la tarde los negocios de menor cuidado, y nuestros pasados prohibieron el hacerse en el Senado nuevas relaciones pasada la hora décima. El soldado divide las velas, y el que viene de la campaña está libre de hacer la centinela. Conviene ensanchar el ánimo, dándole algun ocio, que aliente y dé fuerzas; y el paseo que se hiciere sea en campo abierto, para que en cielo libre y con mucho aliento se levante y aumente el ánimo; y tal vez dará vigor el andar á caballo, haciendo algun viaje y mudando de sitio. Los banquetes y la bebida algo más licenciosa, y áun llegando tal vez á la raya de la embriaguez (no de modo que nos anegue, sino que nos divierta), nos aligerarán los cuidados, sacando el ánimo de su encerramiento; porque como el vino cura algunas enfermedades, así tambien cura la tristeza. A Baco, inventor del vino, le llamaron *Liber*, no por la libertad que da á la lengua, sino porque libra al ánimo de la servidumbre de los cuidados, fortaleciéndole y haciéndole más vigoroso y audaz para todos los intentos; pero como en la libertad es saludable la moderacion, lo es tambien el vino. De Solon y Archesilao se dice que fueron dados al vino, á Caton le tacharon de embriaguez; pero el que á Caton opone esta culpa podrá con más facilidad persuadir que ella sea honesta, que no que Caton haya sido torpe. Mas esta licencia del vino no se ha de tomar muchas veces, porque el ánimo no se habitúe á malas costumbres; aunque tal vez há de salir á regocijo y libertad, desechando algun tanto la sobriedad triste; porque si damos crédito al poeta griego, alguna vez da alegría el enloquecerse, y si á Platon, en vano abre las puertas á la poesía el que está con entero juicio, y si á Aristóteles, pocas veces hubo ingenio grande sin alguna mezcla de locura. No puede decir cosa superior y que exceda á los demas, si no es el entendimiento altivo, que despreciando lo vulgar y usado, se levanta más alto con un sagrado instinto, porque entónces con boca de hombre canta alguna cosa superior. Miéntras una persona está en sí, no se le puede ofrecer pensamiento sublime; y puesto en altura, conviene que se aparte de lo acostumbrado y que se levante, y que tascando el freno, arrebate al caballero que le guia, llevándole hasta donde él no se atreviera á correr. Con esto tienes ¡oh carísimo Sereno! las cosas que pueden defender la tranquilidad, las que la pueden restituir, y las que pueden resistir á los vicios que se quieren introducir. Pero conviene sepas que ninguna de estas cosas es suficiente á los que han de guardar una tan débil, si no es que al ánimo que va á caer le cerque un contínuo y asistente cuidado.

LIBRO CUARTO.

À SERENO.

DE LA CONSTANCIA DEL SABIO, Y QUE EN ÉL NO PUEDE CAER INJURIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

No sin razon me atreveré á decir, oh amigo Sereno! que entre los filósofos estoicos y los demas profesores de la sabiduría hay la diferencia que entre los hombres y las mujeres, porque aunque los unos y los otros tratan de lo concerniente á la comunicacion y compañía de la vida, los unos nacieron para imperar, y los otros para obedecer. Los demas sabios son como los médicos domésticos y caseros, que aplican á los cuerpos medicamentos suaves y blandos, no curando como conviene, sino como les es permitido. Los estoicos, habiendo entrado en varonil camino, no cuidan de que parezca ameno á los que han de caminar por él; tratan sólo de librarlos con toda presteza de los vicios, colocándolos en aquel alto monte, que de tal manera está encumbrado y seguro, que no sólo no alcanzan á él las flechas de la fortuna, sino que áun les está superior. Los caminos á que somos llamados son arduos y fragosos, que en los llanos no hay cosa eminente; pero tras todo eso, no son tan despeñaderos como muchos piensan. Solas las entradas son pedregosas y ásperas, y que parece están sin senda, al modo que sucede á los que de léjos miran las montañas, que se les representan ya quebradas y ya unidas, porque la distancia larga engaña fácilmente la vista; pero en llegando más cerca, todo aquello que el engaño de los ojos habia juzgado por unido, se va poco á poco mostrando dividido; y lo que desde léjos parecia despeñadero, se descubre, en llegando, ser un apacible collado. Poco tiempo há que hablando de Marco Caton, te indignaste (porque eres mal sufrido de maldades) de que el siglo en que vivió no le hubiese llegado á conocer, y que habiéndose levantado sobre los Césares y Pompeyos, le hubiesen puesto inferior á los Vatinios. Parecíate cosa indigna que porque resistió una injusta ley le hubiesen despojado de la garnacha en el tribunal, y que arrastrado por las manos de la parcialidad sediciosa, hubiese sido llevado desde el lugar donde oraba hasta el arco Faviano, sufriendo malas razones y ser escupido, con otras mil contumelias de aquella loca y desenfrenada muchedumbre. Respondíte entónces que más justo era dolerte de la república, que de una parte la rendia Publio Clodio y de otra Vatinio y otros muchos ciudadanos, que corrompidos con la ciega codicia, no conocian que miéntras ellos vendian la república, se vendian á sí mismos.

CAPÍTULO II

Por lo que toca á Caton, te dije que no habia para qué te congojases; porque ningun sabio puede recibir injuria ni afrenta; y que los dioses nos dieron á Caton por más cierto dechado de un varon sabio, que en los siglos pasados á Ulíses ó Hércules; porque á éstos llamaron sabios nuestros estoicos, por haber sido invictos de los trabajos, despreciadores de los deleites y vencedores de todos peligros. Caton no llegó á manos con las fieras, que el seguirlas es de agrestes cazadores, ni persiguió á los monstruos con fuego ó hierro, ni vivió en los tiempos en que se pudo creer que se sostuvo el cielo sobre los hombros de un hombre; mas estando ya el mundo en sazon que, desechada la antigua credulidad, habia llegado á entera astucia, peleó con el soborno y con otros infinitos males; peleó con la hambrienta y ambiciosa codicia de imperar que tenian aquellos á quien no parecia suficiente el orbe dividido entre los tres; y solo Caton estuvo firme contra los vicios de la república, que iba degenerando y cayéndose con su misma grandeza, y en cuanto fué en su mano, la sostuvo, hasta que arrebatado y apartado, se le entregó por compañero en la ruina, que mucho tiempo habia detenido, muriendo juntos él y la república, por no ser justo se dividiesen; pues ni Caton vivió en muriendo la libertad, ni hubo libertad en muriendo Caton. ¿Piensas tú que á tal varon pudo injuriar el pueblo porque le quitó el gobierno y la garnacha, y porque cubrió de saliva aquella sagrada cabeza? El sabio siempre está seguro, sin que la injuria ó la afrenta le puedan hacer ofensa.

CAPÍTULO III.

Paréceme que veo tu ánimo, y que encendido en cólera, te aprestas á dar voces, diciendo: «Estas cosas son las que desacreditan y quitan la autoridad á vuestra doctrina: prometeis cosas grandes, y tales, que no sólo no se pueden desear, pero ni áun creer. Decis por una parte con razones magníficas que el sabio no puede ser pobre, y tras eso confesais que suele faltarle esclavo, casa y vestido. Decis que no puede estar loco, y no negais que puede estar enajenado y hablar algunas razones poco compuestas, y todo aquello á que la fuerza de la enfermedad le diere audacia. Decis que el sabio no puede ser esclavo, y no negais que puede ser vendido y que ha de obedecer á su amo, haciendo todos los ministerios

serviles, con lo cual, levantando en alto el sobrecejo, venis á caer en lo mismo que los demas, y sólo mudais los nombres á las cosas. Lo mismo sospecho que sucede en lo que decis, que el sabio no puede recibir injuria ni afrenta; proposicion hermosa y magnífica á las primeras apariencias. Mucha diferencia hay en que el sabio no tenga indignacion á que no reciba injuria. Si me decis que la sufrirá con gallardía de ánimo, eso no es cosa particular, ántes viene á ser muy vulgar, por ser paciencia que se aprende con la continuacion de recibir injurias. Pero si me decis que no puede recibir injuria, y en esto pretendeis decir que nadie puede intentar hacérsela, dígoos que dejando todos mis negocios, me hago luego estoico.» Yo no determiné adornar al sabio con honores imaginarios de palabras, sino ponerle en tal lugar, donde ninguna injuria se permite. ¿Será esto, por ventura, porque no hay quien provoque y tiente al sabio? En la naturaleza no hay cosa tan sagrada, á quien no acometa algun sacrilegio; pero no por eso dejan de estar en gran altura las divinas, aunque hay quien sin haber de hacer mella en ellas, acomete á ofender la grandeza superior á sus fuerzas. Yo no llamo invulnerable á lo que se puede herir, sino á lo que no se puede ofender. Daréte con un ejemplo á conocer al sabio. ¿Puédese dudar de que las fuerzas no vencidas son más ciertas que las no experimentadas, pues éstas son dudosas, y las acostumbradas á vencer constituyen una indubitable firmeza? En esta misma forma juzga tú por de mejor cualidad al sabio á quien no ofende la injuria, que al que nunca se le hizo. Yo llamaré varon fuerte aquel á quien no rinden las guerras ni le atemorizan las levantadas armas de su enemigo, y no daré este apellido al que entre perezosos pueblos goza descansado ocio. El sabio es á quien ningunas injurias ofenden; y así, no importa que le tiren muchas flechas, porque tiene impenetrable el pecho, al modo que hay muchas piedras cuya dureza no se vence con el hierro; y el diamante ni puede cortarse, herirse ni mellarse, ántes rechaza todo lo que voluntariamente se le opone; y al modo que hay algunas cosas que no se consumen con el fuego, ántes conservan su vigor y naturaleza en medio de las llamas; y al modo que los altos escollos quebrantan la furia del mar, sin que en ellos se vean indicios de la crueldad con que son azotados de las olas; de esta misma suerte, el ánimo del varon sabio, estando firme y sólido, y prevenido de sus fuerzas, estará seguro de sus injurias, como las cosas que hemos referido.

CAPÍTULO IV.

¿Faltará por ventura alguno que quiera hacer injuria al sabio? Intentarálo, pero no llegará á conseguirlo; porque le hallará con tal distancia apartado del contacto de las cosas inferiores, que ninguna fuerza dañosa podrá alcanzar hasta donde él está. Cuando los poderosos levantados por su imperio, y los que están validos por el consentimiento de los que se les humillan, intentaren dañar al sabio, quedarán sus acometimientos tan sin fuerza, como aquellas cosas que con arco ó ballesta se tiran en alto, que aunque tal vez se pierden de vista, vuelven abajo sin tocar en el cielo. ¿Piensas que aquel ignorante rey que con la muchedumbre de saetas oscureció el dia, llegó con alguna á ofender al sol, ó que habiendo echado muchas cadenas en el mar, pudo prender á Neptuno? De la manera que las cosas divinas están exentas de las manos de los hombres, sin que la Divinidad reciba lesion de aquellos que ponen fuego á sus templos ni de los que forman sus simulacros; así todo lo que se intenta contra el sabio proterva, insolente y soberbiamente, se intenta en vano. Dirás que mejor fuera que ninguno intentára hacerle ofensa; cosa dificultosa pretendes en desear inocencia en el linaje humano. Mayor interes fuera de los que quieren hacer injuria al sabio, en no hacérsela, que el que tiene el sabio en no recibirla; pero aunque se le haga, no la puede padecer, ántes juzgo que aquella sabiduría que entre las cosas que la impugnan se muestra tranquila, es la que tiene más fuerzas; al modo que es indicio de que el emperador se halla poderoso en armas y soldados cuando se juzga seguro en las tierras del enemigo. Separemos, si te parece, amigo Sereno, la injuria de la afrenta. La primera es, por su naturaleza, más grave, y esta segunda más ligera, y sólo los delicados la juzgan por pesada; y no siendo con ella damnificados, sino solamente ofendidos, es tan grande el dejamiento y vanidad de los ánimos, que son muchos los que piensan no les puede suceder cosa más acerva. Hallarás algun esclavo que quiera más ser azotado que abofeteado, y que juzgue por más tolerable la muerte que las palabras injuriosas; porque hemos llegado ya á tan grande ignorancia, que no nos sentimos tanto del dolor, cuanto de su opinion; como los niños, á quien ponen miedo la sombra, la deformidad de las personas y las malas caras, y les hacen llorar los nombres desapacibles á los oidos, y las amenazas de los dedos, y otras cosas de que, como poco próvidos, huyen.

CAPÍTULO V.

El fin de la injuria es hacer algun mal; pero la sabiduría no le deja lugar en que éntre; porque para ella no hay otro mal si no es la torpeza, la cual no tiene entrada donde una vez entraron la virtud y lo honesto; segun lo cual, es cosa cierta que no puede llegar la injuria al sabio, porque si el padecer algun mal es lo que se llama injuria, y el sabio no le padece, es evidencia que no tiene que ver con él la injuria; porque toda injuria es una cierta diminucion del sugeto en quien cae, no siendo posible recibirla sin alguna pérdida, ó en el cuerpo ó en la dignidad ó en alguna de las cosas que están fuera de nosotros; pero el sabio no puede perder cosa alguna, porque las tiene todas depositadas en sí mismo, sin haber entregado alguna á la fortuna, teniendo todos sus bienes en parte firme, y contentándose con la virtud, que no necesita de las cosas fortuitas; y así, ni puede crecer ni menguar, porque lo que ha llegado á la cumbre no tiene á donde pasar, y la fortuna no quita sino lo que ella dió; y como no dió la virtud, no puede quitarla; ésta es libre, inviolable, firme, incontrastable, y de tal manera fortalecida contra los sucesos, que no sólo no puede ser vencida, pero ni aún inclinada. Tiene muy abiertos los ojos contra los apa-

ratos de las cosas terribles, y no hace mudanza en el rostro, ora se le pongan delante sucesos prósperos, ora adversos. Y finalmente, el sabio jamas pierde aquello que le puede causar sentimiento; porque sólo posee la virtud, de la cual no puede ser desposeido, y de las demas cosas tiene una posesion precaria. ¿Quién, pues, se lamenta con la pérdida de lo que es ajeno? Por lo cual, si la injuria no puede damnificar á las cosas que el sabio tiene por propias, porque están fortificadas con la virtud, no podrá hacerse injuria al sabio. Tomó Demetrio Policertes la ciudad de Megara; y habiendo preguntado á Estilpon, filósofo, qué pérdida habia hecho, le respondió que ninguna, porque tenia consigo todos sus bienes, no obstante que el enemigo le habia despojado de su patrimonio, robádole sus hijas y violado su patria. Disminuyóle con esta respuesta la victoria; porque habiendo perdido la ciudad, no sólo no se tuvo por vencido, mas ántes dió á entender no estar damnificado miéntras quedaban en su poder los verdaderos bienes, de que no se puede hacer presa, y los que le habian sido robados y disipados los tenía por adventicios y por sujetos á los antojos de la fortuna, y por esa razon no los amaba como propios; pues de todo lo que está de la parte de afuera, es incierta y deslizadera la posesion. Juzga, pues, ahora si á este sabio, á quien la guerra y el enemigo, práctico en batir murallas, no pudieron quitar cosa alguna, si se la podrá quitar el ladron, el calumniador, el vecino poderoso ó el rico, que por no tener hijos, se hace respetar como rey. Entre las espadas por todas partes relumbrantes, y entre el tumulto militar para la presa, entre las llamas y la sangre, entre las ruinas de una ciudad saqueada y entre el fuego de los templos, que caian sobre sus dioses, sólo hubo paz en este hombre. Segun esto, no hay para qué juzgues por atrevida mi proposicion, pues si tuvieres de mí poco crédito, te daré fiador. Y si te parece que en un hombre no puede haber tanta parte de firmeza ni tal grandeza de ánimo, ¿qué dirás si te pongo delante quien diga lo siguiente?

CAPÍTULO VI.

No hay por qué dudes de que hay hombre nacido que pueda levantarse sobre las cosas humanas, mirando con tranquilidad los dolores, las pérdidas, las llagas, las heridas, y finalmente los grandes movimientos que cercándole braman, miéntras él plácidamente sufre las cosas adversas, y con moderacion las prósperas, sin rendirse con aquellas ni desvanecerse con éstas, siendo uno mismo entre tan diversos casos, y sin juzgar que hay algo que sea suyo, si no es á sí mismo, y esto por la parte en que es mejor. Aquí estoy para probarte esta verdad con este destruidor de tantas ciudades. Podrán desmoronarse con la batería las murallas, y caer de repente con las secretas minas las altas torres; podrán subir los baluartes de modo que se igualen á los más encumbrados alcázares; pero ningunas máquinas militares se hallarán para conmover un ánimo bien fortalecido. «Libréme (dice) de las ruinas de mi casa, y huí por medio de las llamas, que de todas partes estaban relumbrando, y no sé si el suceso que habrán tenido mis hijos, será peor que el público. Yo solo y viejo, viéndome cercado de enemigos, digo que toda mi hacienda está en salvo, porque tengo y poseo todo lo que de mí tuve; no tienes por qué juzgarme vencido ni estimarte por vencedor; tu fortuna fué la que venció á la mia. Yo ignoro dónde están aquellas cosas caducas que mudaron dueño; pero lo que á mí me toca, conmigo está y estará siempre. En este caso perdieron los ricos sus riquezas, los lascivos sus amores y las amigas amadas con mucha costa de la vergüenza. Los ambiciosos perdieron los tribunales y lonjas y los demas lugares destinados para ejercer en público sus vicios. Los logreros perdieron las escrituras en que la avaricia, fingidamente alegre, tenía puesto el pensamiento; pero yo todo lo tengo libre y sin lesion. A éstos que lloran y se lamentan, y á los que por defender sus riquezas oponen sus desnudos pechos á las desnudas espadas, y á los que huyendo del enemigo llevan cargados los senos, puedes preguntar lo que perdieron.» Ten, pues, por cosa cierta, amigo Sereno, que aquel varon perfecto, lleno de todas las virtudes humanas y divinas, no perdió cosa alguna; porque sus bienes estaban cercados de murallas firmes é inexpugnables. No compares con ellas los muros de Babilonia, que allanó Alejandro; no los castillos de Cartago y Numancia, ganados con un ejército; no el Capitolio y su alcázar, que todos ellos tienen las señales de los enemigos; pero las que defienden al sabio están seguras del fuego y de los asaltos, sin que haya portillo por donde entrar, porque son altas, excelsas é iguales á los dioses.

CAPÍTULO VII.

No tendrás razon en decir lo que sueles, que este nuestro sabio no se halla en parte alguna, porque nosotros no fingimos esta vana grandeza del humano entendimiento, ni publicamos gran concepto de cosa falsa, sino como lo formamos os lo damos y os lo darémos, si bien raramente y con grande intervalo de los tiempos se halla, porque las cosas grandes, que exceden el vulgar y acostumbrado modo, no nacen cada dia. Ántes recelo que este nuestro Caton, que dió motivo á nuestra disputa, es superior á nuestro ejemplo; y finalmente, el que ofende ha de tener mayores fuerzas que el que recibe la ofensa, pues si la maldad no puede ser más fuerte que la virtud, claro está que no podrá ser ofendido el sabio; porque sólo son los malos los que intentan injuriar á los buenos, porque entre los justos siempre hay paz, y no pudiendo ser ofendido sino el inferior y el malo, lo es del bueno; y los buenos no pueden temer injuria, si no es de los que no lo son: claro es que el sabio no puede ser injuriado. Y no tengo que advertirte de nuevo que no hay otro que sea bueno sino el sabio. Dirásme que aunque Sócrates fué condenado injustamente, al fin recibió injuria. Para esto conviene que sepamos que puede suceder que alguno me haga injuria, y que yo no la reciba; como si una persona, habiendo hurtado alguna cosa de mi granja, me la pusiese en mi casa: este tal cometió hurto, pero yo no perdí cosa alguna; así puede uno ser dañador sin hacer daño. Acuéstase un casado con su mujer juzgando que es ajena; éste será adúltero sin que lo sea la mujer.

Dame alguno veneno, que mezclado con la comida perdió la fuerza; pero con darme el veneno, aunque no me dañó, se hizo sujeto á la culpa; y no deja de ser ladron aquel cuyo puñal quedó frustrado con la ropa. Todas las maldades son perfectas cuanto á la culpa, aunque no se consiga el efecto de la obra; pero hay algunas en tal modo unidas, que no puede estar lo uno sin lo otro. Yo procuraré hacer evidente lo que digo: puedo mover los piés sin correr, pero no puedo correr sin moverlos; puedo estar en el agua sin nadar, pero no puedo nadar sin estar en el agua. De esta calidad es lo que trato: si recibí la injuria, es fuerza que se hiciese; pero no es fuerza que por haberse hecho, la haya yo recibido; porque pueden haberse ofrecido muchas cosas que hayan apartado la injuria, y como algunos sucesos pueden detener la mano levantada y apartar las saetas disparadas, así puede haber alguna cosa que repela cualesquier injurias, deteniéndolas de modo, que aunque sean hechas, no sean recibidas. Demas de esto, la justicia no puede sufrir lo injusto, por no ser compatibles dos contrarios, y la injuria no puede hacerse, si no es con injusticia.

CAPÍTULO VIII.

No hay de qué te admires cuando te digo que ninguno puede hacer injuria al sabio, pues tampoco le puede nadie aprovechar, porque al que lo es ninguna cosa le falta, que pueda recibir en lugar de dádiva, y el malo no puede dar cosa alguna al sabio; porque para que pueda dar ha menester tener, y es cosa cierta que no tiene cosa de que el sabio pueda tener gusto en recibirla; segun lo cual, ninguno puede ofender ni beneficiar al sabio; al modo que las cosas divinas, ni desean ser ayudadas, ni pueden en sí ser ofendidas. El sabio es muy próximo á los dioses, y excepto en la mortalidad, es semejante á Dios; y el que camina y aspira á cosas excelsas, reguladas con razon, intrépidas, y que con igual y concorde curso corren, y á las seguras y benignas, habiendo nacido para el bien público, siendo saludable á sí y á los demas, este tal no deseará cosa humilde. Y el que estribando en la razon, pasáre por los casos humanos con ánimo divino, de ninguna cosa se lamentará. ¿Piensas que digo solamente que no puede recibir injuria de los hombres? Pues digo que ni áun de la fortuna, la cual siempre que con la virtud tuvo encuentros salió inferior. Si aquello de donde, para amenazarnos, no pueden pasar las airadas leyes ó los crueles dueños, y aquello donde se acaba y termina el imperio de la fortuna, lo recibimos con ánimo plácido, igual y alegre, conociendo que la muerte no es mal, conocerémos por la misma razon que tampoco es injuria; y con eso llevarémos con más facilidad todas las demas cosas, los daños, los dolores, las afrentas, los destierros, la falta de los padres y las heridas; todas las cuales cosas, aunque cerquen al sabio, no le anegan, ni todos sus acometimientos le entristecen. Y si con moderacion sufre las injurias de la fortuna, ¿con cuánta mayor sufrirá las de los hombres poderosos, sabiendo que son las manos con que ella obra?

CAPÍTULO IX.

Finalmente, el sabio sufre todas las cosas, al modo que pasa el invierno, el rigor y la destemplanza del cielo, y como los calores y enfermedades, y las demas cosas que penden de la suerte; y no juzga de cualquiera que lo que hace lo guia por consejo; que éste sólo se halla en el sabio; que en los demas no hay consejos, sino engaños, asechanzas y movimientos paliados del ánimo, atribuyéndolo todo á los casos. Porque todo lo que es casual y fortuito, si se enfurece y altera, es fuera de nosotros. ¿Y piensas tambien que aquellos por quien se nos dispone algun peligro, tienen ancha materia á las injurias, ya con testigos supuestos, ya con falsas acusaciones, ya irritando contra nosotros los movimientos de los poderosos, con otros mil latrocinios que pasan áun entre los de ropas largas; teniendo tambien por injuria si se les quita su ganancia ó el premio mucho tiempo procurado; si les salió incierta la herencia solicitada con grandes diligencias, quitándoseles la gracia de la casa que les habia de ser provechosa? Pues todo esto lo desprecia el sabio, porque no sabe vivir en esperanza ó en miedo de lo temporal. Añade á esto, que ninguno recibe injuria sin alteracion de ánimo; porque cuando la suerte se perturba, y el varon levantado carece de perturbacion, por ser templado y de alta y plácida quietud; y si la injuria tocára al sabio, conmoviérale y inquietárale; siendo cierto que carece de la ira injusta que suele despertar la apariencia de injuria, porque sabe no puede hacérsele; por lo cual, hallándose firme y alegre y en contínuo gozo, de tal manera no se congoja con las ofensas de los hombres, que la misma injuria, y aquello con que ella quiso hacer experiencia del sabio, tentando su virtud, se hallan frustrados. Ruégoos que favorezcamos este intento, y que le asistamos con equidad de ánimo y de oidos. Y no porque el sabio se exime de la injuria, se disminuye algun tanto vuestra desvergüenza ó vuestros codiciosísimos deseos, ni vuestra temeridad ó soberbia; porque quedando en pié vuestros vicios, queda en su sér esta libertad del sabio. No decimos que vosotros no teneis facultad de hacerle injuria, sino que él echa por alto todas las injurias, y que se defiende con paciencia y grandeza de ánimo. De esta suerte vencieron muchos en las contiendas sagradas, fatigando con perseverante paciencia las manos de los que los herian. De este mismo género juzga tú la paciencia y sabiduría de aquellos que con larga y fiel costumbre alcanzaron fortaleza para sufrir, y para cansar cualesquier enemigas fuerzas.

CAPÍTULO X.

Pues hemos tratado la primera parte, pasemos á la segunda, en la cual refutarémos la afrenta con algunas razones propias y con otras comunes. La contumelia es menor que la injuria, y de ella nos podemos quejar más que vengarla, y las leyes no la juzgan digna de castigo. La humildad mueve este afecto del ánimo que se encoge por algun hecho ó dicho contumelioso. No me admitió hoy Fulano, habiendo admitido á otros, ó no escuchó mis razones, ó en público se rió de ellas; no

me llevó en el mejor lugar, sino en el peor; con otros algunos sentimientos de esta calidad, á los cuales no sé qué otro nombre poder dar, sino quejillas de ánimo mareado, en que siempre caen los delicados y dichosos; porque á los que tienen mayores cuidados no les queda tiempo para reparar en semejantes impertinencias. Los entendimientos que de su natural son flacos y mujeriles, y que con el demasiado ocio lozanean, como carecen de verdaderas injurias, se alteran con éstas, cuya mayor parte consiste en la culpa de quien las interpreta. Finalmente, el que se altera con el agravio, hace demostracion que ni tiene cosa alguna de prudencia ni de confianza, y así se juzga despreciado; y este remordimiento no sucede sin un cierto abatimiento de ánimo rendido y desmayado. El sabio de ninguno puede ser despreciado; porque conociendo su grandeza, se persuade á que nadie tiene autoridad de ofenderle, y no sólo vence éstas, que yo no llamo miserias, sino molestias del ánimo, pero ni áun las siente. Hay otras cosas, que aunque no derriban al sabio, le hieren, como son los dolores de cuerpo, la flaqueza, la pérdida de hijos y amigos, y la calamidad de la patria abrasada en guerras. No niego que el sabio siente estas cosas, porque no le doy la dureza de las piedras ó hierro; pero tampoco fuera virtud sufrirlas no sintiéndolas.

CAPÍTULO XI.

Pues qué es lo que hace el sabio? Recibe algunos golpes, y en recibiéndolos, los rechaza, los sana y los reprime; mas estas cosas menores, no sólo no las siente, pero áun no se vale contra ellas de su acostumbrada virtud, habituada á sufrir; ántes no repara en ellas, ó las juzga por dignas de risa. Demas de esto, como la mayor parte de las contumelias hacen los insolentes y soberbios, y los que se avienen mal con su felicidad, viene á tener el sabio la sanidad y grandeza de ánimo con que rechaza aquel hinchado afecto, siendo esta virtud tan hermosa, que pasa por todas las cosas de esta calidad como por vanas fantasías de sueños y como por fantasmas nocturnas, que no tienen cosa alguna de sólido y verdadero; y juntamente se persuade que todos los demas hombres le son tan inferiores, que no han de tener osadía á despreciar las cosas superiores á ellos. Esta palabra *contumelia* se deriva del desprecio; porque ninguno, si no es el que desprecia, la hace, y ninguno desprecia al que tiene por mayor y por mejor, aunque haga algo de aquello que suelen hacer los despreciadores. Suelen los niños dar golpes en la cara á sus padres, y muchas veces desgreñan y arrancan los cabellos á sus madres, escúpenlas, descúbrenlas en presencia de otros, y dícenles palabras libres, y á ninguna accion de éstas llamamos contumelia. Qué es la razon? Porque el que lo hizo no pudo despreciar; y por esta misma causa nos deleita la licenciosa urbanidad que los esclavos tienen para con sus dueños, cuya audacia y dicacidad puede atreverse á los convidados, cuando empezó en su señor; porque al paso que cada uno de ellos es más abatido y ridículo, es de más osada lengua; y para este efecto se suelen comprar muchachos ingeniosos, cuya libertad se perfeccione con maestros que les enseñen á decir injurias pensadas; y nada de esto tenemos por afrenta, sino por agudezas.

CAPÍTULO XII.

Pues ¿qué mayor locura puede haber, como el deleitarnos y ofendernos de las mismas cosas, y el tener por afrenta lo que me dice mi amigo, teniendo por bufonería lo que me dice el esclavo? El ánimo que nosotros tenemos contra los niños, ese mismo tiene el sabio contra aquellos que áun despues de pasada la juventud, y habiendo llegado las canas, se están en la puerilidad y niñez. ¿Han por ventura medrado algo éstos, en quien están arraigados los males del ánimo? Y si han crecido, ha sido en errores, diferenciándose de los niños solamente en ser mayores y en la forma de los cuerpos; que en lo demas no están ménos vagos é inciertos, apeteciendo el deleite sin eleccion y estando temerosos, y si se ven algun tiempo quietos, no es por inclinacion, sino por miedo. ¿Quién, pues, habrá que diga hay diferencia entre ellos y los muchachos, más de que toda la codicia de éstos es en tener algunos dados y alguna moneda de vellon, y la de los otros es de oro, plata y ciudades? Los muchachos hacen tambien entre sí sus magistrados, imitando la garnacha, las varas y los tribunales que los hombres tienen; los muchachos hacen en las riberas formas de casas juntadas de arena. Los hombres, como si emprendiesen alguna cosa grande, se ocupan en levantar piedras, paredes y techos, que habiendo sido inventados para defensa de los cuerpos, se convierten en peligro suyo; iguales, pues, son á los muchachos, y si en algo se les adelantan en algunas cosas mayores, todo al fin es error; y así, no sin causa el sabio recibe las injurias de éstos como juego, y tal vez los amonesta con el mal y con la pena, como á muchachos, no porque él haya recibido la injuria, sino porque la hicieron ellos, y para que desistan de hacerla; al modo que cuando los caballos rehusan la carrera, les da el caballero con el azote, y sin enojarse con ellos, los castiga, para que el dolor venza la rebeldía. Con lo cual juntamente verás que está disuelto el argumento que se nos pone, que el sabio no recibe injuria ni afrenta porque castiga á los que se la hacen; porque esto no es vengarse, sino emendarlos.

CAPÍTULO XIII.

¿Qué razon, pues, hay para que no creas que tiene esta firmeza de ánimo el varon sabio, teniendo licencia de confesarla en otros, aunque no sea procedida de la misma causa? ¿Qué médico se enoja con el frenético? ¿Quién tiene por injurias las quejas de aquel á quien, estando con la fiebre, se le deniega el agua? Advierte que el sabio tiene el mismo oficio con todos, que el médico con sus enfermos, sin que éste se desdeñe de tocar las obscenidades ni mirar los excrementos cuando de ello necesita el enfermo, y sin que se enoje de escuchar las palabras ásperas de los que frenéticos se enfurecen. Conoce el sabio que muchos de los que andan con la toga y la púrpura, aunque tienen buen color y parece que están fuertes, están mal sanos,

y así los mira como á enfermos destemplados, y con esto no se ensaña, aunque desvergonzadamente se atrevan á intentar, con la enfermedad, alguna cosa contra el que los cura; y como hace poca estimacion de los honores que el enfermo le da, tampoco hace caudal de las acciones contumeliosas; y como hace poco aprecio de que un mendigo le honre, tampoco tiene por injuria si algun hombre de los de la ínfima plebe, siendo saludado, no le pagó la cortesía; ni se estima en más porque muchos ricos le estiman, porque conoce que en ninguna cosa se diferencian de los mendigos, ántes son más desdichados; porque los pobres necesitan de poco, y los ricos de mucho; y finalmente, no se sentirá el sabio de que el rey de los medos, ó Atalo, rey de Asia, pase con silencio y con arrogante rostro cuando él le saluda, porque conoce que el estado de los reyes no tiene otra cosa de que se tenga envidia, más que la que se tiene de aquel á quien en una gran familia le cupo el cuidado de regir los enfermos y enfrenar los locos. ¿Sentiréme yo, por ventura, si uno de los que en los ejércitos están negociando y comprando malos esclavos, de que están llenas sus tiendas, me dejó de saludar? Pienso que no me sentiré; porque ¿qué cosa tiene buena aquel en cuyo poder no hay alguno que no sea malo? Luego al modo que el sabio desprecia la cortesía ó descortesía de éste, desestimará la del rey que tiene en su servicio esclavos partos, medos y bactrianos; pero de tal manera, que los enfrena con miedo, sin atreverse jamas á aflojar el arco, por ser malos y venales, y que desean mudar de dueño. El sabio con ninguna injuria de éstos se altera; porque aunque ellos son entre sí diferentes, él los juzga iguales, por serlo en la ignorancia; porque si una vez se abatiese tanto, que se alterase con la injuria ó contumelia, jamas podria tener seguridad, siendo ésta el principal caudal del sabio, el cual nunca cometerá tal error, que vengándose de la injuria, venga á dar honor al que la hizo; siendo consecuencia necesaria el recibirse con alegría el honor de aquel de quien se sufre molestamente el agravio.

CAPÍTULO XIV.

Hay hombres tan mentecatos, que juzgan pueden recibir afrenta de una mujer. ¿Qué importa que ella sea rica, que tenga muchos litereros, que traiga costosas arracadas, que ande en ancha y costosa silla? Pues con todo esto es un animal imprudente, y si no se le arrima alguna ciencia y mucha erudicion, es una fiera, que no sabe enfrenar sus deseos. Hay algunos que llevan impacientemente el ser impelidos de los criados guedejudos que las acompañan, y tienen por afrenta el hallar dificultad en los porteros, y soberbia en el que cuida de las visitas, ó sobrecejo en el camarero. ¡Oh, cómo conviene despertar la risa en estas ocasiones, y cómo se debe henchir de deleite el ánimo cuando en su quietud contempla los errores ajenos! Pues qué se ha de hacer? ¿No ha de llegar el sabio á las puertas guardadas por un áspero y desabrido portero? Si le obligáre algun caso de necesidad, podrá experimentar el llegar á ellas, amansando primero con algun regalo al que las guarda, como á perro mordedor, sin reparar en hacer algun gasto, para que le dejen llegar á los umbrales; y considerando que hay muchos puentes donde se paga el tránsito, no se indignará de pagar algo, y perdonará al que tiene á su cargo esta cobranza, séase quien se fuere, pues vende lo que está expuesto á venderse. De corto ánimo es el que se muestra ufano porque habló con libertad al portero y porque le rompió la vara, y se entró al dueño y le pidió que lo mandase castigar. El que porfía, se hace competidor, y aunque venza ya, se hizo igual. ¿Qué hará, pues, el sabio cargado de golpes? Lo que hizo Caton cuando le hirieron en la cara, que ni se enojó ni vengó la injuria, y tampoco la perdonó, porque negó estar injuriado; mayor ánimo fué no reconocerla de lo que fuera el perdonarla. Y no nos detendrémos mucho en esto; porque ¿quién hay que ignore que de estas cosas que se tienen por buenas ó por malas hace el sabio diferente concepto que los demas? No pone los ojos en lo que los hombres tienen por malo y desdichado, porque no camina por donde el pueblo. Y al modo que las estrellas hacen su viaje contrario al mundo, así el sabio camina contra la opinion de todos.

CAPÍTULO XV.

Dejad, pues, de preguntarme cómo el sabio no recibe injuria si le hieren ó le sacan los ojos, y que no recibe afrenta si le llevan por las plazas oyendo oprobrios de la gente soez, y si le mandan que en los convites reales coma debajo de la mesa con los esclavos de más bajos ministerios; y finalmente, si fuere forzado á sufrir cualquiera otra ignominia de las que áun sólo pensadas son molestas á cualquier ingenua vergüenza.

En la forma que éstas se aumentan, ora sea en número, ora en grandeza, serán siempre de la misma naturaleza, con lo cual, si las pequeñas no ofenden, tampoco han de ofender las grandes, y si no las pocas, tampoco las muchas. De vuestra flaqueza sacais conjeturas para el ánimo grande, y cuando pensais en lo poco que vosotros podeis sufrir, poneis poco más extendidos términos al sabio, á quien su propia virtud le colocó en otros diferentes parajes del mundo, sin que tenga cosa que sea comun con vosotros; por lo cual no se anegará con la avenida de todas las cosas ásperas y graves de sufrir, ni con las dignas de que de ellas huyan el oido y la vista; y en la misma forma que resistirá á cada una de por sí, resistirá á todas juntas. Mal discurre el que dice: «Esto es tolerable al sabio, y esto es intolerable;» y el que pone coto y límite á la grandeza de su ánimo. Porque la fortuna nos vence cuando de todo punto no la vencemos. Y no te parezca que esto es una aspereza de la doctrina estoica, pues Epicuro (á quien vosotros teneis por patron de vuestra flojedad, y de quien decis que os enseña doctrina muelle y floja, encaminada á los deleites) dijo que raras veces asiste la fortuna al sabio; razon poco varonil. ¿Quieres tú decirlo con mayor valentía, y apartar de todo punto la fortuna del sabio? pues dí: Esta casa del sabio es angosta y sin adorno, es sin ruido y sin aparato; no está su entrada defendida con porteros, que con venal austeridad apartan la turba; pero por estos umbrales desocupados y no guardados de porteros no entra la for-

tuna, porque sabe no tiene lugar adonde conoce que no hay cosa que sea suya, y si áun Epicuro, que tanto trató del regalo del cuerpo, tuvo brío contra las injurias, ¿qué cosa ha de parecer entre nosotros increible ó puesta fuera de la posibilidad de la humana naturaleza? Aquél dijo que las injurias eran tolerables al sabio, y nosotros decimos que para el sabio no hay injurias.

CAPÍTULO XVI.

Y no hay para qué me digas que esto repugna á la naturaleza; porque nosotros no decimos que el ser azotado, el ser repelido y el carecer de algun miembro no es descomodidad; pero negamos que estas cosas no son injurias. No les quitamos el sentimiento del dolor; quitámosles el nombre de injurias; que éste no tiene entrada donde queda ilesa la virtud. Veamos cuál de los dos trata más verdad; entrambos convienen en el desprecio de la injuria. Pregúntasme, siendo esto así, ¿qué diferencia hay entre ellos? La que hay entre los fortísimos gladiatores, que unos sufriendo las heridas están firmes, y otros volviendo los ojos al pueblo, que clama, dan indicios de su poco valor, no mereciendo que por ellos se interceda. No pienses que es cosa grande en lo que discordamos, sólo se trata de aquello que es lo que sólo nos pertenece. Entrambos ejemplos non enseñan á despreciar las injurias y contumelias, á quien podemos llamar sombras y apariencias de injurias; para cuyo desprecio no es necesario que el varon sea sabio, basta que sea advertido y que pueda hacer exámen, preguntándose si lo que le sucede es por culpa suya ó sin ella; porque si tiene culpa, no es agravio, sino castigo; y si no la tiene, la vergüenza queda en quien hace la injuria. Qué cosa es ésta á que llamamos *contumelia?* Que te burlaste de mi calva, de mis ojos, de mis piernas ó mi estatura. ¿Qué agravio es decirme lo que está manifiesto? De muchas cosas que nos dicen delante de una persona nos reimos, y si nos las dicen delante de muchas, nos indignamos, quitando la libertad á que otros nos digan lo que nosotros mismos nos decimos muchas veces. Con los donaires moderados nos entretenemos, y con los que no tienen moderacion nos airamos.

CAPÍTULO XVII.

Refiere Crisipo que se indignó uno contra otro porque le llamó carnero marino. Y en el Senado vimos llorar á Fido Cornelio, yerno de Ovidio, porque Corvulo le llamó avestruz pelado; habia tenido valor contra otras malas razones que le infamaban las costumbres y la vida, y con ésta se le cayeron feamente las lágrimas: tan grande es la flaqueza del ánimo en apartándose de la razon. ¿Qué dirémos de que nos damos por ofendidos si alguno remeda nuestra habla y nuestros pasos, ó si declara algun vicio nuestro en la lengua ó en el cuerpo? Como si estos defectos se manifestáran más con remedarlos otros que con tenerlos nosotros. Muchos oyen con sentimiento la vejez y las canas, á que llegaron con deseos; otros se ofendieron de que les notaron su pobreza, escondiéndola de los otros cuando entre sí se lamentan de ella. Segun lo cual, á los licenciosos, que con decir pesadumbres tratan de hacerse graciosos, se les quitará la materia si tú voluntaria y anticipadamente te adelantares á decirte lo que ellos te podrán decir; porque el que comienza á reirse de sí, no da lugar á que otros lo hagan. Hay memoria de que Vatinio, hombre nacido para risa y aborrecimiento, fué un truhan donairoso y decidor, y solia él decir mucho mal de sus piés y de su garganta, llena de lamparones, con lo cual se libró de la fisga de sus émulos, aunque tenía más que enfermedades; y entre otros, se escapó de los donaires de Ciceron. Si aquel con la desvergüenza y con los continuos oprobrios con que se habituó á no avergonzarse, pudo conseguirlo, ¿por qué no lo ha de alcanzar el que con estudios nobles, y con el adorno de la sabiduría hubiere llegado á alguna perfeccion? Añade que es un cierto género de venganza quitar al que quiso hacer la injuria, el deleite de ella; suelen los que las hacen decir: «Desdichado de mí, pienso que no lo entendió;» porque el fruto de la injuria consiste en que se sienta y en la indignacion del ofendido, y demas de esto, no hayas miedo que falte otro igual que te vengue.

CAPÍTULO XVIII.

Entre los muchos vicios de que abundaba Cayo César, era admirablemente notado en ser insigne en picar á todos con alguna nota, siendo él materia tan dispuesta para la risa; porque era tal su pálida fealdad, que daba indicios de locura, teniendo los torcidos ojos escondidos debajo de la arrugada frente, con grande deformidad de una cabeza calva destituida de cabellos, y una cerviz llena de cerdas, las piernas muy flacas, con mala hechura de piés; y con todas estas faltas, sería proceder en infinito si quisiese contar las cosas en que fué desvergonzado para sus padres y abuelos y para todos estados; referiré sólo lo que fué causa de su muerte. Tenía por íntimo amigo á Asiático Valerio, varon feroz y que apénas sabía sufrir ajenos agravios. A éste, pues, le objetó en alta voz, en un convite y una conversacion pública, cuál era su mujer en el acto venéreo. ¡Oh santos dioses, que esto oiga un varon! ¡Y que esto sepa un príncipe! ¡Y que llegase su licencia á tanto, que no digo á un varon consular, no á un amigo, sino, á cualquier marido, se atreviese un príncipe á contar su adulterio y su fastidio! De Cherea, tribuno de los soldados, se decia que por ser el tono de la voz lánguido y débil, se hacia sospechoso; á éste, siempre que pedia el nombre, se le daba Cayo, unas veces el de Vénus y otras el de Priapo, notando de afeminado al que manejaba las armas. Y esto lo decia, andando él cargado de galas y joyas, así en el vestido como en el calzado. Forzóle con esto á disponer con el hierro el no llegar más á pedirle el nombre. Éste fué el primero que levantó la mano entre los conjurados, él le derribó de un golpe la media cerviz, y luégo llegaron infinitas espadas á vengar las públicas y particulares injurias, pero el que primero mostró ser varon fué el que no se lo parecia. Y siendo Cayo tan amigo de decir injurias, era impaciente en sufrirlas, juzgándolo todo por injuria. Enojóse con Herenio Macro porque, saludándole, le llamó solamente *Cayo*. Y no se quedó sin castigo un soldado aventajado, porque le llamó *Caligula*; siendo éste el nombre

que se le solia llamar, por haber nacido en los ejércitos y ser alumno de las legiones. Y él, que con este apellido se habia hecho familiar á los soldados, puesto ya en los coturnos de la grandeza, juzgaba por oprobrio y afrenta que le llamasen *Calígula*. Sirvános, pues, de consuelo, cuando nuestra mansedumbre dejáre la venganza, que no faltará quien castigue al desvergonzado, soberbio é injurioso: vicios que no se ejercitan en solo uno ni en sola una afrenta. Pongamos los ojos en los ejemplos de aquellos cuya paciencia alabamos, como fué Sócrates, que tomó en buena parte los dicterios contra él esperados y publicados en las comedias, y se rió de ellos, no ménos que cuando su mujer Xantipe le roció con agua sucia; y Ificrates, cuando se le objetó que su madre Tresa era bárbara, respondió que tambien la madre de los dioses era frigia.

CAPÍTULO XIX.

No hemos de venir á las manos, léjos hemos de sacar los piés, despreciando todo aquello que los imprudentes hacen, porque tales cosas no las pueden hacer sino los que lo son. Hemos de recibir con indiferencia los honores y las afrentas del vulgo, sin alegrarnos con aquellos ni entristecernos con éstas; porque de otra suerte dejarémos de hacer muchas cosas necesarias por el temor ó fastidio de las injurias, y no acudirémos á los públicos ó particulares ministerios, y tal vez á los importantes á la salud, miéntras nos congoja un afeminado temor de oir algo contra nuestro ánimo. Y otras veces, estando airados contra los poderosos, descubrirémos este afecto con destemplada desenvoltura. Y si pensamos que es libertad el no padecer algo, estamos engañados; que ántes lo es el oponer el ánimo á las injurias, y hacerse tal, que espere de sí solo las cosas dignas de gozo, apartando las exteriores por no pasar vida inquieta, temiendo la fisga y las lenguas de todos. Porque, ¿cuál persona hay que no pueda hacer una afrenta, si la puede hacer cada uno? Pero el sabio y el amador de la sabiduría usarán de diferentes remedios. A los imperfectos y que todavía se encaminan á los tribunales públicos, se les debe proponer que su vida ha de ser siempre entre injurias y afrentas; los que las han esperado, todas las cosas les parecen más tolerables. Cuanto más aventajado es uno en nobleza, en fama y en hacienda, tanto con mayor valor se ha de mostrar, trayendo á la memoria que las más esforzadas legiones toman la avanguardia. Las afrentas, las malas palabras, las ignominias y los demas denuestos súfralos como vocería de los enemigos, y como armas y piedras remotas, que sin hacer herida, hacen estruendo cerca de los morriones; súfrelas sin mostrar flaqueza y sin perder el puesto, las unas como heridas dadas en las armas, y las otras en el pecho; y aunque te aprieten y con molesta violencia te compelan, es torpeza el rendirte; defiende, pues, el puesto que te señaló la naturaleza. Y si me preguntas qué puesto es éste, te responderé que el de varon. El sabio tiene otro socorro diverso del vuestro; porque vosotros estáis en la pelea, y para él está ya ganada la victoria; no hagais repugnancia á vuestro bien, y miéntras llegais al que es verdadero, alentad en vuestros ánimos esta esperanza y recibid con gusto lo que es mejor, y confesad con opinion y con deseos de decir que en la república del linaje humano hay alguno invencible y en quien no tiene imperio la fortuna.

LIBRO QUINTO.

Á PAULINO.

DE LA BRÉVEDAD DE LA VIDA (1).

CAPÍTULO PRIMERO.

La mayor parte de los hombres, oh Paulino, se queja de la naturaleza, culpándola de que nos haya criado para edad tan corta, y que el espacio que nos dió de vida corra tan veloz, que vienen á ser muy pocos aquellos á quien no se les acaba en medio de las prevenciones para pasarla. Y no es sola la turba del imprudente vulgo la que se lamenta de este opinado mal; que tambien su afecto ha despertado quejas en los excelentes varones, habiendo dado motivo á la ordinaria exclamacion de los médicos, «que siendo corta la vida, es larga y difusa el arte.» De esto tambien se originó la querella (indigna de varon sabio) que Aristóteles dió, que siendo la edad de algunos animales brutos tan larga, que en unos llega á cinco siglos, y en otros á diez, sea tan corta y limitada la del hombre, criado para cosas tan superiores. El tiempo que tenemos no es corto; pero perdiendo mucho de él, hacemos que lo sea, y la vida es suficientemente larga para ejecutar en ella cosas grandes, si la empleáremos bien. Pero al que se le pasa en ocio y en deleites, y no la ocupa en loables ejercicios, cuando le llega el último trance, conocemos que se le fué, sin que él haya entendido que caminaba. Lo cierto es, que la vida que se nos dió no es breve; nosotros hacemos que lo sea, y que no somos po-

(1) Dice Rodriguez de Castro, *Biblioteca española*, tomo II: «El libro *De brevitate vitæ* está dirigido á Pompeyo Paulino, cuñado, segun parece, de Séneca, quien le escribió despues de la muerte de Cayo César.»

más varonilmente; pero la mancha de los inclinados á la sensualidad y deleites es torpe. Examina los dias de éstos, mira el tiempo que se les va en contar, en acechar, en temer, en reverenciar, y cuánto tiempo les ocupan sus conciertos y los ajenos, cuánto los convites (que ya vienen á tenerse por oficio), y conocerás que ni sus males ni sus bienes los dejan respirar; finalmente, es doctrina comunmente recibida que ninguna accion de los ocupados en estas cosas puede ser acertada, no la elocuencia ni las artes liberales; porque el ánimo estrechado no es capaz de cosas grandes, ántes las desecha como holladas; y el hombre ocupado, en ninguna cosa tiene menor dominio que en su vida, por ser dificultosísima la ciencia de vivir.

CAPÍTULO VII.

De las demas artes donde quiera se encuentran muchos profesores, y algunas hay, que áun los muy niños las han aprendido de modo, que las pudieran enseñar; mas la de vivir, toda la vida se ha de ir estudiando, y lo que más se debe ponderar es, que toda ella se ha de gastar en aprender á morir. Muchos grandes varones, habiendo dejado todos los embarazos, renunciando las riquezas, oficios y entretenimientos, no se ocuparon en otra cosa hasta el remate de su vida, sino en el arte de saber vivir; y muchos de ellos murieron confesando que áun no habian llegado á conseguirla; ¿cómo, pues, la sabrán los que no la estudian? Créeme que es de hombres grandes y que sobrepujan á los humanos errores, no consentir que se les usurpe un instante de tiempo, con lo cual viene á ser larguísima su vida, porque todo lo que ella se extendió fué para ellos, no consintiendo hubiese cosa ociosa y sin cultivar; no entregaron parte alguna al ajeno dominio, porque no hallaron equivalente recompensa con que permutar el tiempo; y así, fueron vigilantísimos guardadores de él, con lo cual les fué suficiente; al contrario, es forzoso les falte á los que el pueblo ha quitado mucha parte de la vida. Y no entiendas que éstos dejan de conocer que de aquella causa les procede este daño; á muchos de éstos, á quien la grande felicidad apesga, oirás exclamar entre la caterva de sus paniaguados, ó en el despacho de los negocios, ó en las demas honrosas miserias, que no les es permitido vivir. ¿Qué maravilla que no se les permita? Todos aquellos que se te allegan, te apartan de tí. ¿Cuántos dias te quitó el preso, cuántos el pretendiente, cuántos la vieja cansada de enterrar herederos, cuántos el que se fingió enfermo para despertar la avaricia de los que codician su herencia, cuántos el amigo poderoso que te tiene, no para amistad, sino para ostentacion? Haz (te ruego) un avanzo, y cuenta los dias de tu vida, y verás cuán pocos y desechados han sido los que has tenido para tí. El otro que llegó á conseguir el consulado, que tanto pretendió, ea dejarlo, y dice: «Cuándo se acabará este año?» ie el otro á su cargo las fiestas, habiendo hecho aprecio de que le cayó por suerte la comision, y : «Cuándo saldré de este cuidado?» Escogen á para abogado entre todos los demas, y llénase el tribunal de gente para oirle, áun hasta adonde no alcanza su voz, y dice: «¿Cuándo se acabará de sentenciar este pleito?» Cada cual precipita su vida, trabajando con el deseo de lo futuro y con el hastío de lo presente. Pero aquel que aprovecha para sí todo su tiempo, y el que ordena todos sus dias para que le sean de vida, ni desea ni teme al dia venidero; porque qué cosa le puede acarrear, que le sea disgusto? Conocidas tiene con hartura todas las cosas; en lo demas disponga la fortuna como quisiere; que ya la vida de éste está en puerto seguro; podrásele añadir algo, pero quitar no; sucediéndole lo que al estómago, que estando satisfecho, y no cargado, admite algun manjar sin haberle apetecido.

CAPÍTULO VIII.

No juzgues, pues, que alguno ha vivido mucho tiempo, por verle con canas y con arrugas; que aunque ha estado mucho tiempo en el mundo, no ha vivido mucho. ¿Dirás tú por ventura que navegó mucho aquel que habiendo salido del puerto, le trajo la cruel tempestad de una parte á otra, y forzado de la furia de encontrados vientos, anduvo dando bordos en un mismo paraje? Éste, aunque padeció mucho, no navegó mucho. Suélome admirar cuando veo algunos que piden tiempo, y que los que le han de dar se muestran fáciles. Los unos y los otros ponen la mira en el negocio para que se pide el tiempo, pero no la ponen en el mismo tiempo, y como si lo que se pide y lo que se da fuera de poquísimo valor, se desprecia una cosa tan digna de estimacion. Engáñalos el ver que el tiempo no es cosa corpórea ni se deja comprehender con la vista, y así le tienen por cosa vilísima y de ningun valor. Algunos carísimos varones reciben gajes de otros, y por ellos alquilan su trabajo, su cuidado y su diligencia; pero del tiempo no hay quien haga aprecio; usan de él pródigamente, como de cosa dada gratuitamente. Pon los ojos en los que esto hacen y míralos cuando están enfermos, y cuando se les acerca el peligro de la muerte, y temen el capital suplicio, y verás que dicen, tocando las rodillas de los médicos, que están dispuestos á dar toda su hacienda por conservar la vida: tan diversa es en ellos la discordia de los afectos. Y si como podemos traer á cada uno á la memoria el número de los años que se le han pasado, pudiésemos tener certeza de los que le quedan, ¡oh cómo temblarian aquellos á quien les quedasen pocos, y cómo huirian de disiparlos! La disposicion de lo que es cierto, aunque sea poco, es fácil; pero conviene guardar con mayor diligencia aquello que no sabes cuándo se te ha de acabar. Y no pienses que ellos ignoran que el tiempo es cosa preciosa, pues para encarecer el amor que tienen á los que aman mucho, les suelen decir que están prontos á darles parte de sus años. Lo cierto es, que sin entenderlo se los dan; pero danlos quitándoselos á sí mismos, sin que se acrezcan á los otros; pero como ignoran lo que pierden, viéneles á ser más tolerable la pérdida del no entendido daño. No hay quien pueda restituirte los años, y ninguno te restituirá á tí mismo; la edad proseguirá el camino que comenzó, sin volver atras ni detenerse; no hará ruido ni te advertirá de su velocidad; pasará

con silencio, no se proroga por mandado de los reyes ni por el favor del pueblo; correrá desde el primer dia como se le ordenó; en ninguna parte tomará posada ni se detendrá. Qué se seguirá de esto? Que miéntras tú estás ocupado, huye aprisa la vida, llegando la muerte, para la cual, quieras ó no quieras, es forzoso desocuparte.

CAPÍTULO IX.

¿Por ventura alguno (hablo de aquellos que se precian de prudentes), viviendo con más cuidado, podrá conseguir el vivir con más descanso? Disponen la vida haciendo cambios y recambios de ella, y extienden los pensamientos á término largo, consistiendo la mayor pérdida de la vida en la dilacion; ella nos saca de las manos el primero dia, ella nos quita las cosas presentes, miéntras nos está ofreciendo las futuras; siendo gran estorbo para la vida la esperanza que pende de lo que ha de suceder mañana. Pierdes lo presente, y disponiendo de lo que está en las manos de la fortuna, dejas lo que está en las tuyas. Á dónde pones la mira? ¿Hasta dónde te extiendes? Todo lo que está por venir es incierto. Vive desde luégo; y advierte que el mayor de los poetas, como inflamado de algun divino oráculo, cantó aquel saludable verso: « El mejor dia de la primera edad es el primero que huye á los mortales.» ¿Cómo te detienes? (dice). Cómo tardas? El tiempo huye, si no le ocupas, y aunque le ocupes, huye; y así se ha de contrastar su celeridad con la presteza de aprovecharle, cogiendo con prisa el agua como de arroyo rápido, que en pasando la corriente, queda seco. Tambien es muy á propósito para condenar los pensamientos prolongados, que no llamó buena á la edad, sino al dia.

CAPÍTULO X.

¿Cómo, pues, en tan apresurada huida del tiempo quieres tú con seguridad y pereza extender en una larga continuacion los meses y los años, regulándolos á tu albedrío? Advierte que el poeta habló contigo cuando habló del dia, y del dia que huye. No se debe, pues, dudar que huye el primero buen dia á los miserables y ocupados hombres, cuyos pueriles ánimos oprime la vejez, llegando á ella desapercebidos y desarmados. No hicieron prevenciones, y dieron de repente en sus manos, no echando de ver que cada dia se les iba acercando; sucediéndolos lo que á los caminantes, que entretenidos en alguna conversacion, ó alguna lectura, ó algun interior pensamiento, echan de ver que han llegado al lugar ántes que entendiesen estaban cerca. Así este contínuo y apresurado viaje de la vida, en que vamos á igual paso los dormidos y los despiertos, no lo conocen los ocupados sino cuando se acabó.

CAPÍTULO XI.

Si hubiera de probar con ejemplos y argumentos lo que he propuesto, ocurriéranme muchos con que hacer evidencia que la vida de los ocupados es brevísima. Solia decir Faviano (no de estos filósofos de cátedra, sino de los verdaderos y antiguos) que contra las pasiones se habia de pelear con ímpetu, y no con sutileza, ahuyentando el escuadron de los afectos, no con pequeños golpes, sino con fuertes encuentros; porque para deshacerle no bastan ligeras escaramuzas, sino heridas que corren. Pero para avergonzarlos de sus culpas, no basta condolernos de ellos; menester es enseñarles. En tres tiempos se divide la vida: en presente, pasado y futuro. De éstos, el presente es vivísimo, el futuro dudoso, el pasado cierto; porque éste, que con ningun imperio puede volver atras, y en él perdió ya su derecho la fortuna, es el que no gozan los ocupados, por faltarles tiempo para poner los ojos en lo pasado; y si tal vez le tienen, es desabrida la memoria de las cosas pasadas, porque contra su voluntad reducen al ánimo los tiempos mal empleados, sin tener osadía de acordarse de ellos; porque los vicios que con algun halago de deleite presente se iban entrando con disimulacion, se manifiestan con la memoria de los pasados. Ninguno otro, sino aquel que reguló sus acciones con el nivel de la buena conciencia (que jamas se deja engañar culpablemente), hace con gusto reflexion en la vida pasada; pero el que con ambicion deseó muchas cosas, el que las despreció con soberanía y las adquirió con violencia, el que engañó con asechanzas, robó con avaricia y despreció con prodigalidad, es forzoso tema á su misma memoria. Esta parte del tiempo pasado es una cosa sagrada y dedicada, libre ya de todos los humanos acontecimientos y exenta del imperio de la fortuna, sin que le aflijan pobreza ó miedo, ni el concurso de várias enfermedades. Ésta no puede inquietarse ni quitarse, por ser su posesion perpétua y libre de recelos. El tiempo presente es sólo de dias singulares, y su presencia consiste en instantes; pero los dias del tiempo pasado, siempre que se lo mandares, parecerán en tu presencia, consintiendo ser detenidos para ser residenciados á tu albedrío; si bien para este exámen falta tiempo á los ocupados; que el discurrir sobre toda la vida pasada, es dado solamente á los entendimientos quietos y sosegados. Los ánimos de los entretenidos están como debajo de yugo, no pueden mirarse ni volver la cabeza. Anegóse, pues, su vida, y aunque le añadas lo que quisieres, no fué de más provecho que lo es la nada, si no exceptuaron y reservaron alguna parte. De poca importancia es el darles largo tiempo, si no hay en qué haga asiento y se guarde; piérdeseles por los rotos y agujerados ánimos. El tiempo presente es brevísimo, de tal manera, que algunos dicen que no le hay, porque siempre está en veloz carrera; corre y precipítase, y ántes deja de ser que haya llegado, sin ser más capaz á detenerse que el orbe y las estrellas, cuyo movimiento es sin descanso y sin pararse en algun lugar. No gozan, pues, los ocupados más que del tiempo presente, el cual es tan breve, que no se puede comprehender, y áun éste se les huye estando ellos distraidos en diversas cosas.

CAPÍTULO XII.

Quieres, finalmente, saber lo poco que viven? pues mira lo mucho que desean vivir. Mendigan los viejos decrépitos, á fuerza de votos, el aumento de algu-

nos pocos años. Fíngense de ménos edad, y lisonjéanse con la mentira; engáñanse con tanto gusto como si juntamente engañáran á los hados. Pero cuando algun accidente les advierte la mortalidad, mueren como atemorizados, no como los que salen de la vida, sino como excluidos de ella. Dicen á voces que fueron ignorantes en no haber vivido, y que si escapan de aquella enfermedad, han de vivir en descanso; conocen entónces cuán en vano adquirieron los bienes que no han de gozar, y cuán perdido fué todo afan. Pero ¿qué cosa estorba que la vida de los que la pasan apartados de negocios no sea larga? Ninguna parte de ella se emplea en diferente fin, nada se desperdicia, nada se da á la fortuna, nada con negligencia se pierde, nada se disminuye con dádivas, nada hay infructuoso; y para decirlo en una palabra, toda ella está dando réditos, y así, por pequeña que sea, es suficiente. De que se seguirá que cada y cuando que al varon sabio se llegare el último dia, no se detendrá en ir á la muerte con paso deliberado. Preguntarásme, por ventura, ¿á qué personas llamo ocupadas? No pienses que hablo sólo de aquellos que para que desocupen los tribunales es necesario soltar los perros, y que tienen por honrosos los encontrones que les dan los que los siguen, y por afrentosos los que reciben de los que no les acompañan, ni aquellos á quien sus oficios los sacan de sus casas para chocar con las puertas ajenas, ni aquellos á quien enriquece la vara del juez con infames ganancias, que tal vez crian postema. El ocio de algunos está ocupado en su aldea ó en su cama; pero en medio de la soledad, aunque se apartaron de los demas, ellos mismos se son molestos; y así, de éstos no hemos de decir que tienen vida descansada, sino ocupacion ociosa.

CAPÍTULO XIII.

¿Llamarás tú desocupado al que gasta la mayor parte del dia en limpiar con cuidadosa solicitud los vasos de Corinto, estimados por la locura de algunos, y en quitar el orin á las mohosas medallas? ¿Al que sentado en el lugar de las luchas, está mirando las pendencias de los mozos? Porque ya (oh grave mal!) no sólo enfermamos con vicios romanos. ¿Al que está apareando los rebaños de sus esclavos, dividiéndolos por edades y colores, y al que banquetea á los que vencen en la lucha? ¿Por qué llamas descansados á aquellos que pasan muchas horas con el barbero miéntras les corta el pelo que creció la noche pasada, y miéntras se hace la consulta sobre cualquiera cabello, y miéntras las esparcidas guedejas se vuelven á componer, ó se compele á los desviados pelos que de una y otra parte se junten para formar copete? Por cualquier descuido del barbero se enojan como si fueran varones; enfurécense si se les cortó un átomo de sus crines, ó si quedó algun cabello fuera de órden, y si no entraron todos en los rizos. ¿Cuál de éstos no quiere más que se descomponga la paz de la república que la compostura de su cabello? ¿Cuál no anda más solícito en el adorno de su cabeza que en la salud del imperio, preciándose más *de lindo que de honesto*? ¿A éstos llamas tú *desocupados, estando tan ocupados* entre el peine y el espejo? Pues ¿qué dirás de aquellos que trabajan en componer, oir y aprender tonos, miéntras con quiebras de necísima melodía violentan la voz que naturaleza les dió, con un corriente claro, bueno y sin artificio? ¿Aquellos cuyos dedos midiendo algun verso están siempre haciendo són? ¿Aquellos que llamados para cosas graves y tristes, se les oye una tácita música? Todos éstos no tienen ocio, sino perezoso negocio. Tampoco pondré convites de éstos entre los tiempos desocupados, viéndolos tan solícitos en componer los aparadores, en aliñar las libreas de sus criados, que suspensos están en cómo vendrá partido el javalí por el cocinero, con qué presteza han de acudir los pajes á cualquier seña, con cuánta destreza se han de trinchar las aves en no feos pedazos, cuán curiosamente los infelices mozuelos limpian la saliva de los borrachos. Con estas cosas se efecta granjear fama de curiosos y espléndidos, siguiéndoles de tal modo sus vicios hasta el fin de la vida, que ni beben ni comen sin ambicion. Tampoco has de contar entre los ociosos á los que se hacen llevar de una parte á otra en silla ó en litera, saliendo al encuentro á las horas del paseo, como si el dejarle no les fuera lícito. Otro les advierte cuándo se han de lavar, cuándo se han de bañar, cuándo han de cenar, y llega á tanto la enfermedad de ánimo relajado y dejativo, que no pueden saber por sí si acaso tienen hambre. Oí decir de uno de estos delicados (si es que se puede llamar deleite ignorar la vida y costumbres de hombres), que habiéndole sacado de un baño en brazos y sentádole en una silla, que dijo, preguntando, si estaba sentado. ¿Piensas tú que éste, que ignora si está sentado, sabe si vive, si ve y si está ocioso? No sé si me compadezca más de que lo ignorase ó de que fingiese ignorarlo. Muchas son las cosas que ignoran, y muchas en las que imitan la ignorancia; deléitanles algunos vicios, y teniéndolos por argumento de su felicidad, juzgan que es de hombres bajos el saber lo que han de hacer. Dirás que los poetas han fingido muchas cosas para zaherir las demasías. Pues créeme, que es mucho más lo que se les pasa por alto que lo que fingen; habiendo en este nuestro infeliz siglo (para sólo esto ingenioso) pasado tan adelante la abundancia de increibles vicios, que podemos llegar á condenar la negligencia de las sátiras; habiendo alguno tan muerto en sus deleites, que cometa á juicio ajeno el saber si está sentado ó no.

CAPÍTULO XIV.

Éste, pues, no se debe llamar ocioso; otro nombre se le ha de poner; enfermo está, ó por mejor decir, muerto. Ocioso es el que conoce su ocio; pero el que para entender sus acciones corporales necesita de quien se las advierta, éste solamente es medio vivo. ¿Cómo tendrá dominio en el tiempo? Sería prolijidad referir todos aquellos á quien los dados, el ajedrez, la pelota ó el cuidado de curtirse al sol, les consume la vida. No son ociosos aquellos cuyos deleites los traen afanados; y nadie duda que los que se ocupan en estudios de letras inútiles, de que ya entre los romanos hay muchos, fatigándose no poco, obran nada. Enfermedad fué de los griegos, investigar qué número de remeros tuvo

Ulises; si se escribió primero la *Iliada* ó la *Odisea;* si son entrambos libros de un mismo autor, con otras impertinencias de esta calidad, que calladas, no ayudan á la conciencia, y dichas, no dan opinion de más docto, sino de más enfadoso. Advierte cómo se ha ido apoderando de los romanos la inútil curiosidad de aprender lo no necesario. Estos dias oí á un hombre sabio que referia que Druilo fué el primero que venció en batalla naval; que Curio Dentato el primero que metió elefantes en el triunfo; aunque la noticia de estas cosas no mira á la gloria verdadera, tocan sus ejemplos en materias civiles; no siendo útil su conocimiento, nos deleita con una gustosa vanidad. Perdonemos tambien á los que inquieren cuál fué el primero que persuadió á los romanos la navegacion. Éste fué Claudio Candex, llamado así porque los antiguos llamaban *candex* á la trabazon de muchas tablas, y las tablas se llaman *códices*, y los navíos, que segun la antigua costumbre portean los bastimentos, se llaman *caudicatas*. Permítase asimismo saber que Valerio Corvino fué el primero que sujetó á Mecina y el primero que de la familia de los Valerios se llamó Mesana, tomando el nombre de la ciudad rendida, y que mudando el vulgo poco á poco las letras, se vino á llamar *Mesala*. ¿Permitirás, por ventura, averiguar si fué Lucio Sila el primero que dió en el coso leones sueltos, habiendo sido costumbre hasta entónces darlos atados? ¿Y que el rey Boco envió flecheros que los matasen? Permítase tambien esto; pero ¿qué fruto tiene el saber que Pompeyo fué el primero que metió en el coliseo diez y ocho elefantes, que peleasen en modo de batalla con los hombres delincuentes? El príncipe de la ciudad, y el mejor de los príncipes, como publica la fama, siendo de perfecta bondad, tuvo por fiestas dignas de memoria matar por nuevo modo los hombres. Pelean? poco es; despedázanse? poco es; quéden oprimidos con el grave peso de aquellos animales. Harto mejor fuera que semejantes cosas se olvidáran, porque no hubiera despues algun hombre poderoso, que aprendiera y envidiára tan inhumana vanidad.

CAPÍTULO XV.

¡Oh qué grande ceguera pone á los humanos entendimientos la grande felicidad! Juzgó aquel que entónces se empinaba sobre la naturaleza, cuando exponia tanta muchedumbre de miserables hombres á las bestias nacidas debajo de otros climas, cuando levantaba guerras entre tan desiguales animales, cuando derramaba mucha sangre en la presencia del pueblo romano, á quien poco despues habia de forzar á que derramára mucha, y él mismo despues, engañado por la maldad alejandrina, se entregó á la muerte por mano de un vil esclavo, conociéndose entónces la vana jactancia de su sobrenombre. Pero volviendo al punto de que me diverti, mostraré en otra materia la inútil diligencia de algunos. Contaba este mismo sabio que triunfando Metelo de los cartagineses, vencidos en Sicilia, fué sólo entre los romanos el que llevó delante el carro ciento veinte elefantes cautivos. Que Sila fue el último de los romanos que extendió la ronda de los muros, no habiendo sido costumbre de los antiguos alargarla cuando se adquiria nuevo campo en la provincia, sino cuando se ganaba en Italia. El saber esto es de más provecho que averiguar si el monte Aventino está fuera de la ronda, como éste mismo afirmaba, dando dos razones: ó porque la plebe se retiró á él, ó porque consultando Remo en aquel lugar los agüeros, no halló favorables las aves, diciendo otras innumerables cosas, que ó son fingidas ó semejantes á ficciones; porque aunque les concedas escriban estas cosas con buena fe y con riesgo de su crédito, dime, qué culpas se enmendarán con esta doctrina? Qué deseos enfrena? ¿Á quién hace más fuerte, más justo y más liberal? Solia decir nuestro Faviano que dudaba si era mejor no ocuparse en algunos estudios, ó embarazarse en éstos. Solos aquellos gozan de quietud, que se desocupan para admitir la sabiduría, y solos ellos son los que viven; porque no sólo aprovechan su tiempo, sino que le añaden todas las edades, haciendo propios suyos todos los años que han pasado; porque, si no somos ingratos, es forzoso confesar que aquellos clarísimos inventores de las sagradas ciencias nacieron para nuestro bien y encaminaron nuestra vida; con trabajo ajeno somos adestrados al conocimiento de cosas grandes, sacadas de las tinieblas á la luz. Ningun siglo nos es prohibido, á todos somos admitidos; y si con la grandeza de ánimo quisiéremos salir de los estrechos límites de la imbecilidad humana, habrá mucho tiempo en que poder espaciarnos. Podrémos disputar con Sócrates, dificultar con Carneades, aquietarnos con Epicuro, vencer con los estoicos la inclinacion humana, adelantarla con los cínicos, y andar juntamente con la naturaleza en compañía de todas las edades. ¿Cómo, pues, en este breve y caduco tránsito del tiempo no nos entregamos de todo corazon en aquellas cosas que son inmensas y eternas, y se comunican con los mejores? Éstos que andan pasando de un oficio en otro, inquietando á sí y á los demas, cuando hayan llegado á lo último de su locura, y cuando hayan visitado cada dia los umbrales de todos los ministros, y cuando hayan entrado por todas las puertas que hallaron abiertas, cuando hayan ido por diferentes casas, haciendo sus interesadas visitas, á cuantos podrán ver en tan inmensa ciudad, divertida en varios deseos; ¡qué de ellos encontrarán, cuyo sueño, cuya lujuria ó cuya descortesía los desechen! ¡Cuántos que despues de haberles tormentado con hacerles esperar, se les escapen con una fingida prisa! ¡Cuántos que, por no salir por los zaguanes, llenos de sus paniaguados, huirán por las secretas puertas falsas, como si no fuera mayor inhumanidad engañar que despedir! ¡Cuántos soñolientos y pesados con la embriaguez, contraida la noche ántes con un arrogante bostezo, abriendo apénas los labios, pagarán á los miserables que perdieron su sueño por guardar el ajeno, las salutaciones infinitas veces repelidas! Solos aquellos, podemos decir, están detenidos en verdaderas ocupaciones, que se precian tener continuamente por amigos á Cenon, á Pitágoras, á Demócrito, á Aristóteles y Teofrastro, y los demas varones eminentes en las buenas ciencias. Ninguno de éstos estará ocupado, ninguno dejará de enviar más dichoso y más amador de sí, al que viniere á comunicarlos; ninguno de ellos consentirá que los que comunicaren salgan con las manos vacías. Éstos á todas horas de dia y de noche se dejan

comunicar de todos; ninguno de ellos te forzará á la muerte, y todos ellos te enseñarán á morir. Ninguno hollará tus años, ántes te contribuirán de los suyos. Ninguna conversacion suya te será peligrosa; no será culpable su amistad ni costosa su veneracion.

CAPÍTULO XVI.

De su comunicacion sacarás el fruto que quisieres, sin que por ellos quede el que consigas más cuanto más sacares. ¡Qué felicidad y qué honrada vejez espera al que se puso debajo de la proteccion de ésta! Tendrá con quien deliberar de las materias grandes y pequeñas, á quien consultar cada dia en sus negocios, y de quien oir verdades sin injurias, y alabanzas sin adulacion, y una idea cuya semejanza imite. Solemos decir que no estuvo en nuestra potestad elegir padres, habiéndonoslos dado la fortuna; con todo eso, habiendo tantas familias de nobilísimos ingenios, nos viene á ser lícito nacer á nuestro albedrío. Escoge á cuál de ellas quieres agregarte, que no sólo serás adoptado en el apellido, sino para gozar aquellos bienes que no se dan para guardarlos con malignidad y bajeza, siendo de calidad que se aumentan más cuando se reparten en más. Estas cosas te abrirán el camino para la eternidad, colocándote en aquella altura, de la cual nadie será derribado Sólo este medio hay con que extender la mortalidad, ó para decirlo mejor, para convertirla en inmortalidad. Las honras y las memorias, y todo lo demas, que ó por sus decretos dispuso la ambicion, ó levantó con fábricas, con mucha brevedad se deshace; no hay cosa que no destruya la vejez larga, consumiendo con más prisa lo que ella misma consagró. Sola la sabiduría es á quien no se puede hacer injuria; no la podrá borrar la edad presente, ni la diminuirá la futura, ántes la que viniere añadirá alguna parte de veneracion; porque la envidia siempre hace su morada en lo cercano, y con más sinceridad nos admiramos de lo más remoto. Tiene, pues, la vida del sabio grande latitud, no la estrechan los términos que á la de los demas; él solo es libre de las leyes humanas; sírvenle todas las edades como á Dios; comprehende con la recordacion el tiempo pasado, aprovéchase del presente y dispone el futuro; con lo cual, la union de todos los tiempos hace que sea larga su vida; siendo muy corta y llena de congojas la de aquellos que se olvidan de lo pasado, no cuidan de lo presente y temen lo futuro, y cuando llegan á sus postrimerías, conocen tarde los desdichados que estuvieron ocupados mucho tiempo en hacer lo que en sí es nada.

CAPÍTULO XVII.

Y no tengas por suficiente argumento para probar que tuvieron larga vida, el haber algunas veces llamado á la muerte; atorméntalos su imprudencia con inconstantes afectos, que incurriendo en lo mismo que temen, desean muchas veces la muerte, porque la temen. Tampoco es argumento para juzgar larga la vida, el quejarse de que son largos los dias, y que van espaciosas las horas para llegar al tiempo señalado para el convite. Porque si tal vez los dejan sus ocupaciones, se abrasan en el descanso, sin saber cómo le desecharán ó cómo lo aprovecharán; y así luégo buscan alguna ocupacion, teniendo por pesado el tiempo que están sin ella; sucediéndoles lo que á los que esperan el dia destinado para los juegos gladiatorios ó para otro algun espectáculo ó fiestas, que desean pasen aprisa los dias intermedios, porque tienen por prolija la dilacion que retarda lo que esperan para llegar á aquel tiempo, que al que le ama es breve y precipitado, haciéndose más breve por su culpa; porque sin tener consistencia en los deseos, pasan de una cosa en otra. A éstos no son largos, sino molestos, los dias; y al contrario, tienen por cortas las noches los que las pasan entre los lascivos abrazos de sus amigas ó en la embriaguez, de que tuvo orígen la locura de los poetas, que alentaron con fábula las culpas de los hombres, fingiendo que Júpiter, enviciado en el adulterio de Alcmena, habia dado duplicadas horas á la noche. El hacer autores de los vicios á los dioses, ¿qué otra cosa es, sino animar á ellos, y dar á la culpa una disculpable licencia con el ejemplo de la Divinidad? ¿A éstos, que tan caras cuestan las noches, podrán dejar de parecerles cortísimas? Pierden el dia esperando la noche, y la noche con el temor del dia; y áun sus mismos deleites son temerosos y desasosegados con varios recelos, entrando en medio del gusto algun congojoso pensamiento de lo poco que dura. De este afecto nació el llorar los reyes su poderío, y sin que la grandeza de su fortuna los alegrase, les puso terror el fin que les esperaba. Extendiendo el insolentísimo rey de los persas sus ejércitos por largos espacios de tierra, sin poder comprehender su número ni medida, derramó lágrimas, considerando que dentro de cien años no habia de haber vivo alguno de tan florida juventud; siendo el mismo que los llora, el que les habia de apresurar la muerte; y habiendo de consumir en breve tiempo á unos en tierra, á otros en mar, á unos en batallas, á otros en huidas, ponia el temor en el centésimo año.

CAPÍTULO XVIII.

Son, pues, sus gustos cargados de recelos, porque no estriban en fundamentos sólidos; y así, con la misma vanidad que les dió principio, se deshacen. ¿Cuáles, pues, juzgarás son aquellos tiempos, áun por su misma confesion miserables, pues áun los en que se levantan, sobrepujando el sér de hombres, son poco serenos? Los mayores bienes son congojosos, y nunca se ha de dar ménos crédito á la fortuna que cuando se muestra favorable. Para conservarnos en una buena dicha, necesitamos de otra, y de hacer votos para que duren los buenos sucesos, porque todo lo que viene de mano de la fortuna es instable, y lo que subió más alto está en mayor disposicion de caida, sin que cause deleite lo que amenaza ruina; y así, es forzoso que no sólo sea brevísima, sino miserable, la vida de aquellos que con gran trabajo adquieren lo que con mayor han de poseer. Consiguen con su sudor lo que desean, y poseen con ánsias lo que adquirieron con trabajo, y con esto, no cuidan del tiempo, que pasando una vez, jamas ha de volver. A las antiguas ocupaciones sustituyen otras de nuevo; una esperanza despierta á otra, y una ambi-

cion á otra ambicion; no se busca el fin de los trabajos, pero múdase la materia. Nuestras honras nos atormentan, pero más tiempo nos consumen las ajenas; acábase el trabajo de nuestra pretension, y comenzamos el de las intercesiones. Dejamos la molestia de ser fiscales, y conseguimos la de ser jueces; acabóse la judicatura, pasa á contador mayor; envejeció siendo mercenario procurador de haciendas ajenas, y hállase embarazado con la propia. Dejó á Mario la milicia, y ocupóle el consulado. Solicita Quinctio el huir de la dictadura, y sacaránle para ella desde el arado. Irá Escipion á las guerras de Africa sin madura edad para tan grande empresa, volverá vencedor de Aníbal y de Antioco, será honor de su consulado y fiador del de su hermano. Y si él no lo impidiere, le harán igual á Júpiter, y á éste, que era el amparo de la patria, acosarán civiles sediciones. Y al que supo en la juventud desechar los debidos honores, le deleitará en la vejez la ambicion de un pertinaz destierro. Nunca han de faltar causas de cuidado, ora felices, ora infelices; con las ocupaciones se cierra la puerta, deseándose siempre, sin llegar á conseguirse.

CAPÍTULO XIX.

Desvíate, pues, oh clarísimo Paulino, del vulgo, y recógete á más seguro puerto, y no sea como arrojado por la vejez. Acuérdate de los mares que has navegado, las tormentas propias que has padecido, y las que, siendo públicas, has hecho tuyas. Suficientes muestras ha dado tu virtud en inquietas y trabajosas ocasiones; experimenta ahora lo que hace en la quietud. Justo es hayas dado á la república la mayor y mejor parte de la edad, toma tambien para tí alguna parte de tu tiempo. Y no te llamo á perezoso y holgazan descanso, ni para que sepultes tu buena inclinacion en sueño ni en deleites estimados del vulgo; que eso no es aquietarse. Hallarás retirado y seguro ocupaciones más importantes de las que hasta ahora has tenido. Administrando tú las rentas del imperio con moderacion de ser ajenas, con la misma diligencia que si fueran propias y con la rectitud de ser públicas, consigues amor de un oficio en que no es pequeña hazaña evitar el odio. Pero créeme, que es más seguro el estar enterado de la cuenta de tu vida que de las del pósito del trigo público. Reduce á tí ese vigor de ánimo capacísimo de grandes cosas, y apártale de ese ministerio, que aunque es magnífico, no es apto para vida perfecta; y persuádete que tantos estudios como has tenido desde tu primera edad en las ciencias, no fueron á fin de que se entregasen á tu cuidado tantos millares de hanegas de trigo; de cosas mayores y más altas habias dado esperanzas. No faltarán para esa ocupacion hombres de escogida capacidad y de cuidadosa diligencia. Para llevar cargas, más aptos son los tardos jumentos que los nobles caballos, cuya generosa ligereza ¿quién hay que la oprima con peso grave? Piensa asimismo de cuánto fastidio sea el exponerte á tan grande cuidado. Tu ocupacion es como los estómagos humanos, que ni admiten razon, ni se mitigan con equidad, porque el pueblo hambriento no se aquieta con ruegos. Pocos dias despues que murió Cayo César (si es que en los difuntos hay algun sentido), llevando ásperamente el haber muerto, quedando el pueblo romano en pié y con bastimentos para siete ó ocho dias, miéntras jugando con las fuerzas del imperio, junta puentes á las naves, llegó á los cercados el último de los males, que es la falta de los bastimentos; y el querer imitar á un furioso rey extranjero con infelicidad soberbio, le hubo de costar la pérdida y la hambre, y lo que á ella se sigue, que es la ruina de todas las cosas. ¿Qué pensamiento tendrian entónces aquellos á quien estaba encomendada la provision del trigo público, esperando recibir hierro, piedras, fuego y espadas? Encerraban con suma disimulacion, y no sin causa, en sus pechos tantos encubiertos males, por haber muchas enfermedades que se han de curar, ignorándolas los enfermos, habiendo habido muchos á quien el conocer su enfermedad fué causa de su muerte.

CAPÍTULO XX.

Recógete á estas cosas, más tranquilas, más seguras y mayores. ¿Piensas que es igual ocupacion cuidar que el trigo se eche en los graneros, sin que la fraude ó negligencia de los que le portean le hayan maleado, atendiendo á que con la humedad no se dañe ó escaliente, para que responda al peso y medida? ¿O el llegarte á estas cosas sagradas y sublimes, habiendo de alcanzar con ellas la naturaleza de los dioses? ¿Y qué deleite, qué estado, qué fortuna, qué suceso espera tu alma, y en qué lugar nos ha de poner la naturaleza cuando estemos apartados de los cuerpos? ¿Qué cosa sea la que sustenta todas las cosas pesadas del mundo, levantando al fuego á lo alto, moviendo en sus cursos las estrellas con otras mil llenas de maravillas? ¿Quieres tú, dejando lo terreno, mirar con el entendimiento estas superiores? Ahora pues, miéntras la sangre está caliente, los vigorosos han de caminar á lo mejor. En este género de vida te espera mucha parte de las buenas ciencias, el amor y ejercicio de la virtud, el olvido de los deleites, el arte de vivir y morir, y, finalmente, un soberano descanso. El estado de todos los ocupados es miserable; pero el de aquellos, que áun no son suyas las ocupaciones en que trabajan, es miserabilísimo; duermen por sueño ajeno, andan con ajenos pasos, comen con ajena gana; hasta el amar y aborrecer, que son acciones tan libres, lo hacen mandados. Si éstos quisieren averiguar cuán breve es su vida, consideren qué parte ha sido suya. Cuando vieres, pues, á los que van pasando de una en otra judicatura, ganando opinion en los tribunales, no les envidies; todo eso se adquiere para pérdida de la vida, y para que sólo se cuente el año de su consulado, destruirán todos sus años. A muchos desamparó la edad, miéntras trepando á la cumbre de la ambicion, luchaban con los principios; á otros, despues de haber arribado por mil indignidades á las dignidades supremas, les llega un miserable desengaño de que todo lo que han trabajado ha sido para el epitafio del sepulcro. A otros desamparó la cansada vejez, miéntras como juventud se dispone entre graves y perversos intentos, para nuevas esperanzas.

CAPÍTULO XXI.

Torpe es aquel á quien estando en edad mayor, coge la muerte ocupado en negocios de no conocidos litigantes, procurando las lisonjas del ignorante vulgo; y torpe aquel que ántes cansado de vivir que de trabajar, murió entre sus ocupaciones. Torpe el enfermo, de quien por verle ocupado en sus cuentas, se rie el ambicioso heredero. No puedo dejar un ejemplo que me ocurre. Hubo un viejo llamado Turanio, de puntual diligencia, y habiéndole Cayo César jubilado en oficio de procurador sin haberlo él pedido, por ser de más de noventa años, se mandó echar en la cama, y que su familia le llorase como á muerto. Lloraba, pues, toda la casa el descanso de su viejo dueño, y no cesó la tristeza hasta que se le restituyó aquel su trabajo: tanto se estima el morir en ocupacion. Muchos hay de esta opinion, durando en ellos más el deseo que la potencia; para trabajar pelean con la imbecilidad de su cuerpo, sin condenar por pesada á la vejez por otro algun título, más de porque los aparta del trabajo. La ley no compele al soldado en pasando de cincuenta años, ni llama al senador en llegando á sesenta. Más dificultosamente alcanzan los hombres de sí mismos el descanso que de la ley; y miéntras que son llevados, ó llevan á otros, y unos á otros se roban la quietud, haciendo los unos á los otros alternadamente miserables, pasan una vida sin fruto, sin gusto y sin ningun aprovechamiento del ánimo. Ninguno pone los ojos en la muerte, todos alargan las esperanzas, y algunos disponen tambien lo que es para despues de la vida grandes máquinas de sepulcros, epitafios en obras públicas, ambiciosas dotaciones para sus exequias. Ten por cierto que las muertes de éstos se pueden reducir á hachas y cirios, como entierro de niños.

LIBRO SEXTO.

Á POLIBIO

DE CONSOLACION.

CAPÍTULO XX (1).

Nuestros cuerpos, comparados con otros, son robustos; pero si los reduces á la naturaleza, que destruyendo todas las cosas, las vuelve al estado de que las produjo, son caducos; porque manos mortales ¿qué cosa podrán hacer que sea inmortal? Aquellos siete milagros (y si acaso la ambicion de los tiempos venideros levantáre otros más admirables) se verán algun dia arrasados por tierra, Así que no hay cosa perpétua, y pocas que duren mucho. Unas son frágiles por un modo, y otras por otro; los fines se varian, pero todo lo que tuvo principio ha de tener fin. Algunos amenazan al mundo con muerte, y (si es lícito creerlo) vendrá algun dia que disipe este universo, que comprehende todas las cosas humanas, sepultándolas en su antigua confusion y tinieblas. Salga, pues, alguno á llorar estas cosas y las almas de cada uno. Laméntese tambien de las cenizas de Cartago, Numancia y Corinto, y si alguna otra cosa hubo que cayese de mayor altura, pues áun lo que no tiene dónde caer, ha de caer. Salga asimismo otro, y quéjese de que los hados (que tal vez se han de atrever á empresas inefables) no le perdonaron á él.

CAPÍTULO XXI.

¿Quién hay de tan soberbia y desenfrenada arrogancia, que en esta inevitable necesidad de la naturaleza (que produjo todas las cosas á un mismo fin) pretenda que él y los suyos hayan de ser exentos, queriendo libertar alguna casa de la ruina que amenaza á todo el orbe? Será, pues, de grande consuelo pensar cada uno que le sucede lo que padecieron todos los que pasaron, y lo que han de padecer todos los que vinieren; y juzgo que por esta causa quiso la naturaleza que fuese comun todo aquello que hizo más acerbo; porque la igualdad sirviese de consuelo en las asperezas del hado. Y no te ayudará poco el considerar que el dolor, ni á ti, ni á la persona que te faltó, ha de ser de provecho; con lo cual no has de querer dure lo que á entrambos ha de ser infructuoso. Si con la tristeza hemos de aprovechar algo, no rehuso dar á tu desgracia la parte de lágrimas que ha quedado de las mias, que si te han de ser de algun provecho, todavía en estos ojos, consumidos con llantos domésticos, hallaré algun humor. No ceses, lloremos; que yo quiero tomar por mia

(1) No se hallan los demas capítulos de este libro, y algunos quieren que sea continuacion del libro *De la brevedad de la vida*.

Don José Rodriguez de Castro, en su *Biblioteca española*, tomo II, dice:

«Del libro *De consolatione*, que envió á Polibio, consolándole por la muerte de su hermano, faltan los diez y nueve primeros capítulos y parte del vigésimo. Este Polibio era liberto del emperador Claudio y uno de sus validos; estaba instruido en la lengua griega y latina, y era estimado de sus coetáneos por sus producciones literarias. De este Polibio se valió Séneca para volver á la gracia de Claudio; y porque se excedió en los elogios que hace de él y del Emperador, es criticado de adulador, y tenido este libro por indigno de un filósofo estoico.»

Juan Alberto Fabricio, en el capítulo IX del libro II de la *Biblioteca latina*, dice que Séneca escribió este libro en el año tercero de su destierro en Córcega.

esta causa: «A juicio de todos fuiste, oh fortuna, reputada por acerbísima, en haberte desviado de aquel que por beneficio tuyo habia llegado á tanta estimacion, que ya su felicidad (cosa que pocas veces sucede) estaba libre de la envidia. Ves aquí á quien diste el mayor dolor que pudo recibir viviéndole César; y despues de haberle cercado por todas partes, conociste que sola ésta quedaba descubierta á tus heridas. Porque, ¿cuál otro daño le podias hacer? ¿Habíasle de quitar las riquezas? Nunca vivió sujeto á ellas, y ahora, en cuanto puede, las desecha de sí, y en medio de tan gran felicidad en adquirirlas, ningun otro mayor fruto saca de ellas, que la ocasion de despreciarlas. ¿Habias de quitarle los amigos? Sabias tú que era tan amable, que con felicidad podria substituir otros en lugar de los que les quitases; porque de todas las personas poderosas que yo he conocido en las casas de los príncipes, á solo éste he visto, cuya amistad (con ser tan útil) se busque más por aficion que por interes. ¿Habíasle de quitar la buena opinion? Teníala tan asentada, que no eras poderosa á desacreditarle. ¿Habias de privarle de la salud? Conocias que su ánimo (no sólo criado, sino nacido en las ciencias) estaba de tal manera fundado, que se levantaba sobre todos los dolores del cuerpo. ¿Habias de quitarle la vida? ¿Qué tan grande daño piensas que le hacias, habiéndole prometido la fama larguísima edad? Él hizo de modo que ésta le durase en la mejor parte; porque habiendo hecho excelentes obras de elocuencia, se libró de la mortalidad. Todo el tiempo que duráre el dar honor á las letras, y miéntras se conserváre el vigor de la lengua latina y la gracia de la griega, vivirá entre los insignes varones, cuyos ingenios igualó; y si rehusáre esto su modestia, entre aquellos á que se aplicó.»

CAPÍTULO XXII.

«Pusiste, pues, la mira en aquellos en que más le podias ofender; porque cuando cada uno es mejor, sabe por la misma razon sufrirte más, cuando te ve enfurecida sin causa, y tremenda entre los halagos. ¿Qué te costaba dejar libre de injurias aquel varon, á quien parece habia venido tu liberalidad, movida más por razon que por tu acostumbrado antojo? Añadamos (si te parece) á estas quejas la buena inclinacion de aquel mancebo que cortaste entre sus primeros acrecentamientos.» El difunto, oh Polibio, fué digno de tenerte por hermano, y tú eres dignísimo de no tener ocasion de dolerte, áun por muerte de algun indigno hermano. Él tiene igual testimonio de todos los hombres que le echan ménos en honor tuyo, alabándole en el suyo, sin que jamas hubiese tenido accion que con gusto no le reconocieses. Tú áun para hermano ménos bueno fueras bueno; pero habiendo tu piedad hallado en él idónea materia, se extendió con más libertad. Ninguno conoció con injuria su potencia, á nadie amenazó con que eras su hermano. Habíase ajústado al ejemplo de tu modestia; porque cuanto eres de esplendor á tu linaje, le eres de carga para que te imite, y él satisfizo á esta obligacion. ¡Oh duros hados, nunca justos con las virtudes! Ántes que tu hermano conociese su felicidad, fué arrebatado. Bien veo que esta mi indignacion no es suficiente; porque no hay cosa tan dificultosa como hallar palabras proporcionadas á un gran dolor; pero ea, si nos ha de ser de algun provecho, quejémonos. «¿Qué es lo que quisiste hacer, oh injusta y violenta fortuna? ó tan presto te arrepentiste de tus dádivas? Qué crueldad es ésta? Hiciste division entre dos hermanos, deshaciendo con sangriento robo la concordísima compañía, y turbando la casa adornada de tan concordes mancebos (sin que en ellos hubiese alguno que degenerase), sin razon alguna la sacrificaste. Segun esto, no es de provecho la inocencia ajustada con las leyes, ni la antigua frugalidad, no la potencia de grande felicidad, no la observada abstinencia, no el sincero y puro amor de las letras, ni la conciencia limpia de toda mancha.» Llora Polibio, y advertido con la muerte de un hermano de lo que puede temer en los demas, viene á tener temor en lo mismo que es el consuelo de su dolor. Hazaña indigna. Llora Polibio, teniendo propicio á César. Sin duda, oh fortuna, emprendiste esta crueldad para ostentar que ninguno puede ser defendido de tus manos, áun por el mismo César.

CAPÍTULO XXIII.

Podemos quejarnos muchas veces de los hados, pero no los podemos mudar, porque son duros y inexorables. Nadie los mueve, ni con oprobrios, ni con lágrimas, ni con razones. A ninguno perdonan, ni remiten cosa alguna. Dejemos, pues, las lágrimas que no aprovechan, y el dolor con más felicidad nos llevará adonde está el difunto, que volverle á que le gocemos. Si el dolor atormenta y no alivia, conviene dejarle á los principios, retirando el ánimo de los débiles consuelos y del amargo deseo de llorar. Si la razon no pusiere fin á nuestras lágrimas, cierto es que no se le pondrá la fortuna. Ven acá, pon los ojos en todos los mortales, y verás que en todos ellos hay una larga y continuada materia de llorar: á uno llama al cotidiano trabajo su pobreza; otro teme las riquezas que codició, padeciendo con su mismo deseo; á uno aflige la solicitud, á otro el cuidado, y á otro la muchedumbre de los que frecuentan sus zaguanes. Éste se queja de que está cargado de hijos, aquél de que se han muerto. Acabaránse las lágrimas ántes que las causas del dolor. ¿No ves la vida que nos ha prometido la naturaleza? pues ella quiso que el primer agüero fuese el llanto. Con este principio venimos al mundo, y en él consiste el órden de los años venideros, y en esta forma pasamos nuestra vida. Por lo cual conviene que lo que se ha de hacer muchas veces, se haga con moderacion y atendiendo á que son muchas las cosas tristes que nos vienen siguiendo; y si no pudiéremos poner fin á las lágrimas, debemos por lo ménos reservar algunas. En ninguna cosa se debe tener mayor moderacion que en ésta, de que tan frecuente es el uso. Tampoco dejará de ayudarte mucho el entender que á ninguno es ménos grato tu dolor que al mismo á quien juzgas le das. Él no quiere que te atormentes, ó no entiende que te atormentas. Segun esto, no hay razon alguna para esta demostracion. «Porque si aquel por quien se hace no la siente, es superflua; y si la siente, le es penosa.»

CAPÍTULO XXIV.

Atrévome á decir que en todo el orbe no hay persona que se deleite con tus lágrimas. Pues, dime, ¿para qué son? ¿Piensas que tu hermano tiene contra tí el ánimo que ningun otro tiene, queriendo que con tu afliccion te atormentes, y que pretende apartarte de tus ocupaciones; quiero decir, de tus estudios y del servicio del César? Esto no es verisímil, porque siempre te amó como á hermano, veneró como á padre y respetó como á superior; y así, aunque quiere que le eches ménos, no quiere que te atormentes. ¿De qué, pues, sirve que te consuma el dolor que tu mismo hermano (si es que en los difuntos hay sentidos) desea que se acabe? De otros hermanos, de cuya voluntad no hubiera tan segura certeza, dijera yo con duda esto. Si tu hermano deseára que con incesables lágrimas te atormentáras, no fuera digno de este tu afecto; y si él no lo quiere, deja tú ese inútil dolor. Porque el hermano poco amoroso no debe ser llorado tanto, y el que fué amoroso no querrá que le llores. En éste, en quien fué tan conocido el amor, debemos tener por cosa cierta que ninguna cosa le puede ser más acerba que este suceso. Si es acerbo para tí, y si por cualquier modo te atormenta, y conturba tus ojos, indignísimos de todo mal, y si los agota sin poner fin á las lágrimas, ninguna cosa apartará tanto á tu amor de esas inútiles lágrimas, como el pensar que debes dar á tus hermanos ejemplo de sufrir con fortaleza esta injuria de la fortuna. En esta ocasion debes hacer lo que los grandes capitanes hacen en los sucesos graves, en que de industria muestran alegría, encubriendo los casos adversos con fingido regocijo, porque los soldados no desmayen viendo quebrantado el ánimo de su capitan. Lo mismo has de hacer tú, mostrando el rostro disímil del ánimo, y si pudieres acabarlo contigo, debes desechar de todo punto el dolor; y si no pudieres, enciérralo al ménos en lo interior, encarcelándolo, para que no se deje ver; y procura que te imiten tus hermanos; porque ellos tendrán por justo todo lo que vieren haces, y formarán su ánimo de tu rostro; y habiéndoles de ser el consuelo y el consolador, no podrás impedirles su dolor si dieres largas riendas al tuyo.

CAPÍTULO XXV.

Tambien apartará de tí el excesivo dolor, el persuadirte que ninguna de las cosas que haces se puede encubrir. Grande estimacion te ha dado el comun aplauso de los hombres; conviene conservarla. Toda esta muchedumbre de consoladores que te tiene cercado, atendiendo á tu ánimo, mira qué fuerzas tiene contra el dolor; y especulando si sabes usar de tanta destreza en las cosas prósperas, que sepas sufrir varonilmente las adversas, pone sus ojos en los tuyos. Más libres son las acciones de aquellos cuyos afectos se pueden encubrir. Para tí no hay secreto libre, por haberte puesto la fortuna en mucha luz. Todos sabrán cómo te has gobernado en esta herida, y si en recibiéndola rendiste las armas, ó si estuviste firme en el puesto. Dias há que el amor de César te levantó al más alto estado á que te atrajeron tus estudios. Ninguna accion plebeya y humilde te es decente, ¿Qué cosa hay tan ratera y afeminada, como entregarte al dolor para que te consuma? En igual sentimiento, no te es lícito lo que lo es á tus hermanos. La opinion recibida de tus estudios y costumbres, no te permite muchas cosas. Mucho es lo que los hombres quieren y esperan de tí. Si querias que todo te fuese lícito, no habias de haber atraido á tí los ojos de todos. Ahora es forzoso que dés todo lo que prometiste á los que alaban y celebran las obras de tu ingenio; que aunque algunos no necesitan de tu fortuna, necesitan muchos de tu talento. Atalayas son de tu ánimo, con lo cual jamas podrás hacer accion alguna indigna de varon perfecto y erudito, sin que muchos se arrepientan de lo que de tus partes se admiraron. No te es lícito llorar con demasía; y no es esto sólo lo que no te es lícito, pues áun no lo es el extender el sueño á una mínima parte del dia, ni lo es el huir de la muchedumbre de los negocios, retirándote al ocio de tu jardin, ni el recrear con algun voluntario paseo el cuerpo, fatigado con la asistencia del trabajoso oficio, ni alentar el ánimo con la variedad de espectáculos, ni disponer el dia á tu albedrío.

CAPÍTULO XXVI.

Muchas cosas no te son lícitas, que lo son á los hombres humildes, que están despreciados en los rincones. La grande fortuna es servidumbre muy grande. No te es lícito hacer cosa alguna por tu gusto. Has de dar audiencia á tantos millares de hombres, has de disponer tantos memoriales, has de acudir al despacho de tantas cosas como de todas las partes del mundo ocurren para poder cumplir por órden el oficio de ministerio tan importante, y esto requiere un ánimo quieto. Digo que no te es lícito llorar, porque para tener tiempo de oir los lamentos de muchos que padecen, y para que aprovechen las lágrimas de los que desean llegar á la misericordia del piadosísimo César, has de enjugar las tuyas. Considera la fe y la industria que debes á su amor, y entenderás que no te es lícito el retirarte, como no lo es á aquel que (segun dicen las fábulas) tiene sobre sus hombros el mundo. Al mismo César, á quien es lícito todo, no le son, por esta causa, lícitas muchas cosas. Su cuidado defiende las casas de todos, su trabajo, el ocio de todos; su industria, los deleites de todos, y su ocupacion, el descanso de todos. Desde el dia que César se dedicó al gobierno del mundo se privó del uso de sí mismo, al modo que á los astros, que deben sin cesar hacer su curso, sin serles lícito ni detenerse ni ocuparse en cosa suya. Así á tí, en cierto modo, te incumbe la misma obligacion, no siéndote lícito volver los ojos á tus utilidades ni á tus estudios. Poseyendo César el mundo, no puedes repartirte al deleite ni al dolor ni á ninguna otra cosa; porque te debes todo á César. Añade que confesando tú que amas á César más que á tu vida, no te es lícito, viviendo, el quejarte de la fortuna. Viviendo César, están salvos todos tus deudos; ninguna pérdida has hecho; y así, no sólo has de tener enjutos los ojos, sino alegres. En César lo tienes todo, y él te basta por todos. Poco agrade-

cido serás á la fortuna (cosa que está muy léjos de tus prudentísimos sentidos) si, viviéndote César, dieres permision á las lágrimas. Tambien te quiero dar otro remedio, si no más firme, al ménos más familiar. Cuando te recoges en tu casa, es el tiempo en que podrás temer la tristeza; porque el que estuvieres mirando á César, no tendrá ella entrada en tí, pues él te poseerá todo; pero en apartándote de su vista, entónces, gozando de la ocasion, pondrá el dolor asechanzas á tu soledad, y poco á poco se entrará en tu ánimo, hallándole desocupado. Conviene, pues, que no permitas estar tiempo alguno apartado de los estudios; entónces las letras, tanto tiempo y con tanta felicidad amadas de tí, te serán gratas, defendiendo á su presidente y su venerador. Entónces Homero y Virgilio (á quien tanto debe el género humano, como ellos te deben á tí, por haberlos hecho conocidos de más naciones de aquellas para quien escribieron) te asistirán muchos ratos, y con eso estará seguro todo el tiempo que les entregares para que te le defiendan. Entónces podrás componer las obras de tu César, para que con pregon doméstico se canten en todas edades. Escribe todo lo que pudieres, pues él te dará materia y ejemplo para escribir todos los sucesos.

CAPÍTULO XXVII.

No me atrevo á pasar tan adelante, aconsejándote que con tu acostumbrada elocuencia enlaces fábulas y apologías, obra áun no intentada por los ingenios romanos; porque es cosa difícil que un ánimo tan fuertemente herido pueda tan presto pasar á estudios regocijados. Ten por señal cierta de estar el ánimo fortalecido y vuelto á su sér, si de los estudios graves y serios pudiere pasar á estos más libres; porque en aquellos, aunque la austeridad de las cosas que trata le llaman áun estando enfermo y contra su voluntad, no admitirá estos otros, que se han de tratar con frente desarrugada, si no es cuando de todo punto estuviere convalecido. Así que, á los principios le has de ejercitar en materias más severas, y templarle despues con otras más alegres. Tambien te será de grande alivio si te hicieres esta pregunta: «El dolor que tengo, ¿es en mi nombre ó en el del difunto? Si es en el mio, acábese la jactancia que de mi sufrimiento solia tener, y comience el dolor, sin que haya en él otra excusa más que el ser honesta; porque el desechar el sentimiento mira á utilidad propia, y ninguna cosa hay ménos decente al varon bueno, que llorar por cuenta y razon en la muerte de su hermano. Si me duelo en su nombre, es necesario que uno de los dos sea juez; porque si á los difuntos no les queda sentido alguno, mi hermano, libre ya de todas las incomodidades de la vida, está restituido al lugar donde estuvo ántes que naciese, y exento de todo mal, no hay cosa que tema, ninguna que desee y ninguna que padezca. Pues ¿qué locura es no dejar jamas de dolerme por el que jamas ha de tener dolor? Si en los difuntos hay algun sentido, ya el ánimo de mi hermano, como libre de una larga prision, se regocija, gozando de la vista de la naturaleza de las cosas, despreciando desde lugar superior todas las cosas humanas, y viendo más de cerca las divinas, cuyo conocimiento buscó en balde tanto tiempo. Pues ¿por qué me aflijo por el que ó es bienaventurado, ó deja de tener sér? Llorar por el bienaventurado, es envidia, y por el que no tiene sér, es locura.»

CAPÍTULO XXVIII.

¿Muévete, por ventura, el ver que carece de los grandes bienes que le rodeaban? Cuando pusieres el pensamiento en las muchas cosas que dejó, ponle en que son muchas las que deja de temer. No le atormentará la ira ni le afligirá la enfermedad; no le congojará la sospecha, no le perseguirá la tragadora envidia, enemiga de ajenos acrecentamientos; no le dará cuidado el miedo, ni le inquietará la liviandad de la fortuna, que en un instante transfiere en otros sus dádivas. Si haces bien la cuenta, mucho más es lo que se le perdonó que lo que se le quitó. No gozará de las riquezas ni de su gracia y la tuya, no recibirá beneficios ni los dará. ¿Júzgasle desdichado porque perdió estas cosas, ó dichoso porque no las desea? Créeme, que es más feliz aquel que no necesita de la fortuna, que el que la tiene propicia. Todos estos bienes que con hermoso, aunque falaz, deleite nos alegran, el dinero, las dignidades, la potencia y las demas cosas á que con pasmo mira la ciega codicia del linaje humano, se poseen con trabajo y se miran con envidia, quebrantando á los mismos á quien adornan, y siendo más lo que amenazan que lo que prometen. Estas cosas son deslizaderas é inciertas, y jamas se tienen con seguridad; porque cuando cesasen los temores de lo futuro, la misma conservacion de la grande felicidad es en sí solícita. Si quieres dar crédito á los que más altamente ponen los ojos en la verdad, toda nuestra vida es un castigo. Estamos arrojados en este profundo y alterado mar, que con alternados otoños es recíproco; que levantándonos ya con repentinos crecimientos, y desamparándonos luégo con mayores daños, nos descompone, sin permitirnos estar en lugar firme. Andamos suspensos y fluctuando, y unos chocamos en otros, y con suceder los naufragios algunas veces, son continuos los temores. A los que navegan en este tempestuoso mar, expuesto á todas las tormentas, ningun otro puerto hay, si no es el de la muerte. No tengas, pues, envidia á tu hermano, que está ya quieto, libre, seguro y eterno. Él tiene vivo á César y á toda su generacion; tiénete á tí y todos los demas hermanos vivos. Él, cuando se le mostraba favorable la fortuna, y cuando con mano liberal le iba cumulando dones, la dejó ántes que ella hiciese alguna mudanza en sus favores. Gozando está ahora de libre y descubierto cielo, habiendo pasado de un humilde y abatido lugar á resplandecer en aquel (sea el que fuere) que recibe en su dichoso seno las almas que dejan las prisiones; ya se espacia con libertad, y con sumo deleite mira todos los bienes de la naturaleza. Andas errado, porque tu hermano no perdió la luz, sino alcanzó otra más segura; á todos nos es comun el viaje con él. ¿Para qué lloramos sus hados? Que él nos dejó; partióse ántes.

CAPÍTULO XXIX.

Créeme, que en la misma grande dicha hay la felicidad de morir, no habiendo cosa cierta que dure un dia. ¿Quién, pues, en tan obscura y dudosa verdad adivina si la muerte envidió á tu hermano ó cuidó de él? Es asimismo necesario que la justicia que en todas las cosas mantienes, te ayude á pensar que no se te hizo injuria en quitarte tal hermano sino que se te hizo gracia de todo el tiempo que te fué permitido el usar y gozar de su amor. Injusto es el que no deja albedrío en las dádivas al que las da, y codicioso el que no computa por ganancias lo que recibió, contando por pérdida lo que restituye. Ingrato es el que llama injuria al fin del deleite; ignorante el que piensa que no hay fruto sino en los bienes presentes, y el que no se aquieta con los pasados, teniendo por más ciertos los que se le fueron; porque de ellos no hay temor que de nuevo se vayan. Estrechos términos pone á sus gustos el que juzga que goza solamente los que tiene y ve presentes, no estimando los que tuvo. Porque con mucha presteza se nos huye el deleite, que corre y pasa, y casi se nos quita ántes que venga. Así que, se ha de poner el ánimo en el tiempo pasado, reduciendo y tratando con frecuente recordacion lo que en algun tiempo nos fué deleitable. Más larga y más fiel es la memoria de los deleites que su presencia. Pon entre los sumos bienes el haber tenido un hermano tan bueno, y no atiendas á que pudieras tenerle mucho más tiempo, sino al que le tuviste. La naturaleza de las cosas hace contigo lo que con los demas hermanos, y no te lo dió en propiedad, sino prestado, y despues te lo volvió á pedir cuando quiso; y en esto no atendió á tu altura, sino á su ley. ¿No será tenido por injusto el que sufriere molestamente el pagar la moneda que se le prestó, y en particular la que recibió sin interes alguno? Dió la naturaleza vida á tu hermano, y dióla tambien á tí, y ella, usando despues de su derecho, cobró primero la deuda de quien quiso. No se le puede imponer culpa, siendo tan conocida su condicion; impútese á la codiciosa esperanza del ánimo mortal, que de tal manera se olvida de lo que es la naturaleza, que nunca se acuerda de su sér, sino cuando la amonestan. Alégrate, pues, de haber tenido un tan buen hermano, y da gracias del usufructo que de él gozaste, aunque fué más breve de lo que deseabas. Piensa que lo que tú viste fué para tí muy deleitable, y que lo que perdiste era humano; porque no hay cosa ménos congruente entre sí que mostrar dolor de que un hermano te haya vivido poco, y no tener gozo de que tuviste tal hermano; dirásme: «Así es, pero quitáronmele cuando no lo pensaba.» A cada uno engaña su credulidad, y el olvido de la muerte en las cosas que ama. La naturaleza á ninguno prometió que haria gracia en la necesidad del morir. «Cada dia pasan por delante de nuestros ojos los entierros de personas conocidas y no conocidas, y nosotros, divertidos en otras cosas, llamamos repentino lo que toda la vida se nos está intimando.» Segun esto, no es culpable el rigor de los hechos, sino la malicia del humano entendimiento, que insaciable de todas las cosas, siente salir de la posesion á que fué admitida por voluntad.

CAPÍTULO XXX.

¿Cuanto más justo fué aquel, que dándole nuevas de la muerte de su hijo, pronunció una sentencia digna de un gran varon? «Cuando yo le engendré, supe que habia de morir.» Verdaderamente no te admirarás de que naciese de éste el que habia de tener valor para morir con fortaleza. No recibió la muerte de su hijo como nueva embajada; porque morir el hombre, cuya vida no es otra cosa que un viaje á la muerte, ¿qué tiene de nuevo? «Cuando yo le engendré, supe que habia de morir.» Despues de esto, añadió una cosa de mayor ánimo y prudencia, diciendo: «Para esto le crié.» Todos nacemos para esto, y cualquiera que viene á la vida, está destinado á la muerte. Regocijémonos, pues, todos con lo que nos dan, y volvámoslo cuando nos lo piden. Los hados comprehenderán á unos en un tiempo, y á otros en otro; pero á nadie dejarán libre. Esté prevenido el ánimo, y no tema; ántes espere lo que es forzoso. ¿Para qué te he de referir muchos capitanes y toda su generacion, y otros varones insignes por sus muchos consulados y triunfos, que han acabado con inexorable suerte? Reinos enteros con sus reyes, y pueblos con sus ciudadanos, pasaron su hado. Todos y todas las cosas esperan el último dia, aunque el fin de todas no es el mismo. A uno desampara la vida en el medio curso, á otro en la misma entrada, á otro, fatigado en extrema esclavitud, y deseoso de salir de ella, apénas le deja. Unos vamos en un tiempo y otros en otro; pero todos caminamos á un lugar. No te sabré decir si es mayor necedad ignorar la ley de la mortalidad, ó mayor desvergüenza rehusarla. Ven acá, toma en tus manos aquellas obras que están celebradas con mucho trabajo de tu ingenio; los versos, digo, de los dos autores, que de tal manera tradujiste, que aunque no les quedó su composicion, les ha quedado su gracia; porque de tal suerte los pasaste de una lengua en otra, que (siendo cosa tan dificultosa) te siguieron en la ajena todas las virtudes. No hallarás en todos aquellos escritos libro alguno que deje de darte muchos y varios ejemplos de la humana variedad y de los inciertos sucesos y vanas lágrimas, que ya por esta, ya por aquella causa se derraman. Lee lo que con gallardo espíritu en grandes cosas entonaste, y tendrás vergüenza de que con brevedad se haya de acabar, y caer de tan gran altura de estilo. No hagas de modo que los que poco há se admiraban de tus escritos, pregunten cómo es posible que un ánimo tan frágil haya concebido cosas tan grandes y tan sólidas. Pasa la vista de estas cosas que te atormentan á las muchas, que te consuelan; pon los ojos en tan buenos hermanos, ponlos en tu mujer y en tu hijo. Por la salud de todos éstos se convino contigo la fortuna de esta porcion; muchos te quedan con que aquietarte.

CAPÍTULO XXXI.

Líbrate de esta nota, porque no entiendan todos que tiene en tí mayor fuerza un dolor que tantos consuelos. Ya ves que todos éstos están heridos juntamente contigo, y que no pueden aliviarte, y que ántes esperan que tú los consueles; y así, cuanto ménos hay en ellos

de doctrina y de ingenio, tanto más es necesario que tú resistas al comun mal. Parte de consuelo es dividir el dolor entre muchos; porque con esto será pequeña la parte que en tí haga asiento. No dejaré de traerte muchas veces á la memoria á César; porque gobernando el orbe, y mostrando cuán más seguramente se guarda el imperio con beneficios que con armas, y presidiendo él á las cosas humanas, no hay peligro de que sientas haber hecho pérdida alguna. Éste sólo te es suficiente amparo y consuelo. Esfuérzate, y todas las veces que las lágrimas se te vinieren á los ojos, ponlos en César, enjugaránse con la vista de aquella grande y clarísima majestad. Su resplandor los atraerá á que no puedan mirar otra cosa, y los detendrá fijados en él. En éste, en quien pones tú la vista de dia y de noche, y nunca apartas de tu ánimo, has de poner el pensamiento, llamándole contra la fortuna, y no dudo, segun es su mansedumbre y liberalidad para con todos sus allegados, que habrá ya curado esta tu herida con muchos consuelos, y que te habrá dado algunos que hayan puesto estanco á tu dolor. Cómo no ha de haberlo hecho? ¿Por ventura el mismo César, mirado solamente ó imaginado, no te basta para gran consuelo? Los dioses y las diosas lo presten por muchos dias á la tierra. Exceda los hechos y los años del divo Augusto; pero hagan de modo que el tiempo que fuere mortal no vea en su casa cosa mortal, y que con larga fe apruebe á su hijo para gobernador del imperio romano, teniéndole ántes por compañero que por sucesor. Sea muy tardío y en tiempo de nuestros nietos, el dia en que su gente le celebre en el cielo.

CAPÍTULO XXXII.

Aparta, oh fortuna! tus manos de este varon, y no muestres en él tu potencia, sino es por la parte que le has de ser provechosa. Permite que él remedie al género humano, que há mucho tiempo está enfermo y fatigado. Permite que éste repare todo lo que la locura de su antecesor descompuso. Resplandezca siempre esta estrella, que salió á dar luz al orbe cuando estaba despeñado en el profundo y anegado en tinieblas. Pacifique éste á Germania, abra el paso á Bretaña, y lleve juntos los triunfos de su padre y los suyos. Su clemencia (que entre las demas virtudes suyas tiene el primer lugar) promete que he de ser yo uno de los que los vean; porque no me derribó de tal manera, que deje de levantarme; ántes debo decir que no me derribó, sino que estando impelido de la fortuna, me sostuvo; y yéndome á despeñar, usando él de la moderacion de mano divina, me depuso suavemente. Intercedió por mí al Senado, y no sólo me dió la vida, sino que la pidió. Determine en la forma que quisiere se juzgue mi causa, que su justicia la aclarará por buena, ó su clemencia hará que lo sea. Por igual beneficio reconoceré el enterarse de que estoy inocente, ó el declarar que lo soy. En el ínterin es gran consuelo de mis trabajos el ver que anda esparcida por todo el orbe su clemencia; de la cual, cuando del rincon donde estoy encerrado sacáre á muchos á quien derribó la ruina de los tiempos, no recelo me deje á mí sólo. Él conoce la sazon en que debe socorrer á cada uno, y yo procuraré que no se arrepienta de que llegue á mí su favor. Oh felicidad! pues tu clemencia, César, hace que los desterrados de tu tiempo tengan más quietud de la que en el imperio de Cayo tuvieron los príncipes. No viven con temor ni esperanza de ver cada hora el cuchillo, ni se atemorizan con la venida de cualquier bajel. En tí conciben, así el temperamento de la airada fortuna, como la esperanza de su mejoría y la quietud de la presente. Ten por cierto que son justísimos aquellos rayos que áun los heridos los veneran.

CAPÍTULO XXXIII.

O yo me engaño, ó ese príncipe que es consuelo de todos los hombres, habrá recreado tu ánimo, aplicando remedios eficaces á tan fuerte herida, y que de todas maneras te habrá alentado, y que con su tenacísima memoria te habrá referido todos los ejemplos con que recobres la igualdad del ánimo, y que con su acostumbrada elocuencia te ha representado los preceptos de todos los sabios. Así que ninguno mejor que él podrá tomar á su cargo el persuadirte. Las razones que por él fueren dichas tendrán diferente peso, y como salidas de un oráculo, deshará á su divina autoridad la fuerza de tu dolor. Imagino que te dice: «No eres tú solo á quien la fortuna ha cogido para hacerle tan grande injuria. Ninguna casa ha habido ni hay sin ningunas lágrimas. Dejaré los ejemplos vulgares, que aunque son menores, son admirables. Quiero llevarte á los fastos y anales públicos. ¿Ves todas estas imágenes que adornan el palacio de César? Ninguna de ellas fué insigne, sin alguna descomodidad de los suyos. Ninguno de estos varones, que resplandecieron para ornato de los siglos, dejó de ser afligido con muertes de sus deudos, ó su muerte causó afliccion de ánimo á los suyos. ¿Para qué te he de referir á Escipion Africano, á quien llegó la nueva de la muerte de su hermano estando en destierro? Éste, que le libró de la cárcel, no le pudo librar del hado, siendo á todos manifiesto cuán impaciente fué el amor de Africano, pues sin sufrir la comun ley, el mismo dia que quitó á su hermano de las manos de los alguaciles, se opuso; siendo persona particular, á la autoridad del tribuno del pueblo. Éste, pues, llevó la muerte de su hermano con el mismo valor con que le habia defendido. ¿Para qué te he de referir á Æmiliano Escipion, que vió casi en un mismo tiempo el triunfo de su padre y el entierro de dos hermanos? Y con ser mancebo y en edad pueril, sufrió aquella repentina calamidad de su casa, que cayó sobre el triunfo de Paulo, llevándola con tan grande ánimo, como convenia á un varon que habia nacido para que ni faltase á Roma un Escipion, ni quedase en pié Cartago.»

CAPÍTULO XXXIV.

«¿Para qué te he de referir la concordia de los dos Lúculos, rompida con la muerte? ¿Para qué los Pompeyos, á quien áun no permitió la enojada fortuna que acabasen de una misma caida? Vivió Sexto Pompeyo, quedando viva su hermana, y con la muerte de ella se desataron los lazos de la paz romana, que estaba bien unida. Asimismo vivió despues de muerto su buen her-

mano, á quien habia levantado la fortuna para sólo derribarle de no menor altura de la que habia derribado á su padre. Y con todo eso, despues de estos sucesos, no sólo resistió al dolor, sino tambien á las guerras. Innumerables ejemplos socorren de todas partes, de hermanos á quien dividió la muerte; ántes apénas se han visto algunos pares que hayan llegado juntos á la vejez. Pero quiero contentarme con los ejemplos de mi casa, pues ninguno habrá tan falto de sentido ni de entendimiento, que se queje de que la fortuna le acarreó lágrimas, si considerare que no ha reservado de ellas á César. El divo Augusto perdió á Octavia, su carísima hermana, y no le eximió la naturaleza de la necesidad de llorar, y la que le crió para el cielo no le privilegió en las lágrimas; ántes estando afligido con todo género de muertes, perdió tambien el hijo de su hermana, que estaba destinado para sucederle. Finalmente, para no contar todos sus llantos, perdió yernos, hijos y nietos; y ninguno de los mortales, miéntras vivió entre los hombres, conoció más el serlo que él. Con todo eso, aquel su pecho, capacísimo de todas las cosas, aunque comenzó tantos y tan grandes lamentos, fué no sólo vencedor de las naciones, sino tambien de los dolores. Cayo César, nieto del divo Augusto, mi abuelo, en los primeros años de su mocedad, siendo príncipe de la juventud, perdió á su carísimo hermano Lucio, que era asimismo príncipe de la juventud en la prevencion de la guerra Pártica; siendo para él mayor esta herida del ánimo que la que despues recibió en el cuerpo, habiendo sufrido entrambos golpes con virtud y fortaleza. César, mi tio, entre los abrazos y besos perdió á Druso Germánico, mi padre, hermano menor suyo, cuando estaba abriendo lo más cerrado de Alemania, sujetando al imperio romano aquellas ferocísimas gentes. Pero no sólo puso término á sus lágrimas, sino á las de los otros y á todo el ejército, que no sólo estaba triste, sino atónito; y cuando pedia para sí el cuerpo de su Druso, le redujo á que el llanto fuese conforme á la costumbre romana, juzgando que no sólo convenia guardar la disciplina en el militar, sino tambien en el llorar. No pudiera enfrenar las lágrimas de los otros, si primero no hubiera reprimido las suyas.»

CAPÍTULO XXXV.

«Marco Antonio, mi abuelo, á nadie inferior sino aquel de quien fué vencido, oyó la muerte de un hermano en la sazon que, adornado con la potestad triunviral y sin reconocer cosa que le fuese superior, excepto los dos compañeros, teniendo por inferiores á todos los demas, estaba formando la república. (¡Oh desenfrenada fortuna, que de los humanos males haces deleites para tí!) Al tiempo que Marco Antonio era árbitro de la vida ó muerte de sus ciudadanos, en ese mismo tiempo fué llevado un hermano suyo al suplicio, y sufrió esta tan grave herida con la misma grandeza de ánimo con que habia sufrido otras adversidades, y sus llantos fueron hacer las exequias á su hermano con la sangre de veinte legiones. Pero dejando muchos ejemplos, y callando en mí otros entierros, la fortuna me ha acometido dos veces con muertes de dos hermanos, y entrambas ha conocido que aunque ha podido ofenderme, no ha podido vencerme. Perdí á mi hermano Germánico, á quien amaba, como podrá entender el que supiere cómo se aman los buenos hermanos. Pero de tal modo goberné los afectos, que ni dejé de hacer cosa de las que deben hacer los buenos hermanos, ni hice alguna que fuese reprehensible en un príncipe.» Advierte, Polibio, que el padre de todos es el que te ha referido estos ejemplos, y que él mismo te ha mostrado que para la fortuna no hay cosa sagrada ni reservada, pues se atrevió á sacar entierros de la familia de donde habia de sacar dioses. Así que, nadie se admire de lo que le ve hacer inicua y cruelmente. ¿Podrá, por ventura, esperarse que tenga alguna piedad y modestia con las casas particulares, aquella cuya crueldad ensució con muertes los tálamos imperiales? Aunque más injurias le digamos, no sólo con nuestras lenguas, sino con las de todos, no por eso se muda, ántes con las quejas y con los ruegos se engríe. Esto ha sido la fortuna en las cosas humanas, y esto será siempre. Ninguna cosa ha dejado intacta, y ninguna dejará; irá siempre más violenta en todas las cosas, atreviéndose, como lo tiene de costumbre, á entrar con injuria en aquellas casas á que se entra por los templos, vistiendo de luto las puertas laureadas.

CAPÍTULO XXXVI.

Esto sólo alcancemos de ella con votos y plegarias públicas: que si no tiene hecha resolucion de destruir el linaje humano, y si todavía mira con ojos propicios el nombre romano, se complazga de tener á este príncipe por sacrosanto, como todos los mortales le tienen, por ser dado para el reparo de las cosas humanas, que tan caidas estaban. Aprende de este piadosísimo príncipe la clemencia y la suavidad. Debes, pues, poner los ojos en todos aquellos que están referidos, que ó están ya en el cielo, ó cercanos á entrar en él, y con esto podrás sufrir con igualdad de ánimo las injurias de la fortuna, que alarga hácia tí sus manos, pues no las aparta de aquellos por quien juramos. Debes imitar la firmeza de César en sufrir y vencer los dolores, caminando (en cuanto es lícito á los hombres) por las huellas divinas. Aunque hay en otras cosas gran diferencia de dignidades, la virtud siempre está en medio, sin desdeñar á ninguno de los que se juzgan dignos de ella. Irás bien si imitares á los que pudiendo indignarse de no verse exentos de este mal, no tuvieron por injuria, sino por derecho de mortalidad, el ser iguales á los demas hombres, y llevaron los sucesos no con demasiada aspereza y enojo, ni baja ni afeminadamente. «El no sentir los males no es de hombres, y el no sufrirlos no es de varones.» Habiendo referido todos los césares á quien la fortuna quitó hermanos y hermanas, no puedo pasar en silencio al que debiera ser repelido del número de los césares, por haberle criado la naturaleza para acabamiento y afrenta del linaje humano; aquel que dejó el imperio de todo punto perdido, para que le recrease la clemencia de nuestro piadosísimo príncipe. Habiéndose muerto á Cayo César su hermana Drusila, debiendo por su muerte tener ántes gozo que dolor,

huyó de la vista y trato de sus ciudadanos, y no se halló á las exequias de su hermana, ni pagó las obligaciones, ántes se fué á su Albano. ¿Aligeró por ventura el dolor de la acerbísima muerte, asistiendo al tribunal, oyendo los abogados, ó con otros negocios de este género? ¡Oh afrenta del imperio, que en la muerte de una hermana hayan sido los dados el consuelo del ánimo de un príncipe romano! Este mismo Cayo con loca inconstancia anduvo, ya con barba y cabello descompuesto, ya midiendo sin concierto las costas de Italia y Sicilia, sin jamas tenerse certeza si queria que su hermana fuese llorada ó venerada. Porque en la misma sazon que determinaba edificarle templos y altares, castigó con cruelísima demostracion á los que vió estaban poco tristes. Porque con la misma destemplanza de ánimo sufria los golpes de sucesos adversos, con que levantado de los prósperos, se ensoberbecia fuera del humano modo. Apartemos léjos de cualquier varon romano este ejemplo de quien, ó desechó de sí el llanto con intempestivos juegos, ó le despertó con la fealdad de trajes asquerosos y sucios, alegrándose con ajenos males, y no con humanos consuelos. Tú no tienes que mudar en tu costumbre, porque siempre te resolviste amar aquellos estudios que levantan la felicidad con templanza, y disminuyen las adversidades con facilidad. Y estos estudios, junto con ser grande adorno de los hombres, son asimismo grandes consuelos.

CAPÍTULO XXXVII.

Engólfate, pues, en esta ocasion más hondamente en tus estudios, cércate ahora con ellos, poniéndolos por defensa del ánimo. No halle el dolor por parte alguna entrada en tí. Alarga asimismo la memoria de tu hermano en alguna obra de tus escritos; porque en las cosas humanas, sola ésta es á quien ninguna tempestad ofende y ninguna vejez consume. Todas las demas, que consisten ó en labores de piedras ó en fábricas de mármol, ó en túmulos de tierra levantados en grande altura, no durarán mucho tiempo, porque están sujetas á la muerte. La memoria del ingenio es inmortal; dale ésta á tu hermano, colocándole en ella; mejor es que con tu duradero ingenio le eternices, que no que con vano dolor le llores. En cuanto toca á la fortuna, no estás ahora para que pase ante tí su causa; porque todo lo que nos dió nos es aborrecible con cualquier cosa que nos quita. Trataráse esta causa cuando el tiempo te hiciere más desapasionado juez de ella, y entónces podrás volver é estar en su amistad; porque tiene prevenidas muchas cosas con que emendar esta injuria, y no pocas con que recompensarla. Y finalmente, todo lo que ella te quitó, te lo habia dado. No quieras, pues, usar contra tí de tu ingenio, ni ayudar con él á tu dolor. Puede tu elocuencia calificar por grandes las cosas pequeñas, y atenuar y abatir las mayores; pero estas fuerzas resérvalas para otra ocasion, y ahora ocúpense todas en tu consuelo. Atiende tambien á que no parezca flaco este dolor, que aunque la naturaleza quiere haya alguno, es mayor el que se toma por vanidad. Yo no te pediré que dejes de todo punto las lágrimas, aunque hay algunos varones, de prudencia más dura que fuerte, que afirman no ha de llorar el sabio. Parece que los que esto dicen no han llegado á semejantes sucesos; que de otra manera, la fortuna les hubiera despojado de esta arrogante sabiduría, forzándolos á confesar la verdad contra su gusto. No hará poco la razon si cercenáre al dolor lo supérfluo y superabundante; porque querer que de todo punto no se consienta alguno, ni se puede esperar ni desear. Guardemos, pues, tal temperamento, que ni mostremos desamor ni locura, conservándonos en traje de ánimo amoroso y no enojado. Corran las lágrimas; pero tenga fin la corriente. Salgan gemidos de lo profundo del pecho, pero tambien tengan límite. Gobierna tu ánimo de tal manera, que te aprueben los sabios y tus hermanos. Procura que frecuentemente te ocurra la memoria de tu hermano, para celebrarle en las conversaciones, y para tenerle presente con la contínua recordacion. Conseguirásla, si hicieres que su memoria te sea agradable, y no dolorosa; porque es cosa natural el huir siempre el ánimo de aquello á que va con tristeza. Pon el pensamiento en su modestia, ponle en la traza que para todas las cosas tenía, ponle en la industria con que las ejecutaba, y finalmente, en la constancia de lo que prometia. Cuenta á otros todos sus dichos, celebra sus hechos, acordándote de ellos. Acuérdate qué fué, y lo que se esperaba habia de ser; porque de tal hermano, qué cosa no se podia esperar con seguridad? Estas cosas he compuesto en la forma que he podido, con mi ánimo desusado y entorpecido en este tan apartado sitio; y si pareciere que satisfacen poco á tu ingenio ó que remedian poco tu dolor, considera que no socorren con facilidad las palabras latinas al que atruena la descompuesta y pesada vocería de bárbaros.

LIBRO SÉPTIMO.

DE LA POBREZA.

COMPUESTO DE VARIAS SENTENCIAS.

Epicuro dijo que la honesta pobreza era una cosa alegre; y debiera decir que siendo alegre, no es pobreza; porque el que con ella se aviene bien, ese solo es rico, y no es pobre el que tiene poco, sino el que desea más; pues aprovecha poco al rico lo que tiene encerrado en el arca y en los graneros, los rebaños de ganado y la cantidad de censos, si tras eso anhela por lo ajeno, y si tiene el pensamiento, no sólo en lo adquirido, sino en lo que codicia adquirir. Pregúntasme cuál será el término de las riquezas. Lo primero es tener lo necesario, y lo segundo poseer lo que basta. No habrá quien goce de vida tranquila miéntras cuidáre con demasía de aumentar su hacienda, y ninguna aprovechará al que la poseyere, si no tuviere dispuesto el ánimo para la pérdida de ella. Por ley de naturaleza se debe juzgar rico el que goza de una compuesta pobreza, pues ella se contenta con no padecer hambre, sed ni frio. Y para conseguir esto no es necesario asistir á los soberbios umbrales de los poderosos, ni surcar con tempestades los no conocidos mares, ni seguir la sangrienta milicia; pues con facilidad se halla lo que la naturaleza pide. Para lo superfluo y no necesario se suda; por esto se humillan las garnachas, y esto es lo que nos envejece en las pretensiones, y lo que nos hace naufragar en ajenas riberas. Porque lo suficiente para la vida, con facilidad se halla; siendo rico aquel que se aviene bien con la pobreza, contentándose de una honesta moderacion. El que no juzga sus cosas muy amplas, aunque se vea señor del mundo, se tendrá por infeliz. Ninguna cosa es tan propia del hombre, como aquella en que no hay útil considerable para quien se la quita. En tu cuerpo hay muy corta materia para robos; pues nadie, ó por lo ménos pocos derraman la sangre humana por sólo derramarla. El ladron deja pasar al desnudo pasajero, y para el pobre áun en los caminos sitiados hay seguridad. Aquel abunda más de riquezas, que ménos necesita de ellas. Y si vivieres conforme á las leyes de la naturaleza, jamas serás pobre; si con las de la opinion, jamas serás rico; porque siendo muy poco lo que la naturaleza pide, es mucho lo que pide la opinion. Si sucediere juntarse en tí todo aquello que muchos hombres ricos poseyeron, y si la fortuna se adelantáre á que tengas más dinero del que con modo ordinario se consigue, si te cubriere de oro y te adornáre de púrpura, y te pusiere en tantas riquezas y deleites, que no sólo te permita el poseer muchos bienes, sino el hollarlos, dándote estatuas y pinturas y todo aquello que el arte labra en plata y oro para servir á la destemplanza, de estas mismas cosas aprenderás á codiciar más. Los deseos naturales son finitos, y al contrario, los que se originan de falsa opinion no tienen fin; porque á lo falso no hay límite, habiéndole para la verdad. Apártate, pues, de las cosas vanas, y cuando quieras conocer si el deseo que tienes es natural ó ambicioso, considera si tiene algun término fijo donde parar, y si despues de haber pasado muy adelante, le quedáre alguna parte más léjos adonde aspire, entenderás que no es natural. La pobreza está despejada, porque está segura y sabe que cuando se tocan las cajas, no la buscan; cuando es llamada á alguna parte, no cuida de lo que ha de llevar, sino cómo ha de salir. Y cuando ha de navegar no se inquietan las riberas con estruendo ni acompañamiento, no le cerca la turba de hombres, para cuyo sustento sea necesario desear la fertilidad de las provincias transmarinas. El alimentar á pocos estómagos, que no apetecen otra cosa más que el sustento natural, es cosa fácil. La hambre es poco costosa, y esto mucho el fastidio. La pobreza se contenta con satisfacer á los deseos presentes. Sano está el rico que si tiene riquezas, las tiene como cosas que le tocan por defuera. Pues ¿por qué has de rehusar tener por compañera á aquella cuyas costumbres imita el rico que se halla sano? Si quieres estar desocupado para el ánimo, conviene que desees ser pobre, ó por lo ménos semejante á pobre. No puede haber estudio saludable sin que intervenga cuidado de la frugalidad, y ésta es una voluntaria pobreza, que muchos hombres la sufrieron, y muchos reyes bárbaros vivieron con solas raíces, pasando una hambre indigna de decirse, y esto lo padecieron por el reino, y lo que más admiracion te causará, es el padecer por reino ajeno. En las adversidades es cosa fácil despreciar la vida; pero el que puede sufrir la calamidad, ese muestra mayor valentía. ¿Habrá quien dificulte el sufrir hambre por librar su ánimo de frenesí? A muchos les fué el adquirir riquezas, no fin de las miserias, sino mudanza de ellas; porque la culpa no está en las cosas, sino en el ánimo. Esto mismo que hizo no fuese grave la pobreza, hará que lo sean las riquezas. Al modo que al enfermo no le es de consideracion ponerle en cama de madera ó de oro, porque á cualquiera que le mudes, lleva consigo la enfermedad; así tampoco hace al caso que el ánimo enferme en riqueza ó en pobreza, pues siempre le sigue su indisposicion. Para estar con seguridad no necesitámos de la fortuna, aunque se muestre airada; que para lo necesario, cualquier cosa es suficiente. Y para que la fortuna no nos halle desapercibidos, hagamos que la pobreza sea nuestra familiar. Con más de-

tencion nos harémos ricos, si llegáremos á conocer cuán poco tiene de incomodidad el ser pobres. Comienza á tener amistad con la pobreza; atrévete á despreciar las riquezas, y luégo te podrás juzgar sugeto digno para servir á Dios, porque ninguno otro es merecedor de su amistad, sino el que desprecia las riquezas. Yo no te prohibo las posesiones; pero querria alcanzar de tí que las poseas sin recelo, lo cual conseguirás con sólo juzgar que podrás vivir sin tenellas, y si te persuadieres á recibirlas como cosas que se te han de ir, aparta de tu amistad al que no te busca á tí por tí, sino porque eres rico. La pobreza debe ser amada, porque te hace demostracion de los que te aman. Gran cosa es no pervertirse el ánimo con la familiaridad de la riqueza, y sólo es grande aquel que, poseyendo mucha hacienda, es pobre. Nadie nació rico, porque á los que vienen al mundo se les manda vivan contentos con leche y pan, y de estos principios nos reciben los reinos; porque la naturaleza no desea más que pan y agua, y para conseguir esto nadie es pobre; y el que pusiere límite á sus deseos, podrá competir con Júpiter en felicidad; porque la pobreza, ajustada con las leyes de la naturaleza, es una riqueza muy grande; y al contrario, la riqueza grande es una contínua inquietud, que desvaneciendo el celebro, le altera, haciendo que en ninguna cosa esté firme; á unos irrita contra otros, á unos llama á la potencia, y á otros hace desvanecidos, y á muchos afeminados. Y si quieres averiguar que en la pobreza no hay cosa que sea mala, compara á los pobres con los ricos, y verás que el pobre se rie más veces y con risa más verdadera, porque no estando combatido de cuidados, se ve en tal altura, donde los que vienen, se le pasan como ligera nube. Y al contrario, la alegría de aquellos que juzgamos felices es fingida, que aunque con gravedad resplandecen en la púrpura, sin descubrir en público sus tristezas, son por esa causa mayores, por no serles lícito publicar sus miserias, siéndoles forzoso mostrarse felices entre las calamidades que les oprimen el corazon. Las riquezas, los honores, los mandos y todas las demas cosas que por opinion de los hombres son estimadas, abstraen de lo justo. No sabemos estimar las cosas, de cuyo valor no hemos de hacer aprecio por la fama, sino por la naturaleza de ellas. Y éstas no tienen cosa magnífica que atraiga á sí nuestros entendimientos, más de aquello de que solemos admirarnos; porque no las alabamos porque ellas son dignas de apetecerse, sino apetecémosla porque han de ser alabadas. Tienen las riquezas esta causa antecedente, que ensoberbecen el ánimo, engendran soberanía y arrogancia, con que despiertan la envidia, y de tal manera enajenan el entendimiento, que áun sola la opinion de ricos nos alegra, siendo muchas veces dañosa. Conviene, pues, que todos los bienes carezcan de culpa; que los que son de esta manera son puros y no corrompen ni distraen el ánimo, y si lo levantan y deleitan, es sin recelos; porque las cosas buenas engendran confianza, y las riquezas entendimiento. Las cosas buenas dan grandeza de ánimo, y las riquezas dan insolencia.

EL LIBRO DE ORO DE SÉNECA,

ó SEA

SUS AFORISMOS MORALES (1).

PRÓLOGO DE LA EDICION DE VALENCIA DE 1831.

El nombre de Séneca es clásico en todas las naciones, y sinónimo de la sabiduría. Las grandes verdades que anunció en sus escritos, su filosofía, siempre dulce y profunda, y su impetuosa elocuencia, le hicieron acreedor á la inmortalidad de que goza por espacio de algunos siglos.

Los ingleses y franceses tienen extractadas sus sentencias morales ó aforismos filosóficos, que devorando con ánsia la juventud, retiene por toda la vida, y éstos le sirven de reglas de conducta ó arte de vivir. Tal libro es la lectura predilecta de todas las clases de la sociedad: el labrador aprende en él el precio de la *dorada* medianía, el militar el de una muerte gloriosa por su patria, y el sabio el de la soledad y de la filosofía. Así todos leen á Séneca: Séneca es su maestro, y el que les enseña á amar la vida y la virtud, y despreciar las desgracias y el vicio.

Estos aforismos morales, tan apreciados de los extranjeros, vieron la luz pública en 1555 en la ciudad de Coimbra, por Juan Alvarez, impresor del Rey, nuestro señor, traducidos al castellano. La edicion se despachó al instante; pero desde entónces hasta el presente, esto es, en el espacio de casi tres siglos no han sido reimpresos. Ahora vuelven á salir á plaza con las correcciones y mejoras que el editor ha juzgado convenientes en la traduccion. Ésta es la mejor que podia ofrecerse al público, y sólo sentimos no publicar, por ignorarlo, el nombre del ingenioso traductor.

Si la presente obrita contribuye á la reforma de nuestras costumbres; si algun desgraciado halla consuelo leyendo los consejos del sabio filósofo, el editor se dará una y mil veces la enhorabuena.

EL LIBRO DE ORO.

1. Un solo bien puede haber en el mal: la vergüenza de haberlo hecho.

2. Bastaria por remedio ser mejores que los malos.

3. No es muy grande el ánimo á quien deleitan cosas terrenas.

4. Procuramos olvidar lo que, traido á la memoria, nos entristece.

(1) Muchas son las colecciones que se han hecho de pensamientos de Séneca. En Ambéres se publicó una, con el título de *L. Annæi Senecæ cordubensis philosophi flores*, en la imprenta de Gaspar Bellero, 1613, 12.° En 1752 vió la luz en París, en dos volúmenes en 12.°, una coleccion con el título de *Pensées de Senèque*, traducidos por monsieur Angliviel de la Beaumelle, profesor real de idioma y buenas letras francesas en la universidad de Copenhague, para servir de educacion á la juventud. Largo, muy largo sería el catálogo de obras de pensamientos escogidos de Séneca que se han formado en diferentes naciones. La coleccion española que aquí por tercera vez se imprime tiene el mérito de ser los pensamientos escogidos entre los más sentenciosos. Así se graban mucho mejor en el entendimiento que no los de las colecciones arriba citadas, en que se presentan con toda su extension.

5. Necesarios son nuevos favores de la fortuna para conservar la felicidad.

6. Con facilidad se adquiere lo preciso para la vida.

7. Doloroso es que comencemos á vivir cuando morimos.

8. Necesaria es la experiencia para saber cualquier cosa.

9. El valor es siempre ambicioso de peligros.

10. Pequeño aparato basta para vivir bien.

11. Todos están conformes contra los maleficios.

12. Argumento es de ser casta el ser fea.

13. No hay nadie tan humilde, que no tenga poder para dañar.

14. Prueba es de virtud el desagradar á los malvados.

15. Demasiado pronto muere al hombre para llegar á conocer las cosas inmortales.

16. Tenemos en mucho precio los beneficios que hacemos.

17. Industria es la aparente simpleza.

18. Ajeno es todo lo que nos viene en deseo.

19. El que siempre busca grandezas, alguna vez las encuentra.

20. Amarga es la pena que nace de vergüenza.

21. Mozos fueron primero los que ahora son hombres.

22. Más dañosa es la abundancia que viene sobre gran codicia.

23. Reino en lugar ajeno no está seguro.

24. Más dura la memoria de las injurias recibidas que de los beneficios.

25. Extremadísima crueldad es dilatar el castigo.

26. Para bien obrar, el que da debe olvidarlo luégo, y el que recibe, nunca.

27. Un amor apaga otro amor, y un temor otro temor.

28. No es necesaria la fortuna para sólo subsistir.

29. Desde la infancia da señales el ingenio.

30. Aunque amor sea virtud, algunas veces perjudica.

31. Los demasiados frutos no llegan á madurar.

32. Sé útil primero á los demas, si quieres ser útil á tí propio.

33. La sencillez y claridad distinguen el lenguaje del hombre de bien.

34. Muy pocos aciertan ántes de errar.

35. Espera que te hagan á tí lo que tú haces á otro.

36. Amor por nuestra voluntad se toma, más no por voluntad nuestra se deja.

37. Debe amarse al padre si es bueno, y sufrirle si es malo.

38. Tuyo haces el vicio que á tu amigo disimulas.

39. El que disputa con un beodo, disputa con un hombre ausente.

40. La mala nueva luégo se cree.

41. Buena es la mujer cuando abiertamente es mala.

42. El avaro nunca hace cosa acertada sino cuando muere.

43. La edad se descubre más cuando se disimula con arte.

44. Útil es al jóven amar, é indecoroso al viejo.

45. La llaga de amor, quien la sana, la hace.

46. El que súbito se determina, súbito se arrepiente.

47. La ambicion por la honra nunca mira obstáculos.

48. Muchas veces es valor el conservar la vida.

49. Las injurias y los beneficios penden de la voluntad.

50. Recibe beneficio el que lo hace al que lo merece.

51. Con buena suerte hemos nacido si no la malogramos.

52. El beneficio que á todos se hace, á ninguno se hace.

53. Siempre el esperar, aunque sea el bien, da cuidado.

54. Feliz quien desprecia la fortuna!

55. Desdichado es el que por tal se tiene.

56. La inconstancia acorta los dias de nuestra vida.

57. Las buenas costumbres se conforman unas con otras, y por eso duran.

58. Doble valor tendrá el beneficio que otorgues sin que te lo hayan pedido.

59. Vende su propia voluntad el que recibe ajeno beneficio.

60. Dos veces muere el que á voluntad de otro muere.

61. Pide ajeno beneficio el que refiere el suyo.

62. Bueno es tener fama, pero más seguro es tener dinero.

63. Dos veces vence el que en la victoria se vence á sí.

64. El liberal, áun para dar busca ocasion.

65. Pesado sueño tiene el que no siente cuán mal duerme.

66. Lo que de raíz se aprende, nunca del todo se olvida.

67. Ofensa hace á los buenos el que á los malos perdona.

68. Buena es la riqueza si la manda la razon.

69. Quien puede ser injusto quiere serlo.

70. Alivia el trabajo del camino el compañero elocuente.

71. El buen suceso disculpa la temeridad.

72. Es morir bien, morir voluntariamente.

73. La desgracia es á veces ocasion de virtud.

74. La casualidad es á veces favorable.

75. Causa es de obrar mal el haber obrado.

76. Curioso es naturalmente nuestro ingenio.

77. En obligacion nos pone de dar el haber dado.

78. Despreciable cosa es el hombre cuando no se levanta sobre su esfera.

79. Tanto más crece el esfuerzo, cuanto más consideramos la grandeza de lo emprendido.

80. Ninguna esperanza queda de virtud, cuando no solamente deleitan los vicios, sino que se aprueban.

81. No hay cosa que mucho tiempo agrade al que en ninguna tiene asiento.

82. Debe tomarse consejo conforme al dia, y si es posible, conforme á la hora.

83. Cruel es quien al afligido reprende.

84. La poca templanza del enfermo hace al médico ser cruel.

85. El peligro que no se teme, más presto viene.

86. La virtuosa mujer manda á su marido obedeciéndole.

87. Manchada deja su vida el que procura su muerte.

88. Merece salir engañado el que, al hacer un beneficio, tenía cuenta con la recompensa.

89. Difícilmente se hallan palabras que retraten al vivo las grandes desdichas.

90. Obedecer á Dios es libertad.

91. Deberíamos recibir bien los trabajos, sabiendo que vienen por providencia divina.

92. Cuando alguna parte del todo cae, la que queda no está segura.

93. La diversidad de libros distrae el entendimiento.

94. El que desee vencer, prepárese para la guerra de mucho tiempo.

95. Consuelo es en las grandes desgracias el que no pueda sobrevenir otra mayor.

96. Determínese despacio lo que para siempre se resuelve.

97. Para morir, el mejor de los tiempos es al próspero.

98. No perdemos lo que ignoramos haber perdido.

99. Arrojo nos da la ira.

100. No todas las cosas están bien á todos.

101. Los males dudosos atormentan más.

102. El que promete dudosa salud al afligido, se la niega.

103. Tarde se olvida lo que se aprende por mucho tiempo.

104. Las lágrimas del heredero son risas encubiertas.

105. Ha de llevarse en paciencia la voluntad del príncipe, en lo justo y en lo injusto.

106. Conceder los ruegos que son en daño del rogador es bondad cruel.

107. Hasta el que se aparta de la virtud, la reconoce.

108. La amistad y la enemistad proceden de la voluntad.

109. La carencia de una cosa le da precio.

110. Muchos deleites afeminan los espíritus.

111. Hasta de males hay ambicion.

112. Debe esperarse la muerte que la naturaleza ordena.

113. Muchas veces por dolor la inocencia se hace culpada.

114. La diligencia nos parece tardanza cuando deseamos una cosa.

115. Por el vicio ajeno enmienda el sabio el suyo.

116. Al infeliz sóbranle y fáltanle pensamientos.

117. Por demas se impide la muerte al que está determinado á morir.

118. La virtud impide á los valientes llorar, y á los débiles lo manda.

119. Súfrase, y no se reprenda lo que excusar no se puede.

120. Paciencia muchas veces ofendida trastorna el juicio.

121. El miedo se pinta en el rostro.

122. Más contínua es adversa que próspera fortuna.

123. Haz lo que debes, y no lo que puedes.

124. Ménos camino hay de la virtud al vicio, que de los vicios á la virtud.

125. Mejor sufre el mal quien siempre le teme.

126. No hay manjar caro para el gloton.

127. La frugalidad es una pobreza voluntaria.

128. Poco importa carecer de sepultura.

129. Dichoso es el que no lo parece á los otros, sino á sí.

130. La felicidad no mira de dónde nace, sino adónde puede llegar.

131. Venturoso premio de la virtud es ser aborrecido de los viciosos.

132. Más seguro está en la virtud el que ya pasó por los vicios.

133. La confianza produce muchas veces la lealtad.

134. Para mayores desgracias guarda la fortuna á quien favorece.

135. Tolerable es el infortunio que es comun á mu-[illegible]

[illegible]6. La fortuna teme á los valientes y avasalla á los [illegible]rdes.

137. La fortuna puede robarnos la hacienda, pero no el valor.

138. Hasta la desgracia se cansa.

139. En los ancianos es ocasion de más constancia el estar cerca de su libertad.

140. El fin de un trabajo es principio de otro.

141. Tiénese por virtud la maldad que sucede bien.

142. Mejor es la salud que nunca se perdió.

143. Grande recomendacion tiene un rostro hermoso.

144. El que recibe lo que no puede pagar, engaña.

145. Confiesa el delito el que huye del juicio.

146. Cosas fingidas pronto vuelven á su natural.

147. Al que una vez perdió el crédito, nada le queda que perder.

148. No se contenta la fortuna de hacer un solo daño.

149. Lleva en bien pequeños trabajos el que pasó por otros mayores.

150. Más fácilmente se entiende lo que por partes se propone.

151. Con más dificultad comienzan los honores que prosiguen.

152. En poco precio se tiene lo adquirido de gracia.

153. El que esgrime, en el mismo ejercicio aprende las reglas.

154. El trabajo sirve de nutrimento á los pechos generosos.

155. Más grata es la virtud en una persona hermosa.

156. Despreciable honra es la que en la ociosidad se granjea.

157. Desgracia imprevista nos hiere más fuertemente.

158. El peor enemigo es el traidor.

159. Feas palabras, áun livianamente dichas ofenden.

160. Para venir á mucho, no se babia de comenzar por poco.

161. En ninguna parte se siente más la pobreza que en el destierro.

162. El piloto muestra en la tempestad su saber y su valor.

163. Mucho se siente quedar atras en honores á aquellos á quienes en virtud precedemos.

164. Sola es loable la ambicion por no perder el tiempo.

165. Honrosa es la alegre pobreza.

166. El que no obtiene cargos públicos, no se tiene por honrado.

167. Los placeres áun despues de haber pasado recrean.

168. Halla en la desgracia consuelo el que lo prodigó en la prosperidad.

169. La pobreza se ve obligada á tentar todos los caminos.

170. Su ponzoña tienen las palabras blandas.

171. Honrosamente sirve el que conforme á las circunstancias sirve.

172. Mejor es hacer á otros herederos, que buscar á quien heredar.

173. De vivir y de morir nos pesa.

174. Sin razon se queja del mar el que otra vez navega.

175. Presume de tu amigo, que puede ser en algun tiempo tu enemigo.

176. Muchas veces las ofensas son incentivo del valor.

177. La furia del mancebo, súbito se enciende y fácilmente se apaga.

178. Gravísima caida es de señor á esclavo.

179. No tiene seguro el cetro un príncipe aborrecido.

180. En las grandes desgracias faltan las lágrimas.

181. Víspera es una desgracia de otra desgracia.

182. El ánimo inconstante, cuanto más procura saber, ménos sabe.

183. Hasta los vicios de quien mucho amamos nos placen.

184. De los males posibles ninguno peor que la opinion del vulgo.

185. Débese guardar con más cuidado lo que no se sabe cuándo ha de faltar.

186. No tiene la fortuna poder en el tiempo que pasa.

187. Maldad es no dejar el beneficio á merced del que lo hace.

188. Justa causa de alegría es ver alegre á un amigo.

189. Ingrato es el que sólo en secreto es agradecido.

190. Muchas cosas hay que todavía carecen de nombre.

191. El que desea hacer una injuria, ya la hizo.

192. El que airado procura hacer daño, no se guarda del que le puede suceder.

193. En el pecho del sábio, áun sanada la herida, queda señal.

194. En lo mal comenzado, por más honrosa se tiene la porfía que el arrepentimiento.

195. El mayor mal que en los vicios puede haber, es convertirse los unos en los otros.

196. Ingrato es el que por miedo es agradecido.

197. Propio de un hombre débil es no saber usar de las riquezas.

198. Más alegre cosa es granjearse un amigo que tenerlo.

199. De torpes deleites no queda sino el arrepentimiento.

200. El conocimiento del vicio es principio de virtud.

201. Aquella se puede llamar felicidad, que con nuestros deseos se mide.

202. La fortuna no tiene poder en nuestras costumbres.

203. Flaqueza es temer lo que nunca experimentamos.

204. Débil es el que por evitar las desgracias abraza la muerte, y necio el que vive para ellas solas.

205. En convites no hay plática que llegue al cabo.

206. Estar en el ocio muy sosegados no es reposo, sino pereza.

207. Especie de vanagloria es mucho recogimiento.

208. Injusto es hacer mal al que ménos veces te lo hizo.

209. Espera vencer á la desgracia el que se encuentra inocente.

210. Virtuosa cosa es perdonar á quien se arrepiente.

211. Llamas á la desdicha cuando dichoso te haces.

212. Mal se vive entre gentes sospechosas.

213. Desagradecido es el que agradeciendo tiene ojo á otro segundo beneficio.

214. Desagradecido es el que con igual beneficio agradece.

215. Sufrible es todo lo pasado; lo que se teme da mayor cuidado.

216. Muchas veces la ley se somete á la utilidad.

217. Bien se sufre sola una muerte.

218. Mejor se guarda lo que con trabajo se gana

219. No es grave el mal que admite consejo.

220. Ménos teme el que de cerca teme.

221. El miedo hace á los hombres pecheros.

222. Si á las lágrimas no vence la razon, la suerte las aumenta.

223. Mejor puede usar de sus apetitos el que mejor los puede encubrir.

224. Ménos duran los deleites que su memoria.

225. Ligera es la desgracia que puede sufrirse, y la que no, breve.

226. Todo es posible á quien no teme los trabajos.

227. Lloren los ojos, mas no el alma.

228. Nadie puede ganar sin que otro pierda.

229. Llevadero sería todo trabajo, si no lo acrecentase la opinion de las gentes.

230. La mujer no admite medio: ó ama mucho, ó aborrece mucho.

231. La buena memoria es principio de la sabiduría.

232. No tiene perfecto amor el que sufre ver morir.

233. Hasta la muerte huye de los desgraciados.

234. Fácilmente cree el desdichado.

235. El mal consejo, para el que lo da es peor.

236. Mucho falta al que mucho tiene.

237. Malo es el consejo que no se puede mudar.

238. Más agradable es dar que recibir.

239. Grande remedio es la demencia para los que temen.

240. La virtud aborrece á los espíritus bajos.

241. Poco bien alegra al pobre.

242. Alivio es de trabajos el reposo.

243. Mucho se descubre en su rostro el temeroso.

244. Mayor trabajo es venir á miseria que tenerla.

245. El desdichado no cree á la prosperidad cuando viene.

246. Las cosas que mucho suben, al mejor tiempo caen.

247. El mayor castigo de la injuria es haberla hecho.

248. La enfermedad que sobreviene al convaleciente es más peligrosa.

249. Muy poco nos es absolutamente necesario.

250. Ninguno es de otro menospreciado, si no lo es antes de sí.

251. Los afligidos se apartan de lo que aman mucho.

252. Más ama el que con mayor peligro se pone á ménos provecho.

253. Mal se agradece lo que mal se dió.

254. Muchos son desagradecidos, pero los más por nuestra culpa.

255. Más se agradece lo que con fácil que lo que con larga mano se da.

256. Pesada y molesta palabra es *ruego*.

257. Especie de misericordia es matar de súbito.

258. Ménos se siente perder lo que nunca pudo alegrar.

259. Mejor es tener bienes, aunque sea para dejarlos, que no tenerlos.

260. Mal consuelo es tener compañeros de desgracia.

261. Pierde la virtud sus fuerzas si le falta oposicion.

262. No hay grandes ejemplos sino de mala fortuna.

263. Más siente los trabajos el que de ellos no tiene experiencia.

264. Más se estima el beneficio que dió principio á la amistad.

265. Mejor es tener á la verdad obligada que confiar en ella.

266. Mala salud es la que por otra enfermedad se alcanza.

267. No se debe poner la espada en manos del desesperado.

268. Dar consejo es virtud de segundo órden.

269. Muchas cosas tienen reputacion, no por su valor, mas por flaqueza nuestra.

270. Mejor debe ser nuestra vida que la del pueblo, mas no contraria.

271. De muchos riesgos nos excusariamos si tuviésemos siempre testigos.

272. Más se aumenta el valor en competencia.

273. A muchos fué causa de temer, poder ser temidos.

274. Trabajosa cosa es comenzar siempre la vida.

275. Miéntese muchas veces solamente por costumbre.

276. Mucho puede la casualidad en nuestra vida, porque vivimos por casualidad.

277. Con grande espíritu se deben determinar cosas grandes.

278. Mucho camino tiene andado para mejorar las costumbres el que desea mejorarlas.

279. Los desgraciados casi nos fuerzan á ser duros é insensibles.

280. No es buena la causa que tiene necesidad de compasion.

281. Malo se puede llamar el que solamente por su provecho es bueno.

282. Con gran peligro se guarda lo que á muchos agrada.

283. Ménos agravio se hace al que presto se niega lo que pide.

284. A los que poca experiencia tienen, mucho les acrecienta su mal, pensar que no tienen semejante.

285. Sepultura es de ingenios la sensualidad.

286. Más cuenta tiene con Dios el desdichado que el feliz.

287. Grande es la elocuencia que place al que oye contra su voluntad.

288. No hay mal que no haga una mujer airada.

289. Nunca un peligro sin otro se vence.

290. En grandes porfías la verdad se pierde.

291. Más difícil es vencernos á nosotros que á nuestros enemigos.

292. No es vileza lo que se hace por no poder más.

293. Ninguno, si no se compara, es desdichado.

294. No hay cosa, por chica que sea, en que no quepa virtud.

295. Para hacer mal, poco tiempo basta.

296. No se puede sin peligro acometer á los poderosos.

297. No hay felicidad que dure mucho.

298. No es blando el camino del cielo.

299. No hay cosa más fuerte que el verdadero amor.

300. Cuanto mayor es la prosperidad, tanto ménos se debe confiar de ella.

301. No bastan en una nacion las fuerzas sin la union, ni la union sin fuerzas.

302. Es cobardía menospreciar la vida, y esfuerzo resistir á grandes desgracias.

303. Nunca te rindas á la fortuna.

304. No hay cosa honesta que no sea útil.

305. No tiene la felicidad cosa semejante á lo que muestra.

306. No hay soledad en que alguno no viva por pasatiempo.

307. No hizo naturaleza cosa dificultosa de las que al hombre son necesarias.

308. Lo necesario no falta en destierro, y para lo superfluo no bastan reinos.

309. De hombres es sentir los males, y flaqueza es no sufrirlos.

310. La razon no vence por sí á cada vicio, mas juntamente á todos.

311. El que verdaderamente ama, nunca mira su provecho.

312. Solamente pueden consolar al triste la razon y el trabajo honesto.

313. No se confiesa obligado quien no recibió.

314. No hay cosa tan cara como la que con ruegos se compra.

315. Insufrible cosa es haber de rogar por lo que ya se concedió.

316. Doloroso es el tiempo que entre dudas se pasa.

317. Carecemos de libertad para nacer á nuestro arbitrio.

318. De ninguna suerte debémos fiarnos ménos que de la buena.

319. No hay cosa perpétua, y áun son muchas las que poco duran.

320. La prosperidad que más dura es la que vino despacio.

321. No hay desgraciado que no halle consuelo con la vista de otro más desgraciado.

322. Ninguno nace para pasar la vida sin trabajo.

323. No es ofensa partir por medio con el más poderoso.

324. De nuestras cosas, la que perdimos nos parece la mejor.

325. Muy sentida es la muerte en que el padre queda vivo.

326. No murió temprano el que no habia de vivir más de lo que vivió.

327. Lo que más se ama, más veces corre peligro.

328. Nadie aceptaria la vida si al tiempo de recibirla tuviese entendimiento.

329. No se comete la muerte con tanto ánimo la primera vez como la segunda.

330. El que sin peligro vence no consigue la gloria.

331. Felicidad es no necesitar de ella.

332. Ninguno vive tan pobre, que más no naciese.

333. Ningun trabajo que una sola vez se ha de pasar es grande.

334. A hombre muerto toda tierra es natural.

335. No se debe adquirir el amigo en la mesa.

336. No es beneficio el que nos obliga á recibir.

337. Nadie se cree culpado si es él su mismo juez.

338. No puede el codicioso ser agradecido.

339. No hay contentamiento más cierto que el que no se puede quitar.

340. No hay desgracia igual á la execracion pública.

341. No tiene bajo espíritu el que por hacer cosas grandes se infama.

342. Ménos se debe al que ménos se conoce.

343. Ninguno hay tan bajo, que no pueda esperar venganza de otro mayor.

344. Fácil se nos hace la cura, por grave que sea, si se siente provecho en ella.

345. En ninguno es la ira más peligrosa que en el que á otros castiga.

346. El sabio no castiga por venganza de lo pasado, sino por remedio de lo venidero.

347. No hace beneficio quien mira á la prosperidad del que lo recibe.

348. Ninguno yerra para sí solo.

349. No hagas juez de la vida á la opinion popular, sino á tu sola conciencia.

350. Toda virtud se adquiere con trabajo.

351. No es deshonor no alcanzar una cosa, sino cesar de poner los medios.

352. Nunca hubo muerte de que no hubiese queja.

353. No hace buenas obras el que contra su voluntad es útil.

354. Solamente sabe mucho el que sabe lo bastante para vencer.

355. Para grandes cosas mucho tiempo se requiere.

356. No es destierro el sitio en que estamos seguros.

357. No hay desgracia á que falte remedio.

358. En ninguna parte está el que en todas está.

359. Ninguna desgracia es grande si es la última.

360. Nunca mucho costó poco.

361. No puede el médico curar bien sin tener presente al enfermo.

362. Nunca es demasía publicar lo que es necesario se sepa.

363. No se debe hablar sino al que con voluntad escucha.

364. Alguna cosa sucede bien al que muchas prueba.

365. No es industria la que por acaso llegó á su efecto.

366. Poco tiene que esperar aquel á quien la vejez hizo vecino á la muerte.

367. Ningun descubrimiento se haria ya, si nos contentáramos con lo que sabemos.

368. No tiene el valor en su punto aquel cuyas obras no son conformes.

369. No puede haber órden cuando hay mucha priesa.

370. Hónrese cada uno con lo que le pertenece.

371. No interesa el que leas muchos libros, mas interesa mucho el que sean buenos los que leas.

372. No hay esclavitud más vergonzosa que la voluntaria.

373. Quien mucho ama no teme.

374. Todo lo vence la porfiada diligencia.

375. Sirven de impedimento para la felicidad las muchas ocupaciones.

376. Ninguno desea darse tristeza á sí mismo.

377. No hay cosa que más presto aborrezcamos que lo que nos incomoda.

378. Ninguno ama á su patria porque es grande, sino porque es suya.

379. No hay cosa que más pronto torne á sí, que el amor.

380. Ninguno muere sino á su tiempo.

381. No consiste la felicidad de nuestra vida en vivir, sino en vivir bien.

382. No hay determinacion tan general, que en parte no falle.

383. Al desdichado no hacer nada es lo mejor.

384. No hay felicidad tan perfecta, que carezca de todo sinsabor.

385. Nunca falta al avariento razon para negar.

386. No debes exigir lo que tú debias negar.

387. El delito lleva consigo mismo el castigo.

388. No hay camino que no tenga fin.

389. No hay grande desgracia que dure mucho.

390. Naturalmente nos alegra el fin de nuestras desgracias.

391. No es bueno el que es mejor que el malvado.

392. La virtud no permanece oculta.

393. Si algun animal tiene paz, la debe á nuestro hartamiento.

394. Para el hombre ocupado no hay dia largo.

395. No se debe imitar á uno solo, aunque sea el más sabio.

396. Pocas veces el discípulo iguala al maestro.

397. No hay mayor causa para llorar que no poder llorar.

398. Con dificultad se cree lo que despues de creido ha de dar pena.

399. El que sin fundamento empieza, nunca tiene, en lo que hace, asiento.

400. Ama como que has de aborrecer, y aborrece como que has de amar.

401. Triste cosa es no saber morir.

402. El verdadero amor no sufre dilaciones.

403. No sabe ser rey el que teme mucho el odio ajeno.

404. Natural es de mujeres deleitarse con atavíos.

405. La obediencia del vasallo hace pacífico al señor.

406. Contumaz es toda pasion, y mala de despedir

407. Toda vida es tormento.

408. Bien acaba la virtud, si acaba primero la vida.

409. Toda virtud es difícil de seguir, y áun lo que se acerca á la virtud.

410. El sabio en la virtud debe siempre hacer fundamento.

411. La dificultad de los tiempos es ley de la naturaleza.

412. Virtud es sufrir al ingrato hasta que sea agradecido.

413. Todo lo vence el hombre, ménos el hambre.

414. Toda arte es imitacion de la naturaleza.

315. Todo lo puede esperar el hombre miéntras vive.

416. Ningun vicio hay que no tenga disculpa alguna.

417. En toda reprension debe entrar la blandura.

418. Todo es incierto áun al dichoso.

419. Parte es de beneficio negar con buena disculpa.

420. Del tormento se libra el que fácilmente lo sufre.

421. Doloroso es perder la patria, más doloroso temer esta desgracia, y dolorosísimo los dos infortunios juntos.

422. No sabe tornar á su dueño la vergüenza que se fué.

423. Al que va de priesa se le hace grande un pequeño estorbo.

424. Mejor parece á los mozos el peor consejo.

425. Más que á sus hijos debe amar el príncipe á su nacion.

426. Obedezca la nobleza á las fuerzas de fortuna, principalmente si es oprimida en justa guerra.

427. Pierde su gracia lo que muchas veces se mira.

428. No sirven de nada las desgracias á aquel que no aprenda en ellas.

429. A leyes del pueblo, por la mayor parte contradicen sabios.

430. El pobre contra su voluntad se harta.

431. Acrecienta el valor de los mantenimientos la dificultad con que se alcanzan.

432. Nada se logra con restituir al pródigo lo que perdió.

433. No es pesada la pobreza sino para aquel que la tiene por pesada.

434. Muy cerca está de negar el que duda responder.

435. Vicio es grande en el deudor hacer á su acreedor ofensa.

436. Por patria reputamos la tierra donde vivimos felizmente.

437. Parte de inocencia es la ceguedad.

438. Quítanos la vergüenza de pecar la multitud de los que pecan.

439. Ahógase el principio cuando se sigue grandeza.

440. Poco nos hubiera dado naturaleza si más que á sí no nos diera.

441. Alguna cosa pide sobrenatural el que pregunta por qué se debe seguir la virtud.

442. El primer grado de las riquezas es tener lo preciso, y el segundo lo que basta.

443. Perdiéronse las buenas costumbres, despues que á los vicios se les dió el nombre de virtud.

444. En poca costa nos mete el hambre, y en mucha el hastío.

445. Virtuosa cosa es haber acabado de vivir ántes de acabar la vida.

446. Natural es de pobres contar muchas veces el caudal.

447. La presencia y la conversacion de una persona amada tienen un deleite que parece ser vivo.

448. Ántes de ofrecer debemos detenernos, pero despues de haber ofrecido, cumplirlo.

449. Engaño hay cuando se concede lo que primero se negó.

450. Lo segundo, despues de no errar, es vergüenza de haber errado.

451. Voluntad de condenar muestra el que fácilmente condena.

452. Más daño hace el enemigo al que huye.

453. Las pasiones aguzan el ingenio.

454. Qué no vence la virtud?

455. La verdadera virtud, natural ha de ser, y no fingida.

456. Quien no tiene que esperar, de nada debe desesperarse.

457. Al que la razon no pudo dar remedio, muchas veces se lo dió la paciencia.

458. Da causa para negar el que pide con temor.

459. Sufra trabajos aquel á quien la suerte los da.

460. El afligido cree con más facilidad lo que desea.

461. Cosa ajena alaba el que á su prosapia alaba.

462. La desgracia no llega al hombre valeroso.

463. Alegre nos es el recuerdo de las desgracias que han pasado.

464. Cada uno sufre ó goza segun sus obras.

465. No se puede asegurar la existencia de un solo dia.

466. El príncipe que desee sostenerse en el trono, gobierne con clemencia.

467. El que en sí reconoce algun vicio, presume que de él se habla cuando se nombra aquel vicio.

468. Lo más perfecto que hay en el hombre está libre del poder de los hombres.

469. El que tarde dió, por mucho tiempo no quiso dar.

470. No satisface al beneficio recibido el que no lo paga con usura.

471. Si alguna cosa deseas de mucho valor, procura que haya pocas como ella.

472. El que, pudiendo, no evita el delito, lo consiente.

473. Todo es lícito al vencedor.

474. Cosas hay en que la ley nos da lugar, y vergüenza le quita.

475. Aficion es todo lo que vence á la razon.

476. Lo que nunca se hizo, se puede hacer.

477. La mayor parte del tormento es el tiempo que precede al tormento.

478. Vicios hay que como señales de felicidad deleitan.

479. La cosa que naturaleza hizo más grave, comun la hizo.

480. Lo que á lo más alto llega, cerca está de caer.

481. Ménos venganza quiere el padre, de la que quiere la ley.

482. Pide el beneficio el que á la memoria lo trae.

483. Muchos hay que amando matan.

484. El que de buena voluntad recibió algun beneficio, pagó la primera parte de su obligacion.

485. Poco se estima lo que se tiene en casa.

486. Cosas hay que para saberlas no basta haberlas aprendido.

487. No guardes mezquinamente tus bienes, ni los derrames con prodigalidad.

488. El que de nuevo no quiere recibir, de lo recibido le pesa.

489. Si de alguna cosa tuvieres necesidad, á tí mismo pídela prestada.

490. Cumple religiosamente tus obligaciones del modo mismo que las contrayeres.

491. Hay casos tan feos, que áun al que los castiga ofenden.

492. Mejor es precaver lo venidero que disputar sosobre lo pasado.

493. Ejercítese ántes de la obra, el que en ella se quisiere ver expedito.

494. Muchos acabaron la vida ántes de comenzar á vivir.

495. No consiente que le reprendan el que no reconoce haber errado.

496. Debemos considerar quiénes somos, y no la reputacion en que estamos.

497. Siempre es peor el dia siguiente.

498. Ménos dolor produce la desgracia que de antemano se teme.

499. Muchas sutilezas despojan de sus bríos á la razon.

500. No tiene que subir el que á lo más alto llegó.

501. Pocos hay viejos y dichosos.

502. Pocas veces tiene el súbdito licencia contra el señor.

503. Grosero es el tirano que con muerte castiga.

504. Siempre los descendientes tornan á la raíz.

505. Rey se puede llamar el que nada teme.

506. El amor natural, si una vez falta, luégo vuelve.

507. Guarda es de reinos el miedo.

508. Cosas grandes no se pueden restituir.

509. El precio de la virtud es ella misma.

510. Género es de desechar, dar luégo otro tanto.

511. Desasosegada cosa es la prosperidad.

512. Poco más ó ménos, en todo es igual la razon.

513. Yerra el que por ódio del malo pone su inocencia en peligro.

514. El que pudiendo no favorece al que está en peligro, ayuda á matarlo.

515. Vilmente vive el que conforme á las costumbres del vulgo vive.

516. El bien se conoce más tarde que el mal.

517. Buen juicio y mucha plática, pocas veces se juntan.

518. Uso y memoria engendraron sabiduría.

519. Nunca es tarde para vivir bien.

520. Algunas veces se encubre con una maldad, otra.

521. Alegre cosa es llegar al logro de nuestros deseos.

522. Muchas veces la pasion nos ata la lengua.

523. No hay cosa que más abata los espíritus que la pobreza.

524. A nuestra diligencia debemos lo que contra voluntad de otro alcanzamos.

525. Asaz agradecimiento es para el que da al redopelo, no recibir su beneficio.

526. Las esperanzas se encadenan.

527. Otra muerte es no poder llorar en la muerte.

528. La parte de nuestro cuerpo más sana es la que más se ejercita.

529. Los estudios, aunque no tengan efecto, son dignos de loor.

530. Más virtud es favorecer al malo por razon del bueno, que por causa del malo no ayudar al bueno.

531. Si no hay diferencia en las costumbres, todos son iguales.

532. Poco remedio queda al que tarde se pone en regla.

533. Si deseas ser amado, ama.

534. Esperanza es nombre de un bien dudoso.

535. Más pena nos da la opinion del trabajo que el trabajo mismo.

536. La ignorancia en las gentes siempre está en su principio.

537. Muy severo es el verdadero contentamiento.

538. Yerra el que se aflige porque en algun tiempo ha de tener afliccion.

539. No hay lugar tan estrecho, donde no se pueda elevar el pensamiento al cielo.

540. Simpleza es loar en los hombres cosas ajenas.

541. Trata á tu inferior como deseas ser tratado de tu superior.

542. La inexperiencia destruye é inutiliza muchas buenas ocasiones.

543. El que no quiera vivir sino entre justos, viva en un desierto.

544. Pierde su autoridad la gravedad contínua.

545. Yerra el que no principia á aprender por parecerle que ya es tarde.

546. Muchas veces es poco lo que se da, y mucho lo que de darlo se sigue.

547. Mejor es saber cosas excusadas que no saber ninguna.

548. Sencillos son los cuidados del bueno, y doblados los del malo.

549. Muchas veces lo que no se halla cuando se busca, sale al encuentro cuando no se busca.

550. Más apocado queda el que es fríamente alabado que el que es ásperamente reprehendido.

551. No se puede formar de los mozos un juicio exacto.

552. El que más experiencia tiene, teme más los peligros.

553. El tiempo hace llevaderas las desgracias.

554. Llevadera sería la pobreza, si no trajese consigo deshonra.

555. Tanto pierde la buena obra de valor, cuanto tuvo de tardanza.

556. No quiere el que tarde quiere.

557. Más seguro está contra fortuna aquel á quien despues de la fortuna le queda alguna cosa.

558. Trabajoso es deber á quien no querrias deber.

559. Más se teme lo que más veces acontece.

560. En tanto tiene la razon poder, en cuanto está libre de pasion.

561. No se da como se debe dar, lo que sin ser pensado se da.

562. Apocado es el que consiente ser en beneficios vencido.

563. Torpe pérdida es la que por negligencia se hace.

564. Vergüenza es en el viejo no saber más de lo que lee.

565. El que callar no puede, hablar no sabe.

566. Conviértanse en voluntad las palabras de que se usa.

567. Así es crueldad perdonar á todos como á ninguno.

568. En tanto se debe aprender, en cuanto no se sabe y áun en cuanto se vive.

569. Tierras fértiles, afortunados hombres producen.

570. En todas partes se muere.

571. Uno y otro es cobardía, querer y no querer morir.

572. Mucha parte de la verdad se encubre á los que vista no tienen.

573. Vergüenza tenemos de ser con vergonzosa medicina curados.

574. Furiosos son los primeros ímpetus del vencedor.

575. Vencedora de leyes es la osadía.

576. Afeminados espíritus engendra la avaricia.

577. Amor de mujer casta, perpétuo es.

578. Refiérense las leves pasiones, y las muy grandes no se pueden referir.

579. Crédulos son todos los que temen.

580. Si quieres no temer ni esperar, da por pasada la vida.

581. Peor se sufre el menosprecio que el cautiverio.

582. Pequeños son los deseos de nuestro cuerpo.

583. Para nuestra avaricia, lo mucho es poco, y para nuestra necesidad, lo poco es mucho.

584. Lo que á uno puede acontecer, puede acontecer á todos.

585. Por rico se puede tener el que con la pobreza bien se aviene.

586. La afliccion de nuestros amigos nos induce á amarlos más.

587. No son propios para reinar los ánimos humildes.

588. Los últimos males en alguna manera nos descansan.

589. Algunas veces debemos desechar los grandes pensamientos, y seguir los que las circunstancias nos inspiran.

590. Todo lo que de nuestra edad queda atras, la muerte lo tiene.

591. En lo hondo, no solamente está lo poco, sino tambien lo peor.

592. Propio de un ánimo enfermo es el mudar de domicilio.

593. Prueba es de buen espíritu tener firmeza.

594. Nada ofende tanto á nuestra salud como la mudanza de remedios.

595. El árbol que muchas veces se trasplanta no crece.

596. No hay cosa tan útil, que despues pasada aproveche.

597. Todo lo debemos consultar con el amigo, mas primero debemos consultar si lo es.

598. Tomado un amigo, debe dársele crédito, y ántes de tomarle, se le debe juzgar.

599. No hay bien alguno que nos deleite, si no lo comunicamos.

600. Largo es el camino de los preceptos para llegar á la sabiduría, y corto el de los ejemplos.

601. Enseñando aprendemos.

602. Debemos ponernos por modelo algun varon virtuoso, y pensar que asiste de contínuo á nuestras obras.

603. Todo lo honesto tiene por bajeza el que á su cuerpo demasiado ama.

604. El sabio nunca provoca la ira del más poderoso, sino procura evitarla.

605. En muchos conseguir riquezas no fué fin de trabajos, sino mudanza de ellos.

606. Mejor es acabar una vez que ser atormentado muchas.

607. Con más seguridad seriamos ricos, si conociésemos el poco trabajo que hay en ser pobres.

608. El sabio debe caminar siempre por un sendero, mas no á un paso.

609. Grande se puede llamar el que en las riquezas es pobre.

610. Difícilmente se tiene templanza en lo que se presume ser bueno.

611. Segura es la codicia del bueno.

612. El sabio no debe huir de la vida, sino apartarse de ella.

613. Áun los muy cobardes hablan con osadía.

614. El que aconseja que se piense en la muerte, la libertad aconseja.

615. A unos basta mostrar el remedio, á otros es necesario buscarlo.

616. En todo lugar se puede vivir virtuosamente.

617. Ningun virtuoso puede aplacer al pueblo.

618. Mucha parte de la verdad está por descubrir.

619. Todo hombre se somete fácilmente á la doctrina de sus naturales.

620. No podemos evitar las pasiones, pero sí vencerlas.

621. De grande ánimo es menospreciar grandezas y querer ántes la medianía que la sublimidad.

622. No queda esperanza de remedio cuando los vicios se mudan en costumbres.

623. La buena conciencia entre muchos está segura, y la mala áun estando sola teme.

624. De ningun testigo deberiamos hacer más caso que de nosotros mismos.

625. Noble se puede llamar el que por naturaleza es inclinado á la virtud.

626. No se debe menospreciar la fortuna de alguno cuando el que la menosprecia puede descender á ella.

627. Más sutileza es dejar ciertas cuestiones que desatarlas.

628. La virtud que por mucho tiempo se ejercita, persevera.

629. Obliguemos á nuestra alma á que principie á vivir bien; que despues pequeños remedios bastan.

630. Débese elegir un buen domicilio, útil, no sólo para el cuerpo, sino tambien para las buenas costumbres.

631. A los que con armas vencen, los vencen muchas veces los vicios.

632. Ausentes están algunos, aunque presentes parezcan.

633. Más seguro es el camino de que se duda.

634. No puede la fortuna quitar lo que no dió.

635. No solamente nos inquieta el golpe, sino tambien el sonido.

636. El rico que sin tener cuenta lo es, poco tiempo es rico.

637. No quiere el enfermo médico elocuente, sino que le sane.

638. No hay maldad tan grande, que carezca de ejemplos.

639. La verdad, en todas sus partes lo es.

640. Para pocos nació el que solamente es útil á las gentes de su tiempo.

641. Quien de verdad quiere ser bueno, lo será.

642. No se alaban las riquezas porque se codician, sino que se codician porque se alaban.

643. Muchos dejan de pecar más por vergüenza que por voluntad.

644. Áun los deleites son penosos cuando sin moderacion se gozan.

645. Poco importa que seamos acreedores de la fortuna ó de los hombres, pues lo uno y lo otro es ajeno.

646. Inútilmente se previene lo que no se puede evitar.

647. Parte de intemperancia es querer saber más de lo necesario.

648. Procura en tus estudios no saber más que los otros, mas saberlo mejor.

649. Imperar es oficio, y no reino.

650. Por humilde se tiene ya el que con lo necesario se contenta.

651. Mucha diferencia hay de no querer pecar á no saber.

652. En ménos tiempo se deshacen las cosas que se restauran.

653. Aunque la edad de algunos fué imperfecta, su vida perfecta fué.

654. El mayor espacio de la vida es vivir hasta saber.

655. Siempre podemos aprender del hombre eminente, áun cuando calla.

656. No conocerás cuándo el sabio te es útil, y lo conocerás cuando te haya sido útil.

657. Una parte de la virtud consiste en la teoría, y otra en la práctica.

658. A vicios leves, pequeños remedios bastan.

659. Nunca se tiene un vicio solo.

660. Castigo es la maldad de sí misma.

661. El que llamas muerto, no murió, mas partió primero.

662. Ménos nos duele la desgracia cuando testigos no hay.

663. Cada dia debemos juzgarlo una nueva vida.

664. En los hombres grandes no es ménos provechosa la memoria que la presencia.

665. Un perverso perjudica á otro perverso, y los buenos son útiles á los buenos.

666. Con mayor tormento se conserva la hacienda, que se adquiere.

667. Trabajos nos da quien grandezas nos promete.

668. En poco se tiene, despues de alcanzado, lo que ántes se estimaba mucho.

669. A todos da la hacienda más codicia de sí, y la causa es porque empieza á poder más el que más tiene.

670. Todo lo que por arte se hace, es más incierto y desigual que lo que naturaleza reparte.

671. No queda al enfermo esperanza de salud cuando el médico le aconseja la intemperancia.

672. En ninguno puede haber vicio, sino en el que puede haber virtud.

673. No hay hombre más desdichado que el que nunca probó la adversidad.

674. Ménos teme los peligros el que más veces los venció.

675. Natural es en todo hombre la piedad, mas en el príncipe es más honrosa.

676. No está el rey seguro donde no hay cosa segura del rey.

677. Muy amable es la vida, cuando todos la desean.

678. Más veces se comete lo que más veces se castiga.

679. Así infaman al príncipe muchos castigos, como muchas muertes al médico.

680. La naturaleza humana más sufre imitacion que violencia.

681. Vívese por imitacion más que por razon.

682. No va en más nuestro acertar, que en no imitar al pueblo.

683. Igual es el número de los envidiosos al de los aduladores.

684. La virtud ni causa hastío ni arrepentimiento.

685. El deleite no es premio ni causa de virtud, sino accesorio provecho suyo.

686. El sabio no tiene aficion á las riquezas, mas querríalas ántes tener que dejar de tener.

687. El buen capitan no ha de confiar tanto en la paz, que no se aperciba para la guerra.

688. No hace solamente la guerra el que se halla en el campo.

689. Nunca nos avergüence el autor si la obra es buena.

690. Solamente del tiempo es loable la avaricia.

691. Si te sabes aprovechar de la vida, larga es.

692. Ántes nos faltarán lágrimas que causa para verterlas.

693. Por venganza tiene el magnánimo haber podido vengarse.

694. Lo que hay despues de la muerte, vida es.

RAIMUNDO LULIO.

JUICIOS CRITICOS.

I.—DEL CARDENAL DON FRAY FRANCISCO JIMENEZ DE CISNEROS.

(*Carta á los muy nobles jurados de la ciudad y reino de Mallorca*, dada en Alcalá, el 8 de Octubre de 1513.)

Muy nobles señores: El secretario Alfonso de Proaza me envió vuestras letras y la traslacion de los títulos y privilegios de la doctrina del maestro Raimundo Lulio, doctor iluminadísimo, y he recibido gran placer en verla, así como todo lo que sobre él me escribisteis; porque, en verdad, tengo gran aficion hácia todas sus obras, pues son de gran doctrina y utilidad; y así, creed que en todo cuanto pueda, proseguiré en favorecerle, y trabajaré para que se publiquen y lean en todas las escuelas.

II.—DE VALERIO VALERI, PATRICIO VENECIANO.

(*Libro Aureo, en el cual brevemente se explican todas las cosas que el padre de todas las ciencias Raimundo Lulio enseña, así en el* Arbol de la Ciencia, *como en el* Arte magna. Ausburgo, 1589 (1).

Vivió há cerca de trescientos años cierto varon de erudicion y sabiduría suma, y quizá no menor santidad, llamado Raimundo Lulio, que admirado de la gran dificultad de la ciencia para muchos, y contemplando la variedad que entre sí tenian, deploró la miseria del hombre, que errando por el camino de la sabiduría por tan largo tiempo, á costa de inmenso trabajo, sólo conseguia un confuso y exiguo conocimiento de las cosas. Deseando libertar de este yugo de esclavitud á los cultivadores de las letras, y en breve tiempo de carrera darles noticia grande de todas las ciencias, no sé de qué divino furor inspirado, entre muchos, escribió dos libros para adquirir todas las ciencias, de los cuales uno intituló *Arte breve*, y otro *Arte magna*, sacando de éste aquél. Pero por larga experiencia conociendo que pocos venian al conocimiento de las ciencias por el singular y admirable artificio que contienen, entónces para que no fuesen un inmenso y complicado cáos las ciencias, por la poquedad de talento en los preceptores, quiso claramente explicar su doctrina en tal manera, que las cosas sagradas no se pudiesen contaminar con las profanas, y pudiesen no ser desapacibles á los altos ingenios que penetrasen sus arcanos, para lo cual escribió un libro, al que llamó *Arbol de la ciencia*, donde comprendió todas en una sóla.

III.—DE DON ALONSO DE CEPEDA Y ADRADA.

(*Arbol de la ciencia, del iluminado maestro Raimundo Lulio, nuevamente traducido y explicado.* Bruselas, 1664.)

Fué soldado de la iglesia militante, y de los más intrépidos, pues alistado debajo de su bandera y cumpliendo con las obligaciones que la milicia establece, expuso muchas veces su vida, y la perdió por dilatar los imperios de Cristo. Fué maestro iluminado, y de esto dan bastante manifestacion sus doctísimas obras y lo que ponderan de él tantos y tan diversos coronistas que refiere el

(1) En lengua latina.

abad d'Aubry en su *Archeo*, donde epitomando los elogios que hacen de este asombro de virtudes y letras, certifica que los libros del beato Raimundo Lulio, cuya fiesta se celebra á 4 de Enero. deben ser recibidos como los de un padre de la Iglesia, y que su virtud y ciencia son conocidas por los títulos que áun estando en vida, le dieron los reyes de España, Francia, Inglaterra y otros príncipes y naciones del universo; por cuanto el de Castilla le llama *el doctor muy iluminado;* el de Aragon, *el gran maestro de la filosofía y teología*, y *el autor de las artes y ciencias admirables;* el de Francia, *el órgano del Espíritu Santo;* el de Inglaterra, *el gran filósofo catalan;* los italianos, *el autor de la gran arte;* los franceses, *el hombre nuevo, el aprobado en su doctrina, el sol del mundo*, y otros muchos epítetos que le atribuyen diversos escritores, y entre ellos el padre Causin, en la enarracion de su portentosa vida, que por serlo tanto, permitió nuestro santísimo padre Leon X se rezase el oficio y celebrase la misa en honra de este mártir gloriosísimo, cuya virtud aclaman y pregonan el padre Gabriel Vazquez y el padre Baptista de San Jure, todos religiosos de la Compañía de Jesus, poniéndola en sus libros, por el sumo ejemplo de la santidad y de los triunfos del amor de Cristo.

(Juicio del libro titulado *Arbol de la ciencia.*)

Y si eres filósofo, hallarás en este libro manifiesto lo más arcano de la naturaleza; si astrólogo, nuevo modo de constituir el tema celeste, y cierta guía para conocer los influjos de las estrellas y tener aciertos más asegurados en tus vaticinios; si eres médico, te da reglas para saber graduar las plantas y enfermedades; si jurista, te subministrará estilo nuevo para reducir á principios generales todo el derecho canónico y civil; si estudioso de las buenas letras, si predicador, si confesor, aquí te descubre un amplísimo campo, lleno de amenidades, donde con todo recreo puede pasearse tu espíritu y sacar frutos utilísimos. Y si te aplicas á la política, confesarás que el príncipe eclesiástico ó seglar (que establece nuestro maestro) será perfectísimo, siguiendo sus preceptos; si teólogo, reconocerás probadas por razones necesarias, ayudadas de la luz de la fe, las producciones divinas. Y últimamente, de cualquier arte, mecánica ó liberal, que seas, hallarás documentos y máximas para salir científico. Empero todo esto debajo de las condiciones siguientes:

Primeramente, que no has de buscar en esta obra la retórica elocuencia, ni los tropos ni figuras que la sirven de adorno, que no las hay, ni en las oraciones ni en las palabras; porque ántes hallarás algunas bárbaras y no usadas en nuestro idioma, y muchas repetidas várias veces, ya porque son términos dogmáticos é inexcusables para poder explicar las facultades de que se trata, y ya por ir ceñido á la traduccion; y así, no hagas réparo en la polidez de las vocés, sino sólo en su significado, procurando penetrar su concepto, dejando las voces para los que tratan sólo de mover disputas sobre su inteligencia.

Y si encontrares algunos axiomas y períodos difíciles, y no puedes comprehender su sentido, no culpes al maestro, ni te arrojes luégo á condenar la obra; porque en esto te confirmarás por ignorante, cuya propriedad es menospreciar todo lo que sobrepuja la cortedad de su ingenio. Y así procede con atencion; y si no puedes comprehender el sentido de alguno de los lugares que leyeres, pasa adelante; porque aquello mismo hallarás repetido en otros, y con claridad bastante para disipar las dudas que ántes tenias, si meditas bien sobre ellas; y creo que por no saber valerse de esta máxima, muchos juzgan por errores de la ciencia los que lo son de su negligencia.

IV.— DEL PADRE BENITO JERÓNIMO FEIJOO.

(*Carta* XXII.)

Raimundo Lulio, por cualquiera parte que se mire, es un objeto bien problemático. Hácenle unos [sa]nto, otros hereje; otros doctísimo, otros ignorante; unos iluminado, otros alucinado. Atribúyenle algunos el conocimiento y práctica de la crisopeya, ó arte transmutatorio de los demas me[ta]les en oro. Otros se rien de esto, como de todos los demas cuentos de la piedra filosofal; y final[m]ente, *unos aplauden su Arte magna*, otros la desprecian; pero en cuanto á esto último, es muy

superior el número como la cualidad de los que desestiman á Lulio, al número y calidad de los que le aprecian.

El *Arte* de Lulio, con todo su epíteto de *magna*, no viene á ser más que una especie nueva de lógica, que despues de bien sabida toda, deja al que tomó el trabajo de aprenderla tan ignorante como ántes estaba, porque no da noticia alguna perteneciente al objeto de ninguna ciencia, y sólo sirve para hacer un juego combinatorio, muy inútil, de varios predicados ó atributos sobre los objetos de quienes por otra parte se ha adquirido noticia. Podrá decirse tambien que hay algo de metafísica en el artificio luliano; pero así en lo que tiene de metafísica como en lo que tiene de lógica, es sumamente inferior á la lógica y metafísica de Aristóteles. Así, la *Arte* de Lulio en ninguna parte del mundo logró ni logra enseñanza pública, exceptuando la isla de Mallorca, de donde fué natural el autor, por donde es claro que acaso debe esa honra, no á la razon, sino á la pasion de sus paisanos.

Porque no se pierda este desengaño en vuestra reverencia, pareciéndole poca mi autoridad para persuadir la inutilidad del *Arte* de Lulio, le manifestaré el juicio que hicieron de ella dos grandes críticos en materia de ciencias. El primero es el canciller Bacon, el cual la llama *arte de impostura*, añadiendo que sólo pueden hacer aprecio de ella algunos hombres amigos de bachillerear despropositadamente en todas las cosas: *Methodus imposturæ quæ tamen quibusdam ardelionibus acceptissima procul dubiò fuerit.* El segundo es el padre Renato Rapin, quien, en sus *Reflexiones sobre la filosofía* (sect. XVII), hablando de Lulio y su *Arte*, dice así: «Emprendió trastornar el órden establecido en las escuelas, reduciendo la filosofía y las demas ciencias á un método que nada tiene de sólido, y que bien léjos de hacer hombres sabios, jamas pudo hasta ahora ni áun hacer siquiera hombres de buena razon (1).»

V.—DE DON JUAN PABLO FORNER.

(*Oracion apologética por la España y su mérito literario.* Madrid, 1786.)

Despues que el escolasticismo se apoderó de todas las ciencias y escuelas, la primera secta escolástica que aparece en los fastos de la filosofía es la que fundó este infatigable mallorquin. Su doctrina fué sin duda favorabilísima para ganar sectarios; porque entre la plebe de los que se consagran al estudio de las letras, raro es el que no ama la llanura y facilidad del camino, queriendo á poca costa conseguir gran caudal de sabiduría. Con todo eso, su escuela fué más célebre que seguida, y más controvertida que adoptada entre los estudiosos; á lo cual pudo contribuir la misma obscuridad del *Arte*.

De éste se han hecho juicios distintos, como acaece en todas las cosas humanas; pero lo que no puede negarse es que el talento de Lulio fué en sumo grado inventor y combinador, y que en mejor edad acaso hubieran recibido de él las ciencias y artes algunos auxilios que facilitasen su adquisicion ó mejor uso. El convencimiento de la verdad no entra ciertamente en la jurisdiccion de las combinaciones lulianas, por más que griten sus sectarios para persuadirlo. Por su *Arte* jamas se averiguará la causa del más mínimo fenómeno de la naturaleza, ni se convencerá el entendimiento de la realidad ó falsedad de la mayor parte de las cosas. Los principios que constituyen el alfabeto están fundados en definiciones que no demuestran la esencia de lo mismo que definen. Por *bondad*, que pertenece á la letra B de la primer figura, que es la A, entiende *un ente por razon del cual lo bueno obra lo bueno*; por *magnitud*, que es la de la letra C de la misma figura, *un ente por razon del cual la bondad, la duracion, la potestad y los demas principios son grandes* (2); explicaciones que, como se ve, dejan el entendimiento en las mismas dudas que se tenía sobre la esencia de estas cosas. El gran principio de los correlativos *tivum*, *bile*, *are*, en el cual creen los lulistas que abrazó y abrió su maestro el conocimiento de toda la naturaleza, en el fondo nada más significa,

(1) Contra el juicio crítico de Feijoo sobre Raimundo Lulio, se escribió y publicó un libro con este título por fray Bartolomé Fórnes (Salamanca, 1746): *Liber apologeticus Artis magnæ B. Raymundi Lulli, Doctoris illuminati et martyris scriptus intus et foris ad justam et plenariam deffensionem famæ sanctitatis et doctrinæ ejusdem ab injuriosa calumniâ ipsi iniquè opinativè et qualitercumque illata.*

(2) Lulio, *Ars brevis*, capítulo I; idem, Tract. *Correlativor.* distinct. I.

sino que los séres son *activos* y *pasivos*, y que poseen *accion productiva;* nocion generalísima, que de nada sirve cuando se desciende al exámen experimental. La aplicacion de las cuestiones á los términos del alfabeto, siendo aquellas innumerables, y éstos tan pocos, es por necesidad demasiado vaga; porque, aunque los lulistas dicen que cualquiera cuestion se puede tratar por todos los lugares del *Arte*, esto es, por todos los términos del alfabeto lulístico, esto puede servir algo para metafisiquear eternamente sobre cualquier nocion, multiplicando combinaciones de combinaciones, como sucede en el alfabeto usual para hablar y escribir; y así lo confesó el mismo Lulio (1); pero el convencimiento no resultará jamas de la variedad de las combinaciones, por el mismo hecho de que éstas pueden ser arbitrarias, y no ser posible que un corto número de voces mal definidas contenga en sí la demostracion de todo el ámbito de las ciencias; que es como si dijésemos que el *Arte* de Lulio contiene el modo de dar innumerables semblantes á una cosa, pero no el conocimiento intrínseco de la cosa misma. La aplicacion que se hace de él á todas las ciencias es muy violenta, lejana y arrastrada; y á un juez, más fácil mil veces le será fundar una sentencia en la razon de la ley, que pararse en las multiplicaciones vagas del alfabeto. Cincuenta y cuatro términos que contiene éste en las nueve columnas, combínense como se quiera, déseles el giro que se quiera, no bastan para presentar el semblante de la verdad en innumerables cosas; y léjos de poder servir para aprender con mayor facilidad las ciencias y artes, como sostienen tenazmente los lulistas, el geómetra, el astrónomo, el químico, el botánico, el físico experimental no deducirán de él ni un solo precepto inmediato que pertenezca al ejercicio práctico de su profesion. Cuando Lulio escribió, eran todas las ciencias una algarabía metafísica, y él, no pudiéndose desprender de esta idea (porque en su siglo no se tenía otra), inventó un *Arte* de abstracciones combinadas, substituyéndole al escolasticismo no combinado, que dominaba en las escuelas. Nadie puede negar que mostró mucho ingenio é imaginacion fecunda en la ordenacion y práctica de este arte combinatorio; pero sus sectarios exageran su utilidad con exceso muy fastidioso; y esto ha contribuido tal vez al descrédito del *Arte*, empeñándose unos en deprimir demasiadamente lo que ven que otros ensalzan y ponderan con demasía.

Mas si la utilidad del arte luliano no es tanta como quieren persuadir sus sectarios, no por eso debemos hablar de su autor con aquel pirronismo magistral que usó Feijoo en la primera de las dos cartas que escribió sobre Lulio. Fué éste, para el siglo en que vivió, un genio singular, nada inferior á Roger Bacon, ni ménos digno de los elogios que desperdicia en éste la presente inclinacion á las cosas físicas y astronómicas. Si hace servicio á las letras el que anima constantemente su correccion, Lulio, no sólo fundó una secta para mejorarlas, sino que combatió el fundamento de los abusos, persiguiendo á los averroistas, ya con libros, ya con exhortaciones, en toda ocasion y en todas partes; atrevimiento que en aquel siglo se tendria por tan temerario, como si en el presente escribiese alguno *contra los errores de Newton*. El prólogo de su libro de la *Lamentacion de la filosofía contra los averroistas*, en que se propuso persuadir al rey de Francia, Felipe, que reformase la universidad de París, manifiesta los deseos de un hombre que conociendo el mal que padecia la enseñanza de las ciencias, y no acertando á aplicar el conveniente remedio, propone lo que le sugiere su reflexion para arrancar el daño. Hace hablar á la filosofía con sus principios en forma de diálogo; y quejándose ella amargamente de que la calumnian sobre que no quiere avenirse bien con la teología, pregunta á sus principios qué sabian de esto, y ellos hablan con una claridad harto resuelta y singular. El pasaje es muy notable y digno de que sea sabido (2). Su *Lógica nova*, *Física nova*, *Metafísica nova*, aunque frutos de las combinaciones de su *Arte*, al fin muestran que no

(1) *Ista autem scientia nulla principia actualiter exprimit, per se loquendo, ex quibus arguatur, sed solum docet viam inveniendi communia principia in quacumque scientia, cognitis terminis illius scientiæ, cujus vult principia invenire; et aliqua notitia habita illius, ponit aliquos terminos principiorum, quibus possunt infinitæ propositiones formari, quemadmodum infinita verba formantur ex paucissimis literis alphabeti.* (*Introduct. ad Art. Dem.*, capítulo I, número 1.)

(2) *Ait Philosophia suspirando, atque lacrymando, confiteor coram istis meis Principiis..... quod nunquam concepi fraudem, neque dolum, neque deceptionem contra Theologiam..... Heu mihi, tristiter et dolorosè, ait Philosophia, nunquid vos, mea Principia, scitis quod ego talis non sum? Omnia responderunt (nisi Intellectus, qui tacuit) dixeruntque quod ipsa erat vera et legalis ancilla Theologiæ. Et tu, Intellectus (ait Philosophia), quid dicis? Respondit Intellectus: ego sum quasi totus perversus, cum Parisiis sit meus discursus in opinionibus; et ideo quid dicere possum? Meum lumen debet esse per claritatem et veritatem; sed est offuscatum et tenebrosum per falsos errores philosophorum, qui ita me suffocant, quod vix possum habere anhelitum et virtutem; aliud remedium non video nisi ut Dominus per Regem francorum me juvet et in brevi; quia errores crescunt, et veritates suffocantur.* (*Prolog. Lament. Philos.*)

pensaba como el vulgo de los filósofos de su siglo; y no pensar como el vulgo de estos filósofos es singularidad que pone á Lulio al lado de aquellos pocos hombres que no se dejan llevar del torrente de los abusos. Descártes, en substancia, no fué más que un Lulio, nacido en mejores tiempos.

Lo que hay más notable en la vária fortuna de nuestro filósofo (que fué en verdad bien vária y bien turbulenta) es la oposicion que sufrió su doctrina de parte de la universidad de París. Esta escuela era entónces una barrera impenetrable á toda novedad, y un muro de bronce que guardaba al escolasticismo, y le defendia de los acometimientos de la libertad filosófica. ¿Entreoyen los doctores de París que habia algunos que tentaban introducir la doctrina de Raimundo Lulio? Opónense al punto en toda forma; y confesando que aquella doctrina contenia cosas altísimas y verdaderísimas, sólo porque era nueva y peregrina la proscriben y condenan con edicto público. Debemos la noticia á Juan Gerson, cancelario de París, y la copió, en su *Biblioteca antigua*, don Nicolás Antonio (1). La escuela de Lulio, con todo eso, logró cátedra en aquella universidad por los años de 1515, si damos fe á un testimonio que guardan los mallorquines, é imprimió fray Bartolomé Fornés en su *Libro apologético* contra Feijoo (2).

. . . .

Lulio trabajó en mejorar la filosofía; suscitó el estudio de las lenguas orientales.....

.....Esto es lo que le hace recomendable para la posteridad.

VI.—DEL ABATE BERAULT BERCASTEL.

(*Historia general de la Iglesia.*)

Raimundo Lulio, franciscano, martirizado en África (1315), escribió sobre casi todas las ciencias un considerable número de obras, en las cuales más es de admirar lo sutil que lo sólido. Se le llama *el doctor iluminado*. Es venerado como mártir en Mallorca, su patria, adonde fueron trasladadas sus reliquias. No debe confundirse con un autor del mismo nombre y apellido, condenado por Gregorio XI á causa de sus errores monstruosos.

VII.—DE CÉSAR CANTÚ.

(*Historia universal.*)

En tanto que los místicos atacaban la escolástica, ésta se desacreditaba por sus excesos. A uno de sus mayores extravíos la impelió Raimundo Lulio, natural de Mallorca, quien, así como Alberto Magno habia construido una máquina que hablaba, pareció querer hacer una que pensase; pues con su *Ars magna* redujo la inteligencia á una especie de mecanismo, consistente en saber aplicar á cualquier asunto algunos predicados.....

¡Qué prodigio no debia parecer á gentes que consideraban la lógica como el arte supremo, aquel instrumento universal de la ciencia, que resolvia todas las cuestiones imaginables, ó suministraba á lo ménos palabras para discurrir sobre todas.....

Hombre bajo todos conceptos prodigioso, que contó solamente con sus fuerzas en el mundo, donde unos trataron de quemarle por mágico, y otros de canonizarle como santo, se levantó francamente contra el derecho universal, é intentó formar una enciclopedia, concibiendo la ciencia, no dividida en parte, sino como un todo indivisible. (*Non est pars scientiæ ad totum.*)

Con el arte combinatorio de Raimundo Lulio, cayó en descrédito el método de dialéctica á él correspondiente.

(1) *Sic nuper actum est Parrhysiis per sacram Theologiæ Facultatem adversus illos, qui doctrinam quandam peregrinam Raymundi Lulli conabantur inducere, quæ licet in multis altissima et verissima, quia tamen in aliis discrepat à modo loquendi doctorum sacrorum, et à regulis doctrinalis suæ traditionis, et usitata in scholis; ipsa edicto publico repudiata prohibitaque.* (In *Epist. ad Bar. Cart.*, tom. I; *Oper.*, pág. 95.)

(2) Discurso III, capítulo VI.

VIII.—DEL DOCTOR. DON VICENTE DE LA FUENTE.

(*Historia eclesiástica de España, ó adiciones á la Historia general de la Iglesia*, escrita por Alzog. Tomo II, Barcelona, 1855.)

El nombre de Raimundo Lull (Lulio) nos recuerda el del único teólogo español de nombradía en el siglo XIII (1). Su biografía es una especie de novela, y su doctrina, sintética y cabalística á la vez, es uno de los primeros pasos para poner los conocimientos filosóficos de su época á disposicion de la Iglesia. Por oscura, metafísica y áun extravagante que sea á veces, no deja de tener pensamientos harto originales y luminosos, y más para aquel tiempo. A la manera de lo que sucede hoy en dia con la filosofía *tenebregosa* de algunos escritores alemanes, los que pretenden haberla entendido la llaman *profunda;* los que quieren ahorrarse el trabajo de estudiarla, siguen la costumbre de llamarla *disparatada*. Mas dígase lo que se quiera acerca de su doctrina, insostenible hoy en dia, no se le podrá negar ni lo vasto de sus conocimientos, ni el método lógico, rigoroso y altamente didáctico con que supo desenvolverlos, ni ménos se podrá poner en duda la importancia que ejerció su doctrina en las escuelas durante el siglo XIV.

La *Arte admirable* (*Ars magna*, *Ars mirabilis*) es una especie de cuadro sinóptico, en donde se combinan todos los términos de lógica y metafísica, juntamente con los de teología, formando con ellos varios grupos ingeniosos, y clasificados con más artificio que verdad, para poder hallar las ideas cuando se buscaren, y derivar las consecuencias de los principios que una vez se le habian concedido. Su procedimiento, en general, parte de un sistema trinitario, reduciendo todos los grupos de ideas al número de tres y sus combinaciones. Bajo este concepto, su sistema era un gran recurso nemotécnico; pero adolecia del defecto, á que han estado expuestos todos los sistemas de igual género, de tener que dividir ideas uniformes ó identificar dos distintas para que resulte el número que se busca, sujetando la verdad y la esencia de la idea á la forma del pensamiento.

IX.—DEL DOCTOR MATTES.

(*Diccionario enciclopédico de la teología católica, por los más sabios profesores y doctores en teología de la Alemania católica moderna*, publicado por el doctor Wetzer y por el doctor Welte.)

Raimundo Lulio es una de las más colosales inteligencias que produjo el siglo décimotercio.....

La combinacion del *Arte* de Lulio viene á ser múltiple hasta lo infinito, y mediante ella, se ve que puede ser muchas veces extremadamente fácil responder al punto á todas las cuestiones imaginables. En esto consiste el *Arte* de Raimundo Lulio. Pero desde luégo debe comprenderse que semejante mecanismo no da verdadera ciencia : falta llenar las sesenta y tres categorías, es decir, que falta reconocer lo que en cada cosa es bondad, sabiduría, inercia, elemento, etc.; falta que se halle uno en estado de aplicar en detalle las nociones de relacion, diferencia, concordancia, etc.; falta, en una palabra, saber ántes de cada cosa lo que ella es y qué atributos le pertenecen, para poderle aplicar el mecanismo. Por consiguiente, en el fondo nada es, abstraccion hecha de la habilidad que sin duda alguna da para hablar y controvertir. Esto es lo que se ve cumplidamente en todas las obras del mismo Raimundo Lulio. Él pretende haber fundado sobre su *Arte*, y mediante este *Arte*, sus disertaciones, por ejemplo, la de *Articuli fidei*, que sin disputa es hábil y de las más acertadas. Pero en realidad encontramos en este tratado exactamente las mismas argumentaciones, los mismos fundamentos, las explicaciones mismas que en los escritos de los escolásticos en general.....

Los juicios de los sabios acerca de Raimundo Lulio son muy diversos: los unos lo elevan hasta las nubes, admirando la universalidad de sus conocimientos, y viendo en su *Arte magna* la salvacion de la ciencia ; los otros no han hallado bastantes palabras de desprecio al hablar de Raimun-

(1) Alzog ni áun le nombra; sea lo que quiera de su ctrina, la celebridad no se le puede negar. Un filóso-, en su *Historia de la filosofía*, califica á Lulio muy desfavorablemente; otros historiadores más profundos que él le han tratado con más deferencia.

do Lulio, calificándolo de aventurero, de juglar; los más templados en sus juicios lo llaman un loco y un fanático. Pero nosotros creemos apreciarlo en su justo valor. Raimundo Lulio tomó, es indudable, contra el escolasticismo, una actitud análoga á la de Rogerio Bacon. Su ciencia, en cuanto á universalidad, tiene el mismo carácter que la de Bacon, y la de Alberto Magno. Raimundo Lulio tuvo la suerte de estos grandes hombres, y como ellos, la fama equívoca de haber poseido el arte de hacer el oro, de haber conocido una panacea universal, un medio de prolongar la vida, etc., y de haber hallado la piedra filosofal. El siguiente dístico expresa bastante bien la verdad sobre este asunto:

Qui Lulli lapidem quærit, quem quærere nulli
Profuit, haud Lullus, sed mihi nullus erit.

El singular mecanismo en que se encuentra toda la actividad científica de Raimundo Lulio fué la resulta, fácil de explicar y casi fatal, de la marcha que la ciencia habia seguido en la edad media. Habia producido cierto número de ideas, que se habian revestido de formas convenidas y cuyos términos estaban como consagrados, y hubiera sido una cosa sorprendente que no se hubiese hallado una persona que con las resultas adquiridas no hubiese formado una *máquina lógica*. Esto mismo ha sucedido en todas las épocas y en las ciencias todas. Así, la *Gramática vulgar* no es otra cosa que una máquina filológica, que tiene el mismo carácter que la máquina de Lulio; así son los libros de aritmética, etc.

X.—DE E. J. DELECLUZE.

(Raimundo Lulio.—Biografía publicada en la *Revista de ambos Mundos*, tomo IV, 1840.)

Para dar rápidamente la más exacta idea del órden, del talento y del asunto de sus trabajos, presentaré por grupos, dispuestos sistemáticamente, los diversos tratados que compuso en la larga carrera de su vida. Véase la lista:

Títulos de los asuntos.	Número de tratados.
Sobre el arte demostrativo de la verdad.	60
Gramática y retórica.	7
Lógica.	22
Sobre el entendimiento.	7
Sobre la memoria.	4
Sobre la voluntad.	8
De la moral y de la política.	2
Sobre el derecho.	8
Filosofía y física.	32
Metafísica.	26
Matemáticas..	19
Medicina, anatomía.	20
Química..	49
Teología..	212
Total de tratados.	486

El órden de este cuadro sinóptico, bastante para hacer comprender la direccion y encadenamiento de las ideas de Raimundo Lulio, caracteriza bien el espíritu enciclopédico que anima y regula los trabajos intelectuales de los hombres ilustres del siglo XIII. Ninguna ciencia física, metafísica ó matemática se cultivaba aisladamente y por sí. La una era consecuencia de la otra, y á proporcion de los grados más ó ménos fundados que ofrecian, la inteligencia se elevaba consecutivamente hasta la teología. Esta idea de la verdad absoluta se ve igualmente seguida con la misma constancia y la misma opinion piadosa en los poemas del Dante, en los escritos de Rogerio Bacon y en los numerosos tratados de Raimundo Lulio.

Las obras que dieron una gran celebridad al doctor iluminado, no solamente hácia el fin de su

vida, sino durante cuatro siglos despues de su muerte, é hicieron nacer una multitud de adeptos, conocidos por el nombre de *lulistas*, son los libros particularmente destinados á enseñar los medios de separar de lo verdadero lo falso, de hallar la verdad, de dar definiciones exactas, de establecer, de encadenar, de presentar claramente razones verídicas, sin dejarse engañar sobre la naturaleza de las cosas divinas, intelectuales y físicas.

Esta ciencia de la razon, este *Arte*, que así es como él lo designa, fué el constante objeto de toda su vida, y los sesenta tratados que escribió sobre el *Arte demostrativo de la verdad* no son otra cosa, despues de comparados, que variantes de una misma obra. Entre el *Arte magna* y el *Arte breve*, en los cuales se encierra su método de desenvolver la inteligencia y dirigir la razon, hay una serie de libros, que solamente son resoluciones de cuestiones particulares (1). Pero en resúmen, el *Arte breve* es, de todas las obras de este género, aquella en que Raimundo Lulio expone, si no con claridad, al ménos de la manera más sucinta, su método de desenvolver el entendimiento humano. Éste es el libro que le conquistó el título de *doctor iluminado*, y del que la universidad de Paris reconoció la excelencia, y cuyo uso recomendó en 1309. Éste es el libro, en fin, que hizo conocer grandemente su influjo durante los siglos XIV, XV y XVI en Europa, y en favor del cual, hombres de un gran mérito escribieron libros apologéticos, notas y comentarios, en Italia, Alemania y Francia, hasta 1668 (2).

Con intento de dar una idea del método inventado por Raimundo Lulio, tomo ántes la precaucion de hacer que no se ignore la admiracion que él ha excitado en Europa desde el tiempo de san Luis hasta el siglo de Descártes y de Pascal, á fin de que si se extraña la puerilidad de este método, la inmensa celebridad de que ha gozado por tan largo tiempo me sirva al ménos de disculpa.

Los nueve sugetos.	Nueve principios absolutos.	Nueve principios relativos.	Nueve cuestiones.
Dios..	Bondad.	Diferencia.	Si es?
Ángel.	Grandeza.	Concordancia.	Qué es?
Cielo.	Eternidad.	Contrariedad.	De qué es?
Hombre.	Poder.	Principio.	Por qué es?
Imaginativa. . . .	Sabiduría.	Medio.	Cuánto es?
Sensitiva.	Voluntad.	Fin.	Cuál es?
Vegetativa.. . . .	Virtud.	Mayoridad.	Cuándo es?
Elementativa. . . .	Verdad.	Igualdad.	Adónde está?
Instrumentativa. . .	Gloria.	Gloria.	Cómo y con qué es?

La combinacion, el órden y el uso de esta tabla, recuerdan la de la multiplicacion atribuida á Pitágoras. Lo que el filósofo de la antigüedad hizo para regular matemáticamente la aumentacion de los números, Raimundo Lulio lo ha aplicado con la mira de fijar el camino de los razonamientos y la combinacion lógica de las ideas que el hombre percibe ó imagina; pero hablando propiamente, el cuadro que queda presentado es una indicacion, revestida de una apariencia científica, por medio de la cual, los conocimientos naturales y adquiridos se encierran en un órden que lleva directamente á la investigacion y á la invencion de la verdad.

. . . .

Así este varon, que ha empleado sesenta años en recorrer á Europa, África y los confines de Asia, con propósito de extender la fe de Cristo y de convertir á los musulmanes; que ha escrito doscientos doce tratados de teología para ilustrar, sostener y animar el celo de los que quisiesen seguir su ejemplo, y que, en fin, se hizo matar por los árabes, á quienes predicaba el Evangelio; este varon no es contado en las historias eclesiásticas sino en el número de los escritores sagrados subalternos; véase lo que de él dice un autor, poco benévolo sin duda, pero que ciertamente habla sin alguna pasion: «Se ha solicitado con empeño su canonizacion al principio del siglo XVII, pero en vano. Raimundo Lulio ha dejado un prodigioso número de escritos. Su doctrina ha ocasionado vivas disputas entre las dos órdenes de San Francisco y de Santo Domingo. La jerigonza que habia inventado

(1) El *Arte de la ciencia general*, *Nuevo método de demostrar*, el *Arte inventivo*, el *Libro de la demostracion*, *Libro de la subida y caida del entendimiento*, el *Árbol de la ciencia*, etc.

(2) La edicion que lleva el título *Raymundi Lulli opera*, etc., Argentorati, 1617, va acompañada de notas y comentarios de Jordano Bruno, de Enrique Cornelio Agrippa y de Valerio Valeri. La *Apología de la vida y obras de Raimundo Lulio*, por Perroquet, lleva la fecha de 1668.

consiste en *recoger* ciertos términos generales sobre diferentes asuntos, de forma que por este medio un hombre puede hablar de todas las cosas sin nada aprender de los demas, y hasta sin entenderse á sí mismo. Semejante método no merece otra cosa que el desprecio (1).»

Algo hay de triste al leerse este juicio, al que no se puede notar de más que de ser rigorosamente justo, cuando todavía están en la memoria, así la vida como los trabajos apostólicos y científicos de Raimundo Lulio. Con una fe tan ardiente como sincera, con un valor invencible de cuerpo y alma, con una inteligencia de una extension y de una superioridad indudables, ¿qué le ha faltado para que se haya mostrado aquel escritor tan severo, á riesgo de ser censurado de injusto?

Estudiando con esmero la vida de aquellos que con grandes virtudes, grandes talentos y prodigioso valor no han conseguido el objeto que se han propuesto, raro es no descubrir en su carácter algun capital defecto, que ha neutralizado una parte considerable de sus cualidades eminentes.

Sea por singularidad, sea por hallarse dominado de un orgullo que él mismo no conocia, Raimundo Lulio siempre estaba aislado, pretendiendo llevar sus gigantescas empresas adelante con sus propias fuerzas y sin ayuda de otro. Luégo que se separa de su familia, cuando abandona el mundo, del cual habia hollado las leyes, se le ve llevar sus hábitos exagerados de independencia en la vida religiosa, á que se dedica. Se hace ermitaño en el monte Randa; observa una vida santa y rigorosa sin duda, pero á su manera, regulada segun su voluntad, y desde este tiempo hasta su muerte evita asociarse á las reglas de un órden religioso, por más que usase el hábito monástico. La fe de Raimundo Lulio fué grande, pero le faltó, para ser útil á la causa cristiana, conocer la importancia de la jerarquía de las corporaciones, sin cuyo apoyo los más fuertes hombres malogran y pierden sus más hermosas cualidades. Lo repentino de sus resoluciones, la variedad de sus piadosas empresas y de sus escritos, la multiplicacion de combinaciones científicas en que se ocupa, todo prueba que su voluntad y su imaginacion eran tanto más vagarosas y fantásticas, cuanto su fuerza estaba ménos templada por una regla fija y constante. Raimundo Lulio era de aquellos que no consideran la extension ni los peligros de una empresa, siempre que la idea haya salido de su propio cerebro; era de aquellas personas á quienes una regla establecida, un punto de partida y un asunto fijos, un órden, en fin, vuelven inhábiles para todo. Estos hombres, por más que estén dotados de energía de alma y de gran talento, llegan rara vez á admirar el mundo con acciones extraordinarias, porque sus acciones no responden ni conducen á nada formal y útil. Su vida se asemeja á esos fuegos lanzados en los regocijos públicos, que bullen y desaparecen en medio de una noche profunda.

En resúmen, por sus hechos y por sus escritos religiosos y filosóficos, Raimundo Lulio deja el recuerdo de un hombre que llevando el heroismo hasta el desatino, no fué otra cosa que un loco sublime de la naturaleza de don Quijote.

XI.—DE FRANCISCO MONNIER.

(*Nueva biografía general, desde los más remotos tiempos hasta nuestros dias*, publicada por Fermin Didot, hermanos, bajo la direccion del doctor Hoefer. Tomo XXXII, París, 1860.)

Cuando vió condenados los templarios, imposible la cruzada, las escuelas de árabe poco concurridas, y su método, que debia explicar las ciencias todas, poco comprendido, descorazonado y cubierto de canas, volvió á su patria. Entónces compuso su *Arbol de la ciencia*, que es la postrimera de sus obras y la que hace comprensible el *Arte luliana*. Toda la filosofía del doctor iluminado allí se encierra. Cuenta éste, en su prólogo, que estando recostado á la sombra de un árbol hermoso, lamentándose de lo que no habia podido obtener de la córte de Roma, «la obra santa de Jesucristo de toda la cristiandad y de la utilidad pública,» vió venir hácia él un monje en el valle. «Amigo, qué teneis? le preguntó éste. Quiero consolaros.» Raimundo se da á conocer. «Debeis componer, le replica el monje, un libro sobre todas las ciencias, y por el cual vuestro *Arte general* pueda ser más fácilmente comprendido. Las obras de los antiguos son muchas veces oscuras, exigen largos años de estudios, y la confusion de las ideas es por demas dañosa á la religion,—Mucho

(1) *Abreviacion de la historia eclesiástica*, tomo VI, página 543.

tiempo há, responde Raimundo, que he buscado la verdad, y gracias á Dios, pude encontrarla; la he trasladado á mis libros. Pero estoy desconsolado al ver que no me ha sido posible consumar una obra en que he trabajado durante treinta años, y que mis libros son muy poco estimados. Al propio tiempo la mayor parte de las gentes me mira como un loco y me vitupera por lo que he querido emprender. Así, nada anhelo ya, sino vivir en mi dolor. Y pues que Jesucristo tiene tan pocos amigos cristianos en este mundo, yo me volveré á vivir entre los árabes para defender la verdad.» Insiste el monje, y observa que Raimundo reflexiona. «En qué pensais, Raimundo? le dice. —Considero, responde, que este árbol representa cuanto existe, tomando por emblemas de todas las cosas, las raíces, el tronco, los brazos, los ramos, las hojas y los frutos; y ya deseo escribir el libro que me habeis pedido.» En efecto, este libro se divide en diez y seis partes, formando una ciencia especial con la reunion de ideas y principios que habia encontrado en un solo árbol: 1.° el *Arbol elemental* es una cosmogonía; 2.° el *Arbol vegetal* es la botánica; 3.° el *Arbol sensual* es un estudio, objetivo y subjetivo al par, acerca de la percepcion exterior; 4.° el *Arbol imaginal* es un tratado de la sensacion y de la imaginacion; 5.° el *Arbol humano*, donde el autor habla de la union del alma y del cuerpo, de la memoria, de la inteligencia, de la voluntad, de la gramática, de la retórica, de la filosofía, de la aritmética, de la música, de la jurisprudencia y de otras cosas; 6.° el *Arbol moral* es el conocimiento de las virtudes y de los vicios; 7.° el *Arbol imperial* es la política; 8.° el *Arbol apostólico*, ó *Jerarquía eclesiástica*; 9.° el *Arbol celeste* es la astronomía y áun la astrología; 10, el *Arbol angélico*, que trata de los ángeles; 11, el *Arbol eternal* ó *evieternal*, que trata de la gloria y del infierno; 12, el *Arbol maternal*, donde la Vírgen María está considerada como madre de los hombres; 13, el *Arbol cristiano*, donde el autor explica la union de la naturaleza divina y la naturaleza humana en Jesucristo; 14, el *Arbol divino*, especie de teodicea; 15, el *Arbol de los ejemplos* explica los precedentes por ejemplos; 16, el *Arbol de las cuestiones*, que forma cuatro mil cuestiones, donde el autor da la solucion de los principales problemas filosóficos ó religiosos, así remitiendo al lector á tal parte de cual árbol, como explicándolo con claridad. Este libro, segun se ve, es una verdadera enciclopedia, que no maravilló al aparecer al fin del siglo XIII, como al fin de todas las grandes épocas en que se pretende presentar en un solo cuadro todas las doctrinas anteriormente adquiridas. «Con estos diez y seis árboles, dice el mismo doctor, se pueden conocer todas las ciencias.»

Aquí está ya bien manifiesto en lo que consiste el método del filósofo mallorquin. Su punto de partida es del principio de las propiedades ó de las causas muy generales. Esto es lo que denomina *raíces;* desde aquí deduce los fenómenos de ménos en ménos sintéticos, troncos, brazos, etc., hasta llegar al sencillo hecho, al fenómeno que no se puede reducir. Tomemos por ejemplo el *Arbol elemental:* las raíces son la grandeza, la duracion, etc.; el tronco es el cáos que sale de estas propiedades, áun confusas; los brazos son los cuatro elementos, que se separan unos de otros; los ramos de que algunos de estos elementos forman un sér particular, como el fuego, la llama; el aire, la atmósfera; el agua, la mar; la tierra, la masa sólida que nos sostiene, etc. Si para presentar otro ejemplo, el maestro estudia el *Arbol político*, las raíces serán la bondad, la sabiduría, etc., que desea en el jefe del estado, á quien nombra *emperador* ó *príncipe*. Si le falta la *bondad*, si hace el mal, daña á las bondades particulares que le han elegido, y cae en el infierno. El tronco del *Arbol imperial* no es el conjunto de las fuerzas sociales de una nacion; es la accion particular del príncipe; los brazos son los barones, los soldados, los vecinos de las ciudades, un confesor discreto, etc. Algunos de estos brazos podrian ingertarse en el *Arbol moral*, y Raimundo, al trazar sus deberes de los barones, etc., con los más curiosos pormenores acerca de las costumbres del tiempo y de definiciones en que se reconoce el espíritu franco é independiente de la edad media, como aquella de que «los vecinos de las ciudades son hombres que deben gobernarlas y conservar los privilegios». Las hojas son una especie de ciencia del derecho sobre las ventas, las compras, el homicidio, el robo, la esclavitud. Las flores son las virtudes del príncipe, que debe ser activo, «porque las naciones son ociosas con su ociosidad.»

.....¿Qué es en el fondo este *Arte magna*, en lo que de práctica tiene, sino el método sintético, largamente concebido y poderosamente aplicado, con el enorme abuso de colocar todos los séres, áun los morales, como en un gran tablero de ajedrez, en que todas las piezas guardan entre sí las relaciones necesarias? Pero ¿qué profundo juicio de las causas es menester para hablar de las leyes primordiales? «El filósofo, dice Raimundo, quiere conocer la verdad; fortifica su inteligencia para elevarse al conocimiento universal, de donde deduce muchas verdades..... Considera las co-

sas primeras y reales, y por ellas desciende á las realidades particulares, que estudia á continuacion separadamente. Sus investigaciones consisten en subir y descender de las causas superiores á la que es inferior, y de las causas inferiores á la que es superior, y las conoce por sus efectos.» A fuerza de estudiar la lógica en Raimundo Lulio, se ha perdido de vista la metafísica. Hombre admirable, en todas sus obras descubre á veces, y más si se le profundiza, el mismo pensamiento. Es verdad que este pensamiento es la unidad de la ciencia.»

XII.—DE ERNESTO RENAN.

(*Averroes y el averroismo, ensayo histórico.* Segunda edicion. París, 1861.)

Pero el héroe de esta cruzada contra el averroismo fué sin disputa Raimundo Lulio. El averroismo era á sus ojos el islamismo en filosofía; y la abolicion del islamismo fué, segun consta, el anhelo de toda su vida. De 1310 á 1312, sobre todo, el celo de Lulio atestigua su parasismo. Se le encuentra en París, en Viena, en Montpellier, en Génova, en Nápoles, en Pisa, perseguido de esta idea fija, refutando á Averroes y á Mahoma, por la combinacion de los círculos mágicos de su gran *Arte*. En 1311, en el concilio de Viena, dirige tres peticiones á Clemente V: la creacion de una nueva órden militar para la destruccion del islamismo, la fundacion de escuelas para el estudio de la lengua árabe, y la condenacion de Averroes y sus sectarios. Raimundo queria la absoluta supresion de las obras de Averroes en las escuelas, y que se prohibiese su lectura á todo cristiano. No consta que el concilio tomase en consideracion estas peticiones..... (1).

Parece que lo que más indignaba á Raimundo Lulio en las doctrinas de los averroistas de París, era la distincion de la verdad teológica y de la verdad filosófica; distincion que verémos calorosamente restablecida por el averroismo italiano del renacimiento, y que fué desde el siglo XIII hasta el XVII la defensa de la incredulidad.

XIII.—DE ELIPHAS LÉVI.

(*Historia de la magia.* París, 1860.)

El genio de la ciencia excita á Raimundo Lulio, que reivindica para el Salvador, hijo de David, la herencia de Salomon, y que llama por vez primera á los hijos de la fe ciega á los resplandores del universal conocimiento.

¡Con qué menosprecio hablan de este grande hombre los falsos literatos y los falsos sabios! La novela y la leyenda se han apoderado de su historia. Nos le representan amante como Abelardo, iniciado como Fausto, alquimista como Hermes, penitente y sabio como san Jerónimo, viajero como el Judío errante, piadoso é iluminado como san Francisco de Asís, mártir, en fin, como san Estéban, y glorioso en su muerte, como el Salvador del mundo..... Desde 1293 á 1311 solicita y obtiene del papa Nicolás IV y de los reyes de Francia, de Sicilia, de Chipre y de Mallorca el establecimiento de muchos colegios para el estudio de las lenguas. Por todas partes enseña su *Arte magna*, que es una síntesis universal de los conocimientos humanos, y cuyo objeto es reducir á los hombres á no tener más de un idioma, como ellos no tuviesen más de un pensamiento. Viene á París y maravilla á los más sabios doctores; despues va á España, se dirige á Alcalá de Henares, y funda una academia central para el estudio de las lenguas y de las ciencias; reforma muchos conventos, viaja por Italia, y recluta soldados para una nueva órden militar, cuya institucion solicita del concilio de Viena, el mismo que condena á los templarios. Los grandes de la tierra se mofan del pobre Raimundo Lulio, y á su pesar hacen, sin embargo, todo cuanto él desea. Este ilu-

(1) Las consideraciones del concilio de Viena, que monsieur Jourdain (*Phil. de S. Thomas d'Aquin*, II, 414-415) cree dirigidas contra el averroismo, eran en realidad contra el joaquinismo. (Labbe, *Conc.*, tomo XV, página 42-44.)

minado, que por irrision se llama Raimundo el fantástico, parece ser el papa de los papas, el rey de los reyes; es pobre como Job, y da limosna á los soberanos; se le llama loco, y confunde á los sabios. El más grande político de su tiempo, el cardenal Jimenez de Cisneros, talento tan vario cuanto profundo, no habla de Raimundo Lulio sin llamarle el *doctor iluminadísimo*.....

Discípulo de los grandes cabalistas, Lulio quiso establecer una filosofía universal y absoluta, sustituyendo á las abstracciones convencionales de los sistemas, la nocion fija de las realidades de la naturaleza, y á los términos ambiguos del escolasticismo, la palabra sencilla y natural. Lulio censura las definiciones de los sabios de su siglo, por eternizar las controversias con sus inexactitudes y sus anfibologías. *El hombre es un animal razonable*, dice Aristóteles; el hombre no es un animal, se puede responder, y raramente es razonable. Ademas, *animal* y *razonable* son dos términos que no se sabe cómo concordar. Un loco, segun ellos, no sería un hombre, etc. Raimundo Lulio define las cosas por su nombre mismo, y no por sus sinónimos, pues explica los nombres por la etimología. Así, en la cuestion: qué es el hombre? responderá: «Esta palabra, tomada en una acepcion general, significa la condicion humana; tomada en una acepcion particular, designa la persona humana.» Pero qué es persona humana? Originariamente, es la persona que Dios ha hecho, dando un soplo de vida á un cuerpo sacado de la tierra (*humus*). Actualmente eso eres, eso soy, eso es Pedro, eso es Pablo, etc. Las personas acostumbradas á la jerigonza científica no podrán ménos de exclamar, diciendo al doctor iluminado que todo el mundo podria manifestar otro tanto, y que él hablaba como un niño; que con tal método todos serian sabios, y que se preferia el buen sentido de las gentes vulgares á toda la doctrina de las academias. «Eso es justamente lo que yo quiero,» responderia sencillamente Raimundo Lulio. Tal es la censura de puerilidad dirigida á toda la teoría sábia de Raimundo Lulio, y ella es pueril, en efecto; pueril como la moral de Aquel que ha dicho: «Si vosotros no sois semejantes á los niños pequeños, jamas entraréis en el reino de los cielos.» ¡El reino de los cielos es tambien el reino de las ciencias, pues toda la vida celeste de los hombres y de Dios no es más que la inteligencia y el amor!

Raimundo Lulio queria oponer la cábala convertida en cristiana á la mágia fatalista de los árabes, las tradiciones del Egipto á las de la India, la magia de la luz á la magia negra; solia decir que en los últimos tiempos las doctrinas del Antecristo serian un realismo materializado, y que entónces resucitarian todas las monstruosidades de la malvada magia.....

Para los verdaderos eminentes cabalistas, este hombre era un gran profeta, y para los excépticos, que no saben respetar los grandes caractéres y las altas aspiraciones, Raimundo Lulio no era otra cosa que un sublime delirante.

INTRODUCTORIO

DEL

ARTE MAGNA Y GENERAL

PARA TODAS LAS CIENCIAS,

DE

RAIMUNDO LULIO.

Por cuanto toda ciencia es de universales, para que por los universales sepamos descender á los particulares y dar razon de ellos, por eso se siguen los universales escritos abajo, para que el entendimiento pueda por ellos exaltarse á entender en todas materias.

Los principios del *Arte general* son nueve, y tambien las reglas son nueve, como se ve en la tabla siguiente.

PRINCIPIOS TRANSCENDENTES.	CUESTIONES.	SUGETOS.
B. Bondad.	Si es?	Dios.
C. Grandeza.	Qué es?	Ángel.
D. Eternidad.	De qué es?	Cielo.
E. Poder.	Por qué es.	Hombre.
F. Sabiduría.	Cuánto es?	Imaginativa.
G. Voluntad.	Cuál es?	Sensitiva.
H. Virtud.	Cuándo es?	Vegetativa.
I. Verdad.	Adónde está?	Elementativa.
K. Gloria.	De qué modo y con qué es?	Instrumentativa.

PRINCIPIOS INSTRUMENTALES.	REGLAS.	VIRTUDES.
B. Diferencia.	Posibilidad.	Justicia.
C. Concordancia.	Quiddidad.	Prudencia.
D. Contrariedad.	Materialidad.	Fortaleza.
E. Principio.	Formalidad.	Templanza.
F. Medio.	Cuantidad.	Fe.
G. Fin.	Cualidad.	Esperanza.
H. Mayoridad.	Temporalidad.	Caridad.
I. Igualdad.	Lugarilidad.	Paciencia.
K. Minoridad.	Instrumentalidad. — Modalidad.—Sociedad.	Piedad.

VICIOS.	OPUESTOS DE LOS PRINCIPIOS TRANSCENDENTES.	OPUESTOS DE LAS VIRTUDES.
B. Avaricia.	Malicia.	Injusticia.
C. Gula.	Pequeñez.	Imprudencia.
D. Lujuria.	Privacion del bien.	Debilidad ó flaqueza.
E. Soberbia.	Impotencia.	Destemplanza.
F. Pereza.	Ignorancia.	Infidelidad.
G. Envidia.	Aborrecibilidad.	Desesperacion.
H. Ira.	Vicio.	Ódio del prójimo.
I. Mentira.	Falsedad.	Impaciencia
K. Inconstancia.	Pena.	Impiedad.

OPUESTOS DE LOS VICIOS.	OPUESTOS DE LOS PRINCIPIOS INSTRUMENTALES.	LOS VICIOS.
B. Liberalidad.	Confusion.	Prodigalidad.
C. Sobriedad.	Discordia.	Insobriedad.
D. Continencia.	De lo que concuerda los males.	Incontinencia.
E. Obediencia.	Ócio.	Desobediencia.
F. Fervor de obrar lo bueno.	Vacuo.	El que obra mal de corazon.
G. Amor del prójimo.	Inquietud.	Ódio del prójimo.
H. Suavidad.	Minoridad del mal.	Burla ó fisga.
I. Testimonio verdadero.	Desigualdad.	Contradiccion de la mente.
K. Reposo.	Mayoridad del mal ó de la culpa.	La inquietud del ánsia.

La *bondad* es ente por cuya razon lo bueno obra lo bueno; y así, es bueno el ser, y malo el no ser.

La *grandeza* es ente por cuya razon la *bondad*, *duracion*, etc., son grandes, comprendiendo las dos extremidades del sér.

La *eternidad ó duracion* es ente por cuya razon duran la *bondad*, *grandeza*, etc.

El *poder* es ente por cuya razon la *bondad*, *grandeza*, etc., puede existir y obrar.

La *sabiduría* es ente por cuya razon el sabio entiende.

La *voluntad* es ente por cuya razon la *bondad*, *grandeza*. etc., son amables.

La *virtud* es el orígen de la *bondad*, *grandeza*, etc., en un bien grande.

La *verdad* es aquello que es verdadero de la *bondad*, *grandeza*, etc.

La *gloria* es aquella delectacion en la cual la *bondad*, la *grandeza*, etc., reposan.

La *diferencia* es aquella propiedad por cuya razon la *bondad*, *grandeza*, *poder*, etc., son razones claras, y no confusas.

La *concordancia* es aquello por cuya razon la *bondad*, *voluntad*, etc., concuerdan en uno y en muchos; y es la mutua conveniencia de algunos en el mismo punto por el mismo fin.

La *contrariedad* es la mutua resistencia de algunos por sus diversos fines.

Principio es aquello que se ha y refiere á todas las cosas por razon de alguna propiedad de prioridad.

El *medio* es aquel sugeto por el cual el fin influye al principio, y el principio reinfluye al fin, participando la naturaleza de ambos.

El *fin* es aquello en que reposa el principio.

La *mayoridad* es la imágen de la inmensidad de la *bondad*, *grandeza*, etc.

La *igualdad* es el mismo sugeto en el cual reposa el fin de la *concordancia*, *bondad*, *poder*, etc.

La *minoridad* es ente cercano del nada.

De las especies de los principios instrumentales.

Sensual se dice aquel ente que siente ó puede ser sentido por el sentido; es á saber: viendo, oyendo ó tocando, etc., y asimismo como la piedra, árbol ú otra cosa.

Intelectual es aquel ente que es espiritual por su naturaleza, como Dios, ángel, alma racional.

Causa es aquel *principio* por cuya operacion se sigue lo causado, que es su efecto.

Efecto se dice lo causado que ha sido deducido y puesto en el sér por la operacion de la causa.

Causa eficiente es aquel agente que hace ó produce el efecto, como Dios, que creó el mundo, etc.

La causa material es aquella de la cual es la cosa secundariamente, como el cuerpo en el hombre, el hierro en el cuchillo.

La causa formal es aquella por la cual existe la cosa principalmente, y por ella se conserva en su sér, como el alma racional en el hombre, y la vegetativa en el árbol, etc.

La causa final es aquella por la cual se hace ó es hecha principalmente la cosa, como Dios, que es causa final de cualquier criatura, y el habitar lo es de la casa, etc.

La substancia es aquello que existe en sí y por sí, como Dios, ángel, hombre, etc.

Accidente es aquello que no existe por sí ni en sí, como la blancura, la salud, virtud, ciencia, etc.

Y son los nueve géneros de accidentes; es á saber: cuantidad, cualidad, etc.

La cuantidad es accidente por el cual los entes son cuantificados, finitos y terminados.

La cualidad es accidente por el cual los entes son cuales ó determinados, como la cualidad gramatical, etc.

La relacion es aquel accidente por el cual el ente mira y se refiere á otro de necesidad, como la relacion del maestro al discípulo, y la del padre al hijo.

La accion es la operacion del agente sobre el que padece, como el señor sobre el vasallo, el martillo sobre el clavo.

La pasion es la operacion del paciente debajo del agente, como el calentado debajo del calentante.

El hábito es accidente de quien se viste el sugeto, como la blancura en lo blanco, la ciencia en el que sabe.

La situacion es la debida y ordenada posicion de las partes en el todo, y al contrario, como el techo sobre las paredes, y el maderámen en la casa.

El tiempo es accidente, en el cual se participan todos los entes, como el tiempo del mundo, etc.

El lugar es accidente por el cual son colocados los entes, y están los unos contenidos en los otros, como el lugar que tiene cualquiera substancia corpórea.

El medio de conjuncion es aquel que junta en una diversas cosas, como el clavo dos maderos.

El medio de medida es aquel por el cual son medidas cosas iguales, como por el punto del círculo son medidas las otras partes de él.

El medio de extremidades es aquel que existe entre los extremos, como la pared entre el techo y los cimientos.

El fin de perfeccion es aquel en el cual se perfecciona la cosa, ó es aquello por lo cual es hecha finalmente la cosa, como Dios, que es la perfeccion del hombre, y el hombre de sus propias partes.

El fin de terminacion se dice el término de la cosa, como el término del reino ó del campo, etc.

El fin de privacion se dice el no sér en el cual acaba ó fenece la cosa, ó el no sér en el cual acaba ó fenece su sér naturalmente moral, violenta ó artificialmente, como la muerte, el pecado, la destruccion y ruina de la cosa, etc.

De los nueve sugetos generales.

Los nueve sugetos generales susodichos deben entenderse con cuatro condiciones; es saber: con la *definicion*, *diferencia*, *concordancia* y *mayoridad*. Con la *definicion* para que cada sugeto tenga su definicion propia, con la cual sea conocido y se diferencie de otro cualquiera; es á saber: con la *diferencia* que hay con un sugeto y otro, esto es, con la *mayoridad;* y segun que un sugeto es más alto y noble que otro cualquiera, le sean atributos los más altos y nobles principios, y las definiciones y reglas y principios y sus especies; siguiendo y conservando la definicion de la *diferencia* en la *concordancia* y en la *mayoridad*, como se ha dicho.

En los entes irracionales, en lugar de *sabiduría*, se pone INSTINTO; y en lugar de *voluntad*, APETITO; y por *gloria*, DELEITACION; y en lugar de *memoria*, RECORDACION.

Del primer sugeto, que es Dios.

Dios es aquel ente en el cual la *bondad*, *grandeza*, *eternidad* y sus demas dignidades son una misma cosa en número. Y Dios es aquel ente que tiene en sí todo complemento y plenitud, y que no necesita de alguna, fuera de sí. Dios es la *bondad*, *grandeza*, *eternidad*, y sus demas dignidades, sin *contrariedad* ni *mayoridad* ni *minoridad*.

El hombre puede tratar de Dios por las diez cuestiones generales, preguntando si hay Dios, qué es Dios, de qué es Dios, etc.; siguiendo las cuatro condiciones dichas, afirmando en Dios toda perfeccion, y negando y apartando de él todo defecto.

De los ángeles.

El ángel es substancia intelectual, creada más semejante á Dios en naturaleza que otra criatura. En el ángel hay *bondad* esencial y natural, *grandeza*, *duracion*, etc., excepto la *contrariedad*. Y se puede tratar de él por las diez cuestiones: si hay ángel, qué es el ángel, etc.; siguiendo las cuatro condiciones dichas.

Del cielo.

El cielo es aquel cuerpo que tiene más grandeza que otro cuerpo. El cielo tiene esencial *bondad*, *grandeza*, *instinto*, *apetito*, *delectacion*, etc., sin contrariedad, y se puede tratar de él preguntando por las diez cuestiones.

Del hombre.

El hombre es sensual é intelectual, ó es animal hombrificante, al cual compete propiamente el hombrificar.

El hombre tiene natural y esencial *bondad*, *grandeza*, etc., en dos maneras, sensual é intelectual, por cuanto está compuesto de alma racional y cuerpo. El alma racional es forma intelectual, que informa el cuerpo del hombre, dándole el sér humano y conservándole en la especie humana. Y tiene esencialmente tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad, con las cuales obra todo lo que obra. Y el cuerpo del hombre está constituido de la elementativa, vegetativa, sensitiva é imaginativa, y es movido á sus operaciones por la forma susodicha, y se puede tratar de él por las diez cuestiones.

De la imaginativa.

La imaginativa es la potencia ó parte animal por la cual el animal imagina aquellas cosas que le fueron representadas por los sentidos corpóreos. Y tiene esencial *bondad*, *grandeza*, *instinto*, *apetito*, *delectacion*, etc., sin *contrariedad* esencial; y tiene tres potencias que le son coesenciales; es á saber: *instintiva*, *apetitiva* y *recordativa*.

De la sensitiva.

La *sensitiva* es la potencia con la cual el animal siente lo sensible; es á saber: lo sensible, oible etc.; y tiene esencial y natural *bondad*, *grandeza*, etc.; y tiene seis sentidos particulares: la vista, oido, gusto, tacto, olfato y habla, en los cuales está diversificada.

De la vegetativa.

La vegetativa es aquella potencia por la cual se hace naturalmente la trasmutacion de una sustancia en otra, como de la lluvia en planta y de la vianda en carne, etc.; y tiene natural y especial *bondad*, *grandeza*, *instinto*, *apetito*, *delectacion*, sin *contrariedad* esencial. Tiene tambien cuatro potencias, con las cuales obra naturalmente; es á saber: la apetitiva ó atractiva, por la cual atrae al sugeto; por la retentiva retiene, por la digestiva digiere lo retenido, por la *expulsiva expele* lo que no conviene al sugeto. Y puede tratarse por las diez cuestiones.

De la elementativa.

La *elementativa* es ente natural, ó aquella potencia en los elementados, por la cual los elementos entran en la composicion y existen porque obran en los elementados, que se componen de ellos. Los elementos son cuatro; es á saber: el fuego, el aire, el agua y la tierra. El fuego es cálido y seco, ligero y lúcido. El aire es húmedo y cálido, ligero y diáfano. El agua es fria y húmeda, pesada y blanca. La tierra es seca y fria, pesada y negra.

La elementativa tiene *bondad*, *grandeza*, etc., con contrariedad por razon de los elementos, que son contrarios por sus cualidades propias y apropiadas. Puede ser investigada por las diez cuestiones generales. Cada uno de los elementos tiene su *bondad* propia, natural y esencial, su *grandeza*, etc.

De la instrumentativa

La *instrumentativa* es la potencia ó el hábito por el cual se hacen las obras, así innaturales como las artificiales, y obras de otro modo. Y contiene tres especies; es á saber: moralidades, las artes liberales y otras ciencias, y las artes mecánicas.

En la instrumentativa hay *bondad*, *grandeza*, á su modo en general, y cada una de sus especies tiene *bondad*, *grandeza*, etc., y *diferencia* de la otra, segun que son diferentes entre sí. El artista general trata general y especialmente de la instrumentativa por las diez cuestiones, y asimismo de sus especies, porque están contenidas en ellas y debajo de ellas, y tambien de cualquier contenido debajo de cualquiera, reglando siempre las cuatro condiciones generales susodichas, que son: *definicion*, *diferencia*, *concordancia* y *mayoridad*.

De las virtudes.

La justicia es virtud por la cual se da á cada uno lo que es suyo; es á saber: á Dios, á sí mismo y á su prójimo.

La prudencia es virtud por la cual se obra prudentemente, eligiendo, evitando y previendo; es á saber: eligiendo ántes lo más bueno y evitando lo malo, y más presto lo más malo. Previendo; es á saber: en las cosas posibles é imposibles, útiles é inútiles, etc. La fortaleza es virtud con la cual el hombre fuerte fortifica su alma contra los vicios, para poder alcanzar las virtudes.

La templanza es virtud por la cual el templado templa su alma y actos entre dos extremidades contrarias, segun lo mayor, lo peor y lo menor.

La fe es virtud con la cual el hombre cree ser verdadero aquello que no siente ni entiende, y con lo cual puede ascender á entender sobre sus fuerzas naturales con el referimiento de todo el hombre.

La esperanza es virtud por la cual el que espera, espera auxilio de Dios, perdon, premio ó gloria.

La caridad es virtud con la cual la voluntad asciende á amar á Dios y á su prójimo sobre su poder natural; ó

se definirá así: La caridad es virtud por la cual el caritativo ama á Dios sobre todas las cosas, á sí mismo y á su prójimo igualmente, en Dios y por Dios.

La paciencia es virtud por la cual sufre el hombre pasion en paz y sin ira del corazon; ó la paciencia es hábito con el cual el paciente vence y no es vencido.

La piedad es la virtud con la cual la voluntad se conmueve á tener compasion de las necesidades de su prójimo; ó la piedad es hábito con el cual el piadoso se conduele del dolor de su prójimo.

De las definiciones de los vicios.

La avaricia es el vicio que extravia y desencamina los bienes del fin para que fueron creados; ó la avaricia es el vicio con el cual lo bueno es extraviado y desencaminado de su fin, que es servir á Dios justa y prudentemente, etc.

La gula es el vicio que más veces priva de la abstinencia y templanza que otro vicio alguno, y por eso es el pecado por el cual mueren muchos más hombres que por otro pecado; ó la gula es el vicio por el cual el gloton priva de sí la abstinencia y templanza, por el mucho comer y beber y el desreglado apetito de estos dos.

La lujuria es vicio por el cual el hombre usa indebidamente de sus potencias contra la congruidad de la continencia; ó la lujuria es el vicio con el cual el lujurioso desencamina la cópula del órden é intento final por que es.

La soberbia es el vicio con el cual los hombres apetecen los honores que no les competen.

La pereza ó acidia es el hábito con el cual el perezoso tiene pereza en hacer lo bueno y evitar lo malo, y tiene placer y goza del mal de los otros y tristeza de su prosperidad.

La envidia es el vicio por el cual el envidioso desea injustamente los bienes de otro, y se regocija del mal de los otros, y se entristece de su prosperidad.

La ira es aquel vicio por el cual la voluntad sin deliberacion aborrece el bien y ama el mal; ó la ira es el vicio con que el airado ata su libertad y deliberacion contra la voluntad refrenada y reglada debajo de la paciencia, y por esta causa desea el mal y aborrece el bien.

La mentira es aquel vicio con el cual el mentiroso pronuncia con la boca falsa y viciosamente lo que tiene en el entendimiento.

La inconstancia es aquel vicio con el cual el inconstante es en muchas maneras variable.

De las cien formas (1).

La entidad es aquello por lo cual el ente es ente y produce el ente, de la misma manera que la *bondad* es aquello por lo cual lo bueno es bueno y obra lo bueno, etc.

La esencia es aquello por lo cual es el sér; como el hombre lo es por la humanidad, y el ente por la entidad.

La virtud es ente por el cual el uno es uno y obra ó produce el uno.

La pluralidad es la agregacion ó junta de muchas cosas en algun modo diversas.

El abstracto es la esencia de las cosas, como la blancura de lo blanco.

El concreto es ente en el cual está sustentado el abstracto, que es su esencia.

La naturaleza es principio por el cual los entes naturales son producidos naturalmente. Y ésta es dupla; es á saber: naturaleza naturalizante, como Dios, y naturaleza naturalizada, como la criatura; y por eso se ha de tratar diferentemente de la naturaleza, segun que es diversificada por diversos sugetos.

El género es ente que predica de muchos diferentes en especie; como la piedra, que predica del mármol, rubí, zafiro, etc., y el animal, que predica del hombre, buey, leon, etc.

La especie es la que se predica de diferentes en número; como hombre, de Pedro, Juan, Francisco, etc.

La disposicion es la privacion de alguna cosa por cuya razon se dispone la misma cosa á algun fin, como el disponer la materia natural ó artificial para algun fin.

La proporcion es el órden de los grados para una cosa; como los elementos.

La intencion es el acto por el cual los entes se han y llevan á operar por razon de algun fin natural, artificial ó racional. Y es dupla, es á saber, primera y segunda.

La primera mira al fin.

El instante es principio y término del tiempo.

La intensidad es más cercana al simple que al compuesto, como el fuego simple.

La extensidad es por lo contrario; como el fuego, que entra y está en los elementos y elementados.

La contigüidad es el acto de la conjuncion de las cosas en las extremidades, como los huesos y carne en el cuerpo.

La continuidad es la mixtion de las partes, unas de las cuales están en las otras; como los elementos en los elementados.

El cáos ó el hyle es el cuerpo primero existente, principio de todas las cosas generales y conceptibles, y es el cuerpo constituido en la materia primera y de la forma universal.

El individuo es ente que predica sólo de uno; como Pedro de sí mismo, y dista más de la especie que otro alguno.

La simplicidad es ente por el cual los entes son simples, por razon de que no son constituidos de muchas esencias; como Dios, que es ente simple y supremo en simplicidad, por cuanto es una sola esencia, que es su misma *bondad*, *grandeza*, etc., y pura simplicidad. En las criaturas, aquello se dice simple que es uno por su número respecto de otro; como el ángel, el alma y el fuego simple.

La composicion es la agregacion ó junta de muchas esencias en un sér compuesto de muchos; como el

(1) Sirven para que, discurriendo por ellas cualquier sugeto, pueda tener de él nuestra razon conocimientos más cumplidos.

hombre, que está compuesto del alma racional y del cuerpo; y como el elementado de los cuatro elementos, y la substancia creada, que es compuesta de materia y forma.

La forma es principio esencial, por el cual consiste particular y principalmente la accion.

La materia es principio esencial, al cual compete propiamente la pasion, y por cuya razon es pasiva la substancia compuesta.

El cuerpo es substancia que tiene longitud, latitud y profundidad; como la piedra, el árbol, etc.

Las rectitudes del cuerpo son seis; es á saber: hácia arriba, hácia abajo, adelante, atras, á derechas y á izquierdas.

El punto es la parte mínima del cuerpo.

La línea es una longitud tirada, compuesta de muchos puntos continuos, cuyas extremidades son dos puntos.

La esfera es el lugar propio que apetece cada elemento; como el fuego ir hácia arriba, la tierra hácia abajo, etc. La esfera celeste se dice el círculo en el cual están situados los signos y planetas.

La razon es la luz del entendimiento para conocer las realidades de las cosas.

El vacuo es aquel sugeto en el cual no se considera entidad alguna, y lo pleno es lo contrario.

El universal es aquel ente que contiene en sí muchos particulares, y el particular al contrario.

La propiedad es ente con el cual el agente obra específicamente; como el animal, la planta, etc.

La translacion es acto naturalmente bueno en el transladado, siendo este desnudado de la forma antigua, y vestido de la nueva.

La alteracion es la mudanza ó mutacion de una cualidad en otra, permaneciendo la misma substancia; como el vino en vinagre, la salud en enfermedad, la virtud en vicio, etc.

La generacion es la operacion natural por la cual lo que está en potencia existe naturalmente en acto, causando nueva forma.

El ángulo es parte de la figura, en el cual participan aguda ó rectamente los términos de la línea.

La figura es accidente constituido de la situacion de las líneas, del hábito, de la superficie y de los colores.

Las figuras generales son tres; es á saber: triangular, cuadrangular y circular. La triangular es la figura que tiene tres ángulos agudos, contenidos en tres líneas. La cuadrangular es la figura que tiene cuatro ángulos, rectos ú oblícuos, contenidos de cuatro líneas. El círculo es la figura que está contenida de una línea sola circular.

La superficie es la extremidad superficial del cuerpo, en la cual se manifiesta su color.

El instinto es principio por el cual se reglan los entes naturales para sus operaciones naturales, segun su especie y naturaleza; como en el fuego y el aire el subir, en la tierra y el agua el bajar, en el hombre el beber, el comer, etc. Y es semejanza de la sabiduría.

El movimiento es principio por el cual los entes motivos mueven los movibles á algun lugar. Y es duplo; es á saber: natural ó artificial, ó movimiento violento. Los naturales son seis; es á saber: generacion, concepcion, aumentacion, disminucion, alteracion y mutacion de lugar.

La potencia es aquello que se inclina y lleva el objeto con su acto; como la vista con el ver, el oido con el oir; y en el hombre hay diez potencias naturales; es á saber: el oido, la vista, el gusto, el tacto, el olfato, el habla, la imaginativa, la memoria, el entendimiento y la voluntad, con las cuales corresponde á diez modos de objetos.

De otro modo se toma la potencia por el ente que áun no es, sino que puede ser; cómo la ciencia en el entendimiento, el fruto en el árbol. El objeto es aquel ente que es *aprehendido* por la potencia; como el sabor por el gusto.

El acto es obra ú operacion de la potencia, con la cual la potencia recibe el objeto; como el ver de la vista. Semejantemente el acto es duplo; primeramente, cuando el ente está en su sér; secundariamente, por su obrar.

La inmovilidad es propiedad del ente inmóvil, que no tiene apetito para moverse; como Dios, que es ente inmóvil, siendo ente eterno é infinito y que tiene en sí su perfeccion eterna é infinitamente.

La sucesion es la conmutacion de uno en otro por el movimiento.

La atraccion es el acto de la potencia, que apetece atraer á sí alguna cosa, segun su naturaleza y la propiedad del atrayente y atraido; como la piedra iman al hierro, y la triaca al veneno.

La recepcion sigue á la atraccion relativamente.

La significacion es la revelacion de los secretos con la señal de las cosas demostradas.

La novedad es ente por el cual el sugeto se habitúa de hábitos ó de nueva cuantidad.

La monstruosidad es la extraviacion ó desencaminamiento que sucede á la naturaleza, del principio al fin, por superabundancia ó por grande indigencia; como los seis dedos de la mano, ó cuatro solos, y por eso se dice monstruo.

El color es hábito contenido por la figura, y son cuatro los colores generales; á saber: lucidez, diafanidad, blancura y negregura.

La sombra es hábito privado de la claridad de la luz, y es hábito del aire, ennegrecido por lo opuesto de la tierra.

La necesidad es aquel ente que no puede ser de otra manera. Necesario es aquello que de ninguna manera se puede evitar.

El contingente es lo que viene sin necesidad, y es duplo; es á saber: simple y necesario. Contingente simple es aquel que de ningun modo es necesario; como el ser herrero. Contingente necesario es la necesidad futura de uno de dos contradictorios; como el salvarse Pedro, ó el condenarse.

La fortuna es accidente hallado sin intencion del afortunado.

La ocasion es el ente que tiene intencion de aquellas cosas que pueden acontecer; como el hombre que pone leña en el fuego para que se queme, y es ocasion de la combustion.

La definicion es manifestacion cierta y expresa de las cosas y de sus propiedades.

La cuestion es una pregunta no conocida, por la cual están pendientes las potencias del alma para reposar en sus actos, y se hace de diez modos en la cuestion; es á saber: por el si es? qué es? de qué es? etc.

La obstinacion es la accion demasiada de la memoria y de la voluntad en el objeto, por el cual el entendimiento está firme en la afirmacion de lo falso contra la verdadera negacion, como del vicio y del amor.

La opinion es la credulidad de alguna cosa con duda.

La suposicion es cierta confusion constituida de la posibilidad de la afirmacion y de su negacion contraria, para que investigando, se pueda hallar la verdad.

La demostracion es la manifestacion de lo no conocido é ignoto por lo conocido, ó de lo ménos conocido por lo más conocido. Y se hace en tres maneras; es á saber: *per quid*, esto es, por la causa, y *per quia*, esto es, por el efecto, y por equiparancia. La primera, como el sol ha salido, luego es de dia. La segunda, es de dia, luego el sol ha salido. La tercera, como la bondad es infinita y eterna, luego el divino poder es hombre, por cuanto la bondad de Dios y la del Hombre-Dios son iguales. O la demostracion es necesaria ó consecuente aprehension de alguna posicion particular, ó privacion proveniente de la necesaria y conveniente posicion, ó de la imposible privacion de las definiciones y propiedades de los principios universales, distinciones y reglas del *Arte general*.

La predicacion es arte con la cual el predicador informa é instruye al pueblo, porque tenga buenas costumbres y evite las malas.

El punto transcendente es instrumento del entendimiento humano, con el cual alcanza su objeto, segun la naturaleza de las potencias inferiores, y alcanza el objeto supremo sobre su naturaleza. O el punto transcendente es lo alto y revelado, ó la dificultad de la realidad del objeto, implicando contradiccion en la potencia, por cuanto la potencia de su naturaleza no lo puede alcanzar totalmente.

La idea en Dios es ente ú objeto eternamente por la divina sabiduría de las cosas producidas en tiempo. Y esta idea en Dios es el mismo Dios; la idea en tiempo es semejanza de la idea eterna. Y tal idea ó semejanza es creada en la criatura.

La predestinacion en la divina sabiduría es el acto que entiende los hombres elegidos por su salvacion eternamente con justicia. Y esta predestinacion en Dios es idea, la cual es Dios. La predestinacion es acto de la divina sabiduría, que entiende los que han de ser reprobados y condenados con justicia.

La libertad es propiedad intelectual, dada á la criatura racional para que ame libremente el bien y evite el mal. El libre albedrío es aquel ente en el alma racional, por el cual se mueve libremente á lo bueno ó á lo malo, amando ó aborreciendo, tomando ó dejando. Y es duplo; es á saber: especulativo, especulando cuándo hará ó no lo deliberado; práctico, cuando es hecha la eleccion. La creacion en la eternidad es idea, la cual es sabida eternamente por la divina sabiduría y formada por la divina voluntad. Y esta creacion es idea en la eternidad, que es Dios. Y la creacion en tiempo es la produccion del ente sacado del nada. Y esta creacion es criatura.

La misericordia es la perdonante de las culpas y pecados. Y la misericordia en la eternidad es idea, que es Dios; pero en el perdonado ó predestinado es criatura.

La gracia es eleccion de la persona sin méritos suyos, dando los bienes á aquellos que no los merecieron.

La ciencia es el conocimiento verdadero y necesario de las cosas, conseguido por el verdadero entender. La ciencia general es un cierto hábito que es aplicable, por cuya razon todo lo sabible de las otras ciencias está en potencia de dicho acto para ser sabido. El entendimiento humano imagina, el cual en una hace ciencia de tres maneras; es á saber: en este mundo, la primera, por la naturaleza del sentido y de la imaginacion; la segunda, por su naturaleza sobre su imaginacion; la tercera, sobre su naturaleza en la naturaleza y perfeccion de lo supremo. Y así la razon del humano entendimiento es *tripla*, segun el *triplo* modo susodicho que tiene en entender.

El arte es la ordenanza y estatuto para conocer el fin del cual se pretende tener noticia. Y tiene dos especies, es á saber, el arte mecánica y el arte liberal. El arte mecánica es el modo lucrativo y manual para dar sustento á la vida corpórea. El arte liberal es cierto modo de saber, por el cual el entendimiento, para ser elocuente, conoce las cantidades de las cosas, y son siete; es á saber: gramática, lógica, retórica, música, geometría, aritmética y astrología.

Arte moral es el modo de ordenar las potencias y de aprender por la multitud y notificacion de sus acciones.

Arte general es un estatuto universal para todas las ciencias, por sus principios primitivos y generales, en los cuales se manifiestan con claridad y poder sus unidades.

Item, el arte general es un don de Dios, para que el humano entendimiento tenga un instrumento general para conocer necesariamente las verdades de los entes, en las cuales reposa, para que esté apartado por el verdadero entender de las opiniones y errores.

La teología es ciencia que prepara el entendimiento y voluntad humana á conocer y amar á Dios, nuestro Señor.

La filosofía es ciencia por la cual el entendimiento es iluminado para conocer la primera causa, por cuyos efectos conocemos las operaciones secretas, naturales ó morales, de los filósofos.

La astrología es ciencia para conocer las virtudes y movimientos que tiene el cielo en los cuerpos inferiores elementales, segun la naturaleza de los cuerpos superiores, es á saber, de los signos y planetas.

La geometría es arte por la cual se tiene la enseñanza y doctrina para medir las líneas, los ángulos y las figuras de las cosas corpóreas, las longitudes, latitudes y profundidades.

La aritmética es arte inventada para numerar muchas unidades.

La música es arte para ordenar muchas voces concordantes en un canto ó tono

La retórica es arte para ordenar las palabras hermosa y ordenadamente.

La lógica es arte que enseña á discernir de lo falso lo verdadero.

La gramática es arte que enseña á hablar, pronunciar y escribir congrua y rectamente.

La medicina es ciencia que enseña á conservar la salud, ó habiendo padecido quiebra, restablecerla, segun la posibilidad de la naturaleza en el cuerpo sensado.

La moralidad es hábito fuera de la naturaleza, por el cual está uno dispuesto á obrar lo bueno ó lo malo por las virtudes ó los vicios.

El derecho es dar á cada uno lo que es suyo.

La milicia es el hábito con el cual el soldado ayuda á su príncipe para que pueda mantener la justicia.

La política es arte con la cual los ciudadanos procuran la utilidad pública de la ciudad.

SÍGUENSE LOS PRINCIPIOS DE CADA CIENCIA, SEGUN SU PROPIO SUGETO.

De la teología.

Dios es el sugeto en la teología, y se dice sugeto por razon de que todo lo que se trata se dirige á dar noticia de Dios.

El fin de la teología es conocer á Dios, honrarle, alabarle y servirle, y usar con la teología, de las virtudes contra los vicios, para conseguir la bienaventuranza. Los principios de la teología son la esencia divina, vida, dignidades, actos, formas, relacion, ordenanza, accion, artículos, preceptos, exposicion, primera intencion, segunda intencion.

De la filosofía.

La delectacion del saber es el sugeto de la filosofía; el fin, conocer la causa primera y los secretos de los efectos. Son los principios la primera causa, el movimiento, inteligencia, el orbe, la forma universal, materia primera, naturaleza de los elementos, los simples, apetito, potencia, hábito, acto, mixtion, digestion, composicion, alteracion.

De la division de la filosofía.

La filosofía se divide en tres partes: una natural, otra moral y otra sermocinal. La natural es ciencia adquirida de las cosas naturales; la cual tiene tres partes: metafísica, física y matemática.

La metafísica es ciencia de las cosas espirituales transcendentes; de la cual hay tres consideraciones: divina, angélica y el alma racional.

La física es ciencia de las cosas inferiores, naturales en los elementos y elementados.

La matemática es ciencia de las cosas naturales consideradas en su cuantidad, cuyas partes son cuatro: geometría, astrología, música y aritmética.

La geometría considera en el cuerpo la cuantidad inmóvil.

La astrología, la cuantidad en los movibles en el cuerpo celeste.

La aritmética, el número solamente.

La música, el número referido al són.

La filosofía moral es la ciencia de las cosas morales, y tiene tres partes: monástica, económica y política.

La monástica es ciencia del gobierno de uno en sí mismo.

La económica es el régimen ó gobierno de uno para muchos.

La política es el gobierno de muchos para muchos.

La filosofía sermocinal es ciencia que considera la elocucion, y son tres sus partes: gramática, lógica y retórica.

La gramática trata del modo de hablar congrua y competentemente.

La lógica, del verdadero.

Y la retórica, del pulido y bien adornado.

Del derecho.

La justicia es el sugeto en el derecho; el fin, el que haya paz y concordia entre las gentes, para que sirvamos á Dios con limpieza y honestidad.

Los principios son: amar á Dios, vivir honestamente, dar á cada uno lo que es suyo.

Amar á Dios es principio para usar de las virtudes y apartarse de los vicios.

Volver y dar á cada uno lo que es suyo es principio para satisfacer de sí mismo á Dios, á sí mismo de sí mismo, y á su prójimo de sí mismo.

O los principios son éstos: forma, materia, derecho general, derecho comun, especial, natural, positivo, canónico, civil, consuetudinal ó de costumbre, teórico, práctico, militar, comparativo, antiguo, nuevo.

De la medicina.

La salud es el sugeto en la medicina, y el fin que el cuerpo sensado pueda tener, las operaciones que le competen. Los principios son tres: las cosas naturales, las innaturales y las contra naturaleza. Las cosas naturales son siete: los alimentos, complexiones, humores, miembros, virtud, operaciones y especies. Y cuatro cosas son anejas á las susodichas: la edad, el color, la figura y la distancia entre el varon y la hembra. Las innaturales son diez: la vianda, el aire, la bebida, el sueño, la vigilia, el ejercicio, la accion, la replecion, la vanidad y los accidentes del alma.

Las cosas contra naturaleza son tres: la enfermedad, la causa y el accidente.

De la geometría.

La cuantidad contínua inmóvil es el sugeto en la geometría. El fin, el conocer las latitudes, las longitudes y profundidades de las cosas corpóreas. Los principios son diez: punto, línea, ángulo, figura, cuantidad, centro, capacidad, longitud, latitud y profundidad.

De la astronomía.

El sugeto en la astronomía es la cuantidad continua móvil ó la influencia celeste; el fin, conocer las virtudes y los movimientos que tiene el cielo en los inferiores efectivamente. Los principios son los signos y planetas; los signos son doce: Aries, Tauro, Géminis, Cancro, Leon, Virgo, Libra, Escorpion, Sagitario, Capricornio, Acuario, Pisces. Los planetas son siete: Saturno, Júpiter, Marte, Sol, Vénus, Mercurio, Luna.

De la aritmética.

Es absolutamente el número el sugeto en la aritmética; el fin, el sumar contando muchas cuantidades, y retenerlas más fácilmente en número. Los principios son paridad, imparidad. Los números son tres: artículo, dígito y compuesto. Las especies del número son diez: numeracion, sumar, restar, medio partir, duplar, multiplicar, partir, progresion, extraccion de raíz cuadrada y extraccion de raíz cúbica.

De la música.

El sugeto en la música es la concordancia de las voces ó la melodía; el fin, el producir delectacion en el canto, concordando diversas voces. Los principios son diez: altura, infinidad, mediocridad, longitud, brevedad, grosez, magrez, sutilidad, proporcion, acento de las vocales y de las consonantes.

De la gramática.

La congruidad y rectitud de hablar es el sugeto en la gramática; el fin es el hablar, el pronunciar y el escribir congrua y rectamente. Sus principios son: la letra, sílaba, diccion, oracion y las ocho partes de la oracion, ó la concordancia del sustantivo y adjetivo, del supuesto, del opuesto ó añadido, del relativo, del antecedente y del modo de significar.

De la lógica.

En la lógica es el sugeto los argumentos, ó la razon y significacion argumentativa; el fin es, que argumentando se puedan hallar y conocer lo verdadero y lo falso, y distinguir lo uno y lo otro. Los principios son: el término, proposicion, etc.

De la retórica.

La ordenanza y hermosura de las palabras es el sugeto en la retórica; el fin, el mover la voluntad del oyente al fin deseado por las palabras pulidas, hermosas y adornadas. Los principios son: forma, materia y fin; las partes son cinco: intencion, disposicion, locucion, memoria y pronunciacion.

Y teniendo la ciencia general principios, cuestiones y reglas generales para todos artes y ciencias, y para cualquier particular contenido en ellas, y para la unidad del arte ó de la ciencia, se revelan y manifiestan aquellas en el arte general, siguiendo su progreso, como el particular en su universal, inquiriendo la *bondad*, *grandeza*, etc., é investigando de él por el *si es? qué és?* etc.; y por eso el arte general es espejo del entendimiento, en el cual resplandecen y se manifiestan las verdades de todo lo que es sabible. El fin de la ciencia especulativa es la verdad, y de la práctica, la operacion.

ARBOL DE LOS EJEMPLOS DE LA CIENCIA,

DE

RAIMUNDO LULIO (1).

De las raíces.

Quiere el fuego y apetece que su calor sea bueno en el agua, para que su *bondad* tenga gran *virtud*. Por eso el agua rogó á el aire que se acordase de ella en su enfermedad; y entónces el monje rogó á Raimundo que le declarase aquel proverbio. Respondió Raimundo á el monje, diciendo que el aire estaba enfermo de dos enfermedades. Tenía una enfermedad por el amor, y otra por el dolor. Tenía enfermedad por el amor, por cuanto estaba malcontento de la tierra, que tenía accion sobre el fuego, á el cual amaba mucho, y deseaba fuese señor de la tierra, que era su enemiga. Tenía el aire enfermedad por el dolor, por cuanto sentia la sequedad que el fuego introdujo en él, la cual sequedad atormentaba su humedad. Por eso el agua dijo á el aire que se acordase de ella en la enfermedad que padecia, por cuanto el fuego puso en él su contrario, por quien el aire debia aborrecer el fuego. Y esto decia á el agua, para que el aire fuese contrario á el fuego, y tuviese concordancia con ella. Pero el aire respondió á el agua, diciendo que ántes queria estar enfermo, y ser bueno y leal amigo de el fuego, que le daba su semejanza, que estar sano, y cometer contra su amigo algun engaño ó delicto; porque ninguna enfermedad es tan grande como la enfermedad que es por la traicion y poco reconocimiento, el cual hace que el hombre se olvide de los beneficios que recibió de su señor; por eso dijo el aire que él queria ser subjecto y súbdito á el fuego, su señor, para que él tenga accion en el agua, y tenga en ella su dominio con la *grandeza* de *bondad* y *virtud;* por cuanto es gran *virtud* el calor de el fuego, y gran bien que éste sea señor de su amigo por la *concordancia* de el amor, y de su enemigo por la *contrariedad*.

Lloró el agua, y dijo á el aire que él no sabía la falsedad que el fuego hacia á la tierra; y el aire preguntaba á el agua qué falsedad era aquella; el agua respondió, diciendo que el fuego y tierra habian hecho compañía, y se habian prometido mutuamente que todo lo que ganarian, lo dividirian y comunicarian entre sí; de adonde sucedió que la tierra ganó el hierro, y el fuego el oro. Y cuando llegaron á la particion y division de el hierro y de el oro, dijo la tierra á el fuego que él lo dividiese; y esto dijo la tierra para que el fuego la diese oro, por cuanto le da su sequedad; y tambien por cuanto aquel que divide liberalmente, siempre da á el otro la mayor parte, y creyó que el fuego hiciese lo mismo. Y el fuego dividió, y dió á la tierra el hierro, y retuvo para sí el oro. Respondió el aire, y dijo á el agua que el fuego de ninguna manera cometia falsedad en la division, pues la tierra tuvo falsa intencion en la eleccion, cuando habia dicho á el fuego que él hiciese la particion de el hierro y de el oro; la cual habia hecho justamente, para castigar á la tierra de la falsa intencion que tuvo.

El aire rogó á el agua que no se confederase con la tierra, pues habia hecho compañía con él; porque no hay cosa alguna entre dos contrarios que pueda durar mucho tiempo; siendo así que él y la tierra están en *contrariedad* vehemente. Y el agua respondió á el aire, y le dijo que aquella *duracion* era grande, que dura en la *concordancia* por la accion y pasion. Maravillóse el aire de lo que decia el agua, y le preguntó de qué modo la compañía y sociedad de la accion y pasion podia durar en la *concordancia*, siendo así que la accion y pasion se contrarian; y el agua respondió, y dijo estas palabras: «Cuéntase que el color de el fuego y el color de la tierra se encontraron recíprocamente en la llama de el fuego, en la cual tuvieron *concordancia* por el modo de accion y pasion, por cuanto la tierra dijo á el fuego que ella (que le daba su sequedad) queria tener su color en lo superior y eminente de la llama en el humo que sale de el fuego, y tambien en las cosas que el fuego abrasa, como en el carbon y en la pimienta. El fuego, pues, la respondió, y dijo que estuviese contenta bastantemente pues su color quedaba en el lugar medio de la llama, y así de el hierro caliente y de los carbones, y de otros semejantes á éstos.»

La tierra dijo á el fuego que ella no le daria sequedad, pues él se la daba á el aire, que es su enemigo. Y el fuego respondió á la tierra que ella ignoraba el poder de la liberalidad de el fuego. Dijo la tierra: «¿Cuál es el *poder* de la liberalidad?—Cuéntase, dijo el fuego, que la liberalidad y la avaricia se encontraron recíprocamente; y por cuanto la liberalidad habia dado todo lo que tenía, y no podia dar más, porque no tenía qué ni de qué, rogó á la avaricia (que estaba llena y abundante de muchas cosas) le diese de aquello que tenía, para que ella pudiese dar á otros, por cuanto estaba

(1) Está sacado del libro llamado *Arbol de la ciencia*.

enferma porque no podia darles; y la avaricia se excusó, y dijo que ella no le podia dar cosa alguna, porque no queria tener su semejanza. Y entónces la liberalidad se valió de aquellos á quienes habia dado alguna cosa, y de aquellos á quienes queria dar alguna cosa. Y todos conjuntamente fueron contra la avaricia, y la despojaron de los bienes que poseia, para que la liberalidad tuviese que poder dar, y la avaricia quedó triste y enferma, y dijo estas palabras: ¡Ah, cuánto dolor tengo por el tesoro por quien he trabajado tanto tiempo, y sufrido tanta hambre y sed, con tantos y tan diversos deshonores y temores, el cual veo que se distribuye á mis enemigos, y que mi enemiga lo va repartiendo.»

El fuego y el aire mutuamente se encontraron en un desierto grande, en el cual el aire habia buscado mucho tiempo á la tierra, para tomar venganza de ella de cierto vituperio que le habia hecho. Y en aquel tiempo en que el fuego y el aire se habian encontrado, el sol estaba en el ocaso; por lo cual el aire rogó á el fuego que le hiciese luz ó alumbrase toda aquella noche, para que él pudiese hallar á la tierra, á la cual deseaba encontrar. Y el fuego consideró mucho tiempo si daria luz á el aire, para que éste pudiese hallar á la tierra; porque el fuego tenía vergüenza de contradecir á los ruegos de el aire, y hacia consciencia si descubriria la tierra, que era su amiga, á la cual queria el aire destruir y matar. Y en el ínterin que el fuego discurria de esta suerte, se maravillaba el aire de que el fuego no respondia á los ruegos que le habia hecho; y dijo á el fuego que bien habia conocido que no le amaba mucho, pues no habia respondido presto á los ruegos que le habia hecho, de modo que le estuviese obligado á darle gracias. Pero el fuego dijo á el aire que él ignoraba de qué modo la *sabiduría* respondió á la *voluntad*. «¿Y cómo fué esto? dijo el aire. — Cuéntase, dijo el fuego, que la *voluntad* tenía gran deseo de poder hallar un hombre, á el cual habia amado mucho, y rogó á la *sabiduría* que le enseñase los lugares en los cuales podria hallar aquel hombre que deseaba hallar, para poder honrarle y servirle. Pero la *sabiduría* respondió á la *voluntad*, diciendo que le hacia justa peticion, y que le mostraria de buena gana los lugares en los cuales podria hallar á su amado y amigo; y verdaderamente no se los enseñaria, si supiese que la *voluntad* queria matar aquel hombre, ó que le queria hacer algun vituperio ó detrimento; siendo así que aquel hombre por quien preguntó la *voluntad*, habia hecho muchos placeres á la *sabiduría*.»

El fuego preguntó á el aire si le amaba tanto como á el agua; respondió el aire, y dijo á el fuego que él no hacia justa cuestion, y que sabía poco de la naturaleza de amor. Dijo el fuego á el aire: «¿Y cuál es esta naturaleza de amor?» Y el aire calló, y no quiso dar respuesta alguna á el fuego, por lo cual se maravillaba el fuego de que el aire no le respondiese, y tantas veces le importunó que le respondiese, que el aire respondió estas palabras á el fuego: «Cuéntase que la *voluntad* encontró á la *sabiduría* á tiempo que ella iba á cierta ciudad, donde estaba la memoria, á quien deseaba hallar la *voluntad*, para que frecuentemente memorase á su amigo. Y por cuanto la *sabiduría* llevaba consigo á la ira, que es enemiga de la *voluntad*, no la recibió bien la *voluntad*, aunque la habia enseñado los caminos y lugares por los cuales podia hallar á la memoria. Y cuando la *voluntad* llegó á la memoria que memoró su amigo, hicieron gran fiesta y tuvieron gran júbilo recíprocamente; en tanto la *sabiduría* estuvo malcontenta contra la *voluntad*, que no la hacia tanta fiesta y solaz en su encuentro como á la memoria; y así, la *sabiduría* reprehendió á la *voluntad* delante de la memoria, diciéndola que la habia dado pocas gracias por los placeres y honores que la habia hecho. Excusábase la *voluntad*, diciendo que sentía mayor placer en dar su semejanza sin pasion, que en tomar la semejanza de otro con trabajo.»

Yendo el agua por un desierto grande, encontró en él á el pedernal y eslabon (de los cuales sale el fuego), y blasfemó de ellos, y les dijo muchas injurias y vituperios, porque la habian sido ocasion de su enfermedad cuando el fuego la calentaba en la olla ó en el perol, y que le quitaba su frialdad, que amaba muchísimo. El pedernal y eslabon respondieron á el agua, diciendo que el fuego habia sido vicioso en darla su *virtud*; y el agua se maravilló de aquellas palabras tanto, que les dijo que la parecia imposible que cosa alguna pudiese ser viciosa en dar su *virtud*; por lo cual les rogó que la dijiesen el modo segun el cual el fuego era vicioso en cuanto la daba su *virtud*. «Cuéntase, dijieron el eslabon y pedernal, que cierta yerba estaba en un prado, que tenía *virtud* de curar los leprosos de su enfermedad; mostrósele á cierto leproso aquella yerba, y comió de ella, y fué curado de su lepra por la *virtud* de la tal yerba. Finalmente, aconteció que aquel hombre fué á hacer sus necesidades en aquel prado, y se limpió con aquella yerba que le habia curado. Por eso aquella yerba habia sido viciosa en dar su *virtud* á aquel que tanto la habia deshonrado y afeado.» A los cuales preguntó entónces el agua: «Y ¿qué *virtud* me da el fuego á mí cuando estoy en la olla?» Respondieron el pedernal y el eslabon que ella y harina podian hacer pan, y dar con él gran *virtud* á el hombre, para que pudiese vivir de él. El cual pan con la *virtud* de el fuego se hacia en el horno, sin el cual fuego verdaderamente no podrian ellas hacer el pan, ni valdrian para dar *virtud* á el hombre.

Dos verdades se encontraron mutuamente en el fuego: la una *verdad* era de la calor, y la otra de la sequedad; las cuales preguntaron á el fuego con cuál de ellas se hallaba fortalecido contra la falsedad y el agua. El fuego, pues, dijo á su lucidez que respondiese á aquella cuestion; pero la frialdad de la tierra dijo á el fuego que él no habia elegido juez comun, siendo así que la lucidez concordaba en el dia con el calor, el cual dia es claro y cálido, y que contrariaba en la noche á la sequedad, la cual noche es fria y tenebrosa, por razon de la sombra de la tierra. Respondió el fuego á la frialdad de la tierra, y dijo que aconteció en cierta ciudad que cierto hombre de el pueblo maquinaba el modo por el cual él podria ser rey de aquella ciudad, y consideraba cómo podria matar á el Rey, que era su señor. En el principio (en que aquel hombre concibió

aquel propósito) comenzó á imaginar con la falsedad, porque no podia con la *verdad;* y así, este hombre eligió y tomó aquel modo, con el cual tuvo gran poder en aquella ciudad contra el Rey, su señor; pero el Rey consideró el modo con que podria destruir aquel hombre, y en el principio (en que consideró el modo) le consideró con la *verdad*. Por eso en aquella ciudad la *verdad* y falsedad tuvieron gran batalla, y á el fin la falsedad fué vencida, porque concordaba con el no sér y con el nada, y la *verdad* con el sér; á el cual sér el Rey habia elegido por juez de su conciencia contra la falsedad, que es contra la caridad y tiene *concordancia* con las tinieblas.

El aire se quejaba á el agua de el fuego, de que tenía gusto y placer de atormentarle con la tierra, siendo así que tiene placer de recibir de él el calor; y por cuanto el agua es enemiga de el fuego, de ninguna manera quiso consolar á el aire, ántes dijo mucho mal contra el fuego; y cuanto más mal dijo contra el fuego, tanto más el fuego atormentaba á el aire, porque éste creia á el agua. Siendo así atormentado el aire, y multiplicado más su padecer de dia en dia, tomó su recurso á la tierra, que era su enemiga, y quejábase á ella de el fuego, diciendo que le hacia grande injuria. La tierra, pues, respondió á el aire, excusando á el fuego, y diciendo á el aire muchos vituperios, para que el aire tuviese más pasion, y para usar de su naturaleza contra el aire, que es su contrario. Siendo así perseguido el aire, y viendo que cuanto más se quejaba, sentia mayor pasion, no tuvo otro consejo sino el suplicar á el fuego que tuviese piedad de él. A el cual respondió el fuego, y dijo estas palabras: «Cuéntase que cierto rey tenía un soldado á quien amaba mucho, y por el grande amor que le tenía le hacia muchas honras, y le daba dineros, caballos y todo lo que necesitaba; y cuanto más le daba el Rey al soldado, tanto mayor amor le tenía el soldado y le procuraba servir más esforzadamente. El Rey, pues, quiso probar este soldado, para ver si le tenía mayor amor por lo que le daba que por ser su señor, y estuvo gran tiempo sin dar nada á el soldado; de manera que el soldado no estaba contento de el Rey como solia estar, ni le servia tan bien como acostumbraba. El Rey pues, para poder probar mejor la intencion del soldado, le quitó un buen castillo que le habia dado ántes. Y entónces el soldado, muy airado, se apartó y dejó á su rey, y se fué á cierto conde, que era enemigo de aquel rey, y á cuyo hijo habia muerto aquel soldado en la guerra, y dijo á el Conde que queria ser su siervo para poder vengarse de el Rey. Este soldado fué con el Conde en batalla contra el Rey, y siendo preso, pidió misericordia á el Rey, y que le volviese el castillo y á su amor. Y el Rey le respondió, y dijo que sobre esto tendria consejo con la justicia y misericordia. Con la justicia queria tener consejo, para saber si le debria castigar, y semejantemente con la misericordia, para saber si le debria perdonar. La misericordia rogó á el Rey perdonase á aquel soldado, para que ella pudiese ser grande en el Rey, y la justicia le aconsejó que le castigase, para que fuese mayor en él que la misericordia, particularmente siendo el Rey más por ella que por la misericordia; y asimismo porque el soldado no tuvo buena intencion en pedirle el perdon, por cuanto le rogó le restituyese el castillo. Y entónces el Rey, por lo que le alegó la justicia, mandó que el soldado fuese atormentado y privado de la vida.»

La rosa y la pimienta hablaban de el fuego y de el agua. La rosa alababa á el agua por razon de que multiplicaba la *bondad* de las partes, conjuntando una parte con otra, para que la *bondad* fuese grande en el agua. Y la pimienta alababa á el fuego, en cuanto dividia la *bondad* en muchas partes, para que debajo de su género sean buenas muchas substancias. Tanto se obstinaron la rosa y la pimienta en estas palabras, que hubo gran contienda entre ellas; porque la pimienta decia que más valia aquella substancia que se da á muchos, que aquella que se restriñe y que agrega en sí muchas cosas, de que otras muchas substancias tienen necesidad. Pero la rosa decia lo contrario; y sobre esto, la rosa y pimienta vinieron á juicio delante de la sequedad, por cuanto ella era cualidad que se referia é inclinaba á ambas á dos partes; pero la sequedad se excusó, diciendo que no queria ser juez, y dijo estas palabras: «Cuéntase que un rey pronunció sentencia entre dos soldados que litigaban por un castillo. El soldado, pues, que no tenía buen derecho en aquel castillo, dió mil ducados á el juez, para que juzgase en su favor. Y el soldado que tenía buen derecho, dió cien ducados al juez, para que diese la sentencia en su favor. Por esto el juez favoreció más á una parte que á la otra; es á saber, á la parte de aquel que le dió mil ducados, más que á la parte de aquel que le dió los ciento, y juzgó falsamente el castillo por aquel á quien no debia tocar el castillo. (Por lo cual, ella, que era más de parte de la rosa que de la parte de la pimienta, no queria ser juez.) Y sucedió que el Rey supo que el juez habia recibido mil ducados de el soldado á quien habia adjudicado el castillo, y ciento de el otro, que debia tener el castillo. Y entónces el Rey mandó llamar á aquellos soldados delante de sí en su consejo, y preguntó á éste si conoceria la naturaleza por la cual un soldado dió mil ducados, y otro ciento solamente á un juez por la pronunciacion de una sentencia; siendo así que los soldados eran iguales en las riquezas. En el consejo de el Rey habia cierto sabio viejo, que dijo que la presuncion era que aquel soldado que no habia dado mas que cien ducados tenía derecho á el castillo. Y la razon era, porque aquel que tiene buen derecho, siente y se lamenta más fuertemente de los gastos que hace en el juicio ó en el pleito, que aquel que no tiene buen derecho, que hace de más buena gana gastos para poder adquirir lo que no es suyo. Y por esta causa, desde entónces estableció el Rey en su tierra por decreto, que de aquel que diese mayor salario al juez se tuviese mala presuncion, y buena presuncion de aquel que diese ménos á el juez.»

El fuego quiso engañar á el agua, y le dijo que le ayudase á hacer la pimienta, que es pequeña, y que él la ayudaria á hacer la calabaza ó la lechuga, que es grande; y así ambos tendrian *concordancia* recíprocamente. «Cuéntase, dijo el agua, que cierto soldado pobre tenía un hijo, y cierto rústico rico una hija: aquel hijo y esta hija se casaron, para que el hijo de el soldado fuese rico

por su mujer, y la hija de el rústico fuese honrada por su marido; pero el honor se convirtió en deshonra cuando se hubo gastado el dinero, y quedó padeciendo todo el tiempo de su vida.» Este ejemplo contó el agua, porque conoció el engaño y fraude que la queria hacer el fuego; siendo así que la pimienta dura más que la calabaza, y que la frialdad tiene mayor pasion en la pimienta que accion en la calabaza, aunque la pimienta sea pequeña y la calabaza grande. Por esto el agua respondió á el fuego que no queria tener *concordancia* con él debajo de aquella semejanza, por cuanto en la pimienta podria estar mucho tiempo en trabajo.

El fuego rogó á el agua que juntos fuesen á el sol, y que en el camino tuviesen conjuntamente amistad, confiriendo de uno y de otro. Pero el agua respondió á el fuego que dos recíprocamente contrarios no van bien ni llanamente por el mismo camino, particularmente por cuanto el sol es su enemigo, y amigo de el fuego. Empero dijo el agua á el fuego que si él queria ir con ella á la luna de noche, y no de dia, iria ó descenderia con él á el sol por un camino.

Los cuatro elementos principiaron la pimienta, y en ella puso el fuego cuatro onzas de ligereza, y la tierra tres onzas de ponderosidad, y el aire dos onzas de ligereza; pero el agua puso en ella una onza de ponderosidad. Y cuando la pimienta fue principiada, las seis onzas de ligereza quisieron subir hácia arriba, pero las cuatro onzas de ponderosidad quisieron bajar hácia abajo, es á saber, quisieron quedar en la tierra; pero la pimienta consintió á el apetito de las cuatro onzas, y no quiso consentir á el apetito de las seis; por eso las seis onzas dijieron á la pimienta que hacia contra su naturaleza, es á saber, que estaba más en el lugar inferior que en el lugar superior; siendo así que lo mayor es por los apetitos mayores que por los menores. Y entónces respondió la pimienta, y dijo estas palabras: «Cuéntase que el viento llevó un grano de un racimo de uvas á cierto monte alto que era muy frio; aquel grano multiplicó tronco, brazos, ramos, hojas y flores; pero no pudo producir fruto, por la demasiada frialdad que hacia en aquel monte. Y por cuanto habia recibido el principio, naturaleza y sér á el pié de el monte, quiso más quedar en los lugares bajos que en los altos, para producir fruto y para poder multiplicar su especie.»

El aire se puso y colocó en medio de el fuego y de el agua, para hacer *concordancia*, y que todos tres fuesen contra la tierra; habiendo, pues, el aire hecho *concordancia* entre el fuego y el agua contra la tierra, la tierra no quiso dar su sequedad á el fuego, ni recibir la frialdad de el agua, como estaba acostumbrada; por esto el fuego y el agua fueron contra el aire con la tierra, á la cual pusieron en medio. Y entónces el aire no quiso recibir el calor de el fuego, ni dar su humedad á el agua hasta que el fuego y el agua tuviesen con él *concordancia* contra la tierra, la cual no quiso dar sequedad á el fuego, ni recibir la frialdad de el agua. Y así el fuego y el agua estaban siempre en trabajo, queriendo tener *concordancia;* y se admiraban grandemente de que no podian tener *concordancia* ni por la tierra ni por el aire. Y entónces preguntaron á Saturno si sabía la razon *ó la raíz por la cual no podian tener concordancia.* Saturno dijo estas palabras: «Hubo cierto ermitaño, que era de santa vida y conversacion; y dijo á el ángel que le guardaba, se admiraba grandemente de qué podia ser que cuando él contemplaba en Dios, no tenía tentacion alguna de cometer pecado; y á el punto que dejaba de contemplar en Dios y de rezar, con su mal querer caia en tentacion, pensamientos y vanidades. Su ángel, pues, le dijo que no era maravilla que el hombre fuese tentado y pensase en vanidades, pues entre Dios y él no hay medio que les haga estar en *concordancia*, de manera que el hombre esté remoto de toda naturaleza de pecado y de la *contrariedad* de Dios y de el hombre. Y esto, dijo Saturno, tiene el aire cuando vosotros quereis tener *concordancia* en él, porque no estais remotos y apartados de la *contrariedad* en que estais, aunque quereis tener *concordancia* en el aire.» Y entónces el fuego y el agua conocieron (por lo que se habia dicho de el santo ermitaño, y por la naturaleza contraria en que existen) el modo segun el cual los hombres santos tienen tentaciones y piensan en vanidades.

El fuego y la tierra hicieron una hija en la pimienta, que se llamaba *mayoridad;* y el aire y el agua hicieron en la misma pimienta otra hija, que se llamaba *minoridad;* ambas hijas, pues, fueron mujeres de la pimienta, que engendró de ellas un hijo, que mató á su padre; y entónces el sastre maldijo á las tijeras y á la aguja. Pero el monje dijo á Raimundo que le explicase aquel ejemplo. Respondióle Raimundo, diciendo: «Cuéntase que la aguja de cierto sastre engendró una hija, la cual se llamaba las riquezas, y sus tijeras engendraron una hija, que se llamaba la honra. El sastre, pues, tomó aquellas dos hijas por mujeres, de las cuales el sastre tuvo un hijo, y éste, en la muerte de el padre, no quiso dar un pedazo de paño para que fuese cubierto, y le enterraron desnudo contra las riquezas y el honor. Por esto este sastre maldijo las tijeras y el aguja, con las cuales habia juntado las riquezas y habia dado honra á su hijo; pero las tijeras y el aguja se excusaron de aquella maldicion, diciendo que no tenian culpa, por cuanto él se habia puesto á sí mismo en la *minoridad* de las riquezas y de el honor, y á su hijo en la *mayoridad;* y por esto fué forzoso que su hijo y él tuviesen *contrariedad* en su muerte. —Raimundo, dijo el monje, y cómo se llamaba su hijo?» Raimundo respondió, diciendo que se llamaba privacion el hijo de el sastre; es á saber, privacion de el fin, de el honor y de las riquezas.

En la pimienta el fuego está en la *mayoridad*, y el agua en la *minoridad;* por eso el agua pidió á el aire y á la tierra que le ayudasen contra el fuego, por cuanto su *minoridad* no podia substener la *mayoridad* de el fuego. Pero el aire y la tierra la respondieron, y dijieron que ella no sabía de qué modo cierta buena señora habia respondido á su marido, que era malo. «¿Y de qué modo respondió? dijo el agua.—Cuéntase, dijieron el aire y la tierra, que habia un hombre que era muy rico y tenía una mujer, á la cual dijo estas palabras: Quiero que seais mi señora, y que hagais á vuestra voluntad de mí y de mis riquezas. Y esto digo porque seais buena, y que vuestra *bondad* sea mayor que mi *bondad*. La señora respondió, y dijo estas palabras: Es imposible

que se pueda adquirir la mayor *bondad* con dos naturalezas contrarias.»

El fuego en la pimienta convidaba á el aire y á la tierra para que le ayudasen contra el agua, la cual le era igualmente contraria por la frialdad y ponderosidad en general; y esta *igualdad* pretendia destruir, arruinando la igual proporcion que tienen en la pimienta; porque destruida en la pimienta la *igualdad* de ambas cualidades, queria destruir á el agua; como la envidia, que destruyendo la *igualdad* especial de la amatividad y amabilidad, queria destruir la caridad y amor de dos hermanos. «Y cómo fué esto? dijieron el aire y la tierra.—Cuéntase, dijo el fuego, que habia un cierto mercader, que era muy rico y tuvo dos hijos, á los cuales casó estando aún en vida, y á el tiempo de su muerte ordenó en su testamento que ambos poseyesen y sucediesen igualmente en los bienes que habia dejado, y que miéntras viviesen, no dividiesen aquellos bienes. Y esto hizo aquel mercader para que se tuviesen recíprocamente igual caridad y amor; y entónces la envidia consideró de qué modo podria destruir aquella caridad; y así, dijo á el hijo primogénito que no era conveniente que él fuese igual con su hermano, ni en riquezas ni en honores, pues Dios le habia hecho nacer primero; y que por esto debria tratar con los tribunales, para que se dividiesen aquellos bienes, y que él tuviese la mayor parte de las riquezas; el cual respondió á la envidia, diciendo que ella no sabía la intencion que su padre tuvo cuando hizo su testamento. ¿Y qué intencion tuvo tu padre, dijo la envidia, cuando hizo su testamento; el cual la dijo: Nuestro padre mató cierto hombre de esta ciudad, el cual tenía un hijo, que tiene tantas riquezas como nosotros, y quiso que no dividiésemos los bienes que dejó, para que conservásemos recíprocamente la caridad; y si me hubiese dejado la parte mayor, y á mi hermano la parte menor, no sería en *igualdad* la caridad entre nosotros, y el enemigo podria matar primero á mi hermano, si estuviese en el menor *poder*, y á mí despues de él. Y tú, envidia, no me hables semejantes palabras.»

Cuéntase que el fuego iba á una peregrinacion, y semejantemente el agua, los cuales se encontraron recíprocamente en el camino. El fuego, pues, dijo á el agua estas palabras: «En esta tierra hay muchos soldados que son amigos mios, que harán por mí todo cuanto quisiere, á los cuales hice muchos gustos y cortesías.» Miéntras el fuego hablaba así, conoció el agua, por las palabras que dijo, que tenía miedo de ella. Por esto se conoció que tuvo menor *virtud* y *poder* que ella, por cuanto si ella tuviese menor *virtud* y *poder* que el fuego en aquella tierra en que se encontraron, ántes hubiera tenido miedo ella que el fuego; que no tuvo ella, pues el fuego dijo aquellas palabras. Y por cuanto consideró que el fuego tuvo primero miedo que ella, sentia *virtud* y fortaleza contra el fuego, y entónces batallaba contra el fuego y le vencia; el cual habia dicho que en aquella tierra eran los soldados sus amigos, para que el agua tuviese miedo de él; y ésta dijo á el fuego que no tuvo miedo de lo que no habia visto por lo que habia oido. Hase dicho de las raíces, y habemos dado el modo para que por él se sepa aplicar á las moralidades, segun que las habemos aplicado. Y por cuanto evitamos la prolijidad, pasamos á los troncos de los árboles.

De los ejemplos de el tronco de el árbol elemental.

El aire rogó á el fuego que no le calentase con demasía; porque si le calentaba demasiadamente, el agua no recibiria de él la humedad.

La tierra tuvo envidia de que el fuego y el aire habian concordado el higo; y así, pidió á el fuego que concordase con ella en la pimienta.

Dijo el agua á el fuego que su frialdad valia más en el estío contra las calenturas que padecian los enfermos, que su calor en el invierno contra la frialdad que padecen los hombres sanos.

El fuego decia mal de la tierra porque es negra, y decia bien de ella porque es seca.

Lloraba el agua porque el aire recibia calor de el fuego, que es su enemigo.

La primavera vituperó á el sol porque destruyó en el estío todas las cosas hermosas que hizo en el Abril y Mayo.

El fuego rogó á el sol que no diese su semejanza á la luna, porque ella recibia la semejanza de el agua.

El fuego, por razon de que está en muchos, se jactaba y alababa; y el agua decia mal de él porque la abrasaba.

Decia el fuego que él era más fuerte en el hinojo que el agua; empero el aire respondió que el agua era más fuerte que él en la lechuga; por esto conoció el fuego que el aire le amaba poco.

El aire reprehendió á el fuego de que siendo él tan claro y tan luciente, participaba siempre con la tierra, que era negra; por lo cual conoció el fuego que el aire tenía envidia de esto.

La materia de el agua de ninguna manera sería fatigada de la forma de el aire, si viniese á ella con *concordancia*, sin *contrariedad*.

La tierra tocó á la *contrariedad* de el fuego y de el agua, la cual se enojó contra la tierra; y ésta dijo á la *contrariedad* que sería malo el tocarla.

Dijo el aire á el fuego que él era tan pesado, que no le podia llevar; pero el fuego respondió á el aire que no era pesado por sí mismo, sino por la tierra.

El agua quiso tener placer con el fuego, porque se acordó de ella en el estío, hasta tanto que pensó que el fuego se acordó de ella para destruirla.

Lloró el agua porque el fuego la calentaba demasiadamente, y quejábase de él á el sol; pero la luna la reprehendió, porque se quejaba á su enemigo.

El agua dijo á el fuego que ella era señora en la nieve; pero el fuego le respondió que el sol era su amigo.

El agua dijo á el fuego que era muy deseada por los condenados en el infierno; pero el fuego, respondiendo, dijo que la justicia era su mujer.

Dijo el agua á el fuego que ella era fuerte en la noche; pero el fuego la respondió que él era fuerte en el dia.

El otoño tuvo por frontera y reparo á el invierno contra el estío, y la primavera tuvo por frontera al estío contra el invierno.

El agua subió con temor y trabajo á la esfera de el

fuego para recibir la virtud de la luna, y vuelve á descender con placer y osadía.

El agua dijo á el fuego que él no tenía calor natural en el bruto muerto; pero el fuego respondió á el agua, y la dijo que ella hedia en el bruto muerto.

El agua dijo á el fuego que las señoras se lavan con ella las caras para ser blancas y hermosas; pero el fuego respondió á el agua que por él las señoras desean sus maridos.

El agua dijo á el fuego que ella llenaba las fuentes, á las cuales venian los animales para beber; pero el fuego la respondió que él llenaba las tinajas de vino, á las cuales venian á beber los hombres.

Dijo el invierno á el estío que él estaba vacuo de frialdad, y el estío respondió á el invierno que él estaba vacuo de calor.

El agua dijo á el fuego que era más gorda que él; pero el fuego la respondió que él era más sano que ella.

Dijo el agua que ella era más gruesa que el fuego; pero el fuego la respondió que él corria más velozmente que el agua.

Dijo el agua que ella era discreta, por cuanto agregaba muchas cosas conjuntamente; respondió tambien el fuego que él era liberal, porque daba muchas cosas.

Dijo el agua que el Rey estaba coronado de ella, porque ella era su señora en su celebro; pero el fuego la respondió que el Rey era árbol, vuelto lo de abajo arriba.

Dijo el agua que el Rey habia hecho hacer una cosa muy hermosa de plata; pero el fuego la respondió que el Rey llevaba una corona de oro.

Dijo el agua que por ella tenía la Reina hermosos dientes; pero el fuego respondió que por él tenía la Reina lindos cabellos.

Dijo el agua que el ajo estaba vestido de color blanco, y que éste estaba sobre el color de el fuego; respondió el fuego que el aceite, que es de su naturaleza, está en la lámpara sobre el agua.

Dijo el agua que era mayor en el mar que el fuego en la piedra y el hierro; pero el fuego le respondió que si tuviera bastante leña, que él consumiria toda el agua de el mar.

Dijo el agua que ella regaba las plantas; pero respondió el fuego que él coge en el estío los frutos de las plantas.

Dijo el agua que ella movia el molino; pero el fuego la respondió que él calentaba el horno.

Dijo el fuego, que él hacia las carnes blandas; pero el agua le respondió que ella hacia la dureza de los huesos.

Dijo el fuego que él iba en la pimienta á caballo sobre el agua; pero el agua le respondió que ella iba á caballo sobre él en el alcanfor.

Dijo el agua que ella es larga en la calabaza; pero el fuego la respondió que su longitud era recta en los dátiles.

Dijo el agua que ella enfriaba el fuego en el hierro caliente y en el mármol; pero el fuego la respondió que *él la calentaba á ella en la olla* y en el azufre.

Dijo el agua que los peces viven en ella; pero el fuego respondió que por él veen de noche los hombres.

Dijo el agua que el vino hacia hablar á los hombres cosas vanas; respondió el fuego que los animales orinaban agua.

De los brazos de el árbol ejemplifical, y primeramente de los ejemplos de el brazo elemental.

El fuego, aire, agua y tierra se encontraron recíprocamente en la *difrencia*, *concordancia* y *contrariedad*. Por eso el *principio* dijo á la *difrencia* que le sucede á ella así, como á cierta señora con su marido; y dijo la *difrencia* á el *principio*: «¿De qué modo fué esto?— Cuéntase, dijo el *principio*, que cierta señora tuvo un marido, á quien amaba mucho por razon de el matrimonio y por amor de los hijos que tenian. Aquella señora era discreta y de buenas costumbres; pero su marido era muy lujurioso y pródigo, gastando todos sus bienes. Por esta razon esta señora no podia estar sin el aborrecer y el amar, ni halló *fin* en que pudo reposar; porque no pudo amar perfectamente á su marido, por los defectos que habia visto en él; ni tampoco le pudo aborrecer totalmente, porque le amaba por el *fin* de el matrimonio y de sus hijos. Por eso tú, *difrencia*, dijo el *principio*, no puedes tener reposo en la *concordancia* ni en la *contrariedad*; siendo así que cada uno de los elementos se encuentra con el otro en la *concordancia* y en la *contrariedad*; de la *contrariedad* no pueden retroceder, ni yo puedo saber *medio* por el cual podré llegar á el *fin* sin trabajo. Y cuando estoy en el *fin*, me sucede de la misma manera que sucede á cierta señora.— Y cómo fué esto? dijo la *difrencia*.—Cuéntase, dijo el *principio*, que cierto soldado fué cautivo, con su mujer y su hijo, de los sarracenos, y el rey de los sarracenos dijo á la señora que se fuese libre con su marido ó con su hijo; y por cuanto la señora no sabía á quién debia elegir, así no sabía ni irse ni quedarse; porque la caridad y dolor la tuvieron embarazada y perpleja en tanto, que no sabía usar de la libertad que el Rey la habia concedido; y así, se estuvo inmóvil y lloró, y su voluntad no se movió para irse ni se aquietó.» Y entónces conoció la *difrencia* que por el choque y encuentro que hacen entre si los elementos, conviene padecer y sufrir gran trabajo en ellos.

De los ejemplos de los ramos de el árbol elemental.

Cuéntase que la pimienta y la calabaza se encontraron mutuamente; y la pimienta decia que el fuego valia más que el agua, pero la calabaza decia que el agua valia más que el fuego. La razon por que la pimienta decia que el fuego valia más que el agua, era porque decia que el fuego era más semejante á Dios que el agua, por cuanto el fuego, si tuviera suficiente leña, se multiplicaria tanto, que quemaria todo el mundo; y esta naturaleza tiene la forma de el fuego, para significar la produccion que hay en las personas divinas, que es infinitando, grandificando y eternificando; esta

propriedad tan grande no la tiene elemento alguno, sino solamente el fuego; por eso es más semejante á Dios que otro elemento alguno. Alegó, pues, la calabaza, y dijo que el agua valia más que el fuego, por cuanto el agua multiplicaba las plantas y vivian los peces en ella, y la llama de el fuego destruia y consumia todo aquello que participa con él, y tambien porque ninguna criatura hay tan ociosa como el fuego, porque aquella naturaleza (que tiene en multiplicar su llama, si tuviese leña) está ociosa en cuanto no la multiplica; y como en Dios no hay ociosidad alguna, es el fuego más desemejante á Dios que otro elemento alguno, porque está más ocioso que otro. Y por eso la oveja reprehendió á el pastor. «Y de qué modo fué esto? dijo la pimienta á la calabaza.

—Cuéntase (dijo la calabaza) que estaban en un prado las ovejas, y que junto aquel prado habia un bosque grande, en que habia muchos lobos, que comian las ovejas; por esta causa y por el gran miedo que tenian las ovejas de los lobos, andaban macilentas, porque no se atrevian á comer á su voluntad, y lo que comian no les entraba en provecho. Sucedió pues que un pastor reprehendió á una oveja de que tenía el cordero flaco y macilento, á la cual decia que debia ser castigada, porque en aquel prado podia comer mucha yerba, y tener mucha leche con que engordar á su hijo. Pero la oveja reprehendió á el pastor, y le dijo que él era la ocasion de la flaqueza y magrez de su hijo y de la amargura que sentia en la yerba, porque dormia todo el dia, y de noche no velaba mucho, y tambien porque no quemaba la selva y los lobos.»

De los ejemplos de las hojas de el árbol elemental.

Cuéntase que la *sabiduría* y justicia de Dios se encontraron recíprocamente en el hombre; la *sabiduría* quiso predestinar á este hombre, y la justicia le quiso juzgar; pero la cuantidad de aquel hombre dijo á la *sabiduría* y justicia, que ella queria ser de ambas igualmente, pues ambas son igualmente su Dios y Creador, empero que no podia entender cómo su voluntad podria cumplir; porque si aquel hombre estaba predestinado, no podia entender que la justicia tuviese tanto en él como la *sabiduría;* y si el hombre fuese juzgado, no podia entender de qué modo la *sabiduría* tendria tanto en aquel hombre como la justicia. Y entónces la *sabiduría* y justicia respondieron á la cuantidad de aquel hombre, que ella debia ser igualmente de ambas; pero que no podia saber el modo segun el cual era igualmente de ambas, sino es por el punto trascendente, por el cual el humano entendimiento y voluntad ascendiesen sobre su naturaleza, y que entendiesen y amasen aquel modo segun la divina naturaleza y compañía igual que tienen en las criaturas, de manera que una no hace injuria á la otra; ántes tienen *concordancia* en posesion igual, en tanto que la *sabiduría* puede predestinar aquel hombre, y la justicia juzgarle, y el *poder* perfeccionar ó cumplir, predestinar y juzgar. Y entónces la cuantidad, segun su naturaleza, se maravillaba de lo que decian la justicia y *sabiduría;* y supuso en su naturaleza y *concordancia*, que decian *verdad*, y creia aquella *verdad* y la amaba. Y cuando sucedia que dudaba, entendia que hacia injuria á la una ó á la otra, y que queria más ser de la una que de la otra. Y entónces se arrepentia de la injuria y pedia misericordia.

De los proverbios de las flores de el árbol elemental.

Más vale el oro en el hombre pobre que en el rico.

Aquel fuego es bueno, que abrasa y quema los herejes.

Más vale el fuego en el calor de el corazon que el agua en la blancura de la cara.

Más vale la negregura en el hierro que la blancura en la plata.

El fuego (que está en la piedra) tiene cautivo aquello que le lleva arrastrando.

La luz de el fuego vence la noche.

El fuego que deciende, es semejante á el lobo, que deciende de el monte á los valles, adonde están las ovejas.

Ningun fuego es frio por su naturaleza, y ningun mal embajador procura bien la paz.

El fuego deciende con humildad y sube con soberbia.

Si no hubiese el hierro en el pié de el caballo, no habria oro en la cabeza de el Rey.

De los ejemplos de el fruto de el árbol elemental.

Cuéntase que en la sortija de el Rey el oro y la esmeralda se contradijieron alternadamente; porque el oro decia que los elementos eran más por amor de él que por la esmeralda, porque servia más á el Rey; pero la esmeralda dijo que ella servia más á el Rey, y el oro á los mercaderes; y el oro dijo á la esmeralda que ella no sabía lo que el hierro habia dicho á la madera. «¿Y cómo fué eso? dijo la esmeralda.—Cuéntase, dijo el oro, que cierto rey habia ganado una batalla, y hubo altercacion entre el escudo y la espada de el Rey; porque el escudo decia que habia guardado á el Rey de que no fuese herido, porque él substenia los golpes de las lanzas y de las espadas que querian matar á el Rey, que hubiera sido muerto si no hubiera sido por él. Pero la espada decia que ella habia ganado la batalla, por cuanto hirió y mató todos aquellos que querian matar á el Rey. Y entónces la esmeralda dijo á el oro que habia dado ejemplo contra sí mismo; porque aunque él sea muy hermoso en el escudo de el Rey, no sería bueno en la espada, que hiere y mata á los soldados, que no podria matar si fuese de oro. Y tambien es permitido á los soldados que traigan espadas de hierro, con que guarden y defiendan á el Rey, y que maten aquellos que quieren matar á los reyes; y así, la espada tiene dos oficios: uno es que defiende á el Rey, y otro que mata á sus enemigos; pero el escudo no tiene sino un oficio solamente. Y entónces el oro tuvo vergüenza de haber dado ejemplo contra sí mismo; porque conocia bien que la esmeralda guardaba á el Rey de el veneno y que alegraba su corazon.»

De los proverbios de el tronco vegetal.

Dijieron las cerezas á los higos que ellas venian primero que ellos; pero los higos respondieron que eran más deseables que ellas.

La cereza dijo á la algarroba que ella era negra y tortuosa; pero la algarroba la respondió que ella se pudria muy presto.

Dijo la lechuga que curaba los hombres enfermos, y dijo el vino que hacia los hombres alegres.

Dijo la manzana á el estiércol que él hedia; pero el estiércol respondió que ella era de su progenie.

Dijo el cinnamomo ó canela que él estaba en la escudilla de el Rey; pero las habas respondieron que ellas estaban en las escudillas de los santos hombres religiosos.

Dijo el trigo que el labrador ó rústico comia cebada; pero la cebada respondió que á él le vendia mejor.

Dijo el trigo que la cebada se hacia avena; respondió la cebada que el trigo algunas veces hedia, y que procuraba el mal de aquel que le comia.

Dijo la pimienta que valia más cara que el trigo; respondióla el trigo que hacia más servicio que la pimienta.

El Rey cogia la rosa; pero el labrador el trigo.

El Rey no queria comer bellotas, porque las comian los puercos.

De los ejemplos de los brazos de el árbol vegetal.

La apetitiva, retentiva, digestiva y expulsiva se encontraron mutuamente en la templanza. Por eso la muerte reprehendió á el dia. Y el monje dijo á Raimundo que le explicase aquel ejemplo. «Cuéntase, dijo Raimundo, que la muerte y la vida formaron recíprocamente y trabaron batalla con el dia y la noche; pero la muerte quiso hacer compañía y sociedad con el dia, para poder mejor destruir á la vida; y por razon de el instinto natural que tienen la vida y el dia en la *concordancia*, el dia conoció la falsedad de la muerte, y consintió á sus palabras para poderla engañar y para poder batallar mejor contra la noche; y decia que queria tener su amistad en la templanza, que fuese de los brazos de el árbol vegetal. Y la muerte consintió en aquella amistad, y fueron amigas en la semejanza, y no en la fidelidad. Y cuando llegaron á la noche la vida y el dia, mataron á la muerte en la templanza; pero la muerte, cuando se moria, reprehendió á el dia, vituperándole porque hizo sociedad y compañía con la vida, y porque no la dió gracias, por cuanto no habia sido contraria á la templanza, á la cual habia permitido y enviado á recibir el hospedaje de el dia; pero el dia le respondió que él queria ser iegal á la vida, por cuanto habian hecho sociedad y compañía entre sí con la legalidad. Y entónces lo noche reprehendió á la muerte, á la cual dijo que de la manera que ella estaba más en la gula que en la templanza, así la vida estaba más en la templanza que en la gula, y por eso no era maravilla si el dia la habia engañado en la templanza.»

De los proverbios de los ramos de el árbol vegetal.

Cuéntase que en la manzana se hallaron la generacion, corrupcion, privacion y renovacion. La corrupcion bajaba de las sublimidades ó alturas, y la generacion subia; y las dos encontraron en la mitad de el camino á la privacion y renovacion, que decian lo siguiente de la rueda de la fortuna. «Cuéntase, dijo la privacion, que habia cierta señora muy hermosa, que afeitaba su cara, adornaba sus vestidos, y traia sobre su cabeza una corona de piedras preciosas. Pero sucedió cierto dia que la tal señora se estaba mirando á el espejo, y viéndose muy hermosa, bien adornada y vestida, preguntó á su hermosura á dónde se iria cuando ella fuese muerta; y la hermosura la respondió que tenía su hospicio y morada en los gusanos, que comerian sus ojos y su cara.

»Y entónces la señora dijo: ¡Oh Dios (que tienes la hermosura en la *virtud* de el produciente y producido), tú eres la hermosura de nuestra salud!

»El amar es hermoso en el bonificar, y el bonificar es hermoso en el amar, y tal existir es hermoso en el durar.

»Más vale la *bondad*, que existe, que la hermosura, que se encamina á la corrupcion.

»Mas hermosa es la *bondad* en el virtuoso pensar que en las colores ó en el vicioso adornar.

»La hermosura que mata á el alma no tiene naturaleza de cosa alguna.

»Loco es aquel que se deleita en hermosura alguna que se halle y esté en el cuerpo, el cual presto se corrompe y hiede.

»Aquella hermosura es de ningun valor, que permanece en mala posada.

»La hermosura que siempre vive y nunca muere vale más que todo el tesoro corpóreo, que es el amado de los hombres en este mundo.

»La hermosura que es de el amigo y de el amado, no muere si es adheriente á la *bondad*.

»Mas hermosa es la *bondad* en la humildad que la corona en la cabeza.

»Despues que la señora hubo dicho estas palabras, rompió el espejo, y dijo que en ningun tiempo se miraria en él, porque tenía naturaleza de hacer muchas veces memorar á muchas mujeres hermosas la lujuria y la soberbia. Y entónces aquella señora hizo un espejo de la *bondad*, en el cual se miró muchísimas veces, y cuando sucedió que ella se via buena en el espejo, alababa y bendecia á Dios, y cuando se veia viciosa en él, ella confesaba, lloraba sus pecados y se arrepentia de ellos.»

De el ejemplo de la cualidad de el árbol vegetal.

Cuéntase que cierto hombre se puso á orinar debajo de un almendro, y que aquel almendro echó una flor en tierra (que era muy hermosa y blanca) en cierto lugar que hedia; por eso la flor se quejaba á aquel hombre de el almendro, porque la habia derribado de el lugar alto en el ínfimo, y que ella, que era tan hermosa, blanca y olorosa, la arrojaba en lugar obscuro y

hediondo. Y el hombre la dijo que si no sabía lo que el puerco habia dicho á la manzana. «Y cómo fué eso? dijo la flor.—Cuéntase que el manzano habia producido una manzana hermosa, á la cual dió lindo color, buen sabor y olor. Sucedió que cuando la manzana estaba madura la dejó caer á tierra, porque queria estar allí. Y cuando estuvo en tierra, vino un puerco que era muy negro, feo y hediondo, por cuanto se acababa de levantar de las heces é inmundicias, y tomó la manzana, y miéntras la comia, la manzana se quejaba de el puerco, el cual dijo á la manzana estas palabras: Cuéntase que el calor, humedad, frialdad y sequedad se encontraron mutuamente en las cerezas, y dijieron que querian morar en ellas, porque eran hermosas y estarian en árboles grandes. Pero miéntras estaban en las cerezas, vieron que no podian más aprovechar en ellas, ni ascender en la *grandeza* de *bondad* y *virtud*, y se acordó entre ellas dejasen aquellas cerezas que estaban en el árbol, y que se fuesen á estar en las cerezas que caian en tierra, las cuales estaba comiendo una puerca y sus lechoncillos; porque así prevalecian en las substancias animadas, aunque no fuesen tan hermosas como son en las substancias vegetadas, y por razon de esta mayor *bondad*, tú, manzana, tienes apetito y deseo de bajar de los lugares altos á los bajos; por lo cual no debes quejarte de mí ni de el manzano.»

De los proverbios de las flores de el árbol vegetal.

La calabaza, que servía á la pimienta, decia mal de el agua y de sí misma.

La rosa sería soberbia si no hubiese nacido entre espinas.

Luégo que la flor de el almendro está vacía, cae sobre la tierra.

Aquel fuego que era invisible en el aceite, se manifiesta en la llama.

La pimienta reprehendió á el ajo porque vestia vestiduras blancas.

La pimienta no nace en todas tierras.

El caballo reprehendió á el Rey, que decia mal de la cebada.

El vino conforta el corazon con el calor, y destruye el celebro con la sequedad.

El vino es más fuerte en la tinaja que en el flasco, y más cercano está á su *fin* en el flasco que en la tinaja.

Mal hace el escarabajo, que nace de harina blanca con color negro.

De el ejemplo de el fruto de el árbol vegetal.

Cuéntase que hubo disputa en la manzana entre la potencia elementativa y vegetativa; porque la elementativa decia que la manzana era su fruto en cuanto era cuerpo por los elementos, y que las cualidades que tenía, las tenía por los elementos. Pero la vegetativa alegaba y decia á la elementativa que ella no habia oido decir el juicio y sentencia que dió el juez entre el *principio* y el *fin*. «Y cómo fué eso? dijo la elementativa. — Cuéntase, dijo la vegetativa, que la harina, el agua y el horno hicieron un pan, de el cual quiso comer un hombre para poder vivir. Empero el agua, harina y horno dijieron que no querian que aquel hombre comiese el pan. El hombre, pues, dijo que él queria comer el pan, pues que el pan era hecho para comer. Y entónces vinieron á cierto juez, el cual pronunció sentencia de que el hombre comiese el pan, pues el agua, harina y horno le habian hecho para que se comiese, y viviese con él; y castigó á el agua, harina y horno en que quedase para el *fin* por el cual eran.»

De los proverbios de el tronco sensual.

Dijo el caballo á el soldado que no convenia que llevase espuelas, porque él andaba de buena gana; respondió el soldado que el temor hacia correr á las mujeres.

Dijo el caballo á el soldado que era por él honrado; respondió el soldado que le daba de comer.

Dijo el mulo á el caballo que él era su hermano; respondió el caballo que él se parecia á el asno.

Dijo el asno á su señor que él sabía cantar; respondió su señor que él sabía llorar.

Dijo el asno que él deseaba dormir; dijo el señor que él queria caminar.

Dijo el asno que estaba muy cargado; dijo el señor que tenía muchos muchachos.

Dijo el perro á el gato que él comia muchos ratones; respondió el gato que cuando dormia no tenía la nariz debajo de la cola.

Dijo la jumenta á el asno que no resistiese á su señor, porque el poder y el arte vencen todas las cosas.

Dijo el lobo á el carnero que por qué estaba con los hombres, que comian sus carnes, hacian zapatos de el cuero, y sayos de la lana. Respondió el carnero que él no vivia de las piedras.

Dijo el lobo á el perro por qué le queria mal. Respondió el perro que amaba las ovejas de su señor, porque amaba á su señor.

De los ejemplos de los brazos de el árbol sensual.

Cuéntase que una rata estaba con un hijo suyo en un agujero, y junto aquel agujero estaba un gatillo pequeño, que jugaba con una pluma. Y entónces dijo el raton á su madre que queria jugar con aquel gato pequeño, que no tenía discrecion; porque si tuviera discrecion, no jugaria con aquella pluma, y que, por cuanto no tenía discrecion, no conocia la *contrariedad* natural que habia entre los ratones y los gatos. Y decia tambien que sería bueno si se podia introducir y poner con él en compañía y amistad; porque podria ser que por esta amistad, cuando el gato fuese grande no le hiciese mal, y que le permeteria comer de el trigo. Respondió la rata á su hijo y le dijo que no sabía lo que cierta señora habia dicho á su marido. «Y qué fué? dijo el raton á su madre.—Cuéntase que cierto ciudadano mató á un soldado que tenía un hijo, y el ciudadano tenía una hija; acordóse entre ellos que aquel hijo é hija se casasen, para que los amigos de el soldado y de el ciudadano pudiesen tener paz recíprocamente. Y cuando el ciudadano quiso dar su hija á el hijo de el soldado, la mujer de el ciudadano dijo á su marido

estas palabras: Cuéntase que el caballo y el leon hicieron compañía y acordaron ir en peregrinacion. El caballo, pues, preguntó si hallaria por el camino yerbas que él pudiese comer, porque él no podia caminar sin tener qué comer. Pero el leon dijo que fuesen en el nombre de Dios; porque no era necesario cuidar de los mantenimientos, porque Dios se los daria bastantemente. Y entónces consideró el caballo que el leon tenía en él mismo el mantenimiento, y pensó que el leon, que no comia yerbas, si no hallaba qué poder comer, mataria y comeria á su compañero; siendo así que en los brutos es mayor la necesidad de el comer que la de guardar y conservar la compañía. Y por esto el caballo no quiso ir con el leon en la peregrinacion ni estar con él en compañía, aunque no habia habido enojo entre los dos. Y entónces el ciudadano no quiso hacer el casamiento; porque los soldados son soberbios y no perdonan á alguno en la ira, siendo así peligrosa su sociedad y compañía.»

De los proverbios de el ramo sensual.

Cuéntase que iban los ojos en peregrinacion para ver una señora hermosa, á los cuales la habla manifestó que aquella señora era buena y casta. Y entónces los oidos tuvieron placer en oir semejantes palabras. Por esta causa fué grande la *concordancia* y la amistad que se hizo entre los ojos, la habla y los oidos. En el ínterin, pues, que todos estaban en *concordancia* y amistad, los oidos rogaron á la habla que dijese algunas palabras alegres y gustosas de oir, porque estaban fatigados y cansados de las palabras deshonestas que oian. Y los ojos rogaron á la habla que dijese palabras hermosas, porque las palabras torpes les causaban vergüenza; y entónces la habla dijo estas palabras:

«¡Oh Jesus, que has nacido en Nazaret, tú eres hombre deificado y Dios hombrificado!

»Jesus, tú eres hombre Dios, para que Dios pueda participar con todo ente creado.

»Jesus, que fuiste concebido por el Espíritu Santo, tú, muriendo en la cruz, redemiste por tu *virtud* á el género humano.

»Jesus, tú resucitaste de entre los muertos y subiste á los cielos, y juzgarás los vivos y los muertos.

»Jesus, en tus sentidos corpóreos, esto es, en tu corporeidad, tendrán los hombres bienaventurados gloria en la mayor sublimidad.

»Jesus, por amor de tí fué el mundo creado, para que tú fueses conocido, alabado y honrado.

»Jesus, que eres personado por Dios y por hombre, y azotado por nosotros cruelmente, perdónanos.

»Jesus, duélete de nosotros, porque todos estamos en pecado y desterrados de el amor bueno.

»Jesus, no nos olvides, pues te sería agradable que todos pudiésemos verte.

»Jesus, tú eres bueno, para ser nombrado, entendido y memorado, y eres bueno para ser amado.»

Habiendo la habla dicho estas palabras, preguntó á los oidos y á los ojos si habia sido obediente á sus ruegos. Y dijieron los oidos: «¿Y qué palabras ó pláticas nos son tan dulces como las palabras de Jesucristo?» Y dijeron los ojos: «¿Qué pláticas nos son tan agradables y gustosas como las pláticas de Jesucristo?»

De los ejemplos de la relacion sensual.

Cuéntase que la relacion de la potencia de el objeto y de el acto buscaba la *bondad* grande en los ojos, y no la pudo hallar, por cuanto los ojos no ven de noche, y ven muchas cosas malas; y porque deseaba hallar á la *bondad* grande, y no la hallaba en los ojos, la buscaba en los oidos, en los cuales no la hallaba, porque los oidos no oyen de noche cuando duermen los hombres, y algunas veces oyen palabras malas. Y así, iba á buscar la *bondad* grande en las narices, en las cuales no la hallaba, porque las narices huelen los malos olores, y por ellas pasan los hedores interiormente y salen exteriormente. Fuése la relacion á el gusto, creyendo hallar en él la gran *bondad*, en el cual no la halló, por razon de que éste se fatiga mucho comiendo Despues se fué á el tacto, en el cual creia hallar la *bondad* grande, y no la halló, por causa de que siente el dolor, calor y frialdad, que hacen mal á todos. Fué tambien á la habla, para poder hallar en ella la *bondad* grande, y no la halló en ella, porque miente muchas veces, y son malas las mentiras que decia. La relacion se maravillaba mucho de que no podia hallar en el cuerpo la gran *bondad*, y vino á un bello y hermoso palacio, en el cual la buscó, y no la halló, porque el señor de aquel palacio habia muerto aquel dia; y buscó á la gran *bondad* en las riquezas de aquel hombre, y no la halló, por cuanto el señor de el palacio las habia perdido. Ulteriormente fué á buscar la gran *bondad* en los amigos de aquel hombre muerto, entre los cuales no la halló, porque se habian olvidado de aquel hombre, que los habia amado mucho y de quien habian recibido mucho bien. Miéntras que la relacion iba á buscar á la gran *bondad* de un lugar á otro, halló á un hombre que habia huido de el honor; á el cual le preguntó dónde podria hallar á la gran *bondad*; el cual la respondió que él no sabía dónde la podria hallar, porque él no la hallaba en la honra de este mundo, que es amada de tantos hombres. «Y cómo fué esto?» dijo la relacion. El hombre dijo: «Muchas veces deseé poder hallar á la gran *bondad*, y poder estar y participar con ella, y pensé que la podria hallar en aquellas cosas que desean tener los hombres y por las cuales trabajan, que son el honor de este mundo. Y cuando llegué á el honor, y creí hallar en él la gran *bondad* y utilidad, hallé en él el gran trabajo que dan los hombres á aquellos que aman y tienen el honor de este mundo, y aquel tan gran trabajo no me permitió dormir, y ménos reposar ni tener bien alguno; ántes el honor de este mundo me abrumó tan fuertemente con culpas y pecados, que apénas las puedo llevar, y me puso en tan gran enemistad con los hombres, que á cualquier parte que vaya, voy con peligro de la muerte, porque quise ser más honrado y estimado que ellos; por eso huyo de el honor, y no quiero tener de él cosa alguna, y sea él de quien él quisiere; porque en él no hay aquel bien que se cree.» Y entónces la relacion no buscó la gran *bondad* en este mundo. Y la buscó en la otra vida, en las

substancias espirituales y en Dios, en el cual la halló cumplidamente, y estuvo y se quedó con ella.

De los proverbios de las flores de el árbol sensual.

Los ojos dijieron á el entendimiento que entendiesen á Dios en su infinidad, y el entendimiento dijo á los ojos que ellos mirasen á el sol en el mediodía.

Pidió el mulo á la yegua, su madre, que no dijiese que él era hijo de el asno; pero ella le respondió que él significaba esto en su figura, por lo cual ella no le podia encubrir.

Encontró el mulo á el caballo y á el asno, y hizo cortesía á el caballo, y no quiso hacerla á el asno.

Cierto hombre veia el lugar en el cual tenía temor, y se recordaba de sus enemigos.

El alma recordó su pecado, y lloraban los ojos, y la boca ayunaba.

Cuando el hombre cortaba la carne con el cuchillo, sentia la blandura, y cuando cortaba los huesos, sentia la dureza.

Sintió el hombre la amargura en la manzana dulce, para que el entendimiento entendiese la enfermedad y para que la voluntad amase la salud.

Ningun agua siente el calor, ni se ve visibilidad alguna.

Los ojos desean ver la visibilidad, y ven la color, que no es de la esencia de la visibilidad.

Niugun hombre es visible.

De los ejemplos de el fruto de el árbol sensual.

Cuéntase que cierto molinero criaba un lechon, á el cual daba de comer el trigo que hurtaba; sucedió cierto dia que habiendo dado el molinero trigo á el lechon, que el asno quiso comer con él el trigo. Empero el molinero le dió de palos, para que no comiese el trigo. Maravillábase mucho el lechon de que el molinero no queria que el asno comiese de el trigo, y preguntó á el asno por qué causa su señor le habia apaleado. Y él le dijo que su señor era malo y ladron, porque él acarreaba el trigo, y le hacia injuria en que no le daba á comer de él. Y el lechon dijo á el asno que en esto se conocia que su señor le amaba más á él que no á el asno, y que él era más honrado, por cuanto no trabajaba en acarrear el trigo ni en otra cosa alguna, y su señor le daba á comer trigo á su voluntad, y no se lo queria dar á el asno, que trabajaba en acarrear el trigo; pero el asno dijo á el lechon que mal conocia la amistad de su señor y su honra, porque su señor le habia castrado para que no tuviese hijos, y no le dejaba trabajar para que engordase, y para que habiendo comido mucho trigo, se hiciese gordo, y habiéndole muerto despues, le pondria en sal y le comeria, haciéndole traer en platos. Mucho disgustó á el lechon lo que el asno le habia dicho, y dijo que hacia mal en comer trigo en cuanto á su particular, porque le comia para morir, y tambien porque comia el trigo hurtado, de que tenía conciencia por el temor de la muerte; por eso dijo que se iria á hacer penitencia á cierta viña, en la cual habia muchos racimos de uvas; y dijo que nunca comeria trigo hurtado ni estaria con su señor, que le habia hecho grande mal y vituperio, porque le habia castrado, y no le parecia que era de el género de las bestias. Y entónces se fué á la viña, y quiso comer los racimos; y éstos le dijieron que eran fruto de el señor de la viña, y no de él, que de ninguna manera cuidaba de la viña, de la cual cuidaba el hombre, y que por eso cometia pecado. Pero entónces el lechon dijo que él no queria tener conciencia sino por el temor de la muerte, y comió de los racimos á su voluntad. Miéntras el puerco comia los racimos, un cuervo le decia que eran fruto de el señor de la viña, y que despues que él habria comido los racimos y engordado, le mataria el señor de la viña. Y entónces el lechon tuvo conciencia de los racimos que comió, y se salió de la viña, y huyó á una gran selva, donde dijo que queria comer para no morir, y que queria más estar flaco y vivir mucho tiempo, que engordar y morir presto.

De los proverbios de el tronco imaginal.

Quejábase la carne de la imaginacion, que la inflamaba y causaba alteraciones cuando imaginaba la lujuria; y la imaginacion se quejaba de la memoria, que hacia emover la carne cuando memoraba la lujuria; y la memoria se quejaba de la *voluntad*, que no la hacia olvidar la lujuria.

La cabra vió á el lobo, que en ningun tiempo habia previsto, y tenía miedo de él, y cierto hombre vió á su mujer que peinaba sus cabellos, y tuvo celos de esto.

La traicion tocó á la imaginacion, y la imaginacion imaginó las horcas.

Los ojos vian cierta mujer hermosa que tenía puestos ricos vestidos, y la imaginacion imaginó su camisa.

Cierto hombre quiso comprar un caballo, y la imaginacion imaginaba la avena.

Cierto hombre pidió á el Rey que hiciese justicia de cierta ciudad, pero el Rey imaginó la injuria.

El temor hace imaginar la muerte, y la osadía el honor.

La vergüenza hace imaginar el delito, y la legalidad el cumplimiento.

La buena fama de el ermitaño le hace imaginar la hipocresía.

La imaginacion imagina de noche aquello que no halla de dia.

De los ejemplos de los brazos de el árbol imaginal.

Cuéntase que cierta oveja tenía dos corderos, y que un dia sucedió, estando ella con sus dos hijos en un prado, que un lobo cogió uno de ellos, le mató y comió delante de ella. La oveja no huyó de el lobo, ántes le rogó que no matase su hijo, sino que se lo volviese; la cual lloró y clamó muy fuertemente por el dolor que tenía, viendo comia á su hijo, que clamaba á la madre que le ayudase. Pero miéntras el lobo comia el cordero, un cuervo y una paloma estaban en un árbol allí cerca, los cuales habian oido las palabras que la oveja

habia dicho á el lobo, y habian visto matar y comer á el cordero. Empero despues que se partió el lobo, vino un hombre, que tomó el otro cordero, le mató delánte de su madre y le comió con otros hombres. Y entónces, puesta de rodillas, levantó los ojos á el cielo, alabando y bendiciendo á el Señor, que le habia dado fruto para servir á el hombre, que es creado para servir á Dios, y estuvo alegre, y se olvidó de el enojo que habia tenido por su hijo, á quien habia muerto y comido el lobo delante de ella. Y entónces la paloma dijo á el cuervo que se maravillaba mucho de la oveja, que no tenía discrecion en rogar y pedir á el lobo, que era su enemigo, ni tenía imaginacion de la enemistad que habia entre los lobos y las ovejas, y de que no se habia enojado por el cordero que comian los hombres. Respondió el cuervo, y dijo estas palabras: «Cuéntase que cierto pastor tenía un hijo, á el cual arrebató un leon, y miéntras le mataba y comia, el hijo de el pastor clamó á su padre que le ayudase. El pastor, pues, que tuvo discrecion, fué á el leon y le quitó su hijo, aunque no llevaba armas algunas, y no se arrestó ni detuvo á la imaginacion de el temor que debia tener de el leon, ni tampoco á la discrecion, por cuanto no iba armado contra él; pero fué impelido de la caridad y amor que tuvo á su hijo. Por lo cual, de la misma manera la oveja no tuvo miedo de el lobo; porque el amor que tenía á el hijo la hizo olvidar de el temor, ni la dejó imaginar el peligro, ni tampoco la enemistad que hay entre los lobos y las ovejas; ántes la hizo tener esperanza en su enemigo, rogando á el lobo que la restituyese su hijo y que no le hiciese mal.» Y entónces conoció la paloma que era una cosa grande la caridad, que destruye la discrecion en el pastor y la imaginacion en la oveja. Y dijo á el cuervo que la hiciese saber por qué causa la oveja no tuvo enojo de el hombre que habia comido á su hijo.

«Cuéntase, dijo el cuervo, que cierto soldado tenía un gran lebrel, que amaba mucho, con el cual iba á cazar ciervos. Sucedió cierto dia que el soldado fué á cazar con su caballo y lebrel á un bosque grande muy distante de su castillo, y que estando en aquel bosque y selva, sobrevino cierto soldado, que era enemigo suyo, el cual venía armado, y mató á el soldado y se llevó el caballo, pero el lebrel quedó todo aquel dia junto á su señor; y el dia siguiente vino un lobo, que queria comerse á el soldado muerto, pero el lebrel le defendió, y peleó con el lobo hasta que le hizo huir. El lebrel, pues, tuvo gran hambre, en tal grado, que, segun su instinto natural, tuvo voluntad de dejar su señor, y de irse á el castillo para comer pan; pero tuvo temor que volviese el lobo y comiese á su señor; por eso no quiso apartarse de su señor, y de tal manera estuvo junto á él, que se murió de hambre y de sed.» Por esto entendió la paloma que el lobo significaba á el lobo que comia á el cordero, y el perro que se dejó morir por su señor, no teniendo discrecion, imaginaba que estaba obligado á morir por el servicio de su señor y á guardarle de el mal, pues Dios le habia puesto en la servitud de aquel soldado, á quien habia prometido que le serviria con todo su poder, como la oveja que quiso *servir á Dios sirviendo á el hombre* con su hijo; la cual tuvo gran regocijo, por cuanto aquel hombre que comió su hijo era justo y amigo de Dios; porque si hubiera sido injusto y en pecado, tan enojada hubiera estado como con el lobo que comió á su hijo.

De los proverbios de el ramo imaginal.

Cuéntase que la vista y el gusto se encontraron recíprocamente en la imaginativa, y que el gusto dijo á la vista que via mal la casa hermosa. «¿Y cómo fué eso, Raimundo? dijo el monje.—Cuéntase, dijo Raimundo, que hubo cierto mercader que era muy rico, el cual cuando estuvo á la muerte dijo á su hijo que si queria fabricar casas, que no las hiciese con puertas vistosas, para que la hermosura de la puerta no descubriese y manifestase sus riquezas. Murióse el mercader, y su hijo no le entendió, y las casas en que habitaba tenian las puertas muy feas y sucias, pero ellas eran por dedentro muy lindas; el hijo imaginaba unas hermosas puertas y grandes que poner en las casas donde vivia; y habiendo hecho las puertas, vió que no eran proporcionadas con las casas, y que éstas eran muy pequeñas, y entónces deshizo aquellas casas, y las fabricó mayores y más hermosas, y proporcionadas á las puertas en hermosura y cuantidad, que le costaron la mitad de todos sus bienes y le apartaron de el arte de la mercancía; porque imaginaba que señor de casas tan hermosas debia ser soldado, tener caballo, halcon y gran compañía, para que las salas no estuviesen vacías ni desocupadas; y así, hizo grandes gastos. Sucedió, pues, que cierto dia pasó el Rey por la calle donde estaban estas casas, y viendo la hermosura de las puertas, quiso entrar en las casas; y cuando estuvo dentro dellas, su hermosura y abundancia le hicieron imaginar algun tesoro, y pensó que aquel mercader tenía muchos ducados. Y entónces dijo á el mercader que le rogaba le prestase mil ducados, los cuales le convino prestar, mal de su grado; y por los grandes gastos que hacia y lo que habia prestado, poco tiempo despues no tuvo que comer.» Por eso dijo el gusto á los ojos, que viven por el comer, que vieron mal la hermosura de las casas. Y entónces los ojos dijieron á el gusto que vió mal á la avaricia. «¿Y cómo fué esto? dijo el monje.

—Cuéntase, dijo Raimundo, que habia cierto príncipe que era muy avaro, y que cotidianamente imaginaba muchos vasos de oro y plata, sortijas, piedras preciosas y vestidos de seda, adornados de oro y plata. Y por la gran imaginacion que tenía en acumular aquellas cosas, sucedió que un rey tuvo guerra con él; y aquel príncipe, por la gran avaricia que tuvo, y la imaginacion antigua que tenía de juntar y acumular gran tesoro, no pudo imaginar el daño que aquel rey le causó ó que le podia causar, ni tenía soldados que defendiesen la ciudad en que estaba. Y así, vino el Rey y ocupó la ciudad, prendió al Príncipe y tomó su tesoro. Y el Rey le dijo que con aquel tesoro pudo restaurar la ciudad, y hizo fundir oro y que se pusiese en la boca de el Príncipe, y le dijo que bebiese el oro, pues lo habia amado tanto; de que murió el Príncipe; y cuando moria, dijieron los ojos á el gusto que habia visto mal á la avaricia.»

De los ejemplos de la accion y pasion de el árbol imaginal.

Cuéntase que cierto hombre pecador (que permaneció mucho tiempo en el pecado mortal) fué á cazar y cogió con presteza una liebre, y entónces imaginó la pasion que toleró aquella liebre en la muerte, porque oia que aquella liebre se quejaba mucho, y el lebrel rompió sus huesos, de manera que la liebre no pudo defenderse; y por aquella imaginacion que tuvo de la pasion de la liebre, imaginó la pasion que tienen los pecadores en el infierno, y la accion que tienen los demonios sobre ellos, haciéndoles mal; y entónces tuvo voluntad de salir de aquel pecado mortal en que estuvo mucho tiempo, y cuando lo quiso poner en ejecucion, imaginó que la misericordia de Dios era grande, y propuso que en la muerte se confesaria y saldria de aquel pecado; y así, se quedó en él, pero continuamente le remordia su conciencia con la imaginacion que tuvo de la liebre. Y como la conciencia le causaba gran trabajo, queria dejar el pecado; y cuando queria ir á la confesion, se recordaba de la gran misericordia de Dios, y quedaba tan obstinado como lo solia estar; por lo cual, aquel hombre se propuso que de una vez eligiese una de las dos partes, porque no podia sufrir el trabajo en que estaba; y propuso, ó que no imaginase las penas de el infierno que tienen los pecadores, ó que no tuviese esperanza en la misericordia de Dios; y fuése entónces á un religioso discreto, á el cual pidió consejo y le contó el trabajo en que estaba. Y le dijo el sabio religioso que subiese á una torre muy alta, y que estuviese algun tiempo arriba sobre la muralla en un pié. Y el hombre pecador subió á la torre, y quiso hacer lo que aquel sabio le aconsejó; pero por la imaginacion, que imaginaba el peligro de la muerte, no se atrevió á hacer lo que el sabio le habia aconsejado. Y entónces el sabio le dijo estas palabras, y preguntó cuál era mayor peligro, ó caer de arriba de la torre á tierra, ó caer de esta vida en el infierno. Y entónces el pecador multiplicó tan fuertemente la imaginacion, imaginando las penas de el infierno, que por el temor que tuvo de las pasiones de él, se confesó y esperó en la misericordia de Dios, y salió de el pecado en que estaba, procurando la satisfaccion y haciendo vida santa con la gracia de Dios.

De los proverbios de las flores de el árbol imaginal.

Ninguna imaginacion se ve.

El alma racional duerme cuando mueve la sensitiva sin la imaginacion.

La imaginativa puede imaginar en un tiempo todo el círculo de la villa, y no todo el círculo de el firmamento.

En esta vida es mejor imaginar la muerte que la vida.

Mala es la imaginacion que imagina la hermosura sin la *bondad*.

El Príncipe debe imaginar primero las horcas que la corona.

La imaginacion tiene mayor *concordancia* con el entendimiento que con la voluntad.

Sin la multiplicacion de la especie, la imaginacion no se podria extender *en la grandeza*.

Toda imaginacion es instrumento de el imaginante é imaginable.

Por el demasiado imaginar enferma la memoria.

De los ejemplos de el fruto de el árbol imaginal.

Cuéntase que el tiempo pasado y el tiempo futuro batallaban sobre la imaginacion, porque cada uno de ellos decia que era suya. El tiempo pasado alegó que la imaginacion era suya, porque imaginaba las cosas pasadas, y el tiempo futuro decia que era suya la imaginacion, porque imaginaba las cosas venideras. Miéntras así porfiaban recíprocamente, dijo el tiempo futuro que eligiesen un juez que apaciguase y decidiese aquella porfía, y dijo que fuese juez el tiempo presente, que residia en medio de ambos á dos. Y el tiempo pasado dijo que era verdad que el tiempo presente estaba en medio de ambos á dos, pero no su voluntad, por cuanto amaba más las cosas venideras que las pasadas; y dijo que tenía por bien fuese juez el entendimiento, que está y reside en medio, en cuanto entiende lo pasado y lo venidero. Pero el tiempo futuro dijo que no era juez competente, porque tenía mayor proporcion y *concordancia* con la imaginacion en las cosas pasadas que en las venideras. Y entónces, no pudiendo convenirse ni hallar juez comun, volvieron á reñir mutuamente. Y por cuanto la imaginacion amaba ser más de el tiempo pasado que de el futuro, por respecto de la memoria, que intercedió con ella, fué vencido el tiempo futuro por el tiempo pasado, el cual dijo á el tiempo presente que hacia mal en no ayudarle, pues le amaba cuanto podia.

De los proverbios de el tronco humanal.

La voluntad dijo á los ojos y les preguntó por qué causa miraban de más buena gana las mujeres hermosas que las feas. «Y tú, voluntad, dijieron los ojos, no siendo la mujer hermosa ni la fea de tu naturaleza, ¿por qué amas más las mujeres hermosas que las feas?»

Dijo el entendimiento á los oidos y preguntóles: «¿Por qué teneis placer de oir las vanidades?—Y tú, entendimiento, dijieron los oidos, ¿por qué no reprehendes á los hombres que las dicen?»

Dijo la memoria á la nariz: «¿Por qué tienes placer de oler la rosa?—Y tú, memoria, dijo la nariz, ¿por qué memoras la lujuria por la rosa?»

Dijo la voluntad á la boca: «¿Por qué comes demasiadamente?—Y tú, voluntad, dijo la boca, ¿por qué no me cierras?»

Dijo la voluntad á la carne: «Cuando la mujer te toca, por qué te enflamas?— Y tú, voluntad, dijo la carne, por qué no amas la castidad?»

Dijo el entendimiento á la boca: «Por qué mientes? —Y tú, entendimiento, dijo la boca, ¿por qué no me aconsejas?»

Dijo el alma á el cuerpo: «Por qué duermes tanto? —Y tú, alma, dijo el cuerpo, cuando yo velo, ¿por qué estás ociosa?»

Dijo el alma á el cuerpo: «Cuando tienes frio, ¿por qué tiemblas?—Y tú, alma, dijo el cuerpo, cuando pecas, por qué no tienes conciencia?»

Dijo el alma á el cuerpo: «Por qué estás enfermo?—Y tú, alma, dijo el cuerpo, ¿por qué no amas la templanza?»

Dijo el alma á el cuerpo: «Para qué mueres?—Y tú, alma, dijo el cuerpo, para qué te apartas de mí?»

De los ejemplos de el brazo humanal corpóreo.

Cuéntase que cierto leon juntó parlamento y tuvo consejo, y preguntó á su pueblo si habia necesidad y carestía en su reino de alguna cosa, ó si tenía algun bruto en su reino, que le fuese inobediente. Y el ciervo respondió y dijo que no habia paz en su reino, porque el hombre y el caballo hacian guerra á otros brutos, que mataba el hombre con sus flechas. El leon pidió consejo á la zorra, que es animal muy discreto, y dijo á el leon estas palabras: «Señor, el hombre es animal que usa de arte, con la cual vence y mata los brutos; porque él anda á caballo, que corre fuertemente, y lleva arco y flechas, con que mata á las bestias. Por eso sería bueno que vos tuvieseis paz con el hombre; porque el hombre usa de discrecion y sabe andar á caballo, y tirar con ballesta, que desde léjos mata las bestias, y es más fuerte que tú, porque cuando le falta la fuerza, se ayuda de las artes. Por eso sería bueno que le enviaseis embajadores, que tratasen paz entre vos y él, y entre hombres tales, que fuesen de su córte y amigos vuestros, que le dijiesen bien de vos, y que os hiciesen saber su estado, para que las bestias se pudiesen defender bien, cuando les quisiese hacer mal.» El leon tuvo por bueno lo que la zorra le habia dicho; y ésta dijo que de buena gana iria entre los otros embajadores; pero el perro dijo á el leon que no sería bueno que la zorra fuese de embajador, porque ella come las gallinas que viven y moran con el hombre, y tambien porque se jactaba y proponia presuntuosamente para ser embajador. El leon conoció que el perro decia la verdad, y le eligió para que fuese él por embajador; pero el lobo dijo á el leon que el hombre mataba las bestias que buscaba el perro, y que éste queria ir á el hombre para poder comer pan. Y esto dijo el lobo, para que el perro no fuese á guardar las ovejas. El leon, pues, condescendió con el consejo de el lobo, y preguntó á el perro si sería bueno que el lobo fuese á hacer la embajada. El perro consintió que el lobo pudiese ir á el hombre, para que el hombre le matase, porque mata y come las ovejas. Y por cuanto el lobo tuvo gran voluntad de comer las ovejas, fué á la embajada, no considerando el peligro por razon de la enemistad que hay entre él y el hombre. Entónces, pues, pidió licencia y partió á su embajada. Y cuando llegó á el hombre, ántes que pudiese decir palabra ó mostrar sus cartas, el hombre tiró una flecha á el lobo y le mató, y así se perdió la embajada.

De los ejemplos de el brazo humanal espiritual.

Cuéntase que la memoria, entendimiento y voluntad, quisieron subir á el cielo para ver á Dios; y entónces *hubo altercacion entre* ellos, porque cada uno queria ir *el primero, para ver ántes que los otros* la *bondad* de Dios y su *grandeza*. La memoria, pues, alegaba que ella debia ir la primera, porque recibia primero los objetos, y que el entendimiento y la voluntad los recibian despues; y que cuando el entendimiento y la voluntad dejaban sus objetos, ella los guardaba; y por esto altercaba debia ir la primera. Asimismo alegaba el entendimiento que él debia ir el primero, por razon de que él mostraba los objetos á la voluntad, y la hacia luz é iluminaba en la memoria, con la cual la voluntad hallaba los objetos. Pero la voluntad, alegando por sí, dijo que ella debia ir la primera, porque tuvo mayor *virtud* que el entendimiento y la memoria, en que podia amar lo que el entendimiento no podia entender, ni recordar la memoria, cuando quisieron recordar los hombres y entender algunas cosas que ya son recordadas y entendidas en el tiempo pasado, y ella no puede recordar ni entender en el tiempo presente lo que la voluntad quiere amar. Miéntras que todos tres estaban porfiando de esta suerte, vino un ruiseñor sobre aquel árbol debajo de cuya sombra estaban, y habiendo oido su altercacion, les dijo que no sabian lo que cierto gentil habia dicho á un cristiano, á un judío y á un sarraceno en cierto libro que hizo Raimundo de el gentil y de los tres sabios. «Y qué fué eso?» dijieron todos tres. Respondiendo el ruiseñor dijo que un cristiano, un judío y un sarraceno disputaron delante de un gentil, el cual les rogó que no disputasen con autoridades algunas, las cuales son recordadas, supuestas y amadas; y que no son entendidas segun la naturaleza de el entendimiento, en cuanto son creidas; pero que disputasen segun la naturaleza de el argumento y de la demostracion. Entónces, pues, el entendimiento fué el primero que produjo y dió á luz á la memoria y voluntad para ver si las posiciones que habian hecho eran verdaderas ó falsas. Y así, todos tres ordenaron que precediese la inteligencia. Empero la altercacion y resistencia fué entre la voluntad y memoria sobre cuál de ellas habia de preceder despues de el entendimiento. Y el ruiseñor juzgó que antecediese la voluntad, y que fuese la última la memoria. Y por esta razon dijo estas palabras: «Cuéntase que el tiempo futuro y el tiempo pasado vinieron á hospedar en la posada de cierto varon bueno, que se llamaba movimiento, y condujieron un asno, que llevaba los mantenimientos. Aquel buen hombre dijo que no abriria la puerta de la casa hasta que ajustasen y acordasen lo que debia entrar primero en ella, ó la cabeza de el asno ó su cola, y acordaron levemente y sin dificultad que debia entrar primero la cabeza de el asno, segun la naturaleza de su movimiento. Y entónces entró el asno y la cabeza primero, y preguntó el movimiento cuál de ellos debia entrar primero, los cuales dijieron que ya estaba resuelto y determinado en la entrada de el asno, y entónces entró el tiempo futuro primero, y despues el pasado. Conoció pues la memoria que tiene mayor *concordancia* con las cosas pasadas que con las venideras; que la voluntad debia ir primero despues de el entendimiento, y ella la última. Empero miéntras todos tres subian á el cielo, habiendo andado mucho y estando ya junto á el sol, se halló fatigado el entendimiento y no pudo sufrir la gran calor de el sol, y entónces dijo á la voluntad que fuese ella primero,

pues no tenia el calor de el sol. Fué, pues, la voluntad primero, despues la memoria, y el entendimiento el último; porque no entendia cosa alguna si no suponia ser verdadero lo que la voluntad y la memoria afirmaban de Dios y de su gran *bondad*.»

De los ejemplos de el ramo humanal.

Cuéntase que la oracion quiso subir á el cielo, y el cuerpo rogó á la oracion que le llevase consigo, y dijo la oracion á el cuerpo que era muy pesado y que no podria subir con ella; pero que llevaria su imaginacion, con la cual podria imaginar la *gloria* de el paraíso. Y entónces la oracion subió á el cielo con la imaginacion; y cuando iban subiendo, encontraron á la intencion en el camino; la cual preguntó á la oracion adónde queria ir. La oracion le respondió que queria ir á el cielo, adonde proponia rogar á Dios la diese el paraíso, y que llevaba consigo á la imaginacion, para que pudiese imaginar la *gloria* de Dios; porque no queria quedar en la tierra, que está vecina á el infierno, el cual habia imaginado la imaginacion; y por el temor que tuvo de él, me pidió la llevase conmigo, para estar en el cielo.

«Cuéntase, dijo la intencion, que habia cierto soldado muy rico y bueno en las armas, y que amaba mucho la vanagloria de este mundo. El cual tenía un hijo, y cuando el soldado llegó á la hora de la muerte, dijo á su hijo que siguiese su mismo camino; y este camino era anejo, y pertenecia á las riquezas, honras, osadía, magnificencia y fama. Despues de la muerte de el soldado, vió el hijo enterrar á su padre, y despues de poco tiempo mudó á su padre de un lugar á otro; cuyo cuerpo hedia tanto, que él no podia estar junto á él. Y entónces imaginaba de qué modo su padre habia llegado de honor grande á gran vileza y á la pobreza de amigos; porque ninguno quiso estar junto á él; y cómo habia perdido la victoria que solia ganar en las guerras, y que las gentes no hablaban más de él, porque ya se habian olvidado, y que en su padre no habia quedado nada de cuanto ántes habia amado; porque lo perdió todo con la muerte. Entónces, pues, propuso dejar el mundo, y vendió todo lo que tenía. Y dijo á Dios que queria dar á sus pobres todo cuanto tenía, para que le diese el paraíso y le defendiese de las penas de el infierno. Y despues que dió cuanto tuvo á los pobres, dijo que él queria darse á Dios, para que Dios le diese el paraíso; y entónces entró en una religion, en la cual vivió mucho tiempo obedeciendo á su superior; cantó muchas misas, tuvo muchas aflicciones y atribulaciones, y fué paciente en todas, para que Dios le diese el paraíso; y cuando llegó á la muerte se confesó y comulgó, lloró sus pecados y pidió á Dios misericordia, para que no entrase en el infierno, y consiguiese la *gloria*. Pero su alma se fué á el infierno, en el cual estará oviternamente padeciendo, y padecerá las grandes penas que están significadas en el árbol eviternal.» La oracion, pues, y la imaginacion se admiraron mucho de lo que la intencion las dijo, particularmente siendo Dios tan justo. Pero la intencion dijo á la oracion y á la imaginacion que fué recto el juicio de Dios en la condenacion de aquel religioso; el cual el bien que hacia, lo hacia más por el temor de el infierno y para poder conseguir la *gloria*, que por la *bondad* y amor de Dios; «por lo cual, tú, oracion é imaginacion, dijo la intencion, no sabeis lo que el *fin* dijo á el *principio*.—Y cómo fué eso? dijeron la oracion é imaginacion.

—Cuéntase que un *fin* blanco dijo á el *principio* que se vistiese de color blanco y que viniese á estar con él; pero el *principio* se vistió de color negro, y quiso llegarse á el *fin* y quedar con él. Entónces dijo el *fin* que dos contrarios no podian estar bien en un lugar, ni dos dioses en el cielo.» Y de esto conoció la oracion que aquel que tiene intencion de hacer bien, para evitar la condenacion y conseguir la salvacion, desea ser dios; pues quiere ir á el cielo más por su amor que por el amor de Dios, más por su *bondad* que por la *bondad* de Dios, y más por su *gloria* que por la *gloria* de Dios. Y entónces la oracion dijo á la imaginacion que se volviese á la tierra; por cuanto imaginaba demasiadamente las penas de el infierno y la *gloria* de el paraíso; porque ella queria sola subir á el cielo, sin alguna naturaleza de el cuerpo, y rogar á Dios la dé gracia de poder tratar principalmente de la honra que le pertenece, segun su *bondad*, *grandeza*, *eternidad*, *poder*, *sabiduría*, *voluntad*, *virtud*, *verdad* y *gloria*.

De los ejemplos de el hábito de el árbol humanal.

Cuéntase que la hermosura y la *bondad* vinieron á cierta señora, para quedarse con ella; y la hermosura quedó en el cuerpo, y la *bondad* en el alma. Y por estos dos hábitos, de que estaba vestida esta señora tenía, gran fama en la ciudad, porque se hablaba muchas veces de su hermosura y *bondad*. Tenía esta señora un marido que era feo y de malas costumbres. Por esto la hermosura de la señora se quejaba á la *bondad* de la torpeza de el marido, porque no le era agradable el comunicar con su contrario. Por lo cual la *bondad* de la señora decia á la hermosura que ella no sabía las injurias que se hacian y decian la llama y el aceite en la lámpara. «¿Y cómo fué eso? dijo la hermosura.—Cuéntase, dijo la *bondad*, que en cierta sala estaba una lámpara, que ardia todas las noches, y la llama alumbraba á otra sala, en la cual estaban pintados un hombre y un demonio; el hombre estaba vestido de vestiduras blancas y tenía muy hermosa figura, y el diablo estaba vestido de vestiduras negras y estaba hecho de muy torpe y fea figura. Y entónces la llama tuvo gran placer en manifestar aquellas dos figuras; porque por la figura fea de el demonio y negras vestiduras alababan las gentes la hermosura de la figura de el hombre y la belleza de sus vestidos. Miéntras la llama se gloriaba de la buena obra que hacia, el aceite se quejó de la llama de que le habia consumido, y dijo que él no queria tener pasion, para que la llama tuviese delectacion. Pero la llama dijo á el aceite que él no podia participar sin trabajo y pasion en la buena obra que ella hacia.» Entónces la hermosura estuvo contenta de el buen ejemplo que la *bondad* contó.

De los proverbios de las flores de el árbol humanal corpóreo.

La vida de el hombre consiste en la *concordancia* de sus partes.

El hombre pecador no puede tener derecho en cosa alguna que competa á Dios.

Aquel hombre es de el demonio, que se ama más á sí mismo que á Dios.

El que ama más á Dios que á sí mismo, le procura y solicita más honor.

Más provechoso es á el hombre el pensar bien que sentir el bien.

Apénas hay hombre alguno que haga aquello para que ha sido creado.

No son buenos todos los hombres que tienen buena fama.

La buena fama en el hombre malo es hábito de hipocresía.

Aquel hombre vale ménos que el asno, el cuál quiere valer más por el cuerpo que por el alma.

Aquel hombre que imagina muchas veces de dónde viene, sabe los caminos de el dia y de la noche.

De los proverbios de las flores de el árbol humanal espiritual.

La voluntad rogó á el entendimiento dijiese á su amado que le amaba más que á sí misma.

Por eso el entendimiento quiso más entender á Dios que á sí mismo, y la memoria memorar más á él que á sí misma.

Si la voluntad amase mucho á su amado, no lo hubiera puesto en olvido.

El entendimiento vió en una mano de el amado una espada, y en otra una flor; por eso dijo á la voluntad que tuviese temor, y que enviase la esperanza á la misericordia.

La voluntad amó tanto á su amado, que no tuvo tiempo para amarse á sí misma.

La memoria memoró á el amado, el entendimiento le entendió, y la voluntad deseó que fuese honrado por todos los hombres.

La voluntad envió la esperanza á el amado, para que tuviese memoria y piedad de los pecadores.

La voluntad enfermaba por el demasiado amar; pero el mayor recordar y entender la curaron con la *bondad* de su amado.

La memoria, entendimiento y voluntad lloraron sus pecados, y el amado les envió y transfirió la caridad y esperanza.

La voluntad que ama lo bueno coge las flores blancas, y la voluntad que ama lo malo coge las flores negras.

La voluntad ascendió á el amado, y le dijo que el mundo, que era suyo, se destruia por los hombres malos.

De los ejemplos de el fruto de el árbol humanal.

Cuéntase que el cuerpo y el alma pleitearon en el hombre, porque el cuerpo decia que el hombre era su fruto, y el alma decia lo contrario. Alegaba pues el cuerpo que el hombre era su fruto, por cuanto él era de más cosas que el alma, porque era de los cuatro árboles; es á saber: de el elemental, vegetal, sensual é imaginal, y el alma no era sino un árbol solamente. Pero el alma *preguntó á el cuerpo si no sabía lo que* la santidad dijo á la *bondad*. «Y qué fue eso? dijo el cuerpo.—Cuéntase, dijo el alma, que cierto obispo estaba en compañía de diez canónigos, que eran hombres buenos, devotos, de santa vida y que celebraban devotamente el oficio en la iglesia. Aquel obispo tuvo gran deseo de ser arzobispo, para ser más honrado y para tener más canónigos debajo de su dominio. Este obispo fue á la córte, y trató de que le hiciesen arzobispo, y cuando lo fué, los canónigos de aquel arzobispado, que no eran hombres buenos ni de santa vida, se opusieron á el arzobispo, el cual lescastigó, y ellos le dieron gran trabajo, y dijieron que si él no queria hacer á su modo de ellos, que le matarian. Y entónces el arzobispo dijo que la santidad hace á el prelado, y no el honor, aunque la santidad no conduce ni guia tantos animales por el camino como el honor, y dijo que de buena gana volveria el honor por la santidad si la pudiese recuperar. Y así, dijo la santidad á el honor que ella valia más con la paz que el honor con el trabajo.» Y tambien dijo el alma á el cuerpo que ella habia honrado más á el hombre que no él; porque él puso en el hombre la naturaleza de las bestias, y ella habia puesto en el hombre la naturaleza de los ángeles.

De los proverbios de el tronco moral.

Dijo la virtud á el vicio: «Quién es tu padre?» Respondió el vicio: «Tu privacion es mi madre.»

El vicio dijo á la virtud: «¿Por qué te aman tanto los hombres?» Respondióle el vicio: «Por cuanto tú estás ociosa.»

Dijo la virtud á el vicio: «Por qué eres mi contrario?» Respondióla el vicio que la es contrario para que ella sea grande.

El vicio dijo á la virtud: «Dónde estás?» Respondió la virtud: «Yo estoy en el lugar en que tú no estás.»

Dijo la virtud á el vicio: «Yo te acusaré en el dia de el juicio.» Respondióla el vicio: «El libre albedrío me excusará con el juez.»

Dijo el vicio á la virtud: «Por qué no tienes temor?» Respondióle la virtud: «Porque no tienes conciencia.»

Dijo la virtud á el vicio: «Por qué amas las tinieblas?» Respondióla: «Y por qué tú no andas de dia?»

El vicio dijo á la virtud: «Tienes hermano?» Respondió: «La pena que padecerás será mi hermano.»

Dijo la virtud que ella estaba en el anillo de el Rey; respondió el vicio que él estaba en la voluntad de el Rey.

Dijo la virtud á el vicio que la maltrataba en el hombre pobre; respondióla el vicio que se quejase á el hombre rico.

De los ejemplos de los brazos de el árbol moral.

Cuéntase que cierto rey quiso enviar un embajador á el Emperador, y dijo á su consejo que de las cuatro virtudes cardinales y de las tres teologales queria enviar dos solas, que concordasen conjuntamente; las cuales de ninguna manera pudieron concordar, porque todas eran necesarias para la embajada. Por eso el Rey eligió un soldado que fuese embajador, en el cual concurriesen todas las virtudes. Este soldado dijo á el Rey si sabía fuese justo el Emperador, porque si no era

justo, nada le valdria la justicia; y si no era sabio, tampoco le sería de valor alguno la prudencia; pero que no obstante, fuese ó no fuese fuerte el Emperador, sería bueno que fuese la fortaleza en la embajada, suponiendo que en el Emperador estaria la caridad, porque si no hay caridad en él ni justicia, no podria llevar consigo la esperanza, siendo así que el Emperador tiene mayor *poder* que el Rey. Entónces el Rey dijo á el soldado que queria vencer á el Emperador con su prudencia, si el Emperador no tenía prudencia ni justicia, siendo así que la justicia y prudencia tienen mayor *concordancia* con el arte que el *poder* y la ignorancia. Y que por eso podia llevar consigo en su compañía la esperanza. Entónces el Rey dió á el soldado ciertos capítulos escritos, segun los cuales él debria hacer la embajada sin aumento ni diminucion de ellos, ni innovar alguna cosa. Pero el soldado se excusó, y dijo que no iria á la embajada, por razon de que no podria llevar consigo la prudencia ni tampoco la esperanza. Y entónces el Rey dió licencia al soldado de que pudiese usar libremente en la embajada de la prudencia, para que pudiese ejercer la dignidad de embajador, y tuvo esperanza en el soldado por la prudencia y caridad que tenía.

De los ejemplos de los ramos de el árbol moral.

Cuéntase que la potencia, el objeto y el acto iban á una iglesia en peregrinacion. Esta iglesia era de la *virtud*, y á la una puerta estaba la *mayoridad*, y á la otra puerta la *minoridad*. Asistia la *mayoridad* á la una puerta de aquella iglesia, para que aquellos que quisiesen entrar con su voluntad tuviesen mayor *virtud*. Asistia tambien la *minoridad* á la otra puerta, para que aquellos que quisiesen entrar con su voluntad, tuviesen menor *virtud*. Estando pues la potencia, el objeto y el acto en la puerta de aquella iglesia, y habiendo sabido las condiciones de la *mayoridad* y *minoridad*, preguntaron á la libertad si entrarian por la puerta de la *mayoridad* ó por la puerta de la *minoridad*. Y la libertad dijo que no tenía oficio de aconsejar á ninguno, porque ella era comun á cualquiera de las puertas; y miéntras ella se excusaba, una señora, que se llamaba la gracia, dijo estas palabras: «Cuéntase que cierto hombre trabajó mucho tiempo en tratar el honor de Dios, que no pudo conducir á su fin. Y sucedió que cierto dia, que estaba pensando en esto, se maravillaba en gran manera de que Dios no le habia ayudado para perfeccionar aquel negocio, que trataba por su amor; y pensó que acaso tenía en sí algun vicio, por cuya causa Dios no le dió *virtud* para que llevase aquel negocio hasta el fin. Y miéntras estaba pensando de este modo, y buscaba en sí aquel vicio, se quedó dormido, y le pareció en sueños que estaba delante de él una señora vestida de paños diversos, cuyos colores eran la blancura y negrura; y el hombre preguntó á la señora qué significaban aquellos colores de sus paños. Respondió la señora y dijo que el color blanco significaba la voluntad de aquellos hombres que aman tanto el honor de Dios, que no se les da nada de el honor proprio, y que quieren que todo el honor sea de Dios. Tambien el color blanco significa la voluntad de aquellos que no tienen temor de su honor, ni vergüenza de tratar de el honor de Dios. Y dijo que el color negro significaba la voluntad de aquellos hombres que honran á Dios para que ellos sean honrados, y tienen temor de la vergüenza, para que no reciban deshonra. Entónces despertó aquel hombre y entró en la iglesia por la puerta de la *mayoridad*, para ver el Santo, y dijo que desde entónces no desearia el honor proprio, ni tendria temor de la vergüenza ni de la deshonra, ni dudaria sufrir la muerte por tratar el honor de Dios. Y el Santo le dió entónces las vestiduras blancas, y me rogó á mí y á la *mayoridad* que fuésemos sus amigas en todas las cosas buenas, y que le guardásemos de las malas y de las cosas ménos buenas. Por esto aquel hombre condujo á el *fin* y cumplimiento aquel santo negocio, en que habia trabajado mucho tiempo, para que Dios fuese honrado en este siglo.» Y habiendo oido la potencia, el objeto y el acto estas palabras, entraron por la puerta de la *mayoridad*, y rogaron á el Santo, diciendo estas palabras: «Santo y señor mio, dijo la amatividad, si te fuese agradable, te quisiera querer segun la mayor *mayoridad* de mi *poder*, de mi *sabiduría* y de mi *voluntad*; pues tú eres amable con la *mayoridad* de la posibilidad, inteligibilidad y amabilidad, para que entre tí y mí esté el amor vestido de la *mayoridad* extendida en la *grandeza* de la *bondad, duracion, poder, sabiduría, voluntad, gloria, virtud* y *verdad*.» Y entónces el Santo les concedió á todos tres lo que le pidieron. Y dijo á la gracia y á la *mayoridad* que los acompañasen, y que no pasasen por la puerta de la *minoridad*.

De los ejemplos de la situacion de el árbol moral.

Cuéntase que en una fiesta cierto príncipe estaba sentado en su trono y vestido de oro y seda, y en su cabeza tenía una corona de oro y de piedras preciosas, y que en su mano tenía un cetro de oro; y delante de el Rey estaban en pié muchas gentes, que decian que el Rey estaba sentado muy noblemente en su trono, y que su situacion significaba bien la nobleza de el Rey; empero que en su alma no estaba bien situado; porque ninguno le amaba, ántes las gentes deseaban su muerte por las malas obras que hacía; porque era hombre muy vicioso, de malas costumbres y enemigo de las virtudes. Y miéntras el Rey estaba sentado así, dijo su cuerpo á su alma: «¡Oh alma, amiga mia, alégrate de mis honores!» El alma respondió y dijo á los ojos de aquel cuerpo que se alegrasen de aquel honor de el cuerpo, y que los oidos llorasen por la deshonra que el Rey tenía en las bocas y palabras de las gentes, que decian mucho mal de él; el cual era más deshonrado por aquellas palabras, que honrado por su trono. Por eso rieron los ojos y lloraron los oidos. Y el alma pensó que aquel cuerpo no podia vivir mucho tiempo.

De los proverbios de las flores de el árbol moral virtuoso.

La justicia, prudencia, fortaleza y templanza cogieron méritos blancos, para poder servir á el amado con vestiduras blancas.

La fe lloró, y pidió y pide ayuda á sus hombres, y apénas hay alguno que la responda.

La caridad se quejaba á la justicia de los hombres malos, que no la querian amar; y la esperanza memoró á la misericordia.

Aquel hombre que tiene temor á la justicia, tiene falta de caridad.

La gran justicia no es tan temible como la privacion de la gran esperanza.

Aquel hombre es discreto, el cual, ántes que hable, recuerda la verdad y la prudencia.

Ningun hombre es justo, que no tiene esperanza de la justicia.

La fuerza es mejor en la prudencia que en el palo y el hierro.

El que está vestido de las virtudes no tiene necesidad de cosa alguna.

Si Dios faltase á el hombre virtuoso, sería contra la justicia, esperanza y caridad.

De los proverbios de las flores de el árbol moral vicioso.

La templanza se quejaba de la gula, y la justicia castigó á la fortaleza.

El que coge culpas en el amar, coge penas.

Por cuanto la soberbia es viciosa: cuando cree ascender más, más deciende.

Aquel hijo que fué principiado en la lujuria, tiene pena por la culpa de su padre.

Ningun avaro tiene esperanza.

El hombre airado está más apartado de la prudencia que otro alguno.

Por cuanto no hay semejanza alguna entre Dios y el vicio, éste no puede ser criatura.

Ningun vicio tiene *concordancia* con el sér.

Entre el vicio y la culpa no hay diferencia alguna.

Peor es un vicio en el alma que mil vicios en el cuerpo.

De los ejemplos de el fruto de el árbol moral.

Cuéntase que la virtud y el mérito se encontraron en el árbol moral, y porfiaban recíprocamente, porque la virtud decia que el mérito era su fruto. Y el mérito decia que ella no sabía lo que un caballo decia á el Rey. «Y cómo fué eso? dijo la virtud.—Cuéntase, dijo el mérito, que cierto rey tenía un halcon, el cual cazaba bien las grullas; sucedió pues que el Rey habia ido cierto dia á caza, y que con el halcon cogió una grulla que bajaba desde las nubes de el cielo hasta la tierra; entónces el Rey se alegraba mucho con el halcon, que habia muerto tambien aquella grulla; y dijo á el halcon que le amaba mucho. Pero el caballo dijo á el Rey que se maravillaba mucho de que el Rey amaba tanto á el halcon, que lo que hacia, no lo hacia para dar gusto á el Rey, sino para poder comer. Pero el Rey dijo á el caballo que no le creia, y le dijo que él tenía envidia; y entónces el Rey hirió el caballo con las espuelas y le hizo correr mucho tiempo; empero el caballo dijo á el Rey que él podia probar por experiencia lo que él le decia; porque si daba de comer á el halcon, él no iria por su amor á matar las grullas, porque no va á ellas sin gran fastidio y trabajo. Y que tambien el Rey le debia creer á él; porque ayuno y habiendo comido le llevaba á cuestas donde queria, y que cuando le heria con las espuelas tenía paciencia, la cual no tendria el halcon si el Rey le maltratase y hiriese. Y entónces el Rey conoció que el caballo decia verdad; y le dijo que habia adquirido el mérito, y que le queria amar más que á el halcon, que lo que hacía, no lo hacía por su amor, sino por su necesidad propria, y cuando le disgustaba, el halcon huia de él, y volvia á él para que le diese de comer.»

De los proverbios de el tronco imperial.

Dijo la *bondad* á el mal príncipe que él habia dado la muerte á su hijo, que se llamaba bonificar.

«Oh mal príncipe, dijo la *grandeza*, ¿por qué me tienes ociosa en el bonificar?

—Oh mal príncipe, dijo la *duracion*, la *bondad* me reprehende porque te hago durar.»

La *grandeza* desea que el *poder* de el mal príncipe sea en la pequeñez.

La ignorancia de el mal príncipe encarceró la *sabiduría* de su pueblo.

La voluntad de el mal príncipe desterraba el amar de la *voluntad* de su pueblo.

La *virtud* de el pueblo llevó en sus hombros el vicio de el mal príncipe.

La boca de el mal príncipe no tenía vergüenza de mentir.

La vanagloria de el príncipe siembra trabajos en su reino.

El mal príncipe hace confusa la conciencia de su pueblo.

Ningun príncipe malo tiene *concordancia* con su pueblo.

Ninguna *contrariedad* hay peor que la *contrariedad* de el príncipe y de su pueblo.

El príncipe comenzó á cobrar mal, y su pueblo le iba siguiendo.

Aquel príncipe es bueno, que consiste en el lugar medio de su pueblo.

En el mal príncipe se pierde el *fin* y plenitud de su pueblo.

Mayor dominio tiene el príncipe con mediocre pueblo (que sea bueno), que por un grande que sea malo.

Conviene que el príncipe tenga *igualdad* de justicia, *sabiduría* y caridad.

Aquel príncipe que deshonra á su pueblo tiene ménos honor.

De los ejemplos de el brazo imperial.

Cuéntase que en la corte de cierto rey (que era muy discreto) hubo un baron que era muy lujurioso y de malas costumbres, y un alguacil que era casto y de buenas costumbres. El Rey juntó un gran parlamento, y vistió á muchos y á sí mismo de seda. Y á aquel baron que era lujurioso y á el alguacil vistió de paño vil. Maravilláronse mucho todos los de aquel parlamento de que el Rey habia vestido á el baron y á el alguacil de el mismo paño, y el baron se tenía por muy afren-

tado, y el alguacil se tenía por muy honrado. Y preguntaron á el Rey que les declarase aquel ejemplo. Dijo pues el Rey estas palabras: «Habia cierto soldado que tenía la mujer muy hermosa, la cual era muy lujuriosa, y se ponia en la cara albayalde y color, para parecer más hermosa. Sucedió cierto dia que el soldado dijo á su mujer que le dijiese la verdad, y que si no le respondia á lo que la preguntaba, que la habia de matar. Y ella le dijo que le diria la verdad; empero que no la habia de matar si se la decia. Y entónces preguntó el soldado á su mujer en qué hermosura era más blanca y más limpia, ó en la de su cara, ó en la de su intencion, y por la cual se ponia color; la cual le respondió que la hermosura era más clara y blanca en su cara, y que en su intencion era lo contrario; porque tenía pensamientos torpes, de que vestia su intencion, y por cuya razon adornaba y afeitaba su cara; y volvió á preguntar el soldado á su mujer si la hermosura era más hermosa en la cara ó en la voluntad; y ella respondió que cuanto el alma es mejor que el cuerpo, tanto es más hermosa la hermosura en la voluntad que en la cara. Entónces el soldado vistió á su mujer de un paño vil, porque su intencion era torpe y fea.» Y el baron (que era lujurioso) y los otros que estaban en el parlamento conocieron que el Rey habia vestido á el baron de paño vil por razon de que su alma era torpe. Empero el alguacil no estaba contento de aquello; á el cual el Rey dijo estas palabras: «Cuéntase de cierto aradorcillo (que es un gusanillo, el cual se engendra en las manos) que se quejaba de Dios, que le habia hecho criatura tan pequeña, y habia hecho á el hombre tan grande y honrádole tanto. Y entónces Dios le puso en el hombre, en el cual le honró, en cuanto le puso en su compañía y en que comiese de el hombre; y para que el hombre no fuese soberbio por el honor que le habian dado, y para que el aradorcillo olvidase su pequeñez y vileza en la compañía en que estaba con el hombre y fuese honrado en él.» Pero cuando el Rey contó este ejemplo, dijo el alguacil á el Rey que no sabía lo que la garza habia dicho á la paloma. «Y como fué eso? dijo el Rey. —Cuéntase, dijo el alguacil, que dos monas pusieron algunos leños sobre una lucerna, la cual creian que era fuego, y porque tenian frio, querian encender fuego para calentarse. La paloma dijo muchas veces á las monas que la lucerna no era fuego, y que bien se via que las monas (que solian ser hombres) tenian tan fea figura, á semejanza de los hombres. La garza dijo pues á la paloma que ella no debria burlarse, ni reprehender á el hombre errado y obstinado, porque podria tener daño de esto, por razon de que el hombre obstinado y errado no se deja castigar ni reprehender, y causa daño á aquellos que le castigan y redarguyen. Empero la paloma no quiso creer á la garza en el consejo que la dió; y creyendo que las monas no la habian oido desde el árbol en que estaba, bajó á la tierra, adonde ellas estaban, y las dijo que la lucerna no era fuego. Y entónces las monas cogieron la paloma, la mataron y la comieron. Y dijo la garza que habia perdido todos sus discursos y pláticas en la paloma; pero en sí misma quedó con experiencia de lo que habia dicho á la paloma.»

De los ejemplos de los ramos de el árbol imperial.

Cuéntase que cierto rey, en aquel dia que se coronó, preguntó á su consejo cuáles eran las condiciones que el Rey debia tener reinando; y su consejo le respondió y dijo que entre las demas condiciones que debia tener el Rey, eran siete las principales, es á saber: justicia, *sabiduría*, caridad, *poder*, temor, honor y libertad. Entónces el Rey preguntó en la presencia de su pueblo si consentirian y concederian que el Rey debia tener aquellas condiciones. Y todos conjuntamente suplicaron á el Rey tuviese aquellas siete condiciones; porque sin ellas ningun rey podia gobernar su reino. Y el Rey respondió y dijo que él queria tener aquellas condiciones; y así, pidió á su pueblo fuesen enemigos de cualquier hombre que les aconsejase algo que fuese contra aquellas condiciones. El pueblo pues concedió esto, y se hizo escritura entre el Rey y su pueblo de aquel consentimiento. Por eso el Rey tomó aquellas condiciones de los cien nombres de Dios, y las hizo escribir á las puertas de su palacio, para que si alguno quisiese suplicarle y rogarle contra aquellas condiciones, tuviese temor de él y de su pueblo. Y por este modo el Rey tuvo libertad en reinar, en ser bueno y amigo de su pueblo. Y cuando alguno le pedia ó suplicaba algo contra aquellas condiciones, le hacia que las leyese en las puertas de palacio, adonde estaban escritas, y hacia que se arrepentiesen de los ruegos y súplicas que le hacian, ó les hacia morir mala muerte. Son pues las condiciones las que se siguen.

De la justicia.

Oh Dios! que eres verdadera justicia, cuando me acuerdo de mis delitos, te temo en mi conciencia.

Justo es Dios de su *potestad*, de su *voluntad* y *sabiduría*, las cuales tienen todo lo que desean tener.

Tanto da Dios de el bonificar y bonificado á la *bondad*, como da de el amar y de el amado á la voluntad.

Si Dios en sí fuese ocioso, no sería justo ni glorioso.

Justo es Dios en juzgar y justo es en perdonar, y es justo en igualar su justicia y su misericordia.

Si Dios no hubiese encarnado en el hombre, no tendria gran liberalidad en el ente creado.

La justicia trae la humildad, misericordia y piedad, y hace á el hombre amante por la voluntad.

El que quiere juzgarse á sí mismo, más presto alcanza la misericordia de Dios.

Más vale á el hombre recordar lo justo, amar lo justo y pensarlo, que poseer los honores y el oro.

Doyme á la justicia de Dios y me encomiendo á ella, para que haga de mí á su voluntad en el juzgar, y pido de ella el perdon de mis pecados, arrepentiéndome de ellos.

La misericordia y la buena voluntad por la justicia y piedad hicieron gran compañía.

fama de que era buen soldado y de que tenía buen caballo. El Rey creyó á el caballo, y hizo guerra á un príncipe, el cual le venció en la batalla y le quitó su tierra; y el Rey huyó en el caballo, y se fué á tierras extrañas, y le fué necesario vender la corona para poder comprar alguna cosa que comer para sí, y estuvo en pobreza; y el caballo vino muy flaco, porque no tuvo qué comer, y estaba acostado sobre el lodo, porque no habia quien limpiase la caballeriza. Y entónces dijo la guerra á el caballo que el consejo que habia dado á el Rey habia sido contra su gordura y contra la limpieza de su cama, y tambien contra su hermosura.»

De los proverbios de el tronco apostolical.

Dijo la *bondad:* «Oh *voluntad!* ¿por qué has elegido mal prelado?—Y tú, *bondad*, dijo la *voluntad*, ¿por qué no me has hecho buena?»

Deseaba la *grandeza* que el prelado fuese de gran linaje; pero dijo la *sabiduría* que ella vale más en el juicio que la *grandeza* en el linaje.

El juicio de el prelado no puede durar sin la caridad y *sabiduría.*

El *poder* de el buen prelado de buena gana está en el círculo, pero no en el ángulo.

Pesábale á la *voluntad* y lloraba, porque habia eligido prelado sin *sabiduría.*

Concurrieron la *sabiduría* y la *voluntad* para eligir prelado, y fué primera la *voluntad* en la eleccion que la *sabiduría.*

La *virtud* de el prelado es mejor que la *virtud* de el sol.

La mentira de el prelado mata la *verdad* de su pueblo.

Aquel prelado es árbol, que está puesto lo de arriba abajo, el cual no enseña ni muestra los caminos de la gloria.

Ningun prelado debe confundir ni desminuir su oficio.

Aquel prelado es bueno, en el cual concuerdan la devocion y *sabiduría.*

La *contrariedad* de el prelado y de el príncipe es muy mala y peligrosa.

La santidad de el prelado es el principio de la fidelidad de su pueblo.

El lecho de el prelado debe estar en el lugar medio de la devocion y *sabiduría.*

Ningun hombre es más perfecto en honor que el buen prelado.

Ningun hombre tiene mayor oficio que el prelado.

El prelado ha de ser eligido en *igualdad* de caridad y *sabiduría.*

Ningun hombre está en menor *bondad* que el mal prelado.

De los ejemplos de el brazo apostolical.

Cuéntase que el honor y la *sabiduría* iban en peregrinacion; y habiendo sido hospedadas en una posada, la *sabiduría* preparó la comida, y puso la mesa con pan *negro sobre manteles blancos. Los* manteles juzgaron que se les hacia agravio, porque se ponia sobre ellos el pan negro. Pero el pan les respondió que ellos no estarian blancos ni enteros si él fuese blanco; y entónces el honor conoció que el pan era amigo de la *sabiduría*, y no quiso comer de él; y dijo á la *sabiduría* que le diese pan blanco; la cual respondió y dijo que ella no daria pan blanco si no estuviese sobre manteles rotos; estuvo pues por todo aquel dia sin querer comer, y el dia siguiente se pusieron en camino. Y estando en él, encontraron con dos lobos, que estaban peleando con dos perros; y miéntras estaban peleando, vino cierto lebrel, que era hermano de uno de los perros, y quiso ayudar á su hermano; pero éste le dijo que ayudase primero á el otro perro; á el cual ayudó el lebrel, y ambos vencieron el lobo y le mataron. Despues vinieron y mataron á el otro lobo, con que fueron muertos los dos lobos. Y entónces el lebrel dijo á su hermano y le preguntó por qué quiso que ayudase primero á el otro perro; el cual le respondió que si le hubiese ayudado primero, y se hallase fatigado, despues no ayudaria á el otro, que no era su hermano, y pudiera ser que el lobo le hubiese muerto. Pero por cuanto confiaba en su hermandad, juzgaba que aunque estuviese fatigado de pelear, no obstante le ayudaria á él, que era su hermano, porque el amor (que le tenía) le daria virtud y fuerza. Y la *sabiduría* dijo á el honor que la caridad era buena en la sociedad y compañía; y que así, él se fuese, porque no queria ir con él en compañía, por cuanto no amaba cosa alguna, sino á sí mismo; y queria que todas las cosas le sirviesen, y que él no queria servir á ninguno. Entónces la *sabiduría* se separó de el honor. El honor pues anduvo solo todo el dia, y cuando llegó á cierta ciudad, no supo buscar la casa de el obispo, y se entró en la casa de un villano. Y este villano comia con su mujer y hijos, y junto á su mesa estaban un asno, un lechon y un buey. Y el honor comia de aquel pan negro que estaba delante de el villano, y estaba sentado con él á la mesa, sobre la cual habia unos manteles negros y rotos; y el honor no se podia abstener de comer, porque tenía gran hambre, aunque el pan era negro y estaban rotos los manteles. Habiendo comido el rústico, dijo á el honor que le ayudase á conducir su asno y buey á el agua; pero el honor respondió que no habia sido criado para ir detras de los bueyes y de los asnos, sino para andar á caballo; y así, se levantó de la mesa, y dijo á el rústico le hiciese una buena cama, en que poder dormir, y que echase el lechon de casa.

De los ejemplos de los ramos de el árbol apostolical.

Cuéntase que la voluntad y el entendimiento estaban en un vergel, y estaban hablando de Dios y de sus obras. Dijo pues el entendimiento á la voluntad que él valia más que ella, porque pasaba á entender sobre la sensitiva é imaginativa. Pasaba sobre la sensitiva cuando el gusto enfermo sentia amargura en la manzana dulce, y la juzgaba amarga; pero él juzgaba la manzana dulce, y la tocaba, entendiéndola. Pasaba sobre la imaginativa cuando imaginaba que el ángel (cuando se movia de un lugar á otro) pasaba por el

medio, y que el entendimiento entendia sobre la imaginacion, en cuanto entendia que el ángel, segun su naturaleza, no pasaba por el medio, sino que la naturaleza de el lugar pasaba por el medio; el cual lugar imaginaba la imaginacion. Y respondió la voluntad y dijo que tambien ella ascendia sobre la sensitiva é imaginativa, y semejantemente sobre sí misma: sobre la sensitiva, como el hombre que tiene hambre, y yo quiero que ayune; sobre la imaginacion, como el hombre que imagina las delicias carnales, y hago á la imaginacion imagine lo contrario. Asciendo y subo tambien sobre mí misma, en cuanto amo á Dios más que á mí misma, y trabajo más por su honor que por el mio. Pero el entendimiento respondió y dijo que él asciende á Dios sobre sí mismo, en cuanto se mortifica á sí mismo, creyendo de Dios lo que no entiende, para que Dios sea honrado, y que en aquel grado valia tanto como ella.

De los ejemplos de el lugar de el árbol apostolical.

Cuéntase que el *poder*, *sabiduría* y *voluntad* pidieron á la *igualdad* que fuese con ellas en compañía; porque ellas querian ir á cierto lugar, donde pudiesen hacer y obrar buenas obras. Y la *igualdad* condecendió con sus ruegos. Y miéntras iban en busca de el lugar donde pudiesen tener iguales operaciones, encontraron á la *bondad*, en la cual se pusieron y colocaron. Y dijo la *voluntad* que queria amar la *bondad* con todas sus fuerzas y de toda sí misma. Y la *sabiduría* dijo que queria de toda sí misma saber la *bondad*. Y el *poder* dijo que la queria poderificar de todo sí mismo. Y la *igualdad* dijo que queria igualmente que la *bondad* fuese amada, sabida y poderificada, con tal condicion, que la *bondad* bonificase igualmente á el *poder*, *sabiduría* y *voluntad*; y la *bondad* dijo que ella estaba contenta. Entónces el monje dijo á Raimundo que le contase el modo. Y Raimundo respondió que el modo consistia en que las cinco señoras por un modo fuesen un agente, que fuese el *poder*, *sabiduría*, *voluntad*, *igualdad* y *bondad*, y que por otro modo fuesen un agible ú operable. Y que de ambos procediese un operar, que fuese todas las cinco señoras; y por esto entendió el monje el modo substentado en la *igualdad* de el bonificar, poderificar, entender, amar y de el igualificar; pero no podia entender que pudiese ser aquel modo sin el lugar de el conteniente y contenido, el cual no podia ser en aquel modo. Entónces Raimundo dijo á el monje estas palabras: «Cuéntase que el fuego, aire, agua y tierra quisieron hacer una peregrinacion, é ir á un lugar, en el cual significasen la operacion que no está en el lugar de el conteniente y contenido. Y entónces se entraron en la manzana, que es de todos cuatro; de manera que no es contenida, ni ellos están dentro de la manzana, ni ésta está fuera de ellos. Y miéntras ellos hacian esta significacion, hallaron á la memoria, entendimiento y voluntad, que están en el alma, en la cual se hace más vivamente la significacion. Por eso dijo Raimundo á el monje que pues el alma significaba más vivamente la interioridad, que realmente tienen las formas divinas las unas en las otras, sin terminacion de el conteniente y contenido (la cual tienen los cuatro elementos en la manzana), cuanto más aquella naturaleza, que es más superior que el alma, y más apartada de el lugar, significará más vivamente la interioridad de una forma en otra, sin la existencia de el conteniente y contenido.

De los proverbios de las flores de el árbol apostolical, y de los artículos de la Deidad.

Siendo así que todo lo que es, es porque Dios es. Si no fuese Dios, ningun ente sería.

Si fuesen muchos dioses, la infinidad sería nada.

Imposible es que dos padres sean infinitos.

Por el contacto de las divinas razones nace el Hijo Dios de Dios Padre.

De el encuentro amoroso de el Padre y de el Hijo procede el Espíritu Santo.

Si pudiese el mundo ser eterno, podria ser la posibilidad sin la positividad.

La recreacion de el mundo duplicó la servitud de los hombres.

Todos los hombres han sido creados para conocer la gloria grande de Dios.

Ningun ente puede desencaminar á el mundo de el *fin* por el cual ha sido creado.

Dios puede más en sí mismo que en otro

De los proverbios de las flores de el árbol apostolical, y de los artículos de la humanidad.

Más noble y mejor es la concepcion de Jesucristo que la recreacion de el mundo.

Por cuanto á Dios compete mejor producir las cosas grandes que las pequeñas, mejor pudo nacer de una vírgen que crear el mundo.

Por la muerte de Jesucristo vive el gran amar de los hombres.

Decendió Jesucristo á los infiernos para hacer subir los santos hombres á los cielos.

La resurreccion de Jesucristo es espejo de la universal resurreccion.

El *fin* de la humanidad de Cristo está en lo supremo.

La *grandeza* de el juzgar consiste en la *verdad* de el sentir y de el entender.

El que aborrece á Jesucristo, aborrece á el *fin* de todas las cosas.

Ningun nombre es más virtuoso que el nombre de Jesucristo.

Ningunos instrumentos auténticos son más verdaderos que los artículos de la fe.

De los ejemplos de el fruto de el árbol apostolical.

Cuéntase que el honor y la salvacion de las gentes pleitearon entre sí recíprocamente en el árbol apostolical; porque cada una decia que era el fruto de aquel árbol apostolical. El honor pues alegaba y decia que él era el fruto, por cuanto el Papa era más honrado y venerado que otro hombre alguno. La salvacion alegó, dicien-

do que ella era mucho mejor en muchos hombres que el honor en un hombre. Que por eso convenia que lo que lo que era mayor y más útil fuese el fruto apostolical; porque si no lo era, no estaria el *fin* en la sublimidad de las extremidades de los ramos de el árbol, el cual no llevaria fruto, pues el *fin* no estaba en las dichas extremidades. Y el *principio* estaria en la sublimidad con el honor, y el *fin* en la tierra con la deshonra. Y así, el árbol sería pervertido de bien en mal (y haria mal fruto); y de la *grandeza* en la pequeñez, y haria fruto pequeño; y de la *duracion* en la corrupcion, y estaria el fruto corrupto; y de el *poder* en la debilidad. Por eso el fruto no podria dar fuerza á los que le comiesen. Tambien el árbol sería pervertido de la *sabiduría* en la ignorancia, y no iluminaria á los hombres, para que fuesen por los caminos rectos y de dia; asimismo su *voluntad* sería pervertida de la amabilidad en el aborrecimiento, y su *virtud* sería pervertida en vicio, y su *verdad* en falsedad, y su gloria en pena; y así, no habria entre todos árbol tan malo como sería el árbol apostolical, si el honor estuviese en la sublimidad, y el *fin* de el árbol en tierra á el pié de el árbol. Por eso dijo la salvacion de muchos hombres que ella debia estar en la sublimidad, para que el árbol fuese derecho y el mayor árbol de todo el mundo, y que el honor fuese una de las flores, de la cual naciese y procediese fruto, de que comiesen muchos hombres en la vida eviterna, y huyese la muerte perpétua.

De los proverbios de el tronco celestial.

De muchas formas incorruptibles se sigue cuerpo incorruptible.

De las formas que están en el primer movimiento se sigue el primer móvil.

El primer movimiento no da naturaleza de cesar.

Las formas de el cielo, así son primeras por la luz, como son primeras por el movimiento.

Así se han y refieren las formas de el cielo á el primer círculo, como se han y llevan á el primer movimiento.

De la misma manera se han y refieren las formas de el cielo á el mayor movimiento, como se han y refieren á el mayor círculo.

De la mayor redondez se sigue la mayor movilidad.

De las formas redondas en la naturaleza se sigue el cuerpo redondo.

El movimiento simple circular no pasa por el medio.

Ningun movimiento circular es ponderoso ni ligero.

De los ejemplos de el brazo de el árbol celestial.

El astrónomo maldijo á su maestro. «Raimundo, dijo el monje, cómo ha sido esto?—Cuéntase, dijo Raimundo, que vino á cierta ciudad un astrónomo, cuya fama era grande. El rey de aquella ciudad dijo á el astrónomo que mirase cuándo él moriria. Y el astrónomo le dijo que aquel año. El Rey creyó que el astrónomo le habia dicho verdad, y por el temor de la muerte no podia comer ni dormir; de manera que por el temor de la muerte el Rey estaba encerrado cada dia con aquel astrónomo y con cierto discípulo suyo en un aposento, y le hacia mirar si acaso habia errado en el cómputo ó en el arte de el astronomía; por cuanto deseaba que el astrónomo hallase que él podria vivir. El astrónomo pues hizo su interrogacion sobre aquello, y halló que no podria pasar el año. Y miéntras el Rey estaba en tristeza y dolor, sucedió que otro rey le envió una muchacha que habia sido criada con veneno. Y el astrónomo dijo que no podia creer que aquella muchacha viviese con veneno, porque su ciencia no lo podia consentir, y particularmente porque era nacida debajo de el dominio de Ariete, que es de complexion húmeda y cálida, que es contra la complexion de el veneno, que es seca y fria. Pero los embajadores que trujieron aquella doncella, la dieron á comer y beber veneno delante de el Rey y de el astrónomo; de manera que no la causaba mal á aquella doncella lo que comia y bebia. Y entónces el Rey tuvo algun consuelo, y pensaba que el arte de el astronomía no siempre hacia juicio verdadero. Empero por el gran temor de la muerte (que tenía), la experiencia de la doncella no se lo quitó de su corazon; porque imaginaba la muerte con demasía. Y estando el Rey en esta tristeza y miedo, cierto soldado sabio, muy amigo de el Rey, vino á verle, y le preguntó qué era lo que tenía. El Rey le dijo en secreto lo que aquel astrónomo que estaba delante de él, le decia. Y entónces el soldado conoció que aquel astrónomo debia de haber tratado con algun hombre de aquella ciudad la muerte de el Rey, por razon de que el astrónomo decia que el Rey debia morir aquel año, para que el Rey muriese de temor. Entónces el soldado dijo á el astrónomo si sabía cuánto debia vivir; el cual respondió á el soldado, diciendo que su vida no era sino de diez años. Y en qué dia? dijo el soldado á el astrónomo, para ver si sabía verdaderamente lo que decia. El cual dijo á el soldado que ya habia pasado mucho tiempo que él sabía con certeza el término de su vida. Y entónces el soldado, con la espada que traia, cortó la cabeza á el astrónomo, para que el Rey se alegrase, y conociese que aquel astrónomo habia mentido, y tambien su ciencia. Y entónces el discípulo de aquel astrónomo maldijo á su maestro, y dijo que en ningun tiempo tendria confianza en el arte de el astronomía.»

De los ejemplos de los ramos de el árbol celestial.

Cuéntase que Saturno y Júpiter pidieron á el Sol dijese á Dios que ellos le pedian pusiese medio entre ellos, por cuanto no pueden tener quietud las complexiones contrarias. Pero el Sol les respondió que ellos no sabian lo que Dios habia respondido á el ermitaño. «Y cómo respondió? dijieron Saturno y Júpiter.—Cuéntase, dijo el Sol, que cierto ermitaño estaba en un monte, y que tenía muchas tentaciones, y cotidianamente rogaba á Dios le quitase aquellas tentaciones, porque le fatigaban con demasía. Y Dios le respondió que aquellas tentaciones le eran buenas, por razon de que, cuando era tentado por la lujuria, él recordaba la castidad y la amaba; y que cuando era tentado para comer, él amaba el ayuno; y cuando era tentado para

dormir, él memoraba la oracion y la amaba; y cuando era tentado por la soberbia, recordaba su vileza, muchos delitos que habia hecho, el lugar vil en que habia nacido, y el hospedaje vil en que habia de estar despues de la muerte, adonde le comerian los gusanos; por esta causa las tentaciones que tenía aquel ermitaño le excitaban y movian á hacer lo bueno, y á que no estuviese ocioso, y á que hiciese lo contrario de aquellas tentaciones. Por eso aquel ermitaño era hombre justo, y cada dia adquiria grandes méritos por las buenas obras que hacia, y porque vencia muchas malas tentaciones.»

De los ejemplos de la cuantidad de el árbol celestial.

Cuéntase que el círculo, cuadrángulo y triángulo se encontraron recíprocamente en la cuantidad, que era su madre, y tenía una manzana de oro. Y preguntó á sus hijos si ellos sabian á quién debia dar aquella manzana; y la respondió el círculo que él la debia tener, porque era el primogénito, el mayor y el que corria más fuertemente que sus hermanos. Y el cuadrángulo dijo que á él le pertenecia, por cuanto era más cercano á el hombre que el círculo, y que tambien era mayor que el triángulo; pero el triángulo dijo en contra que él debia tener aquella manzana, porque era más próximo á el hombre que el círculo, y más semejante á Dios que el cuadrángulo. Y entónces la cuantidad dió la manzana á su hijo el triángulo. Pero Ariete y sus hermanos, y Saturno y sus hermanos reprehendieron á la cuantidad, y dijieron que habia juzgado mal; porque el cuadrado y triángulo no tenian semejanza alguna con Dios en lo ancho, largo y profundo; y el círculo tenía semejanza, porque no tenía *principio* ni *fin*. Y el cuadrángulo reprehendió á la cuantidad y dijo que no habia juzgado bien; porque él era más semejante á Dios que el triángulo en los cuatro elementos, por razon de que sin éstos no podrian ser los hombres, los cuales son para que amen y conozcan á Dios. Pero el triángulo excusó á la cuantidad, su madre, y dijo que ella habia juzgado bien, en cuanto él era más semejante á el alma de el hombre, y á la trinidad de Dios, por el número ternario, que sus hermanos el círculo y cuadrángulo; empero que habia errado en cuanto le habia dado á él la manzana redonda, que no era de su figura.

De los proverbios de las flores de el árbol celestial.

El elementar es la flor de Leon, de el Sol y de el dia domingo.

El vegetar es la flor de Sagitario, Júpiter y de el dia juéves.

El sentir es flor de Capricornio, Saturno y de el dia sábado.

El imaginar es flor de Cancro, Luna y de el dia lúnes.

Ariete, Tauro y Géminis se burlan de los hombres, que dicen que ellos saben todas sus naturalezas.

El Sol y Vénus reprehendieron á Mercurio, que hace que los hombres pierdan su tiempo frustráneamente en el azogue, que nace en la tierra.

¿Quién es aquel que podria saber cuantas veces se han encontrado recíprocamente Ariete, Tauro y Géminis con Saturno, Júpiter y Mercurio?

Más vale la plata en la bolsa que no en el mercurio.

Hereje es aquel que tiene mayor temor de Géminis y de Cancro que de Dios.

El *poder*, *sabiduría* y *voluntad* de Dios tienen mutuamente mayor amistad que Capricornio, Saturno y el dia sábado.

De los ejemplos de el fruto de el árbol celestial.

Cuéntase que hubo gran porfía entre el Sol y el Rey, que habia tenido de su mujer un hijo; porque el Sol decia que era su hijo segun la razon, como el hombre bueno, que obra lo bueno por razon de la *bondad*. Y el Rey decia que era su hijo naturalmente, como el fuego, que naturalmente calienta, y el padre, que engendra á el hijo naturalmente; y que lo tuvo de su mujer y en su especie humana, y que el Sol no tiene mujer ni es hombre. Por eso dijo el Rey á el Sol que él no sabía la sentencia que él habia dado contra su pretor. «Y cómo fué esto? dijo el Sol.—Sucedió una vez, dijo el Rey, que un pretor mio estuvo mucho tiempo por mí en una ciudad que le dí para que la guardase y para que mirase por mi honor, y procurase en aquella ciudad la utilidad de las gentes. Y el pretor trató cuanto pudo de su honor proprio, y nunca de el mio; y así, este pretor estuvo mucho tiempo en aquella ciudad, de modo que las gentes le tenian como á señor, y le hacian aquella honra que se debia hacer á el Rey. Sucedió pues que cuando yo fuí á aquella ciudad, no me hacian las gentes el honor que se debia hacer á su rey y señor, y que honraron aquel pretor mio como á rey, segun lo tenian de costumbre. Y entónces yo dije á el pretor que saliese de aquella ciudad, y se fuese á buscar el honor de rey á ciudad que fuese suya; porque no queria que en ciudad mia participase conmigo el honor de rey, porque no están bien dos reyes en una ciudad.» Pero entónces el Sol dijo á el Rey que él no sabía lo que Mercurio habia dicho á el alquimista. «¿Y qué fué eso? dijo el Rey.—Cuéntase, dijo el Sol, que cierto alquimista queria hacer en el fuego plata de el azogue, y azogue de la plata. Mercurio pues dijo á el alquimista que el azogue era nacido en la tierra, y que él le habia producido, con el consejo de Ariete, Tauro y de sus hermanos, y tambien con el consejo de Saturno y de sus amigos; y que ántes que el azogue fuese engendrado, todos habian ordenado y dispuesto conjuntamente que la tierra fuese madre de el azogue y que él fuese su padre; por eso no quiso que su hijo tuviese otro padre ni otra madre; y consintieron á su voluntad Ariete, Tauro y Géminis; y yo, dijo el Sol, y todos mis hermanos consentimos en ello. Y así, el alquimista no pudo hacer plata pura de el azogue; porque él no lo podia hacer sin nuestra voluntad, ni sin la voluntad de su primer padre y sin la de su primera madre.» Y entónces el Rey conoció que el Sol queria decir, segun el ejemplo que habia dado, que el hijo (que tuvo de su mujer) era hijo de el Sol, en cuanto era hombre en-

gendrado; y que era hijo suyo y de la Reina, en cuanto hombre espiritual.

De los proverbios de el tronco de el árbol angelical.

Ningun ángel bueno puede tener necesidad.
El ángel malo no alcanza fin alguno.
Ningun ángel tiene anterior ni posterior.
En ningun ángel hay duda.
Ningun ángel es ligero ni pesado.
Ningun ángel es de otro ángel.
Ningun ángel está extendido en lugar.
Ningun ángel está ocioso.
Ningun ángel bueno puede ser preso ni cautivo
Ningun ángel malo es libre.

De los ejemplos de los brazos de el árbol angelical.

Cuéntase que cierto hombre avaro, que era muy rico, se maravillaba de que no se podia hartar de las riquezas, porque cuanto más aumentaba sus riquezas, tanto más deseaba tener los bienes de su vecino. Sucedió pues cierto dia que yendo á caballo junto á su castillo, encontró tres pobres en el camino, que estaban comiendo de un gran pan y de un pequeño plato de carne, y que cada uno de ellos convidaba á el otro á comer; y consideró entónces que la caridad estaba entre los pobres en las cosas grandes y pequeñas, y que en él no habia sino crueldad y avaricia, por cuanto no convidaba á los pobres de sus bienes, que eran grandes, y tenía envidia de los cortos bienes que ellos tenian. Y entónces maldijo sus riquezas y deseó ser pobre; de manera que rogó aquellos tres pobres que le admitiesen en su compañía, para que se pudiese hartar su voluntad, y le dejase dormir, por cuanto le trabajaba tan fuertemente en los grandes bienes y pequeños, que no podia tener quietud ni reposo alguno. «Cuéntase, dijieron los pobres, que san Miguel y san Gabriel encontraron á nuestro Señor en un jardin, con el cual ellos tuvieron consuelo, y cuanto más uno amó á Dios, tanto más le amó el otro. Pero miéntras estaban así, vino Lucifer, y dijo que queria estar en su compañía, pero debajo de tal condicion, que él queria tener á Dios todo, y que los otros no tuviesen cosa alguna; los cuales conocieron que no era ángel bueno, porque le queria tener todo con tal condicion, como si no fuese suficiente á todos los demas, que querian tenerle. Por eso dijieron á Lucifer que él era ángel malo, porque queria tener todo el bien general y necesario á muchos bienes particulares.» Y entónces el hombre avaro conoció que aquellos pobres no quisieron tener su compañía, por cuanto temieron que se comeria todo el pan y la carne, y que no les convidaria á comer.

De los ejemplos de los ramos de el árbol angelical.

Cuéntase que en cierta iglesia catedral habia un obispo, que era hombre idiota, que no sabia predicar, ni reprehender sus canónigos de los males que hacian, por cuanto no conocia sus delitos ni defectos. Pero los canónigos deseaban que aquel obispo fuese muerto, y el tener un obispo sabio, que supiese predicar y conocer sus bondades. Sucedió pues que aquel obispo murió, y que tuvieron otro obispo discreto, que predicaba bien y conocia los delitos y las demas faltas que cometian, y les reprehendia; de manera que les tenía cotidianamente en trabajo. Por lo cual cierto dia los canónigos pidieron consejo á un canónigo viejo sobre lo que harian de aquel obispo, porque no podian sufrir ya los trabajos que les daba. Aquel canónigo respondió, diciendo que hiciesen lo que hace el buen ángel. «¿Y qué hace el buen ángel?» dijieron los canónigos. Respondió el canónigo: «El buen ángel mezcla recíprocamente sus ramos, y los mezcla en la *concordancia*; por eso si vosotros mezclais el deseo que tuvistes (cuando el otro obispo era vivo) con lo que conoceis de este obispo, de modo que la mixtion sea en la *concordancia*, tendréis con él quietud y reposo; porque él es bueno, y si os conociese buenos, os amaria como á buenos; pero que él sea bueno y discreto, y vosotros malos, y quereis que él sea sabio, sois ocasion sin duda de vuestro trabajo.»

De los ejemplos de la cualidad de el árbol angelical.

Cuéntase que viniendo cierto ermitaño á una fuente para beber de sus aguas, halló allí un demonio que lloraba, porque habia hecho pecar un monje con una monja. El ermitaño pues preguntó á el demonio por qué causa lloraba, pues habia cumplido su voluntad, haciendo el mal. Pero el demonio respondió que lloraba por cuanto tenía mayor pena que ántes, porque por aquel mal que habia ocasionado se hiciese, se le habia multiplicado la pena. El ermitaño dijo á el demonio, preguntándole por qué razon hacia que los hombres cometiesen el mal, pues se le aumentaba su pena. «Cuéntase, dijo el demonio, que un cuervo preguntó á los cuatro elementos de qué vivian, y el fuego respondió que él vivia de la tierra, en cuanto recibe de ella la sequedad; y el aire dijo que él vivia de el fuego, en cuanto recibe de él el calor; pero el agua dijo que ella vivia de el aire, en cuanto recibia de él la humedad; y la tierra dijo que ella vivia de el agua, en cuanto recibe la frialdad de ella. Empero el cuervo les preguntó, si su vida se convertia en su contrario, que lo fuese de ellos en las substancias elementadas. Y los elementos respondieron á el cuervo que si ellos se pervirtiesen en las substancias elementadas, serian semejantes á las calenturas.» Y entónces el ermitaño entendió que en el demonio estaban pervertidas sus cualidades de el bien en el mal, y que él hace el mal tan expresamente para tener el mal, como el hombre justo, que á sabiendas y expresamente hace el bien, para tener el bien

De los proverbios de las flores de el árbol angelical.

Mayor es la *gloria* de san Gabriel que su todo ó sus partes.

Cuando el hombre peca, hace agravio y vituperio á su ángel bueno.

El ángel bueno aconseja con el entender, y el ángel malo con el imaginar.

El ángel bueno aconseja para lo superior, y el ángel malo para lo inferior.

El ángel malo aconseja con falsedad y dignidad de maestro, y el buen ángel con la dignidad de maestro y la legalidad.

Ningun demonio tiene en sí *concordancia*.

Así es la pena en el demonio, como el movimiento en el círculo.

Cada uno de los demonios se atormenta á sí mismo y á otro.

El ángel malo es todo pervertido en mal y pecado.

Ningun demonio tiene esperanza ni caridad.

De los ejemplos de el fruto de el árbol angelical.

Cuéntase que un ermitaño vió á un ángel y á un demonio, que estaban porfiando entre sí recíprocamente, porque el ángel decia que el buen obrar era el fruto de el existir, y el demonio decia que el existir era el fruto de el mal obrar. El ángel pues decia y alegaba que el buen obrar era el fruto de la existencia, porque mayor *bondad* hay en el recordar, entender y en el amar de el ángel, que contempla á Dios, que en la esencia de el ángel. Empero el demonio decia que la *bondad* natural era mala, por el mal recordar, entender y amar. Por eso dijo el ermitaño que ellos no sabian lo que un griego habia dicho á un latino y á un sarraceno; porque si lo supiesen, no porfiarian en lo que estaban porfiando. «Y qué es esto? dijieron el ángel y el demonio.—Cuéntase, dijo el ermitaño, que un latino y un sarraceno se encontraron en cierta viña, en la cual habia muchos racimos de uvas. Y miéntras comian de ellos, dijo el latino á el sarraceno que de aquellos racimos se hacia el vino; y el sarraceno le respondió que de ellos no se hacia el vino; pero que de ellos se hacia nabit, que significa en arábigo lo mismo que vino. Y por cuanto el cristiano no entendia lo que queria decir nabit, ni el sarraceno entendia lo que queria decir vino, cada uno negaba á el otro lo que decia, y sobre esto estaban en gran contienda; hasta que llegó cierto griego, que sabía las lenguas de ambos; el cual dijo que el vino y nabit significaban una misma cosa segun la realidad de el número, pero no significaban una misma cosa en un mismo idioma; y que por eso era su *contrariedad*, porque no se entendia el uno á el otro.» Esto decia el ermitaño á el ángel y á el demonio, para que el ángel entendiese que decia la verdad segun el buen estado, y el demonio semejantemente, segun el mal estado.

De los proverbios de el tronco de el árbol eviternal.

En la eviternidad no hay término en el *fin*.

La cabeza de la eviternidad es en tiempo, y su remate está en la *eternidad*.

La eviternidad no tiene medio.

El movimiento no está extendido en la eviternidad.

No se multiplica número en la eviternidad.

Ningun ente puede exceder ni salir de la eviternidad.

La eviternidad es espejo de la *eternidad*.

Ninguna criatura puede ser mayor que la eviternidad.

Tanto durará la eviternidad cuanto la *eternidad*.

La *eternidad* y la eviternidad contrajeron y hicieron compañía.

De los ejemplos de los brazos de el árbol eviternal.

Lucifer maldijo su entendimiento. «¿Y de qué modo, Raimundo, fué esto? dijo el monje.—Cuéntase, dijo Raimundo, que Lucifer envió su entendimiento á Dios, para que le trujiese esperanza de él. Y estando su entendimiento delante de Dios, vió á la *verdad*, que estaba leyendo en un libro, y decia que Lucifer no tenía voluntad de amar la esperanza, y por cuanto no la amaba, dijo la *verdad*, en ningun tiempo la tendria. Por esta causa volvió el entendimiento á Lucifer sin la esperanza. Y entónces Lucifer maldijo á el entendimiento, porque no trajo la esperanza de la misericordia de Dios; pero el entendimiento se excusó, y dijo estas palabras: Cuéntase que habia un rey muy justo, que entendia las voluntades de los hombres; en cuya tierra habia cierto soldado, que aborrecia mucho aquel rey, y meditaba su muerte con un hijo suyo. Suplicó pues á el Rey fuese servido de que su hijo estuviese en su córte y le sirviese á la mesa; y esto decia y procuraba, para que su hijo diese veneno á el Rey; y prometió á el hijo que haria y trataria, despues de muerto el Rey, que él fuese rey. Y por la gran voluntad que tuvo el hijo de ser rey, consintió á la voluntad de el padre, y no consideró el peligro que le podria suceder; lo que le hizo olvidar el consejo de su padre, y tambien el deseo que tuvo de poder ser rey; ni el padre cuidó de el peligro de su hijo, por la mala voluntad que tenía contra el Rey. Pero el Rey entónces (que lo sabía todo) dijo que las voluntades contrarias habian procreado una hija, que se llamaba la desesperacion; y el Rey dió aquella hija por mujer á el hijo de el soldado, que tuvo generacion. El Rey pues dijo á el soldado, si por ventura creia que de la mujer de su hijo naceria la esperanza ó la desesperacion. Y entónces el soldado conoció que el Rey entendia las voluntades de los hombres. Y asimismo conoció su muerte, y no tuvo esperanza en el Rey; porque era tan grande la mala voluntad que tenía á el Rey, que no la podia convertir para amarle; y queria más morir aborreciendo á el Rey, y en la desesperacion de la vida y de el perdon, que amar á el Rey, y tener esperanza en su misericordia. Y fué tan airado en la muerte, como cierto hombre que maldijo su sér en su vida. —Raimundo, dijo el monje, de qué modo fué esto?

—Cuéntase, dijo Raimundo, que habia cierto hombre pecador, que amó mucho las vanidades de este mundo, y por cuya causa habia hecho contra Dios muchos vituperios y deshonestidades. Sucedió pues que Dios quiso usar en aquel hombre de su gran misericordia, y le dió gracia de que conociese su delito, y se empleó mucho tiempo en procurar con todo su poder el honor de Dios. Sucedió que aquel hombre estuvo mucho tiempo enfermo de grave enfermedad, y para castigarle Dios en esta vida, permitió que el demonio le pusiese en

[illegible] acostumbrado [illegible] que el [illegible] tener que vida [illegible] por la en- fermedad grande que [illegible] tenia en la imaginacion [illegible] penas [illegible] eterna pre- sente; y [illegible] condenacion [illegible] que [illegible] en el mal; y [illegible] no obstante tenía [illegible] esperanza en nuestra Señora por [illegible] Aquel hom- bre imaginaba tanto las penas de el infierno, que [illegible] de la enfermedad [illegible] parecia que [illegible] en su enfermedad [illegible] de el infier- no [illegible] en su enfermedad así le esperaba, acaeció un dia que un gato negro [illegible] de él, y le [illegible] en su presen- cia, y aquel hombre con la gran tristeza y temor en que estaba, y que tenia de las penas infernales y eter- nas, creyó ser aquel gato que el gato [illegible] de el mismo que era maldito diablo, que estaba [illegible] tantas y tan diversas penas infernales y horribles.»

De los ejemplos de los ramos de el árbol eviternal.

Cuéntase que cierto prelado habia cometido un pe- cado mortal muy torpe, y que no se atrevia á confesar- le, y que cierto príncipe estaba en el pecado de la lu- juria. Sucedió pues que ambos, es á saber, el príncipe y el prelado, hablaron de la confesion, y el prelado pre- guntó á el príncipe si se confesaba. Respondió el príncipe que deseaba hacer una verdadera confesion, la cual no podia hacer, porque cuando le sobrevenia el deseo y voluntad de confesar, considerado que no de- jaria aquel pecado por la confesion, por eso no queria confesar; diciendo que la confesion no era válida sin la contricion y satisfaccion. Pero el prelado dijo á el prín- cipe que no dejase de confesar por esto; porque aun- que aquella confesion no le era suficiente en cuanto á la salvacion, con todo eso, le valdria en cuanto á el cuer- po y en cuanto á el alma, porque el cuerpo sufriria pasion y el alma verguenza; y que frecuentase la con- fesion, y tambien memorase las penas infernales (con las cuales su confesor le infundia miedo); que así su confesion seria ocasion de bien. Sucedió que el príncipe creyó á el prelado el consejo que le habia dado, y que por la frecuentacion de la confesion que el príncipe hacia, comenzaba á tener contricion y á imaginar las penas eviternales; de manera que cierto dia propuso vencerse á sí mismo, haciendo una verdadera confe- sion, pues tantas veces habia confesado falsamente. Y entónces se confesó con intencion de que no volveria mas á el pecado de la lujuria, y despues de la confesion se halló confirmado en el camino de la castidad; y alabó entónces y bendijo la misericordia de Dios, que se acordó de él. Y sucedió que de allí á algun tiempo preguntó el prelado á el príncipe si se habia confesa- *do. Y el príncipe contó á el* prelado lo que le habia [illegible] por el [illegible]. Y entónces el prelado [illegible] gran placer [illegible] príncipe [illegible]. Y el prelado se admiraba [illegible] de que [illegible] podia ser que él se- [illegible] mismo. Y amaba mas el bien de el príncipe que el [illegible] por cuanto amaba el bien de el príncipe y no se [illegible] de el pecado [illegible] en que él estaba. Y así propuso entónces de vencer [illegible] mismo [illegible] que se aconse- jara [illegible]. Y preguntó á el príncipe cuál era peor [illegible] eternamente en el fuego ó pasar un [illegible] de vergüenza. Y el príncipe dijo que no era gran cues- tion porque no necesitaba de respuesta. El prelado [illegible] que él queria creer á el prínci- pe [illegible] y que se queria vencer [illegible] mismo con el consejo, pues con el consejo venció á el [illegible], y queria tambien aprovecharse tanto de su bien como de el bien de otro. Y entónces el prelado confe- saba aquel pecado, que era muy vergonzoso y en que habia estado mucho tiempo, y en ninguno lo habia con- fesado. Y despues de la confesion lloró su pecado y fué hombre [illegible], y de santa vida.

De los ejemplos de la relacion de el árbol eviternal.

Cuéntase que el paraíso se burlaba de el infierno, porque era negro; y á el contrario, el infierno de el paraíso, porque habia en él tan pocos hombres, por razon de que los hombres que estaban en su negre- gura eran más que los que estaban en la hermosura de el paraíso. Y entónces dijo el paraíso á nuestra Señora que estaba muy mal contento de la figura que habia he- cho de él el infierno; por la cual la pedia que rogase á Jesucristo, su Hijo, que desde entónces permitiese que ningun hombre fuese á el infierno, para que todos viniesen á el paraíso, y para que en él pudiese haber más hombres que en el infierno; por cuanto no es ra- zonable que el infierno (que es tan malo) tenga algo en sí por lo cual pueda ser mayor que yo, que soy tan bueno; siendo así que la relacion debe ser mayor entre el glorificante y glorificable, que entre el atormentante y atormentable; pero nuestra Señora respondió á el paraíso, y dijo estas palabras: «Cuéntase que cierto rey (que amaba mucho la justicia) tuvo un hijo de la Reina, su mujer, que era muy buena señora; y sucedió que cierto dia llevó la Reina á su hijo á un vergel para re- gocijarse en él con su hijo. En aquel vergel habia un lobo, que vino á la Reina, la hirió malamente y la quitó el hijo que tenía en sus brazos, y se le llevó á la loba su consorte y á sus cachorros, para que le comiesen. Pero la loba no le quiso comer, y le crió como á sus hijos, los cuales jugaban con él. Y cuando fué grande y los cachorros fueron grandes, se fueron juntamente por el desierto, en que habia muchas bestias malas. Y el hijo de el Rey se acostumbró á comer las carnes crudas á el modo de los lobos, y mataba los hombres y hur- taba las ovejas.» Y entónces el paraíso conoció por lo que nuestra Señora le decia, que por las malas costum- bres de los hombres, que comen las ovejas, y que no son semejantes en las buenas obras á sus padres y ma- dres (que en este mundo tuvieron buenas costumbres), habian ido tantos hombres á el infierno, y en él habian

rado tan pocos. Y entónces maldijo á el lobo, que ebató el hijo á la Reina, el cual enseñó á los otros á ner ovejas crudas; y tambien maldijo á las doncellas la Reina, que no fueron á buscar su hijo, y que no la mpañaron cuando entró en el vergel.

De los proverbios de las flores de el árbol eviternal.

›Infierno, dijo el paraíso, que es lo qué deseas?—aíso, respondió, que no tengas bien alguno.

›Infierno, por qué estas enojado?—Paraíso, porque he despojado por Cristo.

›Infierno, por qué haces mal á tu amigo?—Paraíso, que no amo el bien público.

›Infierno, tienes mucho que puedas comer y beber? 'araíso, los hombres no cesan de pecar.

›Infierno, bebiste la sangre de el Rey?—Paraíso, o estoy lleno de rojor.

›Infierno, qué es lo qué anda suelto en tu hospedaje? 'araíso, la desesperacion y todo mal.

›Infierno, podrá alguno salir de tí?—Paraíso, ninio puede en mí tener arrepentimiento.

›Infierno, por qué te has tragado tantos hombres?—aíso, es porque Cristo está muy poco conocido y ado.

›Infierno, por qué eres tan malo?—Paraíso, porque soy legal.

›Infierno, de qué tuviste temor?—Paraíso, de Cristo, da contricion á los hombres.»

De los ejemplos de el fruto de el árbol eviternal.

Cuéntase que cierto hombre oia predicar de el paso y de el infierno, y que el predicador decia que los nos hombres tendrian en el paraíso gloria eviterna, que los malos hombres tendrian en el infierno pena terna; despues de el sermon aquel hombre consió y pensó mucho en lo que habia oido á el predica- de la gloria de el paraíso y de la pena de el infierno; entia en sí mayor temor de las penas de el infierno, deseo de la gloria de el paraíso; y tan contínuante consideró las penas de el infierno, y estuvo tanto mpo en aquella consideracion, que no se recordó i de Dios ni de el paraíso. Y aquel gran temor que o, le hizo andar macilento y que enflaqueciese y ese enfermo; por eso dijo á su alma que el temor tenía le haria morir; y entónces propuso olvidar penas de el infierno y desear la gloria de el paraiso: que el desear bienes grandes hace que el cuerpo esté do y sano y el alma alegre y contenta; pero por nto habia permanecido mucho tiempo considerando penas de el infierno y olvidándose de el paraíso, no lia usar á su placer de su memoria, porque la habia nentado con demasía en memorar las penas y en idar la gloria; por eso propuso de ir á cierto amigo o, que era muy sabio, y le contó su estado, para le diese consejo, y el modo de poder memorar el aíso y olvidarse de el infierno, por cuanto sentia iba muriendo de temor y miedo. Y su amigo le dijo la razon por que memoraba más las penas de el inno que la gloria de el *paraíso, era por* cuanto se amaba más á sí mismo que á Dios; porque aquellas cosas que más ama el hombre, las recuerda más; y el hombre teme más la deshonra y pérdida de aquello que ama más, que el mal de aquello que no ama tanto. Y éntónces el hombre comenzó amar más á Dios que á sí mismo, y á memorar más la *bondad* de Dios que la suya propria, y decia que valia más aquella que la suya. Y él queria esto, y decia que era la razon grande, por cuanto la *bondad* de Dios es la fuente y el fruto adonde se cogen todos los bienes. De tal manera se acostumbró aquel hombre á memorar la *bondad* de Dios, que no tenía temor de las penas de el infierno, y casi no cuidaba de sí mismo; porque no amaba el honor ni el descanso ni las riquezas, y lo mismo le era cuando le decian injurias como cuando comia, y cuando le mostraban el semblante airado, como cuando le acariciaban y saludaban, y cuando le vituperaban y ofendian como cuando le honraban; ni él se acordaba de la venganza; pero cuando Dios era ofendido y deshonrado (á quien él amaba tanto), permanecia en dolor y tristeza, y decia á las gentes: «Ah gentes! ¿por qué pecais, y por qué deshonrais á mi amado? Porque si consideraseis muchas veces el dolor y mal que sigue á el pecado, no tendriais alegría ni gusto de cosa alguna.»

De los proverbios de el tronco de el árbol maternal.

Pues nuestra Señora es igual á la piedad, ninguno desconfie de ella.

Si alguno está lleno de conciencia y llanto, esté seguro de la piedad y amor de nuestra Señora.

Nuestra Señora tiene tal virtud, que puede limpiar á el pecador de los pecados.

A el que llama á nuestra Señora, ella le responde con el perdon.

A el que reclama á nuestra Señora, ningun demonio le puede dañar.

Desea nuestra Señora que cada uno la requiera y toque con la penitencia.

Nunca nuestra Señora faltó á el hombre que se arrepintió bien de sus pecados.

El que quiere ser amado de nuestra Señora, haga que su Hijo sea honrado.

Nuestra Señora tiene maternal amor para cualquier pecador penitente que tiene contricion.

Da suficiencia nuestra Señora á el que alaba á su Hijo, y procura que sea alabado y amado en el mundo.

De los proverbios de las flores de el árbol divinal.

Ah Hijo Dios! mi corazon te ama tanto.

Ah Dios Padre! el Espíritu Santo os llama.

Ah Padre y Hijo infinito!

¡Ah Espíritu Santo, que eres de ambos á dos producido!

Ah Generacion infinita!

Ah Expiracion cumplida!

Ah Expiracion eterna pasiva!

Ah Expiracion eterna activa!

Ah Pasion! tú quieres ser infinita.

Ah Accion! tú quieres ser cumplida.

Ah Hijo! tú tienes noble Padre.
Ah Padre! tú tienes Hijo sin madre.
Ah Padre é Hijo!
Ah Espíritu Santo, todo cumplido y pleno!
Ah Padre é Hijo, fuente y manantial mio!
Ah Rio, que no buscas nada más!
Ah Padre y Hijo, un Dios conmigo!
Ah Espíritu Santo! cualquiera de nosotros es tuyo.
Ah Espíritu Santo, que perfeccionas el número!
Ah Numerante, que estableces el número!

De los ejemplos de el fruto de el árbol divinal.

Cuéntase que cierto filósofo (que era maestro en teología) tenía por costumbre que cuando estaba cansado de el estudio, subia en su caballo y se iba á pasear por los jardines y prados que estaban cercanos de aquella ciudad. Sucedió pues un dia que él se fué paseando á caballo por un prado á ver una fuente hermosa, que estaba debajo de un árbol vistosísimo, adornado de frutos hermosos. Andando pues paseándose á caballo por el prado, encontró un buey que estaba recostado y rumiaba la yerba que habia comido. Y cuando estuvo en la fuente y debajo de el árbol, consideró que la fuente significaba la ciencia, la cual de la misma manera emanaba de el entendimiento y corria en la voluntad, como hacia el agua de la fuente en el prado; y despues consideró que él era semejante á aquel buey que rumiaba la yerba; porque deseaba saber siempre, y nunca estaba contento de lo que sabía. Y cuando vió los frutos en el árbol, consideró qué fruto era el que consiguia en sí mismo de lo que sabía, pues no estaba contento de ello, y deseaba saber más. Y cuando alguno disputaba con él, era soberbio por lo que sabía, y decia vituperios á las gentes; y muchas veces alegaba errores contra la verdad y doctrina, para que no conociesen las gentes que estaba convencido su entendimiento por otro entendimiento. Y miéntras consideraba y discurria de este modo, estaba mal contento de sí mismo; y dijo que le aprovechaba poco lo que habia aprendido, pues estaba poco satisfecho de ello, y que no habia cogido el fruto de la humildad en aquello que sabía. Y así, se partió de la fuente muy disgustado; y cuando estuvo junto á el buey que rumiaba la yerba que habia comido, consideró que la ciencia que sabía estaba mal digerida, y que así, queria volver á ella otra vez, y estar en un lugar adonde morase la paz, y no tener con hombre alguno disputa ni controversia sobre lo que él sabía; y que buscaria en todo el fruto que se puede tener de la ciencia. Y entónces subió á un alto monte, donde fabricó un aposento, y en él estudió y buscó el fruto de la ciencia que amó la voluntad. Y pasó por todos los pasajes de sus libros, por los cuales habia pasado otra vez su entendimiento; y habiendo pasado todos los libros de la filosofía, no se hallaba satisfecho ni harto de la ciencia; y pasó á los libros de la teología, y habiéndolos estudiado todos, se halló harto y satisfecho; y conoció que la teología era el fruto de la filosofía, y que la filosofía era su instrumento; y entónces subió á coger el fruto á la Suma Trinidad, considerando la produccion de las personas de las divinas naturalezas, y las razones de aquella produccion; como el Padre, que naturalmente engendra á el Hijo eterna é infinitamente, tan infinito por razon de la *grandeza*, tan eterno por razon de la *eternidad* y tan bueno por razon de la *bondad*, como naturalizado ó natural por razon de la naturaleza; y esto mismo de las demas razones divinas. Consideró tambien la produccion de el Espíritu Santo. Y estando él así cogiendo mucho tiempo el fruto en la más alta sublimidad y cumbre de el entendimiento y voluntad, murió, y cumplió y perfeccionó todos los pasos que dió. Y con la Suma Trinidad permaneció, y fué completo su entendimiento y contenta su voluntad. Y dése á Dios la gloria. Amén.

FILOSOFIA MORAL

DE

RAIMUNDO LULIO.

De la justicia.

ısticia es aquella virtud por cuya razon los s dan á cada uno lo que es suyo. La justicia es ˈaíces de el árbol, y principalísimamente de la *d*, por razon de la cual, la *bondad* y la *gran*-ˈtc., se dan á sí mismas igual y recíprocamente ɔejanzas; y en aquella *igualdad* de dar nace la justicia; porque justo es que la *grandeza* ɔemejanza á la *bondad*, por lo cual la *bon*-da á ella su semejanza. Y es bueno que las ızas sean igualmente dadas, y esto es semejan-ı grande y duradero, por cuanto se dan igual ˈocamente á sí mismas sus semejanzas; y por ısticia es buena, grande y durable en la igual-las donaciones que son de este modo. Y en ıaje se conoce que la donacion hecha fuera de *ldad* no dura; como cuando Martin está cansa-ar á Pedro cosas grandes, cuando el mismo Pe-la sólo las pequeñas. Y esto es porque la *gran*-pequeñez son contrarias, con la cual contrarie-ıe la injuria concordancia contra la justicia, la de causas grandes iguales y de pequeñas é igua-justicia es virtud por cuya razon la memoria ısto recordar, y el entendimiento justo enten-la voluntad justo amar. Y por esta razon la vo-ama naturalmente la justicia, para que por ıda tener justo amar, y que la memoria pueda recordar, y el entendimiento entender. Por e la justicia ama la voluntad el justo recor-la memoria, y en el entendimiento el justo en-; por lo cual mueve los hombres á el justo re-entender y amar. Y lo mismo hacen la memo-ıtendimiento, para ser vestidos de el hábito de cia mutualmente con la voluntad, y que todos arden la justicia contra sus enemigos, que son ˈto recordar, entender y amar; los cuales son la justicia cuando los hombres son ociosos y ne-es en tomar las semejanzas de las naturalezas ras, y toman sus desemejanzas; como el hom-lo, que toma injustamente la semejanza de la contra la semejanza de la *verdad;* y el que to-ueña semejanza de la *bondad* contra la gran ıza de la *bondad*. Y así de las otras cosas en les nace y está la injuria, que es la privacion de cia.

De la prudencia.

La prudencia es aquella virtud por cuya razon los hombres sabios eligen aquello que es bueno, y evitan aquello que es malo, y aman más los mayores bienes que los menores, y temen más los mayores males que los menores. La prudencia principalísimamente es de la parte de el entendimiento; porque como el olivo ingerido en el alcornoque atrae á su especie y naturaleza aquello que viene y procede de el alcornoque, así el entendimiento habituado y vestido de la prudencia atrae á sí y á su naturaleza aquello que viene debajo de el hábito de la prudencia, *bondad*, *grandeza*, *duracion*, etc. Por lo cual, de la manera que el fuego reina más fuertemente en la pimienta que los demas elementos, así el entendimiento reina más fuertemente en el hábito de la prudencia que en las demas raíces de el árbol. Y por eso la prudencia crece más y se multiplica en el hábito (que el entendimiento toma) que en los hábitos que toman la memoria y voluntad. Y cuando se pierde el hábito y llega á la privacion de él, tiene mayor culpa el entendimiento que la memoria y la voluntad; porque la prudencia más participa con el entendimiento que con la memoria ó voluntad. Ella ilumina por la experiencia los objetos buenos y grandes á la voluntad y memoria; y por eso los hombres amigos de prudencia inquieren las experiencias de las cosas que se pueden ver, imaginar, recordar, amar, y tambien oir, gustar y tocar. Y en este inquirimiento y pesquisa piensan mucho tiempo, hasta que la luz haya iluminado la memoria y voluntad, para que sea hecha la eleccion de aquella cosa que es buena para amar, recordar y entender, ó para aborrecer. Y en aquel tiempo la memoria ayuda á hacer la eleccion y juicio, en cuanto recuerda las semejanzas de las primeras naturalezas, y las desemejanzas de ellas. Por lo cual la memoria dispone á la voluntad el recordar la amabilidad de las semejanzas y la aborrecibilidad de las desemejanzas, para que la voluntad se mueva á amar la semejanza de la *bondad* real y la semejanza de la *grandeza* real, y así de las demas; y que se mueva á aborrecer sus desemejanzas. Por esto, cuando el entendimiento y la memoria tienen concordancia para representar las semejanzas á la voluntad contra las malas semejanzas, la inclinan á amar la prudencia y aborrecer sus contrarios; siendo así que el poder es mayor en el entendi-

miento y memoria que solamente en la voluntad. No obstante, algunas veces sucede que la memoria y el entendimiento representan á la voluntad buenas semejanzas y malas, y la voluntad elige las malas y repele las buenas. Y esto es por cuanto el entendimiento y la memoria usan del menor *poder* y de la menor *grandeza* de la *bondad*, *duracion*, *virtud* y *verdad*, y que la memoria recuerda menores *fines*, y se olvida de los *fines* mayores.

De la fortaleza.

La fortaleza es aquel hábito y virtud por el cual los hombres son fuertes contra los vicios, y se esfuerzan para ganar las virtudes. La fortaleza es principalísimamente por razon de el *poder* que reina en la *bondad*, *grandeza*, *duracion*, *sabiduría*, *voluntad*, *verdad*, *gloria*, *diferencia*, *concordancia* y *contrariedad*, que compelen y fortifican el *principio*, *medio* y *fin*, y la *mayoridad* é *igualdad* de aquellas cosas que son buenas contra la *igualdad* de aquellas que son malas. Y por esto, cuando la fortaleza es tocada con la malicia contra la *bondad*, entónces fortifica la *bondad* con la *grandeza* y las demas naturalezas primitivas. Y cuando la fortaleza es tocada con la pequeñez contra la *grandeza*, multiplica ó fortifica la *grandeza* en la *mayoridad* contra la *minoridad* y pequeñez. Por esta razon los soldados son fuertes y atrevidos, y tienen gran ánimo y deseo de conseguir la victoria. Y cuando en la mesa son tocados ó tentados contra la templanza, son fuertes contra la gula con la *grandeza* de la *bondad* y de la memoria (que recuerda) y con la *grandeza* de la voluntad, que aman la sabiduría, salud y palabras lícitas, las cuales no puede tener el hombre cuando come y bebe mucho. Y cuando el soldado es tentado por la lujuria ó por la soberbia ó por los demas vicios, el *poder* subministra su semejanza á las naturalezas primitivas, y semejantemente toma de ellas sus semejanzas para poderse vestir y adornar de el hábito de la fortaleza, y defenderse de los vicios. Y á esto concurren las naturalezas primitivas, segun lo que el *poder* se fortifica, dando y tomando las semejanzas de ellas.

De la templanza.

La templanza es aquella virtud por la cual los hombres están más sanos que por las otras virtudes, y por la cual vencen los apetitos ilícitos. La templanza más consiste por la *igualdad* que por alguno de los otros principios; por eso tiene mayor *concordancia* con la justicia que con otra virtud alguna, porque ántes se ayuda con la justicia que con las demas virtudes, porque con la justicia mide las cosas lícitas, y con ellas se defiende de las ilícitas. Tambien la templanza se ayuda con la fortaleza contra los grandes apetitos de comer y beber, en cuanto la fortaleza la conserva hasta que llega la justicia, que repele los apetitos demasiados, y multiplica los menores apetitos, para que sean iguales los apetitos en la potencia digestiva y retentiva. Y á esta misma igualdad ayuda la prudencia, que enseña las cautelas y modos por los cuales tengan los hombres templanza contra la gula, en cuanto en el principio de la mesa, ántes que comiencen á comer, les mueve á recordar, entender y amar la templanza, y aborrecer la gula y sus circunstancias. Y hace considerar á los hombres la poca utilidad de el sabor, y el gran peligro de la enfermedad, que procede y viene de él, porque son muy recordados y amados los muchos y grandes sabores en las viandas. Por lo cual la prudencia aconseja que se olviden aquellos sabores demasiados, y se recuerde la templanza, y se disponga para que sea habituada. De adonde, de la manera que cuatro hermanos ó hermanas tienen modo y naturaleza, segun el instinto natural, de ayudarse contra sus enemigos, así las virtudes cardinales tienen modo é instinto natural para ayudarse contra los vicios.

De la fe.

La fe es la virtud que compele el entendimiento á afirmar ó negar positivamente las cosas que son verdaderas. La fe es para que restaure las verdades amables, recordables y considerables, para que sus semejanzas sean buenas, por las cuales están significadas; como las cosas visibles ausentes de la vista, cuyas semejanzas están recibidas en la imaginacion, para que faltando las cosas visibles, puedan parecer amables. La fe es máximamente por razon de el entendimiento, que cree aquello que no puede entender; empero tambien ayudan á su creencia la memoria y la voluntad; porque la voluntad quiere que lo alcance y toque, suponiendo la verdad, la cual no puede tocar ni alcanzar en aquel tiempo por razones necesarias. Y esto quiere la voluntad, para que pueda alcanzar y tocar las amabilidades de los objetos que el entendimiento considera. Y lo mismo hace la memoria, que tiene instinto natural á las memorabilidades deseadas, para tener concordancia con la voluntad. Por razon de la fe la intelectividad inquiere la inteligibilidad de las cosas verdaderas, y dispone la materia, para que se entienda por razones necesarias; y á esta disposicion ayuda Dios. Y ayuda la amatividad de la voluntad y la memoratividad de la memoria. Y por esta causa el entendimiento se exalta y subtiliza tanto cuanto puede, para subir y remontar su entender á las verdades de las cosas por razones necesarias; como á el entender la Trinidad de Dios y su encarnacion, la creacion de el mundo y la resurreccion de los hombres, el Sacramento de el altar y la potestad que el Papa tiene en las llaves, y así de otras cosas semejantes á éstas. Y á este ascenso ó sublimacion no puede llegar el entendimiento, si primero no supusiere ser posible cualquiera de los objetos que habemos dicho. Por eso la fe tiene este oficio ó funcion, de que por ella el entendimiento supone que puede entender lo verdadero. Y es la luz de el entendimiento, por la cual pueda inquirir lo verdadero; y cuando hubiere adquerido aquello, es á saber lo verdadero, ó que lo hubiere recibido en un grado de la verdad, la fe le dispone la materia, por donde suba mas arriba con mayor grandeza de entender; y esto de grado en grado, hasta tanto que no pueda subir más. Y la fe está sobre el entendimiento, y el entendimiento está debajo de la fe; como el olivo que está ingerido sobre el alcornoque, y cuanto

más viene y se allega la materia de el alcornoque á el olivo, sube más el olivo, y convierte en su especie aquella materia que le va sobreviniendo. Y en este pasaje se conoce de qué modo la fe permanece, y los méritos que tiene el hombre por ella; aunque el entendimiento alcance y toque en un tiempo las verdades que son competentes á Dios por razones necesarias, las cuales verdades no tocaba ántes, pero suponia, por la virtud de la fe, que ellas eran verdaderas. Si no fuese la fe, los hombres simples y que tratan de las artes mecánicas no podrian participar con las verdades de Dios y de sus obras, que son difíciles de entender. Pero por cuanto la fe está en ellos, participan con aquellas verdades, amando, creyendo y recordando; de la misma manera que participan con las sensibilidades (que no sienten), imaginándolas, por el cual imaginar se mueven á sentir los sensibles que desean sentir, viendo, oyendo, oliendo, gustando, etc.

De la esperanza.

La esperanza es virtud que hace esperar á el hombre el *fin* que desea, á el cual cree llegar más por el *poder* y *bondad* de Dios ó de otro que por su *bondad* ó *poder*, y lo mismo es de la *grandeza*, *duracion*, *sabiduría* y *voluntad*. La esperanza más es por el *fin* que por otro principio. Con ella los hombres confian en la misericordia de Dios que les perdone sus pecados; porque tiene mayor *poder* para perdonar los pecados que el que ellos tienen para pecar, y mayor es su *bondad* en hacer bien que la malicia de los hombres en hacer mal; y la *voluntad* de Dios es mayor en amar las cosas buenas y piadosas, que la *voluntad* de los hombres, y lo mismo es de la *sabiduría* y *duracion* de Dios. Y por eso el que así espera perdon de Dios, consigue el *fin* que desea. Los hombres que quieren hacer algunas cosas, por las cuales Dios sea servido y honrado, si no las pueden hacer por sí mismos, porque tienen poco *poder*, tomen su recurso á el divino *poder*, debajo de cuya esperanza aguarden el socorro, porque el *fin* es para la honra de aquel *poder*, y tales hombres tienen esperanza verdadera. Pero los hombres que desean llegar á cierto *fin*, para que sean honrados en él, se enriquezcan, sean servidos (y por modo de hablar), para que se salven y escapen de graves peligros, y tienen estos deseos por razon de su utilidad, y no total y absolutamente por la honra de Dios; estos tales no tienen verdadera esperanza, porque ninguno, pecando, puede tener verdadera esperanza; siendo así que la esperanza y el pecar son contrarios, y que la esperanza, la virtud de la justicia y la caridad tienen concordancia. De la manera que la fe prepara la materia á el entendimiento, para que pueda subir y levantar su entender á las supremas inteligibilidades; así la esperanza prepara la materia á la voluntad, para que haga subir su amar á las altas amabilidades y memorabilidades. Por eso la esperanza es causa que da á los hombres gran placer y reposo; y cuanto es mayor, tanto es causa de mayor placer y quietud. Y en este pasaje se conoce que Dios permite que algunos hombres, hijos de la esperanza y profesores de ella, sean pobres y estén en grandísimos peligros, para que tengan confianza en la *bondad* y *poder* de Dios. Porque de la manera que la gran frialdad hace á el hombre que se acuerde de el calor de el fuego, ó la gran sed hace que el hombre se acuerde de la frialdad de el agua ó de el lugar donde está la fuente; así los trabajos que padecen en este mundo los amigos de Dios por su amor, les hace se acuerden de el gran *poder* y gran *bondad* de Dios. Y lo mismo de su gran humildad, piedad y voluntad.

De la caridad.

La caridad es virtud que causa compañía y consuelo entre el amigo y el amado que se refieren y tienen á lo amable. Por la caridad aman los hombres á Dios y á sus obras, se aman unos á otros recíprocamente y á sí mismos. Y es más por la voluntad que por otro principio. Y no puede ser plena sin el amar, que se refiera y tenga á Dios y á los hombres, con la *grandeza* de la *bondad*, justicia y amabilidad. Por esto los hombres que tienen su amar para Dios y para sí mismos son hijos de la caridad y vestidos de su hábito. Pero aquellos que no tienen su amar en Dios ni en sí mismos, con la *grandeza* de la *bondad*, justicia y amabilidad, no tienen su amar vestido de la caridad; pero está vestido de la figura de la caridad, que es contra la forma; como el agua caliente, en la cual la figura de su calor es contra la forma de la frialdad. Así como los dineros y posesiones son las riquezas de los hombres ricos; de la misma manera la caridad es la riqueza de los hombres pobres. Y por cuanto quiere la caridad que los ricos satisfagan á los pobres con sus riquezas en sus necesidades, tambien la caridad es la riqueza de los ricos en los hombres pobres, porque la caridad requiere que los hombres pobres sirvan á los ricos en sus menesteres. Por eso la caridad tiene un pié en los hombres ricos y otro en los hombres pobres, y se lleva á amar por la caridad á Dios, que es el amado. La caridad es semejanza de la voluntad, la cual desea que sean amadas las amabilidades. Por esta causa la caridad hace que el amado sea en el entendimiento y en la memoria de el amigo, en el cual consiste el amado, memorado y entendido. Por esto la caridad es la virtud que da mayor placer y contento que otra alguna virtud, y por la cual el amigo está más encadenado á su amado, de manera que no se pueda apartar de él, ni fatigarse, honrándole y sirviéndole. Y por cuanto en este libro hablamos con brevedad, porque las gentes no quieren la prolijidad y se cansan muy presto en amar, no queremos decir de la caridad todo lo que podriamos decir. Hase dicho de las virtudes morales; y ahora se dirá de qué modo una virtud tiene concordancia con otra. Y esto es para que se tenga la enseñanza y doctrina de qué modo con unas virtudes se pueden tener las otras, y de qué manera se puede contradecir á los vicios, que son sus contrarios.

De la justicia y prudencia.

La prudencia dispone á la justicia sus objetos, en cuanto inquiere lo lícito y lo ilícito; porque es operacion de el entendimiento, que los entiende. Por esto, en

cuanto prepara á la justicia sus objetos, es la razon de el juzgar lo dispuesto, por razon de cuya disposicion es ayudada por la prudencia para hacer el juicio. Lo mismo es de la justicia, que ayuda á la prudencia; porque en cuanto la prudencia alcanza que es mejor amar á Dios que á la criatura, dispone la justicia á la prudencia en qué modo ha de tener industria para mover las voluntades de los hombres á que amen á Dios más que á otra cosa alguna, siendo justo el amar más las amabilidades mayores que las menores, y más lo noble que lo ménos noble. Y en este pasaje puede conocer el hombre el modo como los hombres sabios se ayudan (cuando son tentados contra la prudencia) con la justicia, y cuando son tentados contra la justicia, de qué modo se ayudan con la prudencia.

De la justicia y fortaleza.

La fortaleza fortifica la justicia contra la injuria, cuando los hombres usan de la fortaleza. Como el juez cuando es tentado con los dineros para que dé falsa sentencia, y él considera la fortaleza multiplicada de la *bondad*, *grandeza*, *sabiduría*, *voluntad*, *virtud*, *verdad* y *gloria*, que son mejor que los dineros, entónces contradice á la injuria, y es fuerte en su juicio y parecer, por la cual fortaleza tiene materia la justicia para juzgar, y á el contrario, en cuanto la justicia justifica la fortaleza; porque es justo que la fortaleza use de las naturalezas de que está constituida, y que sea contra las contrariedades de sus partes. Y en este pasaje se tiene conocimiento de qué modo la fortaleza hace considerar primero lo lícito ó ilícito, que la voluntad se mueva á amar, y la justicia á juzgar.

De la justicia y templanza.

La templanza dispone á la justicia para que se haga juicio bueno y verdadero, en cuanto la templanza hace que los hombres sean sabios y que tengan subtil entendimiento. Y la justicia dispone á la templanza medidas iguales, segun las cuales debe mover los hombres á comer y beber templadamente, y á hablar y obrar con templanza, y así de otros que la justicia mide con partes proporcionadas é iguales. Y cuando los hombres quieren demasiadamente comer, ó beber, ó hablar, ó gastar, ó andar, la justicia representa lo lícito é ilícito á el natural instinto de la templanza, lo cual tiene por la *grandeza* de la *bondad*. Y por el *fin*, por el cual el hombre ha sido creado, tiene concordancia con el instinto natural de la justicia, el cual es por la *grandeza* de la *bondad*, y por el *fin* por el cual ha sido creado el hombre. Y así existente la concordancia entre dos instintos naturales, que se refieren y llevan á un *fin*, vence aquella concordancia á la concordancia de la gula y de la injuria, que es contra el *fin* de la justicia y templanza.

De la justicia y de la fe.

La justicia es la razon de que haya fe entre los hombres que están ocupados con las cosas temporales en *las artes mecánicas*, los cuales no pueden tener entendimiento levantado para inquerir las cosas sutiles, que tocan con la fe, porque sería injurioso que los hombres ocupados en sus menesteres no participasen con Dios y sus verdades. Por eso quiere la justicia que el entendimiento se cautive á sí mismo, creyendo las cosas altas y verdaderas, las cuales cosas altas no entiende verdaderamente, por cuanto está ocupado en entender las cosas ínfimas. Y la fe ayuda á la justicia, en cuanto cautiva el entendimiento para creer las cosas altas; porque en esto que la fe hace, prepara la materia á la justicia, para que la creencia que tiene el entendimiento esté vestida de el hábito de la justicia, por cuanto por razon de aquel hábito está dispuesto á hacer juicio bueno y verdadero.

De la justicia y esperanza.

La justicia prepara á la esperanza sus objetos, en cuanto es justo que los hombres tengan mayor esperanza en el *poder* de Dios y en su *bondad*, *grandeza* y *voluntad*, que en el poder creado. Y por esta razon, por cuanto la justicia justifica esto y lo requiere, participa con la esperanza, de la cual participacion en la esperanza usa justamente, esperando de Dios el auxilio, misericordia y perdon. La cual esperanza es verdaderamente causa á la justicia de que tenga en ella juicio bueno y verdadero. Y en este pasaje se conoce que la justicia y la esperanza tienen concordancia contra la injuria y desesperacion.

De la justicia y caridad

Justo es amar las cosas amables, y aborrecer las aborrecibles, y en cuanto esto es justo, la justicia dispone á la caridad sus amabilidades. Y en cuanto la caridad se lleva y refiere á Dios y á el prójimo, la justicia la dispone sus objetos, es á saber, sus justificabilidades, por cuanto es justo que el hombre ame á Dios y á su prójimo, y tambien á sí mismo. Y en este pasaje se conoce que los hombres tienen culpa, que no quieren amar á Dios y á su prójimo; porque no preparan sus objetos á la justicia, de modo que tengan con ella concordancia, y pues que tienen culpa, es digno que sean castigados por la justicia.

De la prudencia y fortaleza.

La prudencia y fortaleza tienen concordancia; la cual fortaleza produce abstinencia hasta tanto que la prudencia haya hallado su objeto, que desea. Como el hombre que se abstiene de el pecado porque la fortaleza le fortifica contra el vicio, el cual toca y reconoce la prudencia, y lo arroja de sí, y elige su contrario. Pero esto no podria hacer la prudencia si la fortaleza no causase la abstinencia, que refrena la voluntad de el hombre, la cual está dispuesta á pecar entónces cuando viene la atencion. La prudencia es causa á la fortaleza en cuanto elige á la fortaleza sus objetos; como el hombre que cuando es tentado para pecar, hace difrencia entre los mayores bienes y menores, y lo mismo hace en los males. Y por esta luz, producida por la difrencia, tiene la fortaleza natural instinto para ser fuerte contra el vicio; siendo así que los mayores bienes son más deseables

que los menores, y los mayores males más aborrecibles que los menores.

De la prudencia y templanza.

La prudencia prepara á la templanza su materia, en cuanto considera ser buena la salud, y mala la gula. Y porque la salud es buena, tiene la templanza natural instinto á lo bueno, que procede y viene por la salud, y evita los males, que vienen por el demasiado comer y beber; y aquel natural apetito ó instinto causa á la prudencia su instinto natural, en cuanto prepara la materia, por cuya razon la prudencia elige aquellas cosas por las cuales consiste la salud, y evita aquellas por las cuales se engendra la enfermedad.

De la prudencia y de la fe.

Por la fe se cautiva el entendimiento, para creer las cosas sublimes, que no puede entender debajo de el hábito de la ciencia; y segun ellas, cree debajo de el hábito de la creencia. Y en esto la prudencia ayuda á la fe en cuanto considera la flaqueza del entendimiento y la sublimidad de el objeto. Y considerando así, tiene concordancia con la fe, y prepara á la fe aquellas cosas que se han de creer. Y la fe las recibe para que la prudencia elija las creibles y verdaderas, en tanto que son restauradas en la fe, y para que ella pueda usar libremente de sus apetitos ó instintos naturales en constreñir el entendimiento á que crea libremente las cosas que se deben creer por razon de la eleccion que hace la prudencia libremente. Y en este pasaje se puede tener conocimiento de la libertad de el entendimiento, la cual consiste por la prudencia, y su cautiverio por la fe.

De la prudencia y esperanza.

Sabiduría es tener esperanza en Dios por razon de la *bondad* de su misericordia, *poder*, *voluntad*, *sabiduría* y *verdad*. Y gran locura es confiar más en sus dineros, en su saber ó en sus amigos, que en Dios. Y la prudencia considera esta sabiduría y locura. Por eso causa la esperanza, la cual es materia y sugeto á la prudencia para que elija el hábito de la *sabiduría*, *bondad*, *grandeza*, *poder* y *voluntad*. Y lo mismo el hábito de la misericordia, en cuanto hace considerar á la esperanza la gran misericordia de Dios, que es mayor que los pecados de los hombres. El cual hábito verdaderamente elige la prudencia, por cuya eleccion queda aquello que es, y evita su privacion en la tal eleccion.

De la prudencia y caridad.

La prudencia y caridad tienen *concordancia*, porque es gran sabiduría amar á Dios, á sí mismo y á su prójimo, y gran locura es no amar á Dios, á sí mismo ni á su prójimo. Y gran ignorancia es tener ódio á su prójimo, que es criatura de Dios y tambien obra suya, porque el que ama mucho á Dios, debe amar sus obras. Por lo cual, siendo todo esto de las condiciones de la caridad, ésta prepara á la prudencia segun sus condiciones, para que la prudencia elija sus objetos, y deseche sus contrarios. Y la prudencia causa y dispone á la caridad sus hábitos, en cuanto los considera buenos y los ama, y desecha y repele sus contrarios. Y en este pasaje puede conocer el hombre la gran *concordancia* que hay entre el hábito de la prudencia y el hábito de la caridad, y de qué manera por la privacion de un hábito se sigue la privacion de el otro.

De la fortaleza y templanza.

La fortaleza y templanza tienen *concordancia*, porque la fortaleza es el poder con el cual la templanza vence la gula; como el soldado en la guerra, que con su poder vence á su enemigo. Y por cuanto la fortaleza es el poder de la templanza, la operacion de la templanza es la felicidad de la fortaleza, la cual tiene su acto en el acto de la templanza. Y en este pasaje puede conocer el hombre la gran conjuncion y eslabonamiento de la fortaleza y templanza; porque así como en la caridad el juzgar lo justo y el amar no se pueden separar, de la misma manera no se pueden separar la fortaleza y templanza; y cuando se separan, no pueden quedar ni permanecer los hábitos de la fortaleza ni los hábitos de la templanza.

De la fortaleza y de la fe.

La fortaleza y la fe tienen *concordancia*, porque la fortaleza fortifica la fe, en tanto que con la fortaleza constriñe y obliga á el entendimiento á creer las verdades que no entiende. Y como esta fortaleza es tambien la fuerza de el entendimiento, se ata y vence el entendimiento á sí mismo, para ser habituado y vestido con el hábito de la fe; como el Rey, que con el poder de su humildad se humilla para ser humilde, y para poder participar con los pobres, entendiendo sus necesidades. Y lo mismo es de el poder de su misericordia, con la cual se ata y vence á sí mismo cuando perdona á los que le ofendieron.

De la fortaleza y de la esperanza.

La fortaleza es la fuerza de la esperanza, y la esperanza es instrumento y hábito de la fortaleza, con el cual puede usar de su naturaleza y tambien de su operacion, como el hombre, que tiene esperanza en la misericordia de Dios en sus aflicciones y necesidades, en tanto que no se deja vencer por la desesperacion; que quiere vencer á la esperanza, en cuanto la hace considerar los grandes pecados de los hombres, que tienen esperanza en la gran justicia de Dios. Por esto la fortaleza y la esperanza son los piés con que los pobres van y piden á los ricos limosna, y los pecadores á Dios misericordia.

De la fortaleza y caridad.

La fortaleza es el poder de la caridad, con la cual la caridad se fortifica contra la crueldad y enemistad, y permanece fuerte contra sus enemigos. Y por eso la caridad es hábito difícil para que sea la fuerza grande; como á el hombre injuriado, á el cual es necesario tener gran fuerza de caridad en amar á su prójimo, que

le ha injuriado; y tambien es difícil el servir á Dios y el honrarle, por razon de los impedimientos, que son grandes; y que Dios permite que sean grandes, para que la caridad pueda usar de mayor poder en tratar de el honor de Dios. Y por eso, cuando los hombres que aman á Dios tienen gran hastío y enfado en servirle, es tocada la fortaleza para que sea grande la fuerza en la caridad, y ésta pueda ser grande; la cual *grandeza* consigue en la *grandeza* de el vigor, que es la fortaleza, con que fortifica su amar, con el cual ama á Dios y á su honra. Y lo mismo es de el hombre pobre que da limosna á otro pobre, la cual limosna es muy difícil, porque necesita de lo que da á el otro.

De la templanza y la fe.

La templanza y la fe tienen concordancia en la concordancia que tienen con la fortaleza; como dos hermanas que tienen concordancia con la fortaleza en amar á su hermano; porque por razon de la fortaleza, que es la fuerza de la templanza y de la fe, la fe y la templanza tienen concordancia. Por eso la fe fortifica la templanza, y la templanza fortifica la fe; porque por los manjares templados está el entendimiento dispuesto á creer contra la incredulidad; y como los hombres embriagados creen levemente ó no creen, así los hombres que tienen fe, aman la templanza, para poder usar mejor de la fe.

De la templanza y de la esperanza.

La templanza trae mérito, el cual verdaderamente dispone el hábito de la esperanza, que espera remuneracion. Y cuando los hombres que han pecado contra la templanza se arrepienten, y aman la templanza, la templanza dispone el hábito de la esperanza, por el cual los hombres pecadores tienen confianza en la misericordia de Dios, y éste les perdona las faltas que cometieron contra la templanza; y la esperanza causa el hábito de la templanza, en cuanto hace considerar á los hombres la misericordia de Dios, suponiendo que aborrecen la gula y que aman la templanza.

De la templanza y de la caridad.

Para que la caridad sea virtud, es necesaria á los hombres la templanza; por cuanto sin la templanza la caridad no podria ser virtud, porque no podria ser sustentada en la gula. Y porque la templanza es necesaria á la caridad, conviene que la templanza sea virtud. Por eso la caridad causa templanza, por cuanto conviene y es necesario que la templanza sea virtud, para que lo pueda ser la caridad, y á el contrario. Y en este pasaje se conoce que la caridad es más noble virtud que la templanza, por ser la templanza de las segundas intenciones, y la caridad de las primeras.

De la fe y de la esperanza.

La fe es la luz y certificacion de el gran poder, humildad y misericordia de Dios; porque gran poder es aquel que hace existir una persona de dos naturalezas, es á saber, de la naturaleza divina y humana; la cual persona se llama Jesucristo. Y gran humildad es que la divina naturaleza, que es el Hijo de Dios, quiera vestirse de nuestra naturaleza humana, la cual es Cristo hombre. Y gran misericordia fué que Dios, sin que el género humano pidiese perdon, quisiese perdonar por la encarnacion, que tomó la misericordia, la cual es Dios. Por eso la fe causa la gran esperanza que el hombre tiene en el gran poder de Dios y en su gran misericordia, piedad y humildad. La cual esperanza verdaderamente no podria ser, si el hombre no creyese la encarnacion de Dios. Y en este pasaje se conoce que los infieles no están dispuestos á tener tanta esperanza como los cristianos; siendo así que los infieles no creen la encarnacion de Dios.

De la fe y la caridad.

La fe y la caridad tienen concordancia en que creemos por la fe la produccion divina por la generacion y espiracion, de donde se sigue la Trinidad de personas, es á saber, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y porque creemos la encarnacion y la pasion de Cristo, hombre y Dios, causa la fe caridad en la *grandeza* de la *bondad*, *duracion*, *poder*, *sabiduría*, *verdad* y *virtud;* siendo la Trinidad y la encarnacion objetos muy amables á la voluntad, dispuesta por la luz de la fe á amar las grandes amabilidades. Porque cuanto la fe es mayor, tanto más dispuesta está la voluntad á tener gran caridad. Por eso hay concordancia entre la caridad y la fe por la *grandeza* de la *bondad* y de las demas formas, que son instrumentos para su concordancia. Y en este pasaje se conoce que aquellos tienen poca caridad, que no profesan ni reverencian la fe con la *grandeza* de la *bondad*, *virtud*, *verdad*, *sabiduría* y *poder*.

De la esperanza y caridad.

En la *grandeza* de la caridad se multiplica la *grandeza* de la esperanza; porque los hombres, cuanto mayor caridad tienen á Dios, á sí mismos y á sus prójimos, tanto más causan en la esperanza la *grandeza*, y á el contrario; porque el hombre, cuanto mayor esperanza tiene en Dios y en sus amigos, tanto más causa la *grandeza* en la caridad. Por eso la caridad y la esperanza, segun lo que son grandes, causa cada una á la otra la *grandeza* de la *bondad*, *duracion*, *poder*, *sabiduría*, *voluntad*, *verdad*, *virtud*, *fin* y *concordancia*. Y por esta causa pueden los hombres tener tanta caridad y esperanza cuanta quisieren tener. Y en este pasaje se conoce que tienen gran culpa aquellos que son negligentes y descuidados en tener la *grandeza* de la caridad y de la esperanza. Hase dicho de las siete virtudes morales, de las cuales las unas están recíprocamente mezcladas con las otras. Y agora se ha de tratar y decir de las diez y seis virtudes morales, que decienden y se derivan de las primeras. Y segun la doctrina que habemos dado, mezclando las unas virtudes con las otras, se puede conocer la doctrina y el modo en mezclar las virtudes que proponemos decir.

De la santidad.

La santidad es aquella virtud por la cual los santos son inocentes y limpios de pecados. Para que la santidad sea virtud ayudan las demas virtudes, por lo cual aquesta virtud es comun de muchas; como la justicia, que da á los hombres santos, en cuanto existe en ellos, la ocasion para que sean justos. Y la prudencia les hace sabios, en cuanto les significa aquellas cosas por las cuales pueden ser hechos sabios. Y la fortaleza les fortifica contra los vicios, y la templanza les hace vivir sanos y tener sutil entendimiento y pronunciar palabras lícitas, y la fe les hace creer las verdades que no pueden entender, y la esperanza les hace esperar aquello que consiguen mediante la misma fe grande. Y la caridad les hace participar en la sociedad, amor y hermandad, y en amar á Dios y servirle. Y todas estas virtudes, y tambien otras, que deciendon y proceden de ellas, son ayudas é instrumentos para que los hombres sean santos, y tengan relevada vida, y estén limpios de pecado.

De la paciencia.

La paciencia es aquella virtud por la cual el hombre adquiere virtudes pasivas; como los hombres fuertes, que tienen paciencia contra aquellos que les hacen agravio y lo que no es lícito. Por eso la paciencia dispone en las pasiones la materia, por la cual sean humildes los hombres y tengan caridad, segun el apetito é instinto natural, y la *concordancia* que hay entre las formas y materias. Porque, segun lo que la materia está dispuesta, tiene la forma placer de obrar en ella y de producir de ella aquello que desea. Y por esta razon, dijo cierta persona sábia que la paciencia es una virtud que vence y que no puede ser vencida. Y es virtud por la cual el demonio es vencido más veces que por otra virtud alguna.

De la abstinencia.

La abstinencia es aquella virtud que refrena la voluntad cuando quiere desear las cosas aborrecibles. La abstinencia comienza por la razon de el *fin* de la caridad. Y la prudencia la ilumina, la fortaleza la fortifica, y la justicia la justifica y la esperanza la hace esperar lo que desea. Y miéntras la abstinencia hace que los hombres se abstengan, la prudencia tiene la deliberacion, y semejantemente la justicia, y lo mismo de la templanza, para hacer juicio bueno y verdadero y para elegir aquello por lo cual el hombre llega á la felicidad, y evita aquello que le adquiere y conduce daño. Por esta razon la abstinencia es aquella virtud que más contraría á la ira en el principio, que otra virtud alguna

De la humildad.

La humildad es aquella virtud que humilla las menores virtudes á las mayores con justicia, y humilla consigo misma las virtudes mayores á las menores. Por eso es mayor por aquello que es menor que por aquello que es mayor, y más por sí misma que por la justicia. Cuya *bondad* se multiplica en todo lo menor y lo mayor. Por eso dijo cierto sabio que la humildad es gran virtud, si baja para subir en la *bondad;* pero que consiste en las cosas ínfimas, en las cuales hay muy poca *bondad*. Y por cuanto, segun la intencion de ésto, es grande la humildad, la justicia, por razon de sus méritos, la exalta á las bondades superiores y grandes, y por esta causa se dice que cuanto los hombres mayores se humillan á los menores, tanto más son exaltados en la *grandeza* de la *bondad*, *virtud*, *caridad* y *esperanza*.

De la piedad.

La piedad es aquella virtud que hace subir á los ojos la humedad de el corazon, y la que la convierte en lágrimas y llantos por la compasion que tiene el hombre piadoso de su prójimo cuando le ve en peligro y tribulacion. Y esta piedad emana y deciende de la caridad y de las semejanzas que tienen los hombres debajo de la especie de la minoridad, por la cual tienen instinto natural, conservando, no obstante, la libertad, para que los unos tengan piedad de los otros, pues que en la minoridad tienen concordancia con la humildad, la cual representa la minoridad de cada uno. Por esto dijo cierto sabio que la crueldad nace de la soberbia, que no considera las minoridades, en que participan unos hombres con los otros naturalmente.

De la castidad.

La castidad es aquella virtud que pone órden en la cópula de el hombre y de la mujer. Por la castidad consideran los hombres el *fin* de la cópula de el matrimonio, que es por los hijos, para que sean servidores de Dios. El cual *fin* verdaderamente les hace considerar la santidad de el matrimonio, y la inmundicia de la lujuria y sus circunstancias, y esto en tanto que la prudencia elije las circunstancias de la castidad, conservando el *fin* de el casamiento, y repele las circunstancias de la lujuria. Por esta razon la santidad y castidad consisten en gran concordancia, á la cual ayudan la prudencia, abstinencia, fortaleza y esperanza.

De la liberalidad.

La liberalidad es aquella virtud que contraría más á la avaricia que otra virtud alguna. La liberalidad es hija de la caridad y de la esperanza, y esta hija contraría á la avaricia, que es hija de la crueldad y desesperacion. Por esto los hombres liberales, hijos de la liberalidad, dan para poder tener liberalidad, pero no para ser remunerados de aquellos á quienes dan algo; pero por los modos de la liberalidad esperan la remuneracion ó aguardan multiplicando la liberalidad, en la cual reposa su voluntad, á que la puedan tener con la *grandeza* de la *bondad* y perseverancia.

De la legalidad.

La legalidad ó fidelidad es aquella virtud que hace cumplir á los hombres aquello que prometen, y cuando no lo pueden cumplir, les hace tener vergüenza. La legalidad es aquella virtud que es contra la traicion, engaño y mentira, y tiene un pié en la justicia y otro en la fortaleza; y el hombre legal va derecho y sosegado á el lecho de la verdad, en el cual adquiere la caridad y la esperanza. Por esto los hombres fieles cumplen lo que prometen, porque la justicia requiere esto, y la fortaleza les hace fuertes contra la falsedad y engaño. Y la caridad y esperanza les hacen temer la vergüenza.

DON ALONSO TOSTADO,

OBISPO DE ÁVILA.

JUICIOS CRITICOS.

I.

(De la *Historia eclesiástica, para servir de continuacion á la del señor abad Fleury*, tomo XV, Caen, 1781.)

Alfonso Tostado murió este año. España lo cuenta en el número de sus más grandes hombres. Hizo sus estudios en la universidad de Salamanca con tal éxito, que á los veinte y dos años era filósofo, jurisconsulto y teólogo, y tenido por apto para enseñar lo que habia aprendido. Su juicio sano, su ingenio vivo y penetrante, su memoria prodigiosa, lo hicieron un hombre universal (1). Poseia las ciencias todas, y cada una en particular con tal perfeccion, como si ella hubiera sido el objeto único de su estudio; el hebreo y el griego le eran tan familiares como su lengua nativa..... Las obras que nos quedan de este grande hombre nos hacen deplorar la falta de las que se han perdido. Es maravilloso que un jóven en diez y ocho años, que se entregaba á los asuntos de la corona, del pueblo y de la Iglesia, hubiese podido estudiar tanto, dictar tanto, y tanto escribir. Compuso sabios comentarios sobre casi todos los libros de la Escritura; comenzando en los de Moisés, prosiguiendo en los libros históricos y acabando en los de la ley nueva, que explica de una manera exacta y clara..... En fin, explicó las máximas de los libros santos de una manera digna de su sublimidad. Pero su erudicion y su discernimiento brillan con especialidad en lo que nos ha dejado acerca de los Santos Evangelios.

II. — DE DON JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO.

(*Elogio de don Alonso Tostado, obispo de Ávila, premiado por la Real Academia Española en 1782.*)

Con efecto, el siglo XVIII no es propio para celebrar al XV, sino para juzgarle, ni la edad de la razon debe admirar la infancia de la literatura. Está muy bien que la barbarie de aquellos tiempos de ignorancia, en que los que parecian más doctos pasaban por más mágicos, se quedase atónita á vista de un nuevo prodigio de estudio, de memoria y erudicion; que entre nosotros esta erudicion misma debe tenerse por una segunda especie de barbarie, y la quimera de aquella ciencia universal, que entónces se apoderó de la Europa, por un fárrago de opiniones absurdas, falsas ideas, palabras vanas, preocupaciones y errores.

Así ha hablado en nuestros dias una casta de crítica, ó por mejor decir, de filosofía arrogante, y áun quizá habrá retraido á los ingenios pusilánimes del empeño de elogiar al Tostado. Pero ¡oh Tostado! oh inmortal prelado abulense! No es de ahora que tu elogio esté bien grabado en mi corazon. Tu mérito, tu nombre, que dura y durará siempre indeleble sobre los más altos obeliscos y arcos triunfales de la república de las letras, me fuerza á que te admire; porque tú fuiste hecho para forzar á la admiracion á todos los siglos, y en cualquiera que hubieras nacido, serías el mismo monstruo. Cuanto más te estudio, más me asombras; cuanto más me acerco, me pareces ma-

(1) Rainerius Bovosius, *In præfatione operum Tostati*; Bellarm., *De Script. Eccles.*

yor, y te confieso que si hubo tiempo en que yo no creia lo que se contaba de tí, ya ha venido, lo he visto, y he encontrado que no sólo todo es verdad, sino que tu sabiduría y tus obras exceden las ponderaciones de la fama. Sí, yo te elogiaré, y tu elogio no será para mí un problema de Arquimedes, muy difícil de resolver, como decia Ciceron del elogio de Caton de Utica. . . .

. . . .

Pero qué saber era aquel, añaden los críticos, qué filosofía, qué ciencia? Una jerga escolástica, unas entidades arábigo-peripatéticas, una exposicion mística y alegórica de las Escrituras, unas cuestiones tan obscuras como pueriles y sofísticas, que viciaban la física, y estragaban la elocuencia, y degradaban la razon... Para confundir esta declamacion presuntuosa, bastaria presentar á semejantes Zoilos las mismas obras del Tostado. Mas ah! que como son muchas, muy voluminosas y están en fólio, ellos no las han de leer. Bastaria á lo ménos repetirles cuanto han dicho los que las han (1) leido; esto es, que entre todos los sabios de los pasados siglos, ninguno ha podido competir con el Abulense; que si hubiese florecido en tiempo de los santos padres, no tendria España que envidiar ni á Hipona sus Agustinos, ni á Estridonia sus Jerónimos, ni á otra ninguna iglesia del mundo sus antiguas lumbreras; que tal vez fué digno el Tostado de disputar el quinto lugar entre los santos doctores, á san Isidoro y á santo Tomas de Aquino; que entre todos los primeros expositores no hubo ninguno comparable con el eximio, el singular y casi divino Tostado (2); que este admirable teólogo fué un océano de todas las ciencias y un milagro patente (3), tanto por su profundo conocimiento de la antigüedad más remota, cuanto por la vasta extension de sus escritos (4). Pero éstas pasarán por hipérboles de autores exagerativos, que adornando su ídolo, le ensalzan á las nubes.

Así, yo sólo quiero responderles de este modo: Sí, es verdad, el Tostado no alcanzó las nociones sublimes de Descártes, de Galilei, de Newton, de Locke, de Leibnitz. El Tostado no fué caudillo de ninguna secta literaria, ni ocasionó ninguna notable revolucion en las ciencias naturales, haciendo nuevos descubrimientos ni sistemas. El Tostado no conoció los grandes progresos que en trescientos años hemos hecho en las matemáticas transcendentes y analíticas, en aquella geometría sublime, que ha franqueado á la verdadera física las puertas de la naturaleza... Nada de esto conoció el Tostado.

Pero supo, y supo de veinte años, todo cuanto en los tiempos pasados se habia sabido, y todo cuanto estaba olvidado ya en el suyo; y haciéndose superior á sus coetáneos, á sus obras, á sus ideas y á su siglo, preparó la aurora para la superioridad del nuestro. Colocadle en la antigua Grecia, y hubiera sido un Aristóteles; colocadle en la antigua Roma, y hubiera sido un Varron; colocadle en la Europa moderna, y hubiera sido un Leibnitz. Él hubiera llorado si le hubiesen dicho alguna vez que habia otras ciencias, que no sabía, así como lloró el vencedor de Darío cuando entendió que existian otros mundos, que no habia conquistado.

Qué injusticia! Porque el Tostado no nació en mejor época, porque parte de los estudios que cultivó no son ya admirables, dejarémos de confesar que fueron admirables sus talentos? ¿Acaso dejamos de reputar por grandes capitanes á Alejandro, á Pirro, á Aníbal, á Scipion, á César, porque batian las murallas con arietes, y no con cañones, ó porque no disparaban balas, sino dardos y flechas? . . . .

. . . .

A los ingenios grandes, que tienen la envidiable desgracia de ir más de priesa que su siglo y penetrar más que los otros, siempre les ha sucedido lo que al perseguido Abulense. Dos de aquellas cinco proposiciones eran: *Que nuestro Señor Jesucristo no fué muerto sino al principio del año treinta y tres de su edad, y que no padeció á 25 de Marzo, sino á 3 de Abril.* Y estas mismas dos proposiciones, que entónces se censuraron por falsas, se ven hoy seguidas y aplaudidas, casi como evidentes, por todos los críticos, astrónomos, cronologistas é historiadores de más nombre, los cuales, como asegura Vosio, *de la fuente del Tostado regaron los jardines de tan florida erudicion.* En efecto, si el año de la muerte del Salvador fué aquel en que el dia quince de la luna del mes de Nisan cayó en viérnes, no hay duda que debió ser el año treinta y tres de su edad, y

(1) Matamoros, *De Academ. et doct. Hispan. vir.*
(2) Rainerius Bovosius.
(3) Molineo.
(4) Mariana.

el dia 3 de Abril; pues, segun los cómputos astronómicos de los novilunios y plenilunios, sólo en aquel año de la vida del Señor concurrieron iguales circunstancias. Las otras proposiciones se podian reducir á una, esto es: *que aunque no hay ningun pecado por su naturaleza irremisible, ni Dios ni el sacerdote absuelven de la culpa ni de la pena*. El mismo Tostado confesaba ser ésta una paradoja ingeniosa; pero la fundaba en que siendo la culpa una accion transitoria, que sólo dura miéntras que se comete, cuando la penitencia sobreviene, ya no existe la culpa, sino el reato. Del mismo modo, no siendo la pena un vínculo, sino el término de una obligacion, decir que hay absolucion de la pena, es hablar sin la debida exactitud. Tales eran las graves sutilezas en que el espíritu escolástico empeñaba entónces sériamente á los mayores hombres, haciéndolos irrefragables y eximios, ó el blanco de las contradicciones y censuras.

. . . . Mas conociendo luégo, como discreto, que las virtudes monásticas no debian ser sus virtudes, y que una superior Providencia le llamaba á cultivar las virtudes intelectuales, las virtudes sociales, y sobre todo, las virtudes sacerdotales, se consagró á ellas tan sin reserva, que hasta ahora, con la admiracion de su sabiduría, ha pasado á nosotros el olor de su santidad. Quién le llama hombre celebérrimo por santidad y doctrina; quién, hombre comparable á los más dignos santos padres; quién, prelado piísimo é integérrimo; quién, en fin, santo obispo y doctor (1).

(1) Belarmino, Mariana, Matamoros, don Nicolas Antonio, Gil Gonzalez Dávila.

CUESTIONES DE FILOSOFIA MORAL

DE

DON ALONSO TOSTADO,

OBISPO DE ÁVILA.

CUESTION PRIMERA.

CUÁL ES LA MÁS SOBERANA DE LAS VIRTUDES MORALES?

CAPÍTULO PRIMERO.

De las virtudes teologales, cuántas son, é por qué se llaman teologales.

La primera cuestion era: de las cuatro virtudes morales, cuál era la más soberana, é por qué lo es.

Esta cuestion es de pura especulacion de filosofía moral, é para ella se podian muchas cosas decir en especial, porque la cuestion demanda la causa de la soberanía, é para esto era menester de comparar cada virtud á otra.

E cerca de esto, es de saber que de las virtudes, unas son teológicas, otras morales. Teológicas son tres: spes, fides, charitas; todas las otras virtudes se pueden llamar morales, que quiere decir virtudes de costumbre, é esto es porque son adquiridas en el hombre por costumbre, ó por actos muchas veces fechos. Ansí lo dice Aristóteles, libro II *Ethicorum*.

Las virtudes tres se llaman teológicas, que quiere decir divinales, é esto es, lo primero, por la manera de la generacion ó adquisicion de ellas, porque todas las otras virtudes se adquieren, ó adquirir pueden, por actos nuestros; mas estas tres no pueden, salvo por infusion de Dios, el cual las da en nuestra ánima.

Lo segundo es por la fin é objecto: todas las otras virtudes tienen propios objectos, que no son Dios, é la fin de todas ellas es algun bien que es debajo de Dios. Las virtudes todas tres llamadas teológicas tienen á Dios por fin, é no á algun bien que sea debajo de Dios. E una de ellas, que es caridad, tiene á Dios por objecto é fin; pues debiéronse por esto llamar estas tres virtudes teológicas ó divinales, é no alguna otra virtud.

Si estas virtudes teológicas comparásemos á las otras virtudes llamadas morales, dirémos que éstas son más nobles que las morales é que cualquier de ellas, por las razones suso puestas. Lo primero, por la generacion: toda cosa que tiene más noble manera de engendramiento, ó requiere más noble engendrador, es más noble; empero las teológicas requieren á Dios por engendrador, é no se pueden adquerir por actos las otras todas, é aunque puedan ser por divinal infusion, no requieren tal engendramiento, pues no son tan nobles.

Segundo, por el objecto: todos los hábitos toman nobleza del objecto, porque de él toman esencia; y ansí, cuanto fuere más noble el objecto, será más noble el hábito; empero alguna virtud teológica tiene á Dios por objecto, como es la caridad; de las no teológicas no ha alguna que tenga á Dios por objecto; pues serán más nobles las teológicas.

Tercero, por el fin: en las cosas morales toda la perfeccion viene del fin, como en la especulacion toda la certidumbre viene de los principios. E ansí dice Aristóteles, libro VI é VII *Ethicorum*, que la fin es en las cosas morales como los principios en las cosas especulativas, pues lo que toviere mejor fin en las cosas morales será mejor. Empero las virtudes teológicas tienen á Dios por fin, é las otras virtudes no tienen á Dios por fin inmediato, mas á algun otro bien debajo de Dios; pues son más nobles las teológicas.

Cuarto, por cuanto sant Paulo loa más éstas que todas las otras virtudes. Él tracta, *Prima Chorintiorum*, duodécimo é tredécimo, de los dones é perfeciones espirituales, é en fin de todo el capítulo XIII no amonestó otra cosa, salvo que toviésemos las virtudes teológicas, diciendo: *Nunc autem manent in vobis spes, fides, charitas, tria hæc.* Quiere decir: queden agora en vos estas tres cosas, que son esperanza, fe é caridad, é estas tres son las virtudes teológicas; pues más nobles son las virtudes teológicas que otras algunas.

Quinto, porque por las otras virtudes no podemos facer placer á Dios ni merescer la vida eterna, aunque todas las tengamos; é por las teológicas, en especial por la caridad, merescemos esto é placemos á Dios; pues las teológicas son más excelentes.

CAPÍTULO II.

De las virtudes morales.

Ahora fablarémos de las otras virtudes, las cuales llamamos morales, é compararémos éstas entre sí. La de las teológicas no demando la cuestion; empero, por mejor declarar nuestra entencion, dijimos esto.

E dirémos que todas las virtudes, sin las tres teológicas suso puestas, se llaman morales, é puede ser una causa para esto: porque ellas nos endereszan en las cosas que pertenescen á costumbre, é tienen entonce

distincion de los hábitos intellectuales é especulativos, los cuales se pueden llamar virtudes; empero no endereszan á nos en obrar, mas en entender; ansí como son sciencia, sapiencia, intellectus, é por eso no se llamarán virtudes morales, mas intellectuales.

Segundo, se llaman morales porque se engendran por costumbre, que es multiplicacion de actos; esta razon da Aristóteles, libro II *Ethicorum*, porque se llamen virtudes morales.

Empero no es por esto de entender que no se engendren estas virtudes por otra manera, ca todas ellas pueden engendrarse por divinal infusion; es esta regla general, que todos los hábitos é virtudes que se pueden adquirir por obras, se pueden engendrar por divinal infusion; mas no vale por el contrario, porque algunas virtudes se han por infusion, é no se pueden haber por adquisicion, ansí como son las virtudes teológicas, de las cuales ya dijimos; eso mismo se face de las perficciones intellectuales; ca no se puede haber conoscimiento profetal por adquisicion, é hase por infusion.

E ansí como se puede haber, es cierto que algunas veces se ha ansí, como en el baptismo, en el cual, no sólo en los baptizados se infunden las tres virtudes teológicas, mas áun todas las virtudes morales, segun paresce en la clementina única, *De summa trinitate et fide catholica*, en la fin del texto é en la glosa.

Otrosí en la justificacion general se infunden todas las virtudes morales; esto es, cuando quier que alguno estaba en pecado mortal, é se arrepiente de él en aquella contricion, es justificado, ca deja de ser pecador, é comienza á ser justo; é allí, no sólo torna ó es infundida la caridad, que era perdida, mas áun todas las virtudes morales, segun determinacion de todos los teólogos. E por esto es llamada justificacion general, porque generalmente se dan todas las perficiones que pertenescen al hombre para ser justo é complido de todo bien.

Empero los filósofos no supieron cosa de esto; ca no entendieron que algunos hábitos morales ó intellectuales se podian haber por infusion divinal, mas todos eran por adquisicion intellectual ó prática. E por eso, segun ellos, no se podian engendrar las virtudes morales, salvo por adquisicion é obrar; é ansí las llamó Aristóteles morales, por la costumbre de las obras donde se engendran, libro II *Ethicorum*.

Nos, empero, que sabemos la verdad, decimos las virtudes morales en dos maneras se engendrar: ó por costumbre ó por infusion; cuando se engendran por adquisicion de obras, llamámoslas propiamente morales; cuando por divinal infusion, llamámoslas gratuitas, porque no nos vienen por algun trabajo, mas de gracia ó de balde, porque ansí digamos nos las dieron; é de estas virtudes morales es agora la dubda.

CAPÍTULO III.

Cuál de las virtudes morales es la más soberana.

Empero la cuestion demando, de las cuatro morales virtudes cuál es la soberana. E es de entender que no son las cuatro virtudes morales, mas muchas; ca son morales todas las que nos endereszan é rigen cerca de

algunas pasiones é actos; empero éstas son muchas, é ansí Aristóteles, libro III é IV é V *Ethicorum*, onde tracta en especial de cada una de las virtudes, pone once virtudes morales, las cuales son: fortitudo, temperancia, liberalitas, magnificencia, filotimia, magnanimitas, mansuetudo, veritas, eutrapelia, afabilitas, justicia; no se cuenta aquí prudencia, porque ella no es propiamente moral, mas intellectual.

Esta cuestion pregunto, de las cuatro virtudes morales, justicia, fortitudo, temperancia é prudencia, las cuales todas no son propiamente morales, porque prudencia es intellectual, é no moral, aunque ella no está sin las virtudes morales, ni las morales sin ella

Segundo, que no son éstas solas morales, mas todas las suso nombradas, é sus partes de ellas, que son otros hábitos que son más especiales.

Tercero, por qué á estas cuatro llaman cardinales. E éste es el nombre propio de ellas; porque ellas son verdaderamente cardinales, que quiere decir principales ó fundamento de las otras, é esto no conviene á alguna otra virtud.

Empero el que llamó á estas cuatro virtudes morales, llamólas por excelencia, que son más excelentes que las otras morales.

E dirémos agora que si quisiéremos comparar estas cuatro virtudes á las otras morales, serán éstas soberanas, é cada una de éstas por respecto de todas las otras; mas la cuestion fabla de solas las cuatro.

E dirémos de éstas que es la soberana la prudencia, despues fortitudo, é á la fin temperancia; é ansí, absolutamente es la prudencia la soberana.

La razon desto es, porque la virtud ó hábito tiene excelencia por el subgecto. La prudencia, empero, como sea virtud intellectual, é no moral, tiene al entendimiento por subgecto, el cual es la parte razonable del ánima, segun su esencia; las otras virtudes no son intellectuales, mas son en el apetito, el cual no es tan noble como el entendimiento, pues la prudencia es más noble que las otras.

Segundo, por el objecto: cada virtud ó hábito tiene nobleza del objecto del cual toma esencia. Empero el objecto de la razon es más noble que del apetito, por cuanto la razon toma la cosa en universal, el apetito se mueve á las cosas que tienen sér particular; pues necesario es que los hábitos intellectuales sean más nobles que los morales, é tal es la prudencia, que es intellectual; todas las otras tres son morales, pues la prudencia no es más noble que las otras tres.

Tercero, se prueba por el acto, por cuanto la prudencia rige, é las morales virtudes inclinan á obrar ó no rigen, é el que rige es de mayor perficion.

Cuarto, por la universalidad, ca de las otras tres virtudes cada una mueve en una sola materia: la prudencia rige en lo que pertenesce á toda la vida, libro VI *Ethicorum*, é ansí rige en lo que pertenesce á todas las virtudes, no sólo á estas tres, mas áun á las otras todas morales, pues ella es más noble.

Despues de la prudencia, es la justicia más noble que las otras. Lo primero por el subgecto, por cuanto ella tiene á la voluntad por subgecto, segun se colige de la sentencia de Aristóteles, libro V Ethicorum; las otras

dos, fortitudo é temperancia, son en el apetito sensitivo, ca es fortitudo en la parte irascible, temperancia es en la parte concupiscible, la voluntad es en la parte razonal, segun su esencia; el apetito concupiscible é irascible es no razonable segun su esencia, mas segun alguna participacion, segun declara Aristóteles, libro I *Ethicorum*, *in fine*. Empero la parte razonable es más noble, pues la justicia, que es en la parte razonable segun su esencia, será más noble que fortitudo é temperancia, que son en la parte no razonable segun esencia, mas sólo segun participacion.

Segundo, por el objecto del cual los hábitos reciben esencia é perfeccion: el objecto ó materia de la justicia son las operaciones por las cuales el hombre se ordena, no sólo en sí mismo, mas áun cerca de los otros hombres; las otras virtudes son cerca de las otras pasiones, ansí como fortitudo es cerca de los temores é osadías, libro III *Ethicorum;* temperancia es cerca de las delectaciones ó tristezas, segun se dice en ese mismo libro; empero las operaciones son más nobles que las pasiones, pues será más noble la justicia que fortitudo é temperancia. Tercero, se prueba por cuanto Aristóteles loó más á ésta que á las otras, libro V *Ethicorum*, diciendo: *Propter hoc multotiens præclarissima virtutum videtur esse justitia et neque hesperus, neque lucifer ità admirabilis, propter quod et proverbium dicentes, aimus: justitia simul est omnis virtus.* Quiere decir: la justicia paresce la más clara é más noble de todas las virtudes, é el lucero de la mañana é de la noche no es tan maravilloso como ella, por lo cual en el proverbio fablando, decimos: la justicia es juntamente todas las virtudes.

E ansí, en dos maneras paresce de las palabras de Aristóteles la justicia ser más noble que las otras virtudes. La una es en cuanto la compara al lucero; empero entre todas las estrellas el lucero es más noble cuanto á la vista é á mostrar más luz.

Segundo, en cuanto dijo que la justicia era juntamente todas las virtudes; é ansí, ella contiene á las otras en valor, pues ella será más excelente que cualquier de las otras por sí.

Despues de justicia, es fortitudo más noble que temperancia; porque aunque ambas estén en el apetito sensitivo ansí como en subgecto, aquella será más noble de parte del subgecto, cuya parte del apetito fuere más cercana á la razon. Empero la fortitudo es en la parte irascible, temperancia es en la parte concupiscible; mas la irascible más participa de la razon que la concupiscible; ansí lo prueba Aristóteles, libro VII *Ethicorum*, é ende muestra que la concupiscencia es más torpe que la ira, é que la ira oye más á la razon que la concupiscencia, é esto decir, que es obedescer, es participar la razon, pues la fortitudo es más noble que la temperancia.

Segundo, por cuanto es cerca de mayor bien entre todos los bienes del hombre, el mayor es la vida, porque todos los otros dependen de él é se fundan en él. Empero fortitudo ordena el movimiento del apetito en las cosas que pertenescen á la muerte é á la vida, en cuanto da regimiento cerca de los temores é osadías, pues entre todas las virtudes que estovieren en el apetito sensitivo, será fortitudo la más noble.

Tercero, por cuanto Aristóteles loa á ésta más que á temperancia, ca pone á fortitudo con justicia; empero justicia es más noble que todas las morales; esto se prueba, porque dice Aristóteles, libro I *Ethicorum*: *Necesse est autem maximas virtutes esse quæ sunt aliis honoratissimæ, siquidem est virtus potentia benefativa; propter hoc fortes et justos maximè honorant, hæc quidem enim in bello, it est, fortitudo; hæc autem, scilicet justitia et in bello et in pace utilis est.* Quiere decir: necesario es que sean virtudes muy grandes aquellas que son más honradas que las otras, ca la virtud es un poderío para bien facer, é por esto á los fuertes é á los justos más honran que á otros, porque la fortitudo es provechosa en la guerra, la justicia es provechosa en la guerra é en la paz. E ansí puso Aristóteles estas dos virtudes por más honradas que las otras, é no puso con ellas la temperancia, pues más noble es la fortitudo que la temperancia.

Despues de las tres suso dichas se pone la temperancia; ésta ordena el apetito sensitivo en las cosas que pertenescen á conservar la vida, ansí cerca del individuo como cerca de la especie, é es esta virtud cerca de las delectaciones é tristezas. Son delectaciones é tristezas pasiones cerca de una misma cosa: delectaciones en el gusto son para conservar el individuo, esto es, en el comer é beber; tristezas cerca de esto son en se apartar del comer é beber: delectaciones en el tacto son cerca de los corporales ayuntamientos, é esto es para conservacion de la especie, la cual por generacion se conserva; tristezas cerca desto es apartarse de los tales ayuntamientos, sufriendo las penas de los ardientes deseos que á ello mueven; é aunque estas cosas pertenescan á la vida, empero como la vida es más noble que las cosas á la vida pertenescientes, ansí la fortitudo es más noble que la temperancia.

Estas cuatro virtudes son más principales que todas las otras morales, por las razones suso dichas, é las otras son ansí como partes suyas, é ellas no son de igual dignidad, mas tienen la comparacion é órden de nobleza que suso dijimos; é ansí como éstas no son entre sí iguales en nobleza, ansí es general entre todas las otras virtudes que nunca se fallen dos virtudes iguales, porque las virtudes son de diversas especies ó naturalezas. E segun Aristóteles, son las especies como los cuentos, é como nunca son dos cuentos iguales, ni es posible que lo sean, ansí nunca dos especies se fallan iguales, é aunque esto sea mayormente en las substancias, es otrosí verdad en los hábitos é virtudes, onde todas las otras virtudes morales son menores que las cuatro suso nombradas; empero áun entre sí mismas no son iguales, mas unas más nobles que otras, de las cuales no entendemos agora decir, porque no face al propósito de la propuesta cuestion, que sólo pregunta de las cuatro.

CAPÍTULO IV.

Pone nueve argumentos ó razones contra la determinacion pasada.

Algunos dirán que no es verdadera aquella órden que suso pusimos de las virtudes, que sea más noble la prudencia, despues justicia, despues fortitudo, é á la fin temperancia.

Lo primero, por cuanto paresce que no haya alguna virtud mayor que otra, mas todas son iguales, é no será alguna soberana.

Segundo, porque la cosa cuyo sér consiste en ser en el más alto grado de grandeza, no puede ser mayor ni menor; empero todas las virtudes son tales, ca, segun dice Aristóteles, libro I *De Cœlo et mundo*, virtud es lo postrimero del poder; é Agustino dice, libro II *De libero arbitrio*, que las virtudes son los mayores de todos los bienes, de los cuales no puede alguno mal usar, pues no será alguna mayor, otra menor, como cada una sea el mayor de todos los bienes.

Tercero, puesto que otorgásemos alguna virtud mayor que otra, no será la órden de mayoría que suso pusimos, diciendo que fuese la prudencia mayor que las otras. Ca paresce que las virtudes morales sean mayores que las intellectuales, porque la virtud face bueno al que la tiene; esto facen las morales, é las virtudes intellectuales no lo facen, como sciencia é sapiencia sean las mayores de las intellectuales, empero prudencia es de las intellectuales. E ansí serán las otras tres que son morales más nobles que la prudencia.

Cuarto, por cuanto el fin es más noble que las cosas ordenadas al fin, libro I *Ethicorum*, empero la virtud moral es del fin; pues serán las virtudes morales más nobles que la prudencia. Esto se prueba libro VI *Ethicorum*, onde dice Aristóteles: *Virtus moralis facit dictam intentionem, prudentia autem facit rectam electionem*. Quiere decir: la virtud moral face la intencion derecha ó el deseo, la prudencia face la eleccion derecha. Empero la intencion es del fin, é la eleccion de las cosas, por donde vamos al fin; pues será la virtud moral más noble que la prudencia.

Quinto, porque áun la justicia paresce ser más noble que todas las virtudes, é ansí será más noble que la prudencia, por cuanto Aristóteles, libro V *Ethicorum*, dice: *Præclarissima autem virtutum videtur esse justitia, et neque hesperus neque lucifer ità admirabilis*. Pues no habrá alguna virtud á ella igual, como ni haya alguna estrella igual en luz al lucero.

Sexto, porque Aristóteles, libro I *Ethicorum*, loando las virtudes, pone, entre todas, por más honradas la justicia é fortitudo, diciendo: *Necesse est autem maximas esse virtutes quæ sunt aliis honoratissimæ, propter hoc fortes et justos maximè honorant*. Quiero decir: necesario es que las mayores de todas las virtudes sean aquellas que son más honradas, por lo cual á los fuertes é á los justos más honran que á todos los otros virtuosos; empero no puso aquí Aristóteles á la prudencia; pues paresce que la justicia é fortitudo sean más honradas que la prudencia, é más nobles.

Séptimo, porque dijimos la justicia ser más noble que las morales todas, é alguno dirá ser más noble la liberalidad, que es moral, libro IV *Ethicorum*, que la justicia; ca mayor cosa es dar á alguno de lo propio que pagar lo que es debido. Lo primero face liberalidad, lo segundo face la justicia, libro IV é V *Ethicorum*; pues será más noble la liberalidad que la justicia.

Octavo, porque dirá alguno ser mayor la paciencia que todas las virtudes, é ansí será mayor que la justicia, porque en cada linaje de cosa aquello es lo mayor lo que es perfecto; empero la paciencia es perfecta cosa; ansí se escribe, *Jacobi*, primo capítulo: *Patientia opus perfectum habet*. Quiere decir: la paciencia tiene obra perfecta; pues será más noble que la justicia.

Nono, porque dirá alguno ser magnanimitas mayor que justicia, como ella ponga grandeza en todas las virtudes; empero mayor es lo que á otro magnifica que lo que es magnificado; de esto paresce, libro IV *Ethicorum*; pues será mayor que la justicia é que todas las otras.

CAPÍTULO V.

Responde á los argumentos del capítulo pasado.

Dirémos que las cuatro virtudes suso nombradas tienen entre sí diferencia de excelencia, segun la manera suso puesta; é por eso la prudencia será más noble que todas las otras, é despues las otras tres entre sí, segun la órden suso dada.

A la razon primera dirémos que no son todas las virtudes iguales entre sí mismas, no las intellectuales con las morales, ni las morales entre sí, ni las intellectuales entre sí; mas segun que son en diversas especies, ansí son naturalmente desiguales, segun suso dijimos; é la razon es, porque las virtudes han acatamiento á la razon, la cual es raíz de todo el bien humanal, é por ende, cuando alguna virtud mayor acercamiento toviere á la razon, tanto será más noble. Empero no es posible que todas acaten igualmente á la razon; ca, como sean de diversas especies, una se acercará más, otra ménos; é esto es ansí en el subgecto como en el objecto, como en la obra, ca algunas virtudes son en la misma razon que es el entendimiento, segun las virtudes intellectuales, sapiencia é prudencia é sciencia; otras son en la voluntad, que es apetito razonable, aunque no es la misma razon; otras son en el apetito no razonable, ansí como en la parte concupiscible é parte irascible. Las primeras son más nobles que las segundas, é las segundas que las terceras é cuartas; de las cuales comparaciones aquí no fablamos; otrosí son las virtudes mayores é menores, segun el objecto é acto, de lo cual otrosí callamos.

A la razon propuesta decimos que aquello se toma en seso alegórico ó mixto, del cual no se face argumento, segun dice Dionisio; podemos en otra manera responder que ansí como aquellos lados son iguales de Hierusalem son iguales, ansí las virtudes son iguales; empero no se entiende cuanto á todas las virtudes entre sí, mas cuanto á las virtudes que son en un mismo hombre, ca aquellas son iguales; é áun esto no se entiende en cuanto al sér, ca no son iguales como sean de diversas especies; mas cuanto al crescer son iguales, ca crescen igualmente, é esta igualdad de crescimiento es cuanto á la proporcion, é no cuanto á la cuantidad, ca la mayor cresce más, é la menor ménos, é ésta es igualdad de proporcion.

A la segunda razon dirémos que cada virtud es lo postrimero del poder; empero, como sean segun diversos géneros, ha postrimero mayor que otro postrimero; é ansí, no son todas las virtudes iguales cuanto á

las que son de diversas especies; cuanto á las que son de una misma especie, áun decimos que no son iguales en diversos hombres, ca en uno es mayor la fortaleza ó liberalidad que en otro; porque aquella grandeza é medio en que la virtud está no consiste en cosa indivisible; é ansí puede haber diferencia de mayoridad de una á otra.

A la tercera razon dirémos que las virtudes morales facen bueno al hombre, é no las intellectuales; empero prudencia es intellectual é parte moral, porque no puede ser la virtud moral sin prudencia, ni la prudencia sin la virtud moral, libro VI *Ethicorum;* é por ende pertenescerá á la prudencia facer bueno al poseedor, como facen las virtudes morales.

En otra manera podemos decir que no sólo la prudencia, mas áun todas las virtudes intellectuales son más nobles que las morales; é que las morales fagan bueno al poseedor, é no las intellectuales, no prueba que ellas absolutamente sean más nobles, mas que segun algo son mejores, onde es de considerar que algunas cosas son absolutamente mejores que otras, é segun son algo, son ménos buenas que ellas; como la carne del hombre es absolutamente más noble é mejor que el fierro, empero el cuchillo de fierro es mejor para cortar que la carne del hombre; é toda substancia es mejor que accidente, empero segun algo son los accidentes mejores en cuanto informan é dan perfeccion á la substancia.

Ansí las virtudes morales, segun su naturaleza, son de ménos dignidad que las intellectuales, ansí de parte del subgecto como del objecto; empero segun algo son mejores que las intelectuales, é esto es porque facen ser bueno al hombre, é no las intelloctuales; mas esto no muestra que ellas sean más dignas absolutamente; ca entonce seguirse hia que las virtudes morales fuesen más nobles que el alma intelectiva ó que la substancia, por cuanto el ánima no face al hombre bueno, é fácele bueno la virtud; empero cierto es ser el ánima mejor que las virtudes, como sean las virtudes accidentes.

Otrosí mayor bien facen las virtudes intellectuales que las morales, ca las morales facen al hombre bueno, é las intellectuales fácenle bienaventurado; empero más es ser bienaventurado que bueno, como bienaventuranza, llamada felicidad, es fin de todos los bienes; é la bienaventuranza verdadera pone Aristóteles ser contemplativa, é es en el entender, lo cual se face segun los hábitos especulativos, que son virtudes intellectuales, segun pone Aristóteles, libro X *Ethicorum*, pues más nobles serán las intellectuales, que facen bienaventurado, que las morales, que facen bueno; mas que las morales fagan al hombre absolutamente bueno, es la causa por cuanto ellas son en el apetito, é el apetito mueve todas las otras potencias á sus actos, é ansí pone el bien en los actos de todos ellos.

A la cuarta razon dirémos que prudencia es más noble que las virtudes morales, é cuando dicen que la virtud moral es del fin, é la prudencia de las cosas que son para el fin, dirémos que la prudencia tiene su acto cerca de ambas cosas; del fin é de las cosas que son para el fin, en cuanto la prudencia determina cuáles son las cosas que son convenientes para proseguir el fin, face la eleccion derecha, segun Aristóteles dice, libro VI *Ethicorum*, é cuanto á esto no sería ella más noble que las morales; empero sin esto, tiene la prudencia su acto cuanto al fin, determinando cuál cosa se deba poner por fin, lo cual no sabe ni puede facer la virtud moral; é cuanto á esto es más noble la prudencia que la virtud moral, porque no sigue ni mueve ella á otro fin, salvo á aquel que la prudencia determina; é ansí, más poder tiene la prudencia sobre el fin que la virtud moral, é esto la face más noble.

A la quinta razon dirémos que más noble es la prudencia que la justicia por las causas dichas; é cuando dice Aristóteles ser la justicia más noble que todas las virtudes, é entiéndese de las morales, é entre ellas verdad es ser más noble la justicia, como ella sea en más excelente subgecto, que es el apetito racional, é tiene más noble acto, que es cerca de las operaciones, é no de las pasiones; é no comparó Aristóteles la justicia á todas las virtudes, mas sólo á las morales; é la razon es, porque en ella es virtud moral, é la comparacion no se face salvo en cosas de un linaje, é Aristóteles fasta allí habia tratado de las morales, é áun no habia tractado de la prudencia, mas despues tractó de ella apartadamente entre las virtudes intellectuales, libro VI *Ethicorum*, poniendo los cinco hábitos intellectuales, que son: sciencia, sapiencia, intellectus, prudencia, ars, pues no significó que era más noble la justicia que la prudencia, mas que las otras morales, en cuyo género era justicia.

A la sexta razon dirémos, como suso, que Aristóteles puso por más honradas entre todas las virtudes á la justicia é fortitudo, porque él entendia de las morales, é de ellas cierto es la más noble ser la justicia, é despues la fortitudo; de la justicia ya dimos suso las razones; de la fortitudo paresce, por cuanto es en el apetito no razonable irascible, é aquella parte más participa de la razon é la obedece que la parte concupiscible, é otrosí é cerca de aquellas cosas en que consiste la vida, segun suso declaramos; mas no comparó estas virtudes á la prudencia, por cuanto fabló de las morales, é la prudencia no es moral, é la causa dello es por cuanto nombrando virtudes absolutamente, entendemos solas las morales, ca las intellectuales más se llaman hábitos contemplativos ó intellectuales que virtudes.

A la séptima dirémos que la justicia es más noble que la liberalidad, la cual es propiamente moral; ca la justicia es todas las virtudes, libro VI *Ethicorum;* liberalidad no es todas las virtudes, mas una determinada virtud; empero dirémos que absolutamente es más noble la justicia que la liberalidad, aunque, segun alguna cosa, se podria decir más noble la liberalidad que la justicia, esto es, por cuanto liberalidad no puede ser sin justicia; é ansí, toma en sí liberalidad el bien de justicia, é algo añade, ansí como perficion é apostura; no puede ser liberal si no es justo, porque no es liberalidad si no damos de lo propio, segun dice Aristóteles, libro II *Politicorum;* é la justicia es la que muestra distinguir de lo propio á lo ajeno; la justicia, empero, puede ser sin liberalidad, é por eso la justicia, así como más comun é fundamento, es más noble que la liberila-

dad; é si ansí como puede la justicia ser sin liberalidad, pudiese la liberalidad ser sin justicia, veriamos claramente cuánto era el bien de la liberalidad; empero porque la liberalidad encierra en sí el bien de la justicia, no aparesce tan claro, mas cierto es la justicia ser más noble.

A la octava dirémos que la justicia es más noble que la paciencia; ca es más noble la fortitudo que la paciencia, como sea paciencia parte de fortitudo; empero justicia es más noble que fortitudo, pues será más noble que paciencia; é cuando dicen de la paciencia que face la obra perfecta, es verdad que cerca del sofrimiento de los males tiene la paciencia perfeccion sobre las otras virtudes más que la justicia é que la caridad é que la mansuetudo, las cuales son virtudes excelentes; esto paresce, ca en los males que padescemos, deseamos naturalmente venganza; la justicia quita aquí la injusta venganza, ca aunque deseemos venganza más que conviene, ó de los que no conviene tomar, la ha segun otras circunstancias, porque esto es injusto; la justicia quita este deseo é face que no deseemos venganza, salvo á lo que es justo é en cuanto es justo; la paciencia face más, ca quita deseo de venganza injusta é áun de la justa ó que con justicia desear é tomar podriamos; é ansí en esto face más que la justicia. Otrosí la caridad quita el ódio ó malquerencia en los males que sofrimos, faciendo que no desamemos á los facedores, é no quita la ira ni la tristeza, é la paciencia esto quita. La mansedumbre, que es virtud llamada mansuetudo, cerca de los males que sofrimos, quita la ira, como ella sea cerca de las iras, libro IV *Ethicorum*, mas no quita la tristeza desmesurada ó excesiva, que es causa de todas estas cosas; la paciencia todas estas cosas quita; ca ella quita el deseo de la injusta venganza, lo que face la justicia, é quita la malquerencia é ódio á los que nos mal ficieron, lo cual face la caridad; quita otrosí la ira, segun face la mansuetudo, é sobre todo esto, quita la tristeza desmesurada, que era raíz de todo esto; ca de la grande tristeza venía el deseo de la injusta venganza, é el ódio á los facedores é la ira; é ansí, quitada la raíz, que era la tristeza desmesurada, quítanse todos los males que dende se siguen, é porque en esto face más la paciencia sola que todas las otras virtudes juntas, dijo la Escriptura tiene obra perfecta, porque ella acaba aquello que las otras virtudes comenzaron é no pudieron acabar, é ella sola lo acaba; é ansí, fablando en esta materia, que es cerca del mal que sofrimos, más perfecta es la paciencia que todas las otras virtudes, empero no es absolutamente más perfecta que las otras virtudes; ca cierto es que la caridad que aquí nombramos es absolutamente más perfecta que todas las otras; empero ella no puede aquí facer todo lo que face la paciencia, porque ésta es materia propria de la paciencia, é no de la caridad ni de la justicia ni de la mansedumbre. E áun esto paresce más, por cuanto fortitudo es virtud más noble que paciencia. Empero justicia es más noble que fortitudo, pues será más noble que paciencia; es paciencia parte de fortitudo é rescibe su bien de fortitudo, por cuanto paciencia sólo consiste en sofrir los males que nos facen sin turbacion; fortitudo tiene dos cosas, segun dice Aristóteles, libro III *Ethicorum:* sufre los males que le vienen é no puede excusar, é áun métese algunas veces en ellos, buscándolos, cuando los podia excusar; onde todo hombre que tiene fortitudo tiene paciencia, empero no por el contrario, que alguno tiene paciencia que no tiene fortitudo. E esto es porque paciencia es una de las partes de fortitudo.

A la nona é postrimera razon dirémos que magnanimitas no es absolutamente mayor que justicia, ni que alguna virtud moral, é esto es por cuanto magnanimitas no es así como una de las otras virtudes, distincta de ellas, que se pueda comparar á las otras, mas es despues de todas ellas é da un estado ó grandeza á ellas, é porque ella colige é contiene en sí la bondad de las otras, no se puede bien á ellas comparar, ansí como una virtud á otra, cuando son del todo distintas. E por esto la magnanimidad es apostura é grado excelente de todas las virtudes, mas ella absolutamente no es más noble que ellas ni que algunas de ellas, aunque á ellas magnifique; ansí como la cuantidad magnifica á la substancia, empero no es más noble que la substancia, é la sciencia face al ánima sábia, empero no es la sciencia más noble que el ánima.

E ansí, paresce de lo suso dicho que de las cuatro virtudes morales, ó mejor fablando cardinales, la más noble y soberana es la prudencia, despues la justicia, despues la fortitudo, y á la fin la temperancia.

CUESTION SEGUNDA.

SI LA FILOSOFIA MORAL ES MÁS UTIL Y PROVECHOSA QUE LA FILOSOFIA NATURAL.

Propone la cuestion, que tiene dos partes.

La cuestion era si la filosofía moral sea más útile é más fructuosa que la natural, tracte de cosas más altas, porque es mejor ser muy bueno que muy sabio. Aquí poderémos responder que esta cuestion tiene dós partes, aunque ella paresce solo preguntar de la una; é será la una: cuál es mejor ó más digna, la filosofía natural ó moral. La otra es: cuál es mas provechosa ó fructuosa, la natural ó la moral.

Responde á la primera parte de la cuestion.

Cerca de lo primero, dirémos que una sciencia es mejor ó más noble en dos maneras. La una es por objecto ó materia de que tracta. Entonce aquella será mejor ó más digna la que de mejores cosas tractáre; así como mejor sciencia es la que tracta de el hombre que la que tracta de las plantas. La segunda manera de mejoría ó mayor dignidad es cuanto á la certidumbre de las cosas que determina ó tracta la sciencia. Onde la que con mayor certidumbre determináre, aquella será más noble. É en esta manera las sciencias matemáticas son más nobles que todas las otras, por cuanto ellas proceden por demostracion é necesidad, é las otras no facen silogismo demostrativo; llamamos matemáticas á cuatro, las cuales son: geometría, arismética, astrología, música. Esta regla de nobleza ó mejoría entre las sciencias pone Aristóteles, libro I *De Anima*, primo capítulo, onde dice: *Bonorum honorabilium notitiam opinantes, magis autem alterum altera aut secundum certitudinem aut ex eò quod meliorum quidem et mirabilium.* Esto presupuesto, podemos decir que la sciencia natural es mejor é más digna que la moral, porque ambas estas cosas que facen á una sciencia más noble que otra, concurren en la filosofía natural. Lo primero es, porque tracta de mejores cosas. Toda la honra de la moral filosofía es en cuanto tracta de las virtudes é vicios de el hombre é sus cosas más complidamente que la moral, por cuanto tracta de la parte corporal é de los accidentes suyos comunes é proprios; tracta otrosí del ánima suya cuanto á todas sus potencias, é especialmente de el entendimiento, libro III *De Anima*. É por esto Aristóteles mostró que la sciencia de ánima fuese más noble que todas las otras partes é vicios que son accidentes, é no naturales del ánima; pues cuanto á esta parte, de mayores cosas tracta la filosofía natural, é así ella es más noble. Otrosí conviene aquella segunda condicion, que es de la certidumbre, é á ésta áun viene más abiertamente; ca la sciencia natural tiene mucha certidumbre más que la moral, é la moral es de las que ménos certidumbre tienen; así lo dice el comentador de Aristóteles: *Mathematicæ scientiæ habent primum gradum certitudinis, deinde naturales eam acquirunt.* La filosofía moral tiene muy poca certidumbre así como sciencia de los derechos; ca las leyes que á una tierra son buenas, en otra son malas, é las leyes que en un tiempo son buenas, en otro son malas en ella misma. É á las veces lo que mandan las leyes no es bueno ni malo por sí mismo, mas sólo porque mandan las leyes; ansí lo dice Aristóteles, libro I *Ethicorum*, capítulo II: *Dicetur autem utique sufficienter si secundum necessariam substantiam manifestent. Certum enim non sunt in omnibus sermonibus quærendum est quemadmodum nec in codicis id est legibus constitutis, bona autem et justa de quibus habilis intendit tantam habent differentiam et errorem ut videantur sola lege esse natura.* No semejante es en la moral filosofía, la cual tracta del bien é mal del hombre; é el bien é el mal no son ciertos, porque cosas ha que son buenas á unos, é á otros son malas, é por el contrario, segun que paresce en las riquezas é poderíos; ca unos en ellas perescen, é otros bien viven, por lo cual no se puede dar en la filosofía moral, la cual destas cosas tracta, certidumbre alguna, mas enséñase la verdad, como mejor puede ser dada segun la condicion de la materia; por lo cual, otrosí, los que oyen filosofía moral ó leen algunos libros della no se deben descontentar, porque no se prueban ende las cosas así firme é ciertamente, como en la geometría é todas las matemáticas, mas áun sería grande grosería que el hombre quisiese atan firme probanza en las cosas de moral filosofía como en las de matemáticas, porque la naturaleza de las cosas no lo sufre; ansí lo dice Aristóteles, libro I *Ethicorum*, capítulo II: *Talem verò quendam errorem habent et bona multis contingunt detrimenta ex ipsis, jam enim quidem perierunt propter divitias, alii verò propter fortitudinem amabilem; igitur de talibus et ex talibus dicentes grosse et figuraliter veritatem ostendere et de his quæ frequentiùs et ex talibus dicentes talia concludere eodem utique modo et recipere debitum est uniquodque doctorum disciplinati enim est in tantum certitudinem inquirere secundum unumquodque genus in quantum natura recipit.* É ansí paresce de lo susodicho que la filosofía moral es de poca certidumbre, é es de menor certidumbre que las otras sciencias, é es ella é los derechos humanales cuasi en un grado de certidumbre, por lo cual paresce que la filosofía natural es mejor é más noble ó de mayor dignidad en sí misma que la filosofía moral.

Responde á la segunda parte de la cuestion.

La otra parte de la dubda es, cuál es más útile é más fructuosa dellas. Á esto dirémos que el fruto de la natural filosofía no es ál, salvo ser sabio; de la filosofía moral es dubda, porque se puede ella tomar en dos maneras. En una manera se toma la filosofía moral en cuanto es una sciencia que enseña las virtudes é vicios é pasiones del ánima, ó se toma para esto conoscer, sólo saber; así como el que aprende filosofía moral para la enseñar á otros para la caridad, ca éste no toma la filosofía tal, salvo para entender, é no para obrar; é entonce ella no es sciencia prática, mas especulativa, así como la natural. É dirémos que el fruto es saber, ansí como en todas las especulativas, cuyo fin es verdad, segun dice Aristóteles, libro II, *Methaphisica*. É en esta manera dirémos que más fructuosa es la filosofía natural que la moral, por cuanto más saber trae la filosofía natural, como la moral tenga más partes de que tracte. Si se toma la filosofía moral en cuanto no es su fin saber, mas ser bueno, adquiriendo las virtudes segun ella lo enseña, dirémos que el fructo de la moral é de la natural no es todo uno. La de la natural es el fructo saber, é de la moral es el fructo obrar segun virtud, é esto es propriamente tomar filosofía moral; ca en cuanto se toma para entender no es moral, mas es propriamente una parte de filosofía natural en cuanto tracta del sér é naturaleza de las virtudes é vicios é de las pasiones; ó por esto el saber aprovecha poco en la filosofía moral, é el obrar aprovecha mucho é face al hombre filósofo moral. É ansí los que en filosofía moral por el saber se piensan ser fechos no obrando, engáñanse, é como los enfermos que oyen todo lo que el físico manda con diligencia, é des-

pues no facen cosa; ca éstos nunca sanan, ni otrosí los que saben en filosofía, é nunca obran, no serán filósofos morales ó virtuosos; ansí dice Aristóteles, libro II *Ethicorum*, capítulo IV: *Bene igitur quoniam ex justa operari justus fit et ex temperata temperatus ex non operari. Justus enim hæc nullus utique nec curabit fieri bonus sed multi hæc quidem non operantur ad rationem autem fugientes existimant philosophari et fit fore studiose si se aliquid facientes laborantibus qui medicos audiunt studiose se faciunt aut nihil eorum quæ precepta sunt quemadmodum igitur nec illi bene habebunt corpus curati, nec isti animam ita prophetantes.* En la Santa Escriptura es semejante, ca ella es prática, é no especulativa; é así es por obrar, é no por entender; é por ende, saber mucho en la Santa Escriptura, é no obrar, no es de loar á alguno. É obrar, aunque hombre tenga poco entendimiento, es loable; ansí lo escribe el profeta David, *Salmos*, CII: *Justitia illius in filios filiorum his qui servant testamentum ejus, et memores sunt mandatorum illius ad faciendum ea.* É así dió á entender que no aprovecha tener saber ó memoria de los mandamientos de Dios, salvo para obrar. Esto más abierto declara Jacobo en la *Canonica* suya, loando á los que acatan la ley é facen lo que en ella se escribe, los que la leen é no la obran, dice que se engañan. *Jacobi*, primero capítulo: *Estote autem factores verbi et non auditores tantum, fallentes vosmetipsos, quia si quis auditor est verbi et non factor, hic comparabitur viro consideranti vultum nativitatis suæ in speculo. Consideravit enim se, et abiit; et statim oblitus est qualis fuerit, qui autem perspexerit in legem perfectam libertatis, et permanserit in ea, non auditor obliviosus factus, sed factor operis, hic beatus in facto suo erit.* É porque la filosofía moral más consiste en obra que en saber, más creen los hombres los fechos que las palabras. É aquellos que fablan altamente en las virtudes, si vemos que ellos usan los vicios, no damos fe á las palabras; mas menospreciamos á ellos é á sus dichos, como dijo san Gregorio: *Cujus vita contemnitur restat ut ejus quoque prædicatio contemnatur.* É esto afirma Aristóteles, libro X *Ethicorum*, deciendo que más creen en lo material á los fechos que á las palabras: *De his enim quæ in passionibus et actiones sermones minus sunt credibiles operibus. Cum ergo dissonant his qui hinc contenti et verum conterimunt.* Tomando así la filosofía moral, dirémos á la cuestion es equívoca, ca el fructo de la filosofía natural es sólo saber, é el fructo de la moral es obrar, é en las cosas equívocas que pertenescen á un linaje no han comparacion, segun dice Aristóteles, en los *Tópicos*. Así como si alguno percudase cuál es más dulce, la miel ó la música, ó cuál es más aguda, la voz ó la aguja; ca en esto no podriamos responder, porque no ha una cosa en que se faga comparacion, é cuando se confirmaba ser más fructuosa la filosofía moral que la natural, porque mejor es ser bueno que sabio, habemos de decir que se presupone ser sabio, ser bueno, la sabiduría ser alguna bondad. Ca en otra manera no habia aquí comparacion alguna, porque no habria alguna cualidad comun en que participasen ambos extremos, como si alguno dijiese más sabio es el hombre que las piedras, ó más blanco es el cisne que el cuervo; é entónce el fruto de la filosofía moral es la bondad que ella da al hombre en le facer virtuoso. É destas dos cosas es agora dubda cuál es mayor bondad, é dirémos que se toma absolutamente ó por respecto de algun fin: si se toma absolutamente, dirémos que mayor bondad é perfecion es la sabiduría que la virtud moral, por cuanto la sabiduría es en el entendimiento, é la virtud moral es en la parte apetitiva, así como es la fuerza concupsctible é gasagible, é el entendimiento es cosa más alta que ha en el hombre, pues la perfecion suya será mayor é más noble que todas las potencias ó fuerzas ó sentido. Item Aristóteles pone la felicidad en dos maneras: una es plática ó cevil, é ésta en obras algunas de la virtud moral ó de muchas virtudes morales juntas, é desta tracta el libro de las *Eticas*. Otra felicidad llama él contemplativa, é ésta consiste en la operacion del entendimiento especulativo, segun el hábito de la sabiduría enformado, especulando cerca de las cosas más altas que son divinales; é ésta, segun Aristóteles, es verdadera felicidad, é no política ó activa, segun él prueba por ocho razones, libro X *Ethicorum*; é así, necesario es que como la felicidad comtemplativa sea, segun el hábito de la sabiduría, muy mejor é más noble que las virtudes morales ó la bondad que ellas dan, en esto no hay dubda alguna, pues es mejor cosa aquella en la cual consiste la felicidad que cualquiera otra cosa en que no consiste la felicidad. Si tomamos por respecto de algun fin, puede ser que sean mejores las virtudes é su bondad que la sabiduría, é así es si consideramos por respecto de Dios é de la bienaventuranza del paraíso que nos esperamos; ca para merescer aquella bienaventuranza é vivir en ella más aprovechan las virtudes que la sabiduría, no de sólo de filosofía natural, mas áun de cualquier otro linaje de saber. É para esto no ha cosa más buena que la caridad, porque ella sola son, sin algun saber, merescer podemos el paraíso, é por todos los saberes, no sólo naturales mas áun angelicales, divinales ó profetales, no podemos merescer el paraíso sin caridad, segun dijo el Apóstol, *Prima corinthiorum*, capítulo XIII: *Si linguis hominum loquar, et angelorum charitatem autem non habeam, factus sum velut æs sonans, aut cymbalum tinniens.* La filosofía moral no puede enseñar la caridad, por cuanto ésta es virtud dada divinalmente por infusion, segun suso dijo el Apóstol: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis.* É no es engendrada por operaciones, segun son todas las morales virtudes, como lo dice Aristóteles, libro II *Ethicorum*, capítulo III é IV. Empero las virtudes morales son necesarias para la salud del ánima, porque los actos de las morales virtudes manda la santa ley de Dios, sin guarda é observacion de lo cual no podemos haber el paraíso, pues ellas son mejores que la sabiduría, é loa las virtudes. *Prima corinthiorum*, capítulo VIII, dice: *Scientia inflat, charitas ædificat.* É así á la sciencia no sólo loan, á la caridad, que es virtud teológica ó divinal, mas áun á las virtudes morales, así como justicia é otras, é dice que son necesarias para el regno de Dios. *Ad romanos*, capítulo XIV: *Non est enim regnum Dei esca et potus, sed justitia et pax et gaudium in Spiritu Sancto.* É así como es mejor la virtud para delante Dios que la sabiduría, que es entender ó enseñar, ansí lo dice el Apóstol, *Prima*

corinthiorum, capítulo IX: *Castigo corpus meum, et in servitutem redigo, ne fortè cum aliis prædicaverim, ipse reprobus efficiar.* É así las buenas obras de las virtudes son necesarias para el paraíso, é no es necesaria alguna sabiduría, mas la fe no abasta sino á obras de virtud, porque la fe es como si no fuese, no habiendo consigo obras de virtudes morales. Ansí lo pone Jacobo, en la *Canonica*, capítulo II: *Quid proderit, fratres mei, si fidem quis dicat se habere, opera autem non habeat? Numquid poterit fides salvare eum? Si autem frater et soror nudi sint et indigeant victu cotidiano, dicat autem aliquis ex vobis illis: Ite in pace, calefacimini et saturamini: non dederitis autem eis quæ necessaria sunt corpori, quid proderit? Sic et fides si non habeat opera, mortua est in semetipsa.* Mucho más es esto de la sabiduría; ca si estudiáre con buenas obras, es buena, é si no tiene obras, no sólo no es buena, mas áun es vituperada é llamada diabólica, capítulo III: *Quis sapiens et disciplinatus inter vos? Ostendat ex bona conversatione operationem suam in mansuetudine sapientiæ. Quod si zellum amarum habetis, et contemptiones sint in cordibus vestris, nolite gloriari, et mendaces esse adversùs veritatem: non est enim sapientia desursum descendens, sed terrena, animalis, diabolica, quæ autem desursum est sapientia, primùm quidem pudica est, deinde pacifica, modesta, suadibilis, bonis, consentiens, plena misericordiâ et fructibus bonis.* Pues las virtudes de la filosofía moral son mucho mejor que todo saber, no sólo que la natural filosofía, mas áun que la trae é que el conoscimiento de la ley de Dios; ca de la natural filosofía más cierto es, por cuanto no tiene delante Dios algun loor para el camino del paraíso, mas por el contrario, en mucho estorba á algunos la filosofía natural para el camino de salud; é esto fué en dos maneras, predicando á la fe.

La una fué porque los filósofos naturales, veyendo á los cristianos predicar resurreccion de los muertos general, sabiendo esto contra los principios de la natural filosofía que ellos tenian, no querian rescebir la fe, é escarnecian de los predicadores; ansí paresce, *Prima corinthiorum*, primero capítulo: *Nos prædicamus Christum crucifixum: judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.* Quiere decir que los gentiles filósofos tenian por locura cuando les predicaban ser Cristo muerto, é despues haber resuscitado; ansí facian los filósofos epicúreos á sant Paulo cuando en Aténas predicaba la general resurreccion de los muertos, ca le llamaban sembrador de palabras, *Actuum*, diez y siete capítulo: *Quidam autem stoyci et epicurei philosophi disserebant cum Paulo et quidam dicebant: Quid vult seminator hic verborum dicere? Alii verò dicebant: Novorum dæmoniorum anunciator esse, videtur quia Jesum et resurrectionem annunciabat eis.* É despues dice: *Cum audissent autem resurrectionem mortuorum, quidam irridebant.*

La segunda manera fué que algunos, no sólo no querian creer, pensando ser la predicacion de la fe natural filosofía, mas áun por razones de filosofía subvertian á los creyentes en Cristo, é tornándolos á descreer. É esto acaescia mucho, especialmente en Grecia, onde eran muchos filósofos é subvertian, é así prima á los corintios, á los cuales predicaba Paulo la fe, é despues algunos filósofos naturales, en su absencia, los pervertieron, segun dice Hierónimo, en el prólogo de la epístola primera de los corintios, que comienza *corinthii*, é dice: *Corinthii sunt acayci; hi à Paulo audierunt verbum veritatis et subversi sunt mullipharie à falsis apostolis, quidam à philosophia verbosa eloquentia.* É por ende Paulo en comienzo de aquella epístola fabla contra esta sabiduría natural, deciendo que los sabios de ella erraron, é tizo Dios que no abastase esta sabiduría para entender la verdad de la salud: *Prima corinthiorum*, capítulo I: *Misit me Christus evangelizare, non in sapientia verbi, ut non evacuetur crux Christi*, etc. Y por eso, veyendo el Apóstol que los filósofos naturales mucho estorbaron la fe, subvertiendo á muchos de los creyentes, ántes que supiese que estaban las gentes convertidas, enviábalas á avisar que se guardasen de los filósofos naturales que no los engañasen con razones vanas y engañosas, tomadas de los elementos de este mundo; ansí lo escribió por la iglesia de Grecia y áun por las de Oriente, y ansí adonde eran los colocenses y diocenses. É ansi paresce que la filosofía natural delante de Dios es de poco loor, y aprovecha poco ó ninguna cosa para merescer el paraíso, mas ántes estorba á muchos la natural; y no es así de la moral, cuyas obras aprovechan para la salvacion y son necesarias, en tanto que sin ellas no nos podemos salvar, y ella nunca estorbó á la ley de Cristo, ni se podia tomar de ella algun argumento contra la fe ó ley de Cristo, que cuanto la ley de Cristo es toda limpia sin mancilla. É así mandó todos los actos de virtud, como la justicia legal, que es virtud general, de la cual fabla Aristóteles, libro *Ethicorum*, pues concuerda la ley de Cristo con la filosofía moral, de lo cual paresce la respuesta á esta postrimera cuestion, que la filosofía moral es más fructuosa que la natural, en cuanto más aprovecha para la felicidad, á la cual nos enderescamos nuestros actos todos. Empero es la materia atal, que aunque se extendieran las palabras, habia que examinar en ellas. Sea loor á Aquel que da entendimiento para declarar las cosas escuras. Y si alguna cosa buena fuere dicha, si en algo paresciere defecto ó error, el lector perdone, corrigiéndolo con caridad, la cual á todas las buenas cosas mueve.

FRAY ANTONIO DE GUEVARA,

OBISPO DE MONDOÑEDO.

JUICIOS CRÍTICOS Y CITAS NOTABLES.

I.—DEL LICENCIADO VASCO DE QUIROGA.

(*Memorial á Cárlos V.*—Méjico, 24 de Julio de 1535.—MS., Biblioteca Nacional, T, 190.)

La desenfrenada codicia de los que acá pasan (á América) lo causa que por captivar para echar en las minas á estos miserables... á los ya pacíficos y asentados los levantan... y los han de hacer levantadizos, aunque no quieran ni les pase por pensamiento, inventando que se quieren rebelar ó haciéndoles obras para ello, y para que las piedras no las puedan sufrir... Las lástimas y buenas razones que dijo (un indio) y propuso, si yo las supiera aquí contar, por ventura holgára vuestra majestad tanto aquí de las oir, y tuviera tanta razon despues de las alabar, *como el razonamiento del villano del Danubio*, que una vez le vi mucho alabar yendo con la córte de camino de Búrgos á Madrid, ántes que se imprimiese, porque en la verdad parescia mucho á él y va cuasi por aquellos términos, y para le decir no habia por ventura ménos causa ni razon.

II—DE GERARDO VOSSIO.

(*De historiadores griegos.*)

Aquella *Vida de Marco Aurelio Antonino*, que por Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo y consejero de Cárlos V, se ha publicado y ha sido trasladada á muchas lenguas, nada tiene de Antonino, y toda es suposicion del mismo Guevara, que torpemente abusa de sus lectores, contra su profesion de hombre veraz, y especialmente de su carácter de obispo. Sin embargo, hay en su libro cosas que no dejan de ser útiles y agradables.

III.—DE BAYLE.

(*Diccionario histórico y crítico.*)

Antonio de Guevara, predicador y cronista de Cárlos V, nació en la provincia de Álava, en España. Fué educado en la córte; pero despues de la muerte de la reina Isabel de Castilla, tomó el hábito de fraile en la órden de San Francisco, y obtuvo cargos muy honrosos. Habiéndose luégo dado á conocer en la córte, fué nombrado predicador de Cárlos V, y se dió á estimar muchísimo por su cortesanía, por su elocuencia y por su talento. Debió haberse contentado con la fama que su oratoria le habia adquirido, porque deseando ser autor de libros, se puso en ridículo entre las personas entendidas. Su estilo ampuloso, figurado, lleno de antítesis, no es el mayor defecto de sus obras. Una falsa idea de la elocuencia, un pésimo gusto le sumieron en tal abismo; pequeña falta en comparacion de las extravagancias con que osó mancillar la historia. Violó las leyes más sagradas y fundamentales, en tal manera, que merece toda la indignacion de sus lectores. No me maravillaré bastante al ver la presura con que los extranjeros han traducido en várias lenguas algunas de sus obras.

IV. — EL ABATE DON JUAN ANDRES.

(*Origen, progresos y estado actual de toda la literatura.*)

Para gloria de los españoles, el primer autor de semejantes obras (de elocuencia didascálica) se elevó tanto, que obtuvo el crédito de elocuente sobre todos los de su tiempo de todas las naciones, y se ha adquirido las alabanzas y el estudio de los posteriores. Éste fué el célebre Antonio de Guevara, cuyas obras lograron desde luégo tanta fama, que fueron buscadas, no sólo de los españoles, sino tambien de toda la culta Europa; y hablando particularmente de su *Marco Aurelio,* dice Casaubon (1) que «apénas se encontrará otro libro, fuera de la *Biblia*, que se haya traducido una y muchas veces en tantas lenguas, francesa, italiana, inglesa, alemana, y tal vez en todas las otras de Europa, y que se haya reimpreso tantas veces en tan repetidas ediciones». Y en efecto, el elocuente Guevara, tanto en ésta, como en las otras obras didascálicas, tiene tal pureza y cultura, tanta propiedad y elegancia en las frases y en las palabras, y tanta verdad y peso en las sentencias, que si no tuviese algunas trasposiciones, aunque muy ligeras y en menor número que las usadas generalmente por los mejores italianos de aquella edad; si no conservase aún algunas palabras ahora ya anticuadas, si no gustase á veces de ciertas metáforas y de ciertos consonantes, que no agradan mucho á nuestros oidos, lo propondriamos aún como modelo de elocuencia didascálica; y de cualquier modo, debemos mirarlo como uno de los escritores más elocuentes de aquella edad.

V. — DEL CIUDADANO DESESARTS.

(*Biblioteca de un hombre de gusto*, tomo VI.—Paris, año 7.º)

Antonio de Guevara fué el primer orador español que tomó un levantado vuelo. Iguala á los más célebres de sus contemporáneos, y merece servir de modelo. Sus obras se tradujeron inmediatamente en todos los idiomas. Se conservan de él su *Reloj de príncipes, ó Vida de Marco Aurelio y de su mujer Faustina,* obra fabulosa, en que se hallan algunas útiles moralidades; un tratado del *Menosprecio de la córte*, y otros muchos libros, que no valen la pena de ser leidos hoy dia.

VI. — DE DON ANTONIO DE CAPMANY Y DE MONTPALAU.

(*Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, tomo II.—Madrid, 1786.)

Mostró una facundia tan alta, y tanto esplendor y discrecion en el modo de insinuarse en los ánimos, que todos los grandes personajes y cortesanos buscaron su correspondencia epistolar, como lo testifican sus cartas, agudas, sentenciosas y festivas, que en casi todas las lenguas de Europa se han traducido, aunque su estilo no ha merecido la aprobacion ni aplauso de los retóricos. Pero bajo de cualquier aspecto que consideremos á este autor, siempre lo hallarémos raro y original, tan inimitable en sus primores como en sus defectos.

En todas sus obras, y principalmente en el *Reloj de príncipes* y en el *Menosprecio de la córte,* resplandecen una vasta y vária lectura, profunda política y cierta filosofía experimental del mundo, de las córtes y de los hombres, que forzosamente adquiriria al lado de Cárlos V, en sus viajes por una gran parte de Europa. Bien puede no haber guardado gran fidelidad en los hechos históricos (de que fué argüido en vida por el crítico y docto Pedro de Rhua); pero si no ha guardado en este punto la verdad, tampoco podemos contar, ni ántes ni despues de él, escritor que haya dicho más verdades, ni con más sal, donaire y alegre libertad. Si en algo peca, es en haber echado, digámoslo así, demasiada especia, para hacer más sabroso el condimento de sus sentencias, documentos y raciocinios. Su natural fecundidad y facilidad no le dejaron poner ni freno ni término á su manía de decir de todos los modos posibles una misma cosa. Él mismo,

(1) Prólogo al *M. Ant.*, libro XII.

podemos decir, ahogaba sus bellos pensamientos con el peso y follaje de otros ménos hermosos y las más veces superfluos, que hubieran parecido más lindos, más grandes y más eficaces, escritos por una pluma ménos lozana ó más severa. Se encuentra prolijidad y menudencia en sus definiciones, sus alegorías y comparaciones son demasiado difusas, sus antítesis demasiado largos y acompasados, al paso que graciosos. Para decirlo de una vez, hay realmente en sus escritos más retórica que elocuencia; y si hubiese hablado ménos, si hubiese reducido sus escritos á la mitad de su volúmen, tal vez en España no tendriamos en su género hombre más elocuente. Sus palabras no son vacías de sentido, ni oscuras, ni impropias, ni afectadas por el gusto del siglo pasado, sino que son muchas, y hacen por lo comun enervado y desigual al estilo, que no carece en muchas partes de elevacion, grandeza y energía incomparables..... Tampoco se puede negar al obispo Guevara su donosa naturalidad, su facilidad y su graciosa discrecion, con que por cierto juego de palabras (ojalá hubiese jugado ménos!) templa la acrimonia de su condicion y disfraza cierta mordacidad filosófica, que se siente gratamente á causa de aquel aire suyo propio de urbana familiaridad, con que todo lo sazona. Tambien truena y relampaguea algunas veces; pero su decir más deleita que mueve, y más convence que persuade..... De esta obra (*Reloj de príncipes*), que es una ficcion moral y política, dice Vossio que tiene de cuando en cuando muchas cosas dignas de ser leidas, bastante útiles y no desagradables, principalmente para los grandes señores..... Otra obra suya, con el título de *Menosprecio de la córte y alabanza de la aldea*, fué impresa en Alcalá de Henares, en 1592, en 8.° En ésta dice el autor que es donde puso más fuerza de doctrina y de elocuencia.

VII. — DE DON MANUEL SILVELA.

Discurso preliminar de la *Biblioteca selecta de literatura española*.—Burdeos, 1819.)

El alaves don Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, si hubiera sabido poner un término á aquella espléndida verbosidad, parto de la riqueza inagotable de su imaginacion, puede dudarse, dice uno de nuestros críticos del mismo siglo (Alfonso García Matamoros), si habria podido igualarle en su género de elocuencia ninguno de sus contemporáneos; pero este defecto oscureció en él muchas bellezas, y hubiera podido aplicársele mejor que á Séneca lo que de éste decia Quintiliano.

VIII. — DE H. TAINE.

(*La-Fontaine y sus fábulas*. Tercera edicion.—Paris, 1861.)

Falta penetrar más en el estudio poético, y ver de cerca al artista en su obra. Cierto dia La-Fontaine, que leia todo, «lo del Norte y lo del Mediodia,» da con un medianísimo libro, *Los Paralelos históricos*, que Cassandre, el pobre autor hambriento, el traductor de la *Retórica* de Aristóteles, habia compilado y puesto en órden, Dios sabe cómo, tomando de aquí y de allí, refiriendo el combate de los Horacios y otras cosas tan nuevas como ésta, y alabándose en el prólogo de un estilo tan impertinente como ramplon. Al fin del libro está una pretensa carta de Marco Aurelio, inventada por Guevara, capellan de Cárlos V, en un libro de enseñanzas morales, que se titula *El Reloj del Príncipe*. Cassandre habia amplificado y ornado esta carta á su manera. De ésta, así reformada, sacó La-Fontaine su fábula del *Villano del Danubio*.

Vamos á figurárnoslo miéntras lee. Quédase admirado completamente del *fiel retrato* por donde comienza la narracion.

«Tenía la cara pequeña y morena, grandes labios, ojos hundidos en la cabeza, y más que todo, escondidos bajo las cejas; una gran barba espesa, los cabellos erizados, el estómago y cuello velludos como un oso, la cabeza descubierta, un baston en la mano, los zapatos de cuero de puerco espin, y por vestido un sayo de piel de cabra, sujeto á la cintura por juncos marinos... Yo lo tomé por una bestia bajo la figura de hombre.»

(Aquí hay muchos detalles: es necesario abreviarlos; pero es una extraña figura: este hombre merece que se le haga hablar; él no hablará como todo el mundo. Ya desde aquí la imaginacion trabaja: el poeta comprende que esta voz va á reprender.)

«Preséntase al Senado para quejarse de cierto censor, que atormentaba al país y ejercia toda suerte de tiranías.»

(Muy frio. Sentis acaso que este hombre sufre?)

«No creo que Ciceron haya podido mejor hablar (Ciceron! La más grande insensatez sería hacerle hablar como Ciceron) *contra la avaricia de los romanos.*

» Señores: Aunque rústico como me veis, yo he venido expresamente del Danubio para saludaros (1).»

(Bonito principio. Qué política! Este villano hace su reverencia como un ciudadano de Chaillot.)

«Y como tengo que hablar ante vosotros, pido primeramente á los dioses inmortales la merced de concertar mi lengua de forma, que yo no pueda decir cosa que no sea útil á mi país y no os sirva para bien gobernar la república; pues como por nosotros mismos no somos capaces sino de hacer el mal, sin su ayuda no sabriamos hacer el bien.»

(La idea es verdadera: comienza bien el bárbaro. No hay otro medio de hablar en un tono superior á uno más poderoso, que tomar la proteccion ó el amparo de otro que sea más poderoso que él. Sobre el del Señor de la tierra está el de los reyes del cielo. El oprimido se armará de todo su poder, y hará que se dobleguen los opresores ante la voluntad de estos señores de todo. Falta que el bárbaro sea religioso, que él sienta en su presencia los dioses, y que lleve en el corazon su justicia y su cólera. Mas qué frases tan débiles! ¿Como se comprende que no tenga más energía en su discurso? Por qué piensa en ser útil á los romanos? Por qué este razonamiento simétrico al fin? Dadle, pues, la fiereza, la acritud de la audacia.)

«Nuestro triste destino, queriéndolo así, y los dioses, irritados contra nosotros á causa de nuestras faltas, habiéndonos abandonado, la fortuna os ha sido tan favorable, de suerte que los capitanes de Roma se han hecho dueños de la Germania por medio de las armas.»

(El rústico imita los períodos ciceronianos.)

«Ciertamente, romanos, vuestra gloria es grande por las victorias que habeis conseguido y por haber triunfado de tantas naciones; mayor será vuestra infamia en lo futuro, á causa de las crueldades que habeis ejercido, porque yo os lo digo, por si lo ignorais, que cuando vuestros carros triunfales entran en Roma, y cuando por todas partes se clama: Viva! viva Roma la invencible! los pobres cautivos, atados á estos mismos carros, invocan en su corazon á los dioses y les demandan justicia.»

(Chochez.)

«En cuanto á vuestra avaricia desordenada y á vuestra ambicion, qué modo hay de decirlas! Tanto os habeis mostrado ávidos del bien ajeno é impacientes de mandar, que ni la tierra, por más vasta que ella sea, os satisface, ni la mar, con todos sus abismos. ¡Oh, qué consuelo para los afligidos, no solamente pensar, sino tener por cierto que hay dioses que les harán justicia... En nuestro país y en toda Alemania se tiene por regla constante que el que toma á otro por fuerza alguna cosa, pierde el derecho que tiene á sus propios bienes. Yo espero del cielo, y espero sin dudarlo, que algun dia este proverbio de Alemania será conocido aquí en Roma por la experiencia, como una verdad.»

(Ilegible. Esto es para hojear, y no para leer.)

«No sé, romanos, si me entendeis; pero á fin de que mejor me entendais, digo que estoy maravillado cómo el hombre que retiene un bien ajeno puede dormir sosegadamente; pues ve que juntamente tiene ofendidos á los dioses, escandalizados á los vecinos, perdidos los amigos, contentos á los adversarios, y perjudicados á los despojados de lo suyo; y en fin hallo que su persona está en peligro, pues el mismo dia en que uno me quita mi bien, yo pienso en quitarle la vida.»

Retórica y habladuría pedestre. ¿Es ésta la de un salvaje indignado, desesperado, que amenaza, en nombre de los dioses, con una especie de cólera profética? Decid mejor un abogado con derechos, que informa en estrados á tanto por hora; un *defensor*, como en Racine. Callad, pobre Cassandre, é id á releer vuestra *Retórica* de Aristóteles.)

(1) No es de Guevara tal introduccion, sino de Cassandre. (*Nota de A. de O.*)

«Porque en fin, no haceis otra cosa que atormentar á los pueblos, y no sois sino grandes ladrones, que quereis hasta el sudor del pobre.»

(Frases de buen gusto, y sobre todo, verosímiles. Siempre recuerdos de colegio.)

Contra la ambicion de Roma.

«Yo os pregunto, romanos, que habeis nacido junto al Tiber, ¿qué teniais que contender con nosotros, para venirnos á inquietar junto al Danubio, donde viviamos pacíficamente? Porque, ¿éramos amigos de vuestros enemigos, ó bien nos habiamos declarado contra vosotros?»

(Aquí enumera todos los casos de guerra, y prueba doctamente que ninguno de ellos habia ocurrido: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho y nueve. ¡Nueve casos de guerra enumerados! Ésta es la division que enseñan los padres jesuitas en sus aulas de retórica. El escolar! el retórico! Saltemos pronto dos páginas. En fin véase una idea.)

«No imagineis, romanos, que por haberos enseñoreado de Germania, que ha sido por vuestro valor ó por no tener semejantes en la guerra; porque os declaro que no sois ni más osados, ni más fuertes, ni más valerosos que nosotros; pero como teniamos á los dioses ofendidos y con deseo de castigarnos por un juicio que nos es oculto, ordenaron que fueseis nuestros crueles verdugos. Y para hablar con verdad, no fueron las armas de Roma las que os dieron la victoria, sino los pecados de la Germania, y estad ciertos que pagaréis más tarde ó más temprano las crueldades que nos habeis hecho sufrir; y áun podrá llegar el caso de que vosotros, que hoy nos tratais cual esclavos, tengais que reconocernos como señores.»

(Sí, se puede sacar de aquí alguna cosa! Estas desgraciadas gentes aspiran á la venganza y la presienten. Pero nada más que el asunto, jamas las palabras. Pasemos de una vez dos, tres, cuatro, seis páginas. Aquí se entretiene en probar largamente que la sencillez de los germanos aventaja á la civilizacion romana. Hállase, sin embargo, un rasgo verdadero, perdido entre los borrones: «Nosotros vivimos contentos en nuestras propias tierras.» Es necesario conservar este rasgo.)

Contra los malos jueces.

«Vosotros, vosotros imaginais acaso que he dicho todo... pues áun me falta mucho. (Oh Dios!) Porque tengo que hablar de cosas que hacen erizar los cabellos. (Aquí nada hay de peligro, estad con sosiego.) Y no dudo en manifestarlas ante vosotros, puesto que no teneis rubor en hacerlas, y toda falta que es pública merece ser reprendida públicamente. (Pedantesco.) Sabed que vuestros jueces toman públicamente cuanto se les da, y sus manos lo más que ellos pueden; castigan con severidad al pobre y disimulan las faltas del rico; toleran multitud de desórdenes á fin de tener causa para cometer grandes latrocinios, etc. (Letanía vaga. Cómo el Senado debe bostezar! Cuarenta y siete páginas tan elocuentes.)

«Pero, despues de todo, sabeis, romanos, lo que ganais? Miéntras que estemos en nuestro país, hemos hecho juramento de no vivir con nuestras mujeres, á fin de no dar al mundo desgraciados, y de matar á nuestros hijos, para no dejarlos en las manos de tiranos tan crueles; porque mejor queremos que mueran con su libertad que verlos penar en la servidumbre. (Hay realidad en esta idea, pero qué estilo! Jamas este bárbaro hará una muerte.) Bueno es que os instruya de algunas pequeñas particularidades (Bonito dicho!), que no son de olvidar, á fin de que conociéndolas, podais corregirlas. Si algun pobre viene á pediros justicia, y no tiene dinero que dar, ni delicados vinos que presentar, ni aceite que prometer, ni púrpura que ofrecer, y que, en una palabra, ni tiene ni trae favor ó renta (compendiosamente, como dice el *defensor*, despues que él ha propuesto su querella ante el Senado, se le contenta con buenas palabras; etc.). (Ya sé por mi corazon el desenvolvimiento de esta idea. Qué hay en seguida? Cuenta su vida: que varea bellotas en el invierno y que siega en el verano; dejad en semejante ocasion tales detalles de cuartel; vuestro bárbaro es un héroe, un juez, y no un compadre ó un confidente sentado junto al hogar. Bien: aquí se repite y vuelve á sacar á plaza una idea que ya ha usado diez veces. Pero aquí hay un buen rasgo. «Yo he resuelto, como desgraciado, abandonar mi casa y mi dulce compañía.» ¿Por qué? Prosigue. Es el desventurado retórico que juega con la figura prosopopeya.) ¡Oh secretos juicios de los dioses! Si como soy obligado á admirar vuestras obras y todo lo que de vosotros viene, me fuera lícito decir cuanto pienso, creo que tendria causas para querellarme. (Aquí el énfasis llega á la necedad. Es una ampolla que revienta.)

Puesto que ya delante de vosotros he descargado de un peso mi corazon y hecho lo que

[illegible]

[illegible] y nada le arredra [illegible]

[illegible] su desesperacion. [illegible] le anima la gravedad [illegible] desde el principio toma ascendiente sobre los que le escuchan. «El senado está aquí para oirlo.» No amplifica como Cassandre: sus primeras frases van derechas á un argumento fuerte, que va derecho hasta la amenaza. No se arrastra en la pedestre prosa, como Cassandre; toma á cada paso las armas de la poesía, y si la palabra solemne y [illegible] de la justa indignacion comprimida. Este hombre cree en los dioses, y habla como si los tuviese cerca de sí, mejor dicho, en sí mismo, en su corazon.

«Romanos, y vosotros, senadores, sentados para escucharme, ruego ante todo á los dioses que me asistan (3). Plegue á los inmortales, guiadores de mi lengua, que nada profiera que deba ser reprendido. Sin su ayuda nada puede entrar en los ánimos, que no sea todo mal y todo injusticia. Dejando de recurrir á ellos, se violan sus leyes. Testigos nosotros, á quienes castiga la romana avaricia. Roma es, por nuestras desdichas, más que por sus hazañas, el instrumento de nuestro suplicio. Temed, romanos, temed que el cielo algun dia no atraiga sobre vosotros los llantos y la miseria; y poniendo en nuestras manos, por un justo desquite, las armas de que se sirve su venganza severa, os convierta su cólera en esclavos nuestros (4).»

(1) *Todos ojos.*

(2) A pesar de cuanto dice el crítico autor de este juicio, La-Fontaine ha tomado de Guevara las palabras, suprimiendo las que no convenian á su intento y á la brevedad de una fábula. Véanse las de Guevara: «Los lábios grandes... sayo de pelos de cabra, la cinta de juncos marinos, la barba larga y espesa, las cejas que le cubrian los ojos, los pechos y el cuello cubierto de vello como un oso.» (*Nota de A. de C.*)

(3) Este principio recuerda el discurso de Demóstenes contra Eschines: «Antes de todo, atenienses, á los dioses y á las diosas, que os inspiren tanta benevolencia, etc.» Es nota de E. Geruzer á las fábulas de La-Fontaine. Paris, 1861. (*Nota de A. de C.*)

(4) Observa Geruzer, en sus *Anotaciones á La-Fontaine*, que monsieur Casimiro Delavigne parece haberse inspirado al fin de la primera *Messeniana*: «Puede ser que el cielo, cansado de castigarnos, secundará nuestro valor, y que otro germánico irá á pedir á los alemanes de otra edad cuenta de la derrota de Varo.»

Por lo demas, y á pesar de lo que dice monsieur H. Taine, hasta aquí La-Fontaine no ha hecho otra cosa que un extracto en verso del pasaje de Guevara. Véanse las palabras de este: «Padres conscriptos... que en este senado estais juntos, ruego á los inmortales dioses que rijan hoy mi lengua para que diga lo que conviene á mi patria... porque sin la voluntad de los dioses, ni podemos emprender lo bueno ni áun apartarnos de lo malo... Como nosotros teniamos ofendidos á los dioses, ordenaron ellos, en sus secretos juicios, que para castigar á nuestros desordenados vicios fueseis vosotros sus crueles verdugos... Si los dioses no estuvieran á la sazon de por medio... hablando la verdad, no alcanzasteis vosotros la victoria por las armas que llevasteis de Roma, sino por los muchos vicios que habia en Germania... Creo que las crueldades que en nosotros habeis hecho... todo lo habeis de pagar, y podria ser que como ahora nos tratais como esclavos, algun dia nos reconocereis por señores.»

Como se ve, La-Fontaine no hizo hasta aquí otra cosa que extractar en verso á Guevara. Los pensamientos todos son de éste.

Ya lo que sigue en la fábula es original de La-Fontaine. (*Nota de A. de C.*)

IX. — DE SANTIAGO CARLOS BRUNET.

(*Manual del librero y del bibliófilo*. Quinta edicion, tomo II, segunda parte.—París, 1861.)

A esta obra (de Guevara) ha aludido al citar La-Fontaine á Marco Aurelio en la fábula del *Villano del Danubio*, y de ningun modo á los pensamientos de Marco Aurelio. Ántes que nuestro fabulista, tres versificadores de poco nombre, Pedro Sorel, Nicolas Clement y un tal Gabriel Fourmennois, habian tratado ya este asunto en verso frances. La obra de este último tiene por título *Arenga descriptiva del libro de oro del emperador Marco Aurelio, de un villano de las riberas del Danubio, llamado Mileno, la cual hizo en Roma y en pleno senado; nuevamente puesta en verso por Gabriel Fourmennois*. Utrech, por Salomon Le Roy, 1701.

El ejemplar por el que Duplessis ha dado á conocer este opúsculo, tan raro como curioso (en el *Boletin de Techenter*, primera serie), ha sido pagado á 48 francos en la venta de este desgraciado bibliófilo. Así lo ha consignado Cárlos Nodier, en su *Coleccion sacada de una pequeña biblioteca*, páginas 167 y siguientes. P. Boaistuan ha dedicado muchas páginas de sus *Historias prodigiosas* á la del villano del Danubio, é indudablemente hay una notable semejanza, así en las ideas como en los detalles, entre ciertos pasajes de este prosista y los versos de La-Fontaine; pero Boaistuan ha podido beber en la misma fuente que nuestro fabulista, puesto que la traduccion del libro de Guevara por D'Herberay, estaba ya impresa en 1555, y las *Historias prodigiosas* no salieron á luz hasta 1560. Bueno es hacer constar esta fecha, porque prueba, contra el parecer del ingenioso autor de la *Coleccion*, que J. de Marcouville, que tambien ha hablado del villano del Danubio en su *Recopilacion memorable de algunos casos maravillosos*, impresa en París, el año de 1564, no ha sido sino despues de Boaistuan.....

Primicias del jóven Nicolas Clement de Vizelize... al conde de Vaudemont, presentadas el año de 1571 al duque de Lorena. Heidelberg, 1571. Esta coleccion, poco conocida, encierra várias poesías, dirigidas á personajes eminentes de la Lorena y Alemania, y lo que es más curioso, *La arenga del villano del Danubio*, pasaje imitado de Guevara, y que ha sido por vez segunda puesto en verso por Gabriel Fourmennois, en 1601.

EL VILLANO DEL DANUBIO,

DE

FRAY ANTONIO DE GUEVARA,

OBISPO DE MONDOÑEDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

De una plática que hizo un villano de las riberas del Danubio á los senadores de Roma, el cual vino á quejarse de las tiranías que los romanos hacian en su tierra. Divídela el autor en tres capítulos, y es una de las más notables cosas que hay en este libro, así para avisar á los que juzgan, como para consolar á los que son juzgados.

En el año décimo, que imperaba el buen emperador Marco Aurelio, sobrevino en Roma una general pestilencia, y como fuese pestilencia inguinaria, el Emperador retrájose á Campania, que á la sazon estaba sana, aunque junto con esto estaba muy seca y de lo necesario muy falta; pero esto no obstante, se estuvo allí el Emperador con todos los principales senadores de Roma, porque en los tiempos de pestilencia no buscan los hombres do regalen las personas, sino do salven las vidas. Estando allí en Campania Marco Aurelio, fué de unas calenturas muy mal tratado, y como de su condicion era tener siempre consigo sabios, y la enfermedad requeria ser visitado de médicos, era muy grande el ejercicio que en su palacio habia, así de los filósofos en enseñar, como de los médicos en disputar; porque este buen príncipe de tal manera ordenaba su vida, que en su ausencia estaban muy bien proveidas las cosas de la guerra, y en su presencia no se platicaba sino cosa de ciencia. Fué pues el caso, que como un dia estuviese Marco Aurelio rodeado de senadores, de filósofos, de médicos y de otros hombres cuerdos, movióse entre ellos plática de hablar cuán mudada estaba ya Roma, no sólo en los edificios, que estaban todos ruinados, más áun en las costumbres, que estaban todas perdidas, y que la causa deste mal era por estar Roma llena de lisonjeros, y faltarle quien osase decir verdades. Oidas estas y otras semejantes palabras, el emperador Marco Aurelio tomó la mano, y contóles un muy notable ejemplo, diciendo: «En el año primero que fuí cónsul, vino á Roma un pobre villano de la ribera del Danubio á pedir justicia al Senado contra un censor que hacia muchos desafueros en su pueblo, y de verdad él supo tan bien proponer su querella, y exagerar las demasías que los jueces hacian en su patria, que dudo yo las supiera Tulio mejor decir, ni el muy nombrado Homero escribir. Tenía este villano la cara pequeña, los *labios grandes y los ojos hundidos*, el color adusto, el cabello erizado, la cabeza sin cobertura, los zapatos de cuero de puerco espin, el sayo de pelos de los de cabra, la cinta de juncos marinos, y la barba larga y espesa, las cejas que le cubrian los ojos, los pechos y el cuello cubierto de vello como oso, y un acebuche en la mano. Por cierto, cuando yo le vi entrar en el Senado, imaginé que era algun animal en figura de hombre, y despues que le oí lo que dijo, juzgué ser uno de los dioses, si hay dioses entre los hombres; porque si fué cosa de espanto ver su persona, no ménos fué cosa monstruosa oir su plática. Estaban á la sazon esperando á la puerta del Senado muchas y muy diversas personas para negociar negocios de sus provincias; pero primero habló este villano que todas ellas, lo uno por ver lo que diria hombre tan monstruoso, y áun porque tenian en costumbre los senadores que en el Senado primero fuesen oidas las querellas de los pobres que no las demandas de los ricos. Puesto, pues, en el medio del Senado aquel rústico, comenzó á proponer su propósito, y muy por extenso decir á lo que allí habia venido, en el cual razonamiento él se mostró tan osado como en las vestiduras extremado, y díjoles así: «Oh padres conscriptos, oh pueblo venturoso! Yo el rústico Mileno, vecino que soy de las Riparias, ciudades del Danubio, salud á vosotros, los senadores romanos que en este Senado estais juntos, y ruego á los inmortales dioses que rijan hoy mi lengua para que diga lo que conviene á mi patria, y á vosotros ayuden á gobernar bien la república, porque sin voluntad y parecer de los dioses, ni podemos emprender lo bueno, ni áun apartarnos de lo malo. Los tristes hados lo permitiendo, y nuestros sañudos dioses nos desamparando, fué tal nuestra desdicha, y mostróse á vosotros tan favorable ventura, que los superbos capitanes de Roma tomaron por fuerza de armas á nuestra tierra de Germania; y no sin causa digo que á la sazon estaban de nosotros nuestros dioses sañudos, porque si nosotros tuviéramos á los dioses aplacados, excusado era pensar vosotros vencernos. Grande es vuestra gloria, oh romanos! por las victorias que habeis habido, por los triunfos que de muchos reinos habeis triunfado; pero mayor será vuestra infamia en los siglos advenideros por las crueldades que habeis hecho, porque os hago saber, si no lo sabeis, que al tiempo que los truhanes

van delante los carros triunfales, diciendo: «¡Viva, viva la invencible Roma!» por otra parte los pobres cautivos van en sus corazones diciendo á los dioses: «Justicia, justicia!» Mis antepasados poblaron cabe el Danubio, á causa que haciéndoles mal la tierra seca, se acogiesen y se recreasen en el agua húmida, y si por caso les enojase el agua inconstante, se tornasen seguros á la tierra firme; que como son varios los apetitos y condiciones de los hombres, hay tiempo que huyendo de la tierra, nos refrescamos en el agua, y hay otro tiempo que, espantados del agua, nos acogemos á la tierra. Pero, como dije, oh romanos! esto que quiero decir. Ha sido tan grande vuestra codicia de tomar bienes ajenos, y fué tan desordenada vuestra soberbia de mandar en tierras extrañas, que ni la mar vos pudo valer en sus abismos, ni la tierra vos pudo asegurar en sus campos. ¡Oh qué gran consolacion es para los hombres atribulados pensar y tener por cierto que hay dioses justos, los cuales les harán justicia de los hombres injustos! Porque de otra manera, si los atribulados no tuviesen por cierto que de sus enemigos los dioses no tomasen venganza, ellos mismos á sí mismos quitarian la vida. Es mi fin de decir esto, porque yo espero en los justos dioses que, como vosotros á sin razon fuisteis á echarnos de nuestras casas y tierra, otros vernán que con razon os echen á vosotros de Italia y Roma. Allá en mi tierra de Germania tenemos por infalible regla, que el hombre que toma por fuerza lo ajeno pierda el derecho que tiene á lo suyo proprio, y espero yo en los dioses que esto que tenemos por proverbio en aquella patria, ternéis por experiencia acá en Roma. En las palabras groseras que digo, y en las vestiduras monstruosas que traigo, podeis bien adevinar que soy un muy rústico villano; pero con todo eso no dejo de conocer quién es en lo que tiene justo, y quién es en lo que posee tirano; porque los rústicos de mi profesion, aunque no sabemos decir lo que queremos por buen estilo, no por eso dejamos de conocer cuál se ha de aprobar por bueno y cuál se ha de condenar por malo. Diria, pues, yo en este caso, que todo lo que los malos allegaron con su tiranía en muchos dias, todo se lo quitarán los dioses en un dia, y por contrario, todo lo que los buenos perdieron en muchos años, se lo tornarán los dioses en una hora; porque hablando la verdad, ser los malos ricos y estar prosperados, no es porque los dioses lo quieren, sino porque lo permiten; y si nos quejamos que ahora disimulan mucho, suframos; que tiempo verná que lo castigarán todo. Creedme una cosa, oh romanos! y no dudeis en ella, y es, que de la justa ganancia de los padres viene despues la justa pérdida en los hijos. Muchos muchas veces se maravillan allá en mi tierra qué sea la causa que los dioses no quitan á los malos lo que ganan luégo como lo ganan, y para mí la razon de esto es, porque disimulando con ellos, ayunten poco á poco muchas cosas, y despues, cuando estén muy descuidados, se las quiten todas juntas; porque justo juicio de los dioses es que pues ellos hicieron á sinrazon mal á muchos, vengan algunos que con razon les hagan mal á ellos. Por cierto el hombre cuerdo, y que de hecho presume de cuerdo, es imposible que en lo que *tiene* ajeno él tome gusto, porque de otra manera, de ninguna cosa terná contentamiento, acordándose que lo que tiene lo tiene mal ganado. No sé, romanos, si me entendeis; pero porque mejor me entendais digo que estoy espantado, y áun ahína diria escandalizado, cómo el hombre que tiene cosa ajena puede asosegar ni dormir sola una hora, pues ve á los dioses tiene injuriados, á los vecinos escandalizados, á los enemigos contentos, á los amigos perdidos, á los que robó agraviados, y lo que es peor de todo, tiene á su persona puesta en peligro; y digo que la tiene puesta en peligro, porque el dia que se determina uno de quitarme á mí la hacienda, aquel dia me determino yo de quitarle á él la vida. Reo es á los dioses, y muy infame entre los hombres, el hombre que tiene tan caninos los deseos de su corazon y tan sueltas las riendas de sus obras, que la miseria ajena le parezca riqueza, y la riqueza propria le parezca pobreza. Ni me da más que sea griego, que sea bárbaro, que sea romano, que esté ausente, que esté presente; digo y afirmo que es y será maldito de los dioses y aborrecido de los hombres el que sin más consideracion quiere trocar la fama con la infamia, la justicia con la injusticia, la rectitud con la tiranía, la verdad por la mentira, lo cierto por lo dudoso, teniendo aborrecimiento de lo suyo propio y estando suspirando por lo que es ajeno. El que tiene por principal intento allegar hacienda para los hijos, y no de ser famoso entre los famosos, justa cosa es que el tal no sólo pierda los bienes allegados, mas áun que sin fama quede infame entre los malos. Como vosotros los romanos naturalmente sois soberbios y os ciega la soberbia, teneisos por dichosos, creyendo que por tener, como teneis, más que todos, por eso sois más honrados que todos; lo cual no es por cierto así, porque si de hecho quereis abrir los ojos y conocer vuestros propios yerros, veréis que si os preciais ser señores de provincias extrañas, hallaros heis hechos esclavos de vuestras riquezas propias. Allegad cuanto quisiéredes y haced lo que mandáredes; que á mi parecer muy poco aprovecha tener las casas llenas de hacienda, y por otra parte estar los corazones poseidos de codicia; porque las riquezas que se allegan por codicia y se guardan con avaricia, quitan al poseedor la fama, y no le aprovechan para sustentar la vida. No se podrá sufrir muchos dias, ni ménos encubrirse muchos años, ser el hombre tenido por rico entre los ricos y por honrado entre los honrados, porque el hombre que es muy amigo de su hacienda, es imposible sino que sea enemigo de su fama. Oh! si los codiciosos tuviesen tanta codicia de su honra propia como tienen de la hacienda ajena, yo os juro por los inmortales dioses que ni la polilla de la codicia les royese el reposo de la vida, ni el cáncer de la infamia les destruyese su buena fama. Oid, romanos, oid esto que os quiero decir, y plega á los dioses que lo sepais entender; porque de otra manera yo perderia mi trabajo, y vosotros no sacariades de mi plática algun fruto. Yo veo que todos aborrecen la soberbia, y ninguno sigue la mansedumbre; todos condenan el adulterio, y á ninguno veo continente; todos maldicen la destemperanza, y á ninguno veo templado; todos loan la paciencia, y á ninguno veo sufrido; todos reniegan de la pereza, y á

todos veo que huelgan; todos blasfeman de la avaricia, y á todos veo que roban. Una cosa digo, y no sin lágrimas la digo públicamente en este senado, y es, que con la lengua todos los más blasonan de las virtudes, y despues con todos sus miembros sirven á los vicios. No penseis que digo esto por los romanos que están en el Illírico, sino por los senadores que veo en este senado. Vosotros los romanos en vuestras banderas traeis por mote estas palabras: *Romanorum est debellare superbos, et parcere subjectis*. Por cierto que dijérades mejor: *Romanorum est expolliare innocentes et inquietare quietos*. Porque vosotros los romanos no sois sino mollidores de gentes quietas y robadores de sudores ajenos.

CAPÍTULO II.

En el cual el rústico prosigue su plática y arguye contra los romanos, que á sinrazon fueron á conquistar sus pueblos, y prueba por muy buenas razones que por tener ellos á sus dioses enojados, fueron de los romanos vencidos.

Pregúntoos, oh romanos! ¿qué accion teníades vosotros, siendo criados cabe el rio Tiberin, á nosotros, que nos estábamos en paz á las riberas del Danubio? ¿Por ventura, vistesnos de vuestros enemigos ser amigos, ó á nosotros declararnos por vuestros enemigos? ¿Por ventura, oistes acá en Roma decir que dejadas nuestras tierras propias, nos fuimos á conquistar tierras ajenas? ¿Por ventura, fuistes avisados que levantándonos contra nuestros señores, dimos la obediencia á los indómitos bárbaros? ¿Por ventura, enviástesnos algun embajador que nos convidase á ser vuestros amigos, ó vino alguno de nuestra patria á Roma á desafiaros como á nuestros enemigos? ¿Por ventura, murió algun rey en nuestros reinos, que en su testamento os dejase por herederos, para que con aquel título nos constriñésedes á ser vuestros vasallos? ¿Por ventura, fallastes alguna ley antigua ó alguna costumbre moderna, en la cual se aclare que la generosa Germania de necesidad ha de ser sujeta á Roma la superba? ¿Por ventura, destruimos vuestros ejércitos, talamos vuestros campos, saqueamos vuestros pueblos, dimos favor á vuestros enemigos por ocasion de vengar estas injurias, para que destruyésedes á nuestras tierras? Si vosotros de nosotros, ó nosotros de vosotros hubiésemos sido vecinos, no fuera maravilla que unos á otros nos destruyéramos; porque muchas veces acontece que por ocasion de partir una pobre tierra, se levantan entre dos pueblos una prolija contienda. No por cierto hubo cosa destas entre vosotros los romanos y nosotros los germanos; porque allá en Alemania tan aíhina sentimos vuestra tiranía como oimos vuestra fama. Si os enojais desto que he dicho, yo os ruego que os desenojeis con esto que os diré, y es, que el nombre de romanos y las crueldades de tiranos en un dia llegaron á nuestros pueblos. Ya no sé qué me diga, romanos, del descuido de los dioses y del atrevimiento de los hombres; porque veo que el que tiene mucho tiraniza al que tiene poco, y el que tiene poco sirve, aunque no quiere, al que tiene mucho; y la codicia desordenada se concierta *con la malicia secreta*, y la malicia secreta da lugar al *robo público, y al robo público no hay* quien le vaya á la mano, y de aquí viene á resultar despues que la codicia de un hombre malino se ha de cumplir en perjuicio de todo un pueblo. Oid, romanos, oid, y por los dioses inmortales os conjuro esteis atentos á esto que os quiero decir, y es esto. Mirad bien lo que habeis hecho, que, ó los dioses se han de descuidar, ó los hombres han de fenecer, ó el mundo se ha de acabar, ó el mundo no será mundo, ó la fortuna hincará el clavo, ó se verá lo que nunca fué visto, ó lo que ganastes en ochocientos años vernéis á perder en ocho dias, porque no puede ser cosa más justa, que pues os hicisteis tiranos por fuerza, os tornen esclavos por justicia. No penseis vosotros los romanos que si tomastes y os enseñorastes de nuestra Germania, que fué por alguna industria de guerra, ca ni sois más belicosos, ni más animosos, ni más osados, ni áun más esforzados que nosotros, sino que como nosotros teniamos ofendidos á nuestros dioses, ordenaron ellos, en sus secretos juicios, que para castigar á nuestros desordenados vicios fuésedes vosotros sus crueles verdugos. Ni estimeis á vosotros por tan fuertes, ni tengais á nosotros por tan flacos, que si los dioses estuvieran á la sazon de por medio, pudiera ser que no lleváredes como llevastes el despojo del campo; porque, hablando la verdad, no alcanzastes vosotros la victoria por las armas que llevastes de Roma, sino por los muchos vicios que habia en Germania. Pues si nosotros nos perdimos, no por ser cobardes, no por ser flacos, no por ser tímidos, sino sólo por ser malos y por no tener á los dioses propicios, ¿qué esperais será de vosotros, romanos, siendo, como sois viciosos, y teniendo, como teneis, á los dioses airados? Ni porque junteis grandes ejércitos, ni porque os precieis de grandes tesoros, ni porque tengais grandes dioses, ni porque levanteis grandes templos, ni porque ofrezcais grandes sacrificios, no penseis, romanos, que por eso seréis más vitoriosos; porque os hago saber, si no lo sabeis, que ninguno tiene más parte con los dioses de cuanto tuviere paz con las virtudes. Si los triunfos y vencimientos no estuviesen en más de llevar sutiles ingenios, capitanes diestros, hombres esforzados y ejércitos gruesos, por cierto sería harta inadvertencia no procurar de llevar todo esto á la guerra; pero ¿qué dirémos, pues vemos por experiencia que los hombres no pueden dar más de las batallas, y que sólo los dioses son los que dan las vitorias? Si yo no me engaño, lo que nosotros contra nuestros dioses tenemos ofendido, pienso que lo tenemos pagado; pero tambien creo que las crueldades que vosotros en nosotros hábeis hecho, y la ingratitud que con los dioses habeis tenido, áun no las habeis pagado; mas tengo gran certenidad que todo lo habeis de pagar, y en este caso podría ser que como ahora nos tratais como á esclavos, algun dia nos roconoceréis por señores. Despues que en este camino he visto las bravas montañas, las diversas provincias, las muchas naciones, las tierras ásperas, las gentes tan bárbaras, las muchas y muchas millas que hay de Germania á Roma, yo no sé qué locura le tomó á Roma de enviar á conquistar á Germania; porque, si lo hizo con codicia de sus tesoros, sin comparacion fué más el dinero que se gastó en conquistarla, y ahora se gasta

en sustentarla; que no le renta ni rentará por muchos años Germania; y podrá ser que primero la tenga perdida que no saquen la costa que hicieron por ella. Si me decís, romanos, que no por más fué Germania conquistada de Roma, sino porque Roma tuviese esta gloria de verse señora de Germania, tambien es esto vanidad y locura; porque muy poco aprovecha tener los muros de los pueblos ganados, y tener los corazones de los vecinos perdidos. Si decís que por eso conquistastes á Germanía, por ampliar y ensanchar los términos de Roma, tambien me parece ésa una muy frívola causa, porque no es de hombres cuerdos aumentar en tierra y disminuir en honra. Si decís que nos enviastes á conquistar á fin que no fuésemos bárbaros ni viviésemos como tiranos, sino que nos queríades hacer vivir debajo de buenas leyes y fueros, tal sea mi vida si la cosa así sucediera; pero ¿cómo es posible que vosotros deis órden de vivir á los extranjeros, pues quebrantais las leyes de vuestros antepasados? Muy gran vergüenza han de tener de corregir á otros los que ven que hay mucho que corregir en sí mismos; porque el hombre tuerto no toma por adalid al ciego. Si esto es verdad, como es verdad, conviene á saber, que ni tuvo ocasion, ni ménos razon, la superba Roma de conquistar ni tomar á la inocente Germania, andémonos todos á robar, á matar, á conquistar y á saltear, pues vemos que el mundo está ya tan corrupto y de los dioses tan desamparado, que cada uno toma lo que puede y mata á quien quiere; y lo que es peor de todo, que tantos y tan grandes males, ni los que gobiernan los quieren remediar, ni los agraviados dellos se osan quejar. Sois hoy tan inexorables los supremos jueces y teneis tan amedrentados á los míseros pobres, que tienen por ménos mal sufrir en sus casas las tribulaciones, que no poner delante vosotros algunas querellas; y la causa desto es, porque allá en su tierra por ventura no le perseguia sino uno, y aquí en este senado es desfavorecido de todos, y esto por ser el que querellaba pobre, y ser aquel de quien querellaba rico. Pues fué vuestra dicha, y cupo en nuestra desdicha, que la superba Roma fuese señora de nuestra Germania, ¿es verdad que nos guardais justicia y teneis en paz y tranquilidad la tierra? No por cierto, sino que los que van allá nos toman la hacienda, y los que estais acá nos robais la fama, diciendo que pues somos una gente sin ley, sin razon y sin rey, que como bárbaros incógnitos nos pueden tomar por esclavos. Muy engañados vivis en este caso, oh romanos; ca no me parece que con razon nos pueden llamar gente sin razon, pues tales cuales nos criaron nuestros dioses, nos estamos en nuestras casas propias, sin desear ni buscar ni tomar tierras ajenas. Con mucha más razon podemos decir ser vosotros gente sin razon, pues no contentos con la dulce y fértil Italia, os andais derramando sangre por toda la tierra. Que digais nosotros merecer ser esclavos á causa que no tenemos príncipe que nos mande, ni senado que nos gobierne, ni ejército que nos defienda; á esto os respondo que pues no teniamos enemigos, no curábamos de ejércitos, y que pues era cada uno contento con su suerte, no teniamos necesidad de superbo senado que gobernase; que siendo como éramos, todos iguales, no consentiamos haber entre nosotros príncipes; porque el oficio de los príncipes es suprimir á los tiranos y conservar en paz los pueblos. Que digais no haber en nuestra tierra república ni policía, sino que viviamos como viven los brutos animales en una montaña, tampoco en esto, como en lo otro, teneis razon; pero nosotros no consentiamos en nuestras tierras tratantes mentirosos ni bulliciosos, ni hombres que de otras tierras nos trujesen aparejos para ser viciosos y regalados; de manera que como en el vestir éramos honestos, y en el comer nos preciábamo de sobrios, no teniamos necesidad de muchos tratos. Porque en nuestra tierra no haya mercaderes de Cartago, aceite de Mauritania, merchantes de Tiro, acero de Cantabria, olores de Asia, oro de España, plata de Bretaña, ámbar de Sidonia, seda de Damasco, trigo de Sicilia, vino de Candía y púrpura de Arabia, no por eso somos brutos en aquella tierra ni dejamos de tener república; porque estas y otras semejantes cosas más vienen para despertar muchos vicios que no para vivir con ellas los hombres virtuosos. Felice y bienaventurada república es, no en la que hay muchos tratos, sino do viven muchos virtuosos; no la que es abundante de muchas riquezas, sino la que se precia de muchas virtudes; no do viven muchos bulliciosos, sino do residen hombres pacíficos; de do se sigue que á la policía de Roma, por ser rica, hemos de tener mancilla, y á la policía de Germania, por ser pobre, habeis de tener envidia. Pluguiera á los inmortales dioses que el contentamiento que teniamos nosotros con la pobreza, ese tuviérades vosotros con la abundancia, porque desta manera, ni fuérades á robarnos la tierra entónces, ni viniéramos á quejarnos á Roma nosotros agora. Bien veo, romanos, que va mucho de lo uno á lo otro; porque vosotros, aunque ois nuestros trabajos, no por eso perdeis vuestros pasatiempos; pero á nosotros mismos jamas se nos enjugan las lágrimas de los ojos, ni jamas cesamos de llorar nuestros infortunios.

CAPÍTULO III.

Do el villano concluye su plática, y habla contra los jueces que no hacen justicia, y de cuán dañosos son los tales en la república.

»Bien pensaréis que he dicho todo lo que habia de decir, y por cierto no es así; ántes me quedan de decir algunas cosas, de las cuales tomaréis mucho espanto de oirlas, y sed ciertos que yo no terné miedo en decirlas, pues vosotros no teneis vergüenza de hacerlas; porque la culpa pública no sufre correccion secreta. Espantado estoy de vosotros los romanos, enviarnos, como nos enviais, unos jueces tan ignorantes y bobos, que por los inmortales dioses juro, ni nos saben vuestras leyes declarar, y mucho ménos las nuestras entender; y el daño de todo esto procede en enviarnos allá, no á los más hábiles para administrar justicia, sino á los que tienen más amigos en Roma. Presupuesto que los deste senado dais los oficios de judicatura más por importunidad que no por habilidad, es muy poco lo que se puede decir respecto de lo que ellos allá osan hacer. Lo que acá les mandais, yo no lo sé; pero lo que ellos

allá hacen, yo os lo diré, y es esto. Vuestros jueces toman todo lo que les dan en público y cohechan lo más que pueden en secreto; castigan gravemente al pobre, disimulan con las culpas del rico; consienten muchos males por tener ocasion de hacer muchos cohechos. Olvidan la gobernacion de los pueblos por darse á placeres y vicios; y habiendo de mitigar los escándalos, son ellos los más escandalosos; el que no tiene hacienda, por demas es pedirles justicia; finalmente, so color que son de Roma, no tienen temor de robar aquella tierra. Qué es esto, romanos? ¿Nunca ha de tener fin vuestra soberbia en mandar ni vuestra codicia en robar? Decidnos lo que quereis, y no nos hagais tanto penar. Si lo habeis por nuestros hijos, cargadlos de hierros y tomadlos por esclavos, porque de hierro no los cargaréis más de lo que pudieren traer, pero de preceptos y tributos echáisles los que no pueden sufrir. Si lo habeis por nuestras haciendas, id y tomadlas todas, porque allá en Germania no tenemos la condicion que teneis aquí en Roma; es á saber, holgais de vivir pobres, no por más de por morir ricos. Si temeis que nos hemos de levantar con la tierra, maravillarme hia si pensásedes tal cosa, porque, segun nos teneis robados y maltratados, aseguradme vosotros que no se despueble, que yo os aseguraré que no se levante. Si no os contentan nuestros servicios, mandadnos cortar las cabezas como á hombres malos, porque no será tan crudo el cuchillo en nuestras gargantas como son vuestras tiranías en nuestros corazones, ¿Sabeis lo que habeis hecho, oh romanos? Que nos hemos juramentado todos los de aquel mísero reino de no llegar más á nuestras mujeres y de matar á nuestros propios hijos, y esto por no los dejar en manos de tan crudos tiranos como sois vosotros, porque más queremos que mueran con libertad que no vivan con servidumbre. Como hombres desesperados, hemos determinado de sufrir los bestiales movimientos de la carne en todo el tiempo que nos queda de vida, y esto á fin que ninguna mujer más no se haga preñada, porque más queremos sufrir ser continentes veinte ó treinta años, que no dejar nuestros hijos esclavos perpetuos. Si es verdad que han de pasar los hijos lo que sufrimos los tristes padres, no sólo es bueno no los dejar vivir, pero áun sería mucho mejor no los consentir nacer. No lo habíades de hacer así, romanos, sino que la tierra tomada por fuerza, aquella habia de ser muy mejor regida, porque los míseros cautivos, viendo que les administran recta justicia, olvidarian la tiranía pasada y domeñarian sus corazones á la servidumbre perpétua. Pues es verdad que si nos venimos á quejar de los agravios que hacen vuestros censores allá en el Danubio, que no oiréis los que estais aquí en este senado, y cuando ya os determinais de nos oir, sois muy largos en lo proveer; por manera que cuando comenzais á redimir una costumbre mala, toda la república está ya perdida. Quiero decir algunas cosas, dellas porque las sepais, y dellas para que las enmendeis. Viene un pobre muy pobre á pediros aquí justicia, y como no tiene dineros que dar, ni vino que presentar, ni aceite que prometer, ni púrpura que ofrecer, ni favor para se valer, ni entrada para servir, despues que en el Senado ha propuesto su querella, cumplen con él de palabra, diciéndole que en breve se verá su justicia. Qué más quereis que os diga, sino que al pobre querellante hácenle gastar lo poco que tiene, y no le restituyen cosa de lo que pide, danle buena esperanza, y hácenle gastar allí lo mejor de su vida; cada uno por sí le promete favor, y despues todos juntos le echan á perder; dícenle los más que tiene justicia, y dan despues contra él la sentencia; por manera que el mísero miserable que vino á quejarse de uno, se torna á su tierra quejoso de todos, maldiciendo sus tristes hados y exclamando á sus dioses justos. Acontece tambien que algunas veces se vienen á querellar á este senado algunos bullicioso, y esto más con malicia que no con justicia, y vosotros los senadores, dando fe á sus palabras dobladas y á sus lágrimas fingidas, luégo proveeis de un censor que vaya á determinar y sentenciar aquellas querellas, el cual ido y vuelto, despues teneis vosotros más que remediar y soldar en los desafueros que aquel juez hizo, que no los escándalos que habia en aquel pueblo. Quiero, romanos, contaros mi vida, y por ella veréis qué vida pasan los de mi tierra. Yo vivo de varear bellotas en el invierno y de segar mieses en el verano, y algunas veces pesco, tanto por necesidad como por pasatiempo; de manera que todo lo más de mi vida paso sólo en el campo ó en la montaña, y si no sabeis por qué, oid, que yo os lo diré. Veo tantas tiranías en vuestros censores, hácense tantos robos á los míseros pobres, hay tantas disensiones en aquel reino, permítense tantos daños en aquella tierra, está tan robada la mísera república, hay tan pocos que celen lo bueno, y espero tan poco remedio de aqueste senado, que determino, como malaventurado, desterrarme de mi casa y de mi dulce compañía, porque no vea con mis ojos cosa de tanta lástima. Mas quiero andarme por los campos solo que no ver á mis vecinos cada dia llorando; y allende desto, los fieros animales, si no los ofendo, no me ofenden, pero los malditos hombres, aunque los sirvo, me enojan. Gran trabajo es sufrir un reves de fortuna; pero mayor es cuando se comienza el mal á sentir y no se puede remediar; pero sin comparacion es muy mayor cuando lleva remedio mi pérdida, y el que puede no quiere, y el que quiere no puede remediarla. Oh crudos romanos! no sé si sentis algo de lo que nosotros sentimos, en especial yo, que lo digo, veréis cómo lo siento, pues sólo de traerlo á la memoria, mis ojos se enternecen, mi lengua se entorpece, mis miembros se descoyuntan, mi corazon se desmaya, mis entrañas se abren, mis carnes se consumen; ¿qué será allá, decidme, en mi tierra verlo con los ojos, oirlo con los oidos y tocarlo con las manos? Son por cierto tantas y tan graves las cosas que padece la triste Germania, que los piadosos dioses áun nos tienen mancilla. No quiero rogaros que de mis palabras tomeis ó no tomeis escándalo, sino solamente os ruego entendais bien lo que digo; porque presumiendo, como presumis, de discretos, bien veréis que las fatigas que nos vienen de los hombres, entre los hombres, con los hombres y por mano de los hombres, no es mucho que las sintamos como hombres. Hablando con verdad, y áun con libertad, si hubiese de contar por menudo todas

las inadvertencias que proceden de este senado, y todas las tiranías que vuestros jueces hacen en aquel mísero reino, una de dos cosas habia de ser: ó castigar á mí si era mentira, ó privar á vosotros si era verdad. Una cosa sola me consuela, la cual con algunos mal aventurados como yo la pongo algunas veces en plática, y es, que me tengo por dichoso ser los dioses tan justos, que sus castigos bravos no proceden sino de nuestras maldades crudas, y que nuestra culpa secreta los despierta á que hagan de nosotros pública justicia. De una cosa sola estoy muy turbado, y que á los dioses no puedo bien tomar tino, y es, por qué á un hombre bueno por pequeña culpa dan mucha pena, y á un hombre malo por muchas no le dan ninguna; por manera que disimulan con los unos y no perdonan cosa á los otros. ¡Oh secretos juicios de los dioses, y si como soy obligado á loar vuestras obras, tuviese licencia de condenarlas, osaria decir que nos haceis mucho agravio en querernos perseguir por manos de tales jueces, los cuales, si justicia hubiese en el mundo, cuando nos castigan con sus manos, no merecian tener las cabezas sobre sus hombros! La causa por que ahora de nuevo exclamo á los inmortales dioses es, en ver que no há sino quince dias que entré en Roma, y he visto hacerse y proveerse tales y tantas cosas en este senado, que si la menor dellas se hiciese en el Danubio, más pobladas estarian las horcas de ladrones que no están las parras de uvas. Heme parado á mirar vuestra soltura en el hablar, vuestra deshonestidad en el vestir, vuestra poca templanza en el comer, vuestro descomedimiento en el negociar y vuestro regalo en el vivir, y por otra parte veo que cuando llega una provision vuestra á nuestra tierra, llevámosla al templo, ofrecémosla á los dioses, ponémosla sobre las cabezas; por manera que cotejando lo uno con lo otro, hemos de cumplir lo que se manda, y blasfemar de los que lo mandan. Pues ya mi deseo se ha visto dónde deseaba, y mi corazon ha descansado en derramar la ponzoña que tenía. Si en algo os ha ofendido mi lengua, hé aquí me tiendo en este suelo para que me corteis la cabeza, porque más quiero ganar honra en ofrecerme á la muerte que no que la ganeis vosotros conmigo en quitarme la vida.» Aquí dió fin el rústico á su no rústica plática. Dijo, pues, luégo el emperador Marco Aurelio á los que con él estaban: «Qué os parece, amigos? ¡Qué núcleo de nuez, qué oro de escoria, qué grano de paja, qué rosa de espina, qué cañada de hueso y qué hombre tan heroico allí se descubrió! ¡Qué razones tan altas, qué palabras tan concertadas, qué sentencias tan bien dichas, qué verdades tan verdaderas, y áun qué malicias tan descubiertas allí descubrió! A ley de bueno vos juro, y áun así me vea yo libre del mal que tengo, que una hora estuvo el villano tendido en tierra, y todos nosotros las cabezas bajas, de espantados, no le podimos responder palabra; porque, la verdad, aquel rústico nos confundió con su plática, y nos espantó de ver en cuán poco tuvo su vida. Habido nuestro acuerdo en el Senado, otro dia proveimos jueces de nuevo para las riberas del Danubio, y mandamos que nos diese por escrito todo aquel razonamiento, para que se asentase en el libro de todos los buenos dichos extranjeros que están en el senado. Proveyóse asimismo que aquel rústico fuese en Roma hecho patricio, y de los libertos de Roma él fuese uno, y que del erario público fuese para siempre sustentado; porque nuestra madre Roma siempre se preció de pagar, no sólo los servicios señalados que le hacian, mas áun las buenas palabras que en su senado se decian» (1).

(1) Este pasaje del *Villano del Danubio* está tomado del libro II del *Reloj de Príncipes*. Don Juan Claudio de la Hoz y Mota, célebre poeta dramático nuestro de los tiempos de Cárlos II, escribió una comedia famosa con el título de *El villano del Danubio*. La arenga que pone en boca de éste Guevara, se halla trasladada en verso por Hoz en la forma siguiente:

Padres conscritos, Senado
Venturoso, á quien el mundo
Reconoce vasallaje,
Como poder absoluto:
Yo, Mileno, natural
De la orilla del Danubio,
Con la obediencia que debo,
Os reverencio y saludo.
Permitiéndolo los hados
Por sus secretos influjos,
Y los dioses justamente,
En ninguna cosa injustos,
Los capitanes de Roma,
Más venturosos que muchos,
Sujetaron la Germania
Al sacro latino yugo.
Entregámonos humildes,
Quizá porque pintar supo
Su astucia en falsa apariencia,
Que era nuestra ruina, triunfo.
Que éramos, nos ponderaron,
Hombres, pero tan incultos,
Que á lo humano desmentian
Trato y comercio de brutos;
Que viéndonos con vosotros,
Gozaríamos seguros
De cuantas tranquilidades
Felicidad llama el vulgo;
Que en vuestras galas y telas
Trocaríamos el uso
De desaliñadas pieles;
Que sabríamos el culto
De vuestros dioses; y en fin,
De glorias tanto conjunto
En nuestras fiestas y bailes,
Que la juventud del vulgo,
Sin que el áspid advirtiese,
Que estaba en la flor oculto,
Y aunque mi cana experiencia
A la vista se le puso,
Admitió vuestra propuesta,
Rindió el cuello, y luégo al punto
Camilo se juró cónsul,
Cuyo poder absoluto,
Con tantos prometimientos,
Juró no cumplir ninguno;
Pues apénas Marco Aurelio,
A quien por testigo busco
De esta verdad, volvió á Roma,
Cuando Camilo, perjuro,
Se ostentó tirano, haciendo
Ley universal su gusto;
Todas aquellas delicias
Que supo pintar astuto;
Aun sin esplendor de llama,
Se redujeron en humo;
¿Sabeis que han hecho, romanos,
Vuestro cónsul y tribunos?
En lugar de gobernarnos,
Todo es violencias, insultos.
Mujeres, vidas y haciendas
Nos dicen que todo es suyo,
Y con quitarnos las honras,
Nos mandan que estemos mudos.
Si son éstas vuestras leyes,
Si es éste el gobierno sumo,
Que tanto alabais, más vale,
Pues que todos somos unos,
Y para ser sus esclavos
Mayor derecho no tuvo
Roma, que ella á serlo nuestra,
Que en un desórden confuso
Todos á conquistar vamos
Y á robar por ese mundo;
Pues por experiencia vemos
En vuestro infeliz abuso,
Que mata, roba y ofende,
Segun puede, cada uno.
Bárbaros decís que somos;
Pero por los dioses juro
Que mejor que vuestra ciencia
Da nuestra ignorancia el fruto;
Pues si á las obras se atiende,
Yo veo que todos juntos
Aborreceis la soberbia,
Y no hay humilde ninguno;
Todos la templanza alaban,
Y todos sois Epicuros.
Con castigo de las leyes
Todos infaman los hurtos,
Y todos toman los bienes
Ajenos por propios suyos;
Con la lengua solamente
En las virtudes de justos
Quereis blasonar, y todos
Poneis en el vicio estudio.
Si en vuestra sabiduría
Está, si en aquestos puntos
Vuestra política estriba,
Bien decís que somos brutos,
Pues desórdenes tan feo
Allá ninguno los supo;
¿Qué es lo que quereis, decid,
Despues de tantos insultos,
De nosotros? Y no hagais
Que más estemos confusos.
Si lo haceis por nuestros hijos,
Cargadlos de hierro duro
Y tomadlos por esclavos;
Que á lo que en esto averiguo,
De grillos y de cadenas
No podrá el más cruel verdugo
Cargarlos más de lo que
Sufren sus miembros robustos;
Pero de vuestra codicia
Al desordenado impulso,

Ya no pueden con el peso
De pechos y de tributos.
Si lo haceis por nuestra hacienda,
¿Para qué es á cada punto
Quitar lo que de una vez
Darémos todos con gusto?
Si temeis que nuestra tierra,
Por no ver males tan sumos,
Se levante contra Roma,
Que estais engañados juzgo;
Porque, segun la teneis
Debajo de vuestro yugo,
Robada y aniquilada,
Dadme vosotros seguro
De que ella no se despueble;
Que yo dárosle presumo
De que levantarse pueda;
Y en fin, con lo que concluyo,
Si nuestras serviles vidas
Os dan acaso disgusto,
Poned fuego á la Germania,
Porque llegue á Roma el humo.
Grande, romanos, ha sido
Vuestra fama por los triunfos,
Que habeis dado á vuestra patria,
Sujetando el orbe junto;
Mas si los historiadores
Escriben verdad, presumo
Que será más vuestra infamia
Para los siglos futuros,
Por las crueldades notables
Que contra todo estatuto
Natural han cometido
Vuestros aceros desnudos.
Pues atended lo que os digo:
Que, ó se ha de parar el curso
De la fortuna voltaria,
O se ha de acabar el mundo,
O lo que en seiscientos años
Habeis ganado con sumo
Trabajo, habeis de perder
En espacio de seis lustros.
Pues no penseis que si acaso
Sujetasteis nuestro orgullo,
Fué por ser más valerosos,
Más osados, más astutos;
Sino porque quizá entónces
Nuestra infeliz patria tuvo
Al sacro Apolo ofendido,
Y en sus secretos influjos,
Vuestros inhumanos pechos
Para azote nos condujo;
Pues no os dieron la victoria
Los dardos, lanzas y escudos
Que trajisteis á la guerra,
Sino nuestros vicios muchos.
Con que, si en esta razon
Quereis parar el discurso,
Qué esperais? ¿qué de vosotros
Será, si los dioses justos
Nuestros gemidos atienden.
Y miran vuestros insultos?
¿Quereis ver en el estrecho
Que vuestra crueldad nos puso?
Pues juramento á los dioses
Hemos hecho todos juntos
De dejar nuestras mujeres,
Y matar los hijos suyos;
Porque no quieren dejar
Con la miseria difuntos
Los padres, su amada sangre
En manos de sus verdugos.
El más humilde de todos
Soy, á quien fortuna puso
Por trofeo de sus plantas
Entre todos los del mundo.
Para vivir, en la tierra
Hago con la reja surcos,
Tal vez pesco, y tal las mieses
Siego en el ardiente Julio.
El tierno amor de mi patria
A decir esto me trajo
A vuestro senado; ahora
Dad el remedio que busco:
Si os preciais de justicieros,
O si os he dado disgusto
Diciendo tantas verdades,
Yo mesmo ofrezco desnudo
El cuello, midiendo el suelo;
Que sólo fama procuro.

Haine, en su crítica, que va al frente de las *Obras escogidas de Guevara* censura que al villano se ofrezca dinero por el Emperador, y que tal oferta merecia el nombre de agravio, el nombre de deshonor.

Antes que Haine, sintió esto ya don Juan Claudio de la Hoz, pues en su comedia, al hacer Marco Aurelio al villano la oferta de una pension pública, responde éste:

Deja que bese tus plantas;
Mas mira, César augusto,
Que si yo he venido á Roma,
No es porque esas honras busco,
Sino á defender mi patria,
Á que sepas los insultos,
Y á que aquella heroica fama,
Que adquiere por todo el mundo
Roma, no dejes que así
Se oscurezca en el Danubio;
Y en fin, justicia te pido
Por mi honor y por el tuyo,
Y como aquesto consiga
¡Qué más gloria, qué más triunfo!

MARCO AURELIO Y FAUSTINA (1).

CAPÍTULO PRIMERO.

Cómo la Emperatriz pidió á su marido el emperador Marco Aurelio la llave de su estudio, y de una plática que le hizo en este caso.

Dicho cómo el emperador Marco Aurelio tenía el estudio en lo más apartado de su palacio, y cómo él mismo tenía la llave de aquel estudio, es de saber ahora que jamas á mujer ni á hijos ni á familiares amigos dejaba entrar dentro; porque muchas veces decia él: «Con más alegre corazon sufriré que me tomen los tesoros que no que me revuelvan los libros.» Aconteció que un dia la emperatriz Faustina, estando preñada, importunó con todas las maneras de importunidad que pudo, tuviese por bien de darle la llave de el estudio; y esto no es maravilla, porque naturalmente las mujeres menosprecian lo que les dan, y mueren por lo que les niegan. Insistia Faustina en su demanda, y esto no de burla, sino de véras; no una vez, sino muchas; no con solas palabras, sino con palabras y lágrimas; diciéndole estas razones: «Muchas veces te he rogado me dieses la llave de tu cámara, y tú siempre lo has echado en burla, y no lo debrias, señor mio, hacer, acordándote que estoy preñada; porque muchas veces los maridos lo que hoy echan en burlas, mañana lo lloran de véras. Acordarte debrias que soy yo Faustina la muy nombrada, la cual en tus ojos soy la más hermosa, en tu lengua la más alabada, de tu persona la más regalada, de tu corazon la más quista; pues si es verdad que me tienes en tus entrañas, ¿por qué dudas de mostrarme tus escrituras? Comunicas conmigo los secretos del imperio, y escondes de mí los libros de tu estudio? Hasme dado tu corazon tierno, ¿y niégasme ahora la llave, que es de hierro duro? Ahora pienso que tu amor era fingido, que tus palabras eran dobladas, que tus pensamientos eran otros, que tus regalos eran extraños; que si otra cosa fuera, imposible fuera negarme la llave que yo te pedia, porque do hay perfecto y no fingido amor, áun lo que de burla se pide, de véras se concede. En costumbre lo teneis los hombres, que para engañar á las mujeres acometeis con grandes dádivas, decisleis dulces palabras, haceis grandes promesas, decis que hareis maravillas, y despues que las teneis engañadas, de vosotros más que de otros son perseguidas. Cuando los hombres importunan á las mujeres, si las mujeres tuviesen en negar constancia, en breve espacio os hariamos ara

(1) *Filosofía moral sobre el matrimonio.*

so el yugo y la melena; pero así como nosotras nos dejamos vencer, así vosotros os determinais de nos aborrecer y dejar. Déjame, pues, señor mio, ver tu cámara, y mira que estoy preñada y se me sale el ánima por verla; y si no lo hicieres por hacerme á mí placer, hazlo siquiera por aliviar á tí de pesar; porque si yo peligro deste antojo, solamente perderé la vida, pero tú perderás el hijo que habia de nacer y la madre que le habia de parir. No sé por qué tu corazon generoso quieres someter á un caso de fortuna tan vario, en que tú y yo muramos de un solo tiro: yo en morir tan moza, y tú en perder mujer tan querida. Por los dioses inmortales te ruego y por la madre Berecinta te conjuro me des la llave ó me dejes entrar en tu estudio; y no cures de permanecer en este tan desaconsejado parecer, de manera, que tu muy desacordado acuerdo tornes de nuevo á acordar, porque todo lo que sin consideracion es ordenado, habida oportunidad, puede ser deshecho. Ver hombres que leen los libros y aman los hijos, cada dia lo vemos, pero nunca yo pensé que en corazon de hombres caiga aborrecer los hijos por amar los libros; porque al fin los libros son compuestos de palabras ajenas, pero los hijos son de nuestras entrañas propias. Todos los hombres cuerdos, ántes que comiencen alguna cosa, siempre suelen primero mirar los inconvenientes que pueden seguirse della. Pues si tú no quieres darme esa llave, y quieres permanecer en tu obstinada porfía, perderás á tu Faustina, perderás á tu mujer querida, perderás la criatura de que estoy preñada, perderás la autoridad de tu casa, darás qué decir en toda Roma, y nunca del corazon te saldrá esta lástima; porque con ninguna cosa el triste corazon se consuela cuando lo que padece, él mismo de padecerlo se tiene la culpa. Si los dioses lo permiten por sus secretos juicios, y si lo merecen mis tristes hados, y si tú, señor mio, lo quieres, no por más de salir con lo que quieres, en que por negarme tú esta llave yo haya de morir, yo quiero morir; pero desde ahora adivino que te has de arrepentir, porque muchas veces acontece, áun á los hombres cuerdos, que cuando há ya dias que se fué el remedio, viene de súbito el arrepentimiento. Maravillada estoy de tí, señor mio, cómo en este caso te muestras tan extremado, pues sabes que todo el tiempo que hemos estado en uno, tu acuerdo y mi acuerdo siempre fueron de un acuerdo. Si no quieres darme esta llave porque soy tu Faustina, si no la quieres dar porque soy tu mujer querida, si no la quieres dar porque estoy preñada, requiérote me la des por virtud de la ley antigua; porque ya sabes tú que es ley muy antigua entre los romanos que á las mujeres preñadas no les puedan negar sus antojos. Muchas veces he visto yo delante de mis ojos traer las mujeres sobre este caso en pleito á sus maridos, y tú, señor, mandabas que por ninguna manera á las preñadas les quebrantasen sus privilegios. Pues si esto es verdad, como es así, ¿por qué quieres tú que se guarden las leyes con los hijos ajenos, y quebrantarlas con tus hijos propios? Hablando con aquel acatamiento que debo, aunque tú lo quieras, yo no lo tengo de querer, y aunque tú lo hagas, yo no tengo de consentir, y aunque tú lo mandes, yo no lo tengo de obedecer; porque si el marido no aceta el justo ruego de su mujer, la mujer no es obligada de acetar el injusto mandamiento de su marido. Los maridos deseais que vuestras mujeres os obedezcan en todo, y no quereis condescender á su menor ruego. Decis vosotros los hombres que las mujeres somos desamoradas, como sea en verdad que en vosotros esté todo el desamor, porque en esto veréis que vuestros amores son fingidos, en que amores no moran más con vosotros de cuanto se cumplen vuestros deseos. Decis vosotros los hombres que las mujeres son sospechosas, como sea verdad que en vosotros, y no en nosotras, estén las sospechas, porque no de otra cosa están hoy en Roma tantas nobles romanas mal casadas, sino de tener sus maridos dellas infinitas sospechas. Muy diferente es la sospecha de la mujer y los zelos del marido; porque si lo quieren entender, no es otra cosa tener la mujer de su marido sospecha, sino mostrar que de todo su corazon le ama. Las inocentes mujeres, como no conocen á otros, ni buscan á otros, ni tratan con otros, ni aman á otros, ni quieren á otros, sino á sus maridos, no querrian que sus maridos conociesen á otras, ni buscasen á otras, ni amasen á otras, ni quisiesen á otras, sino á sus mujeres solas; porque el corazon que no se emplea sino en amar á uno, no querria que en aquella posada entrase otro. Pero vosotros los hombres sabeis tantas mañas, y usais de ellas con tantas cautelas, que habiéndoos de preciar cómo las servis y cómo las regalais, os alabais cómo las ofendeis y cómo las engañais; como sea verdad que en ninguna cosa puede el hombre mostrar más su generosidad y nobleza que en favorecer á una mujer muy pecadora. Enlabian los maridos á sus mujeres, diciéndoles á cada paso una dulce palabra, y partidos de allí, ellos saben á quién dan el cuerpo y áun la hacienda. Yo te juro, señor mio, que si la libertad y autoridad que tienen los hombres en las mujeres, las mujeres la tuviesen en los hombres, de manera que lo que ellos pesquisan en el barrio, pesquisasen ellas en el pueblo, que hallasen ellas más malos recaudos hechos por ellos en un dia, que ellos hallarán dellas hechos en toda su vida. Decis vosotros los hombres que las mujeres son maldicientes, como sea verdad que no son otra cosa vuestras lenguas sino unas colas serpentinas; porque á los hombres buenos condenais y á las matronas romanas infamais. Y no penseis que si decís mal de las otras, que por esto perdonais á las vuestras, ca no es tanto mal lastimar á las entrañas con la lengua, como infamar el hombre á su mujer con sospecha, porque el marido que en su mujer pone sospecha, á todos da licencia que la tengan por mala. Nosotras las mujeres, como salimos pocas veces, andamos pocas tierras, vemos pocas cosas, aunque queremos, no podemos ser de malas lenguas; mas vosotros los hombres, como andais mucho, ois mucho, veis mucho, sabeis mucho, continuamente mormurais mucho. Una mujer todo el mal que puede hacer es dar orejas á sus amigas cuando están apasionadas, reñir á sus criadas si son perezosas, mormurar de sus vecinas si son hermosas, echar maldiciones á los que les hacen injurias; finalmente, una mujer, por maldiciente que sea, no puede mormurar más de las del barrio en que mora; pero vosotros los hombres infamais á vuestras mujeres con sospechas, lastimais á las vecinas con palabras, poneis en las entrañas crudamente las

lenguas, no guardais fidelidad á vuestras amigas, haceis todo el mal que podeis á vuestras enemigas, con las presentes murmurais de las pasadas, con las pasadas para dejarlas hicisteis mil cautelas; finalmente, sois por una parte tan doblados, por la otra tan desagradecidos, que á las que no habeis alcanzado prometeis mucho, y á las que habeis alcanzado las teneis en poco. Yo no niego que una mujer, para ser quien ha de ser, es necesario sea retraida, y siendo retraida, será de buena vida, y siendo de buena vida, tendrá buena fama, y teniendo buena fama, será de todos bien quista; pero si acaso alguna destas cosas le falta, no por eso de su marido ha de ser abatida; porque las flaquezas que el marido halla en la mujer son pocas, y las poquedades que la mujer encubre de su marido son muchas. Yo he hablado más largo de lo que pensaba, y áun más osado de lo que debia; pero perdóname, señor mio, que no ha sido mi intencion enojarte, sino persuadírte; y al fin, al fin, lo que entre mujer y marido pasa, loco es dellos quien lo toma por injuria. Todavía insisto en lo primero, y si menester es, te lo ruego de nuevo, tengas por bien de darme la llave de tu estudio; y si otra cosa hicieres, como la puedes hacer, harásIo de hecho, como hombre que eres, y no de derecho, como discreto de que presumes. No me pesa tanto de lo que haces, cuanto de la ocasion que me das, lo uno, á que malpara de este preñado; lo otro, á que sospeche que tienes escondida alguna amiga en ese estudio; porque los hombres que en la mocedad fueron traviesos, aunque la vestidura que traen no esté rota, siempre huelgan vestirse otra nueva. Pues por quitar el peligro del parto y por alegrar mi corazon de tal pensamiento, no es mucho me dejes entrar en tu estudio.»

CAPÍTULO II

De lo que Marco Aurelio emperador respondió á Faustina sobre que ella le pidió la llave del estudio. Es capítulo muy notable.

Oidas por el emperador Marco Aurelio, como Faustina le dijo, tales y tantas cosas, y lo que más era, que todas las palabras que decia bañaba en lágrimas; acordó de responderle de véras, pues ella le hablaba de véras; diciéndole éstas palabras: «Dicho me has, Faustina, todo lo que has querido, y tambien has visto con cuánto sufrimiento yo lo he escuchado: pues ruégote ahora yo que el sufrimiento que yo he tenido tengas, y la atencion con que te he oido me oigas, porque en semejantes casos, en soltándose la lengua á decir alguna recia palabra, luégo se han de apercibir las orejas á recibir la respuesta. Hasta hoy por nacer está quien sea osado á hablar lo que no debia hablar, y juntamente con esto, ser privilegiado de no oir lo que no querria oir. Ántes que diga de ti quién eres y qué tal debrias ser, quiero primero decir quién soy, y qué tal debria ser; porque te hago saber, Faustina, que soy tan malo, que es muy poco lo que mis enemigos dicen respecto de lo que dirian si me conociesen los que me aman. El príncipe, para que sea buen príncipe, no ha de ser codicioso en los tributos, ni ha de ser soberbio en los mandamientos, ni ha de ser ingrato á los servicios, ni ha de ser atrevido á los templos, ni ha de ser sordo á los agravios, ni ha de ser cruel con los huérfanos, ni ha de ser pesado en los negocios; y el príncipe que careciere destos vicios, será de los hombres amado y de los dioses favorecido. Yo confieso en lo primero que soy codicioso, porque al fin, al fin, aquellos son de los príncipes verdaderos privados, que les dan pocos enojos y les sirven con muchos dineros. Yo confieso, lo segundo, que soy soberbio, porque no hay príncipe hoy en el mundo tan abatido, que cuanto tiene más baja la fortuna, no tenga más altos los pensamientos. Yo confieso, lo tercero, que soy ingrato, porque los servicios que recibimos los príncipes son muchos y las mercedes que hacemos son pocas. Yo confieso, lo cuarto, que soy muy mal cultor de los templos, porque los príncipes pocas veces á los dioses ofrecemos sacrificios, sino es cuando nos vemos de nuestros enemigos cercados. Yo confieso, lo quinto, que soy negligente en oir los agravios, porque con los príncipes más fácil audiencia tienen los lisonjeros para decir lisonjas, que no los tristes pleiteantes para contar sus querellas. Yo confieso, lo sexto, que soy descuidado con los huérfanos, porque en las córtes de los príncipes, los ricos y poderosos son los privados, y los tristes huérfanos áun no son oidos. Yo confieso que en el despachar á los negociantes soy muy perezoso, porque muchas veces de no proveer los príncipes con tiempo en los negocios se siguen á sus reinos muchos y muy grandes trabajos. Hé aquí, Faustina, como he dicho, quién segun razon habia de ser, y quién segun la sensualidad soy; y no tengas en poco confesar yo mi yerro, porque gran esperanza da de la enmienda el hombre que de su voluntad conoce la culpa. Vengamos ahora, Faustina, á hablar de tí, y por lo que he dicho de mí podrás adivinar lo que podrémos decir de tí, porque somos tan mal acondicionados los hombres, que miramos por menudo los defectos ajenos, y no querriamos áun oir los nuestros propios. Cosa es muy cierta, Faustina, que cuando está una persona muy contenta, siempre dice más por la lengua que no en la verdad tiene su corazon en guarda, porque los hombres sueltos de lengua, muchas cosas dicen estando acompañados, las cuales ellos lloran estando solos. Lo contrario de todo esto acontece á los hombres tristes, los cuales no dicen la mitad de sus tristezas, porque los corazones lastimados, á los ojos mandan que lloren, y á la lengua mandan que calle. Los hombres vanos con palabras vanas pregonan sus placeres vanos, y los hombres prudentes con palabras prudentes disimulan sus pasiones crudas; porque los trabajos desta vida, si los hombres los sienten como hombres, los discretos hanlos de disimular como discretos. Entre los sabios, aquel es más sabio que todos, que piensa que sabe ménos, y entre los simples, aquel es más simple, que piensa que sabe más; porque si hay alguno que sepa mucho, siempre se halla otro que sepa más. Ésta es una de las diferencias en que se conocen los hombres prudentes y los que poco saben: en que el hombre prudente, áun preguntándole, en el responder es pesado, y el hombre vano, áun no le preguntando, en el responder es liviano, porque en la casa do hay generosidad y cordura, dan sin medida las riquezas y dan las palabras por onzas. Todo esto he dicho, Faustina, porque me han lastimado tanto tus lastimosas palabras, y me han puesto tanta compasion tus apresuradas lágrimas, y me han alterado tanto tus vanos juicios, que

ni puedo decir lo que quiero y pienso, ni tú podrás sentir lo que digo. Muchos avisos escribieron los que de el matrimonio escribieron; pero no escribieron ellos tantos trabajos en todos sus libros, cuantos una mujer sola á su marido le hace que pase en un dia solo. Bien hablaron los antiguos cuando hablaron de los matrimonios, en que todas veces que hablaban ó escribian del matrimonio, siempre añadian *onus matrimonii*, que quiere decir, carga de matrimonio; porque á la verdad, si el hombre no acierta en tomar buena mujer, no hay igual carga ni trabajo hoy en el mundo, con solo un dia verse el hombre casado. ¿Piensas tú, Faustina, que es chico trabajo sufrir el marido á la mujer lo que riñe, sufrirle lo que dice, sufrirle lo que hace, darle lo que pide, buscarle lo que quiere, disimular lo que no quiere? Esto es tan insufrible trabajo, que no querria yo mayor venganza de mi enemigo, que es verle con una muy recia mujer casado. Si el marido es soberbio, vosotras le humillais; porque no hay hombre, por mucha soberbia que tenga, que no le traiga á sus piés una mujer brava. Si el marido es loco, vosotras le meteis en acuerdo; porque no hay en el mundo igual cordura, con saber el hombre llevar á una mujer recia. Si el marido es rencilloso, vosotras le tornais muy manso; porque es tanto el tiempo que vosotras os ocupais en reñir, que no le queda á él aún tiempo para hablar. Y si el marido es perezoso, vosotras le haceis andar más que de paso, porque tienen tanto sobre ojo vuestro contentamiento, que el triste no osa comer con reposo ni dormir con sosiego. Si el marido es muy parlero, vosotras en pocos dias le tornais mudo; porque son tantas las glosas y respuestas que dais á cada palabra, que ya no tiene otro remedio sino echar un freno á la boca. Si el marido es sospechoso, vosotras le haceis que mude el estilo, porque son tantos los zelos que le pedis cada hora, que no osa decir aún lo que ve en su casa. Si el marido es vagamundo, vosotras le haceis presto ser retraido, porque á la verdad dais tan mal recaudo en la hacienda, que no halla otro remedio sino estarse siempre en su casa. Si el marido es vicioso, presto le atajais el camino; porque vosotras le cargais el corazon de tantos cuidados, que en mal provecho le entrarian al cuerpo los vicios. Finalmente, digo que si el marido es pacífico, en grave tiempo le tornais rencilloso, porque son tantas y tan contínuas vuestras quejas, que no hay corazon que las pueda disimular, ni hay lengua que del todo las pueda acallar. Naturalmente en todas las cosas tienen espíritu de contradicion las mujeres: en que si quereis hablar, ellas callan; si quereis andar, ellas paran; si quereis reir, ellas lloran; si quereis placer, ellas quieren pesar; si quereis pesar, ellas toman placer; si quereis paz, ellas quieren guerra; si quereis guerra, ellas quieren paz; si quereis comer, ellas ayunan; si quereis ayunar, ellas comen; si quereis dormir, ellas velan; si quereis velar, ellas duermen; finalmente, digo que son de tan siniestra condicion, que aman todo lo que aborrecemos, y aborrecen á todo lo que amamos. De mi parecer, los hombres cuerdos que tienen que expedir con mujeres algunos negocios, no les pidan lo que desean, si quieren alcanzar dellas lo que procuran, porque entónces aprovecha la sangría al enfermo, *cuando se la dan en el lado* contrario. No es otra cosa sangrar de la vena contraria, sino pedir á las mujeres una cosa por la boca, la cual es contraria á lo que el corazon desea; porque de otra manera, ni lo alcanzarán por sobra de ruegos, ni ménos lo alcanzarán con abundancia de lágrimas. No te puedo negar, Faustina, que es cosa muy dulce gozar á las niñerías de los niños, pero tampoco me puedes tú negar, que no es cosa muy cruda sufrir las importunidades de sus madres. Los niños hacen de cuando en cuando una cosa con que hayamos placer; pero vosotras, sus madres, jamas haceis cosa con que no nos deis pesar. Gran placer es cuando el marido viene de fuera y halla su casa barrida, halla la mesa puesta, halla la comida aparejada, y esto se entiende si debajo de esto no hay otra cosa; pero ¿qué dirémos, cuando no cata, halla á los hijos llorosos, á los vecinos escandalizados, á los criados alterados, y sobre todo, halla á la mujer dando gritos; de manera que por mejor tiene el triste irse ayuno de casa, que no esperar y comer con rencilla. Yo acabaré con todos los hombres casados que perdonen los placeres de los hijos, con tal que se obliguen á no los dar; más enojos sus madres; porque al fin, al fin, los placeres que dan los niños han fin con una risada, pero los enojos de las madres duran por toda la vida. Una cosa he visto en Roma, y jamas me he engañado en ella, y es, que los más de los males que hacen los hombres, el castigo dellos remiten los dioses al otro mundo; pero si por placer de alguna mujer cometemos alguna culpa, mandan los dioses que de mano de esa misma mujer, en este mundo, y no en el otro, recibamos la pena. No hay más fiero ni peligroso enemigo del hombre, que es la mujer que tiene el hombre, si no sabe vivir con ella como hombre; porque si la tiene muy regalada, luégo se le torna mal acondicionada. Ándense los mancebos de Roma en pos de las damas de Capua; que jamas hombre liviano estuvo con alguna mujer aviciado algun tiempo, que con muerte ó con infamia ella misma no le procurase el castigo; porque los justos dioses tienen por gran pundonor de honra, que así como vemos las maldades que sufren á los malos, así veamos los crudos castigos que hacen en ellos. De una cosa soy cierto; y no lo digo, Faustina, porque lo he oido, sino que contino lo he experimentado: que el marido que condesciende á todo lo que su mujer desea, ninguna cosa hará la mujer de lo que su marido le manda; porque no hay cosa con que más el marido tenga á su mujer sujeta, que de cuando en cuando le niegue alguna cosa, y áun le diga alguna palabra áspera. A mi parecer, gran crueldad es la de los bárbaros, tener, como tienen, á sus mujeres por esclavas; pero por muy mayor liviandad es la de los romanos, tener, como las tienen, por señoras. Las carnes, ni han de ser tan flacas, que pongan hastío, ni han de ser tan gruesas, que empalaguen, sino entreveradas, para que den sabor; quiero decir, que el varon cuerdo, á su mujer ni la enfrene tanto, que parezca sierva, ni la desenfrene tanto, que se alce por señora; porque de consentir á sus mujeres sus maridos que manden mucho, se sigue despues que ellas tengan á ellos en poco. Mira, Faustina, sois en todo extremo tan extremadas las mujeres, que con poco favor creceis en mucha soberbia, y con poco disfavor cobrais mucha enemistad. No hay mujer que de su voluntad sufra á otro

mayor, ni hay mujer que se compadezca con otro su igual, y de aquí infiero para mí que vosotras ni amais á los mayores, ni quereis ser mandadas de los menores, porque de no ser igual los enamorados, siempre los amores son frígidos. Bien sé que no me entiendes, Faustina, pues oye que más digo que piensas, y áun te diré más que querrías. ¡Oh, cuántas y cuántas he visto yo en Roma, las cuales, si tenian dos mil sextercios de renta en su casa, tenian tres mil de locura en su cabeza; y lo peor de todo es, que muchas veces se les muere el marido y pierden toda la renta, pero no por eso se les acaba la locura! Pues oye, Faustina, que más te diré. Todas las mujeres quieren hablar, y quieren que todos callen. Todas quieren mandar, y no quieren ser mandadas; todas quieren ser libres, y que todos les sean cautivos; todas quieren regir, y ninguna ser regida; finalmente, una cosa sola quieren, y en ésta todas conforman, y es, que quieren gozar de los que aman y vengarse de los que aborrecen. Puédese de lo sobredicho colegir que á los mozos livianos que siguen sus liviandades acocean como á esclavos, y á los cuerdos que como á cuerdos recurren sus apetitos, persiguen como á enemigos; porque al fin, al fin, por mucho que nos amen, siempre su amor tiene peso y medida, y por poco que nos aborrezcan, su desamor es sin cuento y medida. En los *Anales pompeyanos*, me acuerdo haber leido y notado una cosa digna asaz de ser sabida, y es ésta. Cuando el gran Pompeyo pasó la primera vez al Asia, acaso como llegase á los montes Rifeos, halló allí unos bárbaros, que vivian en las asperezas de aquellas montañas como salvajes brutos; y no te maravilles, Faustina, que llame á los que moraban en las vertientes de los Rifeos animales brutos, porque así como las ovejas paciendo yerbas delicadas se les hacen las lanas finas, así los hombres criados en tierras ásperas se les hacen las personas y condiciones silvestres. Tenian, pues, estos bárbaros por ley y costumbre que cada vecino tuviese en aquellas montañas dos cuevas, porque la asperoza de la tierra no sufria en sí casas: en una cueva de aquellas moraba el marido y los hijos y criados; y en la otra cueva moraba la mujer y las hijas y mozas. Comian dos veces en la semana juntos, y dormian otras dos veces en la semana juntos; todo el restante del tiempo siempre estaban apartados los unos de los otros. Preguntados por el gran Pompeyo qué fuese la causa de vivir en este modo, como fuese verdad que en todo el mundo, ni se hallase, ni oyese, ni leyese tan extremado extremo, dice la historia que le respondió un hombre anciano, diciendo: «Mira, Pompeyo, á nosotros nos dieron poca vida los dioses, segun solian vivir los hombres de los tiempos pasados, y como no vivimos sino sesenta ó setenta años á lo más, esto que hemos de vivir querríamoslo vivir en paz; porque es tan breve la vida, que áun apénas hay tiempo para gozar la paz, cuanto más quieren que partamos con la guerra. Verdad es que á vosotros los romanos con regalo y riqueza háceseos la vida corta; pero á nosotros, como tenemos trabajo y pobreza, todavía se nos hace la vida larga, porque en todo el año jamas nosotros celebramos tan gran fiesta como *cuando muere y pasa uno desta triste* vida. Mira, Pompeyo: *si los hombres viviesen* muchos años, habria tiempo para reir y para llorar, para estar contentos y descontentos, para ser ricos y para ser pobres, para estar alegres y para estar tristes, para tener guerra y para tener paz; pero pues la vida es tan corta, ¿para qué quieren los hombres hacer tantas mudanzas en ella? Teniendo, como teniamos, con nosotros á nuestras mujeres, viviendo moriamos, porque las noches se nos pasaban en oir quejas, y los dias expendiamos en sufrir sus rencillas. Teniendo, como las tenemos, apartadas, ni vemos sus caras tristes, ni vemos llorar á los niños, ni oimos sus graves quejas, ni escuchamos sus palabras lastimosas, ni sentimos sus importunidades; y al fin, críanse los hijos en paz, y los padres excusan la guerra; por manera que ellas están bien, y nosotros estamos mejor.» Ésta fué la respuesta que dió aquel bárbaro á la pregunta del gran Pompeyo, y á la verdad yo te digo, Faustina, que aunque á los masagetas los llamamos bárbaros, en este caso más saben que no los latinos, porque no se libra de pequeña pestilencia el que escapa de su mujer rencillosa. Pregúntote ahora yo, Faustina: cuando aquellos bárbaros no podian sufrir ni se podian apoderar con sus mujeres en aquella áspera montaña, ¿cómo podrémos nosotros con vosotras en los regalos de Roma? Una cosa, Faustina, te quiero decir, y plega á los dioses te la hagan entender, y es, si los bestiales movimientos de la carne no forzasen al querer de los hombres á que quieran, aunque no quieran, á las mujeres, dudo si mujer fuese sufrida, ni ménos amada; porque si naturaleza le dió en sí por qué sean amadas, ellas sacan de sí por qué sean aborrecidas. Por cierto si los dioses á este amor le hiciesen voluntario, como lo hicieron natural, de manera que queriendo pudiéramos, y no como ahora, que queremos y no podemos, con graves penas al hombre habian de castigar, que por amores de una mujer se osase perder. Gran secreto es éste, que guardaron para sí los dioses, y gran miseria es la de los hombres, que siendo, como es, la carne tan flaca, á un corazon libre haga tanta fuerza, en que todo lo que nos daña procuramos, y lo mismo que aborrecemos seguimos. Secreto es éste, que los hombres lo saben muy bien sentir, pero á ninguno veo que le sepa remediar, porque al fin todos se quejan de la carne, y á todos los veo ser carniceros; y cuanto le hace á uno mal provecho, tanto della es más goloso. No tengo envidia á los dioses vivos ni á los hombres muertos, sino de dos cosas, y son éstas: tengo envidia á los dioses en que viven sin temor de maliciosos, y tengo envidia á los muertos en que huelgan ya sin necesidad de mujeres, porque son dos aires tan corruptos, que todo lo corrompen, y son dos landres tan mortales, que carnes y corazones acaban. Oh Faustina! Es tan natural el amor de la carne con la carne, que cuando de vosotras huye la carne de burlas, os dejamos el corazon en prendas de véras; y si la razon, como razon, se pone en huida, la carne, como carne, se os da luégo por prisionera.

CAPÍTULO III.

En el cual el emperador Marco Aurelio, hablando con Faustina, prosigue su plática.

»Muchas veces me acuerdo que en mi mocedad, como yo era de carne, tropecé en la carne con propósito de jamas tornar á la carne; pero si confieso que muchas veces

me venian castos y virtuosos propósitos, dende á una hora daba conmigo de rostro en los vicios. Cosa es muy natural que en acabando uno de cometer el vicio, luégo viene en pos dél el arrepentimiento, y pasado el arrepentimiento, luégo se torna á cometer aquel vicio; porque durante el tiempo que vivimos en la casa de esta carne flaca álzase la sensualidad por señora, y á la razon aun no deja llegar á la puerta. No hay hombre en Roma que si le hablan no diga maravillas por la lengua de los propósitos buenos que tiene en el corazon, en especial de ser casto, ser verdadero, ser pacífico, ser callado; y si acaso preguntais á los que tratan con él negocios y á los que son sus más propincuos vecinos, hallarán que es un tramposo, que es un mentiroso, que es un blasfemo, que es un doblado, que es un fementido; finalmente, engañan á los hombres con sus buenas palabras, y ofenden á los dioses con sus malas obras. Poco aprovecha blasonar de las virtudes con la lengua, si la mano en las obras es perezosa; porque no se llama uno justo porque desea ser bueno, sino porque suda y trabaja de ser virtuoso. El traidor del mundo, con ninguna cosa más engaña á los hombres mundanos, que es con darles vanas esperanzas en que adelante les queda tiempo para ser virtuosos, y los tristes malaventurados, despues que están emboscados en la profundidad de los vicios, esperando cuándo amaneceria el dia de la enmienda, sobrevínoles primero la noche de la sepultura. ¡Oh cuántos y cuántos prometieron á los hombres, y hicieron voto á los dioses, proponiendo entre sí mismos que ántes de muchos meses comenzarian á ser virtuosos, á los cuales dentro de pocos dias los vimos entregar á los hambrientos gusanos! Los dioses quieren que seamos virtuosos, y por contrario, el mundo y la carne quieren que seamos viciosos. A mi parecer, más vale obedecer á lo que los dioses mandan, que no hacer lo que el mundo y la carne quieren, porque el premio de la virtud es honra, y la pena del vicio es infamia. Si paras mientes en ello, Faustina, de una parte están los dioses, que nos convidan á las virtudes, y de otra parte está el mundo y la carne, que nos convidan con los vicios. Sería mi parecer en este caso que digamos á los dioses que nos place de ser virtuosos, y digamos al mundo y á la carne que andando más los tiempos nos emplearemos en sus vicios. De tal manera hemos de cumplir con los dioses en obras, y de tal manera hemos de entretener al mundo y á la carne con palabras, que gastemos mucho tiempo en hacer buena vida, y áun no nos quede tiempo para decir una mala palabra. Hágote saber, Faustina, que todo esto que te he dicho á tí, todo lo he dicho contra mí, porque siempre desde mozo he tenido buenos propósitos, y con estos buenos propósitos me he envejecido en los vicios. ¡Oh, cuántas veces en mi mocedad conocí á mujeres, traté con mujeres, hablé á mujeres, conversé á mujeres, creí á mujeres, me engañaron mujeres, me maltrataron mujeres, me infamaron mujeres; finalmente, por conocer como conocí á las mujeres, me aparté y dejé á las mujeres; pero yo confieso que si la razon me tenía fuera de sus casas diez dias, la sensualidad me tornaba con ellas diez semanas! Oh dioses crueles! ¡Oh mundo malo! Oh carne flaca! Decidme, ¿qué es esto, que la razon me lleve á mí por mi voluntad á las virtudes, y que la sensualidad, contra mi voluntad, me torne arrastrando á los vicios? ¿Piensas tú, Faustina, que no veo yo cuán bueno es ser bueno, y cuán malo es ser malo? Pero ¿qué haré, triste, que no hay tan crudo verdugo de mi honra y de mi fama, como es mi carne propia, la cual, contra mi voluntad, me hace continua guerra? Por lo cual siempre pido á los dioses que pues mi sér es contra sí, defiendan á mí de mí. Mucha culpa tiene en esta tan cruda guerra la carne flaca, pero muy mayor la tiene la mujer loca y liviana; porque si el hombre fuese cierto que las mujeres serian castas, serian vergonzosas, serian retraidas y sacudidas, compondrian los pensamientos para no las desear, ni consumirian el tiempo en las seguir, ni gastarian la hacienda en las servir, ni sufririan tantas afrentas por las alcanzar, porque do una cosa no da de alcanzarse de sí esperanza, no le lleva la voluntad al corazon de seguirla. Pero ¿qué harémos, di, Faustina, que, como tú sabes mejor que yo, está ya tan perdida la vergüenza en las mujeres de Roma, están ya tan disolutas las mujeres de Italia, que si los hombres se descuidan, ellas los despiertan; si los hombres huyen, ellas los llaman; si los hombres se apartan de ellas á ellos se allegan; si los hombres se encogen, ellas los regocijan; si los hombres callan, ellas á hablar los constriñen; finalmente, muchas veces los hombres comienzan los amores de burla, y ellas se dan tal maña, que los tornan presto de véras. Hágote saber, Faustina, que es muy grande el brío que naturaleza puso en la carne de los hombres, pero muy mayor es la vergüenza que pusieron los dioses en las caras de las mujeres; y si es verdad, como es verdad, que los hombres no pierden el brío de la carne, y las mujeres pierden la vergüenza de la cara, tengo yo por imposible que haya mujer virtuosa ni casta en Roma, porque no hay más perdida república que aquella do las mujeres tienen la vergüenza perdida. ¡Oh mujeres, y cuánta razon tienen en huir de vosotras los que huyen, esconderse los que se esconden, dejaros los que os dejan, apartarse los que se apartan, olvidaros los que os olvidan, extrañarse los que se extrañan, remontarse los que se remontan, morirse los que se mueren, sepultarse los que se sepultan; porque los gusanos no roen en la sepultura sino la carne flaca, pero vosotras meteisnos á saco la hacienda, la honra y la vida! ¡Oh, si supiesen los generosos corazones cuántos y cuántos males se les siguen de tratar con mujeres, yo les juro que no sólo no las sirviesen como las sirven de hecho, pero áun de mirarlas no les pasase por pensamiento! ¿Qué más quieres que te diga, Faustina, sino que unos escapan de vuestras manos infames por afeminados, otros lastimados de vuestras lenguas, otros perseguidos de vuestras obras, otros engañados de vuestras mañas, otros aborrecidos de vuestros descontentos, otros desesperados de vuestra inconstancia, otros despechados de vuestros vanos juicios, otros alterados de la ingratitud de los servicios; finalmente, á mejor librar, todos escapan de vuestras entrañas aborrecidos y de vuestras liviandades acoceados? Pues el hombre que siente que esto ha de pasar, yo no sé cuál es el loco que os quiere amar ni servir, porque el animal que una vez atolla en el lodo, áun á palos no le harán otra vez tornar á pasar por aquel paso. ¡Oh, á cuánto peligro se ofrece el que

con mujeres trata, en que si no las ama, tiénenle por necio; si las ama, por liviano; si las deja, por tibio; si las sigue, por perdido; si las sirve, no le estiman; si no las sirve, le aborrecen; si las quiere, no le quieren; si no las quiere, le persiguen; si se entremete, llámanle importuno; si huye, dicen que es cobarde; si habla, dicen que es frio; si calla, dicen que es simple; si se rie, dicen que es loco; si no se rie, dicen que es bobo; si les dan algo, dicen que vale poco; y al que no les da nada, llámanle escaso; finalmente, al que las frecuenta tienen por infame, y al que no las frecuenta, por ménos que hombre. Esto visto, esto oido, esto sabido, ¿qué hará el hombre triste, en especial si es hombre cuerdo? Porque si quiere apartarse de mujeres, no le da la carne licencia; si quiere seguir á las mujeres, no se lo consiente su cordura. Piensan en todo su seso los hombres que con regalos y servicios han de contentar á las mujeres. Pues hágoles saber, si no lo saben, que jamas se contenta la mujer: aunque el hombre haga todo lo que puede como hombre, y haga todo lo que debe como marido, y de la flaqueza saque fuerzas con mucho trabajo, y la pobreza remedie con su sudor propio, y cada hora se ponga por ella en peligro, al cabo la mujer no se lo ha de agradecer, diciendo que su amor es con otra, y que aquello hace sólo por cumplir con ella. Muchos dias há, Faustina, que yo deseaba decirte esto, y helo dilatado hasta ahora, esperando que me dieses ocasion para decirlo, de cuantas me has dado para sentirlo; porque entre los sabios aquellas palabras son estimadas, que al propósito de alguna cosa son muy bien traidas. Acuérdome que há seis años que Antonino Pio, tu padre, me eligió por su yerno, y tú á mí elegiste por marido, y yo á tí elegí por mujer, y esto todo se hizo, mis tristes hados lo permitiendo y Adriano, mi señor, me lo mandando. El buen Antonino Pio, mi suegro, me dió á tí, Faustina, su única hija, por mujer, y á su generoso imperio me dió en casamiento, y mucho de su tesoro él partió conmigo, y los huertos Vulcanares los señaló para mi pasatiempo, y pienso que en este caso de ambas partes hubo engaño, él en elegirme por hijo, y yo en tomar á tí por mujer. ¡Oh Faustina, tu padre y mi suegro llamóse Antonino Pio, porque con todos fué piadoso, sino conmigo, que fué muy cruel; porque con poca carne me dió gran contrapeso de hueso, y confiésote la verdad, que ya ni tengo dientes con que lo roer, ni calor en el estómago para lo digestir, y lo peor de todo es, que muchas veces con él me he pensado ahogar! Quiérote decir una palabra, aunque recibas pena con ella, y es, que por tu extremada hermosura eres dejada de muchos, y por tus malas costumbres eres aborrecida de todos; porque no son las mujeres hermosas sino como las píldoras doradas, en las cuales se ceban los ojos cuando las miran, y despues reniegan de ellas cuando las prueban. Bien sabes tú, y bien lo sé yo, Faustina, que vimos un dia á Drusio y á Bruxilla, su mujer, los cuales eran nuestros vecinos, y como riñendo llegasen á las manos y diesen muy grandes voces, dije yo á Drusio estas palabras: «¿Qué es esto, señor Drusio? Siendo como es hoy la fiesta de la madre Berecinta, y estando, como estamos, cabe su casa, y hallándonos presentes en tan honrada compañía, y sobre todo, teniendo, como tienes, mujer tan hermosa, ¿ha de ser posible que haya entre vosotros rencilla? Los hombres que están casados con mujeres feas, á causa que se le mueran presto, nunca han de hacer sino reñir; pero los que están casados con mujeres hermosas, á fin que vivan mucho, siempre las han de regalar; porque las mujeres hermosas, áun de cien años mueren temprano, y las mujeres feas, áun de diez años mueren tarde.» Drusio, como hombre muy lastimado, alzando los ojos al cielo y de lo profundo del corazon dando un suspiro, dijo: «Perdóneme la madre Berecinta, perdóneme su santa casa y perdóneme toda la compañía; que por los inmortales dioses juro, yo quisiera más casar con una mujer de las negras de Caldea, que no haber casado, como me casé, con una mujer romana y hermosa; porque no es ella tan hermosa, cuanto es negra y triste mi vida.» Bien sabes tú, Faustina, que cuando Drusio dijo esta tan lastimosa palabra, yo le enjugué las lágrimas de la cara y le dí del codo, y le rogué al oido no procediese más en la materia; porque á la verdad, los buenos maridos, si sus mujeres no fueren tales, débenlas muy bien castigar en secreto, y despues débenlas mucho honrar en lo público. ¡Oh, cuán malos son tus hados, Faustina, y cuán mal partieron contigo los dioses: diéronte hermosura y diéronte riquezas para te perder, y negáronte lo mejor, que es tener cordura y ser bien acondicionada para lo sustentar! ¡Oh, cuánta mala ventura le viene á su casa el dia que á un hombre le nace una hija hermosa, si junto con esto, no les permiten los dioses que sea cuerda y honesta; porque la mujer que es moza y loca y hermosa, destruye á la república y infama á toda su parentela. Tórnote á decir otra vez, Faustina, que fueron muy crueles los dioses contigo, pues te engolfaron en los golfos á do todas las más peligran, y te quitaron las velas y los remos, con que todas las buenas escapan! Treinta y ocho años estuve sin me casar, que se me hicieron treinta y ocho dias, y en solos seis años de casamiento, me parece que han pasado seiscientos años de vida; porque no se puede llamar tormento, sino el que pasa el hombre que es mal casado. De una cosa te quiero hacer cierta, Faustina: que si alcanzára ántes lo que alcanzo agora, y de lo mucho que siento entónces sintiera, aunque los dioses me lo mandáran, y Adriano, mi señor, me lo rogára, yo no trocára mi pobreza por tu riqueza, mi reposo por tu imperio; pero, pues cupo en tu dicha y en mi desdicha, callo mucho y sufro más. Yo he disimulado contigo mucho, oh Faustina, y ha sido tanto, que ya no puedo más; pero yo te confieso que ningun marido sufre tanto á su mujer, que no sea obligado á sufrirle más; considerando al fin el hombre que es hombre, y la mujer que es mujer; porque el hombre que eligió echarse entre las ortigas, ¿qué ha de sacar de allí, sino ronchas? Atrevida es la mujer que se toma con su marido; pero loco es el marido que toma pendencias públicas con su mujer; porque si es buena, hala de favorecer, porque sea mejor, y si es mala, hala de sufrir porque no se torne peor. A la verdad mucha ocasion es para que la mujer sea mala, pensar ella que su marido no la tiene por buena; porque son las mujeres tan ambiciosas, que las que públicamente son malas nos quieren hacer creer que son ellas mejores que todas. Créeme, Faustina, que si el temor de los dioses, la infamia

de su persona, el decir de las gentes no retrae á la mujer de lo malo, no la apartará todo el castigo del mundo, porque todas las cosas deste mundo sufren castigo, sino es la mujer, que como mujer, quiere ruego. El corazon del hombre es muy generoso, y el corazon de la mujer es muy delicado, en que quiere por poco bien mucho premio, y por mucho mal ningun castigo. El hombre cuerdo mire bien lo que hace ántes que se haya de casar; pero despues que se determina de tomar compañía de mujer, ha de ser como el que entra en la guerra, que determina su corazon para todo lo que le sucediere en ella. No sin causa llamo guerra á la vida que tienen los malos casados en su caso, porque más cruda guerra nos hacen las mujeres con las lenguas, que no los enemigos con las lanzas. Gran poquedad es del hombre cuerdo hacer cuenta de las poquedades de su mujer á cada paso; porque si todas las cosas que las mujeres hacen y dicen, quieren tomar por el cabo, sepan que jamas les hallarán fin ni cabo. Oh, Faustina! Si las mujeres romanas quisiésedes siempre una cosa, procurásedes una cosa, permaneciésedes en una cosa, holgariamos los hombres, aunque fuese á nuestra costa, condescender en ella; pero qué harémos? Que lo que os agrada ahora, os descontenta de aquí á un poco; lo que pedís á la mañana, no lo quereis á mediodía; con lo que holgábades á mediodía, tomais enojo á la noche; lo que amábades á la noche, aborreceis á la mañana; lo que ayer teníades en mucho, hoy lo teneis en poco; lo que antaño os moríades por verlo, hogaño áun no quereis oirlo; lo que ántes os causaba alegría, ahora os pone sobrada la tristeza; con lo que debríades y solíades llorar, con aquello agora os vemos reir; finalmente, sois las mujeres de la condicion de los niños, que se amansan con una manzana, y arrojan el oro en tierra. Muchas veces he pensado entre mí si podria decir ó escribir alguna buena regla, para que guardándola viviesen los hombres en paz en su casa, y hallo por mi cuenta, y áun lo he experimentado contigo, Faustina, que es imposible dar á los hombres casados regla, pues las mujeres viven sin regla. Todavía quiero poner alguna regla de cómo se compadecerán los casados en sus casas, y como, si quisieren, evitarán entre sí muchas rencillas; porque teniendo los maridos y mujeres guerra, imposible es haya paz en la república. Y si esta escritura no aprovecháre á mí, que soy desdichado marido, aprovechará á otros, que tienen buenas mujeres; porque muchas veces la medicina que no aprovecha á los ojos, hace operacion en los calcañares. Bien sé, Faustina, que lo que he dicho y por lo que quiero decir, tú y otras semejantes gran enemistad me habeis de cobrar, y es la causa, que mirais las palabras que digo, y no la intencion con que las digo; pero á los inmortales dioses juro en este caso, que no es otro mi fin sino avisar á las buenas, que hay muchas buenas, y castigar á las malas, que hay muchas malas. Y si acaso ni las unas ni las otras no quereis creer que yo tengo buena intencion en decir, como digo, estas palabras, no por eso dejaré de reconocer á las buenas entre las malas, y á las malas entre las buenas; porque mi opinion es que la buena mujer es como el faisan, del cual estimamos en poco la pluma, y tenemos en mucho la carne; y la mala mujer *es como la raposa, de la* cual tenemos en mucho la pelleja, y aborrecemos y desechamos la carne. Quiero, pues, ya relatar las reglas con las cuales vivirán en paz los maridos con sus mujeres propias, y son éstas:

»Lo primero, debe el marido sufrir y tener paciencia cuando la mujer está enojada; porque no hay serpiente que tenga tanta ponzoña como es la mujer cuando está airada.

»Lo segundo, debe el marido trabajar en que provea á su mujer, segun la posibilidad, de todo lo necesario, así para su persona como para su casa; porque acontece muchas veces que andando las mujeres á buscar las cosas necesarias, tropiezan con las superfluas y no muy honestas.

»Lo tercero, debe el marido trabajar que su mujer trate con buenas personas; porque muchas veces riñen y dan voces las mujeres, no tanto por la ocasion que les dan sus maridos, cuanto por lo que las dicen y imponen sus malos vecinos.

»Lo cuarto, debe el marido trabajar que su mujer en ninguna cosa sea extremada, conviene á saber, que ni del todo esté siempre encerrada en casa, ni tampoco muy á menudo la deje andar fuera, porque la mujer muy andariega pone en peligro la fama y pone en condicion la hacienda.

»Lo quinto, debe el marido guardarse que no se ponga con su mujer en porfía, á causa que no le pierda la vergüenza; porque la mujer que una vez á su marido se descara, no hay vileza que dende en adelante contra él no cometa.

»Lo sexto, debe el marido hacer entender á su mujer que tiene della confianza; porque es de tal calidad la mujer, que aquello de que no tenian della confianza, aquello cometerá ella más ahína.

»Lo séptimo, debe el marido ser cauto en que de su mujer, ni del todo fie la hacienda, ni del todo la excluya della; porque si es á cargo de la mujer toda la hacienda, auméntala poco, y si no le da parte y tiene sospecha della, hurta mucho.

»Lo octavo, debe el marido á su mujer mostrar algunas veces la cara alegre y otras veces mostrársela triste; porque son de tal condicion las mujeres, que cuando sus maridos les muestran la cara alegre, ámanlos, y cuando se la muestran triste, témenlos.

»Lo nono, debe el marido, si es cuerdo, tener en esto muy sobrado aviso, en que su mujer no tome enojos ni pendencias con vecino ni con extraño; porque muchas veces hemos visto en Roma sólo por reñir una mujer con su vecina, que el marido pierda la vida y ella pierda la hacienda, y se levante gran escándalo en la república.

»Lo décimo, debe el marido ser tan sufrido, que si viere á su mujer cometer algun delito, por ninguna manera la corrija sino en secreto; porque no es otra cosa castigar el marido á su mujer delante de testigos, sino escupir á los cielos, y lo que escupe caerle sobre los ojos.

»Lo undécimo, debe el marido tener en esto mucha templanza, en que no ponga las manos en su mujer para castigarla; porque á la verdad la mujer que no se enmienda diciéndole palabras recias y lastimosas, ménos se enmendará aunque la maten á palos ni puñaladas.

»Lo duodécimo, debe el marido, si quiere tener paz con su mujer, loarla mucho delante los vecinos y los extraños; porque entre las otras cosas, este bien tienen todas las mujeres, que quieren ser de todos loadas, y de ninguno permiten ser reprehendidas.

»Lo terciodécimo, debe el marido guardarse de loar á otra mujer extraña delante de su mujer propia; porque son de tal calidad las mujeres, que el dia que el marido toma en la boca á una mujer extraña, aquel dia le rae del corazon su mujer propia, pensando que á la otra ama y á ella aborrece.

»Lo cuartodécimo, debe el marido estar mucho sobre aviso que aunque sea su mujer fea, le diga y haga encreyente que es muy hermosa, porque no hay cosa que entre ellos levante mayor rencilla que pensar ella que la desecha el marido porque es fea.

»Lo quintodécimo, debe el marido traer á su mujer á la memoria la infamia y lo que mal se habla de las que son malas en la república; porque las mujeres, como son vanagloriosas, porque no digan dellas lo que dicen de las otras, por ventura no harán ellas lo que hacen las otras.

»Lo sextodécimo, debe el marido excusar á su mujer que no tome muchas amistades; porque muchas veces, de tomar las mujeres unas amistades excusadas, nacen entre los dos muy peligrosas rencillas.

»Lo decimoséptimo, debe el marido fingir y hacer encreyente á su mujer que quiere mal á todos los que ella quiere mal; porque son de tal calidad las mujeres, que si el marido ama lo que ella aborrece, luégo ella aborrece todo lo que él ama.

»Lo décimooctavo, debe el marido en lo que no va nada condescender y otorgar con lo que su mujer porfía; porque más precia una mujer salir con su porfía, aunque sea mentira, que si la diesen seis mil sextercios de renta.

»En esta materia no quiero decirte más, mi Faustina, sino que mires que te miro, y veas que te veo, y sientas que te siento; y sobre todo, que la disimulacion mia debria bastar á enmendar la vida tuya.

CAPÍTULO IV.

Cómo el emperador Marco Aurelio prosigue su plática, y responde más particularmente á lo de la llave.

»Ahora, Faustina, que he exprimido de mi corazon el venino antiguo, quiérote responder á la demanda presente; porque en las demandas y respuestas que pasan entre los sabios, nunca la lengua ha de decir palabras sin que primero á su corazon pida licencia. General regla es entre los médicos que no aprovechen las medicinas al enfermo, si primero no le quitan las opilaciones del estómago. Quiero decir por esto que he dicho, que ninguno puede hablar como conviene á su amigo, si ántes no le dice de lo que está dél enojado; porque primero se han de reparar los cimientos si están sentidos, que no intentar edificios nuevos. Pídesme, Faustina, que te dé la llave de mi estudio, y amenázasme que si no la doy, luégo reventarás deste preñado; y no me maravillo de lo que dices, ni me maravillo de lo que pides, *ni me maravillo de lo que hicieres*; porque las mujeres *sois extremadas en los deseos*, sois sospechosas en el pedir, sois determinadas en el obrar y sois impacientes en el sufrir. No sin causa digo que sois en los deseos extremadas, porque cosas hay que se les antojan á las mujeres, las cuales ni los muertos las vieron, ni los vivos dellas oyeron. No sin causa dije que son las mujeres presurosas en el pedir, ca son de tal condicion las mujeres romanas, que así como le da á una mujer el deseo de una cosa, luégo manda á la lengua que la pida, y á los piés que la busquen, á los ojos que la miren, á las manos que la guarden y áun al corazon mandan que la ame. No sin causa dije que son las mujeres determinadas en el obrar; porque si una mujer romana toma tema con una persona, ni dejará de acusarle por vergüenza, ni de seguirle por pobreza, ni áun de matarle por temor de justicia. No sin causa dije que son las mujeres impacientes en el sufrir, porque son de tal condicion muchas, no digo todas, que si á una dellas no le dan presto lo que querria y pedia, demúdase la cara, dice lástimas con la lengua, á voces atruena la casa, escandaliza á la vecindad toda; finalmente, echa espumajos por la boca, y no hay quien la hable aquel dia. Buen achaque vos teneis, las mujeres preñadas, que so color que habeis de reventar, quereis que los maridos todos vuestros apetitos hayamos de cumplir. Cuando el sacro Senado, en los tiempos del muy venturoso Camilo, hizo la ley en favor de las romanas preñadas, no eran entónces las mujeres tan antojadizas; pero ahora no sé qué se es, que todas de todo lo bueno teneis hastío, y todas de todo lo malo teneis antojo. Quiero, Faustina, decirte la ocasion por que se hizo en Roma aquella ley, y por ella verás si mereces gozar de la ley; porque las leyes no son sino yugos so los cuales aren los malos, y tambien son alas con que vuelen y sean libres los buenos. Fué, pues, el caso que Camilo, un capitan que era romano, partiéndose para la guerra, hizo voto solemne á la madre Berecinta que si los dioses le volvian con vitoria, que él les ofreceria una estatua de plata; y como Camilo alcanzase de sus enemigos vitoria, y quisiese cumplir el voto hecho á la madre Berecinta, ni él tenía hacienda ni en Roma habia marco de plata, porque en aquel tiempo estaba Roma muy rica de virtuosos y muy pobre de dineros. Ya sabes tú, Faustina, que nuestros antiguos padres eran muy cultores de sus dioses, y tenian en soberana reliquia los templos, y por ninguna pobreza ni pereza se habian de dejar de cumplir los votos. Y en esto tenía Roma tan gran extremo, que á ningun capitan daban el triunfo sin que primero jurase si habia hecho algun voto, y despues probase cómo le habia cumplido. En aquellos tiempos florecian en Roma muchos romanos virtuosos, florecian muchos filósofos griegos, florecian capitanes muy esforzados, florecian invenciones de grandes edificios, y sobre todo, estaba Roma despoblada de malicias y estaba poblada de muy excelentes matronas romanas. No poca, sino mucha cuenta hacen los antiguos historiadores de aquellas antiguas y excelentes mujeres; porque no menor necesidad hay de mujeres buenas para la república que de capitanes esforzados para la guerra. Siendo, pues, como eran, tan virtuosas y tan generosas aquellas matronas romanas, sin que nadie se lo dijese ni hombre se lo acordase, acordaron todas de ir al Capi-

tolio, y allí, en presencia de todo el Senado, dieron y ofrecieron los chocallos de sus orejas, los anillos de sus dedos, las ajorcas de sus muñecas, las perlas de sus tocas, los collares de sus gargantas, los joyeles de sus pechos y las cintas de sus cuerpos, los cabos de sus cintas y los tintinábulos de sus ropas. Dicen los anales de aquel tiempo que despues que las matronas romanas pusieron á los piés del sacro Senado tanta y tan gran riqueza, en nombre de todas, dijo una, que habia nombre Lucina, esta palabra sola: «Padres conscriptos, no tengais en mucho las joyas que damos para hacer la imágen de la madre Berecinta; pero tened en mucho que por alcanzar aquella vitoria pusieron allí nuestros hijos y maridos la vida; y si quereis tener en algo nuestro pobre servicio, no mireis lo poco que os ofrecemos, sino lo mucho que querríamos, si lo tuviésemos.» A la verdad, los romanos, aunque fué mucho lo que les dieron sus mujeres, en más tuvieron la voluntad con que lo daban que no lo que daban; aunque es verdad que fueron tantas las riquezas que ofrecieron, que no sólo hubo para cumplir el voto de la estatua, pero sobró para proseguir la guerra. En aquel dia que las matronas presentaron sus joyas en el Capitolio, luégo allí les concedieron cinco cosas en el Senado; porque en el tiempo que Roma era Roma, jamas Roma recibia servicio, que no se mostrase muy generosa en el agradecimiento. Lo primero que el Senado concedió á las matronas romanas fué, que en el dia de sus enterramientos pudiesen públicamente hacer oraciones los oradores, y en ellas relatar sus buenas vidas; porque antiguamente no podian los oradores sino en la muerte de los hombres orar; que á las mujeres áun hasta la sepultura no las osaban acompañar. Lo segundo que les concedieron fué, que se pudiesen asentar en los templos; porque antiguamente, cuando los romanos ofrecian sacrificios á sus dioses, los viejos estaban asentados, los sacerdotes estaban postrados, los casados estaban arrimados; pero á las mujeres, aunque fuesen generosas, ni las dejaban hablar, ni las dejaban asentar, ni las dejaban arrimar. Lo tercero que les concedieron fué, que pudiesen tener cada una dos ropas ricas, y que no pidiesen licencia al Senado para sacarlas; porque antiguamente si alguna romana, sin pedir liccncia, sacaba ó compraba alguna ropa, luégo era privada della, y al marido, porque lo consentia, le desterraban de Roma. Lo cuarto que les concedieron fué, que en las graves enfermedades pudiesen beber vino, como fuese á las mujeres inviolable costumbre en Roma que aunque les fuese la vida, no podian beber vino, sino agua; porque en el tiempo que Roma estaba bien corregida, más infamada era la mujer que bebia vino que no la que á su marido hacia adulterio. Lo quinto que les concedieron fué, que ninguna matrona romana, estando preñada, no se le pudiese negar ninguna cosa que honestamente por ella fuese pedida; porque antiguamente, no sé á qué fin, nuestros antiguos padres hacian mucho por las mujeres preñadas, y no hacian tanta cuenta de las mujeres paridas. Todas estas cinco cosas fueron á las matronas romanas otorgadas: de verdad que fueron todas muy justas, y áun te sé decir, Faustina, que de muy buena voluntad fueron por el Senado concedidas; porque no hay cosa más cónsona á razon, que las mujeres que en extremo son buenas, en extremo de todos sean honradas. Esta quinta ley, en que manda no negar nada á la mujer preñada, quiérote decir, Faustina, qué fué la ocasion más particular que movió al Senado á hacerla. Los varones antiguos, así griegos como latinos, sin muy grandes ocasiones nunca daban á sus pueblos leyes ó preceptos; porque los muchos mandamientos, lo uno son mal guardados, lo otro son causa de muchos enojos. No podemos negar sino que hacian muy bien los antiguos en huir pluralidad de los mandamientos; porque más vale que viva el hombre segun á lo que la razon le convida, que no segun á lo que la ley le constriñe. Fué pues el caso, que en el año de la fundacion de Roma de 363, estando Fulvio Torcuato, cónsul, en la guerra contra los volcos, trajeron á Roma los caballeros mauritanos un monóculo que habian cazado en los desiertos de Egipto, y á la sazon que le trajeron á Roma, la mujer de Torcuato estaba en dias de parir, porque habíala dejado el Cónsul preñada. Caso que en aquellos tiempos las matronas fuesen tan honestas como las que agora hay en Roma son disolutas, entre todas era la mujer del cónsul Torcuato tan honestísima, que no ménos tiempo se gastaba en Roma en loar las virtudes della, que gastaba en contar las vitorias y hazañas dél. Léese en los anales de aquellos tiempos que este cónsul Torcuato, la primera vez que pasó á la guerra de Asia, estuvo once años sin volver á su casa, y hallóse por cosa verdadera que en todo aquel tiempo que estuvo Torcuato fuera, jamas á su mujer hombre la vió á la ventana. Es de tener en mucho lo que hacia esta excelente romana; porque en aquellos tiempos, como los hombres no eran tan atrevidos, y las mujeres romanas eran más honestas, con tal que estuviesen cerradas las puertas, lícito les era á las mujeres hablar desde las ventanas. Y no contenta con esto, vivió tan recatada, que en todos aquellos once años jamas hombre la vió andar por Roma, ni jamas vieron su puerta abierta, ni hombre de ocho años arriba consintió entrar en su casa; y lo que más es, en todo aquel tiempo hombre ni mujer vió del todo su cara descubierta. Pues más hizo esta romana, lo uno por dejar de sí gran memoria, lo otro por dar ejemplo de virtud á toda Roma: que como le quedasen tres niños, y el que más habia no llegaba á cinco años, en cumpliendo la edad de ocho años, luégo los enviaba fuera de casa para la de sus abuelos, porque so color de visitar á los hijos, no se le entrasen en casa otros mancebos. ¡Oh, Faustina, cuántos y cuántas hay hoy que lloran en extremo á esta excelente romana, y cuán poquitas serán las que imitarán su vida! ¡Quién acabase ahora con una de las matronas romanas que se abstuviese once años sin ponerse á las ventantas, como sea verdad que va ya la cosa tan disoluta, que no sólo se asoman á mirar, pero áun hacen ya estrado en las ventanas para parlar! ¡Quién acabase ahora con una romana que en once años no abriese la puerta, como sea verdad que si un dia manda el marido cerrar la puerta, aquel dia la mujer ha de hundir á voces la casa! ¡Quién acabase ahora que una mujer romana se estuviese once años encerrada sin salir por Roma, como sea verdad que la mujer que no da cada sema-

na una vuelta en Roma, no hay basilisco ni víbora que por la boca no eche tanta ponzoña! ¡Quién acabára hoy con una mujer romana á que se esté once años á la contínua sin que persona le vea la cara, como sea verdad que todo lo más del dia no lo expenden sino en alimpiar la ropa y pintar la cara! ¡Quién acabase ahora con una mujer romana á que se estuviese once años sin que fuese visitada de sus amigos y deudos, como sea verdad que las mujeres con aquellos tienen mayores enemistades, los cuales las visitan pocas veces. Tornando pues al propósito, como aquel monóculo le pasasen por la puerta de la mujer de Torcuato estando preñada, y su marido en la guerra, acaso una criada suya díjole cómo pasaba el monóculo, y tomóle tan sobrado deseo de verlo, que súbitamente murió de aquel antojo. Por cierto y por verdad te digo, Faustina, que muchas y muchas veces habia pasado aquel monóculo por el barrio do ella moraba, y jamas quiso ponerse á la ventana, ni ménos salirse á la puerta. Fué la muerte desta matrona muy sentida y muy llorada, porque habia muchos siglos que no habia gozado de tal romana Roma. A peticion de todo el pueblo y del mandamiento del sacro Senado, le pusieron en el sepulcro este verso: «Aquí yace la gloriosa Macrina, mujer de Torcuato, la cual quiso aventurar su vida por asegurar su fama.» Mira, Faustina, á mi parecer, no se hizo la ley por remediar la muerte de aquella matrona, pues ya era muerta, sino porque á vosotras quedase ejemplo de su vida, y á toda Roma para siempre de su muerte quedase memoria. Justa cosa es, que pues la ley se ordenó á causa de preñada honesta, que no se guarde sino con preñada virtuosa. A las mujeres que piden les guarden la ley de las preñadas, por esta misma ley les pregunten si son muy honestas. Hágote saber, Faustina, que en la séptima tabla de nuestras leyes están estas palabras: «Mandamos que do hubiere corrupcion de costumbres no se les guarden sus libertades.»

FILOSOFIA MORAL DE PRINCIPES.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cómo los príncipes y grandes señores en los tiempos pasados eran muy amigos de sabios, y de la diligencia que ponian en buscarlos. Es capítulo notable.

Una de las cosas que hizo gloriosos á los siglos antiguos, y de inmortal memoria á los gobernadores dellos, fué los príncipes ser diligentes en buscar sabios para traer consigo, y los reinos ser obedientes en cumplir lo por ellos aconsejado; porque poco aprovecha que el Rey traiga consigo un enjambre de sabios para gobernar, si los del reino están armados de malicia para no obedecer. Los príncipes que no tienen en mucho el consejo de los sabios, téngase por dicho que han de tener en poco sus mandamientos, porque la ley que de hecho y no de derecho se ordena, no merece ser obedecida. No podemos negar los que revolvemos las historias de los antiguos, sino que los romanos naturalmente fueron soberbios; pero no podemos negar que cuan osados eran en las cosas de la guerra, tan mansos y tan templados se mostraban en las cosas de la república; y á lo cierto en esto mostraba Roma su cordura y potencia; porque así como con feroces caudillos se destruyen los enemigos, así con prudentes sabios se gobiernan en paz los pueblos. Muchas veces me paro á pensar de dó procede tanta discordia entre súbditos y señores, y entre príncipes y vasallos; y echada mi cuenta, hallo que los unos y los otros tienen razon; ca los súbditos quéjasen de la poca benignidad que hallan en sus señores, y los señores quéjasen de la mucha desobediencia que hallan en sus súbditos; porque á la verdad la *desobediencia va envuelta con malicia*, y el *mandamiento va encaminado á codicia*. Ha crecido tanto la desvergüenza del obedecer, y háse desenfrenado tanto la ambicion en el mandar, que á los súbditos les parece que el yugo de pluma es de plomo, y por contrario, á los príncipes y señores les parece que contra un mosquito que vuela han menester desenvainar la espada. Todo este daño público no viene sino de no tener los príncipes cabe sí hombres sabios que les aconsejen en secreto; porque jamas hubo príncipe bueno teniendo el consejo malo, ni jamas hubo príncipe malo teniendo el consejo bueno. Entre los príncipes y prelados que gobiernan, hay dos cosas: la una es la dignidad del oficio, y la otra es la naturaleza de la persona; y puede ser que uno sea bueno en su persona y malo en su gobierno, y por contrario, uno sea bueno en su gobierno y malo en su persona; y por eso decia Tulio que jamas hubo ni habrá tal Julio César en su persona, ni tan mal gobernador como él fué para la república. Gran bien es que sea uno buen hombre, pero sin comparacion es muy mayor bien que sea buen príncipe, y por contrario, gran mal es que sea uno mal hombre, pero muy peor es que sea mal príncipe; porque el mal hombre solamente es malo para sí, pero el mal príncipe, no sólo es malo para sí, pero es malo para los otros. Cuanto la ponzoña está por el cuerpo más derramada, tanto en mayor peligro pone la vida; quiero decir, que cuanto más puede un hombre sobre la república, tanto más daño hace si tiene la vida aviesa. Yo no sé por qué los príncipes y grandes señores son tan curiosos en buscar los mejores médicos para curar sus cuerpos, y junto con esto, son tan remisos en buscar hombres sabios para gobernar sus reinos; porque á la verdad, sin comparacion es mayor daño la mala gobernacion en la república que no la enfermedad en su persona. Hasta

hoy no hemos leido, ni ménos visto, por falta de médicos perderse el Rey ni perderse sus reinos; pero por falta de sabios consejeros, infinitos reyes y reinos hemos visto ser asolados. La falta de un médico puede causar peligro en una persona, pero la falta de un sabio puede acarrear mucha discordia en el pueblo, porque á la verdad en tiempo que hay revoluciones en los pueblos, mayor provecho hace un consejo maduro que cien purgas de ruibarbo. Isidoro, libro IV de sus *Etimologías*, afirma que por espacio de cuatrocientos años estuvieron los romanos sin médicos, ca Esculapio, hijo de Apolo, fué el último médico en Grecia, y Archabuto, hombre tan insigne en la medicina, pusiéronle en el templo de Esculapio una estatua; porque eran tan agradecidos los romanos, que á uno que se extremaba en hacer una cosa señalada, ó le pagaban con pecunia, ó le ponian estatua, ó le libertaban en la república. Ya despues que el médico Archabuto era viejo y estaba rico, como por ocasion de algunas úlceras y llagas peligrosas cortase brazos y piernas á los romanos, pareciéndoles que era hombre crudo, sácanle por fuerza de su casa, y apedréanle en el campo Marcio; y desto no se maraville nadie, porque á las veces ménos mal es en una enfermedad sufrir los dolores que no esperar los crueles remedios que nos aplican los cirujanos. Es de saber, si en el tiempo que Roma estuvo sin médicos, si estuvieron los romanos desbaratados y perdidos; á esto respondo que jamas tuvieron ellos tiempos tan prósperos como fué en aquellos cuatrocientos años qué estuvieron sin médicos, porque entónces se perdió Roma, cuando en Roma admitieron los médicos y alanzaron de Roma los filósofos. No digo esto por perjudicar á los médicos, ni me pareciera que los príncipes deben estar sin ellos, y que, segun ya es flaca la carne humana, cada dia tiene necesidad de ser socorrida; que á la verdad, los médicos cuerdos y sabios no nos dan sino sanos consejos; porque no nos persuaden sino á que en el comer, en el beber, en el dormir, en el andar y en el negociar seamos sobrios y tomemos los remedios. El fin por que digo esto, es persuadir á los príncipes y grandes señores que de la mucha diligencia que ponen en buscar médicos, y de los muchos dineros que gastan en sustentarlos y contentarlos, que hiciesen alguna cosa destas en buscar hombres sabios para aconsejar sus personas, y tomar sus consejos, porque si supiesen los hombres qué cosa es tener un sabio que mande su casa, por un solo sabio darian toda su hacienda. No poca compasion es de tener á los príncipes y grandes señores, que pierden muchos dias en el mes y muchas horas en el dia en hablar de guerras, de edificios, de armas, de manjares, de bestias, de cazas, de medicinas, y áun á las veces de vidas ajenas, y esto no con personas más virtuosas que sábias, los cuales ni saben mover plática de alto estilo, ni ménos dar conclusion en lo que está platicado. Muchas veces acontece que el príncipe mueve una plática, y muévela delante aquellos á los cuales por escrito ni por oidas jamas vino á su noticia, y despues así se ponen á determinarla, ó por mejor decir, á porfiarla, como si toda su vida hobieran estudiado en ella; lo cual procede de poca vergüenza y de poca crianza; porque los privados delante sus príncipes con licencia pueden hablar; pero por privados que sean, con licencia ni sin licencia, no les es lícito porfiar. Elio Esparciano, en la *Vida de Severo Alejandro*, dice que el emperador Severo fué una vez preguntado por un embajador de Grecia que cuál era la cosa que más pena le daba en Roma, respondió Severo: «No hay cosa que más enojo me haga, que cuando yo estoy en placer levanten mis criados una porfía, y no me enojo porque me pesa que las cosas sean disputadas y aclaradas, sino cuando uno es muy porfiado, sin tener en lo que dice fundamento, porque el hombre que da razon de su dicho no se puede llamar porfiado.» Fué preguntado una vez al grande emperador Teodosio qué habia de hacer un príncipe para ser bueno; respondió Teodosio: «El príncipe virtuoso, cuando fuere de camino, han de ir sabios con él hablando; cuando comiere, han de estar sabios á su mesa disputando; cuando se retrajere, con sus sabios ha de estar leyendo; finalmente, todo el tiempo que le vacáre, con sus sabios le han de hallar aconsejando; porque no es tan atrevido el caballero que entra sin armas en la batalla, como el príncipe que sin aconsejarse de sabios quiere regir la república. Lampidio, libro *De gestis romanorum*, dice que el emperador Marco Aurelio jamas á su comer, á su acostar, á su levantar, á su caminar, ni en público ni en secreto, permitió que se hallasen con él locos, sino sabios, y á la verdad tenía razon, porque no hay cosa de véras ni de burla que los hombres quieran en este mundo, que no la hallen mejor en un sabio que en un loco. Si un príncipe está triste, ¿por ventura no sabria mejor consolarle un sabio con dichos de escritura, que no un loco con palabras de locura? Si un príncipe está próspero, ¿por ventura, para sustentarse en aquella prosperidad, no le valdrá más acompañarse con un hombre cuerdo, que no fiarse de un loco malicioso? Si un príncipe tiene necesidad de dineros, ¿por ventura no le dará el sabio mejores medios para haberlos, que no un loco, que jamas hace sino perdirlos? Si un príncipe quiere pasar tiempo, ¿por ventura no se desenojará mejor oyendo á un sabio historias muy sabrosas de los tiempos pasados, que no escuchando á un loco cosas deshonestas y áun dichos maliciosos de los tiempos presentes? Lo que dije de los médicos, lo mismo digo de los locos; ca no digo yo que no los tengan para los pasatiempos, aunque á la verdad, mejor dirémos que son para perder el tiempo que no para pasar el tiempo; porque muy justamente y con razon se llama tiempo perdido el que se gasta sin servicio de Dios ni provecho del prójimo. De lo que estoy maravillado y áun escandalizado es, no tanto de lo mucho que pueden en casa de los señores los hombres locos, cuanto de lo poco que pueden y en lo poco que tienen á los hombres prudentes y sabios; porque gran injusticia es que en casa de los príncipes entren los locos hasta la cama, y no pueda entrar un sabio aún en la sala; de manera que para los unos no hay puerta cerrada, y para los otros no hay puerta abierta. Los que ahora somos, con razon loamos á los que ante nosotros fueron, no por más, sino que en los tiempos pasados, siendo muy pocos los sabios y estando el mundo lleno de bárbaros, de esos mismos bárbaros en suprema reverencia los sabios eran tenidos; porque mucho tiempo duró

esta costumbre en Grecia, que cuando pasaba un filósofo cabe un greciano, se habia de levantar, y habiéndole de hablar, no se podia asentar. En contrario desto, todos los que vinieren despues reprehenderán á los que ahora somos, en que habiendo hoy, como hay, tan gran hueste de sabios, y viviendo, no entre bárbaros, sino entre cristianos, es lástima verlo y afrenta escribirlo, ver en cuán poco son tenidos, porque hoy, por nuestros pecados, no los que saben más ciencia, sino los que tienen más hacienda, aquellos mandan más en la república. Yo no sé si los haya depravado la sabiduría ó que ya el mundo totalmente tiene perdido el gusto della, que apénas hay hoy sabio que limpiamente viva sólo por ser sabio, sino que le es necesario áun para ganar de comer ser bullicioso. Oh mundo! Oh mundo! Yo no sé cómo escapa de tus manos ni cómo se defiende de tus peligros el hombre simple y idiota, cuando los hombres sabios y prudentes, áun con toda su sabiduría, apénas pueden tomar tierra segura, porque todo lo que saben todos los sabios desta vida, todo lo han menester para defenderse de tu malicia. Leyendo lo que leo de los tiempos pasados, y viendo lo que veo en los tiempos presentes, en duda estoy cuál fué mayor, ó la solicitud que tuvieron los príncipes virtuosos en buscar los sabios para sus consejos, ó la mucha codicia que tuvieron otros en descubrir minas y mineros para sus tesoros. Hablando en este caso lo que siento, yo les juro á todos los que tienen cargo de gobierno, no me da más, sea príncipe, sea prelado, sea hombre privado, que algun dia querrian tener cabe sí á un sabio que fuese verdaderamente sabio, más que no todo el tesoro que tienen atesorado; porque al fin, al fin, del buen consejo siempre se recrece provecho, y del mucho tesoro siempre se presume peligro. Antiguamente, cuando morian los príncipes virtuosos, y dejaban á sus hijos por sucesores de sus reinos, junto con ser mozos, veian que en las cosas del reino no quedaban instructos, más solicitud ponian en darles ayos que les enseñasen buenas doctrinas, que no en darles mayordomos que les aumentasen sus rentas; porque á la verdad, la república, si se defiende con tesoros, no se gobierna sino con buenos consejos. Muchos vicios suelen tener los príncipes que son mozos; á los cuales por una parte la mocedad los convida, y por otra la honestidad se los niega; y en los tales, los tales vicios son muy peligrosos, en especial si no tienen sabios que para salir dellos les den buenos consejos, porque con la tierna edad no los saben refrenar, y por la mucha libertad no se los osan castigar. Sin comparacion los príncipes tienen más necesidad de tener cabe sí sabios para aprovecharse de sus consejos, que no ninguno de todos los otros sus súbditos, porque como están en el miradero de todos para mirar, tienen ménos licencia que ninguno de su reino para errar; ca si miran á todos, y tienen licencia de juzgar á todos, sin licencia ellos son de todos mirados y áun juzgados. Mucho deben parar mientes los príncipes de quién fian la gobernacion de sus reinos, á quién encomiendan sus ejércitos, con quién envian las embajadas á tierras extrañas, de quién fian el coger y guardar de sus tesoros; pero mucho más tienen que mirar y examinar á los que eligen por sus privados y consejeros, porque cual fuere la compañía que el príncipe tuviere en su consejo y casa, tal será la fama que tendrá en la tierra extraña y en la república propia. Si contra su voluntad oyen y saben cada dia los príncipes la vida de todos los que residen en su república, ¿por qué de su voluntad no examinarán y corregirán á los de su casa? Sepan los príncipes, si no lo saben, que de la limpieza de sus criados, de la providencia de sus consejos, de la cordura de su persona, y de la órden y concierto de su casa, depende todo el bien de la república; porque es imposible, estando en el árbol las raíces secas, veamos en las ramas verdes las hojas.

CONTRA LAS GUERRAS DE CONQUISTA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Aquí Marco Aurelio llora, y nunca acaba de exclamar, porque Roma tomó guerra con Asia, y de los grandes daños que se siguen en los pueblos de que sus príncipes tomen guerras con reinos extraños.

¡Oh triste de tí, Roma, que no solia en tí haber esta mala ventura, sino que cuanto más te vas haciendo antigua, tanto te veo más desdichada; porque en las escrituras lo leemos, y áun con los ojos lo vemos, que cuanto una ciudad ó persona fué en los principios más fortunada, tanto en las creces les es más contraria la fortuna! Por cierto en los tiempos antiguos, y en aquesos siglos gloriosos digo, cuando tú eras poblada de *verdaderos romanos, y no como agora*, que no tienes sino hijos espurios, tan disciplinadas eran las huestes que salian de tí, oh Roma, como los filósofos y academias que estaban en Grecia. Si las escrituras griegas no me mienten, Filipo, el gran rey de Macedonia, por eso es tan nombrado en las historias, y su hijo el magno Alejandro por eso fué tan venturoso en las guerras; porque tenian sus huestes tan corregidas, que más parecia senado que regía que no campo que peleaba. A lo que podemos colegir de Tito Livio y de los otros escritores, desde el dictador Quinto Cincinato hasta el noble Marco Marcelo fueron los tiempos más prósperos que hubo en el imperio romano; porque de ántes fatigáronla reyes, y despues fué perseguida de tiranos. En aquellos tiempos tan felices, una de las mayores felicidades que tenía Roma era tener la disciplina mili-

tar muy corregida, y entónces Roma comenzó á decaer cuando nuestros ejércitos se comenzaron á dañar, porque si los de la guerra tienen treguas con los viciosos, no podrán los de la república tener paz con las virtudes. ¡Oh, maldita seas, Asia, y maldito el dia que contigo tomamos conquista, porque el bien que se nos ha seguido de tí, hasta agora no le hemos visto, y el daño que de tí nos vino, para siempre en Roma será llorado! Oh Asia maldita! gastamos en tí nuestros tesoros, y tú empleaste en nosotros tus vicios; á trueque de hombres fuertes enviástenos tus regalos; expugnamos tus ciudades, y tú triunfaste de nuestras virtudes; allanamos tus fortalezas, y tú destruiste nuestras costumbres; triunfamos de tus reinos, y tú degollaste á nuestros amigos; hicímoste cruda guerra, y tú conquistástenos la buena paz; de fuerza tú fuiste nuestra, y de grado nos somos tuyos; injustos señores somos de tus riquezas y justos vasallos de tus vicios; y finalmente, eres, oh Asia, un triste sepulcro de Roma, y tú, Roma, eres fétida sentina de Asia. Pues nuestros antiguos padres se contentaban con Roma sola, ¿por qué nosotros, sus hijos, no nos contentáremos con Roma y Italia, sino que fuimos á conquistar á Asia, do aventuramos nuestra honra y gastamos toda nuestra riqueza? Si aquellos antiguos romanos, siendo, como eran, varones tan heroicos en el vivir, y tan extremados en el pelear, y tan cuerdos en el mandar, y tan moderados en el tener, se contentaban con aquel poco término, ¿por qué nosotros, no siendo tales como ellos, no nos contentamos con un reino rico y vicioso? No sé yo qué locura nos tomó de ir á conquistar á Asia, y no contentarnos con Roma; ca no estaba Italia tan pobre de riquezas, ni tan despoblada de ciudades, ni tan huérfana de gentes, ni tan sola de ganados, ni tan inculta de bastimentos, ni tan seca de buenas frutas, que de todas estas cosas no teniamos más que tuvieron nuestros padres, y áun que merecimos tener nosotros, sus hijos. Para conmigo, diria yo que es falta de juicio ó sobra de soberbia querer nosotros exceder á nuestros pasados en señorío, no igualando con ellos en mérito. De todas cosas estoy contento yo de mis antepasados, excepto que fueron un poco soberbios y bulliciosos; y en esto bien les parecemos sus hijos, en que no sólo somos soberbios y bulliciosos, mas áun codiciosos y maliciosos, por manera que en las cosas de virtud quedamos muy atras, y en las obras no lícitas pasámosles muy adelante. ¿Qué es de las grandes vitorias que nuestros pasados hubieron en Asia? ¿Qué es de la infinidad de oro que robaron en aquella tierra? ¿Qué es de la muchedumbre de cautivos que cautivaron en aquella guerra? ¿Qué es de la ferocidad de los animales que enviaron á Italia? ¿Qué son de las riquezas que cada uno trujo para su casa? ¿Qué son de los poderosos reyes que prendieron en aquella conquista? ¿Qué son de las fiestas y triunfos con que entraron triunfando en Roma? ¿Qué quieres que te diga, mi Cornelio, en este caso, sino que todos los que inventaron la guerra son muertos, todos los que fueron á Asia son muertos, todos los que defendian aquella tierra son muertos, todos los que entraron triunfando en Roma son muertos; finalmente, todas las riquezas y triunfos que nuestros padres trujeron de Asia, ellas y ellos al fin en breve tiempo hubieron fin, si no son los vicios y regalos, de los cuales no vemos fin? ¡Oh, si supiesen los príncipes cuerdos qué cosa es inventar guerras en reinos extraños, qué trabajos buscan á sus personas, qué cuidados á sus pensamientos, qué alborotos á sus vasallos, qué fin á sus tesoros, qué pobreza á sus amigos, qué placeres á sus enemigos, qué perdicion para los buenos, qué libertad para los malos, y qué dan que decir á los extranjeros; finalmente, siembran un universal daño en sus naturales reinos, y dejan una mala ponzoña á sus herederos propios! A ley de bueno te juro que si como yo lo siento, lo sintiesen, y como yo lo gusto, lo gustasen, y áun como yo lo he experimentado, lo experimentasen, no digo yo que con derramamiento de sangre tomaria reinos por fuerza, pero áun ofreciéndomelos con lágrimas, no los tomaria de balde; porque, hablando la verdad, no es de príncipes cuerdos, no más de por sustentar lo ajeno, poner en peligro lo suyo propio. Pregunto agora yo: qué provecho saca Roma de la conquista de Asia? Pongo caso que sea osada de conquistarla, sea poderosa en expugnarla, sea importuna en combatirla, sea dichosa en tomarla, ¿por ventura será fortunada en sustentarla? En este caso digo y afirmo, y de lo que digo no me arrepiento, que Asia es posible tomarla, pero es locura presumir de sustentarla. ¿No te parece suprema locura presumir de sustentar á Asia, pues jamas nos viene nueva de una vitoria, que no sea víspera de otra batalla, y para sustentar aquella guerra nos roban á toda Italia? En Asia se gastan nuestros dineros, en Asia perecen nuestros hijos, en Asia murieron nuestros padres, para Asia nos echan tributos, en Asia se consumen los buenos caballos, á Asia llevan nuestros graneros, en Asia se crian todos los ladrones, de Asia nos vienen todos los bulliciosos, en Asia perecen todos los buenos, de Asia nos envian todos los vicios; finalmente, en Asia se gastan todos nuestros tesoros, y en Asia nos matan á todos los excelentes romanos. Pues si éste es el servicio que hace Asia á Roma, ¿para qué quiere Roma continuar la guerra de Asia? Otros príncipes, primero que nosotros, conquistaron á Asia, y tomaron á Asia, y poseyeron á Asia; pero al fin, como vieron que era tierra do ni temian á los dioses, ni conocian sujecion á príncipes, ni estaban atados á leyes ni fueros, acordaron de dejarlos, porque hallaron por experiencia que toda la gente de Asia, ni con guerras les cansan los cuerpos, ni con beneficios les pueden ganar los corazones. No se atrevieron aquellos príncipes á sustentar á Asia por tierra, y pensamos nosotros socorrerla por mar. Desampanáronla ellos siendo vecinos, y queremos nosotros sustentarla de léjos. A mi parecer, Asia es una tierra do todos los cuerdos emplearon su cordura, do todos los locos probaron su locura, do todos los soberbios mostraron su soberbia, do todos los príncipes entraron con potencia, do todos los tiranos emplearon su vida; pero al fin, ni aprovechó á los unos el querer, ni á los otros el saber, ni muy ménos el poder. Yo no sé cuál es el hombre que esté bien con Asia, quiera bien á Asia, diga bien de Asia, ni favorezca las cosas de Asia, pues ella nos da ocasion á que tengamos que decir cada dia.

tengamos que suspirar cada noche, y tengamos que llorar cada hora. Si los hombres alcanzasen el secreto de saber los hados en que criaron los dioses á Asia, no debatirian tanto en la conquista della; porque los dioses criáronla en tal signo, para que fuese un pasto comun do todos pazcan, una plaza comun do todos vendan, un hostal comun do todos posen, un tablero comun do todos jueguen, una casa comun do todos moren, una patria comun do todos queden, y de aquí viene que Asia es deseada de muchos y enseñoreada de pocos, porque siendo, como es, comun patria, quiere cada uno hacerla su tierra propia. ¿Por ventura pensarás tú, mi Cornelio, que he dicho ya todos los males de Asia? Pues oye, que agora quiero de nuevo formar una querella; ca segun los daños que se le han seguido de Asia á nuestra madre Roma, faltará tiempo para escribir, mas no materia que decir. No sin lágrimas lo digo esto que quiero decir; conviene á saber, que jamas capitan romano mató á diez mil asianos con las armas que llevó de Roma, que no perdiese más de cien mil romanos con los vicios que trujo á Roma; de manera que ellos murieron á manos de sus enemigos con honra, y á nosotros nos postraron los vicios con infamia. Pregunto agora yo, ¿cuáles fueron los que inventaron comer en los ausonios públicos, cenar en los huertos secretos, vestirse las mujeres como hombres en el teatro, enmascararse las caras los sacerdotes de Jano, ungirse los hombres como mujeres en el baño, ir oliendo los senadores al Senado, vestir púrpura los príncipes contra el decreto antiguo; comer dos veces al dia, como comia Dionisio el tirano; tener mujer y concubina, como lo hacen los de Tiro; decir tales blasfemias á los dioses, cuales jamas fueron oidas en el imperio: estos diez vicios de Asia, Asia los envió presentados á Roma. En los tiempos que en aquellas partes de Oriente andaba muy encendida la guerra, diez muy valerosos capitanes trajeron estos diez vicios á Roma, y perdónoles aquí los nombres, por no querer nombrarles mi pluma, porque sus tan torpes culpas no obscurezcan sus claras hazañas. Antes que Roma tomase conquista con Asia, éramos ricos, éramos pacíficos, éramos sobrios, éramos sabios, éramos honestos, y sobre todo, viviamos contentos, pero despues acá hémonos dado tan buena maña á olvidar la policía de Roma y á deprender los regalos de Asia, que así pueden hoy deprenderse todos los vicios en Roma como oir todas las ciencias en Grecia. Por lo sobredicho podrán ver todos los príncipes guerreros qué provecho sacan de conquistar reinos extraños. Dejemos agora los vicios que en las guerras se cobran, de las virtudes y virtuosos que allí se pierden; hablemos de los dineros, los cuales los príncipes tanto buscan y aman, y en este caso, digo que no hay rey ni reino puesto en extremada pobreza, sino el que toma con reino extranjero extremada conquista. Oh, mi Cornelio! y tú no has visto cómo los príncipes más por voluntad que no por necesidad pierden sus tesoros, piden los ajenos, no les abastan los suyos, toman los de los templos, buscan grandes empréstidos, inventan crudos tributos, dan que decir á los extraños, enemístanse con los suyos; finalmente, ruegan á sus vasallos y humíllanse á sus enemigos. Pues te he dicho los daños de la guerra, quiérote agora decir cuál es el orígen de la guerra, porque es imposible que el médico aplique al paciente cóngrua medicina, si no sabe de qué humor aquella enfermedad peca. Los príncipes, como nacieron de hombres, se criaron con hombres, se aconsejan con hombres y viven con hombres, y al fin ellos son hombres. Ora por soberbia que les sobra, ora por consejo que les falta, imaginan ellos, y áun dícenles otros, que aunque tienen mucho respeto de otros príncipes, pueden poco. Item, les dicen que si es grande su hacienda, ha de ser muy mayor su fama. Item, les dicen que el buen príncipe en muy poco ha de tener lo que heredó de sus padres respeto de lo mucho más que ha de dejar á sus hijos. Item, le dicen que jamas príncipe dejó de sí buena memoria sino inventando una cruda guerra. Item, le dicen que la hora que á uno eligen emperador de Roma, libremente puede conquistar toda la tierra. Oidas por los príncipes estas frívolas razones, como es baja su fortuna y altos sus pensamientos, luégo se declaran contra sus enemigos, luégo abren sus tesoros, luégo juntan grandes ejércitos, y al fin de todo permiten los dioses que pensando ellos de tomar lo ajeno, gastan y pierden lo suyo propio. ¡Oh, príncipes, no sé quién os engaña, que pudiendo con paz ser ricos, quereis con guerra ser pobres! ¡Oh, príncipes, no sé quién os engaña, que debiendo y pudiendo ser amados, buscais con qué seais aborrecidos! ¡Oh, príncipes, no sé quién os engaña, que pudiendo gozar de la vida segura, vos someteis á los vaivenes de la fortuna! ¡Oh, príncipes, no sé quién os engaña en que tengais en poco lo mucho vuestro, y tengais en mucho lo poco ajeno! ¡Oh, príncipes, no sé quién os engaña en que teniendo todos necesidad de vosotros, vosotros os poneis en necesidad de todos! Hágote saber, mi Cornelio, que por muy agudo y solícito que sea un príncipe más que todos los que le precedieron en Roma, es imposible que le sucedan prósperamente todas las cosas de la guerra, porque en lo más peligroso de la guerra, ó le faltan los dineros, ó no le acuden los vasallos, ó los tiempos le son contrarios, ó halla pasos peligrosos, ó le faltan los bastimentos, ó se le amotinan los capitanes, ó viene socorro á sus contrarios; de manera que se ve el triste tan triste, que más guerra hacen á su corazon los pensamientos que no á su tierra los enemigos. Aunque un príncipe no tomase guerra sino por no sufrir la gente de guerra, debria dejar cualquiera guerra. Pregúntote, mi Cornelio, ¿qué igual trabajo á su persona, ó qué mayor daño á su reino del rey pueden hacer sus enemigos, que sea igual ni mayor que el que hacen sus ejércitos? Los enemigos á lo más roban la frontera, mas nuestros ejércitos roban toda la tierra. A los enemigos osamos y podémoslos resistir, mas á los nuestros ni podemos ni los osamos hablar. Los enemigos, cuando más más, saltean una vez al mes y vanse, mas los nuestros roban cada dia y quédanse. Los enemigos tienen miedo á sus enemigos, pero los nuestros ni temen á sus enemigos ni han piedad de sus amigos. Los enemigos, cuanto más van, aflojan y se disminuyen, pero los nuestros, cuanto más van, más se encruelecen y crecen. Yo no sé qué más guer-

ra que tener los príncipes en sus reinos gente de guerra; porque, segun nos muestra la experiencia, éstos son delante los dioses muy culpados, á los príncipes importunos, á los pueblos enojosos; de manera que viven en daño de todos y sin provecho de ninguno. Por el dios Mars te juro, mi Cornelio, que más quejas tengo en el Senado de los robos que hacen mis capitanes en el Ilírico, que no de todos los enemigos del pueblo romano. Por lo cual, yo tengo más temor de criar una bandera de cien hombres de guerra, que dar á treinta mil hombres una cruda batalla; porque aquella, bien ó mal, en una hora la despacha ventura, mas con éstos no me puedo apoderar en toda mi vida. Dirásme tú, mi Cornelio, que pues soy emperador romano, por qué no pongo en esto remedio, pues todo lo conozco y todo me es notorio; ca el príncipe que en disimulacion se pasa la culpa ajena, con razon le condenarémos en que es ya suya propia. A esto respondo que yo no soy poderoso para poner en ello remedio, sin que deste remedio no naciese otro mayor daño; y como tú no has sido príncipe, no podrás caer en esto que digo; porque muchas cosas conocen los príncipes con su cordura, para el remedio de las cuales ellos no tienen potencia. Así fué, así es y así será; así lo hallé, así lo tengo y así lo dejaré; así lo leí en los libros, así lo vi con mis ojos y así lo oí de mis pasados; finalmente, digo que así lo inventaron nuestros padres, así lo sustentamos nosotros sus hijos, y por su mal, así lo dejarémos á nuestros herederos. Diréte una cosa, y imagino que no yerro mucho en ella, y es, que visto el mucho daño y ningun provecho que trae la gente de guerra á nuestra república, pienso que hacerla y sustentarla, ó es locura de los hombres ó azote dado de los dioses, porque no puede ser cosa más justa que permitir los dioses que sintamos en nuestras casas propias lo que hacemos que otros lloren en casas ajenas. Todas estas cosas he escrito, mi Cornelio, no porque te va nada en que las sepas, sino en que descansa mi espíritu en decírtelas; porque, segun decia Alcibiades, las arcas y las entrañas siempre á los amigos han de estar abiertas. Panuncio, mi secretario, va á visitar esa tierra; díle para tí de camino esa carta; ahí te envio dos caballos; pienso que te contentarás dellos, porque son lusitanos. Las armas y riquezas que tomé á los parthos, ya las tengo todas repartidas; pero todavía te envio dos carros dellas. Mi Faustina te saluda, y te envia un espejo muy rico para tu hija y un joyel de pedrería para tu hermana. No más, sino que pido á los dioses á tí den buena vida, y á mí buena muerte.

CONTRA LA DISOLUCION EN LA VEJEZ.

CAPÍTULO PRIMERO.

De una carta que escribió el emperador Marco Aurelio á Claudio y á Claudina, á los cuales reprehende mucho porque, siendo viejos, vivian á manera de mozos. Divide el autor la carta en cuatro capítulos, y es letra muy notable en reprehender á los hombres viejos que son viciosos y disolutos.

Marco, emperador romano, nacido en el monte Celio, á vosotros, marido y mujer, Claudio y Claudina, vecinos y moradores de mi barrio, mucha salud vos envia, y enmienda en la vida vos desea. Estando, como yo estoy, en la conquista de Asia, y residiendo siempre vosotros en Roma, muy tarde sabemos de allá nuevas, y pienso que tan tarde llegan allá nuestras cartas; pero todavía á todos los que van doy para vosotros recomendaciones, y á todos los que vienen pregunto por vuestra salud y personas. Cómo y cuánto sois de mi corazon bien queridos no lo pregunteis á otros sino á vuestros corazones propios, y si vuestro corazon dice que soy amigo sospechoso, yo me doy por condenado. Si acaso os dice vuestro corazon que yo os amo, siendo verdad que os aborrezco, ó si acaso dice que os aborrezco, siendo verdad que os amo, por cierto al tal corazon yo le sacaría de mis entrañas, y le daría á comer á las bestias, porque no hay peor engaño que el que el hombre hace á sí mismo. Si me engaña el extraño, débolo disimular; si me engaña el enemigo, téngolo de remediar; si me engaña mi amigo, débome dél quejar; pero si me engaño yo á mí mismo, ¿con qué me he de consolar? Ca no hay paciencia que lo sufra, engañarse el corazon en una cosa, sólo de no haber pensado profundamente en ella. Por ventura me argüiréis que ni de allá tengo cuidado, ni letra ninguna os he escrito despues de tanto tiempo; á esto respondo que no echeis la culpa á mi negligencia, sino á la gran distancia de tierras que hay de aquí á Roma, y áun á los muchos negocios de Asia, porque, entre otros, este mal tiene la guerra, que nos priva de la dulce conservacion de la patria. Siempre presumí de ser vuestro, y ahora de ninguno como de vosotros lo soy tanto, pues siempre supisteis de mí lo que deseábades saber, y hallé yo en vosotro lo que me conviene hallar, que al fin ningunos he visto tener tanto, valer tanto, saber tanto, ni ser en todo tan poderoso, que algun dia no tuviese necesidad de sus fieles amigos. Decia el divino Platon, y decia bien, que el hombre que de corazon ama, ni en ausencia olvida, ni en presencia se descuida, ni en la prosperidad se allega, ni en la adversidad se aparta, ni sirve por provecho, ni ama por interese; finalmente, el caso de su amigo defiéndele como el suyo propio. Várias fueron las opiniones que tuvieron los antiguos en decir para qué fin se tomaban los amigos, pero al fin resumiéronse en que para tres cosas hemos de hacer eleccion dellos. Lo primero, hemos de tener amigos para tratar y conversar con ellos, porque,

segun los sobresaltos desta vida, no hay tiempo tan dulcemente gastado como el que se gasta en conversacion del buen amigo. Lo segundo, hemos de tener amigos para descubrirles todos nuestros pensamientos; porque muy gran alivio es al corazon triste contar á un amigo sus ánsias, y sentir que las siente el otro de véras. Lo tercero, hemos de buscar y elegir amigos para que nos ayuden á nuestros trabajos; porque poco aprovecha á mi corazon que oiga con lágrimas el amigo lo que le digo, y despues por remediarme no dé un paso. Lo cuarto, hemos de buscar y conservar los amigos, para que sean protectores de nuestros bienes, y áun tambien que sean censores de nuestros males; porque el buen amigo no ménos es obligado á apartarme de los vicios que me infaman, que librarme de los enemigos que me matan. Ha sido mi fin de deciros todo esto, para que si en esta carta topáredes alguna palabra desabrida, la tomeis en paciencia, considerando que el amor que os tengo me incita á decirlo, y la fidelidad que os debo no me deja callarlo; ca muchas veces se han de sufrir á los amigos, aunque las digan de véras, palabras de las cuales no se ha de sufrir á otros, aunque las digan de burlas. Vengo, pues, á contar el caso, y plega á los inmortales dioses no sea más de lo que á mí me han dicho, y sea ménos de lo que yo sospecho. Cayo Furio, no poco pariente vuestro y mucho amigo mio, pasando que pasaba al reino de Palestina, vínome á ver aquí á Antioquía, y contóme muchas novedades de Italia y muchas nuevas de Roma, y entre las otras, una más que todas encomendé á la memoria, la cual me echó muy gran risa de que la oí, y no poca lástima despues que en ella pensé. ¡Oh! ¡cuántas cosas luégo tomamos en burla, las cuales, despues de bien rumiadas, nos acarrean mucha pena. Tenía el emperador Adriano, mi señor, un truhan, que habia nombre Belfo, mancebo gracioso y agudo, aunque muy malicioso, segun los tales lo tienen en uso; y como cenasen unos embajadores de Germania con el Emperador en mucho regocijo y alegría, el truhan comenzó á decir á cada uno de los que allí estaban una gracia envuelta en una malicia, y conociendo Adriano que unos se demudaban, otros mormuraban y otros se corrian, dijo al truhan: «Amigo Belfo, por tu vida y mi servicio que no digas alguna maliciosa burla en esta cena, con que despues, pensando en ella, tengamos mala noche en la cama.» Díjome Cayo Furio tantos escándalos acontecidos en Italia, tantas novedades hechas en Roma, tantas mudanzas de nuestro senado, tantas rencillas de mis vecinos, tantas liviandades de vosotros entrambos, que yo me espanté de oirlas, y he vergüenza de escribirlas. Y no es nada el decir que me las decia, sino ver con cuánto descuido él me las contaba, imaginando que, como él lo decia sin tomar pena, así yo la recibia sin dárseme por ello cosa, como sea verdad que con cada palabra que me decia me tiraba al corazon con una saeta; porque muchas veces nos dicen algunos algunas cosas con descuido, las cuales nos lastiman el corazon en lo vivo. Al juicio y opinion de todos dícenme que estáis uy viejos, y al juicio y parecer vuestro teneisos por uy mozos, y dicen más, que así os vestis y componeis ora de nuevo, como si de nuevo viniésedes agora al mundo; y dicen más, que de ninguna cosa os mostrais tan enojados como cuando os llaman viejos; y dicen más, que en los teatros do se juegan los palios, y en los campos do se corren los animales brutos, no sois vosotros los postreros; y dicen más, que no se inventa juego ni liviandad en Roma, que no se registre primero en vuestra casa; finalmente, dicen que así os dais á placeres como quien nunca espera pesares. ¡Oh Claudio y Claudina! por el dios Júpiter os juro que yo he vergüenza de vuestra desvergüenza y estoy afrentado de vuestra afrenta, y sobre todo, estoy penado de vuestra culpa, porque al tiempo que os habíades de alzar á vuestra mano, entrastes á soldada de nuevo con el mundo. Muchas cosas cometen los hombres, las cuales, aunque al parecer son graves, la disculpa que dan dellas las hace leves; pero hablando la verdad, á vuestras liviandades y culpas yo no hallo una razon con que las excuse, y hallo dos mil por donde las condene. Decia el filósofo Solon Solonino, en sus leyes á los atenienses, que si el mozo errase, fuese levemente amonestado y gravemente punido, pues era recio, y el viejo, si errase, fuese levemente punido y gravemente amonestado, pues era flaco. Lo contrario desto decia Licurgo en sus leyes á los lacedemonios, conviene á saber, que si el mozo pecase, fuese levemente punido y gravemente amonestado, pues pecaba por inocencia, y el hombre viejo que delinquia, fuese levemente amonestado y gravemente punido, pues pecó por malicia. Siendo, como fueron, de tanta autoridad en aquellos siglos pasados estos dos filósofos, y son de tanto peso sus leyes y sentencias, gran temeridad sería no admitir algunas dellas. Ni admitiéndo lo uno ni reprobando lo otro, es mi parecer que gran excusa es para los mozos la ignorancia, y gran condenacion para los viejos la experiencia. Torno otra vez á decir que me perdoneis, amigos mios, y no lo debeis tener en mucho que no sea yo muy recatado en el hablar, pues no lo sois vosotros en vivir; porque de vuestra negra vida toma la tinta mi pluma. Bien me acuerdo yo haber oido que tú, Claudio, fuiste asaz suelto y dispuesto cuando mozo, y tú, Claudina, fuiste no poco graciosa y hermosa cuando moza, de manera que á tus fuerzas tenian envidia muchos, y la hermosura de Claudina era deseada de todos. No quiero, amigos y vecinos mios, escribiros en esta letra, ni traéroslo á la memoria, si tú, Claudio, empleaste tus fuerzas en servicio de la república, y si tú, Claudina, sacaste mucha honra de tu hermosura, ca los hombres de muchas gracias suelen ser notados de muy graves culpas. Aquellos que contigo luchaban, oh Claudio, ya son muertos; aquellos que tú desafiabas, ya son muertos; aquellos que te servian, oh Claudina, ya son muertos; aquellos que delante de tí suspiraban, ya son muertos; aquellos que por tí morian, ya son muertos; y pues son muertos aquellos y sus liviandades, ¿no pensais que habeis de morir vosotros y vuestras locuras? Pregunto ahora yo á la mocedad del uno y á la hermosura del otro, qué teneis de aquellos pasatiempos? qué teneis de aquellos regalos? ¿qué teneis de aquella abundancia? qué teneis de aquel contentamiento? qué teneis de los placeres del mundo? ¿qué teneis de la vanidad pasada? ¿qué esperais llevar de todo esto á la

estrecha sepultura? ¡Oh, bobos de vosotros y inocentes de nosotros, y cómo se nos pasa la vida sin saber en ella vivir; ca no está la felicidad en tener corta ó larga la vida, sino en saber bien emplearla! ¡Oh hijos de la tierra y discípulos de vanidad, agora sabeis que vuela el tiempo sin mover las cosas, camina la vida sin alzar los piés, esgrime la fortuna sin mover los brazos, despídese el mundo sin decirnos cosa, engáñannos los hombres sin mover los labios, consúmese la carne sin que nadie lo sienta, muere el corazon sin llevar remedios; finalmente, pásase nuestra gloria como si nunca fuera, y la muerte nos saltea sin llamar primero á la aldaba! Por inocente que sea uno y por loco que sea otro, no podrá negar que es imposible en la profunda mar hacer fuego, en los riscos muy altos hacer camino, de las sangres delicadas hacer nervios, de las venas muy blandas hacer huesos; quiero decir, que tan posible es para mí que la flor muy verde de la juventud no se torne algun dia marchita con la vejez.

CAPÍTULO II.

En el cual el Emperador prosigue su carta, y persuade á Claudio y Claudina que, pues son ya viejos, no deben creer al mundo ni á sus regalos.

Esto que ahora he dicho, más aprovecha para avisar á los mozos que no para doctrinar á los viejos, porque vosotros ya habeis pasado la primavera de la puericia y el estío de la juventud y el otoño de la viril edad, y ahora estáis en el invierno de la vejez, do parece muy mal, la cabeza llena de canas, traerla, como mozo, llena de locura. Los mozos, como no saben que se les ha de acabar la mocedad, no es maravilla que sigan al mundo; pero los viejos, que se ven ya deste engaño desengañados, ¿por qué de nuevo se van en pos de los vicios? ¡Oh mundo, y como eres mundo, es tan poca nuestra fuerza y tan grande nuestra flaqueza, que tú lo queriendo y nosotros no lo resistiendo, en el golfo más peligroso nos engolfas, en las breñas más espesas nos emboscas, por las sendas más cerradas nos descaminas, y por los caminos más pedregosos nos adiestras; quiero decir, que en los riscos de mayores favores nos enriscas, porque de allí con un puntapié despues nos despeñes! Oh mundo, en el cual todo es mundo! Cincuenta y dos años há que en tí nací, en los cuales todos nunca me dijiste una verdad, y topéte en diez mil mentiras; nunca cosa te pedí que no me la prometiesses, nunca cosa me prometiste que jamas tú me la diesses, nunca contigo traté que no me engañases, jamas á tí me allegué que no me perdiese; finalmente, nunca vi en tí cosa por que te hobiese de amar, y todo cuanto en tí via era digno de aborrecer. Esto presupuesto, no sé qué hay en tí, oh mundo, ó qué falta en nosotros, tus mundanos, que si nos aborreces, no te sabemos aborrecer; si nos riñes, sabémoslo disimular; si nos das de coces, querémoslo sufrir; si nos das de palos, querémoslo callar; aunque nos persigues, no nos queremos quejar; aunque nos tomas lo nuestro, no te lo queremos pedir; aunque nos engañas, no nos queremos á engaño llamar; y lo peor de todo, que nos despides de tu casa, y nosotros no nos queremos ir della. No sé qué se es esto, no sé de dó procede esto, no sé en qué ha de parar esto, que al mundo, que no nos quiere, seguimos, y á los dioses, que nos aman, aborrecemos. Muchas veces hago cuenta con mis años del tiempo pasado, otras veces revuelvo mis libros para ver lo que he leido, y áun otras veces ruego á mis amigos me den algun buen consejo, y no es para más de alcanzar lo que he dicho y saber esto que quiero decir. Estando yo leyendo en Ródas retórica, teniéndome allí Adriano, mi señor, siendo que era de edad de treinta y dos años, mi carne juvenil, no ménos flaca que tierna, aconteciólе que puesta en aquella primavera, hallóse en soledad, y la soledad con la libertad olieron al mundo, y oliendo, sentíle, y sintiéndole, seguíle, y siguiéndole, alcancéle, y alcanzándole, asíle, y asiéndole, probéle, y probándole, gustéle, y gustándole, amargóme, y amargándome, aborrecíle, y aborreciéndole, dejéle, y dejándole, tornóse, y tornándose, recibíle; finalmente, el mundo me convidando y yo no le resistiendo, cincuenta y dos años de un pan hemos comido y en una casa hemos morado. ¿Quereis saber de qué manera el mundo y yo en una casa viviamos, ó por mejor decir, en un corazon morábamos? Pues oid; que en una palabra sola os lo diré. Cuando yo al mundo veia bravo, servíale; cuando él me veia triste, regalábame; cuando yo le veia próspero, pedíale; cuando él me veia alegre, engañábame; cuando yo deseaba una cosa, ayudábamela á alcanzar; despues al mejor tiempo que la gozaba, tornábamela á quitar; cuando me veia descontento, visitábame; cuando me veia contento, olvidábame; cuando me veia abatido, dábame la mano para subir, y cuando me veia alto, echábame un traspié para caer; finalmente, cuando pienso que tengo algo en el mundo, hallo que todo lo que él tiene es un sueño. Si es algo lo que he dicho del mundo, mucho más es lo que quiero decir de mí, y es, que sin comparacion es muy mayor mi locura que no su malicia; porque siendo tantas veces engañado, me ando en pos del engañador. ¡Oh mundo, mundo, tienes tanto tino en tus desatinos, que nos traes á todos desatinados! De una cosa estoy maravillado, y que á mí mismo no puedo tomar tino, y es, que sin interese ninguno que nos vaya, pudiendo ir por la puente, arrodeamos por el vado; estando el vado seguro, nos aventuramos á ir por el golfo; estando el camino seco, nos imos por los trampales; teniendo manjares de vida, buscamos ponzoña de muerte; holgamos de nos perder, pudiendo bien acertar; finalmente, digo que sin interese cometemos la culpa, viendo venir con ella la pena. Muy gran vigilancia deben tener los hombres cuerdos en ver lo que hacen, de examinar lo que dicen, tentar lo que emprenden, mirar á quién se allegan, y sobre todo, conocer de quién se fian; porque es de tan bajo saber nuestro juicio, que para engañarnos basta uno, y para desengañarnos no pueden con nosotros diez mil. Tienen tan gran cuidado de nosotros, digo, el mundo de engañarnos, y la carne de regalarnos, que siendo, como es, el camino estrecho, la senda fragosa, la jornada larga y la vida corta, jamas están nuestros cuerpos sino cargados de vicios, y nuestros corazones sino llenos de cuidados. De muchas cosas en este mundo me he espantado; pero de la que más me he escandalizado es

que siendo los otros buenos, los hacemos creyentes que son malos, y siendo nosotros malos, queremos persuadir á los otros crean que somos buenos, y sólo porque nos tengan por buenos asestamos al blanco de las virtudes y desarmamos en el terrero de los vicios. Quiero confesar una cosa, la cual descubierta, sé que á mí se me seguirá infamia; pero por ventura algun hombre cuerdo tomará aviso della, y es ésta. En tres años de mi vida yo he querido probar todos los vicios desta vida, no por más de por probar si hay en qué se satisfaga la malicia humana; y despues de todo mirado, despues de todo pesado y despues de todo probado, hallo que cuanto más cómo, más me muero de hambre; cuanto más bebo, tengo más sed; cuanto más huelgo, me siento más quebrantado; cuanto más duermo, estoy más desvelado; cuanto más tengo, me veo más codicioso; cuanto más deseo, más me atormento; cuanto más procuro, ménos alcanzo; finalmente, jamas tanto pené por cosa que despues de alcanzada no me empalagase, y luégo de otra apetito no tuviese. Suprema demencia es pensar ninguno que miéntras vive en la carne, ha de satisfacer á la carne, porque al fin podrá ella quitarnos la vida, mas nosotros no á ella su desordenada codicia. Si los hombres hablasen con los dioses, ó los dioses comunicasen con los hombres, la primera cosa que les preguntarian es, por qué hicieron finitos á nuestros tristes dias, y infinitos á nuestros malos deseos. Oh, crueles dioses! ¿qué es esto que haceis ó qué es esto que permitis? ¿Ha de ser verdad que nunca hemos de pisar ni solo un dia bueno de vida, sino que en gustaduras desto y de aquello se nos ha de pasar la vida? ¡Oh intolerable vida humana, en la cual hay tantas malicias de que nos guardar, y tantos peligros de tropezar, y áun tantas cosas en nosotros de considerar, que entónces á ella y á nosotros nos acabamos de conocer, cuando se llega ya la hora de habernos de morir! Sepan los que no lo saben, que el mundo toma nuestro querer, y nosotros, de bobos, no se le queremos negar; y despues de apoderado en nuestro querer, constriñenos á que queramos el nuestro no querer; por manera que muchas veces querríamos hacer algunas obras virtuosas, y por habernos ya dejado en manos del mundo, no osamos hacerlas. Usa de otra cautela el mundo, y es, que á fin que no nos resabiemos con él, loa que loemos el tiempo pasado, con tal condicion que vivamos segun el tiempo presente. Y dice más el mundo, que si nosotros empleamos las fuerzas en sus vicios, él nos da licencia que de las virtudes tengamos buenos deseos. ¡Oh, si lo viese yo en mis dias que la solicitud que pone el mundo para conservar á sus mundanos, pusiesen los mundanos en apartarse de sus vicios, yo juro que los dioses tuviesen más siervos, y el mundo y la carne no tuviesen tantos esclavos!

CAPÍTULO III.

En el cual el emperador Marco Aurelio prosigue su plática; prueba por muy buenas razones que pues los viejos quieren ser servidos y honrados de los mozos, deben ser más honestos y virtuosos que ellos.

Todo lo sobredicho lo he dicho por ocasion de ti, *Claudio, y de ti, Claudina, los cuales dos*, cuando de setenta años no quereis salir de la cárcel del mundo, ó teneis ya los miembros podridos, ¿qué esperanza ternémos de los mozos que no han sino veinte y cinco años? Si no me engaña mi memoria, cuando yo allá estaba ya teníades nietos casados y bisnietos desposados, y áun choznos nacidos; y pues esto es verdad, paréceme á mí que exprimido el racimo, no es sino para los animales el orujo; cogida la fruta, de ningun valor es la hoja; despues de llevada la presa, mal puede moler el molino; quiero decir, que el hombre ya muy viejo débese tener por afrentado de vivir tanto en el mundo. No penseis, amigos, que se sufre tener la casa llena de nietos, y decir á los otros que han pocos años; porque en cargando el árbol de frutas, luégo las flores se caen ó se tornan marchitas. Estado he pensando entre mí qué es lo que vosotros podíades haber hecho para que pareciésedes mozos y acortásedes los años; no sé otra razon sino que cuando casastes á Lamberta, vuestra hija, con Drusio, y á vuestra nieta Sofía la hermosa con Tuscidano, los cuales todos eran tan mozos, que apénas las mozas habian quince años ni los mozos veinte, como á vosotros, sus abuelos, os sobraba edad y os faltaban dineros, imagino que les distes cada veinte años de los vuestros en lugar de los dineros del dote. Podíase de esto colegir que os quedastes con los dineros de los nietos, y sacudistes de vosotros los años propios. Mucho quisiera, amigos mios, como oí decir que fuisteis mozos y muy mozos, veros con mis ojos viejos y muy viejos, no digo en la edad que os sobra, sino en el seso que os falta. Oh, Claudio y Claudina! notad, notad esto que os quiero decir, y siempre en la memoria lo debeis tener. Yo os hago saber que sustentar la mocedad, deshacer la vejez, vivir contentos, exentarnos de trabajos, alargar la vida y no sentir la muerte, estas cosas no son en manos de los hombres que las desean, sino en manos de los que las dan; los cuales, segun su justicia, y no nuestra codicia, nos dan la vida por peso y la muerte sin medida; una cosa hacen los viejos, la cual es causa de escandalizar á muchos, y es, que quieren ellos primero hablar en los consejos, quieren de los mozos ser más servidos, quieren en los convites los primeros asentamientos, quieren en todo lo que dicen ser siempre creidos, quieren en los templos estar más altos que otros, en el repartir de los oficios quieren ellos los más honrados, en cosa que ellos votan no quieren ser contradichos; finalmente, quieren tener el crédito de viejos y hacer la vida de mozos. Todas estas preeminencias y privilegios, justo y justísimo es que las tengan los viejos, los cuales desde muchos tiempos en servicio de la república han empleado sus años; pero junto con esto, avísoles y requiéroles que la autoridad que les dan sus canas, no la desmerezcan por sus malas obras. ¿Por ventura será cosa justa que el mozo humilde y honesto reverencie al viejo indómito y soberbio? ¿Por ventura será cosa justa que el mozo benévolo y amoroso reverencie al viejo envidioso y malicioso? ¿Por ventura será cosa justa que el mozo cuerdo y sufrido reverencie al viejo impaciente y loco? ¿Por ventura será cosa justa que el mozo liberal y magnánimo reverencie al viejo escaso y codicioso? ¿Por ventura será cosa justa que el mozo solícito y cuidadoso

reverencie al viejo descuidado y perezoso? ¿Por ventura será cosa justa que el mozo abstinente y sobrio reverencie al viejo goloso y regalado? ¿Por ventura será cosa justa que el mozo continente y casto reverencie al viejo lujurioso y disoluto? No me parece á mí que estas cosas son para que por ellas merezcan ser honrados, sino reprehendidos y castigados; porque los viejos más pecan en el mal ejemplo que dan, que no en la culpa que cometen. No me podrás tú negar, Claudio, amigo mio, que habrá treinta y tres años que estando ambos en el teatro mirando un espectáculo, como vinieses tarde y no hallases asentamiento, dijiste á mí, que estaba asentado: «Levántate, Marco, hijo, que pues tú eres mozo, justo es des el lugar á mí, que soy viejo.» Si es verdad que há treinta y tres años que querias ya lugar en los teatros como viejo, dime, yo te ruego y áun conjuro, ¿con qué ungüento te has untado ó con qué agua te has lavado para remozarte y tornarte mozo? ¡Oh, si tú, Claudio, hubieses hallado alguna medicina ó descubierto alguna yerba, con la cual á los hombres quitases las canas de la cabeza y á las mujeres quitases las arrugas de la cara, yo te juro y áun aseguro que tú fueses más visitado y servido en Roma, que no lo es el templo de Apolo en Asia! Bien te acordarás tú de Annio Prisco el viejo, vecino que era nuestro y algo pariente tuyo, el cual, como yo le dijese un dia que no me hartaba de oir sus buenas palabras y de mirar sus ancianas canas, díjome él: «¡Oh, Marco hijo, bien parece que no has sido viejo, y por eso hablas como mozo; ca las canas, si honran á la persona, lastiman mucho al corazon, porque la hora que nos ven viejos, los extraños nos aborrecen, y los nuestros no nos aman!» Y díjome más: «Hágote saber, hijo Marco, que muchas veces mi mujer y yo hablamos en particular coloquio de los años que ha cada uno, y cómo ella me mira tanto y le parezco tan viejo, dígole y júrole que áun soy mozo, porque las canas me han venido por herencia y la vejez por dolencia.» Acuérdome tambien que á este Annio Prisco le cupo de ser senador un año, y como le pesase mucho de parecer viejo, y en extremo trabajase de que le tuviesen por mozo, acordó de raparse la barba y la cabeza á navaja, lo cual era muy prohibido á los censores y senadores de Roma; y como entrase un dia con los otros senadores en el alto capitolio, dijéronle: «Di, hombre, de dónde eres? qué quieres? á qué vienes? ¿y cómo has sido osado, no siendo senador, de entrar en este senado?» Respondió él: «Yo soy Annio Prisco el viejo; ¿qué es esto, que ahora me habeis desconocido?» Replicáronle ellos: «Si tú fueses Annio Prisco, no vernias así rapado; ca en este senado no puede ninguno entrar á gobernar la república si no fuere honestísima su persona y trajere cubierta de canas la cabeza, y tú desde ahora te ten por desterrado y por privado del oficio, porque los viejos que viven como mozos, como mozos han de ser castigados.» Bien sabes tú, Claudio y Claudina, que esto que he dicho no es ficcion de Homero ni fábula de Ovidio, sino que vosotros le vistes con vuestros ojos, y yo le ayudé para el destierro con algunos dineros, y no es nada sino que se fué desterrado de Roma á Capua, de do le desterraron otra vez por las liviandades que por la ciudad de noche hacia, y no me maravillo desto; ca, segun vemos por experiencia, los viejos que están muy encarnizados en los vicios, muy peores son de corregir que los mancebos. ¡Oh cuánta malaventura tienen los viejos, los cuales se han dejado envejecer en los vicios; porque más peligroso es el fuego en una casa vieja que no en una nueva, y una reciente cuchillada no es tan peligrosa como una fístola podrida. Aunque los viejos no fuesen honestos y virtuosos, por el servicio de los dioses, por el provecho de la república, por el decir de los pueblos y por el ejemplo de los mozos, debríanlo sólo ser por el descanso de sí mismos. Un pobre viejo, si no tiene dientes, cómo será goloso? si no tiene calor, ¿cómo podrá comer? si no tiene gusto, cómo le sabrá el beber? si no tiene fuerzas, cómo podrá adulterar? si no tiene piés, cómo podrá andar? si tiene perlesía, ¿cómo podrá hablar? si tiene gota artética, cómo podrá jugar? Finalmente, los semejantes hombres mundanos y viciosos emplearon sus fuerzas, cuando mozos, en querer todos estos vicios probar, y agora, que son viejos, pésales de todo su corazon de que no los pueden cumplir. Sobre todas las culpas, á mi parecer, ésta es la más suprema culpa en los viejos; conviene á saber, que constándonos que un viejo ni ha dejado parte del mundo que no ha andado, ni ha dejado vileza que no ha atentado, ni ha dejado fortuna que no ha corrido, ni ha dejado bueno que no ha perseguido, ni ha dejado malo á que no se ha allegado, ni ha dejado vicio que no ha probado, pasando, pues, el malaventurado tantos tiempos en estos vicios, ya que el mundo le ataja los pasos con enfermedades y trabajos, no le pesa tanto, para ser virtuoso, de los vicios que le sobran, cuanto, para ser vicioso, de las fuerzas que le faltan. ¡Oh, si nosotros fuésemos dioses, ó si no, que los dioses nos diesen licencia para que conociésemos los pensamientos de los viejos como vemos con los ojos las obras de los mozos, yo juro al dios Mars, y áun á la madre Berecinta, que, sin comparacion, castigásemos más los malos deseos que tienen de ser malos los viejos, que no las liviandades ni travesuras de los mozos! Dime, Claudio, y dime tú, Claudina, ¿pensais vosotros por ventura que por traeros como mozos, dejaréis de parecer viejos? Vosotros no sabeis que nuestra naturaleza es corrupcion de nuestro cuerpo, y nuestro cuerpo es mullidor de nuestros sentidos, y nuestros sentidos son alcaides de nuestra ánima, y nuestra ánima es madre de nuestros deseos, y nuestros deseos son verdugos de nuestra juventud, y nuestra juventud es atalaya de nuestra vejez, y nuestra vejez es espía de nuestra muerte, y la muerte al fin es el mesmo lugar do toma posada la vida, y donde la mocedad se nos va huyendo por piés, y de la vejez áun no podemos escapar cabalgando. Holgaria que tú, Claudio, y tú, Claudina, me dijésedes qué hallais en la vida, por qué os contenta tanto la vida despues que habeis pasado ochenta años de vida. O vosotros habeis sido en este mundo malos ó habeis sido buenos; si habeis sido buenos, tened por bueno iros á gozar con los dioses buenos; si habeis sido malos, justísimo es que os murais, porque no seais más malos, que hablando la verdad, los que en setenta

ta años han sido de mala vida, poca esperanza ternémos de su enmienda. Adriano, mi señor, estando en Nola de Campania, trajéronle un sobrino suyo del estudio, en el cual el niño no habia aprovechado poco, ca venía gran griego y latino, y junto con esto, el mozo era hermoso y honesto, y como el emperador Adriano le amase tanto á su sobrino, díjole estas palabras: «No sé, sobrino, si te diga que seas bueno ó que seas malo, porque si eres malo, será en tí mal empleado el vivir; si eres bueno, luégo te has de morir, y por eso vivo yo más que todos, porque soy peor que todos.» Por estas palabras que dijo Adriano, mi señor, da claramente á entender que á los buenos en breve les saltea la muerte, y á los malos se les alarga mucho la vida. Opinion fué de un filósofo, que los dioses, como son tan profundos en sus secretos y tan justos en sus obras, á los hombres que ménos aprovechan en la república, á aquellos alargan mucho más la vida; y si él no lo dijera, vémoslo nosotros por experiencia, porque á un bueno y que de la república es celoso, ó le llevan los dioses, ó le matan los enemigos, ó le acaban los trabajos. Cuando el gran Pompeyo y Julio César se enemistaron, y de aquella enemistad en crudas guerras vinieron, cuentan los anales de aquel tiempo que vinieron en favor de Julio César los reyes y gentes de Occidente, y en socorro del gran Pompeyo todos los más poderosos de Oriente; porque estos dos príncipes eran amados de pocos, y servidos y temidos de muchos. Entre las otras gentes várias y extremadas que vinieron de Oriente en las huestes del gran Pompeyo, fueron unos bárbaros muy bárbaros, los cuales decian ser moradores á la otra parte de los montes Rifeos, á las vertientes que corren á la India. Tenian en costumbre estos bárbaros de no querer vivir más de cincuenta años, y para esto, cuando llegaban á la tal edad, hacian grandes hogueras de fuegos, y allí se quemaban vivos, y por su voluntad se sacrificaban á los dioses. No se espante nadie de lo que hemos dicho, pero espántense de lo que queremos decir; conviene á saber, que el dia que uno cumplia los cincuenta años, así vivo se echaba en los fuegos, y los parientes y hijos y amigos del tal hacian muy gran fiesta, y la fiesta era, que comian las carnes de aquel muerto medio quemado, y bebian en vino ó agua los polvos de sus huesos; por manera que las entrañas de los hijos vivos eran sepulcros de los padres muertos. Todo lo sobredicho vió con sus propios ojos el gran Pompeyo, á causa que algunos cumplieron los cincuenta años estando en su campo, y como el caso era tan monstruoso, muchas veces despues lo contaba Pompeyo en el Senado. Sienta en este caso cada uno lo que quisiere, y condene á estos bárbaros cuanto mandáre; que yo no dejaré de decir lo que siento. ¡Oh siglo dorado, que tales hombres tuvo! ¡Oh gente bienaventurada, de la cual en todos los siglos advenideros con razon habrá perpétua memoria! ¿Qué menosprecio del mundo, qué olvido de sí mismos, qué acocear de fortuna, qué azote para la carne, qué en poco tener la vida, cuán en ménos tener ni temer la muerte pudo ser mayor? ¡Oh qué freno para viciosos, oh qué espuelas para virtuosos, oh qué confusion para los que aman la vida, oh qué ejemplo tan grande para no temer la muerte nos dejaron! Pues éstos de su voluntad menospreciaban la vida propia, bien es de pensar que no morirían por tomar la hacienda ajena. No por más de por pensar que nunca ha de haber fin nuestra vida, jamas ha fin nuestra codicia. ¡Oh gloriosa gente, y diez mil veces bienaventurada, que dejada la sensualidad propia, y vencido el natural aspecto de querer vivir, no creyendo á lo que veíades, teniendo la fe en lo que nunca viste, fuistes á los hados á la mano, salistes á la fortuna al camino, derrocastes por suelo á la vida, hurtastes el cuerpo á la muerte, y sobre todo, ganastes honra con los dioses, no que os alargasen más la vida, sino que tomasen lo que vos sobraba de la vida. Arcagento, cirujano de Roma, y Antonio Musa, médico del emperador Augusto, y Esculapio, padre de la medicina, pocos sextercios ganáran en aquella tierra. ¿Quién mandára á aquellos bárbaros hacer entónces lo que hacen agora los romanos; conviene á saber, jaroparse á la mañana, tomar píldoras á la noche, serenar sueros, tomar ordeates, untar el hígado, correr por desopilar el bazo, sangrarse hoy, purgarse mañana, comer de una cosa y abstenerse de muchas? No es de creer que quien de balde busca la muerte, diera dineros por alargar la vida.

CAPÍTULO IV.

En el cual el emperador Marco Aurelio concluye su carta, y dice cuánto peligro se les sigue á los viejos de vivir como mozos, y para remedio dello dales muy buenos consejos.

Viniendo, pues, al caso de tí, oh Claudio y Claudina, paréceme que aquellos bárbaros siendo de cincuenta años, y vosotros habiendo más de setenta, sería justo que, pues sois mayores en la edad, fuésedes iguales en la cordura; si no quisiéredes, como ellos, tomar la muerte dulce, á lo ménos enmendeis la vida mala. Acuérdome, no habrá muchos años, que Fabricio el mozo, hijo de Fabricio el viejo, me tenía ordenada una mala burla, de la cual si vosotros no me avisárades, se me siguiera una notable afrenta; y pues entónces me hicistes tan buena obra, quisiéraosla pagar en la misma moneda, porque entre los amigos no hay igual beneficio con desengañar al engañado. Hágoos saber, si no lo sabeis, pobres viejos, que estáis ya tales, que teneis los ojos hundidos, las narices húmedas, los cabellos blancos, el oir perdido, la lengua torpe, los dientes caidos, la cara arrugada, los piés hinchados y los pechos ahogados; finalmente, digo que si supiese hablar la sepultura, como á caseros suyos, os podrá compeler por justicia viniésedes á poblar su casa. Gran compasion es de tener á los mancebos y á su juvenil ignorancia, porque á los tales entónces se les abren los ojos para conocer los infortunios de esta vida, cuando se les acaba la vida y los emplazan para la sepultura. Decia el divino Platon, en el libro *De republica*, que á los mozos vanos y locos en vano les damos consejos buenos, porque la juventud es sin experiencia de lo que sabe, sospechosa de lo que oye, incrédula de lo que le dicen, menospreciadora del consejo ajeno y muy pobre del suyo propio. Caso que esto es verdad, como es verdad, yo os digo, Claudio y Claudina, que sin comparacion no es tan mala la ignorancia que tienen de lo bueno los

mozos, como la obstinacion que tienen en lo malo los viejos, porque los dioses inmortales muchas veces disimulan mil ofensas cometidas por ignorancia, y por otra parte no perdonan una culpa cometida por malicia. Oh, Claudio y Claudina! yo no me maravillo que como hombres olvideis á los dioses que os criaron, olvideis á los padres que os engendraron, olvideis á los parientes que os favorecieron, olvideis á los amigos que os honraron; pero de lo que me escandalizo es, que vosotros mismos olvideis á vosotros mismos; conviene á saber, que nunca mirais qué habeis de ser hasta que sois lo que no querríades ser, y esto sin poder tornar atras. Despertad, pues en el sueño estáis ahogados; abrid los ojos, pues estáis adormecidos; acostumbráos á trabajar, pues sois vagamundos; aprended lo que os cumple, pues sois simples; no os descuideis de lo que os conviene, pues sois ya tan viejos; quiero decir, que os concerteis de espacio con la muerte ántes que os hagan ejecucion en la vida. Cincuenta y dos años há que tengo conocimiento de las cosas de este mundo, pero jamas conocí en él mujer tan cargada de años, ni hombre viejo que tuviese tan podridos los miembros, que por falta de fuerzas dejasen de ser buenos, si quisiesen ser buenos, ni áun por la misma ocasion dejasen de ser malos. Cosa es maravillosa de ver y muy digna de notar, en que todas las cosas corporales del hombre se envejecen, si no es el corazon interior y la lengua exterior; porque el corazon siempre está verde para pensar maldades, y la lengua siempre tiene habilidad para decir mentiras y malicias. Sería mi parecer que, pues es pasado el verano alegre, vos aparejáseis para el invierno erizado, y si os queda poco del dia, vos deis priesa á tomar posada; quiero decir, que si el dia de vida pasastes con trabajo, trabajeis porque la noche de la muerte vos tome en puerto seguro. Las burlas pasen por burlas, y las véras tomemos por véras; conviene á saber, que sería cosa muy justa, y áun para vuestra honra necesaria, que todos los que os vieron en otro tiempo ser mozos locos, os viesen agora estar muy retraidos; porque no hay cosa con que más se olviden las liviandades de la mocedad que mostrando mucho reposo y gravedad en la vejez. Cuando el caballero pasa la carrera, no le culpan que el caballo lleve descrinadas las crines; mas despues que es llegado á su puesto, justo es que aderece su caballo. ¿Qué mayor confusion puede ser á la persona, y igual afrenta á nuestra madre Roma, que ver lo que vemos hoy en ella, es á saber, andar ruando por las plazas, irse á ver los teatros, asentarse en los coliseos, los viejos que se caen de podridos, como los mozos que agora ciernen para pámpanos. Vergüenza he de decirlo; pero más me escandalizo de verlo, ver á los viejos romanos cómo cada dia se sacan las canas por no parecer viejos, hacen á menudo la barba por parecer mozos, el calzado traen muy justo, las camisas muy descubiertas, el palio todo encarnado, la insignia romana muy esmaltada, argolla de oro á la garganta como los dacios, tintinábulos en la ropa como los safiros, nacre en los sombreros como los griegos, y perlas en los dedos como los indios. ¿Que más quereis que diga, despues de lo que tengo dicho, sino que traen las ropas anchas y largas como los tarentinos, y las traen de color de croco como los vándalos, y cada semana las sacan nuevas como histriones? Y lo peor de todo, que así se precian de ser enamorados como cuando eran muy mozos. Que los viejos sean combatidos y aún vencidos de los juveniles deseos, no es de maravillar, porque es tan natural aquel bestial apetito como lo es el comer cotidiano; pero que los viejos, siendo viejos, sean públicamente disolutos, justamente desto se deben escandalizar todos, porque los viejos carnales y viciosos ofenden á los dioses con el hecho y escandalizan á la república con el escándalo. ¡Oh, cuántos he conocido yo en Roma, que fueron muy estimados en la mocedad, y despues, por emboscarse en estas liviandades, lo perdieron en la vejez; y lo peor de todo, que ellos perdieron el crédito, sus parientes el favor y sus inocentes hijos el provecho; porque muchas veces permiten los dioses que habiendo los padres cometido la culpa, sobre solos los hijos descienda la pena. El muy famoso Gaguino Caton, que descendia del antiguo linaje de los sabios Catones, fué en Roma flamen dialis cinco años, pretor tres, censor dos, dictador uno, cónsul cinco veces; siendo de edad de sesenta y cinco años dióse á seguir y á servir y á requerir á Rosana, hija de Gneo Curcio, dama, por cierto, harto moza y no poco hermosa, y asaz de muchos deseada y festejada. Andando, pues, el tiempo, y el dios Cupido haciendo su oficio, encarnó tanto el amor en el corazon del triste viejo, que casi vino á perder el sentido, y en que despues de haber consumido toda su hacienda en servirla, todo el dia suspiraba y toda la noche lloraba no más de por verla. Aconteció que debieran dar á la dama Rosana unas enojosas calenturas, con gran hastío de no poder comer, y como se le antojasen unas uvas, y por ser temprano, áun en Roma no eran maduras, sabido esto por Gaguino Caton, envió al rio Rin por ellas, á parte que habia gran suma de millas. Como la cosa fuese divulgada por Italia, y en Roma lo supiese ya todo el pueblo, y de la liviandad se diese noticia al Senado, mandaron los padres conscriptos que Rosana fuese con las vírgenes vestales en el templo encerrada, y el viejo perpétuamente de Roma desterrado, porque á ellos fuese castigo y á los otros ejemplo. De verdad que me hizo gran lástima verlo, y áun agora tengo no pequeña pena en escribirlo, porque vi al padre morir con infamia y á los hijos vivir con pobreza. Bien creo yo que todos los que en este tiempo oyeren, y todos los que esta escritura leyeren, afearán el hecho del viejo enamorado, y aprobarán por buena la sentencia que contra él dió el Senado; pero yo juro que si tantos mozos tuviese Gaguino Caton en su destierro como terná viejos enamorados que sigan su ejemplo, no habria en Roma tantos hombres perdidos ni mujeres mal casadas. Muchas veces acontece que los hombres viejos, mayormente siendo generosos y valerosos, son avisados de sus criados, son reprehendidos de sus parientes, son rogados de sus amigos y son acusados de sus enemigos, por andar en pasos tan deshonestos; y responden á la tal demanda que no son enamorados sino de burla. Siendo yo mozo, muy mozo, no ménos en el seso que en la edad, una noche, en el Capitolio, topé con un mi vecino, el cual era tan viejo, que me podia tener por nieto, y díjele esta palabra: «Señor Fabricio, ¿y vos

tambien enamorado?» Respondióme él: «Señor Marco, ya veis que mi edad no sufre ser enamorado, y si lo soy, soylo por pasatiempo.» Por cierto yo me maravillé toparlo á tal hora y me escandalicé de darme tal respuesta. En los viejos de mucha edad y gravedad las tales respuestas no se pueden llamar amores, sino dolores; no pasatiempo, sino perder tiempo; no burla, sino burlería; porque de los amores de burlas se les sigue infamia de véras. A tí, Claudio y Claudina, pregunto, ¿qué otra cosa sois los viejos enamorados, sino un círculo delante la taberna, do todos piensan que hay vino, y no venden sino vinagre? Item, son como los huevos, muy blancos, y despues los hallan dentro güeros. Item, son como herida sobresana, y está hecha una fístola. Item, son como píldora dorada, la cual gustada, tiene en sí gran amargura. Item, son como las redomas que en las boticas están quebradas, y tienen los sobrescritos nuevos. Item, son como el tremedal helado, en el cual no hay paso seguro. Item, son como una portada nueva, y dentro está la casa toda podrida; finalmente, el viejo enamorado es como el caballo de ajedrez, que ayuda á perder el dinero, y no puede sacar á nadie de peligro. Nótese esta palabra, y para siempre encomiéndese á la memoria; conviene á saber, que el viejo vicioso y lujurioso no es sino como el puerro, que tiene las barbas blancas y las porretas verdes. Paréceme á mí, si os pareciese á vosotros, que no debríades aguardar de quebrar las alas al tiempo cuando no es razon que haya pluma en ellas. Ni os engañeis, amigos y vecinos mios, diciendo que para todo hay tiempo; porque la enmienda está en manos de vosotros, que la habeis de hacer; pero el tiempo está en manos de los dioses, que le han de repartir. Vengamos, pues, al remedio para remediar este tan gran daño, y sea que lo que pudiéredes andar de dia, no lo guardeis andar para la noche de la vejez; porque mal corta el cuchillo gastado el acero, y el que está avezado á carne, mal se amaña á roer los huesos. Item, os digo y aviso que si la casa, de podrida y vieja, se nos va á caer, la apoyemos, no con cuentos de madera, sino con pensar la estrecha cuenta que hemos de dar á los dioses de la vida y á los hombres de la fama. Item, digo que si la viña de todas nuestras virtudes está vendimiada, démonos á la rebusca de la emienda. Pues las cubas de nuestra cosecha se estragaron con malas y perversas obras, remostémoslas con mosto nuevo de nuevos y buenos deseos. Son los dioses tan apacibles de servir, y tan buenos de contentar en los servicios que les debemos por los bienes que nos hacen, que si no les podemos todo pagar con buenas obras, toman en descuento buenos deseos; finalmente, digo que si tú, Claudio y Claudina, ofrecistes la harina de la juventud al mundo, ofrezcais ahora los salvados de la vejez á Dios. Yo os he escrito largo, y más de lo que tenía en el pensamiento. Saludadme á la vecindad toda, en especial á Drusia Patrocla, viuda y generosa romana. Acuérdome que Gorvina, vuestra nieta, me hizo un placer el dia de la madre Berecinta; ahí envio tres mil sextercios; serán los mil para ayudar á casarla, y los otros para ayudar á relevar vuestra pobreza. Mi Faustina está mala; daréis otros mil sextercios á las vírgenes vestales porque rueguen á los dioses por ella. A tí, Claudina, envia mi Faustina un arca; por los inmortales dioses juro no sé qué envia en ella. A los dioses ruego que, pues sois viejos, os den buena muerte, y á mí y á mi Faustina nos dejen hacer buena vida. Marco del monte Celio vos escribe de su propia mano.

SOBRE LA MUERTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Sobre que los príncipes y grandes señores deben acordarse que son mortales, y ni porque tengan muchos regalos en la vida, no por eso han de excusarse de saber á qué sabe la sepoltura. Pone aquí el autor notables palabras para no temer la muerte.

Cleobolo y Biton fueron hijos de una famosa mujer, la cual era sacerdotisa de la diosa Juno; y como se llegase el dia de la gran solemnidad de aquella diosa, aparejaron los hijos un carro, en que la sacerdotisa de su madre fuese al templo; porque tenian en costumbre los griegos que el dia que los sacerdotes habian de ofrecer solemnes sacrificios, ó habian de ir en brazos ó los habian de llevar en carros. Acataban tanto sus templos, tenian en tanto sus sacrificios y honraban tanto á sus sacerdotes, que si algun sacerdote ponia los piés *en el suelo, no le consentian* aquel dia ofrecer sacrificio. *Fué, pues, el caso,* que caminando aquella sacerdotisa en su carro, y sus hijos Cleobolo y Biton con ella por el camino, súbitamente se cayeron muertos los animales que llevaban el carro, bien diez millas ántes que llegasen al templo de la diosa Juno. Visto que los animales eran muertos, y que la madre no podia ir á pié, y que el carro estaba parado, y que no habia otros animales á mano, determinaron los hijos, como buenos hijos, de tomar á cuestas el yugo y ceñirse las coyundas, y tirar y llevar aquel carro, como si fuesen bestias; y así fué que como su madre los trajo en el vientre cada nueve meses, ellos llevaron á ella y al carro diez millas. Como iban muchos y de diversas partes á la gran fiesta de la diosa Juno, y vieron á Cleobolo y á Biton ir uncidos al carro, y llevar en él á su madre al templo, fueron dello muy maravillados, y decian ser aquellos mozos merecedores de grandes premios, y de verdad, justamente lo decían, y ellos lo merecian; porque en tanto se ha de tener el ejemplo que daban á

que cada hijo reverencie á su padre, como en llevar de aquella manera á su madre. Despues que se hubo acabado aquella fiesta, no sabiendo la madre con qué pagar á sus hijos tan buena obra, rogó con muchas lágrimas á la diosa Juno acabase con los otros dioses, sus compañeros, que tuviesen por bien de dar á aquellos sus dos hijos la mejor cosa que los dioses suelen dar á sus amigos. Respondióle la diosa Juno que ella era contenta de lo suplicar, y que ella y los otros dioses serian tambien contentos de lo hacer, y el galardon que por este heroico hecho dieron fué, que Cleobolo y Biton se acostaron á dormir sanos, y otro dia los dos amanecieron muertos. Sintiendo mucho la madre la muerte de los hijos, y quejándose á los dioses de los mismos dioses, díjole la diosa Juno: «Si te quejas, no tienes razon de te quejar, pues te dimos lo que pediste, y pediste lo que te dimos. Yo soy diosa, y tú eres mi sacerdotisa, y á esta causa dieron los dioses á tus hijos la cosa que es á ellos más cara, y ésta es la muerte; porque nosotros los dioses la mayor venganza que tomamos de nuestros enemigos es dejarlos mucho vivir, y la mejor cosa que tenemos guardada para nuestros amigos es hacerlos presto morir.» Es autor desta historia Hicearco, en su *Política*, y Ciceron, en el primero de las *Tusculanas*. En la isla de Délfos, do estaba el oráculo de Apolo, habia allí un templo suntuosísimo, el cual con la gran antigüedad de tiempo, se iba todo á caer al suelo, como acontece á todos los edificios superbos que de tiempo á tiempo no son reparados; porque si los muros y homenajes y castillos y casas fuertes supiesen hablar, tambien se quejarian porque no los renuevan, como se quejan los viejos de que no los regalan. Trifonio y Agamendo eran dos varones griegos, y entre los griegos por hombres sabios y ricos tenidos; los cuales se fueron para el templo de Apolo, y edificáronle todo de nuevo, y esto con trabajo de sus personas y con gran gasto de sus haciendas. Acabado el edificio del templo, díjoles el dios Apolo que se tenía dellos por muy servido, y que en remuneracion de su trabajo le pidiesen alguna cosa, que de voluntad les sería otorgada, porque los dioses tenian en costumbre por pocos servicios hacer muchas mercedes. Trifonio y Agamendo respondieron al dios Apolo que ellos, por su voluntad, ni por su trabajo, ni por su costa, no le pedian otro premio, sino que tuviese por bien de darles la cosa que al hombre mejor se puede dar y al mismo hombre le esté mejor, diciendo que los míseros hombres ni son poderosos para evitar el mal, ni tienen prudencia para elegir el bien. Respondió el dios Apolo que era contento de pagarles el servicio que les habia hecho, y de otorgarles lo que le habian pedido; y fué el caso, que tres dias despues que pasó esto, ya que Trifonio y Agamendo habian solemnemente comido, súbitamente se cayeron los dos juntos muertos á la puerta del templo; por manera que fué el premio de su trabajo sacarles deste trabajo. El fin de contar estos dos ejemplos es para que conozcan todos los mortales que no hay cosa tan buena en la vida como es cuando se acaba la vida; y si en el dejar no es sabrosa, es á lo ménos muy provechosa; porque á un caminante acusarle hiamos de gran imprudencia, si yendo sudando por el camino se pusiese á cantar, y despues por haber acabado la jornada se tomase á llorar. ¿Por v[...] loco el que va navegando, si le pesa de [...] puerto? ¿Por ventura no es simple el que da[...] y suspira porque alcanzó la vitoria? ¿Por vent[...] más vano el que estando en un gran aprieto, le [...] de ser socorrido? Pues muy más imprudente, mucho más vano y loco es el que caminando para la muerte, le pesa de topar con su muerte, porque la muerte es el refugio verdadero, la sanidad perfeta, el puerto seguro, la vitoria entera, la carne sin hueso, el pescado sin espina, el grano sin paja; finalmente, despues de la muerte, ni tenemos que llorar, ni ménos que desear. En tiempo del emperador Adriano murió una matrona muy generosa y que del Emperador era parienta, y un filósofo, llamado Segundo, hizo una oracion á sus exequias muy solemnísima, en la cual dijo muchos males de la vida y muchos bienes de la muerte, y como el Emperador le preguntase qué cosa es muerte, respondió el filósofo: «La muerte es un eterno sueño, una disolucion de cuerpo, un espanto de ricos, un deseo de pobres, un caso inevitable, una peregrinacion incierta, un ladron de un hombre, una madre del sueño, una sombra de vida, un apartamiento de vivos, una compañía de muertos, una resolucion de todos, un remate de trabajos y un fin de vagamundos deseos; finalmente, es la muerte un verdugo de los malos y sumo premio de los buenos.» Bien habló este filósofo, y no obraria mal el que pensase profundamente en lo que dijo, porque si una gotera cava en una piedra dura, no es ménos, sino que el pensamiento de la muerte nos hará enmendar la vida. Séneca en una epístola cuenta de un filósofo, que habia nombre Baso, al cual, como le preguntasen qué mal habia en la muerte, por que los hombres temian tanto la muerte, respondió: «Si algun daño ó miedo se cree en el que se quiere morir, no es propiedad de la muerte, sino vicio del que muere.» Conforme á lo que este filósofo dijo, podemos nosotros decir que así como el sordo no puede juzgar de las consonancias ni el ciego de las colores, tampoco puede el que nunca gustó la muerte decir mal de la muerte; porque de todos los que son muertos, ninguno se queja de la muerte, y de los pocos que son vivos, todos se quejan de la vida. Si algunos de los muertos tornasen acá á hablar con los vivos, y como quien lo ha experimentado, nos dijesen si hay algun mal en la muerte secreto, razon sería tener de la muerte algun espanto; pero porque un hombre que ni vió, ni oyó, ni sintió, ni gustó jamas la muerte nos diga mal de la muerte, ¿por eso hemos de aborrecer la muerte? Algun mal deben tener hecho en la vida los que temen y dicen mal de la muerte; porque en aquella postrera hora y en aquel estrecho juicio es do los buenos son conocidos y los malos descubiertos. Ni á príncipes ni á caballeros, ni á ricos ni á pobres, ni á sanos ni á enfermos, ni á prósperos ni á abatidos, á ninguno veo de los vivos con sus estados estar contentos, sino son los muertos, los cuales en sus sepulcros están en paz y quietos, en que ya ni son avaros, codiciosos, superbos, perezosos, vanos, ambiciosos ni vagamundos; por manera que el estado de los muertos debe ser más seguro, pues á ninguno vemos con él estar descontento. Pues los que están po-

bres buscan con qué se enriquecer, y los que están tristes buscan con qué se alegrar, y los que están enfermos buscan con qué sanar, ¿por qué los que tienen á la muerte tanto temor no buscan algun remedio para no la temer? Diria yo en este caso, que se ocupa en bien vivir el que no quiere temer morir; porque la inocente vida hace ser la muerte segura. Preguntado el divino Platon por Sócrates cómo se habia habido con la vida y cómo se habia con la muerte, respondió: «Hágote saber, Sócrates, que en la mocedad trabajé por bien vivir y en la vejez trabajé por bien morir, y como la vida ha sido honesta y espero la muerte con alegría, ni tengo pena en vivir ni terné temor de morir.» Fueron por cierto estas palabras dignas de tal varon. Mucho se sienten los hombres sentidos cuando han trabajado y no les pagan su sudor, cuando ellos son fieles y no corresponden á su fidelidad, cuando á sus muchos servicios les son los amigos ingratos, cuando son honrados y no les dan lugares honrosos; porque los generosos y valerosos corazones no sienten ellos perder el fruto de su trabajo; pero sienten mucho no les reconocer que han trabajado. ¡Oh, bienaventurados los que mueren, los cuales sin esta afrenta y sin esta pena se está cada uno en su sepoltura; porque en aquel tribunal guárdase á todos tan igualmente la justicia, que en el mismo lugar que merecimos en la vida, en aquel nos colocan despues de la muerte! Jamas hubo, ni hay, ni habrá juez tan justo ni en la justicia tan recatado, que el premio diese por peso y la pena por medida, sino que algunas veces castigan á los inocentes y absuelven á los condenados, agravian al que está sin culpa y disimulan con el culpado; porque muy poco aprovecha al pleiteante que le sóbre justicia, si al que es su juez le falta conciencia. No es así por cierto en la muerte, sino que se han de tener todos por dicho que el que tuviere buena justicia, segura terná por sí la sentencia. En tiempo que era censor en Roma el gran Caton Censorino, murió un muy famoso romano, y en su muerte mostró grave esfuerzo, y como otros romanos loasen el esfuerzo que habia tenido y las palabras que habia dicho, Caton Censorino rióse de lo que decian y de lo que loaban, y preguntado la causa de su risa, respondió: «Espantaisos de que yo me rio, y yo ríome de que os espantais; porque considerados los trabajos y peligros con que vivimos, y la seguridad y quietud con que morimos, yo digo que es menester más esfuerzo para vivir que no osadía para morir.» Es autor desto Plutarco, en su *Apotegmata*. No podemos negar sino que como hombre sabio habló Caton Censorino, pues vemos cada dia á personas virtuosas y vergonzosas pasar hambre, frio, sed, cansancio, pobreza, afrenta, tristezas, enemistades y infortunios, las cuales cosas todas les valdria más ver el fin dellas en un dia que sufrirlas cada hora; porque ménos mal es una muerte honesta que no una vida enojosa. ¡Oh cuán inconsiderados son los hombres en pensar que no más de una vez se han de morir, como sea verdad que el dia que nacemos comienza nuestra muerte, y el dia postrero nos acabamos de morir! Si no es otra cosa la muerte, sino acabar alguna *cosa la vida*, razon hay para decir que murió nuestra *infancia, murió nuestra puericia*, murió nuestra juventud, murió nuestra viril edad, y muere y morirá nuestra senectud, de la cual podemos colegir que morimos cada año, cada mes, cada dia, cada hora y cada momento, por manera que pensando traer la vida segura, anda con nosotros la muerte revuelta. No sé yo por qué los hombres se espantan tanto de morir; pues desde el punto que nacen, alguna otra cosa no andan á buscar; porque jamas le faltó á alguno tiempo para se morir, ni jamas supo alguno este camino errar. Séneca en una epístola cuenta que llorando una romana á un hijo suyo que se habia muerto muy mancebo, le dijo un filósofo: «Por qué lloras, oh mujer, á tu hijo?» Respondió ella: «Lloro porque vivió veinte y cinco años, y quisiera que viviera cincuenta; porque las madres amamos tan de corazon á nuestros hijos, que ni nos hartamos de los mirar, ni jamas acabamos de los llorar.» Díjole entónces el filósofo: «Dime, yo te ruego, mujer, ¿por qué no te quejas de los dioses, por no haber hecho á tu hijo muchos años ántes nacer, como te quejas que no le dejaron otros cincuenta más vivir? ¿Lloras que murió temprano, y no lloras que nació tan tarde? Dígote verdad, mujer, que si no te acuerdas de entristecer por lo uno, tampoco debes llorar por lo otro; porque sin determinacion de los dioses, ni podemos abreviar la muerte, ni ménos alargar la vida.» Conforme á lo que dijo este filósofo, decia tambien Plinio, en una epístola, que la mejor ley que los dioses habian dado á la naturaleza humana era, que ninguno tuviese la vida perpétua; porque con el desordenado deseo de vivir vida larga, nunca holgariamos de salir desta pena. Disputando dos filósofos delante del gran emperador Teodosio, en que el uno se extrañaba en decir que era bueno procurar la muerte, y el otro por semejante decia ser cosa necesaria aborrecer la vida; tomando la mano el buen Teodosio, dijo: «Somos tan extremados todos los mortales en el aborrecer y en el amar, que so color de amar mucho la vida, nos damos muy mala vida, porque sufrimos tantas cosas por conservarla, que valdria alguna vez más perderla.» Y dijo más: «En tanta locura han venido muchos hombres vanos, que tambien por temor de la muerte procuran de acelerar la muerte; y teniendo consideracion á esto, sería yo de parecer que ni amemos mucho la vida, ni con desesperacion busquemos la muerte; porque los hombres fuertes y valerosos, ni han de aborrecer la vida en cuanto duráre, ni pesarles con la muerte cuando viniere.» Todos loaron lo que Teodosio dijo, segun dice, en su *Vida*, Paulo Diácono. Hable cada uno lo que mandáre, y aconsejen los filósofos lo que quisieren; que de mi pobre juicio, aquel sólo recibirá la muerte sin pena, el cual mucho ántes se apareja á recibirla; porque toda muerte repentina, no sólo al que la gusta amarga, mas áun al que la oye espanta. Decia Lactancio que de tal manera ha el hombre de vivir, como si dende á una hora se hubiese de morir, porque los hombres que tuvieren la muerte delante los ojos, es imposible que dén lugar áun á malos pensamientos. A mi parecer, y áun al parecer de Apuleyo, igual locura es desechar lo que no se puede huir, como desear lo que no se puede alcanzar; y dícese esto por los que rehusan la jornada de la muerte, do el camino es necesario; pero el volver es imposible. Los que caminan ca-

s largos, si algo les falta, piden emprestado á la ıañía; si algo olvidan, tornan á la posada, y si no, ben á sus amigos una carta; pero, ay dolor! que ıa vez nos morimos, ni nos dejarán tornar, ni poıos hablar, ni nos consentirán escribir, sino que cuales nos hallaren, tales nos sentenciarán, y lo más terrible es de todo, que la ejecucion y la senia todo se dará en un dia. Créanme los príncipes y des señores, y no dejen para la muerte lo que puehacer en la vida; no esperen en lo que mandaren, sino en lo que hubieren hecho; no consientan obras ajenas, sino en las obras propias; porque al fin más le valdrá un solo suspiro que todos los amigos del mundo. Aviso, ruego y exhorto á todos los hombres cuerdos, y á mí con ellos, que de tal manera vivamos, que á la hora de la muerte podamos decir que vivimos, y no podemos decir que vivimos cuando no vivimos bien; porque el tiempo que gastáremos sin provecho, todo nos le darán por ninguno.

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS.

JUICIOS CRÍTICOS Y CITAS NOTABLES.

I. — DE DIEGO FERNANDEZ.

(*Primera y segunda parte de la Historia del Perú*. Sevilla, 1571.)

Estando, pues, la córte en esta sazon en la villa de Madrid, llegó allí fray Bartolomé de las Casas, de la órden de Santo Domingo, antiguo conquistador y poblador de las Indias. Y al parescer, así en los sermones como en sus pláticas familiares, se mostraba muy celoso del bien comun en la conversion de los indios, y gran defensor dellos. Y sustentaba cosas que aunque buenas y santas, parescian dificultosas de se efectuar..... Y á la verdad, todo lo que decia y platicaba parescia muy justificado y necesario para la conversion de los indios y para mejor conservarse el número dellos, si de querer que se hiciese en poco tiempo y de golpe no resultáran mayores males y daños.

II. — DE JUAN DE CASTELLANOS.

(*Elegías de varones ilustres de Indias*. Elegía XIII, canto II.)

En aquesta sazon que voy diciendo,
Hubo por estas partes y regiones
Un clérigo bendito, reverendo,
Testigo de muy grandes sinrazones;
Á quien Dios levantó, segun entiendo,
Por favorecedor destas naciones;
Bartolomé Casaus se decia,
Padre de esta moderna monarquía;
Cuyo nombre merece ser eterno
Y no cubrirse con escuro velo,
Pues procuró de dar tan buen gobierno
Á los conquistadores de este suelo,
Que sacó muchas almas del infierno
Á la contemplacion del alto cielo.
Aqueste pareció tal cual lo pinto
Ante la majestad de Cárlos Quinto.
. . . .
Él fué quien descubrió la gran solapa
De males hechos en aquesta gente,
Defensa fuerte, protector y capa
De los bárbaros indios de Occidente;
Siendo despues obispo de Chiapa,
Acabó su carrera santamente;
Y en Indias el protervo y el sencillo
Tienen justa razon de bendecillo.

III. — DEL MAESTRO FRAY AGUSTIN DÁVILA PADILLA

(*Historia de la provincia de Santiago de Méjico, por la órden de los predicadores*. Madrid, 1596; Bruselas, 1648.)

Los bien aprovechados estudios de teología que nuestra provincia dió al buen obispo de Chiapa, don fray Bartolomé de las Casas, eran bastantes para que debidamente tuviese lugar en su historia, cuando no fuera comun la deuda que todas las Indias y los ministros del Evangelio en ellas le tienen. Este bendito obispo fué el famoso protector de los indios, defensor del derecho natural, padre de los desamparados, y como le llamaban en la córte, *el Apóstol de las Indias*..... Quedóse nuestro buen obispo con sólo el nombre de obispo de Chiapa, que es título que le ha hecho bien conocido y famoso en el mundo..... El buen obispo no perdia tiempo, hablando, informando, aconsejando y escribiendo todo lo que le parecia conveniente para que Dios fuese en estas tierras servido y los *indios saliesen* de vejaciones. Escribió muchos libros, donde mostró su

buena teología y bien aprovechada ciencia de cánones. Quien leyere con atencion sus graves sentencias, entenderá que oye á un san Pablo ó á un discípulo suyo que se le parezca mucho. Admiracion grande pone ver la claridad y libertad santa con que este bendito obispo habló en sus escritos. Siempre dijo con claridad lo que entendió que convenia al servicio de Dios. A los conquistadores nombraba tiranos; á sus defensores llamaba lisonjeros y aduladores, que querian irse al infierno llevando en su compañía á los reyes, á quien engañaban..... Cuando la doctrina no fuera tan calificada, lo quedaba la persona con tanto estudio, tanta erudicion y tan buen celo como arguye su perseverancia, sin interese del suelo, más que servir en él al que le habia de premiar en el cielo..... Amaba de véras á Dios, y temia callar ofendiéndole..... Engaño notable ha sido querer algunos, á título de servir á los reyes, ofenderlos tanto, que los enseñan á errar. Nunca las doctrinas falsas han dejado de tener algunas apariencias..... Sospechosa cosa es, despues de todas éstas, que se pretenda nuevo modo para promulgar el Evangelio contra el que en él está declarado; y el mal es que usurpe nombre de doctrina de Cristo la que le es contraria. Todos los herejes dicen que sirven á Dios y confiesan á Cristo, y no tienen más que las palabras en esto, porque las obras son de enemigos; y sin duda lo son del Evangelio los que áun cuando le traigan en la boca, aconsejan su predicacion y promulgacion con violencia de armas y agravio de los infieles. No es evangelio de Cristo, sino secta de Mahoma, la que se acoge á las armas; y el decir que es para que defiendan al predicador, ésa es la glosa que compone el demonio para esta falsedad, como ha compuesto otras para las herejías, que al principio entraron con apariencias de piedad, y luégo se descubrió su veneno. La doctrina sólida es la que el santo Obispo profesó, predicó y escribió, y la contraria es enemiga del santo Evangelio, y por consiguiente, no es del Espíritu Santo, sino de los espíritus infernales..... Cobró tanta opinion el buen obispo de Chiapa, así de docto como de santo, que el emperador don Carlos, y despues su hijo el rey don Felipe, mandó que en consejo de Indias se le diesen cada dia dos horas de audiencia, para que propusiese y consultase lo que le pareciese convenir para el servicio de Dios y buen gobierno de las Indias..... A su diligencia se debe lo que hoy se goza en las Indias; porque si no pusiera tanta en atajar los daños que han destruido la Isla Española, toda la Nueva España lo estuviera..... Nuestra religion cristiana queda siempre con la memoria honrosa de un apóstol de Indias; nuestra órden de predicadores tiene en él un verdadero hijo de su padre, que fué señaladísimo en el amor de Dios y de sus prójimos; nuestra provincia de Méjico puede gloriarse de que en un convento suyo, que fué el que entónces tenia en Guatemala, estudió este bendito varon la teología, que con glorioso fruto quedó bien aprovechada, ganando libertad para los indios, y acreditada por las más famosas universidades de la cristiandad. La comun alabanza que se puede estimar de tan buen clérigo, tan perfecto religioso y tan santo obispo es que, como siempre fué bueno en la vida, le quiso dar Dios buena muerte, para que viva eternamente en la victoria del cielo, donde Dios da las coronas y premios á los que defendieron su causa en la tierra.

IV. — DEL DOCTOR BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

(*Primera parte de los Anales de Aragon.* Zaragoza, 1630.)

Despues que Bartolome de las Casas, por la órden que el Rey Católico le dió en Plasencia, poco ántes que falleciese, comunicó lo que traia concebido en reformacion del tratamiento de los indios, con el confesor del mismo Rey y con el comendador Lope de Conchillos, caballero aragones..... Procedió aquel sacerdote fervoroso satisfaciendo en el progreso de aquel arduo negocio á la obligacion de poner medios para la salud de tantas almas, descargando la conciencia de su rey..... Y ellos (los padres jerónimos) dejaron la (compañía) del licenciado Bartolomé de las Casas, comenzando desde entónces á embarazarse con su fervor y con su cuidado en lo tocante al bien espiritual y temporal de los indios. Y aunque estimaban su celo, y conociendo cuán ardiente andaba y cuán desinteresado, encareciendo su bondad, evitaron su persona, excusándose con decirle que aquel navío pasaba muy cargado, y que no le podrian hospedar ni regalar como deseaban. Él, que era sencillísimo, agradecido á la cortesía (que allí lo dejaba de ser), pasó por la repulsa y se embarcó en otro navío..... Eran las ánsias del licenciado Bartolomé de las Casas (ó Casaus, como le llaman algunos), *introducir en* las Indias un suave modo de catequizar aquellos gentiles, y la buena

policía, removiendo todas las violencias..... Aprehendió estas esperanzas con tanta vehemencia, como, demas de lo referido, lo verémos adelante y como en sus libros consta, que despues, siendo fraile y obispo, escribió. Son trece volúmenes, algunos de ellos en lengua latina, aprobados por insignes universidades y colegios..... Aparecióse entónces al Gran Canciller, y luégo, por su intercesion, al Rey, el celoso y diligente Bartolomé de las Casas, que informó lárgamente de todo lo que ya en aquel tiempo eran las Indias. Abrió los ojos á los que hacian aquellas provisiones con poco gusto de los reales consejeros y de los padres jerónimos, que nunca desistieron de la maña con que atendian á desacreditarle.

V. — DE ANTONIO DE HERRERA.

(Papel en fólio, impreso con este título: «En el negocio del conde de Puñonrostro con Antonio de Herrera, coronista mayor de la Majestad Católica de los reinos de las Indias sobre que de la historia se quiten ciertas cosas contra Pedrarias de Avila, se advierte lo siguiente.»)

Que lo principal de la historia es referir los hechos puntual y verdaderamente, y como dice Plutarco, en la *Vida de Ciceron*, el historiador ha de ser como un excelente pintor que hace un retrato con mucha perfeccion; y aunque tenga algun defecto, no le ha de dejar, porque no sería retrato al natural si le dejase; y no hay ley impuesta al historiador para que calle cosa ninguna en la historia..... Viniendo al caso, en lo que se ha de insistir es si el coronista tiene fundamento para lo que escribe de Pedrarias, ó si el Conde prueba lo contrario. El Conde se queja porque se dice en la historia que Pedrarias, siendo gobernador del Darien, tuvo emulacion y ódio con el adelantado Vasco Nuñez de Balboa, y que puesto que le casó con su hija, le cortó la cabeza, y que sus capitanes hicieron muchos estragos, homicidios é insultos contra los indios, por codicia de roballes el oro que tenian, lo cual no castigó; y que jugó cien esclavos de los mismos indios, y otras cosas de ménos importancia, no embargante que en otras partes de la misma historia le loa de valiente y buen caballero, como lo mostró en Orán, Bujía, Granada y Tierra-Firme.

Replica el Conde que era muy buen cristiano, y que despues de la muerte del Adelantado, fué conservado en el mismo gobierno, habiendo pedido licencia para venir á Castilla, y que le hicieron otras mercedes y favores, como parece por cartas y cédulas reales. Y que si hubiera lo que el cronista escribe, no fuera posible que los reyes le hubieran favorecido.

El referido suceso há casi cien años que pasó, y la averiguacion de lo cierto no puede ser por testigos que lo hayan visto; y aunque el Conde es actor y el coronista reo, y habia de probar su intencion el actor, aunque el reo no tuviera ninguna probanza, y se presumirá por él por ser coronista real..... con todo eso, para probar sus excepciones aduce tres géneros de bastantísimas probanzas:

La primera con los papeles y cartas que el obispo de Chiapa (fray Bartolomé de las Casas) y el obispo del Darien, dos religiosos, uno dominico y otro franciscano, escriben al Rey acerca de las muertes, robos é insultos de Pedrarías y otros. Y no se puede imaginar ni conjeturar que dos obispos y dos religiosos, fuera de los demas, dijesen mentira á su rey en casos tan graves y de conciencia. Y conforme á derecho, en negocio tan antiguo las presunciones, aunque fueran ligeras, hacen fe y plena probanza.

La segunda manera de probanza son las muchas historias que hablan de Pedrarias, las cuales hacen probanza plena, mayormente siendo, como son, admitidas de los historiadores y entre otros del pueblo, é impresas con licencia, y dádoles crédito comunmente conforme á la doctrina de Bártulo, etc. Y los historiadores *Chiapa*, la *Pontifical*, Cieza, Gomara y otros muchos dicen haber condenado apasionadamente al Adelantado y haber el dicho Pedrarias y sus ministros destruido la Tierra-Firme; y en particular, dice *Chiapa* en sus libros y cartas que escribió al Emperador, que con avaricia y tiranía asolaron más de cuatro millones de indios, y robaron y destruyeron más de otros tantos de hacienda. Y Lipsio, historiador auténtico, dice, en el libro *De Const.*, que ní bárbaros ni gente ninguna cruel hicieron tantos estragos y crueldades como aquellos del Darien; porque de seiscientos mil indios no dejaron quince mil; y no se puede entender sino de Pedrarias y sus capitanes, como lo escribieron al Rey los sobredichos obispos y otros muchos y los religiosos; cuanto más que destas crueldades y avaricias nadie duda en España, *y está muy recibido que las hubo.*

La tercera manera de prueba son las cartas, libros y escrituras que se hallarán en los archivos de los secretarios que han sucedido en los registros y protocolos de Indias, y en el archivo del colegio de San Gregorio de Valladolid, que por mandado de la majestad católica se entregaron al coronista, que contienen cosas abominables y peores que las que escribe; y deja muchas de escribir por honra de la nacion castellana, por no ser públicas á las extranjeras; y las escrituras y papeles que están en el arca y archivo público hacen fe.

VI. — DEL MISMO AUTOR.

(Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra-Firme del mar Océano.)

El Licenciado Bartolomé de las Casas, *autor de mucha fe.* (Década II, libro II, capítulo I.)

Viendo el padre Casas que los religiosos jerónimos no proveian las cosas á su gusto, andaba muy descontento, y en todas partes y contra todos hablaba con libertad. Muchos lo llevaban en paciencia, sabiendo que su celo era limpio de codicia y de otro cualquiera vicio. (Década II, libro II, capítulo XV.)

Ésta es la historia del licenciado Bartolomé de las Casas, que fué despues obispo de Chiapa, en la cual no fueron muy puntuales Gonzalo Fernandez de Oviedo ni Francisco Lopez de Gomara, de los cuales con mucha razon el Obispo algunas veces ha mostrado sentimiento. (Década II, libro II, capítulo V.)

VII. — DEL MAESTRO GIL GONZALEZ DAVILA.

(*Teatro Eclesiástico de la primitiva Iglesia de las Indias Occidentales.* Tomo I, Madrid, 1649.)

Este prelado es aquel tan repetido y conocido su nombre en las historias de España y Nuevo Mundo con los renombres de *Protector* y *Defensor de los indios*, y uno de los varones apostólicos que tuvo el nuevo y dilatado imperio. Desde sus primeros años tuvo muy íntima amistad con los estudios de la virtud y letras..... Tenía dón de dar consejo con prudente y sana resolucion, y en defensa de los indios fué único; y para ello se tuvo junta de los mayores teólogos, canonistas y legistas de aquel tiempo, y fué cabeza el maestro fray Domingo de Soto, y tuvo muchas disputas sobre este caso en presencia del Emperador y sus ministros; y él solo, acompañado de la verdad y justicia, les hizo obedecer á lo que la ley de Dios y el buen gobierno pedian..... Trató con muchas véras del remedio de las tierras y de los indios, para que cesasen muchos daños que procedian de quien los gobernaba. Volvió á España, y como el otro profeta, clamó sin cesar, habiendo primero renunciado el obispado, y consiguió la libertad de los indios y su mejor tratamiento.

VIII.

Del *Sacro Diario Dominicano*, *compuesto en italiano por el ilustrísimo señor don Fray Domingo María Marques y aumentado en español por fray Alonso Manrique.* Tomo III, Venecia, 1697.)

No sería fuera de propósito si yo diera á este siervo de Dios el título de *nuevo Moisés dominicano*, porque si aquel fué electo de Dios por defensor de su pueblo de las manos de los gitanos y crueles tiranías de Faraon, éste fué enviado de Dios para defender, no sólo un pueblo, sino un nuevo mundo, escogido de Dios, á serle fiel en los últimos siglos, de las manos y tiranías más crueles de aquellas, de los egipcios y de Faraon, ni ménos injustas de algunos tiranos conquistadores, rebeldes á Dios y á las leyes y santa intencion del monarca de nuestra España, habiendo sido declarado por esto nuestro fray Bartolomé *Protector de los indios*, acompañando su proteccion con tan ejemplar vida y celo de salud de las almas, que se ganó en la real córte el título de *Apóstol del Nuevo Mundo*. . . . .

siendo doctísimo en todas ciencias, y muy aficionado á la doctrina de santo Tomás, como se

ve en los muchos libros qué escribió, llenos de sagradas y profanas erudiciones, textos, cánones, Sagrada Escritura y santos padres. . . . .

Es increible lo que hizo en los últimos años, que estuvo retirado en Valladolid, por los indios; bastando decir que él, con su proteccion y defensa, les conservó la hacienda, la libertad, la vida y hasta el mismo sér, que la demasiada avaricia de los conquistadores y la adulacion de algunos teólogos con fingidos paralogismos procuraban quitarles, afirmando no eran hombres racionales, sino salvajes, semejantes á los centauros y sátiros, que debajo de máscara humana tenian un alma salvaje y bestial, haciéndolos por esto incapaces de justicia, de caridad y de fe; y así era lícito matarlos, quitarles la hacienda y la libertad en buena conciencia; doctrina que fué seguida de los soldados y conquistadores muchos años con tan fiera crueldad.

. . . . . . A todo se opuso nuestro prelado en compañía de nuestros religiosos, y despues de tantos trabajos y disputas, venció el todo y hizo disputar en Roma todos los puntos, y sacar del procurador general del órden un breve de Paulo III, en que declara ser los indios verdaderos hombres, capaces de la fe y de los sacramentos, y condena la opinion contraria, determinando no podérseles quitar en buena conciencia las haciendas y la libertad, y mucho ménos la vida. . . . .

Murió santamente, á 31 de Julio de 1566, siendo de noventa y dos años de edad y cincuenta y dos de religion, en el convento de Nuestra Señora de Atocha, donde se le hicieron solemnes exequias, con asistencia de infinidad de pueblo, que vino á venerarle. Sepultáronle en el altar mayor, quedando siempre viva la memoria, no sólo entre los indios, sino entre los devotos españoles, que le aclamaban por santo, dándole algunos el nombre de Elías, por el celo con que habia mirado por la justicia, y otros el de Moisés, por lo que le costó dar libertad á los indios oprimidos, no habiendo en esta vida otro mayor milagro que ver le guardó Dios de tantos peligros, navegaciones y oposiciones por salvar aquel pueblo.

IX. — DE DON DIEGO ORTIZ DE ZÚÑIGA.

(*Anales de Sevilla*. Sevilla, 1677.)

1493. El Licenciado Bartolomé de las Casas, hijo de Francisco de las Casas, principal caballero, destinado por la Providencia divina á defensor acérrimo de los miserables indios, con que gastó loablemente su vida, aunque sin poder desechar su natural condicion, que declinaba á la aspereza y nimiedad, peligrosa hasta en lo bueno, como se observará en otras ocasiones.

1520. Habiéndose hecho celoso predicador de la fe, y más celoso reprehensor de los desafueros y exhorbitantes rigores de los españoles, y en cuya contra y de los que gobernaban, y patrocinio de los indios, habia escrito verdades muchas; mas tan vestidas de la acrimonia de su natural, que en parte perdian por falta de desnudez de pasion que le atribuian, con que se habia hecho sumamente odioso á todos, y obligado á venir á la córte el año de 1517, donde, poco grato al obispo de Búrgos, no tuvo buena acogida á los principios, si bien al fin, su celo y desinterés, en que no le podian poner tacha, negoció mucho en cuanto solicitaba; y con este autorizado modo de volver, acrecentó mucho su reputacion.

1543. A tiempo que sucedian en la córte aquellas notables disputas entre el obispo de Chiapa don Fray Bartolomé de las Casas y el doctor Juan Gines de Sepúlveda, que permanecen impresas, y en que, á vueltas de su razon, se ve la acrimonia del natural del Obispo, cuyos escritos, por las culpas que pone á los españoles, son aplaudidos de los extranjeros; pero aunque es cierto que su celo fué grande, extremóse sin duda en el modo de manifestarlo.

X — DEL ABATE BRASSEUR DE BOURBOURG.

(*Historia de las naciones civilizadas de Méjico y de la América Central*. Tomo IV, Paris, 1859.)

Uno de los más grandes frutos de la sábia administracion de este magistrado (el licenciado Alonso Maldonado) fué la pacífica conquista de las regiones situadas al norte del rio Motagua. Bartolomé de las Casas, ya célebre por sus trabajos en pró de los indios de Santo Domingo, era

vicario general de los religiosos de su órden en Guatemala. Con la generosa esperanza de salvar de la persecucion á los indígenas, habia escrito un libro con objeto de probar que el solo camino instituido por la Providencia para convertir los infieles era la predicacion pura y sencilla del Evangelio; la guerra y la violencia, léjos de ser los medios para reducirlos al conocimiento de la fe, eran, al contrario, obstáculos, de lo cual deducia que no podia con la menor justicia declararse la guerra para semejante fin á gentes que jamas habian sido sometidas á una nacion cristiana, ni causado algun daño á los católicos. No cesaba de proponer este sistema, ya desde la altura del púlpito, ya en sus conversaciones; pero se mofaban generalmente de sus palabras como de una quimera, y en vez de dejarse vencer por sus razones, se le excitaba irónicamente á ponerlas en práctica, en la persuasion de que un infeliz suceso no tardaria en derribar sus ilusiones.

XI. — DEL DOCTOR FEHR.

(Diccionario enciclopédico de la teología católica, redactado por los más sabios profesores y doctores en teología de la Alemania católica moderna, publicado por los doctores Wetzer y Welte.)

Aunque este grande hombre no haya realizado sino de una manera imperfecta sus generosos designios, no se podrán admirar jamas cumplidamente sus sacrificios heroicos. Fray Bartolomé de las Casas ha sido vindicado de la censura de exageracion en el cuarto tomo de las *Memorias* del obispo Gregorio, *Apología de Bartolomé de las Casas*, y por Llorente, en su libro sobre la *Inquisicion española*..... El nombre de las Casas brillará siempre entre los de los héroes de la caridad cristiana. Él ha recogido en la gloria lo que ha sembrado con lágrimas y paciencia. La Justicia divina parece que en efecto se ha dejado sentir ya sobre la posteridad de los opresores que Las Casas combatió toda su vida.

XII.—DE WASHINGTON IRVING.

(Vida y viajes de Cristóbal Colon.)

Se ha acusado á Las Casas de pintar con fuerte colorido, y de entrégarse á exageradas declamaciones, cuando relata las barbaridades cometidas con los indios; cargo que no carece de fundamento. El mismo celo por la causa de los indios, que brilló en sus acciones, brilla en sus escritos; siempre puro, á veces vehemente y con frecuencia fuera de tiempo; pero si yerra, una causa santa y generosa le conduce al error. Si una décima parte de lo que dice que vió por sus propios ojos, es cierto, y su veracidad es indudable, hubiera faltado á los sentimientos naturales de humanidad si no expresára su indignacion al pintar tales escenas.

CONTROVERSIA CON EL DOCTOR SEPULVEDA

ACERCA DE LOS INDIOS.

Summario que por commision de la congregacion que su majestad mandó juntar en Valladolid, el año de cincuenta, coligió el muy reverendo y doctísimo padre maestro fray Domingo de Soto, de la apología que hizo el obispo de Chiapa, y leyó en la dicha congregacion, contra el doctor Sepúlveda.

Muy ilustres, muy magníficos y reverendos señores y padres. Lo que vuestras señorías y mercedes y paternidades me han mandado es: que reduzga en suma y en órden lo que estos señores (conviene saber), el egregio doctor Sepúlveda y el reverendísimo obispo de Chiapa, en este consultísimo consejo han propuesto, uno en contra de otro, para que el punto y las razones de su controversia, reducido todo á compendio, den mayor luz á vuestras señorías y mercedes, que lo han de juzgar; y mandárónme que no dijese aquí ni significase mi parecer, ni añadiese á la sentencia del uno ni á la del otro ningun argumento, sino que fielmente refiriese la substancia de sus pareceres y la suma de sus razones. Hícelo, pues, ansí, aunque si tuviera mas libertad, pudiera por aventura, segun mi flaco juicio, dar á este compendio otro lustre; empero resérvolo para cuando, si vuestras señorías y mercedes fueren servidos mandármelo, dijere mi parecer.

El punto que vuestras mercedes y paternidades pretenden aquí consultar es, en general, inquerir é constituir la forma y leyes como nuestra santa fe católica se pueda predicar é promulgar en aquel nuevo orbe, que Dios nos ha descubierto, como más sea á su santo servicio, y examinar qué forma puede haber como quedasen aquellas gentes subjetas á la majestad del Emperador, nuestro señor, sin lesion de su real conciencia, conforme á la bulla de Alejandro. Empero estos señores proponientes no han tratado esta cosa así en general y en forma de consulta, mas en particular han tractado y disputado esta cuestion (conviene á saber), si es lícito á su majestad hacer guerra á aquellos indios, ántes que se les predique la fe, para subjetallos á su imperio, y que despues de subjetados puedan más fácil y cómodamente ser enseñados y alumbrados por la doctrina evangélica del conocimiento de sus errores y de la verdad cristiana. El doctor Sepúlveda sustenta la parte afirmativa, afirmando que la tal guerra, no solamente es lícita, mas expediente. El señor Obispo defiende la negativa, diciendo que no tan solamente no es expediente, mas no es lícita, sino inicua y contraria á nuestra cristiana religion. Son, empero, de suponer dos cosas: la primera, que no puede guardarse tanta justicia al señor doctor como al señor Obispo; porque, como el doctor no leyó su libro, sino refirió de palabra las cabezas de sus argumentos, y el señor Obispo leyó tan largamente sus escriptos, no puede en esta relacion mostrarse igualmente la fuerza de entrambas opiniones, y por ende, el que de vuestras señorías ó mercedes quisiere hacer tanto estribo en esta disputa, puede ver el libro del dicho doctor. El segundo presupuesto es, que como el señor Obispo no oyó al doctor, no respondió por la órden que él lo propuso (ni á solo aquello), sino pretendió responder á todo cuanto el dicho doctor tiene escripto, y á cuanto á su sentencia se puede oponer; y por esto será menester sumar solos los puntos de su respuesta y las principales razones y autoridades.

Fundó, pues, el dicho señor doctor Sepúlveda su sentencia brevemente por cuatro razones. La primera, por la gravedad de los delitos de aquella gente, señaladamente por la idolatría y otros pecados que cometen contra natura. La segunda, por la rudeza de sus ingenios, que son de su natura gente servil y bárbara, y por ende, obligada á servir á los de ingenio más elegantes, como son los españoles. La tercera, por el fin de la fe, porque aquella subjecion es más cómoda y expediente para su predicacion y persuasion. La cuarta, por la injuria que unos entre sí hacen á otros, matando hombres para sacrificarlos, y algunos para comerlos.

La primera razon confirmó en tres maneras. La primera, por autoridades y ejemplos de la sagrada Escriptura. La segunda, por autoridad de los señores doctores canonistas. La tercera, afeando la enormidad de aquellos delitos. Cuanto á las autoridades de la Escriptura sacra, no trujo todas las que trae en su libro, sino solas dos ó tres. La una del *Deuteronomio*, en el capítulo xx; la cual no trajo para probar que la tal guerra fuese lícita, sino para explicar el modo como se debe hacer; porque dice así: *Quando accesseris ad expugnandam civitatem, offeres ei primùm pacem*, etc. Donde dice que si recibieren la paz y les abrieren las puertas, que no les hagan mal, sino que los reciban por tributarios; empero si se defendieren por guerra, que á todos los varones maten, sin dejar más de las mujeres y niños; aunque dijo que deste rigor no se debe del todo usar con los indios, y porque dice allí: *Sic facies cunctis civitatibus quæ sunt à te procul valde;* donde dice la glosa: *procul, id est, diversæ religionis*, infirió que por solo ser alguna gente de otra religion que la nuestra, les poda-

mos hacer guerra; empero para probar esto, que por la idolatría se les puede hacer guerra, trae en su libro aquello del *Deuteronomio*, capítulo IX: *Ne dicas in corde tuo, cum deleverit eos Dominus Deus tuus in conspectu tuo: Propter justitiam meam introduxit me Dominus*, etc. *Cum propter impietates suas istæ deletæ sint nationes;* y en el capítulo XII se mandaba á los judíos que destruyesen los templos de los gentiles y desmenuzasen sus estatuas é ídolos. Añidió el castigo que Dios hizo en Sodoma y Gomorra, para ejemplo de lo que es lícito hacer en los indios; y al reves, trajo tambien aquí de palabra lo del *Levítico*, capítulo XXVI, donde amenazaba á los mismos judíos que si hiciesen las abominaciones de los gentiles, tambien los castigaba como á ellos: *Destruam (inquit) excelsa vestra, et simulacra confringam. Cadetis inter ruinas idolorum vestrorum, et abominabitur vos anima mea, in tantum, ut urbes vestras redigam in solitudinem*, etc.

El señor Obispo, en respuesta de este artículo, trujo muchas cosas, que se suman en cuatro puntos. El primero, que aquellas guerras contra los gentiles idólatras no las mandaba Dios por su idolatría, sino particularmente contra los cananeos y jebuseos y siete naciones, de que se hace mencion en el *Deuteronomio*, capítulo VII, que poseian la tierra de promision; la cual tierra fué prometida á Abrahan y á su linaje, aunque juntamente queria Dios castigar la idolatría de aquellos. Esto prueba lo primero; porque si por sola la idolatría Dios habia de castigar los gentiles, no sólo aquellas gentes, mas á casi todo el mundo habia de castigar, pues todo estaba lleno de idolatría; y pues no mandó hacer guerra sino á aquellos cananeos y á las otras seis naciones, señal es que no por sola la idolatría, sino por la promesa que tenía jurada á Abrahan, eran estas guerras. Desto hay autoridad expresa en el capítulo IX del *Deuteronomio;* la cual el doctor citó cortada, donde se dan entrambas causas juntas: *Quia ille suas gentes terræ promissionis egerunt impiè; deletæ sunt intro eunte te, et ut compleret verbum suum Dominus, quod sub juramento pollicitus est patribus tuis.* Trajo á propósito aquello del *Génesis*, capítulo XV, donde hizo Dios la dicha promesa á Abrahan, y como que se quejaba de la dilacion del cumplimiento, responde el mismo Dios: *Necdum enim completæ sunt iniquitates Amorrhæorum usque ad præsens tempus;* donde se prueba que Dios dió aquellas tierras á los judíos por la promision; empero esperó á castigarlos por sus pecados. Trujo, en confirmacion desto, que de los otros gentiles idólatras mandó Dios, en el *Deuteronomio*, capítulo XXIII: *Non abominaberis Idumæum, quia frater tuus est: nec Ægyptium, quia advena fuisti in terra ejus.*

De aquí pasó á responder á la autoridad que allegó el dicho doctor, del *Deuteronomio*, capítulo XX, diciendo que porque aquella guerra que allí se significaba no era contra los de la tierra de promision, sino contra los que eran *procul*, como dice el texto, no se podia hacer por sola la idolatría, si por otra razon no fuesen sus enemigos; y así comienza el capítulo: *Si exieris ad bellum contra hostes tuos* (conviene á saber), ó porque impidiesen el paso á los judíos, ó les hiciesen á ellos ó á su ley otros daños ó injuria. Pruébalo por el *Nicolao*, y más claro por el *Tostado*, en la cuestion primera de aquel capítulo, y sobre el segundo libro del *Paralipo*, capítulo VIII. Por manera que aunque expone allí la glosa que los que eran *valde procul* eran de diversa religion, no entiende que por solo aquello se les podia hacer guerra; sino dijo *procul*, para diferenciar de las siete naciones de la tierra de promision, que estaban cerca; porque á quellos no se les habia de ofrecer ninguna paz, ni hacer con ellos ningun pacto, sino que los habian de matar á todos, sin haber misericordia de ninguno, y derrocalles sus templos y quebrantar sus ídolos, y quemar su hacienda; y la razon se da en el capítulo VII, IX y XII del *Deuteronomio*, que como los judíos eran templo santo de Dios, y aquellas tierras habian de ser su habitacion, no habia de quedar allí memoria de idolatría que los inficionase; la cual razon tambien da, como él alegó, santo Tomas, en el libro IV de las *Sentencias*, distint. XXXIX. Empero con los otros gentiles podrian hacer paz, y no eran obligados á destruirles su idolatría. Por manera, la guerra contra los de la tierra de promision, donde no dejaban nadie á vida, pretenden que no se puede traer en ejemplo al propósito, y la que se hacia contra los otros gentiles, no se podia hacer por sola la idolatría; y de aquí pasó á responder á las autoridades que el dicho doctor trajo aquí del *Levítico*, donde Dios castigaba á los mismos judíos por la idolatría. Y la respuesta es, que de allí sólo se sigue que aquellos que una vez han recibido la ley de Dios, y despues son apóstatas ó idólatras, aquellos justamente pueden ser punidos. Y éste dijo ser el sentido de Nicolao de Lira, sobre los *Números*, capítulo XXXI, donde dice que en la Escriptura sagrada se halla haberse movido justa guerra contra la tierra donde se blasfema el nombre de Dios. Añidió allende desto, para quebrantar en esta razon las dichas autoridades y ejemplos alegados, que los ejemplos de la ley vieja hémoslos de admirar, y no imitar en aquellos crueles castigos, como dicen los *Decretos*, II, cuestion VII, *ea nos si*, y XXII, *ea si quis*. Y es original de san Gregorio, et. XIV, cuestion V, capítulo *Dixit Dominus*, que es de san Agustin; allí lo puede ver quien quisiere, y por esto respondió á lo de Sodoma que aunque Dios hizo aquel tan grave castigo por su secreto juicio, no es lícito por aquel pecado hacer guerra. Porque de otra manera, siguiendo aquel ejemplo, tambien sería lícito quemar todas las ciudades con los niños inocentes, como allí se hizo.

Lo segundo en esta misma razon, porque se allega contra él aquello de san Lúcas, en el capítulo XIV: *Compelle eos intrare*, expuso aquella autoridad segun los santos, diciendo que no se entiende de la compulsion exterior por guerras, sino dale dos sentidos: el uno, si se entiende cuanto á todo linaje de gente que está en pecado, y particularmente de los gentiles, que nunca oyeron la fe, se ha de entender de la interior compulsion que Dios hace por sus inspiraciones ó por ministerios de ángeles. Probólo primero, por autoridad de san Crisóstomo, en el *Imperfecto*, homilía XLI, y por santo Tomas, en las disputandas de *De veritate*, cuestion XXII, artículo IX, donde dice que en aquella parábola *fit mentio de compulsione non quæ est coactionis, sed efficacis persuasionis, vel per aspera, vel per lenia.* Cómo tam-

bien lo dice san Pablo, en la segunda epístola *Ad Thimoteum*, capítulo IV: *Prædica verbum, insta opportunè, importunè: argue, obsecra, increpa;* y *Ad Titum*, II: *Argue cum omni imperio*. Y lo mismo dice Dios á los ángeles y prelados que están para nuestro ministerio, como dice Dionisio, en el nono capítulo: *Cœlestis hierarchiæ*, y Jeremías, en el capítulo XXIV: *Nunquid non verba mea sunt sicut ignis*, etc.; por manera que, unas veces por adversidades, y otras por milagros, y otras por inspiraciones, y otras por palabras, compele Dios á las veces á los endurecidos. Por lo cual dice san Augustin: *Felix necessitas quæ compellit ad meliora*. Y santo Tomas, en la tercera parte, quæstione XLVI, artículo III, lo tracta esto largo, donde dice que Dios *virtute divina animas hominum invitat, non solum justificando et sapientiam infundendo, vel stupefaciendo*, como parece singularmente en la conversion de san Pablo y en la Magdalena y en san Mateo; por lo cual dice san Agustin, sobre san Juan, en el capítulo XIV, que es mayor obra justificar un pecador que criar el cielo y la tierra. Por manera que *compelle intrare* no significa la guerra, sino la gran virtud de Dios, que mueve los corazones empedernecidos de los hombres. Y en este sentido, Teofilato y otros doctores dicen, explicando aquella parábola, que los judíos fueron llamados blandamente, como gente que estaba dentro de la ciudad, que quiere decir en el conocimiento de la ley; y los gentiles compelidos, porque estaban fuera, en los anchos caminos de sus pecados y en las sepes, que son los encerramientos de ellos, porque estaban en ellos como cercados y tapiados. La segunda exposicion que trujo de esta autoridad, en otro lugar más bajo, fué de san Augustin, el cual, en muchos lugares contra los donatistas, pone la diferencia que hay entre los infieles que nunca oyeron la fe, y los herejes que habiéndola recebido, la dejaron: que los unos han de ser llamados blandamente; porque, como nunca se obligaron á la fe por su libertad (la cual es necesaria para recebirla), no pueden ser compelidos, y los otros sí; como el que nunca hizo voto de una cosa, no es obligado; pero despues de haberle hecho, ya es obligado á ella, conforme aquello del salmo LXXX: *Vovete et reddite Domino Deo vestro*. Donde, segun los teólogos, la primera palabra dice consejo, y la segunda precepto. Esta diferencia declara santo Tomas, en la XXII, cuestion X, artículo VII. Y es determinacion del concilio toledano IV, como parece en el capítulo *De judæis*, distinct. XLV. Y por eso san Agustin, contra los donatistas, como parece, XXIII cuestion, IV capítulo *Displicet*, y en otros siguientes, distinguió dos tiempos de la Iglesia: uno cuando en su niñez áun no tenía reyes ni gentes poderosas para compeler los desobedientes á la fe, y otro cuando ya se cumplió la profecía: *Et adorabunt eum omnes reges terræ;* por cuya mano puede hacer la dicha compulsion. Empero que la tal compulsion se entienda solamente de los herejes, expresamente se muestra por su epístola L, *Ad Bonifacium donatistam*, el cual, con todos sus consortes heréticos, se quejaba que no habían de ser compelidos por fuerza de justicia, sino por razones y argumentos, y por eso les trae la diferencia de la parábola evangélica, y dice así: *An non pertinet ad diligentiam pastoralem et illas oves quæ non violenter sed blande seducti à grege oberraverunt et ab alienis cœperunt possideri: inventas ad uvile dominicum si resistere voluerint flagellorum terroribus vel etiam doloribus revocare: præsertim, si apud fugitivos et predones servos fecunditate multiplicentur? Plus habet juris quod in eis Dominicus character agnoscitur. Sic enim error corrigendus est ovis; ut non in ea corrumpatur signaculus Redemptoris*. Donde manifiestamente habla de los herejes que *seducti à grege aberraverunt*, añide allí san Agustin al propósito la autoridad de san Pablo, II *Ad corinth.*, X, donde dice que primeramente, *Captivantes intellectum in obsequium Christi;* los hombres han de dar la obediencia á la Iglesia; y luégo añade: *Parati sitis ulcici omnem inobedientiam, cum impleta fuerit obedientia vestra*. De donde colige san Augustin que hasta que los hombres hayan dado la obediencia á la Iglesia no se les puede castigar ninguna inobediencia. Y ansí concluye con la parábola del Evangelio, que por aquellos que fueron primero llamados y blandamente traidos, se entienden los gentiles, y en los otros que fueron de las vias y sepes compelidos á venir, se entienden los herejes. Citó en esta razon, no sólo á los teólogos, sino tambien á Inocencio, ilustre doctor entre los canonistas; el cual, en el capítulo *Majores de baptismo et ejus effectu*, sobre aquella palabra: *Non compellant, et sic (inquit) nullus est ut fiat christianus compellendus. Nec obstat quod servo dicitur ut ad nuptias invitatos compellat intrare: quia intelligitur de compulsione facta per instantiam rationis, non per severitatem gladii materialis, vel violentiam temporalem, quæ executio materialis gladii est isti servo, id est, ordini prædicatorum vel apostolis in persona Petri et Domini interdicta*. Y añadiendo la otra opinion, dice que se puede tambien entender que *judæi et similes qui fidem non habent, non sunt gladio materiali ad fidem cogendi, sed introducendi per efficatiam rationis; sed illi qui à gremio Ecclesiæ diverterunt ut hæretici et scismatici, ad ea sunt redire cogendi, cum sint de foro Ecclesiæ, etiam per potentiam secularem*.

El tercero punto que derivó de aquí, fué mostrar ser falso lo que los contrarios dicen: que los emperadores en tiempo de algunos santos hicieron guerra, por su consejo, á los gentiles, por quitarles la idolatría y traerlos á la fe; y primero mostró esto ser falso en tiempo de Constantino y en tiempo de san Silvestre, por aquello de la *Historia eclesiástica*, libro X, capítulo VI: *Pietate fretus gothos et sarmathas aliasque barbaras nationes, nisi quæ vel amicitiis vel deditione sua ad pacem provenerant, in solis propriis armis edomuit; et quanto magis se religiosiùs Deo subjecerat, tanto ampliùs ei deorum universa subdebat*. No se puede entender que por la tal causa se les hiciese aquellas guerras; sino porque los godos andaban por el orbe infestando las gentes, y cuando hacian paz con los cristianos, como allí poco ántes dice la historia, no se les hacia guerra, aunque se quedasen en su idolatría. Y que algunas veces hiciesen guerra á los romanos los godos, cuéntalo Orosio, en el libro VII, y san Agustin, *Ad Heliodorum*. Lo mismo tambien se puede decir de

los sarmatas, que eran tambien escitas, como los godos; mayormente que los godos en algun tiempo fueron arrianos, como lo cuenta la dicha historia tripartita, libro VII, capítulo XIII. Y por eso se les podia hacer guerra; y así, concluyó que san Silvestre nunca aconsejó la tal guerra por razon de la fe, donde tantos males se hacen contrarios al fin que pretende la fe; ántes, como se lee en su historia y sobre el capítulo *Quæ pio*, 10, cuestion II, hacia bienes temporales á los infieles, para que se convirtiesen, entendiendo que las guerras pornian en ódio á los cristianos y á su fe y á su ley con los gentiles, para que los blasfemasen y escupiesen ántes que la recibiesen. Aquí encajó otras autoridades del Evangelio y de san Crisóstomo, que venian más al propósito al tercer fundamento del doctor Sepúlveda. Pasemos, pues, á lo que añade de san Gregorio, al cual traen tambien los contrarios por sí. Dijo, pues, el señor Obispo que aunque en tiempo de san Gregorio hobo emperadores cristianos poderosos, nunca les aconsejó tales guerras; porque si tal les aconsejára, hobiera historia de ello. Y á Ingalaterra no envió armados, sino á Agustino con otros cuarenta monjes, como ovejas entre lobos, conforme al Evangelio, segun parece por la *Historia de Ingalaterra*, libro I, capítulo XXV, la cual escribió Beda, y por otras historias, y en el capítulo *Si gene*, distint. LVI. Y la oracion de aquellos, donde quiera que entraban entre los infieles, era: «Señor, rogámoste en toda tu misericordia que te plega de alzar tu furor y tu ira de esta ciudad y de tu santa casa; porque pecamos contra tí, *alleluya.*» Así lo escribe Beda y Juanes, diácono, en aquella historia. Y el mismo Agustino, en el libro IX, en la epístola LVI, en el registro de san Gregorio; y por aquí respondió á los que traen en contrario al mismo san Gregorio en el capítulo *Si non*, XXIII, cuestion IV, donde loa las guerras de Genaudio patricio para dilatar la fe; porque aquellas dice que eran contra los súbditos del romano imperio ó contra sus enemigos que impedian y blasfemaban la fe. Las palabras del texto son: *Ubi non meritorum vestrorum loquax non discurrit opinio, quæ bella vos frequenter appetere non desiderio fundendi sanguinem, sed tantum dilatandæ causa reipublicæ: in qua Deum coli conspicimus loquitur: quatenus Christi nomen per subditas gentes fidei prædicatio circum quaque discurrere.*

El cuarto punto por donde prueba no poder ser castigadas por la idolatría es, porque no son del foro de la Iglesia, donde expuso aquella autoridad de san Pablo, *Primæ ad corinthios*, V: *Quid enim mihi de iis qui foris sunt judicare? nonne de his qui intus sunt vos judicatis? nam eos qui foris sunt Deus judicabit.* En las cuales palabras notó que aunque á Jesucristo, en cuanto hombre, le es toda la universidad de hombres subjeta en potencia, empero no en *actu;* que quiere decir que Jesucristo no quiso tomar en acto todo el poderío del mundo, en cuanto hombre, sobre todos los hombres, como lo tiene en cuanto Dios, más de para predicarles y enseñarles la fe; empero para tener jurisdicion sobre ellos no, hasta que estuviesen dentro de la Iglesia, cuya puerta y entrada es por la fe. Y así tiene poder *in habitu* y en potencia sobre todos los que pueden ser cristianos; empero *in actu* no, hasta que lo sean; porque de aquellos que no son cristianos reservó Dios para sí el castigo, como allí dice san Pablo: *Eos qui foris sunt Deus judicabit.* Y como la Iglesia no tenga más poder que tuvo Jesucristo en cuanto hombre, si se entremetiese á castigar los delictos de los gentiles, haria á Dios injuria, usurpándole el juicio que él reservó para sí en el dia del juicio, donde Jesucristo ejercitará su universal poder en los buenos y en los malos, fieles ó infieles, como lo enseña san Pablo, *Ad hebræos*, II: *In eo enim quod omnia ei subjecit nihil dimisit;* donde se nota el poder *in habitu;* y síguese: *Nunc autem necdum videmus omnia subjecta ei*, cuanto al acto. Y más claro, I: *Primæ ad chorintios*, XV: *Omnia subjecta sunt ei, sine dubio præter eum qui subjecit ei omnia*, que se entiende cuanto al hábito; síguese cuanto al acto: *Cum autem subjecta fuerint illi omnia, tunc et ipse Filius subjectus erit ei qui subjecit sibi omnia, ut sit Deus omnia in omnibus;* que se entiende el dia del juicio. La cual diferencia explica santo Tomas, en la tercera parte, cuestion VIII, artículo III, y cuestion LIX, artículo IV, donde dice que los infieles *actu non sunt de ecclesia, sed in potentia;* así respecto de Cristo, cuya virtud se extiende á salvar todos los hombres, como de parte de los hombres que por su libertad pueden venir á la Iglesia. Citó muchos santos sobre aquellas palabras, como Atanasio, que hablando allí en persona de san Pablo, dice: *Neminem equidem nunc eorum, qui exteriores sunt, alloquor, id enim leges meas excederet, supervacaneum igitur Christi præcepta illis injungerent, qui extra Christi aulam devagantur, quæcumque enim sex desserit, his qui sub lege sunt desserit.* Allegó tambien aquello de Cristo, Lúcas, XII: *Homo quis me constituit judicem aut divisorem super vos?* donde notaba nuestro Redentor no ser aquellos de su jurisdicion. Y Ricardo, sobre las mismas palabras, en el IV distint., dice: *Quod vicario Christi non fuit data directa potestas super illos; qui sacramentum baptismi susceperunt; quod est janua qua intratur in ecclesiam militantem.* Y santo Tomas, en la *secunda secundæ*, cuestion X, por la misma autoridad prueba que la Iglesia no puede castigar la infidelidad de aquellos que nunca recibieron la fe. Concluyó este artículo con una ilustre autoridad de san Agustin, *in libro De verbis Domini, sermone sexto, De puero centurionis;* de donde, propriamente á este propósito, dice: *Fratres, ad nos pertinet vobis dicere, ad vos pertinet christianis loqui. Quid enim mihi de his qui foris sunt judicare, ipse apostolus illos ait silicet paganos alloquimur aliquid tanquam infirmos: blandiendum est illis ut audiant veritatem. In vobis resecanda putredo est.* Dondo pone la diferencia: que los gentiles se han de traer por blanduras, pero en los cristianos por fuerza se ha de quitar lo podrido. Y síguese: *Si quæritis unde vincantur pagani, unde illuminentur, unde ad salutem vocentur, desserite omnes solemnitates eorum, desserite nugas eorum, et si non consentiunt veritati nostræ, erubescant falsitati suæ.* De la manera de vencer los paganos (conviene á saber), no por fuerza, sino huyendo de ellos, para que se avergüencen; y porque habia quien se atrevia á ir á que-

brar los ídolos de los gentiles, añade: *Nec faciatis ista quando in potestate non est ut faciatis illa*, etc. Habla de los que sin causa se ofrecian á que los matasen paganos, porque fuesen tenidos por mártires. Y cita la autoridad del *Deuteronomio*, capítulo VII, donde dice: *Cum data vobis fuerit terra in potestate, tunc aras eorum destruetis.* Y ansí dice san Augustin: *Ubi nobis non est data potestas, non facimus* (como en los gentiles). *Ubi data est, non permittimus*, como en los malos cristianos idólatras; y porque nadie piense que habla de la falta del poder cuanto al hecho, explícase que no entiende sino cuanto al derecho. *Multi pagani habent istas abominationes in fundis suis, numquid accedemus et confringemus? Prius enim agimus ut idola in eorum cordibus frangamus; quando christiani et ipsi facti fuerint, aut invitant nos ad tam bonum opus; aut preveniunt nos. Modo orandum est pro illis, non autem irascendum illis.* Y más abajo: *Nonne ante nos sunt loca in quibus sunt? aut verè ignoramus ubi sunt ista;* como quien dice: bien sabemos dónde están los ídolos, *et tamen non facimus quia non dedit in potestatem Deus; quando dat Deus in potestatem? Cuando christianus est cujus res est.* Muchas palabras añade allí san Augustin en esta razon, para confirmar que no tienen los cristianos poder para destruir ni castigar la idolatría de los infieles, segun lo de san Pablo: *De his qui foris sunt nihil*, etc. Basta arrancarse la primera de sus corazones para la doctrina evangélica, y traerlos por la fe á nuestra jurisdicion; y confírmalo el señor Obispo por el mismo san Pablo, que primero cuenta todas las enormidades y vicios de los gentiles, entre los cuales pone la idolatría, y discurriendo por los otros pecados, añade: *Quid enim ad me attinet de his qui foris sunt judicare?* Añadió á la postre el ejemplo de los apóstoles y de los mártires, que de ninguno se lee que destruyese los ídolos sino por la doctrina, como san Pablo, *Actorum*, que por razon concluyó á Dionisio la falsedad de su ídolo, ó por milagro, como san Bartolomé hizo al mesmo demonio que él saliese de su estatua y la desmenuzase.

Y por la misma razon que no les podemos quitar la idolatría, dice que ni los podemos castigar por ella, por falta de jurisdicion. Y la razon que de todo esto en general trajo fué: porque, como los hombres no puedan vivir sin algun dios, no podemos prohibilles que honren sus dioses, sin enseñarles la falsedad de ellos, y la verdad del verdadero Dios nuestro.

De suerte que por estos cuatro puntos respondió á la primera probacion del doctor Sepúlveda, donde por autoridad y ejemplo de la sagrada Escriptura queria probar que por razon de la idolatría se les puede hacer guerra á los gentiles. Añadió otras razones, hasta doce; toda la substancia de ellas se resuelve en lo que está ya dicho contra la otra su probacion, que se fundaba en la gravedad de aquellos pecados, por ser contra natura. El mismo Sepúlveda se hizo un argumento, que todos los pecados son contra natura, porque son contra razon, que es contra naturaleza del hombre. Por lo cual, si por la idolatría se les pudiese hacer guerra, tambien podria por los otros pecados, como son hurto ó adulterio. Y respondió que, aunque por estos pecados no se les pudiese hacer guerra, empero púdoseles hacer por los pecados que no tienen por pecados, ni ley que los prohiba. Contra esto arguyó el señor Obispo que la infidelidad es mayor pecado que la idolatría, y no lo tienen por pecado, sino por cosa lícita y buena, y con todo eso, no pueden ser castigados por la infidelidad, y es expresa doctrina de santo Tomas, en la XXII, cuestion X, artículo VIII, y cuestion XII, artículo II, y de todos los teólogos. Y que la infidelidad sea mayor pecado probólo; porque la idolatría procede de ignorancia de tener aquellos por dioses, como dice san Lúcas, *Actorum*, XVII: *Quod ergo ignorantes colitis, hoc annuntio vobis;* empero la infidelidad positiva, de la cual hablamos, nace de soberbia, de no querer subjetarse á la doctrina de los predicadores de la verdad; *Captivantes* (como dice san Pablo) *intellectum in obsequium Christi;* y á sabiendas y por obstinacion, lo cual todo agravia el pecado de la infidelidad, por lo cual dice santo Tomas, en la XXII, cuestion X, que el pecado de la infidelidad ha el dia del juicio de ser gravísimamente castigado sobre todos los otros.

A la otra tercera probacion, que el doctor Sepúlveda trajo por segunda, que se fundaba en la autoridad de los canonistas que parecen decir ser lícita la guerra contra los infieles idólatras, respondió el señor Obispo refiriendo seis casos, en los cuales la Iglesia tiene autoridad de hacer guerra á los tales. En aquellos dijo que se habia de entender las opiniones de los canonistas, si habian de ser verdaderas. El primero, si tienen ocupadas violentamente las tierras que ántes fueron de cristianos, como la Berbería, y especialmente la Tierra Santa. De la cual conquista se habla en el capítulo *Quod super hiis, de voto*. Y por ende, de aquellas se ha de entender lo que allí dicen los dotores, que se les puede castigar la idolatría.

El segundo, si con pecados graves de idolatría ensucian y contaminan nuestra fe, sacramentos, ó templos ó imágenes; y por ende, mandó Constantino que no se permitiese á los gentiles tener ídolos donde los cristianos se pudiesen escandalizar. Y en el capítulo *In nonnullis* se amonesta que *illius dissimulare non debemus opprobrium qui pro nobis opprobria nostra delevit.* Y así lo dice Inocencio, en el capítulo *Majores de baptismo*, que la Iglesia no puede hacer guerra á los moros ni sarracenos sino en uno de estos dos casos, aunque los que trae Inocencio, que por ejemplo de Dios, que castigó los sodomitas, podiamos castigar todos los vicios contra natura en los infieles, no lo aprueba el señor Obispo; porque dice que de los juicios de Dios (como arriba se dijo) habémonos de maravillar, y no los hemos de imitar.

El tercero caso, si blasfemasen el nombre de Jesucristo ó de los santos ó de la Iglesia á sabiendas.

El cuarto, si tambien á sabiendas impidiesen la predicacion de ella, conociendo lo que impiden; pero no porque maten á los predicadores cuando piensan que les van á hacer mal y á engañar, como lo representan cuando van con gente de armas.

El quinto caso, si ellos nos hacen guerra, como los turcos.

El sexto, para librar los inocentes, no por aquella razon, *quod unicuique mandatum est de proximo suo*, ni por sus pecados contra la ley natural, sino por ser los inocentes, de ley divina, encomendados á la Iglesia, y ella tener cuidado de su proteccion; empero añadió que si esta defensa no se puede hacer sino por guerra, mejor es disimular la tal proteccion. Porque de dos males el menor se ha de escoger. Y mucho mayores son los daños que se siguen de la guerra á muchos más inocentes, que no que algunos pocos inocentes mueran. En estos casos, dijo que se habia de entender la opinion de los canonistas, y así concluyó toda la respuesta á la primera razon del doctor Sepúlveda, que por razon de la idolatría y pecados contra natura se les podia hacer guerra. Lo cual habia probado por tres maneras (conviene á saber), por la autoridad de los canonistas y por la gravedad de aquellos pecados.

La segunda razon del doctor fué, porque los indios son bárbaros *et natura servi*; á lo cual respondió el señor Obispo en fin de sus escriptos, y por eso, guardando su órden, respondemos primero á la tercera razon del dicho doctor, que fué: que es lícito subjetarlos por guerra, por el fin de la fe; la cual, despues de subjetados, se les puede más fácilmente enseñar; á la cual razon no respondió sólo en un mismo lugar ni en esta forma, sino todos sus escriptos van sembrados de argumentos de esto. Y todos los argumentos se reducen á dos ó tres cabezas. La primera, que como la fe no pueda demostrarse por razones naturales, sino por subjecion del entendimiento, como dice san Pablo, *in obsequium ejus*, requiérese en los que la han de recebir una pia aficion (como dice santo Tomas) á los que la vienen á predicar y introducir, para que el ejemplo de su vida les sea testimonio del verdadero Dios, á quien sirven, y de la verdad de la fe, que predican, para que más fácilmente lo crean. A lo cual todo son contrarias las guerras que preceden á la predicacion para subjetarlos, por las cuales, no solamente no se aficionarán á los cristianos, mas los aborrecerán, y escupirán en tal Dios, que tales gentes sufre, y execrarán la ley que tal permite, y ternán por falsa la fe que predican, como dice el señor Obispo que lo ha mostrado la experiencia en las Indias. En confirmacion de lo cual, aunque no por esta órden, sino donde trató de san Silvestre, dijo primero aquel documento de nuestro Salvador Jesucristo, en el capítulo v de san Mateo: *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona et glorificent Patrem vestrum, qui in cœlis est.* Sobre las cuales palabras escribe san Crisóstomo, en la homilia prima de lo *Imperfecto: Per illos quidem qui docent et non faciunt blasphematur Deum, utpote si benè docent et meliùs vivant vedentes gentiles dicunt, benedictus Deus qui tales habet servos. Verè enim eorum est Deus verus; nisi enim ipse esset justus numque populum suum circa justitiam sic teneret. Nam scientia Domini ex moribus familiæ demonstratur. Si autem benè doceant et malè conversent, videntes gentiles dicunt; qualis est Deus eorum qui talia agunt? numquid sustineret eos talia facientes, nisi consentiret operibus eorum? vides quomodo Deum per malos christianos blasphematur? Nec potest Dominus bonam opinionem habere, qui malam familiam habet.* Y concluye san Crisóstomo, con la autoridad de san Pablo, *Ad rom.*, II: *Unum dictum est ad populum Dei; nomen enim Dei per vos blasphematur inter gentes.* Concuerda san Agustin, en el libro *De vita christiana*, donde dice: *Sanctum esse populum suum Deus voluit, et ab omni contagione injustitiæ et iniquitatis alienum. Ut nihil in eo gentes quod redarguerent invenirent, sed quod admirarentur et diceret; beata gens cujus Dominus Deus eorum; populus quem elegit in hæreditatem sibi.* Acumula allí san Agustin muchas palabras, que citó el señor Obispo, para probar que no hay modo más apto para la conversion de los gentiles, que la mansedumbre y buen ejemplo de los cristianos, ni manera más inepta que la avaricia y braveza y tiranía que muestran en las guerras, con las cuales escandalizados los gentiles, aborrecen la fe y el Dios de los cristianos. Porque, como dice san Crisóstomo, en la homilía IV sobre el segundo capítulo *Ad Titum: Nec enim ex verbis dogma verum; sed ex ipsis rebus atque vita gentiles judicare consueverunt.* Añadió aquello de Jesucristo: *Discite à me quia mitis sum et humilis corde.* Y viene al propósito aquello *Ad philip.*, II: *Sitis sine reprehensione in medio nationis pravæ et perversæ*; donde nota á los gentiles; y *modestia vestra nota sit omnibus hominibus. Et* I, *Petri*, II: *Conversationem vestram inter gentes habentes bonam, ut in eo quod detractant de vobis tamquam de malefactoribus, ex bonis operibus vos considerantes, glorificent Deum in die visitationis.* Trujo tambien el ejemplo de Jesucristo, que no envió á predicar la fe gentes armadas que subjetasen primero al mundo, sino dijo: *Euntes prædicate, dicentes: Appropinquabit regnum cœlorum; infirmos curate, resuscitate mortuos, leprosos mundate*, etc.; lo cual no concuerda que ántes que prediquemos la fe, vamos, no á curar los enfermos, sino á matar los sanos, ni á echar los demonios de los cuerpos, sino á echar las ánimas en el infierno. Añidió el precepto del mismo Jesucristo á los mismos apóstoles, que fuesen, no como lobos á tragar ovejas, sino *tamquam oves in medio luporum*, para que no matando, sino muriendo, diesen testimonio de la fe. Donde dice san Crisóstomo, en la homilía XXXIV del *perfecto*: *Omnem mansuetudinem eos habere jubet nec id solum sed columbæ quoque simplicitatem. Et infra: Magis certè atque mirabilius est mentem atque animum adversariorum commutare; quam gladio ipsos superare.* Y añidió abajo: *Erubescant igitur qui contrafacientes, quasi lupi adversarios suos persequuntur cum videant innumeros lupos (hoc est gentiles) ab ovibus vinci paucissimis, videlicet à discipulis, et certè quosque sumus oves facilè hostes vincimus, cum verò in naturam luporum transimus tunc superamur. Tunc enim nullum à pastore nobis patrocinium adest quod non lupos, sed oves posset habere.* Acumuló el otro precepto de nuestro Redentor por san Lúcas: *Nihil tuleritis in via.* Citó san Hierónimo sobre san Mateo, adonde dice: Si los predicadores de Cristo lleváran ó hicieran caso del oro, estimáran los infieles que por solo interes propio les predicaban el Evangelio, y por eso, mucho

ɔmos de robárselo. Porque no incurramos en
Pablo: *Qui prædicas non furandum furaris;*
licus non mechandum mecharis; execraris
: sacrilegium facis? qui in lege gloriaris;
aricationem legis Deum inhonoras. Exageró
que sería ir á predicar la fe como Mahoma,
dió dilatar su secta por via de armas. Y citó
nbrosio sobre san Lúcas, en el segundo libro,
LIV, donde dice: *Humilis magistri officium*
ur. Eos enim misit ad seminandum fidem;
og rent, sed docerent. Nec vim potestatis exer-
d doctrinam humilitatis attollerent. Duo loco
ti putavit etiam pacientiam copulandam. Quia
ta testimonium Petri) cum malediceretur, non
bat; cum perculeretur, non percutiebar. Y más
e san Ambrosio que *cum apostoli ignem de*
re vellent, ut consumeret samaritanos qui Je-
a civitatem suam recipere noluerunt; conver-
epans illos ait, nescitis cujus spiritus estis;
ninis non venit animas perdere sed salvas fa-
ɔs si la fe se ha de predicar con tanta manse-
inicuo es enviar primero gente de guerra á
las gentes; contra los cuales san Gregorio (por-
tiempo hubo semejantes guerras) dice en el se-
bro de las *Epístolas*, epístola LII: *Nova verò*
udita est ista prædicatio; quæ verberibus exi-
. Contra lo cual Jesucristo mandó á los predi-
que á donde quiera que entrasen, lo primero
az: *Pax vestra revertetur ad vos.* Por lo cual
centio, en el primero libro, sobre aquellas pala-
Mahoma que dice: *Si in terrore gladii et vi*
n missus fuisse, adverte si hujusmodi prædi-
Dei prophetam debeat pertinere. In quibus ni-
liud quam fraus, et violentia, et humani san-
fusio, et quidquid prorsus latrones et viarum
res faciunt agebatur.
ıyó, pues, este artículo con decir que se en-
s contrarios con decir que estas guerras no se
ra introducir por fuerza la fe, sino para sub-
y despues predicarles; porque á la verdad, no
es fuerza indirecta, sino inmediatamente di-
ues que dicen que en estas guerras se ha de
tencion de predicarles despues la fe. Porque
engendralles primero miedo y fuerza pàra que
r reciban vanamente la fe; porque si unos
stragos, robos y muertes que sus vecinos pa-
or no padecer ellos mismos aquello, recibirán
ıte la fe, sin saber lo que reciben.
gunda cabeza por donde el señor Obispo im-
sta razon del doctor Sepúlveda fué, porque en
acion de la fe se incluye la predicacion de la
ia. Ansí se escribe: *Quoniam sic scriptum est*
portuit Christum pati et resurgere à mortuis
e, et prædicare in nomine ejus pænitentiam
sionem peccatorum in omnes gentes. Y ése
ma de la predicacion primera de san Juan,
s de Jesucristo; porque, como venía para re-
s de nuestros pecados, ésa fué su intencion,
· por el bautismo todos los pecados pasados,
go ninguno, y por eso en el bautismo no se
penitencia de *los pecados pasados.* Y esto se
ha de guardar universalmente en todas las gentes; porque, como dice san Pablo, *Ad romanos*, x, y *Ad galat.*, III: *Non est Judæus neque Græcus, non est servus neque liber, non est masculus neque fœmina. Omnes, enim, vos unum estis in Christo Jesu.* Y san Pablo á todos dice ser igualmente deudor, *græcis et barbaris, sapientibus et insipientibus.* De aquí, pues, se coge esta razon: la predicacion de la fe es predicar remision de todos los pecados pasados; luego, aunque ellos mereciesen pena por ello, no se les ha de castigar ni hacer guerra, sino predicarles que todo se les ha de perdonar por el bautismo, porque *Christus non venit ut judicet mundum, sed ut salvetur mundus per ipsum.* Y ansí se lo profetizó el profeta: *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus sedens super asinam.*

Ésta, pues, es la respuesta del señor Obispo á la tercera razon del doctor Sepúlveda, que se fundaba en el fin de la predicacion de la fe.

Y verdad es que tratando el cuarto caso, por el cual es lícito á los cristianos ofrecer guerra á los infieles, que es cuando impiden la predicacion y dilatacion de nuestra fe, extendió la materia más de lo que era necesario para responder al dicho doctor. Porque limitando aquel caso, dijo que se habia de entender, lo primero, cuando impidian la fe, sabiendo lo que impidian, como los moros, que tienen ya noticia de nuestra religion; empero, si nos impedian, pensando que les íbamos á robar y matar como á enemigos, sin haber oido nada de nuestra fe, que lícitamente se podian defender de los nuestros, y no les podiamos justamente hacer guerra. Y la segunda limitacion fué, que se habia de entender cuando los príncipes y los señores de los infieles incitaban los pueblos á que nos impidiesen nuestra predicacion; porque si toda la república, de comun consentimiento de todos los particulares, no quisiese oirnos, sino estarse con sus ritos en tierras donde nunca habia habido cristianos (como son los indios), en tal caso no les podemos hacer guerra. Y aquí se ha de advertir mucho si es verdad ó no para esta consulta; porque el mayor derecho y más fundado nuestro es, el poder y facultad que Jesucristo dió á todos los cristianos de predicar el Evangelio en todo el mundo, por aquellas palabras de san Márcos, XVI: *Euntes in mundum universum prædicate Evangelium omni creaturæ.* Por las cuales palabras parece que tenemos derecho de ir á predicar á todas las gentes, y amparar y defender los predicadores con armas, si fuere menester, para que los dejen predicar. A lo cual respondió que aunque aquel sea precepto, no nos obliga á que forcemos á los gentiles que nos oyan, sino sólo para predicar, si nos quisieren oir. Y para advertir á vuestras señorías y mercedes, parece que el señor Obispo (si yo no me engaño) se engañó en la equivocacion; porque otra cosa es que los podamos forzar á que nos dejen predicar, lo cual es opinion de muchos doctores; otra cosa es que los podamos compeler á que vengan á nuestros sermones, en lo cual no hay tanta aparencia. Y esto es lo que él allí trató, que no los podemos forzar á que nos oigan. Y fundólo en cuatro razones: lo primero, porque los infieles no pueden ser compelidos á recebir la fe, que es el fin de la predicacion, y por la misma

razon, ni á oirla. Porque si uno no puede ser compelido á recebir alguna religion ó alguna doctrina, tampoco puede ser compelido á oirla, mayormente que la tal compulsion engendraria ódio en los oyentes de la mesma fe, ántes que aficion para recebirla.

La segunda razon es, porque los mismos infieles que viven entre nosotros, tampoco los compelemos á oirnos. Confirmalo con autoridad del evangelio de san Mateo, x, que es la tercera razon: *Intrantes autem in domum, salutate eam dicentes: Pax huic domui;* y más abajo: *Et quicumque non receperit vos neque audierit sermones vestros, exeuntes foras de domo vel civitate, excutite pulverem de pedibus vestris. Amen dico vobis: tolerabilius erit terræ Sodomorum et Gomorrhæorum in die judicii, quam illi civitati.* Donde no nos manda hacer ninguna compulsion, sino dejallo al juicio de Dios. Y confirmólo por el ejemplo de Jesucristo, que no quiso por fuerza entrar á los samaritanos, que no le quisieron recebir, y prohibió que descendiese fuego del cielo sobre ellos; los cuales despues recibieron la fe por una samaritana. Sobre el cual paso dice san Ambrosio y Beda: *Denique samaritani citius crediderunt quibus à ignis ardetur.*

Añidió la cuarta razon, que pues nunca prometieron oir la fe, no pueden ser forzados á lo que no prometieron. Empero este punto examinarse ha más despues en esta sapientísima consulta.

La cuarta razon del doctor Sepúlveda se funda en la injuria que los indios hacen á los inocentes, matándolos para sacrificarlos ó comerlos. A lo cual el señor Obispo, aunque en el sexto caso concedió que á la Iglesia incumbia defender á aquellos inocentes; empero dijo despues que no era cosa conveniente ni decente defenderlos por guerras. Lo cual fundó en tres ó cuatro maneras. La primera está ya tocada, que de dos males hase de elegir el menor; y que los indios maten algunos inocentes para comerlos, que es áun mayor fealdad que para sacrificarlos, es, sin comparacion, menor mal que los que se siguen de la guerra. Donde, allende de los robos, mueren muchos más inocentes, que son los pocos que se pretenden librar. Allende de esto, por estas guerras se infama la fe y se pone en ódio con los infieles, que es aún mayor mal. El segundo argumento fué, porque tenemos precepto negativo, no matarás, y particularísimo, *insontem et inocentem non occides: Exodi*, XXIII; el cual es más estrecho que el afirmativo de defender los inocentes, y por eso, cuando no se puede cumplir este segundo sin ir contra el primero, ántes se ha de quebrantar el segundo que el primero. Y puesto que en los combates de los pueblos en guerra justa, cuando son ciudades de enemigos, se pueden accidentalmente matar algunos inocentes, no conociéndolos ni teniendo tal intencion; empero cuando la guerra se hace para castigar algunos delincuentes, si se presume que son más los inocentes, y que no se pueden distinguir entre los unos y los otros, más sano consejo es dejar de hacer el tal castigo, conforme al precepto evangélico de Jesucristo, que no permitió arrancar la zizania del trigo, porque no se arrancase á vueltas *el mismo trigo, sino quiso más* que se difiriese para *el Agosto, que es el dia del juicio*, donde sin peligro se pueden discernir los buenos y los malos, y castigar los unos sin perjuicio de los otros.

La tercera manera de probar ser ilícitas las tales guerras contra los que sacrifican hombres fué, porque tienen alguna manera de excusa para que no sean obligados á conocer su error luégo en diciéndoselo, mayormente siendo los que se lo dicen gentes armadas, que representan ir más como enemigos á robar y matar, que como amigos á enseñar, y en tanto que les excusa la ignorancia hasta que sean obligados á creer, no caen en culpa, y por ende no merecen castigo; y que tengan alguna manera de excusa cuanto á los hombres, aunque no cuanto á Dios, parece porque aquella es probable opinion, segun Aristótiles, en el primero de los *Tópicos*, la que tienen los hombres más sabios. Y en el primo de la *Retórica*, capítulo II, tambien dice que aquello se ha de tener, que aprueban los más prudentes; y como aquellas naciones donde este error reina, los sabios dellos y sacerdotes y reyes y sus pasados así se lo hayan enseñado, tienen por ende alguna excusa hasta que les enseñen la verdad. Confirmó esta razon, porque esto de sacrificar hombres es muy general en la antigüedad, como lo cuenta Eusebio, libro *De preparatione evangelica*, donde dice que áun los príncipes solian sacrificar sus hijos, por hacer mayor reverencia á los dioses.

Lo mismo cuenta san Clemente, en el libro IX de las *Islas Orientales*, que por ventura son estos indios de que tratamos. Lactancio cuenta lo mismo de los tártaros, y áun de los mismos latinos, que solian sacrificar niños, y de los cartaginenses dice lo mesmo; y Plutarco cuenta de los romanos que aunque topaban bárbaros que sacrificaban hombres, no los castigaban, sino prohibian que no lo hiciesen más. Trajo desto historias muchas á este propósito.

La segunda razon por que no son obligados á entender luégo sus ceguedades, porque en lumbre natural, cualquiera que concibe alguno por Dios, conoce que es cosa excelentísima, á quien todos deben reverencia. Al cual, por los beneficios que dél reciben y por aplacarle de las ofensas que le hacen, se le debe hacer sacrificio de la mejor cosa que hay en los hombres; y como esta sea la vida de los mesmos hombres, tienen algun velámen de su ignorancia y excusa en ofrecerle vidas de hombres. Digo que tienen alguna ignorancia excusable donde no hay conocimiento de la ley de gracia sobrenatural, sino sólo natural, y áun añublado, como está entre gentiles. Porque dando la vida á Dios, la hacen mayor subjeccion y acatamiento que pueden, y por eso le ofrecen niños inocentes sin culpa. Porque aquellos piensan que le son á él más agradables y de quien él más se sirve allá. Lo cual áun se confirma por la sagrada Escriptura, que para tentar Dios á Abraham de la fe y amor que tenía, le mandó que le sacrificase el hijo que tanto amaba; al cual ninguna injuria hacia, porque *est Dominus universorum, et etiam vitæ et mortis humanæ;* aunque por su bondad no quiso consentirlo, y por la misma razon mandó, en el *Levítico*, que todos los primogénitos de los hombres se conmutasen y redimiesen por otro animal. Añade que *majorem charitatem nemo habet, quam ut animam suam*

ponat quis pro amicis suis; y ansí tenian alguna excusa si á Dios, á quien tanto amor se debia, por aquella manera de sacrificio le daban la vida, y por la misma razon las mujeres más amadas de sus maridos se enterraban con ellos; y en nuestra religion, si la fe no corrigiese la ceguedad del amor, parece que habria quien lo hiciese. Añidió postreramente otra razon por la cual no se les debe hacer guerra, y es, que muy más fácilmente por razon se les puede persuadir que dejen la idolatría y la arranquen de sus corazones, que no por guerra. Porque la guerra, aunque hace que no sacrifiquen en público, empero, como quedan los corazones dañados, á hurto hacen los mismos males. En esta forma, pues, respondió á la cuarta razon del doctor Sepúlveda.

Resta responder á la razon de Sepúlveda, II, que se fundaba en la barbaridad de aquella gente, por la cual dicen ser de su naturaleza siervos, y obligados por ende á ser nuestros súbditos. A esto respondió el señor Obispo que en las escripturas profanas y sagradas se hallan tres maneras ó linajes de bárbaros. La primera es, tomando el vocablo largamente, por cualquiera gente que tiene alguna extrañeza en sus opiniones ó costumbres, pero no les falta policía ni prudencia para regirse. La segunda especie es, porque no tienen las lenguas aptas para que se puedan explicar por caractéres y letras, como en algun tiempo lo eran los ingleses (como lo dice el venerable Beda), que por eso procuró traducir en su lengua las artes lilberales, y san Gregorio dice: *Ecce linguam Britaniæ quæ nihil aliud noverat quam barbarum fundere; jam dudum in Dei laudibus hæbrea cœpit verba resonare;* y destas maneras nunca entendió el filósofo que *sunt natura servi*, y por esto se les pueda hacer guerra; ántes dice que en el tercero libro de la *Política*, que entre algunos bárbaros hay reinos verdaderos y naturales reyes y señores, y gobernacion. La tercera especie de bárbaros son los que por sus perversas costumbres y rudeza de ingenio y brutal inclinacion, son como fieras silvestres, que viven por los campos, sin ciudades ni casas, sin policía, sin leyes, sin ritos ni tratos, que son de *jure gentium;* sino que andan *palantes*, como se dice en latin, que quiere decir robando y haciendo fuerza, como hicieron al principio los godos y los alanos, y agora dice que son en Asia los árabes y los que en África nosotros mismos llamamos alárabes; y destos se podria entender lo que dice Aristótiles, que como es lícito cazar las fieras, así es lícito hacerles guerra, defendiéndonos dellos, que nos hacen daño, procurándoles reducir á la policía humana; y por aventura lo dijo por algunas gentes que eran en la conquista de Alejandro. Por esta ocasion el señor Obispo contó largamente la historia de los indios, mostrando que aunque tengan algunas costumbres de gente no tan política, pero que no son en este grado bárbaros; ántes son gente gregátil y civil, que tienen pueblos grandes, y casas, y leyes, y artes, y señores, y gobernacion, y castigan, no sólo los pecados contra natura, mas áun otros naturales, con penas de muerte. Tienen bastante policía para que por esta razon de barbaridad no se les pueda hacer guerra, y ansí concluyó, contra el dicho doctor Sepúlveda, que por ninguna de aquellas sus cuatro razones se les pueda hacer guerra ántes de predicarles la fe, sino que aquella guerra sería inicua y tiránica, y perjudicial al Evangelio y su predicacion, y no solamente esto, mas, como dijimos, tampoco admite que sea lícita la guerra contra los que impidiesen la predicacion, si de comun consensu de toda la república y de todos los particulares la impidiesen, ni se les puede hacer fuerza que oyan nuestra predicacion. Preguntando á la postre qué es lo que á su parecer sería lícito y expediente, dice que en las partes que no hubiese peligro de la forma evangélica, era entrar solos los predicadores y los que les pudiesen enseñar buenas costumbres, conforme nuestra fe, y los que pudiesen con ellos tratar de paz; y donde se temiese algun peligro, convendria hacer algunas fortalezas en sus confines, para que desde allí comenzasen á tratar con ellos, y poco á poco se fuese multiplicando nuestra religion, y ganando tierra por paz y amor y buen ejemplo, y ésta dice que fué la intencion de la bula de Alejandro, y no otra, segun lo declara la obra de Paulo (conviene á saber), para que despues de cristianos fuesen subjectos á su majestad, no cuanto *ad dominium rerum particularium*, ni para hacerlos esclavos, ni quitalles sus señoríos, sino sólo cuanto la suprema jurisdiccion, con algun razonable tributo para la proteccion de la fe y enseñanza de buenas costumbres y buena gobernacion.

Ésta es, pues, la suma y órden á que, por mandado de vuestras señorías y mercedes, he podido reducir el parecer destos dos señores; señaladamente el del señor Obispo, que fué tan copioso y tan difuso, cuantos han sido los años que deste negocio trata y el celo y afecto con que le ha proseguido. Por lo cual, á Dios primeramente, y á él despues, se deben gracias, y tambien al señor doctor, por su tan buen celo y diligencia y trabajo.

TRATADO SOBRE LA ESCLAVITUD DE LOS INDIOS.

ESTE ES UN TRATADO QUE EL OBISPO DE LA CIUDAD DE CHIAPA, DON FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS Ó CASAUS, COMPUSO POR COMISION DEL CONSEJO REAL DE LAS INDIAS, SOBRE LA MANERA DE LOS INDIOS QUE SE HAN HECHO EN ELLAS ESCLAVOS. EL CUAL CONTIENE MUCHAS RAZONES Y AUTORIDADES JURÍDICAS, QUE PUEDEN APROVECHAR Á LOS LECTORES PARA DETERMINAR MUCHAS Y DIVERSAS CUESTIONES DUDOSAS EN MATERIA DE RESTITUCION, Y DE OTRAS QUE AL PRESENTE LOS HOMBRES EL TIEMPO DE AGORA TRATAN.

ARGUMENTO DEL SIGUIENTE TRATADO.

El obispo de la ciudad real de Chiapa, don fray Bartolomé de las Casas ó Casaus, como tratase y insistiese en el Consejo Real de las Indias importunamente sobre la libertad y remedio general de los indios, y entre otras partes de sus negocios, fuese suplicar que los indios que tenian los españoles, que propiamente llamaban ellos esclavos, se pusiesen todos en libertad, allegando que ni uno, de innumerables que se han tenido y tienen, no ha habido justa ni legítima causa, sino los que habia, injusta é inicuamente eran hechos esclavos. Determinando el cristianísimo Consejo de tratar dello y difinillo entre sus innúmeras ocupaciones, encargó y cometió al dicho obispo que diese por escripto lo que desta materia sentia. El cual, en cumplimiento del dicho mandado y comision real, puso la siguiente conclusion con tres corolarios, que son como tres ramas, que necesariamente nascen de la verdad, con sus probanzas. En las cuales muestra muy claro la justicia ó injusticia con que se hicieron ó pudieron hacer en aquel orbe de las Indias, los indios que han tenido y tienen los españoles por esclavos, y la obligacion que hay para libertallos.

PRÓLOGO DEL OBISPO PARA LOS ÍNCLITOS SEÑORES EL CONSEJO REAL DE LAS ÍNDIAS.

Muy poderosos señores: Porque vuestra alteza me mandó que diese por escripto lo que sentia ó entendia cerca de la materia de los indios que se han hecho esclavos, y con título de esclavos los poseen los españoles en las Indias, parescióme que sería á vuestra alteza más agradable, por sus frecuentísimas ocupaciones, dar mi parecer compendiosamente por la siguiente conclusion, con su prueba, y corolarios que della dependen.

CONCLUSION.

Todos los indios que se han hecho esclavos en las Indias del mar Occéano, desde que se descubrieron hasta hoy, han sido injustamente hechos esclavos, y los españoles poseen á los que hoy son vivos, por la mayor parte *con mala consciencia*, aunque sean de los que *hobieron de los indios.*

La primera parte desta conclusion se prueba por esta razon generalmente: porque la menor y ménos fea é injusta causa que los españoles pudieron haber tenido para hacer á los indios esclavos, era moviendo contra ellos injustas guerras, pues por esta causa de injustas guerras no pudieron justamente hacer uno ni ninguno esclavo; luego todos los esclavos que se han hecho en las Indias, desde que se descubrieron hasta hoy, han sido hechos injustamente esclavos. La menor razon deste argumento es manifiesta; lo que supone que es no haber tenido los españoles contra los indios jamas justa guerra en ninguna parte de las Indias hasta hoy: pruébolo desta manera. Porque nunca jamas hobo causa ni razon justa para hacella, ni tampoco hobo autoridad del Príncipe; y éstas son dos razones que justifican cualquiera guerra, conviene á saber, causa justa y autoridad del Príncipe. Que no haya habido causa justa, paresce porque, vistas todas las causas que justifican las guerras, ni todas ni alguna dellas no se hallará que en esta guerra concurran; porque ni por injurias que

los indios les hobiesen hecho, ni porque les persiguiesen, impugnasen ni inquietasen, porque nunca los vieron ni conocieron, segun hacen los turcos y los moros de África; ni porque detuviesen nuestras tierras, que en otro tiempo hobiesen sido de cristianos; porque nunca lo fueron, ó á lo ménos no hay noticia dello, como África lo fué en tiempo de san Agustin, y el reino de Granada, y lo es el imperio de Constantinopla y el reino de Jerusalen; ni tampoco porque sean hostes propios ó enemigos capitales de nuestra santa fe, que la persiguiesen y trabajasen en cuanto en sí era destruilla, ó por abiertas persecuciones ó por ocultas persuasiones, dando dádivas y dones, ó por otra cualquiera manera, forcejando que los cristianos la renegasen, con intincion de encumbrar la suya, como quiera que en teniendo noticia della, con grande jubilacion aquellas gentes indianas la recebian. Pues por sola la ampliacion y predicacion de la fe entre gentes y tierra de gentiles, como son aquellas, nunca hubo ley divina ni humana que guerra consintiese ni permitiese, ántes la condenan todas, si no queremos afirmar que la ley evangélica, llena de todo dulzor, ligereza, blandura y suavidad, se deba de introducir como la suya introdujo Mahoma. Otra causa que podria haber, conviene á saber, por razon de socorrer los inocentes, en este caso de agora, della no es menester tractar. Lo uno, porque nunca por nuestros españoles tal guerra se ha pretendido, sino matar, despojar y robar los inocentes, usurparles sus tierras, sus haciendas, sus estados y señoríos. Lo otro, porque esta guerra es de *per accidens*, y no en todas partes habria lugar, sino en muy poquitas, y en éstas no sería guerra, sino defension. Y habia de ser al modo de las guerras civiles ó particulares, donde no son esclavos los que se prenden en ellas; y habríanse primero muy mucho de mirar y considerar muchas circunstancias que la justificasen, y no fuese con más injusticia que las otras guerras, así como si por ella podrian padescer más innocentes en cuerpos y en ánimas, que librarse pretendian, y mayores daños y escándalos, infamia, ódio y aborrecimiento de la fe é impedimento de la conversion de infinitos pueblos, y otros muchos inconvinientes. Pues como por ninguna de las dichas causas, y no hay otras, y si las hay, á éstas serán reducibles, los españoles no pudieron hacer contra los indios justa guerra, luego nunca tuvieron causa justa.

Que tampoco hayan tenido auctoridad del Príncipe, asaz es manifiesto; porque nunca jamas hasta hoy los españoles guardaron mandado, ley, ni órden, ni instruccion que los Reyes Católicos pasados dieron, ni una ni ninguna de su majestad, en esto de las guerras ni en otra cosa que para bien de los indios proveido se hobiese, y por una sola que se hobiese guardado, ofreceria yo á perder la vida. Para prueba desto, véanse las residencias de todos los gobernadores pasados, y las probanzas que unos contra otros han hecho, y las informaciones que cada hora, áun en esta córte, se pueden hacer, y hallará vuestra alteza que uno ni ningun gobernador ha habido, ni hoy lo hay (sacado el visorey don Antonio (1) y el licenciado Cerrato, de los presentes, y el obispo de Cuenca, don Sebastian Ramirez, en los pasados), que haya sido cristiano, ni temido á Dios, ni guardado su ley, ni la de sus reyes, y que no haya sido destruidor, robador y matador injusto de todo aquel linaje humano. Luego, como en todas las guerras que los españoles contra los indios han hecho, haya faltado verdaderamente causa justa y real auctoridad, síguese que hayan sido todas injustas; que la ménos mala y ménos fea é injusta causa que los españoles pudieron haber tenido é tuvieron para facer los indios esclavos que hicieron, era y fué moviendo contra ellos injustas guerras, segun las otras fueron llenas al ménos de mayor nequicia y deformidad; pruébase por esta manera. Porque todas las otras causas é vias que han tenido los españoles, sin las de las guerras, para hacer á los indios esclavos, han sido espantables, y nunca vistas ni oidas tales cautelas, tales fraudes, tales dolosas maquinaciones y exquisitas invenciones y novedades de maldad, para poner en admiracion á todos los hombres; para noticia de lo cual, aquí referiré, de muy muchas, algunas y pocas: unos por engaños que hacian á los indios que estuviesen ó viviesen con ellos, ó por miedos ó por halagos los atraian á su poder, y despues les hacian confesar delante de las justicias que eran esclavos, sin saber ó entender los inocentes que queria decir ser esclavos; y con esta confesion las inicuas justicias y gobernadores pasaban, y mandábanles imprimir el hierro del Rey en la cara, siendo sabidores ellos mismos de la maldad. Otros provocaban á algunos indios malos con media arroba de vino, ó por una camisa ó otra cosa que les daban, á que hurtasen algunos muchachos huérfanos que carecian de padre y madre, ó los trajesen por engaños, como para convidallos, y con una manada dellos veníanse á los españoles, y hacíanles del ojo que los tomasen; los cuales los ataban, y metíanlos en los navíos, ó llevábanlos por tierra, é sin hierro vendíanlos por esclavos. Y aquellos plagiarios primeros, ó los otros segundos que los compraban, iban delante del Gobernador ó justicia, y decian que los habian comprado por esclavos, y luégo, sin más averiguar, los herraban. Otros españoles iban de las islas, especialmente la Española y San Juan y Cuba (dando dello autoridad y licencia la Audiencia y las justicias) con dos ó tres navíos á la tierra firme y á otras islas, y de noche saltaban en tierra, y al cuarto del alba, estando los indios en su pueblo seguros en sus camas, los salteaban y pegaban fuego á las casas, mataban los que podian, y los que tomaban á vida (de muchos saltos que hacian) hinchian los navíos y traíanlos á vender por esclavos. Algunas veces los han herrado con hierro del Rey en las caras, y otros en los muslos. Otras, á muchos de los indios pusiéronles nombres *naborías de por fuerza*, confundiéndolos su misma malicia, habiendo vergüenza de llamarlos esclavos. Aunque como cosa segura y bien ganada, de unas manos á otras los vendian y venden y los traspasan; y desta manera, y con esta justicia, y órden, y autoridad, y rectitud, y buena consciencia, han traido á las islas Española y Cuba y San Juan, de la costa de las Perlas, y de Hon-

(1) Aquí se alude á don Antonio Hurtado de Mendoza, virey de Méjico y hermano del famoso historiador, poeta, novelista y político don Diego.

duras, y de Yucatan, y de Panuco, y en gran manera y en inmensa cantidad y con detestables tiránicas desvergüenzas, del infelice reino de Venezuela y de Guatimala y Nicaragua, para llevar á vender á Panamá y al Perú, en verdad (á lo que siento y creo), más de tres cuentos de ánimas; y ninguna vez traian en un navío trecientas ó cuatrocientas personas, que no echasen en la mar las ciento ó las ciento y cincuenta muertas, por no dalles de comer y de beber; porque tantos cargaban, que las vasijas que metian para agua, ni los bastimentos que llevaban, bastaban sino para muy poco más de sustentarse los plagiarios que los salteaban, ó que de los otros salteadores los compraban. Otros, estando los indios seguros y pacíficos en sus pueblos y casas, y repartidos ó encomendados, sirviendo á los españoles con cuanto tienen, enviábanlos á llamar; si eran doscientos hombres en el pueblo, mandaban al cacique y señor dél que les enviase luégo para tal dia y tal hora trecientos hombres cargados de maíz, ó para que les hiciesen alguna labranza; y como el cacique se entristeciese, como no tuviese tantos, y se detuviese, pensando qué haria, ó de qué cumpliria lo que el español le demandaba y mandaba, por un dia ó dos que se tardase, levantábanle que ya no obedecia y que estaba alzado, y que ya no venia á su mandado; pedia luégo licencia al tirano gobernador ó capitan para ir contra él con gente. Ido allá, hallábalos en sus casas, ó en sus labranzas trabajando, y mataba los que queria, y los demas atábalos, trayéndolos como habidos de buena guerra, y luégo se los herraban por esclavos. Otros enviaban á decir a los caciques que luégo viniesen cincuenta indios para trabajar en tal labranza, ó que les trajesen tantas cargas de maíz ó de madera, ó otras cosas, y al tiempo que los querian despedir, decianles que se quedasen dellos diez ó quince hombres, para traer yerba á los caballos aquel dia ó dos; idos los otros, los entregaban á quien ya los tenian vendidos por esclavos, y los metian en el barco ó navío, é asi los llevaban. Otros decian que no los vendian por esclavos, sino por naborias; *naboría* quiere decir que les sirve continuamente en casa de la misma manera que esclavo, sino que pública ni secretamente los pueden vender sin pena. De manera que solamente difieren en el nombre, porque, en efecto, lo mismo es. Llevábalos el que los compraba en sus colleras y cadenas de hierro, é trasportábalos ciento y doscientas leguas, y sin tener hierro del Rey, los herraba en la cara con letras de su nombre, y algunas veces los herraban con un hierro caliente, el primero que hallaban, como somos ciertos desto. Despues que se habian servido dellos, ó cuando querian, vendianlos todos por esclavos (siendo todos de los indios libres que tenian encomendados). Cuando las mujeres y los hijos de aquellos que los estaban esperando para que les diesen y truxesen de comer, ó fuesen á hacer sus labranzas, ó para gozar de la presencia las mujeres de sus maridos, y los hijos de sus padres, vian volver los otros sus vecinos, preguntándoles por ellos, decianles que quedaban para traer yerba para los caballos, que luégo vernian; pero nunca les veian más de sus ojos. Considere vuestra alteza lo que sentirian. Desta manera han despoblado toda la mayor parte de la provincia de San Miguel, que está entre Goatimala y Nicaragua; é yo, por mis mismos ojos, he visto llevallos desta manera en cadenas. Otros algunas veces eran enviados por sus capitanes ó gobernadores á los pueblos de los indios á llamarlos, ó á ver de qué manera estaban; y ha acaescido venir los indios cargados de gallinas y comida, y otras cosas de presentes para los españoles, y toparlos en los caminos como ovejas mansas, y comenzar á dar cuchilladas en ellos, para dar á entender que estaban alzados; y despues iban al pueblo, donde hallaban los demas seguros y descuidados, y mataban los que querian, para mostrar que los hallaban de guerra y alzados, y los otros traian presos, para que se los diesen por esclavos, diciendo que los hallaban en el camino armados y les tiraron ciertas flechas, y que por eso fueron al pueblo, que estaba alzado. Y aunque á los malaventurados capitanes y gobernadores esto no les pasaba por alto, porque no lo ignoraban; pero porque no pareciese que ellos lo mandaban, por temor de que en algun tiempo les habian de tomar cuenta, pasaban por ello, y destos robos y esclavos llevaban la principal parte. Otros, despues de hechas las crueles é injustas guerras, y repartidos todos los pueblos de los indios entre sí (que es por lo que siempre rabian), la primera de las tiranías é iniquidades era ésta que ellos ejercitaban. Decian á los caciques y señores de los pueblos: «Habeisme de dar de tributo tantos tejuelos ó marcos de oro cada sesenta ó setenta ó ochenta dias»; y esto que fuese tierra de oro ó que no lo fuese. Decian los caciques: «Daros hemos lo que tuviéremos»; y traíanles todo lo que podian por el pueblo arañar. Respondian los españoles: «Sois unos perros, y habeisme de dar el oro que pido; si no, yo os tengo de quemar.» Respondian los desventurados: «No tenemos más, porque no se coge en esta tierra oro.» Sobre esto le daban docientos palos. Despues, con grandes amenazas que les hacian, y con asomallos los perros bravos, ó acometer que los querian quemar, los constreñian á que les diesen cada sesenta ó setenta ó ochenta dias cincuenta ó sesenta esclavos. Íbase de miedo el cacique por el pueblo ó pueblos, si era señor de muchos, y tomaba á quien tenia dos hijos uno, y á quien tenia tres hijas las dos, y á todos los que eran huérfanos, y no tenian quien volviese por ellos desamparados; y juntaban su número, y no de los más feos ni indispuestos, sino escogidos, como se lo mandaban, y de tal estatura como le daba el español una vara, y entregábaselos, diciendo: «Ves aquí tu tributo de esclavos.» Los clamores y llantos que los padres y las madres hacian por el pueblo, de ver llevar sus hijos á vender, y donde sabian que poco habian de durar, ¿quién podrá encarecellos ni contallos? Mandaba el español al cacique que dijese á los indios que cuando los llevasen á examinar para herrallos, que confesasen que eran esclavos y hijos de esclavos, é que en tantas ferias ó mercados habian sido vendidos y comprados; si no, que lo habia de quemar. El cacique, de miedo, tenia harto cuidado desto, y los indios de obedecelles, aunque los hobiesen de hacer pedazos. Y acaescia, ansí como llevaban los indios un tiro de piedra de donde los habian de examinar, comenzar á dar voces, diciendo:

«Yo soy esclavo y hijo de esclavo, y en tantos mercados he sido vendido y comprado por esclavo.» Preguntábale el hombre perdido del examinador, porque tambien éste robaba, y sabía las maldades con qué estos inocentes eran así traidos y fatigados: «¿De dónde eres tú?» Respondia el indio: «Yo soy esclavo y hijo de esclavo, y en tantos mercados vendido y comprado por esclavo.»

Mire aquí vuestra alteza cómo venian tan bien enseñados. Finalmente, asentábalo así el escribano, y con esta examinacion y justicia, con el bierro del Rey los herraban. Todas estas infernales cautelas y fraudes sabian y veian los gobernadores y oficiales de su majestad, y ellos mismos eran los inventores primeros y los que en ello tenian parte, y que más inicua y cruelmente lo hacian en los pueblos que para sí aplicaban, como tenian mayor poder y licencia y ménos cuidado de sus almas. Y gobernador hubo, que de una parada jugó quinientos indios que se escogiesen en el pueblo que él señalaba, y que los tomasen por esclavos. Y esto se debe tener por verdad, como abajo diré más largo; que entre los indios habia (ya que hobiese algunos) muy poquitos esclavos. Otro gobernador, ó por mejor decir, destruidor de hombres, tirano, estando en Méjico, docientas leguas de su gobernacion, jugaba docientos y trecientos y cuatrocientos esclavos, y enviaba á mandar al tirano que tenía en su lugar puesto por teniente, dándole priesa, que le enviase tantos cientos de esclavos, porque tenía necesidad para pagar dineros que le habian emprestado. Este mismo, estando en su reinado, porque ni áun al Rey conocia (y estuvo siete años, que nunca hizo entender á los indios que habia otro rey ni señor en el mundo sino él, hasta que á aquella provincia fueron frailes), juntaba trecientos y cuatrocientos y quinientos muchachos y muchachas, tomados de los pueblos, los más dispuestos que á ellos hallaba, y decia á los marineros y mercaderes que á aquel puerto donde él estaba venian y andaban en este trato: «Escoged destas doncellas y destos muchachos; mirá cuán hermosos son»; á arroba de aceite ó de vino, ó á tocino, ó así de otras cosas de poca valía, se los daba; y desta manera fueron muchos los navíos que de estos corderos cargaban. Y acaesció por una yegua dar ochenta ánimas racionales, y ciento por un harto astroso caballo. A otros sesenta ó ochenta dias hacian lo mismo los caciques en sus pueblos, tomando los hijos y parientes que quedaban, y pagaban al tirano del español con otros tantos el tributo que le habia señalado.

Otros, allegando los religiosos con blandura y suavidad en las iglesias para predicalles y dalles á conoscer á su Dios, teniendo la iglesia llena de indios, venian los tiranos, y tomaban de las iglesias los que querian, con gran escándalo de los indios, y angustia y afliccion de los frailes, diciendo que los habian menester para llevar cargas; y sacados de allí, los llevaban á herrar y señalar por esclavos.

Otros con licencia de los gobernadores, que la habian á cada paso, y comunmente se daba á todos, por los grandes servicios que á los reyes de Castilla les habian hecho en roballes y destruilles y despoblalles aquellas tierras, *y á la Iglesia de Jesucristo*, echando tantas ánimas á los infiernos, comenzaron y acabaron de tomar otro camino, que parecia más honesto, para consumir aquellas gentes, y éste fué rescatar, como ellos decian, ó comprar de los mismos caciques, con temor que les ponian de quemallos vivos, por una camisa ó un sayo que le diesen para hacer esclavos tantos indios. Los caciques, para cumplir con ellos, andaban por el pueblo, sacando y destruyéndolo de la manera arriba dicha, haciendo lo mismo. Esta manera de tiranía y destruicion de aquellos infinitos pueblos tan horrible, se hizo tan desvergonzadamente y tan á ojos vistas, haciendo esclavos hoy los indios que ayer de sus mismos pueblos les servian, que viendo el Gobernador, ya confuso de saber y consentir tanta y tan cruel injusticia, que se despoblaba tan rotamente toda la tierra, mandó que las mercedes que él hacia (porque así las llaman ellos), de dar licencia para rescatar ó robar del pueblo que tenía encomendado el español, tantos esclavos, que nadie lo pudiese hacer de su pueblo, sino del pueblo que á otro estuviese encomendado; y así, inventaron otra extraña cautela. Decia cada español á su cacique: «Mirad, Fulano cacique, vos me habeis de dar cincuenta ó cien esclavos, y no han de ser de vuestro pueblo, sino de otros indios.» El cacique, como sabía que no le convenia otra cosa hacer y que le iba la vida ó la mala vida en ello, íbase al cacique de otro pueblo, su vecino, y decíale: «El diablo que me tiene á cargo (porque así llaman á los cristianos en la provincia de Nicaragua, donde esta maldad los tiranos hacian) me pide tantos indios para hacer esclavos, y dice que no sean de mi pueblo; dámelos tú del tuyo, y darte he yo otros tantos del mio.» Respondia el otro cacique: «Pláceme; porque lo mismo me pide y me manda el diablo á quien me han encomendado y tengo por señor mio.» Llevábanlos á herrar, y decian que los habian habido con juramento, no de los de su pueblo, sino de otros pueblos ajenos, y todos decian verdad, aunque con igual maldad y sin justicia; la cual los peores que aquellos que esto hacian, malaventurados gobernadores, muy bien sabian y consentian, con que hobiese alguna color, para que en algun tiempo no fuesen acusados dellas en la residencia; porque de guardar fidelidad á Dios ni á su rey, ni condolerse de aquellas atribuladas gentes, ningun cuidado ni caridad tenian. Para prueba desto, entre otras millares de cosas que de los tiranos gobernadores referir podia, digo ésta: que en la provincia de Nicaragua, llegada una cédula de su majestad, por la cual mandaba que esclavo ninguno se herrase ni hiciese, estando un navío cargándose dellos, á medio cargar, el infelice gobernador tuvo la cédula escondida hasta que lo acabasen de hinchir de indios libres para que los llevasen á vender por esclavos, como á los susodichos; y avisó á los ladrones plagiarios y destruidores de aquellas gentes, que cargaban el navío de indios, que los allegasen y cargasen presto, porque la dicha cédula real era venida. En la provincia y gobernacion de Honduras, que era una maravilla ver su felicidad en multitud y bondad de gente, en fertilidad y frescura, y agora es una miseria y compasion y dolor ver su despoblacion y perdicion, y soledad y desventura, inventó otra maldad y

cautela otro gobernador, no mucho menor que ésta. Él debia muchos dineros, de ropas y vino y otros gastos que habia hecho, comprando fiado de los mercaderes que andaban en esta granjería, y estaban en el puerto ciertos navíos, que esperaban la paga que les debia, en esclavos, y porque habia llegado la dicha cédula de su majestad tambien á aquella provincia, que no hobiese más esclavos, movido el Emperador por muchos clamores que á su real córte destos tan execrables pecados habian llegado, no podia ya abiertamente hacer esclavos para pagar sus trampas como solia; enviados dos capitanes, uno por la ribera de la mar, y otro por la tierra adentro, mandóles que de los más seguros y pacíficos indios que hallasen, como ovejas en corral, en sus casas y pueblos, prendiesen y atasen. Prendieron y ataron gran número y cantidad de indios, y traidos al puerto, hízoles poner en las caras unas letras que decian *desterrado*; queriendo dar á entender, para excusarse de las penas de la cédula, que aquel y aquellos así señalados, por ser malos, los desterraban por justicia, porque no convenia que quedasen en la tierra. Y por esta manera y con este título los vendió por esclavos y pagó sus deudas, y envió llenos y contentos los navíos.

Este mismo gobernador, una vez entre otras, hizo para sí propio tantos esclavos de los indios libres, que estaban seguros en sus pueblos, ántes que fuese la dicha cédula, que de solo el quinto pagó al Rey quinientos y tantos castellanos; lo cual no pudo ser, segun los daban tan barato (porque acontecia dar un indio por un queso), sin que fuese grande el número de ellos. Y hase de presuponer que cuando él solo para sí aplicaba y hacia tantos esclavos, que pagaba del quinto quinientos castellanos, qué sería y á cuántos llegarian los indios que vendian los otros españoles, pues que todos desta mercaduría, de todo lo que habian menester de las cosas de Castilla se proveian, y desta moneda lo pagaban; y bien parece la priesa que les dieron; porque agora ocho años, viniendo para acá, vi aquellas provincias, y no habia cosa más destruida ni despoblada, despues de la isla Española y sus comarcanas, en todas las Indias; siendo ellas poblatísimas, y aquella como ellas. Otros, engañando á muchos indios, persuadíanles que se viniesen con ellos á Castilla, y llegados á la isla de Cuba, los vendian por esclavos. Y allí hay muchos destos en la Habana. Otros, yendo de unas tierras á otras, á los que engañaban y llevaban consigo hacian lo mismo. Por estas vias tan justas y tan cristianas maneras, y otras muchas que dejo de decir, han sido tantas las gentes que aquellos hombres desalmados y perdidos, y hijos de perdicion, han destruido, y tanta la corrupcion y desvergüenza que en esto ejercitaron, que será muy dificultoso creello á quien no lo vió; pero asaz es creible, pues todos los mismos que lo hicieron, sin temor ni vergüenza lo confiesan, y todo el mundo lo sabe y lo afirma y lo dice. Y harto claro lo testifican todas las provincias de Nicaragua, toda la de Guatimala, gran parte de la de Méjico, toda la de Guazacualco y Tavasco, que hervia de gente, toda casi totalmente la de Panuco. De la cual, sin otros muchos, escribió el arzobispo de Méjico á este Real Consejo haber enviado el tirano cruel que allí tuvo cargo de destruilla, llenos de gente veinte y ocho navíos. Toda tambien la de Jalisco, donde el gobernador hizo herrar en las caras, sin otros infinitos que él y los españoles que con él están hicieron y vendieron por esclavos de los indios de aquella provincia, cuatro mil y quinientos y sesenta hombres y mujeres, y niños de un año á las tetas de sus madres, y de dos y de tres, ó de cuatro ó de cinco años, y otros muchos de catorce años abajo, y algunos saliéndole á rescebir de paz. Y estando prohibido por provisiones reales que, ya que algunos se hiciesen esclavos, ninguno se hiciese de catorce años abajo. Y esta licencia ó permision que hiciesen los de catorce años arriba, dábase por las falsísimas y fraudolentas informaciones que al Consejo hacian los tiranos; porque nunca hobo causa justa en todas las Indias para hacer uno ni ningun esclavo. Hase de entender que todos los susodichos estaban en sus tierras pacíficos, y aunque les salieran de guerra, la tenian justa contra él y contra ellos. Parece tambien, por la gran despoblacion que por esta via de sacar esclavos han hecho en el reino de Yucatan, donde agora al presente se han hecho muchos, y los sacan cada dia, llevándolos á vender á otras partes, y el que allí gobierna ha pagado algunas deudas dando indios de los mismos pueblos libres, como los demas por esclavos. Cuando digo libres, no se entienda que es á diferencia de esclavos; porque no hay alguno que sea esclavo; sino para significar que son de los pueblos que tienen los españoles encomendados para doctrinallos y salvallos.

Pues las provincias de Honduras (como está dicho) con esta pestilencia están destruidas. En la de Nicaragua anduvieron cinco ó seis navíos tres ó cuatro años al trato, sacando indios y llevando á vender á otras tierras por esclavos. Los alemanes, á quien se dió cargo que robasen y destruyesen los reinos de Venezuela, más de veinte años, yendo y viniendo navíos cargados, no entendieron de otra granjería. Todo lo que tengo dicho es verdad, y todas las fealdades de que en esta materia de hacer injustamente esclavos los españoles han usado se pueden aquí todas ó las más dellas probar, y vuestra alteza tiene llenos los archivos de algunas residencias y de procesos, y de avisos y quejas y cartas, que todas claman esta verdad. Y pues no tienen los indios quien vuelva por ellos, y están tan léjos y tan abatidos y desmamparados, que no tienen ni esperan remedio de pedir su justicia, mande vuestra alteza á su fiscal, como cosa que tanto importa al descargo de la conciencia de su majestad y de vuestra alteza, que haga aquí muy larga, como se puede hacer, probanza, y mándelos con justicia remediar, porque no perezcan los pocos que quedan, como los muchos en injusto captiverio han perecido. Pues si estas maneras de hacer los indios esclavos, tan injustas, tan inicuas, tan facinerosas, tan feas y calificadas en maldad, son verdaderas, como lo son, y por ellas tengo por cierto que se han hecho más de cuatro cuentos de ánimas esclavos, luego mas injusta y mas tiránicamente y con más fealdad fueron hechos los indios esclavos por estas horrendas vias, que por las guerras lo hicieron, aunque injusta. Pues si por las guerras fueron hechos esclavos injus-

tas y tiránicamente los que por ellas fueron hechos esclavos, y uno ni ninguno pudo ser hecho esclavo, como tengo probado y es verdad, luego síguese que en todas las Indias, desde que se descubrieron hasta hoy, no hay uno ni ningun indio que haya justamente y segun derecho natural y divino sido hecho esclavo. Y ansí queda probada la primera parte de la conclusion.

La segunda parte, que dice que los españoles que poseen á los indios, que tienen por esclavos que hoy son vivos, los tienen con mala conciencia, poco hay que probar, pues es cierto, segun la ley de Dios, que cualquiera que tiene usurpado al prójimo su capa, si no la restituye, con los daños que por tomársela le hizo, no se puede salvar, mucho ménos, sin comparacion, los españoles que tienen los indios por esclavos, si no los ponen luégo en libertad, y les satisfacen por la injuria y daños que les hicieron y los servicios que dellos han habido, se podrán salvar; porque, *non dimittitur peccatum, nisi restituatur ablatum* (como abajo se dirá); y así están todos en pecado mortal.

La tercera parte de la conclusion dice que tambien tienen los españoles con mala consciencia los esclavos indios que hobieron de los indios.

Para declaracion y prueba desta parte, supongo primero estos fundamentos y principios.

El primero es, que si no fué en la Nueva España, donde los vecinos della eran más que en otras partes astutos, especialmente los mejicanos, muy pocos ó ningunos habia esclavos entre los indios; y esto sábenlo todos aquellos que han visto y tratado en muchas y diversas partes de las Indias. El que no ha salido de Méjico y de sus alderredores, es maravilla que sepa poco desto.

El segundo fundamento ó principio es, que este término *esclavo* entre los indios no denota ni significa lo que entre nosotros; porque no quiere decir sino un servidor, ó persona que tiene algun más cuidado ó alguna más obligacion de ayudarme y servirme en algunas cosas de que tengo necesidad. Por manera que indio ser esclavo de indios, era muy poco ménos que ser su hijo; porque tenía su casa y su hogar, y su peculio y hacienda, y su mujer y sus hijos, y gozar de su libertad como los otros súbditos libres sus vecinos, si no era cuando el señor habia menester hacer su casa ó labrar su sementera, ú otras cosas semejantes, que se hacian á sus tiempos, y muchas de cuando en cuando, y todo el demas tiempo tenian por sí y dél gozaban para sí, como personas libres. Allende de aquello, el tratamiento que los señores hacian á los tales siervos era blandísimo y suavísimo, como si nada les debieran; y así, sin comparacion, eran más libres que á los que llaman los derechos originarios y ascripticios, y esto tambien es clarísimo y muy notorio, en especial á los religiosos, que han penetrado las lenguas, y de industria lo han inquirido y bien sabido, tratando desta materia.

Lo tercero, supongo otro principio, que es, que entre los indios mejicanos y Nueva España se hallaron muchas maneras ilícitas de hacer esclavos, como quiera que careciesen de conocimiento del verdadero Dios y de la noticia de la ley evangélica, que no consiente ni permite cosa ilícita y maculada *con pecado*. Una manera injusta fué, que en tiempo de hambre (y destas pocas hemos visto en aquellas tierras, por ser fertilísimas y felicísimas) los indios ricos ó que tenian maíz (que es el trigo de aquella tierra), diz que llamaban y persuadian á los pobres que les vendiesen tal hijo ó tal hija, y que les darian maíz para que comiesen ellos y sus hijos. Los cuales, como la servidumbre fuese tan poco penosa, porque no era sino como si los pusiesen á soldada y á pocos trabajos, y porque son obedientisimos á los que sienten ser más ó tener más que ellos, dábanles un hijo ó dos por cinco cargas de maíz, que sería hasta dos hanegas, y éste era el comun precio que daban por un indio de aquellos, habido desta manera. Ésta cierto no es muy justa, pues en tiempo de hambre y necesidad todas las cosas son comunes, segun ley natural, por la cual eran obligados á dárselo gracioso ó prestado, mayormente si era la necesidad extrema.

Otra manera de hacer esclavos fué, que aquel que era hallado haber hurtado cinco mazorcas ó espigas de maíz, le hacia esclavo, de su propia autoridad, aquel cuyo era el maíz; y dicen los religiosos que esto han examinado, que con fraude y cautela y dolo muchas veces ponian diez ó doce mazorcas ó espigas de maíz cerca del camino, para que cualquiera que pasase por él cayese en el lazo de la dicha servidumbre. Ésta tambien harto injusta es.

Item, todos los parientes y consanguíneos del tal ladron (si ladron se puede decir) se hacian por aquel delito esclavos. Ésta muy peor y más injusta es.

Item, en el juego de la pelota, quien perdia era esclavo; y diz que esto era con fraude y dolo, persuadiendo, importunando y engañando los más astutos jugadores, que comunmente eran vagabundos, y mostrábanles dos ó tres mantas de algodon, para acudiciar á los simples á ellas, fingiéndose que no sabian jugar, y ansí los llevaban por esclavos.

Item, si se huia el que era esclavo destas maneras, tomaba el señor al más propincuo deudo que aquel tenía, y habia de ser por él esclavo, y ansí nunca fenecia en diversos subgetos la tal servidumbre.

Item, cuando algun hombre libre empreñaba alguna esclava, el dueño della tomaba á aquel y á su mujer si era casado, y habian de servirle miéntras la esclava viviese, y alegaban que porque se impidia de servirle su esclava con la preñez; y diz que ésta era comun costumbre en aquella tierra.

Item, si alguno tenía alguna esclava vírgen, y se la violaba otro, le hacia esclavo, y tambien, si era casado, á su mujer; y en esto diz que habia dolo y fraude, porque los amos de las esclavas les mandaban que solicitasen á los estrupradores que pecasen con ellas.

Item, cuando la esclava daba algo á sus padres ó parientes de la casa de su amo, luégo eran esclavos todos de aquel amo.

Item, muchos mercaderes hurtaban muchos muchachos, ó por engaño los llevaban á otras tierras, y allí los vendian por esclavos.

Item, daban algunos mercaderes á usura el trigo que algunos pobres habian menester, y hasta tanto tiempo, y ciertas veces multiplicaban ó recambiaban, y

si á la postrera no podian los pobres pagar, los hacian esclavos.

Item, si moria el que debia la usura ántes que la pagase, y no le quedaban hijos, no pudiendo la mujer pagar, la hacian esclava.

Item, siendo tiempo de hambres, el padre y la madre vendian algun hijo, sirviendo algunos años á su amo, ó si se hacia viejo y tenía hermanos ó hermanas, salia él, y entraba en la servidumbre otro de ellos, y si era mozo, daba el amo alguna cosa á los padres, y padres y hijos á servirle todos eran obligados. Pero cuando los padres ó otro por ellos pagaba lo que se habia prestado por él, luégo era puesto en libertad. Indios que se vendiesen á sí mismos habia muy pocos, y los que se vendian eran los muy holgazanes, por no trabajar; los cuales voluntariamente se vendian por dos mantas de algodon; pero el servicio que habian de hacer no era más de para estar en casa de sus señores para mandar á otros, y no para trabajar. Todas estas maneras tengo escritas en latin, que me dió el primer obispo de Méjico, varon bueno y religioso, colegidas por los religiosos de san Francisco; por las cuales parece bien claro cuán ilícitamente los indios tenian á otros indios por esclavos.

De lo susodicho se sigue que porque los indios eran infieles y carecian (como está tocado) de conocimiento de Dios y de la ley cristiana, que sus obras reglase, y del temor de los infiernos, y de esperanza que por sus virtudes se les habia de dar paraíso eternal; que así como eran corruptos y defectuosos en estas maneras injustas de hacer á sus prójimos esclavos, tambien se debe presumir que erraban y se corrompian en la justicia de las guerras, y por consiguiente, que los esclavos que en ellas hacian, podian más fácilmente ser ilícitos ó no carecientes de injusticia.

Estos principios ansí supuestos, pruebo la tercera parte de la conclusion y argumento ansí. Todo aquello se tiene con mala consciencia, que el que lo tiene lo ha habido de aquel qu'él mismo sabe ó duda, ó debe y es obligado á dudar, tenerlo por la mayor parte contra justicia y contra ley natural y divina. Pues los españoles que tienen por esclavos los indios que hobieron por esclavos, comprados ó con mutados, ó habidos de tributo ó dados de gracia, ó por otra vía habidos de los indios, los hobieron dellos, sabiendo ó dudando, ó siendo obligados á dudar, que por la mayor parte eran contra justicia y contra ley natural y divina hechos esclavos; luego los españoles que tenian por esclavos los indios en las Indias habidos de los indios, tiénenlos con mala consciencia. La mayor desta razon es clara, y ninguno duda della cuanto á la primera parte, que es cuando lo sabe; porque como aquel de quien éste que agora tiene la cosa la hobo, no tuviese algun señorío legítimo sobre aquella, no pudo traspasalla ni dalla de gracia ó vendella á otro. La razon es, porque no puede alguno dar ni traspasar más derecho á otro, del que tiene, y si ninguno tiene, ninguno dar ni traspasar puede, segun se prueba en la *l. Nemo.*, *ff. De regulis jur.*, y en la *l. Traditio.*, *ff. De acqui. rerum domi.*, y *De regulis jur. nemo.*, *lib.* VI *et* I, *q.* VII, *cap. De donati. inter virum et uxo.*, *cap. Nuper.*; y ninguno da lo que no tiene, *De jure patro*, *cap. Quod autem.* Pues el que sabiendo que aquella cosa no es de aquel que se la da de gracia ó se la vende, la compra ó la recibe á sabiendas, sucede en aquel vicio con que el que se la dió la tenía, si hurtada, con el vicio de hurto, y si robada, con el vicio de robo, y ansí de los otros vicios; luego tiénela con mala consciencia. La razon es, porque comete hurto y está siempre en pecado mortal, contratando la cosa ajena contra la voluntad de su dueño, todo el tiempo que no la restituye, como parece en la *l.* I y en la *l. Qui ea mente*, *ff. De furtis*, y en el *cap. Si res*, XIV, *q.* V, y en la regla *Peccatum. De regu. jur.*, *lib.* VI, y el ladron *semper est in mora.*, *ff. De conditio. furti. l. Si pro furi*, y esto, aunque pase mil manos, y en infinitas personas, todos son poseedores de mala fe, como el primero, *ff. De minoribus* 25 *annis*, *l. Sed ubi* y *ff. De peti. heredita. l. Sed et si*, párrafo *Si ante litem*, donde está un buen texto; y cada uno que la tuviere es obligado á restitucion, como parece en el *cap. Gravis. de restitu. spoliato*, y en la *l. In re futura*, *ff. De conditio. furtiva*; y no es librado della, ni deja de ser poseedor de mala fe, aunque haya ley ó estatuto que diga qu'el que compráre alguna cosa en el almoneda pública la pueda hacer suya. La razon es, porque no puede la ley humana disponer cosa contra la ley natural ó divina, ni contra las buenas costumbres, que prohiben el hurto y la posesion ó retinencia de la cosa ajena contra la voluntad de su señor, porque el inferior (como son todos los reyes) no puede establecer cosa alguna contra la ley de Dios (que es el superior de todos), 8 *distin.*, *cap. Quæ contra.*, y *cap. final*, *De præsumptionibus*, y 9 *distin.*, *cap.* I, y 10 *distin.*, *cap.* I, y 11, *q.* III, *cap. Si dominus* y *cap. Julianus*, y 28, *q.* I, *cap. Jam nunc*; y en otros muchos decretos, y en la *l. Ille à quo*, párrafo *Tempestativus. ff. Adse natusconsul. trebel.*, y *ff. De receptis arbitriis*, *l. Nam magistratus.* En tanto grado, que en la ley del inferior se entiende siempre exceptada la auctoridad del superior, *ff. Ad municipa. l. Imperatores. Et de prohibita feudi aliena l.* ó *cap. Imperialem*, párrafo último, columna 2.ª; y que sea obligado á restitucion, parece por el dicho capítulo *Si res*, y la dicha regla *Peccatum*, y el dicho capítulo *Gravis*, y tambien los frutos que hobo de aquella cosa, como dice el dicho capítulo *Gravis* y la *l. Si navis*, párrafo *Genetr.*, *ff. De rei*; y no puede pedir el precio por que compró la tal cosa, aunque la ley ó estatuto diga que sí, por la misma razon dicha, porqu'es contra las buenas costumbres, por el dicho capítulo *Quæ contra*.

Que tambien incurra en el mesmo vicio de hurto ó de robo, no solamente el que sabía la cosa que compraba ser hurtada, pero tambien el que dudaba, ó probablemente debia, ó era obligado á dudar (que es la otra parte de la razon mayor), y no hizo diligencia ántes que la hobiese ó comprase en saber la verdad del hecho, que no es otra cosa sino negligencia, la cual es dejar de hacer el hombre lo que debe y puede, no parando mientes en ello, como se dice en la ley VIII, título XVI de la primera partida. O tambien cuando se deja de hacer por ignorancia crasa y supina, que por otro nombre se llama improbable; pruébase por el quinto prin-

cipio arriba puesto, donde se trata que nadie puede sin pecado hacer cosa en que dude haber de incurrir pecado, sin que primero salga de la duda. Dícese ignorancia y negligencia crasa y supina, cuando comunmente se decia y se creia por los vecinos y por las personas que aquellos negocios trataban, señaladamente por las personas más doctas, y al parecer más temerosas de Dios, y que se les parece no pretender interese temporal, á quien con justa razon se debe dar crédito; y aquel negligente ó ignorante no quiso, ó se dió poco por preguntar y ser informado de la verdad, ó por descuido suyo no pensaba en ello, ó por simplicidad fatua ó bestial lo ignoró, y no curó de pesquisarlo; y esto es no dubdar, debiendo y siendo obligado á dudar. Este tal es poseedor de mala fe y mala consciencia de todo aquello que con tal duda ó ignorancia, ó descuido ó negligencia ó culpable simplicidad hizo y adquirió, etc. Porque todos estos culpables defectos se igualan á malicia y dolo, segun los derechos canónicos é civiles: *Ut in l. Latæ culpæ et l. Magna negligentia, ff. De verborum signi, et capitulus apostolicæ de clericorum excommunione ministrantur;* y cuestion XII, capítulo I: *Quæ in humanis;* y cuestion XVI, capítulo I: *Si cupis. et de ordine ab episcopo qui resigna. episcopis,* capítulo I, párrafo *Fi.*, y capítulo II. Desto trata tambien Hostiense, *In summa*, título *De pœnitentia et remissione*, párrafo *Quod de præda ementibus verbo. Si vero emens*, etc. Hace bien al propósito lo que dice Jason más largo en la l. *Quamdiu*, columna 2.ª, número 7, y en la l. siguiente, número 4, capítulo *Qui admitti ad bonorum possessionem possunt;* y en la columna 3.ª, número 9: *Ubi super gloriam. Quod si aliquis consuluit peritiores; et habuit consilium malum; excusatur ne sibi error juris noceat.* Limitaba Jason en cuatro maneras, en que no es excusado. La primera, si aquel tiene oficio, por el cual debe saber los derechos como es el que se llama ó es doctor ó maestro. La segunda, con tanto que cuando pidiere parecer ó consejo, haya consultado á muchos, y no á uno; porque de otra manera no será excusado. La tercera, con que vaya á pedir el consejo ó parecer de los buenos y virtuosos y cristianos y letrados, y que siente ser sin interese y alguna pasion ó aficion, y no de los que siente que no son tales. La cuarta, cuando pide el parecer y consejo á los que son, ó tiene ó debe tener por sospechosos por algunas razones. En estos cuatro casos, no es alguno excusado si erráre por consejo de letrados, si hace contra el derecho; y por esta semejanza se debe regir el que dudáre del hecho. He querido traer ó referir estas cuatro limitaciones, porque en acordarse dellas aprovechará mucho para determinar en las dudas y negocios, especialmente tocantes á las consciencias de los que se sienten cargados, y desean salir de escrúpulos, y asegurarse en las cosas de las Indias; y así, queda probada la mayor.

La menor tiene dos partes. La una, que por la mayor parte los indios habidos de los indios por esclavos, haber injustamente, y contra ley natural y divina, sido hechos esclavos. Esta parte asaz parece y es clara, por la prueba de la primera parte de la conclusion y por el tercer supuesto, y parecerá más clara y probada abajo. La cual ninguno niega, áun de los mismos pecadores injustos y de los que hacen por ellos; y que si algunos habia legítimos esclavos, ser muy pocos, y éstos no conocidos ni determinados; y ansí, no hay que dudar desta parte. La segunda, que los españoles los hayan comprado y habido, ó sabiendo que eran injustamente hechos esclavos, ó dudando, ó siendo obligados á dudar dello (que es lo mismo que dudar), por argumento del capítulo *Si culpa ibi si scire debuisti*, etc. *De jusjur. et dam. dat unde scire, et debere scire; sunt paria ff.* párrafo *Servorum, ff. Si certum peta, l. Quod te mihi in fi., et cap. De lib. causa, l. Filium et cap. De episcopo audien., l. Si legibus.* Pruébolo desta manera. Porque todos los indios que los españoles hobieron de los indios por esclavos, ó fueron habidos de los tributos que les forzaban á dar, con los miedos, y amenazas, y fuerzas, y agravios, é crueles é inhumanos tratamientos que les hacian, ó de las diversas, extrañas, dolosas nuevas, é maldad é injusticia y nefandas maneras arriba dichas, en la prueba de la primera parte de la conclusion; y desto no habrá hombre que dude, por las cosas ya referidas, que sean esclavos dados y recebidos á sabiendas injustamente por esclavos, y por consiguiente, que los que los tienen, los tengan y posean con mala consciencia. O los hobieron de los indios comprados ó por rescate (como los españoles dicen), y de muchos y los más destos es la misma razon; porque de la misma manera que los forzaban, violentaban y amenazaban que se los diesen por tributo, así forzaban y atormentaban y amedrentaban á los caciques y señores, diciéndoles y levantándoles que eran idólatras (áun ántes que pensasen ser cristianos), y que dirian á las justicias que adoraban y sacrificaban, y tenian ídolos, porque se les vendiesen y rescatasen; y como no tenian tantos cuantos les pedian y robaban, como parece por el primer supuesto, dábanles los indios libres de los pueblos, como se dijo en la prueba de la conclusion, en la primera parte. Y hobo en esto tan desmandada y rota corrupcion, como es notorio, que hobo de venir á oidos de su Majestad el clamor y nuevas della, por las cuales mandó enviar provision que en ninguna manera se entendiese más en rescatar.

O los hobieron de los caciques é indios que voluntariamente se los vendieron por esclavos; y desta manera haber sido los ménos y muy pocos, es certísimo.

Desto manifiesto es que dubdaban, y si no dubdaban, eran obligados á dubdar; y por consiguiente, tomándolos y contratándolos ántes de haber hecho diligente examinacion, eran y fueron y son poseedores de mala fe, y los tuvieron y tienen, y poseyeron y poseen con mala consciencia. Esta secuela es cierta; porque como tanta multitud de gentes supieron los españoles haber sido injusta y pravamente hecha esclavos, y los que hobiese (si algunos habia) justos, eran y podian ser tan pocos y tambien indeterminados, que no se conoscian, fueron los españoles obligados á abstenerse de los tales contratos hasta certificarse si justamente habian sido hechos esclavos; porque, por cobdicia del provecho temporal, no se pusiesen en peligro de perder el ánima. Esto se prueba por lo que está dicho en

el quinto supuesto; y porque no fuesen vistos, á probar en dubda lo que los infieles hacian que era malo, como se dijo en el cuarto. Que dudasen, ó debiesen dudar, y por consiguiente, fuesen obligados á no los contratar (puesto que algunos hobiese justamente hechos esclavos), aunque por lo ya dicho parece estar probado, todavía de nuevo, por otras evidentes razones, lo quiero probar. La primera, porque todas las ilícitas maneras que en el tercer supuesto se pusieron haber tenido los indios en hacer á indios esclavos, eran al ménos en comun á todos los españoles en aquellas tierras notorias, por la frecuente y vehemente fama, y della nacida, comun y vehemente opinion que entre ellos habia, por las relaciones que les hacian los indios, en que concedian haber habido entre ellos aquellas corrupciones y tiranía plagiaria en tiempo de su infidelidad, y mucho más despues de haber llegado los españoles; porque como veian que tanto preciaban y tan gran diligencia ponian por tener esclavos, más se incitaban y más priesa se daban los indios malos á tiranizar y hacer injustamente esclavos, ó por tenellos contentos, ó por lo que por ellos les pagaban. Luego dudaron, y eran obligados á dudar. Esta consecuencia parece, porque la opinion comun y vehemente es bastante, como la ciencia y certidumbre, para al ménos dudar, segun lo que dice el Baldo, en la l. *Cum in antiquioribus*, cuestion III, capítulo *De jure deliberandi*, el cual dice que la opinion vehemente y la certidumbre *equiparantur*. La segunda razon es, porque los mismos jueces del Audiencia Real, que oian é juzgaban sobre esta causa de libertad, y examinaban con diligencia la verdad, dieron muy muchos indios por libres, teniéndolos por esclavos los hombres particulares. Y afirmaban diciendo: «No hallamos un indio en esta tierra que justamente sea esclavo.» Y esto era público, ansi las sentencias que se daban por los indios en favor de la libertad, como las palabras que los jueces decian. Luego dubdaban los españoles cerca desta materia, ó eran obligados á dubdar. La tercera razon es, porque muchos religiosos predicadores y confesores, que sabian muy bien las lenguas y penetraban los secretos de los indios, tuvieron cargo de examinar, é hicieron muy gran diligencia, en público y en secreto, en este negocio muchas veces, y cada dia, en los púlpitos y fuera dellos, afirmaban que no habia esclavo cierto ni conocido indio, uno ni ninguno. Y á estos tales, que no les iba nada en ello, ni pretendian otra cosa más de la salud de las ánimas, eran obligados los españoles á creer. Al ménos bastaba, y mucho bastaba, esta afirmacion de los tales, para causar duda en españoles. Porque ésta es la que se llama probable opinion, conviene á saber, cuando los más sabios y más experimentados, y más honestos y temerosos de Dios, y que ménos interese pretenden, ó la mayor parte dellos afirman y tienen, ó les parece una cosa ser verdad dañosa ó peligrosa, como dice el Filósofo, en el primero de los *Tópicos*; á los cuales son los hombres, al ménos los que no tienen muchas letras, y comunmente todos los seglares, obligados á creer y á seguir en las dubdas, [illegible] ó infaliblemente, si siguen y aconsejan aquello en lo cual no hay peligro alguno, ó si lo hay, es menor de ménos riesgo y daño que lo otro de que se duda; y si acaso yerran, llámase probable error, y son los que los siguen excusados, y los que no los siguen, arrimándose ántes á su parecer, yerran é ignoran improbablemente, y todo daño que de allí se sigue les es imputado. Y esto tiene, sin ninguna duda, lugar en aquellos casos que los tales siguen, en lo que toca á la consciencia, el camino más seguro, desviándose de donde hay peligro. Luego bien claro está, los españoles, en la materia de los esclavos al ménos, haber sido obligados á dudar.

La cuarta razon es, porque ellos mesmos vian y no podian ignorar sus propias obras, que por ser tan importunos y formidables á los indios, y provocalles con miedos y con cosas que les daban, á que les buscasen, vendiesen ó rescatasen esclavos, los indios que estaban en su infidelidad, sin conocimiento, ni amor, ni temor de Dios (y aunque lo tuvieran y fueran baptizados, podian creer que pues los cristianos lo hacian y aprobaban, no era malo), pues por cudicia de lo que les daban ó prometian ó amenazaban, se corrompian y desmandaban mucho más de lo de ántes á hurtar los huérfanos y engañar á los simples que podian, y tambien por fuerza; por lo cual hacian muchos esclavos, y los vendian á los españoles cristianos, y ésta fué eficacísima causa de haber muy mayor corrupcion entre los indios de hacer esclavos injustamente que ántes, despues que llegaron los cristianos. Por manera que no sólo los incitaron y dieron causa á cometer mayores injusticias plagiarias, pero aprobaron aquellos tan grandes pecados, contra lo que está dicho en el principio cuarto.

Pues como estas ocasiones, ó por mejor decir, causas, muy propincuas de tantos males, no pudiesen los españoles ignorar, dándolas ellos y siendo propias obras suyas, síguese que dudaron, ó eran obligados á dudar.

La quinta razon es, porque contrataban con gente y personas sospechosas, contra las cuales, segun la recta razon, debieran de sospechar y presumir que no era justo, ó que podia ser injusto, lo que hacian, conviene á saber, la venta y trato de los indios que les vendian y conmutaban por esclavos.

Lo uno, porque eran infieles, y con temor y sospecha se habia de tratar con ellos, por no ponerse en peligro de aprobar sus obras injustas, por el supuesto cuarto.

Lo otro por las causas dichas que les daban, asaz suficientes para presumir contra ellos, como está declarado.

Lo otro, por lo que sabian los españoles, y era pública voz y fama, haber tenido los indios entre sí, en el tiempo de su infidelidad, diversas maneras, inicuas y tiránicas, de hacer los libres esclavos. Pues como los indios fuesen sospechosos de aquel crímen plagiario, que es hacer contra justicia los hombres libres esclavos, por las razones dichas; y esto lo hacian, no una vez, sino muchas, como parece en el tercer principio, lo cual (como está dicho) era pública fama entre todos; síguese que se debia de presumir y sospechar contra ellos, por aquellos al ménos que con ellos contrataban, no ser legitimamente hechos los que los vendian por esclavos, y por consiguiente, la razon les debiera de inducir á dudar, y á ello eran obligados. Porque la fama pública no tiene necesidad de probanza, ansi como no la tiene la cosa

notoria, como se nota en el capítulo *Quia nos, de appella*, y el Baldo dice en la l. *Providendum, cap. De postulam*, que la fama pública prueba la verdad y la nobleza y calidad del hombre; y lo mismo tiene en la l. I, columna 1.ª, capítulo *De testa*, y Alexandre, en la l. *De minore*, párrafo *Tormenta*, *ff. De quæsti.*, y ayuda á esto un dicho de Inocencio, en el capítulo *Licet. de accusationibus quodque fama bona et mala probatur per auditum communem*. Pues el que es sospechoso ó infamado de un crímen, tiénese por criminoso en cuanto á aquel crímen, como se prueba en el capítulo *Generabili*, *de offi. delega.*, y en el capítulo *Fi. de accusatio.*, y en el capítulo *Licet. heli. de simo.*, y allí los doctores, y porque éstos eran criminosos en aquel crímen de plagio, habian de ser tenidos por tales, para temer y huir de contractar con ellos en aquellos contractos. Porque la pez no puede sino ensuciar al que con ella trata, como dice el *Eclesiástico*, XIII: *Qui tetigerit picem, inquinabitur ab ea.*

Item, la presuncion del derecho tambien favoresce á esto; que diz que el que es una vez malo, siempre se presume ser en aquel pecado malo; segun la regla *Semel malus*, *de regulis juris*, libro VI. Como el que una vez fué perjuro, siempre se presume ser perjuro, si no prueba el contrario, y una vez descomulgado, siempre se presume descomulgado. *Ut in cap. Parvuli*, XXII, q. V. *Et. l. Si cui.*, *ff. De accusa.* Y esta presuncion del derecho es liquidísima probacion, como dice el texto y la regla y los doctores en la l. *Si tutor*, capítulo *De periculo*. Pues como los indios, no una, sino muchas veces (como ya se ha dicho y probado), hiciesen injustamente esclavos, síguese que siempre habia de presumir y tener que hacian y vendian injustamente esclavos. Porque segun se nota en el capítulo *Ad nostram de emptio. et venditio.*, que el contrato se presume ser usurario cuando el comprador solia dar dineros á usura; por la l. *Si nolit*, párrafo *Qui assidua*, *ff. De edili edicto*. Y desta manera, si el vendedor solia ser ladron, presume que aquello que agora vende sea hurtado.

Pues los indios solian hurtar y hacer injustamente los hombres libres esclavos (que es ser plagiarios), luego los que á los españoles vendian, por recta razon se debian de presumir ser hurtados, y los que los vendian plagiarios. Luego obligados eran los españoles que con ellos contrataban en aquella mercaduría, al ménos á dudar, y áun á temer de ensuciar las almas con la pez de aquella tiranía; luego dudaron, ó eran obligados á dudar. Y ansí, parece claramente que en ninguna manera pudieron ser excusados de ser poseedores de mala fe, no haciendo primero que contratasen muy diligente examinacion, si aquellos hombres que se les vendian eran justa ó injustamente hechos esclavos. Para esto hay una muy buena determinacion de Jason, en la l. *Quamdiu*, susodicha, capítulo *Qui admitti ad bono. posses.*, 2, columna 7.ª, donde dice que el que duda si contrata con alguno, no es excusado si primero no inquiere y es certificado de la condicion de aquel con quien quiere hacer algun contrato; y si no hace esta diligencia, todos los males que de allí se siguieren, con razon le serán imputados. Sentencia es ésta, para que conozcan los españoles de las Indias, por todas las obras que allá han hecho, vivir en harto peligroso y poco ménos que infernal estado. Resolviendo pues todo lo susodicho al fin que pretende esta parte, digo ansí: que como todos los indios que los españoles tienen en las Indias por esclavos, al ménos en toda la Nueva España, y en la Nueva Galicia, y en el reino de Guatimala, y en la provincia de Chiapa, y en el reino de Yucatan, y en las provincias de Honduras, y en la de Nicaragua, y en todas las otras partes donde de las susodichas los han llevado, habidos de otros indios, ó por via de tributos, ó rescatados (sacados los que á sabiendas lo hicieron, de quien nadie puede dudar haber gravemente pecado), ciertamente dudaron, ó eran obligados á dudar de aquella injusticia plagiaria, y por ende tuvieron certidumbre por lo que en el quinto supuesto fué aprobado; y por siguiente á no contratar ni comprar los dichos esclavos, sin primero haber con mucha diligencia el negocio examinado. Y porque uno ni ninguno de ellos lo hicieron; ántes, con grande cudicia cegados, se precipitaron, síguese que ignoraron, y se descuidaron, y fueron negligentes improbablemente, y fueron en grande culpa, que á dolo y malicia se iguala; y por tanto sucedieron en el mismo vicio de plagiarios, usurpadores de infinitas libertades; y por consiguiente, son poseedores de mala fe, y los tienen y poseen con mala conciencia y están en mal estado, como la tercera parte de la conclusion canta. Lo cual está probado por el quinto supuesto y por lo que demas se ha averiguado. Confirma lo dicho el texto de una ley muy al propósito, que dice que el que es acostumbrado á comprar de los ladrones, se puede tener por ladron presumido. Está en la l. *Incivilem*, capítulo *De furtis*, donde dice ansí: *Incivilem rem si desideratis ut agnitas res furtivas non prius reddatis, quam potius fuerit solutum à dominis; curate igitur cautius negociari, nec non tamen in damna hujusmodi; sed et in criminis suspicionem incidatis; hæc ille.* Y los que á sabiendas compran los hombres libres hurtados incurren en las penas de muerte, y las demas que las leyes tienen establecidas contra los tales ladrones plagiarios, como parece en la l. *Favia*, y en la l. *Fi.*, *ff. Ad.*, *l. Favi de plagi.*, y capítulo *eodem titulo*; y para esto véase lo que se nota en el capítulo I, *De furtis*, por los doctores. Lo mismo entiendo, y ansí lo afirmo, de aquellos españoles que á sabiendas los hobieron de los otros inmediatos, á quien los indios primero los dieron, aunque pasen mil manos. La razon es, porque no hay hombre de cuantos en las Indias están hoy, que no sepan y duden, ó sean obligados á dudar de las injusticias y corrupciones susodichas; y si alguno por imposible que tuviese buena fe se hallase, aprovecharle hia para excusarle al principio que el tal indio libre hobo por esclavo del pecado; pero no en el tiempo de agora, que á ponello en libertad no sea obligado á llevarlo luégo al Audiencia Real, que lo examine; y áun á más se extiende esta su obligacion: que debe inquirir por todas las vias y maneras que pudiere, para saber si fueron justa ó injustamente captivos los que tienen por esclavos. Porque ya que la Audiencia lo determinase (como se podria engañar), si por otra parte la verdad se averiguase, no quedaba descargado si luégo no le pusiese en libertad, como se tracta bien notablemente por Inocencio y los otros doctores en el capí-

tulo *Quia plerique de immunitate Ecclesiæ*. Y allende desto, no puede pedir el precio que los indios que pone en libertad le costaron al ménos á ellos mismos; sino á aquel de quien los hobo comprado. Lo primero se prueba por la l. *Incivilem*, que arriba se alegó. Lo segundo, en conciencia, le es obligado á pagarle el precio aquel que primero con mala fe los hobo; por argumento de la l. *Si rem. l. ap. ff. De evicio.*, y del capítulo final *De emptio. et venditione*. Lo mismo tengo y afirmo, y así creo que se debe tener y afirmar, en lo que toca á los indios que se captivaron en las guerras que entre sí mismos los indios tuvieron en tiempo de su infidelidad, y los tenian por esclavos. La razon se puede asignar, no una, sino muchas. La primera es, porque no se sabe ni puede averiguarse si eran habidos de la parte que la guerra era justa, y es razon que los cristianos ántes presumamos ser de la parte no justa, porque quizá no piensen los infieles que nos place y agrada usar y gozar de cualesquiera cosas indiferentemente, que ellos mal ó bien tenian; en especial si saben ellos mismos haber habido aquellos en guerra injusta. Esto debemos al celo de la virtud, y honra y gloria de Dios, y á la buena fama y crédito de la religion cristiana; por lo que se probó en el cuarto supuesto, y por el precepto de san Pablo, y por mejor decir, de Jesucristo, que promulgó san Pablo, *Prima ad corinthios*, capítulo x: *Sive ergo manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis; omnia in gloriam Dei facite: sin eoffensione estote judæis et gentibus et Ecclesiæ Dei; sicut et ego per omnia omnibus placeo; non quærens quod mihi utile est, sed quod multis, ut salvi fiant*. La segunda razon es, porque en las dudas siempre se ha de seguir la via que es segura, y dejar la dudosa, y donde ménos peligro y donde menor riesgo y daño hay. En que se presuma no haber sido habidos en justas guerras, por la presuncion que hay contra los indios, por ser infieles, y por haber pecado tantas veces en esta manera de hacer esclavos no legítimamente; por lo que está dicho en la quinta razon, poco ántes arriba recitada, pues no se sabe la verdad; y por consiguiento, que los tales no se deban de tener por esclavos, ménos daño y menor peligro hay que no en que aquel padezca injusto captiverio; y el español que lo posee, contra quien tambien hay tan grandes y vehementes presunciones, y en muchas cosas cerca desto se halla culpado, incurra en el ánima quizá jactura y muerte eternal.

La tercera, por razon de la dificultad que hay por la conexidad y difícil separacion y incertidumbre. Manifiesto es de que cien mil, y quinientos mil indios, ó al ménos de muy muchos que los indios hayan dado de gracia ó por tributos, ó vendidos y conmutados á los españoles por esclavos, no se sabrá ni averiguará, ni hombre de consciencia osará afirmar, ser uno tomado en las guerras, y mucho ménos en justas guerras, de los indios por esclavo.

Item, ya que se supiese que entre tantos millares habia alguno ó algunos tomados en las guerras por esclavos, ¿cómo se conoscerán, separarán y distinguirán?

La cuarta, porque si quisiésemos parar en decir que se debia de difirir en dar la libertad á muchos y á *tanta multitud*, por inquirir el captiverio de algunos ó de pocos, sería en perjuicio de los muchos, lo que no se puede, segun ley y justicia y caridad, sufrir; ántes está probado en el sexto principio que no se ha de hacer bien á unos con daño de otros; especialmente siendo el daño de muchos tan grande, como es la privacion de la libertad, y el provecho de aquel que pretende haber aquellos pocos por esclavos, tan poco; porque es bien de hacienda ó dineros, y perdella ó perdellos es mucho ménos mal. Ántes se ha de hacer por el contrario (conviene á saber), bien á todos, como es juzgallos en comun por dignos de su libertad, aunque haya algunos entre ellos que debiesen padescer servidumbre; porque so color de punir al delincuente, no padezcan injustamente tantos innocentes, como en el dicho sexto principio paresció.

La quinta, porque tratando de que algunos sean esclavos, es tratar de imponer pena, y gran pena, como es la servidumbre; y no se cognosce á quién se debe dar; luego todos deben de ser juzgados por libres, porque esto tiene ménos inconvenientes, como en muchas partes arriba se ha notado. La sexta, porque no es una mesma cosa, ni cierto es igual, ser esclavo de los indios, ó ser esclavo de los españoles, como probamos en el segundo principio. Porque ser esclavo entre los indios, de los indios, es tener muy poquito ménos que los propios hijos, muy cumplida libertad, y la vida y tractamiento que tienen con sus propios amos es todo blando y suave. Pero la servidumbre que tienen entre los españoles es toda infernal, sin ninguna blandura, sin algun consuelo y descanso, sin dalles un momento para que resuellen, y el tratamiento ordinario de injurias y tormentos durísimo y aspérrimo, todo lo cual al cabo y en breves dias les es convertido en pestilencia mortal. Pues si tanta diferencia hay de ser el indio esclavo del indio, ó ser del español esclavo, y esto ansí tenian por sus leyes y costumbres, las cuales son justas y valen en esta materia de servidumbre y libertad, por el capítulo *Licet*, y por lo que allí notan los doctores *De conjugio servorum*, claro está que no pudieron traspasar más derechos á los españoles que los que ellos tenian en sus esclavos. Pues si los españoles tan desmandada y excesiva y cruelmente se sirven de los indios que los indios les dieron por esclavos (aunque verdaderamente se supiese haber sido en guerras justas, justamente hechos esclavos), que al cabo en la tal inhumana servidumbre los matan, manifiesto es que todo aquel demasiado servicio les roban y usurpan, y les son á pagallo obligados, allende de la crueldad que con ellos en el tal tratamiento contínuo usan, con el cual al fin los destruyen y acaban.

Y porque ninguna ley ni razon ni ordenanza (como tenemos por experiencia) bastaria para que moderasen ni pusiesen regla los españoles en los servicios y tratamientos que de los tales indios suelen llevar, para que no se sirviesen más dellos de lo que los indios que los vendieron les pudieron traspasar, por ende cuando alguno se hallase ser entre los indios justamente hecho esclavo, en ninguna manera, segun justicia, al español se le debe de dejar, sino que conforme al juicio de buen varon, el indio le recompense aquel derecho que el que se lo vendió ó dió de gracia tenía, y le pudo conceder ó donar ó traspasar; tomándole en cuenta todo

aquello demasiado en que no tuvo derecho ni señorío sobre el que contra justicia le usurpó. Porque si por negar el alimento necesario al que es verdadero esclavo, y lo echa el señor de su casa sin dalle remedio en tiempo de enfermedad, lo tiene perdido luégo, y desde entónces, segun las leyes humanas (*De latina libertate tollenda, l. unica*, párrafo *Sed scimus?*), y desde entónces goza el esclavo de toda su libertad, ¿cuanto más debe perder el español el poco servicio quel indio de que hablamos le debe, y el ser librado de tanto mal, pues de necesidad ha de perecer en aquella horrible servidumbre? Aunque ménos que esto es lo que decimos (conviene á saber), que se le recompense en otra cosa, y el indio luégo comience á conoscer qué cosa es libertad.

La séptima razon es, por causa de la equidad y benignidad de que en esta materia los derechos canónico y civil mandan usar; porque siempre hemos de declinar en la via y opinion benigna, apartándonos de la rigurosa; y si ámbas á dos son benignas, la que más benigna es hemos de seguir. *Quia promptiores debemus esse ad solvendum, quæ ad condemnandum, ff. De actione et obliga. l. Arrianus. Et ff. De pœnis. l. Respiciendum. Et de probatio. cap. Ex litteris. Et de transact. cap. Fi. et de rerum permuta., cap. unico, lib.* vi, *cap. De juditio. l. Placuit et* 26, *q.* 7. *Tempora plenitudinis, et promptiores ad misericordiam, quæ ad rigorem. Quia melius est præstare causas pro misericordia; quæ pretendere inclementiam.* 86 *disti., cap. Non satis. Et sententia quæ misericordiam vetat fugienda est* 50 *distin., cap. Ponderet.* Aquella opinion se dice más benigna, que es en favor del juramento, del testamento, de la libertad, de la religion y del matrimonio, y argumento desto en el capítulo ii, *De cognatio spirituali.*, y en la *l. Sunt personæ. infi., ff. De religio. et sumptis. fune.* Tambien se dice más benigna la que libra que la que ata. Por la regla *De regu. jur., lib.* vi, en la dicha *l. Arrianus., ff. De actio. et obliga.*

De todo lo susodicho se sigue bien claro que pues todos los derechos tanto favorecen (y con mucha razon) á la libertad, y segun ellos, cuando hay duda, se ha de pronunciar y sentenciar en favor de la libertad, y esté probado que no se pueden conoscer ni discernir si algunos dellos fueron en justa guerra tomados ó por otra legítima razon hechos esclavos, que todos los indios de que hablamos, habidos de los indios que tienen los españoles por esclavos, se deben luégo, sin tardanza, de necesidad poner en libertad; porque áun mucho mejor y seguro es hacer libres á muchos, no sabiendo determinadamente cuáles ni cuántos son; puesto que sabida la verdad, si saberse pudiese, debieran segun justicia ser esclavos; que condenar á uno solo contra justicia (debiendo ser libre) á tanto mal y daño como es la servidumbre, por la regla arriba puesta de los muchos de homicidio acusados: cuanto más siendo tantos y tan sin número los que contra toda ley y razon fueron captivos y á quien se les ha usurpado su libertad; de los cuales somos ciertos y de ninguno dudamos; y habiendo tan pocos, y áun pudiendo ser ningunos los que se halláran legítimamente esclavos, y éstos incertísimos, y de mil no se hallará uno, aunque con suma diligencia los quieran discernir ó buscallos. Por manera qu'este es el caso donde las reglas puestas en el sexto principio tienen muy cierto lugar (conviene á saber), que algunas veces se deben admitir y admiten justamente algunas determinaciones por ciertos respectos y razones que se ofrecen, las cuales si cesasen, aquellas cosas con justicia no se podrian tolerar; y ansí se tolera con justicia y caridad hacer algo demasiado, como en el caso que tenemos entre manos, ántes que hacer ménos de lo necesario, y de muchas cosas seguir la que tiene ménos inconvenientes, y todo esto parece por el quinto y el sexto supuestos.

Por todas las cosas ya dichas y allegadas, creo que queda bien probada la conclusion, con sus partes, que dice: «Todos los indios que se han hecho esclavos en las Indias del mar Océano, desde que se descubrieron hasta hoy, han sido injustamente hechos esclavos, y los españoles poseen á los que hoy son vivos, por la mayor parte, con mala consciencia, aunque sean de los que hobieron de los indios.»

Desta conclusion, y de sus partes, y de la probanza dellas, infiero los siguientes corolarios.

COROLARIO PRIMERO.

Su majestad es obligado, de precepto divino, á mandar poner en libertad todos los indios que los españoles tienen por esclavos.

Pruébase el corolario por tres razones. La primera, porque su majestad, de precepto divino, es obligado á hacer justicia ansí al chico como al grande, segun aquello del *Deutoronomio*, capítulo primero, y *Levítico*, xix: «Justum judicium judicate sive civis sit illi sive peregrinus, nulla erit distancia personarum: ita parvum audietis ut magnum, etc.»; y en especial su oficio de los reyes es librar de las manos de los calumniadores y opresores á los hombres pobres y menospreciados y afligidos y opresos, que no pueden por sí defenderse ni remediarse; como parece por el profeta Esaías, capítulo primero: «Quærite judicium, subvenite oppresso, judicate pupillo, defendite viduam»; y Jeremías, capítulos xxi y xxii, donde se dice: «Judicate manè judicium, prius quam aliud negocium faciatis: eruite vi oppressum de manu calumniantis: ne fortè egrediatur ut ignis indignatio mea: et succendatur, et non sit qui extinguat. Item ibi, facite judicium et justitiam, et liberate vi oppressum de manu calumniatoris; et advenam et pupillum et viduam nolite contristare, nec opprimatis inique, etc.» De este texto sacó san Jerónimo aquel capítulo que se pone, xxiii, q. s.: «Regum officium est proprium facere judicium et justitiam: et liberare de manu calumniantium vi oppressos: et peregrinis pupillisque et viduis qui facilius opprimuntur à potentibus prebere auxilium, etc.» Cuando estos tales no se libran, verdaderamente suele Dios encender y derramar su ira, y castigar y áun destruir por esta causa todo un reino. Porque uno de los pecados que noches y dias claman, y llegan sus clamores hasta los oidos de Dios, es la opresion de los pobres desfavorecidos y miserables, como parece en la *Canónica* de Santiago, capítulo v: «Agite nunc divites: plorate ululantes in miseriis vestris quæ adve-

nient vobis: aurum et argentum vestrum æruginavit; et erugo eorum in testimonium vobis erit: et manducabit carnes vestras sicut ignis; thesaurizastis vobis iram in novissimis diebus: ecce merces operariorum qui messuerunt regiones vestras, quæ fraudata est à vobis, clamat: et clamor eorum in aures Domini Sabaoth introivit (hæc ille).» Pues los indios se tienen por los españoles por esclavos, están injustamente opresos y padescen fuerza y violencia de los más fuertes que ellos, calumniadores y opresores, que son los españoles, como está probado; y ningun remedio tienen, y esta tiranía consta, ó debe constar ya por las residencias, por infinitos procesos y muchas probanzas que se han hecho en este caso, y porque es pública voz y fama, y notoria permanente á todo el mundo, la desórden y corrupcion que ha habido en hacer esclavos; y no se ha podido ignorar por lo que arriba está probado. Luego su majestad obligado es, de precepto divino, á mandar que sean libertados; y no se debe más disimular ni admitir ni oir, ántes se debe repeler con gran ignominia, á cualquiera que quisiere dorar, excusar, diferir la ejecucion de esta justicia, pues es el hecho tan notoriamente cierto, perpetrado y tan malo.

La segunda razon: porque los reyes justos áun entre los gentiles é infieles tienen, ó deben tener, por fin, no sólo que sus súbditos vivan en paz (la cual se adquiere por hacer y ejecutar justicia, segun aquello de Esaías, XXXII: «Opus justitiæ pax.»), pero tambien en cuanto fuere posible sigan el camino de las virtudes; como el filósofo trae, II, V y VIII *Ethicorum*. Porque el fin último de cualquiera multitud ayuntada en reino ó ciudad, es (segun el mismo filósofo) vivir segun la virtud; mucho más y con mayor razon los príncipes y reyes católicos y cristianos, que sirven á Cristo, y han de servir «in timore», son obligados á ordenar su regimiento, y en cuanto en sí fuere, guiar los súbditos á que vivan segun la ley cristiana; quitándoles todos los obstáculos que posibles les fueren quitar, para que no estén en pecado mortal, que es impedimento para ser cristianos y se salvar. Esto efectuará con sus justas leyes y con administracion y ejecucion de la justicia; lo cual no es otra cosa, sino preparar y disponer las ánimas de su reinado como los oficiales disponen la materia, para qu'el regimiento eclesiástico y espiritual las perfeccione y llegue al estado propincuo de podérseles infundir la forma que los ha de salvar, que es la gracia del Espíritu Santo, segun aquello que dice san Pablo, *Prima ad corinthios*, III: «Ministri ejus cui credidistis: et unicuique sicut Dominus dedit: ego plantavi, Apollo rigavit, sed Deus incrementum dedit»; un poquito más abajo: «Dei enim sumus adjutores.

Que los reyes cristianos sean obligados á enderezar los súbditos que tienen en sus reinos al servicio de Dios y vivir segun la ley cristiana (en cuanto en sí fuere) y en los actos que tocan á su oficio seglar y real, trátalo san Agustin, libro IV, capítulo III, y libro XIX, capítulo XVI, y más cumplidamente, capítulo VII, y santo Tomas, libro I, capítulos XIV y XV, *De regimine principum*, donde san Ibo dice así: «Quia igitur vitæ qua in presenti bene vivimus finis est beatitudo cœlestis; ad regis officium pertinet ea rationes vitam multitudinis bonam procurare, secundum quod congruit ad cœlestem beatitudinem: ut s. ea præcipiat quæ ad cœlestem beatitudinem ducunt: et eorum contraria secundum quod fuerit possibile interdicat, etc. Hæc ille.» Pues como los españoles que tienen los indios por esclavos injustamente y contra conciencia estén siempre en pecado mortal, y por consiguiente, no vivan vida cristiana, y sean impedimentos para su salvacion, que es el fin á que se endereza y debe de enderezar todo el regimiento y gobernacion de los reyes cristianos, síguese que pues su majestad los puede quitar fácil y muy fácilmente (y aunque fuese con dificultad), que su majestad es obligado, de precepto divino, á mandar poner todos los indios que los españoles tienen en las Indias por esclavos, en su prístina, y que les han usurpado, libertad. Porque á su oficio real pertenesce preparar y disponer la materia, que son las ánimas, por sus leyes, mandados y provisiones, y por la administracion y ejecucion de la justicia, quitando los impedimentos y enderezando á las virtudes; porque los ministros espirituales las puedan apropincuar y perfeccionar por sus actos hierárquicos y divinos, y ansí lleguen á la última disposicion que se requiere para recibir la forma, que es la gracia del Espíritu Santo. La tercera razon es: porque los reyes y príncipes temporales son obligados, de derecho divino, á ayudar y favorecer y impartir su favor y fuerzas temporales cada y cuando que fueren menester, para que la santa madre Iglesia crezca, y su disciplina y reglas se conserven, y lo que sus ministros (que la rigen) no pueden con el sermon de la doctrina ni con la blandura de la disciplina espiritual, en los que se llaman cristianos desobedientes y soberbios, efectuar, lo consiga por el terror de las armas y fuerzas que los reyes tienen y usan materiales, y desta manera el reino celestial crezca y aproveche por industria y ayuda del reino terrenal; porque si esto no fuese, no serian necesarias dentro de la Iglesia las potestades temporales. Ansí lo dice san Isidro, en el capítulo *Principes sæculi*, XXIII, q. V, donde dice ansí: «Principes sæculi nonnunquam intra Ecclesiam potestatis culmina tenent; ut per eam potestatem, disciplinam ecclesiasticam muniant. Cæterum intra Ecclesiam potestates necessariæ non essent: nisi ut quod non pervalent sacerdotes efficere per doctrinæ sermonem: potestas imperet per disciplinæ terrorem. Sæpe per regnum terrenum cœleste regnum proficit; ut qui intra Ecclesiam positi contra fidem et disciplinam agunt; rigore principum conterantur. Ipsam quoque disciplinam quam utilitas Ecclesiæ exercere non prevaleat, cervicibus superborum potestas principalis imponat. Cognoscant principes sæculi Deo se debere esse reddituros rationem propter Ecclesiam quam Christo tuendam suscipiunt. Illam sive augeatur pax et disciplina Ecclesiæ per fideles principes sive solvatur; ille ab eis rationem exiget qui eorum potestati suam ecclesiam tradidit. Hæc ibi.» Desto hay muchos textos de cánones, como en el capítulo primero *De offi. ordi.*, y en el capítulo *Cum non ab homine de judice et de cleri. exco. ministra.*, c. 2. Et *De maledi.*, c. *Statuimus*. Et *De senten. ex. co. ca.*, *Dilecto*, li. VI y 96 distin., ca. *Cum ad verum*, et 10. disti., c. *Si in adjutorium*. Et 11, q. 1, c. *Petimus*, et 23, q.

5, 6. *De ligoribus*, y en otros muchos. Pues como en las Indias la Iglesia y sus ministros, que la rigen y deben regir, no puedan por el sermon de la doctrina ni por la blandura medicinal de la disciplina aprovechar ni remediar la perdicion de muchas ánimas de españoles, que por esta injusticia y opresion están en continuo pecado mortal; los cuales por su inobediencia y de muchos obstinada voluntad, no curan, ni temen, ni estiman las amonestaciones de los perlados, ni amenazas ni censuras eclesiásticas, en lo cual añaden pecados á pecados, y ansí descrece y se mengua y está afligida la Iglesia, padesciendo cada dia grandes tribulaciones y adversidades; y para pedir socorro eficaz está léjos, y muy léjos, su majestad, y las justicias que allá tiene no lo dan; síguese su majestad ser obligado á mandar poner los dichos indios (que padecen el dicho injusto captiverio) en libertad, y dar todo su favor y poner sus fuerzas temporales para que aquellos sean obedientes y salgan de pecado; y los agraviados tambien, que son los indios injustamente esclavos, no sean impedidos en la salud de sus ánimas, teniendo lugar y oportunidad para ser doctrinados; y desta manera la Iglesia conseguirá por medio é industria real el fin que pretende, que por sí no puede alcanzar; y los perlados, ministros della, ternán libre y desembarazado, llano y sujeto el pueblo para poder cumplidamente ejercer su oficio pastoral, y ansí queda por verdadero el primer corolario; del cual y de su prueba se sigue el otro segundo corolario.

COROLARIO SEGUNDO.

Los obispos de las Indias son, de precepto divino, obligados, y por consiguiente de necesidad, á insistir y negociar importunamente ante su majestad y su Real Consejo, que mande librar de la opresion y tiranía que padescen los dichos indios que se tienen por esclavos, y sean restituidos á sú prístina libertad; y por esto, si fuere necesario, á resgar las vidas.

Pruébase, cuanto á la primera parte, el corolario: «Ratione et auctoritate multiplici; primo sic.

»Episcopi omnes obligantur jure divino; et consequenter de necessitate salutis ad exercendum pro viribus actus pastorales; qui proprie sunt pastorum seu episcoporum, utpote ad eorum spectantes officium; sed inter hos computantur, non solum regere ac docere plebes sibi commissas, et providere quantum ad spiritualia, verum etiam defendere, atque à quibuscumque nocumentis, afflictionibus vel oppressionibus etiam corporalibus (maxime qui impediunt vel impedire possunt propriarum ovium salutem spiritualem) preservare, nec non subsidia eisdem temporalia ministrare. Ergo jure divino et necessitate salutis episcopi orbis Indiarum insistere apud regem et regale consilium quatenus ejusmodi servitute injusta indi oppressi reddantur pristinæ libertati obligantur. Major patet per illud Joa. ulti. Pasce oves meas, quod est (secundum Chrisostomum super dictis verbis, homelia LXXXVII) fratrum curam suscipias: cura autem est vigil et onerosa, ac sollicita custodia animarum, ut de eta. et quali c. intelligimus. § fi. ibi, circa curam tibi commissam, solicitudinem exercere studeas *indefessam: et de homicidio*, c. pro huma., § 1, lib. VI, ibi: ipsius curam beato Petro apostolo et ibi: circa gregis ejusdem custodiam sollicitis excitari vigiliis, etc. Et de officio archipræsbiteri, c. fi. ibi: propter asiduam erga populi Dei curam, etc. Minor vero probatur primo per illos sex pastorales actus qui ponuntur Ezechiel XXXIV, sic: requirere quod persi erat; reducere quod abjectum erat: alligare quod confractum fuerat; consolidare quod erat infirmum; sanare quod ægrotum erat; prout testatur ibi Dominus, arguens de his pastores dicens: ve pastoribus Israel, qui pascebant semetipsos ex eo quod omisserant negligentur in greges prædictos actus exercere: quod est greges culpabiliter atque damnabiliter non pascere. In quibus quidem comprehendi necessitates tam corporales vel temporales quam spirituales, quas plebes patiuntur; manifestum est.

»Probatur etiam minor. 2. per verba Hieronimi, super illud Proverbiorum 24, erue eos qui ducuntur ad mortem, etc. Exponens illa: potest (inquit) mistice accipi, erue eos qui ab hæreticis decipiuntur, rectam fidem predicando: libera bonorum operum exempla monstrando eos qui à male viventibus catholicis trahunt ad interitum, sed et si quos in certamine persecutionis lapsos vel lapsuros aspexeris: solicita hoc exortatione ad vitam restaurare satage. Signos fame perituros algere videris; illis dato victu et vestitu recrea. Hæc Hieronimus, ubi patet loqui de subsidio tam temporali quam spirituali, adque tribuenda gregibus pastores animarum obligantur.

»Tertiò probet minor per glosam ex Alchuino super illud; pasce oves meas: pascere (ait glosa) est credentes in Christo, ne à fide deficiant confortare: terrena subsidia, si necesse est subditis providere, exempla virtutum cum verbo prædicationis impendere: adversarius obsistere, errantes subditos corrigere. Item probatur per dictum c. per homilia de homicidio, libro VI, ubi habet, circa gregis ejusdem custodiam solicitis excitari vigilius; et animarum saluti ingis atentione cogitationis intendere, sub movendo noxia et agendo pro futura debemus, etc. Ubi non solum intendit de nocumentis spiritualibus, sed etiam corporalibus et temporalibus, ut patet. Sed apertius minorem. 5. probemus. Quia lupus cui pastor bonus quilibet debet resistere atque venientem super gregem non fugere juxta sentenciam Salvatoris. Joannis, X. Non modo hæreticus, ved diabolus, sel tirannus et oppressor hominum secundum sanctum Thomam super Joa., c., X, lectio III, intelligit propter quod Gregorius, homilia XIV, super evangelium inquit: lupus etenim super oves venit, cum quilibet injustus et raptor, fideles quosque et humiles opprimit, sed is qui pastor esse videbatur et non erat, relinquit oves et fugit; quia dum sibi ab eo periculum irigeri metuit, resistere ejus injustitiæ non præsumit, fugit quia se sub silentio abscondit, quibus bene per prophetam dicitur Ezechiel, XIII, non ascendistis ex adverso, nec opposuistis vos murum pro domo Israel; ut staretis in prelio in die Domini. Ex adverso enim ascendere est, quibuslibet præstantibus prave agentibus ratione libera voce contrahire. Et in die Domini pro domo Israel in prelio stamus ac murum opponimus; si fideles innocentes contra perver-

sorum injusticiam ex justiciæ auctoritate vindicamus. Quod quia mercenarius non fecit; cum venientem lupum viderit, fugit. Hæc Gregorius. In quibus quidem verbis satis demonstratur episcopum jure divino teneri ac sub ve damnationis eternæ (si non facit) eidem comminari; ad liberationem gregis, defensionem præservationem, à quibuscumque nocumentis, afflictionibus, oppressionibus, et malis corporalibus et temporalibus totis viribus insistere, nec non importune anhelare.

»Præterea 6. minor probatur decretorum auctoritatibus ut 24 distin. in summa, ubi dicitur, sollicitum quoque et vigilantem opportet esse episcopum circa deffensionem pauperum, relevationem oppressorum, tuitionem monasterium, quod si facere neglexerit, aspere est corrigendus. Et 87 distin. in summa. Viduis autem et orphanis Ecclesiæ præsidium implorantibus, episcopi debent adesse et contra improborum violentiam protectionis patrocinium eis negare non debent. Hæc ibi. Et in capite I. Pelasius papa dicit: Licet omnibus de nobis sperantibus non debeamus in quantum possumus nos denegare; plus tamen viduarum et orphanorum causas et impensius ducimus exequendas, quas tueri à nobis vel ab omnibus divina manifestat assertio. Et in capite sequenti idem Gelasius: Defensionis (ait) proprie desolatis auxilio et qui suis actibus adesse pro ætatis infirmitate non possunt; exoratum pontificem decet subvenire. Quia pupillis et viduis tuitionem etiam divinitas jussit impendi, etc. Et 84 distin., cap. I, reprehendit Gregorius papa quemdam episcopum Paschasium qui eo nec iperius Ecclesia, nec monasteria, neque oppressi vel pauperes ejus erga se dilectionis studium sentirent. Et XXIII quæstio, V capitulo. Administratores, ait Joannes papa, administratores, plane secularium dignitatum, quæ ad ecclesiarum tuitionem, pupillorum ac viduarum protectionem; rapaciumque refrenationes constituti esse proculdubio debent; quoties ab episcopis et ecclesiasticis viris conventi fuerint; eorum quærimonias attentius audiant; et secundum quod necessitas expetierit absque negligentia examinent, et diligenti studio corrigant, etc. facit c. si quis de potentibus clericum aut quemlibet pauperem expoliaverit, etc. XII quæstio, I caput omnis etas. Et hoc est verum et indubitatum apud omnes qui recte atque christiane sentiunt; quod principaliter et antonomatice ac per prius ad episcopos vel ecclesiam pertinet deffensio seu protectio eorum omnium, qui ab injustis hominibus injurias, violentias, expoliationes, oppressiones, granamina injuste tam in rebus quam in personis patiuntur; saltem (de quo nullus dubitat) quoties judices sæculares, vel malicia, vel dissimulatione sunt negligentes; ut legitur et notatur in capite *Licet ex suscepto*, et capite *Ex tenore*, ubi bona glosa; et capite *Ex parte de foro competenti*, et in capite *Super quibusdam*, in fine de verborum significatione; et in capite *Significantibus*, in principio de officio delegationis, per illos textus, et per superius allegatos.

»Circa hanc materiam videatur Innocentius notabiliter in capite *Cum sit generale*, de foro competenti. Et ad propositum nostrum faciunt satis aperte ea quæ leguntur et notantur in capite I *De furtis*, ubi tractatur *de his qui furantur homines liberos*, et vendunt eos, et similiter de scienter ementibus qui pari pœna puniuntur ut in lege I, et in lege Favia, et in lege fin. ff. ad legem Faviam de plagiariis.

»Probatur 7 minor, aurea sententia sancti Thomæ, XXII quæstio, 40 arti. 2 ad. I, ubi sic ait; Prelati debent resistere non solum lupis, qui spiritualiter interficiunt gregem, sed etiam raptoribus et tirannis qui corporaliter vexant, non autem materialibus armis in propia persona utendo, sed spiritualibus, secundum illud apostoli II corinthiorum 10: Arma militiæ nostræ non carnalia sunt, sed potentia Dei quæ quidem sunt salubres admonitiones, devotæ orationes contra pertinaces, excommunicationis sententia. Hæc ille in forma. Ad id facit quod Guilielmus in summa virtutum et vitiorum, tomo II, capite XI. Membrorum quæ faciunt ad detestationem plurium beneficiorum ubi inter sex ad quæ secundum eum obligat se, qui curam pastoris suscipit, secundum in ordine ponit. S. ad libertationem (supple) afflictorum et oppresorum, ad quod allegat illud proverbium 24. Erue eos qui ducuntur ad mortem, etc.

»Et sic his rationibus et auctoritatibus patet veram esse minorem rationem, videlicet quod inter actus pastorales, ad quorum exercitium actu efficiendum, utpote ad officium episcoporum pertinentes obligantur de necessitate salutis; computatur et comprehenditur, deffentio et tuitio plebium à quibuscumque nocumentis et oppressionibus corporalibus; maxime quæ impediunt vel impedire possunt propriarum ovium salutem spiritualem. Et quia hujusmodi est detentio seu oppressio ex tirannis, qua indi (quos habent hispani in servos) detinentur et opprimuntur. Ergo jure divino et necessitate salutis episcopi orbis indiarum tenentur insistere apud regem et regale consilium, quatenus hujusmodi servitute injusta indi oppressi; suæ pristinæ libertati reddantur sive restituantur. Patet consequentia licet jam clareat, quia nulla oppressio vel tirannis ipsius privatione libertatis durior vel major, cum nihil sit in rebus humanis pretiosius, nihil inestimabilius propria hominum libertate (ut ex supra decursis apparet) aut qua efficatius ad recipiendam fidem in his qui nondum receperunt, vel si receperunt et sunt in fide novelle plantule, ne ad perfectam credentium mensuram perveniat, homines impediantur.

»Secundo probatur sic prima pars corolarii tali ratione. Omnes homines obligantur jure naturæ et divino subvenire in quantum possunt injuriam et oppressionem passis vel patientibus. Ergo multo fortiori vinculo episcopi, etc. Antecedens patet jure naturæ quidem, quia quilibet optaret positus in magna tribulationis angustia et calamitate quod alius sibi subveniret eumque liberaret. Ergo et ipse debet aliis facere. Quod patet per illud Mathei VII: quomodocumque vultis ut faciant vobis homines, et vos facite illis. Hinc est quod naturale est omnibus hominibus, ut se invicem diligant, cujus signum est, quod quodam naturali instinctu homo, cuilibet homini etiam ignoto subvenit in necessitate (puta) revocando ab errore viæ, erigendo à casu et aliis hujusmodi, ac si omnis homo omni homini, esset familiaris et amicus. Divino autem jure patet Deu. 22, non videbis bovem aut ovem fratris tui errantem et

præteribis, sed reduces fratri tuo, etiam si non sit propinquus frater tuus nec nosti eum, duces in domum tuam, et erunt apud te quamdiu quærat frater tuus et recipiat. Similiter facies de asino, de vestimento et de omni re fratris tui, quæ perierit si inveneris eam; nec negligas quasi alienam. Et Exodi, XXIII: si videris asinum adientis te jacere sub onere, non pertransibis, sed sublevabis eum. Et Proverbium XXIV: Erue eos qui ducuntur ad mortem, et qui trahuntur ad interitum, liberare non cesses, si dixeris vires non suppetunt, qui scrutator est omninum ipse intelligit, et servatorem animæ tuæ nihil fallet reddetque homini juxta opera sua. Et Ecclesiast., IV: libera eum qui injuriam patitur de manu superbi. Et I Joannis, III: qui habuerit substantiam hujus mundi, et viderit fratrem suum necessitatem habére, et clauserit viscera sua ab eo, quomodo charitas Dei manet in illo? Ex quibus auctoritatibus habent quod ex præcepto charitatis et divini juris, omnes indifferenter tenemur juvare ac defendere proximum ab oppressione, injuria, seu injustitia et malis quibuscumque secundum possibilitatem nostram, tam corporalibus, quam etiam et potius spiritualibus. De hoc habentur plures textus jures canonici LXXXVI di. caput *Pasce*, et caput *Non satis*, et VII quæstio, I caput *Non inferem*, et caput fi. Dimissis aliis per multis habetur textus clarus in capite *Dilecto*, de sententia excommunicationis, libro VI, ubi dicet: licet unicuique suo vicino vel proximo pro repellenda injuria suum impartire auxilium, imo si potest et negligit, videtur injuriantem favere ac esse particeps ejus culpæ, etc. Hæc ibi. Idem per caput *Quantæ*, de sententia excommunicationis et caput *Sicut dignum*, de homicidio et hoc latius sanctus Thoma in quæstionibus de veri, quæstio III, articulo I caput. Et est communis omnium sententia doctorum theologorum et canonistarum.

»Tunc sic. Si omnes parvi et magni, docti vel indocti, subditi vel prælati, privatæ seu publicæ personæ, tenemur indifferenter subvenire oppressis et violentiam vel injuriam seu aliud incommodum passis seu patientibus, eosque pro uniuscujusque viribus officii vel facultatis ex præcepto legis naturæ divinæ atque charitatis liberare; certe multo magis obligantur prælati et alii magistratus sæculares et ecclesiastici. Hoc patet: quia omnes homines, saltem christiani, ad id astringuntur præcepto naturæ et charitatis, quemadmodum visum et probatum est: prælati vero ecclesiastici et sæculares eodem præcepto communi quo omnes, et ulterius justitiæ ligamine qua populos sibi commissos tueri, deffendere atque à malis præservare, tacito ex pacto se obligarunt. Ergo multo fortius prælati et alii constituti sæculari vel ecclesiastica in dignitate cæteris hominibus ad deffensionem pauperum et oppressorum obligantur. Optimum ergo argumentum est à minori, quia si de quo minor obligatio videtur inesse et inest, ut in personis privatis, ergo et de quo major S. de personis constitutis in dignitate vel potestate, ut dicitur in Topicis. Et habetur hoc argumentum in capite *Cum in cunctis*, de electi, et XXXIII distin., caput *Si in laicis*, et in aliis juris locis.

»Hi namque contrahunt quasi cum Ecclesia si ecclesiastici, vel cum populo aut regno, si existunt sæculares; et obligant se ex quasi contractu ad justitiam administrandam in plebe vel regno, dum officium assumunt et acceptant regendi, ut patet, in capite *Nisi cum pridem*, v. verum de renuntiatione; ibi, cui S. Ecclesiæ sponsæ tuæ de figendo manum apud extraneum, in aliud. Hoc est, Deum te fide media copulasti: de hoc cardinalis consilio, 148, incipiente sanctissimus Dominus noster: et in capite *Ex litteris*, de pignoribus: quasi in fine, et feli. in capite *Quæ in ecclesiarum*, 14 columna de constitu. similis ratio est de principibus et rectoribus sæcularibus populorum, quia obligantur tacite ad utilitatem quærendam et incommoda præcavenda seu submovenda subditorum. Sunt enim constituti justiciæ custodes, secundum Philosofum, V Ethicorum. Et publicæ personæ astricti quidem ut reddant debitum suorum officiorum his quibus sunt præpositi. Et hoc ex debito et præcepto justitiæ, ad instar tutoris qui est obligatus eo ipso quod est tutor sine aliqua promisione ad omnia utilia efficienda, et fugienda inutilia et noxia prætermittenda ut lege pro officio, et lege sequenti. C. de admitten. tuto. et insti. de obliga. qui ex quasi contra nascum 4 tutores quoque. Et hoc ex eo tempore quo cepit esse tutor, ut dicit glosa in dicta lege pro officio; unde si non deffendunt plebes sibi commissas ab invasoribus et oppressoribus qui ex negligentia pptis. damna contingunt, tenentur omnino reparare ultra grave peccatum, quemadmodum milites conducti ad deffensionem civitatis; querumque incommoda obveniunt conducentibus, si propter eorum non debitam deffensionem patiuntur, et similiter est de nauta conducto si propter incuriam ejus navis perit, de navi et de mercibus tenetur. Hæc probantur per caput *Si culpa* de injuria et damno dato et in lege in re mandata. C. manda ubi omne commissum et neglectum in re quam quis accipit in curam suam, non est culpa vacuum; et C. de judi. l. sancimus. et insti. de obliga. quæ ex quasi delict. nascunt. §. 1. Sunt etiam infiniti pene textus, quibus luce clarius ostenditur omnia mala, quæ ab inferioribus sive subditis patrantur prælatis et superioribus imputari; unde disti. 83, caput providendus Simacus papa: non est (inquit) grandis differencia an lethum in mortem inferas vel admitas. Mortem non languentibus probatur infligere, qui hanc cum possit non excludit. Similiter plagiariam servitutem aut similem calamitatem probatur infligere, si cum potest, non tollit; et caput *Error* cui non resistitur approbatur; et caput *Consentire;* et caput *Nihil* illo pastore miserius qui gloriatur luporum laudibus, etc. Et 86. disti. inferiorum culpæ ordinum ad nullos magis refferenda sunt; quam ad desides negligentesque rectores, qui multam sæpe nutriunt pestilentiam, dum austeriorem dissimulant adhibere medicinam, caput *Inferiorum* et caput facientis culpam proculdubio habet; qui quod potest corrigere negligit emendare, scriptum quippe est non solum qui faciunt, sed etiam qui consentiunt facientibus participes judicantur, etc.

»Cum ergo prælati orbis Indiarum ex præcepto divino et necessitate salutis teneant fugere ac declinare, ne sint participes in peccatis mortalibus quibus detinentes indos in tiranica servitute perfata ligantur, ergo jure divino obligantur ad insistendum apud dominum re-

gem ejusque regale consilium, ut suæ pristinæ libertati qua inique spoliati sunt, indi ejusmodi reddant.

»Et breviter addo alias rationes ad probandum: dictam primam partem, et tertia sit in ordine hac, videlicet. Quia episcopi tenentur jure divino impedire in quantum possunt in plebibus sibi commissis omne peccatum mortale non solum commissum ut agatur de eo pœnitentia, ut patet in capite *Novit de judiciis*, caput *Cum fit*, et caput *Licet*, jam allegatis de foro competenti, cum ibi non per doctores, verum etiam obligatur prævenire ac supplere ante consummationem peccati, ne comittatur, ut si videat episcopus aliquem vicinum præcipitio vel paratum ad peccandum. 93. dist. caput *Diaconi*, 23, quæstio XI, caput *Ipsa pietas*; et 22 quæstio V caput *Hoc videtur*; alioquin consentire videtur. 83 distin. per totum, et de hoc est bona glosa laudata per doctores in capite *Ex litteris*, et II *De sponsali*. Sed hispani prædicti oppressores et detinentes in injusta servitute præfatos indos in servos, sunt in continuo peccato mortali. Ergo ut agant de eo pœnitentiam et cessent à futuris peccatis præfate tirannidis, obligantur episcopi orbis indiarum insistere apud regem, ut compellat illos ad relaxandum quos injuste detinent in ea tirannide.

»Quarta ratio: episcopi omnes obligantur jure divino procurare qualiter pax, quies et unitas semper consistat et conservetur in plebe, et turbatores pacis punire, et ad pacem compellere; ut in capite *Treugas*, cum ibi not. per doctores de treug. et pace; et 90 distin. caput *Studendum est episcopis*; et caput *Placuit*, et caput *Si quis*; et caput *Præcipimus*, cujus ratio est, quia ad hoc quod homo vacet divinis, indiget tranquillitate et pace (scimus enim et evidentia facti colligimus, quod non nisi in pacis tempore, bene colitur pacis auctor prout dicitur in textu Extravagantis, super cathedram sub titulo de sepulturis in communibus) et pax nihil sit aliud quam status tranquillus et quietus, secundum Isidorum in etimologiis, et secundum Augustinum, libro XIX, capite XIII et XIV *De civitate Dei*. Pax est ordinata hominum concordia. Maniffestum est enim quod in bello, vel exteriori, quod armis materialibus exercetur, vel interiori quod odio vel rumore in discordante voluntate geritur, vel nullo modo potest homo vacare divinis, vel non bene aut meritorie vacare. Quia in primo secundum exteriori vix sine peccato esse, in secundo vero nunquam poterit. Verum cum ad episcopos principaliter pertineat inducere ad divinis vacandum populos, necesse est etiam pertinere omnino impedientia et perturbantia pacem tollere, quibus principaliter incumbit secundum divinas leges, inducere populos ad pacem et amicitiam hominis ad Deum, quæ tunc proculdubio habetur, cum omne peccatum mortale projicitur. Finis namque principaliter legis divinæ amicitia hominis ad Deum est, id est charitas, secundum illud Prima ad corinthios, I, finis præcepti est charitas, cujus effectus est pax, ut Apostolus ad Galatas, capite V dicit: Fructus autem spiritus est charitas, gaudium, pax et patientia, etc. Amicitia autem Dei non habetur sine amicitia proximi, secundum illud Joannis in I canoni., capite IV qui enim non diligit fratrem suum quem videt, Deum, quem non videt, quomodo potest diligere? Et hoc mandatum habemus à Domino Deo, ut qui diligit Deum, diligat et fratrem suum. Et ideo hanc pectoris pacem in populo sibi commisso inducere ac conservare jure divino tenentur episcopi, nec sufficit eis ut populus in pace vel tranquillitate extrinseca conservetur; quod tamen sufficit rectori temporali, unde oportet episcopos ampliori cura, studio et vigilantia uti, quatenus greges et ove singule amicitiam ad Deum et ad homines habeat. De hoc sanctus Thoma in *Summa contra gentiles*, libro III, capite CXVII et cap. XII, VIII et gay. 12, q. 99. ar. 2 et 3 facit 45. dis. c. tria sunt, et c. duæ sunt, et de consacrati. dist. 2. c. pacem.

»Cum igitur pax sit ordinata concordia hominum, ordinata vero concordia tunc inter homines dumtaxat servetur, secundum sanctum Thomam, ubi immediate supra, quando unicuique quod suum est redditur, quod est justitiæ; propter quod dicitur Esaias, XXXII, opus justitiæ pax, ut supra dictum est. Et hispani nostri abstulerint et actu quotidie injuste auferant rem tam prætiosam alienam secundum S. libertatem tot hominum millibus, ob id quæ oporteat, imo necesse sit esse inter utrosque discordiam magnam, odium grandem, rancorem immortalem, vel quia (hic et sua parte natura indi oppresi patientissimi et mansuetissimi sint, et ex parte forte ipsorum hac de causa ut in plurimum non interveniet peccatum, quamvis non deerunt angustiæ fletus, suspiria, gemitus, singultus et magni dolores, pro magnitudine injustitiæ oneris et servilis laboris) a parte tamen opprimentium nulli dubium, quin amicitia vel pax, nec ad Deum, nec ad homines serventur. Et per consequens magnum peccatum mediet, cum ratione oppresionis et tirannidis, tum ratione impedimenti, quod ipsis oppressis ac miseris indis in suscipienda, et his qua religionis christianæ sunt, maxime ac efficaciter præstant. Ergo episcopi Oceani orbis Indiarum obligantur jure divino et de necessitate salutis apud regem et regale consilium, quatenus præfati oppressi detentique injuste ab hispanis in sepefata horribilique servitute, suæ pristinæ libertati prorsus restituantur, insistere. Consequentia patet, quia inter utrasque oves non est pax nec vera amicitia nec ordinata concordia, sed discordia magna cum non servetur justitia, eo quod non redditur libertas quibus est debita; res quidem valde prætiosa illis quorum est, quibusque debetur et contra jus et omnem rationem, sublata vel usurpata est, ac per consequens, ad Deum non est amicitia. Ex parte quidem opprimentium, sed grande peccatum mortale mediet. Ex parte autem oppresorum dubia valde charitas, quod doctrina fidei et tranquillitate addiscendi, qua fidei sunt careant. Hac de causa veri similiter judicanda est, et tamen medendi auram et studium hujusmodi languoribus apud episcopos ex proprio officio esse, jure divino indubitatum est.

»Quinta ratio et ultima, et hæc quidem brevior superioribus est, videlicet: episcopi quicumque obligantur ex jure divino reddere rationem in extremo judicio, non solum pro parvis et communibus hominibus suorum episcopatuum, sed etiam pro ipsis regibus seu principibus, et pro legibus seu constitutionibus eorumdem cum in spiritualibus et concernentibus animam,

omnis potestas temporalis sive sæcularis spirituali subjiciatur, ut apparet in capite *Omnes principes terræ*, et cap. *Solite*, de maio. et obedienti, et x disti., caput *Certum est*, ait Felix papa. Certum est hoc rebus vestris esse salutare, ut cum de causis Dei agitur, juxta ipsius constitutionem regiam voluntatem sacerdotibus Christi studeatis subdere non preferre, etc. Et 96 dist., caput *Quis dubitat* sacerdotes Christi regum et principum omniumque fidelium principes et magistros censeri, etc. Et 22, quæstio III, caput *Si vobis episcopis*, et 96 dist., caput *Duo sunt*, ubi dicitur in quibus tanto gravius est pondus sacerdotum; quanto etiam pro ipsis regibus vel legibus hominum in divino sunt reddituri examine rationem, etc. Et in cap. Valentinianus, ea disti. et in multis juribus aliis et sanctus Thoma, 2, sen. disti. 44 quæstio, 2 ar. 3 ad. 5 et 22 q. 186 ad 1. Hinc est, quod in spiritualibus quæ pertinent ad salutem animæ, leges non dedignantur sacros canones imitari, unde imperator se subjicit canonicæ dispositioni, ut ipse dicit in aut. ut clerici apud proprios episcopos. 4 po. cola. 6. et leges dicuntur canonibus famulari, ut in cap. super specula de privilegiis. Cum igitur reddituri sunt rationem episcopi pro rebus et pro actibus eorum in quantum sunt actus publicæ personæ seu potestatis regalis, manifestum est episcopis necessario incumbere, vigilare debere super actus regios concernentes temporale regimen suorum episcopatuum, ac per consequens apud regiam celsitudinem et consilium regale non perfunctorie agere, seu instare, quoties necessitas vel utilitas subditorum expetierit corporum et animarum. Et cum illa de qua in præsentiarum tractamus, super liberationem, videlicet innumerorum hominum à tam iniqua et horribili servitute, sit hujusmodi. Ergo ad episcopos Indiarum pertinet jure divino apud regem et regale consilium diligenter et importune super eadem re insistere, et propterea eo de jure et de necessitate salutis indubie obligantur, et sic patet prima pars corolarii.

»Secunda vero pars, videlicet: «Que sean obligados los obispos por efectuar lo suso dicho (conviene á saber), porque su majestad y su Real Consejo ponga ó mande poner los indios dichos, injustamente hechos esclavos, en libertad, si para ello fuere necesario arresgar las vidas»; exponendo eam cunctis periculis, laboribus et aliis corporalibus malis, probatur. Quod ibi intervenit spiritualis mortis damnum, et eternæ damnationis opprimentium, scilicet hispanorum, cum sint semper in peccato mortali, et per consequens periculum etiam damnationis opressorum S. indorum, qui propterea quod detinentur in injusta tirannide seu servitute impediuntur à via salutis. Ergo tenentur episcopi pro liberandis animabus utrorumque vitam corporalem quibuscumque periculis etiam mortis exponere. Consequentia patet per illud Joannis x: Bonus pastor animam suam ponit pro ovibus suis. Et hujusmodi ratio est; quia secundum sanctum Thomam 22 q. 185 ar. 5 in corpore in qualibet obligatione præcipue attendi debet obligationis finis. Obligant autem se episcopi ad exequendum pastorale officium propter subditorum salutem, et ideo ubi subditorum salus exigit personæ pastoris præsentiam, non debet pastor nec propter aliquod commodum temporale nec etiam propter aliquod personale periculum eminens, suum gregem deserere, cum bonus pastor animam suam ponere teneatur pro ovibus suis. Hæc sanctus Thoma. Ad hoc facit 23 q. 4 caput *Tres personas*.» Resta de probar aquella palabra, ó adverbio, que se dijo en este segundo corolario: que los obispos son obligados á insistir y negociar la libertad de los suso dichos cautivos y agraviados indios importunamente, que quiere decir, con grande solicitud y diligencia; y baste para esto lo que san Pablo dice, *Ad romanos*, XVII: «Qui præest in solicitudine»; et II *ad corinthios*, II. Donde específicamente habla de los obispos á un obispo: «Juxta (inquit) oportune, importune, et infra tu vero vigila, in omnibus labora», etc. Máxime que la negligencia en el perlado todos los doctores la condenan por mortal pecado, como se nota y trata en el c. *Ea qua de offi. archidi.* y en el c. *Irrefragabili de offi. ordi.* et *De regula*, c. ulti. et *De statu monacho.* c. *Cum ad monaste.* § ulti. et *De accusatio*, c. *Qualiter* et quo l. 2. § penulti. *De quies*, que no se admite la excusacion del pastor si la oveja come el lobo, y dice que no lo vido ó no lo supo; porque es obligado á velar, y á poner en la guarda de las ovejas suma diligencia. La regla del derecho lo dice: «Non est pastoris excusatio si lupus oves comedit et pastor nescit.» Esto se prueba por la semejanza del fiador que trae Salomon, en los *Proverbios*, VI, que parece ser aquel el sentido que pretendió el Espíritu Santo; y ansí lo trae san Gregorio sobre Ecequiel, homilía 11, y en la tercera parte del pastoral, admonitione quinta: «Fili mi, si spoponderis pro amico tuo defixisti apud extraneum manum tuam, illaqueatus es verbis oris tui, et captus propriis sermonibus; fac quod dico, fili mi, et teipsum libera, quia incidisti in manum proximí tui; discurre, festina, suscita amicum tuum ne dederis somnum oculis tuis, nec dormitent palpebræ tuæ, erue quasi damula de manu, et quasi avis de insidiis aucupis. Vade ad formicam, o piger», etc. Si tanta diligencia debe poner el que fia á otro en deuda ó bienes temporales, teniendo por acreedor al hombre, ¡cuánta será obligado á tener el que fia á las ánimas, obligándose á pagar por ellas en los pecados y deudas infinitas espirituales, cobrando por acreedor á Dios! «De Jacob qui gessit officium boni pastoris, gen. 31. scribitur: Die noctuque estu urebar et gelu, fugiebat somnus ab oculis meis, super quibus verbis sic argumentatur Gregorius in registro libro VII, capite LXXIV. Si igitur sic laborat et vigilat qui custodiebat oves Laban, quanto labori, quantis vigiliis debet intendere qui custodit homines oves Dei? Hæc ille. Ratio hujus solicitudinis et exactæ diligentiæ custodiæ animarum à prælatiis impendendæ hæc est; quia ubi majus periculum præscitur, ibi proculdubio est cautius et plenius accurrendum et consulendum. Ut dicitur in capite *Ubi periculum*, de electio., lib. VI, et hæc sufficiant ad probationem totius secundi corolarii, ex quibus omnibus sequitur.»

COROLARIUM TERTIUM.

Docta y santamente lo hicieron los religiosos de la órden de santo Domingo y san Francisco y san Agustin en la Nueva España, conviniendo y concertándose

todos á una, de no absolver á español que tuviese indios por esclavos, sin que primero los llevase á examinar ante la Real Audiencia, conforme á las leyes nuevas; pero mejor hicieran si absolutamente á ello se determináran sin que los lleváran á la Audiencia.

La primera parte deste corolario asaz es claro, y probaráse abundantemente, sino por no alargar tanto sola esta razon, baste; porque todos los religiosos de las dichas tres órdenes, ó dellos tienen su ciencia y certidumbre de las injusticias y corrupciones que en hacer los indios esclavos, así por los españoles como por los indios se tuvieron y usaron, ó dellos tienen muy gran probabilidad, que se iguala á ciencia en estas cosas morales, y ofendieran gravemente á Dios y fueran obligados á restitucion si los absolvian, no mandándoles los confesores que tenian ciencia ó certidumbre, ponellos luégo en libertad, ó llevallos á la Audiencia los confesores que algo dudaban. La razon es: porque el confesor que se pone á confesar, vístese oficio de obispo y de cura y de juez espiritual; y por consiguiente, es obligado, como ellos, á tener suficiente ciencia, prudencia y discrecion, y á sentenciar justa é igualmente, al ménos en los casos donde hay injuria, ó agravios, ó daños de parte; y si en ello, por poco saber, ó por descuido y negligencia notable, yerra, como no mandando restituir lo usurpado ó mal ganado, allende del pecado, él es obligado á restituirlo á la parte agraviada, y todos los daños le son imputados, como al médico se le imputa el daño ó muerte que al enfermo viene por su impericia ó negligencia ó mal recaudo. Esto parece ff. *De offici. præsidis*. l. *Illicitas*, § *Sicuti medico*. Et idem dicit glosa. ibi *De quolibet artifice alio*. per § *Celsus*, l. *Si quis fundum* et per § *Si gemma*, l. *Item quæritur*, ff. *Locati*. Lo mismo es del asesor y juez que mal sentencia ó aconseja, ó deja, por ignorancia ó negligencia ó impericia, de sentenciar ó aconsejar como debe; ut in l. *Hoc edicto*, ff. *Quod quisque juris, quia turpe est nobili patricio ignorare jura in quibus versatur*, ut ff. *De origine juris*, l. 2. Y la razon de todo esto es, porque la impericia y negligencia «equiparatur culpæ», ut insti. ad l. *Aquili*. § *Imperícia;* y todo lo dicho se prueba bien abiertamente por el capítulo *Si culpa de jure et damno dato*. El cual dice así: «Si culpa tua datum est damnum, vel injuria irrogata, seu aliis irrogantibus opem forte tulisti, aut hæc impericia aut negligentia tua evenerunt, jure super his te satisfacere oportet, nec ignorantia te excusat, si scire debuisti ex facto tuo injuriam verisimiliter posse contingere vel jacturam, etc. Hæc ibi.» Y hace contra los confesores y abogados y los jueces muy al propósito un texto de san Agustin, que está en el c. *Si res*, xiv, q. 6. Quod confesor tenga oficio de cura y obispo, y sea juez obligado á tener gran vigilancia y hacer mucha diligencia, parece por lo que san Agustin dice: «Et habetur de pœnit, disti. 6, cap. 1: «Caveat spiritualis judex ut sicut non commisit crimen nequitiæ, ita non careat munere scientiæ. Oportet ut sciat cognoscere quidquid debet judicare. Judiciaria enim potestas hoc postulat, ut quod debet judicare discernat», etc.

La segunda parte deste corolario, que dice que mejor hicieran los dichos religiosos si absolutamente se determináran á que sin llevarlos á examinar á las audiencias los libertáran, pruébase por todo lo que arriba está dicho, especialmente en la tercera parte de la conclusion, en la probacion de la proposicion menor, por toda ella. Porque en la verdad, no hay religioso, al ménos en la Nueva España, que no tenga probable y muy probable opinion, á la cual es obligado á seguir, que todos los indios son injusta é tiránicamente hechos esclavos. Por lo cual no deben curar de las examinaciones que hacen ó pueden hacer las audiencias reales, como haya en esto y en otras infinitas cosas cerca de oprimir y angustiar los indios y tenellos siempre en servidumbres nunca vistas ni oidas, ni tan nuevas cautelas, fraudes y maquinaciones en las Indias, y en las audiencias muchos defectos. Y ansí concluyo por el presente la materia de los hombres infinitos esclavos, hechos en aquellos indianos reinos indebidamente esclavos, sometiendo lo que toca al derecho á la correccion y censura de vuestra alteza, suplicando muy afectuosa y encarecidamente, como obispo de un gran pedazo dellos, y donde muy gran cantidad se hicieron, que vuestra alteza mande con mucha brevedad libertarlos, para que á tanta confusion, obstinacion y perdicion de ánimas en este articulo se ponga remedio; que no será otra cosa sino quitar los impedimentos, y disponer la humana materia por el oficio excelente é industria real, para que los perlados, como padres y maestros espirituales, con su eclesiástico y espiritual regimiento y actos hierárquicos, la perfeccionen y ennoblezcan, haciéndola capaz de recebir la gracia, que por el ejercicio de los santos sacramentos han de alcanzar, por la cual puedan salvarse, saliendo del pecado en que viven mortal; cuyo paradero, si vuestra alteza con tiempo dél no los libra, serán los fuegos eternales.

DISCURSO PRONUNCIADO ANTE EL EMPERADOR CÁRLOS V, EN RESPUESTA Á DON FRAY JUAN DE QUEVEDO, OBISPO DEL DARIEN, ACERCA DE LA ESCLAVITUD DE LOS INDIOS, ETC. — AÑO DE 1519.

Muy alto y muy poderoso señor: Yo soy de los más antiguos que á las Indias pasaron, y há muchos años que estoy allá, y he visto todo lo que ha pasado en ellas. Y uno de los que han excedido ha sido mi mismo padre, que ya no es vivo. Viendo esto, yo me moví, no porque fuese mejor cristiano que otro, sino por una natural y lastimosa compasion; y así, vine á estos reinos á dar noticia dello al Rey Católico. Hallé á su alteza en Plasencia; oyóme con benignidad. Remitióme para poner remedio en Sevilla. Murió en el camino; y así, ni mi

suplicacion ni su real propósito tuvieron efecto. Despues de su muerte hice relacion á los gobernadores, que eran el cardenal de España fray Francisco Jimenez de Cisneros y el cardenal de Tortosa, los cuales proveyeron muy bien todo lo que convenia. Y despues que vuestra majestad vino, se lo he dado á entender, y estuviera remediado, si el gran canciller no muriera en Zaragoza. Trabajo ahora de nuevo en lo mismo, y no faltan ministros del enemigo de toda virtud y bien, que mueren porque no se remedie. Va tanto á vuestra majestad en entender esto y en mandarlo remediar, que dejado lo que toca á su real conciencia, ninguno de los reinos que posee, ni todos juntos, se igualan con la mínima parte de los estados y bienes de todo aquel orbe. Y en avisar de ello á vuestra majestad, sé que le hago de los mayores servicios que hombre vasallo hizo á su príncipe ni señor del mundo. Y no porque quiera por ello merced ni galardon alguno; porque ni lo hago por servir á vuestra majestad, porque es cierto, hablando con todo el acatamiento y reverencia que se debe á tan alto rey y señor, que de aquí á aquel rincon no me mudase por servir á vuestra majestad, salva la fidelidad que como súbdito debo, si no pensase y creyese de hacer en ello á Dios gran sacrificio. Pero es Dios tan celoso y granjero de su honor, que, como á él se deba solo el honor y gloria de toda criatura, no puedo dar un paso en estos negocios, que por solo él tomo á cuestas de mis hombros, que de allí no se causen y procedan inestimables bienes y servicios de vuestra majestad. Y para ratificacion de lo que he referido, digo y afirmo que renuncio cualquier merced y galardon temporal que me quiera y pueda hacer. Y si en algun tiempo yo, ú otro por mí, merced alguna quisiere, yo sea tenido por falso y engañador de mi rey y señor. Allende de esto, señor muy poderoso, aquellas gentes de aquel mundo nuevo, que está lleno y hierve, son capacísimas de la fe cristiana y de toda virtud y buenas costumbres, por razon y doctrina traibles. Y de su natura son libres y tienen sus reyes y señores naturales, que gobiernan sus policías. Y á lo que dijo el reverendo Obispo, que son siervos *á natura*, por lo que el filósofo dice, en el principio de su *Política*, de cuya intencion á lo que el reverendo Obispo dice, hay tanta diferencia como del cielo á la tierra. Y cuando fuese como el reverendo Obispo lo afirma, el filósofo era gentil y está ardiendo en los infiernos; y por ende, tanto se ha de usar de su doctrina, cuanto con nuestra santa fe y costumbres de la religion cristiana conviniere. *Nuestra religion cristiana es igual y se adapta á todas las naciones del mundo, y á todas igualmente recibe, y á ninguna quita su libertad ni sus señores, ni mete debajo de servidumbre, so color ni achaques de que son siervos á natura*, como el reverendo Obispo parece que significa. Y por tanto, de vuestra real majestad será propio, en el principio de su reinado, poner en ello remedio.

RASGO HISTÓRICO FILOSÓFICO SOBRE LA MUERTE DE CRISTÓBAL COLON (1).

Despachado su hermano el Adelantado para ir á besar las manos á los reyes nuevos, agravósele cada hora más al Almirante su enfermedad de la gota por el aspereza del invierno, y más por las angustias de verse allí desconsolado, despojado, y en tanto olvido sus servicios y en peligro su justicia, no embargante que las nuevas sonaban y crecian de las riquezas destas Indias, yendo á Castilla mucho oro destas islas, y prometiendo muchas más de cada dia; el cual, viéndose muy debilitado, como cristiano (cierto que lo era), recibió con mucha devocion todos los santos sacramentos; y llegada la hora de su tránsito desta vida para la otra, dicen que la postrera palabra que dijo fué: *In manus tuas commendo spiritum meum.* Murió en Valladolid, dia de la Ascension, que cayó aquel año á 20 de Mayo, de 1506 años. Llevaron su cuerpo, ó sus huesos, á las Cuevas de Sevilla, monasterio de los cartujos; de allí los pasaron y trajeron á esta ciudad de Santo Domingo, y están en la capilla mayor de la iglesia catedral enterrados. Tenía su testamento hecho, en el cual instituyó por su universal heredero á don Diego, su hijo legítimo; si no tuviere hijos, á don Hernando, su hijo natural, y si aquel no los tuviere, á don Bartolomé Colon, adelantado, su hermano; y si no tuviere su hermano hijos, á otro su hermano; y en defecto de aquel, al pariente más cercano y más allegado á su línea; y así para siempre. Mandó que habiendo varon, nunca le heredase mujer; pero no le habiendo, instituyó que heredase su estado mujer, siempre la más cercana á su línea. Mandó á cualquiera que heredase su estado que no pensase ni presumiese de menguar el mayorazgo, sino que ántes trabajase de lo acrecentar, mandando á sus herederos que con sus personas y estado, y rentas de él, sirviesen al Rey y á la Reina y al acrecentamiento de la religion cristiana. Dejóles tambien obligacion de que de todas las rentas que de su mayorazgo procedieren, den y repartan la décima parte á los pobres en limosna. Entre otras cláusulas de su testamento, se contiene ésta: «Al Rey y á la Reina, nuestros señores, cuando yo los serví con las Indias; digo serví, que parece que yo por la voluntad de Dios, nuestro Señor, se las dí como cosa que era mia. Puédolo decir, porque importuné á sus altezas por ellas, las cuales eran ignotas, y escondido el camino y cuanto se fabló de ellas. E para las ℟ á descubrir, allende de poner el aviso y mi persona, sus altezas no gastaron ni quisieron gastar para ello, salvo un cuento de maravedís, é á mi fué necesario de gastar el resto. Despues plugo á sus altezas que yo hobiese en mi parte de las dichas Indias, islas y tierra firme, que son al poniente de una raya que

(1) Sacado de la Historia MS.

mandaron marcar sobre las islas de los Azores y aquellas del Cabo Verde cien leguas, la cual pasa de polo á polo; que yo hobiese en mi parte tercio y el ochavo de todo, y más el diezmo de lo que resta en ellos, como más largo se muestra por los dichos mis privilegios é cartas de merced.» Éstas son sus palabras en el dicho su testamento.

Y así pasó desta vida en estado de harta angustia y amargura y pobreza, y sin tener, como él dijo, una teja debajo de que se metiese, para no se mojar ó reposar en el mundo, el que habia descubierto por su industria otro nuevo, y mayor que el que de ántes sabiamos felicísimo mundo. Murió desposeido y despojado de estado y honra, que con tan inmensos é increibles peligros, sudores y trabajos habia ganado; desposeido ignominiosamente, sin órden de justicia echado en grillos, encarcelado, sin oirlo ni convencerlo, ni hacerle cargos ni rescibir sus descargos, sino como si los que lo juzgaban fueran gente sin razon, desordenada, estulta. Esto no fué sin juicio y beneplácito divino, el cual juzga y pondera las obras y los fines de los hombres, y así los méritos y deméritos de cada uno, por reglas muy delgadas, de donde nace que lo que nosotros loamos no es de loa, y lo que vituperamos alaba.

Quien bien quisiere advertir lo que la historia con verdad hasta aquí ha contado de los agravios, guerras é injusticias, captiverios y opresiones, despojos de señoríos, estados y tierras, y privacion de propia y natural libertad, y de infinitas vidas que á reyes y señores naturales, y á chicos y á grandes, en esta isla y tambien en Veragua, hizo y consintió hacer absurda y desordenadamente el Almirante, no teniendo jurisdiccion alguna sobre ellas ni alguna justa causa; ántes siendo él súbdito de ellos, por estar en su tierra, reinos y señoríos, donde tenian jurisdiccion natural y la usaban y administraban, no con mucha dificultad ni áun con demasiada temeridad podia sentir que todos estos infortunios y adversidades, y angustias y penalidades, fueron de aquellas culpas el pago y castigo; porque ¿quién puede pensar que cayese tan gran señal y obra de ingratitud en tan reales y cristianísimos ánimos como eran los de los Reyes Católicos, que á un tan nuevo y tan señalado y singular y único servicio, no tal otro hecho á rey alguno en el mundo, fuesen ingratos, y de las palabras y promesas reales, hechas y afirmadas muchas veces, por dicho y por escripto, falsos? No es, cierto, creible que no cumplir sus privilegios y mercedes, por ellos debidamente prometidas y concedidas por sus tan señalados servicios, por falta de los reyes quedase, sino solamente por la divina voluntad, que determinó que de cosa dello en esta vida no gozase; y así no movia á los reyes á que lo galardonasen, ántes los impidió, sin los reyes incurrir en mácula de ingratitud, y sin otro defecto que fuese pecado; de la manera que sin culpa de los mismos reyes, y sin su voluntad y mandado, el comendador Bobadilla, ó por ignorancia ó por malicia, violando la órden de derecho y justicia, permitió que lo prendiese, aprisionase, despojase de la dignidad, estado y hacienda que poseia, y al cabo desterrase á él y á sus hermanos. Y lo que más se debe notar, que no paró en él ni en ellos la penalidad, sino que ha comprehendido hasta la tercera generacion en sus sucesores, en que está hoy, como, si place á Dios, por la historia será declarado. Éstos son los juicios altísimos y secretísimos de Dios, de los nuestros muy distante, y por esto será cordura para el dia postrimero, donde todo en breve se descubrirá y será claro á todo hombre, reservallo. Á la bondad de Dios plega de contentarse, rescibiendo por satisfaccion de las culpas que en estas tierras que descubrió contrajo, las tribulaciones, angustias y amarguras, con los peligros, trabajos y sudores que toda su vida padeció, porque en la otra vida le haya concedido perpétuo descanso.

Ninguno, cierto, de los que sus cosas supimos y supieron pudo negar que no tuviese buena y simple intencion, y á los reyes fidelidad; y ésta fué tan demasiada, que por servirlos, él mismo confesó con juramento, en una carta que les escribió de Cáliz (Cádiz), cuando estaba para se partir para el postrer viaje, «que habia puesto más diligencia para los servir que para ganar el paraíso.» Y así parece que fué permision de Dios que le dieron el pago. Y tengo yo por cierto que aqueste demasiado cuidado de querer servir los reyes y con oro y riquezas querer agradalles, y tambien la mucha ignorancia que tuvo, fué la potísima causa de haber en todo lo que hizo contra estas gentes errado, aunque en los que aconsejaron por aquellos tiempos á los reyes, como ya queda dicho, fué mucho más culpable (1).

(1) Historia MS., libro II, capítulo XXXVIII.

RASGO HISTÓRICO FILOSÓFICO SOBRE LA ESCLAVITUD DE LOS INDIOS (1).

Viendo los españoles que tenian cargo de consumir los indios en las minas, sacando oro, y en las otras sus granjerías y trabajos, con que los mataban, que cada dia se les hacian ménos, muriéndoseles, no teniendo más consideracion á su temporal daño y lo que perdian de aprovecharse, cayeron en que sería bien suplir la falta de los que perecian, naturales de esta isla (Santo Domingo), trayendo á ella de las otras islas la gente que se pudiese traer, para que su negocio y granjería de las minas y otros intereses no cesasen; y para esto pensaron con esta industriosa falsedad de engañar al rey don Hernando. Fué aquesta cautela dolosa tal, que le hicieron saber, ó por cartas ó por procurador, que á la córte enviaron (lo cual no es de creer que se hizo sin pares-

(1) Sacado de la Historia MS.

cer y consentimiento del Comendador mayor), que las islas de los Lucayos ó Yucayos, vecinas de esta Española y de la de Cuba, estaban llenas de gentes, donde estaban ociosas y de ninguna cosa aprovechaban, y que allí nunca serian cristianos; que su alteza diese licencia á los vecinos españoles de esta isla para que armasen algunos navíos, en que los trujesen á ella, donde serian cristianos, y ayudarian á sacar el oro que habia, y sería de mucho provecho aquella traida, y su alteza sería muy mucho servido.

El Rey se lo concedió que así lo hiciesen, con harta culpa y ceguedad del Consejo, que tal le aconsejó, y firmó la tal licencia, como si fueran los hombres racionales alguna madera que se cortára de árboles, y la hobieran de traer para edificar en esta tierra, ó quizá manadas de ovejas ú otros animales cualesquiera, que aunque murieran en el camino por la mar muchos, poco se perdiera.

¿Quién no culpará error tan grande como era, las gentes naturales, vecinos de tantas islas, deberse sacar por fuerza de ellas, y llevarlas ciento y ciento y cincuenta leguas por la mar á otras nuevas tierras, por causa buena ó mala que ofrecerse pudiera, cuanto ménos á sacar oro de las minas, donde cierto habian de morir para el Rey y para los extraños, á quien nunca ofendieron? Y ¿por ventura no quisieron justificar la tal traida y despoblacion de las propias patrias con aquella engañosa y falsa color con que al Rey engañaron, que traidos á esta isla, serian instruidos y hechos cristianos? Pero, aunque fuera esto verdad (lo cual no fué, porque ni lo pretendieron, ni lo hicieron, ni lo pensaron hacer jamas), no queria Dios la cristiandad con tanto estrago; porque no suele á Dios aplacer bien alguno, por grande que sea, perpetrando los hombres gravísimos pecados, y aunque sean chicos, cualesquiera daño hecho contra sus prójimos. Y en esto los pecadores muchas veces, mayormente en estas Indias, se han engañado, y cada dia se engañan. Y para condenacion entera de esta fingida color y excusa, nunca los apóstoles hicieron sacar por fuerza de sus tierras las gentes infieles, y llevarlas, para las convertir, á donde ellos estaban, ni la Iglesia universal, despues de ellos, jamas lo usó, como cosa perniciosa y detestable. Así que, el Consejo del Rey fué gran ceguedad, y por consiguiente, ante Dios fué muy culpable, porque no debiera él ignorar éste ser malo, pues tenian oficio de letrados los que en él entraban (1).

(1) Historia MS., libro II capítulo XIII.

BARTOLOMÉ DE ALBORNOZ.

DE LA LIMÓSNA.

Limosna es vocablo griego; quiere decir *misericordia*. Es de derecho natural y precepto divino de entrambos Testamentos. Es la limosna contrato de donacion entre el hombre, que es el donador, y Dios, el donatario, en cuyo nombre lo cobra el pobre, á quien se da; y así en la limosna no se ha de considerar quién la recibe, sino Dios, por quien la da..... De el donante: son palabras formales de Dios (1): «Cuando hicieres limosna, no quieras publicarla con trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas y calles, porque sean honrados de los hombres. Amén os digo, que ya cobraron su paga. Cuando tú hicieres una limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; porque tu limosna sea en ascondido, y tu padre, que ve lo ascondido, te lo pagará.» Al que pide limosna tambien dejó arancel como la ha de pedir, y manda á sus apóstoles que en las ciudades y casas donde entraren anuncien paz; y si los recibieren, coman lo que tuvieren y les dieren quien los recibe, y les prediquen y curen los enfermos que hubiere; y si no los quisieren recibir, sacudan de sus zapatos el polvo que hubieren cogido, porque áun aquello que es dañoso á la casa no quiere que saquen contra la voluntad de su dueño (2).

Quien da limosna no se debe poner otra paga, sino que aquello que da es parte de la limosna que Dios á él le ha dado; mas si pone grandes escudos de sus armas, bravos títulos y desapoderados en una miseria que da, ó quiere gracias de quien lo recibe, aquello es la trompeta que pregona su limosna; y pues con aquella vanidad la paga, no espere otra de Dios, sino en lugar de mérito, pena.

Dios quiere que el hombre se destete y descarne de la que tiene, para que el pobre, que es su templo vivo, sea socorrido de presente; que desta manera el que lo da, da de lo que es suyo; mas el que lo deja para despues de sus dias en obras semejantes, da de lo que no es suyo, sino de los que quedan vivos. Tales son las fundaciones de colegios, hospitales, monesterios, patronazgos, capellanías, casamientos de huérfanas y otras cosas semejantes, las cuales, puesto que son muy buenas obras y áun necesarias, no se puede negar que estaria muy mejor gastado por mano del fundador en vida, que en muerte por mano de comisarios: lo del colegio, en estudiantes pobres; lo del hospital, en enfermos de su tiempo; lo del monesterio, en frailes necesitados; los casamientos, en huérfanas de su tiempo; y así todo lo demas.

¿No es cosa de reir que dejemos morir los nacidos para remediar los que están por nacer? Dios, que los sabrá criar sin mí, ¿sin mí no los ha de sustentar? Esto es querer cada uno hacerse consejero de Dios, el cual no nos encomendó los pobres que están por nacer, sino los que de presente están nacidos. De éstos le han de dar cuenta los ricos de su tiempo; que cuando él criáre los otros, tambien sabrá criar ricos que los sustenten; como los ricos que entónces criáre no están obligados á darle cuenta de los pobres de ahora, así los ricos de ahora no están obligados á dársela de los pobres de entónces.

Ésta no es doctrina mia, sino del mismo Dios, que dijo: «Vended lo que poseeis y dad limosna (3).» No dijo: Vinculad ni comprad para vincular; sino: «De lo que ya teneis os deshaced, y haced tesoro en los cielos.» Lo que ellos dejaren dispuesto puede haber muchas cosas que lo estorben; y si lo gastaren por sí propios, no se les puede despintar.

Ya sé á verdad que hay limosnas que se han de hacer públicas; que muy bien parece á los grandes señores, perlados y comunidades que pueden, y den de comer públicamente en horas destinadas á pobres mendicantes, y den botica y médico á enfermos, saquen pobres presos de la cárcel, y lo semejante, por el buen ejemplo; mas esto sea sin vanidad y sin perjuicio de las limosnas secretas, que son las que importan; y más, miéntras son á hombres de capa prieta, que parece que ménos las han menester.

Tambien es importantísima limosna la de obras públicas, porque, no sólo los pobres, mas áun los ricos gozan dellas. Tal fué la puente del Arzobispo, que hizo el gran don Pedro Tenorio junto á Talavera, y la puente de Alcántara en Toledo, entrambas sobre Tajo; la de Guadarrama, que hizo don Tello de Buendia, obispo, á lo que creo, de Coria, entre Toledo y Torrijos; la del Cardenal, sobre Tajo, que hizo el cardenal don Bernaldino de Carvajal, en el obispado de Plasencia; la calzada de Oviedo, que hizo el obispo don Diego Muros, fundador de el colegio de Oviedo, que es en Salamanca; y tal sería quien hiciese otra en Cantillana, sobre Guadalquivir. Porque he estado á punto de ahogarme en aquel paso, señalo más ésta que otra. Estos grandes perlados fueron ver-

(1) San Mateo, 6.
(2) Lucas, 10; Mateo, 10.

(3) Lúcas, 12.

daderos pontífices, y como ellos con sus obras ilustraron nuestra patria, con sus nombres pienso yo ilustrar mi escritura.

Esto es en cuanto al género de la limosna y á quien la hace; en cuanto á quien la pide, puede pecar en una de dos cosas: cuando sin necesidad la pide, porque esto es hurtarla al pobre verdadero, que de la limosna tiene necesidad. No llamo necesidad que la haya menester, sino que juntamente con esto, no la pueda haber de otra parte, como seria de su trabajo. En esta cuenta entran los que, pudiendo, no trabajan ó no sirven, sino que de vicio piden.

La segunda es de los que pidiendo para sí ó para otros, hacen fuerza para que se les dé lo que de grado no les darian. Esto he visto en algunas mujeres, que presumen de muy damas y cuasi quieren hacer favor á Dios, y piden con guante en las iglesias ó de puerta en puerta; y lo mismo hacen hombres principales, y piensan que es gran servicio de Dios. Otros traen papel y tinta para que mande cada uno lo que quiere. Todo esto y lo semejante es Satanas, que se trasforma en ángel de luz. La mujer se esté en su casa y hile para dar por Dios; el hombre principal dé lo que tiene, y deje á los otros; porque aquello es impresion y fuerza que con su respeto hace á quien sin él quizá no diera, y el que lo da no merece, y el que lo pide desmerece.

Concluyo con que la limosna quiere ser con libertad del que la da y del que la pide, y que no quiera más de lo que le dan y del género que se la dan. Y siempre que pueda el que la da, procure darla de su mano á quien la ha de recibir, sin fiarla de hombres que piden para otros; que cuando no son personas públicas ó muy aprobadas, suelen convertirla en otros usos. Y cada uno tenga cuidado de dar todo lo que pudiere, sin aguardar á que se lo pidan; que esta virtud no aguarda Dios á pagarla en el otro mundo, sino en éste lo torna á dar de contado.

DE LA ESCLAVITUD.

Torno al tratar de los negros de Etiopía, en donde se cargan todos los que llevan á Indias y traen á estos reinos. Este trato es en dos maneras: uno de los que por propia autoridad arman para ir á aquellas gentes y robar esclavos, que traen ó compran de los otros que han robado. Esto es cosa clara que es contra conciencia; porque es guerra injusta y robo manifiesto, no respecto de que entran en la tierra, que es de otro reino, sino que no tienen autoridad para lo que hacen, y es contra todo derecho, divino y humano, enojar á quien no les ha enojado, cuanto más privarlos de su libertad y ponerlos en servidumbre, que es igual á muerte. Otro trato es de quien los compra de los portugueses, que con autoridad de su rey los contratan y públicamente venden, y así acá como allá se pagan derechos de su contratacion, como cosa pública y permitida. En cuanto al fuero exterior, no se puede poner duda en este contrato que es permitido, pues los reyes lo consienten. En el fuero interior y del ánima tambien debe de ser bueno, pues que se hace públicamente y no hay quien diga mal de ello, ni religioso que lo contradiga, como habia para cada indio cuatrocientos defensores que no se hiciesen esclavos; ántes veo que se sirven de ellos, y los compran y venden y contratan, como todas las demas gentes. Tambien esto debe ser bueno, pues que lo hace quien nos debe dar ejemplo; aunque no hay quien entienda esta cifra; al ménos para mí no lo es; que si de parte de estos miserables no ha precedido culpa para que justamente por ella pierdan su libertad, ningun trato, público ni particular, por aparente que sea, basta á librar de culpa á quien tenga en servidumbre usurpada su libertad.

Quien quisiere ver algunas causas que hay para la justificacion de la servidumbre de éstos, vea las que pone el maestro Mercado, en su *Tratado*, puesto que no muestra mucha satisfaccion de ellas; y yo me satisfago mucho ménos de las que á él le parecen justas, que de las que confiesa que no lo son.

Las tres más justas que él pone son las que se hacen esclavos por guerra; la segunda, los que por leyes que entre ellos hay se reducen á servidumbre; la tercera, cuando en extrema necesidad, el padre vende á su hijo para su sustentacion.

De éstas digo, como de todo lo demas, que deben de ser buenas; pues que yo no las entiendo. La primera, ni segun Aristóteles, que él alega, ni segun nadie, es justa, y mucho ménos segun Jesucristo, que trata diferente filosofía que los otros. Aristóteles dice que las cosas tomadas en la guerra son de los que las toman. Esto es muy diferente de hacer esclavos. Vea lo que Pirro, rey de los epirotas, dijo cuando en socorro de los tarentinos pasó á Italia contra los romanos: tratando con él del rescate de los cautivos, se los dió libremente, diciendo que no trataba la guerra, como bodegonero, por intereses, sino por gentileza y para ver á quién daba Dios el señorío universal de todo.

Cuando la guerra se hace entre enemigos públicos, ha lugar de hacerse esclavos en la ley del demonio; mas donde no hay tal guerra, ¿qué sé yo si el esclavo que compro fué justamente captivado? Porque la presuncion siempre está por su libertad.

En cuanto ley natural, obligado estoy á favorecer al que injustamente padece, y no hacerme cómplice del delincuente; que pues él no tiene derecho sobre el que me vende, ménos le puedo yo tener por la compra que de él hago. Pues ¿qué dirémos de los niños y mujeres, que no pudieron tener culpa, y de los vendidos por hambre? No hallo razon que me convenza á dudar en ello, cuanto más á aprobarlo.

Otros dicen que mejor les está á los negros ser traidos á estas partes, donde se les da conocimiento de la ley de Dios y viven en razon, aunque sean esclavos, que no dejarlos en su tierra, donde estando en libertad, viven bestialmente. Yo confieso lo primero, y á cualquiera negro que me pidiera sobre ello parecer, le aconsejára que ántes viniera entre nosotros á ser esclavo que quedar por rey en su tierra; mas este bien suyo no justifica, ántes agrava más, la causa del que le tiene en servidumbre, por lo que arriba dije. Del bien que se siguió del mal que Júdas hizo, ningun provecho se le pegó á Júdas. Sólo se justificára en caso que no pudiera aquel negro ser cristiano sin ser esclavo.

Mas no creo que me darán en la ley de Jesucristo

que la libertad de la ánima se haya de pagar con la servidumbre del cuerpo. Nuestro Salvador á todos los que sanó de las enfermedades corporales, curó primero de las del ánima. San Pablo á Filemon, aunque era cristiano, no quiso privar del servicio de su esclavo Onésimo; y ahora al que hacen cristiano quieren que pierda la libertad, que naturalmente Dios dió al hombre.

Cada uno hace su hacienda, mas muy pocos la de Jesucristo. ¡Cuán copiosa sería en el cielo la paga del que se metiese entre aquellos bárbaros á enseñarles la ley natural, y disponerlos para la de Jesucristo, que sobre ella se funda! Ya estas partes están ganadas para Dios; aquellas están hambrientas de la doctrina. Grandísima es la miese, y los obreros ningunos. Porque la tierra es caliente, y no tan apacible como Talavera ó Madrid, nadie quiere encargarse de ser Simon Cirineo para ayudar á llevar la cruz, si primero no le pagan el alquiler adelantado. Si así lo hicieran los apóstoles, y cada uno tomára su ermita en Jerusalen, tan por predicar estuviera hoy la ley de Jesucristo como diez años ántes que él encarnase. Suya es la causa; él la defienda, y á mí de los que culparen esta digresion, que por servicio suyo y amor del prójimo he hecho, para advertir á los mercaderes que, pues hay otras cosas en que empleen su caudal, no gusten de trato tan carnicero.

JUAN LUIS VIVES.

JUICIOS CRÍTICOS.

I.—DE DESIDERIO ERASMO.

(Libro XIX, capítulo CI.)

Aquí tenemos á Luis Vives, natural de Valencia, el cual no habiendo pasado aún, á lo que entiendo, de la edad de veinte y seis años, no hay parte alguna de la filosofía en que no sea singularmente erudito, y en las buenas letras y en la elocuencia está tan adelantado, que en este siglo no encuentro con quién pueda compararlo.

II.—DE DON GREGORIO MAYANS Y CISCAR.

(Dedicatoria de la *Introduccion de la sabiduría.*)

España tiene la gloria, que todas las naciones le confiesan, de haber recibido de la suma liberalidad de Dios un varon como Luis Vives, que fué el primero que descubrió la causa de la corrupcion de las artes liberales y de las ciencias, y manifestó los medios de mejorarlas, y los practicó felizmente, para ejemplo de lo que deben hacer los hombres sabios. Este insigne valenciano, pensando, y bien, que la virtud es el fundamento de la sabiduría, hizo una breve suma de la filosofía moral, en que recogió toda la sana y útil dotrina de Platon, Aristóteles, Ciceron, Epícteto, Séneca y Plutarco, en lo que era conforme á la razon natural y á la religion cristiana; y perficcionando aquella dotrina con esta divina luz, la hizo fácilmente inteligible, usando de un estilo filosófico, esto es, propio, juicioso, desnudo de adornos, sencillo, metódico y claro; distribuyendo la obra en quince capítulos, de manera que leyendo uno cada dia, en dos semanas se concluye su letura, y puede repetirse, dando todos los dias al entendimiento un alimento provechoso á la voluntad.

Con razon intituló á su libro *Introduccion á la sabiduría*, porque es una guía que conduce á la perfeccion cristiana; es un índice que señala las obligaciones del hombre respeto de Dios, de sí mismo y del prójimo; es un recuerdo de todo lo que debemos practicar en la vida civil y moral.

Su autor escribió esta obra en latin, como todas las demas. Primeramente la tradujo en castellano Francisco Cervántes de Salazar, haciéndole muchas adiciones útiles. Despues la tradujo tambien Diego de Astudillo, distinto del religioso dominicano del mismo nombre. Dejo para otra más oportuna ocasion el decir lo que siento de dichas traducciones. Conviene conservar una y otra. Y pues la de Cervántes de Salazar va acompañada de otras obras suyas, que merecen conservarse y leérse, repitiendo su impresion, logre ahora la de Astudillo, por más breve, renovarse en la prensa.

El libro no puede ser más del caso. Enseña prácticamente las obligaciones cristianas, cuyo cumplimiento es el medio de adquirir la verdadera sabiduría, que es conocer, amar y obedecer á Dios. El conocimiento pide estudio y contemplacion; el amor y obediencia, accion. El conocimiento debe preceder. Este ha de ser de Dios y de sus obras. Uno y otro es lo que enseñan las ciencias sin las cuales el entendimiento humano estaria entre tinieblas, como si fuera ciego.

III.—DE DON JUAN PABLO FORNER.

(Oracion apologética por España y su mérito literario.)

De este gran varon se han hecho varios juicios, segun los gustos, intereses ú opiniones particulares de cada uno. Melchor Cano, dicen que no le fué muy afecto. Pudo dar motivo á esta tibieza de aficion la severa crítica que hizo Vives de los antiguos comentadores de la *Ciudad de Dios*, de san Agustin, en su prefacion de *Veteribus interpretibus*, que anticipó á los comentarios doctísimos que escribió á aquella obra. Estos intérpretes antiguos habian sido dominicanos; y aunque Melchor Cano era hombre á todas luces grande, era hombre al fin, y tal vez no sabia desprenderse suficientemente de los intereses del hábito que vestia. Lo cierto es que (si creemos á Vives) aquellos intérpretes eran extremamente ineptos y poco ménos que semibárbaros (1).

En una edicion antigua de las *Noches áticas*, de Aulo Gelio (2), anda unida una *Declamacion* de Enrique Estéban contra Vives, en defensa de aquel compilador. La declamacion es digna de un gramático, y cortada al aire de un Cestio Pio. Porque Aulo Gelio no habló bien de Séneca, se figura el declamador que maltrató á aquel Vives, movido del afecto del paisanaje (3). Vives fué uno de aquellos pocos hombres que no posponen la verdad á ningun afecto; y el decir lo contrario es no haber penetrado en los motivos que se proponia en todas sus obras, dirigidas siempre á la reforma de las ciencias, y á que no se diese á la autoridad el valor que debe darse solamente á la verdad.

Pero entre cuantos juicios se han hecho de aquel grande hombre, ninguno, creo, iguala en superficialidad, en ignorancia y en alucinacion al que estampó Dupin en su *Biblioteca eclesiástica*. Copiaré sus palabras, para que se vea qué juicio se debe hacer de aquellos escritores que se ponen á hablar magistralmente de lo que no han leido.

L'style de Vives est pur, mais un peu dur et sec. Il affecte trop d'érudition, et imite trop servilement les manières des philosophes païens. Sa dialectique est assez semblable à celle des anciens stoïciens, qui n'est pas à la verité si obscure que celle de l'école, mais qui a ses épines et subtilités. Quelques auteurs, parlant des triumvirs de la republique des lettres du commencement de ce siècle, lui ont donné le jugement pour son partage, l'esprit à Budée, et la parole à Erasme. Pour moi, je ne sçaurois approuver cette pensée. Erasme a certainement plus de beauté d'esprit, plus d'entendue de connoissance, et plus de solidité de jugement, que Vives. Budée a été plus habile qu'eux dans les langues et dans l'érudition profane. Vives sçavoit plus de grammaire, de réthorique et de dialectique. Quoiqu'il en soit, les ouvrages de théologie d'Erasme sont en beaucoup plus grand nombre, beaucoup plus considerables et infiniment plus utiles que ceux de Vives (4).

Creo firmemente que Dupin no leyó las obras de Vives, ó que á lo ménos las vió muy de paso, salpicando cláusulas, y como quien va á registrar un libro en que no espera hallar cosa que le satisfaga; porque, á no ser así, ¿cómo era posible que hiciese de ellas un juicio tan falto de tino, de exactitud, de crítica y de discernimiento? Los escritores de bibliotecas suelen caer frecuentemente en este género de precipitacion; porque, no siendo posible que lean todas las obras de que hablan con la reflexion que es menester para formar juicios seguros y acertados, se valen de las noticias que suministran otros, ó bien forman ellos por sí juicios equivocadísimos, leyendo apresuradamente algunas cláusulas en el autor de que van á hablar. Por esto, bibliotecas críticas que abrazan mucho, suelen tener por lo comun poca buena crítica, y lo mismo digo de los diccionarios. Estas obras, que son propiamente unos depósitos de noticias, debian fundar su mérito en la puntualidad de ellas, y dejar la crítica científica al juicio de cada uno, ó á obras de distinta naturaleza.

Solamente quien no haya leido los escritos de Vives podrá decir de él que *afectó demasiada erudicion*. Sus obras principales son los veinte libros *De disciplinis*, de los cuales, siete son sobre las *Causas de la corrupcion de las artes*, cinco del *Método de enseñarlas*, y los demas sobre la *Primera filosofía y lógica*. El objeto de los primeros fué manifestar de qué modo se habian corrompido

(1) Véase la *Append. Augustinian.*, añadida á la edicion de las *Obras de san Agustin*, por los padres de san Mauro, tomo XII, página 571, columna 2.ª

(2) Francfort, 1624.

(3) *Aul. Gel. Apolog.*, página 24.

(4) *Biblioth. Eccles.*, tomo VII, página 102.

las ciencias y artes en su orígen, progresos y alteraciones. Este designio pedia una erudicion inmensa (áun mayor que la de Bacon de Verulamio), porque de nada ménos trataba en él, que de desentrañar cuanto han discurrido é inventado los hombres para formar este circulo amplísimo de la sabiduría. ¿Cómo, pues, habia de afectar demasiada erudicion un escritor que se ponia de intento á valuar la erudicion de todos los siglos? Esto no es afectar; es desempeñar su instituto, como desempeñó Dupin el suyo hacinando cuantas noticias pudo adquirir concernientes á los escritores eclesiásticos. Lo mismo se ha de entender de los cinco libros *Del modo de enseñar las ciencias*. En mucha parte de ellos fué su intento dar juicios exactos de los principales autores que se empleaban ó podian emplearse para la enseñanza; erudicion tan precisa, que sin ella hubiera sido inútil su obra.

Dupin, no sólo critica mal, sino que falta á la verdad cuando dice de Vives que *fué demasiado servil en imitar los modos de los filósofos paganos*. La filosofía pagana no ha tenido quizá hasta ahora un fiscal tan temible como Vives. Apénas habrá error en ella, que no se halle en sus obras ridiculizado ó convencido. Gasendo confiesa de sí que la lectura de Vives le hizo desertar del peripato, y el fruto de aquella lectura fueron las *Ejercitaciones paradójicas contra los aristotélicos*, cuyas semillas están todas en lo que escribió el docto español *De corrupta dialectica*, *Philosophia naturæ*, *morali*, etc. Vives abominó tambien de Pomponio Leto, y de los que, como éste, trocaban los nombres que recibieron en el bautismo por otros romanos ó griegos, derivados de la antigüedad pagana. Ademas, su segundo tomo de la edicion en fólio de Basilea, se compone, en la mayor parte, de tratados místicos y opúsculos devotos sobre asuntos y misterios de nuestra religion. ¿No es éste, á fe, un buen modo de *imitar las maneras paganas?*

La dialéctica de Vives nada tiene que ver con la de los antiguos estoicos; de suerte que ni áun por sombra se parece á ella. El mejor modo de desengañarse es cotejar los tratados *De explanatione cujusque essentiæ*, *Censura veri*, *Instrumenta probabilitatis*, con lo que escribió Pedro de Valencia sobre la dialéctica estoica, en su precioso opúsculo *De judicio*, ó Gasendo en los preliminares de su *Lógica*, que es la fuente de donde los modernos han bebido cuanto concierne á noticias lógico-históricas. Vives quiso reformar el *Organo peripatético*, haciéndole acomodable á la investigacion de la verdad, viendo que ántes se empleaba sólo en el ejercicio de las disputas; y áun para que en éstas se procediese convenientemente, y se evitasen los abusos que por tantos siglos habian dominado en las escuelas, redujo tambien la disputa á arte, escribiendo sobre ella un tratado, con que dió complemento á sus libros lógicos.

Decir (como dice Dupin) que Erasmo *poseyó juicio mas sólido* que Juan Luis Vives, es afirmar en sustancia que un teólogo humanista, y no del todo sano, puede dar mayores muestras de discernimiento que un reformador de todas las ciencias. ¿Qué beneficio debe á Erasmo la racionalidad en toda su amplitud? Promovió el gusto de las letras humanas y declamó contra la teología de su siglo. Por mucho que fuese su saber, sus luces no dieron claridad á grande extension. Su ciencia se estancó en los canceles de la teología, y Vives será siempre maestro de teólogos y no teólogos, es decir de todos los hombres. Y ve aquí por qué es tambien impropio en sumo grado el paralelo que hace Dupin entre Erasmo y Vives en consideracion de teólogos. Éste no lo fué, ni áun cuando escribió sobre la religion. Fué un filósofo admirable, que proponiéndose convencer á los que repugnan la revelacion, confirmó su verdad con razones puramente filosóficas, y descubrió y enseñó al hombre los fundamentos de la inclinacion que le lleva al culto, y las causas que aseguran la certidumbre de la fe cristiana. Por esto, las obras teológicas de Erasmo, aunque *más en número*, no son de utilidad *infinitamente mayor* que los solos cinco libros de Vives *De veritate fidei christianæ;* porque estos cinco libros sirven para hacer cristianos á todos los hombres, y las traducciones é interpretaciones de Erasmo no pueden servir sino para el uso de los teólogos del cristianismo.

Me he detenido de propósito en este juicio de Dupin, para dar un ejemplo de lo poco que hay que esperar de los extranjeros cuando hablan de nuestros escritores. La *Biblioteca eclesiástica* de aquel frances es muy estimada. Los juicios que allí se leen deciden á veces del aprecio ó desestimacion de los autores en el concepto del que no los ha visto por sí, y busca la noticia en la *Biblioteca*. Obras muy útiles y doctas suelen quedar olvidadas y obscurecidas por la falta de exactitud ó sobra de ligereza en estos juicios, que sin servir demasiado para lograr la verdadera ciencia, dañan más cuando no son justos, que aprovechan cuando son legítimos... Si los estudios hubieran de dirigirse por la senda que lleva ántes al saber que á la utilidad, á continuacion de los elementos de

la lógica, aconsejaria yo que se leyesen en las universidades los siete libros de la *Corrupcion de las artes*, los *Del alma y de la vida* en el curso metafísico, y los *De la manera de decir* en el de humanidades. No es decible la utilidad que resultaria de este método para inspirar buen gusto y rectitud de pensar en la juventud. Las ediciones de Vives se multiplicarian así, y todo el mundo podria entónces, ó valerse de su doctrina, ó enterarse de ella para hablar de su valor con debido conocimiento.

INTRODUCCION A LA SABIDURIA [1].

La verdadera sabiduría es juzgar bien de las cosas, con juicio entero, y no estragado, de tal manera, que estimemos á cada cual en aquello que ella es, y no nos vamos tras las cosas viles como si fuesen preciosas, ni desechemos las viles por preciosas, ni vituperemos las que merecen loor, ni loemos las que de suyo merecen ser vituperadas.

Porque no hay error en el entendimiento ni vicio que no nazca de aquí, ni hay cosa en toda la vida que mayor destruicion traiga que tener dañado el juicio, de manera que no pueda apreciar y estimar las cosas en su verdadero y justo precio.

Cerca de lo cual es de notar que son dañosas las opiniones del vulgo, que con grandísimo desatino juzga de las cosas.

Gran maestro es el pueblo para amostrar á errar. Y con el que con buena aficion sigue el camino de la sabiduría, la mayor pena que tenemos es ponerlo en su libertad, sacándole de la tiranía de las opiniones populares, si ya le tienen usurpado el juicio.

Tenga primeramente el tal por sospechoso todo aquello que el pueblo con gran consentimiento aprueba, hasta que con buen tino torne á pasar por la balanza en que pasan todas las cosas aquellos que las miden por virtud.

Y aprenda cada uno desde mozo buenas opiniones, y acostúmbrese á ellas, porque será grandísimo el fruto que despues le darán, creciendo juntamente con la edad.

Sus apetitos y deseos confórmelos con la razon; huya con gran diligencia de los que della se desvian y tuercen; porque esta costumbre en bienhacer, refrenando las pasiones, se apegue tanto, que casi sea tan natural, que ya no haya cosa que le traiga á hacer mal, si no fuese forzado y traido como de los cabellos arrastrando.

Hase de tomar la más excelente manera de vivir, la cual con la costumbre será la más apacible.

(1) Fué escrito este libro por Vives en lengua latina, y trasladado en dos ocasiones, durante el siglo XVI, en la castellana, por Francisco Cervántes de Salazar y por Diego de Astudillo, persona distinta de otro de igual nombre, que perteneció á la religion dominicana.

En Valencia y año de 1741 publicó el doctor don Pedro Pichó y Rius, encargado de la enseñanza de principios de matemáticas en el Real seminario de nobles educandos de aquella ciudad, una traslacion en verso castellano.

En las advertencias que preceden á la obra, hace este juicio crítico de los trabajos de los dos antiguos traductores.

«Dos versiones (dice) conocemos en castellano de la *Introduccion á la sabiduría:* la una trabajada por Francisco Cervántes de Salazar; la otra, por Diego de Astudillo, ambas en prosa, como el texto. Éstas se han granjeado la estimacion comun, y no sin motivo, porque en verdad tratan generalmente las sentencias del original con dignidad y pureza en el lenguaje, en especial la del primero, ingenioso humanista, cuyo nombre es muy recomendable en la literatura castellana. Pero permítanseme dos palabras sobre la bondad ó legitimidad de estas traducciones.

»La legítima y verdadera traduccion ha de trasladar los sentimientos ó conceptos expresados en una lengua, á otra con propiedad y elegancia, sin añadir ni quitar; y tanto será ménos exacta, cuanto más se apartase de esta norma, que creo innegable. Segun ella, Astudillo es fiel traductor por lo general; pero no deja de notársele, en mi entender, alguna falta de exactitud, alguna impropiedad, y tal cual vez dureza. Cervántes de Salazar es algo más libre y frecuentemente diminuto. Si á alguno pareciere atrevido este mi sentir, le suplico se tome el trabajo de comprobarlo, examinando por menor dichas versiones.

»No intenté yo formar (añade) una exenta de defectos; pero sí más corriente y ajustada. La he procurado, pues, conformar á dicha regla en toda su extension, sin embargo de haberme tomado la licencia de parafrasear y amplificar muy ligera y accidentalmente algunos pasajes donde la facilidad, cadencia ó suavidad del metro parecia requerirlo; de modo que me he propuesto hacer una version propia, no perifraseando en ella con libertad, ni formándola servilmente por los materiales significados de las voces latinas.

»Me incliné á disponerla en verso, ya para que el lenguaje poético condimentase, digámoslo así, las graves é importantísimas máximas incluidas en esta produccion de aquel insigne sabio; ya para no presentar á los lectores una version prosaica, cuando las que tenemos por este estilo andan tan reimpresas; ya, en fin, para usar de la poesía en un tratado compuesto por su autor para inspirar sentimientos de buena moralidad, sana filosofía y política y cristiana virtud, principal destino de esta arte nobilísima.»

Como una muestra del trabajo del doctor Pichó, véase el principio:

Sabiduría, Andrenio, verdadera
Es juzgar de las cosas sanamente,
Concibiéndola tal á cada una,
Cual ella es realmente:
No abalanzando la aficion ligera
Á lo vil cual precioso,
Ni cual vil lo precioso desechando;
Lo que es vituperable no aplaudiendo,
Ni como ignominioso
Lo digno de alabanza reprendiendo.
Que aquéste es el orígen
Del error y los vicios
Que hacen en humano pecho asiento:
Ni más ruinoso mal, ni más sangriento
Enemigo la vida nuestra oprime,
Que este trastorno y daño en los juicios,
Y el interior sentido
En que se da á las cosas
Estimacion y precio no debido.
En esta parte ten por perniciosos
Los vulgares juicios de la plebe,
Quien, imprudente y necia,
Las cosas como son en sí no aprecia;
Que el pueblo, en errar diestro,
De necedad y error es gran maestro.
Y en esto más se ponga
Solícito cuidado;
Que al amante aplicado
De la sabiduría,
Del vulgo se le aparte,
Ni en su sentir y gusto tenga parte.

Todo el resto de la vida cuelga de la crianza de la mocedad.

Sea pues en esta carrera que tomamos de la sabiduría el primer paso aquel dicho tan trillado de todos los antiguos, que es: *Que se conozca cada uno á sí mesmo*, porque sepamos juzgar de nuestras cosas, y veamos lo que nos tocan las ajenas.

CAPITULO I.

En el cual se dividen todas las cosas que hay en el hombre y fuera de él.

El hombre está compuesto de cuerpo y de ánimo. Nuestro cuerpo es de tierra y destos elementos que vemos y tocamos, semejante en esto á los cuerpos de los otros animales.

El ánimo, don de Dios, divinamente nos es dado semejante á los ángeles y al mismo Dios; por el cual se juzga y se toma el hombre, y áun él sólo, sin respeto del cuerpo, habria de ser llamado el hombre, segun el parecer de los más excelentes filósofos que antiguamente trataron esta materia.

En el cuerpo hay hermosura, buena disposicion, sanidad, firmeza, integridad, fuerza, desenvoltura, ligereza, deleite; y sus contrarios, fealdad, enfermedad, manquedad, flaqueza, atamiento, pesadumbre, dolor, y otras cosas que al cuerpo ó son provechosas, ó dañosas.

En el ánimo hay saber y virtud; y sus contrarios, ignorancia y vicio.

Todas las otras cosas no tocan al hombre: fuera de él están; como son, riquezas, estados, señoríos, nobleza, dignidades, gloria, fama, favor; y sus contrarios, pobreza, bajeza de estado, deshonra, aborrecimiento y otras cosas semejantes.

CAPITULO II.

En que se declaran las propiedades y derechos de las cosas.

La que en todas las cosas tiene el gobierno, mando y señorío es la virtud, á la cual todo lo demas para hacer su deber ha de servir.

Virtud llamamos dar á Dios y á los hombres aquello que debemos, que es: honra, acatamiento y servicio á Dios; amor á las gentes, y voluntad de bien hacer.

Todas las otras cosas demas, enderezadas como á su fin, para servicio de esta virtud, no serán malas.

Y los que primero las llamaron buenas no sintieron de ellas como ahora siente el vulgo, que primero comenzó á mudar, trastocar y estragar las verdaderas, naturales y propias significaciones de las cosas. De donde después los que mal las entendieron las vinieron á estimar muy al reves de lo que ellas eran.

Y para apreciarlas en lo que merecen, podemos tener por regla el no entenderlas como comunmente se entienden, sino segun el bien que halláremos en ellas, y conforme á esto, no llamarémos riquezas, piedras escogidas, no metales, no magníficos y suntuosos edificios, no sobradas y superfluas alhajas; mas la riqueza será no carecer de lo que es necesario para amparo y defensa de la vida.

Gloria es, tener buen renombre por hechos virtuosos.

Honra es, ser acatado por nuestra virtud propia.

Estima es, cierta y verdadera opinion que de uno se tiene por alguna excelente virtud que en él haya.

Estado, reino y señorío es, tener debajo de tu mano y á tu cargo muchos por quien mires y proveas aquello que verdaderamente cumple.

Nobleza es, ser conocido y estimado por notables hechos; ó es, ser semejante á sus padres el que es hijo de buenos. Por generoso y de buena casta será de tener aquel que naturalmente parece que nació para virtud.

Sanidad es, tal disposicion de cuerpo, que pueda el ánimo usar de sus fuerzas y hacer bien su oficio.

Hermosura de rostro y buena disposicion de cuerpo es, figura de un hermoso ánimo.

Fuerza es, la que es menester para pasar por el trabajo, ó por mejor decir, por el ejercicio de la virtud, para no tomar en él fatiga.

Deleite es, un verdadero gozo sin mezcla de dolor ni de tristeza, que dura mucho tiempo, como es el que dan las cosas que tocan solamente al ánimo.

CAPITULO III.

Del engaño que hay en las cosas exteriores, tomándolas como las toma el vulgo.

Si tomamos y apreciamos estas cosas de otra manera, que es, si las entendemos como comunmente se entienden, hallarémos que van muy fuera de propósito y que son vanas y dañosas.

Dando por ellas la vuelta, primeramente lo que hay fuera de nosotros, ó se endereza y sirve al cuerpo, ó al ánimo; como las riquezas para defensa de la vida, la honra para juzgar de la virtud.

El cuerpo no es otra cosa sino un abrigo ó vestidura ó esclavo del ánimo, al cual la naturaleza, la razon y Dios mandan que esté sujeto, como bruto á quien siente, como mortal á quien es inmortal y divino.

En el ánimo, el saber para esto le buscamos, para que más fácilmente huyamos del vicio que hemos conocido, y con mayor facilidad sigamos y alcancemos la virtud que conocemos, porque para lo demas muy superfluo y fuera de propósito es todo aquello que sabemos.

Nuestra vida ¿qué otra cosa es, sino una cierta peregrinacion y destierro, expuesto á mil fortunas, combatido de mil casos que suceden cada dia, al cual no hay hora en que no le esté su fin como colgado de un cabello, amenazando que puede suceder por causas no pensadas y ligeras?

Pues siendo así, ¿qué mayor locura puede ser que hacer alguna cosa fea y mala con deseo de vida incierta?

Y en esta vida, como en un camino, cuanto más ahorrados estuviéremos, y ménos embarazados con nuestro hato, tanto más ligera y desenvueltamente caminarémos con mayor placer.

Allende de esto, la naturaleza y composicion de nuestro cuerpo es tal, que no buscando cosas superfluas y dañosas, tiene necesidad de muy poco: tanto, que si lo mirásemos de raíz, sin duda ninguna tendríamos por locos á los que con tan gran fatiga

amontonaron tantas riquezas, teniendo necesidad de tan pocas.

Porque las riquezas, las posesiones, los vestidos, para esto sólo las buscamos y granjeamos, para usar de ellas cuando tenemos necesidad. Así que, de lo superfluo no usamos, sino de lo necesario; ántes con lo que sobra, el uso se estorba y embaraza y se pierde, no de otra manera que una nao con la demasiada carga.

¿De qué te aprovechan los ducados cerrados en el cofre, si no te has de servir de ellos? y quitado este respeto de lo que te han de servir, ¿qué diferencia haces más que si tuvieses allí un poco de barro, sino es en tener mayor trabajo y pena de guardarlos? Tanto, que teniendo cuidado de esto solo, que no te sirve nada, te descuidas, y menosprecias aquello en que principalmente habias de pensar.

Que ciertamente la moneda es una conocida servidumbre de ídolos, cuando por ella menospreciamos la piedad, la religion y lo que es santo y bueno.

Dejo aparte cuantos lazos están parados á las riquezas, por cuántos y cuán diferentes casos que se pierden. Y lo que peor es, ya que se conserven, en cuántos y cuán diferentes vicios que nos llevan.

Los lucidos atavíos, ¿qué otra cosa son, sino instrumentos y aparejos de soberbia?

La necesidad halló á la mano vestidos provechosos, la abundancia y superfluidad trajo los ricos atavíos, la vanidad sacó los lucidos trajes; nació la porfía de los unos con los otros, que nos enseñó muchas cosas sobradas y dañosas, queriendo los hombres ganar honra de una cosa que conocidamente arguye su flaqueza.

Así verémos al ojo que la mayor parte de las riquezas son suntuosos edificios. Las alhajas ricas, los servicios doblados, las piedras exquisitas, oro, plata, vestidos, se buscan más para satisfacer á la vista de los que lo han de mirar que para el uso de los que lo poseen. Viniendo á la nobleza, ¿qué otra cosa es venir de nobles padres, sino una suerte que os cupo en el nacer? ó tomando la nobleza como comunmente la toman, ¿qué otra cosa es, sino una opinion sacada de la locura del pueblo, pues vemos muchas veces por cuán malos caminos semejantes noblezas han sido ganadas?

La verdadera y firme nobleza nace de virtud; y es muy gran locura, quien es malo y con sus ruines obras escurece y mengua su ilustre linaje, preciarse que viene de buenos.

Deshagámonos de nuestras vanidades, miremos la realidad de la verdad. Todos nuestros cuerpos son hechos de una masa, todos de unos mismos elementos, pues de nuestros ánimos verdaderamente sólo Dios es nuestro padre.

No se burle nadie; que menospreciar la bajeza del linaje es en cierta manera encubiertamente culpar á Dios, que es única causa y verdadero autor de nuestro nacimiento.

El estado, gobierno ó señorío, ¿qué otra cosa es, sino (ya que así la quereis llamar) una ilustre pesadumbre? que si supiésemos los trabajos, las congojas, las fatigas y los enojos que consigo trae, no hay nadie (ni de los que más deseosos son de esta honra) que no huyese de ella como de una pesada desventura.

Oh! ¡cuán grande é incomparable trabajo es gobernar ruin gente, y cuánto mayor si tú, que lo has de gobernar, eres ruin!

La honra que no nace de virtud es dañosa y mala; y si nace de virtud, la misma virtud que la ganó la menosprecia; que no se puede llamar virtud la que, dejando su verdadero fin, busca el precio en la honra, la cual no buscándola ella misma, de suyo sigue á la virtud.

Las que ordinariamente se llaman dignidades, ¿cómo se podrán llamar así si vienen á personas indignas, que no las mereciendo, las ganaron con engaño, con ambicion, con soborno, con premios y otras malas artes?

Y la gloria, ¿es otra cosa, sino levantársenos del aire los oidos, de la cual, como ni de la honra ni de la fama, qué le toca á aquel de quien se suenan? Pues por la mayor parte son inciertas, que no llevan camino; injustas, de que presto ligeramente vuelan y se pasan, semejantes al padre que las crió, que es el vulgo, el cual (como muchas veces se ve) en un mismo dia ensalza un hombre hasta las nubes, y al mismo, ántes que anochezca, le ha puesto y abatido debajo los abismos.

Qué diré? Pues veo que muchas veces nacen de cosas de burla, otras veces de cosas que van fuera de todo entendimiento, y áun algunas veces de cosas malas y perversas; como de jugar bien á la pelota, de gastar la hacienda en banquetes, en truhanes, en máscaras, y principalmente en guerra, que por la mayor parte es un robo, que es estimado porque no sufre castigo; porque veais tras qué se va la locura del vulgo.

Recoja cada uno su pensamiento dentro de sí mesmo y piense bien en esto: hallará cuán poco le toca y cuán poco le hacen al caso la fama, los dichos, el acatamiento, la honra del pueblo, de la cual ahora se precia. Cuando duerme ó está solo retraido, decidme: ¿que tan gran diferencia hay de un rey á uno que sirve?

En fin, piense cada uno que ésta es la verdad: que la nobleza, la honra, el estado quedaron y nacieron de una perversa persuasion que el mundo tuvo ántes que Cristo le alumbrase; la cual él desarraigó del ánimo de aquellos que enseñó, y despues el perverso demonio y enemigo la sembró como una mala yerba en el buen pan.

En este nuestro cuerpo la hermosura, que tanto estimamos, ¿qué cosa es, sino un buen lustre que está en la haz, por la cual, si nuestra vista pasase más adentro, no hay tan hermoso cuerpo, en quien no descubriese grandes fealdades?

Esta gentil traza, y hermosa figura de este cuerpo, ¿de qué sirven, si nuestro ánimo está estragado y feo, y como dijo un griego, *si en una buena posada y bien aderezada acoges un huésped ruin y feo?*

Las grandes y crecidas fuerzas, ¿qué aprovechan en un hombre, si las cosas excelentes de que como hombre

te podrias preciar, las has de hacer, no con la fuerza de los nervios, sino con la del ingenio?

Mira que por más crecidas que sean, no igualarán con las de un toro ó elefante, al cual con el ingenio y virtud llevas ventaja.

Dejo de decir que la hermosura, la fuerza, la ligereza, y otras gracias y dotes del cuerpo, como flores en muy breve tiempo se marchitan, por casos muy livianos se pierden; áun por recio que sea un hombre, una calentura le trastorna, y por hermoso que sea, en pocas horas le deshace.

Y caso que nada de esto sea, no pueden estas cosas durar mucho; que fuerza es que con la edad y con el tiempo no pierdan su lustre y se debiliten y deshagan.

No hay, pues, nadie que con justo título pueda decir que es verdaderamente suyo cuanto fuera dél está, pues tan fácilmente muda tantos dueños; ni áun las cosas del cuerpo, pues con tanta ligereza se nos vuela.

Qué diré? Pues estas cosas, tras que tanta gente corre embebecida, son conocidamente causa de grandísimos vicios: como de vanagloria, de soberbia, de flojedad, de braveza, de malquerencia, de envidia, de enemistades, de ruidos, de guerras, de muerte y destruicion de muchas gentes.

El deleite del cuerpo, como el mismo cuerpo, es vil, torpe y áun bestial, en el cual más veces y más profundamente se deleitan los animales sin razon que el hombre.

Y él es causa en el cuerpo de grandísimas enfermedades, en la hacienda de gran pérdida; y principalmente no puede dejar de traer tras sí arrepentimiento en el ánimo y torpedad en el ingenio, que con las delicadezas y regalos del cuerpo, ó se hace boto, ó pierde su fuerza y se quiebra, y finalmente trae gran aborrecimiento y enemistad con todas las virtudes.

Mirad lo que es; que no podeis gozar de él sino á hurtadas, porque, como sea cosa tan ajena de la nobleza de nuestro ánimo, y que tan mal se le asiente, así no hay hombre en el mundo tan perdido, que no tenga vergüenza de tomarla delante de testigos; trae consigo conocida afrenta, y así busca la soledad y tinieblas.

Qué? Que huye tan de presto y pasa tan en un momento, y no hay fuerza en el mundo que baste para detenerle, y nunca viene sino aguado con agua de una manera ó de otra amarga.

Desechando, pues, ya las opiniones del comun, apartándonos de lo que el vulgo siente, tengamos firmemente que ni la pobreza, ni la falta de nobleza, ni la prision, ni el no tener que vestir más, ni la afrenta, ni la fealdad del cuerpo, ni la enfermedad, ni la flaqueza, no son los mayores males ni los que de suyo basten á hacernos desventurados; que esto sólo lo puede hacer el vicio, que es el mayor mal de todos, y despues de él, sus vecinos, que son necedad, torpedad de ingenio, falta de entendimiento y juicio.

Por el consiguiente, creamos que la virtud es un grande é incomparable bien; y luego tras ella, los contrarios de los que tengo dicho, el saber, la viveza del ingenio, la entereza, ó (como dicen los latinos) la *sanidad del entendimiento.*

Todo lo demas que hay en el cuerpo ó fuera de él, si lo tienes, aprovecharte ha si lo encaminas y te sirves de ello en la virtud; será causa de tu destruicion si lo enderezas á los vicios. Si no lo tienes, cata por amor de Dios que no lo procures ni granjees, aventurando á perder el menor quilate del mundo en la virtud.

Grandísimo tesoro es la bondad, con tener solamente lo que hemos menester. La fama, aunque no hayas de hacer nada porque las gentes lo vean y te precien, todavía es muy gran razon de entretenerla entera y limpia; porque este cuidado muchas veces nos refrena de cosas que parecen mal; principalmente se ha de tener cuidado de ella, porque resplandezca de nosotros buen ejemplo para provecho de otros.

Y á este propósito se ha de entender aquel precepto antiguo de sabios y santos varones, que dice que *ni hemos de hacer mal, ni cosa que parezca mala.*

Y si no pudiéremos alcanzar esto, contentémonos con satisfacer á nuestra conciencia. Y si los hombres estuvieren tan estragados, que juzguen por muy malo lo que realmente es santo y bueno, trabajemos con gran diligencia, así en las obras que se muestran, como en los secretos pensamientos, en contentar solamente á Dios, creyendo que sólo esto te basta suficientemente. Y áun de los males que llaman del cuerpo ó de la fortuna, se puede sacar muy gran provecho si se toman con paciencia; si estando más ahorrado, tanto te despiertas más para seguir la virtud, cuanto más al reves te sucede por estotro camino.

Que muchas veces se ha visto los males ó las desdichas haber dado causa de muy grandes virtudes.

CAPITULO IV.

Cómo nos habemos de haber en el tratamiento de nuestro cuerpo.

Y porque en esta jornada, ó en este destierro en que al presente vivimos, traemos encerrado nuestro ánimo en el cuerpo, conviene á saber, un gran tesoro en un vaso hecho de barro, no del todo hemos de desechar ó menospreciar el cuerpo. Mas el cuidado que de él hemos de tener, ha de ser de tal manera, que él no se alce á mayores, teniéndose por señor ó por compañero nuestro, sino que se tenga por esclavo, y que sepa que ni es mantenido ni vive para sí, sino para otro.

Cuanto el cuidado que tienes del cuerpo es mayor, tanto crece el descuido y menosprecio del ánimo.

Cuanto está más bien tratado y regalado, tanto con mayor pujanza se rebela contra el ánimo, como caballo hobacho, que no le podemos tener bien á la mano.

El ánimo se anega con la demasiada carga del cuerpo, y estando él á sus vicios, embota la agudeza del ingenio.

El comer, el dormir, los ejercicios, todo el cuidado del cuerpo se ha de reducir á la salud, y no al deleite, porque pueda desenvueltamente estar presto á lo que el ánimo mandáre, de manera que ni se ensoberbezca bien tratado, ni nos deje faltándole las fuerzas.

No hay cosa que tanto debilite y casque las fuerzas del entendimiento ni del cuerpo como es el deleite, por-

que las unas y las otras se mantienen, se crian y se sustentan con el ejercicio y trabajo, y se enflaquecen y se pierden con la ociosidad, con la delicadeza y blandura del deleite.

La limpieza del cuerpo sin regalos ni curiosidades ayuda á la salud y al ingenio, que sin falta se encoge estando sucio el cuerpo. No parezca demasiado, pues, el cuidado que tenemos de mirar por lo que aquí luégo se sigue.

Lavarás las manos y la cara ordinariamente con agua clara y fresca, y límpialas con lienzo blanco y limpio.

Limpiarás ordinariamente todas las partes por donde las superfluidades del cuerpo hallan camino. Como son la cabeza, las orejas, las narices y todo lo demas. Entreten los piés limpios y calientes. Guarda con cuidado todo el cuerpo del frio, y principalmente la cerviz, adonde á la salud y al entendimiento hace gran daño. No comas en saliendo de la cama, ni ántes de la hora ordinaria de comer, si no fuere muy templadamente.

Que el almuerzo no se ha de tomar para hartar, sino para recrear y sosegar el estómago.

Y para esto bastan dos ó tres bocados de pan, sin beber nada, ó muy poco, y muy templado; y de esta manera digo que aprovecha al cuerpo y al ingenio.

En la comida y en la cena tened por costumbre de no comer sino una vianda, y que sea sana y no guisada. Y esto, aunque la mesa esté bien proveida de muchas maneras de servicios, los cuales no has de consentir en tu tabla.

La diferencia de las viandas es muy pestilencial á la salud, y mucho más la de los guisados.

La moderada regla, si es limpia y pura, y conforme á los ánimos castos y templados, conserva la hacienda, y ella sola es la que basta á darnos á entender que no tenemos necesidad de muchas cosas, y hace que no nos metamos en negocios con esperanza de ganar lo que deseamos para satisfacer á la gula, que sale de madre, incitada y despertada con superfluidades, con cosas bien aderezadas, con manjares delicados y exquisitos.

Cierto muy mejor sería que lo que os sobrase fuese cosa que partiésedes con los que tienen necesidad.

Esto nos enseñó nuestro Señor con su ejemplo, que despues que hubo dado hartura á aquella muchedumbre, no consintió que se perdiesen los pedazos que habian sobrado del pan y de los dos peces.

Las cosas de que tenemos necesidad, la naturaleza nos las muestra, y enseña que son muy pocas, y puestas á la mano, que fácilmente se alcanzan. La necedad ó falta del entendimiento inventa cosas sobradas y superfluas, que son infinitas y que con gran trabajo se han. La naturaleza, si le das lo que ella tiene menester, como en cosa suya se huelga y se recrea y esfuerza; con lo sobrado se enflaquece y aflige, como en cosa que ni es suya ni le arma.

El desordenado apetito, que procede de poco saber y de falsas opiniones, no se harta ni hincha con las cosas necesarias, y las superfluas ántes le anegan que le satisfagan.

Tu beber será aquel natural que generalmente dió Dios á la mano á todos los animales, que es agua limpia y clara; en falta de la cual, en las tierras que no la hay, no es mala la cerveza muy moderada; y si tu estómago lo demanda, podrás beber vino bien aguado.

No hay cosa que más gaste el cuerpo de un mancebo que la vianda ó el beber caliente, porque les enciende y quema las entrañas, y los trastorna y hace caer en mil lujurias y locuras.

No bebas despues de cena, ó si la necesidad te forzáre, sea poca cosa y fresca, y en ninguna manera recia.

Y si bebieres, pase por lo ménos media hora ántes que vayas á reposar.

Cuando te levantas, trae á la memoria cuán poco tiempo de vida tenemos, y que tan poco no es razon gastar mucho, ni perderlo en cosas de burla, en comidas, en niñerías, en necedades.

Todo el espacio de nuestra vida es muy breve, aunque todo lo empleásemos conforme á la razon.

Hemos de pensar que no nos crió Dios para juegos ni para niñerías ni burlas, sino para cosas de importancia y de véras, para buen gobierno y regimiento, para cosas moderadas y templadas, para religion, para todo género de virtud y de honra.

No consientas, por sanar el cuerpo, que pueda el ánimo enfermar. Los ejercicios sean templados, apropiados á lo que demanda la salud, en lo cual seguirás el consejo de los médicos, con que no te manden cosa mala y fea, que pueda tocar en vicio. Porque cuando más descuidados estamos, permitiendo que se recree nuestro ánimo, y se rehaga del trabajo que ha tomado, no nos hemos de despedir de tener algun cuidado puesto en la virtud.

En semejantes recreaciones despide la fantasía y arrogancia; no haya porfías, envidias, ni riñas, ni codicia. ¿Para qué quieres fatigar tu ánimo, cuando (como dices) le quieres recrear y dar pasatiempo? Es como si derramases acíbar en una miel que quisieses que fuese muy sabrosa.

Del sueño se ha de tomar, como de una medicina, solamente lo que basta para curar el cuerpo; porque el dormir demasiado cria sobrados y dañosos humores en los cuerpos, y así los hace flojos, perezosos y tardíos; de donde la presteza del entendimiento viene á detenerse, y se encoge.

No has de pensar que vives el tiempo que pasas durmiendo; que nuestra vida no es sino cuando estamos á la vela.

CAPITULO V.

Del ánimo.

En nuestro ánimo hay dos partes. Una superior, y otra inferior: la superior se llama *mente*, que (porque nos entendamos) podemos llamar *entendimiento*, con que sepamos que esta parte contiene tambien en sí la *voluntad*, y en cuanto entiende ó se acuerda ó sabe, se sirve y se vale de la razon, del juicio y del ingenio: desta parte somos hombres semejantes á Dios, y somos más excelentes que todos los otros animales.

La segunda parte, que decimos inferior, está más

apegada con el cuerpo, de donde se le sigue ser bruta, fiera, recia, más semejante á bestia que á hombre; en la cual hay aquellos movimientos que se podrian llamar afectos, perturbaciones ó pasiones, como son arrogancia, envidia, malquerencia, ira, miedo, tristeza, codicia de todos los bienes que ella se imagina, gozos vanos y locos, y otras mil enfermedades. Esta parte inferior se llama tambien ánimo, aunque por ella no diferimos de las bestias. Y por ella nos desviamos y apartamos infinito de Dios, que es libre y exento de toda pasion, turbacion y enojo. La órden de la naturaleza es ésta: que la sabiduría gobierne y rija á todo el universo, y que todo cuanto vemos criado obedezca al hombre, y en el hombre el cuerpo sirva al ánimo, que así llamamosr ahora la parte que dijimos que era inferior, y que ésta ande sujeta al entendimiento, y el entendimiento á Dios; y quien falta de seguir esta órden peca.

Así que, pecado es, en el hombre, que estas perturbaciones ó afectos se rebelen y amotinen, y que se levanten y encruelezcan, y que usurpen el gobierno y mando de todo el hombre, dejando y menospreciando el entendimiento y la razon; y pecado es, que el entendimiento, dejando la ley de Dios, sirva al ánimo y al cuerpo.

CAPITULO VI.

De la dotrina.

Para que nos pudiésemos apartar del pecado, y seguir el verdadero camino de virtud, dotó Dios á la parte superior del ánimo de una virtud, ó fuerza, ó facultad, con que pueda entender, que ingenio se llama; con el cual descubre, examina y pesa todo lo que hay en cada cosa, y sabe que es lo que le cumple hacer ó lo que no.

Allende desto, dió Dios á esta misma parte *voluntad*, la cual, de su naturaleza, se endereza á seguir el bien que el ingenio descubrió, y aprobó el *juicio;* y no se contenta con cualquier bien de los comunes; no le hartan ni le satisfacen los bienes que comunmente llamamos; más alto vuela: á su solo y único sumo y verdadero bien se levanta, que es Dios, en el cual halla holganza, y fuera del cual nunca reposa. Ésta, no solamente es libre, mas es señora alto y bajo de todo cuanto hay en el ánimo; todo lo gobierna y trae á su mandar; y si ella quiere (como debe) guardar su preeminencia y libertad y derecho, no habrá en el ánimo parte alguna que le ose ó pueda resistir. Así que, el ingenio descubre la verdad, y si se ejercita y emplea en esto, como debe, y si es tratado, pulido y ayudado con comunicacion de lo que otros saben; quiero decir, con erudicion, y con dotrina, halla lumbre y conocimiento claro de muchas cosas, al cual (tomando el vocablo largamente) podemos llamar *ciencia.* La *voluntad* luégo abraza y sigue el bien que el *entendimiento* le mostró, y con el ejercicio de seguirle y procurarle, adquiere la *virtud*, de la cual despues hablarémos, en habiendo declarado cómo se ha de ayudar el *ingenio* con la dotrina.

El ingenio con muchas artes, así divinas como humanas, *se labra y adelgaza*, y alcanza á ser informado con grande y admirable conocimiento de las cosas, para que, conociendo la propiedad, el valor y el precio de ellas, pueda más ciertamente enseñar á la *voluntad*, qué bien debe seguir, ó de qué mal se ha de guardar.

Huye pues de aquellas artes que son contrarias á virtud, como son las que por lo que hay en las rayas de las manos, y en el fuego ó en el agua, ó por cuerpos muertos ó por las estrellas, se profieren á adivinar lo que está por venir; porque hay en todas ellas una dañosa vanidad, hallada por nuestro enemigo el demonio engañador.

Y se tratan y profieren á cosas que reservó Dios para sí solo, que es el conocimiento de las cosas escondidas y venideras.

Tampoco nos hemos de levantar á inquirir la majestad de Dios, y los secretos que nuestro conocimiento no puede alcanzar, de los cuales nos apartó Dios.

La gloria de Dios es tan grande, que no puede dejar de perderse quien se levanta á escudriñar su majestad.

Y san Pablo nos manda que no sepamos más de lo que hemos menester, mas que sepamos moderadamente lo que cumple.

Y dice que no tiene licencia de decir aquellos secretos y misterios grandísimos que vió.

Y en la sabiduría nos mandan que no busquemos lo que se nos va de vuelo, ni escudriñemos lo que no podemos alcanzar; mas que siempre pensemos en lo que Dios nos manda, que es lo que á nosotros importa, dejando á él lo que le toca.

Huye de cualquier arte que el demonio enseña, con el cual (pues es enemigo de Dios) ni has de trabar compañía ni trato ni amistad.

Ni áun es bueno saber las opiniones de los filósofos ni de los herejes, que son contra nuestra religion, porque el demonio, astuto, no nos traiga en algun escrúpulo que, ó nos atormente mucho, ó al cabo venga á nos engañar y destruir.

No tomes en tus manos libros sucios, porque no te se pegue dello ningun mal.

Las ruines conversaciones ó las pláticas sucias estragan las buenas costumbres. Quitado esto que he dicho, es muy saludable, bueno y provechoso saber y aprender todo lo demas, con condicion que se endereceá su verdadero fin, que es á la virtud; quiero decir, si todo lo que sabes y lo que aprendes lo reduces para bien hacer.

Dios, por su infinita misericordia, nos dió y enseñó una doctrina divina, en que (sin faltar ninguno) se encierran todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría. Ésta es la que solamente da verdadera luz á nuestro entendimiento; todas las demas, con ésta comparadas, son como espesas tinieblas, y en fin, como cosas de hombres, que son de burla y de juego.

Mas estas doctrinas de los hombres, allende de la que Dios nos dió, se pueden leer y aprender, siquiera para que en su comparacion se vea mejor la claridad de la nuestra.

Tambien sirven para que en nuestro favor tomemos y traigamos testimonio de las gentes cuando tenemos que hacer con personas que no se satisfacen con el de

Dios, que son como los flacos ojos, que no pueden sufrir el resplandor del sol.

Sirven tambien para amonestarnos y dar ejemplo; que si entre los gentiles hubo tantos singulares ejemplos de virtud, qué será razon que haya en nosotros? Que por ser cristianos y discípulos de nuestro maestro Dios, por la luz de la religion y cristiandad que profesamos, tenemos grandísima obligacion á bien vivir.

Allende de todo esto, enséñannos á bien hablar, y nos dan á entender las cosas del mundo, y nos muestran á juzgar prudentemente dellas; de todo lo cual algunas veces tenemos necesidad.

La erudicion (que por no ser vocablo más recibido en castellano, llamamos siempre *doctrina*) se puede decir que se labra ó edifica con tres instrumentos: con ingenio, con memoria y cuidado. El ingenio se adelgaza con el ejercicio. La memoria se acrecienta usando y aprovechándose hombre della.

Lo uno y lo otro se debilita con regalos, y convalece y esfuerza en la buena y sana disposicion. La ociosidad y flojedad los destierran, los ejercicios nos los traen á nuestro mandar debajo nuestra mano.

Si lees ó oyes, hazlo atentamente; no derrames el entendimiento, mas fuérzale á estar en lo que hace y en lo que tiene delante, y no otra cosa.

Y si se sale de camino, llámale sin hacer ruido, y guarda los pensamientos que son fuera del estudio para otro tiempo.

Sábete que pierdes tu tiempo y tu trabajo si no estás atentamente en lo que lees ó en lo que oyes.

No tengas vergüenza de demandar lo que no sabes, ni de aprender de quien quiera; de lo cual nunca se corrieron los hombres señalados, ántes la tienen de no saber ó de no querer aprender.

No te precies de saber lo que no sabes; mas pregúntalo á los que crees que lo saben.

Si quieres parecer sabio, trabaja de serlo, que no hay camino breve, como de ninguna otra manera harás más fácilmente que te tengan por bueno que si lo eres.

En fin, en todas cosas trabaja de ser tal cual deseas parecer; que de otra manera, muy en vano es tu deseo.

El tiempo descubre lo que es falso y fingido, y da fuerza á la verdad; que, como dicen, no hay mentira que no se descubra.

Sigue á tu maestro, no quieras adelantarte, créele, déjate llevar, no le contradigas.

Amale y tenle en lugar de padre, recibirás muy gran provecho si creyeres que no puede faltar de ser verdad lo que él te dice.

Mira que no tornes á caer en el error por que una vez ó dos te han castigado; trabaja que aproveche haberte emendado.

No hay cosa de que más te hayas de acordar que de aquellas en que has errado, por no tornar otra vez á caer en ello. Quien quiera puede errar, mas sólo el necio es el que persevera en el error.

Sabe que no hay sentido ninguno por quien más presto y más ligeramente seamos enseñados que por el oir. Así, no hay cosa que sea más provechosa; porque veas cuán á la mano nos pone Dios lo que nos cumple.

No te dés á oir liviandades ó cosas necias y de burla; ántes oye lo que es de véras, prudente, grave y de importancia.

Con tanto y tan grande trabajo se aprende lo uno como lo otro; siendo el provecho tan diferente y desigual de las unas cosas á las otras.

No te fatigues en responder mucho, sino en responder bien, á tiempo y en sazon. La comida y la cena sea en compañía de hombres de quien puedas aprender, tales, que con su dulce y sábia conversacion te alegren y te enseñen.

A chocarreros, truhanes, habladores, testarudos ó alocados, mentirosos, bebedores y otros semejantes, que ó con hechos ó palabras mueven á risa, no les hagas honra de asentarlos á tu lado; despréciate de holgarte con ellos; ántes te regocija en conversacion aguda y alegre.

Guárdate, no solamente de decir cosas torpes, mas aun de oirlas; pues los oidos son como unas ventanas en el ánimo, acordándote del dicho de san Pablo: que dañan las buenas costumbres.

En la tabla ó en cualquiera otra parte escucha con diligencia lo que cada uno dice; que si quieres, en tu mano está sacar dello provecho.

Que de los sabios tomarás doctrina para ser mejor.

De los necios y groseros podrás aprender á ser más cauto y avisado.

Sigue lo que los sabios aprobaren. Huye de lo que los necios alaban, pues no pueden acertar sino por dicha.

Si ves que los hombres cuerdos y avisados precian y alaban un dicho por agudo ó grave, sabio, ingenioso ó de el palacio, tenle en la memoria para servirte dél cuando viniere tiempo.

Ten un cuaderno aparte, en que notes si leyeres ó oyeres alguna cosa dicha graciosa ó elegante ó prudentemente, ó algun vocablo raro ó exquisito, bueno para la plática comun, lo cual tendrás guardado para servirte cuando lo hubieres menester. Trabaja de entender, no solamente las palabras, mas principalmente el sentido.

Ten costumbre de platicar y contar lo que lees ó lo que oyes, á aquellos con quien aprendes en latin, ó á otros en tu natural lengua, y trabaja de contarlo tan elegantemente y con tan buena gracia como lo oiste, y así ejercitarás el ingenio y aprenderás á bien hablar.

Has de tratar mucho la pluma, que es la mejor maestra del mundo, y que más presto y mejor enseña á bien hablar.

Escribe, traslada, responde por escrito muy á menudo, y nota de dos á dos dias, ó por lo ménos de tres en tres, una carta á alguno que te responda, y la que escribieres muéstrala á quien te la enmiende, teniendo memoria de todo lo que te corrige, por no tornar otra vez á caer en ello.

Despues de comer ni de cenar no estudies: acabando de comer, lo mejor es estar asentado, hablando ó oyendo alguna cosa de recreacion, ó si jugáres á algun juego, sea blandamente, sin sacar al cuerpo de su reposo conveniente.

Despues de cena (la cual en todo caso quiero que sea muy templada y muy arreglada) irte has á pasear con un amigo docto, alegre y regocijado, con cuya

conversacion te huelgues, y trabaja de remedarle, é imitar con buena gracia lo que dice y lo que entiende.

Entre cenar y dormir te torno á amonestar que no bebas; que no hay cosa más dañosa para el cuerpo, para la memoria ni para el ingenio; y si la sed te fatigáre, bebe poco, sea buen rato ántes de dormir.

No dejes reposar la memoria; que ella se huelga que la trabajes y te sirvas della, y así se mejora y acrecienta.

No pase dia en que no le encomiendes á guardar alguna cosa.

Cuanto más le encomendáres, tanto lo guardará mejor y con mayor lealtad; cuanto ménos te sirvieres della, tanto será más desleal.

Cuando le hubieres encomendado alguna cosa, déjala un poco reposar, y torna despues á demandarle cuenta de ella.

Si quieres aprender algo, léelo de noche cuatro ó cinco veces con grandísima atencion, y vuelve de mañana á demandarlo á la memoria.

Guarda de beber vino demasiado, guarda de tener crudo el estómago, guárdate de el frio, principalmente en la cerviz.

El vino es sepultura de la memoria.

Una cosa muy encargadamente os encomiendo, que es la mejor y más provechosa del mundo, y es, que poco ántes de iros á dormir os retrayais aparte, y estando sentado solo, trayais á la memoria todo lo que habeis leido, lo que habeis oido, y principalmente lo que habeis hecho aquel dia, pidiéndoos de ello por extenso muy particular cuenta.

Si habeis hecho alguna obra de virtud y de estima, con templanza, con buen seso, con cordura, gozáos, reconociendo que es merced de Dios, y dadle gracias, con propósito de perseverar en el bien y pasar más adelante. Si habeis hecho alguna cosa fea, mala, sin templanza, ó necia, ó que merezca ser vituperada, sabed que todo salió de vuestra malicia; reconoced el mal, aborrecedle, arrepentidos dél; pedid á Dios perdon, buscad camino para enmendaros, sed cierto que le hallaréis.

Si habeis leido ó oido aquel dia alguna cosa elegante, docta, grave ó santa, guardadla bien en la memoria. Si habeis visto alguna buena obra, procuradla de imitar, y si vistes alguna mala, tomad aviso y guardadvos della.

No se os pase dia en que no hayais leido ó oido ó escrito algo con que se mejore y acreciente la dotrina, el juicio ó la virtud.

Cuando os vais á echar, leed ó oid alguna cosa que merezca que os acordeis della, en la cual podais soñar con placer y con provecho, para que áun durmiendo, entre sueños aprendais y mejoreis.

En el estudio de la sabiduría nunca habeis de poner término, no se ha de acabar ántes de la vida. Tres cosas hay que ha el hombre de pensar, y en que se ha e ejercitar miéntras vive: en saber bien, y en bien ablar, y en bien obrar.

tierra de tus estudios la arrogancia, no tomes ion de lo que sabes, porque todo cuanto sabe *abio hombre de el mundo* es nonada en comparacion de lo que le falta de saber. Muy poquito es, muy obscuro y muy incierto todo cuanto los hombres en aquesta vida alcanzan; y nuestros entendimientos, detenidos y presos en esta cárcel de este cuerpo, están oprimidos en grandísima obscuridad, tiniebla é ignorancia, y el córte ó los filos del ingenio son tan botos, que no pueden cortar ni pasar sobre haz de alguna cosa.

Allende desto; la arrogancia hace que no puedas aprovechar en el estudio; que creo que ha habido muchos que han dejado de ser sabios, y que pudieran llegar á serlo si ellos no se dieran á entender que ya lo eran.

Tambien os habeis de guardar de porfías, de competencias, de menospreciar ó retraer lo que otros saben ó no saben, de desear vanagloria; pues para esto principalmente se siguen los estudios, para que nos muestren á huir destos vicios y de otros semejantes.

No hay en el mundo cosa que dé tan gran placer y alegría como saber muchas cosas, ni hay en el mundo ninguna de tan gran provecho como venir á entender y conocer la virtud.

Los estudios dan sazon y gusto á la alegría, amansan y consuelan la tristeza, refrenan los ímpetus locos de la mocedad, alivian la pesadumbre de la vejez, en casa ó fuera de casa, en público ó en secreto, en la soledad ó en la plaza, en la ociosidad ó en los negocios, siempre os acompañan; están presentes, os guian, os sirven y os ayudan. La doctrina es un verdadero mantenimiento del ingenio, con que se mantiene y se sustenta; tanto, que es grande sinrazon tener cuidado de mantener el cuerpo, teniendo el ánimo hambre y necesidad de mantenimiento. Este manjar de el ánimo da verdaderos deleites, trae gozos y regocijos firmes y perpetuos, que naciendo los unos de los otros, y renovándose entre sí, jamas nos dejan ni nos cansan.

CAPITULO VII.

De la virtud.

La virtud se toma en dos maneras: la primera y principal, en cuanto es fin de todas las cosas, que es cumplida y singular perfeccion de nuestra naturaleza. Y así se llama sumo bien y bienaventuranza, en que sin mezcla de trabajo ni de pesadumbre consisten deleites y gozos perpetuos é infinitos, que nacen del verdadero conocimiento y bienaventurada contemplacion y amor de Dios, que él mismo nos da, premia y corona por su infinita bondad, dándosenos á sí mismo para cumplimiento de la perfeccion á que aspiramos.

Esta singular virtud, como quiera que acá alcancemos tan poco della, y como ella consista en perfeccion, ni los hombres la pueden enseñar ni dar de gracia; solamente, sin nosotros merecerlo, se da por la infinita misericordia de Dios y por su inmensa gracia, de quien con grande humildad la hemos de pedir. La segunda virtud es la que se emplea en los ejercicios comunes de la vida, y se gana en buenas obras, y consiste en una costumbre ó habituacion, que casi se torna en naturaleza con el ejercicio de obrar conforme á la razon, cuando la voluntad, domadas las pasiones del ánimo, la sigue; desta bien se dan reglas y avisos excelentes,

con que se ayudan mucho á refrenar los desordenados apetitos.

CAPITULO VIII.

De las pasiones que se llaman afectos ó turbaciones.

El verdadero estudio, que es fin á que se han de enderezar todos los otros estudios, y en que consiste el singular premio dellos, es el de aquella filosofía que da remedios del ánimo.

Que si de curar el cuerpo tenemos gran cuidado, tanto mayor le habemos de tener de curar el ánimo, cuanto sus enfermedades son más secretas y peligrosas.

No sin causa se llaman estas enfermedades, tormentas, tempestades, fatigas, tormentos, heridas, fuegos, furias del ánimo, que nos ponen en grandísima miseria y nos dan increibles dolores cuando reinan; y por el contrario, nos dejan en grandísimo reposo y bienaventuranza cuando están mansas y sujetas.

Aquí va á parar todo cuanto hombres de grandísimo ingenio y de dotrina han con singular agudeza descubierto y dejado por escrito, tratando esa materia de vida y costumbres.

En esto consiste el galardon de los trabajos que se toman en las letras; éste es el fruto verdadero de los hombres letrados: no ganar aquella singular alhaja del conocimiento de muchas cosas, para que se maravillen de él las gentes ó para que le tengan en mucho; sino que traya y aplique lo que sabe al uso comun de la vida de todos, principalmente para enmienda de la suya, que no sea como la tolva del molino, por donde, sin quedar nada, se cuela todo el grano; ó como bujeta, de donde otros vayan á sacar lo que quieren, sin aprovecharse ella de su tesoro.

Y lo que trabaja la dotrina y religion cristiana es, que una honesta, mansa y apacible serenidad (amansada la tormenta de las pasiones) alegre y regocije y ensanche los ánimos humanos, y con un sosiego y tranquilidad de ánimo seamos semejantes á Dios y á los ángeles.

Los remedios para todas estas enfermedades, ó los hemos de sacar de la consideracion de todas las cosas deste mundo y de nosotros mesmos, ó vienen de parte de Dios, ó se han de tomar de la dotrina y ley de Cristo y del ejemplo de su vida.

La naturaleza de todas las cosas es incierta; que en un momento se va de entre las manos. Nunca cesa de dar vueltas, quitando unas cosas y dando otras; hace que al fin todas sean bajas y perecederas, sino es el ánimo, que es cada uno de nosotros, ó á lo ménos (ya que así no lo queramos) es nuestra parte principal; todo lo demas (dejado el ánimo), ¿quién dirá que es suyo, pues tan fácilmente pasa y vuela de uno en otro?

Todo cuanto ahora poseemos, ciertamente hemos de creer que no es nuestro, sino que lo tenemos de prestado.

Así que, es grandísima falta de seso y una gran locura, que se habria de castigar con gran pena, hacer mal alguno por cosas tan ajenas, tan bajas y de poco precio.

No se precie nadie por los bienes del cuerpo ó de fortuna que le cupieron en su suerte, pues le han de durar tan poco tiempo, y este poco áun es incierto; pues estos bienes no son propios, sino ajenos; y ya que nos los dejen por nuestros, acabarse han, á lo más tarde, con la vida, y muchas veces ántes.

Pues lo que nos dan prestado, ¿por qué hemos de tener pesar que nos lo pidan? ¿Por qué no habrá un reconocimiento de dar gracias por el tiempo en que nos dejaron usar dello?

¿No es ingratitud intolerable, si uno te hizo una merced, pensar que te hace afrenta porque no te le dejó de juro perpétuo; y que no mires el bien que has recebido, y cuánto tiempo te duró, sino que tengas el ojo puesto en lo que te dejaron de dar, y solamente cuenta con el tiempo en que te lo quitaron?

Créeme, no te regocijes mucho si á tí ó á tus amigos les cabe mucha parte destos bienes que se reparten por fortuna; ni te alegres porque los pierde tu enemigo, pues hay en esto tanta brevedad é incertidumbre, que las más veces está el triste lloro á las puertas de la alegría vana.

No pierdas la esperanza, ni te congojes ó estreches el ánimo, cuando la fortuna te es contraria; porque ni has de hacer hincapié en esto, y caso que le hicieses, muchas veces las tardes alegres vienen despues de las mañanas tristes.

Pues de nuestros cuerpos cuál es el estado? ¿cuál es su condicion, siendo hechos de una tan vil masa, de un bajo principio? ¿Qué cuenta podemos hacer de nuestra vida, siendo tan frágil y dudosa, estando rodeados de tantos peligros? Y cuando por un poco de tiempo fuese cierta, es cierto que no ha de durar mucho. Siendo, pues, nuestra vida tan incierta y flaca, ¿qué tenemos por que tanto nos embravezcamos?

Y pues esta breve vida no es otra cosa sino un camino para la otra perdurable, y para acabar esta jornada tenemos necesidad de tan poco, ¿por qué nos fatigan y nos traen al retortero, ó por qué nos sacan de paso estas vanidades que en ninguna parte permanecen? ¿Por qué nos hacemos esclavos de codicia, pues las cosas por venir son tan inciertas, y las presentes se contentan con una nonada?

¡Oh bienaventurado el que solamente desea lo que está en su mano de alcanzar! ¡Oh, cuán trabajosa servidumbre es desear lo que no está en nuestra mano!

Pues cargar destos dones de fortuna, ¿qué otra cosa es, sino embarazar al pobre peon con grande hato?

¿Quién es tan tonto ó fuera de sentido, que no haga sus aprestos para en la ciudad á donde va y piensa residir de estancia, ántes que para el camino?

Pues esta nuestra vida es tan breve y así se nos va de entre las manos, ¿hemos de consentir que se pierda la mayor parte della en pasiones? Que claro está que no vivimos cuando los afectos y perturbaciones nos traen al retortero, especialmente cuando el temor de la muerte nos fatiga.

La cual, como por infinitas causas sobrevenga y se acerque, no la hemos particularmente de temer por esta causa ó por la otra; y pues es cierto que por tantas partes viene, ¿para qué te estás, loco, fatigando en pensar si viene por aquí ó si viene por allí? Y pues necesariamente ha de venir, no hagas cosa que no debas por huir

de sanar las enfermedades de nuestro ánimo, y desarraigar las aficiones ó perturbaciones ó pasiones malas; y desta manera, siendo puros y santos, como él lo es, nos trasformemos lo más que podamos en su semejanza. Así que, no tengamos aborrecimiento á nadie, y deseemos y trabajemos por hacer bien á todos. Cuanto más, dejadas las cosas corporales, te levantáres á las espirituales, tanto vivirás vida más divina. Así vendrá á ser que conozca Dios en tí como un parentesco ó semejanza de su divina naturaleza, y se deleite en ella, y more como en un verdadero y propio templo suyo, que le será mucho más acepto que éstos de piedra ó de metal. San Pablo dice: «Es santo el templo de Dios, que sois vosotros.» Si tenemos, pues, en nuestra posada tan grande huésped, con grandísimo cuidado le hemos de detener, y no le habemos, con nuestros pecados y maldades, de despedir ó echar della.

Todas las obras corporales van sin gusto delante de Dios, si la buena voluntad no les da sazon.

Has de pensar que donde quiera que estés muy retraido y apartado de la vista de las gentes, estando solo, y áun allá dentro del corazon y en lo más secreto de tu ánimo, está Dios por árbitro y testigo y juez de todo cuanto piensas. Teniendo, pues, reverencia y acatamiento á su presencia, guárdate, no solamente de hacer cosa fea ó torpe ó mala, mas áun de pensarla. La caridad para con Dios ha de ser, que le tengamos en más que á todo el universo, y que amemos más su gloria y honra que todas las honras y provechos deste mundo.

Y como un amigo, cuando se le representa su amigo á la memoria, se le ensancha el corazon con una piadosa alegría, que sale de la buena voluntad que le tiene; así es menester procurar de tener grande amistad con todas las cosas divinas, y que así nos sean agradables y gustosas, y que las tratemos de muy buena gana, con gran gozo y alegría.

Todas las veces que oyes este nombre de Dios, hásete de representar que significa una cosa divina y admirable, mayor que la que el humano entendimiento puede concebir.

Lo que se dice dél y de los santos no lo oyas descuidadamente, como cuentos de hombres; óyelo con la admiracion y reverencia que se debe. No pienses ni digas nada de Dios ligeramente, sin ir acompañado con temor y acatamiento.

Así digo que es contra religion burlarse hombre con las cosas sagradas, ó tomar los dichos de la sagrada Escritura y servirse dellos, traerlos en la boca, aplicándolos en cosas de burla ó fuera de propósito, ó en cuentos ó fábulas fingidas ó en dichos maldicientes, que es como derramar cieno en la medicina que os habia de dar salud; mas aplicarlo á cosas sucias, esto ya es cosa maldita é intolerable.

Todo cuanto allí vemos, ántes nos hemos de maravillar dello que pensar que lo entendemos, y hémoslo de recibir con grandísima humildad y con debida reverencia.

Mira que estés en el oficio sagrado con atencion y devocion, pensando que todo cuanto ves y oyes es sacro, santo y purísimo, y que todo se endereza á aquella inmensa majestad de Dios, la cual fácilmente puedes adorar y es imposible poderla comprender. Así que, has de pensar que no basta la fuerza del ingenio humano á entender la sabiduría divina. Aun los dichos de los sabios, aunque no los entendemos, los estimamos en mucho; ¿cuánto es más razon de hacer honra á las cosas divinas?

Cuantas veces oyes nombrar á Jesucristo, tantas veces se te acuerde de la inestimable y infinita caridad que nos tuvo, y esta memoria sea con gran agradecimiento y placer y veneracion.

Cuando oyes algun título ó nombre de los que se suelen dar á Jesucristo, levanta tu entendimiento á contemplarle y suplicarle que sea tal para contigo; como cuando le oyes nombrar piadoso, ruégale que puedas tú sentir su piedad y misericordia; cuando oyes que es omnipotente, pídele que lo muestre en tí, volviéndote bueno siendo malo, tomándote por hijo habiendo sido su enemigo, haciéndote algo de nonada. Cuando le llaman terrible, suplícale que espante á los malos enemigos que te espantan. Cuando le llamas señor, mira que te obligues á servirle. Cuando le das título de padre, persuádete amarle, y haz que seas tal, que merezcas ser hijo de tal padre.

Mira bien que no hay cosa en todo el universo, grande ni pequeña, que si miras su principio, su naturaleza y propiedad y fuerza, no te ponga en camino para considerar las maravillas de Dios, hacedor de todas las cosas, y que no te dé ocasion de adorarle.

No pongas mano en comenzar obra ninguna sin pedir primero su favor; porque Dios (en cuya mano están los medios y los fines) dará deseado fin á la obra que comenzáre en él.

Cualquier cosa que hayas de aprender, ántes que pongas mano en ella, mira bien el fin á donde va á parar; y cuando hubieres tenido buen consejo, y hecho en ella lo que debes, no te fatigues por lo que pueda suceder.

Ten tu confianza puesta en aquel en cuyo poder está puesto todo lo que ha de suceder de cada cosa.

Y pues que la religion verdadera no está en las cosas que se muestran por defuera, sino en el secreto del corazon, trabaja de entender lo que rezas; mira que no sea tu rezar hacer solamente gestos con los labios; mas cuando rezas mira que todo tu ánimo, tu entendimiento, tu pensamiento y semblante estén puestos sólo en aquello que haces, porque no haya cosa que no se conforme con tan excelente obra.

Las palabras de Dios abominan de quien entiende en sus obras negligentemente.

Si parece mal á un músico tañer una cancion y cantar otra diferente, ¿cuánto es peor, estando diciendo á Dios nuestra oracion, que diga la lengua una cosa y que tengamos otra en el corazon?

Lo que demandáremos á Dios sea con templanza, y sea cosa digna, que á él se le demande y que él la dé, porque no se ofenda con nuestras demandas necias y fuera de propósito.

CAPITULO X.

Del comer y del sueño.

Cuando vas á comer, acuérdesete de la omnipotencia de Dios, que crió todas las cosas de nonada; de su sabiduría y bondad, que las sustenta; de su misericordia y clemencia, pues entretiene y provee á aquellos que se hacen sus enemigos. Considera cuán maravillosa obra es proveer sin cesar cada dia de mantenimiento á todo cuanto vive en el mundo, y conservar todas las cosas y entretenerlas en su sér, caminando ellas de suyo á la muerte. No pases por esto á ojos ciegos; míralo bien, que no hay sabiduría de hombres ni de ángeles que bastase, no solamente á hacer aquesta obra, mas áun á entenderla. Así que, pues ya sabes que vives de sus bienes, mira qué maldita ingratitud, qué locura tan de hombre perdido es osar tomar enemistad con aquel cuya inmensa bondad y benditísima voluntad te sustenta; pues si no fuese por ésta, no sería bastante todo el mundo á entretenerte un momento.

En la mesa haya pureza, castidad, cordura, santidad; de manera que todo parezca á aquel cuyas mercedes nos mantienen.

La murmuracion, la malquerencia y crueldad destiérralas siempre de tí, y especialmente de tu mesa; en la cual reconoces y sientes regalo y infinita misericordia de Dios. Por lo cual es cosa más intolerable que con desabrimiento, aspereza y aborrecimiento de tu hermano ensucies el lugar donde con mano abierta usa Dios contigo de una blanda mansedumbre.

Lo cual áun los gentiles no ignoraron, que por este respeto llamaban alegres todas las cosas que eran dedicadas á la mesa, en la cual se tenía por gran maldad hacer ó decir cosa triste ó que pusiese espanto.

Y pues Dios, que es omnipotente, sapientísimo y liberalísimo, tiene de tí tan particular cuidado, deja ya esa demasiada fatiga que tienes de cómo te has de sustentar. Mira que es desconfiar de su bondad. Ten solamente cuidado de cómo le has de contentar y agradar y servir.

¿No es grandísima locura hacer alguna maldad ó pecado, pensando que por ella te has de poder mantener; y ofender á aquel que solamente provee el mantenimiento, y que enojes á ojos vistas á aquel de quien sólo has de recibir la merced? Principalmente que no se conserva la vida con manjar, sino con la voluntad de Dios, segun que la Escritura declara, que el hombre no vive con solo el pan, sino con una palabra que sale de la boca de Dios. Sello tenemos y firma de la mano de Jesucristo, que no se podrá dejar de cumplir, pues él es Señor de cuanto hay en el cielo y en la tierra, en que nos promete que no faltará cosa de cuantas un hombre tiene necesidad, á aquellos que buscan su reino y su justicia.

Allende desto, destos bienes que Dios nos da y quita segun su santísima voluntad, pues él contigo es tan liberal, mira no seas tú escaso con tu hermano, que tambien es su hijo; mira que todos somos hijos de Dios, y que no te debe más á tí que al otro; mas sólo quiso que fueses tú el despensero y ministro de estos bienes, á quien, despues de Dios, quiso que tu hermano los pidiese.

No hay cosa que más verdaderamente se pueda decir que se da á Cristo, que aquello que se da á los que tienen necesidad.

Habiendo comido, considera cuán incomprensible saber y poder es el de aquel que sustenta nuestra vida con estas cosas que comemos, y la repara y entretiene yendo ella á caer.

Da pues gracias á Dios, no como las darias á quien te hubiese dado dinero para comprar vianda, sino como se deben dar á aquel que te crió á tí y crió al mantenimiento, y le hizo por tu respeto y te sustenta con él, no con la fuerza que de suyo tiene, sino con la que él fué servido de darle.

Cuando vas á reposar y cuando te levantas, acuérdate de las infinitas mercedes que Dios te ha hecho, y de las que ha hecho á todo el género humano y generalmente á todo el mundo.

Piensa cuántas asechanzas puede poner nuestro enemigo estando nosotros durmiendo como cuerpos muertos, sin ser señores de nosotros; por lo cual con más instancia hemos de suplicar á Cristo que nos defienda, reconociendo nuestra flaqueza.

Y hemos de tener cuidado de no dar ocasion con pecados al bendito ángel que es nuestra guía y nuestra guarda, para que él no nos deje de su mano ni nos desampare. Haste de amparar haciendo la señal de la cruz en la frente y en el pecho, y interiormente con piadosas oraciones y pensamientos santos.

Cuando entras en la cama piensa que cada dia es una imágen de la vida humana, al cual luego sucede la noche y el sueño, que es figura y representacion expresa de la muerte.

Así que, hemos de rogar á Jesucristo que en la vida y en la muerte siempre nos sea presente y favorable, y que nos dé gracia para pasar aquella noche con reposo y con sosiego, y que no nos espanten los ensueños, y que estando durmiendo esté él presente, teniéndole nosotros delante de nuestro entendimiento, y que recreados con sus consuelos, podamos llegar á la mañana sanos y buenos y alegres, teniendo en la memoria el incomparable precio de su santísima muerte, con que fué redimido todo el linaje humano.

Guarda tu cama casta y limpia; no halle en ella entrada ni derecho aquel inventor de toda maldad y suciedad. Él desistirá, desesperado de todo lo que pretende, si te defiendes dél con la señal de la cruz, con agua bendita, con llamar el nombre de Dios, y principalmente con santos pensamientos y con firme determinacion de vivir bien y religiosamente.

Levantándote de mañana, encomiéndate en Jesucristo, al cual da gracias que no has sido vencido y oprimido aquella noche con engaños y envidia del malvado y cruel enemigo. Y acuérdate que como has dormido y despues has despertado, así nuestros cuerpos despues de la muerte han de dormir, y que Cristo los ha de resucitar cuando se mostráre juez de los vivos y los muertos; al cual con grandísima humildad é instancia ruega que él haga de manera que tú puedas pasar todo aquel dia en su servicio, sin perjudicar á nadie y

sin que tu bondad sea perjudicada; y que yendo amparado de piedad cristiana, te puedas escapar libre y salvo de tantas redes y lazos que por todas partes nos pone nuestro enemigo para hacernos caer.

A la santísima Vírgen María, benditísima de Dios, y á todos los otros santos y santas, hónralos y tenlos en veneracion y estima, y como amigos que son de Jesucristo, que vive para siempre en los siglos de los siglos.

Lee y oye atentamente y de buena gana y á menudo sus hechos y sus vidas, con veneracion y con ánimo piadoso, porque te aproveche para tomar ejemplo que imitar. No hables dellos, ó no pienses como pensarias de otros hombres, sino como de quien se han levantado ya sobre la cumbre de la naturaleza humana, y están allegados y ayuntados á la Divinidad. Mas como haya entre los hombres grandísimo parentesco, por la semejanza que todos tenemos, así en el cuerpo como en el ánimo, y como hayamos todos en esta vida sido criados con una mesma ley y un derecho, sin que por naturaleza tengan los unos más que los otros los privilegios que acá hemos inventado; y como Dios nos hiciese para que nos tuviésemos compañía y ayuntamiento, y que hubiese conformidad entre todos; para que ésta se conservase promulgó por la naturaleza una ley general: que nadie hiciese á otro lo que no querria que hiciesen con él.

El Reparador de la naturaleza, que andaba ya caida por el suelo, declaró que ésta era su sentencia y que aquí venía á parar su doctrina, poniéndola mucho más clara y más ilustre de lo que hasta entónces estaba. Porque para levantar á la naturaleza humana todo lo que en ella se sufre poderse levantar á semejanza de Dios, y para ponerla en el último punto de su perfeccion, no solamente mandó que nos quisiésemos bien los unos á los otros, sino que amásemos á los que nos aborrecian, porque fuésemos semejantes al Padre celestial, que ama á los que son sus enemigos, como lo declara cada dia con las mercedes infinitas que les hace, y que no tiene aborrecimiento con nadie.

Aun hay más, y es, que la naturaleza secretamente nos da á entender este mandamiento que Cristo declaró; pues vemos que la inclinacion de los hombres es tal, que quieren que les tengan buena voluntad aquellos á quien ellos aborrecen.

CAPITULO XI.

De la caridad.

El Maestro sapientísimo, que nos enseñó cómo habiamos de vivir, y nos lo declaró en fin tan sabiamente, como quien habia sido autor de nuestra vida, un singular precepto nos enseñó para vivir, que fué, que amásemos; sabiendo él bien que si amamos, serémos perfetamente bienaventurados, sin que tengamos necesidad para esto de otras leyes. No hay cosa más bienaventurada que amar, y por esto Dios y los ángeles son felicísimos, que aman todas las cosas; ni hay cosa más infeliz que aborrecer, por la cual pasion son los demonios malaventurados.

El verdadero amor todo lo iguala: donde él vive no *sufre que haya competencias*, no quiere nadie pasar el pié adelante, ninguno quiere tomar lo que es de aquel á quien bien quiere, pues se tiene persuadido que él goza de lo que posee el otro. No levanta zancadillas ni pleitos á su hermano, ni piensa que le injuria aquel á quien él ama. Así jamas piensa en venganza, ninguno tiene envidia de su amigo, ni se alegra con sus males, ni le carcomen los bienes que posee; ántes (como dice el Apóstol) se goza con los alegres y llora con los tristes; y esto no con fingimiento ni con disimulacion, sino verdaderamente de buen ánimo, porque el amor hace que todas las cosas sean comunes, y realmente tiene por suyo lo que es de aquel que ama.

El verdadero dechado de este mandamiento, que tenemos puesto delante de los ojos para que le podamos imitar, son las obras y la vida de Cristo; porque vino el Hijo de Dios, no solamente para enseñarnos con palabras el derecho camino de bien vivir, sino para allanarle él primero con su santísima vida, y llamarnos á que le sigamos, tomando dél ejemplo, para que abiertos nuestros ojos y alumbrados con la claridad de su claro sol, pudiésemos ver lo que era cada cosa.

Primeramente, habiendo pasado por una infinidad de trabajos, siendo ejercitado en todo género de paciencia, ¿qué templanza y moderacion nos mostró? Siendo él todopoderoso, siendo injuriado con tan grandes y recias afrentas, nunca volvió mala palabra; solamente seguia su intento de enseñarnos el camino por donde pudiésemos llegar á Dios, abominando del que de esto nos aparta. Sufrió ser detenido y atado el que solamente (como dicen) con hacer del ojo podia en un momento trastornar todo el mundo. ¿Con qué paciencia sufrió los falsos testimonios que le levantaron? Finalmente, de tal manera se hubo, que ninguno conoció su poder sino solamente en ayudar y socorrer. Siendo rey y señor de todo lo criado, por el cual el Padre hizo este mundo, ¿con qué sufrimiento permitió que le pusiesen é igualasen con la más soez y baja gente del mundo? ¿Cómo sufrió no tener cosa propia, y que á sus ministros, que él tanto amaba, viniesen á faltar mantenimientos? Siendo el Hacedor y Gobernador de toda la naturaleza universal, no se eximió de las faltas y daños de nuestra naturaleza humana. Tuvo hambre, sed, cansancio, tristeza y congoja. ¿Para qué pensais que de su voluntad se puso él en estos trabajos y los sufrió de buena gana, sino para darnos ejemplo? Tan amigo fué que hubiese paz y concordia, amor y caridad entre nosotros, que por respeto desto, tras ningun vicio dió más que tras la soberbia y tras los que della nacen, arrogancia, ambicion, porfías, desacuerdos, enemistades; mostrándonos que ni de las cosas exteriores ni de las del cuerpo no hay ninguna de que podamos tomar posesion por nuestra, pues todas son advenedizas y ajenas; ni áun de las interiores, ni de la virtud, pues Dios es el que las da, y las quita á los que con ellas se levantan, no conociendo la fuente y el principio de donde manan, y menospreciando á aquellos para cuyo provecho les hizo Dios merced dellas.

Y para acabar de todo punto de romper la soberbia, porque no se preciase nadie ni se alabase por estar súbdito á la religion, ni estuviese de sí muy satisfecho por guardar bien la ley, dijo: «Cuando hubiereis hecho

todo lo que os he mandado, decid: Somos siervos inútiles.»

Aquí veréis cuán grande es la locura de aquellos que se alaban de ser consumadamente cristianos, y se precian de guardar la ley más que otros, pues ninguno sabe de sí si hay en él virtud, ó si es digno de gracia ó aborrecimiento, ó si es más rico en virtud aquel á quien piensa que deja atras, ó si es llamado para el ayuntamiento de los santos, ó reprobado y desechado para miseria perpétua. Por esto mandó Dios que no juzgásemos los unos de los otros, pues todos somos ciegos y ignorantes de los retraimientos que hay en el corazon; y este juicio reservóle para sí, que sabe bien escudriñar el pecho; porque las cosas exteriores, que solamente nos están puestas á la vista, no son firmes, sino inciertas señales de lo que dentro yace.

No sea pues que por haber hablado una vez un hombre (como hacen muchos locos), ni por cien veces, no, ni por contínua conversacion que con él hayas tenido, dés resoluta sentencia de su ingenio, de sus virtudes y de sus vicios.

Grandísimos y obscurísimos son los secretos y ascondridijos que hay en el corazon humano. No hay vista de hombre que pueda llegar allá. Y pues Cristo con su muerte ganó y puso en libertad todo el linaje humano, y con tan inestimable precio le rescató y redimió de la servidumbre del demonio, no menosprecie nadie ni ose poner su ánima al tablero; pues fué tan grande el amor que nuestro Señor le tuvo, que se puso por ella á la muerte.

Nuestro Señor generalmente fué crucificado por todos, y particularmente por cada uno de nosotros. Tampoco tengas esperanza que se ha de servir Cristo de que tú aborrezcas á aquel á quien él ama. El Señor quiere que en esta moneda le paguemos: que así como él nos amó siendo siervos y malos y habiéndolo desmerecido, así amemos nosotros á aquellos en compañía de los cuales servimos al mismo Señor.

Aquí en esta vida dió principio al amor que han de tener los hombres los unos con los otros, y al que han de tener con Dios: quiero decir, que aquí puso el fundamento de nuestra bienaventuranza, y en el cielo la acabó y perficionó.

Así que, ésta es la vida y la gracia de Jesucristo, que en sabiduría excede y va de vuelo á todo humano ingenio; en razon y justicia es muy conforme y conveniente á los que algo entienden; con infinita bondad llama y atrae á todo el mundo.

No piense nadie que es cristiano, ni tenga confianza que Dios le ama, si tiene aborrecimiento con alguno, pues Cristo, sin exceptar á nadie, nos encomendó todos los hombres. Pues á quien Dios te encomendó, si él no lo merece, ámale tambien, porque Dios, que lo mandó, es digno que le obedezcas.

No bastan de suyo los ayunos ni abstinencias, ni las limosnas, aunque dés todo cuanto tienes á los pobres, serán bastantes para ponerte en la gracia de Dios; ni hay cosa que á esto baste, sino el amor que tienes á los hombres, segun su bendito apóstol lo enseña.

No veas hombre en el mundo á quien no pienses que has de tener en lugar de propio hermano, con cuya prosperidad no te regocijes, y te entristezcas con su adversidad, y á quien no procures de ayudar todo lo que pudieres.

No disminuya esta aficion ser de otra ciudad, ni ser de otra nacion, de otro parentesco, de otra profesion, ni de otro estado ó condicion. De todos nosotros Dios es solo padre; y así, siguiendo la doctrina benignísima de Cristo, cada dia le llamamos padre, y él nos reconocerá por hijos si nosotros tenemos por hermanos á todos los demas que él tiene por sus hijos,

No te desprecies de tener tú por hermano á quien Dios tiene por bien de tomar por hijo. Dios trajo la paz y concordia y amor. El demonio, astutísimo en tales tramas, urde bandos, inventa particulares provechos con daño ajeno, trama diferencias, porfías, riñas y guerras.

Dios, cuya santísima voluntad es que todos fuésemos salvos, comunica entre nosotros amor y bienquerencia. El diablo, que querria que fuésemos destruidos ó perdidos, siembra enemistades. La concordia hace que las cosas pequeñas se aunen y que crezcan. La discordia las deshace y destruye, por grandes que sean.

Los que trabajan de hacer paz firme y perpétua entre los hombres, ó de conservarla, serán (segun dice Cristo) llamados hijos de Dios. Éstos son los verdaderos pacíficos de quien él habla. Los que andan sembrando enemistades y procuran de despegar la caridad de los hombres, éstos son hijos del diablo.

La cosa más maldita que hay en las enemistades es, cuando la diferencia se viene á averiguar por las manos ó por fuerza, que es la que (si intervienen muchas gentes) llaman guerra, en la cual el hombre excede en fiereza á todos los otros animales. Sabed que no es cosa de hombres, sino de bestias, como el vocablo latino *bellum* lo declara y significa.

Desta abomina la naturaleza, que engendró al hombre sin armas, para mansedumbre y comunicacion y conformidad de la vida; Dios la maldice y abomina, que totalmente en todas maneras quiere y manda que nos tengamos caridad los unos á los otros.

Ni hay hombre que ilícitamente pueda hacer guerra á otro, ó perjudicarle y hacerle daño, sin caer en pecado.

Si hay alguno que piensas que te tiene mala voluntad, pon trabajo y diligencia en aplacarle luégo, de una manera ó de otra.

No dejes por ruegos, ni por humildad, ni por oro, ni por plata, ni por cosa desta vida, de estar bien con todo el mundo; que éste es el más breve camino que nos lleva á Dios.

No te burles de nadie, ni le escarnezcas: piensa que lo que á aquel vino podia venir á quien quiera; ántes da gracias á Dios que no te cupo á tí aquella suerte, y ruégale que no te venga; y al que así está afligido consuélale ó dale algun remedio; ó si no puedes, haz siquiera que conozca en tí buena voluntad.

De crueles es gozarse de los males ajenos, y no tener lástima de aquellos que son de tu mesma naturaleza.

Sé misericordioso con los hombres, y alcanzarás la misericordia de Dios. La fortuna y los casos humanos á todos son comunes; á cada uno de nosotros amenazan, y cada uno está sujeto á ellos. Con este amor que

debes á los hombres, el bien más conveniente que les puedes hacer consiste en procurarles el mayor bien nuestro, que es la virtud, y en trabajar de hacer á todos buenos, ó á los más que pudieres. No hay cosa más desconforme ni más desconveniente á amor, ni hay obrar más de enemigo, ni que pueda á otro más perjudicar, que es si, ó con persuasion ó con ejemplo, ó incitándole, ó de otra manera, le haces malo.

La mayor perfeccion es amar aunque seas aborrecido; mas muy más seguro es, y que dá mayor contentamiento, querer bien y ser bienquisto.

No hay más ciertas riquezas que las amistades firmes. No hay más segura guarda que tener leales amigos. El sol quita del mundo quien quita de la vida la amistad. Mas la amistad verdadera y firme y que ha de durar, solamente es entre los buenos, entre los cuales, como quieren un mesmo bien, muy fácilmente cuaja el amor.

Los malos ni pueden ser amigos entre sí, ni tener amistad con los buenos.

Para que te quieran bien, el más cierto y más breve camino es amar. No hay cosa que tanto pueda atraer á amar como el amor. Despues desto, lo que más atrae el amor es la virtud, que de suyo se hace siempre bien querer; tanto, que nos convida y trae á amar ánn á aquellos que nunca conocimos.

Casi las mesmas fuerzas tienen las señales de la virtud, como ser un hombre manso, moderado, vergonzoso, humano, bien criado, afable; si no dice ni hace nada en que dé muestra de arrogancia, de presuncion, de desvergüenza; si es dulce y blando y sencillo en todas sus cosas.

El consejo que antiguamente algunos gentiles dieron, debajo de una falsa prudencia, porque no diésemos del todo la rienda suelta á la amistad, que dice que te refrenes en el amor como si hubieses de venir á aborrecer, ó que así te hayas con tu amigo como si algun dia hubiere de ser tu enemigo, es como derramar ponzoña en la amistad. Mas aquello que añadieron es muy provechoso y saludable: «Aborrece como si hubieses de venir á querer bien.»

En la amistad no haya pensamiento de enemistad, ni creas que te puede ser enemigo aquel á quien tienes por amigo; que de otra manera la amistad será tan flaca, que andará colgada de un pelillo; en la cual ha de haber fe, constancia, simplicidad y llaneza; de manera que ni tú seas sospechoso, ni dés los oidos á gente sospechosa.

Créeme, que no se puede llamar vida la que pasan los sospechosos ó los temerosos, sino una larga y contínua muerte. No seas curioso en inquirir vidas ajenas ni en escudriñar lo que otros hacen; porque desto nacen muchas enemistades. Y los que esto hacen, por la mayor parte suelen ser descuidados de lo que les toca, teniendo demasiada solicitud en cosas ajenas.

Cosa es de hombres de poco entendimiento andarse tras conocer á otros, y no conocerse á sí mesmos.

No solamente has de amar á los hombres, mas has de reverenciar á los que es razon, y tratar con ellos con veneracion y honestidad y templanza; que en esto está mucho hacer el hombre lo que debe. No pienses que va poco en considerar en dónde, ó con quién, ó delante de quién estás.

CAPITULO XII.

De el respeto que hemos de tener á unos, y del buen tratamiento que se ha de hacer á otros.

Estando delante de las gentes haya templanza y moderacion y buen asiento en todo el cuerpo, y mucho más en los ojos y en el rostro; no haya muestra en él de presuncion ni de menosprecio; no haya gestos ni se muestre desvergüenza; haya serenidad y sosiego, que son señales de ánimo sereno y sosegado.

El verdadero atavío del rostro, que nos hace bienquisto, y que todos nos deseen favorecer, es la templanza y vergüenza; y así no hay nadie más aborrecido que el que la tiene raida. Bien podemos desahuciar aquel que ha perdido la vergüenza de hacer mal. Tampoco quiero que sea el rostro bravo, ni áun demasiado grave, que son señales de ánimo cruel y que se puede mal gobernar. No te rias á menudo ni dés grandes risadas; no salga la risa á burlar de nadie, ni pase á carcajadas.

Piensa que no hay cosa que te pueda dar tan grande placer, que te fuerce á levantar gran risada; mas para reir bien puede haber algunas causas, pero para burlar ó escarnecer no hay ninguna. Burlar de lo bueno es ilícito y es gran maldad, de lo malo es crueldad, de lo que ni es bueno ni malo es necedad. Mofar de los buenos es cosa contra religion, de los malos es cosa cruel, de los que conoces es fiereza, de los que no conoces es locura y liviandad; y finalmente, burlar de hombres es inhumanidad.

Los ojos estén graves y sosegados, las manos no prestas ni ligeras. No burles de manos; que de burlas vienen á las véras.

La verdadera honra, que nace de buena reputacion y acatamiento del ánimo, da solamente á los buenos; y á los que tienen oficio público ó de justicia, aunque no sean tales, hazles siquiera esta comun honra exterior; obedécelos aunque te manden cosas recias y graves y pesadas; que así lo quiere Dios, porque haya sosiego en la república.

Haz lugar á los que son ricos; ántes procura de contentarlos que enojarlos, por no los incitar á que hagan mal á tí ó á otros buenos.

Levántate y haz acatamiento á los ancianos; ten en reverencia á la edad y al conocimiento, uso y prudencia de muchas cosas que suele haber en aquella edad.

No seas escaso en hacer honra; no la tengas á peso, mirando cómo te la hacen otros, para dalles la mesma medida; ántes (como el Apóstol manda) procura de ganar por la mano. No saludar al que saluda, ó no volver buena respuesta á quien os habla cuando lo ois, ó es de barbaridad extremada ó de un flojo descuido.

¡Cuán poco es y cuán poco cuesta saludar, ser afable, ser bien criado, honrar á todos! y es de considerar cuán gran fruto da una cosa que tan poco cuesta, cómo por aquí os haceis bienquisto, cómo ganais muchas amistades; y por el contrario, cómo os traen todos sobre ojo, ó cómo perdeis las amistades que teneis ganadas, si sois en esto descuidado.

¡Cuán grandísima simpleza es no querer ganar la buena voluntad y amor de todos por una cosilla que tan poco cuesta!

Cuanto un hombre es de mejor casta ó está mejor criado, tanto es más manso y más afable á todos. Y así vemos que menospreciar á otros, tener hastío de hablar, ó hablar desabridamente, nace ó de bajeza ó de grosería ó de necedad. De aquí vino que la ciencia en que los hombres nobles y principales se criaban, ejercitando y puliendo sus buenos ingenios, la llamaron ciencia de humanidad. Si á vos no os saludan ó no os responden, pensad que ántes lo dejan por descuido y poca consideracion que porque os tienen en poco. Si os hablan desabridamente, ó si no os dan la honra que os parece que se os debe, atribuidlo ántes á la ruin costumbre ó mala condicion, que á mala voluntad; glosando las cosas de esta manera, viviréis descansada, alegre y santamente; porque así á todos querréis bien, y no pensaréis que nadie os ha ofendido ni hecho agravio.

Un dicho es muy antiguo y usado, que dice: «Si quieres ser verdadero, no seas sospechoso»; que por palabras nuevas podriamos mudar en un dicho, que todos antiguamente sintieron: «Si quieres vivir sosegado, no seas sospechoso.»

Mira que ni en el semblante, ni en dichos ni en hechos no parezca que menosprecias á nadie. Si eres ménos que otro, ¿cómo quieres que quien está puesto más adelante sufra que tú le menosprecies? Si eres más que él, ¿por qué por menospreciarle te quieres hacer dél malquisto?

No hay nadie que pueda sufrir el menosprecio; porque ¿quién hay que piense de sí que es tan bajo, que merezca ser menospreciado?

Muchos trabajan por no venir en menosprecio; mas al respeto muchos más trabajan de vengarse si los habeis tenido en poco. No hay nadie tan poderoso, á quien la fortuna alguna vez no le traya á tener necesidad de gente comun. Allende de todo esto, ninguno á quien Dios toma por hijo merece ser menospreciado, si ya no vienes tambien á menospreciar en esto el juicio de Dios. Y muchas veces, si mirásemos con buenos ojos á los hombres que andan echados por los suelos, pisados de las gentes, hallariamos entre ellos quien mereciese ser honrado, acatado y casi adorado.

CAPITULO XIII.

De las palabras.

Dios dió la lengua á los hombres por instrumento con que se comunicasen y se allegasen en compañía los unos con los otros, á la cual nuestra naturaleza nos llama y atrae.

Ésta es causa de grandes bienes y de grandes males, segun que cada uno usa della; y así muy sabiamente la comparó el apóstol Santiago al timon de el gobernalle de una nao: hémosle de tener la rienda y hémosle de poner freno, porque ni perjudique á otros ni á sí mesma.

No hay cosa que más presto nos haga estropezar en el pecado, ni que más ligeramente nos haga caer en él de ojos.

Ni digas á nadie mala palabra; no le maldigas; no le perjudiques ni en hechos ni en palabras, ni en cosa que le pueda tocar en la honra.

No sueltes la lengua con desvergüenza, ni la desenfrenes, ni te vayas (como dicen) de la boca, aunque te hayan dado ocasion para ello; que si así lo haces, delante de Dios, y áun delante de hombres cuerdos, más te perjudicas á tí que aquellos de quien dices mal.

Responder á una mala palabra con otro denuesto es como querer limpiar alguna cosa sucia con lodo.

Amenazar es cosa de mujeres bajas y malas.

No seas tan sentido ni te hagas tan delicado, que te traspase una palabrilla.

Guárdate de procurar de parecer bien hablado en maldecir ni en afrentar á nadie; que en el mal de tu prójimo más valdria que fueses mudo.

No seas muy curioso en reprender, sólo en mirar que no haya que tachar en tí.

Reprendiendo alguna cosa con razon, no uses de palabras recias ni ásperas, ántes mezcla en ellas alguna virtud dulce, que temple y mitigue el desabrimiento que de suyo trae la reprension. Mas no sea de tal manera, que la ablandes tanto, que se pierda el provecho de la correccion ó que caigas en lisonja.

Feo vicio es la adulacion, torpe á quien la dice, dañosa al que la oye. Has de tener por cierto que no hay cosa en el mundo tan grande, que sea bastante á hacerte torcer de la verdad. No han de bastar las riquezas, ni el parentesco, ni amistad, ni ruegos, ni amenazas, ni miedo de la muerte, ni peligro cierto, para sacarte de la verdad. Desta manera ganarás autoridad y crédito y será estimado todo lo que dijeres; de otra manera, todos te menospreciarán, y áun juzgarás que no mereces que te oigan.

Tu hablar sea templado, modesto, bien criado; no áspero, ni rústico, ni como de hombre que sabe poco. Tampoco en el hablar ha de haber demasiado cuidado ni afectacion; que pues hablamos para que nos entiendan, no hemos de hablar de manera que hayamos menester intérprete.

No tomes autoridad de hablar cosas que pese á las gentes de oirlas; ni sea tu plática reprendedora, ni áspera, ni blanda, ni afeminada, ni lisonjera.

Hay una cierta mediania, en que podemos nosotros guardar nuestra reputacion y la de otros. Hémonos de guardar de desvergüenza ó suciedad en las palabras, como de ponzoña. No seas muy presto en el hablar; sigan las palabras al pensamiento; no se adelanten jamas, ni respondas ántes de entender bien la materia que se trata, ni ántes de tener bien entendido lo que dijo ó lo que pensó aquel con quien hablas.

No hemos nosotros de tomar la licencia que Tulio daba á Atico, cuando le rogaba que si no sabía otra cosa, que á lo ménos le escribiese lo que primero se le viniese á la boca. Esta licencia pudo solamente darse á una persona tan dulce, tan sábia, tan moderada y tan bien hablada como fué Atico; y lo más seguro sería no usar jamas della; porque áun cuando más descuidados estamos entre amigos, no ha de faltar un cierto respeto de no decir cosa que pueda ser principio de romper la amistad.

¡Cuán fea cosa es y cuán peligrosa decir algo que despues nosotros mesmos, maravillados della, nos preguntemos qué és lo que habemos dicho!

Nuestro Señor Jesucristo, sabiendo que del mucho hablar salen muchos males, y principalmente males que son contra el principal capítulo de la ley, que son riñas, discordias, enemistades (porque miremos bien lo que decimos), nos dijo y amenazó que aquel dia en que ha de ser examinado y juzgado el mundo hemos de dar cuenta de toda palabra ociosa.

Por esto el salmista, rogando á Dios que le guarde de hablar mal, dice: «Pon guarda á mi boca y un candado á mis labios.» Guárdate de ser boquiroto, ni largo y demasiado en el hablar: no te lo quieras tú decir todo; que todos han de hablar á veces, aunque platiques con gente necia ó baja. Tampoco seas muy pesado ni tardío en el hablar, ni te escuches contentándote de lo que dices, pareciéndote cada palabra de las tuyas una rosa.

Estando entre hombres sabios y prudentes, mucho mejor es oir que hablar; mas lugares hay en que es tan gran tacha callar, como fuera hablar cuando no cumple. No hay deleite en el mundo que se pueda comparar con el que se toma en hablar y conversar con un hombre sabio y bien hablado.

No seas importuno en preguntar, que es cosa pesada y enojosa. Sabe que dice Horacio: «Huye de los que preguntan á menudo; que no pueden dejar de ser parleros.»

No seas en tus pláticas porfiado, ni te dés mucho por defender todo lo que dices; que si te responden la verdad, luégo callando la has de reverenciar y acatar como cosa divina.

Si no te responden conforme á la razon, disimúlalo, siquiera por amor de un amigo, ó por amor de guardar tú la templanza que debes, principalmente si no es cosa que perjudica á buenas costumbres ni á la religion.

Toda porfía es demasiada cuando no se espera della sacar algun provecho.

Parece que naturalmente todos se van á oponer contra los hombres arrogantes, que se precian mucho, ó que son soberbios. Ni hay nadie que pueda sufrir la autoridad, aunque sea en varones señalados y que la merezcan, si anda acompañada con menosprecio.

No sean tus palabras pregoneras de tu saber, ni muestres lo que sabes con hablar; mas tus obras sean tales, que ellas de suyo lo declaren.

No pienses que todos huelgan de oir lo que te huelgas de decir.

Guarda de hacer cosa que hayas de tener cuidado de encubrirla, ó que te haya de poner en cuidado si se sabe; mas si por ventura la hubieses hecho, mira no la descubras á nadie. Lo que quieres que otros no digan, tú lo has de callar primero; y si lo dices, mira bien y torna á mirar de quién te fias; que cosas acontecen que á gran pena se pueden fiar de un amigo. Cuando te descubrieres á él, mira no mezcles alguna gracia; que hartas veces se descubren secretos por contar un dicho.

El secreto que pusieren en tu pecho guárdale con mayor lealtad que si te hubiesen fiado un gran tesoro.

No hay cosa segura en esta vida, ni de que nos podamos fiar, si no se guarda la fe que se debe á los secretos.

Lo que hubieres prometido mira que lo cumplas, por cosa recia ó difícil que te sea; á lo ménos, á no hacer nada, has de hacer que te quiten la palabra que has dado; y si no te la sueltan, en ninguna manera dejes tú de quitarla cumpliéndola.

No seas importuno en demandar lo que te han prometido; juzga siempre con mayor rigor de tus cosas que de las ajenas.

Mira que has de pensar que todos tienen sentido, razon, entendimiento y juicio. No pienses que con palabras les podrás persuadir que es bien hecho lo que es malo, ni al reves. No tengas esperanza que se ha de engañar nadie con cosas fingidas, cubiertas y coloreadas; que á la fin todas estas cosas vienen á luz, y parecen tanto más feas y son más aborrecidas, cuanto primero habian sido más solapadas y secretas.

Porque cuanto mayor ha sido el engaño, tanto despues de sabido nos da mayor enojo.

Por esto es mucho mejor que vayan todas nuestras cosas, á la clara, llana y sencillamente.

Porque, aunque algunas veces parece que no es recibida la verdad al principio con buen rostro, mas despues poco á poco viene de suyo á hacerse bienquista; tanto, que cuando lo conocemos, no hay cosa que más queramos ni con que más nos holguemos que con ella.

Bien acaece que la verdad parece que anda en grande tormenta y en peligro de perderse; pero á la fin jamas se anega.

Tambien habeis de mirar cuán vano es y cuán de poco tomo el provecho que se gana con mentiras, y cuán poquito dura; mas si la verdad trae algun desabrimiento ó perjuicio, presto se acaba.

Huye pues de la mentira como de la cosa del mundo que más estraga las costumbres; que cierto no hay ninguna más baja en la naturaleza humana que es ésta, que nos aparta de Dios, y nos hace semejantes y siervos del demonio.

Y al cabo, tarde ó temprano la mentira ha de ser tomada á manos, y con gran afrenta vuelve á dar en rostro á quien la inventó ó entretuvo. ¿Qué cosa más menospreciada ni más vil que un mentiroso? Si te toman por tal, nadie te creerá, aunque digas la mayor verdad del mundo. Si te tienen en opinion de verdadero, más creerán una cosa cuando hicieres de cabeza señalando que es así, que si otro con grandísimos juramentos la afirmase.

Si quieres nunca contradecir, y que en tus palabras haya siempre constancia, no tienes necesidad de memoria para acordarte de lo que otras veces has dicho, sino de decir siempre cosas que tú creas que son verdaderas.

Siempre la verdad conforma con la verdad; mas la mentira ni cuadra con la verdad ni con la mentira. Mas, si quieres creer siempre la verdad, no creas sino lo que tiene en sí apariencia de verdad.

Y no seas sospechoso; que bien dicho está aquel comun dicho: «Si quieres ser verdadero, no seas malicioso.» Desventurado de aquel que se mete en cosas

de donde no se puede escabullir sino mintiendo. No tengas por costumbre de jurar; que el sabio dice: «Quien mucho juráre será lleno de maldad, y nunca dejará Dios, nuestro Señor, de enviarle azotes.»

Y el Señor en su Evangelio nos manda que no digamos sino: «Así es», ó «No es así.»

Grandísima es la reverencia que se debe á Dios; no le hemos de traer á cada paso ó por cada nonada por testigo, ni se ha de hacer sino contra nuestra voluntad y por fuerza.

Quien fácilmente jura en las cosas de véras, ligeramente jurará burlando; y quien acostumbra á jurar en cosas de burlas, no está en dos dedos de jurar mintiendo.

Los que te han de creer, tan bien creerán jurando como no jurando; los que no, cuanto más jurares, te tendrán por más sospechoso.

CAPÍTULO XIV.

Cómo nos hemos de ayudar los unos de los otros.

Siendo nuestro intento, como ha de ser en general, de hacer bien, y que nos ayudemos los unos á los otros, hase todavía de hacer alguna diferencia entre los hombres; que son unos como de nuestra casa, otros son nuestros conocidos, á otros no los conocemos. De nuestra casa llamo á todos los parientes, deudos y allegados, y á los que están en la misma casa y familia. A todos hemos de querer bien; tanto, que áun con los que nunca conocimos y con los que nos son extraños nos hemos de haber de tal manera, que se conozca que tenemos una general amistad con todo el mundo, y que á todos tenemos buena voluntad.

Mas no has de ser uno con todos; ántes ha de haber gran discrecion en juzgar cómo nos hemos de haber con los unos, y cómo con los otros. Con unos te has de aconsejar, á otros has de obedecer y seguir, á otros has de honrar y reverenciar, á otros has de pagar el bien que te han hecho, principalmente si con diligencia y lealtad te han hecho alguna buena obra ó si han entendido en tus cosas.

En lo cual la voluntad se ha de recibir por hecho; que en poco menor grado está el que procuró hacernos algun bien que el que lo hizo. Si alguno ha trabajado en tus cosas, no se lo agradezcas ménos que si te hubiese dado dineros.

Que no pienses que es ménos entender con buena voluntad y diligencia en cosas ajenas, que dar dineros; ántes se ha de estimar en tanto más, cuanto preciamos más nuestro cuerpo que el dinero.

No esperes á que tu amigo venga á descubrirte su necesidad; tú la has de oler y salirle al camino á ayudar. Ataja la plática cuando te piden algo justamente; otórgalo sin pesadumbre ántes que te lo acaben de pedir.

A tus padres no solamente los has de amar, mas despues de Dios, los has de reverenciar singularmente, y obedecer sus mandamientos como preceptos divinos; creyendo (como á la verdad es) que para contigo ellos en la tierra te representan á Dios, y que no hay nadie que te quiera más ni que tenga más cuidado de tus cosas.

En el segundo lugar, despues de éstos, has de tener á tus maestros, á tus ayos, á tus tutores, y finalmente á aquellos que han tenido cargo de tus costumbres, que son la cosa más preciosa y más excelente que hay en el hombre.

Ámalos y hónralos como si fuesen padres, obedécelos con humildad, alegría y presteza, pensando que lo que te mandan no lo mandan por su provecho, sino por el tuyo. Y pues esto es así, muy malas gracias les darás tú si, desvelándose ellos por hacer bien, en lugar de tan buena obra, les pagas en aborrecerlos ó en ser rebelde y porfiado con ellos.

Cree que te ama quien con amistad te reprende, y que jamas daña la reprension, aunque sea de tu enemigo; porque si dicen la verdad, muéstrante de qué te has de enmendar; y si no, enséñante de qué te has de guardar; y así no puede faltar de hacerte mejor ó más avisado.

Cuando piensas tomar á alguno por amigo, examina y conoce primero muy bien sus costumbres, y sabe cómo se ha habido con otros amigos; porque no entres en amistad que te pese de haberla tomado. No tomes conversacion ni amistad con hombre de quien los buenos se apartan, ni con quien conversa con ruines.

Huye de los que no se aficionan á tí, sino á tus bienes, como son truhanes y chocarreros, con cuya conversacion no puedes dejar de recebir mancilla en tus costumbres, ó caer en gran peligro.

Apártate de los que tienen envidia á la prosperidad de sus amigos, y de los que, ó por ser graciosos y no perder un dicho, ponen algunas veces la vida, otras veces la honra ó el secreto de su amigo al tablero, ó por ser parleros, se les suelta de la bóca lo que con gran cuidado habrian de encubrir. Sobre todo huye de los que por cada nonada andan buscando ocasiones de reñir, y que por una rencilla de poca importancia toman grandes enemistades, y se quieren más vengar de las personas á quien otra vez han querido bien, que de las que nunca conocieron, ó siempre han aborrecido, con una bárbara y diabólica persuasion, que tienen creido que han de sufrir ménos la injuria de su amigo que de su enemigo, en lo cual muestran claramente que nunca supieron qué cosa era bien querer; que si lo supiesen, no se tendrian tan presto por injuriados. A los tales, cierto mejor es tenerlos por enemigos que por amigos, ó á lo ménos no los conocer ni conversarlos.

Sé tardío en tomar amigos, y constante en guardar la amistad.

Los familiares que escogieres, no sean los que te pueden dar mayor placer, sino los que más te han de aprovechar; no personas que hablen á favor de paladar, sino lo que más cumple; no que lisonjeen, sino que digan la verdad.

Si te acostumbras á abrir las orejas á lisonjas y á cebarte en ellas, jamas oirás verdad.

Dos malas bestias son las que en nosotros hacen más estrago: la una fiera y brava, que es la envidia; la otra mansa y doméstica, que es la adulacion.

Cuanto hemos de preciar y de querer la sabiduría y la virtud, tanto hemos de aborrecer y maldecir de la lisonja, que nos estorba que no lleguemos á ser sabios

ni buenos, dándonos á entender que ya lo somos, y tanto nos hemos de holgar con la amonestacion que nos hace que lo seamos, mostrándonos cuanto nos falta, y por dónde y cómo lo hemos de alcanzar.

Ya que tan de mal se te hace que otro te reprenda, mira no hagas cosa que merezca reprension.

Desventurado el hombre que no tiene quien le amoneste cuando tiene necesidad dello.

Huye de la conversacion de los malos como de los que están heridos de peste; que no ménos se ha de temer que se pegue el un mal que el otro; si ya tú no fueses tal, que tengas confianza que los podrás enmendar con tu conversacion. Mas guarda no sea demasiada esta confianza que de tí tienes, porque nuestra naturaleza se va hácia el mal cuesta abajo; mas el camino de la virtud es cuesta arriba y es muy alto.

Considera y examina bien quién eres, y de dónde y de qué estado, y hallarás que no hay cosa en tí por que tú hayas de tener más licencia de hacer mal que los otros.

Cuanto mayor fuere la licencia que tú tienes por uso ó por costumbre, tanto has de refrenar más tus antojos.

Sé afable y bien criado con los que son ménos que tú; ten acatamiento á los que son más; con tus iguales sé fácil y conversable, de tal manera, que donde interviene vicio guardes siempre tu entereza y rigor.

No se te haga muy de mal de que quien puede más que tú te menosprecie: cree que esta tacha más está en la fortuna que en el hombre.

Si otro que puede ménos que tú te enojáre, no lo has de tomar luégo por afrenta, sino echarlo á una cierta libertad, que nació de la confianza de tu humanidad.

Tambien has de pensar que eres demasiado delicado si cuando te tocan en un pelo te parece que te dan gran golpe.

No creas que tú solo eres hombre, y que los otros son bestias, que no han de osar chistar; hombre eres, vive en ley igual con los otros hombres.

Mas si eres más sabio ó mejor, tanto más debes perder de tu derecho, y darle á otros, que ó son más simples ó más flacos. Sé más rigoroso contigo, y no quieras que tan ligeramente te perdonen; pues la sabiduría y virtud te han hecho tan constante y fuerte.

Si no excedes en virtud, ¿por qué quieres parecer mejor que otros? Y si lo eres, ¿cómo no les llevas ventaja en moderar tus pasiones?

Sin comparacion es muy menor mal recibir agravio que agraviar á nadie; ser injuriado, que injuriar; y mejor es que otros te engañen á tí, que no que tú engañes á nadie; como áun por la sabiduría humana lo vinieron á alcanzar los gentiles, como fueron Sócrates, Platon, Aristóteles, Séneca.

Ten en memoria que es cosa de hombres y conforme á la flaqueza de nuestra naturaleza humana recibir engaño ó errar. Por eso no tomes tan á mal los pecados que otros hacen, ni te agravies tanto de el error que cometieron contra tí.

De ánimo generoso es perdonar; mas guardar el enojo es de hombres recios y crueles, de ruin casta y bajos; lo cual áun la naturaleza nos lo muestra en los mudos animales.

Y pues Dios ninguna cosa hace más veces ni de mejor gana que perdonar, ¿quién será tan loco, que no diga que la más hermosa y excelente obra que podemos hacer es ésta, con que tan cerca nos allegamos á la naturaleza de nuestro sumo y poderoso Dios?

Así te debes de haber con los hombres, como querrias se hubiese Cristo contigo. Y cierto es mucha razon que tú perdones á los hombres de tal manera, como tienes necesidad que Dios te perdone semejantes ofensas ó muy poco menores.

No hay mejor oracion, ni que más fuerza tenga delante de Dios, que aquella que nos enseñó Jesucristo, su hijo, nuestro Redentor y Señor, por lo cual se llama la oracion del Señor.

Pues mira que esta tal oracion no la puedes decir con sencillo y verdadero ánimo si de todo corazon no perdonas al hombre todo cuanto pides que Dios te perdone á tí. Con esta condicion se nos perdona una deuda grandísima, con que nosotros perdonemos otra muy pequeña.

Todo junto cuanto un hombre puede pecar contra otro, no se puede traer en comparacion con los pecados que cada uno de nosotros comete en cada punto contra Dios, porque la diferencia es tan grande de lo uno á lo otro, cuanto va de Dios á un hombre.

Si estás enojado con alguno, haz, segun te aconseja el Apóstol, que no se caiga el sol ántes que tu enojo.

Cuando te hayas de ir á acostar desnuda de tu ánimo las rencillas, enojos, ofensas, codicias, congojas y pasiones, para que con ánimo concertado y sosegado te puedas entregar en el dulce reposo.

Si una vez has perdonado, procura que aquel que perdonaste sienta que lo hiciste de buen corazon y lealmente, de manera, que ni te acuerdes más de lo pasado, y te conozca por amigo en todo lo que le pudieres ayudar y aprovechar.

Si otro te ha injuriado, guarda por amor de Dios no pretendas tú tomar venganza por tu mano ni por mano ajena. Mira que no tienes tú libertad, ni te toca á tí vengarte de quien es siervo de otro, ó por mejor decir, de aquel que sirve al mesmo señor que tú: cata que haces injuria á tu señor si no le dejas á él el conocimiento y juicio de la causa que ha pasado en su casa, y entre vosotros que juntamente le servis.

Y pues no hay duda de que Dios es Señor de todo el universo, todos somos siervos suyos, bástete á tí que tus quejas lleguen delante de su acatamiento; y áun más te digo: que sería mejor que tú no las llevases, porque el ojo del Señor ve todas las particularidades que pasan en el mundo, y segun dice la Escritura sagrada: «Él conoce al que hace la injuria y al que la recibe.»

Por esto dice Dios: «Dejad á mi cargo el castigo; que yo pagaré á cada cual lo que merece.»

Porque, como la injuria esté en la intencion del que la hace, y no en la obra, solamente Dios puede ver la intencion y voluntad, y saber el justo castigo que se debe, y él solo puede darle.

Más nosotros, ciegos por la mayor parte, tomamos por injuria aquella que no lo es, segun que estamos apasionados con lo que deseamos, y esta pasion no nos

deja examinar con buen tino lo que hay en cada cosa; ántes desatinados, nos lleva por mil despeñaderos.

CAPITULO XV.

De cómo nos habemos de haber con nosotros mesmos.

Conviene que cada uno no solamente se ame y se quiera bien, sino que se tenga veneracion y respeto tal, que le haga tener vergüenza de sí mesmo, si piensa hacer alguna cosa neciamente, ó sin prudencia ó sin vergüenza, ó mala contra las gentes ó contra Dios.

Pues Dios te hizo esta merced de darte conciencia, que consiente con el bien y reposa en él, no pierdas tan señalado dón como éste. Estima en más lo que calladamente juzga tu conciencia que las voces de la loca y necia muchedumbre: no te dejes llevar por ella; que así como alaba y precia lo que no sabe que es, así condena y desecha lo que no conoce.

La conciencia es la que si está turbada y desasosegada trae grandísimos tormentos en el ánimo; y cuando está sosegada y en reposo, áun estando en la tierra, nos pone en bienaventuranza, á la cual no se pueden comparar riquezas, ni tesoros, ni señoríos, ni reinos. Y esto es lo que nuestro Señor en el Evangelio promete á los suyos, que áun en esta vida les dará bienes mucho mayores que los que por él dejaren; pues los unos nos ponen en miseria, ó á lo ménos no bastan para sacarnos della, y los otros de suyo nos hacen bienaventurados.

La fama ni puede aprovechar al malo, ni dañar al bueno.

Un muerto ¿qué lleva de la fama más que lleva una pintura de Apéles muy loada, ó que un caballo que fué vencedor en la Olimpia?

Y áun al vivo no le sirve de más que esto, si él no sabe lo que dél se dice; y si lo sabe, todo lo que sirve es, que el sabio lo menosprecia, y el que es ignorante se contenta y agrada de sí mesmo, y se ensoberbece.

La conciencia da verdadero y firme y duradero testimonio de lo que es cada uno; y este testimonio es el que valdrá delante el juicio de Dios, que no los dichos de las gentes. La conciencia es gran maestra para enseñarnos á vivir; y como dijo uno muy bien, «es muro de metal», con el cual solo defendidos y amparados, estamos guardados y seguros, sin recelo de los innumerables peligros desta vida. No hay espanto que baste á moverle; porque está clavado en Dios, y en él sólo tiene su confianza, y conoce que dél tiene muy particular cuidado aquel á quien todas las cosas obedecen.

Torpe cosa es que otros te conozcan, y que no te conozcas tú á tí.

Cómo no basta que sepas tú lo que eres? y lo que es de estimar en más que todas las cosas desta vida, no te basta que lo sepa Dios?

Mas los que menosprecian el dicho de las gentes, y se descuidan de la fama por poder pecar más sin miedo y sin cuidado, éstos ya en dos maneras son malos; porque no tienen respeto á Dios ni al mundo, y hacen muy gran agravio y injuria á su conciencia, de la cual se burlan y escarnecen, menospreciando la fama para dar mayor libertad á su conciencia, la cual más desbocada corre por los vicios no la refrenando el respeto de las gentes.

Amar cada uno á sí mesmo (hablando propiamente y como hemos de hablar) es con todas nuestras fuerzas trabajar, y con grandes y muy continuos ruegos pedir á Dios que la parte excelentísima de nuestro ánimo esté adornada y aderezada con sus verdaderos y propios atavíos, que es con religion.

No se ha de hablar, ni se puede decir que se ama á sí, el que ama las riquezas, la honra, el deleite, ni finalmente el que ama cuantas cosas exteriores hay, ni á su mesmo cuerpo, pues la parte principal del hombre es la mente.

Ni se ama tampoco el que por no se conocer se engaña ó se deja fácilmente engañar de otros, y algunas veces se goza, dándose á entender que hay en sí bienes que ó él no tiene, ó no son tales.

Este tal amor no le puede el hombre llamar amor de sí mesmo, pues que él mesmo no es otra cosa que su ánimo; llamarse ha amor del cuerpo, sin consejo, ciego, bravo, dañoso y pernicioso para sí y para otros.

El cual no sin razon Sócrates declaró ser principio y cabeza de todos los males; porque éste es el que tirando para sí más de lo que cumple, quita y desata la caridad que habia de haber entre los hombres; y esto habria siempre cada uno de pensar y considerar continuamente, porque de aquí nace todo cuanto mal hay en el mundo.

Que claro está que quien de esta manera se ama, ni él puede querer bien á nadie, y siendo particular para sí, cómo ha de ser amado?

Quien es soberbio no se puede acordar con los mansos, y mucho ménos con otros soberbios.

Nuestro Salvador Jesucristo con un breve documento nos declaró qué cosa era amarnos y qué cosa era aborrecernos, diciendo: «Quien aborrece á su ánima, no regalándola en estas cosas de fortuna y perecederas, este tal verdaderamente la ama y desea su salud; mas el que la ama regalándola en cosas ajenas, éste la aborrece y quiere su perdicion.

¿Quién (si no está del todo fuera de entendimiento) dejará de sufrir, ó huirá de un poco de trabajo por un premio eterno y celestial; pues áun estas cosas perecederas y frágiles no se alcanzan sin trabajo? ¿Qué género de vida escogerás, que no esté llena de cien mil fatigas? Y tanto más, cuanto se apartáre más desta que mostramos.

Entra, entra con buen ánimo en trabajos; no rehuyas, que por ninguna parte te podrás escabullir; que ésta es la ley de los que tienen á Adan por padre, que trabajen, y ésta es la maldicion de los que son hijos de Eva, que se aflijan. Mas mira que por donde piensas huir del trabajo, por allí te vas á anegar en él.

Y pues así como así en esta vida hemos de pasar trabajos, ¿cuánto mejor es emplearlos en cosas que nos han de dar bienaventurado y perpétuo galardon, que no en éstas que en la presente vida nos dan premio tan bajo y tan vil y que tan presto se desvanece en el aire, y en la otra nos ponen en perpetuos tormentos y tristezas?

Cuanto más, que el hacer bien es cosa de ménos

trabajo, y trae consigo muy menor peligro y muy menor cuidado que hacer mal; porque el pecado siempre anda acompañado de temor y de congoja, y siempre le sigue el arrepentimiento.

El pecado es muerte en el hombre, y quien peca, mucho más mal sufre que quien pierde esta presente vida. Mucho más es pecar que perder la cabeza; porque es apartarse de Dios, que es nuestra vida, y del sosiego de la conciencia, que es la cosa más bienaventurada que tenemos.

Las tachas del pecado y las mancillas que deja en el alma, lávalas con lágrimas y con penitencia y con oracion, invocando la divina misericordia, poniendo gran confianza en ella.

Con muy gran atencion y con muy particular cuidado hemos de huir las causas y las ocasiones de pecar, que, como dice el Sabio, «quien ama el peligro perecerá en él.» Y el diablo siempre está esperando sus ocasiones y coyunturas para nos acometer, de miedo de lo cual, jamas hemos de estar ni áun un punto sin cuidado.

Siempre hemos de guerrear con él; que bien dijo Job: «La vida de un hombre es una contínua guerra en la tierra.»

Y como el enemigo sea tan poderoso, de tanta fuerza, tan recatado, astuto, antiguo, y tan ejercitado, y haya en él tanto poder y tanta arte, no hemos de pensar que ni por razon ni por arte ni por fuerza nuestra hemos de poder igualar con él, cuanto más vencerle; por esto, desconfiando en nosotros, hemos de acorrer á Dios á demandar su ayuda.

Por esta causa nuestro Señor y Maestro muchas veces mandó á los suyos que orasen, y que con muy gran devocion y hervor le pidiesen á Dios, nuestro redentor y padre, que no consintiese que fuesen traidos en tentacion, que es en batalla, en que hubiesen de pelear con el diablo.

Y en la oracion que el mesmo nos enseñó, el remate es: «No permitas, Dios y Señor nuestro, que seamos tentados; mas líbranos del malvado demonio, que siempre nos está asechando.»

Estemos pues como si estuviésemos ya puestos en el escuadron, el ojo alerto, las haldas en cinta, vivos, despiertos, y no dejando jamas perder nuestras ocasiones.

Y pues esta vida huye con tanta presteza, siendo su fin tan incierto, que no hay quien se pueda asegurar un dia, es cosa de locos y de grandísimo peligro alargar nuestra esperanza á plazo largo, y dilatar hacer nuestros aprestos para en la jornada que hemos de pasar, á la cual cada momento nos llaman y emplazan, no sabiendo cuándo nos han de poner en el camino por donde forzosamente habemos de ir, agora nos pese, agora nos plega. Por lo cual sea nuestro ejercicio aparejar y ganar un tesoro para la otra vida, en que no pase dia que no añadamos algo; porque estando con él aparejados y confiados, nunca por nuestro descuido y flojedad nos tome desapercibidos la muerte, sino aparejados para la partida, estando ya hartos de las cosas deste mundo, y llevando para la otra delante en nuestras manos grande y firme esperanza de la vida que hemos pasado inocente y santamente, mediante la fe de Jesucristo, Hijo de Dios, y la religion y piedad que él mesmo nos enseñó; que ésta fué la mayor y más singular y excelente merced que pudo el hombre recibir de Dios, por la cual venimos en conocimiento dél, y cuanto un hombre mortal puede, le imitamos, seguimos y alcanzamos.

Si no fuese por esto, ¿qué cosa sería el hombre, sino un animal como los otros, que sin seguir el camino de la razon, sin saber por qué ni para qué, se van por donde los piés los llevan? ¿En qué les llevarian ventaja, sino en ser en su brutalidad inmortal?

Así como se ha de estimar en más un dia de un hombre que vive por razon, que la vida larguísima de un cuervo ó de un ciervo, así se ha de apreciar más un dia pasado en servicio de Dios y en religion, que es en vida divina, que todo el siglo eternal junto, habiendo de ser sin conocimiento y amor de Dios.

«Ésta es la vida eterna (dice nuestro Señor Jesucristo), que conozcamos al Padre, y á Jesucristo, su unigénito Hijo, que él envió.» Éste es el camino de la perfeta y cumplida sabiduría, en la cual el primer paso es conocerse el hombre á sí mesmo; el último, conocer á Dios.

DEL SOCORRO DE LOS POBRES,

ó

DE LAS NECESIDADES HUMANAS.

JUAN LUIS VIVES

Á LOS CÓNSULES Y SENADO DE LA CIUDAD DE BRUJAS (1), SALUD.

«Es obligacion del peregrino y extranjero, dice Ciceron, no ser curioso en una república extraña.» Es verdad; porque al paso que el cuidado y consejo amigables no pueden reprobarse, es aborrecible en todas partes la curiosidad en cosas ajenas; bien que por otra parte la ley de la naturaleza no permite que sea ajeno del hombre lo que conviene á los hombres, y la gracia de Cristo ha unido á todos entre sí estrechamente, digámoslo así, como betun celestial el más tenaz y sólido; mas dado qué algo nos sea ajeno, el negocio presente no es de esta calidad para mí, que tengo á esta ciudad la misma inclinacion que á mi Valencia; y no la nombro con otra voz que *patria mia*, porque há catorce años que habito en ella, en cuyo tiempo, aunque haya interrumpido mi residencia algunas veces, otras tantas me he vuelto aquí como á mi propia casa.

Me ha agradado la conducta de vuestro manejo y administracion, la educacion y civilidad de este pueblo, y la increible quietud y justicia que resplandecen en él, y las gentes aplauden y celebran. En efecto, aquí me casé; ni de otra suerte quisiera que se procurase el bien de esta poblacion, que como el de una ciudad en que tengo resuelto pasar el resto de vida que la benignidad de Cristo me concediere, y de la que me reputo ciudadano, mirando á los demas como hermanos mios. Las necesidades de muchos de ellos me obligaron á escribir los medios con que juzgo se les puede socorrer; asunto que en Inglaterra me habia rogado emprendiese, mucho tiempo há, el señor Pratense, vuestro prefecto, que piensa celosa é incesantemente, como debe, en el bien público de esta ciudad.

Á vosotros dedico esta obra, ya porque os esmerais en hacer bien y aliviar á los miserables, de que da bastante testimonio la muchedumbre de pobres que concurre de todas partes aquí, como á refugio siempre prevenido para los necesitados, ya tambien porque como haya sido el origen de todas las ciudades, con el fin de que cada una de ellas fuera un lugar en donde con dar y recibir beneficios, y con el auxilio recíproco, se aumentase la caridad y afirmase la sociedad de los hombres, debe ser particular desvelo de los que gobiernan cuidar y poner todo esfuerzo en que unos sirvan á otros de socorro, nadie sea oprimido, nadie injuriado, nadie reciba daño injusto, y que al que es más débil asista el que es más poderoso, y de esta suerte la concordia del comun y congregacion de los ciudadanos se aumente cada dia en la caridad y permanezca eternamente.

Á la verdad, así como es cosa torpe para un padre de familia el que deje á alguno de los suyos padecer hambre ó desnudez, ó el sonrojo y fealdad de la vileza del vestido en medio de la opulencia de su casa, del mismo modo no es justo que en una ciudad rica toleren los magistrados que ciudadano alguno sea maltratado de la hambre y miseria. No os desdeñeis, os ruego, de leer este escrito, ó si no gustais de ello, á lo ménos reflexionad muy cuidadosamente el asunto que en él se trata del bien público, ya que os mostrais tan solícitos en enteraros del pleito de cualquiera persona particular, de mil florines, por ejemplo, de controversia.

Deseo á vosotros y á vuestra ciudad toda prosperidad y dicha.—*Brujas*, 6 *de Enero de* 1526.

(1) Brujas, ciudad de Flándes, su propio nombre flamenco *Brugghe*, que significa Puente. Tomó el nombre de *un puente, llamado Brugh-Stoch*, que habia en el sitio donde está ahora la ciudad, cerca la catedral. Otros dicen que tomó su nombre de los muchos puentes que hay allí sobre canales.

LIBRO PRIMERO.

Origen de la necesidad y miseria del hombre.

El Autor de todas las cosas, nuestro Dios, usó de una generosidad maravillosa en la creacion y formacion del hombre, de suerte que ninguna cosa hubiera, ó más noble que él debajo del cielo, ó mayor en el orbe que hay bajo de la luna, todo el tiempo que él viviese, como permaneciera sujeto á la divina voluntad; fué enriquecido con un sano y robusto cuerpo, con muy saludables alimentos, que se hallarán con abundancia en todas partes, criado con un entendimiento agudísimo y una alma muy santa, y hecho muy á propósito para el comercio de la vida, á fin de que empezase ya entónces á meditar en este cuerpo mortal la compañía de los buenos ángeles, supuesto que se criaba para reparar la ruina de los malos; pero incitado de la soberbia, y buscando una dignidad que excedia á la esfera de su condicion, no contento con la humanidad más excelente, pretendió la divinidad, movido de las promesas de aquel que habia perdido sus bienes por semejante camino: «Seréis como unos dioses, sabedores del bien y del mal.»

Efecto fué de una arrogante soberbia intentar subir á la altura de una deidad, sobre la cual no se halla cosa alguna. Y tan léjos estuvo de lograr lo que deseaba, que ántes perdió muchísimo de lo mismo que habia recibido, como se halla escrito en los *Cánticos* del rey David: «Hallándose el hombre con honor, no lo conoció; fué comparado á los insensatos jumentos, y hecho semejante á ellos.» Es á saber, de tal manera se apartó de la semejanza de Dios, que cayó en la semejanza de las bestias, y pensando ser más que los ángeles, vino á ser ménos que hombre, á la manera que aquellos que apresurándose sin consideracion á subir algun sitio sin guardar el órden de los escalones, dan tanto mayor caida, cuanto más alto era el lugar á que subian. De aquí provino el invertirse el órden de la constitucion humana por haber disuelto el hombre el que tenía con Dios, de tal modo, que ni las pasiones obedecian ya á la razon, ni el cuerpo al alma, ni lo exterior á lo interior, cuando en una guerra civil é intestina, abandonada ya la reverencia al Príncipe y sus leyes.

Desnudo el hombre de la inocencia, él mismo cargó con todo para su ruina; se entorpeció el entendimiento y se oscureció la razon. La soberbia, la envidia, el ódio, la crueldad, un grande número de variedad de apetitos, y las demas perturbaciones, fueron como tempestades movidas en el mar á la violencia del viento. Se perdió la fidelidad, se resfrió el amor, todos los vicios acometieron como en escuadron, el cuerpo se llenó de miseria al mismo tiempo, y aquellas maldiciones «maldita será la tierra en tu trabajo» se extendieron á todas las cosas en que habia de ejercitarse la diligencia de los hombres. No hay cosa alguna exterior é interior que no parezca haber conspirado al daño de nuestro cuerpo; hediondos y pestilenciales hálitos en el aire, las aguas nada saludables, la navegacion peligrosa, molesto el invierno, congojoso el verano, tantas fieras dañosas, tantas enfermedades por la comida. ¿Quién es capaz de contar los géneros de venenos y las artes de hacer mal? ¿Quién los daños recíprocos que se causan los hombres? ¡Tántas máquinas contra fortaleza tan débil, á quien basta ahogar un grano de uva detenido en la garganta, ó un cabello tragado, muriendo muchos de repente por causas no conocidas!

Las necesidades de los hombres.

No sin razon muchos de los antiguos dijeron que nuestra vida no es vida, sino muerte; y los griegos llamaron á nuestro cuerpo *soma*, como si dijesen *sema*, que entre ellos significa el sepulcro. Habia Dios amenazado á Adan que en cualquier dia que comiese del fruto vedado habia de morir. Comió, y á la comida se siguió la muerte. Porque ¿qué es esta vida, sino una muerte continua, que se perficiona cuando queda el alma del todo libre de este cuerpo? Cuando nacemos, dice un poeta, morimos, y el fin empieza ya desde el principio; porque desde el primer instante que nace el hombre, lucha el alma con el cuerpo, al cual desamparará luégo sin duda, si no fortaleciese éste su flaqueza con el alimento como con una medicina. Para esto crió Dios las comidas, para que fuesen, digámoslo así, como unos piés derechos, ó firmes maderos, que sostuviesen este caduco edificio, que va caminando siempre hácia su ruina. De estos alimentos, unos hay que los da de sí la tierra en sus árboles, arbustos, yerbas y raíces, y otros se apacientan en ella para nuestro uso, como los ganados. Hay unos que tomamos del agua, y otros que cazamos del aire. Fuera de esto, nos defendemos de la fuerza del frio con pieles, paño y fuego, y nos guardamos del calor con el beneficio de la sombra.

Nadie hay, ó de cuerpo tan robusto, ó de ingenio capaz, que se baste á sí mismo, si quiere vivir segun el modo y condicion humana. En efecto, une á sí el hombre una mujer, por asegurar la sucesion y conservar lo adquirido, porque este sexo, por medroso, es guardador por naturaleza. Busca despues los compañeros de sus miserias, á quienes quiere bien, y procurando

hacerles todo el bien que puede, crece el amor y la sociedad poco á poco, y sale y se extiende hácia fuera. Unidos ya unos á otros por las obligaciones y beneficios, no permanece encarcelado el amor dentro de los cortos límites de una familia y de un hogar, sino que el favorecido agradece el beneficio, sin descuidarse en recompensarlo en la primera ocasion; porque, en verdad, la naturaleza, que hasta á las bestias fieras, como elefantes, leones y dragones, inspiró sentimientos de gratitud y una como memoria del beneficio, nada aborrece más que á la alma ingrata.

No podian dejar de conocer, ya que deseaban con ánsia ayudarse mutuamente, franqueándose favores, cuán útil y agradable habia de ser edificar cercanas habitaciones, para proveer de este modo de las cosas que estuvieran en su mano á los que querian socorrer. Ocuparon el campo más vecino, y cada cual, para aprovecharse á sí mismo y á los otros, se aplicó de buena gana á aquel oficio á que se halló más proporcionado y dispuesto. Unos tomaron á su cargo la pesca, otros la caza, la agricultura, apacentar ganados, tejer, edificar, ú otros oficios necesarios ó útiles para vivir. Hasta aquí conversaban ellos entre sí con la mayor limpieza y union; pero el antiguo mal no tardó en apoderarse de muchos con el deseo de anteponerse, ó por mejor decir, de oprimir á otros para gozar, ociosos y venerados, de los trabajos ajenos, y obligar á los demas á ejecutar sus preceptos; resplandeciendo ellos con el reino y el poder, guardados con un ejército de los mismos á quienes habian hecho consentir en su tiranía, ó por el engaño ó por el miedo. Todo esto se originaba de aquella ambicion con que nuestros primeros padres habian presumido y esperado temerariamente ser dioses; y verdaderamente nuestro apetito de dominar no se fija otro término que un sér divino. Bastante lo manifestó aquel furioso jóven rey de Macedonia, cuando le parecia haber hecho aún poco en la conquista que pensaba haber conseguido de todo el orbe, sin embargo de faltarle aún la mejor parte que vencer. De aquí viene haber sido corrompidas por la violencia de los dominantes las leyes bien recibidas y justas para todos; de aquí los muros añadidos á las ciudades, y la guerra, ya civil, ya extraña, peste la más contagiosa de todas.

En este estado fué ya preciso empezar á atajar la corriente de la pereza, arrogancia y miseria humana, pues aumentado el género de los hombres, habia quienes no tenian de qué sustentarse, y holgazanes pedian su alimento de los trabajos ajenos. En conclusion: fueron primeramente los campos contiguos á las ciudades divididos, como era razon, entre los ciudadanos, señalando á cada uno sus límites, que fueron consagrados por el vigor de las leyes. Y porque el cambio de unas cosas por otras, que era lo único que habia estado en uso hasta entónces, pareció molesto, se inventó el dinero por acuerdo del público, como una insignia [illegible] autorizada con la fe de la ciudad, bastára para que recibiese cualquiera de mano del zapatero el calzado, del panadero el pan, y del fabricante el paño. Esta insignia ó señal se esculpió en una materia, que fácilmente *conservase lo impreso en ella* por su firmeza y solidez, no se consumiese entre los dedos de los que la manejásen, y que ni por su abundancia se hiciese despreciable, ni por su preciosidad difícil de hallar. Al principio fué cobre, despues plata, y por fin oro; conciliando tambien el valor á estos metales la nobleza de su sér, en que dicen que se aventajan. Se acuñó al principio multitud de estos dineros, y se repartió entre los ciudadanos, para que, negociando cada uno con ellos, los diese por el trabajo ó por las cosas de los otros, y los recibiese por las suyas, conservando por este medio, con un honesto ejercicio, las facultades de la vida, y comunicados de unos á otros, é igualados por las mutuas comutaciones los oficios de la ciudad, cada cual hubiese lo suyo. Pero hé aquí que ocurren muchas casualidades. Unos, cesando del trabajo por la enfermedad de sus cuerpos, vienen á parar en la pobreza, porque se ven en la necesidad de expender sus dineros sin recibir otros. Lo mismo acontece á aquellos que perdieron su hacienda en la guerra ú otra alguna grande calamidad de las que necesariamente han de llegar á muchos que viven en este mundo turbulento, como incendios, avenidas, ruinas, naufragios. Hay otros cuyo oficio deja de ser ganancioso, y á más de éstos, los que consumieron torpemente sus patrimonios, ó neciamente fueron pródigos de ellos. En fin, muchos son los caminos para adquirir y conservar la hacienda; pero acaso no son ménos los que hay para perderla. Esto es por lo que toca á las cosas exteriores, á las que llamaron casuales los antiguos, por una ley incierta, esto es, oculta á los entendimientos de los hombres.

Tambien se proveyó el cuerpo miserable y enfermizo, para que fuese ayudado por los remedios buscados á costa de la experiencia, y para que el ánimo afligido se aliviase con las conversaciones y obsequios de los amigos. Diéronse despues maestros á la edad ruda, que formasen la vida, mostrasen el camino de la virtud y dirigiesen el talento; primero lo fué para cada uno su padre, su madre; luégo sus madrinas, padrinos, tios, abuelos, y los que distan más y están unidos con ménos estrecho vínculo de sangre. Despues fueron las escuelas, los maestros de la sabiduría, y muchedumbre de fundaciones que dejaron á este fin los hombres más grandes; pero estos remedios se han de ir á buscar léjos, ó ya son desconocidos ó costosos, ó se ignora el modo de usarlos, en todo lo cual necesitamos de la ayuda ajena. Hay algunos que no lograron maestro para cultivar su ingenio, y otros á quienes corrompió y echó á perder el mismo maestro corrompido y malo, como el pueblo, que es un grande doctor de errores, y un vecino á otro vecino, y el padre al hijo, son los autores y maestros de las perversas opiniones; tambien muchos maestros de juicios estólidos y depravados, á quienes no fiarias tus gansos, gobiernan las escuelas de niños nobles. Otros hay que despreciando al maestro, van dando de principio en principio con toda la ceguedad de su mal consejo, apartando de sí la guía, ó escogiendo la que es más ciega.

De esta suerte, hecho un miserable todo el hombre, exterior é interiormente, pagó justísimamente la avilantez con que emprendió usurpar la divinidad. Fué abatida la soberbia del animal más desvanecido, hasta

llegar á ser el más flaco y el que ménos vale de todos por sí mismo. Toda su vida y su salud depende de los auxilios de otros, ya para que se corte la raíz de la soberbia, que por medio de nuestros primeros padres se nos comunica á sus descendientes, ya especialmente, por ocultos juicios de Dios, faltando á unos el dinero, y á otros la salud ó el ingenio, porque habian de usar mal de estas cosas; para otros la misma pobreza es instrumento de grandes virtudes, porque todo lo refiere á nuestro provecho aquel príncipe y gobernador de este mundo, padre el más sabio y liberal. Concluyamos, pues, que todo aquel que necesita de la ayuda de otro es pobre y menesteroso de misericordia, que en griego se llama limosna, la cual no consiste sólo en distribuir dinero, como el vulgo piensa, sino en cualquiera obra, por cuyo medio se socorre la miseria humana.

Cuál sea la razon de hacer bien.

Para que todos sepan cuál sea el órden de los beneficios, cómo se han de recibir ó hacer, y cuánto deba ser el agradecimiento de cada uno, declararé cuáles sean los principales y de primera nota, tambien los que son próximos á éstos, y los que distan más de ellos. Piensan muchos que ni se da ni se recibe por beneficio otra cosa que dinero, ó que no hay más beneficio que el dinero. De aquí viene aquella vulgaridad de: «qué aprovechó, qué ayudó, si nada dió?» ó «mucho aprovechó, porque dió», ó á lo ménos extienden la razon de beneficio á las cosas por cuyo medio se alcanza el dinero, como si alguno enseñó un oficio ganancioso ó dió un consejo lucrativo; en esto pecan muchos, que cuando dan un consejo fijan toda su atencion en el dinero, y se olvidan del bien de la razon y la virtud; pero nosotros, que constamos de alma y cuerpo, en ambos tenemos las cosas siguientes, ahora gustes de llamarlas bienes, ahora provechos: en primer lugar, en el ánimo está la virtud, que es el único y verdadero bien; despues está el ingenio, la agudeza, la erudicion, el consejo y la prudencia. Demas de esto está en el cuerpo la salud robusta para que sirva á la alma, y tambien las fuerzas que basten á llevar los trabajos de la vida; finalmente, entre los bienes exteriores están los dineros, las posesiones, haciendas y alimentos.

El principal beneficio, como que es el sumo, es coadyuvar uno á la virtud de otro; por esto deben á Dios mucho más que todos los otros, no las personas á quienes tocó la nobleza, la hermosura, las riquezas, el ingenio ó la reputacion, sino aquellos á quienes se dignó el Señor comunicar su espíritu para conocer y ejecutar lo santo y saludable, esto es, todo lo que pueda agradarle. De este dón leemos en el salmo CXLII: «Dios es el que manifiesta su palabra á Jacob, y sus justicias y juicios á Israel; no hizo cosa semejante con otra alguna nacion, ni les descubrió y enseñó sus juicios y secretos.» Éste es aquel grande beneficio que hace Cristo á los que por su santo nombre han sido verdaderamente bautizados, y que creen y confian únicamente en él. Los ministros y como dispensadores de este beneficio fueron sus discípulos, que tanto bien hicieron al género humano, y despues de ellos, todos los que suceden á los apóstoles, no tanto en la dignidad como en el ministerio y obras. A este bien es imposible el decir dignamente cuánto reconocimiento debemos, porque él es el que cada uno debe desear á cualquiera otro mortal, y en cuanto le fuere posible, procurárselo con el consejo, con la diligencia, con la obra.

Despues de la virtud se sigue la enseñanza, que se dirige al conocimiento de la verdad; aquella instruccion, digo, con que enciende un hombre á otro una luz de su misma luz, sin que ésta se disminuya, pues ántes se aumenta. ¡Qué bella y magnífica cosa es enseñar, pulir, instruir, adornar á la más excelsa de las potencias, que es el entendimiento! Protesta Sócrates que no agradeceria al que le diese dinero, y que se confesaria agradecidísimo al que le quitase su ignorancia. El santo Job, sumergido en miserias é inmundicias, no pide dones á sus poderosos amigos, sólo les ruega que le enseñen. «¿Por ventura os dije yo, traedme vuestros regalos y dadme de vuestra hacienda, ó libradme de la mano del enemigo, ó sacadme de la mano de los poderosos? Enseñadme y callaré, y si alguna cosa he ignorado, instruidme.» Los hombres viles, que en tanto reputan el dinero que dan, y tanto se jactan de haber mantenido los estudios de otros, enseñen ellos, y tendrán entónces de qué gloriarse con razon. Aristóteles compara el beneficio de los maestros con el de Dios y con el de los padres, y á estos tres, dice él que nadie puede tener un agradecimiento que sea igual al beneficio.

Es indecible cuánto aprovecharian á la república algunos grandes y eruditos varones, si tuvieran á bien tomar ellos mismos á su cargo el instruir á la niñez, edad flexible á todo, y á la que es muy fácil inspirar las sanas opiniones; ó á lo ménos asistir á los maestros con avisos, preceptos y otros auxilios á este modo, y les señalasen como con el dedo el camino que se debe seguir. Ciertamente no es decente que los que gobiernan las ciudades sean descuidados en proveer á sus niños de los mejores maestros, que estén adornados, no sólo de ingenio y erudicion, sino tambien de un juicio sencillo y sano; pues la instruccion pueril tiene gran fuerza para lo restante de la vida, así como la tienen las semillas para las mieses venideras. Por cierto que convendria más velar con más cuidado en esto que en hermosear ó enriquecer la ciudad, si ya acaso no pensamos que es mejor dejar malos descendientes, como los dejemos ricos.

Fuera de lo que llevamos dicho, cuán grande y glorioso debe reputarse el cargo de apaciguar y sosegar los ánimos, que se consigue parte con los preceptos de la virtud, parte con el trato, los consuelos, el agrado, la visita y obsequios, y ademas el de defender los cuerpos, por lo que fueron hallados aquellos nombres de *libertadores* y *conservadores*, y se inventaron en otro tiempo tantas coronas, señales del valor y de la gloria, á saber: la de grama, para el que hubiese librado á un ciudadano en la batalla; la de encina, para el que hubiese hecho levantar algun cerco; y por lo mismo fué tambien tenida la medicina en la mayor estimacion, y

elogiada como invencion de los dioses. «El varon médico, dice Homero, vale por muchos hombres», y el Señor manda que se honre al médico. ¿Cuán grande oficio es asimismo redimir á otros de la cárcel y cautiverio? Terencio Culeo, senador libertado de la cárcel de Cartago por Scipion Africano, le miró y reverenció toda su vida como á su señor, y asistió á su triunfo con la cabeza descubierta. En otro tiempo era muy honroso, áun entre los mismos gentiles, redimir con la propia hacienda los cautivos, como atestigua Ciceron en sus libros *De los oficios*, y para que fuera mayor el amor del pueblo hácia su príncipe como el más bienhechor, se inventó el dar soltura de las prisiones y de la cárcel á los reos en el dia de su proclamacion.

En este catálogo de los beneficios, casi el último lugar se dejó al dinero; sin embargo, ayudar con él es cosa liberal y honesta, y en que se encuentra maravillosa dulzura, porque, como Aristóteles, Ciceron y los demas filósofos enseñan, más glorioso y agradable es dar que recibir, lo cual comprobó tambien el Señor con su sentencia, como se ve en san Pablo, escribiendo á los corintios: «Segun la palabra del Señor, dice él, es cosa más bienaventurada dar que recibir.» Tomado el gusto á la liberalidad, no podemos apartarnos de ella miéntras haya que dar, y áun en no habiendo, se busca á veces hurtando; así lo declararon con su ejemplo muchos que quitaban á unos para dar á otros, como Alejandro, Sila y César; por tanto, dice un adagio antiguo que el dar no tiene fondo. Áun dar á aquellos que sabemos que son ingratos, deleita sólo porque damos. Verdaderamente hay una cierta semejanza de la condicion de Dios y su naturaleza, en ver á otros necesitar de nuestro socorro, no necesitando nosotros del suyo, y mirarles aguardar nuestras manos y auxilio, porque de Dios se dice en los salmos: «Dije al Señor, tú eres mi Dios, porque no tienes necesidad de mis bienes»; y en otro lugar: «Todas las cosas esperan de tí, Señor, que les dés en tiempo oportuno su mantenimiento. Abres tu mano, y llenas de bendicion á todo animal.» En esto hay un grandísimo error, que es el despojar á unos para dar á otros. Porque ¿qué género de beneficio es hacer bien por medio de la injuria? En realidad ellos no consiguen la gracia á que aspiran, pues á quien agrada la dádiva la olvida, á quien le duele se acuerda, y queriendo parecer poderosos, se ven obligados á implorar la ayuda de los más pequeños, de modo que ya se dice vulgarmente: «El grande príncipe, grande mendigo.» Pero he dicho esto para manifestar más bien cuánta dulzura se encierra en el dar, que sola ella podia incitar á ser dadivoso, dejadas aparte todas las demas utilidades.

Así como no solamente debe socorrerse por lo que toca al sustento, necesitando todo el hombre de auxilio por todas partes, así tampoco se han de limitar á solo el dinero nuestros beneficios. Se ha de hacer bien con l[redacted] está dentro del ánimo, como con esperanzas, c[redacted], prudencia y preceptos para la vida; y con lo que está en el cuerpo, es á saber, con la presencia corporal, palabras, fuerzas, trabajo y asistencia; y con lo exterior, cual es la dignidad, autoridad, empeño, amistades, dinero, en el que se comprende todo lo que con él se compra. En lo que cada uno pueda, ayude y aproveche á los que lo necesitan, á ninguno dañe en cuanto esté de su parte, á no ser que por este medio concurra á la utilidad de aquel bien, que es el principal, esto es, la rectitud ó virtud; pero esto no podrá llamar daño, porque no se ha de dar á cada uno lo que apetece, sino lo que le conviene, á cuyo fin debe estar libre de toda perturbacion de ánimo el que lo ha de juzgar.

Cuán natural sea el hacer bien.

Empero el Señor clementísimo se apiadó del hombre, ya porque éste se avergonzó de su hecho, ya tambien porque habia sido impelido de las persuasiones del astuto enemigo, y le reservó el lugar que primero le habia destinado, pero cuya consecucion era ya mucho más trabajosa. Quiso que en esta vida unos favoreciesen á otros por la caridad, primeramente para que empezasen desde luégo los hombres con este amor á prepararse para la celestial ciudad, en donde no hay otra cosa que un amor perpétuo y una concordia indisoluble. A más de esto, dispuso Dios que el hombre, que habia de pasar su vida en la sociedad y trato comun, depravado en el ánimo, y soberbio por su manchado orígen, necesitase de la ayuda de otro, único medio para que pudiera haber entre ellos una compañía fiel y duradera, siendo cierto que cada cual, engreido de su original arrogancia, y por su genio propenso al mal, despreciaria y dejaria al compañero, á no ser contenido con el miedo de necesitar de él en algun tiempo, porque á nadie levantó de suerte el favor de la fortuna, que no le humille, á pesar suyo, á implorar el socorro del inferior; ántes bien, aquel favor, ó no se adquiere, ó no se conserva sin la ayuda de los menores. De ejemplo nos sirven los grandes reyes, cuyo poder estriba en sus súbditos, y caeria en el punto mismo que éstos le abandonasen.

¿Qué niño ó viejezuela ignora que los mayores imperios se afirman con el consentimiento de los vasallos, y que nada serian si nadie obedeciese? Ni püede subsistir por mucho tiempo aquella república en donde cada uno cuida solamente de sus cosas y de las de sus amigos, y ninguno de las comunes, ahora se gobierne todo por la voluntad de uno, que es lo que se llama monarquía, ahora administren pocos, que es lo que decimos oligarquía, ó sea el pueblo el que tenga la potestad suprema y el imperio, que es en lo que consiste la democracia. Justa es la república, y saludable el imperio, siempre que los ciudadanos y consejos de los que gobiernan se dirijan á la pública utilidad; pero si cualquiera particular va trayendo hácia sí todo cuanto puede con la astucia, arte y poder, entónces es el pueblo tirano de sí mismo, ni mantiene mucho tiempo la libertad y poder, sino que en breve es hecho esclavo del dominio y arbitrio de otro. Bien declararon esto aquellas dos poderosísimas repúblicas romana y ateniense, y lo declararán cuantas tengan tales ciudadanos, que quieran más ser ellos grandes y poderosos que su patria.

Sobre todo, correspondemos bien á la naturaleza si, necesitando nosotros de que muchos nos ayuden, ayudamos tambien á otros muchos; y así el deseo de favo-

recer penetra tan maravillosamente á los corazones humanos, que quisieran los espíritus generosos hacer bien y ayudar á muchísimos, reputando este empleo por la cosa más honrosa y más noble; y esto sin provecho alguno suyo, ántes á veces con grande detrimento, ó de la hacienda ó de la vida: todo lo tuvieron por cosa vil muchos varones de grande y excelso corazon, con tal que aliviáran á los oprimidos, socorrieran á los pobres, fortalecieran á los enfermos, y dieran ayuda y consuelo á los afligidos, consiguiendo por este medio el grande premio de ser juzgados dignos de la inmortalidad. Tan cierto es que no ignoró la antigüedad ser cosa muy divina el hacer bien; pero ¿para qué hablo sólo de los varones buenos, cuando los piratas y ladrones que inquietan el mar y la tierra con el ánsia de robar, quieren aparentar que aprovechan á algunos, pues pudiendo matarles, los conservaron, que éste es el mayor beneficio de un ladron? Los soldados, hombres por su naturaleza jactanciosos, no alaban su valor y fortaleza sino porque aprovecha al bien comun como un poderoso asilo. Por tanto, nada debe avivar y mover más los pensamientos del hombre que el deseo de hacer bien á otros, ya sea porque lo mandó aquel que tiene señalado el más magnífico premio á la obediencia de sus preceptos, ó porque de otra suerte no pueden permanecer las sociedades de los hombres, ya tambien porque obra inútilmente y contra la naturaleza quien no favorece á los que puede, ó porque por este camino unos ponen para otros el beneficio como en depósito comun, por si en alguna ocasion el que es más poderoso no quisiere socorrer al que es más débil. Finalmente conviene que todos conspiren á tan noble objeto, como es el hacer bien, llamados por las voces de la suerte universal, porque á todos nos puede suceder el vernos necesitados.

Por qué causas algunos se apartan de hacer bien.

Dos son las causas por que se suele coartar notablemente nuestra beneficencia, es á saber: ó porque desesperamos de poder ser útiles á los demas, ó porque pensamos que nos hemos de dañar á nosotros ó á los que amamos, como son hijos, parientes y amigos; juzgamos que no aprovecha lo que se da al malo, y nos dañamos sobremanera por sentidos de la ingratitud. Demas de esto, nos amamos tan tiernamente, que no nos atrevemos á hacer bien, no sea que esto mismo nos dañe. Hablaré primero de los pobres, y despues de los ricos. Nada hay más amable que la virtud, y ninguna cosa atrae á sí más fuertemente á los hombres que la hermosura de lo honesto; por el contrario, nada hay más feo que el vicio, y ninguna cosa aparta con abominacion más pronto de sí á los que lo miran. Así pues, segun aquellos antiguos versillos: «Dando, recibió un beneficio el que lo dió á un digno»; y aquel de Enio: «Los beneficios mal hechos, los tengo por maleficios»; no hay cosa que nos aparte más de dar que el temor de colocar indignamente el beneficio, y esto por dos razones: la primera, porque no aprovecha el favor á quien lo hicimos, y nos duele haber perdido el gasto y el trabajo; la segunda, porque experimentamos que el que lo recibió es un ingrato, el cual vicio, no solamente ofende á aquel contra quien determinadamente se comete, ó no daña sólo al ingrato, sino á todos en comun, porque coarta la benignidad de los hombres, y apaga el ardor de ayudar á los necesitados. Cuentan de un cierto *Timón*, hombre rico de Aténas, que fué al principio muy bienhechor y muy singularmente liberal; pero habiendo experimentado que muchos le eran ingratos y desconocidos, cayó en un género de aborrecimiento al género humano, que le concilió el renombre de *misántropo*, que quiere decir aborrecedor de los hombres.

Vemos que muchos convirtieron en daño de los maestros la oratoria, habla y estilo, que estos mismos pulieron, ilustraron y perfeccionaron en ellos. ¿Quién habrá que quiera enseñar? Vemos á muchos padres deshonrados, robados, expolidos, heridos, muertos por sus mismos hijos. ¿Quién habrá que se determine á educarles, criarles ó darles el sér? Vemos que muchos favorecidos, criados y criadas, admitidos en la casa y familia, ayudados con hacienda, sublimados con dignidad, mirados y tenidos como hijos, mancharon las mujeres de sus señores, sus hijas, parientas, las costumbres de los hijos, robaron la casa, y fueron traidores á sus amos, de tal suerte, que hubiera sido mejor en casa una serpiente que hombres tan pestíferos. ¿Quién habrá, pues, que no quiera más pasar la vida en las selvas y desiertos? A un gobernador de una ciudad, que vela dia y noche por la utilidad pública con incomodidad y trabajo suyo, le llaman ligero, ambicioso é inhábil para gobernar. Desprecia el pueblo á un príncipe justo, y obedece á un malo: esto es lo que mueve á muchos á ser malos, pagando los agradecidos lo que pecaron los ingratos. Por este motivo aborrecen todos la ingratitud, áun la que es contra otros, y ha sido tenida por un crímen de tanta gravedad, que, no obstante ser frecuente en todas las repúblicas, no se le encuentra castigo establecido por las leyes, porque el tasarlo excedió á todo humano conocimiento, y era de aquellos que, como dice Séneca, se remite á solo el Rey de las venganzas. Hay quienes escogieron á algunos hijos de los mismos mendigos para enseñarles é instruirles en el modo de ganar la vida, les adoptaron por hijos, dejándoles herederos en el testamento, los cuales huyeron de sus amos pocos dias despues con lo que les hurtaron, ó si permanecieron en sus casas algun tiempo, entregándose del todo á la desvergüenza é inmodestia, se hicieron murmuradores, y lo que se llama replicones, insolentes, rateros é intolerables.

Y ya que el mismo asunto nos ha puesto delante á los mendigos, si alguno considera su vida y vicios, y las atrocidades y delitos que nos ofrecen cada dia, se admirará más aún de que haya quien los mire: ¡tan perdido queda lo que se les da! Primeramente piden muy desvergonzada é importunamente, más para alcanzar por fuerza que por ruegos. Algunos no les dan por solo este motivo, y otros les dan por apartar de sí semejante molestia. No mirando ellos en dónde y en qué tiempo piden, en la operacion misma del sagrado misterio, en el santo sacrificio de la misa, no dejan á los demas venerar atenta y piadosamente el Sacramento; se hacen paso por la más unida turba, deformes con sus lla-

gas, respirando por todo su cuerpo un inaguantable hedor. Tanto se aman á sí mismos, y desprecian la república, que no se les da nada de comunicar á otros la fuerza de su enfermedad, no habiendo casi género alguno de mal que no tenga su contagio. Y no sólo esto: de muchos se ha averiguado que con ciertos medicamentos se abren y aumentan llagas para parecer más lastimosos á los que los miran. Ni solamente afean de esta suerte sus cuerpos por la avaricia de la ganancia, sino los de los hijos y niños, que áun algunas veces han pedido prestados para llevarlos por todas partes. Sé de unas gentes que llevan hasta los niños hurtados y enflaquecidos, para conmover más los ánimos de aquellos á quienes piden limosna. Así tambien muchos sanos y robustos fingen várias enfermedades; pero estando solos, ó sobreviniendo de repente alguna necesidad, muestran bien claramente cuán buenos están.

Hay quienes se ponen á salvo con la fuga si alguno quiere curarles sus llagas y accidentes. Otros ociosos hacen oficio de sus mismos males por la dulzura que les causa la ganancia; no quieren de modo alguno cambiar este modo de adquirir dinero, ni pelean con menor ardor por su mendiguez, si alguno intenta quitársela, que otros por sus riquezas; y así, estando ellos ya ricos, aunque ocultamente, piden aún limosna, recibiéndola de aquellos á quienes con más razon deberian ellos dársela, lo que descubierto en algunos, á todos hace sospechosos. Hay tambien quienes, teniendo siempre á Dios y á cuantos santos hay en la boca, nada tienen en su corazon ménos que á ellos, y profieren contra Dios blasfemias impacientísimas. Son de ver con el mayor lamento sus rabiosas riñas, maldiciones, execraciones, y por un dinero cien perjurios, golpes, muertes, todo con la mayor ferocidad y crueldad espantosísima. Desprecian algunas veces lo que se les da de limosna, si no es tanto como desean, desechándolo con grande enfado y fastidio del semblante y con palabras injuriosas. Alcanzada la limosna, se rien y burlan de los que se la dieron: tan léjos están de rogar á Dios por ellos á sus solas. Unos esconden con increible avaricia lo que recogen, y ni áun al morir lo manifiestan para que se pueda hacer algun uso de ello á su favor. Otros, con un lujo y prodigalidad detestable, consumen derramadamente lo que adquieren, en cenas espléndidas, cuales no tienen en sus casas los ciudadanos opulentos; con más ánimo malgastan ellos un doblon en capones ó peces delicados ó vino generoso, que los ricos un real; de modo que no sin gracia dicen algunos que estos pobres mendigan para el figonero, no para sí, y es que confian que con la facilidad que adquirieron el dinero que gastan, hallarán otro tanto mañana. No sé ciertamente por qué causa es tan rara la parsimonia en los caudales cortos, y mucho más rara si se han adquirido sin industria ni trabajo. Por último, ¿con qué estrépito no comen ellos? Con qué voces tan desentonadas? Dirias al oirlos que era pendencia entre rameras y rufianes.

Buscan y solicitan los deleites con más diligencia, y se entregan y sumergen en ellos con más vehemencia y más profundamente que los ricos; semejante modo de vida los hace insociables, desvergonzados, ladrones é inhumanos; y á las mozuelas, disolutas y torpes; si alguno les aconseja bien con alguna libertad, murmuran desbocadamente, teniendo siempre en la boca: «Somos pobres de Jesucristo.» Como si Jesucristo reconociese por suyos á unos pobres tan ajenos de sus costumbres y de la santidad de la vida que nos enseñó; Cristo no llama bienaventurados á los pobres de dinero, sino á los pobres de espíritu, y éstos de que hablamos levantan á veces más soberbiamente sus espíritus y corazones por el hecho mismo de ser pobres, que los ricos por su riqueza y abundancia. Aborrecen á todos los que ó no les dan, ó les reprenden. Nada les aparta de hurtar, sino el miedo de la pena ó el no hallar ocasion, pues cuando la hallan, ni á las leyes ni á los magistrados tienen respeto alguno; todo piensan que les es lícito con el pretexto de su pobreza; no quisieran vengar sus iras con las palabras y los puños, sino con el hierro y la muerte; prueba son de esto los muchos homicidios que han cometido á escondidas, y si alguna vez se levanta algun tumulto, ningunos hacen más muertes que ellos, ó manifestando á unos traidoramente é instigando á otros, ó con sus propias manos; de suerte que no sin gravísimo consejo parece que retiraron los romanos á los necesitados de todo cuidado, cargo y administracion de la república, porque los consideraban como enemigos de los ciudadanos. No se piense que digo esto de todos sin excepcion, sino de lo que regularmente acontece; sin embargo de que en unos hombres ó naciones reinan unos vicios, en otras otros, y en algunas ninguno; ademas de esto, lo he dicho para exhortar á los grandes magistrados y á los particulares á socorrer á los pobres con presteza, para que no se pegue y endurezca perniciosamente en las entrañas de su ciudad tan grande mancha y tan hedionda apostema.

De qué modo deben portarse los pobres:

Ahora, para enseñar y amonestar á los mismos pobres el modo con que se han de manejar en sus adversidades, deben considerar primeramente que la pobreza se la envia un Dios justísimo por un oculto juicio, áun para ellos muy útil, pues les quita la ocasion y materia de pecar, y se la da para que se ejerciten más fácilmente en la virtud, y que por tanto, no sólo se ha de tolerar con paciencia, sino que se ha de abrazar tambien con gusto, como dón de Dios. Vuélvanse al Señor, que les ha tocado con una cosa que es una señal grande de su amor, porque á quien ama castiga; no pierdan el fruto de la correccion y calamidad, que es conocerse á sí mismos y á su Criador, que los avisa, llama y acerca á sí, desechados del mundo y elegidos de Dios; desnudos, desembarazados y expeditos acompañen con alegría á Cristo, despojado, expedito y desnudo; obren santamente y confien en Dios solo, no en socorro humano alguno. Supuesto que reciben males en esta vida, trabajen y esfuércense para no tenerlos mucho más grandes y peores en la otra; no sea que por mínimas y vilísimas ganancias en una vida amarguísima, tengan la fatalidad de perder los gozos celestiales. Nada finjan, no parezca que usan de las imposturas como de un medio ó arte, confiados más en su engaño que en la bondad de Cristo, que á todos nos alimenta; porque

el que nos mantiene no es el dinero ó el pan, que de ningun modo faltará á los que fueren verdaderos pobres, como Cristo los ama, sencillos, puros, vergonzosos, amables. Pidan y traten con las gentes modestamente y con bondad; que nada hay más hermoso que la vergüenza y la modestia, ni más eficaz para granjear el amor.

Como al contrario, ¿qué cosa más intolerable que un pobre soberbio? De él dijo el sabio hebreo: «Tres géneros de hombres aborreció mi alma, y me lastimo muchísimo de la alma de ellos: el pobre soberbio, el rico engañador, y el viejo fátuo é insensato.» A nadie aborrezcan, á ninguno envidien las cosas perecederas, ciñéndose y caminando apriesa para las inmortales; amen, y serán amados, sean semejantes á Cristo en la pobreza, é imitadores suyos en la caridad; los que puedan trabajar no estén ociosos, que esto lo prohibe el discípulo de Cristo, Pablo; la ley de Dios sujetó al hombre al trabajo, y el salmista llama bienaventurado á aquel que come el pan adquirido con el trabajo de sus manos. Así como ahora nada le es más dulce que el ocio torpe y perezoso, así si se acostumbrasen á hacer algo, nada les sería más pesado y aborrecido que la ociosidad, nada más gustoso que el trabajo; y si no me creen á mí, pregunten á los que desde el ocio y la desidia se trasladaron á la aplicacion y á los quehaceres; pues al hombre acostumbrado al trabajo, ya por la fuerza de la costumbre, ya por la naturaleza de la condicion humana, le es una especie de muerte el ocio y la pereza; rueguen mucho y con ánimos piadosos á Dios por el bien de su alma y los que les ayudan en las necesidades de la vida, para que el Señor Jesucristo se digne galardonarlos con aquel *ciento por uno* de los eternos bienes.

No se contenten con haber dado gracias de palabra por los beneficios que recibieron, sino conserven un espíritu agradecido, esto es, que se acuerde del beneficio; no malgasten pródiga y torpemente lo que les han dado, ni lo guarden sucia y ruinmente, que no se lo han de llevar á la otra vida; gástenlo con prudencia en los usos necesarios, y una vez remediados, no quiten á otros pobres la limosna, ántes procúrensela si pueden, y áun ellos mismos den de lo sobrante de su mantenimiento cuotidiano, imitando á aquella viejecita judía, que con toda su pobreza, ofreció al Señor dos dineros, esto es, todos sus haberes, y fué alabada por aquella sagrada boca de nuestro Salvador. ¡Felicísima mujer, que se olvidó de su pobreza, mirando sólo á Dios! por eso mereció tan grande panegirista de su devocion. ¡Dichosa limosna, que salió de las mismas necesidades de la pobreza! Por eso fué preferida, por testimonio de Cristo, á las dádivas grandes de los ricos. No parezca esto impracticable á los hombres cristianos, pues lo hicieron ciertos gentiles, ajenos de la santa piedad, los cuales desde su tienda, porque en ella habian vendido ya lo que bastaba para el mantenimiento del dia, enviaron un comprador al vecino, que habia vendido poco ó nada. ¡Oh pecho durísimo de aquel cristiano, á quien no ablandan ni los ejemplos de los hombres que sirven al mundo, y no á Dios, ni tantos documentos de tan grande pena ó premio del divino Maestro, *que no claman otra cosa más* que el que desees y hagas bien al prójimo en cuanto puedas! Pero volvamos á los pobres.

Eduquen y enseñen piadosa y santamente á sus hijos, para que, ya que no les queden riquezas, les dejen virtud y sabiduría, herencia que debe anteponerse á todos los reinos; si practican lo que llevamos dicho, si así vivieren, sé ciertamente, y me atrevo á salir fiador, con peligro de mi cabeza y de mi vida, que si le faltáre la comida entre los hombres, les ha de proveer Dios desde los cielos; el que esto no cree, verdaderamente que ni da crédito á las promesas de Cristo, ni entiende que su vida no se conserva de modo alguno, principalmente por la comida, sino por la voluntad de Dios.

Qué vicios impiden hacer bien á los que pueden hacerlo.

Hay, por el contrario, en nosotros otros vicios, que impiden mucho más nuestra beneficencia, y todos nacidos de nuestro inmoderado amor propio, cuya cierta y legítima hija es la soberbia y el deseo de exceder á unos, por el cual oprimimos á otros. De aquí proviene la envidia, siempre unida en sumo grado á la soberbia, con la cual queremos que nuestros bienes sean sólo propios nuestros, de tal suerte, que no sufrimos que alguno llegue á igualar nuestra altura y grandeza, aborreciendo, no sólo á los que ascienden, sino á aquellos por quienes logran los ascensos; tambien se causa en nuestros pechos una cierta frialdad cuando, favoreciendo á unos, tememos que otros se ofendan, y esto retrae igualmente á no pocos de defender á otros de las injurias, porque recelan que de aquí á ellos mismos se les han de seguir daños y enemistades: temen tambien algunos el dar con sus beneficios en un ingrato, escarmentados más de los ejemplos ajenos que de los propios, sin querer ellos experimentar á su costa si su benignidad tendrá por ventura un éxito más feliz; nos detiene asimismo para hacer bien cierto género de desidia corporal, nacida de la delicadez y del regalo, de tal suerte, que, mostrándonos por otra parte muy diligentes para la ganancia y el recreo, huimos de todo trabajo y solicitud, por más que hubiera de aprovechar al prójimo; caminamos mar y tierra por un pequeño logro, nos metemos en mil peligros por un ligero pasatiempo y deleite, pero por el bien de nuestro hermano, áun la menor diligencia, áun el mover la mano, nos parece gravemente insoportable.

Fuera de todo esto, prevalecen ya tanto los deleites, diversiones, lujo, ostentacion y gastos superfluos, que no les puede dar abasto la más crecida hacienda, y así no nos atrevemos á hacer bien á otros, no sea que á nosotros nos falte; esta fria pusilanimidad para hacer bien se origina igualmente de que no sólo hemos perdido las cosas buenas, sino áun los verdaderos nombres de ellas; hemos cedido de tal modo á los vicios, que con un tácito consentimiento atribuimos á ellos lo que es propio de las virtudes; ninguno cree que hace mal si los demas no juzgan que lo hace; la alabanza de la templanza, parsimonia, sobriedad y moderacion se han vuelto en vituperio; la prodigalidad y vana ostentacion se aprecian absurdamente como dignas de los nobles y ricos, en tanto grado, que llegan algunos

á gloriarse de que se embriagan muchas veces, como si el embriagado fuera hombre, y no bestia. Malgastar cuantiosas sumas de dinero en juegos, aduladores y bufones, en teatros y suntuosos convites, se tiene por una cosa llena de gloria y hermosura; pero la sencillez, el candor y la recta prudencia se reputan necedad, el nombre de prudencia se pasó al engaño y á la astucia, y el de ingenio á la malvada sátira; enseñar á otros se estima ya por bajeza y oficio de hombres viles, y esto áun respecto de los propios hijos, si no es para enseñarles las artes de la vanidad y la soberbia; hasta el orar y rogar á Dios se reputa por poco honesto y decente, porque no parezca que confesamos ser Dios mayor que nosotros, y que necesitamos en algo de su socorro. Todo esto nos han introducido unos siglos llenos de ignorancia, estolidez y barbarie.

A más, el dinero, que no fué al principio sinó un medio para adquirir el sustento y vestido, pasó á ser instrumento universal del honor, dignidad, soberbia, ira, profusion, venganza, vida, muerte, imperio; en fin de todas las cosas que medimos por el dinero. Subido su precio á un grado tan alto, nadie hay que no juzgue que se han de hacer diligencias para adquirirlo y conservarlo por todos los medios y caminos posibles, con razon ó sin ella, justa ó injustamente, y sin distincion de profano ó sagrado, lícito ó ilícito; el que lo adquiere es tenido ya por sabio, señor, rey, hombre de grande y admirable consejo y talento; mas el pobre es reputado por necio, despreciable y apénas por hombre. Esta lamentable opinion, tan recibida de todos, estrecha á que se esclavicen á la fortuna áun aquellos hombres que están, por su genio, más ajenos del cuidado de ella, porque unos sirven á otros de ejemplo y aliciente para el mal; el padre, la madre, la ama ó aya, los hermanos, todos los que bien les quieren, nada desean más para ellos que el dinero; lo mismo sucede con el amigo respecto del amigo y con el pariente respecto del pariente, y á los enemigos no se les echa otra maldicion que el que se vean en pobreza.

Protestan algunos para esto honestas y graves causas, á su parecer: dicen que recogen el dinero para la vejez, que de su naturaleza es débil y flaca, necesitada por lo mismo de muchos socorros, para las enfermedades tambien, y para varios casos imprevistos que ocurren, y á más para los hijos, nietos y demas parientes por consanguinidad y afinidad. A ésta llaman providencia; siendo así que semejante solicitud es una imprudencia que no tiene fin ni límites, porque queremos cuidar nosotros de hacer inmortal nuestro linaje, y proveerle para siempre de lo necesario; llega á tanto la preocupacion, que suele decirse del que da algo más abundantemente á los pobres, que defrauda á sus herederos, y áun con palabras más denigrativas, que es un ladron, que se lo hurta y rapiña; tampoco faltan leyes que favorezcan á la avaricia de los herederos y aten las manos bienhechoras, y así vino á hacerse comun aquel disparate en tono de sentencia: que al peor heredero se le debe todo, nada al mejor pobre. Este tan grande cuidado y veneracion del dinero ha puesto en tal estado las cosas, que más ama cada uno su hacienda que su vida y su alma, y si alguno da al pobre una moneda, piensa que le dió la sangre, no un poco de metal.

Llégase á esto que todos suelen morir conforme viven: el que pasó la vida en la ambicion, soberbia y codicia, se hace edificar una iglesia, ó capilla, ó sepulcro, segun son sus riquezas, adornado insignemente con plata, oro, mármol y marfil; de suerte que viva tambien en el muerto la avaricia, esparcidos por todas partes los escudos de armas, y ostentando soberbiamente lo noble de su linaje, y añadidas las armas ofensivas y defensivas, ó para conquistar al mismo cielo, si fuere necesario, ó para defender al cuerpo, si alguno intenta ultrajarlo, vengándolo de la injuria, y ántes de todo, para matar los gusanos que cometan el desacato de querer comérselo; se ponen tambien en el sepulcro hechos bélicos y monumentos ó memorias de hazañas crueles, que es una recomendacion bien triste para el Juez de la paz; de los robos y despojos que se han hecho á los pobres, y de las riquezas mal adquiridas, ó inicuamente guardadas, áun despues que ya no son nuestras, mandamos que se nos canten ciertos salmos, y que se nos digan misas, sin restituir lo ajeno; otros levantan alcázares, castillos, pirámides ó estátuas, en fin, todo aquello que no permita que falte memoria de nosotros, y cuando andamos agitados de estos pensamientos, y nos prometemos de su ejecucion la mayor gloria, y áun vivir despues de muertos, negamos un dinero al pobre, porque nada nos falte, para tantos gastos, ó por mejor decir, quitamos al pobre un maravedí, si lo tiene, y si se puede decir así, despojamos al desnudo. La causa principal, pues, para no hacer bien, es nuestra soberbia y amor propio, que cuanto arde con más fervor, tanto más apaga la caridad para con otros. Sobre esto dice nuestro Señor, en su Evangelio: «Porque crecerá con abundancia la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos.» Éstas son las más verdaderas y más ciertas causas por que nos encogemos para hacer limosna; pero siguiendo la costumbre comun de todos los hombres, echamos á otros la culpa de nuestros defectos, y lo que nosotros repugnamos voluntariamente, pretextamos que si no lo hacemos, es por vicio ajeno.

Que ninguna cosa debe impedirnos para hacer bien.

Sin embargo, es cosa muy hermosa y excelente el ser bienhechor, y nada nos es más decente y conviene más que el ser en esto imitadores de nuestro padre Dios, á cuya benignidad no es capaz de agotar nuestra ingratitud, pues «llueve sobre los justos y los injustos, hace á su sol nacer para los buenos y los malos»; y más que, si bien se considera, casi todos los vicios de los pobres se nos deben atribuir á nosotros: nosotros los hacemos ingratos, socorriéndolos perezosa, fria y malignamente; no con ánimo puro, sino teniendo por fin otra cosa distinta del beneficio y de la gracia, afrentando con el mismo beneficio, con el recuerdo, el gesto y el fastidio; hay tambien muchos tan delicados, que por la ingratitud de uno solo, á ninguno quieren ya favorecer, y nadie ignora que no todos los hombres han de ser ingratos porque uno lo sea, pues no todos son de un mismo genio ni de unas mismas costumbres.

Antes de resolverte á no hacer bien por miedo de la ingratitud, haz tú por tí mismo la experiencia; oye á Séneca, que es un hombre gentil, enseñar á los cristianos lo que él debia aprender de ellos. Copiaré el lugar entero para que se avergüence cada uno de nosotros de no ordenar nuestra vida ni áun por los preceptos, un poco más sanos, de los mismos gentiles.

«No es razon, dice, que la muchedumbre de los ingratos nos haga más tardos para ser bienhechores; porque primeramente, como ya he dicho, nosotros somos los que aumentamos su falta de correspondencia; despues de esto, ni áun los dioses inmortales se retraen de socorrer una necesidad que tanto se extiende por todas partes, porque haya sacrílegos que los menosprecien; ellos usan de su natural, se portan como quien son, y ayudan á los mismos que abusan é interpretan mal sus dones; sigamos estas guías en cuanto lo permita la flaqueza humana; demos liberalmente el beneficio, no lo demos á usuras; digno es de quedar burlado quien al mismo tiempo que daba estuvo pensando en recibir; pero no fué de provecho, replican; se malogró lo que se dió; qué importa? Tambien los hijos y las mujeres nos han engañado muchas veces, y han salido malos y malas, y con todo, los educamos y nos casamos; en otras materias somos tan pertinaces contra las experiencias, que volvemos á las batallas despues de haber sido vencidos, y á los mares despues de haber naufragado; pues cuánto más constantes debemos ser en hacer beneficios, cuando si alguno no los hace porque no recibe, señal es de que no los hacia sino para recibir; este tal hace buena la causa de los ingratos, que, por otra parte, obran torpemente en no corresponder; ¡para cuántos nace el dia, que son indignos de la luz! ¡Cuántos se quejan de haber nacido, y no obstante, la naturaleza saca á luz nuevas producciones, y deja que tengan sér áun los que quisieran más no haber sido! Es propio de un ánimo grande y bueno hacer bien sólo por hacerlo, no por el provecho que se le puede seguir, y buscar lo bueno áun entre los mismos malos; ¿qué tendria de grande favorecer á muchos, si ninguno engañase? La virtud está en hacer beneficios que de cierto no se han de corresponder; pero al mismo tiempo ya percibió su fruto luégo al punto el varon noble y magnánimo. Tan léjos está el que esto nos aparte y haga perezosos para ejecutar la accion hermosísima de ser bienhechores, que si me quitáran toda esperanza de hallar un hombre agradecido, más quisiera no recibir beneficios que no hacerlos, porque el que no da cae en un vicio que antecede al del ingrato. Diré lo que siento: no peca más el que no corresponde al beneficio que el que no lo hace.» Hasta aquí Séneca.

Pero vaya que entre los gentiles hubiera este miedo de la ingratitud, que, sin embargo, intenta Séneca quitar, como oisteis, con tanta vehemencia, y esto en el mismo capítulo 1 de los libros que intituló de los *Beneficios*, como que era una piedra de tropiezo, puesta en el mismo umbral, que habia de molestar y dañar en los primeros pasos á los que entran; mas á nosotros, qué miedo nos puede retraer de hacer limosna, cuando *nos ofrece el Señor por* fiador del pobre, y recibe en *lo que se da á los miserables*? ¿Buscamos acaso otro pagador más rico ó más fiel? ¿Qué se puede pensar más suave ó más benigno que nuestro Dios, quien habiéndonos dado todo lo que tenemos, si alguno, obedeciéndole, diere algo al pobre por su divino amor, él mismo se hace deudor, y quiere que se repute por dado á su Majestad lo que de los bienes que son suyos damos nosotros á un hermano nuestro? ¿Y qué cosa puede haber más dura, cruel é ingrata que nosotros, que rehusamos dar, mandándolo su Majestad, de lo mismo que para este efecto depositó en nuestro poder, y más cuando nos propone tan grandes premios si lo hacemos, y nos amenaza de lo contrario con tan ciertos castigos? No puede haber mayor necedad que el proceder así, ni ceguedad más grande que precipitarnos á un castigo seguro por abrazar con tanto apego las cosas perecederas y expuestas á mil acasos.

Fuera de esto, si socorriéramos á los pobres con prontitud y á tiempo, sin duda se seguiria el grande y público bien de que con la condicion y estado de sus cosas mudáran ellos sus costumbres; pero en el dia dejamos á los mendigos que se pudran en su necesidad; pues ¿qué pueden sacar ellos de sus inmundas miserias, sino todos los vicios que ya hemos referido? Por eso sus culpas son miserias humanas, y de algun modo necesarias, pero las nuestras son voluntarias, libres y casi diabólicas, porque ¿qué es en una ciudad cristiana, en donde se lee diariamente el Evangelio, esto es, el libro de la vida, y en él, como único precepto, la caridad, vivir de tan diverso modo del que allí se prescribe? No dudo decir que no aprobarian nuestro modo de portarnos los gentiles mismos, algo más cuerdos, y que de las ciudades de la gentilidad parece que no hemos mudado más que el nombre, y ¡ojalá que no hayamos aumentado los vicios! Oimos á la Sagrada Escritura, que dice: «Haced bien, y rogad á Dios por los que os persiguen é impugnan»; y nosotros, que podemos y debemos aprovechar á nuestros ciudadanos, miramos como gravoso decir una palabra á su favor, y áun tenemos á ménos el hablarles. Sócrates, que era un hombre gentil, pospuestos sus particulares negocios, y á pesar de la contradiccion y envidia de muchos, andaba por toda la ciudad enseñando, amonestando y exhortando á todos y cada uno de por sí, entregado siempre é insistiendo sin cesar en el cuidado de hacer mejores á sus ciudadanos. No quiero repetir ahora las peregrinaciones de los apóstoles y tantos trabajos como pasaron; baste la vida y operaciones de un gentil para que se avergüencen los cristianos. Nos dice Cristo: «El que tiene dos túnicas, dé una al que no tiene»; pero no ves al presente qué enorme es la desigualdad! Tú no puedes ir vestido sino de seda, y á otro le falta áun un pedazo de jerga con que cubrirse; son groseras para tí las pieles del carnero, oveja ó cordero, y te abrigas con las finas de ciervo, leopardo ó raton del Ponto, y tu prójimo tiembla de frio, encogido hasta el medio cuerpo por el rigor del invierno. ¿Tú, cargado de oro y de piedras preciosas, no salvarás siquiera con un real la vida del pobre? A tí, por estar ya tan harto, te dan fastidio y ganas de vomitar los capones, perdices y otros manjares muy delicados y de grandísimo precio, y á tu hermano le falta hasta un pan de salvado con que sus-

tentarse, desfallecido é inválido, y con que mantener á su pobre mujer y niños tiernecillos, y echas tú mejor pan á tus perros. ¡No te remuerde é incomoda entre tanto la memoria de aquel rico, lleno de ostentacion, que se vestia de púrpura y lino finísimo, y comia todos los dias espléndidamente, y la del pobre mendigo Lázaro!

No bastan para tí las casas en que hubieran cabido las comitivas de los antiguos reyes, y tu pobre hermano no tiene en donde recogerse por la noche á descansar, y estás sin temor de que te digan algun dia con severidad aquello del Evangelio: «Hijo, tú has recibido ya tus bienes en esta vida»; y aquella tremenda detestacion del Señor: «Ricos, ¡ay de vosotros, que teneis aquí vuestros consuelos!» Cuando no tiene límites el amontonar y atesorar para las enfermedades y vejez, ¡oh, á qué oidos tan sordos se cantan aquellas sentencias: «No estéis ansiosos del dia de mañana; levantad los ojos, mirad las aves del cielo y los lirios del campo, á quienes, sin cuidado alguno suyo, mantiene y aumenta el Padre celestial»! ¿Por ventura todas estas riquezas y cosas atesoradas no están expuestas á muchas contingencias? Nada aprovecha al hombre adquirir y guardar contra la voluntad de Dios, en cuya mano omnipotente están todos los sucesos. ¿A cuántos, de muy ricos, hizo pobres repentinamente una chispa de fuego no advertida, ó un poco de estopa en una nave, ó una avenida del rio ó del mar, ó la malicia del hombre, ó una palabrilla denigrativa y calumniosa? ¿Qué es esto? ¿Acaso no viven y se conservan sanos los pobres sin tantas cosas, y los ricos con ellas enferman y se mueren? ¡Qué locura tan grande es pensar que consiste la vida en solo el dinero y el pan! De ningun modo deberiamos ser ignorantes en esto los que oimos tantas veces: «No vive el hombre con pan solo, sino con la palabra y voluntad de Dios.» Y en otra parte: «No consiste la vida del hombre en la abundancia de lo que posee.» ¿Qué cosa más clara contra el vano esfuerzo y ánsia de amontonar, que la insinuada palabra del rico avariento? Las rentas aumentadas extremadamente le habian producido en su aprension tan gran seguridad de vivir, que se decia á sí mismo: «Alma mia, come, bebe, goza de tus bienes, pues tienes muchos prevenidos para muchos años.» Pero en aquella misma noche oyó lo que á cada uno de nosotros se dirá tambien en medio de los proyectos de sus riquezas y haciendas: «Necio, esta noche morirás, espirarás, exhalarás el alma; tanto como has atesorado, ¿para quién será?

Despues que hemos oido esto de la boca misma de la sabiduría de Dios, no es lícito mendigar ejemplos de las letras profanas, que refieren haber muerto muchos en el primer establecimiento de los aumentos de su hacienda, cuando resolvian ya echar á un lado sus cuidados, gozar de lo adquirido, y pasar en adelante una vida suave y descansada; de modo que se verifica no verse otra cosa más frecuente en las repúblicas que trabajar los hombres para morir ricos, no para vivir; por otra parte, si estas riquezas se juntan y atesoran para la vejez y enfermedades, ¿á qué fin tanto exceso en el vestido y manjares? ¿A qué fin esa muchedumbre de criados y favorecidos, que viven ociosos en confianza de tus haberes? ¿Para qué tantos perros, azores, gavilanes, monas, mesas de juego y truhanes? Nada se niega, si lo pide alguno con recomendacion de un rico. En fatuos y bufones cuánto caudal se consume! Para dar á éstos no ponemos límites (lastimosa materia, en que deliran altamente ahora los españoles), ¿y á honra y gloria de Dios nada se ha de hacer? Con la costumbre de los vicios se nos ha hecho tal callo, que ya no sentimos unas cosas que nos dañan en tan gran manera; á semejantes ricos acaece muchas veces lo que dice el Sabio: «El que calumnia al pobre por aumentar riquezas, tendrá la pena de dárselas á quien es más rico que él, y llegará á ser necesitado.»

Pero para que nadie retire su mano de socorrer al pobre, ó lo haga con cortedad por miedo de que á él le falte, oigamos á Salomon: «El que da al pobre, no se verá en necesidad; el que despide con desden ó desprecio al necesitado, sufrirá la penuria.» Y oigamos tambien á san Pablo, que confirma de este mismo modo á los corintios en dar limosna: «Poderoso es Dios para aumentar en vosotros todo género de gracia; esto es, para que tengais con qué ejercitar vuestra misericordia; y teniendo siempre en todas las cosas todo lo que basta, nada os falte con abundancia para toda obra buena y benéfica, como está escrito: Repartió, dió á los pobres, y su justicia permanecerá por los siglos de los siglos; quiere decir, que la caridad, misericordia y beneficencia no perece, sino que, á manera de la semilla que se echa en la tierra, produce frutos abundantísimos, y conseguirá las alabanzas de los hombres y el premio de Dios; el que da la semilla al que siembra, esto es, el que os da con qué socorrer á los pobres, dará tambien pan para comer, y multiplicará vuestras simientes, y aumentará el incremento y multiplicacion de las mieses de vuestro justo modo de obrar, para que, enriquecidos en todas las cosas, tengais con abundancia todo género de sencillez y sinceridad de corazon ó liberal voluntad de hacer limosna, que es la que produce en nosotros y por nosotros la accion de gracias á Dios, porque por ella las damos á su Majestad; pues el ministerio de este oficio y cargo, esto es, el dar limosna, no sólo suple lo que falta á los cristianos, sino que lo aumenta con abundancia por medio de las acciones de gracias que se hacen al Señor.» Así san Pablo conviene, á saber, que la oracion y accion de gracias que se hace á Dios por la limosna que se ha dado, alcanza de su Majestad los aumentos de aquellos mismos bienes de que hemos dado limosna.

¿Y acaso consta esto por dichos y amonestaciones solamente, y no por ejemplos? En el libro III *De los reyes ó de los reinos* leemos que habia en la poblacion de los sidonios una viuda que tenía en su casa tan poca harina como puede caber en un puño, y unas pocas gotas de aceite; habiendo salido la pobre á traer leña, llevaba á su casa dos leños con que cocer una torta para sí y su pequeño hijo; acabado lo cual, habian de morir precisamente, porque habia una hambre atrocísima en Israel; ocurrió entónces Elías, y pidió aquello de limosna, prometiendo á la viuda que ni á ella ni á su hijo habia de faltar qué comer en adelante; creyó la mujer al profeta, y le dió cuanto tenia; pero despues, ni á

la vasija que tenía con harina le faltó ésta, ni á la que tenía con aceite se le disminuyó este licor hasta el dia en que el Señor tuvo misericordia de su pueblo. ¡Qué ejemplo! Anda con esto, y da con temor lo que has de recibir con tantas creces áun en los bienes de esta vida.

Pero dirá alguno que él pone su atencion en su posteridad y descendencia; mas valga la razon: siendo la posteridad, como es, un infinito, ¿qué límites puede tener el amontonar? Qué es esto que haces? ¿no quieres dejar cuidado alguno á tus descendientes? ¿Nada les quieres dejar que hacer ni en que ejercitarse? Verdaderamente que te portas muy mal, mirando sólo por ellos, y no rehusando tú vivir miserablemente y áun mal, por causa de unos que ignoras cómo serán; oye al sapientísimo de los reyes, que dice: «Más de una vez he detestado y abominado la industria y solicitud con que trabajé acá abajo cuidadosísimamente, habiendo de tener despues un heredero, de quien ignoro si será sabio ó necio, y se hará dueño y disfrutará los trabajos en que yo sudé y anduve ansioso. ¿Hay cosa alguna que pueda ser tan vana? Por lo mismo dejé la fatiga, y mi corazon renunció para en adelante de todo nimio trabajo sobre la tierra, porque trabajando uno con sabiduría y solicitud, deja para un ocioso lo que habia adquirido.» Hasta aquí Salomon; pero nosotros somos tan ciegos, que no nos damos por entendidos con los ejemplos que se presentan á nuestros ojos cada dia; ántes sí apartamos de ellos la consideracion, pensando erradamente que no estamos comprendidos en la condicion comun de los demas hombres, siendo nosotros hombres como ellos.

Unos hay que cuando ménos se piensa, les quita Dios los hijos, para quienes habian amontonado grandes riquezas, y se verifica lo que leemos en el salmo XLVIII: «Dejarán sus riquezas para los extraños, y no tendrán ellos otras cosas que sus sepulcros; en su errado juicio durarán sus edificios de generacion en generacion: pusieron sus nombres á la frente de sus tierras.» Hay otros, cuyas riquezas no llegan á segundo heredero, porque se corrompió la índole y costumbres de los hijos con la esperanza de la herencia ó con la blandura é indulgencia de los mismos padres, y tambien porque no sabe conservar el que no trabajó para adquirir. Otros hay, cuyos hijos hubieran sido óptimos sin riquezas, y con ellas son pésimos, de modo que parece que no les dejó otra cosa que un instrumento de torpezas y maldades el padre que procuró por todos los medios enriquecer á sus hijos; y tambien porque viendo los hijos que su padre tiene á todo en ménos que las riquezas, tienen igualmente ellos en ménos que á las riquezas á su mismo padre; pena justísima del talion, que permite Dios suceda para nuestra enseñanza.

Dejarás muy ricos á tus hijos si los dejas instruidos en una honesta facultad ú oficio, y con honestas costumbres; no les enseñes «que hacienda en todo caso, hacienda, ó que la hacienda, de cualquier modo adquirida es hacienda; porque serás tú el primero en quien harán experiencia de la fuerza de tal precepto ó documento. ¿Quieres oir cuáles son las verdaderas riquezas, y los mandatos que debe dejar á sus hijos un padre en los últimos instantes de su vida? Pues oye al santo Tobías, que, cercano á su muerte, habla de este modo: «Oid, hijos mios, á vuestro padre; servid con verdad al Señor, y procurad saber lo que le es agradable, para ejecutarlo; mandad á vuestros hijos que hagan obras justas y den limosnas, que se acuerden de Dios y le bendigan en todo tiempo con verdad y con todas sus fuerzas.» Asimismo todo el capítulo IV de este mismo libro de Tobías está lleno de preceptos, con que conviene que un padre enriquezca á sus hijos, no con el oro ó la plata; antigua sentencia ó proverbio es, que «al avariento guardador sucede un heredero gastador»; y tambien que «ni al heredero bueno le hace falta el dinero, ni al malo, porque aquel lo adquirirá fácilmente, y éste lo desperdiciará al punto.» Por cierto que juzgarias dejar muy ricos á tus hijos si hubieras logrado con tus diligencias que un príncipe quedase por tutor, patrono y como padre de ellos; pues si tienes fe, debes creer por cierto que si fueres bueno y misericordioso, dejas á Dios por padre de tus hijos. «La generacion de los buenos, dice su Majestad, será bendita.» Y en otro lugar: «El que vive como verdadero justo é irreprensible, dejará hijos felices y venturosos.» Y es que el mismo Señor es el que perdona al pueblo de Israel por sus mayores Abraham, Isaac y Jacob, y el que visita ó castiga la maldad de los padres que le ofendieron, en sus mismos hijos hasta la tercera y cuarta generacion, y usa de misericordia hasta mil generaciones, ó siempre y sin fin, con los que le aman y guardan sus preceptos. «Más vale morir sin hijos, dice el sabio Sirach, que dejar hijos impíos y malvados.»

Voy á decir una cosa, acaso de poca aceptacion para el vulgo, pero en mi sentir muy verdadera; es á saber: que los padres que habiendo experimentado el mal genio é inclinacion de sus hijos, y que con el dinero se les corrompe como con un veneno, hacen muy mal en dejarles las muchas riquezas, porque esto es lo mismo que dejarles la más cierta materia y cebo de los vicios, y porque semejantes riquezas se quitan á los buenos, que saben el uso que debe hacerse de ellas, y se dan á los malos, que habiendo conseguido de este modo el medio ó instrumento de sus maldades, se hacen peores con ellas; y si algun rico quiere acertar en las miras que tiene por el bien de un hijo que le sale malo, créame, tome mi consejo: deposite su dinero en manos de varones de conocida fidelidad, para que éstos le entreguen el depósito si mudáre de vida y se portáre bien y cristianamente; pero si perseveráre y se obstináre en su malicia y delitos, lo repartan de limosna á los pobres que sean buenos, ó por mejor decir, se les restituya á los pobres aquel dinero, porque se les debe, y más es restitucion que liberalidad; oigamos ya á un hombre profeta y anciano: «Fuí jóven y envejecí, y nunca jamas vi en mis dias á un justo desamparado, ni á sus hijos pedir limosna; continuamente hace caridad y presta sin interes, y su descendencia será bendita.»

Tú te ocupas en cuidar diligentemente, al presente y para lo venidero, de los cuerpos de tus hijos, y convendria con mucha mayor diligencia cuidases de lo que toca á sus almas, á ejemplo del santo y prudente Job, que ofrecia á Dios sacrificio por cada uno de sus hijo,

para que se purgasen por medio de la religiosa accion del padre, si por desgracia habian pecado ó no habian dado al Señor la bendicion que se le debo; pues mira: la limosna es un sacrificio y accion religiosa muy verdadera y muy agradable á Dios, y de ella se escribe en las divinas letras: «La agua apaga al fuego que arde, la limosna resiste á los pecados, y Dios pone sus ojos misericordiosos sobre el que la hace.» ¡Cuán grande riqueza es, áun entre los hombres, el ser hijo de un buen padre! No hay necesidad alguna de traer para esto ejemplos antiguos, que son innumerables los que se hallan en los escritores de todas las naciones; todos los dias vemos que muchos, aunque indignos por sí mismos, son ascendidos á grandes riquezas y honras por sólo la memoria de la virtud de sus padres, y siendo así que mirando á esos hijos sin ese respeto, los despreciamos, los veneramos mirando á su padre en ellos, no á ellos mismos; de aquí nace el verdadero decoro de la nobleza, pero tus sepulcros ó panteones, altares, sagrados ornamentos, misas y salmos, son abominacion delante de Dios cuando le levantas un templo con piedras muertas, y dejas que se caigan, se arruinen y perezcan sus templos vivos; no mira Dios las dádivas y dones magníficos, sino la alma pura y conciencia inmaculada; verdad es ésta conocida por los mismos gentiles, y enseñada por Platon, Jenofonte, Ciceron y Seneca; pues ¿cuánto más sabida debe ser de los cristianos, que no tienen absoluta necesidad de templo alguno, debiendo adorar en espíritu y verdad al Padre de las luces, cuyo templo es todo el mundo, pero más particularmente las almas puras, de quienes dice el Apóstol: «Santo es el templo de Dios, y vosotros sois ese gran templo»?

¿Para qué he de decir, finalmente, que con estas cosas ostentosas más se busca cierta fama y vanagloria que el culto de Dios, como lo muestra bien claramente ver puesto en todas partes el nombre de quien las costeó, y sus armas y escudos grabados á cada paso? Y qué es lo que hace allí el oro? ¿Acaso piensas que Dios es un niño que se va deslumbrado y como encantado detras del resplandor del oro, ó un avariento que se deja arrebatar de su posesion, ó un hombre que deja cautivarse de su uso? Y si en esas obras que dispones tienes por mira y fin la gloria y fama, debes advertir que la gloria para el que vive es pesada si la apetece; si no la apetece, inútil; pero al muerto siempre le es superflua, porque serán tan grandes los gozos ó tormentos en que estará, que nuestras voces y aclamaciones mundanas, aunque llegáran á él, no serian capaces de moverlo ni darle satisfaccion. ¿Qué le aprovecha á Aquíles la *Iliada* tan decantada de Homero? ¿Qué á Ulíses la *Odisea*, ni ambas obras á su autor? ¿De qué le sirven á Alejandro tantas Alejandrías por el Oriente? ¿De qué á los condes de Flándes las doradas estatuas puestas en las Casas Consistoriales? Porque, dejando aparte lo caducas que son todas estas obras, y cuán en breve han de perecer, son siempre pocos los que las miran, ménos los que se paran á considerarlas, casi ninguno de éstos pregunta por los sujetos á quienes representan, ni las hazañas de esas personas á quienes han puesto aquellos monumentos, y aunque pregunte, no hace gran caso de ellos; pero si se busca la verdadera gloria, ¿en dónde se ha de hallar mayor que haciendo bien, aprovechando y ayudando á muchos? Ésto era, entre los antiguos, el único camino para la inmortalidad, como dejamos expuesto arriba; dioses llamaron á los bienhechores; Dios es, dice Plinio, el mortal que ayuda al mortal, ni hay entre todas las virtudes otra más agradable y plausible que la liberalidad y munificencia, pues hubo muchos que por sola ella consiguieron grandes reinos; mas sobre todo, cada uno de los hombres debe reputar por buena, verdadera y grande gloria, la de tener paz con su conciencia cuando le llegue la muerte, y ser bien recibido de Dios, logrando por esta causa y buenas obras la eterna bienaventuranza.

Que lo que da Dios á cada uno, no se lo da para él solo.

Decia el filósofo Platon que serian felices las repúblicas si se quitasen de entre los hombres aquellas dos palabras *mio* y *tuyo*; porque ¿cuántas tragedias excitan entre nosotros? ¿Con qué clamores no se entonan aquellas expresiones y frases: «Yo dí lo que era mio, él me quitó lo que es mio, nadie llegue á lo que es mio, no he tocado lo que es tuyo, guarda lo que sea tuyo, conténtate con ello»? Como si hubiera algun hombre que poseyera algo que con razon pueda llamar suyo. Áun la virtud misma la ha recibido de Dios, que nos lo ha dado todo á unos por causa de otros. Primeramente la naturaleza, por la cual quiero que se entienda á Dios, porque no es ella otra cosa que la voluntad y mandamiento del Señor, ¿cuántas utilidades nos ha producido y produce, ya para comer, de yerbas, raíces, frutos, mieses, ganados, peces, todo en comun; ya para vestir, de pieles y lanas? Tambien maderas y metales, y las comodidades que se nos derivan de los animales, como perros, caballos, bueyes; finalmente, cuantas cosas dió á luz, las expuso en esta gran casa del orbe, sin cerrarlas con valla ó puerta alguna, para que fuesen comunes á todos los que engendró. Dime ahora tú, que te has alzado con algo ó con mucho, si eres más hijo de la naturaleza que yo. Si no lo eres, ¿por qué me excluyes, como si fueras tú hijo legítimo de la naturaleza, y yo un bastardo? Pero respondes: yo empleé mi trabajo y mi industria, no me impidan el poseer, que yo haré lo mismo; luégo hacemos propio por nuestra malignidad lo que la liberal naturaleza hizo comun á todos; lo que ésta puso á la vista y disposicion de todos nosotros lo apartamos, escondemos, cerramos, lo defendemos de otros, y los apartamos de ello con los postes, paredes, cerraduras, hierro, armas, y en fin, con las leyes; y así, nuestra avaricia y malignidad ha inducido carestía y hambre en la abundancia de la naturaleza, y pone pobreza en las riquezas de Dios; ya casi hizo nuestra malicia que no se pueda decir de Dios con verdad: «Abres, Señor, tu mano, y llenas á todo animal de bendiciones.» No se puede contar el número de los que tres años há murieron de hambre en la Andalucía, que vivieran aún si estuviéramos tan prontos á dar socorros como á pedirlos, ó si nos moviese siquiera la liberalidad de las bestias y su género de sentido, más acomodado á la naturaleza que el nues-

tro, pues ninguna bestia hay que apacentada y satisfecha, no deje allí al comun lo que le sobra, sin custodia alguna, como en una grande y patente dispensa ó almacen de la naturaleza.

Sepa por esto cualquiera que posee los dones de la naturaleza, que si hace participante de ellos á su hermano necesitado, los posee con derecho y por voluntad, institucion, intento y disposicion de la naturaleza misma; pero si no, es un ladron y robador convicto y condenado por la ley natural, porque ocupa y retiene lo que no crió la naturaleza para él solo. Escribiendo Platon á Architas, pitagórico, le dice: «No hemos nacido para nosotros solos, sino tambien para la patria y para los amigos.» Y aquel viejo dice en la comedia: «Hombre soy, y nada que sea humano lo reputo ajeno de mí.» Ninguno, pues, ignore que no ha recibido solamente para su uso y comodidad el cuerpo, la alma, la vida ni el dinero, sino sepa que es un dispensero ó fiel repartidor de todas esas cosas, y que no las recibió de Dios para otro fin. Esto, aunque entre sombras, lo conoció tambien la antigua gentilidad, cuando estableció acerca de sus ciudadanos tales leyes, que se dejaba ver por ellas que cada uno lo debia todo á su ciudad, y que ésta tenia derecho y autoridad de disponer contra cualquiera de su cuerpo, su vida y sus caudales; y así los areopagitas entre los atenienses, y entre los romanos los censores, inquirian y averiguaban las vidas, rentas y costumbres de todos, para juzgar y sentenciar con las leyes y penas de qué modo las administraba y usaba cada uno para la utilidad pública.

Pero en esta materia pongamos delante de los ojos, no ya el testimonio de los hombres, sino el edicto y mandato del mismo Dios. «De gracia, dice el Señor, habeis recibido lo que teneis; dadlo tambien sin interes y de gracia.» Y aquella parábola que se nos propone del que fué castigado con el mayor rigor por haber escondido el talento que recibió de Dios y no haber negociado con él, quedando llenos de alabanzas los que aumentaron su porcion con el buen comercio, esto es, los que ayudaron y socorrieron á muchos con los mismos beneficios que graciosamente recibieron del Señor; por tanto, el que disminuye lo que ha de dejar al heredero por darlo á los pobres, no es ése el ladron, sino todo aquel que abusa inútilmente de su erudicion ó instruccion, consume vanamente sus fuerzas, deja á su ciencia entorpecerse, derrama el dinero ó lo atesora y cierra. Dirá alguno, y esto con grande ceño y altanería: «Hago esto de lo que es mio.» Pero ¿para qué me alegas ante el tribunal de Cristo, defensor y justo vengador de la caridad y beneficencia recíproca, lo que no te hubiera sido lícito alegar ante el tribunal y sillas de los censores gentiles de Roma? Ya mostré el buen sentido en que nadie tiene cosa suya; ladron es, vuelvo á decir, y robador todo aquel que desperdicia el dinero en el juego, que lo retiene en su casa amontonado en las arcas, que lo derrama en fiestas y banquetes, el que lo gasta en vestidos muy preciosos ó en aparadores llenos de várias piezas de oro y plata, aquel á quien se le pudren en casa los vestidos, los que consumen el caudal en comprar con frecuencia cosas superfluas ó inútiles; finalmente, no nos engañemos: todo aquel que no reparte á los pobres lo que sobra de los usos necesarios de la naturaleza, es un ladron, y como tal es castigado, si no por las leyes humanas, aunque tambien por algunas de éstas, á lo ménos lo es, y ciertamente lo será, por las divinas.

Que no puede haber verdadera piedad y cristianismo sin el socorro ó beneficencia recíproca.

Hasta aquí he unido las cosas divinas con las humanas, á causa de aquellos que, sumergidos en densísimas tinieblas, no pueden sufrir el resplandor de la divina luz; mas ahora expondrémos solamente los preceptos de aquel Príncipe y Señor, de quien está escrito: «No temais á los que matan el cuerpo, y despues nada les queda que hacer; temed, sí, al que despues de quitar la vida del cuerpo, puede condenar la alma al fuego eterno.» La lástima es que nosotros nos hemos vuelto tan insensibles con las maldades, que nada se oye con ménos atentos y más sordos oidos que lo que Dios manda, ni áun siquiera la vanidad é insubsistencia de esta vida nos hace avisados para no fijar en este mundo nuestras esperanzas, ni para atender á que hemos de venir á parar á manos de aquel Dios que es sabedor y testigo de nuestros pensamientos, á que él mismo ha de ser juez de ellos, y á que tendrá consigo en la eterna bienaventuranza, ó enviará á los castigos sin fin á cada uno, segun lo mereciere; y este gran Dios ¿por qué personas nos habla, sino principalmente por su mismo Hijo, y despues por medio de varones santos, á quienes comunica su divino Espíritu? Ahora, pues, no hay cosa más expresa en los libros sagrados del *Viejo y Nuevo Testamento*, que oráculos infalibles y sentencias del mismo Dios, en que nada se encomienda con más vehemencia ni se repite más frecuentemente que la misericordia y limosna.

Así habla el Señor en el *Deuteronomio:* «No faltarán pobres en la tierra donde habites; por tanto, yo te mando que abras tu mano para el necesitado y pobre que vive contigo en ella.» Ni se manda esto sin premio, sino que se añade la promesa de que hallará prevenida la misericordia cualquiera que la hiciere; así lo declara tambien David en el salmo XL: «Dichoso y bienaventurado el que entiende sobre el necesitado y el pobre, el que se aplica á conocer y socorrer al verdadero pobre y necesitado; el Señor le librará y salvará en el dia del juicio. El Señor le conserve y le vivifique, lo haga feliz y bienaventurado en la tierra, y no lo entregue al arbitrio de sus enemigos. El Señor le socorrerá cuando estuviere enfermo en cama, de suerte que se podrá decir á Dios, dándole gracias: «Vos mismo os habeis dignado de haberle mullido el lecho, de haberle dispuesto blanda cama en su dolorosa enfermedad.» Aquel versículo del mismo David, que se halla en el salmo IX: «A tí te se ha dejado y encomendado el pobre, tú serás la ayuda del huérfano», manifiesta abiertamente que el poderoso no con otro fin fué adornado de dignidad por el Señor, ó fortalecido y engrandecido con el poder, el honor, la autoridad y las riquezas, sino con el de que fuese tutor y defensor del necesitado y miserable, á la manera que un padre amoroso y advertido

encarga al hijo robusto la custodia y defensa del que es más débil y flaco.

No se manifiesta el Señor solícito de sus ceremonias y sacrificios; lo que quiere y exige del hombre es la misericordia, y á ésta sola promete el galardon; en el profeta Isaías se lee en boca del Señor: «Quieren entrar con Dios en cuentas y acercársele con estas reconvenciones: ¿Por qué razon no has hecho caso de nosotros, siendo así que hemos ayunado? ¿Por qué habiendo nosotros humillado nuestras almas, has hecho como que no lo entendias? Mirad, porque yo en vuestros ayunos no hallo otra cosa que vuestro propio amor y voluntad; estrechais con el mayor rigor á los que os deben, aunque sean pobres miserables; ayunais solamente para pleitos, riñas y contiendas, hasta maltratar á golpes á los pobres desapiadadamente; no es éste el ayuno que agrada al Señor; ¿por ventura, dice Dios, el ayuno que yo elegí y aprobé, no es el que va junto con la misericordia y limosna? Procura deshacer las coligaciones y obligaciones inicuas, que caminan á destruir á los pobres con usuras; desunir las juntas y conspiraciones que los oprimen; despachar libres y consolados á los que has precisado á ceder sus pocos bienes, y romper y anular todo vale, obligacion y escrito contra ellos; da de tu pan al hambriento, y abriga en tu casa á los necesitados que no tienen donde meter la cabeza, y se ven por eso en la dura precision de andar vagos de algun modo; al que vieres desnudo vístele, no le desprecies, mira que es de tu misma carne y naturaleza; entónces brillará tu luz como la de la mañana, y tu salud y sanidad nacerá más prontamente; tu justicia y buenas obras irán siempre delante de tí, y la gloria del Señor te acogerá; entónces invocarás al Señor, y te oirá propicio; clamarás, y dirá: Aquí estoy pronto.» Todo esto es de Isaías.

Por todas partes busca y registra un pecador el modo de poder aplacar al Señor, á quien ha ofendido; quiere ofrecerle víctimas, y áun su mismo hijo primogénito; y sin embargo, despreciadas por Dios todas las cosas que exteriormente podian ofrecérsele, pide al pecador la misericordia de sus entrañas; así lo leemos en el profeta Miqueas: «¿Qué cosa podré ofrecer digna del Señor? Doblaré la rodilla delante de Dios excelso? ¿Le ofreceré holocaustos y becerros tiernos? ¿Puede aplacarse el Señor con millares de carneros ó con muchos millares de machos pingües, ó por ventura mi mismo primogénito, fruto de mi vientre, será bastante sacrificio por mi maldad, por el pecado de mi alma? Todo eso preguntas? Pues yo te daré á entender bien claramente, oh hombre! cuál es el bien que te conviene, y qué es lo que Dios quiere de tí; ciertamente no es otra cosa, en dos palabras, que el que obres con justicia y ames la misericordia.» Los que tienen cuidado de averiguar la naturaleza de las cosas, afirman que el amor, por su naturaleza é índole, de nada se origina más verdaderamente que del amor; así nada nos concilia tanto la misericordia de Dios que nuestra misericordia. «El que es inclinado y pronto á hacer misericordia será bendito», dice Salomon; y del que no tiene misericordia dice el mismo: «El que cierre sus oidos por no oir al *desdichado y débil*, *invocará* al Señor, y no habrá quien le oiga.» Pero, qué nos cansamos? Esto es buscar nosotros, como suele decirse, agua en el mar, porque ¿qué otra cosa resuena en los antiguos preceptos de Dios, sino que el único camino de alcanzar la divina misericordia, áun respeto de los bienes de esta vida temporal, es nuestra misericordia?

Abraham y Lot, por la santa costumbre de ejercitar la hospitalidad, recibieron en su casa espíritus angélicos sin conocerlo, fueron reputados por dignos de tan grande honor, y los ángeles no se ausentaron sin corresponderles y hacerles favores: Lot fué libertado de quemarse y quedar oprimido con el incendio y ruina de las cinco ciudades; Abraham recibió de ellos la noticia de que tendria un hijo, que habia de ser el principio de aquella santa é innumerable posteridad que se le habia prometido. El rey David, como anciano y como profeta, dice: «Jóven fuí, ya he envejecido, y no he visto á un justo desamparado, ni á sus hijos pedir limosna; todos los dias tiene misericordia y presta graciosamente, y su descendencia será siempre bendita.» Vengamos ya á Cristo, legado fidelísimo del eterno Padre, enviado á nosotros con grande y admirable autoridad de hacer milagros en aquella humildad de nuestro cuerpo, para reconciliar con el Padre, airado, al hombre enemigo de Dios, para enseñar al ignorante, reducir al camino al extraviado, y volver al ciego el uso del sol y de las luces; á éste mandó que oyéramos el mismo Padre con su voz; nosotros nos vendemos por seguidores de su doctrina y su luz, nos gloriamos de llevar su nombre, que es sobre todo nombre, ni hay otro sobre la tierra por quien podamos salvarnos, ni otra cosa en que convenga gloriarnos, que, á ejemplo de san Pablo, la cruz de nuestro Señor Jesucristo; pero no veo ciertamente con qué cara nos atrevemos á llamarnos cristianos, no haciendo cada uno cosa alguna de las que principal y casi solamente mandó Cristo. Tenian los filósofos gentiles por señales, para ser conocidos y distinguidos, la desnudez de los piés y vileza del vestido, como muestra el Nacianceno; tienen los judíos la circuncision; los soldados en la guerra tienen sus divisas; las ovejas estan asimismo señaladas, y tambien se sellan las mercaderías; ¿acaso no tiene Cristo alguna señal con que nota y caracteriza á los suyos y los separa de los extraños? Sí por cierto. «En esto, dice Cristo, conocerán todos que sois mis discípulos, si os amais de corazon unos á otros.» Y despues dice: «Éste es mi precepto: que os ameis recíprocamente.» Éste es el primero y principal dogma.

Es esencia y naturaleza del amor hacerlo todo comun, segun la antigua sentencia y expresion que, nacida de Pitágoras y continuada por sus discípulos, conservaron las demas sectas de filósofos: el que verdaderamente ama, no de otra suerte cuida de las cosas del amigo que de las suyas propias, ántes bien trabaja algunas veces por aquellas con más esmero y con amor y afecto más ardiente; mas entre nosotros cada cual hace su negocio, y ninguno el de su hermano y prójimo; y al modo que reprendiendo san Pablo á los corintios, les dice: «Uno se muere de hambre, y otro está harto y embriagado,» estamos tan léjos de hacer participante de lo que tenemos á nuestro pobre prójimo y hermano, que

con todo arte y engaño posibles nos apropiamos lo poco que él posee; ves á un pobre desnudo, y pasas de largo, tú, que vas, no digo vestido, sino cargado y abrumado de vestidos; pues ¿en dónde está aquella señal con que se sellan y distinguen las ovejas de Cristo? Lo que es más, ni áun á Dios ama el que no ama al prójimo; así lo asegura san Juan en sus *Epístolas:* «El que poseyere hacienda en este mundo, y viendo á su hermano tener necesidad, le cerráre sus entrañas, ¿cómo tendrá en sí la caridad y amor de Dios?» Y poco más abajo: «Si alguno dijese que ama á Dios, y aborreciere á su prójimo, es mentiroso, porque el que no ama á su hermano, á quien está viendo, ¿cómo puede amar á Dios, á quien no ve?»

Fuera de esto, ni á Cristo cree el que no confía en su Majestad; porque, ¿qué otra cosa es creer á alguno, sino confiar en sus dichos y tener por cierto que se cumplirán sus promesas? Pues el Señor nos mandó hacer bien, y lo que es más difícil, desear el bien á todos, áun á aquellos que se han portado muy mal con nosotros, y que nos harian mal y daño si por alguna parte pudiesen; él se ofrece á pagarte por aquel á quien hicieres el bien. Si creyeras que Cristo te ha de satisfacer tan abundantemente como te promete, ¿ dejarias de dar, cuando entregas á un negociante diez mil ducados, por ejemplo, porque te los vuelva con ganancias, confiado en la palabra de un mortal ó en la escritura de un perverso? Pues mira que tambien Cristo te tiene hecha su carta de obligacion; pero el caso es que nos dejamos oprimir y mover demasiado de lo terreno y corporal, y las cosas espirituales no penetran hasta nuestras almas, cercadas por todas partes con una carne pesadísima, que hizo ya callo con la costumbre de los vicios. Voy á explicarme más : ni áun á Dios confiamos nuestra vida, siendo así que es su Majestad quien únicamente le dió el sér y la conserva; porque si creyéramos á Cristo, que nos manda que todo el cuidado de defendernos y sustentarnos lo dejemos al Padre, de quien proceden todas las cosas, y que mantiene y sustenta á las que no pueden cuidar de sí mismas, ¿estariamos tan extremadamente solícitos de nosotros? No lo estariamos por cierto si algun rey mortal nos lo hubiera prometido. ¿Qué otra cosa podré decir, sino que nosotros hablamos como que lo creemos todo, y vivimos como que nada creemos?

Tampoco te mueve ni te hace mella el fin de la vida, pasada en virtudes ó en vicios, á que se siguen infaliblemente premios ó castigos, que es lo sumo y último de la verdadera religion; dice Cristo que los pecados se purgan, limpian y perdonan por la limosna. «No os resta otra cosa, dice su Majestad, sino que ejerciteis la misericordia, y por su mérito os concederé, misericordioso, que estéis limpios en todo.» Confirmó en esto la sentencia de los antiguos, porque Tobías dice: «Atesoras en verdad un buen premio para el dia de la necesidad, porque la limosna liberta de todo pecado y de la muerte, y no dejará que la alma vaya á las tinieblas.» Y el *Eclesiástico:* «La agua apaga al fuego ardiente, y la misericordia resiste á los pecados.» Al rey más soberbio aconsejó Daniel que redimiera sus pecados y blasfemias con la misericordia y limosnas de los pobres; concuerdan con todos éstos los discípulos de Cristo, diciendo, por lo que habian aprendido en la escuela de su Maestro, que «la caridad cubre la multitud de los pecados.» Consta en los *Hechos de los apóstoles* que aquel centurion gentil, por sus limosnas, le enseñó un ángel el camino de la salvacion; y al modo que es consejo saludable para los que han de pasar á alguna ciudad, que procuren merecerse por algun servicio la atencion de algunos de sus habitantes; así el Señor nos amonesta y exhorta é que con el inicuo Mammona, ó dios de las riquezas, busquemos y ganemos amigos, que nos reciban despues de la muerte en los palacios eternos. A aquel jóven que consultaba á Cristo sobre la vida eterna, le respondió: «Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que tienes, dalo á los pobres, y tendrás con esto un tesoro allá en los cielos, y ven y sígueme.» ¡Ojalá fuese tan temida, como oida muchas veces y conocida por todos, aquella sentencia del Juez de vivos y muertos, que premia con la vida eterna por las obras de misericordia que se hicieron, ó condena al eterno por las que se dejaron de hacer!

Qué dirémos á todo esto? ¿Por desgracia nos está aconteciendo lo que de los fariseos dice en su Evangelio san Lúcas, que por ser avarientos, hacian irrision de los preceptos de Cristo? Es de temer; porque á nadie, áun ahora, parece tan ridícula la doctrina celestial, como á los entregados á la ánsia de las riquezas. ¡Qué inepto y como incapaz es para el reino de Dios el rico que ama sus riquezas! No sin gran razon, entre todos los pecados, llamó san Pablo á sola la avaricia servidumbre de los ídolos, pues por amar algunos con ánsia su dinero, se apartaron de la fe, que es la nave más segura. Ningun pecado vengaron con pena de muerte los apóstoles, sino la avaricia de Ananías y de su mujer; contra el vicio de éstos mostró y ejerció san Pedro su potestad apostólica, no por medio de algun atormentador ó verdugo, sino con la eficacia de su misma voz, porque sabía bien el ódio y guerra tan sangrienta que habia declarado contra las buenas costumbres y piedad de los cristianos el perverso afecto de la codicia, y que algun dia habia de arder más, con gran detrimento y ruina de la religion. Examine cada uno su conciencia, á ver si cree las verdades que hemos referido, puesto que se mueve tan poco de ellas. «Y bien creo», dice cada uno; pues yo te oigo que crees, pero no veo que lo hagas. «Hijos mios, amonesta san Juan, no amemos sólo la palabra, sino realmente y de obra»; y Santiago: «Sed ejecutores de la palabra, y no oyentes solamente.» Si crees, ¿cómo no te das por entendido de tan grandes promesas y amenazas? ¿Por qué no tomas á tu cargo el desempeño de la obligacion que te se ha intimado de hacer bien, especialmente estando prevenidos tan grandes gozos para el que lo practicáre, y tan grandes tormentos para el que lo omitiere?

La suma de lo que he querido decir es ésta: á ninguno tengo por verdadero cristiano, que al prójimo necesitado no le socorre en cuanto puede. San Pablo y san Bernabé, habiendo llegado á Jerusalen, y hablando con Santiago, llamado hermano del Señor, que era obispo santísimo de aquella ciudad, y al mismo tiempo con san Pedro y san Juan, dada razon del Evangelio,

que habian predicado á los gentiles, y alabada su conducta por los apóstoles, sólo de la misericordia hicieron memoria unos y otros al despedirse. «Nos dieron, dice san Pablo, las manos, en señal de compañeros, á Bernabé y á mí, para que nosotros fuésemos á predicar á los gentiles, y ellos á los judíos; tan solamente se advirtió que nos acordáramos siempre de los pobres.» De todo el hombre cuidan los apóstoles y discípulos de Cristo, á todo el hombre alimentan y confortan, á todo él procuran aprovechar: á la alma, con la predicacion y sagrada doctrina; á los cuerpos, primeramente con los milagros y virtud de curar las enfermedades, que acompañaba á la predicacion y á su constantísima fe, y tambien con los socorros para la vida temporal, recogiendo dinero con que se sustentasen los necesitados; esto es propiamente ser cristiano y ser verdaderamente seguidor de su Príncipe y Maestro, que dió el sér á todo el hombre, y á todo él lo sanó y alimentó: á la alma con la doctrina, y al cuerpo con la comida; es justo, pues, que nosotros hagamos bien al prójimo en el alma y en el cuerpo, segun cada uno pudiere.

Cuánto bien se ha de hacer á cada uno, y cómo se ha de hacer.

Ciceron, Aristóteles, Teofrastes, Panecio, Posidonio, Hecaton, Séneca y los demas que escribieron de los oficios de la vida comun, establecieron ciertas leyes, que prescriben á quién, de qué suerte, cuánto, en qué tiempo y cómo se ha de hacer el buen oficio ó el beneficio ó el agradecimiento; pero, como ellos sólo atendieron á las cosas humanas, no pudieron abrazarlo todo en sus preceptos, porque la naturaleza de los hombres, por su variedad, ofrece un infinito, que sólo el Señor, como su autor y criador, pudo comprenderlo, y lo comprendió en su breve, única y divina fórmula; con solo el precepto del amor de Dios y del prójimo asignó una infalible norma, regla y pauta, con que se puede gobernar enteramente la vida de todos los mortales; una vez que cualquiera ame verdaderamente y de corazon á Dios y al prójimo por Dios, este mismo amor le enseñará más verdadera y rectamente lo que debe hacer, que cualesquiera maestros de la sabiduría; tenga cada uno al prójimo un afecto legítimo y propiamente amigo, y mire sólo á Dios cuando le socorra, esperando de su Majestad el galardon. No hay que decir más; solo este documento excede, con incomparable ventaja, á los largos escritos de los filósofos de que ahora he hecho memoria.

Acerca de la cuantidad del beneficio, y á quién se ha de hacer, son aquellas palabras de Cristo: «Da á todo el que te pida, no despidas al que te suplica que le prestes, haced bien á los que os persiguen, amad á los que os aborrecen, rogad á Dios por los que os abominan y maldicen.» Así debe portarse el que desde estas cosas del mundo se eleva del todo á la confianza y amor de Dios; pero algo más adaptable á nuestra naturaleza es aquello de Tobías: «Haz limosna de tu hacienda, y no apartes tu cara de pobre alguno, porque así lograrás que no se aparte de tí el rostro del Señor: procura ser misericordioso *del modo que puedas: si tienes* mucho, da abundantemente, y si poco, da tambien de lo poco, pero de buena gana.» No disuena de esto lo que se lee en el *Eclesiástico*: «Antes de tu muerte haz bien á tu amigo, y alargándote segun tus fuerzas, da limosna al pobre. Los que lo hacen así se miden con sus haberes, y no carecen del cuidado que les parece prudente de que á ellos no les falte, que es una solicitud que el verdadero amor la excluye; pero ¡cuánto mejor se portan éstos que los que de unas grandes rentas y facultades de hacer bien, sólo reparten una pequeña porcioncilla, cuales son los que hallándose con grandísimas riquezas, sólo dan de limosna una ú otra vez la menor moneda que hay! llamémosla minuta, como hasta aquí lo hemos hecho, usando de la voz ó expresion de vuestro idioma; pues atendamos: «El que siembra parcamente, dice el Apóstol, segará parcamente, y el que siembra en bendiciones, esto es largamente y á manos llenas, segará tambien con abundancia.» Semejante á ésta es la sentencia que escribe á los gálatas, y os voy á referir: «Como recibes de Dios, corresponde tú.» Si su Majestad te da con abundancia, ¿por qué tú le correspondes tan escasa, ruin y malignamente, en especial no habiéndote dado cosa alguna para tí solo, como queda ya manifestado?

Tambien se ha de tener presente que no hemos de medir nuestras necesidades de modo que contemos entre ellas el lujo, ostentacion y demasía, como vestirse de sedas, resplandecer con oro y piedras preciosas, andar rodeado de una gran caterva de sirvientes, comer todos los dias espléndidamente, y jugar grandes caudales con animosidad; y para que nadie se lisonjee de que si tiene mucha hacienda, da tambien mucho á los pobres, hemos de estar enterados en que no es agradable á Dios la limosna de lo que ha quitado y tiene el rico del sudor y hacienda del pobre; porque ¿á dónde va á parar, despojar tú á muchos con engaños, mentiras, fuerzas y rapiñas, para dar un poco á algunos? ¿quitar mil para dar ciento? Esto es en lo que se engañan miserablemente los que piensan haber cumplido con su obligacion, y que se han redimido de grandes hurtos ó fraudes, dando de ellos á los pobres alguna corta cantidad, ó edificando con ella alguna ermita ó capilla, poniendo allí su escudo de armas, ó adornan algun templo con vistosas claraboyas, ó lo que es más lastimoso, regalan ó dan dinero al confesor para que los absuelvan. La confesion del publicano Zaqueo fué ésta que se sigue: «Mirad, Señor, yo doy á los pobres la mitad de todos mis bienes, y si en algo he defraudado á alguno, le restituyo cuatro veces más;» por esto le absolvió Cristo así: «Hoy ha recibido la salud la casa de Zaqueo, porque él es verdadero hijo de Abraham»; quiere decir que no profesaba con solas palabras la justicia de Abraham, sino que la practicaba con las obras; en una palabra, sólo es agradable á Dios la limosna que se hace de lo justo y bien ganado; haga, pues, cada cual lo que Zaqueo, si quiere oir lo que él oyó.

Y á quién hemos de hacer bien? A todos, porque por todos se ofrece Jesucristo, y para que no nos entibie ni amedrente la indignidad del necesitado, tenemos un Dios infinitamente digno, que, sin merecerlo nosotros, y áun desmereciéndolo, es el primero que

nos llena de beneficios, y no sólo eso, sino que de acreedor, se hace deudor nuestro si damos algo al pobre. Aristóteles, filósofo gentil, no tan bueno como docto, habiendo dado una moneda á cierto hombre malo, pero pobre, avisándole y como reprendiéndole sus amigos de que hubiera hecho bien á aquel indigno, respondió: «No me he apiadado de él, sino de su naturaleza.» ¿Cuánto más debemos los cristianos tener misericordia del pobre, porque lo manda Dios, cuya misericordia si por un solo instante se apartára de nosotros, no habria cosa más miserable en todo el mundo? Pues mirad, ésta es la escritura y vale del Dios y Señor de todos; conviene á saber: «Lo que hicisteis á favor de cualquiera de estos pequeñuelos, á mí lo hicisteis; yo lo reputo, estimo y premio como hecho á mí mismo.» Oid tambien á un hombre, si es lícito oirle despues de haber oido á Dios, pero es sapientísimo é iluminado escritor de Dios, y así se debe juzgar que habla Dios en él: «El que se apiada del pobre, da su caudal á buenas usuras ó ganancias, no ménos que al mismo Dios; este Señor se lo volverá con muchas creces, á veces acá, y siempre en bienes eternos.» ¿Quién de nosotros podrá sufrir aquel tremendo cargo del Señor? «Siervo malvado, ¿por qué no diste de lo que era mio lo que yo mandé? ¿Qué hubieras hecho de lo tuyo?» Por tanto, no poseerás estos bienes espirituales, que son por sí eternos, en que seguramente no hubieras sido fiel, puesto que fuiste tan fiel en los bienes vanísimos del mundo. No finjo yo estas expresiones, no; palabras són del mismo Cristo, en el Evangelio de san Lúcas: «El que es fiel en lo ménos, lo es tambien en lo más, y el que es inicuo en lo poco, lo es tambien en lo mucho. Si no fuisteis fieles en las riquezas inicuas, que son mentira, quién os dará lo que es verdad? Esto es: si en las riquezas vanas y falsas de este mundo no fuisteis fieles, ¿quién ha de fiaros las verdaderas y celestiales? Si no hicisteis bien de lo ajeno, ¿quién os dará lo que es vuestro? Esto es: si en los bienes temporales, que se os dan sólo por ciertos dias, y por eso los debeis llamar ajenos, no sois buenos administradores, ¿quién os ha de entregar los dones y riquezas espirituales, que por perpétuas y que sacian vuestro corazon, se podrian llamar vuestras?»

En todo caso se debe reflexionar y pesar las necesidades de los hombres, porque unos son más necesitados que otros; hay tambien algunos á quienes es mejor dar un talento ó una crecida cantidad, que á otros un dinero; como son los que los gastan en usos honestos; pero dar á los jugadores ó á los lascivos, ¿qué otra cosa es que echar estopa en el fuego, como dicen? No sería esto beneficio, sino daño; por eso san Pablo escribe así á los gálatas: «El que es enseñado en la fe, dé parte de todos sus bienes al que le enseña; no erreis: Dios no puede ser burlado, porque lo que el hombre sembráre, eso cogerá; el que siembra en su carne, cogerá la corrupcion; mas el que siembra en el espíritu, del espíritu cogerá la vida eterna; no desmayemos en obrar bien; que perseverando, cogerémos á su tiempo; y así, miéntras tenemos tiempo, hagamos bien á todos, *pero en especial á los fieles*, que, por serlo, son nuestros *domésticos*»: los debemos mirar por su fe, como que son de nuestra casa, que es la Iglesia. El mismo apóstol manda á Timoteo que los presbíteros que cuidan bien del rebaño que tienen á su cargo se tengan por dignos de doble honor, esto es, de doble premio, liberalidad y porcion, principalmente los que trabajan en la predicacion é instruccion; no por otra causa, sino porque éstos dispensarán y distribuirán el caudal que se les confia, mejor que otros hombres necios é malos ó desalmados.

A este mismo modo, el buen ingenio se ha de fomentar, ayudar, alentar, adornar é instruir en la elegancia, erudicion y autoridad; el malo se ha de refrenar, despojar, desarmar y castigar, se le ha de quitar la elocuencia y autoridad y todo lo que en él son instrumentos de hacer mal, porque no se ha de poner la espada en manos del furioso; pero esta distincion no se ha de ejecutar, como ahora lo hacemos, de suerte que valga más para nosotros el parentesco, el ser nuestro conocido ó paisano, la familiaridad ó los servicios, que la sabiduría, las costumbres y la virtud, pues de ésta, y no de las otras preocupaciones, se ha de tomar la diferencia. Hermanos verdaderos nuestros son los que de un modo particular y santo ha reengendrado Cristo, «para quien no hay distincion de judío y griego, porque uno solo y el mismo es el Señor de todos, rico para todos los que le invocan»; en esto está toda la suma del asunto; diríjanse todas las cosas al bien principal, que es el servicio de Dios y nuestra salvacion, y ayúdese á cada uno en todo cuanto pareciere que necesita para este santo fin; por lo mismo se ha de dar á cada uno lo que le ha de ser muy provechoso, y se le ha de dar por el tiempo que pidiere su necesidad y permitieren nuestras facultades; lo que no aprovecha es superfluo, y más es carga que dón, como, segun dice Séneca, dar armas para cazar á una débil mujer ó á un viejo caduco, ó dar libros á un rústico; pues si esto es verdad, como lo es, ¿con cuánta más razon se puede llamar maleficio que beneficio dar lo que daña, como dar vino al que se embriaga, y espada al pendenciero é iracundo? En esto dañamos sobremanera, pensando aprovechar; porque ¿qué distancia hay entre los deseos y maldiciones que tengan y nos echen nuestros enemigos, y semejantes dádivas de amigos?

Tambien se ha de atender á no errar en el modo de hacer el bien, de suerte que nada ordenemos á nosotros mismos, sino todo á Dios; por tanto, se ha de obrar alegremente, dando la limosna con buena cara, ó como Tobías lo dijo, de buena gana y con gusto; y san Pablo: «Cada uno dé de corazon, ó como lo resolvió en su corazon, no con tristeza, enfado, mal gesto ó por precision; porque Dios ama y quiere al que da con gusto y alegría»; y así el beneficio ha de nacer de un ánimo pronto para socorrer y hacer bien, no porque no te atreves á hacer otra cosa, ó porque te avergüenzas de negarlo; ¿que diferencia hay entre esto y no hacer el beneficio? El que tarda en dar no está muy léjos del que niega, porque la tardanza es señal cierta de que lo rehusábamos, y que se nos sacó más por fuerza que de grado; se ha de dar, pues, prontamente, esto es, al punto que se ofrece la ocasion y oportunidad; ya viene tarde el beneficio cuando se hace fuera

de tiempo, ó por mejor decir, ya no es entónces beneficio, porque no se necesita; advirtiendo siempre que no se dice que es pronto ántes que se necesite, sino ántes que esta necesidad estreche, ántes que obligue á una torpeza ó maldad, ántes que encienda el rostro del necesitado la vergüenza y rubor de pedirlo, porque esto es mucho mayor y más pesado premio que lo que vale el dinero, así como es más agradable y digno de agradecimiento el beneficio que precedió á la dura é ingrata necesidad de pedirlo.

La alegría que quiere san Pablo que se mezcle con la beneficencia y con la limosna es aquel pronto afecto del espíritu que sobresale en el semblante, en las palabras y en todo el gesto; no adornando ni ponderando con frases lo que se da, que es lo que aquel loco amante manda á su siervo en la comedia, sino mostrando un ánimo alegre y contento porque se ofreció ocasion de favorecer, y asimismo deseoso de dar más si la necesidad lo pidiere ó fuere justo, con sana libertad y señales nada confusas de los deseos; pero de modo que manifiestes lo que te desagrada y lo que quisieras que se corrigiese y mudase; porque el aviso y la correccion, como hemos declarado, son un género de limosna mayor que la que se da en dinero, bien que has de cuidar de corregir de suerte, que no parezca que lo haces porque llevas á mal que te pidan el beneficio, y que tampoco parezca que has tomado aquel derecho de reprender, no de la culpa del otro, ni de tu pecho bien intencionado, sino que por el mismo hecho de haberle beneficiado te tomaste esa autoridad, pues en tal caso es de ningun valor la reprension; y así vale más con semejantes hombres sospechosos dilatar para otro tiempo la correccion, es á saber, para cuando no des.

No nos atribuyamos gloria alguna porque damos algo, pues no lo damos de nuestros bienes, sino que volvemos á Dios lo que es suyo; ántes bien demos muchas gracias porque nos fué permitido el usar de ellos, y nos tengamos por felices viendo que hemos logrado con eso los medios de conseguir premio tan grande como el de una dichosa eternidad; tampoco hemos de echar á perder el beneficio, echándolo en cara, jactándonos de él y haciendo memoria y ostentacion de que lo hicimos; y finalmente, no demos cosa alguna porque lo vean los hombres, sino solo Dios; que cuanto ménos esperáremos de los hombres, tanto más nos dará Dios; si de los hombres esperamos el premio, nos quedarémos sin el divino, y las más veces tambien sin el humano; entendamos, pues, que aquella beneficencia y limosna es más agradable á Dios, que solamente se manifiesta á sus divinos ojos, porque de este modo de ninguna suerte se da lugar á la vanidad humana. Hermosa accion es edificar y adornar templos en que se da culto á Dios, pero no sé qué afecto de vanidad se introduce en todas estas cosas, áun en aquellos varones de juicio muy entero, porque de los que sólo se mueven por vanagloria ¿para qué se ha de hablar? ¿Cuánto más puro, más santo y más agradable y aceptable es á Dios lo que sólo pasa entre el que da y el que recibe, sin querer más testigo que el invisible que todo lo ve? Portándote de este modo, es totalmente cierto que sólo á Dios deseas agradar, y que nada ordenas á tu alabanza y gloria vana, y con esto te aseguras por remunerador al más seguro y generoso, á aquel Padre celestial, de quien sólo quisiste ser visto.

Pero escuchad sobre todo al Señor mismo, que habla así por san Mateo: «Guardáos de hacer vuestras buenas obras delante de los hombres con el fin de ser vistos por ellos; de otra suerte, no tendréis premio de mano de vuestro Padre, que está en los cielos; por eso cuando das limosna, no quieras llevar delante de tí quien la publique como con una trompeta, que es lo que hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser honrados por los hombres; os aseguro en verdad que esos ya recibieron su premio; pero tú, al hacer limosna, cuida tanto del secreto, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha, para que de este modo esté oculta tu limosna, y tu Padre, que la ve escondida, te dará el premio eterno.»

LIBRO SEGUNDO.

Cuánto pertenezca y convenga á los gobernadores de la república cuidar de los pobres.

Hasta ahora hemos dicho lo que debe hacer cada particular; en adelante tratarémos de lo que pertenece al cuerpo de la república y á los que la gobiernan, que son en ella lo que el alma en el cuerpo; así pues, como ésta no vegeta ó vivifica solamente una ú otra parte del cuerpo, sino á todo él, así tambien el magistrado de todo ha de cuidar en su república, y de nada ha de ser negligente; porque los que sólo miran por los ricos, despreciando á los pobres, hacen lo mismo que si un médico juzgase que no se debian socorrer mucho con la medicina las manos y los piés, porque distan mucho del corazon; *lo cual, así como* no se haria sin grave daño de todo el hombre, así en la república no se desprecian los más débiles y pobres sin peligro de los poderosos, pues aquellos, estrechados de la necesidad, en parte hurtan (el juez no se digna de conocer de ello; pero sea esto lo de ménos), tienen envidia á los ricos, se indignan é irritan de que á éstos les sóbre para mantener bufones, perros, mancebas, mulas, caballos y otros animales, faltándoles á ellos qué dar á sus pequeñuelos hijos hambrientos; y de que abusen soberbia é insolentemente de las riquezas, que han quitado á ellos y á otros semejantes.

No es fácil de creer cuántas guerras civiles han excitado estas voces en todas las naciones; encendida por ellas la muchedumbre y ardiendo en ódio, hizo contra los ricos las primeras y más sangrientas experiencias

de su furor; no alegaban otro motivo los Gracos y Lucio Catilina, de la discordia civil que habian excitado, por no traeros á la memoria lo que ha pasado en nuestros tiempos y regiones. Ménos molesto me será, ó por mejor decir, más agradable, copiar aquí un lugar de Isócrates en la oracion que se llama *Areopagítica*, acerca de las costumbres de la república de los atenienses: «Semejante, dice, á lo que queda dicho es el modo con que ellos se portaban entre sí, porque no solamente habia este consentimiento y concordia en los negocios públicos, sino tambien en su vida privada; mostraban unos para con otros tanta prudencia, cuanta usan con razon los que piensan con acierto y tienen una patria comun; estaban los pobres tan léjos de envidiar á los ricos, que no tenian ménos cuidado de las casas de éstos que de las suyas propias, hechos cargo de que la felicidad de aquellas era provecho de los necesitados; los opulentos no despreciaban á los pobres, ántes bien, considerando que les era vergonzosa la miseria de sus ciudadanos, les socorrian en sus necesidades, *dando á unos en arriendo por poca renta campos que cultivasen*, enviando á otros por procuradores para sus negocios, y proporcionando á otros otras ocasiones de ganancia; ni temian dar en uno de dos escollos: ó en el de ser despojados de todo su caudal, ó á lo ménos de alguna parte de él; al contrario, no confiaban ménos en lo que les habian dado, que en lo que tenian guardado en casa.» Hasta aquí Isócrates.

Llégase á los daños arriba dichos el peligro comun que se origina de contagio de las enfermedades, supuesto que hemos visto muchas veces que un solo hombre ha introducido en la ciudad un grande y cruel mal, que hizo perecer á muchos, como la peste, el gálico, y otros á este modo; ¿á donde va á parar que en cualquiera templo, cuando hay en él alguna festividad muy célebre y solemne, no se haya de poder entrar sino por entre dos filas ó escuadrones de enfermedades, tumores podridos, llagas y otros males, que áun nombrarlos no se puede sufrir, y que éste sea el único camino por donde han de pasar los niños, doncellas, ancianos y preñadas? ¿Haceis juicio que todos son tan de hierro, que yendo muchos sin desayunarse, porque se van á confesar, ó por otro motivo, no se conmuevan de semejante vista, y más cuando tales úlceras, no solamente se exponen á los ojos, sino que las acercan al olfato, á la boca, y casi á las manos y cuerpo de los que van pasando? Tanta es la falta de vergüenza en el pedir! Y dejo aparte que algunos se mezclan entre la turba ó muchedumbre, habiéndose apartado en aquel mismo punto del lado de alguno que acababa de morir de peste. Por cierto que estas cosas no son para despreciarse por los gobernadores de la república, ya para poner remedio á las enfermedades, ya para que no trasciendan á otros muchos.

Fuera de que no es propio de un magistrado sabio y cuidadoso del bien público dejar que tan grande parte de la ciudad sea, no inútil, sólo sino perniciosa á sí y á otros; porque, cerradas las entrañas de muchos, no teniendo los necesitados con qué sustentarse, unos se ven como precisados á declararse ladrones en el poblado y en los caminos, y otros hurtan á escondidas; las mujeres que son de buena edad, desterrada la vergüenza, destierran tambien la honestidad, vendiéndola en todas partes por el precio más vil, sin que sea fácil despues apartarlas de tan maldita costumbre; las adelantadas en edad se entregan al punto al lenocinio ó tercería, y al maleficio, que suele acompañarle; los hijos pequeños de los necesitados se educan muy perversamente; padres é hijos, tendidos delante de los templos, ó vagando por todas partes á pedir, ni asisten á misa, ni oyen sermon, ni se sabe en qué ley viven, ni lo que sienten acerca de la fe y de las costumbres. No demos lugar á que se diga que ha decaido tanto la disciplina eclesiástica, que nada se administra de balde, que abominando todos el vocablo de vender, obligan á costar, y que el obispo diocesano no reputa por de su pasto y redil ovejas tan sin lana; en efecto, prosiguiendo nuestro asunto, nadie hay que vea á semejantes mendigos confesarse ni comulgar, y como no oyen á alguno que enseñe, es preciso que juzguen de las cosas muy corrompida y erradamente, que sean de costumbres muy desarregladas, y que si acaso por algun camino llegan á ser ricos, sean intolerables por su incidente y su educacion.

De aquí nacen los vicios que acabo de referir, y que en la verdad no se les deben imputar á ellos tanto como á veces á los magistrados, que no sintiendo rectamente acerca del gobierno del pueblo, no miran por la república sino como si solamente se juzgasen elegidos para resolver sobre pleitos de hacienda ó dinero, ó para sentenciar delincuentes, cuando, por el contrario, conviene incomparablemente más que trabajen en cómo hacer buenos á los ciudadanos, que en castigar ó poner freno á los malos; porque, ¿cuánto ménos necesidad habria de penas si primero se cuidára bien de cortar de raíz la causa del mal, en cuanto fuera posible? Los romanos antiguamente proveian y miraban por sus ciudadanos de tal suerte, que ninguno tuviera necesidad de mendigar, y ni áun le era lícito, por antigua prohibicion de las doce tablas; lo mismo dispuso el pueblo de los atenienses; el Señor daba á los judíos una ley particular, dura y áspera, como convenia á un pueblo de genio semejante, y sin embargo, manda en el *Deuteronomio* que cuiden y trabajen, en cuanto alcancen sus fuerzas, para que no haya entre ellos necesitado y mendigo alguno, principalmente en el año de descanso y quietud, tan aceptable al Señor; pues advirtamos que los cristianos estamos siempre en ese año de quietud, porque para nosotros es para quienes fué sepultado nuestro Señor Jesucristo, con la ley antigua, con las ceremonias y con el hombre viejo, y para nosotros resucitó para siempre, porque tengamos nueva vida y nuevo espíritu.

Por cierto que es cosa torpe y vergonzosa para los cristianos, á quienes nada se nos ha mandado más eficazmente, y no sé si diga solamente, que la caridad, hallar á cada paso en nuestras ciudades tantos necesitados y mendigos; á cualquiera parte que te vuelvas verás pobreza, necesidades, y muchos que se ven obligados á alargar la mano para que les des; verdaderamente que así como se renuevan en la ciudad todas las cosas que por el tiempo y acasos ó se mudan ó se aca-

ban, como son muros, fosos, parapetos, arroyos, institutos, costumbres y áun las leyes mismas, así tambien sería justo renovar aquella primera distribucion del dinero, que con el curso del tiempo ha recibido daños de muchas maneras; algunos gravísimos varones, que deseaban el bien de la república, pensaron para esto algunos medios saludables, como minorar los tributos, dar á los pobres los campos comunes para que los cultiven, y distribuir públicamente el dinero de algun sobrante; lo que áun en nuestra edad hemos alcanzado; pero para esto son necesarias ciertas ocasiones y proporciones, que en estos tiempos muy rara vez acontecen; por tanto, debemos acudir á otros remedios más útiles y permanentes.

Del recogimiento ó recoleccion de los pobres, y de que se les tome el nombre.

Me preguntará alguno: ¿cómo piensas que se puede socorrer á tanta multitud? Oh! si pudiera algo en nosotros la caridad, ella misma y sola sería la ley, que no se necesita imponer al que ama; ella haria todas las cosas comunes, y ninguno miraria con otros ojos las necesidades ajenas que las propias; ahora ninguno hay que extienda sus cuidados fuera de su casa, y á veces ni fuera de su cuarto, ni áun fuera de sí mismo, respecto de que muchos ni áun á sus padres, hijos, hermanos ó mujer son bastantemente fieles. Con remedios, pues, humanos hemos de ocurrir como se pueda á las necesidades, especialmente respecto de aquellos con quienes tienen poca eficacia los divinos, y segun mi parecer, del modo siguiente: entre los pobres hay unos que viven en las casas comunmente llamadas hospitales, en griego *ptochotrophios*, pero usarémos del primer vocablo como más conocido; otros mendigan públicamente, y otros sufren como pueden, cada uno en su casa, sus necesidades: llamo hospitales aquellas casas en que se alimentan y cuidan los enfermos, en que se sustenta un cierto número de necesitados, se educan los niños y niñas, se crian los expósitos, se encierran los locos y pasan su vida los ciegos. Sepan los que gobiernan la ciudad que todo esto pertenece á su cuidado; no hay sujeto alguno á quien se permita excusarse ó eximirse alegando por causa las leyes de los fundadores; que éstas permanecerán siempre inviolables, pues no se ha de atender en ellas á las palabras, sino á la equidad, como en los contratos de buena fe, y á la voluntad, como en los testamentos, de la cual no puede haber duda que fué el que se distribuyesen las rentas ó haciendas que se dejaron, en los mejores usos, y se consumiesen del modo más digno, sin cuidar tanto por quiénes ó de la manera con que se habia de hacer, como de que se hiciese.

A más de esto, nada hay tan libre en la república, que no esté sujeto al conocimiento de los que la gobiernan; porque el no sujetarse ni obedecer á los magistrados comunes no es libertad racional, sino incitar á la ferocidad, y tomar ocasion de un desenfreno ó licencia que se derrama á todo lo que se antoja; ninguno puede eximir sus bienes del cuidado é imperio de los que gobiernan en la ciudad, sin salir al mismo tiempo de ella, porque ni áun puede eximir su vida, que es para cada uno más principal y más amada que sus bienes, mayormente cuando el haber adquirido hacienda, y el conservarla, lo debe al cuidado y defensa del buen gobierno de la república, pues sin él pronto la perderia.

Visiten, pues, y registren á cada una de todas estas casas dos senadores ó dos diputados y comisionados de autoridad, por órden del Gobierno, acompañados de un escribano; asienten y tomen razon de las rentas y del número y nombres de los que allí se mantienen, y al mismo tiempo del motivo por que cada uno está en ellas: de todo esto se ha de llevar noticia y hacerse relacion á los jueces y senado en su tribunal.

Los que padecen en su casa la pobreza sean tambien anotados, juntamente con sus hijos, por dos diputados en cada parroquia, añadiendo las necesidades, el modo con que vivieron ántes, y por qué acasos han venido á pobreza; por los vecinos se podrá saber fácilmente qué género de hombres sean, y de qué vida y costumbres; pero en órden á un pobre, no se reciba informe de otro pobre, porque la envidia no huelga; de todas estas cosas se ha de dar cuenta individual á los jueces y Gobierno, y si hubiere algunos que hayan caido de repente en alguna desgracia, háganlo saber al tribunal por medio de alguno de sus miembros, y dése, acerca de ello, la disposicion que convenga, segun la cualidad, estado y condiciones del necesitado.

Los mendigos vagos, sin domicilio cierto, que están sanos, digan sus nombres y apellidos delante de los jueces y gobernadores, y al mismo tiempo la causa que tienen de mendigar; pero sea esto en algun lugar ó plaza patente, para que no éntre semejante chusma á la casa ó sala del tribunal ó gobierno; los enfermos hagan lo mismo delante de dos ó de cuatro comisionados, con un médico, para que todo el congreso no tenga que ocuparse en verlo, y pídaseles que manifiesten quién los conoce, que pueda dar testimonio de su vida.

A los que eligiere el Gobierno para examinar y ejecutar estas cosas, déseles potestad para obligar, compeler y áun poner en prisiones, para que puedan conocer los jueces del que no obedeciere.

De qué modo se ha de buscar el alimento para todos éstos.

Ante todas cosas, se ha de decretar lo que impuso el Señor á todo el género humano, como por pena y multa del delito, es á saber: *que cada uno coma el pan adquirido con su sudor y trabajo*. Cuando uso de los nombres *comer*, *alimentarse* ó *sustentarse*, quiero que no se entienda por ellos sola la comida, sino tambien el vestido, la casa, leña, fuego, luz, y todo lo que comprende el mantenimiento del cuerpo humano.

A ningun pobre que por su edad y salud pueda trabajar, se le ha de permitir estar ocioso; así lo escribe el apóstol san Pablo á los tesalonicenses: «Os debeis acordar de que cuando estaba entre vosotros os denunciaba é intimaba que el que no quiera trabajar no coma; he entendido que entre vosotros andan algunos inquietos, ociosos y llenos de vana curiosidad; á todos los que son de esta especie les intimamos y exhortamos con ruegos santos, en nuestro Señor Jesucristo, que tra-

bajando en silencio, procuren comer su pan »; y el salmista promete las dos felicidades, la de esta vida y la otra, al que comiere del trabajo de sus manos; por eso no debe permitirse que viva alguno ocioso en la ciudad, en donde, como en una casa bien gobernada, conviene que cada cual tenga su oficio: antigua sentencia es, que los hombres, no haciendo nada, aprenden hacer mal.

Se ha de tener consideracion con la edad y quebranto de la salud, pero con la precaucion de que no nos engañen con la ficcion ó pretexto del achaque ó enfermedad, lo que acontece no pocas veces; para evitar esto, se recurrirá al juicio de los médicos, castigando al que engañáre. De los mendigos sanos, los que sean forasteros remítanse á sus ciudades ó poblaciones, lo que tambien se manda en el derecho civil, pero dándoles viático; porque sería cosa inhumana despachar al necesitado sin remedio para el camino, y quien esto hiciera, qué otra cosa haria que mandar robar? Mas si son de aldeas ó lugarcillos afligidos y acosados de la guerra, entónces, atendiendo á lo que enseña san Pablo, que entre los bautizados en la preciosa sangre de Cristo ya no hay griego, ni bárbaro, frances, ni flamenco, sino una nueva criatura, se han de reputar como patricios.

A los hijos de la patria se ha de preguntar si saben algun oficio; los que ninguno saben, si son de proporcionada edad, han de ser instruidos en aquel á que tengan más inclinacion, si se puede, y si no, en el que sea más semejante; como el que no pueda coser vestidos, cosa las que se llaman polainas, botines y calzas; si es ya de provecta edad ó de ingenio demasiado rudo, enséñesele oficio más fácil, y finalmente, el que cualquiera puede aprender en pocos dias, como cavar, sacar agua, llevar algo á cuestas ó en el pequeño carro de una rueda, acompañar al magistrado, ser ministro de éste para algunas diligencias, ir á donde le envien con letras ó mandatos, ó cuidar y gobernar caballos de alquiler.

Los que malgastaron su hacienda con modos feos y torpes, como en el juego, rameras, amancebamientos, lujo ó gula, se han de alimentar con precision, porque á ninguno se ha de matar de hambre; pero á éstos mándenselos trabajos más molestos y déseles ménos sustento, para que escarmienten otros, y ellos se arrepientan de su vida anterior, y no vuelvan á caer fácilmente en los mismos vicios; estrechados con la pobreza del alimento y dureza de los trabajos, no se han de matar de hambre, pero se han de macerar, debilitando sus pasiones.

A todos éstos no faltarán oficinas en donde sean admitidos: los que trabajan en lana, en la poblacion ó lugar de Armenter, ó por mejor decir, los más de todos los artífices se quejan de la escasez que hay de oficiales; los que tejen las ropas de seda, en Brujas conducirian y admitirian á cualesquiera muchachos solamente para hacer girar y rodar ciertos tornillos ó ruedecillas, y darian á cada uno diariamente hasta la moneda llamada estúfero, más ó ménos, fuera de la comida; y no pueden hallar quien lo haga, á causa de decir sus padres *que de andar mendigando* llevan á su casa más *mancia.*

Mas para que á los artífices no les falten oficiales, ni á los pobres les falten oficinas, asígnese á cada artífice, por autoridad pública, cierto número de los que no pueden tener por sí fábrica alguna; si alguno aprovechó bien en su facultad, que abra oficina; así á éstos, como á los que el magistrado asignáre algunos aprendices, encomiéndeseles, lo uno, las obras públicas de la ciudad, que son muchísimas, como imágenes, estatuas, vestidos, cloacas ó lugares comunes, fosos y edificios; lo otro, todas aquellas obras que fuere necesario hacer en los hospitales, para que los caudales ó rentas que desde el principio se dieron á los pobres, se consuman entre los pobres: lo mismo aconsejaria á los obispos, colegios y abades; pero en otra ocasion escribirémos á éstos, y espero que ellos lo han de hacer de su propia voluntad; aunque ni yo ni otro alguno se lo avise.

Los que no hubieren sido aún destinados á alguna casa ó amo, sean alimentados por un poco de tiempo, en alguna parte, de las limosnas que se recogen; pero entre tanto no omitan el trabajar, no sea que por el ocio aprendan la desidia: en la misma casa se dará comida ó cena á los verdaderos pobres sanos que van de camino, y algun poco de viático ó pequeño socorro, cuanto bastáre hasta la ciudad más cercana por donde hacen su viaje.

Los que están sanos en los hospitales, y allí se mantienen, como unos zánganos, de los sudores ajenos, salgan, y envíense á trabajar, á no ser que les pertenezca permanecer allí por algun derecho, como por derecho de sangre, por haberles dejado esta conveniencia sus mayores por los beneficios que hicieron al hospital, ó que de sus haciendas dieron ellos á la casa lo bastante; sin embargo, hágaseles trabajar en ella, para que el fruto del trabajo sea comun: si hubiere algun otro allí sano y robusto, y por amor de la casa y de los antiguos compañeros rogáre que se le permita lo mismo, désele licencia de permanecer bajo las mismas condiciones.

A nadie sea lícito regalarse con los bienes que se dejaron en otro tiempo para los pobres; no es ociosa esta advertencia, porque hay algunos que de ministros ó criados de los hospitales, se han hecho ya señores, y hay tambien algunas mujeres que admitidas al principio sólo para servir, despreciando despues ó tratando mal á los pobres, como soberbias señoras, viven delicadamente y con adornos espléndidos y profanos: quíteseles todo esto, para que no se verifique que engordan y lucen con la sustancia de los mismos débiles y enflaquecidos pobres; cumplan el destino y ministerio para que fueron admitidas en la casa; atiendan al servicio de los enfermos, semejantes á aquellas viudas del principio de la Iglesia, que tanto alaban los apóstoles; y en el tiempo que les quedáre, hagan oracion, lean, hilen, tejan y ocúpense en alguna obra buena y honesta, como áun á las más opulentas y nobles matronas manda san Jerónimo.

Ni á los ciegos se les ha de permitir ó estar ó andar ociosos; hay muchas cosas en que pueden ejercitarse: unos son á propósito para las letras; habiendo quien les lea, estudien, que en algunos de ellos vemos progresos de erudicion nada despreciables; otros son aptos

para la música, canten, y toquen instrumentos de cuerda ó de soplo; hagan otros andar tornos ó ruedecillas; trabajen otros en los lagares, ayudando á mover las prensas; den otros á los fuellès en las oficinas de los herreros: se sabe tambien que los ciegos hacen cajitas, cestillas, canastillos y jaulas, y las ciegas hilan y devanan. En pocas palabras, como no quieran holgar y huir del trabajo, fácilmente hallarán en qué ocuparse: la pereza y flojedad, y no el defecto del cuerpo, es el motivo para decir que nada pueden.

A los enfermos y á los viejos dénseles tambien cosas fáciles de trabajar, segun su edad y salud; ninguno hay tan inválido, que le falten del todo las fuerzas para hacer algo, y así se conseguirá que, ocupados y dados al trabajo, se les refrenen los pensamientos y malas inclinaciones, que les nacen estando ociosos.

Limpios ya los hospitales de semejantes sanguijuelas, que les chupan la sangre, y examinadas las rentas anuales, lo que tienen en dinero, considérense las fuerzas de cada una de estas casas, véndanse las dádivas y adornos superfluos, que son más agradables á los niños y á los avarientos que útiles á los piadosos, y hecho esto, remítanse á cada uno de estos hospitales los que parecieren bastantes de los enfermos mendigos, de suerte que no les quede una racion tan corta, que apénas pueda bastar para la mitad de la hambre; lo que principalmente se ha de providenciar para los enfermos de cuerpo ó alma, porque unos y otros se empeoran con la falta de alimento; pero no haya regalos, porque podrian fácilmente acostumbrarse mal.

Ya que la materia nos ha puesto delante á los privados del uso de la razon, no habiendo en el mundo cosa más excelente que el hombre, ni en el hombre cosa más noble que el entendimiento, se ha de trabajar principalmente para que éste esté bueno, y se ha de reputar por el mayor de los beneficios si redujéremos al estado de sanidad los entendimientos de otros, ó los conserváremos en su sanidad y firmeza; llevado pues al hospital un hombre de juicio descompuesto, se ha de averiguar, ántes que todo, si la locura es natural, ó provino de algun acontecimiento; si da esperanzas de sanidad, ó es del todo desesperada; nos hemos de compadecer y doler de un tan grande detrimento de la cosa más noble de la alma humana, y se ha de tratar, ante todas cosas, al que lo padece de suerte, que no se le aumente ó tome fuerzas la locura, que es lo que sucede con los furiosos haciendo burla de ellos, provocándoles é irritándoles, y con los fatuos asintiendo y aprobando lo que dicen ó hacen neciamente, é irritándoles, á que desatinen más ridículamente, como quien fomenta y aplica excitativos á la insensatez y necedad.

¿Qué cosa se puede decir más inhumana que volver á uno loco para tener que reir, y hacer juguete de un mal tan grande en el hombre? Al contrario, aplíquense á cada uno, caritativa y seriamente, los remedios necesarios: unos necesitan de confortativos y alimentos; otros de un trato suave y afable, para que se amansen poco á poco, como las fieras; otros de enseñanza; habrá algunos que necesiten de castigo y prisiones, pero úsese de esto de modo, que no sea motivo de enfurecerse más: ante todas cosas, *en cuanto sea posible*, se ha de procurar introducir en sus ánimos aquel sosiego con que fácilmente vuelve el juicio y la sanidad al entendimiento.

Si todos los mendigos inválidos, enfermos ó achacosos no caben en los hospitales, establézcase una casa ó muchas, las que basten; sean allí recogidos y asistidos de médico, boticario, criados y criadas; de esta suerte se hará lo que hace la naturaleza y los que fabrican las naves, es á saber, que lo que carece de limpieza se recoja en un sitio para que no dañe á lo demas del cuerpo; consiguientemente, los que están tocados de algun mal espantoso ó contagioso acuéstense aparte y coman con separacion; no sea que trascienda á los otros el fastidio ó la infeccion, y en jamas tengan fin las enfermedades.

Cuando alguno haya convalecido, trátesele como á los demas sanos, y envíesele á trabajar, á no ser que, movido de piedad, quiera más aprovechar allí con su oficio á los demas.

A los necesitados que se están en su casa se les ha de proporcionar trabajo ó faena de las obras públicas ó de los hospitales; ni faltará qué darles á trabajar de otros ciudadanos; y si probaren que son mayores sus necesidades que lo que alcanza lo que ganan con su trabajo, añádaseles lo que se juzgase que les falta.

Examinen los cuestores ó averiguadores humana y afablemente las necesidades de los pobres; no hagan caso de interpretaciones siniestras; no usen de severidad sino en el caso de que juzgaren preciso algun rigor contra los pertinaces que desprecian y resisten al imperio público.

Establézcase esta ley: si alguno rogáre ó interpusiere su empeño ó autoridad para que á alguno se le dé dinero, diciendo que está necesitado, no alcance lo que pide, é impóngasele la multa que pareciere conveniente al magistrado. Solamente sea lícito avisar que hay alguno que tiene necesidad; lo demas conózcanlo los administradores de las limosnas ó los que el Gobierno señaláre, y hágase la limosna segun lo pidiere la urgencia; no sea que, andando el tiempo, los ricos, perdonando este gasto á sus dineros, pidan que de lo que es de los pobres se dé á sus criados, familiares y parientes, afines ó consanguíneos, quitándoselo á los muy necesitados, y empezando así el empeño á excluir las necesidades; lo que vemos haber sucedido en los hospitales.

El cuidado de los niños.

Los niños expósitos tengan su hospital, en donde se alimenten; los que tengan madres ciertas, críenlos ellas hasta los seis años, y sean trasladados despues á la escuela pública, donde aprendan las primeras letras y buenas costumbres, y sean allí mantenidos.

Gobiernen esta escuela varones honesta y cortésmente educados en cuanto sea posible, que comuniquen sus costumbres á esta ruda escuela; porque de ninguna cosa nace mayor riesgo á los hijos de los pobres, que de la vil, inmunda, incivil y tosca educacion. No perdonen á gasto alguno los magistrados para adquirir estos maestros; que si lo consiguen, harto provecho harán á la ciudad que gobiernan, á poca costa.

Aprendan los niños á vivir templadamente, pero con limpieza y pureza, y á contentarse con poco; apártense-

les de todos los deleites, no se acostumbren á las delicias y glotonería; no se crien esclavos de la gula, porque cuando falta á ésta con qué satisfacer su apetito, desterrado todo su pudor, se dan á mendigar, como vemos que lo hacen muchos luégo que les falta, no la comida, sino la salsa de la mostaza ó cosa semejante.

No aprendan solamente á leer y escribir, sino, en primer lugar, la piedad cristiana y á formar juicio recto de las cosas.

Lo mismo digo de la escuela de las niñas, en donde se han de enseñar los rudimentos de las primeras letras; y si alguna fuere apta y entregada al estudio, permítasele dilatarse en esto algo más de tiempo, con tal que se dirija todo á las mejores costumbres; aprendan sanas opiniones y la piedad ó doctrina cristiana, asimismo á hilar, coser, tejer, bordar, el gobierno de la cocina y demas cosas de casa, la modestia, sobriedad ó templanza, cortesía, pudor y vergüenza, y lo principal de todo, guardar la castidad, persuadidas á que éste es el único bien de las mujeres.

Despues, por lo que toca á los niños, los que sean muy á propósito para las ciencias deténganse en la escuela, para que sean maestros de otros, ó en adelante seminario de sacerdotes; los demas pasen á aprender oficios, segun fuere la inclinacion de cada uno.

Los censores y censura.

Nómbrense cada año por censores dos varones del magistrado, gravísimos y muy recomendables por su bondad, que se informen de la vida y costumbres de los pobres, sean niños, jóvenes ó viejos; qué hacen los niños, cuánto aprovechan, qué costumbres tienen, qué índole, qué esperanzas dan, y si algunos pecan, quién tiene la culpa: corríjase todo.

Investiguen si los jóvenes y viejos viven segun las leyes que se les han intimado; pesquisen muy cuidadosamente acerca de las viejas, artífices principales del lenocinio ó tercería y de la hechicería ó maleficio, con qué parsimonia y templanza pasan todos y todas la vida; reprendan á los que frecuentan los juegos de suerte y las tabernas de vino ó cerveza, y castíguenlos, si no aprovecha una y otra reprension.

Las penas se han de establecer segun pareciere á los que en cada ciudad tengan más prudencia, porque no convienen unas mismas cosas en todos los lugares ni en todos tiempos, y unos sujetos se mueven más fácilmente con unas penas, y otros con otras.

Debe haber una diligente cautela contra el fraude de los ociosos y perezosos, para que no engañen.

Quisiera tambien que los mismos censores conociesen de la juventud é hijos de los ricos; sería utilísimo á la ciudad hacerles que dieran cuenta y razon á los magistrados, como á padres públicos, de cómo, en qué artes y en qué ocupaciones gastan el tiempo; sin duda sería ésta una limosna mayor que si se repartieran á los pobres muchos millares de florines; ya antiguamente cuidaban de esto los romanos por medio de la dignidad censoria, y los atenienses por medio de la areopagítica; pero habiendo decaido la entereza de las antiguas costumbres, lo renovó el emperador Justiniano en la *cocion sobre el cuestor*, en que se manda que se inquiera y averigüe acerca de todas las personas, así sagradas como seglares, de cualquiera estado y fortuna, quiénes son, de dónde han venido y por qué causa; esta misma ley á nadie permite que pase su vida ocioso.

Del dinero que basta para estos gastos.

Dices muy bien en esto, dirá alguno; pero ¿de dónde se han de sacar caudales para todo? Mas yo estoy tan léjos de temer que falten, que veo claramente que han de sobrar, y no sólo para las urgencias ordinarias ó de cada dia, sino tambien para las extraordinarias, de cuyo género acaecen á cada paso muchísimas en todas las ciudades.

En otro tiempo, cuando áun hervia, digámoslo así, la sangre de Cristo, todos arrojaban sus riquezas á los piés de los apóstoles, para que éstos las distribuyesen segun las necesidades de cada uno; repudiaron despues los apóstoles este cuidado, como indigno de su ministerio, porque era conveniente que se ocupáran en predicar y enseñar el Evangelio más que en recoger ó distribuir los dineros, y así se encomendó este encargo á los diáconos; ni áun éstos le tuvieron por mucho tiempo: ¡tan grande era el deseo de enseñar, de aumentar la piedad y religion, y de darse priesa á llegar á los bienes eternos por medio de una gloriosa muerte! Por esto los seglares mismos del cristianismo suministraban á los necesitados, del dinero que se recogia, lo que era necesario á cada uno; pero creciendo el pueblo cristiano, y habiéndose admitido á él muchos no muy buenos, empezaron algunos á administrar este negocio nada fielmente, y los obispos y los sacerdotes, movidos de la caridad para con los pobres, tomaron otra vez á su cuidado aquellas riquezas que se habian recogido para el socorro de los necesitados; nada dejaba de fiarse en aquel tiempo á los obispos, varones todos de una rectitud y fidelidad bien conocida y experimentada: así lo refiere en cierto lugar san Juan Crisóstomo.

Resfrióse despues más y más aquel santo fervor de la caridad, y se comunicó á ménos el Espíritu del Señor, y ved aquí que empezaron algunos en la Iglesia á emular al mundo y á disputarle el fausto, lujo y pompa; ya se queja san Jerónimo de que los presidentes de las provincias cenaban con más esplendidez en un monasterio que en palacio: para tan grandes gastos era preciso mucho dinero; de esta suerte ciertos obispos y presbíteros convirtieron en hacienda y rentas suyas lo que ántes habia sido de los pobres. ¡Ojalá que les tocase el Espíritu de Dios, y trajesen á la memoria de dónde tienen lo que poseen, quién lo dió y con qué intencion, y se acordasen de que son poderosos con la sustancia de los que nada pueden! Su obligacion es enseñar, consolar, corregir por lo tocante á las almas, y tambien sanar los cuerpos, lo que harian si fiasen tanto en Cristo como quieren que otros fien en ellos para sus conveniencias; pero éste es un mal comun: cada uno de nosotros exige severamente del otro el bien, que él no hace; es tambien su obligacion socorrer, áun de lo poco que tengan suyo, á los necesitados, á ejemplo de san Pablo, y en suma, ser perfectísimos en la caridad, haciéndose todo para todos, sin despreciar á los humildes, bajándose hasta ellos para aprovechar, y

sin ceder á los altos, por medio de la predicacion y palabra de Cristo, para edificar.

Si éstos, los abades y otros superiores eclesiásticos quisieran, aliviarian una grandísima parte de los necesitados, con la grandeza de sus rentas; si no quieren, Cristo será el vengador; siempre se ha de evitar el tumulto y discordia civil, que es mayor mal que el retener los dineros de los pobres; porque ninguna suma de dinero, por grande que sea, debe ser tan estimada por los cristianos, que lleguen por ella á tomar las armas; enteramente, y con todas las fuerzas, se ha de servir y coadyuvar á la tranquilidad pública, que es lo que manda Cristo, y san Pablo, siguiendo á su Maestro; ni los pobres deben desear que se mueva en la ciudad tumulto alguno para que se les remedie, porque por su mismo estado de pobreza deben estar muertos al mundo, y entregarse dia y noche á pensar en el fin de nuestra peregrinacion á aquel puerto y patria, en donde oigan: «El pobre Lázaro recibió males en su vida, y por eso ahora es recreado, y lo será eternamente.»

Hágase, pues, un cómputo de las rentas anuales de los hospitales ú hospicios, y se hallará sin duda que, añadiendo lo que ganen con su trabajo los pobres que tengan fuerzas, no solamente serán suficientes los réditos para los que hay dentro de esas casas, sino que de ellos se podrá repartir tambien á los de fuera; porque se dice que en cada lugar son tan grandes las riquezas de los hospitales, que si se administran y dispensan bien, bastan con abundancia para socorrer todas las necesidades de los ciudadanos, así ordinarias como repentinas y extraordinarias.

Los hospitales ricos den de lo que les sobra á los más tenues, y si ni áun éstos lo necesitan, denlo á los pobres ocultos; ni solamente se extienda la caridad cristiana por toda la ciudad, de tal suerte que la constituya toda como una casa concorde y bien unida entre sí, y haga que cada uno sea amigo de todos, sino tambien que salga afuera, abrace á todo el orbe cristiano, y se haga lo que leemos que sucedió entre los apóstoles: «La muchedumbre de los creyentes ó fieles tenian un solo corazon y una alma; ni llamaba suya nadie cosa alguna de las que poseia, sino que todo era comun á todos, y no habia entre ellos necesidad alguna.» En realidad, así los hospitales ricos como los hombres opulentos, cuando faltasen en sus respectivas ciudades á quiénes comunicar parte de sus riquezas, sería justo que las enviáran á las vecinas y áun á las más remotas, en donde fuesen mayores las necesidades; verdaderamente esto deben hacer los cristianos.

Nombre el Gobierno dos procuradores á cada hospital, que sean varones respetables y en quienes resplandezca un gran temor de Dios: den éstos todos los años al magistrado cuenta de su administracion, y si agrada y se aprueba su fidelidad, continúeseles el encargo; si no, elíjanse nuevos.

Cada uno de los que mueren suele, segun sus facultades, dejar algo á los pobres; exhórtesele á que de la pompa del entierro mande quitar algo, que aproveche á los necesitados; éste es el funeral más agradable á Dios, *y que no desmerece áun para con los hombres*; bien que los que pasan ya de esta vida á la eterna, no deben cuidar de otra gloria ó alabanza que la que proviene de Dios. Tambien se da carne en algunos entierros, y se distribuye pan con dinero ú otras cosas á los que llevan una cédula ó señal, que para este efecto se les ha entregado; este repartimiento conviene que en las primeras exequias y cabo de año esté libremente al prudente arbitrio de los que cuidan de las disposiciones del difunto; pero en adelante, en esto que se ha dejado para distribuir á los pobres conozcan los prefectos ó administradores de las limosnas sobre el modo en que se distribuye; no sea que se dé á los que no lo necesitan.

Si todo esto no bastáre, pónganse arquitas ó cepillos en los tres ó cuatro principales templos de la poblacion que sean más frecuentados, en donde cada uno pueda echar lo que le inspiráre su devocion; ninguno habrá que no quiera más poner allí una gran cantidad, por ejemplo, diez estuferos, que en los mendigos que andan vagando dos minutas, digámoslo así, dos dineros ú ochavos; pero no se pongan estas arquitas todas las semanas, sino cuando obligáre la necesidad.

Cuiden de estas arquillas dos hombres elegidos, honrados y buenos, no tanto ricos, como de un ánimo nada rapaz y sedicioso, que es lo que ante todas cosas se ha de tener delante para dar estos encargos.

Ni recogan todo cuanto se pueda, sino lo que baste para cada semana, ó á lo sumo, un poco más; no sea que se acostumbren á manejar mucho dinero, y les suceda lo que á algunos de los que tienen á su cargo el cuidado de los hospitales. Yo no sé lo que aquí en Flándes sucede, ni lo procuro saber, entregado del todo á mis estudios; mas en España oia en conversacion á los ancianos, que habia muchos que con las rentas de los hospitales habian aumentado sin medida sus casas, manteniéndose ellos y los suyos en lugar de los pobres, poblando sus casas de mucha familia y despoblando de pobres á los hospitales; todo esto por la oportunidad de un dinero tan numeroso y pronto que hallan en su mano.

Por lo mismo, si no se halla remedio eficaz para este riesgo y el que se sigue, no se compren en adelante fincas para los pobres, porque con este pretexto, cuando no se lo gasten los administradores del hospital, detienen el dinero, ya para juntar lo necesario para un buen rédito, ya hasta que haya ocasion de comprar, y entre tanto el pobre se pudre de miseria y perece de hambre.

Si hubiere alguna grande suma de dinero en poder de los que cuidan de las limosnas en nombre del público, extráigase de allí, como poco ántes dije, lo que pareciere conveniente, y envíese á los lugares que más lo necesiten, porque una gran partida de dinero hace crecer tanto la codicia de aumentarlo, que los que la manejan sienten más que se reparta algo de ella que de una corta suma; mas el necesario guárdese en poder del magistrado, consagrando ó solemnizando su entrega, custodia y recibo con el juramento é imprecaciones, para que no se invierta en otros usos, y repártase en la primera ocasion que se necesite, para que no se haga costumbre de tener algo alzado por mucho

tiempo, pues nunca faltarán necesitados, segun lo dijo el Señor: «Siempre tendréis pobres con vosotros.»

Los sacerdotes en ningun tiempo hagan suyo el dinero de los pobres con pretexto de piedad y de celebrar misas: bastante tienen con qué pasar, no necesitan de más.

Si alguna vez no fueren suficientes las limosnas, acúdase á los ricos y ruégueseles que ayuden á los pobres, recomendados por Dios tan encarecidamente, y que á lo ménos presten lo necesario, volviéndoselo despues fielmente, cuando sea más abundante la limosna, si lo quieren.

A más de esto, el cuerpo de la ciudad cercene de los gastos públicos, como son solemnes convites, regalos, aparatos, dádivas, fiestas anuales y pompas, todo lo cual no sirve sino para el deleite, soberbia ó ambicion; yo no dudo que el mismo Príncipe, al llegar á cualquiera ciudad, llevaría á bien, ó por mejor decir, se alegraría de que le recibiesen con ménos aparato, como supiera que se consumia en estos usos piadosos el dinero que era costumbre gastar á su llegada; y si no lo diese por bien empleado, verdaderamente sería necia y puerilmente ambicioso; y si la ciudad, teniendo caudales, no se allana á esto, á lo ménos dé á empréstito, y recíbale despues cuando se aumenten las limosnas.

Sea del todo libre la limosna, como dice san Pablo: «Cada uno dé como propuso y destinó en su corazon, no por tristeza y violencia»; porque á nadie se ha de forzar á hacer bien; de otra suerte perece este nombre de caridad ó beneficencia. Aunque todas estas cosas tengo por sin duda que abundarán, pero en un negocio de tanta piedad no nos hemos de medir por lo limitado de las fuerzas humanas, hemos de confiar solamente en las divinas; la benignidad de Dios asistirá siempre á tan santos conatos, y multiplicará á los ricos la hacienda de que hacen limosnas, y á los pobres las limosnas mismas, pedidas vergonzosamente, piadosamente recibidas, y distribuidas sobria y prudentemente; porque por todos mira el Señor, de quien es la tierra y todas las cosas de que está llena; su Majestad lo cria todo con abundancia para nuestros usos, y sólo nos pide una pronta y verdadera voluntad y un afecto agradecido á vista de tan inmensos beneficios.

Muchísimos ejemplos tienen los hombres de que algunos empezaron una santa obra con recelo y áun sin esperanza de que bastasen las fuerzas y fondos que se habian destinado á aquel fin; pero siguiendo la obra, se aumentó el caudal de tal modo, que los mismos que habian gobernado el negocio no podian ménos de admirarse por cuán secretos é imprevistos conductos habian entrado unos aumentos tan grandes. Traed á la memoria una sola experiencia, que vale por innumerables, tomada de la escuela de vuestros niños pobres: la empezasteis diez años há, con tan tenues principios, que sólo diez y ocho niños podian mantenerse en ella, y áun recelábais que os habia de faltar con qué sostener este instituto; en el dia se mantienen ya cien niños, poco más ó ménos, con tan abundantes caudales, que sobran para poder sustentar otros muchos más, y cuando sobrevienen *algunos niños extraordinarios*, no falta qué *darles de comer; ya se ve:* por la largueza de Dios se sustentan, se mantienen, viven, subsisten todas las cosas, no por las riquezas, propia industria ó consejos humanos; por tanto, ten por cierto que para emprender obras de verdadera piedad, es maldad considerar y pararte en lo que puedes tú, sino en lo que confias en el que todo lo puede.

Los pobres mismos que no trabajan, aprendan á no tener muchas cosas prevenidas para largo tiempo, porque de ahí se les aumenta la falsa seguridad en ellas, y se disminuye la confianza en Dios; no fien en los socorros humanos, sino en Cristo solo, que nos exhortó á dejar nuestra manutencion á su cuidado y al de su Padre celestial, que sustenta y viste á las cosas, que ni siembran, ni cogen, ni tejen, ni hilan; hagan los pobres una vida como de ángeles, atentos y aplicados á rogar á Dios por sí y por la salvacion de los que les socorren, para que nuestro Señor Jesucristo se digne premiarles con el ciento por uno en bienes eternos.

De los que están afligidos de alguna necesidad repentina ú oculta.

No hemos de socorrer solamente á los pobres que carecen de lo que se necesita cada dia, sino tambien á los que se hallan de repente con alguna gran fatalidad, como cautiverio en la guerra, prision por deudas, incendio, naufragio, avenidas, muchos géneros de enfermedades, y en fin, innumerables acontecimientos que afligen á las casas y familias honradas; no son ménos de atender las doncellas pobres, á quienes obliga muchas veces la miseria á abusar de su pudor y honestidad; porque no debe sufrirse que en una ciudad, no digo de cristianos, sino ni áun de gentiles, con tal que se viva en ella segun la humanidad, que rebosando algunos en riquezas, de modo que gastan millares en un sepulcro ó torre, ó en un vano edificio, ó en convites y otras exterioridades, peligre, por falta de cincuenta ó cien monedas, la castidad de una vírgen, la salud y vida de un hombre honrado, y que un pobre marido se vea forzado tristemente á desamparar á su mujer y á sus pequeños hijos; tambien se han de redimir los cautivos, beneficio que contaron entre los más señalados los filósofos antiguos Aristóteles, Ciceron y otros; pero entre los que están en cautiverio, primero han de ser atendidos los que padecen una dura esclavitud entre los enemigos, como los pobres cristianos que están en poder de los agarenos, con un contínuo riesgo respecto de la fe; despues los negociantes y los que, sin armas para defenderse, cayeron en manos de los enemigos; porque á los armados que irritaron, y que son causa de que otros padezcan tantos males, se les ha de socorrer los últimos; de los presos en las cárceles, son primero los que, más por infortunio que por culpa, vinieron á pobreza y no pueden pagar, y despues los que hace mucho tiempo que están en la prision.

Del que fué feliz algun tiempo, y cayó en pobreza sin culpa ó torpeza alguna suya, debe haber mucha y muy especial compasion; lo uno, porque nos avisa de lo que nos puede ser comun, y sirve como de ejemplar nuestro y de otros, pues mañana nos puede suceder lo mismo; y lo otro, porque padece más trabajosa y cruel

miseria el que áun retiene algun sentido, concepto ó memoria reciente de la felicidad.

No hemos de esperar á que los que han sido honestamente educados expongan sus necesidades; se han de rastrear con diligencia, y se les ha de socorrer ocultamente, como se refiere que lo practicaron muchísimos, y especialmente aquel Arcesilao, que estando durmiendo un amigo suyo, pobre y enfermo, que disimulaba ambas cosas por vergüenza, le puso bajo la almohada una gran suma de oro, para que en despertando hallára con qué socorrerse sin sonrojo de su vergonzante pobreza; conviene, pues, saber que debe procurarse que cuando los que se socorren se han criado con un prudente honor, no se les llene de vergüenza sacándoles los colores, porque suele serles esto más penoso, que útil ó agradable el beneficio.

Aquellas personas á quienes se ha encargado el cuidado de las parroquias serán los que investiguen estas ocultas y vergonzosas necesidades, y las hagan saber al Gobierno y á los hombres ricos, callando los nombres de los que las padecen hasta que se les llegue á socorrer, porque entónces será mejor el hacerlo descubiertamente, ya para que sepan á quiénes han de estar agradecidos, ya tambien para que nadie tenga sospecha de que las manos por cuyo medio se hizo la limosna, extraviaron algo de ella; esto se entiende á no ser tanta la dignidad del necesitado, que se deba no exponerle á tan grande riesgo de vergüenza.

Segun eso, dirá alguno, habiendo de socorrer tambien á éstos, jamas tendrá fin el dar. Has dicho una cosa atroz; ¿qué cosa se puede pensar más feliz y bienaventurada que el que no tenga límites el hacer bien? Yo juzgaba que te quejarias de que en algun tiempo faltarian pobres con quienes pudieses ser misericordioso; debes, á la verdad, desear, por el bien del prójimo, que no haya quien necesite de la asistencia ajena; pero por tu bien debes apetecer que nunca te falte materia para una tan grande ganancia, como cambiar lo perecedero y expuesto á várias casualidades, por los bienes eternos.

Esto es lo que me parece que se debe practicar, segun el presente estado de las cosas; acaso no convendrá que se observe en toda ciudad y tiempo todo lo que dejamos dicho; considérenlo los prudentes de cada pueblo, y miren con cuidado por su república, movidos de un amor piadoso y cuerdo de la patria; creo, sí, que convendrá siempre y en todo lugar que se establezca el mismo fin, proyecto y blanco que he propuesto; y si no conviniere que se ejecute todo á un mismo tiempo, porque la costumbre recibida se opondrá quizá á la novedad, se podrá usar de arte, introduciendo al principio lo más fácil, y despues, poco á poco é insensiblemente, lo que pareciere más dificultoso.

De los que reprobarán estas nuevas constituciones y establecimientos.

Aunque es verdad que la virtud es por sí misma muy hermosa y digna de apetecerse, tiene, con todo eso, no pocos enemigos, que se disgustan mucho de su belleza y bondad, porque es áspera y contraria á sus costumbres y delicias; al modo que el mundo declaró guerra, y la declarará siempre, á la ley de Cristo, cuyo resplandor no pueden sufrir las tinieblas y ojos viciados de los mundanos, así tambien, en el negocio y asunto que he propuesto, aunque todo se dirige al socorro y alivio de las necesidades de los pueblos miserables, como lo juzgará y sentenciará cualquiera que no sea un censor inicuo, sin embargo, no faltará, áun á vista de tan grande humanidad, quien ó calumnie algo, ó á lo ménos no lo lleve á bien; algunos, no parándose en otra cosa que en que oyen que se quitan los pobres, piensan que se les destierra, expele y desecha, y claman que es un hecho inhumano arrojar de esta suerte á los desdichados, como si nosotros los expeliéramos ó trabajáramos porque fueran más miserables; no es ésta nuestra intencion, sino que salgan de la miseria, del llanto y de aquella su perpétua calamidad, á fin de que sean reputados como hombres y se hagan dignos de las limosnas.

Otros hay que quieren parecer teólogos, y por lo mismo nos citan algo del Evangelio, no pareciéndoles importante á qué fin ó propósito se dijo, es á saber: que Cristo, Señor y Dios nuestro, profetizó: «Siempre tendréis pobres con vosotros.» Pero ¿qué se saca de aquí? ¿no predijo tambien que habia de haber escándalos, y san Pablo que habian de levantarse herejías? No socorramos, pues, á los pobres, ni evitemos los escándalos, ni resistamos á las herejías, para que no parezca que Cristo y san Pablo mintieron. Oh Dios! oigamos mejores cosas: no pronosticó Cristo que habia de haber siempre pobres entre nosotros, porque deseára esto, ni que habian de sobrevenir escándalos, porque le agradaban, pues por el contrario, nada nos encomendó más encarecidamente que el auxilio de los pobres, abominando tambien del que fuere causa del escándalo; sino porque, conociendo nuestra debilidad y poco poder, por lo que caemos en pobreza, y nuestra malicia en no levantar prontamente al que ha caido en ella, dejándole postrado y apurado de fuerzas hasta el extremo, por eso nos anuncia que hemos de tener siempre pobres; lo mismo es de los escándalos.

Por lo que toca á las herejías, tuvo la misma causa san Pablo para profetizarlas, pues sabía bien que habian de nacer de la naturaleza de los hombres, corrompida y manchada con muchos vicios; pero, sin embargo, quiso que se saliese al encuentro y nos opusiéramos á ellas cuando se levantasen, como lo dice á Tito: «Sea poderoso el obispo en la doctrina sana, para reprender, disputar y convencer á los que la contradicen.» Luego con estas predicciones no nos manda Cristo que obremos así, sino solamente ve que así obrarémos.

Del mismo modo, estos nuestros consejos no quitan á los pobres, sino que los alivian; no impiden del todo que alguno sea pobre, sino que no lo sea por mucho tiempo, alargándole al punto la mano para que se levante; ojalá que pudiésemos lograr enteramente que no hubiera pobre alguno en esta ciudad: no habia que temer el peligro de que se pensase que Cristo habia mentido ó se habia engañado, pues siempre habria pobres con abundancia en otras partes; fuera de que, no solamente son pobres los que carecen de dinero, sino cualesquiera que están privados de fuerzas en el cuer-

ze, ó de la sanidad, ingenio y juicio, como explicamos al principio de la obra; á lo que se añade que no con menos razon debe llamarse pobre, aun de dinero, el que recibe, ó en el hospital y hospicio, ó en su pobre choza, un corto sustento no adquirido con su trabajo é industria, sino enteramente por beneficio ajeno.

Esto supuesto, vamos ahora á cuentas: ¿quiénes obran más inhumanamente, los que quieren que los pobres se pudran entre inmundicias, ascos, vicios, maldades, desvergüenza, lascivia, ignorancia, locuras, calamidad y todo género de miseria, ó los que escogitan medios y caminos de sacarlos de tan infeliz estado, inclinándolos á una vida más civil, más pura y más sana, con tan gran ganancia de tantos hombres inútiles y perdidos? En suma, nos portamos nosotros como el arte de la medicina, que no quita del todo el género humano las enfermedades, sino las sana en cuanto puede. Ojalá que la ley de Cristo reinase en nuestras almas y en nuestros corazones, que más eficaz sería que los conocimientos de la medicina: ella haría que no hubiese pobres entre nosotros, como no los hubo en el principio de la iglesia, según refiere san Lucas en los *Hechos de los apóstoles*; no habría escándalos ni herejías; pero porque nuestras maldades prevalecieron más grave y pesadamente, y no profesaron los hombres el nombre cristiano tanto con el corazon y las acciones de la vida, cuanto con solo la boca, nunca faltarán herejías, escándalos y pobres.

Habrá acaso algunos, como los suele haber en los consejos públicos, que para ser estimados por más sabios, y conciliarse por esa forma una grande autoridad, nada aprueban sino lo que ellos discurren, por cierto que estos sienten [illegible]

[illegible]

semejante este vicio al de los judíos, que persiguieron de muerte al Autor de la vida porque beneficiaba, socorría, y traía consigo la sanidad, la salvacion y la paz, y le colmaron de ignominia por su generosísima beneficencia para todos los que quisieran usar de ella; pero así como aquellos, sumergidos en la soberbia, arrogancia, ambicion y avaricia, juzgaban por afrenta ser libertados de estos tan crueles señores, así estos, cubiertos de suciedades, hediondez, falta de pudor, desidia y vicios, piensan que son conducidos á dura esclavitud si se les eleva á mejor condicion y estado.

Pero ¿qué importa? Imitaremos á Cristo, que no se apartó de hacer bien por la ingratitud de los que recibían los favores y alivios; no se debe atender á lo que quiera recibir cada uno, sino á lo que debe; no á lo que le agrada, sino á lo que le convenga: conocerán el beneficio cuando se pongan cuerdos; dirán entonces: «El senado de Brujas nos salvó aun contra nuestra voluntad.» Y si condescendemos con ellos y damos gusto á sus deseos, si llegaren en algun tiempo, aunque no sea sino por un instante, á abrir los ojos y tener juicio, dirán sin duda: «El Senado nos mató por amarnos como no debía»: que es la queja que un hijo criado con demasiada indulgencia suele proferir contra su padre; y aborrecerán á los que les ayudaron para su daño y perdicion. No sea así: hagamos lo que los médicos prudentes con los enfermos enfurecidos, y lo que los padres sabios con los malos hijos, que es convertir el bien y provecho de los mismos que lo repugnan y resisten; finalmente, el oficio y obligacion del gobernador de la república es no hacer caso de lo que sienta uno ú otro, ó algunos pocos, de las leyes y del gobierno, como si lleva consultado y mirado en común por el cuerpo de toda la ciudad; porque las leyes son [illegible] para que se [illegible]

Los que manejaban los caudales de los pobres [illegible]

[illegible]

Regístrense los actos [illegible] á la memoria de los [illegible] se hallará [illegible] que se observaba hasta que se acabó la [illegible] y poco antes de haber muerto, nosotros vemos y [illegible] que ellos [illegible] por lo menos [illegible]

la primera institucion, no intentamos ni permitimos que se anule y haga de ningun efecto la voluntad del fundador, que en todo testamento es lo principal, ó por mejor decir, lo único que debe atenderse: de la primera institucion consta por las actas y por la memoria de muchos; pero en cuanto á la voluntad, ¿quién no ve que aquellos varones dejaban los dineros y rentas anuales, no para que se saciasen los ricos, sino para que se sustentasen los pobres, con la obligacion de rogar á Dios por la alma del difunto, á fin de que, libre y purificada de los pecados y sus penas, la reciba su Majestad en las moradas celestiales? Y si ellos insisten mucho en lo contrario, no harán otra cosa que el que todos conozcan que defienden su negocio y utilidad, no el de los pobres; porque, habiendo nosotros tomado á nuestro cargo el cuidado de los pobres, ellos se oponen y lo contradicen.

Qué miran, pues, por fin? Si á sí mismos, quedan convencidos de avaricia, y declaran abiertamente que administraron aquello para sí, y no para los pobres; quedan convencidos de una avaricia ó codicia que, no sólo es fea, sino perniciosa y digna de ser abominada, porque siendo, como es, delito quitarle algo á un rico, ¿cuánta maldad será quitarlo á un pobre, respecto de que con el hurto se le quita al rico el dinero solamente, pero al pobre se le quita la vida? Mas si con esa oposicion y contradiccion miran á los pobres, y el magistrado quiere socorrerles más prolija y eficazmente, ¿qué les importa á ellos por medio de quiénes se haga, con tal que se haga, y muy rectamente, como se debe confiar de un senado fiel á toda prueba y de una exactitud muy experimentada en todo tiempo? «Sea predicado y alabado Cristo, dice san Pablo; en órden al modo nada me importa, con tal que sea predicado y alabado.» Pero quisieran ellos tener por sí mismos el cuidado de los pobres; si en esto miran á Dios, con la voluntad sólo satisfacen, y si á los hombres, está conocida su ambicion; ¿acaso se atreverán tambien á quejarse de que vosotros mismos no os haceis ministros é instrumentos de su ambicion ó de su avaricia, ó de que no la favoreceis, á lo ménos con vuestro disimulo y condescendencia?

Paso en silencio lo demas que se podia decir en este lugar, si alguno les tomase cuentas de lo que han administrado tantos años; pero no removamos esta laguna ó camarina, ni revolvamos este cieno; atiendan ellos á que no les será de poca honra el no haber resistido, el no haber retenido tenazmente el dinero que se les confió y depositó en su poder, el haber favorecido la causa de los miserables, el haber unido sus miras á las de la república, y el ser tan amigos del bien público, que lo miran como bien particular suyo.

Que nada debe detenernos para hacer lo que dejamos dicho.

En todo género de virtud se hallan muchas cosas grandemente dichas, y ejecutadas con gravedad y dignidad por los mismos gentiles; paro nada tan constante, tan fuertemente, tan digno de ser imitado, como cuando tenian tan fija y pegada en sus entrañas la piedad para con la patria, y el amor y caridad para con sus ciudadanos, que recibian y sufrian con inalterable igualdad de ánimo las murmuraciones, interpretaciones inicuas, detracciones y dichos y hechos afrentosos de los suyos, sin que por eso se apartasen ni un pelo, como suele decirse, de la determinacion que habian tomado de ayudar á su patria, siendo así que se veian reprendidos y condenados por los mismos á quienes ayudaban en grande manera; en este número son los principales Milciades, Temístocles y Scipion, pero áun más principalmente dos: Epaminondas, de Tébas, y Quinto Fabio Máximo, de Roma; viendo éste que Aníbal no podia ser vencido con la fuerza, sino con la espera, con el tiempo, y digámoslo así, con la tardanza, le hacia la guerra sin presentarle ni admitirle batalla; en una palabra, tardando, porque entendia que sólo esto conducia para la victoria; este modo de portarse lo acriminaron muchos hombres ociosos ó maliciosamente inquietos, como que tenía pacto y estaba ocultamente de acuerdo con Aníbal, ó que lo hacia por ambicion, para gozar por más tiempo del imperio de las tropas ó del supremo magistrado de dictador, ó que se conducia así por desidia y miedo; hiriéndole en lo más vivo del honor, por tratarle de excesivamente ambicioso, de traidor y de cobarde; que todo es prueba bien dura para que la pueda sufrir sin conmoverse un hombre prudente, fiel y general del ejército.

Llegó esta persecucion hasta tal grado, que tentaron deponerle del mando, y efectivamente, á este gran dictador fué igualado, por disposicion del pueblo, un Minucio, comandante de la caballería; novedad que nunca jamas se habia visto ni oido; pero el invicto anciano, inmutable á la calumnia y necedad de los suyos, perseveró constante en lo comenzado, y logró salvar á su pueblo de Roma, que indubitablemente hubiera caido en las manos sangrientas de Aníbal, á no estorbarlo la sagacidad y estratagemas de Quinto Fabio Máximo. El éxito declaró qué ánimo, qué prudencia, qué amor á la patria y á los ciudadanos tenía aquel gran varon; de suerte que por confesion de todos fueron celebradísimos aquellos versos (1) que se hicieron de él, antiguos á la verdad y poco limados, pero de un elogio el más magnífico y excelente:

Adquirió uno, tardando, gran victoria,
Despreciando el rumor por dar la vida
A la patria, ya expuesta á ser vencida;
Pues digno es tal varon de inmortal gloria.

Lo propio hicieron tambien otros de los mismos sentimientos que éste, y eso sin respeto alguno á Dios, porque eran gentiles, y no les habia nacido el sol del cristianismo; sólo seguian su educacion, su fama ó el honor y bien de su ciudad; pues ¿cuánto más grandes y más excelentes cosas debemos emprender mirando sólo á Cristo, sin pararnos en las fuerzas humanas, y áun desestimadas y menospreciadas éstas, nosotros, á quienes ha iluminado ya aquel clarísimo sol, que hemos sido enseñados con su santa doctrina, á quienes recomendó y mandó la caridad, amenazándonos con tan gran

(1) *Unus homo nobis cunctando restituit rem,*
Non ponebat enim rumores ante salutem:
Ergo magisque magisque viri nunc gloria claret.
(Ennio, Annal., lib. VIII, v. 8.)

castigo si la omitiéremos, y prometiéndonos tan grande premio si la practicáremos, añadiéndose el atractivo de que será mayor la recompensa, cuanto mayores molestias sufriéremos por amor de Dios y para su honra y gloria? Luego, no sólo es digno de aprobarse nuestro discurso, sí tambien de abrazarse y ejecutarse, porque no basta desear bien, si no se ponen manos á la obra cuando se ofrece la ocasion; no es decente ni lícito el que se detengan por impedimentos humanos los que se ven estimulados por los preceptos divinos, especialmente siguiéndose de ello, pública y privadamente, utilidades humanas y divinas.

Las comodidades, provechos y bienes humanos y divinos que se siguen de estos establecimientos.

Lo primero, un grande y verdadero honor de la ciudad, no viéndose en ella mendigo alguno; porque esta frecuencia y multitud de mendigos arguye en los particulares malicia é inhumanidad, y en los magistrados descuido del bien público; lo segundo, se contarán ménos hurtos, maldades, latrocinios y delitos capitales, y serán más raros los lenocinios ó alcahueterías contra la castidad, y los maleficios ó hechicerías, porque se mitigará y disminuirá la necesidad, que es la que principalmente mueve, solicita, impele y arrastra á los vicios y torpes costumbres, y con más especialidad á las que van expresadas.

Lo tercero, estando todos provistos, habrá mayor quietud en el público, se verá una gran concordia en todos, no envidiando al más rico el que es más pobre, que ántes le amará como á su bienhechor; ni el más rico mirará como sospechoso al que es más pobre, ántes le amará, como que es la morada y centro de su beneficio y debido favor, porque la naturaleza misma nos inclina á amar á los que favorecemos, y de este modo una gracia es orígen de otra.

Lo cuarto, será más seguro, saludable y gustoso el asistir á los templos, y por consiguiente, andar por toda la ciudad, sin tener que ver á cada paso aquella fealdad de llagas y enfermedades de que se horroriza la naturaleza, y especialmente el ánimo humano y misericordioso.

Lo quinto, los ménos acomodados no se verán compelidos y forzados á dar sólo por la importunidad, y si alguno quisiere dar algo, ni se retraerá por la multitud de los mendigos, ni por el recelo ó miedo de dar á un indigno.

Lo sexto, tendrá la ciudad un incomparable logro é imponderable ganancia con tantos ciudadanos como verá hechos más modestos, más civiles y bien criados, más sociales y que la amarán más, como que en ella y por ella se sustentan, y no pensarán en novedades, sediciones ó tumultos; con tantas mujeres apartadas de la lascivia, tantas doncellas libres del peligro, y tantas viejas separadas del maleficio; con tantos niños y niñas instruidos en las letras, en la doctrina cristiana y religion, en la moderacion y templanza, y en las artes y oficios, con que se pasa la vida bien, honestamente y con piedad; finalmente, todos recibirán cordura, buen sentido y vivirán piadosa y santamente; conversarán *entre los hombres con* buena crianza, cortés y civilmente, como lo pide la humanidad; tendrán y conservarán á sus manos puras de maldades; se acordarán de Dios con verdad y buena fe; serán hombres, y lo que es más, serán lo que se llaman, esto es, cristianos; porque esto, y no otra cosa, es haber hecho que vuelvan en sí muchos millares de hombres y haberlos ganado para Cristo.

Vengamos ya á los provechos y bienes divinos, que son: que los ánimos de muchos cumplirán con su obligacion, gozando de quietud en la conciencia; lo que ahora no logran, porque viendo que deben dar limosna, no hacen lo que deben, ó retraidos por la indignidad de los que piden, ó por la muchedumbre, impedida su voluntad, y como dividida en diversos pareceres, sin saber determinarse á quién socorrerán primero; ó más principalmente, al ver á tantos estrechados de la necesidad, y desanimados con cierto género de desesperacion, á nadie socorren, conociendo que lo que dieren ha de aprovechar tan poco, como si en el caso de un grande y voraz incendio echasen sólo una ú otra pequeña gota de agua; los que tengan más facultades y bienes darán con más gusto, y por consiguiente, más copiosamente, regocijados de que hallándose ya dispuestas las cosas tan bien y santamente, pondrán y colocarán su beneficio en tan buen lugar, que á un mismo tiempo ayudarán á los hombres y obedecerán los mandamientos de Cristo, y que por lo mismo se adquirirán un grande mérito y recomendacion para con su Majestad.

Tambien es de esperar que de otras ciudades en que no se cuide de este ó semejante modo de los pobres, enviarán muchos ricos sus dineros á ésta, en donde sabrán que se distribuyen las limosnas con perfeccion, socorriendo con ellas á los más necesitados; añádese á esto, que el Señor defenderá con particularidad y hará verdaderamente feliz y bienaventurado á un pueblo tan misericordioso; oid por testimonio, no de un hombre cualquiera, sino de un profeta, cuál es el pueblo que con verdad pueda decirse bienaventurado: «Líbrame, dice á Dios, de la mano de los hijos y hombres malos, cuya boca habló siempre vanidad, y cuya diestra es diestra de maldades; sus hijos se tienen por felices cuando florecen como las plantas nuevas; sus hijas se adornan y componen ricamente, como imágenes del templo; sus graneros están tan llenos, que se salen, y es preciso trasladar frutos de unos en otros; sus ovejas son tan fecundas, que se advierten innumerables en su salida á pacer; sus vacas están gordas; no hay ruina alguna en sus casas, cercas ni establos, ni se oye el menor tumulto ni clamor triste en sus plazas y calles; llaman bienaventurado al pueblo que tiene todo esto, pero yerran: el pueblo bienaventurado es el que tiene al Omnipotente por su Dios, y le reconoce y sirve como á su Señor.»

Tampoco faltarán los bienes temporales con estos establecimientos para los pobres, y con este reconocimiento á Cristo, que los mira como á sus miembros: así nos lo asegura el ejemplo de aquella viuda que dió de comer á Elías; el mismo salmista canta así de la ciudad en donde habita Dios: «Llenaré de bendiciones y abundancia á cualquiera de sus pobres viudas, y saciaré de pan á sus necesitados.» Y en otro lugar dice á la misma

ciudad: «Extendió el Señor la paz por todos tus confines, y te sacia con la sustancia del trigo y con el regalado pan de flor de la harina más pura y exquisita»; pero áun excede á todo esto aquel feliz aumento del amor recíproco de unos para otros, que se verificará comunicándonos mutuamente los beneficios con candor y sencillez, y sin sospecha alguna de indignidad; y últimamente, y sobre todo, se nos seguirá el incomparable premio celestial de la eterna bienaventuranza, que hemos mostrado estar prevenido para las limosnas que nacen de la caridad, ó del amor de Dios, y del prójimo por Dios.

PEDRO SIMON ABRIL.

APUNTAMIENTOS DE CÓMO SE DEBEN REFORMAR LAS DOCTRINAS, Y LA MANERA DEL ENSEÑALLAS, PARA REDUCILLAS Á SU ANTIGUA ENTEREZA Y PERFICION; DE QUE CON LA MALICIA DEL TIEMPO, Y CON EL DEMASIADO DESEO DE LLEGAR LOS HOMBRES PRESTO Á TOMAR LAS INSIGNIAS DELLAS, HAN CAIDO; HECHOS AL REY NUESTRO SEÑOR (DON FELIPE II) POR EL DOCTOR PEDRO SIMON ABRIL.

Señor:

Verdad es llana y muy averiguada entre hombres de graves letras y doctrina la que escribe Aristóteles, en el primer libro de sus *Morales*, que á la suprema potestad toca el determinar qué doctrinas se han de enseñar en la república, y el cómo y por qué órden. Y pues vuestra majestad, por merced particular que Dios ha querido hacernos, tiene la suprema potestad temporal en la mayor parte del mundo, los que desean ver las buenas letras quitadas del barbarismo en que hoy están puestas, y reducidas á su antigua luz y perficion para mayor bien de la república, de necesidad han de acudir á vuestra majestad á dalle aviso de esto, como á quien sólo en la tierra tiene poder y autoridad para poner remedio en ello.

Bien tiene vuestra majestad inteligencia y providencia de esto, pues de tiempo en tiempo envia reformadores á las públicas escuelas con su poder y autoridad, para que reformen lo que el tiempo va ordinariamente gastando con su vicio. Pero éstos, no habiendo puesto mucho estudio en conferir la manera antigua de enseñar con la que hoy dia usan las escuelas, para poder ver y conferir la perficion de aquella con los barbarismos é imperfecciones de ésta, curan el panarizo, como dice el proverbio antiguo de los latinos, y dejan sin remedio la calentura ética, que va consumiendo la virtud á la doctrina, y transformándola poco á poco en un puro barbarismo. Porque tratan de reformar lo que toca al mantenimiento y vestido, que es bien que se reforme, y no tocan en qué libros es bien que se lean en cada manera de doctrina, y qué no; por qué órden y qué doctrinas es bien que aprendan los mancebos ántes de llegar á las más nobles y más granadas, para no entrar en ellas con los piés llenos de lodo, como dice otro proverbio antiguo de los griegos.

De las muchas faltas que hay en el enseñar las doctrinas en las públicas escuelas escribieron discretamente Luis Vives, valenciano, en un libro que particularmente escribió de esta materia, y fray Melchior Cano, obispo de Canaria, en los libros que escribió en los lugares teológicos; pero, como lo escribieron en latin, lengua que leen pocos, y ménos la entienden, estáse esto encerrado en los libros, y no viene á la noticia de vuestra majestad á quien toca poner remedio en esto, como en cosa en que le va gran interese á la república, y particularmente al servicio de vuestra majestad, para poder tener abundancia de ministros bien enseñados para que sirvan á vuestra majestad en éste ministerio del gobierno, como gente que se ha dispuesto para ello.

Yo, pues, brevemente advertiré á vuestra majestad lo que en cuarenta y tres años de estudios de letras griegas y latinas, y todo género de doctrina, en que me he ejercitado, he podido advertir de yerro en la manera de enseñar, confiriendo las letras antiguas con las que agora se ejercitan. Vuestra majestad se servirá de poner remedio en lo que le pareciere tener dél necesidad, considerando que no es pequeña parte de la felicidad de una monarquía como la de vuestra majestad el tener personas bien enseñadas á quien encargar el ministerio que se ofrece en su gobierno.

Primer error en el enseñar comunmente las ciencias, es el enseñallas en lenguas extrañas y apartadas del uso comun y trato de las gentes, porque en los tiempos antiguos no hubo nacion tan bárbara, que tal hiciese, desde que Dios formó el linaje humano, sino que enseñaron los caldeos en caldeo y los hebreos en hebreo, y lo mismo hicieron las demas naciones, gitanos, fenices, griegos, latinos, árabes, y casi desde los primeros tiempos los españoles, cada uno á su nacion en la lengua que le era natural; de donde resultaba que los discípulos entendian á sus maestros con gran facilidad, y los maestros enseñaban á sus discípulos con mayor llaneza y claridad; porque agora los más de los que enseñan, por no enseñar en sus propias lenguas, sino en extrañas y poco usadas en el mundo, no declaran sus conceptos á los que aprenden, por términos llanos, claros y propios, sino por impropios y muy oscuros, de donde nace gran dificultad en el entenderse los maestros y los discípulos; y si acaso se halla algun maestro que entienda bien el propio uso del griego ó del latin, los que le van á oir no son tan ejercitados en el uso de aquellas lenguas extrañas, que entiendan fácilmente los conceptos y palabras del

maestro; de do les procede el quedar mal alumbrados en el conocimiento de las cosas, las cuales se perciben por la luz y significacion de las palabras. Demas de esto, es grande la pérdida del tiempo que se pone en el aprender lenguas tan extrañas y tan apartadas del uso popular; de tal manera, que en ménos tiempo del que se gasta en el aprender mal aquellas lenguas, se sabrian las ciencias de las cosas enseñadas en el propio lenguaje con mayor luz y facilidad, como las aprendian todas las naciones antiguas de que arriba hice mencion. Y así agora, cansados los hombres de aprender lenguas extrañas con tan poco gusto, emperezan en pasar adelante á los estudios de las cosas, dándose á juegos, deleites, ganancias y cosas semejantes, que estragan la lumbre natural de la razon.

Segundo error comun en el enseñar las ciencias, es el no contentarse los maestros con las cosas que particular y propiamente tocan al sujeto de cada una de ellas, sin mezclar las cosas de las unas con las de las otras, por mostrarse muy doctos en ciencias diferentes, teniendo más cuenta con su propia ostentacion que con el bien y utilidad de los que aprenden.

Tercer error comun en el enseñar las ciencias, es el desordenado deseo que tienen los que aprenden de llegar de presto á tomar las insignias de doctrina, que vulgarmente llaman grados, á que tienen hoy más ojo los hombres por sus particulares ambiciones y codicias, que á salir con la empresa de la verdadera doctrina; porque de aquí nace el desear ser enseñados los hombres por compendios, sumas ó sumarios, y no tener paciencia para leer lo que los varones antiguos escribieron de cada una dellas largamente; que es lo que va destruyendo y haciendo poner en olvido la licion de los antiguos escritores.

Éstos son los comunes errores que hoy dia tienen estragada la verdadera y elegante doctrina. De los que cada ciencia tiene en sí particularmente, diré á vuestra majestad con la misma brevedad.

Errores en la gramática.

El primer error en el enseñar la gramática, es no enseñar primero á los niños la gramática de su propia lengua en las escuelas donde les enseñan leer y escribir en ella, como se sabe que lo hacian los latinos y griegos en las suyas. Porque si esto se hiciese, tendrian luz de bien leer y bien escribir su lengua propia, cosa que hoy está sin entenderse; y á proporcion de la gramática de su lengua, entenderian los niños fácilmente la de las extrañas, como se ve fácilmente en los que, sabida la gramática latina, se ponen á estudiar la griega.

Segundo error en la gramática, es enseñar á los niños las lenguas extrañas por gramáticas escritas en las mismas lenguas, añadiendo trabajo á trabajo, y dificultad á dificultad. Porque los mismos preceptos son de suyo muy oscuros y dificultosos de entender, y mucho más de ponellos en uso á tan flaca razon como es la de la niñez. Todo lo cual cesaria enseñándoles pocas reglas, y aquellas necesarias, escritas en la lengua vulgar, y puestos sus ejemplos en la extraña, con sus declaraciones en la propia.

Tercer error en la gramática, es hacerles tomar de memoria á los niños las reglas de gramática, fatigándoles la memoria en cosas que las han luégo de olvidar, pudiéndola ejercitar con muy mayor fruto en decorar graves sentencias y dichos que les sirvan para toda la vida. Que así lo hacian los antiguos, teniendo para este efecto libros de graves sentencias y dichos célebres, que en griego llaman apoftegmas, recopilados de diversos y graves escritores; pues las reglas de la gramática, poniéndolas en uso y plática en la licion de graves escritores, se asientan en el alma sin particular memoria dellas.

Cuarto error en la gramática, es hacer traducir á los niños cosas escritas de lengua vulgar en las extrañas, habiéndose ántes de hacer, al contrario, de las extrañas en la vulgar. Porque el que traduce ha de saber mejor la lengua en que traduce que la de que traduce; pues ésta se la halla ya hecha, y le basta solamente entendella bien, y la otra la ha de poner él de suyo; y así no le basta entendella bien, sino que ha menester saber usalla propiamente; porque así lo usaban los romanos, traduciendo lo griego en latin, y no lo latino en griego; y del no hacerse así hoy dia, resultan dos daños grandes: el uno es el no enriquecerse la lengua propia, y el otro el perderse la elegancia y propiedad de la extraña, traduciéndola de vocablo en vocablo, y haciendo de un buen lenguaje castellano, un impropio y bárbaro latin, que es el vicio que más ha destruido la lengua latina y trasformádola en diferentes barbarismos.

Errores en la lógica.

Siendo la gramática y la lógica los instrumentos de la doctrina, la una por el artificio de las palabras, y la otra por el de las buenas razones, que son los dos instrumentos con que los hombres conversan y contratan entre sí, no solamente en lo que toca á la doctrina, sino tambien en lo que pertenece á sus contratos y negocios, no pueden estragarse estas dos maneras de doctrina sin que juntamente se estraguen tambien las obras y efectos que se han de hacer con ellas: así como en las artes vulgares vemos que el artífice que obra con instrumentos estragados no hace las obras de su profesion buenas y perfectas. De do se colige que los que estudiaren las ciencias con estos dos instrumentos estragados, harán las obras de la doctrina malas é imperfectas.

Error, pues, es en la lógica el no enseñalla los maestros como instrumento cuyo bien es aplicallo al uso, como la vihuela, que no tiene más bondad en sí, de cuanto se aplica al tañella bien; y así la lógica y sus partes se habrian de enseñar con uso, mostrando el uso y servicio que cada una de sus partes tiene, así en el aprender la doctrina, facilitando y habilitando para ello al entendimiento humano, y enseñándole el camino por do se camina en el aprender de la doctrina, como tambien en el tratar de los negocios, pues tambien éstos se tratan con buen uso y discurso de razon. Y así la enseñaban Platon, Aristóteles, Tulio y Boecio, y todos los demas filósofos antiguos.

Error es asimismo en la lógica el buscar el uso de

ella en ella misma, y no en las demas doctrinas para cuyo uso se aprende. Porque así como la sierra la forja y hace el herrero para que sirva de instrumento al carpintero, y así el aserrar bien con la sierra no toca al herrero, que la hace, sino al carpintero, para quien se hace; así tambien el que enseña la lógica ha de poner las leyes y formas del buen uso de razon por su órden y concierto, sin aplicallas á ninguna manera de sujeto, si no fuere por manera de ejemplo; y el ponellas en uso ha de quedar á los que tratan las ciencias de las cosas, que en esto tienen la misma proporcion con la lógica que el carpintero con la sierra. Lo cual no entendiendo bien los que hoy dia enseñan lógica en las escuelas públicas, por tener en qué ejercitarse y de qué disputar, ingieren en ella cuestiones de metafísica y de teología, destruyendo la doctrina lógica, y haciendo la otra facultad diferente, y confundiendo los flacos entendimientos de los que aprenden, emboscándolos en cosas que ni son de aquel lugar, ni para aquel tiempo, ni para aquella manera de ingenios, haciendo al reves de cómo la enseñaron los antiguos.

Tambien es error en la lógica no disponer sus partes por elegante órden y concierto, poniendo primero las que sirven de medios, y postreras las que tienen manera y razon de fin. Porque de esta manera se echa mejor de ver el oficio que hace cada una dellas, como por los libros de los antiguos se demuestra claramente. Si se quitasen, pues, todos estos vicios de estas dos maneras de doctrina, que sirvan de instrumentos para todas las demas, y se redujesen á la pureza y perficion que antiguamente tenian, los que aprenden harian mejores obras en el aprender, y los que enseñan en el enseñar, como gente que obraria con buenos y perfectos instrumentos.

Errores en la retórica.

La facultad de la retórica no es en estos tiempos tan necesaria como lo era en los antiguos; porque sólo sirve para tratar con el pueblo é inducillo á lo que convenga, y apartallo de lo que le es perjudicial; lo cual convenia en los pueblos que se regian por gobiernos populares, que son muy sujetos á alteraciones y mudanzas, por ser el vulgo cosa fácil de alterar y amotinarse. Y así se servian de esta facultad para alegar delante los jueces en causas judiciales, y tratar con el Senado ó con todo el pueblo en las consultas ó causas deliberativas, como se hacia en Aténas y en Roma, y en otros pueblos así regidos por aquella viciosa manera de gobierno. Pero en Lacedemonia, y en los demas pueblos que se gobernaban ó por el parecer de pocos ó por monarquía, no habia necesidad de la retórica; y así no hubo retóricos lacedemonios, como los hubo atenienses. En los tiempos de agora la experiencia nos ha enseñado ser verdad lo que Aristóteles dijo en sus libros de *Retórica:* que la retórica era perjudicial para las causas judiciales, porque era como torcer y estragar la regla con que habia de reglarse la justicia. Y así se juzgan los pleitos por escrito, y no por oraciones afeitadas con retórica. El pueblo se gobierna mejor con temor y poder justamente administrado, que con persuasiones. Por donde la retórica no sirve ya sino para solas aquellas exhortaciones que en los templos se hacen, con que el pueblo es exhortado á la virtud y verdadera religion. Y áun en esto los predicadores siguen más sus propias invenciones (lo que no debrian) que el artificio de bien persuadir, como aquellos santos antiguos lo siguieron.

Es, pues, grave error en la retórica enseñalla en lenguas peregrinas, y no en la vulgar de cada nacion. Porque, pues se ha de ejercitar con el pueblo, conviene enseñalla y aprendella en la lengua con que se trata y comunica con el pueblo; y con las lenguas latina ni griega ya no se trata con ningun pueblo, pues ningun pueblo las usa. Y así vemos que los griegos usaron de retórica griega para tratar con el pueblo griego, y los latinos de latina para con el latino; y así debe hacerse siempre en las lenguas populares.

Tambien es error el pensar que en esta facultad se han de enseñar muchas reglas y preceptos; porque de tres cosas que esta facultad requiere, que son: buena naturaleza de ingenio, reglas y ejercicio; la buena naturaleza, y el ejercicio de licion y compostura se llevan lo mejor de ella, no dejando casi lugar para los preceptos; pues pensar de hacer retórico al que no es de fértil ingenio, es como si el labrador pensase poder hacer muy fructuoso un arenal; y pensar que sin mucho ejercicio ha de alcanzarse la elocuencia, aunque sea bueno el natural, es pensar que la tierra, por buena que sea, ha de producir fruto sin que se cultive. Por esto convendria que, pues ya ni en los senados ni en las audiencias no hay materias para hacer semejantes oraciones, se tradujesen del latin y del griego las mejores oraciones de Tulio y de Demóstenes, y los sermones de aquellos grandes predicadores san Basilio, san Crisóstomo, san Cirilo, san Leon, por personas que supiesen representar sus virtudes y estilo en la lengua popular, para que estos sirviesen de ejemplo y experiencia de cómo debe usarse y ejercitarse la retórica.

De los errores en las matemáticas.

En las matemáticas no ha podido caber depravacion, por ser doctrinas que consisten en verdadera demostracion, hecha al sentido y experiencia, y no capaces de diversidad de opiniones y de pareceres. Pero hales caido otra desventura tan grande como ésta, si ya no es mayor: que por ser doctrinas que no son para ganar dinero, sino para ennoblecer el entendimiento, como los que estudian tienen más ojo al interese que á la verdadera doctrina, pásanse sin tocar en ellas. De do viene gran daño á la república, y particularmente al servicio de vuestra majestad; pues de no aprenderse matemáticas, viene á haber gran falta de ingenieros para las cosas de la guerra, de pilotos para las navegaciones, y de arquitectos para los edificios y fortificaciones; lo cual es en gran perjuicio de la república y deservicio de la majestad real, y afrenta de toda la nacion; pues en materia de ingenios ha de ir siempre á buscallos á las extrañas naciones, con daño grave del bien público.

Y aunque las matemáticas no tuvieran en sí, como los tienen, tantos y tan grandes bienes y provechos, ni hicieran otro bien sino habituar los entendimientos de los hombres en buscar en las cosas la verdad firme y segura, y no dejarse bambolear de la inconstancia de las opiniones, que es lo que más destruye las doctrinas; sólo por este bien no se les habia de permitir á los hombres pasar á ningun género de ciencia, sin que aprendiesen primero las doctrinas matemáticas; que así lo sintió Platon cuando puso un rétulo en la puerta de su academia, diciendo que no entrase allí el que no supiese matemáticas. Y así tambien lo sintió Aristóteles, pues en las demas ciencias trae ejemplos de las matemáticas; lo cual él no hiciera sino presuponiendo que los mancebos deben aprender ante todas cosas las disciplinas matemáticas.

Este daño tan grave remediará fácilmente vuestra majestad mandando que las matemáticas se enseñen en lengua vulgar, como ya lo tiene dispuesto en la escuela que en su córte tiene hecha para ello; y haciendo decreto que en las universidades y escuelas públicas ninguno sea admitido á ningun género de grado sin hacer primero demostracion de cómo ha estudiado muy bien las disciplinas matemáticas.

Errores en la filosofía natural.

En la filosofía natural ès grave error enseñar las cosas de la naturaleza así en comun y en general, sin descender á lo particular, y especialmente á la materia del agricultura, que es una de las mejores partes de la filosofía natural, y más necesaria en el mundo, de que no se tuvieron por afrentados de tratar grandes príncipes, sabios filósofos y graves senadores, escribiendo della muchos libros en lenguas tan diferentes, como fueron la púnica, la griega y la latina, y cuya ignorancia tiene perdidos estos reinos de vuestra majestad, y disminuido su real patrimonio, cuya mayor parte consiste en lo que se paga de los frutos de la tierra; pues en tiempo de los romanos, cuando ésta se ejercitaba bien, habia en España bastimentos para mantener cuatro tanto pueblo que agora es, y muchos ejércitos juntos que tenian en ella los romanos y los cartagineses; y agora, estando tan despoblada de gente y sin ejércitos, un año que falte la pone en todo estrecho.

Convendria, pues, que todos los pueblos granados tuviesen personas sábias que la enseñasen, y tradujesen de griego y de latin en castellano lo que della han escrito personas sábias en la filosofía, y esto lo declarasen en nuestra propia lengua, para que se entendiese mejor, y con más facilidad, y en ménos tiempo, y con más universal provecho. Y es cosa realmente digna de dolor, que en tanta hacienda como se gasta en las públicas escuelas no haya doctrina ninguna de tres cosas que tan necesarias son para la vida, que son: el agricultura, el arquitectura y el arte militar, habiendo tantas liciones de vanas sofisterías, las cuales, quien las sabe no sabe nada por sabellas, ni por ignorallas ignora *nada el que no las sabe.*

Errores en la filosofía moral.

En la filosofía moral hay un solo error que vale por todos, que es el no saberse ni estudiarse en las escuelas y universidades sino por manera de cumplimiento, especialmente siendo esta parte de la filosofía la que propiamente le toca y pertenece al hombre, pues es la que reforma todas sus acciones y obras, y las dispone y ordena conforme á la rectitud de la buena razon, y no conforme á la depravacion de la codicia, sin cuyo conocimiento con gran dificultad pueden los que gobiernan enderezar la mira de sus obras á los verdaderos y perfectos fines, sin torcella á sus propias ambiciones y codicias; y tanto más son de culpar en esto los que gobiernan las universidades y públicas escuelas, cuanto con mayor llaneza y claridad, y sin digresiones ni sofisterías escribieron esta doctrina Platon y Aristóteles, á quien las escuelas tienen en la filosofía por sus guías y principales capitanes.

Convendria, pues, no admitir á ningun género de grados á los que estudian, sin que primero hubiesen hecho muchos actos y demostraciones de cómo han estudiado muy bien esta parte de filosofía, tan necesaria para el buen gobierno de la vida; y no solamente se debria hacer esto en las universidades y públicas escuelas, sino tambien en los demas pueblos granados, y no en lenguas extrañas, sino en la propia, para que en ellos se criasen muchos hombres de gobierno que supiesen esta parte de filosofía, que particularmente hace profesion de esto, porque de aquí sucederia que los que sirviesen á vuestra majestad en materia de gobierno entenderian en qué consiste el bien gobernar, y no irian á una cosa de tanto peso y momento tan faltos de doctrina como van, pareciéndoles que ir á gobernar los pueblos no es mas de ir á ganar hacienda para sí y buscar sus propios intereses, que es lo que hoy dia tiene puestos en mucho trabajo todos los pueblos de vuestra majestad.

Errores en la medicina.

La medicina ménos tiene que reformar que ninguna otra manera de doctrina, por haber siempre seguido la licion y doctrina de Hipócrates y Galeno, que son escritores antiguos, y que la pusieron en método y órden de razon; lo cual, si las demas ciencias hubieran guardado y conservado la buena y sana doctrina de los antiguos, no hubieran caido de su antigua dignidad y perficion.

Pero, con todo esto, tiene necesidad de hacer mayor estudio en las anotomías del cuerpo humano, y leellas públicamente; pues sin el conocimiento dellas no se pueden entender ni curar muchos géneros de enfermedades, y asimismo fundar particular licion de la materia medicinal de yerbas, simientes, gomas y de todo género de plantas, que son el instrumento con que el médico ha de hacer sus operaciones. Demas desto, pues de griego se traduce más fácil, propia y claramente en castellano que en latin, por conformarse más las maneras de hablar de la lengua castellana con las de la griega que las de la latina, y porque cada

uno traduce más propia y claramente en su misma lengua que en la extraña, convendria traducir los libros de los médicos griegos en lengua castellana, como los árabes en España los tradujeron en arábigo, porque del no entender bien la lengua extraña no acaezca lo que acaeció á un médico, que no entendiendo qué significaba este vocablo, *calybs*, que quiere decir *acero*, y tomándolo por *cal*, aplicó á un enfermo de cámaras de sangre un clíster de leche que habia de ser acerada, en que él hizo matar dos piedras de cal viva, con que le agravó la corrosion de las tripas y acabó con él. Estos y otros semejantes inconvenientes que deben acaecer en el mundo por la ignorancia de las lenguas extrañas, se evitarian si los médicos griegos hablasen en castellano claro, y no en oscuro y bárbaro latin.

Errores en el derecho civil.

El derecho civil tiene él solo más que enmendar que todas las demas doctrinas; tanto, que segun son muchos los vicios y defectos que tiene, muchos han sido de parecer que sería cosa útil consumir todo el derecho escrito, y reducirse á gobierno de buen uso de razon, con que se gobernó el mundo por muchos millares de años, y el reino de los lacedemonios por muchos siglos, y se gobiernan hoy muy bien muchas partes del mundo, sin usar de leyes escritas ni de declaraciones dellas.

Pero, con todo eso, el derecho escrito es tanto mejor manera de gobierno que el del arbitrio de la buena razon, cuanto aquel se estatuye con mayor acuerdo y madureza de prudencia que el arbitrario; y tambien porque está más libre de pasion, como dice sabiamente Aristóteles, en sus libros de *Retórica*, por determinar de cosas por venir y que no han caido en persona ninguna, por cuyo amor, temor, ódio ni amistad el legislador quiera hacer fuerza á la razon.

De manera que, sin duda ninguna, el derecho escrito es muy conveniente manera de gobierno, si le remediasen los vicios presentes que del todo lo tienen destruido y estragado. Primeramente ponello en lengua comun y popular de la nacion para quien se hace, y quitallo de lenguas ya perdidas y dificultosas de entender; porque si el fin del derecho civil es dar órden que los hombres vivan honestamente y sin hacerse los unos á los otros perjuicio, ¿cómo podrán los hombres alcanzar este fin no entendiendo lo que las leyes les mandan hagan, y lo que les prohiben? Y ¿cómo lo podrán esto entender, no entendiendo los términos y palabras en que las tales leyes se escriben? Y ¿cómo las podrán entender, no siendo escritas en lengua popular y comun en el uso y trato de los hombres? Y así no hubo jamas nacion que, aunque la doctrina legal la tomase de otra nacion, la dejase de poner en el uso de su lengua popular.

Los primeros que se sabe que usaron de leyes escritas fueron los hebreos, á quienes Moisen les dió las leyes que Dios le dispuso que les diese, escritas en la misma lengua hebrea. De éstos las tomaron sus vecinos los fenices y los gitanos, y las pusieron en sus propias lenguas; de los fenices y los gitanos vinieron á los españoles, y mucho tiempo despues á los griegos, donde el primer legislador de leyes escritas fué Mínos, rey de Candia, y despues Licurgo, rey de los lacedemonios, y Dracon y Solon, de la república de Aténas; pero cada uno las escribió en su lengua, ni jamas un pueblo se gobernó por leyes escritas en lenguaje de otro pueblo, como lo han usado en estos tiempos, con grave daño de la república y de los que se han de gobernar por ellas.

Bien lo entendieron esto los reyes antepasados de vuestra majestad, y particularmente el rey don Alonso, de gloriosa memoria, el cual viendo á la clara este daño tan notorio, y entendiendo que convenia dar al pueblo leyes con que se gobernase, escritas en lengua que las entendiese, juntó los más graves letrados en la facultad de leyes que se hallaron en sus tiempos, y de parecer dellos hizo ese derecho civil que llaman las *leyes de Partida*, tanto mejor dispuesto que el que Justiniano hizo de pedazos de doctrinas de consultos, cuanto la entereza del uno y las faltas del otro muestran claramente á quien quisiere conferillos sin pasion.

Este pío celo de los pasados reyes lo han escurecido los doctores, que pareciéndoles que les era más honra escribir bárbaramente en latin que elegante en castellano, les han hecho comentarios ó declaraciones en lenguaje extraño, haciendo cuanto es de su parte inútil al pueblo aquel derecho, y yendo contra el santísimo intento de los buenos legisladores; porque el intento de los legisladores fué que el pueblo supiese las leyes por donde se ha de gobernar, para que las pusiese en práctica, y el de los glosadores fué que los hombres no las entendiesen, porque acudiesen á ellos, como á oráculos, á preguntar el entendimiento de la ley. Porque si aquellas sus declaraciones son de momento para el entendimiento de la ley, ¿por qué no las hacen de manera que el pueblo se pueda servir dellas para mejor entender las leyes conforme á las cuales ha de vivir? Y si no sirven de nada para esto, ¿para qué hacen más costosos los libros con sus vanas declaraciones? No lo hicieron así aquellos consultos romanos, sino que las leyes escritas en lengua romana para uso del pueblo romano, las declararon en lengua romana, y no en griega, para que mejor pudiesen entendellas los romanos, á cuyo ejemplo ellos las leyes castellanas las habian de declarar en lengua castellana, y no en latina, para que las entendiese mejor el pueblo castellano.

Convendria tambien mandar que en las escuelas públicas y universidades se leyese por texto el derecho y leyes de los reinos de vuestra majestad, que son las verdaderas leyes hechas con maduro acuerdo y pública autoridad, y no aquellos pedazos de escrituras, tomadas ó rasgadas de los libros que escribieron los doctores romanos larga y extendidamente, en declaracion del derecho civil de los romanos, que falsamente llaman digestos, pues no se pudo formar en derecho cosa más indigesta y más confusa, por las razones que diré luégo á vuestra majestad. Y si algo se puede tomar de aquellos pedazos de razones quebradas, habria de servir de declaracion para mejor entendimiento de lo que realmente es ley y derecho en los reinos de vuestra

majestad. Pero en las cátedras donde se pretende criar personas para el buen gobierno de los reinos de vuestra majestad, hacer cabeza de un derecho extraño, y con las faltas que luégo mostraré que tiene, y dejar de hacella de un derecho tan bien ordenado y dispuesto como el que vuestra majestad tiene y sus pasados dejaron, no solamente es un grave daño de toda la nacion castellana, pero áun grave desacato de la autoridad y majestad real, como si ella no hubiese sido bastante para hacer leyes convenientes en sus reinos, sin illas á mendigar á un derecho tan oscuro y tan confuso como quedó el romano despues que el emperador Justiniano y sus doctores lo quitaron de la luz y claridad que tenía, y lo echaron en la escuridad y tinieblas que agora tiene.

Pero, para que esto mejor y más fácilmente se entienda, declararé á vuestra majestad brevemente la disposicion que el derecho civil de los romanos tuvo desde su principio hasta el tiempo de Justiniano, y la que él y sus doctores le dieron, con que lo destruyeron, y pusieron cual está.

El pueblo romano primero se gobernó por reyes y leyes reales, hasta que mudado el gobierno de magistrado perpétuo en temporal, abrogaron las leyes reales, é introdujeron otra manera de derecho, que llamaron las *leyes de las Doce Tablas*, porque las hicieron grabar en doce tablas de cobre, y las pusieron en el Capitolio, para que las pudiesen leer los que quisiesen. Despues el mismo pueblo añadió más leyes, segun los casos se ofrecian, hasta que tornándose á reducir el gobierno á monarquía, y tomando, en lugar de reyes, emperadores, los emperadores, en nombre del pueblo, hacian las leyes que convenia hacer, las cuales se llamaron *constituciones imperiales*.

Eran, pues, las partes del derecho civil de los romanos éstas: las leyes que el pueblo romano hacia proponiéndolas el Cónsul; los plebiscitos que la comunidad establecia, proponiéndolos el tribuno; los edictos que hacian los pretores, que eran como alcaldes de córte, los cuales no duraban más de un año, hasta que se hizo una forma de edicto perpétuo, por no andar cada año variando los estatutos que hacia el Senado, que era el consejo particular de la república, tocantes á la manera y ley de buen gobierno. Últimamente, las constituciones imperiales, que tuvieron fuerza y vigor de leyes, porque el pueblo dió su poder y autoridad al Emperador para hacellas, por no andar juntando tanta multitud de pueblo para ello. Estas fueron las partes sustanciales del derecho civil de los romanos.

Pero, por cuanto cosas hechas por hombres, y divulgadas por palabras humanas, no se pueden decir con tanta claridad, que no se ofrezcan muchas veces dudas acerca del entendimiento dellas, determinóse que hubiese hombres sabios en materia de justicia, á cuyo oficio tocase el responder en derecho y declarar las dudas que acerca de la dificultad del sentido de las leyes se ofreciesen. Éstos se llamaron *jurisconsultos*, y sus declaraciones, *respuestas de prudentes*.

Esta dignidad no se daba tan fácilmente como hoy da; pues cualquier bachiller, por ignorante que sea, tiene autoridad de responder en derecho; sino que, por cuanto entónces no habia estas insignias, que agora llaman grados, sólo aquel podia responder en derecho á quien el Emperador, informado bien de su habilidad y doctrina, le daba facultad y licencia para ello.

Éstos, pues, escribian libros, doctrinal, y no legalmente, sobre aquellas partes del derecho, unos sobre tal ley, otros sobre tal estatuto, y otros sobre el edicto perpétuo, y otros respuestas, por manera de cartas, á dudas que se les proponian; y comenzó de haber diversidad de sectas y pareceres entre ellos, como entre los filósofos, y diéronse á escribir tantos libros, que casi llegó el negocio á tanto mal como está agora en estos tiempos por la multitud de los escritores. Porque, como dijo sabiamente un poeta: «El mucho altercar escurece y destruye la verdad.»

Crecieron tanto, con esta ambicion del mucho escribir, los libros escritos en materia de derecho, que ya, no sólo parecia que no bastaba la edad para leellos, pero ni áun la memoria para acordarse de los nombres de sus escritores. Lo cual viendo el emperador Justiniano, movido con más piadoso celo que discreto, quiso dar remedio á un mal tan grande; y pensándolo remediar, lo destruyó del todo; porque, de consejo de su doctor Triboniano, abrogó todo aquel buen derecho antiguo, digo las leyes, los plebiscitos, los edictos, los estatutos, y dividiendo el derecho por títulos y materias comunes, en cada título puso por leyes pedazos de doctrinas tomadas de aquellos consultos y de las obras que ellos larga y difusamente habian escrito en declaracion de aquellas partes del derecho, tomando de uno cuatro renglones, que le parecian hacer al propósito de aquel título, y del otro seis, y del otro lo que le pareció; y esto dejó por leyes, y quiso que tuviesen fuerza y valor de tales.

Con esto, no solamente no remedió Justiniano la doctrina legal, sino que la destruyó del todo; porque, como los libros de aquellos consultos no eran leyes, sino declaraciones dellas, destruyendo el texto, destruyó tambien los que eran como comentarios ó declaraciones, de las leyes. Y como en la escritura larga y continuada de lo antecedente y de lo que despues se sigue depende muchas veces el conocimiento de las palabras, entresacando aquellos renglones quebrados de las doctrinas y libros de los consultos, escritos *al largo* y por estilo de doctrina, los hizo muy dificultosos de entender, por depender su sentido, ó de las palabras antecedentes, ó de las que se seguian.

Este daño que Justiniano hizo al derecho civil, fué como si (lo que Dios no permita) se perdiesen los libros sagrados, y los comentarios que los santos doctores han escrito sobre ellos, y nos quedasen por doctrina sagrada aquellos pedazos que dellos entresacó y recopiló el maestro Pedro, lombardo, llamado por esto vulgarmente el *Maestro de las sentencias*, ó como aquel libro que los judíos llaman el *Talmud*, recopilado de pedazos de doctrinas de sus rabinos.

Puso este hecho de Justiniano tanta escuridad en la doctrina legal, que aunque él en su código puso graves penas á quien escribiese en materia de derecho, fuera

de dos breves maneras de escribir, que él llamó en *Paratitlos* y *Catapodas*, no pudo librarnos de tanta multitud de libros como han crecido y van creciendo de cada dia, sin término ninguno, por la mucha escuridad que en el derecho romano quedó con aquella mala disposicion que le dió Justiniano; tanto, que es cifra lo que en su tiempo habia escrito, con lo que ha divulgado hasta hoy, y divulga cada dia, el ambicion de vanos escritores.

Lo que Justiniano debia hacer, y lo que vuestra majestad podria, si se sirviese, para remedio de tanta confusion, es juntar algun número de personas muy graves y sábias en materia de derechos, escogidas en todos sus reinos, los cuales tomasen á su cargo hacer un nuevo cuerpo de derechos, no de pedazos de ajenas doctrinas, como el que mal dispusieron los doctores de Justiniano, ni escrito por estilo doctrinal, sino por legal, que es mandando ó vedando con la mayor brevedad de palabras que fuese posible, sin preámbulos ni retóricas, que son cosas indignas de la gravedad y autoridad del legislador, como están escritas las leyes civiles que dió Moisen á los hebreos, ó las que los romanos hicieron grabar en aquellas doce tablas.

Éstos habrian de repartir las materias del derecho, las cuales tienen cierto y determinado número por sus géneros y especies, y éstas distribuillas por su órden discreta y elegante, y por aquella misma órden en cada especie de negocio poner su número de títulos, y debajo de cada título sus leyes, clara y llanamente escritas, cuanto le fuere posible al humano entendimiento, y lo que en cada especie de negocio ya está estatuido por ley, determinallo legalmente, y lo que no está determinado, sino que anda en opiniones de doctores, si fuere negocio de momento, tomar de las dos partes de la contradicion la que les pareciere más conforme á la buena razon, y aquella determinalla por ley; y si no fuere de momento, dejallo como cosa inútil; y esto en lengua castellana, pues es el derecho y leyes para la nacion castellana, y no en lengua que el pueblo no sepa qué es lo que por ellas se les manda, y qué lo que se le prohibe.

Con esto no tendrian las leyes necesidad de comentarios; ántes se debria determinar, so graves penas, que ninguno se atreviese á declarar ni glosar ley ninguna; y que si alguna dificultad se ofreciese sobre el entendimiento de alguna ley, acudiesen al príncipe que por tiempo reinase, para que él declarase cómo se debe entender aquella dificultad; y lo que él declarase, fuese ley de allí adelante, conforme á una muy discreta regla del derecho, que dice que á quien toca el hacer la ley, á aquel mismo toca el declaralla.

Con esto cesarian tantos libros como hay de comunes opiniones, en que no hacen más de citar los unos lo que dicen los otros; cesarian los grandes gastos de tanto número de libros, que ya no hay haciendas que basten (á comprallos, pues este cuerpo de derecho bastaria para decidir por él las causas, sin admitir glosas ni interpretaciones. Quedaria el derecho civil claro y sin confusion, y los hombres más enseñados en lo que tocase á la materia de justicia.

Para esta manera de obra no bastan personas que sepan solamente leyes, aunque las sepan por el cabo, sino que conviene que sean juntamente muy sabios filósofos y muy prudentes jurisconsultos, para que como jurisconsultos entiendan la justicia y materias legales, y como filósofos, las pongan por elegante órden y concierto, poniendo cada materia en su propio lugar, y no mezclando cosas ajenas de la profesion, ni tratando en diversos lugares una misma materia, lo cual no puede hacer quien por método lógico no sabe cómo se ha de disponer una doctrina con luz y claridad.

Conviene tambien mandalles á los que hacen escritos defendiendo causas, que en el alegar no salgan de los tres límites que los sabios antiguos dieron al derecho, alegando solamente ley escrita, ó costumbre no mala, usada y recebida, ó razon que muestre ser cosa justa la que él dice; porque con esto cesaria tanta alegacion de doctores como hoy usan los abogados, cortando con ella el hilo y corriente al entendimiento, que va en ella siguiendo á do le lleva la razon.

Conviene asimismo que así como al teólogo no le admiten cursos, ni tampoco al médico, si no prueba primero haber cursado en la filosofía, por ser ella buen medio para alcanzar aquellas ciencias, así tampoco admitiesen á la doctrina de las leyes oyentes con solo conocimiento de una mala gramática, sino que tuviesen cursos de filosofía, y particularmente de la parte moral, en cuyos principios estriba la razon que justifica á la ley, la cual dicen muy bien los juristas que es el alma de la ley, la cual no se puede entender con sola noticia de gramática.

Con estos remedios quedaria la doctrina legal más grande y más ilustre que escura ni dificultosa; y los consejos de vuestra majestad tendrian ménos dificultad en el administracion del público gobierno.

Errores de la teología.

La sagrada teología, cuanto es de su parte, no tiene error ninguno; ántes ella es la luz y la guía de todas nuestras obras, y el peso con que se pesa la verdad, y la Sara, que es la señora á quien ha de estar sujeta la criada Agar, que significa las demas ciencias, como dijeron sábia y santamente Filon, grave escritor hebreo, y nuestro gran Basilio. Porque en las demas ciencias todo lo que repugnase á la verdad de ésta sería falsedad, y como rebelion de la criada contra la señora.

Pero, porque la malicia de los tiempos ha mezclado en ella cosas traidas por manos de hombres, los cuales á sus imaginaciones y curiosidades han dado atrevidamente nombre de teología, en cuanto á esta parte hay algo que enmendar y reformar en ella, hasta volvella y restituilla á la puridad y llaneza con que aquellos santos doctores de la primitiva Iglesia la trataron.

Es, pues, error de hombres en la sagrada teología el haber dejado de leer en las escuelas aquellos santos y antiguos escritores que nos enseñaron lo que era necesario para el remedio y salvacion de nuestras almas, huyendo de cosas que son más de vana curiosi-

dad que de necesidad, como son los escritos de san Dionisio Areopagita, el *Panario* y el *Ancordato* de san Epifanio, la *Teología escolástica* de san Juan Damasceno, los libros *de Trinitate* de san Agustin y los de san Hilario, las *recopilaciones* y *lugares comunes* del maestro Pedro Lombardo, que por otro nombre llaman el Maestro de las sentencias, y otros así de antigua y sana doctrina, y haber introducido en su lugar á escritores modernos, que han henchido la escuela de cuestiones metafísicas y curiosas, más que fructuosas, pues ni sirven para refutar errores de herejes, ni para enseñar al pueblo cristiano los caminos del Señor.

Error de hombres es, no seguir en el enseñar el método analítico que Aristóteles enseñó, y Euclídes siguió en las matemáticas, poniendo sus principios, peticiones y definiciones, y coligiendo de allí sus conclusiones, con que el entendimiento humano va siguiendo la verdad; sino ponello todo por dudas y disputas, con que el entendimiento humano se acostumbra á dudallo todo y á no asegurarse en nada, como hacian los filósofos que se llamaron scépticos y académicos.

Error de hombres es desvanecerse mucho y gastar mucho tiempo en disputas dialécticas, y hacer más ostentacion en ellas que en las verdades llanas y puestas, en fuerza de demostracion, como si no hubiese en qué gastar mejor los buenos años de la vida en inteligencia de los libros sagrados, decreto de los santos concilios, doctrinas de santos antiguos, historia de las cosas de la Iglesia.

No es mi intencion, ni tal Dios permita, dar en el disparate en que han dado los herejes en nuestros tiempos, reprendiendo así en comun toda la teología, que vulgarmente llaman *escolástica*; porque á tales herejes les cuadra lo que dijo sábiamente Horacio:

Dum vitant stulti vitia in contraria currunt.

Porque ellos, huyendo de esta manera de cuestiones, dan en reprender toda la doctrina de la escuela, en que hay gran número de cosas discretamente enseñadas y con mucha luz de verdad alumbradas, y muy necesarias en la materia de nuestra cristiana religion. Sólo es mi intento llorar la pérdida de tiempo, que es la mayor de las pérdidas que se gasta en el disputar aquellas cosas puestas en diversidad de opiniones, que ninguna de ellas sirve ni para destruir, ni para edificar, ni para desarraigar, ni para plantar, que son los oficios del buen teólogo, como lo dijo el Señor por Jeremías.

Error de hombres es no haber en las universidades perpetuamente dos liciones de los dos *Testamentos*, representados por aquellos dos serafines que dice Isaías que estaban continuamente dando voces á Dios, y diciéndole Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, y á los que han de tomar insignias de doctores teólogos obligallos más á hacer actos y demostraciones en la licion y declaracion dellos, que en disputar aquella manera de cuestiones.

Y pues el predicar es una de las mayores obras de nuestra sagrada religion, y de que más Dios se sirve y más el pueblo cristiano se aprovecha, y este oficio importa mucho hacerse bien, pues de hacello bien ó mal tanta atraviesa hay de daño y de provecho, y el bien predicar, demas de que requiere buena naturaleza, consiste tambien en cierta manera de doctrina y ejercicio; error de hombres es no fundar una licion de cómo se ha de predicar bien, dando sus reglas y doctrinas para ello, y leyendo para ejemplo los sermones de san Basilio, san Cirilo, san Crisóstomo, san Agustin, san Cipriano, san Leon papa, y otros muchos que no dejaron escritos sus sermones, y particularmente las epístolas de san Pablo, que están llenas de elocuencia cristiana, aunque para lo que toca al estilo y figuras de oracion tambien es útil la licion de los buenos oradores griegos y latinos.

La gravedad de la materia me ha hecho ser más largo de lo que yo deseaba ser, especialmente con vuestra majestad, que tantas y tan legítimas ocupaciones tiene. Pero suplico á vuestra majestad que considere que de argumento tan grave no se podia escribir con estilo más ceñido, especialmente en estos dos postreros géneros de letras, en que tanto le va al linaje humano que tengan su entereza y perficion.

Todo esto que yo á vuestra majestad he escrito, lo he colegido de cuarenta años de buenos estudios que he tenido, griegos y latinos, en la licion de los más graves y antiguos escritores en todo género de letras. Pero, con todo esto, conociendo que soy hombre, y por la misma razon sujeto á error, digo á vuestra majestad que todo esto lo he dicho y lo digo debajo la correccion de la santa Iglesia católica romana, á quien me sujeto; y si algo he dicho que ella no lo tenga por bueno, desde agora lo doy por no dicho y por retractado, y lo que ella determinára tengo por verdad, y lo contrario por error, y así lo afirmo.

MELCHOR CANO.

JUICIOS CRÍTICOS.

I.—DEL CARDENAL SFORZIA PALLAVICINI.

(*In vindicationibus Societatis Jesu.*)

Teólogo eruditísimo, excelente así en la doctrina como en el ingenio, grande en fama, mayor en la realidad. Hablo de Melchor Cano.

II.—DE ANTONIO POSSEVINO.

(*In Apparatu sacro.*)

Nó se puede negar que sus obras han salido de un ingenio fecundo, erudito y elocuente.

III.—DE AUBERTO MIRÉO.

(*De scriptoribus ecclesiasticis.*)

Melchor Cano fué un varon culto y elegante y versadísimo en la sagrada historia.

IV.—DE ELÍAS DUPIN.

(*In Biblioteca authorum ecclesiasticorum.*)

Melchor Cano, adornado de sublime ingenio, no sólo era doctísimo en la filosofía y teología, sino tambien versadísimo en la historia y amena literatura. Escribia en cultísimo latin.

V.—DE SANTIAGO GADI.

(*De scriptoribus non ecclesiasticis.*)

Melchor Cano, obispo de Canarias, teólogo de máxima erudicion y doctrina, que juntaba la piedad con la elocuencia.

VI.—DE DON JUAN PABLO FORNER.

(En la *Oracion apologética por la España y su mérito literario.*)

Cuando contó Bacon las Tópicas particulares en el número de las cosas que faltan en el orbe de las ciencias, tenía razon, si se atiende á la escasa y limitada idea que entónces habia de ellas generalmente. Pero hablando en rigor, Bacon, siendo tan célebres los *Lugares teológicos* de Melchor Cano, publicados cincuenta y siete años ántes que escribiese él sus libros de los Aumentos

de las ciencias, no podia afirmar *que faltase absolutamente esta Tópica*. lejos de eso, en lugar del ejemplo que él puso de suyo, que es harto diminuto, pudiera haberse valido de los libros de Cano para señalar un modelo completísimo del modo con que ha de ejecutarse el descubrimiento y ordenacion de estas Tópicas. El mismo ponderadísimo *Nuevo órgano*, de Bacon, que no es mas que una Tópica para la física, no iguala en método, elegancia, perspicuidad, tino y crítica á la Tópica teológica del dominicano español. El mal está en que es Tópica *teológica*, y nunca podrá entrar en digno paralelo con las inefables averiguaciones de los infalibles investigadores de la naturaleza. Por los libros de Cano no puede descubrirse alguna nueva propiedad de los cuerpos; se descubren sólo las propiedades de la Divinidad, y éste no parece que es hoy objeto digno de la filosofía.

Cano confiesa de sí que halló en santo Tomas la idea (aunque muy oscura) de los *Lugares teológicos*. Pero, aunque esto fuese así, por lo que hace á lo singular de los lugares ó fuentes de los argumentos pertenecientes á la teología, la idea de una Tópica particular le nació sin duda del ejemplo de Aristóteles, como él mismo lo da á entender. En efecto, el tránsito de lo general á lo particular es naturalísimo; y con todo eso, desde Aristóteles á Cano corrió buen número de siglos sin que á nadie se le ocurriese aquel tránsito. Tal es la pobre índole de nuestro entendimiento: se arroja con temeridad á misterios impenetrables, creyéndolos accesibles á su comprension, y suelen hurtarse á ella cosas facilísimas, que, despues de halladas, se corre él mismo de su torpeza, y se admira de cómo pudo haber andado tan tardo y ciego en descubrirlas.

Al mismo tiempo que escribia Cano sus *Lugares teológicos*, Nicolas Everardo, J. C. Flamenco, tuvo tambien la ocurrencia de escribir sobre los *Lugares jurídicos*, de los cuales publicó un libro á la mitad del siglo XVI. Tengo presente la segunda edicion, hecha en 1564, muy aumentada y corregida, segun se expresa en el prólogo. Esta obra es una Tópica harto confusa é indigesta del derecho romano. Contiene ciento treinta y un lugares, de los cuales, muchos son tomados de la Tópica general, y en la mayor parte versan sobre la semejanza ó analogía. Verdad es que muchos de ellos pueden trasladarse al tratamiento del derecho civil de cualquiera otra nacion, ya en el ejercicio de la escuela, ya en el del foro; pero los lugares fundamentales, y aquellas fuentes primitivas de donde se derivan los principios y conclusiones de la legislacion, están, creo, todavía por tocar; y esta Tópica es la que necesita principalmente el derecho civil, de cualquier gente ó nacion que sea. Este defecto hace que el libro de Everardo, aunque escrito al mismo tiempo que el de Cano, no pueda ponerse en paralelo con él, ni entrar en comparacion áun en lo sustancial del asunto; pues, por lo demas, el teólogo español excede tanto al jurisconsulto flamenco en método, estilo, erudicion, profundidad, juicio, claridad y elegancia, cuanto en sabiduría excede Aristóteles á Vernei, y Bacon de Verulamio al Genuense.

TRATADO DE LA VICTORIA DE SI MISMO,

POR

EL PADRE FRAY MELCHOR CANO.

PRÓLOGO.

Muchas veces, con admiracion no pequeña, atentamente considero cuál sea la causa que, habiéndonos la naturaleza formado de espíritu y carne, aquesta miserable y mortal, aquel divino y sempiterno, tengamos solicitud contínua del cuerpo, cada uno á su posible, y del alma no así, ántes un extraño descuido, como si ó no la tuviésemos, ó ella de nada tuviese necesidad. Ninguno hay en el mundo que para se vestir no busque una ropa la ménos mala que haber puede, y hay muchos que de resplandesciente púrpura, de fina grana, de delicada seda y áun del mesmo oro y perlas se atavian, no porque les sea menester para cubrir sus desnudas carnes ó las amparar de la molestia del frio, sino por dar un poco de más lustre y gracia al ornamento de sus personas; donde cada dia se ven algunos, los cuales á su alma, no sólo de los hermosos y ricos hábitos de las virtudes no la visten, mas ni áun comienzan á echar un hilo en la tela de alguna buena costumbre, de que se cubra y adorne la parte principal que en ellos es. ¿Y qué dirémos de aquellos que solamente por su regalo, con amor superfluo de aqueste saco de gusanos, al cual pocos dias deshacen y vuelven en polvo, para cuya sustentacion pocas y ligeras cosas bastan, revuelven con estudio y diligencia increible los campos, los bosques, los montes, los valles, los rios, los mares y aires? Y siendo para un tan pequeño corpezuelo asaz cumplido aposento una vil y pequeña choza, por le dar vana satisfaccion traen, á gran costa de las haciendas, las escogidas piedras y polidos mármoles de diversas partes del mundo, para le fundar grandes y superbos palacios, en que sin estrechura se pueda extender y cebar la curiosidad de sus ojos y de los ajenos. Mas de la celestial y divina parte de sí no cuidan, ni de qué se mantenga, ni dó more; aprisionándola cada dia más en la escura cárcel del tenebroso cuerpo, y dándole ántes las hojas amargas del vicio que los frutos dulcísimos de la virtud. Allende desto, cuando aviene que á la carne flaca y enferma sentimos, con mil ingenios trabajamos de recobrar la perdida salud; pero á las almas sanas ningun remedio se les procura, mas á las veces huimos de los médicos y medicinas espirituales, que sin gasto se nos ofresciendo, para sanar al cuerpo á ningun gasto ni trabajo perdonamos. No hay quien sufra rota la capa ni sucio áun el zapato que calza; no hay quien pase por un ax que en el pié tenga, por chico dolor que les cause, y en la pobre alma permitimos mil roturas, mil torpedades y llagas, bien así como si nada nos importase su atavío, limpieza y sanidad. Mujeres hallaréis, que no digo por un anillo ó cualque otra cosa de más precio, sino por una aguja de labrar que hayan perdido, dan dos y tres vueltas á una casa, y piérdese el alma preciosísima, la cual es de tanto valor, que dando Dios su sangre y vida por ella, no se tuvo por pródigo, y no hay quien trata de la buscar. Digo de la buscar, porque se cumpla la Escritura, que dice: «Infinito es el número de los nescios, porque en el desconcierto de los malos y males sin cuento resplandezca más el órden y cuenta de los buenos.» Porque áun en esto se vea que Dios es tan comedido con la libertad humana, que á nadie hace fuerza para servirle, aunque á todos muestra la obligacion que de servirle tienen; porque conosciendo los hombres la dificultad de salvarse con experiencia manifiesta de tantos como se condenan, desconfiados de sí mesmos, reconozcan que de la divina misericordia les ha de venir la verdadera salud. Finalmente, por otros intentos ocultos de la sabiduría de Dios, segun que el Profeta dice: «Andan los malos á la redonda, Señor; tú los multiplicaste por tu alto y profundo consejo.» Si á un filósofo le preguntasen de dó procede que sea tanto el número de los viciosos, ciertamente responderia que porque andan á la redonda, por eso son muchos. Que la virtud consiste en el medio, y los vicios en los extremos; y ni más ni ménos, que en un redondo cerco hay centro é circunferencia, y serian pocos los que atinasen puntualmente al centro, y muchos los que señalasen la circunferencia, por ser para aquello necesario tino y compas, y para esto no; así en guardar el medio de las virtudes, como hay dificultad, porque se requiere regla é nivel, y es menester guardar punto, hállanse pocos que lo hagan; pero declinar del medio á los extremos, como es fácil, cualquiera lo puede hacer sin trabajo. Por lo cual no es maravilla que los que andan en derredor se multipliquen, pues son los hombres naturalmente enemigos de trabajar, y por el contrario, amigos de aquello que sin fatiga se hace. Mas no embargante que la filosofía humana con esta razon se contenta, con todo, al profeta David le parece mejor referir esta muchedumbre de los pecadores á la profundidad de la divina sabiduría; porque á la verdad, bien mirado, gran engaño es pensar que hay ménos alma en

ser uno vicioso que en ser virtuoso, como sea tanto mayor, cuanto afana más el que anda á la redonda que el que anda por camino derecho; lo cual yo mostraria bien claro, si prólogo de obra tan breve como ésta es lo consintiese; cuyo título es: *De la victoria de sí mismo*, conviene á saber, de sus propios vicios y pasiones; la cual no es empresa tan dificultosa cuanto algunos piensan, porque sin duda más dificultades se hallan al cabo en el dejarse vencer que en vencer á la pasion, y no hay camino tan áspero, que la gracia de Dios á quien se esfuerza á le comenzar no le haga llano y en el proceso apacible, mayormente hallando los hombres buena guía que los sepa llevar poco á poco al término desta jornada; que viendo yo cuán mal recabdo hay de libros en nuestro romance castellano que competentemente enseñen esto, me moví á tomar la fatiga de algunos dias en escrebir este tractado, sacando lo mejor dél de la lengua italiana, en la cual lo hallé escrito por un varon de grande espíritu y experiencia en las batallas espirituales. Hallará aquí el lector el orígen y causa de cada vicio, y el efecto por do cada uno será conoscido. Hallará remedios y medicinas muy apropiadas á cada enfermedad. Hallará en qué casos los siete pecados que llaman mortales sean mortales, y en qué casos sean veniales: cosa jamas vista, que yo sepa, en nuestro lenguaje español; pero tan necesaria, así para los penitentes como para los confesores, cuanto ninguna otra lo es de las que se pueden escrebir. Lo que á mí toca, no hay que me agradescer más que el buen deseo de que todos aprovechen con la obra ajena, puesto que no es ajeno lo que la caridad hace propio para comun utilidad de muchos.

CAPÍTULO PRIMERO.

Siendo el hombre compuesto de carne y espíritu, como un medio entre las bestias y los ángeles, necesaria cosa es que participe las propiedades de ambos á dos, conviene á saber, sensualidad y razon; porque con los apetitos de la una se conserve el individuo y especie humana, y con la discrecion de la otra se conserve el merescimiento en el apetecer, para que no salga de los lindes que la naturaleza le tiene puestos. Estas dos partes suelen los teólogos llamar porcion inferior y superior, no sólo porque la una es de su condicion baja y terrena, la otra alta y celestial; mas tambien porque la primera está sujeta á la segunda, y la segunda rige, como superior, á la primera, la cual, por ser ciega, es justo sea adestrada de la que tiene ojos y prudencia para guiarla. Tiene la parte sensitiva dos potencias: irascible y concupiscible. La concupiscible codicia los deleites sensuales, ordenados de la naturaleza para la sustentacion del cuerpo y propagacion del linaje humano. La irascible es como guarda y amparo de su compañera para resistir á lo dañoso y defender lo saludable; porque, á no haber en las cosas sensibles el deleite, despertador de la concupiscencia, la carne delicada y enemiga de trabajo dejaria de buscar áun lo necesario, segun hay los contrapesos en procurarlo. Y si por otra parte faltase coraje para la defensa del bien ya procurado, no podria nuestro flaco cuerpo entre tantos contrarios á la larga conservarse. Son luego entrambas potencias necesarias; pero si la razon no las gobierna con gran tino, como dos caballos desbocados, que tiran el carro sin freno y rienda, forzosamente despeñarán á sí y á lo que llevan encima, y será el hombre, no sólo semejante á bruto, más á peor, no aprovechándose de la parte que en sí es principal, ántes usando de ella para su propia perdicion. De aqueste fundamento se sigue que siendo la inclinacion ó al deseo de lo sabroso ó al desden de lo desabrido, plantada en nosotros naturalmente, no se pueda llamar ni vituperable ni loable, sino en cuanto vence ó es vencida de la razon; como en los niños se ve, en quien, por ser las obras naturales, no traen consigo ni mérito ni demérito, si con el uso del albedrío no se hacen voluntarias. Y así tambien se concluye que los primeros movimientos son sin culpa, pues no es en nuestro libre poder el evitarlos; mas sobreviniendo el consentimiento, ya no son primeros, sino segundos ó terceros; ni les cuadra ya nombre de súbditos, pues dan lugar al juicio para que mire lo que en su territorio y jurisdiccion se hace; y así el mejor consejo sería hacernos fuerza al primer ímpetu; porque como alcanzando nosotros victoria de ellos, no vuelven tan á menudo ni con tanto vigor, ántes poco á poco se vienen á apagar; así, si la alcanzan de nosotros, son más recios y violentos á la vuelta, sepultando casi del todo á la razon; por tal modo, que el caer se resuelve en costumbre, para cuya extirpacion es menester tanto mayor fatiga, cuanto fuera menor contrastar en el principio á la pasion, porque veas cuánto importa el bien acostumbrarse á los principios. Mas ni por eso debe desconfiar el mal habituado, porque si porfiadamente se trabaja, no es imposible deshacer la mala costumbre con la buena: en especial ayudando á esto la gracia de Dios, la cual en un momento puede mudar de mal á bien, concurriendo juntamente nuestra industria, de que Dios en nuestras obras se quiere aprovechar para mayor gloria nuestra; porque si en esta contienda se soportáre mayor afan, crecerá más la causa del merescer, y será allí la corona más gloriosa, do fuere más reñida la batalla, como á la verdad los cargados de mujer é hijos y familia y los delicados de complexion hallarán mayores impedimentos que los libres de matrimonio y robustos de cuerpo; mas si los tales recorren continuamente á Dios, podrán llegar al mesmo fin que los otros, supliendo la gracia lo que falta á la naturaleza. De suerte que no debe jamas el hombre dejar la empresa de se vencer á sí mismo, porque éste es el primer precepto que Jesucristo, nuestro maestro, da á los discípulos de su escuela: negarse á sí mismos, y aborrescer no sólo al mundo, pero á su propio cuerpo. Y sin dubda usurpa el nombre de cristiano á quien esto le falta, porque, como dice san Pablo, los que son de Cristo han crucificado su carne con los vicios y concupiscencias de ella. Bien es verdad que hay algunas dolencias ménos curables que otras, mas no por tanto se ha ninguno de desafiuzar, haciendo con la desconfianza del todo incurable la enfermedad, cual suele ser en los escrupulosos, que acobardados por excesiva consideracion, ó por mejor decir, imaginacion de sus defectos, no se osan hacer fuertes para se levantar del descaimiento en que se hallan. Por diversa via caen en

el mesmo inconveniente los presuntuosos, los cuales confian tanto en la divina misericordia, que do más piensan ganarla, más la pierden, y lo que les habia de ser cuchillo para cortar el lazo, les es lazo para reatar la consciencia. Tambien se curan con dificultad los tibios, que creyendo estar calientes, están dobladamente frios, y faltándoles la vida, viven contentos con sola la pintura y apariencia de la virtud. Mas sobre todas, es dificultosísima la cura de aquellos que, habiendo un tiempo estado en gracia de Dios, y habiendo gustado la dulzura del espíritu y experimentado la suavidad de Jesucristo, despues se arruinaron, y como de lugar más alto, dieron más peligrosa caida; de quien el Apóstol dice ser imposible que vuelvan otra vez al ristre, no embargante que lo que á nosotros es imposible, es posible á Dios, á cuya arte y potencia ninguna llaga es incurable, si acudimos á él con entera esperanza de su misericordia. A él digo, que puede hacernos en un punto de pusilánimes animosos, de presuntuosos humildes, de tibios fervientes, de desesperados confiados, volviéndonos, no sólo á la primera gracia que perdimos, mas áun á mucho mayor. Concluyendo, pues, este capítulo, digo que si de nuestra parte nos esforzamos á sojuzgar nuestras pasiones, con el favor divino, sin el cual es vano cualquier trabajo, alcanzarémos de nosotros mesmos y de todo vicio perfecta victoria.

CAPÍTULO II.

De la victoria de sí mismo en general.

Atenta y grande consideracion es sin duda menester para se entablar el hombre en ser cristiano. Ni se puede dar asiento en la vida si no se toma algun tiempo y cuidado para con sosiego y reposo tratar de la forma y manera de vivir. Por tanto, cumple dar algunos dias de mano á todos estos negocios, y negociar á solas con solo Dios, recogiéndonos dentro de nosotros mesmos; porque, segun dice el Evangelio: *Regnum Dei intra nos est.* Pues en esta negociacion, dado que el caudal sea de Dios, ha de ser nuestra la industria. El principal aviso que hemos de tener, es en el conoscimiento de nuestra condicion. El demonio, para sitiar y combatir nuestra conciencia, reconoce primero las fuerzas y flaqueza de ella; rodéala con ojos solícitos, para asentar la artillería do ve que más daño le podrá hacer, y entrarla por el lugar donde más flaca la halláre. Si nos ve inclinados á comer y beber, por allí nos mina con la gula; si somos coléricos, danos batería con la ira; si melancólicos ó flemáticos, acométenos con la pereza y acidia; y si pusilánimes, tiéntanos con escrúpulos; si ambiciosos y naturalmente confiados, hácenos guerra con la soberbia. En fin, rodea todas nuestras naturales inclinaciones, y do halla el pedernal más dispuesto, toca para sacar el fuego. Do ve que está la pólvora, hace saltar la centella, y de nosotros abrasa á nosotros con mayor facilidad. Este mesmo consejo hemos de tomar nosotros para le contraminar y saber acudir al reparo de lo más flaco: ver á qué somos inclinados, y alli poner más diligencia donde es más grave la necesidad, proveyendo con mayor recaudo á aquella parte á que nuestro adversario necesariamente ha de acudir; porque no espera jamas vencernos si no se aprovecha de nosotros en la conquista de nuestras almas. El médico tambien, ante todas cosas, conosce la complexion del enfermo, despues la dolencia y causas della; ni piensa curarla de raiz si no es habiendo respeto y atencion al súbdito á quien ha de aplicar las medicinas. Semejante advertencia se ha de tener en esta cura del alma, para conocer bien nuestras calidades, y nó será pequeño remedio conocellas. Entendidos ya los vicios que más naturales nos son, no nos armemos con una generalidad acostumbrada para la guerra de todos juntos, sino entremos en campo con solo uno, el que más nos fatiga, y vencido aquél, darémos tras el otro, y al fin de las siete vueltas, cairán todos los muros de Hiericó, los cuales no cayeron con sola una. Allende desto, hase de poner de nuestra parte particular solicitud en la guarda del corazon, porque deste todo bien y mal procede, no le dejando ociosamente discurrir en vanos pensamientos, de do nascen las vanas palabras, como dice el Evangelio, que habla la lengua de la abundancia del corazon, y áun tambien las malas obras, como en el mesmo Evangelio se escribe, que del corazon salen los adulterios, homicidios y falsos testimonios. Cumple estar á punto para distinguir la calidad del pensamiento que nos ocupa, que algo es vano, como de guerras y otras cosas impertinentes; algo superfluo, como de pérdida de hacienda, de hijos, de deudos y otras semejantes desgracias, á las cuales, pues con pensar en ellas no se da remedio, convernia dalles de mano, siquiera por no afligirnos en balde, cuanto más, que el daño es grande para la conciencia. Ni más, ni ménos todo pensamiento de rencor y venganza, por más que esté impreso en el alma, con repensar la pasion de nuestro Redentor ha de ser testado, y tal escriptura hase de borrar en la sangre de Jesucristo; pero, sobre todo, se requiere gran diligencia en desarraigar los pensamientos deshonestos, ora nazcan del demonio, ora de la carne, ora de nuestra mala costumbre; y esto se hará huyendo el ocio, la compañía y las otras cosas que acarrean semejantes imaginaciones, y armándose de contínua oracion, de que en la guerra contra este vicio hay más necesidad, por ser la victoria dél particular dón de Dios. Con tales principios, en fin, llegarán los hombres á se vencer á sí mesmos, que es el intento de este libro, é intento principal de cualquiera buen cristiano.

CAPÍTULO III.

Del vicio de la gula.

El primer recuentro en la batalla espiritual es contra la gula. Que como la concupiscible naturalmente nos inclina al comer, proveido de la naturaleza para la conservacion de la vida, queriendo proveer á lo necesario, nos trasporta á lo superfluo. Y así es muy dificultoso contenerse en los términos de la necesidad, y refrenar todo deleite demasiado en el manjar que con tan justa color se toma; porque, ó anticipando el tiempo, ó traspasando la medida, ó procurando superfluas delicadezas, ó saboreándonos con excesiva golosina en lo que comemos, ligeramente incurrimos en aqueste vicio, del

cuál luégo nasce un escuadron de pecados, que cercan el alma y por todas partes la combaten. Primero, aunque generalmente la gula es madre de muchos vicios, mas su hijo primogénito es el de la lujuria; que de vientre goloso es muy cierto el parto lujurioso. Despues se sigue la pereza, que como con la pesadumbre de la comida no se puede levantar en alto el corazon, teniendo las alas pegadas en la liga de la muelle carne, como con los humos del manjar la cabeza se carga de nublados, queda el hombre inhábil para la meditacion y oracion y para cualquiera otro espiritual ejercicio. De ahí sucede el excesivo dormir, acompañado de muy torpísimos y abominables sueños ó inmundicias. De allí viene el parlar sin fruto, y de las infructuosas se salta en las dañosas, de las vacías en las sucias palabras, de los motes en las lástimas, de la conversacion en la detraccion; así el tiempo preciosísimo se pierde, y con él el alma, cayendo desproveidamente en el infierno.

Difícil cosa es vencer perfectamente la gula; así porque nasce con nosotros y en la leche la mamamos; así porque es pelea muy ordinaria, y no la podemos huir; así porque con el velo de la necesidad muchas veces se cubre la superfluidad; así por la poca graveza que al parecer este vicio en sí tiene, y las muchas excusas que nosotros le hallamos, pretendiendo razones sofisticas en conservacion de la vida y sanidad, y no miramos que no ha puesto Dios la delectacion en el manjar para satisfacer el apetito, sino solamente por salsa para despertarle á tomar sólo lo necesario para conservar el cuerpo. Do la gula, por el contrario, no tiene respecto á la necesidad, sino al deleite, y con la demasía del comer gasta la salud, que con la templanza se conserva. Séate, pues, regla general, que cuando y cuanto comieres sin haberlo menester es pecado de gula, el cual conoscerás en tí por estas señales. Si previenes la hora sin causa manifiesta; si habiendo comido lo necesario, comes las otras viandas que de nuevo te ponen, y pudiendo cómodamente vivir con dos suertes de manjares, no te contentas sino con cinco ó seis; si creyendo que te hace mal, por el apetito que tienes no lo dejas; si bastando poca diligencia, solicitas mucho la comida; si turbas la casa y riñes con la familia de que no guisan á tu sabor; si áun, apénas acabada la comida, piensas y hablas de la cena; si comes hasta hartar; si apresuradamente y con agonía, ó al reves, muy de espacio, entreteniendo el sabor del gusto; si viendo algunas golosinas, ó entrando en huertas y viendo algunas frutas, no te refrenas de no picar y gustar de todo; si hablas de buena gana en diferencias de manjares y de vinos; si estás muy atento á que no pase la hora; si, siendo súbdito, murmuras de las faltas que hay en la mesa. Finalmente, digo que como comiences á entender en este ejercicio, Dios te dará á entender lo que te falta para ser templado, y habiendo descubierto la llaga, procura con diligencia la medicina, y desconfía de vencer el segundo vicio y el tercero, no saliendo victorioso deste, que es el primero, para el cual, entre otros muchos remedios, es muy bueno tener siempre en la mesa alguna santa licion y oirla atentamente; que sin duda cuanto de mantenimiento recibe aquella el alma, tanto de moderacion se pone al cuerpo. Bien pareceria cosa nueva en un seglar lecion de mesa, mas por cierto tengo que, segun están estragados en este caso los cristianos, cualquiera reformacion de su claustra les parecerá novedad, y si les dijese que á lo ménos moviesen alguna plática provechosa, tambien dirian ser pesado consejo el que les quita el mejor plato de su comida, que es la conversacion, y áun personas habrá que bendecir la mesa, y dar gracias despues de alzada, lo ternán por pesadumbre, á los cuales bastará decirles en qué casos la gula es pecado mortal, porque siquiera se guarden de lo más grave, ya que no estiman lo que es ménos. El primer caso es cuando se quebranta algun ayuno de la Iglesia. El segundo, cuando hace notable daño á la salud lo que se come ó bebe. El tercero, cuando por la demasía del comer y beber se pierde el juicio, como en los beodos acaesce. El cuarto, cuando el exceso es tan grande, tan costoso y ordinario, que las limosnas debidas á pobres se ensuelven en banquetes y glotonías, como del rico epulon en el Evangelio se lee: *Et epulabat quotidiè splendidè.* El quinto, cuando á causa del mucho regalo y demasiada cantidad alguno se ve peligrosamente tentado de la carne, y no embargante el peligro, todavía echan olio al fuego y cebo á la carnalidad. Finalmente, cuando uno fuese tan subjeto al vientre, que entrase en el número de los que san Pablo dice: *Quorum Deus venter est*; lo cual conocerá si ofreciéndose alguna otra cosa á que sea obligado de precepto, la traspasa por no hacer contra su golosina. Esto se ha dicho por los flojos; que los diligentes y solícitos de su salvacion, como saben que de léjos viene el agua al molino, mayormente en los vicios carnales, guárdanse de las cositas pequeñas por no venir poco á poco á las grandes. Volviendo, pues, á los remedios de la gula, el más singular de todos es tener siempre en la memoria aquella hiel de que en su postrimera sed fué nuestro Redentor abrevado; y si posible fuese á cada bocado tener puestas las mientes en las llagas de Jesucristo, en breve tiempo esta mala llaga se sanaria. De la cual entónces conocerás estar sano, cuando, entendido que el manjar se nos dió por medicina, no cobdicias más al sabroso que al desabrido, con tal que te dé bastante fuerza y nutrimiento. Veráslo tambien en si te traen con pesadumbre á pagar este tan importuno tributo al vientre, de cuyas impusiciones y servidumbres, si una vez te libertas, nascerá en tu alma una contínua alegría, verdadera señal de haber sopeado todo deleite de manjar exterior con el espíritu mantenido y lleno de interior consolacion.

CAPÍTULO IV.

Del vicio de la lujuria.

La segunda batalla nos da el segundo vicio, el hediondo pecado de la lujuria, cuyo aposento tambien es en la concupiscible. Y si para este encuentro no tomáremos las armas del espíritu, no hay defensa que baste; porque la batería dél es tan recia, que si Dios de su mano no repara y fortalece la conciencia, sin falta dará por el suelo con todo el edificio espiritual, que estriba sobre las cuatro esquinas de cuatro virtudes cardinales. Y caida al primero combate la columna de la tempe-

rancia, cae juntamente aquella de la fortaleza, no se haciendo el hombre fuerza á vencer su apetito; piérdese tambien la luz de la prudencia, como por la experiencia se ve en los carnales, que, á guisa de brutos, se les entorpecen los ingenios cerca de las cosas divinas, y áun tambien cerca de las humanas. En conclusion, padece detrimento la justicia, no pagando una deuda tan debida á Dios, como es conservar su templo en toda limpieza, la cual es verdadero medio para ver á Dios, que de solos los limpios de corazon se deja ver, y es la justicia del reino del cielo, do todos serán como ángeles, si en la tierra como ángeles hubieren vivido. Nasce en nosotros aqueste vicio primeramente de los sentidos, como de ver, oir y tocar cosas incitativas á lujuria. Por tanto, siguiendo el ejemplo de Job, conviene hacer pacto con cada sentido que no pase la raya de la razon; porque si en esta primera estancia no se resiste al deleite, encontinente salta á la segunda, que algunos llaman cogitativa, otros imaginativa, do se anidan las malas representaciones, en las cuales el pensamiento, detenido con deleitarse en lo que piensa, tiene por nombre en las escuelas cogitacion morosa, y ansí cumple á la hora, ántes que la pólvora prenda, traer á la imaginacion otras cosas buenas en que se ocupe, porque los malos pensamientos sean constreñidos y forzados á dar lugar á los buenos, y como dicen, con un clavo salga otro. Donde no, en un punto comienza la razon á ser herida del deleitoso beleño, el cual siempre por la mayor parte prende en aquellos que en este caso se descuidan; pero si, áun hecha esta diligencia, todavía persevera la tentacion, aquí es necesario con ayunos, vigilias y disciplinas ayudarse, ó ciertamente con oracion y contemplacion. Porque de una parte sea este mal huésped alanzado con la asperenza del cuerpo, y de la otra, siendo el alma proveida de deleites celestiales, desprecie con el favor divino los carnales. Otramente sea cierto el cristiano que el monstruo pasará al postrimer aposento, albergándose en la voluntad, la cual, en consintiendo que pase, concibe y páre el pecado mortal. Y es mucho de notar que este voluntario consentimiento tiene muchos grados. El uno se llama sensual, como sería sin dañada intencion tocar la mano y complacerse en el tacto. Digo complacerse de un cierto linaje de complacencia carnal, que conocerás en el efecto por la alteracion y encendimiento de la carne; que á no haber más que un deleite natural de tocar lo blando ó lo templado, como podria acaescer entre dos mujeres que honestamente se tocasen las manos, tal caso no pertenesce al vicio de que ahora hablamos. El segundo grado es en la cogitativa, cuando la voluntad casi de propósito disimula y deja el pensamiento torpe perseverar con su deleite, en que peligran á las veces las mujeres viudas, por la memoria de las obras pasadas con sus maridos. El tercero es un consentimiento condicional, como cuando el hombre querria que el tal deleite fuese lícito, ó le pesa que sea vedado. Y aquí suelen tener peligro las doncellas, en pensar cómo se holgarian con aquél ó con el otro, si fuese su marido. Todos éstos, hablando por términos escolásticos, se nombran consentimientos interpretativos; porque se interpreta y declara que la voluntad quiere aquel deleite sensual, pues no lo impide, pudiendo y debiendo, ántes lo permite estar en el apetito sensitivo. Y aunque no falta quien en algunos destos casos, especialmente en el tercero, excusá de pecado mortal, lo cual no es cierto, dado que sea muy probable; pero ninguno puede negar el peligro de consentir, el cual quien no huye, segun la sentencia del Sabio, perecerá en él, como la experiencia con su propio daño mostrará á quien sin ella no lo creyere. El último grado es con absoluta y deliberada determinacion, do expresamente consiente la voluntad en el mal, aunque lo deje, ó por temor de la honra, ó por otro cualquiera humano respecto, ó porque falta oportunidad para cumplir aquel mal deseo, en el cual la culpa del pecado es ya cumplida, puesto que no intervenga la ejecucion exterior. Mas, como al principio de aqueste tratadillo dijimos, de sucios pensamientos se viene ordinariamente á sucias obras; y quien comienza á descender la primera grada, por sus pasos contados dará consigo en la postrera, y de escalon en escalon, sin lo echar de ver, caerá en el profundo, donde por las manifiestas culpas conocerá cuáles fueron las ocultas que con los vaivenes de las imaginaciones torpes solia cometer, amenazando la caida en que despues se halló. Pues veamos ahora cuántos son los males que deste solo mal proceden. Primeramente hace á los hombres, hombres de noche, que, como lechuzas ú otros animales nocturnos, no pueden alzar los ojos á ningun resplandor ni hermosura celestial. Item, hácese el hombre inconsiderado, que ni teme daño ni vergüenza, ni tiene respeto al bien que pierde ni al mal en que incurre; porque el vicio á que está atado le trae en torno cubierta la vista como á bestia de noria, ó como á Sanson los filisteos, sacados los ojos en la tahona. Finalmente, de tal suerte se ciega la razon, que todo el afecto que se habia de emplear en Dios, se revuelve al mundo, y todo el cuidado que se habia de poner en el alma, se traspasa al cuerpo; ni se sabe ya imaginar otro paraíso, salvo revolcarse en el cieno del lujurioso deleite, é ya que alguna vez levanta el corazon á Dios, es para le demandar ó gracias mundanas ó bienes temporales; que otros ni los desea ni los estima, y áun á las veces este abominable vicio trae al hombre á un fastidio de Dios y de las cosas divinas, y sólo aquello le cae en gracia, que no desdice á sus torpes deseos. La licion de santos libros le aborrece, las buenas pláticas le enfadan, la oracion le da en rostro, de la santidad propia desespera, la ajena le amohina, los humanos consejos le importunan, las divinas inspiraciones le remuerden. En fin, toda buena consideracion le es molesta; porque el miserable deleite le tiene tan captiva el alma, que le hace tener ódio á todo lo que pone embargo en los placeres de la carne; y así le pesa que haya leyes en contrario, que haya infierno, que se le acuerden sus pecados, que haya inmortalidad del alma y eternidad de siglo advenidero, con breve término y conclusion de toda su felicidad presente. Donde viene que la fe no le es más que una hiel en la miel de sus carnalidades, y cuando le representa, ó la eterna bienaventuranza de los buenos, ó la perpétua mala ventura de los malos malditos, cae en una mortal accidia, y comienza á vacilar en la

firmeza de la fe con una confusion de varios pensamientos, que es la Babilonia, la cual edificó el amor propio, cresciendo de dia en dia, hasta venir al desprecio de Dios y de sus divinos preceptos. Tal es la cola desta mostruosa serpiente, que luégo luégo tan halagüeño y blando rostro nos muestra. Tal es el remate del vicio de la lujuria, que su poco á poco vino á asolar la fábrica de la virtud hasta los fundamentos della.

CAPÍTULO V.

De los remedios contra la lujuria.

Así que, conviene esforzarnos para la victoria deste vicio, conociendo primero la raíz de donde nasce, que principalmente es la ociosidad, albañar de lujuriosos pensamientos, la cual desterrarémos de nosotros con el contínuo ejercicio, proporcionado á la complexion y calidad de cada uno. Digo proporcionado, porque no todo ejercicio conviene á todos: á los robustos de cuerpo el mejor es ocuparse en obras de trabajo corporal, y las que fueren más piadosas y provechosas al prójimo serán más medicinales á esta llaga, mayormente si se mezcla siempre alguna breve oracion; pero los que son flacos y delicados deben poner todo su esfuerzo y fuerzas en los ejercicios interiores, como son liciones, meditaciones, oraciones; mas ni con todo esto nos podrémos defender de aquesta bestia, si no le atajamos los pasos. Quiero decir la gula, la cual, segun arriba dijimos, dispone gravemente á la lujuria, y sobre todo, la conversacion de aquellas personas que con su vista ó con sus palabras nos inducen á tal vicio. Brevemente estas y cualesquier otras raíces se han de sacar, y no sólo segar la mala yerba, que á cabo de tres dias tornará de nuevo á crecer. Ni se provee bien á los malos fines, si no se provee á los medios que paso á paso nos llevan á tales fines. Que á este propósito mandó Dios á Lot y á su mujer, cuando los sacó de Sodoma, que ni volviesen á mirar atras, ni parasen en ningun lugar cercano; lo cual, cuanto fuese necesario, nos enseñó bien la inconsiderada mujer, que paresciéndole no haber peligro en volver los ojos, se volvió en una sal, porque quiso ser más sabida que convenia, y no creyó que quien de Sodoma se quiere librar, conviene que áun no la mire, cuanto más dar otras muchas y muy grandes ocasiones más propincuas al vicio, las cuales el que no huyere, no huirá el efecto dellas. Ni es necesario traer para en prueba de todo esto el excelente ejemplo de Dina, hija de Jacob, ni el de David, rey de Israel; pues los ejemplos son tan cotidianos, cuanto son los mesmos dias. Cuantos hay que proponiendo y prometiendo con mil juramentos la enmienda cuando la Cuaresma se confiesan, como perros al vómito y puercos al lodo, no quitando la primera ocasion, vuelven á la primera lujuria. ¡Oh, si pluguiese á Dios que los confesores y penitentes abriesen los ojos para ver que ésta es la principal causa de tantas recaidas, y que por pequeños excesos y mal regimiento, cayendo y recayendo, nunca acaba el hombre de sanar! Dormir en blanda cama, comer delicados manjares, vestir muy sotiles y delgados lienzos, ataviarse de preciosas y olorosas ropas; en fin, vivir vida regalada, no es grande exceso; mas es tal, que pudo san Pablo decir: «La viuda que así viviere, viviendo muere.» Ni más ni ménos reir, gorjear, decir un requiebro ó una palabra poco honesta, poco mal es si lo miramos en sí; pero el Apóstol, mirando lo que de allí se sigue, por muy grave lo encareció donde dijo: «Fornicacion y toda inmundicia, palabras livianas ó torpes y chocarreras, ni se nombren entre vosotros.» Dábale el Espíritu Santo á conocer que quien ha de ser casto, ha de huir el mirar desenvuelto, las hablas deshonestas, la conversacion peligrosa, la vida regalada, la licion de libros no limpios, el pensamiento de cosas torpes; que de semejantes raíces, ó á la corta ó á la luenga, nascen los frutos de lujuria; é ya que no nazcan, no carece de culpa ó amar ó no aborrecer las causas de la caida, aunque no caigas con efecto; porque á este fuego no quitar la leña es encenderlo, á esta pasion no quitarle el objeto es moverla. Y dado que queramos fijar los piés junto al despeñadero, no podrémos; que el lugar es tan peligroso, que deslizarán los firmes, cuanto más los deleznables, á los cuales su misma flaqueza los ha de recelar de sí, porque la ocasion, por pequeña que sea, pone en estrecho á los flacos, mayormente en esta lid, do cuanto el combate es más recio, tanto es más rara la victoria. Tambien es menester tocar con instante y frecuente oracion á la puerta del cielo, porque la virtud de la castidad, como ya en el segundo capítulo fué dicho, es sobre nuestras fuerzas y dón especialísimo de Dios; y si me dijeres que has demandado muchas veces á Dios esta merced, y no te ha oido, yo te respondo que no es posible ser falso el dicho de nuestro Señor Jesucristo: *Omnis qui petit, accipit.* Sino que tú, ó no pides sino con palabras, y Dios no entiende á quien no entiende á sí mesmo, ó ya que haces oracion, no te aparejas de tu parte á rescebir esta gracia con quitar todos los impedimentos della. Poco le aprovecharon á san Hierónimo las oraciones en Roma hasta que, apartándose de los inconvenientes, aprendió en el desierto que huyendo y orando aquesta guerra se vence. Así que, ten por cierto que si fielmente pones tu industria, y con deseos más que con palabras ruegas á Dios que ponga su gracia, sin falta saldrás victorioso de aquesta batalla; mas acuérdate de estar siempre bajo, porque la humildad conserva la castidad, y el que se enaltece ó con ufania del dón que posee, ó con desprecio del prójimo que no le posee por justo juicio de Dios, juntamente perderá lo que de Dios no meresce, y caerá en la flaqueza de que en su projimo no se compadesce. Y si quieres conocer cuándo has aquesta excelente virtud de la castidad adquirido, mira si tienes el alma encendida y aficionada á la puridad, así interior como exterior; porque como tener un desenfrenado ardor y encendimiento de la carne es señal de ser esclavo de la sucia lujuria, así haber, por el contrario, revuelto el amor á la limpieza es argumento de poseerla, especialmente si conversando con personas que provocan al pecado, y ofreciéndose cosas deshonestas á los sentidos, ni el alma ni el cuerpo se mueven á cosa deshonesta; porque, como el lujurioso de la vista de las personas honestas saca deshonestidad, así el verdaderamente casto viendo cosas lujuriosas no se envicia, ántes se enciende más en el deseo de la vir-

tud con el asco y aborrescimiento de la torpedad que ve. Como de santa Ines leemos, que llevada por fuerza al lúgar público, no sólo no le amancilló su puridad, mas de sucio fué hecho limpio, y con la presencia del cuerpo y el alma casta, se convirtió la morada de torpes mujeres en templo de puros ángeles.

CAPÍTULO VI.

De la ira.

La parte irascible, como ya dijimos, nos fué dada para defension de la concupiscible; por lo cual, si en algun bien nos hacen estorbo, ó si con algun mal nos quieren hacer molestia, súbitamente el corazon se conmueve, y todos los miembros se arman de ira para acudir á la defensa. Y si esta potencia se emplease en aquello para que de Dios fué ordenada, no sólo no sería empecible, mas utilísima y necesaria; por lo cual yerran aquellos que culpan á la naturaleza en la culpa que ellos tienen, ó por no refrenar el movimiento natural, como podrian y debrian, ó porque la saña que se habia de tener contra el vicio la revuelven contra el prójimo, como si con las armas hechas para amparo de la república matase alguno los propios hijos, ó como si el mastin puesto por el pastor para guarda de las ovejas volviese los dientes contra ellas. Queriendo, pues, hablar de la ira, la cual primeramente en esta parte nos ocurre, que de ira tomó el nombre, digo que si la tomamos por un subimiento de sangre ó de cólera al corazon, ni es meritoria ni desmeritoria, ni pecado ni virtud. Mas cuando ahí sobreviene con el consentimiento el deseo de venganza, á la hora se comete la culpa, salvo si el tal apetito no fuese reglado de la razon, que entónces la saña se llamaria celo, el cual, cuanto á la obra, no se descierne del enojo culpable, como de Moisén se lee, que airado derramó mucha sangre con sus propias manos; pero en el mismo tiempo el alma estaba con tranquilidad de dentro, aunque ménos de fuera se mostraba. De suerte que cuando el auctoridad pública y el oficio que tenemos nos compele al castigo de los otros, este tal coraje no le llamamos aquí ira; porque no solamente no es vituperable, mas es loable, como sería tambien si alguno se ensañase contra sus mesmos vicios, y se castigase porque los cometió; pero en otros casos el airarse es vicio, ni cabe excusarlo con decir que los primeros movimientos no están en nuestra mano, y que la cólera es un humor natural, que súbitamente echa los humos á las narices, porque sin dubda cuanto el hombre fuere más pronto á se desculpar, tanto será más insanable; como al reves, el que consciere su mala costumbre ó descuido de no se ir á la mano, con más presteza buscará la medicina de la llaga que en sí ha visto. Bien sea verdad que este vicio á las veces anticipa la razon de suerte, que el hombre que lo tiene áun no lo echa de ver. Algunas veces la ciega, y muchas en tanta manera se enseñorea del alma, que de todo punto la perturba, hasta traer al hombre á blasfemar á Dios, ó tomar al que ménos querria que tocase á sí en sus ojos. Porque este fuego es tan maligno, que con la humareda que de sí levanta, del todo entenebrece la vista del entendimiento; mas esto no ha de ser excusa, sino espuela para procurar emienda de la pasion que en tanto grado saca de tino á la razon, y conduce á muchos otros vicios; los cuales, ó son sus hijos, ó á lo ménos sus compañeros, porque no puede ser ira sin soberbia, como quiera que jamas se halló hombre humilde que fuese iracundo. Allende desto, es causa de ordinaria tristeza; porque no se pudiendo vengar, queda con un amargor y acedía desasosegado, la cual tambien se sigue volviendo el hombre sobre sí, cuando pasada la furia, reconosce el desatino que pasó. De la ira tambien salen las injuriosas palabras, las contenciones y rencillas, las blasfemias y enemistades, y áun á las veces las pérdidas de familias y de pueblos. Item, es el iracundo incomportable en la conversacion, porque fácilmente y de pequeñas causas se enoja; la avaricia, cuando le tocais en los dineros, le indigna; la gula, cuando el comer no está á su modo, le ensaña; la soberbia, si le llegais á la honra, le embravesce. Brevemente en todos los vicios prende por livianas ocasiones; y cien veces al dia, de las burlas y de las véras, voltea la razon de un hombre furioso, y turba la conversacion de los amigos, y revuelve la casa y personas con quien trata. Por donde el sabio Salomon aconseja que ningun cuerdo tome amistad con hombre iracundo, que es inhábil para ser amigo de nadie; mayormente que entre los amigos se comunican cosas secretas, y como el airado sale de sí, por un pequeño desabrimiento os lastima con descubriros el secreto que más os importaba. Ciertamente, si el iracundo supiese el peligro que tiene, ternia piedad de sí mismo; porque ni deste mundo goza, ni del otro, á desesperacion del cual algunas veces la impaciencia le trae, y áun el demonio, que le venció en este pecado, luégo le entrega á otro su compañero, para que en otro vicio le despeñe, y á cada paso le pone tropiezos con que le hace caer, y con cualquiera cosilla atiza el fuego, ó por se apoderar cada hora dél, ó por le hacer más contínuos desabrimientos, que áun en esto se venga de nuestra naturaleza.

CAPÍTULO VII.

De los remedios contra la ira.

Algunos en el remedio deste vicio son tan bestiales, que no pueden quietarse si con el mucho gritar y reñir algun rato no desfleman, echando de sí el fuego de que están abrasados, los cuales verdaderamente son incurables; porque con la ira piensan aplacar la ira, como si algun ignorante con ejecutar el apetito de la gula ó de la lujuria pensase apagarla, como á la realidad de la verdad ántes se encienda más. Algunos otros, porque tan fácilmente se desenojan cuanto fácilmente se enojan, no les paresce muy grave este defecto; y ansí, como la cura no les es de importancia, todavía perseveran en el mal, los cuales debrian pensar que muchas heridas, aunque no mortales, alguna vez serán causa de muerte, ni más ni ménos que una sola mortal. Otros hay que reservan la ira en el corazon, y allá se la cuecen en su pecho; y aquestos, aunque no hacen mal á los otros, hácenlo á sí tanto más peligrosamente, cuanto la llaga es ménos infame por ser más encubierta. Y áun hay personas afables con los de fuera de casa,

que á los suyos son intolerables, como quiera que habrian de ser al contrario; porque la paciencia, aunque sea necesaria para con todos, mucho más para con los domésticos. La cura deste vicio es una perseverante oracion en la presencia de Dios. Digo perseverante, porque la ira humana provoca la divina, por lo cual el iracundo no meresce así presto ser oido, pero debe tanto llamar á la puerta hasta que le cumplan su deseo. Ayudará tambien á la oracion que hiciere con buenas consideraciones, como será pensar en la brutalidad de aqueste vicio, el cual de hombre transforma en bestia, y agora le enciende en llamas y le turba todo el rostro, agora le torna amarillo como cera, que es la peor ira; á tiempos le hace mudo, á tiempos le saca la lengua de todo tino. En suma, corazon, ojos, labios, manos y piés, y todo el hombre conturba de tal modo, que á mirarse á aquella sazon en un espejo, no sería menester otro medio para aborrescer este vicio y trabajar por emendarnos dél, siquiera por salir de la servidumbre de un furioso tirano, que nos despoja del sosiego y paz del alma; nos priva de la razon, en que somos semejantes á Dios; de la mansedumbre, por la cual especialmente somos sus hijos; de la benignidad y blandura exterior del gesto, por la cual somos hombres, y de hombres nos vuelve en fieras con la braveza, así exterior como interior, en que nos pone; y es de notar que la ira tiene grados. El primero es cuando el apetito de la venganza es solamente interior. El segundo, cuando ya sale afuera, y se publica con algun desden ó mofa ó bufido exterior. El tercero, cuando procede en alguna palabra injuriosa contra el prójimo, como serian llamarse necio, judío, cevil, bellaco y semejantes otros oprobios y denuestos, y no me da más que los digan con la lengua, que los signifiquen con alguna señal, como dando una higa ó haciendo una O con los dedos en el pecho siniestro. El último, cuando la iracundia hace poner las manos en la persona con quien está el hombre airado. En todos estos casos, cuando la venganza que se desea es injusta, es pecado mortal. Digo injusta, ó porque el prójimo no la meresce, como desearle la muerte no habiendo hecho por qué, ó porque, dado que la merezca, el ejecutor no ha de ser persona privada, ó porque, puesto que es oficial público, no desea ni ejecuta la venganza con respecto de la justicia, sino por satisfacer á la mala voluntad que tiene; pero será venial en tres casos, que se excusa de mortal. El uno es cuando el mal que se desea al prójimo con la ira es liviano, como si enojado con algun muchacho, le diese un repelon; el otro, cuando el ímpetu de la ira fué tan súbito, que no se pudo fácilmente refrenar, no embargante que hubiese alguna negligencia en tirar la rienda, ó por la mala costumbre, ó por el descuido que los cristianos tienen en estar sobre el aviso, dándose sofrenadas y gobernando la furia de su apetito. Y los padres con los hijos, los señores con los criados, y en general los superiores con los inferiores, no pecan mortalmente en este vicio, salvo si la pugnicion fuese notablemente excesiva, ó si al modo de se airar desordenadamente, se consiguiese alguna blasfemia consentida y deliberada. Cumple luégo buscar los remedios oportunos, como es proponer á menudo de no se dejar transportar de la cólera, ántes soportar cualquier injuria ó desabrimiento, y áun esforzarse alguna vez á pedir perdon á quien le ha ofendido, y acordarse, sobre todo, contínuamente de la muerte, á la cual, quien con tal vicio llegáre, será á otra eterna, por el demonio que en esta vida le venció, llevado, do á mal de su grado le harán sufrir, no sólo palabrillas y pequeños desdenes, sino terribles injurias y gravísimos tormentos, y será la impaciencia perdurable y sin remedio, porque cuando hubo tiempo no se pusieron los que habia, entre los cuales no es el menor considerar el sufrimiento incomparable de Dios, ansí con los otros que cada dia le hacen millones de ofensas, como con nosotros mesmos, que siendo los que somos, nos disimula, calla, sufre, sustenta, provee con infinita paciencia y mansedumbre. Mas sobre todo remedio, la meditacion de Cristo crucificado apaga las inflamaciones de la ira, como al fin de este tratado más largo dirémos. Y entónces te podrás juzgar victorioso de aqueste adversario, cuando creerás firmemente que toda adversidad, de cualquiera parte que venga, te ha sido de Dios procurada, ó para castigo de lo pasado, ó para te humillar en lo presente, ó para preservarte en lo futuro; en fin, para medicina del alma y renovacion de la consciencia. ¿Y quién no sufrirá pacientemente la mano de tan buen padre? Quién se quejará de tan amoroso médico? ¿Quién se enojará cuando Dios le trata como á sus amigos, á sus queridos, á sus regalados? ¿A quién le pesará de padescer por compadescerse con Cristo, para ser juntamente con Cristo glorificado? Ciertamente á solo aquel que deste vicio fuere captivo, del cual captiverio quien hobiere alcanzado victoria, terná prontitud en amar al enemigo como si jamas ofendido le hubiese, ni se turbará viviendo en compañía de personas ásperas, ántes las soportará con ánimo tranquilo, aunque á tuerto le ofendiesen, conociendo que son ministros de la justicia de Dios, y loando la gracia del que por su infinita misericordia le dió la virtud de la invencible paciencia.

CAPÍTULO VIII.

De la acidia.

Acidia en su propia significacion quiere decir tristeza; mas porque triste y perezoso son tan hermanos, que por maravilla se aparta el uno del otro, al fastidio y pereza que á los tristes se consigue, llamamos acidia, dando el nombre de la causa al efecto, como en otras muchas cosas acontesce. Así que, primeramente conviene saber que en la parte irascible, allende de la ira, fundada en el humor colérico, hay otra pasion de tristeza, fundada en el humor melancólico; la cual, no siendo de sí buena ni mala, se hace ó buena ó mala, segun que es obediente ó rebelde á la razon; y si no fuere regida con moderado freno, conduce el alma á desesperacion, vicio sobre todos los otros peligroso. Luego cuando el pavor, ó de la muerte ó del infierno, ó de no poder arribar á la virtud (que con estos y semejantes miedos este vicio nos saltea); digo que cuando cualquiera tristeza ó temor de que ella nace nos acometiere, es menester salir valientemente al encuentro; porque cuanto más nos acobardáremos y apocáremos, tanto se hará

más gallarda la pasion; pero es de notar que hay dos maneras de tristeza. La primera nasce de mala costumbre ó de mala voluntad, como algunos se entristecen de no se poder vengar, ó alcanzar alguna otra cosa que viciosamente desean y desta; dijo san Pablo: «La tristeza del siglo obra muerte.» La segunda nasce de la memoria del pecado y de haber ofendido á Dios, y desta dijo el mismo apóstol: «La tristeza que tomamos, segun Dios, obra penitencia y acarrea firme y perdurable salud; y ésta en ningun bueno nunca jamas falta, ó por las culpas propias suyas, ó por las culpas ajenas.» Destos dos linajes de tristezas, cuanto es la primera viciosa, tanto es loable la segunda; porque, como aquella ciega la razon y corta la esperanza del perdon, así esta otra trae consigo luz y confianza de la divina misericordia. Mas áun aquí es mayor el peligro de la melancolía y pusilanimidad; porque, como el motivo sea justo, paréscele al melancólico que tristeza de pecados no ha de tener medio, pues es extremado aquel contra quien ellos se hicieron, y así el demonio con el medio le quita el remedio, haciéndole declinar á los extremos, unas veces por cualquiera cosita á lágrimas y tristeza excesiva; otras veces, por huir de esto, á risa liviana y ligera disolucion, en que conoscerás, ó por la mucha pesadumbre, ó por la mucha ligereza, que eres prisionero de aqueste vicio. Y cuando el exceso mezclado de abatimiento y liviandad te hiciere caer en la cuenta desto, no cargues la culpa á la naturaleza inocente, la cual esta y otra cualquier pasion plantó en tí para ejercicio de la virtud; mas loa á tu Criador, que tal te hizo para te coronar por la victoria de tí mismo. Cuanto más, que si tu natural te induce de una parte al mal, de otra te dará ocasion de muchos bienes. Lo primero, el melancólico desprecia fiestas, aparatos y pomposas vestiduras, de do vienen infinitos inconvenientes. Allende desto, es inclinado á piedad por ser de corazon tímido, y ansí tiene materia de se ejercitar en obras pías y meditar la pasion de Cristo, y llorar sus pecados y los del prójimo. Despues no se fatiga de perseverar en soledad, la cual, debidamente frecuentada, páre la quietud del alma, y apartando el hombre del desasosiego de la compañía, le apareja para el reposo y paz de la vida contemplativa. De suerte que queriendo bien emplear aquesta inclinacion, no sólo la sanarias donde algun mal te transportase, mas sacarias della mucha ganancia con la buena diligencia y granjería. Y porque la enfermedad no conocida no se puede curar, has de saber que una suerte de tristeza procede de la mala costumbre que de entristecernos por toda cosa á nuestro apetito contraria hemos contraido. Sabida, pues, la causa de aquésta, esfuérzate, por contraria costumbre, á soportar toda cosa adversa, hasta tanto que vengas á padescer voluntariosamente. Una otra tristeza es más difícil de curar, en la cual cayendo el hombre, y viendo la causa, [illegible]o recae, la tristeza se [illegible]nta otro. Mas en tal [illegible]los, no es imposible [illegible] incurable, de los que [illegible] no saben por qué lo es- [illegible] persuadirles que se [illegible]en, porque el de-

monio les ha hecho entender que les es natural, y ansí se apodera dellos con mayor facilidad. Mas si cesaren de aquesta falsa imaginacion, y recurrieren con instancia y vigilancia á Dios, quitarán de sí aqueste beleño; y no te maravilles que para cada vicio te encomiendo particularmente la oracion; porque sin duda todos los otros remedios valen nada sin ella, y ella vale algo sin los otros. Es aqueste demonio de tanta malignidad y presuncion, que se desdeña á las veces de nos tentar en cosas pequeñas, ántes por la mayor parte procura de inducir á desconfianza de poder llegar al colmo de la perfeccion, donde el ánimo se envilece y resfria con el desmayo fingido, y áun hartas veces pone cobardía en aquellos, los cuales serian para mucho si se esforzasen.

CAPÍTULO IX.

De los remedios contra la acidia.

Por manera que es necesario cuidado y diligencia para curar esta llaga. Y dejando aquellos que por abundancia de humor melancólico son tristes, porque la cura de éstos conviene más al médico corporal, y el hombre cuerdo no les habia de oir la confesion de las dolencias del alma, sin que primero le hubiesen purgado con consejo del físico del cuerpo; digo que si tienes el alma enferma de tristeza, principalmente debes mirar si estás en mal estado, porque sin falta el alma sin Dios y sin virtud, naturalmente se atristan, faltándole todo su bien, mayormente cuando, pasado ya el deleite transitorio de la carne, siente el espíritu la llaga que el pecado dejó hecha; y para esto, singular medicina es el sacramento de la penitencia, que descarga el peso que daba el pesar y tristeza al corazon; pero si la enfermedad nasce de ocio, ó es causada por secreta sugestion del enemigo, el remedio es ocuparse en algun ejercicio convenible, y por virtud desto y de la oracion, fácilmente alcanzarémos salud. Mas si tienes uso de te entristecer por las cosas adversas que cada dia en la vida presente ocurren, sabe que la raíz de tu mal es, porque siendo muy amigo de tus antojos, querrias siempre las cosas se hiciesen á tu sabor, y ansí sería buen medio proponer continuamente de romper tu propia voluntad y seguir siempre el parescer ajeno; porque, como quien desea hacer á su modo, conviene que muchas veces se entristezca, así quien sojuzga su propio querer vive siempre en alegría. No sería mal consejo someter tu voluntad á la de otro, que no te dejase obrar conforme á tu contentamiento, el cual, en tanto que lo procurares en la tierra, sé cierto que no lo hallarás. Muchos, queriendo guarescer desta enfermedad, buscan diversos pasatiempos y recreaciones, los cuales no solamente no mejoran, mas siempre empeoran, porque durando poco semejantes solaces, dejan al alma más fastidiosa que primero, permitiendo Dios que las criaturas, do pensaron hallar consuelo, acreciente la congoja que solian tener. Do, por el contrario, convendria buscar el consuelo de solo Dios, acordándonos de aquella admirable sentencia: *Delicata est divina consolatio, et non datur admittentibus alienam*. El siervo de Jesucristo, contento está sin contentamiento, y no sólo sufre las adversidades con paciencia, mas áun las desea, y áun

más te digo: que venidas, se baña en ellas como en agua rosada, y la tribulacion le consuela más que la prosperidad, el dolor le regocija más que el mismo gozo, y milagrosamente las tristezas se le convierten en alegría, lo cual sólo aquel sabria entender que lo ha gustado; pero créalo en tanto, quien se le hace duro de creer, por la experiencia de los santos. David, considerando que las tribulaciones eran castigos de Dios, teniendo ojo á la mano do venian, dice: *Judicia tua jucunda*. Job, entendiendo el provecho que los gusanos le hacian, dice: *Putredini dixi; pater meus es tu, mater mea et soror mea, vermibus*. San Pablo, viendo que las fatigas presentes son prenda del descanso venidero, y favores que Dios siempre ha hecho á los que ha querido hacer semejantes á su unigénito Hijo, dice: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*. Ni más ni ménos, si tú creyeres firmemente toda adversidad serte dada de Dios para tu salvacion, rendirle has más gracias por lo adverso que por lo próspero; pues en esto se perdieron muchos, y en aquello pocos ó ninguno. Y es de saber que la acidia es pecado mortal en tres casos. Primeramente en unos hombres á quien el hábito de pecar les ha hecho aborrescibles las cosas divinas, y cuando se hallan tan léjos del padre y patria celestial, se entristecen oyendo ó pensando que hay en la otra vida felicidad eterna para los virtuosos, ó se amohinan de ver personas santas, para quien Dios tiene su gloria aparejada; que en estos tales reina el fino vicio de la acidia, simiente del ódio que los condenados tienen, así á Dios como á sus hijos adoptados para la herencia del cielo. Tambien es mortal cuando el hombre se entristece de las obras necesarias á su salvacion, como de verse obligado á ser casto ó justo, ó de no se poder vengar de alguna injuria que ha recibido. Lo tercero, cuando la tristeza le fuese causa de olvidar ó dejar de cumplir algun precepto de Dios ó de la Iglesia, como acaesce en algunos tristes, que, caidas las alas del corazon, se olvidan, descuidan ó emperezan en cosas á que son obligados, so pena de pecado mortal; pero si la tristeza no es consentida ni deliberada, aunque sea en cosas cuales acabamos de decir, no será más que venial; y tambien cuando es de otras no necesarias á la salud, como seria entristecerse de dar limosna ó de hablar verdad, cuando no hay obligacion para ello. Y así lo sería el exceso de cuitarse mucho en las adversidades, con tal que la voluntad estuviese determinada á no ofender á Dios, el cual no se ofende mortalmente por estas pequeñas tristezas que hemos dicho; mas, en fin, le cae en no sé qué desgracia el siervo que le sirve con mohindad, porque, como dice san Pablo: *Hilarem datorem diligit Deus*.

CAPÍTULO X.

De la pereza.

La pereza, como ya dijimos, algunas veces se funda en tristeza y melancolía; otras, pero, en humor flemático. Mas ahora nazca de aquí, ora de otra parte, no es vicio ménos dañoso que el de que en el capítulo pasado hablamos. Son ambos igualmente poco conocidos y malos de remediar, y así conviene abrir los ojos si queremos ser victoriosos dellos. La pereza de su naturaleza es tardía y pesada, y el demonio que della tienta, no hace sus saltos peligrosos al principio de la obra, sino al medio, porque no se lleve á debido fin. Y si no la puede impedir, llama en su socorro al espíritu de la vanagloria, por amancillar de soberbia al que no ha podido de pereza. Y ansí aquestos dos demonios se dan la mano el uno al otro, no embargante que al parescer tienen fines contrarios, el uno de levantar, el otro de derribar. Pero ya vemos que el artero luchador solivia á las veces al contrario para le hacer dar mayor caida, y otras para echar más alta una piedra la solemos abajar. Nasce, pues, en algunos este vicio, ó de complexion flemática, ó de débile y tímido corazon, ó ciertamente de alguna flaqueza ó enfermedad del cuerpo, que hace al alma perezosa en bien obrar. Tambien, sin estas ocasiones corporales, nasce en la mesma alma ó de poca capacidad, ó de poca experiencia, ó de poca esperanza de alcanzar aquello que desea, y áun á vueltas de no hacer muchos y valientes propósitos, y áun de ser el hombre ademas voluntarioso, queriendo proceder delante su guía, y acabar primero que comience la obra. Mas cuanto á las causas exteriores, puede proceder del ocio y de las compañías, ayudando á ello la tentacion del demonio, cuyo oficio es, ya que no puede atraernos al mal, estorbarnos y retraernos el bien. Do quiera que tenga su nascimiento, es necesario combatirlo con ánimo varonil, y por ningun accidente desmayar, pues la gracia es sobre las fuerzas de la naturaleza y del demonio; ni es imposible, por más flacos que seamos, que tratando fielmente con el pequeño caudal á nosotros concedido, podamos igualar en mérito á aquellos que son más fuertes que nosotros. Como la viuda evangélica más agradó á Dios con dos cornadillos, que los ricos con sus ofrendas, mayores en cantidad, pero menores en voluntad, y por consiguiente, en merescimiento; porque nuestro Señor no tanto mide las fuerzas, cuanto el deseo; ántes en la casa de Dios deseo sin fuerzas vale mucho, fuerzas sin deseo valen nada. Así que, conviene hacer generalmente resistencia á todo vicio, porque todos conducen á pésimo fin y trasforman al hombre en bestia, mas en especial á la pereza, cuyo beleño todas las buenas obras mortifica, y no las deja llegar á perfeccion; en contrario, cumple abrazarnos de continuo con la perseverancia, tomando una santa porfía y loable teson en llevar adelante el bien que hubiéremos comenzado. Y pues este maligno es tan importuno, que en todo lugar, tiempo y obras nos pone cerco, debemos tambien nosotros con firme propósito resistirle, tanto con mayor diligencia, cuanto á hacer nido en nuestras almas, sacará pollos más pestilenciales, como son: sospechas, juicios temerarios, murmuraciones, detracciones y otros pecados sin número; porque el ocio no puede jamas estar en ocio, ántes cuanto ménos se ejercita en el bien, tanto más se precia en el mal. El ocio arruina al alma, empobrece el cuerpo, hace al hombre lisonjero, parlero, novelero. El ocio, en fin, engendra á la pereza, enemiga de todo virtuoso ejercicio. Desta viene la tibieza, la cual nos adormesce y sepulta en una nescia confianza de nuestra salud, fundada sobre falso en la piedad divina. De allí, alejados del rigor y aspereza de la virtud, nos

trasporta á pasatiempos exteriores, haciéndonos deseosos que pase el tiempo, como si él no pasase más apriesa que á los flojos les sería menester; y venido el cristiano á este punto, las más de las veces es incurable, no porque absolutamente Dios no pueda, sino porque la gran dificultad llamamos, conforme á las divinas escrituras, imposibilidad. «Pluguiese á Dios, dice san Juan, en el *Apocalipsi*, que fueses ó caliente ó frio; mas porque eres tibio, yo te vomitaré de la mi boca.» Do se muestra sanar más dificultosamente el tibio que el frio; porque siéndolo y no conosciéndolo, no se procura el remedio, y así la frialdad es insanable. Nasce de la pereza un otro vicio, llamado apostasía, porque como el religioso arrepentido de la promesa hecha, y vuelto al siglo, se llama apóstata, así aquel que en la vida de Dios se atibia y vuelve atras, resfriándose de su primer propósito y fervor, justamente meresce el mismo nombre; cuya obra conoscerás en tí, si en el tiempo pasado tu deseo era ardiente, y ahora se ha resfriado y piensas no ser necesario tanto hervor. Mira tambien si te sientes tentado de la fe, y te huelgas de la poner en disputa y de conversar con gente tibia, y por el contrario, los varones de espíritu ferviente no te son apacibles, ántes te parescen pesados é indiscretos; que tales son las señales de apostasía y apartamiento de Jesucristo, á la cual no se viene en un momento, mas poco á poco y de grado en grado. Por lo cual, segun el aviso ya otras veces repetido, es menester esquivarse los hombres de las culpas pequeñas, si no quieren venir á las grandes, y de aquéstas á las grandísimas, encadenándose el alma en la cadena y costumbre del pecar, la cual, cuanto más cresce, tanto ménos se conosce; porque de dia en dia al gusanillo de la consciencia se le gastan los dientes, y áun se le vienen á caer ó á lo ménos, de cansado, deja de roer; si muerde, hácelo tan lentamente, que no hace sentimiento, y al fin es como centella de fuego, que cuan presto levantada, tan pronto apagada, y ésta es la peor señal que puede ser de una consciencia rota, que ado con mucha y contínua amargura habiamos de hacer memoria de las ofensas hechas á Dios, las hacemos sin las echar de ver. Y las inspiraciones divinas, que habian de ser truenos para nos despertar, son murmullo para nos adormecer. Aqueste discurso he hecho para que ninguno se deje prender de la pereza, ántes ponga toda su fuerza para la sacudir de sí; porque, siendo de tantos vicios acompañada, venciendo á ella, con una batalla ganarás muchas coronas, venciendo juntamente á sus compañeros.

CAPÍTULO XI.

De los remedios contra la pereza.

Y podrás vencerla á la hora que con una importuna violencia derramarás lágrimas de corazon, haciendo fuerza á la naturaleza, considerando que de todo tiempo inútilmente gastado has de dar estrecha cuenta; el cual te conviene restaurar con doblada fatiga, siendo de aquí adelante tanto más ferviente, cuanto hasta aquí has sido más perezoso. Es tambien gran remedio sujetar tu voluntad á otros que guiarte sepan; porque no podrá jamas echar de sí esta fiebre espiritual el que de su propia voluntad no hubiere salido vencedor. Bien sé que en nuestros tiempos se hallan pocas guías tales, que con su doctrina abran el camino, y con su ejemplo pongan espuelas á los flacos, y con su conversacion inflamen á los tibios, y con su vida animen á los mortescinos é negligentes; pero no te faltarán libros de santos, que te darán luz y fuego con que juntamente resplandezcas y ardas; entre los cuales es san Juan Casiano, san Bernardo, san Buenaventura, san Vicente, *De vita spirituali*; el *Contempus mundi*, que se intitula de Gerson. Es tambien singular libro el *De simplicitate vitæ cristianæ*, de fray Hierónimo de Ferrara, y otro, que está escrito en lengua italiana, llamado *Espejo interior*, que por ser extremadamente provechoso, trabajaré que en breve se traslade en nuestra castellana. Estos, avivados y como acerados con las *Meditaciones* de san Agustin, podrás tener en lugar de maestros, y no temas que Dios te falte, si tú no te faltas á tí mesmo. Y si quieres conoscer cuándo la tu sanidad se acerca, guarda cómo la sujecion te deleita y cuán voluntariamente te ocupas en la meditacion de la muerte; la cual es maravilloso despertador de los soñolientos y perezosos; la cual á los infieles se representa con pena, á los fieles sin ella. Mira tambien cómo cresce en tí cada dia más el deseo de la perfeccion. Brevemente no podrás ser seguro de la salud en aquesta parte irascible, si primero no sanas la concupiscible, la cual es raíz de todas las pasiones. Por tanto, examínate cómo estás en todos los sentidos enteramente mortificado, que esta nuestra carne es una falsa raposa, y hácese muchas veces morticina, y tiene siete almas, segun el comun vulgar proverbio dice del gato. Y en conclusion, si sintieres que amas las tribulaciones cuanto el vulgo comun de los cristianos las aborresce, á la hora serás cierto que has vencido al pecado de la pereza. ¡Oh dichoso tú cuando á tal estado llegares! Porque hallarás en el dolor alegría, en las penas gozo, en el desplacer contentamiento, felicidad en las miserias, y todo bien en todo mal. Lector mio, no te baste leer aquestas cosas, mas toma las armas contra estas monstruosas fieras de tus propias pasiones; que éste es el único medio de la gloria tuya.

CAPÍTULO XII.

De la avaricia.

Resta agora enseñar en qué modo se pueda alcanzar victoria contra los vicios de la parte racional, que por ser en nosotros la superior, es principal raíz de que se mantiene la mala y buena disposicion de la parte sensitiva, de cuyos vicios arriba hemos hablado; y aunque no se funda en complexion y humores corporales, como esta otra, pero las inclinaciones del cuerpo muchas veces atraen á sí los apetitos del alma, y por la mayor parte, cada cual juzga de las cosas conforme á cómo es inclinado á ellas; y habido respecto á que ordinariamente nos dejamos llevar de nuestra condicion, bien pudo decir el otro: «Tal es cada uno cual su inclinacion»; como quiera que habia de ser al reves, que la señora no se ha de regir por la sierva, sino poco á

poco hacerla á sus mañas y modo, como á labradora que entra en casa de algun señor; pero mal podrá templar el destemplado, y si la racional vive sin razon, no podrá poner en ella á la sensitiva; por la cual conviene tener suma solicitud en que esta nuestra porcion superior sea en sí muy regida y gobernada, sujetándose á Dios, para que sujete ella tambien á su inferior. Luego ante todos los otros vicios de la voluntad, el primero que se nos ofrece es el de la avaricia, el cual no es á los hombres connatural, como los pasados de la irascible y concupiscible, mas nasce de consciencia desordenada; porque, como buscar hacienda para suplir las verdaderas necesidades del cuerpo es acto de prudencia, así, por el contrario, procurar lo superfluo y apropiar á sí mismo lo que habia de ser comun, contraviene á la discrecion humana y es manifiesta señal de rotura de la conciencia. Si los avaros no fuesen imprudentes, bien verian no ser la hacienda la que da contentamiento, pues vemos á muchos ricos siempre solícitos en adquirir, sin gozar de aquello que han adquirido, y por el contrario, vemos algunos pobres que con alegría contínua comen eso poco que Dios les dió. El cual discurso si los hombres tuviesen, no tomarian tanto afan por alcanzar lo que despues de alcanzado no hace alegres á sus posesores. Nasce tambien aqueste defecto de poca fe y confianza en Dios, que provee de todo lo necesario á buenos y malos, y áun á las avecillas del cielo, como dice el Evangelio. ¿Y piensa el hombre misero que le ha de faltar el agua, que á las bestias sobra, como si el Señor de todos no tuviese más particular providencia y cuidado de mantener á sus siervos que á los pájaros del aire y peces de la mar y lagartijas de la tierra? Procede, allende desto, la avaricia de apetito desconcertado, que sin mirar por qué ni cómo, desea las riquezas sin tasa, no se poniendo límite ni término en el desear conforme á las necesidades ordinarias de la vida, para tener una competente pasada en tanto que duráremos en ella; y áun la raíz principal en los más suele ser la soberbia, que hace cobdiciar sin medida las riquezas, porque desmedidamente cobdicia la propia excelencia y ventaja sobre los otros, donde proviene que la competencia en el valer hace á porfía competencia en el tener; no se quita por eso que no pueda haber diferentes estados en el mundo, conviene á saber, pobres y ricos; mas quítase la escaseza y la insaciable cobdicia del dinero, la cual al presente reina en la mayor parte de los hombres, que andan hoy dia tan atentos á esto como si otra felicidad no se hallase. De aquesto los padres amonestan á los hijos, y de la tierna niñez los hacen idólatras del oro; de aquesto son las comunes pláticas de los maridos con sus mujeres, en esto afanan los dias, en esto se desvelan las noches; y en fin, como aquí tienen su tesoro, aquí tienen su corazon. Muchos, con todo, se excusan so color de no venir en necesidad y no caer en alguna gran miseria, y no advierten que la contínua congoja es miseria doblada, y que la avaricia hace á los hombres sumamente miserables. ¿Cuál de las dos cosas, te pregunto, es más molesta, contentarnos con dia y vito, como dice san Pablo, ó padescer cotidianos tormentos y congojas intolerables por acrescentar sin ningun fin los bienes que poseemos? Y no los poseemos, pues somos esclavos de ellos, y ellos nuestra cadena. Dirásme: «No quiero yo más que dia y vito, pero temo que no me falte.» ¡Oh miserable pecador! ¿temes que te falte la hacienda, y no temes que te falte la vida? ¿Miras que no se disminuya el patrimonio, y no miras que tu sér se disminuye? ¿Por qué razon, con qué seguridad te prometes más dias á tí que á tus dineros? ¿Y has miedo de perder el oro y no perder el moro, que moro te puedo llamar, pues te falta la fe del Evangelio? Apacienta Dios á Elías en un yermo con el ministerio de los cuervos, á Daniel en el lago con la comida de Habacuc, á los ciervos y conejos en los campos, á los gorriones en el aire, y ¿crees tú que dando en abundancia de comer á las criaturas irracionables, que al hombre, al cristiano, al siervo de Jesucristo, á quien Dios ama tanto, que le da su cuerpo y sangre; imaginas, digo, que le ha de faltar la sustentacion? Salvo si no piensas que Jesucristo no mantiene á quien mantiene á él, esto es, á sus pobres; salvo si no crees que negará lo temporal á quien comunica lo eterno. No hay luego que temer las sombras de las necesidades por venir; no hay que pretender más excusas para cubrir tu avaricia; conosce la verdad y siente que eres siervo de la pecunia. Dicen otros: «Menester es atesorar para los hijos, segun la doctrina del Apóstol, y cosa justa es poner cada cual á sus descendientes en estado, y tener respeto á su persona y condicion»; los cuales van muy fuera de camino, porque convernia que un rey que tuviese diez hijos, tuviese tambien diez reinos, para dejar á cada uno tanto cuanto á él le dejó su padre. Necesario es, dices, tener cuidado de los hijos; es verdad, pero como lo tuvo aquella viuda que, siendo madre, no prepuso los hijos al pobre Elías. De poco le dió parte, y dióle en hambre, y en hambre de hijos; mas no se les quitó lo que se dió á pobres, ántes con una pequeña limosna desterrando la avaricia, desterró la necesidad. Muchos hijos te espantan, pecados de muchos están á tu cargo, y con muchas limosnas los has de redimir. No te hagas tú solo padre de ellos; gánales al Padre celestial, y la herencia que les quieres guardar depositála en manos de Dios. Éste sea su tutor y su curador, y suceda en la hacienda con ellos, porque, como heredero principal, como hermano mayor, provea á los otros menores. Cuanto más, que semejante disculpa es sofística, porque si tienes gran número de hijos, yo te pido: cien ducados más ó ménos ¿qué les podrán hacer ni deshacer, repartidos entre tantos? Y si tú no osas sacar estos ciento del monton, argumento es claro que no es la causa los hijos, sino la mezquindad. ¡Oh cuántos por dejar ricos á sus herederos se van al infierno! ¡Oh cuántos pasan miseria en sus mesmas personas por allegar para quien en un mes juega lo que el padre ganó en diez años! ¡Oh cuántos se dan mala vida para que con sus trabajos, no agradecidos, otros la tengan buena! Gran locura es por cierto, aunque no hubiese leyes humanas ni divinas, perder tú el sueño por quien dormirá á pierna tendida, y ayunar tú para quien será gloton, guardar para quien derramará, echar la hiel para quien le pesa que se te alargue la vida, que le es estorbo para que no goce de tu hacien-

da. Algunos tambien dicen que tienen mucha gana de tener por hacer bien á muchos, y es grande engaño, que éstos son los que despues más se olvidan. Así que, ninguna color hay buena para desear riquezas, porque es un apetito que no se apaga con tenerlas, ántes se enciende más; es fuego que nunca se harta por más leña que le eches; es tierra que no se satisface por más cuerpos que sepultes en ella; es mar que ningunos rios la hinchen; es infierno que con ningun número de almas se contenta; es hidropesía que ninguna agua la amata la sed; finalmente, es perro rabioso, que crece más la rabia cuanto más lo cebas, y el mejor medio es ó atarle ó matarle. Grandísima es la ceguedad deste pecado, aborrescible á Dios y á los hombres. ¿No entenderia el avariento que la hambre de tener no está en el arca, sino en el alma? Y si así es (como lo es), mal podria matar la hambre del alma con la plata que se cierra en el arca, y no solamente ciega los ojos del alma, mas áun cierra las orejas para no oir los clamores de los pobres, y áun los ojos corporales aparta que no los miren, y si alguna vez los mira, enduresce tanto el corazon, que no hace más sentimiento en él la miseria del pobre que si fuese de piedra. Hace este vicio á los hombres inhumanos y crueles, sin respeto á naturaleza, ni amistad, ni deudo, ni conversacion, ni conosciencia, ni ley humana ni divina. Es padre de la envidia, cebo de la soberbia, principal orígen de la injusticia, de las fraudes, de los robos; en fin, como san Pablo afirma, de todos los males. Es el lazo y red con que el demonio más ata y enreda las almas. Es pecado á quien el Apóstol llamó con gran razon idolatría, porque hace al avariento que tenga por su ídolo al dinero; á éste busca, á éste adora, á éste sirve, éste pone sobre su cabeza. Oh! pues el desasosiego que trae en la consciencia es un mar Océano, con ordinarias crescientes y descrecientes y con olas continuas, que siempre combaten el corazon. Allende desto, apoca el ánimo del hombre, enviléscele, estréchale, abátele; ni le deja honra, ni sér, ni ningun pensamiento alto; déjale tal cual es el topo, que siempre escarva en tierra, y della se mantiene; amigo de tinieblas, enemigo de toda buena comunicacion, porque la compañía no le necesite á gastar, y la soledad le ahorre de todo gasto. Qué diré de los efectos deste vicio? ¿qué diré de tí, avaro captivo? Señor paresces, y eres siervo; paresce que mandas, y eres esclavo; la honra que este tirano te hace es, que la cadena con que te aherroja no es de hierro, sino de oro. Una cosa á lo ménos ten por cierta: que no podrás juntamente servir á Dios y á la hacienda; porque, como dice el Evangelio, son dos señores contrarios: el uno dice: da á los necesitados; el otro, no les des; el uno abre la bolsa, el otro la cierra; el uno manda: sed piadoso; el otro, sed duro. En conclusion, avaricia y cristiandad no caben en un vaso, ni hallo yo vicio más repugnante á la ley cristiana, la cual es ley de caridad y misericordia. Hanse avariento y cristiano como lobo y oveja, que aquel no da, ántes quita; ésta no quita á nadie lo ajeno, y da á todos, áun hasta la vestidura de lana que le sale de las entrañas. Mas te hago saber que por más ánsia que tengas de ser virtuoso, no aprovecharás cosa si amas el tener. Un mancebo en el Evangelio dejó de seguir á Cristo por ser aficionado de sus posesiones; y con haber guardado los mandamientos, y con estar muy deseoso de entrar en la escuela del Evangelio, pudo tirar más la aficion á la pecunia, que la buena habilidad y disposicion que tenía para la virtud; y así nuestro Redentor, movido á piedad, exclamó diciendo: «¡Oh cuán dificultosamente los aficionados al dinero entrarán en el reino de los cielos!» Por tanto, conviene con toda diligencia curar este monstruoso vicio, y no lo curas si primero no lo descubres, y descubrirlo has por estas señales. El avariento está siempre congojado y con temor que le ha de faltar, ordinariamente habla de hacienda y granjería, muchas veces vuelve á contar su dinero, fácilmente juzga á los otros por desperdiciados y gastadores, sospecha que sus hijos y criados le son infieles, de nadie se fia, salvo de la llave, de todos teme y se guarda. Cuando se hace algun gasto en su casa, por pequeño que sea, lo riñe y murmura; si le es necesario dar cualque cosa, dala de mala gana. Vánsele os ojos tras el oro y plata. Estas y otras señales semejantes si tú vieres en tí mesmo, sabe que estás encadenado en la avaricia, y si no procuras de quebrar la cadena y salir con tiempo de la prision, irrecuperablemente serás de dia en dia sojuzgado de la cobdicia, porque esta llaga, cuanto más se llega á la vejez, tanto más se renueva, y auméntase su vigor cuando más faltan las fuerzas al cuerpo. ¡Oh maldito apetito, que á la hora eres más ardiente en que ménos hay la necesidad, y entónces cresces cuando la vida está mas al cabo! Y acontesce muchas veces que este mal reina más tiránicamente en los eclesiásticos y religiosos, que más habian de despreciar al haber de este mundo; en los cuales este vicio, así como es inexcusable, es tambien por la mayor parte incurable, y hay en las religiones algun descuido en vencerlo, así porque no es infame, como porque á los principios no tienen en qué mostrarlo; pero andando el tiempo, dándoles algun cargo, allí se descubre la mala inclinacion, que nunca fué vencida, porque nunca fué combatida; y á mi parescer, es feísima cosa en tal linaje de personas este pecado; porque en pequeñas riquezas, y ésas ajenas, hacerse uno vil y escatimado es embeodarse de mal vino quien de su voluntad dejó otro bueno que pudiera beber; y aunque generalmente la avaricia deshace la nobleza y generosidad del ánimo, más en especial contraviene á un desprecio de las cosas terrenas, al cual las personas voluntariamente dedicadas á Dios y á la pobreza son tenidas; áun como las más veces este vicio se descubra en los cargos que se dan en los monesterios, hace á los perlados odiosos á los súbditos y que en su pensamiento los tengan en poco, porque naturalmente despreciamos á los miserables. Esles tambien causa de caer en muchas faltas, mayormente con los enfermos, que por no gastar con ellos, los dejan muchas veces mal pasar.

CAPÍTULO XIII.

De los remedios contra la avaricia.

Cumple, pues, hacer un corazon noble y liberal, para lo cual es buen remedio esforzarse á hacer limos-

nas, y vencerse á dar á aquellas personas de quien no se espera retorno. Despues hace al caso huir la compañía de los avaros, cuya conversacion hace semejantes á ellos. Mas sobre todo, lo que más desarraiga la avaricia es encender el alma en ardiente deseo de las cosas divinas, porque fácilmente se menosprecian las terrenas cuando se gustan las celestiales. Aprovechan tambien las consideraciones del bienaventurado san Juan Crisóstomo. La primera es de los antepasados ricos que se murieron sin se aprovechar de sus tesoros, y muchos dellos los dejaron á herederos ingratos y enemigos. La segunda, que los pecados cometidos en allegar hacienda, ninguno los pagará por nosotros. La tercera, cuán poco presta ganar todo el mundo, si nuestra alma padesce detrimento. La cuarta, considerar aquel rico avariento en el infierno, que le faltó una gota de agua para refrescar la lengua, porque le faltó en la tierra liberalidad para dar refrigerio al menesteroso Lázaro. La quinta, mirar qué fin tuvo el miserable Júdas, de cuya perdicion la raíz fué la cobdicia. Es tambien útil para mitigar este fuego, llorar las culpas, porque como por el tiempo que uno llora á su hijo, no se acuerda de la hacienda, así el que de véras llora su pecado, con la memoria deste olvida las negociaciones y fatigas. Ni es de poca utilidad considerar que el rescate de la maldad es la liberalidad con los pobres, y que desta sola se ha de pedir expresa y señalada cuenta, más que de ninguna otra virtud, el dia del juicio, segun que escribe san Mateo en el capítulo XXV. Y porque nuestro intento es enseñar tambien á los cristianos en qué casos los siete vicios son pecados mortales, has de saber que primeramente la avaricia es mortal cuando se opone á la justicia; esto es, cuando tiene uno voluntad injusta de tomar ó retener lo ajeno, en lo cual pecan los ladrones, los usureros, los negociantes y mercaderes que en algo engañan á sus prójimos, ó dejan de restituir lo que deben, con cobdicia de la hacienda. Lo segundo es mortal cuando el deseo de tener es sin tasa ni medida; porque los tales que así desean, ciertamente toman la riqueza, no por medio, sino por fin, lo cual podrás conoscer en los efectos, si la avaricia te hace traspasar la ley de Dios ó de la Iglesia. Lo tercero, en el caso en que la limosna es de obligacion, porque entónces, como la liberalidad está en precepto, la avaricia contraria es contra él, y por el consiguiente es mortal; y nota que segun la doctrina de los santos, el repartir los bienes temporales con los pobres es en dos casos necesario. El uno es cuando la necesidad es ó extremada ó muy grave, como es la de la vida, ó de la salud, ó del estado, ó de la honra. Que en semejantes accidentes no sufre la ley de buena amistad y hermandad no proveer al necesitado, en especial cuando lo puedes proveer á poca costa; en lo cual hoy dia los hombres viven muy engañados, y algun dia se parescerá; digo al tomar de las cuentas. El otro caso es cuando alguno posee dineros superfluos, y llámase superfluo lo que sobra despues de proveidas las ordinarias necesidades de la vida, conforme al estado y condicion de la persona. Donde por la mayor parte caen los ricos que entierran dineros y atesoran sin fin más para fines sombríos y soñados, y *para necesidades no* verdaderas, sino fantaseadas; é yo no sabria limitar puntualmente el cuándo y cómo y cuánto, é á qué personas son obligados los ricos á proveer, ni les sabria dar mejor y más seguro remedio que el que san Pablo escribe á Timoteo, diciéndole: «A los ricos deste siglo mándales que no sean altivos ni hagan torres de viento, ni confien en la incertidumbre de sus riquezas, sino en Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia, á fin que gocemos dellas. Mándales que hagan bien, que sean fáciles en dar y comunicar sus posesiones y haciendas; mándales que se enriquezcan de buenas obras, y atesoren para fundar bien el edificio por venir, que han de tener por morada sempiterna; que no se asgan de las hojas ni abracen las sombras, sino la vida verdadera. Hazles saber que los que quieren en este siglo presente ser ricos, caen en la tentacion y lazo del diablo, y en varios deseos é inútiles y áun dañosos, que llevan á los hombres á muerte y perdicion; porque la raíz de todos los males es la cobdicia, por cuyo apetito algunos erraron el camino de la fe y se metieron en muchos dolores.» Esta doctrina admirable del Apóstol han de tener los cristianos por espejo de sus almas y freno de sus deseos desordenados, de los cuales á la hora conocerás ser victorioso, cuando con alegre ánimo sufrirás la pérdida de la hacienda, ó en todo ó en parte, y no sólo por huir los cuidados y solicitud della, mas por amor de la virtud, te deleitarás de ser pobre, y á imitacion de Jesucristo crucificado, desearás quedar sin ningun arrimo terrenal, aunque sea en un estiércol desechado, como el buen Job, el cual no tuvo pena en perder las riquezas, porque no tuvo gozo en poseerlas.

CAPÍTULO XIV.

De la soberbia.

La soberbia es apetito desordenado de la propia excelencia, y en las honras se llama ambicion, en las alabanzas y gloria de los hombres se dice vanagloria, en la excesiva confianza de sí mesmo se nombra presuncion, en las palabras grandiosas solemos llamar jactancia, en el contentamiento de sí mesmo tiene por nombre vanidad y ufanía; pero generalmente al deseo de ser excelente y aventajado en cualquiera cosa que sea, decímosle soberbia, principio de todos los pecados, enemiga capital de Dios, á la cual no sólo desampara la divina misericordia, mas derechamente contradice y resiste la divina Justicia. Debria, por tanto, la razon, como solícito guardian, estar en continua vela; porque la inconsideracion es principio de toda soberbia, y para estirpar esta mala raíz cumple tener mil ojos, segun es sotil y vária, y de pocos advertida. No faltará quien, requerido de su amigo, se esforzará á le favorescer con toda posibilidad, no tanto por la afeccion que le tiene, cuanto por la que tiene á sí mismo; quiero decir, no tanto por remediarle, cuanto por mostrarse que es hombre de bien y valeroso para aquello y mucho más: hé aquí soberbia, oculta con el velo de la amistad. Habrá otro que se abstenga de hacer alguna buena obra con recelo de no poder salir della á su honra, y perder la reputacion; y ésta es fina soberbia, colorada de prudencia y discrecion. Hallaréis personas que se retraen para dar mayor salto, y se abajan para más subir; esto

es, que so color de humildad, dicen de sí mil males, y sonles sabrosos en su propia lengua; los cuales, si las tachas que ellos de sí publican, las oyesen de la ajena, las oirian desabrida y áun impacientemente. Otros por ignorancia se creen saber lo que no saben, y tener más agudo ingenio que tienen; y así están más contentos y pagados de sí de lo que deben; porque ser ignorantes de sí mesmos no es disculpa bastante deste vicio, ántes la orígen dél es falta de conoscimiento propio. Algunos, viendo en el prójimo alguna excelente virtud, se trabajan por la menoscabar é disminuir, y fácilmente se persuaden cualquiera imperfeccion en los otros, paresciéndoles que la gloria ajena se resuelve en deshonra propia; y ésta es clara soberbia, la cual en todas las cosas desea singularidad, aunque en todas generalmente se mezcla: en el vestir, con las superfluas pompas; en el hablar, con las elegantes palabras; en el comer, con las preciosas y delicadas viandas; en el corazon, con los altivos pensamientos é juicios temerarios; y así son pocos los que de sus manos se escapan, por ser ponzoña tan universal, que en bienes y males prende, que hay hombres que áun del mal hacer se ensoberbecen; como de haber engañado á sus prójimos, de haberse vengado de su enemigo, de haber cometido un adulterio; tanta es la maldad de la soberbia, que áun en el vicio pretende ser eminente, y causa ufanía de aquello de que los hombres se habian de meter debajo la tierra. Pues ¿qué dirémos de aquellos que no hacen el bien, y dicen mal de quien lo hace, llamándolos beatos, hipócritas, santuchos y otros semejantes nombres? Porque, como su tibieza y flojedad no llega á la penitencia y hervor de aquestos, han de infamar la santidad ajena, porque no pierda la gente la estima dellos. Más bien son tontos los que por la grita destos tales, ó hacen ó deshacen algo, temiendo ser escarnescidos de aquellos que son dignos de toda mofa y escarnio. No lo hizo así Jesucristo, el cual, si hubiera temido la vergüenza de la cruz, no nos hubiera redimido de la muerte. Volviendo, pues, á nuestro propósito, nasce aqueste vicio en muchas maneras, y es dificultosísimo conocerlo, y más vencerlo. A veces una soberbia produce á otra, como en aquellos los cuales, por ser superiores á los otros, son pródigos y hacen gastos no ménos excusados que vanos. Otras veces sale de su contrario, esto es, de la humildad; como si uno se vistiese de sayal por se mostrar humilde y despreciador de ricas ó curiosas vestiduras, y éste es lazo más peligroso, porque el vicio va trasformado, ó por mejor decir, confitado, con la apariencia de virtud. Tambien suelen proceder de la crianza; y en esta parte, grande es la culpa de los padres en criar los hijos é hijas pomposamente y con excesiva libertad, los cuales más al propio son carnífices y sayones de sus hijos que padres, porque comienzan á criarlos para el infierno en la mesma vanidad y crianza que Lucifer los pornia si él como ayo los criase. Y puesto que la soberbia en los niños no pueda echar grandes raíces, porque la tierna edad no es capaz del vigor y fuerza desto vicio, mas con todo, es gravísimo daño hacerles mamar con la leche el beleño de la locura y altivez, comenzando desde el principio de la vida las torres de viento que en el discurso della poco á poco se levantan; y de aquí viene que la costumbre y la usanza pone un velo á la soberbia, y hace estado de lo que no se puede hacer sin pecar. Allende desto, sin los ejemplos deste vicio, tan cotidianos y canonizados por el uso, él mesmo secretamente nos saltea por todas y en todas partes; algunas vueltas en el principio de la obra, como cuando pensando nosotros en hacer alguna limosna secreta, nos provoca por mil respectos la hagamos pública. Algunas veces en el medio, por nos la estorbar, ó en fin, por la estragar, como cuando de la buena obra que hacemos nos levanta algun humillo, ó de la que hemos hecho nos hace loar á los hombres para nos dar vano contentamiento, y hay veces en que nos incita á ser fervientes en el bien, esperando podernos corromper más con la soberbia intencion, que ayudar con la diligente solicitud; y si aquí desfallesce, quítanos luégo el hervor é ímpetu que nos habia dado, y de ahí nos induce á dejar la obra comenzada con miedo que nos pone de no poder perseverar en ella, y que al fin dejarémos con mayor afrenta. Si esto no alcanza, muévenos á obrar indiscretamente, aumentando nuestros ayunos y asperezas, porque seamos mártires del demonio. Tambien nos persuade que nos demos mucho al estudio de la ciencia especulativa, porque dejemos la práctica, y que nos ocupemos en la vida contemplativa, porque perdamos el ejercicio de la activa, como hacen muchos doctos, á los cuales seria mejor ser ignorantes que dar cebo contínuo á la presuncion con la contínua licion; porque saber disputar de la humildad sin experiencia della, no solamente es de poca utilidad, mas es de mucho daño; y dado que en cualquier linaje de personas este vicio se albergue, pero en unos más que en otros. Sobreedifica, segun ya dijimos, muy á su placer sobre el fundamento que estaba echado de natural complacencia, en aquellos que de niños delicadamente se criaron. Tambien tienta señaladamente á los magnánimos, los cuales por natural inclinacion proponen siempre á su pensamiento cosas grandes y singulares, y áun expresamente acomete á los pusilánimes, que, no siendo para grandes empresas, temen ser despreciados, y tanto más apetescen la loa, cuanto ménos en sí conoscen de qué ser loados. Pero al fin, más que todos, son combatidos deste viento los ingeniosos y sabios, por natural preeminencia que en el ser propio de hombres sobre los otros tienen, y porque lo digamos en suma, tienta este demonio á los incipientes, haciéndoles parescer toda cosa que hacen mayor de lo que es. Tienta á los proficientes, poniéndoles celadas y asechanzas á todo paso por les hacer volver atras. Ni perdona á los perfectos, ingeriéndoles cualque airecillo de vanagloria. De suerte que no es fácil reportar de aqueste vicio la victoria; porque cada uno de los otros tiene su virtud contraria, mas la soberbia hace guerra juntamente á todas las virtudes, como quiera que de la castidad, de la templanza, de la humildad, saca igualmente materia y ocasion de nos ensoberbecer; los otros vicios faltan al cabo, con el tiempo, mas la soberbia en la vejez es más fastidiosa, y con la flaqueza del cuerpo toma fuerzas para le arrojar mayor autoridad, y áun despues de la muerte pretende conservar su dominio, como en los enterramien-

tos pomposos y sepulturas superbas se muestra. Ora ¿quién podrá sopear este vicio, que en todo lugar, tiempo, persona y obra, tan valientemente combate, salvo quien con Cristo crucificado primero se transformáre? Pues ya á venir á solas sería más tolerable. Mas mira de esta raíz cuántos ramos salen. El uno se llama curiosidad, la cual siempre tira á cosas nuevas é sin fructo. El otro es ligereza del alma, la cual, estando sin peso, nunca está jamas en un propósito, mas como pluma al viento, cada hora le muda. El tercero tiene por nombre vana alegría, la cual con una liviandad de risa hace perder la mesura á todos los miembros del cuerpo. Nasce despues la jactancia, que siempre se gloría y ufana de lo que ha hecho y dicho, y aún de lo que nunca le pasó por pensamiento. De ahí viene la singularidad en decir y hacer cosas nuevas, las cuales no pudiendo sustentar con razon, salta en una clamorosa arrogancia, y con protervas y desmesuradas palabras quiere defender la primera locura. Sucede luégo la presuncion y confianza de sí mesmo, y si hace algun defecto en lo que presuntuosamente emprende, confúndese de lo confesar, de do nascen las falsas disculpas, el cargar la culpa á otros, y la confesion fingida, indigna de absolucion. De ahí se da en ser rebelde contra Dios, despreciando ó dando de mano á la confesion, y viniendo en una libertad de pecar sin freno; y doliéndose que haya preceptos que le retraigan, desea ser libre y suelto de todo yugo y atadura. Desta mísera y diabólica libertad procede el último ramo, que es la costumbre de pecar, con un tener en poco la ofensa que á Dios se hace. Tales son los ramos deste árbol, del todo contrarios á los del árbol de la vida, que es Cristo, el cual, por dar eterna confusion á la soberbia, quiso nascer y vivir y morir humilde y manso, eligiendo todo aquello que el soberbio huye, y despreciando todo aquello que el soberbio estima; do se manifiesta ser aqueste vicio tan errado, cuanto Jesucristo acertado; y entre otros sus yerros, no es el menor que por maravilla consigue lo que desea. La gula llévanos siempre al deleite, aunque algunas veces, como dice Salomon, hace pagar el escote, y con los dolores del estómago se venga de la golosina de la lengua. La ira nos lleva á la venganza, no embargante que acaesce vengarse primero de nosotros que de nuestros enemigos; pero la soberbia, bien que siempre pretende gloria, con todo, por más que le fatigue, no la alcanza, porque es como sombra, que huye á quien la sigue, y sigue á quien la huye; ántes por la mayor parte da vituperio, y en lugar de levantar, abate, y á trueque de honra da verdadera ignominia, no digo con Dios, sino áun con los hombres, segun que Hieremías del soberbio dice, que es como mar fuerte y sin sosiego, cuyas olas, saliendo de su medida redundan despues en ser pisadas.

CAPÍTULO XV.

De los remedios contra la soberbia.

Resta ya conoscer la enfermedad para que pueda más fácilmente ser curada, no embargante que, áun despues de conocida, difícilmente se remedia. Y bien que de las cosas dichas en el precedente capítulo se pueda comprender cuándo el alma está tocada deste *noli me tangere;* pero, con todo, hay otras señales en que el soberbio se conosce, el cual se ufana del linaje noble y generoso, como, por el contrario, se afrenta si es de baja suerte y tiene viles parientes; aménguase de vestirse pobres ropas, de conversar á gente pobre; en suma, rescibe empacho de todos los compañeros de la pobreza. En el hablar alza la voz, en el mofar se adelanta, en el detraer del prójimo es el primero, en la conversacion es porfiado, y cuando no sale con la suya, queda amargo y desabrido; entristécese cuando no se sigue su consejo; alégrase de la confusion y corrimiento de los otros; no obedesce de buena gana sino á su posta y en aquello á que su voluntad se inclina; atribúyese las obras y fatigas ajenas; lee los libros de otros y oye su doctrina, no por ser discípulo, sino por ser juez; desdéñase de leer é oir doctrinas simples y llanas, las cuales, cuanto ménos tienen de ingenio, tanto más tienen de espíritu, y por ser ménos sotiles, no son ménos provechosas. Éstos son claros indicios de soberbia; pero más secretamente se descubre en personas espirituales, como si uno dijese: renegá de tanta santidad; dad á Dios tanta ceremonia; ya se pasó el tiempo de las esperanzas del yermo; los padres de aquella éra eran de otra complexion. Tambien el ser uno muy escrupuloso y congojosamente cerimonioso no es sin soberbia, porque quiere ser singular, y cree más á sí que á los otros. Ni más ni ménos si alguno pensase que es humilde, sería doblemente soberbio. Ni jamas el hombre se debe persuadir hasta la muerte que es libre deste mal, ántes siempre de nuevo le hará guerra, como si cada hora comenzase; y si el demonio nos quiere hacer entender que no somos soberbios, hagamos experiencia de nosotros en abrazar oficios y ejercicios viles, y si nos deleitamos en ser despreciados; que así por ventura hallarémos que la soberbia escondida tanto hace mayor resistencia al abatimiento de la obra, cuanto se muestra más presta en las palabras. Queriendo, pues, curar de aqueste vicio nuestra alma, es, ante todas cosas, necesario buen médico, el cual sea humilde con el ejemplo; otramente no podrán sus palabras sanar la soberbia de otro, si proceden de corazon soberbio. Sea tambien discreto; porque el soberbio no podria á los principios soportar ásperas medicinas, como sería hacerle hacer cualquier cosa abyecta y de mengua al parescer del mundo. Propóngale luégo al principio la grandeza del premio celestial; porque el deseo de cosas grandes se emplee en la verdadera grandeza, y aquí se dé la regla del Evangelio: *Omnis qui se humiliat, exaltabitur*; y *Nisi efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cælorum.* A la hora le proponga á Cristo, verdadero dechado de toda virtud, el cual en ésta de la humildad se quiso señaladamente poner por nuestro maestro, diciendo: *Discite à me, quia mitis sum et humilis corde.* Tráyale á la memoria una vez el descender del cielo por nos levantar del suelo, otra vez el nascer en un establo, otra el morir en la cruz; agora las injurias, agora los denuestos que sufrió; dígale que no se halla otro camino para la gloria sino el de la cruz, el cual todos los santos han seguido, el cual, siendo Jesucristo tan honoroso, no tomára si no fuera sumamente

necesario. Si por aquesta via conosces alguna salud, no te quieras asegurar; mas trabaja de conservarte en aquella bajeza y desprecio de tí mesmo, para lo cual será buen remedio dejarte llevar por parescer ajeno, y quebrantar á menudo el tuyo propio, pisando tu voluntad, desarraigando el apetito del tener y del valer, desechando las pompas, conversando con personas abyectas, con tal que sean virtuosas. No conviene, con todo, á todos una mesma medicina: algunos se humillan por la consideracion de sus pecados, algunos por la consideracion de la vileza de su propio cuerpo, cuyo principio, medio y fin es polvo y ceniza, albañal de suciedad y saco de gusanos; algunos por temor del infierno, otros considerando la divina largueza en dar tantos dones á los indignos, y la ingratitud y dureza nuestra á continuamente resistirlo, para que no haga en nosotros mucho más de lo que hace. Humillaba tambien á los santos la consideracion de la divina Majestad y grandeza, y poniéndose en presencia de Dios, sentian de sí que eran nada. Aprovechábales mucho mirar los castigos que Dios ha hecho en los soberbios, como fué señaladamente el de Lucifer, lo cual nuestro Señor acordó á sus discípulos, viéndolos una vez algo levantados, diciéndoles: *Videbam Satanam, sicut fulgur de cœlo cadentem.* Allende desto, hace mucho al caso ver que todo el bien que tenemos es de Dios, sin cuya gracia ni lo podemos alcanzar ni conservar; y si el hombre considerase que todos cuantos bienes en él hay, así naturales como sobrenaturales, son prestados, no sólo no se enalteceria, mas tornarse hia tanto más humilde cuanto fuese dotado de mayores gracias, sabiendo que con las gracias juntamente cresce la obligacion; y esto es lo que san Pablo decia: ¿Qué tienes que no lo hayas rescebido? Y si lo rescebiste, ¿qué te glorias como si no lo recibieras? ¡Oh cuán loca sería la novia del aldea, si estuviese muy ufana con las ropas traidas prestadas de la ciudad! ¡Oh qué vano seria el escudero que anduviese hinchado, haciendo alarde con el caballo y armas que le prestaron! ¡Oh cuán desatinado sería el que, hecho rico por el caudal é industria que otro le dió, se usurpase algo de la gloria de las riquezas! Todo es ajeno cuanto en nosotros hay, saber, ingenio, industria, fuerza, riquezas; en fin, cuerpo y alma. Y ni más ni ménos que el hierro encendido, si rindiese al fuego lo que dél rescibió, quedaria pesado, terrestre, escuro y duro; ansí nosotros, si damos á Dios lo que de sus manos rescebimos, quedarémos nada, y sola una cosa se puede llamar propia nuestra, que es el pecado, del cual, quien se ensoberbece, más muestra rudeza é insensibilidad que malicia, pues hace materia de gloria lo que es materia de confusion. Tambien considerar que Dios libremente, sin nuestro merescimiento, nos conserva, y estamos pendientes como de un delgado hilo de sola la misericordia divina, y por otra parte, nuestra flaqueza y natural inconstancia no es pequeño remedio para humildad, y éste nos dió el Apóstol cuando dijo: «Con temor y temblor obrad vuestra salvacion, porque Dios es el que obra en vosotros el querer y el hacer por su bella gracia y libre voluntad»; y nuestro Señor, en el Evangelio, viendo á sus apóstoles algo sobresalidos, porque, habiéndose otros discípulos salido de la escuela, ellos quedaban firmes en ella, díjoles: «¿Por ventura yo no os escogí de entre todos, y uno de vosotros es diablo?» Mira cómo los quiso conservar en modestia, así por razon de la eleccion libre, como de la caida que podrian dar; pues áun de los doce, el uno, que al parecer quedaba fijo, era demonio. Con estas mismas consideraciones una alegría demasiada y un peligroso contentamiento, que suele recrecer á los incipientes de las buenas obras que hacen, se puede convenientemente remediar. Vean, allende desto, cuán poco provecho traen á su señor; consideren más, que por mucho que hagan, hacen sólo lo que les mandan, y áun aquí faltan muchas veces, que es el remedio de nuestro Redentor: *Cum feceritis omnia quæ præcepta sunt vobis, dicite: servi inutiles sumus; quod debuimus facere fecimus.* Es con éstos otro remedio singular, ver lo que Jesucristo ha hecho por tí, y en comparacion del agradescimiento que le debes, cuán poco haces aunque siempre te deshicieses en su amor, pues no has echado la hiel, ni sudado gotas de sangre, ni sido puesto en cruz por servicio de Dios. El último consejo es esconder y disimular la virtud que cada uno tuviere, lo cual es sumamente necesario á los que comienzan; porque pequeña lumbre puesta al viento, forzado es que se apague. Ecequías perdió sus tesoros porque los descubrió. El Rey de los cielos es tesoro, que quien le halla tiene gozo, pero escondido. Muchos árboles se queman por echar las flores muy temprano, muchas mujeres abortan por parir ántes del mes, muchos panes no llegan á colmo porque con la calor salieron muy presto, sin haber hecho cepa é raíz, y muchos se pierden porque sus limosnas, sus oraciones, sus lágrimas y sentimientos no los metieron debajo la tierra, ó hablando más al propio, sobre el cielo, contentándose con que solo Dios sea el testigo dellas, que ha de ser el juez y premiador. Y porque no es fácil distinguir cuándo la soberbia es pecado mortal, debemos siempre humillarnos en el acatamiento de Dios, porque algunas veces se comete sin sentirlo quien lo hace. El primer caso es gloriarse de cosa en que hubo pecado mortal, aunque podria haber alguna vez excusa; que sólo nos pretendemos jactar de alguna circunstancia, ó de ingenio, ó de industria, ó de valentía que hubo en la tal obra; mas gran peligro corre, á lo ménos del nuevo agradarnos de aquello de que nos glorificamos. El segundo, cuando se desea mayoría ó ventaja con detrimento del prójimo, como si uno codicia ser perlado sin ser para ello. El tercero, cuando el contentamiento de sí mesmo es con menosprecio del prójimo, como el del fariseo. El cuarto, cuando en la soberbia hay alguna injuria ó desprecio de Dios, como si uno resurtiese de verse sujeto á las leyes divinas, si estuviese muy hinchado y muy levantado dentro de sí, ni más ni ménos que si los bienes que tiene fuesen suyos, é no de Dios; lo cual se conosce más en sus efectos que por otras reglas que se puedan dar. El que se viere descuidado notablemente de dar gracias á Dios y de su honor, ó por el contrario, cuidoso de su propia honra, témase de grave soberbia. Quien se viere con gran seguridad del bien que tiene, sin tener miedo de lo poder perder, tema que hay en él grave soberbia.

Quien experimentára en sí una gran prontitud y facilidad en excusar sus propios defectos, y ponderar los ajenos, digo que tema; y tema aquel que, poco solícito de la patria celestial, del bien de sus prójimos, de la satisfaccion de sus pecados, pasa la vida en una confianza tan segura como si en estas cosas fuese diligente y cuidadoso; porque sin duda éstas son señales de soberbia, ó mortal, ó casi mortal, como tambien es gran argumento della una crudeza de corazon y dureza con los afligidos, una impaciencia en las adversidades, un querellarse continuamente del tratamiento que Dios le hace, un no sufrir ser tenido en poco, una indignacion terrible contra los que no hacen las cosas á nuestra voluntad; pero generalmente es mortal el apetito de la excelencia cuando se pone en ella el último fin, esto es, cuando se ama sin fin; lo cual se descubre si haciéndote una injuria, luégo te vengas; si ofreciéndose caso de honra, luégo pierdes á Dios; y entónces habrás vencido aqueste vicio, cuando deseares lo contrario que el soberbio, conviene á saber: las cosas que el mundo desprecia y abomina, como ser abatido, afrentado, afligido y vituperado de los hombres; mas la perfectísima señal sería, si vinieses á tanto desprecio de tí mesmo, que te tuvieses, no sólo por el mayor pecador del mundo, mas ocasion de todos los males del mundo, de las pestilencias, de las hambres, de los daños públicos y secretos, comunes y particulares de toda la tierra, con un grandísimo espanto que Dios te soporte siendo quien eres, y que no te trague el abismo, que no cayan rayos del cielo; no pudiendo imaginar justicia suficiente conforme á tus deméritos y culpas. Lo cual, como se pueda con verdad sentir, ora no lo escribo, porque tal doctrina no se aprende por papeles, mas Jesucristo la enseña á todos los que con humildad la piden y con perseverancia la escuchan, á quien interiormente habla con los que se convierten al corazon. Ni es mi intento inducir por esto á desesperacion, ántes á tanto mayor esperanza, cuanto la verdadera fiucia, que no es presuncion, se funda en humilde sentimiento de sí mismo; humilde sentimiento, porque á ser sólo conoscimiento especulativo é sin sentirse y palparse como en la mano, nunca la humildad está fundada de véras, la cual es fundamento del edificio cristiano.

CAPÍTULO XVI.

De la envidia.

La envidia es tristeza de la prosperidad del prójimo; porque al envidioso le paresce que los bienes ajenos menoscaban su propia honra y excelencia, y así del bien de los otros se entristece como del mal suyo; es vicio derechamente contrario á la caridad, por lo cual á la clara se concluye que do hay amor no hay envidia; y hay dos linajes ó especie della. La primera se llama humana, cuando es de cosas humanas, como de las riquezas, ó honras, ó fuerzas, ó hermosura de nuestros prójimos. La segunda es diabólica, que los teólogos nombran envidia de la gracia fraterna, cuando al hombre le pesa de los dones y gracias divinas que ve en sus hermanos, ó porque á él le faltan, y no querria ver otro el bien que en él no hay, ó porque piensa que siendo los otros dotados de virtud y excelencia, no siendo él solo y singular, perderá parte de la estima que á su juicio se le debe, y éste es uno de los pecados contra el Espíritu Santo, y por ventura el más grave de todos. Y es la una y la otra pecado mortal, si son consentidas y deliberadas; porque los movimientos de la envidia súbitos ó casi súbitos, que apénas están en nuestra mano, ó no son culpas, ó á lo ménos no son mortales. No hablo aquí de una cierta tristeza ó indignacion que pasa por los hombres celosos, cuando ven, ó ser prosperados los malos, ó ser atribulados y perseguidos los buenos; que ésta no es envidia, dado que muchas veces, como el profeta David dice, que sea peligrosa, y algunas mortal, si excede tanto, que llega á se querellar determinadamente de la divina Providencia, y rescebir notable molestia desta distribucion de bienes y males en la presente vida, la cual Dios ansí hace por su muy alto y profundo consejo, para muy grandes utilidades de los escogidos. Ni hablo tampoco de la tristeza que tenía algun bueno, viendo que la prosperidad de algun ruin es muy gran cuchillo para degollar los pobres, ni ménos hablo de algunos que se duelen del poder ajeno, con el cual injustamente son agraviados. Porque en semejantes casos, el tal pesar, tomado con templada moderacion y buen respeto, no solamente no es pecado de envidia, pero ni áun pecado. Ni es mi intencion de condenar aquella que san Hierónimo llama santa envidia, orígen y raíz de una loable penitencia, la cual me hace tener pena del bien del prójimo, no porque él le tiene, sino porque no le tengo yo. Mi intento es hablar, como toqué al principio del capítulo, de una tristeza del bien ajeno, fundada en apetito de honra propia, hija primogénita de la soberbia, madre de la murmuracion, de la detraccion é del aborrescimiento del prójimo, causa de gozo en sus adversidades, fundamento de dureza de corazon, fiera pésima; que este nombre le dió Jacob cuando, para significar irónicamente la verdadera fiera que habia comido á Josef, dijo: *Fera pessima devoravit filium meum Joseph.* Por ésta el demonio sin ninguna piedad persiguió al hombre, Caín á Abel, Saúl á David, los fariseos á Jesucristo; los cuales todos vinieron á hacer crueldades extrañas por dejarse sojuzgar deste abominable vicio; vicio miserabilísimo; porque en los otros hay algun cebo de que la voluntad se prenda, ó deleite, ó interese, ó alguna gloria; mas aquéste no tiene de qué cebarse, salvo de sí mesmo, esto es, de rancor y amargura, por ser pecado, no sólo baldío é sin fructo, pero dañoso y penoso á quien le hace; tanto, que con razon dijo el otro: Nunca los tiranos de Sicilia hallaron igual tormento para la ejecucion de su crueza, como lo es la envidia para quien en su seno la tiene: fuego de alquitran, serpiente venenosa, que no solamente se mantiene de sabandijas y animales ponzoñosos, como cigüeñas, mas cuanto ve y oye y siente de su prójimo le es tósico mortífero y pestilencial: si bien, muere de pesar; si mal, muere de placer, y no sin causa el diablo, cuyos hijos al propio son los envidiosos, cuando envidiando al hombre, le vino á tentar, vino en figura de serpiente, cuya penitencia fué que sus mesmas obras le fuesen el tormento: *Terram comedes cunctis diebus vitæ tuæ,*

et super pectus tuum gradieris. Duro y terrestre manjar, de que se sustenta la envidia, conviene á saber, tierra y melancolía; pero más duro es que sobre tan pesada comida le hagan andar al envidioso el estómago arrastrando por tierra, porque, si fué grave el comer, sea muy más grave el digerir. ¡Oh gente mezquina, que con la alegría de los otros se deshace, con la medra desmedra, con la salud enferma, con la vida muere! Y puesto que hay muchas señales en que se conosce esta enfermedad, mas la más cierta es, si cuando oyes loar á otros tus iguales, sientes algun desabrimiento, y piensas que no es tanto como dicen; si disminuyes con tus palabras ó semblante los buenos hechos y dichos ajenos; si ponderas los defectos de los otros. Brevemente la llaga mesma se descubre, porque trae dolor tan sensible, que cada uno la conocerá fácilmente, salvo si no le falta sentido. Ni, por tanto, es fácil el remedio; porque, como dice el Sabio: *Putredo ossium invidia.* Esta mala plaga corrompe y empodrece, no sólo la carne, mas tambien el hueso; esto es, ninguna virtud queda en el alma, que no la estraga. Pero, segun ya muchas veces hemos dicho, no hay mal incurable á la misericordia de Dios, junta con nuestra diligencia. Será, pues, el primer remedio poner el deseo en aquellos bienes que, poseidos de cada uno enteramente, no quitan parte alguna á los otros compañeros, cual es la felicidad de los bienaventurados en el cielo, do no se estrecha el aposento á nadie por los nuevos huéspedes que vienen, do se goza igualmente del bien y gozo ajeno que del propio. El segundo remedio es la consideracion de la vileza y poquedad deste vicio, el cual por maravilla cae, salvo en personas pusilánimes y ceviles, segun que Job afirma donde dice: *Parvulum occidit invidia.* Y de aquí vino la opinion comun á llamarle vicio de mujeres; pero yo mujer llamo al hombre afeminado y de abyecto corazon, como, por el contrario, la que tiene ánimo grande y varonil meresce muy al propio el nombre de varon. Tambien es remedio singular la consideracion de aquellas cosas que más mueven al amor del prójimo; porque, como dicho fué, la envidia es contraria á la caridad, y con un contrario se cura otro; y si alguno quisiere saber cuáles sean los motivos más vehementes para amar á nuestros hermanos, espérelos de otro tratado, porque éste su poco á poco ha crescido más de lo que yo al principio creí. Así que, por concluir este capítulo, digo que la última y suma medicina de la envidia es curar al alma de soberbia; porque no se entristecerá de la excelencia ajena quien no deseáre la propia, salvo si no fuere tan mal acondicionado, que no quiera el bien y honra en los otros porque no lo quiere en sí; pero áun esto es soberbia; que el verdadero humilde, de tal manera desecha la gloria humana de sí, que la rinde de buena gana á los otros.

CAPÍTULO XVII.

De la victoria universal de todos los vicios.

No debe el hombre desmayar de no poder conseguir la victoria de sí mismo, cuando se siente de tantos contrapesos de malas inclinaciones agravado; porque, como en el primer capítulo deste nuestro tratadillo dijimos, la bondad divina todos estos impedimentos nos convierte en mayor bien de nuestras almas, y si Dios esto no pudiese hacer, nunca habria jamas en nosotros permitido semejantes pasiones, las cuales de su naturaleza no son malas, y hacen nuestras culpas más excusables, donde el ángel no fué de Dios redimido, porque caresciendo de aquestas naturales y flacas inclinaciones, tuvo ménos ocasion de pecar. Allende desto, consérvannos en humildad; porque si áun con tan grandes y muchos contrapesos nos levantamos sobre nosotros, qué hiciéramos á hallarnos libres dellos? Toda esta agua fué menester para templar la confianza y presuncion que de nuestras fuerzas tenemos. Hácenos tambien cautos, dándonos recelo de nuestra natural flaqueza, y si al fin caemos, danos una cierta esperanza de la divina misericordia, como el profeta David se disculpaba con Dios por ser concebido en pecado, y con mayor fiucia pedia que se le perdonase. Y áun son las pasiones unas espuelas para que el alma se desgane de la morada del cuerpo, y más ahincadamente desee la patria celestial, do caresciá de las vejaciones é importunidades de la carne; que sintiendo esto san Pablo, decia: «Desdichado de mí! ¿quién me librará de aqueste cuerpo mortal?» Y el profeta David: «Saca, Señor, mi alma desta cárcel.» Finalmente, nos son gran motivo para que, desconfiados de nosotros, demandemos continuamente á Dios socorro, y frecuentemos la oracion con una ánsia humilde, que es uno de los mayores bienes que en esta vida presente podemos poseer; porque para vencer á sí mismo es necesaria fuerza sobre sí mismo, esto es, gracia y virtud sobrenatural, la cual, si de nosotros no halla estorbo, de sí se ingiere en nuestros corazones, y al fin tiene fuerzas para vencer y trocar la naturaleza, si de nuestra parte hacemos un santo y firme propósito, y sólo por amor de Dios, y no por otro algun respeto; digo que sea firme y que no sea extranjero, sino doméstico; no peregrino, sino permanesciente; ni pasajero, sino perseverante, y tantas veces confirmado, cuantas en nosotros se entibiare ó enflaquesciere. Ni basta vencerse con sola la imaginacion, sino con el efecto; ni de un solo vicio, sino de todos, porque si la victoria no es entera, de una pequeña raíz que quede nascerán las otras malas plantas, y de una pasion brotarán muchas. Por tanto, conviene con diligencia vencer á las mayores si queremos enseñorearnos de las menores, y aquellas vencidas, no hay que nos asegurar; porque las chicas, ó ellas mesmas crescen y se hacen muy grandes, ó despiertan á las grandes. Y si por ventura han pasado por ti muchos años sin tratar deste ejercicio, debes considerar cuánta merced de Dios ha sido el esperarte, y no desfallezcas ni te asombre el comenzarlo tarde; pues Dios no está atado al tiempo, ántes en un punto nos puede hacer santos, y podria haber en nosotros tanto arrepentimiento del pecado y tan firme propósito de la enmienda, que en un momento se nos perdonase toda la culpa y la pena. Así que, si hasta aquí has sido negligente y perezoso en te vencer á ti mesmo, vuelve en ti y despierta del sueño, haciéndote tanto más diligente y solícito, cuanto en el tiempo pasado ménos lo has sido y en el por venir ménos espacio te queda para bien

obrar. Bien es verdad que, segun el curso ordinario, ninguno es ni bueno ni pésimo en sumo grado, salvo en discurso de tiempo y con muchos actos, que se convierten en hábito, y si alguno bueno se ve dar gran caida de repente, téngase por líquido y averiguado que cualque imperfeccion estaba en él escondida, la cual con el caer repentino se descubre; en el cual peligro están mayormente aquellos que son de alto ingenio; porque no se satisfacen de cosas bajas, mas se divierten en várias conversaciones y recreaciones, entre las cuales se suele asaz resfriar el hervor, y el demonio con cien mil mañas y modos ocultos ingerirse; y si quieres señal con que conozcas en tí la victoria universal de todos los vicios, mira si tu voluntad es tanto á la divina conforme, que sin resistencia de cualquiera cosa que te avenga eres contento, siendo Dios servido della. A la hora sentirás el favor é ayuda de Dios en todo, y un contínuo aspirar al sumo grado de la perfeccion. A la hora aborrescerás todo aquello con que has ofendido á Dios, como las potencias sensitivas, que fueron instrumentos de la ofensa, y desearás dellas pugnicion, haciendo en ellas una rigurosa justicia. A la hora los ángeles se deleitarán con tu conversacion, y sentirás muy á menudo su presencia. A la hora penetrará tu victoria del infierno al cielo, porque con ella, á aquél harás triste, y á éste alegre; el cielo te favorescerá, y el infierno te habrá miedo. De la diestra habrás vencido todo deleite, de la siniestra desearás todo tormento; en pos de tí dejarás toda cosa terrena, delante no verás otro que Dios; ya no te parescerá duro refrenar la gula, sojuzgar la ira, sopear la soberbia, y abrazar la desnuda cruz de nuestro Señor y Redentor Jesucristo, en la cual toda cosa muy difícil, no sólo te será muy fácil, pero áun suave y muy suave. E si á semejante estado fueres venido, da gloria á Dios, y si no, no te falte el corazon, mas persevera, como he escrito, en combatir contra tí mesmo, porque en mano de Dios está darnos esta perfeccion, á la cual él mismo nos convida; y daréla sin duda á quien obstáculo no pusiere, porque su convite no sea vano.

CAPÍTULO ÚLTIMO.

Del remedio universal á todo vicio.

Cuando los hijos de Israel de la muchedumbre de venenosas serpientes fueron en el desierto heridos, á ruego de Moisén proveyó Dios aqueste remedio general á la ponzoña, que hecha una sierpe de bronce, y puesta sobre un alto madero, todos los mordidos atentamente la mirasen; porque de sólo fijar los ojos en la serpentina estatua sanarian de sus llagas, cualesquiera que ellas fuesen. Por lo cual figurativamente se nos muestra, si queremos de la herida del pecado ser libres, que debemos con atencion considerar al inocente á ley de nocente crucificado. En la cual consideracion sanarémos de todos los vicios y pasiones de nuestras almas. Y discurriendo por cada una dellas por el mesmo órden que arriba guardamos, si del vicio de la gula eres tentado, guarda bien al crucifijo en su postrimera agonía, no digo de delicados manjares, no de escogidos vinos, mas áun de una jarra de agua haber sido duramente privado, y de hiel y vinagre haber sido amarguísimamente abrevado. Confúndete de te dar á comer y beber, do tu Criador sufre tan penosa sed; ten vergüenza de regalar el gusto que tu Redentor tan ásperamente trata; afréntate de engrasar la tu corruptible carne, despues que el Hijo de Dios la suya inocentísima, por tu respecto, tiene en durísima cruz suspensa. En esta misma vista tambien vencerás la lujuria, si adviertes tu cuerpo no ser ya tuyo, mas de Cristo, que con tan costoso precio lo ha comprado, y de habitacion del demonio, lo ha vuelto en templo del Espíritu Santo. ¿Será, pues, bien los miembros que son de Cristo hacerlos de una sucia mujer, echado en el cieno un tan precioso tesoro? ¿Será bien procurar deleites torpes do tu Señor padesce tantos y tan extraños tormentos? ¿Será bien la vasija en que Jesucristo tiene depositada su sangre, hinchirla de asquerosa y abominable delectacion? Que la avaricia, bien que parezca incurable, con contemplar al crucifijo se sana; porque allí te enseña dejar el amor de las cosas superfluas, no teniendo él ni áun las necesarias; y ciertamente él era Dios de las riquezas, pero murió en suma pobreza; porque veas cuánto importa al cristiano, para libremente en aquella postrera hora depositar el espíritu en las manos del Padre, tenerle libre de los cuidados de la hacienda. ¡Oh cuán mal conviene al siervo la solicitud de la riqueza, la cual desprecia su Señor! ¡Oh cuán mal dice al discípulo encoger y apretar las manos á los pobres, las cuales el Maestro extiende y abre para todo el mundo! ¡Oh cuán gran dureza es del cristiano cerrar sus entrañas á los necesitados, do su Redentor las rasga para que en las aberturas veamos cuál es él con nosotros, y seamos nosotros tales con nuestros prójimos! Y ¿qué quieres tú hacer del tesoro de la tierra, si él con su sangre te compra el tesoro del cielo? ¿Cómo no das el dinero á quien tu Dios da la vida? ¿Cómo no repartes la hacienda á quien Jesucristo dió, no parte, sino toda la sangre que tenía? Pues si eres colérico, y por cualquiera ocasion sales en palabras de desden, guarda, yo te ruego, al Hijo de Dios entre tantas injurias injustamente á él hechas, no de los extraños, mas de los suyos mesmos, á los cuales habia hecho infinitos beneficios en aquel mesmo tiempo en que era actualmente injuriado, cuando las llagas estaban más frescas, los dolores más recientes, los tormentos más crecidos, romper el silencio del sufrimiento pasado con una tan suave palabra: «Padre, perdónales, que no saben lo que hacen.» Y ciertamente otra cosa que la lengua, seca y abrasada de la sed, no le habia quedado; mas no quiso quedase ociosa, porque sangre y clamor conviniesen en uno, no á pedir venganza, sino á pedir misericordia. Podia, convocados muchos ejércitos de ángeles, vengar una tan injusta injuria, pero no lo hizo; ántes guardando él mesmo sus reglas, no solamente no se ensaña, ni amenaza ni maldice á los enemigos; mas da beneficio por maleficio, y palabras amorosas por las injuriosas que le decian. Tenía abiertas las espaldas, mesados los cabellos y peladas las barbas, escupido el rostro, espinada la cabeza, barrenados los piés, las manos agujeradas; y como cordero delante quien le degüella, como yunque á los golpes de los martillos, calla, sufre, disimula, é

ya que habla, no echa maldiciones, no demanda justicia de sus contrarios, ántes pide al Padre que los bendiga, diciendo: *Pater, ignosce illis*, etc. ¿Qué es, Señor, lo que dices? ¿Cómo excusas lo que ninguna excusa tiene? ¿Cómo deshaces la gravedad de clara malicia con títulos y nombres de ignorancia? Y ¿cómo será verdad lo que dijiste: «Si no viniera y no les habláre, tuvieran desculpa de no saber; mas agora ven, y aborrescen lo que ven»? ¿Qué lugar de ignorancia podia haber do los ángeles publican tu nascimiento, los pastores te adoran, los magos te reconoscen, los doctores del templo de tus preguntas y respuestas se maravillan; do san Juan Bautista públicamente pregona: *Ecce agnus Dei;* do las gentes, con admiracion de ver hablar maravillas, dicen: *Nunquam sic locutus est homo;* do viendo resuscitar los muertos, confiesan: *Quia hic est verè propheta qui venturus est?* ¿Qué razon hay de dubdar do los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los perláticos corren? Y haciendo tus obras, nunca hechas, en virtud del Espíritu Santo, lo atribuyen al demonio. Qué ignorancia puede haber do Pilatos á la clara conosce que por envidia te entregan á sus manos? é ya que no conociesen tu deidad, pero no pueden ignorar tu humanidad, tu mansedumbre, tu clemencia, tu misericordia, tu santidad, tu inocencia. ¿Qué es luego, Señor, lo que dices: *Ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt?* Podrás interponer tu auctoridad, tu valor, tu sangre; pero alegar excusas de ignorancia, yo no veo qué color pueda tener. ¡Oh ejemplo de mansedumbre increible! Oh paciencia inestimable! ¡Oh confusion de los que exageran y acriminan las ofensas contra ellos cometidas! Mirémosle aquí todos abogado en la causa de sus enemigos, y cómo disminuye la culpa muy mejor que ellos mesmos lo pudieran hacer, para mostrarnos desculpar á nuestros prójimos cuando nos ofendieren, y que á lo ménos no encarezcamos sus delictos haciendo de ignorancia malicia, pues él, á la que pudiera llamar malicia, llama ignorancia. ¡Oh cuán ligeramente soportarémos, si miramos este dechado, las palabras dichas contra nosotros! ¡Oh cuán fácil será la tolerancia de las injurias, si imprimimos tal ejemplo en nuestra imaginacion! El espíritu de la tristeza, si tú lo quieres perfectamente sobrepujar, contempla á Cristo crucificado, el cual en su último dolor y congoja, con una delicada y amorosa querella se vuelve al Padre, diciendo: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* ¿Quieres ver que no es queja de enojado ó mal sufrido corazon? Mira la blandura de aquel *mio*, dos veces tan tiernamente repetido: Dios mio, Dios mio. ¿Quieres ver que no es dicho de hombre desesperado? Mira lo que añade: *In manus tuas commendo spiritum meum.* ¡Oh cuánta confianza rescibe el alma en aquesta consideracion, y cómo sintiéndose venir á ménos, redobla las fuerzas, y cayendo, se fortalesce! Porque en el crucifijo aprende que cuando más fatigada se halláre, cuando con mayor desesperacion, entónces se ha de volver á Dios y proponerle: «Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?» No para querellarse de la justicia de Dios, la cual es justa en todas las tribulaciones que nos diere; no para le pedir cuenta de lo que hace, pues de su hechura puede hacer á su voluntad; sino para le suplicar que le dé á entender las causas por que le aflige y atribula: si es para purgarla, para enmendarla, ó para humillarla, ó para ejercitarla. ¡Oh alma mia! y ¿cómo será posible que te dejes sopear de la acidia, reguardando aquella sangre que por tí fué derramada? Si tú desconfias de poder vencer á tí mesmo, con aquella sangre podrás sobre tu poder, y las cosas imposibles te serán fáciles. Si tú temes de no alcanzar alguna gracia, atiende á aquella sangre, y verás que quien tal te da, nada te podrá negar. Si la pereza te induce al sueño y negligencia, levanta los ojos al crucifijo, mira que no tiene áun dónde recline su cabeza. Si te hallas flojo y descaido, mírale descoyuntado, y que con los piés clavados sufre el peso de todo el cuerpo; mírale que podria fácilmente descender de la cruz, siquiera para se asentar en tierra, y está fijo en los tormentos por llevar adelante la obra comenzada. Y ¿cómo esperas tú, restando en ocio, vencer al demonio, si el Hijo de Dios, siendo sin pecado, no teniendo rebelion de su carne, vivió en continuos trabajos y dolores? Ciertamente si fijas la vista en la ocupacion y ejercicio del Crucificado, habrás empacho de ser tibio y ocioso, alimentando tu descaimiento y poquedad so color de la divina clemencia; ni so cubierta de misericordia reinará en tí la tibieza, pues que el Señor tuyo infatigablemente ha procurado la tu salud, nunca jamas cansándose, hasta que rindió al Padre el espíritu, aparejado y ganoso de más sufrir, si la flaca carne lo pudiera llevar. Y ¿cómo podrás tener ocio y descuido á la presencia de la cruz, llena de amor y solicitud por te salvar? ¿Cómo podrás tomar pasatiempo y recreacion en la vista de Jesucristo, atormentado por tu causa? La envidia sin mucha dificultad la desterrarás de tí, contemplando la benignidad del crucifijo, tan general con todos; el amor tan universal, sin eceptar ni áun á los enemigos; la sangre derramada porque los otros sean buenos, la honra perdida por darnos á todos gloria. Ultimadamente, como la soberbia es el peor vicio de todos, así más que todos con el contínuo mirar al crucifijo será sopeada; si la vanagloria te impugna, contempla á tu amorosísimo Señor, no de bellas vestiduras adornado, mas de todo desnudo y afeado, todo ignominioso y despedazado. Mírale, no de guirnaldas floridas su cabeza coronada, mas de agudas espinas traspasada. No trae en la garganta cadena de oro, sino las señales de la ñudosa soga; la su delicada faz, no de olorosos ungüentos, mas de hidionda saliva está llena. No los cabellos compuestos, no la barba emprensada, no otra color, salvo los cardenales de los azotes; no otra agua, salvo la sangre con que de piés á cabeza está bañado. Contempla un poco el su divino aspecto escurescido, los ojos lagrimosos, la frente sanguina, las mejillas descoloridas, la cabeza inclinada, los brazos tendidos, el costado abierto, los piés rasgados, las manos rotas. Contémplalo, digo, y hallarás que do toda parte te predica humildad. Oh mortal superbo! Si en aqueste espectáculo estás entero, serás más duro que las piedras, porque áun ellas se quebrantaron. Si aquí no tiemblas, serás más insensible que la tierra, porque áun ella hizo sentimiento. Si ocupado en pensar tu grandeza, no adviertes á la del Crucificado, serás más pagano que el Centurion, el cual dijo: *Verè Filius Dei*

erat iste. Si el corazon tuyo en aquesta vista se queda yerto y empedernido, serás más fiero que la turba, la cual, asombrada de ver las señales que se hacian, heria su pecho con confusion de lo que pasaba. Oh hombre! Si el Hijo de Dios es ansí bajo, quieres tú ser altivo? Si él es pacífico, quieres tú ser arrogante? Si él huella la honra, quiéresla tú adorar? Si la desprecia Dios, ¿por qué la tienes en tanto? Abaja miserablemente tu orgullo y escoge el postrer lugar, pues tu Señor escogió la cruz. Confúndete, vilísima criatura, de no seguir á Cristo, por tí crucificado. Si eres vil, por qué te hinchas? Si eres noble, ¿por qué no imitas al que es alto sobre toda alteza? Si quieres gloria, ¿cuál mayor que seguir al Dios de la gloria? Si quieres ciencia, sabe que ésta es única filosofía: llégate á la cátedra de la cruz, é oirás la postrimera licion del divino Maestro. Lee, yo te amonesto, el libro del crucifijo, y hallarás en él todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios; pero mira que dice *escondidos*, porque infinitos secretos tiene la cruz reservados para sus estudiantes y discípulos. Estudia, yo te digo, en el crucifijo, el cual te dará la perfecta victoria de tí mismo, y te hará, como un otro san Pablo, crucificado al mundo, y el mundo á tí. Amén.

DOÑA OLIVA SABUCO DE NÀNTES BARRERA.

JUICIOS CRÍTICOS.

I. — DEL DOCTOR DON MARTIN MARTINEZ, MÉDICO DE FAMILIA DEL REY NUESTRO SEÑOR, EXAMINADOR DEL PROTOMEDICATO, EX-PRESIDENTE DE LA RÉGIA SOCIEDAD DE SEVILLA Y PROFESOR PÚBLICO DE ANATOMÍA, ETC.

(En la edicion de las obras de doña Oliva de Sabuco.—Madrid, 1728.)

Como nada se opuso más al descubrimiento del Nuevo Mundo que el errado concepto de que ya todo estaba descubierto, así nada se ha opuesto más en nuestras escuelas á la comprension de la naturaleza, que la falsa suposicion de que ya estaba comprendida. Contra este perjudicial supuesto, tuvo valor esta insigne española á escribir un nuevo sistema de medicina, áun en aquel feliz siglo (que se pudo llamar *Augusteo* de España) en que eminentemente florecieron todas las ciencias y buenos artes, borrando el *non plus ultra*, y venciendo las gloriosas columnas que Aristóteles y Galeno habian puesto por último término de las verdades. En aquellos felices tiempos en que los Vegas y los Valles ilustraban el mundo con sus obras, tuvo aliento esta mujer de decirle á Felipe II, su soberano, que Aristóteles y los demas filósofos no habian entendido la naturaleza del hombre, y que su médico, aquel florido Valle de Sabiduría, si miraba con reflexion su libro, no sólo podia escribir de nuevo sus controversias, sino toda la medicina.

Yo no me atreveré á decir tanto; pero diré que es bien extraño que se celebre de Aristóteles hasta lo que no se entiende, y que nuestros filósofos no se atrevan á ser transgresores de sus textos sin la vénia de una interpretacion, como si fueran cánones de concilio. Diré tambien que la física y medicina ni estuvieron, ni áun están, ocupadas, y que muchísimos fueran grandes médicos y filósofos, si no creyeran que ya lo eran. Tan léjos está de que se tenga en doña Oliva por temeridad querer sacar estas facultades del estrecho recinto á que las tenía reducidas la preocupacion.

Sucedióla á nuestra doña Oliva lo que al gran Colon, que el éxito hizo despues gloriosa la invencion que la ceguedad reputó ántes por ridícula. Entre las asperezas de Sierra Morena fertilizó esta Oliva el orbe de las letras. Su pensamiento pareció sólo sibílico furor de una fecunda imaginativa; pero los experimentos de nuestro siglo (como ella misma pronosticó) ya le han reducido á sistema. El doctísimo Encio (en cuya boca, si creemos á Carleton, parece que hablaba la misma sabiduría) y toda su sociedad inglesa, sobre la bella fantasía de esta mujer fabricaron el famoso sistema del suco nervoso, aunque incurrieron en la negra nota de no nombrarla; pues es muy de creer que, habiendo escrito en tiempo de Felipe II, y dedicado al Rey su libro, cuando este príncipe pasó á Inglaterra, pasase la tal obra, de donde disfrutaron los ingleses la India que esconde en tan breves hojas, haciéndola más suya que del país que la produjo. Yo solo en este tiempo he procurado volver á mi patria, y establecer en ella el tesoro usurpado. Bien podrán impugnar la opinion de doña Oliva y mia, pero no me podrán negar que en defender la opinion de una dama, si ella fué el Colon, soy yo el Cortés.

En la *Anatomía completa*, que voy á dar al público, sostengo esta hipótesis, fundada sobre la historia de la naturaleza misma, aclarando la oscuridad que la dió la ruda anatomía de aquellos siglos. Hay quien dice que esta obra no fué de mujer; yo estoy persuadido á que sí, porque el soberano á quien se dedicó fué demasiado grave y circunspecto para que, en materia tan importante

y séria, nadie se atreviese á hablarle disfrazado; pero, fuese quien fuese, lo cierto es que no le bastó el implorado auxilio para que se probase su método. ¡Oh desgracia, que no se consulte la experiencia sobre la duda, y que la terquedad sobre la conjetura funde dogma! En fin, repito de esta obra lo que la misma autora generosamente dijo: que «este libro solo faltaba, como otros muchos sobran.» Cuantas objeciones se propongan contra esta hipótesis, ilustrada con las nuevas luces que hoy tenemos.

Expediam: et primæ revocabo exordia pugnæ.

II. — DEL SEÑOR MOSÁCULA.

(*Elementos de fisiología especial humana.*—Tomo II.—Madrid, 1830.)

Alibert, en su *Fisiología de las pasiones, ó nueva doctrina del sentimiento moral*, reduce todos los fenómenos á tres clases: 1.ª los que se refieren á la conservacion del individuo; 2.ª los que proporcionan al hombre relaciones con los objetos que le rodean; y 3.ª aquellos por los cuales asegura la conservacion de la especie. El autor del análisis de esta obra, ademas de considerarla escrita con método, claridad y energía, dice que se encuentran en ella conocimientos de que carecen los publicados por Hume, Smith y otros que no han tenido ocasion, como Alibert, para estudiar al hombre, así en el estado de salud como en el de enfermedad. Añade que á esto se debe, sin duda, una produccion literaria en que asocia á la novedad de los pensamientos y agudeza del espíritu, el estilo ardiente que caracteriza las obras de ingenio. No estoy distante de creer, con el analizador de esta obra, verdaderamente recomendable, que sea una produccion original del citado Alibert; pues otras muchas que ha dado á luz, y el distinguido concepto facultativo que ha merecido, le hacen juzgar capaz de esto y áun más; pero tampoco puedo omitir, en obsequio de la literatura española, que algunos siglos ántes de la publicacion de la *Fisiología de las pasiones*, ya se imprimió en España una obra, que si no es muy semejante, tampoco es demasiado diferente.

En efecto, en 1587 se imprimió en Madrid, y dedicó al rey don Felipe, segundo de este nombre, una obra intitulada *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, etc., escrita por doña Oliva Sabuco de Nantes Barrera..... Empieza el análisis de las facultades afectivas ó pasiones con un coloquio del conocimiento de sí mismo, en el cual hablan tres pastores filósofos en vida solitaria, y nombrados Antonio, Veronio y Rodonio. En él, despues de aclarar aquel dicho, escrito con letras de oro en el templo de Apolo, *Nosce te ipsum*, se trata de los afectos de la sensitiva, que obran en algunos animales; del enojo y del pesar, de la ira y su remedio, de la insinuacion retórica, de la tristeza, del miedo y del temor, del amor y deseo, del placer y alegría, etc., hasta llegar á manifestar las mudanzas que inducen en el hombre los alimentos y otros agentes.

De esto, como del tiempo de la obra, se deduce que los antiguos españoles no ignoraron una gran parte de lo que recientemente ha publicado Alibert; que si este erudito profesor no ha tenido presente para la composicion de su obra la de doña Oliva, sino que ha sido pensamiento original, tambien nos será permitido decir que 238 años ántes que el autor frances, una española literata descubrió, con bastante precision y con el método que proporcionaban los conocimientos de aquella época, la filosofía de los afectos, ó fisiología de las pasiones.

III. — DE DON ANTONIO HERNANDEZ DE MOREJON.

(*Historia bibliográfica de la Medicina española.*—Madrid, 1843.—Tomo III.)

En efecto, doña Oliva tenia una imaginacion fecunda, brillante, fuerte; y aunque su obra abunda de metáforas y alegorías, es preciso considerar que el estilo que requieren los diálogos en que escribió, y los sujetos que intervienen en sus coloquios, lo exigen así..... Tiene esta escritora otro mérito singular, que le dará siempre un derecho á la gloria, y es el haber discurrido un tratado de las cosas con que se puede mejorar la república, que forma una especie de higiene ó policía *civil, cuyos preceptos* debian tener á la vista los príncipes y legisladores. He dicho muchas veces

en la cátedra que el tratado de las pasiones, escrito por esta mujer, era superior, atendiendo al tiempo en que lo escribió, á la misma obra de Alibert.

Es tambien doña Oliva digna de alabanza por haber vislumbrado muchos fenómenos fisiológicos, debidos á la lectura de las obras de Hipócrates, Platon, Eliano y otros médicos y filósofos antiguos.

IV.—DEL SEÑOR DON ANASTASIO CHINCHILLA.

(*Anales históricos de la Medicina en general, y biográfico-bibliográficos de la española en particular.*—Tomo I.)

El *Coloquio de la naturaleza del hombre:* éste es el tratado de las pasiones, del cual hablan muchos historiadores, tanto nacionales como extranjeros; es sumamente interesante, y me reputaria criminal si no diese á mis lectores un extracto de él, para que, en su vista, puedan juzgar de su mérito, y porque, ademas, es obra que llegará á ser muy rara.

Si nada hubiese escrito más que el tratado de las pasiones, hubiera bastado para inmortalizar esta obra: ella es digna de ocupar un sitio distinguido en la librería de todo literato, pues es uno de aquellos que jamas mueren, y se leen siempre con gusto y provecho.

DOÑA OLIVA SABUCO DE NÀNTES BARRERA.

CARTA DEDICATORIA AL REY NUESTRO SEÑOR.

Una humilde sierva y vasalla, hincadas las rodillas en ausencia, pues no puede en presencia, osa hablar. Dióme esta osadía y atrevimiento aquella ley antigua de la alta caballería, á la cual los grandes señores y caballeros de alta prosapia, de su libre y espontánea voluntad, se quisieron atar y obligar, que fué favorecer siempre á las mujeres en sus aventuras. Dióme tambien atrevimiento aquella ley natural de la generosa magnanimidad, que siempre favorece á los flacos y humildes, como destruye á los soberbios. La magnanimidad natural, y no aprendida, del leon (rey y señor de los animales) usa de clemencia con los niños y con las flacas mujeres, especial si, postrada por tierra, tiene osadía y esfuerzo para hablar, como tuvo aquella cautiva de Getulia, huyendo del cautiverio por una montaña donde habia muchos leones, los cuales todos usaron con ella de clemencia y favor, por ser mujer y por aquellas palabras que osó decir con gran humildad. Pues así yo, con este atrevimiento y osadía, oso ofrecer y dedicar este mi libro á vuestra Católica Majestad, y pedir el favor del gran Leon, rey y señor de los hombres, y pedir el amparo y sombra de las aquilinas alas de vuestra Católica Majestad, debajo de las cuales pongo este mi hijo, que yo he engendrado, y reciba vuestra Majestad este servicio de una mujer, que pienso es el mayor en calidad que cuantos han hecho los hombres, vasallos ó señores, que han deseado servir á vuestra Majestad; y aunque la Cesarea y Católica Majestad tenga dedicados muchos libros de hombres, á lo ménos de mujeres pocos y raros, y ninguno de esta materia. Tan extraño y nuevo es el libro, cuanto es el autor. Trata del conocimiento de sí mismo, y da doctrina para conocerse y entenderse el hombre á sí mismo y á su naturaleza, y para saber las causas naturales por qué vive y por qué muere ó enferma. Tiene muchos y grandes avisos para librarse de la muerte violenta. Mejora el mundo en muchas cosas, á las cuales, si vuestra majestad no puede dar órden, ocupado en otros negocios, por ventura los venideros lo harán; de todo lo cual se siguen grandes bienes. Este libro faltaba en el mundo, así como otros muchos sobran. Todo este libro faltó á Galeno, á Platon y á Hipócrates en sus tratados *De natura humana*, y á Aristóteles cuando trató *De anima* y *De vita et morte*. Faltó tambien á los naturales, como Plinio, Eliano y los demas, cuando trataron *De homine*. Ésta era la filosofía necesaria, y la mejor y de más fruto para el hombre, y ésta toda se dejaron intacta los grandes filósofos antiguos. Ésta compete especialmente á los reyes y grandes señores, porque en su salud, voluntad y conceptos, afectos y mudanzas, va más que en las de todos. Ésta compete á los reyes, porque conociendo y entendiendo la naturaleza y propiedades de los hombres, sabrán mejor regirlos y gobernar su mundo, así como el buen pastor rige y gobierna mejor su ganado cuando le conoce su naturaleza y propiedades. De este *Coloquio del conocimiento de sí mismo y naturaleza del hombre*, resultó el diálogo de la que *Vera medicina* allí se vino nacida, no acordándome yo de medicina, porque nunca la estudié; pero resulta muy clara y evidentemente, como resulta la luz del sol, estar errada la medicina antigua, que se lee y estudia, en sus fundamentos principales, por no haber entendido ni alcanzado los filósofos antiguos y médicos su naturaleza propia, donde se funda y tiene su orígen la medicina. De lo cual, no solamente los sabios y cristianos médicos pueden ser jueces, pero áun tambien los de alto juicio de otras facultades, y cualquier hombre hábil y de buen juicio, leyendo y pasando todo el libro; de lo cual, no solamente sacará grandes bienes en conocerse á sí mismo y entender su naturaleza, afectos y mudanzas, y saber por qué vive ó por qué muere ó enferma, y otros grandes avisos para evitar la muerte violenta, y cómo podrá vivir feliz en este mundo, pero áun tambien entenderá la medicina clara, cierta y verdadera, y no andará á ciegas con ojos y piés ajenos, ni será curado del médico como el jumento del albéitar, que ni ve ni oye

ni entiende de lo que curan, ni sabe por qué ni para qué. Pero especialmente los médicos de buen juicio, cristianos, libres de intereses y magnánimos, que estimen más el bien público que el suyo particular, luégo verán de léjos relucir las verdades de esta filosofía, como relucen en las tinieblas los animalejos lucientes en la tierra, y las estrellas en el cielo; y el que no la entendiere ni comprendiere, déjela para los otros y para los venideros, ó crea á la experiencia, y no á ella, pues mi peticion es justa, que se pruebe esta mi secta un año, pues han probado la medicina de Hipócrates y Galeno dos mil años, y en ella han hallado tan poco efecto y fines tan inciertos como se ve claro cada dia, y se vido en el gran catarro, tabardete, viruelas y en pestes pasadas, y otras muchas enfermedades, donde no tiene efecto alguno, pues de mil no viven tres todo el curso de la vida hasta la muerte natural, y todos los demas mueren muerte violenta de enfermedad, sin aprovechar nada su medicina antigua. Y si alguno, por haber yo dado avisos de algunos puntos de esta materia en tiempo pasado, ha escrito ó escribe, usurpando estas verdades de mi invencion, suplico á vuestra Católica Majestad mande las deje, porque no mueva á risa, como la corneja vestida de plumas ajenas. Y no se contente vuestra Majestad con oirlo una vez, sino dos y tres; que cierto él dará contento y alegría, y gran premio y fruto. Tuve por bien de no enfadar con la ostentacion de muchas alegaciones ni refutaciones, porque éstas impiden el entendimiento y estorban el gusto de la materia que se va hablando. Cuan extraño, más alto, mejor y de más fruto es este libro que otros muchos, tan extrañas, mejores y extraordinarias mercedes espera esta humilde sierva de vuestra Majestad, cuyas reales manos besa, y en todo, próspero suceso, salud, gracia y eterna gloria desea.

Catholicæ tuæ Majestatis ancilla,

DOÑA OLIVA SABUCO DE NÁNTES BARRERA.

CARTA EN QUE DOÑA OLIVA PIDE FAVOR Y AMPARO CONTRA LOS ÉMULOS DESTE LIBRO.

Al ilustrísimo señor don Francisco Zapata, conde de Barajas, presidente de Castilla y del consejo de Estado de su Majestad, doña Oliva Sabuco, humilde sierva, salud, gracia y eterna felicidad desea.

Cosa natural es, ilustrísimo señor, que la semejanza en condicion y estudio causa amor, aficcion y deseo de servir; pues como yo vea en vuestra señoría ilustrísima un cuidado y estudio tan extraño y raro, tan olvidado y que tan pocos lo tienen, que es mejorar este mundo y sus repúblicas de muchas y grandes faltas que en él hay, con un ingenio tan alto y raro, que para conocerlas y enmendarlas es bastante, con juicios y sentencias que vencen las de Solomon y deshacen los engaños y versucias humanas, aventajándose siempre, imitando aquel antiguo oficio de su generosa y alta prosapia, en favorecer y servir á su rey y señor; y en esto, yo en mi manera, indigna de tal cuidado, como sombra siga las dichosas pisadas en este deseo muchos años há; acordé encomendar esta obra y pedir favor á vuestra señoría ilustrísima, aclarando y significando dos yerros grandes, que traen perdido al mundo y sus repúblicas, que son: estar errada y no conocida la naturaleza del hombre, por lo cual está errada la medicina; y este yerro nació de la filosofía y sus principios errados, por lo cual tambien gran parte, y la principal, de la filosofía, está errada. Y de lo uno y de lo otro, lo que se lee en escuelas no es así, y traen engañado y errado al mundo con muy grandes daños. Todo lo cual, si el Rey nuestro señor, y vuestra señoría ilustrísima en su nombre, fuese servido de concederme su favor y mandar juntar hombres sabios (pues es cosa que tanto monta para mejorar este mundo de su Majestad, y mejorar el saber, salud y vida del hombre), yo les probaré y daré evidencias cómo ambas cosas están erradas, y engañado el mundo, y que la verdadera filosofía y la verdadera medicina es la contenida en este libro, que yo, indigna, ofrezco y encomiendo á vuestra señoría ilustrísima (que representa la persona real), y pongo debajo de sus alas y amparo, y á mi con él; que aunque de tal favor me siento indigna, á lo ménos es negocio tan alto y que tanto monta al mundo y al servicio de su Majestad, merezca el alto favor y amparo de vuestra señoría ilustrísima, para dar luz de la verdad al mundo y para que los venideros gocen de filosofía y de la alegría y contento que consigo tiene; pues los pasados no gustaron sino de obscuridad y tormento, que los falsos principios causaron; y así un yerro nació de otro. *Vale.*

Omnia vincit veritas.

SONETOS EN ALABANZA DE LA AUTORA Y DE LA OBRA,

COMPUESTOS POR EL LICENCIADO DON JUAN DE SOTOMAYOR, VECINO DE LA CIUDAD DE ALCARAZ.

Oliva, de virtud y de belleza,
Con ingenio y saber hermoseada;
Oliva, do la ciencia está cifrada
Con gracia de la suma eterna alteza;
Oliva, de los piés á la cabeza
De mil divinos dones adornada;
Oliva, para siempre eternizada
Has dejado tu fama y tu grandeza.
La oliva en la ceniza convertida,
Y puesta en la cabeza, nos predica
Que de ceniza somos y serémos;
Mas otra Oliva bella, esclarecida,
En su libro nos muestra y significa
Secretos que los hombres no sabemos.

Los antiguos filósofos buscaron,
Y con mucho cuidado han inquirido
Los sabios que despues dellos ha habido,
La ciencia, y con estudio la hallaron;
Y cuando ya muy doctos se miraron,
Conocerse á sí propios han querido,
Mas fué trabajo vano y muy perdido,
Que deste enigma el fin nunca alcanzaron;
Pero, pues ya esta Oliva generosa
Da luz y claridad y fin perfecto
Con este nuevo fruto y grave historia,
Tan alto, que natura está envidiosa
En ver ya descubierto su secreto,
Razon será tener dél gran memoria.

PRÓLOGO AL LECTOR.

Cosa injusta es y contra razon, prudente lector, juzgar de una obra sin verla ni entenderla. Equidad y justicia hacia aquel filósofo que cuando oia alguna diferencia, atapaba la una oreja y la guardaba para oir la otra parte. Pues ésta es la merced que aquí te pido: que no juzgues de este libro hasta que hayas visto y entendido su justicia, pasándolo y percibiéndolo todo; entónces pido tu parecer, y no ántes. Y suplico á los sabios médicos esperen con prudencia al tiempo, experiencia y suceso, que declaran á vista de ojos la verdad. Bien conozco que por haberse dejado los antiguos intacta y olvidada esta filosofía, y por haberse quedado la verdad tan atras mano, parece ahora novedad ó desatino, siendo, como es, la verdadera, mejor y de más fruto para el hombre. Pero si consideras lo poco que el entendimiento humano sabe, en comparacion de lo mucho que ignora, y que el tiempo, inventor de las cosas, va descubriendo cada dia más en todas las artes y en todo género de saber, no darás lugar, benigno lector, á que la injusta invidia, emulacion ó interese prive al mundo de poderse mejorar en el saber que más importa y más utilidad y fruto puede dar al hombre. *Vale.*

COLOQUIO DEL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO,

EN EL CUAL HABLAN TRES PASTORES FILÓSOFOS EN VIDA SOLITARIA,

NOMBRADOS ANTONIO, VELONIO Y RODONIO.

TÍTULO PRIMERO.

De la plática de los pastores, en que mueven la materia y proponen sus preguntas.

Antonio. ¡Qué lugar este tan alegre, apacible y grato para la dulce conversacion de las musas! Asentémonos, y aflojemos las venas del cuidado, pues este alegre ruido del agua, el dulce murmurar de los árboles al viento, el suave olor de estos rosales y prado, nos convidan á filosofar un rato.

Veronio. Quién es aquel que pasa por el camino?

Rodonio. Aquel es Macrobio, mi padre, que va á su heredad.

Ant. Por cierto yo juzgára que era algun mancebo, segun la disposicion que lleva.

Rod. Pues á fe que pasa de noventa años.

Ver. ¡Cuán pocos y raros son los hombres que viven todo el curso de la vida, y llegan á morir la muerte natural, que se pasa sin dolor, y viene por acabarse el húmido radical! y vemos á esotros animales comunmente que viven el curso de su vida hasta la muerte natural, y sin enfermedades, ó muy raras.

Rod. Por cierto es de considerar, si de esto hubiera alguna lumbre en el mundo, que el hombre supiera las causas naturales por que enferma, ó muere temprano muerte violenta, y por que la natural fuera una gran cosa; y si de esto alcanzais algo, señor Antonio, muchas veces os he rogado que ántes que nos muramos mejoremos este mundo, dejando en él escrita alguna filosofía que aproveche á los mortales, pues hemos vivido en él y nos ha dado hospedaje, y no nacimos para nosotros solos, sino para nuestro rey y señor, para los amigos y patria y para todo el mundo.

Ver. Si vos pedis eso, señor Rodonio, yo pido otra cosa, y es, que me declareis aquel dicho, escrito con letras de oro en el templo de Apolo: *Nosce te ipsum;* Conócete á tí mismo; pues los antiguos no dieron doctrina para ello, sino sólo el precepto, y es cosa que tanto monta conocerse el hombre, y saber en qué difiere de los brutos animales; porque yo veo en mí que no me entiendo ni me conozco á mí mismo, ni á las cosas de mi naturaleza, y tambien deseo saber cómo viviré felice en este mundo.

Ant. Dijo Galeno: «Ninguna evidente razon hay que nos muestre por qué viene la muerte.» Hipócrates dijo: «Yo alabaria al médico que yerra poco, porque perfecta y acabada certinidad de la medicina no se alcanza.» Y Plinio dijo: «No sabe el hombre por qué vive ni por qué muere.» Tambien dijo, señor Veronio, el divino Platon, de vuestra pregunta, estas palabras: «Cosa muy ardua y dificilísima es conocerse el hombre á sí mismo»; y dijo que el conocimiento de sí mismo no consiste en otra cosa sino en conocer el ánima divina y eterna; y no pasó de allí; ¿y quereis que en cosas tan altas y no alcanzadas de grandes varones os responda y dé satisfaccion un pastor?

TÍTULO II.

Que los afectos de la sensitiva obran en algunos animales.

Ver. Oh santo Dios! y ¡qué seguida y acosada viene aquella perdiz del azor! y en verdad que se abate á valerse de nosotros, como es cosa natural, que todos los animales se acogen al hombre en sus necesidades.

Ant. Mas ántes, señor Veronio, cayó muerta; veisla aquí.

Ver. Por mi vida, así es, muerta está.

Ant. ¡Oh cuán eficaces son los afectos y pasiones del espíritu sensitivo para matar! Este caso responde á vuestra pregunta, y nos da materia fecunda y bastante para este rato de conversacion.

Rod. ¿No es cosa de notar, que venia volando esta perdiz, sana, y fué bastante el temor y congoja á quitarle la vida en un momento?

Ant. De eso os espantais, señor Rodonio? Pues quiéroos contar de otros animales, para que veais cuánto obran los afectos de la sensitiva para vivir ó morir. Plinio dice que un pescado longosta teme tanto al pulpo, que en viéndose cerca de él, se muere y pierde de el todo la vida. Y si el congrio ve cerca de sí la longosta, hace lo mismo. Y cuenta el mismo Plinio de el delfin, que es muy amigo de la conversacion de el hombre, y que uno de ellos tomó amistad y conversacion con un niño que vivia cerca de un lugar marítimo, de manera que muchas veces llegaba el niño á la ribera de el mar, y lo llamaba por este nombre, Simon, y el delfin luégo venia, y el niño le daba pedazos de pan y otras muchas cosas; el delfin se ponia de manera, que el niño subia encima, y lo llevaba y paseaba por la mar, y lo volvia á tierra. Continuando, pues, esta conversacion y amistad, dióle una enfermedad al niño, de que murió. El delfin, viniendo un dia y otro al puesto donde ejercitaba su amistad, como no acudia el niño, siempre lo veian en aquel lugar, gimiendo

en semejanza de lloro, hasta tanto que allí mismo lo hallaron muerto. Cuenta tambien Eliano de otro delfin, que teniendo la misma conversacion con otro mozuelo, lo paseaba cada dia por el mar, y una vez al subir se descuidó el delfin de bajar las espinas de el lomo, de manera que el mozuelo se hincó una espina por la íngle, y andando por el mar, se desangró y cayó muerto; de lo cual el delfin tomó tanto pesar, que vino corriendo y se arrojó fuera del agua en tierra, donde se dejó morir. ¿Paréceos, señor Rodonio, que obran estos afectos en los animales por el instinto y memoria sensitiva que tienen? Cuenta tambien Plinio que en el tiempo que Roma florecia se ayudaban los romanos, en la guerra, de los elefantes, y llevaban capitanía de ellos por sí; los cuales, por su gran instinto, dice el mismo Plinio que entendian el pregon en la lengua romana, y llegando un dia el ejército romano á un gran rio, que tenía el vado dificultoso, mandaron pasar los elefantes delante, y el elefante capitan, que se nombraba Ayax, no osando pasar, estuvo detenido el ejército romano gran pieza, en tanto que fué menester pregonar que el elefante que primero pasase el rio le harian capitan, y entónces un elefante, que se llamaba Patroclo, osó pasar, y pasó el rio, y todos los demas elefantes tras él, y el ejército romano. Y llegados á la otra parte del rio, luégo Antíoco cumplió lo que habia hecho pregonar, quitando al Ayax las insignias que llevaba de capitan, á manera de jaeces y ornamentos dorados, y las mandó poner al Patroclo, por lo cual el Ayax nunca más comió bocado, y á tercero dia lo hallaron muerto. Tambien cuenta Plinio del perro y del caballo casos notables, que muertos sus amos, sin más querer comer bocado, murieron.

Ver. Bien creo que esto pasa en muchos animales, y acontece cada dia, aunque no se echa de ver, y es cosa notable; pero deseo mucho saber si acontece esto mismo á los hombres.

Ant. Jesus, señor! mucho más, sin comparacion, porque tiene las tres partes del ánima: la sensitiva con los animales, la vegetativa con las plantas, la intelectiva con los ángeles, para sentir y entender los males y daños que le vienen de parte de los afectos del alma, que son los mayores, y los de la sensitiva y vegetativa. Yo os contaré algunos ejemplos de hombres que murieron por el afecto del enojo y pesar, que es el que hace mayor daño, y despues procederémos por los demas afectos.

TÍTULO III.

Del enojo y pesar. Declara que este afecto del alma, enojo y pesar, es el principal enemigo de la naturaleza humana, y éste acarrea las muertes y enfermedades á los hombres.

Rod. Pues estamos en esta materia, declárame primero de raíz por qué le acontece esto más al hombre, de morir por estos afectos y pasiones del alma. Y tambien por qué tiene tantas diferencias de enfermedades, que esotros animales no tienen, para que vengamos al conocimiento de las causas por qué muere el hombre, ó enferma.

Ant. Como el hombre tiene el alma racional (que los animales no tienen), de ella resultan las potencias, reminiscencia, memoria, entendimiento, razon y voluntad, situadas en la cabeza, miembro divino, que llamó Platon silla y morada del ánima racional, y por el entendimiento entiende y siente los males y daños presentes, y por la memoria se acuerda de los daños y males pasados, y por la razon y prudencia teme y espera los daños y males futuros, y por la voluntad aborrece estos tres géneros de males, presentes, pasados y futuros; y ama y desea, teme y aborrece, tiene esperanza y desesperanza, gozo y placer, enojo y pesar, temor, cuidado y congoja. De manera que sólo el hombre tiene dolor entendido espiritual de lo presente, pesar de lo pasado, temor, congoja y cuidado de lo por venir. Por todo lo cual les vienen tantos géneros de enfermedades y tantas muertes repentinas, cuando el enojo ó pesar es grande, que es bastante en un momento á matarlos. Y cuando es menor los pone gafos, y los mata en pocos dias ó más á la larga (segun la fuerza del enojo); y si es menor, que no mata, deja por las mismas humor para enfermedad en el cuerpo, y así son causa de las enfermedades. Las causas y el porqué y cómo esto pasa en el hombre, yo lo diré adelante, porque agora no nos divertamos de esta materia de ver cuánto obran los afectos en el hombre, así para muertes presentáneas, como para otras muertes de allí á algunos dias, y enfermedades.

Rod. Pues contadme, por vuestra vida; que holgaré mucho de oir esas muertes.

Ant. En Roma, estando el gran Pompeyo en unos comicios, acaso le cayeron unas gotas de sangre de un hombre herido en la ropa, y luégo mandó á un paje llevarla, y traer otra. Llegó el paje á dar la ropa á Julia, su mujer, y ántes que dijese á qué venía, así como vido Julia las gotas de sangre en la ropa de su marido, luégo se cayó amortecida, y malparió y murió.

Rod. Por cierto ella fué muy apresurada, que áun no quiso esperar á oir el mensaje, y entendiera que la sangre no era de su marido.

Ant. Ahí veréis vos, señor Rodonio, cuánto obra en los mortales el afecto del amor cuando se pierde lo que se ama, pues sola la imaginacion falsa y sombra del mal, que fué la sospecha de lo que podia ser, sin estar cierta, la mató en un momento.

Rod. Pasá adelante en estos cuentos, señor Antonio, por hacernos merced, que nos deleitan y alegran en extremo, pues el lugar y el tiempo nos convida á ello, y me parece que montará mucho saberlos, para que yo (escarmentando en cabeza ajena) me sepa guardar, y no me acaezca otro tanto, entendiendo bien la fuerza y operacion de estos afectos.

Ant. En el tiempo del rey don Alfonso XI, siendo gobernadores del reino dos infantes, don Pedro y don Juan, tios del rey don Pedro, que era niño, habiendo hecho muchas guerras y batallas en la tierra de Granada, como esforzados y valientes caballeros, volviéndose para tierra de cristianos, venía don Pedro en la vanguardia, y don Juan en la retaguardia; cargó gran multitud de moros, que venian haciendo tan grande daño en la retaguardia, que tuvo necesidad de enviar á decir á don Pedro que se detuviese y le viniese á socorrer; lo cual queriendo él hacer con grande ánimo y volun-

tad, halló su gente tan acobardada, que no queria volver contra los moros, ni pudo hacerles por ninguna via volver á socorrer á su tio y amigo. Tomó de esto tanto enojo y pesar, que sacó la espada para herirlos, y sin poderla menear, perdió luégo el habla y sentido, y cayó muerto del caballo, sin más menearse ni quejarse, ni otra señal de vivo. Algunos de los suyos, viendo esto, volvieron á dar noticia dello al infante don Juan, y sabido por él tan doloroso y triste caso, tomó tanto enojo y pesar, que luégo perdió el sentido y habla, y se puso gafo y tullido de todos sus miembros, que no pudo menearse, y luégo á la tarde murió.

Rod. Por cierto, señor, extraño caso fué ése en caballeros tan animosos y magnánimos.

Ant. Pues sabed que en tiempo del cristianísimo emperador don Cárlos V, en las guerras de Hungría, en el cerco de Buda, era capitan Raisciao Suevo, el cual, como cuenta Paulo Jobio, tenía un hijo, valiente mancebo, el cual, sin dar parte á su padre, hizo un desafío, y vinieron á batalla á vista de los campos, estando los grandes del ejército, con el capitan, mirando la batalla de los dos; hacíalo maravillosamente él de su parte, que no sabian quíen era, y alabábanlo, pero al fin fué vencido y muerto. Queriendo saber el capitan y los demas quién era tan buen caballero, fueron allá y lo mandaron desarmar, y en quitándole la visera, y en conociendo el capitan, por la cara y cierta joya que traia al cuello, que aquel era su hijo, en el mismo instante se cayó muerto, y lo enterraron con su hijo; y claro está que no era pusilánimo, pues tal cargo tenía. Ginebra, mujer de Juan Ventivolo, murió de repentino dolor, que le dijeron de súbito que sus hijos habian sido vencidos en una batalla. Son tantos y tan en número los ejemplos que en esto se podrian traer, que era hacer un gran volúmen, y estorbar nuestro propósito y materia, y por evitar prolijidad los dejo. Mariana, porque vido su hijo caer en un charco en zabulléndose en el agua, que lo perdió de vista, se cayó muerta, y á poco rato el hijo sano y bueno lloraba la madre muerta. En nuestros tiempos hemos visto á muchos, por sólo caer en desgracia del Rey nuestro señor, ó por oir de su boca algunas palabras retándoles lo mal hecho, irse á su casa y echarse en la cama, y á pocos dias morir, como tendrán buena experiencia los que en ello han mirado, que son muchos y de notar, á los cuales no es razon que los nombremos aquí, y murieron tambien de pesar de perder el favor del Rey, como cosa de gran pérdida y que ellos tanto amaban y estimaban, y con razon se debe estimar. De manera que una gran pérdida (como causa y fuente de pesar y enojo) luégo tiene de mano la muerte, en perdiendo la esperanza de remedio. En nuestros dias tambien vimos al arzobispo de Toledo, fray Bartolomé de Miranda, preso y despojado de su silla, y llevado á Roma, y en mucho tiempo que su pleito se trató, vivia con la esperanza miéntras estuvo en duda el fin; pero cuando llegó la sentencia definitiva del Papa, luégo se echó en una cama y á muy pocos dias murió, porque entre tanto que está en duda el daño ó pérdida, no obra este afecto del todo su potencia; por lo cual usa de este aviso, que será gran caridad y buena obra meritoria, cuando se ha de dar una mala nueva, disminuirla y ponerla en duda, y más con las preñadas, enfermos y viejos; y áun cuando sea de gran placer, no se ha de decir de golpe, sino poco á poco y poniéndola en duda, porque tambien el gran placer repentino mata, como adelante se dirá.

Rod. ¡Oh alto Dios, y de cuánta eficacia son estos afectos en los hombres! De esa manera, señor, paréceme que es mejor no tener grandes cosas ni riquezas donde pueda haber grandes pérdidas, para evitar estos peligros.

Ant. Si como adelante dirémos, y áun tambien en pequeñas pérdidas y daños, acontece esto cada dia, ¿quién podrá contar las muertes que de pequeños daños y pequeños pesares han venido? Uno porque se le murió el ganado, otro porque se hundió la mercaduría, el otro porque le hurtaron los dineros, el otro porque jugó y perdió, la otra porque perdió á su marido, la otra porque vido llevar á su hijo preso por deuda de seis reales se cayó muerta, como pocos dias há vimos á Ludovica. El otro porque le engañaron, el otro por una fianza, el otro por enojo de palabras, no pudiéndose vengar; el otro porque le echaron en la cárcel, el otro porque le condenaron en la sentencia ó le ejecutaron, el otro porque fué vencido en la batalla, el otro porque hizo mala venta, el otro porque por necedad erró el negocio, el otro porque se le fué el hijo ó hizo algun desatino, el otro porque fué afrentado, la otra por el descontento que se juzga mal casada, la otra por una mala nueva, el otro porque perdió el favor, y por otras muchas causas menores y de poco momento, como el rey que murió por enojo de cinco higos; el otro por un vaso, el otro por no acertar la enigma de los pescadores, todos se echaron en la cama. Y por el pesar, que es la discordia entre alma y cuerpo, que llamó Platon, cesa la vegetativa y hace de flujo, y les da una calentura, y pónenle nombre de enfermedad, segun á do va, y mueren en algunos dias á la larga, otros se vuelven locos. Son tantos los que he visto, despues que esto entiendo, que si hubiera de contarlos por menudo, primero nos anocheceria, porque he visto morir de esta manera gran número, como podréis mirar en ello de aquí adelante. Este afecto de enojo y pesar obra más en las mujeres, y más en las preñadas, y así mueren infinitas de pequeños enojos y pesares, que les basta poco; pues sólo el olor del candil ó pavesa, cuando se apaga, es bastante para que la mujer malpara, como dice Plinio, cuanto más una cosa que tanto obra y de tanta eficacia como es el pesar y enojo; hase de tener gran recato con ellas, y áun ponerse ley. Finalmente, le acontece al hombre lo mismo que cuando niño, y guarda aquella misma propriedad y naturaleza; porque si á un niño que tiene una haldada de higos le quitan uno por fuerza, luégo los arroja todos, y llorando y echando lágrimas, se echa á estregar, así hace lo mismo despues de hombre, por una pequeña pérdida contra su voluntad, arroja todos los demas bienes que tenía, y los pierde, y se echa en la sepultura, ó le causa una enfermedad aquel pesar y enojo; el cual, si por entónces no mata, deja á su hija la tristeza de aquel daño en la persona, para que más á la larga y en más tiempo la mate. Finalmente, os digo, señor Rodonio, que

de cien hombres ó cien mujeres, mueren los ochenta de enojo y pesar; y los niños que mueren cuando les dan sus madres leche, tambien es de pequeños enojos y pesares de las madres. Finalmente, enojo y pesar no habian de tener este nombre, sino la mala bestia, que consume el género humano, ó pernicioso enemigo suyo, ó la hacha y armas de la muerte.

TÍTULO IV.

Del enojo falso. Avisa que el enojo falso ó imaginado tambien mata como el verdadero.

Conózcase el hombre en esto, que no solamente el enojo y pesar, cuando es cierto y verdadero, lo mata, pero áun tambien cuando es falso y fingido, con sola la sospecha, como á Julia y á Mariana, y otras muchas mujeres y hombres.

Egeo, rey de Aténas, enviando á su hijo Teseo á Creta á la aventura del Minotauro, le mandó que si volvia victorioso, pusiese en las naos velas blancas; el cual, con el gran placer de la victoria, olvidó el mandato de mudar las velas á la venida; y subiéndose el padre á un risco que caia sobre el mar, para ver si venía victorioso, y viendo que no traia velas blancas, tomó tanto pesar, que desde allí se arrojó en el mar y murió.

Píramo y Tisbe, no pudiendo gozar de sus amores en casa de los padres, concertaron que á tal hora estuviesen en cierta fuente y lugar apartado de la ciudad, donde vino la Tisbe primero, y hallando una leona en aquel lugar, perturbada toda, huyendo á una cueva, se le cayó la toca, la cual tomó la leona; y llegando Píramo, y viendo la toca de su muy amada Tisbe en poder de la leona, con la sospecha falsa y anuncio que la leona habria comido á su enamorada, tomó tanto pesar de su tardanza, que luégo se mató con su espada; los cuales todos, en muy poco tiempo que aguardáran, excusáran sus muertes.

Rod. Por cierto, señor, grandes cosas nos habeis dicho, y dignas que se escriban para que se mejore el mundo, y los hombres sepan y entiendan por qué mueren, y sabiéndolo, sepan guardarse de tan mal peligro, que suelen decir: «Ménos hieren los dardos que primero se ven venir.» Y ahora de nuevo os torno á rogar que me digais si habrá remedios para obviar y resistir á esta mala bestia, que no haga este daño, y el género humano se defienda de ella.

TÍTULO V.

De los remedios notables contra enojo y pesar.

Buenos remedios hay para los que tuvieren buenos entendimientos. El primer remedio consiste en saber y entender todo lo dicho, y las grandes fuerzas que tiene este enemigo del género humano, como por lo dicho se entenderán; y así, conociendo al enemigo, y sabiendo sus fuerzas y malas obras, el hombre no se descuidará ni le dará entrada; porque la piedra que se ve venir no hiere, como vos dijisteis, porque se le hurta el cuerpo; y si no la ve, lo hiere, como los que saben dónde está el peligro en la mar, que con prudencia se apartan y libran de él, y los que no lo saben, simplemente caen en él, como el mozuelo simple, que no conociendo ni sabiendo nada de la ballesta de lobos, tocó á la cuerda, y vino la saeta enarbolada y lo mató como á bestia, porque no supo del peligro como hombre; así el hombre y la mujer con solo el saber y conocer esta bestia (por lo que está dicho) se librará de ella, y en tocando á su puerta sabrá á qué viene, y no le dará entrada, y se defenderá de ella.

El segundo remedio consiste en palabras de buen entendimiento y razones del alma, y decir: «Ya te conozco, mala bestia, y tus obras y daños; no me quiero dar en despojo á tí, como los simples que no te conocian ántes; más quiero sufrir este pequeño daño, que pudiera ser mayor, que no perderlo todo, y mi vida con ello, y añadir otro mal mayor encima, como perder la salud ó la vida, que monta más, y por esto no se me quitará esta pérdida ó daño, ántes añadiré mal al mal.» A lo pasado y hecho no hay potencia que lo pueda deshacer; pues ha de ser hecho, sea hecho. Instable es la fortuna, que siempre se muda; pues quiero guardarme para otro tiempo, que éste se acabará. Dijo un sabio: «Haz de grado y á placer lo que por fuerza has de hacer.» Y decir: «Las armas de la fortuna adversa son la tristeza; si con este infortunio no me entristezco, venzo á la fortuna, y á sus fuerzas vuelvo vanas, botas y sin efecto contra mí.» Si el catedrático de Salamanca supiera este aviso cuando le hurtaron quinientos ducados, y murió á tercero dia á la hora de medio dia, y los dineros parecieron á la noche, viviera como sabio, y no muriera como simple, y otros muchos; y la madre que por falsa nueva de la muerte de su hijo murió, y de allí á tres horas vino sano y bueno.

¿Cuántas cosas juzga el hombre algunas veces por dañosas, que despues se convierten en bien y en provecho? Y ¿cuántas juzga por útiles y buenas, y se convierten en malas y dañosas? Uno, por estar encarcelado y condenado á muerte, es elegido por rey; otro, por salir herido de la batalla, en la herida halló la salud; y otro se libró de una cuartana; otro, por perder el dinero en el camino, no perdió la vida cuando fué á dar en manos de salteadores; otros, de condenados á muerte y echados á leones, vinieron á ser reyes, no dándose en despojo luégo á este enemigo; otros, alcanzando estados y riquezas muy deseadas y con gran trabajo, aquellas mismas fueron causa de sus males, infortunios y muertes. ¿Cuántos desearon ser emperadores y reinar, y lo alcanzaron, y fué por su mal, y para casos desastrados y muertes infelices y violentas? y el dia dichoso en que aprendieron el imperio, fué principio y causa de su desventurada suerte. Si en ejemplos nos hubiéramos de detener sería impedir nuestro intento. Y decir: «Pues Dios ha sido servido de permitir que me viniese este daño, muerte ó infortunio, quiero yo querer lo que Dios quiere; Dios lo dió, Dios lo quitó; él sea loado, que él lo sabe remediar por vias que yo no entiendo; á los suyos envia Dios azotes en este mundo, y no les allega monton de castigo para el otro.» Un sabio que todo le sucedia prósperamente, vivia muy triste por ello. Dijo Séneca: «No hay hombre más infelice y desdichado que el que

no le viene adversidad ninguna; porque Dios no juzga bien de éste. Con la mucha lozanía y abundancia no granan las mieses. Las ramas muy cargadas de frutas se quiebran. La demasiada fertilidad no llega á madurez. Despues de lo dicho, toma el librito *Contemptus mundi*, y donde se abriere, lee un capítulo.

Rod. Por cierto, señor Antonio, con letras de oro merecian estar escritos estos remedios, y no habia de haber hombre que no los sacase y los trajese consigo, como una nómina, colgando al pecho, para librarse del pernicioso enemigo del género humano y conservar su vida: pero hacedme placer, si hay algunos otros remedios, me los digais.

Ant. Sí los hay, y consisten en palabras de un buen amigo ó de médico, si le ha sucedido enfermedad por daño ó por enojo; que la mejor medicina de todas está olvidada y inusitada en el mundo, que es palabras; éstas serán conforme al caso acontecido, fuera de las dichas en el segundo remedio, como serán consolatorias y de buena esperanza, trayéndole á la memoria otros bienes que tiene, y á los que van delanteros en aquel género de trabajos y otros mayores infortunios; y la insinuacion retórica.

TÍTULO VI.

De la ira y su remedio; la insinuacion retórica.

Rod. Qué cosa es la insinuacion retórica?

Ant. Es una razon que quita el enojo como con la mano, y digna de ser sabida (cuando el daño fué por arbitrio del hombre, y hay esperanza de venganza, que entónces se dice ira), especial cuando es impetuosa por haber reñido con otro y desea venganza. Dícese insinuacion, porque el que pone esta medicina se hace de la voluntad, seno y bando del agraviado que quiere curar, y dice: «Que ese agravio os hizo? ¿esas palabras os dijo? De la paciencia que teneis me espanto; yo no lo pudiera sufrir.» Cuando ya está metido en el seno del agraviado y ya le da crédito, entónces pone dilaciones en el negocio, como: «Señor no hagais cosa sin mí mañana, ó de aquí á tal hora irémos á tomar venganza.» Y pasado aquel rato, vuelve la hoja y dirás: «Ahora, señor, miremos los fines en que pueden parar estas nuestras iras; que quien no mira el fin, no usa de razon de hombre; puédese seguir este daño y éste, que serán cuanto mayores que el que tenemos; más nos vale dar pasada á este pequeño daño, que no buscar otro muy grande, que vivamos toda la vida en desasosiego y pérdida; más es vencerse á sí mismo, que vencer á los enemigos»; y otras semejantes razones. Y como ya le da crédito, por ser de su voluntad y seno, luégo á la hora lo toma y es persuadido. Yo he visto que esta insinuacion retórica obra maravillosamente y quita el enojo, y no pasa el daño adelante.

Rod. Conténtame tanto oiros, que no queria que acabásedes. Si hay otros algunos remedios, pues tanto importa este negocio, no los dejeis de decir.

Ant. Sí hay, como es luégo gargarizar con agua fria y con vinagre blanco aguado, comer el jugo de cosas ágrias, y no beber vino ni comer hasta ser pasada la alteracion; tomar buen olor, la eutropelia de un buen amigo (que es buena conversacion), y con él salirse al campo, donde el movimiento de los árboles y el suave ruido del agua se oiga. La música tambien es eficacísimo remedio, que quita el daño que el enojo está haciendo, como los mordidos de las tarántulas sanan bailando á buena música, y no con otra cosa, y si falta la música, mueren luégo.

Rod. Agora digo que tenía gran razon Ismenias, médico tebano, que curaba todas las enfermedades con la música.

Ant. Algun dia tocarémos eso, cuando demos las causas de todos.

Estos remedios aprovechan, pero todavía más, sacando el papel que trae por nómina colgando al pecho, de las razones del segundo remedio, y leyéndolas. Y entienda el hombre que la ira es una breve locura, y no se debe dar crédito; que de allí á un rato sentirá de otra manera.

TÍTULO VII.

De la tristeza. Avisa los daños y muertes que acarrea la tristeza.

La tristeza y descontento es una hija menor, que pare y produce el gran pesar, enojo ó ira por alguna gran pérdida ó daño pasado, y son las reliquias del gran flujo ó decremento que violentamente causó aquella especie aborrecida, sacudiéndola y arrojándola de sí el ánima, no queriendo que fuera en el mundo, y con ella el jugo del celebro donde se asentó (como adelante se declara), y como despues se queda en casa la discordia entre alma y cuerpo, que pone aquella especie aborrecida y enemiga, siempre está desechándola, y con ella su jugo, poco á poco y gota á gota, mucho ménos que cuando llegó primero nuevamente, como el hisopo, pasado ya su deflujo grande, está goteando. Ésta hace el daño poco á poco, como la envidia, y de la misma manera los tristes se secan y consumen sin calentura, porque cesa su vegetacion con esta tristeza y descontento, á la cual llamó Platon discordia del alma y cuerpo. Ésta hace la vida triste y infelice, como su contraria la alegría la hace felice y suave; y así dijo Platon: «La cosa más dulce es pasar toda la vida sin tristeza.» A éstos suelen venir la ética y enfermedades del cuero, como sarna, piojos, lepra, apostemas y otras malas nacidas. Los tristes duermen más que los alegres, porque en la vigilia aquel lento deflujo dicho les derriba y deseca más el jugo de su celebro que á los alegres. Para remedio de la tristeza toma estos avisos. Cuando la esperanza de tu bien pereció, luégo busca, inquiere y imagina otra. La cosa que siempre te pesa de ella, quítala delante de los ojos ó hazla ajena. Tambien á éstos será grande alivio leer muchas veces el segundo remedio, que dijimos se ha de traer al cuello colgando como nómina. Aprovecha tambien saber y entender estos daños que la tristeza obra en la salud humana, para defenderse de ella; y finalmente, desecharla, así por las razones del alma, como por alegrías exteriores y corporales. Aviso á las mujeres, que muchas mueren por el descontento de juzgarse mal casadas. Este afecto de tristeza, causado por especie entendida y aborrecida, sólo el hombre lo tiene y le muda sus condiciones.

TÍTULO VIII.

Del afecto del miedo y temor. Avisa los daños y muertes que acarrea el miedo.

Ant. Síguese ahora el afecto del miedo y temor de lo que está por venir. Este afecto, aunque mata, como es de daños que áun se están en duda, y no están ciertos, no es tan vehemente su operacion como del pasado; pero cuando ya se acercan y se ven ciertos, tambien matan, como murió el hijo á quien el padre, de industria, por escarmentarlo, dió órden que de burla y fingidamente lo condenasen á muerte, y cuando quiso deshacer la burla no pudo, porque dejó llegar cerca el miedo, y así murió. Otros muchos se han hallado en las cárceles muertos por estar condenados á muerte y llegarse el dia y hora. Otros, llevándolos á la horca, ántes que lleguen á ella mueren. Este afecto es de la sensitiva, y obra tambien en animales, como en esta perdiz cuando venía cerca el azor, y el pescado langosta cuando ve cerca al pulpo, como dijimos. Éste obra mucho en las mujeres, y más en las preñadas, que de muy pequeños miedos repentinos ó agravios malparen y mueren, y aunque sean falsos, con sola la imaginacion el miedo las mata. ¡Cuántas murieron por imprudencia de jueces, por escándalo de riñas y espadas desenvainadas! Cecilia, de una fantasma hecha por manos de unos mancebos, para burla, se amorteció y nunca más tornó á la vida. Son tantas y acontece tan continuamente, como todos lo saben y ven cada dia, que no es menester traer ejemplos; pues sólo ver un niño que va á caer, ó decir que viene el toro, ó ver un vaso que se va á caer, ó torcerse el chapin, les viene gran daño, y algunas veces se han visto malparir. Finalmente, más daño hace el temor que no la cosa temida cuando llega. Y cuando este afecto no mata, tambien derriba su parte de humor y lo hace vicioso para delante, y el humor que engendra es melancolía, la cual hace gran daño á los mortales, aunque no los mate sino á la larga. Pone tristezas en el celebro y corazon, hace enojarse mucho, de lo cual viene daños; pone mala condicion, trae falsas imaginaciones y sospechas; pone miedos y congojas falsas y malos sueños; pone cuidados que dan fatiga sin ser menester. Es bueno y aprovecha saberle; estas condiciones y naturaleza, para no darse crédito el hombre ó mujer que la tuviere, porque es mentirosa y falsa, en tanto que algunas parecen endemoniadas, y no lo son, y esta melancolía acarrea desesperacion. Tiene remedios, que son: el primero, como está dicho, conocerle la condicion y naturaleza, para no darle crédito. El segundo es alegría, buen olor, música, el campo, el sonido de árboles y agua, buena conversacion, tomar placeres y contentos por todas vías.

Rod. ¿Habrá algun remedio, señor Antonio, para defenderse de este segundo afecto, miedo y temor?

Ant. No siento remedio bastante más de éstos que diré. El primero es saber estos daños que obra en los hombres, y conocerlo para no dejarse matar de él, sabiendo el peligro dónde está. El segundo remedio es usar de prevencion y decir: «Si este miedo, ó éste, me viniese, ¿habia yo de ser tan pusilánime, que me dejase

matar de él?» Y la mujer lo mismo, diciendo: «Si este miedo me viniese, ó viese yo la fantasma fingida y mentirosa, hecha por mano de hombres, que la otra vido, y de ello malparió y murió, ¿habia yo de ser tan necia como ella, y por un miedo falso y mentiroso perder la vida?» Usando de esta prevencion, que tambien aprovecha para el pasado, cierto se defenderán de él, porque, como dijimos, ménos hieren las piedras que se ven venir. Y en cualquier esperanza dudosa de gran aventura, sentencia ó nueva esperada, usar de las razones del alma: lo que es, ya es, ó lo que ha de ser, no lo puedo yo deshacer; de balde me fatigo y añado mal; y usando de la prevencion, esperar siempre lo peor.

Este afecto derriba con vehemencia del celebro un humor líquido, y así luégo se zullan los animales, y áun el hombre tambien. En Peonía, cuenta Plinio de un animal, por nombre bonasus, semejante al toro, tuertos los cuernos, que no le sirven para pelea; ayúdase de los piés y huida, que con el miedo, cuando le siguen, se zulla tanto, que le dura tierra de tres obradas, y es tan grave el hedor, que abrasa como un fuego á los que le siguen; á las raposas tambien les acontece lo mismo.

Este afecto tambien derriba aquel humor líquido, claro y transparente por el cuero, y así mudan el color muchos animales con el miedo, como el pulpo y el animal tarando; porque aquel humor, transparente como el vidrio, parece del color sobre que está situado.

Rod. Gran remedio, cierto, es el que habeis dado para entender y conocer al enemigo, y saber dónde está el peligro, para guardarse dél, y ántes que venga usar de la prevencion dicha, que es el segundo remedio. Ahora, señor, por vuestra vida, pasad adelante en esta materia.

TÍTULO IX.

Del afecto de amor y deseo. Avisa que este afecto mata y hace diversas operaciones.

Ant. Síguese ahora el afecto del amor y deseo. El amor ciega, convierte al amante en la cosa amada, lo feo hace hermoso, y lo falto perfecto, todo lo allana y pone igual, lo dificultoso hace fácil, alivia todo trabajo, da salud cuando lo amado se goza. Tambien mata en dos maneras: ó perdiendo lo que se ama, ó no pudiendo alcanzar lo que se ama y desea.

En la primera manera es tan comun, que se ve cada dia la mujer que bien amaba á su marido que perdió, á pocos dias morir; que contar las que hemos visto, sería ocupar papel. Aquí vimos morir en una semana dos hombres, y en la misma semana enterrar sus dos mujeres. Deyanira, mujer de Hércules, oida la muerte de su marido, luégo espiró. Otras muchas se mataron en la gentilidad. Ascestis, mujer de Admeto, rey de Tesalia, estando su marido de una gran enfermedad, consultó los oráculos, y respondiéndole que si un amigo moria por él, que viviria, luégo ella dió por él su vida y se mató. Evadne se echó en el fuego con su marido, y otras muchas. Marco Plaucio se echó en el fuego con Oréstila, su mujer. Porcia, hija de Caton, en oyendo que habia muerto su marido Bruto, Pór-

22

vándola de todas armas y ocasiones, comiendo ascuas, se mató. Y como perder lo que mucho se ama es gran pérdida y daño, sirven todos los ejemplos del pesar y enojo ya dichos; y así hace el daño mayor ó menor, cuando era mayor ó menor el amor; y así, ó enferma, ó muere, como el ejemplo que dijimos de Julia y de Ludovica, que aquí vimos con nuestros ojos, porque llevaban su hijo preso por deuda de seis reales, se cayó muerta en la calle, y nunca más se meneó, y no perdia á su hijo porque lo llevasen preso, que sólo la sombra la mató, como á Julia.

Este afecto de amor es de la sensitiva, y tambien mata algunos animales que tienen instinto de amar. Cuenta Plinio que cuando murió el rey Nicomédes, su caballo nunca más comió bocado, y murió. Y cuenta que cuando murió Jasson Licio, un perro que tenía nunca más comió bocado hasta que murió. Y que otro perro del rey Lisimaco, cuando murió y lo estaban quemando, como era costumbre hacerlos ceniza, se echó en el fuego con su amo, y allí se dejó quemar. Las palomas ó columbas que se aparean, tambien vemos cada dia que si la hembra y compañera matan acaso, el palomo está llamándola y arrullando un dia ó dos, y cuando no viene su compañera, se mete en un rincon escuro, y aunque lo sacan á lo claro, no quiere comer, hasta que en lo escuro lo hallan muerto: esto se ve cada dia, aunque los naturales no lo escriben. Plinio cuenta del águila, que una doncella crió un águila de chiquita, y cuando vino á ser grande soltóla y dejóla ir; el águila venía cada dia á visitar á su señora, y le traia aves que ella cazaba; durando esta amistad, murió la doncella y lleváronla, como era de costumbre, á hacerla ceniza, que era la manera de enterrar; y viniendo el águila, como solia, y no hallando á su querida señora, voló á donde estaban quemándola y se metió con su señora en el fuego, y allí se dejó quemar. El amor sensual es de la sensitiva, y hállase en algunos animales que tienen memoria, como en el elefante, del cual cuenta Plinio que uno amó á una regatera que vendia escarolas en la plaza, y la visitaba y hacia caricias. Tambien en el triton y en el oso se halla amor, y leemos haber arrebatado mujeres y llevádolas en peso consigo. Un pavon amó á una doncella en Leucadia en tanto grado, que muerta la doncella, murió luégo el pavon.

En la segunda manera, que es no pudiendo alcanzar lo que se ama y desea, da gran tormento y angustias, y tambien mata, como es cosa comun y notoria á los enamorados, y todo el mundo sabe que muchos y muchas murieron de amores, y otros y otras muchas se mataron, y así sería superfluo traer ejemplos; este afecto de amor no se rige por razon. En Aténas un mancebo se enamoró, no de una mujer, sino de una figura de mujer de mármol, que estaba en un canton, y allí estaba con ella de noche y dia, en tanto que la pidió al Senado, y daba gran suma de dinero por ella, y no quiso el Senado vendérsela, ántes le privaron de estar allí con ella. El mancebo, no pudiendo alcanzar lo que tanto amaba, se fué solo y triste á una heredad suya, y allí se dió la muerte con sus manos. Y Pigmaleon y Alcídas Rodio amaron estatuas. Pasifae, reina, amó á un toro. Semíramis á un caballo. Jérjes, rey, á un árbol plátano. Ortensio, orador, amó á una murena, pescado. Cipariso amó á una cierva, y muerta la cierva, murió él tambien de pesar y tristeza. El delfin muere de amor y deseo. Y la pantera, no pudiendo alcanzar el fimo ó estiércol del hombre, cuando los pastores de industria se lo cuelgan alto en un árbol, saltando muchas veces por alcanzarlo, se desmaya y muere.

Este afecto no engendra mal humor, ántes mueren sin frio ni calentura, secándose; porque, como en aquello que mucho aman y desean tienen empleado su entendimiento y voluntad y todas las potencias de su alma, no toma gusto en otra cosa del mundo, ni en comer, ni en beber, ni conversacion; y así la vegetativa no hace su oficio, y vase consumiendo, porque la discordia del cuerpo y alma, y gran afecto del alma, estorba la operacion del cuerpo.

Rod. Gran gusto voy tomando en estas cosas tan nuevas que me decis; y así os ruego me digais, señor Antonio, si este afecto del amor tendrá remedio.

Ant. Sí los tiene. El primero es saber y conocer al enemigo que mata, y sus efectos y obras, para que no haga otro tanto en el hombre, como está dicho en los pasados. El segundo remedio es, cuando se pierde lo amado, el principal que dijimos, que trae por nómina colgando al cuello, y ántes que se pierda lo que se ama, usar del remedio de la prevencion, diciendo: «Si yo perdiese esto que tanto amo, ¿sería yo tan apocada y pusilánime, que perdiese la vida tambien por ello, como las otras mujeres tontas, que no sabian ni conocian estos enemigos del género humano? Pues ya se han descubierto, y entiendo yo sus obras y efectos. «En la segunda manera, no pudiendo alcanzar lo que se ama y desea, está claro y comun el remedio, que es buscar y tomar otros amores; que un clavo con otro se saca, y lo que tiñe la mora, otra verde lo descolora; y el saber tambien de este afecto que mata, le aprovechará mucho para desechar aquel amor, y es eficacísimo remedio que le quiten la esperanza de alcanzar aquello que ama, quien puede quitarla. Lo que mueve el amor del hombre es toda perfeccion de naturaleza, y especial la sabiduría, eutropelia, música, semejanza, hermosura, deleite, y esta perfeccion llaman un no sé qué, no sé de qué manera.

TÍTULO X.

Afecto del placer y alegría que mata. Avisa cómo el placer y alegría mata, especialmente en la vejez.

El afecto del placer y alegría tambien, cuando es grande y repentino, de improviso mata, como las dos madres que murieron de placer, que Plinio cuenta. La una, llegando improvisamente su hijo de la guerra á la puerta de su madre, abrazándolo, en el mismo abrazo se quedó muerta. La otra, que le habian venido nuevas que su hijo era muerto en la guerra, y ella lo tenía por cierto, y sin venir algun mensaje ni aviso que venía, le vido venir la madre de improviso, y se cayó muerta. Y por haber cenado á la mesa del Rey nuestro señor, se han visto morir de placer. Diágoras, Rodio y Chilon, lacedemonio, el que dejó los tres di-

chos escritos con letras de oro en la ínsula Délfos, llegándoles nueva de la victoria de sus hijos en los juegos olímpicos, murieron de placer. Dionisio siracusano, tirano, llegándole nueva de una victoria deseada, murió de alegría. Saleco, general en el mar Bermejo, como viese venir á su hijo, al cual sacó Barbaroja de poder de Pedro Apiano, en viéndolo se cayó muerto. Refiérelo la historia pontifical en la vida de Paulo III. Filistio y Filemon, poeta, murieron de una gran risa; de manera que esto nos avisa que una nueva de grande alegría no se ha de decir de golpe improvisamente. Esto acontece más á los viejos que á los mozos, y por las cosas dichas; pero este afecto del alegría es el que da vida y salud al hombre, como se dirá en su lugar, así como su contrario, enojo y pesar, le da la muerte.

TÍTULO XI.

Afecto de desconfianza ó desesperanza de bien.

La desesperanza del bien tambien mata, como su contraria da la vida, que es esperanza de bien; la cual dijimos ser una de las tres columnas ó empentas que sustentan la salud y vida humana, pues esta desesperanza mata á unos á la larga con la tristeza y no gana de vivir; que como perdió la esperanza de aquel bien que esperaba, sin él no quiere la vida, y los bienes restantes que le quedan, arrója y deja perder, por faltarle aquel bien que tanto amaba y deseaba; y así el que pierde la esperanza del bien que estimaba, no desea vivir. Dijo Aristóteles: «El hombre sin amigos no desea vida, y así luégo le causa melancolía y tristeza para ir á la muerte poco á poco, por la discordia del alma y cuerpo, y otros con más vehemencia, en tanto aborrecen la vida por haber perdido la esperanza de aquel bien, que ellos mismos por la misma causa y daño se matan, y de dudosa y incierta fortuna hacen cierta, verdadera y eterna su desventura, sin esperar á las mudanzas de este mundo, que nombran fortuna, ni las disfrazadas y ocultas de la Providencia divina; y toma este aviso, y guárdate de aquellos que no tienen esperanza de bien, y cuando con ellos te vieres ó tratares, el remedio es ponerles esperanza de bien, aunque sea fingida. Aprovecharán en este afecto los mismos remedios dichos en el pesar y enojo. Este afecto tambien toca á los animales; y así cuenta Plinio que si al caballo le echan su madre cubierta (porque de otra manera nunca tal hace), y con ella tiene coitu, en descubriéndola y conociéndola, se despeña y se mata. El caballo de Antíoco, caballero, siendo vencido y muerto de Centareto, como subiese en él muy regocijado, tomó el freno entre los dientes, y sin poder ser regido, se despeñó y vengó la muerte de su amo. Tambien el delfin, perdiendo al que ama, se desespera, como dijimos, y el perro y el águila, que arriba tambien nombramos.

Rod. Son cosas tan altas, y mejoran tanto al mundo, que me parece sería conciencia no pasar adelante; y así os pido por merced no ceseis.

TÍTULO XII.

Afecto de ódio y de enemistad, que hacen este daño en su proporcion.

El ódio á su semejante y de su propria especie sólo el hombre lo tiene. La fiereza del leon no se embravece contra los leones, la crueldad sangrienta del tigre no daña ni empece á los tigres, los dientes de las serpientes no hieren á las serpientes; á sólo el hombre infinitos géneros de males le vienen del hombre. Este ódio, como sea memoria del mal que hizo el hombre con su arbitrio, hace gran daño á la salud, porque derriba del celebro su parte, aunque ménos que el mal y daño cuando fué presente á la primera llegada, y así se demuda el color del rostro cuando ven aquella persona á quien tienen ódio y enemistad; daña al cuerpo, pero más al alma, pues deseando mal á su prójimo y semejante, están en pecado mortal. Enemistad se dirá cuando sucedió por malas obras. Ódio natural se dice por la contrariedad y diferencia que tiene un hombre á otro en complexion, condiciones, virtudes y vicios, y por la contrariedad de las estrellas y signos en que nacieron. Este ódio natural es de la sensitiva, tiénenlo muchos animales unos con otros. Tiénelo el leon con el leontofono, cuya ceniza, esparcida en las carnes, mata á los leones que las comen, y por eso, viendo el leon al leontofono, su contrario, luégo, sin llegar á él con la boca, lo mata. Los dragones tienen esta enemistad, natural con los elefantes. El rinoceros tiene la misma enemistad con los elefantes, y aguza su cuerno en las peñas para ir á pelear con ellos. El animal igneumon tiene este ódio con las serpientes nombradas áspides; y así se apareja para la pelea, yendo á donde hay barros ó cenagales, y se revuelca en el barro muchas veces, y se pone á secar al sol, lo cual hace muchas veces, hasta que siente estar bien vestido de loriga y costra de barro, y entónces sale á la batalla con su contrario. Esta misma enemistad tienen los delfines con el crocodilo; los cuales tienen muy recias y agudas las espinas del lomo, y el crocodilo tiene el cuero blando en la barriga, y así se meten debajo de él, y con las dichas espinas lo matan. Entre el animal antho y otro nombrado egipto hay tanto ódio y enemistad, que despues de muertos, si juntan la sangre del uno con la del otro, se apartan y huye la una de la otra. El ciervo tiene ódio con las culebras, y ellas con él, en tanto que del olor de su cuerno quemado huyen las culebras y se van á otro lugar. Este ódio es porque el ciervo con el hálito y resuello, sorbiendo hácia dentro, saca las culebras de su madriguera, y las mata con los piés y se las come. El igneumon tiene grande enemistad con el crocodilo, y ejecútala en esta manera, porque es animalejo pequeño, y el crocodilo es muy grande, que se traga un hombre. Pues este crocodilo hace su vida en agua y tierra, y es su mantenimiento de pescado comunmente; éste tiene la lengua pegada, que no la puede menear, y del pescado que come quédansele muchas espinas y reliquias entre lengua y dientes; cuando se ve así embarazado, sale á la ribera, y saliendo, luégo es con él una ave nombrada troquilos, con quien tiene gran amistad, y ésta

crocodilo le abre la boca, y ella entra dentro, y le espulga y limpia los dientes y lengua de las espinas y carne que tiene entre los dientes; lo cual es alimento de la dicha ave. El crocodilo, al gusto y sabor que toma rascándole las dichas reliquias, quédase al sol boquiabierto y dormido. Su contrario el igneumon está acechando hora, tiempo y lugar, y en viéndolo dormido así boquiabierto, salta y se le entra por la boca como una saeta, y se entra dentro del cuerpo y le roe las entrañas y rompe el vientre, y sale él libre y vase, dejando su contrario muerto.

TÍTULO XIII.

Afecto de vergüenza, que hace este daño en su proporcion.

Este afecto es bueno, y aunque no es virtud, es gran señal de la virtud. Tambien derriba del celebro de la misma manera á más y ménos, y algunas veces mata ó vuelve tontos, como se ha visto en nuestros tiempos en muchos, saliendo á actos públicos, como en lecciones de oposicion y en presencia de reyes, y otros actos semejantes, como se ve cada dia. Plinio cuenta que Diodoro, profesor de la dialética, en unas sustentaciones, no sabiendo responder á la cuestion y argumento que le puso Stilbon, de vergüenza se cayó allí muerto. Yo vi á un misacantano volverse atónito y tonto, y así estuvo mucho tiempo. En los niños y mozos derriba una sangre sutil por el cuero, que viene á la cara á proveer de cobertura; y así muchos niños, de vergüenza, con la mano se tapan los ojos y se ponen colorados, lo cual es señal de gran virtud. Preguntada Pitias, hija de Aristóteles, cuál era el mejor color de la cara, dijo: «El que hace la vergüenza.» Los elefantes tienen vergüenza, y de ellos podrian algunos hombres aprender honestidad y vergüenza, porque nunca se juntan con su hembra sino en escondido, y sienten el afrenta y castigo de palabras injuriosas.

TÍTULO XIV.

Afecto de congoja y cuidado; el que apresura la vejez y trae canas.

Congoja y cuidado de lo futuro, como sea un género de miedo que no suceda mal aquel negocio por falta suya, ó se erró, ó se olvidó, tambien mata á la larga, ó hace daño en su proporcion, y derriba mal humor vicioso. Cada uno lo habrá visto y experimentado cuando tiene grandes congojas y cuidados, los cuales dan fatiga, envejecen y traen canas, estorban la digestion y vegetativa, y suelen decir: «No me llega el cuero á la carne»; aunque más daña el ocio como, se dirá. Plinio dice que las picas, que son urracas, mueren del gran cuidado y deseo de aprender las palabras que les enseñan hablar. Los cuidados se han de dejar á tiempos, y ponerlos en un lugar, como en un papel, haciendo lista, y fijarla en la pared, y alivia la congoja y miedo de la memoria, y sin pena se miran allí los cuidados, y se hacen, y á la noche se duerme mejor. Y si son pocos y no usa de lista, de que se desnuda, ha de ponerlos y dejar los cuidados en el jubon, para tomarlos en la mañana con él. Este afecto apresura la vejez y las canas, como se vido en el moro, que preso á la noche, amaneció cano en Granada, y en el que amaneció la media cabeza cana por palabras que oyó de la boca de su Majestad. La gran congoja se aliviará con razones del alma: lo que es, ya es, ó lo que ha de ser, será; mi fatiga no lo mejora ni remedia.

TÍTULO XV.

Afecto de misericordia, que hace este daño.

Como la misericordia sea pena y dolor de la miseria ajena, tambien derriba jugo del celebro y lo hace vicioso á más y ménos, y así mueve lágrimas y se amortecen, y vienen síncopes y grandes daños, como de ver curar un herido, ver matar á otro, y áun de ver matar un animal viene gran daño, en la manera dicha, á mozos y mozas tiernas. Siéntese en los muslos, porque lo que cae del celebro va por aquel lugar. Esta misericordia podrian aprender los hombres de algunos animales, y ves que mantienen y regalan á sus padres en la vejez, como de las cigüeñas y de un género de ratones que cuenta Plinio.

TÍTULO XVI.

Afecto de servidumbre ó pérdida de libertad, y angostura del lugar, que hacen el mismo daño.

Pérdida de libertad no voluntaria hace el mismo daño, derribando humor del celebro por el cuero, y causa ictiricia á unos, á otros aquel humor comunmente se convierte en piojos, en tanta cantidad, que aunque los quitan y raen de las carnes, de allí á un momento tienen otros tantos, y mueren de ello, como se ha visto en galeras y cárceles; porque, como perder la libertad sea gran pérdida (y áun la mayor), derriba con gran vehemencia y mata á muchos, ó viven poco tiempo en aquella servidumbre. Plinio dice de una gente que en siendo cautivos luégo mueren. Las esclavas ábiles, en llegando á la discrecion, mueren, especial si tienen hijo esclavo.

Este daño tambien lo sienten los animales, y mueren; vese en los que encierran en jaulas, como el ruiseñor y animales que cazan. Plinio trae algunos animales que nunca jamas se pudieron ver vivos, porque en cazándolos y en perdiendo la libertad, luégo mueren, como los toros silvestres, que tienen los cuernos movibles, y el unicornio. La angostura del lugar es casi lo mismo, y se han visto morir muchos, como murió Tales Milesio en el teatro, mirando unos juegos, angustiado de la mucha gente y poco lugar; y las yerbas espesas unas á otras ahogan, y el ganado estrechado muere.

TÍTULO XVII.

Siete afectos que son pecado en el hombre.

Los afectos del hombre que son pecado dañan principalmente al alma, pero tambien al cuerpo, haciendo el mismo daño en su proporcion alguno de ellos; y porque esta materia está escrita, no nos detendrémos en ella. ¿A cuántos la soberbia y avaricia (que sólo el hombre la tiene entre todos los animales) acarreó

la muerte y grandes daños? ¿A cuántos la ira y apetito de la venganza? ¿A cuántos la insaciable sed del dinero quitó la vida? Del cual vicio no toma el hombre ni goza para sí más del trabajo en balde. Dice Horacio: «Tanto le falta al avaro lo que tiene como lo que no tiene, porque no goza de ello.» El avaro es como Tántalo en el rio, que tiene el agua hasta los labios, y abrasándolo la sed, no puede beber. ¿A cuántos mata la gula? Pues el mucho comer pusieron los médicos antiguos por principal causa de enfermedades y muertes, y así dijeron: «Más mata la gula que la espada.» La envidia sólo el hombre la tiene, es de muy baja y vil condicion, es vicio de pusilánimos, da muy gran tormento, como sea pesar del bien ajeno; enflaquece y consume al miserable que la tiene, porque aquel pesar del bien ajeno derriba humor vicioso del celebro, y así se va consumiendo.

Rod. Ya vémos que en la materia que está escrita no os quereis detener; decidnos de la lujuria, pereza y ocio.

TÍTULO XVIII.

De la lujuria, la cual acorta la vida y causa diversas enfermedades.

La lujuria, ó acto venéreo, es el mayor contrario y que más consume la vida de todo viviente, planta, animal y hombre, como se ve claro en la vid no podada y en animales muy lujuriosos, que tienen poca vida; esto es en el hombre, porque derriba el jugo de su raíz, ó húmido radical, por dos vias, posterior y anterior. Lo posterior va por su tronco, que es la médula espinal, y esto sale fuera del hombre, como los frutos en los árboles. Y lo anterior cae comunmente al estómago y lo enfria, y debilita á él, y desconcierta su armonía y calor, de lo cual sucede otro nuevo daño al celebro ó raíz, y le causa tristeza y deflujo por diversas vias; y así suceden diversas enfermedades, segun al lugar donde va á parar, y suceden muertes, como es cosa notoria que muchos mueren por el demasiado coitu, y algunos murieron en el mismo acto venéreo, como Cornelio Gallo, pretor, y Tito Etherio, caballero romano, y otros que notó Plinio, y en nuestra ciudad hemos visto no acostarse dos veces con la esposa, porque de la primera nunca más se levantó. Toma este aviso: no uses del acto venéreo sino es á la mañana en ayunas, habiendo dormido, y es bueno reiterar el sueño despues del coitu.

TÍTULO XIX.

De la pereza y ocio. Qué hace este daño en su proporcion.

La pereza y ocio demasiado, y mucho dormir, hace caer del celebro humor y jugo vicioso, que hace gafos y tullidos. Este vicio se nombra ignavia ó inercia. La ociosidad es imágen de la muerte, y el ocioso del hombre muerto; corrompe la salud del hombre, como las aguas estancadas, que no se mueven, se corrompen y hieden. Dijo Ovidio: «Así corrompe el ocio al cuerpo humano, como corrompe á las aguas si están quedas sin movimiento; y así vemos á los ejercitados en el *campo vivir más tiempo y más sanos* que los encharcados en las plazas.» En este quiero dar un aviso (que si lo experimentas, sé que me lo agradecerás): que goces de respirar el aire limpio y fresco de la mañana y aurora, cuando viene huyendo de los rayos del sol ántes que salga, á lo ménos en el verano, saliéndote al campo muy de mañana, obra salud maravillosa, da gana de comer, humedece el celebro, hace rejuvenecer, vuelve mozos, y en el dicho campo hacer algun ejercicio da gran salud, porque de otra manera, el mucho ocio sin ejercicio, y mucho dormir, hace muy blando, tierno y aguanoso el celebro, y se derrite y cae fácilmente, y así vienen los daños dichos y muchas enfermedades; y por esto la prole real y señores muy regalados tienen más enfermedades que los que trabajan, y con pequeña ocasion mueren, como los niños y como los tallos tiernos de la vid, que con un pequeño frio mueren, porque está el celebro tan tierno, blandujo y aguanoso, que en comenzando á derretirse y caer ó hacer su flujo, corre tanto, que no cesa hasta la muerte; y vemos por experiencia que áun hasta los papagayos en las jaulas, y á los caballos que no los ejercitan, les da gota tambien, como á los hombres, y por esto es mejor el pan segundo que el de la flor, y dormir en cama dura que no en blanda, y el poco regalo que el mucho y el trabajar que el holgar. Bien lo muestra la composicion del cuerpo humano, pues te dió naturaleza dos manos con tantos goznes y coyunturas, para entender en algo con ellas, y te dió dos ojos, ambos en la parte delantera, para que vieses lo que con ellas haces sin torcer la cabeza, como otros animales, que los tienen en las sienes. El ocio es inventor de vicios y pecados, pues al que se priva de algun ejercicio natural tanto al hombre, justa pena le viene luégo, que es la gota, la cual nombran mal de ricos; el cual daño y otras enfermedades les viene por la causa dicha de hacerse el celebro blandujo, aguanoso y fluxible con el ocio; y así es gran yerro en el mundo el que hacen los reyes y otros muchos, de apartarse donde pueden tener ocios seguros, salvo si no es en gran vejez.

TÍTULO XX.

Afecto de los celos. Avisa que los celos matan, y hacen este daño como el miedo.

El afecto de los celos da muy mala vida al hombre, y más á las mujeres, como sea miedo y sospecha de gran pérdida; es un temor y miedo de perder lo que se ama, que luégo se sigue al grande amor; derriba del celebro mal humor, melancólico, y así sospechan lo que no es, y todo les parece más ó ménos. Son los celos como el espejo de Alinde, donde todo parece mayor de lo que es, y muchas mujeres pierden el juicio; causa muertes y enfermedades, angustias y torcer la boca, desvarío y locura en hombres y mujeres. Ninfa, enamorada de Hércules, murió de celos, de donde tuvo lugar la fábula que se convirtió en la yerba ninfea, la cual quita el coitu, como dice Plinio. Los celos obran y acarrean grandes daños, tormentos y muertes. Prócris, mujer de Céfalo, herida de amor y celos, yendo su marido á caza, le siguió, y para ver qué hacia, se escondió en una mata, en lugar conveniente de la montaña, y pesando el

marido cerca, vido menearse la mata, y entendiendo que era alguna fiera, le tiró y la mató. Lo mismo aconteció á la mujer de Aemilio, mancebo. La mujer de Cianipo Tesalo, queriendo ver qué hacia su marido en caza, instigada de celos, hizo lo mismo, que fué en seguimiento y se escondió en una mata, y dando los perros en ella, pensando que era fiera, la despedazaron. Este afecto de celos es de la sensitiva, y es comun á otros animales, como se ve claro en los gallos y caballos, que se matan unos á otros. A Crátis, pastor, estando durmiendo, lo mató un cabron á grandes cabezadas, por celos que dél tenia, que usaba abominablemente de una cabra. Refiérenlo Ludovico Celio y Volaterrano. El leon, dice Plinio que conoce el adulterio de su compañera en el olfato, y luégo la castiga reciamente, por lo que la leona, cuando ha hecho el tal adulterio, si puede hallar rio ó fuente, se baña y limpia ántes que vaya con su compañero. Plinio cuenta que en Africa hay muchos asnos silvestres, que andan á manadas, y en cada manada no hay más que un padre, porque éste, todos los machos que nacen en su grege y manada los castra con los dientes. Los elefantes sienten celos y amores, como cuenta Eliano, en el *Tratado del amor de los alefantes*, por lo cual caen en su furia y enfermedad cada año.

TÍTULO XXI.

Afecto de venganza.

Este apetito de venganza es sensual; trae grandes daños y desasosiego, porque es una presencia y memoria del daño que recibió, y deseo de dar el talion de aquel daño ó mayor. Acarrea al hombre grandes pérdidas y enfermedades y muertes; daña al cuerpo, y más al alma; no es de hombres magnánimos, porque éstos fácilmente perdonan, y no se acuerdan del mal que recibieron; ántes es de pusilánimos y afeminados: éste afecto es de la sensitiva, muy propio de animales. Y dice Plinio que las serpientes áspides, que andan macho y hembra apareados y en compañia, si matan al uno de los dos, le queda al otro increible cuidado de la venganza; y asi sigue al hombre que le mató su compañera con tanta perseverancia, que no le estorban montes, breñas ni peñascos, hasta alcanzarle en poblado, y entre muchas gentes matarle. El elefante es vengativo, del cual cuenta Cristóbal Acosta que en la ciudad de Cochin un soldado le arrojó á un elefante una cáscara de un fruto que nombran coco, y dándole en la cabeza, elefante, no pudiéndose vengar, la tomó y guardó ro en la boca, y pasados algunos dias vió al soldaar por una calle, y tomó la cáscara con la trom- la tiró, mostrándose contento y satisfecho de ta. Cuenta Plinio de una ave llamada egipto, enemistad con el asno, en tanto, que en oyénar, arroja los huevos del nido y los pollos se la va á vengarlo con gran eficacia, y con el llagas en el rostro. Cuenta tambien de otra la esalon, muy enemiga del cuervo, porque huevos; pero cuando aquella ave esalon la raposa, le ayuda y se hace amigo con garse del otro mayor enemigo, que es la fecto ha de saber dejar el hombre con prudencia, y curar de su salud, como dijimos de los cuidados.

Rod. ¿Cómo se puede dejar una cosa espiritual y que siempre está en el alma?

Ant. Si puede en el buen juicio, como los dos embajadores romanos, capitales enemigos, siendo mandados por el Senado ir juntos á aquella embajada, en saliendo de Roma y llegando á las primeras matas, dijo el uno: «Pues es así que hemos de ir juntos, dejemos la enemistad en estas matas, y á la vuelta la tomarémos (palabra de amigo generoso).» Y dijo el otro: «Sea así»; y hicieron su viaje con tan buena amistad y conversacion como si fueran muy grandes amigos; y volviendo de su viaje, cuando llegaron á las matas dijo el uno: «En estas matas dejamos la enemistad; ¿hémosla de tornar á tomar?» Respondió el otro: «No; quédese ahí.» Y de allí adelante fueron grandes amigos.

TÍTULO XXII.

Afectos que dan salud y sustentan la vida humana.

Hay otros afectos en el hombre, que le dan y acarrean salud y vida (al contrario de los dichos), como son las dos colunas ó empentas espirituales, que son esperanza de bien, alegría y contento; las cuales dos tiene el alma consigo en su cámara (que es el celebro); porque la tercera empenta, que es el calor concertado del armonía, segunda del estómago, no es afecto. Pues estos dos afectos principales y continuos de la cámara de este príncipe, que dan vida y cremento al celebro del hombre por la concordia y amistad del alma, que allí mora, con las especies que allí entran, no habiendo ninguna contraria, desechada ni aborrecida; consérvase la amistad del alma y cuerpo, y crece y se aumenta lo corporal, que es la médula del celebro y su jugo. Y con éste la tela que nombran pía madre, alta, yerta, sin movimiento ni caida por tacto, hace recto su oficio, brotándolo para arriba para la vegetacion del cuero, que es la principal, como la del árbol por la corteza. Esto hace con las dichas dos empentas, esperanza de bien y alegría y contento, que es contraria al mayor enemigo, enojo y pesar; los cuales la mueven ó derriban, y cesa su vegetacion dicha; de la cual alegría tocarémos ahora, y lo restante se dirá en la felicidad.

TÍTULO XXIII.

Afecto del placer, contento y alegría, que es una de las tres columnas que sustentan la vida, salud humana.

El placer, contento y alegría, son la principal causa por que vive el hombre y tiene salud, y el pesar y descontento, por que muere. A este contento y alegría llamó Platon concordia del alma y cuerpo, en la cual puso la salud; y al pesar y descontento llamó discordia del alma y cuerpo, y en éste puso las enfermedades, y con mucha razon, aunque los médicos no lo entendieron.

Rod. Todo cuanto habeis dicho va contra lo que tienen todos y el vulgo, que piensa que las muertes suceden de las comidas, cuando no son naturales por vejez, y que la vida consiste en buenas comidas, y que

del comer se engendran los malos humores y vienen las muertes. Y así dijo Arnaldo: «Muchos más mata la gula que la espada.»

Ant. Engáñanse mucho; verdad es que la comida de mala calidad ó de algun veneno ó demasiada, que el calor no la puede abrazar, engendra mal humor vicioso y desbarata la armonía del estómagó, como los afectos desbaratarán la armonía principal del celebro, como adelante se declarará; y mucho más daño causan las cenas, porque cae una comida sobre otra sin dormir, y la órden de naturaleza y buena salud es de cada comida tomar el jugo de tres maneras, y enviar su parte á este rey y príncipe, que se dice miembro principal ó raíz, el celebro ó médula de los sesos, y esta parte le envian sus criados del estómago en el sueño principalmente, que es la una manera, como se ve en los niños, que tras de cada comida duermen; por esto las grandes cenas son causa de malos humores y enfermedades; tambien por otra razon, que adelante se dirá. Aristóteles, siendo preguntado qué habia visto en Sicilia, respondió: «Vi un monstruo, que se hartaba dos veces al dia»; porque vido á Dionisio, rey de Sicilia, comer dos veces hasta hartarse. Pero es meaja el daño que el comer demasiado hace en los hombres en la armonía segunda del estómago, en comparacion del daño que hace el enojo y pesar (porque éste yerma el mundo, como dicho es), y otros afectos en la armonía primera y principal del celebro, donde habita y mora el ánima divina, desbaratándola y haciendo discordia entre alma y cuerpo, mediante las especies contrarias y aborrecidas, que allí entran por las cinco puertas de los cinco sentidos.

Rod. De esa manera, señor Antonio, mejor es tener poco qué comer que mucho; pues comunmente vemos á los pobres vivir más tiempo y más sanos que los ricos.

Ant. Y ¡cómo si es mejor! sin comparacion, porque el hombre se escapa de este daño del mucho comer, y del otro mayor que dijimos, enojo y pesar, porque no tiene de donde le vengan grandes pérdidas ni grandes enojos; pero dejemos esto ahora para adelante, y vengamos á dar las causas de todo lo dicho, que yo lo pondré claro lo más que pudiere.

Habeis de saber que ordinariamente la mayor parte del humor que en el cuerpo humano se cria cae del celebro ó médula de la cabeza, y á esta caida llaman catarro ó reuma cuando cae de la parte anterior de la cabeza. Y sabed que las demas enfermedades, que tienen infinitos nombres, es humor tambien que cae de la cabeza por la parte posterior, como más largamente se declara en el diálogo de la *Vera medicina*. Y si lo caido ó catarro ó reuma de ambas partes es grande y de gran causa y vehemente, una sola caida (catarro, ó decremento del celebro, que todo es uno) es bastante para matar, como se vido en el gran catarro pasado, del cual tan infinito número de gentes murió, que fué una fina pestilencia. Y estos catarros, caidas ó decrementos del jugo del celebro, pasan en el hombre de esta manera. Primero cae la ventosidad, segundariamente lo más acuoso y fluxible, que es la cólera, y lo tercero lo viscoso, que es la fleugma; la cual, como se ve cada dia en una cabeza de carnero, y se puede ver en las de los hombres, despues de muerto queda colgando un pedazo de fleugma, como gargajo, de la médula de los sesos. Yo tengo opinion que este humor viscoso (que es la fleugma, y lo postrero que cae) es lo que mata á los hombres y hace los mayores daños; pero, sea el que fuere, si este humor cae al pecho, da la tos, y si cae al corazon, da epilepsia, y si va al pleuresi, da mal de costado, y si va al bazo, da melancolía, y si va al hígado, desbarátale su calor nativo, y viene calentura; y si va á los riñones, da mal de riñones, y si va á los piés, la gota, etc., como más largamente se tratará en el diálogo de la *Vera medicina*. Y aunque los médicos antiguos juzgaron de otra manera (porque no alcanzaron las caidas, catarros y decrementos del jugo del celebro por la parte posterior y nuca, ó vicaria del celebro, que es la médula espinal, que nace del celebro), su dicho no forzó á la naturaleza á que fuese aquello que dijeron, ántes ella se quedó y está en lo que fué y es; y su dicho no la mudó, ántes sus dichos se mudáran; pero esto quédese para su lugar. Yo tengo muy visto y experimentado que esto pasa así en el hombre, que cuando con esta humidad, jugo, chilo ó substancia, la raíz, que es el celebro, y la pía mater está firme, haciendo su oficio ó culto (que es tomar y dar), el cual se dirá adelante, entónces es la salud; y cuando cae de allí, y se desminuye y descrece el celebro, y cesa su oficio de raíz, que es (como dijimos) tomar y dar, son las enfermedades. Y sabed que éste celebro es la raíz principal que vegeta el cuerpo del hombre, que se dijo árbol del reves. Y el aumento de ésta es la salud, y la diminucion son las enfermedades.

Tres colunas ó empentas tiene este jugo de esta raíz principal y la pía madre, para estar firme en su lugar y hacer su oficio, donde da la salud, que son éstas: la primera, alegría, contento y placer: la segunda, esperanza de bien: la tercera, buen calor del estómago y concierto de la armonía segunda del estómago, como arriba dijimos; y tiene muchos enemigos y contrarios, que le hacen caer aquel jugo del celebro y armonía primera, cada uno en su proporcion, segun su fuerza, y eficacia con que mueven y sacuden la pía madre, y estorban su vegetacion, que brota para arriba hasta el cuero, como más largo se declarará en los diálogos. Pero el mayor que tiene es enojo y pesar, el cual, si es grande, de una sola caida ó deflujo sufoca y apaga el calor nativo del corazon y estómago, y en un momento mata, como está dicho, porque derriba en un instante tanta cantidad del jugo del celebro, contrario al estómago por su frialdad, que basta á sufocar el calor del estómago, y en un momento mata, y la causa y cómo esto se hace es ésta.

TÍTULO XXIV.

La manera como hace este daño el ánima en los afectos.

Como allí en el celebro está el ánima divina, entendimiento, razon, y voluntad, y potencias del alma, llega aquella especie que entra por uno de los cinco sentidos, tan aborrecida y contraria, y que tanto le duele al alma, que luégo el entendimiento y voluntad le arrojan y sacuden, con movimiento de pía madre,

de sí, no queriendo que aquello fuera en el mundo; arrójanla con tal violencia, que arrojan tambien con ella toda la sustancia, humidad y jugo que tenia la raíz, el celebro, para alimento, salud y vegetacion de sus ramas y para hacer su oficio la pía mater (el cual le dirá más largamente); deséchanla y arrójanla, como cuando á un animal le dan una cuchillada en el pié, y da muchas coces á menudo, arrojando y desechando aquel dolor, y arrojára tambien el pié, si fuera la materia blanda y pudiera desasirse, como acá puede el jugo y humidad del celebro; esto hace el ánima con el movimiento de la pía madre, que es la mano del ánima. Al orador que, subiendo á la cátedra á orar (en Roma), se le olvidó totalmente la oracion que iba á decir, y el que en la enfermedad olvidó su nombre propio y el de sus esclavos, y el que olvidó las letras, y el que viniendo camino, un aire frio, que le daba en el colodrillo, le hizo perder la memoria, fué que se les cayó y corrió la humidad del celebro, y con ella todas aquellas especies que en ella estaban situadas.

TÍTULO XXV.

Afecto de esperanza de bien. Avisa que esperanza de bien es una coluna, que sustenta la salud del hombre y hace todas las obras humanas.

La esperanza de bien es la que sustenta (como una coluna) la salud y vida humana, y gobierna el mundo, y ésta hace todas las cosas de este mundo. Ninguna cosa mueve al hombre, sino la esperanza de bien. Todas las acciones y obras exteriores y interiores las hace esperanza de bien. Ésta da salud, como la quita su contraria. Con ésta vive el hombre, y sin ella no quiere la vida. Ésta da alegría, contento, fuerzas y aliento para cualquier trabajo. Ésta es el báculo de la vejez. Ésta quita las fuerzas al grande enemigo del género humano, enojo y pesar, y á todos los demas contrarios de la vida del hombre, que no hacen tanto efecto, apartándose aquel mal con el bien que espera; hace lo dificultoso fácil, alivia todo trabajo. Ésta edificó las ciudades, plantó los árboles, rompió los montes, dió mejor camino á los rios, hizo las batallas, fabricó las naos, mostró andar y navegar sobre el agua, rompe las entrañas á la tierra, buscando el oro y plata. Ésta sustenta las vidas ásperas. Ésta muertes y martirios los hace fáciles y alegres. Ésta fundó las leyes, escribió las ciencias y doctrinas. Ésta se les ha de dar, y no quitar, á los hombres en las leyes, especial á los que mantienen y sustentan el mundo, como los labradores y pastores, porque con la esperanza de bien pasan sus grandes trabajos. Ésta mueve mi torpe y humilde lengua. Ésta hace obrar las virtudes y buenas obras, como su contraria causa las malas y hace salteadores de caminos. Toma este aviso: guárdate de aquel que no tiene esperanza de bien. Yendo un filósofo un camino, salieron unos salteadores á matarle, y conociendo al uno de ellos, díjole fingidamente: «Sa-, hermano, que vuestro pariente Fulano ha venido Indias, y trae más de cincuenta mil ducados, y no heredero, y anda buscando todos sus parientes; podeis dejar este oficio, y idos á ver con él.» En poniéndole esperanza de bien, no solamente no le mataron ni le quitaron lo que llevaba, pero diéronle mucha caza y dejáronle ir libre; y así por saber el gran efecto que tiene la esperanza de bien se libró de aquel peligro.

TÍTULO XXVI.

Afecto de la templanza y sufrimiento, la cual es la señora y gobernadora de la salud del hombre.

La templanza en todos los deleites, apetitos y afectos, es la maestra, señora y gobernadora de la salud del hombre y de la salud del alma. Ésta sustenta la vida y salud humana, y hace llegar á la vejez. Ésta sustenta en paz, alegría y concordia al ánima y sus afectos. Ésta estorba riñas, enojos, tristezas, tormentos, muertes, vicios y enfermedades. Ésta es la medicina general para todos los males del hombre, así de cuerpo como de alma. Con la templanza vivirás sano, quieto, alegre y felice. Ésta, en pasando su meta y raya, luégo tiene el castigo en la mano, ninguna cosa perdona. Por no saber usar de ésta, el hombre él mismo se mata y acarrea para sí todo género de males, y el mayor enemigo del hombre es él mismo para sí, por no saber usar ni gozar de esta gran señora, la cual puso su silla en lugar bajo, para que todos la pudiesen alcanzar. En todas tus cosas ha de ser ésta tu regla y compas. El trabajo y el ejercicio has de reglar con la templanza. Con ésta has de reglar tu comida y bebida, sopena que te castigará con tristeza, pesadumbre ó enfermedad. El sueño y ocio tambien has de tomar con templanza y no demasía, si quieres evitar enfermedades, como gota, opilaciones y tullimiento de miembros. En la lujuria has de guardar sus leyes, término y raya, y en todo deleite y apetito sensitivo, porque es muy rigurosa, y en pasando de sus leyes y término, por pequeño yerro da gran castigo, luégo al presente, sin dejarlo para otro dia, porque las demasías en trabajo, ocio, comida, bebida, sueño, lujuria y otros deleites, y en afectos, soberbia, ira, enojo, deseo, amor, miedo, congoja, luégo derriban y hacen vicioso el jugo del celebro cada uno en su proporcion, y en esta proporcion hacen el daño, tristeza, enfermedad ó muerte; y así el hombre él mismo con sus manos se mata, ó se acarrea los daños y enfermedades, ó la salud, contento y alegría, bienes y felicidad. En ésta te quiero dar un consejo y aviso: en toda cosa huye el extremo y demasía: airado, no determines cosa alguna; airado, ni comas ni bebas. Esta gran virtud, templanza, solamente el hombre la tiene y puede gozar de sus grandes bienes, porque consiste en la voluntad deliberada por el entendimiento. Esotros animales no pueden, porque de aquello á que su apetito sensitivo les instiga no pueden volver atras ni deliberar otra cosa.

TÍTULO XXVII.

Afecto de amor á su semejante. Avisa que este amor empleado en los hijos da salud al hombre.

El amor á su semejante es afecto natural, da salud y alegría, porque el hombre es animal sociable, quiere y ama su semejante. La soledad le es muy contraria y

causa melancolía cuando no hay compañía consigo mismo de gran entendimiento, porque es necesario al hombre tener donde emplee este afecto de amor, porque si no lo hay, causa tristeza y melancolía; pero mira que ha de ser con la cautela y prevencion dicha, porque el demasiado amor es muy peligroso y acarrea muchas muertes, como está dicho; y así toma este aviso de mí (que es semejante á uno de los tres dichos de Chilon lacedemonio, los cuales están escritos con letras de oro en la ínsula Délfos), y es: «No amarás ni descarás nada demasiadamente.» Las cosas que incitan y mueven el amor en el hombre, y son amables, son éstas: sapiencia, semejanza, la eutropelia (que es buena conversacion), música. Estas cosas hacen muy amable al hombre, y mucho más mueven el amor en el cremento del celebro que no en el decremento; quiero decir, en el tiempo de la salud que no en el tiempo de la enfermedad. Este amor y amistad tienen muchos animales unos con otros, como la tienen el ave trochilos con el crocodilo, que ya dijimos. Y Plinio cuenta de un pece, llamado musculus, que tiene amistad con la ballena, y cuando con la gran pesadumbre de los sobrecejos se le atapan los ojos en la vejez, éste su amigo, nadando delante, como destron, la guia y libra de bajíos, no se encalle, y le suple la falta de los ojos. Cuenta el mismo Plinio que un animalejo terrestre, llamado nauplio, tiene amistad con un género de conchas que tienen semejanza de nao, porque tiene popa y proa, en la cual sube y cabalga el animalejo, y ella pone la parte vacua alta que haga vela, y los brazos del animal sirven de gobernarle, y así juntos navegan y pasean por el mar: éste se goza de ser llevado, y ésta se goza de ser regida.

Del elefante cuenta Plinio que tiene amor y amistad, por la gran memoria sensitiva que tiene, como el que amó á la vendedera que dijimos. Y dice de otro que tuvo grande amistad con Menandre, siracusano, en tanto que en estando ausente no queria comer bocado; y de otro que amó á una que vendia ungüentos, y la visitaba y hacia grandes caricias y blandicias, y guardaba el estipendio que el pueblo le daba, y se lo llevaba y echaba en la falda.

Tambien el amor para procrear á su especie y hijos da grande alegría y contento, y por eso salud, porque el amor del hombre se emplea naturalmente en su semejante. Este amor de los hijos es de la sensitiva, y es comun á todos los animales, y usan de extrañas astucias para conservar su generacion. Del ave del paraíso cuentan los naturales que cría sus hijos en el aire, porque no tiene piés, ni se los dió naturaleza, porque no los habia menester, como los peces: pero dióle en su lugar una cerda en el pecho, con la cual pocas veces se cuelga de un árbol; siempre vive en el aire y duerme, y en él cria sus hijos de esta manera: tiene el macho (¡providente natura!) un hoyo en las espaldas, y allí pone los huevos la hembra, y cuando los ha puesto, se echa sobre ellos encima del macho, y así juntos y pegados se andan por el aire, hasta que salen los pollos, y salidos, el padre anda cargado con ellos, y la madre les trae su natural alimento hasta que son para volar. Otra ave *ignota* y sin nombre, en Scitia, siempre cria sus hijos en la piel de la liebre, colgada en los cogollos de los árboles, por más seguridad de los peligros que barrunta y teme con el amor de los hijos. Otras aves, cuando el nido es visto de algun hombre, mudan los huevos á otro lugar. Las picas (que son urracas) mudan sus huevos con admirable astucia: porque los dedos de los piés no pueden abrazar el huevo, toman un palo pequeño y pónenlo sobre los huevos, y pégalos con la liga que de su vientre echa, y luégo mete por debajo la cabeza por medio, haciendo igual peso en un lado y otro, y así los muda cuando le han mirado el nido. De las perdices, dice el mismo Plinio que si, estando en el nido, algun hombre va derecho hácia allá, con grande astucia se levanta y vuela, y se hace caediza junto á los piés del hombre, fingiéndose pesada ó deslomada; y cuando el hombre la va á tomar, da una corrida ó un pequeño vuelo, y torna á caer como si tuviera el ala quebrada, y torna á dar otra carrera, huyendo del hombre que va cerca tras ella, con esperanza, aquí la tomaré, allí la tomaré; y engañándolo á él y á su esperanza, lo lleva hasta que lo desvia á la parte contraria de donde estaba su nido, y entónces da un gran vuelo y vase. De un pescado, refiere san Ambrosio que en el peligro se traga sus hijos, y pasado el peligro, los vomita sanos y buenos.

TÍTULO XXVIII.

De la amistad y buena conversacion necesaria á la vida humana.

La amistad y buena conversacion es muy necesaria para la salud al hombre, porque el hombre es animal sociable, quiere y ama la conversacion de su semejante, en tanto que algunos llamaron á la buena conversacion quinto elemento con que vive el hombre; es necesario el hablar y conversar al ánima á sus tiempos, y entender en algo de pasatiempo, porque el alma empleada y atenta en algo aprovecha para la salud, y al contrario, estando queda y ociosa, como el agua encharcada, se podrece. Tambien por otra razon son necesarios los amigos, porque si el alma no tiene en qué emplear su amor natural, que brota para fuera, ni con qué llevar sus deseos y gran capacidad, la cual se llena con lo amado, luégo se marchita y desmaya, y hace melancolía y tristeza, quedándose como vacía, y frustrado su apetito, deseo y accion natural.

El amigo es otro yo, y así como el ser es la mayor felicidad, y dejar de ser es la mayor miseria, así es gran felicidad ser hombre dos veces, teniendo amigo verdadero. Con el buen amigo los bienes comunicados crecen y se hacen mayores, y los males y congojas se alivian y hacen menores. El amigo procura las cosas del amigo como las suyas. Guarda el secreto, y con él han de ser comunes los secretos del alma, y tambien las riquezas corporales. Todo lo de los amigos ha de ser comun.

TÍTULO XXIX.

De la soledad, que hace daño en su proporcion.

La soledad hace el contrario efecto de la buena conversacion, deriva mal humor en su proporcion, hace melancolía y tristeza, da tormento y angustias, como el gran deseo, si no tiene compañía consigo de gran entendimiento y filosofía para hablar y conversar consigo mismo y con su prudencia; que este tal más acompañado está cuando solo, y más solitario cuando acompañado. Por esto dijeron bien: «El solo, ó es como Dios, ó es como bestia, que no siente la falta de la compañía.»

Esta soledad, silencio y tranquilidad son diferentes, porque á ratos son buenas, y á ratos son malas: cuando el ánima en su alcázar y casa real, que es el celebro, hace sus acciones naturales de la vegetacion, quiere y ama soledad y silencio (y éste es necesario en la comida, reposo y sueño), y cuando, hechas éstas, hace y ejercita sus acciones propias animales, entónces quiere y ama compañía, conversacion y entender en algo. La soledad es mala á los tristes y melancólicos, y les acarrea más daño que á otros. La soledad es buena para el buen cristiano á sus tiempos y horas, y en ella se halla lo que muchas veces se pierde en la conversacion, hablando y conversando con Dios en la oracion vocal ó mental, y haciendo paradas en la vida, entendiéndose á sí mismo, y considerando el camino y via que lleva entre manos, y el fin á donde va á parar.

La soledad sienten los animales y huyen de ella, quieren y aman compañía, y andan juntos y á manadas, así las aves por el aire, como esotros animales por la tierra. Dice Plinio que la oveja, si está solitaria cuando truena, malpare, y si está en compañía con la manada, no aborta.

TÍTULO XXX.

De contrarios que tiene la salud humana, que no son afectos.

Otros contrarios muchos, que no son afectos, tiene la salud del hombre, que hacen el mismo daño, derribando el jugo y humidad del celebro, y causándole flujo y decremento hasta que lo mata; de los cuales irémos diciendo.

TÍTULO XXXI.

De la peste, grande contrario.

La peste mata los hombres, haciendo este mismo daño en la manera que está dicha; y este contrario de la peste viene de dos maneras: ó en el aire, elemento, ó en enfermedad contagiosa, que tambien se pega por el tacto del aire. Es cosa tan delicada esta armonía principal del celebro, que se desbarata fácilmente, y del cremento se muda fácilmente al decremento, y de hacer su oficio y uso de salud, como se dirá, se muda á hacer humor vicioso, el cual, cayendo á más y ménos y por diferentes vias, viene á matar ó dar várias enfermedades; pues con el tacto del aire, con que vive y respira, en un momento se desbarata y hace deflujo y decremento, y cae lo que subia, como vemos en el aire que trae peste *ó mala impresion,* y se vido en el catarro grande pasado, *y vemos que de hablar* solamente el que viene *herido de peste,* aunque sea algo léjos, con otro, se le pega con el aire. Este mal entra por el olfato ó anhélito, ó por los ojos, que tambien es via fácil para llegar al celebro, como vemos en el aojar, como se dirá adelante. Y por esto la gente que nombra Plinio astomos, que dice sin boca, que viven solamente con olores de frutos y flores, sin comer, luégo con el mal olor fácilmente mueren; y otras gentes que viven en un valle (que mejor se dirán monstruos), donde siempre hay niebla, y saliendo arriba al aire claro, mueren, como el pece en sacándolo del agua. Los pajaritos de los árboles de la canela, en sacándolos de aquel sitio y aire, luégo mueren. La piravita, dice Plinio que en apartándose del fuego, con el cual respira y vive, luégo muere. El aire con mal olor mata, como el basilisco muere con el olor de la mustela (que es comadreja), y ella muere con la vista del basilisco, sin tocarse el uno al otro, sino solamente por el aire. Hacen esta pelea de naturaleza, y mueren entrambos: ésta muere con la vista del basilisco, y él muere con el olor de la mustela. De manera que en el aire, con que respiran los animales y viven (principalmente en esta armonía del celebro, que tambien tiene anhelacion y respiracion, como en el pecho tiene el corazon), va más que en la comida, y mata más presto, como se ve en los peces, que en faltándoles ó dañándose el agua, con que respiran, mueren, pues llega aquel aire con aquella su mala calidad al celebro, y desbarata aquella armonía, derribando su jugo y humidad, y poniéndolo en decremento, y luégo, como naturaleza apetece su conservacion, provee de echar aquel humor vicioso (que derriba aquel aire contrario con su tacto) á una parte, para que no corrompa el todo; y ésta es la landre, como proveyó de la hiel en el hígado para receptáculo de la malicia que habia de corromper y matar. Pero, como fué vehemente el efecto de aquel mal aire, no le basta su diligencia, y cae tanto, que mata, por la contrariedad de la frialdad que lleva consigo del celebro, contraria á la armonía del estómago, que conserva su salud con calor, y esto pasa así. Los remedios son las cosas que son contraveneno, como bezar, etc., y en el aire con buenos olores que traiga el hombre, y con quemar romero, enebro, sabina, salvia y otras cosas de buen olor; tomar alegrías y placeres, música y buena conversacion y todo género de alegría, confortando todas tres empentas dichas. No hay cosa más fácil de inmutarse y tomar otra calidad que es el aire, que lo mudan y diferencian todas las cosas por donde pasa: múdanlo las yerbas y plantas, múdanlo las nieves y aguas, las tierras, lagunas y el cielo. De aquí vienen las diferencias de las tierras, como se muda el agua por los mineros y tierras por donde pasa; pues mezclando buenos olores al aire, es buen remedio. Y tambien te aviso que será buen remedio atapar las narices al aire que tiene sospecha, y cuando hablares con hombre que hay sospecha, no mirarle cara á cara, porque no éntre por el hálito ó narices ó ojos aquella mala calidad, sino volver la cara; que así hace el leon cuando encuentra á su contrario leontofono, y lo despedaza sin llegar con la boca. Las serpientes huyen y se apartan de la presencia y olor de la gente nombrada psilos, los cuales tienen virtud contra ellas, como en otro cabo se dirá. Plinio dice que la peste

comunmente va hácia Occidente, y que no dura de tres meses adelante. La causa de esto es que más comunmente la lleva Solano, que se le pega y imprime más por ser más raro y más cálido, y así la lleva hácia Occidente. Ayudan tambien los movimientos de los cielos, y así se ha de huir hácia aquel lado de donde viene la peste, y no á donde va.

TÍTULO XXXII.

Del contrario, que se nombra ojo ó aojar, el cual hace este daño á más y ménos.

El aojar tambien es un veneno que se pega por el aire, y entra por los ojos, aliento ó narices (mediante el tocamiento del aire), sin sentirlo, y llegando al celebro, hace el mismo daño, derribando y haciendo flujo ó decremento del jugo de celebro, porque es cosa tan delicada, que fácilmente se apega este daño de hacerse caduco y vicioso por tocamiento del aire, por ojos ó respiracion, como por el cuero y sangre; y no es de espantar, considerando aquello del betun nombrado nafta, al cual se pega el fuego y arde desde muy léjos por el aire, aunque sea de un cerro á otro ó de cualquier lugar que se vean. Esto hacen las personas llenas de mal humor, que están catarrizando siempre, y pégaseles á los niños y animales tiernos, á más y ménos, y así mata en breve tiempo ó da enfermedad, segun fué la calidad del catarrizar, que se le pegó á la cosa tierna. Cuenta Plinio de una familia de gente en Africa, que todos los de aquel linaje aojan, y todo lo que alaban, árboles, animales y niños, todo muere. Y otro linaje en Iliria, que mueren todos los que éstos miran ahincadamente, y más con ojos airados; el cual daño sienten más los mozos; y dice que tienen dos niñetas en cada ojo; y de otro género de gente, nombrados tibios, que tienen dos niñetas en el ojo, y en el otro una figura de caballo, y hacen el mismo daño, y que todas las hembras que tuvieren dos niñetas harán lo mismo. Cuenta el mismo Plinio que el basilisco, en la provincia Cirenaica, es una serpiente de doce dedos no más, con una mancha redonda y blanca en la cabeza, como diadema; el cual mata con la vista, y que de su silbo huyen las serpientes, mata los árboles con su resuello, abrasa las yerbas y quiebra las peñas. El animal catoblepas mata con la vista, y por esto tiene (¡ providente natura!) tan gran cabeza y pesada, que siempre mira á la tierra, y con dificultad la alza; críase cerca de la fuente Nigris, cabeza del rio Nilo.

El remedio para el que se siente aojado es, las manos calientes, estregar buen vino puro en ellas, y tomar aquel olor y vapor del vino y otros buenos olores, como de pastilla, incienso, membrillo, y si fuere grande el daño, vomitar. Y dijo Plinio «mucho más con ojos airados», porque entónces cae más del celebro con el afecto de la ira, que derriba más que ninguno, y así se ve en los aojados echar espumarajos por boca y narices, y en caballos tiernos se ha visto, echando espumarajos, morir.

TÍTULO XXXIII.

Del contrario veneno que hace daño con vehemencia.

El veneno en comida, ó por mordedura de animal ó por tocamiento, hace el mismo daño y mata de la misma manera, en tocando y llegando al celebro, y así tarda algunos dias en llegar allí por el cuero y sangre, cuando es de mordedura, en parte desviada, que no tiene tan recta via para el celebro, y sube como la humidad en las piedras coloradas ó cantería, y sube como la humidad por el fieltro, y en llegando al celebro, derriba con tal vehemencia su jugo, y hace tan gran decremento, que mata ó da enfermedad á más ó ménos. Y por eso es remedio, ó cortar la parte mordida ó atar fuertemente, que no pase aquel veneno, aunque esto es con dificultad. El membrillo es divino y presentáneo remedio, puesto el jugo luégo mascado, y la flor de escaramujo y el ditamo, y otras yerbas y remedios que están escritos. El hombre, dice Plinio, tiene veneno contra las serpientes en su saliva, y así es bueno escupirles, que luégo huyen, y áun dice que si les cae dentro alguna saliva, mueren luégo. Cuenta de una gente, nombrada psilos, en Africa, de los cuales huyen mucho las serpientes, porque si se tardan, con solo el olor de aquella gente quedan adormecidas y atónitas. En tanto tienen esta virtud, que prueban y experimentan la castidad de sus mujeres echando sus hijos, en naciendo, á las fieras serpientes, para ver si huyen de ellos, y si no huyen, queda probado el adulterio de su mujer. Cuando en la comida hubo mala calidad ó demasía, que no la puede abrazar el calor del estómago, hace el mismo daño dicho, y es buen remedio vomitar. Lo que más comunmente daña es la demasía, y muchas diferencias de sabores es cosa pestífera, porque unos á otros se contradicen y hacen caduco el jugo que queda en el celebro, y así causa enfermedades y muertes al género humano, engañando con la variedad de los sabores, y este daño es mayor en las cenas. Y es de notar que de una cosa que mata, que es el veneno, no se siente el daño ni herida presente cuando llega al celebro, ni ménos el daño de la peste, ni el del ojo, ni otro ninguno, porque el celebro tiene sensacion de todos los daños y noxas del cuerpo, y no de sí mismo, porque es el principio y causa del sentimiento, y siente todas las cosas, y no á sí mismo, como más largamente se declara en el diálogo de la *Vera medicina*. Los alimentos que suelen tener algun veneno son: leche y miel de malas yerbas, hongos, turmas, setas, caracoles, anguilas de mala agua, brevas, hortaliza y frutos helados, carnes mortecinas, frutos añejos, como nueces, almendras, animales enfermos, cuello y cabeza del palomino, bazo y hígado del animal, piedras y malas nacidas del cuerpo, el celebro del animal morboso, todo animal con ardor de lujuria, cuando anda en celo.

TÍTULO XXXIV.

Mudanza de suelo y cielo. Hace este daño y causa notables diferencias.

El mudarse de una tierra á otra de contraria calidad, ó peor que en la que estaba, por la diferencia que hacen los aires, aguas y tierras (como está dicho), hace e

mismo daño. Este daño viene principalmente al hombre por mudar el aire que respira y el agua que bebe, ó peor ó de otra calidad que la que solia, porque el aire toma en sí las impresiones de las cosas por donde pasa, fácilmente, como se ve en el olor y hedor, y así se muda; pasando por unas yerbas y plantas, aguas y montes, de una tierra toma una calidad, y pasando por otras de otra tierra, toma otra calidad, y así ni más ni ménos, el agua por los mineros de las fuentes toma diversas calidades, segun por donde pasa.

Cuenta Plinio que en Armenia hay una fuente que cria los peces negros mortíferos, y lo mismo en el nacimiento del rio Danubio, hasta más abajo, que se acaba aquel género de peces negros, y desde allí son buenos. Y de una fuente en Macedonia, que se divide en dos arroyos, el uno de agua saludable, y el otro de mortífera y otras diferencias de aguas. Y estas diferencias de estos dos elementos (aire y agua), con la diferencia de la tierra, que aquí es negra y allí es blanca ó colorada, causan la diferencia de los alimentos; y de esta diferencia viene la otra diferencia; tambien de los hombres racionales, que se diferencian en gestos, condiciones, afectos y virtudes, como la gente española se diferencia de otras naciones. Y de esta mudanza viene lo que dijo Plinio: «Malsana es el alcaría que lucha con su señor»; quiere decir que cada vez que está en ella viene indispuesto ó trae una enfermedad; y trae ejemplos de muchos que cada año, viniendo de sus alcarías ó lugares, tenian su enfermedad solemne (que quiere decir de cada año), pues la diferencia de las tierras y alimentos, especial de agua que se bebe y aire que se respira, hace y causa la alteracion y daño dicho; lo cual cesa si se mudan á mejor tierra de mejores calidades y alimentos naturales al animal que se muda; de aquí viene lo que dice Plinio de muchas tierras, que no hay las aves, animales ni pescados que hay en otras, y si las llevan, se mueren; de otros que no pasan su término de tierra, y en pasando se mueren, y otras diferencias que hacen los lugares. En Pasagonia tienen dos corazones las perdices. Cerca de Brileto y Tarne (lugares) y en la ínsula Cheroneso tienen dos hígados las liebres, y si las mudan á otra parte, pierden el uno. En Beosia el agua del rio Melas hace las ovejas negras. El agua del rio Cefiso las hace blancas. El agua del rio Penio hace negras. El agua del rio Janto las hace rojas y coloradas. En el campo Falisco los bueyes se vuelven blancos con cualquier agua que beben. En la ínsula Ponto el rio Astaces riega unos espaciosos campos, en los cuales se crian y apacientan multitud de yeguas, que mantienen la gente de leche negra. La fuente Lencestis emborracha como vino. En la ínsula Chios hay una fuente, que los que beben de ella se vuelven tontos y necios. En Creta no hay lechuzas, y si las llevan, se mueren. En la ínsula Rodio no se crian águilas. En Atica las perdices no pasan de los términos de Beocia, como en Indias no las habia. En la ínsula Ponto, donde está sepultado Aquíles, no hay aves algunas. En Roma, en la casa de Hércules no entran moscas ni perros. Las víboras que se crian debajo de los árboles del bálsamo no tienen ponzoña alguna, ni hacen mal aunque muerdan. El animal calitriches (que es un género de gimios), que se cria en Etiopía, en sacándolo de su suelo y cielo, luégo muere. Los ratones y el género de gente que vive en un valle, en saliendo de su término y territorio, luégo muere. Unos hombres silvestres, que tienen las plantas hácia atras, velocísimos, en saliendo de su territorio ó siendo cautivos, luégo mueren. Las liebres llevadas á Itaca se mueren. Las ranas en la ínsula Serifo son mudas, y llevadas á otra parte, cantan. En Siria, en la ribera de Eufrates, las culebras no muerden á los sirios, aunque estén durmiendo, y á otra cualquier gente muerden y los matan. Al contrario trae Aristóteles, que en el monte Latino de Caria á los naturales muerden y matan los escorpiones, y á los venedizos ó forasteros no. En la tierra de los sambrios todos los animales de cuatro piés no tienen orejas, ni ménos los elefantes. El rio Cratis hace blancos los ganados y los bueyes, y el rio Sibaris los hace negros, y á los hombres tambien. La fuente Cerome hace las ovejas negras, y la fuente Mele las hace blancas, y si beben de entrambas fuentes, se hacen várias: tanto va en la naturaleza del suelo y cielo. Toma este aviso: cuando con enojo fueres camino á pleitos, te es necesario saber dejar todo enojo para su tiempo, como dejaron la enemistad en las matas los embajadores romanos, porque á muchos matan estos dos contrarios cuando se juntan.

TÍTULO XXXV.

Mudanza de tiempo y aire, y de otra luna en conjuncion, hace este daño.

La mudanza de otra luna y del tiempo cuando quiere llover, ó vuelve el aire frio ó contrario, tambien en su proporcion, hace este daño en el mundo pequeño (que es el hombre), como en este mundo grande, porque todo celebro tiene aspecto á la luna, aunque el hombre no siente esta mudanza y decremento, porque es en el celebro, donde no se siente á sí mismo. Está claro en los que tienen partes afectas, que dicen reliquias de golpes ó heridas en su cuerpo, éstos lo sienten, porque va aquel humor que corre de la cabeza, en aquella mudanza á más y ménos, á la parte débil y flaca donde está la reliquia. Esta mudanza y falta de luna se ve muy claro en las ostrias y almejas, que en conjuncion no tienen médula ninguna que comer, y en la creciente ó llena sí; y se ve tambien en el ojo del gato, y en la mancha redonda que tiene la pantera, que crecen y menguan y hacen cuernos, ni más ni ménos que la luna del cielo, y vese tambien en la piedra senites, que tiene en el cuerpo una figura de la luna, la cual crece y mengua y hace cuernos, como la misma luna. En estos dias de falta de luna, que son penúltimo, último, primero y segundo de luna, ha de disminuir el hombre la comida, como la disminuye el ave íbis, que no come tanto como solia, como lo afirma Aeliano. En estos dias, y en todo cualquier decremento, cuando está en flujo el celebro, no ha de determinar el hombre grandes negocios ni ponerse á escribir, porque éstas son las horas que Plinio dudó, diciendo: «¿Qué será, que no en todas horas está el hombre sabio?»

TÍTULO XXXVI.

Del henchimiento engordando, el cual es peligroso para este daño.

Tambien el mucho engordar, como el vaso, si está lleno, lo que más le echan se sale, así llegando el hombre á lo que puede henchirse y engordar, el celebro como raíz, y el cuerpo como ramas, luégo lo demas se sale y cae, y deja la via salutífera y hace enfermedades, como en acabando el cremento mayor, y una grande enfermedad (como adelante se declarará en el diálogo de la *Vera medicina*); de manera que es gran peligro engordar, porque luégo tiene de mano el gran cremento gran decremento, que es grande enfermedad, como el agua de un estanque y balsa lleno y represado, en comenzando á desaguarse y correr, sale y corre con más ímpetu, y es más dificultoso de detener y dura más el salir, y así los gordos tienen más peligro de muerte (como de enfermedad más larga). En el tabardillo pasado vimos por experiencia que ningun gordo escapaba.

TÍTULO XXXVII.

Trabajo y cansancio demasiado hacen este daño.

El trabajo demasiado y cansancio es como un dolor; tambien mata, como vemos que morian los atletas del luchar, y vemos morir uno de mucho bailar, otro de mucho correr en la apuesta, otro de subir al pino ensebado por la joya, otro de caminar apriesa. Buen consejo es el adagio antiguo: «Aguija perezosamente»; y cuanto más gordos, más peligro, ó hace en su proporcion este daño, como se ve en el sudor que sale por la frente; pero si no es en demasía, es saludable, porque va via salutífera, que es por los poros del cuero, y no va á dañar el estómago y miembros principales, como cuando sale por lágrimas, que tambien es via natural, y da salud y descanso, como se ve en muchas personas, que con el afecto del pesar, ira y enojo, dicen: «Si no llorára, reventára»; y llorando se les pasa y tiene descanso; y así te aviso que es bueno que llores con el enojo y pesar, echando aquel humor por lágrimas, como lo echan los niños, por ser más tiernos y fáciles sus poros, y no les hace daño, corriendo por partes interiores aquel jugo que cae del celebro, que luégo en echándolo por lágrimas, quedan buenos y contentos, porque esta armonía del celebro tambien tiene sus vias salutíferas, por donde echa sus excrementos sin daño, como son lágrimas por los ojos, sudor por las comisuras y cuero de la cabeza; y así el sudor viene primero á la frente y á toda la cabeza que al cuerpo. Lo viscoso echa por las narices, que son los mocos, lagañas por los ojos, cera por los oidos, los gargajos por la boca, no son de via natural y salutífera, sino de enfermedad, por falta de la retentiva del celebro, ó faltarle una de las tres colunas ó empentas. El trabajo entorpece el entendimiento. Con el trabajo prevalece la vegetativa, con el ocio la intelectiva; y así digo, contra la opinion del vulgo, que los reyes no han de salir al trabajo, porque su trabajo ha de ser con el entendimiento, y más vale consejo que fuerzas, más puede un consejo de un sabio que fuerzas *de muchos millares de hombres*. El ánima con la quietud se hace sábia. El rey de las abejas no sale al trabajo; dentro, él solo, sin oficio, manda y gobierna su república, y manda con un zumbido, con el cual se entienden.

TÍTULO XXXVIII.

Del sonido excesivo y repentino, que hace este daño en su proporcion.

El sonido excesivo y repentino (sin proporcion) hace caer y derriba este jugo del celebro en su proporcion, como el sonido de un arcabuz repentino hace muchos daños, especial en mujeres, que se han visto malparir. Finalmente, todo demasiado sonido que no hace proporcion de número y tiempo es contrario al hombre. Especial tiene tres sonidos que derriban esta humidad del celebro, que son oir un hipo penoso, ó limar hoja delgada, ó llorar agriamente. Tambien oir cantar mal, oir leer mal y oir á un necio importuno. Dijo Homero: «Cenemos alegres, y todo clamor cese.» Los jumentos tienen sonidos contrarios, como es estruendo de pellejos secos. Los gusanos de la seda se mueren oyendo tronar, y así lo remedian con sonido contrario. Las ovejas solitarias, cuando están solas y apartadas de la compañía de la manada, malparen con los truenos, como lo afirma Plínio. El leon huye del canto del gallo, y el elefante del gruñido del puerco.

TÍTULO XXXIX.

De la música, la cual alegra y afirma el celebro, y da salud á toda enfermedad.

La música es el contrario del mal sonido desproporcionado, así hace el contrario efecto; es la cosa que más conforta, alegra y afirma el celebro, de las que hay fuera del hombre, porque, como sea un género de alegría espiritual, que alegra el ánima, se le pega casi como afecto de alegría natural, en tanto que con la música se sana el daño que hizo el veneno en el celebro, y se pone por remedio. Teofrasto dice que al que estuviere mordido de víbora que le den suaves músicas, y no morirá. Alejandro y Petrogilio son autores que un género de arañas, que se nombran tarántulas, que se crian en la Pulla, tienen tanta ponzoña y veneno, que el hombre á quien pican luégo pierde todos los sentidos, y muere si no es socorrido presto con el remedio, que halló experiencia que es la música, tañéndole suavemente, y que luégo el hombre que fué picado comienza á bailar con mucha furia y fuerza, sin cansarse hasta que aquella ponzoña se gasta y pasa su furia; y que vieron una vez, faltando el són de las vihuelas por industria de los que las tocaban, al que bailaba caerse sin sentido; y tornando á tañer, tornarse á levantar y bailar hasta que se gasta y acaba aquella ponzoña. La causa de esto es que como aquel veneno está derribando la humidad del celebro, y la música y su alegría lo afirma y conforta y da virtud retentiva, no le deja obrar al veneno su efecto, que es derribar aquella humidad ó jugo; y así es medicina con el contrario efecto, y ayuda tambien el ejercicio y calor del movimiento y baile para expeler y consumir aquel veneno, y así sana.

Asclepiades escribe que á los frenéticos y que tienen enajenado el juicio les aprovecha suaves músicas. Tambien Ismenias, médico tebano, curaba muchos dolores y otras enfermedades con la música. Y Teofrasto y Aulo Gelio dicen que la música mitiga los dolores de la ciática y de la gota, y refiérelo arriba dicho de la víbora. Todos tienen gran razon, porque aquel dolor causa el humor que corre y cae del celebro, y la música, lo tiene y conforta y afirma. Y digo yo que obrará más la música juntando con ella buen olor y palabras de buena esperanza, y que de esta manera se podrian curar muchas enfermedades, como los que tienen apoplejía ó epilepsia, que dicen mal de corazon, y sienten cuando les quiere venir, que un rato ántes que les venga dan á correr con gran furia, y si hallasen música bailarian sin duda ninguna; y así digo que la música aprovechará tambien en la peste y todo género de alegría y en mal del ojo, y finalmente, en todas las enfermedades; mitiga la ira á los airados extrañamente (con que no sepan que se hace por aquel efecto), consuela los tristes, mitiga todos los dolores, refrena y aparta la lujuria, y así me maravillo no estar en uso tan alta medicina. Ésta es la cosa más amable y que más excita el amor al hombre, de cuantas hay fuera del hombre. Tambien algunos animales tienen grande amistad con la música. Plinio dice que los de Lisboa, en tiempo que señoreaba Roma, enviaron embajadores á Tiberio, príncipe, solamente para darle cuenta y hacerle saber cómo habian hallado en una cueva á un triton (que es un pece de figura de hombre) tañendo y cantando con una concha del mar. Y cuenta tambien el mismo Plinio de un músico llamado Arion, el cual navegando por la mar, queriendo los marineros echarlo en la mar por tomarle sus riquezas, pidió de merced que le dejasen tañer un poco con su vihuela, y ellos se lo otorgaron, y asentándose en la popa de la nao, tocó su vihuela suavemente (porque sabía la propiedad de los delfines) hasta tanto que vido muchos delfines juntos oyendo la música, y entónces dijo que en buen hora cumpliesen su voluntad; así lo echaron en la mar, al cual luégo los delfines juntos lo tomaron sobre sus lomos y lo llevaron á tierra sano y libre. Tambien dice Plinio del ansar y del carnero que son amigos de la música, y trae cómo un ansar y un carnero fueron enamorados de Glaucia, tañedora y cantadora del rey Ptolomeo. Tambien ayudan á este cremento del celebro la música y suave sonido del agua, y el murmurar de los árboles al viento, y el sonido del aire donde no toque, si es contrario ó excesivo.

TÍTULO XL.

Contrario mal olor, que hace este daño con vehemencia.

El mal olor hace el mismo daño en su proporcion á más y ménos; de manera que si es vehemente, mata en muy poco tiempo, como se ha visto en los que limpian las letrinas, y se ve en los que les dan humo para que se den.

A las abejas con el mal olor y humo les hurtan los *hombres su tesoro que tienen* escondido; que de otra *manera bien lo defendieran*, porque huyendo del mal olor y humo, lo desamparan. La gente que nombra Plinio astomos, de cualquier mal olor mueren. Las hormigas, dice que huyen del olor del orégano y de la cal y del alcrebite. Muchos caballos se han hallado muertos por el hedor del estiércol movido de la caballeriza ó recien limpiada. El olor del yeso, cal y del carbon hace este daño.

TÍTULO XLI.

Del buen olor, que hace el contrario efecto.

Así como el mal olor mata, su contrario el buen olor da la vida, el cual conforta, afirma y alegra el celebro maravillosamente. Ésta es una gran medicina y general para todas las enfermedades, como la música. El buen olor tambien mantiene y sustenta; que así como algunos animales se sustentan con el elemento que respiran cuando falta alimento, y el camaleon de sólo el aire que respira, así el hombre en la enfermedad se sustentará mezclando buen olor al aire que respira, y especial olor de pan reciente y de buenos guisados; y mudar los buenos olores al enfermo que no puede tomar alimento, unas veces un olor, y otras otro, será como mudar los alimentos para el apetito. Estos buenos olores, unos agradan más que otros, así como los malos olores unos son más contrarios al hombre que otros, como el hedor del perro muerto. El olor del incienso es muy bueno para el celebro y lo conforta, y el olor del ámbar gris y otras cosas odoríferas; el olor del membrillo es cosa divina, y tenerlos colgados en la pieza donde está el enfermo; el buen olor atrae á algunos animales. Plinio dice que los pescados vienen de muy léjos, al olor de carnes asadas echadas en la mar. Los animales tambien tienen contrarios olores, como las serpientes huyen del olor del cuerno del ciervo quemado (como dijimos), y la oruga y hormigas, dice Plinio que si en el huerto se cuelgan los huesos de la cabeza de la yegua en un palo, que huyen, y otros animalejos, y que los culices, que son unos moscos, huyen del humo del galvano. La langosta huirá de cualquier humo de mal olor, como de paja, alcrebite ó pelos de cabra ó langostas quemadas.

TÍTULO XLII.

De la vista, que hace bien y mal.

Vista de cosas sucias ó sanguinolentas hacen el mismo daño en su proporcion, ó ver matar animales ó hombres, ó ver cosa sin razon. Y final, toda cosa que da pesadumbre. Al contrario, toda cosa hermosa y de perfeccion de naturaleza hace contrario efecto, dando cremento, como la variedad de colores y cosas de perfecta pintura ó hermosura natural; el color blanco, verde y colorado dan alegría; el negro, al contrario, da tristeza, como la luz y las tinieblas. Contra la razon humana es el comun uso de vestir de negro, que tanto agrada á España.

TÍTULO XLIII.

Del gusto, gula y intemperancia, que hace gran daño.

La mala calidad de comida, ó demasía ó diferencia de muchos sabores, hace gran daño á la salud del hombre; pero su daño principal es en el gusto, sabor y jugo que

toma el príncipe á la entrada, por la compresion que hace, mascando en la boca y tomando aquel jugo hasta que se harta, porque este mal jugo ó sustancia que á la entrada toma el celebro, mediante el gusto de la boca, daña y corrompe lo demas que él se tenía, y todo se hace caedizo y toma mala calidad para caerse de allí, y hace deflujo donde no lo abrazan perfectamente, ni cuadra ni conforma para transustanciarse, ni acepta alterarlo en su forma; y así lo desecha el príncipe de su cámara, como cosa no apta para su forma ni para hacer su oficio oculto á los antiguos, que es tomar y dar, como la raíz del árbol su oficio es tomar y dar á tronco y ramas, que es el oficio de la salud, y así la desecha como vicioso, y cae con la calidad fria que allí tomó, y lleva consigo lo demas que corrompió, y cae al estómago ó á otra parte por muchas y diferentes vias (que se dirán adelante), y así hace muchas y muy diferentes enfermedades; pero su via más comun es caer al estómago, la cual caida tambien hace poco á poco, de muchas veces que cae, henchimiento y replecion de humor caido del celebro del tiempo pasado. Y cuando este henchimiento llega á tanta cantidad, que no le puede resistir ya el calor, sino que es vencido, entónces aquella replecion del humor caido del celebro en muchas veces desbarata la armonía del estómago y su calor nativo, y hace enfermedad. Y en este caso sólo es la ametria que pusieron por causa general los antiguos. Y en este solo caso tambien fué la causa el celebro, con sus caidas y flujos pequeños que allí se allegaron. Y este desconcierto del armonía del estómago tras luégo el otro, desbaratando la armonía principal por la consonancia que entrambas hacen, y cayendo encima de nuevo otro flujo del celebro, que es la causa segunda y más principal para aquella misma enfermedad (porque lo que estaba caido no daba calentura), sino la presente caida. De manera que en solos dos ó tres casos desbarata la armonía menor á la mayor, que son henchimiento de humor vicioso caido en muchas veces, que es la ametria y demasía de gran comida, que no la pudo abrazar ni vencer el calor del estómago ó mala calidad de comida.

En todos los demas casos (que son infinitos) desbarata la armonía mayor del celebro á la menor del estómago, y tambien en aquellos dos ó tres casos es (como está dicho) el mayor daño el flujo y decremento presente que hace el celebro, y se han de curar tambien como las otras enfermedades, poniéndoles las tres colunas ó empentas dichas, ó una de ellas: la necesaria para que no caiga más y sacar lo caido, pues en la intemperancia en comida y bebida y alimentos, en su calidad y cantidad y diferencia de sabores, va mucho para la salud del hombre, y así ha de huir los muchos y varios sabores, porque aquellos jugos se contradicen unos á otros; ha de huir las cosas flemáticas, como el pescado que no tiene escama y tiene el lomo negro, las cuales son alachas, caballas, melbas, abadejo, sesos, sangre, el pellejo y nervios de los animales, leche y lo que se hace de leche en la primavera, carne de puerco fresco, y más lo graso y la corteza; ha de huir tambien las cosas melancólicas quien lo ha menester, las cuales aumentan la *melancolía*, como son aves de carne negra, pescados que tengan el lomo negro, como el congrio y la anguila, morcillas de puerco, nabos, berengenas, aceitunas, queso y todas las cosas de vehemente sabor.

TÍTULO XLIV.

Falta de alimentos hace este daño.

Falta de comida, bebida y sueño, ó vehemente acto del entendimiento estudiando despues de la comida, hacen el mismo daño, derribando humor vicioso; por esto con la hambre se hinchan los piés y las piernas, porque el celebro es como el niño, que si no le dan lo que pide, arroja lo que tiene (por esto si la hambre pasa su término, se quita la gana de comer), y el hombre tambien arroja lo que tiene en las manos cuando su celebro arroja lo que es más y mejor que lo de las manos. Y así vemos con la ira y enojo, que luégo arrojamos lo que tenemos en las manos, y áun cosas grandes deja el hombre perder, y áun puede ser tan grande aquella pérdida ó decremento y caida del celebro, que arroja tambien la vida, matándose á sí mismo. No es menester avisar á los hombres que tengan cuidado de allegar comida que no falte, ántes les aviso que es bueno que algunos dias interpolados falte la comida, porque el jugo aguanoso del celebro se gaste y no se allegue mucho, y venga el henchimiento y haga su daño y enfermedad; que si á la prole real faltase en dias interpolados, estaria más segura de enfermedades. Un género de conchas, dice Plinio que despues de tomadas viven cincuenta dias con su saliva que les cae del celebro.

TÍTULO XLV.

De la comida, bebida y sueño.

Ménos es menester avisar á los hombres que coman para vivir, pero no vivan para comer, pues no ha quedado otra facilidad ni otro cuidado en el mundo sino de la comida, vestidos y vanidad. Ésta procuran, negocian y desean; en ésta yerran tambien, y la pierden no usando con prudencia de la regla, meta y raya de la temperancia. El rico pierde la felicidad por mucho comer, el pobre por poco. El rico por comer sin hambre, y el pobre por demasiada hambre. El mayor regalo y sabor, el mejor gozo y deleites es comer con hambre; da gusto, alegría y contento, sabor y salud; esto todo pierden los ricos que no usan de prudencia en su comer. La gran comida y muchos manjares da pesadumbre, tristeza y enfermedad, priva al ánima de sus acciones y la hace ignava, perezosa y atada; débense evitar los muchos manjares, porque son causa de corrupcion los diversos jugos mezclados, y no se transforman tan bien como el sencillo, por su diversa ó contraria naturaleza. Débense evitar los manjares melancólicos y flemáticos, que dijimos quién lo ha menester. En todo cualquier decremento presente de los dichos, ó cuando se quita el verdadero sabor, gusto y gana de comer, disminuirá la comida, dejando los manjares acostumbrados de sustancia. Y comerá el pan segundo y unas yerbas cocidas en otra agua, como lechugas, borrajas, acelgas guisadas con aceite y pasas sin granillos, y el vino más aguado. Sufrirá la sed despues de comer,

y no cenará á lo ménos cosa con pan, y de esta manera volverá al cremento y salud, y á su comida, y evitará una enfermedad. Y tambien cuando espera algun decremento, como gran trabajo, riña ó enojo, miedo ó gran estudio, y cuidado de cosa que monta mucho ó acto público, disminuirá su comida, ó con una conserva pasar aquel peligro; y tambien cuando se teme de enfermedad comun del tiempo ó contagio, disminuirá su comida. Y toma este aviso cuando comiendo ó bebiendo se frunce el cuero de la boca, tiene veneno el manjar ó bebida; y cuando el vaso muda el color ó el vidrio cruje, debes luégo cesar y áun vomitar lo comido ó bebido. Y entienda el hombre que para la salud humana y nutricion del cuerpo va más en la bebida que en la comida; y debe en salud, para conservarla siempre, sufrir la primera sed despues del prandio.

Mucho más debe evitar la gran cena á la noche, porque de ella suelen venir grandes daños, muertes y enfermedades. La razon es, porque el sueño fué para desentrañar las reliquias del jugo del alimento, y especialmente hacer la nutricion principal del cuero, pasando el jugo ó quilo hasta el cuero de la vértice que cubre y alienta todo el cuerpo, y para esta obra no quiere estar cargada naturaleza de otra nueva comida; tambien porque á la demasía del jugo de la gran cena ayuda el ocio, quietud y sueño, y se hace aguanoso; ayuda tambien el decremento natural de la noche y ausencia del sol, y con pequeña ocasion se hace caduco, y viene un decremento de enfermedad ó muerte repentina. En esto te quiero dar un aviso. Si disminuyes las cenas, disminuirás tus enfermedades, aumentarás el ingenio, evitarás la lujuria, alargarás tu vida.

Del sueño.

El sueño es principal alimento y nutricion de la vegetativa; alegra y renueva la naturaleza como si de nuevo comenzase; pero éste tambien se ha de tomar con la regla, meta y raya de la temperancia, porque si de ésta pasa, hace el celebro aguanoso y caduco, y daña como el ocio; pero el sueño, en su regla y moderacion, hace la principal nutricion del cuerpo, y quebrantado el sueño ó falta dél, hace gran daño. El sueño debe ser comun á todos, por ley rigurosa, en la noche, y no es buen gobierno que unos duerman y otros canten por las calles.

El sueño se concilia y aumenta con el olor del vino puesto á la cabecera, y tambien se ayuda abrigando el estómago y pecho hasta la garganta con un lienzo ó paño de grana y con el calor de la mano ó brazo puesto en el estómago, ó excitando su calor con la fricacion de la mano. El sueño despues de la comida es dañoso á los mozos; ha ser poco y asentado, y no echado. En el sueño obra la natural, y en la vigilia la animal y intelectiva. Todo pesar, congoja y cuidado, y cualquier discordia del alma, de mal venidero, quita el sueño; es menester saber dejarla en el jubon ó escrita en la pared, y usar de las razones del alma dichas.

TÍTULO XLVI.

De la vehemente operacion del alma ó del cuerpo despues de la comida.

La vehemente imaginacion del alma estudiando ó de otra manera, ó la operacion del cuerpo no reposando la comida, y estorbando á la raíz que no haga su oficio de tomar y dar jugo de la comida para la vegetacion de todo el cuerpo, hace gran daño á la salud, causa crudezas y opilaciones, porque el vehemente acto de la intelectiva estorba á la vegetativa, como la vegetativa estorba á la intelectiva, y por esto dividieron el tiempo: la natural, que es la vegetativa, se tomó la noche, y la animal, que es la intelectiva, se tomó el dia; pero á ésta se le quitan dos horas para el sosiego y reposo de la comida, y se dan á la natural ó vegetativa, y en éstas han de cesar los negocios como en la noche, porque si con gran imaginacion ó operacion de cuerpo se estorba esta raíz de tomar su jugo y aliento de la comida que metió en su seno, en no dándole lo que apetece, arroja lo que tiene y lo que tomó en la compresion de la boca, y queda como si no hubiera comido, y resfríase el estómago y la comida con lo que cayó, y vienen las crudezas, y apetece la raíz otra comida por su falta, y echa crudo sobre indigesto, y vienen enfermedades. Así que, las crudezas y opilaciones vienen las más veces por este estorbar y impedir á la raíz, que es el celebro, tomar su alimento de la comida, y cesar su oficio por esta causa ó por las demas. El trabajo del cuerpo hace lo mismo como el del alma, y daña más en aquella hora despues de la comida un pequeño trabajo, que no el mediano á su tiempo, hecha la digestion ó en ayunas; de manera que despues de la comida no se ha de entender en cosa alguna que dé pesadumbre ni fastidio por ninguno de los sentidos. Antes sus contrarios, reposo, silencio y tranquilidad, son necesarios para la salud en aquella hora, y son una de las causas que hacen el cremento y acarrean salud al hombre, como las dichas contrarias hacen decremento y acarrean enfermedad. Toma este aviso: despues de la comida no uses el acto venéreo, porque en aquella hora es muy dañoso, y el fruto de la comida se convierte en daño.

TÍTULO XLVII.

Dolor de parte corpórea por herida, golpe ó tumor.

Tambien hace este daño en su proporcion á más y ménos, y si el dolor es grande, mata en un momento, como se ve claro; y si no mata, luégo va allí el humor y espíritus del celebro, como va y corre en las heridas de los árboles, y cae allí y se hace goma, como se ve en las heridas y resineros de los pinos y árboles de donde sacan las gomas; y pasa así: que como el celebro es el que siente todos los daños de su cuerpo, él lo siente y él lo llora. Y es como la piadosa madre que tiene un niño enfermo, que nunca cesa de enviar mensajeros á saber cómo está, juntamente con muchos regalos; así hace el celebro á la parte que le duele: siempre está enviando los caballos ligeros (que son los espíritus), y con ellos humor, á favorecer aquella parte, y tanto envia, que le daña, y viene tumor ó hinchazon y más do-

lor, y muere. Acontécele lo que al zorzal, como dice el adagio, que él mismo da la liga con que lo matan; ó acontécele lo que al niño que tiene un pájaro que mucho quiere, y cuando ve que se le cae la cabeza y se le quiere morir, por remediarlo, le atiesta la boca de pan, y muere más presto. Es buen remedio vendar con un vendo más arriba del dolor, para que no pase el humor.

TÍTULO XLVIII.

Del frio y repentina mudanza, que hacen este daño con vehemencia.

El frio es un gran contrario que tiene el príncipe de esta casa, para desbaratarse y hacer estas caidas, catarros, deflujos ó decrementos. Éste es gran enemigo de la naturaleza, el cual (como es notorio), si es grande, mata, como se hallan cada dia, en tiempo de nieves, muertos y helados algunos hombres; pero cuando es menor, hace el daño, como los afectos pequeños, derribando del celebro aquella humidad y flegma al estómago; y así á los de débil complexion quita las ganas de comer, por las flegmas que caen al estómago, que especialmente derriba, y por esto no comen los animales de flaca naturaleza en el invierno, miéntras están escondidos en sus latebras, como lagartos, culebras, porque éste es el alimento de los animales en aquel tiempo, y la humidad circunstante del invierno por los poros. Erró Aristóteles y todos los que dijeron que comian tierra, como se ve claro en las anguilas, que se hacen ovillos unas sobre otras, como se ha visto ovillo de mil anguilas; y en los caracoles, que se pegan unos con otros y hacen ovillo; y en el pájaro resucitado, que todo el invierno está colgado del árbol; y en la víbora, que dura un año sin comer, encerrada en un vaso. Y áun otros mayores animales no comen en el invierno en sus latebras, ni tienen otro alimento sino lo que les cae del celebro al estómago, como el oso y el crocodilo, que dice Plinio que el oso está cuarenta dias, y la osa está cuatro meses del invierno en su caverna y madriguera sin salir, y en todos cuatro meses no come, más de mamar y chupar las extremidades de los dedos de los piés y manos, y sale al cabo de los cuatro meses más gordo que entró, con solo el alimento que llevaba en su cabeza, tornándolo á comer por las extremidades de los dedos de los piés, mamando y chupando, porque por allí, via recta, va el jugo que cae del celebro; y éste es buen testigo de la naturaleza para todo lo que yo tengo dicho del caer de la cabeza, y el ir á salir por los piés, lo que no va por una de las evacuaciones. El crocodilo, dice Plinio, está tambien escondido cuatro meses del invierno. A otros muchos animalejos mata el frio, que no tienen vida más de un verano, y dejan escondida su simiente. Otros están medio muertos el invierno y pierden la vida del pellejo, están pegados sin menearse. El pájaro de Indias (que nombran resucitado), cuando viene el invierno hinca las uñas en una rama alta de un árbol, y allí está como muerto, colgado todo el invierno, hasta que viene el dador de las vidas, segunda causa de Dios, que es el sol, y lo resucita, y da vida á él y á los demas, y á las plantas, que tambien están como muertas, sin hacer señal de vida. Plinio cuenta de un género de ratones que andan apareados, macho y hembra, y para invernar en su caverna, meten cierta yerba seca de esta manera: allegan un hacecico de la yerba, y abrázalo con manos y piés la hembra, y abrazada, revuélcase y pónese boca arriba, el lomo en tierra, y el macho ásela con la boca de la cola y llévala arrastrando; y así llevan su carretada de yerba á la madriguera, y vuelven y truecan el oficio, y llevan otra carretada, hasta que tienen suficiente cantidad para cama y comida el invierno. De este gran contrario de la naturaleza humana te quiero dar un aviso, que no hagas repentina mudanza de calor á frio, como de una pieza ó cocina muy abrigada salir repentinamente á gran frio, que es muy dañoso, y que calentar las plantas de los piés es gran salud, que por allí llega, via recta, presto al celebro, como viene del celebro allí. Tambien te aviso que calentar mucho la frente es dañoso y hace caer en su proporcion, y finalmente, toda repentina mudanza es enemiga á la naturaleza, como de calor á frio, de frio á calor, de mucho vestido á poco, de un aire á otro, de una tierra á otra, de unos alimentos á otros.

TÍTULO XLIX.

Del gran calor y del aire que nos cerca, que llaman ambiente.

El calor excesivo tambien hace el mismo daño, y, derribando del celebro, tambien mata como el gran frio, como se ve los agostos, que algunos segadores con el gran calor han muerto, y esto es porque la armonía del celebro (de su naturaleza fria) se goza de respirar aire frio, y como entónces falta, por el extremo mueren de calor, como mueren los peces en estanques que se calientan, cuando falta el refresco de otra agua fria que venga de nuevo, porque les falta el elemento frio con que respiran; y así tambien algunos pájaros enjaulados y puestos al sol mueren, y cuando está mucha gente recogida en un lugar, tambien por calentarse aquel aire, y no venir otro fresco de nuevo, mueren algunos.

De manera que el aire que nos cerca, con que respiramos, que es agua rara, es el principal alimento de la raíz, que es el celebro. Éste alimenta por la parte interior con la respiracion, y por la parte exterior, que es por la cute ó cuero; con estas dos nutriciones viven los animales que no comen en invierno, escondidos en sus madrigueras; con esta nutricion, que el ambiente hace por cuero ó corteza, se alimentan tambien las plantas y sus frutos; con este templado viven y crecen; con este templado, por gran frio ó calor, mueren las plantas y animales; en la medida (salud, calidad, buena ó mala templanza del ambiente, agua ó aire) consiste la salud y vida, muerte ó enfermedad, de peces, animales y plantas. El gran catarro ó peste fué quemazon ó sequedad del aire ambiente. Éste renueva y toma salud con otro nuevo aire que sucede de las nubes, como el agua con otra nueva que corre, y si esta renovacion cesa, el agua y aire se podrecen y matan las formas vivientes que cubren y cercan. Esta renovacion del aire para la respiracion no se debe quitar á los enfermos, cerrando ventanas. Esto,

[illegible] ó mezclado con buen olor, alimenta más. No es buen gobierno que las inmundicias se echen por las calles. Toma este aviso: goza de respirar el aire [illegible], [illegible] húmedo de ramos [illegible] y goza de la recreacion y frescura del ambiente el cual se renueva con la vecindad de las aguas frias cerca de los rios, y con la [illegible] cuando llueve, con riego de agua fria, [illegible] el movimiento ó ventilacion del ambiente, con la noche y [illegible] de la mañana, y con la sucesion de otro [illegible] sucesivamente, porque esta renovacion altera más el celebro, da salud y regenera ó vuelve mozos.

TÍTULO L.

Del sol y sereno, que hacen este daño.

El *sol* grande en la cabeza y el sereno tambien, éstos derriban aquella flegma ó reuma, y hacen decremento del celebro y causan enfermedades, y por esto tras los caniculares y soles grandes vienen muchas enfermedades, y en esto aviso al hombre delicado que no camine ni mude su cielo y suelo en los caniculares de Agosto. Para el sol y sereno fué buen uso el quitasol, y un colchado de hojas de rosa ó paño mojado en agua rosada resiste al sol. El sol en la cabeza es muy dañoso siempre en cualquier tiempo, invierno y verano; en lo demas del cuerpo hace provecho en el invierno, y por esto, cuando se ha de tomar el sol en todo el cuerpo, ha de ser paseando, y no quédo; en ayunas, y no harto, y sabe que el sol en las espaldas tambien hace muy gran daño, como en la cabeza, porque derrite la humidad de la nuca ó médula espinal, que es la misma del celebro, y así daña mucho el sol en las espaldas. El sereno en unas tierras es más dañoso que en otras (y daña más si están á la luna); remédiase su daño llevando buenos olores, y con el olor del romero y otras yerbas que dijimos en la peste, comiendo hojas de salvia ó su conserva, tomando en la boca un poco de zumo de orozuz, y el vapor del vino y vinagre por las narices.

TÍTULO LI.

De pequeños contrarios, que hacen este daño en su proporcion.

Hay otros pequeños contrarios á la salud del hombre, como es estar mucho en pié, mojarse los piés, asentarse en piedras ó tierra mojada, mucho frio en los piés, porque de allí va via recta al celebro, y por eso se sienten allí más las cosquillas que en otra parte, y la herida ó tormento en las plantas, y por eso tambien crecen allí más las uñas y callos. Dormir en el suelo, alcanzar mucho la cabeza á mirar lo alto, mirar lo muy hondo, mirar mucho lo que se mueve, como el agua ó rueda en barca ó carro, mirar mucho al sol y á la nieve; pero la fuerte naturaleza todo lo menosprecia y no lo siente, sus contrarios dan salud. En tiempo de invierno, en todo cualquier decremento que haga el celebro por las causas dichas, es cosa muy salutífera calentar las plantas con ropa caliente ó una teja ó otro instrumento, obra maravilloso efecto por la razon dicha.

TÍTULO LII.

Del fastidio, que hace este daño en su proporcion.

El fastidio y continuacion de una cosa hace [illegible] este daño en su proporcion, como la verdad y mudanza de las cosas hace lo contrario, que es dar alegría y incremento al celebro; y por esto todas las cosas nuevas aplacen. Esto causa la capacidad infinita de nuestra ánima divina, á la cual no se puede henchir sino es de cosa infinita (que es Dios); y así todo lo de este mundo harta y da fastidio, y busca las variedades, pensando hallar hartura y contento. Esto mismo Salomon [illegible] dijo: «Probé todo contento y alegría, y ninguna me satisfizo y en todo hallé afliccion de espíritu, y concluyó que todo era vanidad.» Y pues esta es la naturaleza del hombre, que desea en todo la variedad [illegible] da salud, yerran mucho los que por puntos de [illegible] dejan de salir y gozar del campo y de su variedad, que se puede hacer con sana intencion, gozando de lo que Dios crió para el hombre. Plinio dice que aun las cañas nacidas en las lagunas, y los peces dondequiera que estén, si no les llueve ó mudan el agua se mueren. Finalmente, hace este daño en su proporcion toda cosa que da pesadumbre, descontento y fastidio al hombre. Toma este aviso: cuando el estudio te da fastidio ó no te contenta lo que haces, es mejor dejarlo para otro dia.

TÍTULO LIII.

De la imaginacion, la cual hace lo mismo que la verdad.

La imaginacion es un afecto muy fuerte y de grande eficacia, es general para todo, es como un molde vacío, que lo que le echan, eso imprime. Y así si la imaginacion es de afecto que mata, tambien mata como si fuera verdad. Y por esto mueren algunos de sueños, soñando cosas que les quitan la vida. Y si la imaginacion es de contrario, que hace mediano daño, aquello es, y si de pequeño, aquello tambien es. Es como un espejo, que todas las figuras que vienen, ésas recibe y muestra; así, si la imaginacion es de miedo, daña como verdadero. Vimos á Lucía, que por burla unos mancebos la enviaron á ver una fantasma hecha por sus manos, y en viéndola se cayó amortecida, y esperándola que volviese, hasta hoy la esperan. Por lo cual, semejantes burlas de miedo se deben excusar. La imaginacion sensitiva engaña tambien al hombre, como algunos animales, ora sea en vigilia, ora sea en sueño, obra aquello mismo que la verdad. A Egeo, rey de Aténas, y á Piramo y á Julia, les sucedió de esta manera, como está dicho. Tambien obra en el acto del engendrar, como se vido en una mujer que parió un niño con cuero y pelos de camello, porque tenia de cara de su cama una figura de san Juan Bautista vestida de piel de camello. El rey Cipo, habiendo estado en una fiesta de toros, soñó aquella noche que le nacian cuernos, y á la mañana amaneció con cuernos. Y Publio Cornelio Rufo, como soñase que perdia la vista, amaneció ciego. Dice Plinio que el asno sueña y imagina, y que por esto durmiendo da muchas coces, y se manca si hay piedras cerca. El mismo dice que

las testudines (que son tortugas) en el mar Índico son tan grandes, que una concha basta á cubrir una casa y sirve de tejado, y que éstas, con sólo zambullir la cabeza debajo del agua, dejándose tan gran cuerpo defuera, piensan y imaginan que toda ella está ya escondida y segura. Los avestruces, perdices y francolines imaginan y hacen lo mismo, que con esconder solamente la cabeza, piensan que todo el cuerpo está seguro y escondido, y con su falsa imaginacion están contentos. Así el hombre, lo que tiene en su imaginacion (ora sea en vigilia, ora sea en sueño), aquello es para él, en tanto que si se sueñan ó piensan dichosos y felices, obran en ellos como si fuera verdad. Y por tanto, te doy este consejo: juzga el dia presente por felice.

TÍTULO LIV.

Del sol, padre que hace las generaciones puramente naturales con su presencia y calor, y de su ida y venida, que dicen acceso y receso.

El cremento del sol es su presencia, que dura desde que comienza á calentar hasta que resfria, que es para nosotros desde que entra en la equinocial en Marzo hasta que torna á la misma equinocial, volviéndose hácia el Sur, y esto tiene más y ménos, segun más dura su presencia y es mayor el dia, y el acceso obra más (que es á la venida) y tiene más acto para la generacion de los animales, que se afectan más presto que las plantas, y el receso (que es la ida) tiene más acto para la generacion y simiente de las plantas, especial las robustas, y su decremento, que causa el dicho sol con su ausencia, es desde esta equinocial hasta el Sur, y la vuelta hasta allí (que es el invierno), y esto se varía segun la tierra está desviada de la equinocial, ó cercana, ó debajo de ella. Lo dicho está claro y evidente, como se ve que su presencia da forma y vida á los huevos de todo género de peces, aves y animales, y se ve en las plantas y animales, que están como muertos hasta que la presencia del sol resucita las plantas y los animales de débil natura, como al pájaro resucitado, culebras, lagartos y otros muchos, como está dicho en el contrario del frio; los cuales animales vivieron todo este tiempo del decremento del sol, ó la parte más fria por su ausencia, con el jugo y humor viscoso que les cae del celebro al estómago, y con la nutricion del aire circunstante ó ambiente por el cuero y respiracion, como el oso y crocodilo, y otros muchos animales que no meten alimentos en sus latebras. A las plantas les cae este húmido ó jugo al reves de las ramas, hácia la raíz, y así no tienen muestra de vida; pero á los animales, que tienen su raíz alta, que es el celebro, cáeles aquel humor viscoso al reves de la raíz, al estómago y á las ramas, que son los miembros, y algunos les caen en tanto grado, que luégo con el frio mueren. Otros toman por remedio ponerse prontos la cabeza abajo, y están así como muertos; pero escapan la vida, porque en aquella figura no puede caer tanto, ántes se humedece y conserva el celebro, como el pájaro resucitado ya dicho, y otra ave nombrada *gálgulo*, que dice Plinio que duerme continuamente asido de las uñas y colgando cabeza abajo, por humedecer su celebro y tomar sueño. Este cremento del celebro que causa la presencia del sol, y salud y vida que da con su calor, saben seguir y aguardar muchos animales que tienen buenos piés y buenas alas, y así se mudan muchos géneros de animales que se van tras el sol, por evitar el decremento del celebro y enfermedad que causa su ausencia mediante el frio. Los ciervos pasan nadando por el agua todos en hilera, cargando la cabeza cada uno en las ancas del precediente, y volviéndose el primero á la zaga, para descansar, cargando la cabeza, que en la delantera no podia. Los dragones en Etiopia, de veinte codos de largo, se juntan cuatro ó cinco, y se tejen como mimbres, y alzadas las cabezas y parte del cuerpo, hacen vela, y navegando por el mar, se pasan á mejores pastos y mejor temperatura de tierra. Los pescados tambien se mudan y se van á extremo. Un género de conchas oponen la parte cóncava al aire, y así, haciendo vela, caminan. Otro pescado, nombrado nautilos, que es un género de pulpo, va por los mares (vomitando primero lo que tiene en el vientre para aliviar la carga), luégo se pone boca arriba, de espaldas, y alzando los dos brazos primeros y tejiéndolos, extiende unas membranas ó telas que tiene, y hace vela para el aire, y con los demas brazos se ayuda como de remos, y así camina á vela y remo. De las aves, muchos géneros se mudan y se van tras el sol. Las grullas, cuando caminan para este efecto, si hace aire, toman piedras en los piés y hinchen el buche de arena para ir más firmes contra el aire, marchan con la voz del capitan que va delante. La noche, donde se asientan, tienen centinela, que vela en un pié, y en el otro alzado una piedra, para que si se durmiere, con el golpe de la piedra recuerde; todas las demas duermen la cabeza debajo del ala; van á invernar no léjos de la fuente Gángis, donde los pigmeos (cuya altura es de tres palmos) viven en casas hechas de lodo y plumas y cáscaras de huevos de las grullas; éstos salen armados de saetas, encima de cabras y carneros, á hacerles batalla y matarles sus pollos y quebrar sus huevos, tres veces cada año, porque de otra manera no les podrian resistir.

TÍTULO LV.

De la luna, madre que alimenta y cria toda la forma vegetable con su leche, que es el agua, y de su cremento y decremento.

El cremento de la luna es de muy gran efecto en toda cosa que se vegeta y crece, aunque el hombre no lo siente. Algunos animalejos no tienen más vida del cremento de la luna. Otros tienen un cuarto de luna. Otros tienen tres cuartos. Otros tienen solamente de vida el cremento de la presencia del sol de un dia, y á la noche mueren, como el animal que nombran efimeron, que tambien es una yerba que nace y crece y echa su simiente en un dia. Crecen y menguan con la luna todas las médulas de los huesos, muchos géneros de ostrias, almejas y conchas, cuya sustancia crece con la luna, y mengua en conjuncion, y no tienen qué comer y están vacías. Las aguas de los rios y mar extrañamente crecen y hacen su flujo y reflujo. Las pla-

tas y frutos en gran diferencia crecen en creciente de luna, como se ve en las calabazas y toda fruta húmida. Crecen y menguan con la luna, y hacen cuernos como ella, y llegan á su forma redonda, estas tres cosas, la niñeta del ojo del gato, la mancha redonda de la pantera, la luna que forma la piedra senites (como está dicho), todas tres cosas, como la misma luna, hacen cuernos cavados, y medio y redondez, cosa maravillosa y de notar. Crece y mengua el celebro de los animales y hombres, como lo afirma Avicena, y toda sustancia húmida, lo cual se ve al ojo en heridas de cabeza, que en plenilunio se sale del casco en convalecencia, y así todo animal y planta comen y beben y se vegetan más en creciente que no en menguante. El ave ibis va disminuyendo su comida como va menguando la luna, como está dicho. El hombre tambien, aunque no lo siente, si no tiene otro decremento, come y bebe más y con más gusto, y satisface y harta su raíz principal del celebro mejor y con ménos cantidad, en su proporcion, en la creciente que en menguante. En la conjuncion no satisface tanto la comida á su principal, porque no toma tanto del jugo del alimento cuando se masca en la compresion de la boca, y así algunos enfermos apetecen entónces más de lo que pueden digerir; por tanto los débiles y viejos (y áun los sanos) han de disminuir la comida en el penúltimo, primero y segundo dia de luna, y de allí irla aumentando, de manera que toda médula y meollo, y toda sustancia húmida, como la sangre, jugo y quilo de toda raíz, rios y mar tienen su aspecto á la luna, madre nutriz, y crecen en plenilunio, y van menguando con la luna. En el árbol es al reves, porque tiene la raíz al reves. Y así el árbol tiene el jugo y cremento de la luna en las ramas, y en la conjuncion lo tiene en las raíces. Dice Avicena que los humores crecen con el aumento de la luna, y crece el celebro en el cráneo (que es el casco), y el agua en los rios y mar. Esto todo hace la luna madre nutriz, con su leche, quilo del mundo, que es el agua. En toda raíz de animal y planta su cremento da alegría, y decremento tristeza. Plinio dice que las simeas están tristes en la falta de la luna, y generalmente todos los animales, dice que sienten el menguar y falta de la luna. Y cuenta que los elefantes á cada luna nueva se juntan á manadas, y alegres, su rey delante (porque tienen y adoran rey), van al rio Amilo, en Mauritania, y le bañan y saludan, y adoran la luna nueva, y le ofrecen ramos, y hecha su salutacion, se vuelven.

Ver. Parece, señor Antonio, que teneis olvidadas mis preguntas del conocimiento de sí mismo que puede tener el hombre, embebido en responder á Rodonio todas las causas que le causan al hombre cremento del celebro, que es la salud por que vive, y el decremento, que es la enfermedad por que muere. Razon es hableis otro rato conmigo, pues la variedad quita el fastidio.

Ant. Todo es hacer una hacienda; que para el conocimiento de sí mismo buena parte es conocer el hombre sus afectos y las cosas que le causan salud y enfermedad.

TÍTULO LVI.

De los ornatos del ánima.

Otras cosas hay en el hombre, que son unas hermosuras y ornatos del ánima, los cuales llamaron virtudes morales, las cuales son muy necesarias para el conocimiento de sí mismo y para alcanzar la felicidad ó bienaventuranza que puede haber en este mundo. Éstas son cuatro principales, que son: templanza, fortaleza, justicia y prudencia, de las cuales nacen otras, como magnanímitas, liberálitas, amicicia, gratitud, etc. En las cuales, porque es materia que está escrita, no nos detendrémos en ella.

Ver. Mucho deseo saber qué cosa sea gratitud, magnanimidad y prudencia, para ver si esas virtudes están en mí, y para que yo conozca al que las tiene.

TÍTULO LVII.

Afecto del agradecimiento.

El agradecimiento es un afecto que alegra y llena al magnánimo y generoso pecho, da placer, contento y alegría, como sea memoria del bien recibido; hállase mucho mayor en los magnánimos que en los pusilánimos, porque el magnánimo más se goza en dar que recibir; al contrario, muchos de baja y apocada naturaleza no lo tienen, y pluguiera á Dios que para con la divina Majestad (que tantos beneficios hizo al hombre, criándolo con tantas excelencias, redimiéndolo con su sangre, sustentándolo con tanta variedad de criaturas para su servicio, y fabricándole tal casa, tan admirable como es este mundo, y convidándole y prometiéndole otro mejor y eterno) tuvieran todos este agradecimiento, el cual podrian los hombres aprender muy bien de algunos animales, que hacen ventaja en esto á muchos hombres, y lo tienen mayor y más firme que ellos, como se halla en el leon. Cuenta Plinio que Elpis Samio, llegado en Africa, saltó de su nao en la ribera del mar, y viendo venir para él un leon boquiabierto, huyó y subióse en un árbol; el leon, llegándose al árbol con la boca abierta, que le habia espantado y puesto temor, para esa misma buscaba misericordia y remedio, porque se le habia hincado un hueso en los dientes, que no le dejaba cerrar la boca, y la hambre lo fatigaba; estando allí haciéndole halagos y blandicias, como con unos ruegos mudos, viendo que tanto duraba el estar boquiabierto y los halagos que le hacia, cayó en lo que queria, y dejado el miedo, abajó del árbol y sacóle el hueso de la boca, poniéndose el leon con el mejor modo que para ello era menester; afirman que miéntras la nao estuvo en aquella ribera le agradeció la buena obra, llevándole cada dia muchos géneros de cazas.

Democrio cuenta del dragon que un niño, llamado Toante, en Arcadia, habia criado desde chico, y cuando fué grande y espantable en su naturaleza, por no matarle, lo llevó á unas montañas, donde se lo dejó. El Toante, cuando vino á ser hombre, pasando por el camino, salieron salteadores á matarlo, el cual, como acaso diese voces, afirman que el dragon, conociéndolo en la voz, salió y lo libró de los salteadores. El grande agradecimiento del perro cuenta Plinio, de un esclavo

de Tito Savino, que tenía un perro, y este esclavo fué preso por delito, y nunca jamas pudieron ahuyentar al perro de la cárcel, ni del cuerpo despues de ajusticiado y muerto, dando muy tristes aullidos; y como mucha gente romana estuviese mirándolo, uno le echó un pedazo de pan, y el perro lo tomó y lo llevó, y lo puso en la boca del difunto, y despues, echado el cuerpo en el rio Tíber, entró nadando y procurando de sustentarlo encima del agua, con gran espectáculo de gente que habia salido á mirar la fe y agradecimiento de un animal. El elefante es tambien muy agradecido, como á otro propósito se dirá.

TÍTULO LVIII.

De la magnanimidad, que es gran ornamento del ánima; y declara las condiciones del magnánimo.

Ant. La magnanimidad, señor Veronio, que dice grande ánimo, es una gran virtud en el hombre, y muy amable; siempre está junta con grande y alto ingenio, y sus hermanas la prudencia y liberalidad. El hombre que la tiene nunca intenta cosas pocas, bajas y de poco momento, no se satisface su ánimo ni pone su aficion y estudio en cosas pequeñas y bajas; siempre intenta cosas grandes y altas; no es apocado ni corto en sus cosas; inventa y prueba cosas grandes y nuevas; habla poco y á espacio; no habla de sí mismo mucho; su andamio y meneo es grave, tardío y perezoso, y así su lengua, porque no aguija ni se apresura en estas cosas el que en pocas y grandes pone su aficion y estudio. Es muy fácil para perdonar; no es vengativo ni tiene mucha memoria del mal que le hicieron, fácilmente lo olvida. Más memoria tiene del bien recibido para gratificarlo, que no del mal para vengarlo, especialmente donde hay flaqueza, poca resistencia y humildad, y tiene y le sobra potencia y aparejo, que está en su mano poderse vengar, especial si el enemigo ó culpado se pone y deja en sus manos que haga dél lo que quisiere. Entónces el magnánimo, cuando más puede, ménos se venga, y perdona liberalmente, que siempre esta virtud tiene consigo á su hermana liberalidad, que es dar y hacer bien francamente á todos, como el sol para las criaturas, y por esto el magnánimo más se goza y alegra en dar que en recibir; porque, como sea á natura señor para mandar á los que son á natura siervos y pusilánimos, y el recibir es un género de servidumbre y menoridad, y el dar sea un género de señorío y mayoridad, más se goza dando que recibiendo. De esto se quejaba Salomon de este mundo (que no se conocen en él los magnánimos y señores á natura, ántes prevalecen muchas veces y valen más en este mundo los siervos á natura y pusilánimos), diciendo: «Vi los siervos andar en caballos blancos, y vi á los señores andar como siervos y esclavos.» La causa de esto es, que los magnánimos no lo procuran tanto como los siervos; que éstos llevan mejor los trabajos y servidumbres de las pretensiones, porque el magnánimo, á natura señor, no es para cosas de entendimiento mucho más que los siervos. Aquellos son para regir y gobernar y mandar á los siervos á natura, que son para ser mandados, regidos y gobernados del magnánimo, porque *nació* para ser mandado y regido su poco entendimiento, y por esto no recibe pesar ni tristeza de ello. Y al contrario, el magnánimo recibe gran pesar y tristeza de hacer cosas serviles y ser mandado, porque es para cosas de entendimiento, y no de trabajo. Es para regir, y no ser regido, y por esto digo que los que rigen no han de salir al trabajo ni guerras; su trabajo ha de ser con la prudencia y entendimiento, por estas razones. El trabajo embota y entorpece el entendimiento. Más vale consejo que fuerzas. Mayor es el varon sabio que el fuerte. El ánima en el sosiego y quietud se hace sábia. Con el trabajo prevalece la vegetativa, con el ocio la intelectiva. El rey de las abejas no sale al trabajo; dentro en su silla real, visitando su república, él solo, sin oficio, manda y gobierna con un zumbido, con el cual se entienden; y la diferencia de la mejoría que hay del consejo y prudencia (cosa divina!) al trabajo corpóreo, ésa hay de lo uno á lo otro. Bien dijo, más vale un consejo de un sabio que la fuerza de millares de hombres. El magnánimo no es fingido en sus cosas, su amor es verdadero para hacerle bien á lo que ama, y no mal; no tiene dos caras, no es mentiroso ni fingido en obras ni en palabras. El mentir es de bajo entendimiento y pusilánimo, porque el mentir es un género de miedo que tiene á aquella verdad que le quitará algun bien; y como el magnánimo esté constante y firme su ánimo con sus ornamentos naturales, verdaderos, que tiene suyos, no cura ni estima lo fingido; y así no miente, y manifiesta la mentira ajena y defiende la verdad. Siempre está constante su ánimo, ni en las cosas adversas se cae, ni en las prósperas se alza, ni espera el mal futuro como cierto, para temerlo, ni el bien, para desearlo demasiadamente; no se acuerda mucho del mal pasado, para entristecerse por ello; siempre es uno, constante, firme y prudente. No le pueden traer los casos adversos tanto mal, que baste á quitarle el contento y alegría que tiene de sus bienes naturales; y así no estima lo que todos estiman, ni se cae su ánimo con las cosas que á todos derriban; cuando considera su vida y se conoce á sí mismo, huélgase mucho viendo su vida y naturaleza tan diferente de la de los otros, y da la gloria á Dios. Esta magnanimidad, se halla un rastro de ella en el leon, del cual podrian aprender algunos hombres á ser magnánimos. Cuenta Plinio que el leon, aunque esté muy muerto de hambre, no hace mal á los niños ni á animalejos pequeños humildes, y habiendo hombre y mujer, ántes mata al hombre que á la mujer. Y cuenta que una mujer cautiva de Getulia, huyendo de la servidumbre y cautiverio, por no ir por el camino, echó por unas breñas y montañas, donde habia leones, á la cual salió al encuentro un gran leon, y como ella lo viese, toda turbada con el gran miedo, se postró y hincó de rodillas, puestas las manos juntas delante del leon, y tuvo osadía para hablar, diciendo: «Rey y señor de los animales, á quien todos obedecen, no es razon que vuestras fuerzas y uñas reales se empleen en una mujercilla flaca, fugitiva y desventurada como yo.» El leon estuvo quédo y sosegado mirándola, que parece sintió el afecto, aunque no entendia las palabras, y así se estaba quédo. La mujercilla, puesta de rodillas y temblando, aguardaba

cuándo la había de hacer pedazos, y así estuvo un gran rato, hasta en tanto que, viendo que no le hacia mal, recobró su espíritu, y despídese del leon y empieza á caminar, y de esta manera se libró de aquel leon y de otros muchos por toda la montaña.

TÍTULO LIX.

De la prudencia, gran ornato y madre de las virtudes.

La prudencia acerca de lo venidero es una gran virtud: ésta perfecta solamente se halla en el hombre de buen juicio y entendimiento, porque muchos no la tienen perfecta; da contento y alegría, como sea hacer bien y providencia de bien para sí y para su semejante por consejo, avisándole y haciéndole bien de lo que él no entiende, y librándole de muchos peligros y daños, acarreándole muchos bienes. Ésta vale y puede más que las fuerzas. Dijo bien: *Viribus præstat res sacra consilium.* Más vale el consejo que las fuerzas. Ésta aprovecha más que el oro ni plata. Vale más que reinar. De ésta dijo Salomon: «Túvela en más que los reinos»; y el oro y plata, en su comparacion, dijo ser un poco de arena. Ésta libra de muertes, de grandes daños y males, y su contraria, la imprudencia, los acarrea: ¡cuánto vale ésta en las guerras y batallas, en el gobierno de la república, en el establecer leyes, en negocios políticos! Ésta provee bien para los venideros, como hicieron los inventores y autores pasados, y ésta hace hablar á mi rústica y humilde lengua. Esta prudencia nunca se halla sino junta con alto ingenio y magnanimidad; siempre estas tres andan juntas. Y al contrario, la imprudencia, bajo ingenio y pusilanimitas andan juntas. Y como sea su oficio de esta prudencia acerca de lo venidero, hacer bien con su consejo y dar y comunicar sus bienes, da alegría y salud al hombre. Es tan alta, que es un atributo de Dios, que de allí se pegó al hombre; y está en Dios tan cumplido el hacer, proveer y comunicar sus bienes á las criaturas, criándolas y conservándolas y ofreciendo gloria al hombre, que si pesar pudiera haber en Dios, le pesára porque no toma y recibe el hombre los bienes que le provee, y de balde le da y ofrece. Esta prudencia divina creó al sol, su segunda causa, y el oficio que le mandó fué siempre hacer bien, dar virtud para engendrar las criaturas y darles vida y sér, como plantas y animales, y á las engendradas conservarlas y perfeccionarlas, y lo hará siempre de gracia, miéntras que Dios no le mandáre lo contrario, y jamás se le disminuye su virtud, por más que dé. Por esto, señor R. do[illegible], cuando plantáredes algo, no habeis de henchir el hoyo de tierra hasta arriba, sino hasta la mitad, porque el sol le comunique su calor, y le dé vida y raíces. Esta tiene la vista larga, que mira y ve á lo léjos los daños que pueden venir, ó lo que puede suceder de aquel acto presente que hace. Y así se tarda en determinarse, porque ve los yerros de los hombres á cada paso que (inconsiderados) de presto se determinan, sin mirar á los fines y á lo que se puede seguir. Esta prudencia nace de la razon, y solamente se halla en el hombre; *pero hállase en los animales* algunas astucias ó solercias, *que les enseña la hambre* ó el peligro de la muerte y miedo ó el ódio natural, de las cuales tocarémos algunas para alabar al Criador. De la mona, dice Plinio que se han visto jugar al ajedrez (*El Cortesano* trae un cuento gracioso de una mona, que jugaba al ajedrez), y que distingue las nueces con la vista, cuáles son sanas, dejándose las vanas, sin tocar á ellas. Los elefantes se inclinan al sol cuando sale, adoran la luna creciente y le ofrecen ramos, como cuenta Aeliano en su tratado de los elefantes. El elefante aprende todo lo que le enseñan, y así lo dice Aristóteles; entiende el lenguaje que le enseñan de su patria, y obedece á sus maestros en todo lo que le mandan. Cuenta Aeliano, *De Elephantorum historia*, y Plinio, de uno que escribió por derecha órden un verso en latin. Tiene presuncion y siente la deshonra, y el mayor castigo para ellos es decirles feas palabras. Cuenta Cristóbal Acosta, autor moderno, de un elefante que trabajaba en la ribera de Cochin, que tardándose el maestro de darle su racion ordinaria, y sintiéndose de la tardanza, díjole el maestro que no le daba de comer por estar la caldera rota; que la llevase á aderezar; y así la llevó á un calderero, el cual la aderezó mal (de industria), y vista por el maestro, riñó gravemente al elefante, y mandóle volverla; la cual el calderero rompió (de industria) más de lo que estaba y entregósela; con la cual el elefante fué al rio y la hinchió de agua, y viendo que se salia, volvió al calderero y dió grandes bramidos; el calderero con buenas palabras lo amansó y se la aderezó bien, y la entregó al elefante: con la cual volvió al rio y la llenó de agua, y viendo que estaba buena, la llevó á su maestro.

Del agradecimiento de este animal cuenta el mismo autor que en la India de Portugal, en la ciudad de Goa (que es donde residen los vireyes), un elefante se soltó de sus cadenas (por causa de cierta enfermedad que cada año les viene, y entónces hacen mucho daño á todo viviente); el cual, yendo por una calle, encontró una esclava con un niño en los brazos, la cual viendo venir el elefante tan furioso, desatinada, soltó la criatura en la calle y entróse en su casa, cerrando tras sí la puerta; el elefante tomó la criatura en su trompa, y sin hacerle mal alguno, la puso sobre un tejadillo bajo que allí estaba, y soltándola, miróla a ver si quedaba segura, y pasó adelante con su furia. Y esto hizo este animal de grato y conocido, por conocer que era de una vendedera que vivia en aquella casa, la cual vendia á la puerta pan y fruta y otras cosas de comer. Y esta mujer tenia de costumbre dar al dicho elefante pan ó alguna fruta cada vez que por su puerta pasaba, y en aquella hora le agradeció sus buenas obras. De los elefantes dijo santo Tomas que tienen estas astucias por la bondad de la natural estimativa y memoria, tenaz, sensitiva. La astucia extraña del igneumon, ya lo dijimos en el ódio. Del cervicabra dice que huyendo de los perros, va donde hay altos y grandes peñascos, en que tiene proveido (como otros animales) sus madrigueras, y viéndose acosado de los perros, ó para pasarse de un monte á otro, se echa de la peña abajo de cabeza, porque siente y sabe la fuerza que le dotó naturaleza, y da en las peñas con sus cuernos y brota hácia arriba, como pelota de viento, y torna á caer sobre los mismos cuernos, y vase sano y libre, y así escapa del peligro.

Del animal tiberio castóreo, dice Plinio que cuando es acosado y constreñido del peligro, él mismo con sus dientes se corta los compañones, porque sabe que por ellos lo van á capar. De la raposa dice que en Tracia, en lugares muy frios, nunca pasa los rios y lagos helados para ir á buscar su comida, sin que primero, puesta la oreja en el hielo, conjeture el grueso que tiene, para ver el tiempo que podrá detenerse en cazar, y volver á pasar por ellos ántes que se deshielen. Del ipóramo dice que es un animal grande, y sale del rio Nilo y va á pacer cada dia á diferentes lugares, y que va andando hácia atras, porque los rastros y pisadas no demuestren dónde está, y le puedan á la vuelta poner trampas y asechanzas, lo cual hace tambien el elefante para pasar el agua algunas veces; pero ambos lo hacen por el miedo y por estar aparejados para volver atras y huir, como el hombre cuando se acerca al toro, y no por las causas que los naturales adivinaron.

Del cuervo dice que en el estío, cuando tiene sed y no puede en algunas hoyas ó pozas ó cubos que tengan agua alcanzar á beber, echa piedras para que suba el agua del cubo, ó en las pozas para poderse asentar y desde allí beber.

De la hiena dice que imita la voz del hombre, y que en las estancias de los pastores aprende el nombre de algun pastor y de noche lo llama por su nombre, y el pastor, pensando que es llamado de hombre, sale, y lo mata y despedaza y come. Imita tambien el vómito del hombre, para que los perros salgan á comer, y los mate y despedace. De la pantera ó leon pardo dice que á una se le cayeron los cachorros en una sima, y no pudiendo sacarlos, se salió al camino, y asentada en él, esperaba un hombre que pasase, y pasó un hombre, el cual en viéndola rehuyó hácia atras, y la pantera, haciéndole muchos halagos y mostrando su tristeza, asíalo de la capa y guiábalo, hasta en tanto que el hombre entendió lo que queria, y juntamente la merced de su vida, y así fué con ella y le sacó los cachorros, con los cuales ella, haciéndole muchas muestras de alegría y agradecimiento, fué con él, acompañándolo toda la montaña hasta sacarlo de peligro.

La concha nombrada pinna no tiene vista, y proveyóle naturaleza de un amigo, que se nombra pinnófilax, un pececico pequeño, con el cual tiene gran amistad, y cazan de esta manera: ábrese la concha, y da lugar á que otros pececillos entren dentro de ella, los cuales, cuando entran y salen muchas veces, se aseguran, y unos traen á otros, y cuando está bien llena de pececicos, el amigo pinnófilax le da señal y aviso con un leve toque, y luégo se cierra y mata todos los pececillos que coge dentro, y come ella, y da su parte al amigo que le dió el aviso.

TÍTULO LX.

De la sapiencia, que es el mayor ornato del ánima.

La sapiencia es una ciencia de las cosas divinas y naturales y conocimiento de las causas de todas las cosas; es una virtud y ornato en el hombre, la más alta y divina de todas y que á todas las perfecciona; á ésta trujo pegada consigo el ánima del cielo; tiene un sabor y olor de Dios, está perfecta en solo Dios, y de allí mana al ánima del hombre, que él solo la tiene; da gran contento y alegría, y por eso salud; es la cosa más amable que hay en este mundo y todo hombre desea saber; si la sapiencia tuviera forma visible, no hubiera cosa más amada de los hombres. Ésta hace felices y dichosos en este mundo, y sin ella no hay felicidad. Ésta tiene sus deseos con raya y término, que es el medio en todas las cosas. Con lo necesario á la vida está contento el sabio y prudente, no teme la muerte y daños futuros para perturbarse, los pasados no le entristecen, juzga verdaderamente de todo lo de este mundo y de Dios y de las cosas eternas y de la muerte, y así siempre está en alegría y contento con su buena conciencia. No hay cosa que le quite esta alegría y deleite, porque goza de lo presente sin miedo de lo futuro ni pesar de lo pasado, porque conoce los fines de cada cosa y á donde puede llegar, y sus mudanzas del bien y del mal. Cuando compara su vida con la de los necios, recibe gran gozo y contento, viéndola tan diferente de la de los otros. Los dolores y daños no le pueden dar tanto mal, que le quiten tanto bien natural como él se tiene, y así vive felice y dichoso, no estimando los daños de este mundo, porque sabe que no hay mal que no tenga algun bien; al dia presente juzga felice, y no pierde este dia con miedo de otro peor, porque sabe y entiende que aquel dia peor, si viniere muchas veces, es mejor para el hombre, y se convierte en bien y es principio de bien, como se ve cada dia; ni ménos pierde este dia presente con el deseo y cuidado de otro mejor, porque sabe que aquel mejor dia fausto y deseado, si viniere muchas veces (y áun las más), se convierte en mal, y es principio de mal, daños y infortunios, que un dia juzga de otro adelante, y á ninguno se ha de creer al presente hasta ver el fin, que el postrero juzga de todos. ¿A cuántos emperadores aquel felice y deseado dia en que tomaron el imperio fué principio de mal, y les trujo y acarreó grandes infortunios y muertes infelices y desventuradas, y sólo ganaron mayor caida y sentirlo más? Sabed que no hay mal que no tenga consigo algun bien, y que bienes y males andan mezclados en este mundo en toda la vida del hombre, como en una tragedia ó comedia, como dijo Platon; porque ésta fué la suerte de la naturaleza de este mundo inferior, que los bienes con los males estuviesen mezclados y se siguiesen unos á otros (bien parece destierro). La madurez y perfeccion es principio de imperfeccion y putrefacion. La sanidad, principio de enfermedad. La gran salud, causa de gran enfermedad. Donde quiera que hay vida hay muerte. Al aumento, diminucion; al cremento, decremento; al gusto, disgusto; á la alegría se sigue tristeza; al placer se sigue pesar; al contento, descontento; al deleite, fastidio; al descanso, cansancio; al ocio, trabajo de muchas maneras; al sabor, desabrimiento; á la gula, pesadumbre y enfermedad; á la intemperancia, amargura de espíritu; á subida, caida; á bonanza, tormenta; al dia claro, otro turbio y airoso. De manera que (en este mundo) no hay deleite que dure y no se mezcle luégo con su mal. La sirena canta en la tormenta y llora en la bonanza, porque barrunta y espera luégo lo contrario. Todo harta: el deleite, cualquiera que sea, harta y da fastidio. El descansar cansa, el mucho ocio

da trabajo; finalmente, puso Dios una meta y raya en todo, y ésta fué en tal proporcion y lugar, que todos la pudiesen alcanzar y gozar de ella; fué puesta en lugar justo, porque si no le diera este lugar justo y bajo con su prudencia disfrazada, solos los reyes y poderosos la pudieran gozar. Áun la alegría en demasía mata, como está dicho. Juzga de la muerte rectamente, como ella sea fin de males, principio de bienes, puerta y entrada de la verdadera y eterna felicidad y no prive de bienes, sino de males y tormentos y dolores, que la vida es una prolija muerte, siempre disminuyendo y quitando. No le perturban las muertes de hijos y amigos, porque las esperaba con buena confianza y contento, como la suya propia, y sin temor y miedo, viendo y conociendo los males de la vida y los bienes de la muerte, corporales y espirituales. Dijo Platon que como Agamenides y Trofonio hubiesen edificado un templo á Apolo, le pidieron de merced que les diese la mejor cosa de este mundo; los cuales, luégo como se durmieron, nunca más recordaron; de manera que les dió la muerte. Y Plinio dice estas palabras: « Ninguna cosa dió la naturaleza á los hombres mejor que la brevedad de la vida. » No es gran cosa vivir: los esclavos y animales viven; pero es gran cosa morir honestamente y sin perturbacion de gran temor de la muerte, y así teme su muerte, viendo y entendiendo cuán muchos mueren del puro miedo de la muerte, y no de la muerte, que en viéndose con una calentura es tanto el miedo que toman imprudentemente de la muerte, que aquel miedo que ellos mismos añaden á su mal, aquel los mata, y no la enfermedad. Y toma esto por grande aviso, que su miedo y imaginacion los mata, como á otros la tristeza de lo pasado ó enojo de lo presente. Y sepa el hombre que la muerte no se siente, y la natural se pasa con deleite, como lo afirma Platon. No se maravilla de ningunas cosas grandes, ni las estima en mucho ni desea, porque otras mayores y mejores tiene imaginadas con su entendimiento, y á aquellas les entiende las faltas y contrapesas que tienen, y así no las desea demasiadamente, ni ménos á los deleites; solamente toma de ellos lo necesario para la vida, porque sabe que cada uno de ellos tiene consigo junta una amargura. La gloria y honra tienen luégo la envidia y ódio; y si ódio, deseo de verte muerto. La sapiencia, trabajo para alcanzarla. Las riquezas, cuidados, pleitos, hurtos, enojos. Los hijos, solicitud y congoja. La intemperancia en los deleites y ocio, enfermedades. Las ambiciones, ódio, enemistad. La potencia y señorío, miedo de perderla. Finalmente, entiende que el mayor deleite que tú más quieres, si siempre por extremo lo tomases, se convertiria en gran tormento, y así el que es sabio toma el medio en todos los deleites; de los cuales deleites dice Platon que no tienen consistencia ni sér, sino solamente un pasaje ó tránsito.

TÍTULO LXI.

De la felicidad que puede haber en este mundo.

La felicidad (que se dice bienaventuranza), la que en este mundo de destierro puede haber, es un placer *y alegría del alma*, que da gran salud al hombre, por*que es una de las tres* colunas que sustentan la vida humana; consiste en la sapiencia y conocimiento de las causas y en obra del entendimiento, contemplando y entendiendo todas las cosas de este mundo como son, y en la eleccion de la prudencia, sabiendo tomar el medio en todas las cosas; el cual medio hace felice y dichoso al hombre, obrando las virtudes (que es el medio entre dos vicios) con alegría de buena conciencia, y en los deleites tomando el medio necesario de todo bien para el sustento de la vida, y no más.

Dijo Platon: «El prudente evita la miseria, no el rico»; y dijo: «No puede ser ninguno felice sin que sea sabio y bueno»; y al contrario, los malos son míseros y desdichados. Esta felicidad ha de ser en obra del entendimiento, razon y prudencia, en lo cual eres hombre y te diferencias de los otros animales que no lo tienen, y no en ningun género de deleites sensuales, que en éstos comunicas con los animales. Tambien es una alegría, contento y placer de gozar todos los bienes que se nombran bienes de este mundo; de manera que al verdaderamente felice no le han de faltar tampoco los bienes temporales de este mundo necesarios; pero sabe que con muchas riquezas no puede ser felice, porque traen consigo muchos males, como enojos, cuidados, hurtos, pleitos, y así no has de tener más de lo necesario á la vida, en un estado mediano, sin mucha soberbia ni puntos vanos de honra, ni ménos demasías en faustos de vanagloria, en vestidos, criados ni comidas; que todo da gran fatiga y desasosiego y quita la felicidad. Con sólo lo necesario á la vida, poniendo meta y raya cada uno en su estado y proporcion, puede ser felice, descogiendo el medio con la prudencia en todas las cosas; y tampoco puedes ser felice si no tienes alegría de buena conciencia, sirviendo y conociendo á Dios, porque sin ésta todo es tristeza y congoja de espíritu. Y así te es necesario dejar los vicios y obrar virtudes, porque claro está que si no tienes en la virtud temperancia, luégo la demasía de la gula y lujuria y vicios quitará la felicidad, si no tomas el medio. Tampoco puedes ser felice si no tienes en la virtud justicia, queriendo para el prójimo lo que quieres para tí, porque si no das á cada uno lo que es suyo, luégo has de andar en contiendas y pleitos y en pecado. Y si no tienes en la virtud fortaleza para defenderte de tus afectos, iras y apetitos sensuales, y para sufrir los daños, palabras y importunidades de tu prójimo, no puedes ser felice; y para escoger el medio en todas las cosas, y regir y gobernarte en lo futuro, claro está que has menester la prudencia.

De la sapiencia, te digo que puedes ser felice sin ella, que poco saber te basta. Con este librito, y *Fray Luis de Granada*, y la *Vanidad de Estela*, y *Contemptus mundi*, sin más libros, puedes ser felice, haciendo paradas en la vida, contemplando tu sér, y entendiéndote á tí mismo, y mirando el camino que llevas y á dónde vas á parar, y contemplando este mundo y sus maravillas, y el fin dél, y leyendo un rato cada dia en los dichos libros, que es buen género de oracion. Garcilaso de la Vega pintó muy bien esta felicidad en su *Egloga*.

Ver. Podeis alegar á Aristóteles, Séneca, Platon y á Ciceron, y alegais á Garcilaso?

Ant. Poco va en la antigüedad de los autores, cuando la cosa está bien dicha, como dijo Garcilaso, diciendo:

¡Cuán bienaventurado
Aquel puede llamarse,
Que con la dulce soledad se abraza,
Y vive descuidado
Y léjos de empacharse
En lo que al alma impide y embaraza!
No ve la llena plaza,
Ni la soberbia puerta
De los grandes señores,
Ni los aduladores,
Á quien la hambre del favor despierta;
No le será forzoso
Rogar, fingir, temer y estar quejoso.
Á la sombra holgando
De un alto pino ó robre,
Ó de alguna robusta y verde encina;
El ganado contando
De su manada pobre,
Que por la verde selva se avecina,
Plata cendrada y fina,
Oro luciente y puro,
Bajo y vil le parece,
Y tanto lo aborrece,
Que áun no piensa que de ello está seguro,
Y como está en su seso,
Rehuye la cerviz del grave peso. Etc.

Ver. De manera, señor Antonio, que es mejor no tener riquezas.

Ant. El consejo que os puedo dar en ese caso, es no amar ni desear demasiadamente ninguna cosa, y no tener riquezas, y si las tienes, no amarlas, porque de éstas te ha de venir, un dia ó otro, daño, porque traen consigo grandes pérdidas, cuidados, congojas y pleitos para defenderlas y conservarlas, y éstas son el ministro y armas con que la mala bestia mata al género humano (que es el enojo); y así te digo que es mejor un estado llano y mediano, con lo necesario á la vida; que la naturaleza con poco está contenta, y no pide superfluidades; con un paño pardo que la abrigue de invierno y la cubra de verano está contenta, y con una comida pobre de un manjar, sin muchas diferencias de platos y manjares, que causan corrupcion y enfermedades en el cuerpo. Y con esto necesario, podrás dar loores á Dios con gran contento y alegría, con aquel santo y sabio que decia: «Gracias te doy, Señor, que no me falta sino lo superfluo.» Angelo Policiano, poeta cristianísimo, dijo estos versos, que por ser tales, os los quiero decir en latin:

Fœlix ille animi, divisque similimus ipsis,
Quem non mortali resplendens gloria fucco.
Solicitat: non fasto si mala gaudia luxus,
Sed tacitos sinit ire dies, et pauper cultu
Exigit innocuæ tranquilla silentia vitæ.

Que dicen: «Felice y dichoso es aquel, y semejante á los dioses, al que la gloria perecedera de este mundo (que resplandece como un afeite, que luégo se pasa) no le da congoja, ni la estima, ni ménos las demasías del vestido y fausto del mundo; sino pasa sus dias callando en quietud, y con un pobre vestido pasa su vida en silencio sosegado, sin hacer mal á nadie, con la alegría de buena conciencia.» Dijo un cortesano, que habia gustado de esto con buen entendimiento:

Éste sea quien quisiere poderoso,
En cumbre de la córte deleznable,
Y vívame yo solo en reposo,
De mí nunca se escriba y ni se hable.

Dijo Juan de Mena:

¡Oh vida segura, la mansa pobreza,
Dádiva santa desagradecida!
Rica se llama (no pobre) la vida
Del que se contenta vivir sin riqueza.

Y Hernando del Pulgar dijo en *Mingo Revulgo:*

Cuidado que es ménos dañoso
Pacentar por lo costero;
Que lo alto y hondonero,
Juro á mí que es peligroso.

Y dijo fray Luis de Leon:

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido! Etc.

Díjolo Salomon, san Agustin, san Ambrosio, Boecio, Horacio, Séneca, Ciceron, Platon. Si todos los sabios, cuantos lo han dicho y lo han hecho, hubiéramos de referir aquí, fuera dar fastidio. Diocleciano, emperador de Roma, estando en el Senado, asentado en la silla imperial, con la toga de emperador, se levantó, y se quitó la toga y la puso en la silla, y dijo al Senado: «Señores, dadla á quien quisiéredes; que yo no la quiero»; y se fué á una heredad y huerta que tenía apartada de Roma, y allí vivia en sosiego y quietud, y decia á los que le visitaban: «Ahora vivo, ahora amanece para mí.»

Otros muchos hicieron esto, como el filósofo Crátes, tebano, que arrojó los dineros en la mar. Celestino V, papa, dejó el pontificado y se despojó de las insignias y silla pontifical, y mandó á los cardenales que eligiesen pontífice, y se recogió á una vida santa y sosegada. Maximiliano, príncipe, Teodosio Atramiteno, emperador, dejaron el imperio y escogieron la vida privada.

El siempre invicto Cárlos V, nuestro señor, dió este ejemplo al mundo.

Plinio cuenta que en el tiempo del rey Gíges, deseando saber cuál hombre del mundo era el más felice (creyendo que era él), envió á consultar los oráculos, y preguntar quién era el más felice del mundo, y fuéle respondido que el más felice era Aglavo Psofidio, y mandó buscar á Aglavo Psofidio por todo el mundo, y fuéronle á hallar en un rincon de Arcadia, en una heredad que tenía en el campo, la cual era bastante y suficiente para darle de comer y de vestir lo necesario á la vida, sin tráfago de criados ni cuidado de muchas riquezas, y que nunca de allí salia. Concluye el autor con estas palabras: *Minimo contentus, minimum mali in vita expertus est;* que dice: Poco mal experimentó el que con poco se contentó. Y más te aviso yo, que para conservar la salud, es mejor el estado mediano con pocos cuidados, que no el alto. Es mejor el pan segundo, el manjar sencillo, la cama dura. El trabajo es mejor que el ocio. El aire nuevo, vivo, del campo, mejor que el añejo y encharcado con encerados y vidrieras. Es mejor el sosiego y tranquilidad y poca gente. Es mejor y más seguro estar

flaco que gordo. Es mejor el poco comer que el mucho. Al rico le pesa porque se harta, y al pobre le place. El pobre está más seguro del gran enemigo, enojo y pesar, de envidias y emulaciones. Y finalmente, es mejor el poco regalo que el demasiado, y pues las riquezas son causa del gran daño que el enemigo del género humano hace, quitando la vida corporal al hombre. Y tambien son espinas, tropezon y obstáculos para la vida del alma, pues nuestro Redentor dijo que era tan dificultoso el rico entrar en el cielo, cuanto un camello entrar por el ojo de una aguja. Por un poco de estiércol y hojarascas, que mañana no son, ¿quieres poner en peligro estas dos vidas de alma y cuerpo? Y áun más te digo, que no te sirven de nada, ni llevas de ellas más de los cuidados, congojas y enojos con los enemigos que con ellas se aumentan, como son tantos criados, ladrones, hijos y herederos, que todos te querian ver muerto y llevarse tus riquezas, porque tú ni puedes comer más que por uno, ni vestir más que por uno, ni dormir más que en una cama, ni gozar más que un lugar. Y sabe que ese no hartarte con lo que tienes y no estar contento, esa sed y hambre, te viene tambien de parte del alma (porque esotros animales no lo tienen), que como fué criada con tanta capacidad, que puede caber en ella Dios, por eso nunca se hinche ni satisface con las riquezas, y cuanto más tienes, más deseas, aunque ganes todo el mundo no hinchirás ese deseo y capacidad de tu alma, porque como un triángulo no se puede henchir con una figura redonda (que es el mundo), así tu alma no se puede henchir con todo el mundo, sino es con Dios, y así como las cosas naturales no paran ni están quédas hasta haber llegado á su lugar natural, como la piedra á abajar y el humo á subir, así tu alma nunca pára en lugar ni tiene asiento, contento ni sosiego hasta que llega á ver á Dios, y allí se hinche su capacidad. Pues esto es así, que nunca te has de hartar de riquezas, más vale no empezar, y evitarás tantos daños como traen consigo, y vivirás en sosiego, felicidad y alegría verdadera con la buena conciencia; serás felice como Psofidio en esta vida, y con los santos, que se contentaron con pobreza, en la otra, y no te darán muerte violenta en medio de la edad, como comunmente por ellas el enemigo del género humano la acarrea y da á los mortales, sino vivirás en sosiego, y pasarás felice todo el curso de tu vida, contento y alegre con lo necesario á la naturaleza, y llegarás á la muerte natural por vejez y acabarse el húmido radical, la cual no se siente, y se pasa sin dolor, como lo afirma Platon. Y pues es así, que la capacidad de tu alma no se puede henchir con el estiércol de las riquezas, ¿no sería gran necedad, estando convidado á la mesa del Rey y delicados manjares, y puesta la mesa, hartarte de sapos, culebras, escorpiones, alacranes y arañas, y otras cosas malas, que te han de matar y quitar la vida, y perder la comida de la mesa real? Pues así tú quieres hartar el apetito y capacidad de tu alma con las escorias y metales de la tierra, oro y plata; con las entrañas viscosas de los gusanos terrestres, como son las sedas; con la *podre y materia* de otro animal, que es el almizcle; *con la esperma y superfluidad* de la ballena ó estiércol de un pece, que es el ámbar gris; con unos granos de niebla cuajada, que parecen un género de conchas, que son aljófar; con el vestido que quitaste á otros animales, como son las martas y cebellinas y paños finos; con las piedras y plantas de la tierra. No haces tú menor necedad que aquel convidado hacia ántes; sin comparacion la haces mayor lo que va de finito á infinito, que no hay ninguna proporcion, ni es parte todo lo que escoges para la mínima de lo que dejas de comer en la mesa de Dios en la gloria, pues pierdes con esta comida, con que piensas hartar tu alma, la vida del cuerpo de este mundo y la vida eterna de tu alma del otro que ha de durar; que si con alto entendimiento considerásemos esto, todas las cosas que no han de durar son de reir y estimar en poco, y juzgarlas por pasadas y por nada, porque sola ésta es la cosa singular, una y necesaria para el hombre.

De manera que no te conviene tener riquezas, y si las tienes, no amarlas, sino usar bien de ellas, socorriendo á los pobres. Y de esta manera, con el alegría verdadera de la buena conciencia, serás felice y te escaparás de la mala bestia, y conservarás tu vida hasta la muerte natural, y gozarás de la otra vida eterna del alma, y ninguna perderá. De las virtudes y ornatos del alma que están en el hombre, baste haber tocado esto.

TÍTULO LXII.

Del microcosmo, que dice mundo pequeño, que es el hombre.

Ver. Son cosas tan altas, mejoran tanto el mundo y dan tanto gusto, que sería conciencia no pasar adelante. Parece que me abris los ojos; que ya me voy entendiendo y conociendo á mí mismo, que no me conocia yo á mí más de lo que un animal del campo se conoce á sí mismo; y pues los sabios estimaron muy mucho el conocimiento de sí mismo, diciendo aquel dicho: *Nosce te ipsum*, escrito con letras de oro en el templo, en lo cual no hicieron nada; pero hicieran mucho si dieran doctrina al hombre para conocerse á sí mismo; decidme lo que falta para este conocimiento.

Ant. Buena parte está dicha, entendiendo los contrarios efectos y ornatos que tiene el hombre, y efectos; pero pasando adelante, habeis de saber que llamaron los antiguos al hombre microcosmo (que dice mundo pequeño), por la similitud que tiene con el macrocosmo (que dice mundo grande, que es este mundo que vemos); porque, así como en este mundo hay un príncipe, un motor y primera causa (que es Dios, que lo crió, rige y gobierna), y de ésta nacen todas las otras causas segundas para hacer mover y causar y criar lo que les fué mandado, así en el mundo pequeño (que es el hombre) hay un príncipe, que es causa de todos los actos, afectos, movimientos y acciones que tiene, que es entendimiento, razon y voluntad, que es el ánima que mora en la cabeza, miembro divino y capaz de todos los movimientos del cuerpo, como dijo Platon; porque este entendimiento y voluntad no están situados ni consisten en órgano corpóreo, como son las celdas de los sesos, que éstas sirven al ánima, como criadas de casa, para aprender y guardar las especies para que el príncipe haga de ellas lo que quisiere. De manera que entran las especies de las cosas de este

mundo por los cinco sentidos, y represéntanlos al sentido comun, que es la primera celda de sesos en la frente, y allí el entendimiento juzga lo presente y dice á la voluntad, malo ó bueno es, y en la estimativa (que es la segunda celda de la cabeza) juzga lo ausente, sacando las especies de la tercera celda (que es la memoria), donde han estado guardadas las especies de lo pasado, y allí juzga lo que está ausente, y dice á la voluntad, malo ó bueno es, y luégo la voluntad se mueve á querer aquella noticia, ó aborrecerla, y luégo que la voluntad lo manda, se mueven los miembros que lo han de hacer. Para tomar una manzana pasa todo esto en vos por la vista, y para comerla, por el gusto.

Rod. Eso de las especies, señor Antonio, no entiendo, si no son especias para la olla.

Ant. Bueno es eso; ¿os haceis simple? ¿Habeis visto un espejo que os representa todas las cosas que estuvieren delante? Pues aquellas figuras y aparencias incorpóreas y que no ocupan lugar, aquellas se llaman especies. Éstas entran por la vista de esta manera: viene aquella figura de la cosa que se mira, y da en la vidriera trasparente del ojo, y pasa aquella figura incorpórea por la vidriera, que es el ojo, y va por un cañito (que es un nervio hueco) al sentido comun (que es la primera celda en la frente), y luégo que llega, es entendida y vista del entendimiento, y juzgada, diciendo á la voluntad lo que es, que tambien la voluntad está allí. Todo lo cual se ha dicho *sub correctione Sanctæ Matris Ecclesiæ*, y lo que se dirá.

Tambien por otra semejanza se dijo el hombre mundo pequeño, porque, así como en este mundo todas las cosas que tienen vida, ahora sea en la parte vegetativa sola (como las plantas), ahora sea en la vegetativa y sensitiva y intelectiva (como los hombres), todas tienen una reliquia y sabor de la luna, que ó están en cremento ó en decremento; y así el hombre, ó está en cremento, que es la salud (recibiendo y aumentándose esta raíz principal y haciendo su oficio, que es tomar y dar con gusto, y gana de comer), ó está en decremento y enfermedad, dejando y arrojando lo que tenía recibido por las dichas caidas, catarros y flujos, del príncipe de esta casa ó mundo pequeño. Digo están las cosas en cremento ó decremento, como se ve claro, y puede verse en la médula de los huesos y celebro de los animales; en ostrias y almejas y conchas de la mar, que en la creciente de luna tienen buena médula que comer, y en la menguante no tienen nada, como está dicho.

El ave íbis y toda raíz en la creciente come más, y la menguante va disminuyendo la comida, y áun los hombres delicados en el penúltimo, último y primero de luna habian de disminuir la comida, y lo acertarian, como está dicho. Tambien tiene el mundo pequeño otra semejanza con el grande, que así como en este mundo los vapores de la tierra y de la mar suben arriba, y allí se juntan y se hacen nube, y caen en forma de agua cuando llueve, así suben en el hombre los vapores del estómago al celebro, y éstos causan el sueño. Allí se juntan y toman forma de hilo, y tornan á caer en la enfermedad, en forma de cólera y flegma, y precede la ventosidad, como cuando quiere llover, y cae por las causas ya dichas. Otras similitúdines tiene, que se dirán en el diálogo. Y en este subir en cremento y caer en decremento anda la vida ó salud y enfermedad del hombre, animales y plantas (que son las dos vidas, suave ó triste, y no hay neutra, como pensó Platon); en las cuales plantas y animales, este crecer y menguar con la luna, se verá á vista de ojos si miran en ello; pero porque no tienen los afectos del hombre, no tienen los catarros ó flujos violentos, que son las enfermedades que causan los afectos del alma, como el hombre, para que les cause decremento y enfermedad. Sólo tienen el decremento mayor de la escalera de la edad, y los decrementos comunes y forzosos del tiempo y simiente, y los animales tambien de la sensitiva.

TÍTULO LXIII.

El decremento y cremento mayor de la edad, que llaman término climaterio.

El decremento mayor de la edad es cuando llegan al estado de lo sumo que pueden crecer, llegando á su perfeccion, y desde allí van disminuyendo, envejeciéndose y arrugándose hasta su muerte, como una manzana ó membrillo ó uva crece hasta su estado, y si no tuvo causa extrínseca por golpe ó machucarse (que entónces se corrompe y muere violentamente por aquel daño, sin llegar al tiempo de su vida que tenía), dura y vive otro tanto, arrugándose y disminuyéndose hasta la muerte natural, y así los animales, ni más ni ménos. Y el hombre, si no tuviera los afectos dentro de su casa (que él mismo se mata), no muriera la muerte violenta, sino la natural, ni tuviera enfermedad ni decrementos más de los forzosos de tiempo y simiente, sensitiva y vegetativa, y así tuviera pocas enfermedades, como los animales, ó una sola en el estado cuando llega á la perfecta madurez, que es el cremento mayor, y empieza el decremento mayor.

Cuando el hombre está en este cremento mayor, ó en cualquiera de los menores accidentales dichos, tiene unas condiciones y mudanzas, y cuando está en el decremento tiene otras, aunque todas estas mudanzas el hombre no las siente ni las conoce en sí mismo, porque es uno mismo, y nuestro entendimiento entiende y siente las otras cosas de fuera, y no á sí mismo, como por el ojo ve las otras cosas, y no se ve á sí mismo, y por eso es muy necesaria al mundo esta doctrina, por la cual el hombre se conocerá á sí y á sus mudanzas y afectos, de lo cual se siguen muchos bienes.

El cremento mayor de la edad es en el hombre de esta manera: empieza desde su generacion hasta la madurez y perfeccion, que es la mitad de la vida, y el decremento mayor es la otra mitad de la vida, que empieza á declinar á la corrupcion por la vejez, disminuyéndose y secándose hasta llegar á la muerte natural, como las plantas y animales. Este cremento mayor puede ser comparado al movimiento proprio del sol por el zodiaco, acercándose medio año, y desviándose otro medio. Es la vida del hombre como una subida de alegre camino á un monte que arriba tiene la cumbre aguda y poco espacio, y la baja de triste camino por el otro lado; y así toda cosa que vive siempre está en movimiento, ó sube á la perfeccion ó abaja á la corrupcion y á la nada; y en este estado y principio del cremento mayor tiene más peligro la vida de los hom-

bres, y obran mucho más las causas dichas, por que vive y por que muere el hombre, y aquí acontecen las muertes repentinas, sin evidencia de causas ningunas, intrinsecas ni extrinsecas, y mucho más á los muy sanos, que nunca catarrizaron sensiblemente, y á los gordos, porque á gran represa de agua, gran avenida cuando empieza á soltarse, y así mueren en el estado de la edad ó principio del cremento mayor, repentinamente, por muy pequeñas causas ó sin ellas, se caen muertos. Y al contrario, los enfermizos, que cada dia hacen deflujo del celebro, nunca acaban de morirse, y pasan más tiempo y dificultad en su muerte, porque cae poco á poco. Éstos tuvieron más habilidad y ingenio que los sanos y robustos, porque se les desecó el celebro más que á los sanos, con las frecuentes caidas ó deflujo; y así en la vejez viene la perfeccion del juicio por la sequedad, que no está en los mozos por la mucha humidad, como está ménos en los niños, por más humidad, y por esto los hijos de los viejos son más hábiles. Éstos (como digo) tuvieron grande ingenio, y tienen dificultad en la muerte larga y prolija, como se lee de algunos sabios, que se acercaron su muerte, como Tito Pomponio, Artico y Plinio, que mandó á sus criados y rogó que lo acabasen de matar, para huir de tan prolija y espaciosa muerte. Digo que los muy sanos y gordos, que nunca hicieron deflujo grande para enfermedad, tienen más peligro de las muertes repentinas por las causas dichas; y cuando no hay causa ninguna en las muertes repentinas, como murieron los dos Césares calzándose, y otro cenando en la mesa, y el otro bebiendo, y el otro saliendo de su dormitorio, y el otro alcoholándose un ojo, y otros muchos de esta manera, sin causa ninguna, es por estar en el estado del cremento mayor y haber sido hombres sanos. Plinio cuenta que hay un género de hombres, de cinco codos y dos palmos de altura, que viven ciento y treinta años, y no envejecen, sino que mueren en aquella media edad de su vida. Esto es, que mueren en el principio del decremento mayor, sin envejecer ni abajar la otra mitad del monte disminuyendo. La causa es, porque hasta allí fué cremento y vivieron sanos, y abundan de muy húmedo celebro, y á la primera caida que hace el decremento mayor ó flujo del celebro, como es tan grande, los mata; y por esta misma causa no tienen ingenio, porque abundan de humidad, y por esto mueren en aquella media edad; como los frutos de tierras muy húmidas son más grandes, pero no se pueden guardar, sino que en llegando á la perfecta madurez se podrecen y corrompen y mueren, como los frutos de Murcia y otras partes, que ni las uvas, ni peros, ni membrillos, ni fruto ninguno se puede guardar, sino que muere en aquella media edad, cuando empieza su decremento mayor. Este cremento mayor y estado á unos les viene de treinta años, á otros de treinta y uno, á otros de treinta y dos, á otros de treinta y tres, etc., hasta cuarenta ó poco más, que por aquí debe de andar el estado y decremento mayor de la escalera de la edad, diverso modo y en diversa manera, *segun la complexion y la temperatura del cielo y suelo y mantenimientos, y muchos ó pocos menores accidentes. Llegado*, pues, aquel estado, perfeccion y madurez, es el peligro de la vida del hombre, ó gran enfermedad. Este peligro anduvieron los antiguos adivinando y errando, diciendo que en los años de nones estaban los términos climaterios de la vida del hombre, y estaba el peligro de la muerte, como siete veces siete, que es á los cuarenta y nueve, y siete veces nueve, que son á los sesenta y tres.

Los egipcios decian que cada año crece el corazon del hombre dos dragmas hasta los cincuenta años, y que desde allí descrece otras dos dragmas cada año (*cuncta errore plena*). Cuando este cremento mayor empieza, se achica y acorta en cantidad ó en número la simiente de toda cosa que vive. Los árboles echan menor fruto, los animales menores crianzas ó ménos en número. De la leona dice Plinio que pare la primera vez cinco, la segunda cuatro, la tercera tres, y así hasta que pare uno solo, y de allí adelante se vuelve estéril. Este estado mayor no dura tiempo por estas razones, porque la luna no dura en estado: en el punto que es llena, luégo está en decremento. El sol no dura en estado: cuando á nosotros nos da su cremento, acercándose hasta el solsticio estival, en aquel punto comienza el decremento, desviándose, y lo mismo en el solsticio hiemal; y los movimientos del sol y cielos no duran en estado ni cesan de moverse, dando cremento en el dia y decremento en la noche. De esta manera pasa la vida del hombre: la mitad en la subida del monte de alegre camino, en la mocedad, y la otra mitad en la abajada de triste camino, en la vejez, cuando Dios no pone tropezon, que es la muerte violenta en la subida ó en la bajada, para que el hombre muera (con su prudencia ignota á nosotros), poniéndole alguna causa y tropezon de las que dijimos, por que vive y por que muere el hombre; pero si pasan aquel peligro y enfermedad del estado, y empiezan á desecarse, arrugarse y avellanarse, dura la importuna vejez de larga vida, para dolores y penas.

TITULO LXIV.

Las mudanzas que hace el decremento en el hombre.

Ver. Razon es, señor Antonio, que volvais otro rato á responder á mi pregunta cómo me conoceré á mi mismo y á mis cosas.

Ant. Yo quiero condescender á ese vuestro deseo, y primero habeis de saber que el hombre siempre está ó en cremento ó en decremento, que es estar en aumento del celebro ó diminucion y flujo. El cremento hace la vida suave, y decremento hace la vida triste; y el cremento hace la salud, y el decremento hace las enfermedades, y á esta mudanza siguen muchas mudanzas del hombre á más y ménos, y muda la condicion, deseos y afectos. En el decremento, flujo ó diminucion, el hombre es tímido, no es confiado ni fuerte; todo le da enojo, tiene tristeza, olvídase, pierde la memoria, no está sabio, no juzga verdaderamente ni está prudente, yerra á más y ménos, desde un pequeño yerro hasta la locura; muda el estilo, enójase más fácilmente; la voluntad está movible, y el apetito huye del consorcio; no engendra su semejante, no juega, no conversa, no canta ni rie, antes gime, suspira y llora. El canto de la filomena y cisne, cercano á la muerte, es gemido,

que suena bien al hombre, y no es canto. Muda lugares, las horas le parecen muy largas, nada le contenta, todo lo riñe; su esperanza es tímida, hácese cobarde, es movible su voluntad, nada le da contento, todo le harta y enfada, arroja lo que tiene en las manos, pierde la gracia, no es amable ni excita amor para ser querido, no persuade lo que ruega; y de este decremento nacen algunos vicios, como ira, dura rusticidad, cobardía, temor y pusilanimidad. Dijo Platon: «Nunca tu parecer es uno mismo, porque nunca tú eres semejante á tí mismo.» Aunque esto dijo Platon por las mudanzas de la edad que hace el hombre, porque uno es en la niñez, otro en la puericia, y otro muy diferente en la juventud, y otro en el estado de varon, y otro muy diferente en la vejez, y estas mudanzas que vamos tratando no las alcanzó. Dijo tambien: «Para la salud y enfermedad, virtudes y vicios, ninguna moderacion ó inmoderacion es de mayor momento que la del ánima con el mismo cuerpo.»

TÍTULO LXV.

Las mudanzas que hace el decremento en el cuerpo del hombre.

Las mudanzas del cuerpo que el decremento hace á más y ménos son muchas, de las cuales dirémos las más ordinarias. Duele la cabeza y estómago, las espaldas, muslos y piernas; tiene ojeras, múdase el color del rostro, múdase la voz, múdase el compas del meneo y compas de movimiento, en lengua, en piernas ó andamio, en brazos, en pulsos; entorpécense los cinco sentidos, vista, oido, gusto, olfato y tacto; no gusta, no come, no duerme; múdase el sabor, la lengua se pára balbuciente ó cesa, que pierde la habla, cáese la cabeza, arden las plantas y palmas ó todo el cuerpo á más y ménos, hasta la calentura ó causon; cáese en tierra ó yace caido, no está en pié, múdase el cuero y el pelo y color (las plantas mudan la corteza), quítase la gana del comer, causa vómito y desmayos, debilita el estómago. A los animales cáenseles los cuernos, abájanse las crestas y diademas, viene dolor ó tumor, resfriamiento, debilitacion y obstruccion en la parte á donde va aquel flujo y humor que cae; hace malparir á las hembras, sufoca la madre, da cámaras, da todo género de lepra, etc. Finalmente, causa todo morbo que tiene causa intrínseca, los desmayos y locura, es propia noja del celebro. Todo lo dicho es al contrario en el cremento, y muda la condicion; es bien acondicionado, fácil, afable, eutrapelo ó conversable; es apacible, no se enoja, tiene sosiego, gusto y alegría, no es tímido, no es cobarde, sus esperanzas están retas y firmes, tiene confianza, y sabe que si el cremento pasa de la meta y raya, trae algunos vicios; la confidencia y fortaleza se hace teméritas. La eutropelia ó conversacion se hace parlería, como en el que bebió mucho vino, habla mucho, descubre el secreto:

Operta recludit in prælia trudit inermen;

porque se perturba el juicio con el grande arroyo del cremento, como en los niños. Todo le alegra, todo le contenta; regocíjase, canta, conversa, juega, lujuria; está sabio, juzga bien segun su juicio, tiene memoria segun su memoria, no se aíra fácilmente; su voluntad es constante, no muda lugares, no es cobarde ni tímido, tiene confidencia, es amable, excita el amor para ser querido, persuade lo que ruega, no muda su estilo en lo que habla ó escribe, no yerra, juzga verdaderamente, y es prudente. De esto se maravillaba Plinio, y dudando la causa, dijo: *Quid? quod nemo mortalium omnibus horis sapit?* ¿Qué será, que no en todas horas está el hombre sabio?

Ver. Dadnos las causas y razones, por vuestra vida, señor Antonio, de todas esas mudanzas y alteraciones que hace el hombre en el decremento ó flujo del celebro.

Ant. Sí daré; y sabe, lo primero, que en esta diminucion ó decremento del celebro, que es la raíz principal del hombre, que se llamó árbol del reves cuando ésta disminuye, es como ir á la nada y dejar de ser, y en esto consiste la tristeza. Y en el aumento ó cremento (que es tomar sér) consiste el alegría; que allí es su lugar, y no en el corazon; y por esto la tristeza es una perpétua noja del flujo ó decremento del celebro, y al contrario, el alegría es afecto del aumento, y es tímida la esperanza y no confia ó teme, por la niebla y obscuridad que el flujo allí causa, perturbando y despintando las especies que estaban fijas, retas y claras; de todo le pesa y se enoja fácilmente, porque tiene consigo la mayor pérdida natural que puede tener, y el mismo afecto de la ira y la tristeza luégo convierte aquellas especies que llegan en tristeza, y las hace de su naturaleza, y no le contenta nada, porque no le quitan su daño; olvídase, no está sabio ni prudente; yerra, porque las especies se caen con el jugo del celebro, y no está claro, sino ofuscado, ni las especies están fijas, y así muda el estilo, que parece remiendo y de otro autor; no es constante, sino mudable, la voluntad, y muda lugares, porque huye de sí mismo y de su daño y diminucion, que él no entiende ni siente, y huyendo, todo lo quiere probar, porque nada le da alegría, deseando y pensando que el otro cónmodo ó lugar le enmendará su falta y descontento, tristeza ó dolor. Huye de la conversacion, no se burla ni juega, ni canta ni rie, por la tristeza natural del decremento; ántes gime, llora y suspira, que es echar fuera por lágrimas el humor líquido, que cae por suspiros, los espíritus que caen. No conversa; y así vemos que todo animal, para morir, se aparta y huye del consorcio y compañía, los tiempos y las horas le parecen más largos, porque no vive, sino muere; no se aumenta, sino se disminuye; nada le contenta, ríñelo todo, es mal acondicionado, no es afable ni fácil, ni tiene la eutropelia (que es buena conversacion), porque no se goza con nada ni se alegra, porque esto es del cremento; la esperanza se vuelve tímida, hácese cobarde por la tiniebla dicha, arroja lo que tiene en las manos, porque otra mayor pérdida tiene consigo, y áun puede ser tan grande, que arroje tambien la vida por pasar de presto tan gran mal, tal dolor y daño, y muerte tan prolija; pierde la gracia, no es amable ni mueve amor el hombre ni la mujer en el decremento, ni persuade lo que ruega, como en el cremento; ántes mueve ódio y aborrecimiento, porque toda cosa pulcra, hermosa y buena es perfeccion de naturaleza y está en cremento, y esto es lo que es amable. Al contrario, en decremento está la imperfeccion, fealdad y el camino á la nada.

Bailan los hombres á este són del cremento y decremento del celebro, y no lo sienten; acontéceles lo que á los que miran de léjos bailar donde no se le oye el són, parecen meneos suyos y desordenados, porque no se oye el són á cuya consonancia se mueven; así nosotros bailamos al són de estos crementos y decrementos del celebro, y como no entendemos el són ni lo oimos, parécenos que son nuestros aquellos meneos, y no movidos á la consonancia de aquella causa que los hace.

Ver. Decidme la causa y razon de las mudanzas y alteraciones del cuerpo.

Ant. Sí diré. Lo primero duele la cabeza cuando el daño del humor vicioso que empieza á caer llega á las telas y partes cárneas ó nerviosas (que la misma médula no duele ni siente su daño), porque es el principio del sentir, y luégo se va por la nuca ó médula espinal (que es el caule ó tronco), duele la cerviz ó las espaldas; luégo duelen los muslos y piernas, porque aquella es la via; luégo tiene orejas, que son un vacío del jugo y sustancia que las tenía llenas; múdase el color del rostro; si cae flema, blanquizo; si cae cólera amarilla, se pára amarillo; si cae cólera verde, se pára como verde; si cae sangre sutil, en la vergüenza se pára colorado.

Ver. Por Dios, señor Antonio, más mudanzas hace el hombre que el animal tarando, del tamaño de un buey, que se muda, con el miedo, en todas las colores que le conviene para esconderse: entre flores azules se pone azul; entre coloradas, colorado; entre amarillas, amarillo; entre ramas verdes, verde; y en la tierra, de color de tierra.

Ant. Tambien se muda la voz, porque el retin halla estorbo, como el vaso de vidrio, tinaja ó almirez no retiene tanto, y muda el sonido, si tiene algo dentro, extraño ó pegado á las paredes. Múdase el compas del meneo y andamio, lengua y pulsos; porque los espíritus que caen por los nervios y artérias van desordenados y incompuestos y de contraria calidad, y huyen los del corazon de los que caen del celebro, como huye el rayo de la nube, y como huye el sabio del necio y importuno, y así muda todo el meneo del cuerpo, como un viento muda el meneo de un lienzo pendiente en el aire, segun el viento corre. Entorpecen los cinco sentidos y la lengua, porque sus vias y nervios se hinchen y atapan, del humor viscoso que les cae de la primera celda de la frente, que se nombra sentido comun. Y así de estas muchas caidas y baños que hace en el ojo se crian las cataratas y pierde del todo la vista. Atápanse las vias del oido, y hácese sordo; no huele, no gusta, porque las vias están llenas del humor que cae del celebro, y no puede pasar el jugo de la comida; no sube ni tiene camino abierto, ántes cae lo subido del tiempo pasado; y así no gusta ni duerme, porque el jugo de la comida no puede subir, porque el celebro deja, y no recibe ni chupa; y si lo que cae es flema, tiene mal sabor en la boca y lo que come y bebe, y tiene diferentes sabores, y es su mudanza la causa, y echa la culpa al manjar ó á la bebida; debilita el estómago, causa vómito y desmayos por la contrariedad que tiene el celebro, y su frialdad con el estómago, y su calor. La lengua volverse balbuciente, ó cesar del todo la habla á más y ménos, es por la misma razon que cae por los nervios que la mueven, y se entorpecen con el humor viscoso, y se pára muda y muda el color; cáese la cabeza al hombre, aves y animales, ó se van á caer, y entónces nombran vahido, y mucho más cuando se caen las especies y les parece que se cae la casa sobre ellos, ó cae todo el cuerpo en tierra, como en la apoplegía, por gran caida de aquel jugo del celebro. El caer de los peces es volver la barriga arriba, y el lomo abajo. El caer de las plantas es caerse el fruto y la hoja (que tambien mudan su color), porque ellas no pueden caer, porque están fijas en la tierra. Arden las plantas y palmas, y el cuerpo á más y ménos por la causa dicha, en la fiebre, que es anteparistasis ó huida de su contrario. Muda el cuero, como las culebras y otros animalejos lo mudan, porque con el decremento del invierno se muere aquel cuero y pierde la vida. Múdase el pelo, como á muchos animales se les cae y lo mudan á la primavera.

Plinio dice del animal nombrado toe, género de lobos, que en el invierno anda vestido, y en verano desnudo. Muchas plantas mudan la corteza, y dejan aquella muerta, y toman otra debajo de aquella para vegetarse, y así viven mucho tiempo. Quítase la gana de comer, porque cae al estómago aquel humor, y dale y no le quita, que es tocar su oficio ó culto, que era siempre chupar y atraer, tomar y dar, tomar de su segunda raíz que metió en la tierra, y dar á todas las ramas, por los nervios y telas, aquel quilo ó jugo blanco; ó sea tambien por las venas, artérias y retemirábile, que allí fenecen, y están chupando y llevando lo blanco á sus tres oficinas, donde se vuelve colorado, como va el aceite y manteca por el agua sin mezclarse con ella. Y así, porque esta raíz principal trueca el oficio, y las bocas y acetábulos de los vilos del estómago, que chupaban y sorbian hácia arriba, están vomitando y volviendo lo chupado al mismo estómago, no hay gana de comer, y con esto se alimentan los que en mucho tiempo no comen, y los animales en sus latebras en invierno. Causa dolor y tumor en la parte á donde va, y más en la parte nerviosa ó membranosa, como si va al pleuresis, dolor de costado; si va á la ijada, dolor de ijada; si va á los dedos, la gota, porque el tumor estira y desata lo contínuo. Dijimos que muda el color y la voz (Plinio, libro X, capítulo XXIX), por todo él trae muchas mudanzas del color, y voces y canto que hacen muchas aves en el decremento del invierno y otoño. Unas mudan color y voz, y de repente se hacen otras aves. Las grullas en la senectud se vuelven negras. Las mierlas, de negras, se vuelven coloradas; cantan en el estío, en el invierno su canto es balbuciente, en el solsticio hiemal son mudas.

El francolin canta en libertad, y cautivo es mudo. El ruiseñor canta de una manera en el verano quince dias sin cesar, y de otra manera en el otoño, y muda el color. Los tordos, dice que mudan la forma y color, y tiene este nombre fisceduli el otoño, y despues se nombran melancorfos. La abubilla se muda tambien, y contrae y derriba su cresta por la longura de su cabeza. Al hombre mudan de negro á blanco los muchos decrementos, y uno solo, si es grande, como los que amanecieron canos, como se dijo, en la congoja y cuidado. Plinio cuenta

de un género de gente que viven docientos años, y en la juventud son blancos, y en la vejez se vuelven negros. Muchos animales mudan el color con el miedo, como el tarando, tragelafo y pulpo. El camaleon lo muda porque su materia es aérea y transparente; pero los que mudan el color en el miedo es porque les cae del celebro por el cuero aquel humor, jugo ó quilo claro y transparente, y así toman el color de la cosa presente como el vidrio; es naturaleza y efecto del miedo, y no de su albedrío ó instinto para esconderse, como piensa Plinio. Abájanse las crestas y diademas, cáense los cuernos á todos los animales que los tienen ramosos, y cada año les nace un ramo (ó punto más), como son los ciervos, gamos y tarandos, que en éstos muestra más claro la raíz del celebro su oficio y similitud de árbol, brotando hácia arriba, por cráneo y comisuras, aquel jugo blanco, produciendo y criando aquellas ramas; y cuando el decremento del invierno y ausencia del sol les hace caerse, como la hoja y fruto á los árboles, luégo el cremento del verano torna á producir otros, y á los que no se les caen dentro del viejo les nace otro nuevo, tierno y blanco, y quédase el viejo pegado, y hace escalon y señal cada año, que son muestra de los años. Da cámaras, hace malparir aquel deflujo del humor que cae; causa desmayos y locuras, que son propria noja ó daño del celebro.

TÍTULO LXVI.

De la figura y compostura del hombre.

Rod. ¿Por qué, señor Antonio, todos los más animales traen la cabeza baja, mirando á la tierra, y el hombre solo la trae alta, siempre derecho mirando al cielo?

Ant. Porque, como el orígen y nacimiento del ánima del hombre fué del cielo, quedóse así casi colgando dél, y tomó su principal asiento y silla en la cabeza y celebro del hombre (como la raíz de las plantas quedó asida, al reves, en la tierra), y allí en el alcázar real, donde habia de estar el ánima divina, le fabricó el Hacedor de la naturaleza tres salas (que son tres celdas de la médula del celebro), en las cuales hiciese sus acciones y oficios espirituales. En la primera de la frente para sentir y entender lo presente. La de enmedio para imaginar y raciocinar lo ausente, juzgar y querer ó aborrecer. La postrera para guardar las especies de lo ya pasado y ausente con tanta órden y tan admirable, cual podréis ver en la anotomía. Allí junto á ella le fabricó cinco órganos ó puertas para los cinco sentidos. Púsole en lo más alto dos vidrieras ó ventanas del alma, que son los ojos, para que por aquellas vidrieras, en abriéndolas, viese su patria, que es el cielo, y gozase de tanta variedad para él criada, y para que atalayase y viese más de léjos, para guardarse de los contrarios de este mundo. Luégo los oidos, para por ellos oir tanta diferencia de sonidos y gozar de músicas. El olfato, para con él oler buenos olores y los contrarios que le podian dañar. Púsole el gusto en la boca, lengua y paladar, para poder discernir y distinguir los sabores de lo que habia de comer, con tal órden de labios, dientes, paladar y lengua para hacer la compresion, y para otro mejor y más alto oficio, que es tanta diferencia de sonidos, voces y palabras *para significar* y dar á entender sus conceptos. Púsole el tacto por todo el cuerpo, para que en toda parte sintiese el mal y daño. Ciñóle el cuello y alzólo de los hombros, para que estuviese el ánima apartada de las inmundicias de la cocina, y para que mejor se hiciese la resistencia del frio del celebro con el calor del corazon y estómago. Dividióle la region del pecho de la del vientre con una tela que llaman diafragma, para que el corazon, miembro muy principal, estuviese en medio, haciendo su oficio vital, guardado y cercado de tantas telas, bóvedas y arcos de hueso (que son las costillas), para que no pudiese ser apretado, y tambien estuviese apartado de las inmundicias de los alimentos. Púsole otras muchas telas en lo interior con artificio para admirable fin, teniendo siempre respeto, en cabeza y cuerpo, á dividir en dos partes, diestra y siniestra (como podeis ver en la anotomía), para que el daño de la una parte no se comunicase á la otra; y si un ojo se quebrase, quedase otro para hacer el oficio. Púsole dos piernas con tantos goznes y junturas para el movimiento y andamio; el pié ancho para sustentarse en el uno, miéntras mudaba el otro. Fabricóle dos brazos y dos manos con tanto artificio de coyunturas y goznes, para menearlos y hacer diversos oficios. Dividióle cinco dedos con sus extremos de hueso, que son las uñas, para aprender y tomar y hacer tantos oficios, usos y provechos como dan al hombre sus manos. Y púsole los ojos ambos en la parte delantera, para que, sin torcer la cabeza, viese lo que hacia con sus manos; con tanta excelencia en todo, que esto solo exterior considerado, basta para que el hombre dé infinitos loores á su Hacedor y Fabricador de esta naturaleza y compostura de su cuerpo. Considerando tambien el admirable artificio de la compostura y variedad de yerbas, plantas y de animales de la tierra, agua y aire, y sus figuras y formas tantas y tan várias, los cuales, por no ser capaces de conocerse á sí mismos ni de dar loores á su Hacedor, quedó esta gratitud á cargo y cuenta del hombre (para cuyo servicio fueron criadas), y él debe dar alabanzas y gracias al Hacedor por sí y por toda criatura.

TÍTULO LXVII.

Por qué se dijo el hombre árbol del reves.

Ver. Pues que nos dijistes, señor Antonio, por qué se dijo el hombre mundo pequeño, decidnos tambien por qué se dijo árbol del reves.

Ant. El hombre se dijo árbol del reves por la similitud que tiene con el árbol, la raíz arriba y las ramas abajo; la raíz es el celebro y sus tres celdas de médula anterior, media y posterior. Esta raíz grande y principal produce otra raíz ó seno para tomar jugo y alimento, que es la lengua, gula y paladar; y todo el cuero de la boca y las fibras ó raicillas (ó barbas que se nombran en las plantas) son los poros chupadores ó acetábulos de la lengua, gula y paladar y la via lata que allí está. La tierra y agua que chupan las barbas y fibras de las plantas, la tierra son los manjares, y el agua es la bebida en el hombre; aquí en la boca ó primer seno, toma por expresion su jugo, moliendo y estrujando como en lagar, con las muelas, por los poros chupadores ó acetábulos que tiene, los cuales se ven más gordos, ásperos y emi-

nentes en la raíz de la lengua. Pasa adelante esta raíz hueca, que es el cuero de la boca, y ensangóstase aquella cantidad que dura el cuello y pecho, que es el hisófago ó tragadero, y luego allá dentro se ensancha y hace segundo seno, que es el ventrículo ó estómago, que está colgando y depende del cuero de la boca; y este cuero depende del celebro y es la túnica interior del estómago. Cuando en este primer seno no puede chupar más del manjar crudo, por la expresion y contricion de sus muelas, envía y deposita las estopas ó manjar machacado a esta parte ancha, que nombramos segundo seno, para tener esta raiz siempre que chupar, porque este arbol habia de mudar lugares; y para que se cueza y mejor pueda tomar su jugo de aquel manjar, que es la tierra, le llueve encima, que es la bebida, tomando tambien esta raiz á la entrada su parte de la bebida. A este jugo, mezclado de manjar machacado y bebida, nombran quilo. Este jugo ó quilo, desde luégo que llega a este segundo seno, que es el estómago, lo está chupando y sorbiendo por sus fibras y barbas, que allí tiene mayores que en el primer seno, que es la boca. Las cuales fibras y barbas son como una lanugo de los filos de los nervios del ventrículo del carnero; el cual vello son las bocas, chupadores ó aceptábulos de los filos de los nervios, que tejen y constituyen aquella tela ó membrana del ventrículo: los cuales, dicen nacer, como está dicho del celebro y nervios, de la sexta conjugacion, aunque a la verdad son las mismas telas del celebro, que descienden a boca y estómago. Pues aquellos vellos folos raros, que son fin y bocas de los filos de los nervios eminentes ó no eminentes, estan chupando desde el punto que [illegible] llega el alimento, como un fieltro chupa y atrae para arriba y destila y vacía el vaso del agua [illegible], y se deja [illegible] ó materia gruesa y terrestre. Y para mejor y [illegible] todo sacar aquel [illegible], [illegible] esta raiz tres criados a su costa [illegible] y [illegible], y saquen toda la sustancia y jugo del manjar, para que aquel [illegible] quilo, [illegible] pueda ser chupado y atraido. Estos tres criados [illegible] que pone [illegible] grande de un lado, que es el [illegible], y otra pequeña del otro lado, que es el [illegible], y una [illegible] encima, que es el [illegible]. De manera que esta [illegible] en tres maneras para [illegible] en el primer seno, que es la boca. [illegible] por expresion en [illegible] le toma por [illegible] la sustancia del alimento [illegible] el jugo de la carne, y de aquel [illegible] siempre y [illegible] barbas [illegible]. Tambien toma este jugo la raiz de este segundo seno [illegible] por evaporacion en el sueño. De manera [illegible] su [illegible] por sus fibras y [illegible] en el sueño toma por las vias [illegible] y otra, que es [illegible] los vapores de esa parte [illegible] segundo seno, ó [illegible] [illegible] a la [illegible] del cocer, se [illegible] no [illegible] vapor y a este [illegible] así [illegible] para el sueño y la [illegible]

del celebro, volviéndolo en quilo y tomándolo para sí y para sus ramas. Lleno el celebro de este vapor ó baha, cúbrense con él las especies que allí están, y como en la tiniebla no hace su oficio la vista, sino estarse quéda sin su operacion, así entónces el *intellectus agens* y ratio (que es el ánima) se están quédos sin accion ninguna, faltando el instrumento de las especies, por estar cubiertas y atapadas de aquella niebla y escuridad. De manera que tres maneras hay para sacar el jugo de un pedazo de carne ó de una yerba, que son: compresion, decoccion, evaporacion; y de todas tres usan los hombres en el arte exterior: ó la machacan y aprietan, ó la cuecen en el agua para sacar la sustancia y virtud al agua, ó por evaporacion le sacan el jugo, como en el alquitara ó alambique. De todas tres maneras usa esta raiz principal para tomar su jugo de los alimentos: compresion en la boca, coccion en el estómago por los vilos, y evaporacion por la via lata en el sueño; y algunos animales toman dos veces el jugo del alimento por la compresion de la boca, que son los que rumian.

Esta raiz principal del celebro y de la parte posterior echa su caule ó tronco hácia abajo, como el arbol lo echa hácia arriba, que es la médula espinal; la cual es de la misma sustancia del celebro, muy diferente de la médula de los huesos; y de este caule ó tronco salen y se ramean otras ramas de este arbol, que son los nervios, que de allí van rameando cada uno á su rama y miembro, así miembro interior ó criado de su cocina y telas interiores, como exterior, que son piernas y brazos. Pues esta raiz principal toma por estas tres maneras su jugo blanco ó quilo por las fibras dichas, como las raíces grandes del arbol lo toman de la tierra, mojada con sus fibras y raicillas ó barbas, de una manera sola, que es chupando y atrayendo por ellas aquel quilo ó jugo de la tierra mojada, y llevándolo por su corteza la mayor parte la virtud atractiva, que siempre chupa y sorbe hácia arriba en sanidad.

Esta virtud atractiva toma aquel jugo de las raíces grandes [illegible] por la corteza del tronco, y [illegible] repartiendo por todas las ramas su parte a cada una y de cada rama, con la atractiva, toma su parte cada [illegible], y cada hoja toma de su tallo su parte por [illegible] que ves en las hojas; y [illegible] desde las raíces hasta el mas [illegible] arboles tan altos como los que cuenta Plinio que no se alcanzan con un tiro de saeta. Pues así esta raiz principal del celebro toma su jugo [illegible] en la tierra [illegible] segundo seno, y lo atrae y [illegible] mas agudo, y [illegible] por los poros del craneo y por los nervios de la [illegible] del craneo, y [illegible] y de [illegible] abajo, [illegible] hombros, [illegible] y piernas.

[illegible] es un nervio que cubre [illegible] de esta sangre [illegible] lo [illegible] para la nutricion y vegetacion, [illegible], hace los

morbos del cuero en su decremento, como la goma en los árboles, haciéndose mal humor vicioso lo que habia de ser bueno y apto para la forma y vegetacion, trocando el camino ó trocando su calidad; de manera que lo que chupaba y atraia hácia arriba esta raíz del celebro por las fibras y acetábulos del estómago en el cremento, está vomitando y está cayendo por las mismas hácia abajo del celebro al estómago en el decremento. Y así como los frutos de los árboles se diferencian en grandeza y sabor en diversas tierras y aguas, así en este árbol los alimentos y jugo que toma esta raíz principal en diversas tierras y aguas hacen gran diferencia de hombres, y hacen otras mudanzas los alimentos, que no siente el hombre en sí mismo.

TÍTULO LXVIII.

Mudanzas que hacen los alimentos.

La gran comida en cantidad embota el juicio, estorba las acciones del alma, hace perezoso y ignavo, queda como atado, sin fuerzas, no es para nada, convida y incita á vicios, estorba las virtudes.

Los alimentos melancólicos hacen aquel jugo de la raíz principal del celebro caduco, y luégo se siguen las mudanzas del decremento dichas, y tambien ponen congojas, miedos y sospechas falsas; hacen mal acondicionado, fácil de airarse, aman la soledad, no es afablo, traen tristeza, ponen malos sueños congojosos, que dañan como verdaderos, de pérdidas y daños, y derriban aquel jugo, como en vigilia, y lo recuerdan luégo, y le quitan el sueño, cayendo lo que subia; ponen malos pensamientos, incitan á malos y bajos vicios.

Los alimentos flemáticos y mucho dormir entorpecen el entendimiento; hacen tardos, ignavos y perezosos; hacen duros y no fáciles de condicion; traen malos pensamientos y vicios. De estos alimentos flemáticos en la genitura y en la nutricion (especial cuando niños que maman, que entónces crece más la cabeza, porque toma para sí más entónces la raíz principal del celebro) salen y se crian los tontos y faltos.

Para la buena habilidad de los hijos, no han de comer los padres cosas melancólicas ni terrestres, y mucho ménos las flemáticas en tiempo que hay aptitud en la mujer para embarazarse, ni despues de preñada ni miéntras le da leche, porque entónces crece la raíz del celebro más que las otras partes del cuerpo, como está dicho, y en verano crece más que en invierno, y entónces han de comer, las que dan leche, buenos alimentos y algunos frutos de meollo blanco, como almendras, avellanas, cacaos, piñones, que éstos aumentan el celebro. Pasada la leche, en la puericia son buenas las cosas dulces para que los niños se crien con buena habilidad, evitando siempre las flemáticas, melancólicas y terrestres que dijimos.

Los alimentos cálidos que pican, como pimienta, oruga, mostaza, clavo, jengibre, ajo, cebolla, y el vino y la gran cena, incitan á lujuria y mueven pensamientos de lujuria.

El jugo de los buenos alimentos ácreos ponen amistad y concordia entre alma y cuerpo, dan salud, ponen buena condicion, incitan á virtudes y alegría, traen buenos y alegres sueños, hacen afables, fáciles y conversables, ponen buenas esperanzas, aclaran el entendimiento.

El apetecer y desear diversos alimentos proviene de la mudanza de esta raíz; cuando está en su manera seca apetece alimentos húmidos y bebida, y se dijo sed, y cuando está en su manera húmida ó falta, apetece alimentos secos, y se dijo hambre. Tambien los deseos de diversos alimentos y manjares le provienen al hombre por estar esta raíz ya llena ó harta de aquella manera de jugo de aquellos alimentos acostumbrados, y desea otro jugo nuevo, aunque no sea tal, y aquel acepta y admite mejor, y con él hace la aceptacion y cremento ó salud, que todo es uno, y á las veces acierta mejor este apetito y deseo que no los médicos; y así vemos con una comida no buena hacer la aceptacion del cremento, y volver esta raíz á hacer su oficio de tomar y dar y vegetar á sus ramas con aquel jugo nuevo deseado, y viene la salud y quitarse la cuartana. Esto hace como la tierra que está cansada de llevar una simiente, y ya no la admite ni cria, y si le mudan otra simiente, la admite y abraza y cria muy bien. Los alimentos buenos y capitales satisfacen más esta raíz, y con menor cantidad se harta, porque toma más jugo de ellos. Los que no son buenos ni capitales dan apetito, y no toma de ellos ni se satisface, y come mucha más cantidad, porque toma ménos y no le hartan, y dícense apetitosos, con un gusto superficial y engañoso. De algunos alimentos no es llegado el jugo, cuando es caido por su mala calidad, y queda como si no hubiera comido, aunque quede lleno el estómago, y aquel es mal alimento que queda harto y no satisfecho. Algunos frutos verdes aguanosos, como melon y uva, hacen jugo caedizo y no de buen alimento.

Ver. Aristóteles refiere aquel adagio antiguo, *Tempore belli, mentam nec serito, neque metito,* que dice: en tiempo de guerra ni siembres ni cojas la yerba buena. Yo no veo por qué razon, señor Antonio, la meta sea contraria al ánimo y esfuerzo de los soldados y capitanes, y en este caso, os ruego me digais lo que sentis para el ánimo y esfuerzo de los soldados.

Ant. Yo quiero de muy buena gana hacer, señor Veronio, lo que me mandais. En tiempo de guerra, cuando se espera batalla, yo nunca vedaria la meta; pero hase de vedar á los capitanes y soldados que no coman estas cosas, acelgas, berengenas, aceitunas, sangre de puerco ni otra sangre, aves silvestres de carne negra, pescados de lomo negro, sin escama ó de lugares cenagosos, y todo alimento triste. Y si esto quereis entender más de raíz, sabed que el cremento dicho causa fortaleza, y el decremento causa cobardía, porque el cremento pone confidencia y esperanza firme de bien, y el decremento trae consigo desconfianza y miedo, que es su contrario, y estas dos cosas contrarias hacen errar más á la imprudencia, como ya se dijo, y ésta es la causa por que algunas veces son cobardes los que nunca lo fueron, y ellos no sienten la causa de su mudanza, ni la pueden sentir, que es el decremento y su tristeza.

TÍTULO LXIX.

De la vejez y muerte natural, y por qué viene.

Ver. Pues nos habeis dicho, señor Antonio, las causas por que muere el hombre muerte violenta, decidnos por qué viene la vejez y muerte natural.

Ant. Hipócrates dijo: «El calor que produjo y crió nuestros cuerpos, ese mismo nos mata.» Y dijo Galeno: «Ninguna evidente razon hay que nos muestre por qué viene la muerte, sino es la experiencia de ver á todos morir.» Avicena, Hipócrates, Aristóteles, Platon y otros muchos sintieron que nuestro calor propio consume y destruye el húmido radical, como el fuego consume la materia en que arde, y así acaba á sí mismo. Platon da causas y razones cómo viene la vejez. En todo lo cual, señor Veronio, todos erraron, y no dieron en el blanco ni alcanzaron la verdad.

Ver. Pues decid vos; veamos si le acertais.

Ant. La verdad es ésta: que aunque falten los decrementos violentos de la sensitiva y vegetativa y procatárticos, no pueden faltar los proprios del ánima en la vejez al hombre, ni pueden faltar los forzosos del tiempo y simiente al hombre, animal y planta; los cuales acaban toda cosa que vive, aunque falten los otros, desecando la raíz con su flujo ó decremento.

Ver. ¿Por qué no podrán faltar al hombre los del ánima si es felice?

Ant. Porque en la vejez prevalece el ánima y sus acciones; debilítase la natural y vegetativa de esta manera; debilítanse las tres empentas ó colunas de la vida, las dos del ánima, alegría y esperanza de bien, porque la experiencia lo desengaña y no da lugar á la alegría vana, engañosa y fingida de la mocedad, ántes le enfadan las cosas que en la juventud alegraban, porque conoce sus fines, como es testigo Salomon, rey felice, diciendo: «Probé todo deleite, y en todo hallé afliccion de espíritu.» Ve los yerros de la vida pasada, que dan tristeza, viene el temor de la muerte cercana y cierta. Cesa la esperanza de bien corporal, porque no queda tiempo para ella ni fuerzas para alcanzarlo, ni salud ni gusto para gozarlo. Cesa la blanda y engañosa esperanza de bien, frustrada tantas veces con fines siniestros y contrarios, y la prudencia no le deja engañarse, como en la juventud, con vanas esperanzas. Debilítase tambien en la vejez la empenta ó coluna de la segunda armonía del estómago, faltando el calor de la juventud, porque va faltando el calor, como va disminuyendo el húmido, que es su sujeto, y así se hace el ánima más fuerte y activa con sus afectos más fuertes y activos, y las tres empentas se hacen más flacas; crecen los deflujos en número (aunque disminuyen en cantidad), crece su tristeza, dolores y penas; y así esa misma ánima ayuda á la causa de la muerte natural. Y toma este dicho el ánima que nos dió vida, esa misma, capaz y codiciosa de sumo bien y hermosura, aborrecedora de todo mal, es ayuda para la causa de la muerte natural, porque ama y desea deleites que tengan consistencia y sér, y enfádanle los del cuerpo, que sólo tienen un tránsito y pasaje. Y por la discordia y entrevinimiento de las especies aborrecidas contrarias á su naturaleza, que ella sacude y arroja con la potencia mayor, que ha ganado á la vegetativa, hace más continuos los deflujos de la humidad del celebro, como lo sintió Platon, diciendo que la salud consiste en concordia de ánima y cuerpo, y que se anima: *Est potentior ipsum corpus intrinsecus quatiens languoribus implet, distillationes fluxusque commovens*, etc. Y por esto no pueden faltar en la vejez los decrementos especiales violentos del ánima, que ayudan á los forzosos del tiempo y simiente, que desecan el húmido de la raíz con su movimiento proprio y natural; desecándose la raíz, desécanse con ella sus ramas, que son los nervios y telas que de ella nacen. Desécase y endurécese el nervio que cubre todo el cuerpo, que es el cuero, y va cesando su vegetacion, y vienen las rugas; el cual cuero comienza en la vértice ó remolino de la cabeza, por donde va la mayor parte de la vegetativa. Desécanse todos los demas nervios y telas que de esta raíz y su tronco nacen, por donde va el jugo blanco de la nutricion. Desécanse tambien las vias, acetábulos ó chupadores y files de nervios, por donde chupa y atrae el quilo para sí y para todas sus ramas de primero y segundo seno que ella produce, que son como las barbas ó fibras de las raíces de las plantas; desecándose las vias del tomar y dar (que lo uno bastaba), cesa la vegetativa y todo su oficio de raíz, y sécanse ella y sus ramas, y así muere por sequedad el hombre, animal y planta, porque la sequedad va ganando, y la humidad radical va perdiendo (y todas las virtudes naturales en cada deflujo ó caida) un poco, que nunca se recobra total en el cremento. Muy espantado estoy, señor Veronio, de ver cuán poco alcanzaron los filósofos y médicos de la naturaleza del hombre, y cuán errado está todo en sus fundamentos.

TÍTULO LXX.

De la soberbia y altivez, vicio y necedad de imprudentes.

Ahora, que te conoces, hombre, á ti mismo, osaré yo hablar con tu soberbia y singularidad; que en todo te imaginas singular: piensas que tú solo eres hijo de la fortuna, hinchado con algun buen suceso de ella, y á los demas juzgas por alnados; piensas que tú solo eres hijo legítimo de la naturaleza, y que á ti solo dió excelencia de ingenio, habilidad, gracia, hermosura y linaje, y que á tu singularidad se debe la honra, y á los demas juzgas por bastardos. Tu estimacion y altivez te engaña, y ésa te pone en grandes trabajos, aflicciones, tormentos, desasosiegos, iras, enojos y muertes. Bien se nombró la soberbia perdicion de imprudentes. Es un afecto que trae gran daño y perdicion al hombre, sin provecho ninguno; daña á la salud del cuerpo y á la del alma; esta indómita bestia sólo el hombre la tiene; ésta es aborrecida de Dios y de los hombres. Es cosa natural que la soberbia, presuncion y fausto engendra ódio en los corazones de los hombres, y todos la aborrecen, porque el amor ama y tiene respeto á semejanza igualdad. Y como la soberbia sea un género de mayoría que pide respeto y servidumbre, y como el hombre no la deba sino á un solo Dios y á un solo rey, á quien es deuda natural, dale pesadumbre la del soberbio que pudiera ser su igual, y así lo aborrece. Y al contrario, el hombre llano, benigno, fácil y apacible mueve el amor y aficion de los hombres, y de todos ca-

za y atrae la benevolencia. La soberbia es necia y imprudente, tiene sus raíces y fundamento en los bienes caducos de este mundo, y muchas veces en los ajenos, como el que restriba en el valor y virtudes de su linaje y antepasados, como él no tenga ninguna. Restriba en la excelencia, perfeccion y lindeza de su vestido, creyendo y imaginando que aquella lindeza y perfeccion es de su cuerpo, y no del oro ni seda.

Ver. Así dicen los naturales que el elefante y la mona piensan que la lindeza que tienen del vestido puesto es de su cuerpo, y se entristecen mucho cuando se lo quitan, como se murió el elefante cuando le quitaron las insignias de capitan.

Ant. Por cierto bien decis que en esto poco se diferencian los hombres de los animales (á lo ménos las mujeres), pues en los vestidos ponen su felicidad, contento y soberbia, como no sea perfeccion de su cuerpo, sino pegadiza y ajena, dañosa y costosa, sin fruto ni provecho alguno para sí, pues bastaba lo necesario, que cubra en verano y abrigue en invierno.

Ver. No teneis razon, señor Antonio; que si los hombres andan muriendo y gastando su hacienda en vestidos, es por el provecho que de ello tienen, pareciendo bien á las gentes y agradando á los ojos de los que les miran.

Ant. Mas ántes, señor Veronio, es al reves, que á todos les pesa de ver lo más lucido y aventajado que á ellos mismos, y le toman ódio; de manera que no ahorra, sino costa y mayor cuidado, y andar más atado y siervo y esclavo de su vestido, que áun asentarse no pueden, y si llueve, no pueden mojarse; y las mujeres se ponen lobinillos postizos, y no pueden menear la cabeza, y se quitan la libertad de su meneo y andamio, y pierden la gracia y donaire, que es lo que andan buscando, y más la hacienda, sin provecho ninguno. Tambien es necia y imprudente, restribando en los bienes de este mundo proprios suyos, tan caducos y perecederos, donde tantas ocasiones hay para perderlos, y tan mezclados están los bienes con los males; luégo una poca de ventaja en riqueza, ciencia, hermosura, pone humos de soberbia al hombre, y le crian y nacen alas para volar, como á Icaro, y no falta un sol que luégo le derrita la cera y desbarate las plumas falsas y mal pegadas, y luégo cae en el mar de los trabajos y desventuras que él mismo se busca, como Icaro, por no querer ir por la region media del aire y tomar el medio, y no extremo, en sus apetitos.

La soberbia es una grande y pesada bestia, que mata al hombre que sube en ella, cogiéndole debajo, con su pesadumbre ó por la gran caida de su altura. Los soberbios son como los altos lugares y cumbres de montes, los cuales son combatidos y heridos más de los aires y rayos que no los valles y lugares bajos. Tambien es imprudencia la soberbia, porque si el soberbio mirase su orígen y principio tan frívolo, y su entrada en este mundo con llanto y lágrimas, y la vida tan incierta, y más dudosa con los bienes que con los males, se reiria de la soberbia. El olor de una pavesa muerta ó un Aglayo fingido, imaginado sin ser verdad, ó torcerse el chapin de tu madre, te pudiera hacer abortivo. Con una picadura de un soez animal es acabada tu soberbia. Fabio, senador, con un pelo, sorbiendo leche, se ahogó. Tarquino Prisco, de una espina de un pece. Quinto Lecanio Basso, de una puntura de aguja en el pulgar izquierdo. Emilio Lepio, saliendo del dormitorio, tropezó en el umbral y se cayó muerto. Gayo Aufido, yendo al Senado, de un tropezon se cayó muerto, y áun sin ocasion ninguna murieron otros: los dos Césares, ambos calzándose para salir de casa; Pompeyo, acabando de saludar á los dioses en el Capitolio; Cayo Servilio, estando en la plaza; Gayo Julio, médico, alcoholándose un ojo; Manlio Torcuato, cenando, cuando pedia una mantecosa; Lelio Durio, médico, estando bebiendo; y otros infinitos, que por evitar prolijidad los dejo, pues bastan los que en nuestros dias hemos visto en Alcaraz caerse muertos sin ocasion ninguna, que no es menester nombrarlos; todos ricos y contentos, ninguno pobre, ántes reyes y senadores, alegres y contentos, en la vida felice ó suave y cremento grande del celebro, que les causa la muerte. Y así te aviso con este dicho: Teme el mal de los bienes y ama el bien de los males (como la sirena, que canta en tormenta y llora en bonanza, porque barrunta y espera lo contrario), y dejarás esa vana presuncion, estimacion y soberbia, la cual es de reir en el hombre, que áun para poner paz entre las ranas y los ratones de Homero no es bastante, ni áun para defenderse de otros más flacos y viles animalejos que en este mundo nos persiguen y pueden más que nosotros. Pues si miras el fin y salida de este mundo, y cuál te pára la muerte, sólo te baste considerar que en esa cabeza, que ahora tienes llena de esa ventosidad y vanidad, á tres dias despues de muerto tendrás llena y hervirá de gusanos, y de tu médula espinal se formará una culebra, como lo afirman los naturales, y considera tu fin y muerte más largamente en los libritos dichos. De manera, hombre, que si bien te conoces y has entendido tu naturaleza, ninguna razon tienes en tomar soberbia, pues en el crecer y vegetacion eres árbol del reves, y semejante á las plantas (especial la mitad de la vida, que duermes), y por esa tu raíz (que es el celebro), el cual toma el alimento por el gusto en la compresion de la boca ó primer seno, y por atraccion del segundo, que es el estómago, creces y te aumentas como las plantas por sus raíces. Y en el sentir de la parte sensitiva corpórea bien has visto cuán semejante eres á los animales, y áun algunos te hacen ventaja en vista, en oido, en olfato, en fuerzas, en ligereza. Y si en lo que eres hombre tienes tanta excelencia y ventaja á toda criatura, que es el ánima celestial, divina y eterna, y sus partes, no te fué hecha esa merced para soberbia, sino para agradecimiento y para dar gracias y loores al Criador, por todas esotras criaturas que no son capaces de conocerse á sí mismas ni á su Criador, y para que con el entendimiento lo entiendas y goces, y con la voluntad y libre albedrío lo ames y sirvas, escogiendo lo bueno y evitando lo malo, y con razon y prudencia lo proveas y mires al fin en estos actos de tu vida, y con la esperanza te alegres y esperés sus bienes, y con la infinita y eterna capacidad de tu ánima lo puedas gozar para siempre sin fin, y poblar y henchir aquel cielo onceno empíreo (casa de Dios), lugar de tanta anchura, grandeza y vastidad, incomprensible de entendimiento.

humano, en donde plega al Criador nos veamos. Amén.

Ver. De manera, señor Antonio, que, segun esta naturaleza del hombre, su salud consiste en el oficio recto y jugo apto de la nutricion de la raíz principal, que es el celebro, y su enfermedad en lo contrario, y no en la ametría y simetría de los médicos.

Ant. Así me parece á mí que resulta claramente, y que el aumento ó acrecentamiento de esta raíz es la salud, y la diminucion es la enfermedad. Y este aumento ó diminucion hace la tela pía madre con el jugo ó quilo blanco que ella maneja. Ella lo brota arriba, hasta el remolino, para la vegetacion del cuero, y es la salud. Y ella lo derribá para abajo, y son las enfermedades. Y si fuereis á la ciudad, ávisad á los médicos que su medicina está errada en sus fundamentos; porque es obra meritoria.

COLOQUIO DE LAS COSAS QUE MEJORAN ESTE MUNDO

Y SUS REPÚBLICAS.

TÍTULO PRIMERO.

Mejorías en las leyes y pleitos.

Pues ya, señor Antonio, habeis mejorado el mundo pequeño, que es el hombre, entendiéndose á sí mismo y sus afectos, y las causas por que vive y por que muere, y entiendo tambien este mundo grande como está, ahora, por amor de mí, que si sabeis otras cosas en que este mundo y sus repúblicas se puedan mejorar, me las digais.

Ant. Lo que á mí me parece que es gran daño y perdicion en este mundo son los pleitos, los cuales tambien matan á muchos con sus enojos, y por ser inmortales, les consumen las haciendas, traen grandes pesadumbres y desasosiego, por lo cual muchos mueren. ¿Qué barbaridad es que gastó uno en un pleito siete años, y consumió su hacienda, en Granada; al cabo en la sentencia le condenaron en quinientos maravedís, y de que vino á su casa halló su mujer perdida y á sus hijos pidiendo por Dios? ¿Qué barbaridad es que dure un pleito cuarenta años, y que este letrado diga traeis justicia, y el otro diga á su contrario lo mismo? Que aquí den una sentencia, y allí la revoquen y den otra en contrario, y acullá den otra que ni es ésta ni aquélla, y quizá todos yerran la razon y justicia de aquel caso, y cada uno puede sustentar y halla escrita su opinion, y el otro la suya, y así se traban los pleitos y se sustentan muchos años. La causa de todo este daño es haber escrito tantos libros de autores y tantas leyes como los antiguos dejaron escritas, que pasan de veinte carretadas de libros, y áun no han acabado de servir; de aquí viene todo el daño, de ser tanto y estar en latin. Tuvieron tanta prudencia acerca de lo futuro los gisladores antiguos, y los modernos que escriben sobre llos, de dar leyes á los venideros para todos los casos a mundo, que allegaron tanta carga de libros, que ta á los hombres. ¿Pensaron que los venideros habian r elefantes ó monas, y no hombres de juicio como Así con gran prudencia les proveyeron de lo que ticia en todos los casos venideros, y así hicieron de *indigestaque moles* de libros, que sólo bus- *materias* mata los hombres; y al fin, es un de hombres muertos, y lo dieron vivos. ¿No sería prudencia necia la de una madre que cargase á su hijo de todo el pan que ha de comer toda la vida? ¿Y le cargase de todos los vestidos que ha menester para toda la vida, pensando que él no será para proveer nada, siendo persona de tan buen juicio como ella? ¿No sería necia prudencia de un rey, que mandase á cincuenta sabios que cada uno por sí le escriba á su hijo, nieto y biznieto todo lo que en la vida han de hacer y decir, por sus horas, en cada hora y en cada dia, y en cada semana y en cada mes, y en cada año de toda la vida, y estos cincuenta sabios cada uno le escribiese muy grandes volúmenes, que así eran menester, y que su hijo y descendientes fuesen obligados á mirar aquellos libros todos de los sabios, y buscar cada hora lo que habian de hacer, y seguir al que mejor dijese de aquella hora? Con razon dirian el hijo y nieto al Rey: «Padre, mayor trabajo es buscar entre tantos libros lo que tengo de hacer aquella hora, y ver lo que todos dicen para tomar lo mejor, que no hacerlo, y despues de tanto trabajo, lo mismo ó mejor lo hiciera yo á mi juicio; no se puede llevar tan gran carga, dejadnos vivir á nuestro juicio, como vos y vuestro padre, abuelo y antepasados vivieron, que tan hombres somos y de tan buen juicio como ellos; y esta tan gran carga y trabajo quitádnosla, que nos quita la vida; y más, nos da otro trabajo, que, como lo escribieron en latin, hemos de estudiar primero y gastar nuestra vida y hacienda en los estudios; y al fin fué un arbitrio y juicio de hombres vivos como nosotros.» ¿No sería providencia necia de uno que tiene una heredad y edificio cerca, digna de ser vista, y gastase mucho papel en describirla con palabras hasta cada hoja del árbol y su fruto como está (que la discrecion es muy dificultosa de entender y imaginar como es), pudiendo, sin este trabajo, llevarlos á que la vean por vista de ojos, y no por la descripcion, que lo pone más escuro y dificultoso de entender? Pues así los que escribieron pusieron todos los casos venideros de la vida humana en descripcion, que lo pone dificultoso, y no te dejaron para la vista de ojos sin trabajo nada, porque pensaron que no habias de tener entendimiento como ellos, para juzgar la razon de aquel caso que ves por vista de ojos, sin el gran trabajo de buscarlo y leerlo, y adaptarlo y haber estudiado; y al fin fué arbitrio

de hombres como nosotros, que dieron su parecer y doctrina, la cual es dificultosa de adaptar á los casos infinitos, que á cada paso se varian. ¡Qué Babilonia es que entren quinientos estudiantes en una aula, y seiscientos en otra, á oir leyes, y haya cátedras de tanta renta de la gran esciencia de leyes, pues si estuvieran en romance, y solas las necesarias, no eran menester estudios ni cátedras, ni gastar sus patrimonios en estudiar leyes tantos estudiantes, que mejor estuvieran en su tierra algunos arando, y hallárase trigo!

Rod. Por cierto gran razon es la que decis, y se mejoraria extrañamente el mundo si solamente las más necesarias se quedasen en romance, y todo lo demas al juicio de buen varon y cristiano; que por ventura éste acertaria mejor la razon y justicia que no ahora se acierta, por tanta diferencia de opiniones y libros, pues vemos variar tanto las sentencias de jueces y consejos; y no sería menester estudiar ni gastar sus patrimonios, ni estudiar leyes en latin, ni era menester cátedras de tanta renta, que es cosa de reir, para leyes haber cátedras y universidades, que traen perdido el mundo, sino, como digo, las necesarias en romance, aunque sean todos los textos de los legisladores antiguos y las que se están en romance, quitando y derogando todo lo demas, y que por éstas solas, sin autores sobre ellas y por albedrío de buen varon, se juzguen y determinen las causas, pues son hombres los de ahora, como fueron los pasados, para ver la razon de las leyes tan bien como Bartulo, Baldo; y como se juzga por juicio de hombres muertos, sea por juicio de vivos, y ahórrese el mundo tantos daños y trabajos, y pluguiera á Dios que solamente hicieran daño en el cuerpo; pero hacen en las almas tanto, que dejan la ley de Dios por tantas leyes de la tierra, y está la ley de Dios (donde monta el cielo) en diez preceptos, y para lo de la tierra tal confusion; los que traen pleitos se infaman y deshonran en los escritos, y desean la muerte; búscanse otros extrínsecos daños y malsinidades. Es tanto el daño que de esto viene, que está comparado con las enfermedades, y así dijo el refran: «A quien yo quiero mal, déle Dios pleito y orinal.» Éste es el reino donde señorea la mentira, y si uno quiere destruir á otro, con ella puede, poniéndole un pleito; que despues, con pagar las costas, se queda libre, y condenada su ánima. Yo he visto con ira amenazar, diciendo: «Yo le pondré un pleito que le hunda como plomo.» Esto se podria mucho remediar con una ley, que el que mintiere en el pleito que trata (ó intentáre falso) pague, demas de las costas, el doblo que monta aquello por que mintió; con la cual ley se remediarian y acortarian muchos pleitos, á lo ménos de intereses. Pues el remedio total de lo dicho sería poner las necesarias en romance, y todo lo demas á juicio de buen varon, que serán los jueces buenos cristianos y sacados de los rincones y monasterios. Las leyes que condenan á muerte son muy necesarias que estén escritas, porque sepa el hombre que la ley lo mata, y no el juez con su albedrío, y otras muchas, aunque fuesen todas las antiguas, y derogar todo lo demas. Las leyes de penas pecuniarias son cojas, porque parece cosa injusta echar tanta carga á un gato como á un caballo, y para uno es mayor pena cien maravedís que para otro cien ducados. Dejándolo al albedrío del juez, y quitar tanta renta de cátedras de leyes y tanto gasto y perdicion de estudiantes, todo por estar en latin y ser tanto lo escrito sobre ellas. Y síguese otro daño, que para cada letrado hay cuatro procuradores y otros tantos escribanos, que todos podrian entender en otra cosa, en provecho de la república, y áun para otras esencias (que ésta no lo es, porque cada dia se mudan las leyes) se deben mudar, porque crece la malicia de la gente, y por el tiempo y la disposicion de la tierra y por otras causas se mudan; y así no es ciencia ni habian menester latin ni estudios ni cátedras ni rentas ni tal Babilonia de estudiantes, de donde vienen tan grandes daños al mundo. Digo y áun para las otras ciencias habia de haber órden de examinadòres de los ingenios para entrar en ellos, que algunos van á estudiar que no nacieron más para letras que los bueyes para volar. Y el que no fuese para estudiar, que se vuelva á su tierra á arar, ó á otro oficio en provecho de la república. Con esto así reformado, y con la ley de la mentira general en todos los pleitos, que el que mintiere en pleito que tratáre ó negáre la verdad á su contrario, que pierda el interes por que mintió y otro tanto de su hacienda; y esto por via secreta de inquisicion, y no otro pleito ordinario. De manera que en cualquier tiempo del pleito, en habiendo mentira, pierda el pleito y otro tanto de su hacienda. Con la cual ley muchos pleitos se acortarian, y muchos no se comenzarian por no dar lugar á la mentira; viendo al otro que, porque mintió, perdió el pleito y otro tanto de su hacienda, los hombres se quitarian de pleitos, y ararian y labrarian la tierra. Y áun si se pudiera poner una ley general de la mentira en los hombres, fuera este mundo paraíso terrenal, que todos lo daños que en él hay nacen de la mentira; pero á lo ménos en los pleitos esta ley mejorára mucho el mundo, y los hombres se quitáran de pleitos, y aráran la tierra y habria trigo en abundancia.

TÍTULO II.

Mejorías en la pobreza y en el favor de los labradores y pastores

La demasía y superfluidad causa la pobreza; si toda demasía superflua y galantería, que no sirve más de para la vista y ornato superfluo, se vedase y quitase, no habria pobreza en la república. En los buenos tiempos y siglo dorado, cuando con paño pardo todos araban, no habia pobreza; los más honrados y favorecidos eran el labrador y pastor. Ahora vemos lo que pasa, y cuán pocos son los que echan mano á la esteva del arado, y cuán muchas las contiendas, marañas y pleitos, y muchos los letrados, y muchos los zánganos, y muchos los mercaderes y los que se dan á holgar; que cierto en esto tambien se habia de mejorar el mundo, favoreciendo mucho á los labradores, que éstos son los que llevan el trabajo y sustentan el mundo.

El rey don Alonso los favorecia mucho, y decia que él haria que los labradores tuviesen las rejas de plata.

Rod. ¿En qué manera podrian ser favorecidos los labradores para animarlos, y que se multipliquen?

Ant. Paréceme á mí que alargándoles la esperanza

de bien, y abriéndoles la puerta para poder ser ricos con su oficio, subiendo la tasa hasta veinte reales cada fanega, y con una ley que no se les pueda hacer ejecucion en bueyes, mulas, ni arados, ni trigo, ni cebada, ni en su persona; y ni más ni ménos al pastor de su propio ganado. Y así esto y otras cosas favorecer mucho á los labradores y pastores, señores de su ganado; y con otra ley, que les hará mucha merced y favor, que no puedan tomar fiado sedas ni paños para casamiento, porque despues el mercader les vende los mismos vestidos, y para acabarse de pagar les vende los bueyes; que si las sedas y otros superfluos se quitasen, no habria pobres en las repúblicas.

Rod. ¿Qué sentis, señor Antonio, de las leyes del duelo y puntos de honra?

Ant. Siento tanto, que me da dolor ver cuántos daños perniciosos vienen al mundo; de eso cuántas muertes, riñas, bandos y pérdidas, por unos puntos de aire, por una palabrilla que no fué más de un sonido del aire, entre labios y dientes, y en el aire se quedó. Esto podria tener remedio con una ley que hagan los reyes cristianos y el Papa, en que deroguen las leyes del duelo, que mejor se dijeran leyes del demonio, y pongan otras con otras satisfacciones, y que á palabras sea satisfaccion otras palabras; y así otras satisfacciones, que buenos juicios podrian dar.

Lo que en este caso te puedo aconsejar es, que te rias de las palabras y no hagais caso de ellas, que si tú no las estimas, los otros no las estiman; y si algun caso de deshonra acontece en tu casa, callarlo y cubrirlo, y no publicarlo con enojo; que los hombres ellos mismos se acarrean muchos daños y males, por no saber refrenar sus afectos ni entenderse.

De esto tambien te defenderás, y de tantos tormentos de los puntos de la soberbia (que con ésta se matan los hombres, porque en cosas tan delicadas puso su sér) con el estado mediano ya dicho, no curando del alto, adonde están combatidos de esta vanidad y aire, como los árboles que están en la cumbre del monte no tienen sosiego sus ramas, cada hora batidas y desgajadas del aire. Al contrario, el que está abajo en el valle, está quieto y sosegado él y sus ramas.

TÍTULO III.

Mejorías con el agua y plantas.

Ver. Pues ya, señor Antonio, habeis mejorado la vida del hombre natural y política, y su hacienda con el remedio de los pleitos, pasemos adelante, y decidnos otras cosas en que el mundo se puede mejorar.

Ant. Podríase mejorar mandando su Majestad por una ley á costa pública se hagan, *aquæ ductus*, que son acequias de agua, para riegos el verano, y haya para ellos ingenieros, que visiten las tierras y rios donde haya oportunidad para ello, pues vemos tanta falta de riego, y áun á mi parecer dejan los hombres irse un gran tesoro todo el invierno á la mar y tierras extrañas, dejando ir los rios totalmente, sin detener en su tierra parte de ellos el invierno, donde hay aparejos de rehoyas entre montes, apartadas de la madre, y henchirlas del agua que se va el invierno á los mares, para riegos del verano y moliendas, y para tener pescados frescos, echando buenos géneros de pescados, como sávalos, tencas, truchas, etc. Con esto muchas tierras míseras se harian muy felices y ricas con el transplantar animales y plantas, á cada tierra lo que más aprueba en ella, y plantarlo no llenando el hoyo, para que el sol le de vida y raíces, y se crie, como está dicho; y á lo criado mudarle el alimento, que es mudarle la tierra, abriendo las plantas y echándoles nueva tierra, y traer algunas plantas de Indias, como llevaron otras de acá; traer los cacaos y ponerlos en tierras semejantes á las que llevan aquel árbol, pues es cosa tan excelente, que su excelencia los hizo moneda, y así otras plantas. Y pues estamos en la materia de agua, quiero dar al mundo una luz (á mi parecer grande), pues tanto se frecuenta el camino de Indias, en el cual el mayor trabajo es beber el agua hedionda, que luégo se les corrompe, y para que no hieda hay este remedio: envasar mucha agua en grandes tinajas, y déjala todo un verano que se podrezca y hieda y haga nata, limpiando seis ó siete veces aquella nata que hiciere, y traspasándola dos ó tres veces y quitando el asiento. Hecho esto, queda el agua mejor que era, y nunca más hiede ni se corrompe, y así embarcarán muy buena agua, sin heder jamas. Esto, aunque yo lo habia hallado por experiencia, me holgué de verlo en Plinio, donde dice: *Epigenes autem aquam quæ septiens putrefacta purgata sit perhibet amplius non putrescere.*

Ver. Por cierto es cosa ésa maravillosa y de gran provecho para los navegantes, y que se mejora mucho el camino de Indias; pero decidme tambien si se puede hacer agua dulce de la salada de la mar para beber.

Ant. Eso, señor, quédese para mañana; que ahora no hay lugar de decirlo.

TÍTULO IV.

Mejorías en los alimentos.

Ver. Pues habeis dicho del agua, decidnos, por vuestra vida, algo del vino, pan y carne.

Ant. Del vino os quiero dar un aviso, que si se echa por sí la casca enjuta y apretada, dándole vueltas así en seco hasta que huela (que toda casca olerá, á lo ménos castellana, albilla y gilciber), y entónces, cuando huele, echarla en el mosto, se harán todos los vinos muy mejores y odoríferos, y guardarlos del sereno y solano.

Del pan te doy este consejo: quita la sabina, y siembra pel de buey. Éste es más excelente pan de todos, y el que habian de comer los reyes. Tambien te doy un consejo: que mudes la simiente á la tierra, porque si le echan á la tierra lo que nunca llevó, aquello abraza y cria maravillosamente, como se ve en los melones y nabos en tierra nueva donde nunca se echaron, que son mayores y de mejor sabor: y así, ni más ni ménos, el trigo y cualquier simiente. De la carne os digo que ya no hay carnero en el mundo, porque la codicia nos lo ha quitado.

Ver. ¿Cómo?

Ant. Porque no los castran de chiquitos, sino grandes, porque crecen más y hieden á machuno, y para esto el remedio es fácil: que mande su Majestad y

haga ley que el que no castráre los corderos de tanto tiempo, los pierda.

TÍTULO V.

Mejorías en los casamientos y genitura.

Ver. Entre tanto que viene mañana para decirnos cómo se hace el agua dulce de la salada de la mar, os quiero pedir un consejo para casar mi hija. Habeis de saber que me la pide Albanio, persona, como vos conoceis, de muy buen juicio, habilidad y perfeccion de naturaleza, pero no tiene un maravedí, sino gran pobreza. Por otra parte la pide Salicio, que es muy rico, tiene vacada y dineros, ganados y heredades; sólo me descontenta que es de poca habilidad, es un hombre sano y simple, pusilánimo, de poca perfeccion de naturaleza en su persona, y estoy en gran duda cuál tomaré.

Ant. A eso, señor Veronio, os respondo que más quiero nietos hombres que nietos bestias, aunque de otra manera respondió un sabio á eso mismo, diciendo: «Más quiero hombre que tenga necesidad de dineros, que no dineros que tengan necesidad de hombre.» Con estas dos respuestas podeis ver lo que más os cumple; pero paréceme á mí es mejor casarla con hombre que no con vacas ó ovejas; que la hacienda éste la pierde por su poco saber, y sus hijos bestias. Y el otro la gana él y sus hijos con su buen juicio. No consideran bien las gentes cuánta ventaja y diferencia hay de un hombre á otro; hay tanta, que éste es hombre, y el otro casi animal del campo, como si fuera de otra especie. ¿No sería locura casar vuestra hija con un triton ó con un jimio ó un sátiro, que todos tienen figura de hombre, y son animales de otra especie, y tener nietos y descendientes tritones ó jimios?

Pues no es menor yerro el que el vulgo hace cada dia en los casamientos, no mirando más de la hacienda y riqueza, olvidando lo principal, que es la perfeccion de naturaleza en la persona, como se ve cada dia, y es cosa notoria ver las faltas de los padres en los hijos.

Ver. Decidnos, por amor de Dios, señor Antonio, pues estamos en la materia, las causas y por qué hay tanta diferencia de un hombre á otro.

Ant. Yo lo diré. Habeis de saber que la virtud y perfeccion del hombre no desciende ni se propaga en su generacion, como en las plantas, porque aquí solamente basta la simiente de uno, y allí es necesaria la simiente de dos, que si no concurren las dos simientes de varon y mujer, no se engendra; y de esta mistura de dos se hace una cosa tercera, que ni es ésta ni aquélla, como de vino y agua se hace una tercera cosa, que ni es vino ni es agua; y así comunmente salen los hijos mezclados, que ni parecen al padre ni á la madre, aunque algunas veces parecen totalmente al uno, y fué porque la simiente de aquel venció y prevaleció más, y no hubo total mistura, y así tomó su forma conforme á la materia que más prevaleció, y más virtud y cantidad tenía; pero lo más comun es salir mezclados. Y por esto vemos de sabios salir tontos, y de fuertes, cobardes, y de magnánimos y valerosos hombres salir hijos apocados y pusilánimos, por estar estas faltas en la otra simiente *que se mezcla*, y por resultar tercera cosa de las dos, y tomar la forma de aquella tercera cosa que resulta de la mistura de las dos; y así verá el hombre cuánto va en la compañera que toma por mujer, para la perfeccion de sus hijos. Y la mujer cuánto va en el compañero que toma, por el semejante; que de dos materias buenas resulta tercera buena; pues el compañero ó compañera ha de poner la mitad; por lo cual á los hijos comparó Aristóteles, y muy bien, á eslabon que ata la cadena en medio, porque el padre puso la mitad y la madre la otra mitad en el hijo, y así quedan atados el padre y la madre con los hijos. Tambien os digo, señor Veronio, que va mucho en la materia de que se hace aquella simiente, que son los manjares que comen marido y mujer; que de ruin materia, ruin forma se cria, y así se ve algunas veces de padres y madres hábiles salir hijos tontos, porque la forma siempre retiene algo de la materia; y así vemos que unos hongos ó criadillas de mala tierra matan, y otras son buenas, y vemos una leche de cabras de unas yerbas ser buena y sana, y otra de malas yerbas ser dañosa y pestífera, y vemos que las víboras de Arabia, que se crian debajo de los bálsamos, no tienen ponzoña, porque se mantienen de los bálsamos y se crian á sus sombras; por esto los casados que pueden no habian de comer malos alimentos ni cosas flemáticas ni melancólicas al tiempo que hay aptitud en la mujer para concebir, porque la simiente sea de buena materia, y de esta buena materia se haga buena forma de órgano corpóreo para el alma, donde ha de estar y mandar; porque de esta formacion y complexion del embrion resultan las buenas condiciones, virtudes y ingenios y habilidades, por el aparejo y aptitud que tiene el órgano corpóreo para ser fácil y apto á ser regido y gobernado del alma, que todo él y sus partes sirven, como criados, al alma y á la señora, que está en el celebro, entendimiento, razon y voluntad, que no tienen esotros animales para defenderse de los vicios, y obrar las virtudes y hacer actos de entendimiento. De esta variedad tanta de los alimentos que el hombre come, viene la variedad y diferencia de aquella materia, y de aquella viene la variedad de los rostros, que pocas veces se halla uno que parezca á otro; y áun la variedad y diferencia de las condiciones, habilidades, gracias, complexiones, aficiones y voces, andamios y meneos. Algunos filósofos dijeron que era la causa la imaginacion en aquel acto, y las estrellas y signos que en la genitura predominan. Otros dicen que con el compañon derecho se engendran los machos, y con el izquierdo las hembras. Lo más cierto que yo hallo es, que el sol ayuda á la generacion de los varones, y la luna á la de las hembras; y así la falta de luna y presencia del sol, que será en verano en conjuncion, ayudará al género masculino, y la falta del sol y presencia de la luna, que será en invierno y en plenilunio, ayudará al género femenino. Cuánto obre la mistura, bien se ve claro en los animales mezclados, como en la crocuta; y vemos en las mulas cuán diferente animal es, que constituyen otra especie diferente de la de los padres. Buscas y examinas un caballo para padre, por tener buenos caballos, y no examinas al hombre, que ha de ser padre de tus nietos y descendientes, para

tener buenos nietos y descendientes, hombres hábiles, y no bestias.

TÍTULO VI.

Mejorías en la honra.

Pues la filosofía dicha muestra al mundo que la virtud no se propaga, y deciende en el hombre, como en las plantas, por la mistion y necesidad de dos simientes, de donde resulta tercera cosa, y vemos degenerar los hijos de los padres en salir mejores y más virtuosos, ó salir peores y más viciosos, como resulta el melocoton del durazno y membrillo, y como resulta el animal crocuta arriba dicho de hiena y leona. Debian los reyes cristianos y el Papa hacer una ley que contenga esta sentencia: *Honos in manibus tuis;* la honra esté en tus manos, y no en las ajenas, con la cual se abra la puerta de la honra para todo el mundo, para que en la guerra y actos virtuosos los bajos tengan esperanza y puedan subir á la cumbre de honra, y la bajeza del linaje y vicios y pecados ajenos no les impidan ni cierren la puerta. De esta manera habria Roldanes y muchos Cides, habria Gonzalos Fernandez, Aníbales y Taborlanes, y en la guerra podria haber premio y paga con insignias de honra, de oro ó plata ó alquimia, traidas en la cabeza, como los romanos usaban de dar coronas segun fuese el hecho, y era alivio para que no sea todo á paga de dinero.

TÍTULO VII.

Manera para matar la langosta cuando ya salta.

Saldrán juntos treinta ó cuarenta ó cincuenta hombres, todos llevarán esparteñas calzadas y grandes bardascas ó retamas en la mano. La quinta parte llevará cada uno un pison de tabla gruesa en el hombro izquierdo. Llegados donde está la langosta, harán un círculo redondo, caminando uno ante otro, unos á la diestra y otros á la siniestra, hasta que se junten y quede el círculo redondo, cercado de los hombres dos varas ó tres uno de otro. Luégo todos, hecha una seña con las bardascas, recogerán y ahuyentarán la langosta, cada uno la parte que le toca, y todos hácia el punto de enmedio de este círculo que cercaron, y cuando se junten, se saldrán atras, uno sí, otro no, y harán dos hiladas, y estrecharán la langosta al medio del círculo; cuando ya está en medio amontonada una sobre otra que hallarán gran cantidad), entren todos á pisar esta arva con las esparteñas y con los pisones; y pisada y muerta, queden algunos de azada, y hagan zanjas y iérrenla, y pase la compañía á hacer otro círculo, ando la tierra limpia. De esta manera hacen más uenta hombres que trecientos, cada uno por sí, en nera que usan con buitrones y costa de lienzo. convidado esta noche. Quedá con Dios.

TÍTULO VIII.

que Veronio, enfermo, pide los remedios de la *Vera medicina.*

s os salve, señor Antonio.

ice y dichosa sea vuestra venida; ¿qué co- es ésa? *haos* acontecido algo?

Ver. Estoy para morir.

Ant. ¿De qué ocasion?

Ver. Anoche fuí convidado y cené mucho, y sucedióme encima un vehemente enojo, que mi criado se olvidó de cerrar la puerta del corral y entró el lobo viejo al ganado y mató cinco corderos. Al gran alboroto que hacian recordé, y fuí al corral desnudo, y á la entrada de la puerta el lobo salia tan ciego y recio, que topando en mis piernas, me derribó en tierra, y como se juntaron muchos contrarios, que fueron el enojo y miedo repentino, el sereno, el mal olor, la mudanza ó falta del vestido, la noche y la gran cena, vínome tal decremento, y creció tanto el enojo, que si no me acordára de vuestros avisos, y me aprovechára de las razones del alma, y conociera que allí estaba la muerte, cierto yo no amaneciera con vida, y en verdad que tengo calentura. Razon es, señor Antonio, que pues ya entendemos nuestra naturaleza, y sabemos las causas por que viene la enfermedad, que nos deis los remedios para ella y mejoreis la salud del hombre.

Ant. Ésos son para los médicos prudentes, que sabrán usar de ellos y mejorar su arte y medicina, y de dañosa y nociva á las repúblicas, la volverán útil y fructuosa, y alcanzarán su fin deseado, que es dar salud á quien los llama, entendiendo primero perfectamente y de raíz los secretos de la naturaleza del hombre, que es el fundamento de esta arte (que se tratan en el diálogo de la *Vera medicina*), con la cual podrán desterrar la muerte temprana ó violenta en mocedad, y convertirán el daño en gran provecho y utilidad de las repúblicas. Y así suplico á los sabios y cristianos médicos juzguen este negocio con equidad y justicia, pues les hacemos bien, y no mal, quitando lo errado y nocivo, y dándoles lo acertado y útil para ellos y para las repúblicas; y en cosa que tanto monta al mundo, no hagan juicio repentino, sino con prudencia esperen al tiempo, experiencia y suceso, que declaran la verdad. Pues perficionada, y estando cierta y verdadera con el fin y bien que promete, es el arte más fructuosa á la república y más necesaria que otra ninguna; y ella y ellos serán premiados con la honra y estimacion que justamente se les debe, pues el médico es el ministro de las grandezas y secretos que Dios y su causa segunda, la naturaleza, criaron; y es el arte que más estimacion, y premio merece que cuantas hay en la república, pues negocian y tratan de lo mejor que la vida humana tiene, que es la salud corporal. Y con gran razon los sabios concedieron la corona de honra á la medicina y mandaron honrar á los médicos, conforme á aquello de Salomon: «Honra al médico, que para la necesidad lo crió el altísimo Dios.»

Ver. Esos remedios quiero yo luégo entender, para saber regir y conservar mi salud, y darme algun remedio en mis indisposiciones (cuando la enfermedad no es recia), sin andar á ciegas, con los ojos y piés ajenos del médico, y llamándolo cada hora. No me lo querais negar, por la amistad que nos profesamos.

Ant. El amor fácilmente persuade, y por tanto, quiero hacer lo que mandais, aunque pedis ántes el fruto que las hojas.

FERNAN PEREZ DE OLIVA.

JUICIOS CRÍTICOS.

I.—DEL ABATE ANDRES.

(En la *Historia de la literatura.*)

Hernan Perez de Oliva hubiera superado á Guevara si hubiese cultivado más este género de elocuencia; y el pequeño ensayo que nos ha dado en su *Diálogo de la dignidad del hombre*, aunque lo dejó imperfecto, es una clara prueba de su elegante, culta, armoniosa, grave y robusta facundia.

II.—DE BOUTERVECK.

(En la *Historia de la literatura española.*)

El primero que contribuye por sus trabajos á perfeccionar el estilo didáctico fué el sabio Perez de Oliva... La más célebre de sus obras es su *Diálogo*, á estilo de Ciceron, *sobre la dignidad del hombre*. En vano sería buscar ideas que en nuestro siglo tengan el interes de la novedad..... Hállase en esta obra de Perez de Oliva el primer modelo que la literatura española ha ofrecido de una discusion sencilla y bien enlazada, en lenguaje correcto, elegante y noble.

AMBROSIO DE MORALES, SOBRINO DEL MAESTRO OLIVA,

AL LECTOR.

Una buena parte de la prudencia en los hombres es saber bien el lenguaje en que nacieron; y el principal ornamento con que el hombre sabio ha de arrear su persona y en que debe señalarse entre los otros, es en el hablar ordinario que todos entienden, y todos se sirven dél para manifestar lo que sienten, gozando asimismo todo lo que en él se les comunica. Ésta es la primera cosa á que el entendimiento se aplica en la vida; y en ella tenemos por maestro á la misma naturaleza, la cual, poco despues de nacido el hombre, juntamente con el movimiento del cuerpo, á que luégo lo acostumbra, le muestra tambien á moverse con el alma y dar señal della con hablar en su lenguaje. Pasados algunos años, cuando ya naturaleza nos ha enseñado lo que basta para formar bien las voces, y pronunciar enteramente y sin fealdad las palabras, entónces sucede en su lugar el uso, de quien aprendemos la propiedad de nuestra habla natural. Sobre ésta se funda despues la elocuencia y cuidado de bien decir, que aunque es comun en todos los lenguajes, cada uno debe ponerlo en el suyo, donde la ventaja será más conocida y estimada, y resultará della en público más provecho; y al contrario, la falta y el error será notorio y de todos en general notado, pues no hay cuasi ninguno que no pueda ser juez para condenarla. Teofrasto, discípulo de

Aristóteles, se llamaba ántes Tirtano (1), y por su singular gracia y dulzura en el decir, su maestro le puso este nombre, que significa habla divina; y una vieja en Aténas le llamó extranjero, porque erró en un vocablo, y á él pesó mucho de ser así con razon notado por no saber perfectamente su lenguaje. Porque, como Marco Tulio dice (2), es muy fea cosa en el sabio la ignorancia dél, donde ningun error puede pasar disimulado, y no hay nadie de quien no puede ser reprendido. Los sabios antiguos de Grecia, fuentes de donde manó toda la sabiduría entre los hombres, con igual cuidado procuraban hablar bien y pensar lo que habian de decir; y tanto se preciaban de la ventaja que á la otra gente vulgar hacian en el uso de su lengua, como de haber hallado cosas excelentes que decirles en ella. Estos estimaron tanto su lenguaje natural, que todo lo que con sus altos entendimientos alcanzaron lo escribieron en él; y para engastar sus piedras preciosas no pensaron que podia haber otro oro mejor que más las ennobleciese. La misma estima hicieron los romanos de su latin; y en estas dos naciones, que siempre fueron en el mundo celebradas por su prudencia y gloria de sus hechos, nunca cuasi se halló griego que escribiese en latin cosa suya (3); ni hubo romano que se apreciase más del griego, para encomendar á él su nombre y su fama, que de su propia lengua, sino fué Aulo Albino, el cual pidiendo perdon, en el prólogo de una historia que de cosas de Roma compuso, porque escribia en lenguaje peregrino, dijo Marco Caton que más valiera no tener culpa, que pedir y esperar el perdon de ella. Culpa le pareció dejar de escribir en su lengua, y hacerse extraño con el ajena. Plutarco estuvo en Roma muchos años; y segun su gran juicio y diligencia, y en el oficio de ser maestro de Trajano, que tuvo, yo tengo duda sino que aunque (segun algunos quieren decir) no alcanzó la facilidad del latin para hablarlo sueltamente y pulido, á lo ménos aprendió dél tanto, que pudiera escribir en latin tan bien como muchos de los romanos naturales; mas nunca quiso dejar su griego aun en las cosas romanas y que para los romanos principalmente pertenecian. En Roma cuasi todos los nobles sabian la lengua griega; mas cuando iban á gobernar en Asia ó en Grecia, por ley se les vedaba que en público no hablasen sino en latin, mandándoles que en juicio no consintiesen usarse otra lengua, aunque hubiesen de ayudarse de intérprete los que no lo sabian; sólo para este efecto (como dice Valerio Máximo) (4), que la dignidad y reputacion de la lengua latina se extendiese con mayor autoridad por todo el mundo: tanto cuidado tuvieron de perpetuarla y hacerla estimar. La grande aficion con que los romanos amaron la lengua de su tierra, se ve manifiesta en la diligencia con que procuraron el bien hablar, aprendiéndolo por arte muy larga y contínuo ejercicio; cuyo premio era al fin muchas riquezas, que con elocuencia se ganaban, y las mayores dignidades en la república, que comunmente las alcanzaban los más elocuentes. Marco Tulio, particular gloria de la lengua latina, de harto bajo lugar lo ensalzó su buen decir hasta ser el principal en Roma, y tener á su cargo algunas veces todo el imperio, por lo cual él, como bien agradecido, fué muy amador de su lengua, y esclarecióla tanto, cuanto ella le habia á él ennoblecido. ¿Con cuánto estudio y trabajo se esmeró en ella? ¿Qué ventaja llevó á los de su tiempo en hablarla, adornarla y extenderla? ¿Qué cosa quedó buena en la filosofía griega, que no la pusiese en el latin (5)? ¿Cuánto se gloria y se alaba de haber sido el primero que hizo hablar en latin los filósofos griegos? Todo el cuidado que puso en saber la lengua griega, no parece que fué para otro fin sino para enriquecer su lengua con lo mejor que en la otra habia. Pues el cotejar de las dos lenguas, porque gane honra la suya con la ventaja, es tan ordinario en sus obras, que cansa muchas veces y da fastidio á quien lo encuentra tan á menudo. Nunca en las *Tusculanas* acaba de hacer fiesta con un vocablo latino, porque no hay otro que cumplidamente le corresponda en griego; y todas la otras veces que se hace la comparacion, ¡ay de tí, Grecia, cuál escaparás de sus manos, apocada, disfamada y abatida! Y no fué solamente de griegos y latinos aficionarse tanto á su lengua, y no buscar otra para escribir cualquier cosa, aunque fuesen profundos misterios, que tambien los tienen los italianos de nuestro tiempo, ejercitándose todos con gran cuidado en su lenguaje; y aunque saben los que entre ellos son doctos el latin, por excelencia escriben muy poco en esta lengua, y muy mucho en la suya. En Sena hay escuela pública, donde se aprende por licion que se lee y por ejercicio que se hace, la lengua toscana y la gracia y primor en hablarla; y está esto así proveido en aquella ciudad, porque la pureza y la ele-

(1) Quintilian., lib. VIII, cap. I.
(2) *En el libro* II *De oratore.*
(3) *Aulio Gelio, lib.* II, cap. VIII.
(4) En el lib. II, cap. I.
(5) En el Bruto, hablando de César.

gancia de la lengua, que el tiempo y el uso suelen corromper, se conserve entera en algunos, y en ellos á lo ménos permanezca sin mezcla de otro lenguaje que le enturbie, y de allí mane limpia y clara á los demas. El autor del *Cortesano* muestra bien el celo que aquella nacion tiene de ennoblecer su lengua: con una larga disputa de quién debe ser en ella imitado, Petrarca ó el Bocacio, enseñando ántes de esto á su *Cortesano* que allí instituye, cómo se ha de arrear mucho del bien hablar en su lengua, y preciarse de esto más que de otra ninguna gentileza. Mas ¿para qué es menester detenernos tanto en mostrar la estima que los ingenios excelentes de Italia hacen de su lengua? Como si no tuviésemos ya libro particular de la propiedad de ella y de cosas que pertenecen para bien hablarla, el cual compuso el cardenal Pedro Bembo á imitacion de los que de la lengua latina Julio César y Marco Varron escribieron. No hay ahora hombre docto en Italia que no se ocupe en esclarecer su lengua con escrituras graves y de mucha sustancia, y aprenden el griego y el latin para tener llaves con que puedan abrir los tesoros de entrambas, y enriquecer su vulgar con tales despojos. Por esto me duelo yo siempre de la mala suerte de nuestra lengua castellana, que siendo igual con todas las buenas en abundancia, en propiedad, variedad y lindeza, y haciendo en algo de esto á muchas ventaja, por culpa ó negligencia de nuestros naturales está tan olvidada y tenida en poco, que ha perdido mucho de su valor. Y áun pudiérase esto sufrir ó disimular, si no hubiera venido en tanto menosprecio, que ya cuasi basta ser un libro escrito en castellano para no ser tenido en nada. Para mí es gran pesar el descuido que nuestros españoles tenemos en esta parte, de no preciarnos de nuestra lengua, y así honrarla y enriquecerla ántes de tratarla con menosprecio y vituperio. Mas ántes que pase más adelante en esta mi querella, quiero mostrar dos errores muy comunes de nuestros españoles, que son como fuentes de do mana todo este descuido y como disfamia á nuestro lenguaje. Piensan sin duda vulgarmente nuestros españoles, primero, que naturaleza enseña perfectamente nuestro lenguaje, y que como es maestra de la habla, así lo es de la perfeccion de ella, sin que haya de aventajarse uno de otro en esto, porque naturaleza enseña á todos todo lo que en la lengua natural hay que saber. De aquí nace el otro error, tambien muy grande, de tener por vicioso y afectado todo lo que sale de lo comun y ordinario. Estos, con estas sus dos tan ciegas persuasiones piensan que todo lo que es elocuencia y estudio y cuidado de bien decir es para la lengua latina ó griega, sin que tenga que ver con la nuestra, donde será superfluo todo su cuidado, toda su doctrina y trabajo. Yerran mucho sin duda. Porque en lo primero tomemos sola una parte, y no de las más principales de un lenguaje, que es la propiedad de los vocablos, ¿cómo es posible que sola naturaleza con el uso la enseñe? ¿Cómo sin buenos ejemplos de hombres que hablen propiamente, y sin mucha advertencia de imitarlos, se puede aprender esta propiedad? ¿Cómo se huirá el vicio contrario de impropiedad, sin mucho cuidado de conocerlo, y gran recato de evitarlo en la propiedad de la habla? Segun esto, no habria diferencia entre un hombre criado desde su niñez entre rústicos, y otro que se crió en una gran ciudad ó en la córte. Marco Tulio dice (1) que en Roma para enseñar bien á los niños nobles la pureza y propiedad de su lengua latina, natural á todos, en las cosas principales daban el cuidado de su crianza á alguna matrona parienta principal, porque en las mujeres, dice, persevera siempre y se conserva más limpio y más propio el lenguaje. ¿Para qué, pues, era este cuidado, de qué servia esta diligencia entre gente tan prudente y de tanto miramiento, si naturaleza lo suplia, y habia ella de hacerlo mejor? Veian sin duda cómo sin tales ejemplos no se podia perfeccionar el uso de la lengua en aquella parte, y que á faltar lo que proveian, faltaria el bien que deseaban; y lo mismo es en las formas y maneras particulares de hablar, que llaman *frasis*, y en todas las otras partes del lenguaje, donde ayudada naturaleza con el mejor uso, saca más ventaja y perfeccion. Pues ¿qué los otros que todo lo tienen en castellano por afectado? Estos quieren condenar nuestra lengua á un extraño abatimiento, y como enterrarla viva donde miserablemente se corrompa y pierda todo su lustre, su lindeza y hermosura. O desconfian que no es para parecer, y ésta es ignorancia; ó no la quieren adornar como deben, y ésta es maldad. Yo no digo que afeites nuestra lengua castellana, sino que le laves la cara. No le pintes el rostro, mas quítale la suciedad. No la vistas de bordados ni recamos, mas no le niegues un buen atavío de vestido que aderece con gravedad. Triste cosa es verdaderamente que se tenga ya por vano el cuidado que alguno pone en hablar nuestra lengua con más acertamiento que los otros. Espanta sin duda la infamia de los nombres con que nuestros españoles afean esta diligencia y deseo de bien hablar, en los que lo sienten, lla-

(1) En el diálogo *De claris oratoribus*.

mándolos afectados, singulares amigos de novedad, ociosos, y por condenarlos de una vez con el mayor castigo que pueden darles, los llaman necios. No niego yo que no hay muchos entre nuestros naturales para quien es áun poca pena la injuria de estos apellidos, segun lo mucho que pecan en usar vocablos extraños y nuevas maneras de decir, que pocos entienden, sólo con gana de no parecer á los otros, y no con deseo de hablar lo mismo que ellos con más prudencia y mejor aviso, que es en lo que puede uno esmerarse y adelantarse de los demas. Esto es de lo que yo me quejo y culpo nuestra nacion: que lo que fué en todos los lenguajes estimado como cosa excelente y admirable, los españoles no solamente no lo procuremos, sino que lo tengamos por vituperio; y que nunca, cesando de alabar la elocuencia y los provechos del bien decir, hayamos negado esta gloria á nuestra lengua; y á bulto, sin más diferenciar, condenemos los que quieren comenzar á procurársela, por sólo que algunos no aciertan á hacerlo. Es esto lo mismo que haria quien dijese que no convenia que Marco Tulio y los otros romanos elocuentes se puliesen en su decir, porque otros, queriéndose extremar como ellos, y no pudiendo alcanzarlo su ingenio ni su industria, venian á parar en ser afectados. ¿Cómo? Porque Apoleyo tenga tanto de afectacion en su decir antiguo y desusado, ¿no quereis que Quintiliano, Suetonio Tranquilo, Cornelio Tácito y otros semejantes de aquel siglo hablen con elegancia? Si Tertuliano toma sabor en corromper la lengua latina, usada con palabras y propiedades nuevas y condenadas por el uso, ¿pareceros ha bien que Lactancio, san Cipriano, san Jerónimo y otros tales pierdan el cuidado de decir bien? Unos pocos españoles necios, que para hacerse estimar por sabios entre los ignorantes, hablan de manera que no los entiendan, ¿han de ser causa y bastar para que junto con ellos sean condenados todos los que con prudencia procuraban hablar bien el castellano? ¿Ha de ser comun la pena donde no se comunica la culpa? Aquellos solos erraron; ¿por qué estos otros participan de la infamia de su error? Muy diferentes cosas son en el castellano, como en cualquier otro lenguaje, hablar bien y hablar con afectacion, y en todos el hablar bien es diferente del comun. Las mismas palabras con que Tulio decia una cosa son las que usaba cualquier ciudadano en Roma; mas él, con su gran juicio, ayudado del arte y del mucho uso que tenía en el decir, hace que sea muy diferente su habla, no en los vocablos y propiedades de la lengua latina, que todos son unos, sino en saberlos escoger y juntarlos con más gracia en el órden y en la composicion, en la variedad de las figuras, en el buen aire de las cláusulas, en la conveniente juntura de sus partes, en la melodía y dulzura con que suenan las palabras mezcladas blandamente sin aspereza, en la furia con que las unas rompen y entran como por fuerza y con rigor en los oidos y en el ánimo, y en la suavidad con que otras penetran muy sesgas y sosegadas, que parece que no las metieron, sino que ellas sin sentirlo se entraron. Las palabras con que uno se contentára decir alguna cosa de manera que lo entendiesen, él las hará, con quitarles y añadirles, con trocarlas y revolverlas, y ataviarlas con todo aderezo de elocuencia, que demas de dar á entender lo que se pretende, las cojan los oidos con más suavidad, y enseñen el entendimiento más sabrosamente y con más gusto. Del otro efecto tercero y más principal del bien decir, que es hacer fuerza á la voluntad, y inclinarla á tener por bueno y seguir con amor lo que se le persuade, no digo nada, porque esto no consiste tanto en el lenguaje ni en la elegancia dél, como en las cosas que con él se adornan y como se guisan para que mejor á la voluntad les sepan, cebándose en ellas con el paladar del entendimiento, por donde pasan. Dejemos, pues, todas las otras partes en la elocuencia, y tomemos sólo lo que toca al lenguaje, y al primor y la gracia que cabe en el que llaman elocucion los retóricos latinos, y todo se ocupa en elegir las palabras y mezclarlas con tal concierto en lo que se dice, que se les añada mucho de eficacia, así para representar las cosas que quieren darse á entender, como para que con mayor deleite se escuchen, y se entiendan con más aficion. Esta parte del bien decir no puede negar nadie que no es comun á todas las lenguas, y á nuestra castellana con ellas, si no tuviese por ventura tan bastas las orejas y tan rudo el entendimiento, que no gozase de diferente sonido en una buena copla que en una desbaratada, en una copla que en una escritura suelta, y en un razonamiento bien concertado y suave que en otro, el cual careciese del todo de órden y concierto; ¿y quién habrá que diga que el cuidado que se pusiere en así adornar nuestro hablar castellano, no lo ha de desviar mucho del comun uso? no en los vocablos ni en la propiedad de la lengua (que sería gran vicio), sino en el escogerlos, apropiarlos, repartirlos, y suavemente y con diversidad mezclarlos, para que resulte toda la composicion extremada, natural, llena, copiosa, bien dispuesta y situada. Y este pulir de esta manera la habla, ¡cuán ajeno, cuán diferente y cuán contrario es de la afectacion! El cielo y la tierra, lo blanco

y lo negro, lo claro y lo oscuro, no están más léjos de ser una cosa, que estas dos de juntarse ó parecerse. Por tanto, no condenemos en nuestro lenguaje el cuidado del bien hablar, sino dolámonos de ver que estamos tan fuera de quererlo y saberlo hacer, que tenemos por mal hecho áun sólo intentarlo; y lo que sería gran virtud y excelencia, culpamos como vicio y fealdad. Todo esto sin duda procede de no entenderse bien qué es lo bueno y lo mejor en nuestra lengua, qué es lo que con acertamiento se señala y aventaja de lo demas, y qué es lo que, pensando que acierta, pára el fin en ser conocidamente malo. Como en las virtudes, quien no tuviere entera noticia de ellas y de la moderacion en que consisten, muchas veces las tendrá por tales, como son los vicios vecinos, que les parecen, y llamará pobre al liberal, avariento al concertado en sus gastos, furioso al valiente, y al templadamente fuerte cobarde; tendrá por prudente al que todo se le pase en deliberar, sin poner en ejecucion nada de lo acordado, y por súbito y mal proveido á quien con determinacion emprende los buenos hechos; no de otra manera en nuestra lengua, por no tener tiento ni certidumbre en saber juzgar cuál es lo bueno, medrosos de aprobar algo generalmente, tenemos por malo lo que se diferencia de lo comun; y así el pulirse bien ó mal siempre ha de ser sospechoso de afectado, y todo se nos antoja tal lo que no vemos cual es, como quien anda de noche sin lumbre, que todo lo que encuentra le parece negro. Esta falta de no poder juzgar fácilmente en el castellano lo acertado, viene de ser la lengua en sí de tal cualidad, que aunque es capaz de mucho ornamento, pero recíbelo con gran dificultad, porque para que sea dulce y sabrosa la compostura hay un estorbo grande de muchas partículas de las que llaman, y es imposible no haberse de repetir muy á menudo, de donde sucede fastidio en los oidos, que sin mucho miramiento no se puede huir. Y en otras muchas partes tambien de la elocucion, es nuestra lengua y su lindeza dificultosa de alcanzar. Mas no es ésta la principal causa; que al fin trabajo y diligencia vencerian esta dificultad, y con el uso se amansaria lo que ahora espanta con representarse cuasi imposible. La causa verdadera de no acertar á decir bien, ni diferenciar lo bien dicho en el castellano, está principalmente en no aplicarle el arte de la elocuencia en lo que ella enseña mejorar la habla, no para propiedad, que ésta el uso la muestra, sino para la elegancia y la fineza, donde no llega el uso, y el arte puede mucho suplir el defecto. Junto con esto, faltan en nuestra lengua buenos ejemplos del bien hablar en los libros, que es la mayor ayuda que puede haber para perfeccionarse un lenguaje; y donde falta el arte, la imitacion con los buenos dechados alcanza mucho, y la excelencia y la gloria de los que parecen tales que deban ser seguidos, incita y enciende á los otros para trabajar de hacerse semejantes, y merecer ser como ellos alabados. ¿Quién no entiende que es gran pobreza que casi no haya habido en España hasta ahora alguna buena escritura, cuyo estilo ó género de decir pudiese uno seguirlo para enmendar su habla, con seguridad que cuando lo hubiese sacado bien al natural, habria mejorado su lenguaje? ¿Quién podria señalar muchos libros castellanos con confianza que leidos y imitados se alcanzaria perfeccion ó señalada y conocida mejoría en el uso de nuestra lengua? Bien entiendo la respuesta, y bien veo que se me podria dar en los ojos con algunos libros que de algunos años á esta parte se leen con grande aprobacion del pueblo, que los estima por muy elegantes. Mas yo hablo con los doctos y con los buenos juicios, que tienen muy vista esta falta y por muy justa esta queja, y no hago caso de gente vulgar, que estima y aprecia algunos estilos por su gusto, lo cual basta para que no se tengan por buenos. Y si alguno me preguntase la causa por que habiendo habido siempre en España, y señaladamente en nuestro tiempo, singulares ingenios, y muchos de ellos bien empleados en las letras y ejercitados en el arte de bien decir, siempre ha quedado nuestra lengua en la miseria y con la pobreza que ántes tenía, sin que alguno le haya socorrido con alguna buena escritura, yo le responderia con pensar que acertaba que todo nace del gran menosprecio en que nuestros mismos naturales tienen nuestra lengua; por lo cual ni se aficionan á ella, ni se aplican á ayudarla. Y no me parece, sin duda, que hasta ahora les ha faltado á los hombres doctos en España excusa de este su desamor ó descuido, por estar la lengua castellana tan abatida y sujeta á servir en tan viles usos, que tenian razon de desesperar podria levantarse á cosas mejores y de mucha dignidad, cuales eran las en que ellos quisieran ocuparla. No se escribia en castellano sino ó vanos amores ó fábulas vanas; ¿quién habia de osar encomendarle mejores materias? ¿quién no habia de temer que oscurecia su obra la bajeza del castellano si en ella escribia? Como en un vaso acostumbrado ántes á servir en viles usos nadie querria guardar alguna cosa buena y preciosa, así en nuestra lengua, por verla tan mal empleada, no habia quien se atreviese á servirse de ella. Sucedió en nuestra lengua sin duda lo que suele

Agustin dice de la música, que empleada su excelencia en cosas viles, se abate [illegible] aquella divina arte, que pierde la alta dignidad con que puede así ser llamada. Diógenes un dia, tomando en la mano un ungüento muy oloroso, y gustando su suavidad, dijo (1): «Mal hayan los hombres deshonestos y afeminados, que por usar mal de cosa tan preciosa, han hecho que los hombres virtuosos no puedan honestamente gozar de ella.» Mal hayan, podríamos tambien decir con mucha razon los españoles, quien abatió tanto nuestra lengua, que se pierda el buen uso de ella por estar mal usada, y como de esclavo [illegible], nadie osa fiarse de ella. Mas si todos [illegible] hubieran nuestra lengua como cosa mal infamada, no solamente fuera este mal muy grave, mas aun se hiciera incurable y sin esperanza de remedio. No pudiera ser curada la enfermedad si los médicos temieran llegarse al paciente. ¿Y cómo podia venir a no temerse el peligro, si no veian que habia hombres cuerdos que lo menospreciaban? Menester fue que algunos venciesen ese temor, y lo menospreciasen, y osasen a enseñar a los demas con su ejemplo cómo habian de librar nuestra lengua de la miserable servidumbre en que viles hombres la tenian, no rehusando de hacer lo que hombres sabios ya hacian. De estos ya ha habido algunos en nuestro tiempo, que osaron escribir en castellano cosas graves, adornándolas con el cuidado de bien decir, y abriendo así puerta a todos los españoles doctos para que de aquí adelante, estimando en mucho nuestra lengua, la tengan ya mejor tratada y capaz de todo ornamento de elocuencia, todos sin miedo se a[illegible]guen, y en breve llegue a ser tan copiosa y tan enriquecida como [illegible] no le faltan sus naturales [illegible] poesía. La historia romana, y mucha de la antigüedad latina y griega, hablan ya hermosamente con propiedad y limpieza el castellano en los libros de Pedro Mejía, de cuya mucha doctrina y gracia en el decir, harto seria bueno que yo bien dijese así, sin que me atreva a alabarla como merece. Ya las cosas antiguas de España, sacadas de las tinieblas y oscuridad en que estaban, tienen mucha luz, no solamente con la diligencia increible del maestro Florian de Ocampo, sino tambien con su copioso y agradable género de decir, donde la abundancia, diferenciada con una suma cuerda y muy medida, atavía prudentemente la lengua. El estilo familiar de Hernando del Pulgar en sus *Cartas*, ¿quién no lo alaba y goza en él mucho del donaire que en las epístolas de los latinos se siente? El mismo en la historia tiene harto primor, y en imitar en ella los latinos, y tomarlos siempre prestado algo a su propósito, le sucedió dichosamente. El *Cortesano* no habla mejor en Italia, donde nació, que en España, donde lo mostró Boscan por extremo bien en castellano. El mismo hizo nuestra poesía no deber nada en la [illegible] y majestad de la compostura a la italiana, si no lo es en la [illegible] de los conceptos que con [illegible] en darnos a entender y expresarlos, en alguno de los mismos italianos excede. Y no fuera mucho [illegible] de nuestra lengua y su poesía en imitar el verso italiano, si no mejorara tanto en este género Garcilaso de la Vega, lumbre muy esclarecida de nuestra nacion, que ya no se contentan sus obras con ganar la victoria y el despojo de la toscana, sino con lo mejor de la latina traen competencia, y no menos que con lo muy precioso de Virgilio y Horacio se enriquecen. Pues mucha parte de la filosofía en las obras del maestro Venegas, hombre de grande ingenio y erudicion, la tenemos con harta elegancia y pureza en el lenguaje, si no es donde se la [illegible] vocablos extraños con que se han por fuerza de decir las cosas que trata. Mas ha de [illegible] años que se imprimieron en castellano los libros de Boecio Severino del *Consuelo de la filosofía* en un tan buen estilo, que cualquiera que tuviere buen voto juzgara como está mejor en nuestra lengua que en la latina. Pues Francisco Cervantes de Salazar imprimió cuantas [illegible] de las dos lenguas, sin otras muy buenas de diversas disciplinas, clara y agradablemente dichas, que nada de ellas por [illegible] estar bien en nuestra lengua. Y esto es de algunos años atrás, que ahora ya tenemos las obras en castellano del padre fray Luis de Granada, donde, aunque las cosas son todas celestiales y divinas, están dichas con tanta lindeza, gravedad y fuerza en el decir, que parece no quedó nada en esto para mayor acrecentamiento. Vengo al *Diálogo de la dignidad del hombre*, que aunque tiene tambien el harto manifiesta su estima y su valor, mas por ser cosa propia mia, y a quien debo encarecido amor por el deudo, diré solamente de él, que es del maestro Oliva, con lo cual se concluye como en suma todo lo que en particular no se podria referir. Y pues hallándonos en tiempo que viven muchos que lo conocieron por uno de los mas señalados y admirables ingenios que España ha tenido, seguro puedo quedar que alabo harto su obra con solo decir cuya es. Principalmente, pues, los mismos que le conocieron por extremado en tan ge-

(1) *Laercio, en su Vida.*

(2) Lud. Dolce, en la *Apología del Ariosto.*

nero de disciplinas, y por hombre prudentísimo y muy virtuoso, saben cuánto se pulió en su lengua, cuánto le fué aficionado; y como estaba todo puesto en dar á entender el mucho fruto de primor que podria producir su fertilidad siendo bien cultivada, no se puede dar del todo á entender cuán grande fué el amor que tuvo á nuestra lengua; mas entiéndese mucho cuando se considera cómo un hombre que tan aventajadamente podia escribir en latin, y hacer mucho más estimadas sus obras por estar en aquella lengua, haciendo lo que los hombres doctos comunmente hacen, no quiso sino escribir siempre el lenguaje castellano, empleándolo en cosas muy graves, con propósito de enriquecerlo con lo más excelente que en todo género de doctrina se halla. De otra manera tambien se puede mucho encarecer este su amor que el maestro Oliva tuvo á nuestra lengua castellana con deseo de ennoblecerla. Fué hombre gravísimo y de singular autoridad, muy celebrado y reverenciado en todos los que lo conocieron, y por ella mereció primero ser rector de la universidad de Salamanca, cargo que no se da sino á hijos de señores, y despues, poco ántes que muriese, ya estaba señalado, como es notorio, para ser maestro del Rey, nuestro señor, que entónces era niño. Pues con toda aquella gravedad, con toda aquella insigne autoridad, y con toda aquella excelente grandeza de su ingenio y de todo su sér, y con todo el menosprecio en que veia ser tenida nuestra lengua castellana, nunca dejó de preciarla, nunca dejó de escribir en ella, y nunca perdió la esperanza de ensalzarla tanto con su bien decir, en que creciese mucho en estima y reputacion. Para esto se ejercitó primero en trasladar en castellano algunas tragedias y comedias griegas y latinas, por venir despues con más uso á escribir cosas mejores en filosofía, cuyas partes principales deseaba comunicar á los de su nacion, en estilo que las hiciese más gustosas y apacibles, y la majestad de ellas no se desdeñase dél. Comenzó por este *Diálogo del hombre* y *la dignidad dél;* ya escribia otros dos *Del uso de las riquezas y de la castidad*, y así prosiguiera todo lo demas, si la muerte, término universal de las cosas humanas, no le atajára. Porque habiendo muerto áun no de cuarenta años, no tuvo lugar de cumplir sus altos deseos que de ennoblecer nuestra lengua castellana tenía. Que cierto, si viviera, muchas otras cosas dejára semejantes á este *Diálogo de la dignidad del hombre,* que con tanto contento y admiracion se ha leido siempre en España. Las otras cosas que se pondrán con él no tendrán la misma majestad en la materia, mas no les faltará nada en la lindeza y gravedad del lenguaje, dos cosas tan propias y particulares del autor, que todos los que con buen juicio hasta ahora las han leido, sienten no hallarse semejantes en nadie. Por lo cual son dignísimas de ser leidas y estimadas, como hasta aquí las que andaban impresas se han leido y sido en mucho tenidas. Algunos que no las alcanzan á gustar como deben, les parecen indignas de un autor tan grave y de tanta severidad; mas yo no puedo dejar de tener en mucho lo que al maestro mi señor le vide estimar, y escribirlo áun en los postreros años de su vida. Y los hombres de grande juicio áun en todo aquello hallan al maestro Oliva, y le gozan allí con gran contento.

DIALOGO DE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE.

ARGUMENTO.

Yéndose á pasear *Antonio* á una parte del campo, donde otras muchas veces solia venir, le sigue *Aurelio*, su amigo; y preguntándole la causa por que acostumbraba venirse allí, comienzan á hablar de la *soledad*. Y tratando por qué es tan amada de todos, y más de los más sabios, entre otras razones, *Aurelio* dice que por el aborrecimiento que consigo tienen los hombres de sí mismos, por las miserias y trabajos que padecen, aman la *soledad*. Pareciendo mal esta razon á *Antonio*, por no haber criatura más excelente que el hombre, ni que más contentamiento deba tener por haber nacido, dice que le probará lo contrario; y ansí determinados de disputar de los *males y bienes del hombre*, para más á placer hacerlo, se van hácia una fuente. Junto á ella hallan un viejo muy sabio, llamado *Dinarco*, con otros estudiosos, y entendiendo la contienda, y constituido por juez della, manda á *Aurelio* que hable primero, y luégo *Antonio* diga su parecer. Habiéndoles oido *Dinarco*, juzga en breve de la dignidad del hombre, lo que con verdad y cristianamente debia, habiendo sustentado *Aurelio* lo que los gentiles comunmente del hombre sentian.

INTERLOCUTORES.

AURELIO, ANTONIO, DINARCO.

Aurelio. Viéndote salir, Antonio, hoy de la ciudad, te he seguido hasta ver este lugar, do sueles tantas veces venir á pasearte solo, porque creo que digna cosa será de ver lo que tú con tal costumbre tienes aprobado.

Antonio. Este lugar, Aurelio, nunca fué tal ni de tanto precio, como es agora, que eres tú venido á él.

Aur. Nadie puede darle mejoría, siendo de tí anticipado.

Ant. No quiero responderte, por no darte ocasiones de lisonjearme; sino quiero mostrarte lo que eres venido á ver. Mira este valle cuán deleitable parece, mira esos prados floridos y esas aguas claras que por medio corren; verás esas arboledas llenas de ruiseñores y otras aves, que con su vuelo entre las ramas y su canto nos deleitan, y entenderás por qué suelo venir á este lugar tantas veces.

Aur. Hermoso lugar es éste, y digno de ser visto; pero yo sospecho, Antonio, que otra cosa buscas tú ó gozas en este lugar, porque, segun tú eres sabio y de más altos pensamientos, bien sé que esas cosas sensuales, ni las amas, ni las procuras. Por eso yo te ruego no me encubras las causas de tu venida.

Ant. Pues así lo quieres, sabe que en estos valles mora una que yo mucho amo.

Aur. Agora veo, Antonio, que tienes gana de burlarme. Dime, yo te ruego: ¿qué tienen que hacer los amores con tu gravedad, ó las vanidades con tu sabiduría?

V.F.

Ant. Verdaderamente, Aurelio, así es como te digo que en aqueste valle mora una, sin la cual yo por la vida me daria poco.

Aur. Grande debe ser su bondad y hermosura, pues á tí, que menosprecias el mundo y sus deleites, te trae tan enamorado, con cudicia de verla ó alcanzarla. Dime al ménos su nombre, si por celos no me la quieres mostrar.

Ant. Soledad se llama.

Aur. Yo bien sabía, Antonio, que algun misterio tenian tus amores; ésa tiene otros muchos amadores, como sabes; y pues es así, yo te ruego que me declares cuál es la causa, á tu parecer, por que los hombres aman la soledad, y tanto más, cuanto son más sabios.

Ant. Porque cuando á ella venimos alterados de las conversaciones de los hombres, donde nos encendimos en vanas voluntades ó perdimos el tino de la razon, ella nos sosiega el pecho y nos abre las puertas de la sabiduría, para que, sanando el ánimo de las heridas que recibe en la guerra que entre las contiendas de los hombres trae, pueda tornar entero á la batalla. Ninguno hay que viva bien en compañía de los otros hombres, si muchas veces no está solo á contemplar qué hará acompañado. Porque, como los artífices piensan primero sus obras que pongan las manos en ellas, así los sabios, ántes que obren, han de pensar primero qué hechos han de hacer y cuál razon han de seguir. Y si esto consideras, verás que la soledad es tan amable, que debemos ir á buscarla do quiera que la podamos hallar.

Aur. Bien veo, Antonio, que hay esos provechos que dices de la soledad; pero yo tengo creido que otra causa mayor hay.

Ant. ¿Qué causa puede haber mayor?

Aur. El aborrecimiento que cada hombre tiene al género humano, por el cual somos inclinados á apartarnos unos de otros.

Ant. ¿Tan aborrecibles te parecen los hombres, que áun ellos mismos, por huir de sí, busquen la soledad?

Aur. Paréceme tanto, que cada vez que me acuerdo que soy hombre, querria, ó no haber sido, ó no tener sentimiento de ello.

Ant. Maravíllome, Aurelio, que los autores excelentes que acostumbras á leer, y los sabios hombres que conversas, no te hayan quitado de ese error.

Aur. Mas ántes ésos me han puesto en este parecer; porque, mirando yo á ellos como á principales del género humano, nunca he visto cosa por do tuviese esperanza que pueda venir el hombre á algun estado donde no le fuera mejor no ser nacido.

Ant. Grande me parece este tu error, y no digno de tal persona como tú; si te place, disputarlo hemos aquí cabe una fuente sentados; que yo confío de hacerte mudar este parecer.

Aur. Tú me guia, que yo te seguiré; mas no con esperanza de lo que prometes, porque yo tengo tan miradas las miserias de los hombres, que pienso que en lugar de quitarme mi propósito, me confirmarás en él, porque, viéndote vencido en tal contienda, terné confianza que nadie se me podrá defender.

Ant. No han de menester amenazas los que tienen las armas en la mano y el campo libre; ya nosotros estamos cerca de nuestro asiento; allí mostrarás cuánto puedes. Pero gente veo entre los árboles; temo que nos estorben.

Aur. Dinarco es el que está sentado cabe la fuente; y los otros que con él están, son los hombres buenos, amadores de saber, que lo siguen siempre.

Ant. Pues ésos no serán estorbo; ántes he gran placer que estén aquí, porque Dinarco sea nuestro juez, al cual yo doy la ventaja de todos nuestros tiempos, ansí en virtud, como en letras.

Aur. Y los otros serán nuestros oyentes; lleguemos á él, que visto nos ha.

Ant. Muchas veces, Dinarco, me he holgado de venir á esta fuente, mas no tanto como agora, que la hallo tan bien acompañada; si ella estuviese siempre así, no habria para mí lugar más deleitable.

Dinarco. Con vosotros tiene tan buena compañía, que no se debe desear mejor.

Ant. No está bien acompañada sino una fuente con otra. Esta es fuente de agua clara, y tú eres fuente de clara sabiduría; así que sois dos fuentes bien ayuntadas para entera recreacion del ánima y del cuerpo.

Din. Mejor hace Aurelio en no decirme nada, que tú, Antonio, en saludarme con tanto amor, que no curas de poner medida en tus palabras.

Aur. Yo no dejo de ayudar á Antonio, sino porque no sabré decir cosas iguales á tu merecimiento.

Din. Mejor será sufriros, pues defenderme es incitaros. Agora decid: ¿qué ocasion os ha traido por acá?

Ant. Gana de hablar en una disputa que habiamos comenzado.

Din. ¿Qué disputa es?

Ant. Sobre el hombre es nuestra contienda; que Aurelio dice ser cosa vana y miserable, y yo soy venido á defenderlo, y queremos te rogar tú seas nuestro juez, á quien todos con mucha razon acatan por sabio principal.

Din. Yo quisiera ser merecedor de la estima en que me teneis, por cumplir vuestra voluntad como deseo; pero, de cualquier manera que sea, yo y estos mis amigos holgarémos de oir tan buena disputa. Y yo confío tanto de vuestros ingenios y saber, que no se os esconderán las razones que para esta contienda hobiéredes menester, de donde yo pienso quedar tan instruido, que habré cobrado aviso para no errar en la sentencia.

Ant. Pues tú nos muestra la manera que debemos tener en esta disputa.

Din. Porque no se confundan vuestras razones, me parece que cada uno diga por sí su parecer entero. Tú, Aurelio, dirás primero, y despues te responderá Antonio; y ansí guardaréis la forma de los antiguos oradores, en cuyas contiendas el acusador era el primero que decia, y despues el defensor.

Aur. Pues vosotros os sentad en esos céspedes; y yo, en este tronco sentado, os diré lo que me parece.

Din. Sentáos todos, de manera que podais tener reposo.

Aur. Suelen quejarse los hombres de la flaqueza de su entendimiento, por la cual no pueden comprender las cosas como son en la verdad. Pero quien bien consideráre los daños de la vida y los males por do el hombre pasa del nacimiento á la muerte, parecerle ha que el mayor bien que tenemos es la ignorancia de las cosas humanas, con la cual vivimos los pocos dias que duramos, como quien en sueño pasa el tiempo de su dolor. Que si tal conocimiento de nuestras cosas tuviésemos, como ellas son malas, con mayor voluntad deseariamos la muerte que amamos la vida. Por esto quisiera yo doblaros, si pudiera, el descuido, y meteros en tal ceguedad y tal olvido, que no viérades la miseria de nuestra humanidad ni sintiérades la fortuna, su atormentadora. Pero, pues por vuestra voluntad, que grande mostrais, de saber lo que del hombre siento, soy yo casi compelido á haceros esta habla; si por ventura mis palabras fueren causa que recibais dolor cual ántes no habíades sentido, vosotros teneis la culpa, que mandais aquesto á quien no puede dejar de obedeceros. Oid, pues, señores, atentos, y hablaros he en esto que mandais, no segun que pertenece para ser bien declarado (porque á esto no alcanza la flaqueza del entendimiento, aunque sólo es agudo en sentir sus males), sino hablaré yo en ello segun la experiencia que podemos alcanzar en los pocos dias que vivimos, de tal manera, que el tiempo baste, y la paciencia que para oir teneis aparejada.

Primeramente, considerando el mundo universo, y la parte que de él nos cabe, verémos los cielos hechos morada de espíritus bienaventurados, claros y adornados de estrellas lucientes, muchas de las cuales son mayores que la tierra; donde no hay mudanza en las cosas, ni hay causas de su detrimento; mas ántes todo lo que en el cielo hay persevera en un sér constante y

libre de mudanza. Debajo suceden el fuego y el aire, limpios elementos, que reciben pura la lumbre del cielo. Nosotros estamos acá en la hez del mundo y su profundidad entre las bestias, cubiertos de nieblas, hechos moradores de la tierra, do todas las cosas se truecan con breves mudanzas, comprendida en tan pequeño espacio, que solo un punto parece, comparada á todo el mundo, y áun en ella no tenemos licencia para toda. Debajo las partes sobre que se rodea el cielo, nos las defiende el frio, en muchas partes los ardores, las aguas en muchas más, y la esterilidad tambien hace grandes soledades, y en otros lugares la destemplanza de los aires. Así que de todo el mundo y su grandeza estamos nosotros retraidos en muy chico espacio, en la más vil parte de él, donde nacemos desproveídos de todos los dones que á los otros animales proveyó naturaleza. A unos cubrió de pelos, á otros de pluma, á otros de escama, y otros nacen en conchas cerrados; mas el hombre tan desamparado, que el primer dón natural que en él hallan el frio y el calor es la carne. Así sale al mundo como á lugar extraño, llorando y gimiendo, como quien da señal de las miserias que viene á padecer. Los otros animales, poco despues de salidos del vientre de su madre, luégo, como venidos á lugar propio y natural, andan los campos, pacen las yerbas, y segun su manera gozan del mundo; mas el hombre muchos dias despues que nace, ni tiene en si poderío de moverse, ni sabe dó buscar su mantenimiento, ni puede sufrir las mudanzas del aire. Todo lo ha de alcanzar por luengo discurso y costumbre, do parece que el mundo como por fuerza lo recibe, y naturaleza, casi importunada de los que al hombre crian, le da lugar en la vida. Y áun entónces le da por mantenimiento lo más vil. Los brutos que la naturaleza hizo mansos, viven de yerbas y simientes y otras limpias viandas; el hombre vive de sangre, hecho sepultura de los otros animales. Y si los dones naturales consideramos, verlos hemos todos repartidos por los otros animales. Muchos tienen mayor cuerpo donde reine su ánima, los toros mayor fuerza, los tigres ligereza, destreza los leones, y vida las cornejas. Por los cuales ejemplos y otros semejantes bien parece que debe ser el hombre animal más indigno que los otros, segun la naturaleza lo tiene aborrecido y desamparado; y pues ella es la guarda del mundo, que procura el bien universal, creible cosa es que no dejára al hombre á tantos peligros tan desproveido, si él algo valiera para el bien del mundo. Las cosas que son de valor, éstas puso en lugares seguros, do no fuesen ofendidas. Mirad el sol dónde lo puso, mirad la luna y las otras lumbres con que vemos, mirad dónde puso el fuego, por ser el más noble de los elementos. Pues á los otros animales, si no los apartó á mejores lugares, armóles á lo ménos contra los peligros de este suelo: á las aves dió alas con que se apartasen de ellos, á las bestias les dió armas para su defensa, á unas de cuernos, y á otras de uñas, y á otras de dientes, y á los peces dió gran libertad para huir por las aguas. Los hombres solos son los que ninguna defensa natural tienen contra sus daños; perezosos en huir, y desarmados para esperar. Y áun, sobre todo esto, la naturaleza crió mil ponzoñas y venenosos animales, que al hombre matasen, como arrepentida de haberlo hecho. Y aunque esto no hubiera, dentro de nosotros tenemos mil peligros de nuestra salud. Primeramente la discordia de los elementos tenemos nosotros en los cuatro humores que entre sí pelean, cólera con flema, y sangre con melancolía, de los cuales, si alguno vence, como es fácil cosa, desconcierta toda la templanza humana, y da la puerta á mil enfermedades. De manera que nuestros humores mismos, en que está la vida fundada, nuestros enemigos son, que entre sí pelean por nuestra destruicion. Agora, pues, ¿qué diré de tantas menudas canales como hay en nuestro cuerpo, por do anda la sangre y los espíritus de vida, que siendo alguna de ellas rota ó estorbada, se pierde la salud? ¿Qué diré de la flaqueza de los ojos y de sus peligros, estando en ellos el mayor deleite de la vida? ¿Qué diré de la blandura de los nervios, de la fragilidad de los huesos? ¿Qué diré, sino que fuimos con tanto artificio hechos, porque tuviésemos más partes do poder ser ofendidos? Y áun en esta miserable condicion que pudimos alcanzar, vivimos por fuerza, pues comemos por fuerza que á la tierra hacemos con sudor y hierro, porque nos lo dé; vestímonos por fuerza que á los otros animales hacemos, con despojo de sus lanas y sus pieles, robándoles su vestido; cubrímonos de los frios y las tempestades con fuerza que hacemos á las plantas y á las piedras, sacándolas de sus lugares naturales, do tienen vida. Ninguna cosa nos sirve ni aprovecha de su gana, ni podemos nosotros vivir sino con la muerte de las otras cosas que hizo la naturaleza. Aves, peces y bestias de la tierra, frutas y yerbas, y todas las otras cosas, perecen para mantener nuestra miserable vida: tanto es violenta cosa y de gran dificultad poderla sostener. Harto serian grandes causas y bastantes éstas que dichas tengo, para conocer cuál es el hombre, sino que bien veo que está Antonio considerando cómo yo he mostrado las miserias del cuerpo, á las cuales él despues querrá oponer los bienes que suelen decir del alma. Agora, pues, Antonio, porque ninguna parte del hombre te quede do yo no te haya anticipado, quiero mostrar en el alma mayores males que para el cuerpo hay. Ya tú bien sabes cómo el alma nuestra su principal asiento tiene en el celebro, blando y fácil de corromper, y como en unas celdillas de él, llenas de leve licor, hace sus obras principales con ayuda de los sentidos, por do se le traslucen las cosas de fuera. Y sabes tambien cuán fácil cosa sea embotarle ó desconcertarle estos sus instrumentos, sin los cuales ninguna cosa puede. Los sentidos de mil maneras perecen; y siendo éstos salvos, otras causas tenemos dentro, que nos ciegan y nos privan de razon. Si el estómago abunda de vapores, luégo ellos redundan á las partes del celebro, y enturbian los lugares que ha de menester el alma tener puros. Si se inflaman las entrañas con el ardor, se engendra frenesí, y si el corazon es por defuera tocado de sangre, suceden desfallecimiento y tinieblas escuras, do el alma se olvida de todas las cosas. Pero que es menester probarlo con estas cosas que están más apartadas, pues la mesma ánima con sus obras más excelentes se destruye. Bien sabemos que en altas imaginaciones metidos, muchos han perdido el seso; y

que de esta manera no podemos meter nuestra alma en hondos pensamientos sin peligro de su perdicion. Mas pongamos agora que todas estas cosas no le empezcan, y que persevere tan perfecta y tan entera como puede, segun naturaleza, y consideremos primero cuánto vale el entendimiento, que es el sol del alma, que da lumbre á todas sus obras. Éste, si bien mirais, aunque es alabado, y suele por él ser ensalzado el hombre, más nos fué dado para ver nuestras miserias que para ayudarnos contra ellas. Éste nos pone delante los trabajos por do habemos pasado, éste nos muestra los males presentes, y nos amenaza con los venideros ántes de ser llegados. Mejor fuera, me parece, carecer de aquesta lumbre, que tenerla para hallar nuestro dolor con ella principalmente, pues tan poco vale para enseñarnos los remedios de nuestras faltas. Que aunque algunos piensan que vale más nuestro entendimiento para la vida, que la ayuda natural que tienen los otros animales, no es así, pues nuestro entendimiento nace con nosotros torpe y escuro; y ántes que convalezca, son pasadas las mayores necesidades de la vida, por la flaqueza de la niñez y los ímpetus de juventud, que son los que más han menester ser con la razon templados. Entónces ya puede algo el entendimiento, cuando el hombre es viejo y vecino de la sepultura, que la vida lo ha ménos menester. Y áun entónces padece mil defectos en los engaños que le hacen los sentidos, y tambien porque él de suyo no es muy cierto en el razonar y en el entender; unas veces siente uno, y otras veces él mesmo siente lo contrario; siempre con duda y con temor de afirmarse en ninguna cosa. De do nace, como manifiesto vemos, tanta diversidad de opiniones de los hombres, que entre sí son diversos. Por lo cual yo muchas veces me duelo de nuestra suerte, porque, teniendo nosotros en sola la verdad el socorro de la vida, tenemos para buscarla tan flaco entendimiento, que si por ventura puede el hombre alguna vez alcanzar una verdad, miéntras la procura se le ofrece necesidad de otras mil que no puede seguir. Mejor están los brutos animales proveidos de saber, pues saben desde que nacen lo que han de menester sin error alguno; unos andan, otros vuelan, otros nadan, guiados por su instinto natural. Las aves, sin ser enseñadas, edifican nidos, mudan lugares, preveu el tiempo; las bestias de tierra conocen sus pastos y medicinas, y los peces nadan á diversas partes, todos guiados por el instinto que les dió naturaleza. Solo el hombre es el que ha de buscar la doctrina de su vida con entendimiento tan errado y tan incierto como ya habemos mostrado. Aunque yo no sé por qué me quejo en tan pequeños daños de nuestro entendimiento, pues siendo aquel á quien está toda nuestra vida encomendada, ha buscado tantas maneras de traernos la muerte. ¿Quién halló el hierro escondido en las venas de la tierra? ¿Quién hizo de él cuchillos para romper nuestras carnes? ¿Quién hizo saetas? ¿Quién fué el que hizo lanzas? ¿Quién lombardas? ¿Quién halló tantas artes de quitarnos la vida, sino el entendimiento, que ninguna igual industria halló de traernos la salud? Éste es el que mostró deshacer las defensas que las gentes ponen contra sus peligros, éste halló los engaños, éste halló los venenos y todos los otros males, por los cuales dicen que es el hombre el mayor daño del hombre. Otras cosas yo diria de aquesta parte del alma, si no me pareciese que esto basta para su condenacion; y pues ella es la guía á quien las otras siguen, no seria menester de la voluntad decir nada, pues no puede ser más concertada, que es sabio su maestro; mas por mayor declaracion de la intencion que tengo, diré tambien las cosas que de ella siento. Está la voluntad, como bien sabeis, entre dos contrarios enemigos, que siempre pelean por ganarla; éstos son la razon y el apetito natural. La razon de una parte llama la voluntad á que siga la virtud, y le muestra á tomar fuerza y rigor para acometer cosas difíciles; y de otra parte, el apetito natural con deleite la ablanda y la distrae. Agora, pues, ved cuál es más fácil cosa, apartarse ella de su natural á mantener perpétua guerra en obediencia de cosa tan áspera como es la razon y sus mandamientos, ó seguir lo que la naturaleza nos aconseja, yendo tras nuestras inclinaciones, las cuales detener es obra de mayor fuerza que nosotros podemos alcanzar. Principalmente que nuestros apetitos naturales nunca dejan de combatirnos, y la razon muchas veces deja de defendernos. A todas horas nos requiere la sensualidad con sus viles deleites, mas no siempre está la razon con nosotros para amonestarnos y defendernos de ella, porque no sólo este cuidado tiene el entendimiento, sino tambien los otros de la vida, por donde repartiéndose, segun las várias necesidades que ofrecen, es por fuerza menester que muchas veces desampare la voluntad y la deje en medio de los que la combaten, sin que nadie le enseñe cómo se ha de defender. Donde es necesario que alguna vez, ó por flaqueza, ó por error, sea presa de los vicios. Pues cuando viene á este estado, ¿qué cosa puede ser más aborrecible que el hombre? Entónces la sensualidad, con gula y pereza y otros blandos tratamientos de la carne, ciega el entendimiento, y ella arde en sucios encendimientos de lujuria. Y si por ventura la templanza natural nos resfria, como pocas veces acontece, otros vicios hay do se va la voluntad cuando de la razon se aparta; éstos son soberbia, cudicia, invidia, enemistad y otros que hay semejantes, de do nacen las guerras, las muertes, las gravísimas perturbaciones en que traen los hombres al mundo. Agora, pues, vengan esos sabios, esos que suelen tanto ensalzar el ánima del hombre, dígannos agora dó pudieron ellos hallar bien alguno entre tantos males. Todo es vanidad y trabajo lo que á los hombres pertenece, como bien se puede ver si los consideramos en los pueblos do viven en comunidad. Allí verémos unos de ellos en sus artes, que dicen mecánicas, estar peleando con la dureza del hierro; otros figuran piedras, otros suben pesos, otros pulen la madera, otros la lana, y otros en otros ejercicios sudan y trabajan, encorvados sobre sus obras, do en pequeño espacio tienen ocupados los ojos y el pensamiento. Y verás allí otros los dias y las noches del reposo ocupados en las disciplinas con cuidado perpétuo, en las cuales pierde tanto la memoria como gana el entendimiento. Así los veréis á los que siguen disciplinas, acabado el trabajo, tornar de nuevo á él. Los cuales me parece que así ha-

cen, como de Sísifo dijeron los poetas, que cuantas veces sube una piedra á la cumbre de un monte infernal, tantas veces se le cae y torna al trabajo. Pues si ésta les pareció bastante pena para ser uno atormentado en el infierno, ésos, que son en la república más estimados por las disciplinas, ¿qué descanso pensais que tienen, peleando continuamente con el peso de ellas, que tantas veces se les cae de la memoria, cuantas lo levantan con el entendimiento? Todos trabajan y sudan los que viven en los pueblos, y los labradores de los campos, que andan fuera de ellos, no carecen de penas; descubiertos por los soles y las aguas, andando por las soledades á procurar el mantenimiento de los otros que viven en sus casas, como esclavos de ellos, sin esperar fin ó reposo alguno; mas ántes tornan de nuevo al trabajo por el órden mismo que tornan los años. Pues los que gobiernan, mirad cómo no tienen ellos tampoco descanso, buscando la verdad entre las contiendas de los hombres y sus porfías, donde el hallarla es cosa de gran cuidado y gran dificultad. Cuanto más, que pues el hombre que con mayor cuidado mira por sí, á gran pena puede dar en sus cosas concierto, las cuales conoce y es de ellas señor, ¿cómo podrá el que gobierna concertar las vidas de tantos hombres, no sabiendo de sus intenciones nada, que ellos tienen encubiertas en sus pechos? Y si mirais la gente de guerra, que guarda la república, verlos heis vestidos de hierro, mantenidos de robos, con cuidados de matar, y temores de ser muertos; andando en continua mudanza, do los llama la fortuna con iguales trabajos en la noche y en el dia. Así que, todos estos y los demas estados de los hombres no son sino diversos modos de penar, do ningun descanso tienen ni seguridad en alguno de ellos, porque la fortuna todos los confunde y los revuelve con vanas esperanzas y vanos semblantes de honras y riquezas; en las cuales cosas mostrando cuán fácil es y cuán incierta, á todos mete en deseos de valer, tan desordenados, que no hay lugar tan alto do los queramos dejar. Con estos escarnios de fortuna, cada uno aborrece su estado, con cudicia de los otros; do si llega, no halla aquel reposo que pensaba. Porque todos los bienes de fortuna, al desear, parecen hermosos, y al gozar, llenos de pena. Así andan los hombres atónitos errados, buscando su contentamiento donde no pueden hallarlo; y entre tanto se les pasa el tiempo de la vida, y los lleva á la muerte con pasos acelerados sin sentirlo, la cual nos espera encubierta, no sabemos á cuál parte de la vida; mas bien vemos que jamas estamos tan seguros de ella, que no podamos tenerla muy cierta. A veces se nos esconde do ménos sospecha hay, y otras veces la hallamos do vamos huyendo de ella. Unas veces lleva al hombre en la primera edad, y entónces es piadosa, pues le abrevia el curso de sus trabajos; otras veces, que es cruel, lo saca de entre los deleites de la edad entera, cuando ya ha cobrado á la vida grande amor. Mas pongamos que la muerte deje al hombre hacer el curso natural, la más luenga vida ¿no vemos cuán breve pasa? La niñez en breves dias se nos va sin sentido; la mocedad se pasa miéntras nos instruimos y componemos para vivir en el mundo; pues la juventud pocos dias dura, y ésos en pelea, que con la sensualidad entónces tenemos, ó en darnos por vencidos della, que es peor. Luégo viene la vejez, do en el hombre comienzan á hacerse los aparejos de la muerte. Entónces el calor se resfria, las fuerzas lo desamparan, los dientes se le caen, como poco necesarios, la carne se le enjuga, y las otras cosas se van parando tales, cuales han de estar en la sepultura, hasta que al fin llega volando con alas á quitarle de sus dulces miserias. Y áun allí en la despedida lo afligen nuevos males y tormentos. Allí le vienen dolores crueles, allí turbaciones, allí le vienen suspiros, con que mira la lumbre del cielo que va ya dejando, y con ella los amigos y parientes, y otras cosas que amaba; acordándose del eterno apartamiento que dellas ha de tener, hasta que los ojos entran en tinieblas perdurables, en que el alma los deja, retraida á despedirse del seso y el corazon y las otras partes principales, do en secreto solia ella tomar sus placeres. Entónces muestra bien el sentimiento que hace por su despedida, estremeciendo el cuerpo, y á veces poniéndolo en rigor con gestos espantables en la cara, do se representan las crudas agonías en que dentro anda, entre el amor de la vida y temor del infierno, hasta que la muerte con su cruel mano la desase de las entrañas. Así fenece el miserable hombre, conforme á la vida que ántes pasó. Aquí pudiera, Dinarco, poner fin á esta mi habla, pues he traido el hombre hasta el punto donde desvanece, si no viera que me queda nueva pelea con la fama, vana consoladora de la brevedad de nuestra vida. Ésta toman muchos por remedio de la muerte, porque dicen que da eternidad á las mejores partes del hombre, que son el nombre y la gloria de los hechos, los cuales quedan en memoria de las gentes, que es, segun dicen, la vida verdadera. Donde claro muestran los hombres su gran vanidad, pues esperan el bien para cuando no han de tener sentido. ¿Qué aprovecha á los huesos sepultados la gran fama de los hechos? ¿dónde está el sentido? ¿dónde el pecho para recibir la gloria? ¿dó los ojos? ¿dó el oir, con que el hombre coge los frutos de ser alabado? Los cuerpos en la sepultura no son diferentes de las piedras que los cubren. Allí yacen en tinieblas, libres de bien y mal, do nada se les da que ande el nombre volando con los aires de la fama, la cual es tan incierta, que á la fin mezcla la verdad con fábulas vanas, y quita de ser conocidos los defuntos por los nombres que tenian. Las memorias de los grandes hombres troyanos y griegos, con la antigüedad están así corrompidos, que ya por sus nombres no conocemos los que fueron, sino otros hombres fingidos, que han hecho en su lugar, con fábulas, los poetas y los historiadores, con gana de hacer más admirables las cosas. Y aunque digan la verdad, no escriben en el cielo incorruptible, ni con letras inmudables, sino escriben en papel, con letras que, aunque en él fueran durables, con la mudanza de los tiempos á la fin se desconocen. Las letras de egipcios y caldeos y otros muchos que tanto florecieron, ¿quién las sabe? ¿quién conoce agora los reyes, los grandes hombres que á ellas encomendaron su fama? Todo va en olvido, el tiempo lo borra todo. Y los grandes edificios, que otros toman por socorro para perpetuar la fama, tambien los abate

y los iguala con el suelo. No hay piedra que tanto dure, ni metal, que no dure más el tiempo, consumidor de las cosas humanas. ¿Qué se ha hecho de la torre fundada para subir al cielo, los fuertes muros de Troya, el templo noble de Diana, el sepulcro de Mauseolo? Tantos grandes edificios de romanos, de que apénas se conocen las señales donde estaban, ¿qué son hechos? Todo esto se va en humo hasta que tornan los hombres á estar en tanto olvido como ántes que naciesen; y la misma vanidad se sigue despues que primero habia. Hasta aquí, Dinarco, me ha parecido decir del hombre; agora yo lo dejo á él y su fama enterrados en olvido perdurable. Yo no sé con qué razones tú, Antonio, podrás resucitarlo. Dale vida si pudieres, y consuelo contra tantos males como has oido; que si tú así lo hicieres, yo seré vencido de buena gana, pues tu victoria será gloria para mí, que me veré constituido en más excelente estado que pensaba.

Ant. Considerando, señores, la composicion del hombre, de quien hoy he de decir, me parece que tengo delante los ojos la más admirable obra de cuantas Dios ha hecho, donde veo, no solamente la excelencia de su saber más representada que en la gran fábrica del cielo, ni en la fuerza de los elementos, ni en todo el órden que tiene el universo; mas veo tambien, como en espejo claro, el mismo sér de Dios, y los altos secretos de su Trinidad. Parte de esto vieron los sabios antiguos con la lumbre natural, pues que puestos en tal contemplacion, dijo Trimegisto que gran milagro era el hombre, do cosas grandes se veian; y Aristóteles creyó que era el hombre el fin á quien todas las cosas acatan, y que el cielo tan excelente, y las cosas admirables que dentro de sí tiene, todas fueron reducidas á que el hombre tuviese vida, sin el cual todas parecian inútiles y vanas. Solo Epicuro se quejaba de la naturaleza humana, que le parecia desierta de bien, y afligida de muchos males; alegando tales razones, que me parece que tú, Aurelio, lo has bien en ellas imitado. Por lo cual le parecia que este mundo universal se regia por fortuna, sin providencia que dentro dél anduviese á disponer de sus cosas. Mas de cuánto valor sea la sentencia de Epicuro, ya él lo mostró cuando antepuso el deleite á la virtud. Yo no quisiera que aprobára al hombre quien á la virtud condena; basta que lo aprueben aquellos que con alto juicio saben que al artífice hace grave injuria quien reprueba su obra más excelente. Dios fué el artífice del hombre; y por eso, si en la fábrica de nuestro sér hubiese alguna falta, en él redundaría más señaladamente que de otra obra alguna, pues nos hizo á su imágen, para representarlo á él. Si en la figura pintada, do algun hombre se nos muestra, hubiese alguna fealdad, ésta atribuiriamos á cuya es la imágen, si creemos que fué hecha con verdadera semejanza; pues así las faltas de naturaleza humana, si algunas hubiese, pensariamos que en Dios estuviesen, pues ninguna cosa hay que tan bien represente á otra, como á Dios representa el hombre. En el ánima lo representa más verdaderamente, la cual es incorruptible y simplicísima, sin composicion alguna, toda en un sér, como es Dios, y en este sér tres poderíos tiene, con que representa la divina Trinidad. El Padre, soberano principio universal, de donde todo procede, en contemplacion de su divinidad, engendra al Hijo, que es su perfecta imágen, la cual él amando, y siendo de ella amado, procede el Espíritu Santo, como vínculo de amor. Así con gran semejanza el ánima nuestra contemplando engendra su verdadera imágen, y conociéndose por ella, produce amor. De esta manera, con su memoria, con que hace la imágen, y con el entendimiento, que es el que usa de ella, y con la voluntad, á donde mana el amor, representa á Dios, no sólo en esencia, sino tambien en trinidad. Por lo cual en la creacion del mundo, habiendo hecho la sagrada Escritura mencion de Dios con nombre de uno, cuando hubo de criarse el hombre, refiere que dijo Dios: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza»; así que, se declaró ser muchas personas en aquel paso, do hacia la imágen de ellas. Y no sin causa dobló la palabra cuando dijo *imágen* y *semejanza*, porque la imágen es de la esencia, y la semejanza es del poder y del oficio. Que así como Dios tiene en su poderío la fábrica del mundo, y con su mando la gobierna, así el ánima del hombre tiene el cuerpo subjecto, y segun su voluntad lo mueve y lo gobierna; el cual es otra imágen verdadera de aqueste mundo, á Dios subjecto. Porque, como son estos elementos, de que está compuesta la parte baja del mundo, así son los humores en el cuerpo humano, de los cuales es templado. Y como veis el cielo ser en sí puro y penetrable de la lumbre, así es en nosotros el leve espíritu animal, situado en el celebro, y de allí á los sentidos derivado, por do se recibe lumbre y vista de las cosas de fuera; por donde es manifiesto ser el hombre cosa universal, que de todas participa. Tiene ánima á Dios semejante, y cuerpo semejante al mundo; vive como planta, siente como bruto y entiende como ángel. Por lo cual bien dijeron los antiguos que es el hombre menor mundo, cumplido de la perficion de todas las cosas, como Dios en sí tiene perficion universal; por donde otra vez somos tornados á mostrar cómo es su verdadera imágen. Y pues es así que los príncipes, cuando mandan esculpirse, hacen que se busque alguna piedra excelente, ó se purifique el oro, para hacer la figura segun su dignidad, creible cosa es que cuando Dios quiso hacer la imágen de su representacion, que tomaria algun excelente metal, pues en su mano tenía hacerla de cual quisiese. Mas la causa por que la puso en la tierra, siendo tan excelente, oiréis agora. Los antiguos fundadores de los pueblos grandes, despues de hecho el edificio, mandaban poner su imágen esculpida en medio de la ciudad, para que por ella se conociese el fundador; así Dios, despues de hecha la gran fábrica del mundo, puso al hombre en la tierra, que es el medio dél, porque en tal imágen se pudiese conocer quién lo habia fabricado. Mas no quiso que fuese aquí como morador, sino como peregrino, desterrado de su tierra, y como dice san Pablo: «Caminando para Dios, nuestra tierra es en el cielo; mas púsonos Dios acá en el profundo, para que se vea primero si somos merecedores de ella.» Porque, como el hombre tiene en sí natural de todas las cosas, así tiene libertad de ser lo que quisiere. Es como planta ó piedra, puesto en ocio, y si se da al deleite corpo-

ral, es animal bruto; y si quisiere, es ángel, hecho para contemplar la cara del Padre; y en su mano tiene hacerse tan excelente, que sea contado entre aquellos á quien dijo Dios: «Dioses sois vosotros»; de manera que puso Dios al hombre acá en la tierra para que primero muestre lo que quiere ser; y si le placen las cosas viles y terrenas, con ellas se queda perdido para siempre y desamparado; mas si la razon lo ensalza á las cosas divinas, ó el deseo de ellas y cuidado de gozarlas, para él están guardados aquellos lugares del cielo que á tí, Aurelio, te parecen tan ilustres, y Dios no nos los defiende; mas ántes, viendo él que los tuvimos perdidos, envió á su unigénito Hijo á juntarse con nosotros en nuestra misma carne, para que con su sangre nos abriese las puertas del cielo, cerradas primero á nuestros viles pecados, y nos mostrase los caminos de ir á ellas. Los ángeles que Dios tuvo cabe sí, cuando de ellos fué ofendido, los apartó y los echó en tinieblas sin remedio para siempre; y al hombre quiso tanto que habiéndose perdido con soberbio deseo de sabiduría, vino á él como á hijo más querido, y no solamente le perdonó, mas limpióle los ojos de su ceguedad, y mostró cuán excelente sér y cuán bastante le habia dado, pues él no se desdeñaba de juntar la naturaleza humana con su misma deidad, para que conociese el hombre cuán mal habia hecho en menospreciar su estado. Y con todo esto, para darle claro testimonio del amor que le tenía, sufrió por él injurias, sufrió trabajo, sufrió persecucion, y á la fin sufrió enclavar sus miembros en el leño de la cruz, y vertió la sangre de su corazon, con que nos tornó á heredar de su santo reino, de do por nuestros pecados nos habia desheredado. Agora, pues, ¿quién será osado de aborrecer al hombre, pues lo quiere Dios por hijo, y lo tiene tan mirado? ¿Quién osará decir mal de la hermosura humana, de quien anda Dios tan enamorado, que por ningunos desvíos ni desdenes ha dejado de seguirla? Guardáos los que esto decis, de ofender más á Dios en culparle la obra que él ha juzgado digna de ser guardada con tanta perseverancia y tanto sufrimiento. Que las cosas por do vuestra culpa os engaña á menospreciar el hombre, agora veréis que son con más amor hechas que agradecimiento. El cuerpo humano, que te parecia, Aurelio, cosa vil y menospreciada, está hecho con tal arte y tal medida, que bien parece que alguna grande cosa hizo Dios cuando lo compuso. La cara es igual á la palma de la mano, la palma es la novena parte de toda la estatura, el pié es la sexta, y el codo la cuarta, y el ombligo es el centro de un círculo que pasa por los extremos de las manos y los piés, estando el hombre tendido, abiertas piernas y brazos. Asi que, tal compostura y proporcion, cual no se halla en los otros animales, nos muestra ser el cuerpo humano compuesto por razon más alta, el cual puso Dios enhiesto sobre piés y piernas, de hechura hermosa y conveniente, porque pudiese contemplar el hombre la morada del cielo, para donde fué criado. A los otros animales puso bajos y inclinados á la tierra para buscar sus pastos y cumplir con un solo cuidado que del vientre tienen; y aunque á éstos los cubrió todos de pieles y de lanas, al hombre no cubrió sino sola la cabeza, mostrando que sola la razon, que en ella mora, hubo menester amparo, y ella proveida, daria á las otras partes bastante provision. Agora miremos la excelencia de su cara. La frente soberana, do el ánima representa sus mudanzas y aficiones, ¡cuán hermosa, cuán patente! Debajo de ella están puestos los ojos como ventanas muy altas del alcázar de nuestra alma, por do ella mira las cosas de fuera; no llanos ni hundidos, mas redondos y levantados, porque estuviesen tornados á diversas partes, y pudiesen juntamente de todas ellas recebir las imágenes que vienen. Los oidos están en ambos lados de la cabeza, para coger los sonidos que de todas partes vienen. La nariz está puesta en medio de la cara, como cosa muy necesaria para su hermosura, por do el hombre respira, para evitar la fealdad de traer la boca abierta, y por ella recebimos el olor, y ella es la que templa el órgano de la voz; debajo de la cual sucede la boca, que entre labios colorados muestra dentro sus blancos dientes, que son colores mezclados, cuales pertenecen á mucha hermosura, y ella es la puerta, por do entra nuestra vida, que es el mantenimiento de que nos sustentamos, y la puerta por do salen los mensajes de nuestra alma, publicados con nuestra lengua, que mora dentro en la boca, como en casa bien proveida de lo que ha menester. Allí tiene por donde la voz le venga del pecho; y despues de recebida, tiene dientes, tiene labios, y los otros instrumentos con que la pueda formar. ¿Quién podria agora explicar bien claramente las excelentes obras que la lengua hace en nuestra boca? Unas veces rigiendo la voz por números de música con tanta suavidad, que no sé cuál puede ser otro mayor deleite de los lícitos humanos; otras veces mostrando las razones de las cosas con tanta fuerza, que despierta la ignorancia, enmienda la maldad, amansa las iras, concierta los enemigos, y da paz á las cosas conmovidas en furor. Grandes son los milagros de la lengua, la cual sola es bien bastante para honrar todo el cuerpo. Mas hablemos agora de las otras partes, porque á todas demos la dignidad que les pertenece. La barba y las mejillas son, no solamente para firmeza y capacidad de lo que contienen, sino tambien para singular hermosura, que con ellas tiene la cara del hombre. El cuello ya lo vemos cómo es flexible para traer en torno la cabeza á considerar todas las partes que cerca de sí tiene. El pecho está debajo, más tendido que en los otros animales, como capaz de mayores cosas, en el cual, no solamente obró Dios proveyendo á la necesidad natural, sino tambien á la hermosura, pues puso en el varon de ambas partes pequeñas tetas, no para más de adornar el pecho. De sus lados más altos salen los brazos, en cuyos extremos están las manos, las cuales solas son miembros de mayor valor que cuantos dió naturaleza á los otros animales. Son éstas en el hombre siervas muy obedientes del arte y de la razon, que hacen cualquiera obra que el entendimiento les muestra en imágen fabricada. Éstas, aunque son tiernas, ablandan el hierro, y hacen dél mejores armas para defenderse, que uñas ni cuernos; hacen dél instrumentos para compeler la tierra á que nos dé bastante mantenimiento, y otros para abrir las cosas duras y hacerlas todas á nues-

tro uso; éstas son las que aparejan al hombre vestido, no áspero ni feo, cual es el de los otros animales, sino cual él quiere escoger; éstas hacen moradas bien defendidas de las injurias de los tiempos, éstas hacen los navíos para pasar las aguas, éstas abren los caminos por donde son ásperos, y hacen al hombre llano todo el mundo; éstas doman los brutos valientes, éstas traen los toros robustos á servir al hombre, abajados sus cuellos debajo del yugo; éstas hacen á los caballos furiosos sufrir ellos los trabajos de nosotros, éstas cargan los elefantes, éstas matan los leones, éstas enlazan los animales astutos, éstas sacan los peces del profundo de la mar, y éstas alcanzan las aves que sobre las nubes vuelan. Éstas tienen tanto poderío, que no hay en el mundo cosa tan poderosa, que dellas se defienda. Las cuales no tienen ménos bueno el parecèr que los hechos. Agora, pues, si bien contemplais, veréis al hombre compuesto de nobles miembros y excelentes, do nadie puede juzgar cuál cuidado tuvo más su artífice, de hacerlos convenientes para el uso ó para la hermosura. Por lo cual los pintores sabios en ninguna manera se confían de pintar al hombre más hermoso que desnudo, y tambien naturaleza lo saca desnudo del vientre, como ambiciosa y gañosa de mostrar su obra tan excelente sin ninguna cobertura. Que si el hombre sale llorando, no es porque sea aborrecido de naturaleza, ó porque este mundo no le sirva, sino es, como bien dijiste tú, Aurelio, porque no se halla en su verdadera tierra. Quien es natural del cielo, ¿en qué otro lugar se puede hallar bien, aunque sea bien tratado segun su manera? El hombre es del cielo natural; por eso no te maravilles si lo ves llorar estando fuera dél. Ni pienses tampoco que es ménos bien obrado dentro de su cuerpo, que has visto por defuera; ántes sus partes interiores son de mayor artificio, de las cuales yo no hablo agora, con miedo que la filosofía no me desvie muy léjos de mi fin. Pero diré á lo ménos á lo que tú me provocas, que en la pelea de contrarias calidades y en la multitud de venas y fragilidad de huesos, ó no hay tanto peligro como tú representaste, ó si es así, en ello se muestra qué cuidado tiene de nosotros Dios, pues entre peligros tan ciertos nos conserva tantos dias. Y lo que tú dices que hacemos á todas las cosas fuerza para vivir nosotros, vanas querellas son, pues todas las cosas mundanas vienen á nuestro servicio, no por fuerza, sino por obediencia que nos deben. ¿No has oido en los *Cantares* de David, donde por el hombre dice, hablando con Dios: «Ensalzástelo sobre las obras de tus manos, todas las cosas pusiste debajo de sus piés: ovejas y vacas y los otros ganados, las aves del cielo y los peces de la mar»? Esto dice David; y pues Dios es señor universal, él nos pudo dar sus criaturas, y dadas, nosotros usar dellas segun requiere nuestra necesidad, las cuales no reciben injuria cuando mueren para mantener la vida del hombre, mas vienen á su fin para que fueron criadas. De las cosas que ya dichas tengo, puedes conocer, Aurelio, que no es el hombre desamparado de quien el mundo gobierna, como tú dijiste; mas ántes bastecido más que otro animal alguno, pues le fueron dados entendimiento y manos para esto bastantes, y todas las cosas en abundancia, de que se mantuviese. Agora quiero satisfacerte á lo que tú querias decir, que estas cosas mejor fuera que sin trabajo las alcanzára, que no buscadas con tanto afan y guardadas con tanto cuidado. Si bien consideras, hallarás que estas necesidades son las que ayuntan á los hombres á vivir en comunidad, de donde, cuanto bien nos venga y cuanto deleite, tú lo ves, pues que de aquí nacen las amistades de los hombres, y suaves conversaciones. De aquí viene que unos á otros se enseñen, y los cuidados de cada uno aprovechen para todos. Y si nuestra natural necesidad no nos ayuntára en los pueblos, tú vieras cuáles anduvieran los hombres solitarios, sin cuidado, sin doctrina, sin ejercicios de virtud, y poco diferentes de los brutos animales; y la parte divina, que es el entendimiento, fuera como perdida, no teniendo en qué ocuparse. Así que, lo que nos parece falta de naturaleza, no es sino guía, que nos lleva á hallar nuestra perficion. Cuanto más, que aunque estos bienes alcanzáramos sin nuestras necesidades naturales, los hombres son tan diversos en voluntades, que no era cosa conveniente que Dios les diese más instrumentos para que cada uno se proveyese de las cosas segun su apetito. Así que, esta incertidumbre en que Dios puso al hombre responde á la libertad del alma. Unos quieren vestir lana, otros lienzo, otros pieles; unos aman el pescado, otros la carne, otros las frutas. Quiso Dios cumplir la voluntad de todos, haciéndolos en estado en que pudiesen escoger. Y pues es así, no debemos tener por aspereza lo que Dios nos concedió como á hijos regalados. Dime agora tú, Aurelio: si Dios te hiciera con cuernos de toro, con dientes de jabalí, con uñas de leon, con pellejo lanudo, ¿no te parece que con estas provisiones, que alabas en los otros animales, te halláras tan desproveido segun tu voluntad, que con ellas otra cosa no deseáras más que la muerte? Pues si así es, no te quejes de la naturaleza humana, que todas las cosas imita y sobrepuja en perficion. Solamente veo que no pudo el hombre imitar las alas de las aves, lo cual me parece que nos fué prohibido con admirable providencia, porque de las alas no les viniera tanto provecho á los buenos, como de los malos les viniera daño. No tenemos que hacer en los aires; basta que la tierra do vivimos la podamos andar toda, y pasar los mares, que atajan los caminos. Gran cosa es el hombre y admirable, el cual quiso Dios que con muchas tardanzas convaleciese despues de nacido, dándonos á entender la grande obra que en él hacia. Bien vemos que los grandes edificios en unos siglos comienzan, y en otros se acaban; pues así Dios da perficion al hombre en tan largos dias, aunque en un momento pudiera hacerlo; porque por semejanza de las cosas que nuestras manos hacen, conozcamos esta su obra. La cual para bien ver, tiempo es ya que entremos dentro á mirar el alma que mora en este templo corporal, la cual, como Dios, que aunque en todo el mundo mora, escogió la parte del cielo para manifestar su gloria, y la señaló como lugar propio, segun que nos mostró en la oracion que hacemos al Padre, y de allí envia los ángeles y gobierna el mundo, así el ánima nuestra, que en todo lo imita, aunque está en todo el cuerpo, y todo lo rige y man-

tiene, en la cabeza tiene su asiento principal, donde hace sus más excelentes obras. Desde allí ve y entiende, y allí manda; desde allí envia al cuerpo licores sutiles que le den sentido y movimiento, y allí tienen los nervios su principio, que son como las riendas con que el alma guia los miembros del cuerpo. Bien conozco que así el celebro como las otras partes do principalmente el alma está, son corruptibles y reciben ofensas, como tú, Aurelio, nos mostrabas; pero esto no es por mal del alma, ántes es por bien suyo, porque con tales causas de corrupcion es disoluble destos miembros para volar al cielo, do es, como ya he dicho, el lugar suyo natural. Por eso hablemos agora del entendimiento, que tú tanto condenas, el cual para mí es cosa admirable, cuando considero que, aunque estamos aquí, como tú dijiste, en la hez del mundo, andamos con él por todas partes. Rodeamos la tierra, medimos las aguas, subimos al cielo, vemos su grandeza, contamos sus movimientos, y no paramos hasta Dios, el cual no se nos esconde. Ninguna cosa hay tan encubierta, ninguna hay tan apartada, ninguna hay puesta en tantas tinieblas, do no entre la vista del entendimiento humano para ir á todos los secretos del mundo; hechas tiene sendas conocidas, que son las disciplinas, por do lo pasea todo. No es igual la pereza del cuerpo á la gran ligereza de nuestro entendimiento; no es menester andar con los piés lo que vemos con el alma. Todas las cosas vemos con ella, en todas miramos, y no hay cosa más extendida que es el hombre, que aunque parece encogido, su entendimiento lo engrandece. Éste es el que lo iguala á las cosas mayores, éste es el que rige las manos en sus obras excelentes, éste halló la habla con que se entienden los hombres, éste halló el gran milagro de las letras, que nos dan facultad de hablar con los ausentes, y de escuchar agora á los sabios antepasados las cosas que dijeron. Las letras nos mantienen la memoria, nos guardan las ciencias, y lo que es más admirable, nos extienden la vida á largos siglos, pues por ellas conocemos todos los tiempos pasados, los cuales, vivir, no es sino sentirlos. Pues ¿qué mal puede haber, decidme agora, en la fuente del entendimiento, de donde tales cosas manan? Que si parece turbia, como dijo Aurelio, esto es en las cosas que no son necesarias, en que por ambicion se ocupan algunos hombres; que en las cosas que son menester, lumbre tiene natural con que acertar en ellas, y en las divinas secretas Dios fué su maestro; así que, Dios hizo al hombre recto, mas él, como dice Salomon, se mezcló en vanas cuestiones. Para ver las cosas de nuestra vida no nos falta lumbre, y en éstas, si queremos, acertamos. Y las mayores tinieblas para el entendimiento son la perversa voluntad; así está escrito que en el ánima malvada no entrará sabiduría. No es, luego, falta de entendimiento caer en errores, sino de nuestros vicios, que lo ciegan y lo ensucian, los cuales si evitamos, y seguimos la virtud, tenemos la vista clara y nunca erramos, como quien anda por camino manifiesto. Mas si andamos en maldades, hay por ellas tantas sendas y tan escondidas, que ni pueden conocerse, ni era cosa justa que diese Dios lumbre para andar en ellas. Aquí son los desvanecimientos del hombre, aquí los errores, entre los cuales yo no cuento las armas, como tú, Aurelio; que pues habia de haber malos, buenas fueron para defendernos dellos. No hay cosa tan buena, que el uso no pueda hacerla mala. ¿Qué cosa hay mejor que la salud? pero ésta, como ves, muchas veces es el fundamento de seguir los vicios. Quien de aquesta usa, segun virtud lo amonesta, buena joya tiene; así pues, las armas con mal uso se hacen malas; que ellas en sí buenas son para defenderse de las bestias impetuosas y los hombres que les parecen. Por lo cual cesen, Aurelio, tus quejas del entendimiento; no parezcas á Dios desagradecido de tan alto dón, y agora escucha la gran excelencia de nuestra voluntad. Ésta es el templo donde á Dios honramos, hecha para cumplir sus mandamientos y merecer su gloria, para ser adornada de virtudes y llena del amor de Dios y del suave deleite que de allí se sigue; la cual nunca se halla del entendimiento desamparada, como piensas, porque él, como buen capitan, la deja bien amonestada de lo que debe hacer, cuando della se aparta á proveer las otras cosas de la vida. Y los vicios que la combaten no son enemigos tan fuertes, que ella no sea más fuerte, si quiere defenderse. Esta guerra en que vive la voluntad fué dada para que muestre en ella la ley que tiene con Dios; de la cual guerra no te debes quejar, Aurelio, pues á los fuertes es deleite defenderse de los males. Porque no son menester, para vencer, tan grandes los trabajos que son menester para vencer, como la gloria del vencimiento. Cuanto más, que pues los antiguos romanos solian pelear en regiones extrañas, y pasar gravísimos trabajos por alcanzar en Roma un dia de triunfo con vanagloria mundana, ¿por qué nosotros no pelearémos de buena gana dentro de nosotros con los vicios, para triunfar en el cielo con gloria perdurable? Principalmente, pues tenemos los santos ángeles en la pelea por ayudadores nuestros, como san Pablo dice, que son enviados para encaminar á la gloria los que para ella fueron escogidos. Y no te espantes, Aurelio, si el hombre corrompido de vicios es cosa tan mala como representaste, porque es como la vihuela templada, que hace dulce armonía, y cuando se destiempla, ofende los oidos. Si el hombre se tiempla con las leyes de virtud, no hay cosa más amable; mas si se destiempla con los vicios, es aborrecible, y tanto más, cuanto las faltas más feas parecen en lo más hermoso. Y esto basta, me parece, para que tú, Aurelio, sientas bien de las dos partes del alma. Agora veamos los estados de los hombres y sus ejercicios, de que tanto te quejas. Los artífices que viven en las ciudades no tienen la pena que tú representabas, mas ántes singular deleite en tratar las artes, con las cuales explican lo que en sus almas tienen concebido. No es igual el trabajo de pintar una linda imágen ó cortar un lindo vaso ó hacer algun edificio, al placer que tiene el artífice despues de verlo hecho. ¿Cuánto más te parece, Aurelio, que sería mayor pena, que alguno en su entendimiento considerase alguna excelente obra, como fué el navío para pasar los mares ó las armas para guardar la vida, si en sí no tuviese manera de ablandar el hierro, hender los maderos y hacer las otras cosas que tú representas como enojos de la vida? Paréceme á mí que en mayor

tormento viviera el hombre si las cosas usuales que viera con los ojos del entendimiento, no pudiera alcanzarlas con las manos corporales. Por eso no condenes tales ejercicios como son éstos del hombre, ántes considera que como Dios es conocido y alabado por las obras que hizo, así nuestros artificios son gloria del hombre, que manifiestan su valor. Agora el órden por donde tú, Aurelio, me guiaste, requiere que diga del estado de los hombres letrados; lo primero escucha lo que dijo Salomon en sus proverbios: «Bienaventurado es el que halló sabiduría y abunda de prudencia: mejor es su ganancia que la de oro y plata, y todas las cosas excede que se pueden desear.» Gran cosa es, Aurelio, la sabiduría, la cual nos muestra todo el mundo, y nos mete á lo secreto de las cosas, y nos lleva á ver á Dios, y nos da habla con él y conversacion, y nos muestra las sendas de la vida. Ésta nos da en el ánimo templanza, ésta alumbra el entendimiento, concierta la voluntad, ordena al mundo, y muestra á cada uno el oficio de su estado. Ésta es reina y señora de todas las virtudes, ésta enseña la justicia y tiempla la fortaleza; por ella reinan los reyes, y los príncipes gobiernan, y ella halló las leyes con que se rigen los hombres. Donde puedes ver, Aurelio, cuán bien empleado seria cualquier trabajo que por ella se tomase. Por eso no compares los sabios á Sísifo infernal, aunque los veas muchas veces tornar á aprender de nuevo lo que tienen sabido; mas ántes los compara á los amadores de alguna gran hermosura, cuyo deleite de verla recrea el trabajo de seguirla. ¡Oh alta sabiduría, fuente divina, de do mana clara la verdad, do se apacientan los altos entendimientos! ¿Qué maravilla es, pues eres tan dulce, que tornemos á tí muchas veces con sed? Más me maravillaria yo si quien te hubiese gustado, nunca á ti tornase, aunque tuviese en el camino todos los peligros de su vida. Cuanto más, que ni los hay, ni trabajos algunos de los que tú decias, sino fácil entrada y suave perseverancia. El camino de ir á ella es el deseo de alcanzarla, y presto se deja ver de quien con amor la busca. Pero hágote saber que el amor de ésta es el temor de Dios, que limpia los ojos de nuestro entendimiento, y esclarece la lumbre que para conocer el bien y el mal Dios nos dió, y ésta es la lumbre por quien dijo Salomon: «Quien con la lumbre veláre para haber sabiduría, no trabaje; que á su puerta la hallará sentada»; queriendo decir que muy cerca está la sabiduría de quien la mira con ojos claros del entendimiento, limpios, con amor y deseo de servir á Dios. Los que la buscan en medio de las tinieblas de sus pecados, no es maravilla que la vean como sombra, y que no puedan [illegible] y en vano trabajen para tenerla. Aunque [illegible] algo labil nuestra ciencia, de [illegible] timos alcanzado, y no tánto [illegible] o esto es porque deseemos [illegible] le entendimiento, cual es [illegible] tiene aparejada. No era [illegible] lo somos peregrinos, tu- [illegible] o en nuestro natural; [illegible] lo que hay allá, que [illegible] errar el camino por do [illegible], Aurelio, que los sabios están en salvo, fuera del peligro de ser por tus razones su estado condenado. Los que labran los campos que pusiste tras éstos, no son tales como nos muestrabas. Tú decias que son esclavos de los que moramos en las ciudades, y á mí no me parecen sino nuestros padres, pues que nos mantienen; y no solamente á nosotros, sino tambien á las bestias que nos sirven y á las plantas que nos dan fruto. Grande parte del mundo tiene vida por los labradores, y gran galardon es de su trabajo el fruto que dél sacan. Y no pienses que son tales sus afanes cuales te parecen; que el frio y el calor, que á nosotros nos espantan por la mucha blandura en que somos criados, á ellos ofenden poco, pues para sufrirlos han endurecido, y en los campos abiertos tienen mejores remedios que nosotros en las casas, pues con sus ejercicios no sienten el frio, y del calor se recrean en las sombras de los bosques, do tienen por camas los prados floridos, y por cortinas los ramos de los árboles. Desde allí oyen los ruiseñores y las otras aves, ó tañen sus flautas ó dicen sus cantares, sueltos de cuidados y de ganas de valer, más atormentadores de la vida humana que frio ni calor. Allí comen su pan, que con sus manos sembraron, y otra cualquier vianda de las que sin trabajo se pueden hallar; dichosos con su estado, pues no hay pobreza ni mala fortuna para el que se contenta. Así viven en sus soledades, sin hacer ofensa á nadie, y sin recibirla, donde alcanzan no más entendimiento de las cosas, que es menester para gozarlas. Dejémoslos, pues, agora en su reposo, y veamos el estado de los que gobiernan, si es tal como tú, Aurelio, dijiste. Éstos tienen poderío, que recibieron de Dios para gobernar el pueblo, con el cual libran los buenos de las injurias de los malos, amparan las viudas, sostienen los huérfanos, y dan libertad á los pobres, y ponen freno á los poderosos; procuran la paz, y la vida la guardan, dan á todos sosiego y segura posesion de sus bienes. Así parece el que gobierna ánima del pueblo, que todas sus partes tiene en concierto y á todas da vida con regimiento, el cual si faltase, toda la república se disiparia, como se deshace el cuerpo cuando el ánima lo desampara. Y pues es así, noble estado es el de los que rigen, y gran dignidad; no escuro ó impedido, como tú decias, Aurelio. Que no pienses que por la dificultad que el hombre tiene en regirse á sí mismo, se ha de considerar la que terná en regir á muchos. Porque en las cosas propias es difícil juzgar dó se entremeten nuestras pasiones; mas en las ajenas somos libres, y podemos más claro ver lo que muestra la razon, sin que nuestros apetitos nos lo estorben; en las cuales no se puede tanto esconder la verdad, que por alguna parte no resplandezca. Tan difícil es esconder la verdad como la lumbre, á la cual, si unos rayos le quitares, otros la descubrirán; y la falsedad es difícil de sostener. La una trae osadía á juicio, y la otra viene con temor; la una se mantiene de sí misma, la otra para sostenerse ha menester gran industria; y al fin, á la una favorece Dios, y á la otra desfavorece. Difícil cosa es que la verdad con tanto amparo sea vencida, y que venza la falsedad, si no es por descuido ó por malicia del juez; ó si por divina permision alguna vez la verdad no se conoce y queda desfavorecida, el q[illegible]

della es juez no queda culpado, si con amor la buscó. Si algun amigo tuyo, Aurelio, favoreciese otra persona, pensando que tú eras, ó la socorriese en alguna necesidad, tan en cargo le serías como si tú verdaderamente fueras. Así el juez que á la falsedad acata, cuando le parece ser ella la verdad, sin tener culpa en el tal error, no ménos merece que si conociendo la verdad la siguiera. Así verás, Aurelio, cuál es el estado de los que gobiernan. Agora considera cómo no es malo el oficio de los que tratan las armas. Todo el bien que has oido puede haber en la república, éstos lo guardan; ellos son la causa de la seguridad del pueblo, por los cuales no osan los que mal nos quieren venir á perturbarnos. Ellos visten hierro, sufren hambre, sufren cansancio por no sufrir el yugo de los enemigos, y han por mejor padecer aquestas cosas que padecer vergüenza, y sudar en los campos sirviendo á la virtud, que sudar aprisionados en servicio de sus enemigos. Si vencen, alcanzan gloria para sí y descanso para los suyos; y si mueren siendo vencidos, no han menester la vida, pues en ella no tenian libertad. Cuanto más, que estos espantos de hombres flacos son los deleitos de hombres fuertes. Sufrir las armas, andar en cercos, defender los muros ó combatir con ellos, y las otras durezas de la guerra no son pena de los animosos, sino ejercicios de virtud, en los cuales se deleitan y gozan del excelente dón que en su pecho tienen. Las heridas no las sienten con el amor de buenos hechos, y su sangre dan por bien empleada cuando verterla ven por la salud de sus tierras; entónces se juzgan ser bienaventurados, cuando han hecho lo que la virtud les amonesta. No tienen en nada ver sus cuerpos llagados ó dispuestos á morir, si el ánima tiene vida sin lision ninguna. Pero aunque es así, yo bien confieso, Aurelio, que algunos hay que carecen destas excelencias, mas es por sus vicios, no por culpa del estado; que así éste como los otros de la vida humana, de que habemos hablado, todos son tales como es la intencion de quien los sigue; no hay ninguno dellos malo para los buenos, ni bueno para los malos. El hombre que escoge estado en que vivir él y sus pensamientos, con voluntad de tratarlo como le mostráre la razon, vive contento y tiene deleite; mas el que por fuerza siguiendo uno, muestra que tiene los ojos y el deseo en los otros más altos, sin templanza y sin concierto, éste vive disipado y apartado de sí mismo, atormentado de lo que posee y atormentado de lo que desea. Así que, nosotros tenemos libre poderío de nos hacer exentos de los escarnios de fortuna, en los cuales quien cayere, con mucha razon será atormentado, pues él mismo se le dió. Por lo cual, ántes me parece que la fortuna es buena para amonestar los hombres á que cada uno se contente de su estado, que no para dar descontentamiento con deseo del ajeno. Ella se declara por muchos ejemplos, y no tiene la culpa de los males que tras ella se padecen, sino tiénela quien por descuido ó ceguedad no los considera; y tanto más es culpado quien la sigue, cuanto más clara se conoce la vecindad que tenemos con la muerte, donde habemos de dejar el bien deste mundo, pero no con tanto tormento como tú, Aurelio, representabas. No es tan cruel nuestra muerte, ni el alma deja el cuerpo en aquellas agonías que dijiste, pues como sabes, en tal pelea lo primero que el hombre pierde es el sentido, sin el cual no hay dolor ni agonía. Que estos gestos que vemos en los que mueren, movimientos son del cuerpo, no del alma, que entónces está adormida. Mas quiso Dios que nos pareciese comunmente la muerte tan espantable, con señales de tormento, porque á los que la buscan con deseo de acabar sus males, les pareciese que es ella otro mayor; y así cada uno ántes quisiese padecer vida miserable, que buscar remedio en la muerte, la cual si nos pareciera fácil y suave, los afligidos que andan olvidados de las penas del infierno, no temiendo las del morir, dejarian la vida, y padeciera el género humano muy gran detrimento. Así que, los espantos de la muerte no son sino guardas de la vida, por la cual es verdad, como dijiste, que pasamos acelerados. Pero si tú porfías que hay tantos males en la vida, ¿qué mejor remedio pudo haber que en breve pasarlos? ó ¿qué mal hallas tú en la muerte, pues es el fin de la vida, donde dices que hay tantas aflicciones? No es la muerte mala sino para quien es mala la vida; que los que bien viven, en la muerte hallan el galardon, pues por ella pasan á la otra vida más excelente, con deseo de la cual lloraba David, porque los dias de su tardanza le eran prolongados. San Pablo, acordándose que le fué en revelacion mostrada, siempre deseaba su muerte, por pasar por ella á la vida perdurable, que, como él dice: «Ni ojos la vieron, ni la oyeron los oidos, ni el corazon la comprende»; mas entendemos della que Dios soberano es el fundamento de la gloria, que se descubre todo claro para que en él apacienten sus entendimientos altos los espíritus bienaventurados, y se harten do su amor suavísimo, sin temor alguno de perder jamas tan alto bien, mas ántes con esperanza de recobrar sus cuerpos que tienen en deseo, por hallarse en aquellos mismos castillos do se defendieron de los vicios y ganaron tanta gloria. El dia postrero se los darán no corruptibles, no graves ni enfermos, sino hechos perdurables con eterna salud y con movimiento fácil, hermosos y resplandecientes, así como son las estrellas, y con todos los otros dones que les pertenecen, para ser moradas donde vivan las almas, á quien hace Dios aposento de su gloria. Allí se verán los buenos libres del profundo del infierno, do está la multitud de los espíritus dañados; allí se verán en los cielos ensalzados y acompañados de los ángeles, manteniendo el entendimiento en la divina sabiduría, hartando su voluntad con amor de la gran bondad de Dios, apacentando los ojos corporales en aquella carne humana con que Dios nos quiso parecer. Y verémos en su cuerpo las señales de las heridas que sufrió, que fueron las llaves con que nos abrió el reino donde entónces estarémos. Y al fin, allí ensalzados sobre la luna y el sol y las otras estrellas, verémos cuanto viéremos, todo para crecimiento de nuestra gloria, que Dios nos dará, como padre liberal á hijos muy amados. Éste es el fin al hombre constituido; no la fama ni otra vanidad alguna, como tú, Aurelio, decias. Y éste es tan alto, que aunque se puede considerar cuán excelente será, pues se dará Dios al hombre en su eterna bienaventuranza,

como ántes decia, sin que ya tengamos más que decir dél, habiéndolo ensalzado Dios para tanta grandeza. Tú, Dinarco, verás agora lo que te conviene juzgar del hombre, conforme á la grande estima que Dios ha hecho dél.

Din. Yo no tengo más que juzgar, de tenerte, Antonio, por bien agradecido en conocer y representar lo que Dios ha hecho por el hombre; y preciar tambien mucho tu ingenio, Aurelio, pues en causa tan manifiesta hallaste, con tu agudeza, tantas razones para defenderla. Y vámonos; que ya la noche se acerca, sin darnos lugar que lleguemos á la ciudad ántes que del todo se acabe el dia.

EL DOCTOR JUAN HUARTE DE SAN JUAN.

JUICIOS CRÍTICOS.

I. — DE FRAY LORENZO DE VILLAVICENCIO.

He visto este libro, y su doctrina toda es católica y sana, sin cosa que sea contraria á la fe de nuestra madre la santa Iglesia de Roma. Sin esto, es doctrina de grande y nuevo ingenio, fundada y sacada de la mejor filosofía que puede enseñarse. Son algunos lugares de la Escritura muy grave y eruditamente declarados. Su principal argumento es tan necesario de considerar de todos los padres de familia, que si siguiesen lo que en este libro se advierte, la Iglesia, la república y las familias tendrian singulares ministros y sujetos importantísimos.

II. — DE ESCASI (EL MAYOR).

(En la traduccion latina del libro de Huarte.)

Me ha parecido el más sutil entre los hombres doctos de nuestro siglo, á quien el público debe tributar supremas estimaciones, y que entre los escritores más excelentes, cuanto yo conozco, tiene un gran derecho para ser copiado de todos. Reprodujo en nuestros dias aquella fugitiva sutileza y libertad de opinar de los sabios antiguos, que los conducia directamente á su fin, como se ve por el título de su certámen para analizar lo más íntimo de la naturaleza, de tal modo y tan felizmente, que toda la posteridad que se le siga se penetrará de su gran mérito.

III. — DEL SEÑOR DON ANTONIO HERNANDEZ DE MOREJON.

(*Historia bibliográfica de la Medicina española.* — Tomo III.)

Lo que han escrito despues sobre el mismo objeto Pujasol y el padre Ignacio Rodriguez, de las Escuelas Pías, todo es copiado de la obra de este médico, que la llevó tan á cabo, que, no contento con haber dado las reglas para discernir en los hombres el ingenio más propio para cada arte ó ciencia, se entretuvo al fin de su escrito en declarar las señales de las mujeres aptas para concebir; los hombres con quienes habian de casar; las diligencias para que salieran varones, y no hembras, y para que los hijos fuesen ingeniosos, y conservarles el ingenio despues de nacidos, y mantenerles la salud, y ocho condiciones con que se han de criar para que tengan la salud y el ingenio que requieren las letras; cuyos pensamientos han copiado igualmente los autores de la célebre *Megalantropogenesia*. La aparicion del libro de este español produjo entre todos los médicos y filósofos de su tiempo una admirable y gustosa sensacion; y así es que la mayor parte de las naciones de Europa se apresuraron á traducirle en su idioma, como ya hemos insinuado. Huarte tiene derecho á ser considerado como uno de los médicos más juiciosos, instruidos y filó-

sofos de su tiempo. Escribió con arrogancia y valentía en un lenguaje puro y selecto, y su libro será siempre una de nuestras bellezas literarias. Sin apartarse Huarte de las doctrinas humorales que dominaban en las escuelas de su tiempo, y siguiendo al autor de la filosofía peripatética y al profundo Galeno, sienta principios enteramente nuevos, y deduce consecuencias que, si bien no estuvieron exentas de la crítica, son al ménos tan ingeniosas como sábias. En efecto, la obra del *Exámen de ingenios* no fué generalmente bien recibida, muchos no la miraron bajo el punto de vista que debian, y sólo vieron en ella una paradoja abortada por una imaginacion sutil.

Entre los que impugnaron á Huarte hay uno que merece, sin duda, que hagamos mencion de él, porque no fué ciertamente su objeto rebatir las doctrinas del exámen, llevado de un espíritu de contradiccion ó movido de alguna pasion poco generosa. Refiérome á un sabio extranjero, que con grande erudicion y ameno estilo ventiló las opiniones del español con mucha imparcialidad, sin acritud y *no con intencion de zaherirle*, como él dice. El autor de que hago mérito fue Jourdan Guibelet, célebre médico de Evreux, y su obra se titula *Exámen del exámen de los ingenios*, dada á luz en 1631; por consiguiente, cincuenta y seis años despues de Huarte. . . . . . .

Hé aquí el análisis de la obra de Huarte, por el cual se puede juzgar que, si bien el autor conoció algunas verdades, y supo atrevidamente publicarlas en su época, tambien escribió muchas paradojas, que nunca llegarán á ser más que un bello entretenimiento científico. Sin embargo, en medio de todo, debe considerarse como un autor de ingenio perspicaz, independiente y filosófico, un hombre lleno de ciencia y de ideas originales, y de un espíritu valiente, que supo arrostrar las preocupaciones de su siglo, y tratar con libertad filosófica sobre puntos verdaderamente espinosos en la época en que escribió.

IV. — DE DON ANASTASIO CHINCHILLA.

(*Anales históricos de la Medicina española en general, y biográfico-bibliográficos de la española en particular.* — Tomo I.)

Vamos á ocuparnos de la obra más filosófica, más sublime y más útil á todas las clases de la sociedad, que se ha escrito ántes y despues del siglo XVI. Tal es el *Exámen de ingenios*, de Huarte.

Todos los vicios, pasiones y virtudes, habilidades y torpezas que el hombre comete en sus acciones, y que nuestro médico ha querido explicar por el predominio del entendimiento, de la memoria é imaginativa, sus especies ó diferencias, las ha explicado el célebre Gall por el predominio de un órgano encefálico. Ya hemos visto que Huarte supuso que el cerebro debia estar compuesto de otros tantos géneros de instrumentos ú órganos, cuanto várias y áun diversas son las funciones intelectuales. Con mucha razon cita Gall á Huarte, pero con más todavía confesar debiera que la doctrina del español contribuyó en gran parte á su celebridad. Tal vez si no hubiera existido el *Exámen de ingenios*, no hubiera sido tan famosa y encomiada la craneoscopia ó craneología.

V. — DEL DOCTOR DON ILDEFONSO MARTINEZ Y FERNANDEZ.

(En las ilustraciones de la edicion del *Exámen de ingenios*. — Madrid, 1846.)

La primera noticia que tuve de la obra de nuestro Huarte fué la que someramente y por incidencia dió el ilustrado don Ramon Frau en sus amenas y bien desempeñadas *lecciones de fisiologia* explicadas en el Ateneo de Madrid. Apénas oí su título, procuré leer esta obra tan recomendable, y efectivamente lo conseguí, habiendo formado un extracto, y hablando muy especialmente de ella en una disertacion que leí al Ateneo Médico-quirúrgico-Matritense, en 18 de Abril de 1842,

ántes que el señor Morejon ni Chinchilla hubieran dado á luz sus opiniones relativamente á la obra en cuestion. Como mi disertacion tenía por epígrafe *Del influjo de lo físico en lo moral, y vice versa*, me ocupé de citar los sistemas de monsieur Lavater y de monsieur Gall, y entónces me expresaba, relativamente al último, en estos términos: «Con respecto á Gall, debo manifestar que he hablado de la *craneoscopia*, y no de su sistema, que merece más consideracion y está detallado en el *Exámen de ingenios* de nuestro Huarte, en el que se encuentran las verdades fundamentales del sistema del profesor aleman... La obra de este sabio compatricio es una de aquellas que formó época, no sólo en la medicina patria, sino en la europea, y los hombres sabios de todas las naciones aprecian el mérito de este español insigne, cuya obra, escrita con fluidez y lógica profunda, llena de máximas filosóficas y pensamientos grandes, debe considerarse con tanto mayor mérito, cuanto que Huarte no podia aún expresar sus ideas de filosofía natural (como con muchos rodeos, y no sin gracia, refiere él mismo) respecto de ciertas cuestiones teológicas, teniendo que acudir siempre al velo misterioso de la fe para sancionar verdades que muy fácil le hubiese sido demostrar si hubiera estado á su arbitrio cambiar las vallas que se lo impedian; mas, sin embargo de esto, él será siempre respetado por los que, amantes de la humanidad, le consulten, y para el filósofo pensador que le analice y juzgue, remontándose á la época en que escribió, mirándole como un oráculo de elocuencia, de medicina y filosofía, dechado de modestia y claridad, y modelo de las virtudes de nuestros antepasados. Bien quisiera dar el análisis de la obra de este autor tan apreciable, y hacer el paralelo entre él y Gall; pero no es asunto del momento, ni tampoco de una línea, para que yo me ocupe de ese paralelo, por lo que dejo á plumas mejor cortadas que la mia hacer esa manifestacion al orbe literario.» Así me expresaba yo cuando no habia meditado suficientemente sobre el contenido de esta obra, sin haber visto ningun juicio crítico de ella, más que unas cortas líneas que le dedica el abate Cerise en su *Impugnacion á la frenología*.

Ahora, habiendo meditado más sobre el mismo asunto, y viendo que ninguno, que yo sepa, se ha ocupado de exponer la semejanza y la diferencia entre Gall y Huarte, pues una nota que expone el señor Chinchilla es sobradamente corta y no da una cabal idea, paso á exponer los dogmas frenológicos y las doctrinas de Huarte, haciendo ver la semejanza ó diferencia que entre ambas haya.

1.ª «Las facultades, ó lo que es lo mismo, las capacidades é inclinaciones son innatas, y por consecuencia, no son resultado de la educacion.» (*Gall.*)

Prueba por una multitud de ejemplos que, siendo la disposicion innata, la educacion podria modificar algo, pero nunca agotar lo que naturaleza crió para un objeto determinado; lo prueba tambien diciendo que el que es rudo para una ciencia, es hábil para otra, etc., etc.

«Pruébase por un ejemplo que si el muchacho no tiene el ingenio y habilidad que pide la ciencia que quiere estudiar, por demas es oirla de buenos maestros, tener muchos libros ni trabajar en ellos toda la vida.» (*Huarte.*) Ciertamente se ve aquí la misma idea vertida con diferentes palabras, puesto que nuestro español trae una multitud de ejemplos que prueban suficientemente su asercion; entre otros, el del famoso jurisperito Baldo, que jamas hubiese sido sino un muy mediano médico, y fué en leyes el hombre más consumado; trata de probarlo diciendo que bien así como hay tierra que lleva mejor cebada que no trigo, y otra centeno que avena, así sucede con los hombres. ¿En quién, pues, está la originalidad, en Huarte, ó en Gall, que escribió cerca de trescientos años despues? El lector imparcial será quien, en vista de esta simple enunciacion, fallará.

2.ª «A cada facultad del alma y á cada inclinacion del corazon corresponde un órgano especial, por el cual obra cada una de ellas; pues no se puede presentar una fuerza en accion si no se representa una cosa material que obre.» (*Gall.*)

«Pero si es verdad que cada obra requiere particular instrumento, necesariamente allá dentro en el cerebro ha de haber órgano para el entendimiento, órgano para la imaginativa y otro diferente para la memoria, porque si todo el cerebro estuviera organizado de una misma manera, ó todo fuera memoria, ó todo imaginativa, ó todo entendimiento, y vemos que hay obras muy diferentes; luego forzosamente ha de haber variedad de instrumentos.» (*Huarte.*)

Veamos, pues, si efectivamente no son las mismas ideas las que dominan en la redaccion y pensamiento de ambos autores; de consiguiente, inútil es decir á quién se debe ese modo de pensar, porque si es una verdad, tenemos derecho á reclamarla, y si un error, igualmente; pues, como hemos dicho más arriba, la verdad y el error son el patrimonio del hombre, y nosotros,

como españoles, queremos conservar el recuerdo de nuestras glorias, y el no ménos necesario de nuestros errores, para conseguir la una y evitar los otros.

3.ª «Las disposiciones del alma y del corazon se ejercitan en el cerebro. Para probarlo recurre á que cuanta más inteligencia tiene un animal, tanta mayor es su masa cerebral.» (*Gall.*)

«El cerebro es el asiento principal del alma racional, y ya ningun filósofo niega en esta era que el cerebro es el órgano que naturaleza ordenó para que el hombre fuese sabio y prudente.» (*Huarte.*) Admite cuatro condiciones necesarias para bien desempeñar las funciones, que son: primera, buena compostura; segunda, que sus partes estén bien unidas; tercera, que la frialdad no exceda á la sequedad, ni ésta á aquélla; y cuarta, que esté compuesto de partes sutiles y muy delicadas. Despues se extiende en la figura, en la cantidad ó masa, y es casi en todo muy semejante á Gall, si no más afortunado.

4.ª «Las inclinaciones son separadas é independientes, y por lo mismo los órganos tienen partes distintas en el cerebro.» (*Gall.*) Lo comprueba con las enajenaciones parciales y otros casos muy curiosos.

«Es necesario que en el cerebro haya cuatro ventrículos separados y distintos, cada uno puesto en su sitio y lugar.» (*Huarte.*) Discurre lo mismo casi que Gall, y añade que, no apareciendo diferentes los ventrículos á la vista, hay que recurrir á las cuatro cualidades radicales para expresar aún mejor la independencia de facultades.

5.ª «Siendo innatos los órganos de las disposiciones, su forma es originariamente determinada.» (*Gall.*)

Huarte dice que «Dios organizó primero el cuerpo de Adan ántes que criase el alma. Esto mismo acontece ahora, salvo que naturaleza engendra el cuerpo, y en la última disposicion cria Dios el ánima en el mismo cuerpo.» Y más adelante añade que «si el cerebro tiene el temperamento que piden las ciencias naturales, no era menester maestro que nos enseñára.»

Hé aquí tambien una casi copia de Gall de los pensamientos de profundo español, aunque vestidos con otros atractivos para que no se conozca el plagio de las ideas, ya que el de las palabras no pudiera justificarse.

6.ª «El desarrollo de un órgano está en relacion de la fuerza de la facultad ó manifestacion.» (*Gall.*)

Huarte no se ócupa de esta cuestion de una manera muy explícita, pero sí anuncia que las facultades están en razon directa de la mejor organizacion cerebral; lo cual es sin disputa más cierto que determinar órganos particulares, cuya existencia es difícil comprobar.

7.ª «El cerebro imprime á la superficie interior y exterior del cráneo su figura, y de aquí que es muy posible de la figura del cráneo deducir los órganos y sus facultades.» (*Gall.*)

Huarte, ó ménos adelantado en esto que el sabio aleman, ó más filósofo y profundo, sólo dió una nocion general de craneoscopia, á saber: que la cabeza fuese bien conformada, achatada algun tanto por los lados, como una naranja aplastada por los polos; pero no dijo más, y en mi concepto tuvo razon, pues la localizacion de los órganos, ó la craneoscopia, no pasa de ser una paradoja sin aplicacion á la práctica y destituida de fundamento.

Decimos esto en cuanto á la localizacion, porque siendo imposible el poder colocar en qué punto fijo, determinado y anatómico se encuentran los órganos de las facultades, es imposible, consiguientemente, alcanzar por la inspeccion del cráneo las facultades del entendimiento y las inclinaciones; si se hace, no es más que una cábala, que para que una vez se acierte se fallará dos mil; en una palabra, la craneoscopia, que no es ni áun arte ó ciencia conjeturable, si se atiende á la manera detallada y precisa que Gall establece, bien pudiera ser algo en el sentido que expone Huarte, á saber, en el conjunto; porque es observacion que las cabezas mal conformadas tienen alguna relacion con deformidad en las facultades, sin que hasta hoy se haya supuesto que á tal cabeza corresponde tal ó cual eminencia de facultad; de la misma manera que es observacion muy cierta que la fisonomía expresa los sentimientos del alma, pero no que tener tal ó cual nariz, la boca mayor ó menor, las orejas más chicas ó grandes, sean signos de depravacion ó bondad, de tal ó cual talento, como pretendia Lavater; lo primero son los hechos y la ciencia, lo segundo el sistema y el exclusivismo; nosotros debemos rechazar éstos y abrazar los otros, pues es la verdadera senda de la filosofía y de los hombres pensadores.

Como mi ánimo no es analizar el valor que puedan tener ó no el sistema frenológico y el fisiognomónico, sino, por el contrario, comparar entre sí á Gall y Huarte, me pareció necesario

probar que miéntras desenvuelve el aleman principios reconocidos en la ciencia, le habia precedido el español, y cuando éste no se habia ocupado de la localizacion tan detallada como lo hace aquél, es claro, en mi sentir, que fué más filosófico y pensador que el fundador de la escuela frenológica. Bien sé que Gall era hombre de erudicion inmensa y de recursos poco comunes, pero mídase la época en que escribió, compárese con aquella en que lo hizo nuestro compatricio, y dígase francamente en quién hubo más originalidad, más talento para desenvolver su pensamiento, y hasta más explicaciones de la misma doctrina que se establece, y yo no dudo en afirmar que es más el mérito de Huarte que no el tan decantado de Gall. Se me dirá que la parte anatómica del cerebro es una cosa original en la fisiología del doctor aleman, y que ciertamente no la habrá copiado del español; en efecto, yo contesto que es así, y favorecen mucho á Gall esas minuciosas descripciones y la preparacion en la diseccion; pero tambien sé decir, con su ilustrado compañero Spurzeim, que por más que se disequen cerebros y se mire su estructura, esto nada añadirá á la manera de explicacion de los fenómenos intelectuales; y efectivamente es así, pues el problema es más alto que saber de dónde toman origen los nervios y cómo se forman las capas cerebrales.

«El modo de considerar Gall las disposiciones es enteramente nuevo, pues lo que los demas han mirado como facultades, él lo coloca en el número de los modos de accion de las facultades y de los instintos; de consiguiente, esto no lo ha tomado del español Huarte, y siendo indudable que una verdad corresponde ménos á quien la enuncia que á aquel que la demuestra, es evidente que el profesor aleman tiene más mérito y originalidad que el autor español.»

Los que así se expresan no han meditado bien la cuestion que nos ocupa, porque es indudable que si hubiesen leido con detencion á Huarte, habrian encontrado que habla de talentos y disposiciones para las ciencias, y refiriéndose á ellos, dice que es muy verdad que quien hace hábil para las ciencias es naturaleza; que si ésta no hay, de más son todas las otras condiciones; bien así como no es posible hacer parir á una que no esté preñada, así tampoco es hacedero dar talento y ciencia á quien nació sin disposicion para ella. Hay más: si se trata de analizar filosófica y profundamente ambos sistemas, es muy fácil convencerse que el haber mirado como talentos una multitud de actos de las facultades del entendimiento y de la voluntad, como ha hecho Gall, no es nuevo; pues de muy antiguo se ha dicho que tal sujeto era de mala secta, de mala entraña, y que por demas era educarle bien, porque al fin los habi de chasquear y hacer su inclinacion. ¿Qué ha añadido Gall á esta doctrina? Unicamente el de que cada una de estas inclinaciones, buènas ó malas, tenía un órgano cerebral, y tratar de hacer un imposible, á saber: localizar este instinto, dando reglas para reconocerle por la inspeccion del cráneo; de consiguiente, en esto tiene menos mérito que nuestro insigne autor.

VI. — DE FERNANDO DENIS.

(En la *Biografía universal*, de Didot, bajo la direccion del doctor Hœfer.)

El libro no está completamente ignorado, y los últimos trabajos filosóficos del siglo le han dado una justa celebridad. Huarte establece sobre las bases de la fisiología la influencia de lo físico sobre lo moral. En medio de teorías demasiado atrevidas, tales como un sistema acerca de la generacion, que puede servir de base á los sistemas absurdos que enseñan el arte de crear los hombres de genio ó de procrear tal ó cual sexo, se hallan en Huarte ideas atrevidas y que se adelantan á la época en que fueron emitidas, y se acercan al sistema frenológico del doctor Gall. Se conoce que son debidas á un talento constante y curioso, y á un observador profundo, que tiene originalidad en los pensamientos y en la expresion. La metafísica y la fisiología del *Exámen* no serán muy admitidas el dia de hoy, pero la obra no deja por eso de ser ménos notable, y tenerse por excelentes sus preceptos higiénicos para la educacion física é intelectual de los niños. Huarte tenía gran erudicion, pero estaba falto de crítica; censura de que no se libra ninguno de sus contemporáneos.

EXAMEN DE INGENIOS.

A LA MAJESTAD DEL REY NUESTRO SEÑOR DON FELIPE II.

PROEMIO.

Para que las obras de los artífices tuviesen la perfeccion que convenia al uso de la república, me pareció, Católica Real Majestad, que se habia de establecer una ley. Que el carpintero no hiciese obra tocante al oficio del labrador, ni el tejedor del arquitecto, ni el jurisperito curase, ni el médico abogase, sino que cada uno ejercitase sólo aquel arte para el que tenía talento natural, y dejase los demas (1).

Porque considerando cuán corto y limitado es el ingenio del hombre para una cosa no más, tuve siempre entendido que ninguno podia saber dos artes con perfeccion, sin que en la una faltase; y porque no errase en elegir la que á su natural estaba mejor, habia de haber diputados en la república, hombres de gran prudencia y saber, que en la tierna edad descubriesen á cada uno su ingenio, haciéndole estudiar por fuerza la ciencia que le convenia y no dejarlo á su eleccion. De lo cual resultaria en los estados y señoríos de vuestra majestad haber los mayores artífices del mundo y las obras de mayor perfeccion, no más de por juntar el arte con naturaleza. Esto mismo quisiera yo que hicieran las academias de estos reinos, que pues no consienten que el estudiante pase á otra facultad, no estando en la lengua latina perito, que tuvieran tambien examinadores para saber si el que quiere estudiar dialéctica, filosofía, medicina, teología ó leyes tiene el ingenio que cada una de estas ciencias ha menester, porque si no, fuera del daño que éste tal hará despues en la república, usando su arte mal sabido, es lástima ver á un hombre trabajar y quebrarse la cabeza en cosa que es imposible salir con ella. Por no hacer hoy dia esta diligencia han destruido la cristiana religion los que no tenian ingenio para teología, y echan á perder la salud de los hombres los que son inhábiles para medicina, y la jurisprudencia no tiene la perfeccion que pudiera, por no saber á qué potencia racional pertenece el uso y buena interpretacion de las leyes. Todos los filósofos antiguos hallaron por experiencia que donde no hay naturaleza que disponga al hombre á saber, por demas es trabajar en las reglas del arte (2).

Pero ninguno ha dicho con distincion ni claridad qué naturaleza es la que hace al hombre hábil para una ciencia, y para otra incapaz; ni cuántas diferencias de ingenio se hallan en la especie humana; ni qué artes y ciencias corresponden á cada uno en particular; ni con qué señales se habia de conocer qué era lo que más importaba. Estas cuatro cosas (aunque parecen imposibles) contienen la materia sobre que se ha de tratar, fuera de otras muchas que se tocan á propósito de esta doctrina, con intento que los padres curiosos tengan arte y manera para descubrir el ingenio á sus hijos, y sepan aplicar á cada uno la ciencia en que más ha de aprovechar; «que es un aviso que Galeno cuenta haberle dado un demonio á su padre, al cual le aconsejó, estando durmiendo, que hiciese estudiar á su hijo medicina, porque para esta ciencia tenía ingenio único y singular»; de lo cual entenderá vuestra Majestad cuánto importa á la república que haya en ella esta eleccion y exámen de ingenios para las ciencias, pues de estudiar Galeno medicina, resultó tanta salud á los enfermos de su tiempo, y para los venideros dejó tantos remedios escritos (3).

Y si como Baldo (aquel ilustre varon en derecho) estudió medicina, y la usó, pasára adelante con ella, fuera un médico vulgar (como ya realmente lo era) por faltarle la diferencia de ingenio que esta ciencia ha menester, y las leyes perdieran una de las mayores habilidades de hombre que para su declaracion se podia hallar (4).

Queriendo, pues, reducir á arte esta nueva manera de filosofar y probarla en algunos ingenios, luégo me ocurrió el de vuestra majestad, por ser más notorio, de quien todo el mundo se admira, viendo un príncipe de tanto saber y prudencia, del cual aquí no se puede tratar sin hacer fealdad en la obra. El penúltimo capítulo es su conveniente lugar, donde vuestra majestad verá la manera de su ingenio, y el arte y letras con que habia de aprovechar la república, si como es rey y señor nuestro por naturaleza, fuera un hombre particular. *Vale.*

(1) *Nemo ærarius simul et lignarius faber fit: duas enim artes, aut studia duo, diligenter exercere humana natura non potest.* (Plato, *De legibus.*)

(2) El estudiante que aprende la ciencia que no viene bien con su ingenio, se hace esclavo de ella; y así dice Platon: *Non decet liberum hominem cum servitute disciplinam aliquam discere; quippe ingentes corporis labores vi suscepti, nihilo deterius corpus afficiunt; nulla verò animæ violenta disciplina estabilis est.* (*Diálogo del justo.*)

(3) *Patris evidenti in somnio moniti ad medicina studium excolendum venimus.* (Lib. IX. *Meth.*, cap. IV.) «Los demonios tratan con los hombres con mucha familiaridad, pero para una verdad que les dicen de importancia, les encajan mil mentiras.» Está suprimido en las expurgadas. (*N. de la R.*)

(4) Baldo debió dejar la medicina y estudiar leyes, por lo que dijo Ciceron en esta sentencia: *Qui igitur ad naturæ suæ non vitiosæ genus consilium vivendi omne contulerit; id constantiam teneat: id maximè decet, nisi forte se errasse intellexerit in diligendo genere vitæ.* (Ciceron, lib. I. *Offic.*)

PROEMIO AL LECTOR.

Cuando Platon queria enseñar alguna doctrina grave, sutil y apartada de la vulgar opinion, escogia de sus discípulos los que á él le parecian de más delicado ingenio, y á solos éstos decia su parecer, sabiendo por experiencia que enseñar cosas delicadas á hombres de bajo entendimiento, era gastar el tiempo en vano, quebrarse la cabeza y echar á perder la doctrina. «La misma eleccion hacia Cristo, nuestro Redentor, entre sus discípulos, cuando queria enseñarles alguna doctrina muy alta. Como pareció en la transfiguracion, que eligió á san Pedro, á san Juan y á Santiago. La razon por que á éstos, y no á los otros, él lo sabía (1).»

Lo segundo que hacia, despues de la eleccion, era prevenirlos con algunos presupuestos claros y verdaderos, y que no estuviesen léjos de la conclusion, porque los dichos y sentencias que de improviso se publican contra lo que el vulgo tiene persuadido, no sirven de más, al principio (no haciéndose tal prevencion), que alborotar al auditorio y enojarle; de manera que viene á perder la pía afeccion y aborrecer la doctrina. Esta manera de proceder quisiera yo poder guardar contigo, curioso lector, si hubiera forma para poderte primero tratar y descubrir á mis solas el talento de tu ingenio, porque si fuera tal cual convenia á esta doctrina, apartándote de los ingenios comunes, en secreto te dijera sentencias tan nuevas y particulares, cuales jamas pensaste que podian caer en la imaginacion de los hombres. Pero como no se puede hacer, habiendo de salir en público para todos esta obra, no es posible dejar de alborotarte, porque si tu ingenio es de los comunes y vulgares, bien sé que estás persuadido que el número de las ciencias y su perfeccion há muchos dias que por los antiguos está ya cumplido, movido con una vana razon, que pues ellos no hallaron más que decir, argumento es que no hay otra novedad en las cosas; y si por ventura tienes tal opinion, no pases de aquí ni leas más adelante, porque te dará pena ver probado cuán miserable diferencia de ingenio te cupo. Pero si eres discreto, bien compuesto y sufrido, decirte he tres conclusiones muy verdaderas, aunque por su novedad son dignas de grande admiracion.

La primera es, que de muchas diferencias de ingenio que hay en la especie humana, sola una te puede, con eminencia, caber, si no es que naturaleza, como muy poderosa, al tiempo que te formó, echó todo el resto de sus fuerzas en juntar solas dos ó tres, ó por más no poder, te dejó estulto y privado de todas (2).

La segunda, que á cada diferencia de ingenio le corresponde, en eminencia, sola una ciencia no más; de tal condicion, que si no aciertas á elegir la que corresponde á tu habilidad natural, tendrás de las otras gran remision aunque trabajes dias y noches.

La tercera, que despues de haber entendido cuál es la ciencia que á tu ingenio más le corresponde, te queda otra dificultad mayor por averiguar, y es: si tu habilidad es más acomodada á la práctica que á la teórica, porque estas dos partes (en cualquier género de letras que sea) son tan opuestas entre sí y piden tan diferentes ingenios, que la una á la otra se remiten, como si fuesen verdaderos contrarios. Duras sentencias son (yo lo confieso); pero otra cosa tiene de más dificultad y aspereza, que de ellas no hay á quién apelar, ni poder decir de agravios, porque siendo Dios el autor de naturaleza, y viendo que ésta no da á cada hombre más que una diferencia de ingenio (como atras dije) por la oposicion ó dificultad que de juntarlas hay, se acomoda con ella, y de las ciencias que gratuitamente reparte entre los hombres, por maravilla da más que una en grado eminente.

Divisiones vero gratiarum sunt (3), *idem autem spiritus; et divisiones operationum sunt, idem vero Deus, qui operatur omnia in omnibus: unicuique autem datur manifestatio spiritus ad utilitatem; alii quidem datur per spiritum sermo sapientiæ, alii autem sermo scientiæ, secundum eundem spiritum, alteri fides in eodem spiritu, alii gratia sanitatum in uno spiritu, alii operatio virtutum, alii prophetia, alii discretio spirituum, alii genera linguarum, alii interpretatio sermonum. Hæc autem omnia operatur unus atque idem spiritus, dividens singulis prout vult.*

«Este repartimiento de ciencias, yo no dudo sino que le hace Dios, teniendo cuenta con el ingenio y natural disposicion de cada uno, porque los talentos que repartió por san Mateo, dice el mismo evangelista Mateo, capítulo xxv, que los dió *unicuique secundum propiam virtutem*. Y pensar que estas ciencias sobrenaturales no piden ciertas disposiciones en el sujeto ántes que se infundan, es error muy grande (4).»

Porque cuando Dios formó á Adan y Eva, es cierto que primero que los llenase de sabiduría, les organizó el cerebro de tal manera que la pudiesen recibir con sabiduría, y fuese cómodo instrumento para con ella poder discurrir y raciocinar.

Y así dice la divina Escritura: *Et cor dedit illis excogitandi, et disciplina intellectus replevit illos.* Y que segun la diferencia de ingenio que cada uno tiene, se infunda una ciencia y no otra, ó más ó ménos de cada cual de ellas, es cosa que se deja entender en el mismo ejemplo de nuestros primeros padres; porque llenándolos Dios á ambos de sabiduría, es conclusion ave-

(1) Falta este trozo en todas las ediciones que tengo á la vista, á saber: en la de 1603 de la oficina Plantiniana, y en la de 1662 de Amsterdam; igualmente se suprimió en la de 1640 de Alcalá.

(2) En España no puede naturaleza juntar más que dos diferencias de ingenios, y tres en Grecia.

(3) Paul., 1 *ad Cor.*, cap. xii.

(4) La razon de esto es, que las ciencias sobrenaturales se han de sujetar en el ánima racional, y el ánima está sujeta al temperamento y compostura del cuerpo como forma sustancial. (Aristóteles, lib. ii *De anima*. *Eccles.*, 17.)

riguada que le cupo ménos á Eva. Por la cual razon dicen los teólogos (1) que se atrevió el demonio de engañarla, y no osó tentar al varon, temiendo su mucha sabiduría. La razon de esto es (como adelante probarémos) que la compostura natural que la mujer tiene en el cerebro, no es capaz de mucho ingenio ni de mucha sabiduría.

En las sustancias angélicas hallarémos tambien la misma cuenta y razon; porque para dar Dios á un ángel más grados de gloria y más subidos dones, le da primero más delicada naturaleza; y preguntando á los teólogos de qué sirve esta naturaleza tan delicada, dicen que el ángel que tiene más subido entendimiento y mejor natural, se convierte con más facilidad á Dios, y usa del dón con más eficacia, y que lo mismo acontece en los hombres. De aquí se infiere claramente que pues hay eleccion de ingenios para las ciencias sobrenaturales, y que no cualquiera diferencia de habilidades es cómodo instrumento para ellas, que las letras humanas con más razon la pedirán, pues la han de aprender los hombres con las fuerzas del ingenio. Saber, pues, distinguir y conocer estas diferencias naturales del ingenio humano, y aplicar con arte á cada una la ciencia en que más ha de aprovechar, es el intento de esta mi obra.

«... ¡Oh cuán bueno y felice sería para la buena administracion de la república, el acertar á unir la ciencia con el ingenio y talento de cada uno! »

Sed pauci, quos æquos amavit, etc. (2).

Si saliere con él (como lo tengo propuesto) darémos á Dios la gloria de ello; pues de su mano viene lo bueno y acertado; y si no, bien sabes, discreto lector, que es imposible inventar un arte, y poderla perfeccionar, porque son tan largas y espaciosas las ciencias humanas, que no basta la vida de un hombre á hallarlas y darlas la perfeccion que han de tener. Harto hace el primer inventor en apuntar algunos principios notables, para que los que despues sucedieren, con esta simiente tengan ocasion de ensanchar el arte, y ponerla en la cuenta y razon que es necesaria. Aludiendo á esto Aristóteles, dice que los errores de los que primero comenzaron á filosofar se han de tener en gran veneracion; porque como sea tan dificultoso el inventar cosas nuevas, y tan fácil añadir á lo que ya está dicho y tratado, las faltas del primero no merecen, por esta razon, ser muy reprendidas, ni al que añade se le debe mucha alabanza. Yo bien confieso que esta mi obra no se puede escapar de algunos errores, por ser la materia tan delicada, y donde no habia camino abierto para poderla tratar. Pero si fuesen en materia donde el entendimiento tiene lugar de opinar, en tal cosa te ruego, ingenioso lector, ántes que dés tu decreto, leas primero toda la obra, y averigües cuál es la manera de tu ingenio, y si en ella hallares alguna cosa que á tu parecer no esté bien dicha, mira con cuidado las razones que contra ella más fuerza te hacen; y si no las supieres soltar, torna á leer el capítulo XIII, que en él hallarás la respuesta que pueden tener. *Vale* (3).

PROSÍGUESE EL SEGUNDO PROEMIO, Y DASE LA RAZON POR QUE LOS HOMBRES SON DE DIFERENTE OPINION EN LOS JUICIOS QUE HACEN.

Una duda me ha traido fatigado el ingenio muchos dias há, pensando, curioso lector, que su respuesta era muy oculta al juicio y sentido de los hombres. Lo habia siempre disimulado, hasta que ya (molestado de ocurrirme tantas veces á la imaginacion) propuse en mí de saber su razon natural, aunque me costase cualquiera trabajo. Y es, de dónde puede nacer que siendo todos los hombres de una especie indivisible, y las potencias del alma racional, memoria, entendimiento y voluntad, de igual perfeccion en todos, y lo que más aumenta la dificultad es que siendo el entendimiento potencia espiritual y apartada de los órganos del cuerpo, con todo eso vemos por experiencia que si mil hombres se juntan para juzgar y dar su parecer sobre una misma dificultad, cada uno hace juicio diferente y particular, sin concertarse con los demas, por donde se dijo:

Mille hominum species et rerum discolor usus
Velle suum cuique est, nec voto vivitur uno.

Ningun filósofo antiguo ni moderno, que yo haya visto, ha tocado esta dificultad, asombrados, á mi ver, de su gran oscuridad, aunque todos los veo querellosos del vario juicio y apetito de los hombres, por donde me fué forzado echar el discurso á volar, y aprovecharme de la invencion, como en otras dificultades mayores que no han tenido primer movedor. Y discurriendo hallé por mi cuenta que en la compostura particular de hombres hay una causa natural, que involuntariamente los inclinaba á diversos pareceres, y que no es ódio ni pasion, ni ser los hombres detractores y amigos de contradecir (como piensan los que escriben cartas nuncupatorias á sus Mecénas, pidiéndoles contra ellos ayuda y favor); pero cuál fuese esta causa en particular, y de qué principios pueda nacer, aquí estuvo el dolor y trabajo. Para lo cual es de saber que fué antigua opinion de algunos médicos graves que todos los hombres que vivimos en regiones destempladas estamos actualmente enfermos y con alguna lesion, aunque por haberno engendrado y nacido con ella, y no haber gozado de otra mejor templanza, no lo sentimos.

Pero advirtiendo en las obras depravadas que hacen nuestras potencias, y en los descontentos que cada hora pasan por nosotros, sin saber de qué ni por qué, hallarémos claramente que no hay hombre que pueda decir con verdad que vive sin achaque ni dolor. Todos los médicos afirman que la perfecta salud del hombre es-

(1) *Serpens tentavit mulierem, in qua minus quam in viro rationem vigere novit.* (Lib. II, *Sentent.* Divus Thomas, II part., q. 92, art. 6.)

(2) Variante de la primera edicion y que falta en las demas: aquí remata el primer prólogo de la primera edicion; lo demas es de las posteriores.

(3) Aquí concluye el prólogo segundo de la edicion de 1603 y la de 1662; en la de 1640 de Alcalá se inserta el que sigue á éste en el texto, y segun Chinchilla, en la de Medina, de 1603, existe igualmente.

triba en una conmoderacion de las cuatro calidades primeras, donde el calor no excede á la frialdad, ni la humedad á la sequedad, de la cual declinando, es imposible que pueda hacer tan bien sus obras como ántes solia. Y está la razon clara: porque si con la perfecta temperatura hace el hombre sus obras con perfeccion, forzosamente con la destemplanza, que es su contrario, las ha de hacer con alguna falta y lesion; pero para conservar aquella perfecta sanidad es necesario que los cielos influyan siempre unas mismas calidades, y que no haya invierno, estío ni otoño, y que el hombre no discurra por tantas edades, y que los movimientos del cuerpo y del alma sean siempre uniformes; el velar y dormir, las comidas y bebidas, todo templado y correspondiente á la conservacion de esta buena temperatura. Todo lo cual es caso imposible, así al arte de medicina como á naturaleza: solo Dios lo pudo hacer con Adan, poniéndolo en el paraíso terrenal, y dándole á comer del árbol de la vida, cuya propiedad era conservar al hombre en el punto perfecto de sanidad en que fué criado. Pero viviendo los hombres en regiones destempladas, sujetas á tantas mudanzas de aire al invierno, estío y otoño, y pasando por tantas edades, cada una de su temperatura, y comiendo unos manjares frios y otros calientes, forzosamente se ha de destemplar el hombre y perder cada hora la buena templanza de las primeras calidades; de lo cual es evidente argumento ver que todos cuantos hombres se engendran, nacen unos flemáticos y otros sanguíneos, unos coléricos, otros melancólicos, y por gran maravilla, uno templado, y á éste no le dará la buena temperatura un momento sin alterarse. A estos médicos reprende Galeno diciendo que hablan con mucho rigor (1), porque la sanidad de los hombres no consiste en un punto indivisible, sino que tiene anchura y latitud, y que las primeras calidades pueden declinar del perfecto temperamento sin caer luégo en enfermedad.

Los flemáticos se apartan notablemente por frialdad y humedad, y los coléricos por calor y sequedad, y los melancólicos por frialdad y sequedad, y todos viven salvos y sin achaque ni dolor, y aunque es verdad que éstos no hacen tan perfectas obras como los templados, pero pasan con ellas sin notable lesion y sin llamar al médico que se las corrija. Por la cual razon, el arte de medicina los guarda y conserva, como disposiciones naturales, aunque con esto confiesa Galeno que son destemplanzas viciosas, y que se han de tratar como si fueran enfermedades, aplicando á cada una sus calida- contrarias, para reducirlas, si fuese posible, á la ...ta sanidad, donde no hay dolores ni achaques. De ... es evidente argumento ver que nunca naturale- ...sus irritaciones y apetitos trata de conservar ...mplado con causas semejantes, sino siempre ...reducirle con contrarios, como si estuviese en- ... y así vemos que el colérico aborrece el estío y se ...on el invierno, el vino le abrasa y con el agua ... Que es lo que dijo Hipócrates: *Calidæ natu-* ... *aquæ potus et refrigeratio*. Pero para el ...y pretendo, impertinente es que estas destemplanzas sean enfermedades, como dijeron aquellos médicos antiguos, ó sanidades imperfectas, como confiesa Galeno, porque de la una y de la otra opinion se infiere claramente lo que yo quiero probar, y es, que por razon de las destemplanzas que los hombres padecen, y por no tener entera su composicion natural, están inclinados á gustos y apetitos contrarios, no solamente en la irascible y concupiscible, pero tambien en la parte racional. Lo cual se ve claramente discurriendo por todas las facultades que gobiernan al hombre destemplado: el que es colérico, segun las potencias naturales, desea alimentos frios y húmedos, y el flemático, calientes y secos. El colérico, segun la potencia generativa, se pierde por mujeres, y el flemático las aborrece; el colérico, segun la irascible, adora en la honra, en la vanagloria, imperio y mando, y ser á todos superior, y el flemático estima más hartarse de dormir que todos los señoríos del mundo, y donde se echa tambien de ver los varios apetitos de los hombres, es entre los mismos coléricos, flemáticos, sanguíneos y melancólicos, por razon de las muchas diferencias que ya hay de cólera, flema y melancolía; pero para que más claro se entienda que las várias destemplanzas y enfermedades que los hombres padecen, es la causa total de hacer varios juicios (en lo que toca á la parte racional), será bien poner ejemplo en las potencias exteriores, porque lo que fuere de ellas será tambien de las interiores. Todos los filósofos naturales convienen en que las potencias con que se han de hacer algun conocimiento, han de estar sanas y limpias de las calidades del objeto que han de conocer, sopena que harán juicios varios y todos falsos. Finjamos, pues, cuatro hombres enfermos en la compostura de la potencia visiva, y que el uno tenga en el humor cristalino una gota de sangre empapada, y otro de cólera, y otro de flema y otro de melancolía: si á éstos (no sabiendo ellos de su enfermedad) les pusiésemos delante un pedazo de paño azul para que juzgasen del color verdadero que tenía, es cierto que el primero diria que era colorado, y el segundo amarillo, y el tercero blanco, y el cuarto negro. Y todos lo jurarian y se reirian unos de otros como que erraban en cosa tan manifiesta y notoria. Y si estas cuatro gotas de humores las pasásemos á la lengua y les diésemos á beber un jarro de agua, el uno diria que era dulce, el otro amarga, el otro salada y el otro ácida. Veis aquí cuatro juicios diferentes en las potencias, por razon de tener cada una su enfermedad y ninguna atinó á la verdad.

La misma razon y proporcion tienen las potencias interiores con sus objetos, y si no, pasemos aquellos cuatro humores en mayor cantidad al cerebro, de manera que le inflamen, y verémos mil diferencias de locuras y disparates, por donde se dijo: cada loco con su tema. Los que no llegan á tanta enfermedad, parece que están en su juicio, y que dicen y hacen cosas convenientes, pero realmente disparatan, sino que no se echa de ver por la mansedumbre con que algunos proceden. Los médicos de ninguna señal se aprovechan tanto para conocer y entender si un hombre está sano ó enfermo, como mirarle á las obras que hace, y si éstas son buenas y sanas, es cierto que tiene salud.

(1) ...ro 1 *De sanitate.*

y si lesas y dañadas, infaliblemente está enfermo. En este argumento se fundó aquel gran filósofo Demócrito Abderita, cuando le probó á Hipócrates que el hombre desde que nace hasta que se muere no es otra cosa más que una perpétua enfermedad, segun las obras racionales, y así le dijo: *Totus homo ex nativitate morbus est, dum educatur inutilis est, et alienum auxilium implorat; dum crescit protervus insipiens; pedagogo opus habens; dum in vigore est, audax est, dum crescit miserabilis; ubi labores mos recolit ac iactat; ex maternis enim uteri in quinamentis talis prodiit.* De la cual sentencia se admiró Hipócrates, y pareciéndole que era muy verdadera, se dejó concluir, y por tal la contó á su amigo Damageto. Y tornándolo á visitar, gustando de su gran sabiduría, dice que le preguntó la razon y causa de su contínua risa, viéndole reir y burlar de todos los hombres del mundo, á lo cual le respondió la sentencia que sigue: *Numquid universum mundum ægrotare non anima advertis, alii canes emunt, alii equos, alii volunt multis imperare, nec sib ipsis imperare posunt; uxores ducunt quas paulo post ejiciunt amant deinde odio habent. Cum magna cupiditate liberos generat deinde adultos ejiciunt, quæ est illa vana ac absurda diligentia nihil ab infamia differens, bellum intestinum gerunt quietem non amplectentes, occidunt homines, terram fodientes argumentum quærunt.* Y así procedió muy á la larga, contando los varios apetitos de los hombres y las locuras que hacen y dicen, por razon de estar todos enfermos. Y concluyendo le dijo que este mundo no era más que una casa de locos, representada para hacer reir á los hombres, y que ésta era la causa de que se reia tanto. Lo cual oido por Hipócrates, dijo públicamente á los abderitas: *Non in sanit Democritus, sed super omnia sapit et nos sapientiores efficit.* Si los hombres fuéramos todos templados, y viviéramos en regiones templadas, y usáramos de alimentos templados, todos, aunque no siempre, pero por la mayor parte, tuviéramos unos mismos conceptos, unos mismos apetitos y antojos. Y si alguno tomára la mano á razonar y dar su parecer en alguna dificultad, todos, de la misma manera, casi á una mano, lo firmáran de su nombre; pero viviendo como vivimos en regiones destempladas, y con tantos desórdenes en el comer y beber, con tantas pasiones y cuidados del alma, y tan contínuas alteraciones del cielo, no es posible dejar de estar enfermos, ó por lo ménos, destemplados; y como no enfermamos todos con un mismo género de enfermedad, no seguimos comunmente todos una misma opinion, ni tenemos comunmente un mismo apetito y antojo, sino cada uno el suyo, conforme á la destemplanza que padece. Con esta filosofía viene muy bien aquella parábola de san Lúcas, que dice: *Homo quidam descendebat ab Ierusalem in Ierico, et incidit in latrones qui etiam despoliaverunt eum et plagis impositis abierunt semivivo relicto.* La cual declaran algunos doctores diciendo que aquel hombre así llagado representa la naturaleza humana despues del pecado; porque ántes lo habia Dios creado perfectísimo en la compostura y temperamento que naturalmente se debia á su especie, y le habia dado muchas gracias y dones sobrenaturales para mayor perfeccion suya; especialmente le dió la justicia original, con la cual alcanzó el hombre toda la salud y concierto que en su compostura se pòdia desear. Y así la llamó san Agustin *sanitas naturæ*, porque de ella resultaba la armonía y concierto del hombre, sujetando la porcion inferior á la superior, y la superior á Dios.

Todo lo cual perdió en el punto que pecó; porque luégo le despojaron de lo gratuito, y en lo natural quedó herido y llagado. Y si no, miremos á sus descendientes cómo están y qué obras hacen, y se entenderá claramente que no pueden proceder sino de hombres enfermos y llagados, á lo ménos de su libre albedrío está determinado que despues del pecado quedó medio muerto, sin las fuerzas que solia tener; porque en pecando Adan, luégo lo echaron del paraíso terrenal (lugar templadísimo), y lo privaron del árbol de la vida y de los demas amparos que habia para conservarle su buena compostura; la vida que comenzó á tener fué de mucho trabajo, durmiendo por los suelos al frio, al sereno y al calor; la region donde habitaba era destemplada, y las comidas y bebidas contrarias á su salud; él andaria descalzo y mal vestido, sudando y trabajando para ganar de comer, sin casa ni abrigo, vagando de region en region; un hombre que se habia criado en tanto contento y regalo, con tal vida forzosamente habia de enfermar y destemplarse, y así no le quedó órgano ni instrumento corporal que no estuviese destemplado, sin poder obrar con la suavidad que ántes solia, y con tal destemplanza conoció á su mujer, y engendró tal mal hombre como Caín, de tan mal ingenio, malicioso, soberbio, duro, áspero, desvergonzado, envidioso, indevoto y mal acondicionado. Y así comenzó á comunicar á sus descendientes esta mala salud y desórden; porque la enfermedad que tienen los padres al tiempo de engendrar, esa misma, dicen los médicos, sacan sus hijos despues de nacidos; pero una dificultad grande se ofrece en esta doctrina, y pide no cualquiera solucion, y es: si todos los hombres estamos enfermos y destemplados, como lo hemos probado, y de cada destemplanza nace juicio particular, ¿qué remedio tendrémos para conocer cuál dice la verdad de tantos como opinan? porque si aquellos cuatro hombres erraron en el juicio y conocimiento que hicieron del paño azul, por tener cada uno su enfermedad particular en la vista, lo mismo podria acontecer en otros cuatro, si cada uno tuviese su particular destemplanza en el cerebro, y así quedaria la verdad ocultada, ó ninguno la alcanzaria por estar todos enfermos y destemplados. A esto se responde: que la sabiduría humana es incierta y caduca, por la razon que hemos dicho; pero fuera de esto, es de saber que nunca acontece enfermedad en el hombre, que debilitando una potencia por razon de ella, no se fortifique la contraria, ó la que pide contrario temperamento, como si el cerebro templado se destemplase por humedad, es cierto que creceria la memoria y faltaria el entendimiento, como adelante probarémos; y si por sequedad, subiria el entendimiento y bajaria la memoria; y así en las obras tocantes al entendimiento, mucho más sabria un hombre de seco cerebro que uno muy sano y

templado, y en las obras de la memoria, mucho más alcanza un destemplado por humedad que el hombre más templado del mundo; porque, segun opinion de los médicos, en muchas obras exceden los destemplados á los templados. Por donde dijo Platon que por maravilla se halla hombre de muy subido ingenio (1), que no pique algo en manía (que es una destemplanza caliente y seca del cerebro). De manera que hay destemplanza y enfermedad determinada para cierto género de sabiduría, y repugnante para las demas, y así es necesario que el hombre sepa qué enfermedad es la suya, y qué destemplanza, y á qué ciencia corresponde en particular (que es el tema de este libro); porque con ésta alcanzará la verdad, y con las demas hará juicios disparatados. Los hombres templados (como adelante probarémos) tienen capacidad para todas las ciencias, con cierta mediocridad, sin aventajarse mucho en ellas; pero los destemplados, para una y no más, á la cual si se dan con certidumbre y la estudian con diligencia y cuidado, harán maravillas en ella, y si la yerran, sabrán muy poquito en las demas. De lo cual es evidente argumento ver por las historias que cada ciencia se inventó en la region destemplada que le cupo, acomodada á su invencion.

Si Adan y todos sus descendientes vivieran en el paraíso terrenal, de ninguna arte mecánica ni ciencia (de las que agora se leen en las escuelas) tuviera necesidad, ni hasta el dia de hoy se hubieran inventado, ni puesto en práctica; porque andando desnudos y descalzos, no eran necesarios sastres, calceteros, zapateros, cardadores, tejedores, carpinteros ni domificadores, porque en el paraíso terrenal no habia de llover ni correr aires frios ni calientes de que se hubieran de guardar. Tambien no hubiera esta teología escolástica y positiva, á lo ménos tan extendida como agora tenemos; porque no pecando Adan, no naciera Jesucristo, de cuya encarnacion, muerte y vida, y el pecado original, y del reparo que tuvo, está compuesta esta facultad. Ménos hubiera jurispericia; porque para el justo no son necesarias leyes ni derecho; todas las cosas fueran comunes y no hubiera mio ni tuyo, que es la ocasion de los pleitos y del reñir. La medicina fuera ciencia impertinente, porque los hombres fueran inmortales, no sujetos á corrupcion ni alteracion que les causára enfermedad, comieran todos de aquel árbol de la vida, cuya propiedad era repartirles siempre mejor húmedo radical que ántes tenian. En pecando Adan, luégo tuvieron principio práctico todas las artes y ciencias que hemos dicho; porque todas fueron menester para remediar su miseria y necesidad. La primera que comenzó en el paraíso terrenal fué la jurisprudencia, donde se sustanció un proceso por el mismo órden judicial que agora tenemos, citando la parte y poniéndole su acusacion, y respondiendo el reo, con la sentencia y condenacion del juez. La segunda fué la teología; porque cuando dijo Dios á la serpiente: *et ipsa conteret caput tuum*, entendió Adan, como hombre que tenía el entendimiento lleno de ciencias infusas, que para su remedio el Verbo divino habia de encarnar en el vientre virginal de una mujer, y que ésta, con su buen parto, habia de poner debajo de un pié al demonio con todo su imperio; en la cual fe y creencia se salvó. Tras la teología salió luégo el arte militar, porque en el camino por donde Adan iba á comer del árbol de la vida, fabricó Dios un presidio, donde puso un querubin armado para que le impidiese el paso. Tras el arte militar, salió luégo la medicina; porque en pecando Adan, se hizo mortal y corruptible, sujeto á mil enfermedades y dolores. Todas estas ciencias y artes tuvieron su principio práctico aquí, y despues se perfeccionaron y aumentaron cada una en la region destemplada que le cupo, naciendo en ella hombres de ingenio y habilidad acomodada á su invencion. Y así concluyo, curioso lector, confesando llanamente que yo estoy enfermo y destemplado, y que tú lo podrás estar tambien, pues nací en tal region, y que nos pudiera acontecer lo que á aquellos cuatro hombres que siendo el paño azul, el uno juró que era colorado, y el otro blanco, el otro amarillo y el otro negro, y ninguno acertó, por la lesion particular que cada uno tenía en su vista.

(1) *Sentent. Platon.*

EXAMEN DE INGENIOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Donde se declara qué cosa es ingenio, y cuántas diferencias se hallan de él en la especie humana.

Precepto es de Platon, el cual obliga á todos los que escriben y enseñan, comenzar la doctrina por la definicion del sujeto cuya diferencia y propiedades queremos saber y entender. Dase por esta via gusto al que ha de aprender, y el que escribe no se derrama á cuestiones impertinentes, ni deja de tocar aquellas que son necesarias, para que la obra salga con toda la perfeccion que ha de tener; y es la causa que la definicion es un tema tan fecundo y concertado, que apénas se halla paso ni contemplacion en la ciencia, ni en el método con que se ha de proceder, que no esté en él apuntado, por donde es cierto que no se puede bien proceder en ningun género de sabiduría, no comenzando de aquí; y pues el sujeto total de esta obra es el ingenio y habilidad de los hombres, razon será por lo dicho que sepamos su definicion, y qué es lo que contiene en su esencia, porque sabida y entendida como conviene, habrémos hallado el verdadero medio para hacer demostracion de esta nueva doctrina, y porque el nombre, como dice Platon (1), *est instrumentum docendi discernendique rerum substantias.* Es de saber que este nombre *ingenio* desciende de uno de estos tres verbos latinos, *gigno in genero;* y de este último parece que tiene más clara su descendencia, atento á las muchas letras y sílabas que de él vemos que toma, y lo que de su significacion dirémos despues.

La razon en que se fundaron los primeros que lo inventaron no debió ser liviana, porque saber imaginar los hombres con la consonancia y buen sonido que piden las cosas nuevamente halladas, es obra, dice Platon, de hombres heroicos y de alta consideracion, como pareció en la invencion de este nombre *ingenio*, que para descubrirle fué menester una contemplacion muy delicada y llena de filosofía natural; en la cual discurriendo, hallaron que habia en el hombre dos potencias generativas, una comun con los brutos animales y plantas, y otra participante con las sustancias espirituales, Dios y los ángeles. De la primera no hay que tratar, por ser tan manifiesta y notoria. La segunda es la que tiene alguna dificultad, por no ser sus partos y manera de engendrar al vulgo tan conocidos. Pero hablando con los filósofos naturales, ellos bien saben que el entendimiento es potencia generativa, y que se empreña y pare, y que tiene hijos y nietos, y áun tambien partera, dice Platon, que le ayuda á parir; porque de la manera que en la primera generacion, el animal ó planta da sér real y substantífico á su hijo, no le teniendo ántes de la generacion, así el entendimiento tiene virtud y fuerzas naturales de producir, y pare dentro de sí un hijo, al cual llaman los filósofos naturales noticia ó concepto, que es *verbum mentis*, y no sólo es lenguaje y doctrina recibida de los filósofos naturales decir que el entendimiento es potencia generativa, y llamar hijo á lo que ésta produce, pero áun hablando la Escritura de la generacion del Verbo divino, usa de los mismos términos de padre y de hijo, y de engendrar y parir.

Nondum erat abisi et ego iam concepta eram: et ante omnes colles ego parturibar.

Y así es cierto que de la fecundidad del entendimiento del Padre tuvo el Verbo divino su eternal generacion. *Eructavit cor meum Verbum bonum.* Y no sólo él, pero áun todo lo visible é invisible contenido en el universo se halló producido por esta misma potencia, en tanto que viendo y considerando los filósofos naturales la gran fecundidad que Dios tenía en su entendimiento, lo llamaron genio, que por antonomasia quiere decir el grande engendrador.

El ánima racional y las demas sustancias espirituales, puesto caso que tambien se llaman genios, por ser fecundas en producir y engendrar conceptos tocantes á ciencia y sabiduría, pero su entendimiento no tiene en los partos que hace tanta virtud y fuerzas que les pueda dar sér real y substantífico fuera de sí, como en las generaciones que Dios hizo; sólo llega la fecundidad de éstas á producir dentro de su memoria un accidente que cuando va muy bien engendrado no es más que una figura y retrato de aquello que queremos saber y entender, no como la generacion del Verbo divino, donde el engendrado salió *consubstancialis Patri.* Y las demas cosas que parió, respondieron afuera con el sér real y substantífico que ahora las vemos; pero las generaciones que el hombre hace con su entendimiento, si son de cosas artificiales, no luégo toman el sér que ha de tener, ántes para sacar perfecta la idea con que se han de fabricar, es menester fingir primero mil rayas en el aire, y componer muchos modelos, y últimamente poner las manos para que tomen el sér que han de tener, y las más veces salen erradas; lo mismo acontece en las demas generaciones que el hombre hace para entender las cosas naturales como ellas son en sí, donde la imágen que el entendimiento concibe de ellas por maravilla sale de la primera contemplacion con el vivo que la cosa tiene; y para pintar una figura tal y tan

(1) *In cratilo.*

buena como ella está en su original, es menester juntar infinitos ingenios, y que pasen muchos años, y con todo eso conciben mil disparates. Supuesta, pues, esta doctrina, es ahora de saber que las artes y ciencias que aprenden los hombres son unas imágenes y figuras que los ingenios engendraron dentro de su memoria, las cuales representan al vivo la natural compostura que tiene el sujeto cuya es la ciencia que el hombre quiere aprender: como la medicina no fué más en el entendimiento de Hipócrates y Galeno que un dibujo que contrahace al natural la compostura verdadera del hombre, con sus causas y achaques de enfermar y sanar. Y la jurispericia es otra figura, donde está representada la verdadera forma de la justicia con que se guarda y conserva la policía humana, y viven los hombres en paz. Por donde es cierto que si el que aprende oyendo la doctrina del buen maestro no pudiese pintar en su memoria otra figura tal y tan buena como es la que le van diciendo, que sin duda es estéril, y que no se puede empreñar ni parir sino con disparates y monstruos.

Y esto baste cuanto al nombre *ingenio*, el cual desciende de este verbo *ingenero*, que quiere decir engendrar dentro de sí una figura entera y verdadera que represente al vivo la naturaleza del sujeto cuya es la ciencia que se aprende. Ciceron definió al ingenio diciendo: *Docilitas et memoria quæ fere uno ingenii nomine appellatur*. En las cuales palabras siguió la opinion de la gente popular, que se contentaba con ver sus hijos disciplinables y con docilidad para ser enseñados de otros, y con memoria que retenga y guarde las figuras que el entendimiento ha concebido. Al cual propósito dijo Aristóteles que el oido y la memoria se habian de juntar para aprovechar en las ciencias. Pero realmente esta definicion es muy corta y no comprende todas las diferencias de ingenios que hay, porque esta palabra *docilidad* abarca sólo aquellos ingenios que tienen necesidad de maestro, y deja fuera otros muchos, cuya fecundidad es tan grande, que sólo el objeto y su entendimiento, sin ayuda de nadie, paren mil conceptos que jamas se vieron ni oyeron, cuales fueron aquellos que inventaron las artes. Fuera de esto, mete Ciceron á la memoria en cuenta de ingenio, de la cual dijo Galeno que carecia totalmente de invencion, que es decir que no puede engendrar nada de sí, ántes su mucha intension y grandeza, dice Aristóteles, es causa que el entendimiento sea infecundo y que no se pueda empreñar ni parir, sólo sirve de guardar y tener en custodia las formas y figuras que las otras potencias han concebido, como parece en los hombres de letras muy memoriosos*, que cuanto dicen y escriben, todo tiene otro dueño primero. Verdad es que bien considerada aquella partícula *docilitas*, hallarémos que dijo bien Ciceron; porque la prudencia y sabiduría y la verdad que contienen las ciencias, dice Aristóteles, está sembrada en las cosas naturales, y en ellas se ha de buscar y hallar como en un verdadero original. El filósofo natural que piensa ser una proposicion verdadera, porque la dijo *Aristóteles, sin* buscar otra razon, no tiene ingenio, porque *la verdad no está en* la boca del que afirma, sino *en la cosa de que se trata*, la cual está dando voces y grita enseñando al hombre el sér que naturaleza le dió, y el fin para que fué ordenada. Conforme á aquello: *Nunquid sapientia, non clamitat, et prudentia dat vocem tuam?* El que tuviere docilidad en el entendimiento y buen oido para percibir lo que naturaleza dice y enseña con sus obras, aprenderá mucho en la contemplacion de las cosas naturales, y no tendrá necesidad de preceptos que le avise y le haga considerar lo que los brutos, animales y plantas están voceando. *Vade ad formicam o piger, et considera viam eius, et disce prudentiam, quæ cum non habeat ducem nec præceptorem, præparat in æstate*, etc. Platon no cayó en este género de docilidad, ni le pareció que habia otros maestros que pudiesen enseñar al hombre fuera de los que vemos subidos en cátedra, y así dijo: *Agri vero et arbores nihil me docere possunt, sed homines qui in urbe versantur.*

Mejor lo dijo Salomon, que sabiendo que habia este segundo género de docilidad, le pidió á Dios para poder gobernar su pueblo: *Dabis ergo servo tuo cor docile, ut populum tuum judicare possit, et discernere inter bonum et malum.* Por las cuales palabras no pidió más que lumbre y claridad en el entendimiento, aunque le dieron más de lo que pidió, para que poniéndole delante las cosas y dudas tocantes á su gobernacion, pudiese sacar de la naturaleza de la cosa el verdadero juicio que habia de hacer, sin irlo á buscar en los libros, como pareció claramente en aquella sentencia que dió en el primer caso de las meretrices: que cierto la naturaleza de la cosa le enseñó que la verdadera madre del niño no habia de consentir que se partiese. Este mismo género de docilidad y claridad de entendimiento dió Cristo á sus discípulos para entender la Escritura, quitándoles primero la rudeza é inhabilidad que habian sacado de las manos de la naturaleza, conforme aquello: *Aperuit illis sensum, ut intelligerent scripturas.* Y así la Iglesia católica, teniendo entendido lo que importa este género de docilidad para entender la Escritura, tiene ordenado y mandado que ningun hombre de poco ingenio ni viejo estudie teología. *Est enim lex apud nos sanctissima, quæ in ejusmodi disciplinis solum adolescentes, nec omnes, sed ingeniosos exercet, grandioribus autem natu, ingenioque tardiori, studia hæc interdicit.*

La misma sentencia dijo Platon, tratando de los ingenios que habian de estudiar las ciencias divinas, que por estar las sustancias separadas tan léjos de los sentidos, convenia buscar ingenios muy claros para ellas; y así dijo: *Nec solum quærendi sunt homines generosi atque terribiles, sed qui in super eas habeant naturæ dotes, quas disciplina divina exigit acumen, scilicet, facilitatem ingenii.*

Y de camino reprende á Solon porque dijo que allí en la vejez se habia de aprender estas letras; los que alcanzan esta diferencia de habilidad vienen en las ciencias que tratan muy descansados, porque no tiene necesidad su entendimiento de memoria que le guarde las figuras y especies, para discurrir con ellas otra vez, ántes las mismas cosas naturales se las dan todas las veces que las quieran contemplar; y siendo sobrenaturales, sin especies ni figuras que hayan pasado por los

sentidos, las entienden, por donde dijo Platon: *Rerum autem maximarum preciosissimarumque nulla est imago, quæ manifestè ad hominum, sensum captumque effecta sit incorporea, namque eum maxima, et pulcherrima sint ratione, sola alio vero nullo perspicuè declarantur.* Y así dice que para las ciencias divinas son menester mayores ingenios que para las demas, porque no se aprovechan del sentido. Por donde es muy cierto que aquel dicho tan celebrado de Aristóteles: *Nihil est in intellectu quin prius fuerit in sensu*, no tiene lugar en este segundo género de docilidad, sino en el primero, cuya habilidad no se extiende á más de aprender y retener en la memoria lo que el maestro dice y enseña, de lo cual se colige claramente cuán mal se hace (en nuestros tiempos) con la teologia, pues sin hacer la eleccion que la Iglesia católica manda, entran á estudiarla muchos que naturaleza los ordenó para cavar y arar.

A estos dos géneros de docilidad corresponden dos diferencias de ingenio: la una es de quien dijo Aristóteles: *Bonum ingenium est illud quod benedicenti obedit.* Como si dijera: aquel es buen ingenio que obedece al que bien dice; porque el hombre que no se convence oyendo buenos discursos y razones, ni puede formar en su memoria aquella buena figura que le van proponiendo, es señal que su entendimiento es infecundo: verdad es que en esto hay una cosa que considerar, que hay muchos discípulos que aprenden con gran facilidad todo lo que el maestro les enseña y dice, y los retienen y guardan en la memoria sin ninguna contradiccion, lo cual puede acontecer por una de dos razones: ó porque el maestro es tal y tan bueno como le pintó Aristóteles diciendo: *Oportet sapientem non solum ea quæ ex principiis sunt cognoscere, sed etiam circa principia ipsa verum dicere.* Los discípulos que á este tal maestro obedecieren, es cierto que tienen buen ingenio, y mucho más lo descubren cuando oyen la doctrina del maestro que la enseña, sin hacer la trabazon y consonancia en las sentencias y conclusiones que piden los principios sobre que está fundada. En no llevando al buen ingenio por este camino derecho, luégo se le ofrecen mil dificultades y argumentos; porque lo que oye de tal maestro no le hace la figura y buena correspondencia que piden los verdaderos principios de la doctrina; y así trae siempre el entendimiento inquieto y desasosegado por falta del que le enseña. Otros ingenios rudos y torpes hay, que viendo que los muy ingeniosos son tenidos en mucho, por las dificultades y argumentos que ponen al maestro, en saliendo de leccion (á imitacion suya) procuran molestar con grandes impertinencias al que los enseña, sin dar razon de su dificultad, y por esta via descubren más presto su inhabilidad que si callasen; por éstos dijo Platon que eran los que no tienen ingenio para confutar; pero el que le tiene agudo y muy delicado, no ha de creer nada al maestro ni recibirle cosa que no venga bien con la doctrina. Otros callan y obedecen al maestro sin ninguna contradiccion, porque su entendimiento no siente la falsedad y disonancia que hace lo que enseña con los principios de atras. La segunda diferencia de ingenio la definió Aristóteles diciendo: *Optimum ingenium est illud quod omnia per se intellegit.* La cual diferencia tiene la misma proporcion con las cosas que ha de saber y entender, que la vista corporal con las figuras y colores: si ésta es pura y muy delicada, en abriendo el hombre los ojos, dice cada cosa lo que es y atina al lugar donde está, y la diferencia que una hace á otra, sin que nadie se lo avise; pero si es turbia y muy corta, aunque las cosas muy claras y patentes (teniéndolas delante de sí), no las puede percibir sin tercero que se lo diga; el hombre ingenioso, puesto en consideracion (que es abrir los ojos del entendimiento), con livianos discursos entiende el sér de las cosas naturales, sus diferencias y propiedades, y el fin para que fueron ordenadas; pero si no tiene este género de habilidad, es necesario que intervenga la diligencia del maestro, y en muchos casos no basta.

Esta diferencia de ingenio no admite la gente popular, ni le parece que es posible, y no va muy fuera de camino; porque, como dijo Aristóteles: *Nemo est naturæ sapiens.* Como si dijera: ninguno nació enseñado, ni hay en los hombres sabiduría natural; ántes vemos por experiencia que todos cuantos aprenden las letras y las han aprendido hasta el dia de hoy, tuvieron necesidad de maestro y preceptor que los enseñase. Prodico fué maestro de Sócrates (de quien dijo el oráculo de Apolo que era el hombre más sabio del mundo), y Sócrates enseñó á Platon, cuyo ingenio fué tal, que mereció por renombre el Divino. Platon fué maestro de Aristóteles, de quien dijo Ciceron: *Aristoteles longe omnibus præstans ingenio.* Y si en algunos se habia de hallar esta diferencia de ingenio, era en estos ilustres varones, y pues ninguno de ellos la alcanzó, argumento es que naturaleza no lo puede hacer; solo Adan, dicen los teólogos, nació enseñado y con todas las ciencias infusas, y él es el que las enseñó á sus descendientes; por donde tiene por cierto que no hay dicho ni sentencia, en ningun género de sabiduría, que no la haya dicho otro primero, conforme á aquello: *Nihil dictum quod non sit dictum prius.* A éste se responde que Aristóteles definió el ingenio perfecto, tal cual habia de ser, aunque bien sabía que no se podia hallar, como lo hizo Ciceron cuando pintó un perfecto orador, del cual dijo que era imposible hallarse; pero tanto tendria el hombre de perfecto orador, cuanto más se allegáre á esta pintura. Lo mismo pasa en esta diferencia de ingenio, que aunque no se puede alcanzar tan perfecta como Aristóteles la imaginó, muchos hombres han nacido que llegaron muy cerca de ella, inventando y diciendo lo que jamas oyeron á sus maestros ni á otro ninguno, y muchas cosas que les enseñaron falsas, las supieron entender y confutar, y otras verdaderas que les mostraron se las alcanzaron ellos por sí, venidos al vigor de su virilidad. A lo ménos Galeno cuenta de sí que alcanzó esta diferencia de ingenio, diciendo: *Siquidem ipsi ea per me ipsum omnia investigavi ratione ipsa viam mostrante, quando si præceptores secutus fuissem multos errores fecissem.* Y si como naturaleza les dió el ingenio con principio, aumento, estado y declinacion, se lo diera todo junto, de repente aconteceria lo que dijo Aristóteles; pero como se lo dió tan poco á poco, tuvo necesidad Platon y

Aristóteles de maestro que los industriase. Otra tercera diferencia de ingenio se halla, no muy diferente de la pasada, con la cual dicen los que la alcanzan (sin arte ni estudio) cosas tan delicadas, tan verdaderas y prodigiosas, que jamas se vieron, ni oyeron, ni escribieron, ni para siempre vinieron en consideracion de los hombres; llámala Platon *ingenium excellens cum mania*. Con ésta hablan los poetas dichos y sentencias tan levantadas, que si no es por divina revelacion, dice el mismo Platon, no es posible alcanzarse, y así dijo: *Res enim levis volatilis atque sacra poeta, est nec canere prius potent quam Deus plenus, et extra se positus, et à mente alienatus sit; nam quamdiu mente quis valet, nec fingere carmina, nec dare oracula cuiquam potest non arte igitur aliqua hæc præclara canunt quæ tu de Homero refers; sed arte divina*. Esta tercera diferencia de ingenio que añade Platon, realmente se halla en los hombres. Y yo, como testigo de vista, lo puedo testificar, y áun señalar algunos con el dedo, si fuere menester.

Pero decir que sus dichos y sentencias son revelaciones divinas, y no particular naturaleza, es error claro y manifiesto; y no le está bien á un filósofo tan grande como Platon ocurrir á las causas universales, sin buscar primero las particulares con mucha diligencia y cuidado. Mejor lo hizo Aristóteles; pues buscando la razon y causa de hablar las sibilas de su tiempo cosas tan espantables, dijo: *Id non morbo nec divino spiraculo, sed naturali intemperie accidit*. La razon de esto está muy clara en filosofía natural, porque todas las facultades que gobiernan al hombre (naturales, vitales, animales y racionales), cada una pide particular temperamento, para hacer sus obras como conviene, sin hacer perjuicio á las demas. La virtud natural que cuece los manjares en el estómago pide calor; la que apetece, frialdad; la que retiene, sequedad; la que expele, humedad. Cualquiera de estas facultades que tomáre más grados de aquella calidad con que obra, se hará más robusta y fuerte hasta cierto punto; pero las demas lo han de pagar, porque parece cosa imposible que estando todas cuatro virtudes juntas en un mismo lugar, que crezca la que pide calor, y que no se enflaquezca la que obra con frialdad.

Y así dijo Galeno que el estómago caliente cuece mucho y apetece mal, y el frio cuece mal y apetece mucho. Lo mismo pasa en el sentido y movimiento, que son obras de la facultad animal. Las muchas fuerzas corporales arguyen mucha tierra en los nervios y músculos, porque sin dureza y sequedad no pueden obrar con firmeza; por lo contrario, tener buen sentido y vivo tacto, es indicio que los nervios están compuestos de partes áereas, sutiles y muy delicadas, y que su temperamento es caliente y húmedo. Pues como es natural que en un mismo nervio suba el temperamento y compostura natural que piden las fuerzas corporales, y que no se altere la perfeccion del tacto, siendo calidades contrarias; lo cual se ve claramente por experiencia, que en siendo un hombre robusto y de muchas fuerzas corporales, luégo es torpe en el tacto. Y en teniendo muy vivo tacto, es muy flojo en las fuerzas corporales. La misma fuerza y razon llevan las potencias racionales (memoria, imaginativa y entendimiento): la memoria para ser buena y firme, como adelante probarémos, pide humedad, y que el celebro sea de gruesa sustancia; por lo contrario, el entendimiento que el celebro sea seco y compuesto de partes sutiles y muy delicadas; subiendo, pues, de punto la memoria, forzosamente ha de bajar el entendimiento, y si no, discurra el curioso lector, y dé una vuelta por los hombres que él ha visto y conocido de memoria muy excesiva, y hallará que en las obras que pertenecen al entendimiento son casi furiosos. Lo mismo pasa en la imaginativa cuando sube de punto, que en las obras que son de su jurisdiccion engendra conceptos espantosos, cuales fueron aquellos que admiraron á Platon. Y cuando el hombre viene á obrar con el entendimiento, lo pueden atar.

De aquí se entiende claramente que la sabiduría humana ha de ser con moderacion y templanza, y no con tanta desigualdad; y así Galeno tiene por hombres prudentísimos á los templados, porque *sapiunt ad sobrietatem*. Demócrito Abderita fué uno de los mayores filósofos naturales y morales que hubo en su tiempo, aunque Platon dice que supo más de lo natural que de lo divino; el cual vino á tanta pujanza de entendimiento (allá en la vejez), que se le perdió la imaginativa, por la cual razon comenzó á hacer y decir dichos y sentencias tan fuera de término, que toda la ciudad de Abdera le tuvo por loco, para cuyo remedio despacharon de priesa un correo á la isla de Coos, donde Hipócrates habitaba, pidiéndole con gran instancia, y ofreciéndole muchos dones, viniese con gran brevedad á curar á Demócrito, que habia perdido el juicio. Lo cual hizo Hipócrates de muy buena gana, porque tenía deseo de ver y comunicar un hombre de cuya sabiduría tantas grandezas se contaban. Y así se partió luégo, y llegando al lugar donde habitaba, que era un yermo debajo de un plátano, comenzó á razonar con él, y haciéndole las preguntas que convenia para descubrir la falta que tenía en la parte racional, halló que era el hombre más sabio que habia en el mundo. Y así dijo á los que lo habian traido que ellos eran los locos y desatinados, pues tal juicio habian hecho de un hombre tan prudente. Y fué la ventura de Demócrito, que todo cuanto razonó con Hipócrates en aquel breve tiempo, fueron discursos de entendimiento, y no de la imaginativa, donde tenía la lesion.

CAPÍTULO II.

Donde se declara las diferencias que hay de hombres inhábiles para las ciencias.

Una de las mayores injurias que al hombre le pueden hacer de palabra estando ya en edad de discrecion, dice Aristóteles, es llamarle falto de ingenio; porque toda su honra y nobleza, dice Ciceron, es tener ingenio y ser bien hablado: *Ut hominis decus est ingenium, sic ingenii lumen est eloquentia*. En solo esto se diferencia de los brutos animales y tiene semejanza con Dios, que es la mayor grandeza que naturaleza pudo alcanzar. Por lo contrario, el que nació sin ingenio, ningun género de letras puede aprender, y donde no hay sabiduría, dice Platon, ni puede haber felicidad ni

honra que sea verdadera; ántes, dice el Sabio: *Stultus natus est ignominiam suam*. Porque forzosamente se ha de contar en el número de los brutos animales y estimarle por tal; puesto caso que en los demas bienes, así naturales como de fortuna, sea hermoso, gentil hombre, rico, bien nacido y en dignidad, rey ó emperador.

Esto se deja entender claramente considerando el estado tan feliz y honroso que el primer hombre tenía ántes que perdiese el ingenio en que fué criado, y cual quedó despues sin sabiduría: *Homo cum in honore esset non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis*. Y es de advertir que no se contentó la Escritura divina con apodarle á los brutos animales, de cualquiera manera, sino á los insipientes, acordándose que en otra parte habia loado la prudencia y saber de la serpiente y la hormiga, con los cuales, aunque bruto, no tiene que ver el hombre sin ingenio.

Atento, pues, á esta injuria tan grande, y el sentimiento que el hombre hace cuando oye tal palabra, dijo el texto divino: *Qui dixerit fratri suo racha, reus erit consilio, qui verò dixerit fatuæ, reus erit gehennæ ignis*. Como si dijera: el que con ira dijere á su prójimo racha, que quiere decir hombre de poco ingenio, será digno de concilio, pero si le dijere tonto, merecerá fuego eterno. Esta obra, cierto ha sido hasta aquí digna de juicio y de concilio, y que haya andado por tantos tribunales examinada y requerida. Porque fuera de otras muchas razones, en alguna manera se ha dicho en ella al prójimo racha, aunque no con ira ni ánimo de injuriarle. Al que tenía grande ingenio le quitó la memoria; al de grande memoria, el entendimiento; al de mucha imaginativa, el entendimiento y memoria; al gran predicador, lo escolástico; al gran escolástico, el púlpito; al positivo dijo que su facultad pertenecia á la memoria, de lo cual se sintió grandemente al gran abogado que no podia saber gobernar, todo esto por la mayor parte; pero porque á ninguno ha dicho *fatuæ*, no ha sido digna de fuego. Agora soy informado que algunos han leido y releido muchas veces esta obra buscando el capítulo propio de su ingenio, y el género de letras en que más ha de aprovechar; y no lo hallando, redarguyeron el título de este libro de falso, y que el autor prometia en él vanamente lo que no pudo cumplir, y no contentos con esto, dijeron otras muchas injurias, como si yo estuviese obligado á dar ingenio y capítulo en esta obra á quien Dios y naturaleza se lo quitó. Dos preceptos pone el Sabio muy justos y racionales, y por la misma causa nos obliga á los guardar. El primero es: *Non respondeas stulto juxta stultitiam suam, ne efficiaris ei similis*. Como si dijera: no respondas á las injurias que el necio te hiciere, porque te harás semejante á él. El segundo responde: *Stulto juxta stultitiam suam, ne sibi sapiens esse videatur*. Como si dijera: responde al necio conforme á su necedad, porque no se tenga por sabio ni por injuriado, sino que no hay cosa más perjudicial en la república que un necio con opinion de sabio, mayormente si tiene algun mando y gobierno.

Y por lo que toca á este exámen de ingenios, de que vamos tratando; es cierto que las letras y sabiduría, tanto cuanto facilitan al hombre ingenioso para discurrir y filosofar, tanto y mucho más entorpecen al necio: *Compedes in pedibus stulto doctrina, et quasi vincula manuum super manum exteram*. Mucho mejor pasa el hombre inhábil sin letras que con ellas; porque no estando obligado á saber, con poco discurso vive entre los hombres; y que el arte y letras sean grillos y cadenas para atar los necios y no para facilitarlos, es cosa muy manifiesta en los que estudian en las universidades, entre los cuales hallarémos algunos que el primer año saben más que el segundo, y el segundo más que el tercero, de los cuales se suele decir que el primer año son doctores, el segundo licenciados, el tercero bachilleres, y el cuarto no saben nada; y es la causa, como dijo el Sabio, que los preceptos y reglas de las artes son esposas y cadenas para el que no tiene ingenio. Por tanto, sabiendo que muchos inhábiles han leido y leerán esta obra con intento de buscar el ingenio y habilidad que les cupo, me pareció, para cumplir con el precepto del Sabio, que era bien declarar aquí las diferencias de inhabilidad que hay en los hombres para las letras, y con qué indicios se podrian conocer, para que venidos á buscar la manera de su ingenio, topen claramente las señales de su inhabilidad, que es por lo que dijo el Sabio (1). Porque, despedidos de las letras, por ventura buscarán otra manera de vivir más acomodada á su ingenio, atento que no hay hombre en el mundo, por rudo que sea, á quien no le diese naturaleza alguna habilidad para algo.

Venidos, pues, al punto, es de saber que á las tres diferencias de ingenio que pusimos en el capítulo pasado, corresponden otros tres géneros de inhabilidad: unos hombres hay cuya alma está tan sepultada en las calidades materiales del cuerpo y tan árida de las causas, que echan á perder la parte racional, que para siempre quedan privados de poder engendrar ni parir conceptos tocantes á letras y sabiduría. La inhabilidad de éstos corresponde totalmente á los capados; porque así como hay hombres impotentes para engendrar (por faltarles los instrumentos de la generacion), así hay entendimientos capados y eunucos, frios y maleficiados, sin fuerzas ni calor natural para engendrar algun concepto de sabiduría; éstos no pueden atinar á ciertos principios que presuponen todas las artes en el ingenio del que aprende; ántes que se comience la disciplina no hay otra prueba ni demostracion más que recibirlos el ingenio por cosa notoria, y si la figura de éstos no la puede formar dentro de sí, es la suma estulticia que para las ciencias se puede hallar; porque impide totalmente la entrada por donde se han de enseñar; con éstos no hay que tratar ni quebrarse la cabeza en enseñarlos, porque no bastan golpes, castigo,

(1) El señor don Ildefonso Martinez dice: «Esta nota marginal en la edicion de 1640, se inserta en este punto, aunque en las anteriores y la nuestra lo está en el prólogo, página 34; pero para hacer sentido se inserta íntegra, y es como sigue: El estudiante que aprende la ciencia que no viene bien con su ingenio, se hace esclavo de ella, y así dice Platon: *Non decet liberum hominem cum servitute disciplinam aliquam discere; quippe ingentes corporis labores vi suscepti, nihilo deterius corpus efficiunt; nulla verò animæ violenta disciplina stabilis est*. (Diálogo del justo.)

voces, arte de enseñar, disciplina, ejemplos, tiempo, experiencia, ni otros cualquiera despertadores, para meterlos en acuerdo y hacerlos engendrar. Estos difieren muy poco de los brutos animales; están siempre durmiendo, aunque los vemos velar, y así dijo el Sabio: *Cum durmiente loquitur qui enarrat stulto sapientia.* Y es la comparacion muy delicada y á propósito, porque el sueño y la necedad ambos nacen de un mismo principio, que es la mucha frialdad y humedad del cerebro.

Otro segundo género de inhabilidad se halla en los hombres, no de tanta torpeza como el pasado, porque conciben la figura de los primeros principios, y de ellos sacan algunas conclusiones, aunque pocas y con mucho trabajo; pero no les dura la figura más tiempo en la memoria de cuanto los maestros se la están pintando y diciendo con muchos ejemplos y maneras de enseñar acomodadas á su rudeza. Son como algunas mujeres que se empreñan y paren, pero en naciendo la criatura luégo se les muere; éstos tienen el cerebro muy aguanoso, por donde las figuras no hallan pringue ni lentor aceitoso en que trabarse, y así, enseñar á éstos no es más que coger agua en cesto: *Cor fatuit, tamquam vas confractum et omnem sapientiam non tenevit.*

Otra tercera diferencia de inhabilidad se halla muy ordinaria entre los hombres que aprenden letras, que participa algo de ingenio, porque concibe dentro de sí la figura de los primeros principios, y de ellos saca muchas conclusiones y las retiene y guarda en la memoria; pero al tiempo de poner cada cosa en su asiento y lugar hace mil disparates; es como la mujer que se empreña y pare un hijo á luz con la cabeza donde han de estar los piés, y los ojos en el colodrillo; hácese en este tercer género de inhabilidad una maraña y confusion de figuras en la memoria tan grande, que al tiempo que el hombre quiere darse á entender, no le bastan infinitas maneras de hablar para recitar lo que ha concebido, porque no fué otra cosa más que infinitos conceptos, todos sueltos y sin la trabazon que han de tener. Estos son los que en la escuela llaman confusos, cuyo cerebro es desigual, así en la sustancia como en el temperamento; por unas partes es sutil, y por otras grueso y destemplado, y por ser heterogéneo, en un momento hablan cosas de ingenio, habilidad, y en otro dicen mil disparates, y por esto se dijo: *Tamquam domus exterminata, sic fatuo sapientia; et sciencia insensati inenarrabilia verba.*

Otra cuarta diferencia de inhabilidad he considerado entre los hombres de letras, que ni estoy bien de llamarla inhabilidad, ni ménos ingenio; porque los veo que conciben la doctrina y la retienen con firmeza en la memoria, y asientan la figura con la correspondencia de partes que ha de tener, y hablan y obran muy bien cuando es menester, y pidiéndoles el *propter quid* de aquello que saben y entienden, descubren claramente que sus letras no son más que una aprension de solos los términos y sentencias que contiene la doctrina, sin entender ni saber el por qué y cómo es así: de éstos dijo Aristóteles que son *sicut quædam inanimantia faciunt, quidem, sed sine sciencia faciunt ea quæ faciunt, ut ignis comburit, sed inanimata natura quadam horum singulia faciunt.* Como si dijera: hay hombres que hablan por instinto natural, como brutos animales, y dicen más de lo que saben y entienden, á manera de agentes inanimados; los cuales obran muy bien sin entender los efectos que producen, como el fuego cuando quema; y es la causa que los guia naturaleza, y así no pueden errar, y pudiera Aristóteles compararlos con algunos brutos animales, en quien vemos y consideramos muchas obras hechas con discrecion y prudencia, y pareciéndole á Aristóteles que en alguna manera tienen conocimiento de lo que hacen, se pasó á los agentes inanimados; porque para él no son sabios ni tienen ingenio los que obran (aunque sea muy bien) si no saben reducir el efecto hasta la última causa. Esta diferencia de inhabilidad ó de ingenio quedára muy bien probada, si, como yo la he visto y conocido muchas veces, la pudiera señalar con el dedo, sin ofender á su dueño.

CAPÍTULO III.

Pruébase por un ejemplo que si el muchacho no tiene el ingenio y habilidad que pide la ciencia que quiere estudiar, por demas es oirla de buenos maestros, tener muchos libros, ni trabajar en ellos toda la vida.

Bien pensaba Ciceron que para que su hijo Marco saliese (en aquel género de letras que habia escogido) tal cual él deseaba, que bastaba enviarle á un estudio tan famoso y celebrado por el mundo como el de Aténas, y que tuviese por maestro á Cratipo, el mayor filósofo de aquellos tiempos, y tenerle en una ciudad tan populosa, donde, por el gran concurso de gentes que allí acudian, necesariamente habria muchos ejemplos y casos extraños que le enseñasen por experiencia cosas tocantes á las letras que aprendia.

Pero con todas estas diligencias y otras muchas más, que como buen padre haria (comprándole libros y escribiéndole otros de su propia invencion), cuentan los historiadores que salió un gran necio, con poca elocuencia y ménos filosofía (cosa muy usada entre los hombres, pagar el hijo la mucha sabiduría del padre). Realmente debió de imaginar Ciceron que aunque su hijo no hubiera sacado de las manos de la naturaleza el ingenio y habilidad que la elocuencia y filosofía pedian, que con la buena industria del maestro, y los muchos libros y ejemplos de Aténas, y el continuo trabajo del mozo y esperar en el tiempo, se enmendarian las faltas de su entendimiento. Pero, en fin, vemos que se engañó, de lo cual no me maravillo, porque tuvo muchos ejemplos á este propósito, que le animaron á pensar que lo mismo podria acontecer á su hijo.

Y así cuenta el mismo Ciceron, *Lib. de fato*, que Xenócrates era de ingenio muy rudo para el estudio de la filosofía natural y moral, de quien dijo Platon que tenia un discípulo que habia menester espuelas, y con la buena industria de tal maestro y con el continuo trabajo de Xenócrates, salió muy gran filósofo. Lo mismo escribe de Cleante, que era tan estulto y mal razonado, que ningun maestro lo queria recibir en su escuela. De lo cual corrido y afrentado el mozo, trabajó tanto en

las letras, que le vinieron á llamar despues el segundo Hércules en sabiduría.

No ménos disparate pareció el ingenio de Demóstenes para la elocuencia, pues de muchacho ya grandecillo, dicen que no sabía hablar, y trabajando con cuidado en el arte, y oyendo buenos maestros, salió el mayor orador del mundo; en especial, cuenta Ciceron, que no podia pronunciar la R, porque era algo balbuciente, y con maña la vino despues tan bien á articular como si jamas hubiera tenido tal vicio. De donde tuvo orígen el refran que dice ser el ingenio del hombre para las ciencias, como quien juega á los dados, que si en la pinta es desdichado, mostrándose con arte á hincarlos en el tablero, viene á enmendar su mala fortuna. Pero ningun ejemplo de éstos que trae Ciceron deja de tener muy conveniente respuesta en mi doctrina, porque (como adelante probarémos) hay rudeza en los muchachos que arguyen mayor ingenio en otra edad, que tener de niños habilidad; ántes es indicio de venir á ser hombres necios comenzar luégo á raciocinar y ser avisados; porque si Ciceron alcanzára las verdaderas señales con que se descubren los ingenios en la primera edad, tuviera por buen indicio ser Demóstenes rudo y tardo en el hablar, y tener Xenócrates necesidad de espuelas cuando estudiaba. Yo no quito al buen maestro el arte y trabajo, su virtud y fuerzas de cultivar los ingenios, así rudos como hábiles, pero lo que quiero decir es, que si el muchacho no tiene de suyo el entendimiento preñado de los preceptos y reglas determinadamente de aquel arte que quiere aprender, y no de otra ninguna, que son vanas diligencias las que hizo Ciceron con su hijo y las que hiciere cualquiera otro padre con el suyo. Esta doctrina entenderán fácilmente ser verdadera los que hubieren leido en Platon, *Diálogo de sciencia*, que Sócrates era hijo de una partera, como él mismo lo cuenta de sí, y como su madre, aunque era gran maestra de partería, no podia hacer parir á la mujer que ántes que viniese á sus manos no estaba preñada (1).

Así él, usando el mismo oficio de su madre, no podia hacer parir ciencia á sus discípulos, no teniendo ellos de suyo el entendimiento preñado; tenía entendido que las ciencias eran como naturales á solos los hombres que tenian los ingenios acomodados para ellas, y que en estos acontecia lo que vemos por experiencia en los que se han olvidado de lo que ántes sabian, que con sólo apuntarles una palabra, por ella sacan todo lo demas.

No tienen otro oficio los maestros con sus discípulos, á lo que tengo entendido, más que apuntarles la doctrina; porque si tienen fecundo ingenio, con solo esto les hacen parir admirables conceptos, y si no, atormentan así á los que enseñan, y jamas salen con lo que pretenden.

Yo á lo ménos, si fuera maestro, ántes que recibiera en mi escuela algun discípulo habia de hacer con él muchas pruebas y experiencias para descubrirle el ingenio, y si se halláre de buen natural para la ciencia que yo profesaba, recibiérale de buena gana, porque es gran contento para el que enseña instruir á un hombre de buena habilidad; y si no, aconsejarle que estudiase la ciencia que á su ingenio más le convenia; pero entendido que para ningun género de letras tenía disposicion ni capacidad, dijérale con amor y blandas palabras: hermano mio, vos no teneis remedio de ser hombre por el camino que habeis escogido, y que busqueis otra manera de vivir que no requiera tanta habilidad como las letras (2).

Viene la experiencia con esto tan clara, que vemos entrar en un curso de cualquier ciencia gran número de discípulos (siendo el maestro ó muy bueno ó muy ruin), y en fin de la jornada, unos salen de grande erudicion, otros de mediana, otros no han hecho más en todo el curso de perder el tiempo, gastar su hacienda y quebrarse la cabeza sin provecho ninguno.

Yo no sé de dónde pueda nacer este efecto, oyendo todos un mismo maestro, y con igual diligencia y cuidado, y por ventura los rudos trabajando más que los hábiles. Y crece más la dificultad viendo que los que son rudos en una ciencia, tienen en otra mucha habilidad, y los muy ingeniosos en un género de letras pasados á otras, no las pueden comprender.

Yo á lo ménos soy buen testigo en esta verdad; porque entramos tres compañeros á estudiar juntos latin, y el uno lo aprendió con gran facilidad, y los demas jamas pudieron componer una oracion elegante. Pero pasados todos tres á dialéctica, el uno de los que no pudieron aprender gramática salió en las artes un águila caudal, y los otros dos no hablaron palabra en todo el curso. Y venidos todos tres á oir astrología, fué causa digna de considerar que el que no pudo aprender latin ni dialéctica, en pocos dias supo más que el propio maestro que nos enseñaba, y á los demas jamas nos pudo entrar.

De donde espantado, comencé luégo sobre ello á discurrir y filosofar, y hallé por mi cuenta que cada ciencia pedia su ingenio determinado y particular, y que sacado de allí no valia nada para las demas letras, y si esto es verdad (como lo es, y de ello adelante harémos demostracion), ¡oh quién entrára hoy dia en las escuelas de nuestros tiempos, haciendo cata y cala de los ingenios! ¡á cuántos trocára las ciencias, y á cuántos echára al campo por estólidos é imposibilitados para saber, y cuántos restituyera de los que por tener corta fortuna están en viles artes arrinconados, cuyos ingenios crió naturaleza sólo para las letras! Mas, pues no se puede hacer ni remediar, no hay sino pasar con ello. Esto que tengo dicho, á lo ménos no se puede negar, sino que hay ingenios determinados para una ciencia, los cuales para otras son disparatados, y por tanto conviene ántes que el muchacho se ponga á estudiar, descubrirle la manera de su ingenio, y ver cuál de las ciencias viene bien con su habilidad y hacerle que la aprenda, pero tambien se ha de considerar que no basta lo dicho para que salga muy consumado letrado,

(1) De solo el entendimiento de Sócrates se puede verificar esta comparacion; porque enseñaba preguntando, y hacia que el propio discípulo hallase la doctrina sin que él se la dijese.

(2) La sabiduría humana no es reminiscencia, y así condenamos adelante á Platon porque lo dijo.

sino que ha de guardar otras condiciones no ménos necesarias que tener habilidad, y así dice Hipócrates (lib. *Lex Hipp.*) que el ingenio del hombre tiene la misma proporcion con la ciencia que la tierra con la semilla, la cual, aunque sea de suyo fecunda y paniega, pero es menester cultivarla y mirar para qué género de simiente tiene más disposicion natural; porque no cualquiera tierra puede panificar con cualquiera simiente sin distincion. Unas llevan mejor trigo que cebada, y otras mejor cebada que trigo, y del trigo, tierras hay que multiplican mucho candial, y el trujillo no lo pueden sufrir. Y no sólo con hacer esta distincion se contenta el buen labrador, pero despues de haber arado la tierra con buena sazon, aguarda tiempo conveniente para sembrar, porque no en cualquier parte del año se puede hacer, y despues de nacido el pan, lo limpia y escarda para que pueda crecer y dar adelante el fruto que de la simiente se espera. Así conviene que despues de sabida la ciencia que al hombre le está mejor, que la comience á estudiar en la primera edad, porque ésta, dice Aristóteles (1), es la más aparejada de todas para aprender.

Allende que la vida del hombre es muy corta, y las artes largas y espaciosas, por donde es menester que haya tiempo bastante para saberlas (2), y tiempo para poderlas ejercitar, y con ellas aprovechar la república. La memoria de los muchachos, dice Aristóteles (3) que está vacía, sin pintura ninguna, porque há poco que nacieron, y así cualquier cosa reciben con facilidad; no como la memoria de los hombres mayores, que llena de tantas cosas como han visto en el largo discurso de su vida, no les cabe más. Y por esto dijo Platon (4) que delante de los niños contemos siempre fábulas y narraciones honestas, que inciten á obras de virtud, porque lo que en esta edad aprenden jamas se les olvida. No, como dijo Galeno (5), que entónces se han de aprender las artes, cuando nuestra naturaleza tiene todas las fuerzas que puede alcanzar. Pero no tiene razon si no se distingue. El que ha de aprender latin ó cualquiera otra lengua, lo ha de hacer en la niñez, porque si aguarda á que el cuerpo se endurezca y tome la perfeccion que ha de tener, jamas saldrá con ella. En la segunda edad, que es la adolescencia (6), se han de trabajar en el arte de raciocinar, porque ya se comienza á descubrir el entendimiento, el cual tiene con la dialéctica la misma proporcion que las trabas que echamos en los piés y manos de una mula cerril, que andando algunos dias con ellas, toma despues cierta gracia en el andar. Así nuestro entendimiento trabado con las reglas y preceptos de la dialéctica, toma despues en las ciencias y disputas un modo de discurrir y raciocinar muy gracioso. Venida la juventud se pueden aprender todas las demas ciencias que pertenecen al entendimiento, porque ya está bien descubierto. Verdad es que Aristóteles saca la filosofía natural, diciendo que el mozo no está dispuesto para este género de letras, en lo cual parece que tiene razon, por ser ciencia de más alta consideracion y prudencia que otra ninguna. Sabida ya la edad en que se han de aprender las ciencias, conviene luégo buscar un lugar aparejado para ellas, donde no se trata otra cosa sino letras, como son las universidades (7); pero ha de salir el muchacho de casa de su padre, porque el regalo de la madre, de los hermanos, parientes y amigos que no son de su profesion, es grande estorbo para aprender. Esto se ve claramente en los estudiantes naturales de las villas y lugares donde hay universidades, ninguno de los cuales, si no es por gran maravilla, jamas sale letrado. Y puédese remediar fácilmente trocando las universidades; los naturales de la ciudad de Salamanca, estudiar en Alcalá de Henáres, y los de Alcalá en Salamanca. Esto de salir el hombre de su natural para ser valeroso y sabio, es de tanta importancia, que ningun maestro hay en el mundo que tanto le pueda enseñar, especialmente viéndose muchas veces desamparado del favor y regalo de su patria.

«Sal de tu tierra, dijo Dios á Abraham (8), y de entre tus parientes y de casa de tu padre, y ven al lugar que yo te enseñaré, en el cual engrandeceré tu nombre y te daré mi bendicion.» Esto mismo dice Dios á todos los hombres que desean tener valor y sabiduría, porque, aunque los puede bendecir en su natural, pero quiere que los hombres se dispongan con aquel medio que él ordenó, y que no les venga la prudencia de gracia (9).

Todo esto se entiende impuesto que el hombre tenga buen ingenio y habilidad, porque si no, quien bestia va á Roma, bestia torna; poco aprovecha que el rudo vaya á estudiar á Salamanca, donde no hay cátedra de entendimiento ni de prudencia, ni hombre que la enseñe.

La tercera diligencia es buscar maestro que tenga claridad y método en el enseñar, y que su doctrina sea buena y segura, no sofística ni de vanas consideraciones, porque todo lo que hace el discípulo en tanto que aprende, es creer todo lo que le propone el maestro, por no tener discrecion ni entero juicio para discernir ni apartar lo falso de lo verdadero; aunque esto es caso fortuito, y no puesto en eleccion de los que aprenden, venir en tiempo á estudiar que las universidades tienen buenos maestros ó ruines, como les aconteció á ciertos médicos, de quien cuenta Galeno (10) que teniéndoles ya convencidos con muchas experiencias y razones que la práctica que usaban era errada y en perjuicio de la salud de los hombres, se les saltaron las lágrimas de los ojos, y en presencia del mismo Galeno comenzaron á maldecir su hado y la mala dicha que tuvieron en topar con ruines maestros al tiempo que aprendieron. Verdad es que hay ingenios de discípulos tan felices, que entienden luégo las condicio-

(1) 30 secc., probl. 4.
(2) Hipóc., primer aforismo.
(3) 30 secc., probl. 4.
(4) *Diálogo del justo.*
(5) *In oratione suasoria ad bonas artes.*
(6) En la segunda edad, que llaman adolescencia, hace el hombre junta de todas las diferencias de ingenio (en la manera *que se pueden* juntar), por ser la edad mas templada de todas, y *así no conviene dejarla* pasar sin aprender las letras con que el *hombre ha de vivir.*

(7) Cic., 1. *of.*
(8) *Génesis*, cap. XII.
(9) *Tu nihil invita dices facíesque Minerva.*
(10) 8, Meth., c. IV.

nes del maestro y la doctrina que trae; y si es mala, se la saben confutar, y aprobar lo que dicen bien. Estos tales mucho más enseñan al maestro en cabo del año que el maestro á ellos; porque dudando y preguntando agudamente, le hacen saber y responder cosas tan delicadas que jamas las supo, ni supiera, si el discípulo con la felicidad de su ingenio no se las apuntára; pero los que esto pueden hacer son uno ó dos, cuando mucho, y los rudos son infinitos; y así es bien (ya que no se ha de hacer esta eleccion y exámen de ingenios para las ciencias) que las universidades se provean siempre de buenos maestros, que tengan sana doctrina y claro ingenio, para que á los ignorantes no enseñen errores ni falsas proposiciones.

La cuarta diligencia que se ha de hacer es estudiar la ciencia con órden, comenzando por sus principios, y subir por los medios hasta el fin, sin oir materia que presuponga otra primero; por donde siempre tuve por error oir muchas lecciones de várias materias y pasarlas todas juntas en casa: hácese por esta via una maraña de cosas en el entendimiento, que despues en la práctica no sabe el hombre aprovecharse de los preceptos de su arte, ni asentarlos en su conveniente lugar; muy mejor es trabajar, trabajar cada materia de por sí, y con el órden natural que tienen en su composicion; porque de la manera que se aprende, de aquella misma forma se asienta en la memoria. Hacer esto conviene más en particular á los que de su propia naturaleza tienen el ingenio confuso; y puede ser remediar fácilmente oyendo sola una materia, y acabada aquella, entrar en la que le sigue hasta cumplir con todo el arte. Entendiendo Galeno (1) cuanto importaba estudiar con órden y concierto las materias, escribió un libro para enseñar la manera que se habia de tener en leer sus obras, con el fin de que el médico no se hiciese confuso. Otros añaden que el estudiante, en tanto que aprende, no tenga más que un libro que contenga llanamente la doctrina, y en éste estudie, y no en muchos, porque no se desbarate ni confunda, y tienen muy gran razon. Lo último que hace al hombre muy gran letrado, es gastar mucho tiempo en letras y esperar que la ciencia se cueza y eche profundas raíces, porque de la manera que el cuerpo no se mantiene de lo mucho que en un dia comemos y bebemos, sino de lo que el estómago cuece y altera, así nuestro entendimiento no engorda con lo mucho que en poco tiempo leemos, sino de lo que poco á poco va entendiendo y rumiando cada dia, se va disponiendo mejor nuestro ingenio, y viene, andando el tiempo, á caer en cosas que atras no pudo alcanzar ni saber. El entendimiento tiene su principio, aumento, estado y declinacion, como el hombre y los demas animales y plantas; él comienza en la adolescencia, tiene un aumento en la juventud, el estado en la edad de consistencia, y comienza á declinar en la vejez. Por tanto él quiere saber cuándo su entendimiento tiene todas las fuerzas que puede alcanzar; sepa que es desde treinta y tres años hasta cincuenta, poco más ó ménos; en el cual tiempo se han de creer los graves autores, si en el discurso de su vida tuvieron contrarias sentencias. Y el que quiere escribir libros lo ha de hacer en esta edad, y no ántes ni despues, si no se quiere retractar ni mudar la sentencia; pero las edades de los hombres no en todos tienen la misma cuenta y razon; porque á unos se les acaba la puericia á los doce años, á otros á los diez y seis y á otros á los diez y ocho (2). Estos tienen las edades muy largas, porque llegó su juventud á poco ménos de cuarenta años, la consistencia á setenta, y tienen de vejez otros veinte años, con los cuales se hacen ochenta de vida, que es el término de los muy potentados. Los primeros, á quien se acaba la puericia á doce años, son de muy corta vida, comien an luégo á raciocinar y nacerles la barba, y dúrales muy poco el ingenio, y á treinta y cinco años comienzan á caducar, y á cuarenta y ocho se les acaba la vida.

De todas las condiciones que he dicho, ninguna deja de ser muy necesaria, útil y provechosa para que el muchacho venga á saber; pero tener buena y correspondiente naturaleza á la ciencia que quiera estudiar es lo que más hace al caso; porque con ella vemos que muchos hombres comenzaron á estudiar pasada la juventud, y oyeron de ruines maestros con mal órden y en sus tierras, y en poco tiempo salieron grandes letrados. Y si falta el ingenio, dice Hipócrates (3) que todas las demas son diligencias perdidas, pero quien mejor lo encareció fué el buen Marco Ciceron, el cual con dolor de ver á un hijo tan necio, y que ninguna cosa aprovecharon los medios que para hacerle sabio buscó dijo de esta manera: *Nam quid est alius gigantum more bellare cum diis, nisi naturæ repugnare.* Como si dijera: ¿qué cosa hay más parecida á la batalla que los gigantes traian con los dioses que ponerse el hombre á estudiar faltándole el ingenio? Porque de la manera que los gigantes nunca vencian á los dioses, ántes eran siempre de ellos vencidos, así cualquier estudiante que procurase vencer á su mala naturaleza, quedará de ella vencido. Y por tanto, nos aconseja el mismo Ciceron que no forcejemos contra naturaleza, ni procuremos ser oradores, si ella no lo consiente, porque trabajarémos en vano.

CAPÍTULO IV (4).

Donde se declara cómo la naturaleza es la que hace al muchacho hábil para aprender.

Sentencia es muy comun y usada de los filósofos antiguos, diciendo: naturaleza es la que hace al hombre hábil para aprender, y el arte con sus preceptos y reglas le facilita, y el uso y experiencia que tiene de las cosas particulares le hacen poderoso para obrar (5).

(1) *Libro de ordine librorum suorum.*

(2) *Nec tamen est has ætates annorum numero circunscribere, quemadmodum nonnulli fecerunt, nisi forte in latitudine quadam.* (Gal., 6. *De sanitate tuenda.*)

(3) *Principalissimum quidem horum omnium prædictorum est natura: nam si hæc afuerit his qui artibus animum aplicant, per omnia prædicta penetrare poterunt.* (Hip., *De decenti ornatu.*) Y así Baldo vino á estudiar leyes ya viejo, y burlándose de él, le dijeron: *Sero venis Balde, in alio sæculo eris advocatus.* Y por tener el ingenio acomodado para las leyes salió en breve tiempo famoso jurisperito.

(4) Segundo de la primera edicion.

(5) Natura facit habilem, ars verò facilem, [illegible] potentem.

Pero ninguno ha dicho en particular qué cosa sea esta naturaleza, ni en qué género de causas se ha de poner. Sólo afirmaron que faltando ella en el que aprende, vana cosa es el arte, la experiencia, los maestros, los libros y el trabajo (1).

«La gente vulgar, en viendo á un hombre de grande ingenio y habilidad, luégo señala á Dios por autor, y no cura de otra cosa ninguna, ántes tiene por vana imaginacion todo lo que discrepa de aquí; pero los filósofos naturales se burlan de esta manera de hablar. Porque puesto caso que es piadosa, y contiene en sí religion y verdad, nace de ignorar el órden y concierto que Dios puso en las cosas naturales el dia que las crió; y por amparar su ignorancia con seguridad, y que nadie las pueda reprender ni contradecir, afirman que todo es lo que Dios quiere, y que ninguna cosa sucede que no nazca de su divina voluntad, y por ser ésta tan gran verdad, son dignos de reprension; porque, así como no cualquiera pregunta, dice Aristóteles (libro I, *Topic.*) que se ha de hacer de la misma manera, ni cualquiera respuesta, aunque verdadera se ha de dar.»

Estando un filósofo natural razonando con un gramático, llegó á ellos un hortelano curioso, y les preguntó qué podia ser la causa que haciendo él tantos regalos á la tierra, en cavarla, ararla, estercolarla y regarla, con todo eso, nunca llevaba de buena gana la hortaliza que en ella sembraba; y las yerbas, que ella producia de suyo, las hacia crecer con tanta facilidad. Respondió el gramático que aquel efecto nacia de la divina Providencia, y que así estaba ordenado para la buena gobernacion del mundo; de la cual respuesta se rió el filósofo natural, viendo que se acogia á Dios por no saber el discurso de las causas naturales, ni de qué manera producian sus efectos.

El gramático, viéndole reir, le preguntó si se burlaba de él, ó de qué se reia. El filósofo le dijo que no se reia de él, sino del maestro que le habia enseñado tan mal; porque las cosas que nacen de la Providencia divina, como son obras sobrenaturales, pertenece su conocimiento y solucion á los metafísicos, que ahora llamamos teólogos; pero la cuestion del hortelano es natural, y pertenece á la jurisdiccion de los filósofos naturales, porque hay causas ordenadas y manifiestas, de donde tal efecto pueda nacer (2). Y así, respondió el filósofo natural (3) diciendo que la tierra tiene la condicion de la madrastra, que mantiene muy bien los hijos que ella parió, y quita el alimento á los del marido, y así vemos que los suyos andan gordos y lucidos, y los alnados flacos y descoloridos. Las yerbas que la tierra produce de suyo son nacidas de sus propias entrañas, y las que el hortelano le hace llevar por fuerza, son hijas de otra madre ajena, y así les quita la virtud y alimento con que habian de crecer, por darlo á las yerbas que ella engendró.

Tambien cuenta Hipócrates (4) que yendo á visitar á aquel gran filósofo Demócrito, le dijo las locuras que el vulgo decia de la medicina, y eran «que, viéndose libres de la enfermedad, dicen que Dios los sanó, y que si él no quisiera, poco aprovechára la buena industria del médico.» Ella es tan antigua manera de hablar, y hanla reñido tantas veces los filósofos naturales, que es por demas tratar de quitarla, ni ménos conviene; porque el vulgo, que ignora las causas particulares de cualquier efecto, mejor responde, y con más verdad, por la causa universal, que es Dios, que decir algun disparate.

Pero yo muchas veces me he puesto á considerar la razon y causa de donde pueda nacer que la gente vulgar sea tan amiga de atribuir todas las cosas á Dios, y quitarlas á la naturaleza y aborrecer los medios naturales. Y no sé si he podido atinar, á lo ménos bien se deja entender, que por no saber el vulgo qué efectos se han de atribuir inmediatamente á Dios, y cuáles á naturaleza, los hace hablar de aquella manera, fuera de que los hombres, por la mayor parte, son impacientes y amigos de que se cumpla presto lo que ellos desean; y como los medios naturales son tan espaciosos y obran por discurso del tiempo, no tienen paciencia para aguardarlos. Y como saben que Dios es omnipotente y que en un momento hace todo lo que quiere, y de ello tienen muchos ejemplos, querrian que él les diese salud como al paralítico, y sabiduría como á Salomon, y riquezas como á Job, y que los librase de sus enemigos como á David.

La segunda causa es que los hombres somos arrogantes y de vana estimacion; muchos de los cuales desean allá adentro de su pecho que Dios los haga á ellos alguna merced particular y que no sea por la via comun, como es hacer salir el sol sobre los justos y malos, y llover para todos en general; porque las mercedes, en tanto son más estimadas, en cuanto se hacen con ménos, y por esta razon hemos visto muchos hombres fingir milagros en las casas y lugares de devocion, porque luégo acuden las gentes á ellos y los tienen en gran veneracion, como personas con quien Dios ha tenido cuenta particular, y si son pobres, los favorecen con muchas limosnas, y así algunos pican en el interes.

La tercera razon es ser los hombres amigos de holgar y estar dispuestas las causas naturales, por tal órden y concierto, que para alcanzar sus efectos es menester trabajar; y por tanto, querrian que Dios usase con ellos de su omnipotencia, y que sin andar se cumpliesen sus deseos; dejo aparte la malicia de aquellos que pedian á Dios milagros para tentar su omnipotencia, y probar si los podia hacer, y otros que por vengar su corazon piden fuego del cielo y otros castigos de gran crueldad. La última causa es ser mucha la gente vulgar religiosa y amiga de que Dios sea honrado y engrandecido, lo cual se consigue mucho más con los milagros que con los efectos naturales (5); pero el vulgo de los hombres no sabe que obras sobrenaturales y prodigiosas las hace Dios para mostrar á los

(1) *Primum quidem omnium natura opus est; natura enim repugnante irrita omnia fiunt.* (Hip., *Lex.*)

(2) De cada ciencia se ha de saber hasta dónde llega su jurisdiccion, y qué cuestiones le pertenecen.

(3) Aristóteles, lib. I *Ethic.*, cap. IV.

(4) *In epistola ad Damagetum.*

(5) *Domino cooperante et sermonem. Confirmante sequentibus signios.* (Marci., cap. últ.)

que no lo saben que es omnipotente, y que usa de ellos por argumento para comprobar su doctrina, y que faltando esta necesidad nunca jamas las hace.

Esto bien se deja entender, considerando cómo ya no obra Dios aquellos hechos extraños del Testamento nuevo y viejo, y es la razon haber hecho ya de su parte todas las diligencias que convenia para que los hombres no pretendiesen ignorancia; y pensar que ha de volver otra vez á hacer los mismos argumentos y tornar con nuevos milagros á comprobar de nuevo su doctrina, resucitando muertos, dando vista á los ciegos, sanando los cojos y paralíticos, es un error muy grande, porque de una vez enseña Dios lo que conviene á los hombres, y lo prueba con milagros, y no lo torna á repetir: *Semel loquitur Deus, et secundo idipsum non repetit.* (Job, cap. XXXIII.) El indicio de que yo más me aprovecho para descubrir si un hombre no tiene el ingenio que es apropiado para la filosofía natural, es verle amigo de echar todas las cosas á milagro, sin ninguna distincion; y por lo contrario, los que no se contentan hasta saber la causa particular del efecto, no hay que dudar de su buen ingenio. Estos bien saben que hay efectos que inmediatamente se han de reducir á Dios, como son los milagros, y otros á la naturaleza, que son aquellos que tienen causas ordenadas de donde pueden nacer; pero hablando de la una manera y de la otra, siempre ponemos á Dios por autor, porque cuando dijo Aristóteles (1): *Deus et natura nihil faciunt frustra*, no entendió que naturaleza fuere alguna causa y universal conjurisdicion apartada de Dios, sino que es nombre del órden y concierto que Dios tiene puesto en la compostura del mundo para que sucedan los efectos que son necesarios para su conservacion, porque de la misma manera se suele decir que el rey y el derecho civil no hace daño á nadie, en la cual manera de hablar ninguno entiende que este nombre *derecho* significa algun príncipe que tenga jurisdicion de la del rey, sino que es un término que abraza con su significacion todas las leyes y ordenamiento real que el rey tiene hecho para conservar en paz su república.

Y así como el rey tiene casos reservados para sí, los cuales no pueden ser determinados por el derecho, por ser extraños y graves, de la misma manera dejó Dios reservados para sí los efectos milagrosos; para la produccion de los cuales no dió órden ni poder á las causas naturales; pero aquí es de notar que el que los ha de conocer por tales y diferenciarlos de las obras naturales ha de ser gran filósofo natural, y saber de cada efecto qué causas ordenadas puede tener, y con todo no basta, si la Iglesia católica no los declara por tales (2), y de tal manera, que los letrados trabajan y estudian en leer el derecho civil y guardarlo en la memoria para saber y entender cuál sea la voluntad del rey en la determinacion de tal caso.

Así nosotros los filósofos naturales (como letrados de esta facultad) ponemos nuestro estudio en saber el discurso y órden que Dios hizo el dia que crió el mundo, para contemplar y saber de qué manera quiso que sucediesen las cosas, y por qué razon. Y así como sería cosa de reir si un letrado alegase en sus escritos de bien probado que el rey manda determinar tal caso, sin mostrar la ley y razon por donde lo decide, así los filósofos naturales se rien de los que dicen: esta obra es de Dios, sin señalar el órden y discurso de causas particulares de donde pudo nacer.

Y de la manera que el rey no quiere escuchar cuando le piden que quebrante alguna ley justa, ó que haga determinar el caso fuera del órden judicial que él tiene mandado guardar, así Dios no quiere escuchar cuando alguno le pide milagros y hechos fuera del órden natural sin necesidad, porque áun el rey cada dia quita y pone leyes, y muda el órden judicial (así por la variedad de los tiempos, como por ser el consejo del hombre caduco y no poder atinar de una vez la rectitud y justicia); pero el órden natural de todo el universo, que llamamos naturaleza, desde que Dios crió el mundo no ha habido que añadir ni quitar una jota; porque lo hizo con tanta providencia y saber, que pedir que no se guarde aquel órden es poner falta en sus obras. Volviendo, pues, á aquella sentencia tan usada de los filósofos antiguos: *Natura facit habilem.*

Es de entender que hay ingenios y habilidades que Dios reparte entre los hombres fuera del órden natural, como fué la sabiduría de los apóstoles; los cuales, siendo rudos y torpes, fueron alumbrados milagrosamente y llenos de ciencia y saber.

De este género de habilidad y sabiduría no se puede verificar *Natura facit habilem*; porque ésta es obra que inmediatamente se ha de reducir á Dios, y no á naturaleza. Lo mismo se entiende de la sabiduría de los profetas y de todos aquellos á quien Dios infundia alguna gracia. Otro género de habilidad hay en los hombres, que les nace de haberse engendrado con aquel órden y concierto de causas que Dios ordenó para este fin, y de esta suerte con verdad se dice: *Natura facit habilem.* Porque, como probarémos en el capítulo postrero de esta obra; hay órden y concierto en las causas naturales, que si los padres al tiempo de engendrar tienen cuidado de guardarle, saldrán todos sus hijos sabios, sin que falte ninguno. Pero en el entretanto esta significacion de naturaleza es muy universal y confusa, y el entendimiento no huelga ni descansa hasta saber el discurso particular y la última causa, y así es menester buscar otra significacion de este nombre *naturaleza*, que tenga á nuestro propósito más conveniencia. Aristóteles (3) y los demas filósofos naturales descienden más en particular, y llaman naturaleza á cualquiera forma sustancial que da sér á la cosa, y es principio de todas sus obras; en la cual significacion nuestra ánima racional con razon se llamará naturaleza, porque de ella recibimos el ser formal que tenemos de hombres, y ella misma es principio de cuanto hacemos y obramos; pero como todas las ánimas racionales sean de igual perfeccion, así la del sabio como la del necio, no se puede afirmar qué naturaleza, en esta significacion, es la que hace al hombre hábil; porque si esto

(1) Lib. I *De cœlo.*

(2) La ignorancia de la filosofía natural hace poner milagros donde no los hay.

(3) Lib. II *De physic. auscultatione.*

fuese verdad, todos los hombres tendrian igual ingenio y saber; y así el mismo Aristóteles (1) buscó otra significacion de naturaleza, la cual es razon y causa de ser el hombre hábil ó inhábil, diciendo que el temperamento de las cuatro calidades primeras (calor, frialdad, humedad y sequedad) se ha de llamar naturaleza, porque de ésta nacen todas las habilidades del hombre, todas las virtudes y vicios, y esta gran variedad que vemos de ingenio. Y pruébase claramente, considerando las edades de un hombre sapientísimo, el cual en la puericia no es más que un bruto animal, ni usa de otras potencias más que de la irascible y concupiscible; pero venida la adolescencia comienza á descubrir un ingenio admirable, y vemos que le dura hasta cierto tiempo y no más, porque viniendo la vejez, cada dia va perdiendo el ingenio, hasta que viene á caducar. Esta variedad de ingenios, cierto es que nace del ánima racional (2), porque en todas las edades es la misma sin haber recibido en sus fuerzas y sustancia ninguna alteracion, sino que en cada edad tiene el hombre vario temperamento y contraria disposicion, por razon de la cual hace el ánima unas obras en la puericia, y otras en la juventud, y otras en la vejez, de donde tomamos argumento evidente que pues una misma ánima hace contrarias obras en un mismo cuerpo, por tener en cada edad contrario temperamento, que cuando dos muchachos, el uno es hábil y el otro necio, que nace de tener cada uno temperamento diferente del otro, al que (por ser principio de todas las obras del ánimo racional) llamaron los médicos y filósofos naturaleza, de la cual significacion se verifica propia aquella sentencia: *Natura facit habilem*. En confirmacion de esta doctrina escribió Galeno un libro, probando que las costumbres del ánimo siguen el temperamento del cuerpo donde está, y que por razon del calor, frialdad, humedad y sequedad de la region que habitan los hombres, y de los manjares que comen, y de las aguas que beben, y del aire que respiran, unos son necios y otros sabios, unos valientes y otros cobardes, unos crueles y otros misericordiosos, unos cerrados de pecho y otros abiertos, unos mentirosos y otros verdaderos, unos traidores y otros leales, unos inquietos y otros sosegados, unos doblados y otros sencillos, unos escasos y otros liberales, unos vergonzosos y otros desvergonzados, unos incrédulos y otros fáciles de persuadir; y para probar esto, trae muchos lugares de Hipócrates, Platon y Aristóteles, los cuales afirmaron que la diferencia de las naciones, así en la compostura del cuerpo como en las condiciones del ánima, nace de la variedad de este temperamento. Y vese claramente por experiencia cuánto distan los griegos de los escitas, los franceses de los españoles, y los indios de los alemanes, y los de Etiopía de los ingleses.

Y no solamente se echa de ver en regiones tan apartadas, pero si consideramos las provincias que rodean á esta España, podrémos repartir las virtudes y vicios que hemos contado entre los moradores de ellas, dando á cada cual su vicio y virtud. Y si no, considerémos el ingenio y costumbres de los catalanes, valencianos, murcianos, granadinos, andaluces, extremeños, portugueses, gallegos, asturianos, montañeses, vizcainos, navarros, aragoneses y los del riñon de Castilla. ¿Quién no ve y conoce que éstos difieren entre sí, no sólo en la figura del rostro y compostura del cuerpo, pero tambien en las virtudes y vicios del ánima? Y todo esto nace de tener cada provincia de éstas su particular y diferente temperamento.

Y no solamente se conoce esta variedad de costumbres en regiones tan apartadas, pero áun en lugares que no distan más que una pequeña legua, no se puede creer la diferencia que hay de ingenios entre los moradores. Finalmente, todo lo que escribe Galeno en su libro es el fundamento de esta mi obra, aunque él no atinó en particular á las diferencias de habilidad que tienen los hombres, ni á las ciencias que cada una demanda en particular, aunque bien entendió que era necesario repartir las ciencias á los muchachos, y dar á cada uno lo que pedia su habilidad natural, pues dijo que las repúblicas bien ordenadas habian de tener hombres de gran prudencia y saber que en la tierna edad descubriesen á cada uno su ingenio y solercia natural, para hacerle aprender el arte que le convenía, y no dejarlo á su eleccion (3).

CAPÍTULO V (4).

Donde se declara lo mucho que puede el temperamento para hacer al hombre prudente y de buenas costumbres.

Considerando Hipócrates la buena naturaleza de nuestra alma racional, y el ser tan alterable y caduco el cuerpo humano donde está, dijo una sentencia digna de tan grave autor: *Anima quidem semper similis est, et in majori, et in minori, non enim alteratur, nec per natura, nec per necessitatem, corpus autem nunquam idem in ullo aliquo est: nec secundum naturam, nec ex necessitate*. Como si dijera: nuestra alma racional siempre es la misma por todo el discurso de su vida, en la vejez y niñez, y siendo grandes y pequeños; el cuerpo, por el contrario, jamas está quedo en sér, ni hay manera para conservarlo; y aunque algunos médicos han trabajado en hacer arte para ello, ninguno ha podido excusar (con sus preceptos y reglas) las alteraciones de las edades. La puericia, caliente y húmeda; la adolescencia, templada; la juventud, caliente y seca; la consistencia, templada en calor y frialdad, y destemplada por sequedad; la vejez, fria y seca.

No se puede impedir que los cielos no muden el aire cada momento, ni que éste haga en nuestros cuerpos tan várias impresiones, por donde tuvo entendido que para hacer un hombre prudentísimo, no siéndolo, que no era menester alterar el alma racional, ni mejorarle su naturaleza, porque fuera de que es imposible, ninguna cosa le faltó en su creacion para que por falta

(1) 30 secc., probl. 1.

(2) De malos términos usó Hipócrates cuando dijo: *Hominis anima semper producitur usque ad mortem*. (6 Epid., part. v, coment. v, *Hip. y Gal.*, lib. I *De natura humana*. Et Platon in *Phædro*, *lib. quod animi mores corporis temperaturam insequantur*.

(3) *Solertiam naturalem in pueris expectare prudentissimi in unaquaque civitate seniores ea judicare deberent: atque illi dare operam, ut suæ naturæ convenientem artem quisque disceat*. (Libro De placitis *Hipoc. et Platonis*.)

(4) Este capítulo es el v de la edicion de 1640.

suya no pudiese hacer el hombre muy bien las obras de su especie. Y así dijo: *Si ignis et aqua in corpore temperamentum acceperint, sit anima sapientissima, et memoria valentissima, prædita: si vero ignis superetur ab aqua, sit tarda et stulta.* Como si dijera: cuando los cuatro elementos, agua y fuego especialmente, entran en la composicion del cuerpo humano en igual peso y medida, se hace el alma prudentísima y de muy gran memoria, pero si el agua vence al fuego, queda tarda y estulta, y no por culpa suya, sino porque el instrumento con que ella habia de obrar estaba depravado. Lo cual visto por Galeno, sacó por última conclusion que todas las costumbres y habilidades del alma racional sin falta seguian al temperamento del cuerpo donde está, y de camino reprende á los filósofos morales, porque no se dan á la medicina; siendo verdad que no solamente la prudencia, que es el fundamento de todas las virtudes, pero la justicia, fortaleza y templanza y sus vicios contrarios dependen del temperamento del cuerpo; por tanto, dijo que al médico pertenecia corromper los vicios del hombre, é introducir las virtudes contrarias, y así hizo arte para corromper el vicio de la lujuria, é introducir la virtud de castidad, y cómo el soberbio se hará manso y tratable, y el avariento liberal, y el cobarde valiente, y el necio sabio y prudente. Y todo el estudio que pone es en alterar el cuerpo con medicinas y manjares acomodados á cada vicio y virtud, y no cura del alma, fundada en la opinion de Hipócrates, el cual confiesa llanamente que el alma no es alterable, ni tiene necesidad de virtud adquisita para hacer lo que ella está obligada si le dan buen instrumento para ello, y así tiene por error poner las virtudes en el alma, y no en los instrumentos del cuerpo con que ha de obrar, y con esto le parece que es imposible adquirirse alguna virtud que no nazca nuevo temperamento en el cuerpo. Pero esta opinion es falsa y contraria al comun consentimiento de los filósofos morales, los cuales afirman que las virtudes son hábitos espirituales, sujetados en el alma racional; porque, cual es el accidente, tal ha de ser el sujeto donde cae; mayormente que como el alma sea el agente y movedor, y el cuerpo el que ha de ser movido, más á propósito caen las virtudes en el que hace que en el que padece, y si las virtudes y vicios fuesen hábitos que dependieran del temperamento, seguirse habia que el hombre obraria como agente natural, y no libre necesitado, con el apetito bueno ó malo que le señalase el temperamento, y de esta manera las buenas obras no merecerian ser premiadas ni las malas castigadas, conforme aquello: *In naturalibus, nec demeremur.* Mayormente que vemos muchos hombres virtuosos con temperamento malo y vicioso, que los inclina ántes á pecar que á obrar conforme á virtud, de quien se dijo: *Vir sapiens dominabitur astris.* Y en lo que toca á los hechos de la prudencia y habilidad, vemos muchas obras imprudentes de hombres sapientísimos y muy templados, y otras muy acertadas de quien no sabe tanto ni tiene tan buena temperatura. Por donde se entiende que la prudencia y sabiduría y las demas virtudes humanas están en el alma, y que no dependen de la compostura y temperamento del cuerpo, como pensaron Hipócrates y Galeno. Pero con todo eso, hace mucha fuerza que estos dos graves médicos, y con ellos Aristóteles y Platon, hayan dicho esta sentencia, y que no digan la verdad.

Por donde es de saber que las virtudes perfectas, como las fingen los filósofos morales, son hábitos espirituales, sujetados en el alma racional, cuyo sér no depende del temperamento del cuerpo, pero con esto es cierto que no hay virtud ni vicio en el hombre (no se entiende de las virtudes sobrenaturales, porque éstas no entran en esta cuenta y razon) que no tenga su temperatura en los miembros del cuerpo, que le ayude ó desayude en sus obras, á la cual impropiamente llaman los filósofos naturales vicio ó virtud, viendo que ordinariamente los hombres no tienen otras costumbres, sino aquellas que apunta su temperamento; dije ordinariamente, porque muchos hombres tienen el alma llena de virtudes perfectas, y en los miembros del cuerpo no tienen temperamento que los ayude á hacer lo que el alma quiere, y con todo eso, por tener libre albedrío, obran muy bien, aunque con gran lucha y contienda. Como es aquello de san Pablo: *Condelector enim legi Dei secundum interiorem hominem, video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ, et captivantem me in lege peccati quæ est in membris meis: infelix ego homo quis me liberabit de corpore mortis? gratia Dei hujus per Jesum Christum Dominum nostrum, igitur ego ipse mente servio legi Dei, carne autem legi peccati.* Por las cuales palabras da á entender san Pablo que sentia dentro de sí dos leyes contrarias, una en el alma, con la cual amaba la ley de Dios y se holgaba con ella, y otra en los miembros de su cuerpo, que le convidaba á pecar; conforme á esto, bien parece que á las virtudes que san Pablo tenía en el alma, no le correspondian las temperaturas en los miembros del cuerpo, que eran necesarias para obrar con suavidad y sin contradiccion de la carne; su alma queria rezar y contemplar, y cuando iba al cerebro con que lo habia de ejecutar, lo hallaba destemplado por frialdad y humedad, que son dos calidades ordenadas para dormir, y con mucha pesadumbre. Tales estaban aquellos tres discípulos que acompañaron á Jesucristo en el huerto cuando oraba, pues les dijo: *Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma.* El alma queria ayunar, y cuando iba al estómago con que lo habia de hacer, lo hallaba con mil desmayos, y con un apetito insaciable de comer, y el alma queria que fuese casto y continente, y cuando iba á los instrumentos de la generacion, los hallaba con un fuego ardiente, inclinándole á lo contrario; en tales disposiciones como éstas, obran los virtuosos con gran dificultad, y por esto se dijo: *Virtus versatur circa difficile.* Pero si el alma, cuando quiere meditar, hallase el cerebro caliente y seco, que es disposicion natural para velar, y cuando quiere ayunar, hallase el estómago caliente y seco (con la cual temperatura, dice Galeno, aborrece el hombre el comer), y si cuando quiere y ama la castidad, estuviesen los testículos frios y húmedos, todo se lo hallaba hecho sin ninguna contradiccion; porque la ley del alma y la ley de los miembros del cuerpo, ambas pedian una

misma cosa, y así obraria el hombre con mucha suavidad. Por donde dijo bien Galeno que al médico pertenecia hacer un hombre de vicio, virtuoso, y que los filósofos morales hacian mal en no aprovecharse de la medicina para conseguir el fin de su arte, pues en alterar los miembros del cuerpo harian obrar á los virtuosos con suavidad. Lo que yo quisiera de Galeno y de todos los filósofos morales es que si es verdad que á cada vicio y virtud de las que están en el alma corresponde en los miembros del cuerpo su particular temperatura que le ayude ó desayude para obrar, que nos contáran todos los vicios del hombre y sus virtudes, y nos dijeran en qué cavidades corporales estribaba cada una de ellas, para aplicarles la cura que cada una habia menester.

Aristóteles bien entendió que la buena temperatura hacia al hombre prudentísimo y de buenas costumbres, y así dijo: *Optima enim temperies, non solum corpori, verum intelligenti homini prodest.* Pero no declaró cuál era la mejor temperatura, ántes dijo que las costumbres de los hombres se fundaban en solo calor y frialdad, y los médicos, especialmente Hipócrates y Galeno, tienen por viciosas estas dos calidades, y aprueban la contemplada, donde el calor no excede á la frialdad, ni la humedad á la sequedad; y así dijo Hipócrates: *Quod humidissimum est in aqua et siccissimum in igne, si in corpore temperamentum acceperint sit homo prudentissimus.* Pero muchos médicos han examinado esta temperatura por la gran fama que tiene, y no corresponde tanto en la obra como Hipócrates dice, ántes les parece que son unos hombres flojos y de poco brío, y en sus hechos no muestran tanta prudencia y discrecion como los destemplados, tienen la condicion muy blanda y suave, y no saben hacer mal á nadie ni en dicho ni en hecho, que es por donde parecen muy virtuosos y sin pasiones de las que alteran el ánimo. Estos médicos tienen por mala temperatura la templada, porque afloja y desbarata la fortaleza de las potencias, y es causa que no obren como conviene. Lo cual se ve claramente en dos tiempos del año, verano y otoño, donde el aire se viene á templar, y entónces acontecen las enfermedades. Y así se halla el cuerpo más sano, ó con mucho frio ó con mucho calor, que con lo templado del verano.

Á estos médicos parece favorecer algo la divina Escritura, tratando las costumbres del hombre: *Utinam esses calidus aut frigidus, sed quia tœpidus est incipiente vomere ex ore meo.* Parece que se fundó en la doctrina de Aristóteles, el cual tiene por opinion muy verdadera que todas las costumbres activas del hombre estriban en calor ó frialdad, y no en lo tibio y templado; pero holgára yo que Aristóteles nos dijera qué virtud, qué calidad de éstas pide, y en qué estriba un vicio contrario para hacer las curas que dice Galeno.

Yo para mí tengo entendido que la frialdad es la más importante para que el alma racional conserve sus virtudes en paz, y que no haya en los miembros del cuerpo quien le contradiga; porque ninguna calidad, dice Galeno, debilita tanto la concupiscible é irascible como la frialdad, ni quien tanto avive la racional, dice Aristóteles, como la frialdad, especialmente si está conjunta con la sequedad; y estando debilitada y enferma la porcion inferior, las virtudes del alma racional crecen á palmos. Y si no, quiero ponerle delante al filósofo moral un hombre lujurioso, gran comedor y bebedor, para que me le cure segun las reglas de su arte, y que le engendre en su alma hábito de castidad y temperancia, y que obre con ellas con suavidad, sin que le introduzca en los miembros de su cuerpo frialdad y sequedad y le corrompa el calor y humedad demasiada que ántes tenia, y veamos cómo lo hará. Cierta es que lo primero que ha de hacer es afearle el vicio de la lujuria, y le contará los males y daños que suele traer consigo, y el peligro en que está su alma si la muerte le arrebatase sin haber hecho penitencia de sus pecados; tras esto le aconsejaria el ayuno, el rezar y meditar, el poco dormir, el acostarse en el suelo y vestido, la disciplina, el apartarse de mujeres y ocuparse de obras pías; todo lo cual se contiene en aquel aforismo de san Pablo: *Castigo corpus meum et redigo in servitutem.* Con estos remedios, perseverando muchos dias en ellos, se pondrá el hombre flaco y amarillo, y tan diferente del que solia ser, que el que ántes se perdia por mujeres y por comer y beber, ahora le da pena y dolor oirlo mentar.

Viendo el filósofo moral al hombre vicioso con estas señales, dirá, y con razon: éste ya tiene hábito de castidad y temperancia. Pero porque su arte no pasa de aquí, piensa que estas dos virtudes han venido por los aires y asentádose en el alma racional, sin haber pasado por el cuerpo; pero el médico que sabe de dónde nace la flaqueza y color amarillo, y cómo se introducen las virtudes y se corrompen los vicios, dirá que este hombre tiene ya hábito de castidad y temperancia, porque con aquellos remedios se perdió el calor natural, y en su lugar sucedió frialdad. Y que todo aquel órden de vivir sean causas refrigerantes, es cosa fácil de probar discurriendo por cada una de ellas.

El temor en que le puso la reprension y consideracion de las penas infernales, si moria en pecado mortal, es cierto que mortifica el calor natural y pone el cuerpo frio, y así pregunta Aristóteles: *Cur voce, et manibus, et labro inferiori tremunt qui metuunt? an quoniam hic afectus, caloris defectio ex locis superioribus est, quo ut paleant accidit.*

El ayuno tambien es una de las cosas que más mortifica el calor natural y deja al hombre frio, porque nuestra naturaleza, dice Galeno, se conserva con la comida y bebida, como la llama del candil con el aceite. Y tanto calor natural hay en el cuerpo humano, cuanto es el manjar que se ha cocido, y tanto alimento se ha de dar á comer, cuanto fuere el calor, y si damos ménos en cantidad, luégo se disminuye.

Por la cual razon manda Hipócrates que á los niños no les hagamos ayunar, porque se resuelven y consumen por falta de alimento. La disciplina, si es dolorosa y con sangre, ¿quién no sabe que gasta y consume muchos espíritus vitales y animales, y que por la efusion de sangre pierde el hombre el pulso y calor natural?

El sueño, dice Galeno, es una de las cosas que más fortifican el calor natural, porque por él se entra á las cavidades del cuerpo y fortifica las virtudes naturales.

y así cuece el manjar y lo convierte en sustancia; ¿y cómo en la vigilia se corrompe y endurece? Y es la causa que el sueño calienta las partes interiores y enfria las exteriores; y por el contrario, la vigilia enfria el estómago, hígado y corazon, que es con lo que vivimos, y calienta las partes exteriores, que es lo más innoble del cuerpo y de lo que ménos nos aprovechamos. De manera, que si se quita el sueño, forzosamente ha de padecer muchas enfermedades graves.

Del dormir en el suelo y comer no más de una vez y andar mal vestido, dijo Hipócrates que gastaba la carne y la sangre, donde reside el calor natural: *Semel tantum cibum sumere duriter cubare, nudusque ambulare.* Y dando Galeno la razon por que la cama dura enflaquece y consume las carnes, dice que solicitado el cuerpo con el dolor no le deja dormir, y dando muchas vueltas, comprime por todas partes las carnes, y así no las deja crecer, y cuanto calor se pierda gastando las carnes, dícelo el mismo Hipócrates, enseñando cómo se hará el hombre prudente: *Conducit ad sapientiam ut minimæ carnosi sint nam ad carnis bonam habitudinem ardoris inflammationem fieri necesse est.* Como si dijera: conviene para la sabiduría que los hombres no tengan muchas carnes, porque su temperamento es muy caliente, y esta calidad echa á perder la prudencia. El rezar y meditar se hace subiendo el calor natural á la cabeza, por cuya ausencia quedan las demas partes del cuerpo frias, y si es con mucha atencion, se viene á perder el sentido del tacto, del cual dijo Aristóteles que era necesario para la vida de los animales, y los demas sentidos servian de ornamento y perfeccion, porque sin gusto, olfato, vista y oido vemos que se puede vivir, mas estando el alma elevada en alguna profunda contemplacion no envia la facultad animal á las partes del cuerpo, sin la cual, ni los oidos pueden oir, ni los ojos ver, ni las narices oler, ni el gusto gustar, ni el tacto tocar; por donde ni sienten frio los que están meditando, ni calor, ni hambre, sed, ni cansancio; y siendo el tacto la centinela que descubre al hombre quién es el que hace bien ó mal, no se puede aprovechar de él. Y así, estando helado de frio ó abrasándose de calor, ó muerto de hambre, pasa por ello sin sentirlo, porque no hay quien le avise. En esta disposicion, dice Hipócrates que el alma no hace lo que está obligada, pues siendo su oficio animar el cuerpo y darle sentido y movimiento, le deja desamparado: *Quicumque dolentes parte aliqua corporis omnino dolorem non sentiunt iis mens ægrotat.* Pero la peor disposicion que se halla en los hombres de letras, y en los demas que se dan á meditacion, es la flaqueza del estómago; porque siempre cuece el manjar sin calor natural, por estar ordinariamente en la cabeza, y así está lleno de crudas flemas, por donde Cornelio Celso encomienda que á los hombres que se dan á letras les confortemos el estómago más que otra parte alguna. De manera que el rezar, contemplar y meditar, enfria y deseca el cuerpo, y lo hace melancólico. Y así dijo Aristóteles: *Cur homines, qui ingenio claruerunt vel studiis philosophiæ, vel in republica administranda, vel in carmine pangendo, vel in artibus exercendis melancholicos omnes fuisse videantur.*

El apartarse de mujeres, teniendo ántes su conversacion, cuanto enfrie el cuerpo y cuantas alteraciones nuevas nazcan en el continente, pruébalo Galeno por muchas experiencias que vió y notó; especialmente cuenta lo que le aconteció á un amigo suyo despues de viudo, que se le quitó luégo la gana de comer, y no podia digerir una yema de huevo, y si porfiaba á comer como solia, lo vomitaba luégo, y con esto andaba triste y melancólico, al cual le aconsejó que se casase si queria tener salud, y así dice: *Hic quam celerrimes liberatu est ad pristinam consuetudinem reversus.* De los cantores cuenta el mismo Galeno que sabiendo por experiencia la gran correspondencia que tienen los testículos con la garganta, y que tratar con mujeres les echaba á perder la voz, se hacian continentes por fuerza, por no perder el comer y salario que por su música les daban; y con esto, dice Galeno tenian los instrumentos de la generacion tan pequeños, frios y rugosos como si fueran viejos; al reves de los lujuriosos, cuyas partes, por ser muy ejercitadas y usadas, son muy crecidas, los vasos seminales muy anchos y patentes, á los cuales acude gran copia de sangre y calor natural; porque como dijo Platon: *Ignavia quidem exolvit proprii autem officii exercitatio robur augere solet;* como si dijera: ejercitar las partes del cuerpo les hace cobrar más fuerzas, y el no usar de ellas las debilita, y así es cierto que en cada acto lujurioso se fortifican más y más los miembros genitales, y quedan más poderosos y codiciosos para volver otra vez á la obra, y cada vez que el hombre resiste á la carne queda más frio y con ménos fuerza para aquel acto. De donde concluyo que el casto y continente, hecho por este camino, viene á parar á frialdad habitual con la mala obra, tan sin pena ni contradiccion como el viejo y como el que nació frio de su propia naturaleza y como el capado. Y así los que desean ser continentes y que no les irrite la carne, temiendo su mucha flaqueza, usen de medicinas frias y de cosas que gasten y consuman la simiente y la pongan fria, por quien se puede entender: *Beati qui se castraverunt propter regnum Dei.*

Todo esto que hemos dicho y probado de la lujuria y castidad, se ha de entender de las demas virtudes y vicios; porque cada uno tiene su particular temperamento de calor y frialdad, y en el modo de sustanciar que cada miembro adquiere, y por la intencion ó remision de estas dos calidades. Dije de calor y frialdad, porque ninguna virtud ni vicio se funda en humedad ni sequedad, porque segun la opinion de Aristóteles, estas dos calidades son pasivas, y el calor y frialdad activas, y así dijo: *Mores enim condit, calidum, aut frigidum, omnium maxime quæ in nostro corpore habentur.* Y con su sentencia respondé á la Escritura cuando dijo: *Utinam frigidus esses, aut calidus, sedque tepidus est, et nec frigidus, nec calidus incipiente vomere ex ore meo.*

La razon de esto estriba en que no se hallan hombres templados en el punto de perfeccion que se requiere para fundar las virtudes: así escogió la Escritura y el filósofo al calor y frialdad por no haber otras calidades para asentar las virtudes, aunque con un contrapeso, porque, puesto caso que á la frialdad y calor correspon-

den muchas virtudes, tambien son fuentes de muchos vicios. Y así por maravilla hay hombre malo en quien no se hallen algunas virtudes naturales, ni virtuoso que no tenga algun vicio. Pero la calidad con que se halla mejor el alma racional es la frialdad del cuerpo.

Esto se probará claramente discurriendo por todas las edades del hombre, puericia, adolescencia, juventud, edad perfecta y vejez; donde hallarémos que por tener cada edad un particular temperamento, en unas es vicioso y en otras virtuoso, en unas es imprudente y en otras sabio. La puerícia no es más que un temperamento caliente y húmedo, en el cual, dice Platon, está el alma racional ahogada sin poder usar de un entendimiento y voluntad y libre albedrío, hasta que con el discurso del tiempo pasa á otra edad y adquiere nuevo temperamento. Las virtudes de la niñez son muchas, y pocos los vicios. Los niños, dice Platon, son admirativos, del cual principio nacen todas las ciencias. Lo segundo, son disciplinables, blandos y tiernos para introducirles cualquiera virtud. Lo tercero, son temerosos y vergonzosos, que es el fundamento, dice Platon, de la temperancia. Lo cuarto, tienen credulidad y son fáciles de persuadir, son caritativos, liberales, castos y humildes, simples y no maliciosos; atento á las cuales virtudes, dijo Jesucristo á sus discípulos: *Nisi efficiamini sicut parvulus iste, non intrabitis in regnum cœlorum.* De qué edad fuese este niño que Dios les mostró no se puede saber; pero Hipócrates divide la puericia en tres ó cuatro partes; y porque desde un año hasta catorce van tomando siempre muchos humores y diversos temperamentos, así padecen diferentes enfermedades, y por la misma razon corresponden al alma diferentes virtudes y vicios. En lo cual estribando Platon, comienza á instruir un niño desde el primer año, aunque no sepa hablar, enseñando al ama que le cria cómo le entenderá por el llorar, reir y callar, sus virtudes y vicios, y cómo se corregirá. Las virtudes de esta edad, dice la Escritura que tenía Saul cuando fué elegido por rey: *Puer erat unius anni Saul quando cœpit regnare.* Por donde parece que Dios hace la misma particion que Hipócrates, señalando por años las virtudes de la puericia. El adolescencia es la segunda edad del hombre, y cuéntase desde catorce años hasta veinte y cinco; la cual, segun la opinion de los médicos, no es caliente, fria, húmeda ni seca, sino, en medio de estas calidades, templada. Con esta temperatura están los instrumentos del cuerpo como el alma los ha menester para todo género de virtud, especialmente para la prudencia, y así dijo Hipócrates: *Quod humidissimum est in igne, et sicissimum in aqua si in corpore temperamentum acceperint anima sapientissima, et memoria vallentissima prœdita.* Las virtudes que dijimos de la puericia, parecen obras hechas con solo instinto natural, como lo hacen las hormigas, serpientes y abejas, sin discurso racional; pero las de la adolescencia van hechas ya con discrecion y prudencia, y así entiende el adolescente lo que hace y á qué propósito, y conociendo el fin, dispone los medios para conseguirlo. Cuando la Escritura dijo: *Sensus, et cogitatio hominis pœna est adolescentia sua ad malum,* se puede entender exclusive sacando la puericia y el adolescencia, que son las edades donde el hombre es más virtuoso.

La tercera edad es la juventud, que se cuenta desde veinte y cinco años á treinta y cinco; su temperamento es caliente y seco, del cual dijo Hipócrates: *Cum aqua superatur ab igne sit anima insana, et furiosa.* Y así lo muestra la experiencia, porque no hay maldad de que no esté tentado el hombre en esta edad: ira, gula, lujuria, soberbia, homicidios, adulterios, robos, temeridades, rapiña, audacia, enemistad, engaños, mentiras, bandos, disensiones, venganza, ódios, injuria y protervia; en la cual edad viéndose David, dijo: *Domine, ne revoces me in dimidio dierum meorum.* Porque la juventud está en medio de las cinco edades del hombre: puericia, adolescencia, juventud, edad perfecta y vejez. Y es tan malo el hombre en ésta, que dijo Salomon: *Tria sunt difficilia mihi et quartum penitus ignoro; viam aquilæ in cœlo, viam colubri super petram, viam navis in medio mari, et viam viri in adolescentia.* Toma en este lugar adolescencia por juventud. De todo esto, cierto es que tiene alguna excusa de la culpa el ánima; pues es la misma por todo el discurso de las edades, y tan perfecta como Dios la crió al principio, si no por los varios temperamentos que el cuerpo adquiere en cada edad, porque en la juventud está el cuerpo mas destemplado, por esto obra el alma con más dificultad las obras virtuosas, y con más facilidad las viciosas. Esto es á la letra lo que dijo la Sabiduría: *Puer eram ingeniosus, et fortitus sum animam bonam, et cum essem magis bonus veni ad corpus coinquinatum, et inveni quod aliter homo continens esse non potest nisi Deus det.* Como si dijera: á mí me dieron buena ánima, y de niño era muy ingenioso, y siendo más bueno, entiéndese en la adolescencia, vine despues á un cuerpo tan sucio y destemplado, cual está la juventud, y hallé por mi cuenta que el hombre no podia tener castidad y continencia si Dios no se la daba; por tanto, viéndose David fuera de tan mala edad, y acordándose de lo que en ella habia pasado, dijo: *Delicta juventutis meæ, et ignorantias meas ne memineris.* En la cuarta edad, que es de consistencia, torna el hombre á templarse en la oposicion de calor y frialdad, porque quien de mucho calor baja á frialdad, forzosamente ha de pasar por el medio, y con la sequedad que le quedó al cuerpo de la juventud, se hace el alma prudentísima; por donde los hombres que han vivido mal en la juventud dan las vueltas más notables que vemos, reconociendo la mala vida pasada, y viviendo de otra manera. Comienza esta edad desde treinta y cinco años hasta cuarenta y cinco, en unos más y en otros ménos, conforme á la compostura y temperamento de cada uno. La última edad del hombre es la vejez, en la cual está el cuerpo frio y seco, y con mil enfermedades y flaco, todas las potencias perdidas, sin poder hacer lo que ántes solian. Pero con ser el alma racional la misma que fué en la puericia, adolescencia y juventud, consistencia y vejez, sin haber recibido ninguna alteracion que le debilitase sus potencias, venida á esta última edad, y con este temperamento frio y seco, es prudentísima, justa, fuerte y con temperancia, y aunque al hombre

se han de atribuir estas obras, pero el ánima es el primer movedor, conforme á aquello: *Anima est principium intelligendi*. Todo el tiempo que el cuerpo está poderoso, con fuertes facultades vitales, naturales y animales, acuden muy pocas virtudes morales al hombre, pero en perdiendo las fuerzas, luégo el alma crece en virtudes. Parece que quiso sentir esto san Pablo cuando dijo: *Virtus infirmitate perficitur*. Como si dijera: la virtud y fuerzas del alma racional se perfeccionan cuando el cuerpo está enfermo. Y así parece, porque en ninguna edad está el cuerpo más flaco que en la vejez, ni el alma más libre y suelta para obrar conforme á razon; pero con todo eso, cuenta Aristóteles seis vicios que tienen los viejos por razon de la frialdad que el hombre tiene en esta edad. Lo primero, son cobardes, porque el ánimo y valentía consiste en el mucho calor y sangre del corazon, y los viejos tienen poca y muy fria. Lo segundo, son avarientos y guardan el dinero más de lo que es menester, porque estando ya en los postreros tercios de la vida y que la razon los habia de dictar que con poca hacienda podrian pasar, entónces les crece más la codicia, y como si estuviesen en la niñez, y considerando que les restaban cinco edades por pasar, y que era bien guardar con qué comprar de comer. Lo tercero, son sospechosos, y no sé la razon por que Aristóteles lo llama vicio, siendo verdad que esto le nace de haber visto por experiencia tantas maldades de los hombres, y acordándose de los vicios y pecados que ellos propios cometieron en su mocedad, y así viven siempre con recato, sabiendo que hay poco que fiar de los hombres. Lo cuarto, son de mala esperanza y jamas piensan que los negocios han de suceder bien, y de dos ó tres fines que pueden tener, siempre eligen el peor y aquel están esperando. Lo quinto, son desvergonzados, porque la vergüenza, dice Aristóteles, pertenece á la sangre, y como los viejos carecen de este humor, no pueden ser vergonzosos. Lo sexto, son incrédulos; jamas piensan que les dicen la verdad, trayendo á la memoria los embustes y engaños de los hombres, y lo que han visto en el mundo en el largo discurso de su vida. Las virtudes contrarias, dice Aristóteles, tienen los mozos: son animosos, liberales, jamas sospechan mal, son de buena esperanza, vergonzosos y fáciles de persuadir y creer. Lo mismo que hemos probado en las edades del hombre, pudiéramos demostrar en el sexo, qué virtudes y vicios tiene el hombre, y cuáles la mujer, y por razon de los humores, sangre, cólera, flema y melancolía, y por razon de las regiones y lugares particulares, en una provincia son los hombres magnánimos, y en otras pusilánimes; en una prudentes, y en otra imprudentes; en una verdaderos, y en otra mentirosos, como es aquello del apóstol: *Cretenses semper mendaces malæ bestiæ ventris pigri*.

Y si discurrimos por las comidas ó bebidas, hallarémos que unas ayudan á una virtud y contradicen al vicio, y otras favorecen al vicio y contradicen á la virtud. Pero de tal manera que el hombre quede libre para hacer lo que quisiere, conforme á aquello: *Apposui tibi aquam, et ignem ad quod volueris porrige manum tuam*. Porque ningun temperamento de éstos hay que, no quitando al hombre su juicio, lo fuerce á nada, salvo á la irritacion. Y es de notar que en la meditacion y contemplacion de las cosas adquiere el hombre nuevo temperamento sobre el que tienen los miembros de su cuerpo; porque, como adelante probarémos, de tres potencias que tiene el hombre, memoria, entendimiento é imaginativa, sola la imaginativa, dice Aristóteles, es libre para imaginar lo que quisiere. Y de las obras de esta potencia, dice Hipócrates y Galeno, andan siempre asidos los espíritus vitales y sangre arterial, y los echa á la parte que quiere, y donde acude este calor natural queda la parte más poderosa para hacer su obra, y las demas con ménos fuerza. Y así aconseja Galeno á los cantores de la diosa Diana que no se pongan á contemplar en mujeres, porque de sólo esto, sin acto carnal, se les calientan los instrumentos de la generacion, y éstos calientes, luégo la voz se pone áspera y ronca, porque, como dijo Hipócrates: *Tusis sedatio, tumor testium et è contra*. Y si alguno se pone á considerar y meditar en la injuria que otro le ha hecho, luégo se sube el calor natural y toda la sangre al corazon, y fortifica la facultad irascible y debilita la racional, y así pasa la consideracion á que Dios manda perdonar las injurias y hacer bien á nuestros enemigos, y el premio que da por ello; vase todo el calor natural y sangre á la cabeza y fortifica la facultad racional, y debilita la irascible; y así estando en nuestra eleccion fortificar (con la imaginativa) la potencia que quisiéremos, con razon somos premiados cuando fortificamos la racional y debilitamos la irascible, y con justa causa somos culpados cuando fortificamos la irascible y debilitamos la racional. De aquí se entiende claramente con cuánta razon encomiendan los filósofos morales la meditacion y consideracion de las cosas divinas; pues con sola ella adquirimos el temperamento que el alma racional ha menester, y debilitamos la porcion inferior. Pero una cosa no puedo callar ántes que concluya con este capítulo, y es que todos los actos de virtud puede el hombre ejercitar sin haber en el cuerpo cómodo temperamento, aunque con mucha dificultad y trabajo, si no son los actos de prudencia; porque si un hombre salió imprudente de las manos de naturaleza, solo Dios puédelo remediar. Y lo mismo se entiende de la justicia distributiva, y de todas las artes y ciencias que aprenden los hombres.

CAPÍTULO VI (1).

Donde se declara qué parte del cuerpo ha de estar bien templada para que el muchacho tenga habilidad.

Tiene el cuerpo humano tanta variedad de partes y potencias, aplicadas cada una para su fin, que no será fuera de propósito, ántes cosa necesaria, saber, primero, qué miembro ordenó naturaleza por instrumento principal para que el hombre fuese sabio y prudente; porque cierto es que no raciocinamos con el pié, ni andamos con la cabeza, ni vemos con las narices, ni oimos con los ojos, sino que cada una de estas partes tiene su uso y particular compostura para la obra que ha de hacer.

(1) Tercero de la primera edicion.

Antes que naciese Hipócrates y Platon, estaba muy recibido entre los filósofos naturales que el corazon era la parte principal donde residia la facultad racional y el instrumento con que nuestra alma hacia las obras de prudencia, solercia, memoria y entendimiento. Y así, la divina Escritura, acomodándose á la comun manera de hablar de aquel tiempo, llama en muchas partes corazon á la parte superior del hombre; pero venidos al mundo estos dos grandes filósofos, dieron á entender que era falsa aquella opinion, y probaron con muchas razones y experiencias que el cerebro era el asiento principal del alma racional; y así lo recibieron todos, sino fué Aristóteles, el cual, con ánimo de contradecir en todo á Platon, tornó á refrescar la primera opinion, y con argumentos tópicos hacerla probable (1).

Cuál sea la más verdadera sentencia ya no es tiempo de ponerlo en cuestion; porque ningun filósofo duda en esta era que el cerebro es el instrumento que naturaleza ordenó para que el hombre fuese sabio y prudente. Sólo conviene explicar qué condiciones ha de tener esta parte para que se pueda decir estar bien organizada, y que el muchacho, por esta razon, tenga buen ingenio y habilidad. Cuatro condiciones ha de tener el cerebro para que el ánima racional pueda con él hacer cómodamente las obras que son de entendimiento y prudencia. La primera es buena compostura; la segunda, que sus partes estén bien unidas; la tercera, que el calor no exceda á la frialdad, ni la humedad á la sequedad; la cuarta, que la sustancia esté compuesta de partes sutiles y muy delicadas.

En la buena composicion se encierran otras cuatro cosas. La primera es buena figura; la segunda, cantidad suficiente; la tercera, que en el cerebro haya cuatro ventrículos distintos y apartados, cada uno puesto en su asiento y lugar; la cuarta, que la capacidad de éstos no sea mayor ni menor de lo que conviene á sus obras. La buena figura del cerebro, arguye Galeno (2), considerando por defuera la forma y compostura de la cabeza, la cual dice que seria tal cual conviene, tomando una bola de cera perfectamente redonda, y apretándola livianamente por los lados, que daria de esta manera la frente y el colodrillo con un poco de jiba, de donde se sigue que tener el hombre la frente muy llana y el colodrillo remachado, que no tiene su cerebro la figura que pide el ingenio y habilidad.

La cantidad del cerebro que ha menester el ánima para discurrir y raciocinar es cosa que espanta, porque entre los brutos animales ninguno hay que tenga tantos sesos como el hombre. De tal manera, que si juntásemos los que se hallan en dos bueyes muy grandes, no igualarian con los de solo un hombre por pequeño que fuese, y lo que es más de notar, que entre los brutos animales, aquellos que se van llegando más á la prudencia y discrecion humana, como es la mona, la zorra y el perro, éstos tienen mayor cantidad de cerebro que los otros, aunque en corpulencia sean mayores.

Por donde dijo Galeno que la cabeza pequeña era siempre viciosa en el hombre, por tener falta de sesos; aunque tambien afirmó que si la grande nacia de haber mucha materia y mal sazonada al tiempo que naturaleza la formó, que es mal indicio; porque toda es huesos y carne y muy pocos sesos, como acontece en las naranjas muy grandes, que abiertas tienen poca médula y la cáscara muy canteruda. Ninguna cosa ofende tanto al alma racional como estar en un cuerpo cargado de huesos, pringue y de carne. Curando Hipócrates cierto género de locura por exceso de calor, encomienda grandemente que el paciente no coma carne, sino yerbas y pescado, y que no beba vino, sino agua, y que si tuviera mucha corpulencia, muchas carnes y pringue, que lo enflaquezcamos, y dando la razon, dice: *Conducit etiam hominibus ad sapientiam ut minime carnosi sint, nam ad carnis bonam habitudinem ardoris inflammationem fieri necesse est cum tamen tale quid hujusmodi anima perpetitur ad insaniam adigitur.* Como si dijera: conviene grandemente á los hombres, si quieren ser muy sabios, que no estén cargados de carnes y pringue, sino flacos y macilentos, porque el temperamento de la carne es caliente y húmedo, con el cual no puede el alma dejar de loquear ó ser muy estulta, en confirmacion de lo cual trae por ejemplo al puerco, diciendo que entre todos los brutos animales es el mas estulto, por la mucha carne que tiene, cuya ánima, dijo Crisipo que servia no más que de sal, para que no se le corrompiese el cuerpo, la cual sentencia confirma tambien Aristóteles, diciendo que los hombres que tienen mucha carne en la cabeza son muy estultos, y los compara á los asnos, porque á la cabeza de estos animales acude más carne que á todos los demas. *Cæteris paribus.* Pero en lo que toca á la corpulencia, se ha de notar que hay dos géneros de hombres gordos, unos que tienen muchas carnes y sangre, cuyo temperamento es caliente y húmedo; otros que carecen de carne y sangre, y tienen mucha pringue y mantecas, cuyo temperamento es frio y seco; de los primeros se entiende la sentencia de Hipócrates, porque el mucho calor y humedad, y los muchos huesos y vapores que se levantan en semejantes cuerpos, perturban mucho el raciocinio, lo cual no acontece en los gordos de pringue, que por ser todos faltos de sangre no osan los médicos sangrarlos, y donde falta la carne y la sangre, ordinariamente hay mucho ingenio. Queriendo Galeno dar á entender la grande amistad y correspondencia que tiene el estómago con el cerebro, especialmente en lo que toca al ingenio y saber, dijo: *Crasus venter generat crasum intellectum.* Y si entiende de los barrigudos de pringue, no tiene razon; porque éstos son agudísimos de ingenio. En esta misma filosofía se debió fundar Persio cuando llamó al estómago *ingeniique largitur venter.* Ninguna cosa, dice Platon, perturba tanto al ánima racional, ni hay quien tanto la eche á perder sus buenos discursos y raciocinios, que los humos y vapores que se levantan del estómago ó hígado al tiempo que cuecen los manjares, ni hay quien tanto la levante en subidas contemplaciones como el ayuno, y tener el cuerpo con falta de carne y de

(1) *Quapropter cor quidem et præcordia maxime sentiunt sapientiæ tamen minime participant, sed omnium horum cerebrum causa est.* (Hipóc., lib. *De sacro morbo.*)
(2) *Lib. artis medic.*, cap. II.

sangre, que es lo que la Iglesia católica canta. *Qui corporali jejunio mentem elevas vitia comprimis virtutem largiris, et premia.* En aquella merced tan grande que Dios hizo á san Pablo cuando lo llamó desde el cielo, en tres dias no comió bocado, contemplando en tan gran beneficio y gracia como Dios le habia hecho en medio de sus vicios y pecados.

Y así dijo Platon (1) que las cabezas de los hombres sabios ordinariamente eran flacas, y se ofendian fácilmente con cualquiera ocasion, y es la causa, que naturaleza las hizo á teja vana con intento de no ofender al ingenio cargándolas de mucha materia. Y es tan verdadera esta doctrina de Platon, que con estar el estómago tan desviado del cerebro, le viene á ofender, si está lleno de pringue y de carne. En confirmacion de lo cual, trae Galeno un refran que dice: El vientre grueso engendra grueso entendimiento (2).

Y en esto no hay más misterio de que el cerebro y el estómago están asidos y trabados con ciertos nervios, por los cuales el uno al otro se comunican sus daños, y por lo contrario, siendo el estómago enjuto y descarnado, ayuda grandemente al ingenio, como lo vemos en los famélicos y necesitados; en la cual doctrina se pudo fundar Persio, cuando dijo que el vientre era el que daba el ingenio al hombre. Pero lo que más se ha de notar en este propósito es que si las demas partes del cuerpo son gruesas y carnosas, por donde el hombre viene á tener gran corpulencia, dice Aristóteles (3) que le echa á perder la inteligencia. Por donde estoy persuadido que si el hombre tiene gran cabeza, aunque haya sido la causa estar naturaleza muy fuerte, y por haber tenido cantidad de materia bien sazonada, que no tendrá buen ingenio como siendo moderada. Aristóteles (4) es de contraria opinion, preguntando qué es la causa que el hombre es el más prudente de todos los animales. A la cual duda responde que ningun animal hay que tenga tan pequeña cabeza como el hombre respecto de su cuerpo, y entre los hombres, aquellos, dice, son más prudentes que tienen menor cabeza; pero no tiene razon, porque si él abriera la cabeza de un hombre y viera la cantidad de sesos que tiene, hallára que dos caballos juntos no tienen tantos sesos como él. Lo que yo he hallado por experiencia es, que los hombres pequeños de cuerpo, es mejor declinar la cabeza á grande, y en los que son de mayor corpulencia, á pequeña, y es la razon, que de esta manera se halla la cantidad moderada, con la cual obra bien el ánima racional. Fuera de esto, son menester cuatro ventrículos en el cerebro para que el ánima racional pueda discurrir y filosofar: el uno ha de estar colocado en el lado derecho del cerebro, y el segundo en el izquierdo, y el tercero en el medio de estos dos, y el cuarto en la postrera parte del cerebro, como parece en esta figura. De qué sirvan estos ventrículos, y las capacidades anchas ó angostas al ánima racional, adelante lo dirémos tratando de las diferencias de ingenio que hay en el hombre. Pero tambien no basta que el cerebro tenga buena figura, cantidad suficiente, y el número de ventrículos que hemos dicho, con su capacidad poca ó mucha, sino que sus partes guarden cierto género de continuidad, y que no estén divisas. Por la cual razon hemos visto en las heridas de cabeza, unos hombres perder la memoria, otros el entendimiento, y otros la imaginacion, y puesto caso que despues de sanos volvió el cerebro á juntarse, pero no á la union natural que él tenía de ántes.

La tercera condicion de las cuatro principales era el estar el cerebro bien templado con moderado calor y sin exceso de las demas calidades. La cual disposicion dijimos atras que se llamaba buena naturaleza, porque es la que principalmente hace al hombre hábil, y la contraria inhábil. Pero la cuarta, que es tener el cerebro la sustancia ó compostura de partes sutiles y muy delicadas, dice Galeno (5) que es la más importante de todas, porque, queriendo dar indicio de la buena compostura del cerebro, dice que el ingenio sutil es señal que el cerebro está hecho de partes sutiles y muy delicadas, y si el entendimiento es tardo, arguye gruesa sustancia, y no hace mencion del temperamento.

Estas condiciones ha de tener el cerebro para que el ánima racional pueda hacer con él sus razones y silogismos; pero hay de por medio una dificultad muy grande, y es, que si abrimos la cabeza de cualquier bruto animal, hallarémos que su cerebro está compuesto de la misma forma y manera que el hombre, sin faltarle ninguna condicion de las dichas. Por donde se entiende que los brutos animales usan tambien de prudencia y razon, mediante la compostura de su cerebro, ó que nuestra ánima racional no se aprovecha de este miembro por instrumento de sus obras, lo cual no se puede afirmar. A esta duda responde Galeno diciendo: *In animalium genere quod irrationale appellatur, nulla omnino data ratio sit, sane dubium est. Nam et si caret ea quæ in voce versatur, quem sermonem nominant: quæ tamen animo concipitur (quam ratiocinium dicunt) ejus fortasse particeps omne genus animalium est, quamquam aliis parciùs, aliis liberalius tributa sit. Sed profecto quam cœteris animalibus homo sit hac ipsa ratione præstantior, nemo est qui dubitet.* Por estas palabras da á entender Galeno, aunque con algun miedo, que los brutos animales participan de razon, unos más y otros ménos, y dentro de su ánimo usan de algunos silogismos y discursos, puesto caso que no lo puedan explicar por palabras. Y que la diferencia que les hace el hombre consiste en ser más racional y usar de prudencia con más perfeccion. Tambien el mismo Galeno prueba con muchas experiencias y razones que los asnos (siendo entre los brutos animales los más necios) alcanzan con su ingenio las cosas más sutiles y delicadas que Platon y Aristóteles hallaron; y así colige diciendo: *Ergo tantum abest, ut veteres philosophos laudem, tamquam amplum aliquid magnæque subtilitatis invene-*

(1) *Dialog. de nat.*

(2) Dos géneros hay de hombres gruesos: unos llenos de carne, huesos y sangre, otros son gruesos de pringue, y otros son muy ingeniosos.

(3) Lib. *De part. animalium.*

(4) 30 sect., probl. 3.

(5) Lib. Artis medicin., cap. XII.

rint; quod idem ac diversum, unum ac non unum, non solum numero, sed etiam specie sit: imo audiendum, ut etiam ipsis asinis (qui tamen omnium brutorum stupidissimi viscentur) non inesse natura dicam.

Esto mismo quiso sentir Aristóteles cuando preguntó qué es la causa que el hombre es el más prudente de todos los animales. Y en otra parte torna á preguntar qué es la razon que el hombre es el más injusto de todos los animales; por donde da á entender lo mismo que dice Galeno: que la diferencia que hay del hombre al bruto animal, es la misma que se halla entre el hombre necio y el sabio, no más de por intension. Ello cierto no hay que dudar sino que los brutos animales tienen memoria, imaginativa y otra potencia que parece al entendimiento, como la mona retrae al hombre; y que su ánima se aproveche de la compostura del cerebro, es cosa muy cierta. La cual, siendo buena y tal cual conviene, hace sus obras muy bien y con mucha prudencia; y si el cerebro está mal organizado, las yerra.

Y así vemos que hay asnos, que lo son propiamente en el saber, y otros se hallan tan agudos y tan maliciosos, que pasan de su especie. Y entre los caballos se hallan muchas ruindades y virtudes, y unos más disciplinables que otros; todo lo cual acontece por tener bien ó mal organizado el cerebro.

La razon y solucion de esta duda darémos luégo en el capítulo que se sigue, porque allí se torna á tocar esta materia. Otras partes hay en el cuerpo, de cuyo temperamento depende tanto el ingenio como del cerebro, de las cuales dirémos en el postrero capítulo de esta obra; pero fuera de ella y del cerebro, hay otra sustancia en el cuerpo, de quien se aprovecha el ánima racional en sus obras. Y así pide las tres postreras calidades, como el cerebro, que son cantidad suficiente, delicada sustancia y buen temperamento. Estos son los espíritus vitales y sangre arterial, los cuales andan vagando por todo el cuerpo, y están siempre asidos de la imaginacion y siguen su contemplacion. El oficio de esta sustancia espiritual es despertar las potencias del hombre y darles fuerza y vigor para que puedan obrar. Conócese claramente ser éste su uso, considerando los movimientos de la imaginativa y lo que sucede despues en la obra, porque si el hombre se pone á imaginar en alguna afrenta que le han hecho, luégo acude la sangre arterial al corazon y despierta la irascible y le da calor y fuerzas para vengarse.

Si el hombre está contemplando en alguna mujer hermosa, ó está dando y tomando con la imaginacion en el acto venéreo, luégo acuden estos espíritus vitales á los miembros genitales y los levantan para la obra; lo mismo acontece cuando se nos acuerda de algun manjar delicado y sabroso, luégo desamparan todo el cuerpo, y acuden al estómago é hinchen la boca de agua; y es tan veloz su movimiento, que si alguna mujer preñada tiene antojo de cualquier manjar y está siempre imaginando en él, vemos por experiencia *que viene á mover si* de presto no se le dan. Y la ra*zon natural de esto es,* que estos espíritus vitales, án*tes que el antojo* sobreviniere estaban en el vientre, ayudándole á tener la criatura, y con la nueva imaginacion del manjar, viénense al estómago á levantar el apetito; en el ínterin, si el útero no tiene fuerza retentriz, no la puede sustentar, y así por esta via la viene á mover. Entendiendo Galeno (1 Aph., coment. 7) la condicion de estos espíritus vitales, aconseja á los médicos que no den de comer á los enfermos estando los humores crudos y por cocer; porque luégo, como sienten que hay manjar en el estómago, de improviso dejan lo que están haciendo y se vienen á él para ayudarle. Este mismo beneficio y ayuda recibe el cerebro de estos espíritus vitales, cuando el ánima racional quiere contemplar, entender, imaginar y hacer actos de memoria, sin los cuales no puede obrar; y de la manera que la sustancia gruesa del cerebro y su mal temperamento echan á perder el ingenio, así los espíritus vitales y sangre arterial (no siendo delicados y de buen temperamento) impiden al hombre su discurso y raciocinio. Por esto dijo Platon (*Diálogo de sciencia*) que la blandura y buen temperamento del corazon hace el ingenio agudo y perspicaz; habiendo probado atras que el cerebro, y no el corazon, era el asiento principal del alma racional; y es la razon, que estos espíritus vitales se engendran en el corazon, y tal sustancia y temperamento toman, cual le tenía el que los formó.

De esta sangre arterial se entiende lo que dijo Aristóteles (Lib. II *De partibus animalium*) estar bien compuestos los hombres que tienen la sangre caliente, delicada y pura, porque juntamente son buenas fuerzas corporales y de ingenio muy acendrado. A estos espíritus vitales llaman los médicos (Hipócrates, Aph. 2) naturaleza, porque son el instrumento principal con que el alma racional hace sus obras; y de éstos tambien se puede verificar aquella sentencia: *Natura facit habilem.*

CAPÍTULO VII (1).

Donde se prueba que del alma vegetativa, sensitiva y racional, son sábias, sin ser enseñadas de nadie, teniendo el temperamento conveniente que piden sus obras.

Tiene tanta fuerza el temperamento de las cuatro calidades primeras, á quien atras llamamos naturaleza, para que las plantas, los brutos animales y el hombre acierten á hacer cada cual las obras que son propias de su especie, que si llega á estar en el punto perfecto que puede tener, repentinamente y sin que nadie les enseñe, saben las plantas formar raíces en la tierra, y por ellas traer el alimento, retenerlo, cocerlo, y expeler los excrementos; y los brutos conocen luégo, en naciendo, lo que es conveniente á su naturaleza, y huyen de lo que es malo y nocivo. Y lo que más viene á espantar á los que no saben filosofía natural es, que el hombre, teniendo el cerebro bien templado y con la disposicion que alguna ciencia ha menester, repentinamente, y sin jamas haberla aprendido de nadie, dice y habla en ella cosas tan delicadas, que no se pueden creer. Los filósofos vulgares, viendo las obras maravillosas que hacen los brutos animales, dicen que no

(1) Cuarto de la primera edicion.

hay que espantar, porque lo hacen con instinto de naturaleza, la cual muestra y enseña á cada uno en su especie lo que ha de hacer. Y en esto dicen muy bien, porque ya hemos dicho y probado que naturaleza no es otra cosa más que el temperamento de las cuatro calidades primeras, y que éste es el maestro que enseña á las ánimas cómo han de obrar; pero ellos llaman instinto de naturaleza á cierta maraña de cosas que suben de las tejas arriba, y jamas lo han podido explicar ni dar á entender. Los graves filósofos (como son Hipócrates, Platon y Aristóteles) reducen todas estas obras maravillosas al calor, frialdad, humedad y sequedad; y esto toman por primer principio, y no pasan de aquí; y preguntando quién enseñó á los brutos animales hacer las obras que nos espantan y á los hombres raciocinar, responde Hipócrates (lib. *De alimento*): *Naturæ omnium sine doctore.* Como si dijera: las facultades ó el temperamento en que consisten, todas son sábias, sin haberlo aprendido de nadie. Lo cual parece muy claro, considerando las obras del ánima vegetativa y de todas las demas que gobiernan al hombre; que si tiene un pedazo de simiente humana con buena temperatura, bien cocida y sazonada, hace un cuerpo tan bien organizado y hermoso, que todos los entalladores del mundo no lo sabrian contrahacer. En tanto que admirado Galeno (1) de ver una fábrica tan maravillosa, el número de partes, el asiento y figura, el uso y oficio de cada una de por sí, vino á decir que no era posible que el ánima vegetativa ni el temperamento supiese hacer una obra tan extraña, sino que el autor de ella era Dios ó alguna inteligencia muy sábia; pero esta manera de hablar ya la dejamos reprobada atras, porque á los filósofos naturales no les está bien reducir los efectos inmediatamente á Dios, dejando por contar las causas intermedias; mayormente en este caso, donde vemos por experiencia que si la simiente humana es de mala sustancia, y no tiene el temperamento que conviene, hace el ánima vegetativa mil disparates; porque, si es fria y húmeda más de lo que es menester, dice Hipócrates (2) que salen los hombres eunucos ó hermafroditas; y si es muy caliente ó seca, dice Aristóteles que los hace hocicudos, patituertos y las narices remachadas, como son los de Etiopia; y si es húmeda, dice el mesmo Galeno (3) que salen largos y desvaidos; y siendo seca, nacen pequeños de cuerpo. Todo lo cual es gran fealdad en la especie humana; y de tales obras no hay que loar á naturaleza ni tenerla por sábia; y si Dios fuera el autor, ninguna de estas calidades le podria estorbar. Solos los primeros hombres que hubo en el mundo dice Platon (4) que los hizo Dios; pero los demas nacieron por el discurso de las causas segundas, las cuales, si están bien ordenadas, hace el ánima vegetativa muy bien sus obras, y si no concurren como conviene, produce mil disparates.

Cuál sea el buen órden de naturaleza para este efecto es tener el ánima vegetativa buen temperamento. Y si no, responda Galeno y todos los filósofos del mundo, ¿qué es la razon que en el ánima vegetativa tiene tanto saber y poder en la primera edad del hombre, en formar el cuerpo, aumentarle y nutrirle, y venida la vejez, no lo puede hacer? ¿Por qué si al viejo se le cae una muela, no hay remedio de tornarle á nacer, y si al muchacho le faltan todas, vemos que naturaleza las torna á hacer? Pues ¿es posible que una ánima que no ha hecho otra cosa en todo el discurso de la vida, sino traer el manjar, retenerle, cocerle, y expeler los excrementos, y reengendrar las partes que faltan, que al cabo de la vida se le haya olvidado, y que no lo puede hacer? Cierto es que responderá Galeno que ser sábia y poderosa el ánima respectiva en la niñez, que nace de tener mucho calor y humedad natural; y en la vejez no lo puede hacer ni sabe, por la mucha frialdad y sequedad que tiene el cuerpo en esta edad. Tambien la sabiduría del ánima sensitiva depende del temperamento del cerebro; porque si es tal cual sus obras le piden y han menester, las acierta muy bien á hacer; si no, tambien las yerra como el ánima vegetativa. El medio que tuvo Galeno (5) para contemplar y conocer por vista de ojos la sabiduría del ánima sensitiva fué tomar un cabrito luégo en naciendo, el cual puesto en el suelo comenzó á andar, como si le hubieran enseñado y dicho que las piernas se habian hecho para tal uso, y tras esto se sacudió de la humedad superflua que sacó de la madre, y alcanzando el pié, se rascó tras la oreja, y poniéndole muchas escudillas delante con vino, agua, vinagre, aceite y leche, despues de haberlas olido todas, de sola la leche comió. Lo cual visto por muchos filósofos, que á la sazon se hallaron presentes, á voces dijeron: «Gran razon tuvo Hipócrates en decir que las ánimas eran sábias sin haber tenido maestro.» Y no sólo se contentó Galeno con esto, pero pasados dos meses, lo sacó al campo muerto de hambre; y oliendo muchas yerbas, de solas aquellas comió que las cabras suelen pacer. Pero si como Galeno se puso á contemplar las obras de este cabrito, lo hiciera en tres ó cuatro juntos, viera que unos andaban mejor que otros, se sacudian mejor, se rascaban mejor, y hacian más bien hechas las obras que hemos contado. Y si Galeno criára dos potros hijos de unos mismos padres, viera que el uno se hollaba con más gracia y donaire, corria y paraba mejor y tenía más fidelidad. Y si tomára un nido de halcones y los criára, hallára que el primero era gran volador, el segundo gran cazador, y el tercero goloso y de malas costumbres.

Lo mismo hallára en los podencos y galgos, que siendo hijos de unos mismos padres, al uno no le falta más de hablar en la caza, al otro no le imprime más que si fuera mastin de ganado.

Todo esto no se puede reducir á aquellos vanos instintos de naturaleza que fingen los filósofos, porque preguntado por qué razon el perro tiene más instinto que el otro, siendo ambos de una misma especie, hijos de un mismo padre, yo no sé qué podrán responder, sino es acudir luégo á su bordon, diciendo que Dios le enseñó al uno más que al otro, y le dió más instinto natural. Y tornándoles á preguntar qué es la causa

(1) Lib. *De partium formatione.*
(2) Lib. *De aere locis et aquis.*
(3) Lib. *De optima corp. constit.*
(4) *Dialog. de nat.*

(5) Lib. VI De locis affectis.

que este buen perro, siendo mozo es muy gran cazador, y venida la vejez no tiene tanta habilidad, y por lo contrario, de mozo no sabe cazar, y de viejo ser astuto y mañoso, no sé qué puedan responder; yo á lo ménos diria que ser el perro más hábil para la caza que el otro nace de tener mejor temperamento en el cerebro, y otras veces cazar bien de mozo y no poderlo hacer de viejo, que proviene en la una edad tiene el temperamento que requieren las habilidades de la caza, y en la otra no.

De donde se infiere que pues la temperatura de las cuatro calidades primeras es la razon y causa por donde un bruto animal hace mejor obras de su especie que otro, que el temperamento es el maestro que enseña al ánima sensitiva lo que ha de hacer. Y si Galeno considerára las sendas y caminos de la hormiga, y contemplára *su prudencia*, *su misericordia*, *su justicia* y gobernacion, se le acabára el juicio viendo un animal tan pequeño con tanta sabiduría, sin tener preceptor ni maestro que le enseñe; pero sabida la temperatura que la hormiga (1) tiene en su cerebro, y viendo cuán apropiada es para sabiduría, como adelante se mostrará, cesará el admiracion, y entenderémos que los brutos animales, con el temperamento de su cerebro y con las fantasmas que les entran por los cinco sentidos, hacen los discursos y habilidades que les notamos. Y entre los animales de una misma especie, el que fuere más disciplinable é ingenioso nace de tener el cerebro más bien templado. Y si por alguna ocasion ó enfermedad se le alterase el buen temperamento del cerebro, perderia luégo la prudencia y habilidad, como lo hace el hombre.

Del ánima racional es ahora la dificultad cómo ella tambien tiene este instinto natural para las obras de su especie (que son sabiduría y prudencia), y cómo de repente, por razon del buen temperamento, puede saber el hombre las ciencias sin haberlas oido de nadie; pues nos muestra la experiencia, si no se aprenden, ninguno nace con ellas.

Entre Platon y Aristóteles hay una cuestion muy reñida sobre averiguar la razon y causa de donde puede nacer la sabiduria del hombre.

El uno dice que nuestra ánima racional es más antigua que el cuerpo, porque ántes que naturaleza le organizase, estaba ya ella en el cielo en compañía de Dios, de donde salió llena de ciencia y sabiduría; pero entrando á formar la materia, por el mal temperamento que en ella halló, las perdió todas, hasta que andando el tiempo se vino á enmendar la mala temperatura, y sucedió otra en su lugar; con la cual, por ser acomodada á las ciencias que perdió, poco á poco vino á acordarse de lo que ya tenía olvidado.

Esta opinion es falsa, y espántome yo de Platon (2), siendo tan gran filósofo, que no supiese dar razon de la sabiduría humana, viendo que los brutos animales tienen *sus prudencias* y habilidades naturales, sin que su alma salga del cuerpo ni vaya al cielo á emprenderlas, por donde no carece de culpa, habiendo leido en el *Génesis*, á quien tanto crédito daba, que Dios organizó primero el cuerpo de Adan ántes que criase el ánima. Esto mismo acontece ahora, salvo que naturaleza engendra el cuerpo, y en la última disposicion cria Dios el ánima en el mismo cuerpo sin estar fuera del tiempo ni momento.

Aristóteles (3) echó por otro camino, diciendo: *Omnis doctrina, omnique ex præxistenti sit cognitione.* Como si dijera: todo cuanto saben y aprenden los hombres nace de haberlo oido, visto, olido, gustado y palpado; porque ninguna noticia puede haber en el entendimiento, que no haya pasado primero por alguno de los cinco sentidos y así dijo que estas potencias salen de las manos de naturaleza como una tabla rasa, donde no hay pintura ninguna; la cual opinion tambien es falsa, como la de Platon, y para que mejor lo podamos dar á entender y probar, es menester convenir primero con los filósofos vulgares que en el cuerpo humano no hay más que un ánima, y ésta es la racional, la cual es principio de todo cuanto hacemos y obramos, puesto caso que hay opiniones, y no falta en contrario quien defienda que en compañía del ánima racional hay otras dos ó tres (4). Siendo, pues, así en las obras que hace el ánima racional como vegetativa, ya hemos probado que sabe formar al hombre y darle la figura que ha de tener, y sabe traer alimento, retenerle, cocerle, y expeler los excrementos, y si alguna parte falta en el cuerpo, la sabe rehacer de nuevo, y darle la compostura que ha de tener conforme al uso. Y en las obras de sensitiva y motiva, sabe luégo el niño, en naciendo, mamar y menear los labios para sacar la leche, y con tal maña, que ningun hombre, por sabio que sea, lo acertaria á hacer. Y con esto atina á las calidades que conviene á la conservacion de su naturaleza, y huye de lo que es nocivo y dañoso; sabe llorar y reir sin haberlo aprendido de nadie; y si no, digan los filósofos vulgares quién enseñó á los niños á hacer esas obras y por qué sentido les vino; bien sé que responderán que Dios les dió aquel instinto natural, como los brutos animales (5), en lo cual no dicen mal si el instinto natural es lo mismo que el temperamento.

Las obras propias del ánima racional, que son entender, imaginar y hacer actos de memoria, no las puede el hombre hacer luégo en naciendo, porque el temperamento de la niñez es muy desconveniente para ellas, y muy apropiado para la vegetativa y sensitiva, como el de la vejez, que es apropiado para el ánima racional, y malo para la vegetativa y sensitiva, y si como el temperamento que sirve á la prudencia se adquiere poco á poco en el cerebro, se pudiera juntar todo de repente, de improviso supiera el hombre discurrir y

(1) *Vade ad formicam, oh piger, et considera viam ejus, et disce sapientiam quæ cum non habeat ducem neque præceptorem præparat in æstate cibum sibi et congregat in messe quod comedat.* (*Proverb.*, cap. VI.) Un cazador me afirmó con juramento que tuvo un halcon habilísimo en la caza, y que se le tornó loco, para cuyo remedio le dió un boton de fuego en la cabeza, y sanó.

(2) *Platon tomó de la divina Escritura las mejores sentencias que hay en sus obras; por las cuales fué dicho divino.*

(3) Lib. I *De posterio irresolut.*, cap. I.

(4) Platon pone tres ánimas en el hombre. (*Dialog. de nat.*

(5) Mejor respondió Hipócrates diciendo: *Erudita natura ea recte facere, licet non didicerit.* (Lib. *De alimento*, etc. *Epid.*, p. 5, com. 2.)

filosofar mejor que si en las escuelas lo hubiera aprendido, pero como naturaleza no lo puede hacer sino por discurso de tiempo, así va el hombre adquiriendo poco á poco la sabiduría. Y que sea ésta la razon y causa, pruébase claramente considerando que despues de ser un hombre muy sabio viene poco á poco á hacerse necio, por ir cada dia hácia la edad decrépita, adquiriendo otro temperamento contrario.

Yo para mí tengo entendido que si como naturaleza hace al hombre de simiente caliente y húmeda (que es el temperamento que enseña á la vegetativa y sensitiva lo que ha de hacer (1), le formára de simiente fria y seca, que en naciendo supiera luégo discurrir y raciocinar, y no atinára á mamar, por ser esta temperatura desconveniente á tales obras; pero para que se entienda por experiencia que si el cerebro tiene el temperamento que piden las ciencias naturales, no es menester maestro que nos enseñe, es necesario advertir en una cosa que acontece cada dia, y es, que si el hombre cae en alguna enfermedad, por la cual el cerebro de repente muda su temperatura (como es la manía, melancolía y frenesía), en un momento acontece perder (si es prudente) cuanto sabe, y dice mil disparates; y si es necio, adquiere más ingenio y habilidad que ántes tenía. De un rústico labrador sabré yo decir que estando frenético, hizo delante de mí un razonamiento encomendando á los circunstantes su salud, y que miráran por sus hijos y mujer (si de aquella enfermedad fuese Dios servido llevarle), con tantos lugares retóricos, con tanta elegancia y policía de vocablos como Ciceron lo podia hacer delante el Senado; de lo cual admirados los circunstantes, me preguntaron de dónde podia venir tanta elocuencia y sabiduría á un hombre que estando en sanidad no sabía hablar, y acuérdome que respondí que la oratoria es una ciencia que nace de cierto punto de calor, y que este rústico labrador le tenía ya por razon de la enfermedad (2).

De otro frenético podré tambien afirmar que en más de ocho dias jamas habló palabra que no le buscase luégo consonante, las más veces hacia una copla redondilla muy bien formada; y espantados los circunstantes de oir hablar en verso á un hombre que en sanidad jamas lo supo hacer, dije que raras veces acontecia ser poeta en la frenesía el que lo era en la sanidad, porque el temperamento que el celebro tiene, estando el hombre sano, con el cual es poeta, ordinariamente se ha de desbaratar en la enfermedad y hacer obras contrarias. Acuérdome que la mujer de este frenético y una hermana suya (que se llamaba María García) le reprendian porque decia mal de los santos. De lo cual enojado el paciente, dijo á su mujer de esta manera: «Pues reniego de Dios, por amor de vos, y de santa María, por amor de María García, y de san Pedro, por amor de san Juan de Olmedo.» Y así fué discurriendo por muchos santos que hacian consonancia con los demas circunstantes que allí estaban (3).

Pero esto es cifra y caso de poco momento respecto de las delicadezas que dijo un paje de un grande de estos reinos estando maniaco, el cual era tenido en sanidad por mozo de poco ingenio, pero caido en la enfermedad eran tantas las gracias que decia, los apodos, las respuestas que daba á lo que le preguntaban, las trazas que fingia para gobernar un reino (del cual se tenía por señor), que por maravilla le venian gentes á ver y oir, y el propio señor jamas se quitaba de la cabecera rogando á Dios que no sanase; lo cual se apareció despues muy claro porque, librado el paje de esta enfermedad, se fué el médico que le curaba á despedir del señor, con ánimo de recibir algun galardon ó buenas palabras; pero él le dijo de esta manera: «Yo os doy mi palabra (señor doctor) que de ningun mal suceso he recibido jamas tanta pena como de ver á este paje sano, porque tan avisada locura no era razon 
trocarla por un juicio tan torpe como á éste le queda en sanidad: paréceme que de acuerdo y avisado lo habeis tornado necio, que es la mayor miseria que á un hombre puede acontecer.» El pobre médico, viendo cuán mal agradecida era su cura, se fué á despedir del paje, y en la última conclusion de muchas cosas que habian tratado, dijo el paje: «Señor doctor, yo os beso las manos por tan gran merced como me habeis hecho en haberme vuelto mi juicio; pero os doy mi palabra, á fe de quien soy, que en alguna manera me pesa de haber sanado, porque estando en mi locura vivia en las más alta consideracion del mundo, y me fingia tan gran señor, que no habia rey en la tierra que no fuese mi feudatario, y que fuese burla y mentira, ¿qué importaba, pues gustaba tanto de ello como si fuera verdad? harto peor es ahora que me hallo de véras que soy un pobre paje, y que mañana tengo de comenzar á servir á quien estando en mi enfermedad no lo recibiera por mi lacayo (4).» Todo esto no es mucho que lo reciban los filósofos y crean que pudo ser así; pero si yo les afirmase ahora por historias muy verdaderas que algunos hombres ignorantes (padeciendo esta enfermedad) hablaron en latin, sin haberlo en sanidad aprendido, y de una mujer frenética que decia á cada persona de los que la entraban á visitar sus virtudes y vicios; algunas veces acertaba con la certidumbre que suelen los que hablan por conjeturas y por indicios, y por esto ninguno la osaba ya entrar á ver, temiendo las verdades que decia, y lo que más causó admiracion fué que estándola el bar[illegible] sangrando le dijo: «Mirad, Fulano, lo que haceis, por[illegible] muy pocos dias de vida, y vuestra mujer se ha [illegible]ar con Fulano»; y aunque acaso, fué tan verdadero su pronóstico, que ántes de medio año se cumplió.

Ya me parece que oigo decir á los que huyen de la filosofía natural que todo esto es gran burla y mentira, y si por ventura fué verdad, que el demonio, como es

(1) La simiente y la sangre menstrual, que son dos principios materiales de que nos formamos, son calientes y húmedos, por la cual temperatura son los niños. (Galeno, lib. I, *De sanitate tuenda*.)

(2) Cuando el cerebro se pone caliente en el primer grado, se hace el hombre elocuente y se le ofrecen muchas cosas que decir: así todos los callados son frios de cerebro, y los habladores calientes.

(3) *Cum dormiente loquitur*, *qui enarrat stulto sapientiam*.

(4) Este paje aun no habia sanado del todo.

sabio y sutil (permitiéndolo Dios), se entró en el cuerpo de esta mujer y de los demas frenéticos que hemos dicho, y les hizo decir aquellas cosas espantosas, y áun contestar esto se les hace cuesta arriba, porque el demonio no puede saber lo que está por venir no teniendo espíritu profético. Ellos tienen por fuerte argumento decir: «Esto es falso, porque yo no entiendo cómo puede ser»; como si las cosas dificultosas y muy delicadas estuviesen sujetas á los rateros entendimientos, y de ellos se dejasen entender (1).

Yo no pretendo aquí convencer á los que tienen falta de ingenio, porque esto es trabajar en vano, sino hacerle confesar á Aristóteles que los hombres (teniendo el temperamento que sus obras han menester) pueden saber muchas cosas sin haber tenido de ellas particular sentido, ni haberlas aprendido de nadie: ***Multi etiam propterea quod ille calor sedimentis in vicino est, morbis Vesaniæ implicantur, aut instinctu linphatico infervescunt; ex quo Sibillæ efitiuntur et Bachæ et omnes qui divino spiraculo instigari creduntur, cum scilicet id non morbo sed naturali intemperie accidit. Marcus, civis siracusanus, poeta etiam præstantior erat, dum mente alienaretur, et quibus nimius ille calor remisus ad mediocritatem fit, ii prorsus melancholici quidem, sed longe prudentiores.*** Por estas palabras confiesa claramente Aristóteles que por calentarse demasiadamente el cerebro vienen muchos hombres á conocer lo que está por venir, como son las sibilas. Lo cual dice Aristóteles que no nace por razon de la enfermedad, sino por la desigualdad del calor natural (2). Y que sea ésta la razon y causa, pruébalo claramente por un ejemplo diciendo que Marco siracusano era más delicado poeta cuando estaba (por el calor demasiado del cerebro) fuera de sí, y volviéndose á templar perdia el metrífico, pero quedaba más prudente y sabio; de manera que no solamente admite Aristóteles por causa principal de estas cosas extrañas el temperamento del cerebro, pero áun reprende á los que dicen ser esto revelacion divina y no cosa natural. El primero que llamó divinidades á estas cosas maravillosas fué Hipócrates (3): *Et si quid divinum in morbis habetur illius quoque ediscere providentiam.* Por la cual sentencia manda á los médicos (4) que si los enfermos dijeren divinidades, que sepan conocer lo que son, y pronosticaren lo que han de pasar; pero lo que más me admira en este punto es, que preguntándole á Platon de dónde pueda nacer que de dos hijos de un mismo padre, el uno sepa hacer versos sin haberle nadie enseñado, y el otro trabajando en el arte de la poesía no los puede hacer, y responde que el que nació poeta está endemoniado y el otro no. Y así tuvo razon Aristóteles de reprenderle, pudiéndolo reducir al temperamento, como otras veces lo hizo. Hablar el frenético en latin (sin haberlo en sanidad aprendido) muestra la consonancia que hace la lengua latina al ánima racional, y (como adelante probarémos) hay ingenio particular y acomodado para inventar lenguas, y son los vocablos latinos y las maneras que esta lengua tiene de hablar tan racionales en los oidos, que alzando el ánima racional el temperamento que es necesario para inventar una lengua muy elegante, luégo encuentra con ella. Y que dos inventores de lenguas puedan fingir unos mismos vocablos (teniendo el mismo ingenio y habilidad) es cosa que se dejó entender, considerando que como Dios crió á Adan y le puso todas las cosas delante, para que á cada una le pusiese el nombre con que habia de llamar, formára luégo otro hombre con la misma perfeccion y gracia sobrenatural. Pregunto yo ahora, si á éste le trajera Dios las mismas cosas para darle el nombre que habian de tener, qué tales fueran? Yo no dudo sino que acertára con los mismos de Adan, y es la razon muy clara, porque ambos habian de mirar á la naturaleza de la cosa, la cual no era más que una; de esta manera pudo el frenético encontrar con la lengua latina, y hablar en ella sin haberla en sanidad aprendido, porque desbaratándose (por la enfermedad) el temperamento natural de su cerebro, pudo hacerse por un rato como que el mismo que tenía el que inventó la lengua latina, y fingir como que los mismos vocablos (no con tanto concierto y elegancia continuada), porque esto ya parece señal de que el demonio mueve la lengua, como la Iglesia enseña á sus exorcistas. Esto mismo dice Aristóteles (5) que ha acontecido en algunos niños, que en naciendo hablan palabras expresas, y que despues tornaron á callar, y reprende á los filósofos vulgares de su tiempo, que, por ignorar la causa natural de este efecto, lo atribuyen al demonio. La razon y causa de hablar los niños luégo en naciendo, y tornar luégo á callar, jamas la pudo hallar Aristóteles, aunque dijo muchas cosas sobre ello; pero nunca le cupo en el entendimiento que fuese invencion del demonio ó efecto sobrenatural, como piensan los filósofos vulgares. Los cuales, viéndose cercados de las cosas sutiles y delicadas de la filosofía natural, hacen entender á los que poco saben que Dios ó el demonio son autores de los efectos raros y prodigiosos, cuyas causas naturales ellos no saben ni entienden. Los niños que se engendran de simiente fria y seca (como son los hijos habidos en la vejez), á muy pocos dias y meses despues de nacidos comienzan á discurrir y filosofar, porque el temperamento frio y seco (como adelante probarémos) es muy apropiado para las obras del ánima racional, y lo que habia de hacer el tiempo, los muchos dias y meses, suplió la repentina templanza del cerebro, la cual se anticipó por muchas cosas que hay para ellos. Otros niños (dice Aristóteles) (6), que

(1) Esta frenesía se causó de mucha cólera que se empapó en la sustancia del cerebro, el cual humor es muy apropiado para la poesía, y así dijo Horacio que si en el verano no hiciera evacuacion de la cólera, que ningun poeta le hiciera ventaja. (*In arte poetica.*)

(2) Las sibilas que admite la Iglesia católica tenian esta disposicion natural que dice Aristóteles, y sobre ella el espíritu profético que Dios las infundió; porque para cosa tan alta no bastaba ingenio natural, por subido que fuese.

(3) Lib. I., Pro. V.

(4) *Cuando los enfermos* hablan estas divinidades, es señal que *el ánima racional está* ya desasida del cuerpo, y así ninguno *escapa. En el mismo* error cayó Cic., *pro Archia poeta.*

(5) 11 Sect., probl. 27.

(6) 11 Sect., probl. 27.

en naciendo comenzaron á hablar, y despues on todo el tiempo que no tuvieron la edad ordi- y conveniente para hablar; el cual efecto tiene la a cuenta y razon que lo que hemos dicho del paje los demas maniacos y frenéticos, y de aquel que de repente en latin sin haberlo en sanidad apren- Y que los niños, estando en el vientre de su ma- luégo en naciendo, puedan padecer estas mis- nfermedades, es cosa que no se puede negar.

adivinar de la mujer frenética, cómo pudo ser, lo diera yo á entender á Ciceron que á estos fi- s naturales; porque cifrando la naturaleza del re, dijo de esta manera (1): *Animal providum, c, multiplex, astutum, memor, plenum rationis silii, quem vocamus hominem.* Y en particular que hay naturaleza de hombres que en conocer e está por venir hacen ventaja á otros. *Est enim tura quædam quæ futura prænuntiat, quorum itque naturam rationemque explicuit.*

error de los filósofos naturales está en no consi- , como lo hizo Platon, que el hombre fué hecho emejanza de Dios, y que participa de su divina dencia, y que tiene potencias para conocer todas liferencias de tiempo: memoria para lo pasado, los para lo presente, imaginacion y entendimien- ra lo que está por venir. Y así como hay hombres hacen ventaja á otros en acordarse de las cosas las, y otros en conocer lo presente, así hay mu- que tienen más habilidad natural en imaginar lo está por venir. Uno de los mayores argumentos orzaron á Ciceron (2) para creer que el ánima ra- l era incorruptible, fué ver la certidumbre cor os enfermos decian lo por venir, especialmente do cercanos á la muerte. Pero la diferencia que ntre el espíritu profético á este ingenio natural, e lo que dice Dios por la boca de los profetas es ble, porque es palabra expresa suya, y lo que el re pronostica con las fuerzas de su imaginativa ne aquella certidumbre.

s que dijeron que las virtudes y vicios que des- a la frenética á las personas que la entraban á ver tificio del demonio, sepan que Dios da á los hom- cierta gracia sobrenatural para alcanzar y cono- ué obras son de Dios y cuáles del demonio, la cuenta san Pedro entre los dones divinos y la lla- *iscretio spirituum*, con la cual se conoce si es nio ó algun ángel bueno el que nos viene á tocar. ue más veces viene el demonio á engañarnos con encia de ángel, y es menester esta gracia y este sobrenatural para conocerle y diferenciarle del o. De este dón estarán más léjos los que no tienen iio para la filosofía natural; porque esta ciencia y brenatural que Dios infunde caen sobre una mis- otencia, que es el entendimiento; si es verdad or la mayor parte Dios se acomoda en repartir las as al buen natural de cada uno, como arriba dije.

Estando Jacob (3) en el artículo de la muerte (que es el tiempo donde el ánima racional está más libre para ver lo que está por venir, entraron todos sus doce hijos á verle, y á cada uno en particular les dijo sus virtudes y vicios, y profetizó lo que sobre ellos y sus descendientes habia de acontecer. Esto cierto es que lo hizo en espíritu de Dios; pero si la Escritura divina y nuestra fe no nos certificára, ¿en qué lo conocieron estos filósofos naturales que ésta era obra de Dios, y que las virtudes y vicios que la frenética decia á los que entraban á verla, lo hacia en virtud del demonio, pareciendo este caso en parte al de Jacob? Estos piensan que la naturaleza del animal racional es muy ajena de la que tiene el demonio, y que sus potencias (entendimiento y imaginativa y memoria) son de otro género muy diferente y están enseñados.

Porque si el ánima racional informa un cuerpo bien organizado, como era el de Adan, sabe muy poco ménos que el más avisado diablo, y fuera del cuerpo, tiene tan delicadas potencias como él. Y si los demonios alcanzan lo que está por venir conjeturando y discurriendo por algunas señales, esto mesmo puede hacer el ánima racional cuando se va librando del cuerpo, ó teniendo aquella diferencia de temperamento que hace al hombre con providencia.

Y así tan dificultoso es para el entendimiento alcanzar cómo el demonio puede saber estas delicadezas, como atribuírselas al ánima racional. A éstos no les cabe en el entendimiento que pueda haber señales en las cosas naturales para conocer por ellas lo que está por venir, y yo digo que hay indicios para alcanzar lo pasado, lo presente, y conjeturar lo que está por venir, y áun para conjeturar algunos secretos del cielo (*Ad Roman.*, cap. I): *Invisibilia enim ipsius à creatura mundi, per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur.* El que tuviere potencias lo alcanzará, y el otro será tal cual dijo Homero: lo pasado entiende el necio, y no lo que está por venir; pero el avisado y discreto es la mona de Dios, que le irrita en muchas cosas, y aunque no las puede hacer con tanta perfeccion, pero todavía tiene con él alguna semejanza en rastrearle.

CAPÍTULO VIII (4).

Donde se prueba que de solas tres calidades, calor, humedad y sequedad, salen todas las diferencias de ingenios que hay en el hombre.

Estando el ánima racional en el cuerpo, es imposible poder hacer obras contrarias y diferentes, si para cada una no tiene su instrumento particular. Vese esto claramente en la facultad animal, la cual hace várias obras en los sentidos exteriores, por tener cada uno su particular compostura. Una tiene los ojos, otra los oidos, otra el gusto, otra el olfato y otra el tacto. Y si no fuera así, no hubiera más que un género de obras, ó todo fuera ver, ó gustar, ó palpar; porque el instrumento determina y modifica la potencia para una accion y no más.

De divinatione.

Qui valetudinis vitio furunt et melancholici dicuntur, habent aliquid in animis præsagiens atque divinum. (Cic., *De di-*

(3) *Gen.*, cap. XLIX.

(4) Quinto de la edicion expurgada.

De esto manifiesto y claro que pasa en los sentidos exteriores podrémos colegir lo que hay allá dentro en los interiores. Con esta mesma virtud animal entendemos, imaginamos y nos acordamos. Pero si es verdad que cada obra requiere particular instrumento, necesariamente allá dentro en el cerebro ha de haber órgano para el entendimiento, y órgano para la imaginativa, y otro diferente para la memoria; porque si todo el cerebro estuviera organizado de una misma manera, todo fuera memoria, ó todo entendimiento, ó todo imaginacion, y vemos que hay obras muy diferentes; luego forzosamente ha de haber variedad de instrumentos. Pero abierta la cabeza y hecha anatomía del cerebro, todo está compuesto de un mismo modo de sustancia homogénea y similar, sin variedad de partes hetereogéneas; sólo aparecen cuatro senos pequeños, los cuales (bien mirados) todos tienen una misma composicion y figura, sin haber cosa por medio en que puedan diferir.

Cual sea el uso y aprovechamiento de ellos, y de qué sirven en la cabeza, no es fácil determinarlo; porque Galeno y los anatomistas (así modernos como antiguos) lo han procurado averiguar, y ninguno ha dicho determinadamente, ni en particular, de qué sirve el ventrículo derecho ni el izquierdo, ni el que está colocado en medio de estos dos, ni el cuarto, cuyo asiento es en el cerebro, parte postrera de la cabeza; sólo afirmaron (aunque con miedo) que estas cuatro cavidades eran las oficinas de donde se conocian los espíritus vitales, y se convierten en animales para dar sentido y movimiento á todas las partes del cuerpo. En la cual obra, una vez dijo Galeno (1) que el ventrículo de enmedio tenía la primicia, y en otra parte le tornó á parecer que el postrero era de mayor eficacia y valor; pero esta doctrina no es verdadera, ni está fundada en buena filosofía natural, porque no hay dos obras en el cuerpo humano tan contrarias, ni que tanto se le impidan, como es el raciocinar y el cocer los alimentos; y es la razon, que el contemplar pide quietud, sosiego y claridad en los espíritus animales, y el cocimiento se hace con grande esfuerzo y alboroto, y se levantan de esta obra muchos vapores que enturbian y oscurecen los espíritus animales, por donde el ánima racional no puede ver las figuras. Y no era tan imprudente naturaleza, que habia de juntar en un mismo lugar dos obras que se hacen con tanta repugnancia. Antes loa grandemente Platon (*Diálogo de natura*) la prudencia y saber de que nos formó, el haber apartado el hígado del cerebro en tanta distancia, porque con el ruido que se hace (mezclando los alimentos), y con la oscuridad y tinieblas que causan los vapores en los espíritus animales, no estorbasen al ánima racional sus discursos y raciocinios. Pero sin que notára esta filosofía Platon, lo vemos cada hora por experiencia, que con estar el hígado y el estómago tan desviados del cerebro, en acabando de comer, y buen rato despues, no hay hombre que pueda estudiar.

La verdad que parece en este punto es, que el ventrículo cuarto tiene por oficio cocer y alterar los espíritus vitales, y convertir los animales para el fin que tenemos dicho. Y por esto lo apartó naturaleza en tanta distancia de los otros tres y le hizo cerebro aparte y dividido, y tan remoto como aparece, porque con su obra no estorbase la contemplacion de los demas. Los tres ventrículos delanteros, yo no dudo sino que los hizo naturaleza para discurrir y filosofar. Lo cual se prueba claramente, porque en los grandes estudios y contemplaciones siempre duele aquella parte de la cabeza que responde á estas tres concavidades. La fuerza de este argumento se conoce considerando que, cansadas las demas potencias de hacer sus obras, siempre duelen los instrumentos con que se han ejercitado; como en el demasiado ver duelen los ojos, y del mucho andar duelen las plantas de los piés.

La dificultad está ahora en saber en cuál de estos ventrículos está el entendimiento, en cuál la memoria y en cuál la imaginativa: porque están tan juntos y vecinos, que por el argumento pasado, ni por otro ningun indicio, no se puede distinguir ni conocer. Aunque considerando que el entendimiento no puede obrar sin que la memoria esté presente, representándole las figuras y fantasmas, conforme aquello (Arist., l3, *De anima*) *oportet intelligentem fantasmata specular*; ni la memoria sin que asista con ella la imaginativa (de la manera que atras lo dejamos declarado), entenderémos fácilmente que todas tres potencias están juntas en cada ventrículo, y no está solo el entendimiento en el uno, ni sola la memoria en el otro, ni la imaginativa en el tercero, como los filósofos vulgares han pensado; esta junta de potencias se suele hacer en el cuerpo humano cuando una no puede obrar sin que otra la ayude, como parece en las cuatro virtudes naturales, *conçoctrix*, *retentrix*, *tractrix*, *espultrix*. Y por haberse menester las unas á las otras, las juntó naturaleza en un mismo lugar, y no las dividió ni apartó.

Pero si esto es verdad, ¿á qué propósito hizo naturaleza tres ventrículos, y en cada uno de ellos juntó todas tres potencias racionales, pues sólo uno bastaba para entender y hacer actos de memoria? A esto se puede responder que la misma dificultad tiene saber por qué naturaleza hizo dos ojos y dos oidos, pues en cada uno de ellos está toda la potencia visiva y auditiva, y con sodo un ojo se puede ver. A lo cual se dice que las potencias que se ordenan para perfeccionar al animal, cuanto mayor número hay de ellas, tanto más segura está su perfeccion; porque puede faltar una ó dos (por alguna ocasion), y es bien que queden otras del mismo género con que obrar. En una enfermedad (que los médicos llaman resolucion ó perlesía de medio lado) ordinariamente se pierde la obra de aquel ventrículo que está á la parte resuelta, y si no quedáran salvos y sin lesion los otros dos, quedaria el hombre estulto y privado de corazon; y áun con todo esto, por faltarle el un ventrículo solo, se le conoce tener gran remision en las obras, así del entendimiento, como de la imaginativa y memoria; como sentiria menoscabo en la vista el que solia mirar con dos ojos, si le quebrasen el uno de ellos. De donde se entiende claramente que en cada ventrículo están todas tres potencias, pues de sola la lesion de uno se debilitan todas tres.

Atento, pues, que todos tres ventrículos tienen la

(1) *Lib. VIII De decret. Hipp. et Platon* et lib. VIII *De usu part.*
Lib. IV De decret. Hipp. et Platon et lib. VIII *De usu part.*

misma composicion, y que no hay en ellos variedad ninguna de partes, no podemos dejar de tomar por instrumento las primeras calidades, y hacer tantas diferencias genéricas de ingenios, cuanto fuese el número de ellas; porque pensar que el ánima racional (estando en el cuerpo) puede obrar sin tener órgano corporal que le ayude, es contra toda la filosofía natural. Pero de cuatro calidades que hay (calor, frialdad, humedad y sequedad), todos los médicos echan fuera la frialdad por inútil para todas las obras del ánima racional, y así parece por experiencia en las demas facultades, que en subiendo sobre el calor, todas las potencias del hombre hacen torpemente sus obras: ni el estómago puede cocer el manjar, ni los testículos hacer simiente fecunda, ni los músculos menear el cuerpo, ni el cerebro raciocinar; y así dijo Galeno (1): *Frigiditas enim officiis omnibus animæ aperte incommodat*. Como si dijera: la frialdad echa á perder todas las palabras del ánima; sólo sirve en el cuerpo de templar el calor natural y hacerle que no queme tanto; pero Aristóteles (lib. II *De par. ani.*, cap. IV) es de contrario parecer, diciendo: *Est certe roboris efficatior sanguis, qui crassior et calidior est: vim autem sentiendi intelligendique obtinet pleniorem, qui tenuor atque frigidior est*. Como si dijera: la sangre gruesa y caliente hace muchas fuerzas corporales, pero la delgada y fria es causa de tener el hombre grande entendimiento, donde parece claramente que de la frialdad nace la mayor diferencia de ingenio que hay en el hombre, que es el entendimiento. Tambien Aristóteles (14 sect., prob. 15) pregunta por qué los hombres que habitan tierras muy calientes, como es Egipto, son más ingeniosos y sabios que los que moran en lugares frios; á la cual pregunta responde que el calor demasiado de la region gasta y consume el calor natural del cerebro y le deja frio, por donde vienen á ser los hombres muy racionales; y por el contrario, la mucha frialdad del aire fortifica el calor natural del cerebro, y no le da lugar que se resuelva. Y así los muy calientes de cerebro, dice que no pueden discurrir, filosofar, ántes son inquietos y no perseverantes en una opinion. A la cual sentencia parece que alude Galeno (lib. *Artri. medic.*, cap. XII) diciendo que á causa de ser el hombre mudable y tener cada momento su opinion, es ser caliente de cerebro; y por lo contrario, estar firme y estable en una sentencia lo hace la frialdad del cerebro. Pero la verdad es, que de esta calidad no nace ninguna diferencia de ingenio, ni Aristóteles quiso decir que la sangre fria con predominio hace mejor entendimiento, sino á lo ménos caliente; ser el hombre mudable, verdad es que nace del tener mucho calor, el cual levanta las figuras que están en el cerebro, y las hace bullir; por la cual obra se le representan al ánima muchas imágenes de cosas que la convidan á su contemplacion, y por gozar de todas deja unas y toma otras. Al reves acontece en la frialdad, que por comprimir las figuras y no dejarlas levantar, hace al hombre firme en una opinion, y es porque no se le representa otra que lo llame. Esto tiene la frialdad, que impide los movimientos, no solamente de las cosas corporales, pero áun las figuras y especies, que dicen los filósofos ser espirituales, las hace inmóviles en el cerebro, y esta firmeza ántes parece torpeza que diferencia de habilidad. Verdad es que hay otra diferencia de firmeza, que nace de estar el entendimiento muy concluido, y no por tener frio el cerebro; quedan, pues, la sequedad, humedad y calor por instrumento de la facultad racional. Pero ningun filósofo sabe determinadamente dar á cada diferencia de ingenio la suya. Heráclito dijo (*Dialogo de natura*): *Splendor siccus animus sapientissimus?* (Refiérelo Galeno, lib. *Quod animi mores*, cap. V.) Por la cual sentencia nos da á entender que la sequedad es causa de ser el hombre muy sabio, pero no declaró en qué género de saber. Lo mismo entendió Platon cuando dijo que nuestra ánima vino al cuerpo sapientísima, y por la mucha humedad que halló en él, se hizo torpe y necia, pero gastándose con el discurso de la edad, y adquiriendo sequedad, descubre el saber que ántes tenía (2). Entre los brutos animales, dice Aristóteles, aquellos son más prudentes que en su temperamento tienen más frialdad y sequedad, como son las hormigas y abejas, las cuales en prudencia compiten con los hombres muy racionales. Fuera de esto, ningun animal bruto hay tan húmedo como es el puerco, ni de ménos ingenio; y así un poeta que se llama Pindaro, para motejar á la gente de Beocia de necia, dijo de esta manera: *Dicta fuit sues gens Bœotia vecors*.

Tambien la sangre, por la mucha humedad, dice Galeno (Lib. *Quod animi mores*, cap. VI) que hace los hombres simples. Y de tales, cuenta el mismo Galeno (Lib. I *De natura hum.*, com. XI) que motejaban los cómicos á los hijos de Hipócrates diciéndoles que tenian mucho calor natural, que es una sustancia húmeda y muy vaporosa. Este trabajo han de tener los hijos de los hombres sabios; adelante diré la razon y causa en que consiste. Tambien en los cuatro humores que tenemos, ninguno hay tan frio y seco como la melancolía; y todos cuantos hombres señalados en letras ha habido en el mundo, dice Aristóteles (30 sect., prob. 1) que fueron melancólicos. Finalmente, todos convienen que la sequedad hace al hombre muy sabio; pero no declaran á cuál de las potencias racionales ayuda más; sólo el profeta Isaías (cap. XXVIII) le puso nombre cuando dijo: *Vexatio dat intellectum*. Porque la tristeza y afliccion gasta y consume, no solamente la humedad del cerebro, pero los huesos deseca, con la cual calidad se hace el entendimiento más agudo y perspicaz. De lo cual se puede hacer evidente demostracion, considerando muchos hombres que puestos en pobreza y afliccion vinieron á decir y escribir sentencias dignas de admiracion, y venidos despues á próspera fortuna, á buen comer y beber, no acertaron á hablar, porque la vida regalada, el contento y el buen suceso, y hacerse todas las cosas á su voluntad, relaja y humedece el cerebro, que es lo que dijo Hipócrates (*Epidem.*, 5, com. 9): *Gaudium relaxat cor*. Como si dijera: el contento y alegría ensancha

(1) Lib. *Quod animi mores*, cap. V.

(2) Para decir Homero que Ulises no se hizo necio, lo figura por no haberse convertido en puerco.

el corazon y le da calor y gordura. Y es cosa fácil de probar otra vez; porque si la tristeza y afliccion deseca y consume las carnes, por esta razon adquiere el hombre mayor entendimiento, cierto es que su contrario, que es la alegría, ha de humedecer el cerebro y bajar el entendimiento. Los que van alcanzando esta manera de ingenio, luégo se inclinan á pasatiempos, á convites y á músicas, á conversaciones jocosas, y huyen de lo contrario, que en otro tiempo les solia dar gusto y contento (1). De aquí sabrá ya la gente vulgar la razon y causa de donde nace que subiendo el hombre sabio y virtuoso á alguna gran dignidad, siendo ántes pobre y humilde, muda luégo las costumbres y la manera de razonar, y es por haber adquirido nuevo temperamento, húmedo y vaporoso, con el cual se le borran las figuras que ántes tenía en la memoria, y le entorpece el entendimiento. De la humedad es dificultoso saber qué diferencia de ingenio puede nacer, pues tanto contradice á la facultad racional. A lo ménos en la opinion de Galeno (lib. 1 *De natura humana*, com. 11) todos los humores de nuestro cuerpo que tienen demasiada humedad hacen al hombre estulto y necio, y así dijo: *Animi desteritas et prudentia à bilioso humore proficiscitur; integritatis et constantiæ erit auctor humor melancholicus; sanguis simplicitatis et stupiditatis: pituitæ natura ad morum cultum nihil facit.* Como si dijera: la prudencia y buena maña del ánima racional nace de la cólera; ser entero el hombre y constante proviene del humor melancólico; ser bobo y simple, de la sangre; de la flema para ninguna cosa se aprovecha el ánima racional más que para dormir; de manera que la sangre por ser húmeda, y la flema echa á perder la facultad racional, pero esto se entiende las facultades ó ingenios racionales discursivos y activos, y no de los pasivos, como es la memoria, la cual así depende de la humedad como del entendimiento de sequedad (2). Y llamamos á la memoria potencia racional, porque sin ella no vale nada el entendimiento ni la imaginativa á todas las materias y figuras sobre que silogizar, conforme aquel dicho de Aristóteles: *Oportet intelligentem phantasmata speculari.*

Y el oficio de la memoria es guardar estos fantasmas para cuando el entendimiento los quisiera contemplar; y si ésta se pierde, es imposible poder las demas potencias obrar; y que el oficio de la memoria no sea otro más que guardar las figuras de las cosas, sin tener ella propia invencion, dícelo Galeno de esta manera (*De officio medici*, com. 4): *Ac memoriam quidem recondere ac servare in se ea quæ sensu et mente cognita fuerint, quasi collam quandam et receptaculum eorum non inventricem.* Y siendo este su uso, claramente se entiende que depende de la humedad, porque ésta hace el cerebro blando, y la figura se imprime por via de compresion; para prueba de esto, es argumento evidente la puericia, en la cual edad aprende el hombre más de memoria que en todas las demas, y el cerebro le tiene humedísimo, y así pregunta Aristóteles (30 sect., prob. 4.): *Cur seniores amplius mente valeamus: juniores otius discamus?* Como si preguntára: ¿qué es la causa que siendo viejos tenemos mucho entendimiento, y cuando mozos aprendemos con facilidad? A lo cual responde que la memoria de los viejos está llena de tantas figuras de cosas como han visto y oido en el largo discurso de su vida, y así queriendo echarle más no lo puede recibir, porque no hay lugar vacío donde quepa; pero la de los muchachos, como há poco que nacieron, está muy desembarazada, y por esto reciben presto cuanto les dicen y enseñan. Y dalo á entender, comparando la memoria de la mañana con la de la tarde, diciendo que por la mañana aprendemos mejor porque en aquella hora amanece la memoria vacía, y á la tarde mal por estar llena de todo lo que aquel dia ha pasado por nosotros.

A este problema no sabe responder Aristóteles, y está la razon muy clara, porque si las especies y figuras que están en la memoria tuvieran cuerpo y cantidad para ocupar lugar, parece que era buena respuesta; pero siendo insensibles y espirituales, no pueden henchir ni vaciar el lugar donde están, ántes vemos por experiencia que cuanto más se ejercita la memoria recibiendo cada dia nuevas figuras, tanto se hace ó más capaz.

La respuesta del problema está muy clara en mi doctrina, y es, que los viejos tienen mucho entendimiento porque tienen mucha sequedad, y son faltos de memoria porque tienen poca humedad, por la cual razon se endurece la sustancia del cerebro, y así no puede recibir la compresion de las figuras, como la cera dura admite con dificultad la figura del sello, y la blanda con facilidad. Al reves acontece en los muchachos, que por la mucha humedad que tienen en el cerebro son faltos de entendimiento, y muy memoriosos por la gran blandura del cerebro, en el cual, por razon de la humedad, hacen las especies y figuras (que vienen de fuera) gran compresion, fácil, profunda y bien figurada.

Estar la memoria más fácil á la mañana que á la tarde, no se puede negar; pero no acontece por la razon que trae Aristóteles, sino que el sueño de la noche pasada ha humedecido y fortificado el cerebro, y la vigilia de todo el dia lo ha desecado y endurecido; y así dice Hipócrates (6 Aph., com. 26): *Qui noctu bibere appetunt, iis admodum sitientibus si supradormierint bonum.* Como si dijera: los que de noche tienen gran sequía, durmiendo se les quita; porque el sueño humedece las carnes y fortifica todas las facultades que gobiernan al hombre.

Y que haga este efecto el sueño, el mismo Aristóteles lo confiesa (4 sect., probl. 5). De esta doctrina se infiere claramente que el entendimiento y la memoria son potencias opuestas y contrarias, de tal manera, que el hombre que tiene gran memoria ha de ser falto de entendimiento, y el que tuviese mucho entendimiento no puede tener buena memoria, porque el cerebro es imposible ser juntamente seco y húmedo á predominio. En esta máxima se fundó Aristóteles (Lib. *De memoria et reminiscentia*) para probar que la memoria es dife-

(1) *Cor sapientium ubi tristitia est: cor stultorum ubi lætitia.* (*Ecles.*, cap. VII.)

(2) *Y así Ciceron*, definiendo la naturaleza del ingenio, mete en su definicion á la memoria. *Docilitas et memoria quæ apellatur uno ingenii nomine.* (*De fin bon. et mal.*, lib. I.)

rente potencia de la reminiscencia, y forma el argumento de esta manera: los que tienen mucha reminiscencia son hombres de gran entendimiento, y los que alcanzan mucha memoria son faltos de entendimiento; luego la memoria y la reminiscencia son potencias contrarias; la mayor en mi doctrina es falsa, porque los que tienen mucha reminiscencia son faltos de entendimiento y tienen gran imaginativa, como luégo probaré; pero la menor es muy verdadera, aunque Aristóteles no alcanzó la razon en que esté fundada la enemistad que el entendimiento tiene con la memoria. De calor (que es la tercera calidad) nace la imaginativa; porque ya ni hay otra potencia racional en el cerebro, ni otra calidad que darle; allende que las ciencias que pertenecen á la imaginativa son las que dicen los delirantes en la enfermedad, y no de las que pertenecen al entendimiento y memoria.

Y siendo la perlesía, manía y melancolía, pasiones calientes del cerebro, es gran argumento para probar que la imaginativa consiste en calor. Sola una cosa me hace dificultad, y es, que la imaginativa es contraria del entendimiento y tambien de la memoria, y la razon no viene con la experiencia; porque mucha calor y sequedad bien se pueden juntar en el cerebro, y tambien calor y humedad en grado intenso; y por esta causa podia tener el hombre grande entendimiento y grande imaginativa, y mucha memoria con mucha imaginativa; y realmente por maravilla se halla hombre de grande imaginativa que tenga buen entendimiento ni memoria, y debe ser la causa, que el entendimiento ha menester que el cerebro esté compuesto de partes sutiles y muy delicadas, como atras lo probamos de Galeno (Lib. *Art. med.*, cap. XII), y el mucho calor gasta y consume lo más delicado y deja lo grueso y terrestre; por la misma razon la buena imaginativa no se puede juntar con mucha memoria, porque el calor excesivo resuelve la humedad del cerebro y le deja duro y seco, por donde no puede recibir fácilmente las figuras (1).

De manera que no hay en el hombre más que tres diferencias genéricas de ingenio, porque no hay más de tres calidades de donde pueden nacer; pero debajo de estas tres diferencias universales se contienen otras muchas particulares por razon de los grados de intension que puede tener el calor, la humedad y sequedad.

Aunque no de cualquiera grado de estas tres calidades resulta una diferencia de ingenio; porque á tanta intension puede llegar la sequedad, el calor y la humedad, que desbarate totalmente la facultad animal, conforme aquella sentencia de Galeno (lib. II *Aph.*, com. 20): *Omnis inmodica intemperies vires exolvit.* Y así es cierto; porque aunque el entendimiento se aprovecha de la sequedad, tanta puede ser, que le consuma sus obras, lo cual no admite Galeno (lib. *Quod animi mores*, cap. V) ni los filósofos antiguos; ántes afirman que si el cerebro de los viejos no se enfriase jamas, vendrian á caducar aunque se hiciesen en cuarto grado secos. Pero no tienen razon, por lo que probarémos en la imaginativa; que aunque sus obras se hacen con calor, en pasando el tercer grado luégo comienza á desbaratar, y lo mismo hace la memoria con la mucha humedad.

Cuantas diferencias nàzcan de ingenio por razon de la intensidad de cada una de estas tres cualidades, no se puede decir ahora en particular, hasta que adelante contemos todas las obras y acciones del entendimiento, de la imaginativa y de la memoria; pero en el entretanto es de saber que hay tres obras principales del entendimiento. La primera es inferir, la segunda distinguir, y la tercera elegir, de donde se constituyen tres diferencias de entendimiento. En otras tres se parte la memoria: la primera que recibe con facilidad y luégo olvida, otra es tarda en percibir y lo retiene mucho tiempo, la tercera recibe con facilidad y tarda mucho en olvidar. La imaginativa contiene muchas más diferencias, porque tiene las tres como el entendimiento y memoria, y de cada grado resultan otras tres.

De estas dirémos adelante con más distincion, cuando diéremos á cada una la ciencia que le corresponde en particular; pero el que quisiere considerar otras tres diferencias de ingenio, hallará que hay habilidades en los que estudian; unos que para las contemplaciones claras y fáciles del arte que aprenden tienen disposicion natural, pero metidos en las oscuras y muy delicadas, es por demas tratar el maestro de hacerles la figura con buenos ejemplos, ni que ellos hagan otra tal con su imaginacion, porque no tienen capacidad.

En este grado están todos los ruines letrados de cualquiera facultad, los cuales, consultados en las cosas fáciles de su arte, dicen todo lo que se puede entender; pero venidos á lo muy delicado, dicen mil disparates. Otros ingenios suben un grado más, porque son blandos y fáciles de imprimir en ellos todas las reglas y consideraciones del arte, claras, oscuras, fáciles y dificultosas; pero la doctrina, el argumento, la respuesta, la duda y distincion, todo se lo han de dar hecho y levantado: éstos han menester oir la ciencia de buenos maestros que sepan mucho, y tener copia de libros, y estudiar en ellos sin parar; porque tanto sabrán ménos cuanto dejaren de leer y trabajar. De éstos se puede verificar aquella sentencia de Aristóteles tan celebrada: *Intellectus noster est tanquam tabula rasa, in qua nihil est depictum* (2).

Porque todo cuanto han de saber y aprender lo han de oir á otro primero, y sobre ello no tienen ninguna invencion. En el tercero grado hace naturaleza unos ingenios tan perfectos, que no han menester maestros que los enseñen ni les digan cómo han de filosofar; porque de una consideracion que les apunta el doctor sacan ellos ciento, y sin decirles nada se les hincha la boca de ciencia y saber. Estos ingenios engañaron á Platon, y le hicieron decir que nuestro saber es un cierto género de reminiscencia, oyéndolos hablar y decir lo que jamas vino en consideracion de los hombres. A estos tales está permitido que escriban libros, y á otros

(1) *Intemperies quælibet sola diu durare non potest.* (Gal., lib. VI *De san. tuen.*)

(2) De estas dos diferencias de ingenios dijo Aristóteles de esta manera: *Ille quidem est optimus, qui omnia per se intelligit, bonus autem rursum est ille qui bene dicenti obedit.* (Arist., lib. [illegible] doct. item 3 de Anim.)

no; porque el órden y concierto que se ha de tener para que las ciencias reciban cada dia aumento y mayor perfeccion es de juntar la nueva invencion de los que ahora vivimos con lo que los antiguos dejaron escrito en sus libros; porque haciéndolo de esta manera (cada uno en su tiempo) vendrian á crecer las artes, y los hombres que están por nacer gozarian de la invencion y trabajo de los que primero vivieron (1). A los demas que carecen de invencion no habia de consentir la república que escribiesen libros ni dejárselos imprimir, porque no hace más que dar círculos en los dichos y sentencias de los autores graves, y tornarlos á repetir; y hurtando uno de aquí y tomando otro de allí, ya no hay quien componga una obra. A los ingenios inventivos llaman en lengua toscana caprichosos, por la semejanza que tienen con la cabra en el andar y parecer; ésta jamas huelga por lo llano, siempre es amiga de andar á sus solas por los riscos y alturas y asomarse á grandes profundidades, por donde no sigue vereda ninguna ni quiere caminar con compañía (2). Tal propiedad como ésta se halla en el ánima racional, cuando tiene un cerebro bien organizado y templado; jamas huelga en ninguna contemplacion; todo es andar inquieta, buscando cosas nuevas que saber y entender. De esta manera de ánima se verifica aquel dicho de Hipócrates (6 Epid. 5, com. 11) *Animæ deambulatio cogitatio hominibus*. Porque hay otros hombres que jamas salen de una contemplacion, ni piensan que hay más en el mundo que descubrir. Estos tienen la propiedad de la oveja, la cual nunca sale de las pisadas del manso, ni se atreve á caminar por lugares desiertos y sin carril, sino por veredas muy holladas, y que alguno vaya delante. Ambas diferencias de ingenio son muy ordinarias entre los hombres de letras: unos hay que son remontados, y fuera de la comun opinion juzgan y tratan las cosas por diferente manera; son libres en dar su parecer, y no siguen á nadie. Otros hay recogidos, humildes y muy sosegados, desconfiados de sí, y rendidos al parecer de un autor grave, á quien siguen, cuyos dichos y sentencias tienen por ciencias y demostracion, y lo que discrepa de aquí juzgan por vanidad y mentira (3).

Juntas estas dos diferencias de ingenios, son de mucho provecho; porque así como á una gran manada de ovejas suelen los pastores echar una docena de cabras que las levanten y lleven con paso apresurado á gozar de nuevos pastos y que no estén hollados, de la misma manera conviene que haya en las letras humanas algunos ingenios caprichosos que descubran á los entendimientos oviles nuevos secretos de naturaleza y les den contemplaciones nunca oidas en que ejercitarse, porque de esta manera van creciendo las artes y los hombres saben más cada dia.

(1) La invencion de las artes y la compostura de los libros, dice Galeno que se hace ó con el entendimiento ó con la memoria ó con la imaginativa; pero el que escribe por tener mucha memoria de cosas, no puede decir nada de nuevo. (Lib. I *De officio medi.*, com. 4.)

(2) Esta diferencia de ingenios es muy peligrosa para la teología, de donde ha de estar atado el entendimiento á lo que dice y declara la Iglesia católica, nuestra madre.

(3) *Esta diferencia de ingenio* es muy buena para la teologia, *donde se ha de seguir* la autoridad divina declarada por los *concilios y por los sagrados doctores.*

CAPÍTULO IX (4).

Pónense algunas dudas y argumentos contra la doctrina del capítulo pasado, y la respuesta de ellos.

Una de las razones por donde la sabiduría de Sócrates ha sido hasta el dia de hoy tan celebrada fué: que despues de haber sido juzgado en el oráculo de Apolo por el hombre más civil del mundo, oyó de esta manera: *Hoc unum scio, me nihil scire*; la cual sentencia han pasado todos los que le han leido y entendido que fué dicha por ser Sócrates hombre humildísimo, menospreciador de las cosas humanas, y que respeto de las divinas, todo le parecia de ningun ser y valor. Pero realmente están engañados; porque esta virtud de la humildad ningun filósofo la alcanzó ni supo qué cosa era, hasta que Dios vino al mundo y la enseñó. Lo que Sócrates quiso sentir y dar á entender, fué la poca certidumbre que tienen las ciencias humanas, y cuán inquieto y temeroso está el entendimiento del filósofo en cuanto sabe; viendo por experiencia que todo está lleno de dudas y argumentos, y que sin temor de la parte contraria, no se puede asentir con nada; por lo cual fué dicho: *Cogitationes mortalium timidæ et incertæ providentiæ nostræ.* Y el que ha de tener verdadera ciencia en las cosas, ha de estar firme y quieto, sin temor ni recelo de que se podria engañar; y el filósofo que no está de esta manera, con mucha verdad podia decir y afirmar que no sabe nada.

Esta misma consideracion tuvo Galeno cuando dijo (6 *lib. introductorio*, cap. V): *Scientiæ est conveniens, firma et nunquam à ratione declinans cognitio eam namque apud filosophos, præsertim dum rerum naturas perscrutantur, non inveniens; muto sane minus in remedica: immo, ut verbo expediam, ne ad homines quidem venit.* Segun esto el verdadero conocimiento de las cosas se debió de quedar por allá, y solamente vino al hombre un género de opinion que le trae incierto, y con miedo si es así ó no lo que afirma. Pero lo que en esto nota Galeno más en particular es, que la filosofía y medicina son las ciencias más inciertas de cuantas usan los hombres. Y si esto es verdad, ¿qué dirémos de la filosofía que vamos tratando, donde se hace con el entendimiento anatomía de cosa tan oscura y dificultosa como son las potencias y habilidades del ánima racional, en la cual materia se ofrecen tantas dudas y argumentos, que no queda doctrina llana sobre que restribar? Una de las cuales y más principal es, que hemos hecho al entendimiento potencia orgánica (como á la imaginativa y memoria) y le hemos dado al cerebro con sequedad por instrumento con que obre, cosa tan ajena de la doctrina de Aristóteles (Lib. II *De ani.*, cap. IV) y de todos sus secuaces; los cuales (poniendo al entendimiento apartado de órgano corporal) probaban fácilmente que el ánima racional era inmortal, y que salida del cuerpo, duraba para siempre jamas; y siendo disputable la contraria opinion, queda la puerta cerrada para no poderse demostrar. Fuera de esto, las

(4) Sexto de la primera edicion.

razones en que se fundó Aristóteles para probar que el entendimiento no era potencia orgánica son de tanta eficacia, que no se puede concluir otra cosa, porque á esta potencia le pertenece conocer y entender la naturaleza y sér de todas cuantas cosas materiales hay en el mundo; y si ella estuviese conjunta con alguna cosa corporal, aquella misma estorbaria el conocimiento de las demas, como lo vemos en los sentidos exteriores, que si el gusto está amargo, todo cuanto toca la lengua tiene el mismo sabor, y si el humor cristalino está verde ó amarillo, todo cuanto ve el ojo juzga que tiene el mismo color. Y es la causa, que *Intus existens prohibet extraneum*.

Tambien dice Aristóteles que si el entendimiento estuviese mezclado con algun órgano corporal, que será *qualis;* porque quien se junta con calientes ó frios, forzosamente se le ha de pegar el calor. Y decir que el entendimiento es caliente, frio, húmedo ó seco, es predicacion abominable á los oidos de los filósofos naturales. La segunda duda principal es: que Aristóteles y todos los peripatéticos ponen otras dos potencias, fuera del entendimiento, imaginativa y memoria, que son reminiscencia y sentido comun: atendidos aquella regla *potentiæ cognoscuntur per actiones*. Ellos hallan que fuera de las obras del entendimiento, imaginativa y memoria, hay otras dos muy diferentes. Luego de cinco potencias nace el ingenio del hombre, y no de solas tres, como hasta aquí hemos probado.

Tambien dijimos en el capítulo pasado (de opinion de Galeno) que la memoria no hace otra obra en el cerebro más que guardar las especies y figuras de las cosas, de la manera que el arca guarda y tiene en custodia la ropa y lo demas que en ella echa; y si por tal comparacion hemos de entender el oficio de esta potencia, es menester poner otra facultad racional que saque las figuras de la memoria y las represente al entendimiento, como es necesario que haya quien abra el arca y saque lo que está metido en ella. Fuera de esto, dijimos que el entendimiento y la memoria eran potencias contrarias, y que la una á la otra se remitian; porque la una pedia mucha sequedad y la otra mucha humedad y blandura en el cerebro.

Y si esto es verdad, ¿por qué dijo Aristóteles (lib. II *De anima*) y Platon que los hombres que tienen las carnes blandas tienen mucho entendimiento, siendo la blandura efecto de la humedad? Tambien dijimos que para ser la memoria buena, era necesario que el cerebro tuviese blandura, porque las figuras se han de sellar en él por via de comprension, y estando duro no podrian fácilmente señalar. Bien es verdad que para recibir la figura con presteza, que es necesario tener en el cerebro blandura; mas para conservar las especies mucho tiempo, todos dicen que es necesaria la dureza y sequedad, como aparece en las cosas de cera, que la figura que está impresa en cosa blanda se borra con facilidad, pero en lo seco y duro jamas se pierde. Y así vemos muchos hombres que toman de memoria con gran facilidad, pero luégo se les olvida. De lo cual dando Galeno la razon, dice (lib. *Arist. med.*, cap. XII) que los tales (con la mucha humedad) tienen la sustancia del cerebro fluida, y no consistente, por donde se les borra presto la figura, como quien sella en el agua; otros al reves, hacen memoria con dificultad; pero lo que una vez aprenden jamas se les olvida. Y así, parece cosa imposible haber aquella diferencia de memoria que dijimos, que aprende con facilidad y que lo conserve mucho tiempo.

Tambien se hace dificultoso de entender cómo sea posible que sellándose tantas figuras juntas en el cerebro no se borren las unas con las otras; porque si en un pedazo de cera blanda se imprimiesen muchos sellos de várias figuras, cierto es que los unos á los otros se borrarian, mezclándose las figuras. Y lo que no hace ménos dificultad es saber de dónde nace que ejercitándose la memoria se haga más fácil para recibir las figuras; siendo cierto que el ejercicio no solamente corporal deseca y enjuga las carnes, pero mucho más el espiritual. Tambien es dificultoso de entender cómo la imaginativa sea contraria del entendimiento (si no hay otra causa más urgente que resolver en mucho calor las partes sutiles del cerebro, y quedar las terrestres y gruesas), pues la melancolía es uno de los más gruesos y terrestres humores de nuestro cuerpo. Y dice Aristóteles que de ninguno otro se aprovecha tanto el entendimiento como de él, y hácese mayor la dificultad, considerando que la melancolía es un humor grueso, frio y seco, y la cólera delicada en sustancia y de temperamento caliente y seca, y con todo esto, es la melancolía más apropiada para el entendimiento que la cólera. Lo cual parece contra razon, porque este humor ayuda con dos calidades al entendimiento y contradice con sola una que el calor, y la melancolía ayuda con la sequedad y no más; y contradice con la frialdad y gruesura de sustancia, que es lo que más abomina el entendimiento.

Y así Galeno dió más ingenio y prudencia á la cólera que á la melancolía (lib. I *De natura humana*, com. 1): *Animi desteritas et prudentia à bilioso humore proficitur; integritatis et constantiæ erit auctor humor melancholicus*. Ultimamente, se pregunta la causa de donde pueda nacer que el trabajo y contínua contemplacion en el estudio hace á muchos sabios, á los cuales al principio les faltaba la buena naturaleza de estas calidades que decimos; y dando y tomando con la imaginacion, vienen á alcanzar muchas verdades que ántes ignoraban y no tenian el temperamento que para ellas se requeria, porque si lo tuvieran, no fuera menester trabajarlo.

Todas estas dificultades, y otras muchas más, se hallan contra la doctrina del capítulo pasado; porque la filosofía natural no tiene tan ciertos principios como las ciencias matemáticas, en las cuales puede el médico y filósofo (siendo juntamente matemático) hacer siempre demostracion, pero venido á curar conforme al arte de medicina, hará en ella muchos errores, y no todas las veces por culpa suya (pues acertaba siempre en las matemáticas), sino por la poca certidumbre de su arte; y por tanto dijo Aristóteles (lib. I *Topic.*): *Non ideo malus medicus, si non semper sanet; dum nihil viniseritelorum quæ sunt exacte*. Como si dijera: el médico que hace todas las diligencias de su arte, aunque no siempre sane, no por eso ha de ser tenido por mal

artífice; pero si este mismo hiciese en matemáticas algun error, ninguna disculpa tenía, porque haciendo en esta ciencia todas las diligencias que ella manda, es imposible dejar de acertar: de manera que aunque no hagamos demostracion de esta doctrina, no se ha de echar toda la culpa á nuestro ingenio, ni pensar que es falso lo que decimos.

Á la primera duda principal se responde que si el entendimiento estuviese apartado del cuerpo y no tuviese que ver con el calor, frialdad, humedad y sequedad, ni con las demas calidades corporales, seguirse ha que todos los hombres tendrian igual entendimiento y que todos raciocinarian con igualdad; y vemos por experiencia que un hombre entiende mejor que otro y discurre mejor; luego ser el entendimiento potencia orgánica, y estar en uno más bien dispuesto que en otro, lo causa, y no por otra razon ninguna.

Porque todas las ánimas racionales y sus entendimientos (apartadas del cuerpo) son de igual perfeccion y saber.

Los que siguen la doctrina de Aristóteles (viendo por experiencia que unos hombres raciocinan mejor que otros) inventaron una huida aparente, diciendo que discurrir uno mejor que otro no lo causa ser el entendimiento potencia orgánica y estar en unos hombres más bien dispuesto el cerebro que en otros, sino que el entendimiento humano (en tanto que el ánima racional estuviese en el cuerpo) ha menester las figuras y fantasmas que están en la imaginativa y memoria; por cuya falta viene el entendimiento á discurrir mal, y no por culpa suya ni por estar conjunto con materia mal organizada. Pero esta respuesta es contra la doctrina del mismo Aristóteles (Lib. *De memoria et reminiscentia*), el cual prueba que cuanto la memoria fuere más ruin, tanto es mejor el entendimiento; y cuanto la memoria fuere más subida de punto, tanto es más flaco el entendimiento, y lo mismo hemos probado atras de la imaginativa. En confirmacion de lo cual pregunta Aristóteles (30 sect., prob. 4): ¿Qué es la causa que siendo viejos tenemos tan mala memoria y tan grande entendimiento, y cuando mozos acontece al reves, que somos de gran memoria y tenemos ruin entendimiento? De esto muestra la experiencia una cosa, y así lo nota Galeno: que cuando en la enfermedad se desbarata el temperamento y buena compostura del cerebro, muchas veces se pierden las obras del entendimiento, y quedan salvas las de la memoria y las de la imaginativa; lo cual no pudiera acontecer si el entendimiento no tuviera por sí instrumento particular, fuera del que tienen las otras potencias. A esto yo no sé qué pueda responder, sino es por alguna relacion metafísica, compuesta de acto y potencia, que ni ellos saben qué es lo que quieren decir, ni hay hombre que los entienda. Ninguna cosa hace mayor daño á la sabiduría del hombre que mezclar las ciencias, y lo que es de la filosofía natural tratarlo en la metafísica, y lo que es de la metafísica, en la filosofía natural. Las razones en que se funda Aristóteles son de muy poco momento; porque no se sigue que porque el entendimiento ha de conocer las cosas materiales, no ha de tener órgano corporal; porque las calidades corporales, que sirven á la compostura del órgano, no alteran las potencias ni de ellas salen fantasmas: así como *sensibile positum supra sensum quod non causat sensationem*. Esto se ve claramente en el tacto, que con estar compuesto de cuatro calidades materiales y tener en sí cantidad y blandura ó dureza, con todo eso conoce la mano si una cosa está caliente ó fria, dura ó blanda, ó si es grande ó pequeña (1). Y preguntado cómo el calor natural que está en la mano no impide al tacto que no conozca el calor que está en la piedra, responderémos que las calidades que sirven para la compostura del órgano no alteran al propio órgano, ni de ellas salen especies para conocerlas.

Tambien pertenece al ojo conocer todas las figuras y cantidades de las cosas, y vemos que el propio ojo tiene su propia figura y cantidad, y de los humores y túnicas que le componen, unas tienen colores y otras son diáfanas y trasparentes, todo lo cual no estorba que por la vista no conozcamos las figuras y cantidades de todas las cosas que se nos ponen delante. Y es la causa que los humores y túnicas, la figura y cantidad sirven á la compostura del ojo, y estas cosas no pueden alterar la potencia visiva, y así no estorban ni impiden el conocimiento de las figuras de fuera. Lo mismo decimos del entendimiento, que su propio instrumento (aunque es material y está conjunto con él) no lo puede entender, porque de él no salen especies inteligibles que le pueden alterar; y es la causa que *intelligibile positum supra intellectum non causat intellectionem*; y así queda libre para entender todas las cosas materiales de fuera, sin haber quien se lo impida. La segunda razon en que se fundó Aristóteles es más liviana que la pasada, porque ni el entendimiento ni otro accidente ninguno puede ser *qualis*, atento que no pueden ser por sí sujeto de ninguna calidad. Y así poco importa que el entendimiento tenga por órgano al cerebro, con el temperamento de las cuatro calidades primeras, para que por ello se llame *qualis*; pues el cerebro es sujeto del calor, frialdad, humedad y sequedad, y no el entendimiento. A la tercera dificultad que ponen los peripatéticos, diciendo que por hacer potencia orgánica el entendimianto, se quita un principio que habia para probar la inmortalidad del ánima racional, decimos que otros argumentos hay más firmes con que hacerlo, de los cuales tratarémos en el capítulo que se sigue.

Al segundo argumento se responde que no cualquiera diferencia de obras arguye diversidad de potencias; porque, como adelante probarémos, hace la imaginativa tan extraños hechos, que si fuera esta máxima tan verdadera como los filósofos vulgares piensan, ó tuviera la interpretacion que ellos le dan, habria en el cerebro diez ó doce potencias más. Pero porque todas estas obras convienen en una razon genérica, no arguyen más que una imaginativa, la cual se parte despues en muchas diferencias particulares, por razon de las vá-

(1) Empédocles decia que las potencias habian de tener la misma naturaleza del objeto para poderlo percibir; y así dijo: *Sentimus terram tellure, liquore liquorem, aeram aëre materiam, ignem cernimus igne*: la cual sentencia aprueba Gal., 1, 7, *De placitis*.

rias acciones que hace. El componer las especies en presencia de los objetos ó en su ausencia, no solamente no arguye variedad de potencias genéricas (como son el sentido comun y la imaginativa), pero ni áun particulares.

Al tercero argumento se responde que la memoria no es más que una blandura del cerebro, dispuesta (con cierto género de humildad) para recibir y guardar lo que la imaginativa percibe, en la misma proporcion que tiene el papel blanco y liso con el que ha de escribir; porque así como el escribano escribe en el papel las cosas que quiere que no se olviden, y despues de escritas las torna á leer, de la misma manera se ha de entender que la imaginativa escribe en la memoria las figuras de las cosas que conocieron los cinco sentidos y el entendimiento, y otras que ella misma fabrica; y cuando quiere acordarse de ellas, dice Aristóteles (lib. IV *De anima*) que las torna á mirar y contemplar. De esta manera de comparacion usó Platon cuando dijo que temiendo la poca memoria de la vejez, se daba priesa á haber otra de papel (que son los libros) para que no se le perdiese su trabajo y hubiese despues quien se lo representase cuando lo quisiese leer. Esto mismo hace la imaginativa, escribir en la memoria y tornarlo á leer cuando se quiere acordar. El primero que atinó á esta sentencia fué Aristóteles (lib. III *De anima*), y el segundo Galeno, el cual dijo de esta manera (lib. II *De motu musculorum*) : *Pars enim animæ quæ imaginatur, quæcumque ea sit, hæc eadem recordari videtur.*

Así parece claramente, porque las cosas que imaginamos con mucho cuidado, se fijan bien en la memoria; y lo que con liviana consideracion tratamos, luégo se nos olvida. Y de la manera que el escribano cuando hace buena letra la acierta á leer, así acontece á la imaginativa, que si ella hace con fuerza queda la figura en el cerebro bien señalada, y si no, apénas se puede conocer. Esto mismo acontece tambien en las escrituras antiguas, que por quedar unas partes enteras y otras gastadas (con el tiempo) no se pueden bien leer sino es sacando muchas partes y razones por discrecion. Lo propio hace la imaginativa cuando en la memoria se han perdido algunas figuras y quedan otras, de lo cual nació el error de Aristóteles, pensando que la reminiscencia (por esta razon) era potencia diferente de la memoria; allende que dijo que los que tienen gran reminiscencia son de mucho entendimiento, y tambien es falso, porque la imaginativa, que es la que hace la reminiscencia, es contraria del entendimiento. De manera que hacer memoria de las cosas y acordarse de ellas despues de sabidas, es obra de la imaginativa, como el escribir y tornarlo á leer es obra del escribano, y no del papel. Y así la memoria queda por potencia pasiva, y no activa, como lo liso y blanco del papel no es más que comodidad para que otro pueda escribir.

A la cuarta duda se responde que no hace al caso para el ingenio tener las carnes duras ni blandas, si el cerebro no tiene tambien la misma calidad; el cual vemos muchas veces tener distinto temperamento de todas las demas partes del cuerpo; pero cuando concurrieren en la misma blandura, es mal indicio para el entendimiento y no ménos para la imaginacion. Y si no, consideremos las carnes de las mujeres y de los niños, y hallarémos que exceden en blandura á la de los hombres, y con todo eso, los hombres en comun tienen mejor ingenio que las mujeres. Y es la razon natural que los humores que hacen las carnes blandas son flema y sangre, por ser ambos húmedos, como ya lo dejamos notado; y de éstos ha dicho Galeno que hacen los hombres simples y bobos, y por lo contrario, los humores que endurecen las carnes son cólera y melancolía; y de éstos nace la prudencia, sabiduría que tienen los hombres (1); de manera que ántes es mal indicio tener las carnes blandas que secas y duras. Entre los brutos animales ninguno hay que tanto se allegue á la prudencia humana como el elefante, y ninguno hay de tan duras y ásperas carnes como él. Y así en los hombres que tienen igual temperamento por todo el cuerpo, es cosa muy fácil colegir la manera de su ingenio por la blandura ó dureza de carnes; porque si son duras y ásperas, señalan ó buen entendimiento ó buena imaginativa; y si blandas, lo contrario, que es la buena memoria y poco entendimiento y ménos imaginativa; y para entender si corresponde el cerebro, es menester considerar los cabellos, los cuales siendo gruesos, negros, ásperos y espesos es indicio de buena imaginativa ó de buen entendimiento; y si delicados y blandos, es argumento de mucha memoria y no más.

Pero el que quisiere distinguir y conocer si es entendimiento ó imaginativa (cuando los cabellos son de aquella manera), ha de considerar de qué forma sea el muchacho acerca de la risa; porque esta pasion descubre mucho qué tal es la imaginativa (2).

Cuál sea la razon y causa de la risa han procurado muchos filósofos saber, y ninguno ha dicho cosa que se puede entender; pero todos convienen en que la sangre es un humor que provoca al hombre á reir; aunque nadie declara qué calidades tiene este humor más que los otros, por donde hace al hombre risueño. (6 Aph. 53.) *Desipientiæ quæ cum risu fiunt, securiores : quæ vero cum solicitudine periculosiores.* Como si dijera : cuando los enfermos desatinan y delirando se rien, tienen más seguridad que si están solícitos y congojosos, porque lo primero se hace de sangre, que es un humor benignísimo, y lo segundo de melancolía; pero restribando en la doctrina que vamos tratando, fácilmente se viene á entender todo lo que en este caso se desea saber. La causa de la risa no es otra (á mi parecer) más que una aprobacion que hace la imaginativa, viendo y oyendo algun hecho ó dicho que cuadra muy bien; y como esta potencia reside en el cerebro, en contándole alguna cosa de éstas, luégo lo menea, y tras él los músculos de todo el cuerpo, y así muchas veces aprobamos los dichos agudos inclinando la cabeza. Pues cuando la imaginativa es muy buena no se contenta de cualquier dicho, sino es de aquellos que cuadran muy bien; y si tienen poca correspondencia y no

(1) *Molles et candidi et obesi non habent humorem melancholicum.* (Gal., lib. III *De locis. asse.*, cap. VI.)

(2) *Risus dentium et ingressus hominis enuntiant de illo.* (Eccles., cap. XIX.)

más ántes recibe pena que alegría. De aquí nace que los hombres de grande imaginativa por maravilla los vemos reir, y lo que es más de notar, es que los muy graciosos, decidores y apodadores jamas se rien de las gracias y donaires que ellos propios dicen, ni de los que oyen á otros; porque tienen tan delicada imaginativa, que áun sus propios donaires no hacen la correspondencia que ellos querrian.

A esto se añade que la gracia (fuera de tener buena proposicion y propósito) ha de ser nueva y nunca oida ni vista. Y esto no es propiedad de sola la imaginativa, sino tambien de las otras potencias que gobiernan al hombre. Y así vemos qué el estómago, á dos veces que usa de un mismo alimento, luégo le aborrece; la vista, una misma figura y color; el oido, una misma consecuencia, por buena que sea; y el entendimiento, una misma contemplacion. De aquí nace tambien que el donoso no se ria de la gracia que dice; porque ántes que la eche por la boca, sabe ya lo que ha de decir. De donde concluyo que los muy risueños, todos son faltos de imaginativa; y así cualquier gracia y donaire (por fria que sea) les corresponde muy bien. Y por tener la sangre mucha humedad (de la cual dijimos que echaba á perder la imaginativa), por tanto los muy sanguinos son muy risueños. Esto tiene la humedad, que por ser blanda y suave quita las fuerzas al calor y le hace que no queme tanto. Y así se halla mejor con la sequedad; porque le aguza sus obras. Allende que donde hay mucha humedad, es indicio que el calor es remiso, pues no la puede resolver ni gastar; y con calor tan flojo no puede obrar la imaginativa. De aquí se infiere tambien que los hombres de grande entendimiento son muy risueños, por ser faltos de imaginativa, como se lee de aquel grande filósofo Demócrito y de otros muchos que yo he visto y notado. Luego por la risa conocerémos si es entendimiento ó imaginativa la que tienen los hombres ó muchachos de carnes duras y ásperas, y de cabellos negros y espesos, duros y ásperos. De manera que Aristóteles no anduvo bien en esta doctrina.

Al quinto argumento se responde que hay dos géneros de humedad en el cerebro: una que nace del aire, cuando este elemento predominó en la mistion, y otra del agua, con que se amansaron los demas elementos. Si el cerebro estuviese blando con la primera humedad, será la memoria muy buena, fácil para recibir, y poderosa para tener las figuras mucho tiempo. Porque la humedad del aire es muy aceitosa y llena de pringue; en la cual se traban las especies con gran tenacidad, como se ve en las pinturas que están dibujadas al olio, que puestas al sol y al agua ningun daño reciben; y si derramamos aceite sobre una escritura jamas se borra; ántes la gastada y que no se puede leer, con el aceite se hace legible, dándole resplandor y transparencia. Pero si la blandura del cerebro nace de la segunda humedad, corre el argumento muy bien; porque si recibe con facilidad, con la misma presteza se torna á borrar la figura, por no tener pringor la humedad del agua en que se traben las especies. *Conócense estas dos humedades en los cabellos.* La que proviene del aire, los pone mugrosos, llenos de aceite y manteca, y el agua, húmedos y muy llanos.

Al sexto argumento se responde que las figuras de las cosas no se imprimen en el cerebro, como la figura del sello en la cera, sino haciendo penetracion para quedar asidas, ó de la manera que se tiraban los pájaros en la liga y las moscas en la miel; porque estas figuras son incorpóreas y no se pueden mezclar ni corromper las unas á las otras.

A la séptima dificultad se responde que las figuras amasan y ablandan la sustancia del cerebro (como se enternece la cera trayéndola entre los dedos), allende que los espíritus vitales tienen virtud de ablandar y humedecer los miembros duros y secos, como lo hace el calor de fuera con el hierro. Y que los espíritus vitales suban al cerebro cuando se toma de memoria, ya lo dejamos probado atras. Y no todo ejercicio corporal ni espiritual deseca; ántes dicen los médicos que el moderado engorda.

Al octavo argumento se responde que hay dos géneros de melancolía (Gal., libro II *De sanitate tuenda*): una natural, que es la luz de la sangre, cuyo temperamento es frialdad y sequedad, con muy gruesa sustancia; éste no vale nada para el ingenio, ántes hace los hombres necios, torpes y risueños, porque carecen de imaginativa, que se llama *atra-bilis* ó cólera adusta; de la cual dijo Aristóteles (3 sect., prob. 1) que hace los hombres sapientísimos; cuyo temperamento es vário, como el del vinagre (1). Unas veces hace efectos de calor (fermentando la tierra), y otras enfria; pero siempre es seco y de sustancia muy delicada. Ciceron confiesa que era tardo de ingenio, porque no era melancólico adusto; y dice la verdad; porque si lo fuera, no tuviera tanta elocuencia; porque los melancólicos adustos carecen de memoria, á la cual pertenece el hablar con mucho aparato. Tiene otra calidad, que ayuda mucho al entendimiento, que es ser resplendida como azabache, con el cual resplandor da luz allá dentro en el cerebro para que se vean bien las figuras. Y esto es lo que sintió Heráclito, cuando dijo *splendor sicus animus sapientissimus*. El cual resplandor no tiene la melancolía natural, ántes su negro es mortecino. Y que el ánima racional haya menester dentro en el cerebro luz para ver las figuras y especies adelante lo probarémos.

Al noveno argumento se responde que la prudencia y destreza de ánimo, que dice Galeno, pertenece á la imaginativa, con la cual se conoce lo que está por venir: así dijo Ciceron (*Dial. de senectute*): *Memoria præteritorum, futurorum prudentia*. Como si dijera: la memoria es de lo pasado y la prudencia de lo que está por venir. La destreza de ánimo es lo que llamamos en castellano agudeza *in agibilibus*, y por otro nombre, solercia, astucia, cavilos y engaños. Y así dijo Ciceron (*In tunulan*): *Prudentia est calliditas quæ ratione quadam potest delectum habere bonorum et malorum.* De este género de prudencia y maña carecen los hombres de grande entendimiento, por ser

(1) De Oréstes dice Horacio que siendo tal, no hacia mal á nadie, pero alcanzaba dichos muy delicados por el resplandor que tenia su cólera; y así dijo: *Tussit quod splendida bilis.* (*Sermonum*, 3.)

faltos de imaginativa. Y así lo vemos por experiencia en los grandes letrados de aquellas letras que pertenecen al entendimiento, que sacados de allí no valen nada para dar y tomar en las trapazas del mundo. Este género de prudencia, muy bien dijo Galeno que nacia de la cólera; porque contando Hipócrates á Damageto, su amigo (*In epist. ad Dama.*), la manera como halló á Demócrito cuando le fue á visitar y curar, escribe que estaba en el campo debajo de un plátano, en piernas y sin zapatos, recostado sobre una piedra, con un libro en la mano y rodeado de brutos animales muertos y despedazados. De lo cual admirado Hipócrates, le preguntó de qué servian aquellos animales así. A lo cual respondió que andaba á buscar qué humor hacia al hombre desatinado, astuto, mañoso, doblado y caviloso, y habia hallado (haciendo anatomía de aquellas bestias fieras) que la cólera era la causa de una propiedad tan mala (1). Y que para vengarse de los hombres astutos quisiera hacer en ellos lo que habia hecho en la zorra, en la serpiente y en la mona. Esta manera de prudencia, no solamente es odiosa á los hombres, pero de ella dice san Pablo (*Ad. Rom.*, cap. VIII): *Prudentia carnis inimica est Deo.* Y da la razon Platon diciendo: *Scientia quæ est remota à justicia calliditas potius quam sapientia est apellanda;* como si dijera: no es razon que una ciencia que está apartada de la justicia se llame sabiduría, sino astucia ó malicia; de la cual usa siempre el demonio para hacer mal á los hombres. *Ista sapientia non est de sursum descendens: sed terrena, animalis et diabolica.* Como si dijera Santiago (cap. III): esta sabiduría no desciende de lo alto, ántes es terrena, inhumana y diabólica.

Otro género hay de sabiduría con rectitud y simplicidad, con la cual conocen los hombres lo bueno y reprueban lo malo; el cual dice Galeno (lib. III, *Prog.*, com. 2) que pertenece al entendimiento, porque en esta potencia no cabe malicia, nobleza ni astucia, y ni sabe cómo se pueda hacer mal; todo es rectitud, justicia, llaneza y claridad. El hombre que alcanza esta manera de ingenio se llama recto y simple; y así, queriendo Demóstenes captar la benevolencia á los jueces en una oracion que hizo contra Eschines, los llamó rectos y simples, atento á la simplicidad de su oficio, del cual dice Ciceron (*Pro Silla*): *Simplex est oficium, atque una bonorum omnium causa.* Para este género de sabiduría es acomodado instrumento la frialdad y sequedad de la melancolía, pero ha de estar compuesta de partes sutiles y muy delicadas. A la última duda se responde: que cuando el hombre se pone á contemplar alguna verdad que quiere saber, y luégo no la alcanza, es porque le falta al cerebro el temperamento conveniente para ello; pero estando un rato en la contemplacion, luégo acude á la cabeza el calor natural (que son los espíritus vitales y sangre arterial) y sube el temperamento del cerebro hasta llegar al punto que es menester (2). Verdad es que la mucha especulacion á unos hace daño y á otros provecho; porque si al cerebro le falta poco para llegar al punto del calor conveniente, es menester estar poco contemplando, y si pasa de allí, luégo se desbarata el entendimiento con la mucha presencia de los espíritus vitales; y así no atina la verdad. Por donde vemos muchos hombres que de repente dicen muy bien, y de pensado no valen nada. Otros tienen tan bajo el entendimiento (ó por mucha frialdad ó sequedad), que es menester que esté mucho tiempo el calor natural en la cabeza para subir el temperamento á los grados que le falta; y así, de pensado dice mejor que de repente.

(1) Nota cómo los hombres de gran entendimiento no miran en el ornato de su persona; todos son desaliñados y sucios. Damos la razon de esto en el cap. VIII y en el XIV.

(2) Nota cuánto importa trabajar en las letras, pues faltando el temperamento conveniente al cerebro, se adquiere con la contínua contemplacion.

CAPITULO X (3).

Muéstrase que aunque el ánima racional ha menester el temperamento de las cuatro calidades primeras, así para estar en el cuerpo como para discurrir y raciocinar, que no por eso se muere que es corruptible y mortal.

Por cosa averiguada tuvo Platon (*In Phædro*) que el ánima racional era sustancia incorpórea, espiritual, no sujeta á corrupcion ni á mortalidad como la de los demas brutos animales; la cual (salida del cuerpo) tiene otra vida mejor y más descansada, pero entiéndase, dice Platon (*In apologia*), habiendo vivido el hombre conforme á razon; porque si no, más le valiera al ánima quedarse para siempre en el cuerpo, que padecer los tormentos con que Dios castiga á los malos. Esta conclusion es tan ilustre y católica, que si él la alcanzó con la felicidad de su ingenio, con justo título tiene por renombre el divino Platon. Pero aunque es tal cual parece, jamas cupo á Galeno en su entendimiento; ántes la tuvo siempre por sospechosa, viendo delirar al hombre cuerdo por calentársele el cerebro, y volver en su juicio aplicándole medicinas frias. Y así dijo (lib. *Quod animi mores*, cap. III *et* IX *De placit.*, Hipoc. et Plato) que se holgára que fuera vivo Platon para preguntarle cómo era posible ser el ánima racional inmortal, alterándose tan fácilmente con el calor, frialdad, humedad y sequedad. Mayormente viendo que se va del cuerpo por una gran calentura, ó sangrando al hombre copiosamente, ó bebiendo cicuta, y por otras alteraciones corporales que suelen quitar la vida. Y si ella fuera incorpórea y espiritual, como dice Platon (*Diálogo de natura*), no le hiciera el calor, siendo calidad material, perder sus potencias ni le desbaratára sus obras. Estas razones confundieron á Galeno y le hicieron desear que algun platónico se las absolviese, y creo que en su vida no le halló; pero despues de muerto la experiencia le mostró lo que su entendimiento no pudo alcanzar (4).

Y así es cierto que la certidumbre infalible de ser nuestra ánima inmortal no se toma de las razones humanas, ni ménos hay argumentos que prueban es corruptible; porque á los unos y á los otros se puede responder con facilidad: sola nuestra fe divina nos hace ciertos y firmes, que dura para siempre jamas. Pero no

(3) Sétimo de la primera edicion, todo él suprimido en las demas.

(4) En muriendo Galeno, es cierto que descendió al infierno, y vió por experiencia que el fuego material quemaba á las ánimas y no las podia gastar ni consumir: este médico tuvo noticia de la doctrina evangélica y no la recibió. (Lib. II Diff. puls., cap. III.)

tuvo razon Galeno de embarazarse con tan livianos argumentos, porque las obras que se han de hacer mediante algun instrumento, no se colige bien en filosofía natural haber falta en el agente principal, por no salir acertadas. El pintor que dibuja bien teniendo el pincel cuando conviene á su arte, no tiene culpa cuando en el malo hace las figuras borradas y de mala delineacion; ni es buen argumento pensar que el escribano tenía alguna lesion en la mano cuando por falta de pluma bien cortada le fué forzado escribir con un palo. Considerando Galeno las obras maravillosas que hay en el universo, y la sabiduría y providencia con que están hechas y ordenadas, coligió que habia Dios en el mundo, aunque no le veiamos con los ojos corporales; del cual dijo estas palabras (lib. *De fœt. formatione*): *Deus nec factus est aliquando, cum perenniter ingenitus sit ac sempiternus.*

Y en otra parte dice que la fábrica y compostura del cuerpo humano no la hacia el ánima racional ni el calor natural, sino Dios ó alguna inteligencia muy sábia. De donde se puede formar un argumento contra Galeno y deshacer su mala consecuencia, y es de esta manera: tú sospechas ser el ánima racional corruptible, porque si el cerebro está bien templado acierta muy bien á discurrir y filosofar, y si se calienta ó enfria más de lo que conviene, delira y dice mil disparates. Eso mismo se infiere considerando las obras que tú dices ser de Dios, porque si hace un hombre en lugares templados, donde el calor no exceda á la frialdad ni la humedad á la sequedad, le saca muy ingenioso y discreto, y si es region destemplada, todos los engendra estultos y necios. Y así el mismo Galeno (lib. *Quod animi mores corps*, cap. x) dice que en Scithia por maravilla acierta á salir un hombre sabio, y en Aténas todos nacen filósofos. Pues sospechar que Dios es corruptible porque unas calidades hacen bien estas obras y con las contrarias salen erradas, no lo puede confesar Galeno, pues ha dicho que Dios es sempiterno.

Platon va por otro camino más acertado, diciendo que aunque Dios es eterno, omnipotente y de infinita sabiduría, que se ha como agente natural de sus obras, y que se sujeta á la disposicion de las cuatro calidades primeras, de tal manera, que para engendrar un hombre sapientísimo y semejante á él tuvo necesidad de buscar un lugar el más templado que habia en todo el mundo, donde el calor del aire no excediese á la frialdad, ni la humedad á la sequedad; y así dijo (Diálogo *De natura*): *Deus vero quasi belli ac sapientiæ studiosus, locum qui viros ipsi simillimos producturus esset ellectum in primis incolendum præbuit.* Y si Dios quisiera hacer un hombre sapientísimo en Scithia ó en otra region destemplada, y no usára de su omnipotencia, saliera por fuerza necio, por la contrariedad de las calidades primeras.

Pero no infiriera Platon, como hizo Galeno, que Dios era alterable y corruptible, porque el calor y la frialdad le impiden sus obras. Esto mismo se ha de colegir cuando el ánima racional, por estar en un cerebro inflamado, no puede usar de discrecion y prudencia, y no pensar que por eso es mortal y corruptible. El salir el cuerpo y no poder sufrir la calentura ni las demas alteraciones que suelen matar los hombres, no arguye que es acto y forma sustancial del cuerpo humano; y que para estar en él requiere ciertas disposiciones materiales acomodadas al sér que tiene de ánima, y que los instrumentos con que ha de obrar están bien compuestos, bien unidos, y con el temperamento que sus obras han menester; todo lo cual faltando, por fuerza las ha de errar y ausentarse del cuerpo.

El error de Galeno está en querer averiguar por principios de filosofía natural si el alma racional, faltando del cuerpo, muere luégo ó no; siendo cuestion que pertenece á otra ciencia superior y de más ciertos principios; en la cual probarémos que no es buen argumento el suyo, ni que se infiere bien ser el ánima del hombre corruptible por estar en el cuerpo quieta con unas calidades, y ausentarse de él por las contrarias. Lo cual no es dificultoso probarse, porque estas sustancias espirituales de mayor perfeccion que el ánima racional eligen lugares alterados con calidades materiales, en los cuales parece que habitan á su contento, y si suceden otras disposiciones contrarias, luégo se van por no poderlas sufrir.

Y así es cierto que hay disposiciones en el cuerpo humano, las cuales apetece el demonio con tanta agonía, que por gozar de ellas se entra en el hombre donde están, y así queda endemoniado; pero corrompidas y alteradas con medicinas contrarias, y hecha evacuacion de los humores negros, podridos y hediondos, naturalmente se torna á salir. Vese esto claramente por experiencia, que en siendo una casa grande, oscura, sucia, hedionda, triste, y sin moradores que la habiten, luégo acuden duendes á ella, y si la limpian y abren ventanas, para que le entren el sol y claridad, luégo se van, especialmente si la habitan muchas gentes y hay en ellas regocijos y pasatiempos, y tocan muchos instrumentos de música. Cuanto ofenda al demonio la armonía y buena proporcion, muéstrase claramente por lo que dice el texto divino, que tomando David su arpa y tocándola, luégo huia el demonio y salia del cuerpo de Saul. Y aunque esto tiene su espíritu, yo tengo entendido que naturalmente molestaba la música al demonio y que no la podia sufrir. El pueblo de Israel sabía ya por experiencia que el demonio era enemigo de su música, y por tenerlo así entendido dijeron los criados de Saul de esta manera (I *Reg.*, cap. xvi): *Ecce spiritus Dei malus exagitat te, jubeat Dominus noster rex, ut servi tui qui coram te sunt, quærant hominem scientem psallere cithara, ut quando arripuerit spiritus Domini malus, psallat manu sua et levius feras.* De la manera que hay palabras y conjuraciones que hacen temblar al demonio, y por no oirlas deja el lugar que tenía elegido para su habitacion.

Y así cuenta Josefo (Lib. viii, *De antiq.*, cap. ii) que Salomon dejó escritos ciertos modos de conjurar, con los cuales no solamente echaban de presente al demonio, pero jamas osaba volver al cuerpo de donde una vez fué lanzado.

Tambien el mismo Salomon mostró una raiz de tan abominable olor para el demonio, que aplicándola á

las narices del demonio, le echaba luégo fuera. Es tan sucio el demonio, tan triste y enemigo de cosas limpias, alegres y claras, que entrando Jesucristo en la region de los geraseos, cuenta san Mateo que le ocurrieron ciertos demonios, metidos en dos cuerpos muertos que habian sacado de los sepulcros, dando voces y diciendo: «Jesus, hijo de David, ¿qué tema tienes con nosotros en haber venido ántes de tiempo á atormentarnos? rogámoste que si nos has de echar de este lugar donde estamos, que nos dejes entrar en aquella manada de puercos que allí está.» Por la cual razon los llama la divina Escritura sucios espíritus; por donde se entiende claramente que no sólo el ánima racional pide disposiciones en el cuerpo para poderlo informar y ser principio de todas sus obras, pero áun para estar en él como en lugar acomodado á su naturaleza las ha menester; pues los demonios, siendo de sustancia más perfecta, aborrecen unas cualidades corporales, y con las contrarias se huelgan y reciben contento. De manera que no es buen argumento el de Galeno. Vase el ánima del cuerpo por una gran calentura, luego es corruptible, pues lo hace el demonio de la manera que hemos dicho, y no es mortal. Pero lo que en este propósito más se ha de notar es que el demonio no solamente apetece lugares alterados con calidades corporales para estar en ellos á su contento, pero áun cuando quiere obrar alguna cosa que le importa mucho, se aprovecha de las calidades corporales que ayudan para aquel fin; porque si yo preguntase ahora: ¿en qué pudo fundar el demonio cuando, queriendo engañar á Eva, se metió ántes en la serpiente ponzoñosa que en el caballo, en el oso, en el lobo y otros muchos animales que no eran de tan espantable figura? Yo no sé qué se me podria responder; bien sé que Galeno no admite los dichos ni sentencias de Moises ni de Cristo, nuestro redentor, porque ambos, dice (lib. II, *De diff. puls.*, cap. III), hablan sin demostracion. Pero de algun católico he deseado siempre saber la resolucion de esta duda, y ninguno me la ha dado.

Ello es lo cierto, como ya lo dejamos probado, que la cólera quemada y retostada es un humor que enseña al ánima racional de qué manera se han de hacer los embustes y engaños. Y entre los brutos animales, ninguno hay que tanto participe de este humor como la serpiente; y así, más que todos, dice la divina Escritura que es astuta y mañosa (1).

El ánima racional, puesto caso que es la más ínfima de todas las inteligencias, pero tiene la misma naturaleza que el demonio y los ángeles. Y de la manera que ella se aprovecha de esta cólera ponzoñosa para ser el hombre astuto y mañoso, así el demonio, metido en el cuerpo de aquella bestia fiera, se hizo más ingenioso y doblado. Esta manera de filosofar no espantará mucho á los filósofos naturales, porque tiene alguna apariencia de poder ser así; pero lo que más les ha de acabar el juicio, es que queriendo Dios desengañar al mundo y enseñarle llanamente la verdad, que es contraria obra que hizo el demonio, vino en figura de paloma, y no de águila, ni de pavon, ni de otras aves que tienen más hermosa figura; y sabida la causa, es, que la paloma participa mucho del humor que inclina á rectitud, á llaneza, á verdad y simplicidad, y carece de cólera, que es el instrumento de la astucia y malicia (2).

Ninguna cosa de éstas admite Galeno ni los filósofos naturales; porque no pueden comprender cómo el alma racional y el demonio, siendo sustancias espirituales, se puedan alterar de calidades materiales como es el calor, frialdad, humedad y sequedad, porque si el fuego introduce calor en el leño, es por tener ambos cuerpo y cantidad en que sujetarse, lo cual falta en las sustancias espirituales; y admitido por cosa imposible que las calidades corporales pudiesen alterar la sustancia espiritual, ¿qué ojos tiene el demonio ni el alma racional para ver los colores y figuras de las cosas, ni qué olfato para percibir los olores, ni qué oido para la música, ni qué tacto para ofenderse del mucho calor? Para todo lo cual son menester órganos corporales. Y si apartada el alma racional del cuerpo se ofende y tiene dolor y tristeza, no es posible dejar de alterarse su naturaleza y venirse á corromper. Estas dificultades y argumentos embarazaron á Galeno y á los filósofos de nuestros tiempos, pero á mí no me concluyen; porque cuando Aristóteles dijo que la mayor propiedad que la sustancia tenía era ser sujeto de los accidentes, no la coartó á la corporal ni espiritual; porque la propiedad del género igualmente la participan las especies, y así dijo que los accidentes del cuerpo pasan á la sustancia del alma racional, y los del alma al cuerpo, en el cual principio se fundó para escribir todo lo que dijo de fisonomía, mayormente los accidentes con que se alteran las potencias son espirituales, sin cuerpo, sin cantidad ni materia, y así se multiplican en un momento por el medio y pasan por una vidriera sin romperla: dos accidentes contrarios pueden estar en un mismo sujeto con toda la intencion que pueden tener, por las cuales propiedades los llama el mismo Galeno indivisibles, y los filósofos vulgares intencionales; y siendo de esta manera, bien se pueden proporcionar con la sustancia espiritual. Yo no puedo dejar de entender que el alma racional, apartada del cuerpo, y tambien el demonio, tengan potencia visiva, olfativa, auditiva y tactiva. Lo cual me parece que es fácil de probar, porque si es verdad que las potencias se conocen por las acciones, cierto es que el demonio tenía potencia olfativa, pues olia aquella raíz que Salomon mandaba aplicar á las narices de los endemoniados, y que tenía potencia auditiva, pues oia la música que David daba á Saul. Pues decir que estas calidades las percibia el demonio con el entendimiento, no se puede afirmar en la doctrina de los filósofos vulgares, porque esta potencia es espiritual, y los objetos de los cinco sentidos son materiales.

Y así es menester buscar otras potencias en el ánima racional y en el demonio con quien se puedan proporcionar. Y si no, pongamos por caso que el ánima del rico avariento alcanzára de Abrahan que el ánima

(1) *Sed et serpens erat callidior cunctis animantibus terræ, quæ fecerat Dominus Deus.* (Gen., cap. III.)

(2) En esto se conoce la grandeza de Dios, que con ser omnipotente, y sin tener necesidad de sus criaturas, se sirve de ellas como si fuese agente natural.

del Lázaro viniera al mundo á predicar á sus hermanos y persuadirles que fuesen buenos para que no viniesen á aquel lugar de tormentos, donde él estaba; pregunto yo ahora: ¿cómo el ánima de Lázaro acertaba á venir á la ciudad y á la casa de éstos, y si los encontrára en la calle en compañía de otros, cómo supiera diferenciar de los que venian con ellos? ¿Y si estos hermanos del rico avariento le preguntáran quién era y quién le enviaba, si tuviera alguna potencia para oir sus palabras? Lo mismo se puede inquirir del demonio cuando andaba tras Cristo, nuestro redentor, oyéndole predicar y viendo los milagros que hacia, y en aquella disputa que ambos tuvieron en el desierto, ¿con qué oidos percibia el demonio las palabras y respuestas que Cristo le daba? Ello es cierto falta de entendimiento pensar que el demonio ó el ánima racional, apartada del cuerpo, no podrá conocer los objetos de los cinco sentidos, aunque carezca de instrumentos corporales, porque por la misma razon les probaré que el ánima racional, apartada del cuerpo, no puede entender, imaginar ni hacer actos de memoria, porque si estando en el cuerpo no puede ver, quebrados los ojos, tambien no puede raciocinar sin acordarse si el cerebro está inflamado. Pues decir que el ánima racional apartada del cuerpo no puede raciocinar por no tener cerebro, es desatino muy grande, el cual se prueba en la misma historia de Abrahan: *Fili recordare quia accepisti bona invita tua*, etc. *Lazarus similiter mala, nunc autem hic consolatur, tu verò cruciaris, et in iis omnibus inter nos et vos, chaos magnum firmatum est, ut hi qui volunt hinc transire ad vos non possint, nec inde huc transire. Et ait, rogo ergo te, pater, ut mitas eum in domum patris mei; habeo enim quinque fratres; ut testetur illis, ne et ipsi veniant in hunc locum tormentorum.* De donde concluyo que así como estas dos ánimas razonaron entre sí, y se acordó el rico avariento que tenía cinco hermanos en casa de su padre, y Abrahan le trajo á la memoria la buena vida que en el mundo habia tenido, y los trabajos de Lázaro sin ser menester el cerebro, de la misma manera pueden las ánimas ver sin ojos corporales y oir sin oidos, gustar sin lengua, oler sin narices y tocar sin nervios ni carne, y muy mejor sin comparacion. Lo mismo se entiende del demonio, por tener la misma naturaleza que el ánima racional. Todas estas dudas soltára bien el ánima del rico avariento, de quien cuenta san Lúcas que estando en el infierno, alzó los ojos y vió á Lázaro que estaba en el seno de Abrahan, y dando voces dijo así: *Pater Abraham, miserere mei; mite Lazarum ut intingat extremum digiti sui in aquam, ut refrigeret linguam meam qui crucior in hac flamma.* Como si dijera: padre Abrahan, ten misericordia de mí, y envíame á Lázaro para que moje la extremidad de su dedo en agua y me refresque la lengua, porque estoy atormentado en esta llama. De la doctrina pasada y de la que dice esta letra se colige que el fuego que abrasa las ánimas en el infierno es material como el que acá tenemos, y que ofendia al rico avariento y á las otras ánimas por divina disposicion con el calor; y que si Lázaro le llevára un jarro de agua fria, que sintiera gran recreacion metiéndose en ella. Y está la razon muy clara: porque si no pudo sufrir estar en el cuerpo por el mucho calor de la calentura, y cuando bebia agua fria sentia el ánima gran recreacion, ¿por qué no entenderémos lo mismo estando unida con las llamas del fuego infernal? El alzar los ojos el rico avariento, y la lengua sedienta y el dedo de Lázaro, todos son nombres de las potencias del ánima para poderse la Escritura explicar. Los que no van por este camino ni se fundan en filosofía natural, dicen mil disparates. Pero tampoco se infiere que si el ánima racional tiene dolor y tristeza por alterarse su naturaleza con calidades contrarias, que es corruptible ni mortal; porque las cenizas, con estar compuestas de cuatro elementos y de acto y potencia, no hay agente natural en el mundo que las pueda corromper, ni quitarles las calidades que convienen á su naturaleza. El temperamento natural de las cenizas, todos sabemos que es frio y seco, pero aunque las echamos en el fuego, jamas perderán la frialdad que tienen radical, y aunque estén cien mil años en el agua, es imposible, sacadas de ella, quedar con humedad propia y natural, y con esto, no se puede dejar de confesar que con el fuego reciben calor y con el agua humedad; pero estas dos cualidades son en las cenizas superficiales y duran poco en el sujeto; porque apartadas del fuego se tornan luego frias, y quitadas del agua no les dura una hora la humedad. Pero una duda se ofrece en aquel coloquio y disputa que tuvo el rico avariento con Abrahan, y es cómo supo más delicadas razones el ánima de Abrahan que la del rico avariento, habiendo dicho atras que todas las ánimas racionales salidas del cuerpo son de igual perfeccion y saber. A la cual se puede responder de una de dos maneras. La primera es, que la ciencia y saber que el ánima alcanzó estando en el cuerpo, no la pierde cuando el hombre se muere, ántes la perfecciona despues, desengañándose de algunos errores. El ánima de Abrahan partió de esta vida, sapientísima y llena de muchas revelaciones y secretos que Dios le comunicó por ser su amigo; pero la del rico avariento por fuerza habia de salir insipiente; lo uno por el pecado, que cria ignorancia en el hombre, y lo otro porque las riquezas hacen el contrario efecto de la pobreza: ésta da ingenio al hombre, como adelante probarémos, y la prosperidad se lo quita. Otra respuesta hay siguiendo nuestra doctrina, y es, que la materia en que estas dos ánimas disputaban era teológica escolástica, porque saber si estando en el infierno habia lugar de misericordia, y si Lázaro podia pasar desde el limbo al infierno, y si convenia enviar al mundo algun muerto que diese noticia á los vivos de los tormentos que en él pasaban los condenados, todos son puntos escolásticos, cuya decision pertenece al entendimiento, como adelante probaré, y entre las calidades primeras ninguna hay que tanto desbarate á esta potencia como el calor demasiado, del cual está bien atormentado el rico avariento; pero el ánima de Abrahan moraba en un lugar templadísimo, donde tenía gran consuelo y recreacion, y así no era mucho que raciocinase mejor. Por donde concluye que el ánima racional y el demonio se aprovechan para sus obras de las calidades materiales, y

que con unas se ofenden y con las contrarias reciben contento. Y que por esta razon apetecen estar en unos lugares y huyen de otros sin ser corruptibles.

CAPÍTULO XI (1).

Donde se da á cada diferencia de ingenio la ciencia que le corresponde en particular, y se le quita la que le es repugnante y contraria.

Todas las artes, dice Ciceron (*Pro Archia poeta*), están constituidas debajo de ciertos principios universales, los cuales aprendidos con estudio y trabajo, en fin se vienen á alcanzar. Pero el arte de poesía es en esto tan particular, que si Dios ó naturaleza no hacen al hombre poeta, poco aprovecha enseñarle con preceptos y reglas cómo ha de metrificar, y así dice: *Cæterarum rerum studia et doctrina et præceps et arte constant; poeta natura ipsa valet, et mentis viribus excitatur, et cuasi divino quodam spiritu afflatur* (2). Pero en esto no tiene razon Ciceron, porque realmente no hay ciencia ni arte inventada en la república que si el hombre se pone á estudiarla faltándole ingenio, salga con ella aunque trabaje en sus preceptos y reglas toda la vida, y si acierta con la que pedia su habilidad natural, en dos dias vemos que se halla enseñado. Lo mismo pasa en la poesía sin diferencia ninguna, que si el que tiene naturaleza acomodada para ella se da á componer versos, los hace con gran perfeccion, y si no, para siempre es mal poeta. Siendo esto así, ya me parece que es tiempo saber por arte qué diferencia de ingenio le corresponde en particular para que cada uno entienda con distincion, sabida ya su naturaleza, para qué arte tiene disposicion natural. Las artes y ciencias que se alcanzan con la memoria son las siguientes: gramática, latin y cualquier otra lengua; la teórica de la jurisprudencia, teología positiva, cosmografía y aritmética. Las que pertenecen al entendimiento son: teología escolástica, teórica de la medicina, la dialéctica, la filosofía natural y moral, la práctica de la jurispericia que llaman abogacía. De la buena imaginativa nacen todas las artes y ciencias que consisten en figura, correspondencia, armonía y proporcion: éstas son poesía, elocuencia, música, saber predicar, la práctica de la medicina, matemáticas, astrología, gobernar una república, el arte militar, pintar, trazar, escribir, leer, ser un hombre gracioso, apodador, pulido, agudo *in agibilibus*, y todos los ingenios y maquinamientos que fingen los artífices, y tambien una gracia de la cual se admira el vulgo, que es dictar á cuatro escribientes juntos materias diversas, y salir todas muy bien ordenadas. De todo eso no podemos hacer evidente demostracion, ni probar cada cosa por sí, porque sería nunca acabar; pero echando la cuenta en tres ó cuatro ciencias, en las demas correrá la misma razon. En el catálogo de ciencias que dijimos pertenecer á la memoria pusimos la lengua latina y las demas que hablan todas las naciones del mundo; lo cual ningun hombre sabio puede negar, porque las lenguas fué una invencion que los hombres buscaron para poder entre sí comunicarse, y explicar los unos á los otros sus conceptos, sin haber en ello más misterio ni principios naturales de haberse juntado los primeros inventores, y á buen pláceme, como dijo Aristóteles (lib. I *De interpret.*), fingir los vocablos y dar á cada uno su significacion. Resultó de allí tanto número de ellos, y tantas maneras de hablar, tan sin cuenta ni razon, que si no otra potencia, ésta es imposible poderse comprender. Cuán impertinente sea la imaginativa y el entendimiento para aprender lenguas y maneras de hablar pruébalo claramente la niñez, que con ser la edad en la cual el hombre está más falto de estas dos potencias, con todo eso, dice Aristóteles (30 sect., probl. 3) que los niños aprenden mejor cualquiera lengua que los hombres mayores, aunque son más racionales. Y sin que lo diga nadie nos lo muestra la experiencia; pues vemos que si á Castilla viene á vivir un vizcaíno de treinta á cuarenta años, jamas aprende el romance, y si es muchacho, en dos ó tres años parece nacido en Toledo. Lo mismo acontece con la lengua latina y en todas las demas del mundo, porque todos los lenguajes tienen la misma razon. Luego si en la edad que más reina la memoria, y ménos hay de entendimiento y de imaginacion, se aprenden mejor las lenguas que cuando hay falta de memoria y sobra de entendimiento, cierto es que con la memoria se adquieren, y no con otra potencia ninguna. Las lenguas, dice Aristóteles (lib. IV *De hist. animal*, cap. IX) que no se pueden sacar por razon, ni consisten en discurso ni raciocinio, y así es necesario oir á otro el vocablo y la significacion que tiene, y guardarlo en la memoria, y con esto prueba que si el hombre nace sordo, necesariamente ha de ser mudo, por no poder oir á otro la articulacion de los nombres ni la significacion que los inventores les dieron. De ser las lenguas un plácito y antojo de los hombres y no más, se infiere claramente que en todas se pueden enseñar las ciencias, y en cualquiera se dice y declara lo que á la otra quiso sentir. Y así ninguno de los graves autores fué á buscar lengua extranjera para dar á entender sus conceptos; ántes los griegos escribieron el griego, los romanos en latin, los hebreos en hebreo, y los moros en arábigo, y así hago yo en mi español, por saber mejor esta lengua que otra ninguna. Los romanos, como señores del mundo, viendo que era necesario haber una lengua comun con que todas las naciones se pudiesen comunicar, y ellos oir y entender á los que venian á pedir justicia y cosas tocantes á su gobernacion, mandaron que hubiese escuela en todos los lugares de su imperio, en la cual se enseñase la lengua latina, y así ha durado hasta el dia de hoy.

La teología escolástica es cierto que pertenece al entendimiento, supuesto que las obras de esta potencia son: distinguir, inferir, raciocinar, juzgar y elegir; porque ninguna cosa se hace en esta facultad que no es dudar por inconvenientes, responder con distincion, y contra la respuesta inferir lo que en buena consecuencia se colige, y tornar á responder, hasta que se sosiega el entendimiento. Pero la mayor probacion que en este punto se puede hacer es: para entender con cuánta dificultad se junta la lengua latina con la teología escolástica, y cómo de ordinario no acontece ser uno juntamente gran latino y profundo escolás-

(1) Octavo de la primitiva edicion.

(2) *Est Deus in nobis agitate calescimus igne.* (Ovidi., *In fastis.*)

tico. Del cual efecto admirados algunos curiosos que han dado en ello, procuraron trabucar la razon y causa de donde podia nacer, y hallaron por su cuenta que como la teología escolástica está escrita en lengua llana y comun, y los grandes latinos tienen hecho el oido al sabroso y elegante estilo de Ciceron, no se pueden acomodar á ella. Bien les estuviera á los latinos ser ésta la causa, porque forzando el oido con el uso, tuviera remedio su enfermedad, pero hablando de véras, ántes es dolor de cabeza que mal oido.

Los que son grandes latinos tienen forzosamente gran memoria, porque de otra manera no se pudieran señalar tanto en una lengua que no era la suya. Y porque grande y felice memoria es como contraria del grande y subido entendimiento en un sujeto, reúnesele y bájale de punto. Y de aquí nace que el que no tiene tan cabal y subido entendimiento, que es la potencia á quien pertenece el distinguir, inferir, raciocinar, juzgar y elegir, no alcanza subido caudal de teología escolástica. El que no se concluyere con esta razon, lea á santo Tomas, Escoto, Durando y Cayetano, que son la primera facultad, y hallará grandes delicadezas en sus obras, dichas y escritas en muy llano y comun latin. Y no fué otra la causa, sino que estos graves autores tuvieron desde niños muy flaca memoria para aventajarse en la lengua latina, pero venidos á la dialéctica, metafísica y teología escolástica, alcanzaron todo lo que vemos por tener grande entendimiento. De un teólogo escolástico sabré yo decir, y otros muchos que le conocieron y trataron, que con ser el primero en esta facultad, no solamente no decia elegancias ni cláusulas al tono de Ciceron, pero leyendo en la cátedra le notaban sus discípulos de muy poco y comun latin. Y así le aconsejaron, como hombres que ignoraban esta doctrina, que secretamente hurtase algunos ratos á la teología escolástica y los emplease en leer á Ciceron. El cual, conociendo que era consejo de buenos amigos, no solamente no procuró remediar en escondido, pero públicamente, en acabando de leer la materia de *Trinitate* (ó cómo el Verbo divino pudo encarnar), entraba á oir una leccion de latin, y fué cosa digna de notar que en mucho tiempo que lo hizo así, no solamente no aprendió nada de nuevo, pero el latin comun que ántes sabia, casi lo vino á perder; por donde le fué forzado leer en romance. Preguntando Pio IV qué teólogos se habian señalado en el concilio Tridentino, le dijeron que un singular teólogo español, cuya resolucion, argumentos, respuestas y distinciones eran dignas de admiracion; y deseando el Papa ver y conocer un hombre tan señalado, le envió á mandar que se viniese por Roma y le diese cuenta de lo que en el concilio habia pasado. Al cual, puesto en Roma, le hizo muchos favores, entre los cuales le mandó cubrir, y tomándolo por la mano, le llevó paseando hasta el castillo de San Angelo, y con muy elegante latin le dió cuenta de ciertas obras que en él hacia para fortificarle más, pidiéndole en algunas trazas su parecer. Y respondióle tan embarazadamente, por no saber latin, que el embajador de España, que á la sazon era don *Luis Requesens*, comendador mayor de Castilla, salió á favorecerlo con su latin y distraer al Papa y á los de su cámara, que no era posible saber tanta teología como decian, un hombre que entendia tan poco latin. Y así como le probó en esta lengua, que es obra de la memoria, y en trazar y edificar, que pertenece á la buena imaginativa, le tentára en cosas tocantes al entendimiento, le dijera divinas consideraciones. En el catálogo de las ciencias que pertenecen á la imaginativa pusimos al principio la poesía, y no acaso ni con falta de consideracion, sino para dar á entender cuán lejos están del entendimiento los que tienen mucha vena por metrificar.

Y así hallarémos que la misma dificultad que la lengua latina tiene en juntarse con la teología escolástica, ésa se halla, y mucho mayor sin comparacion, entre esta facultad y el arte de metrificar. Y es tan contraria del entendimiento, que por la misma razon que alguno se señaláre notablemente en ella, se puede despedir de todas las ciencias que pertenecen á esta potencia, y tambien de la lengua latina, por la contrariedad que la buena imaginativa tiene con la mucha memoria. La razon de lo primero no la alcanzó Aristóteles, pero confirma mi sentencia con una experiencia, diciendo (30 sect., prob. 1): *Marcus civis Siracusanus, poeta erat præstantior dum mente alienaretur*. Como si dijera: Marco Siracusano era mejor poeta cuando salia fuera de juicio; y es la causa que la diferencia de imaginativa (á quien pertenece la poesía) es la que pide tres grados de calor, y esta calidad tan intensa, hemos dicho atras que echa á perder totalmente al entendimiento. Y así lo notó Aristóteles; porque templándose el Marco Siracusano, dice que tenia mejor entendimiento, pero que no acertaba á componer tan bien, por la falta del calor con que obra esta diferencia de imaginativa, de la cual carecia Ciceron, cuando queriendo escribir en verso los hechos heroicos de su consulado y el dichoso nacimiento que Roma habia tenido en haber sido por él gobernada, dijo así: *Oh fortunatam natam, me consule, Romam!* Y por no entender Juvenal que á un hombre de tal ingenio como Ciceron era ciencia repugnante la poesía, satíricamente le picó diciendo: «Si al tono de este verso tan malo dijeras las filípicas contra Marco Antonio, no te costára la vida.» Peor atinó Platon (*In sophist.*) cuando dijo que la poesía no era ciencia humana, sino revelaciones divinas; porque no estando los cantores fuera de sí ó llenos de Dios, no podian componer ni decir cosa que tuviese primor. Y pruébalo con una razon, diciendo que estando el hombre en su libre juicio no puede metrificar. Pero Aristóteles (30 sect., prob. 1) lo reprende en decir que el arte de poesía no es habilidad humana, sino revelaciones divinas. Y admite que el hombre cuerdo y que está en su libre juicio no puede ser poeta. Y es la razon que donde hay mucho entendimiento, forzosamente ha de haber falta de imaginativa, á quien pertenece el arte de componer. De lo cual se puede hacer mayor demostracion sabiendo que despues de haber Sócrates aprendido el arte poético con todos sus preceptos y reglas, no pudo hacer un verso, y por lo ménos fué juzgado por el oráculo de Apolo por el hombre más sabio del mundo. Y así tengo por cosa llana que el muchacho que saliere

con notable vena para metrificar, y que con liviana consideracion se le ofrecieran muchos consonantes, que ordinariamente corre peligro en saber con eminencia la lengua latina, la dialéctica, la filosofía, medicina y teología escolástica, y las demas artes y ciencias que pertenecen al entendimiento y memoria. Y así lo vemos por experiencia, que si á un muchacho de éstos le damos que aprenda un nominativo de memoria, no lo tomará en dos ó tres dias; y si es un pliego de papel escrito en metro para representar alguna comedia, á dos vueltas que le dé, se le fija en la cabeza. Estos se pierden por leer en libros de caballerías, en *Orlando*, Boscan, en *Diana* de Montemayor, y otros así; porque todas éstas son obras de imaginativa. Pues ¿qué dirémos del canto del órgano y de los maestros de capilla, cuyo ingenio es ineptísimo para el latin y para todas las demas ciencias que pertenecen al entendimiento y memoria? La misma cuenta lleva el tañer y todo género de música. Por estos tres ejemplos que hemos traido del latin, de la teología escolástica y de la poesía, entenderémos que es verdadera esta doctrina y que hemos hecho bien el repartimiento, aunque de las demas partes no hagamos particular demostracion. El escribir descubre tambien la imaginativa, y así pocos hombres de grande entendimiento vemos que hacen buena letra, de lo cual tengo yo notados muchos ejemplos á este propósito. Especialmente conocí un teólogo escolástico doctísimo, que corrido de ver cuán mala letra hacia, no osaba escribir cartas á nadie ni responder á las que le enviaban, hasta que determinó de traer secretamente á su casa un maestro que le enseñase alguna forma razonable con que pudiese pasar. Y trabajando muchos dias en ello, fué tiempo tan perdido, que ninguna cosa aprovechó, y así de aborrecido lo dejó, espantado el maestro que enseñaba de ver un hombre tan docto en su facultad y tan inhábil para escribir. Pero yo, que sé de cierto que el escribir muy bien es obra de la imaginativa, lo tuve por efecto natural. Y si alguno lo quisiere ver y notar, considere los estudiantes que ganan de comer en las universidades á trasladar papeles de buena letra, y hallarán que saben poca gramática, poca dialéctica y poca filosofía, y si estudian medicina ó teología, no ahondan nada. Y así el muchacho que con la pluma supiere dibujar un caballo muy bien sacado y un hombre con buena figura, ó hiciere unos buenos lazos y rasgos, no hay que ponerle en ningun género de letras, sino con un buen pintor, que facilita su naturaleza con el arte.

El leer bien y con facilidad descubre tambien una especie de imaginativa, y si es cosa muy notable, no hay que gastar el tiempo en letras, sino hacerle que gane su vida á leer procesos. En esto hay una cosa digna de notar, y es, que la diferencia de imaginativa que hace á los hombres graciosos, decidores y apodadores, es contraria de la que ha de menester el hombre para leer con facilidad; y así ninguno que sea muy donoso puede aprender á leer si no es tropezando y mintiendo. El saber jugar á la primera y hacer envites falsos y verdaderos, y el querer y no querer á su tiempo, y por conjeturas conocer el punto de su contrario y saberse descartar, es obra que pertenece á la imaginativa. Lo mismo el juego de los cientos y el triunfo, aunque no tanto como la primera de Alemania; y no solamente hace prueba y demostracion de esta diferencia de ingenio, pero áun descubre todas las virtudes y vicios del hombre; porque cada momento se ofrecen en este juego ocasiones en las cuales da el hombre muestra de lo que tambien haria en otras cosas mayores viéndose en ellas.

El juego del ajedrez es una de las cosas que más descubren la imaginativa, por donde el que alcanzáre delicadas tretas, diez ó doce lances juntos en el tablero, corre peligro en las ciencias que pertenecen al entendimiento y memoria; si no es que hace junta de dos ó tres potencias, como ya lo hemos notado. La cual doctrina si alcanzára un teólogo escolástico doctísimo que yo conocí, cayera en la cuenta de una cosa que dudaba. Este jugaba con un criado suyo muchas veces, y perdiéndole, decia de corrido: «¿Qué es esto, Fulano, que ni sabeis latin, ni dialéctica, ni teología, aunque lo habeis estudiado, y me ganais vos á mí, estando lleno de Escoto y de santo Tomas? ¿Es posible que vos teneis mejor ingenio que yo? No puedo creer verdaderamente sino que el diablo os revela á vos estas tretas.» Y era el misterio que el amo tenía grande entendimiento, con el cual alcanzaba las delicadezas de Escoto y de santo Tomas, y era falto de aquella diferencia de imaginativa con que se juega al ajedrez, y el mozo tenía ruin entendimiento y memoria y muy delicada imaginativa. Los estudiantes que tienen los libros compuestos, el aposento bien aderezado y barrido, cada cosa en su lugar y en su clavo colgada, tienen cierta diferencia de imaginativa muy contraria del entendimiento y memoria (1). El mismo ingenio alcanzan los hombres pulidos, bien aseados, y andan á buscar los pelillos de la capa, y se ofenden con las arrugas del vestido; esto cierto es que nace de la imaginativa; porque si un hombre no sabía metrificar y era desaliñado, si por ventura se enamora, dice Platon (*In sophistis*) que luégo se hace poeta y muy aseado y limpio; porque el amor calienta y deseca el cerebro, que son las calidades que habian la imaginativa. Lo mismo nota Juvenal que hace la indignacion, que es pasion tambien que calienta el cerebro:

Si natura negat, facit indignatio versum.

Los graciosos, decidores, apodadores y que saben dar una matraca, tienen cierta diferencia de imaginativa muy contraria del entendimiento y memoria. Y así jamas salen con la gramática, dialéctica, teología escolástica, medicina ni leyes; pues que si son agudos *in agibilibus*, mañosos para cualquiera cosa que toman á hacer, prestos en hablar y responder á propósito, éstos son propios para servir en palacio, para solicitadores, procuradores de causas, para mercaderes y tratantes, para comprar y vender, pero no para letras. Con esto se engaña mucho la gente vulgar, viéndolos tan mañosos para todas las cosas; y así les parece que si se dieran á letras salieran grandes hombres, y realmente no hay ingenio para ellas más repugnante. Los muchachos que se tardaren mucho en el hablar tie-

(1) Amictus corporis indicat de homine. (Eccl., cap. XIX.)

nen humedad en la lengua y tambien en el cerebro; la cual, gastada con el discurso del tiempo, vienen despues elocuentísimos y muy habladores por la grande memoria que se les hace, moderándose la humedad, lo cual sabemos de atras que le aconteció á aquel famoso orador Demóstenes, de quien dijimos que se habia espantado Ciceron por la rudeza que de muchacho tenía de hablar, y de grande ser tan elocuente. Tambien los muchachos que tienen buena voz y gorjearen mucho de garganta, son ineptísimos para todas las ciencias, y es la razon que son frios y húmedos; las cuales dos cualidades, estando juntas, dijimos atras que echaban á perder la parte racional. Los estudiantes que sacaren la leccion puntualmente como la dice el maestro, y así la refieren, es indicio de buena memoria, pero el entendimiento lo ha de pagar.

Algunos problemas y dudas se ofrecen en esta doctrina, la respuesta de los cuales por ventura dará más luz para entender que es verdad lo que decimos. El primero es: de dónde nace que los grandes latinos son más arrogantes y presuntuosos en saber que los hombres muy doctos en aquel género de letras que pertenecen al sentimiento; en tanto que, para dar á entender el refran qué cosa es gramático, dice de esta manera: *Gramaticus ipsa arrogantia est.* Como si dijera: el gramático no es otra cosa sino la misma arrogancia. El segundo es: en qué va ser la lengua latina tan repugnante al ingenio en los españoles, tan natural á los franceses, italianos, alemanes, ingleses, y á los demas que habitan el Septentrion; como parece por sus obras, que por el buen latin conocemos ya que es extranjero el autor, y por lo bárbaro y mal rodado, sacamos que es español.

El tercero es: cómo las cosas que se dicen y escriben en lengua latina suenan mejor, abultan más y tienen mayor elegancia que en otra cualquier lengua, por buena que sea, habiendo dicho atras que todas las lenguas no es más que un antojo y plácito de aquellos que las inventaron, sin tener fundamento en naturaleza. La cuarta duda es: de qué manera se compadece que estando escritas en latin todas las ciencias que pertenecen al entendimiento, y que las puedan estudiar, y leer libros aquellos que son faltos de memoria; siéndoles por esta razon repugnante la lengua latina.

Al primer problema se responde que para conocer si un hombre es falto de entendimiento no hay más cierta señal que verle altivo, hinchado, presuntuoso, amigo de honra, puntuoso y lleno de ceremonias. Y es la razon que todas éstas son obras de una diferencia de imaginativa que no pide más que un grado de calor, con el cual bien se compadece la mucha humanidad que pide la memoria por no tener fuerza para resolver.

Por lo contrario, es indicio infalible que siendo un hombre naturalmente humilde (1), menospreciado de sí y de sus cosas, y que no solamente no se jacta ni alaba, pero se ofende con los loores que otros le dan, y se afrenta con los lugares y ceremonias honrosas, bien lo pueden señalar por hombre de grande entendimiento y poca imaginativa y memoria.

Dice naturalmente humilde, porque si lo es con artificio, no es cierta señal. De aquí es que como los gramáticos son hombres de gran memoria y hacen junta con aquella diferencia de imaginativas, forzosamente son faltos de entendimiento y tales cuales dice el refran.

Al segundo problema se responde que buscando Galeno (2) el ingenio de los hombres por el temperamento de la region que habitan, dice que los que moran debajo de Septentrion y la tórrida zona son prudentísimos. La cual postura responde puntualmente á nuestra region; y es cierto así, porque España ni es tan fria como los lugares del Norte ni tan caliente como la tórrida zona. La misma sentencia trae Aristóteles (3), preguntando por qué los que habitan tierras muy frias son de ménos entendimiento que los que nacen en las más calientes.

Y en la respuesta trata muy mal á los flamencos, alemanes, ingleses y franceses, diciendo que su ingenio es como los de los borrachos, por la cual razon no pueden inquirir ni saber la naturaleza de las cosas; y la causa de esto es la mucha humedad que tienen en el cerebro y en las demas partes del cuerpo, y así lo muestra la blancura del rostro y el color dorado del cabello, y que por maravilla se halla un aleman que sea calvo, y con todo esto, son crecidos y de larga estatura, por la mucha humedad, que hace dilatables las carnes. Todo lo cual se halla al reves de los españoles: son un poco morenos, el cabello negro, medianos de cuerpo, y los más vemos calvos. La cual disposicion, dice Galeno (4) que nace de estar caliente y seco el cerebro. Y si esto es verdad, forzosamente han de tener ruin memoria y grande entendimiento. Y los alemanes grande memoria y poco entendimiento. Y así los unos no pueden saber latin y los otros lo aprenden con facilidad.

La razon que trae Aristóteles para probar el poco entendimiento de los que habitan debajo del Septentrion es, que la mucha frialdad de la region revoca el calor natural adentro por antiparífrasis y no le deja disipar; y así tiene mucha humedad y calor, por donde juntan gran memoria para las lenguas y buena imaginativa, con la cual hacen relojes, suben el agua á Toledo, fingen maquinamientos y obras de mucho ingenio, las cuales no pueden fabricar los españoles por ser faltos de imaginativa; pero metidos en dialéctica, filosofía, teología, escolástica, medicina y leyes, más delicadezas dice un ingenio español en sus términos bárbaros que un extranjero, sin comparacion; porque sacados éstos de la elegancia y policía con que lo escriben, no dicen cosa que tenga invencion ni primor. En comprobacion de esta doctrina, dice Galeno (5): *In scithijs unus vir factus est philosophus, Athenis autem multo tales.*

Como si dijera: en Scithia, que es una provincia que está debajo del Septentrion, por maravilla sale un hombre filósofo, y en Aténas todos nacen prudentes

(1) *Est qui nequiter se humiliat et interiora ejus plena sunt dolo.* (*Eccl.*, cap. XIX.)

(2) Lib. *Quod animi mores*, cap. IX.
(3) 14 sect., prob. 15.
(4) Lib. *Artis med.*, cap. XIV y XVII.
(5) Lib. *Quod animi mores*, cap. X.

y sabios. Pero aunque á estos septentrionales les repugna la filosofía y las demas ciencias que hemos dicho, viénenles muy bien las matemáticas y astrología, por tener buena imaginativa.

La respuesta del tercer problema depende de una cuestion que hay entre Platon y Aristóteles, muy celebrada: el uno dice que hay nombres propios que naturalmente significan las cosas (1), y que es menester mucho ingenio para hallarlos. La cual opinion favorece la divina Escritura diciendo que Adan ponia á cada cosa de las que Dios le puso delante el propio nombre que le convenia; pero Aristóteles no quiere conceder que haya en ninguna lengua nombre ni manera de hablar que signifique naturalmente la cosa, porque todos los nombres son fingidos y hechos al antojo y voluntad de los hombres (2).

Y así parece por experiencia que el vino tiene más de sesenta nombres y el pan otros tantos, en cada lengua el suyo, y de ninguno se puede afirmar que es el natural y conveniente, porque de él usarian todos los hombres del mundo; pero con todo eso, la sentencia de Platon es más verdadera; porque puesto caso que los primeros inventores fingieron los vocablos á su placer y voluntad, pero fué un antojo racional comunicado con el oido, con la naturaleza de la cosa, con la gracia y donaire en el pronunciamiento, haciendo los vocablos cortos ni largos, ni fuese menester mostrar fealdad en la boca al tiempo de pronunciar, sentando el acento en su conveniente lugar, y guardando otras condiciones que ha de tener la lengua para ser elegante y no bárbara. De esta opinion de Platon fué un caballero español, cuyo entretenimiento era escribir libros de caballería, porque tenía diferencia de imaginativa, que convida al hombre á ficciones y mentiras. De éste se cuenta que introduciendo en sus obras un gigante furioso, anduvo muchos dias imaginando un nombre que respondiese enteramente á su bravosidad, y jamas lo pudo encontrar; hasta que jugando un dia á los naipes en casa de un amigo suyo, oyó decir al señor de la posada: «¡Hola, muchacho! traquitantos á esta mesa.» El caballero, como oyó este nombre *Traquitantos*, luégo le hizo buena consonancia en los oidos, y sin más aguardar se levantó diciendo: «Señores, yo no juego más; porque há muchos dias que ando buscando un nombre que cuadrase con un gigante furioso que introduzco en estos borrones que compongo, y no lo he podido hallar hasta que vine á esta casa, donde siempre he recibido toda merced.» La curiosidad de este caballero en llamar al gigante Traquitantos, tuvieron los primeros inventores de la lengua latina, y así hallaron un lenguaje de tan buena consonancia á los oidos. Por donde no hay que espantar que las cosas que se dicen y escriben en latin suenen tan bien, y en las demas lenguas tan mal, por haber sido bárbaros sus primeros inventores. La postrera me fué forzado ponerla por satisfacer á muchos que no han dado en ella, siendo muy fácil la solucion; porque los que tienen grande entendimiento no están totalmente privados de memoria; que á no tenerla, era imposible discurrir el entendimiento ni raciocinar, porque esta potencia es la que tiene la materia y los fantasmas sobre que se ha de especular; pero por ser remiso de tres grados de perfeccion que se pueden alcanzar en la lengua latina, que son: entenderla, escribirla y hablarla bien, no puede pasar del primero sino es mal y tropezando.

(1) *In Cratilo.*

(2) Lib. I *De interpre.*, cap. I.

CAPÍTULO XII (3).

Donde se prueba que la elocuencia y policía en el hablar no puede estar en los hombres de grande entendimiento.

Una de las gracias por donde más se persuade el vulgo á pensar que un hombre es muy sabio y prudente, es oirle hablar con grande elocuencia, tener ornamento en el decir, copia de vocablos dulces y sabrosos, traer muchos ejemplos acomodados al propósito que son menester; y realmente nace de una junta que hace la memoria con la imaginativa, en grado y medio de calor, el cual no puede resolver la humedad del cerebro, y sirve de levantar las figuras y hacerlas bullir, por donde se descubren muchos conceptos y cosas que decir (4).

En esta junta es imposible hallarse el entendimiento (5), porque ya hemos dicho y probado atras que esta potencia abomina grandemente el calor, y la humedad no la puede sufrir. La cual doctrina si alcanzáran los atenienses, no se espantáran tanto de ver un hombre tan sabio como Sócrates, y que no supiese hablar. Del cual decian los que entendian lo mucho que sabía, que sus palabras y sentencias eran como unas cajas de madera tosca y sin acepillar por defuera; pero abiertas, habia dentro en ellas dibujos y pinturas dignas de admiracion. En la misma ignorancia han estado los que, queriendo dar razon y causa de la oscuridad y mal estilo de Aristóteles, dijeron que de industria, y por querer que sus obras tuviesen autoridad, escribió en jerigonza y con tan mal ornamento de palabras y manera de hablar. Y si consideramos el proceder tan duro de Platon y la brevedad con que escribe, la oscuridad de sus razones, la mala colocacion de las partes de la oracion, hallarémos que no es otra la causa (6). Pues qué si leemos las obras de Hipócrates, los hurtos que hace de nombres y verbos, el mal asiento de sus dichos y sentencias, la mala trabazon de sus razones, lo poco que se le ofrece que decir para llenar los vacíos de su doctrina; que más, sino que queriendo dar muy larga cuenta á Damageto, su amigo, de cómo Artajérjes, rey de los persas, lo envió á llamar, prometiéndole todo el oro y plata que él quisiese, y que le contaria entre los grandes de su reino, haciendo sobre esto muchas demandas y respuestas, dijo así: *Persarum rex nos accersivit, ignarus quod apud me major est sapientiæ ratio, quam auri, vale.* Como si dijera: el rey de los persas me envió á llamar, no sabiendo que yo estimo en más la sabiduría que el oro. La cual mate-

(3) Noveno de la primitiva edicion.

(4) Ciceron dice que la honra del hombre es tener ingenio, y la del ingenio es ser acomodado á la elocuencia. (*De claris oratoribus.*)

(5) Platon lo cuenta (*Diálogo de scientia et in convivio*).

(6) Loando Ciceron la elocuencia de Platon, dice que si Júpiter hubiera de hablar en griego, habla de hablar como él. (*De claris oratoribus.*)

ria si tomára entre manos Erasmo ú otro hombre de buena imaginativa y memoria como él, era poco para dilatar una mano de papel. Pero ¿quién se atreviera á ejemplificar esta doctrina en el ingenio natural de san Pablo, y afirmar que era hombre de gran entendimiento y poca memoria, y que no podia con sus fuerzas saber lenguas, ni hablar en ellas con ornamento y policía, si él no dijera así: *Nihil me minus fecisse à magnis apostolis existimo : nam et si imperitus sum sermone, sed non sciencia* (1); *et quidam dicebant quid vult semi verbis hic dicare* (2)? Como si dijera: yo bien confieso que no sé hablar; pero en ciencia y saber ningun apóstol de los grandes me hace ventaja. La cual diferencia de ingenio era tan apropiada para la publicacion del Evangelio, que ninguna otra cosa se podia elegir mejor; porque ser el publicador elocuente y tener mucho ornamento de palabras, no convenia, atendiendo que la fuerza de los oradores de aquel tiempo se descubria en que hacian entender al auditorio las cosas falsas por verdaderas, y lo que el vulgo tenía recibido por bueno y provechoso, usando ellos de los preceptos de su arte, persuadian lo contrario, y defendian que era mejor ser pobre que rico, y estar enfermo que sano, y ser necio que sabio, y otras cosas que manifiestamente eran contra la vulgar opinion. Por la cual razon los llamaban los hebreos *gevanin*, que quiere decir engañadores. Lo mismo le pareció á Caton el mayor, y tuvo por peligrosa la estada de estos romanos, viendo que las fuerzas del imperio romano estaban fundadas en las armas, y éstos comenzaban ya á persuadir que era bien que la juventud romana las dejase y se diese á este género de sabiduría. Y así, con brevedad los mandó luégo desterrar de Roma y que no estuviesen más en ella. Pues si Dios buscára un predicador elocuente y con ornamento en el decir, y entrára en Aténas ó en Roma afirmando que en Jerusalen habian crucificado los judíos á un hombre que era Dios verdadero, y que habia muerto de su propia y agradable voluntad por redimir los pecadores, y que resucitó al tercero dia, y que subió á los cielos, donde ahora está, ¿qué habia de pensar el auditorio sino que este tema era alguna estulticia y vanidad de aquellas que los oradores suelen persuadir con la fuerza de su arte? Por tanto dijo san Pablo (3): *Non enim misit me Christus baptizare, sed evangelizare: non in sapientia verbi, ut non evacuetur crux Christi.* Como si dijera: no me envió Cristo á bautizar, sino á predicar, y no con oratoria, porque no pensase el auditorio que la cruz de Cristo era alguna vanidad de las que suelen persuadir los oradores. El ingenio de san Pablo era apropiado para este ministerio, porque tenía grande entendimiento para defender y probar en las sinagogas y en la gentilidad que Jesucristo era el Mesías prometido en la ley, y que no habia que esperar otro ninguno, y con esto de poca memoria, por donde no pudo saber hablar con ornamento de palabras dulces y sabrosas, y esto era lo que la publicacion del Evangelio habia menester. Por esto no quiero decir que san Pablo no tuviese dón de lenguas, sino que en todas hablaba de la manera que a la suya; ni tampoco tengo entendido que para defender el nombre de Cristo bastaban las fuerzas de su gran entendimiento, si no estuviera de por medio la gracia y auxilio particular que Dios para ello le dió; sólo quiero sentir que los dones sobrenaturales obran mejor cayendo sobre buena naturaleza que si el hombre fuese de suyo torpe y necio. A esto alude aquella doctrina de san Jerónimo, que trae en el proemio que hace sobre Isaías y Jeremías, preguntando qué es la causa que siendo el mismo Espíritu Santo el que hablaba por la boca de Jeremías é Isaías, el uno proponga las cosas que escribe con tanta elegancia, y Jeremías apénas sabe hablar (4).

A la cual duda responde que el Espíritu Santo se acomoda á la manera natural que tiene de proceder cada profeta, sin variarles la gracia su naturaleza, ni enseñarles el lenguaje con que han de publicar la profecía. Y así, es de saber que Isaías era un caballero ilustre, criado en córte y en la ciudad de Jerusalen, por la cual razon tenía ornamento y policía en el hablar. Pero Jeremías era nacido y criado en una aldea de Jerusalen que se llamaba Anatolites; basto y rudo en el proceder, como aldeano, y de este mismo estilo se aprovechó el Espíritu Santo en la profecía que le comunicó. Lo mismo se ha de decir de las epístolas de san Pablo, que el Espíritu Santo presidia en él cuando las escribió, para que no pudiese errar; pero el lenguaje y manera de hablar era el natural de san Pablo, acomodado y propio á la doctrina que escribia, porque la verdadera teología escolástica aborrece la muchedumbre de palabras.

Con la teología positiva, muy bien se junta pericia de lenguas y el ornamento y policía en hablar, porque esta facultad pertenece á la memoria, y no es más que un monton de dichos y sentencias católicas tomadas de los doctores sagrados y de la divina Escritura, y guardadas en esta potencia, como lo hace un gramático con las flores de los poetas Virgilio, Horacio, Terencio y de los demas autores latinos que lee; el cual, conociendo la ocasion de recitárlos, sale luégo con un pedazo de Ciceron ó de Quintiliano, con que muestra al auditorio su erudicion. Los que alcanzan esta junta de imaginativa con memoria, y trabajan en recoger el grano de todo lo que ya está dicho y escrito en facultad, y lo traen en conveniente ocasion con grande ornamento de palabras y graciosas maneras de hablar. Es tanto lo inventado en todas las ciencias, que parece á los que ignoran esta doctrina que es grande su profundidad, y realmente son muy someros, porque llegándolos á tentar en los fundamentos de aquello que dicen y afirman, descubren la falta que tienen.

Y es la causa que con tanta copia de decir y con tanto ornamento de palabras no se puede juntar el entendimiento, á quien pertenece saber de raíz la verdad. De éstos dijo la divina Escritura (5): *Ubi verba sunt plu-*

(1) *Corinth.*, cap. II.
(2) II *Acta Apost.*, cap. XVII.
(3) I *Corinth.*, cap. I.

(4) La epístola á los hebreos, con ser de san Pablo, ha habido muchos que por ser de diverso estilo han presumido decir que no era suya, lo cual tiene la Iglesia condenado como herético.
(5) Proverbio XIV.

rima ibi frecuenter egestas. Como si dijera: el hombre que tiene muchas palabras, ordinariamente es falto de entendimiento y prudencia. Los que alcanzan esta junta de imaginativa y memoria entran con grande ánimo á interpretar la divina Escritura, pareciéndoles que por saber mucho hebreo, mucho griego y latin, tienen el camino andado para sacar el espíritu verdadero de la letra, y realmente van perdidos. Lo uno, porque los vocablos del texto divino y sus maneras de hablar tienen otras muchas significaciones, fuera de las que supo Ciceron en latin. Lo otro, que á los tales les falta el entendimiento, que es la potencia que averigua si un espíritu es católico ó depravado; ésta es la que puede elegir con la gracia sobrenatural, de dos ó tres sentidos que salen de una letra, el que es más verdadero y católico.

Los engaños, dice Platon que nunca acontecen en las cosas disímiles y muy diferentes, sino cuando ocurren muchas que tienen gran similitud, porque si á una vista perspicaz le pusiésemos delante un poco de sal, azúcar, harina y cal, todo molido y cernido, y cada cosa de por sí, ¿qué haria un hombre que careciese de gusto, si con los ojos hubiese de conocer cada polvo de éstos sin errar? Diciendo: esto es sal, esto azúcar, esto harina y esto cal, yo no dudo sino que se engañaria, por la gran similitud que entre sí tienen estas cosas. Pero si un monton fuese de trigo, otro de cebada, otro de paja, otro de tierra y otro de piedra, cierto es que no se engañaria en poner nombre á cada monton, aunque tuviese poca vista, por ser cada uno de tan vária figura. Lo mismo vemos que acontece cada dia en los sentidos y espíritus que dan los teólogos á la divina Escritura, que mirados dos ó tres, á la primera muestra todos tienen apariencia de católicos y que consuenan bien con la letra, y realmente no lo son ni quiso el Espíritu Santo decir aquello. Para elegir de estos sentidos el mejor y reprobar el malo, es cierto que no se aprovecha el teólogo de la memoria ni de la imaginativa, sino del entendimiento. Y así, digo que el teólogo positivo ha de consultar al escolástico y pedirle que de aquellos sentidos le elija el que le pareciese mejor, si no quiere amanecer en la Inquisicion. Por esta causa los herejes aborrecen tanto la teología escolástica y procuran desterrarla del mundo; porque distinguiendo, infiriendo, raciocinando y juzgando, se viene á saber la verdad y descubrir la mentira.

CAPÍTULO XIII (1).

Donde se prueba que la teoría de la teología pertenece al entendimiento, y el predicar, que es su práctica, á la imaginativa.

Problema es muy preguntado, no solamente de la gente docta y sábia, pero áun los hombres vulgares han caido ya en la cuenta y lo ponen cada dia en cuestion, qué sea la razon y causa que en siendo un teólogo grande hombre de escuelas, en disputar agudo, en responder fácil, en escribir y leer de admirable doctrina, y subido en un púlpito no sabe predicar; y por el contrario, en saliendo galano predicador, elocuente, gracioso y que se lleva la gente tras sí por maravilla, sabe mucha teología escolástica, por donde admiten por buena consecuencia, Fulano es gran teólogo escolástico, luego será gran predicador. No quieren conceder al reves, es gran predicador, luego sabe mucha teología escolástica, porque para deshacer la una consecuencia y la otra, se le ofrecerán á cualquiera más instancias que cabellos tenga en la cabeza. Ninguno hasta ahora ha podido responder á esta pregunta más de lo ordinario, que es atribuirlo todo á Dios y á la distribucion de sus gracias. Y paréceme muy bien, ya que no saben la causa más en particular. La respuesta de aquesta duda en alguna manera la dejamos dada en el capítulo pasado, pero no tan en particular como conviene. Y fué, que la teología escolástica pertenece al entendimiento; ahora decimos y queremos probar que el predicar, que es su práctica, es obra de la imaginativa. Y así como es dificultoso juntar en un mismo cerebro grande entendimiento y mucha imaginativa, de la misma manera no se puede compadecer que uno sea un gran teólogo escolástico y famoso predicador; y que la teología escolástica sea obra del entendimiento ya lo dejamos demostrado atras, probando la repugnancia que tenía con la lengua latina. Por donde no será necesario volver á ello otra vez. Sólo quiero dar á entender que la gracia y donaire que tienen los buenos predicadores, con la cual atraen á sí al auditorio, y lo tienen contento y suspenso, todo es obra de la imaginacion, y para que mejor me pueda explicar y hacerlo tocar con la mano, es menester suponer primero que el hombre es animal racional, sociable y político, y porque su naturaleza se habilitase más con el arte, inventaron los filósofos antiguos la dialéctica (2), para enseñarle cómo habia de raciocinar, con qué preceptos y reglas, cómo habia de difinir las naturalezas de las cosas, distinguir, dividir, inferir, raciocinar, juzgar y elegir, sin las cuales obras es imposible ningun artífice poderse pasar. Y para poder ser sociable y político tenía necesidad de hablar y dar á entender á los demas hombres las cosas que concebia en su ánimo. Y porque no las explicáre sin concierto ni órden, inventaron otra arte, que llaman retórica, la cual con sus preceptos y reglas le hermosea su habla con pulidos vocablos, con elegantes maneras de decir, con efectos y colores graciosos. Pero así como la dialéctica no enseña al hombre á discurrir y raciocinar en sólo una esencia, sino en todas sin distincion, de la misma manera la retórica muestra hablar en la teología, en la medicina, en la jurisprudencia, en el arte militar y en todas las demas ciencias y conversaciones que tratan los hombres; de suerte que si queremos fingir un perfecto dialéctico consumado orador, no se podrá considerar sin que supiese todas las ciencias, porque todas son de jurisdiccion, y en cualquiera de ellas, sin distincion, podria ejercitar sus preceptos. No como la medicina, que tiene limitada la materia sobre que ha de tratar, y la filosofía natural, moral, metafísica, astrología y las demas; y por tanto dijo Ciceron (3): *Oratorem ubicumque constiterit consistere in suo.* Y en otra parte dice: *In oratore perfecto in est omnis filoso-*

(1) Décimo de la primitiva edicion.

(2) *Scientia humana consistit in duobus: in locutione ornata, et in distinctione rerum.* (Pau., 1 ad Colos., cap. 1.)

(3) De perfecto oratore.

forum scientia. Y por esta causa dijo el mismo Ciceron que no habia artífice más dificultoso de hablar que un perfecto orador, y con más razon lo dijera si supiera la repugnancia que habia en juntar todas las ciencias en un particular.

Antiguamente se habian alzado con el nombre y oficio de orador los jurisperitos, porque la perfeccion de la abogacía pedia el conocimiento y pericia de todas las artes del mundo, á causa que las leyes juzgan á todos; y para saber la defension que cada arte tiene por sí, era necesario tener particular noticia de todas, y así dijo Ciceron: *Nemo est in oratorum numera habendus, qui non sit omnibus artibus perpolitus* (1). Pero viendo que era imposible aprender todas las ciencias, lo uno por la brevedad de la vida, y lo otro por ser el ingenio del hombre tan limitado, lo dejaron caer, contentándose en la necesidad con dar crédito á los peritos de aquel arte que defienden y no más. Tras esta manera de defender las causas sucedió luégo la doctrina evangélica, la cual se podia persuadir con el arte de oratorio mejor que con cuantas ciencias hay en el mundo, por ser la más cierta y verdadera; pero Cristo nuestro redentor mandó á san Pablo que no la predicase *in sapientia verbi*, porque no pensasen las gentes que era alguna mentira bien ordenada, como aquellas que los oradores solian persuadir con la fuerza de su arte. Pero ya recibida la fe y de tantos años atras, bien se permite predicar con lugares retóricos y aprovecharse del bien decir y hablar, por no haber ahora el inconveniente que cuando predicaba san Pablo. Antes vemos que hace más provecho el predicador que tiene las condiciones de perfecto orador, y le sigue más gente que el que no usa de ellas. Y es la razon muy clara, porque si los antiguos oradores hacian entender al pueblo las cosas falsas por verdaderas, aprovechándose de sus preceptos y reglas, mejor se convencerá el auditorio cristiano, persuadiéndole con artificio aquello mismo que tiene ya entendido y creido. Allende que la divina Escritura es, en cierta manera, todas las cosas, y para su verdadera interpretacion son menester todas las ciencias, conforme á aquel dicho tan celebrado: *Missit ancillas suas vocare ad arcem.* Esto no es menester encargarlo á los predicadores de nuestro tiempo, ni avisarlos que lo pueden ya hacer, porque su estudio particular, fuera del provecho que pretenden hacer con su doctrina, es buscar un buen tema á quien se pueda aplicar á propósito muchas sentencias galanas, traidas de la divina Escritura, de los sagrados doctores, de poetas, historiadores, médicos y legistas, sin perdonar ciencia ninguna, hablando copiosamente con elegancia y dulces palabras. Con todo lo cual dilatan y ensanchan el tema una hora, y dos si es menester. Esto propio dice Ciceron que profesaba el perfecto orador en su tiempo (2): *Vis oratoris proffesio, quæ ipsa bene dicendi hoc suspicere, ac policeri videtur, ut omni de re quæcumque sit proposita ab eo ornate, copiose quæ dicatur.* Luego si probáremos que las gracias y condiciones que ha de tener el perfecto orador, todas pertenecen á la imaginativa y memoria, tendrémos entendido que el teólogo que las alcanzáre será muy gran predicador. Pero metidos en la doctrina de santo Tomás y Escoto, sabrá muy poco de ella, por ser ciencia que pertenece al entendimiento, de la cual potencia ha de tener por fuerza gran remision. Qué cosa sean aquellas que pertenecen á la imaginativa, y con qué señales se han de conocer, ya lo hemos dicho atras, y ahora lo tornarémos á referir para refrescar la memoria: todo aquello que dijere buena figura, buen propósito y encaje, todas son gracias de la imaginativa, como son los donaires, apodos, motes y comparaciones (3). Lo primero que ha de hacer el perfecto orador, teniendo ya el tema en las manos, es buscar argumentos y sentencias acomodadas con que dilatarle y probarle. Y no con cualesquiera palabras, sino con aquellas que hagan buena consonancia en los oidos. Y así dijo Ciceron: *Oratorem eum esse puto qui et verbi ad audiendum jocundis, et sententiis acommodatis ad probandum uti possit.* Esto cierto es que pertenece á la imaginativa, pues hay en ello consonancia de palabras graciosas y buen propósito en las sentencias. La segunda gracia que no le ha de faltar al orador, es tener mucha invencion ó mucha leccion, porque si está obligado á dilatar y probar cualquier tema que se le ofreciere con muchos dichos y sentencias traidas á propósito, ha menester tener muy subida imaginativa, que sea como perro ventor, que le busque y traiga la caza á la mano; y cuando faltáre que decir, lo finja como realmente fuera así, por eso dijimos atras que el calor era el instrumento con que obraba la imaginativa, porque esta calidad levanta las figuras y las hace bullir, por donde se descubre todo lo que hay que ver en ellas; y si no hay más que considerar, tiene fuerza la imaginativa, no solamente de componer una figura posible con otra, pero áun las que son imposibles segun el órden de naturaleza, las junta y de ellas viene á hacer montes de oro y bueyes volando. En lugar de la invencion propia, se pueden aprovechar los oradores de la mucha leccion, ya que les falte la imaginativa; pero, en fin, lo que enseñan los libros es caudal finito y limitado, y la propia invencion es como la buena fuente que siempre da agua fresca y de nuevo. Para retener lo leido es necesario tener mucha memoria, y para recitarlo delante del auditorio con facilidad no se puede hacer sin la misma potencia. Y así dijo Ciceron: *Is orator erit, mea quidem sententia; hoc tam gravi dignus nomine qui quæcumque res inciderit, quæ sit dictione explicanda, prudenter, copiose, ornate, et memoriter dicat.* Como si dijera: este orador (4) será digno de tan grave nombre, que pudiere orar sobre cualquier tema que se le ofreciere con prudencia, que es acomodarse bien al auditorio, al lugar, al tiempo y ocasion copiosamente con ornato de palabras dulces y sabrosas y recitadas de memoria. La prudencia ya hemos dicho y probado atras que pertenece á la imaginativa, la copia de vocablos y sentencias á la memoria, el ornamento y atavío á la imaginativa, y recitar tantas cosas sin tropezar ni repararse, cierto es que se hace con la buena memoria. A

(1) Lib. De oratore.
(2) Lib. De oratore.

(3) Tambien el saber elegir el tema entre muchos qué ocurren, pertenece á la imaginativa.
(4) Lib. De perfect. orat.

propósito de lo cual dijo Ciceron que el buen orador ha de hablar de memoria, y no por escrito. Es de saber que el maestro Antonio Lebrija habia venido ya á tanta falta de memoria por la vejez, que leia por un papel la leccion de retórica á sus discípulos, y como era tan eminente en su facultad y tenía su intencion bien probada, no miraba nadie en ello; pero lo que no se pudo sufrir fué que muriendo éste repentinamente de apoplegía, encomendó la universidad de Alcalá el sermon de sus obsequias á un famoso predicador, el cual inventó y dispuso lo que habia de decir como mejor pudo, pero fué el tiempo tan breve, que no hubo lugar de tomarlo de memoria, y así se fué al púlpito con el papel en la mano y diciendo así: «Lo que este ilustre varon acostumbraba á hacer, leyendo á sus discípulos, eso mismo traigo yo determinado de hacer á su imitacion, porque fué su muerte tan repentina, y el mandar que yo predicase en sus obsequias tan acelerado, que no habiendo lugar ni tiempo de estudiar lo que convenia decir, ni para recogerlo en la memoria, lo que yo he podido trabajar esta noche traigo escrito en este papel; suplico á vuestras mercedes lo oigan con paciencia y me perdonen la poca memoria.» Pareció tan mal al auditorio esta manera de predicar por escrito y con el papel en la mano, que todo fué sonreir y murmurar. Y así dijo muy bien Ciceron que se habia de orar de memoria, y no por escrito. Este predicador realmente no tenía propia invencion, todo lo habia de sacar de los libros, y para esto es menester mucho estudio y memoria, pero los que toman de su cabeza la invencion no han menester estudiar, ni tiempo ni memoria, porque todo se lo hallan dicho y levantado. Estos predicarán á un auditorio toda la vida, sin encontrarse con lo que dijeron veinte años atras, y los que carecen de invencion, en dos cuaresmas desfloran todos los libros de molde, y acaban con los cartapacios y papeles que tienen; y á la tercera es menester pasarse á nuevo auditorio, sopena que les dirán: éste ya predica como antaño. La tercera propiedad que ha de tener el perfecto orador es saber disponer lo inventado, asentado cada dicho y sentencia en su lugar, de manera que todo se corresponda en proporcion, y lo uno á lo otro se llame.

Y así dijo Ciceron (1): *Dispositio est ordo, et distributio rerum quæ demonstrat quid quibus in locis collocandum sit*. Como si dijera: la disposicion no es otra más que el órden y concierto que se ha de tener en distribuir los dichos y sentencias que han de decir al auditorio, mostrando qué cosa, en qué lugar se ha de asentar, para que, concertado con los demas, resulte buena figura. La cual gracia, cuando no es natural, suele dar mucho trabajo á los predicadores; porque despues de haber hallado en los libros muchas cosas que decir, no fácilmente atinan todos al encaje conveniente de cada cosa. Esta propiedad de ordenar y distribuir, cierto es que es obra de la imaginativa, pues dice figura y correspondencia. La cuarta propiedad que han de tener los buenos oradores, y la más importante de todas, es la accion, con la cual dan sér y ánima á las cosas que dicen, y con la misma mueven al auditorio y lo enternecen á creer que es verdad lo que les quieren persuadir; y así dijo Ciceron (2): *Actio quæ motu corporis, quæ gestu, quæ vultu, quæ vocis confirmatione ac varietate moderanda est*. Como si dijera: la accion se ha de moderar haciendo los meneos y gestos que el dicho requiere, alzando la voz y bajándola, enojándose y tornándose luégo á apaciguar, unas veces hablar apriesa y otras á espacio, reñir y halagar, menear el cuerpo á una parte y á otra, coger los brazos y despegarlos, reir, llorar y dar una palmada en buena ocasion.

Esta gracia es tan importante en los predicadores, que con sola ella, sin tener invencion ni disposicion de cosas de poco momento y vulgares, hacen un sermon que espanta al auditorio por tener accion, que en otro nombre se llama espíritu ó pronunciacion. En esto hay una cosa notable, en la cual se descubre cuánto puede esta gracia, y es que los sermones que parecen bien por la mucha accion y espíritu, puestos en el papel no valen nada ni se pueden leer, y es la causa que con la pluma no es posible pintarse los meneos y gestos, con los cuales parecieron bien en el púlpito. Otros sermones parecen muy bien en el cartapacio, y predicados no se pueden oir, por no darles la accion que requieren sus pasos. Por donde dijo Platon (*In apolog.*) que el estilo del hablar es muy diferente del que pide el buen escribir, y así vemos muchos hombres que hablan muy bien y notan mal una carta, y otros al reves, escriben muy bien y razonan muy mal. Todo lo cual se ha de reducir á la accion, y la accion es cierto que es obra de la imaginativa, porque todo cuanto hemos dicho de ella hace figura, correspondencia y buena consonancia. La quinta gracia es saber apodar y traer buenos ejemplos y comparaciones, de la cual gusta mucho más el auditorio que de otra alguna, porque con un buen ejemplo entienden fácilmente la doctrina, y sin él todo se le pasa por alto; y así pregunta Aristóteles (3): *Cur homines in orando exemplis et fabulis potus gaudent quam argumentis*. Como si preguntára: ¿por qué los que oyen á los oradores se huelgan más con los ejemplos y fábulas que traen para probar lo que quieren persuadir, que con los argumentos y razones que hacen? A lo cual responde que con los ejemplos y fábula aprenden los hombres mejor, por ser probacion que pertenece al sentido, y no tan bien con los argumentos y razones, por ser obra que quiere mucho entendimiento, y por eso Jesucristo, nuestro redentor, en sus sermones usaba de tantas parábolas y comparaciones, porque con ellas daba á entender muchos secretos divinos. Esto de fingir fábulas y comparaciones, cierto es que se hace con la imaginativa, porque es figura y dice buena correspondencia y similitud. La sexta propiedad del buen orador es tener buen lenguaje propio y no afectado, pulidos vocablos y muchas y graciosas maneras de hablar, y no torpes. De las cuales gracias hemos hablado muchas veces atras, probando que parte de ello pertenece á la imaginativa y parte á la buena memoria. Lo séptimo que ha de tener un buen orador es lo que

(1) *Ad herenium.*

(2) Lib. *De perfect. orat.*

(3) 18 sect., probl. 3.

dice Ciceron: *Instructus voce, actione et lepore.* La voz abultada y sonora, apacible al auditorio, no áspera, ronca ni delgada. Y aunque es verdad que esto nace del temperamento del pecho y garganta, y no de la imaginativa, pero es cierto que del mismo temperamento que nace la buena imaginativa, que es el calor, de este mismo sale la buena voz, y para el intento que llevamos, conviene mucho saber esto, porque los teólogos escolásticos, por ser de frio y seco temperamento, no pueden tener buen órgano de voz, lo cual es gran falta para el púlpito. Y así lo prueba Aristóteles (1) ejemplificando en los viejos por la frialdad y sequedad. Para la voz sonora y abultada requiere mucho calor que dilate los caminos, y humedad moderada que los enternezca y ablande. Y así pregunta Aristóteles (2): *Cur omnes qui natura sunt calidi, magnam vocem emittere solent?* Como si preguntára: ¿qué es la razon que los calientes todos tienen gran bulto de voz? Y asi lo vemos, por lo contrario, en las mujeres y eunucos, los cuales, por la mucha frialdad de su temperamento, dice Galeno (3) que tienen la garganta y la voz muy delicada. De manera que cuando oyéremos alguna buena voz, sabrémos ya decir que nace del mucho calor y humedad del pecho. Las cuales dos cualidades, si llegan hasta el cerebro, echan á perder el entendimiento y hacen buena memoria y buena imaginativa, que son las dos potencias de quien se aprovechan los buenos predicadores para contentar al auditorio. La octava propiedad del buen orador, dice Ciceron (4) que es tener la lengua suelta, veloz y bien ejercitada, la cual gracia no puede caer en los hombres de grande entendimiento, porque para ser presta es menester que tenga mucho calor y moderada sequedad. Y esto no puede acontecer en los melancólicos, así naturales como por adustion. Pruébalo Aristóteles (5) preguntando: *Quam ob causam qui lingua hæssitant, melancholico habitu tenentur?* Como si dijera: ¿qué es la causa que los que se detienen en el hablar todos son de complexion melancólicos? Al cual problema responde muy mal, diciendo que los melancólicos tienen fuerte imaginativa, y la lengua no puede ir hablando tan apriesa como ella le va dictando, y así le hace tropezar y caer. Y no es la causa sino que los melancólicos abundan siempre de mucha agua y saliva en la boca, por la cual disposicion tienen la lengua húmeda y muy relajada, cosa que se echa de ver claramente considerándo lo mucho que escupen. Esta misma razon dió Aristóteles (6) preguntando: *Quæ causa est ut linguæ hæssitantes aliqui sint?* Como si dijera: ¿de dónde proviene que algunos se detengan en el hablar? Y responde que éstos tienen la lengua muy fria y húmeda, las cuales dos calidades la entorpecen y ponen paralítica, y así no puede seguir á la imaginativa. Para cuyo remedio dije que es provechoso beber un poco de vino, ó ántes que vayan á razonar delante del auditorio dar buenas voces para que se caliente y deseque la lengua. Pero tambien dice Aristóteles que el no acertar á hablar puede nacer de tener la lengua mucho calor y sequedad, y pone ejemplo en los coléricos, los cuales, enojados, no aciertan á hablar, y estando sin pasion y enojo son muy elocuentes, al reves de los hombres flemáticos, que estando en paz no aciertan á hablar, y enojados dicen sentencias con mucha elocuencia. La razon de esto está muy clara, porque aunque es verdad que el calor ayuda á la imaginativa y tambien á la lengua, pero tanto puede ser, que la eche á perder, á la una por no acudirle dichos y sentencias agudas, ni la lengua poder articular por la demasiada sequedad, y así vemos que bebiendo un poco de agua habla el hombre mejor. Los coléricos, estando en paz, aciertan muy bien á hablar, por tener entónces el punto de calor que ha menester la lengua y la buena imaginativa; pero enojados, sube el calor más de lo que conviene, y desbarata la imaginativa. Los flemáticos, estando sin enojo, tienen muy frio y húmedo el cerebro, por donde no se les ofrece que decir, y la lengua está relajada por la mucha humedad. Pero enojados y puestos en cólera, sube de punto el calor y levanta la imaginativa, por donde se le ofrece mucho que decir, y no le estorba la lengua, por haberse ya calentado. Estos no tienen mucha vena para metrificar, por ser frios de cerebro, los cuales, enojados, hacen mejores versos y con más facilidad contra aquellos que los han irritado, y á este propósito dijo Juvenal:

Si natura negat, facit indignatio versum.

Por esta falta de lengua no pueden los hombres de grande entendimiento ser buenos oradores ni predicadores, y en especial que la accion pide algunas veces hablar alto y otras bajo. Y los que son trabados de lengua no pueden orar sino á voces y gritos, y es una de las cosas que más cansan al auditorio. Y así pregunta Aristóteles (7): *Cur homines lingua hæssitantes loqui nequeant voce summisa?* Como si dijera: ¿por qué los hombres que se detienen en el hablar dan siempre grandes voces y no pueden hablar quédo? Al cual problema responde muy bien diciendo que la lengua que está trabada en los paladares por la mucha humedad, mejor se despega con ímpetu que poniendo pocas fuerzas; es como el que quiere levantar una lanza muy verde tomada por la punta, que mejor la alza de un golpe y con ímpetu que llevándola poco á poco.

Bastantemente me parece haber probado que las buenas propiedades naturales que ha de tener el perfecto orador nacen las más de la buena imaginativa, y algunas de la memoria. Y si es verdad que los buenos predicadores de nuestro tiempo contentan al auditorio por tener las mismas gracias, muy bien se sigue que el que fuere gran predicador sabrá poca teología escolástica, y el grande escolástico no sabrá predicar, por la contrariedad que el entendimiento tiene con la imaginativa y memoria.

Bien veia Aristóteles por experiencia que aunque el orador aprendia filosofía natural y moral, medicina, metafísica, jurisprudencia, matemáticas, astrología y

(1) 2 sect., probl. 34.
(2) 2 sect., probl. 65.
(3) Lib. *De semine*, cap. XVI.
(4) *De orator.*
(5) 2 sect., probl. 38.
(6) 2 sect., probl. 53.

(7) 2 sect., probl. 53.

todas las demas artes y ciencias, que de todas no sabía más que las flores y sentencias averiguadas, sin tener de raíz la razon y causa de ninguna, pero él pensaba que el no saber teología ni el *propter quid* de las cosas nacia de no haberse dado á ello, y así pregunta: *Cur hominem philosophum differre ab oratore putamus?* Como si dijera: ¿en qué pensamos que difiere el filósofo del orador, pues ambos estudian filosofía? Al cual problema responde que el filósofo pone todo su estudio en saber la razon, y el orador en conocer el efecto y no más. Y realmente no es otra la causa sino que la filosofía natural pertenece al entendimiento, de la cual potencia carecen los oradores, y así no podian saber de la filosofía más que la superficie de las cosas. Esta misma diferencia hay entre el teólogo escolástico y el positivo, que el uno sabe la razon de lo que toca á su facultad, y el otro las proposiciones averiguadas y no más. Y siendo esto así, es cosa muy peligrosa que tenga el predicador oficio y autoridad de enseñar al pueblo cristiano la verdad, y el auditorio obligacion de creerlo. Y que le falta la potencia con que se saben de raíz las verdades, podrémos decirles sin mentir aquello de Cristo nuestro redentor (1): *Sinite illos: cæci sunt et duces cæcorum, cæcus autem si cæco ducatum præstet, ambo in foveam cadent.* Es cosa intolerable ver con cuánta osadía se ponen á predicar los que no saben palabra de teología escolástica ni tienen habilidad natural para poderla aprender. De esto se queja san Pablo grandemente, diciendo (2): *Finis autem præcepti est charitas de corde puro et conscientia bona, et fide non ficta: à quibus quidam aberrantes conversi sunt in vaniloquium, volentes esse legis doctores, non intelligentes nec quæ loquuntur, nec de quibus afirmant.* Como si dijera: el fin de la ley de Dios es la caridad de puro y limpio corazon, de buena conciencia y de fe, no fingida; de las cuales tres cosas apartándose, todos se convierten en una vana manera de hablar, queriendo ser doctores de la ley, sin entender qué es lo que hablan ni afirman. La vanilocuencia y parlería de los teólogos alemanes, ingleses, flamencos, franceses y de los demas que habitan el Septentrion, echó á perder el auditorio cristiano con tanta pericia de lenguas, con tanto ornamento y gracia en el predicar, por no tener entendimiento para alcanzar la verdad. Y que éstos sean faltos de entendimiento, ya lo dejamos probado atras, de opinion de Aristóteles, allende de otras muchas razones y experiencias que trajimos para ello (3).

Pero si el auditorio inglés y aleman estuviera advertido en lo que san Pablo escribió á los romanos, estando tambien ellos apretados de otros falsos predicadores, por ventura no se engañáran tan presto (4). *Rogo autem vos, fratres, ut observetis vos qui dissensiones et offendicula præter doctrinam quam vos didicistis faciunt, et declinate ab illis: hujusmodi enim Christo domino nostro non serviunt, sed suo ventri, et per dulces sermones et benedictiones seducunt corda inocentium.* Como si dijera: hermanos mios, por amor de Dios os ruego que tengais cuenta particular con éstos que os enseñan otra doctrina fuera de la que habeis aprendido, y apartáos de ellos, porque no sirven á nuestro Señor Jesucristo, sino á sus vicios y sensualidad, y son tan bien hablados y elocuentes, que con la dulzura de sus palabras y razones engañan á los que poco saben. Allende de esto, tenemos probado atras que los que tienen mucha imaginativa son coléricos, astutos, malignos y cavilosos, los cuales están siempre inclinados al mal y saben hacerlo con maña y prudencia. De los oradores de su tiempo pregunta Aristóteles (5): *Cur oratorem callidum appellare solemus; tibicinem aut histrionem hoc appellare nomine non solemus?* Como si dijera: ¿por qué razon llamamos al orador astuto, y no al músico ni al representante? Y más creciera la dificultad si Aristóteles supiera que la música y la representacion son obras de la imaginativa. Al cual problema responde que los músicos y representantes no tienen otro fin más de dar contento á los que los oyen. Pero el orador trata de adquirir algo para sí, por donde ha de menester usar de astucias y mañas para que el auditorio no entienda su fin y propósito. Tales propiedades como éstas tenian aquellos falsos predicadores, de quien dice el Apóstol escribiendo á los de Corinto (5): *Timeo autem ne sicut serpens Evam seduxit astutia sua, ità corrumpantur sensus vestri. Nam ejusmodi pseudoapostoli sunt operarii subdoli, transfigurantes se in apostolos Christi. Et non mirum; ipse enim Satanas transfigurat se in angelum lucis. Non est ergo magnum, si ministri ejus transfigurentur velut ministri justitiæ: quorum finis erit secundum opera ipsorum.* Como si dijera: mucho me temo, hermanos mios, que así como la serpiente engañó á Eva con su astucia y maña, no os trastornen vuestro juicio y sentido. Porque estos falsos apóstoles son como caldo de zorra, predicadores que hablan debajo de engaño, representan muy bien una santidad, parecen apóstoles de Jesucristo y son discípulos del diablo, el cual sabe tan bien representar un ángel de luz, que es menester dón sobrenatural para descubrirle quién es; y pues lo sabe tan bien hacer el maestro, no es mucho que lo hagan los que aprendieron su doctrina; el fin de éstos no será otro más que sus obras. Todas estas propiedades bien se entiende que son obras de la imaginativa, y que dijo muy bien

(1) Matth., cap. XV.
(2) I *Ad Tim.*, cap. I.
(3) Todo esto falta en la edicion de 1640, y el señor don Anastasio Chinchilla pone este mismo trozo, con algunas variantes, en el tomo I, *Med. Esp.*, pág. 336. Despues de las palabras *se saben de raiz las verdades*, empieza ya la variante de este modo: «De ellos podemos decir lo que decia Nuestro Señor: Dejadlos »como á ciegos y á conductores de ciegos; ambos caerán en la »sima, porque cuando un ciego se deja conducir por otro ciego, »los dos se estrellan. Es cosa intolerable ver con cuántá osadia »se ponen á predicar los que no saben palabra de teología esco»lástica, ni tienen habilidad natural para aprenderla. El fin de la »ley de Dios es la caridad de puro corazon, de buena conciencia »y fe no fingida, de las cuales tres cosas apartándose éstos, se con»vierten en una vana manera de hablar, queriendo ser doctores de »la ley sin saber qué es lo que hacen ni lo que afirman. La vani»locuencia y parlería de los teólogos han echado á perder el audi»torio cristiano, con tanta pericia de lenguas, con tanto ornamento »en el predicar, y con no tener entendimiento para alcanzar la »verdad.»
(4) 18 sect., probl. 4.
(5) II, cap. II.

Aristóteles, que los oradores tratan de hacer algo para sí.

Los que tienen fuerte imaginativa, ya hemos dicho atras que son de temperamento muy caliente, y de esta calidad nacen tres principales vicios al hombre: soberbia, gula y lujuria; y por esto dijo el Apóstol: *Ejusmodi enim Christo domino nostro non serviunt, sed suo ventri.* (*Rom.*, 16.) Y así trabajan de interpretar la Escritura divina de manera que venga bien con su inclinacion natural, dando á entender á los que poco saben, que los sacerdotes se pueden casar, y que no es menester que haya cuaresma ni ayunos, ni manifestar al confesor los delitos que contra Dios cometemos. Y usando de esta maña (con Escritura mal traida) hacen parecer virtudes á sus malas obras y vicios, y que las gentes los tengan por santos.

Y que del calor nazcan estas tres malas inclinaciones, y de la frialdad las virtudes contrarias, pruébalo Aristóteles diciendo (1): *Et quoniam vim eandem morum obtinet instituendorum mores enim callidum condit, et frigidum omnium maxime quæ in corpore nostro habentur: idcirco nos morum qualitate afficit et informat.* Como si dijera: del calor y de la frialdad nacen todas las costumbres del hombre, porque estas dos calidades alteran más nuestra naturaleza que otra ninguna. De donde nace que los hombres de grande imaginativa ordinariamente son malos y viciosos, por dejarse ir tras su inclinacion natural, y tener ingenio y habilidad para hacer mal. Y así pregunta Aristóteles (2): *Cur homo qui adeo eruditione præditus est, animantium omnium injustissimus sit?* Como si preguntára: ¿qué es la razon que siendo el hombre de tan grande erudicion, es el más injusto de todos los animales? Al cual problema responde que el hombre tiene mucho ingenio y grande imaginativa, por donde alcanza muchas invenciones de hacer mal, y como apetece de su misma naturaleza deleites, y ser á todos aventajado y de mayor felicidad, forzosamente ha de ofender, porque estas cosas no se pueden conseguir sin hacer injuria á muchos. Pero ni el problema supo poner Aristóteles, ni responder á él como convenia; mejor preguntára: ¿por qué los malos ordinariamente son de grande ingenio, y entre éstos, aquellos que tienen mayor habilidad hacen mayores bellaquerías, siendo razon que el buen ingenio y habilidad inclinase al hombre ántes á virtud y bondad que á vicios y pecados? La respuesta de lo cual es, que los que tienen mucho calor son hombres de grande imaginativa, y la misma calidad que los hace ingeniosos, esa misma los convida á ser malos y viciosos. Pero cuando predomina el entendimiento ordinariamente se inclina el hombre á virtud, porque esta potencia estriba en frialdad y sequedad, de las cuales dos calidades nacen muchas virtudes, como son: continencia, humildad y temperancia, y del calor las contrarias; la cual filosofía si alcanzára Aristóteles (3), supiera responder á aquel problema que dice: *Cur genus id hominum, quod Dionysiacos technitas, id est, artifices bachanales aut histriones appellamus, improbis esse moribus magna ex parte consueverunt?* Como si preguntára: ¿qué es la razon que los que ganan su vida representar comedias, los bodegoneros, carniceros y aquellos que se hallan en todos los convites y banquetes para ordenar la comida, ordinariamente son malos y viciosos? Al cual problema responde, diciendo que por estar ocupados en estos oficios bacanales no tuvieron lugar de estudiar, y así pasaron la vida con incontinencia, ayudando tambien á esto la pobreza, que suele acarrear muchos males. Pero realmente no es ésta la razon, sino que el representar y dar órden á las fiestas de Baco, nace de una diferencia de imaginativa que convida al hombre á aquella manera de vivir. Y como esta diferencia de imaginativa consiste en el calor, todos tienen muy buenos estómagos y con grande apetito de comer y beber. Estos, aunque se dieran á letras, ninguna cosa aprovecharán en ellas. Y puesto caso que fueran ricos, tambien se oficionáran á aquellos oficios, aunque fueran más viles, porque el ingenio y habilidad trae á cada uno el arte que le corresponde en proporcion. Y así pregunta Aristóteles (4): *Cur in iis studiis quæ aliqui sibi delegerint, quamquam interdum pravis, libentius tamen quam in honestioribus versantur? verbi gratia, præstigiatorem aut mimum, aut tibicem si potius esse, quam astronomum aut oratorem velit, qui hæc sibi delegerit?* ¿Qué es la causa que hay hombres que se pierden por ser representantes y trompeteros, y no gustan de ser oradores ni astrólogos? Al cual problema responde muy bien, diciendo que el hombre luégo siente para qué arte tiene disposicion natural, porque dentro de sí tiene quien se lo enseñe. Y puede tanto la naturaleza con sus irritaciones, que aunque el arte y oficio sea indecente á la dignidad del que lo aprende, se da á ello, y no á otros ejercicios honrosos. Pero ya que hemos reprobado esta manera de ingenio para el oficio de la predicacion, y estamos obligados á dar y repartir á cada diferencia de habilidad las letras que le responden en particular, conviene señalar qué suerte de ingenio ha de tener aquel á quien se le ha de confiar el oficio de la predicacion, que es lo que más importa á la república cristiana. Y así es de saber que aunque atras dejamos probado que es repugnancia natural juntarse grande entendimiento con mucha imaginativa y memoria, pero no hay regla tan universal en todas las artes, que no tenga su excepcion y falencia. En el capítulo penúltimo de esta obra probarémos muy por extenso que estando naturaleza con fuerzas, y no habiendo alguna causa que la impida, hace una diferencia de ingenio tan perfecta, que junta en un mismo supuesto grande entendimiento con mucha imaginativa y memoria, como si no fueran contrarias ni tuvieran oposicion natural. Esta era propia habilidad y conveniente para el oficio de predicacion, si hubiera muchos supuestos que la alcanzáran; pero, como dirémos en el lugar alegado, son tan pocos, que no he hallado más que uno de cien mil ingenios que he considerado, y así será menester buscar otra diferencia de ingenio más familiar, aunque no de tanta perfeccion como la pasada. Y así es de saber que entre los médi-

(1) *30 sect.*, probl. 1.

(2) *Sect. 29*, probl. 7.

(3) *30 sect.*, probl. 9.

(4) 18 sect., probl. 6.

cos (1) y filósofos hay gran disension sobre averiguar el temperamento y calidades del vinagre, de la cólera adusta y de las cenizas, viendo que estas cosas unas veces hacen efecto del calor y otras de frialdad, y así se partieron en diferentes opiniones; pero la verdad es, que todas aquellas cosas que padecen ustion y el fuego las ha consumido y gastado, son de vário temperamento. La mayor parte del sujeto es frio y seco, pero hay otras partes entremetidas, tan sutiles y delicadas y de tanto hervor y calor, que puesto caso que son en pequeña cantidad, son más eficaces en obrar que todo lo restante del sujeto. Y así vemos que el vinagre y la melancolía por adustion abren y fermentan la tierra por razon del calor, y no la cierran, aunque la mayor parte de estos humores es fria. De aquí se infiere que los melancólicos por adustion juntan grande entendimiento con mucha imaginativa, pero todos son faltos de memoria, por la mucha sequedad y dureza que hizo en el cerebro la adustion. Estos son buenos para predicadores, á lo ménos los mejores que se puedan hallar, fuera de aquellos perfectos que decimos, porque aunque les falta la memoria, es tanta la invencion propia que tienen, que la misma imaginativa les sirve de memoria y reminiscencia, y les da figuras y sentencias que decir, sin haber menester de nadie. Lo cual no pueden hacer los que traen aprendido el sermon palabra por palabra, que faltando de allí quedan luégo perdidos, sin tener quien les provea de materia para pasar adelante.

Y que la melancolía por adustion tenga esta variedad de temperamento, frialdad y sequedad para el entendimiento, y calor para la imaginativa, dice Aristóteles de esta manera: *Homines melancholici varii inæqualesque sunt, quia vis atrabilis varia, et inæqualis est: quippe quæ vehementer tum frigida tum calida reddi eadem possit.* Como si dijera: los hombres melancólicos por adustion son varios y desiguales en la complexion, porque la cólera adusta es muy desigual; unas veces se pone calidísima, y otras fria sobremanera. Las señales con que se conocen los hombres que son de este temperamento son muy manifiestas: tienen el color del rostro verdinegro ó cenizoso, los ojos muy encendidos (2); por los cuales se dijo, es hombre que tiene mucha sangre en el ojo; el cabello negro y calvos; las carnes pocas, ásperas, llenas de vello; las venas muy anchas; son de muy buena conversacion y afables, pero lujuriosos, soberbios, altivos, renegadores, astutos, doblados, injuriosos, amigos de hacer mal y vengativos. Esto se entiende cuando la melancolía se enciende; pero si se enfria, luégo nacen en ellos las virtudes contrarias, castidad, humildad, temor y reverencia de Dios, caridad, misericordia y gran reconocimiento de sus pecados con suspiros y lágrimas, por la cual razon viven en una continua lucha y contienda, sin tener quietud ni sosiego. Unas veces vencen en ellos el vicio, y otras la virtud, pero en todas estas faltas son los más ingeniosos y hábiles para el ministerio de la predicacion y para cuantas cosas de prudencia hay en el mundo, porque tienen entendimiento para alcanzar la verdad, y grande imaginativa para saberla persuadir. Y si no, veamos lo que hizo Dios cuando quiso fabricar un hombre en el vientre de su madre, á fin de que fuése hábil para descubrir al mundo la venida de su Hijo, y tuviese talento para probar y persuadir que Cristo era el Mesías prometido en la ley; y hallarémos que haciéndole de grande entendimiento y mucha imaginativa, forzosamente, guardando el órden natural, le sacó colérico y adusto. Y que esto sea verdad déjase entender fácilmente considerando el grande fuego y furor con que perseguia la Iglesia, y la pena que recibieron las sinagogas cuando le vieron convertido, como que hubiesen perdido un hombre de grande importancia, y le hubiese ganado la parte contraria. Entiéndese tambien por las respuestas de cólera racional con que hablaba y respondia á los procónsules y jueces que le prendian, defendiendo su persona y el nombre de Cristo con tanta maña y destreza, que á todos los concluia. Era tambien falto de lengua, y no muy expedito en el hablar, la cual propiedad dijo Aristóteles que tenian los melancólicos por adustion. Los vicios que él confiesa tener (ántes de su conversion) muestran tambien tener esa temperatura. Era blasfemo, contumelioso y perseguidor, todo lo cual nace del mucho calor. Pero la señal más evidente que muestra haber sido cólerico adusto, se tomó de aquella batalla continua que él mismo confiesa tener dentro de sí, entre la porcion superior é inferior, diciendo (3): *Video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ, et ducentem me in captivitatem peccati.* Y esta misma contienda hemos probado, de opinion de Aristóteles, que tienen los melancólicos por adustion. Verdad es que algunos explican, y muy bien, que esta batalla nacia del desórden que hizo el pecado original entre el espíritu y la carne, aunque tanta y tan grande, yo creo tambien que era de la desigualdad de la *atrabilis* que tenía en su compostura y natural. Porque el Real profeta David participaba igualmente del pecado original, y no se quejaba tanto como san Pablo; ántes dice que hallaba la porcion inferior concertada con la razon cuando se queria holgar con Dios (4): *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum.* Y como dirémos en el capítulo penúltimo, David tenía la mejor temperatura de las que naturaleza puede hacer, y de esto probarémos, de opinion de todos los filósofos, que ordinariamente inclina al hombre á ser virtuoso sin mucha contradiccion de la carne. Luego los ingenios que se han de elegir para predicadores son primeramente los que juntan grande entendimiento con mucha imaginativa y memoria; cuyas señales traerémos en el capítulo penúltimo. Faltando éstos, suceden en su lugar los melancólicos por adustion; éstos juntan grande entendimiento con mucha imaginativa, pero son faltos de memoria, y así no pueden tener copia de palabras ni predicar con mucho torrente delante el auditorio. En el tercer lugar suceden los hombres de grande entendimiento, pero faltos de imaginativa y memoria; éstos predicarán con mucha desgracia, pero enseñarán la verdad. Los últimos (á quien yo no enco-

(1) *Gal.*, lib. I *simp.*, cap. XV.

(2) Tambien son cortos de vista por la mucha sequedad del cerebro. (Arist., lib. *De somno et vigilia.*)

(3) *Ad Tim.*, cap. I.

(4) Psal. 83.

mendaría el oficio de la predicacion) son aquellos que juntan mucha memoria con mucha imaginativa y son faltos de entendimiento. Estos se llevan todo el auditorio tras sí, y lo tienen suspenso y contento; pero cuando más descuidados estamos amanecen en la Inquisicion, porque (1) *per dulces sermones et benedictiones seducunt corda innocentium.*

CAPÍTULO XIV (2).

Donde se declara cómo la teórica de las leyes pertenece á la memoria, y el abogar y juzgar, que es su práctica, al entendimiento, y el gobernar una república á la imaginativa.

En la lengua española no debe carecer de misterio que siendo este nombre *letrado* término comun para todos los hombres de letras, así teólogos como legistas, médicos, dialécticos, filósofos, oradores, matemáticos y astrólogos, con todo esto, en diciendo Fulano es letrado, todos entendemos (de comun consentimiento) que su profesion es pericia de leyes, como si éste fuese su apellido propio y particular, y no de los otros. La respuesta de esta duda, aunque es fácil, pero para darla tal cual conviene es menester saber primero qué cosa sea ley, y qué obligacion tengan los que se ponen á estudiar esta facultad para usar despues de ella siendo jueces ó abogados. La ley, bien mirado, no es otra cosa más que una voluntad racional del legislador, por la cual explica de qué manera quiere que se determinen los casos que ordinariamente acontecen en su república para conservar los súbditos en paz y enseñarles cómo han de vivir y de qué se han de guardar. Dije voluntad racional, porque no basta que el rey ó emperador (que son la causa eficiente de la ley) explique su voluntad de cualquier manera para que sea ley, porque, si es justa y con razon, no se puede llamar ley ni lo es, como no sería hombre el que careciese de ánima racional. Y así está acordado que los reyes hagan sus leyes con acuerdo de hombres muy sabios y entendidos, para que lleven rectitud, equidad y bondad, y los súbditos las reciban de buena gana, y estén más obligados á guardarlas y cumplirlas. La causa material de la ley es que se haga de aquellos casos que ordinariamente acontecen en la república segun órden de naturaleza, y no sobre cosas imposibles ó que raramente suceden. La causa final es ordenar la vida del hombre y enseñarle qué es lo que ha de hacer y de qué se ha de guardar, para que, puesto en razon, se conserve en paz la república. Por esta causa se mandan escribir las leyes con palabras claras, no equívocas, oscuras, de varios sentidos, sin cifras ni abreviaturas, y tan patentes y manifiestas, que cualquiera que las leyere las pueda fácilmente entender y retenerlas en la memoria. Y porque ninguno pretenda ignorancia, las mandan pregonar públicamente, porque el que las quebrantáre pueda ser castigado. Atento, pues, al cuidado y diligencia que ponen los buenos legisladores en que sus leyes sean justas y claras, tienen mandado á los jueces y abogados que *nemo in actionibus vel judiciis suo sensu utatur, sed legum aucthoritate ducatur.* Como si dijera: mandamos que ningun juez ni abogado use de su entendimiento, ni se entrometa en averiguar si la ley es justa ó injusta, ni le dé otro sentido más del que declara la compostura de la letra. De donde se sigue que los jurisperitos han de construir el texto de la ley, y tomar el sentido que resulta de la construccion, y no otro (3). La cual doctrina supuesta, es cosa muy clara saber ya por qué razon el legista se llama letrado, y no los demas hombres de letras, y es por ser *á letra dado*, que quiere decir, hombre que no tiene libertad de opinar conforme á su entendimiento, sino que por fuerza ha de seguir la composicion de la letra. Y por tenerlo así entendido, los muy peritos de esta profesion no osan negar ni afirmar cosa ninguna tocante á la determinacion de cualquier caso si no tienen delante la ley que en propios términos lo decida, y si alguna vez hablan de su cabeza interponiendo su decreto y razon sin arrimarse al derecho, lo hacen con temor y vergüenza, y así tienen por refran muy usado: *Erubescimus dum sine lege loquimur.* Como si dijeran: entónces tenemos vergüenza de juzgar y aconsejar, cuando no tenemos ley delante que lo determine. Los teólogos no se pueden llamar letrados (en esta significacion), porque en la divina Escritura (II, *Cor.*, 3) *littera occidit, spiritus autem vivificat.* Es muy misteriosa, llena de figuras y cifras, oscura y no patente para todos. Tienen sus vocablos y maneras de hablar muy diferente significacion de la que saben los vulgares trilingües (4), por donde el que construyere la letra y tomáre el sentido que resulta de la construccion gramatical caerá en muchos errores. Tambien los médicos no tienen letra á que sujetarse, porque si Hipócrates y Galeno y los demas autores graves de esta facultad dicen y afirman una cosa, y la experiencia y razon muestran lo contrario, no tienen obligacion de seguirlos, y es que en la medicina tiene más fuerza la experiencia que la razon, y la razon más que la autoridad. Pero en las leyes acontece al reves, que su autoridad y lo que ellas decretan es de más fuerza y vigor que todas las razones que se pueden hacer en contrario. Lo cual siendo así, tenemos ya el camino abierto para señalar el ingenio que piden las leyes, porque si el jurisperito ha de tener atado el entendimiento, y la imaginacion ha de seguir lo que dice la ley sin quitar ni poner, es cierto que esta facultad pertenece á la memoria, y que en lo que se ha de trabajar es, saber el número de leyes y reglas que tiene el derecho, y acordarse de cada una por sí, y referir de cabeza su sentencia y determinacion, para que, ofreciéndose el caso, sepan que hay ley que lo determina y de qué forma y manera. Por donde me parece que es mejor diferencia de ingenio para el legista tener mucha memoria y poco entendimiento, que mucho entendimiento y poca memoria. Porque si no ha de usar de su ingenio y habilidad y ha de tener cuenta con tan gran número de leyes como hay, tan desasidas unas de otras, con tantas falencias, limitaciones y ampliaciones, más vale saber de memoria qué es lo que está determinado en el de-

(1) *Ad. Rom.*, cap. XVI.

(2) Undécimo de la edicion primitiva.

(3) *Non faciatis singuli quod vobis rectum videtur; sed quod præcipio tibi hoc tantum facito Domino, nec reddas quidquam nec minuas.* (*Deut.*, cap. XII.)

(4) Intérpretes.

recho para cada cosa que se ofreciere, que discurrir con el entendimiento de qué manera se podria determinar, porque lo uno es necesario y lo otro impertinente, pues no ha de valer otro parecer más que la determinacion de la ley. Y así es cierto que la teórica de la jurispericia pertenece á la memoria, y no al entendimiento ni imaginativa. Por la cual razon, y por ser las leyes tan positivas y tener los legistas tan atado el entendimiento á la voluntad del legislador, y no poder ellos interponer su decreto sin saber con certidumbre la determinacion de la ley, cuando algun pleiteante les consulta tienen licencia del vulgo para decir: yo miraré sobre este caso mis libros; lo cual si dijese el médico cuando le piden remedio para alguna enfermedad, ó el teólogo en los casos de conciencia, los tendrian por hombres que saben poco en su facultad. Y es la razon, que estas dos ciencias tienen principios universales y definiciones debajo de las cuales se contienen los casos particulares; pero en la jurispericia cada ley contiene sólo un caso, sin tener que ver con la que se sigue, aunque estén ambas bajo un mismo título. Por donde es necesario saber todas las leyes y estudiar cada una en particular y guardarlas distintamente en la memoria. Pero en contra de esto nota Platon (*De legibus*) una cosa digna de gran consideracion, y es que en su tiempo tenía por sospechoso al letrado que sabía muchas leyes de memoria (viendo por experiencia que los tales no eran tan buenos jueces y abogados como prometia su ostentacion); del cual efecto no debió atinar la causa, pues en lugar tan conveniente no la dijo; sólo vió por experiencia que los legistas muy memoriosos, llegados á defender una causa ó sentencia, no aplicaban el derecho tan bien como convenia. La razon y causa de este efecto no es dificultoso darla en mi doctrina, supuesto que la memoria es contraria del entendimiento, y que la verdadera interpretacion de las leyes, el ampliarlas, restringirlas y componerlas con sus opuestos y contrarios, se hace distinguiendo, infiriendo, raciocinando, juzgando y eligiendo. Las cuales obras hemos dicho muchas veces atras que son del entendimiento, y el letrado que tuviera mucha memoria, es imposible poderlas hacer. La memoria, ya dejamos notado atras que no tiene otro oficio en la cabeza más de guardar con fidelidad las figuras y fantasmas de las cosas; pero el entendimiento y la imaginativa son los que obran con ella, y si el letrado tiene todo el arte en la memoria, y le falta el entendimiento y la imaginativa, no tiene más habilidad para juzgar y abogar que el mismo código ó el *Digesto*, los cuales abrazando en sí todas las leyes y las reglas del derecho, con todo eso no pueden hacer un escrito. Fuera de esto, aunque es verdad que la ley habia de ser tal cual dijo su definicion, pero por maravilla se hallan las cosas con todas las perfecciones que el entendimiento las finge. Ser la ley justa y racional y que provea enteramente para todo lo que pueda acontecer, y que se escriba con términos claros, y que no tenga dubios ni opuestos, y que no reciba varios sentidos, no todas veces se puede alcanzar, porque en fin se estableció con humano consejo, y éste no tiene fuerza para dar órden á todo lo que está por venir. Lo cual se ve cada dia por experiencia, que despues de haber hecho una ley con mucho acuerdo y consejo, la tornen en breve tiempo á deshacer, porque, publicada y usando de ella, se descubrieron mil inconvenientes, los cuales en la consulta ninguno los alcanzó.

Por tanto avisa el derecho á los reyes y emperadores que no tengan vergüenza de enmendar y corregir sus leyes, porque en fin son hombres, y no es de maravillar que yerren, mayormente que ninguna ley puede comprender con palabras ni sentencias todas las circunstancias del caso que determina, porque la prudencia de los malos es más delicada para inventar hechos, que la de los buenos para proveer cómo se han de juzgar. Así está dicho (*L. Nec leges. ff. De leg.*): *Neque leges, neo senatus consulta ita scribi possunt, ut omnes casus, qui quandoque inciderint, comprehendantur: sed sufficit ea quæ plerumque accidunt contineri.* Como si dijera: no es posible escribir las leyes de tal manera, que comprendan todos los casos que pueden acontecer; basta determinar aquellos que ordinariamente suelen suceder, y si otros acaecieren que no tengan ley que en propios términos los decida, no es el derecho tan falto de reglas y principios, que si el juez ó el abogado tiene buen entendimiento para saber inferir, no halle la verdadera determinacion y defension, y de dónde sacarla. De suerte que si hay más negocios que leyes, es menester que en el juez ó en el abogado haya mucho entendimiento para hacerlas de nuevo, y no de cualquiera manera, sino que por su buena consonancia las reciba sin contradiccion el derecho. Esto no lo pueden hacer los letrados de mucha memoria, porque si no son los casos que el arte les pone en la boca cortados y mascados, no tienen habilidad para más. Suelen apodar al letrado que sabe muchas leyes de memoria al ropavejero que tiene muchos sayos cortados á tiento en su tienda, el cual para dar uno á la medida del que se lo pide se los prueba todos, y si ninguno le sienta, despide al mercante; pero el letrado de buen entendimiento es como el buen sastre, que tiene las tijeras en la mano y la pieza de paño en casa, el cual, tomando la medida, corta un sayo al talle del que lo pide. Las tijeras del buen abogado es el entendimiento agudo, con el cual toma la medida al caso y le viste la ley que lo determina, y si no la halla entera y que en propios términos lo decida, de remiendos y pedazos del derecho le hace una vestidura con que defenderlo. Los legistas que alcanzan tal ingenio y habilidad no se deben llamar letrados, porque no construyen la letra ni están atenidos á las palabras formales de la ley, ántes parecen legisladores y jurisconsultos, á los cuales las mismas leyes están pidiendo y preguntando. Porque si ellos tienen poder y autoridad de interpretarlas, coartarlas, ampliarlas y sacar de ellas excepciones y falencias, y las pueden corregir ó enmendar, bien dicho está que parecen legisladores. De tal saber como éste se dijo (*ff. De legibus et sen. consult. et longa consuet.*): *Scire leges, non hoc est verba earum tenere, sed vim ac potestatem habere.* Como si dijera: no piense nadie que saber las leyes es tener de memoria las palabras formales con que están escritas, sino entender hasta dónde se extienden sus fuerzas, y qué es lo que pue-

dar determinados, porque su razon está sujeta á muchas variedades por causa de las circunstancias, así del tiempo, como de la persona, lugar, modo, materia, causa y otras. Todo lo cual hace variar la determinacion de la ley. Y así el juez ó el abogado no tienen entendimiento para sacar de la ley, ó para quitar ó poner, lo que ella no puede decir con palabras, hará muchos errores segun la misma ley. Por tanto se dijo: *Cod. in l. donum.* § [illegible]. *Verba legis non sunt capienda judaice.* Como si dijera: las palabras de la ley no se han de interpretar al modo judaico, que es considerar la letra y dejar el sentido literal. Por lo dicho vemos claramente que la abogacía es obra del entendimiento, y que si el letrado tuviere mucha memoria, no vale nada para juzgar ni abogar (por la repugnancia de estas dos potencias), y ésta es la causa por donde los letrados muy memoriosos que nota Platon no defendian bien los pleitos ni aplicaban el derecho como conviene. Pero una dificultad se ofrece en esta doctrina, y al parecer no es liviana, porque si el entendimiento es el que asienta el caso en la propia ley que lo determina, distinguiendo, limitando, ampliando, infiriendo y respondiendo á los argumentos de la parte contraria, ¿cómo es posible hacer esto el entendimiento, si la memoria no le pone delante todo el derecho? Porque, como arriba dijimos, está mandado que *nemo in actionibus vel judiciis suo sensu utatur, sed legum auctoritate ducatur*. Conforme á esto es menester saber primero todas las leyes y reglas del derecho ántes que pueda echar mano de la que hace al propósito del caso; porque aunque hemos dicho que el abogado de buen entendimiento es muy señor de las leyes, pero todas sus razones y argumentos han de ir arrimados á los principios de esta facultad, sin los cuales son de ningun efecto y valor. Y para poder hacer esto, es menester tener mucha memoria que guarde y retenga tan gran número de leyes como están escritos en los libros. Este argumento prueba que es necesario que para que el abogado tenga perfeccion se junten en él grande entendimiento y mucha memoria, lo cual yo confieso; pero lo que quiero decir es que ya que no se puede hallar grande entendimiento con mucha memoria (por la repugnancia que hay), que es mejor que el abogado tenga mucho entendimiento y poca memoria, que mucha memoria y poco entendimiento, porque para la falta de memoria hay muchos remedios, como son, los libros, las tablas, abecedarios y otras invenciones que han hallado los hombres; pero si falta el entendimiento, con ninguna cosa se puede remediar. Fuera de esto, dice Aristóteles (lib. *De memor. et reminiscentia*) que los hombres de grande entendimiento, aunque son faltos de memoria, tienen mucha reminiscencia, con la cual de lo que una vez han visto, ido ó leido tienen cierta noticia confusa, sobre la cual rriendo, la vuelven á la memoria. Y puesto caso o hubiera tantos remedios para representar todo ho al entendimiento, están las leyes fundadas zon, que los antiguos, dice Platon que llaley prudencia y razon. Por donde el juez ó de grande entendimiento, juzgando ó aconque no tuviese la ley delante, erraria pocas veces, por tener consigo al instrumento con que los emperadores hicieron las leyes. Y así acontece muchas veces dar un juez de buen entendimiento una sentencia sin saber la decision de la ley, y hallarla despues escrita en los libros, y lo mismo vemos que acontece á los abogados cuando alguna vez dan un parecer á tiento. Las reglas del derecho, bien mirado, son la fuente de donde los abogados sacan los argumentos y razones para probar lo que quieren; y esta obra es cierto que se hace con el entendimiento, de la cual potencia si no se ayuda el abogado ó la tiene remisa, jamas sabrá hacer argumento, aunque sepa todo el derecho de memoria. Esto vemos claramente que acontece en los que estudian oratoria, faltándoles la capacidad para ella, que aunque aprendan de memoria los *Tópicos* de Ciceron, que son las fuentes de donde manan los argumentos que hay para probar cada problema por la parte afirmativa y negativa, jamas saben formar una razon, y vienen otros de grande ingenio y habilidad, sin ver libro ni estudiar los *Tópicos*, á hacer mil argumentos acomodados al propósito que son menester. Esto mismo pasa en los legistas de mucha memoria, que recitarán todo el derecho con gran fidelidad, y no sabrán sacar de tanto número de leyes como hay un argumento para fundar su intencion. Por lo contrario, hay otros que con haber estudiado mal en Salamanca, y sin tener libros ni haber pasado, hacen mil maravillas en la abogacía. De donde se entiende cuánto importa á la república que haya esta eleccion y exámen de ingenios para las ciencias, pues unos sin arte saben y entienden lo que han de hacer, y otros cargados de preceptos y reglas, por no tener la habilidad que requiere la práctica, hacen mil disparates. Luego si el juzgar y abogar se hacen distinguiendo, infiriendo, raciocinando y eligiendo, razon será que el que se pusiere á estudiar leyes tenga buen entendimiento, pues tales obras pertenecen á esta potencia, y no á la memoria ni imaginativa.

De qué manera se puede entender si el muchacho alcanza esta diferencia de ingenio ó no, será bien saberlo, pero ántes conviene averiguar qué calidades tiene el entendimiento, y cuántas diferencias abraza en sí para que con distincion sepamos á cuál de ellas pertenecen las leyes. Cuanto á lo primero, es de saber que aunque el entendimiento es la potencia más noble del hombre y de mayor dignidad, pero ninguna hay que con tanta facilidad se engañe acerca de la verdad como él. Esto comenzó Aristóteles (lib. *De anima,* cap. III) á probar, diciendo que el sentido siempre es verdadero, pero el entendimiento por la mayor parte raciocina mal. Lo cual se ve claramente por experiencia, porque si no fuese así, ¿habia de haber entre los graves filósofos, médicos, teólogos y legistas, tantas disensiones, tan várias sentencias, tantos juicios y pareceres sobre cada cosa, no siendo más de una la verdad? De dónde les nazca á los sentidos tener tanta certidumbre de sus objetos, y el entendimiento ser tan fácil de engañar con el suyo, bien se deja entender, considerando que los objetos de los cinco sentidos y las especies con que se conocen tienen sér real, firme y estable por naturaleza ántes que los conozcan. Pero la verdad, que el entendimiento ha de contemplar si él mismo no lo hace y no la com-

pone, ningun sér formal tiene de suyo, toda está desbaratada y suelta en sus materiales, como casa convertida en piedras, tierra, madera y teja, de los cuales se podrian hacer tantos errores cuantos hombres llegasen á edificar con la imaginativa. Lo mismo pasa en el edificio que el entendimiento hace componiendo la verdad, que si no es el que tiene buen ingenio, todos los demas harán mil disparates con unos mismos principios. De aquí proviene haber entre los hombres tantas opiniones acerca de una misma cosa, porque cada uno hace tal composicion y figura como tiene el entendimiento. De estos errores y opiniones están reservados los cinco sentidos, porque ni los ojos hacen el color, ni el gusto los sabores, ni el tacto las calidades tangibles; todo está hecho y compuesto por naturaleza ántes que cada uno conozca su objeto. Por no estar advertidos los hombres en esta triste condicion del entendimiento se atreven á dar confiadamente su parecer, sin saber con certidumbre cuál es la manera de su ingenio, y si se compone bien ó mal la verdad. Y si no, preguntemos á algunos hombres de letras, que despues de haber escrito y confirmado su opinion con muchos argumentos y razones, han mudado en otro tiempo la sentencia y parecer. ¿Cuándo ó cómo podrán entender que atinaron á hacer la compostura verdadera? La primera vez ellos mismos confiesan haberla errado, pues se retractan de lo que ántes dijeron. La segunda, yo digo que la potencia que una vez compuso mal la verdad, y su dueño estuvo tan confiado en los argumentos y razones, ya hay sospecha que lo podrá hacer otra habiendo la misma razon, mayormente que se ha visto por experiencia tener al principio la verdadera opinion, y despues contentarle otra peor y ménos probable. Ellos tienen por bastante indicio de que su entendimiento compone bien la verdad, en verle aficionado á aquella figura, y que hay argumentos y razones que le mueven y concluyen á componer de tal manera, y realmente están engañados, porque la misma proporcion tiene el entendimiento con sus falsas opiniones, que las otras potencias inferiores cada una con las diferencias de su objeto; porque si preguntásemos á los médicos qué manjar es mejor y más sabroso (Hipp., lib. *De aliment.*) de cuantos usan los hombres, yo creo que dirian que ninguno hay, para los hombres destemplados y de mal estómago, que absolutamente sea bueno ni malo, sino tal cual fuere el estómago donde cayera; porque hay estómago, dice Galeno (lib. 1 *De aliment.*, f. cap. 1), que se halla mejor con carne de vaca que con gallinas y truchas, y otros que aborrecen los huevos y leche, y otros se pierden por ellos. Y en la manera de aderezar la comida unos quieren la carne asada y otros cocida, y en lo asado unos se huelgan de comer la carne corriendo sangre, y otros tostada y hecha carbon. Y lo que es más de notar, que el manjar que hoy se come con gran gusto y sabor, mañana lo aborrecen, y apetecen otro peor. Todo esto se entiende estando el estómago bueno y sano; pero si cae en una enfermedad que llaman los médicos pica ó malacia, allí acontecen apetitos de cosas que aborrece la naturaleza humana, pues le hace mejor gusto yeso, tierra y carbones que gallinas y truchas. Si pasamos á la facultad generativa, hallarémos en ella otros tantos apetitos y variedades; porque hay hombres que apetecen la mujer fea y aborrecen la hermosa, á otros da más contento la necia que la sábia, la gorda les pone hastío y aman la flaca, las sedas y atavíos los ofenden, y se pierden por una mujer llena de andrajos. Esto se entiende estando los miembros genitales en su sanidad; pero si caen en la enfermedad del estómago que llamamos malacia, apetecen bestialidades nefandas. Lo mismo pasa en la facultad sensitiva, porque de las calidades tangibles, duro, blando, áspero, liso, caliente, frio, húmedo y seco, ninguna contenta á todos los tactos, porque en la cama dura hay hombres que duermen mejor que en la blanda, y otros en la blanda mejor que en la dura. Toda esta variedad de gustos y apetitos extraños se halla en las composturas que el entendimiento hace; porque si juntamos cien hombres de letras, y les proponemos alguna cuestion, cada uno hace juicio particular y razona de diferente manera: un mismo argumento á uno parece razon sofística, á otro probable, y á otro le concluye como si fuese demostracion. Y no sólo tiene verdad en diversos entendimientos, pero áun vemos por experiencia que una misma razon concluye á un mismo entendimiento en un tiempo, y en otro no. Y así vemos cada dia mudar los hombres el parecer, unos cobrando con el tiempo más delicado entendimiento, conocen la falta de razon que ántes los movia, otros perdiendo el buen temperamento del cerebro, aborrecen la verdad y aprueban la mentira. Pero si el cerebro cae en la enfermedad que llamamos malacia, allí verémos juicios y composturas extrañas; los falsos argumentos y flacos hacen más fuerza que los fuertes y muy verdaderos, al buen argumento le hallan respuesta, y el malo los hace rendir. De las premisas que sale la conclusion verdadera sacan la falsa, con argumentos extraños y disparatadas razones prueban sus malas imaginaciones. En lo cual advirtiendo los hombres graves y doctos, procuran dar su parecer callando las razones en que se fundaron, porque están los hombres persuadidos que tanto vale la autoridad humana, cuanto tiene de fuerza la razon en que se funda; y como los argumentos son tan indiferentes para concluir (por la variedad de los entendimientos), cada uno juzga de la razon conforme al ingenio que alcanza, y así se tiene por mayor gravedad decir: éste es mi parecer por ciertas razones que á ello me mueven, que explicar los argumentos en que restribaron. Pero ya que los fuerzan á que den razon de su sentencia, ningun argumento dejan, por liviano que sea, porque el que no piensan, concluye y hace más efecto que el muy bueno. En lo cual se muestra la gran miseria de nuestro entendimiento, que compone y divide, argumenta y razona, y despues de que ha concluido, no tiene prueba su luz para conocer si su opinion es verdadera. Esta incertidumbre tienen los teólogos en las materias que no son de fe, porque despues de haber razonado muy bien, no hay prueba infalible ni suceso evidente que descubra cuáles razones son las mejores, y así cada teólogo opina como mejor lo puede fundar. Y con responder con apariencia á los argumentos de la parte contraria, escapa con honra y no hay más que aguardar. Pero cuidado del médico

y del capitan general, que despues de haber razonado muy bien y deshecho los argumentos de la parte contraria, se ha de aguardar el suceso, el cual, si es bueno, queda por sabio, y si malo, todos entienden que se fundó en malas razones. En las cosas de fe que la Iglesia propone ningun error puede haber, porque entendiendo Dios cuán inciertas son las razones humanas y con cuánta facilidad se engañan los hombres, no consintió que cosas tan altas y de tanta importancia quedasen á sola su determinacion, sino que en juntándose dos ó tres en su nombre, con solemnidad de la Iglesia, luégo se pone en medio por presidente del acto, donde lo que dicen bien aprueba, los errores aparta y lo que no se puede alcanzar con fuerzas humanas revela (1). Y así la prueba que tienen las razones que se hacen en las materias de fe, es mirar si prueban ó infieren lo mismo que dice y declara la Iglesia católica; porque si se colige algo en contrario, ellas son malas sin falta ninguna. Pero en las demas cuestiones donde el entendimiento tiene libertad de opinar, no hay manera inventada para saber cuáles razones concluyen ni cuándo el entendimiento compone bien la verdad. Sólo se estriba en la buena consonancia que hacen, y éste es un argumento que puede engañar, porque muchas cosas falsas suelen tener más aparencia de verdad y mejor probacion que las más verdaderas. Los médicos y los que gobiernan el arte militar tienen por prueba de sus razones el suceso y la experiencia; porque si diez capitanes prueban con muchas razones que conviene dar la batalla, y otros tantos defienden que no, lo que sucediere confirmará la una opinion y reprobará la contraria. Y si dos médicos litigan sobre si el enfermo morirá ó vivirá, sanando ó muriendo, se descubrirá cuál traia mejores razones. Pero con todo eso, áun no es bastante prueba el suceso, porque teniendo un efecto muchas causas, bien puede suceder bien por la una, y las razones ir fundadas en otra causa contraria.

Tambien dice Aristóteles (lib. I *Top.*) que para saber qué razones concluyen es bien seguir la comun opinion, porque decir y afirmar una misma cosa muchos sabios varones, y concluirse todos con unas mismas razones, argumento es, aunque tópico, que son concluyentes y que componen bien la verdad. Pero bien mirado, tambien es prueba engañosa, porque en las fuerzas del entendimiento más vale la intencion que el número, que no es como en las fuerzas corporales, que juntándose muchos para levantar un peso, pueden mucho, y siendo pocos, pueden poco. Pero para alcanzar una verdad muy escondida más vale un delicado entendimiento que cien mil no tales, y es la causa, que los entendimientos no se ayudan, ni de muchos se hace uno, como en la virtud corporal. Y por tanto dijo el Sabio: *Multi pacifici sint tibi, et consiliarius unus de mille.* Como si dijera: ten muchos amigos que te defiendan si fuere menester venir á las manos, pero para tomar consejo elige uno entre mil. La cual sentencia apuntó tambien Heráclito, diciendo: *Unus mihi instar est mille.* En los pleitos y causas cada letrado opina como mejor lo puede fundar en derecho, pero despues de haber razonado muy bien, no tiene arte para conocer con certidumbre si su entendimiento ha hecho la composicion que la verdadera justicia ha menester; porque si un abogado prueba con el derecho que éste que demanda tiene justicia, y otro defiende con el mismo derecho que no, ¿qué remedio hay para saber cuál de estos abogados forma mejores razones? La sentencia del juez no hace demostracion de la verdadera justicia, ni se puede llamar suceso, porque su sentencia es tambien opinion, y no hace más que arrimarse al uno de los dos abogados, y crecer el número de los letrados en un mismo parecer no es argumento para pensar que lo que aquellos votan es la verdad, porque ya hemos dicho y probado que muchos entendimientos ruines, aunque se junten para descubrir alguna verdad muy escondida, jamas llegarán á la virtud y fuerzas de uno solo si es muy subido de punto. Y que no haga prueba ni demostracion la sentencia del juez vese claramente, porque en otro tribunal superior la revocan y juzgan de otra manera, y lo peor es, que puede acontecer tener el juez inferior mejor entendimiento que el superior, y ser su parecer más conforme á razon. Y que la sentencia del juez superior no sea tambien prueba de la justicia es cosa más manifiesta, porque de los mismos autos, sin quitar ni poner, y de los mismos jueces vemos cada dia que salen sentencias contrarias. Y el que una vez se engañó, estando tan confiado de sus razones, ya hay sospecha que lo hará otra, y así ménos confianza se ha de tener de su sentencia, porque *qui semel est, malus*, etc.

Los abogados (viendo la gran variedad de entendimientos que tienen los jueces, y que cada uno está aficionado á la razon que cuadra con su ingenio, y que en un tiempo se concluyen con un argumento y otro dia con el contrario) se atreven á defender cada pleito por la parte afirmativa y negativa, mayormente viendo por experiencia que de ambas maneras alcanzan la sentencia en su favor. Y así se verifica muy bien lo que dijo la Sabiduría (*Sap.*, I, cap. IX): *Cogitationes mortalium timidæ et incertæ providentiæ nostræ.* El remedio, pues, que hay para esto, ya que las razones de la jurispericia carecen de prueba y experiencia, es elegir hombres de grande entendimiento para jueces y abogados, porque las razones y argumentos de los tales, dice Aristóteles (lib. I *Metaph.*, cap. I) que son tan ciertos y firmes como la misma experiencia. Y haciendo esta eleccion, parece que la república quedaria segura de que sus oficiales administran justicia. Y si los consienten entrar todos de tropel y sin hacer prueba de su ingenio (como ahora se usa), acontecerán siempre las fealdades que hemos notado. Con qué señales se podrá conocer si el que quiere estudiar leyes tiene la diferencia de entendimiento que esta facultad ha menester, ya lo hemos dicho atras en alguna manera, pero para refrescar la memoria y probarlo más por extenso, es de saber que el muchacho que puesto á leer conociere presto las letras y dijere con facilidad cada letra cómo se llama (salteada en el A B C), que es indicio de tener mucha memoria, porque tal obra como ésta es cierto que no la hace el entendimiento ni la imaginativa, ántes es oficio de la memoria guardar las figuras de las

(1) *Deus revelat profunda et abscondita.* (Dan., cap. II.)

cosas y referir el nombre de cada una cuando es menester, y si tiene mucha memoria, ya hemos probado atras que se sigue la falta de entendimiento. Tambien el escribir con facilidad y hacer buenos rasgos y letras dijimos que descubria la imaginativa, y así el muchacho que en pocos dias asentáre la mano é hiciere los renglones derechos y la letra pareja y con buena forma y figura, ya es mal indicio para el entendimiento, porque esta obra se hace con la imaginativa, y estas dos potencias tienen la contrariedad que hemos dicho y notado. Y si puesto en la gramática, la aprendiere con poco trabajo, y en breve tiempo hiciere buenos latines, y escribiera cartas con elegancia, y se le pegaren las cláusulas rodadas de Ciceron, jamas será buen juez ni abogado, porque es indicio que tiene mucha memoria, y si no es por gran maravilla, ha de ser falto de entendimiento. Pero si éste porfiáre á estudiar leyes y permaneciere en las escuelas muchos dias, será famoso lector y le seguirán muchos oyentes, porque la lengua latina es muy graciosa en la cátedra, y para leer con grande aparencia son menester muchas alegaciones y amontonar en cada ley todo lo que está escrito sobre ella, para lo cual es más necesaria la memoria que el entendimiento. Y aunque es verdad que la cátedra se ha de distinguir, inferir, raciocinar, juzgar y elegir, para sacar el sentido verdadero de la ley; pero, en fin, pone el caso como mejor le parece, y trae los dubios y opuestos á su gusto, y da la sentencia como quiere y sin que nadie le contradiga, para lo cual basta un mediano entendimiento. Pero cuando un abogado ayuda al actor, y otro defiende al reo, y otro letrado ha de ser juez, es pleito vivo y no se parla tan bien como esgrimiendo sin contrario. Y si el muchacho no aprobase bien en la gramática, ya hay sospecha que puede tener buen entendimiento, y digo que hay sospecha, porque no se infiere necesariamente tener buen entendimiento el que no pudo aprender latin, habiendo probado atras que los muchachos de fuerte imaginativa jamas salen con la lengua latina, pero quien esto lo puede descubrir es la dialéctica, porque esta ciencia tiene la misma proporcion con el entendimiento que la piedra del toque con el oro. Y así, es cierto que si en un mes ó dos no comienza el que oye artes, á discurrir ni dificultar, ni se le ofrecen argumentos y respuestas en la materia que se trata, que no tiene entendimiento ninguno; pero si en esta ciencia aprobase bien, es argumento infalible que tiene el entendimiento que requieren las leyes, y así se puede partir luégo á estudiarlas sin más aguardar, aunque yo tendria por mejor oir todo el curso de artes primero, porque no es más la dialéctica para el entendimiento que las trabas que echamos en los piés y manos de una mula cerril, que andando algunos dias con ellas, toma un paso asentado y gracioso. Ese mismo andar toma el entendimiento en sus disputas, trabándole primero con las reglas y preceptos de la dialéctica; pero si este muchacho que vamos examinando no salió bien con el latin ni aprovechó en la dialéctica como convenia, es menester averiguar si tiene buena imaginativa ántes que lo echemos fuera de las leyes, porque en esto hay un secreto muy grande, y es bien que la república le sepa, y es, que hay letrados que puestos en la cátedra hacen maravilla en interpretacion del derecho, y otros en la abogacía, y poniéndolos una vara en la mano, no tienen más habilidad para gobernar que si las leyes no se hubieran hecho á aquel propósito. Y por lo contrario, hay otros que con tres leyes mal sabidas que aprendieron en Salamanca, puestos en una gobernacion, no hay más que desear en el mundo. Del cual efecto están admirados algunos curiosos, por no atinar la causa de donde pueda nacer, y es la razon, que el gobernar pertenece á la imaginativa, y no al entendimiento ni memoria. Y que sea así es cosa muy clara de probar, considerando que la república ha de estar compuesta por órden y concierto cada cosa en su lugar, de manera que todo junto haga buena figura y correspondencia. Y esto hemos probado muchas veces atras que es obra de la imaginativa. Y no sería más poner á un gran letrado por gobernador, que hacer á un sordo juez de la música; pero esto se ha de entender comunmente, y no que sea regla universal. Porque ya hemos probado que hay manera para que la naturaleza pueda juntar grande entendimiento con mucha imaginativa. Y así no repugnará ser grande abogado y famoso gobernador, y adelante descubrirémos que estando la naturaleza con todas las fuerzas que puede alcanzar y con materia bien sazonada, hará un hombre de gran memoria, de grande entendimiento y de mucha imaginativa, el cual, estudiando leyes, será famoso lector, grande abogado y no ménos gobernador; pero hace naturaleza muy pocos de éstos, que puede pasar la regla por universal.

CAPÍTULO XV (1).

Cómo se prueba que la teórica de la medicina, parte de ella pertenece á la memoria y parte al entendimiento, y la práctica á la imaginativa.

En el tiempo que la medicina de los árabes floreció, hubo en ella un médico grandemente afamado, así en leer como en escribir, argumentar, distinguir, responder y concluir, del cual se tenía entendido (atento á su grande habilidad) que habia de resucitar los muertos y sanar cualquiera enfermedad; y acontecíale tan al reves, que no tomaba enfermo en las manos que no lo echase á perder; de lo cual corrido y afrentado, se vino á meter fraile, quejándose de su mala fortuna y no entendiendo la razon y causa de donde podia nacer.

Y porque los ejemplos más frescos hacen mayor probacion y convencen más al sentido, es opinion de muchos médicos graves que Joan Argenterio (médico moderno de nuestro tiempo) hizo gran ventaja á Galeno en reducir á mejor método el arte de curar, y con todo eso, se cuenta de él que era tan desgraciado en la práctica, que ningun enfermo de su comarca se osaba curar con él (temiendo sus malos sucesos); de lo cual parece que tiene el vulgo licencia de admirarse, viendo por experiencia, no solamente en éstos que hemos referido, pero áun en otros muchos que traemos entre los ojos, que en siendo el médico un gran letrado, por la misma razon es inhábil para curar; del cual efecto procuró Aristóteles dar la razon y causa, y no la pudo atinar.

(1) Duodécimo de la edicion primitiva.

El pensaba que no acertar los médicos racionales de su tiempo á curar nacia de tener conocimientos del hombre en comun é ignorar la naturaleza del particular (al reves de los empíricos, cuyo estudio y diligencia era saber las propiedades individuales de los hombres, y no darse nada por el universal); pero no tuvo razon, porque los unos y los otros se ejercitaban en curar los singulares, y trabajan cuanto pueden en averiguar esta naturaleza particular.

Y así la dificultad no está sino en saber por qué razon los médicos muy letrados, aunque se ejerciten toda la vida en curar, jamas salen con la práctica, y otros idiotas con tres ó cuatro reglas de medicina que aprendieron en las escuelas, en muy ménos tiempo saben mejor curar.

La respuesta verdadera de esta duda no tiene poca dificultad; pues Aristóteles no la alcanzó, aunque en alguna manera dijo parte de ella. Pero estribando en los principios de nuestra doctrina, la darémos enteramente; y así es de saber (1) que en dos cosas consiste la perfeccion del médico, tan necesarias para conseguir el fin de este arte, cuanto son dos piernas para andar sin cojear. La primera es en saber por método los preceptos y reglas de curar al hombre en comun, sin descender en particular. La segunda en haberse ejercitado mucho tiempo en curar y conocer por vista de ojos gran número de enfermos; porque los hombres ni son tan diferentes entre sí, que no convengan en muchas cosas, ni tan unos, que no haya entre ellos particularidades de tal condicion, que ni se pueden decir, ni escribir, ni enseñar, ni recogerlas de tal manera, que se puedan reducir á arte; sino que conocerlas á solos aquellos les es dado que muchas veces las vieron y trataron. Lo cual se deja entender fácilmente considerando que siendo el rostro del hombre compuesto de tan poco número de partes, como son dos ojos, una nariz, dos mejillas, una boca y frente, hace naturaleza tantas composturas y combinaciones, que si cien mil hombres se pintan, cada uno tiene su rostro tan singular y propio, que por maravilla hallarán dos que totalmente se parezcan.

Lo mismo pasa en cuatro elementos y cuatro calidades primeras, calor, frialdad, humedad y sequedad, de la armonía de las cuales se compone la salud y vida del hombre. Y de tan poco número de partes como éstas, hace naturaleza tantas proporciones, que si cien mil hombres se engendran, cada uno sale con su sanidad tan singular y propia para sí, que si Dios milagrosamente de improviso les trocase la proporcion de estas calidades primeras, todos curarian enfermos, si no fuesen dos ó tres que por grande acierto tuviesen la misma consonancia y proporcion. De lo cual se infiere necesariamente dos conclusiones. La primera es, que cada hombre que enfermase se ha de curar conforme á su particular proporcion; de tal manera, que si el médico no le vuelve á la consonancia de los humores y calidades que él ántes tenía, no queda sano. La segunda es, que para hacer esto como conviene es necesario que el médico haya visto y tratado al enfermo muchas veces en sanidad, tomándole el pulso y viendo qué orina es la suya, y qué color de rostro y qué templanza, para que cuando enfermáre pueda juzgar cuánto dista de su sanidad, y curándole, sepa hasta dónde la ha de restituir. Para lo primero (que es saber la teórica y compostura del arte) dice Galeno que es necesario tener grande entendimiento y mucha memoria; porque parte de la medicina consiste en razon, y parte en experiencia é historia. Para lo primero es menester el entendimiento, y para lo otro la memoria. Y como sea tan dificultoso pintar estas dos potencias en grado intenso, por fuerza ha de quedar el médico falto en la teórica; y así vemos grandes latinos y griegos, grandes anatomistas y herbolarios, que son obras de la memoria, y metidos en argumentos y disputas, y en averiguar la razon y causa de cualquiera efecto, lo cual pertenece al entendimiento, no saben nada.

Al reves acontece en otros, que en la dialéctica y filosofía del arte muestran grande ingenio y habilidad, y metidos en latin y griego, en yerbas y anatomías, jamas salen con ello, por ser faltos de memoria; por esta razon dijo Galeno (2): *Mirum non est, in tanta hominum multitudine, qui in medica et philosophica exercitatione studioque versantur, inveniri tam paucos qui recte in illis proffecerint.* Como si dijera: no me maravillo que en tanta muchedumbre de hombres como se dan á la medicina, tan pocos salgan con ella; y dando la razon, dice que apénas se halla el ingenio que esta ciencia ha menester, ni maestro que la enseñe con perfeccion, ni quien la estudie con diligencia y cuidado. Pero con todas estas razones y causas, anda Galeno á tiento, por no saber puntualmente en qué consiste no salir ningun hombre con la medicina. Pero en decir que apénas se halla en los hombres el ingenio que esta ciencia ha menester, dijo la verdad, aunque no tan específicamente como ahora dirémos, que por ser tan dificultoso de juntar grande entendimiento con mucha memoria, ninguno sale perfectamente con la teórica de la medicina. Y por haber repugnancia entre el entendimiento y la imaginativa, á quien ahora probarémos que pertenece la práctica y el saber curar con certidumbre, por maravilla se halla médico que sea gran teórico y práctico, ni al reves, gran práctico y que sepa mucha teórica. Y que la imaginativa sea la potencia de que el médico se aprovecha en el conocimiento y curas de los particulares, y no del entendimiento, es cosa muy fácil de probar, supuesta la doctrina de Aristóteles, el cual dice que el entendimiento no puede conocer los singulares ni diferenciar uno de otro, ni conocer el tiempo y lugar, ni otras particularidades que hacen diferir los hombres entre sí, y curarse cada uno de diferente manera, y es la razon, segun dicen los filósofos vulgares, ser el entendimiento potencia espiritual, y no poderse alterar de los singulares, por estar llenos de materia.

Y por eso dijo Aristóteles que el sentido es de los singulares y el entendimiento de los universales. Luégo si las curas se han de hacer en los singulares, y no en los universales, que son ingenerables é incorrupti-

(1) Galeno, lib. IX, *Meth.*, cap. IX.

(2) *De ord.*, lib. *Suorum.*

bles, impertinente potencia es el entendimiento para curar. La dificultad es ahora, ¿por qué los hombres de grande entendimiento no pueden tener buenos sentidos exteriores para los singulares, siendo potencias tan disparatadas? Y está la razon muy clara, y es, que los sentidos exteriores no pueden obrar bien si no asiste con ellos la buena imaginativa. Y esto hemos de probar de opinion de Aristóteles (1), el cual, queriendo declarar qué cosa es la imaginativa, dice que es un movimiento causado del sentido exterior; de la manera que el color que se multiplica de la cosa colorada altera el ojo, y así es que este mismo color que está en el humor cristalino, pasa más adentro á la imaginativa y hace en ella la misma figura que estaba en el ojo; y preguntado con cuál de estas dos especies se hace el conocimiento del singular, todos los filósofos dicen, y muy bien, que la segunda figura es la que altera la imaginativa, y de ambas á dos se causa la noticia conforme á aquel dicho tan comun: *Ab objectis et potentia, paritur notitia.* Pero de la primera, que está en el humor cristalino y de la potencia visiva, ningun conocimiento se hace, si no advierte la imaginativa, lo cual prueban los médicos claramente, diciendo que si á un enfermo le cortan la carne ó le queman, y que todo esto no le causa dolor, que es señal de estar la imaginativa distraida en alguna profunda contemplacion (2), y así lo vemos tambien por experiencia en los sanos, que si están distraidos en alguna imaginacion, ni ven las cosas que tienen delante, ni oyen, aunque los llamen, ni gustan del manjar sabroso ó desabrido, aunque lo comen, por donde es cierto que la imaginativa es la que hace el juicio y conocimiento de las cosas particulares, y no el entendimiento ni los sentidos exteriores. De donde se sigue muy bien que el médico que supiere mucha teórica, ó por tener grande entendimiento ó grande memoria, que será por fuerza ruin práctico, por la parte que ha de tener de imaginativa. Y por lo contrario, el que saliere gran práctico, forzosamente ha de ser ruin teórico, porque la mucha imaginativa no se puede juntar con mucho entendimiento y memoria. Y ésta es la causa por donde ninguno puede salir muy consumado en la medicina, ni dejar de errar en las curas; porque para no cojear en la obra, ha menester saber el arte y tener buena imaginativa para poderla ejecutar, y estas dos cosas hemos probado que son incompatibles. Ninguna vez llega el médico á conocer y curar cualquiera enfermedad, que tácitamente dentro de sí no haya un silogismo en *Darii*, aunque sea empírico, y la primera de las premisas pertenece su aprobacion al entendimiento, y la segunda á la imaginativa. Y así los grandes teóricos yerran ordinariamente en la menor, y los grandes prácticos en la mayor, como si dijésemos de esta manera: «Toda calentura que depende de humores frios y húmedos se ha de curar con medicinas calientes y secas, tomando la indicacion de la causa; esta calentura que padece este hombre depende de humores frios y húmedos; luego se ha de curar con medicinas calientes y secas.» La verdad de la mayor bien la probára el entendimiento, por ser universal, diciendo que la frialdad y humedad piden para su templanza calor y sequedad, porque cada calidad se remite con su contrario; pero venidos á probar la menor, ya no vale nada el entendimiento, por ser particular y de ajena jurisdiccion, cuyo conocimiento pertenece á la imaginativa, tomando de los cinco sentidos exteriores las señales propias y particulares de la enfermedad. Y si la indicacion se ha de tomar de la calentura ó de su causa, no lo puede saber el entendimiento; sólo enseña que se ha de tomar la indicacion de aquello que promete más peligro; pero cuál de las indicaciones es la mayor, sólo la imaginativa lo alcanza, cotejando los daños que hace la calentura con los del síntoma y la causa, y la poca fuerza ó mucha de la virtud. Para alcanzar este conocimiento tiene la imaginativa ciertas propiedades inefables, con las cuales atina á cosas que ni se pueden decir ni entender, ni hay artes para ellas. Y así vemos entrar un médico á visitar el enfermo, y por la vista, oido, olfato y tacto, alcanza lo que parece cosa imposible; de tal manera, que si al mismo médico le preguntásemos cómo pudo atinar á conocimiento tan delicado, no sabria dar la razon; porque es gracia que nace de una fecundidad de la imaginativa, que por otro nombre se llama solercia, la cual con señales comunes, inciertas, conjeturales y de poca firmeza, en cerrar y abrir el ojo, alcanzan mil diferencias de cosas, en las cuales consiste la fuerza de curar y pronosticar con certidumbre.

De este género de solercia carecen los hombres de gran entendimiento, por ser parte de imaginativa. Y así teniendo las señales delante los ojos, que los están avisando de lo que hay en la enfermedad, no les hace en sus sentidos ninguna alteracion, por ser faltos de imaginativa. Preguntóme un médico muy en secreto qué podia ser la causa que habiendo él estudiado con gran curiosidad todas las reglas y consideraciones del arte de pronosticar, y estando en ellas muy bien, jamas acertaba en ningun pronóstico que echaba; al cual me acuerdo haber respondido que con una potencia se aprendia el arte de medicina y con otra se ponia en ejecucion. Este tenía muy buen entendimiento y era falto de imaginativa. Pero hay en esta doctrina una dificultad muy grande, y es, cómo pueden los médicos de grande imaginativa aprender el arte de la medicina, siendo faltos de entendimiento; y si es verdad que curan mejor que los que la saben muy bien, ¿de qué sirve irla á aprender en las escuelas? A esto se responde que es cosa muy importante saber primero el arte de medicina; porque en dos ó tres años aprende el hombre todo lo que alcanzaron los antiguos en dos mil. Y si el hombre lo hubiera de adquirir por experiencia, habia menester vivir tres mil años, y experimentando las medicinas, matára primero (ántes que supiera sus cualidades) infinitos hombres; todo lo cual se excusará leyendo los libros de los médicos racionales y experimentados, los cuales avisan por escrito de lo que ellos hallaron en el discurso de su vida, para que de unas cosas usen los médicos nuevos con seguridad, y de otras se guarden, por ser venenosas. Fuera de esto, es de saber que las cosas comunes y vulgares de todas las artes

(1) Lib. III *De anima.*

(2) *Quicumque qua corporis parte dolentes, dolorem non sentiunt, iis mens ægrotat.* (Hip., 2, *Aphor.*, 6.)

son muy claras y fáciles de aprender y las más importantes en la obra, y por lo contrario, las más curiosas y delicadas son las más oscuras y ménos necesarias para curar, y los hombres de grande imaginativa no están totalmente privados de entendimiento ni memoria, y así con la remision que tienen de estas dos potencias pueden aprender lo más necesario de la medicina, por ser lo más claro, y con la buena imaginativa que tienen, conocer mejor la enfermedad y su causa que los muy racionales; allende que la imaginativa es la que alcanza la ocasion del remedio que se ha de explicar, en la cual gracia consiste la mayor parte de la práctica.

Y así dijo Galeno (1) que el propio nombre de médico es *inventor ocasionis*, y saber conocer el tiempo, el lugar y la ocasion, cierto es ser obra de la imaginativa, pues dice figura y correspondencia. La dificultad es ahora saber de tantas diferencias como hay de imaginativa, á cuál de ellas pertenece la práctica de la medicina; porque cierto es que no todas convienen en una misma razon particular; la cual contemplacion me ha dado más trabajo y fatiga de espíritu que todas las demas, y con todo eso, áun no le he podido dar el nombre que ha de tener, salvo que nace de un grado ménos de calor que tiene aquella diferencia de imaginativa con que se hacen versos y coplas. Y áun en esto no me afirmo del todo; porque la razon en que me fundo es, que los que yo he considerado buenos prácticos todos pican un poco en el arte de metrificar, y no suben mucho la contemplacion, ni espantan sus versos, lo cual puede acontecer tambien por pasar el calor del punto que pide la poesía, y si es por esta razon, ha de ser tanto el calor, que tueste un poco la sustancia del cerebro y no resuelva mucho el calor natural; aunque si pasa adelante, no hace mala diferencia de ingenio para la medicina, porque junta el entendimiento con la imaginativa por adustion. Pero no es tan buena la imaginativa para curar como la que ando yo buscando; la cual convida al hombre á ser hechicero, supersticioso, mago, embaidor, quiromántico, judiciario y adivinador; porque las enfermedades de los hombres son tan ocultas y hacen sus movimientos con tanto secreto, que es menester andar siempre adivinando lo que es. Esta diferencia de imaginativa es mala de hallar en España, porque los moradores de esta region hemos probado atras que carecen de memoria y de imaginativa, y tienen buen entendimiento. Tambien la imaginativa de los que habitan debajo del Septentrion no vale nada para la medicina, porque es muy tarda y remisa; sólo es buena para hacer relojes, pinturas, alfileres, y otras bujerías impertinentes al servicio del hombre. Solo Egipto es la region que engendra en sus moradores esta diferencia de imaginativa, y así los historiadores nunca acaban de contar cuán hechiceros son los gitanos y cuán prestos en atinar las cosas y hallar los remedios para sus necesidades. Para encarecer Josefo la gran sabiduría de Salomon dice de esta manera: *Tanta fuit sapientia et prudentia quam Salomon divinitas acceperat, ut omnes priscos superaret, atque etiam Ægiptios qui omnium sapientissimi habentur*. Los egipcios, dice tambien Platon que exceden á todos los hombres del mundo en saber ganar de comer, la cual habilidad pertenece á la imaginativa. Y que sea esto verdad parece claramente, porque todas las ciencias que pertenecen á la imaginativa todas se inventaron en Egipto, como son matemáticas, astrología, aritmética, perspectiva, judicativa y otras así. Pero el argumento que á mí más me convence en este propósito, es que estando Francisco de Valois, rey de Francia, molestado de una prolija enfermedad, y viendo que los médicos de su casa y córte no daban remedio, decia todas las veces que le crecia la calentura que no era posible que los médicos cristianos supiesen curar, ni de ellos esperaba jamas remedio.

Y así, una vez, con despecho de verse todavía con calentura, mandó despachar un correo á España, pidiendo al emperador Cárlos V le enviase un médico judío, el mejor que hubiese en su córte, del cual tenía entendido que le daria remedio á su enfermedad, si en el arte lo habia. La cual demanda fué harto reida en España, y todos concluyeron que era antojo de hombre que estaba con calentura. Pero con todo eso, mandó el Emperador que le buscasen un médico tal, si le habia (aunque fuesen por él fuera del reino), y no hallándolo, envió un médico cristiano nuevo, pareciéndole que con esto cumpliria con el antojo del Rey. Pero puesto el médico en Francia y delante del Rey, pasó un coloquio entre ambos muy gracioso, en el cual se descubrió que el médico era cristiano, y por tanto no se quiso curar con él. El Rey, con la opinion que tenía del médico que era judío, le pregunto, por via de entretenimiento, si estaba ya cansado de esperar el Mesías prometido en la ley.

Médico. Señor, yo no espero al Mesías prometido en la ley judaica.

Rey. Muy cuerdo sois en eso, porque las señales que están notadas en la Escritura divina para conocer su venida son cumplidas muchos dias há.

Médico. Ese número de dias tenemos los cristianos bien contados, porque hace hoy mil quinientos cuarenta y dos años que vino, y estuvo en el mundo treinta y tres, y en fin de ellos murió crucificado, y al tercero dia resucitó, y despues subió á los cielos, donde ahora está.

Rey. Luego ¿vos cristiano sois?

Médico. Señor, sí, por la gracia de Dios.

Rey. Pues volvéos enhorabuena á vuestra tierra, porque médicos cristianos, sobrados tengo en mi casa y córte; por judíos lo habia yo, los cuales en mi opinion son los que tienen habilidad natural para curar. Y así lo despidió, sin quererle dar el pulso ni que viese la orina, ni le hablase palabra tocante á enfermedad. Y luégo envió á Constantinopla por un judío, y con sola leche de borricas le curó. Esta imaginacion del rey Francisco, á lo que yo pienso, es muy verdadera, y tengo entendido que es así, porque en las grandes destemplanzas calientes del cerebro, he probado atras que alcanza la imaginativa lo que estando el hombre en sanidad no puede hacer. Y porque no parezca haberlo dicho por gracia y sin tener fundamento natural para ello, es de saber que la variedad de los hombres, así

(1) Epid., pág. 5, com. 1.

n la compostura del cuerpo como en el ingenio y condiciones del ánimo, nace de habitar regiones de diferente temperatura, y de beber aguas contrarias, y de no usar todos de unos mismos alimentos, y así dijo Platon (1): *Alii, ob varios ventos et æstus, moribus et specie diversi inter se sunt: alii ob aquas: quidam propter alimentum ex terra prodiens: quod non solùm in corporibus melius ad deteriùs, sed in animis quoque id genus omnia parere non minus potest.* Como si dijera: unos hombres difieren de otros, ó por ventiarse por aires contrarios, ó por beber diferentes aguas, ó por no usar todos de los mismos alimentos, y esta diferencia no solamente se halla en el rostro y compostura del cuerpo, pero tambien en el ingenio del alma. Luego si yo probáre ahora que el pueblo de Israel estuvo de asiento muchos años ántes en Egipto, y que saliendo de él comió y bebió las aguas y manjares que son apropiados para hacer esta diferencia de imaginativa, habrémos hecho demostracion de la opinion del rey Francisco, y sabrémos de camino qué ingenios de hombres se han de escoger en España para la medicina. Cuanto á lo primero, es de saber que pidiendo Abrahan (2) señales para entender que él ó sus descendientes habian de poseer la tierra que se les habia prometido, dice el texto que estando durmiendo, le respondió Dios diciendo: *Scito prænoscens quod peregrinum futurum sit semen tuum in terra non sua, et subjicient eos servituti et affligent quadringentis annis: verumtamen gentem, cui servitus sunt, ego judicabo: et post hæc egredientur cum magna substantia.* Como si le dijera: sábete, Abrahan, que tus descendientes han de peregrinar por tierras ajenas, y los han de afligir con servidumbres cuatrocientos años; pero ten por cierto que yo castigaré la gente que los oprimiere, y libraré de aquella servidumbre, y les daré muchas riquezas. La cual profecía se cumplió; aunque Dios por ciertos respetos añadió treinta años más; y así dice el texto divino (3): *Habitatio autem filiorum Israel, qua manserunt in Ægipto, fuit quadringentorum triginta annorum: quibus explectis eadem die egressus est omnis exercitus Domini de terra Ægipti.* Como si dijera: el tiempo que estuvo el pueblo de Israel en Egipto fueron cuatrocientos treinta años, los cuales cumplidos, luégo en aquel dia salió de cautiverio todo el ejército del Señor. Pero aunque esta letra dice manifiestamente que estuvo el pueblo de Israel en Egipto cuatrocientos treinta años, declara una glosa que se entiende haber sido estos años todo el tiempo que Israel anduvo peregrinando, hasta tener tierra propia, pero en Egipto no estuvo sino doscientos diez años; la cual declaracion no viene bien con lo que dijo san Estéban proto-mártir en aquel razonamiento que tuvo con los judíos; conviene á saber: que el pueblo de Israel estuvo cuatrocientos treinta años en la servidumbre de Egipto. Y aunque la habitacion de doscientos diez años bastaba para que al pueblo de Israel se le pegasen las calidades de Egipto, pero lo que estuvo fuera de él no fué tiempo perdido para lo que toca al ingenio, porque los que viven en servidumbre, en tristeza y tierras ajenas, engendran mucha cólera requemada, por no tener libertad de hablar ni vengarse de sus injurias; y este humor, estando tostado, es el instrumento de la astucia, solercia y malicia. Y así se ve por experiencia que no hay peores costumbres ni condiciones que las del esclavo, cuya imaginacion está casi siempre ocupada en cómo hará daño á su señor y se librará de la servidumbre. Allende de esto, la tierra por donde anduvo el pueblo de Israel no era muy extraña ni apartada de las calidades de Egipto, porque, atento á su miseria y esterilidad, prometió Dios á Abrahan que le daria otra muy abundosa y fértil.

Y esto es cosa muy averiguada, así en buena filosofía natural como en experiencia, que las regiones estériles y flacas, no paniegas y abundosas en fructificar, crian hombres de ingenio muy agudo; por lo contrario, las tierras gruesas y fértiles engendran hombres membrudos, animosos y de muchas fuerzas corporales, pero muy torpes de ingenio.

De Grecia nunca acaban de contar los historiadores cuán apropiada region es para criar hombres de grande habilidad, y en particular dice Galeno (4) que en Aténas por maravilla sale un hombre necio, y nota que era la tierra más mísera y estéril de toda la Grecia. Y así se colige que por las cualidades de Egipto y de las otras provincias donde anduvo el pueblo de Israel se hizo de ingenio muy agudo. Pero es menester saber por qué razon la temperatura de Egipto cria esta diferencia de imaginativa. Y es cosa muy clara, sabiendo que en esta region quema mucho el sol, y por esta causa los que la habitan tienen el cerebro tostado y la cólera requemada, que es el instrumento de la astucia y solercia; por donde pregunta Aristóteles (5): *Cur blæsis pedibus sunt Æthiopes et Ægiptii?* Como si dijera: ¿qué es la causa que los negros de Etiopía y los naturales de Egipto son patituertos, hocicudos y las narices remachadas? Al cual problema responde que el mucho calor de la region tuesta la sustancia de estos miembros, y los hace retorcer como se encoge la correa; sin esto, y por la misma razon, se los encogen los cabellos, y así tambien son crespos y motosos, y que los que habitan tierras calientes sean más sabios que los que nacen en tierras frias, ya lo dejamos probado, de opinion de Aristóteles, el cual pregunta: *Cur locis calidis homines sapientiores sunt quam frigidis?* Como si dijera: ¿de dónde nace ser más sabios los hombres en las tierras calientes que en las frias? Pero ni sabe responder al problema, ni hace distincion de la sabiduría; porque ya dejamos probado atras que hay dos géneros de prudencia en los hombres: una, de la cual dijo Platon: *Scientia quæ est remota à justitia calliditas potius quam sapientia est apellanda.* Como si dijera: la ciencia que está apartada de la justicia, ántes se ha de llamar astucia que sabiduría. Otra hay con rectitud y simplicidad, sin dobleces ni engaños, y ésta propiamente se dice sabiduría, por andar siempre asida de la justicia y rectitud. Los que habitan en tierras muy calientes son sabios en el primer género de sabiduría, y tales son los

(1) *Diálogo de natura.*
(2) *Gen.*, cap. xv.
(3) *Exodo*, cap. xii.

(4) *In oratione suasoria.*
(5) Sect., probl. 4.

[illegible] tenia el aire por [illegible] con esta [illegible] tal temple, [illegible] cuarenta años [illegible] con maná [illegible] fueron los hombres en el mundo.

Por [illegible] Moisés su delicadeza y bondad, [illegible] Aaron (2) que [illegible] un vaso [illegible] en el arca *Federis*, para que os [illegible] de este pueblo, estando en tierra de [illegible] el pan con que [illegible] á sus [illegible] el desierto, y cuán mal pago le dieron [illegible] de tanto regalo. Y para que conozcamos [illegible] este alimento qué tal debia de ser, es [illegible] al maná que hace naturaleza, y añadir [illegible] más delicadeza, podrémos imaginar en[illegible]. La causa material de que se engendra el maná es un vapor muy delicado que el sol [illegible] de la tierra con la fuerza de su calor, el cual [illegible] de la region, se cuece y perfecciona, [illegible] el frio de la noche se cuaja, y con el [illegible] sobre los árboles y piedras, de donde [illegible] para comer; llámanle *Mel roscidum et aereum*, por la semejanza que tiene con el rocío, y por ser hecho de aire. Su color es blanco, y el sabor dulce como miel, la figura á manera de culantro. Estas señales pone tambien la divina Escritura del maná que comió el pueblo de Israel, por donde parece que ambos tenian la misma naturaleza. Y si el que Dios criaba tenia más delicada sustancia, tanto mejor confirmarémos nuestra opinion; pero yo siempre tengo entendido que Dios se acomoda á los medios naturales, cuando con ellos puede hacer lo que quiere, y lo que falta á la naturaleza lo suple con su omnipotencia. Dígolo, porque darles á comer maná en el desierto, fuera de lo que con ello queria significar, parece que estaba tambien fundado en la disposicion de la tierra, la cual hoy dia engendra el mejor maná que hay en el mundo; y así dice Galeno (3) que en el monte Líbano, que no está léjos de allí, se cria en gran cantidad y muy escogido, en tanto que los labradores suelen cantar en sus pasatiempos que Júpiter llueve miel en aquella tierra. Y aunque es verdad que Dios crió aquel maná milagrosamente, en tanta cantidad, á tal hora y en dias determinados, pero pudo ser que tuviese la misma naturaleza del nuestro, como la tuvo el agua que sacó Moisés de las piedras, y el fuego que hizo bajar del cielo Elías con su palabra, que fueron naturales, aunque milagrosamente sacadas. El maná que pinta la sagrada Escritura dice que era como rocío (4): *Quasi semen coriandri album; gustu que ejus quasi simile cum melle.* Como si dijera: el maná que Dios llovió en el desierto tenia la figura como simiente de culantro, era blanco y el sabor como [illegible] muy [illegible]

[illegible] naturaleza.

[illegible] de este [illegible] de [illegible] de tal [illegible] para que [illegible] delicadeza [illegible] de esta manera [illegible] *(am nauseat super cibo isto levissimo.)* [illegible] nuestro estómago [illegible] Y la filosofía de esto era, que [illegible] los estómagos hechos de [illegible] y [illegible] viniendo á comer un alimento de tan poca resistencia todo se les convertia en cólera, y por esto mandaba [illegible] (6) que los hombres que [illegible] natural, que no coman miel ni otros alimentos [illegible] porque se les corromperán, y en lugar de cocerse [illegible] tostarán como hollin.

Esto mismo les aconteció á los hebreos con el maná, que todo se les convertia en cólera retostada, y así andaban todos secos y enjutos, por no tener este alimento corpulencia para engordarles. (7) [illegible] *Anima nostra arida est; nihil aliud respiciunt oculi nostri nisi manna.* Como si dijera: nuestra alma está ya seca y consumida, y no ven nuestros ojos otra cosa sino maná.

El agua que bebian tras este manjar era [illegible] ellos la pedian, y si no la hallaban tal, mostraba Dios á Moisés (8) un madero de tan divina virtud, que echándolo en las aguas gruesas y salobres las [illegible] delicadas y de buen sabor, y no habiendo [illegible] tomaba Moisés (9) la vara con que abrió el mar Bermejo en doce carreras, y dando con ella en las piedras, salian fuentes de agua tan delicadas y sabrosas como el gusto las podia apetecer, en tanto que dijo san Pablo (10): *Petra consequente eos.* Como si dijera: la agua de la piedra se andaba tras su antojo saliendo [illegible] dulce y sabrosa, y ellos tenian hecho el [illegible] beber aguas gruesas y salobres, porque en Egipto [illegible] Galeno que las cocian para poderlas beber, [illegible] malas y corrompidas, y bebiendo aguas tan [illegible] no podian dejar de convertírseles en cólera, por tener poca resistencia. Las mismas calidades dice Galeno (12) que ha de tener el agua para cocerse bien [illegible] el estómago, y no corromperse, que el alimento [illegible] que comemos.

Si el estómago es recio, le han de dar alimentos recios que le respondan en proporcion; si es flaco y delicado, los alimentos han de ser tales. Esto mismo se ha de mirar en el agua, y así lo vemos por experiencia, que si un hombre está hecho á beber aguas gruesas, nunca mata la sed con las delicadas ni las siente en el estómago, ántes le dan más sequía, porque el calor demasiado del estómago las quema y resuelve luégo en entrando por no tener resistencia. Del aire que gozaban

(1) *Exod.*, cap. xvi.
(2) *Exod.*, cap. xvi.
(3) *Lib.* iii *De aliment. facultat.*, cap. xxxix.
(4) *Exod.*, cap. xvi.
(5) *Mesue*, lib. ii, cap. xvi.
(6) Lib. i *De aliment. facultat.*, cap. i.
(7) *Num.*, cap. ii.
(8) *Exod.*, cap. xvi.
(9) *Exod.*, cap. xvi.
(10) I, *Cor.*, cap. x.
(11) Galen., *Epid.*, p. 4, coment. 10.
(12) 5, Aph., 28.

en el desierto podrémos decir que era tambien sutil y delicado; porque andando por sierras y lugares sin poblacion, cada momento les ocurria fresco, limpio y sin ninguna corrupcion, por no hacer asiento en ningun lugar (1), y teníanle siempre templado, porque de dia se ponia delante del sol una nube que no le dejaba calentar demasiadamente, y á la noche una columna de fuego que lo templaba, y gozar de un aire de esta manera, dice Aristóteles (2) que hace avivar mucho el ingenio.

Consideremos, pues, ahora qué simiente tan delicada y tostada harian los varones de este pueblo comiendo un alimento como el maná, y bebiendo las aguas que hemos dicho, y respirando un aire tan apurado y limpio, y qué sangre ménstrua tan sutil y delicada harian los hebreos, y acordémonos de lo que dijo Aristóteles (3), que siendo la sangre menstrual sutil y delicada, el muchacho que de ella se engendráre será despues hombre de muy agudo ingenio.

Cuánto importe comer los padres manjares delicados para engendrar hijos de mucha habilidad, lo hemos de probar muy por extenso en el capítulo postrero de esta obra, y porque todos los hebreos comieron un mismo manjar tan espiritual y delicado, y bebieron una misma agua, todos sus hijos y descendientes salieron agudos y de grande ingenio para las cosas de este siglo.

Puesto ya el pueblo de Israel en tierra de promision con tan agudo ingenio como hemos dicho, viniéronles despues tantos trabajos, hambres, cercos de enemigos, sujeciones, servidumbres y malos tratamientos, que aunque no hubieran sacado de Egipto y del desierto aquel temperamento caliente y seco y retostado que hemos dicho, lo hicieron en esta mala vida; porque la contínua tristeza y vejacion hace juntar los espíritus vitales y sangre arterial en el cerebro, en el hígado y corazon, y estando allí unos sobre otros, vienen á tostar y requemar, y así muchas veces levantan calentura, y lo ordinario es hacer melancolía por adustion, de la cual casi todos participan hasta el dia de hoy, atento á lo que dice Hipócrates (4): *Metus et mastitia diu durans melancholiam significat.* Esta cólera retostada dijimos atras que era el instrumento de la solercia, astucia, versucia y malicia, y ésta es acomodada á las conjeturas de la medicina, y con ella se atina á la enfermedad, á la causa y al remedio que tiene, por donde apuntó maravillosamente el rey Francisco, y no fué delirio ni ménos invencion del demonio lo que dijo; sino que con la mucha calentura y de tantos dias, y con la tristeza de verse enfermo y sin remedio, se le tostó el cerebro y levantó de punto la imaginativa, de la cual hemos probado atras que si tiene el temperamento que ha menester, repentinamente dice el hombre lo que jamas aprendió.

Pero contra todo lo que hemos dicho se ofrece una dificultad muy grande, y es, que si los hijos ó nietos de los que estuvieron en Egipto y gozaron del maná y de las aguas y aires delicados del desierto se eligieran para médicos, parece que la opinion del rey Francisco tenía alguna probabilidad por las razones que hemos dicho; pero que sus descendientes hayan conservado hasta el dia de hoy aquellas disposiciones del maná, del agua y de los aires, de las aflicciones y trabajos que sus antepasados padecieron en el cautiverio de Babilonia, es cosa que no se puede entender, porque si en cuatrocientos treinta años que estuvo el pueblo de Israel en Egipto y cuarenta en el desierto, pudo su simiente adquirir aquellas disposiciones de habilidad, mejor se pudieran perder, y con mayor facilidad, en dos mil años que há la salida del desierto, mayormente venidos á España, region tan contraria al Egipto, y donde han comido manjares tan diferentes, bebido aguas de no tan buen temperamento y sustancia como allí. Esto tiene naturaleza del hombre y de cualquiera animal ó planta, que luégo toma las costumbres de la tierra donde vive, y pierde las que traia de otro, y en cualquiera cosa que la pongan, en pocos dias la hace sin contradiccion. De un linaje de hombres cuenta Hipócrates (5) que para diferenciarse de la gente plebeya escogieron por insignia de su nobleza tener la cabeza ahusada; y para hacer con arte esta figura, en naciendo el niño, tenian las comadres cuidado de apretarles la cabeza con vendas y fajas hasta imprimirles tal señal. Y pudo tanto este artificio, que se convirtió en naturaleza, porque andando el tiempo todos los niños nobles que nacian sacaban la cabeza ahusada, por donde vino á cesar el arte y diligencia de las comadres; pero como dejaron á naturaleza libre y suelta, sin oprimirla ya con arte, poco á poco se fué volviendo á la figura que ella solia hacer de ántes.

De esta misma manera pudo acontecer al pueblo de Israel, que puesto caso que la region de Egipto, el maná, las aguas delicadas y la tristeza hicieron aquellas disposiciones de ingenio en su simiente; pero cesando estas razones y causas, y sobreviniendo otras contrarias, cierto es que se habian de ir perdiendo poco á poco las calidades del maná, y adquiriendo otras diferentes conforme á la region donde habitasen, y los manjares que comiesen, y las aguas que bebiesen, y los aires que respirasen. Esta duda en filosofía natural tiene poca dificultad; porque hay accidentes que se introducen en un momento y duran toda la vida en el sujeto sin poderse corromper, otros hay que gastan tanto tiempo en deshacerse cuanto fué menester para engendrarse, y algunas veces más y otras ménos, conforme á la actividad del agente y la disposicion del que padece. Por ejemplo de lo primero es de saber que de un grande espanto que hicieron á un hombre, quedó tan desfigurado y perdido el color, que parecia difunto, y no solamente le duró á él toda su vida, pero los hijos que engendraba sacaban el mismo color, sin hallar remedio para quitarlo.

Conforme á esta cuenta, bien pudo ser que en cuatrocientos y treinta años que estuvo el pueblo de Israel en Egipto, y cuarenta en el desierto y sesenta en el cautiverio de Babilonia, que fuesen menester más de tres mil años para que la simiente de Abrahan acabase

(1) *Exod.*, cap. XIII.
(2) 14 Sect. probl., cap. I.
(3) Lib. I *De part. animal.*
(4) 6 Sect., Aph. 23.
(5) Lib. *De aere, locis et aquis.*

de perder las disposiciones de ingenio que hizo el maná; pues para corromper el mal color, que en un momento hizo el espanto, fueron menester más de cien años.

Pero para que de raíz se entienda la verdad de esta doctrina, es menester responder á dos dudas que hacen á este propósito y nunca se acaban de soltar. La primera es : ¿de dónde nace que cuanto los manjares son más delicados y sabrosos, como son las gallinas y perdices, tanto más presto los viene el estómago á aborrecer y tener hastío de ellos, y por lo contrario, vemos comer el hombre carne de vaca todo el año sin darle molestia ninguna, y comiendo tres ó cuatro dias arreo gallina, al quinto no las puede oler sin revolvérsele el estómago. La segunda duda es: qué es la razon que siendo el pan de trigo y la carne del carnero no de tan buena sustancia ni sabrosa como la gallina ó perdiz, jamas el estómago los viene á aborrecer, aunque usamos de ellos toda la vida; ántes faltando el pan, no podemos comer los demas alimentos ni nos saben bien.

El que supiere responder á estas dos dudas entenderá fácilmente la causa por donde los descendientes del pueblo de Israel áun no han perdido las disposiciones y accidentes que el maná introdujo en la simiente, ni se les acabará tan presto la agudeza de ingenio y solercia que les vino por esta razon. Dos principios hay en filosofía natural ciertos y muy verdaderos, de los cuales depende la respuesta y solucion de estas dudas. El primero es, que todas cuantas potencias gobiernan al hombre están desnudas y privadas de las condiciones y calidades que tienen su objeto para que puedan conocer y juzgar de todas sus diferencias (1). Esto tienen los ojos, que habiendo de recibir en sí todas las figuras y colores, fué menester privarlos totalmente de ellas, porque si fueran amarillos (como en los que padecen itericia), todas las cosas que miráran les parecieran tener el mismo color. Tambien la lengua, que es instrumento del gusto, ha de estar privada de todos los sabores, y si está dulce ó amarga, ya sabemos por experiencia que todo cuanto comemos y bebemos tiene el mismo sabor. Lo mismo pasa en el oido, olfato y tacto.

El segundo principio es, que todas cuantas cosas están criadas, apetecen naturalmente su conservacion y procuran durar para siempre jamas y que no se acabe el sér que Dios y naturaleza les dió, aunque despues hayan de tener otra naturaleza mejor. Por este principio todas las cosas naturales que tienen conocimiento y sentido oscurecen aquello que altera y corrompe su composicion natural y huyen de ello.

El estómago está desnudo y privado de la sustancia y calidades de todos los manjares del mundo, como lo está el ojo de los colores y figuras, y cuando alguno de ellos comemos, puesto caso que el estómago lo vence, pero el mismo alimento se rehace contra el estómago por ser al principio contrario, y le altera y corrompe su temperamento y sustancia, porque ningum agente hay tan fuerte que haciendo no repadezca (2). Los alimentos muy delicados y calorosos alteran grandemente el estómago, lo uno porque los cuece y abraza con mucho apetito y favor, lo otro por ser tan sutiles y sin excrementos se embeben en la sustancia del estómago, de donde no pueden salir. Sintiendo, pues, el estómago que este alimento le altera su naturaleza y le quita la proporcion que tiene con los demas alimentos, lo vienen á aborrecer; si lo ha de venir á comer, es menester hacerle muchas salsas y apetitos para engañarlo; todo esto tuvo el maná desde el principio, que aunque era manjar tan delicado y sabroso, al fin fastidió al pueblo de Israel, y así dijeron (3): *Anima nostra jam nauseat super cibo isto levissimo.* Queja ¡indigna del pueblo tan favorecido de Dios, que le habia proveido del remedio, que fué hacer que el maná tuviese los sabores y apetitos que á ellos se les antojase, para que lo pudiesen pasar: *Panem de cœlo præstitisti eis, omne delectamentum in se habentem* (4); por donde lo vinieron á comer muchos de ellos con muy buen gusto, porque tenian los huesos, nervios y carne tan empapados en maná y de sus calidades, que por la semejanza no apetecian ya otra cosa. Lo mismo acontece con el pan de trigo que ahora comemos y en la carne del carnero. Los manjares gruesos y no de buena sustancia, como es la vaca, son muy excrementosos y no los recibe el estómago con tanta codicia como los delicados y sabrosos, y así tarda más en alterarse de ellos. De donde se sigue que para corromper la alteracion que el maná hacia un dia, era menester comer un mes entero otros manjares contrarios. Y segun esta cuenta, para deshacer las calidades que el maná introdujo en la simiente en cuarenta años, son menester cuatro mil y más. Y si no, finjamos como Dios sacó de Egipto á las doce tribus de Israel, sacára doce negros y doce negras de Etiopía y los trajera á nuestra region, ¿en cuántos años fuera bueno que estos negros y sus descendientes vinieran á perder el color, no mezclándose con los blancos? A mí me parece que eran menester muchos años, porque con haber más de doscientos que vinieron de Egipto á España los primeros gitanos, no han podido perder sus descendientes la delicadeza de ingenio y solercia que sacaron sus padres de Egipto, ni el color tostado. Tanta es la fuerza de la simiente humana cuando recibe en sí alguna calidad bien arraigada. Y de la manera que los negros comunican en España el color á sus descendientes por la simiente sin estar en Etiopía, así el pueblo de Israel, viniendo tambien á ella, puede comunicar á sus descendientes la agudeza de ingenio, sin estar en Egipto ni comer del maná, porque ser necio ó sabio tan bien es accidente del hombre como ser blanco ó negro. Ello es verdad que no son ahora tan agudos y solertes como mil años atras, porque desde que dejaron de comer del maná lo han venido perdiendo sus descendientes poco á poco hasta ahora, por usar de contrarios manjares, y estar en region diferente de Egipto, y no beber aguas tan delicadas como en el desierto, y por haberse mez-

(1) *Omne recipiens debet esse nudatum à natura recepti.* (Lib. II *De anima.*)

(2) Aristót., lib. II *De anima*. Gal., lib. *De causis sim.*

(3) *Numer.*, cap. XXI.

(4) Los que están acostumbrados á comer gallinas y perdices, ¡jamas las aborrecen, porque ya tienen el estómago convertido en ellas.

clado con los que descienden de la gentilidad, los cuales carecen de esta diferencia de ingenio; pero lo que no se les puede negar es, que áun no lo han acabado de perder.

CAPÍTULO XVI (1).

Donde se declara á qué diferencia de habilidad pertenece el arte militar, y con qué señales se ha de conocer el hombre que alcanzáre esta manera de ingenio.

¿Qué es la causa, pregunta Aristóteles (2), que no siendo la valentía la mayor virtud de todas, ántes la justicia y prudencia son las mayores, con todo eso, la república y casi todos los hombres, de comun consentimiento, estiman más á un valiente y le hacen más honra dentro de su pecho, que á los justos y prudentes, aunque estén constituidos en grandes dignidades y oficios? A este problema responde Aristóteles diciendo que no hay rey en el mundo que no haga guerra á otro ó la reciba, y como los valientes le dan gloria é imperio, lo vengan de sus enemigos y le conservan su estado, hacen más honra no á la virtud suprema, que es la justicia, sino á aquella de que reciben más provecho y utilidad, porque si no tratasen así á los valientes, ¿cómo era posible hallar los reyes capitanes y soldados que de buena gana arriesgasen su vida por defenderle su hacienda y su estado? De los asianos se cuenta que era una gente que se preciaba de muy animosa, y preguntándoles por qué no querian tener rey ni leyes, respondieron que las leyes los hacian cobardes, y que tambien les parecia necedad ponerse en los peligros de la guerra por ensanchar á otro su estado; que más querian pelear ellos por sí y llevarse ellos el provecho de la victoria (3); pero ésta es respuesta de hombres bárbaros, y no de gente racional, la cual tiene entendido que sin rey ni república ni leyes, es imposible conservarse los hombres en paz. Lo que dijo Aristóteles está muy bien apuntado, aunque hay otra respuesta mejor, y es, que cuando Roma honraba sus capitanes con aquellos triunfos y pasatiempos, no premiaba sólo la valentía con que triunfaba, sino tambien la justicia con que sustentó el ejército en paz y concordia, y la prudencia con que hizo los hechos, y la temperancia de que usó quitándose el vino, las mujeres y el mucho comer, lo cual hace perturbarlos el juicio y errar los consejos. Antes la prudencia se ha de buscar más en el capitan general, y premiarla, que el ánimo y valentía, porque, como dice Vegecio, pocos capitanes muy valientes aciertan á hacer buenos hechos. Y es la causa que la prudencia es más necesaria en la guerra, que la osadía en acometer; pero qué prudencia sea ésta, nunca Vegecio la supo atinar, ni pudo señalar qué diferencia de ingenio habia de tener el que ha de gobernar la milicia, y no me espanto por no haberse hallado esta manera de filosofar de la cual dependia. Verdad es que averiguar esto no responde al intento que llevamos (que es de elegir los ingenios que piden las letras); pero es la guerra tan peligrosa y de tan alto consejo, y tan necesario al rey saber á quién ha de confiar su potencia y su estado, que no harémos ménos servicio á la república en señalar esta diferencia de ingenio y sus señales, que en las demas que hemos pintado. Y así es de saber que la malicia y la milicia casi convienen en el mismo nombre, y tienen tambien la misma definicion, porque trocando la a por la i, de malicia se hace milicia, y de la milicia, malicia con facilidad. Cuáles sean las propiedades y naturaleza de la malicia, tráelas Ciceron diciendo (4): *Malitia est versuta, et fallax nocendi ratio.* Como si dijera: la malicia no es otra cosa más que una razon doblada, astuta y mañosa de hacer mal. Y así en la guerra no se trata de otra cosa más de cómo ofenderán al enemigo, y se ampararán de sus asechanzas. Por donde la mejor propiedad que puede tener el capitan general es ser malicioso con el enemigo, y no echar ningun movimiento suyo á buen fin, sino al peor que pudiere, y proveerse para ello (5): *Non credas inimico tuo in æternum: in labiis suis judicat, et in corde suo incidiatur, ut subvertat et in foveam, in oculis suis lacrimatur, et si invenerit tempus, non saciabitur sanguine.* Como si dijera: jamas creas á tu enemigo, porque te dirá palabras dulces y sabrosas, y en su corazon está poniendo asechanzas para matarte; llora con los ojos, y si halla ocasion conveniente para aprovecharse de tí, no se hartará de tu sangre.

De esto tenemos manifiesto ejemplo en la divina Escritura, porque estando el pueblo de Israel cercado en Betulia y fatigado de sed y de hambre, salió aquella famosa mujer Judit (6) con ánimo de matar á Holoférnes, y caminando para el ejército de los asirios, fué presa de los centinelas y guardas; y preguntándola dónde iba, respondió con ánimo doblado: Yo soy hija de los hebreos que vosotros teneis cercados, y vengo huyendo por tener entendido que han de venir á vuestras manos, y que los habeis de maltratar por no haberse querido dar á vuestra misericordia. Por tanto determiné de irme á Holoférnes y descubrirle los secretos de esta gente obstinada, y mostrarle por dónde les pueda entrar sin que le cueste un soldado. Puesta ya Judit delante de Holoférnes, se postró por el suelo y juntas las manos le comenzó á adorar y decir las palabras más engañosas que á hombre se han dicho en el mundo, en tanto que creyó Holoférnes y todos los de su consejo que les decia la verdad, y no olvidada ella de lo que traia en el corazon, buscó una conveniente ocasion y le cortó la cabeza.

La contraria condicion tiene el amigo, y por tanto ha de ser siempre creido, y así le estuviera mejor á Holoférnes dar crédito á Achior, pues era su amigo, y con celo de que no saliera deshonrado aquel cerco, le dijo: Señor, sabe primero si este pueblo ha pecado contra su Dios, porque si es así, él mismo os le entregará sin que le conquisteis; pero si está en su gracia, tened entendido que él los defenderá y no podrémos vencerlos; del cual aviso se enojó Holoférnes, como hombre confiado, dado á mujeres y que bebia vino, las cuales tres

(1) Trece de la edicion primitiva.
(2) 27 Sect., probl. v.
(3) Hipocrat., lib. *De aere, locis et aquis.*
(4) *De nat. deorum.*
(5) *Eccle.*, cap. XII.
(6) Judith, cap. X.

cosas desbaratan el consejo que es necesario en el arte militar. Y así dijo Platon (1) que le habia contentado aquella ley que tenian los cartagineses, por la cual mandaban que el capitan general, estando en el ejército, no bebiese vino, porque este licor, como dice Aristóteles (2), hace á los hombres de ingenio turbulento, y les da ánimo demasiado, como se mostró Holoférnes en aquellas palabras tan furiosas que dijo á Achior. El ingenio, pues, que es menester para los embustes y engaños, así para hacerlos como para entenderlos y hallar el remedio que tienen, lo apuntó Ciceron trayendo la descendencia de este nombre, *Versutia*, el cual dice (3) que viene de este verbo *versor versaris*, porque los que son mañosos, astutos, doblados y cavilosos, en un momento atinan el engaño y menean la mente con facilidad; y así lo explicó el mismo Ciceron diciendo: *Chrisippus homo sine dubio versutus, et calidus, versutos apelo quorum celeriter mens versatur.* Esta propiedad de atinar presto al medio es solercia, y pertenece á la imaginativa, porque las potencias que consisten en calor, hacen de presto la obra, y por eso los hombres de grande entendimiento no valen nada para la guerra, porque esta potencia es muy tarda en su obra, y amiga de rectitud, de llaneza, de simplicidad y misericordia.

Todo lo cual suele hacer mucho daño en la guerra. Y fuera de esto, no saben astucias ni ardides, ni entienden cómo se pueden hacer; y así les hacen muchos engaños, porque de todos se fian. Estos son buenos para tratar con amigos, entre los cuales no es menester la prudencia de la imaginativa, sino la rectitud y simplicidad del entendimiento, el cual no admite dobleces ni hacer mal á nadie; pero para con el enemigo no valen nada, porque trata siempre de ofender con engaños, y es menester tener el mismo ingenio para poderse amparar. Y así avisó Cristo, nuestro redentor, á sus discípulos, diciendo (4): *Ecce mitto vos sicut oves in medio luporum, estote ergo prudentes sicut serpentes et simplices sicut columbæ.* Como si les dijera: mirad que os envio como ovejas en medio de los lobos; sed prudentes como las serpientes, y simples como palomas. De la prudencia se ha de usar con el enemigo, y de la llaneza y simplicidad con el amigo.

Luego si el capitan no ha de creer á su enemigo, y ha de pensar siempre que le quieren engañar, es necesario que tenga una diferencia de imaginativa adivinadora, solerte, y que sepa conocer los engaños que vienen debajo de alguna cubierta, porque la misma potencia que los halla, esta sola puede inventar los remedios que tienen. Otra diferencia de imaginativa parece que es la que finge los ingenios y maquinamientos con que se ganan las fuerzas inexpugnables, la que ordena el campo y pone cada escuadron en su lugar, y la que conoce la ocasion de acometer y retirarse. La que hace los tratos, conciertos y capitulaciones con el enemigo. Para todo lo cual es tan impertinente el entendimiento, como los oidos para ver. Y así yo no dudo sino que el arte militar pertenece á la imaginativa, porque todo lo que el buen capitan ha de hacer tiene consonancia, figura y correspondencia. La dificultad está ahora en señalar con qué diferencia de imaginativa en particular se ha de ejercitar la guerra. Y en esto no me sabria determinar con certidumbre, por ser conocimiento tan delicado; pero yo sospecho que pide un grado más de calor que la práctica de la medicina, y que llega la cólera á quemarse del todo. Vese esto claramente, porque los capitanes muy mañosos y astutos no son muy animosos ni amigos de romper y dar la batalla, ántes con embustes y engaños hacen á su salvo los hechos. La cual propiedad contentó más á Vegecio que otra ninguna: *Boni enim duces non aperto prælio in quo est commune periculum, sed ex oculto semper attentat, ut integris quis quantum possunt hostes interimant certè, aut terreant.* Como si dijera: los buenos capitanes no son aquellos que pelean á cureña rasa, y ordenan una batalla campal y rompen á su enemigo, sino los que con ardides y mañas destruyen sin que les cueste un soldado.

El provecho de esta manera de ingenio tenía bien entendido el senado romano, porque puesto caso que algunos famosos capitanes que tuvo vencian muchas batallas, pero venidos á Roma á recibir el triunfo y glorias de sus hazañas, eran tantos los llantos que hacian los padres por sus hijos, y los hijos por los padres, y las mujeres por los maridos, y los hermanos por sus hermanos, que no se gozaba de los juegos y pasatiempos, con la lástima de los que en la batalla quedaban muertos. Por donde determinó el Senado de no buscar capitanes tan valientes ni que fuesen amigos de romper, sino hombres algo temerosos y muy mañosos, como Quinto Favio, del cual se escribe que por maravilla arriesgaba el ejército romano en ninguna batalla campal, mayormente estando desviado de Roma, donde en el mal suceso no podia ser de pronto socorrido; todo era dar largas al enemigo y buscar ardides y mañas, con los cuales hacia grandes hechos y conseguia muchas victorias, sin pérdida de un soldado. Este era recibido en Roma con grande alegría de todos, porque si cien mil soldados sacaba, estos mismos volvia, salvo aquellos que de enfermedad se morian; la grita que las gentes le daban era lo que dijo Ebio (5): *Unus homo nobis cunctando restituit rem.* Como si dijera: uno dando largas al enemigo, nos hace señores del mundo y nos vuelve nuestros soldados.

Al cual despues han procurado de imitar algunos capitanes, y por no tener su ingenio y maña, dejaron muchas veces pasar la ocasion de pelear, de donde nacieron mayores daños é inconvenientes que si de presto rompieran.

Tambien podrémos traer por ejemplo aquel famoso capitan de los cartagineses, de quien escribe Plutarco estas palabras: Aníbal, cuando hubo conseguido aquella tan grande victoria, mandó que libremente sin rescate se dejasen muchos presos, del nombre itálico; porque la fama de su humanidad y perdon se divulgase por los pueblos, aunque su ingenio era muy ajeno de

(1) *De legibus.*
(2) 14 Sect., probl. 5.
(3) *De natura deorum.*
(4) *Matth.*, cap. x.
(5) Diálogo de sciencia.

stas virtudes. La de su natural fué fiero, inhumano; de tal manera fué disciplinado desde su puericia, que él no habia aprendido leyes ni civiles costumbres, mas guerras, muertes, enemigables traiciones. Así que vino á ser muy cruel capitan y muy malicioso en engañar á los hombres, y siempre puesto en cuidado de cómo podria engañar á su enemigo. Y cuando ya no pudiese por manifiesta pelea vencer, buscaba engaños, segun le ligero pareció en la presente batalla, y de la que antes acometió contra Sempronio cerca del rio Trebia.

Las señales con que se ha de conocer el hombre que tuviere esta diferencia de ingenio, son muy extrañas y dignas de contemplar; y así dice Platon (1) que el hombre que fuere muy sabio en este género de habilidad que vamos tratando, no puede ser valiente ni bien acondicionado, porque la prudencia, dice Aristóteles que consiste en frialdad, y el ánimo y valentía en calor. Y así como estas dos calidades son repugnantes y contrarias, de la misma manera es imposible ser un hombre muy animoso y prudente. Por donde es necesario que se queme la cólera y se haga *atrabilis* para ser el hombre prudente; pero donde hay este género de melancolía por ser fria, luégo nace temor y cobardía (2). De manera que la astucia y maña pide calor por ser obra de la imaginativa; pero no en tanto grado como la valentía, así se contradicen en la intencion. Pero en esto hay una cosa digna de notar, que de las cuatro virtudes morales, justicia, prudencia, fortaleza y templanza, las dos primeras han menester ingenio y buen temperamento para poderlas ejercitar, porque si un juez no tiene entendimiento para alcanzar el punto de la justicia, poco aprovecha tener voluntad de dar la hacienda á quien es; con buena intencion puede errar y quitarle á su dueño.

Lo mismo se entiende de la prudencia, porque si la voluntad bastase para hacer las cosas bien ordenadas, ninguna obra buena ni mala errarian los hombres, ni ningun ladron hay que no trate de hurtar, de manera que no se ha visto ni hay capitan que no desee tener prudencia para vencer á su enemigo; pero el ladron que no tiene ingenio para hurtar con maña luégo es descubierto, y el capitan que carece de imaginativa presto es vencido.

La fortaleza y temperancia son dos virtudes que el hombre tiene en la mano, aunque le falté la disposicion natural, porque si quiere estimar en poco su vida y ser valiente, bien lo puede hacer; pero si es valiente por disposicion natural, muy bien dice Aristóteles y Platon que es imposible ser prudente, aunque quiera. De manera que segun esto no es repugnancia juntarse la prudencia con el ánimo y valentía, porque el prudente y sabio tiene entendido que por el ánima ha de poner la honra, y por la honra la vida, y por la vida la hacienda, y así lo ejecuta. De aquí nace que los nobles, por ser tan honrados, son tan valientes, y no hay quien más trabajos padezca en la guerra, con estar criados en mucho regalo, á trueque que no les digan cobardes.

Por esto se dijo: Dios os libre de hidalgo de dia y fraile de noche, que el uno por ser visto y el otro porque no le conozcan, pelean con ánimo doblado.

En esta misma razon está fundada la religion de Malta, que sabiendo cuánto importa la nobleza para ser un hombre valiente, manda por constitucion que los de su hábito todos sean hidalgos de padre y de madre, pareciéndole que por esta causa pelearia cada uno por dos abolorios. Pero si á un hidalgo le dijesen que asentase un campo y que le diese la órden con que se habia de romper al enemigo, si no tenía ingenio para ello, haría y diria mil disparates, porque la prudencia no está en manos de los hombres; pero si le mandasen que guardase un portillo, bien se podrian descuidar con él, aunque naturalmente fuese cobarde. La sentencia de Platon se ha de entender cuando el hombre prudente sigue su inclinacion natural, y no la corrige con la razon. Y así es verdad que el hombre muy sabio no puede ser valiente por disposicion natural, porque la colera adusta, que le hace prudente, ésta dice Hipócrates (3) que le hace temeroso y cobarde. La segunda propiedad, que no puede tener el hombre que alcanzáre esta diferencia de ingenio, es ser blando y de buena condicion, porque alcanza muchas tretas con la imaginativa, y sabe que por cualquier error y descuido se viene á perder un ejército, hace el caso de ello que es menester. Pero la gente de poco saber llama desasosiego al cuidado, al castigo crueldad, á la remision misericordia, y al sufrir y disimular las cosas mal hechas, buena condicion. Y esto realmente nace de ser los hombres necios, que no alcanzan el valor de las cosas, ni por dónde se han de guiar; pero los prudentes y sabios no tienen paciencia ni pueden sufrir las cosas que van mal guiadas, aunque no sean suyas, por donde viven muy poco y con muchos dolores de espíritu. Y así dice Salomon (4): *Dedi quoque cor meum ut scirem prudentiam, atque doctrinam errores, quæ et stultitiam et agnovi quod in his quoque esset labor, et aflictio spiritu; eo quod in multa sapientia multa sit indignatio et qui addit ad scientiam addit et dolorem.* Como si dijera: yo fuí necio y sabio, y hallé que en todo hay trabajo. Pero el que á su entendimiento le da mucha sabiduría, luégo adquiere mala condicion y dolores. En las cuales palabras parece dar á entender Salomon que vivia más á su contento siendo necio, que cuando le dieron sabiduría. Y así es ello realmente, que los necios viven más descansados, porque ninguna cosa les da pena ni enojo, ni piensan que en saber nadie les hace ventaja. A los cuales llama el vulgo ángeles del cielo, viendo que ninguna cosa les ofende, ni se enojan, ni riñen las cosas mal hechas, y pasan por todo, y si considerasen la sabiduría y condicion de los ángeles, verian que es palabra mal sonante, y áun caso de inquisicion, porque desde que tenemos uso de razon hasta que morimos, no hacen otra cosa sino reñirnos las cosas mal hechas y avisarnos de lo que nos conviene hacer. Y si como nos hablan en su lenguaje espiritual, moviendo la imaginativa,

(1) *Dialect. desent.*

(2) Los niños que notablemente fueren muy medrosos, es señal cierta de venir á ser hombres muy prudentes, porque la simiente de que se engendraron estaba muy retostada, y la naturaleza atrabiliaria.

(3) *Aphoris.*, xxiii.

(4) Eccles., cap. 1.

nos dijesen con palabras materiales su parecer, los tendriamos por importunos y mal acondicionados. Y si no, miremos qué tal pareció aquel ángel que refiere san Mateo, á Heródes y á la mujer de su hermano Filipo (1), pues por no oirle su reprension le cortaron la cabeza.

Más acertado sería á estos hombres, que el vulgo neciamente llama ángeles del cielo, decir que son asnos de la tierra, porque entre los brutos animales, dice Galeno (2) que no hay otro más tonto ni de ménos ingenio que el asno, aunque en memoria los vence á todos (3); ninguna carga rehuye, por donde lo llevan va sin ninguna contradiccion, no tira coces ni muerde, no es fugitivo ni malicioso, si le dan de palos no se enoja, todo es hecho al contento y gusto del que lo ha menester.

Estas mismas propiedades tienen los hombres á quien el vulgo llama ángeles del cielo, la cual blandura les nace de ser necios y faltos de imaginativa y tener remisa la facultad irascible, y ésta es muy gran falta en el hombre y arguye estar mal compuesto. Ningun ángel ni hombre ha habido en el mundo de mejor condicion que Jesucristo, nuestro redentor; y entrando un dia en el templo dió muy buenos azotes á los que halló vendiendo mercancías, y es la causa que la irascible es el verdugo y espada de la razon, y el hombre que no riñe las cosas mal hechas, ó lo hace de necio ó por falto de irascible. De manera que el hombre sabio por maravilla es blando ni de la condicion que querrian los malos. Y así los que escriben la historia de Julio César están espantados de ver cómo los soldados podian sufrir un hombre tan áspero y desabrido, y nacíale de tener el ingenio que pide la guerra.

La tercera propiedad que tienen los que alcanzan esta diferencia de ingenio es (4) ser descuidados del ornamento de su persona; son casi todos desaliñados, sucios, las calzas caidas, llenas de arrugas, la capa mal puesta, amigos del sayo viejo y de nunca mudar el vestido.

Esta propiedad cuenta Lucio Floro que tenía aquel famoso capitan Viriato, de nacion portugues, del cual dice y afirma, encareciendo su grande humildad, que menospreciaba tanto los aderezos de su persona, que no habia soldado particular en todo su ejército que anduviese peor vestido. Y realmente no era virtud, ni lo hacia con arte, sino que es efecto natural de los que tienen esta diferencia de imaginativa que vamos buscando. El desaliño de Julio César engañó grandemente á Ciceron, porque preguntándole despues de la batalla la razon que le habia movido á seguir las partes de Pompeyo, cuenta Macrobio que respondió: *Precinctura me fefellit.* Como si dijera: engañóme ver que Julio César era un hombre desaliñado y que nunca traia pretina, á quien los soldados por baldon le llamaban ropa suelta; y esto les habia de mover para entender que tenía el ingenio que pedia el consejo de la guerra. Como lo atinó Sila, cuenta Tranquilo, que viendo el desaliño que tenía Julio César siendo niño, avisó á los romanos diciendo: *Cavete puerum male præcinctum.* Como si le dijera: guardaos, romanos, de aquel muchacho mal ceñido.

De Aníbal nunca acaban de contar los historiadores el descuido que tenía en el vestir y calzar, y cuán poco se daba por andar pulido y aseado.

Queriendo Hipócrates dar señales para conocer el ingenio y habilidad de los médicos, fuera de otros muchos indicios que halló para ello, escogió por el más principal el ornato y atavío de su persona, el que se arase las manos y cortase las uñas, y trajesen los dedos llenos de anillos, los guantes muy olorosos, las calzas tiradas, el sayo que siente bien y sin arrugas, la cara limpia y sin pelillos; y de todo esto tuviere mucho cuidado, bien lo pueden señalar por hombre de poco entendimiento, y así dijo: *Ex vestitu enim cognoscas homines, quamvis enim fuerint splende ornati, multo magis fugiendi sunt, et à conspectibus odio habendi.* Como si dijera: del vestido conocerás los hombres, y cuanto más los vieres que traten de andar bien vestidos y aseados, tanto más has de huir de ellos, porque para ninguna cosa son buenos. De los hombres de grande ingenio y que están siempre ocupados en profundas imaginaciones, se espantaba Horacio viéndoles las uñas largas, los nudillos de los dedos llenos de suciedad, la capa arrastrando, el sayo por abotonar, la camisa sucia, sin cordones, los zapatos en chancla, las calzas rotas, caidas y llenas de arrugas. Y así dijo: *Et bona pars non ungues ponere curat secreta petit loca.* Como si dijera: no se cortan las uñas ni se lavan las manos. Y es la razon que el grande entendimiento y la mucha imaginativa hacen burla de todas las cosas del mundo, porque en ninguna de ellas hallan valor ni substancia. Solas las contemplaciones divinas les dan gusto y contento, y en éstas ponen la diligencia y cuidado, y desechan las demas. Para conocer un hombre y trabar con él amistad, dice Ciceron, es menester gastar primero una fanega de sal; porque son sus costumbres tan ocultas y dobladas, que en breve tiempo ninguno las puede alcanzar; sola la experiencia de haber tratado muchos dias con él nos lo pone claro y patente; pero si Ciceron advirtiera en las señales que pone la divina Escritura, con solo un puñado de sal hiciera alarde de sus costumbres, y más sin aguardar tanto tiempo. Tres cosas, dice el sabio, descubren á un hombre por doblado que sea: la primera es el reir, la segunda el vestir, y la tercera el andar. De la risa ya hemos dicho atras que siendo mucha y en cualquiera ocasion, y á grandes voces, y dando palmadas, y con otras descomposturas que tienen los más risueños, que los tales son faltos de imaginativa y entendimiento. Del vestir con mucha curiosidad y andar siempre á caza buscando los pelillos de la capa, basta lo dicho. Sólo quiero advertir aquí que no trato de condenar la limpieza y ornato de los hombres, ni alabar su desaliño y suciedad, porque todo esto es vicio y requiere mediocridad. Y así dijo Ciceron: *Adhibenda est præterea mundiția non odiosa nec exquisita nimis, tantum quod fugiat agrestem et in humanam negligentiam eadem ratio est habenda vestitu.* Del andar notó Ciceron dos

(1) San Juan Bautista era ángel en el oficio. (Mat., cap. XI.)

(2) 2, *Met.*, cap. VII.

(3) Nota cuán contraria es la memoria de la potencia discursiva áun en los brutos animales.

(4) De los hombres que están ocupados en profundas imaginaciones dice Horacio: *Et bona pars non ungues ponere curat secretis loca.* *Como* si dijeran: no se cortan las uñas ni se lavan *los, son sucios* y desaliñados.

diferencias por extremo, y ambas las condenó por viciosas. La primera andar apriesa, y la segunda muy despacio, y así dijo: *Cavendum est autem ne aut tarditatibus utemur in ingressu mollioribus, et pomparum ferculis similis esse videamur; aut infestinationibus suscipiamus nimias celeritates; quæ cum fiunt anhelitus moventur, vultus mutantur ora torquentur, ex quibus magna significatio fit non ad esse constantiam.* Como si dijera: guardaos de andar tan despacio que parezca que vais en alguna procesion con la pompa y aparato de las imágenes, ni tan aprisa que levanteis el angelito y mudeis el rostro, y torzais la boca, y hagais algunos regaños, de lo cual coligen los que os están mirando que no teneis constancia; pero realmente no son éstas las diferencias de andar que descubren el ingenio del hombre, sino otras muy diferentes, las cuales consisten en cierta accion que no se puede pintar con la pluma ni explicar con la lengua. Y así dijo Ciceron que vistas por los ojos son fáciles de entender, y para decir y escribir muy dificultosas.

El ofenderse notablemente con los pelillos de la capa, y tener mucho cuidado que anden tiradas las calzas, y que el sayo siente bien sin que haga arrugas, pertenece á una diferencia de imaginativa de muy bajos quilates y que contradice al entendimiento, y á esta diferencia de imaginativa que pide la guerra.

La cuarta señal es tener la cabeza calva, y está la razon muy clara. Porque esta diferencia de imaginativa reside en la parte delantera de la cabeza, como todas las demas. Y el demasiado calor quema el cuero de la cabeza y cierra los caminos por donde han de pasar los cabellos; allende que la materia de que se engendra, dicen los médicos que son los excrementos que hace el cerebro al tiempo de su nutricion, y con el gran fuego que allí hay, todos se gastan y consumen, y así falta materia de que poderse engendrar. La cual fisonomía si alcanzára Julio César, no se corriera tanto de tener la cabeza calva, el cual, por cubrirla, hacia volver con maña á la frente parte de los cabellos que habian de caer al colodrillo.

Y de ninguna cosa dice Tranquilo que gustára tanto como si el Senado mandára que trajera siempre la corona de laurel en la cabeza, no más de por cubrir la calva. Otro género de calva nace de ser el cerebro duro y terrestre y de gruesa composicion, pero es señal de ser el hombre falto de entendimiento y de imaginativa y memoria.

La quinta señal en que se conocen los que alcanzan esta diferencia de imaginativa, es que los tales tienen pocas palabras y muchas sentencias; y es la razon que siendo el cerebro duro y seco, por fuerza han de ser faltos de memoria, á quien pertenece la copia de los vocablos. El hallar mucho que decir nace de una junta que hace la memoria con la imaginativa en el primer grado de calor. Los que alcanzan esta junta de ambas potencias son ordinariamente muy mentirosos, y jamas les falta qué decir y contar, aunque los estén escuchando toda la vida.

La sexta propiedad que tienen los que alcanzan esta diferencia de imaginativa, es ser honestos y ofenderse notablemente con las palabras sucias y torpes. Y así dice Ciceron (1) que los hombres muy racionales imitan la honestidad de naturaleza, la cual puso en oculto las partes feas y vergonzosas, que hizo para proveer las necesidades del hombre, y no para hermosearle; y en éstas, ni consienten poner los ojos ni los oidos sufran sus nombres. Esto bien se puede atribuir á la imaginativa y decir que se ofende con la mala figura de aquellas partes. Pero en el capítulo XVII damos razon de este efecto, y lo reducimos al entendimiento, y juzgamos por faltos de esta potencia á los que no les ofende la honestidad. Y porque con la diferencia de imaginativa que pide el arte militar casi se junta el entendimiento, por eso los buenos capitanes son honestísimos. Y así en la historia de Julio César se hallará un acto de honestidad, y es, que estándole matando á puñaladas en el senado, viendo que no podia huir la muerte, se dejó caer en el suelo, y con la vestidura imperial se compuso de tal manera, que despues de muerto le hallaron tendido con grande honestidad, cubiertas las piernas y las demas partes que podian ofender la vista.

La séptima propiedad, y más importante de todas, es que el capitan general sea bien afortunado y dichoso, en la cual señal entenderémos claramente que tiene el ingenio y habilidad que el arte militar ha menester, porque en realidad de verdad, ninguna cosa hay que ordinariamente haga á los hombres desastrados y no sucederles siempre las cosas como desean, es ser faltos de prudencia y no poner los medios convenientes que los hechos requieren. Por tener Julio César tanta prudencia en lo que ordenaba era el más bien afortunado de cuantos capitanes ha habido en el mundo, en tanto que en los grandes peligros animaba á sus soldados diciendo: no temais, que con vosotros va la buena fortuna de César. Los filósofos estoicos tuvieron entendido que así como habia una causa primera, eterna, omnipotente y de infinita sabiduría, conocida por el órden y concierto de sus obras admirables, así hay otra imprudente y desatinada, cuyas obras son sin órden ni razon, y faltas de sabiduría, porque con una irracional aficcion da y quita á los hombres las riquezas, dignidades y honras. Llamáronla con este nombre fortuna, viendo que era amiga de los hombres que hacian sus cosas *fortè*, que quiere decir acaso, sin pensar, sin prudencia, ni guiarse por cuenta y razon.

Pintábala, para dar á entender sus costumbres y mañas, en forma de mujer, con un cetro real en la mano, vendados los ojos, puesta de piés sobre una bola redonda, acompañada de hombres necios, todos sin arte y manera de vivir. Por la forma de una mujer notaban su gran liviandad y poco saber, por el cetro real la confesaban por señora de las riquezas y honra. El tener vendados los ojos daba á entender el mal tiento que tiene en repartir estos dones. Estar de piés sobre la bola redonda significaba la poca firmeza que tiene en los favores que hace; con la misma facilidad que los da los torna á quitar, sin tener en nada estabilidad. Pero lo peor que en ella hallaron es que favorece á los malos y persigue á los buenos, ama á los necios y aborrece á los sabios, los nobles abaja, y á los viles ensalza, lo feo le

(1) Lib. I De offic.

agrada y lo hermoso le espanta. En la cual propiedad confiados muchos hombres que conocen su buena fortuna, se atreven á hacer hechos locos y temerarios, y les suceden muy bien, y otros hombres muy cuerdos y sabios, áun las cosas que van guiadas con mucha prudencia, no se atreven á ponerlas por obra, sabiendo ya por experiencia que estas tales tienen peores sucesos.

Cuán amiga sea la fortuna de gente ruin, pruébalo Aristóteles (1) preguntando: *Cur divitiæ magna ex parte ab hominibus pravis potius quam bonis habeantur?* Como si dijera: ¿qué es la razon por que la mayor parte de las riquezas están en poder de los malos, y la pobreza en los buenos. Al cual problema responde: *An quia fortuna cæca est discernere sibi, atque eligere quod melius non potest.* Como si respondiera que la fortuna es ciega y no tiene discrecion para elegir lo mejor. Pero ésta es respuesta indigna de tan grande filósofo, porque ni hay fortuna que dé las riquezas á los hombres, y puesto caso que la hubiera, no da la razon por que favorece siempre á los malos y desecha los buenos.

La verdadera solucion de esta pregunta es que los malos son muy ingeniosos y tienen fuerte imaginativa para engañar comprando y vendiendo, y saben granjear la hacienda y por donde se ha de adquirir. Y los buenos carecen de imaginativa, muchos de los cuales han querido imitar á los malos, y tratando con el dinero, en pocos dias perdieron el caudal. Esto notó Cristo, nuestro redentor (2), viendo la habilidad de aquel mayordomo á quien su señor tomó cuenta, que quedándose con buena parte de su hacienda, le dió finiquito de la administracion. La cual prudencia, aunque fué para mal, alabó Dios y dijo: *Quia filii hujus seculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt.* Como si dijera: más prudentes son los hijos de este siglo en sus invenciones y mañas, que los que son del bando de Dios; porque éstos son ordinariamente de buen entendimiento, con la cual potencia se aficionan á su ley, y carecen de imaginativa, á la cual potencia pertenece el saber vivir bien en el mundo, y así muchos son buenos moralmente, porque no tienen habilidad para ser malos. Esta manera de responder es más llana y palpable. Por no atinar los filósofos naturales á ella, fingieron una causa tan necia y desatinada como es la fortuna, á quien atribuyesen los malos y buenos sucesos, y no á la imprudencia ó mucho saber de los hombres.

Cuatro diferencias de gentes se hallan en cada república, si alguno las quiere buscar: unos hombres hay que son sabios y no lo parecen; otros lo parecen y no lo son; otros ni lo son ni lo parecen; otros lo son y lo parecen.

Hay unos hombres callados, tardos en hablar, pesados en responder, no pulidos ni con ornamento de palabras, y dentro de sí tienen oculta una potencia natural tocante á la imaginativa, con la cual conocen el tiempo, la ocasion de lo que han de hacer, el camino por donde lo han de guiar, sin comunicarlo con nadie ni darlo á entender. A éstos llama el vulgo dichosos y bien afortunados, pareciéndole que con poco saber y prudencia se les viene todo á la mano.

(1) 29 Sect., probl. 8.
(2) Lúcas, cap. XVI.

En contrario, hay otros hombres de grande elocuencia en hablar y decir, grandes trazadores, hombres que tratan de gobernar todo el mundo, y que fingen cómo con poco dinero se podria ganar de comer; que al parecer de la gente vulgar no hay más que saber, y venidos á la obra, todo se les deshace en las manos. Éstos se quejan de la fortuna y la llaman ciega, loca y bruta, porque las cosas que hacen y ordenan con mucha prudencia, hace que no tengan buen fin. Y si hubiera fortuna que pudiera responder por sí, les dijera: vosotros sois los necios, locos y desatinados, que siendo imprudentes, os teneis por sabios, y poniendo malos medios, quereis buenos sucesos. Este linaje de hombres tiene una diferencia de imaginativa, que pone ornamento y afeite en las palabras y razones, y les hace parecer lo que no son. Por donde concluyo que el capitan general que tuviere el ingenio que pide el arte militar, y mirare primero muy bien lo que quiere hacer, será bien afortunado y dichoso; y si no, por demas es pensar que saldrá con ninguna victoria, si no es que Dios pelea por él, como lo hacia con los ejércitos de Israel, y con todo eso se elegian los más sabios y prudentes capitanes que habia, porque ni conviene dejarlo todo á Dios, ni fiarse el hombre de su ingenio y habilidad; mejor es juntarlo todo, porque no hay otra fortuna sino Dios y la buena diligencia del hombre.

El que inventó el juego de ajedrez hizo un modelo del arte militar, representando en él todos los pasos y contemplaciones de la guerra, sin faltar ninguno. Y de la manera que en este juego no hay fortuna, ni se puede llamar dichoso el jugador que vence á su contrario, ni el vencido desdichado, así el capitan que venciere se ha de llamar sabio, y el vencido ignorante, y no dichoso ni mal afortunado. Lo primero que ordenó en este juego fué que en dando mate al rey, quedase el contrario victorioso, para dar á entender que todas las fuerzas de un ejército están puestas en la buena cabeza del que lo rige y gobierna. Y para hacer de ello demostracion, dió tantas piezas á uno como á otro, porque cualquiera que perdiese tuviese entendido que le faltó el saber, y no la fortuna. De lo cual se hace mayor evidencia considerando que un gran jugador á otro de ménos cabeza le da la mitad de las piezas, y con todo eso le gana el juego. Y así lo notó Vegecio (3), diciendo: *Pautiores numero, et inferioribus viribus super ventus, et insidias facientes sub bonis ducibus reportarunt sæpè victoriam.* Como si dijera: muchas veces acontece que pocos soldados y flacos vencen á los muchos y fuertes, si son gobernados por un capitan que sabe hacer muchos embustes y engaños.

Puso tambien que los peones no pudiesen volver atras, para avisar al capitan general que cuente bien las tretas ántes que envie los soldados al hecho, porque si salen erradas, ántes conviene que mueran en el puesto que volver las espaldas, porque no ha de saber el soldado que hay tiempo de huir ni acometer en la guerra sino es por órden del que los gobierna; y así en tanto que le duráre la vida ha de guardar su portillo, so pena de infame. Junto con esto puso otra ley, que el

(3) Lib. III, tít. IX.

...on que corriere siete casas sin que le prendan, reci... nuevo sér de dama, y pueda andar por donde qui...ere, y sentarle junto al rey como pieza libertada y no...e; en lo cual se da á entender que importa mucho ...a la guerra, para hacer los soldados valientes, prego...ar intereses, campos francos y honras á los que hi...eron hechos señalados. Especialmente si la honra y ...rovecho ha de pasar á sus descendientes, entónces ...hacen con mayor ánimo y valentía. Y así dice Aristó...teles (1) que en más estima el hombre el ser universal ...e su linaje, que su vida en particular. Esto entendió ...ien Saul cuando echó un bando á su ejército que de...cia (2): *Virum qui percusserit eum ditabit rex divitiis magnis, et filiam suam dabit ei: et domum patris ejus faciet absque tributo in Israel.* Como si dijera: cualquiera soldado que matáre á Goliat le dará el rey muchas riquezas y le casará con su hija, y la casa de su padre quedará libre de pechos y servicios. Conforme á este bando habia un fuero en España que disponia que cualquiera soldado que por sus buenos hechos mereciese devengar quinientos sueldos de paga, que era la más subida ventaja que se daba en la guerra, quedase él y todos sus descendientes para siempre jamas libres de pechos y servicios.

Los moros, como son grandes jugadores de ajedrez, tienen ordenados siete escalones en la paga, á imitacion de siete casas que ha de andar el peon para que sea dama; y así los van subiendo de una paga á dos, y de dos á tres hasta llegar á siete, conforme á los hechos que hiciere el soldado, y si es tan valeroso que mereciere tirar tan subida ventaja como siete, se la dan; y por esta causa los llaman septenarios ó mata-siete, los cuales tienen grandes libertades y exenciones, como en España los hidalgos.

La razon de esto es muy clara en filosofía natural, porque ninguna facultad hay de cuantas gobiernan al hombre que quiera obrar de buena gana, si no hay interes delante que la mueva. Lo cual prueba Aristóteles (3) de la potencia generativa, y en las demas corre la misma razon. El objeto de la facultad irascible, ya hemos dicho atras que es la honra y provecho; y si esto falta, luégo cesa el ánimo y valentía. De todo esto se entenderá la gran significacion que tiene el hacerse dama el peon que sin prenderle corre siete casas; porque en todas cuantas buenas noblezas ha habido en el mundo y habrá, han nacido y nacerán de peones y hombres particulares, los cuales con el valor de su persona hicieron tales hazañas, que merecieron para sí y para sus descendientes título de hijodalgos, caballeros, nobles, condes, marqueses, duques y reyes. Verdad es que hay algunos tan ignorantes y faltos de consideracion, que no admiten que su nobleza tuvo principio, sino que es eterna y convertida en sangre; no por merced del rey particular, sino por creacion sobrenatural y divina.

A propósito de este punto, aunque se va algo apartando de la materia, no puedo dejar de referir aquí un coloquio muy avisado que pasó entre el príncipe don Cárlos, nuestro señor, y el doctor Suarez de Toledo, siendo su alcalde de córte en Alcalá de Henares. *Príncipe.* Doctor, qué os parece de este pueblo?—*Doctor.* Señor, muy bien, porque tiene el mejor cielo y suelo que lugar tiene en España.—*P.* Por tal lo han escogido los médicos para mi salud. ¿Habeis visto la universidad?—*D.* No, señor.—*P.* Vedla; que es cosa muy principal y donde me dicen se leen muy bien las ciencias.—*P.* Por cierto que para ser un colegio y estudio particular, que tiene mucha fama; y así debe ser en la obra como vuestra alteza dice.—*P.* ¿Dónde estudiasteis vos?—*D.* Señor, en Salamanca.—*P.* ¿Y sois doctor por Salamanca?—*D.* No, señor.—*P.* Eso me parece muy mal, estudiar en una universidad y graduarse en otra.—*D.* Sepa vuestra alteza que el gasto de Salamanca en los grados es excesivo, y por eso los pobres huimos de él, y nos vamos á lo barato; entiendo que la habilidad y las letras no las recibimos del grado, sino del estudio y trabajo, aunque no eran mis padres tan pobres, que si quisiera no me graduáran por Salamanca; pero ya sabe vuestra alteza que los doctores de esta universidad tienen las mismas franquezas que los hijosdalgo de España; y á los que lo somos por naturaleza, nos hace daño esta exencion, á lo ménos á nuestros descendientes.—*P.* ¿Qué rey de mis antepasados hizo á vuestro linaje hidalgo?—*D.* Ninguno; porque sepa vuestra alteza que hay dos géneros de hijodalgos en España: unos son de sangre, y otros de privilegio; los que son de sangre, como yo, no recibieron su nobleza de mano del rey; y los de privilegio, sí.—*P.* Esto es para mí muy dificultoso de entender, y holgaria que me lo pusieres en términos claros, porque mi sangre real, contando desde mí, y luégo á mi padre, y tras él á mi abuelo, y así los demas por su órden, se viene á acabar en Pelayo, á quien por muerte del rey don Rodrigo lo eligieron por rey no siéndolo; si así contásemos vuestro linaje, ¿no vendriamos á parar en uno que no fuese hidalgo?—*D.* Este discurso no se puede negar, porque todas las cosas tienen principio.—*P.* Pues pregunto yo ahora: ¿de dónde hubo la hidalguía aquel primero que dió principio á vuestra nobleza? Él no pudo libertarse á sí, ni eximirse de los pechos y servicios que hasta allí habian pagado al rey sus antepasados; porque esto era hurto y alzarse por fuerza con el patrimonio real, y no es razon que los hidalgos de sangre tengan tan ruin principio como éste. Luego claro está que el rey le libertó y le hizo merced de aquella hidalguía, ó dadme vos de dónde la hubo.—*D.* Muy bien concluye vuestra alteza, y así es verdad que no hay hidalguía verdadera (4) que no sea hechura del rey. Pero llamamos hidalgos de sangre aquellos que no hay memoria de su principio, ni se sabe por escritura en qué tiempo comenzó ni qué rey hizo la merced. La cual oscuridad tiene la república recibida por más honrosa que saber distintamente lo contrario, etc.

La república hace tambien hidalgos, porque en sa-

(1) Lib. II *De anima.*
(2) Lib. *Regum*, cap. XVII.
(3) 4 Sect., probl. 16.

(4) Muy bien dijo el doctor Suarez verdadera hidalguía; porque hay muchas ejecutorias ganadas en España por la buena industria y maña del hidalgo, del cual se podria decir con más verdad que recibió la hidalguía de mano de los testigos y electores que del Rey.

liendo un hombre valeroso, de grande virtud y rico, no le osa empadronar, pareciéndole que es desacato y que merece por su persona vivir en libertad y no igualarle con la gente plebeya. Esta estimacion, pasando á los hijos y nietos, se va haciendo nobleza, y van adquiriendo derecho contra el rey. Éstos no son hidalgos de devengar quinientos sueldos. Pero, como no se puede probar, pasan por tales.

El español que inventó este nombre, hijodalgo, dió bien á entender la doctrina que hemos traido, porque segun su opinion, tienen los hombres dos géneros de nacimiento. El uno es natural, en el cual todos son iguales, y el otro espiritual. Cuando el hombre hace algun hecho heroico ó alguna extraña virtud y hazaña, entónces nace de nuevo y cobra otros mejores padres, y pierde el sér que ántes tenía. Ayer se llamaba hijo de Pedro y nieto de Sancho; ahora se llama hijo de sus obras. De donde tuvo orígen el refran castellano (1) que dice: cada uno es hijo de sus obras, y porque las buenas y virtuosas llama la divina Escritura algo, y los vicios y pecados nada (2), compuso este nombre, hijodalgo, que quiere decir ahora descendiente del que hizo alguna extraña virtud, por donde mereció ser premiado del rey ó de la república él y todos sus descendientes para siempre jamas.

La ley de la Partida dice que hijodalgo quiere decir (3) hijo de bienes; y si entiende de bienes temporales, no tiene razon, porque hay infinitos hijodalgos pobres, é infinitos ricos que no son hidalgos; pero si quiere decir hijo de bienes que llamamos virtud, tiene la misma significacion que dijimos. Del segundo nacimiento que han de tener los hombres, fuera del natural, hay manifiesto ejemplo en la divina Escritura, donde Cristo, nuestro redentor, reprende á Nicodémus (4) porque, siendo doctor de la ley, no sabía que era necesario tornar el hombre á nacer de nuevo para tener otro mejor sér y otros padres más honrados que los naturales. Y así todo el tiempo que el hombre no haga algun hecho heroico, se llama en esta significacion hijo de nada, aunque por sus antepasados tenga nombre de hijodalgo. Á propósito de esta doctrina, quiero contar aquí un coloquio que pasó entre un capitan muy honrado y un caballero que se preciaba mucho de su linaje; en el que se verá en qué consiste la honra, y cómo ya todos saben de este nacimiento segundo. Estando, pues, este capitan en un corrillo de caballeros tratando de la anchura y libertad que tienen los soldados en Italia, en cierta pregunta que uno de ellos le hizo, le llamó vos, atento que era natural de aquella tierra é hijo de unos padres de baja fortuna, y nacido en una aldea de pocos vecinos; el capitan, sentido de la palabra, respondió diciendo: señor, sepa vuestra señoría que los soldados que han gozado de la libertad de Italia no se pueden hallar bien en España, por las muchas leyes que hay contra los que echan mano á la espada. Los otros caballeros, viendo que le llamaba señoría, no pudieron sufrir la risa; de lo cual corrido el caballero, le dijo de esta manera: sepan vuestras mercedes que la señoría de Italia es en España merced, y como el señor capitan viene hecho al uso y costumbre de aquella tierra, llama señoría á quien ha de decir merced.

A esto respondió el capitan diciendo: no me tenga vuestra señoría por hombre tan necio que no me sabré acomodar al lenguaje de Italia estando en Italia, y al de España estando en España. Pero quien á mí me ha de llamar vos en España, por lo ménos ha de ser señoría de España, y se me hará muy de mal. El caballero, medio atajado, le replicó diciendo: pues ¿cómo, señor capitan? ¿vos no sois natural de tal parte é hijo de Fulano? ¿Y con esto no sabeis quién yo soy y mis antepasados? Señor, dijo el capitan, bien sé que vuestra señoría es muy buen caballero, y que sus padres lo fueron tambien, pero yo y mi brazo derecho, á quien ahora reconozco por padre, somos mejor que vos y todo vuestro linaje.

Este capitan aludió al segundo nacimiento que tienen los hombres en cuanto dijo: yo y mi brazo derecho, á quien ahora reconozco por padre, y tales obras podia haber hecho con su buena cabeza y espada, que igualase el valor de su persona con la nobleza del caballero.

Por la mayor parte, dice Platon, son contrarias la ley y naturaleza, porque sale un hombre de sus manos con ánimo prudentísimo, ilustre, generoso, libre, y con ingenio para mandar todo el mundo, y por nacer en casa de Amicla, que era un villano muy bajo, quedó por ley privado del honor y libertad en que naturaleza le puso. Por lo contrario, vemos otros cuyo ingenio y costumbres fueron ordenadas para ser esclavos y siervos, y por nacer en casas ilustres, quedan por ley hechos señores. Pero una cosa no se ha notado mil siglos atras, y es digna de considerar: que por maravilla salen hombres muy hazañosos ó de grande ingenio para las ciencias y armas, que no nazcan en aldeas ó lugares pajizos, y no en las ciudades muy grandes. Y es el vulgo tan ignorante, que toma por argumento en contrario nacer en lugares pequeños. De lo cual tenemos manifiesto ejemplo en la divina Escritura, que espantado el pueblo de Israel de las grandezas de Cristo, nuestro redentor, dijo: *A Nazareth potest quidquam boni exire?* Como si dijera: es posible que de Nazaret pudo salir cosa buena?

Pero volviendo al ingenio de este capitan que hemos dicho, él debia de juntar mucho entendimiento con la diferencia de imaginativa que pide el arte militar. Y así apuntó en este coloquio mucha doctrina, de la cual podrémos colegir en qué consiste el valor de los hombres para ser estimados en la república. Seis cosas me parece que ha de tener el hombre para que enteramente se pueda llamar honrado; y cualquiera de ellas que le falte quedará su sér menoscabado. Pero no están todas constituidas en un mismo grado, ni tienen el mismo valor ni quilates. La primera y más principal es el valor de la propia persona en prudencia, en justicia, en ánimo y valentía. Éste hace las riquezas y mayorazgos, de éste nacen los apellidos ilustres, de este principio tienen orígen todas las noblezas del mundo; y si no, vamos á las casas grandes de España, y hallarémos

(1) *Actorum*, cap. v.
(2) *Joannis*, cap. I.
(3) Lib. II, P. II, tit. XXI.
(4) *Joannis*, cap. III.

que casi todas tuvieron orígen de hombres particulares, los cuales con el valor de sus personas ganaron lo que ahora tienen sus descendientes. La segunda cosa que honra al hombre, despues del valor de la persona, es la hacienda, sin la cual ninguno vemos ser estimado en la república.

La tercera es la nobleza y antigüedad de sus antepasados: ser bien nacido y de claro linaje es una joya muy estimada, pero tiene una falta muy grande, que sola por sí es de muy poco provecho, así para el noble como para los demas que tienen necesidad. Porque ni es buena para comer, ni beber, ni vestir, ni calzar, ni para dar ni fiar; ántes hace vivir al hombre muriendo, privado de los remedios que hay para cumplir sus necesidades, pero junta con la riqueza no hay punto de honra que se le iguale. Algunos suelen comparar la nobleza al cero de la cuenta guarisma, el cual solo por sí no vale nada, pero junto con otro número le hace subir.

La cuarta que hace al hombre ser estimado es tener alguna dignidad ú oficio honroso, y por lo contrario, ninguna cosa baja tanto al hombre como ganar de comer en oficio mecánico.

La quinta cosa que honra al hombre es tener buen apellido y gracioso nombre, que haga buena consonancia en los oidos de todos, y no llamarse majagranzas ó majadero, como yo los conozco. Léese en la general historia de España que viniendo dos embajadores de Francia á pedir al rey D. Alonso IX una de sus hijas para casarla con el rey Filipo, su señor, que la una de ellas era muy hermosa, se llamaba Urraca, y la otra no era tan graciosa, pero tenía por nombre Blanca, y puestas ambas delante los embajadores, todos tuvieron entendido que echáran mano de la doña Urraca por ser la mayor y la más hermosa y estar más bien aderezada, pero preguntando los embajadores por el nombre de cada una, les ofendió el apellido de Urraca, y escogieron á la doña Blanca, diciendo que este nombre sería mejor recibido en Francia que el otro.

Lo sexto que honra al hombre es buen atavío de su persona, andar bien vestido y acompañado de muchos criados.

La buena descendencia de los hijodalgos de España es de aquellos que por el valor de su persona y las muchas hazañas que emprendieron, devengan en la guerra quinientos sueldos de paga. El cual orígen no han podido averiguar los escritores modernos, porque si no son las cosas que hallan escritas y dichas por otros, ninguno tiene propia invencion. La diferencia que pone Aristóteles (1) entre la memoria y reminiscencia es, que si la memoria ha perdido algo de lo que ántes sabía, no tiene poder para tornarse á acordar si no lo aprende de nuevo; pero la reminiscencia tiene una gracia particular, que si algo se le ha olvidado, con muy poco que le quede, discurriendo sobre ello torna á hallar lo que tiene perdido. Cuál sea el fuero que habla en favor de los buenos soldados, está ya perdido, así en los libros como en la memoria de los hombres. Pero han quedado estas palabras, hijodalgo de devengar quinientos sueldos, segun fuero de España, y de solar conocido; sobre las cuales discurriendo y raciocinando, fácilmente se hallarán las compañeras.

Dando Antonio de Lebrija la significacion de este verbo, *Vendico, as*, dice que significa devengar para sí, como si dijera tirar para sí aquello que se le debe por paga ó derecho; como ahora decimos en nueva manera de hablar, tirar gajes de rey ó ventajas. Y es tan usado en Castilla la Vieja decir: Fulano bien ha devengado su trabajo, cuando está bien pagado, que no hay entre la gente muy pulida otra manera de hablar más á la mano. De esta significacion tuvo orígen el llamar vengar cuando alguno se paga de la injuria que otro le ha hecho. Porque la injuria metafóricamente se llama deuda. Segun esto, querrá decir ahora Fulano es hijodalgo de devengar quinientos sueldos, que es descendiente de un soldado tan valeroso, que por sus hazañas mereció tirar una paga tan subida como son quinientos sueldos. El cual por fuero de España era libertado, él y todos sus descendientes, de no pagar pechos ni servicios al rey. El solar conocido no tiene más misterio de que cuando entraba un soldado en el número de los que devengaban quinientos sueldos, asentaban en los libros del rey el nombre del soldado, el lugar de donde era vecino y natural, y quiénes eran sus padres y parientes, para la certidumbre de aquel á quien se le hacia tanta merced: como parece hoy dia en el libro del becerro que está en Simancas, donde se hallarán escritos los principios de casi toda la nobleza de España.

La misma diligencia hizo Saul cuando David mató á Goliat, que luégo mandó á su capitan Abner (2) que supiese *de qua stirpe descendit hic adolescens*. Como si le dijera: sábeme, Abner, de qué padres y parientes desciende este mancebo, ó de qué casa en Israel. Antiguamente llamaban solar á la casa, así del villano como del hidalgo.

Pero ya que hemos hecho esta digresion, es menester volver al intento que llevamos, y saber de dónde proviene que en el juego del ajedrez, pues decimos que es el retrato de la milicia, se corre más el hombre de perder que á otro ninguno, sin que vaya interes ni se juegue de precio. Y de dónde puede nacer que los que están mirando ven más tretas que los que juegan, aunque sepan ménos, y lo que hace mayor dificultad es, que hay jugadores que en ayunas alcanzan más tretas que habiendo comido, y otros despues de comer juegan mejor.

La primera duda tiene poca dificultad, porque ya hemos dicho que ni en la guerra ni en el juego del ajedrez no hay fortuna, ni se permite decir quién tal pensára; todo es ignorancia y descuido del que pierde, y prudencia y cuidado del que gana. Y ser el hombre vencido en cosas de ingenio y habilidad, sin poder dar otra excusa ni achaque más que su ignorancia, no puede dejar de correrse; porque es racional y amigo de honra, y no puede sufrir que en las obras de esta potencia otro le haga ventaja; y así pregunta Aristóteles (3) qué es la causa que los antiguos no consintieron que hubiese premios señalados para los que venciesen á otros en las ciencias, y los pusieron para el mayor sal-

(1) Lib. *De memor. et reminiscent.*

(2) *Regum*, cap XVII.

(3) 30 Sect., probl. 10.

tador, corredor, tirador de barra y luchador. A esto responde que en las luchas y contiendas corporales sufre poner jueces para juzgar el exceso que el uno hace al otro, porque podrán dar con justicia el premio al que venciere, porque es muy fácil conocer por la vista que salta más tierra y corre con mayor velocidad. Pero en la ciencia es muy dificultoso el tantear con el entendimiento cuál excede á cuál, por ser cosa tan espiritual y delicada. Y si el juez quiere dar el premio con malicia, no todos lo podrán entender, por ser un juicio tan oculto al sentido de los que lo miran.

Fuera de esta respuesta, da Aristóteles otra mejor, diciendo que los hombres no se dan mucho que otros les hagan ventaja en tirar, luchar, correr y saltar, por ser gracias en que nos sobrepujan los brutos animales. Pero lo que no pueden sufrir con paciencia es que otro sea juzgado por más prudente y sabio; y así toman ódio con los jueces, y se procuran de ellos vengar, pensando que de malicia los quisieron afrentar. Y para evitar estos daños, no consintieron que en las obras tocantes á la parte racional hubiese jueces ni premios. De donde se infiere que hacen mal las universidades que señalen jueces y premios de primero, segundo y tercero, en licencias á los que mejor exámen hicieren. Porque allende que acontecen cada dia los inconvenientes que ha dicho Aristóteles, es poner á los hombres en competencia de quién ha de ser el primero. Y que esto sea verdad, parece claramente, porque viniendo un dia de camino los discípulos de Cristo, nuestro redentor, trataron entre sí cuál de ellos habia de ser el mayor, y estando ya en la posada, les preguntó su maestro sobre qué habian hablado en el camino; pero ellos, aunque rudos, bien entendieron que no era lícita la cuestion, y así dice el texto que no se lo osaron decir; pero como á Dios no se le esconde nada, les dijo de esta manera (1): *Si quis vult primus esse, erit omnium novissimus et omnium minister.* Como si les dijera: el que quisiese ser primero ha de ser el postrero y siervo de todos. Los fariseos eran aborrecidos de Cristo, nuestro redentor (2), porque *Amant autem primos accubitus in scœnis, et primas cathedras in Sinagogis.* La razon principal en que se fundan los que reparten los grados de esta manera es, que entendiendo los estudiantes que á cada uno han de premiar conforme á la muestra que diere, no dormirán ni comerán por no dejar el estudio. Lo cual cesaria no habiendo premio para el que trabajáre, ni castigo para el que holgáre y se echáre á dormir. Pero es muy liviana y aparente, y presupone un falso muy grande, y es que la ciencia se adquiere por trabajar siempre en los libros y oirla de buenos maestros, y nunca perder la leccion. Y no advierten que si el estudiante no tiene el ingenio y habilidad que piden las letras que estudia, es por demas quebrarse de noche y de dia la cabeza en los libros. Y es el error de esta manera: que entran en competencia dos diferencias de ingenio tan extrañas como esto, que el uno, por ser muy delicado, sin estudiar ni ver un libro, adquiere la ciencia en un momento, y el otro, por ser rudo y torpe, trabajando toda la vida, jamas sabe nada. Y vienen los jueces, como hombres, á dar primero á quien naturaleza hizo hábil y no trabajó, y postrero al que nació sin ingenio y nunca dejó el estudio; como si uno hubiera ganado las letras hojeando los libros, y otro perdídolas por echarse á dormir. Es como si pusiesen premio á dos corredores, y el uno tuviese buenos piés y ligeros, y al otro le faltase una pierna. Si las universidades no admitiesen á las ciencias sino á aquellos que tienen ingenio para ellas, y todos fuesen iguales, muy bien era que hubiese premio y castigo, porque el que supiese más, era claro que habia trabajado más, y el que ménos se habia dado á holgar.

A la segunda duda se responde que de la manera que los ojos han menester luz y claridad para ver las figuras y colores, así la imaginativa tiene necesidad de luz allá dentro en el cerebro para ver los fantasmas que están en la memoria. Esta claridad no la da el sol, ni el candil, ni la vela, ni los espíritus vitales que nacen en el corazon y se distribuyen por todo el cuerpo. Con esto es menester saber que el miedo recoge todos los espíritus vitales al corazon, y deja á oscuras el cerebro, y frias todas las demas partes del cuerpo; y así pregunta Aristóteles (3): *Cur voce, et manibus, et labio inferiori tremanit qui metuant?* Como si dijera ¿qué es la causa que los que tienen miedo les tiembla la voz, las manos y el labio inferior? A lo cual se responde que con el miedo se recoge el calor natural al corazon, y deja frias todas las partes del cuerpo, y de la frialdad hemos dicho atras, de opinion de Galeno (4), que entorpece todas las facultades y potencias del ánima, y no las deja obrar. Con esto está ya clara la respuesta de la segunda duda, y es, que los que están jugando al ajedrez tienen miedo de perder, por ser juego de pundonor y afrenta, y no haber en él fortuna, como hemos dicho, y recogiéndose los espíritus vitales al corazon, queda la imaginativa torpe por la frialdad y los fantasmas á oscuras, por las cuales dos razones no puede obrar bien el que juega. Pero los que están mirando, como no les va nada, ni tienen miedo de perder, con ménos saber alcanzan más tretas, por tener su imaginativa calor, y estar alumbradas las figuras con la luz de los espíritus vitales. Verdad es que la mucha luz deslumbra tambien la imaginativa, y acontece cuando el que juega está corrido y afrentado de ver que le ganan, entónces con el enojo crece el calor natural, y alumbra más de lo que es menester, de todo lo cual está reservado el que mira.

De aquí nace un efecto harto usado en el mundo, que el dia que el hombre quiere hacer mayor muestra de sí y dar á entender sus letras y habilidad, aquel dia lo hace peor. Otros hombres hay al reves, que puestos en aprieto hacen grande ostentacion, y salidos de allí no saben nada; de todo lo cual está la razon muy clara, porque el que tiene mucho calor natural en la cabeza, señalándole en veinte y cuatro horas una leccion de oposicion, húyele al corazon parte del calor natural, que tiene demasiado, y así queda el cerebro templado, y en esta disposicion, probarémos en el capítulo que se sigue, que se le ofrece al hombre mucho

(1) Math., cap. IX.
(2) Math., cap. XXIII.

(3) 7ª Sect., probl. 6.
(4) Lib. *Quod anim.*, c.

que decir. Pero el que es muy sabio y tiene grande entendimiento, puesto en aprieto, no le queda calor natural en la cabeza, con el miedo, y así, por falta de luz, no halla en su memoria qué decir.

Si esto considerasen los que ponen lengua en los capitanes generales, condenando sus tretas y el órden que dan en el campo, verian cuánta diferencia hay de estar mirando la guerra desde su casa, ó jugar lances en ella, con miedo de perder un ejército que el rey le ha puesto en sus manos.

No ménos daño hace el miedo al médico para curar, porque su práctica, hemos probado atras, pertenece á la imaginativa, la cual se ofende más con la frialdad que otra potencia ninguna, porque su obra consiste en calor, y así se ve por experiencia que los médicos curan mejor á gente vulgar que á los príncipes y grandes señores. Un letrado me preguntó un dia, sabiendo que yo trataba de esta invencion, qué era la causa que en el negocio que le pagaban bien se le ofrecian muchas leyes y apuntamientos en el derecho, y en los que no tenía cuenta con su trabajo, parece que le huia todo cuanto sabía; á lo cual respondió que el interes pertenece á la facultad irascible, la cual reside en el corazon; y si no está contenta, no da de buena gana los espíritus vitales, con la luz de los cuales se han de ver las figuras que hay en la memoria; pero estando satisfecha, da con alegría el calor natural. Y así tiene el ánima racional claridad bastante para ver todo lo que está escrito en la cabeza. Esta falta tienen los hombres de grande entendimiento, ser escasos y muy interesales, y en éstos se echa más de ver la propiedad de aquel letrado. Pero bien mirado ello, parece ser acto de justicia querer ser pagado el que trabaja en la viña ajena.

La misma razon corre por los médicos, á los cuales, estando bien pagados, se les ofrecen muchos remedios, y si no, tan bien les huye el arte como al letrado. Pero una cosa se ha de notar aquí muy importante, y es, que la buena imaginativa del médico en un momento atina á lo que conviene hacer. Y si se pone despacio á mirarlo, luégo acuden mil inconvenientes que le dejan suspenso, y entre tanto se pasa la ocasion del remedio. Y así nunca conviene al buen médico encomendarle que mire bien lo que ha de hacer, sino que ejecute aquello que primero le pareció.

Porque atras hemos probado que la mucha especulacion sube de punto el calor natural, y tanto puede crecer que desbarate la imaginativa; pero al médico que la tiene remisa no le hará daño estar mucho contemplando; porque subiendo el calor al cerebro, vendrán á alcanzar el punto que esta potencia ha menester.

La tercera duda tiene por lo dicho la respuesta muy clara, porque la diferencia de imaginativa con que se juega al ajedrez pide cierto punto de calor para alcanzar las tretas, y el que juega bien en ayunas, tiene entónces la intension de calor que ha menester, pero con el calor de la comida sube del punto que es necesario, y así juega ménos; ó al reves acontece á los que juegan bien despues de comer, que subiendo el calor con los alimentos y el vino, alcanza el punto que le faltaba en ayunas; y así conviene enmendar un lugar de Platon que dice (1) haber desviado naturaleza con prudencia el hígado del cerebro, porque los alimentos con sus vapores no perturbasen la contemplacion del ánima racional. Y si entienden en las obras que pertenecen al entendimiento, dice muy bien; pero no ha lugar en algunas diferencias de imaginativa: lo cual se ve por experiencia claramente en los convites y banquetes, que yendo la comida de medio abajo, comienzan los convidados á decir gracias, donaires y apodos, y al principio ninguno hallaba qué decir; pero ya al fin de la comida apénas aciertan á hablar, por haber subido de punto el calor que pide la imaginativa. Los que han menester comer y beber un poco para que se les levante la imaginativa, son los melancólicos por adustion, porque éstos tienen el cerebro como cal viva, la cual tomada en la mano está fria y seca al toque, pero si la rocian con algun licor, no se puede sufrir el calor que levanta.

Tambien se ha de corregir aquella ley que trae Platon de los cartagineses (2), por la cual prohibian que los capitanes no bebiesen vino estando en la guerra, ni los gobernadores durante el año de su magistrado; y aunque Platon la tiene por muy justa, y nunca la acaba de loar, es menester hacer distincion. La obra del juzgar, ya hemos dicho atras pertenece al entendimiento, y que esta potencia aborrece el calor, y para esto hace muy gran daño el vino. Pero gobernar una república, que es distinta cosa de tomar un proceso y sentenciarle, pertenece á la imaginativa, y ésta pide calor. Y no llegando al punto que es necesario, bien puede el gobernador beber un poco de vino para hacerle llegar. Lo mismo se entiende del capitan general, cuyo consejo se ha de hacer tambien con la imaginativa. Y si con alguna cosa caliente se ha de subir el calor natural, ninguna lo hace tan bien como el vino; pero ha de ser moderadamente bebido, porque no hay alimento que tanto ingenio dé al hombre, ó se lo quite, como este licor. Y así conviene que el capitan general tenga conocida la manera de su imaginativa, si es de las que han menester comer y beber para suplir el calor que le falta ó estar en ayunas; porque en solo esto está alcanzar una treta ó perderla.

CAPÍTULO XVII (3).

Donde se declara á qué diferencia de habilidad pertenece el oficio de rey, y qué señales ha de tener el que tuviere esta manera de ingenio.

Cuando Salomon fué elegido por rey y caudillo de un pueblo tan grande y numeroso como Israel, dice el texto que para poderlo regir y gobernar, pidió sabiduría del cielo y nada más (4). La cual demanda fué tan á gusto de Dios, que en pago de haber acertado tan bien, le hizo el más sabio rey del mundo, y no contento con esto, le dió muchas riquezas y gloria, encareciéndole siempre su gran peticion. De donde se infiere claramente que la mayor prudencia y sabiduría que puede haber en el hombre, ésa es el fundamento en que estriba el

(1) *Dialogo de natura.*
(2) Lib. II *De legibus.*
(3) Décimocuarto de la edicion primitiva.
(4) 3 *Regum*, cap. III.

oficio de rey, la cual conclusion es tan cierta y verdadera, que no es menester gastar tiempo en probarla. Sólo conviene mostrar á qué diferencia de ingenio pertenece el arte de ser rey, y tal cual la república lo ha menester, y traer las señales con que se ha de conocer el hombre que tuviere tal ingenio y habilidad. Y así es cierto que como el oficio de rey excede á todas las artes del mundo, de la misma manera pide la mayor diferencia de ingenio que naturaleza puede hacer. Cuál sea ésta áun no lo hemos dicho hasta aquí, ocupados en repartir á las demas artes sus diferencias y modos; pero ya que la tenemos en las manos, es de saber que de nueve temperamentos que hay en la especie humana, solo uno dice Galeno (1) que hace al hombre prudentísimo en todo lo que naturalmente puede alcanzar, en el cual las primeras calidades están en tal peso y medida, que el calor no excede á la frialdad, ni la humedad á la sequedad, ántes se hallan en tanta igualdad y conformes, como si realmente no fueran contrarias ni tuvieran oposicion natural. De lo cual resulta un instrumento tan acomodado á las obras del ánima racional, que viene el hombre á tener perfecta memoria para las cosas pasadas, y grande imaginativa para ver lo que está por venir, y grande entendimiento para distinguir, inferir, raciocinar, juzgar y elegir. Las demas diferencias de ingenio que hemos contado, ninguna de ellas tiene entera perfeccion, porque si el hombre tiene grande entendimiento por la mucha sequedad, no puede aprender las ciencias que pertenecen á la imaginativa y memoria; y si tiene grande imaginativa por el mucho calor, queda inhabilitada para las ciencias del entendimiento y memoria; y si grande memoria por la mucha humedad, ya hemos dicho atras cuán inhábiles son los memoriosos para todas las ciencias. Sola esta diferencia de ingenio que vamos buscando es la que responde á todas las artes en proporcion. Cuánto daño haga á una ciencia no poderse juntar las demas, notólo Platon diciendo que la perfeccion de cada una en particular depende de la noticia y conocimiento de todas; ningun género de letras hay tan disparatado para otro, que saberlo muy bien no ayude á su perfeccion. Pero ¿qué será que con haber buscado esta diferencia de ingenio con mucho cuidado, sola una he podido hallar en España? Por donde entiendo que dijo muy bien Galeno que fuera de Grecia, ni por sueños hace naturaleza un hombre templado, ni con el ingenio que requieren todas las ciencias. La razon de esto tráela el mismo Galeno, diciendo (2) que Grecia es la region más templada que hay en el mundo, donde el calor del aire no excede á la frialdad, ni la humedad á la sequedad. La cual templanza hace á los hombres prudentísimos y hábiles para todas las ciencias, como parece considerando el gran número de varones ilustres que de ella han salido: Sócrates, Platon, Aristóteles, Hipócrates, Galeno, Theophrasto, Demóstenes, Homero, Táles, Milesio, Diógenes, Cínico, Solon y otros infinitos sabios de quien las historias hacen mencion, cuyas obras hallarémos llenas de todas las ciencias. No como los escritores de otras provincias, que si escriben medicina ó cualquiera otra ciencia, por maravilla llaman las demas letras que le dan ayuda y favor. Todos son pobres y sin caudal, por no tener ingenio para todas las artes. Pero lo que me espanta de Grecia es, que siendo el ingenio de las mujeres tan repugnante á las letras, como adelante probarémos, hubo tantas griegas y tan señaladas en ciencias que vinieron á competir con los hombres muy racionales, como se lee de Leoncia, mujer sapientísima, que siendo Theophrasto el mayor filósofo que hubo en su tiempo, escribió contra él, notándole muchos errores en filosofía. Y si miramos las otras regiones del mundo, apénas ha salido de ellas un ingenio que sea notable. Y es la causa habitar en lugares destemplados, por donde se hacen los hombres feos, torpes de ingenio y de malas costumbres. Y así pregunta Aristóteles (3): *Cur efferis et moribus et aspectibus sunt, qui in nimio vel æstu vel frigore colunt?* Como si preguntara: ¿por qué los hombres que habitan en lugares muy calientes ó muy frios, los más son feos de rostro y de malas costumbres? Al cual problema responde muy bien, diciendo (4) que la buena temperatura no solamente hace buena gracia en el cuerpo, pero aprovecha tambien al ingenio y habilidad. Y de la manera que los excesos del calor y de la frialdad impiden á naturaleza que no saque al hombre bien figurado, por la misma razon se desbarata el armonía del alma y le hace torpe de ingenio. Esto tenian bien entendido los griegos, pues llamaban á todas las naciones del mundo bárbaras, viendo su inhabilidad y poco saber (5). Y así vemos que cuantos nacen y estudian fuera de Grecia, si son filósofos, ninguno llega á Platon y Aristóteles; si médicos, á Hipócrates y Galeno, si oradores á Demóstenes, si poetas ó Homero, y así en las demas ciencias y artes, siempre los griegos han tenido la primacía, sin ninguna contradiccion. A lo ménos el problema de Aristóteles se verifica bien en los griegos, porque realmente son los más hermosos hombres del mundo, y de más alto ingenio, sino que han sido desgraciados, oprimidos con armas, sujetos y maltratados por la venida del turco; éste hizo desterrar las letras y pasar la universidad de Aténas á Paris de Francia, donde ahora está. Y así, por no cultivarlos se pierden ahora tan delicados ingenios como los que arriba contamos. En las demas regiones fuera de Grecia, aunque hay escuela y ejercicio de letras, ningun hombre ha salido en ellas muy eminente.

Harto piensa el médico que ha hecho si alcanzó con su ingenio á lo que dijo Hipócrates y Galeno. Y el filósofo natural no cabe de ciencia, porque le parece que entiende á Aristóteles. Pero, con todo eso, no es regla universal que todos los que nacen en Grecia han de ser por fuerza templados y sabios, y los demas destemplados y necios. Porque de Anacharsis, natural de Scitia, cuenta el mismo Galeno que fué de admirable ingenio entre los griegos (aunque bárbaro), con el que riñendo

(1) Lib. I *De tem.*, cap. IX, et lib. *Quod anim. mores*, cap. IV, et Plato, *Diálogo de nat.*
(2) *Lib. II De sanitate tuenda.*

(3) 14 sect., probl. 1.
(4) *Optima est temperies, non corporis solum, verum etiam intelligentiæ hominis prodest.* (Aris., 13 sect., probl. 1.)
(5) *Græcis ac barbaris, sapientibus insipientibus debitor sum.* (Ad Roman., cap. I.)

un filósofo natural de Aténas, le dijo: anda para bárbaro. El Anacharsis le respondió diciendo: *Patria mihi dedecori est, tu vero patriæ.* Como si le dijera: mi patria es afrenta para mí, y tú eres afrenta de tu patria. Porque siendo Scitia una region tan destemplada y donde tantos necios se crian, salia yo sabio, y naciendo tú en Aténas, que es el lugar de ingenio y sabiduría, eres un asno. De manera que no hay que desesperar de esta temperatura, ni pensar que es caso imposible hallarla fuera de Grecia, mayormente en España (region no muy destemplada), porque por la misma razon que yo he hallado una, habrá otras muchas que no han llegado á mi noticia ni las he podido examinar. Por donde será bien traer las señales con que se conoce el hombre templado, para que donde le hubiere no se pueda encubrir. Muchas señales ponen los médicos para descubrir esta diferencia de ingenio, pero las más principales y que mejor le dan á entender son las que se siguen. La primera, dice Galeno (1) que ha de tener el cabello subrufo, que es un color de blanco y rubio mezclado, y pasando de edad en edad dorándose más. Y está la razon muy clara, porque la causa material de que se hace el cabello, dicen los médicos que es un vapor grueso, que se levanta del cocimiento que hace el cerebro al tiempo de su nutricion. Y cual color tiene el miembro, tal le toman sus excrementos (2). Si el cerebro tiene mucha flema en su composicion, sale el cabello blanco; si mucha cólera, azafranado; pero estando estos dos humores igualmente mezclados, queda el cerebro templado en calor, frialdad, humedad y sequedad, y el cabello rubio, participante de ambos extremos. Verdad es que dice Hipócrates (3) que este color en los hombres que viven bajo del Septentrion (como son ingleses, flamencos y alemanes) nace de estar la blancura quemada por la mucha frialdad, y no por la razon que decimos. Y así es menester advertir en esta señal, porque es muy engañosa. La segunda señal que ha tener el hombre que alcanzáre esta diferencia de ingenio, dice Galeno (4) que es ser bien sacado y airoso, de buena gracia y donaire; de manera que la vista se recree en mirarlo, como figura de gran perfeccion; y está la razon muy clara, porque si naturaleza tiene muchas fuerzas y simiente bien sazonada, siempre hace de las cosas posibles la mejor y más perfecta en su género; pero viéndose alcanzada de fuerzas, muchas veces pone su estudio en la formacion del cerebro, por ser el principal asiento del alma racional, y procura que la falta quede en las demas partes del cuerpo. Y así vemos muchos hombres bastos y feos, pero muy delicados de ingenio. La cantidad de cuerpo que ha de tener el hombre templado, dice Galeno (5) que no está determinada por naturaleza, porque puede ser grande, pequeño y de mediana estatura, conforme á la cantidad de simiente templada que hubo al tiempo que se formó; pero para lo que toca al ingenio, mejor es la moderada estatura en los hombres templados, que la grande ni pequeña. Y si á uno de los dos extremos se ha de inclinar, mejor es á pequeño que á grande, porque los muchos huesos y carne, probamos atras (de opinion de Platon y Aristóteles) que hace mucho daño al ingenio. Conforme esto, suelen los filósofos naturales preguntar: *Cur homines, qui brevi sunt corpore, prudentiores magna ex parte sunt quam qui longo?* (6) Dice: ¿qué es la causa que por la mayor parte los hombres pequeños son más prudentes que los largos? Para comprobacion de lo cual citan á Homero, que dice ser Ulises prudentísimo y pequeño de cuerpo, y por lo contrario, Ayax estultísimo y de larga estatura. A esta pregunta responden muy mal, diciendo que recogida el alma racional en breve espacio tiene más fuerzas para obrar, conforme aquel dicho muy celebrado: *Virtus unita, fortior est se ipsa dispersa.* Y por lo contrario, en estando en un cuerpo largo y espacioso, no tiene virtud bastante para poderlo mover y animar. Pero no es ésta la razon, sino que los hombres largos tienen mucha humedad en su composicion, la cual hace las carnes muy dilatables y obedientes á la aumentacion que procura hacer siempre el calor natural. Al reves acontece en los pequeños de cuerpo, que por la mucha sequedad no pueden hacer correr sus carnes, ni el calor natural las puede dilatar ni ensanchar, por donde quedan de breve estatura (7). Y entre las calidades primeras, tenemos probado atras que ninguna echa tanto á perder las obras del alma racional como la mucha humedad, ni quien avive tanto el entendimiento como la sequedad. La tercera señal con que se conoce el hombre templado, dice Galeno (8) que es ser virtuoso y de buenas costumbres, porque ser malo y vicioso, dice Platon (9) que nace de tener el hombre alguna calidad destemplada que le irrita á pecar, y si ha de obrar conforme á virtud, ha menester primero negar su inclinacion natural. Pero el que fuere puntualmente templado, en tanto que estuviere sano tiene que hacer esta diligencia, porque las potencias inferiores no le pedirán nada contra razon. Y por tanto, dice Galeno (10) que al hombre que tuviere esta temperatura no le pongamos tasa en lo que ha de comer y beber, porque nunca sale de la cantidad y medida que el arte de medicina le podria señalar. Y no se contenta Galeno con llamarlos temperatísimos, pero áun las demas pasiones del alma, dice que no es menester moderárselas, porque su enojo, su tristeza, su placer y alegría están siempre medidas con la razon, de donde nace el estar siempre sanos, y nunca enfermar, que es la cuarta señal. Pero en esto no tiene razon Galeno; porque es imposible componerse un hombre, que sea en todas sus potencias perfecto, como es el cuerpo templado; y que la irascible concupiscible no salga superior á la razon y la irrite á pecar. Y así no conviene dejar á ningun hombre (por templado que sea) que siempre siga la inclinacion natural, sin irle á la mano y corregirle con la razon. Esto

(1) Lib. *Artis med.*, cap. XIII.
(2) Lib. 1, *De temper.* Gal.
(3) Lib. *De aere, locis et aquis.*
(4) Lib. *De optima corporis constitutione*, cap. IV, y 1 lib. *De sanitate tuenda.*
(5) Lib. *De optima corporis const.*, cap. IV.
(6) Alejandr. Aphro., lib. 1, problema 26.
(7) Gal., lib. *De optima corporis const.*, cap. IV.
(8) Lib. 1 *Sanitate tuenda.*
(9) *Dialogo de natura.*
(10) Lib. De sanitate tuenda.

se deja entender fácilmente, considerando el temperamento que ha de tener el cerebro para que sea conveniente instrumento de la facultad racional, y el que ha de tener el corazon para que la irascible apetezca gloria, imperio, victoria, y ser á todos superior; y el que ha de tener el hígado para cocer los manjares, y el que han de tener los testículos para poder conservar la especie humana y hacerla que pase adelante. Del cerebro hemos dicho muchas veces atras que ha de tener humedad para la memoria, y sequedad para el entendimiento, y calor para la imaginativa. Pero con todo eso, su natural temperamento es frialdad y humedad, y por razon de la intension y remision de estas dos calidades, unas veces lo llamamos caliente, otras frio, otras húmedo y otras seco; pero jamas sale de frio y húmedo á predominio. El hígado, donde reside la facultad concupiscible, tiene por natural temperamento el calor y humedad á predominio, del cual jamas sale en tanto que vive el hombre, y si alguna vez decimos estar frio, es porque no tiene todos los grados de calor que requieren sus obras. Del corazon, que es el instrumento de la facultad irascible, dice Galeno (1) que es tan caliente de su propia naturaleza, que si vivo el animal metiésemos el dedo dentro de sus cavidades, era imposible poderlo sufrir un momento sin abrasarse. Y aunque algunas veces lo llamamos frio, nunca se ha de entender á predominio, porque éste es caso imposible, sino que no tiene tanta intension de calor como han menester sus obras.

En los testículos, donde reside la otra parte de la facultad concupiscible, corre la misma razon, porque su natural temperamento es calor y sequedad á predominio. Y si algunas veces decimos que el hombre tiene los testículos frios, no ha de entenderse absolutamente ni á predominio, sino que carece de la intension de calor que ha menester la facultad generativa. De aquí se infiere claramente que si el hombre está bien compuesto y organizado, ha de tener por fuerza calor excesivo en el corazon, sopena que la facultad irascible quedára muy remisa; y si el hígado no es caliente en exceso, no podrá cocer los alimentos ni hacer sangre para la nutricion; y si los testículos no fuesen más calientes que frios, quedaba el hombre impotente y sin fuerza para engendrar. Por donde, siendo estos miembros tan fuertes como decimos, necesariamente se ha de alterar el cerebro con el mucho calor, que es una de las calidades que más perturba la razon, y lo que peor es, que la voluntad, siendo libre, se irrita é inclina á condescender con los apetitos de la porcion inferior. A esta cuenta parece que la naturaleza no puede hacer un hombre que sea perfecto en todas sus potencias, y sacarlo inclinado á virtud (2).

Cuán repugnante es á la naturaleza del hombre salir inclinado á virtud, pruébase claramente considerando la compostura del primer hombre, que con ser la más perfecta que ha habido en toda la especie humana (después de la de Cristo, nuestro redentor), y hecha de las manos de tan grande artífice, con todo eso, si Dios no le infundiera una calidad sobrenatural que le reprimiera la porcion inferior, era imposible, quedando á los principios de su naturaleza, dejar de ser inclinado al mal. Y que Dios hiciese á Adan de perfecta irascible, bien se deja entender, porque cuando les dijo y mandó: *Crescite et multiplicamini, et replete terram*, cierto es que les dió fuerte potencia para engendrar, y que no los hizo frios, pues les mandó que hinchesen la tierra de hombres, la cual obra no se puede hacer sin mucho calor. No ménos calor dió á la facultad nutritiva, con la cual habia de reparar la substancia perdida y rechazar otra en su lugar, pues les dijo: *Ecce dedi vobis omnem herbam afferentem semen super terram et universa ligna quæ habent in semetipsis sementem generis sui ut sint vobis in escam*. Porque si Dios les diera el hígado y estómago frio y con poco calor, cierto es que no pudieran cocer el manjar ni conservarle novecientos y treinta años en el mundo.

Tambien le fortificó el corazon, y le dió una facultad irascible, acomodada para ser rey y señor y mandar todo el mundo. Y le dijo: *Subjicite terram, et dominamini piscibus maris et volatilibus cœli, et universis animantibus quæ moventur super terram*. Y si no le diera mucho calor, no tuviera brío ni autoridad para tener imperio, mando, gloria, majestad y honor. Cuánto daño haga al príncipe tener la irrascible remisa no se puede encarecer, porque por sola esta causa viene á no ser temido, obedecido ni reverenciado de los suyos. Despues de fortificada la irascible y concupiscible, dando á los miembros que hemos dicho tanto calor, pasó á la facultad racional, y le hizo un cerebro en tal punto frio y húmedo y con tan delicada sustancia, que el ánima pudiese con él discurrir y filosofar, y aprovecharse de la ciencia infusa. Porque ya hemos dicho y probado atras que para Dios dar alguna ciencia sobrenatural á los hombres, los dispone primero el ingenio, y los hace capaces con disposiciones naturales, dadas de antemano para poderla recibir. Y así dice el texto (3): *Et cor dedit illis excogitandi, et disciplina intellectus replevit illos*. Siendo, pues, la facultad irascible y concupiscible tan poderosa por el mucho calor, y la racional tan flaca y remisa para resistir, proveyó Dios de una calidad sobrenatural, que llaman los teólogos justicia original, con la cual se reprimen los ímpetus de la porcion inferior, y la parte racional quedó superior, y el hombre inclinado á virtud. Pero en pecando, nuestros primeros padres perdieron esta calidad, y quedó la irascible y concupiscible en su naturaleza y superior á la razon, por las fortalezas de los tres miembros que dijimos, y el hombre, *Pronus ab adolescentia sua ad malum*. Adan fué criado en la edad de la adolescencia, la cual, segun los médicos (4), es la más templada de todas, y desde aquella edad fué inclinado á mal, sino fué aquel poco de tiempo que estuvo en gracia y con justicia original. De esta doc-

(1) Lib. *De usu pulsu*.

(2) El corazon envia calor al cerebro por las artérias, el hígado por las venas, y los testículos por los mismos caminos. Aunque el hombre es irritado de su mala compostura, pero con todo eso; queda libre para hacer lo que quisiere. *Apposuit tibi aquam et ignem ad quod volueris corrigere manum tuam.* (*Ecclesiast.*, *cap. xv.*)

(3) *Eclès.*, cap. xvii.

(4) Gal., lib. vi De sanit. tuenda.

trina se infiere en buena filosofía natural que si el hombre ha de hacer algun acto de virtud en contradiccion de la carne, es imposible poderlo obrar sin auxilio exterior de gracia, por ser las calidades con que obra la potencia inferior de mayor eficacia. Dije con contradiccion de la carne, porque hay muchas virtudes en el hombre que nacen de ser flaca la irascible y concupiscible, como es la castidad en el hombre frio; pero esto ántes es impotencia para obrar que virtud. Por donde, sin que la Iglesia católica nos enseñára que sin auxilio particular de Dios no podemos vencer nuestra naturaleza, nos lo dice la filosofía natural, y que la gracia conforta nuestra voluntad.

Lo que quiso decir, pues, Galeno, fué, que el hombre templado excede en virtud á los demas que carecen de esta buena temperatura, porque es ménos irritada de la porcion inferior.

La quinta propiedad que tienen los de esta temperatura es ser de muy larga vida, porque son muy poderosos para resistir á las causas y achaques con que enferman los hombres. Y esto es lo que quiso decir el Real profeta David (1): *Dies annorum nostrorum in ipsis septuaginta anni, si autem in potentatibus octoginta anni, et amplius eorum labor et dolor.* Como si dijera: el número de años que ordinariamente viven los hombres llega hasta setenta, y si los potentados viven ochenta, pasando de allí mueren viviendo. Llama potentados á los que son de esta temperatura, porque resisten más que todos á las causas que abrevian la vida.

La última señal pone Galeno diciendo (2) que son prudentísimos, de grande memoria para las cosas pasadas, de grande imaginativa para alcanzar lo que está por venir, y de grande entendimiento para saber la verdad en todas las cosas. No son malignos, astutos ni cavilosos, porque esto nace de ser vicioso el temperamento.

Tal ingenio como éste, cierto es que no le hizo naturaleza para estudiar latin, dialéctica, filosofía, medicina, teología ni leyes, porque puesto caso que todas estas ciencias las podia fácilmente aprender, pero ninguna de ellas hinche toda su capacidad. Solo el oficio de rey se responde en proporcion, y en regir y gobernar se ha de emplear.

Esto se entenderá fácilmente discurriendo por todas las propiedades y señales que de los hombres templados hemos contado, considerando de cada una cuánto convenga al cetro real, y cuán impertinente sea á las demas ciencias y artes.

Ser el rey hermoso y agraciado es una de las cosas que más convida á los súbditos á quererle y amarle, porque el objeto del amor dice Platon (3) que es la hermosura y buena proporcion, y si el rey es feo y mal tallado, es imposible que los suyos le tengan aficion, ántes se afrentan de que un hombre imperfecto y falto de los bienes de la naturaleza los venga á regir y mandar.

Ser virtuoso y de buenas costumbres, bien se deja entender lo que importa, porque quien ha de ordenar la vida á los súbditos y darles reglas y leyes para vivir conforme á razon, conviene que él haga otro tanto, porque cual es el rey, tales son los grandes, medianos y pequeños. Ademas de que por esta via autorizará más sus mandamientos, y podrá con mejor título castigar á los que no los guardaren.

Tener perfeccion en todas las potencias que gobiernan al hombre, generativa, nutritiva, irascible y racional, conviene más al rey que á otro artífice ninguno, porque, como dice Platon (4), en república bien ordenada habia de haber casamenteros que con arte supiesen conocer las calidades de las personas que se habían de casar, para dar á cada hombre la mujer que le corresponde en proporcion, y á cada mujer su hombre determinado. Con la cual diligencia nunca se frustraria el fin principal del matrimonio, porque vemos por experiencia que una mujer con el primer marido no pudo concebir, y casándose con otro, luégo tuvo generacion; y muchos hombres no tener hijos en la primera mujer, y casándose con otra haberlos luégo sin dilacion. Mayormente dice Platon que convenia este arte en los casamientos de los reyes, porque, como importa tanto á la paz y sosiego del reino que su príncipe tenga hijos legítimos en quien suceda el estado, podria acontecer que, casándose el rey á tiento, topase una mujer estéril, con quien estuviese impedido toda la vida, sin esperanza de generacion; y muerto sin herederos, luégo nacen guerras civiles sobre quién ha de mandar.

Pero este arte, dice Hipócrates (5) que es necesaria para los hombres destemplados, y no para los que tienen el temperamento perfecto que hemos pintado. Éstos no han menester hacer eleccion de mujeres, ni buscar cuál les responde en proporcion, porque con cualquiera que se casaren, dice Galeno (6) que tendrán luégo generacion.

Pero entiéndese estando la mujer sana y siendo de la edad en que segun órden de naturaleza las mujeres suelen empreñarse y parir.

De manera que la fecundidad está mejor en el rey que en otro artífice ninguno, por las razones que hemos dicho.

La potencia nutritiva, si es golosa, comedora y bebedora, dice Galeno (7) que nace de no tener el hígado y el estómago la temperatura que conviene á sus obras. Por donde se hacen los hombres lujuriosos, enfermos y de muy corta vida. Pero si estos miembros están templados y con la compostura que han de tener, dice el mismo Galeno (8) que no apetece más cantidad de comida ni bebida de la que es necesaria para sustentar la vida. La cual propiedad es tan importante al rey, que tiene Dios bienaventurada la tierra que alcanza tal príncipe (9): *Beata terra cujus rex nobilis*

(1) Psalm. LXXXVIII.
(2) Lib. 1 *De temp.*, cap. IX.
(3) *Diálogo de pulcro.*

(4) *In Theæteto.*
(5) Lib. *De vaht.*, comment. 11.
(6) *Apho.*, com. 2.
(7) Lib. *De sanit. tuen.*
(8) Lib. *De sanit. tuen.*
(9) *Eccles.*, cap X.

est, et cujus principes vescuntur in tempore suo, ad reficiendum, et non ad luxuriam.

De la facultad irascible, si es intensa ó remisa, dice Galeno que es indicio de estar el corazon mal compuesto y de no tener la temperatura que la perfeccion de sus obras ha menester. De los cuales dos extremos ha de carecer el rey más que otro artífice ninguno (1), porque juntar la iracundia con el mucho poder, no es cosa que conviene á los súbditos. Ni ménos está bien al rey tener la irascible remisa, porque pasando livianamente por las cosas mal hechas y atrevidas en su reino, viene á no ser temido ni reverenciado de los suyos. De lo cual suelen nacer muchos daños en la república, y malos de remediar.

Pero siendo el hombre templado, enójase con mucha razon, y es pacífico cuando conviene. La cual propiedad es tan necesaria en el rey como todas las que hemos dicho.

La facultad racional imaginativa, memoria y entendimiento, cuánto importe ser perfecta en el rey más que en otro ninguno pruébase claramente; porque las demas ciencias y artes parece que se pueden alcanzar y poner en práctica con las fuerzas del ingenio humano. Para gobernar un reino, tenerlo en paz y concordia, no solamente es menester que el rey tenga prudencia natural para ello, pero es necesario que Dios asista particularmente con su entendimiento y le ayude á gobernar, y así lo nota la divina Escritura diciendo (2): *Cor regis in manu Domini.*

Tambien vivir muchos años y estar siempre sano, es propiedad más conveniente al buen rey que á otro artífice ninguno; porque su industria y trabajo es bien universal para todos, y si no tiene salud para poderlo llevar, quedó perdida la república.

Toda esta doctrina que hemos traido se confirmaria claramente si hallásemos por historia verdadera que en algun tiempo se hubiese elegido algun hombre famoso por rey, y que no le faltase ninguna de estas señales ni condiciones que hemos dicho (3). Y esto tiene la verdad, que jamas le faltan argumentos con que probarse.

Cuenta la divina Escritura que estando Dios enojado con Saul por haber perdonado la vida á Malec, que mandó á Samuel que fuese á Belen y ungiese por rey de Israel á un hijo de Isaí, de ocho que tenía. Y pensando el santo varon que Dios se pagaria de Eliab, por ser de larga estatura, le preguntó diciendo así: *Num coram Domino est Christus eius?* A la cual pregunta le fué respondido de esta manera: *Ne respicias vultum eius, nec altitudinem staturæ eius, quoniam adjeci eum, nec juxta intuitum hominis ego judico: homo enim ut det ea quæ parent Dominus autem intuetur cor.* Como si Dios le dijera: No mires, Samuel, á la grande estatura de Eliab, ni aquel bulto que tiene de hombrazo; porque estoy escarmentado en Saul. Vosotros los hombres juzgais por las señales de fuera; pero yo miro al juicio y prudencia con que se ha de gobernar mi pueblo.

Samuel, ya amedrentado de que no sabía elegir, pasó adelante en lo que le era mandado, preguntando siempre á Dios de uno en uno, cuál queria que ungiese por rey, y como ninguno le contentase, dijo á Isaí: ¿Tú tienes por ventura más hijos que éstos que tenemos delante? El cual respondió diciendo que le restaba otro en el ganado; pero que era pequeño de cuerpo, pareciéndole que aquello era falta para el cetro real; pero Samuel, como ya estaba advertido que la grande estatura no era buena señal, hizo que enviase por él. Y es cosa digna de notar que ántes que cuente la divina Escritura cómo lo ungieron por rey, dice de esta manera: *Erat autem rubeus et pulcher aspectu decora quæ facie, surje, et unge eum; ipse est ea.* Como si dijera: era rubio y hermoso para mirar. Levántate, Samuel, y úngele por rey; que éste es el que quiero. De manera que tenía David las dos primeras señales de las que hemos contado: rubio y muy sacado y mediano de cuerpo; ser virtuoso y de buenas costumbres, que es la tercera señal, bien se deja entender, pues dijo Dios de él: *Inveni virum juxta cor meum.* Ni el que es malo por hábito, aunque haga algunas buenas obras morales, no por eso pierde el nombre de malo y vicioso (4).

Haber vivido sano en todo el discurso de su vida, parece que se puede probar; porque en su historia, de sola una enfermedad se hace mencion.

Y ésta era disposicion natural de los que viven muchos años, que por habérsele resuelto el calor natural no podia calentar en la cama (5); para cuyo remedio acostaban con él una doncella hermosa que le diera calor. Y con esto vivió tantos años, que dice el texto: *Et mortuus est in senectute bona plenus dierum et divitiis et gloria.* Como si dijera: murió David en su buena vejez, lleno de dias, de riquezas y de gloria, con haber padecido tantos trabajos en la guerra, y hecho tantas penitencias en sus pecados. Y era la razon ser templado y bien compuesto; por donde resistía á las causas que pueden hacer enfermar y abreviar la vida del hombre.

Su gran prudencia y saber notó aquel criado de Saul, cuando dijo (6): Señor, yo conozco un gran músico, hijo de Isaí, natural de Belen, animoso para pelear, prudente en sus razones y hermoso para mirar. Por las cules señales ya dichas, es cierto que David era hombre templado, y que á los tales se les debe el cetro real, porque su ingenio es el mejor que naturaleza puede hacer; pero contra esta doctrina se ofrece una dificultad muy grande, y es, ¿por qué razon, conociendo Dios todos los ingenios y habilidades de Israel, y sabiendo que los hombres empleados tienen la prudencia y saber que el oficio de rey ha menester, por qué razon en la primera eleccion que hizo no buscó un hombre tal? ántes dice el texto (7) que era Saul tan largo, que de los hombres arriba excedia á todo el pueblo de Israel. Y esta señal, no solamente en filosofía natural es mal indicio para el ingenio, pero áun el

(1) Lib. *Artis medi.*, cap. XXIX et XXXVI, et lib. I *De sanit. tuen.*
(2) Probl. 21.
(3) 1, *Regum*, cap. XVI.
(4) *Actorum*, cap. XIII.
(5) 3, *Regum*, cap. I.
(6) 1, *Regum*, cap. XVI.
(7) 1, *Regum*, cap. IX.

mismo Dios, como hemos probado, reprendió á Samuel porque, movido con la larga estatura de Eliab, le queria ungir por rey.

Pero esta duda declara ser verdad lo que dijo Galeno (1), que fuera de Grecia ni por sueños se halla un hombre templado, pues en un pueblo tan grande como Israel no halló Dios uno para elegirle por rey, sino que fué menester esperar que David creciese y se hiciese mayor, y entre tanto escogió á Saul, porque dice el texto que era el mejor de todo Israel, pero realmente él debia tener más bondad que sabiduría. Y ésta sola no basta para regir y gobernar (2): *Bonitatem et disciplinam et scientiam dosce me*, decia el real profeta David, viendo que no aprovecha ser el rey bueno y virtuoso, si juntamente no tiene prudencia y sabiduría.

Con este ejemplo del rey David (3) parece que habiamos confirmado bastantemente nuestra opinion. Pero tambien conoció otro rey en Israel, de quien se dijo: *Ubi est qui natus est rex iudæorum*. Y si probásemos que fué rubio, gentil hombre, mediano de cuerpo, virtuoso, sano y de gran prudencia y saber, no haria daño á nuestra doctrina. Los evangelistas no se ocuparon en referir la compostura de Cristo, nuestro redentor, por no hacer al propósito de lo que trataban; pero es cosa muy fácil entenderla, supuesto que ser el hombre puntualmente templado es toda la perfeccion que naturalmente puede tener, y pues el Espíritu Santo le compuso y organizó, cierto es que la causa material de que le formó, ni la destemplanza de Nazaret, no pudieron resistirle ni hacerle errar la obra, como á los otros agentes naturales, ántes hizo lo que quiso, porque no le faltó poder, saber y voluntad de fabricar un hombre perfectísimo y sin falta ninguna.

Mayormente que su venida, como él mismo lo dijo (4), fué á padecer trabajos por el hombre y para enseñarle la verdad. Y esta temperatura, hemos probado atras que es el mejor instrumento natural para estas dos cosas. Y así tengo por verdadera aquella relacion que Publio Léntulo, procónsul, escribió al senado romano desde Jerusalen, la cual dice de esta manera:

«Apareció en nuestros tiempos un hombre, que ahora vive, de gran virtud, llamado Jesucristo, al cual las gentes nombran profeta de verdad, y sus discípulos dicen que es hijo de Dios. Resucita muertos y sana enfermedades, es hombre de mediana estatura y derecha, y muy para ser visto; tiene tanta reverencia en su rostro, que los que le miran se inclinan á amarle y temerle. Tiene los cabellos de color de avellana bien madura; hasta las orejas son llanas, desde la cabeza hasta los hombros son de color de cera, pero relucen más. Tiene en medio de la frente y en la cabeza una crencha, á manera de los nazarenos. Tiene la frente llana, pero muy serena. El rostro sin ninguna arruga ni mancha, acompañado de un color moderado. Las narices y boca no las puede nadie reprender con razon. La barba tiene espesa y á semejanza de los cabellos, no larga, pero hendida por medio. El mirar tiene muy sencillo y grave. Los ojos tiene garzos y claros; cuando reprende espanta, y cuando amonesta aplace; hácese amar, es alegre con gravedad; nunca le han visto reir, llorar sí; tiene los manos y brazos muy vistosos; en las conversaciones contenta mucho, pero hállase pocas veces en ellas, y cuando se halla es muy modesto. En la vista y parecer es el más hermoso hombre que se puede imaginar.»

En esta relacion se contienen tres ó cuatro señales de hombre templado. La primera es que tenía el cabello y barba de color de avellana bien madura, que bien mirado, es un rubio tostado, el cual color mandaba Dios (5) que tuviese la becerra que se habia de sacrificar en figura de Cristo. Y cuando entró en el cielo, con aquel triunfo y majestad que se debia á tal príncipe, dijeron algunos ángeles que no sabian de su encarnacion (6): *Quis est iste qui venit Edom, tinctis vestibus de bosrra?* Como si preguntáran: ¿quién es éste que viene de la tierra rubia, teñidas las vestiduras de lo mismo, atento al cabello y barba rubia que tenía y á la sangre con que iba señalado. Tambien refiere la carta que era el más hermoso hombre que se habia visto, que es la segunda señal que han de tener los hombres templados, y así estaba pronosticado en la Escritura divina por seña para conocerle. *Speciosus forma præ filiis hominum.*

Y en otra parte dice: *Pulchriores sunt oculi eius vino, et dentes eius lacte candidiores.* La cual hermosura y buena compostura de cuerpo importaba mucho para que todos se le aficionasen y no tuviese cosa aborrecible.

Y así dice la carta que todos se inclinaban á amarle. Tambien refiere que era mediano de cuerpo, y no porque al Espíritu Santo le faltó materia de que hacerle mayor si quisiera, sino que cargando el ánima racional de muchos huesos y carne, hemos probado atras, de opinion de Platon y Aristóteles, que hace grande daño al ingenio.

La tercera señal, que es ser virtuoso y de buenas costumbres, tambien lo afirma la carta, y los judíos, áun con testigos falsos, no le pudieron probar lo contrario, ni responderle cuando les preguntó (7): *Quis vestrum arguet me de peccato?* Y Josefo, por la fidelidad que debia á su historia, afirma de él que parecia tener otra naturaleza más que de hombre, atento á su bondad y sabiduría. Sólo el vivir mucho tiempo no se puede verificar de Cristo, nuestro redentor, por haberle muerto tan mozo; que si le dejáran en su discurso natural, viviera más de ochenta años. Porque quien pudo estar en un desierto cuarenta dias con sus noches sin comer ni beber, y no se murió ni enfermó, mejor se defendiera de otras causas más livianas que se podian alterar y ofender, aunque este hecho está reputado por milagro, y cosa que naturalmente no puede acontecer.

Estos dos ejemplos de reyes que hemos traido bastaban para dar á entender que el cetro real se debo á los hombres templados, y que éstos tienen el ingenio

(1) Lib. II *De sanit. tuen.*
(2) Psal. 28.
(3) Matth., cap. II.
(4) Joan., cap. XVIII; Matth., cap. II.
(5) *Num.*, cap. XIX.
(6) Isaí., cap. LXVIII.
(7) Lib. XVIII *De anti.*, cap. IX.

y prudencia que este oficio ha menester. Pero hay otro hombre hecho por las propias manos de Dios con fin que fuese rey y señor de todas las cosas criadas. Y le sacó tambien rubio, gentil hombre, virtuoso, sano, de muy larga vida y prudentísimo. Y probar esto no hará daño á nuestra opinion. Platon tiene por cosa imposible que naturaleza puede hacer un hombre templado en region de mala temperatura, y así dice que para hacer Dios al primer hombre muy sabio y templado, que buscó un lugar donde el calor del aire no excediese á la frialdad, ni la húmedad á la sequedad. Y la divina Escritura, donde él halló esta sentencia, no dice que Dios crió Adan dentro en el paraíso terrenal, que era el lugar templadísimo que dice, sino que despues de formado lo puso aquí (1): *Tullit ergo Dominus Deus hominem et posuit eum in paradisò voluptatis, ut operaretur et custodiret illum.* Porque siendo el poder de Dios infinito, y su saber sin medida, y con voluntad de darle toda la perfeccion natural que en la especie humana podia tener, de creer es que el pedazo de tierra de que le formó, ni la destemplanza del campo damaceno, adonde fué criado, no le pudieron resistir para que no le sacase templado. La opinion de Platon, Aristóteles y Galeno ha lugar en las obras de naturaleza, y áun ésta en regiones destempladas acierta algunas veces á engendrar un hombre templado. Pero que Adan tuviese el cabello y barba rubia, que es la primera señal del hombre templado, es cosa muy clara; porque atento á esta insignia tan notable, le pusieron este nombre, Adan, el cual quiere decir, como lo interpreta san Jerónimo, *homo rufus*.

Ser gentil hombre y muy bien sacado, que es la segunda señal, tampoco se puede negar; porque en acabando Dios de criarle, dice el texto (2): *Vidit Deus cuncta quæ fecerat et erant balde bona*. Luego cierto es que no salió de las manos de Dios feo y mal tallado; porque *Dei perfecta sunt opera* (3). Mayormente que de los árboles dice el texto que eran hermosos para mirar. ¿Qué haria Adan, habiéndole Dios hecho por fin principal y para que fuese señor y presidente del mundo?

Ser virtuoso, sabio y de buenas costumbres, que es la tercera y sexta señal, se colige de aquellas palabras: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.*

Porque, segun los filósofos antiguos (4), el fundamento en que restriba la semejanza que el hombre tiene con Dios es la virtud y sabiduría. Y por tanto, dice Platon que uno de los mayores contentos que Dios recibe en el cielo (5) es oir loar y engrandecer en la tierra al hombre sabio y virtuoso. Porque éste tal es vivo retrato suyo. Por lo contrario, se enoja si los necios y viciosos son estimados y honrados. Y es por la desemejanza que entre Dios y ellos se halla.

Haber vivido sano y muy largos dias, que es la cuarta y quinta señal, no es dificultoso probarlo, pues tuvo de vida novecientos y treinta años cumplidos. Y así puedo ya concluir que el hombre que fuere rubio, gentil hombre, mediano de cuerpo, virtuoso, sano y de vida muy larga, que éste necesariamente es prudentísimo y que tiene el ingenio que pide el cetro real. Tambien hemos descubierto de camino la forma como se puede juntar grande entendimiento con mucha imaginativa y memoria, aunque hay otro sin ser el hombre templado. Pero hace naturaleza en esta manera tan pocos, que no he hallado más que dos en cuantos ingenios he examinado. Cómo pueda ser juntarse grande entendimiento con mucha imaginativa y memoria, no siendo el hombre templado, es fácil de entender, supuesta la opinion de algunos médicos, que afirman estar la imaginativa en la parte delantera del cerebro, y la memoria en la postrera, y el entendimiento en la de enmedio, y lo mismo se puede decir en nuestra imaginacion; pero es obra de grande acierto, que siendo el cerebro tamaño como un grano de pimienta al tiempo que naturaleza le forma, y que haga él un ventrículo de simiente muy caliente, y el otro de muy húmeda, y el de enmedio de muy seca; pero, en fin, no es imposible.

(1) *Gen.*, cap. II.
(2) *Gen.*, cap. I.
(3) *Deuter.*, cap. XXXII. *Gen.*, cap. III.
(4) Galen., *De curandis animi mor.*
(5) *Deleg.*

CAPÍTULO XVIII (6).

Donde se trae la manera como los padres han de engendrar los hijos sabios, y del ingenio que requieren las letras. Es capítulo notable.

Cosa es digna de grande admiracion, que siendo naturaleza, tal cual todos sabemos, prudente, mañosa, de grande artificio, saber y poder; y el hombre una obra en quien ella tanto se esmera; y para uno que hace sabio y prudente, cria infinitos faltos de ingenio. Del cual efecto buscando la razon y causas naturales, he hallado por mi cuenta que los padres no se llegan al acto de la generacion con el órden y concierto que naturaleza estableció, ni saben las condiciones que se han de guardar para que sus hijos salgan prudentes y sabios. Porque por la misma razon que en cualquiera region templada ó destemplada naciere un hombre muy ingenioso, saldrán otros cien mil, guardando siempre aquel mismo órden de causas, si esto pudiésemos remediar con arte, habriamos hecho á la república el mayor beneficio que se le podria hacer. Pero la dificultad que tiene esta materia es no poderse tratar con términos tan galanes y honestos como pide la vergüenza natural que tienen los hombres, y por la misma razon que dejarémos de decir y notar alguna diligencia ó contemplacion necesaria, es cierto que va todo perdido; en tanto que es opinion de muchos filósofos graves que los hombres sabios engendran ordinariamente hijos muy necios, porque en el acto carnal se abstienen, por la honestidad, de algunas diligencias que son importantes para que el hijo saque la sabiduría del padre. De esta vergüenza natural que tienen los ojos cuando se les ponen delante los instrumentos de la generacion, y ofenderse los oidos cuando suenan sus nombres, han procurado algunos filósofos antiguos buscar su razon natural, espantados de ver que hubiese naturaleza hecho aquellas partes con tanta diligen-

(6) Décimoquinto de la edicion primitiva.

cia y cuidado, y para un fin tan importante como es hacer inmortal el linaje humano, y que cuanto un hombre es más sabio y prudente, tanto más se desgracia cuando las mira ó las oye nombrar.

La vergüenza y honestidad, dice Aristóteles (1) que es propia pasion del entendimiento, y cualquiera que no se ofendiere con los nombres y actos de la generacion, es cierto que carece de esta potencia, como diriamos que no tiene tacto el que pue'a la mano en el fuego no se quema; con este indicio descubrió Canton el Mayor que Manilio, varon ilustre, era falto de entendimiento, porque le informaron que besaba á su mujer en presencia de una hija suya que tenía. Por la cual razon le removió del lugar senatorio, y no se pudo acabar con él que lo admitiese en el número de los senadores. De esta contemplacion dice Aristóteles un problema preguntando: *Cur homines rem agere veneream cupientes confiteri se cupere maxime pudet videndi aut audiendi, aut aliquid eiusmodi faciendi desiderio, cum teneantur confiteri non pudet?* Como si dijera: ¿qué es la razon que si un hombre tiene deseo del acto carnal, ha vergüenza de manifestarlo, y si le da gana de comer ó beber ó de otra cualquiera cosa de esta género, no tiene empacho de manifestarlo? Al cual problema responde muy mal diciendo: *An quod rerum plurimarum cupiditates necessariæ sunt, et nonnullæ nisi expleantur interimunt, rei autem venereæ libido superfluit, et abundantiæ index est.* Como si dijera que hay apetito de muchas cosas que son necesarias á la vida del hombre, y algunas tan importantes, que si no se pusiesen por obra le matarian. Pero el apetito del acto venéreo ántes es indicio de abundancia que de falta.

Pero realmente el problema es falso, y la respuesta tambien. Porque no solamente el hombre ha vergüenza de manifestar el deseo que tiene de llegarse á mujer, pero tambien de comer, beber y dormir.

Y si le da gana de expeler algun excremento, no lo rehusa decir ni hacer sino con empacho y vergüenza; y con esto, se va al lugar más secreto donde nadie lo vea. Y vemos hombres tan vergonzosos, que teniendo grande apetito de orinar no lo pueden hacer si alguno los está mirando, y dejándolos solos, luégo la vejiga da la orina; y éstos son apetitos de expeler lo que está demasiado en el cuerpo, y si no se pusiese por obra, venía el hombre á morir, y más presto que por no comer ni beber. Y si alguno lo dice ó hace en presencia de otro, dice Hipócrates que no está en su libre juicio.

La misma proporcion dice Galeno (2) que tiene la simiente con los vasos seminarios que la orina con la vejiga. Porque de la manera que la mucha orina irrita la vejiga para que la echen de allí, así la mucha simiente molesta los vasos seminarios. Y pensar Aristóteles que el hombre y la mujer no vienen á enfermar y morir por retencion de simiente es contra la opinion de todos los médicos, mayormente de Galeno, el cual dice (3) y afirma que muchas mujeres, quedando mozas y viudas, vinieron á perder el sentido y movimiento, el pulso y la respiracion, y tras ello la vida (4).

Y el mismo Aristóteles cuenta muchas enfermedades que padecen los hombres continentes por la misma razon.

La verdadera respuesta del problema no se puede dar en filosofía natural, porque no es su jurisdiccion. Y así es menester pasar á otra ciencia superior, que llaman metafísica, en la cual dice Arisóteles que el ánima racional es la más íntima de todas las intiligencias, y por ser de la misma naturaleza genérica que tienen los ángeles, está corrida de verse metida en un cuerpo que tiene comunidad con los brutos animales; y así nota la divina Escritura, como cosa que contenia misterio, que estando el primer hombre desnudo, no tenía vergüenza, pero viéndose así, luégo se cubrió. En el cual tiempo conoció que por su culpa habia perdido la inmortalidad, y que su cuerpo era alterable y corruptible, y que aquellos instrumentos y partes se le habian dado porque necesariamente habia de morir y dejar otro en su lugar, y que para conservar aquel poco de tiempo que tenía de vida, habia menester comer y beber, y echar de sí tan malos y hediondos excrementos, y crecióle más la vergüenza viendo que los ángeles con que él frisaba eran inmortales, y que no habian menester comer, ni beber, ni dormir, para conservar la vida, ni tenian instrumentos para engendrarse los unos á los otros (5); ántes fueron criados todos juntos, de ninguna materia, sin miedo de corromperse. De todo lo cual salen naturalmente instruidos los ojos y oidos; y así le pesa al ánima racional, y se avergüenza, que le traigan á la memoria las cosas que dieron al hombre por ser mortal y corruptible.

Y que ésta sea la conveniente respuesta parece claramente, porque para contentar Dios al ánima despues del juicio universal y darle entera gloria, ha de hacer que su cuerpo tenga propiedades de ángel, dándole subtilidad, agilidad, inmortalidad y resplandor; por la cual razon no tendrá necesidad de comer ni de beber como los animales. Y estando en el cielo de esta manera, no tendrán vergüenza de verse en carnes, como ahora no la tienen Cristo, nuestro redentor, ni su madre. Antes gloria accidental en ver que ha cesado el uso de aquellas partes que solian ofender el oido y la vista.

Tomando, pues, en cuenta esta honestidad natural del oido, procuré salvar los términos duros y ásperos de esta materia, y rodear por algunas maneras blandas de hablar; y donde no se pudiere excusar, habráme de perdonar el honesto lector; porque reducir á arte perfecta la manera que se ha de tener para que los hombres salgan de ingenio muy delicado, es una de las cosas que la república más ha menester. Allende que por la misma razon nacerán virtuosos, gentiles hombres, sanos y de muy larga vida.

En cuatro partes distintas me pareció repartir la materia de este capítulo, para dar claridad á lo que se ha de decir, y que el lector no se confunda. La primera es mostrar las calidades y temperamento natural que el hombre y la mujer han de tener para poder engendrar.

(1) III Libr. *De Ani.*, cap. IV *Topi.*
(2) Prog., comen. 246. *De locis affectis*, cap. VI.
(3) Lib. VI *De locis affect.*, cap. VI.

(4) 4, Prob. 30.
(5) Nota un indicio de ser el ánima racional inmortal.

La segunda, qué diligencias han de hacer los padres para que sus hijos nazcan varones y no hembras. La tercera, cómo saldrán sabios y no necios. La cuarta, cómo se han de criar despues de nacidos para conservarles el ingenio (1).

Venidos, pues, al primer punto, ya hemos dicho de Platon que en la república bien ordenada habia de haber casamenteros, que con arte supiesen conocer las calidades de las personas que se habian de casar, y dar á cada hombre la mujer que le corresponde en proporcion, y á cada mujer su hombre determinado.

En la cual materia comenzaron Hipócrates y Galeno á trabajar, y dieron algunos preceptos y reglas para conocer qué mujer es fecunda, y cuál no puede parir, y qué hombre es inhábil para engendrar, y cuál potente y prolífico; pero de todo dijeron muy poco, y no con tanta distincion como convenia, á lo ménos al propósito que yo lo he menester; por donde será necesario comenzar el arte desde sus principios, y darle brevemente el órden y concierto que ha menester para sacar en limpio de qué junta de padres salen los hijos sabios, y de cuál necios y torpes.

Para lo cual es menester saber primero cierta filosofía particular, que aunque es á los peritos del arte muy patente y verdadera, pero el vulgo está en ella muy descuidado, y depende su conocimiento todo lo que acerca del primer punto se ha de decir; y es, que el hombre, aunque nos parece de la compostura que vemos, no difiere de la mujer, segun dice Galeno (2), más que en tener los miembros genitales fuera del cuerpo. Porque si hacemos anatomía de una doncella, hallarémos que tiene dentro de sí dos testículos, dos vasos seminarios y el útero con la misma compostura que el miembro viril, sin faltarle ninguna delineacion. Y de tal manera es esto verdad, que si acabando naturaleza de fabricar un hombre perfecto, lo quisiese convertir en mujer, no tenía otro trabajo más que tornarle adentro los instrumentos de la generacion. Y si hecha mujer, quisiese volverla en varon, con arrojarle el útero y los testículos fuera, no habia más que hacer.

Esto muchas veces le ha acontecido á naturaleza, así estando la criatura en el cuerpo como fuera. De lo cual están llenas las historias, sino que algunos han pensado que era fabuloso viendo que los poetas lo traian entre las manos; pero realmente pasa así, que muchas veces ha hecho naturaleza una hembra, y lo ha sido uno y dos meses en el vientre de su madre, y sobreviniéndoles á los miembros genitales copia de calor por alguna ocasion, salir afuera y quedar hecha varon. A quien esta transformacion le aconteciere en el vientre de su madre, se conoce despues claramente en ciertos movimientos que tienen indecentes al sexo viril, mujeriles, mariosos, la voz blanda y melosa; son los tales inclinados á hacer obras de mujeres, y caen ordinariamente en el pecado nefando.

Por lo contrario, muchas veces tiene naturaleza hecho un varon con sus miembros genitales afuera, y sobreviniendo frialdad se les vuelve adentro, y queda hecho hembra. Conócese despues de nacida en que tiene el aire de varon, así en el habla como en todos sus movimientos y obras.

Esto parece que es dificultoso probarlo, pero considerando lo que muchos historiadores auténticos afirman, es muy fácil de creer. Y que se hayan vuelto mujeres en hombres despues de nacidas, ya no se espanta el vulgo de oirlo, porque fuera de lo que cuentan por verdad muchos antiguos, es cosa que ha acontecido en España muy pocos años há; y lo que muestra la experiencia no admite disputas ni argumentos.

Pues qué sea la razon y causa de engendrarse los miembros genitales dentro ó fuera, ó salir hembra y no varon, es cosa muy clara, sabiendo que el calor dilata y ensancha todas las cosas, y el frio las detiene y encoge. Y así es conclusion de todos los filósofos y médicos (3) que si la simiente es fria y húmeda, que se hace hembra y no varon, y siendo caliente y seca, se engendrará varon y no hembra. De donde se infiere claramente que no hay hombre que se pueda llamar frio (4) respecto de la mujer, ni mujer cáliente respecto del hombre.

La mujer para ser fecunda dice Aristóteles (5) que ha de ser fria y húmeda, porque si no lo fuese, era imposible venirle la regla, ni tener leche para sustentar nueve meses la criatura en el vientre, y dos años despues de nacida toda se la gastára y consumiera.

La misma proporcion dicen todos los filósofos y médicos (6) que tiene el útero con la simiente viril, que tiene la tierra con el trigo ó cualquiera otra semilla, y vemos que si la tierra no está fria y húmeda, los labradores no osan sembrar ni se traba la simiente. Y entre las tierras, aquellas son más fecundas y abundosas en fructificar que tienen más frialdad y humedad, como parece por experiencia, considerando los lugares del Norte, Inglaterra, Flándes y Alemania, cuya abundancia en todos los frutos espanta á los que no saben la razon y causa; y en tales tierras como éstas, ninguna mujer casándose, jamas dejó de parir, ni saben allá qué cosa es ser estéril; todas son fecundas y prolíficas, por la mucha frialdad y humedad. Pero aunque sea verdad que ha de ser fria y húmeda la mujer para poder concebir, pero tanto podria ser que ahogase la simiente, como vemos que se pierden los panes con el mucho llover, y no pueden medrar haciendo mucho frio. Por donde se entiende que estas dos calidades han de tener cierta moderacion, de la cual subiendo ó bajando, se pierde la fecundidad. Hipócrates (7) tiene por fecunda la mujer cuyo vientre es templado de tal manera, que el calor no exceda á la frialdad, ni la humedad á la sequedad; y así dice que las mujeres que tienen los vientres frios que no conciben, ni las que los tienen muy húmedos ni muy calientes y secos; y por la misma razon que la mujer y sus miembros genitales fuesen templados, era imposible poder concebir, ni ménos ser mujer, porque si la simiente de que se formó al principio fuera templada, salieran los

(1) In [illegible].
(2) Lib. *De dissect. vulvæ*, et lib. II *De semine*, cap. v.

(3) Gal., lib. II *De semine*, cap. v.
(4) 4, Probl. 29.
(5) 4 Sect., probl. 2.
(6) Gal., 5 aph., com. 62.
(7) 5 Aph. 20.

miembros genitales afuera y quedára hecha varon. Y con esto le creciera la barba y no le viniera la regla; ántes fuera el más perfecto varon que naturaleza puede hacer.

Tampoco puede ser el útero ni la mujer caliente á predominio, porque si la simiente de que se engendró tuviera esta temperatura, saliera varon y no hembra. Ello es cierto, sin falta ninguna, que las dos calidades que hacen fecunda la mujer son frialdad y humedad, porque la naturaleza del hombre ha menester mucho nutrimento para poderse engendrar y conservar. Y así vemos que ninguna hembra de cuantas hay entre los brutos animales le viene su costumbre como á la mujer.

Por donde fué necesario hacerla toda fria y húmeda, y en tal punto, que criase mucha sangre flemática, y no la pudiese gastar ni consumir; dije sangre flemática, porque ésta es acomodada á la generacion de la leche. De la cual dice Galeno é Hipócrates (1) que se mantiene la criatura todo el tiempo que está en el vientre, y si fuera templada, criára mucha sangre inepta á la generacion de la leche, y toda la resolviera, como lo hace el hombre templado, y así no sobrára nada para mantener la criatura. Por donde tengo por cierto, y es imposible ninguna mujer ser templada ni caliente, todas son frias y húmedas. Y si no, denme los médicos y filósofos la razon por que á ninguna mujer le nace la barba, y á todas les viene la regla estando sanas, ó por qué causa, siendo la simiente de que se hizo templada ó caliente, salió hembra y no varon. Pero aunque es verdad que todas son frias y húmedas, pero notodas están en un mismo grado de frialdad y humedad; unas están en el primero, otras en el segundo y otras en el tercero. Y en cualquiera de ellos se puede empreñar, si el hombre le responde en la proporcion de calor que adelante dirémos. Con qué señales se hayan de conocer estos tres grados de frialdad y humedad en la mujer, y saber cuál está en el primero, y cuál en el segundo, y cuál en el tercero, ningun filósofo ni médico lo ha dicho hasta aquí. Pero considerando los efectos que hacen estas calidades en las mujeres, podrémos partirlos por razon de la intension, y así será fácil entenderlo. Lo primero, por el ingenio y habilidad de la mujer. Lo segundo, por las costumbres y condicion. Lo tercero, por la voz gruesa ó delgada. Lo cuarto, por las carnes muchas ó pocas. Lo quinto, por el calor. Lo sexto, por el vello. Lo séptimo, por la hermosura ó fealdad. Cuanto á lo primero, es de saber que aunque es verdad así lo dejamos probado atras, que el ingenio y habilidad de la mujer sigue el temperamento del cerebro, y no de otro miembro ninguno; pero es de tanta fuerza y vigor el útero y sus testículos para alterar todo el cuerpo, que si éstos son calientes y secos, ó frios y húmedos, ó de otra cualquier temperatura, las demas partes dice Galeno (2) que llevan el mismo tenor. Pero el miembro que más asido está de las alteraciones del útero, dicen todos los médicos que es el cerebro, aunque no hallan razon en que fundar tanta correspondencia. Verdád es que por experiencia prueba Galeno (3) que castrando una puerca, luégo se amansa y engorda, y hace la carne tierna y sabrosa, y con los testículos es de comer como carne de perro. Por donde se entiende que el útero y sus testículos son de grande eficacia para comunicar á todas las demas partes del cuerpo su temperamento, mayormente al cerebro, por ser frio y húmedo como ellos. Entre los cuales por la semejanza es fácil el tránsito. Y si nos acordamos que la frialdad y humedad son las calidades que echan á perder la parte racional, y sus contrarios calor y sequedad la perfeccionan y aumentan, hallarémos que la mujer que mostráre mucho ingenio y habilidad, tendrá frialdad y humedad en el primer grado; y si fuere muy boba, es indicio de estar en el tercero, de los cuales dos extremos participando, arguye el segundo grado, porque pensar que la mujer puede ser caliente y seca, ni tener el ingenio y habilidad que siguen á estas dos calidades, es muy grande error, porque si la simiente de que se formó fuera caliente y seca á predominio, saliera varon y no hembra. Y por ser fria y húmeda nació hembra y no varon.

La verdad de esta doctrina parece claramente, considerando el ingenio de la primera mujer que hubo en el mundo, que con haberla hecho Dios con sus propias manos, y tan acertada y perfecta en su seso, es conclusion averiguada que sabía mucho ménos que Adan. Lo cual entendido por el demonio, la fué á tentar, y no osó ponerse á razones con el varon, temiendo su mucho ingenio y sabiduría; pues decir que por su culpa le quitaron á Eva todo aquel saber que le faltaba para igualar con Adan, ninguno lo puede afirmar, porque áun no habia pecado. Luego la razon de tener la primera mujer no tanto ingenio, le nació de haberla hecho Dios fria y húmeda, que es el temperamento necesario para ser fecunda y paridera, y el que contradice al saber; y si la sacára templada como Adan, fuera sapientísima, pero no pudiera parir ni venirle la regla, si no fuera por via sobrenatural. En esta naturaleza se fundó san Pablo cuando dijo: *Mulier in silentio discat cum omni subiectione docere autem mulieri non permitto, neque dominari in virum sed este in silentio.* Como si dijera: no quiero que la mujer enseñe, sino que calle y aprenda y esté sujeta á su marido. Pero esto se entiende no teniendo la mujer espíritu ni otra gracia más que su disposicion natural, pero si alcanza algun dón gratuito, bien puede enseñar y hablar. Pues sabemos que estando el pueblo de Israel oprimido y cercado por los asirios, envió á llamar Judit, mujer sapientísima, á los sacerdotes de Cabry y Charmi, y les riñó diciendo: ¿Dónde se sufre que diga Ocías que si dentro de cinco dias no le viene socorro, que ha de entregar el pueblo de Israel á los asirios? ¿Vosotros no veis que estas palabras provocan á Dios á ira y no á misericordia? ¿Qué cosa es que pongan los hombres término limitado á la misericordia de Dios, y que señalen á su antojo el dia en que les puede socorrer y librar? Y en acabándoles de reñir les mostró de qué manera habian de aplacar á Dios y alcanzar dél lo que pedian.

Tambien Elbora, mujer no ménos sábia, enseñaba al pueblo de Israel la manera como habian de dar las gracias á Dios por la grande victoria que contra sus enemigos habia alcanzado. Pero quedando la mujer en

(1) 5 Sect., probl. 52.
(2) Aph., com. 62. Hip., 9 epis., p. 2.
(3) Lib. 1 *De semine*, cap xv.

disposicion natural, todo género de letras y sabiduría es repugnante á su ingenio. Por donde la Iglesia católica con gran razon tiene prohibido que ninguna mujer pueda predicar, ni confesar, ni enseñar, porque su seso no admite prudencia ni disciplina.

Tambien por las costumbres de la mujer y por su condicion se descubre en qué grado de frialdad y humedad está su temperamento; porque si con el ingenio agudo es arisca, áspera y desabrida, está en el primer grado de frialdad y humedad; siendo verdad lo que atras dejamos probado, que la mala condicion anda siempre asida de la imaginativa: ninguna cosa pasa por alto; lo que tiene este punto de frialdad y humedad todo lo nota y riñe, y así no se puede sufrir (1). Suelen ser las tales de buena conversacion, y no se espantan de ver los hombres, ni tienen por mal criado al que les dice un requiebro.

Por lo contrario, ser la mujer de buena condicion, el no darle pena ninguna cosa, el reirse de cualquiera ocasion, el pasar por todo y dormir muy bien, descubre el tercer grado de frialdad y humedad; porque la mucha blandura en el ánimo anda ordinariamente acompañada del poco saber. La que participáre de estos dos extremos estará en el segundo grado.

La voz abultada, gruesa y áspera dice Galeno que es indicio de mucho calor y sequedad; y tambien lo probamos atras de opinion de Aristóteles, por donde entenderémos que si la mujer tuviere la voz como hombre, que es fria y húmeda en el primer grado, y si muy delicada, está en el tercero. Y participando de ambos extremos, tendrá una voz natural de mujer y estará en el segundo grado.

Cuanto dependa la habla del temperamento de los testículos, lo probarémos luégo tratando de las señales del hombre.

Tambien las muchas carnes en la mujer, es argumento de mucha frialdad y humedad, porque la pringue y grosura dicen los médicos que se engendra en los animales por esta razon. Y por lo contrario, ser enjuta y seca es indicio de poca frialdad y humedad, y tener moderadas carnes, ni pocas ni muchas, es evidente señal que la mujer está en el segundo grado de frialdad y humedad. Tambien la blandura y aspereza de ellas muestra los grados de las dos calidades. La mucha humedad pone las carnes blandas, y la poca, ásperas y duras, y la moderada las hace de buena manera.

El color del rostro y de las demas partes del cuerpo descubren tambien la intension y remision de estas dos calidades. Ser la mujer muy blanca, dice Galeno que es indicio de mucha frialdad y humedad, y por lo contrario, la que es morena y verdinegra está en el primer grado de frialdad y humedad, de los cuales dos extremos se hace el segundo grado, y conócese en que juntamente es blanca y colorada.

Tener mucho vello y un poco de barba es evidente señal para conocer el primer grado de frialdad y humedad; porque sabida la generacion de los pelos y barba, todos los médicos dicen que es de calor y sequedad. Y si son negros, arguye mucho calor y sequedad. La contraria temperatura se colige, siendo la mujer muy lampiña, sin bozo ni vello. La que está en el segundo grado de frialdad y humedad tiene un poco de vello, pero rubio y dorado.

La fealdad y hermosura ayudan tambien á conocer los grados que la mujer tiene de frialdad y humedad. En el primer grado, por maravilla sale la mujer hermosa, porque estando seca la simiente de que se formó, fué impedimento para que no saliese bien figurada. El barro ha de tener humedad conveniente para que el ollero lo pueda formar y hacer de él lo que quisiere; y estando duro y seco, saca los vasos feos y mal tallados.

Tambien por la mucha frialdad y humedad, dice Aristóteles que hace naturaleza las mujeres feas, porque si la simiente es fria y muy aguanosa, no se puede bien figurar, por no tener consistencia, como del barro muy blando vemos que se hacen los vasos mal figurados.

En el segundo grado de frialdad y humedad sale la mujer muy hermosa, por haberse hecho de materia bien sazonada y obediente á naturaleza; la cual señal sólo por sí es evidente argumento de ser la mujer fecunda, porque es cierto que la naturaleza la acertó á hacer. Y de creer es que la daria el temperamento y compostura que era necesaria para parir, y así á casi todos los hombres corresponde en proporcion, y todos la apetecen.

Ninguna potencia hay en el hombre que no tenga indicios y señales para descubrir la bondad ó malicia de su objeto. El estómago conoce los alimentos por el gusto, por el olfato y por la vista; y así dice la divina Escritura que Eva puso los ojos en el árbol vedado y le pareció que era suave para comer. La facultad generativa tiene por indicio de fecundidad la hermosura de la mujer y en siendo fea la aborrece. Entendiendo por este indicio que naturaleza la erró, y que no le daria el temperamento que era conveniente para parir.

ARTÍCULO PRIMERO.

Donde se declara con qué señales se conoce en qué grado de calor y sequedad está cada hombre.

El hombre no tiene tan limitado su temperamento como la mujer, porque puede ser caliente y seco; y esta temperatura piensa Aristóteles y Galeno que es la que más conviene á este sexo; y caliente y húmedo y templado, pero frio y húmedo y frio y seco, no se puede admitir estando el hombre sano y sin ninguna lesion, porque por la misma razon que no hay mujer caliente y seca, ni caliente y húmeda, ni templada, así no hay hombres frios y húmedos, ni frios y secos, en comparacion de las mujeres, sino es de la manera que luégo diré. El hombre caliente y seco, y caliente y húmedo, y templado, tiene los mismos tres grados en su temperamento que la mujer en la frialdad y humedad, y así es menester tener indicios para conocer qué hombre, en qué grado está, para darle la mujer que le responde en proporcion. Y por tanto, es de saber que de los mismos principios que colegimos el temperamento de la mujer y el grado que tenía de frialdad y humedad, de estos propios nos hemos de aprovechar para entender qué hombre es caliente y seco, y en qué gra-

(1) Éstas son por quien dijo Juvenal: *Non habeas mulier, quæ tibi junctare cum hic dicendi genus exce*. El útero de éstas es caliente y seco, de la cual temperatura dijo Gal.: *Petulca esse et ad libidinem prava*. (Lib. *Artis m.* Hip., 6 ep.)

do. Y porque dijimos que del ingenio y costumbres del hombre se colige el temperamento de los testículos, es menester advertir en una cosa notable que dice Galeno (1), y es, que para dar á entender la gran virtud que tienen los testículos del hombre en dar firmeza y temperamento á todas las partes del cuerpo, afirma que son más principales que el corazon, y da la razon diciendo que este miembro es principio de vivir y no más, pero los testículos son principio de vivir bien y sin achaques.

Cuánto daño haga al hombre privarle de estas partes, aunque pequeñas, no serán menester muchas razones para probarlo, pues vemos por experiencia que luégo se le cae el vello y la barba, y la voz gruesa y abultada se vuelve delgada, y con esto pierde las fuerzas y el calor natural, y queda de peor condicion y más mísera que si fuera mujer. Pero lo que más conviene notar es, que si ántes que capasen al hombre tenía mucho ingenio y habilidad, despues de cortados los testículos lo viene á perder, como si en el mismo cerebro hubiera recibido alguna notable lesion, lo cual es evidente argumento que los testículos dan y quitan el temperamento á todas las partes del cuerpo. Y si no, consideremos, como yo muchas veces lo he hecho, que de mil capones que se dan á letras, ninguno sale con ellas, y en la música, que es su profesion ordinaria, se echa más claro de ver cuán rudos son; y es la causa que la música es obra de la imaginativa, y esta potencia pide mucho calor, y ellos son frios y húmedos.

Luego cierto está que por el ingenio y habilidad sacarémos el temperamento de los testículos (2). Y por tanto, el hombre que se mostráre agudo en las obras de la imaginativa, tendrá calor y sequedad en el tercer grado. Y si el hombre no supiere mucho, es señal que con el calor se ha juntado humedad, la cual echa siempre á perder la parte racional, y confirmarse á más si tiene mucha memoria.

Las costumbres ordinarias de los hombres calientes y secos en el tercer grado son ánimo, soberbia, liberalidad, desvergüenza, y hallarse con muy buena gracia y donaire, y en caso de mujeres, no tiene rienda ni moderacion. Los calientes y húmedos son alegres, risueños, amigos de pasatiempos, son sencillos de condicion y muy afables, son vergonzosos y no mucho dados á las mujeres (3). La voz y habla descubre el temperamento de los testículos; la que fuere abultada y un poco áspera, es indicio de ser el hombre caliente y seco en el tercer grado, y si es blanda, amorosa y muy delicada, es señal de poco calor y mucha humedad, como parece en los hombres capados. El hombre que con el calor juntáre humedad, la tendrá abultada, pero blanda y sonora.

El hombre que es caliente y seco en el tercer grado, tiene muy pocas carnes, duras y ásperas, hechas de nervios y murecillos, y las venas muy anchas; y por lo contrario, tener muchas carnes, lisas y blandas, es indicio de haber humedad, por razon de la cual el calor natural todo lo dilata y ensancha.

(1) Lib. I *De semine*, cap. XV.

(2) Gal., lib. I *De sem.*, cap. XVI.

(3) Hip., lib. II, epist. p. 1, et art. 11, sect. prob. 34, *Tusis se datio testium tumor, et contra.* Hip., 2, *Epidem.*

Tambien el color del cuero, si es moreno, tostado, verdinegro y cenizoso, es indicio de estar el hombre en el tercer grado de calor y sequedad; y si tiene las carnes blandas y coloradas, arguye poco calor y más humedad.

El vello y la barba es la señal en que más se ha de mirar, porque estas dos cosas andan muy asidas del temperamento de los testículos. Y si el vello es mucho, negro y grueso, especialmente desde los muslos hasta el ombligo, es indicio infalible de tener los testículos mucho calor y sequedad. Y si tiene algunas cerdas en los hombros, se confirma mucho más. Pero cuando el cabello y la barba y el vello es castaño, blando, delicado, y no mucho, no arguye tanto calor y sequedad en los testículos.

Los hombres muy calientes y secos por maravilla aciertan á salir muy hermosos, ántes feos y mal tallados, por el calor y sequedad, como dice Aristóteles de los de Etiopía; hace torcer las facciones del rostro; así salen de mala figura.

Por lo contrario, ser bien sacado y gracioso arguye moderado calor y humedad, por la cual razon está la materia obediente á lo que naturaleza quiera hacer, y así es cierto que la mucha hermosura en el hombre no arguya mucho calor.

De las señales del hombre templado hemos tratado bien por extenso en el capítulo pasado, por donde no será necesario volverlas á referir; sólo conviene notar que así como los médicos ponen en cada grado de calor tres escalones de intension, de la misma manera en el hombre templado se ha de poner latitud y anchura de otros tres. Y el que estuviere en el tercero, hácia frialdad y humedad, se reputará vapor frio y húmedo, porque cuando un grado demedia, á otro semeja; y que esto sea verdad parece claramente, porque las señales que trae Galeno para conocer el hombre frio y húmedo, son las mismas del hombre templado, un poco más remisas, y así es sabio de buena manera, virtuoso, tiene clara habla, melosa, es blanco, de buenas carnes y blandas, y sin vello, y si alguno tiene, es poco y dorado; son los tales muy rubios y hermosos de rostro, pero su simiente dice Galeno que es aguanosa ó inhábil para engendrar. Éstos no son muy amigos de las mujeres, ni las mujeres de ellos.

ARTÍCULO II.

Donde se declara qué mujer con qué hombre se ha de casar para que pueda concebir.

En la mujer que no pare estando casada, manda hacer Hipócrates dos diligencias para conocer si es por falta suya ó porque la simiente de su marido es inhábil para engendrar (4). La primera es sahumarse con incienso ó estoraque, ciñéndose bien la ropa, y que las sayas arrastren por el suelo, de manera que ningun vapor ni humo pueda salir, y si desde á un rato sintiere el sabor del incienso en la boca, es cierta señal que no es por falta suya el no parir, pues el humo halló los ca-

(4) V Sect., aph. 59.

minos del útero abiertos, por donde penetró hasta las narices y la boca (1). La otra es tomar una cabeza de ajos mondada hasta lo vivo, y ponerla dentro del útero al tiempo que la mujer se quiere dormir, y si al otro dia sintiere en la boca el sabor de los ajos, ella es fecunda sin falta ninguna. Pero estas dos pruebas, puesto caso que hiciesen el efecto que dice Hipócrates, que es penetrar el vapor por la parte de dentro hasta la boca, no arguyen esterilidad absoluta del marido, ni fecundidad entera de la mujer, sino mala correspondencia de ambos á dos, y así tan estéril es ella para él, como él para ella. Lo cual vemos cada dia por experiencia, que casándose él con otra viene á tener hijos. Y lo que más espanta á los que no saben esta filosofía natural, es que apartándose dos con título de impotencia, y casándose él con otra, y ella con otro, han venido ambos á tener generacion. Y es la causa, que hay hombres cuya facultad generativa es inhábil y no alterable para una mujer, y para otra es potente y prolífica, como lo vemos por experiencia en el estómago, que para un alimento tiene el hombre grande apetito, y para otro, aunque sea mejor, está como muerto.

Cuál sea la correspondencia que han de tener el hombre y la mujer para que haya generacion, dícelo Hipócrates de esta manera (2): *Nisi calidum frigido est siccum humido modo, et aquabilitate respondeant nihil generabitur*. Como si dijera: si no se juntaren dos simientes en el útero de la mujer, la una caliente, y la otra fria, ó la una húmeda, y la otra seca en igual grado de intension, ninguna cosa se engendrará. Porque una obra tan maravillosa como es la formacion del hombre, ha menester una templanza donde el calor no exceda á la frialdad, ni la humedad á la sequedad. Por donde, siendo la simiente del varon caliente, y tambien la de la mujer, no se hará la generacion.

Supuesta esta doctrina, concertemos ahora por via de ejemplo á la mujer fria y húmeda en el primer grado, cuyas señales dijimos ser avisada, de mala condicion, con voz abultada, de pocas carnes, verdinegra, vellosa y fea; ésta se empreñará fácilmente de un hombre necio bien acondicionado, que tuviere la voz blanda y melosa, muchas carnes, blancas y blandas, con poco vello, y fuere rubio y hermoso de rostro (3). Esta tambien se puede casar con un hombre templado, cuya simiente dijimos, de opinion de Galeno, que es fecundísima y correspondiente á cualquiera mujer, entiéndese estando sana y de edad conveniente; pero con todo eso es muy mala de empreñar (4), y si concibe, dice Hipócrates que dentro de dos meses viene á mover, por no tener sangre con que mantenerse á ella y á la criatura nueve meses. Aunque esto se puede remediar fácilmente bañándose la mujer muchas veces ántes que se llegue al acto de la generacion, y ha de ser el baño de agua dulce y caliente (5), del cual dice Hipócrates que hace la verdadera temperatura de la mujer, relajándole las carnes y humedeciéndolas, que es la templanza que ha de tener la tierra para que el grano de trigo eche raíces y se trabe, y hace otro efecto mayor, que es aumentar la gana de comer, y prohibe la resolucion, y hace que el calor natural sea en mayor cantidad, por donde se adquiere gran copia de sangre flemática con que pueda mantener nueve meses la criatura.

De la mujer que es fria y húmeda en el tercer grado, son sus señales ser boba, bien acondicionada, tiene la voz muy delicada, muchas carnes blandas y blancas, no tiene vello ni bozo, ni es muy hermosa. Esta se ha de casar con un hombre caliente y seco en el grado; porque su simiente es de tanta furia y fervor, que ha menester caer en un lugar de mucha frialdad y humedad, para que prenda y eche raíces. Esta tiene la calidad de los berros, que sino dentro del agua, no pueden nacer; y si tuviese ménos calor y sequedad, no sería más caer en este útero tan frio y húmedo, que sembrar trigo en una laguna.

Tal mujer como ésta, aconseja Hipócrates que la adelgacen y gasten las carnes y pringue ántes que se case; pero entónces no conviene juntarla con hombre tan caliente y seco, porque no hará buena templanza ni se empreñará.

La mujer que fuere fria y húmeda en el segundo grado, tiene moderacion en las señales que hemos dicho, salvo en la hermosura, que es por extremo. Y así es evidente indicio de ser fecunda y paridera, salir de buena gracia y donaire. Esta responde en proporcion á casi todos los hombres. Primeramente al caliente y seco en el segundo grado, y despues al templado, y detras al caliente y húmedo.

De todas estas combinaciones y juntas de hombres y mujeres que hemos dicho pueden salir los hijos sabios; pero de la primera son más ordinarios. Porque puesto caso que la simiente del varon inclina á frialdad y humedad, pero la contínua sequedad de la madre, y dar le tan poco alimento, corrige y enmienda la falta de padre.

Por no haber salido á luz esta manera de filosofar, no han podido todos los filósofos naturales responder á este problema (6) que dice: *Cur plerique stulti liberos prudentissimos procrearunt?* Como si dijera: ¿qué es la causa que los más de los hombres necios engendran hijos sapientísimos? A lo cual responden que los hombres necios se aplican muy de véras al acto carnal, y no se distraen á otra ninguna contemplacion.

Lo contrario de lo cual hacen los hombres muy sabios, que áun en el acto carnal se ponen á imaginar cosas ajenas de lo que están haciendo, por donde debilitan la simiente y hacen los hijos faltos, así en las potencias racionales como en las naturales. Pero esta respuesta es de hombres que saben poca filosofía natural. En las demas juntas es menester aguardar que la mujer se enjugue y deseque con la perfecta edad, y no casarla muchacha, porque en esto está salir los hijos necios y de poco saber. La simiente de los padres muy mozos es humedísima, por haber poco que nacieron, y haciéndose el hombre de materia que tiene humedad excesiva, por fuerza ha de salir torpe de ingenio.

(1) Hip., 1., *De steril.*
(2) Lib. 1 *De nat. bucom.*
(3) VI, Aph. 62.
(4) V, Aph. 44.
(5) V, Aph. 16.

(6) Alejan. apro., lib. 1, prob. 26.

ARTÍCULO III.

Donde se declara qué diligencias se han de hacer para que salgan varones y no hembras.

Los padres que quisieren gozar de hijos sabios y que tengan habilidad para letras, han de procurar que nazcan varones, porque las hembras, por razon de la frialdad ó humedad de su sexo, no pueden alcanzar ingenio profundo; sólo vemos que hablan con alguna apariencia de habilidad en materias livianas y fáciles, con términos comunes y muy estudiados, pero metidas en letras no pueden aprender más que un poco latin, y esto por ser obra de la memoria. De la cual rudeza no tienen ellas la culpa, sino que la frialdad y humedad, que las hizo hembras, estas mismas calidades hemos probado atras que contradicen al ingenio y habilidad.

Considerando Salomon la gran falta que hay de hombres prudentes (1), y como ninguna mujer nace con ingenio y saber, dijo de esta manera: *Virum unum de mille reperi, mulierem ex omnibus non inveni.* Como si dijera: entre mil varones hallé uno que fué prudente; pero de todas las mujeres ninguna me ocurrió con sabiduría. Por tanto se debe huir de este sexo, y procurar que el hijo nazca varon, pues en él solo se halla el ingenio que requieren las letras. Para lo cual es menester considerar, primero qué instrumentos ordenó naturaleza en el cuerpo humano á este propósito, y qué órden de causas se han de guardar para que se pueda conseguir el fin que llevamos.

Y así es de saber que entre muchos excrementos y humores que hay en el cuerpo humano, de solo uno dice Galeno (2) que se aprovecha naturaleza para hacer que el linaje de los hombres no se acabe. Este es cierto excremento que se llama suero ó sangre serosa, cuya generacion se hace en el hígado y venas al tiempo que los cuatro humores, sangre, flema, cólera y melancolía, alcanzan la forma y sustancia que han de tener.

De tal licor como éste usa naturaleza para desleir el alimento y hacerle que pase por las venas y caminos angostos, para llevar el sustento á todas las partes del cuerpo (3), cuya obra acabada, proveyó la misma naturaleza de dos riñones, cuyo oficio no fuese otro más que traer á sí suero, echarlo por sus caminos á la vejiga, y de allí fuera del cuerpo; y esto para librar al hombre de la ofensa que tal excremento le podia causar. Pero viendo que tenía ciertas calidades convenientes á la generacion, proveyó de dos venas (4) que llevasen parte de él á los testículos y vasos seminarios con algun poco de sangre, de la cual se hiciese la simiente tal cual convenia á la especie humana; y así plantó una vena en el riñon derecho, la cual va á parar al testículo derecho, y de ella misma se hace el vaso seminario derecho. La otra vena sale del riñon izquierdo, y se remata en el testículo izquierdo, y de esta misma se hace el vaso seminario izquierdo. Qué calidades tenga este excremento, por las cuales sea materia conveniente á la generacion de la simiente, dice el mismo Galeno que son cierta acrimonia y mordacidad, que nace de ser salado, con las cuales irrita los vasos seminarios, y mueve al animal para que procure la generacion y no se descuide, por donde los hombres muy lujuriosos se llaman en lengua italiana salaces, que quiere decir hombres que tienen mucha sal en la simiente.

Con esto hizo naturaleza otra cosa digna de gran consideracion, y es, que al riñon derecho y al testículo derecho les dió mucho calor y sequedad, y al riñon izquierdo y al testículo izquierdo mucha frialdad y humedad; por donde la simiente que se labra en el testículo derecho sale caliente y seca, y la del testículo izquierdo fria y húmeda.

Qué pretenda naturaleza con esta variedad de temperamento, así en los riñones como en los testículos y vasos seminarios, es cosa muy clara sabiendo, por historias muy verdaderas, que al principio del mundo, y muchos años despues, parian siempre dos hijos de un vientre, y el uno nacia varon y el otro hembra; cuyo fin era que para cada hombre hubiese su mujer, y para cada mujer su varon, para aumentar presto la especie humana.

Por tanto proveyó que el riñon derecho diese materia caliente y seca al testículo derecho, y que éste con su gran calor y sequedad hiciese la simiente caliente y seca para la generacion del varon (5). Lo contrario de esto ordenó para formacion de la hembra, que el riñon izquierdo enviase el suero frio y húmedo al testículo izquierdo, y que éste con su frialdad y humedad hiciese la simiente fria y húmeda, de la cual forzosamente se ha de engendrar hembra y no varon.

Pero despues que la tierra se ha llenado de hombres, parece que se ha desbaratado este órden y concierto de naturaleza desdoblando la generacion (6); y lo que peor es, que para un varon que se engendra, nacen ordinariamente seis ó siete mujeres, por donde se entiende, ó que naturaleza está ya cansada, ó que hay algun error de por medio que le estorba el obrar como queria. Cuál sea éste, un poco adelante lo dirémos, trayendo las condiciones que se han de guardar para que, sin errar, el hijo nazca varon.

Y así digo que se han de hacer seis diligencias con mucho cuidado si los padres quieren conseguir este fin. Una de las cuales es comer alimentos calientes y secos. La segunda procurar que se cuezan bien en el estómago. La tercera hacer mucho ejercicio. La cuarta no llegarse al acto de la generacion hasta que la simiente esté cocida y bien sazonada. La quinta tener cuenta con su mujer cuatro ó cinco dias ántes que le venga la regla. La sexta procurar que la simiente caiga en el lado derecho del útero. Las cuales guardadas, como dirémos, es imposible engendrarse mujer.

Cuanto á la primera condicion, es de saber que pues-

(1) *Ecles.*, cap II.

(2) Lib. I *De semin.*, cap. X.

(3) A este excremento llama Hip. *Vehiculum alimenti.* (Lib. *De aliment.*)

(4) No la plantó sino en la vena cava junto al riñon derecho, para que el suero fuese más caliente y acomodado á la generacion del varon.

(5) Hip., lib. *De superfectatione inquit, ligato, de teste sinistro generatur vir et dextro fœmina.*

(6) *Taxatur Aristotelis quia appellavit mulierem marcum occasionatum ex eo quod semper fit, et errore, et non intense à natura.*

to caso que el buen estómago cuece y altera el manjar y le desnuda de las calidades que ántes tenía, pero jamas le priva totalmente de ellas; porque si comemos lechugas, cuyas calidades son frialdad y humedad, la sangre que de ellas se engendráre será fria y húmeda, y el suero frio y húmedo, y la simiente fria y húmeda. Y si es miel, cuyas calidades son calor y sequedad, la sangre que de ella se hiciere, será caliente y seca, y el suero caliente y seco, y la simiente caliente y seca; porque es imposible, dice Galeno, dejar de saber los humores al modo de sustancia y calidades que el manjar tenía ántes que se comiese (1). Luego si es verdad que el sexo viril consiste en que la simiente sea caliente y seca al tiempo de la formacion, cierto es que conviene usar los padres de manjares calientes y secos para hacer el hijo varon.

Verdad es que hay un peligro muy grande en esta manera de generacion, y es, que siendo la simiente muy caliente y seca, hemos dicho muchas veces atras que por fuerza se ha de engendrar un varon maligno, astuto, caviloso, y con inclinacion á muchos vicios y males. Y tales hombres como éstos, si no se van á la mano, son peligrosos en la república, y por tanto sería mejor que no se formasen; pero con todo eso no faltarán padres que digan: nazca mi hijo varon y salga ladron, porque (2) *melior est iniquitas viri quam mulier benefaciens*. Aunque esto se puede remediar fácilmente usando de alimentos templados y que declinen un poco á calor y sequedad, ó por la preparacion, ó añadiéndoles algunas especies (3).

Éstos, dice Galeno que son gallinas, perdices, tórtolas, francolines, palomas, zorzales, merulas y cabrito, los cuales dice Hipócrates que se han de comer asados, para calentar y desecar la simiente.

El pan con que le comieren (4) ha de ser candeal, hecho de la flor de la harina, amasado con sal y anis; porque el rubial es frio y húmedo, como adelante probarémos, y para el ingenio muy perjudicial. La bebida ha de ser vino blanco aguado en la proporcion que el estómago lo aprobáre, y el agua con que se ha de templar, conviene que sea dulce y muy delicada.

La segunda diligencia que dijimos, era comer estos manjares en tan moderada cantidad que el estomago los pudiese vencer; porque aunque los alimentos sean calientes y secos de su propia naturaleza, se hacen frios y húmedos si el calor natural no los puede cocer. Por donde, aunque los padres coman miel y beban vino blanco, harán la simiente fria de estos manjares, y de ella se engendrará hembra y no varon. Por esta razon la mayor parte de la gente noble y rica padece este trabajo de tener muchas más hijas que los hombres necesitados; porque comen y beben lo que su estómago no puede gastar, y aunque los manjares sean calientes y secos, cargados de especias, azúcar y miel, por ser en mucha cantidad, los encrudecen y no los pueden vencer. Pero la crudeza que más daño hace á la generacion es la del vino, porque este licor, por ser tan vaporable y sutil, hace que él y los demas alimentos vayan crudos á los vasos seminarios, y que la simiente irrite falsamente al hombre, sin estar cocida y sazonada, y por tanto, loa Platon una ley que halló en la república de los cartagineses, y por la cual prohibian que el hombre casado ni su mujer no bebiesen vino el dia que se pensaban llegar al acto de la generacion, entendiendo que este licor hacia mucho daño á la salud corporal del niño, y que era bastante causa para que saliese vicioso y de malas costumbres; pero si se bebe con moderacion, de ningun manjar se hace tan buena simiente para el fin que llevamos, como del vino blanco, especialmente para dar ingenio y habilidad, que es lo que más pretendemos.

La tercera diligencia que dijimos, era hacer ejercicio más que moderado, porque éste gasta y consume la demasiada humedad de la simiente, y la calienta y deseca. Por esta razon se hace el hombre fecundísimo y potente para engendrar, y por el contrario, el holgar y no ejercitar las carnes es una de las cosas que más enfria y enmudece la simiente. Por donde la gente rica y holgada cargan de más hijas que los pobres trabajadores. Y así cuenta Hipócrates (5) que los hombres principales de Scitia eran muy afeminados, mujeriles, mariosos, inclinados á hacer obras de mujeres, como son, barrer, fregar y amasar, y con esto, eran impotentes para engendrar. Y si algun hijo varon les nacia, ó salia eunuco ó hermafrodita, de lo cual corridos y afrentados, determinaron hacer á Dios grandes sacrificios y ofrecerle muchos dones, suplicándole que no los tratase así, ó que les remediase aquella falta, pues podia.

Pero Hipócrates se burlaba de ellos diciendo que ningun efecto acontece que no sea maravilloso y divino, si por aquella via se ha de considerar, porque reduciendo cualquiera de ellos en sus causas naturales, últimamente venimos á parar en Dios, en cuya virtud obran todos los agentes del mundo; pero hay efectos que inmediatamente se han de reducir á Dios, que son aquellos que van fuera de la orden natural, y otros mediatamente, contando primero las causas intermedias que están ordenadas para aquel fin.

La region que los scitas habitan, dice Hipócrates (6) que está debajo el Septentrion, fria y húmeda sobremanera, donde, por las muchas nieblas, por maravilla se descubre el sol. Andan los hombres ricos siempre á caballo, no hacen ejercicio ninguno, comen y beben más de lo que su calor natural puede gastar, todo lo cual hace la simiente fria y húmeda. Y por esta razon engendraban muchas hembras, y si algun varon les nacia, salia de la condicion que hemos dicho.

El remedio, les dijo Hipócrates, sabed que no es hacer á Dios sacrificios y no más, sino juntamente con esto, andar á pié, comer poco y beber ménos, y no estar siempre holgando. Y para que lo entendais claramente, tened cuenta con la gente pobre de esta region y con vuestros propios esclavos, los cuales no solamente no hacen á Dios sacrificios ni le ofrecen dones por no tener de qué, pero blasfeman su nombre bendito, y le dicen infinitas injurias porque les dió tan baja fortuna.

(1) Lib. *De sen. mix.*
(2) *Eclet.*, cap LI.
(3) Lib. *Decibus boni, et mali fach*, cap. III.
(4) Lib. *De salubri dieta*, comen.
(5) Lib. *De aere, locis et aquis.*
(6) Lib. *De aere, locis et aquis.*

Y con ser tan malos y blasfemos, son potentísimos para engendrar, y de sus hijos los más salen varones y robustos, y no mariosos, eunucos ni hermafroditas, como los vuestros. Y es la causa que comen poco, y hacen mucho ejercicio, y no andan á caballo como vosotros. Por las cuales razones hacen la simiente caliente y seca; de esta tal se engendrará varon y no hembra.

Esta filosofía no entendió Faraon ni los de su consejo, pues dijo de esta manera (1): *Venite sapienter opprimamus eum, ne forte multiplicetur; et si ingruerit contra nos bellum addatur inimicis nostris.* Y el remedio que tomó para prohibir que el pueblo de Israel no creciese tanto, ó á lo menos que no naciesen muchos varones, que era lo que él más temia, fué oprimirle con muchos trabajos corporales, y darles á comer puerros, ajos y cebollas, con el cual remedio le iba tan mal, que dice el texto divino (2): *Quantoque opprimebant eos, tanto magis multiplicabantur et crescebant.* Y tornándole á parecer que éste era el mejor remedio que se podia hallar, les vino á doblar el trabajo corporal, y aprovechábale tan poco, como si para matar un gran fuego echára en él mucho aceite ó manteca.

Pero si supiera filosofía natural, ó alguno de los de su consejo, les habia de dar á comer pan de cebada, lechugas, melones, calabazas y pepinos, tenerlos en grande ociosidad, bien comidos y bebidos, y no dejarlos trabajar. Porque de esta manera hicieran la simiente fria y húmeda, y de ella se engendráran más hembras que varones, y en poco tiempo les abreviára la vida, si quisiera (3).

Pero dándoles á comer mucha carne cocida con muchos ajos, puerros y cebollas, y haciéndoles trabajar de aquella manera, hacian la simiente caliente y seca, con las cuales dos calidades se irritaban más á la generacion, y siempre engendraban varones. En confirmacion de esta verdad hace Aristóteles un problema preguntando (4): *Cur genitura insomniis iis profuere solet, qui aut labore lacesunt, aut tabe consumentur?* Como si dijera: ¿qué es la causa que los trabajadores y los héticos padecen durmiendo muchas pulliciones? Al cual problema cierto no sabe responder, porque dice muchas cosas, y ninguna de ellas da en el blanco. La razon es, que el trabajo corporal y la calentura hética calientan y desecan la simiente, y estas dos calidades la hacen acre y mordaz, y como en el sueño se fortifican todas las obras naturales, acontece lo que dice el problema. Cuán fecunda y mordaz sea la simiente caliente y seca, nótalo Galeno diciendo (5): *Et fœcundissima est acceleriter ab initio protinus ad cultum excitat animal, petulca est, et ad libidinem prona.*

La cuarta condicion era no llegarse al acto de la generacion hasta que la simiente esté reposada, cocida y bien sazonada, porque, aunque hayan precedido las tres diligencias pasadas, áun no sabemos si ha venido á la perfeccion que ha de tener. Mayormente que conviene usar primero de siete ú ocho dias arreo de los manjares que dijimos, para que haya lugar que los testículos gasten en su nutricion la simiente que hasta allí se habia hecho de otros alimentos, y suceda lo que vamos calificando.

Las mismas diligencias se han de hacer con la simiente humana, para que sea fecunda y prolífica, que hacen los hortelanos con las semillas que quieren guardar, que esperan que se maduren y se enjuguen y se desequen, porque si las quitan del árbol ántes que tengan la sazon y punto que conviene, echándolas otro año en la tierra no pueden fructificar. Por esta razon tengo notado que en los lugares donde se usa mucho el acto carnal hay ménos generacion que donde hay más continencia. Y las mujeres públicas, por no aguardar que su simiente se cueza y madure, jamas se hacen preñadas.

Luego conviene guardar algunos dias que la simiente se repose, se cueza y madure, y tenga buena sazon, porque ántes gana por esta via calor y sequedad y buena sustancia, que la pierde. Pero como sabemos que la simiente está cual conviene, pues es cosa que tanto importa, esto se deja entender fácilmente, habiendo dias que el hombre no tuvo cuenta con su mujer, y por la contínua irritacion y gran deseo que tiene del acto carnal. Todo lo cual nace de estar ya la simiente fecunda y prolífica.

La quinta condicion fué llegarse el hombre al acto carnal seis ó siete dias ántes que á la mujer le venga la regla, porque el varon ha menester luégo mucho alimento para nutrirse. Y es la razon que el calor y sequedad de su temperamento gasta y consume, no solamente la buena sangre de la madre, pero tambien los excrementos. Y así dice Hipócrates (6) que la mujer que ha concebido varon está de buen color y hermosa, y es que el niño, con su mucho calor, le come todos aquellos excrementos que suelen afear el rostro y llenarlo de paño. Y por ser tan voraz, es bien que haya aquella represa de sangre con que se pueda nutrir. Lo cual muestra claramente la experiencia, que por maravilla se engendra varon que no sea á los postreros dias del mes.

Al reves acontece siendo el preñado de hembra, que por la mucha frialdad y humedad de su sexo, comen muy poco y hacen muchos excrementos. Y así la mujer que ha concebido hembra está seca y pañosa, y se le antojan mil suciedades, y en el parto ha de gastar doblados dias en mundificarse que si pariera varon. En la cual naturaleza se fundó Dios cuando mandó á Moisés que la mujer que pariese varon fuese sanguinolenta una semana, y no entrase en el templo hasta pasados treinta y tres dias. Y pariendo hembra fuese inmunda dos semanas y no entrase en el templo hasta que no se cumpliesen sesenta y seis dias (7). De manera que dobló el tiempo de la purgacion siendo el parto de hembra. Y es la causa que en nueve meses que estuvo en el vientre, por la mucha frialdad y humedad de su

(1) *Exod.*, cap. I.

(2) *Exod.*, cap. I.

(3) Las legumbres y todos los manjares débiles abrevian la vida. (Hippo., 6, e. 6, co. 25.)

(4) 5 Sect., prob. 30.

(5) Lib. *Artis med.*, cap. XLVI.

(6) *Cur omnes qui humore prolifico vacant, ut pueri mulieres et eunuchi vocem redunt acutam.* (2 Sect., prober. 34. Sect. 3, apho. 42.)

(7) *Levi.*, cap. XII. *Purgatio diuturnior est in fœmina quam in masculo: in fœmina sit in quadraginta duabus* diebus, in masculo in triginta, *ut tardissime* contingit.

temperamento, hizo doblados excrementos que el varon, y de muy maligna sustancia y calidades. Y así nota Hipócrates por cosa muy peligrosa detenerse la purgacion á la mujer que ha parido hembra (1).

Todo esto he dicho á propósito de que conviene mucho aguardar á los postreros dias del mes para que la simiente halle mucho alimento que comer; porque si el acto de la generacion se hace luégo, acabando la purgacion por falta de sangre, no asirá. Pero han de estar advertidos los padres que si no se juntan ambas simientes, la del varon y la de la hembra, en un mismo tiempo, ninguna generacion, dice Galeno (2), se hará, aunque la del marido sea muy prolífica: la razon de esto darémos despues á otro propósito. Y así es cierto que todas las diligencias que hemos contado, las ha de hacer tambien la mujer, so pena que su simiente mal labrada desbaratará la generacion; por donde conviene que el uno al otro se vaya aguardando, para que en un mismo acto se junten ambas simientes (3). Y esto importa mucho la primera vez; porque el testículo derecho y su vaso seminario, dice Galeno que se irrita primero, y da la simiente ántes que el izquierdo, y si de la primera vez no se hace la generacion, en la segunda está ya el peligro en la mano de engendrarse hembra y no varon.

Conócense estas dos simientes, lo uno en el calor y frialdad, y lo otro en la cantidad de ser mucha ó poca, y lo tercero en salir presto ó tarde.

La simiente del testículo derecho sale hirviendo y tan caliente, que abrasa el útero de la mujer: no es mucha en cantidad y desciende presto. Por lo contrario, la simiente del izquierdo sale más templada, mucha en cantidad, y por ser fria y gruesa tarda mucho en salir.

La última condicion fué procurar que ambas simientes, la del marido y la de la mujer, caigan en el lado derecho del útero; porque en aquel lugar dice Hipócrates (4) que se hacen los varones, y en el izquierdo las hembras. La razon trae Galeno diciendo que el lado derecho del útero es muy caliente por la vecindad que tiene con el hígado y con el riñon derecho y con el vaso seminario derecho; de los cuales miembros hemos dicho y probado que son calidísimos. Y pues toda la razon de salir el hijo varon consiste en que haya mucho calor al tiempo de la formacion, cierto es que importa mucho poner la simiente en este lugar. Lo cual hará la mujer muy fácilmente recostándose sobre el lado derecho despues de pasado el acto de la generacion, la cabeza baja y los piés puestos en alto; pero ha de estar un dia ó dos en la cama, porque el útero no luégo abraza la simiente hasta pasadas algunas horas. Las señales con que se conocerá si la mujer queda preñada ó no, son á todos muy manifiestas y claras; porque si puesta en pié cayere luégo la simiente, es cierto dice Galeno (5) que no ha concebido. Aunque en esto hay una cosa que considerar, que no toda la simiente es fecunda y prolífica, porque hay una parte de ella que es aguanosa, cuyo oficio es adelgazar la simiente principal, para que pueda pasar por los caminos angostos, y ésta expele la naturaleza, y se queda con la parte prolífica cuando ha concebido. Conócese en que es como agua y poca en cantidad. El ponerse luégo en pié la mujer pasado el acto de la generacion es muy peligroso; y así aconseja Aristóteles que haga primero evacuacion de los excrementos y orina, porque no haya ocasion de levantarse.

La segunda señal en que se conoce es, que luégo al otro dia siente la mujer el vientre vacío, especialmente en derredor del ombligo, y es la razon que el útero, cuando desea concebir, está muy ancho y dilatado, porque realmente padece la misma hinchazon y tumescencia que el miembro viril. Y estando de esta manera ocupa mucho lugar; pero en el punto que concibe, dice Hipócrates que luégo se encoge y se hace un ovillo para recoger la simiente y no dejarla salir, y así deja muchos lugares vacíos, lo cual explican las mujeres diciendo que no les han quedado tripas segun se han puesto cenceñas.

Juntamente con esto, aborrecen luégo el acto carnal y las blanduras del marido, por tener ya el útero lo que queria; pero la señal más cierta dice Hipócrates que es no acudirle la regla, y crecerle los pechos, y tener hastío de los manjares.

ARTÍCULO IV.

Donde se ponen las diligencias que se han de hacer para que los hijos salgan ingeniosos y sabios.

Si no se sabe la razon y causa de donde proviene engendrarse un hombre de grande ingenio y habilidad, es imposible poderse hacer arte para ello, porque de juntar y ordenar sus principios y causas se viene á conseguir este fin, y no de otra manera. Los astrólogos tienen entendido que por nacer el muchacho debajo de tal influencia de estrellas, viene á ser discreto, ingenioso, de buenas ó malas costumbres, dichoso y con otras condiciones y propiedades que vemos y consideramos cada dia en los hombres. Lo cual si fuera verdad, no era posible constituirse arte ninguna, porque esto fuera cosa fortuita, y no puesto en eleccion de los hombres.

Los filósofos naturales, como son Hipócrates, Platon, Aristóteles y Galeno, tienen entendido que al tiempo de la formacion recibe el hombre las costumbres del ánima, y no al punto que viene á nacer, porque entónces alteran las estrellas superficialmente al niño, dándole calor, frialdad, humedad y sequedad, pero no sustancia en que restribe toda la vida, como lo hacen los cuatro elementos, fuego, tierra, aire y agua; los cuales no solamente dan al compuesto calor, frialdad, humedad y sequedad, pero tambien sustancia que le guarde y conserve estas mismas calidades todo el discurso de la vida. Y así lo que más importa en la generacion de los niños es procurar que los elementos de que se compone tengan las calidades que se requieren para el ingenio. Porque éstos, en el peso y medida que entraren en la composicion, en esa misma han de durar para siempre en el misto, y no las alteraciones del cielo.

Qué elementos sean éstos, y de qué manera entren en el útero de la mujer á formar la criatura, dice Ga-

(1) Hip., lib. *De natu. fœtis*, 3, com. 75.
(2) Lib. II *De semine*, cap. v.
(3) Lib. I *De semine*, cap. v.
(4) 5 Sect., aph. 48.
(5) Lib. *De fœtum formatione*, et Hip., lib. *De genitu.*

o (1) que son los mismos que componen las demas as naturales; pero que la tierra viene disimulada en manjares que comemos, como son el pan, la carne, pescados y frutas, el agua en los licores que bebes, el aire y fuego dice que andan mezclados por el len de naturaleza, y que entran en el cuerpo por pulso y la respiracion. «Pero esto de entrar el fuego r el pulso y la respiracion, para reparar el fuego rdido que estaba en nuestra composicion, no es cosa e se deja entender, ni la experiencia nos lo muestra. tampoco Galeno pudo atinar cómo estando el fuego el cóncavo de la luna, segun la opinion de los peritéticos, podia bajar la generacion y conservacion de mistos, estando muchos de ellos, no solamente en superficie de la tierra, pero en el profundo del mar, otros en las muy hondas cavidades de la tierra. Mayormente siendo su apetito natural subir á lo alto, por r más liviano que el aire, nunca descender sino es aciéndole alguna gran violencia. Y así fingió que el uego estaba partido en minutísimas partes, á manera le átomos, y trabado con el aire con una liviana mision, para socorrer á la conservacion y generacion de as cosas naturales. Pero realmente la opinion de Galeno es falsa, y mucho más la de Aristóteles, en poner la esfera del fuego en el cóncavo de la luna.

»Porque es cierto que Dios y naturaleza nunca hacen cosa baldía y sin fin, estando el fuego en el cóncavo de la luna no sirve de nada; luego Dios no lo crió, y si lo crió, no lo puso en tal lugar. Y que no sirva de nada estando allí, es cosa muy clara, discurriendo por todos los aprovechamientos que del fuego se pueden tener. Lo primero, no alumbra, ni calienta, ni humea, que son los indicios propios con que se da á conocer do quiera que está, y sin ellos vanamente y de gracia se afirma haber fuego en ningun lugar, ni de él se componen los mistos, que es el fin principal para que Dios lo crió; y si no, díganme los peripatéticos, cuando el hombre se engendra en el vientre de su madre, y el pez en lo profundo del mar, y la planta debajo de la tierra, cómo conoce el tiempo y el lugar donde ha de acudir (2), y cómo desciende contra su inclinacion natural, y sin matarle tanta cantidad de agua como hay en la mar. Paréceme que si no es dándole al fuego un grande entendimiento que le rija y gobierne, que de otra manera no se puede hacer ni entender. Este argumento convenció grandemente á Galeno, y mucho más á Hipócrates, pues llanamente dijo: *Omne enim quod inter cœlum et terram est, spiritu repletum est.* Porque le pareció opinion fuera de toda razon y sentido poner fuego encima del aire, viendo que la generacion y conservacion de los animales y plantas no se puede hacer sin que el fuego se halle presente; y espántome yo de Galeno que dijese en medicina y en filosofía natural una cosa tan ajena del sentido, y no ménos de la razon, y contra lo que dijo Hipócrates siendo tan su amigo.

»El segundo argumento restriba en aquel verdadero dicho de Aristóteles que dice: *Inter corpora simplicia solus ignis nutritur* (3). La cual nutricion no ha menester la tierra ni el agua ni el aire; porque ellos solos por sí se conservan sin ayuda de nadie; pero si el fuego no está gastando y consumiendo alguna materia, luégo se apaga, porque, como dice Aristóteles, no es otra cosa fuego sino humo encendido, y donde no hay humo no puede haber llama, porque el humo es de naturaleza de aire, y de este elemento, dijo Hipócrates, se mantiene el fuego do quiera que está (4). Y así dijo: *Spiritus nutrimentum præbet igni, quo si ignis privetur vivere non possit.* Y así es verdad, porque los mistos de donde predomina el aire son los que sustentan al fuego, como son pez, resina, aceite, sebo, manteca, cera y leña; donde es superior, el agua y la tierra le matan. Lo cual siendo así, ¿qué materia es la que conserva tanta cantidad de fuego como hay en el cóncavo de la luna? Porque siendo un agente tan feroz y activo, en seis mil años que ha su creacion, ya hubiera gastado y consumido toda la esfera del aire, tierra y agua sin poderse reparar.

»A esto podrian responder los peripatéticos, segun su opinion, que el fuego en su esfera no tiene actividad, ni calienta, ni alumbra, ni humea, ni gasta materia alguna en su nutricion; y que lo que dijo Aristóteles se entiende del fuego elementado que acá tenemos. En la cual respuesta entiendo que el argumento tiene mucha fuerza, pues les hace responder una cosa que ni el sentido ni el entendimiento les ayuda á su defensa, ántes les condena claramente, porque de lo que dicen jamas han tenido experiencia, ni le han visto ni tocado si quema ó no, y faltando el sentido en filosofía natural, luégo cesan los buenos discursos del entendimiento, y en su lugar entra la imaginativa, fingiendo montes de oro y bueyes volando.

»Si preguntásemos á los peripatéticos por qué causa la media region del aire es frigidísima, todos responden que huyendo el frio del gran calor del fuego, se junta y convenia aquel lugar por via de antiperístasis. Luego, segun esta respuesta, el fuego calienta estando en su esfera, pues el frio huye de su calor. Tambien es comun lenguaje de los peripatéticos (5) que de aire fácilmente se hace fuego, y de fuego aire; y preguntándoles la causa, dicen que el fuego conviene con el aire en el calor y es contrario en la humedad. Y que el fuego, corrompiendo con su sequedad la humedad del aire, fácilmente lo convierte en sí. Lo cual no acontece haciéndose de agua fuego; porque es necesario corromper primero dos calidades contrarias, que son frialdad y humedad, ántes que introduzca su forma, y en esto forzosamente se ha de tardar. Tambien si los puros elementos no tuviesen actividad en su esfera, es imposible que los mistos se pudiesen engendrar; porque juntándose en la mistion, ninguna perderia sus fuerzas, pues es cierto que cada elemento las ha de perder con la actividad de su contrario. Y ninguno tiene actividad siendo puro; luego cesaria la mistion, pues es: *Miscibilium alteratorum unio.* Y si venidos los puros elementos á la mistion tienen actividad, ¿cómo sabes que en su esfera no la tenian? Tambien dices falsamente

(1) Lib. I *De sanit. tuenda.*
(2) Lib. *De fla.*
(3) Lib. II *De ortu et interitu.*
(4) Lib. II *De flatibus.*
(5) Aquí ha de entrar el fuego del pedernal, el cual alumbra y quema.

que aquella sentencia de Aristóteles que dice: *Inter corpora simplicia solus ignis nutritur*, se entiende del fuego elementado que acá tenemos, pues es cierto que los libros *De generatione et corruptione*, donde él puso esta proposicion, están dedicados para los movimientos y alteraciones de los cuatro elementos puros, y no á los mistos. Y si no, díganme los peripatéticos por qué causa quema, alumbra y humea y se nutre el fuego que acá tenemos, y el puro no. Pues es cierto que los mistos siguen el movimiento y calidades del elemento que predomina en la mistion, y si él no la tuviera, tampoco se hallarán en los mistos.

»El tercero argumento está fundado en que es imposible haber llama de fuego si no hay humo, porque el sér y naturaleza suya, dijo Aristóteles, era *fumus incensus*. Y el humo tiene esta calidad, que si no tiene chimenea y respiraderos por donde salir él propio, ahoga y mata la llama, como parece en el fuego que se enciende dentro de la ventosa, que por faltarle el respiradero, en un momento se apaga.

»Luego si la esfera de fuego no es otra cosa sino humo encendido, ¿cómo es posible que se pueda conservar en el cóncavo de la luna no teniendo respiraderos? Mayormente que el humo no es otra cosa, dice Aristóteles, sino lo térreo y aéreo de la cosa que se quema.

»El cuarto argumento restriba en un dicho muy celebrado de Aristóteles y muy verdadero, que este mundo interior se gobierna por los movimientos y alteraciones de las estrellas y cielos, especialmente de la luna y el sol, sin los cuales era imposible pasar, ni la tierra fructificar; y si la esfera del fuego estuviera entre el cielo y el aire, naturalmente no se podia hacer; porque las influencias frias y húmedas del invierno no podian pasar ni alterar estos inferiores; porque primero habian de enfriar y humedecer al fuego, y el fuego al aire, y el aire á la tierra; pues decir que el fuego puede venir á tanta frialdad y humedad que enfrie y no caliente, y que humedezca y no deseque, quedándose fuego, yo no creo que habrá filósofo en el mundo que tal ose afirmar; porque, segun la opinion de Aristóteles, todos los demas elementos se pueden extrañar y perder sus calidades primeras, y adquirir las contrarias, sin corromperse, sino es el fuego. Y así dice que todos se pueden podrir, y él no, porque no puede recibir humedad ni hay otro agente en el mundo que sea más caliente que él. La tierra, aunque es fria y seca, se puede calentar y humedecer quedándose tierra, y el agua, aunque es fria y húmeda, puede concebir tanto calor que queme y abrase sin perder su naturaleza, y el aire vemos que recibe en sí todas las alteraciones del cielo quedándose aire. Solo el fuego no lo puede hacer sin apagarse ó vencer al que lo altera. La misma dificultad tienen las influencias calientes y secas, que para pasar á nosotros han de calentar primero, y desecar al fuego más de lo que él estaba, y el fuego al aire, y el aire á nosotros. Pues decir que el fuego estando puro y en su lugar natural se puede calentar y desecar más que lo sumo en que está, es desatino muy grande; pero para adquirir un grado de calor se perder otro de frialdad, y si el fuego estaba ca- en sumo, ningun grado de frialdad tenia consigo cuando las influencias calientes pasaron por él.

»Sólo podrian decir los peripatéticos que las influencias alteran el aire y no al fuego, que es lo peor que podian imaginar. Pero ya que hemos comenzado á tratar de esta materia del fuego, será bien acabarla, y desengañar á los filósofos naturales de otros muchos errores que de este elemento hasta aquí han concebido. Uno de los cuales es pensar que el fuego es la cosa más liviana que hay en el mundo, y de ahí les nació ponerlo encima del aire; y si lo consideramos bien, hallarémos claramente que el fuego es la cosa más pesada que hay, ó por lo ménos, es causa que las cosas sean pesadas, gastándoles en su nutricion el aire que las hacia livianas y porosas, y que apetece el descender y no subir.

»La primera razon en que me fundo es ver por experiencia que la llama de cualquier fuego tiene dos movimientos naturales, sin los cuales no puede vivir un momento; el uno es á lo alto, con el cual expele de sí los excrementos que hace en su nutricion. Y el segundo á lo bajo para tomar el alimento que es necesario para su nutricion. Este movimiento ningun filósofo natural lo puede negar, porque si tomamos dos candiles, el uno muerto y humeando, y el otro encendido y puesto en lo alto, verémos claramente que baja la llama desde el candil vivo por el humo adelante hasta pegarse con la mecha del muerto. Y si Dios pusiese una vela encendida desde el cóncavo de la luna hasta el centro de la tierra, bajaria la llama por toda esta distancia sin violencia ninguna. El movimiento á lo alto, aunque Galeno y los filósofos naturales dicen que es el más natural, están muy engañados, porque aquella elevacion que hace pirámide á lo alto, es propia del humo, donde la llama está sujetada por ser livianísimo. Lo cual se prueba claramente viendo que como se va perdiendo el humo se va bajando la llama y consumiendo.

»El segundo argumento se colige en ver por experiencia que todos cuantos mistos hay donde el fuego es superior á los demas elementos, son gravísimos y pesan mucho más que los térreos. Y si no, discurran los peripatéticos por todos minerales y fuegos potenciales que llaman los médicos, y hallarán que queman como fuego, y en pequeña cantidad pesan mucho. Y si el fuego fuera tan liviano como dicen, cierto es que los mistos donde él es superior lo fueran tambien; lo cual no se puede negar, porque los mistos donde el aire es superior, por ser liviano, nadan sobre el agua. Y trae Aristóteles (1) por ejemplo los árboles, y de ellos saca el ébano negro, que por faltarle aire y tener mucho de tierra se sume en el agua; pues ¿qué razon hay que siendo el fuego más liviano que el aire, los mistos ígneos se hundan tan presto en el agua, y no los aéreos? El tercer argumento es ver y considerar con cuánta presteza sube á lo alto una exhalacion caliente y seca, como es el humo, y con cuánta violencia torna á bajar si se enciende y se hace fuego; y si no, díganme los peripatéticos de qué manera y de qué causa material se hace el rayo, y verémos clara-

(1) 4, Metr. 7.

mente cómo el fuego es más grave que liviano. La causa material de que se hace el rayo, dice Aristóteles, es una exhalacion caliente y seca, de naturaleza de humo, la cual, por ser liviana, subió á lo alto, y mezclándose con las nubes por via de antiperístasis, y con el movimiento, se convirtió en fuego. Siendo esto así, ¿cómo es posible que la exhalacion, que por ser liviana subió á lo alto, despues de encendida y hecha fuego baje, y con tanta furia y velocidad que parta una torre por medio, habiendo dos causas para subir á lo alto, y ninguna para bajar? A esto podrian responder los peripatéticos, aunque mal, que aquel descender del rayo es violento, y causado por la explosion de la nube, donde estaba encerrado. Pero esto no lo pueden decir, porque ántes la nube no le deja salir, y por estar tan cerrado el propio rayo, rompe la nube y se sale; pero si es verdad que la exhalacion hecha es tan liviana, ¿por qué causa no rompe la nube por lo alto de ella, siendo por aquella parte más delgada? y si sale por lo alto, ¿por qué no se sube á la esfera del fuego y se queda allá siendo aquel su lugar natural? Yo, cierto, no puedo alcanzar con mi entendimiento que la nube (siendo un vapor tan blando) dé un golpe con tanta furia en la exhalacion encendida, que le haga bajar y entrar debajo de la tierra siete estados, porque así como lo grave no tiene, ni puede tener de suyo, más que un ímpetu, y éste al centro de la tierra, así lo que es liviano impide á lo alto, y no puede empujar á nadie hácia lo bajo.

»De manera que para subir el rayo á lo alto hay tres causas: la primera la exhalacion, la segunda el fuego, y la tercera la nube, y ninguna hay para bajar. Por donde estoy persuadido, hasta que haya quien me desengañe, que el fuego es muy más pesado que la tierra, y que su lugar natural es el que se dirá en el capítulo que se sigue.

»Cuanto al tercer punto, que era decir y firmar que la esfera del fuego naturalmente estaba en el centro de la tierra, se infiere muy bien de haber probado que el fuego es la cosa más pesada del mundo. Mayormente viendo y considerando cuán bien consuenan las cosas poniendo el fuego en este lugar, y cuántos inconvenientes han nacido de ponerlo en el cóncavo de la luna. La nutricion del fuego, la expulsion del humo y la generacion de los ímpetus se hace sin ninguna contradiccion, porque el fuego tiene virtud de atraer á sí todas las cosas. Y las cavidades de la tierra están llenas de aire y de agua. Teniendo junto consigo estos tres elementos, tierra, agua y aire, fácilmente los mezcla, los cuece y altera, y de ellos hace alimento para mantenerse, como es el alcrebite y salitre, y tienen grandes caminos y respiraderos por donde despedir el humo y ventilarse. De lo cual es evidente argumento las herrerías de Vulcano en Pucol, junto á Nápoles, donde aparecen lagos y montañas de fuego desde que Dios crió el mundo. Y de la manera que se ve en éstas, habrá en otras muchas más por la redondez de la tierra, donde el fuego se mantiene con mil géneros de minerales acomodados á su nutricion. Y de la manera que este fuego se nutre y mantiene acá en lo exterior, entenderémos fácilmente lo que pasa allá en el centro de la tierra, porque yo no dudo sino que estas montañas y lagos de fuego son del mismo género, y por ventura respiraderos suyos.

»El segundo argumento que me convida, y áun me fuerza á poner la esfera del fuego en el centro de la tierra, es ver la buena consonancia que hace con esta opinion todo lo que la Iglesia católica nos enseña del fuego infernal. Del cual afirman todos los teólogos que es del mismo género y tiene las mismas calidades que éste que acá tenemos, y que Jesucristo descendió á los infiernos, donde estaba este fuego; y no es de creer que habiéndole Dios hecho livianísimo, porque aquella era su naturaleza, le hiciese aquella violencia de tenerlo en el centro de la tierra, siendo su lugar natural el cóncavo de la luna, donde Dios pudiera atormentar las ánimas y demonios con la misma facilidad que en el centro de la tierra, especialmente habiéndolo criado desde el primer dia de la constitucion del mundo, donde á cada elemento dió su lugar natural, sin hacer violencia á nadie. Y que Dios criase esfera de fuego, luégo que formó esta máquina que vemos del mundo, es cosa que no se puede negar, conforme aquello (1): *Ite maledicti in ignem æternum qui paratus est diabolo et angelis eius ab origini mundi.* Tambien nos enseña la fe que el mundo se ha de acabar por fuego, conforme aquello *Qui venturus* (2). Y se sigue claramente de los fundamentos de esta opinion, porque siendo la tierra finita y los demas elementos y el actividad del fuego infinita, y gastando de ellos siempre en su nutricion, sin poderse reparar, forzosamente se ha de venir á consumir, conforme aquello: *Omnes finitum per ablationem finiti tandem consumitur.* Dije que la actividad del fuego era infinita, porque si siempre le van añadiendo combustibles sin cesar, durará para siempre jamas. Que es lo que dijo el sabio (3): *Ignis verò nunquam dicit sufficit.* Estando en que Dios crió esfera de fuego, y que la puso en el centro de la tierra, y que tiene necesidad de nutricion, se saca respuesta clara y verdadera á un problema harto vulgar, al cual ningun médico ni filósofo natural ha podido responder hasta aquí, aunque de propósito la han procurado, y es, por qué causa los pozos están frios de verano y calientes de invierno. Aristóteles con todos sus secuaces dicen y afirman que el frio huye en el estío del mucho calor del sol, y por estar más seguro se mete en los pozos y cuevas, donde topando el agua, la enfria, y lo mismo hace el calor, huyendo en el invierno de su contrario. Esta respuesta no solamente es falsa, pero contradice totalmente á la doctrina del mismo Aristóteles, y espántome yo de Galeno, porque explicando aquel aforismo de Hipócrates: *Ventres hieme, et natura calidissimi sunt,* le citase en comprobacion, admitiendo aquella respuesta por muy verdadera. Y así es de saber que entre los cinco sentidos exteriores, el tacto, dice Aristóteles, es necesario á la vida del hombre y de los demas animales, y los otros cuatro sirven de ornato y perfeccion, porque sin gusto, olfato, vista y oido

(1) Math.
(2) *Judicare vivos et mortuos, et seculum per ignem.*
(3) Prover. 30.

vemos que puede vivir el hombre, pero no sin tacto, cuyo oficio, dice Aristóteles, es conocer lo que es nocivo para huirlo, y lo que es amigable para seguirlo.

»Todo lo cual me parece que hace el frio y calor sin tener tacto ni conocimiento animal. Lo segundo contradice á otro principio de Aristóteles muy celebrado de los peripatéticos, y es, que el accidente no puede pasar de un sujeto á otro sin corromperse. Y la respuesta suya admite que el frio, conociendo que viene en el estío su contrario el calor, va huyendo por el aire adelante, hasta entrar en el pozo, y desde allí al agua, por tener más seguridad. Lo tercero contradice á un principio de filosofía, que juntando dos contrarios en un sujeto, el uno al otro se remite, y en la opinion de Aristóteles, por fuerza se ha de admitir que el calor ó el frio se hace más intenso sobreviniéndole su contrario, y sin que preceda antiperístasis. Galeno probó tambien (1) á responder al problema, descontento de la doctrina de Aristóteles, y así dijo que el agua de los pozos es siempre de una misma temperatura, pero por tocarla nosotros con diferente tacto, en el invierno nos parece caliente, y fria en el estío. Y pruébalo con un ejemplo harto acomodado, diciendo que si el hombre se orina dentro en el baño, su propia orina lo enfria, y fuera lo calienta. Pero esta respuesta contradice en su propia doctrina, porque explicando aquel aforismo, *Ventres hieme, et vera calidissimi sunt*, dice que realmente tenemos más calor en el invierno que no en el estío, y así lo dice el mismo aforismo. Y las buenas fuentes, dice Hipócrates, han de estar frias en el estío y calientes en el invierno, y las malas andan con el tiempo, calientes en el estío, y frias en el invierno. Lo cual nos muestra claramente la experiencia, haciendo la prueba con una misma mano en dos pozos, el uno profundo y el otro somero, y hallarémos claramente que el agua del pozo profundo está más fria en estío, y la del somero caliente, y lo que muestra la experiencia no admite razones.

»Hipócrates respondió al problema mejor que Galeno, y anduvo más cerca de la verdadera solucion, diciendo que en el estío está muy abierta la tierra, y esponjada con el mucho calor del sol, el cual trae y llama para sí el aire que está metido en las concavidades de la tierra, y al tiempo de salir enfria con el movimiento el agua, como si la ventilasen con un paño. En el invierno acontece al reves, porque con la mucha frialdad del tiempo se cierran los poros de la tierra, y el aire se queda dentro quieto y sin menearse. Cuánto importe menear el agua y el aire para enfriar, y estar quietos para calentar, pruébalo el mismo Hipócrates, haciendo experiencia en dos pozos de igual profundidad. Y así dice que el pozo muy usado tiene el agua fria, y el no usado caliente.

»Pero la verdadera respuesta del problema es, que de la nutricion del fuego que está en el centro de la tierra se levantan muchas exhalaciones y humos calientes y secos, los cuales en el estío, por estar la tierra abierta, como dijo Hipócrates, salen fuera sin detenerse en las cavidades de la tierra, y el agua, como es fria de su propia naturaleza, conserva su frialdad no habiendo quien la caliente. En el invierno acontece al reves, que por estar la tierra cerrada por la mucha frialdad del tiempo, detiene los humos en el hueco y cavidades de la tierra donde está el agua, y así la calientan. Como vemos que cerrado el caño de la chimenea se hinche toda la casa de humo y calor, y abierto se torna á enfriar.

»El cuarto punto principal era que el fuego se halla en la generacion y conservacion del hombre, sin bajar del cóncavo de la luna ni subir del centro de la tierra, ni entrar por el pulso y la respiracion, como dice Galeno. Para lo cual es de saber que el calor natural del hombre no es accidente de los que se ponen en el predicamento *qualitatis*, sino una llama de fuego formal, de la misma suerte y manera que es la llama de un candil ó de una hacha ó vela encendida, porque las mismas diligencias se han de hacer para conservar la vida del hombre, que para tener encendida una vela sin que se muera. La vela, si bien la consideramos, ha menester cuatro cosas: la primera, sebo ó cera para mantenerse; lo segundo, tener respiradero para expeler los humos; lo tercero, que éntre aire frio y sople con moderacion; lo cuarto, que el aire no corra con vehemencia: cualquiera de estas cosas que falte, luégo se apaga la llama. Esto mismo, sin quitar ni poner, ha menester nuestro calor natural, del cual dijo Galeno que se conserva con dos movimientos, uno á lo bajo para tomar alimento, y otro á lo alto para echar de sí los humos y excrementos que nacen de su nutricion, y que éntre aire frio que recoja la llama, y que sople con moderacion porque no la disipe: esto no era menester que lo dijese Galeno, porque la experiencia nos muestra que faltando la sangre se muere el calor natural, y tapando la boca al hombre se ahoga, y puesto en un baño muy caliente, por falta de aire frio viene á perecer, y con el mucho ejercicio y ventilacion se disipa. Dije mucha ventilacion, porque la moderada enciende nuestro calor natural. Y así Aristóteles, aunque no era médico, dice que el que tiene calentura no se ponga donde entra aire, porque se enciende más la calentura: *Æger febricitans jacere debet immotus quoad maximè fieri potest, et quiescere nam certum est ignem marcescere ubi à nullo movetur. Ne adverso flatui cubet quoniam flatus excitat ignem, et ignis ex parvo magnus assurgit obulandus æger, operiendusque propterea est: quia si nullum igni concedatur expiraculum extinguetur, nec veste quidem exui debet donec sudare cœperit.* Todo esto que dice Aristóteles, y lo que Galeno ha dicho de nuestro calor natural, presume que es llama como la del candil, y no calor accidente; porque éste no ha menester nutrirle, ni tiene dos movimientos, *sursum* y *deorsum*, ni necesidad de ventilarse con aire frio, porque ántes le mataria. Y cuanto más le cubriesen y tapasen, tanto mejor se conservaria. Pero por ser llama, en quitándole los respiraderos, y que no éntre y salga el aire frio, luégo se muere. Y así Galeno, necesitado con esta experiencia, hizo un candil dentro de nuestro cuerpo, con su mecha y aceite ardiendo, como lo vemos acá en lo ex-

(1) *Simpl.* 7.

terior, y así dijo: *Cor ut funiculus est, sanguis ut oleum, pulmo ut organum in quo est oleum.*

»De paso no puedo dejar de condenar á Galeno, porque siendo opinion de Platon, Hipócrates, Aristóteles, que esta llama que está dentro de nosotros gasta y consume en su nutricion nuestra propia sustancia y húmedo radical, dijo que todos tres se engañan, movido con dos ó tres razones indignas de tanto ingenio. La primera es, diciendo que el calor natural de cualquiera cosa conserva, mantiene, aumenta y perfecciona el sujeto donde está. Luego no le gasta y consume, porque esto es de calor extraño y no natural. La segunda certifica que si los miembros de nuestro cuerpo no los disipase el ambiente, y el calor natural guardase el punto que habia de tener, aunque el hombre estuviese toda la vida sin comer ni beber, no se disminuirá. La tercera, si el calor natural nos gastase el húmedo radical en su nutricion, seguirse hia que cuanto fuese más copioso, tanto más nos gastaria, lo cual no acontece así, porque en el invierno es muy copioso y nos gasta ménos. La cuarta razon es contra aquellos que dicen que nuestro calor natural de *per accidens* nos consume, y de *per se* nos conserva. Lo cual no se puede afirmar, porque ningun agente hace algo de *per accidens* sin hacer otra cosa de *per se*, y si no es calentar, ninguna otra cosa puede hacer; y esto es imposible, porque ningun calor puede calentar su propia materia.

»A la primera razon respondemos que las cuatro facultades naturales son las que nos conservan, mantienen, aumentan y perfeccionan, aprovechándose de aquella llama encendida, con la cual hacen quilo en el ventrículo, y sangre en el hígado, y leche en los pechos, y médula en los huesos, y simiente en los vasos seminarios. La cual variedad no pudiera hacer el calor natural, siendo en todas las partes uno. Esta llama encendida es propísimo instrumento para las facultades naturales, porque trae, retiene, expele y aparta; con las cuales obras hacen ellas lo que quieren modificándolo. Y quejarse del que entre tanto gasta y consume el húmedo radical, es como si el cocinero que hace muy buenos guisados con el fuego, se querellase de él porque le gasta y consume la leña. La consecuencia de Galeno, cierto no es buena; porque de los alimentos que comemos se hace lo mismo que de nuestro calor natural, y ellos mismos nos matan y echan á perder el húmedo radical.

»La segunda razon presupone un falso notorio; porque nuestro calor natural tiene dos movimientos en toda la templanza del mundo, el uno *deorsum* para tomar aliento, y el otro *sursum* para expeler los fulligines, y si toma alimento, forzosamente nos ha de gastar.

»El tercer argumento tiene muy pocas fuerzas, porque el calor del invierno, aunque es mucho, es muy templado y remiso. Y los cocimientos se hacen muy bien con moderacion, y mal con intension, como parece en los febricitantes, y siendo el calor templado, forzosamente ha de gastar poco y reparar mucho.

»A la cuarta razon respondemos que la obra que el calor natural hace de *per se* en nuestro cuerpo es nutrirse á él y gastar el húmedo radical en su nutricion, como todos los fuegos del mundo, y lo que obra de *per accidens* es ser instrumento de las facultades naturales; como vemos en el fuego de la cocina, que tiene por intento principal gastar y consumir en su nutricion la leña y carbon, y de *per accidens* hace los guisados modificados con la industria del cocinero.

»Volviendo, pues, al punto principal, decimos que los animados tienen fuego formalmente en su composicion, y así no tienen necesidad que éntre de fuera por el pulso y la respiracion, como dijo Galeno. Y poniendo el fuego en el centro de la tierra, se engendran los mistos inanimados con gran facilidad; porque donde no alcanza el fuego, alcanza su calor, y donde no llega el calor, alcanza el humo. El cual, detenido en las cavidades de la tierra, fácilmente se convierte en fuego, como cuando se encierra en las nubes, y así no falta el fuego cuando es menester. En las cosas animadas era dificultoso de dar á entender el cómo y cuándo entran los cuatro elementos en su composicion, porque la experiencia nos muestra que el hombre se hace inmediatamente de simiente, y que en el vientre de su madre jamas entró tierra, agua, aire ni fuego. Y si queremos saber la generacion y principio de la simiente humana, ella cierto se hizo de sangre, y la sangre de quilo, y el quilo del pan y carne que comemos. Y si queremos averiguar la compostura del pan, hallarémos que se hizo de harina, y la harina del trigo, y el trigo de la caña, y la caña de otro grano de trigo que se sembró. Y aunque demos mil vueltas en la generacion y nutricion de los mistos animados, siempre hemos de comenzar y acabar en simiente, y no en los cuatro elementos, que es á la letra lo que dijo la divina Escritura: *Germines terra herbam viventem, et facientem semen, et lignum pomiferum faciens fructum justa genus suum, cujus semen in semetipso sit super terram.*

»A esta dificultad responde Galeno que las plantas se mantienen inmediatamente de los cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego, porque tienen fuertes estómagos para alterarlos y cocerlos, y así preparados, los dan á comer á los animales perfectos, como quien cuece y asa la carne para que nuestro estómago la pueda cocer; pero porque las plantas no tienen pulso ni respiracion, no pudo atinar cómo el fuego se hallase en la nutricion y generacion de las plantas y de su simiente.

»Y mayor dificultad le hicieron los mistos inanimados. Para declaracion de lo cual es de saber que el medio que naturaleza tiene para juntar los cuatro elementos en la generacion de todos los mistos inanimados y animados, y engendrar fuego formal, sin que baje del cóncavo de la luna, ni suba del centro de la tierra, es putrefaccion que padecen las cosas ántes que se corrompan; con la cual se suelta la mistion de los cuatro elementos y queda cada uno por sí. Esto sin controversia lo admiten los médicos y filósofos naturales, porque por la putrefaccion pierden las cosas que se pudren el modo de substancia que ántes tenian, y de secas, dice Aristóteles, se hacen húmedas, y de frias, calientes. La manera como se pudren las

dice Aristóteles, es y acontece cuando el calor del ambiente es mayor que el calor natural de la cosa que se pudre, entónces le trae para sí y le saca del sujeto donde está, cuyo oficio era tener abrazados los demas elementos en la mistion.

»De esta alteracion luégo se levanta calor y más calor, hasta que se forma llama de fuego, que quema y abrasa como si bajára del cielo; lo cual prueba Galeno por muchos ejemplos; especialmente cuenta que un monton de estiércol de palomas se pudrió por darle muchos dias el sol, y vino á arder en vivas llamas y quemó la casa donde estaba. Es tan necesaria la putrefaccion para las obras de naturaleza, que si no precede, es imposible que se engendre nada de nuevo, ni se nutra ni aumente; si la simiente humana y cualquiera otra de animales y plantas está mil dias en el vientre de la mujer sin podrirse, ninguna cosa se engendrará; porque el modo de sustancia que es bueno para la simiente, es malo para los huesos y carne del hombre. Y tomar otra manera de sustancia sin desatar primero los elementos que estaban en la simiente, y tornarlos á mezclar y cocer, es cosa que no puede ser. A la cual filosofía aludiendo el Evangelio, dijo: *Nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet*. Cuando Dios crió el mundo, dice el texto divino, cubrió la tierra con agua, y despues de bien recalada, la descubrió para que el sol la pudriese con su calor, y de la putrefaccion resultase un vapor hecho fuego, de que se compuso el hombre y los demas animales y plantas, y así decimos que fué la materia de que se compuso Adan, querrá decir tierra mojada con agua y podrida. Cuán fecunda se haga la tierra cubriéndola primero con agua, y luégo descubrirla y aguardar que se pudra con el calor del sol ántes que se siembre, nótalo Platon, considerando la fecundidad de Egipto con las inundaciones del Nilo. La misma fecundidad tenía el paraíso terrenal, porque á ciertos tiempos salian de madre aquellos cuatro rios y cubrian la tierra, y vueltos á su corriente, se pudria con el calor del sol, y así se hacia fecunda.

»En la nutricion del estómago se echa más claro de ver que en la generacion de los animales y plantas. Y así es cierto que para que la carne que comemos pueda nutrir y ser verdadero alimento, conviene que se pudra primero y pierda su calor natural, y se desbarate la union de sus elementos, y adquiera por la obra del estómago otro modo de sustancia conveniente á la sustancia del que se ha de nutrir. De lo cual es evidente argumento ver que la carne manida se cuece más pronto en la olla y en el estómago, que la que es recien muerta, y manirse la carne, ninguna otra cosa es sino podrirse y apartarse los elementos de la mistion y composicion; de lo cual es indicio manifiesto ver que en matando la carne, luégo cobra un poco de mal olor, y éste va creciendo por horas y dias hasta que ya no se puede sufrir, y con esto cierta flojedad que enseña la separacion de sus partes; no ménos lo demuestran los regüeldos que salen del estómago, á una ó dos horas pues de haber comido, cuyo mal olor no se puefrir, y pasado más tiempo salen de mejor sabor Del cual efecto, supuesta la doctrina que vamos probando, es clara su razon, porque cuando hacia mal, están los manjares en el término de la putrefaccion, y cuando bien, han salido ya de la putrefaccion y pasado á la concoccion; con la cual alteracion, dice Hipócrates, las cosas podridas pierden su mal olor. Las heces y excrementos del hombre sano y templado huelen mal por esta misma razon, porque en el término de la putrefaccion sacó naturaleza de los manjares lo que era hábil para nutrir, y esto coció y alteró, y los excrementos, por ser inhábiles para cocerse, se los dejó en el término de la putrefaccion, con una liviana concoccion, la cual, por su imperfeccion, no los pudo librar del mal olor. Por donde se entiende claramente que la primera obra del buen estómago, despues de la fusion, es podrir los manjares y sacarlos afuera su calor natural, como ambiente más poderoso, y luégo mezclarlos y cocerlos conforme al modo de sustancia que á ha menester. Todo lo cual admite de buena gana la filosofía natural. Porque pasar las cosas naturales de una especie á otra sin que preceda corrupcion es cosa imposible.

»Con esto hemos cumplido con el cuarto punto principal, pues es cierto que la cosa que se pudre levanta fuego y calor para que otra se engendre sin que venga de la esfera inferior ni superior.

»Pero ántes que vengamos al último punto, no puedo dejar de condenar una sentencia de Aristóteles, por ser contra la doctrina que hemos traido y fuera de toda razon y experiencia; él dice que los manjares que se cuecen en el estómago, que se cuecen con su propio calor natural, y no con el calor del estómago. Y segun lo que hemos dicho, lo primero que hace el estómago con los manjares es podrirlos y quitarles el calor natural.

»La razon en que se funda Aristóteles es ver por experiencia que las frutas que se cogen de los árboles por madurar, se cuecen y maduran con su propio calor, y no con el árbol de donde se quitaron. Y el mosto hierve y se cuece con su propio calor, y no con el calor de la tinaja. Y la simiente en el útero se cuece, y de ella se hacen las partes feminales del cuerpo humano, y no con el calor del útero. Y pues la razon formal de la concoccion es que se haga de su propio calor natural, y no del ajeno, luego á todo género de concoccion se ha de extender.

»A esto se responde por aquel principio del mismo Aristóteles que dice: *Omne quod movetur, ab alio debet moveri*. El hervir el mosto y el aceite, y madurarse las frutas cogidas del árbol, cierto es que hierven y se maduran con la virtud y calor del árbol donde primero estuvieron. Porque el ánima vegetativa y sus virtudes naturales son muy partibles, y duran cortadas del árbol muchos dias sin perderse, y la una lleva consigo el hollejo, la simiente y el escobajo, y con ello su calor natural, todo lo cual tiene ánima vegetativa ó virtud impresa de la vid, y con ésta hierve el mosto, como la saeta se mueve con la virtud que la ballesta le imprimió, y no con la suya. Esto saben muy bien los que hacen vino, que echando en la tinaja casca mal pisada ó medio entera, hierve el mosto con mayor furor. Los manjares se cuecen en el estómago con aque-

la llama de fuego que dijimos, la cual está colgada de la sustancia del estómago, como la llama del candil de la mecha; está entremetida con los manjares, los liquida, los corta, los adelgaza, los mezcla y cuece, ayuda y modifica con la industria de las cuatro facultades naturales. Y así decimos que la razon formal de concoccion no es que se cueza la cosa con su calor natural, sino con el ajeno moderado y templado, lo cual se prueba claramente discurriendo por todas especies de concoccion, que son: *maturitas, elixatio et axatio*. Quien madura las frutas es el calor del árbol y el del sol, quien cuece la carne en la olla son tres calores, uno que está en el fuego, otro en el barro de la olla, y otro tercero, que está en el agua, que inmediatamente toca en la carne. Quien asa la carne es el calor del carbon. Quien cuece los manjares en el estómago es el propio calor natural del estómago. Lo que forzó á Aristóteles á decir que las cosas se cuecen con su calor natural, fué ver hervir el mosto en la tinaja y hacerse vino apartado de la vid, y si él advirtiera que en las venas se hace sangre con la virtud enviada del hígado, aunque está apartado, entendiera que el mosto hierve en la tinaja con la virtud concotriz de la vida y con su calor natural, todo lo cual trajo consigo cuando lo quitaron de la vid; porque *Omne quod movetur, ab alio debet moveri*. De la cual proposicion y verdadero principio, forzado Aristóteles, vino á contestar lo que yo tengo probado, y así dijo (1): *Nam et cibi in corpore concoctio elixatione similis est. Et enim à corporis calore in humido, et calido fit.*

»Cuanto al quinto punto principal, dice santo Tomas que ni del aire, ni del fuego se hizo expresa mencion, tratando de la creacion de las cosas (2), porque aquello escribió Moises á un pueblo rudo y sensual, y estos dos elementos no se perciben de la gente ruda, y por la misma razon no hizo expresa mencion de los ángeles en todos aquellos capítulos. Platon, como lo refiere san Agustin, por aquella diccion *cœlum* entendió el fuego, porque él tuvo por opinion que el cielo era de fuego; *Ravi Moises* dice (3) que por aquella diccion *tenebris* se entiende el fuego, el cual en su propia esfera no da luz; Cayetano responde que por el abismo que dice Moises, entendió el fuego y el aire, que son cuerpos diáfanos, y con la luz son trasparentes, y sin ella oscuros, y por razon de la oscuridad los llamó abismos. Del aire dicen otros que hizo mencion Moises por aquellas palabras: *Et spiritus Domini ferebatur super aquas*. Y que el aire se llame espíritu del Señor pruébanlo claramente con aquel salmo del Real profeta David, 147: *Flavit spiritus ejus et fluent aquœ*. Porque aunque es verdad que todas las cosas criadas en este mundo son de Dios, y de todas es señor absoluto, conforme aquello, *Domini est terra et plenitudo ejus*; pero algunas llama la Escritura particularmente suyas más que otras, que son las muy grandes, ó aquellas de que él más se sirve. Y así llama la Escritura *montes Dei*. Y el Evangelio llama Cafarnau, ciudad de Dios, y no á Nazaret, de donde era natural; porque allí se debia cumplir más su voluntad. Del aire se podria decir lo mismo, porque es el instrumento con que Dios gobierna estos inferiores. Y así dijo Hipócrates: *Spiritus hiemis, et œstatis causa est; in hieme quidem frigidus, et condesatus; in œstate autem mitis et tranquillus quin, et solis, et lunœ, et astrorum omnium cursus per spiritum procedunt.* Otros dicen que por aquellas palabras: *Et spiritus Domini ferebatur super aquas*, se entiende el Espíritu Santo: él sea con nosotros, amén.

»La razon que yo daria por que Moises no hizo mencion del fuego en el *Génesis*, es que Dios no se lo quiso revelar á nuestros primeros padres en el principio del mundo, porque estaban en gracia y los procuraba ántes regalar y darles contento que pena y temor, amenazándolos con una cárcel y tormento tan grande y eterno, lo cual parece claramente considerando que por el pecado que hicieron habian de ir al fuego infernal, que tenemos dicho, si Dios no los perdonára, y la pena de precepto no suena más que la muerte corporal. Y esto mismo quiso representar Moises en el *Génesis*, como si Adan no hubiera pecado (4).»

De estos cuatro elementos, mezclados y cocidos con nuestro calor natural, se hacen los dos principios necesarios de la generacion del niño, que son simiente y sangre ménstrua.

Pero de los que más caudal se ha de hacer para el fin que llevamos es de los manjares sólidos que comemos, porque éstos encierran en sí todos los cuatro elementos, y de éstos toma la simiente más corpulencia y calidades que del agua que bebemos y del fuego y aire que respiramos; y así dijo Galeno (5) que los padres que quieren engendrar hijos sabios, que leyesen tres libros que escribió, *Alimentorum facultatibus*, que allí hallarian manjares con que lo pudiesen hacer, y no hizo mencion de las aguas ni de los demas elementos, como materiales de poco momento. Pero no tuvo razon, porque el agua altera mucho más el cuerpo que el aire, y muy poco ménos que los manjares sólidos que comemos, y para lo que toca á la generacion de la simiente, es tan importante como todos juntos los demas elementos. La razon es, como lo dice el mismo Galeno (6), que los testículos traen de las venas para la nutricion la parte serosa de la sangre, y la mayor parte del suero la reciben las venas del agua que bebemos.

Y que el agua haga mayor alteracion en el cuerpo que el aire, pruébalo Aristóteles preguntando (7): ¿Qué es la causa que mudar las aguas hace en la salud tanta alteracion, y si respiramos aires contrarios, no lo sentimos tanto? A lo cual responde que el agua da alimento al cuerpo, y el aire no. Pero no tuvo razon en responder de esta manera, porque el aire, en opinion de Hipócrates (8), tambien da alimento y substancia, como el agua, y así buscó Aristóteles otra respuesta

(1) 4, *Meteo.*, 3.
(2) 1 part., quæst. 19, art. 1.
(3) Lib. XV *De Civ.*, cap. VI.

(4) *Principium alimenti, os, nares, gutur et caro universa.* Falta en la edicion de 1640, y existe en las demas.
(5) Lib. *Quod anim.*, cap. X.
(6) Lib. 1 *De semin.*, cap. XVI.
(7) 1 sect., prob. 13.
(8) Lib. De aliment.

mejor, diciendo que ningun lugar ni region tiene aire propio; porque el que está hoy en Flándes corriendo cierzo, en dos ó tres dias pasa en Africa, y el que está en Africa corriendo mediodía, lo vuelve al septentrion, y el que está hoy en Jerusalen corriendo levante, lo echa en las Indias de poniente; lo cual no puede suceder en las aguas, por no salir de un mismo territorio, y así cada pueblo tiene su agua particular, conforme al minero de la tierra de donde nace y por donde pasa, y estando el hombre acostumbrado á una manera de agua, bebiendo otra se altera más que con ménos manjares ni aires; de suerte que los padres que quieren engendrar hijos muy sabios han de beber aguas delicadas, dulces y de buen temperamento, so pena que errarán la generacion. Del ábrego, dice Aristóteles (1) que nos guardemos al tiempo de la generacion, porque es grueso y humedece mucho la simiente, y hace que se engendre hembra y no varon; pero el levante (2) nunca acaba de loarle y ponerle nombres y epítetos honrosos. Llámale templado, empreñador de la tierra, y que viene de los campos Elíseos. Pero aunque es verdad que importa mucho respirar aires muy delicados y de buen temperamento y beber aguas tales, pero mucho más hace al caso usar de manjares sutiles y de la temperatura que requiere el ingenio; porque de estos se engendra la sangre, y de la sangre la simiente, y de la simiente la criatura. Y si los alimentos son delicados y de buen temperamento, tal se hace la sangre, y de tal sangre la simiente, y de tal simiente tal cerebro. Y siendo este miembro templado y compuesto de substancia sutil y delicada, el ingenio, dice Galeno (3) que será tal; porque nuestra ánima racional, aunque es incorruptible, siempre anda asida de las disposiciones del cerebro, las cuales, si no son tales cuales son menester para discurrir y filosofar, dice y hace mil disparates.

Los manjares, pues, que los padres han de comer para engendrar hijos de grande entendimiento, que es el ingenio más ordinario en España, son: lo primero pan candeal, hecho de la flor de la harina y amasado con sal; éste es frio y seco, y de partes sutiles y muy delicadas. Otro, dice Galeno, de trigo rubial ó truxil, ó el cual, aunque mantiene mucho y hace á los hombres membrudos y de muchas fuerzas corporales, pero por ser húmedo y de partes muy gruesas echa á perder el entendimiento. Dije amasado con sal, porque ningun alimento de cuantos usan los hombres hace tan buen entendimiento como este mineral. Él es frio y con la mayor sequedad que hay en las cosas, y si nos acordamos de la sentencia de Heráclito, dijo de esta manera: *Splendor siccus animus sapientissimus*.

Por la cual nos quiso dar á entender que la sequedad del cuerpo hace al ánima sapientísima. Y pues la sal tiene tanta sequedad y tan apropiada para el ingenio, con razon la divina Escritura la llama con este nombre de prudencia y sabiduría (4).

(1) 14 sect., prob. 5.
(2) 16 sect., prob. 33.
(3) Lib. *Artis medic.*, cap. XII.
(4) *Quidquid obtuleris sacrificii sale condies: accipe sal sapientiæ vos estis sal terræ.*

«Pero es menester escoger la sal que sea muy blanca y que no sale mucho, porque la tal es de partes sutiles y muy delicadas, y por lo contrario, la morena es muy terrestre y destemplada, y sala mucho en pequeña cantidad.

»Cuánto importe la sal echada en los alimentos, no solamente que comen los hombres, brutos y animales, pero áun las plantas, nótalo Platon diciendo que la sal no solamente da gusto y contento al paladar, pero da sér formal á los alimentos para que puedan nutrir. Sola una falta tiene, y ésta es muy grande, que no habiendo sal, ninguna cosa hay criada en el mundo que supla por ella. Todas las demas cosas de que el hombre se aprovecha en esta vida tienen su lugarteniente si ellas faltan; sólo la sal nació sola para el fin que fué criada, porque si falta pan de trigo, hay de cebada, centeno, panizo, avena y escaña; si falta vino para beber, hay agua, cerveza, leche, zumo de manzanas y de otras frutas; y si falta paño para vestir, hay pieles de animales, de las cuales vistió Dios á nuestros primeros padres para echarlos del paraíso terrenal; y si no, lienzos, sedas, cáñamo y esparto. Y así discurriendo por las demas cosas, hallarémos que todas tienen quien supla sus faltas, sino es la sal, que nació sola para su fin.

»A la cual propiedad aludiendo Cristo, nuestro Redentor, en su Evangelio dijo á sus discípulos: *Vos estis sal terræ, si sal evanuerit in quo salietur*. Como si dijera: discípulos mios y doctores de la Iglesia, mirad que sois sal de la tierra, y si vosotros os perdeis, ¿en que otra cosa que tenga las veces de sal salarémos al pueblo cristiano? porque sabe que no la hay. Y otro Evangelio dice: *In quo salietur ipsum sal;* para darles á entender que si ellos, siendo sal, se pierden, ¿en qué otra cosa los salarémos á ellos propios? Como si dijera: *Incarnatori quis mœdebitur*. Y pudiera decir el Evangelio: vosotros sois el pan de trigo de mi Iglesia para sustentar y dar alimento espiritual y doctrina á los fieles, y si vosotros os perdeis, ¿en qué otra cosa alimentarémos al pueblo? Pudiérale responder: en pan de cebada, como vos lo hicisteis en el desierto; pero porque la sal no tiene lugarteniente, la escogió Dios para darles á los discípulos su oficio. De la sal dicen los médicos: *Omnis sal in communi calefacit discuti, adstringit, siccat, cogit, ac densat substantiam corporum quibus adhibetur*. Las cuales propiedades ha de tener tambien el que fuere sal de la Iglesia, y tales efectos ha de producir en el auditorio cristiano el buen predicador. Y si no, discurra por cada una de ellas el que tuviere invencion, y verá cuán al propósito viene llamar Dios sal á los predicadores. Pero una cosa no han considerado los filósofos naturales ni los demas que han procurado buscar las propiedades de la sal, y es, que las cosas que tienen mucha sal, si las queremos brevemente desalar, echándoles sal en cierta medida y cantidad, y hasta cierto tiempo, le vienen á desalar, y si pasan el punto, se hacen salmuera. De lo cual, si alguno quisiere hacer experiencia, hallará que el pescado salado puesto á remojar en agua de la mar hasta cierto tiempo, se desala más presto que en agua dulce. Y si dos pedazos de pescado igualmente salados pone-

mos á desalar en dos vasijas de agua dulce, al que le echaren un puñado de sal se desalará más pronto que el otro. El predicador que tuviese buena invencion sacaria de esta propiedad una galana consideracion para el púlpito. En todas estas propiedades naturales que hemos dicho de la sal, ó en parte de ellas, se debió fundar Eliseo cuando con un vaso de sal enmendó las aguas mortíferas de cierta region, é hizo que la tierra fuese fecunda, siendo ántes estéril; lo cual es fácil de probar, si convenimos primero en tres principios naturales, tan ciertos y verdaderos que ninguno los puede negar. El primero es de cuatro juntas ó combinaciones posibles que se pueden hacer de las primeras calidades, caliente y húmeda, caliente y seca, fria y húmeda, fria y seca; de la primera dicen todos los médicos y filósofos que ésta es la causa total por donde las cosas naturales se pierden y corrompen, porque el calor juntamente con la humedad, puesto en el ambiente, relaja y afloja los elementos que están en la compostura del misto y los saca de la union, y así cada uno, dice Aristóteles, se va por su parte.

»El segundo principio es, que no todas las tierras del mundo son de una misma calidad. Unas, dice Hipócrates, son húmedas, otras secas; unas calientes y otras frias; unas dulces y otras amargas; unas insípidas y aguanosas, y otras saladas; unas crudas y otras fáciles de cocer; unas ásperas y otras blandas. Lo cual no hizo naturaleza acaso y sin pensar, sino con mucha providencia y cuidado, atento á la gran variedad de plantas y semillas que de la tierra se habian de mantener, porque no todas usan de un mismo alimento. Si en dos palmos de tierra, dice Hipócrates, se siembran ajos, lechugas, garbanzos y altramuces, los ajos toman de la tierra para su nutricion lo acre y mordaz, las lechugas lo dulce, los garbanzos lo salado, y los altramuces lo amargo; y así, por consiguiente, no hay yerba ni planta que no chupe de la tierra el alimento con quien tiene amor y semejanza, y deje los demas en quien no halla familiaridad ni gusto; pero de tal manera que no deje de aprovecharse de las otras diferencias de tierra, porque de todas juntas hizo naturaleza un guisado y condimento que lleva dulce, salado, agrio, y otro que pica como pimienta y especias, á manera de cazuela mojí, porque de otra manera la experiencia nos muestra que muchas yerbas juntas, aunque sean de diferente naturaleza, las unas á las otras se quitan la virtud. Lo que Hipócrates quiso sentir es que las lechugas toman de la tierra lo dulce cuatro onzas, y un adarme de las demas; y los garbanzos toman de lo salado dos onzas, y muy poco de las demas; y así, por consiguiente, de las otras diferencias. Pero si la tierra está insípida y sin ninguna sal, no hay planta que se mantenga de ella, porque el sér formal que tienen los alimentos, por donde son aptos para nutrir, dijo Platon lo toman de la sal. Y no como las demas golosinas y sabores, que levantan el apetito para recrearlo, y no más. Por donde es cierto que los alimentos y frutas que naturaleza hizo sabrosas, no es otra la causa sino haberles dado en su formacion el punto de sal que habian menester.

»El tercer principio es, que las plantas tienen gusto y conocimiento de los alimentos que son familiares á su naturaleza, y éstos, aunque estén distantes, los traen para sí, y huyen de los contrarios, lo cual confiesa llanamente Platon, porque le parece cosa imposible que estando junto á sus aires tres ó cuatro diferencias de alimentos, que elijan y escojan el que es para sí familiar y semejante, y dejen los demas por desemejantes y extraños, y que saquen de los que cuecen y alteran lo puro y aechado, y se mantengan de ello, y lo otro aparten y desvien de sí hasta echarlo fuera del cuerpo; la cual sentencia contentó grandemente á Galeno, y así dijo: *Platonem commendo plantas animalium vocabulo: nuncupantem, non enim alia ulla de causa germanum atrahere vel sibi ipsis assimilare, quam ob fruitionem et in genitam eis voluntatem dicere possumus.* Por las cuales palabras confiesa llanamente Galeno, juntamente con Platon, que las plantas tienen gusto, y que se recrean con alimentos que tienen buen sabor conforme á su apetito, y con los malos y desabridos se afligen y entristecen como si fueran animales.

»Con estos tres principios podrémos ya responder al hecho milagroso de Eliseo, porque si la tierra que curó y enmendó sembrando sal por encima estaba insípida y aguanosa, con la sal se hizo sabrosa y aparejada para nutrir; y si por el calor y humedad del aire que estaba metido en las cavernas de la tierra las aguas salian malignas y corrompidas, con las calidades que dijimos de la sal naturalmente se remediaron; y si la tierra era infecunda por la mucha sal que tenía, con la misma sal sembrada por encima se vino á desalar; el milagro fué que con solo un vaso de sal remediase Eliseo tanta tierra y tanta muchedumbre de aguas, como el milagro del desierto, que con cinco panes de cebada y dos peces hartó Dios cinco mil hombres, y sobraron doce cofines; en el cual hecho naturaleza puso el pan y los peces, cuya propiedad era alimentar y nutrir, y Dios la cantidad que fué menester para hartarlos (1).»

Las perdices y francolines tienen la misma sustancia y temperamento que el pan candeal y el cabrito y el vino moscatel, de los cuales manjares usando los padres de la manera que atras dejamos notado, harán los hijos de grande entendimiento.

Y si quieren tener algun hijo de grande memoria, coman ocho ó nueve dias ántes que llegue el acto de la generacion, truchas, salmones, lampreas, besugos y anguilas; de los cuales manjares harán la simiente húmeda y muy glutinosa. Estas dos calidades dijimos atras que hacian la memoria fácil para recibir, muy tenaz para conservar las figuras mucho tiempo. De palomas, cabritos, ajos, cebollas, puerros, rábanos, pimienta, vinagre, vino blanco, miel y de todo género de especias se hace la simiente caliente y seca y de partes muy delicadas. El hijo que de estos alimentos se engendrare será de grande imaginativa, pero falto de entendimiento, por el mucho calor, y falto de memoria, por la mucha sequedad. Estos suelen ser muy perjudiciales á la república, porque el calor los inclina á muchos vicios y males, y les da ingenio y ánimo para

(1) Todo esto falta en las primeras ediciones; sólo existe en la de Alcalá de 1640.

poder ejecutar. Aunque si se van á la mano, más servicios recibe la república de la imaginativa de éstos que del entendimiento y memoria (1).

»Los médicos, viendo por experiencia lo mucho que puede la buena temperatura del cerebro para hacer á un hombre prudente y discreto, inventaron cierto medicamento de tal compostura y calidad, que tomado en su medida y cantidad, hace que el hombre discurra y raciocine muy mejor que ántes solia: llamáronla *confectio sapientium*, ó *confectio anacardina*, en la cual, como parece por su receta, entra manteca de vacas fresca y miel, de los cuales dos alimentos dijeron los griegos que comidos avivaban grandemente el entendimiento, pero consideradas las demas medicinas que entran en su composicion, realmente son muy calientes y secas, y totalmente echan á perder el entendimiento y memoria, aunque no se le puede negar que avivan la imaginativa en hallar y responder á propósito en motes y comparaciones, en malicias y engaños, y dan los más en el arte de metrificar, y en otras habilidades que descomponen al hombre; y como el vulgo no sabe distinguir ni poner diferencia entre las obras del entendimiento y de la imaginativa, en viendo á los que han tomado esta confeccion que hablan más agudamente que ántes solian, dicen que han cobrado más entendimiento, y realmente no es así, ántes lo han perdido, y cobrado un género de sabiduría que no le está bien al hombre, á la cual llamó Ciceron *calliditas*, que es un saber contrario de la justicia.

»Todas las veces que pasaba por aquel lugar del *Génesis* que dice: *Quis enim indicavit tibi quod nudus esses, nisi quod ex arbore ex qua præceperam tibi ne comederes, comedisti?* me sonaba á los oidos que la fruta de aquel árbol *scientiæ boni et mali* tenía propiedad natural de dar conocimiento y advertencia al que comia de ella, y aquella ciencia no le estaba bien al hombre, ni Dios queria que la supiese, porque era un género de sabiduría de quien dijo san Pablo: *Prudentia carnis inimica est Deo.* Pero viendo que la divina Escritura tiene tan profundos sentidos, y que con su letra se suelen engañar los que poco saben, lo dejaba pasar, hasta que ya molestado de ocurrirme tantas veces á la imaginacion, propuse en mí de leer todos los expositores que hallase de aquel lugar, para ver si alguno lo tocaba, y á pocas vueltas leyendo en Josefo, *De antiquitatibus*, hallé que decia que la fruta de aquel árbol *scientiæ boni et mali* aceleraba el uso de la razon y aguzaba el entendimiento, atento á la cual propiedad le pusieron tal nombre, como al otro árbol de la vida, que por eternalizar al hombre que comia de su fruta le llamaron *arbor vitæ*. La cual sentencia y declaracion no admite Nicolao de Lyra, pareciéndole que la fruta de aquel árbol, siendo material, no podia obrar en el entendimiento humano, siendo espiritual. El Abulense no admite la reprension de Nicolao absolutamente, sino es con distincion. Y así dice que aunque el entendimiento humano es potencia espiritual y que no obra con órgano corporal, pero con todo eso, no puede entender sino es aprovechándose de las otras potencias orgánicas, las cuales, si tienen buen temperamento, ayudan bien al entendimiento, y si no, le hacen errar. Y tal templanza podia poner la fruta de aquel árbol en el cerebro, que viniese el hombre á saber mejor con aquella razon. Y que la templanza ó destemplanza de los alimentos puedan ayudar y ofender á la sabiduría, pruébalo por aquel lugar de la Escritura: *Cogitavi in corde meo abstrahere à vino carnem meum, ut animum meum transferam ad sapientiam.* Tambien Aristóteles en los libros de *Economia*, donde trata de las alteraciones que recibe el cuerpo por razon de los alimentos que el hombre come, y por el temperamento de la region donde habita, y por las demas causas que suelen inmutar el cuerpo, que pasan al ánima racional; y así dice que los hombres que habitan tierras muy calientes son más sabios que los que moran en regiones muy frias. Y Vegecio afirma que los que habitan en el quinto clima, como son los españoles, italianos y griegos, que son hombres de grande ingenio y muy animosos.

»Conforme esto, bien era posible que la fruta de aquel árbol tuviese tanta eficacia en alterar las potencias orgánicas del cuerpo, que aprovechasen á los discursos del entendimiento. Y porque Adan era sapientísimo y sin necesidad de otra sabiduría alguna, no puso Dios el precepto en esta fruta, guardándola para sus descendientes, los cuales siendo niños, y comiendo de ella, acelera el uso de la razon. Pero realmente las palabras del texto no admiten esta postrera declaracion, porque bien miradas, quieren significar que la fruta del árbol con su virtud y eficacia les abrió los ojos corporales y les enseñó lo que sabian: *Et aperti sunt oculi amborum, et cognoverunt se esse nudos.* Lo cual se prueba más á la clara ponderando aquellas palabras que Dios le dijo al hombre cuando le halló tan avergonzado de verse desnudo: *Quis enim indicavit tibi quod nudus esses, nisi quod ex ligno ex quo præceperam tibi ne comederes, comedisti?* Nemesio obispo, en un libro que escribió *De natura hominis*, llanamente confiesa que la fruta de aquel árbol tenía propiedad natural de dar sabiduría, y que realmente le enseñó á Adan lo que no sabia. Cuyas palabras son éstas que se siguen: *Et quoniam ei non conferebat ut ante sui perfectionem suam agnosceret naturam, prohibuit ne gustaret lignum cognitionis, erant autem imo vero nunc quoque sunt in plantis maximæ virtutes, tunc autem ut potens in initio mundi creationis cum essent sinceræ potissimum habebant operationem erat, ergo alicujus quoque fructus gustus afferens cognitionem suæ naturæ nolebat autem Deus cum suam agnoscere naturam ante: perfectionem, ne si cognovisset se multis egere ea curaret, quæ ad usum corporis pertinent reliquens coram animæ, et propter hanc causam prohibuit ne esset particeps fructus cognitionis.* Por las cuales palabras confiesa llanamente este autor que la fruta de aquel árbol tenía propiedad natural de dar conocimiento al que no lo tenía, y que esto no solamente se hallaba en el principio del mundo cuando los alimentos tenian tanta

(1) Nota que el hombre es libre y señor de sus obras. *Deus ab initio constituit hominem et reliquit illum in manu consilii sui.* (Eccl. c. xv.) Aunque es irritado de su mala temperatura

eficacia en alterar el cuerpo humano, pero áun ahora, estando estragadas con el largo discurso del tiempo, hay muchas frutas que lo pueden hacer. Y porque á nuestros primeros padres no les estaba bien saber en todo su naturaleza, ni tener noticia de las cosas de que tenian necesidad, les puso el precepto en este árbol, cuya propiedad era poner al hombre en cuidado del cuerpo, y apartarlo de las contemplaciones del ánima. Esta declaracion es conforme á la filosofía natural que vamos tratando, porque no hay alimento, especialmente las frutas, que son alimentos medicamentosos, que no altere el cerebro, conforme aquello de Hipócrates: *Facultas alimenti pervenit ad cerebrum.* Y tal habilidad pone en el hombre, cual es el temperamento que engendra en el cerebro, como es el del vino, que si se bebe en cierta cantidad hace al hombre ingenioso, y si pasa de allí, lo enloquece, y no se ha de entender que la fruta del árbol vedado diese inmediatamente hábitos de ciencia, como pensó Nicolao, sino temperamento acomodado á tal género de ciencia, con el cual viene luégo el hombre en conocimiento de las cosas de que estaba descuidado; y que la fruta de este árbol tuviese propiedad de abrir los ojos y hacer conocer lo que ignoraban, no se puede negar, porque en comiendo de ella, dice el texto: *Et aperti sunt oculi amborum, et cognoverunt se esse nudos.* Y dije abrir los ojos, porque como tenemos probado atras, si la imaginativa no asiste con los sentidos exteriores, ninguno puede obrar; que es lo que dijo Hipócrates: *Quicumque dolentes parte aliqua corporis omnino dolorem non sentiunt, iis mens ægrotat.* Como si dijera: si alguno le hicieren causas dolorosas, como es quemarle ó cortarle la mano, y totalmente no lo sintiere, es cierto que tiene la imaginativa distraida en alguna profunda imaginacion, la cual, como hemos dicho, si no asiste con el tacto y con los demas sentidos exteriores, ninguna sensacion pueden hacer: de lo cual podriamos traer muchos ejemplos de los que pasan cada dia por nosotros; pero uno que refiere Plutarco de Archimedes, nos lo dará bien á entender. Este Archimedes era un hombre de tan fuerte imaginativa para componer y fingir maquinamientos de guerra, que él solo era más temido, por esta razon, de los enemigos que todo el ejército contrario. Y era tan estimado su ingenio entre los romanos, que teniendo Marcelo cercada la ciudad de Siracusa, donde el Archimedes estaba, ántes que la entrase echó un bando en su ejército, que ningun soldado fuese osado á matar Archimedes, so pena de la vida; pareciéndole que ningun despojo podia llevar mayor á Roma que un hombre de tanta habilidad. De éste se cuenta que estaba tan ocupado en sus maquinamientos, y tan enclavados los ojos en la tierra donde tenía rayadas las figuras de su invencion, que no veia ni oia lo que pasaba en la ciudad al tiempo de la batalla. Y llegando un soldado romano á él, le preguntó si era Archimedes; aunque se lo preguntó muchas veces, ninguna cosa le respondió, por la ocupacion que tenía de los sentidos, y mohino el soldado de ver un hombre tan traspuesto, le mató. Al tono de esto, cierto es que nuestros primeros padres estaban ocupados, ántes que pecasen, en meditar y contemplar las cosas divinas, y descuidados de las humanas. Y que aunque andaban desnudos, no lo echaban de ver, y podriamos decir que tenian los ojos cerrados; porque aunque era verdad que los tenian abiertos, y sana la potencia visiva, pero por la ausencia de la imaginativa estaban como ciegos, pues no podian obrar con ellos; y la fruta era de tanta eficacia, que sacó á la imaginativa de su contemplacion, y la puso en la vista. Lo cual suenan claramente aquellas palabras que Dios les dijo en acabando de comer: ¿Quién piensas, oh Adan, que te enseñó que estabas desnudo, sino haber comido del árbol que te prohibí? Lo cual hice, como si dijera, por tu contento y regalo, porque no te estaba bien saber lo que ahora sabes.

»Dos géneros de sabiduría, si bien acuerdo, dejamos notados atras: el uno pertenece al entendimiento, en el cual se encierran todas aquellas cosas que el hombre hace con rectitud y simplicidad, sin errores, sin mentiras y engaños. De la cual sabiduría notó Demóstenes á los jueces en una oracion que hizo contra Eschino, pareciéndole que el mayor título que les pudo poner para captarles la benevoleneia fué llamarles rectos y simples. Y así la divina Escritura á un hombre tan sabio y virtuoso como Job lo llamó *vir rectus et simplex.* Porque los doblados y astutos no son amigos de Dios: *Vir duplex animo inconstans est in omnibus viis suis.*

»Otro género de sabiduría hay en el hombre, que pertenece á la imaginativa; de quien dijo Platon: *Scientia quæ est remota à justitia, calliditas potius quam sapientia est appellanda.* Como si dijera: las cosas que el hombre hace con embustes y engaños, fuera de lo que dicta la razon y justicia, no es sabiduría, sino astucia, como fué aquella conjugacion y discurso que entre sí hizo aquel mayordomo que cuenta San Lúcas, diciendo: *Homo quidam erat dives qui habebat villicum, et hic diffamatus est apud illum, quasi dissipasset bona ipsius, et vocavit illum, et ait illi: quid hoc audio de te, redde rationem villicationis tuæ. Iam enim non poteris villicare. Ait autem villicus intrase; quid faciam, quia Dominus meus auferta me villicationem; foderem non valeo, mendicare erubesco, scio quod faciam, ut cum ammotus fuero à villicatione, recipiant me in domus suas,* etc. Con el cual discurso hizo un hurto tan famoso, que dice el texto: *Et laudavit Dominus villicum iniquitatis, quia prudenter fecisset: quia filii hujus sæculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt.* En las cuales palabras se contienen dos diferencias de sabiduría y prudencia. La una, dice el texto, pertenece á los hijos de luz, que es con rectitud y simplicidad; y la otra á los hijos de este siglo, con dobleces y engaños; y los hijos de luz saben muy poco en la prudencia del siglo, y los hijos del siglo, ménos en la sabiduría de luz.

»Estando Adan en gracia, era hijo de luz, y sapientísimo en este primer género de sabiduría, y por perfeccion suya le hizo Dios ignorante en el segundo, porque no le convenia. Y el árbol era tan eficaz en dar prudencia de este siglo, que fué menester prohibirle el uso de su fruta para que viviese descuidado en

las necesidades del cuerpo, como dijo Nemesio, y cuidadoso en las contemplaciones del ánima racional. La dificultad es ahora por qué razon llamaron á este árbol *scientiæ boni*, pues la prudencia y sabiduría que daba, ántes era para mal que para bien; á esto se responde que ambas ciencias son para bien, usando de ellas en su tiempo y lugar, y así las encomendó Jesucristo á sus discípulos, cuando los envió por el mundo á predicar: *Ecce mitto vos sicut oves in medio luporum; estote ergo prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbæ.* De la prudencia se ha de usar para ampararse de los males que les pueden hacer, y no para ofender con ella. Fuera de esto, los filósofos morales dicen que una misma cosa se puede llamar buena ó mala de una de tres maneras: ó como honesta, ó como útil, ó como delectable. Como el hurto que hizo el mayordomo de la historia pasada, que fué bueno en cuanto útil, pues se quedó con la hacienda de su señor, y malo en cuanto fué hecho contra justicia, tomando lo suyo á su dueño.

»El cubrirse Adan con tanto cuidado, y tener más vergüenza de verse desnudo delante de Dios que haber quebrantado su mandamiento, me da á entender que la fruta del árbol vedado le avivó la imaginativa de la manera que hemos dicho, y ésta le representó los actos y fines de las partes vergonzosas. Pero aunque esta declaracion tiene la apariencia que vemos, la comun es: *Quod lignum scientiæ boni et mali non à natura hoc nomen acceperat; sed ab occasione rei postea sequitæ. Quod magis probo* (1).»

Las gallinas, capones, ternera, carnero castrado de España, son de moderada sustancia, porque ni son manjares delicados ni gruesos. Dije carnero castrado de España, porque Galeno, sin hacer distincion, dice (2) que es de mala y gruesa sustancia, y no tiene razon, porque puesto caso que en Italia, donde él escribió, es la más ruin carne de todas; pero en esta otra region, por la bondad de los pastos, se ha de contar entre los manjares de moderada sustancia. Los hijos que de estos alimentos se engendraren, tendrán razonable entendimiento, razonable memoria y razonable imaginativa (3). Por donde no ahondarán mucho en las ciencias, ni inventarán cosa de nuevo. De éstos dijimos atras que eran blandos y fáciles de imprimir en ellos todas las reglas y consideraciones del arte, claras, oscuras, fáciles y dificultosas; pero la doctrina, el argumento, la respuesta, la duda y distincion, todo lo han de dar hecho y levantado.

De vaca, macho, tocino, migas, pan, trujillo, queso, aceitunas, vino tinto y agua salobre, se hace una simiente gruesa y de mal temperamento. El hijo que de ésta se engendráre tendrá tantas fuerzas como un toro, pero será furioso y de ingenio bestial.

De aquí proviene que entre los hombres del campo por maravilla salen hijos agudos ni con habilidad para las letras; todos nacen rudos y torpes, por haberse hecho de alimentos de gruesa y mala sustancia; lo cual acontece al reves entre los ciudadanos, cuyos hijos vemos que tienen más ingenio y habilidad.

Pero si los padres quisieren de véras engendrar un hijo gentil hombre, sabio y de buenas costumbres, han de comer mucha leche de cabras, porque este alimento, en opinion de todos los médicos, es el mejor y más delicado de cuantos usan los hombres, entiéndese estando sanos, y que les responda en proporcion; pero dice Galeno (4) que se ha de comer cocida con miel, sin la cual es peligrosa y fácil de corromper. La razon de ello es que la leche no tiene más que tres elementos en su composicion: queso, suero y manteca. El queso responde á la tierra, el suero al agua y la manteca al aire. El fuego que mezclaba los demas elementos y los conservaba en la mistion, en saliendo de las tetas se exhaló, por ser muy delicado, pero añadiéndole un poco de miel, que es caliente y seca como el fuego, queda la leche con cuatro elementos; los cuales mezclados y cocidos con la obra de nuestro calor natural, se hace una simiente muy delicada y de buen temperamento. El hijo que de ella se engendráre, será por lo ménos de grande entendimiento, y no falto de memoria ni de imaginativa.

Por no estar Aristóteles en esta doctrina no respondió á un problema que hace, preguntando (5): ¿qué es la causa que los hijos de los brutos animales por la mayor parte sacan las propiedades y condiciones de sus padres, y los hijos del hombre no?

Lo cual vemos por experiencia ser así, porque de padres sabios salen hijos muy necios, y de padres necios, hijos muy avisados; de padres virtuosos, hijos malos y viciosos; y de padres viciosos, hijos virtuosos; y de padres feos, hijos hermosos; y de padres blancos, hijos morenos; y de padres morenos, hijos blancos y colorados. Y entre los hijos de un mismo padre y de una misma madre, uno sale necio y otro avisado, uno feo y otro hermoso, uno de buena condicion y otro de mala, uno virtuoso y otro vicioso. Y si á una buena yegua de casta le echan un caballo tal, el potro que nace parece á su padre, así en la figura y color como en las costumbres del ánimo.

A este problema respondió Aristóteles muy mal, diciendo que el hombre tiene várias imaginaciones en el acto carnal, y que de aquí proviene salir sus hijos tan desbaratados.

Pero los brutos animales, como no se distraen al tiempo de engendrar, ni tienen tan fuerte imaginativa como el hombre, sacan siempre los hijos de una misma manera y semejantes á sí.

Esta respuesta ha contentado siempre á los filósofos vulgares, y en su confirmacion traen la historia de Jacob (6), la cual refiere que poniendo ciertas varas pintadas en los abrevaderos de los ganados, salieron los corderos manchados.

Pero poco les aprovecha acogerse á sagrado, porque esta historia cuenta un hecho milagroso que Dios hizo para encerrar en él algun sacramento. Y la res-

(1) Todo esto falta en las ediciones primitivas, y sólo existe en la de Alcalá de 1640.

(2) Lib. III *De aliment. fa.*, cap. II.

(3) De éstos dijo Aristóteles: *Bonum est illud ingenium quod bene dicenti beodit.* (Lib. II.)

(4) Lib. *De cibis boni et mali succi*, cap. III.

(5) 10 sect., prob. 12.

(6) *Gen.*, cap. IV.

puesta de Aristóteles es un gran disparate; y si no, prueben los pastores ahora á hacer este ensayo, y verán que no es cosa natural.

Tambien se cuenta por ahí que una señora parió un hijo más moreno de lo que convenia, por estar imaginando en un rostro negro que estaba en un guadamacil, lo cual tengo por gran burla; y si por ventura fué verdad que lo parió, yo digo que el padre que lo engendró tenía el mismo color que la figura del guadamacil.

Y para que conste más de véras cuán mala filosofía es la que trae Aristóteles (1) y los que le siguen, es menester saber por cosa notoria que la obra de engendrar pertenece al ánima vegetativa, y no á la sensitiva ni racional, porque el caballo engendra sin la racional, y la planta sin la sensitiva, y si miramos un árbol cargado de fruta, hallarémos en él mayor variedad que en los hijos de los hombres; una manzana verde y otra colorada, una pequeña y otra grande, una redonda y otra mal figurada, una sana y otra podrida, una dulce y otra amarga; y si cotejamos la fruta de este año con la del pasado, es la una de la otra muy diferente y contraria; lo cual no se puede atribuir á la variedad de la imaginativa, pues las plantas carecen de esta potencia.

El error de Aristóteles es muy notorio en su propia doctrina, porque él dice que la simiente del varon es la que hace la generacion, y no la de la mujer, y en el acto carnal no hay obra del varon más que derramar la simiente sin forma ni figura, como el labrador echa el trigo en la tierra. Y así como el grano de trigo no luégo echa raíces, no forma las hojas y caña hasta pasados algunos dias, de la misma manera dice Galeno (2) que no luégo en cayendo la simiente viril en el útero está ya formada la criatura, ántes dice que son menester treinta y cuarenta dias para acabarse. Lo cual siendo así, ¿qué hace al caso estar el padre imaginando várias cosas en el acto carnal, si no se comienza la formacion hasta pasados algunos dias? Mayormente que quien hace la formacion no es el ánima del padre ni de la madre, sino otra tercera, que está en la misma simiente. Y ésta, por ser vegetativa y no más, no es capaz de imaginativa, solo sigue los movimientos naturales del temperamento y no hace otra cosa (3).

Para mí no es más que los hijos del hombre nazcan de tantas figuras por la vária imaginacion de los padres, que decir que los trigos, unos nacen grandes, otros pequeños, porque el labrador cuando lo sembraba estaba divertido en várias imaginaciones.

De esta mala opinion de Aristóteles infieren algunos curiosos que los hijos de adúltero parecen al marido de la mujer adúltera no siendo suyos. Y es su razon manifiesta, porque en el acto carnal están los adúlteros imaginando en el marido con temor no venga y los halle en el hurto. Por el mismo argumento infieren que los hijos del marido sacan el rostro del adúltero aunque no sean suyos; porque la mujer adúltera, estando en el acto carnal con su marido, siempre está contemplando en la figura de su amigo.

Y los que confiesan què la otra mujer parió un hijo negro por estar imaginando en la figura negra del guadamacil, tambien han de admitir lo que estos curiosos han dicho y probado; porque todo tiene la misma cuenta y razon (4). Ello para mí es gran burla y mentira; pero muy bien se infiere de la mala opinion de Aristóteles.

Mejor respondió Hipócrates al problema, diciendo que los scitas todos tienen unas mismas costumbres y figura de rostro; y dando la razon de esta similitud, dice que todos comen unos mismos manjares, y beben unas mismas aguas, y andan de una misma manera vestidos, y guardan un mismo órden de vivir.

Los brutos animales por esta misma razon engendran los hijos á su semejanza y á su figura particular, porque siempre usan de un mismo pasto y hacen la simiente uniforme. Por lo contrario, el hombre, por comer diversos manjares, cada dia hace diferente simiente así en substancia como en temperamento; lo cual aprueban los filósofos naturales, respondiendo á un problema que dice (5) que es la causa que los excrementos de los brutos animales no tienen tan mal olor como los del hombre, y dicen que los brutos animales usan siempre de unos mismos alimentos y hacen mucho ejercicio, y el hombre come tantos manjares y de tan vária substancia, que no los puede vencer, por donde se viene á corromper. La simiente humana y brutal tienen la misma cuenta y razon, por ser ambas excrementos de la tercera concoccion.

La variedad de manjares de que usa el hombre no se puede negar, ni tampoco dejar de confesar que de cada alimento se haga simiente diferente y particular, y así es cierto que el dia que el hombre come vaca ó morcillas, hace la simiente gruesa y de mal temperamento, por donde el hijo que de ella se engendrare, saldrá feo, necio, negro y de mala condicion. Y si comiere una pechuga de capon ó gallina, hará la simiente blanca, delicada y de buen temperamento, por donde el hijo que de ella se engendráre será gentil hombre, sabio y de condicion muy afable. De donde colijo que ningun hijo nace que no saque las calidades y temperamento del manjar que sus padres comieron un dia ántes que lo engendrasen. Y si cada uno quisiere saber de qué manjar se formó, no tiene más que hacer de considerar con qué alimento tiene su estómago más familiaridad, y aquel es sin falta ninguna.

Tambien preguntan los filósofos naturales (6) ¿qué es la razon que los hijos de los hombres sabios ordinariamente salen necios y faltos de ingenio? Al cual problema responden muy mal diciendo que los hombres sabios son muy honestos y vergonzosos, por la cual razon se abstienen en el acto carnal de algunas diligencias que son necesarias para que el hijo salga con la perfeccion que ha de tener. Y pruébanlo con los padres tor-

(1) El mismo Aristóteles lo confiesa, lib. II *De anima*.

(2) Lib. *De fœtum formatione*.

(3) *In pueris membrorum, discretio longissima contingit in fœmina, in quadraginta duobus diebus, in masculo in triginta paulo breviore tempore aut paulo longiore articulatio in ipsis contingit.* (Hip., lib. *De natura fœtus*.)

F. E.

(4) Lib. *De aere, locis et aquis*.

(5) Alejand. aphrod., lib. I, prob. 22.

(6) Alejand. aphrod., prob. 22.

pes y necios, que por poner todas sus fuerzas y conato á l tiempo de engendrar, salen todos sus hijos ingeniosos y sabios; pero ésta es respuesta de hombres que saben poca filosofía natural.

Verdad es que para responder como conviene, es menester presuponer y probar algunas cosas primero; una de las cuales es que la facultad racional es contraria de la irascible y concupiscible, de tal manera que si un hombre es muy sabio, no puede ser animoso, de grandes fuerzas corporales, gran comedor, ni potente para engendrar; porque las disposiciones naturales que son necesarias para que la facultad racional pueda obrar son totalmente contrarias de las que pide la irascible y concupiscible.

El ánimo y valentía natural, dice Aristóteles (1), y así es verdad, que consiste en calor, y la prudencia y sabiduría en frialdad y sequedad. Y así lo vemos claramente por experiencia, que los muy animosos son faltos de razones, tienen pocas palabras, no sufren burlas y se corren muy presto; para cuyo remedio ponen luégo la mano en la espada, por no tener otra respuesta que dar; pero los que alcanzan ingenio, tienen muchas razones y agudas respuestas y motes, con los cuales se entretienen por no venir á las manos. De esta manera de ingenio notó Salustio á Ciceron, diciéndole que tenía mucha lengua y los piés muy ligeros; en lo cual tuvo razon, porque tanta sabiduría no podia parar sino en cobardía para las armas. De donde tuvo orígen una manera de motejar que dice: Es valiente como un Ciceron y sabio como un Héctor; para notar á un hombre de necio y cobarde. No ménos contradice la facultad animal al entendimiento; porque en siendo un hombre de muchas fuerzas corporales no puede tener delicado ingenio, y es la razon, qué la fuerza de los brazos y piernas nace de ser el cerebro duro y terrestre, y aunque es verdad que por la frialdad y sequedad de la tierra podia tener buen entendimiento, pero por ser de gruesa sustancia lo echa á perder, y hace otro daño de camino, que por la frialdad se pierde el ánimo y valentía, y así algunos hombres de grandes fuerzas los hemos visto ser muy cobardes.

La contrariedad que tiene el ánima vegetativa con la racional es más notoria que todas; porque sus obras, que son nutrir y engendrar, se hacen mejor con calor y humedad que con calidades contrarias; lo cual muestra claramente la experiencia, considerando cuán fuerte es en la edad de los niños y cuán floja y remisa en la vejez; y en la puericia no puede obrar el ánima racional, y en la postrera edad, donde no hay calor ni humedad, hace maravillosamente sus obras. De manera que cuanto un hombre fuere más poderoso para engendrar y cocer mucho manjar, tanto pierde de la facultad racional (2). A esto alude lo que dice Platon, que no hay humor en el hombre que tanto desbarate la facultad racional como la simiente fecunda (3); sólo dice que ayuda al arte de metrificar; lo cual vemos por experiencia cada dia, que en comenzando un hombre á tratar amores, luégo se torna poeta, y si ántes era sucio y desaliñado, luégo se ofende con las arrugas de las calzas y con los pelillos de la capa. Y es la razon, que estas obras pertenecen á la imaginativa, la cual crece y sube de punto con el mucho calor que ha causado la pasion del amor. Y que el amor sea alteracion caliente se ve claramente por el ánimo y valentía que causa en el enamorado, y porque le quita la gana de comer y no le deja dormir.

Si en estas señales advirtiese la república, desterrarian de las universidades los estudiantes valientes y amigos de armas, á los enamorados, á los poetas y á los muy pulidos y aseados (4), porque para ningun género de letras tienen ingenio ni habilidad. De esta regla saca Aristóteles los melancólicos por adustion, cuya simiente, aunque es fecunda, no quita el ingenio.

Finalmente, todas las facultades que gobiernan al hombre, si son muy fuertes, desbaratan la facultad racional. Y de aquí nace que en siendo un hombre muy sabio, luégo es cobarde, de pocas fuerzas corporales, ruin comedor y no potente para engendrar. Y es la causa, que las calidades que le hacen sabio, que son frialdad y sequedad, esas mismas debilitan las otras potencias, como parece en los hombres viejos, que si no esperan consejo y prudencia, no tienen fuerza ni valor para más. Supuesta esta doctrina, es opinion de Galeno (5) que para que haya efecto la generacion de cualquier animal perfecto son necesarias dos simientes, una que sea el agente y formador, y la otra que sirva de alimento; porque una cosa tan delicada como es la genitura, no luégo puede vencer un manjar tan grueso como es la sangre hasta que el efecto sea mayor. Y que la simiente sea el verdadero alimento de los miembros seminales es cosa muy recibida de Hipócrates, Platon y Galeno; porque, segun su opinion, si la sangre no se convierte en simiente, es imposible que los nervios, las venas y artérias se puedan mantener. Y así dice Galeno (6) que la diferencia que va de las venas á los testículos es, que los testículos hacen de presto mucha simiente, y las venas poca y despacio.

De manera que proveyó naturaleza de alimento tan semejante, que con liviana alteracion y sin hacer excrementos pudiese mantener á la otra simiente; lo cual no pudiera acontecer si su nutricion se hubiera de hacer de sangre. La misma provision, dice Galeno (7) que hizo naturaleza en la generacion del hombre que para formar un pollo y las demas aves que salen de los huevos, en los cuales vemos que hay dos substancias, clara y yema, la una de que se haga el pollo, y la otra le mantenga todo el tiempo que durare la formacion. Por la misma razon son necesarias dos simientes en la generacion del hombre, la una de que se haga la criatura, y la otra de que se mantenga todo el tiempo que duráre su formacion. Pero dice Hipócrates (8) una cosa digna de gran consideracion, y es, que no está determinado por naturaleza cuál de las dos simientes ha de ser el agente y formador, ni cuál ha de

(1) 14 sect., prob. 15.
(2) *Dialogo de nat.*
(3) *In sophis.*

(4) 4 sect., prob. 31.
(5) Lib. I *De semine*, capítulos VII y VIII.
(6) Lib. I *De semine*, cap. XV.
(7) Lib. II *De semine*, cap. XVI.
(8) Lib. *De gen.*

servir de alimento. Porque muchas veces la simiente de la mujer es de mayor eficacia que la del varon; y cuando acontece así, hace ella la generacion, y la del marido sirve de alimento. Otras veces la del varon es más potente y prolífica, y la mujer no hace más que nutrir.

Esta doctrina no alcanzó Aristóteles, ni pudo entender de qué servia la simiente de la mujer, y así dijo de ella mil disparates, que era como un poco de agua, sin virtud ni fuerzas para engendrar. Lo cual si fuera así, era imposible que la mujer consintiera la conversacion del varon, ni jamas le apeteciera; ántes huyera del acto carnal, por ser ella tan honesta y la obra tan sucia y torpe. Por donde en pocos dias se acabára la especie humana; y el mundo quedára privado del más hermoso animal de cuantos naturaleza crió.

Y así pregunta Aristóteles (1) ¿qué es la razon que el acto carnal es la cosa más sabrosa de cuantas ordenó naturaleza para recreacion de los animales? Al cual problema responde que como naturaleza procurase tanto la perpetuidad de los hombres, puso tanta delectacion en aquellas obras; porque movidos con tal interes, se llegasen de buena gana al acto de generacion, y si faltáran tales estímulos, no hubiera hombre ni mujer que quisiera casar, no interesando más la mujer de traer nueve meses el hijo en el vientre con tanta pesadumbre y dolores, y al tiempo de parirlo ponerse en riesgo de perder la vida, por donde fuera necesario que la república forzára á las mujeres á que se casasen, con miedo no se acabase la generacion humana.

Pero como naturaleza hace las cosas con suavidad, dió á la mujer todos los instrumentos que eran necesarios para hacer simiente irritadora y prolífica, con la cual apeteciese al varon y se holgase con su conversacion. Y siendo de las calidades que dice Aristóteles, ántes le aborreciera y huyera dél que le amára. Esto prueba Galeno (2) ejemplificando con los brutos animales; y así dice que si una puerca está castrada, jamas apetece el barraco, ni lo consiente cuando se le llega. Lo mismo pasa claramente en una mujer cuyo temperamento es más frio de lo que conviene, que si le pedimos que se case, no hay cosa más aborrecible á sus oidos. Y al varon frio acontece otro tanto, todo por carecer de simiente fecunda.

Tambien si la simiente de la mujer fuera de la manera que dice Aristóteles, no podia ser propio alimento, porque para alcanzar las calidades últimas de nutrimiento actual, se requiere total semejanza con el que se ha de nutrir. Y si ella no viniera ya labrada y asimilada, despues no se podia adquirir; porque la simiente del varon carece de instrumentos y oficinas, como son el estómago, el hígado y los testículos, donde la pudiese cocer y asimilar. Por donde proveyó naturaleza que hubiese dos simientes en la generacion del animal, las cuales mezcladas, la que fuese más potente hiciese la formacion, y la otra sirviese de mantenimiento. Y que esto sea verdad parece claramente ser así; porque si un negro empreña una mujer blanca, y un hombre blanco á una mujer negra, de ambas maneras sale la criatura mulatada.

De esta doctrina se colige ser verdad lo que muchas historias auténticas afirman, que un perro, teniendo cuenta con una mujer, la empreñó, y lo mismo hizo un oso con una doncella que halló sola en el campo, y de un gimio que tuvo dos hijos en otra mujer. Y de otra que andándose paseando por la ribera del mar, salió un pescado del agua y la empreñó. Lo que se le hace dificultoso al vulgo es, cómo pudo acontecer parir estas mujeres hombres perfectos y con uso de razon, siendo los padres que los engendraron brutos animales.

A esto se responde que la simiente de cualquiera mujer de aquellas era el agente formador de la criatura, por más potente, y así la figuraba con los accidentes de la especie humana. Y la simiente del bruto animal, por no tener tanta fuerza, servia de alimento y no más. Y que la simiente de estas bestias irracionales pudiese dar alimento á la simiente humana, es cosa que se deja entender. Porque si cualquiera mujer de aquellas comiera un pedazo de oso ó de perro cocido ó asado, se sustentára con él, aunque no tan bien como si comiera carnero ó perdices. Lo mismo acontece á la simiente humana, que su verdadero nutrimiento en la formacion de la criatura es otra simiente humana; pero faltando ésta, bien puede suplir sus veces la simiente brutal. Pero lo que notan aquellas historias es que los niños que nacieron de estos tales ayuntamientos daban muestras en sus costumbres y condiciones de no haber sido natural su generacion.

De todo lo dicho, aunque nos hemos algo tardado, podrémos ya sacar respuesta para el problema principal, y es, que los hijos de los hombres sabios casi siempre se hacen de la simiente de sus madres, porque la de los padres, por las razones que hemos dicho, es infecunda para engendrar, y no sirve en la generacion más que de alimento. Y el hombre que se hace de simiente de mujer no puede ser ingenioso ni tener habilidad, por la mucha frialdad y humedad de este sexo (3). Por donde es cierto que en saliendo el hijo discreto y avisado, es indicio infalible de haberse hecho de la simiente de su padre. Y si es torpe y necio, se colige haberse formado de la simiente de su madre. A lo cual aludió el Sabio, diciendo: ***Filius sapiens lætificat patrem: filius vero stultus mœstitia est matris suæ*** (4).

Tambien puede acontecer por alguna ocasion que la simiente del hombre sabio sea el agente y formador, y la de su mujer sirva de alimento. Pero el hijo que de ella se engendráre saldrá de poco saber; porque puesto caso que la frialdad y sequedad son dos calidades que ha menester el entendimiento, pero han de tener cierta medida y cantidad, de la cual pasando, ántes hace daño que provecho. Como parece en los hombres muy viejos, que por la mucha frialdad y sequedad los vemos caducar y decir mil disparates. Pues pongamos caso que al hombre sabio le restaban de vivir diez años de conveniente frialdad y sequedad para racioci-

(1) 4 sect., prob. 16.
(2) Lib. *De sem.*, cap. XXV.

(3) *Ut est semen in mulieribus humidis, ita etiam frigidus.* (Gal., 6, *De locis*, cap. VI.)
(4) Prob. 5, cap. X.

nar de tal manera, que pasando de allí habia de caducar. Si de la simiente de éste se engendrase un hijo, sería hasta los diez años de grande habilidad, por gozar de la frialdad y sequedad conveniente de su padre, pero á los once comenzaria luégo á caducar, por haber pasado del punto que estas dos calidades han de tener; lo cual vemos cada dia por experiencia en los hijos habidos en la vejez, que siendo niños son muy avisados, y despues son hombres muy necios y de muy corta vida. Y es la razon, que se hicieron de simiente fria y seca, la cual habia pasado ya la mitad del curso de la vida.

Tambien si el padre es sabio en las obras de la imaginativa y se ha casado, por su mucho calor y sequedad, con mujer fria y húmeda en el tercer grado, el hijo que de esta junta se engendráre será necísimo si se forma de la simiente de su padre, por haber estado en un vientre tan frio y húmedo, y haberse mantenido de sangre tan destemplada.

Al reves acontece siendo el padre necio, cuya simiente ordinariamente tiene calor y humedad demasiada. El hijo que de ella se engendráre será bobillo hasta quince años, por alcanzar parte de la humedad superflua del padre. Pero gastada con el discurso de la edad de consistencia, donde la simiente del hombre necio está más templada y con ménos humedad, ayúdale tambien al ingenio haber andado nueve meses en un vientre de tan poca frialdad y humedad como es el de la mujer fria y húmeda en el primer grado, donde padeció tanta hambre y penuria de alimento (1).

Todo esto acontece ordinariamente por las razones que hemos dicho; pero hay cierto linaje de hombres, cuyos miembros genitales son de tanta fuerza y vigor, que desnudan totalmente á los alimentos de sus buenas calidades, y los convierten en su mala y gruesa sustancia. Por donde todos los hijos que engendran, aunque hayan comido manjares delicados, salen rudos y torpes. Otros hay, por lo contrario, que usando de alimentos, son tan poderosos en vencerlos, que comiendo macho y tocino, hacen los hijos de ingenio muy delicado. Y así es cierto que hay linaje de hombres necios, y casta de hombres sabios, y otros que ordinariamente nacen locos y faltos de juicio.

Algunas dudas se ofrecen á los que tratan de entender muy de raíz esta materia; la respuesta de las cuales es muy fácil en la doctrina pasada. La primera es, ¿de dónde nace que los hijos bastardos parecen ordinariamente á sus padres, y de cien legítimos, los noventa sacan la figura y costumbres de las madres? La segunda, ¿por qué los hijos bastardos salen ordinariamente gentiles hombres, animosos y muy avisados? La tercera, ¿qué es la causa que si una mala mujer se empreña, aunque tome bebidas ponzoñosas para mover, y se sangre muchas veces, jamas echa la criatura; y si la mujer casada está preñada de su marido, con livianas causas viene á mover?

A la primera duda responde Platon diciendo (2) que ninguno es malo de su propia y agradable voluntad, sin ser irritado primero del vicio de su temperamento. Y pone ejemplo en los hombres lujuriosos, los cuales por tener mucha simiente fecunda padecen grandes ilusiones y muchos dolores; por donde, molestados de aquella pasion, buscan mujeres para echarla de sí.

De estos tales dice Galeno (3) que tienen los instrumentos de la generacion muy calientes y secos, por la cual razon hacen la simiente mordacísima y poderosa para engendrar. Luego el hombre que va á buscar la mujer que no es suya, ya va lleno de aquella simiente fecunda, cocida y bien sazonada; de la cual forzosamente se ha de hacer la generacion; porque en paridad, siempre la simiente del varon es de mayor eficacia, y si el hijo se hace de la simiente del padre, forzosamente le ha de parecer.

Al reves acontece en los hijos legítimos, que por tener los hombres casados la mujer siempre al lado, nunca aguardan á madurar la simiente ni que se haga prolífica: ántes con la contínua irritacion la echan de sí, haciendo gran violencia y comocion; y como las mujeres están quietas en el acto carnal, nunca sus vasos seminarios dan la simiente sino cuando está cocida y bien sazonada, y hay mucha en cantidad. Por donde las mujeres casadas hacen siempre la generacion, y la simiente de sus maridos sirve de alimento.

Pero algunas veces vienen ambas simientes á tener igual perfeccion, y pelean de tal manera, que ni la una ni la otra salen con la formacion; ántes se figura el hijo que ni parece al padre ni á la madre. Otras veces parece que se conciertan y parten la similitud. La simiente del padre hace las narices y ojos, y la de la madre la boca y la frente. Y lo que más es de admirar, que ha acontecido muchas veces sacar el hijo la una oreja del padre y la otra de la madre, y partir los ojos tambien. Pero si la simiente del padre vence del todo, saca el hijo su figura y costumbres; y cuando la simiente de la madre es más poderosa, corre la misma razon.

Por donde el padre que quisiere que su hijo se haga de su propia simiente, se ha de ausentar algunos dias de su mujer, y aguardar que se cueza y madure, y entónces cierto que él hará la generacion, y la simiente de su mujer servirá de alimento.

La segunda duda tiene por lo dicho poca dificultad; porque los hijos bastardos ordinariamente se hacen de simiente caliente y seca; y de esta temperatura hemos probado muchas veces atras que nace el ánimo y valentía y la buena imaginativa, á la cual pertenece la prudencia de este siglo. Y por estar la simiente cocida y bien sazonada, hace naturaleza de ella todo lo que quiere, y los pinta con un pincel.

A la tercera duda se responde que el preñado de las malas mujeres casi siempre se hace de la simiente del varon; como es enjuta y muy prolífica, trábase en el útero con fuertes raíces. Pero el preñado de las casadas, como se hace de su propia simiente, deslízase la criatura con gran facilidad, por ser húmeda y aguanosa, ó como dice Hipócrates (4), *plena mucoris*.

(1) *Fames exicat sat corpora.* (Gal., 2 apho., coment. 16.)
(2) *Dialogo de natura.*
(3) Lib. *Artis medicinalis.*
(4) Sect. 5, apho. 45.

ARTÍCULO V.

Donde se declara qué diligencias se han de hacer para conservar el ingenio á los niños despues de estar formados y nacidos.

Es tan alterable la materia de que el hombre está compuesto, y tan sujeta á corrupcion, que en el punto que se comienza á formar, en ese mismo se viene á deshacer y alterar, sin poderlo resistir; por donde se dijo: *Nos nati continuo desivimus esse* (1). Y así proveyó naturaleza que hubiese en el cuerpo humano cuatro facultades naturales: *tratrix*, *retentrix*, *concoctrix* y *expultrix*, las cuales cociendo y alterando los alimentos que comemos, vuelven á reparar la sustancia perdida, sucediendo otra en su lugar. De donde se entiende que aprovechará poco haberse hecho el hijo de simiente delicada, si no se tuviera cuenta con los manjares que le habian de suceder. Porque acabada la formacion, no le ha quedado á la criatura ninguna parte de la sustancia seminal, de que al principio se compuso. Verdad es que la simiente primera, si fué bien cocida y sazonada, es de tanta fuerza y vigor, que cociendo y alterando los manjares, los hace venir, aunque sean malos y gruesos, á su buen temperamento y sustancia; pero tanto se podria usar de alimentos contrarios, que viniese á perder la criatura las buenas calidades que recibió de la simiente de que se hizo.

Y así dijo Platon (2) que una de las cosas que más echaba á perder el ingenio del hombre y sus buenas costumbres era la mala educacion en el comer y beber. Por tanto aconseja que á los niños les demos alimentos y bebidas delicadas y de buen temperamento, para que, cuando mayores, sepan reprobar lo malo y elegir lo bueno. La razon de esto está muy clara; porque si el cerebro se hizo al principio de simiente delicada, y este miembro se va cada dia gastando y consumiendo, y se ha de reparar con los manjares que comemos, cierto es que si éstos son gruesos y de mala templanza, que usando muchos dias de ellos se ha de hacer el celebro de su misma naturaleza; y así no basta que el niño se haya hecho de buena simiente, sino que los alimentos que comiere despues de formado y nacido, tengan las mismas calidades.

Cuáles sean éstas, no será dificultoso averiguarlo, supuesto que los griegos fueron los hombres más discretos que ha habido en el mundo, y que buscando alimentos y comidas para hacer á sus hijos ingeniosos y sabios, cierto es que toparian con los mejores y más apropiados; porque si el ingenio sutil y delicado consiste en que el celebro esté compuesto de partes sutiles y de buena templanza, el alimento que tuviere sobre los demas estas dos calidades será del que conviene usar para conseguir el fin que llevamos.

De la leche de cabras, cocida con miel, dijo Galeno (3) que en opinion de todos los médicos griegos era el mejor alimento de cuantos comen los hombres, porque, fuera de tener la sustancia muy moderada, el calor en ella no excede á la frialdad, ni la humedad á la sequedad. Por donde dijimos pocos renglones atras que los padres que de véras quisiesen engendrar un hijo sabio, gentil hombre y de buenas costumbres, que comiese seis ó siete dias ántes de la generacion mucha leche de cabras cocida con miel.

Pero puesto caso que este alimento es tan bueno como dice Galeno, mucho más hace al ingenio ser de partes sutiles el manjar, que de moderada sustancia; porque cuanto más se adelgaza la materia en la nutricion del celebro, tanto se hace al ingenio más perspicaz. Por donde los griegos sacaban el queso y suero á la leche, que son los dos elementos gruesos de su composicion, y dejaban la parte butirosa, que es de naturaleza de aire. Esta daban á comer á los niños, mezclada con miel, con intento de hacerlos ingeniosos y sabios. Y que esto sea verdad parece claramente por lo que cuenta Homero (4).

Fuera de este alimento, comerán los niños sopas hechas de pan candeal, de agua muy delicada, con miel y un poco de sal; pero en lugar de aceite, por ser muy malo y nocivo al entendimiento, echarán manteca de leche de cabras, cuyo temperamento y substancia es apropiado para el ingenio; pero en este regimiento hay un inconveniente muy grande, y es, que usando los niños de manjares tan delicados, no tendrán mucha fuerza para resistir á las injurias del aire, ni se podrán defender de los demas achaques que los suelen hacer enfermar. Y así por sacarlos sabios, se criarán con poca salud, y no vivirán muchos años. Esta dificultad nos pide cómo se podrán criar los niños ingeniosos y sabios, y que este arte no contradiga á su salud. Lo cual será fácil concertar, si los padres se atrevieren á poner en práctica algunas reglas y preceptos que aquí diré. Y porque la gente regalada está engañada en criar sus hijos, y ella es la que trata siempre de esta materia, quiéroles primero dar la razon y causa por que á sus hijos, aunque tengan ayos y maestros y trabajen con mucho cuidado en las letras, se les pegan tan mal las ciencias; y cómo se podrá remediar, sin que por ello abrevien la vida ni menoscaben la salud.

Ocho cosas dice Hipócrates (5) que humedecen las carnes del hombre y las engordan. La primera es el holgar y vivir en grande ociosidad. La segunda dormir mucho. La tercera acostarse en cama blanda. La cuarta el buen comer y beber. La quinta estar muy abrigados y bien vestidos. La sexta andar siempre á caballo. La sétima hacer su voluntad. La octava ocuparse en juegos y pasatiempos y cosas que les den contento y placer. Todo lo cual es tan manifiesta verdad, que aunque no lo hubiera dicho Hipócrates, ninguno lo pudiera negar.

Sólo se podria dudar si la gente regalada guarda siempre esta manera de vivir; pero si es verdad que lo hace bien, podemos inferir que su simiente es humedísima, y que los hijos que de ella se engendraren han de salir por fuerza con humedad superflua y demasiada, la cual es menester gastar y consumir. Lo uno, porque esta calidad echa á perder las obras del

(1) *Sap.*, cap. V.
(2) *Diálogo de natura.*
(3) Lib. *De cibis boni et mali succi*, cap. III.

(4) *Iliada*, X.
(5) Lib. *De aere, locis et aquis.* Lib. *De salut. diet.*, com. 1, VI epit., p. V, aphor. IX.

ánima racional, y lo otro, dicen los médicos que hace vivir al hombre pocos dias y con falta de salud.

Segun esto, el buen ingenio y la firme sanidad corporal, ambas piden una misma calidad, que es la sequedad; por donde los preceptos y reglas que trajimos para hacer los niños sabios, esos mismos servian para darles mucha salud y que vivan largo tiempo (1).

Conviene, pues, luégo en naciendo el hijo de padres holgados, atento que sus carnes tienen más frialdad y humedad de la que conviene á la puericia, lavarlo con agua salada caliente (2); la cual opinion de todos los médicos deseca y enjuga las carnes, y pone firmes los nervios, y hace al niño robusto y varonil, y por gastarle la humedad superflua del celebro, se hace ingenioso y le libra de muchas enfermedades capitales (3). Por lo contrario, siendo el baño de agua dulce y caliente, por cuanto humedece las carnes, dice Hipócrates (4) que hace cinco daños: *carnis affœminationem, nervorum imbecillitatem, mentis torporem pro fluvia sanguinis, animi deffectionem.* Como si dijera: el agua dulce y caliente hace al hombre mujeril, con flaqueza de nervios, necio, aparejado para flujo de sangre y desmayos.

Pero si el niño sale con demasiada sequedad del vientre de su madre, conviene mucho lavarle con agua caliente dulce. Y así dice Hipócrates (5): *Infantes diu sunt calida lavandi; quo minus tentent convulsiones, ipsique crescant, et melioris caloris fiant.*

Por la cual sentencia manda lavar con agua caliente muchas veces á los niños, porque no vengan á espasmar, y crezcan con más facilidad, y se hagan de buen color.

Esto cierto es que se entiende que los niños que salen secos del vientre de su madre, á los cuales conviene enmendarles su mala temperatura, aplicándoles las calidades contrarias.

Los alemanes, dice Galeno (6), tenian por costumbre lavar sus niños en el rio luégo en naciendo, pareciéndoles que así como el hierro que sale ardiendo de la fragua se hace más fuerte metiéndolo en el agua fria, de la misma manera, sacando al niño ardiendo del vientre de su madre, se hacia de mayor fuerza y vigor lavándolo con agua tan fria.

Esto condena Galeno por gran bestialidad, y tiene mucha razon, porque puesto caso que por esta via se haria el cuero duro y cerrado, y no fácil de alterar de las injurias del aire, pero ofenderse hia de los excrementos que se engendran dentro del cuerpo, por no estar patente y abierto, por donde poder exhalar y salir.

Mejor remedio y más seguro es lavar á los niños que tienen humedad superflua con agua caliente y salada, porque gastándoles la humedad demasiada, quedan muy propensos á la salud, y cerrándoles las vias del cuero, no se ofenden con cualquiera ocasion, ni los excrementos de dentro quedan tan cerrados que no les restan caminos abiertos por donde salir. Y naturaleza es tan poderosa, que si le han quitado una vida pública, búscase otra acomodada. Y si todos le faltan, sabe hacer caminos de nuevo por donde expeler lo que le daña. Y de dos extremos, más conviene á la salud tener duro y algo cerrado el cuero, que blando y abierto.

Lo segundo que conviene es, que en naciendo el niño le hagamos amigo con los vientos y con las alteraciones del aire, y no le tengamos siempre en abrigo, porque se hará flojo, mujeril, necio, de pocas fuerzas, y en tres dias se morirá. Ninguna cosa, dice Hipócrates (7) que debilita tanto las carnes, como estar siempre en lugares tapados, guardados del frio y calor. Ni hay mayor remedio para la salud que hacer el cuerpo á todos los vientos, calientes, frios, húmedos y secos, y así pregunta Aristóteles (8) qué es la causa que los que viven en las galeras están más sanos y tienen mejor color que los que viven en tierra paludosa. Y crece más la dificultad considerando la mala vida que pasan, durmiendo en el suelo, vestidos, al sereno, al sol, al frio y al agua, comiendo y bebiendo tan mal. Lo mismo se podrá preguntar de los pastores, cuya sanidad es la más firme que tienen los hombres, y es la causa que han hecho ya amistad con todas las calidades del aire, y no se espanta naturaleza de nada. Por lo contrario, vemos claramente que tratando un hombre de regalarse y procurar que no le dé el sol, el frio, el sereno ni el viento, en tres dias es acabado, por el cual se podria decir: *Qui diligit animam suam, in hoc mundo perdet eam.* Porque de las alteraciones del aire ninguno se puede guardar. Y así es mejor acostumbrarse á todo, para que el hombre se pueda descuidar y no viva siempre con recato. El error de la gente vulgar está en pensar que un niño nace tan tierno y delicado que no sufrirá pasar del vientre de su madre, donde hay tanto calor, á la region del aire frio sin que le haga mucho daño, y realmente están engañados, porque con ser Alemania tan fria, metian los niños hirviendo en el rio, y con ser un hecho tan bestial, no se les hacia de mal ni se morian.

Lo tercero que conviene hacer es, buscar una ama moza, de temperamento caliente y seco, ó segun nuestra doctrina, fria y húmeda en el primer grado, criada á mala ventura, acostumbrada á dormir en el suelo, á poco comer y mal vestida, hecha á andar al sereno, al frio y calor. Esta tal hará la leche muy firme y usada á las alteraciones del aire, de la cual manteniéndose muchos dias los miembros del niño, vendrán á tener mucha firmeza. Y si es discreta y avisada, le hará mucho provecho al ingenio, porque la leche de ésta es muy enjuta, caliente y seca, con las cuales dos calidades se corregirá la mucha frialdad y humedad que el niño sacó del vientre de su madre. Cuánto importa á las fuerzas de la criatura mamar leche ejercitada, pruébase claramente en los caballos, que siendo hijos de yeguas trabajadas en arar y trillar, salen muy grandes corredores y duran mucho en el trabajo. Y si las madres

(1) Hip., lib. *De ulceribus*, 14 sect., prob. IX.
(2) Hip., lib. II *De dieta.*
(3) Lib. I, *Adglau.*, cap. IX.
(4) VI, aph. XVI.
(5) Lib. *De salut. diet.*, com. XXIII.
(6) Lib. I *De sanit. tuen.*

(7) Lib. *De aere, locis et aquis.*
(8) XIV sect., prob. XII.

están siempre holgando y paciendo en el prado, á la primera carrera no se pueden tener.

El órden, pues, que se ha de tener con el ama, es traerla á casa cuatro ó cinco meses ántes del parto, y darle á comer los mismos manjares de que usa la preñada, para que tenga lugar de gastar la sangre y demas humores que ella tenía, hechos de los demas alimentos que ántes habia comido, y para que el niño luégo en naciendo mame la misma leche de que se mantuvo en el vientre de su madre, á lo ménos hecha de los mismos manjares.

Lo cuarto es no acostumbrar el niño á dormir en cama blanda, ni traerlo muy arropado, ni darle mucho á comer, porque todas estas tres cosas, dice Hipócrates (1) que enjugan y desecan las carnes, y las contrarias las engordan y ensanchan. Y haciendo esto, se criará el niño de grande ingenio, muy sano, y vivirá muchos dias, por razon de la sequedad. Y de lo contrario, vendrá á ponerse hermoso, gordo, lleno de sangre y bobo, el cual hábito llama Hipócrates atlético, y lo tiene por muy peligroso (2).

«Con esta misma receta y órden de vivir se crió el hombre más sabio que ha habido en el mundo, que fué Cristo, nuestro Redentor, en cuanto hombre, salvo que por nacer fuera de Nazaret, por ventura no tuvo su madre á mano agua salada con que lavarlo. Pero ello era costumbre judaica y de toda el Asia, introducida por algunos médicos sabios para dar salud á los niños. Y así dice el Profeta (3): *Et quando nata est in die ortus tui non est præcisus umbilicus tuus, et aqua non est lota in salutem; nec sale salita, nec involuta pannis;* pero en lo demas, luégo en naciendo comenzó á hacer amistad con el frio y con las otras alteraciones del aire. Y su primera cama fué el suelo y mal vestido, como si quisiera guardar la receta de Hipócrates. A pocos dias caminaron con él á Egipto, lugar de mucho calor, donde estuvo todo el tiempo que Heródes vivió; andando su madre de esta manera, cierto es que le daria la leche bien ejercitada y hecha á las alteraciones del aire. Lo que le daban de comer fué el manjar que los griegos hallaron para dar ingenio y sabiduría á sus hijos: éste, dijimos atras que era la parte butirosa de la leche, comida con miel, y así dijo Isaías (4): *Butirum et mel comedet, ut sciret reprobare malum et eligere bonum.* Por las cuales palabras parece que quiso el Profeta dar á entender que, aunque era Dios verdadero, habia de ser juntamente hombre perfecto, y que para adquirir sabiduría natural habia de hacer las mismas diligencias que los otros hijos de los hombres. Aunque esto parece dificultoso de entender, y áun es disparate pensar que porque Cristo, nuestro Redentor, comiese manteca y miel siendo niño, habia de saber reprobar lo malo y elegir lo bueno cuando mayor, siendo Dios, como era, de infinita sabiduría, y habiéndole dado en cuanto hombre toda la ciencia infusa que podia recibir segun su capacidad natural. Por donde es cierto que sabía tanto en el vientre de su madre como cuando habia treinta y tres años, sin comer manteca ni miel, ni aprovecharse de otros medios naturales que requiere la sabiduría humana. Pero con todo eso hace gran fuerza que el Profeta haya señalado el mismo manjar que los troyanos y griegos acostumbraban dar á sus hijos, para hacerlos ingeniosos y sabios, y que diga: *Ut sciat reprobare malum et eligere bonum;* para entender que por razon de aquellos alimentos adquiriese Cristo, nuestro Redentor, en cuanto hombre, más sabiduría exquisita de la que alcanzára si usára de otros manjares contrarios, ó es menester explicar aquella partícula (*ut*) para saber qué es lo que quiso decir hablando por tales términos. Y así hemos de suponer que en Cristo, nuestro Redentor, habia dos naturalezas (como es verdad, y así nos lo muestra la fe): la una divina, en cuanto era Dios verdadero, y la otra humana, compuesta de ánima racional y cuerpo elementado, dispuesto y organizado como lo tienen los otros hijos de los hombres. Cuanto á la primera naturaleza, no hay que tratar de la sabiduría de Cristo, nuestro Redentor, porque era infinita, sin aumento ni disminucion, ni depender de otra cosa ninguna más de que por ser Dios era un sabio en el vientre de su madre, como lo era siendo de treinta y tres años, y lo era *ab æterno*. Pero en lo que toca á la segunda naturaleza, es de saber que el ánima de Cristo, desde el punto que Dios la crió, fué bienaventurada y gloriosa, como lo está el dia de hoy; y pues gozaba de Dios y de su sabiduría, cierto es que no tendria ignorancia de nada, sino que tuvo tanta ciencia infusa, cuanta cabia en su capacidad natural; pero con esto, es cierto que así como la gloria no se comunicaba á los instrumentos del cuerpo (por la razon de la redencion del género humano), tampoco la sabiduría infusa, por no estar el cerebro dispuesto ni organizado con las calidades y sustancia que son necesarias para que el alma con tal instrumento pudiese discurrir y filosofar. Porque si nos acordamos de lo que en el principio de esta obra dijimos, las gracias gratis-datas que Dios reparte entre los hombres, piden ordinariamente que el instrumento con que se han de ejercitar y el sujeto con que se han de recibir tengan las calidades naturales que cada dón ha menester, y es la causa, ser el alma racional acto del cuerpo, y no obrar sin aprovecharse de sus instrumentos corporales.

»El cerebro de Cristo, nuestro Redentor, siendo niño y recien nacido, tenía mucha humedad, porque en tal edad es así conveniente y cosa natural; pero por ser tanta en cantidad, no podia su alma racional discurrir naturalmente ni filosofar con tal instrumento. Y así la ciencia infusa no pasaba á la memoria corporal ni á la imaginativa ni al entendimiento, por ser estas tres potencias orgánicas, como ya lo dejamos probado, y no estar con la perfeccion que habian de tener. Pero yéndose el cerebro desecando con el tiempo y con la mayor edad, iba el alma racional manifestando cada dia más la sabiduría infusa que tenía, y comunicándola á sus potencias corporales. Y fuera de esta ciencia sobrenatural, tenía otra que se toma de las cosas que oyen los niños, de lo que ven, de lo que huelen, gustan y

(1) *Semel comedere, duriter cubare, nudusque ambulare.* (Hip., lib. *De salubre dieta.*)

(2) Celsus, lib. II, aph. III.

(3) Ecech., cap. XVI.

(4) Cap. VII.

palpan, y esto es cierto, la adquiria Cristo, nuestro Redentor, como los otros hijos de los hombres (1). Y así como para ver bien las cosas tenía necesidad de buenos ojos, y para oir los sonidos, de buenos oidos, por la misma razon tenía necesidad de buen cerebro para juzgar entre lo bueno y lo malo. Y así es cierto que por comer aquellos manjares tan delicados se iba organizando cada dia mejor su cabeza y adquiriendo más sabiduría: de tal manera, que si Dios le quitára la ciencia infusa, tres veces en el discurso de su vida (para ver lo que sabía adquirido), hallaria que de diez años sabía más que de cinco, y de veinte más que de diez, y de treinta y tres más que de veinte.

»Y que esta doctrina sea verdadera y católica pruébalo el texto del Evangelio á la letra diciendo (2): *Et Jesus proficiebat sapientia et ætate et gratia apud Deum et homines.* De muchos sentidos católicos que la Escritura puede recibir, yo siempre tengo por mejor el que mete la letra que el que quita á los términos y vocablos su natural significacion. Qué calidades sean las que ha de tener el cerebro, y qué sustancia, ya dijimos, de opinion de Heráclito, que la sequedad hacia al alma sapientísima. Y de sentencia de G probamos que estando el cerebro compuesto tancia muy delicada, hace el ingenio sutil.

»La sequedad iba adquiriendo Cristo, nuestro tor, con la edad; porque desde que nacemos h morimos, nos vamos desecando y enjugando y sabiendo más. Las partes sutiles y delicadas bro se le iban rehaciendo, comiendo aquellos que dijo el profeta Isaías; porque si cada mo habia menester nutrir y reparar la sustancia exhalaba, y esto se habia de hacer con manjar con otra materia ninguna, cierto es que si siempre vaca ó tocino, que en pocos dias hi cerebro grueso y de mal temperamento, co no pudiera su alma racional reprobar lo malo lo bueno, si no fuera por via de milagro y u su divinidad. Pero llevándolo Dios por los me turales, mandó que usase de aquellos manj delicados, de los cuales manteniéndose el cer hará instrumento tan bien organizado, que usar de la ciencia divina ni infusa pudiera mente reprobar lo malo y elegir lo bueno, otros hijos de los hombres.

Laudetur Christus in æternum.

(1) Santo Tomas pone tercera ciencia en Cristo, y la llama adquisita con el entendimiento agente. (III p., c. X, art. IV, y q. XII, art. II.)

(2) Luc., cap. II.

(3) Lib. *De art. med.*, cap. XII.

DON JOAQUIN SETANTI.

JUICIOS CRÍTICOS.

I.

APROBACION DEL MAESTRO FRAY AGUSTIN OSORIO,

DEL ÓRDEN DE SAN AGUSTIN.

Mándame usía ilustrísima que vea este libro, intitulado *Aforismos*, de Publio Cornelio Tácito, etc., sacados de su historia por el doctor Benedicto Arias Montano, y las *Centellas de varios conceptos y avisos*, de don Joaquin Setanti, caballero del hábito de Montesa, etc., y que diga aquí lo que siento de entrambos trabajos. Digo, señor, que ambos me parecen dignos de sus autores, tan conocidos por excelentes de todo el mundo, como de usía; y á no serlo tanto don Joaquin Setanti, pudiera yo decir que no he tratado en este reino, de veinte años á esta parte, hombre de mejor ingenio, de más leccion y experiencia en materia de gobierno, por los muchos que tan felizmente ha tenido en su patria, que fueron los leños, que bien dispuestos y encendidos con el amor della, con el celo de la gloria de su rey y acertamiento de sus ministros, han lanzado las vivas y resplandecientes *Centellas* que á usía se dirigen (con razon), porque de su natural tiran arriba, y han de buscar lo más alto; merecen grato acogimiento, y de que se impriman, no sólo en papel, sino en corazones de grandes y pequeños, para que aquéllos lo sean, y éstos no lo sean con tales advertencias. *De San Agustin de Barcelona, Marzo 12, 1614.*—EL MAESTRO FRAY AGUSTIN OSORIO.

II.

APROBACION DEL PADRE RAFAEL GUERAU,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, LECTOR DE TEOLOGÍA.

Por órden del ilustrísimo y reverendísimo señor don Luis Sans, obispo de Barcelona, he leido con particular atencion y gusto estos libros de *Aforismos*, *Centellas y Avisos*, compuestos por don Joaquin Setanti, caballero del hábito de Montesa, y me parece obra aguda, vária, apacible y provechosa, en especial para hombres de córte y de gobierno; los cuales, si quisieren, con la luz destas *Centellas*, ó por mejor decir, estrellas, podrán alumbrar sus entendimientos, y con el fuego que dellas sale, encender sus corazones en amor del bien comun, para lo cual hay aquí casi tantas reglas como palabras; y así, es más de alabar el ingenio del autor, que supo tan en breve formar una idea de gobierno político y cristiano, que los largos y afeitados discursos de Platon y otros, que como en sueños quisieron dibujar repúblicas y regidores dellas; y por todo esto, juzgo convenir se impriman. *Deste Colegio de la Compañía de Jesus de Barcelona, á 15 de Marzo de 1614.*—EL PADRE RAFAEL GUERAU, *de la Compañía de Jesus, lector de teología.*

III.

PETRI OROBII SOCIETATIS IESU.

EPIGRAMMA AD LIBRUM ET AUCTOREM.

Miror exiguo te tot numerose Setanti
Tespiadum gazas occuluisse libro.
Hic Heliconis opes, hic cornucopia rerum,
Hic micat aurivomâ vecta Minerva rota.
Hic Tacitus loquitur resonanti turbine linguæ,
Hic cinctus libris tempora consus adest.
Denique si vis ut dicam quod sencio dico:
Hic parvus magna est Bibliotheca Liber.

IV.

AL AUTOR.

SONETO.

Tras tantos siglos, de la ardiente ll
Troyana conservando las *Centellas*,
A pesar de la muerte, da con ellas
Vida á los griegos la gloriosa fama.
Estímulo de honor, el alma inflama
Y fuego encienden las virtudes bellas;
Que della son claríficas estrellas,
Por quien el cielo gracias mil derram
Y así, pues de herbosos pensamient
Con *Centellas* y llamas abrasarte
Pudo, Setanti, tu virtud nativa,
Es justo que te den los ornamentos
De Júpiter, Minerva, Apolo y Marte,
Cedro, palma, laurel y blanca oliva.

CENTELLAS DE VARIOS CONCEPTOS

DE

DON JOAQUIN SETANTI,

CABALLERO CATALAN, DEL HÁBITO DE MONTESA.

AL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO DON LUIS SANS, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD, Y OBISPO DE BARCELONA.

Aunque la flaqueza de mi ingenio me encoja con razon el ánimo para haber de publicar los ejercicios en que me ocupo á ratos, con deseo de mostrar siquiera alguna sombra de buena inclinacion, y con esto hubiese propuesto de esconder estas *Centellas*, que saqué de pocas ascuas y mal encendidas, la voluntad y los mandamientos de usía reverendísima animan de manera mi osadía, que ya deseo verlas ír volando á vista de todo el mundo por el aire de las opiniones; pues con el salvoconducto que les da la autoridad, el valor y la grandeza de usía reverendísima aprobándolas, quedará cualquier buen entendimiento satisfecho, y la malicia y porfía de los detractores convencida. Suplico, pues, humilmente á usía reverendísima las reciba y ampare debajo las alas de su proteccion, para que salgan de allí más alentadas y encendidas, y cayendo sobre materia dispuesta, puedan hacer mejor el efecto que pretenden.

Los *Aforismos* de Cornelio Tácito, aunque merecen de suyo ser bien admitidos, así por la majestad del autor, como por la fama del que los recopiló sacándolos de su historia, se acogen tambien á la sombra de usía reverendísima, para asegurarse en ella de todos los vientos contrarios, como en abrigado puerto, pues á las cosas más altas suelen herir con mayor fuerza. Guarde Dios á usía reverendísima con largos años de vida, para su santo servicio. *En Barcelona, á 24 de Junio 1614.* — DON JOAQUIN SETANTI.

AL LECTOR.

Poco aprovecha la luz de las *Centellas* si no dan sobre materia dispuesta para encenderse yesca ó pólvora; ha de saber en el espíritu del que leyere estos avisos, si quiere sacar dél y de ellos fuego de aprovechamiento. Esta manera de hablar lacónico es cierto que no es para todos ni para todas las ocasiones; pero vale tanto en las que se ofrecen al propósito, que por ella han alcanzado muchos hombres el renombre de sabios. No presume tanto el que esto escribe; pero desea que la vana presuncion de muchos no le culpe ni condene sin fundamento aprobado; porque los jueces de libros, que de voluntad se ofrecen, suelen tener las sentencias condenatorias tan al pico de la lengua, que no dan lugar á la razon para que llegue al entendimiento. Y así reprueban sin ella todo lo que ven por sus antojos.

CENTELLAS.

1. La paz y la quietud cuelgan de pocas leyes bien gobernadas, y de los muchos intérpretes, la guerra y la confusion.

2. Está ya tan alterada la policía humana, que en muchas partes del mundo los tenidos por sabios se gobiernan como bárbaros, y los bárbaros como sabios.

3. Si el deseo de acrecentar de estado no turbase el buen gobierno, en todo el mundo habria paz y justicia.

4. Los ministros de justicia duermen descansadamente sobre los males ajenos, y á la sombra de los suyos proprios despiertan y dan gritos.

5. No basta que tengan los reyes la suprema autoridad, que tambien han de tener la suprema inteligencia de las cosas, para saber acrisolar las resoluciones de sus consejeros.

6. Más conviene y más importa á la grandeza y majestad Real mandar que se enmienden los errores que hicieren los de su Consejo, que el sustentar por razon de Estado.

7. La buena razon de Estado es aquella que basta á mantener los reinos en paz, y á defenderlos en guerra justa.

8. Desdichados son los reyes cuyos consejeros son apasionados y codiciosos, y mucho más desdichados sus vasallos.

9. Déjese el cristiano de buscar senderos peligrosos, pues por el camino real de la virtud se puede llegar á la cumbre de la grandeza humana.

10. Al que la virtud no levanta, en su estado le consuela, y no derriba al levantado, como suele derribar el vicio á los que por él han subido.

11. No basta que tome el pulso el que gobierna á todo el cuerpo del Estado junto, sino á cada miembro de por sí; porque suele haber en ellos diversas enfermedades, que piden remedios diferentes.

12. Cuando la temeridad atropella la prudencia y al consejo, suele faltar siempre el órden y la firmeza de los fundamentos.

13. Casi siempre en el principio de la ejecucion de cosas nuevas y grandes se representan razones en contrario, que turban el entendimiento y le hacen estar dudoso.

14. Los males envejecidos no se pueden curar sin remedios fuertes.

15. La república muy estragada no sufre remiendos, y por esto se ha de renovar del todo.

16. Los privilegios y las libertades se levantan muchas veces contra la justicia, y destruyen el buen gobierno.

17. No se ocupe el regidor en decir mal de las leyes que no puede mudar, sino en gobernar por ellas lo mejor que sea posible.

18. Así como hacen los reyes del Consejo de Estado á los que han gobernado provincias, habrian de hacer gobernadores de provincias á los del Consejo de Estado.

19. Para mantener sano y para curar el cuerpo enfermo de una república, más vale una onza de práctica que cien libras de teórica.

20. Las provincias divididas en bandos y parcialidades fácilmente se alborotan, y una vez alborotadas, son malas de apaciguar.

21. Los grandes hechos no se han de emprender sin grandes fundamentos, y han de ser guiados con mucha prudencia y buen consejo.

22. Al reino acostumbrado largo tiempo á tener paz, suele faltarle nervios para sustentar la guerra.

23. No es oficio de príncipe sabio traer la guerra á su casa por quitarla de la ajena.

24. Grande error es empeñarse tanto á guerra voluntaria, que entre la gloria y la infamia no quede medio alguno.

25. De prudente capitan es el estar prevenido y hacer que el enemigo se divierta y se descuide.

26. En los grandes movimientos siempre suelen atravesarse grandes dificultades.

27. No se pueden prevenir ni antever los acaecimientos con certeza, aunque más sobre la práctica y la prudencia; porque son llenas de tinieblas las cosas de los mortales.

28. Del asir de la ocasion y del saber aplicar los medios convenientes, nacen los buenos sucesos.

29. Las enfermedades de los del Consejo cargan sobre el gobierno público, y si el gobernador no sabe ó no tiene autoridad para purgar y sangrar, siempre los verá llenos de sarna.

30. Los que están muy avezados á mandar, no saben obedecer ni sufrir contradicciones.

31. Los jueces, los abogados y los procuradores, médicos, apotecarios y cirujanos son de nuestras haciendas; bienaventurados los muertos, que ya no han menester á los unos ni á los otros.

32. El que lee con deseo de reprender, pierde el tiempo neciamente.

33. Oye, entiende y considera, y despues responde.

34. Las quejas de los vasallos, por más robustas que sean, llegan debilitadas al oido de los reyes.

35. Se cose en Europa la planta del vivir político, y para mayor confusion nuestra, florece entre los bárbaros de África y América.

36. Cuando son muchos los que mandan, son pocos los que obedecen; y así, todo va perdido.

37. Del que está muy enamorado de sus palabras, no se pueden esperar obras famosas.

38. De príncipes sabios es el obrar callando.

39. El que pide alguna cosa y se la dan, aunque basta y mal garbada, recíbala agradecido, y despues procure darle la mejor forma que pudiere.

40. Muchas buenas medecinas hay que no pueden aplicarse, por ser los enfermos mal sufridos.

41. Cuando las fuerzas de dos contrarios son iguales, cada cual dellos rehusa tentar la fortuna.

42. No se ha de pedir socorro al que tiene necesidad de defenderse, porque mal podrá remediar los peligros ajenos el que ha de acudir al reparo de los suyos proprios.

43. Vidriosas son las amistades de dos iguales en favor.

44. No hay despeñadero más alto ni más peligroso que la cumbre de la privanza.

45. En favor del desdichado, no hay arte ni regla que aproveche.

46. Los grandes hechos no se han de emprender sin grandes fundamentos, y han de ser guiados con prudencia y buen consejo; porque el ímpetu y la temeridad los atropella y desbarata.

47. Mucho han de procurar los capitanes que les salgan favorables los principios de sus empresas, porque en ellos se gana ó se pierde el ánimo y la reputacion.

48. Mejor conservan los reyes la grandeza y majestad siendo severos y graves, que humanos y apacibles; y queda más libre el castigo y tambien el galardon.

49. El que entráre en la privanza de los príncipes, vaya despacio, no se apresure ni se muestre confiado, porque es paso deleznable.

50. Contra toda razon se aplican á la fortuna las causas de medrar y desmedrar, pues nacen del saber ó no saber apañar las ocasiones y aplicar debidamente los medios convinientes.

51. Aunque te sobre justicia, guarda de indignar al juez; porque es hombre y sujeto á las pasiones que los otros hombres.

52. No persigas con la lengua al que te hizo algun daño, especialmente si le puede hacer mayor; porque es venganza mujeril y peligrosa.

53. Del que no te debe nada, si no te da, no te quejes; mas procura que te deba siquiera buena voluntad.

54. El prudente saca fruto de los ajenos errores.

55. Para el sabio no hay pobreza molesta ni riqueza loca.

56. El que pierde la ocasion, en vano la busca.

57. Mudables son las condiciones del tiempo.

58. No se juzga bien de las cosas factibles, por sólo el discurso de buena razon; porque muchas veces suele ser la práctica diferente y áun contraria.

59. La flojedad y pereza son raíces de la mala suerte.

60. La pobreza es enemiga del entendimiento siendo forzosa, y si voluntaria, amiga.

61. Si quieres saber quién eres, pregúntalo á tí mesmo y dite verdad.

62. El que deja lo que tiene por lo que espera, ó se humilla ó desespera.

63. A servicios pasados mal se apega el galardon.

64. Palabras y ofrecimientos, aunque sean de reyes, llegan á ser obras tarde.

65. El que sirve con provecho de su amo, pida y aprovéchese á sí mesmo; porque en dejando de servir pueda dejar de pedir.

66. No se logran los servicios del criado cuando los hace al fiado.

67. Muy poco sabe del mundo el que se admira y se queja fácilmente.

68. El ambicioso, ni guarda ley, ni tiene fin ni término.

69. El avariento es inútil para sí y para los otros.

70. No hay oficio más difícil que el reinar, ni que ménos se aprenda por falta de maestros.

71. El que rige y manda, si no se aconseja se desmanda.

72. Los pareceres de los hombres son dudosos, las circunstancias de las cosas variables, y por esto mal seguros los ejemplos.

73. Sólo los sabios se avienen con la buena y con la mala fortuna.

74. Huye del príncipe airado y deja que el tiempo le amanse.

75. No presumas de sabio con los reyes, mas de humilde y obediente.

76. No reprendas ni adules á los príncipes, pero siendo requerido, dales consejo saludable.

77. Trata verdad y llaneza, mas con prudencia te guardas.

78. Si mezclas burlas con véras, nunca serás respetado.

79. En las véras seas grave con modestia, y en las burlas agudo y apacible.

80. Entre los que no conoces, no hables más de lo que pide la precisa obligacion.

81. Los que piden merced sin merecerla, merecen ser despachados mal y tarde.

82. Tan grande número hay de quejosos en el mundo, como de hombres.

83. Si mereces, pide, ruega y solicita; y si no basta, importuna.

84. No pretendas las cosas con sobrada confianza, ni con ménos de la que es razon; pero está resuelto en lo que has de hacer cuando no alcances lo que deseas.

85. Mira bien los caminos por donde fueron los que acertaron, pero coteja bien las circunstancias y las condiciones de los tiempos.

86. Aprende á sufrir contrastes y á navegar con viento contrario.

87. Humíllate á los poderosos sin mengua ni adulacion, pero todo lo que pide el debido respeto.

88. Procura estar bien con todos, pero no fies de todos.

89. Si esperas bien, aguija; y si mal, va despacio.

90. Tantas cosas cura el tiempo como daña.

91. Renegad de oficios cuya materia es la enfermedad ó la muerte.

92. Amigos son el médico y el cura, porque el uno entierra lo que el otro no cura.

93. La medicina es de desear, pero el médico es de temer.

94. En la próspera fortuna seas humilde, y en la contraria, paciente.

95. Del envidioso te guardas como de enemigo.

96. Acrecienta cuanto puedas la virtud, que te levanta.

97. Al que para subir te da la mano, besásela á cada paso.

98. No subas temeroso ni confiado, sino atentado y firme.

99. No se ha de correr tras la ocasion, sino aguardarla apercebido y cogerla.

100. No seas con los amigos porfiado ni sutil, sino verdadero y llano.

101. Ni te enojes ni te rias del que vieres puesto en cólera.

102. No busques las precedencias, ni las recibas sin comedimiento.

103. Aprende á dar á cada uno lo que le toca, y á ofrecerle algo más.

104. Disimula cuerdamente todo lo que sufriere tu honor, y á no poder más, te enoja sin perturbacion.

105. De los hombres maliciosos y desvergonzados huye, de los muy libres te aparta, y á los simples sufre y encamina.

106. Hay estómagos delicados, que no pueden sufrir la verdad cruda; y otros tan llenos de malos humores, que no la pueden digerir cruda ni cocida.

107. No busques amigos dulces, que estragan la complicion; pero búscalos provechosos, aunque sean amargos.

108. Ninguno puede asegurar su fortuna, por más hondas raíces que haya echado; pues no hay cosa tan firme que no pueda ser derribada en un momento.

109. Toda la vida es batalla, y todo tiempo tempestad.

110. Viva cada cual apercebido, como quien está en frontera de enemigos, y tenga el ánimo aparejado para entrambas suertes.

111. Haz ejemplar de tí mesmo, y mira las mudanzas del tiempo por las cosas que te han acaecido, y no te admirarás de las que sucedieren.

112. Es tan miserable y débil nuestra vida, que un airecito ligero basta á derribarla.

113. No te ensoberbezcas, hombre, por más levantado que te veas, pues contra la ira del cielo eres hormiga; mira que los rayos y los terremotos abrasan los montes y hunden las ciudades.

114. Si quieres vivir contento y sano, haz el gusto á las comidas y á los aparatos ligeros.

115. Conoce bien al hombre ántes de recebirle por amigo.

116. Las amistades dañosas, si no puedes descoserlas, es bien que las rompas.

117. Ni engañes á nadie, ni te dejes engañar.

118. No hables lo que no sabes, y lo que supieres no lo digas sino á su tiempo y sazon; porque siempre fué el callar más seguro que el hablar.

119. Obra cosas grandes, pero no las prometas.

120. En todo lo que hicieres considera la causa, el tiempo y la persona.

121. Del que una vez te hubiera engañado, no fies cosa de importancia.

122. Tus proprios negocios trata tú mesmo, si pudieres; y si no, encomiéndalos á quien espere interes del buen suceso.

123. En los negocios públicos habla claro y da razon de lo que dijeres.

124. No te muestres popular, mas procura que la voz del pueblo siga tu parecer.

125. Estriba tus razones sobre el bien comun, y no muestres sombra alguna de interes particular.

126. De los servicios que hicieres á la república, si has de pedir galardon, pídele honroso.

127. Funda bien lo que dijeres, y no porfíes en que tu parecer prevalga.

128. A los malos y dañosos ciudadanos te opone con valor y con arte.

129. Procura que se hagan buenas ordinaciones y que sean bien guardadas; porque, en fin, no curan las muchas medicinas, sino las buenas y bien aplicadas.

130. A los ejemplares antiguos es menester acompañar con discursos nuevos.

131. La diversidad de los tiempos y de las circunstancias varian los efectos de las cosas iguales.

132. Para tratar con los príncipes, se ha de aprender primero su lenguaje.

133. No te engañe la privanza, para hacerte adelantar más de lo que sufre la grandeza de tu señor.

134. No te encargues de más cosas de las que puedas llevar á perficion con ánimo sosegado.

135. Enséñate á sufrir ruegos importunos, quejas y demandas inconsideradas, á dar satisfaccion y á responder con mansedumbre.

136. Oye mucho y habla poco, y no trates niñerías.

137. No te eleves ni te humilles demasiado, pero guarda en todo la debida autoridad.

138. No fies tu secreto de nadie, y guarda el que te encomendaren.

139. No compres mucho al fiar, ni gastes con esperanzas de bien venidero.

140. Espera y no confíes, teme y no desesperes *cuando alguna cosa* difícil procuras y deseas.

141. Hágante los ejemplares recatado, no soberbio ni abatido.

142. No sigas al temerario, ni te fies del cobarde; porque el uno te despeñará y el otro te dejará solo.

143. Mide y pesa tus palabras en toda ocasion, pero con mayor cuidado estando en cólera.

144. Las heridas de la lengua suelen ser peligrosísimas y malas de curar.

145. Si has de reñir con alguno, ántes le hiere en la cabeza que en la honra; porque se cria en la llaga tósigo para el que hiere.

146. El magistrado pobre es polilla de la justicia.

147. La vanidad y la pobreza siempre están en pleito.

148. Guárdate del interes, que es doméstico enemigo.

149. Sigue en todo á la razon y pide consejo á la experiencia.

150. So color de bien comun procurar particulares provechos, es desvergonzada hipocresía.

151. A tanta instabilidad están sujetas las cosas humanas, como las aguas del mar combatidas de los vientos.

152. Los consejos mal medidos y mal entendidos de los que gobiernan, son dañosos para sí y para los pueblos.

153. La mudanza de las costumbres antiguas es causa de la ruina de los estados.

154. Gente práctica, dineros y armas convenientes, son los nervios de la guerra.

155. No juzga ni discerne siempre bien el sabio, que en todo se muestran señales de la flaqueza humana.

156. Debe resentirse el príncipe de las primeras ofensas (aunque pequeñas), porque no se atrevan á mayores.

157. A muchas maldades suele inducir á los hombres la pestífera sed del mandar.

158. De los efectos muy encendidos, aunque se remuevan las causas, no se remueven ellos siempre.

159. No se han de aplicar á los males medicinas más poderosas de las que puede sufrir la naturaleza de la enfermedad y la complexion del enfermo.

160. Sospechoso es el consejo del que induce y no peligra.

161. Grande gloria es del príncipe deliberar lo que importa á la salud universal.

162. El prudente deja el bulto y la pompa vana, y sigue más la sustancia que la apariencia de las cosas.

163. El que va tras desviar peligros, mire bien que no lo haga entrando en otros mayores.

164. La majestad y el valor de un rey prudente vive en entrambas fortunas.

165. Aunque disminuya la grandeza, la fama universal de sabio conserva la autoridad.

166. El proceder de las tiranías es hacer que parezca razon y derecho lo que ha sido usurpacion.

167. No es prudente consejo hacer proprias las guerras ajenas sin evidente necesidad.

168. Los que denegan socorro, lo han de hacer

con razones eficaces, causas que parezcan justas y con demostracion de voluntad.

169. Está ya lleno de trampas y de engaños el trato humano, que no da lugar á los hombres de bien á que puedan usar en todo de su natural llaneza.

170. Los que se obligan á gasto forzoso y ordinario sobre fundamento de caudal incierto, ó lo prosiguen con daño ó lo dejan con vergüenza.

171. Crece la autoridad con el dinero, y la fama de pobre hasta en los reyes mengua la reputacion.

172. ¿Qué aprovecha ser monarca, si no hay en el arca?

173. Semillas son los dineros de todas las cosas, y juntamente con esto, los nervios de la guerra y los tuétanos de la paz.

174. No se logra bien la hacienda real puesta en manos de extranjeros.

175. El dinero que tarda en venir, cuando llega pasa volando.

176. Empobrecer á los vasallos es sangrarse de la vena del arca.

177. En manos de la buena suerte es desdichado el que se pone vecino á la suprema autoridad.

178. El manejo de la guerra y de la hacienda pide manos fieles, prácticas y naturales.

179. La tierra que produce ladrones, sembrarla de gente de guerra y hacer de los árboles horcas.

180. El rey que no sabe hacer hombres, no los terná en su vida.

181. A derecho y á razon están los reyes, pero desto los desvian muchas veces las reglas de Estado.

182. A solo el príncipe tocan las cosas de gracia, y por él las de justicia á sus ministros.

183. La sobrada autoridad de los ministros hace muchas veces vana la rectitud de los reyes.

184. El príncipe que por solo su parecer acierta algun hecho de importancia, suele despues errar muchos por falta de consejo.

185. Las quejas de los vasallos han de ser con fundamento de razon y de justicia, para que el señor las oiga con benignidad y clemencia.

186. Conserven sus privilegios los reinos y las provincias, pero no pretendan extenderlos ni interpretarlos á su voluntad, porque indignados los reyes no se los arrebaten de las manos y los rompan.

187. La doctrina y la imprudencia juntas hacen un sujeto monstruoso.

188. El que importuna pidiendo á pesar de la ocasion, se desengaña con vergüenza.

189. No se puede tener entera satisfaccion de los ministros que en todas las residencias se halla de qué hacerles cargo; porque, en fin, son inculpados ordinarios, y las sentencias absolutorias no presuponen falta de culpa, sino de prueba.

190. De la vana presuncion nacen efectos contrarios al deseo.

191. El hombre que se rige en todo por la voluntad de su mujer, merece que le quiten las insignias de varon, y que ella le desuelle á azotes.

192. Para dar un mal consejo, más saben las mujeres que los hombres.

193. La mujer que obedece á su marido, ésa le manda.

194. La buena mujer es triaca para su marido; la mala, veneno.

195. Lo que se pone en consulta se ha de resolver por lo ménos peligroso, porque es imposible asegurar y librarse de todos los inconvenientes.

196. Para ser bueno el consejo, los principios, los medios y fines han de ser lícitos y honestos de lo que se pretendiere.

197. No dejan los buenos consejos de tener su valor y estimacion, aunque algunas veces salgan contrarios los efectos.

198. Muchas veces la fortuna favorece para más perjudicar á los que de ella se fian, y por castigo riguroso de los hombres permite Dios que se juzguen los consejos por los efectos.

199. No basta la prudencia humana á defenderse de la envidia, ni puede escaparse de ella, sin la contraria fortuna.

200. La envidia cortesana es como el rayo, que hiere á lo más alto y levantado para hacer mayor ruina.

201. De los hombres desagradecidos no se puede esperar cosa buena, porque la ingratitud es calidad de ánimo villano, que precia más el interes que la honra.

202. El que empeña su palabra confiado en la que otro le da, cuelga su reputacion de voluntad ajena.

203. Está ya tan mal tratada la justicia distributiva, que de verla tal se esconden la virtud y los merecimientos.

204. No puede llamarse dichoso el que va subiendo, por muy levantado que esté; sino el que ha parado en parte segura pudiendo subir más.

205. El que está en la cumbre del favor es ídolo de pretendientes, terrero de invidiosos y matachin de la fortuna.

206. Tiénese por cosa averiguada que si los emperadores romanos supieran que habia de haber tantos intérpretes y glosadores de sus leyes, las quemáran ántes de publicarlas.

207. Los enojos, los cuidados y recelos son accidentes inseparables del reinar.

208. De los grandes beneficios se forman las grandes ingratitudes.

209. El príncipe ofende á la pública salud despreciando la suya propria.

210. La edad puede enflaquecer las fuerzas, pero no el corazon del hombre valeroso.

211. Ofender al enemigo y defenderse, son dos acciones iguales en obligacion del buen soldado.

212. Los celos de estado no reparan en servicios ni merecimientos, que todo lo atropellan para asegurarse, y áun á la propia sangre no perdonan.

213. Las esperanzas fundadas sobre la gracia y favor de un príncipe nuevo suelen convertirse presto en quejas.

214. Los que se aprovechan demasiado en servicio y manejo de la hacienda de los reyes, si no tienen mucho seso, revientan de gordos.

215. Entre la honra y la ambicion suele haber á veces diferencias, y si la prudencia no asegura el campo, queda la ambicion infructuosa y la honra perdida.

216. La fe y palabra de los reyes sigue la utilidad del Estado.

217. Cuanto más famoso, más desdichado es el capitan, cuyo príncipe, de medroso ó de imprudente, admite celos y sospechas.

218. La esperanza de los beneficios por venir ahoga la memoria de los pasados, contra toda razon.

219. Prudente es la disimulacion de los reyes, y la tolerancia autorizada con benignidad.

220. Los que esperan y desean no se avienen bien con la paciencia, y habríanlo de hacer, porque trae consigo á la sazon, que abre la puerta á los buenos sucesos.

221. Si la falta de justicia descarga sobre los buenos todos los males, ¿de qué sirve la potencia de los reyes?

222. No basta que los príncipes elijan buenos gobernadores, que obligados están á tener cuidado y apremiarlos á que gobiernen bien.

223. Enseñados han de entrar los ministros al gobierno, como los doctores á la práctica.

224. Muy necesario es que tema á la justicia el que la ha de administrar.

225. Del juez apasionado se libra el litigante dándole por sospechoso, y del interesado con la señal de la cruz.

226. Callen ya las ordenanzas, las pregmáticas y leyes, pues sólo el que tiene dinero tiene justicia.

227. Los servicios piden las cosas de gracia por justicia, y las de justicia y gracia alcanza el dinero.

228. Al que tuvieres mala voluntad secreta, no se la descubras por verle perseguido; que á más de ser hecho de ánimo villano, suelen muchas veces levantarse los caidos con dobladas fuerzas.

229. Por la diversidad de las inclinaciones y de las costumbres, no sufre ni tolera bien un reino el gobierno de extranjeros; y así, habiéndolo de ser el rey, conviene que no lo sean sus ministros ni criados.

230. De las pretensiones de los grandes (cuando son en competencia y muchas en un mesmo tiempo) nacen grandes descontentamientos, que suelen enflaquecer la fuerza y la autoridad real.

231. En las revueltas y mutaciones de Estado jamas los grandes tratan ni procuran el beneficio universal sin mezcla del suyo particular, y desto nace el desórden y la confusion.

232. Los árboles y plantas poderosos, cuanto más se levantan y crecen, más hondas raíces van echando para sustentar su peso; y así lo han de hacer los hombres que suben por el aire del favor, para poder estar firmes contra la furia de los vientos de la envidia y de los varios acaecimientos.

233. Mal informados están de las cosas del mundo los que procuran alteraciones y novedades para acrecentarse, porque las más veces salen al reves de sus designios los sucesos.

234. No quiere la fortuna ser tentada por vias tan ilícitas, que pierda el nombre de loca y la tengan por necia.

235. Cuando la naturaleza y la fortuna se juntan para levantar á un hombre en buen estado, le aseguran; y si alguna dellas falta, no está firme.

236. La ambicion y la codicia de los grandes son rios que salen de madre á la venida de un príncipe nuevo, con daño particular de muchos, y universal del Estado.

237. En las revueltas de Estado, el que más puede, más peligra.

238. La fama de traidor y desleal es pena y mayorazgo del culpado.

239. La cuerda simulacion de los reyes suspende los ánimos atrevidos, y la opinion de prudente enfrena los malos deseos allegada al valor proprio.

240. Los hombres puramente buenos y bien intencionados piensan que todas las cosas se han de hacer conforme sería razon que se hiciesen, y por esto, careciendo de la industria y sagacidad que pide el manejo y trato de los negocios (de que se forma la práctica), echan á perder todo lo que emprenden, en virtud de sus buenas intenciones.

241. Es tan grosero y tan necio el envidioso, que siempre del bien ajeno saca mal para sí mesmo, y se roe las entrañas como tísico ó frenético.

242. Aunque se descuiden ó disimulen los reyes, no pueden los servicios y merecimientos dejar de ser galardonados, pues las obras virtuosas son el proprio galardon de sí mesmas.

243. Suele el rigor de justicia ejecutada en los grandes causar grandes movimientos, y la blandura, mayores; y así, la prudencia de los príncipes ha de ser temple y nivel destas acciones; porque la gravedad de la materia pide sólo discurso y ánimo real.

244. En los prósperos sucesos descubre la modestia el seso, y el sufrimiento en los contrarios.

245. Cuando los justos respetos no hallan buena acogida, tóquese el pulso á las fuerzas; y si no son poderosas, válganse del sufrimiento cuerdamente, esperando el beneficio del tiempo.

246. Cuando el presidente es flojo y descuidado, crecen los males de la república por la dilacion del remedio; y despues de muy crecidos, la dificultad los confirma.

247. Cuanto más justa es la queja, más se desvia el culpado del quejoso y más le aborrece.

248. Ni todos los doctores son doctos, ni todos los bien hablados son discretos.

249. Con demasiadas palabras suelen muchos decir poco, porque las saca la lengua de la sobrehaz del entendimiento.

250. La conversacion ha de ser como la ensalada de várias cosas revueltas con sal, aceite y vinagre.

251. Los grandes habladores no son buenos conversantes, porque en ganando la mano, no dejan hacer lance á los otros.

252. Habla á tiempo y sazon, es indicio de buen seso.

253. El que no hace bien en vida pudiendo, y

deja despues de muerto la hacienda á los pobres, llega á ser misericordioso tarde.

254. El príncipe que hubiere de hacer hombres, ha de ser mucho más que hombre; porque es obra que requiere seso, práctica, valor y autoridad real, y todas las demas virtudes régias.

255. Si los hombres muy agudos supiesen obrar callando, ternian mucho de cuerdos; y por no saber hacer esto, tienen mucho más de locos; porque el seso pide más obras que palabras.

256. Aunque los reyes gobiernan con el parecer de muchos, en fin depende de sola su voluntad el efecto de las cosas deliberadas; y por esto es necesario que sean mejores y más justos y más prudentes que todos.

257. Si los hombres pueden llamarse pobres de aquello de que tienen poco, muchos pobres de espíritu hay agora en el mundo.

258. Cuales son los reyes, tales son los hombres que levantan; porque ellos mesmos los hacen á imágen y semejanza suya.

259. El que mucho se avecina á la suprema autoridad, le conviene tambien mucho hacer hombres de su mano; pero hechos de manera que pueda luégo deshacerlos cuando no le salgan bien.

260. Por mayor autoridad que tengan los que escriben, han de mirar mucho cómo dicen las verdades; porque á más que siempre escuecen al que tocan, suelen algunas veces los tiempos prohibirlas, so graves penas.

261. No solamente los ojos, pero el juicio y las manos es bien que tengan los reyes sobre el timon de su Estado; porque siempre va la nave más segura cuando el mesmo dueño della es buen piloto.

262. Los hombres habladores que se precian mucho de elocuentes, con el deseo de hablar no consideran ni ahondan bien las cosas; y así, con sobreabundancia de palabras suelen decir maravillosas necedades.

263. Las palabras y las obras jamas hacen buena liga; de mucho mayor valor es el obrar callando.

264. Los que alaban á sí mesmos y á sus cosas, ahorran palabras de cumplimiento á sus servidores.

265. Las plantas bien cultivadas crecen y medran más que las otras; pero la cultivacion no muda naturaleza, ni en las plantas ni en los hombres; y así, los entendimientos bien labrados se mejoran; pero siempre queda el rudo, rudo, y el agudo, agudo.

266. El ardor y la vivez de entendimiento son perros ventores que levantan la caza, y la prudencia la coge.

267. Desdichada es la provincia cuyo gobernador es flojo y amigo de ser adulado, porque la adulacion confirma la flojedad y enflaquece más sus obras.

268. El capitan general tollido y manco puede ser valiente, porque no ha de pelear con las manos, sino con el corazon y con el seso, experimentado y práctico.

269. Puso Dios frenó á la lengua y las riendas en mano de la razon, y como el demonio ve que es gallarda corredora, procura desenfrenarla, para que atropellando vidas y honras ajenas, no pare hasta dar consigo en algun despeñadero.

270. El que se ocupa en hablar, pierde el tiempo sin obrar.

271. La murmuracion es hija bastarda del entendimiento, pero tan válida entre las gentes, que sin ella ya no hay trato ni conversacion gustosa.

272. De los hombres igualmente despojados de pasion y de interes y en un grado diligentes y deseosos de acertar, siempre los de llano y moderado entendimiento gobernarán mejor que los muy agudos y levantados; porque se hallan más dispuestos para adquirir la virtud de la prudencia, que es el alma del buen gobierno.

273. Para gobernar el mundo á lo moderno no es menester mucho seso; porque echaria á perder el desconcierto sobre que se apoya y sustenta.

274. Cuando toda una comunidad ó la mayor parte della unida se resuelve en no querer obedecer las órdenes del prelado y acude á superior, se ha de buscar el remedio con mucha cordura y seso blandamente; porque en tal caso, la opinion de muchos (aunque no esté bien fundada) tiene la autoridad que basta para hacer escandaloso el proceder con rigor, y el escándalo enflaquece la justicia del ministro.

275. Algunos hombres hay que saben hartas cosas bien sabidas, pero son tan arrogantes, que no pueden persuadirse que otros sepan lo que ellos saben; y con esto quedan muchas veces atajados y corridos, salteados de razones fuera de su esperanza.

276. El que da en presumir mucho, siempre pára en saber poco.

277. El gobernador que altera fácilmente lo que ha ordenado por edictos públicos, publica su liviandad á són de trompetas.

278. Por útiles que sean los consejos, valen poco si no están acomodados al valor del que gobierna.

279. Para presidentes flojos no son buenos los robustos consejeros, porque la dificultad los aprieta y los ahoga.

280. Si al que gobierna le falta seso, pecho y valor proprio, hará muchos disparates por error y culpa ajena, pues él no se hizo á sí mismo, ni pudo ofrecer más de lo que tenía.

281. En la provision de cargos públicos, públicas han de ser las cualidades del que fuere proveido; porque á ser de otra manera, es más fuerte que eleccion.

282. El que siempre se disculpa llega a ser incorregible, porque se engaña á sí mesmo y se confirma en el mal.

283. El presidente que reza como fraile cartujo, pida milagros á Dios, porque humanamente es imposible que gobierne bien.

284. Suelen los hombres cobardes ser crueles, y es que de puro medrosos querrian matar de un golpe á todos sus enemigos, porque no les quede rastro ni sombra de que temer.

285. Cuando la verdad escuece, despierta al seso adormido; y si hiere blandamente, le adormece mucho más.

286. Abierto, despedazado y roto es el corazon del que cierra la boca á los pregoneros de Dios.

287. La reprension general poco se imprime en el alma del presidente culpado; y así es menester hacerle terrero y blanco, y tirarle de mampuesto á vista de todo el mundo.

288. Muy grande respeto se ha de tener á los ministros de justicia, pero ha de ser de manera que no dañe á la mesma justicia.

289. Los hombres afeminados y blandos no se pueden corregir ni blanda ni ásperamente, porque son como la cera, que en el agua se endurece y en el fuego se derrite y se consume.

290. Los hombres de muy seguro y agudo entendimiento, como tengan práctica de las cosas del mundo, si la presuncion no los publica por bachilleres, pueden pasar por doctores.

291. No hay cosa en el mundo sobre que más várias y más erradas opiniones haya, que sobre materias de Estado; porque la mayor parte de los hombres que hablan de esto, de puro mal informados, van haciendo sus discursos sobre falsos prosupuestos; y así lo que les parece más allegado á razon suele ser más léjos della ó lo ménos practicable.

292. Del entendimiento y de la práctica nacen las reglas del buen gobierno, y para nuevas ocasiones valen más las recien nacidas que las viejas.

293. Con abundancia de vicios y falta de ejercicio militar suelen perder las naciones en poco espacio de tiempo el valor y la opinion ganada de muchos años.

294. Los aparejos de guerra son los nervios de la paz.

295. Ay de los hombres á quien los vicios acompañan hasta la decrepitud, especialmente si les dejan libres el paladar y el estómago, pues con esto solo queden amancebados con la gula, y tan amigos de la vida, que sin pensar en otra cosa, los suele arrebatar la muerte en metad de su descuido.

296. El tiempo trueca y trastrueca, y anda siempre cargado de esperanzas y temores para inquietar á los hombres, así en la próspera como en la adversa fortuna.

297. Las mudanzas del tiempo despiertan el valor de los hombres, y la duracion de un buen estado le adormece.

298. Los tiempos se han trocado de manera, que ya los hechos de nuestros abuelos nos acarrean vergüenza y corrimiento.

299. Cargado está de enfermedades el gobierno público, y ningun indicio vemos que le prometa esperanza de vida, sin quedar manco ó tullido, no renovándole Dios con mano poderosa.

300. El cuerpo de una república lleno de malos humores, no le han de curar mujeres con óleos y con ungüentos, ni con otros badulaques de su invencion; práctica, saber y mano de hombre ha de emprenderlo con purgas y con sangrías, sudores y cauterios de fuego.

301. Algunas veces los pobres dan entrada á los *regocijos, porque* la melancolía no los consuma del todo; pero al tiempo de comer los despiden. Y á este propósito dijo un poeta:

> La pobreza y la alegría
> Son como el perro y el gato,
> Que no comen en un plato
> Aunque estén de compañía.

302. Desnudo y mal tratado vive el cuerpo muchos años, pero el estómago vacío, pocos dias.

303. Son tan contrarios los efectos de la pobreza y del dinero, que los caballeros pobres suelen volverse gallinas ciegas; y los villanos, ricos gallos de las Indias.

304. El algo de los hijos de algo se convierte en alimento de camaleones, y el pechero (si está rico) se envuelve en sangre de godos, en virtud del privilegio del oro.

305. Aunque la necesidad y la importancia del trato y del comercio de los reinos vecinos suele mantener la paz entre ellos, es necesario que estén entrambos armados de armas iguales; porque el temor hace estar más á raya á los poderosos, que el vínculo de amistad ni deudo, ni que otro respeto alguno.

306. Cuanto más valientes y esforzados son los hombres, ménos esperanza de vida les queda cayendo en manos de sus enemigos; porque el temor les incita á ser crueles.

307. Los que piden cosas grandes, tengan más ojo al interes del que ha de dar que al suyo proprio; y hagan de manera que le vea, aunque de léjos; porque há mucho tiempo que las gracias son venales y se pagan de contado ó al fiar.

308. Ya los reyes y los reinos son tan pobres, que no pueden socorrerse los unos á los otros por culpa de entrambas partes, y por industria de aquellos que roban y se acogen á tierras libres.

309. Las confederaciones y ligas de los reyes y potentados no tienen más seguridad de cuanto importa á todos juntos, y segun las ocasiones se van aflojando y apretando con maña y con artificio, debajo de colores diferentes.

310. Aunque la sagacidad, el artificio y la industria no sean virtudes régias (por la malicia de los hombres y por la variedad de los tiempos), son calidades necesarias para el oficio del reinar.

311. Los príncipes sabios reservan para sí mesmos los fines de sus movimientos, hasta el punto en que importa y es forzoso descubrirlos.

312. El secreto es el alma de los negocios, y el que desvia las prevenciones contrarias.

313. El derecho de los reyes bárbaros es la fuerza y poderío, y el de los sabios del mundo, la razon ó la apariencia della.

314. Aquellos sobre cuyos hombros descargan los reyes sus cuidados, y como columnas sustentan el gobierno público, es necesario que estén sobre firmes fundamentos; porque el peso es grande, y grande la tempestad que le combate.

315. El privado, aunque esté puesto en la cumbre del favor, guárdese de emprender reyertas con los que están envueltos en la sangre real; porque

siendo venerada de todos por razon y por naturaleza, tiene autoridad y fuerzas para derribar cualquier privanza.

316. Es el arte del privar difícil y peligrosa, porque la grandeza de los reyes, en descubriendo artificio, se tiene por ofendida; y sin él, es imposible sustentarse.

317. Las gracias, para ser tales, han de ser dichas con gracia y compuestas de manera que puedan hacer cosquillas á cualquier entendimiento cortesano; porque todo lo que mueve á risa al vulgo, cuando ménos es donaire, cuando mucho, disparate ó necedad.

318. La risa con abundancia es falta de seso, y la anticipada, locura perenal.

319. Como los grandes no pasan por las cosas menores, tienen ménos experiencia dellas que los otros hombres; y por razon de su grandeza, mucho mayor presuncion, de que nacen los errores que hacen puestos en gobierno público.

320. El que preside y presume saber más de lo que sabe, sepa que peligra mucho; porque los de su consejo, no sólo desean, pero encaminan su perdicion.

321. Fácil es deliberar que se haga alguna cosa conveniente, pero muy difícil dar la forma y traza como se haga de la manera que más convenga; porque lo uno pide poco más que buena voluntad y buen deseo, pero lo otro requiere seso y práctica. Y por esto los consejos tienen necesidad de otros consejos, como las aceitunas del aceite que sale de otras aceitunas, para ser mejor preparadas y comidas con más gusto.

322. Los gobernadores de provincias, lo primero han de aprender las leyes dellas; lo segundo, conocer bien los humores de los de su consejo; lo tercero, las calidades y condiciones de los súbditos; y tras esto, lo que más importa es el deliberar las cosas con prudencia, y luégo ejecutarlas con valor y constancia.

323. Los rudos ni los agudos no juzgan bien de las cosas; los unos porque no saben, los otros porque resaben.

324. Son los rudos leña verde, que puesta en el fuego no saca sino humo; y los agudos, cohetes, que encendidos suben luégo por el aire arriba más recios que una saeta; y acabada la pólvora, caen sin luz ni sustancia alguna.

325. Los hombres cuerdos (reposadamente) en lo que saben hablan bien, y en lo que no saben, ni bien ni mal.

326. Para las repúblicas ó potentados que no son de gran poder, mejor es la vecindad de dos reyes poderosos que la de uno solo, porque en el deseo de ocupar lo ajeno, el uno refrena el otro con temor de su acrecentamiento, y cada cual procura sustentar las fuerzas de los menores, para servirse dellas cuando las hubiere menester.

327. Para saber y poder reinar no basta ser grande, ser prudente ni tener valor proprio, que juntamente con esto es necesario ser rey por naturaleza, porque la sangre real sube de quilate á las virtudes; y así, casi todos los tiranos se han perdido por no haber nacido reyes.

328. Ni la estopa cabo el fuego, ni los flacos cerca de los poderosos están con seguridad, porque el viento y la codicia pueden hacer daño á entrambas cosas.

329. No es segura compañía la del leon, por manso que sea.

330. Cuando llega á ser comun el interes, fácilmente se juntan los mal avenidos; mas al partir de las peras se descubre la dañada voluntad.

331. Al que por mala administracion ha echado á perder su casa, no se le ha de encomendar el gobierno de una provincia; porque la destruirá por el mesmo camino ó por otro peor.

332. Los gobernadores de provincias basta que en las cosas de justicia se atengan á su consejo en todo; porque en las de gracia y buen gobierno, les conviene saber elegir consejeros y consejos, y sacar de su cabeza razones y conveniencias practicables.

333. Los reyes y las repúblicas á quien se pide socorro, han de mirar la justicia del que le pide, sin apartar los ojos de su propria seguridad.

334. Cuanto más sabio y más prudente fuere un príncipe, más le conviene tomar consejo de sabios para resolver negocios de mucha importancia; porque sucediéndole bien, toda la alabanza y gloria será suya, y cuando suceda al contrario, podrá descargar su error sobre aquellos que habrán aconsejado.

335. Aunque sea cosa justa y muy conveniente á un capitan hacer que le obedezcan los soldados, no lo ha de hacer de manera que la demasiada violencia los exaspere tanto, que se resuelvan á defenderse con mayor violencia.

336. Aquellas cosas á que la fuerza y la necesidad constriñen á los hombres deben ser perdonadas ligeramente; porque muchas veces acaece recibir grandes provechos de los que sufrimos algun daño.

337. No hay remedio más eficaz ni más poderoso para hacer que los soldados se resuelvan á pelear obstinadamente, como el quitarles la esperanza de alcanzar la salud sino por la punta de la espada, representándoles el enemigo airado y cruel.

338. Es cosa muy favorable el asaltar de noche al enemigo, porque siendo ya la noche de suyo espantable, las armas y estruendo dellas, el descuido y falta de prevencion confunde y acobarda áun hasta los más prácticos y esforzados; de manera que no saben ni pueden valerse de remedio alguno.

339. Es el ímpetu y la furia de un pueblo de manera que por falta de cosinderacion no echa de ver los peligros que le están amenazando, aunque haya llegado al punto de caer en ellos; y naturalmente está inclinado al peor consejo, sin que baste á persuadirle el saber ni la prudencia de los hombres graves y bien experimentados; y con ésta, su condicion cae al atolladero de su daño, ó llega á rendirse con el cuchillo á la garganta.

340. De las discordias civiles suele ordinariamente nacer la perdicion de los estados, porque se consumen y deshacen los unos á los otros, y á las

veces se entremeten fuerzas extranjeras, que se levantan con todo, ó lo destruyen hasta el fundamento.

341. Aunque las fuerzas sean el principal instrumento para conquistar ciudades, aprovecha en grande manera la ocasion y ayudan mucho los desórdenes de los enemigos.

342. Los hombres de grande valor y pecho que aspiran á cosas grandes cuando se ven con poder militar, despiertan muchas veces ocasiones para sustentarse en él, aunque sea con daño del príncipe, y así le conviene advertirlo y desviarlo.

343. El ambicion de los reyes busca derechos imaginarios y colores diferentes para adornar á la sinrazon.

344. Los hechos de valor y de prudencia suelen causar en los príncipes tan grande reputacion, que sólo por ella alcanzan muchas veces pacíficamente lo que pudiera costar mucha sangre y muchas vidas.

345. La fama de prudente y valeroso ata las manos á los atrevidos y desvergonzados.

346. Los capitanes generales demasiadamente codiciosos de aplicarse la gloria de todos los hechos y consejos, suelen echar á perder lo que emprenden y á sí mesmos; porque no admiten parecer ajeno en la cosa que más importa á los hombres ser aconsejados.

347. A los príncipes obstinados en su parecer y opinion nadie se atreve á contradecir y muchos se resuelven á ser compañeros de su error, queriendo más aventurar á perderse con ellos, que caer en su desgracia.

348. El conocimiento y la memoria de las cosas pasadas es una luz y guía de las operaciones humanas, pero en todos los hechos de importancia es necesario á más desto la firmeza de la práctica y experiencia, especialmente en las cosas de guerra, cuyos errores (segun dice Caton) ninguna disculpa reciben, porque en siendo cometidos, cae la pena sobre ellos.

349. Tras un error en la guerra suele echar el enemigo ceros, para acrecentar el número y dar alcance de cuenta.

350. No invía Dios la paz á los reyes para que estén ociosos y descuidados, sino porque puedan con ella reinar mejor y proveerse de aparejos de guerra para mantenerla, porque la paz desarmada no está muy segura.

351. Los privilegios y libertades de los reinos, que son causa de engendrarse vicios en ellos, no son libertades, sino cautiverios; y el quererlos sustentar, dañosísima y bárbara necedad.

352. Los males envejecidos de una república se han de arrancar del todo y de una vez, porque son como los árboles, que brotan cortados.

353. Las provisiones de los cargos han de ser hechas de puros merecimientos, y no, como las morcillas, de carne y sangre.

354. Los nuevos gobernadores á la primera liccion han de aprender el arte de pedir el consejo; á la segunda, la habilidad de saber escoger el mejor, y á la tercera, la facultad y pericia de saber gobernar solos.

355. Cuando faltan hombres de seso y de pecho en una provincia, peligran todas las cosas della.

356. Como ya no hay amigos fieles ni deudos amigos, cada cual se acoge á su dinero.

357. Así como el hombre que toma muchas medicinas es señal que no está sano, la ciudad que hace á menudo nuevas ordinaciones da claro indicio de tener poca salud en su gobierno.

358. El juez y el gobernador, ambos han de ser doctores; el primero en leyes, y el otro en materias de Estado.

359. Los hombres algo melancólicos y tristes son más aptos para gobernar, que los muy sanguíneos y regocijados; porque los negocios públicos requieren más dolores de cabeza que cosquillas.

360. El gobernador que no guarda secreto no puede ser advertido de cosas de importancia; y así todo lo que trata y hace importa poco.

361. El rigor de justicia ejecutada en persona principal espanta como trueno y hiere como rayo.

362. Como la simulacion tiene la voz de prudencia, suelen los grandes señores encubrir con ella su mala voluntad; y así con alegres y amigables demostraciones doran los dañados deseos y aguardan á paso la ocasion reposadamente.

363. La soberbia de los príncipes tiranos no conoce sus errores por los avisos ni por las quejas de los hombres, sino por los manifiestos castigos de Dios.

364. Si los príncipes pusiesen los ojos tan contino en sus miserias naturales como en su grandeza y poderío, ternian más compasion y no querrian ser adorados como dioses.

365. Engáñanse muchas veces los prudentes y los experimentados, porque la variedad de los tiempos turban los consejos de los hombres, y la diversidad de los hombres causan las mudanzas de los tiempos; y con esto queda atajada la experiencia de que sacan los sabios las reglas de bien aconsejar.

366. Desdichada es la ciudad ó la provincia cuya encaminada perdicion es conocida de todos generalmente, y nadie toma la mano para el remedio della; porque desto se conoce la falta de virtud que hay en los hombres que la gobiernan, de que nace la total ruina de la cosa pública.

367. Las enfermedades intrínsecas que no traen consigo dolores, se curan con descuido; y así van creciendo poco á poco, hasta llegar á ser irremediables.

368. Los negocios que tocan directamente á la conservacion y bien de la república, no son tratados con la fidelidad y diligencia que requieren; porque son muchos los que en ellos intervienen, y han llegado ya los tiempos á tan grande rotura, que los hombres por sólo una onza de interes particular suelen echar á perder cien arrobas de beneficio público.

369. Los gobernadores afeminados y flojos, para dar á entender que son hombres de valor y de pecho, suelen castigar con rigor y con estruendo los delitos ligeros.

370. En mucha estimacion se han de tener los

trabajos que han puesto los doctores en medicina y en leyes, estudiando para aprender las sciencias con que pueden aprovechar á todos los hombres; y así, tengo para mí que sería cosa conveniente y muy segura tenerlos en depósito, como joyas muy preciadas del tesorero público, no sirviéndose de ellos sino en caso de extrema necesidad.

371. Hay hombres que piden vuestro parecer en alguna cosa suya, y cuando se le dais no les agrada por mejor que sea, si va contra su opinion; y éstos son los que merecen errar en todo con aplauso general, para dar aviso á los que de nuevo llegan á informarse de las cosas del mundo.

372. Las enfermedades de los pobres mendigantes son largas, porque dan dinero; pero no son peligrosas, porque no las curan médicos.

373. Muy estériles están los tiempos de virtud y valor, y ningun indicio vemos que prometa mejor sazon, porque nacen y se crian los hombres de agora tan afeminados, que de puro flojos siguen más la servidumbre vergonzosa que la honrada libertad.

374. Hay hombres de tan mala especie, que no saben hacer bien á nadie; y si alguna vez aciertan á ser provechosos para alguno, quieren que le sea esclavo, porque les cuesta mucho trabajo el haber hecho cosa contra su natural inclinacion; y éstos son los hombres que merecen quedar solos al tiempo de su mayor necesidad.

375. Los que ponen toda su felicidad y su punto en ser elocuentes, con esto se prometen haber de persuadir á los otros todo lo que imaginan, aunque sean los mayores disparates del mundo; y si les hacen contrarios, no pudiéndolo sufrir, se arrojan como caballos desenfrenados, que atropellando á los que topan, caen sobre ellos y se rompen las piernas.

376. La demasiada presuncion, aunque estuviese acompañada de mucho saber, sería muy peligrosa, porque muchas veces llega temerariamente á querer asegurar lo dudoso, de que nadie puede prometer firme salida; y así en mitad de la confianza suelen quedar mil negocios perdidos ó empantanados.

377. El que juntamente con otros tratáre negocios públicos ó privados, no los trate como á solo, dé á cada cual su parte; porque la tengan tambien de lo que resultáre del bueno ó del mal suceso.

378. De la tolerancia de los delitos de los magistrados nacen todos los males de la república, y del severo castigo dellos, las reglas del buen gobierno.

379. Para los desvergonzados no bastan los castigos afrentosos; penas ha de haber tambien que duelan en el pellejo ó en la bolsa.

380. Entre las cosas del mundo cuyo saber es la práctica, suelen perderse muchas veces los puramente letrados; porque les parece que es agravio de sus letras atenerse al parecer de los otros, y con esto dan consigo en un atolladero de errores, de que no basta á sacarlos Bartulo ni Baldo.

381. Ni la flema ni la cólera son humores al propósito para bien gobernar, porque á la una se le caen los negocios de las manos, y la otra los atropella; y entrambas están igualmente apartadas del temple sobre que suele asentarse la prudencia, que es el alma de las humanas operaciones.

382. El gobernador que no escucha ni pondera bien los pareceres de los de su consejo, ni dellos sabe escoger el mejor y más conveniente á los tiempos y al negocio, si quiere acertar de una vez lo que más importa á la provincia y á sí mesmo, deje el cargo.

383. No hay arte ni doctrina más difícil de aprender que la del gobierno público, porque no tiene reglas ciertas sobre que fundarse, que el tiempo y las ocasiones las varian y dan formas diferentes, mediante el entendimiento práctico de los ministros.

384. Adonde faltan hombres de valor, todo lo dificultoso se da por imposible, y de pura flojedad no se emprende cosa buena.

385. Hay algunos hombres muy amigos de hacer discursos de Estado, y les parece que á su modo se gobernaria el mundo maravillosamente; y por otra parte, ninguna cosa aciertan de cuantas emprenden hacer; de manera, que éstos son como los pobres, que sueñan que están ricos, y despiertos mendigan.

386. Las várias ocupaciones son las reglas del vivir político, y sólo el tiempo es el maestro.

387. Cuando por muchas partes diferentes diversos hombres han de hacer un mesmo efecto, la mayor dificultad recae sobre la diversidad de los sujetos; y así no puede esperarse de todos igual salida; mas ántes se ha de temer que los errores de los unos no descompongan á los otros.

388. Si á los que merecen merced de los reyes y no la reciben, no proveyese Dios de paciencia, todo el mundo estaria lleno de locos y de ahorcados. Y si á los que la reciben sin merecerla sacase los ojos, habria más ciegos que moscas.

389. Es burla pensar y decir que el mundo está ya del todo perdido, porque si bien consideramos las cosas pasadas, hallarémos que unas han empeorado y otras recebido mejoría; de que podrémos sacar las condiciones del tiempo y compensar los males con los bienes, para no quejarnos tanto dél como solemos.

390. Disculpa tiene el privado á quien el rey comunica en parte su autoridad y poder, si no se muestra con los otros grandes tan familiar como pide la condicion de igual en calidad; porque esta diferencia le reviste del respeto más cercano á la suprema grandeza.

391. La mayor parte de los hombres juzgan las mudanzas del tiempo sólo por lo que han visto en el discurso de su vida, y con esto les parece que va de mal en peor; pero si todos pudiésemos tener presente la memoria de las cosas sucedidas desde el principio del mundo hasta agora, sin falta que topariamos con tiempos tan perdidos, que éste, en su comparacion, nos pareceria el siglo de oro.

392. Al regidor que no tiene las manos y las costumbres limpias, echarlo fuera del lugar como apestado, porque sus malos ejemplos son apegadizos como landres, y van de los unos á los otros hasta no dejar hombre sano.

393. Todas las acciones de los hombres están sujetas á errores, ó por ignorancia pura, ó por falta de

consideracion, ó por sobrada malicia, que es la fuente de que salen todos los males del mundo.

394. Grande prudencia es del rey que echa raíces de paz firme y duradera luégo en sospechando que le pueden faltar nervios para sustentar la guerra; atajando desta manera los deseos de aquellos que podrian ofenderle ántes que echen de ver la falta de su poderío.

395. Grandísima es la pasion y la congoja que recibe un presidente flojo y de poco valor, cuando se le ofrece haber de efectuar algun hecho trabajoso, tanto que jamas se resuelve á tiempo; y pasada la ocasion se queja de los ministros, habiéndose de quejar de sí mesmo.

396. Si al proveer de los cargos se acrisolase bien el valor de los hombres, saldrian las obras de mejor metal y se excusarian quejas de vasallos.

397. El punto y el valor de las mujeres principales consiste en su recogimiento, y las que de muy señoras ó muy damas piensan tener privilegio para libertades, van erradas y con peligro de serlo.

398. La vanidad es muy dañosa para la bolsa, porque suele dejarla tan vacía como los cagios de su dueño.

399. Dicen que la locura tiene cura, que la necedad es incurable, y que es mejor estar entre dos locos que cerca de un necio; porque el loco (cuando mucho) tira piedras, pero el necio da con el mazo de apretar.

400. Hay hombres de paladar tan estragado que todas las cosas de los otros les parecen desabridas, y ellos lo son para con todos; de manera que áun hasta los necios lo conocen y se enfadan.

401. La pobreza es una enfermedad que debilita el respeto, porque la reputacion se ha abrazado ya con el dinero, y á solo al que lo tiene favorece; pero el que se aviene bien con ella, á pesar de la fortuna queda rico y respetado.

402. La ambicion y la codicia desbarataron la máquina del buen gobierno, y ellas sustentan agora el desórden, sin esperanza de remedio humano.

403. Los titulados pequeños son la sombra de los grandes, y los títulos sin renta, polilla de caballeros.

404. Los pretensores en córte, si no saben darle á sus negocios dando, aunque sean muy ricos, darán consigo á la larga en el hospital de los incurables.

405. Ya no hay hombre que no se ocupe en hacer anatomía de humores, ni humor que no tenga asidero de risa.

406. Con los grandes señores se ha de tratar con muy grande recato, porque son como los leones, que se os arriman para haceros fiesta, y al menor desabrimiento os dan con el arpo ó con el diente.

407. Las amistades á prueba de honra y de interes se han de tener por seguras; mas con todo, es menester no tirarles á carga doble.

408. Las cerimonias y las cortesías ordinarias, aunque no son pruebas de verdadera amistad, se han de dar y recebir con buen semblante; porque entre *los hombres honrados* valen mucho y cuestan poco.

409. La verdad y la llaneza del trato, no solamente da y conserva el crédito, pero engendra amor y respeto; y si con esto se allega el ser liberal, queda un hombre confirmado por vecino y morador de cualquier parte del mundo.

410. Hay algunos hombres que de puro bachilleres suelen dar su parecer en todas las cosas, y si les vais á la mano, alzan los ojos al cielo como quien tiene lástima de vuestra ignorancia, cosa que basta matar de risa ó de enfado.

411. Los consejeros de un reino ó de una provincia que dan en presumir de elocuentes, suelen echar á perder el buen gobierno; especialmente si por antiguos tienen alguna autoridad y los colegas fueren algo flojos, porque éstos porrean y porfían en defensa de su parecer; de manera, que los otros, de cansados y mohinos, dejan correr los negocios por su vereda; y si el presidente es más amigo de palabras recamadas que de razones sustanciales, todo va perdido.

412. Como la lengua ha dado ya en ser más libre y más ligera que el pensamiento, más afilada que navaja y amiga de cortar vidas ajenas, apénas hay obra humana que pueda librarse de sus heridas; así que debajo de este presupuesto se ha de vivir en el mundo.

413. Vaya, pues, el mundo como fuere; mude, revuelva el tiempo las costumbres; camine cada cual tras sus antojos, suban los unos y bajen los otros; que pues la vida es brevísima y la muerte comun á todos, todas las cosas que vemos son de poca estimacion.

414. Suelen muchas veces tomarse resoluciones bien ordenadas, que por faltar el órden en la ejecucion resultan nuevos y grandísimos desórdenes; así que en los consejos no basta bien deliberar, que la mayor importancia recae en bien elegir ejecutores de la cosa deliberada.

415. Paréceme que en ninguna cosa habrian de poner los príncipes mayor cuidado que en elegir consejeros, porque de los ignorantes nacen los errores, de los maliciosos las maldades, y de los unos y los otros la perdicion de los estados.

416. Por descargo de los jueces, por castigo de los abogados y procuradores, y por beneficio de los litigantes, sería bien que hubiese en cada provincia un consejo formado para componer y concordar diferencias civiles; y que nadie pudiese introducir causa alguna que primero no hubiese pasado por el crisol de la concordia, para atajar desta manera la perdicion de las haciendas; pues vemos claramente que las dilaciones de los pleitos acarrean mayores daños que provechos las sentencias favorables.

417. Dicen que preguntado Neron si en caso que faltasen todos los hombres aptos para gobernar provincias, sería bien proveer los cargos en mujeres ilustres y famosas, dijo que no; sino en cualesquiera de los otros animales, aunque fuesen tigres ó leones; porque, en fin, del mal lo ménos.

418. Son tan varios los deseos y diferentes los pareceres de los hombres, que no se pueden hacer

obras ni decir palabras con aplauso general; y así para guisados comunes, basta apartarse de los extremos de dulce y acedo, y que no falta la sal del todo, pues ya los gustos no son agora tan apurados como solian.

419. Sin duda que estas *Centellas* parecerá á muchos que pueden salir del fuego de pajas, y que en sus entendimientos las hallarán á millares; pero al tiempo del sacarlas podria ser que saliesen convertidas en humo ó ceniza.

420. Las ocasiones perdidas lastiman de manera que no admiten humano consuelo, porque falta la esperanza de cobrarlas y el arrepentimiento es sin fruto.

421. La cosa que más engaña es la propia estimacion, porque no admite razones fuera de su parecer, ni le parece que puede errar en cosa alguna.

422. La flojedad de los príncipes aumenta la autoridad de los ministros, y la demasiada autoridad de los ministros enflaquece el amor de los vasallos.

423. Del que hubieres ofendido no fies del todo, por más que parezca amigo; porque los hombres se excusan de sus picaduras mucho más de lo que muestran, y aguardan con buen semblante las ocasiones para desquitarse.

424. En balde se fatiga el virtuoso en allegar merecimientos, y más en balde aquellos que por sólo sangre ilustre buscan honras y provechos; pues ya solo el dinero tiene adquirido el derecho de todas las cosas.

425. Está ya tan enflaquecida la justicia correctiva, que no se atreve á los gatos; y como la tierra está llena de lobos y de raposas, no hay animal doméstico ó manso que pueda vivir seguro. Este mal es de llorar, y más porque va faltando la esperanza del remedio.

426. Muy justo es que se den los cargos principales á los hombres que lo son (si los merecen), porque la sangre ilustre ilustra mucho el mando y señorío; y en la de bajos quilates está la autoridad como extranjera, de quien se aparta el respeto voluntario.

427. Los extremos de rigor y mansedumbre son las fronteras del gobierno público, de quien ha de vivir el gobernador apartado; pero no tan léjos que no pueda acudir á ellas cuando sea menester, porque, en fin, las ocasiones de mal y de bien están en manos de los hombres, cuya voluntad es libre, escondida y variable.

428. Las reglas del gobierno público no basta saberlas de coro, pues no se han de practicar siempre de una manera; mas para entender el cómo, cuándo y cuánto, es necesario velar estudiando sobre las ocasiones que se ofrecieron, y el gobernador que esto no hiciere, no acertará en cosa alguna fuera de las ordinarias.

429. En las córtes de los reyes sería bien que hubiese escuelas de gobierno de estado, para que los hijos de los señores que á su tiempo y sazon pueden ser proveidos á cargos principales, aprendiesen lo que se practica en cada una de las provincias de sus reinos; y desta manera llegarian instruidos al manejo de las cosas, excusando los errores que de no serlo resultan luégo en los principios, de que nacen muchos inconvenientes, que suelen durar despues todo el tiempo de su administracion.

430. Dicen algunos que por razon de Estado le conviene al que gobierna una provincia dejarla al sucesor ó muy quieta ó muy revuelta; porque dejándola indiferente, todos los buenos sucesos se atribuyen al que entra de nuevo al gobierno, y los contrarios al que sale. Pero el gobernador cristiano está obligado á tenerla y á dejarla lo más bien ordenada que le sea posible.

431. Si los trabajos de los reyes no fuesen acompañados de las comodidades de su grandeza, no habria sujeto humano que lo pudiese llevar, y no es el menor de todos ver la falta de consideracion de sus vasallos, que no sabiendo gobernar sus proprias cosas, murmuran y se quejan del gobierno de las monarquías.

432. Los que no pueden sufrir contradiciones, no pueden dejar de perderse, porque no hay hombre tan sabio en el mundo que no pueda recibir luz del entendimiento de otro, ni tan clara luz de entendimiento, que pueda descubrir todas las cosas.

433. Hay hombres que hablan siempre con todos magistralmente y como quien enseña á gente ruda y grosera, de que se enfadan y cansan muchos con razon; pero los muy discretos, conociendo que éstos son como perniles entreverados de locura y necedad, saben sacar dellos burla y risa y donoso entretenimiento.

434. Quejámonos todos de las mudanzas del tiempo, y nosotros mesmos somos la causa dellas; porque siempre es uno el curso de los dias, pero las ocupaciones y ejercicios de los hombres diferentes, de que nacen tambien las diferencias de los tiempos.

435. Necesaria cosa es que haya algunos á quien por su locura ó necedad sucedan casos desastrados, pues áun cargados de ejemplos no sabemos escarmentar en cabeza ajena; señal evidente que á todos alcanza parte alguna destas calidades.

436. La arrogancia, acompañada con autoridad de oficio ó cargo, lleva á los hombres por despeñaderos: y en los mayores peligros no les consiente pedir la mano á nadie, de que resulta su caida.

437. Si el que se halláre caido puede levantarse un poco y no lo hace (pareciéndole vergüenza no levantarse del todo), merece para siempre quedar empantanado; porque es necedad querer que la fortuna levante con la presteza que derriba, pues siempre fué más dificultoso levantar un peso que dejarle caer.

438. Sin duda que hay algunas cosas fuera de la comun opinion, que si las experimentasen saldrian muy bien; y acerca desto tengo para mí que si los médicos recetasen para los enfermos lo que toman para sí mesmos, sanarian muchos más; y que en hacer que los juristas abogasen de balde se atajarian los pleitos.

439. Los que se precian mucho de elocuentes y agudos, suelen ahogar todas las cosas en un mar de palabras; y al componer de las obras, mezclar tan grande variedad de materiales, que no pudiendo atar

los unos con los otros, ha de parar la fábrica y ser derribada como la torre de Babilonia.

440. Los disparates ó desatinos en los hombres ignorantes se pueden reprender, pero en los agudos y bachilleres son dignos de castigar; porque nacen de sobrada presuncion, que agrava el delito, y son hechos á caso acordado.

441. Si los reyes solamente hiciesen merced á los que por su proprio valor la tienen merecida, serian mejor servidos, y no dormirian descuidados tantos hombres sobre los merecimientos de sus padres y abuelos.

442. Hay doctores que se precian mucho más de bachilleres para molernos á todos hablando, y no aprobar cosa alguna que no salga de la vanidad de sus entendimientos.

443. Suele la necedad, para autorizarse, vivir en compañía de algunos letrados, y ellos hacerle tan buen acogimiento, que á pesar de todos sus libros la tienen por compañera y amiga.

444. La mujer del regidor que se entremete en los negocios públicos, se publica á sí por loca y á su marido por necio.

445. Santísima cosa es la luz de entre los príncipes cristianos, pero no se ha de tener por tan firme como santa para descuidarse; porque no la desean todos igualmente los que pueden sustentarla, y son muchas y no conocidas las causas que bastan á romperla.

446. Muchos siglos há que amenazan los predicadores que el mundo se acaba y que está muy cerca del fin de sus dias, y agora la mayor señal que desto vemos es que ha dado en gobernarse por hombres mozos, hecho proprio de caduco desvariado.

447. Ninguna cosa aprecian más los hombres en esta vida que la salud y la hacienda, y por otra parte vemos que dejan voluntariamente á la una y á la otra en manos de sus enemigos, engañados solamente de la benignidad de los nombres de médicos y abogados.

448. Los que menosprecian las cosas de los otros, compran de balde enemigos, que despues les cuestan caro; porque el despreciar á los hombres es el camino trillado que lleva á ser odiado de todos, y la mala voluntad de todos, fuerzas bastantes para derribar al más poderoso.

449. El rancor y la mala voluntad que nacen de causa justa, no dañan sin avisarnos; pero la envidia hiere á traicion y de noche, sin que se eche de ver, para con ménos recelo y más crueldad poder hallarse presente á la cura y echar tósigo en las heridas.

450. Extravagante vanidad es la de aquellos que para mostrarse hombres de valor y de pecho se rien de sus proprias desventuras, pues los sabios y prudentes no suelen sacar lágrimas ni risa de su contraria fortuna.

451. Las adversidades que no traen consigo resabio de culpa ni de mala opinion, acrecientan los quilates del hombre abonado y cuerdo; pero las que llegan merecidas, nadie las sufre mejor que el necio ó el desvergonzado.

452. Los regidores no cumplen con su obligacion por sólo administrar sin fraude y sin engaño, que obligados están á procurar el acrecentamiento del bien público, ó á lo ménos sustentarle en buen estado, con divertir diestramente los males que pueden suceder, y prevenirse temprano de remedios contra los amenazados y los repentinos acaecimientos.

453. Las leyes ó las ordinaciones antiguas de una república, no se han de sustentar sólo por honra de la antigüedad, sino en cuanto fueren acomodadas á las condiciones del tiempo y de los hombres; porque estas dos cosas son las que dan debida forma al gobierno público, y sobre que se ha de fundar la buena administracion.

454. La ciudad bien ordenada, luégo en ver que apunta alguna enfermedad se ha de quejar y dolerse, corriendo en pos del remedio; porque sufriendo crecen los males del gobierno público y llegan á ser incurables.

455. La cura de la pobreza es el dinero, pero en las manos del pródigo no es cura, sino locura.

456. Ha llegado á tal extremo de valor la nobleza de España, que despues de haber conquistado un nuevo mundo, derramando sangre y dinero, desprecia el oro de manera que le saca de las Indias y le invia desterrado en Italia, adonde los genoveses le hacen mucho mejor acogimiento que él merece.

457. Las influencias del cielo, que en nuestros tiempos derraman la paz con abundancia, acuerdan maravillosamente con el valor de los hombres y con las prevenciones de los reinos, de que nace la seguridad milagrosa en que vivimos.

458. Todos los siglos pasados tuvieron sus enfermedades particulares sobre que buscar remedios convenientes, y segun fueron los médicos, se hallaron y se aplicaron; así que de las corrientes podemos tener la esperanza que nos promete el saber de los que emprenden la cura.

459. Mucho peligran los reinos que dan en buscar la paz sin aparejos de guerra, y cuanto más la procuran, más peligran; porque descubren señales de flaqueza, sobre que los enemigos fundan sus malos deseos.

460. En tiempo de paz conviene mucho que se provean los cargos de las fronteras en hombres de valor y de pecho, porque sin tener en ellas la guarnicion de soldados que en ocasiones de guerra, la fama del capitan sola basta para hacer estar á raya á los vecinos mal intencionados.

461. Las provisiones de cargos principales, cuando salieren erradas, no se han de sustentar con títulos de honra del príncipe, interes ó punto de sus consejeros, mas ántes deben mudarse por bien de las provincias, por castigo de los proveidos y por ejemplo de los pretensores.

462. La voluntad de los reyes, á más de ser poderosa, siempre se muestra fundada sobre razon y justicia; y contrastar con ella es necedad ó locura.

463. Aquellos que cebados de ambicion de cosa honrosa y de esperanza de bien venidero dejan de las manos la presente utilidad, en vez de satisfechos, se

hallarán desengañados y corridos sobre título de pobres.

464. Las semillas de los males que se van introduciendo en un Estado apénas se echan de ver, de pequeñas; pero suelen con el tiempo levantar árboles tan altos y echar tan hondas raíces, que para haber de arrancarlas son menester fuerzas extraordinarias ó terremotos.

465. Los tratos de paz ó tregua, despues de bien acordados, conviene firmarlos presto; porque jamas faltan poderosos que desean y procuran descomponerlos, y los tiempos de suyo traen ocasiones que ayudan á sus intentos.

466. Hay hombres de su natural tan rústicos en el trato, arrogantes y soberbios, que tienen por caso de ménos valer hablaros sin mostrar ceño, y éstos son los más pesados y peligrosos necios del mundo; porque no podeis tratar con ellos sin tener las armas en las manos ó la paciencia de Job.

467. Es muy grande error dejarse envejecer sirviendo, sin pedir merced á tiempo que hayan menester vuestros servicios; porque de los pasados se tiene poca memoria, cuando los presentes y venideros no pueden acordarlos.

468. A los que presumen de valientes los conviene mucho tener seso y servirse dél más veces que de la espada, porque las armas sacan la vida á la suerte.

469. Muy aparejada es la prudencia para conservar la buena suerte, pero el hombre sabio tanto ménos se ha de fiar de la fortuna, cuanto más se le muestra favorable.

470. Los hombres principales siendo mozos y profesando servir á su rey en cargos militares, han de procurar mucho apartarse de las blanduras de Vénus; porque suelen afeminar los ánimos de manera que llegan á aborrecer los trabajos honrosos, con que pierden la fama y el renombre que la esperanza prometia de sus obras.

471. Las mujeres principales que usan de libertad y soltura demasiada, bastan á pervertir las buenas costumbres de todo un reino; porque sus ejemplos son ardientes como fuego de alquitran, que hasta las piedras abrasa.

472. Pueden los reyes engrandecer á los hombres, pero no pueden mejorarlos; porque la virtud no se da ni se recibe en dón, como la hacienda y los cargos.

473. Dejar discurrir el tiempo de la tregua y descuidarse de tratar de paz ó conciertos firmes, no es de capitanes prácticos ni de hombres bien informados de las mudanzas del tiempo; y en efecto, las treguas se hacen para diferir los males, y las paces para remediarlos del todo.

474. El tiempo ha trocado en poco espacio las cosas, de manera que adonde se fiaban más los hombres de las fuerzas que del consejo, ya no hay consejo ni fuerzas que basten á librarlos de la total ruina.

475. Habemos de esperar buenos sucesos, mas no tener confianza dellos; porque la fortuna es vária y no se deja regir por razon ni por fuerza.

476. Los que desean hacer algun hecho de importancia han de alargar la consideracion y extenderla por todo el discurso de la obra; porque en el progreso y fin de las empresas siempre suele haber mayores dificultades que en el principio dellas.

477. Los hombres que dejan todos los cuidados sólo con fin de alargarse la vida, suelen descuidarse tambien de los negocios del alma, no osando pensar en la muerte.

478. Como la mayor parte de los que nacen agora no heredan valor de sus padres ni se acuerdan de sus abuelos, no sienten la servidumbre y con ella viven contentos; porque en fin, cada animal se recrea en su elemento.

479. En la próspera fortuna se ha de temer la contraria y prevenirse, pues sobre las cosas movibles no es bien estar descuidado.

480. En las mayores adversidades son más seguras las resoluciones animosas que las muy consideradas, porque en los grandes peligros tener grande ánimo es la parte más principal del remedio.

481. Si la necedad y la locura faltasen del mundo, no se podria vivir en él; porque la cordura y la prudencia no querrian ocuparse en aquellas cosas que ellas tratan, sin las cuales quedaria coja y manca la vida comun de los hombres.

482. No hay hombre en el mundo que no sea avisado, porque las mudanzas del tiempo avisan á todos; pero son muy pocos los que toman de los avisos aviso, y deste descuido se engendran los yerros, creciendo y multiplicando cadal dia.

483. Aunque la vida humana es breve para larga experiencia, puede la memoria discurrir por la del mundo, que es larguísima, y por ella dando alcance á seis mil años pasados, juzgar bien de lo presente y áun adevinar lo porvenir.

484. Si los hombres entendiesen bien el lenguaje del mundo, aprenderian mejor á vivir en él; porque dice las verdades obrando, sin tener respeto á grandes ni pequeños, y muestra los desengaños claros y manifiestos.

485. Han llegado á ser los tiempos de manera, que es maravilla que los hombres de buen entendimiento no se vuelvan éticos ó tísicos, sirviéndose de la memoria, pues no puede ya acordarles cosa alguna que no dé congoja y pena, y acreciente el sentimiento de las miserias presentes.

486. Aunque son difíciles de averiguar las culpas de los hombres poderosos, no por eso han de perder el derecho de las defensas, porque del castigo sin ellas suelen resentirse los amigos y áun los enemigos.

487. Adonde la sospecha y los antojos son testigos y los dan por abonados, no hay razon que valga.

488. Aquellos cuya conciencia no los trae muy seguros, si cuando están enculpados de algun delito se escapan del mayor aprieto, se dan por muy bien librados, aunque sea dejando la capa y el sayo, especialmente cuando peligra la honra y la hacienda.

489. Encomendar el gobierno público á los que han enriquecido codiciosamente, es echarle á los leones; porque siempre están hambrientos, y en viendo la presa se arrojan á ella.

490. La prueba del villano rico es, despues de haberle hecho muchas amistades, pedirle prestado y diferirle un poco la paga; porque luégo le veréis ir angustiado ó ceñudo, y haciendo diligencias para cobrar su dinero, por más que le sobre.

491. El hombre de valor y de pecho en todas ocasiones le ha de mostrar, pero tiempos hay en que el mostrarle puede ser dañoso á sí mesmo y al bien público; y en tal caso, conviene más valerse del cuerdo sufrimiento que del valor proprio.

492. Los que en algo han desgustado al que gobierna, procuren gobernarse bien; porque se la guardan para su tiempo y sazon, y no la dejan pasar sin asir della.

493. Por castigo riguroso permite Dios que haya pleitos y que los abogados hallen en sus libros la forma de encender y dilatar las diferencias, para que las dilaciones vayan royendo la hacienda y la paciencia de los necios, que pudiendo concertarse litigan.

494. Como los magistrados (que son los médicos de la república) no saben hallar ya remedios preservativos, ni aplicar los curativos en la cantidad, forma y sazon conviniente, todo va de mal en peor y sin esperanza de salud.

495. Los caballos y los hombres se han de amansar con regalos y castigos moderados, sin desesperarlos del todo; porque vemos que áun los gatos, en aprieto, arremeten como leones.

496. Las honras y provechos de los car[gos han] llegado ya á ser de manera que muchos h[ombres] honrados desean dar con la carga en el suelo.

497. Tres operaciones hace la prudenci[a en] tiempos diferentes: callar, hablar y obrar; pe[ro cada] cosa de éstas, á más de la sazon, requiere medida.

498. Todos los negocios tienen principio, [progre]so y fin; el principio requiere mucho seso, el p[rogreso] seso y paciencia, y el fin, de cualquiera man[era que] sea, pide ánimo sosegado.

499. A los poderosos que piden amenaz[ando, es] cordura concederles algo de gracia; especi[almente] cuando los tiempos no son al propósito para de[fenderlo] todo.

500. Es tan abundosa y vária la materi[a de que] pueden formarse estos *Conceptos*, que de un [enten]dimiento práctico podrian salir cada dia más [centel]*llas* que de una fragua de herrero; pero no [piensen] por esto los que presumen de agudos, que sal[en he]chas acaso, porque habilidad es menester y s[eso aco]modado, prendas de naturaleza que no se dan igualmente.

BALTASAR GRACIAN.

JUICIOS CRÍTICOS.

I.

(De las Memorias para la Historia de las Ciencias y las Bellas Artes.—Trevoux (1), Febrero de 1724.)

Baltasar Gracian, uno de los mejores talentos que ha tenido España en el último siglo, es de todo el mundo admirado desde mucho tiempo, bajo el testimonio de literatos que lo han leido, pero se han querido reservar el placer de leerlo y de gustar sus bellezas. Al hacer el elogio de Gracian, aseguraban que era muy difícil entenderlo, y mucho más difícil aún el traducirlo. En efecto, Gracian tiene un talento elevado y nobles los sentimientos, carácter propio de su nacion; piensa mucho y piensa bien: sus pensamientos encierran más de lo que demuestran al talento, y si piensa de distinto modo que los demas, es porque escribe las cosas tales cuales son, en tanto que la mayor parte de los hombres no se fijan sino en la superficie de ellas, juzgando segun su carácter, su inclinacion y su gusto, y sigue solamente á las preocupaciones ó el sentir de aquellos que han hablado ántes.

El estilo de Gracian corresponde á su manera de pensar; es rico y conciso, y si me permite esta explicacion, brillante y oscuro al propio tiempo; es decir, que Gracian piensa de un modo que hiere de un pronto el entendimiento, y le presenta una infinidad de cosas que percibe confusamente, y que al fin descubre con más distincion en deteniéndose y reflexionando. Se debe gratitud á los que traducen á un autor de tal carácter, el cual conoce perfectamente las costumbres, y habla de los hombres como si siempre hubiese vivido en la córte y en el gran mundo..... No hay obra de moral que encierre tanto como el libro del *Discreto*. Sus máximas son reflexiones, y su carácter vale él solo más que muchos tratados muy extensos.

II.

(De las mismas Memorias.—Abril de 1725.)

El *Héroe* es la primera de todas las obras de Gracian; es decir, de aquellas que tenemos de él..... Gracian no se remonta á las cualidades propias de *héroe guerrero;* se extiende á todos los que son *héroes* en todo género. En una palabra; su propósito es llevar los hombres al heroismo..... Llama *héroes* á todos los personajes ilustres, los grandes militares, los grandes talentos en la política; los grandes hombres en la magistratura, los genios extraordinarios para las ciencias, etc. En efecto, se puede asegurar que todos los grandes hombres se señalan en un sentido, y es en aquel de que la naturaleza los ha distinguido con un mismo sello. Por diferentes que puedan ser los talentos que los hacen notables, la superioridad de su mérito pone entre ellos una cosa que les es comun.

Tal es el propósito general del *Héroe*.....

Si un censor pretende que el nombre de *héroe* está reservado únicamente á los grandes capitanes, y no se puede aplicar á los sabios, no piensa como Gracian ni como los maestros del lenguaje. Monsieur Despreaux piensa de esta suerte, dirigiéndose á los señores de la Academia: «Haceis vosotros revivir gloriosamente á los Tucídides, á los Jenofontes, á los Tácitos y *todos los otros héroes* de la sábia antigüedad.

El nombre de *héroe* viene del griego por el latin con esta significacion.

(1) Del juicio crítico del *Discreto*, traducido por el padre Courbeville.

III.

(*De las mismas Memorias.*—Junio de 1730.)

Estudiar en sí mismo y estudiar á los hombres en los mismos hombres, es un estudio muy útil para aprender el arte de ser dichosos en el mundo, y de serlo de una manera noble y digna del hombre; pero es un trabajoso estudio, que pide una constancia, un gusto y un discernimiento raros..... Vemos en las *Reflexiones de la Rochefoucault*, en los *Caractéres de la Bruyère* y en las *Máximas de* GRACIAN, lo que pasa en el trato de los hombres, lo que hay de más íntimo en nosotros mismos; los medios, en fin, de hallar en el mismo trato de los hombres el agrado, la felicidad que buscamos.....

Monsieur Arnelot (en su traduccion) ha intitulado la obra *El hombre de la córte*. ¿Es justo este título? ¿Conviene al objeto de GRACIAN? Este autor no tuvo más fin que llevarnos á la virtud, pero á la virtud clarísima y prudente.

La obra sirve de igual modo lo mismo al cortesano, que al guerrero, que al negociante, que al eclesiástico, etc.; porque la prudencia es necesaria en todos los estados de la vida humana.

Ésta es una coleccion de máximas que encierran, por decirlo así, un arte de prudencia; el arte de vivir de una manera del hombre y de ser dichoso en el trato de los hombres..... Por ellas se ve cómo el hombre debe proceder con respecto á sí mismo, con respecto á los otros hombres y con respecto á Dios; es decir, lo que se debe á sí mismo, lo que debe al mundo y lo que debe á Dios, para ser feliz en este mundo ántes de poseerlo en el otro.

IV.—DE BOUTERVECK.

(*Historia de la Literatura Española.*)

Tiempo habia que los pedantescos comentadores de Góngora escribian en prosa con ridícula afectacion, pero ningun talento superior habia sido inficionado de este contagio ántes que Lorenzo ó BALTASAR GRACIAN fuese el autor de moda. No mencionan los literatos circunstancia alguna de la vida de este escritor notable. Sólo se sabe que murió el año de 1652. Parece como que él mismo quiso ocultar su existencia literaria, porque las obras que aparecen cual de Lorenzo Gracian, pasan como de BALTASAR, jesuita y hermano de aquél. Nada consta de este Lorenzo, que ha dado nombre á los escritos de su hermano, que en efecto son medianamente jesuíticos.

Tratan, en general, de la moral del gran mundo, de la teología moral, de la poética y de la retórica. El más voluminoso de todos es el que tiene el pedantesco título de *El Criticon*, cuadro alegórico y moral de la vida humana, dividido en periodos, que el autor llama *crísis*. Prueba este libro que GRACIAN pudo ser un escritor excelente, si no hubiese querido ser un escritor extraordinario. Se reconoce en él un fino ingenio, que entra en muchas consideraciones fuera del órden vulgar, y que para nada tener de vulgar, se ve compelido á renunciar á lo natural y al sentido comun. Se contempla en todo un gran esfuerzo de talento, pero del talento más sutil, que se expresa en el lenguaje más precioso; y esta suerte de talento y de lenguaje sorprende, sobre todo en una obra cuya objeto es verdaderamente grande, pues que trata de las relaciones esenciales del hombre con la naturaleza y con su autor. Hay, sin embargo, mucho más esmero en los escritos pequeños de GRACIAN, en que desarrolla su teoría sobre las facultades intelectuales y de la habilidad, que hace que se salga bien en las cosas del mundo (1). En estos libros se encuentran observaciones muy atinadas, expresadas muy inteligiblemente. En otro tiempo se leia mucho su *Oráculo manual*, especie de coleccion de máximas útiles, mezcla de bueno y de malo, de sana razon y sutilidades sofísticas. No olvida el gran principio de la moral práctica de los jesuitas, «hacerse á todos», ni su máxima favorita, que para ser buena necesitaria tener una interpretacion diferente, «en nada vulgar.»

(1) Reduce GRACIAN todos los talentos y todas las *facultades del talento* á dos principales, que llama *genio* é *ingenio*. Éstos son los dos ejes de la gloria del hombre de mérito.

EL DISCRETO,

DE BALTASAR GRACIAN,

QUE PUBLICÓ

DON VINCENCIO JUAN DE LASTANOSA.

GENIO Y INGENIO.

ELOGIO.

Estos dos son los dos ejes del lucimiento discreto; la naturaleza los alterna y el arte los realza. Es el hombre aquel célebre Microcosmos, y el alma, su firmamento. Hermanados el genio y el ingenio, en verificacion de Atlante y de Alcídes, aseguran el brillar, por lo dichoso y lo lucido, á todo el resto de prendas.

El uno sin el otro fué en muchos felicidad á medias, acusando la envidia ó el descuido de la suerte.

Plausible fué siempre lo entendido, pero infeliz sin el realce de una agradable genial inclinacion; y al contrario, la misma especiosidad del genio hace más censurable la falta del ingenio.

Juiciosamente algunos, y no de vulgar voto, negaron poderse hallar la genial felicidad sin la valentía del entender; y lo confirman con la misma denominacion de genio, que está indicando originarse del ingenio; pero la experiencia nos desengaña fiel, y nos avisa sábia, con repetidos monstruos, en quienes se censuran barajados totalmente.

Son culto ornato del alma, realces cultos; mas lo entendido, entre todos corona la perfeccion. Lo que es el sol en él mayor, es en el mundo menor el ingenio. Y áun por eso fingieron á Apolo dios de la discrecion. Toda ventaja en el entender lo es en el ser; y en cualquier exceso de discurso no va ménos que el ser más ó ménos persona.

Por lo capaz se adelantó el hombre á los brutos, y los ángeles al hombre, y áun presume constituir en su primera formalísima infinidad á la misma divina esencia. Tanta es la eminente superioridad de lo entendido.

Un sentido que nos falte, nos priva de una gran porcion de vida, y deja como manco el ánimo. ¿Qué será faltar en muchos un grado en el concebir y una ventaja en el discurrir, que son diferentes eminencias?

Hay á veces entre un hombre y otro casi otra tanta distancia como entre el hombre y la bestia, si no en la sustancia, en la circunstancia; si no en la vitalidad, en el ejercicio de ella.

Bien pudiera de muchos exclamar crítica la vulpeja: ¡oh, testa hermosa, mas no tiene interior! En tí hallo el vacuo, que tantos sabios juzgaron imposible. Sagaz anatomía mirar las cosas por dentro; engaña de ordinario la aparente hermosura, dorando la fea necedad; y si calláre, podrá desmentir el más simple de los brutos á la más astuta de ellos, conservando la piel de su apariencia. Que siempre curaron de necios los callados, ni se contenta el silencio con desmentir lo falto, sino que lo equivoca en misterioso.

Pero el galante genio se vió sublimado á deidad en aquel, no solamente cojo, sino ciego tiempo, para exageracion de su importancia á precio de su eminencia; los que más moderadamente erraron, lo llamaron inteligencia asistente al menor de los universos. Cristiano ya el filosofar, no le distingue de una tan feliz cuanto superior inclinacion.

Sea, pues, el genio singular, pero no anómalo; sazonado, no paradoxo; en pocos se admira como se desea, pues ni áun el heroico se halla en todos los príncipes, ni el culto en todos los discretos.

Nace de una sublime naturaleza, favorecida en todo de sus causas; supone la sazon del temperamento para la mayor alteza de ánimo, débesele la propension á los bizarros asuntos, la eleccion de los gloriosos empleos, ni se puede exagerar su buen delecto.

No es un genio para todos los empleos, ni todos los puestos para cualquier ingenio, ya por superior, ya por vulgar. Tal vez se ajustará aquél y repugnará éste, y tal vez se unirán entrambos, ó en la conformidad ó en la desconveniencia.

Engaña muchas veces la pasion, y no pocas la obligacion, barajando los empleos á los genios; vistiera prudente toga el que desgraciado arnes; acertado aforismo el de Chiló, conocerse y aplicarse.

Comience por sí mismo el discreto á saber, sabiéndose; alerte á su Minerva, así genial como discursiva, y déle aliento si es ingenua. Siempre fué desdicha el violentar la cordura, y áun urgencia alguna vez, que es un fatal tormento, porque se ha de remar entónces contra las corrientes del gusto, del ingenio y de la estrella.

Hasta en los países se experimenta esta connatural proporcion, ó esta genial antipatía, más sensible-

mente en las ciudades, con fruicion en unas, con desazon en otras; que suele ser más contrario el porte al genio que el clima al temperamento. La misma Roma no es para todos genios ni ingenios, ni á todos se dió gozar de la culta Corinto. La que es centro para uno, es para el otro destierro; y áun la gran Madrid algunos la reconocen madrastra. ¡Oh, gran felicidad topar cada uno y distinguir su centro! No anidan bien los grajos entre las Musas, ni los varones sabios se hallan entre el cortesano bullicio, ni los cuerdos en el áulico entretenimiento.

En la variedad de las naciones es donde se aprueban y áun se apuran al contraste de tan varios naturales y costumbres. Es imposible combinar con todas, porque ¿quién podrá tolerar la aborrecible soberbia de ésta, la despreciable liviandad de aquélla, lo embustero de la una, lo bárbaro de la otra, si no es que la conformidad nacional en los mismos achaques haga gusto de lo que fuera violencia?

Gran suerte es topar con hombres de su genio y de su ingenio; arte es saberlos buscar; conservarlos, mayor; fruicion es el conversable rato, y felicidad la discreta comunicacion, especialmente cuando el genio es singular, ó por excelente ó por extravagante; que es infinita su latitud, áun entre los dos términos de su bondad ó su malicia, la sublimidad ó la vulgaridad, lo cuerdo ó lo caprichoso, unos comunes, otros singulares.

Inestimable dicha cuando diere lugar lo precioso de la suerte á lo libre de la eleccion, que ordinariamente aquélla se adelanta y determina la mansion, y áun el empleo; y lo que más se siente, la misma familiaridad de amigos, sirvientes y áun corteses, sin consultarlo con el genio; que por esto hay tantos quejosos de ella, penando en prision forzosa y arrastrando toda la vida ajenos yerros.

Cuál sea preferible en caso de carencia, ó cuál sea ventajoso en el de exceso, el buen genio ó el ingenio hace sospechoso el juicio. Puede mejorarlos la industria y realzarlos el arte. Primera felicidad participarlos en su naturaleza heroicos, que fué sortear alma buena. Malograron esta dicha muchos y magnates, errando la vocacion de su genio y de su ingenio.

Compítense de extremos uno y otro, para ostentar á todo el mundo y áun á todo el tiempo un coronado prodigio en el príncipe, nuestro señor, el primero Baltasar y el segundo Cárlos, porque no tuviese otro segundo, que á sí mismo y él solo se fuese primero. ¡Oh, gloriosas esperanzas, que en tan florida primavera nos ofrecen católico Julio de valor, y áun Augusto de felicidad!

DEL SEÑORÍO EN EL DECIR Y EN EL HACER.

DISCURSO ACADÉMICO.

Es la humana naturaleza aquella que fingió Hesiodo Pandora. No la dió Pálas la sabiduría, ni Vénus la hermosura; tampoco Mercurio la elocuencia, y mé... Marte el valor; pero sí el arte, con la cuidadosa ...tria, cada dia la van adelantando con una y con otra perfeccion. No la coronó Júpiter con aquel majestuoso señorío en el hacer y en el decir, que admiramos en algunos; dióselo la autoridad conseguida con el crédito, y el magisterio alcanzado con el ejercicio.

Andan los más de los hombres por extremos. Unos tan desconfiados de sí mismos, ó por naturaleza propria ó por malicia ajena, que les parece que en nada han de acertar, agraviando su dicha y su caudal, siquiera en no probarlo; en todo hallan qué temer, descubriendo ántes los topes que las conveniencias; y ríndense tanto á esta demasía de poquedad, que no atreviéndose á obrar por sí, hacen procura á otros de sus acciones y áun quereres. Y son como los que no se osan arrojar al agua sino sostenidos de aquellos instrumentos, que comunmente tienen de viento lo que les falta de substancia.

Al contrario, otros tienen una plena satisfaccion de sí mismos; vienen tan pagados de todas sus acciones, que jamas duraron, cuanto ménos condenaron alguna. Muy casados con sus dictámenes, y más, cuanto más erróneos; enamorados de sus discursos, como hijos más amados cuanto más feos; y como no saben de recelo, tampoco de descontento. Todo les sale bien, á su entender; con esto viven contentísimos de sí, y mucho tiempo; porque llegaron á una simplicísima felicidad.

Entre estos dos extremos de imprudencia se halla el seguro medio de cordura; y consiste en una audacia discreta, muy asistida de la dicha.

No hablo aquí de aquella natural superioridad, que señalamos por singular realce al héroe; sino de una cuerda intrepidez, contraria al deslucido encogimiento, fundada, ó en la comprension de las materias, ó en la autoridad de los años, ó en la calificacion de las dignidades, que en fe de cualquiera de ellas puede uno hacer y decir con señorío.

Hasta las riquezas dan autoridad. Dora las más veces el oro las necias razones de sus dueños, comunica la plata su argentado sonido á las palabras, de modo que son aplaudidas las necedades de un rico, cuando las sentencias de un pobre no son escuchadas.

Pero la más ventajosa superioridad es la que se apoya en la adecuada noticia de las cosas, del continuo manejo de los empleos. Hácese uno primero señor de las materias, y despues entra y sale con despejo; puede hablar con magistral potestad, y decir como superior á los que atienden, que es fácil señorearse de los ánimos despues de los puntos primeros.

No basta la mayor especulacion para dar este señorío; requiérese el continuado ejercicio en los empleos; que de la continuidad de los actos se engendra el hábito señoril.

Comienza por la naturaleza y acaba de perfeccionarse con el arte. Todos los que lo consiguen se hallan las cosas hechas, la superioridad misma les da facilidad, que nada les embaraza; de todo salen con lucimiento. Campean al doble sus hechos y sus dichos; cualquiera medianía, socorrida del señorío, pareció eminencia, y todo se logra con ostentacion.

Los que no tienen esta superioridad, entran con recelo en las ocasiones, que quita mucho del lucimiento, y más si se diere á conocer; del recelo nace luégo el temor, que destierra criminalmente la intrepidez, con que se deslucen y áun se pierden la accion y la razon. Ocupa el ánimo de suerte que le priva de su noble libertad, y sin ella se ataja el discurrir, se hiela el decir y se impide el hacer, sin poder obrar con desahogo, de que pende la perfeccion.

El señorío en el que dice, concilia luégo respeto en el que oye; hácese lugar en la atencion del más crítico, y apodérase de la aceptacion de todos. Ministra palabras y áun sentencias al que dice, así como el temor las ahuyenta, que un encogimiento basta á helar el discurso, y aunque sea un raudal de elocuencia, lo embarga la frialdad de un temor.

El que entra con señorío, ya en la conversacion, ya en el razonamiento, hácese mucho lugar y gana de antemano el respeto; pero el que llega con temor, él mismo se condena de desconfiado y se confiesa vencido; con su desconfianza da pié al desprecio de los otros, por lo ménos á la poca estimacion.

Bien es verdad que el varon sabio ha de ir deteniéndose, y más donde no conoce; entra con recato sondando los fondos, especialmente si presiente profundidad; como lo encargarémos en nuestros *Avisos al Varon atento.*

Con los príncipes, con los superiores y con toda gente de autoridad, aunque conviene y es preciso reformar esta señoril audacia, pero no de modo que dé en el otro extremo de encogimiento. Aquí importa mucho la templanza, atendiendo á no enfadar por lo atrevido, ni deslucirse por lo desanimado; no ocupe el temor de modo que no acierte á parecer, ni la audacia se haga sobresalir.

Hay condiciones de personas, que es menester entrarles con superioridad, no sólo en caso de mandar, sino de pedir y de rogar; porque si estos tales conciben que se les tiene respeto, no digo ya recelo, se engrien á intolerables; y éstos comunmente son de aquellos que los humilló bien naturaleza y los levantó mal su suerte. Sobre todo, Dios nos libre de la vil soberbia de remozos de palacio, insolentes de puerta y de saleta.

Brilla este superior realce en todos los sujetos, y más en los mayores. En un orador es más que circunstancia. En un abogado, de esencia. En un embajador es lucimiento. En un caudillo, ventaja; pero en un príncipe es extremo.

Hay naciones enteras majestuosas, así como otras sagaces y despiertas.

Realza grandemente todas las humanas acciones, hasta el semblante, que es el trono de la decencia. El mismo andar, que en las huellas suele estamparse el corazon, y allí suelen rastrearlo los juiciosos en el obrar y en el hablar con eminencia; que la sublimidad de las acciones la adelanta al doble la majestad en el obrarlas.

Nácense algunos con un señorío universal en todo cuanto dicen y hacen, que parece que ya la naturaleza los hizo hermanos mayores de los otros; nacieron para superiores, si no por dignidad de oficio, de mérito. Infúndeseles en todo un espíritu señoril, áun en las acciones más comunes; todo lo vencen y sobrepujan. Hácense luégo señores de los demas, cogiéndoles el corazon, que todo cabe en su gran capacidad; y aunque tal vez tendrán los otros más ventajosas prendas de ciencia, de nobleza y áun de entereza, con todo eso prevalece en éstos el señorío, que los constituye superiores, si no en el derecho, en la posesion.

Salen otros del torno de su barro ya destinados para la servidumbre de unos espíritus serviles, sin género de brío en el corazon; inclinados al ajeno gusto, y ceder el propio á cuantos hay. Éstos no nacieron para sí, sino para otros; tanto, que alguno fué llamado el de todos. Otros dan en lisonjeros, aduladores, burlescos, y peores empleos si los hay. ¡Oh, cuántos hizo superiores la suerte en la dignidad, y la naturaleza esclavos en el caudal!

Este coronado realce, como es el rey de los demas, lleva consigo gran séquito de prendas; síguele el despejo, la bizarría de acciones, la plausibilidad y ostentacion, con otras muchas de este lucimiento. Quien las quisiere admirar todas juntas, hallarlas ha en el excelentísimo señor don Fernando de Borja, hijo del Benjamin de aquel gran Duque santo; heredado en los bienes de su diestra, digo, en su prudencia, en su entereza y en su cristiandad, que todas ellas le hicieron amado, no virey, sino padre en Aragon, venerado en Valencia, favorecido del grande de los Filipos en lo más, que es confiarle á su prudente, majestuosa y cristiana disciplina, un príncipe único, para que le enseñe á ser rey y á ser héroe, á ser fénix, émulo del celebrado Aquíles, en fe de su enseñanza.

Y aunque todos estos realces la veneran reina, atiende mucho esta gran prenda á que no la desluzcan algunos defectos, que como sabandijas siguen de ordinario la grandeza; puede tal vez degenerar por exceso, en afectacion, en temeridad imprudente, en el aborrecible entretenimiento, vana satisfaccion y otros tales, que todos son grandes padrastros de la discrecion y de la cordura.

HOMBRE DE ESPERA.

ALEGORÍA.

En un carro y en un trono, fabricado éste de conchas de tortugas, arrastrado aquél de rémoras, iba caminando la Espera por los espaciosos campos del Tiempo al palacio de la Ocasion.

Procedia con majestuosa pausa, como tan hechura de la madurez, sin jamas apresurarse ni apasionarse; recostada en dos cojines que la presentó la Noche, Sibilas mudas del mejor consejo en el mayor sosiego. Aspecto venerable, que lo hermosean más los muchos dias; serena y espaciosa frente, con ensanches de sufrimiento; modestos ojos entre cristales de disimulacion; la nariz grande, prudente desahogo de los arrebatamientos de la irascible y de las llamaradas de

la concupiscible; pequeña boca con labios de vaso atesorador, que no permiten salir fuera el menor indicio del reconcentrado sentimiento porque no descubra cortedades del caudal; dilatado el pecho, donde se maduran y áun proceden los secretos, que se malogran comunmente por aborto; capaz estómago, hecho á grandes bocados y tragos de la fortuna, de tan gran buche que todo lo digiere; sobre todo, un corazon de un mar, donde quepan las avenidas de pasiones y donde se contengan las más furiosas tempestades, sin dar bramidos, sin romper sus olas, sin arrojar espumas, sin traspasar un punto los límites de la razon. Al fin, toda ella de todas maneras grande: gran sér, gran fondo y gran capacidad.

Su vestir no era de gala, sino de decencia; más cumplido cuanto más ajustado, que lo aliñó el decoro. Tiene por color propio suyo el de la esperanza, y lo afecta en sus libreas sin que haya jamas usado otro, y entre todos aborrece positivamente el rojo, por lo encendido de su cólera primero y de su empacho despues. Ceñia sus sienes por vencedora y por reina, que quien supo disimular supo reinar, con una rama del moral prudente.

Conducia la prudencia el grave séquito. Casi todos eran hombres, y muy mucho algunas raras mujeres. Llevaban todos báculos por ancianos y peregrinos; otros se afirmaban en los cetros, cayados, bastones y áun tiaras, que los más eran gente de gobierno. Ocupaban el mejor puesto de los italianos, no tanto por haber sido señores del mundo, cuanto porque lo superior ser españoles, franceses, algunos alemanes, y polacos, que á la admiracion de no ir todos satisfizo la política juiciosa con decir que aquella su detenida comun causa procede más de lo helado de su sangre que de lo detenido de su espíritu. Quedaba un grande espacio de vacío, que se decia haber sido de la prudentísima nacion inglesa; pero que desde Enrico VIII acá faltaban al triunfo de la cordura y de la entereza. Sobresalian por su novedad y por su traje los políticos chinas.

Iban muy cerca del triunfante carro algunos grandes hombres que los hizo famosos esta coronada prenda, y ahora en llevarlos á su lado mostraba su estimacion. Allí iba el tardador Fabio Máximo, que con su mucha espera desvaneció la gallardía del mejor cartagines y restauró la gran república romana. Á su lado campeaba el baston de los franceses, consumiendo sus numerosas huestes con la detencion y acabando con la vida y con la paciencia de Filipo. El Gran Capitan, muy conocido por su empresa, que sacó en Barleta aquella que con grande ingenio enseñaba á tener juicio y le valió un reino, conquistado más con la cordura que con la braveza. Ántes de él, el magnánimo aragones forjando á fuego lento, de las cadenas de su prision una corona. Iban muchos filósofos y sabios y catedráticos de ejemplo y maestros de experiencia.

Gobernaba el Tiempo la autorizada pompa, que el mismo ir tropezando con sus muletas era lo que mejor *le salia. Cerraba la* Sazon por retaguardia, ladea- *del Consejo,* del Pensar, de la Madurez y del Seso.

Era esto una muy tarde, cuando vivamente les comenzó á tocar arma un furioso escuadron de monstruos, que lo es todo extremo de pasion, el indiscreto empeño, la aceleracion imprudente, la necia facilidad y el vulgar atropellamiento; la inconsideracion, la prisa y el ahogo, toda gente del vulgacho de la imprudencia.

Conoció su grande riesgo la Espera, por no llevar armas ofensivas, faltar el polvorin, que es municion vedada en su milicia, por estar reformado el ímpetu y desarmado el furor.

Mandó hacer alto á la Detencion, y ordenó á la Disimulacion que los entretuviese miéntras consultaba lo hacedero. Discurrióse con prolijidad muy á la española, pero con igual provecho.

Decia el sabio Biante, gran benemérito de esta gran señora de sí misma, que imitase á Júpiter, el cual no tuviera ya rayos si no tuviera espera. Luis XI de Francia votó que se disimulase con ellos, que él no habia enseñado ni más gramática ni más política á su sucesor. El rey don Juan II de losar agoneses (que hay naciones de espera, y ésta lo es por extremo, y de la prudencia) la dijo que advirtiese que hasta hoy más habia obrado la tardanza española que la cólera francesa. El grande Augustino coronó su voto y sus aciertos con el *Festina lente.* El Duque de Alba volvió á repetir su razonamiento en la jornada sobre Lisboa.

Dijeron todos mucho en breve. Dilatóse más el Católico rey don Fernando, como príncipe de la política, y eslo mucho la Espera. «Sea uno, decia, señor de sí, y lo será de los demas. La detencion sazona los aciertos y madura los secretos; que la aceleracion siempre pare hijos abortivos sin vida de inmortalidad. Hase de pensar despacio y ejecutar de presto; ni es segura la diligencia que nace de la tardanza. Tan presto como alcanza los cosas se le caen de las manos; que á veces el estampido del caer fué aviso del haber tomado. Es la Espera fruta de grandes corazones y muy fecunda de aciertos. En los hombres de pequeño corazon ni caben el tiempo ni el secreto.» Concluyó con este oráculo catalan: *Deu no pega de bastó, sino de saó.*

Pero el gran triunfador de reyes, Cárlos V, aquel que en Alemania, con más espera que gente, quebrantó las mismas penas, las duras y las graves, la aconsejó que si queria vencer pelease á su modo, esto es, que esgrimiese la muleta del Tiempo, mucho más obradora que la acerada clava de Hércules. Ejecutólo tan felizmente, que pudo al cabo frustrar el ímpetu y enfrenar el orgullo á aquellas más furias que las infernales, y quedó victoriosa, repitiendo: «El Tiempo y yo á otros dos.» Este suceso contó el Juicio al Desengaño, como quien se halló presente.

DE LA GALANTERÍA.

MEMORIAL Á LA DISCRECION.

Tienen su bizarría las almas harto más relevante que la de los cuerpos: gallardía del espíritu, con cuyos galantes actos queda muy airoso un corazon: lla-

Vánse los ojos del alma bellezas interiores, así como los del cuerpo la exterior; y son más aplaudidas aquélla del juicio que lisonjeada ésta del gusto.

Soy realce en nada comun, y aunque universal en los objetos, en los sujetos soy muy singular. No quepo en todos, porque supongo magnanimidad; y con tener tantos pechos un villano, para la galantería no la tiene.

Tuve por centro el corazon de Augusto, que excusándose conmigo venció la vulgar murmuracion y triunfó galante de los públicos convicios, quedando más memorable grandeza de haberlos despreciado que la romana libertad de haberlos dicho.

Así que mi esfera es la generosidad, blason de grandes corazones y grande asunto mio, hablar bien del enemigo y áun obrar mejor, máxima de la divina fe, que apoya tan cristiana galantería.

Mi mayor lucimiento libro en los apretados lances de la venganza; no se los quito, sino que se los mejoro, convirtiéndola cuando más ufana en una impensada generosidad con aclamaciones de crédito.

Por este camino consiguió la inmortal reputacion Luis XII, que siempre fueron galantes los franceses, digo, los nobles. Temíanle rey los que le injuriaron duque; mas él, transformando la venganza en bizarría, pudo asegurarles con aquel más repetido que asaz apreciado dicho: «Hé, que no venga el Rey de Francia los agravios hechos al Duque de Orliens»; pero ¿qué mucho quepan estas bizarrías en un rey de hombres, cuando campean en el de las fieras? Puede el leon enseñar á muchos galantería; que las fieras se humanan cuando los hombres se enfierecen; y si degeneraron tal vez, fué (á ponderacion de Marcial) por haberse maleado entre los hombres.

No estimo tanto las victorias que consigo de la envidia, si bien mi amor emula; solicítolas, pero no las blasono; nunca afecto vencimiento, porque nada afecto; y cuando los alcanza el merecimiento los disimula la ingenuidad.

Pierdo tal vez de mi derecho, para adelantarme más, y cuando parece que me olvido del decoro en el ceder, me levanto con la reputacion en el exceder. Transformo en gentileza lo que fuera en vulgar desaire; pero no cualquiera; que las quiebras de infamia con ningun artificio se sueldan.

Fué siempre grande sutileza hacer gala de los desaires y convertir en realces de la industria los que fueron disfavores de la naturaleza y de la suerte. El que se adelanta á confesar el defecto propio, cierra la boca á los demas; no es desprecio de sí mismo, sino heroica bizarría; y al contrario de la alabanza, en boca propia se ennoblece.

Soy escudo bizarro en los agravios, socorriendo con notable destreza en las burlas y en las véras. Con un cortesano desliz, ya de un mote y ya de una sentencia, doy salida muchas veces á muchos graves empeños, y saco airosamente del más confuso laberinto.

Gran consorte del despejo y muy favorecida de él, adelantando siempre las acciones, porque las espaciosas en sí las realzo más, y las sospechosas las doro á título del despejo, y á excusa de bizarría. Desembarázame tal vez de un recato majestuoso á lo humano, de un encogimiento religioso á lo cortés, de un melindre femenil á lo discreto; y lo que se condenára por descuido del decoro se disimula por galantería de condicion; pero siempre con templanza, no deslice á demasía, por estar muy á los confines de la liviandad.

Tengo grandes contrarios, para que sean más lucidas mis victorias; atropello muchos vicios para valer por muchas virtudes; de sola la vileza triunfo con algo de afectacion, que jamas la supe hacer, y aborrezco de oposicion toda poquedad, ya de envidia; ya de miseria. Précìome de muy noble y lo soy, hidalga de condicion y de corazon. Tengo por empresa al gavilan, el galante de las aves, aquel que perdona por la mañana al pajarillo que le sirvió de calentador toda la noche, si pudo darle calor la sangre helada del miedo; y prosiguiendo con la comenzada gentileza, vuela á la contraria parte que él voló, por no encontrarle y poner otra vez su generosidad en contingencia.

Todo grande hombre fué siempre muy galante, y todo galante héroe, porque ó supongo ó comunico la bizarría de corazon y de condicion. Toda prenda campea mucho en el varon grande, y más cuanto mayor, porque juntas entónces la grandeza del realce y la del sujeto, doblan la perfeccion.

Pareceré á algunos realce nuevo, pero no á aquellos que há mucho me admiran en aquella mayor esfera de mi lucimiento, el excelentísimo Conde de Aranda; aquel, digo, que ha hecho tantos y tan relevantes servicios á su Dios en culto, á su rey en donativo y á su patria en celo; aquel á quien debe más esplendor su real casa de Urrea, que á todos juntos sus antepuestos soles; aquel que ha eternizado juntamente su piedad cristiana y su nobilísima grandeza en conventos, en palacios y en hazañas, y todo esto con grande galantería, consiguiendo el inmortal renombre de bizarro, de galante, de magnánimo y héroe máximo de Aragon, á sombra de cuyo patrocinio llego yo á darte ¡oh gran rey de lo discreto! este memorial de mis méritos, con pretensiones de que me admitas al plausible cortejo de tus heroicas, inmortales y válidas prendas.

HOMBRE DE PLAUSIBLES NOTICIAS.

RAZONAMIENTO ACADÉMICO.

Más triunfos le consiguió á Hércules su discrecion que su valor. Más plausible le hicieron las brillantes cadenillas de su boca que la formidable clava de su mano: con ésta remedia monstruos, con aquéllas aprisionaba entendidos, condenándolos á la dulce suspension de su elocuencia; y al fin, más se le rindieron al tebano discreto que valiente.

Luce, pues, en algunos una cierta sabiduría cortesana, una conversable sabrosa erudicion, que los hace bien recibidos en todas partes y áun buscados de la eterna curiosidad.

Un modo de ciencia es éste que no lo enseñan los libros ni se aprende en las escuelas; cúrsase en los teatros del buen gusto y en el general tan singular de la discrecion.

Hállanse unos hombres apreciadores de todo cono-

nado dicho, y observadores de todo galante hecho; noticiosos de todo lo corriente en córtes y en campañas. Éstos son los oráculos de la curiosidad y maestros de esta ciencia del buen gusto.

Vase comunicando de unos á otros en la erudita conversacion, y la tradicion puntual va entregando estas sabrosísimas noticias á los venideros entendimientos, como tesoros de la curiosidad y de la discrecion.

En todos los siglos hay hombres de alentado espíritu, y en el presente los habrá no ménos valientes que los pasados, sino que aquéllos se llevan la ventaja de primeros; y lo que á los modernos les ocasiona envidia, á ellos autoridad: la presencia es enigma de la fama. El mayor prodigio por alcanzado cayó de su estimacion: la alabanza y el desprecio van encontrando en el tiempo y en el lugar, aquélla siempre de léjos y éste siempre de cerca.

La primera y más gustosa parte de esta erudicion plausible es una noticia universal de todo lo que en el mundo pasa, transcendiendo á las córtes más extrañas, á los emporios de la fortuna. Un práctico saber de todo lo corriente, así de efectos como de causas, que es cognicion entendida, observando las acciones mayores de los príncipes, los acontecimientos raros, los prodigios de la naturaleza y las monstruosidades de la fortuna.

Goza de los suavísimos frutos del estudio, registrando lo ingenioso en libros, lo curioso en avisos, lo juicioso en discursos y lo picante en sátiras. Atiende á los aciertos de una monarquía con felicidad, á los desaciertos de la otra con desdicha. Ni perdona á los estruendos marciales en armadas por la mar, en ejércitos por tierra, suspension del mundo, empleo mayor de la fama, ya engañada, ya engañosa.

Su mayor realce es una juiciosa comprension de los sujetos, una penetrante cognicion de los principales personajes de esta actual tragi-comedia de todo el universo; da su definicion á cada príncipe y su aplauso á cada héroe. Conoce en cada reino y provincia los varones eminentes por sabios, valerosos, prudentes, galantes, entendidos y sobre todo santos, astros todos de primera magnitud y majestuoso lucimiento de las repúblicas. Dale su lugar á cada uno, quilatando las eminencias y apreciando su valor. Pone tambien en su juiciosa nota lo paradoxo de un príncipe, lo extravagante del otro señor, lo afectado de éste, lo vulgar de aquél, y con esta moral anatomía puede hacer concepto de las cosas y ajustar el crédito á la verdad. Esta cognicion superiormente culta sirve para mejor apreciar los dichos y los hechos, procurando siempre sacar la enseñanza, si no la admiracion, y por lo ménos la noticia.

Sobre todo tiene una tan sazonada como curiosa copia de todos los buenos dichos y galantes hechos, así heroicos como donosos: las sentencias de los prudentes, las malicias de los críticos, los chistes de los áulicos, las sales de Alenquer, los picantes del Toledo, las donosidades del Zapata y áun las galanterías del Gran Capitan, dulcísima municion toda para conquistar el gusto.

Mas subiendo de punto y tiempo, tiene con [illegible] de aprecio las sentencias de Felipe II, los apotegmas de Cárlos y las profundidades del Rey Católico. Si bien los más frescos, y corriendo donaire, son los que tienen más sal y los más apetitosos; los flamantes hechos y modernos dichos, añadiendo á lo excelente la novedad, recambian el aplauso; porque sentencias rancias, hazañas carcomidas, es tan cansada como propia erudicion de pedantes y gramáticos.

Más sirvió á veces esta ciencia usual, más hubo este arte de conversar, que todas juntas las liberales. Es arte de ventura, que si la da el cielo, poco de aquéllas basta, digo, para lo provechoso, que no para lo adecuado. Ne excluye las demas graves ciencias, ántes las supone por basa de su realce; así como la cortesía asienta muy bien sobre el tener, así esta [illegible] de discrecion sobre alguna otra grande eminencia cae como esmalte. Lo que dice es que ella es la hermosura formal de todas, realce del mismo saber, ostentacion del alma, y que tal vez aprovechó más saber el escribir una carta, acertar á decir una razon, que todos los Bártulos y Baldos.

Varones hay eminentes en esta galante facultad, pero tan raros son como selectos tesoros de la curiosidad, emporios de la erudicion cortesana, que si no hubiera habido quien observára primero y conservára despues los heroicos dichos del Macedon y su padre, los Césares romanos y Alfonsos aragoneses, los sentenciosos de los siete de la fama, hubiéramos carecido del mayor tesoro del entendimiento, verdadera riqueza de la vida superior.

Cuando encontrares con algun valiente genio de éstos, que entre millares será alguno, aunque lo busques con la antorcha del mediodia, logra la ocasion, desfruta las sazonadas delicias de la erudicion; que si con hambre solicitamos los libros ingeniosos y discretos, con fruicion se han de lograr los mismos oráculos de lo discreto, de lo juicioso, sazonado y entendido.

Siempre nos lleva á buscar á otro la concupiscencia propia, ya interesal, ya desvanecida; mas aquí gustosa por lo agradable del saber, por lo apetitoso del notar. No seas tú de aquellos que bárbaramente se envidian á sí mismos el gusto del saber, por deslucirle al otro el aplauso del enseñar.

Vuelven algunos de los emporios del mundo, tan á lo bárbaro como se fueron; que quien no llevó la capacidad, no la puede traer llena de noticias; llevaron poco caudal, y así hicieron corto empleo de observaciones; mas el discreto, como la gustosa abeja, viene libando el noticioso néctar que entresacó de lo más florido, que es lo más granado. No es la ambrosía para el gusto del necio, ni se hallan estas estimables noticias en gente vulgar; que en éstos nunca salen de su rincon ni el gusto ni el conocimiento; no dan ni un paso más adelante de lo que tienen presente.

Ponen otros su felicidad en su vientre, sólo toman de la vida el comer, que es lo más vil; de las potencias superiores no se valen ni las emplean; ocioso vive el discurso, desaprovechado muere el entendi-

miento. De aquí es que muchos de los señores no llevan ventaja á los demas, sino en los objetos de los sentidos, que es lo ínfimo del vivir, quedando tan pobres de entendimiento, como ricos de pobres bienes. No vive vida de hombre sino el que sabe. La mitad de la vida se pasa conversando. La noticiosa erudicion es un delicioso banquete de los entendimientos, y destínase este realce de la mayor discrecion al mejor gusto del excelentísimo marqués de Colares, don Jerónimo de Ataide, pues se ideó de su noticiosa erudicion. Será algun dia desempeño de mi veneracion el docto lucimiento de su asunto, la inmortalidad de sus obras.

NO SEA DESIGUAL.

CRÍSIS.

No se acreditan los vicios por hallarse en grandes sujetos, ántes bien ofende más la mancha en el brocado que en sayal. Es la desigual achaque de grandes y áun de príncipes, en algunos por naturaleza, en los más por afectacion.

Es de mar su condicion y áun para marear, que hoy lisonjea lo que mañana abomina, y en dos inmediatos instantes no levanta en el uno hasta las estrellas, sino para abatir en el otro hasta los abismos.

En tan anómalo proceder suelen perderse los bisoños, cuando ganarse los expertos; que hay grandes maestros del arte de marear en palacio; á éstos les es materia de risa, como á escarmentados, lo que á aquéllos de confusion; anímanse unos con lo mismo que otros desmayan, porque saben que la misma mudanza que hoy atormenta con el desvío, mañana rogará con el favor. Está el remedio en el mismo orígen del mal, que es la ordinaria desigualdad.

Oh el prudente, ¡qué tranquilo costea las puntas y los esteros! ¡qué señor mide los golfos! ni se paga de sus finezas, ni se rinde á sus sequedades; porque no se le hace nueva cualquiera mudanza en sus extremos.

Ni se funda tan monstruosa desigualdad en la razon, que toda es acasos, y los ménos acordados. No depende de causas ni de méritos, que el mudarse con las cosas áun sería excusable, y tal vez cordura. Lo que hoy es el blanco de su sí, mañana es el negro de su no, y ahora gusto lo que despues desabrimiento, uno y otro sin por qué, para proseguir ó perseguir de balde.

Es trivial achaque de soberanos lo antojadizo, que como tienen tan exento el gusto, da en vaguear. En los mayores suele niñear más, y le parece que es ejercitar el señorío en ya querer, ya no querer.

El varon cuerdo siempre es igual, que es crédito de entendido, ya que no en el poder, en el querer; de suerte, que la necesidad violente las fuerzas, pero no los afectos; y áun entónces preceden á su mudanza en todas las circunstancias en su abono, atestiguando que no es variedad, sino urgencia.

No sólo son estos altibajos con las personas, pero con las virtudes, para llevarlo todo parejo. Notable desigualdad la de Demetrio, bien censurada de muchos. Era cada dia otro de sí mismo, y en la guerra muy diferente que en la paz, porque en aquélla era centro de todas las virtudes, y en ésta de todos los vicios; de suerte que en la guerra hacia paces con las virtudes, y volvia á hacerles guerra en la paz; tanto pueden mudar á un hombre el ocio ó el trabajo.

Pero ¿qué desigualdad más monstruosa que la de Neron? No se venció á sí mismo, sino que se rindió; algunos á sí mismos buenos, se compiten mejores, que es gran victoria de la perfeccion; pero otros no son vencedores de sí, sino vencidos, rindiéndose á la deterioridad.

Si la desigualdad fuera de lo malo á lo bueno, fuera buena; y si de lo bueno á lo mejor, mejor; pero comunmente consiste en deteriorarse, que el mal siempre lo vemos de rostro, y el bien de espaldas. Los males vienen y los bienes van.

Diránme que todo es desigualdades este mundo, y que sigue á lo natural lo moral. La misma tierra que se empina en los montes, se humilla despues en los valles, solicitando su mayor hermosura en su mayor variedad; ¿qué cosa más desigual que el mismo tiempo, ya coronándose de flores, ya de escarchas? Y todo el universo es una universal variedad, que al cabo viene á ser armonía. Pues si el hombre es un otro mundo abreviado, ¿qué mucho que cifre en sí la variedad? No será fealdad, sino una perfecta proporcion, compuesta á desigualdades.

Pero no hay perfeccion en variedades del alma, que no dicen con el cielo. De la luna arriba no hay mudanzas. En materia de cordura, todo altibajo es fealdad. Crecer en lo bueno es lucimiento, pero crecer y descrecer es sutileza, y toda vulgaridad desigualdad.

Hay hombres tan desiguales en las materias, tan diferentes de sí mismos en las ocasiones, que desmienten su propio crédito y deslumbran nuestro concepto; en unos puntos discurren que vuelan, en otros, ni perciben ni se mueven. Hoy todo les sale bien, mañana todo mal, que áun el entendimiento y la ventura tienen desiguales. Donde no hay disculpa es en la voluntad, que es crímen del albedrío, y su variar no está léjos del desvariar. Lo que hoy ponen sobre su cabeza, mañana lo llevan entre piés, por no tener piés ni cabeza. Hacen con esto tan enfadosa su familiaridad, que huyen todos de ellos, remitiéndolos al vulgar averiguador que los entienda. Sóbrale al mar de amargura lo que le falta de firmeza, pareciéndolos que se le fian sin estrella.

Mudó sin duda la fama á Gandía su *non plus ultra* de toda heroicidad, de toda cristiandad, discrecion, cultura, agrado, plausibilidad y grandeza en aquellos dos héroes consortes, el excelentísimo señor duque don Francisco de Borja y la excelentísima duquesa doña Artemisa de Oria y Colona, gran señora mia. Participando íncitamente entrambos de sus esclarecidos timbres el eterno blason de su firmeza, en todo lo excelente, en todo lo lucido, en todo lo realzado, en todo lo plausible, en todo lo dichoso y en todo lo perfecto; siempre los mismos y siempre heroicos.

EL HOMBRE DE TODAS HORAS.

CARTA Á DON VINCENCIO JUAN DE LASTANOSA.

No siempre se ha de reir con Demócrito, ni siempre se ha de llorar con Heráclito (discretísimo Vincencio); dividiendo los tiempos el divino sabio, repartió los empleos. Haya vez para lo serio y tambien para lo humano, hora propia y hora ajena. Toda accion pide su sazon; ni se han de barajar, ni se han de singularizar; débese el tiempo á todas las tareas, que tal vez se logra y tal vez se pasa.

El varon de todos ratos es señor de todos los gustos y es buscado de todos los discretos. Hizo la naturaleza al hombre un compendio de todo lo natural, haga lo mismo el arte de todo lo moral. Infeliz genio el que se declara por de una sola materia, aunque sea única, áun la más sublime; ¿pues qué si fuera vulgar, vicio comun de los empleos? No sabe platicar el soldado sino de sus campañas, y el mercader de sus logros; hurtándole todos el oido al unítono, la atencion al impertinente; y si tal vez se vencen, es en conjuracion de fisga.

Siempre fué hermosamente agradable la variedad, y aquí lisonjera. Hay algunos, y los más, que para una cosa sola los habeis de buscar, porque no valen para dos; hay otros que siempre se les ha de tocar un punto y hablar de una materia, no saben salir de allí; hombres de un verbo, Sísifos de la conversacion, que apedrean con un tema; tiembla de ellos con razon todo discreto, que si se echa un necio de éstos sobre su paciencia, llegará á verter el juicio por los poros; y por temor de contingencia tan penosa, codicia ántes la estéril soledad y vive al siglo de oro interiormente.

Aborrecible item el de algunos, enfadoso macear, que todo buen gusto lo execra, deprecando, que Dios nos libre de hombre de un negocio en el hablarlo y en el solicitarlo, desquitándonos de ellos unos amigos universales, de genio y de ingenio, hombre para todas horas, siempre de sazon y de ocasion. Vale uno por muchos, que de los otros, mil no valen por uno; y es menester multiplicarlos, hora por amigo, con enfadosa dependencia. Nace esta universalidad de voluntad y de entendimiento, de un espíritu capaz, con ambiciones de infinito; un gran gusto para todo, que no es vulgar arte saber gozar de las cosas y un buen lograr todo lo bueno; práctico gustar es el de jardines, mejor el de edificios, calificando el de pinturas, singular el de piedras preciosas; la observacion de la antigüedad, la erudicion y la plausible historia, mayor que toda la filosofía de los cuerdos; pero todas ellas son eminencias parciales, que una perfecta universalidad ha de adecuarlas todas.

No se ha de atar el discreto á un empleo solo, ni determinar el gusto á un objeto, que limitarlo con infelicidad; hízolo el cielo indefinito, criólo sin términos; no se reduzca él ni se limite.

Grandes hombres los indefinibles, por su grande pluralidad de perfecciones, que repite á infinidad. Otros hay tan limitados, que luégo se les sabe el gusto, ó para prevenirlo ó para lisonjearlo, que ni se extiende ni se difunde.

Una vez que quiso el cielo dar un plato, sazonó el maná, cifra de todos los sabores, bocado para todos paladares, en cuya universalidad proporcionó la de buen gusto.

Siempre hablar atento causa enfado, siempre chancear desprecio, siempre filosofar entristece, y siempre satirizar desazona.

Fué el Gran Capitan idea grande de discretos, portábase en el palacio como si nunca hubiera cursado las campañas, y en campaña como si nunca habia cortejado.

No así aquel otro, no gran soldado, sino gran necio, que convidándole una gentil dama á danzar en su ocasion, digo en la de un sarao, excusó su ignorancia y descubrió su tontería, diciendo: «Que él no se entendia de mover los piés en el palacio, sino de menear las manos en la campaña.» Acudió ella, que lo era: «Pues señor, paréceme que sería bueno en tiempo de paz, metido en una funda, colgaros como arnes para su tiempo»; y áun le hizo cortesía de otro más vil y más merecido puesto.

No se estorban unas á otras las noticias, ni se contradicen los gustos; todas caben en un centro y para todo hay sazon. Algunos no tienen otra hora que la suya, y siempre apuntan á su conveniencia. El cuerdo ha de tener hora para sí, y muchas para los selectos amigos.

Para todo ha de haber tiempo, sino para lo indecente; ni será bastante excusa la que dió uno en una accion muy liviana, que el que era tenido por cuerdo de dia, no sería tenido por necio de noche.

De suerte (mi cultísimo Vincencio) que la vida de cada uno no es otra que una representacion trágica y cómica, que si comienza el año por el Aries, tambien acaba en el Piscis, viniéndose á igualar las dichas con las desdichas, lo cómico con lo trágico; ha de hacer uno solo todos los personajes á sus tiempos y ocasiones, ya el de risa, ya el de llanto, ya el del cuerdo, y tal vez el del necio; con que se viene á acabar con alivio y con aplauso la apariencia.

¡Oh discretísimo Proteo! aquel nuestro gran apasionado, el excelentísimo de Lémos, en cuyo bien repartido gusto tienen vez todos los liberales empleos, y en cuya heroica universalidad logran ocasion todos los eruditos, cultos y discretos; el docto y el galante, el religioso y el caballero, el humanista, el historiador, el filósofo, hasta el sutilísimo teólogo; héroe verdaderamente universal para todo tiempo, para todo gusto y para todo empleo.

EL BUEN ENTENDEDOR.

Diálogo entre el DOCTOR JUAN FRANCISCO ANDRÉS *y el* AUTOR.

DOCTOR.

Dicen que el buen entendedor, pocas palabras.

AUTOR.

Yo diria que á pocas palabras buen entendedor, y

no sólo á palabras, al semblante, que es la puerta del alma, sobrescrito del corazon; áun le ve apuntar al mismo callar, que tal vez exprime más para un entendido, que una prolijidad para un necio.

DOCTOR.

Las verdades que más nos importan, vienen siempre á medio decir.

AUTOR.

Así es, pero recíbanse del advertido á todo entender.

DOCTOR.

Eso le valió á aquel nuestro Anfion aragones, cuando perseguido de los proprios, halló amparo y áun aplauso en los coronados Delfines extraños.

AUTOR.

Tan poderosa es una armonía, y más de tan suaves consonancias, como fueron las de aquel prodigioso ingenio.

DOCTOR.

Calificase ya el decir verdades con nombre de necedades.

AUTOR.

Y áun por no parecer ó niño ó necio, ninguno la quiere decir, con que no se usa; solas quedan en el mundo algunas reliquias de ella, y áun ésas se descubren como misterio, con ceremonia y recato.

DOCTOR.

Con los príncipes siempre se les brujulea.

AUTOR.

Pero discurran ellos, que va en ello el perderse ó el ganarse.

DOCTOR.

Es la verdad una doncella tan vergonzosa cuanto hermosa, y por esto anda siempre tapada.

AUTOR.

Descúbranla los príncipes con galantería, que han de tener mucho de adivinos de verdades y de zahoríes de desengaños. Cuanto más entre dientes se les dicen, es dárselas mascadas, para que mejor se digieran y entren en provecho. Es ya político el desengaño, anda de ordinario entre dos luces, ó para retirarse á las tinieblas de la lisonja, si topa con la necedad, ó salir á la luz de la verdad, si topa con la cordura.

DOCTOR.

¡Qué es de ver en una encendida competencia la detencion de un recatado y la atencion de un advertido! Aquél apunta, éste discurre, y más en desengaños.

AUTOR.

Sí, que se ha de ajustar la inteligencia á las materias; en las favorables, tirante siempre la credulidad; en las odiosas, dar la rienda y áun picarla. Lo que la lisonja se adelanta en el que dice, la sagacidad lo desande en el que oye; que siempre fué la mitad ménos lo real de lo imaginado.

DOCTOR.

En materias odiosas, yo discurria al contrario, pues en un ligero amago, en un levísimo ceño, se le descubre al entendido mucho campo que correr.

AUTOR.

Y que correrse tal vez; y entienda, que es mucho más lo que se le calla. En lo poco que se le dice, va el cuerdo en los puntos vidriosos con gran tiempo, y cuanto la materia es más liviana, da pasos de plomo en el apuntar, con lengua de plomo en el pasar.

DOCTOR.

Muy dificultoso es darse uno por entendido en puntos de censura y de desengaño, porque se cree mal aquello que no se desea. No es menester mucha elocuencia para persuadirnos lo que nos está bien, y toda la de Demóstenes no basta para lo que nos está mal.

AUTOR.

Poco es ya el entender, menester es á veces adivinar; que hay hombres que sellan el corazon y se les podrecen las cosas en el pecho.

DOCTOR.

Hacer entónces lo que el diestro físico, que toma el pulso en el mismo aliento; así el atento metafísico, en el aire de la boca ha de penetrar el interior.

AUTOR.

El saber nunca daña.

DOCTOR.

Pero tal vez da pena, y así como previene la cordura el qué dirán, la sagacidad ha de observar el qué dijeron. Saltea insidiosa esfinge el camino de la vida, y el que no es entendido, es perdido. Enigma es, y dificultoso, esto del conocerse un hombre; sólo un Edipo discurre, y áun ése con soplos auxiliares.

AUTOR.

No hay cosa más fácil que el conocimiento ajeno.

DOCTOR.

Ni más dificultoso que el propio.

AUTOR.

No hay simple que no sea malicioso.

DOCTOR.

Y que siendo sencillo para sus faltas, no sea doblado para las ajenas.

AUTOR.

Las motas percibe en los ojos del vecino.

DOCTOR.

Y las vigas no divisa en los propios.

AUTOR.

El primer paso del saber, es saberse.

DOCTOR.

Ni puede ser entendido el que no es entendedor. Pero ese aforismo de conocerse á sí mismo, presto es dicho y tarde hecho.

AUTOR.

Por encargarlo fué uno contado entre los siete sabios.

DOCTOR.

Por cumplirlo, ninguno hasta hoy. Cuanto más saben algunos de los otros, de sí saben ménos; y el necio más sabe de la casa ajena que de la suya, que ya hasta los refranes andan al reves. Discurren mucho algunos en lo que nada les importa, y nada en lo que mucho les convendria.

AUTOR.

¡Qué! ¿hay ocupacion peor aún que el ocio?

DOCTOR.

Sí, la inútil curiosidad.

AUTOR.

¡Oh cuidados de los hombres! y ¡cuánto hay en las cosas sin sustancia!

DOCTOR.

Hase de distinguir tambien; entre lo detenido de un recado y lo desatentado de un fácil, exageran unos, disminuyen otros: discierna, pues, el atento entendedor, que á tantos han condenado las credulidades como las incredulidades.

AUTOR.

Por eso dijeron sabiamente los bárbaros citas al jóven Peleo, que son los hombres rios; lo que aquéllos corren se van deteniendo éstos, y comunmente tienen más de fondo los que mayor sosiego, y llevan más agua los que ménos ruido.

DOCTOR.

Materias hay tambien en que la sospecha tiene fuerza de prueba: que la mujer de César (dijo él mismo) ni áun la fama, y cuando en el interesado llega á ser duda, en los demas ya pasa y áun corre por evidencia.

AUTOR.

Tienen más ó ménos fondo las palabras, segun las materias.

DOCTOR.

Por no calarlas se ahogaron muchos; son de las del entendido entendedor, y advierta que la gala del nadar es saber guardar la ropa.

AUTOR.

Y más si es púrpura; y con esto vamos uno á su historia, digo, á la *Zaragoza antigua*, tan deseada de la curiosidad cuanto ilustrada de la erudicion, y yo á mi filosofía del *Varon atento*.

NO ESTAR SIEMPRE DE BURLAS.

SÁTIRA.

Es muy séria la prudencia, y la gravedad concilia veneracion de dos extremos; más seguro es el genio majestuoso. El que siempre está de burlas, nunca es hombre de véras, y hay algunos que siempre lo están, tiénenlo por ventaja de discrecion y le afectan; que no hay monstruosidad sin padrino; pero no hay mayor desaire que el contínuo donaire. Su rato han de tener las burlas; todos los demas las véras. El mismo nombre de sales está avisando cómo se han de usar. Hase de hacer distincion de tiempos, y mucho más de personas. El burlarse con otro es tratarle de inferior, y á lo más de igual, pues se le aja el decoro y se le niega la veneracion.

Estos tales nunca se sabe cuándo hablan de véras, y así los igualamos con los mentirosos, no dándoles crédito á los unos por recelo de mentira, y á los otros de burla. Nunca hablan en juicio, que es tanto como *no tenerle, y más culpable*, porque no usar de él por no querer más, es que por no poder; y así no se diferencia de los faltos sino en ser voluntarios, que es doblada monstruosidad. Obra en ellos la liviandad lo que en los otros el defecto; un mismo ejercicio tienen, que es entretener y hacer reir, unos de propósito, otros sin él.

Otro género hay áun más enfadoso por lo que tiene de perjudicial, y es de aquellos que en todo tiempo y con todos están de fisga. Aborrecibles monstruos, de quienes huyen todos más que del bruto de Esopo, que cortejaba á coces y lisonjeaba á bocados. Entre fisga y gracia van glosando la conversacion, y lo que ellos tienen por punto de galantería es un verdadero desprecio de lo que los otros dicen; y no sólo no es graciosidad, sino una aborrecible frialdad. Lo que ellos presumen de gracia es un prodigioso enfado de los que tercian. Poco á poco se van empeñando hasta ser murmuradores cara á cara. Por decir una gracia os dirán un convicio, y éstos son de quien Ciceron abominaba, que por decir un dicho pierden un amigo ó lo entibian; ganan fama de decidores, y pierden el crédito de prudentes. Pásase el gusto del chiste, y queda la pena del arrepentimiento: lloran por lo que hicieron reir. Éstos no se ahorran, ni con el más amigo ni con el más compuesto; y es notable que jamas se les ofrece la prontitud en favor, sino en sátira; tienen sinistro el ingenio.

Éste, con otros defectos infelices, nace de poca substancia y acompaña la liviandad. En hombres de gran puesto se censuran más, y aunque los hace en algun modo gratos al vulgo por la llaneza, pone á peligro el decoro con la felicidad; que como ellos no la guardan á los otros, ocasionan el recíproco atrevimiento.

Es connatural en algunos el donoso genio. Dotóles de esta gracia la naturaleza; y si con la cordura se templase, sería prenda, y no defecto. Un grano de donosidad es plausible realce en el más autorizado; pero dejarse vencer de la inclinacion en todo tiempo es venir á parar en hombre de dar gusto por oficio, sazonador de dichos y aparejador de la risa: si en una cómica novela se condena por impropriedad el introducirse siempre chanceando á Davo, y que entre lo grave de la enseñanza ó lo serio de la reprension del padre al hijo mezcle él su gracejo, ¿qué será, sin ser Davo, en una grave conversacion estar chanceando? Será hacer farsa con risa de sí mismo.

Hay algunos que, aunque le pese á Minerva, afectan la graciosidad, y como en ellos es postiza, ocasiona ántes enfado que gusto; y si consiguen el hacer reir, más es fisga de su frialdad que agrado de su donaire. Siempre la afectacion fué enfadosa, pero en el gracejo, intolerable, porque sumamente enfada, y queriendo hacer reir, queda ella por ridícula; y si comunmente viven desacreditados los graciosos, ¿cuánto más los afectados, pues con su frialdad doblan el precio?

Hay donosos y hay burlescos, que es mucha la diferencia. El varon discreto juega tambien en esta pieza del donaire, no la afecta, y esto en su sazon; déjase caer como al descuido un grano de esta sal,

que se estimó más que una perla, raras veces, haciéndole salva á la cordura y pidiéndole al decoro la vénia. Mucho vale una gracia en su ocasion. Suele ser el atajo del desempeño. Sazonó esta sal muchos desaires. Cosas hay que se han de tomar de burlas, y tal vez las que el otro más de véras. Único arbitrio de cordura, hacen juego del más encendido fuego.

Pesado es el extremo de los muy serios, y poco plausible Caton con su bando, pero venerado; rígida será la de los compuestos y cuerdos; pocos la siguen, muchos la reverencian, y aunque causa la gravedad pesadumbre, pero no desprecio.

Que es de ver uno de estos destemplados de agudeza, siniestros de ingenio, chancear áun en la misma muerte; que si los sabios mueren como cisnes, éstos como grajos, gracejando mal y porfiando. De esta suerte un Carvajal mostró cuán rematada habia sido su vida.

Los hombres cuerdos y prudentes siempre hicieron muy poca merced á las gracias, y una sola bastaba para perder la real del Católico prudente. Súfrense mejor unos á otros los necios, ó porque no advierten ó porque se semejan. Mas el varon prudente no puede violentarse, sino es que tercie la dependencia.

HOMBRE DE BUENA ELECCION.

ENCOMIO.

Todo el saber humano (si en opinion de Sócrates hay quien sepa) se reduce hoy al acierto de una sábia eleccion. Poco ó nada se inventa, y en lo que más importa se ha de tener por sospechosa cualquiera novedad.

Estamos ya á los fines de los siglos. Allá en la edad de oro se inventaba: añadióse despues, ya todo es repetir. Vense adelantadas todas las cosas, de modo que ya no queda que hacer, sino elegir. Vívese de eleccion, uno de los más importantes favores de la naturaleza, comunicado á pocos, porque la singularidad y la excelencia doblen el aprecio.

De aquí es que vemos cada dia hombres de ingenio sutil, de juicio acre, estudiosos y noticiosos tambien, que en llegando á la eleccion se pierden. Escogen siempre lo peor, páganse de lo ménos acertado: gustan de lo ménos plausible, con nota de los juiciosos y desprecio de los demas. Todo les sale infelizmente, y no sólo no consiguen aplauso, pero ni áun agrado. Jamas hicieron cosa insigne, y todo ello por faltarles el grande dón del saber elegir; de suerte que no bastan ni el estudio ni el ingenio, donde falta la eleccion.

Es transcendental su importancia, porque no sea ménos su extension que su intencion. Solicitan su voto todos los empleos, y los mayores con afectacion; porque ella es el complemento de la perfeccion, orígen del acierto, sello de la felicidad, y donde ella falta, aunque sobren el artificio, el trabajo y las cosas todas se deslucen y todas se malogran.

Ninguno conseguiria jamas el crédito de consumado en cualquier empleo, sin el realce de un plausible gusto. Sólo el realce en elegir pudo hacer célebres á muchos reyes eminentes en sus elecciones, así de empresas como de ministros; que un yerro en las llaves de la razon de estado basta á perderlo todo con descrédito, y un acierto, á ganarlo todo con inmortal reputacion. Erraron unos en el delecto de los asuntos, y otros en el de los instrumentos, destruyendo todos con tan fatales yerros el preciosísimo oro de sus coronas.

Hay algunos empleos, que su principal ejercicio consiste en elegir; y en éstos es mayor la dependencia de su direccion. Como son todos aquellos que tienen por asunto el enseñar agradando. Prefiera, pues, el orador los argumentos más plausibles y más graves. Atienda el historiador á la dulzura y al provecho. Case el filósofo lo especioso con lo sentencioso, y atiendan todos al gusto ajeno universal, que es la norma del elegir; y tal vez se ha de preferir al crítico y singular, ó propio ó extraño; porque en un convite más querria dar gusto á los convidados que á los sazonadores, dijo el más sabroso de nuestra patria y de eleccion. ¿Qué importa que sean muy al gusto del orador las cosas, si no lo son al del auditorio, para quien se sazonan? Preferirá aquél una sutileza, y aplaudirá éste á una semejanza, ó al contrario.

En las vulgares artes tiene tambien lugar; á proporcion vimos ya dos eminentes artífices, que se compitieron la fama; el uno por lo delicado y primoroso, tanto, que parecia cada una de sus obras de por sí el último esfuerzo del artificio, y todas juntas no satisfacian. Al contrario, el otro jamas pudo acabar cosa con última delicadeza, ni llevarla á la total perfeccion; con todo eso tuvo este realce de la eleccion tan en su punto, que se alzó con el aplauso universal.

Nace en primer lugar del gusto propio, si es bueno, calificado con la prueba, con que se asegura el ajeno, que es ventaja poder hacer norma de él y no depender de los extraños; con esto se puede uno confiar que lo que le agrada á él en los otros, tambien les agradará á ellos en él. Efecto es de su sazon el buen delecto, todo sale bien de ella, que es la mayor felicidad; y si algo se acertó en falta suya, fué más contingencia que seguridad.

Al contrario, un mal gusto todo lo desazona; y las mismas cosas excelentes por su perfeccion, las malogra por su mala disposicion; y haylos tan exóticos, que siempre escogen lo peor, que parece que hacen estudio en el errar; el peor discurso guardan para la mejor ocasion, y en la mejor expectacion salen con la mayor impertinencia, casándose siempre con su necedad.

Extremada eleccion la de la abeja, y qué mal gusto el de una mosca, pues en un mismo jardin solicita aquélla la fragancia y ésta la hediondez.

Lo peor es que estos tales enfermos de gusto, ó por ignorancia, ó por capricho, lisiados de juicio, añadiendo el segundo al primer desacierto, que es más célebre, querrian pegar su mal á todos los demas; pretenden que su paradojo voto sea norma de los

otros, y áun se admiran de que su desabrimiento no les sea sainete, y apetito su frialdad, desacertadores en todo.

Hállanse otros que tienen destemplado el gusto en unas cosas, y en otras muy en su punto; pero lo ordinario es que el que tiene depravada la raíz, lleve desazonado todo el fruto.

Supone, demas de lo extremado del gusto, una adecuada comprension de todas las circunstancias que se requieren para el acierto individual. Su primera atencion es á la ocasion, que es la primera regla del acertar. No se paga en las cosas de la eminencia á solas, sino de conveniencia tambien; que tal vez lo más excelente fué lo ménos á propósito para la sazon, si bien cuando concurren en los medios, lo realzado del sér y lo sazonado de la conveniencia, concluyen felicidad. Regúlase con el tiempo, atiende al puesto, hacen distincion de personas, y ajustarse adecuadamente á la ocasion, con que viene á ser perfectísimo el delecto.

Es la pasion enemiga declarada de la cordura, y por el consiguiente, de la eleccion; nunca atiende á la conveniencia, sino á su afecto; y estima más salir con su antojo, que con el acierto. Todos sus favorecidos son buenos, no más de porque lo desea, no porque en la realidad lo son, y afecta el engañarse voluntariamente; y así, todo mal intencionado sale peor ejecutado.

Los asuntos de la eleccion son muchos y sublimes. Elígense en primer lugar los empleos y los estados, delecto de toda una vida, donde se acierta ó se yerra para siempre; que es un echarse á cuestas una irremediable infelicidad. El mal es que las resoluciones más importantes se toman en la primera edad, destituida de ciencia y experiencia, cuando áun no fueran bastantes la mayor prudencia y la más sazonada madurez.

Ni es el menor empeño el escoger los amigos, que han de ser de eleccion, y no de acaso; accion muy de la prudencia, y en lo más de la contingencia. Elígense tambien los familiares, que son ayudantes del vivir, las más veces enemigos excusados.

Mas si en los hijos tuviera lugar el delecto, fuera la primera de las dichas. Ello hay tales caprichos en el mundo, que eligieran los peores; y así, favor fué de la naturaleza el prevenirlos, pues áun los que le dió el cielo buenos, ellos, ó con su ejemplo ó con su descuido, vienen á hacerlos malos; que son muchos los que malogran favores de la naturaleza y de la fortuna.

No hay perfeccion donde no hay eleccion. Dos ventajas incluye el poder elegir y elegir bien. Donde no hay delecto, es un tomar á ciegas lo que el acaso ó la necesidad ofrecen. Pero al que le faltáre el acierto, búsquelo en el consejo ó en el ejemplo, que se ha de saber ó se ha de oir á los que saben, para acertar.

NO SER MARAVILLA.

SÁTIRA.

Achaque es todo lo muy bueno, que su mucho uso viene á ser abuso. Codícianlo todos por lo excelente, con que se viene á hacer comun, y perdiendo aquella primera estimacion de raro, consigue el desprecio de vulgar; y es lástima que su misma excelencia le cause su ruina. Truécase aquel aplauso de todos en un enfado de todos.

Ésta es la ordinaria carcoma de las cosas, muy plausibles en todo género de eminencia, que naciendo de su mismo crédito y cebándose en su misma ostentacion, viene á derribar y áun á abatir la más empinada grandeza; basta á hacer una demasía de lucir de los mismos prodigios vulgaridades.

Gran defecto es ser un hombre para nada, pero tambien lo es ser para todo, ó quererlo ser. Hay sujetos, que sus muchas prendas los hacen ser buscados de todos. No hay negocio, aunque sea repugnante á su instituto y genio, que no se remita, ó á su direccion ó á su manejo; todos se pronostican la felicidad de cuanto ponen éstos mano, y aunque no sean entremetidos de sí, su misma excelencia los descubre, y la conveniencia ajena los busca y los placea; de suerte que en ellos su mucha opinion obra lo que en otros su mucho entretenimiento. Pero esto es ya azar, si no defecto, y una como sobra de valor, pues vienen á rozarse y áun perder por mucho ganar. ¡Oh, gran cordura la de un buen medio! Pero ¿quién supo ó pudo contenerse y caminar con esta seguridad?

Pension es de las pinturas muy excelentes, de las tapicerías más preciosas, que en todas las fiestas hayan de salir, y como todo lo andan, reciben muchos encuentros, con que presto vienen á ser inútiles ó comunes, que es peor.

Hay algunos, ni pocos ni cuerdos, sobresalidos, amigos de que todos los llamen y busquen; dejarán el dormir y áun el comer, por no parar; no hay presente para ellos como un negocio, ni mejor dia que el más ocupado; y las más veces no aguardan á que los llamen, que ellos se ingieren en todo, y añadiendo al entretenimiento la audiencia, que es forzar la necedad, se exponen á grandes empeños; pero bien ó mal consiguen que todos hablan de sus cabellos, que es lo mismo que quitarlos la lengua para la murmuracion y desprecio.

Aunque no hubiese otro desaire que aquel contínuo topar con ellos, oir siempre hablar de ellos causa un tan enfadoso hartazgo, que vienen á ser despues tan aborrecidos, como fueron ántes deseados.

No todo sale de sus manos con igual felicidad, y tal vez la que comenzó á ser una hazañosa vasija, deslizándose la rueda (ya sea la de la suerte), viene á rematar en un bellísimo vaso de su ignominia y descrédito. Métense á querer dar gusto á todos, que es imposible, y vienen á disgustar á todos, que es más fácil.

No escapan los que mucho lucen de envidiados ú de odiados, que á más lucimiento, más emulacion.

tropiezan todos en el ladrillo que sobresale á los demas; de modo que no es aquélla eminencia, sino opiezo; así en muchos el querer campear no viene ser realce, sino tope. Es delicado el decoro, y áun es vidrio, por lo quebradizo; y si muy placeado, se expone á más encuentros; mejor se conserva en su retiro, aunque sea en el hecho de su humildad.

Quieren algunos ser siempre los gallos de la publicidad, y cantan tanto que enfadan; bastaria una voz ó un par, para consejo ó desvelo; que lo demas es cantar mal y porfiar.

El manjar más delicioso, á la segunda vez pierde mucho de aquel primer agrado, á tres veces ya enfada; mejor fuera conservarse en las primicias del gusto, solicitando el deseo. Y si esto pasa en lo material, ¿cuánto más en el verdadero pasto del alma, delicias del entendimiento y del gusto? Y es éste delicado y mal contentadizo, cuanto mayor; más vale una excelente caridad, que siempre fué lo dificultoso estimado.

Al paso que un varon excelente, ya en valor, y ya en saber, ó sea en entereza, ó sea en prudencia, se retira, se hace codiciable; porque él á detenerse, y todos á desearle con mayor crédito y áun felicidad; toda templanza es saludable, y más de apariencia, que conserva la vida á la reputacion.

Rózanse de estas malillas en todo género de eminencias. Haylas tambien de la belleza, cuyo ostentarse, demas del riesgo, tiene luégo el castigo de la desestimacion, y más adelante el desprecio.

¡Qué bien conoció este vulgar riesgo, y qué bien supo prevenirlo la celebrada Popea de Neron! La que mejor supo lograr la mayor belleza, siempre la bruj uleaba, que nunca hartó, ni los ojos de ella, avara con todos, envidiándola á sí misma. Franqueaba un dia los ojos y la frente, y en otro la boca y las mejillas, sin echar jamas todo el resto de su hermosura, y ganó con esto la mayor estimacion.

Gran leccion es ésta del saberse hacer estimar, de saber vender una eminencia, afectando el encubrirla, para conservarla, y áun aumentarla con el deseo, que en los *Avisos al varon atento* se discurrirá con enseñanza. Célebre confirmacion la de las esmeraldas del indiano, y que declara esta sutileza con buen gusto. Traia gran cantidad de ellas, en calidad igual. Expuso la primera al aprecio de un perito lapidario, que la pagó en admiracion. Sacó la segunda, aventajada en todo, guardando el órden de agradar; pero bajóle éste por mitad la estimacion, y con esta proporcion fué prosiguiendo con la tercera y con la cuarta; al paso que ellas iban excediéndose en quilates, iba cediendo el aprecio. Admirado el dueño de semejante desproporcion, oyó la causa con enseñanza nuestra; que la misma abundancia de preciosidad se hacia daño á sí misma, y al paso que se perdia la raridad, se disminuia la estimacion.

Oh, pues, el varon discreto, si quisiere ganar la inmortal reputacion, juegue ántes del basto que de la malilla. Sea un extremo en la perfeccion, pero guarde un medio en el lucimiento.

HOMBRE DE BUEN DEJO.

CARTA AL DOCTOR DON JUAN ORENCIO DE LASTANOSA, CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE HUESCA, SINGULAR AMIGO DEL AUTOR.

Si yo creyera á lo vulgar que habia fortuna, tambien creyera (amigo canónigo y señor) que su casa era la casa con dos puertas, muy diferentes la una de la otra y encontradas en todo; porque la una está fabricada de piedras blancas, dignas de la más dichosa urna en el mejor dia; y la otra su contraria de piedras negras, que en su deslucimiento agüeran su infelicidad; majestuosamente alegre aquélla, y ésta lúgubremente humilde. Allí asisten el contento, el descanso, la honra, la hartura y las riquezas, con todo género de felicidad. Aquí la tristeza, el trabajo, la hambre, el desprecio y la pobreza, con todo el linaje de la desdicha; por el tanto, la una se llama del placer y la otra del pesar. Todos los mortales frecuentan esta casa, y entran por una de estas dos puertas; pero es ley inviolable, y que con sumo rigor se observa, que el que entra por la una haya de salir por la otra; de modo que ninguno puede salir por la que entró, sino por la contraria; el que entró por el placer, sale siempre por el pesar; y el que entró por el pesar, sale siempre por el placer.

Desaire comun es de afortunados tener muy felices las entradas y muy trágicas las salidas. El mismo aplauso de los principios hace más ruidoso el murmullo de los fines. No está el punto en el vulgar consentimiento de una entrada, que ésas todas las tienen plausibles; pero sí en el sentimiento general de una salida, que son raros los deseados.

¡Oh, cuántos soles habemos visto entrambos nacer con risa de la aurora y tambien nuestra, y sepultarse despues con llanto del ocaso! Saludáronlos al amanecer las lisonjeras aves con sus cantos, al fin quiebros, y despidiéronlos al ponerse nocturnos pájaros con sus aullos.

Todas las fachadas de los cargos son ostentosas, mas las espaldas humildes. Corónanse de víctores las entradas de las dignidades, y de maldiciones las salidas. ¡Qué aplaudido comienza un mando! Ya por el vulgar gusto del mudar, ya por la concebida esperanza de los favores particulares y de los aciertos comunes; pero ¡qué callado fina! Que áun el silencio le sería favorable aclamacion.

¡Qué adorado, ó de la esperanza ó del temor, entra un valimiento, si él mismo no se desmintiera á la mitad de la diccion dividida, que aunque se varíe en privanza, no puede escapar al principio ó al fin de una pronosticada infelicidad. Todos los fines son desvíos, y todos los cargos paran en cargos, si no de la justicia, de la vengada murmuracion. Transfórmase el contento de comenzar, en muchos descontentos al acabar. Aunque no haya otro azar más que el ponerse, que áun en un sol el caer ocasiona desvíos, oscurécese el esplendor y resfríase el afecto. Pocas veces acompaña la felicidad á los que salen, ni dura la aclamacion hasta los fines; lo que se muestra de cum-

plida con los que vienen, de descortés con los que van.

Hasta las amistades se traban con el gusto, y se pierden con la quiebra. Súbese volando al favor, y bájase de él rodando; y comunmente en todos los empleos, y áun estados, se suele entrar por la puerta del contento y de la dicha, y se sale por la del disgusto y de la desdicha.

Gala viste de extremos la fortuna, y hace gala de igualar; los pechos cubre de blanco, y de negro las espaldas, que el no esperarlas es dar en el blanco, ó gran extremo de la prudencia la atencion á los extremos al acabar bien, poniendo más la mira en la felicidad de la salida, que en el aplauso de la entrada; que no gobierna el despierto Palinuro su bajel por la proa, sino por la popa; allí asiste al gobernalle en el viaje de la vida.

Tienen algunos muy felices los principios en todo, y áun plausibles; entran en un cargo con aceptacion, llegan á un puesto con aplauso, comienzan una amistad con favor; todo comenzar es con felicidad. Pero suelen tener estos tales comunmente muy trágicos los fines, y los dejos muy amargos; quédase para la postre toda la infelicidad, como en vaso de purga la amargura.

Gran regla de comenzar y de acabar dió el romano cuando dijo que todas las dignidades y los cargos los habia conseguido ántes de desearlos, y todos los habia dejado ántes que otros los deseasen. Más es esto que lo primero, aunque todo mucho; aquello fué favor de la suerte, estotro fué asunto de una singular prudencia. Es tal vez castigo de la intemperancia la desdicha, y gran gloria la del anticiparse. Consuelo es de sabios haber dejado las cosas ántes que ellas los dejasen, y consejo el prevenirlas.

Puédese regular tambien la dicha, acompañándola con el buen modo hasta el buen dejo, y conservándola en la gracia de las gentes con tal arte, que la comun aclamacion del entrar se convierta en universal sentimiento del salir.

Nunca se ha de acabar con rompimiento, ya sea amistad, ya sea favor, empleo ó cargo; que toda quiebra ofende la reputacion, demas de la pena que causa.

Pocos de los afortunados se escaparon de los finales reveses de la fortuna, que suele tener malos dejos la gran dicha. Sí aquellos què con tiempo los retiró, ó la misma suerte ó la cordura. A otros, á los héroes, previno el mismo cielo de remedio, realzando misterioso su fin, como en Moysen desaparecido y en Elías arrebatado, haciendo triunfo del fenecer. Aun allá en la fabulosa gentilidad un Rómulo dudosamente acabó, transformándose la malicia de los senadores en misterio, que le ocasionó mayor veneracion.

Otros, aunque eminentes y áun héroes, borraron, cómo el dragon, con la infelicidad de sus fines, la gloria de sus hazañas. Hiló Hércules, hecho Parca de su propia inmortalidad, y puso, no colofon, sino colon á sus proezas, que así se usa. Materia fué de sentimiento á los valerosos y de desengaño á los sabios. *Sola la virtud es el fénix*, que cuando parece que acaba, entónces renace, y eterniza en veneracion lo que comenzó por aplauso.

HOMBRE DE OSTENTACION.

APÓLOGO.

Prodigiosos son los ojos de la envidia, mucho tienen del sentir, no querrian ver tanto como ven; con ser los más perspicaces, nunca se vieron serenos; y si bien de ellos no pudo decir que tuvieron siempre buena vista, nunca más propiamente que cuando por los ojos de todas las aves miraron aquél portento alado de la belleza, el pavon de Juno. Mirábanle sol de pluma amanecer con rayos, cuantos descoge plumajes en su bizarra rueda.

Del mirar se pasa al admirar, donde no hay pasion, que si la hay, luégo degenera; y cuando no puede llegar á emulacion, se convierte en la poquedad de la envidia. Cegáronse, pues, con tanto ver. Comenzó la corneja á malear, como más vil, despues que quedó pelada con afrenta; íbase de unas á otras, solicitándolas á todas; ya las águilas en sus riscos, los cisnes en sus estanques, los gavilanes en sus alcandoras, los gallos en sus muladares, sin olvidarse de los buhos y lechuzas en sus lóbregos desvanes.

Comenzaba con una bien solapada alabanza, y acababa en una declarada murmuracion. Hermoso es y galan, decia, el pavon, no puede negarse; pero todo lo pierde cuando lo afecta, que el mayor merecimiento, el dia que se conoce á sí mismo, no digo áun darse á conocer, cae de su nobleza y baja á liviandad; la alabanza en boca propia es el más cierto vituperio; siempre los que merecen más, hablan de sí ménos. Hermosa era fábula, donairosa y entendida, y sobre todo, muchacha, y todo lo dejó de ser; cantó el cisne de Bílbilis cuando trató de engreirse. Para mí tengo que si el águila ostentase sus reales plumas, que se llevaria los aplausos por lo majestuoso y por lo grave. Hé que el mismo fénix, único pasmo del orbe, aborrece esta vulgarísima ostentacion, y vive más estimado en aquel su tan cuerdo como acreditado retiro.

De esta suerte no paraba de sembrar envidia, y más en pequeños corazones, que de todo se llenan fácilmente. Es la envidia pegajosa, siempre halla de qué asir, hasta de lo imaginado. Fiera cruelísima, que con el bien ajeno hace tanto mal á su dueño propio. Comenzó á cebarse en las entrañas, ó para mayor tormento ó para desterrar de ellas toda humanidad. Conjuráronse todas para oscurecerle, ya que no destruirle su belleza. Producieron astucia, sutilizaron su malicia en no declararse contra su hermosura, sino contra su ufanía. Porque si esto conseguimos, dijo la picaza, que él no pueda hacer aquel odiosísimo alarde de sus plumas, le eclipsamos de todo punto su belleza.

Lo que no se ve, es como si no fuese; y como dijo aquel avechucho satírico, nada es tu saber, si los demas ignoran que tú sabes; y dense por entendidas todas las demas prendas, aunque habló de la reina de todas. Las cosas comunmente no pasan por lo que

son, sino por lo que parecen. Son muchos más los necios que los entendidos, páganse aquéllos de la apariencia, y aunque atienden éstos á la sustancia, prevalece el engaño y estímanse las cosas por de-fuera.

Fueron á hacerle el cargo de parte de toda la república ligera, el cuervo, la corneja y la picaza, con otras de este porte; que las demas todas se excusaron, el águila por lo grave, el fénix por lo retirado, la paloma por lo sencillo, el faisan por lo peligroso, y el cisne por lo callado, que piensa siempre, para cantar dulcemente una vez.

Volaron en su busca al majestuoso palacio de la riqueza. Encontraron luégo con un papagayo, que estaba en un balcon y en una jaula, propia esfera de la locuacidad. Díjoles con facilidad grande cuanto supo, que fué cuanto quisieron. Enviáronle un recado con un gimio, holgóse mucho el pavon de su llegada, que logra las ocasiones de ostentarse. Recibiólos en un espacioso patio, teatro augusto de su ostentosa bizarría y paseado palenque de su competencia, galante con el mismo sol, plumas á rayos y rueda á rueda.

Pero salióle mal la ostentativa, cuanto más airosa; que áun lo muy excelente depende de circunstancias y no siempre tiene vez. Achaques de arpía son los de la envidia, que todo lo inficiona, y á fuer de basilisco, su mirar es matar; y aunque no suele hechizar la hermosura, aquí las irritó más, y trocando los aplausos en agravios, vulgarmente enfurecidas, le dijeron: «¡Qué bien que viene esto, oh loco y desvanecido pájaro! con la embajada que te traemos de parte de todo el alígero senado. En verdad que cuando la oigas, que amaines la plumajería y que reformes la soberbia.

»Sabe que están muy ofendidas todas las aves de esta tu insufrible hinchazon, que así llaman á esa gran balumba de plumas, y con mucho fundamento; porque es una odiosísima singularidad querer tú solo, entre todas las aves, desplegar esa vanísima rueda; cosa que ninguna otra presume, pudiendo tantas tambien mejor que tú; pues ni la garza tremola sus airones, ni el avestruz placea sus plumajes, ni el mismo fénix vulgariza sus zafiros y esmeraldas, que no las llamo ya plumas. Mándante, pues, y inapelablemente ordenan, que de hoy más no te singularices; y esto es mirar por tu mismo decoro, pues si tuvieras más cabeza y ménos rueda, repararás en que cuando más quieres placear la hermosura de tus plumas, entónces descubres la mayor de tus fealdades, que tales son tus extremos.

»Siempre fué vulgar la ostentacion, nace del desvanecimiento. Solicita la aversion, y con los cuerdos está muy desacreditada. El grave retiro, el prudente encogimiento, el discreto recato, viven á lo seguro, contentándose con satisfacerse á sí mismos; no se pagan de engaño las apariencias, ni las venden. Bástase á sí misma la realidad, no necesita de extrínsecos engañados aplausos; y en una palabra, tú eres el símbolo de las riquezas, no es cordura, sino peligro, el publicarlas.»

Quedó suspenso el bellísimo pájaro de Juno, y cuando recordó de la turbacion ó de la profundidad, exclamó así: «¡Oh alabanza, que siempre vienes de los extraños! ¡Oh desprecio, que siempre llegas de los proprios! ¿Es posible que cuando me llevo los ojos de todos tras mi belleza, que eso denotan estos materiales de mis plumas, que así ande yo en lenguas de picazas y cornejas? Que condenais en mí la ostentacion, y no la hermosura; el cielo, que me concedió ésta, me aventajó con aquélla; que cualquiera á solas fuera en balde de que sirviera la realidad sin la apariencia. La mayor sabiduría, hoy encargan políticos que consiste en hacer parecer. Saber y saberlo mostrar es saber dos veces. De la ostentacion diria yo lo que otros de la ventura, que vale más una onza de ella, que arrobas de caudal sin ella. ¿Qué aprovecha ser una cosa relevante en sí, si no lo parece?

»Si el sol no amaneciera haciendo lucidísimo alarde de sus rayos; si la rosa entre las flores se estuviera siempre encarcelada en su capullo, y no desplegára aquella fragrante rueda de rosicleres; si el diamante, ayudado del arte, no cambiára sus fondos, visos y reflejos, ¿de qué sirvieran tanta luz, tanto valor y belleza, si la ostentacion no los realzára? Yo soy el sol alado, yo soy la rosa de pluma, yo soy el joyel de la naturaleza; y pues me dió el cielo la perfeccion, he de tener tambien la ostentacion.

»El mismo Hacedor de todo lo criado, lo primero á que atendió fué al alarde de todas las cosas, pues crió luégo la luz, y con ella el lucimiento; y si bien se nota, ella fué la que mereció el primer aplauso, y ése divino; que pues la luz ostenta todo lo demas, el mismo Criador quiso ostentarla á ella. De esta suerte, tan presto era el lucir en las cosas, como el ser; tan válida está con el primero y sumo gusto la ostentacion.»

Y diciendo y haciendo, volvió á desplegar aquella su gran rodela de cambiantes, tan defensiva de su gala, cuan ofensiva á la envidia. Aquí ésta acabó de perder la cordura, y en conjuracion de malevolencia arremetieron todas, el cuervo á los ojos y las demas á las plumas. Vióse en grande aprieto el pájaro bellísimo, y en sumo riesgo su bizarría; y áun dicen que del susto le quedó aquella voz, que juntamente le denominaba, y significa pavoroso. No tuvo otra defensa que la ordinaria de la hermosura, de hablar alto; dió voces y muy ágrias, invocando el favor del cielo y suelo. Voceaban tambien los contrarios por ahogarle hasta la voz, á cuyo grande estruendo acudieron por los aires muchas aves y por la tierra muchos brutos, aquéllas volando, éstos corriendo. Convocáronse las sabandijas todas de palacio, un leon, un tigre, un oso y dos gimios á la famular defensa; y á los graznidos de los cuervos y los grajos, vinieron del campo el lobo y la vulpeja, creyendo eran clamores para dar sepultura á algun cadáver. Avisaron al águila tambien, que llegó muy asistida de sus guardas de rapiña. Interpuso el leon su autoridad, que bastó á moderarlas, y mostró gusto de enterarse de la contienda, encargando á entrambas partes, á la una la modestia y á la otra el silencio. A pocas razones conoció

la sinrazon de la envidia y lo falso de su celo, y propuso por conveniencia se remitiese la causa á juicio de un tercero, y ése fuese la vulpeja por sábia, y tambien por desapasionada. Convocáronse las partes y sujetáronse al astuto arbitrio.

Aquí la vulpeja se valió de todo su artificio para cumplir con todos juntamente, lisonjear al leon y no descontentar al águila, hacer justicia y no perder amistades; y así, muy á lo sagaz dijo de esta suerte:

«Política contienda es que importe más la realidad ó la apariencia. Cosas hay muy grandes en sí, y que no lo parecen; y al contrario, otras que son poco y parecen mucho; ¡ordinaria monstruosidad! Tanto puede la ostentacion ó la falta de ella; mucho suple, mucho llena; y si en las cosas materiales califica, como es en el adorno, en el menaje y séquito, ¿qué será en las verdaderas prendas del ánimo, que son gala del entendimiento y belleza de la voluntad? Especialmente cuando le llega su vez á una prenda y la sazon lo pide, allí cae bien el ostentar. Lógrese la ocasion, que aquél es el dia de su triunfo.

»Hay sujetos bizarros en quienes lo poco luce mucho, y lo mucho hasta admirar hombres de ostentativa, que cuando se junta con la eminencia, forman un prodigio; al contrario, hombres vimos eminentes, que por faltarles este realce, no parecieron la mitad. Poco há que aterraba todo el mundo un gran personaje en las campañas, y metido en una consulta de guerra, temblaba de todos, y el que era para hacer no lo era para decir. Hállanse tambien naciones ostentosas por naturaleza, y la española con superioridad; de suerte que la ostentacion da el verdadero lucimiento á las heroicas prendas y como un segundo sér á todo.

»Mas esto se entiende cuando la realidad la afianza, que sin méritos no es más que un engaño vulgar; no sirve sino de placear defectos, consiguiendo un aborrecible desprecio, en vez del aplauso. Danse gran prisa algunos por salir y mostrarse en el universal teatro, y lo que hacen es placear su ignorancia, que la desmentia el retiro; no es ésta ostentacion de prendas, sino un necio pregon de sus defectos; pretenden, en vez del timbre de su esplendor, una nota que infame sus desaciertos.

»Ningun realce pide ser ménos afectado que la ostentacion, y perece siempre de este achaque, porque está muy al canto de la variedad, y ésta del desprecio. Ha de ser muy templada y muy de la ocasion; que es áun más necesaria la templanza del ánimo que la del cuerpo; va en ésta la vida material, y la moral en aquélla; que áun á los yerros los dora la templanza.

»A veces consiste más la ostentacion en una elocuencia muda, en un mostrar las eminencias al descuido; y tal vez un prudente disimulo es plausible alarde del valor, que aquel esconder los méritos es un verdadero pregonarlos, porque aquella misma privacion pica más en lo vivo á la curiosidad.

»Válese, pues, de este arte con felicidad y se realza *más con el artificio;* gran treta suya no descubrirse toda de una vez, sino ir por brújula, pintando su perfeccion y siempre adelantándola, que un mérito sea llamado de otro mayor, y el aplauso de una prenda nueva espectacion de la otra, y lo mismo en las hazañas, manteniendo siempre el aplauso y cebando la admiracion.

»Mas viniendo ya á nuestro punto, digo, y lo siento así, que sería una imposible violencia concederle al pavon la hermosura y negarle el alarde. Ni la naturaleza sábia vendrá en ello, que sería condenar su providencia, y contra su fuerza no hay preceptos donde no tercie la política razon, y áun entónces, lo que la horca destierra con su miedo, la naturaleza lo revoca de potencia.

»Más práctico será el remedio, tan fácil como eficaz, y sea éste: que se le mande seriamente al pavon, y criminalmente se le ordene, que todas las veces que despliegue al viento la variedad de su bizarría, haya de recoger la vista á la fealdad de sus piés, de modo que el levantar plumajes y el bajar los ojos todo sea uno; que yo aseguro que esto sólo baste á reformar su ostentacion.» Aplaudieron todas el arbitrio, obedeció él y deshízose la junta, despachando una de las aves á suplicar al donosamente sabio Esopo se dignase de añadir á los antiguos este moderno y ejemplar suceso.

NO RENDIRSE AL HUMOR.

INVECTIVA.

Rey es de los montes el celebrado Olimpo, no porque se descuella sobre los más erguidos, obligacion de la superioridad; no porque se ostenta á todas partes, objeto de imitacion la grandeza; no porque es el primero que esplendoriza los solares rayos, centro de lucimiento la majestad; no porque se corona de estrellas, ápice de la felicidad la primacía; no porque llega á dar ó á tomar nombre al mismo cielo, asunto de la fama el mando. Sí, empero, porque nunca se sujeta á vulgares peregrinas impresiones; que es el mayor señorío el de sí mismo. Cuando mucho, llegan á besarle el pié los vientos, á ser su alfombra las nubes, y no pasan de ahí; con esto nunca se inmuta, que es una inapasionable eminencia.

Una gran capacidad no se rinde á la vulgar alternacion de los humores, ni áun de los afectos; siempre se mantiene superior á tan material destemplanza. Es efecto grande de la prudencia de reflexion sobre sí, un reconocer su actual disposicion, que es un proceder como señor de su ánimo; indignamente tiraniza á muchos el humor que reina, ordinaria vulgaridad, y llevados de él dicen y hacen desaciertos. Apoyan hoy lo que ayer contradecian, arriman á veces la razon y áun la atropellan, quedando perenales en juicio, que es la más calificada necedad.

A estos tales no hay que tomarles en razon la que no tienen, porque de hoy á mañana contradictoriamente se empeñan; y siendo contrarios primero de sí mismos, contradicen despues á cuantos hay; mejor es, conociendo su desabrimiento, dejarlos en su confusion, que cuanto más empeñan, más se despeñan.

Todo lo contradicen con Saturno, y todo lo otorgan con Júpiter, sin salir de su casa de la Luna. No sólo gasta la voluntad esta civilidad, sino que se atreve al juicio; todo lo altera el querer y el entender, así como toda pasion, si no se previene.

¡Importará mucho conocer esta destemplanza de humor para vencerla, y áun entónces convendrá declinar al otro extremo, si ha de dejar alguna vez la acertada medianía para ajustar el fiel de la prudencia.

Gran superioridad de caudal arguye prevenir su humor y corregirlo, que es indisposicion del ánimo, y hase de portar el sabio en ella, como en las del cuerpo, que no condenan por amargo el almíbar, por más que el gusto enfermo lo acuse, corrígelo el juicio; así, pues, se ha de proceder en las alteraciones superiores.

Hay algunos tan extremados impertinentes, que siempre están de algun humor, siempre cojean de pasion, intolerables á los que los tratan, padrastros de la conversacion y enemigos de la afabilidad, que malogran todo rato de buen gusto. Son de ordinario grandes contradecidores de todo lo bueno y padrinos de toda la necedad; á cada razon tienen su contra, oponiéndose luégo á lo que el otro dice, no más de porque se adelantó; si no les hubiera ganado de mano, triunfáran ellos con lo mismo; y si el otro discreto cede, y áun se hace de su banda, por no atajar el decoro, al punto ellos se pasan á la contraria, con que se halla atajada la mayor discrecion; sin duda que son más irremediables que los verdaderos locos, porque con éstos vale el hacerse de su tema, pero con aquéllos es peor; ni valen razones, porque como no la tienen, no la admiten.

Quien no tiene usado el genio de esta gente, que hay naciones enteras tocadas de este achaque, admírase á los principios de tan exótica monstruosidad; pero en sondando el extravagante porte, hace graciosísimo deporte; que el cuerdo de todo sale airoso por el atajo de la galantería.

Mas cuando dos de una misma mal humorada impertinencia topan y se empeñan, estése á la mira el varon cuerdo, no tercie, que yo le afianzo el mejor rato, con tal que asegure su partido y mire desde la talanquera de su cordura los toros de la necedad ajena.

Que alguna, rara vez y con sobra de ocasion se destemple y áun se desazone uno, no será vulgaridad; que el nunca enojarse es querer ser bestia siempre. Pero la perenal destemplanza y con todo género de personas es una intolerable grosería. El sinsabor que ocasionó el esclavo, no ha de ser desabrimiento de la ingenuidad; mas quien no tiene capacidad para conocerse, ménos tendrá valor para enmendarse.

De aquí nace que estos tales, muy pagados de su paradoxia, solicitan la ocasion y andan á caza de empeños, van á la conversacion como á contienda, levantan las porfías, y hechos arpías insufribles del buen gusto, todo lo arañan con sus acciones y todo lo desazonan con sus palabras. ¿Pues qué, si les coge este picante humor algo leidos, aunque sepan las cosas á lo necio, que es mal sabidas? Se pasan luégo de bachilleres de presuncion á licenciados de malicia, monstruos de la impertinencia.

TENER BUENOS REPENTES.

PROBLEMA.

Érase el rayo el arma más cierta del fabuloso Júpiter, en cuya instantánea potencia libraba sus mayores vencimientos. Con rayos triunfó de los rebelados gigantes; que la presteza es madre de la dicha. Ministrábalos el águila, porque realces de prontitud salieron siempre de remontes de ingenio.

Hombres hay de excelentes pensados, y otros de extremados repentes; éstos admiran, aquéllos satisfacen.

Harto presto si harto bien, dijo el sabio; nunca examinamos en las obras la presteza ó la tardanza, sino la perfeccion; por aquí se rige la estimacion, son aquéllos accidentes que se ignoran ó se olvidan, y el acierto permanece. Ántes bien lo que luégo se hizo, luégo se deshará, y se acaba presto, porque presto se acabó. Cuanto más tiernos sus hijos, se los traga Saturno con más facilidad; y lo que ha de durar una eternidad, ha de tardar otra en hacerse.

Pero si á todo acierto se le debe estimacion, á los repentinos aplauso; doblan la eminencia por lo pronto y por lo feliz, piensan mucho algunos, para errarlo todo despues; y otros lo aciertan todo, sin pensarlo ántes. Suple la vivacidad del ingenio la profundidad del juicio, y previene el ofrecimiento á la consultacion. No hay acasos para éstos, que la lealtad de su prontitud sustituye á la providencia.

Son los prestos lisonjas del buen gusto, y los repentes hechizo de la admiracion, y por esto tan plausibles; salen más las medianas impensadas que los superlativos prevenidos. No decia mucho, aunque bien, el que decia: «El tiempo y yo, á otros dos; el sin tiempo y yo, á cualquiera.» Esto sí que es decir, y más hacer. Quien dice tiempo, todo lo dice; el consejo, la providencia, la sazon, la madurez, la espera, fianzas todas del acierto; pero el repente sólo se encomienda á su prontitud y á su ventura.

Despues que la providencia previene, la prudencia dispone y la sazon asiste, suele abortar la ejecucion; pues que una prontitud á solas saque á luz sus aciertos, aplaudásele su dicha y su valor; campee el acertar de una presteza á vista del errar de un reconsejo.

Atribuyen algunos estos aciertos á sola la ventura, y debieran tambien á una perspicacia prodigiosa; á quien no reconoce deuda este realce de héroes es al arte; todo lo agradece á la naturaleza y á la dicha. No cabe artificio donde apénas la advertencia socorre la facilidad del concebir, donde no hay lugar para discurrir; y la facilidad del ofrecerse, donde no hubo tiempo para pensarse; ayúdase del señorío contra el ahogo, y del despejo contra la turbacion, y con esto muy señora la prontitud de la dificultad y de sí misma, no llega, ve y vence, sino que vence, y despues ve y llega.

Hace exámen de su vivacidad en los más apretados lances, y obra deposicion su inteligencia. Suele ur

aprieto aumentar el valor, así una dificultad la perspicacia. Cuanto más apretados, hay algunos que discurren más, y con el acicate de la mayor urgencia vuelan; á mayor riesgo, mayor desempeño; que hay tambien superior antiparistasi, que aumenta la intension á la inteligencia, y sutilizando el ingenio, engorda sustancialmente la prudencia.

Bien es verdad que se hallan monstruos de cabeza, que de repente todo lo aciertan, y todo lo yerran de pensado. Hay algunos que lo que no se les ofrece luégo, no se les ofrece más; no hay que esperar al consejo, ni apelar á despues. Pero ofrecérseles mucho; que recompensó la naturaleza próvida con la eminente prontitud la falta del pensar, y en fe de su acudir, no temen contingencias.

Son muy útiles sobre admirados estos repentes. Bastó uno á acreditar á Salomon del mayor sabio, y le hizo más temido que toda su felicidad y potencia. Por otros dos merecieron ser primogénitos de la fama Alejandro y César. Célebre fué el de aquél al cortar el nudo Gordiano, y plausible el de éste al caer; á entrambos les valieron dos partes del mundo dos repentes, y fueron el exámen de si eran capaces del mando del mundo.

Y si la prontitud en dichos fué siempre plausible, la misma en hechos merece aclamacion; la presteza feliz en el efecto arguye eminente actividad en la causa; en los conceptos, sutileza; en los aciertos, cordura; tanto más estimable, cuanto va de lo agudo á lo prudente, del ingenio al juicio.

Prenda es ésta de héroes que los supone y los acredita, arguye grandes fondos y no menores altos de capacidad. Muchas veces la reconocimos con admiracion y la ponderamos con aplauso, en aquel tan grande héroe, como patron nuestro, el excelentísimo duque de Nochera, don Francisco María Carrafa, á cuya prodigiosa contextura de prendas y de hazañas, bien pudo cortarla el hilo la suerte, pero no mancharla con el fatal licor de aquellos tiempos. Era máximo el señorío que ostentaba en los casos más desesperados, la imperturbabilidad con que discurria, el despejo con que ejecutaba, el desahogo con que procedia, la prontitud con que acertaba; donde otros encogian los hombros, él desplegaba las manos. No habia impensados para su atencion, ni confusiones en su vivacidad, emulándose lo ingenioso y lo cuerdo; y aunque le faltó al fin la dicha, no la fama.

En generales y campeones ésta es la ventaja mayor, tan urgente cuan sublime; porque casi todas sus acciones son repentes, y sus ejecuciones prestezas; no se pueden llevar allí estudiadas á las contingencias, ni prevenidos los acasos; hase de obrar á la ocasion, en que consiste el triunfo de una acertada prontitud, y sus victorias en ella.

En los reyes dicen mejor los pensados, porque todas sus acciones son eternas; piensan por muchos, válense de prudencias auxiliares, y todo es menester para el universal acierto. Tienen tiempo y lecho donde se maduren las resoluciones, pensando las noches enteras para acertar los dias; y al fin ejercitan más la cabeza que las manos.

CONTRA LA FIGURERÍA.

SATIRICON.

Reparo fué en los advertidos, si risa en los necios, el discurrir. Diógenes con la entorcha encendida al mediodia, rompiendo por el innumerable concurso de una calle, pasó á admiracion cuando, preguntándole la causa, respondió: «Voy buscando hombres con deseo de encontrar alguno, y no le hallo.—¿Pues y éstos, le replicaron ellos, no son hombres?—No, respondió el filósofo; figuras de hombres, sí; verdaderos hombres, no.»

Así como hay prendas plausibles, así tambien hay defectos muy salidos; y si aquéllas consiguen la gracia de los exquisitos, éstos el desprecio universal. Es éste de los más notables, y famoso con propiedad, ya por sí, ya por los sujetos en quien se halla; él es tan vario, que es análogo, y ellos tantos, que no se pueden especificar.

Son muchos los terreros de la risa, y aquéllos afectadamente lo quieren ser, que por diferenciarse de los demas hombres, siguen una extravagante singularidad y lo observan en todo. Señor hay que pagaria el poder hablar por el colodrillo, por no hablar con la boca como los demas; y ya que no es posible eso, transforman la voz, afectan el tonillo, inventan idiomas y usan graciosísimos bordones, para ser de todas maneras peregrinos. Sobre todo martirizan su gusto, sacándolo de sus quicios; él es comun con los demas hombres y áun con los brutos, y quiérenlo ellos desmentir con violencias de singularidad, que son más castigo de su afectacion, que elevaciones de su grandeza. Beberán á veces lejía, y la celebrarán por néctar; dejan al generoso rey de los licores por antojadizas aguas que repiten á jarabes, y ellos las bautizan por ambrosía, y tienen de frialdad lo que les falta de generosidad. De esta suerte inventan cosas cada dia para llevar adelante su singularidad, y realmente lo consiguen, porque el comun de los hombres no halla en estas cosas el verdadero gusto y la real bondad que ellos exageran; no las apetece, y quédanse ellos con su extravagancia; llámanla otros impertinencia.

De este modo, ó tan sin él, se portan en todo lo demas. Si bien la necesidad y áun el gusto tal vez desmiente su capricho, por más que procuren engañarlo. Sábeles bien uno y alaban otro, como le sucedió á un gran valedor de esta secta de excepciones, que bebiendo un caduco vino, no pudiendo contenerse, exclamó y dijo: «¡Oh, preciosísimo néctar, que vences á los bálsamos y alquermes! Lástima es que seas tan vulgar; ídolo fueras de príncipes, si ellos solos te bebieran.»

Lo célebre es que en los vulgares vicios no se corren de asemejar, no digo ya á los más viles de los hombres, pero á los mismos brutos; y á las cosas humanas quieren dictar divinidades.

En las acciones heróicas dice bien la singularidad, ni hay cosa que concilien más que veneracion en las hazañas. En la alteza del espíritu y en los altos pensamientos consiste la grandeza. No hay hidalguía como

a del corazon, que nunca se abate á la sutileza. Es la virtud carácter de heroicidad, en que dice muy bien a diferencia. Han de vivir con tal lucimiento de prendas los príncipes, con tal esplendor de virtudes, que si las estrellas del cielo, dejando sus celestes esferas, bajáran á morar entre nosotros, no vivieran de otra suerte que ellos.

¿Qué aprovecha la fragancia de los ámbares, si la desmiente la hediondez de las costumbres? Bien pueden embalsamar el cuerpo, pero no inmortalizar el alma. No hay olor como el del buen hombre, ni fragancia como la de la fama, que se percibe de muy léjos, que conforta los atentos y va dejando rastro de aplauso por el teatro del mundo, que durará siglos enteros.

Pero así como á los unos los hace aborrecibles, y áun intratables, esta enfadosa afectacion, que todos los cuerdos la silban, así á otros los hace singulares el no querer serlo y ménos padecerlo. Este vivir á lo práctico, un acomodarse á lo corriente, un casar lo grave con lo humano, hizo tan plausible al excelentísimo Conde de Aguilar y Marqués de la Hinojosa, segundo Mecénas nuestro; haciase á todos, y así era á modo de todos; que hasta los enemigos le aplaudieron vivo y le lloraron muerto. Oí decir de él á muchos y muy cuerdos: «Éste sí que sabe ser señor sin figurerías»; elogio digno de un tan gran héroe.

Otro género hay de éstos, que no son hombres, y son áun más figuras; pues si los primeros son enfadosos, éstos son ya ridículos; aquellos, digo, que ponen el diferenciarse en el traje y singularizarse en el porte; aborrecen todo lo práctico, y muestran una como antipatía con el uso; afectan ir á lo antiguo, renovando vejedades. Otros hay que en España visten á lo frances y en Francia á lo español, y no falta quien en la campaña sale con golilla y en la córte con valona, haciendo de esta suerte celebrados matachines, como si necesitase de sainetes la fisga.

Nunca se ha de dar materia de risa ni á un niño, cuanto ménos á los varones cuerdos y juiciosos; y hay muchos que parece que ponen todo su cuidado en dar qué reir, y que estudian cómo dar entretenimiento á las hablillas. El dia que no salen con alguna ridícula singularidad, lo tienen por vacío; pero ¿de qué pasaria la fisga de los unos, sin la figurería de los otros? Son unos vicios materia de otros; de esta suerte la necedad es pasto de la murmuracion.

Pero si la singularidad frívola en la corteza del traje es una irrision, ¿qué será la del interior, digo del ánimo? Hay algunos que parece que les calzó la naturaleza el gusto y el ingenio al reves, y lo afectan por no seguir el corriente. Exóticos en el discurrir, paradoxos en el gustar y anómalos en todo; que la mayor figurería es sin duda la del entendimiento.

Ponen otros su capricho en una vanísima hinchazon, nacida de una loca fantasía y forrada de necedad; con esto afectan una enfadosa gravedad en todo y con todos, que parece que honran con mirar y que hablan de merced. Hay naciones enteras tocadas de este humor, que si para uno de éstos no tiene espera la risa, ¿qué será en tan ridícula pluralidad?

Sea el decir con juicio, el obrar con decoro, las costumbres graves, las acciones heroicas; que esto hace á un varon venerable, que no fantásticas presunciones. Ni da de censura este crítico discurso la verdadera gravedad, que atiende siempre á su decoro; aquel nunca rozarse en conservar la flor del respeto, y como en la funda de su fondo de la estimacion. Condena, sí, el exceso de una vana singularidad, que toda viene á parar en inútiles afectaciones.

Pero ¿qué remedio habria tan eficaz, que curase á todos éstos de figuras, y los volviese al sér de hombres? Pues de verdad que lo hay, y es infalible. Dejo la cordura, que es el remedio comun de todos males, y voy al singular de la singularidad. El remedio de todos éstos es poner la mira en otro semejante afectado, paradoxo, extravagante, figurero; mirarse y remirarse en este espejo de yerros, advirtiendo la risa que causa y el enfado que solicita, ponderando lo feo, lo ridículo, lo afectado de él, ó por mejor decir, propio en él; que esto sólo bastará para hacer aborrecer eficazmente todo género de figurería, y áun temblar del más leve asomo, del más mínimo amago de ella.

EL HOMBRE EN SU PUNTO.

DIÁLOGO ENTRE EL DOCTOR DON MANUEL SALINAS Y LIZANA, CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE HUESCA, Y EL AUTOR.

AUTOR.

Notable singularidad la de los persas, no querer ver sus hijos hasta que tenian siete años. El mismo paternal amor, que es el mayor, sin duda no era bastante á desmentir, ó por lo ménos disimular, las imperfecciones de la comun niñez. No los tenian por hijos hasta que los veian discurrir.

CANÓNIGO.

Pero si un padre no puede sufrir á un ignorante hijuelo, y espera siete años la hermosísima razon para admitirle á su comunicacion ya capaz, ¿que mucho que un varon entendido no pueda tolerar un necio extraño, y que lo extrañe á su culta familiaridad?

AUTOR.

No conduce la naturaleza, aunque tan próvida, sus obras á la perfeccion el primer dia, ni tampoco la industriosa arte; vanlas cada dia adelantando, hasta darles su complemento.

CANÓNIGO.

Así es que todos los principios de las cosas son pequeños, áun de las muy grandes, y vase poco á poco llegando al mucho mucho del perfecto sér. Las cosas que presto llegan á su perfeccion, valen poco y duran ménos; una flor, presto es hecha y presto deshecha; mas un diamante, que tardó en formarse, apela para eterno.

AUTOR.

Sin duda que esto mismo sucede en los hombres, que no de repente se hallan hechos. Vanse cada dia perfeccionando, al paso que en lo natural en lo moral, hasta llegar al deseado complemento de la sin-

déresis, á la sazon del gusto y á la perfeccion de una consumada utilidad.

CANÓNIGO.

Es tan cierto eso, que á cada paso vemos, y lo censuramos en algunos, que realmente saben y discurren; pero se conoce que áun no están del todo hechos, que áun les falta un algo, y á veces lo mejor; y hay más y ménos en esto, que va tambien por grados la discreta intension. Unos están muy á los principios de lo entendido, pero se harán. Otros hay más adelantados en todo, y algunos que han ya llegado al complemento de prendas; que es menester mucho para llegar á ser un varon totalmente consumado.

AUTOR.

Al modo, diria yo, que el generoso licor que es bueno, y más si es bueno el vino; tiene cuando comienza una ingratísima dulzura, una insuave rigidez, como no está aún hecho; pero en comenzando á hervir, comienza á desecarse, pierde con el tiempo aquella crudeza primitiva, corrige aquella enfadosa dulzura y cobra una suavísima generosidad, que hasta con el color lisonjea y con su fragrancia solicita, y ya en su punto es pasto de hombres y áun celebrado néctar. Con que entiendo por qué de Júpiter fingieron que introdujo el abortivo hijuelo Baco, no en la boca desapacible al gusto por lo imperfecto, sino en la rodilla, reservando para la discreta Pálas el cerebro.

CANÓNIGO.

Á ese modo, en el vaso frágil del cuerpo se va perfeccionando de cada dia el ánimo. No luégo está en su punto. Tienen todos los hombres á los principios una enfadosa dulzura de la niñez, una suave rudeza de la mocedad; aquel resabio á los deleites, aquella inclinacion á cosas poco graves, empleos juveniles, ocupaciones frívolas; y aunque tal vez en algunos, y bien raros, se anticipe la madurez, conócese que es ántes de tiempo en lo desazonado; quiere desmentir en otros la seriedad, ó natural ó afectada, estas imperfecciones de la edad, mas luégo se descuida y desliza en juveniles desaires, dando á entender que áun no estaba en el punto de la entereza.

AUTOR.

Gran médico es el tiempo, por lo viejo y por lo experimentado.

CANÓNIGO.

Él solo puede curar á uno de mozo, que verdaderamente es achaque. En la mayor edad son ya mayores y más levantados los pensamientos, realzase el gusto, purificase el ingenio, sazónase el juicio, deséase la voluntad; y al fin hombre hecho, varon en su punto, es agradable y áun apetecible al comercio de los entendidos. Conforta con sus consejos, calienta con su eficacia, deleita con su discurso, y todo él huele á una muy viril generosidad.

AUTOR.

Pero ántes de sazonarse, ¡qué aspereza nos brindan en todo, qué insuavidad en el entendimiento, qué *acedía en el trato, qué desazon* en el porte!

CANÓNIGO.

¡Pero qué tormento es para un hombre ya maduro y cuerdo, haberse de ajustar, ó por necesidad ó por conveniencia, á uno de estos desazonados y no hechos! Bien puede competir y áun exceder á aquel de Falaris, cuando ataba un vivo con un muerto mano á mano y boca á boca, por ser éste de las almas, donde se apura el entendimiento.

AUTOR.

Revuelve despues ya cuerdo sobre sus pasadas imperfecciones, reconoce ya con seso los borrones de su ignorancia ó imprudencia, acusa su mal gusto y ríese de sí mismo liviano, ahora grave, condenando con juiciosa refleja los apasionados desaciertos, en los elementos de su imperfeccion.

CANÓNIGO.

El mal es que algunos nunca llegan á estar del todo hechos, ni llegarán jamas á ser cabales.

AUTOR.

Es que les falta alguna pieza, ya en el gusto, que es harto mal, ya en el juicio, que es peor.

CANÓNIGO.

Y muchas veces advertimos que les falta algo, y no acertamos á difinir lo que es.

AUTOR.

Tambien tengo observado que anda muy desigual el tiempo en hacer los sujetos.

CANÓNIGO.

Es que para unos vuela y para otros cojea; ya se vale de sus alas, ya saca sus muletas. Hay algunos que muy presto consiguen la perfeccion en cualquier materia, hay otros que tardan en hacerse, y á veces con daño universal, por serlo la obligacion. Que no sólo en la perfeccion comun de la prudencia se van haciendo los hombres, sino en las singulares de cada estado y empleo.

AUTOR.

¿De modo que se hace un rey?

CANÓNIGO.

Sí, que no se nace hecho; gran asunto de la prudencia y de la experiencia, que son menester mil perfecciones para que llegue á tan grande complemento. Hácese un general á costa de su sangre y de la ajena, un orador despues de mucho estudio y ejercicio; hasta un médico, que para levantar á uno de una cama echó ciento en la sepultura. Todos se van haciendo, hasta llegar al punto de su perfeccion.

AUTOR.

Y pregunto, ¿ese punto á que llegaron, será fijo?

CANÓNIGO.

Ésa es la infelicidad de nuestra inconstancia. No hay dicha, porque no hay estrella fija de la luna acá; no hay estado, sino contínua mutabilidad en todo. O se crece ó se declina, desvariando siempre con tanto variar.

AUTOR.

De modo que sigue lo moral á lo natural, descaece con la edad la memoria y áun el entendimiento.

CANÓNIGO.

Y áun por eso conviene lograrlo en su sazon y sa-

ber gozar de las cosas en su punto, y mucho más de los varones entendidos.

AUTOR.

Mucho es menester para llegar al colmo de perfecciones y de prendas.

CANÓNIGO.

Macea primero Vulcano, y despues contribuye el númen; sobre los favores de la naturaleza asienta bien la cultura, digo la estudiosidad, y el contínuo trato con los sabios, ya muertos, en sus libros, ya vivos, en su conversacion; la experiencia fiel, la observacion juiciosa, el manejo de materias sublimes, la variedad de empleos; todas estas cosas vienen á sacar un hombre consumado, varon hecho y perfecto; y conócese en lo acertado de su juicio, en lo sazonado de su gusto; habla con atencion, obra con detencion; sabio en dichos, cuerdo en hechos, centro de toda perfeccion.

AUTOR.

Ahora digo que no hay bastante aprecio para un hombre en su punto.

CANÓNIGO.

Hay logro, ya que no aprecio, buscándole para amigo, granjeándole para consejero, obligándole para patron y suplicándole para maestro.

DE LA CULTURA Y ALIÑO.

FICCION HEROICA.

Fué tu padre el artificio, Quiron de la naturaleza; naciste de su cuidado, para ser perfeccion de todo; sin tí, las mayores acciones se malogran y los mejores trabajos se deslucen. Ingenios vimos prodigiosos, ya por lo inventado, ya por lo discurrido; pero tan desaliñados, que ántes merecieron desprecio que aplauso.

El sermon más grave y docto, fué desazonado sin tu gracia; la alegacion más autorizada, fué infeliz sin tu aseo; el libro más erudito, fué asqueado sin tu ornato; y al fin, la inventiva más rara, la eleccion más acertada, la erudicion más profunda, la más dulce elocuencia, sin el realce de tu cultura, fueron acusadas de una indigna vulgar barbaridad y condenadas al olvido.

Al contrario, otras vemos que si con rigor se examinan, no se les conoce eminencia, ni por lo ingenioso ni por lo profundo; y con todo eso son plausibles, en fe de lo aliñado. Lo mismo acontece á todas las demas prendas, por ser transcendental tu perfeccion; venció la fealdad á la belleza muchas veces socorrida del aliño, y malogróse otras tantas por descuidada la hermosura; fíase de sí la perfeccion, y siempre los confiados fueron los vencidos. Cuanto mayor la gala, si desaliñada, es más deslucida; porque la misma bizarría está pregonando el perdido aseo; contigo, al fin, lo poco parece mucho, y sin tí lo mucho pareció nada.

Tuviste por madre á la buena disposicion, aquella que da su lugar á cada cosa, aquella que todo lo concierta. Consiste mucho el aseo en estar cada parte en su puesto. Que fuera de su centro, todo lo natural padece violencia y todo lo artificial desconcierto. Una misma casa para una estrella es de exaltacion, y para otra de detrimento; que segun es el lugar, es el brillar. La turbacion causa confusion, y ésta enfado. Lo que no está compuesto, no es más que una rudísima indigesta balumba, asqueada de todo buen gusto; las cosas bien compuestas, á más de lo que alegran con el desembarazo, deleitan con su concierto.

Frustrada quedaria lastimosamente la buena eleccion de las cosas, si despues las malograse un bárbaro desaseo; y es lástima que lo que merecieron por excelentes y selectas, lo pierdan por una barbarie inculta. Cansóse en balde la invencion sublime de los conceptos, la sutileza en los discursos, la estudiosidad en la vária y selecta erudicion, si despues lo desazona todo un tosco desaliño.

Hasta una santidad ha de ser aliñada, que edifica al doble cuando se hermana con una religiosa urbanidad. Supo juntar superiormente entrambas cosas aquel gran patriarca arzobispo de Valencia, don Juan de Rivera; ¡qué aliñadamente que fué santo! y áun eternizó su piedad y su cultura en un suntuosamente sacro colegio, vinculando en sus doctos y ejemplares sacerdotes y ministros la puntualidad en ritos, la riqueza en ornamentos, la armonía en voces, la devocion en culto y el aliño en todo.

No gana la santidad por grosera, ni pierde tampoco por entendida; pues vemos hoy cortesana la santidad y santa la cortesía en otro patriarca, aunque no otro de aquel sino muy intimador, el ilustrísimo señor don Alonso Peréz de Guzman, que no se oponen la virtud y la discrecion; y con el mismo aplauso se celebran en aquel gran espejo de prelados, tan cultamente santo y erudito, el ilustrísimo señor don Juan de Palafox, obispo de la Puebla de los Ángeles, y pudiera en singular por su ilustrísima, pues se llamó primero en profecía. De esta suerte se ve y se admira hoy tan culta la santidad y tan aliñada la perfeccion.

No solamente ha de ser ascado el entendimiento, sino la voluntad tambien. Sean cultas las operaciones de estas dos superiores potencias, y si el saber ha de ser aliñado, ¿por qué el querer ha de ser á lo bárbaro y grosero?

Tus hermanos fueron el despejo, el buen gusto y el decoro, que todo lo hermosean y todo lo sazonan, no sola la corteza exterior del traje, sino mucho más el atavío interior, que son las prendas, los verdaderos arreos de la persona.

Pero ¿qué inculto, qué desaliñado tenía la comun barbaridad el mundo todo? Comenzó la culta Grecia á introducir el aliño, al paso que su imperio. Hicieron cultas sus ciudades, tanto en lo material de los edificios, como en lo formal de sus ciudadanos. Tenian por bárbaras á las demas naciones, y no se engañaban. Ellos inventaron los tres órdenes de la arquitectura para el adorno de sus templos y palacios, y las ciencias para sus célebres universidades. Supieron ser hombres, porque fueron cultos y aliñados.

Mas los romanos, con la grandeza de su ánimo y

poder, al paso que dilataron su monarquía, extendieron su cultura, no sólo la emularon á los griegos, sino que la adelantaron, desterrando la barbaridad de casi todo el mundo, haciéndole culto y aseado de todas maneras. Quedan aún vestigios de aquella grandeza y cultura en algunos edificios, y por blason el ordinario encarecimiento de lo bueno, ser obra de romanos. Rastréase el mismo artificioso aliño en algunas estatuas, que en fe de la rara destreza de sus artífices, eternizan la fama de aquellos héroes que representan. Hasta en las monedas y en los sellos se admira esta curiosidad, que en nada perdonaban al aliño y en nada dejaban parar la barbarie.

¡Oh célebre museo y plausible teatro de toda esta antigua, griega y romana cultura! así en estatuas, como en piedras; ya en sellos anulares, ya en monedas, vasos, urnas, láminas y camafeos, el de nuestro mayor amigo, el culto y erudito don Vincencio Juan de Lastanosa, honor de los romanos por su memoria; gloria de los aragoneses por su ingenio; quien quisiere lograr toda la curiosidad junta, frecuente su original museo; y quien quisiere admirar la docta erudicion y rara de la antigüedad, solicite el que ha estampado de las monedas españolas desconocidas, asunto verdaderamente grande, por lo raro y por lo primero.

Donde se extrema la romana cultura y el decoro, es en las inmortales obras de sus prodigiosos escritores. Allí lucen lo ingenioso de los que escriben y lo hazañoso de quienes escriben, compitiéndose la valentía de los ánimos de unos y la de los ingenios de los otros.

Conservan aún algunas provincias este heredado aliño, y la que más, la culta Italia, como centro de aquel imperio. Todas sus ciudades son aliñadas, así en lo político, como en el económico gobierno. En España reina la curiosidad más en las personas que en lo material de las ciudades, no porque sea mayor alabanza, que la barbaridad áun en lo poco lo es y desacredita. En Francia está tan válido el aliño, que llega á ser bizarría, digo en la nobleza. Estímanse las artes, venéranse las letras; la galantería, la cortesía, la discrecion, todo está en su punto. Préciánse los más nobles de más noticiosos y de leidos, que no hay cosa que más cultiven los hombres que el saber. Entre muchos varones eminentes luce hoy el prodigioso Francisco Filhol, presbítero y hebdomadario en la santa y metropolitana iglesia de San Estéban de Tolosa, varon de igual ingenio que gusto, como lo prueban sus dos bibliotecas, la primera de sus obras, y la segunda de las ajenas.

Hijos son tuyos el agrado y el provecho, que si en un jardin lo que más lisonjea, despues del buen delecto de las plantas y las flores, es la acertada disposicion de ellas, ¿cuánto más en el jardin del ánimo merecerán el gusto, la fragrancia de los dichos y la galantería de los hechos, realzados de la cultura?

Hállanse hombres naturalmente aliñados, en quienes parece que el aseo no es cuidado, sino fuerza; no perdonan al menor desórden en sus cosas; es en ellos *connatural la gala, así interior*, como exterior; tienen un corazon impaciente al desaliño. Hasta en los ejércitos afectaba Alejandro la cultura, que parecian más, dijo el Curcio, órdenes de compuestos senadores, que hileras de desbaratados soldados. Hay otros de un corazon tan dejado de sí mismo, que no cupo jamas en él cuidado ni artificio, cuanto ménos impaciencia; y así, todo cuanto obran lleva este desmedro de tosco y este deslucimiento de bárbaro.[1]

Es circunstancia el aliño que arguye tal vez mucha sustancia, porque nace de capacidad, y porque lo tuvo en componer un fuego, accion tan servil y tan vulgar; el Taicosama fué primero argumento y ocasion, despues de llegar á ser emperador del Japon, de siervo particular á ser amo universal; prodigiosa fortuna, que los leños aliñados por su mano le pusieron ó le trocaron en un cetro en ella misma.

Ésta es (¡oh cultísimo realce del varon discreto!) tu esplendorizada prosapia; ¿qué mucho que seas tan válido entre personas, que si no las supones, tú las haces? De esta suerte las tres Gracias informaban al aliño, asegurando que todo lo dicho lo habian copiado del culto, bizarro, galante, cortesano, lucido, práctico, erudito y sobre todo discreto, el excelentísimo señor don Duarte Fernandez Álvarez de Toledo, conde de Oropesa.

HOMBRE JUICIOSO Y NOTANTE.

APOLOGÍA.

Muy á lo vulgar discurrió Momo, cuando deseó la ventanilla en el pecho humano; no fué censura, sino desalumbramiento, pues debiera advertir que los zahoríes de corazones, que realmente los hay, no necesitan ni áun de resquicios para penetrar al más reservado interior. Ociosa fuera la transparente vidriera para quien mira con cristales de larga vista, y un buen discurso propio es la llave maestra del corazon ajeno.

Es varon juicioso y notante (hállanse pocos, y por eso más singulares), luégo se hace señor de cualquiera sujeto y objeto, Argos al atender y lince al entender. Sonda atento los fondos de la mayor profundidad, registra cauto los senos del más doblado disimulo, y mide juicioso los ensanches de toda capacidad. No le vale ya á la necedad el sagrado de su silencio, ni á la hipocresía la blancura del sepulcro. Todo lo descubre, nota, advierte, alcanza y comprende, difiniendo cada cosa por su esencia.

Todo grande hombre fué juicioso, así como todo juicioso grande; que realces en la misma superioridad de entendido, son extremos del ánimo. Bueno es ser noticioso, pero no basta, es menester ser juicioso; un eminente crítico vale primero en sí, y despues da su valor á cada cosa; califica los objetos y gradúa los sujetos; no lo admira todo ni lo desprecia todo; señala, sí, su estimacion á cada cosa.

Distingue luégo entre realidades ó apariencias, que la buena capacidad se ha de señorear de los objetos, no los objetos de ella, así en el conocer, como en el querer. Hay zahoríes de entendimiento, que miran

por dentro las cosas, no paran en la superficie vulgar, no se satisfacen de la exterioridad, ni se pagan de todo aquello que reluce; sírveles su critiquez de inteligente contraste, para distinguir lo falso de lo verdadero.

Son grandes descifradores de intenciones y de fines, que llevan siempre consigo la juiciosa contracifra. Pocas victorias blasonó de ellos el engaño, y la ignorancia ménos.

Esta eminencia hizo á Tácito tan plausible en lo singular, y venerado á Séneca en lo comun. No hay prenda más opuesta á la vulgaridad, ella sola es bastante á acreditar de discreto. El vulgo, aunque fué siempre malicioso, pero no juicioso; y aunque todo lo dice, no todo lo alcanza; raras veces discierne entre lo aparente y lo verdadero; es muy comun la ignorancia, y el error muy plebeyo. Nunca muerde sino la corteza, y así todo se lo bebe y se lo traga, sin acaso de mentira.

¡Qué es de ver uno de estos censores del valor y descubridores del caudal! ¡Cómo emprenden dar alcance á un sujeto! ¡Pues qué, si recíprocamente dos juiciosos se embisten á la par, con armas iguales de atencion y de reparo, deseando cada uno dar alcance á la capacidad del otro! ¡Con qué destreza se acometen! ¡Qué precision en los tientos! ¡Qué atencion á la razon! ¡Qué exámen de la palabra! Van brujuleando el ánimo, sondando los afectos, pesando la prudencia. No se satisfacen de uno ni de dos aciertos, que pudo ser ventura; ni de dos buenos dichos, que pudo ser armonía.

De esta suerte van haciendo anatomía del ánimo, exámen del caudal, registrando y ponderando tanto los discursos como los afectos; que de la excelencia de entrambos se integra una superior capacidad. No hay halcon que haga más puntas á la presa, ni Argos que más ojos multiplique, como ellos atenciones á la ajena atencion; de modo que hacen anatomía de un sujeto hasta las entrañas, y luégo le difinen por propriedades y esencia.

Es gran gusto encontrar con uno de éstos y ganarle, que si no es en fe de la amistad, no franquean su sentir; recátanse, que los que son prontos al censurar, son recatados al hablarlo; observan inviolablemente aquella otra gran treta de sentir con los pocos y de hablar con los muchos, pero cuando en seguro de amistad y á espaldas de la confianza desahogan su concepto, ¡oh, lo que enseñan! ¡Oh, lo que iluminan! Dan su categoría á cada uno, su vivo á cada accion, su estimacion á cada dicho, su calificacion á cada hecho, su verdad á cada intento. Admírase en ellos, ya extravagante reparo, ya la profunda observacion, la sutil nota, la juiciosa crísis, el valiente concebir, el prudente discurrir, lo mucho que se les ofrece y lo poco que se les pasa.

Tiembla de su crísis la más segura eminencia y depone la propia satisfaccion, porque sabe el rigor de su acertado juicio, que es el crisol de la fineza; pero la prenda que sale con aprobacion de su contraste, puede pasar y lucir donde quiera. Queda muy calificada, y más que con toda la vulgar estimacion; la cual, aunque sea extensa, no es segura, tiene á veces más de ruido que de aplauso; y así, no pudiendo mantenerse en aquel primero crédito, dan gran baja los ídolos del vulgo, porque no se apoyaron en la basa de la sustancial entereza. Vale más un sí de un valiente juicio de éstos, que toda la aclamacion de un vulgo; que no sin causa llamaba Platon á Aristóteles toda su escuela, y Antígono á Cenon todo el retrato de su fama.

Requiere, ó supónese este valentísimo realce, otros muchos en su esfera, lo comprensivo, lo noticioso, lo acre, lo profundo; y si supone unos, condena á otros, como son la ligereza en el creer, lo exótico en el concebir, lo caprichoso en el discurrir; que todo ha de ser acierto y entereza.

Pero nótese que el censurar está muy léjos del murmurar, porque aquél dice indiferencia, y éste predeterminacion á la malicia. Un integérrimo censor, así como celebra lo bueno, así condena lo malo, con toda equidad de diferencia. No encarga este aforismo que sea maleante el discreto, sino entendido; no que todo lo condene, que sería aborrecible destemplanza de juicio, ni tampoco que todo lo aplauda, que es pedantería. Hay algunos que luégo topan con lo malo en cualquier cosa, y áun lo entresacan de mucho bueno; conciben como víboras y revientan por parir, proporcionando castigo á la crueldad de sus ingenios; una cosa es ser Momo de mal gusto, pues se cura en lo podrido; otra es un integérrimo Caton, finísimo amante de la equidad.

Son éstos como oráculos juiciosos de la verdad, inapasionables jueces de los méritos; pero singulares, que no se rozan sino con otros discretos; porque la verdad no se puede fiar, ni á la malicia ni á la ignorancia, aquélla por mal fin y ésta por incapaz; mas cuando por suma felicidad se encuentran dos de éstos y se comunican sentimientos, crísis, discursos y noticias, señálese aquel rato con preciosa piedra y dedíquese á las Musas, á las Gracias y á Minerva.

Ni es solamente especulativa esta discrecion, sino muy práctica, especialmente en los del mando; porque á luz de ella descubren los talentos para los empleos, sondan las capacidades para la distribucion, miden las fuerzas de cada uno para el oficio, y pesan los méritos para el premio, pulsan los genios y los ingenios, unos para de léjos, otros para de cerca; y todo lo disponen, porque todo lo comprenden. Eligen con arte, no por suerte; descubren luégo los realces y los defectos en cada sujeto, la eminencia ó la medianía, lo que pudiera ser más y lo que ménos. No tiene aquí lugar la pia aficion, que primero es la conveniencia; no la pasion ni el engaño, los dos escollos celebrados de los aciertos; que si éste es engañarse, aquélla es un quererse engañar. Siempre integérrimos jueces de la razon, que sin ojos ven más, y sin manos todo lo tocan y lo tantean.

Gran felicidad es la libertad de juicio, que no la tiranizan, ni la ignorancia comun, ni la aficion especial; toda es de la verdad, aunque tal vez por seguridad y por afecto lo quiere introducir al sagrado de su interior, guardando su secreto para sí.

Demas de ser deliciosa, que realmente lo es esta gran comprension de los objetos, y más de los sujetos, de las cosas y de las causas, de los efectos y afectos, es provechoso tambien su mayor asunto, y áun cuidado es discernir entre discretos y necios, singulares y vulgares, para eleccion de íntimos; que así como la mejor treta del jugar es saber descartarse, así la mayor regla del vivir es el saber abstraer.

De esta suerte discurria con el autor el juicioso, el comprensivo, el grande entendedor de todo, el excelentísimo señor duque de Híjar, sucesor en lo entendido y discreto del renombre de Salinas y Alenquer, no sólo en el título, sino en la eminente realidad; que es eco este discurso de tan magistral oráculo.

CONTRA LA HAZAÑERÍA.

SÁTIRA.

¡Oh, gran maestro aquel que comenzaba á enseñar desenseñando! Su primera leccion era de ignorar, que no importa ménos que el saber. Encargaba, pues, Antistenes á sus Tirones desaprender siniestros, para mejor despues aprender aciertos.

Grande asunto es el conseguir singulares prendas, pero mayor es el huir vulgares defectos; porque uno sólo basta á eclipsarlas todas, y todas juntas no bastan á desmentirlo sólo. Por una pequeña travesura de una faccion, fué condenado todo un rostro á no parecer; y toda la belleza de las demas no es bastante á absolverle de feo.

Los defectos que por descarados son más conocidos, fácilmente lo declina cualquier medianamente discreto; pero hay algunos tan disimulados por revestidos de capa de perfeccion, que pretenden pasar plaza de realces, especialmente cuando se ven autorizados.

Uno de éstos es la hazañería, que aspira, no á excelencia como quiera, sino de las muy plausibles, y halla favor para ello en grandes personajes, ingiriéndose ya en las armas, ya en las letras, hasta en la misma virtud, y áun se roza con casi héroes; pero verdaderamente no lo son, pues con poco se llenan la boca y el estómago, no acostumbrado á grandes bocados de la fortuna.

Hacen muy del hacendado los que ménos tienen, porque andan á caza de ocasiones y las exageran, ya que las cosas valen ménos que nada, ellos las encarecen. Todo lo hacen misterio con ponderacion, y de cualquier poquedad hacen asombro. Todas sus cosas son las primeras del mundo, y todas sus acciones hazañas; su vida toda es portentos, y sus sucesos milagros de la fortuna y asuntos de la fama. No hay cosa en ellos ordinaria, todas son singularidades del valor, del saber y de la dicha, camaleones del aplauso, dando á todos hartazgos de risa.

Fué necio siempre todo desvanecimiento, mas la jactancia es intolerable. Los varones cuerdos aspiran ántes á ser grandes que á parecerlo. Éstos se contentan con sola la apariencia, y así, en ellos no es argumento de sublimidad el querer parecer, ántes bien de una verdadera poquedad, que cualquiera cosa le pareció mucho.

Nace la hazañería de una desvanecida poquedad, y de una abatida inclinacion, que no todos los ridículos andantes salieron de la Mancha, ántes entraron en la de su descrédito. Parecen increibles tales hombres, pero los hay de verdad, y tantos, que tropezamos con ellos y les oimos cada dia sus ridículas proezas, aunque más las quisiéramos huir; porque si allí es enfadosa siempre la soberbia, aquí reida; y por donde buscan los más la estimacion, topan con el desprecio; cuando se presumen admirados, se hallan reidos de todos.

No nace de alteza de ánimo, sino de vileza de corazon, pues no aspiran á la verdadera honra, sino á la aparente; no á las verdaderas hazañas, sino á la hazañería. De esta suerte hay algunos que no son soldados, pero lo desean ser, y lo afectan y lo procuran parecer, buscan las ocasiones y cualquiera niñería que se les ofrezca la celebran.

Muéstranse otros muy ministros, afectando celo y ocupacion, grandes hombres de hacer siempre negocio del no negocio; no hay chico pleito para ellos, de las motas levantan polvaredas, y de pocas cosas mucho ruido; véndense muy ocupados, hambreando reposo y tiempo; hablan de misterio en cada ademan ó gesto, encierran una profundidad entre exclamaciones y reticencias, de suerte que llevan más máquina que el artificio de Juanelo, de igual ruido y poco provecho.

Andan otros mendigando hazañas, hormiguillas del honor, que con un solo grano, que á veces más será paja, van afanados y satisfechos, que las valientes pías que tiran el plaustro de Céres, el carro del lucimiento; y es muy de gallinas cacarear todo un dia, y al cabo poner un huevo. Andan de parto soberbios y hinchados montes, y abortan despues un ridículo raton.

Gran diferencia hay de los hazañosos á los hazañeros, y áun oposicion; porque aquéllos, cuanto mayor es su eminencia, la afectan ménos; conténtanse con el hacer, y dejan para otros el decir; que cuando no, las mismas cosas hablan harto. Que si un César se comentó á sí mismo, excedió su modestia á su valor, no fué afectar la alabanza, sino la verdad; aquéllos dan las hazañas, éstos las venden y áun las encarecen, inventando trazas para ostentarlas; un acierto mecánico, despues de mil yerros civiles y áun criminales, lo blasonan, lo pregonan, y no hallando hartas plumas en las de la fama, alquilan plumas de oro, para que escriban lodo con asco de la cordura.

Pero que estos desvanecidos hagan hazañería de su nada, excusa tienen en su pasion, que al fin ella y su necedad, todo se cae en casa; pero que un gran necio de éstos haga tantos y mayores, dándoles á beber hasta hartar con sus disparates, y que estos idólatras de ignorancia veneren sus desatinos, es una inexcusable vulgarísima poquedad; no digo ya de los que políticos violentados de la dependencia, no les entra de los dientes adentro la ignorancia, así como les sale de solos los dientes afuera la afectada alaban-

za, porque éstos son lisonjeros de malicia; y como no procede de engaño, quedan absueltos de ignorancia, condenados á adulacion; pero que haya necios en causa y provecho de otro, es caerse la necedad en casa propia y la vanidad en la ajena.

No fueron triunfos los de Domiciano, sino hazañerías; de lo que no hicieran reparo un César, un Augusto, hacian aplauso Calígula y Neron; triunfaban tal vez por haber muerto un jabalí, que no era triunfo, sino porquería.

Las plumas de la fama no son de oro, porque no se alquilan, pero resuenan más que la sonora plata; no tienen precio, pero le dan á los méritos de aplausos.

DILIGENTE Y INTELIGENTE.

EMBLEMA.

Dos hombres formó Naturaleza, la Desdicha los redujo á ninguno; la Industria despues hizo uno de los dos. Cegó aquél, encojó éste, y quedaron inútiles entrambos. Llegó el Arte, invocada de la Necesidad, y dióles el remedio en el alternado socorro, en la recíproca dependencia.

Tú, ciego, le dijo, préstale los piés al cojo; y tú, cojo, préstale los ojos al ciego. Ajustáronse, y quedaron remediados. Cogió en hombros el que tenía piés al que le daba ojos, y guiaba el que tenía ojos al que le daba piés. Éste llamaba al otro su atlante, y aquél á éste su cielo.

Vió este prodigio de la Industria un varon juicioso, y reparando en él, codiciándole para un ingenioso emblema, preguntó bien, que ¿cuál llevaba á cuál? Y fuéle respondido de esta suerte.

Tanto necesita la diligencia de la inteligencia, como al contrario. La una sin la otra valen poco, y juntas pueden mucho. Ésta ejecuta pronta lo que aquélla detenida medita, y corona una diligente ejecucion los aciertos de una bien intencionada atencion.

Vimos ya hombres muy diligentes, obradores de grandes cosas, ejecutivos, eficaces, pero nada inteligentes; y de uno de ellos dijo un crítico frescamente, alabando otros su diligencia: «Que si el tal fuera tan inteligente como era diligente, fuera sin duda un gran ministro del monarca grande.»

Pero á éstos nada se les puede fiar á solas, pues el mayor riesgo corre en su correr; yerran aprisa, si los dejan, y emplean toda su eficacia en desaciertos; no es aquello acabar los negocios, sino acabar con ellos, que parece que corren á la posta, digo á caballo todo, sin caer jamas de su necedad. Es lo bueno que comunmente estos tales aborrecen el consejo y lo truecan en ejecucion.

Pasion es de necios el ser muy diligentes, porque como no descubren los topes, obran sin reparos; corren, porque no discurren; y como no advierten, tampoco advierten que no advierten; que quien no tiene ojos para ver, ménos los tendrá para verse.

Hay sujetos que son buenos para mandados, porque ejecutan con felicísima diligencia; mas no valen para mandar, porque piensan mal y eligen peor, tropezando siempre en el desacierto. Hay hombres de todos gremios, unos para primeros y otros para segundos.

Pero no es menor infelicidad la de una grande inteligencia sin ejecucion; marchítanse en flor sus concebidos aciertos, porque los comprendió el hielo de una irresolucion y pérdida de aquella su fragrante esperanza, se malogran con el dejamiento.

Resuelven algunos con extremada sindéresis, decretan con plausible eleccion y piérdense despues en las ejecuciones, malogrando lo excelente de sus dictámenes con la ineficacia de su remision; arrancan bien y paran mal, porque pararon; discurren mucho, que es lo más; hacen juicio y áun aprecio de lo que conviene, y por una ligera fatiga del ejecutarlo lo dejan todo perder. Otros hay poco aplicados á lo que más importa, y se apasionan por lo que ménos conviene, hasta llegar á tener antipatía con su obligacion; que no siempre se ajustan el genio y el empleo, y topando más dificultad en lo que abrazan, el gusto todo lo vence; de suerte que nace la fuga más de horror que de temor, más de enfado que de trabajo. Es dón, y grande, la buena aplicacion, que no siempre se casa ni con el oficio ni con el cargo, aunque sea soberano. ¡Qué de veces degenera de lo heroico y se destina á una vulgarísima nada!

Bien que todos los sabios son detenidos, que del mucho advertir nace el reparar; así como descubren todos los inconvenientes, querrian tambien prevenir todos los remedios; con esto raras veces recae la diligencia sobre la inteligencia. En los que gobiernan se desea aquélla, y ésta en los que pelean, y si concurren, hacen un prodigio.

Fué la mayor presteza en Alejandro madre de la mayor ventura; conquistólo todo (decia él mismo), dejando nada para mañana; ¿qué hiciera para otro año? Pues César, aquel otro ejemplar de héroes, decia que sus increibles empresas, ántes las habia concluido que consultado, ó porque su misma grandeza no le espantase, ó porque áun el pensarlas no le detuviese; gran palabra suya el vamos, y nunca el vayan los otros. Basta la presteza á hacer rey de las fieras al leon, que aunque muchas de ellas le ganan, unas en armas, otras en cuerpo y otras en fuerzas, él las vence á todas en fe de su presteza.

Éste es aquel excedido exceso que entre sí mantienen los valerosos españoles y los belicosos franceses, igualando el cielo la competencia, contrapesando la prudencia española á la presteza francesa. Opuso la detencion de aquéllos á la cólera de éstos; lo que le falta al español de prontitud, lo suple con el consejo; y al contrario, la temeridad en el frances es lustre de su increible diligencia. Con esto andan equivocadas las victorias y paralelos los sucesos, segun las contingencias y los tiempos. Tomóles el pulso César á entrambas naciones, y venció á la una previniendo, y á la otra esperando. Á entrambas pudiera encargar el grande Augusto su *festina lente* en empresas, y hiciera un medio muy acertado.

Tiene lo bueno muchos contrarios, porque es raro, y los males muchos; para lo malo todo ayuda. El ca-

mino de la verdad y del acierto es único y dificultoso; para la perdicion hay muchos médicos y pocos remedios. Contra lo conveniente todas las cosas se conjuran, las circunstancias se despintan, la ocasion pasando, el tiempo huyendo, el lugar faltando, la sazon mintiendo y todo desayudando; pero la inteligencia y la diligencia todo lo vence.

DEL MODO Y AGRADO.

CARTA AL DOCTOR DON BARTOLOMÉ DE MORLANES, CAPELLAN DEL REY, NUESTRO SEÑOR, EN LA SANTA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR DE ZARAGOZA.

Por este gran precepto, señor mio, mereció Cleobulo ser el primero de los sabios; luégo él será el primero de los preceptos. Mas si el enseñarlo basta á dar renombre de sabio, y el primero, ¿qué le quedará para el que lo observa? Que el saber las cosas y no obrallas, no es ser filósofo, sino gramático.

Tanto se requiere en las cosas la circunstancia, como la sustancia; ántes bien lo primero con que topamos no son las esencias de las cosas, sino las apariencias; por lo exterior se viene en conocimiento de lo interior, y por la corteza del trato sacamos el fruto del caudal; que áun á la persona que no conocemos, por el porte la juzgamos.

Es el modo una de las prendas del mérito, y que cae debajo de la atencion; puédese adquirir, y por eso la falta de ello es inexcusable; bien que en algunos tiene principio del buen natural, pero su complemento de la industria; en otros toda es del arte, que puede el cuidado de ésta suplir los olvidos de aquélla, y áun mejorarlos; pero cuando se juntan hacen un sujeto agradable, con igual facilidad y felicidad.

Es tambien de las bellezas transcendentales á todas las acciones y empleos. Fuerte es la verdad, valiente la razon, poderosa la justicia; pero sin un buen modo todo se desluce, así como con él todo se adelanta. Cualquiera falta suple áun las de la razon, los mismos yerros dora, las fealdades afeita, desmiente los desaires y todo lo disimula.

¡Qué de materias graves y importantes se gastaron por un mal modo, y qué de ellas ya de desahuciadas se mejoraron y concluyeron por el bueno!

No basta el grande celo en un ministro, el valor en un caudillo, el saber en un docto, la potencia en un príncipe, si no lo acompaña todo esta importantísima formalidad. Es político adorno de los cetros, esmalte de las coronas; ántes bien en ningun otro empleo es más urgente que en el mandar. Obliga mucho que los superiores más recaban humanos que despóticos. Ver en un príncipe que cediendo á la superioridad se vale de la humanidad, obliga doblado; primero se ha de reinar en las voluntades y despues en la posibilidad. Concilia la gracia de las gentes, y áun el aplauso, si no por naturaleza, por arte; que el que lo admira, no mira si es propio ó si es postizo, gózalo con lamacion.

tan útil como acepto. Cosas hay que valen poco por su ser, y se estiman por su modo. Pudo dar [illegible] vedad á lo pasado y ayudarle á volver, y áun [illegible] vez. Si las circunstancias son á lo práctico, desmienten lo cansado de lo viejo. Siempre va el gusto [illegible]lante, nunca vuelve atras; no se ceba en lo que pasó, siempre pica en la novedad; pero puédesele [illegible]gañar con lo flamante del modillo. Remózanse las cosas con las circunstancias, y desmiénteseles el [illegible] de lo rancio y el enfado de lo repetido, que suele [illegible] intolerable y más en imitaciones, que nunca pueden llegar ni á la sublimidad ni á la novedad de prim[illegible].

Vese esto más en los empleos del ingenio, que [illegible]que sean las cosas muy sabidas, si el modo del decirlas en el retórico y del escribirlas en el historiador fuere nuevo, las hace apetecibles.

Cuando las cosas son selectas, no cansa el repetirlas hasta siete veces; pero aunque no enfadan, [illegible] admiran, y es menester guisallas de otra manera para que soliciten la atencion; es lisonjera la novedad, hechiza el gusto, y con sólo variar de sainete [illegible] renuevan los objetos, que es gran arte de agradar.

¡Cuántas cosas muy vulgares y ordinarias las pu[illegible] realzar á nuevas y excelentes, y las vendió á precio de gusto y de admiracion! Y al contrario, por escogidas que sean, sin este sainete no pican el gusto [illegible] consiguen el agrado.

Préciase de discreto y lo es. Las mismas cosas dirá uno que otro, y con las mismas lisonjeará éste y ofenderá aquél. Tanta diferencia y importancia puede caber en el cómo, y tanto recaba un buen término [illegible] desazona el malo; y si la falta de él es tan notable, ¿qué será un modo positivamente malo y afectadamente desapacible, y más en personas de emple[illegible] universal? Y vimos en muchos, y áun censuramos. que la afectacion, la soberbia, la sequedad, la grosería, la insufribilidad y otras monstruosidades paralelas, los hicieron inaccesibles. Pequeño desman es, ponderaba un sabio, el sobrecejo en tí, y basta á desazonar toda la vida; al contrario, el agrado del semblante promete el del ánimo, y la hermosura afianza la suavidad de la condicion.

Sobre todo se precia de dorar el no, de suerte que se estime más que un sí desazonado; azucara con tanta destreza las verdades, que pasan plaza de lisonjas, y tal vez cuando parece que lisonjea, desengaña, diciéndole á uno, no lo que es, sino lo que ha de ser.

Él es único refugio de cuantos les falta el natural, que entónces se socorren del modo, y alcanzan más con el cuidado que otros con la natural perfeccion; suple faltas esenciales, y con ventajas en todos los superiores y ínfimos empleos; lo bueno es que no se puede definir, porque no se sabe en qué consiste; ó si no, digamos que son todas las tres Gracias juntas en un compuesto de toda perfeccion.

Y porque no apelemos siempre de prodigios á la antigüedad, ni ménos lo heroico de lo pasado, veneró moderna la admiracion y celebró el universal aplauso en su punto, digo en su extremo, esta galante prenda en la católica, en la heroica y tambien grande, la reina, nuestra señora, doña Isabel de Borbon, aque-

lla que no ya prosiguió, sino que adelantó la gloria del renombre y la felicidad de los aciertos de las Isabelas Católicas de España. Entre singulares muchos coronados realces, sobreostentaba un tan bizarro modo, un tan soberano agrado, que de robar los corazones de sus vasallos, llegó á hechizar los afectos; más recababa una humanidad suya, que toda una real divinidad. Obró mucho en poco tiempo, vivió plausible, murió llorada. Envidiáronla, ó la muerte el alzarse con el mundo, ó el cielo lo ángel y lo santo. Arrebatáronla entrambos á nuestra mejorada dicha, consiguiendo así el renombre de deseada, que es el primero en las reinas, y allá la gloria, que es la última felicidad.

ARTE PARA SER DICHOSO.

FÁBULA.

Tiene la mentida fortuna muchos quejosos y ningun agradecido, llega éste descontento hasta las bestias, ¿pero á quién mejor? El más quejoso de todos es el más simple. Íbase éste cuajando de corrillo en corrillo, y hallaba, no sólo compasion, pero aplauso, especialmente en el vulgo.

Un dia, pues, aconsejado de muchos y acompañado de ninguno, dicen que se presentó en la audiencia general del soberano Júpiter; aquí profundamente humilde, que le es de agradecer á un necio, y otorgada la inestimable licencia de ser escuchado, pronunció mal esta peor trazada arenga:

«Integérrimo Júpiter, que justiciero y no vengador te deseo; aquí tienes ante tu majestuosa presencia el más infeliz, sobre ignorante, de los brutos, solicitando, no tanto la venganza de mis agravios, cuanto el remedio de mis desdichas. ¿Cómo pasa ¡oh númen eterno! tu entereza por la impiedad de la fortuna, sólo para mí ciega, tirana y áun madrastra? Ya que la naturaleza me hizo el más simple de los animales, que es decir cuanto se puede, ¿por qué esta cruel, á tanta carga ha de añadir la sobrecarga de desdichado, violando el uso y atropellando la costumbre? Me hace ser necio y vivir descontento, persigue la inocencia y favorece la malicia; el soberbio leon triunfa, el tigre cruel vive, la vulpeja, que á todos engaña, de todos se rie; el voraz lobo pasa, yo solo, que á ninguno hago mal, de todos le recibo; como poco, trabajo mucho, nada del pan, todo del palo; tráeme desaliñado, y yo, que me soy feo, no puedo parecer entre gentes, y sirvo de acarrear villanos, que es lo que más siento.»

Conmovió grandemente esta lastimosa proclamacion á todos los circunstantes; sólo Júpiter severo, que no se inmuta á sí vulgarmente, alargó la mano sobre que habia estado, no tanto recodado, cuanto reservando para la otra parte aquel oido, hizo ademan que llamasen, para dar su descargo á la fortuna.

Partieron en busca de ella muchos soldados, estudiantes y pretendientes; anduvieron por muchas partes, y en ninguna la hallaban. Preguntaban á unos y á otros, y ninguno sabía dar razon. Entraron en la casa del poderoso Mando, y era tanta la confusion y la priesa con que todos, sin discurrir, se movian, que no hallaron quien les respondiese ni áun les escuchase, aunque toparon con muchos. Discurrieron ellos que sin duda no debia de estar entre tanto desasosiego, y no se engañaron. Pasaron á la casa de la Riqueza, y aquí les dijo el Cuidado que habia estado, pero muy de paso, no más de para encomendar algunos haces de espinas y unos talegones de leznas. Entraron en la quinta de la Hermosura, que está muy cerca del sexto, para pagarlo por las setenas; toparon con la Necedad, y sin preguntaros más, pasaron á la de la Sabiduría; respondióles la Pobreza que tampoco estaba allí, pero que de dia en dia la aguardaba.

Sola les quedaba ya otra casa, que estaba sola á la derecha acera. Llamaron, por estar muy cerrada, y salió á responderles una tan hermosa doncella, que creyeron ser alguna de las tres Gracias, y así, le preguntaron, ¿cuál era? Respondió con notable agrado que era la Virtud. En esto salia ya de allá dentro, y de lo más interior, la Fortuna, muy risueña; intimáronla el mandato, y obedeció ella, como suele, volando á ciegas.

Llegó muy reverente al sacro trono, y todos los del cortejo la hicieron muchas cortesías, y áun zalemas, por recambiarlas. ¿Qué es esto, oh Fortuna, dijo Júpiter, que cada dia han de subir á mí las quejas de tu proceder? Bien veo cuán dificultoso es el asunto de contentar, cuanto más á muchos, y á todos imposible; tambien me consta que á los más les va mal, porque les va bien, y en lugar de agradecer lo mucho que les sobra, se quejan de cualquier poco que les falte; es abuso entre los hombres nunca poner los ojos en el saco de las desdichas de los otros, sino en el de las felicidades, y al contrario en sí mismos; miran el lucimiento del oro de una corona, pero no el peso ó el pesar. Por tanto, yo nunca hago caso de sus quejas, hasta ahora; que las de éste, de todas maneras infeliz, traen alguna apariencia.

Mirósele la Fortuna de reojo, iba á sonreirse, pero advirtiendo dónde estaba, mesuróse, y muy caricompuesta dijo: «Supremo Júpiter, una palabra sota quiero que sea mi descargo, y sea ésta: si él es un asno, ¿de quién se queja?» Fué muy reida de todos la respuesta, y del mismo Jove aplaudida; y en confirmacion de ella y enseñanza del necio acusador, más que consuelo, le dijo:

«Infeliz bruto, nunca vos fuérades tan desgraciado, si fuérades más avisado. Andad, y procurad ser de hoy en adelante despierto como el leon, prudente como el elefante, astuto como la vulpeja y cauto como el lobo. Disponed bien los medios, y conseguiréis vuestros intentos; y desengáñense todos los mortales (dijo alzando la voz), que no hay más dicha ni más desdicha que prudencia ó imprudencia.

CORONA DE LA DISCRECION.

PANEGIRIS.

Caerian á la lengua los huesos del cuerpo humano, su tan numerada flaqueza; ponderaban aquella su

[illegible]dad, con que no tenia en inficionarse el mismo entendimiento, y no trataban de mejorar os mi[illegible] empeños de su [illegible].

Pero la lengua, no [illegible] á sí misma, [illegible] con el corazon, [illegible] principio de la vida [illegible] de las demas [illegible] tambien de carne todo el [illegible] con el cerebro, que siendo asiento de la [illegible] aquella que ella [illegible] porque [illegible] por sí, el corazon representando al [illegible] y el cerebro [illegible] su mucha estabilidad.

Viendo la lengua lo que la miraban, sacando fuerzas de su propia flaqueza, dijo: «¿Qué tan débil os parezco? Pues advertid que si yo quiero, soy más fuerte que el más sólido de todos vosotros; aquí donde me veis toda de carne, basto yo á quebrantar diamantes, que no digo los huesos. Riéronlo mucho todos, especialmente los dientes, que hicieron amago de detenella, como suelen. «Sí, yo lo digo, repitió ella, y lo probaré con tal evidencia, que todos lo confeseis con aclamacion. Sabed, y nótelo todo el mundo, que cuando yo digo la verdad, soy lo fuerte de lo fuerte; nadie entónces me puede contrastar, y en fin de ella, todo lo sujeto.

»Fuerte es un rey, que todo lo acaba; más fuerte es una mujer, que todo lo recaba; fuerte es el vino, que ahoga la razon, pero más fuerte es la verdad, y yo, que la mantengo. «Verdad, verdad, exclamaron todos, y diéronse por vencidos. Quedó triunfante la Lengua, haciéndose mil en repetir y en celebrar este victorioso suceso.

Tiene esta gran reina su retiro en el corazon y su tribunal en la lengua; aquí vienen á parar todas las causas, si no de primera instancia, por apelacion de desengaño.

Así sucedió en aquella célebre contienda que tuvieron entre sí las más sublimes prendas de un varon consumadamente perfecto, sobre el ya globo de oro, para ápice de su inmortal corona. Contendian la alteza de ánimo, la majestad de espíritu, la estimacion, la reputacion, la universalidad, la ostentacion, la galantería, el despejo, la plausibilidad, el buen gusto, la cultura, gracia de las gentes, la retentiva, lo noticioso, lo juicioso, lo inapasionable, lo desafectado, la seriedad, el señorío, la espera, lo agudo, el buen modo, lo práctico, lo ejecutivo, lo atento, la simpatía sublime, la incomprensibilidad, la indefinibilidad, con otras muchas de este porte y grandeza.

Comenzó al principio por una generosa emulacion, y vino á parar despues en un bando tan declarado cuan esclarecido; no sólo ya entre las mismas prendas, sino entre los valedores de ellas. Eran éstos, aunque pocos, singulares, los mayores hombres de los siglos, gigantes todos de la fama, prodigios de las eminencias; al fin, todos ellos inmortales héroes.

Competian como apasionados y diligenciaban como poderosos, adelantando cada uno su realce; los sabios por razon, los valerosos por fuerza y los poderosos por autoridad. Fué tal el teson de inmortalicon tal inflamacion de aplauso, que se vió arder el reino de la heroicidad en esta lucida guerra.

Discurria [illegible] segun los tiempos, los [illegible] con que cada uno [illegible] se declaraba la victoria. [illegible] que el [illegible] de [illegible] ilusion. [illegible] las demas [illegible] de [illegible] y no de la contienda: [illegible] remitieronse al acierto de una [illegible] sentencia. Mas de una dificultad [illegible] fueron en otra mayor, y fue [illegible] tiran.

Porque Astrea, muchos dias ha que [illegible] el mundo, se retiró al cielo; [illegible] parse todos: porque la murmuracion [illegible] la malicia, ni hay arbitrio: todo lo condena. Sola [illegible] la Verdad, mas ella ha muchos siglos que [illegible] ta, retirándose á su interior. [illegible] y aun muda. Con todo eso, á ruego de los [illegible] los sabios, y pidiendo primero salvoconducto [illegible] reyes, que por esta sola vez se lo concedieron. [illegible] ver más hermosa cuanto más de cerca, [illegible] cuanto más desnuda, que tomó de la [illegible] el nombre la belleza; traia poco sequito, [illegible] do; y aunque aborrecida de muchos, [illegible] todos.

Sentóse en su tribunal á la luz del mediodía. Comenzaron á informar las partes, haciéndose [illegible] minos, al modo que quedan referidos. [illegible] das, y con tal singularidad á cada una, que [illegible] delantarse á ella; mas al cabo se declaró diciendo:

«Eminentísimos realces del varon culto, plausibles prendas del varon discreto; confieso [illegible] que á todos os admiro y á todas os celebro, pero no puedo dejar de decir la verdad, por no faltarme á mí misma. Digo, pues, que brilla un sol de los [illegible] lucimiento de las prendas, esplendor de la [illegible] dad, y de la discrecion complemento. Tiene [illegible] esfera, religiosa ara en aquel cristiano [illegible] Luis Mendez, idea mayor de esta prime[illegible] Llamóla Séneca el único bien del hombre; Aristóteles, su perfeccion; Salustio, blason inmortal; Ciceron, causa de la dicha; Apuleyo, semejanza de la divinidad; Sófocles, perpétua y constante riqueza; Eurípides, moneda escondida; Sócrates, vaso de la fortuna; Virgilio, hermosura del alma; Caton, fundamento de la autoridad; llevándola á ella sola, llevaba todo el bien Biante; Isócrates la tuvo por su posesion, Menandro por su escudo, y por su mejor aljaba Horacio; Valerio Máximo no la halló precio, Plauto la hizo premio de sí misma, y el plausible César la llamó fin de las demas; y yo, en una palabra, la entereza.

CULTA REPARTICION

DE LA VIDA DE UN DISCRETO.

Mide su vida el sabio, como el que ha de vivir poco y mucho. La vida sin estancias, es camino largo sin mesones; pues ¡qué si han de pasar en compañía de Heráclito! La misma naturaleza, atenta, proporcionó

el vivir del hombre con el caminar del sol, las estaciones del año con las de la vida, y los cuatro tiempos de aquél con las cuatro edades de ésta.

Comienza la primavera en la niñez, tiernas flores, en esperanzas frágiles.

Síguese el estío caluroso y destemplado de la mocedad, de todas maneras peligroso, por lo ardiente de la sangre y tempestuoso de las pasiones.

Entra despues el deseado otoño de la varonil edad, coronado de sazonados frutos, en dictámenes, en sentencias y en aciertos. Acaba con todo el invierno helado de la vejez, cáense las hojas de los bríos, blanquea la nieve de las canas, hiélanse los arroyos de las venas, todo se desnuda de dientes y de cabellos, y tiembla la vida de su cercana muerte. De esta suerte alternó la naturaleza las edades y los tiempos.

Emula el arte, intenta repartir la moral vida, ingeniosamente vária. En una palabra la dijo Pitágoras, y áun ménos, pues en una sola letra y en sus dos ramos cifró los dos caminos tan opuestos del mal y del bien. Á este arriesgado vivió, dicen quo llegó Alcídes al amanecer; que la razon es aurora, y aquí fué su comun perplejidad. Miraba el de la diestra con horror, y con aficion el de la siniestra. Estrecho aquél y dificultoso, al fin cuesta arriba, y por el consiguiente desandado; espacioso éste, y fácil tan á cuesta abajo, cuan trillado. Paró aquí, reparando cuán superior mano le guió impulsiva por el camino de la virtud al paradero de heroicidad.

Donosamente discurrió uno, y dulcemente lo cantó otro; el falcon, que se convirtió en cisne. Diéronle al hombre treinta años suyos para gozarse y gozar, veinte despues prestados del jumento para trabajar, otros tantos del perro para ladrar, y veinte últimos de la mona para caducar; excelentísima ficcion de la verdad.

Mas ahorrando de erudita prolijidad. Célebre gusto fué el de aquel varon galante, que repartió la comedia en tres jornadas, y el viaje de su vida en tres estaciones. La primera empleó en hablar con los muertos. La segunda con los vivos. La tercera consigo mismo. Descifremos el enigma. Digo, que el primer tercio de su vida destinó á los libros, leyó, que fué más fruicion que ocupacion; que si tanto es uno más hombre cuanto más sabe, el más noble empleo será el aprender; devoró libros, pasto del alma, delicias del espíritu; gran felicidad, topar con los selectos en cada materia; aprendió todas las artes dignas de un noble ingenio, á distincion de aquellas que son para esclavas del trabajo.

Previnose para ellas con una tan precisa cuanto enfadosa cognicion de lenguas; las dos universales, latina y española, que hoy son las llaves del mundo, y las singulares griega, italiana, francesa, inglesa y alemana, para poder lograr lo mucho y bueno que se eterniza en ellas.

Entregóse luégo á aquella gran madre de la vida, esposa del entendimiento y hija de la experiencia, la plausible historia, la que más deleita y la que más enseña. Comenzó por las antiguas, acabó por las modernas, aunque otros practiquen lo contrario. No perdonó á las propias ni á las extranjeras, sagradas y profanas, con eleccion y estimacion de los autores, con distincion de los tiempos, eras, centurias y siglos; comprension grande de las monarquías, repúblicas, imperios, con sus aumentos, declinaciones y mudanzas; el número, órden y calidades de sus príncipes; sus hechos en paz y en guerra, y esto con tan feliz memoria, que parecia un capacísimo teatro de la antigüedad presente.

Paseó los deliciosísimos jardines de la poesía, no tanto para usarla, cuanto para gozarla, que es ventaja y áun decencia: con todo eso, ni fué tan ignorante que no supiese hacer un verso, ni tan inconsiderado que hiciese dos. Leyó todos los verdaderos poetas, adelantando mucho el ingenio con sus dichos y el juicio con sus sentencias; y entre todos dedicó el seno al profundo Horacio y la mano al agudo Marcial, que fué darle la palma, entregándolos todos á la memoria y más al entendimiento. Con la poesía juntó la gustosa humanidad, y por renombre las buenas letras, atesorando una relevante erudicion.

Pasó á la filosofía, y comenzando por lo natural, alcanzó las causas de las cosas, la composicion del universo, el artificioso sér del hombre, las propiedades de los animales, las virtudes de las hierbas y las calidades de las piedras preciosas. Gustó más de lo moral, pasto de muy hombres, para dar vida á la prudencia; y estudióla en los sabios y filósofos, que nos la vincularon en sentencias, apotegmas, emblemas y apólogos. Gran discípulo de Séneca, que pudiera ser Lucilio; apasionado de Platon, como divino, de los siete de la fama, de Epitecto y de Plutarco, no despreciando al útil y donoso Esopo.

Supo con misterio la cosmografía, la material y la formal, midiendo las tierras y los mares, distinguiendo los parajes y los climas; las cuatro partes hoy del universo, y en ellas las provincias y naciones, los reinos y repúblicas, ya para saberlo, ya para hablarlo, y no ser de aquellos tan vulgares, ó por ignorantes ó por dejados, que jamas supieron dónde tenian los piés. De la astrología supo lo que permite la cordura. Reconoció los celestes orbes, notó sus varios movimientos, numeró sus astros y planetas, observando sus influencias y efectos.

Coronó su práctica estudiosidad con una contínua grave leccion de la sagrada Escritura, la más provechosa, vária y agradable al buen gusto, y al ejemplo de aquel fénix de reyes, don Alfonso el Magnánimo, que pasó de cabo á cabo la *Biblia* catorce veces con comento, en medio de tantos y tan heroicos empleos.

Consiguió con esto una noticiosa universalidad, de suerte que la filosofía moral le hizo prudente; la natural, sabio; la historia, avisado; la poesía, ingenioso; la retórica, elocuente; la humanidad, discreto; la cosmografía, noticioso; la sagrada leccion, pío, y todo él en todo género de buenas letras consumado, que pudiera competir con el excelentísimo señor don Sebastian de Mendoza, conde de Coruña. Éste fué el grande y primer acto de su vida.

Empleó el segundo en peregrinar, que fué gustoso

peregrino; segunda felicidad para un hombre de curiosidad y buena nota. Buscó y gozó de todo lo bueno y lo mejor del mundo; que quien no ve las cosas no goza enteramente de ellas: va mucho de lo visto á lo imaginado: más gusta de los objetos el que los ve una vez que el que muchas; porque aquélla se goza y las demas enfadan: consérvase en aquellas primicias el gusto sin que las roce la continuidad: el primer dia es una cosa para el gusto de su dueño; todos los demas para el de los extraños.

Adquiérese aquella ciencia experimental, tan estimada de los sabios, especialmente cuando el que registra atiende y sabe reparar, examinándolo todo ó con admiracion ó con desengaño.

Trasegó, pues, todo el universo, y paseó todas sus políticas provincias, la rica España, la numerosa Francia, la hermosa Inglaterra, la artificiosa Alemania, la valerosa Polonia, la amena Moscovia y todo junto en Italia; admiró sus más célebres emporios, solicitando en cada ciudad todo lo notable, así antiguo como moderno; lo magnífico de sus templos, lo suntuoso de sus edificios, lo acertado de su gobierno, lo entendido de sus ciudadanos, lo lucido de su nobleza, lo docto de sus escuelas y lo culto de su trato.

Frecuentó las córtes de los mayores príncipes, logrando en ellas todo género de prodigios de la naturaleza y del arte en pinturas, estatuas, tapicerías, librerías, joyas, armas, jardines y museos.

Comunicó con los primeros y mayores hombres del mundo, eminentes, ya en letras, ya en valor, ya en las artes, estimando toda eminencia; y todo esto con una juiciosa comprension, notando, censurando, cotejando y dando á cada cosa su merecido precio.

La tercera jornada de tan bello vivir, la mayor y la mejor, empleó en meditar lo mucho que habia leido y lo más que habia visto. Todo cuanto entra por las puertas de los sentidos en este emporio del alma va á parar á la aduana del entendimiento; allí se registra todo. Él pondera, juzga, discurre, infiere y va sacando quintas esencias de verdades. Traga primero leyendo, devora viendo, rumia despues meditando, desmenuza los objetos, desentraña las cosas averiguando las verdades, y aliméntase el espíritu de la verdadera sabiduría.

Es destinada la madura edad para la contemplacion, que entónces cobra más fuerzas el alma cuando las pierde el cuerpo, reálzase la balanza de la parte superior lo que descaece la inferior. Hácese muy diferente concepto de las cosas, y con la madurez de la edad se sazonan los discursos y los afectos.

Importa mucho la prudente reflexion sobre las cosas, porque lo que de primera instancia se pasó de vuelo, despues se alcanza á la revista.

Hácese noticioso el ver, pero el contemplar hace sabios. Peregrinaron todos aquellos antiguos filósofos discurriendo primero con los piés y con la vista, para despues con la inteligencia, con la cual fueron tan raros. Es corona de la discrecion el saber filosofar, sacando de todo, como solícita abeja, ó la miel del gustoso provecho ó la cera para la luz del desengaño. La misma filosofía no es otro que meditacion de la muerte, que es menester meditarla muchas veces ántes para acertar á hacer bien una sola despues.

ORÁCULO MANUAL Y ARTE DE PRUDENCIA,

SACADA DE LOS AFORISMOS QUE SE DISCURREN

EN LAS OBRAS DE BALTASAR GRACIAN.

Todo está ya en su punto, y el ser persona en el mayor: más se requiere hoy para un sabio que antiguamente para siete, y más es menester para tratar con un solo hombre en estos tiempos que con todo un pueblo en los pasados.

Genio y ingenio: los dos ejes del lucimiento de prendas. El uno sin el otro, felicidad á medias: no basta lo entendido, deséase lo genial: infelicidad de necio errar la vocacion en el estado, empleo, region, familiaridad.

Llevar sus cosas con suspension. La admiracion de la novedad es estimacion de los aciertos. El jugar á *juego descubierto ni es* de utilidad ni de gusto. El no declararse luégo suspende, y más donde la sublimidad del empleo da objeto á la universal espectacion, amaga misterio en todo, y con su misma arcanidad provoca la veneracion. Áun en el darse á entender se ha de huir la llaneza, así como ni el trato se ha de permitir el interior á todos. Es el recatado silencio sagrado de la cordura. La resolucion declarada nunca fué estimada; ántes se permite á la censura, y si saliere azar, será dos veces infeliz. Imítase, pues, el proceder divino para hacer estar á la mira y al desvelo.

El saber y el valor alternan grandeza; porque lo son, hacen inmortales: tanto es uno cuanto sabe, y

el sabio todo lo puede. Hombre sin noticias, mundo á obscuras. Consejo y fuerzas, ojos y manos; sin valor es estéril la sabiduría.

Hacer depender. No hace el númen el que lo adora; el sagaz más quiere necesitados de sí que agradecidos. Es robarle á la esperanza cortés, fiar del agradecimiento villano, que lo que aquélla es memoriosa es éste olvidadizo. Más se saca de dependencia que de la cortesía: vuelve luégo las espaldas á la fuente el satisfecho, y la naranja exprimida cae del oro al lodo. Acabada la dependencia, acaba la correspondencia, y con ella la estimacion. Sea leccion, y de prima en experiencia, entretenerla, no satisfacerla, conservando siempre en necesidad de sí áun al coronado patron; pero no se ha de llegar al exceso de callar para que yerre, ni hacer incurable el daño ajeno por el provecho proprio.

Hombre en su punto. No se nace hecho: vase de cada dia perfecionando en la persona, en el empleo, hasta llegar al punto del consumado sér, al complemento de prendas, de eminencias: conocerse ha en lo realzado del gusto, purificado del ingenio, en lo maduro del juicio, en lo defecado de la voluntad. Algunos nunca llegan á ser cabales; fáltales siempre un algo: tardan otros en hacerse. El varon consumado, sabio en dichos, cuerdo en hechos, es admitido, y áun deseado del singular comercio de los discretos.

Excusar victorias del patron. Todo vencimiento es odioso, y del dueño ó necio ó fatal. Siempre la superioridad fué aborrecida, cuanto más de la misma superioridad. Ventajas vulgares suele disimular la atencion, como desmentir la belleza con el desaliño. Bien se hallará quien quiera ceder en la dicha y en el genio; pero en el ingenio ninguno, cuanto ménos una soberanía: es éste el atributo rey, y así cualquier crímen contra él fué de lesa majestad. Son soberanos y quieren serlo en lo que es más. Gustan de ser ayudados los príncipes, pero no excedidos, y que el aviso haga ántes viso de recuerdo de lo que olvidaba, que de luz de lo que no alcanzó. Enséñannos esta sutileza los astros con dicha, que aunque hijos, y brillantes, nunca se atreven á los lucimientos del sol.

Hombre inapasionable, prenda de la mayor alteza de ánimo, su misma superioridad le redime de la sujecion á peregrinas vulgares impresiones. No hay mayor señorío que el de sí mismo, de sus afectos, que llega á ser triunfo del albedrío; y cuando la pasion ocupáre lo personal, no se atreva al oficio, y ménos cuanto fuere más: culto modo de ahorrar disgustos y áun de atajar para la reputacion.

Desmentir los achaques de su nacion. Participa el agua las calidades buenas ó malas de las venas por donde pasa, y el hombre las del clima donde nace. Deben más unos que otros á sus patrias; que cupo allí más favorable el cenit. No hay nacion que se escape de algun original defecto, áun las más cultas, que luégo censuran los confinantes, ó para cautela ó para consuelo. Victoriosa destreza corregir, ó por lo ménos desmentir estos nacionales desdoros: consíguese el plausible crédito de único entre los suyos, que lo que ménos se esperaba se estimó más. Hay tambien achaques de la prosapia, del estado, del empleo y de la edad, que si coinciden todos en un sujeto y con la atencion no se previenen, hacen un monstruo intolerable.

Fortuna y fama. Lo que tiene de inconstante la una tiene de firme la otra. La primera para vivir, la segunda para despues: aquélla contra la envidia, ésta contra el olvido. La fortuna se desea y tal vez se ayuda: la fama se diligencia; deseo de reputacion nace de la virtud. Fué y es hermana de gigantes la fama; anda siempre por extremos, ó monstruos ó prodigios de abominacion, de aplauso.

Tratar con quien se puede aprender. Sea el amigable trato escuela de erudicion, y la conversacion enseñanza culta: un hacer de los amigos maestros, penetrando el útil del aprender con el gusto del conversar. Altérnase la fruicion con los entendidos, logrando lo que se dice en el aplauso con que se recibe, y lo que se oye en el amaestramiento, ordinariamente nos lleva á otro la propria conveniencia, aquí realzada frecuenta el atento las casas de aquellos héroes cortesanos, que son más teatros de la heroicidad que palacios de la vanidad. Hay señores acreditados de discretos, que á más de ser ellos oráculos de toda grandeza con su ejemplo y en su trato, el cortejo de los que los asisten es una cortesana academia de toda buena y galante discrecion.

Naturaleza y arte; materia y obra. No hay belleza sin ayuda ni perfeccion que no dé en bárbara sin el realce del artificio; á lo malo socorre y á lo bueno lo perficiona. Déjanos comunmente á lo mejor la naturaleza; acojámonos al arte. El mejor natural es inculto sin ella, y les falta la mitad á las perfecciones si les falta la cultura. Todo hombre sabe á tosco sin artificio, y ha menester pulirse en todo órden de perfeccion.

Obra de intencion, ya segunda, ya primera. Milicia es la vida del hombre contra la malicia del hombre; pelea la sagacidad con estratagemas de intencion. Nunca obra lo que indica; apunta, sí, para deslumbrar: amaga al aire con destreza, y ejecuta en la impensada realidad, atenta siempre á desmentir. Echa una intencion, para asegurarse de la émula atencion, y revuelve luégo contra ella venciendo por lo impensado; pero la penetrante inteligencia la previene con atenciones, la acecha con reflejos, entiende siempre lo contrario de lo que quiere que entienda, y conoce luégo cualquier intentar de falso: deja pasar toda primera intencion, y está en espera á la segunda y áun á la tercera. Auméntase la simulacion al ver alcanzado su artificio, y pretende engañar con la misma verdad: muda de juego por mudar de treta, y hace artificio del no artificio, fundando su astucia en la mayor candidez. Acude la observacion entendiendo su perspicacia, y descubre las tinieblas revestidas de la luz: descifra la intencion más solapada cuanto más sencilla. De esta suerte combaten la calidez de Piton contra la candidez de los penetrantes rayos de Apolo.

La realidad y el modo. No basta la substancia, requiérese tambien la circunstancia. Todo lo gasta un

mal modo, hasta la justicia y razon: el bueno todo lo suple; dora el no, endulza la verdad y afeita la misma vejez; tiene gran parte en las cosas el cómo, y es tahur de los gustos el modillo. Un bel portarse es la gala del vivir; desempeña singularmente todo buen término.

Tener ingenios auxiliares. Felicidad de poderosos acompañarse de valientes de entendimiento que le saquen de todo ignorante aprieto, que le riñan las pendencias de la dificultad. Singular grandeza servirse de sabios, y que exceden al bárbaro gusto de Tigranes, aquel que afectaba los rendidos reyes para criados. Nuevo género de señorío en lo mejor del vivir hacer siervos por artes de los que hizo la naturaleza superiores. Hay mucho que saber y es poco el vivir, y no se vive si no se sabe. Es, pues, singular destreza el estudiar sin que cueste, y mucho por muchos sabiendo por todos. Dice despues en un consistorio por muchos, ó por su boca hablan tantos sabios cuantos la previnieron, consiguiendo el crédito de oráculo á sudor ajeno. Hacen aquéllos primero eleccion de la leccion, y sírvenle despues en quintas esencias el saber. Pero el que no pudiere alcanzar á tener la sabiduría en servidumbre lógrela en familiaridad.

Saber con recta intencion. Aseguran fecundidad de aciertos. Monstruosa violencia fué siempre un buen entendimiento casado con una mala voluntad. La intencion malévola es un veneno de las perfecciones, y ayudada de saber malear con mayor sutileza. ¡Infeliz eminencia la que se emplea en la ruindad! Ciencia sin seso, locura doble.

Variar de tenor en el obrar no siempre de un modo para deslumbrar la atencion, y más si emula. No siempre de primera intencion, que le cogerán la uniformidad, previniéndole, y áun frustrándole, las acciones. Fácil es de matar al vuelo el ave que le tiene seguido; no así la que le tuerce. Ni siempre de segunda intencion, que le entenderán á dos veces la treta. Está á la espera la malicia; gran sutileza es menester para desmentirla. Nunca juega el tahur la pieza que el contrario presume, y ménos la que desea.

Aplicacion y Minerva. No hay eminencia sin entrambas, y si concurren, exceso. Más consigue una medianía con aplicacion que una superioridad sin ella. Cómprase la reputacion á precio de trabajo; poco vale lo que poco cuesta. Áun para los primeros empleos se deseó en ellos la aplicacion; raras veces desmienten al genio. No ser eminente en empleo vulgar por querer ser mediano en el sublime, excusa tiene de generosidad, pero contentarse con ser mediano en el último, pudiendo ser excelente en el primero, no la tiene. Requiérense, pues, naturaleza y arte, y sella la aplicacion.

No entrar con sobrada espectacion: ordinario desaire de todo lo muy celebrado ántes, no llegar despues al exceso de lo concebido. Nunca lo verdadero pudo alcanzar á lo imaginado, porque el fingir las perfecciones es fácil, y muy dificultoso el conseguirlas. Cásase la imaginacion con el deseo y concibe siempre mucho más de lo que las cosas son. Por grandes que sean las excelencias no bastan á satisfacer el concepto, y como le hallan engañado con la exhorbitante espectacion, más presto le desengañan que le admiran. La esperanza es gran falsificadora de la verdad; corríjala la cordura, procurando que sea superior la fruicion al deseo. Unos principios de crédito sirven de despertar la curiosidad, no de empeñar el objeto: mejor sale cuando la realidad excede al concepto y es más de lo que se creyó. Faltará esta regla en lo malo, pues le ayuda la mesma exageracion: desmiéntela con aplauso, y aun llega á parecer tolerable lo que se temió extremo de ruin.

Hombre en su siglo. Los sujetos eminentemente raros dependen de los tiempos. No todos tuvieron el que merecian, y muchos, aunque le tuvieron, no acertaron á lograrle. Fueron dignos algunos de mejor siglo, que no todo lo bueno triunfa siempre: tienen las cosas su vez; hasta las eminencias son al uso, pero lleva una ventaja lo sabio, que es eterno, y si éste no es su siglo, muchos otros lo serán.

Arte para ser dichoso. Reglas hay de ventura, que no toda es acasos para el sabio; puede ser ayudado de la industria. Conténtanse algunos con ponerse de buen aire á las puertas de la fortuna, y esperan á que ella obre: mejor otros, pasan adelante y válense de la cuerda audacia, que en alas de su virtud y valor puede dar alcance á la dicha y lisonjearla eficazmente. Pero bien filosofado, no hay otro arbitrio sino el de la virtud y atencion, porque no hay más dicha ni más desdicha que prudencia ó imprudencia.

Hombre de plausibles noticias. Es municion de discretos la cortesana gustosa erudicion; un práctico saber de todo lo corriente, más á lo noticioso, ménos á lo vulgar. Tener una sazonada copia de sales en dichos, de galantería en hechos, y saberlos emplear en su ocasion; que salió á veces mejor el aviso en un chiste que en el más grave magisterio. Sabiduría conversable, valióles más á algunos que todas las siete con ser tan liberales.

No tener algun desdoro. El sino de la perfeccion, pocos viven sin achaque, así en lo moral como en lo material, y se apasionan por ellos, pudiendo curar con facilidad. Lastímase la ajena cordura de que tal vez á una sublime universalidad de prendas se le atreva un mínimo defecto, y basta una nube á eclipsar todo un sol. Son lunares de la reputacion, donde pára luégo, y áun repara, la malevolencia. Suma destreza sería convertirlos en realces. De esta suerte supo César laurear el natural desaire.

Templar la imaginacion. Unas veces corrigiéndola, otras ayudándola, que es el todo para la felicidad, y áun ajusta la cordura, da en tirana, ni se contenta con la especulacion, sino que obra, y áun suele señorearse de la vida, haciéndola gustosa ó pesada, segun la necedad en que da, porque hace descontentos ó satisfechos de sí mismos; representa á unos contínuamente penas, hecho verdugo casero de necios; propone á otros felicidades y aventuras con alegre desvanecimiento. Todo esto puede, si no enfrena la prudentísima sindéresis.

Buen entendedor. Arte era de artes saber discur-

rir: ya no basta; menester es adivinar, y más en desengaños. No puede ser entendido el que no fuere buen entendedor. Hay zahoríes del corazon y linces de las intenciones: las verdades que más nos importan vienen siempre á medio decir, recíbanse del atento á todo entender: en lo favorable, tirante la rienda á la credulidad; en lo odioso, picarla.

Hallarle su torcedor á cada uno. Es el arte de mover voluntades; más consiste en destreza que en resolucion; un saber por dónde se le ha de entrar á cada uno. No hay voluntad sin especial aficion, y diferentes segun la variedad de los gustos. Todos son idólatras, unos de la estimacion, otros del interes, y los más del deleite; la maña está en conocer estos ídolos para el motivar, conociéndole á cada uno su eficaz impulso: es como tener la llave del querer ajeno: hase de ir al primer móvil, que no siempre es el supremo: las más veces es el ínfimo, porque son más en el mundo los desordenados que los subordinados. Hásele de prevenir el ingenio primero, tocarle el verbo, despues cargarle con la aficion, que infaliblemente dará mate al albedrío.

Pagarse más de intensiones que de extensiones. No consiste la perfeccion en la cantidad, sino en la calidad. Todo lo muy bueno fué siempre poco y raro: es descrédito lo mucho. Aun entre los hombres, los gigantes suelen ser los verdaderos enanos. Estiman algunos los libros por la corpulencia, como si se escribiesen para ejercitar ántes los brazos que los ingenios. La extension sola nunca pudo exceder de mediana, y es plaga de hombres universales por querer estar en todo estar en nada. La intension da eminencia, y heroica, si en materia sublime.

En nada vulgar. No en el gusto. ¡Oh gran sabio el que se descontentaba de que sus cosas agradasen á los muchos! Hartazgos de aplauso comun no satisfacen á los discretos. Son algunos tan camaleones de la popularidad, que ponen su fruicion, no en las mareas suavísimas de Apolo, sino en el aliento vulgar. Ni en el entendimiento no se pague de los milagros del vulgo, que no pasan de espanta-ignorantes, admirando la necedad comun, cuando desengañando la advertencia singular.

Hombre de entereza. Siempre de parte de la razon, con tal teson de su propósito, que ni la pasion vulgar ni la violencia tirana le obliguen jamas á pisar la raya de la razon. Pero ¿quién será este fénix de la equidad, que tiene pocos finos la entereza? Celebrándola muchos, mas no por su casa, síguenla otros hasta el peligro; en él los falsos la niegan, los políticos la disimulan; no repara ella en encontrarse con la amistad, con el poder y áun con la propria conveniencia, y aquí es el aprieto del desconocerla. Abstraen los astutos con metafísica plausible por no agraviar, ó la razon superior, ó la de estado; pero el constante varon juzga por especie de traicion el disimulo, préciase más de la tenacidad que de la sagacidad, hállase donde la verdad se halla, y si deja los sujetos no es por variedad suya, sino de ellos en dejarla primero.

No hacer profesion de empleos desautorizados: mucho ménos de quimera, que sirve más de solicitar el desprecio que el crédito. Son muchas las sectas del capricho, y de todas ha de huir el varon cuerdo. Hay gustos exóticos, que se casan siempre con todo aquello que los sabios repudian: viven muy pagados de toda singularidad; que aunque los hace muy conocidos, es más por motivos de la risa que de la reputacion. Aun en profesion de sabio, no se ha de señalar el atento, mucho ménos en aquellas que hacen ridículos á sus afectantes; ni se especifican, porque las tiene individuadas el comun descrédito.

Conocer los afortunados para la eleccion y los desdichados para la fuga. La infelicidad ès de ordinario crímen de necedad y de participantes: no hay contagion tan apegadiza. Nunca se le ha de abrir la puerta al menor mal, que siempre vendrán tras él otros muchos y mayores en celada. La mejor treta del juego es saberse descartar. Más importa la menor carta del triunfo que corre que la mayor del que pasó. En duda, acierto es llegarse á los sabios y prudentes, que tarde ó temprano topan con la ventura.

Estar en opinion de dar gusto: para los que gobiernan gran crédito de agradar: realce de soberanos para conquistar la gracia universal. Ésta sola es la ventaja del mandar, poder hacer más bien que todos: aquéllos son amigos que hacen amistades. Al contrario, están otros puestos en no dar gusto, no tanto por lo cargoso cuanto por lo maligno, opuestos en todo á la divina comunicabilidad.

Saber abstraer: que si es gran leccion del vivir el saber negar, mayor será saberse negar á sí mismo, á los negocios, á los personajes: hay ocupaciones extrañas, polillas de precioso tiempo, y peor es ocuparse en lo impertinente que hacer nada: no basta para atento no ser entremetido, mas es menester procurar que no le entremetan. No ha de ser tan de todos que no sea de sí mismo, áun de los amigos no se ha de abusar ni siquiera más de ellos de lo que concedieren. Todo lo demasiado es vicioso, y mucho más en el trato; con esta cuerda templanza se conserva mejor el agrado con todos y la estimacion, porque no se roza la preciosísima decencia. Tenga, pues, libertad de genio apasionado de lo selecto, y nunca peque contra la fe de su buen gusto.

Conocer su realce rey. La prenda relevante, cultivando aquélla y ayudando á las demas. Cualquiera hubiera conseguido la eminencia en algo si hubiera conocido su ventaja; observe el atributo rey y cargue la aplicacion; en unos excede el juicio, en otros el valor. Violentan los más su Minerva, y así en nada consiguen superioridad: lo que lisonjea presto la pasion, desengaña tarde el tiempo.

Hacer concepto, y más de lo que importa más. No pensando se pierden todos los necios, nunca conciben en las cosas la mitad, y como no perciben el daño ó la conveniencia, tampoco aplican la diligencia. Hacen algunos mucho caso de lo que importa poco, y poco de lo que mucho, ponderando siempre al reves. Muchos por faltos de sentido no le pierden. Cosas hay que se debieran observar con todo el conato y conservar en la profundidad de la mente. Hace concep-

to el sabio de todo, aunque con distincion cava donde hay fondo y reparo, y piensa tal vez que hay más de lo que piensa; de suerte que llega la reflexion adonde llegó la aprension.

Tener tanteada su fortuna. Para el proceder, para el empeñarse, importa más que la observacion del temperamento; que si es necio el que há cuarenta años llama á Hipócrates para la salud, más el que á Séneca para la cordura. Gran arte saberla regir, ya esperándola, que tambien cabe la espera en ella, ya logrando la que tiene vez y contingente; si bien no se puede coger el tenor; tan anómalo es su proceder. El que la observó favorable prosiga con despejo; que suele apasionarse por los osados, y áun como bizarra por los jóvenes. No obre el que es infeliz, retírese, ni le dé lugar de dos infelicidades adelante el que le predomina.

Conocer y saber usar de las varillas. Es el punto más sutil del humano trato. Arrójanse para tentativa de los ánimos y hácese con ellas la más disimulada y penetrante tienta del corazon. Otras hay maliciosas, arrojadizas, tocadas de la hierba de la envidia, untadas del veneno de la pasion: rayos imperceptibles para derribar de la gracia y de la estimacion. Cayeron muchos de la privanza superior é inferior, heridos de un leve dicho de éstos, á quienes toda una conjuracion de murmuracion vulgar y malevolencia singular no fueron bastantes á causar la más leve trepidacion. Obran otras al contrario por favorables, apoyando y confirmando en la reputacion. Pero con la misma destreza con que las arroja la intencion las ha de recibir la cautela y esperarlas la atencion, porque está librada la defensa en el conocer y queda siempre frustrado el tiro prevenido.

Saberse dejar ganando con la fortuna, es de tahures de reputacion: tanto importa una bella retirada como una bizarra acometida; un poner en cobro las hazañas cuando fueron bastantes, cuando muchas. Continuada felicidad fué siempre sospechosa; más segura es la interpolada y que tenga algo de agridulce, áun para la fruicion: cuanto más atropellándose las dichas corren mayor riesgo de deslizar y dar al traste con todo: recompénsase tal vez la brevedad de la duracion con la intension del favor. Cánsase la fortuna de llevar á uno á cuestas tan á la larga.

Conocer las cosas en su punto, en su sazon y saberlas lograr. Las obras de la naturaleza todas llegan al complemento de su perfeccion; hasta allí fueron ganando, desde allí perdiendo. Las del arte, raras son las que llegan al no poderse mejorar. Es eminencia de un buen gusto gozar de cada cosa en su complemento; no todos pueden, ni los que pueden saben. Hasta en los frutos del entendimiento hay este punto de madurez; importa conocerla para la estimacion y el ejercicio.

Gracia de las gentes. Mucho es conseguir la admiracion comun, pero más la aficion; algo tiene de estrella, lo más de industria comienza por aquélla y prosigue por ésta. No basta la eminencia de prendas *aunque se* supone que es fácil ganar el afecto, gana*do el concepto. Requiérese, pues,* para la benevolencia la beneficencia: hacer bien á todas manos; buenas palabras y mejores obras; amar para ser amado; la cortesía es el mayor hechizo político de grandes personajes. Hase de alargar la mano primero á las hazañas y despues á las plumas; de la hoja á las hojas, que hay gracia de escritores, y es eterna.

Nunca exagerar: gran asunto de la atencion no hablar por superlativos, ya por no exponerse á ofender la verdad, ya por no desdorar su cordura. Son las exageraciones prodigalidades de la estimacion, y dan indicio de la cortedad del conocimiento y del gusto. Despierta vivamente ó la curiosidad la alabanza, pica el deseo, y despues, si no corresponde el valor al precio, como de ordinario acontece, revuelve la espectacion contra el engaño y despícase en el menosprecio de lo celebrado y del que lo celebró. Anda, pues, el cuerdo muy detenido, y quiere más pecar de corto que de largo. Son raras las eminencias, témplese la estimacion. El encarecer es ramo de mentir, y piérdese en ello el crédito de buen gusto, que es grande, y el de entendido, que es mayor.

Del natural imperio. Es una secreta fuerza de superioridad: no ha de proceder del artificio enfadoso, sino de un imperioso natural. Sujétansele todos sin advertir el cómo, reconociendo el secreto vigor de la connatural autoridad. Son estos genios señoriles reyes por mérito y leones por privilegio innato, que cogen el corazon y áun el discurso á los demas, en fe de su respeto. Si las otras prendas favorecen, nacieron para primeros mobles políticos, porque ejecutan más con un amago que otros con una prolijidad.

Sentir con los ménos y hablar con los más. Querer ir contra el corriente es tan imposible al desengaño cuanto fácil al peligro. Sólo un Sócrates podia emprender: tiénese por agravio el disentir, porque es condenar el juicio ajeno: multiplícanse los disgustados, ya por el sujeto censurado, ya del que aplaudia; la verdad es de pocos, el engaño es tan comun como vulgar. Ni por el hablar en la plaza se ha de sacar el sabio, pues no habla allí con su voz, sino con el de necedad comun, por más que la esté desmintiendo en su interior: tanto huye de ser contradicho el cuerdo como de contradecir; lo que es pronto á la censura es detenido á la publicidad de ella. El sentir es libre; no se puede ni debe violentar, retírase al sagrado de su silencio, y si tal vez se permite es á sombra de pocos y de cuerdos.

Simpatía con los grandes varones. Prenda es de héroe el combinar con héroes; prodigio de la naturaleza por lo oculto y por lo ventajoso. Han parentesco de corazones y de genios, y son sus efectos los que la ignorancia vulgar achaca de bebedizos. No pára en sola estimacion, que adelante benevolencia y áun llega á propension; persuade sin palabras y consigue sin méritos. Hayla activa y la hay pasiva, una y otra felices cuánto más sublimes: gran destreza el conocerlas, distinguirlas y saberlas lograr; que no hay porfía que baste sin este favor secreto.

Usar, no abusar de las reflejas. No se han de afectar, ménos dar á entender; toda arte se ha de encubrir, que es sospechosa, y más la de cautela, que es

odiosa. Úsase mucho el engaño, multiplíquese el recelo sin darse á conocer, que ocasionaria la desconfianza: mucho desobliga y provoca á la venganza, despierta el mal que no se imaginó. La reflexion en el proceder es gran ventaja en el obrar; no hay argumento del discurso. La mayor perfeccion de las acciones está afianzada del señorío con que se ejecutan.

Corregir su antipatía. Solemos aborrecer de agrado, y áun ántes de las previstas prendas; y tal vez se atreve esta innata vulgarizante aversion á los varones eminentes. Corríjala la cordura, que no hay peor descrédito que aborrecer á los mejores; lo que es de ventaja la simpatía con héroes, es desdoro de la antipatía.

Huir los empeños. Es de los primeros asientos de la prudencia. En las grandes capacidades siempre hay grandes distancias hasta los últimos trances; hay mucho que andar de un extremo á otro, y ellos siempre se están en el medio de su cordura, llegan tarde al rompimiento; que es más fácil hurtarle el cuerpo á la ocasion, que salir bien de ella. Son tentaciones de juicio, más seguro el huirlas que el vencerlas. Trae un empeño otro mayor, y está muy al canto del despeño. Hay hombres ocasionados por genio y áun por nacion, fáciles de meterse en obligaciones; pero el que camina á la luz de la razon, siempre va muy sobre el caso. Estima por más valor el no empeñarse que el vencer, y ya que haya un necio ocasionado, excusa que con él no sean dos.

Hombre con fondos, tanto tiene de persona. Siempre ha de ser otro tanto más lo interior que lo exterior en todo. Hay sujeto de sola fachata, como casas por acabar; porque faltó el caudal, tienen la entrada de palacio, y de choza la habitacion; no hay en éstos dónde parar ó todo pára, porque acabada la primera salutacion, acabó la conversacion. Entran por las primeras cortesías como caballos sicilianos, y luégo paran en silenciarios, que se agotan las palabras donde no hay perenidad de concepto. Engañan éstos fácilmente á otros, que tienen tambien la vista superficial; pero no á la astucia, que como mira por dentro, los halla vacíos para ser fábula de los discretos.

Hombre juicioso y notante. Señorearse él de los objetos, no los objetos de él. Sonda luégo el fondo de la mayor profundidad, sabe hacer anatomía de un caudal con perfeccion. En viendo un personaje le comprende, y lo censura por esencia. De raras observaciones, gran descifrador de la más recatada interioridad. Nota acre, concibe sutil, infiere juicioso; todo lo descubre, advierte, alcanza y comprende.

Nunca perderse el respeto á sí mismo, ni se roce consigo á solas; sea su misma entereza norma propria de su rectitud, y deba más á la severidad de su dictámen que á todos los extrínsecos preceptos. Deje de hacer lo indecente, más por el temor de su cordura, que por el rigor de la ajena autoridad; llegue á temerse, y no necesitará del ayo imaginario de Séneca.

Hombre de buena eleccion. Lo más se vive de ella, supone el buen gusto y el rectísimo dictámen, que no bastan el estudio ni el ingenio. No hay perfeccion donde no hay delecto; dos ventajas incluye por escoger lo mejor. Muchos de ingenio fecundo y sutil, de juicio acre, estudiosos y noticiosos, tambien en llegando el elegir se pierden; cásanse siempre con lo peor, que parece afectan el errar, y así, éste es uno de los dones máximos de arriba.

Nunca descomponerse, gran asunto de la cordura, nunca desbaratarse; mucho hombre arguye de corazon coronado, porque toda magnanimidad es dificultosa de conmoverse. Son las pasiones los humores del ánimo, y cualquier exceso en ellas causa indisposicion de cordura; y si el mal saliere á la boca, peligrará la reputacion. Sea, pues, tan señor de sí y tan grande, que ni en lo más próspero ni en lo más adverso pueda alguno censurarle perturbado, sí admirarle superior.

Diligente y inteligente. La diligencia ejecuta presto lo que la inteligencia prolijamente piensa. Es pasion de necios la prisa, que como no descubren el tope, obran sin reparo; al contrario, los sabios suelen pecar de detenidos, que del advertir nace el reparar; malogra tal vez la ineficacia de la remision lo acertado del dictámen. La presteza es madre de la dicha. Obró mucho el que nada dejó para mañana. Augusta empresa correr á espacio.

Tener bríos á lo cuerdo. Al leon muerto hasta las liebres le repelan; no hay burlas con el valor; si cede al primero, tambien habrá de ceder al segundo, y de este modo hasta el último; la misma dificultad habrá de vencer tarde, que valiera más desde luégo. El brío del ánimo excede al del cuerpo, es como la espada; ha de ir siempre envainada en su cordura para la ocasion. Es el resguardo de la persona, más daña el descaecimiento del ánimo que el del cuerpo. Tuvieron muchos prendas eminentes, que por faltarles este aliento del corazon parecieron muertos, y acabaron sepultados en su dejamiento; que no sin providencia juntó la naturaleza acudida la dulzura de la miel con lo picante del aguijon en la abeja; nervios y huesos hay en el cuerpo, no sea el ánimo todo blandura.

Hombre de espera arguye gran corazon con ensanches de sufrimiento; nunca apresurarse ni apasionarse. Sea uno primero señor de sí, y lo será despues de los otros; hase de caminar por los espacios del tiempo al centro de la ocasion. La detencion prudente sazona los aciertos y madura los secretos. La muleta del tiempo es más obradora que la acerada clava de Hércules. El mismo Dios no castiga con baston, sino con sazon; gran decir, el tiempo y yo á otros dos. La misma fortuna premia el esperar con la grandeza del galardon.

Tener buenos repentes nace de una prontitud feliz; no hay aprietos ni acasos para ella, en fe de su vivacidad y despejo. Piensan mucho algunos para errarlo todo despues, y otros lo aciertan todo sin pensarlo ántes. Hay caudales de antiparistasi, que empeñados obran mejor; suelen ser monstruos, que de pronto todo lo aciertan, y todo lo yerran de pensado; lo que no se les ofrece luégo, nunca, ni hay que apelar á despues. Son plausibles los prestos, porque ar-

guyen prodigiosa capacidad; en los conceptos sutileza, en las obras cordura.

Más seguros son los pensados harto presto, si bien; lo que luégo se hace, luégo se deshace; mas lo que ha de durar una eternidad, ha de tardar otra en hacerse; no se atiende sino á la perfeccion, y sólo el acierto permanece. Entendimiento con fondos logra eternidades; lo que mucho vale mucho cuesta, que áun el más precioso de los metales es el más tardo y más grave.

Saberse atemperar. No se ha de mostrar igualmente entendido con todos, ni se han de emplear más fuerzas de las que son menester; no haya desperdicios, ni de saber ni de valer; no echa á la presa el buen cetrero más rapiña que la que ha menester para darle caza; no esté siempre de ostentacion, que al otro dia no admirará. Siempre ha de haber novedad con que lucir, que quien cada dia descubre más, mantiene siempre la espectacion, y nunca llegan á descubrirle los términos de su gran caudal.

Hombre de buen dejo. En casa de la Fortuna, si se entra por la puerta del placer, se sale por la del pesar, y al contrario; atencion, pues, al acabar, poniendo más cuidado en la felicidad de la salida que en el aplauso de la entrada. Desaire comun es de afortunados tener muy favorables los principios y muy trágicos los fines; no está el punto en el vulgar aplauso de una entrada, que ésas todos las tienen plausibles; pero sí en el general sentimiento de vana salida, que son raros los deseados, pocas veces acompaña la dicha á los que salen; lo que se muestra de cumplida con los que vienen, de descortés con los que van.

Buenos dictámenes. Nácense algunos prudentes, entran con esta ventaja de la sindéresis connatural en la sabiduría, y así tiene la mitad andada para los aciertos; con la edad y la experiencia viene á sazonarse del todo la razon, y llegan á un juicio muy templado; abominan de todo capricho, como de tentacion de la cordura, y más en materias de estado, donde por la suma importancia, se requiere la total seguridad. Merecen éstos la asistencia al gobernarle, ó para ejercicio ó para consejo.

Eminencia en lo mejor. Una gran singularidad entre la pluralidad de perfecciones. No puede haber héroe que no tenga algun extremo sublime. Las medianas no son asunto del aplauso. La eminencia en relevante empleo saca de un ordinario vulgar y levanta á categoría de raro. Ser eminente en posesion humilde, en ser algo en lo poco; lo que tiene más de lo deleitable, tiene ménos de lo glorioso. El exceso en aventajadas materias es como un carácter de soberanía, solicita la admiracion y concilia el afecto.

Obrar con buenos instrumentos. Quieren algunos que campee el extremo de su sutileza en ruindad de los instrumentos, peligrosa satisfaccion, merecedora de un fatal castigo. Nunca la bondad del ministro desminuyó la grandeza del patron, ántes toda la gloria de los aciertos recae despues sobre la causa principal, así como al contrario el vituperio. La fama siempre va con los primeros, nunca dice aquél tuvo buenos ó malos ministros, sino aquél fué buen [illegible] artífice. Haya, pues, eleccion, haya exámen, [illegible] les ha de fiar una inmortalidad de reputacion.

Excelencia de primero, y si con eminencia, [illegible]da; gran ventaja jugar de mano, que gana en [illegible]dad. Hubieran muchos sido fénix en los emple[illegible] no irles otros delante; álzanse los primeros con [illegible] mayorazgo de la fama, y quedan para los segu[illegible] pleiteados alimentos; por más que suden, no [illegible] purgar el vulgar achaque de imitacion. Sutileza [illegible] de prodigiosos inventar rumbo nuevo para las [illegible]nencias, con tal que se asegure primero la cordura [illegible] empeños. Con la novedad de los asuntos se hic[illegible] lugar los sabios en la matrícula de los heroicos. Quie[illegible]ren algunos más ser primeros en segunda categ[illegible] que ser segundos en la primera.

Saberse excusar pesares, es cordura provech[illegible] ahorrar de disgustos. La prudencia evita muchos, [illegible] Lucina de la felicidad, y por eso del contento. Las odiosas nuevas no darlas, ménos recibirlas; hás[illegible] de vedar las entradas, si no es la del remedio. Á unos se les gastan los oidos de oir mucho dulce en lisonjas; á otros de escuchar amargo en chismes, y hay quien no sabe vivir sin algun cotidiano sinsabor, como ni Mitrídates sin veneno. Tampoco es regla de conservarse querer darse á sí un pesar de toda la vida por dar placer una vez á otro, aunque sea el más propio; nunca se ha de pecar contra la dicha propia por complacer al que aconseja y se queda fuera; y en todo acontecimiento, siempre que se encontrare el hacer placer á otro con el hacerse á sí pesar, es leccion de conveniencia, que vale más que el otro se disguste ahora, que no tú despues y sin remedio.

Gusto relevante. Cabe cultura en él, asi como en el ingenio; realza la excelencia del entender el apetito del desear, y despues la fruicion del poseer. Conócese la altura de un caudal por la elevacion del afecto; mucho objeto ha menester para satisfacerse una gran capacidad, así como los grandes bocados son para grandes paladares; las materias sublimes, para los sublimes genios. Los más valientes objetos le temen, y las más seguras perfecciones desconfian: son pocas las de primera magnitud, sea raro el aprecio. Péganse los gustos con el trato, y se heredan con la continuidad; gran suerte comunicar con quien le tiene en su punto. Pero no se ha de hacer profesion de desagradarse de todo, que es uno de los necios extremos, y más odioso cuando por afectacion que por destemplanza. Quisieran algunos que criára Dios otro mundo y otras perfecciones para satisfaccion de su extravagante fantasía.

Atencion á que le salgan bien las cosas. Algunos ponen más la mira en el rigor de la direccion, que en la felicidad del conseguir intento; pero más prepondera siempre el descrédito de la infelicidad que el abono de la diligencia. El que vence, no necesita dar satisfacciones. No perciben los más la puntualidad de las circunstancias, sino los buenos ó los ruines sucesos; y así nunca se pierde reputacion, cuando se consigue el intento. Todo lo dora un buen fin, aunque lo desmientan los desaciertos de los medios. Que

es arte ir contra el arte, cuando no se puede de otro modo conseguir la dicha de salir bien.

Preferir los empleos plausibles. Las más de las cosas dependen de la satisfaccion ajena; es la estimacion para las perfecciones, lo que el Favonio para las flores, aliento y vida. Hay empleos expuestos á la aclamacion universal, y hay otros, aunque mayores, en nada espectables; aquéllos, por obrarse á vista de todos, captan la benevolencia comun; éstos, aunque tienen más de lo raro y primoroso, se quedan en el secreto de su imperceptibilidad; venerados, pero no aplaudidos. Entre los príncipes, los victoriosos son los celebrados; y por eso los reyes de Aragon fueron tan plausibles por guerreros, conquistadores y magnánimos. Prefiera el varon grande los célebres empleos, que todos perciban y participen todos, y á sufragios comunes quede inmortalizado.

Dar entendimiento es de más primor que el dar memoria; cuanto es más, unas veces se ha de acordar y otras advertir. Dejan algunos de hacer las cosas que estuvieran en su punto, porque no se les ofrecen; ayude entónces la advertencia amigable á concebir las conveniencias. Una de las mayores ventajas de la mente, es el ofrecérsele lo que importa; por falta de esto dejan de hacerse muchos aciertos; dé luz el que la alcance y solicítela el que la mendiga, aquél con detencion, éste con atencion, no sea más que dar pié; es urgente esta sutileza cuando toca en utilidad del que despierta; conviene mostrar gusto, y pasar á más cuando no bastáre; ya se tiene el no, váyase en busca del sí con destreza, que las más veces no se consigue, porque no se intenta.

No rendirse á un vulgar humor. Hombre grande, el que nunca se sujeta á peregrinas impresiones. Es leccion de advertencia la reflexion sobre sí, un conocer su disposicion actual y prevenirla, y áun ladearse al otro extremo, para hallar entre el natural y el arte el fiel de la sindéresis; principio es de corregirse el conocerse, que hay monstruos de la impertinencia, siempre están de algun humor, y varian afectos con ellos, y arrastrados eternamente de esta destemplanza civil, contradictoriamente se empeñan, y no sólo gasta la voluntad este exceso, sino que se atreve al juicio, alterando el querer y el entender.

Saber negar. No todo se ha de conceder, ni á todos; tanto importa como el saber, conceder, y en los que mandan es atencion urgente; aquí entra el modo. Más se estima el no de algunos que el sí de otros; porque un no dorado satisface más que un sí á secas. Hay muchos que siempre tienen en la boca el no, con que todo lo desazonan. El no es siempre primero en ellos, y aunque despues todo lo vienen á conceder, no se les estima, porque precedió aquella primera desazon. No se han de negar de rondon las cosas; vaya á tragos el desengaño; ni se ha de negar del todo, que sería deshauciar la dependencia; queden siempre algunas reliquias de esperanza, para que templen lo amargo del negar; llene la cortesía el vacío del favor, y suplan las buenas palabras la falta de las obras. El no y el sí son breves de decir y piden mucho pensar.

No ser desigual; de proceder anómalo, ni por natural, ni por afectacion. El varon cuerdo siempre fué el mismo en todo lo perfecto, que es crédito de entendido; dependa en su mudanza de la de las causas y méritos; en materia de cordura la variedad es fea. Hay algunos que cada dia son otros de sí, hasta el entendimiento tienen desigual, cuanto más la voluntad y áun la ventura; el que ayer fué el blanco de su sí, hoy es el negro de su no; desmintiendo siempre su proprio crédito y deslumbrando el ajeno concepto.

Hombre de resolucion; ménos dañosa es la mala ejecucion que la irresolucion; no se gastan tanto las materias cuando corren, como si estancan. Hay hombres indeterminables, que necesitan de ajena premocion en todo; y á veces no nace tanto de la perplejidad del juicio, pues lo tienen perspicaz, cuanto de la ineficacia. Ingenioso suele ser el dificultar, pero más lo es el hallar salida á los inconvenientes. Hay otros que en nada se embarazan, de juicio grande y determinado; nacieron para sublimes empleos, porque su despejada comprension facilita el acierto y el despacho; todo se lo hallan hecho, que despues de haber dado razon á un mundo, le quedó tiempo á uno de éstos para otro; y cuando están afianzados de su dicha, se empeñan con más seguridad.

Saber usar del desliz. Es el desempeño de los cuerdos; con la galantería de un donaire suelen salir de más intrincado laberinto. Húrtasele el cuerpo airosamente con un sonriso á la más dificultosa contienda. En esto fundaba el mayor de los grandes capitanes su valor. Cortés treta del negar y mudar el verbo, ni hay mayor atencion que no darse por entendido.

No ser intratable. En lo más poblado están las fieras verdaderas. Es la inaccesibilidad vicio de desconocidos de sí, que mudan los humores con los honores; no es medio á propósito para la estimacion, comenzar enfadando. ¡Qué es de ver uno de estos monstruos intratables siempre á punto de su fiereza impertinente! Entran á hablarles los dependientes por su desdicha como á lidiar con tigres, tan armados de tiento, cuanto de recelo. Para subir al puesto, agradaron á todos, y en estando en él, se quieren desquitar con enfadar á todos. Habiendo de ser de muchos por el empleo, son de ninguno por su aspereza ó entono. Cortesano castigo para éstos, dejarlos estar, hurtándoles la cordura con el trato.

Elegir idea heroica, más para la emulacion que para la imitacion. Hay ejemplares de grandeza, textos animados de la reputacion; propóngase cada uno en su empleo los primeros, no tanto para seguir, cuanto para adelantarse. Lloró Alejandro, no Aquíles sepultado, sino á sí mismo, áun no bien nacido al lucimiento. No hay cosa que así solicite ambiciones en el ánimo, como el clarin de la fama ajena. El mismo que atierra la invidia, alienta la generosidad.

No estar siempre de burlas; conócese la prudencia en lo serio, que está más acreditado que lo ingenioso. El que siempre está de burlas, nunca es hombre de véras. Igualámoslos á éstos con los mentirosos, en no darles crédito; á los unos por recelo de mentira, á otros de su fisga. Nunca se sabe cuándo hablan en juicio, que es tanto como no tenerle. No hay mayor

desaire que el contínuo donaire. Ganan otros fama de decidores, y pierden el crédito de cuerdos. Su rato ha de tener lo jovial, todos los demas lo serio.

Saber hacerse á todos. Discreto Proteo, con el docto, docto, y con el santo, santo; gran arte de ganar á todos, porque la semejanza concilia la benevolencia. Observar los genios y templarse al de cada uno, al serio y al jovial, seguirles el corriente, haciendo política transformacion; urgente á los que dependen. Requiere esta gran sutileza del vivir un gran caudal, ménos dificultosa al varon universal de ingenio en noticias y de genio en gustos.

Arte en el intentar. La necedad siempre entra de rondon, que todos los necios son audaces. Su misma simplicidad, que les impide primero la advertencia para los reparos, les quita despues el sentimiento para los desaires. Pero la cordura entra con grande tiento, son sus batidores la advertencia y el recato; ellos van descubriendo, para proceder sin peligro; todo arrojamiento está condenado por la discrecion á despeño, aunque tal vez lo absuelva la ventura. Conviene ir detenido donde se teme mucho fondo. Vaya intentando la sagacidad y ganando tierra la prudencia; hay grandes bajíos hoy en el trato humano, conviene ir siempre calando sonda.

Genio genial. Si con templanza, prenda es, que no defecto. Un grano de donosidad todo lo sazona. Los mayores hombres juegan tambien la pieza del donaire, que concilia la gracia universal; pero guardando siempre los aires á la cordura, y haciendo la salva al decoro. Hacen otros de una gracia atajo al desempeño, que hay cosas que se han de tomar de burlas, y á veces las que el otro toma más de véras. Indica apacibilidad, garabato de corazones.

Atencion al informarse. Vívese lo más de informacion, es lo ménos lo que vemos, vivimos de fe ajena, es el oido la puerta segunda de la verdad, y principal de la mentira. La verdad ordinariamente se ve, extravagantemente se oye; raras veces llega en su elemento puro, y ménos cuando viene de léjos, siempre trae algo de mixta de los afectos por donde pasa; tiñe de sus colores la pasion cuanto toca, ya odiosa, ya favorable; tira siempre á impresionar, gran cuenta con quien habla, mayor con quien vitupera. Es menester toda la atencion en este punto para descubrir la intencion en el que tercia, conociendo de antemano de qué pié se movió. Sea la refleja contraste de lo falto y de lo falso.

Usar el renovar su lucimiento. Es privilegio de fénix, suele envejecerse la excelencia y con ella la fama, la costumbre disminuye la admiracion, y una mediana novedad suele vencer á la mayor eminencia envejecida. Usar, pues, del renacer en el valor, en el ingenio, en la dicha, en todo. Empeñarse con novedades de bizarría, amaneciendo muchas veces como el sol, variando teatros al lucimiento, para que en el uno la privacion y en el otro la novedad soliciten aquí el aplauso, si allí el deseo.

Nunca apurar, ni el mal ni el bien; á la moderacion en todo redujo la sabiduría toda un sabio. El *sumo derecho se hace* tuerto, y la naranja que mucho se estruja, llega á dar lo amargo; áun en la fruicion nunca se ha de llegar á los extremos. El mismo ingenio se agota si se apura, y sacará sangre por leche el que esquilmáre á lo tirano.

Permitirse algun venial desliz, que un descuido suele ser tal vez la mayor recomendacion de las prendas. Tiene su ostracismo la envidia, tanto más civil, cuanto más criminal; acusa lo muy perfecto de que peca en no pecar, y por perfecto en todo, lo condena todo. Hácese Argos en buscarle faltas á lo muy bueno, para consuelo siquiera. Hiere la censura, como el rayo, los más empinados realces. Dormite, pues, tal vez Homero, y afecte algun descuido en el ingenio ó en el valor, pero nunca en la cordura; para sosegar la malevolencia, no reviente ponzoñosa; será como un echar la capa al toro de la envidia, para salvar la inmortalidad.

Saber usar de los enemigos. Todas las cosas se han de saber tomar, no por el córte, que ofendan, sino por la empuñadura, que defiendan; mucho más la emulacion. Al varon sabio más le aprovechan sus enemigos, que al necio sus amigos. Suele allanar una malevolencia montañas de dificultad, que desconfiára de emprenderlas el favor. Fabricáronles á muchos su grandeza sus malévolos. Más fiera es la lisonja que el ódio, pues remedia éste eficazmente las tachas que aquélla disimula. Hace el cuerdo espejo de la ojeriza, más fiel que el de la aficion, y previene á la detraccion los defectos ó los enmienda, que es grande el recato cuando se vive en frontera de una emulacion, de una malevolencia.

No ser malilla; achaque es de todo lo excelente, que su mucho uso viene á ser abuso; el mismo codiciarlo todo viene á parar en enfadar á todos; grande infelicidad ser para nada, no menor querer ser para todo; vienen á perder éstos por mucho ganar, y son despues tan aborrecidos cuanto fueron ántes deseados. Rózanse de estas malillas en todo género de perfecciones, que perdiendo aquella primera estimacion de raras, consiguen el desprecio de vulgares. El único remedio de todo lo extremado es guardar un medio en el lucimiento; la demasía ha de estar en la perfeccion, y la templanza en la ostentacion; cuanto más luce una antorcha, se consume más y dura ménos; escaseces de apariencia se premian con logros de estimacion.

Prevenir las malas voces. Tiene el vulgo muchas cabezas, y así muchos ojos para la malicia y muchas lenguas para el descrédito. Acontece correr en él alguna mala voz, que desdora el mayor crédito; y si llegáre á ser apodo vulgar, acabará con la reputacion; dásele pié comunmente con algun sobresaliente desaire, con ridículos defectos, que son plausible materia á sus hablillas. Si bien hay desdoros echadizos de la emulacion especial á la malicia comun; que hay bocas de la malevolencia, y arruinan más presto una gran fama con un chiste que con un descaramiento. Es muy fácil de cobrar la siniestra fama, porque lo malo es muy creible, y cuesta mucho de borrarse. Excuse, pues, el varon cuerdo estos desaires, contrastando con su atencion la vulgar insolencia; que es más fácil el prevenir que el remediar.

Cultura y aliño. Nace bárbaro el hombre, redímese de bestia, cultivándose. Hace personas la cultura, y más cuanto mayor. En fe de ella pudo Grecia llamar bárbaro á todo el restante universo. Es muy tosca la ignorancia; no hay cosa que más cultive que el saber. Pero áun la misma sabiduría fué grosera, si desaliñada. No sólo ha de ser aliñado el entender, tambien el querer, y más el conversar. Hállanse hombres naturalmente aliñados de gala interior y exterior, y en concepto y palabras, y en los arreos del cuerpo, que son como la corteza, y en las prendas del alma, que son el fruto. Otros hay, al contrario, tan groseros, que todas sus cosas y tal vez eminencias las deslucieron con un intolerable bárbaro desaseo.

Sea el trato por mayor, procurando la sublimidad en él. El varon grande no debe ser menudo en su proceder. Nunca se ha de individuar mucho en las cosas, y ménos en las de poco gusto; porque aunque es ventaja notarlo todo al descuido, no lo es quererlo averiguar todo de propósito. Hase de proceder de ordinario con una hidalga generalidad, ramo de galantería. Es gran parte del regir, el disimular; hase de dar pasada á las más de las cosas, entre familiares, entre amigos, y más entre enemigos. Toda nimiedad es enfadosa, y en la condicion pesada. El ir y venir á un disgusto, es especie de manía, y comunmente tal será el modo de portarse cada uno, cual fuere su corazon y su capacidad.

Comprension de sí. En el genio, en el ingenio, en dictámenes, en afectos. No puede uno ser señor de sí, si primero no se comprende. Hay espejos del rostro, no los hay del ánimo; séale la discreta reflexion sobre sí, y cuando se olvidáre de su imágen exterior, conserve la interior para enmendarla, para mejorarla. Conozca las fuerzas de su cordura y sutileza para el emprender, tantee la irascible para el empeñarse, tenga medido su fondo y pesado su caudal para todo.

Arte para vivir mucho. Vivir bien. Dos cosas acaban presto con la vida, la necedad ó la ruindad. Perdiéronla unos por no saberla guardar, y otros por no querer. Así como la virtud es premio de sí misma, así el vicio es castigo de sí mismo; quien vive apriesa en el vicio, acaba presto de dos maneras; quien vive apriesa en la virtud, nunca muere. Comunícase la entereza del ánimo al cuerpo, y no sólo se tiene por larga la vida buena en la intension, sino en la misma extension.

Obrar siempre sin escrúpulos de imprudencia. La sospecha de desacierto en el que ejecuta es evidencia ya en el que mira, y más si fuere émulo. Si ya al calor de la pasion escrupulea el dictámen, condenará despues desapasionado á necedad declarada. Son peligrosas las acciones en duda de prudencia, más segura sería la omision. No admite probabilidades la cordura, siempre camina al mediodía de la luz de la razon. ¿Cómo puede salir bien una empresa, que áun concebida la está ya condenando el recelo? Y si la resolucion más graduada con el *nemine discrepante* interior suele salir infelizmente, ¿qué aguarda la que comenzó titubeando en la razon y mal agorada del dictámen?

Seso transcendental, digo en todo. Es la primera y suma regla del obrar y del hablar, más encargada, cuanto mayores y más altos los empleos; más vale un grano de cordura que arrobas de sutileza. Es un caminar á lo seguro, aunque no tan á lo plausible; si bien la reputacion de cuerdo es el triunfo de la fama, bastará satisfacer á los cuerdos, cuyo voto es la piedra de toque á los aciertos.

Hombre universal. Compuesto de toda perfeccion, vale por muchos. Hace felicísimo el vivir, comunicando esta fruicion á la familiaridad. La variedad con perfeccion es entretenimiento de la vida. Gran arte la de saber lograr todo lo bueno, y pues le hizo la naturaleza al hombre un compendio de todo lo natural por su eminencia, hágale el arte un universo por ejercicio, y cultura de gusto y del entendimiento.

Incomprensibilidad de caudal. Excuse el varon atento sondarle el fondo, ya al saber, ya al valer, si quiere que le veneren todos; permítase al conocimiento, no á la comprension. Nadie le averigüe los términos de la capacidad por el peligro evidente del desengaño. Nunca dé lugar á que alguno le alcance todo; mayores afectos de veneracion causa la opinion y duda de adónde llega el caudal de cada uno, que la evidencia de él, por grande que fuere.

Saber entretener la expectacion, irla cebando siempre, prometa más lo mucho, y la mejor accion sea envidar de mayores. No se ha de echar todo el resto al primer lance; gran treta es saberse templar en las fuerzas, en el saber y ir adelantando el desempeño.

De la gran sindéresis; es el trono de la razon, basa de la prudencia, que en fe de ella cuesta poco el acertar. Es suerte del cielo, y la más deseada por primera y por mejor. La primera pieza del arnes con tal urgencia, que ninguna otra que le falte á un hombre le denomina falto, nótase más su ménos. Todas las acciones de la vida dependen de su influencia, y todos solicitan su calificacion, que todo ha de ser con seso. Consiste en una connatural propension á todo lo más conforme á razon, casándose siempre con lo más acertado.

Conseguir y conservar la reputacion es el usufructo de la fama. Cuesta mucho, porque nace de las eminencias, que son tan raras, cuanto comunes las medianías. Conseguida se conserva con facilidad. Obliga mucho, y obra más. Es especie de majestad cuando llega á ser veneracion; por la sublimidad da su causa y de su esfera, pero la reputacion sustancial es la que valió siempre.

Cifrar la voluntad. Son las pasiones los portillos del ánimo. El más práctico saber consiste en disimular. Lleva riesgo de perder el que juega á juego descubierto. Compita la detencion del recato con la atencion del advertido; á linces de discurso, jibias de interioridad. No se les sepa el gusto, porque no se le prevenga, unos para la contradiccion, otros para la lisonja.

Realidad y apariencia. Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen; son raros los que miran por dentro, y muchos los que se pagan de lo aparente. No basta tener razon con cara de malicia.

Varon desengañado. Cristiano sabio. Cortesano filósofo, mas no parecerlo, ménos afectarlo. Está desacreditado el filosofar, aunque es ejercicio mayor de los sabios. Vive desautorizada la ciencia de los cuerdos. Introdújola Séneca en Roma, conservóse algun tiempo cortesana, ya es tenida por impertinencia. Pero siempre el desengaño fué pasto de la prudencia, delicias de la entereza.

La mitad del mundo se está riendo de la otra mitad, con necedad de todos. Ó todo es bueno, ó todo es malo, segun votos; lo que éste sigue, el otro persigue. Insufrible necio el que quiere regular todo objeto por su concepto. No dependen las perfecciones de un solo agrado, tantos son los gustos como los rostros, y tan varios; no hay defecto sin afecto, ni se ha de desconfiar porque no agraden las cosas á algunos, que no faltarán otros que las aprecien; ni áun el aplauso de éstos le sea materia al desvanecimiento, que otros lo condenarán. La norma de la verdadera satisfaccion es la aprobacion de los varones de reputacion y que tienen voto en aquel órden de cosas. No se vive de un voto solo, ni de un uso, ni de un siglo.

Estómago para grandes bocados de la fortuna. En el cuerpo de la prudencia no es la parte ménos importante un gran buche; que de grandes partes se compone una gran capacidad. No se embaraza con las buenas dichas quien merece otras mayores; lo que es ahito en unos es hambre en otros. Hay muchos que se les gasta cualquier muy importante manjar por la cortedad de su natural, no acostumbrado ni nacido para tan sublimes empleos; acédaseles el trato, y con los humos que se levantan de la postiza honra, viene á desvanecérseles la cabeza; corren gran peligro en los lugares altos, y no caben en sí, porque no cabe en ellos la suerte. Muestre, pues, el varon grande que áun le quedan ensanches para cosas mayores, y huya con especial cuidado de todo lo que puede dar indicio de angosto corazon.

Cada uno, la majestad en su modo. Sean todas las acciones, si no de un rey, dignas de tal, segun su esfera, el proceder real dentro de los límites de su cuerda suerte. Sublimidad de acciones, remonte de pensamientos, y en todas sus cosas represente un rey por méritos, cuando no por realidad, que la verdadera soberanía consiste en la entereza de costumbres; ni tendrá que envidiar á la grandeza quien pueda ser norma de ella, especialmente á los allegados al trono; pégueseles algo de la verdadera superioridad, participen ántes de las prendas de la majestad que de las ceremonias de la vanidad, sin afectar lo imperfecto de la hinchazon, sino lo realzado de la sustancia.

Tener tomado el pulso á los empleos. Hay su variedad en ellos, magistral conocimiento, y que necesita de advertencia; piden unos valor y otros sutileza. Son más fáciles de manejar los que dependen de la rectitud, y más difíciles los que del artificio. Con un buen natural, no es menester más para aquéllos; para éstos no basta toda la atencion y desvelo. Trabajosa ocupacion gobernar hombres, y más locos ó necios; doblado seso es menester para con [illegible] le tiene. Empleo intolerable el que pide todo [illegible] bre, de honras contadas y la materia cierta: [illegible] son los libres de fastidio, juntando la varie[illegible] gravedad; porque la alternacion refresca [illegible] Los más autorizados son los que tienen [illegible] distante la dependencia; y aquél es el peor, que hace sudar en la residencia humana, y [illegible] divina.

No cansar. Suele ser pesado el hombre de [illegible] gocio, y el de un verbo. La brevedad es lisonje[illegible] más negociante; gana por lo cortés lo que [illegible] por lo corto. Lo bueno, si breve, dos veces bue[illegible] áun lo malo, si poco, no tan malo. Más obran [illegible] tas esencias que fárragos; y es verdad común [illegible] hombre largo raras veces entendido, no tanto [illegible] material de la disposicion, cuanto en lo forma[illegible] discurso. Hay hombres que sirven más de emba[illegible] que de adorno del universo, alhajas perdidas, que [illegible] dos las desvian. Excuse el discreto el embara[illegible] mucho ménos á grandes personajes, que viven [illegible] ocupados; y sería peor desazonar uno de ellos [illegible] todo lo restante del mundo. Lo bien dicho se [illegible] presto.

No afectar la fortuna. Más ofende el ostentar [illegible] dignidad que la persona; hacer del hombre es [illegible] so, bastábale ser envidiado. La estimacion se con[illegible] gue ménos cuanto se busca más; depende del [illegible] peto ajeno, y así no se la puede tomar uno, sin [illegible] recer la de los otros y aguardarla; los empleos gra[illegible] des piden autoridad ajustada á su ejercicio, [illegible] cual no pueden ejercerse dignamente; conserve la [illegible] merece, para cumplir con lo sustancial de sus [illegible] gaciones; no estrujarla, ayudarla sí, y todos los [illegible] hacen del hacendado en el empleo dan indicio de [illegible] no lo merecian, y que viene sobrepuesta la [illegible] dad; si se hubiere de valer, sea ántes de lo emi[illegible] de sus prendas que de lo adventicio; que [illegible] rey se ha de venerar más por la persona que [illegible] extrínseca soberanía.

No mostrar satisfaccion de sí. Viva, ni descon[illegible] to, que es poquedad, ni satisfecho, que es nec[illegible] Nace la satisfaccion en los más de ignorancia [illegible] pára en una felicidad necia, que aunque entre[illegible] gusto, no mantiene el crédito. Como no alcanza [illegible] superlativas perfecciones en los otros, págase [illegible] cualquiera vulgar medianía en sí. Siempre fue útil [illegible] más de cuerdo, el recelo, ó para prevencion de [illegible] salgan bien las cosas, ó para consuelo cuando [illegible] ren mal; que no se le hace de nuevo el desaire de [illegible] suerte al que ya se lo temia. El mismo Homero [illegible] mita tal vez, y cae Alejandro de su estado y de [illegible] engaño. Dependen las cosas de muchas circunstan[illegible] cias, y la que triunfó de un puesto y en tal ocasion, en otra se malogra; pero la incorregibilidad de lo necio está en que se convirtió en flor la más vana satisfaccion, y va brotando siempre su semilla.

Atajo para ser persona, saberse ladear. Es muy eficaz el trato, comunícanse las costumbres y los gustos; pégase el genio, y áun el ingenio, sin sentir. Procure, pues, el pronto juntarse con el reportado; y

así en los demas genios, con éste conseguirá la templanza sin violencia; es gran destreza saberse atemperar. La alternacion de contrariedades hermosea el universo y le sustenta, y si causa armonía en lo natural, mayor en lo moral. Válgase de esta política advertencia en la eleccion de familiares y de famulares, que con la comunicacion de los extremos se ajustará un medio muy discreto.

No ser acriminador. Hay hombres de genio fiero, todo lo hacen delito, y no por pasion, sino por naturaleza. Á todos condenan, á unos porque hicieron, á otros porque harán. Indica ánimo peor que cruel, que es vil, y acriminan con tal exageracion, que de los átomos hacen vigas para sacar los ojos. Comitres en cada puesto, que hacen galera de lo que fuera Elisio; pero si media la pasion, de todo hacen extremos. Al contrario la ingenuidad, para todo halla salida, si no de intencion, de inadvertencia.

No aguardar á ser sol, que se pone. Máxima es de cuerdos dejar las cosas ántes que los dejen. Sepa uno hacer triunfo del mismo fenecer, que tal vez el mismo sol, á buen lucir, suele retirarse á una nube porque no le vean caer, y deja en suspension de si se puso ó no se puso. Hurte el cuerpo á los acasos para no reventar de desaires; no aguarde á que le vuelvan las espaldas, que le sepultarán vivo para el sentimiento y muerto para la estimacion; jubila con tiempo el advertido al corredor caballo, y no aguarda á que, cayendo, levante la risa en medio de la carrera; rompa el espejo con tiempo, y con astucia la belleza, y no con impaciencia despues al ver su desengaño.

Tener amigos. Es el segundo sér. Todo amigo es bueno y sabio para el amigo; entre ellos todo sale bien: tanto valdrá uno cuanto quisieren los demas, y para que quieran se les ha de ganar la boca por el corazon; no hay hechizo como el buen servicio, y para ganar amistades el mejor medio es hacerlas; depende lo más y lo mejor que tenemos de los otros: hase de vivir ó con amigos ó con enemigos; cada dia se ha de diligenciar uno, aunque no para íntimo, para aficionado, que algunos se quedan despues para confidentes, pasando por el acierto del delecto.

Ganar la pía aficion; que áun la primera y suma causa en sus mayores asuntos la previene y la dispone. Éntrase por el afecto al concepto; algunos se fian tanto del valor que desestiman la diligencia; pero la atencion sabe bien que es grande el rodeo de solos los méritos si no se ayudan del favor; todo lo facilita y suple la benevolencia: no siempre supone las prendas, sino que las pone, como el valor, la entereza, la sabiduría, hasta la discrecion; nunca ve las fealdades, porque no las querria ver; nace de ordinario de la correspondencia material en genio, nacion, parentesco, patria y empleo; la formal es más sublime en prendas, obligaciones, reputacion, méritos; toda la dificultad es ganarla, que con facilidad se conserva; puédese diligenciar y saberse valer de ella.

Prevenirse en la fortuna próspera para la adversa. Arbitrio es hacer en el estío la provision para el invierno, y con más comodidad van baratos entónces los favores; hay abundancia de amistades; bueno es conservar para el mal tiempo, que es la adversidad cara y falta de todo. Haya reten de amigos y de agradecidos, que algun dia hará aprecio de lo que ahora no hace caso. La villanía nunca tiene amigos; en la prosperidad, porque los desconoce; en la adversidad la desconocen á ella.

Nunca competir. Toda pretension con oposicion daña el crédito; la competencia tira luégo á desdorar por deslucir. Son pocos los que hacen buena guerra; descubre la emulacion los defectos que olvidó la cortesía, vivieron muchos acreditados miéntras no tuvieron émulos. El calor de la contrariedad aviva ó resucita las infamias muertas, desentierra las hediondeces pasadas y antepasadas; comiénzase la competencia con manifiesto de desdoros, ayudándose de cuanto puede y no debe; y aunque á veces, y las más, no sean armas de provecho las ofensas, hace de ellas vil satisfaccion á su venganza y sacude ésta con tal aire que hace saltar á los desaires el polvo del olvido. Siempre fué pacífica la benevolencia, y benévola la reputacion.

Hacerse á las malas condiciones de los familiares. Así como á los malos rostros es conveniencia donde tercia dependencia, hay fieros genios que no se puede vivir con ellos ni sin ellos. Es, pues, destreza irse acostumbrando como á la fealdad para que no se hagan de nuevo en la terribilidad de la ocasion. La primera vez espantan, pero poco á poco se les viene á perder aquel primer horror, y la refleja previene los disgustos, ó los tolera.

Tratarse siempre con gente de obligaciones: puede empeñarse con ellos y empeñarlos. Su misma obligacion es la mayor fianza de su trato, áun para barajar, que obran como quien son, y vale más pelear con gente de bien que triunfar de gente de mal; no hay buen trato con la ruindad, porque no se halla obligacion á la entereza; por eso entre ruines nunca hay verdadera amistad, ni es de buena ley la fineza aunque lo parezca, porque no es en fe de la honra; reniegue siempre de hombre sin ella, que quien no la estima, no estima la virtud, y es la honra el trono de la entereza.

Nunca hablar de sí. Ó se ha de alabar, que es desvanecimiento, ó se ha de vituperar, que es poquedad; y siendo culpa de cordura en el que dice, es pena de los que oyen; si esto se ha de evitar en la familiaridad, mucho más en puestos sublimes, donde se habla en comun, y pasa ya por necedad cualquier apariencia de ella. El mismo inconveniente de cordura tiene el hablar de los presentes por el peligro de dar en uno de dos escollos de lisonja ó vituperio.

Cobrar fama de cortés, que basta á hacerle plausible. Es la cortesía la principal parte de la cultura, especie de hechizo, y así concilia la gracia de todos, así como la descortesía el desprecio universal; si ésta nace de soberbia, es aborrecible; si de grosería, despreciable. La cortesía siempre ha de ser más que ménos, pero no igual, que degeneraria en injusticia; tiénese por deuda entre enemigos para que se vea su valor, cuesta poco y vale mucho; todo honrador es honrado. La galantería y la honra tienen esta venta-

ja, que se quedan, aquélla en quien la usa, ésta en quien la hace.

No hacerse de mal querer. No se ha de provocar la aversion, que áun sin quererlo, ella se adelanta. Muchos hay que aborrecen de balde, sin saber el cómo ni por qué: previene la malevolencia á la obligacion; es más eficaz y pronta para el daño la irascible, que la concupiscible para el provecho. Afectan algunos ponerse mal con todos por enfadoso ó por enfadado genio; y si una vez se apodera el ódio, es, como el mal concepto, dificultoso de borrar. A los hombres juiciosos los temen, á los maldicientes aborrecen, á los presumidos asquean, á los fisgones abominan, á los singulares los dejan. Muestre, pues, estimar para ser estimado, y el que quiere hacer casa hace caso.

Vivir á lo práctico. Hasta el saber ha de ser al uso, y donde no se usa, es preciso saber hacer del ignorante: múdanse á tiempos el discurrir y el gustar: no se ha de discurrir á lo viejo y se ha de gustar á lo moderno. El gusto de las cabezas hace voto en cada órden de cosas. Ése se ha de seguir por entónces y adelantar á eminencia; acomódese el cuerdo á lo presente, aunque le parezca mejor lo pasado, así en los arreos del alma como del cuerpo. Sólo en la bondad no vale esta regla de vivir, que siempre se ha de practicar la virtud; desconócese ya y parece cosa de otros tiempos el decir verdad, el guardar palabra, y los varones buenos parecen hechos al buen tiempo, pero siempre amados; de suerte que si algunos hay, no se usan ni se imitan. ¡Oh grande infelicidad del siglo nuestro, que se tenga la virtud por extraña y la malicia por corriente! Viva el discreto como puede; si no, como querria. Tenga por mejor lo que le concedió la suerte que lo que le ha negado.

No hacer negocio del no negocio. Así como algunos todo lo hacen cuento, así otros todo negocio. Siempre hablan de importancia, todo lo toman de véras, reduciéndolo á pendencia y á misterio. Pocas cosas de enfado se han de tomar de propósito, que sería empeñarse sin él. Es trocar los puntos tomar á pechos lo que se ha de echar á las espaldas. Muchas cosas que eran algo, dejándolas, fueron nada; y otras que eran nada por haber hecho caso de ellas fueron mucho. Al principio es fácil dar fin á todo, que despues no; muchas veces hace la enfermedad del mismo remedio; ni es la peor regla del vivir el dejar estar.

Señorío en el decir y en el hacer. Hácese mucho lugar en todas partes y gana de antemano el respeto. En todo influye; en el conversar, en el orar, hasta en el caminar, y áun el mirar en el querer. Es gran victoria coger los corazones; no nace de una necia intrepidez ni del enfadoso entretenimiento; sí en una decente autoridad, nacida del genio superior y ayudada de los méritos.

Hombre desafectado. Á más prendas ménos afectacion, que suele ser vulgar desdoro de todas. Es tan enfadosa á los demas, cuan penosa al que la sustenta, porque vive mártir del cuidado y se atormenta con la puntualidad; pierden su mérito las mismas eminencias con ella; porque se juzgan nacidas ántes de la artificiosa violencia que de la libre naturaleza, y todo lo natural fué siempre más grato que lo artificial. Los afectados son tenidos por extranjeros en lo que afectan; cuanto mejor se hace una cosa, se ha de desmentir la industria, porque se vea que se cae de su natural la perfeccion; ni por huir la afectacion se ha de dar en ella afectando el no afectar. Nunca el discreto se ha de dar por entendido de sus méritos, que el mismo descuido despierta en los otros la atencion. Dos veces es eminente el que encierra todas las perfecciones en sí y ninguna en su estimacion, y por encontrada senda llega al término de la plausibilidad.

Llegar á ser deseado. Pocos llegaron á tanta gracia de las gentes, y si de los cuerdos, felicidad: es ordinaria la tibieza con los que acaban, y hay modos para merecer este premio de aficion: la eminencia en el empleo y en las prendas es segura, el agrado eficaz; hácese dependencia de la eminencia de modo que se note que el cargo le hubo menester á él, y no él al cargo; honran unos los puestos, á otros honran; no es ventaja que le haga bueno el que sucedió malo, porque eso no es ser deseado absolutamente, sino ser el otro aborrecido.

No ser libro verde. Señal de tener gastada la fama propria es cuidar de la infamia ajena: querrian algunos con las manchas de los otros disimular, si no lavar, las suyas, ó se consuelan, que es el consuelo de los necios: huéleles mal la boca á éstos, que son los albañales de las inmundicias civiles; en estas materias el que más escarva, más se enloda; pocos se escapan de algun achaque original, ó al derecho ó al traves; no son conocidas las faltas en lo poco conocidos; huya el atento de ser registro de infamias, que es ser un aborrecido padron, y aunque vivo, desalmado.

No es necio el que hace la necedad, sino el que, hecha, no la sabe encubrir. Hanse de sellar los afectos, cuanto más los defectos. Todos los hombres yerran, pero con esta diferencia, que los sagaces mienten las hechas y los necios mienten las por hacer. Consiste el crédito en el recato más que en el hecho; que si no es casto, sea cauto. Los descuidos de los grandes hombres se observan más, como eclipses de las lumbreras mayores. Sea excepcion de la amistad el no confiarla los defectos, ni áun, si ser pudiese, á su misma identidad; pero puédese valer aquí de aquella otra regla del vivir, que es saber olvidar.

El despejo en todo. Es vida de las prendas, aliento del decir, alma del hacer, realce de los mismos realces; las demas perfecciones son ornato de la naturaleza, pero el despejo lo es de las mismas perfecciones; hasta en el discurrir se celebra; tiene de privilegio lo más, debe al estudio lo ménos, que áun á la disciplina es superior; pasa de facilidad y adelántase á bizarría; supone desembarazo y añade perfeccion; sin él toda la belleza es muerta y toda gracia desgracia; es trascendental al valor, á la discrecion, á la prudencia, á la misma majestad. Es político atajo en el despacho y un culto salir de todo empeño.

Alteza de ánimo. Es de los principales requisitos para héroe, porque inflama á todo género de grandeza; realza el gusto, engrandece el corazon, remonta

el pensamiento, ennoblece la condicion y dispone la majestad; donde quiera que se halla descuella, y áun tal vez desmentida de la envidia de la suerte; revienta por campear, ensánchase en la voluntad, ya que la posibilidad se violente: reconócenla por fuente la magnanimidad, la generosidad y toda heroica prenda.

Nunca quejarse. La queja siempre trae descrédito; más sirve de ejemplar de atrevimiento á la pasion que de consuelo á la compasion; abre el paso á quien la oye para lo mismo, y es la noticia del agravio del primero disculpa del segundo, dan pié algunos con sus quejas de las ofensiones pasadas á las venideras, y pretendiendo remedio ó consuelo, solicitan la complacencia y áun el desprecio; mejor política es celebrar obligaciones de unos para que sean empeños de otros; y el repetir favores de los ausentes es solicitar los de los presentes, es vender crédito de unos á otros, y el varon atento nunca publique ni desaires ni defectos; sí estimaciones, que sirven para tener amigos y de contener enemigos.

Hacer y hacer parecer. Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen: valer saberlo y mostrar es valer dos veces; lo que no se ve es como si no fuese; no tiene su veneracion la razon misma donde no tiene cara de tal; son muchos más los engañados que los advertidos; prevalece el engaño y júzganse las cosas por fuera; hay cosas que son muy otras de lo que parecen. La buena exterioridad es la mejor recomendacion de la perfeccion interior.

Galantería de condicion. Tienen su bizarría las almas, gallardía del espíritu, con cuyos galantes actos queda muy airoso un corazon; no cabe en todos, porque supone magnanimidad; primero asunto suyo es hablar bien del enemigo y obrar mejor; su mayor lucimiento libra en los lances de la venganza; no se los quita, sino que se los mejora, convirtiéndola, cuando más vencedora, en una impensada generosidad. Es política tambien, y áun la gala de la razon de estado: nunca afecta vencimientos, porque nada afecta, y cuando los alcanza el merecimiento, los disimula la ingenuidad.

Usar del reconsejo. Apelar á la revista es seguridad, y más donde no es evidente la satisfaccion; tomar tiempo, ó para conceder ó para mejorarse. Ofrécense nuevas razones para confirmar y corroborar el dictámen; si es en materia de dar, se estima más el dón en fe de la cordura que en el gusto de la presteza; siempre fué más estimado lo deseado; si se ha de negar, queda lugar al modo, y para madurar el no, que sea más sazonado, y las más veces, pasado aquel primer calor del deseo, no se siente despues á sangre fria el desaire del negar, á quien pide apriesa conceder tarde, que es treta para desmentir la atencion.

Ántes loco con todos que cuerdo á solas (dicen políticos); que si todos lo son, con ninguno perderá, y si es sola la cordura, será tenida por locura; tanto importará seguir la corriente; es el mayor saber á veces no saber ó afectar no saber; hase de vivir con los otros, y los ignorantes son los más; para vivir á solas ha de tener, ó mucho de Dios ó todo de bestia; mas yo moderaria el aforismo diciendo: ántes cuerdo con los demas que loco á solas; algunos quieren ser singulares en las quimeras.

Doblar los requisitos de la vida. Es doblar el vivir; no ha de ser única la dependencia ni se ha de estrechar á una cosa sola, aunque singular; todo ha de ser doblado, y más las causas del provecho, del favor, del gusto. Es transcendente la mutabilidad de la luna, término de la permanencia, y más las cosas que dependen de humana voluntad, que es quebradiza. Valga contra la fragilidad el reten, y sea gran regla del arte del vivir doblar les circunstancias del bien y de la comodidad, así como dobló la naturaleza los miembros más importantes y más arriesgados, así el arte los de la dependencia.

No tenga espíritu de contradicion, que es cargarse de necedad y de enfado; conjurarse ha contra él la cordura; bien puede ser ingenioso el dificultar en todo, pero no se escapa de necio lo porfiado; hacen éstos guerrilla de la dulce conversacion, y así son enemigos más de los familiares que de los que no les tratan; en el más sabroso bocado se siente más la espina que se atraviesa, y es lo la contradicion de los buenos ratos; son necios, perniciosos, que añaden lo fiera á lo bestia.

Ponerse bien en las materias, tomar el pulso luégo á los negocios. Vanse muchos, ó por las ramas de un inútil discurrir, ó por las hojas de una cansada verbosidad, sin topar con la sustancia del caso; dan cien vueltas rodeando un punto, cansándose y cansando, y nunca llegan al centro de la importancia; procede de entendimientos confusos que no se saben desembarazar; gastan el tiempo y la paciencia en lo que habian de dejar, y despues no la hay para lo que dejaron.

Bástese á sí mismo el sabio. Él se era todas sus cosas, y llevándose á sí lo llevaba todo. Si un amigo universal basta hacer Roma y todo lo restante del universo, séase uno este amigo de sí propio y podrá vivirse á solas. ¿Quién le podrá hacer falta, si no hay ni mayor concepto ni mayor gusto que el suyo? Dependerá de sí sola, que es felicidad suma semejar á la entidad suma. El que puede pasar así á solas nada tendrá de bruto, sino mucho de sabio y todo de Dios.

Arte de dejar estar, y más cuando más revuelta la comun mar ó la familiar. Hay torbellinos en el humano trato, tempestades de voluntad; entónces es cordura retirarse al seguro puerto del dar vado; muchas veces empeoran los malos con los remedios; dejar hacer á la naturaleza allí, y aquí á la moralidad; tanto ha de saber el sabio médico para recetar como para no recetar, y á veces consiste el arte más en el no aplicar remedios; sea modo de sosegar vulgares torbellinos el alzar la mano y dejar sosegar; ceder al tiempo ahora será vencer despues; una fuente con poca inquietud se enturbia, ni se volverá á serenar procurándolo, sino dejándola; no hay mejor remedio de los desconciertos que dejarlos correr, que así caen de sí propios.

Conocer el dia aciago, que los hay; nada saldrá bien y aunque se varie el juego, pero no la mala suerte; á dos lances convendrá conocerla y retirarse, ad-

virtiendo si está de dia ó no lo está. Hasta en el entendimiento hay vez, que ninguno supo á todas horas; es ventura acertar á discurrir, como el escribir bien una carta; todas las perfecciones dependen de sazon, ni siempre la belleza está de vez; desmiéntese la discrecion á sí misma, ya cediendo, ya excediendo, y todo para salir bien ha de estar de dia. Así como en unos todos sale mal, en otros todo bien y con ménos diligencias. Todo se lo halla uno hecho; el ingenio está de vez, el genio de temple y todo de estrella. Entónces conviene lograrla y no despreciar la menor partícula. Pero el varon juicioso no por un azar que vió sentencia difinitivamente de malo ni al contrario de bueno, que pudo ser aquello desazon y esto ventura.

Topar luégo con lo bueno en cada cosa. Es dicha del buen gusto; va luégo la abeja á la dulzura para el panal, y la víbora á la amargura para el veneno. Así los gustos, unos á lo mejor y otros á lo peor; no hay cosa que no tenga algo bueno, y más si es libro, por lo pensado; es, pues, tan desgraciado el genio de algunos, que entre mil perfecciones toparán con solo un defecto que hubiere, y ése lo censuran y lo celebran, recogedores de las inmundicias, de voluntades y de entendimientos, cargando de notas de defectos, que es más castigo de su mal delecto que empleo de su sutileza; pasan mala vida, pues siempre se ceban de amarguras, y hacen pasto de imperfecciones; más feliz es el gusto de otros, que entre mil defectos toparán luégo con una sola perfeccion que se le cayó á la ventura.

No escucharse. Poco aprovecha agradarse á sí si no contenta á los demas, y de ordinario castiga el desprecio comun la satisfaccion particular; débese á todos el que se paga de sí mismo; querer hablar y oirse no sale bien; y si hablarse á solas es locura, escucharse delante de otros será doblada. Achaque de señores es hablar con el bordon del «¿digo algo?» y aquel «¿eh?» que aporrea á los que le escuchan; á cada razon orejean la aprobacion ó la lisonja, apurando la cordura. Tambien los hinchados hablan con eco, y como su conversacion va en chapines de entono, á cada palabra solicita el enfadoso socorro del necio, bien dicho.

Nunca por tema seguir el peor partido, porque el contrario se adelantó y escogió el mejor; ya comienza vencido, y así será preciso ceder desairado; nunca se vengará bien con el mal; fué astucia del contrario anticiparse á lo mejor, y necedad suya oponérsele tarde con lo peor: son estos porfiados de obra más empeñados que los de palabra, cuanto va más riesgo del hacer al decir; vulgaridad de temáticos no reparar en la verdad por contradecir, ni en la utilidad por litigar. El atento siempre está de parte de la razon, no de la pasion, ó anticipándose ántes ó mejorándose despues, que si es necio el contrario, por el mismo caso mudará de rumbo pasándose á la contraria parte, con que ampeorará de partido; para echarle de lo mejor, es único remedio abrazar lo propio, que su necedad le hará dejarlo y su tema le será desempeño.

No dar en paradojo por huir de vulgar. Los dos extremos son del descrédito. Todo asunto que desdice de la gravedad es ramo de necedad. Lo paradojo es un cierto engaño plausible á los principios, que admira por lo nuevo y por lo picante; pero despues con el desengaño del salir tan mal queda muy desairado. Es especie de embeleco, y en materias políticas ruina de los estados. Los que no pueden llegar ó no se atreven á lo heroico por el camino de la virtud, echan por lo paradojo, admirando necios y sacando verdaderos á muchos cuerdos; arguye destemplanza en el dictámen, y por eso tan opuesto á la prudencia; y si tal vez no se funda en lo falso, por lo ménos en lo cierto, con gran riesgo de la importancia.

Entrar con la ajena para salir con la suya. Es estratagema del conseguir; áun en las materias del cielo encargan esta santa astucia los cristianos maestros. Es un importante disimulo, porque sirve de cebo la concebida utilidad para coger una voluntad; parécele que va delante la suya, y no es más de para abrir camino á la pretension ajena; nunca se ha de entrar á lo desatinado, y más donde hay fondo de peligro; tambien con personas, cuya primera palabra suele ser el no, conviene desmentir el tiro, porque no se advierta la dificultad del conceder, mucho más cuando se presiente la version; pertenece este aviso á los de segunda intencion, que todos son de la quinta sutileza.

No descubrir el dedo malo, que todo topará allí; no quejarse de él, que siempre sacude la malicia adonde le duele á la flaqueza. No servirá el picarse uno, sino de picar el gusto al entretenimiento: va buscando la mala intencion el achaque del hacer saltar, arroja varillas para hallarle el sentido, hará la prueba de mil modos hasta llegar al vivo. Nunca el atento se dé por entendido ni descubra su mal, ó personal ó heredado, que hasta la fortuna se deleita á veces de lastimar donde más ha de doler. Siempre mortifica en lo vivo; por esto no se ha de descubrir ni lo que mortifica ni lo que vivifica, uno para que se acabe, otro para que dure.

Mirar por dentro. Hállanse de ordinario ser muy otras las cosas de lo que parecian, y la ignorancia que no pasó de la corteza, se convierte en desengaño cuando se penetra al interior. La mentira es siempre la primera en todo, arrastra necios por vulgaridad continuada; la verdad siempre llega la última y tarde, cojeando con el tiempo; resérvanle los cuerdos la otra mitad de la potencia, que sabiamente duplicó la comun madre. Es el engaño muy superficial, y topan luégo con él los que lo son. El acierto vive retirado á su interior para ser más estimado de sus sabios y discretos.

No ser inaccesible. Ninguno hay tan perfecto que alguna vez no necesite de advertencia; es irremediable de necio el que no escucha; el más exento ha de dar lugar al amigable aviso; ni la soberanía ha de excluir la docilidad; hay hombres irremediables por inaccesibles, que se despeñan porque nadie osa llegar á detenerlos; el más entero ha de tener una puerta abierta á la amistad, y será la del socorro; ha de tener lugar un amigo para poder con desembarazo avisarle, y áun castigarle; la satisfaccion le ha de poner en esta autoridad, y el gran concepto de su fidelidad

y prudencia; no á todos se les ha de facilitar el respeto, ni áun el crédito; pero tenga el retrete de su recato un fiel espejo de un confidente á quien deba y estime la correccion en el desengaño.

Tener el arte de conversar, en que se hace muestra de ser persona. En ningun ejercicio humano se requiere más la atencion, por ser el más ordinario del vivir; aquí es el perderse ó el ganarse, que si es necesaria la advertencia para escribir una carta, con ser conversacion de pensado y por escrito, ¿cuánto más en la ordinaria, donde se hace exámen pronto de la discrecion? Toman los peritos el pulso al ánimo en la lengua, y en fe de ella dijo el sabio: Habla, si quieres que te conozca. Tienen algunos por arte en la conversacion el ir sin ella, que ha de ser holgada, como el vestir; entiéndese entre muy amigos, que cuando es de respeto ha de ser más sustancial, y que indique la mucha sustancia de la persona; para acertarse se ha de ajustar al genio y al ingenio de los que tercian; no ha de afectar el ser censor de las palabras, que será tenido por gramático, ni ménos fiscal de las razones, que le hurtarán todos el trato y le huirán su comunicacion. La discrecion en el hablar importa más que la elocuencia.

Saber declinar á otro los males, tener escudos contra la malevolencia, gran treta de los que gobiernan, no nace de incapacidad, como la malicia piensa, sí de industria superior tener en quien recaiga la censura de los desaciertos y el castigo comun de la murmuracion; no todo puede salir bien, ni á todos se puede contentar; haya, pues, un testa de hierro, terrero de infelicidades, á costa de su misma ambicion.

Saber vender sus cosas. No basta la extrínseca bondad de ellas, que no todos muerden la sustancia ni miran por dentro; acuden los más adonde hay concurso, van porque ven ir á otros. Es gran parte del artificio saber acreditar unas veces celebrando, que la alabanza es solicitadora del deseo; otras dando buen nombre, que es un gran modo de sublimar, desmintiendo siempre la afectacion. El destinar para solos los entendidos es picon general, porque todos se lo piensan, y cuando no, la privacion espoleará el deseo; nunca se han de acreditar de fáciles ni de comunes los asuntos, que más es vulgarizarlos que facilitarlos; todos pican en lo singular por más apetecible, tanto al gusto como al ingenio.

Pensar anticipado; hoy para mañana, y áun para muchos dias; la mayor providencia es tener horas de ella; para prevenidos no hay acasos, ni para apercibidos, aprietos; no se ha de aguardar el discurrir para el ahogo, y ha de ir de antemano; prevenga con la madurez del reconsejo el punto más crudo. Es la almohada Sibila muda, y el dormir sobre los puntos vale más que el desvelarse debajo de ellos; algunos obran y despues piensan, aquello más es buscar excusas que consecuencias; otros, ni ántes ni despues; toda la vida ha de ser pensar, para acertar el rumbo; el reconsejo y providencia dan arbitrio de vivir anticipado.

Nunca acompañarse con quien le pueda deslucir, tanto por más, cuanto por ménos; lo que excede en perfeccion, excede en estimacion; hará el otro primer papel siempre, y él el segundo; y si le alcanzáre algo de aprecio, serán las sobras de aquél. Campea la luna miéntras una entre las estrellas, pero en saliendo el sol, ó no parece ó desaparece; nunca se arrime á quien le eclipse, sino á quien le realce. De esta suerte pudo parecer hermosa la discreta fábula de Marcial, y lució entre la fealdad ó el desaliño de sus doncellas; tampoco ha de peligrar de mal de lado, ni honrar á otros á costa de su crédito, para hacerse vaya con los eminentes, para hecho entre los medianos.

Huya de entrar á llenar grandes vacíos, y si se empeña, sea con seguridad del exceso. Es menester doblar el valor para igualar al del pasado. Así como es ardid que el que se sigue sea tal que le haga deseado; así es sutileza que el que acabó no le eclipse. Es dificultoso llenar un gran vacío, porque siempre lo pasado pareció mejor, y áun la igualdad no bastará, porque está en posesion de primero. Es, pues, necesario añadir prendas para echar á otro de su posesion en el mayor concepto.

No ser fácil, ni en creer ni en querer. Conócese la madurez en la espera de la credulidad; es muy ordinario el mentir, sea extraordinario el creer. El que ligeramente se movió, hállase despues corrido; pero no se ha de dar á entender la duda de la fe ajena, que pasa de descortesía á agravio, porque se le trata al que contesta de engañador ó engañado; y áun no es ése el mayor inconveniente, cuanto que el no creer es indicio del mentir; porque el mentiroso tiene dos males, que ni cree ni es creido. La suspension del juicio es cuerda en el que oye, y remítase de fe al autor aquel que dice: Tambien es especie de imprudencia la facilidad en el querer, que si se miente con la palabra, tambien con las cosas, y es más pernicioso este engaño por la obra.

Arte en el apasionarse. Si es posible prevenga la prudente reflexion la vulgaridad del ímpetu, no le será dificultoso al que fuere prudente. El primer paso del apasionarse es advertir que se apasiona, que es entrar con señorío del afecto, tanteando la necesidad hasta tal punto de enojo y no más; con esta superior refleja éntre y salga en una ira. Sepa parar bien y á su tiempo, que lo más dificultoso del correr está en el parar. Gran prueba de juicio conservarse cuerdo en los trances de locura; todo exceso de pasion degenera de lo racional, pero con esta magistral atencion nunca atropellará la razon, ni pisará los términos de la sindéresis; para saber hacer mal á una pasion, es menester ir siempre con la rienda en la atencion, y será el primer cuerdo á caballo, si no el último.

Amigos de eleccion. Que lo han de ser á exámen de la discrecion y á prueba de la fortuna, graduados, no sólo de la voluntad, sino del entendimiento, y con ser el más importante acierto del vivir, es el ménos asistido del cuidado; obra el entretenimiento en algunos y el acaso en los más; es difinido uno por los amigos que tiene, que nunca el sabio concordó con ignorantes; pero el gustar de uno no arguye intimi-

dad, que puede proceder más del buen rato de su graciosidad que de la confianza de su capacidad; hay amistades legítimas y otras adulterinas; éstas para la delectacion, aquéllas para la fecundidad de aciertos; hállanse pocos de la persona y muchos de la fortuna. Más aprovecha un buen entendimiento de un amigo, que muchas buenas voluntades de otro; haya, pues, eleccion, y no suerte. Un sabio sabe excusar pesares, y el necio amigo los acarrea; ni desearles mucha fortuna, si no los quiere perder.

No engañarse en las personas, que es el peor y más fácil engaño; más vale ser engañado en el precio que en la mercadería, ni hay cosa que más necesite de mirarse por dentro; hay diferencia entre el entender las cosas y conocer las personas, y es gran filosofía alcanzar los genios y distinguir los humores de los hombres; tanto es menester tener estudiados los sujetos como los libros.

Saber usar de los amigos. Hay en esto su arte de discrecion; unos son buenos para de léjos y otros para de cerca, y el que tal vez no fué bueno para la conversacion, lo es para la correspondencia; purifica la distancia algunos defectos que eran intolerables á la presencia; no sólo se ha de procurar en ellos conseguir el gusto, sino la utilidad, que ha de tener las tres calidades del bien; otros dicen las del ente, uno, bueno y verdadero, porque el amigo es todas las cosas; son pocos para buenos, y el no saberlos elegir los hace ménos; saberlos conservar es más que el hacerlos amigos. Búsquense tales que hayan de durar, y aunque al principio sean nuevos, baste para satisfaccion que podrán hacerse viejos. Absolutamente los mejores son los muy salados, aunque se gaste una hanega en la experiencia. No hay desierto como vivir sin amigos; la amistad multiplica los bienes y reparte los males, es único remedio contra la adversa fortuna y un desahogo del alma.

Saber sufrir necios. Los sabios siempre fueron mal sufridos, que quien añade ciencia, añade impaciencia; el mucho conocer es dificultoso de satisfacer. La mayor regla del vivir, segun Epitecto, es el sufrir, y á esto redujo la mitad de la sabiduría; si todas las necedades se han de tolerar, mucha paciencia será menester; á veces sufrimos más de quien más dependemos, que importa para el ejercicio del vencerse; nace del sufrimiento la inestimable paz, que es la felicidad de la tierra; y el que no se halláre con ánimo de sufrir, apele al retiro de sí mismo, si es que áun á sí mismo se ha de poder tolerar.

Hablar de atento, con los émulos por cautela, con los demas por decencia. Siempre hay tiempo para enviar la palabra, pero no para volverla; hase de hablar como en testamento, que á ménos palabras, ménos pleitos; en lo que no importa se ha de ensayar uno para lo que importáre; la arcanidad tiene visos de divinidad; el fácil á hablar, cerca está de ser vencido y convencido.

Conocer los defectos dulces. El hombre más perfecto no se escapa de algunos, y se casa y se amanceba con ellos; haylos en el ingenio, y mayores en el mayor, ó se advierten más, no porque no los conozca el mismo sujeto, sino porque los ama; dos males juntos, apasionarse, y por vicios, son lunares de la perfeccion, ofenden tanto á los de afuera, cuanto á los mismos les suenan bien. Aquí es el gallardo vencerse, y dar esta felicidad á los demas realces; todos topan allí, y cuando habian de celebrar lo mucho bueno que admiran, se detienen donde reparan, afeando aquello por desdoro de las demas prendas.

Saber triunfar de la emulacion y malevolencia. Poco es ya el desprecio, aunque prudente, más es la galantería; no hay bastante aplauso á un decir bien; del que dice mal no hay venganza más heroica que con méritos y prendas, que vencen y atormentan á la envidia; cada felicidad es un apreton de cordeles al mal afecto, y es un infierno del émulo la gloria del emulado; este castigo se tiene por el mayor, hacer veneno de la felicidad; no muere de una vez el envidioso, sino tantas cuantas vive á voces de aplausos el envidiado, compitiendo la perenidad de la fama del uno con la penalidad del otro; es inmortal éste para sus glorias, y aquél para sus penas. El clarin de la fama, que toca á inmortalidad, al uno publica muerte, para el otro sentenciándole al suspendio de tan envidiosa suspension.

Nunca por la compasion del infeliz se ha de incurrir en la desgracia del afortunado. Es desventura para unos la que suele ser ventura para otros; que no fuera uno dichoso, si no fueran muchos otros desdichados; es proprio de infelices conseguir la gracia de las gentes, que quiere recompensar ésta con su favor inútil los disfavores de la fortuna, y vióse tal vez que el que en la prosperidad fué aborrecido de todos, en la adversidad compadecido de todos; trocóse la venganza de ensalzado en compasion de caido. Pero el sagaz atienda al barajar de la suerte. Hay algunos que nunca van sino con los desdichados, y ladean hoy por infeliz al que huyeron ayer por afortunado; arguye tal vez nobleza del natural, pero no sagacidad.

Echar al aire algunas cosas. Para examinar la aceptacion, un ver cómo se reciben, y más las sospechosas de acierto y de agrado, aségurase el salir bien y queda lugar ó para el empeño ó para el retiro; tantéanse las voluntades de esta suerte, y sabe el atento dónde tiene los piés; prevencion máxima del pedir, del querrer y del gobernar.

Hacer buena guerra. Puédenle obligar al cuerdo á hacerla, pero no mala; cada uno ha de obrar como quien es, no como le obligan; es plausible la galantería en la emulacion; ha de pelear, no sólo para vencer en el poder, sino en el modo. Vencer á lo ruin no es gloria, sino rendimiento. Siempre fué superioridad la generosidad; el hombre de bien nunca se vale de armas vedadas, y son las de la amistad acabada para el ódio comenzado, que no se ha de valer de la confianza para la venganza; todo lo que huele á traicion inficiona el buen nombre. En personajes obligados se extraña más cualquier átomo de bajeza; han de distar mucho la nobleza de la vileza. Précìese de que si la galantería, la generosidad y la felicidad se perdiesen en el mundo, se habian de buscar en su pecho.

Diferenciar el hombre de palabras del de obras. Es

única precision, así como la del amigo, de la persona ú del empleo, que son muy diferentes; malo es no teniendo palabra buena no tener obra mala; peor no teniendo palabra mala no tener obra buena; ya no se come de palabras, que son viento, ni se vive de cortesías, que es un cortés engaño; cazar las aves con luz es el verdadero encandilar; los desvanecidos se pagan del viento, las palabras han de ser prendas de las obras, y así han de tener el valor; los árboles que no dan fruto, sino hojas, no suelen tener corazon, conviene conocerlos, unos para provecho, otros para sombra.

Saberse ayudar. No hay mejor compañía en los grandes aprietos que un buen corazon; y cuando flaqueáre, se ha de suplir de las partes que le están cerca. Hácensele menores los afanes á quien se sabe valer. No se rinda á la fortuna, que se le acabará de hacer intolerable. Ayúdanse poco algunos en sus trabajos, y dóblanlos con no saberlos llevar. El que ya se conoce, socorre con la consideracion á su flaqueza, y el discreto de todo sale con victoria, hasta de las estrellas.

No dar en monstruos de la necedad. Sonlo todos los desvanecidos, presuntuosos, porfiados, caprichosos, persuadidos, extravagantes, figureros, graciosos, noveleros, paradojos, sectarios y todo género de hombres destemplados, monstruos todos de la impertinencia. Toda monstruosidad del ánimo es más disforme que la del cuerpo, porque desdice de la belleza superior. Pero ¿quién corregirá tanto desconcierto comun? Donde falta la sindéresis no queda lugar para la direccion; y la que había de ser observacion refleja de la irrision, es una mal concebida presuncion de aplauso imaginado.

Atencion á no errar una, más que á acertar ciento. Nadie mira al sol resplandeciente, y todos eclipsado; no le contará la nota vulgar las que acertáre, sino las que erráre; más conocidos son los malos para murmurados, que los buenos para aplaudidos; ni fueron conocidos muchos hasta que delinquieron, ni bastan todos los aciertos juntos á desmentir un solo y mínimo desdoro; y desengáñese todo hombre, que le serán notadas todas las malas, pero ninguna buena, de la malevolencia.

Usar del reten en todas las cosas. Es asegurar la importancia; no todo el caudal se ha de emplear, ni se han de sacar todas las fuerzas cada vez; áun en el saber ha de haber resguardo, que es un doblar las perfecciones; siempre ha de haber á qué apelar en un aprieto de salir mal; más obra el socorro que el acometimiento, porque es de valor y de crédito. El proceder de la cordura siempre fué al seguro, y áun en este sentido es verdadera aquella paradoja picante; más es la mitad que el todo.

No gastar el favor. Los amigos grandes son para las grandes ocasiones; no se ha de emplear la confianza mucha en cosas pocas, que sería desperdicio de la gracia; la sagrada áncora se reserva siempre para el último riesgo. Si en lo poco se abusa de lo mucho, ¿qué quedará para despues? No hay cosa que más valga que los valedores, ni más preciosa hoy que el favor; hace y deshace en el mundo, hasta dar ingenio ó quitarlo. Á los sabios lo que les favorecieron naturaleza y fama, les envidió la fortuna; más es saber conservar las personas y tenerlas, que los haberes.

No empeñarse con quien no tiene que perder. Es reñir con desigualdad, entra el otro con desembarazo, porque trae hasta la vergüenza perdida, remató con todo, no tiene más que perder, y así se arroja á toda impertinencia; nunca se ha de exponer á tan cruel riesgo la inestimable reputacion; costó muchos años de ganar, y viene á perderse en un punto de un puntillo; hiela un desaire mucho lucido sudor. Al hombre de obligaciones hácele reparar el tener mucho que perder, mirando por su crédito; mira por el contrario, y como se empeña con atencion, procede con tal detencion, que da tiempo á la prudencia para retirarse con tiempo y poner en cobro el crédito; ni con el vencimiento se llegará á ganar lo que se perdió ya con el exponerse á perder.

No ser de vidrio en el trato, y ménos en amistad. Quiebran algunos con gran facilidad, descubriendo la poca consistencia; llénanse á sí mismos de ofension, á los demas de enfado; muestran tener la condicion más niña que las de los ojos, pues no permite ser tocada, ni de burlas ni de véras; oféndenla las motas, que no son menester ya notas; han de ir con grande tiento los que los tratan, atendiendo siempre á sus delicadezas; guárdanle los aires, porque el más leve desaire les desazona; son éstos ordinariamente muy suyos, esclavos de su gusto, que por él atropellarán con todo, idólatras de su honrilla; la condicion del amante tiene la mitad de diamante en el durar y en el resistir.

No vivir apriesa. El saber repartir las cosas es saberlas gozar; á muchos les sobra la vida y se les acaba la felicidad; malogran los contentos, que no los gozan, y querrian despues volver atras cuando se hallan tan adelante; postillones del vivir, que á más del comun correr del tiempo, añaden ellos su atropellamiento genial. Querrian devorar en un dia lo que apénas podrán digerir en toda la vida; viven adelantados en las felicidades, cómense los años por venir, y como van con tanta priesa, acaban presto con todo; áun en el querer saber ha de haber modo para no saber las cosas mal sabidas; son más los dias que las dichas; en el gozar á espacio, en el obrar aprisa; las hazañas bien están hechas, los contentos mal acabados.

Hombre sustancial, y el que lo es no se paga de los que no lo son. Infeliz es la eminencia que no se funda en la sustancia; no todos los que lo parecen son hombres, haylos de embuste, que conciben de quimera y paren embelecos, y hay otros sus semejantes que los apoyan y gustan más de lo incierto, que promete un embuste, por ser mucho, que de lo cierto, que asegura una verdad, por ser pocos; al cabo sus caprichos salen mal, porque no tienen fundamento de entereza; sola la verdad puede dar reputacion verdadera y la sustancia entra en provecho; un embeleco ha menester otros muchos, y así toda la fábrica es

quimera, y como se funda en el aire, es preciso venir á tierra; nunca llega á viejo un desconcierto; el ver lo mucho que promete basta hacerlo sospechoso, así como lo que prueba demasiado es imposible.

Saber ó escuchar á quien sabe. Sin entendimiento no se puede vivir, ó proprio ó prestado; pero hay muchos que ignoran que no saben, y otros que piensan que saben, no sabiendo; achaques de necedad son irremediables, que como los ignorantes no se conocen, tampoco buscan lo que les falta; serián sabios algunos si no creyesen que lo son; con esto, aunque son raros los oráculos de cordura, viven ociosos, porque nadie los consulta; no disminuye la grandeza ni contradice la capacidad el aconsejarse, ántes el aconsejarse bien la acredita; debata en la razon para que no le combata la desdicha.

Excusar llanezas en el trato. Ni se han de usar, ni se han de permitir. El que se allana pierde luégo la superioridad que le daba su entereza, y tras ella la estimacion; los astros, no rozándose con nosotros, se conservan en su esplendor, la divinidad solicita decoro, toda humanidad facilita el desprecio, las cosas humanas cuanto se tienen más se tienen en ménos, porque con la comunicacion se comunican las imperfecciones que se encubrian con el recato; con nadie es conveniente el allanarse, no con los mayores, por el peligro, ni con los inferiores, por la indecencia; ménos con la villanía, que es atrevida por lo necio, y no reconociendo el favor que se le hace, presume obligacion; la facilidad es ramo de vulgaridad.

Creer al corazon, y más cuando es de prueba, nunca le desmienta, que suele ser pronóstico de lo que más importa, oráculo casero; perecieron muchos de lo que se temian[1], mas ¿de qué sirvió el temerlo sin el remediarlo? Tienen algunos muy leal el corazon, ventaja del superior natural, que siempre los previene y toca á infelicidad para el remedio; no es cordura salir á recibir los males, pero sí el salirles al encuentro para vencerlos.

La retentiva es el sello de la capacidad, pecho sin secreto es carta abierta; donde hay fondo están los secretos profundos, que hay grandes espacios y ensenadas donde se hunden las cosas de monta; procede de un gran señorío de sí, y el vencerse en esto es el verdadero triunfar; á tantos pagan pecho á cuantos se descubre; en la templanza interior consiste la salud de la prudencia, los riesgos de la retentiva son la ajena tentativa, el contradecir para torcer; el tirar varillas para hacer saldrá aquí el atento más cerrado. Las cosas que se han de hacer no se han de decir, y las que se han de decir no se han de hacer.

Nunca regirse por lo que el enemigo habia de hacer. El necio nunca hará lo que el cuerdo juzga, porque no alcanza lo que conviene; si es discreto, tampoco, porque querrá desmentirle el intento penetrado y áun prevenido; hanse de discurrir las materias por entrambas partes, y revolverse por el uno y otro lado, disponiéndolas á dos vertientes; son varios los dictámenes, esté atenta la indiferencia, no tanto para lo que será, cuanto para lo que puede ser.

Sin mentir, no decir todas las verdades; no hay cosa que requiera más tiento que la verdad, que es un sangrarse del corazon; tanto es menester para saberla decir como para saberla callar; piérdese con sola una mentira todo el crédito de la entereza; es tenido el engaño por falto y el engañador por falso, que es peor; no todas las verdades se pueden decir, unas porque me importan á mí, otras porque al otro.

Un grano de audacia con todo es importante cordura. Hase de moderar el conceptò de los otros, para no concebir tan altamente de ellos que les tema; nunca rinda la imaginacion al corazon; parecen mucho algunos hasta que se tratan, pero el comunicarlos, más sirvió de desengaño que de estimacion; ninguno excede los cortos límites de hombre, todos tienen su sino, unos en el ingenio, otros en el genio. La dignidad da autoridad aparente, pocas veces la acompaña la personal, que suele vengar la suerte la superioridad del cargo en la inferioridad de los méritos; la imaginacion se adelanta siempre, y pinta las cosas mucho más de lo que son; no sólo concibe lo que hay, sino lo que pudiera haber; corrija la razon tan desengañada á experiencias, pero ni la necedad ha de ser atrevida, ni la virtud temerosa, y si á la simplicidad le valió la confianza, ¿cuánto más al valer y al saber?

No aprender fuertemente. Todo necio es persuadido, y todo persuadido necio, y cuanto más erróneo su dictámen, es mayor su tenacidad; áun en caso de evidencia es ingenuidad el ceder, que no se ignora la razon que tuvo, y se conoce la galantería que tiene; más se pierde con el arrimamiento, que se puede ganar con el vencimiento; no es defender la verdad, sino la grosería; hay cabezas de hierro dificultosas de convencer con extremo irremediable, cuando se junta lo caprichoso con lo persuadido, cánsanse indisolublemente con la necedad. El teson ha de estar en la voluntad, no en el juicio. Aunque hay casos de excepcion para no dejarse perder y ser vencido dos veces, una en el dictámen, otra en la ejecucion.

No ser ceremonial. Que áun en un rey la afectacion en esto fué solemnizada por singularidad. Es enfadoso el puntuoso, y hay naciones tocadas de esta delicadeza. El vestido de la necedad se cose de estos puntos, idólatras de su honra, y que muestran que se funda sobre poco, pues se temen que todo la pueda ofender; bueno es mirar por el respeto, pero no sea tenido por gran maestro de cumplimientos; bien es verdad que el hombre sin ceremonias necesita de excelentes virtudes; ni se ha de afectar, ni se ha de despreciar la cortesía; no muestra ser grande el que repara en puntillos.

Nunca exponer el crédito á prueba de sola una vez, que si no sale bien aquélla, es irreparable el daño. Es muy contingente errar una, y más la primera; no siempre está uno de ocasion, que por eso se dijo estar de dia; afiance, pues, la segunda á la primera; si se erráre y si se acertáre, será la primera desempeño de la segunda; siempre ha de haber recurso á la mejoría y apelacion á más; dependen las cosas de contingencias y de muchas, y así es rara la felicidad del salir bien.

Conocer los defectos, por más autorizados que es-

tén. No desconozca la entereza el vicio, aunque se revista de brocado; corónase tal vez de oro, pero no por eso puede disimular el yerro; no pierde la esclavitud de su vileza, aunque se desmienta con la nobleza del sujeto; bien pueden estar los vicios realzados, pero no son realces; ven algunos que aquel héroe tuvo aquel accidente, pero no ven que no fué héroe por aquello. Es tan retórico el ejemplo superior, que áun las fealdades persuade; hasta las del rostro afectó tal vez la lisonja, no advirtiendo que si en la grandeza se disimulan, en la bajeza se abominan.

Todo lo favorable obrarlo por sí; todo lo odioso por terceros. Con lo uno se concilia la aficion, con lo otro se declina la malevolencia. Mayor gusto es hacer bien que recibirlo para grandes hombres, que es felicidad de su generosidad; pocas veces se da disgusto á otro sin tomarlo, ó por compasion ó por repasion; las causas superiores no obran sin el premio ó el apremio; influya inmediatamente el bien y mediatamente el mal; tenga donde den los golpes del descontento, que son el ódio y la murmuracion; suele ser la rabia vulgar como la canina, que desconociendo la causa de su daño revuelve contra el instrumento, y aunque éste no tenga la culpa principal, padece la pena de inmediato.

Traer que alabar es crédito del gusto, que indica tenerlo hecho á lo muy bueno, y que se le debe la estimacion de lo de acá; quien supo conocer ántes la perfeccion sabrá estimarla despues; da materia á la conversacion y á la imitacion, adelantando las plausibles noticias. Es un político modo de vender la cortesía á las perfecciones presentes; otros, al contrario, traen siempre que vituperar, haciendo lisonja á lo presente con el desprecio de lo ausente; sáleles bien con los superficiales, que no advierten la treta del decir mucho mal de unos con otros; hacen política algunos de estimar más las medianías de hoy que los extremos de ayer. Conozca al atento estas sutilezas del llegar, y no le cause desmayo la exageracion del uno ni engreimiento la lisonja del otro, y entienda que del mismo modo proceden en las unas partes que en las otras; truecan los sentidos y ajústanse siempre al lugar en que se hallan.

Valerse de la privacion ajena, que si llega á deseo es el más eficaz torcedor. Dijeron ser nada los filósofos y ser el todo los políticos. Éstos la conocieron mejor. Hacen grada unos para alcanzar sus fines del deseo de los otros. Válense de la ocasion, y con la dificultad de la consecucion irrítanle el apetito. Prométense más del conato de la pasion que de la tibieza de la posesion, y al paso que crece la repugnancia se apasiona más el deseo; gran sutileza del conseguir el intento conservar las dependencias.

Hallar el consuelo en todo. Hasta de inútiles lo es el ser eterno. No hay afan sin conorte; los necios le tienen en ser venturosos, y tambien se dijo ventura de fea. Para vivir mucho es arbitrio valer poco; la vasija quebrantada es la que nunca se acaba de romper, que enfada con su durar. Parece que tiene envidia la fortuna á las personas más importantes, pues iguala la duracion con la inutilidad de las unas, la importancia con la brevedad de las otras. Faltarán cuantos importaren, y permanecerá eterno el que es de ningun provecho, ya porque lo parece, ya porque realmente lo es así. Al desdichado parece que se conciertan en olvidarle la suerte y la muerte.

No pagarse de la mucha cortesía, que es especie de engaño. No necesitan algunos para hechizar de las hierbas de la Tesalia, que con sólo el buen aire de una gorra encantan necios, digo, desvanecidos. Hacen precio de la honra y pagan con el viento de unas buenas palabras. Quien lo promete todo promete nada, y el prometer es desliz para necios; la cortesía verdadera es deuda, la afectada engaño, y más la desusada; no es decencia, sino dependencia. No hacen la reverencia á la persona, sino á la fortuna, y la lisonja, no á las prendas que reconoce, sino á las utilidades que espera.

Hombre de gran paz, hombre de mucha vida; para vivir, dejar vivir; no sólo viven los pacíficos, sino que reinan; hase de oir y ver, pero callar; el dia sin pleito hace la noche soñolienta; vivir mucho y vivir con gusto es vivir por dos y fruto de la paz; todo lo tiene á quien no se le da nada de lo que no le importa; no hay mayor despropósito que tomarlo todo de propósito; igual necedad que le pase el corazon á quien no le toca, y que no le éntre de los dientes adentro á quien le importa.

Atencion al que entra con la ajena por salir con la suya. No hay reparo para la astucia como la advertencia; al entendido un buen entendedor; hacen algunos ajeno el negocio proprio, y sin la contracifra de intenciones se halla á cada paso empeñado uno en sacar del fuego el provecho ajeno con daño de su mano.

Concebir de sí y de sus cosas cuerdamente, y más al comenzar á vivir. Conciben todos altamente de sí, y más los que ménos son; suéñase cada uno su fortuna y se imagina un prodigio; empéñase desatinadamente la esperanza y despues nada cumple la experiencia; sirve de tormento á su imaginacion vana el desengaño de la realidad verdadera; corrija la cordura semejantes desaciertos, y aunque puede desear lo mejor, siempre ha de esperar lo peor para tomar con ecuanimidad lo que viniere. Es destreza asestar algo más alto para ajustar el tiro, pero no tanto que sea desatino al comenzar los empleos; es precisa esta reformacion de concepto, que suele desatinar la presuncion sin la experiencia; no hay medicina más universal para todas necedades que el seso; conozca cada uno la esfera de su actividad y estado, y podrá regular con la realidad el concepto.

Saber estimar. Ninguno hay que no pueda ser maestro de otro en algo, ni hay quien no exceda al que excede; saber disfrutar á cada uno es útil saber; el sabio estima á todos porque reconoce lo bueno en cada uno y sabe lo que cuestan las cosas de hacerse bien. El necio desprecia á todos por ignorancia de lo bueno y por eleccion de lo peor.

Conocer su estrella. Ninguno tan desvalido que no la tenga, y si es desdichado es por no conocerla; tienen unos cabida con príncipes y poderosos, sin saber

cómo ni por qué, sino que su misma suerte les facilitó el favor; sólo queda para la industria el ayudarla; otros se hallan con la gracia de los sabios; fué alguno más acepto en una nacion que en otra, y más bien visto en esta ciudad que en aquélla; experiméntase tambien más dicha en un empleo y estado que en los otros, y todo esto en igualdad y áun identidad de méritos; baraja cómo y cuando quiere la suerte; conozca la suya cada uno, así como su Minerva, que va el perderse ó el ganarse; sépala seguir y ayudar; no las trueque, que sería errar el norte á que le llama la vecina bocina.

Nunca embarazarse con necios; eslo el que no los conoce, y más el que, conocidos, no los descarta; son peligrosos para el trato superficial, y perniciosos para la confidencia; y aunque algun tiempo los contenga su recelo proprio y el cuidado ajeno, al cabo hacen la necedad ó la dicen, y si tardaron fué para hacerla más solemne; mal puede ayudar al crédito ajeno quien no lo tiene proprio; son infelicísimos, que es el sobrehueso de la necedad, y se pagan una y otra; sola una cosa tienen ménos mala, y es que ya que á ellos los cuerdos no les son de algun provecho, ellos sí de mucho á los sabios, ó por noticia ó por escarmiento.

Saberse transplantar. Hay naciones que para valer se han de remudar, y más en puestos grandes. Son las patrías madrastras de las mismas eminencias: reina en ellas la envidia como en tierra connatural, y más se acuerdan de las imperfecciones con que uno comenzó que de la grandeza á que ha llegado; un alfiler pudo conseguir estimacion pasando de un mundo á otro, y un vidrio puso en desprecio al diamante porque se trasladó; todo lo extraño es estimado, ya porque vino de léjos, ya porque se logra hecho y en su perfeccion; sujetos vimos que ya fueron del desprecio de su rincon y hoy son la honra del mundo, siendo estimados de los proprios y extraños; de los unos, porque los miran de léjos, de los otros, porque léjos; nunca bien venerará la estatua en el ara el que la conoció tronco en el huerto.

Saberse hacer lugar á lo cuerdo, no á lo entremetido. El verdadero camino para la estimacion es el de los méritos, y si la industria se funda en el valor, es atajo para alcanzar; sola la entereza no basta, sola la solicitud es indigna; que llegan tan enlodadas las cosas, que son asco de la reputacion; consiste en un medio de merecer y de saberse introducir.

Tener que desear para no ser felizmente desdichado respira el cuerpo y anhela el espíritu; si todo fuere posesion, todo será desengaño y descontento; áun en el entendimiento siempre ha de quedar que saber en que se cebe la curiosidad; la esperanza alienta; los hartazgos de felicidad son mortales. En el premiar es destreza nunca satisfacer; si nada hay que desear, todo es de temer dicha desdichada; donde acaba el deseo comienza el temor.

Son tontos todos los que lo parecen y la mitad de los que no lo parecen. Alzóse con el mundo la necedad, y si hay algo de sabiduría, es estulticia con la del cielo; pero el mayor necio es el que no se lo piensa y á todos los otros difine. Para ser sabio no basta parecérlo, ménos parecérselo; aquel sabe que piensa que no sabe, y aquel no ve que no ve que los otros ven; con estar todo el mundo lleno de necios, ninguno hay que lo piense ni áun lo recele.

Dichos y hechos hacen un varon consumado. Hase de hablar lo muy bueno y obrar lo muy honroso; la una es perfeccion de la cabeza, la otra del corazon, y entrambas nacen de la superioridad del ánimo; las palabras son sombras de los hechos; son aquéllas las hembras, éstos los varones; más importa ser celebrado que ser celebrador; es fácil el decir y difícil el obrar. Las hazañas son la substancia del vivir y las sentencias el ornato; la eminencia en los hechos dura, en los dichos pasa; las acciones son el fruto de las atenciones; los unos sabios, los otros hazañosos.

Conocer las eminencias de su siglo. No son muchas; un fénix en todo un mundo, un gran capitan, un perfecto orador, un sabio en todo un siglo, un eminente rey en muchos; las medianías son ordinarios en número y aprecio, las eminencias raras en todo, porque piden complemento de perfeccion, y cuanto más sublime la categoría, más dificultoso el extremo; muchos los tomaron los renombres de magnos á César y Alejandro, pero en vacío, que sin los hechos no es más la voz que un poco de aire; pocos Sénecas ha habido y un solo Apéles celebró la fama.

Lo fácil se ha de emprender como dificultoso, y lo dificultoso como fácil; allí porque la confianza no descuide, aquí porque la confianza no desmaye; no es menester más para que no se haga la cosa, que darla por hecha, y al contrario, la diligencia allana la imposibilidad; los grandes empeños áun no se han de pensar, basta ofrecerse, porque la dificultad advertida no ocasione el reparo.

Saber jugar del desprecio. Es treta para alcanzar las cosas despreciarlas; no se hallan comunmente cuando se buscan, y despues al descuido se vienen á la mano. Como todas las de acá son sombras de las eternas, participan de la sombra aquella propriedad; huyen de quien las sigue y persiguen á quien las huye. Es tambien el desprecio la más política venganza, única máxima de sabios, nunca defenderse con la pluma, que deja rastro, y viene á ser más gloria de la emulacion que castigo del atrevimiento; astucia de indignos oponerse á grandes hombres para ser celebrado por indirecta cuando no lo merecian de derecho; que no conociéramos á muchos si no hubieran hecho caso de ellos los excelentes contrarios. No hay venganza como el olvido, que es sepultarlos en el polvo de su nada. Presumen temerarios hacerse eternos pegando fuego á las maravillas del mundo y de los siglos; arte de reformar la murmuracion, no hacer caso; impugnarla causa perjuicio, y si crédito, descrédito, á la emulacion complacencia; que áun aquella sombra de desdoro deslustra, ya que no obscurece del todo la mayor perfeccion.

Sépase que hay vulgo en todas partes, en la misma Corinto, en la familia más selecta. De las puertas adentro de su casa lo experimenta cada uno, pero hay vulgo y revulgo que es peor; tiene el especial las mis-

mas propiedades que el comun, como los pedazos del quebrado espejo, y áun más perjudicial; habla á lo necio y censura lo impertinente; gran discípulo de la ignorancia, padrino de la necedad y aliado de la hablilla; no se ha de atender á lo que dice, y ménos á lo que siente; importa conocerlo para librarse de él, ó como parte ó como objeto, que cualquiera necedad es vulgaridad, y el vulgo se compone de necios.

Usar del reporte. Hase de estar más sobre el caso en los acasos. Son los ímpetus de las pasiones deslizaderos de la cordura, y allí es el riesgo de perderse. Adelántase uno más en un instante de furor ó contento que en muchas horas de indiferencia. Córte tal vez en breve rato para correrse despues toda la vida. Traza la ajena astuta intencion estas tentaciones de prudencia para descubrir tierra ó ánimo; vále se de semejantes torcedores de secretos, que suelen apurar el mayor caudal. Sea contra ardid el reporte, y más las prontitudes; mucha reflexion es menester para que no se desboque una pasion, y gran cuerdo el que á caballo lo es; va con tiento el que concibe el peligro; lo que parece ligera la palabra al que la arroja, le parece pesada al que la recibe y la pondera.

No morir de achaque de necio. Comunmente los sabios mueren faltos de cordura; al contrario los necios hartos de consejo. Morir de necio es morir de discurrir sobrado; unos mueren porque sienten y otros viven porque no sienten; y así unos son necios porque no mueren de sentimiento y otros lo son porque mueren de él. Necio es el que muere de sobrado entendido; de suerte que unos mueren de entendedores y otros viven de no entendidos; pero con morir muchos de necios, pocos necios mueren.

Librarse de las necedades comunes es cordura bien especial. Están muy validas por lo introducido, y algunos, que no se rindieron á la ignorancia particular, no supieron escaparse de la comun; vulgaridad es no estar contento ninguno con su suerte, aunque la mayor, ni descontento de su ingenio, aunque el peor. Todos codician, con descontento de la propia, la felicidad ajena. Tambien alaban los de hoy las cosas de ayer, y los de acá las de allende. Todo lo pasado parece mejor y todo lo distante es más estimado. Tan necio es el que se rie de todo como el que se pudre de todo.

Saber jugar de la verdad. Es peligrosa, pero el hombre de bien no puede dejar de decirla; ahí es menester el artificio; los diestros médicos del ánimo intentaron el modo de endulzarla; que cuando toca en desengaño es la quinta esencia de lo amargo. El buen modo se vale aquí de su destreza; con una misma verdad lisonjea á uno y aporrea á otro; hase de hablar á los presentes en los pasados. Con el buen entendedor basta brujulear; y cuando nada bastáre entra el caso de enmudecer. Los príncipes no se han de curar con cosas amargas; para eso es el arte de dorar los desengaños.

En el cielo todo es contento; en el infierno todo es pesar; en el mundo, como en medio, uno y otro. Estamos entre dos extremos, y así se participa de entrambos. Altérnanse las suertes: ni todo ha de ser felicidad ni todo adversidad. Este mundo es un cero; á solas vale nada, juntándolo con el cielo, mucho; la indiferencia á su variedad es cordura, ni es de sabios la novedad. Vase empeñando nuestra vida como en comedia, al fin viene á desenredarse; atencion, pues, al acabar bien.

Reservarse siempre las últimas tretas del arte. Es de grandes maestros, que se valen de su sutileza en el mismo en señalar; siempre ha de quedar superior y siempre maestro; hase de ir con arte en comunicar el arte; nunca se ha de agotar la fuente del enseñar, así como ni la del dar; con eso se conserva la reputacion y la dependencia. En el agradar y en el enseñar se ha de observar aquella gran leccion de ir siempre cebando la admiracion y adelantando la perfeccion; el reten en todas las materias fué gran regla de vivir, de vencer, y más en los empleos más sublimes.

Saber contradecir. Es gran treta del tentar, no para empeñarse, sino para empeñar. Es el único torcedor el que hace salear los afectos, es un vomitivo para los secretos la tibieza en el creer, llave del más cerrado pecho; hácese con grande sutileza la tentativa doble de la voluntad y del juicio; un desprecio sagaz de la misteriosa palabra del otro da caza á los secretos más profundos y valor con suavidad bocadeando hasta traerlos á la lengua y á que den en las redes del artificioso engaño; la detencion en el atento hace arrojarse á la del otro en el recato, y descubre el ajeno sentir, que de otro modo era el corazon inescrutable; una duda afectada es la más sutil ganzúa de la curiosidad para saber cuanto quisiere, y áun para el aprender es treta del discípulo contradecir al maestro, que se empeña con más conato en la declaracion y fundamento de la verdad; de suerte que la impugnacion moderada da ocasion á la enseñanza cumplida.

No hacer de una necedad dos. Es muy ordinario para remendar una cometer otras cuatro; excusar una impertinencia con otra mayor es de casta de mentira, ó ésta lo es de necedad, que para sustentarse una necesita de muchas; siempre del mal pleito fué peor el patrocinio, más mal que el mismo mal no saberlo desmentir; es pension de las imperfecciones dar á censo otras muchas; en un descuido puede caer el mayor sabio, pero en dos no, y de paso, que no de asiento.

Atencion al que llega de segunda intencion. Es ardid del hombre negociante descuidar la voluntad para acometerla, que es vencida en siendo convencida; disimulan el intento pará conseguirlo, y pónese segundo para que en la ejecucion sea primero; asegúrase el tiro en lo inadvertido. Pero no duerma la atencion cuando tan desvelada la intencion; y si ésta se hace segunda para el disimulo, aquélla primera para el conocimiento; advierta la cautela el artificio con que llega, y nótele las puntas que va echando para venir á parar al punto de su pretension; propone uno y pretende otro, y revuelven con sutileza á dar en el blanco de su intencion; sepa, pues, lo que le concede, y tal vez convendrá dar á entender que ha entendido.

Tener la declarativa es no sólo desembarazo, pero despejo en el concepto. Algunos conciben bien y paren mal, que sin la claridad no sálen á luz los hijos del alma, los conceptos y decretos; tienen algunos la capacidad de aquellas vasijas que perciben mucho y comunican poco; al contrario, otros dicen áun más de lo que sienten; lo que es la resolucion en la voluntad es la explicacion en el entendimiento; dos grandes eminencias, los ingenios claros son plausibles, los confusos fueron venerados por no entendidos, y tal vez conviene la obscuridad para no ser vulgar; pero ¿cómo harán concepto los demas de lo que les oyen si no les corresponde concepto mental á ellos de lo que dicen?

No se ha de querer ni aborrecer para siempre. Confiar de los amigos hoy como enemigos mañana, y los peores, y pues pasa en la realidad, pase en la prevencion; no se han de dar armas á los tránsfugas de la amistad, que hacen con ellas la mayor guerra; al contrario, con los enemigos siempre puerta abierta á la reconciliacion, y sea la de la galantería, es la más segura; atormentó alguna vez despues la venganza de ántes, y sirve de pesar el contento de la mala obra que se le hizo.

Nunca obrar por tema, sino por atencion. Toda tema es postema, gran hija de la pasion, la que nunca obró cosa á derechas; hay algunos que todo lo reducen á guerrilla, bandoleros del trato; cuanto ejecutan querrian que fuese vencimiento, no saben proceder pacíficamente. Éstos para mandar y regir son perniciosos porque hacen bando del gobierno y enemigos de los que habian de hacer hijos; todo lo quieren disponer con traza y conseguir con fruto de su artificio, pero en descubriéndoles el paradojo humor los demas luégo se apunta con ellos; procúranles estorbar sus quimeras y así nada consiguen; llévanse muchos hartazgos de enfados y todos les ayudan al disgusto. Éstos tienen el dictámen leso y tal vez dañado el corazon; el modo de portarse con semejantes monstruos es huir á los antípodas, que mejor se llevará la barbaridad de aquéllos que la fiereza de éstos.

No ser tenido por hombre de artificio, aunque no se puede ya vivir sin él. Ántes prudente que astuto; es agradable á todos la lisura en el trato, pero no á todos por su casa. La sinceridad no dé en el extremo de simplicidad, ni la sagacidad de astucia. Sea ántes venerado por sabio que temido por reflejo; los sinceros son amados, pero engañados. El mayor artificio sea encubrir lo que se tiene por engaño. Floreció en el siglo de oro la llaneza, en éste de hierro la malicia. El crédito de hombre que sabe lo que ha de hacer es honroso y causa confianza; pero el de artificioso es sofístico y engendra recelo.

Cuando no puede uno vestirse la piel del leon vístase la de la vulpeja. Saber ceder al tiempo es exceder; el que sale con su intento nunca pierde reputacion; á falta de fuerza, destreza; por un camino ó por otro, ó por el real del valor ó por el atajo del artificio; más cosas ha obrado la maña que la fuerza, y más veces vencieron los sabios á los valientes que al contrario; cuando no se puede alcanzar la cosa entra el desprecio.

No ser ocasionado ni para empeñarse ni para empeñar. Hay tropiezos del decoro, tanto propio como ajeno; siempre á punto de necedad; encuéntrase con facilidad y rompen con infelicidad; no lo hacen al dia con cien enfados, tienen el humor al repelo, y así contradicen á cuantos hay; calzáronse el juicio al reves y así todo lo reprueban; pero los mayores tentadores de la cordura son los que nada hacen bien y de todo dicen mal; que hay muchos monstruos en el extendido país de la impertinencia.

Hombre detenido evidencia de prudente. Es fiera la lengua, que si una vez se suelta es muy dificultoso de poderse volver á encàdenar; es el pulso del alma, por donde conocen los sabios su disposicion; aquí pulsan los atentos el movimiento del corazon; el mal es que el que habia de serlo más es ménos reportado; excúsase el sabio enfados y empeños, y muestra cuán señor es de sí. Procede circunspecto Jano en la equivalencia, Argos en la verificacion. Mejor Momo hubiera echado ménos los ojos en las manos que la ventanilla en el pecho.

No ser muy individuado, ó por afectar ó por no advertir. Tienen algunos notable individuacion con acciones de manía, que son más defectos que diferencias, y así como algunos son bien conocidos por alguna singular fealdad en el rostro, así éstos por algun exceso en el porte. No sirve el individuarse sino de nota, con una impertinente especialidad, que conmueve alternativamente en unos la risa, en otros el enfado.

Saber tomar las cosas nunca al repelo, aunque vengan. Todas tienen haz y enves; la mayor y más favorable, si se toma por el córte, lastima; al contrario, la más repugnante defiende si por la empuñadura; muchas fueron de pena que, si se consideráran las conveniencias fueran de contento; en todo hay convenientes y inconvenientes; la destreza está en saber topar con la comodidad; hace muy diferentes visos una misma cosa si se mira á diferentes luces; mírese por la de la felicidad; no se han de trocar los frenos al bien y al mal; de aquí procede que algunos en todo hallan el contento y otros el pesar; gran reparo contra las reveses de la fortuna y gran regla del vivir para todo tiempo y para todo empleo.

Conocer su defecto rey. Ninguno vive sin el contrapeso de la prenda relevante, y si le favorece la inclinacion, apodérase á lo tirano; comience á hacerle la guerra publicando el cuidado contra él, y el primer paso sea el manifiesto, que en siendo conocido será vencido, y más si el interesado hace concepto de él como los que notan; para ser señor de sí es menester ir sobre sí; rendido este cabo de imperfecciones acabarán todas.

Atencion á obligar. Los más no hablan, no obran como quien son, sino como les obligan; para persuadir lo malo cualquiera sobra, porque lo malo es muy creido, aunque tal vez increible; lo más y lo mejor que tenemos depende de respeto ajeno; conténtanse algunos con tener la razon de su parte, pero no bas-

ta, que es menester ayudarla con la diligencia. Cuesta á veces muy poco el obligar, y vale mucho; con palabras se compran obras; no hay alhaja tan vil en esta gran casa del universo que una vez al año no sea menester, y aunque valga poco hará gran falta; cada uno habla del objeto segun su afecto.

No ser de primera impresion. Cásanse algunos con la primera informacion, de suerte que las demas son concubinas; y como se adelanta siempre la mentira, no queda lugar despues para la verdad; ni la voluntad con el primer objeto ni el entendimiento con la primera proposicion se han de llenar, que es cortedad de fondo; tienen algunos la capacidad de vasija nueva, que el primer olor la ocupa, tanto del mal licor como del bueno. Cuando esta cortedad llega á conocida, es perniciosa, que da pié á la maliciosa industria; previénense los mal intencionados á teñir de su color la credulidad; quede siempre lugar á la revista; guarde Alejandro la otra oreja para la otra parte; quede lugar para la segunda y tercera informacion; arguye incapacidad el impresionarse y está cerca del apasionarse.

No tener voz de mala voz. Mucho ménos tener tal opinion, que es tener fama de contrafamas; no sea ingenioso á costa ajena, que es más odioso que dificultoso; vénganse todos de él diciendo mal todos de él; y como es solo y ellos muchos, más presto será él vencido que convencidos ellos; lo malo nunca ha de contentar, pero ni comentarse; es el murmurador para siempre aborrecido, y aunque á veces personajes grandes atraviesen con él, será más por gusto de su fisga que por estimacion de su cordura; y el que dice mal, siempre oye peor.

Saber repartir su vida á lo discreto, no como se vienen las ocasiones, sino por providencia y delecto. Es penosa sin descansos como jornada larga sin mesones; hácela dichosa la variedad erudita. Gástese la primera estancia del bello vivir en hablar con los muertos; nacemos para saber y sabernos, y los libros con fidelidad nos hacen personas. La segunda jornada se emplee con los vivos, ver y registrar todo lo bueno del mundo; no todas las cosas se hallan en una tierra; repartió los dones el Padre universal, y á veces enriqueció más la fea. La tercera jornada sea toda para sí, última felicidad el filosofar.

Abrir los ojos con tiempo; no todos los que ven han abierto los ojos, ni todos los que miran ven. Dar en la cuenta tarde no sirve de remedio, sino de pesar; comienzan á ver algunos cuando no hay, que deshicieron sus casas y sus cosas ántes de hacerse ellos. Es dificultoso dar entendimiento á quien no tiene voluntad, y más dar voluntad á quien no tiene entendimiento; juegan con ellos los que les van al rededor como con ciegos, con risa de los demas; y porque son sordos para oir no abren los ojos para ver; pero no falta quien fomenta esta insensibilidad, que consiste su ser en que ellos no sean; infeliz caballo, cuyo amo no tiene ojos; mal engordará.

Nunca permitir á medio hacer las cosas; gócense en su perfeccion. Todos los principios son informes, y queda despues la imaginacion de aquella deformidad, la memoria de haberlo visto imperfecto no lo deja lograr acabado; gozar de un golpe el objeto grande, aunque embaraza el juicio de las partes, de por sí adecua el gusto; ántes de ser todo es nada, y en el comenzar á ser se está aún muy dentro de su nada; el ver guisar el manjar más regalado sirve ántes de asco que de apetito; recátese, pues, todo gran maestro de que le vean sus obras en embrion; aprenda de la naturaleza á no exponerlas hasta que puedan parecer.

Tener un punto de negociante. No todo sea especulacion, haya tambien accion. Los muy sabios son fáciles de engañar, porque aunque saben lo extraordinario, ignoran lo ordinario del vivir, que es más preciso; la contemplacion de las cosas sublimes no les da lugar para las manuales, y como ignoran lo primero que habian de saber y en que todos parten un cabello, ó son admirados ó son tenidos por ignorantes del vulgo superficial; procure, pues, el varon sabio tener algo de negociante, lo que baste para no ser engañado y áun reido; sea hombre de lo agible, que aunque no es lo superior, es lo más precioso del vivir. ¿De qué sirve el saber si no es práctico? y el saber vivir es hoy el verdadero saber.

No errarle el golpe al gusto, que es hacer un pesar por un placer. Con lo que piensan obligar algunos enfadan por no comprender los genios. Obras hay que para unos son lisonja y para otros ofensa, y el que se creyó servicio fué agravio; costó á veces más el dar disgusto que hubiera costado el hacer placer; pierden el agradecimiento y el dón, porque perdieron el norte del agradar; si no se sabe el genio ajeno, mal se le podrá satisfacer; de aquí es que algunos pensaron decir un elogio y dijeron un vituperio, que fué bien merecido castigo, piensan otros entretener con su elocuencia, y aporrean el alma con su locuacidad.

Nunca fiar reputacion sin prendas de honra ajena. Hase de ir á la parte del provecho en el silencio del daño en la facilidad. En interes de honra siempre ha de ser el trato de compañía, de suerte que la propria reputacion ha de cuidar de la ajena. Nunca se ha de fiar; pero si alguna vez, sea con tal arte que pueda ceder la prudencia á la cautela. Sea el riesgo comun, y recíproca la causa, para que no se le convierta en testigo el que se reconoce partícipe.

Saber pedir. No hay cosa más dificultosa para algunos ni más fácil para otros. Hay unos que no saben negar; con éstos no es menester ganzúa. Hay otros que el no es su primera palabra á todas horas; con éstos es menester la industria y con todos la sazon; un coger los espíritus alegres, ó por el pasto antecedente del cuerpo ó por el del ánimo; si ya la atencion del reflejo que atiende no previene la sutileza en el que intenta; los dias del gozo son los del favor, que redunda del interior al exterior. No se ha de llegar cuando se ve negar á otro; que está perdido el miedo al no. Sobre tristeza no hay buen lance. El obligar de antemano es cambio donde no corresponde la villanía.

Hacer obligacion ántes de lo que habia de ser pre-

mio despues; es destreza de grandes políticos favores ántes de méritos; son prueba de hombres de obligacion. El favor así anticipado tiene dos eminencias, que con lo pronto del que da obliga más al que recibe; un mismo dón, si despues es deuda, ántes es empeño. Sutil modo de transformar obligaciones, que la que habia de estar en el superior para premiar recae en el obligado para satisfacer. Esto se entiende con gente de obligaciones, que para hombres viles más sería poner freno que espuela anticipando la paga del honor.

Nunca partir secretos con mayores. Pensará partir peras y partirá piedras; perecieron muchos de confidentes; son éstos como cuchara de pan, que corre el mismo riesgo despues. No es favor del príncipe, sino pecho, el comunicarlo. Quiebran muchos el espejo porque les acuerda la fealdad; no puede ver al que le pudo ver, ni es bien visto el que vió mal. A ninguno se ha de tener muy obligado, y al poderoso ménos; sea ántes con beneficios hechos que con favores recebidos; sobre todo son peligrosas confianzas de amistad. El que comunicó sus secretos á otro hízose esclavo de él; y en soberanos es violencia que no puede durar; desean volver á redimir la libertad perdida, y para esto atropellarán con todo, hasta la razon; los secretos, pues, ni oirlos ni decirlos.

Conocer la pieza que le falta. Fueran muchos muy personas si no les faltára un algo, sin el cual nunca llegan al colmo del perfecto ser; nótase en algunos que pudieran ser mucho si reparáran en bien poco; háceles falta la seriedad, con que deslucen grandes prendas; á otros la suavidad de la condicion, que es falta que los familiares echan presto de ménos, y más en personas de puesto; en algunos se desea lo ejecutivo y en otros lo reportado; todos estos desaires, si se advirtiesen, se podrian suplir con facilidad, que el cuidado puede hacer de la costumbre segunda naturaleza.

No ser reagudo, más importa prudencial; saber más de lo que conviene en despuntar, porque las sutilezas comunmente quiebran, más segura es la verdad asentada; bueno es tener entendimiento, pero no bachillería; el mucho discurrir ramo es de cuestion; mejor es un buen juicio substancial, que no discurre más de lo que importa.

Saber usar de la necedad. El mayor sabio juega tal vez de esta pieza, y hay tales ocasiones que el mejor saber consiste en mostrar no saber; no se ha de ignorar, pero sí afectar que se ignora; con los necios poco importa ser sabio, y con los locos cuerdo; hásele de hablar á cada uno en su lenguaje; no es necio el que afecta la necedad, sino el que la padece; la sencilla lo es, que no la doble, que hasta esto llega el artificio; para ser bienquisto el único medio es vestirse la piel del más simple de los brutos.

Las burlas sufribles, pero no usarlas; aquello es especie de galantería, esto de empeño; el que en la fiesta se desazona, mucho tiene de bestia y muestra más; es gustosa la burla sobrada, saberla sufrir es argumento de capacidad; da pié el que se pica á que le repiquen; á lo mejor se han de dejar, y lo más seguro es no levantarlas; las mayores véras nacieron siempre de las burlas; no hay cosa que pida más atencion y destreza; ántes de comenzar se ha de saber hasta qué punto de sufrir llegará el genio del sujeto.

Seguir los alcances. Todo se les va á algunos en comenzar y nada acaban; inventan, pero no prosiguen; instabilidad de genio, nunca consiguen alabanza, porque nada prosiguen, todo pára en parar, si bien nace en otros de impaciencia de ánimo, tacha de españoles, así como la paciencia es ventaja de los belgas; éstos acaban las cosas, aquéllos acaban con ellas; hasta vencer la dificultad sudan, y conténtanse con el vencer; no saben llevar á cabo la victoria; prueban que pueden, mas no quieren; pero siempre es defecto de imposibilidad ó liviandad; si la obra es buena, ¿por qué no se acaba? y si mala, ¿por qué se comenzó? Mate, pues, el sagaz la caza, no se le vaya todo en levantarla.

No ser todo columbino; altérnense la calidez de la serpiente con la candidez de la paloma. No hay cosa más fácil que engañar á un hombre de bien. Cree mucho el que nunca miente, y confia mucho el que nunca engaña. No siempre procede de necio el ser engañado, que tal vez de bueno; dos géneros de personas previenen mucho los daños, los escarmentados, que es muy á su costa, y los astutos, que es muy á la ajena. Muéstrese tan extremada la sagacidad para el recelo como la astucia para el enredo, y no quiera uno ser tan hombre de bien que ocasione al otro serlo de mal; sea uno mixto de paloma y de serpiente, no monstruo, sino prodigio.

Saber obligar. Transforman algunos el favor propio en ajeno, y parece, ó dan á entender, que hacen merced cuando la reciben; hay hombres tan advertidos que honran pidiendo y truecan el provecho suyo en honra del otro; de tal suerte trazan las cosas, que parezca que los otros les hacen servicio cuando les dan, trastrocando con extravagante política el órden de obligar; por lo ménos ponen en duda quién hace el favor á quién; compran á precio de alabanzas lo mejor, y del mostrar gusto de una cosa hacen honra y lisonja; empeñan la cortesía haciendo deuda de lo que habia de ser su agradecimiento; de esta suerte truecan la obligacion de pasiva en activa, mejores políticos que gramáticos; gran sutileza ésta, pero mayor lo sería el entendérsela, destrocando la necedad, volviéndoles su honra y cobrando cada uno su provecho.

Discurrir tal vez á lo singular y fuera de lo comun arguye superioridad de caudal; no ha de estimar al que nunca se le opone, que no es señal de amor que le tenga, sino del que él se tiene: no se deje engañar de la lisonja pagándola, sino condenándola; tambien tenga por crédito el ser murmurado de algunos, y más de aquellos que de todos los buenos dicen mal; pésele de que sus cosas agraden á todos, que es señal de no ser buenas; que es de pocos lo perfecto.

Nunca dar satisfaccion á quien no la pedía, y aunque se pida, es especie de delito si es sobrada; el excusarse ántes de ocasion es culparse; y el sangrarse en salud es hacer del ojo al mal y á la malicia; la ex-

cusa anticipada despierta el recelo que dormia. Ni se ha de dar el cuerdo por entendido de la sospecha ajena, que es salir á buscar el agravio; entónces le ha de procurar desmentir con la entereza de su proceder.

Saber un poco más y vivir un poco ménos; otros discurren al contrario; más vale el buen ocio que el negocio; no tenemos cosa nuestra sino el tiempo, donde vive quien no tiene lugar. Igual infelicidad es gastar la preciosa vida en tareas mecánicas que en demasía de las sublimes; ni se ha de cargar de ocupaciones ni de envidia; es atropellar el vivir y ahogar el ánimo; algunos lo extienden al saber, pero no se vive si no se sabe.

No se le lleve el último. Hay hombres de última informacion, que va por extremos la impertinencia; tienen el sentir y el querer de cera; el último sella y borra los demas; éstos nunca están ganados, porque con la misma facilidad se pierden; cada uno los tiñe de su color; son malos para confidentes, niños de toda la vida, y así, con variedad en los juicios y afectos, andan fluctuando, siempre cojos de voluntad y de juicio, inclinándose á una y otra parte.

No comenzar á vivir por donde se ha de acabar. Algunos toman el descanso al principio, y dejan la fatiga para el fin; primero ha de ser lo esencial y despues, si quedáre lugar, lo accesorio; quieren otros triunfar ántes de pelear; algunos comienzan á saber por lo que ménos importa, y los estudios de crédito y utilidad dejan para cuando se les acaba el vivir; no ha comenzado á hacer fortuna el otro cuando ya se desvanece; es esencial el método para saber y poder vivir.

¿Cuándo se ha de discurrir al reves? Cuando nos hablan á la malicia; con algunos todo ha de ir al encontrado; el sí es no, y el no es sí; el decir mal de una cosa se tiene por estimacion de ella, que el que la quiere para sí la desacredita para los otros. No todo alabar es decir bien, que algunos por no alabar los buenos alaban tambien los malos, y para quien ninguno es malo, ninguno será bueno.

Hanse de procurar los medios humanos como si no hubiese divinos, y los divinos como si no hubiese humanos; regla de gran maestro, no hay que añadir comento.

Ni todo suyo ni todo ajeno, es una vulgar tiranía. Del quererse todo para sí se sigue luégo querer todas las cosas para sí; no saben éstos ceder en la más mínima ni perder un punto de su comodidad. Obligan poco, fianse de su fortuna y suele falsearles el arrimo. Conviene tal vez ser de otros para que los otros sean de él, y quien tiene empleo comun ha de ser esclavo comun, ó renuncie el cargo con la carga, dirá la vieja á Adriano. Al contrario otros, todos son ajenos, que la necedad siempre va por demasías, y aquí, infeliz, no tiene dia ni áun hora suya, con tal exceso de ajenos, que alguno fué llamado el de todos. Áun en el entendimiento, que para todos saben y para sí ignoran; entienda el atento que nadie le busca á él, sino su interes en él y por él.

No allanarse sobrado en el concepto. Los más no estiman lo que entienden, y lo que no perciben lo veneran. Las cosas, para que se estimen, han de costar; será celebrado cuando no fuere entendido. Siempre se ha de mostrar uno más sábio y prudente de lo que requiere aquel con quien trata para el concepto, pero con proporcion más que exceso, y si bien con los entendidos vale mucho el seso en todo, para los más es necesario el remonte; no se les ha de dar lugar á la censura ocupándolos en el entender. Alaban muchos lo que preguntados no saben dar razon, porque todo lo recóndito veneran por misterio, y lo celebran porque oyen celebrarlo.

No despreciar el mal por poco, que nunca viene uno solo; andan encadenados, así como las felicidades; van á la dicha y á la desdicha, de ordinario adonde más hay, y es que todos huyen del desdichado y se arriman al venturoso; hasta las palomas, con toda su sencillez, acuden al homenaje más blanco. Todo le viene á faltar á un desdichado; él mismo á sí mismo, el discurso y el conhorte. No se ha de despertar la desdicha cuando duerme; poco es un deslizar, pero síguese aquel fatal despeño sin saber dónde se vendrá á parar, que así como ningun bien fué del todo cumplido, así ningun mal del todo acabado. Para el que viene del cielo es la paciencia; para el que del suelo, la prudencia.

Saber hacer el bien poco y muchas veces; nunca ha de exceder el empeño á la posibilidad; quien da mucho no da, sino que vende. No se ha de apurar el agradecimiento, que en viéndose imposibilitado quebrará la correspondencia. No es menester más para perder á muchos que obligarlos con demasía; por no pagar se retiran y dan en enemigos de obligados. El ídolo nunca querria ver delante al escultor que lo labró, ni el empeño su bienhechor al ojo. Gran sutileza del dar que cueste poco y se desee mucho para que se estime más.

Ir siempre prevenido contra los descorteses, porfiados, presumidos y todo género de necios; encuéntranse muchos, y la cordura está en no encontrarse con ellos. Ármese cada dia de propósitos al espejo de su atencion, y así vencerá los lances de la necedad; vaya sobre el caso y no expondrá á vulgares contingencias su reputacion; varon prevenido de cordura no será combatido de impertinencia. Es dificultoso el rumbo del humano trato por estar lleno de escollos del descrédito. El desviarse es lo seguro, consultando á Ulíses de astucia. Vale aquí mucho el artificioso desliz; sobre todo eche por la galantería, que es el único atajo de los empeños.

Nunca llegar á rompimiento, que siempre sale de él descalabrada la reputacion. Cualquiera vale para enemigo, no así para amigo. Pocos pueden hacer bien, y casi todos mal. No anida segura el águila en el mismo seno de Júpiter el dia que rompe con un escarabajo; con la zarpa del declarado irritan los disimulados el fuego, que estaban á la espera de la ocasion; de los amigos maleados salen los peores enemigos. Cargan con defectos ajenos, el propio en su aficion; de los que miran, cada uno habla como siente, y siente como desea; condenando todos, ó en los principios falta de providencia, ó en los fines de es-

pera, y siempre de cordura; si fuere inevitable el desvío, sea excusable; ántes con tibieza de favor que con violencia de furor, y aquí viene bien aquello de una bella retirada.

Buscar quien le ayude á llevar las infelicidades. Nunca será solo, y ménos en los riesgos, que sería cargarse con todo el ódio; piensan algunos alzarse con toda la superintendencia y álzanse con toda la murmuracion; y de esta suerte tendrá quien le excuse ó quien le ayude á llevar el mal; no se atreven tan fácilmente á dos, ni la fortuna ni la vulgaridad, y áun por eso el médico sagaz, ya que erró la cura, no yerra en buscar quien, á título de consulta, le ayude á llevar el ataud; repártese el peso y el pesar, que la desdicha á solas se redobla para intolerable.

Prevenir las injurias y hacer de ellas favores; más sagacidad es evitarlas que vengarlas. Es gran destreza hacer confidente del que habia de ser émulo; convertir en reparos de su reputacion los que la amenazaban tiros; mucho vale el saber obligar, quita el tiempo para el agravio el que lo ocupó con el agradecimiento, y es saber vivir convertir en placeres los que habian de ser pesares; hágase confidencia de la misma malevolencia.

Ni será ni tendrá ninguno todo por suyo; no son bastantes la sangre ni la amistad, ni la obligacion más aparente, que va grande diferencia de entregar el pecho ó la voluntad; la mayor union admite excepcion, ni por eso se ofenden las leyes de la fineza; siempre se reserva algun secreto para sí el amigo, y se recata en algo el mismo hijo de su padre; de unas cosas se celan con unos que comunican á otros, y al contrario, con que se viene uno á conceder todo y negar todo, distinguiendo los de la correspondencia.

No proseguir la necedad. Hacen algunos empeño del desacierto, y porque comenzaron á errar les parece que es constancia el proseguir; acusan en el foro interno su yerro y en el externo lo excusan, con que si cuando comenzaron la necedad fueron notados de inadvertidos, al proseguirla son confirmados en necios; ni la promesa inconsiderada ni la resolucion errada inducen obligacion; de esta suerte continúan algunos su primera grosería y llevan adelante su cortedad; quieren ser constantes impertinentes. Saber olvidar más es dicha que arte. Las cosas que son más para olvidadas son las más acordadas; no sólo es villana la memoria para faltar cuando más fué menester, pero necia para acudir cuando no convendria; en lo que ha de dar pena es prolija, y en lo que habia de dar gusto es descuidada; consiste á veces el remedio del mal en olvidarlo y olvidarse el remedio; conviene, pues, hacerla á tan cómodas costumbres, porque basta á dar felicidad ó infierno; exceptúanse los satisfechos, que en el estado de su inocencia gozan de su simple felicidad.

Muchas cosas de gusto no se han de poseer en propiedad. Más se goza de ellas ajenas que proprias; el primer dia es lo bueno para su dueño, los demas para los extraños; gózanse las cosas ajenas con doblada fruicion, esto es, sin el riesgo del daño, y con el gusto de la novedad sabe todo mejor á privacion; hasta el agua ajena se miente néctar; el tener las cosas, á más de que disminuye la fruicion, aumenta el enfado, tanto de prestallas como de no prestallas; no sirve sino de mantenellas para otras, y son más los enemigos que se cobran que los agradecidos.

No tenga dias de descuido; gusta la suerte de pegar una burla, y atropellará todas las contingencias para coger desapercibido; siempre han de estar á prueba el ingenio, la cordura y el valor, hasta la belleza, porque el dia de su confianza será el de su descrédito; cuando más fué menester el cuidado faltó siempre, que el no pensar es la zancadilla del perecer; tambien suele ser estratagema de la ajena atencion coger al descuido las perfecciones para el riguroso exámen del apreciar. Sábense ya los dias de la ostentacion y perdónales la astucia; pero el dia que ménos se esperaba, ése escoge para la tentativa del valer.

Saber empeñar los dependientes. Un empeño en su ocasion hizo personas á muchos, así como un ahogo saca nadadores; de esta suerte descubrieron muchos el valor, y áun el saber quedára sepultado en su encogimiento si no se hubiera ofrecido la ocasion, son los aprietos lances de reputacion, y puesto el noble en contingencias de honra obra por mil. Supo con eminencia esta leccion de empeñar la Católica reina Isabela, así como en todas las demas, y á este político favor debió el Gran Capitan su renombre, y otros muchos su eterna fama hizo grandes hombres con esta sutileza.

No ser malo de puro bueno; eslo el que nunca se enoja; tienen poco de personas los insensibles; no nace siempre de indolencia, sino de incapacidad; un sentimiento en su ocasion es acto personal, búrlanse luégo las aves de las apariencias de los bultos. Alternar lo ágrio con lo dulce es prueba de buen gusto; sola la dulzura es para niños y necios; gran mal es perderse de puro bueno en este sentido de insensibilidad.

Palabras de seda con suavidad de condicion; atraviesan el cuerpo las jaras, pero las malas palabras el alma; una buena pasta hace que huela bien la boca; gran sutileza del vivir, saber vender el aire; lo más se paga con palabras, y bastan ellas á desempeñar una imposibilidad; negóciase en el aire con el aire, y alienta mucho el aliento soberano: siempre se ha de llevar la boca llena de azúcar para confitar palabras, que saben bien á los mismos enemigos; es el único medio para ser amable el ser apacible.

Haga al principio el cuerdo lo que el necio al fin. Lo mismo obra el uno que el otro; sólo se diferencia en los tiempos, aquél en su sazon y éste sin ella. El que se calzó el entendimiento al reves, en todo lo demas prosigue de ese modo; lleva entre piés lo que habia de poner sobre su cabeza, hace siniestra de la diestra, y así es tan zurdo en todo su proceder, sólo hay un buen caer en la cuenta; hacen por fuerza lo que pudieran de grado; pero el discreto luégo ve lo que se ha de hacer tarde ó temprano, y ejecútalo con gusto y con reputacion.

Válgase de su novedad, que miéntras fuere nuevo

será estimado. Aplace la novedad por la variedad universalmente; refréscase el gusto, y estímase más una medianía flamante que un extremo acostumbrado. Rózanse las eminencias y viénense á envejecer; y advierta que durará poco esa gloria de novedad, á cuatro dias le perderán el respeto; sepa, pues, valerse de esas primicias de la estimacion, y saque en la fuga del agradar todo lo que pudiera pretender, porque si se pasa el calor de lo reciente resfriaráse la pasion y trocarse ha el agrado de nuevo en enfado de acostumbrado, y crea que todo tuvo tambien su vez y que pasó.

No condenar solo lo que á muchos agrada. Algo hay bueno, pues satisface á tantos, y aunque no se explica, se goza; la singularidad siempre es odiosa, y cuando errónea, ridícula, ántes desacreditará su mal concepto que el objeto; quedarse ha solo con su mal gusto; si no sabe topar con lo bueno disimule su cortedad y no condene á bulto; que el mal gusto ordinariamente nace de la ignorancia; lo que todos dicen, ó es ó quiere ser.

El que supiere poco téngase siempre á lo más seguro en toda profesion, que aunque no le tengan por sutil, le tendrán por fundamental. El que sabe, puede empeñarse y obrar de fantasía, pero saber poco y arriesgarse es voluntario precipicio; téngase siempre á la mano derecha, que no puede faltar lo asentado; á poco saber camino real, y á toda ley, tanto del saber como del ignorar, es más cuerda la seguridad que la singularidad.

Vender las cosas á precio de cortesía, que es obligar más; nunca llegará el pedir del interesado al dar del generoso obligado; la cortesía no da, sino que empeña, y es la galantería la mayor obligacion; no hay cosa más cara para el hombre de bien que la que se le da; es venderla dos veces y á dos precios: del valor y de la cortesía. Verdad es que para el ruin es algarabía la galantería, porque no entienden los términos del buen término.

Comprension de los genios con quien trata. Para conocer los intentos, conocida bien la causa, se conoce el efecto, ántes en ella y despues en su motivo. El melancólico siempre agüera infelicidades, y el maldiciente, culpas; todo lo peor se les ofrece, y no percibiendo el bien presente, anuncian el posible mal; el apasionado siempre habla con otro lenguaje diferente de lo que las cosas son; habla en él la pasion, no la razon, y cada uno segun su afecto ó su humor, y todos muy léjos de la verdad; sepa descifrar un semblante y deletrear el alma en las señales, conozca al que siempre rie por falto y al que nunca por falso, recátese del preguntador, ó por fácil ó por notante; espere poco bueno del de mal gesto, que suelen vengarse de la naturaleza éstos, y así como ella los honró poco á ellos, la honran poco á ella; tanta suele ser la necedad, cuanta fuere la hermosura.

Tener la atractiva, que es un hechizo políticamente cortés; sirva el garabato galante más para atraer voluntades que utilidades, ó para todo; no bastan méritos, si no se valen del agrado, que es el que da la plausibilidad; el más práctico instrumento de la soberanía, un caer en picadura, es suerte, pero socorrerse del artificio, que donde hay gran natural, asienta mejor lo artificial; de aquí se origina la pía aficion hasta conseguir la gracia universal.

Corriente, pero no indecente. No esté siempre de figura y de enfado, es ramo de galantería; hase de ceder en algo al decoro para ganar la aficion comun; alguna vez puede pasar por donde los más, pero sin indecencia; que quien es tenido por necio en público, no será tenido por cuerdo en secreto; más se pierde en un dia genial, que se ganó en toda la seriedad; pero no se ha de estar siempre de excepcion; el ser singular es condenar á los otros, ménos afectar melindres, déjense para su sexo, áun los espirituales son ridículos; lo mejor de un hombre es parecerlo, que la mujer puede afectar con perfeccion lo varonil, y no al contrario.

Saber renovar el genio con la naturaleza y con el arte; de siete en siete años dicen que se muda la condicion, sepa para mejorar y realzar el gusto; á los primeros siete años entra la razon, entren despues á cada lustro una nueva perfeccion; observe esta variedad natural para ayudarla, y esperar tambien de los otros la mejoría; de aquí es que muchos mudaron de porte, ó con el estado ó con el empleo; y á veces no se advierte, hasta que se ve el exceso de la mudanza; á los veinte años será pavon, á los treinta leon, á los cuarenta camello, á los cincuenta serpiente, á los sesenta perro, á los setenta mona, y á los ochenta nada.

Hombre de ostentacion. Es el lucimiento de las prendas. Hay vez para cada una; lógrese, que no será cada dia el de su triunfo. Hay sujetos bizarros, en quienes lo poco luce mucho, y lo mucho hasta admirar. Cuando la ostentativa se junta con la eminencia, pasa por prodigio. Hay naciones ostentosas, y la española lo es con superioridad. Fué la luz pronto lucimiento de todo lo criado; llena mucho el ostentar, suple mucho y da un segundo sér á todo, y más cuando la realidad se afianza. El cielo que da la perfeccion, previene la ostentacion, que cualquiera á solas fuera violenta; es menester arte en el ostentar. Aun lo muy excelente depende de circunstancias, y no tiene siempre vez. Salió mal la ostentativa cuando le faltó su sazon; ningun realce pide ser ménos afectado, y perece siempre de este desaire, porque está muy al canto de la vanidad, y ésta del desprecio; ha de ser muy templada, porque no dé en vulgar, y con los cuerdos está algo desacreditada su demasía. Consiste á veces más en una elocuencia muda, en un mostrar la perfeccion al descuido, que el sabio disimulo es el más plausible alarde, porque aquella misma privacion pica en lo más vivo á la curiosidad. Gran destreza suya no descubrir toda la perfeccion de una vez, sino por brújula irla pintando y siempre adelantando. Que un realce sea empeño de otro mayor, y el aplauso del primero, nueva expectacion de los demas.

Huir la nota en todo; que en siendo notados, serán defectos los mismos realces. Nace esto de singularidad, que siempre fué censurada; quédase solo el singular. Aun lo lindo, si sobresale, es descrédito; en

haciendo reparar ofende, y mucho más singularidades desautorizadas. Pero en los mismos vicios quieren algunos ser conocidos, buscando novedad en la ruindad para conseguir tan infame fama. Hasta en lo entendido, lo sobrado degenera en bachillería.

No decir al contradecir. Es menester diferenciar cuándo procede de astucia ó vulgaridad. No siempre es porfía, que tal vez es artificio. Atencion, pues, á no empeñarse en la una ni despeñarse en la otra. No hay cuidado más logrado que en espías, y contra la ganzúa de los ánimos no hay mejor contratreta que el dejar por dentro la llave del recato.

Hombre de ley. Está acabado el buen proceder, andan desmentidas las obligaciones; hay pocas correspondencias buenas, al mejor servicio el peor galardon, á uso ya de todo el mundo. Hay naciones enteras proclibes al mal trato; de unas se teme siempre la traicion, de otras la inconstancia y de otras el engaño; sirva, pues, la mala correspondencia ajena, no para la imitacion, sino para la cautela. Es el riesgo de desquiciar la entereza á vista del ruin proceder; pero el varon de ley nunca se olvida de quién es por lo que los otros son.

Gracia de los entendidos. Más se estima el tibio sí de un varon singular, que todo un aplauso comun, porque regüeldos de aristas no alientan; los sabios hablan con el entendimiento, y así su alabanza causa una mortal satisfaccion. Redujo el juicioso Antígono todo el teatro de su fama á solo Cenon, y llamaba Platon toda su escuela á Aristóteles. Atienden algunos á sólo llenar el estómago, aunque sea de broza vulgar. Hasta los soberanos han menester á los que escriben, y temen más sus plumas que las feas los pinceles.

Usar de la ausencia, ó para el respeto ó para la estimacion. Si la presencia disminuye la fama, la ausencia la aumenta. El que ausente fué tenido por leon, presente fué ridículo parto de los montes; deslústranse las prendas si se rozan, porque se ve ántes la corteza del exterior que la mucha sustancia del ánimo. Adelántase más la imaginacion que la vista, y el engaño, que entra de ordinario por el oido, viene á salir por los ojos; el que se conserva en el centro de su opinion conserva la reputacion; que áun la Fénix se vale del retiro para el decoro y del seso para el aprecio.

Hombre de inventiva á lo cuerdo. Arguye exceso de ingenio, pero ¿cuál será sin el grano de demencia? La inventiva es de ingeniosos, la buena eleccion de prudentes. Es tambien de gracia, y más rara, porque el elegir bien lo consiguieron muchos, el inventar bien, pocos, y los primeros en excelencia y en tiempo. Es lisonjera la novedad, y si feliz, da dos realces á lo bueno. En los asuntos del juicio es peligrosa por lo paradojo, en los del ingenio loable; y si acertadas, una y otra plausibles.

No sea entremetido y no será desairado. Estímese, si quisiere que le estimen. Sea ántes avaro que pródigo de sí. Llegue deseado y será bien recibido. Nunca venga sino llamado, ni vaya sino enviado. El que se empeña por sí, si sale mal se carga todo el ódio sobre sí; y si sale bien, no consigue el agradecimiento. Es el entretenimiento terrero de desprecios, y por lo mismo que se introduce con desvergüenza, es tripulado en confusion.

No perecer de desdicha ajena. Conozca al que está en el lodo, y note que le reclamará para hacer consuelo del recíproco mal. Buscan quien les ayude á llevar la desdicha, y los que en la prosperidad le daban espaldas, ahora la mano. Es menester gran tiento con los que se ahogan, para acudir al remedio sin peligro.

No dejarse obligar del todo ni de todos, que sería esclavo y comun. Nacieron unos más dichosos que otros, aquéllos para hacer bien, y éstos para recibirle. Más preciosa es la libertad que la dádiva, porque se pierde. Guste más que dependan de él muchos, que no depender él de uno. No tiene otra comodidad el mando, sino el poder hacer más bien. Sobre todo, no tenga por favor la obligacion en que se mete, y las más veces la diligenciará la astucia ajena para prevenirle.

Nunca obrar apasionado, todo lo errará. No obre por sí quien no está en sí, y la pasion siempre destierra la razon. Sustituya entónces un tercero prudente, que lo será, si desapasionado. Siempre ven más los que miran que los que juegan, porque no se apasionan. En conociéndose alterado, toque á retirar la cordura; porque no acabe de encenderse la sangre, que todo lo ejecutará sangriento, y en poco rato dará materia para muchos dias de confusion suya y murmuracion ajena.

Vivir á la ocasion. Es gobernar; el discurrir todo ha de ser al caso. Querer cuando se puede, que la sazon y el tiempo á nadie aguardan. No vaya por generalidades en el vivir, si ya no fuere en favor de la virtud; ni intime leyes precisas al querer, que habrá de beber mañana del agua que desprecia hoy. Hay algunos tan paradojamente impertinentes, que pretenden que todas las circunstancias del acierto se ajusten á su manía, y no al contrario; mas el sabio sabe que el norte de la prudencia consiste en portarse á la ocasion.

El mayor desdoro de un hombre es dar muestras de que es hombre; déjanle de tener por divino el dia que le ven muy humano. La liviandad es el mayor contraste de la reputacion. Así como el varon recatado es tenido por más que hombre, así el liviano por ménos que hombre. No hay vicio que más desautorice, porque la liviandad se opone frente á frente á la gravedad. Hombre liviano no puede ser de sustancia, y más si fuere anciano, donde la edad le obliga á la cordura; y con ser este desdoro tan de muchos, no le quita el estar singularmente desautorizado.

Es felicidad juntar el aprecio con el afecto; no ser muy amado, para conservar el respeto; más atrevido es el amor que el ódio; aficion y veneracion no se juntan bien, y aunque no ha de ser uno muy temido ni muy querido. El amor introduce la llaneza, y al paso que ésta entra, sale la estimacion. Sea amado ántes apreciativamente; que afectativamente es amor muy de personas.

Saber hacer la tentativa. Compita la atencion del

juicioso con la detencion del recatado. Gran juicio se requiere para medir el ajeno. Más importa conocer los genios y las propiedades de las personas, que de las hierbas y piedras. Accion es ésta de las más sutiles de la vida; por el sonido se conocen los metales, y por el habla las personas; las palabras muestran la entereza, pero mucho más las obras. Aquí es menester el extravagante reparo, la observacion profunda, la sutil nota y la juiciosa crísis.

Venza el natural las obligaciones del empleo, y no al contrario. Por grande que sea el puesto, ha de mostrar que es mayor la persona. Un caudal con ensanches vase dilatando y ostentando más con los empleos. Fácilmente le cogerán el corazon al que le tiene estrecho, y al cabo viene á quebrar con obligacion y reputacion. Preciábase el grande Augusto de ser mayor hombre que príncipe; aquí entra la alteza de ánimo, y áun aprovecha la confianza cuerda de sí.

De la madurez. Resplandece en el interior, pero más en las costumbres; la gravedad material hace precioso al oro, y la moral á la persona; es el decoro de las prendas, causando veneracion. La compostura del hombre es la fachada del alma. No es necedad con poco meneo, como quiere la ligereza, sino una autoridad muy sosegada; habla por sentencias, obra con aciertos. Supone un hombre muy hecho, porque tanto tiene de persona, cuanto de madurez; en dejando de ser niño comienza á ser grave y autorizado.

Moderarse en el sentir. Cada uno hace concepto segun su conveniencia, y abunda de razones en su aprension. Cede en los más el dictámen al afecto. Acontece el encontrarse dos contradictoriamente, y cada uno presume de su parte la razon; mas ella fiel, nunca supo hacer dos caras. Proceda el sabio con refleja en tan delicado punto, y así el recelo propio reformará la calificacion del proceder ajeno. Póngase tal vez de la otra parte, examínele al contrario los motivos; con esto, ni le condenará á él, ni se justificará á sí tan á lo deslumbrado.

No hazañero, sino hazañoso. Hacen muy de los hacendados los que ménos tienen para qué. Todo lo hacen ministerio con mayor frialdad. Camaleones del aplauso, dando á todos hartazgo de risa. Siempre fué enfadosa la vanidad, aquí reida. Andan mendigando hazañas las hormiguillas del honor. Afecte ménos sus mayores eminencias. Conténtese con hacer, y deje para otros el decir. Dé las hazañas, no las venda; ni se han de alquilar plumas de oro, para que escribas lodo, con asco de la cordura. Aspire ántes á ser heroico que á sólo parecerle.

Varon de prendas, y majestuosas. Las primeras hacen los primeros hombres, equivale una sola á toda una mediana pluralidad. Gustaba aquél que todas sus cosas fuesen grandes, hasta las usuales alhajas; cuanto mejor el varon grande, debe procurar que las prendas de su ánimo lo sean. En Dios todo es infinito, todo inmenso; así en un héroe todo ha de ser grande y majestuoso; de suerte que todas sus acciones, y áun razones, vayan revestidas de una transcendente grandiosa majestad.

Obrar siempre como á vista. Aquél es varon remirado, que mira que le miran ó que le mirarán. Sabe que las paredes oyen, y que lo mal hecho revienta por salir. Aun cuando solo, obra como á vista de todo el mundo, porque sabe que todo se sabrá; ya mira como á testigos ahora á los que por la noticia lo serán despues; no se recataba de que le podian registrar en su casa desde las ajenas el que deseaba que todo el mundo le viese.

Tres cosas hacen un prodigio, y son el dón máximo de la suma liberalidad, ingenio fecundo y juicio profundo, y gusto relevantemente jocundo. Gran ventaja concebir bien, pero mayor discurrir bien. Entendimiento del bueno. El ingenio no ha de estar en el espinazo, que sería más laborioso que agudo. Pensar bien es el fruto de la racionalidad. A los veinte años reina la voluntad, á los treinta el ingenio, á los cuarenta el juicio. Hay entendimientos que arrojan de sí luz, como los ojos del lince, y en la mayor oscuridad discurren más. Haylos de ocasion, que siempre topan con lo más á propósito; ofrecéseles mucho y bien, felicísima fecundidad. Pero un buen gusto sazona toda la vida.

Dejar con hambre; hase de dejar en los labios áun con el néctar. Es el deseo medida de la estimacion; hasta la material sed es treta de buen gusto picarla, pero no acabarla; lo bueno, si poco, dos veces bueno. Es grande la baja de la segunda vez; hartazgos de agrado son peligrosos, que ocasionan desprecio á la más eterna eminencia. Unica regla de agradar, coger el apetito picado con el hambre con que quedó. Si se ha de irritar, sea ántes por impaciencia del deseo que por enfado de la fruicion; gústase al doble de la felicidad penada.

En una palabra, santo, que es decirlo todo de una vez. Es la virtud cadena de todas las perfecciones, centro de las felicidades. Ella hace un sujeto prudente, atento, sagaz, cuerdo, sabio, valeroso, reportado, entero, feliz, plausible, verdadero y universal héroe. Tres eses hacen dichoso, santo, sano y sabio; la virtud es sol del mundo menor, y tiene por hemisferio la buena conciencia. Es tan hermosa, que se lleva la gracia de Dios y de las gentes. No hay cosa amable, sino la virtud, ni aborrecible, sino el vicio; la virtud es cosa de véras, todo lo demas de burlas; la capacidad y grandeza se ha de medir por la virtud, no por la fortuna. Ella sola se basta á sí misma; vivo el hombre, le hace amable, y muerto, memorable.

EL HÉROE,

DE BALTASAR GRACIAN.

PRIMOR PRIMERO.

QUE EL HÉROE PRACTIQUE INCOMPRENSIBILIDADES DE CAUDAL.

Sea ésta la primera destreza en el arte de entendidos, medir el lugar con su artificio. Gran treta es ostentarse al conocimiento, pero no á la comprension; cebar la expectacion, pero nunca desengañarla del todo; prometa más lo mucho, y la mejor accion deje siempre esperanzas de mayores.

Excuse á todos el varon culto sondarle el fondo á su caudal, si quiere que le veneren todos. Formidable fué un rio hasta que se le halló vado, y venerado un varon hasta que se le conoció término á la capacidad; porque ignorada y presumida profundidad, siempre mantuvo con el recelo el crédito.

Culta propiedad fué llamar señorear al descubrir, alternando luégo la victoria sujetos; si el que comprende señorea, el que se recata nunca cede.

Compita la destreza del advertido en templarse con la curiosidad del atento en conocerle, que suele ésta doblarse á los principios de una tentativa.

Nunca el diestro en desterrar una barra remató al primer lance, vase empeñando con uno para otro, y siempre adelantándolos.

Ventajas son de ente infinito envidar mucho con resto de infinidad. Esta primera regla de grandeza advierte, si no el ser infinitos, á parecerlo, que no es sutileza comun.

En este entender, ninguno escrupuleará aplausos á la cruda paradoja del sábio de Mitilene. Más es la mitad que el todo, porque una mitad en alarde y otra en empeño, más es que un todo declarado.

Fué jubilado en ésta, como en todas las demas destrezas, aquel gran rey primero del Nuevo Mundo, último de Aragon, si no el *Non plus ultra* de sus heroicos reyes.

Entretenia este católico monarca, atentos siempre, á todos sus con-reyes, más con las prendas de su ánimo, que cada dia de nuevo brillaba, que con las nuevas coronas que ceñia.

Pero á quien deslumbró este centro de los rayos de la prudencia, gran restaurador de la monarquía goda, fué, cuando más, á su heroica consorte, despues á los tahures del palacio, sutiles á brujulear el nuevo rey, desvelados á sondarle el fondo, atentos á medirle el valor.

Pero, qué advêrtido se les permitia y detenia Fernando, qué cauto se les concedia y se les negaba, y al fin ganóles.

¡Oh, varon cándido de la fama! Tú, que aspiras á la grandeza, alerta al primor. Todos te conozcan, ninguno te abarque, que con esta treta, lo moderado parecerá mucho, y lo mucho infinito, y lo infinito más (1).

PRIMOR II.

CIFRAR LA VOLUNTAD.

Lega quedaria el arte, si dictundo recato á los términos de la capacidad, no encargase disimulo á los ímpetus del afecto.

Está tan acreditada esta parte de sutileza, que sobre ella levantaron Tiberio y Luis toda su máquina y política.

Si todo exceso en secreto lo es en caudal, sacra-

(1) Saint-Evremont copia este capítulo de GRACIAN, respondiendo al Conde de Saint-Albans, que le pedia en pocas palabras la noticia de todo lo que era necesario á un jóven de grandes esperanzas para entrar con ventaja en el mundo y para sostenerse en él con honor. Véanse las palabras de Saint-Evremont:

«Il y a beaucoup d'adresse à se saisir d'abord de l'estime publique, et à faire éclater si à propos ses talents, que jamais le monde ne s'en rassasie. Le moyen de conserver sa reputation, c'est de produire toujours des choses de plus en plus excellentes, et de fournir une nourriture suffisante à l'admiration générale. Les grandes actions que nous avons faites, en ont promis encore de plus grandes, et le bon doit être suivi du meilleur. Un grand homme ne doit pas laisser sonder le fonds de sa capacité, s'il veut être toujours admiré du vulgaire. Il faut, au contraire, qu'il se conduise de telle sorte qu'il ne montre jamais tout ce qu'il sait, et que personne ne puisse jamais se vanter de pouvoir assigner les bornes de sa doctrine. Car, quelque savant que soit un homme, l'opinion qu'on a de son mérite, lorsqu'on ne le connait qu'à demi, va toujours plus loin que l'idée qu'on s'en forme, quand on le connait tout entier. Qu'on se garde, donc, bien de faire voir tout d'un coup toutes ses forces. Il faut se ménager des ressources, et avoir un corps de réserve, duquel on puisse tirer des secours dans le besoin..... Le grand art consiste à ne pas étaler tout son savoir en une seule fois; mais à le developper, pour ainsi dire, par pièces. C'est précisément dans ces vues que les grands maîtres ne découvrent jamais le fin de leur art dans les leçons qu'ils en font à leurs disciples Par là ils demeurent toujours les premiers maîtres et conservent toujours de quoi entretenir leur réputation», etc.

«Yo no acuso aquí, decia el padre Courbeville, de ingratitud á monsieur de Saint-Evremont porque no ha citado el nombre de su bienhechor; no pretendo otra cosa que honrar más y más el mérito de GRACIAN por la aprobacion auténtica de uno de nuestros más juiciosos autores.»

mentar una voluntad será soberanía. Son los achaques de la voluntad desmayos de la reputacion, y si se declaran, muere comunmente.

El primer esfuerzo llega á violentarlos, á disimularlos el segundo. Aquello tiene más de lo valeroso, esto de lo astuto.

Quien se les rinde, baja de hombre á bruto; quien los reboza, conserva por lo ménos en apariencias el crédito.

Arguye eminencia de caudal penetrar toda voluntad ajena, y concluye superioridad saber celar la propria.

Lo mismo es descubrirle á un varon un afecto, que abrirle un portillo á la fortaleza del caudal, pues por allí maquinan políticamente los atentos, y las más veces asaltan con triunfo. Sabidos los afectos, son sabidas las entradas y salidas de una voluntad, con señorío en ella á todas horas.

Soñó dioses á muchos la inhumana gentilidad, áun no con la mitad de hazañas de Alejandro, y nególe al laureado Macedon el predicamento ó la caterva de deidades. Al que ocupó mucho mundo, no le señaló poco cielo; pero ¿de dónde tanta escasez, cuándo tanta prodigalidad?

Asombró Alejandro lo ilustre de sus proezas con lo vulgar de sus furores, y desmintióse á sí mismo tantas veces triunfante, con rendirse á la avilantez del afecto. Sirvióle poco conquistar un mundo, si perdió el patrimonio de un príncipe, que es la reputacion.

Es Caríbdis de la excelencia la exhorbitancia irascible, y Scila de la reputacion la demasía concupiscible.

Atienda, pues, el varon excelente primero á violentar sus pasiones, cuando ménos á solaparlas con tal destreza, que ninguna contratreta acierte á descifrar su voluntad.

Avisa este primor á ser entendidos no siéndolo, y pasa adelante á ocultar todo defecto, desmintiendo las atalayas de los descuidos y deslumbrando los linces de la ajena oscuridad.

Aquella católica Amazona, desde quien España no tuvo que envidiar las Cenobias, Tomíris, Semíramis y Pantasileas, pudo ser oráculo de estas sutilezas. Encerrábase á parir en el retrete más oscuro, y recelando el connatural decoro, la innata majestad echaba un sello á los suspiros de su real pecho, sin que se le oyese un ay, y un velo de tinieblas á los desmanes del semblante. Pero quien así menudeaba en tan excusables achaques del recato, como que escrupulearia en los del crédito.

No graduaba de necio el cardenal Madrucio al que aborta una necedad, sino al que, cometida, no sabe ahogarla.

Accesible es el primor á un varon, callada, calificada inclinacion, mejorada del arte, prenda de divinidad, si no por naturaleza, por semejanza.

PRIMOR III.

LA MAYOR PRENDA DE UN HÉROE.

Grandes partes se desean para un gran todo, y grandes prendas para la máquina de un héroe.

Gradúan en primer lugar los apasionados al entendimiento por orígen de toda grandeza; y así como no admiten varon grande sin excesos de entendimiento, así no conocen varon excesivamente entendido sin grandeza.

Es lo mejor de lo visible el hombre, y en él el entendimiento, luégo sus victorias las mayores.

Adécuase esta capital prenda de otras dos, fondo de juicio y elevacion de ingenio, que forman un prodigio si se juntan.

Señaló pródigamente la filosofía dos potencias al acordarse y al entender. Súfrasele á la política con más derecho introducir division entre el juicio y el ingenio, entre la sindéresis y la agudeza.

Sola esta distincion de inteligencias pasa la verdad escrupulosa, condenando tanta multiplicacion de ingenios, á confusion de la mente con la voluntad.

Es el juicio trono de la prudencia, es el ingenio esfera de la agudeza, cuya eminencia y cuya medianía deba preferirse; es pleito ante el tribunal del gusto. Aténgome á la que así imprecaba: «Hijo, Dios te dé entendimiento del bueno.»

La valentía, la prontitud, la sutileza de ingenio. Sol es de este mundo en cifra, si no rayo, vislumbre de divinidad. Todo héroe participó exceso de ingenio.

Son los dichos de Alejandro esplendores de sus hechos. Fué pronto César en el pensar, como en el hacer.

Mas apreciando los héroes verdaderos, equivócase en Augustino lo Augusto con lo agudo, y en el lauro que dió Huesca para coronar á Roma compitieron la constancia y la agudeza.

Son tan felices las prontitudes del ingenio, cuan azares las de la voluntad. Alas son para la grandeza, con que muchos se remontaron del centro del polvo al del sol en lucimientos.

Dignábase tal vez el Gran Turco desde un balcon, ántes al vulgo de un jardin que al de la plaza, prision de la majestad y grillos del decoro. Comenzó á leer un papel, que, ó por burla ó por desengaño de la mayor soberanía, se lo voló el viento de los ojos á las hojas. Aquí los pajes, émulos de él y de sí mismos, volaron escala abajo con las alas de lisonja. Uno de ellos, Ganimédes de su ingenio, supo hallar atajo por el aire, arrojóse por el balcon. Voló, cogióle y subia cuando los otros bajaban, y fué subir con propriedad y áun remontarse; porque el príncipe, lisonjeado eficazmente, le levantó á su valimiento.

Que la agudeza, si no reina, merece con-reinar.

Es en todo porte la malilla de las prendas, gran pregonera de la reputacion, mayor realce cuanto más sublime el fundamento.

Son agudezas coronadas ordinarios dichos de un rey. Perecieron grandes tesoros de monarcas, mas

consérvanse sus sentencias en el guardajoyas de la fama.

Valióles más á muchos campeones tal vez una agudeza que todo el hierro de sus escuadrones armados, siendo premio de una agudeza una victoria.

Fué exámen, fué pregon del mayor crédito en el rey de los sabios y en el más sabio de los reyes, la sentenciosa prontitud en aquel extremo de pleitos, que lo fué llegar á pleitear los hijos, que tambien acredita el ingenio la justicia.

Y áun en bárbaros tribunales asiste el que es sol de ella. Compite con la de Salomon la prontitud de aquel Gran Turco. Pretendia un judío cortar una onza de carne á un cristiano, pena sobre usura; insistia en ello con igual terquería á su príncipe, que perfidia á su Dios. Mandó el gran juez traer peso y cuchillo, conminóle el degüello si cortaba más ni ménos. Y fué dar un agudo córte á la lid, y al mundo un milagro del ingenio.

Es la prontitud oráculo en las mayores dudas, esfinge en los enigmas. Hilo de oro en laberintos, y suele ser de condicion de leon, que guarda el extremarse para el mayor aprieto.

Pero hay tambien perdidos de ingenio como de bienes, pródigos de agudeza para presas sublimes, tagarotes para las viles águilas. Mordaces y satíricos, que si los crueles se amasaron con sangre, éstos con veneno. En ellos la sutileza con extraña contrariedad por liviana, abate, sepultándolos en el abismo de un desprecio, en la region del enfado.

Hasta aquí favores de la naturaleza, desde aquí realces del arte. Aquélla engendra la agudeza, ésta la alimenta, ya de ajenas sales, ya de la prevenida advertencia.

Son los dichos y hechos ajenos en una fértil capacidad semillas de agudeza, de las cuales fecundado el ingenio, multiplica cosecha de prontitudes y abundancia de agudezas.

No abogo por el juicio, pues él habla por sí bastantemente.

PRIMOR IV.

CORAZON DE REY.

Gran cabeza es de filósofos, gran lengua de oradores, pecho de atletas, brazos de soldados, piés de cursores, hombros de palanquines. Gran corazon de reyes. De las divinidades de Platon, y texto con que en favor del corazon arma algunos pleitos á la inteligencia.

¿Qué importa que el entendimiento se adelante, si el corazon se queda? Concibe dulcemente el capricho lo que le cuesta mucho de sacar á lucimiento al corazon.

Son estériles por la mayor parte las sutilezas del discurso, y flaquean por su delicadeza en la ejecucion.

Proceden grandes efectos de gran causa, y portentos de hazañas de un prodigio de corazon. Son gigantes los hijos de un corazon gigante. Presume siempre empeños de su tamaño, y afecta primeros asuntos. Grande fué el de Alejandro y el archicorazon, pues cupo en un rincon de él todo este mundo holgadamente, dejando lugar para otros seis.

Máximo el de César, que no hallaba medio entre todo y nada.

Es el corazon el estómago de la fortuna, que digiere con igual valor sus extremos. Un gran buche no se embaraza con grandes bocados, no se estraga fácilmente con la afectacion, ni se aceda con la ingratitud. Es hambre de un gigante el hartazgo de un enano.

Aquel milagro del valor, digo el Delfin de Francia entónces y Cárlos VII despues, notificándole la sentencia, estrujada en el supremo por los dos reyes, el de Francia, su padre, y el de Inglaterra, su antagonista, en que le declaraban por incapaz de suceder en la corona de los lirios, respondió invicto que se apelaba. Instáronle con admiracion que á quién. Y él, que á la grandeza de su corazon y á la punta de su espada, y valióle.

No brilla tan ufano el casi eterno diamante en medio de los voraces carbunclos, como soliza (si así puede decirse un hacer del sol) un Augusto corazon en medio de las violencias de un riesgo.

Rompió con solos cuatro de los suyos el Aquíles moderno, Cárlos Manuel de Saboya, por medio de cuatrocientas corazas enemigas, y satisfizo á la universal admiracion, diciendo que no hay compañía en el mayor aprieto como la de un gran corazon.

Suple la sobra de él la falta de todo lo demas, siendo siempre el primero que llega á la dificultad y vence.

Presentáronle al Rey de Arabia un alfanje damasquino, lisonja para un guerrero. Alabáronle los grandes de la asistencia áulica, no por ceremonia, sí con razon; y atentos á la fineza y arte, alargáronse á juzgarle por rayo de acero, si no pecára algo en corto. Mandó llamar el Rey al Príncipe para que diese su voto, y podia, pues era el famoso Jacob Almanzor. Vino, examinóle, y dijo que valia una ciudad, proprio apreciar de un príncipe. Instó el Rey que si le hallaba alguna falta. Respondió que todas eran sobras. Pues, Príncipe, estos caballeros todos le condenan por corto. Él entónces, echando mano á su cimitarra, dijo: Para un caballero animoso nunca hay arma corta, porque con hacerse él un paso adelante, se alarga ella bastantemente, y lo que le falta de acero, lo suple el corazon de valor.

Lauree este intento la magnanimidad en los agravios, timbre augusto de grandes corazones. Enseñó Adriano un raro sobre excelente modo de triunfar de los enemigos, cuando al mayor de los suyos le dijo, escapástete.

No hay encomio igual á un decir Luis XII de Francia: No venga el Rey los agravios hechos al Duque de Orliens. Éstos son milagros del corazon de un héroe.

PRIMOR V.

GUSTO RELEVANTE.

Toda buena capacidad fué mal contentadiza. Hay cultura de gusto, así como de ingenio. Entrambos re-

levantes son hermanos de un vientre, hijos de la capacidad, heredados por igual en la excelencia.

Ingenio sublime nunca crió gusto ratero.

Hay perfecciones soles, y hay perfecciones luces. Galantea el águila al sol, piérdese en él el helado gusanillo por la luz de un candil, y tómasele la altura á un caudal por la elevacion del gusto.

Es algo tenerlo bueno, es mucho tenerlo relevante. Péganse los gustos con la comunicacion, y es suerte topar con quien le tiene superlativo.

Tienen muchos por felicidad (de prestado será) gozar de lo que apetecen, condenando á infelices los demas; pero desquítanse éstos por los mismos filos, con que es de ver la mitad del mundo riyéndose de la otra, con más ó ménos de necedad.

Es calidad un gusto crítico, un paladar difícil de satisfacerse; los más valientes objetos le temen, y las más seguras perfecciones le tiemblan.

Es la estimacion preciosísima, y de discretos el regatearla; toda escasez en moneda de aplauso es hidalga; y al contrario, desperdicios de estima merecen castigo de desprecio.

La admiracion es comunmente sobrescrito de la ignorancia; no nace tanto de la perfeccion de los objetos, cuanto de la imperfeccion de los conceptos. Son únicas las perfecciones de primera magnitud; sea, pues, raro el aprecio.

Quien tuvo gusto rey, fué el prudente de los Filipos de España, hecho siempre á objetos milagros, que nunca se pagaba sino de la que era maravilla en su serie.

Presentóle un mercader portugues una estrella de la tierra, digo un diamante de Oriente, cifra de la riqueza, pasmo del resplandor; y cuando todos aguardaban, si no admiraciones, reparos en Filipo, escucharon desdenes, no porque afectase el gran monarca lo descomedido, como lo grave, sino porque un gusto hecho siempre á milagros de naturaleza y arte no se pica así vulgarmente. ¡Qué paso éste para una hidalga fantasía! Señor, dijo, setenta mil ducados que abrevié en este digno nieto del Sol, no son de asquear. Apretó el punto Filipo y díjole: «¿En qué pensábadeis cuando disteis tanto? — Señor, acudió el portugues, como tal, pensaba en que habia un rey Filipo II en el mundo.» Cayóle al monarca en picadura más la agudeza que la preciosidad, y mandó luégo pagarle el diamante y premiarle el dicho, ostentando la superioridad de su gusto en el precio y en el premio.

Sienten algunos que el que no excede en alabar, vitupera. Yo diria que las sobras de alabanza son menguas de la capacidad, y que el que alaba sobrado, ó se burla de sí ó de los otros.

No tenía por oficial el griego Agesilao el que calzaba á un pigmeo el zapato de Encelado, y en materia de alabanza, es arte medir justo.

Estaba el mundo lleno de las proezas del qué fué alba del mayor sol, digo de las victorias de don Hernando Álvarez de Toledo; y con llevar un mundo, no mediaban su gusto, extrañándole la causa, dijo que en cuarenta años de vencer, teniendo por campo toda Europa, por blasones todas las empresas de su tiempo, le parecia todo nada, pues nunca habia visto ejército de turcos delante, donde la victoria fuera triunfo de la destreza, y no del poder, donde la excesiva potencia humillada ensalzára la experiencia y el valor de un caudillo. Tanto es menester para acallar el gusto de un héroe.

No amaestra este primor á ser Momo un varon culto, que es insufrible destemplanza; sí á ser integérrimo censor de lo que vale. Hacen algunos esclavo al juicio del afecto, pervirtiendo los oficios al Sol y las tinieblas.

Merezca cada cosa la estimacion por sí, no por sobornos del gusto.

Sólo un gran conocimiento, favorecido de una gran práctica, llega á saber los precios de las perfecciones. Y donde el discreto no puede lisamente votar, no se arroje, deténgase, no descubra ántes la falta propria que la sobra extraña.

PRIMOR VI.

EMINENCIA EN LO MEJOR.

Abarcar toda perfeccion, sólo se concede al primer Sér, que por no recibirlo de otro, no sufre limitaciones.

De las prendas, unas da el cielo, otras libra á la industria; una ni dos no bastan á realzar un sujeto; cuanto destituyó el cielo de las naturales, supla la diligencia en las adquisitas. Aquéllas son hijas del favor, éstas de la loable industria, y no suelen ser las ménos nobles.

Poco es menester para individuo, mucho para universal; y son tan raros éstos, que se niegan comunmente á la realidad, si se conceden al concepto.

No es uno solo el que vale por muchos. Grande excelencia en una intensa singularidad cifrar toda una categoría y equivalerla.

No toda arte merece estimacion, ni todo empleo logra crédito. Saberlo todo no se censura; practicarlo todo, sería pecar contra la reputacion.

Ser eminente en profesion humilde es ser grande en lo poco, es ser algo en nada. Quedarse en una medianía, apoya la universalidad; pasar á eminencia, desluce el crédito.

Distaron mucho los dos Filipos, el de España y Macedonia. Extrañó el primero en todo y segundo en el renombre, al Príncipe, el cantar en su retrete, y abonó el Macedon á Alejandro el correr en el estadio. Fué aquélla puntualidad de un prudente, fué éste descuido de la grandeza. Pero corrido Alejandro, ántes que corredor, acudió bien, que á competir con reyes, aún, aún.

Lo que tiene más de lo deleitable tiene ménos de lo heroico comunmente.

No debe un varon máximo limitarse á una ni á otra perfeccion, sino con ambiciones de infinidad aspirar á una universalidad plausible, correspondiendo la intension de las noticias á la excelencia de las artes.

Ni basta cualquiera ligera cognicion, empeño de

corrida, que suele ser más nota de vana locuacidad que crédito de fundamental entereza.

Alcanzar eminencia en todo no es el menor de los imposibles; no por flojedad de la ambicion, sí de la diligencia y áun de la vida. Es el ejercicio el medio para la consumacion en lo que se profesa, y falta á lo mejor el tiempo y más presto el gusto en tan prolija práctica.

Muchas medianías no bastan á agregar una grandeza, y sobra sola una eminencia á asegurar superioridad.

No ha habido héroe sin eminencia en algo, porque es carácter de la grandeza; y cuanto más calificado el empleo, más gloriosa la plausibilidad. Es la eminencia en aventajada prenda parte de soberanía, pues llega á pretender su modo de veneracion.

Y si el regir un globo de viento con eminencia triunfa de la admiracion, ¿qué será regir con ella un acero, una pluma, una vara, un baston, un cetro, una tiara?

Aquel Marte castellano, por quien se dijo, Castilla capitanes si Aragon reyes, don Diego Perez de Vargas, con más hazañas que dias, retiróse á acabarlos en Jerez de la Frontera. Retiróse él, mas no su fama, que cada dia se extendia más por el teatro universo. Solicitado de ella Alfonso, rey novel, pero antiguo apreciador de una eminencia, y más en armas, fué á buscarle disfrazado con solos cuatro caballeros.

Que la eminencia es iman de voluntades, es hechizo del afecto.

Llegado el Rey á Jerez y á su casa, no le halló en ella, porque el Vargas, enseñado á campear, engañaba en el campo su generosa inclinacion. El Rey, á quien no se le habia hecho de mal ir desde la córte á Jerez, no extrañó el ir desde allí á la alquería. Descubriéronle desde léjos, que con una hoz en la mano iba descabezando vides con más dificultad que en otro tiempo vidas. Mandó Alfonso hacer alto y emboscarse los suyos. Apeóse del caballo, y con majestuosa galantería comenzó á recoger los sarmientos que el Vargas, descuidado, derrivaba. Acertó éste á volver la cabeza, avisado de algun ruido que hizo el Rey, ó lo que es más cierto, de algun impulso fiel de su corazon. Y cuando conoció á su majestad, arrojándose á sus plantas á lo de aquel tiempo, dijo: «Señor, ¿qué haceis aquí?»—Proseguid, Vargas, dijo Alfonso, que á tal podador, tal sarmentador.»

¡Oh, triunfo de una eminencia!

Anhele á ella el varon raro, con seguridad de que lo que le costará de fatiga lo logrará de celebridad.

Que no sin propiedad consagró la gentilidad á Hércules el buey, en misterio de que el loable trabajo es una sementera de hazañas, que promete cosecha de fama, de aplauso, de inmortalidad.

PRIMOR VII.

EXCELENCIA DE PRIMERO.

Hubieran sido algunos fénix en los empleos, á no irles otros delante. Gran ventaja el ser primero, y si con eminencia, doblada. Gana en igualdad el que ganó de mano.

Son tenidos por imitadores de los pasados los que les siguen; y por más que suden, no pueden purgar la presuncion de imitacion.

Álzanse los primeros con el mayorazgo de la fama, y quedan para los segundos mal pagados alimentos.

Dejó de estimar la novelera gentilidad á los inventores de las artes, y pasó á venerarlos. Trocó la estima en culto, ordinario error, pero que exagera lo que vale una primería.

Mas no consiste la gala en ser primero en tiempo, sino en ser el primero en la eminencia.

Es la pluralidad descrédito de sí misma, áun en preciosos quilates, y al contrario, la raridad encarece la moderada perfeccion.

Es, pues, destreza no comun inventar nueva senda para la excelencia, descubrir moderno rumbo para la celebridad. Son multiplicados los caminos que llevan á la singularidad, no todos sendereados. Los más nuevos, aunque arduos, suelen ser atajos para la grandeza.

Echó sabiamente Salomon por lo pacífico, cediéndole á su padre lo guerrero. Mudó el rumbo y llegó con ménos dificultad al predicamento de los héroes.

Afectó Tiberio conseguir por lo político lo que Augusto por lo magnánimo.

Y nuestro gran Filipo gobernó desde el trono de su prudencia todo el mundo, con pasmo de todos los siglos; y si el César, su invicto padre, fué un prodigio de esfuerzo, Filipo lo fué de la prudencia.

Ascendieron con este aviso muchos de los soles de la Iglesia al cenit de la celebridad. Unos por lo eminente santo, otros por lo sumamente docto; cuál por la magnificencia en las fábricas, y cuál por saber realzar la dignidad.

Con esta novedad de asuntos se hicieron lugar siempre los advertidos en la matrícula de los magnos.

Sin salir del arte sabe el ingenio salir de lo ordinario y hallar en la encanecida profesion nuevo paso para la eminencia. Cedióle Horacio lo heroico á Virgilio, y Marcial lo lírico á Horacio. Dió por lo cómico Terencio, por lo satírico Persio, aspirando todos á la ufanía de primeros en su género. Que el alentado capricho nunca se rindió á la fácil imitacion.

Vió el otro galante pintor que le habian cogido la delantera el Ticiano, Rafael y otros. Estaba más viva la fama cuando muertos ellos; valióse de su invencible inventiva. Dió en pintar á lo valenton, objetáronle algunos el no pintar á lo suave y pulido, en que podia imitar al Ticiano, y satisfizo galantemente que queria más ser el primero en aquella grosería que segundo en la delicadeza.

Extiéndase el ejemplo á todo empleo, y todo varon raro entienda bien la treta; que en la eminente novedad sobra hallar extravagante rumbo para la grandeza.

PRIMOR VIII.

QUE EL HÉROE PREFIERA LOS EMPEÑOS PLAUSIBLES.

Dos patrias produjeron dos héroes: á Hércules Té-

bas, á Caton Roma; fué Hércules aplauso del orbe, fué Caton enfado de Roma. Al uno admiraron todas las gentes, al otro esquivaron los romanos.

No admite controversia la ventaja que llevó Caton á Hércules, pues le excedió en prudencia, pero ganóle Hércules á Caton en fama.

Más de arduo y primoroso tuvo el asunto de Caton, pues se empeñó en domeñar monstruos de costumbres, si Hércules de naturaleza; pero tuvo más de famoso el del tebano.

La distancia consistió en que Hércules emprendió hazañas plausibles y Caton odiosas; la plausibilidad del empleo llevó la gloria de Alcídes á los términos del mundo y pasára adelante si ellos se alargáran. Lo desapacible del empleo circunscribió á Caton dentro de las murallas de Roma.

Con todo esto, prefieren algunos, y no los ménos juiciosos, el asunto primoroso al más plausible; y puede más con ellos la admiracion de pocos que el aplauso de muchos, si vulgares.

Milagros de ignorantes llaman á los empeños plausibles.

Lo arduo, lo primoroso de un superior asunto pocos lo perciben, pero eminentes, y así lo acrediten raros. La facilidad del plausible permítese á todos vulgarizarse, y así el aplauso tiene de ordinario lo que de universal.

Vence la intencion de pocos á la numerosidad de un vulgo entero.

Pero destreza es topar con los empleos plausibles. Punto es de discrecion sobornar la atencion comun en el asunto plausible; manifiéstase á todos la eminencia, y á votos de todos se graduó la reputacion.

Débense estimar en más los más. Es palpable la excelencia en tales hazañas, y si con evidencia plausible, las primorosas tienen mucho de metafísico, dejando la celebridad en opiniones.

Empleo plausible llamó aquel que se ejecuta á vista de todos y á gusto de todos, con el fundamento siempre de la reputacion, por excluir aquellos tan faltos de crédito cuan sobrados de ostentacion. Rico vive de aplauso un histrion, y perece de crédito.

Ser, pues, eminente en hidalgo, asunto expuesto al universal teatro, eso es conseguir augusta plausibilidad.

¿Qué príncipes ocupan los catálogos de la fama, sino los guerreros? Á ellos se les debe en propiedad el renombre de magnos. Llenan el mundo de aplauso, los siglos de fama, los libros de proezas, porque lo belicoso tiene más de plausible que lo pacífico.

Entre los jueces se entresacan los justicieros á inmortales, porque la justicia sin crueldad siempre fué más acepta al vulgo que la piedra remisa.

En los asuntos del ingenio triunfó siempre la plausibilidad. Lo suave de un discurso plausible recrea el alma, lisonjea el oido; que lo seco de un concepto metafísico los atormenta y enfada.

PRIMOR IX.

DEL QUILATE REY.

Dudo si llame inteligencia ó suerte al topar un héroe con la prenda relevante en sí, con el atributo rey de su caudal.

En unos reina el corazon, en otros la cabeza, y es punto de necedad querer uno estudiar con el valor y pelear otro con la agudeza.

Conténtese el pavon con su rueda, préciese el águila de su vuelo, que sería gran monstruosidad aspirar el avestruz á remontarse, expuesta á ejemplar despeño; consuélese con la bizarría de sus plumas.

No hay hombre que en algun empleo no hubiera conseguido la eminencia; y vemos ser tan pocos que se denominan raros, tanto por lo único como por lo excelente, y como el fénix, nunca salen de la duda.

Ninguno se tiene por inhábil para el mayor empleo; pero lo que lisonjea la pasion desengaña tarde el tiempo.

Excusa es no ser eminente en el mediano por ser mediano en el eminente; pero no la hay en ser mediano en el ínfimo, pudiendo ser primero en el sublime.

Enseñó la verdad, aunque poeta, aquél. Tú no emprendas asunto en que te contradiga Minerva; pero no hay cosa más difícil que desengañar de capacidad.

¡Oh, si hubiera espejos de entendimiento como los hay de rostro! Él lo ha de ser de sí mismo y falsificase fácilmente. Todo juez de sí mismo halla luégo textos de escapatoria y sobornos de pasion.

Grande es la variedad de inclinaciones, prodigio deleitable de la naturaleza; tanta como en rostros, voces y temperamentos.

Son tan muchos los gustos como los empleos. A los más viles y áun infames no faltan apasionados. Y lo que no pudiera recabar la poderosa providencia del más político rey, facilita la inclinacion.

Si el monarca hubiera de repartir las mecánicas tareas, sed vos labrador, y vos sed marinero, rindiérase luégo á la imposibilidad. Ninguno estuviera contento áun con el más civil empleo, y áhora la eleccion propria se ciega áun por el más villano.

Tanto puede la inclinacion, y si se auna con las fuerzas, todo lo sujetan; pero lo ordinario es desavenirse.

Procure, pues, el varon prudente alargar el gusto y atraerle sin violencias de despotiquez á medirse con las fuerzas, y reconocida una vez la prenda relevante, empléela felizmente.

Nunca hubiera llegado á ser Alejandro español y César indiano el prodigioso marqués del Valle, don Fernando Cortés, si no hubiera barajado los empleos; cuando más, por las letras hubiera llegado á una vulgarísima medianía, y por las armas se empinó á la cumbre de la eminencia, pues hizo trinca con Alejandro y César, repartiéndose entre los tres la conquista del mundo por sus partes.

PRIMOR X.

QUE EL HÉROE HA DE TENER TANTEADA SU FORTUNA AL EMPEÑARSE.

La fortuna, tan nombrada cuan poco conocida, no es otra, hablando á lo cuerdo y áun católico, que aquella gran madre de contingencias y gran hija de la suprema Providencia, asistente siempre á sus causas, ya queriendo, ya permitiendo.

Ésta es aquella reina tan soberana, inexcrutable, inexorable, risueña, con unos esquiva, con otros, ya madre, ya madrastra, no por pasion, sí por la arcanidad de inaccesibles juicios.

Regla es muy de maestros en la discrecion política tener observada su fortuna y la de sus adherentes. El que la experimentó madre logre el regalo, empéñase con bizarría, que como amante se deja lisonjear de la confianza.

Tenía bien tomado el pulso á su fortuna el César cuando animando al rendido barquero le decía: «No temas, que agravias á la fortuna de César.» No halló más segura áncora que su dicha. No temió los vientos contrarios el que llevaba en popa los alientos de su fortuna. ¿Qué importa que el aire se perturbe, si el cielo está sereno? ¿Que el mar brame, si las estrellas se rien?

Pareció en muchos temeridad un empeño, pero no fué sino destreza, atendiendo al favor de su fortuna. Perdieron otros, al contrario, grandes lances de celebridad por no tener comprension de su dicha. Hasta el ciego jugador consulta al arrojarse.

Gran prenda es ser un varon afortunado, y al aprecio de muchos lleva la delantera. Estiman algunos más una onza de ventura que arrobas de sabiduría, que quintales de valor; otros, al contrario, que fundan crédito en la desdicha como en la melancolía. Ventura repiten de necio y méritos de desgraciado.

Suple con oro la fealdad de la hija el sagaz padre, y el universal dora la fealdad del ingenio con ventura.

Deseó Galeno á su médico afortunado, al capitan Vejecio, y Aristóteles á su monarca. Lo cierto es que á todo héroe le apadrinaron el valor y la fortuna, ejes ambos de una heroicidad.

Pero quien de ordinario probó agrios de madrastra amaine en los empeños, no terquee, que suele ser de plomo el disfavor.

Disimúleseme en este punto hurtarle el dicho al poeta de las sentencias, con obligacion de restituirlo en consejo á los amantes de la prudencia. Tú no hagas ni digas cosa alguna teniendo á la fortuna por contraria.

El Benjamin hoy de la felicidad es, con evidencia de su esplendor, el heroico, invicto y serenísimo señor cardenal infante de España, don Fernando, nombre que pasa á blason ó corona nominal de tantos héroes.

Atendia todo el orbe suspenso á su fortuna, satisfecho asaz de su valor, y declaróle esta gran princesa por su galan en la primera ocasion; digo, en aquella tan inmortal para los suyos como mortal para sus enemigos, batalla de Norlinguen, con progresos de finezas en Francia y Flándes, y con el resto á favor en Jerusalen.

Parte es este político primor, saber dis[...] bien y mal afortunados, para chocar ó c[...] competencia.

Previno Soliman la gran felicidad de nu[...] lico Marte, quinto de los Cárlos, para que [...] en su esfera. Temió más á sola ella que á [...] tercios de Poniente, contemplacion de otra[...]

Amainó áun á tiempo, y valióle, ya no h[...] cion, pues se retiraba de ella, la corona.

No así el primer Francisco de Francia, q[...] ignorar su fortuna y la del César; y así p[...] cuente de prudencia fué condenado á prisi[...]

Péganse de ordinario la próspera y advers[...] á los del lado. Atienda, pues, el discreto á [...] y en el juego de este triunfo sepa encartar[...] cartarse con ganancia.

PRIMOR XI.

QUE EL HÉROE SEPA DEJARSE, GANANDO CON L[...]

Todo móvil instable tiene aumento y d[...] Añaden otros estado donde no hay estabili[...]

Gran providencia es saber prevenir la in[...] clinacion de una inquieta rueda. Sutileza d[...] berse dejar con ganancia donde la prospe[...] juego, y la desdicha tan de véras.

Mejor es tomarse la honra que aguardar [...] tiña de la fortuna, que suele en un tu[...] con la ganancia de muchos lances.

Faltarle de constante lo que le sobra [...] sienten algunos escocidos. Y añadió el Mar[...] riñano, para consuelo del Emperador sobr[...] no sólo tiene instabilidad de mujer, sino l[...] jóven en hacer cara á los mancebos.

Mas yo digo que no son livianas varieda[...] jer, sino alternativas de una justísima pro[...]

Acierte el varon á serlo en esto, recójas[...] de un honroso retiro, porque tan gloriosa [...] retirada como una gallarda acometida.

Pero hay hidrópicos de la suerte, que [...] ánimo para vencerse á sí mismos si les es[...] el agua la fortuna.

Sea augusto ejemplar de este primor aqu[...] yorazgo de la fortuna y de la suerte, el m[...] Cárlos y áun de los héroes. Coronó este [...] emperador con prudente fin todas sus haza[...] fó del orbe con la fortuna, y al cabo triunf[...] ma fortuna. Supo dejarse, que fué echar [...] proezas.

Perdieron otros, al contrario, todo el c[...] fama en pena de su codicia. Tuvieron mo[...] grandes principios de felicidad, que á val[...] treta pusieran en cobro la reputacion.

Pudiera asegurar un anillo arrojado al r[...] tuido en el arca de un pescado, arras de [...] lidad entre Policrátes y la fortuna. Pero fu[...] pues el monte Micalense trágico teatro d[...]

Cegó Belisario para que abriesen otros [...] eclipsóse la luna de España para dar luz á [...]

lla arte de tomarle el pulso á la felicidad, ̓malo su humor; prevuénenos algunas se- clinacion.

lad muy apriesa, atropellándose unas á licidades, siempre fué sospechosa, porque tuna cercenar del tiempo lo què acumula

l envejecida ya pasa á caduquez, y desdicha mos cerca está de mejoría.

bul, moro, hermano del Rey de Granada, lobreña, y para desmentir sus confirmadas púsose á jugar al ajedrez, proprio ensayo e la fortuna. Llegó en esto el correo de su e siempre ésta nos corre la posta. Pidió oras de vida, muchas le parecieron al Co- otorgóle sólo acabar el juego comenzado. erte, y ganó la vida y áun el reino, pues abarlo llegó otro correo con la vida y la e por muerte del Rey le presentaba Gra-

ibieron del cuchillo á la corona como ba- a corona al cuchillo. Cómense mejor los ados de la suerte con el agridulce de un

ria la fortuna, que espera á que carguen los la contratreta anticiparse á tomar puerto.

PRIMOR XII.

GRACIA DE LAS GENTES.

conquistar el entendimiento sí no se gana , y mucho rendir con la admiracion la afi- ente.

on plausibles empresas mantienen el cré- o la benevolencia.

r esta gracia universal algo tiene de estre- de diligencia propria. Discurrirán otros al uando á igualdad de méritos corresponden porcion los aplausos.

o que fué en uno iman de las voluntades onjuro. Mas yo siempre le concederé aven- rtido al artificio.

eminencia de prendas para la gracia de las que se supone. Fácil es de ganar el afecto, l concepto, porque la estimacion muñe la

s medios felizmente para esta comun gra- no así para la de su rey, aquel infausta- to Duque de Guisa, á quien hizo grande reciéndole, y mayor otro emulándole: el o, de los Henricos franceses. Fatal nombre pes en toda monarquía, que en tan altos a los nombres descifran oráculos.

un dia este rey á sus contiguos: «¿Qué , que así hechiza las gentes?» Respondió gante áulico, por único en estos tiempos: r bien á todas manos; al que no llegan de- sus benévolos influjos, alcanzan por re- ando no obras, palabras. No hay boda que bautismo que no apadrine, entierro que no honre; es cortés, humano, liberal, honrador de todos, murmurador de ninguno, y en suma, él es el rey en el afecto, si vuestra majestad en el efecto.

Feliz gracia si la hermanára con la de su rey, que no es de esencia el excluirse, por más que encarezca Bayaceto que la plausibilidad del ministro causa re- celò al patron.

Y de verdad que la de Dios, del Rey y de las gen- tes son tres gracias más bellas que las que fingieron los antiguos. Danse la mano una á otra, enlazándose apretadamente todas tres, y si ha de faltar alguna, sea por órden.

El más poderoso hechizo para ser amado es amar. Es arrebatado el vulgo en proseguir, si furioso en per- seguir.

El primer móvil de su séquito, despues de la opi- nion, es la cortesía y la generosidad; con éstas llegó Tito á ser llamado delicias del orbe.

Iguala la palabra favorable de un superior á la obra de un igual, y excede la cortesía de un príncipe al dón de un ciudadano.

Con sólo olvidarse por breve rato de su majestad el magnánimo don Alonso, apeándose del caballo para socorrer á un villano, conquistó las guarnecidas mu- rallas de Gaeta, que á fuerza de bombardas no mellára en muchos dias. Entró primero en los corazones, y luégo con triunfo en la ciudad.

No le hallan algunos destempladamente críticos al grande de los capitanes y gigante entre héroes otros méritos para su antonomasia, sino la benevolencia comun.

Diria yo que entre la pluralidad de prendas mere- cedora cada una del plausible renombre, ésta fué fe- licísima.

Hay gracia de historiadores tambien, tan de codi- cia cuan de inmortalidad, porque son sus plumas las de la fama. Retratan, no los aciertos de la naturale- za, sino los del alma. Aquel fénix Corvino, gloria de Hungría, solia decir, y practicar mejor, que la gran- deza de un héroe consistia en dos cosas, en alargar la mano á las hazañas y á las plumas, porque caractéres de oro vinculan eternidad.

PRIMOR XIII.

DEL DESPEJO.

El despejo, alma de toda prenda, vida de toda per- feccion, gallardía de las acciones, gracia de las pa- labras y hechizo de todo buen gusto, lisonjea la inte- ligencia y extraña la explicacion.

Es un realce de los mismos realces y es una belle- za formal. Las demas prendas adornan la naturaleza, pero el despejo realza las mismas prendas. De suerte que es perfeccion de la misma perfeccion, como trans- cendente beldad, con universal gracia.

Consiste en una cierta airosidad, en una indecible gallardía, tanto en el decir como en el hacer, hasta en el discurrir.

Tiene de innato lo más, reconoce la observacion. Lo ménos hasta ahora nunca se ha sujetado á precep- to superior, siempre á toda arte.

Por robador del gusto le llamaron garabato; por lo imperceptible, donaire; por lo alentado, brío; por lo galan, despejo; por lo fácil, desenfado. Que todos estos nombres le han buscado el deseo y la dificultad; de decla arle.

Agravio se le hace en confundirle con la facilidad; déjala muy atras y adelántase á bizarría. Bien que todo despejo supone desembarazo, pero añade perfeccion.

Tienen su Lucina las acciones, y débesele al despejo el salir bien, porque él las partea para el lucimiento.

Sin él la mejor ejecucion es muerta, la mayor perfeccion desabrida. Ni es tan accidente que no sea el principal alguna vez; no sólo sirve al ornato, sino que apoya lo importante.

Porque si es el alma de la hermosura, es espíritu de la prudencia; si es aliento de la gala, es vida del valor.

Campea igualmente en un caudillo al lado del valor el despejo, y en un rey á par de la prudencia.

No se le reconoce ménos en el dia de una batalla á la despejada intrepidez que á la destreza y el valor. El despejo constituye primero á un general señor de sí, y despues de todo.

No alcanza la ponderacion, no basta á apreciar el imperturbable despejo de aquel gran vencedor de reyes, émulo mayor de Alcídes, don Fernando de Ávalos. Vocéelo el aplauso en el teatro de Pavía.

Es tan alentado el despejo en el caballo como majestuoso en el dosel; hasta en la cátedra da bizarría á la agudeza.

Heroico fué el desembarazo de aquel Teseo frances, Henrico IV, pues con el hilo de oro del despejo supo desligarse de tan intrincado laberinto.

Tambien es político el despejo, y en fe de él aquel monarca espiritual del orbe llegó á decir: «¿Hay otro mundo que gobernar?»

PRIMOR XIV.

DEL NATURAL IMPERIO.

Empéñase este primor en una prenda tan sutil, que corriera riesgo por lo metafísico si no la afianzáran la curiosidad y el reparo.

Brilla en algunos un señorío innato, una secreta fuerza de imperio, que se hace obedecer sin exterioridad de preceptos, sin arte de persuasion.

Cautivo César de los isleños piratas era más señor de ellos; mandábales vencido y servíanle ellos vencedores. Era cautivo por ceremonia y señor por realidad de soberanía.

Ejecuta más un varon de éstos con un amago que otros con toda su diligencia. Tienen sus razones un secreto vigor, que recaban más por simpatía que por luz.

Sujétaseles la más orgullosa mente sin advertir el cómo, y ríndeseles el juicio más exento.

Tienen éstos andado mucho para leones en humanidad, pues participan lo principal, que es señorío.

Reconocen al leon las demas fieras en presagio de naturaleza, y sin haberle examinado el valor le previenen zalemas.

Así á estos héroes, reyes por naturaleza, les adelantan respeto los demas, sin aguardar la tentativa del caudal.

Realce es este de corona, y si le corresponden la eminencia del entendimiento y la grandeza del corazon, no le falta cosa para construir un primer móvil político.

Vióse entronizada esta señoril prenda en don Hernando Álvarez de Toledo, señor más por naturaleza que por merced. Fué grande y nació para mayor, que áun en el hablar no pudo violentar este natural imperio.

Dista mucho de una mentida gravedad, de un afectado entono, quinta esencia de lo aborrecible, no tanto si es nativa, pero que está muy al canto del enfado.

Pero la mayor oposicion mantiene con recelo de sí, con la sospecha del propio valor, y más cuando se abate á desconfianza, que es del todo rendirse al desprecio.

Fué aviso de Caton y proprio parto de su severidad, que debe un varon respetarse á sí mismo, y áun temerse.

En que se pierde á sí proprio, el miedo da licencia á los demas, y con la permision suya facilita la ajena.

PRIMOR XV.

DE LA SIMPATÍA SUBLIME.

Prenda es de héroe tener simpatía con héroes. Alcanzarla con el sol basta á hacer á una planta gigantea, y á su flor la corona del jardin.

Es la simpatía uno de los prodigios sellados de la naturaleza, pero sus efectos son materia del pasmo, son asunto de la admiracion.

Consiste en un parentesco de los corazones, si la antipatía en un divorcio de las voluntades.

Algunos las originan de la correspondencia en temperamentos, otros de la hermandad en astros.

Aspira aquélla á obrar milagros, y ésta monstruosidades. Son prodigios de la simpatía los que la comun ignorancia reduce á hechizos, y la vulgaridad á encantos.

La más culta perfeccion sufrió desprecios de la antipatía, y la más inculta fealdad logró finezas de la simpatía.

Hasta entre padre y hijos pretenden jurisdiccion, y ejecutan cada dia su potencia atropellando leyes y frustrando privilegios de naturaleza y política. Quita reinos la antipatía de un padre, y dalos una simpatía.

Todo lo alcanzan méritos de simpatía, persuade sin elocuencia y recaba cuanto quiere, con presentar memoriales de armonía natural.

La simpatía realzada es carácter, es estrella de heroicidad; pero hay algunos de gusto iman, que mantienen antipatía con el diamante y simpatía con el hierro. Monstruosidad de naturaleza, apetecer escoria y asquear el lucimiento.

Fué monstruo real Luis XI, que más por naturaleza que por arte, extrañaba la grandeza y se perdia por las heces de la categoría política.

Gran realce es la simpatía activa, si es sublime, y mayor la pasiva, si es heroica. Vence en preciosidad á la gran piedra del anillo de Gíges, y en eficacia á las cadena del Tebano.

Fácil es la propension á los varones magnos, pero rara la correlacion. Da voces tal vez el corazon, sin escuchar eco de correspondencia. En la escuela del querer es ésta la A, B, C, donde la primera leccion es de simpatía.

Sea, pues, destreza en discrecion, conocer y lograr la simpatía pasiva. Válgase el atento de este hechizo natural, y adelante el arte lo que comenzó naturaleza. Tan indiscreta cuan mal lograda es la porfía de pretender sin este natural favor, y querer conquistar voluntades sin esta municion de simpatía.

Pero la real es la reina de las prendas, pasa los términos de prodigio, basa que levantó estatua siempre de inmortalidad, sobre plintos de próspera fortuna.

Está á veces amortiguada esta augusta prenda, por no alcanzarle los alientos del favor. No atrae la calamita al hierro fuera de su distrito, ni la simpatía obra fuera de la esfera de su actividad. Es la aproximacion la principal de las condiciones, no así el entretenimiento.

Atencion, aspirantes á la heroicidad, que en este primor amanece un sol de lucimiento.

PRIMOR XVI.

RENOVACION DE GRANDEZA.

Son los primeros empeños exámen del valor, y un como salir á vistas la fama y el caudal.

No bastan milagros de progresos á realzar ordinarios principios, y cuando mucho, todo esfuerzo despues es remiendo de ántes.

Un bizarro principio, á más de que pone en subido traste el aplauso, empeña mucho el valor.

Es la sospecha en materia de reputacion á los principios, de condicion de precita, que si una vez entra, nunca más sale del desprecio.

Amanezca un héroe con esplendores del sol. Siempre ha de afectar grandes empresas, pero en los principios máximas. Ordinario asunto no puede conducir extravagante crédito, ni la empresa pigmea puede acreditar de jayan.

Son fianzas de la opinion los aventajados principios, y los de un héroe han de asestar cien estadios más altos que los fines de un comun.

Aquel sol de capitanes y general de héroes, el conde heroico de Fuentes, nació al aplauso con rumbos de sol, que nace ya gigante de lucimiento.

Su primera empresa pudo ser *Non plus ultra* de un Marte; no hizo noviciado de fama, sino que el primer dia profesó inmortalidad.

Contra el parecer de los más, cercó á Cambray, porque era extravagante en la comprension como en el valor. Fué ántes conocido por héroe que por soldado.

Mucho es menester para desempeñarse de una gran- de expectacion. Concibe altamente el que mira, porque le cuesta ménos de imaginar las hazañas que al que ejecuta de obrarlas.

Hazaña no esperada, pareció más que un prodigio prevenido de la expectacion.

Crece más en la primera aurora un cedro, que un hisopo en todo un lustro, porque robustas primicias amagan gigantez.

Grandes son las consecuencias de una máxima en antecedente; declárase el valimiento de la fortuna, la grandeza del caudal, el aplauso universal y la gracia comun.

Pero no bastan alentados principios, si son desmayados los progresos. Comenzó Neron con aplausos de fénix, y acabó con desprecios de basilisco.

Desproporcionados extremos, si se juntan, declaran monstruosidad.

Tanta dificultad arguye adelantar el crédito como el comenzarlo. Envejécese la fama y caduca el aplauso, así como todo lo demas; porque leyes del tiempo no conocen excepcion.

Al mayor lucimiento, que es el del sol, achacaron vejeces los filósofos, y descaecimiento en el brillar.

Es, pues, treta, tanto de águila como de fénix, el renovar la grandeza, el remozar la fama y volver á renacer al aplauso.

Alterna el sol horizontes al resplandor, varía teatros al lucimiento, para que en el uno la privacion y en el otro la novedad sustenten la admiracion y el deseo.

Volvian los Césares de ilustrar el orbe al Oriente de su Roma, y renacian cada vez á ser monarcas.

El rey de los metales, pasando de un mundo á otro, pasó de un extremo de desprecio á otro de estimacion.

La mayor perfeccion pierde por cotidiana, y los hartazgos de ella enfadan la estimacion, empalagan el aprecio.

PRIMOR XVII.

TODA PRENDA SIN AFECTACION.

Toda prenda, todo realce, toda perfeccion, ha de engastar en sí un héroe, pero afectar ninguna.

Es la afectacion el lastre de la grandeza.

Consiste en una alabanza de sí muda, y el alabarse uno es el más cierto vituperarse.

La perfeccion ha de estar en sí, la alabanza en los otros; y es merecido castigo que al que neciamente se acuerda de sí, discretamente le pongan en el olvido los demas.

Es muy libre la estimacion, no se sujeta á artificio, mucho ménos á violencia. Ríndese más presto á una elocuencia tácita de prendas, que á la desvanecida ostentacion.

Impide poca estimacion propria, mucho aplauso ajeno.

Juzgan los entendidos toda afectada prenda, ántes por violenta que por natural, ántes por aparente que por verdadera, y así da gran baja en la estimacion.

Todos son necios los Narcisos, pero los de ánimo

con incurable necedad, porque está el achaque en el remedio.

Pero si el afectar prendas es necedad de á ocho, no le quedará grado al afectar imperfecciones.

Por huir la afectacion dan otros en el centro de ella, pues afectan el no afectar.

Afectó Tiberio el disimular, pero no supo disimular. Consiste el mayor primor de un arte en desmentirlo, y el mayor artificio en encubrirle con otro mayor.

Grande es dos veces el que abarca todas las perfecciones en sí, y ninguna en su estimacion. Con un generoso descuido despierta la atencion comun; y siendo él ciego para sus prendas, hace Argos á los demas.

Ésta llámase milagro de destrezas, que si otras por extravagantes sendas guian á la grandeza, ésta por opuesta conduce al trono de la fama, al dosel de la inmortalidad.

PRIMOR XVIII.

EMULACION DE IDEAS.

Carecieron por la mayor parte los héroes, ya de hijos, ya de hijos héroes; pero no de imitadores, que parece los expuso el cielo más para ejemplares del valor, que para propagadores de la naturaleza.

Son los varones eminentes textos animados de la reputacion, de quienes debe el varon culto tomar lecciones de grandeza, repitiendo sus hechos y construyendo sus hazañas.

Propóngase en cada predicamento los primeros, no tanto á la imitacion cuanto á la emulacion, no para seguirles, sí para adelantárseles.

Fué Aquíles heroico desvelo de Alejandro, y durmiendo en su sepulcro, despertó en él la emulacion de su fama. Abrió los ojos el alentado Macedon al llanto y al aprecio por igual, y lloró, no á Aquíles sepultado, sino á sí mismo, no bien nacido á la fama.

Empeñó despues Alejandro á César, y lo que fué Aquíles para Alejandro, fué Alejandro para César; picóle en lo vivo, en la generosidad del corazon, y adelantóse tanto, que puso la fama en controversia y la grandeza en parangon; pues si Alejandro hizo teatro augusto de sus proezas el Oriente, César el Occidente de las suyas.

Decia el magnánimo don Alonso de Aragon y Nápoles que no así el clarin solicita al generoso caballo, como le inflamaba á él la trompa de la fama cesárea.

Y nótese cómo se van heredando estos héroes con la emulacion la grandeza, y con la grandeza la fama.

En todo empleo hay quien ocupa la primera clase, y la infama tambien. Son unos milagros de la excelencia, son otros antípodas de milagros. Sepa el discreto graduarlos, y para esto tenga bien repasada la categoría de los héroes, el catálogo de la fama.

Hizo el sílabo de los jubilados Plutarco en sus paralelas, de los modernos Paulo Jovio en sus elogios.

Deséase aún una crísis integérrima, pero ¿qué ingenio la presumirá? Fácil es señarles lugar po, pero difícil en aprecio.

Pudiera ser idea universal si no pasára dejando ociosa toda imitacion, ocupando la racion. El monarca de los héroes, primera de las animadas del orbe y el cuarto de los España, que al sol de Austria se le debia esfera.

Sea espejo universal quien representa tod ximidades, no digo ya grandezas.

Llámese el émulo comun de todos los hé es centro de todas sus proezas, y equivóquen so en blasones con eminente pluralidad. E do por su felicidad, el animoso por su val creto por su ingenio, el catolicismo por su despejado por su airosidad y el universal po

PRIMOR XIX.

PARADOJA CRÍTICA.

Aunque seguro el héroe del ostracismo peligra en el criticismo de España.

Extravagante aquél le desterrará luégo, á los distritos de la fama, á los confines de talidad.

Paradojo éste le condena á que peca en Es primor crítico deslizar venialmente en cia y en el valor, para entretener la envidia bar la malevolencia.

Juzgan éstos por imposible el salvarlas, un gigante de esplendor, porque son tan cuando no hallan presa vil, suelen atre mejor.

Hay intenciones con metafísica ponzoñ ben sutilmente transformar las prendas, perfecciones y dar siniestra interpretaci justificado empeño.

Sea, pues, treta política permitirse al desliz, que roa la envidia y distraiga el ve emulacion.

Y pase por triaca política, por contra prudencia, pues naciendo de un achaque efecto la salud. Rescate el corazon exponié murmuracion, atrayendo á sí el veneno.

A más de que una travesura de la natura ser perfeccion de toda una hermosura. Un vez da campo á los realces de la belleza.

Hay defectos sin defecto. Afectó algunos en el valor, Ovidio en el ingenio, llamá fuentes de salud.

Ocioso me parece el primor, y más me confiado que cultura de discreto.

Quién es el sol sin eclipses, el diamante la reina de lo florido sin espinas.

No es menester arte donde basta la natura bra la afectacion donde basta el descuido.

PRIMOR ÚLTIMO Y CORONA.

VAYA LA MEJOR JOYA DE LA CORONA Y FÉNIX DE LAS PRENDAS DE UN HÉROE.

Todo lucimiento desciende del padre de ellos, y así de padre á hijos. Es la virtud hija de la luz auxiliante, y así con herencia de esplendor. Es la culpa un monstruo que abortó la ceguera, y así heredada en oscuridad.

Todo héroe participó tanto de felicidad y de grandeza, cuanto de virtud, porque corren paralelas desde el nacer al morir.

Eclipsóse en Saul la una con la otra, y amanecieron en David á la par.

Fué Constantino entre los Césares el primero que se llamó Magno, y fué juntamente el primer emperador cristiano; superior oráculo de que con la cristiandad nació hermanada la grandeza.

Cárlos, primer emperador de Francia, alcanzó el mismo renombre, y aspiró al de santo.

Luis, gloriosísimo rey, fué flor de santos y de reyes.

En España Fernando, llamado comunmente el Santo, en Castilla, fué el Magno del orbe.

El conquistador de Aragon consagró tantos templos á la Emperatriz del empíreo, como conquistó almenas.

Los dos Reyes Católicos, Fernando y Isabel, fueron el *Non plus ultra*, digo columnas de la fe.

El bueno, el casto, el pío, el celoso de los Filipos españoles, no perdiendo un palmo de tierra, ganó á varas el cielo; y de verdad que venció más monstruos con su virtud que Alcídes con su clava.

Entre capitanes, Godofre de Bullon, Jorge Castrioto, Rodrigo Diaz de Vivar, el gran Gonzalo Fernandez, el primero de Santa Cruz y el pasmo de los turcos, el serenísimo señor don Juan de Austria, fueron espejos de virtud y templos de la piedad cristiana.

Entre los héroes sacrosantos, los dos primeros á quienes dió renombre la grandeza, Gregorio y Leon, les dió esplendor la santidad.

Aun en los gentiles y infieles reduce el sol de los ingenios, Augustino, toda la grandeza al fundamento de algunas virtudes morales.

Creció Alejandro, hasta que menguaron sus costumbres. Venció Alcídes monstruos de fortaleza, hasta que se rindió á la misma flaqueza.

Fué tan cruel la fortuna, digo justiciera, con ambos Nerones, cuanto lo fueron ellos con sus vasallos.

Monstruos fueron de la lascivia y flojedad Sardanápalo, Calígula y Rodrigo, y portentos del castigo.

En las monarquías pretende evidencia este primor. Floreció el que es flor de los reinos, miéntras que floreció la piedad y religion, y marchitóse con la herejía su belleza.

Pereció el fénix de las provincias en el fuego de Rodrigo, y renació en la piedad de Pelayo ó en el celo de Fernando.

Salió á ser maravilla de prosapias la augustísima casa de Austria, fundando su grandeza en la que es cifra de las maravillas de Dios. Y rubricó su imperial sangre con la de Cristo, Señor nuestro sacramentado.

¡Oh, pues, varon culto, pretendiente de la heroicidad! Nota el más importante primor, repara en la más constante destreza.

No puede la grandeza fundarse en el pecado, que es nada, sino en Dios, que lo es todo.

Si la excelencia mortal es de codicia, la eterna sea de ambicion.

Ser héroe del mundo, poco ó nada es; serlo del cielo es mucho, á cuyo gran Monarca sea la alabanza, sea la honra, sea la gloria (1).

(1) Evidentemente en los escritos de GRACIAN han hallado muchos autores franceses pensamientos que se han apropiado.

La Bruyère, por ejemplo, dice:

«Je ne sais lequel est le plus à plaindre, ou de celui qui ne » sait pas ménager son bien, ou de celui qui ne sait pas ménager » son esprit et son savoir; il y a une profusion à craindre pour les » uns comme pour les autres. Ce n'est pas assez d'avoir de gran» des qualités; il en faut avoir l'économie.»

En otro pasaje dice el mismo La Bruyère:

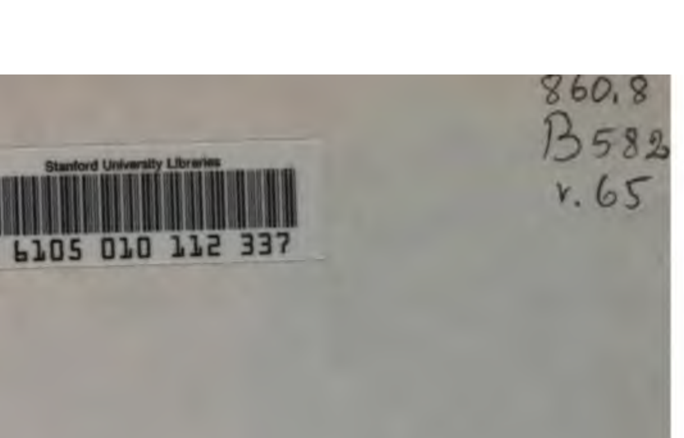
«La cour n'est jamais denuée d'un certain nombre de gens, en » qui l'usage du monde, la politesse ou la fortune tiennent lieu » d'esprit et suppléent au mérite; ils savent entrer et sortir, ils se » tirent de la conversation en ne s'y mêlant point, ils plaisent à » force de se taire, et se rendent importants par un silence long» temps soutenu, ou tout au plus par quelques monosyllabes; ils » payent de mines, d'une inflexion de voix, d'une geste et d'un » sourire; ils n'ont pas, si je l'ose dire, deux pouces de profon» deur; si vous les enfoncez, vous rencontrez le tuff. Mais après » tout, ils reussissent à valoir aux yeux des hommes le double, au » moins, de ce qu'ils valent en réalité.»

FIN DE LAS OBRAS ESCOGIDAS DE FILÓSOFOS.

ÍNDICE.

FIN DEL ÍNDICE.




Stanford University Libraries
3 6105 010 112 337

